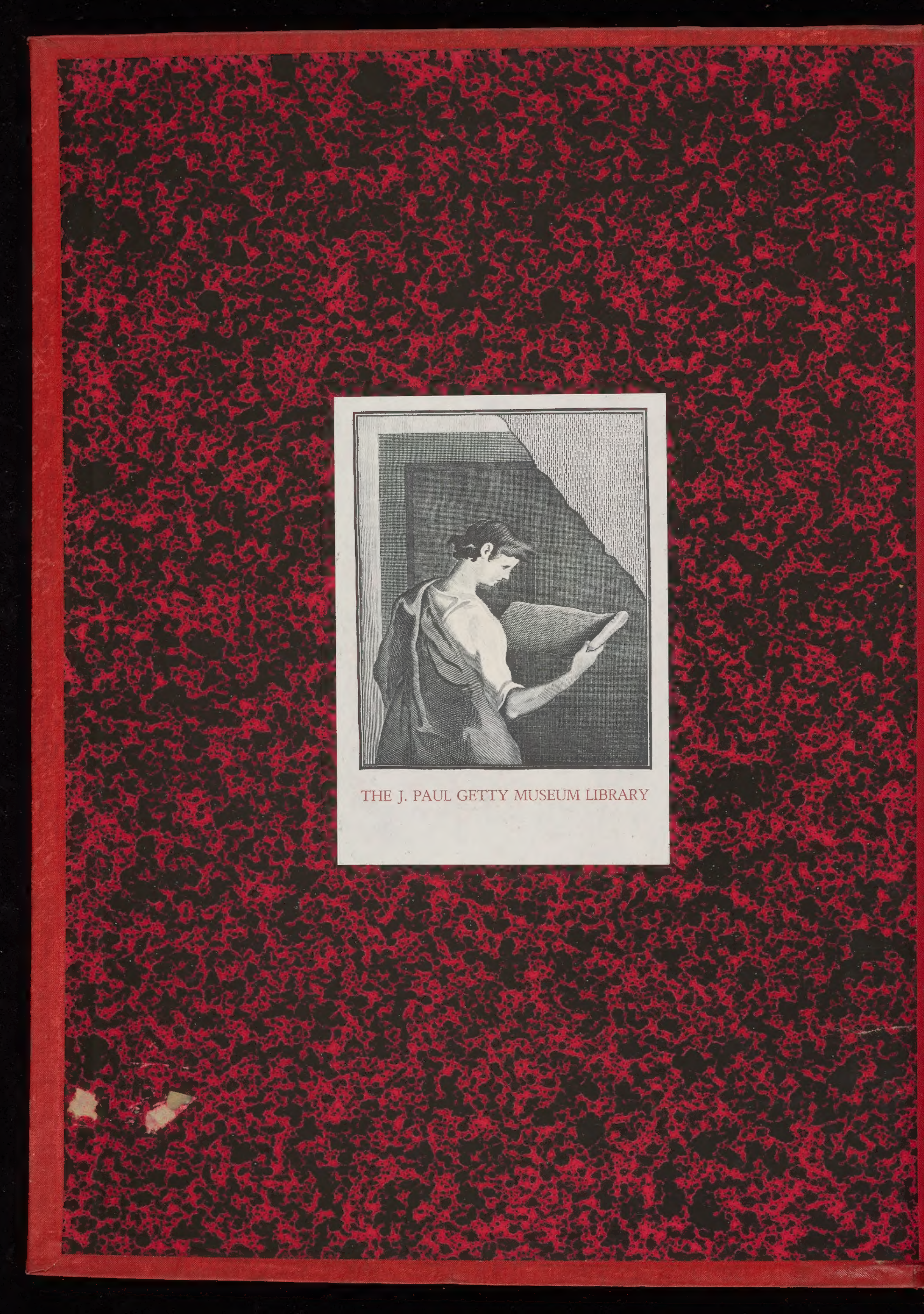
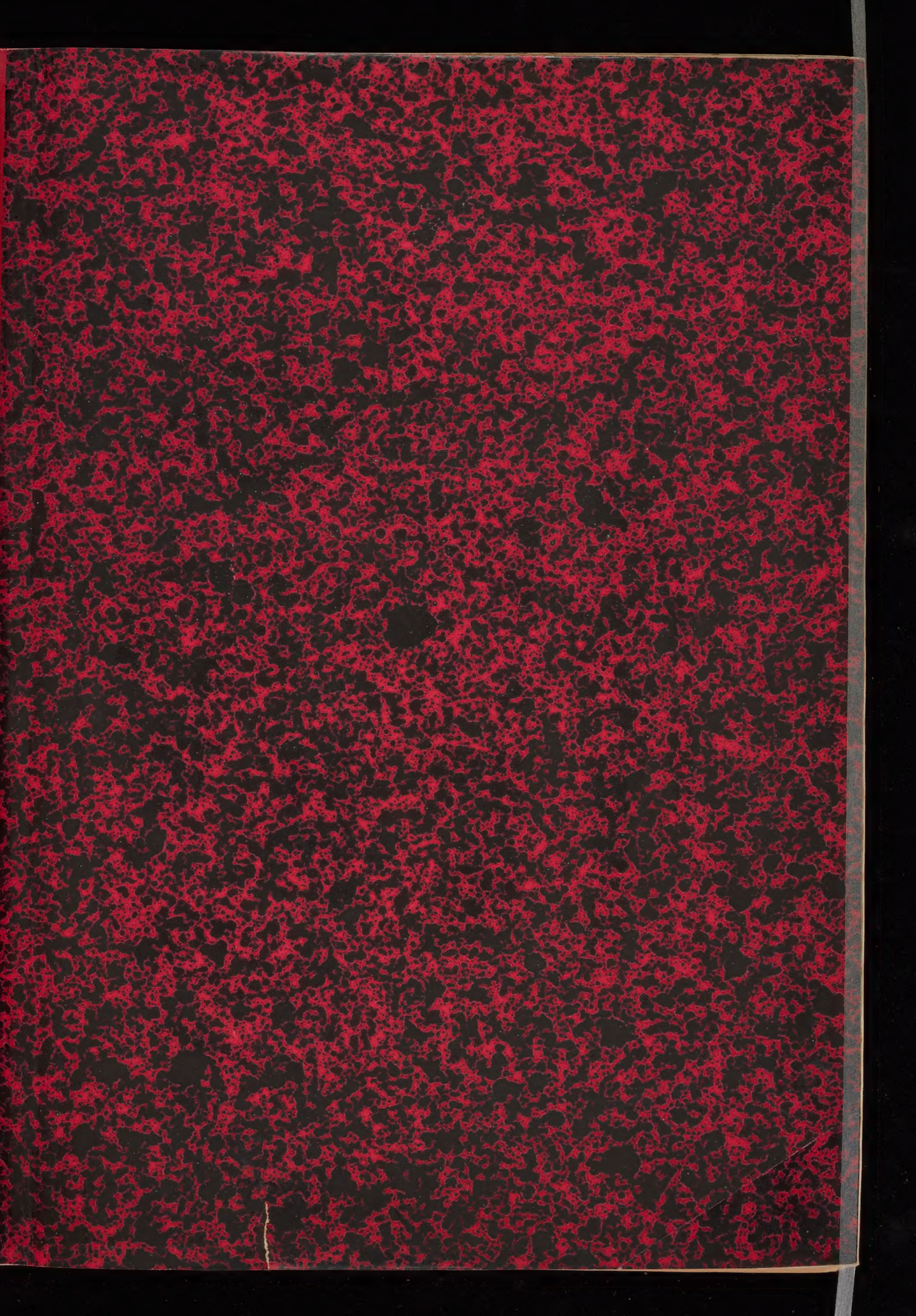
LA ILUSTRACION




THE J. PAUL GETTY MUSEUM LIBRARY





LA
ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



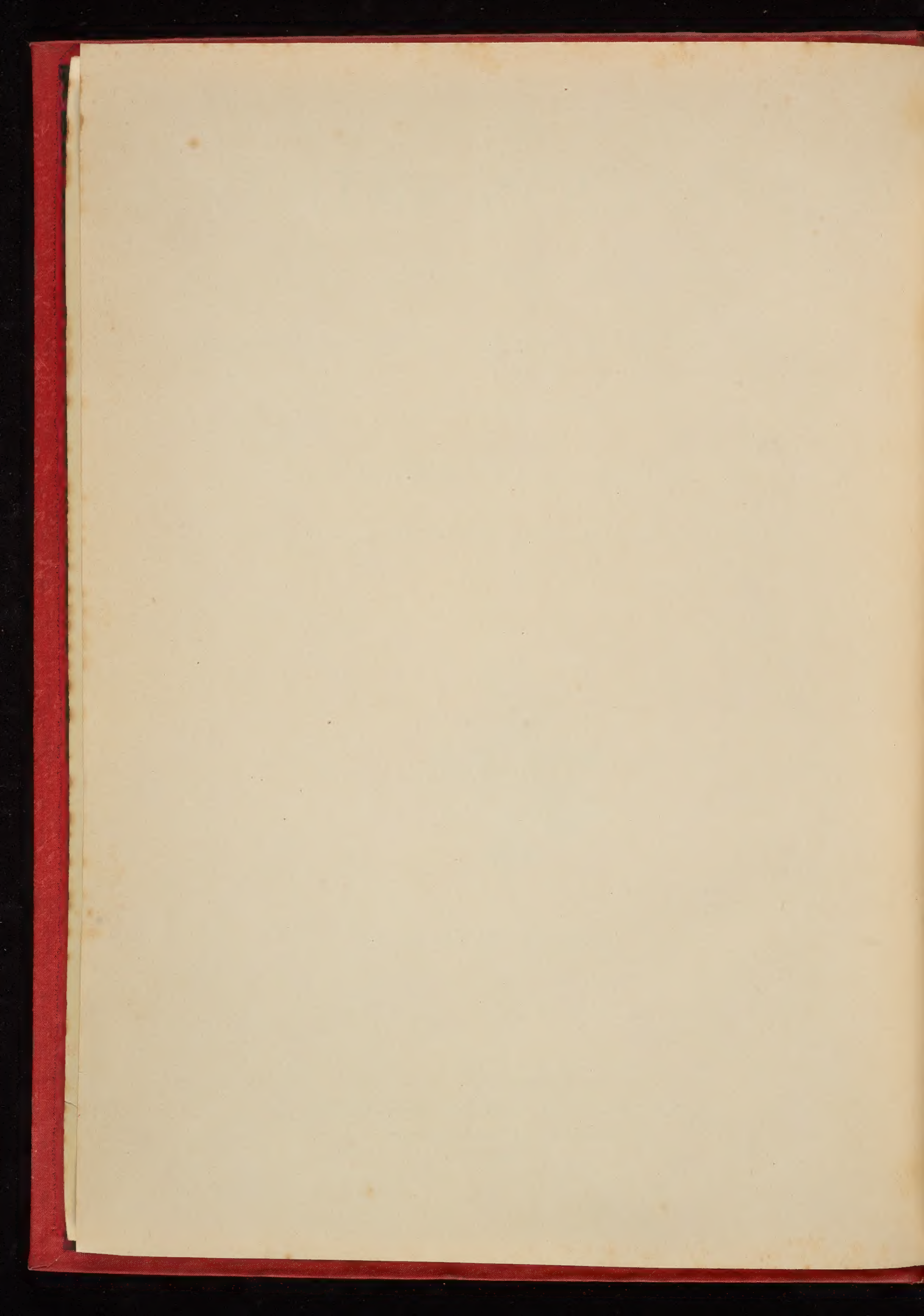
TOMO XIII.—AÑO 1894

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1894



La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 1.° de enero de 1894 — Núm. 627

En este número comenzamos la publicación de la preciosa novela de Andrés Theuriet HECHIZO PELIGROSO con bellísimas ilustraciones de Emilio Bayard y traducida por el reputado literato Carlos Frontaura



EN EL PALCO,

cuadro de Román Ribera, reproducido por Angerer, de Viena



CRISTÓBAL COLÓN

ESTATUA DE JUSTO DE GANDARIAS

Equivocadamente atribuímos á D. José Alcoverro la estatua de Colón que publicamos en el número 619 de La Ilustración Artística y hoy reproducimos y que es del reputado artista D. Justo de Gandarias.



CRISTÓBAL COLÓN, estatua de Justo de Gandarias que publicamos en el número 619 y que equivocadamente atribuímos á José Alcoverro

El nombre de Gandarias va unido á una multitud de esculturas notabilísimas que han merecido premios en públicos certámenes y el aplauso de la crítica y de los inteligentes y aficionados, pudiendo citar entre otras *Plus ultra*, grupo alegórico en yeso del descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo, que figuró en la Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid de 1881; *Anfitrite*, que fué premiada en dicha Exposición con medalla de tercera clase, *La música*, *El amor y el interés*, *Carlos I de España*, *León y águila*, el *Padre Feijóo*, el *Cardenal Cisneros*, *La armonía*, *La fama*, *Confidencia*, *Japonés*, *Japonesa*, *Moro*, *Chula*, *Un parisiense* y otras.

Nuestro querido colaborador el distinguido crítico D. Rafael Balsa de la Vega, cuyos juicios no suelen pecar de benévolos, en su notable libro *Artistas y críticos españoles* juzga en los siguientes términos del mérito de Gandarias: «Rápido en concebir y en ejecutar, Justo de Gandarias es un escultor que ha merecido recompensas en Exposiciones internacionales que ningún otro escultor español ha logrado todavía. Con ser un devoto del clasicismo, sus estatuas, sin embargo, no tienen la rigidez y frialdad de líneas que distingue las de esos seudo-clásicos que aún pasan hoy por inspirados artistas y que ocupan puestos académicos; no, las mujeres que modela Gandarias son finas de línea, carnosas, elegantes de proporción y de traza; en fin, mujeres de carne y hueso, no de mármol.»

CRÓNICA DE LA CAMPAÑA

Melilla 20 de diciembre de 1893

A la esplendidez primaveral sucedió el tiempo huracanado y lluvioso: días de alegría con el regodeo vigoroso de gentes duras y animosas engendraron esos días de tristeza y de atonía, impropios para masas guerreras prestas siempre á cuanto sea bizarrear, movimiento y vida.

Cuatro días de temporal, con agua incesante que calaba hasta la ropa interior y viento fuerte capaz de destruir, no ya nuestras viviendas de frágil lona, pero hasta los baluartes señoriales y vetustos de la plaza.

Durante ese tiempo inclemente, los tropas han permanecido en sus campamentos sin poder siquiera salir media hora porque el agua azotaba con furia. El horizonte turbio, gris el cielo, mustio el ánimo y ateridos los miembros, parecía que entre estos 25.000 hombres aquí reunidos había tomado puesto toda incomodidad y toda congoja.

Porque con las inclemencias del cielo podían surgir enfermedades; las comunicaciones con la patria se hacían difíciles; los ranchos era imposible confeccionarlos; el pan se mojaba, y hasta la pólvora parecía correr el riesgo de flotar en el pequeño diluvio...

A Dios gracias, las cataratas se han cerrado; el sol ha vuelto á brillar en el cielo; la humedad ha disminuído; las auras tibias traen esencias del monte y salud del Mediterráneo, y la madre España nos ha enviado barcos, y con los barcos las palpitaciones de nuestros compatriotas, los amores de nuestros hijos, de nuestros hermanos, de nuestras madres...

***

Una circunstancia inesperada ha hecho relacionar el cambio de tiempo con cierto asomo de pelea que se vió hace tres días en este campo.

El temporal había arrojado bastante madera de la destinada á la construcción de algunos puentes sobre las playas por donde desemboca Río Oro, que, como es sabido, son nuestras.

Los moros de Mazuza y de Mezquita, en cuanto advirtieron que había madera en la playa se lanzaron sobre ella como fieras sobre su presa. Salió una sección de infantería del fuerte de San Lorenzo á fin de hacerles ver que se vigilaban sus fechorías y... continuaron impertérritos en sus rapiñas. Marchó al lugar del suceso una sección de caballería, hizo señas á los montaraces y... ¡que si quieres!, prosiguieron en su faena.

Observando que la chusma no hacía maldito el caso de las indicaciones diplomáticas, nuestro general en jefe dispuso que el fuerte de San Lorenzo les hiciese saber á cañonazos que la madera era de España y que ésta no toleraba que nadie se la robase. Al hacerse los primeros disparos cesó la lluvia, y todo el ejército salió de sus tiendas corriendo á los cerros más altos para ver el cañoneo del fuerte y el fuego de fusilería de su guarnición.

– Está probado, decía un gentil capitán de cazadores, en cuanto se dispara contra los moros, Mahoma deja de lanzarnos agua.

Los moros, ni con fuego de cañón ni con fusilería dejaron de llevarse tablones. Pero en cuanto Muley Araaf se dió cuenta del caso, envió un puñado de *askarys*, que á estacazo limpio pudo rescatar la madera.

Todas las tablas fueron devueltas al siguiente día, de mañana. De no haber ocurrido así, se consideraba seguro que algunas fuerzas de nuestro ejército se hubiesen encargado de ello, tomando entonces el problema planteado un sesgo menos nebuloso é inactivo.

***

Este incidente vino á patentizar muchas verdades conocidas y á esclarecer otras, envueltas por el fárrago de tanta negociación y tanto dime y direte diplomático.

Primeramente comprobó el espíritu enardecido y dispuesto de nuestras tropas, cuyo regocijo era extremado al notar que *por fin* se salía de la pasividad.

Hase visto el temperamento enérgico al par que prudente de nuestro general en jefe; no se quiere provocar ni hacer alardes de inconveniente bravura: nada de eso. Pero hay resolución firmísima de no tolerar el menor desmán ó atropello, porque para eso ha enviado aquí la Patria sus energías y sus soldados.

Por parte de las seudo-autoridades del sultán se ha probado también el deseo que tienen de no alterar las cosas, ínterin Muley Assán no lance su palabra divina, que será allá en la época en que más cuadre á S. M. S.

Y últimamente, si alguien necesitaba saberlo, han demostrado por centésima vez los rifeños que su audacia es tan grande como su salvajismo, y que ni los consejos del bajá, ni las exhortaciones religiosas y jerárquicas de Muley Araaf, ni el ejército acampado del lado acá de los fuertes les hacen mella, ni impiden sus instintos montaraces.

Con estos rifeños no hay más regla ejemplar que el hierro y el plomo, é ínterin no se les haga sentir nuestra fuerza de un modo eficaz volverán las cosas al ser y estado que tenían antes del 2 de octubre.

Esto es, no podremos sembrar en nuestro campo, porque nos roban los frutos; apacentarán sus ganados en nuestros montes, y sólo serán respetuosos con nuestras autoridades en las horas que invierten en vender gallinas, huevos y hortalizas en este mercado de Melilla, único que tienen por esta parte del Rif, y cuya temporal clausura ha sido hasta ahora el castigo que se les ha impuesto.

***

Desde que el general Arolas fué designado para un mando en este ejército, las gentes vieron en tal nombramiento un hábil y patriótico empeño político del general en jefe. Además, la opinión militar auguró para el soldado valeroso y el gobernante sagaz un puesto de gloria en la campaña, si ésta se abriese, ó el cargo de gobernador de Melilla y sus presidios, caso de que todo terminase en paz.

Es el general D. Juan Arolas y Esplugues una personalidad militar de relieve propio y de significación rara y romancesca. Inteligencia lúcida y cultura esmerada; corazón noble y valeroso, abierto á todas las gallardías de la idea, desde mozo fué devoto de pensamientos novísimos, á los cuales guardó culto desinteresado allá en el fondo de su alma indomable.

Personaje de otras edades, si hoy existiera el ambiente de los siglos medioevales, sería un cruzado puesto á combatir por su fe, enamorado de la dama de sus ensueños, hidalgo y liberal para todos sus arranques.

Su fe fué y es la patria española, á la que adora como el creyente á su Dios y á la que codicia como el sectario á su ídolo; su dama la simbolizan el ejército, la libertad, formas políticas que los videntes apellidan del porvenir, y otros que no lo son consideran factibles en estos momentos.

Todo esto ha hecho de su vida una leyenda, de su porvenir una incógnita.

Y sin embargo, el general Arolas no es más que un soldado de su patria ante todo, un caballero fiel á sus creencias después, y una inteligencia puesta al servicio de un valor increíble, siempre y en toda ocasión.

Su nombramiento, pues, para el gobierno de Melilla merece aplausos, y de él puede ufanarse el general Martínez Campos. Porque Arolas, soldado victorioso de nuestras guerras, ha patentizado últimamente en Joló raras cualidades de administrador integérrimo y previsor, de experto gobernante, de juez recto, consiguiendo durante su gestión reducir á los montaraces moros joloanos, transformar aquellas tierras en una colonia floreciente con capital bella, moderna, limpia y trabajadora.

Y su paso por Joló es la garantía de que en Melilla, donde tanta falta hace un administrador celoso, un general previsor y un gobernante de carácter é inteligencia, su gestión será fructuosa y de provechos indudables para España.

José Ibáñez Marín

TIPOS MADRILEÑOS

EL HOMBRE DE ADMINISTRACIÓN

En todas las oficinas del Estado hay media docena de sujetos que gozan fama de notables y obtienen honores, ascensos y demás bicocas, gracias á la prosopopeya de que saben revestirse y á los conocimientos administrativos de que hacen gala.

Aquí para prosperar y ser dichoso no hay como conseguir fama de hombre de administración. Por lo mismo que nadie estudia el asunto, es cosa facilísima lograr que le crean á uno bajo su palabra; y con decir cuatro vulgaridades y fruncir las cejas y pasarse la mano por la frente en los momentos críticos, ya ha logrado usted que digan las personas cándidas:

– Ese es un verdadero hombre de administración.



ANTES DE LA TORMENTA, 'cuadro de J. Dupré (Salón de París de 1983)



EN EL ROSARIO, cuadro de Miccislao Reyzner (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1893)

Los primeros que se tragan la píldora son los ministros. Llegan á posesionarse de la cartera, toman asiento en la poltrona, y á los cinco minutos ya tienen en su presencia al «hombre de administración» que entra diciendo:

– Yo soy Rodríguez de la Grasilla, de quien habrá usted oído hablar. Llevo en la Dirección de contribuciones onerosas veintinueve años, día por día.

– ¡Ah, sí!, contesta el ministro. Le conocía á usted de nombre. ¿Quién no le conoce á usted?

– Mil gracias. Vengo á ponerme á su disposición y á manifestarle que estoy dispuesto á seguir prestando mis servicios con la lealtad y el celo que he demostrado siempre en pro de los intereses públicos. Yo no soy hombre político: soy hombre de administración...

Que es como si dijera:

«Yo no pienso dimitir el empleo, como hacen los demás altos funcionarios cuando entra un nuevo ministro. Por consiguiente, usted verá lo que hace.»

Y el ministro cae en la red y contesta:

– Lo que necesita el gobierno es que haya muchos funcionarios como usted, Sr. Grasilla. En España sobran hombres políticos: hombres de administración es lo que no tenemos.

Dicho se está que Rodríguez de la Grasilla permanece en el ministerio mientras dura aquella situación, y la otra, y la que le sigue, hasta que se muere de viejo ó le jubilan con un «haber» morrocotudo.

En Madrid existen muchos hombres de administración como el que acabamos de bosquejar. En casi todos los ministerios hay tres ó cuatro que consiguen *vivir de gorra* toda la vida; es decir, que no trabajan, ni discurren, ni proporcionan utilidad alguna al país, y cobran, sin embargo, sueldos pingües y figuran en una porción de comisiones honoríficas.

Vamos al teatro ó á la Exposición Histórica ó á la apertura de las Cortes ó á cualquiera otra solemnidad oficial, y lo primero que vemos es á las de Rodríguez de la Grasilla, ó sea á la esposa y á las dos hijas del elevado funcionario, que visten lujosamente y se colocan en el lugar más visible y miran con cierto desdén á todos los demás mortales que no percibimos sueldo del Estado.

La esposa de Grasilla se cree con derecho á figurar en todas partes, y aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para decir en alta voz, á fin de ser oída por el publico:

– Mi esposo no ha podido venir porque se ha encerrado con el ministro desde anoche. Como el ministro no tiene confianza en nadie más que en él, le ha llamado para consultarle los presupuestos.

Antes se quedaría sin bastón el teniente alcalde de nuestro distrito que quedarse sin billetes la señora de Grasilla. No hay fiesta á que no concurra, siempre acompañada de sus hijas, que parecen dos langostines sin cocer. Hay una función de gala en el Real, las primeras que aparecen son las Grasillas; se inaugura la Exposición de Bellas Artes, las Grasillas figurarán entre las primeras personas invitadas; celebra sesión solemne cualquier Academia, allí estarán las Grasillas ocupando los primeros puestos...

Bien es verdad que Grasilla, padre, cifra todo su empeño en distraer á su esposa é hijas sin que tenga que sacrificar el bolsillo. En cuanto sabe que va á haber una fiesta de convite, ya está él molestando á todo el mundo con estas ó parecidas palabras:

– Hombre, mi familia tendría el gusto de asistir á la función. Si fuera cosa de comprar los billetes no molestaría á usted ni á nadie; pero como tengo entendido que son de convite...

Él se las arregla de modo que no hay quien le niegue lo que solicita, y se va á su casa con los billetes, porque si no lo hiciera así, ya le había caído el premio gordo con su mujer. Esta buena señora, que parece tan amable, tiene un genio de todos los diablos y trata á Grasilla como si fuera un ayuda de cámara ó su cocinero.

– Grasilla, le decía, mañana se inaugurará la *Kermese* á beneficio de los pobres. Tráenos billetes.

– No sé á quién pedírselos, contesta él con cierta humildad.

– ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Vamos á quedarnos sin asistir á la inauguración? De ninguna manera. Las niñas tienen que estrenar los vestidos verdes. ¡Pues no faltaría más!

– Pero...

– Tú los buscas hoy mismo y nos los mandas por un ordenanza del ministerio. Tengamos la fiesta en paz.

Grasilla baja la cabeza y se va á su oficina, donde pone en juego á los escribientes para que redacten cartas solicitando los dichosos billetes.

– A ver, Gómez. Escriba usted una carta al secretario del gobernador, que yo firmaré, diciéndole que estoy en un compromiso muy grande con mi familia.

– Usted, Sánchez, ponga otra carta al presidente del Círculo de la Unión Mercantil con el mismo objeto. No le conozco, pero en cuanto vea el membrete del papel le halagará mucho poder servir á un alto funcionario del ministerio.

– Martínez, déjelo usted todo y váyase á casa de López á decirle que necesito, sin falta, tres billetes. Él está en buenas relaciones con el duque de la Ensaimada y es fácil que tenga muchos.

Grasilla apela á cuatro ó cinco personas á la vez para conseguir su objeto, y acaba por reunir, no sólo tres, sino quince billetes, con los cuales aplaca el mal humor de su esposa y labra la felicidad de sus dos hijas, que exhiben sus vestidos verdes en la inauguración y provocan estas ó parecidas frases:

– ¡Jesús!, dice una señora. ¡Qué vestidos traen esas dos criaturas! ¡Parecen dos manojos de acelgas!

– ¡Y qué flacas están!, añade otra.

– ¿Quiénes son?

– No las conozco, pero las veo en todos los espectáculos gratuitos.

– La mamá parece una perra de lanas.

¡Si supiera la señora de Grasilla lo que hablan de ella! ¡Si pudiese oir las frases que inspira al respetable público! ¡Buen genio tiene la señora! Dígalo, si no, su esposo, á quien falta todos los días de palabra y algunas veces hasta de obra. Una tarde se le agarró á las patillas y por poco se las arranca, y todo porque le negó quince duros para unos corsés de las niñas.

– ¿Cómo se entiende?, gritaba la señora. ¡Negar á tus hijas una cosa tan necesaria! ¿Quieres que lleven los corsés como si fuesen las hijas de un empleado cualquiera? ¿ No sabe todo el mundo que eres jefe superior de administración civil? Mañana les pasa cualquier cosa en la calle á nuestras hijas, y al aflojarles la ropa y verles el corsé la gente te criticará con mucha razón. Pues no quiero; mis hijas tienen que vestir como corresponde á su clase.

Grasilla siguió oponiéndose á lo de los quince duros, y entonces fué cuando su esposa se le agarró á los bigotes.

En aquella casa hay frecuentes disgustos por causa de la mujer, que siempre está diciendo al marido:

– ¡Parece mentira que lleves veintitantos años en el ministerio y no tengas una gran cruz como Verdugón!

– Verdugón es primo de un subsecretario, y por eso...

– Pues tú debías gestionar otra gran cruz, porque me da mucha rabia que la de Verdugón tenga tratamiento de Excelencia. Aun el otro día vi el sobre de una carta que le escribía un cuñado suyo y la llamaba *Excelentísima señora*. Tú no miras por tu familia ni tienes el menor interés en que yo brille en sociedad. ¡Miren la de Verdugón! Una mujer ordinaria, que antes de casarse tuvo casa de huéspedes; pero su marido es mucho más listo que tú y sabe sacar buen provecho de todo. De ti se ríen los ministros.

– Demasiado hacen conservándome el destino.

– Pues no faltaba más sino que te lo quitaran.

– Todo es posible.

– El día que sucediera eso, sería capaz de extrangularte.

– ¿Por qué?

– Porque me probaría que no sabes hacerte valer como otros. ¿Qué sabe Verdugón? Nada, y sin embargo siempre está saliendo su nombre en los periódicos, que aún anteayer decía *La Correspondencia* que le habían nombrado vocal de la Comisión de los Aranceles y tú no eres más que socio sencillo de la Económica.

– ¿Qué le hemos de hacer?

– Tienes razón. Demasiado te consideran para lo que tú vales. Porque no me negarás que tienes poco entendimiento, y lo que yo extraño es que pases por hombre de administración, cuando nunca has sabido echar una cuenta; y si no, que lo diga el carbonero, á quien le dabas dos reales de más el otro día, porque ni aun conoces el valor de la moneda.

– Fué una equivocación.

– Hombre, tendría gracia que quisieras engañarme á mí. ¿Crees que soy como los ministros?

– Baja la voz, que nos está oyendo la criada y puede ir contándolo por ahí.

El caso es que Grasilla sigue figurando entre los hombres de administración más conspicuos de este país, y los únicos que le conocen á fondo son su mujer y el carbonero. Los ministros, en cambio, aseguran que no se puede prescindir de Grasilla, y que sin él no marcharía la complicada máquina de la administración pública.

Su nombre figura al frente de las revistas *financieras* – como se dice ahora – en clase de colaborador ilustre; la Sociedad Económica le tiene por uno de sus socios más distinguidos; la prensa en general le tributa elogios, suponiéndole ligado al ministro de Hacienda para salvar al país, y hasta hay el propósito de darle la gran cruz que tanto desea su esposa.

Y él vive perfectamente, en medio de todo, porque las consideraciones que le guardan en la oficina borran el recuerdo de sus disgustos domésticos.

Los empleados se postran al verle en la oficina con la cabeza apoyada en la mano y los ojos fijos en los expedientes.

– Está estudiando, dice uno.

– Está reduciendo el presupuesto de gastos dice otro.

– Tiene un proyecto de Hacienda que va á regenerar el país, añade un tercero.

– Es persona que vale mucho, aseguran todos.

Y mientras pasa aquí por hombre de administración, digno de toda clase de respetos; y mientras el ministro le declara insustituíble, la esposa se burla de tanta credulidad y tanta farsa, y dice al esposo metiéndole los puños por las narices:

– Parece mentira que haya tanta tontería en el mundo. ¡Mira que pasar tú por hombre de administración! ¿Cuántas son siete por ocho? ¿A que no lo sabes?

LUIS TABOADA

¡Á BUEN TIEMPO!..

I

Año y medio haría que estaba el pobre Javier Villalba en la Casa de los orates cuando pasé yo por Valladolid y fuí á verle.

– Está enteramente curado, me dijo el médico, y en cuanto le observe un par de meses más, le voy á dar de alta.

Entré con esta buena impresión en la celda de Javier, que me reconoció en seguida, me abrazó, me hizo sentar y se sentó á mi lado.

Después de preguntarme qué había sido de mí en los últimos años y de escuchar la breve relación que le hice de mi vida, se quedó callado, con la vista fija en el suelo como si estuviera contando las baldosas. Al cabo de un rato volvió á levantar la cabeza, me miró con una mirada muy triste y me dijo:

– Todavía no he contado á nadie la historia de mi desgracia, y tú vas á ser el primero que la sepas... ¿Te acuerdas de Luisa?

– Me acuerdo de oirte hablar de ella cuando estudiábamos, le contesté; de una Luisa que era algo novia tuya...

– No llegó á serlo, me replicó Javier; pero lo debió haber sido... Verás, verás...

«Luisa y yo nos conocimos de muy niños, porque su padre, D. Gabriel de Mendoza, estaba de juez de primera instancia en mi pueblo cuando nos criábamos. Juntos íbamos á la escuela, juntos pasábamos los días de satis y juntos solíamos irnos á moras al soto en cuanto empezaban á negrear. Nos queríamos como hermanos.

»Unos años después, cuando ya me habían llevado á mí al estudio de latín, se murió el juez D. Gabriel, y recogió á Luisa, que de recién nacida había perdido á su madre, un hermano de ésta, el general Sierra, llevándosela á vivir en la corte.

»Así es que luego, cuando yo fuí á Madrid á estudiar Leyes volví á encontrar allí á Luisa hecha ya una mujer; y como cabalmente el general Sierra, su tío, era amigo de mi padre, tuve ocasión de seguir tratándola mucho y viéndola con frecuencia, casi todas las noches.

»Era el general muy aficionado á jugar al tresillo, y jugábamos con él Luisa y yo, cuando no iba gente. Pero esto pocas veces sucedía, porque de ordinario solían ir el coronel Rodríguez (ó *Morrala*, como le llamábamos nosotros), antiguo asistente del general; la mujer de este coronel, que era muy fea y muy habladora; un magistrado del Supremo, pariente de la generala, y un ingeniero de caminos que vivía en la misma casa, en el piso segundo.

»Cuando acudían por lo menos estos contertulios, jugaban con el general el ingeniero, el magistrado y el coronel; la generala hablaba con la coronela ó por lo menos la oía hablar, que era lo único que al lado de la coronela se podía hacer, porque lo hablaba ella todo sin dejar á nadie meter baza, y Luisa y yo hacíamos conversación aparte.

»Contábamonos mutuamente lo que nos había pasado aquel día, verbigracia, si á mí me había preguntado el viejo Novar la lección de Derecho Romano, si ella había estado de visita con su tía en casa de las de Alcázar, que eran muy presumidas y muy fastidiosas...

»Después que se nos acababa lo del día, recordába-



ENTRE COMPADRES, cuadro de Joaquín Araujo

mos escenas de la infancia, riéndonos mucho, por ejemplo, de lo asustado que yo me quedé cuando la tía Reguila me sorprendió en su huerto cogiendo rosas, porque Luisa, que estaba de centinela, se había distraído mirando cómo bebían agua y se escogollaban y se hacían fiestas á la orilla del arroyo las palomas del boticario...

»Fácilmente comprenderás que una amistad así tan íntima entre mujer y hombre á los diez y ocho años, tenía que transformarse en amor, y así fué: me enamoré de Luisa. Lo que de seguro no comprendes tan fácilmente, porque esto no es tan fácil de comprender, es que no llegara á decírselo.

»¿Que por qué no se lo decía?.. Al principio porque me parecía pronto... Después porque me parecía innecesario... Y así fuí pasando, un año tras otro, los de mi carrera, siempre pensando en Luisa y siempre resuelto á casarme con ella en cuanto me hiciera abogado.

»¿Querría ella casarse conmigo?.. Ni siquiera se me ocurría dudarlo. En su trato llano y cariñoso, en la manera de mirarme cuando me marchaba, hasta en el metal de su voz, que parecía distinto cuando hablaba conmigo, creía yo conocer perfectamente que, aun sin expresa declaración mía, estaba enterada de mi amor y me correspondía con el suyo. Era ella demasiado buena para fingirlo si no lo sintiera...

»Y siendo esto así, ¿qué falta hacía decírselo?.. Cuando fuera abogado, bien: entonces la manifestaba verbalmente lo que ya ella sabía de sobra, y ella con su encantadora sencillez me dejaría conocer que no estaba equivocado al creer de su parte sincera y leal correspondencia. Luego hablaba á sus tíos, que tampoco se harían de nuevas, pues bien conocían nuestras inclinaciones, se concertaba la boda y nos casábamos...

»¡Qué felices íbamos á ser, congeniando tan perfectamente, conociéndonos tan á fondo y queriéndonos tanto!..

»Tenía yo intención de hacer, con el primer dinero que ganara ejerciendo la abogacía, una casa de verano en mi pueblo; es decir, no en el pueblo precisamente, sino allí cerca, en la falda de un monte. Y, ya se sabía, lo primero que yo hacía todas las mañanas en cuanto despertaba, era edificar en la cuesta de los Avellanos, que así se llamaba el sitio elegido, una casita blanca con tres balcones al Mediodía, dos al Oriente y otros dos al Poniente. Toda la ladera, desde la casa hasta lo llano, la plantaba de árboles frutales y de adorno, formando deliciosa huerta, cerrada por lo cimero y por los lados con cerca de mampostería cubierta de teja, y por abajo, frente al camino real, con zócalo de sillería y verja de hierro vestida de lozanas trepadoras... En un instante crecían los árboles y empezaban á florecer y dar fruta; al poco rato veía yo á Luisa con una bata de color de grosella pasar por debajo de las primeras cerezales cargadas de cerezas, y sentarse á hacer labor en un sencillo banco de ramas de roble, sombreado de gigantescos rosales y romeros floridos...

»¡Qué hermosa estaba!

»Porque no te he dicho todavía que Luisa era muy hermosa. De regular estatura, más bien algo pequeña, eso sí, y menudita de cuerpo, pero escultural. ¡Qué cabeza tan elegante y tan bien colocada! ¡Había que verla cuando se ponía la mantilla!.. ¡Qué pelo tan negro y tan largo, qué frente tan pura y tan simpática, qué boca tan graciosa, qué hoyuelos aquellos que se la hacían en las mejillas al sonreír, y qué ojos, ante todo qué ojos!.. A pesar de ser grandes y negros, no tenían ese matiz de dureza, ese aire de tiranía que suelen tener los ojos de las morenas, sino un atractivo y una dulzura irresistibles. No eran de esos ojos que exasperan y matan, sino de los que consuelan y animan. Sus brazos mórbidos al par que delicados, sus manos rosadas y finas y su apostura sencilla y al mismo tiempo majestuosa completaban la belleza del conjunto... En fin, era un hacecito de primores, realzados y embellecidos todavía por la hermosura de su alma.

»Una vez, me había yo retratado y llevé mi retrato á enseñarle en casa del general. Le miraron todos los presentes, unos después de otros, y fueron diciendo esas frases de cumplido, no precisamente para el fotografiado, sino para el fotógrafo, que suelen decirse en casos tales, «está bien, está muy bien, está muy parecido,» etc. Cuando la llegó el turno á Luisa, después de mirar atentamente el retrato y decirme que estaba algo serio, lo cual era verdad, le retuvo en las manos como distraída, pero en realidad ideando un modo de quedarse con él, y luego que los demás habían reanudado la conversación, me dijo en un tono intermedio entre resolución y consulta.

—»Le voy á poner en el álbum.

—»Bueno, la contesté, muchas gracias.

»Trajo el álbum, comencé yo á hojearle, y después de ver al general cuando era teniente, á la generala cuando la sacaron del colegio y otras novedades así, encontré un retrato de Luisa y me quedé mirándole.

—»Yo no tengo álbum, la dije al levantar los ojos del retrato para fijarlos en ella; pero en un seno de la cartera llevo el retrato de mi madre, y si me das este...

—»Cógele, me contestó; pero, como ves, ya casi no soy la que está ahí: es de cuando me puse de largo... hace cinco años.

»Como todo llega en el mundo, aun lo que más lejano se ve, llegó también el día primero de junio del año último de mi carrera. Me examiné aquel día y el siguiente de las dos asignaturas que me faltaban, y me puse á repasar para el grado.

»Entonces comenzó á sucederme una cosa especial. Me asustaba de mi felicidad; y por lo mismo que la veía cerca, me iba pareciendo imposible alcanzarla.

»¡Infeliz corazón humano!.. Padece la misma ilusión que los ojos; á los cuales, de lejos, se les figura muy baja la montaña y muy fácil subir á su cumbre; mas en llegando al pie, la ven altísima y la juzgan inaccesible.

»Comencé á ver dificultades que nunca se me habían ocurrido. ¿Era tan llano casarme con Luisa?.. ¿Me quería ella?.. ¿No sería simple amistad lo que yo creía amor?.. Y aun suponiendo que Luisa estuviera enamorada ó dispuesta á enamorarse de mí, á sus tíos que la tenían como hija ¿no les parecería poco para ella un abogado novel, un estudiante, como quien dice?.. Estaban siempre conmigo muy afectuosos, eso sí; me distinguían, me trataban con verdadero cariño; pero ¿no sería debido todo esto á la antigua amistad con mi familia?.. Y eso que por otra parte, bien conocían ellos que yo amaba á Luisa... debían de conocerlo... y si no les gustara... ¡Ah! Sí; pero aunque no les gustase, ¿con qué pretexto iban á prohibirme ir á su casa todas las noches ni á retirarme el perpetuo convite á comer los domingos, no dándoles yo motivo alguno de disgusto y no habiendo hablado nada de relaciones con Luisa?..

»Como se agranda y se espesa la sombra de un objeto á medida que se le aproxima la luz, así yo agrandaba y obscurecía las dificultades queriendo resolverlas.

»Por una coincidencia desgraciada, cuya razón entonces no entendí, pero que ahora me explico perfectamente, Luisa, sobrecogida también, sin duda, por lo inmediato de una felicidad años y años esperada, estaba en aquellos días más silenciosa, más ensimismada, menos expansiva.

»Solían preguntarme sus tíos todas las noches si sabía cuándo iba á ser el grado, y llegó una en que pude ya contestarles.

—»Al día siguiente de San Juan, el 25.

—»Tengo gana, dijo entonces Luisa, de que seas abogado... para darte la enhorabuena.

»Aquella noche crecieron mis temores hasta tocar las lindes de la certidumbre. Luisa no me amaba... O no me había entendido todavía, ó rechazaba mi amor... Era mi amiga nada más... Bien claramente lo daba á entender con aquella... salida, que, si no fuera intencionada, sería una simpleza...

»Verdad es, pensaba yo en seguida queriendo consolarme, verdad es que bien mirado, ¿qué iba decir? ¿Que estaba deseando la conclusión de mi carrera para casarse?.. Esto, no habiéndola yo hecho todavía declaración formal, hubiera sido una tontería... ¿Y no pudo haber empezado la frase inconscientemente, *ex abundantia cordis*, y luego, al comprender su indiscreción, volverse del camino?.. Todas estas cavilaciones me atormentaban sin descanso, privándome de saborear el placer del triunfo obtenido en las aulas.

»Esto tiene que concluir, pensé resueltamente; lo mejor será hablarla claro, y sabré la verdad aunque sea amarga... Esta noche se lo digo...

»Pero aquella noche no iban los demás tertulianos, teníamos que jugar al tresillo con el general y no había coloquio... Y á la noche siguiente estaba indispuesta la generala y tenía Luisa que estarse haciéndola compañía en la alcoba... Y á la otra noche de más adelante me encontraba allí con un joven bajito y regordete que, según me decían, era primo de Luisa y venía del Ferrol, donde estudiaba para marino.

»Por cierto que contaba muchas aventuras del colegio, que no tenían traza de ser verdad, pero mantenía con ellas la atención de todos, y especialmente la de Luisa, á quien se dirigía muy á menudo con esta muletilla: «¿Has visto, chica, has visto?» Luisa no había visto nada de lo que decía aquel Gravina en capullo, pero tenía que hacerle á cada paso signos afirmativos y decirle *¡ya, ya!* de vez en cuando.

»Al fin una noche, la de San Juan señaladamente, pude hablar con Luisa.

»En cuanto acabé de saludar á los concurrentes y me senté á su lado, me dijo:

—»¿Cómo te ha ido estos días?... ¡Cuánto hace que no hablamos!..

—»Así es: ya hace mucho... Cuando más deseo tenía yo de hablarte, cuando tenía cosas más importantes que decirte... parecía que lo enredaba el diablo: todas las noches había estorbos...

»Luisa, que tenía muy claro entendimiento, comprendió al oir este exordio de qué la iba á hablar, y por más que no la sorprendiera ni la desagradara, por más que lo estuviera esperando, se puso colorada como la grana y bajó los ojos. Yo aguardé á que los levantara y dijera alguna palabra que me animara á seguir: ella aguardó á que yo siguiera, y así estuvimos unos instantes que me parecieron siglos, hasta que, no sé si compadecida de mi situación ó temerosa de que los señores de la tertulia se fijaran en nuestro desacostumbrado silencio, me dijo, como por decir algo:

—»Conque mañana te encierran, ¿verdad?..

—»Sí, mañana, si Dios quiere, le contesté.

—»Será muy pesado estar allí solo tantas horas... ¿Cuántas me has dicho?..

—»Tres; para luego hablar media sobre el punto que me haya tocado en suerte...

»Y luego... en vez de hablarla de amor, ya que no la media hora reglamentaria, siquiera dos minutos, dí en pensar si la desagradaría la conversación y por eso se habría puesto tan encarnada, si para evitarla habría bajado los ojos, etc.; y haciendo un ovillo de conjeturas favorables y adversas, decidí por último... no decidirme y seguí hablando de cosas sin substancia.

»Aquella noche la pasé lo mismo que me ves ahora: no prendí los ojos. Y no creas que me preocupaba tanto el ejercicio de la mañana siguiente como la empresa de por la noche, la de decir á Luisa lo que estaba ella cansada de saber, lo que había estado dándola á entender con toda claridad por espacio de seis años.

ANTONIO DE VALBUENA

(Continuará)

LA ACUSACIÓN FISCAL

Devuelve bien por mal, como el árbol del sándalo, que en el momento que se le derriba cubre con sus perfumes el hacha con que ha sido herido.

A' RYA

I

Para el público que acude á los tribunales de justicia á presenciar el desenlace de las tragedias del vivir, ofrecíase pródiga en incidentes aquella fría y desmayada tarde de diciembre.

Tratábase de un juicio por jurados en una causa terrible, que sería vulgar, á no intervenir en ella una aristocrática y hermosa joven, acusada de haber estrangulado á su marido.

Allá, en la sala, la luz plomiza de un día sin sol alumbraba un cuadro imponente: destacábase á la cabecera del tribunal un dosel con colgaduras de terciopelo carmesí y franja de oro; el retrato de S. M. en el centro, y debajo una amplia mesa ocupada por los magistrados, unos señores viejos, parecidos á los esfinges por su aparente inmovilidad: en la penumbra en que se veían no resaltaban más que los rostros y las medallas descansando sobre el terciopelo de las togas: frente á sus señorías y de espaldas á la barandilla que cierra el estrado, encontrábase la delincuente sentada en el banquillo. Vestía de riguroso luto. Su cara, hermosamente modelada, parecía de cera: brillaban los ojos como los de un calenturiento y la mueca que contraía sus labios era la del espanto. Próximo al banquillo veíase al fiscal, un joven delgado, moreno, surcada la frente por arrugas que imprimían al rostro un no sé qué de acre severidad. Permanecía como en éxtasis mirando á la acusada; el abogado defensor hojeaba unos papeles mientras que el acusador privado entreteníase en repiquetear con los dedos sobre la tabla de la mesa: los jurados ocupaban sus puestos: era una mezcla democrática de hijos del pueblo, vestidos de día de fiesta con sendos chaquetones que les hacían sudar á mares; traían los rostros recién afeitados, las camisas limpias y las corbatas de color chillón y forma estrafalaria: dos de los jurados parecían gente de mayor fuste, ostentaba el uno levita nuevecita, el cuello muy alto de deslumbrante blancura: el otro ciudadano lucía un chaquet pasado de moda y un soberbio chaleco de terciopelo azul, tan exiguamente descotado que ahorraba el lucimiento de la pechera. Los de los chaquetones miraban á uno y otro lado y daban con el codo al compañero más próximo para advertirle probablemente alguna nonada. Encontrábanse sobrecogidos. Aquello era otra cosa que estar en el obrador



UNA CASA DE ALDEA (de fotografía)

ó en la taberna. El caballero del chaquet y el otro de la levita cambiaban una sonrisa con aire de superioridad cada vez que el relator leía un punto escabroso en la pieza de autos, ó trabucando, al doblar las hojas, uno de los folios, continuaba en otro que no venía á cuento.

El estrado veíase lleno de gente de toga; abajo en el salón apiñábase la muchedumbre formando alrededor de los bancos una masa impenetrable. Los afortunados que lograron un asiento tenían los rostros más alegres que los infelices que de pie, materialmente prensados, estiraban el cuello hacia el Tribunal, disponiéndose á costa de sinnúmero de incomodidades á saborear las peripecias que ocurriesen.

Llegó su turno al fiscal.

Al levantarse zumbó en toda la sala un murmullo: el presidente agitó la campanilla vociferando: «¡Orden, señores!» y el murmullo se apagó como se apaga el bramido de la ola que muere en la arena.

II

No fué la fría acusación del fiscal atiborrado de leyes, ducho en los procedimientos, sistemático y ortodoxo en su ministerio; fué la brillante oración de un hombre conocedor del mundo, que no se apoyaba para administrar justicia en tales y tales artículos del Código: apoyábase en ese indestructible código del corazón, cuyas leyes rigen todos los actos de la humanidad.

Con palabra sobria relató el hecho de autos: aquella mujer joven y rica que ultrajada por el marido obedeció más que al reto de éste al de su dignidad herida en lo más hondo, no era acreedora, no debía serlo, al ensañamiento de la sociedad: aquella mujer era una excepción: era una histérica apasionada de un hombre, y este hombre con la superioridad del tirano llegó á escarnecerla, presentándole en público pruebas fehacientes de un amorío nuevo recogido en la calle, manchado de lodo, asqueroso, repugnante, vanagloriándose de aquella conquista mercantil... Un marido cruel, desconsiderado, sin pudor, que se permitió establecer un paralelo entre el cariño de una esposa amante sin tacha, que hacía de sus amores legítimos un culto religioso, y el egoísmo de una hembra que venía á desbaratar el hogar con caprichosas imposiciones.

No pidamos á todas las mujeres la resignación de los mártires – decía el fiscal, – no las pidamos lo sublime de un idealismo ultraterreno; pidámoslas únicamente que sean mujeres: no abusemos nosotros de nuestra indiscutible superioridad para con ellas, respetemos sus creencias, fomentemos sus cariños, y en ellas no arraigará el letal fruto del odio que se venga, ni tendremos que intervenir en hechos que como el presente muestran hasta qué grado infame puede empujar á un ser todo ternura la conducta extraviada de un marido sin pundonor.

En la sala, al escucharse esto, se acentuó el murmullo de simpatía hacia aquel hombre que alejándose de su odiosa misión de acusador, no empleaba su elocuencia en amontonar cargos, sino que desviaba la espada de la ley suspendida sobre una hermosa cabeza femenil: los magistrados estaban atónitos: los jurados mirábanse los unos á los otros como si sus conciencias respondiesen á las frases del fiscal: el defensor hacía signos afirmativos con la cabeza, y la acusada, allí, en el banquillo, dirigía al representante de la Themis la misma sonrisa de gratitud que la Magdalena debió dirigir á Jesucristo al escuchar de sus labios la absolución de sus faltas.

Describió la vida de la delincuente, niña mimada, pucela sin noviazgos – aquí tembló la frase en boca del fiscal, – y por último, mujer de irreprensible conducta, casada por amor con un hombre egoísta, de dudosa moralidad.

Pintó los dolores y angustias que torturarían á aquella niña desde el momento en que supo las relaciones de su marido con otra mujer anónima, despreciable por todos conceptos: las disputas cada vez mayores y más agrias entre la esposa que pedía al hombre que siguiese la senda del honor, y los sarcasmos de aquél ante esta súplica: la exacerbación de afectos, la lucha entablada en el alma de esta heroica mujer que veía deshacerse rápidamente sus ilusiones como si fueran témpanos de nieve licuados por el bochornoso sol del desengaño más cínico.

Describió el hogar, frío, sin caricias, exhausto de amores, y por último, después de un brillante apóstrofe al dualismo de aquellas almas sumidas en un divorcio que por necesidad había de precipitarlas á un combate de funestos resultados, llegó al punto psicológico de la catástrofe. Mostró á la mujer atada legalmente á un hombre sin corazón, indefensa, á quien una enfermedad hereditaria de histerismo arma el pecho de un valor salvaje y arrastra la voluntad á un momentáneo delirio. ¿Pediríais acaso responsabilidad á la leona que mata al que hirió á su hijuelo?..

Pues así esa mujer en un momento histeriforme vengó los ultrajes mansamente recibidos un día y otro día. Al escuchar en boca del hombre que más amó la negación de su cariño y la ponderación de otro tan bastardo, vióse menospreciada hasta lo infinito, y vibrantes aún los alardes de impudicia que como blasfemias caían en sus oídos, en un segundo de locura y ciego dolor, la mano fué anillo contráctil de acero, que, ciñéndose á la garganta del marido, produjo la asfixia en el organismo viciado por todo linaje de abusos.

La ley me dice que pida condenéis á esa mujer – terminó el fiscal; – la humanidad, señores del jurado, ha hecho que no estime agravantes contra esta desdichada... Vosotros resolveréis en conciencia.

Un aplauso – á duras penas contenido por la campanilla presidencial – resonó en la sala: los espectadores estaban conmovidos y hablábanse los unos á los otros ponderando la justicia de la oración fiscal que, acaso por vez primera, palpitaba unánime en el corazón de todos.

La reo – sollozante – envolvía en una mirada de infinito agradecimiento á su acusador.

III

– Queda en libertad la acusada – dijo el presidente con voz solemne.

– Gracias, muchas gracias – balbuceó la mujer.

Y llevada casi en triunfo por la muchedumbre que palmoteaba el desenlace de aquel juicio, salió de la sala.

En los pasillos se encontró de manos á boca con el fiscal.

El grupo de curiosos que iba detrás de la joven paróse á respetuosa distancia al ver que aquélla detenía al fiscal, asiéndole de un brazo.

– ¡Enrique! – murmuró la mujer en voz baja.



ESPIGADERAS, cuadro de J. P. Beadle



UNA BODA EN ARAGON, cuadro de P. Salinas

Volvió rápidamente la cabeza el aludido, coloreáronse sus mejillas y replicó con acento intraducible:

– ¡Angelina!

– ¡Me ha salvado usted!.. ¡Qué bueno es usted, Dios mío! ¡Y yo qué desgraciada he sido al no comprender hace años que usted me amaba de veras!.. Era una chiquilla sin peso... No acepté sus relaciones porque se me antojaba usted un hombre demasiado serio. Si las cosas pudieran hacerse dos veces... Ahora seré para usted una mujer muy despreciable, ¿verdad, Enrique?.. Y sin embargo – tartamudeó Angelina en un momento pasional irresistible – mi corazón me empuja á usted porque... ¡no debía decírselo!, se burlará usted acaso de mí, pero desde que le he oído hablar á usted en mi defensa, su generosidad ha despertado en mí sentimientos de que no me avergüenzo, porque... ¡le quiero á usted con toda mi alma!

Un sollozo interrumpió aquella confesión extraordinaria.

– ¿De veras? – preguntó Enrique con loco transporte de alegría, asiendo una de las manos de su interlocutora.

– Sí, Enrique, de veras.

– ¡Gran Dios, qué feliz me haces! Encuentro, después de perdidas todas las esperanzas, la única felicidad á que aspiré.. ¡La de que me amases, Angelina!..

***

¿Qué mucho que Himeneo atase en indisoluble lazo á aquellas dos almas generosas?..

Alejandro Larrubiera



El general Peixoto, presidente de la República del Brasil



El almirante Mello, jefe de la revolución del Brasil

NUESTROS GRABADOS

En el palco, cuadro de Ramón Ribera. – Siempre distinguido y correcto; tal podría ser el lema ó el mote heráldico-artístico del excelente pintor Román Ribera, pues aparte de esa envidiable seguridad en el trazo y de la maravillosa gama que se amasa en su paleta, tienen todas sus obras el sello de la distinción, de la elegancia y del buen gusto. Si como pintor careciera de sus distintivas cualidades, notaríanse siempre sus producciones por la belleza de la línea y la seguridad del dibujo. Ribera no decae ni se vulgariza, y sea cual fuere el género que cultive, siempre hallará medio, aun en los más nimios asuntos, para revelarse como artista de buena cepa, como castizo pintor y maestro, pues tal calificativo, tal título debe concederse á quien se considera y respeta, lo mismo en nuestra patria que en extranjero suelo.

Antes de la tormenta, cuadro de Julián Dupré. – Con razón figura Dupré entre los primeros paisajistas franceses contemporáneos: pocos como él han logrado identificarse con el modo de ser de los tipos, de las escenas y de los lugares campestres, que traslada al lienzo con toda su rusticidad y sencillez, pero también con toda su poesía. El espectáculo de la naturaleza le atrae y en sus cuadros se adivina que los contempla con entusiasmo y los estudia con cariño: sólo así pueden producirse obras tan bellas como *La forrajera* y *La pradera*, que publicamos hace tiempo, y *Antes de la tormenta*, que hoy reproducimos.

En el rosario, cuadro de Miccislao Reyzner. – Las viejas que diariamente acuden á la iglesia á la hora del rosario pueden clasificarse en tres grupos: unas van por verdadera devoción, otras por costumbre y otras por hacer algo del mismo modo que han ido antes ó irán después á chismosear con las comadres de su barrio. Las primeras rezan fervorosamente, las segundas echan sus sueñecitos entre misterio y misterio, las terceras procuran hacer lo más agradable posible aquella media hora que pasan en el templo, y así dejan el rosario para tomar sus sorbitos de rapé como sueltan la lengua para murmurar con la vecina. Los tres grupos están admirablemente sintetizados en los tres tipos del notable cuadro de Reyzner, figuras llenas de vida que revelan la mano de un consumado artista.

Entre compadres, cuadro de Joaquín Araujo. – Nacido Araujo en Ciudad Real, fuése desde muy joven á Madrid, en cuya Escuela Superior de Pintura y Escultura prosiguió los estudios que en su ciudad natal había comenzado; en 1872 pasó á París, en donde tuvo por profesor á Bonnat, y posteriormente á Londres, en donde expuso con gran éxito varias obras. Desde hace muchos años reside en Madrid, dedicado siempre al arte que con tanto entusiasmo como aplauso de inteligentes cultiva. El cuadro que reproducimos es una elocuente prueba de lo que Araujo vale: las figuras de esos dos compadres en actitud de cerrar algún trato que sellarán vaciando el jarro de vino, testigo mudo de sus negociaciones, están ejecutadas con una firmeza y una verdad que sólo los maestros consiguen.

Una casa de aldea (de fotografía). – La fotografía resulta en algunos casos competidora del dibujo, si el que maneja la máquina tiene temperamento artístico y sabe escoger los asuntos que en la placa sensible han de quedar impresos. Recordamos aún algunas que en la última Manifestación Artística del Ateneo Barcelonés se expusieron y que parecían reproducciones de hermosos cuadros: lo mismo podemos decir de la que hoy publicamos, que representa una casa de aldea, y en la cual no se advierte el menor artificio, sino que toda ella rebosa de naturalidad, elemento principal del arte.

Las espigaderas, cuadro de J. P. Beadle. – El autor de este cuadro cuenta en la actualidad treinta años, reside en Londres y se ha dedicado especialmente a la pintura militar, sobre todo á las escenas en que figura la caballería y en las cuales puede hacer gala de los muchos y largos estudios que del caballo tiene hechos. De muy distinto género es el lienzo que con el título de *Las espigaderas* pintó á la edad de veintiún años; nota ruralista, cuyas figuras aparecen á nuestros ojos en toda su rudeza campestre, y cuyo paisaje, obscurecido por densas nubes que anuncian próxima tormenta, tiene toda la poesía de la naturaleza sin ninguno de los artificios que muchas veces suelen desfigurarla por completo.

Una boda en Aragón, cuadro de P. Salinas. – En distintas ocasiones hemos reproducido obras del celebrado pintor Sr. Salinas, dedicando á éste los elogios á que sus indiscutibles talentos le hacen acreedor. En el cuadro que hoy publicamos revélase el artista español de buena cepa que ha sabido trasladar al lienzo un cuadro de costumbres de nuestra tierra, trazando una composición hermosa bajo todos conceptos y exornándola con un verdadero derroche de detalles tan bien dispuestos y con tanto acierto combinados, que no producen la menor confusión, destacándose cada uno de ellos en todo su valor y armonizándose todos para formar un conjunto bellísimo.

El general Peixoto y el almirante Mello, presidente de la República del Brasil y jefe de la revolución brasileña. – Son tan contradictorias las noticias que de la revolución brasileña llegan á Europa, que es imposible formarse idea exacta, así de las causas del movimiento revolucionario, como de la marcha de los sucesos que allí se desarrollan. Lo único positivo que se sabe es que el almirante Mello se ha sublevado con una parte de la escuadra contra el presidente Peixoto, que los insurrectos bombardean Río Janeiro y que algunas potencias han reconocido á éstos como beligerantes. Son, pues, de verdadera oportunidad los dos retratos que publicamos, porque sintetizan á los dos bandos que tienen empeñada una contienda cuyos resultados es difícil prever.



El perro y el faisán, escultura de Emilio Wunsche (Exposición de la Asociación Artística de Munich, 1893)

El perro y el faisán, escultura de Emilio Wunsche. – Varias veces hemos hecho observar que los asuntos más triviales pueden servir para obras de verdadero valor artístico. La escultura de Wunsche es de ello una nueva prueba. ¿Qué interés tiene, al fin y al cabo, el grupo del perro y el faisán? Interés propiamente dicho, ninguno; y sin embargo, nadie podrá negar que la obra resulta en extremo agradable á la vista y que en ella no hay un detalle que no se ajuste perfectamente á la técnica de ese arte que da vida á la materia inanimada y hace interesantes hasta los asuntos más triviales.

Fernando de Magallanes, escultura de D. F. P. de Tavera. – Otra nueva producción del escultor filipino señor Pardo de Tavera ofrecemos á nuestros lectores, en la que si bien de distinto género de aquellas á las que debe su ya cimentada reputación artística, obsérvase sin embargo igual grandeza y facilidad de modelado, la misma valentía, análoga simplicidad. Nuestro amigo, establecido hace algunos años en la capital de la vecina nación, ha podido saturar su espíritu de esa corriente modernista que tanto distingue la escuela escultórica francesa, á la que debe, sin ningún género de duda, su genioso renacimiento y sus grandes maestros. Félix Pardo de Tavera ha patentizado repetidas veces sus excepcionales aptitudes en las exposiciones de Bellas Artes y especialmente en el Salón, en donde el Jurado ha premiado algunas de sus obras.

El busto de Magallanes, el famoso navegante que dió nombre á un estrecho, ha sido adquirido para figurar en el Museo del ministerio de Ultramar.

El monumento de Wattignies, en Maubeuge, obra de Fagel. – La ciudad de Maubeuge ha erigido este monumento en conmemoración de la batalla de Wattignies que obligó á los austríacos, hannoverianos y holandeses á levantar el sitio que tenían puesto á aquella plaza. El grupo principal del monumento, obra del escultor Fagel, representa á Carnot, Jourdan y Duquesnoy abrazándose después de la batalla: en lo alto de la columna un voluntario agita el fusil y el tricornio con entusiasmo. En la parte posterior del monumento hay la estatua del *pequeño tambor*, joven alsaciano de catorce años que fué asesinado por los austríacos el primer día de la batalla, á la entrada de la aldea de Dourlers.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En la Galería artística de Dusseldorf se ha verificado una exposición de obras del reputado pintor de historia Carlos Muller, hijo de aquella ciudad y recientemente fallecido, exposición que constituye una verdadera historia artística del celebrado maestro.



Fernando de Magallanes, escultura de F. P. de Tavera

– El pintor sueco Eduardo Munch ha expuesto en Berlín una nueva serie de cuadros, estudios y croquis por los cuales se demuestra que prosigue imperturbable ante las censuras de una parte de la crítica por la senda de la oposición ultraradical á todos los preceptos que han venido rigiendo y rigen aún en materias de arte.

– El tribunal de casación de París no ha dado lugar á la petición del gobierno italiano para que fuesen embargados los cuadros que procedentes de la famosa galería Sciarra fueron secretamente remitidos á la capital francesa; de suerte que Italia no podrá recuperar las joyas artísticas que con tanto empeño reclamaba.

Teatros. – En el teatro Viejo de Leipzig se ha estrenado con buen éxito una opereta de Strauss *Una noche en Venecia*.

– En el teatro de la Opera de Berlín y con motivo del ciclo de obras de Mozart que se está representando en aquel coliseo, se ha estrenado la ópera cómica del gran maestro *La jardinera*.

– En Italia se han estrenado con buen éxito las siguientes óperas: en Mantua *En avant marche*, de Querrieri, y *Notti Romane*, de Villafiorita, y en Bolonia *La Vandea*, del poeta compositor Clementi.

– En el teatro de la Corte de Dresde se ha estrenado con gran éxito la ópera en cuatro actos de Antonio Rubinstein *Los hijos del brezal*.

– En el teatro de Viena se ha representado con éxito la opereta de Millocker *El castillo maldito*, reformada por sus autores, el citado maestro y el libretista Hugo Wittmann.

– En Amberes se ha estrenado con aplauso una ópera de C. de Linden titulada *El sitio de Leyden*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

L. Chabry, célebre fisiólogo francés.

Sir Alejandro Cummingham, general inglés, gran conocedor de las antigüedades indias y autor de una *Geografía antigua de la India*.

Carlos Augusto Fraikin, notable escultor belga, autor de importantes monumentos y de bellísimas esculturas.

Carlos Teodoro Reiffenstein, paisajista alemán.

Antonio Scheibmaier pintor de historia alemán.

María Wiegmann, pintora alemana.

Carlos Wolfel, arquitecto de Baireuth, constructor del teatro Wagner.



... holgábase contemplando el ir y venir de los aficionados al paseo de los Ingleses

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA

ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

I

– Vamos, Cristina, date prisa; ya son las once. El Sr. Lechantre y el doctor Langlois vendrán á almorzar con nosotros, y ya sabes que cuando vienen suele ser larga la conversación de sobremesa, y pudiera suceder que nos faltara después tiempo bastante para terminar el arreglo de la maleta de Santiago... Luego todas son prisas, y se olvidan las cosas... Vale más hacerlo todo antes.

La persona que se expresaba en tales terminos era la madre del pintor Santiago Moret, una mujer pequeñita, viva como un pájaro, vestida con un traje de lana negro. Tenía la buena señora cabellos grises, algo encrespados; habíase levantado las mangas del vestido hasta el codo, con lo que dejaba ver dos brazos redondos, bien hechos, morenos, como de quien tiene el hábito del trabajo, y hallábase en pie delante de una maleta abierta, forrada de lienzo fuerte y marcada con las iniciales S. M.

Aunque acaso no había cumplido los cincuenta años, la madre del pintor parecía tener más edad. Su rostro moreno, soleado, de pómulos salientes, con la nariz un poquito remangada, la barba corta y macerada, presentaba esas arrugas precoces que el trabajo al aire libre y los cuidados de una casa de labor dan á las personas dedicadas á la labranza. Pero esta prematura demacración del rostro, compensábala sobradamente la benévola expresión de los labios sonrientes, la viveza del gesto y sobre todo por la juvenil movilidad de los ojos azules, claros é inteligentes. Sus dulces á la vez que expresivas miradas, bajo los párpados arrugados, parecían como flores de infinita ternura y singular delicadeza. En aquellos ojos, así como en los de un perro leal, y valga la comparación, se adivinaba una abnegación á toda prueba y una simpática y adorable sinceridad.

Cristina, á quien la señora Moret acababa de llamar, apareció en la puerta del taller y respondió con un tono ligeramente áspero:

– Aquí me tiene usted, mamá.

Avanzó con paso mesurado, llevando con cuidado en sus brazos una pila de ropa. Era una joven de veinticuatro años, pequeña, delgada y de aspecto de campesina, como su madre, pero menos franca y expansiva. Tenía movimientos un tantico torpes, en sus ojos grises una mirada recelosa y dura, y en sus labios un no sé qué de altivez y desdén ó hipocresía... Todo, hasta el corte y el color de su vestido obscuro y estrecho, le daba el aspecto de una santurrona de pueblo. Al contrario que su madre, faltábale el perfume de la juventud, y la cordialidad y la expansión que hacían tan simpática á aquella señora. Dejó su montón de ropa sobre una mesa próxima á la maleta, y se arrodilló delante de ésta.

– No he podido, dijo con el acento propio del país, darme más prisa porque no acababa nunca de vaciar los cajones de la cómoda de Santiago. Yo no sé dónde vamos á poder colocar todo esto.

– No tengas cuidado que todo cabrá, dijo la señora Moret, extendiendo cuidadosamente las camisas en el fondo de un compartimiento vacío. Ya las tienes colocadas, y ahora, en los huecos, ponemos muy guapamente los calcetines y las medias.

– Hay no sé cuántas docenas... y de seda, repuso Cristina con un movimiento de desdén. ¡Virgen santa, no se comprende cómo un cristiano cae en semejantes futilidades!.. ¿No es un pecado llevar en los pies lo que tan caro cuesta?.

– Cristina, interrumpió severamente su madre, tu hermano trabaja bastante y gana lo suficiente para pagarse ese lujo... Además, eres muy injusta censurán-

dole, porque bien sabes que en cuanto ha ganado con su trabajo, antes ha pensado en nosotras que en sí mismo... ¡Hijo de mi alma! Siempre tengo presente el día en que volvió á casa después de haber vendido su primer cuadro. Me escribió que fuera á Langres á recibirle, y después de darme muchos besos y muchos abrazos me obligó á acompañarle al gran almacén de sedería de la calle de Saint-Amatre. «Mamá, me dijo, quiero que tengas un vestido de seda,» y á los dependientes de la tienda les decía: «Enseñen ustedes á mi madre los mejores cortes de vestido de seda.» Y ninguno le parecía bastante bueno para mí, y aunque yo no quería tanto lujo, me compró el de moaré negro, que no me atrevo á ponérmelo, porque yo no soy una reina ni una duquesa para llevarlo... Solamente una vez me lo puse, el día que mi Santiago se casó con Teresa... Conque me parece que no tenemos motivo para quejarnos de él... Es un buen hijo, un buen hermano, que nos quiere mucho, y Dios le premia... Tiene talento, gana lo que quiere, se ha casado á su gusto y al mío, está contento, y yo soy feliz viéndole dichoso.

Y la excelente mujer rellenaba la maleta con una actividad nerviosa, mientras sus claros ojos los humedecía la ternura de madre. Cristina estaba impasible. Su rostro no se animaba; por el contrario, apretábanse sus labios y entre sus párpados medio abiertos se filtraba una mirada amarga. En aquella naturaleza descontenta de sí misma y de los demás había cierto rencor celoso contra el hermano mayor, á quien todo había sonreído y que siempre había sido el Benjamín de su madre.

– ¡Dichoso!, objetó Cristina con malévola aviesa intención. Verdaderamente siempre ha tenido mucha suerte Santiago... y es una lástima que su salud no le permita pasar aquí el invierno y le obligue á irse al Mediodía.

El rostro de la señora Moret se contrajo dolorosamente y otra vez se humedecieron sus ojos.

– Sí, sí, murmuró, su salud..., eso es lo que me atormenta; pero el doctor Langlois asegura que no tiene cosa grave, y que lo que siente es consecuencia únicamente de la fatiga del trabajo... No importa, yo no voy á vivir todo el tiempo que esté lejos de mí, á más de doscientas sesenta leguas de aquí, en un país donde no conoce alma viviente... Por fortuna, Teresa va con él. Es una mujer buena, una esposa amante, que tiene tanto juicio como corazón, y esto me tranquiliza. Ella sabe cuidarle como lo haría yo misma, porque adora al marido tanto como yo adoro al hijo, y si algo sucediera...

– Pues si tanto le quiere, insinuó Cristina, y tanta influencia ejerce sobre él, bien podía haber impedido que trabajara con exceso... y otras cosas. Antes de casarse, bien bueno estaba, y sólo hace un año que el pobre padece ese mal de corazón... Pero hay que frecuentar la sociedad, los bailes, admitir y dar banquetes y vivir con lujo, y el marido tiene que trabajar sin descanso para pagar los gastos que esa vida fastuosa de placeres ocasiona.

– Calla, Cristina, dijo severamente la madre, que no es exacto ni justo lo que estás diciendo. Tú no has sabido jamás comprender ni estimar á tu hermano. Cuando se pone á pintar no hay poder humano que le obligue á interrumpir su trabajo, y le irrita que alguien lo intente. Teresa no es responsable de que su marido, entusiasta por el arte, trabaje, y trabaje sin preocuparse de otra cosa que de su trabajo, y tú debieras tener más reflexión y ser más caritativa para juzgar al prójimo.

Cristina consideró, sin duda, inútil contestar. Calló, pero como una condescendencia con su madre. Seguía doblando con extremada minuciosidad los pantalones y los chalecos sobre la mesa, con las cejas fruncidas y la boca desdeñosa, y entregaba luego las prendas á su madre, que las colocaba con las mayores precauciones en otro de los compartimientos de la maleta. Por la gran ventana orientada al Norte, que daba á la calle de Ampere, la luz igual y fría de la mañana iluminaba directamente las dos siluetas de madre é hija, y las paredes del taller, cubiertas de una tela roja obscura, cuyo monótono color interrumpía alegremente los tonos claros de cuadros colocados con poco orden. Eran estudios hechos casi todos en la montaña donde Santiago Moret había pasado su infancia, y recordaban paisajes muy conocidos de las dos mujeres inclinadas sobre la maleta medio llena ya. – Aquí, una laguna bordeada de pinos, en la que se reflejaba un cielo azul y blanco; allí, una corta de árboles en invierno, que se destacaban sobre la tierra cubierta del resto de una nevada, y más allá, la plateada corriente de un río bajo el arco irregular de un puente antiguo.

Las alfombras arrolladas, los *portiers* sobre las sillas, las cajas clavadas, las butacas y sillones enfundados denunciaban la inminencia de un viaje y producían una melancólica impresión más acentuada por la brumosa atmósfera del exterior y hasta por la voz infantil de un vendedor, enronquecida por la frialdad de principios de noviembre.

¿Se puede entrar?.. ¿Vengo demasiado pronto?, preguntó la voz de un hombre que se detuvo á la puerta de la sala.

Las dos mujeres levantaron la cabeza.

– Viene usted como siempre, oportunamente, Sr. Lechantre, respondió la señora Moret. No nos estorba usted, porque ya casi hemos concluído. Santiago no puede tardar y Teresa bajará dentro de un instante.

Francisco Lechantre dejó sobre un sillón un paquete cuidadosamente atado, se quitó el impermeable y el sombrero, y estrechó sucesivamente las manos de la mamá y de Cristina.

– Buenos días, señora Moret; buenos días, señorita Cristina... Vaya, que tenemos un día fresco de veras... Nuestros viajeros no van á tener calor..., pero á fe que luego les compensará de este frío el sol de Niza... ¡Felices ellos, señora Moret, que van allí á saturarse de aire puro y de luz radiante, mientras á nosotros se nos helarán aquí las orejas y la punta de la nariz y tendremos que andar sobre hielo.. ¡Buena suerte tiene el matrimonio!

Y hablando así, reía con esa franca y espontánea risa del hombre bueno, sano y contento de la vida. El pintor Francisco Lechantre llegaba á los sesenta años en la plena serenidad de un talento seguro de sí mismo y admirado de todos. Se le consideraba el maestro paisajista contemporáneo, y llevaba el hombre alegremente su gloria y sus sesenta años sobre sus robustos hombros. Sus cabellos y su barba habían blanqueado, pero esta nieve prematura servía de marco á un rostro de rosadas mejillas, de labios rojos y sanos, de frente despejada que iluminaban dos ojos azules, llenos de animación y vida. Su cuerpo, fuerte y bien proporcionado, sosteníase sobre infatigables piernas de cazador, derecho como aquellas encinas esbeltas y membrudas que pintaba á maravilla. La savia de la juventud que conservaba en todo su organismo se revelaba en su constante buen humor, en sus canciones del taller y del campo, en donaires y oportunidades propias de su cultivado ingenio, y también en admiraciones entusiastas, en afectuosas efusiones, que demostraban una exquisita bondad y un corazón de oro.

– Me he convidado á almorzar, continuó dirigiéndose á la señora Moret, señalando al paquete que había dejado al entrar; pero he traído mi plato... Es una sorpresa que reservo al amigo Santiago y á ustedes también, mis queridas señora y señorita.

En este momento oyóse hablar en el recibimiento y apareció Teresa Moret, acompañada del doctor Langlois, un joven de treinta y cinco años, grueso, corto de piernas, fornido, con abdomen demasiado abultado y cara redonda, en que brillaban dos ojillos penetrantes y escudriñadores como de médico.

La joven señora Moret era alta, gallarda, blanca y con hermosos ojos negros. Al lado del doctor, bajo, rechoncho, destacaba más la airosa figura de la cuñada de Cristina. Venía ya con su vestido de viaje, sencillo y elegante, que modelaba sin exageración los sobrios contornos del cuerpo nervioso y flexible. Sus cabellos, separados por una graciosa raya en lo alto de la cabeza, coronaban la frente más alta que ancha; su perfil, de una perfecta pureza; sus ojos, serenos, de largos párpados, le daban el aire de una virgen de Rafael. Tendió la mano á Francisco Lechantre y le presentó al doctor Langlois.

– ¡Oh!, exclamó el artista, la presentación es inútil, el doctor y yo nos hemos encontrado varias veces en el taller de la calle Campagne, donde Santiago pasaba las horas mortales de los primeros pasos en el camino de la gloria... ¿Se acuerda usted, doctor? Usted era entonces interno en la Piedad, y á fe mía que usted y Santiago han hecho desde aquel tiempo mucho camino...

Teresa se había acercado á la señora Moret, que acababa de arreglar la última bandeja del mundo, lleno hasta no poder más, y lo cerraba y comenzaba á sujetar las correas de la funda de lona.

– ¡Ajajá!, exclamó la anciana, levantándose y arreglándose el vestido. Ya hemos acabado la tarea .. Ahora, amigos míos, puesto que ustedes se conocen, vamos á dejarlos solos. Ustedes nos perdonarán que los tratemos con tanta confianza. Yo tengo que dar una vuelta por la cocina para que las cosas estén á punto, y Teresa y Cristina lo dispondrán todo en el comedor. Santiago no puede tardar, y en cuanto llegue nos sentaremos á la mesa.

– En ese caso, señora mía, recomendó Lechantre, hágame usted la merced de llevar este paquete al comedor..., pero con precaución. Es un vino superior que por su vejez tiene derecho á todas las consideraciones.

Las tres mujeres salieron. Cuando Langlois y Lechantre quedaron solos, el artista invitó al médico á sentarse junto á él en un diván, le ofreció un cigarrillo, encendió otro, y le preguntó:

– ¿Puede saberse, doctor, por qué envía usted al Mediodía á nuestro amigo Santiago? ¿Teme usted que tenga dañado el pecho?.. ¿Le considera usted gravemente enfermo?

– No, no tiene nada grave. Una ligera neurosis con ruidos anormales en los movimientos cardíacos y nada más. Nuestro amigo ha abusado de sí mismo desde su gran éxito en la última Exposición. Son muchos los encargos de cuadros que se le han hecho, y como no estaba acostumbrado, el triunfo se le ha subido á la cabeza, y ha hecho esfuerzos superiores á sus fuerzas para cumplir todos los compromisos contraídos. Además, las hermosísimas é incomparables mundanas que constituyen lo que se llama *todo París*, y que son verdaderas ovejas de Panurgo, tenían curiosidad de conocer al pintor de quien con tanto encomio hablaban los periódicos, y le han puesto en el grave peligro que ofrece la asistencia á sus *soirées;* Santiago ha tenido la debilidad de prestarse á tales exhibiciones. Cuando se ha estado trabajando todo el día, ir á los salones á las diez de la noche para no volver á casa hasta la mañana, es un conato de suicidio que debía estar previsto y penado en el Código. Se necesita poseer un sólido fondo de reserva vital para resistir, y ese fondo no lo tiene Santiago; á pesar de su constitución robusta, los años primeros del arte, de que hablaba usted antes, le han anemiado, si así puede decirse, le han enervado, le han fatigado por demás, y por esto ahora el corazón no funciona tan regularmente como se necesita.

– ¡Diablo!, ¡diablo!, murmuró Lechantre, contristado; pero usted me le va á curar, ¿no es verdad?.. No quiero que se nos eche á perder un muchacho que será dentro de pocos años honor y gloria de la pintura francesa.

– ¡Oh! Sí, es cierto; tiene mucho talento, afirmó el médico.

– ¡Ya lo creo que tiene talento!, exclamó el artista con entusiasmo. Jamás he visto ningún otro mejor dotado. Admirable golpe de vista, sentimiento, gusto, ejecución... Todo, todo lo tiene ese demonio de chico... Yo lo puedo asegurar, yo que le he seguido paso á paso desde el día que, encogido y tembloroso con su traje de provinciano, vino á presentarme sus primeros dibujos... Había en aquellos croquis tomados del natural una seguridad, una valentía, una verdad, un sabor... que me dejaron embobado como ante un espectáculo maravilloso... Le hice trabajar conmigo, y nadie podría imaginar con qué pasión, con qué tenacidad ha trabajado. Le he visto llorar de rabia delante de un modelo que no acertaba á colocarse con la expresión y en la actitud que él quería... Crea usted que sabe bien, pero muy bien, el oficio, y á los veintiocho años ha llegado á conseguir lo que los impresionistas entreveían, pero no han podido jamás ejecutar: la vida y la expresión de las figuras moviéndose al aire libre. Todos los adeptos de la pretendida escuela *modernista* han querido ensayar, pero en vano, porque les falta la precisión del dibujo y el arte de la composición, sencillamente. Cuando Santiago ha llegado á la Exposición con sus cualidades de ejecución, su sencillez, su emoción ante la naturaleza..., los impresionistas han comenzado á reir, pero con la risa del conejo, mientras los aficionados inteligentes se agrupaban delante de aquel prodigio. Y note usted que el niño no ha hecho todavía todo lo que puede hacer... Así, pues, doctor, hay que conservarle á toda costa, y que no se nos quede entre las manos. Hay que velar por él, vigorizarle, recomponerle, dejarlo, en fin, como nuevo, y que el corazón y el cerebro funcionen con toda regularidad.

No tenga usted cuidado, amigo mío. Cinco meses de permanencia en el litoral, una vida tranquila de planta delicada al sol, ningún exceso de trabajo, nada de vigilias ni de cuidados, y Santiago quedará como nuevo, como usted dice... Estoy más seguro de la eficacia del tratamiento, porque sé que Santiago no se va solo y que tendrá por auxiliar á Teresa. Es una mujer muy inteligente y que me parece que ama verdaderamente á su marido. ¿No es usted de mi opinión?

– ¿Teresa?.. No solamente adora á su marido, sino que también le comprende. Tiene un talento muy claro, un buen sentido incomparable, y siempre ha aconsejado bien á Santiago. Sí, doctor, Teresa es un corazón de oro, enérgi-

ca, firme, leal y sincera. Ha traído de su provincia todas las cualidades indispensables para un hogar de artista, cualidades preciosas cuando no las empequeñece, como en su cuñada Cristina, esa ruindad de alma que suelen producir los hábitos de la vida campesina. En fin, Teresa es la única mujer que me ha hecho dudar de la rigurosa exactitud de una teoría exclusivamente mía...

– ¿Tiene usted una teoría?, interrumpió Langlois con una sonrisa un poquito irónica, ¿se puede saber qué teoría es esa?

– Sí, señor, prosiguió el pintor; creo que un artista no debe casarse hasta después de haber llegado á la plenitud de su desarrollo, cuando ya está tan seguro en su éxito como una muralla sobre sus cimientos... Hasta ese momento, la intervención de la mujer, con sus exigencias, sus caprichos, sus fantasías, su intolerancia, sus celos, sus aprensiones y suspicacias puede perjudicar considerablemente á la buena dirección y á la expansión del talento... Por esto permanezco yo soltero. Sin embargo, desde que he tenido el gusto de conocer á Teresa confieso que si, en tiempo oportuno, hubiese encontrado mujer como ella, quizá hubiérame hecho renegar de mis principios y enviar al diablo mi teoría... Así es que estoy persuadido firmemente de que rodeará á su esposo de los más exquisitos cuidados morales y materiales; y si para que se restablezca no es preciso otra cosa que buen régimen y reposo...

– Nada más. Afortunadamente no hay lesión en el corazón y nuestro amigo recobrará fácilmente la salud si observa exactamente el plan curativo que le he dispuesto... En este caso respondo de su vida...

– Mucho me complace oir á usted. Habiendo tantos imbéciles que disfrutan la más perfecta salud que yo para mí deseo, sería una grande injusticia que un mozo de tan colosal talento se malograra... La naturaleza no produce todos los días artistas de tan altos vuelos, y la escuela moderna necesita á nuestro Santiago para que los discípulos de la misma sigan el camino derecho...

– Me parece que aquí se habla de mí, dijo desde fuera una voz un poco opaca.

– Sí, hijo, sí, replicó Lechantre, de ti se habla, y aunque tienes la mala costumbre de oir detrás de las puertas, esta vez no has oído hablar en tu disfavor, como suele suceder á los que escuchan; si es cierto aquello de que «quien escucha, su mal oye.»

Santiago Moret entró alegre, sonriente. Era pequeño como su madre y su hermana, sólidamente formado, ligero, ágil, con brazos y piernas de excelente musculatura. Su morena fisonomía era sumamente expresiva. No era hermoso en la clásica acepción de la palabra, pero en los rasgos irregulares de su rostro había una espiritualísima movilidad encantadora. La frente arqueada, la nariz un poco respingada, los ojos pequeños, penetrantes y escudriñadores, los contornos firmes y carnosos de la boca rodeada de una barba negra corta, indicaban que el sujeto poseía fuerza de voluntad y carácter decidido; pero cuando cesaba en él la tensión de la seriedad y la reflexión, y aparecía en sus labios la sonrisa, su boca adquiría una graciosa movilidad y reflejábase en sus claros ojos una expresión picaresca y á las veces una ternura simpática y seductora; solamente la palidez de las mejillas y un ligero tinte violado en los párpados inferiores revelaban algo de enfermizo en aquel sólido organismo de aldeano.

Porque había seguido siendo un aldeano, á pesar de su apariencia correctamente elegante y del barniz parisiense que había adquirido con suma facilidad. En ciertos momentos el ardor de la mirada, el pliegue nervioso de sus labios denunciaban una naturaleza indómita, apasionada, á la que la exasperación podía llevar á los mayores extremos.

– Me hice esperar, dijo, estrechando con efusión las manos del pintor y del médico; perdonen ustedes... Pero cuando se va á emprender un largo viaje hay que poner orden previamente en los negocios... Sobre todo, añadió mirando al doctor, cuando el viaje se emprende en obediencia á las órdenes inapelables del médico.

– Es cosa averiguada, exclamó jovialmente Lechantre, que sólo necesitas un poco de tranquilidad. Ahora mismo me lo decía este simpático doctor: un hombre como tú no está malo cuando no quiere estarlo.

– De todos modos, repuso el joven artista, mi enfermedad no me quita el apetito. Estas dos horas de discusión que he tenido con el prójimo que me vende los cuadros me han extenuado, y vengo con una gazuza más que regular. Y como creo que sólo yo faltaba, paréceme que podemos pasar al comedor, puesto que ya estoy aquí.

– Un minuto, interrumpió el doctor. Desabróchate la americana y el chaleco, y ven aquí para examinarte otra vez.

Obedeció Santiago con la mayor humildad, y el médico aplicó el oído al lado izquierdo del pecho del enfermo, auscultándole con la mayor solicitud, mientras Lechantre, contemplando el grupo que formaban el artista y el hombre de ciencia, procuraba en vano leer el pensamiento de éste en su impasible rostro.

– Me parece, dijo Langlois después de un momento, que has subido una escalera demasiado de prisa.

– No, aseguro que no, replicó Santiago.

– No te muevas, que no he concluído.

Volvió á empezar la auscultación, poniendo, si era posible, más atención, sin que su fisonomía, á despecho de Lechantre, revelara su pensamiento. Al fin, el doctor levantó la cabeza con un movimiento rápido.

– ¿Y qué hay, viejo Casandra?, preguntó Santiago bromeando.

– Nada nuevo, todo sigue muy bien. Lo que te recomiendo cuando estés allá es un régimen tónico, reposo y baños de tilos no muy calientes.

– ¿Y podré trabajar en mi cuadro?

– ¡Oh! No, no; me harás el favor de ser holgazán por algún tiempo. Niza es una ciudad que ofrece al ocio innumerables delicias. Resígnate á la ociosidad durante cinco meses, y á la vuelta verás cuánto y qué bien trabajas.

– Pero ¿no vienen ustedes, sempiternos habladores?, preguntó la señora Moret desde la puerta del comedor. Bueno se va á poner el almuerzo; el arroz pasado, las chuletas frías...

Acudieron inmediatamente al comedor donde esperaban las tres mujeres. El comedor era una pieza alegre, pintada de verde claro, sobre el que resaltaban los vivos colores de las porcelanas y barros de Aprey, coleccionados por Santiago en la montaña. Sentáronse todos á la mesa, y el almuerzo comenzó silenciosamente. A pesar de los esfuerzos que hacía Lechantre para animar la conversación, no lo conseguía. La perspectiva de una próxima separación influía sobre todos; solamente Lechantre y el doctor Langlois hacían honor á la excelente cocina de la simpática mamá. En cuanto á Santiago, bien se advertía que había querido engañarse á sí propio, asegurando que sus quehaceres de la mañana habían estimulado su apetito; trituraba la carne en la boca y no la pasaba sin mucha dificultad. La idea de abandonar á París, de interrumpir durante cinco meses sus relaciones y sus costumbres le ponía melancólico y le contrariaba por todo extremo; además, le consternaba la prohibición de trabajar en un espacio de cinco ó seis meses. Veía en esta obligación de renunciar temporalmente á la pintura una especie de humillante abdicación, un síntoma evidente de penosa y prematura decrepitud. «¿Estoy ya, pensaba, tan echado á perder que he de vivir sujeto á un régimen estrecho, medicinándome como un viejo?..» Haciéndose estas reflexiones, levantó la cabeza y sorprendió la mirada profunda de Teresa fija en él, en una contemplación tan tierna como ansiosa. Por esa infalible intuición de los corazones amantes, la joven esposa adivinaba las preocupaciones del artista y le enviaba una cordial mirada de aliento y esperanza, una protesta dulcísima de amor y de fe en el porvenir, á la que Santiago correspondió con una de sus más cariñosas sonrisas.

Bajo sus párpados beatamente inclinados, Cristina sorprendió al vuelo este cambio de afectuosas miradas, y no pudo reprimir un movimiento imperceptible de despecho. Tampoco Cristina comía; el mal humor provocado por el trastorno de los preparativos del viaje y por el disgusto que le causaba la obligada permanencia en París le había quitado el apetito. Habíase convenido que durante la ausencia del matrimonio, ella y su madre ocuparían la habitación de Santiago, y este alejamiento del país en pleno invierno, en oposición con sus aficiones y sus devociones campesinas, la contrariaba extraordinariamente. No perdonaba á la señora Moret haber consentido en salir de Rocatallada para complacer á su Benjamín. Al mismo tiempo sentía cierta envidia celosa de hermana desdeñada, espiando las demostraciones de ternura de la gentil pareja. Viendo festejado y mimado por todos á su hermano, se exacerbaba su mal humor de solterona, y se preguntaba: «Pero, Señor, ¿qué tiene de extraordinario mi hermano para tantos mimos y para que todos le contemplen como en adoración?»

La señora Moret, por su parte, se multiplicaba para servir á sus convidados, y se movía de un lado á otro, excitándoles á comer, á beber, y todo esto lo hacía para disimular su emoción y también para que no se notase que no probaba bocado.

– ¡Usted no come!, decía á Lechantre... ¿No le parece á usted bueno este pollo?.. Pues yo le encuentro ternísimo. ¿Acaso no está bien sazonado?

– Lo encuentro excelente, contestaba el pintor con la boca llena; bien se conoce que ha sido asado en el horno y que no emplea usted en su cocina los aparatos de gas recientemente introducidos. Un pollo asado á la llama del gas no estaría dorado como éste, ni tendría este rico sabor tan delicado...

– Tiene usted mucha razón, añadía la buena señora; usted lo entiende. Y así halagaba las pretensiones culinarias del pintor, que se preciaba de ser muy inteligente... ¿Y la ensalada? ¿Qué le parece á usted esta ensalada?

– Exquisita, mi querida señora Moret... Esta lechuga tan admirablemente aderezada, y se necesita mucho talento para aderezar bien una ensalada, le lleva á uno la primavera al corazón, es decir, que rejuvenece á quien la saborea. A propósito, ¿no le parece á usted que ha llegado el momento de presentar la sorpresa?.. Tenga usted la bondad de darme las botellas que están sobre el aparador... Esto, amigo Santiago, repuso Lechantre, descorchando una de las botellas con paternales precauciones, es un vinillo viejo de Barincourt, cosechado en mis propias viñas hace diez años, y he querido que hoy bebas de este néctar para que al partir lleves en los labios el sabor del vino que sabe hacer tu maestro y compañero.

Y al mismo tiempo Lechantre servía á todos del precioso licor, mostrando á la contemplación general el límpido color de rubí. Él lo probó el primero, paladeándolo solemnemente, en la actitud de un conocedor peritísimo en tan importante materia.

– Esto, exclamaba, es verdadero jugo de uva, sin otro manipulador que el sol de allá abajo... Este es un vino que hay que beberlo de rodillas, un néctar de los dioses... ¿Qué te parece, buen mozo?

– Es perfecto, querido maestro, contestó Santiago sonriendo; cuando se bebe este vino parece que deja el paladar forrado de terciopelo como un estuche.

– Te enviaré unas botellas á Niza para que no olvides á los camaradas del país. Y ahora, amigos míos, á la salud de todos; brindo también porque esta dulcísima pareja de enamorados haga un feliz viaje, y en fin, por el terreno bendito que produce este vinillo.

Chocáronse los vasos, y luego, como el *bouquet* especial del vino de Barincourt había evocado el recuerdo del rincón de provincia de donde procedían todos los presentes, desatáronse las lenguas, se recordaron los conocimientos y amistades comunes, las historias de gentes del país, las partidas de caza, las jiras, los estudios del natural, y pasó el tiempo en una conversación animadísima é igualmente agradable para todos.

Sin embargo, á medida que avanzaba el tiempo, un malestar indefinible volvió á apoderarse de la familia Moret, y la conversación languideció. Sentían todos más ó menos esa especie de fiebre que precede á un viaje. Los que se van quisieran haberse ido ya y verse libres, por consiguiente, de las emociones de la despedida, y los que se quedan no saben ya qué decir después de haber agotado todo el vocabulario de los buenos deseos, de las recomendaciones y encarecimientos acerca de la salud en un país nuevo, y ponen una cara muy triste, pensando que pronto va á sonar la hora del último abrazo y del último beso desde el estribo del vagón.

– ¡Las tres ya!, suspiró la señora Moret, oyendo, arrasados de lágrimas los ojos, las tres campanadas en el reloj del taller. Mañana á estas horas estaréis muy lejos de mí, hijos míos...

– Mañana á estas horas, dijo Santiago procurando mostrarse contento y jovial, estaremos en San Rafael y nos acordaremos mucho de mamá.

– ¿Pero ya son las tres?.., exclamó el doctor Langlois, y yo aquí tan tranquilo como si hubiera olvidado á mis enfermos... Adiós, adiós, querido Santiago, buen viaje; no olvides mis saludables consejos y escríbeme...

El médico salió el primero, Teresa y la señora Moret subieron á sus habitaciones para recoger algunos objetos, y Cristina, que no pensaba acompañar á los viajeros hasta la estación, se quedó en el comedor, recogiendo la vajilla y guardando lo que no se había usado en el almuerzo.

Lechantre se proponía acompañar á sus amigos al camino de hierro de Lyón, y luego á la mamá á casa. Mientras llegaba el momento de la partida fuése con Santiago á fumar su pipa en el taller del querido discípulo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

JUAN TYNDALL

La muerte de Tyndall, acaecida el día 7 de diciembre último, deja en la ciencia un vacío difícil de llenar: con ese gran sabio desaparece una de las figuras más originales y salientes del presente siglo.

El eminente físico J. Tyndall, fallecido en 7 de diciembre de 1893 (de una fotografía)

Nació Tyndall en Leighlinbridge (Irlanda), en 21 de agosto de 1820; entró en 1839 en la *Ordenance Survey*, en donde se perfeccionó en los estudios geodésicos; dedicóse en 1843 á la construcción de ferro carriles, y en 1847 fué nombrado profesor adjunto del Colegio Queenwood, de Hampshire. En 1848 partió para Alemania, y de entonces datan sus primeros trabajos científicos, relativos al diamagnetismo y á las propiedades electro-ópticas de los cristales. En 1852 obtuvo el codiciado título de *Fellow of the Royal Society*, y en 1853 dió la primera de sus célebres conferencias en la *Royal Institutión* y fué nombrado profesor de Filosofía natural de ésta, cargo que conservó hasta 1887. En 1866 sucedió á Faraday como consejero científico de la *Trinity House;* en 1872 dió en los Estados Unidos una serie de conferencias científicas cuyos beneficios, que excedieron de 130.000 francos, se repartieron entre el Colegio Columbian de Nueva York, el Colegio Harvard de Boston y la Universidad de Pensilvania de Filadelfia.

Las controversias de Tyndall sobre asuntos científicos han tenido una resonancia tan grande como sus trabajos y conferencias, y sus ideas filosóficas le valieron duros ataques de los cristianos ortodoxos y levantaron contra él, en Inglaterra, una oposición teológica cuya efervescencia no se había calmado aún cuando en 1887 abandonó la vida activa para retirarse á las soledades de Hindhead y de los Alpes, que tanto le deleitaban.

Tyndall gozó también de gran reputación como alpinista, y desde 1856 puede decirse que no dejó de visitar ningún año las montañas suizas: él fué el primero que solo y sin guía realizó la ascensión al Weisshorn y al Mont Rose. Sus viajes alpinos están consignados en dos obras, *The Glaciers of the Alpes* (1860) y *Mountaineering* (1861), que obtuvieron gran éxito y son muy estimadas por los alpinistas y por los geólogos.

Entre sus obras puramente científicas pueden citarse: *El sonido, El calor como modo de movimiento, La luz, Notas sobre la electricidad* y *Fragmentos de ciencia.*

Tyndall, que practicó notables trabajos sobre los gérmenes y polvos del aire, fué uno de los grandes partidarios de las teorías de Pasteur, y contribuyó al triunfo de los métodos quirúrgicos antisépticos por la manera magistral como Tyndall los expuso.

Tyndall, según expresión de un periodista inglés, fué siempre sincero consigo mismo, con sus amigos y con su patria, enérgico en la investigación de la verdad, audaz y á veces brutal en el modo de expresar sus convicciones y nunca temió á los hombres ni á la adversidad; fué, en suma, un verdadero carácter. – E. H.



EL FERROCARRIL INTRAMURAL

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

El ferrocarril intramural constituía una atracción y una novedad en la Exposición de Chicago. Las colosales dimensiones de ésta y la creencia de que á ella acudiría una muchedumbre extraordinaria de visitantes imponían la necesidad de recurrir á medios de locomoción especiales, distintos de los empleados en exposiciones anteriores. Por esto se adoptó la idea de un ferrocarril elevado, movido por un sistema de tracción eléctrica.

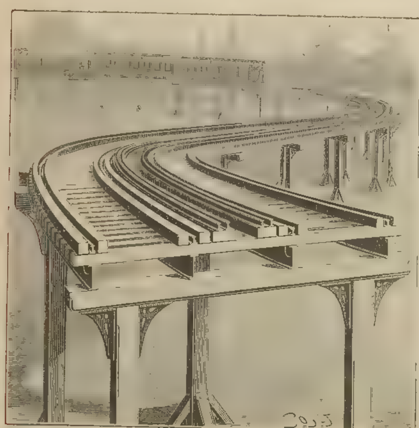


Fig. 1. Detalle de la vía del ferrocarril intramural de la Exposición universal de Chicago

La construcción del *Columbian Intra-mural Railway* y todo el material del mismo salieron de los talleres de la *General Electric C.ª*, que empezó sus trabajos en 3 de agosto de 1892 y pudo hacer funcionar el primer tren en 20 de abril de 1893.

Los generadores eléctricos que proporcionan la corriente al intramural y al *side walk* (otro medio de locomoción originalísimo) estaban instalados en un gran edificio especial denominado *Power House:* la pieza principal de la instalación era indudablemente la dinamo de corriente continua de 1.500 kilowats, que es indudablemente la más potente de cuantas hasta ahora se han construído, y que estaba accionada directamente por un motor Corliss de 2.400 y en caso de necesidad 3.000 caballos de fuerza. Además de ésta había otras dinamos de menos potencia que podían ser enlazadas con aquélla hasta formar una potencia eléctrica total de 2.000 kilowats

Alimentaban estos motores 10 generadores de vapor calentados por petróleo, cada uno de los cuales podía producir 3.000 kilogramos de vapor por hora.

La vía, completamente aérea, componíase de 4.500 metros de vía doble y de 480 de vía sencilla y se desenvolvía en un trazado sinuoso impuesto por las disposiciones arquitectónicas. Las pendientes de la vía aérea alcanzaban en algunos puntos un 2 por 100 y las curvas en los extremos de línea tenían un radio máximo de 30 metros.

La vía (fig. 1) estaba asentada sobre una serie de estacas cuadradas de madera, de 30 centímetros de lado, que sostenían las traviesas sobre las cuales descansaban hierros en doble T dispuestos longitudinalmente, que á la vez servían de retorno de corriente y que aguantaban los rieles. Además de los rieles de servicio había otros cuatro de iguales dimensiones, colocados á 30 centímetros debajo de aquéllos y montados sobre bloques de madera creosotada para aislarlos. Los dos rieles más próximos á cada vía servían de toma de corriente al *trolley* y los otros dos de *feeders* ó alimentadores: las conexiones entre estos rieles estaban hechas por medio de buenas soldaduras. El retorno de corriente se verificaba por los rieles de servicio y los hierros en doble T que formaban el armazón que descansaba sobre las estacas. El empleo de rieles de un tipo único debióse á consideraciones económicas por el carácter provisional de la instalación.

Las tomas de corrientes ó *trolleys*, en número de cuatro, estaban montadas sobre gruesas planchas de roble y eléctricamente aisladas del vagón: cada una de ellas (fig. 2) se componía de un armazón de hierro con dos brazos en los que se articulaban dos palancas que sostenían una plantilla de roce, de hierro fundido, que por su propio peso rozaba con el riel, pues la articulación sólo servía para que el vagón pudiera ejecutar ciertos movimientos. La conexión entre la plantilla del *trolley* y el conductor que llevaba la corriente al comutador se obtenía por medio de delgadas tiras de cobre flexibles y sobrepuestas. De los cuatro *trolleys* sólo dos, montados en cantidad, servían simultáneamente. Al potencial útil normal de 500 volts y á potencia máxima normal un tren tomaba hasta 1.000 amperes, pasando por consiguiente 500 á cada *trolley.*

Cada tren normal se componía de un coche motor y tres remolcados, pesaba 96 toneladas y podía conducir 400 personas. Los motores del primero eran de 100 kilowats y podían dar una velocidad de 48 kilómetros por hora: para la tracción de un tren había cuatro iguales, lo que daba una potencia de 400 kilowats. Gracias á la potencia enorme de que se disponía, el tren podía adquirir muy rápidamente su velocidad, de suerte que á los 100 metros ésta era ya de 16 kilómetros por hora, lo cual es una gran ventaja para un servicio entre estaciones muy próximas y con trenes muy frecuentes. La potencia del vagón motor era muy superior á la de las locomotoras movidas por el vapor que hacen el servicio de los trenes de viajeros en los ferrocarriles *elevated.*

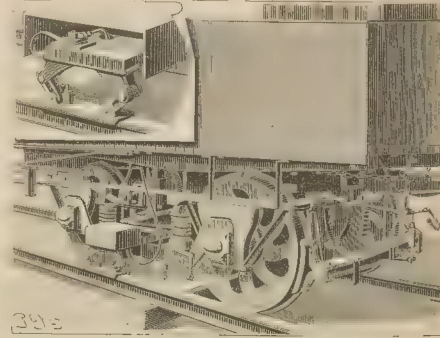


Fig. 2. Colector de corriente del ferrocarril intramural de la Exposición universal de Chicago

La parte original de la instalación consistía en la maniobra de los conmutadores y de los frenos, todos

los cuales funcionaban por medio del aire comprimido: á este efecto, un pequeño motor eléctrico especial, montado en el vagón motor, hacía funcionar una pequeña bomba de aire que mantenía automáticamente una presión constante en un depósito: este aire era luego distribuído por varias espitas á los pistones que hacían funcionar los conmutadores calculados para 1.000 amperes, sin que el maquinista tuviera nada que hacer, y á los frenos de aire comprimido dispuestos en todos los vagones del tren.

El sistema de desamarre y de cambio de velocidad era también muy original: en el acto de empezar á andar el tren, los cuatro motores estaban aparejados en tensión, y cuando el tren había adquirido cierta velocidad montábanse dos á dos en tensión y derivación sobre la canalización; por último, cuando el tren marchaba á gran velocidad montábanse en derivación sobre la línea. Algunas resistencias adicionales introducidas en el circuito ó retiradas de él permitían cambiar la velocidad del tren sin sacudidas.

Por la noche los trenes y las estaciones estaban brillantemente iluminados por lámparas incandescentes montadas entre sí en tensión en series de cinco y empalmadas en derivación con la canalización general.

Un viaje completo en el intramural constituía uno de los medios más rápidos, más cómodos y más agradables de formarse una idea general del conjunto de la *World' s Fair.* El día 4 de julio de 1893, aniversario de la independencia de los Estados Unidos, transportó ese ferrocarril más de 63.000 viajeros: el número de los transportados en junio fué de 784.756 y en septiembre más de un millón.

El intramural ha sido el ferrocarril eléctrico aéreo más potente de cuantos hasta ahora se han construído: su éxito técnico ha sido completo, pues ha correspondido á las esperanzas más optimistas de sus iniciadores y organizadores, y su éxito financiero habría sido mucho mayor si su trazado se hubiese ajustado mejor á las necesidades de los visitantes de la exposición. De todos modos constituye una prueba cierta de la practicabilidad de los ferrocarriles eléctricos elevados, así en las exposiciones como en las poblaciones, pues el tráfico del intramural ha sido durante la exposición no menos activo y difícil que el de los ferrocarriles aéreos de vapor de Nueva York y Chicago, con la ventaja de no lanzar torrentes de humo y de no producir el ruido insoportable del otro sistema. – E. H.

(De *La Nature*)



EL MONUMENTO DE WATTIGNIES, EN MAUBEUGE, obra de Fagel

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EPISTOLARIO, *por D. Víctor Balaguer.* – La Redacción de la importante revista *Pro Patria* ha comenzado sus publicaciones con este libro que contiene algunas cartas escogidas entre las que D. Víctor Balaguer tiene publicadas en varios libros y periódicos ó inéditas aún entre los manuscritos del archivo de Villanueva y Geltrú. El renacimiento catalán, el monasterio de Piedra, el idealismo, la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, las ruinas de Poblet, la noche del 25 de julio de 1835 en Barcelona, recuerdos de Italia, la Nochebuena en Cataluña, la tragicomedia *Fernandus Servatus*, recuerdos del Montseny, la literatura catalana, la casa de Moncada, la cuna de Cristóbal Colón, tales son los asuntos que se tratan en las veintiocho cartas de que consta el libro, y con enumerarlos y con saber que éstas son del eximio literato y sabio historiador, gloria de Cataluña y de España, creemos innecesario añadir una palabra más para demostrar el interés de un libro lleno de bellezas y útiles enseñanzas. La obra, que forma dos tomos elegantemente impresos y encuadernados, se vende al precio de 8 pesetas y sus productos se destinan al fomento y sostén de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

TRATADO LEGAL DE LAS OBLIGACIONES Y CONTRATOS, *por D. Cándido de Ulzurrun y Orue.* – Esta obra es una exposición completa de los principios del Código civil español sobre tan importantes materias con referencias al proyecto de Código de 1851 y los precedentes del derecho antiguo. Su autor, abogado fiscal de la Audiencia territorial, ha realizado con ella un trabajo de una utilidad práctica y de interés general, pues pocos son los que en nuestra vida social no tienen algo que ver con contratos y obligaciones en materia civil. El libro forma un abultado tomo de más de 700 páginas, ha sido editado por D. Pascual Aguilar, de Valencia, y se vende á 4 pesetas.

ALMANACH PE «LA ESQUELLA DE LA TORRATXA.» – Abundancia de bellos grabados originales de los principales artistas españoles y variado y ameno texto de nuestros primeros escritores catalanes, son elementos más que suficientes para componer un conjunto agradable é interesante. Pues bien; todos los reune el elegante almanaque del popular periódico *La Esquella de la Torratxa*, que con el éxito de siempre ha publicado el editor don Inocente López y que se vende en las principales librerías á una peseta.

JOGUINAS, *per Manuel Rocamora.* – La *Biblioteca Popular Catalana*, siguiendo sus laudables propósitos de popularizar nuestra literatura regional, ha publicado en su volumen séptimo una colección de bellísimas poesías del joven poeta D. Manuel Rocamora, cuyo nombre es bien conocido en las letras catalanas por las composiciones publicadas en diversas revistas literarias y por su drama *La dama de Reus*, estrenado durante la anterior temporada en el Teatro Catalán. *Joguinas*, como los demás tomos de la Biblioteca, se vende á 50 céntimos de peseta.

SOVRE LA V Y LA B EN CASTELLANO, *por Alberto Liptay.* – El movimiento revolucionario ortográfico adquiere cada día mayor importancia en Chile, en donde se publican multitud de libros y folletos defendiendo la reforma de la ortografía castellana. En el que tenemos á la vista, D. Alberto Liptay trata del empleo de la *v* y de la *b*, completando sus interesantes trabajos con una porción de cartas de notables escritores chilenos sobre el mismo asunto. Contiene, además, un ingenioso discurso sobre la posibilidad de un idioma internacional adoptado por sufragio universal.

ALMANACH DE «LA CAMPANA DE GRACIA.» – En este almanaque se han reunido chispeantes artículos y poesías de los principales colaboradores literarios del popular semanario é intencionados dibujos debidos á artistas tan reputados como Moliné, Apeles Mestres, Pellicer y Foix, casi todos ellos sátiras políticas de oportunidad hechas con inimitable gracia. Editado por don Inocente López, véndese el almanaque á 50 céntimos.

TABLAS ALCOHOLOMÉTRICAS, *por Juan Aguilar y Esteve.* – Contiene esta obrita las instrucciones necesarias para averiguar el grado real de un líquido espirituoso y una colección de cálculos prácticos para la contratación de alcoholes, siendo por consiguiente muy útil para las muchas personas que á esta clase de negocios se dedican. Véndese á 50 céntimos de peseta.

CANTARES AFRICANOS, *por José Carlos Bruna.* – Colección de cantares que su autor, distinguido poeta malagueño, divide en cantares de allá y cantares de acá, los primeros puestos en boca de los rifeños y los segundos de los españoles; en ellos habla el sentimiento y se hace ligeramente la historia de lo sucedido en Melilla, mezclada con reflexiones un tanto amargas y con el humorismo que caracteriza al soldado español. *Cantares africanos*, algunos de los cuales han sido publicados en *La Gran Vía*, de Madrid, y en otros periódicos, han sido impresos en Málaga y se venden á 25 céntimos de peseta el ejemplar.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 8 de enero de 1894 — Núm. 628

Habiendo regresado de Melilla nuestro corresponsal artístico D. José Cabrinety, en breve comenzaremos á publicar los interesantes dibujos y fotografías que ha ejecutado durante su permanencia en aquella plaza



MISS ADA REHAN, retrato pintado por Jan van Beers
(de fotografía de Braun Clement y C.ª, de París)

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Acaba de abrirse al público la Exposición anunciada de *impresiones de viaje*. El círculo de Bellas Artes instaló las obras con gran gusto, decoró el local con *amore*, cubrió de tapices la escalera, invitó á la prensa el día anterior al de la apertura del certamen; la prensa dió la noticia en extensos artículos, y en efecto, el público todavía no ha querido enterarse, y mucho me temo que no quiera enterarse nunca.

Se ha puesto á la venta una de las obras mejores de Taine, *Los anales de la Francia contemporánea*, y en un mes se han vendido diez ejemplares.

La prensa diaria presta toda la atención que, dada la índole de aquélla, casi exclusivamente política, puede prestar á asuntos artísticos, como el de la universidad de Santiago, los cuales tienen carácter nacional, y apenas si alguna que otra persona dedica cinco minutos á censurar lo más censurado y no calificado por todo pueblo culto.

La división territorial militar levanta protestas sin cuento; las regiones ó las capitales que se creían lesionadas con la tal división amenazan, y por un momento hasta el mismo gobierno creyó en la necesidad de no llevar á la práctica la reforma; pero pasados los primeros instantes de recelo, la reforma se plantea, y... tampoco aquí pasó nada.

Nuestros soldados mueren en Melilla á manos de las hordas rifeñas, y sus cadáveres son profanados bárbaramente; y tras de la derrota del día 2 de octubre vienen las luctuosas jornadas de los días 27 y 28 del mismo mes, y en ellas perecen un general y soldados sin cuento y oficiales de nuestro ejército, alguno de tanto mérito como mi buen amigo el africanista Valero, y en efecto, salvo unos instantes de momentánea y casi platónica protesta, allí tampoco pasó nada.

Pero reaparece en el teatro del Príncipe Alfonso la famosa *Bella Chiquita*, y entonces sí, entonces el pueblo grita, silba, protesta, se subleva porque la artista (sic) no baila la danza del vientre; y se termina el espectáculo como el rosario de la aurora.

¿Adónde voy á parar exponiendo todo esto aquí, en estas columnas, consagradas al arte? Más adelante lo diré, aun cuando no con el acierto ni tan ruda y descaradamente como Nordau, cuando nos dijo lo de las mentiras convencionales que informan cuanto hay de más grande y de más sagrado en la sociedad.

En los pueblos, como en el individuo, existe sobre todos un sentimiento, el de la conservación. Y á este sentimiento han obedecido siempre, ya directa, bien indirectamente, los esfuerzos hechos para alcanzar el grado máximo de recursos bastantes para sostener con ventaja la lucha por la existencia. Y cubiertas las más perentorias necesidades materiales, las morales, las que podemos llamar del espíritu, se impusieron de un modo ineludible. Casi al mismo tiempo que el hombre levantaba la primera vivienda, alzaba el primer altar. Casi al mismo tiempo que luchaba con las fieras para buscar en sus pieles abrigo á su cuerpo, esculpía en el mango de su cuchillo de piedra figuras de animales.

No pretendo hacer ahora el proceso del desarrollo de la humana cultura; para el objeto que persigo en este artículo, básteme que recuerde cómo las necesidades morales han ido desenvolviéndose al propio tiempo que las materiales. Cómo han sido siempre ambas la manifestación espontánea de la doble personalidad del hombre, la moral y la física; y cómo concluye por supeditarse en un todo lo material á lo intelectual. Y según las razones étnicas y las topográficas y las geográficas y las históricas, así los caracteres de las distintas nacionalidades se dibujan primero y concluyen por adquirir toda la realidad que, en el concierto social, han debido adquirir.

A una necesidad propia de la raza respondieron en Grecia el arte y la filosofía. El heleno sentía imperiosa necesidad dinámica intelectual, mientras los pueblos asiáticos no concebían nada fuera de la estática. Así las artes y las ciencias en la India, en Persia, en Egipto, hubieron de sufrir el estancamiento á que les condenó el telurismo de sus teogonías, mientras en Grecia, rompiendo tales ligaduras, comprendieron poetas y filósofos la importancia soberana del albedrío humano. A modificar estas ideas en una gran parte, vino después, por necesidad social é histórica, el cristianismo; como por impulso de otra necesidad histórica hubo de sufrir Europa la invasión bárbara; como por lógica resultante del insuficiente concepto de la necesidad del sentimiento de conservación, desaparecieron de los pueblos del Mediodía esos mismos bárbaros que cumplieran en un momento dado la misión que les estaba reservada.

Y siempre obedeciendo á ese mismo sentimiento de la vida, se produjeron los grandes cataclismos sociales, las grandes revoluciones y evoluciones, las grandes injusticias: la industria, las artes, las ciencias, con los refinamientos del lujo, con las superfluidades censuradas por los moralistas, se formaron, desarrollaron y acrecentaron merced al aguijón de la necesidad de vivir, al sentimiento de la conservación.

Pues bien: todos los pueblos cultos saben de una manera clara y perfecta que la indiferencia en cualquier orden de cosas, en el científico, en el político, en el artístico, en el social, significa un principio de atonía que al propagarse más ó menos rápidamente á los demás organismos, determina la muerte.

Y he aquí, cómo en España, al síntoma de la indiferencia por el arte que comenzó á observarse acentuadamente hace cerca de diez años, siguieron la indiferencia por las industrias que caen bajo el dominio de aquella entidad, la indiferencia política, la indiferencia científica, y por último, la inercia, la inopia, borrando nuestro carácter histórico. Pueblo falto de ideales el español, solamente acepta el positivismo mientras tanto éste no le obligue á hacer el más pequeño esfuerzo. Hásele enseñado en diez y ocho años de modorra intelectual, de aplanamiento, á no transponer con la mente frontera alguna.

Y á los pueblos, como á los individuos, les acontece que, cuanto más hondo descienden, menos claro concepto tienen de la dignidad humana, de la misión social que les encomendó la civilización; de sus deberes, de sus derechos. Por eso cuando al arte se le mira con indiferencia, puede decirse á quien tal haga, pueblo ó persona, lo que aquel guerrero á su escudero que lo había sido de su padre: «ya tú no sirves.»

Bien hace el círculo de Bellas Artes en luchar, sin embargo de la indiferencia con que el público madrileño mira sus esfuerzos; bien hacen los artistas todos en acudir á las exposiciones á luchar también; bien hace la mismísima Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en aprobar y desaprobar obras y proyectos artísticos, en abrir certámenes como el recientemente abierto para premiar una composición alegórica; bien hacen los críticos en criticar, y bien hace, en fin, el ministerio de Fomento en sostener de la manera que los sostiene museos y escuelas de artes y oficios y de Bellas Artes. Mal ó bien, á tuertas ó á derechas (¡ay!, desgraciadamente bien á tuertas), artistas, círculo de Bellas Artes, Academia de San Fernando, críticos y ministerio de Fomento sostienen el fuego sagrado del arte, aun cuando ese fuego más que hoguera parezca llama de candil mortecino, y en lugar de laurel y aceite oloroso de olivas arda una torcida de algodón empapada en petróleo del peor.

Que no se acabe el petróleo es lo que debemos pedir á la Providencia. Que no puedo resignarme á creer que una nación como la española, tan grande artísticamente cuando ya la decadencia la minaba; tan grande como guerrera cuando – según el académico Caveda – la mojigatería, la hipocresía y la inmoralidad en todos sus aspectos la envilecían; tan grande cuando la hoguera inquisitorial imponía un veto terrible al saber, no despierte al fin y al cabo de esta indiferencia de escéptico que tan hondamente arraigó en ella. No es posible creer que de la generación que ahora comienza á vivir intelectualmente; que comienza á aspirar á grandes bocanadas el hálito revolucionario de las ideas socialistas, que sus primeros pasos los da entre el fragor de la dinamita anarquista, que aun cuando como lejano y confuso rumor, llega hasta ella el de la lucha de los grandes problemas políticos y filosóficos y científicos que se debaten en las escuelas de Nápoles, de París, de Ginebra, de Petersburgo, de Alemania, de Austria y de Hungría, no surjan hombres de energía suficiente para indicar un nuevo rumbo á esta patria de los Cisneros, Gonzalo de Córdova, Cervantes, Quevedo, Velázquez, Calderón, Feijóo, Jovellanos, Marqués de la Ensenada...

Bien sé que en las páginas de la historia se registran esos grandes fenómenos que aún hoy no nos explicamos satisfactoriamente, y por virtud de los cuales pueblos y razas que fueron los iniciadores de la cultura universal, han quedado separados, quizá para siempre, del concierto de las civilizaciones que á la suya, y de la cual son hijas, sucedieron. Bien sé que tales fenómenos se operan cuando el dinamismo inteligente de otras razas es superior; que tales fenómenos tienen por razón la mayor amplitud de criterio para el desenvolvimiento de todo género de fuerzas, y bien sé que en los pueblos, como en la naturaleza, á las épocas de gran producción suceden por lógica consecuencia épocas de esterilidad. No se me oculta todo esto, y por lo tanto no puede ocultárseme que la raza latina viene hace siglos y siglos siendo el núcleo civilizador, y que puede, por tanto, operarse en aquélla uno de esos fenómenos de agotamiento que obligan, como he dicho, á los pueblos á hacer un alto en el avance continuado en busca de la mayor suma de medios para lograr un puesto en el concierto de la moderna cultura.

Y porque no se me oculta todo esto, como seguramente no se le oculta á nadie, protesto de la inopia moral que nos ha invadido, cuando precisamente en España, por razones históricas, por razones étnicas, por razones sociales debía no sufrir en el extremo en que la sufre. Que Francia, especialmente París, padezca de esterilidad artística, de falta de originalidad propia en el arte en general, que sufra todas las morbosidades del vicio; que Italia sea todavía más estéril hoy que Francia, que apenas puedan contarse dos literatos eximios, media docena de artistas verdaderamente geniales, que no cuente cuatro estadistas de alto valer, allí donde en artes, en letras, en política se contaron por docenas los genios, es cosa que me explico; pero que aquí donde á excepción del llamado siglo de oro de nuestra literatura y de la pintura; aquí donde, á excepción del corto espacio de dos ó de tres reinados inmediatos al Renacimiento, nuestra importancia europea en la política estuvo casi siempre en jaque; aquí que no hemos atravesado por medio de revoluciones de todo género, que como en Francia y en Italia trastornaron todo orden de cosas y conmovieron hasta en sus cimientos las más vetustas y arraigadas instituciones; aquí donde hasta el presente la cultura es refleja de la de otros pueblos, no me explico este cansancio, esta falta de verbo, esta carencia de iniciativas, esta falta de valor para todo, este degustamiento propio solamente de pueblos agotados por el exceso.

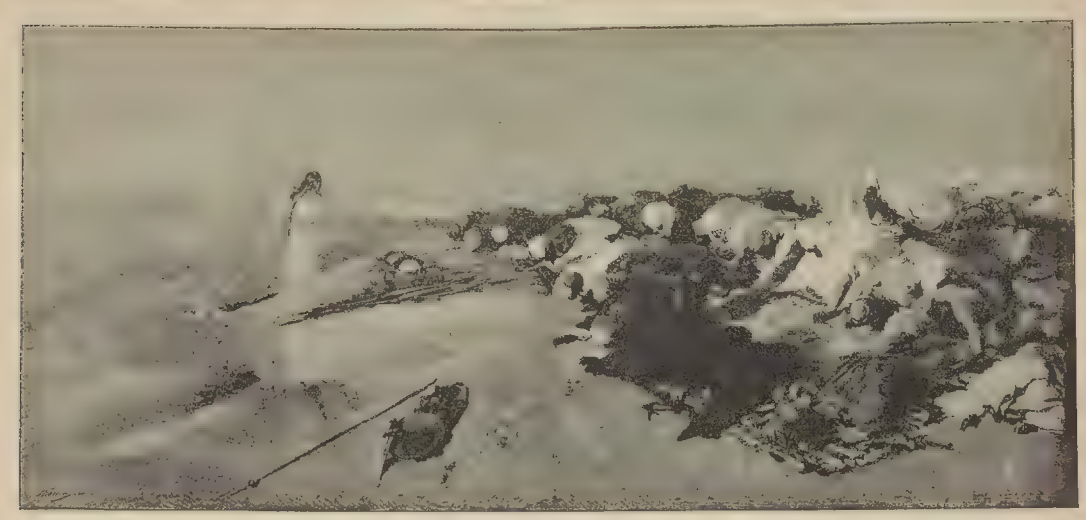
En algo confío, en algo espero, que como termocauterio aplicado enérgicamente al cuerpo nacional le haga recobrar sus energías de otros siglos. Y ese algo no habrá de ser, no, traído por la generación que hoy vive tan á su gusto entre rutinas y debilidades morales. Y porque espero en ese algo, que en forma más ó menos espantable para el egoísmo de las gentes del día se anunció donde por la fuerza de la expansión intelectual debía de iniciarse, es por lo que repito: bien hayan los artistas, los literatos, los hombres de ciencia que aquí en España, despreciando la indiferencia con que son acogidos sus esfuerzos, trabajan sin descanso. No importa que por el momento nuestros artistas marchen equivocados, que sigan torcidamente los impulsos misteriosos del sentimiento estético y artístico; que la mismísima Academia de San Fernando, en sus energías de institución caduca, desvaríe á cada paso; que el escritor no logre el consuelo de ver leídos sus trabajos; la reacción regeneradora debe venir, porque España no es un pueblo gastado por los excesos, ni por el esfuerzo intelectual, ni por larga vida de labor titánica en todo orden del saber y de la cultura. Y cuando venga esa reacción se apreciarán como datos preciosos los trabajos del literato y del crítico; se reorganizarán esas instituciones académicas, dándoles otro giro á sus esfuerzos, se extirparán todos los vicios y defectos de que adolece hoy el arte, se hará una labor de selección y constitución. Y la Historia apuntará en sus páginas los nombres de esos héroes que, aun equivocados y sin mérito, siempre tendrán el de haber luchado contra la inercia á que nos condujeron y pretenden seguir conduciéndonos esas inteligencias miopes que hoy disponen de los destinos y del porvenir de la patria.

Con Nerón puede decir alguien: *Ya siento los caballos de veloz carrera.*

R. BALSA DE LA VEGA

EL SECRETO

Llegó á ser proverbial entre el gran número de sus conocidos la inconstancia seguida constantemente por el solterón Carranza en sus empresas amorosas. Cuando había que ponderar la versatilidad de algún otro mundano, novio, perseguidor ó amante á quien se había visto romper de improviso y sin motivo explicable lazos y relaciones que todo el mundo había creído del género serio y duradero, se decía: «Coquetón como Carranza.»



MAHOMA. – LA PLEGARIA ANTES DE LA BATALLA, cuadro de Domingo Morelli

Y en verdad que este Carranza, D. Pablo, ya más que cuarentón, rentista fastuoso y mimado como pocos por la buena sociedad, era de quien menos podía haberse esperado tal ligereza de conducta con las mujeres, sobre todo al cabo de sus años. Porque las mujeres habían sido la ocupación y la afición predominante de toda su vida, y no así como quiera, sino con la dulce circunstancia agravante de una colección de envidiables éxitos, de unos éxitos que se habían contado en número casi igual y paralelo al de sus pretensiones.

Verdad es también que las buenas fortunas de aquel D. Pablo, *el conquistador*, como se le llamaba por la gente alegre, había tenido una porción de explicaciones incontestables. Primero su estético aspecto varonil, aquella facha de buen mozo completado por unos bigotes magníficos, en cuyas guías retorcidas no era de extrañar que los observadores idóneos creyesen siempre ver ensartados un par de corazones sensibles. Luego el lujoso buen gusto de su vestir, tan importante para la simpatía femenina que adora la exterioridad. Y después aquella valentía suya, que le había hecho jugarse veinte veces la vida por otras tantas señoras de diversas categorías: y además aquella profunda reserva en sus amoríos de toda especie, que le había dado las llaves de la difícil confianza femenina: y aquella gracia, en fin, de su conversación, que le había hecho protagonista necesario de todas las tertulias: ¡qué sé yo los méritos, cualidades y concausas que en D. Pablo había reunido la amable naturaleza para el buen desempeño de su propensión!

Pero lo cierto es que Carranza había cumplido durante su juventud y hasta el comienzo de su edad madura, normal y lógicamente, con las leyes usuales y normales de la conquista, abordando su principio, desarrollando su plenitud y llegando á su fin con sujeción estricta á los trámites racionales, sin precipitar ni violentar nada, siendo pretendiente, posesor



EL CEMENTERIO DE MELILLA (de una fotografía). + TUMBA DEL GENERAL MARGALLO

y desposeído las temporadas necesarias y justas Hasta que un día, y de repente, se le vió cambiar de modo de ser y de método, precisamente cuando el público todo, testigo ya del incipiente grisear de sus cabellos, esperaba, por el contrario, verle cada día más reposado, sereno y reflexivo en sus lides amatorias, y cuando había hasta optimistas y fisiólogos que confiaban en verle fijarse pronto en su última aventura, y hacerla vitalicia y crónica por ó sin el matrimonio, según fuera el caso.

Pero nada: en Carranza se había invertido, según todas las señales, la eterna ley natural; y después de haber sido joven sensato había llegado á ser cotorrón loco. ¡Qué mariposeo tan irritante el suyo! ¡Qué censurable descaro el de sus mudanzas! ¡Qué tránsitos semanales de flor á flor, de belleza á belleza, de la polla á la jamona, de la rubia á la pelinegra, de la cursi á la elegante, de la plebeya á la burguesa, de la burguesa á la gran dama! ¡Qué hombre, qué hombre!

* * *

Formando grupo aparte en un gabinete, una noche de recepción de la vizcondesa viuda de..., se hallaban ésta y sus tres amigas la coronela Sánchez y las jóvenes solteras María Cantos y Clara Ozor celebrando una conferencia íntima sobre el tema de Carranza, del inconstante Carranza, de cuya veleidad habían sido ya víctimas, hasta cierto punto, las tres convidadas, y tenía el temor legítimo de llegar á serlo también la dueña de la casa; porque ésta, la bella vizcondesa de brillantes ojos, morena tez y proporciones esculturales, era en aquel momento histórico requerida de amores por el conquistador profesional, de quien ya empezaban á desconfiar todas las conquistables.

En aquel momento decía la vizcondesa:

– Quiero que me contéis, amigas mías, breve y substancialmente, la historia de vuestra malograda inteligencia con ese hombre extraño; porque necesito formar mi composición de lugar para el plan que á su respecto estoy decidida á seguir. Hablad, pues.

– Mi historia, dijo la coronela (gruesa y blanca jamona digna de ser trasladada á un cuadro flamenco), es tan corta como ridícula. Figuraos que ese irresistible, á quien me presentaron en el Real, donde á fuerza de mirarme todas las noches con singular ahinco, había conseguido que yo le mirase también más de lo regular, empezó á visitarme y á decirme que me amaba; pero sabía decirlo con tan buenas formas, que á mi vez empecé á creérmelo. ¡Tenía y tengo tanta necesidad de ser querida! Ya sabéis, como sabe todo el mundo, el cruel abandono en que el libertino cuyo nombre llevo me tiene. Pues bien: una mañana, de verdadera locura, resolví unir mi vida á la de ese hombre, y le escribí una carta insensata aceptando su temeraria proposición, hecha la noche antes, de desaparecer juntos yéndonos al extranjero, y citándole en mi casa para aquella tarde. Pasé el día preparando lo más secretamente posible mi viaje. Y por la tarde, en efecto, vino... vino una carta suya en que me devolvió la mía, participándome que se había sentido repentinamente indispuesto, que el médico le había ordenado un reposo absoluto, y que, renunciando con mucho sentimiento al dulce sueño de su corazón, se iba al campo por unas semanas. ¿Habéis visto bribonada igual?..

– Mi historia, dijo María con la voz de sílfide correspondiente á la falta general de volumen de su persona, en que, á excepción de sus abrumadores cabellos, no se veía otra profusión que la de sus huesos, es también bastante sucinta: se reduce á que ese caballero, cuyas galanterías me inclinó mamá á aceptar, me colmó de ramos de flores y de cajas de bombones, acompañadas de protestas de amor sublime. Pero una tarde le hablé en la calle, llevando mi lección bien aprendida, y le invité á que pidiese á mamá el correspondiente permiso para visitarnos con frecuencia. A lo que sólo me contestó con un grave saludo de despedida, que fué su última ofrenda, porque desde entonces no ha hecho otra cosa que saludarnos. Y mamá, en su vista, afirma que es un bandido.

– Pues mi historia, dijo Clara, que era una cubana trazada al cincel y con dientes blanquísimos, se reduce á que, después de haber estado Carranza preguntándome todas las noches de un verano, en el Retiro, con su maligno gracejo de siempre, que cuándo le iba á querer; y de haberle yo contestado siempre, por seguir la broma, que probablemente nunca, una de las noches de concierto no me hizo caso al principio y se puso á pasear con la de Valdés: lo cual me irritó, en términos que hasta lloré de rabia, sin saber cómo ocultar mis lágrimas á mi tía que me acompañaba. Él vió también al cabo mi desesperación, y vino á sentarse á mi lado, y me dijo por centésima vez: «Conque, vamos, Clarita, ¿cuándo solventamos esa deuda? ¡Cuidado si es usted morosa en pagar!» El corazón se me subió a mi pesar á la boca, y le dije: «¡Demasiado sabe usted, hombre sin alma, que está pagado y con creces!» ¿Y sabéis lo que me contestó? Pues me contestó con una carcajada estrepitosa, exclamando: «¡Tiene gracia, muchísima gracia!» Y se puso á hablar indiferentemente con mi tía, ¡y no me ha vuelto á preguntar nada el infame!

– Visto, dijo la anfitriona, como decía mi marido, que era hombre de ley. Se proveerá, y yo os prometo que sabré arrancar la máscara á ese farsante.

* * *

Llegó la hora de las despedidas, consumado el servicio de un te enciclopédico, y la vizcondesa cumplió correctísimamente hasta el fin su amable cometido, repartiendo en el dintel de la puerta del salón los últimos besos á las señoras y los últimos apretones de mano á los señores. Carranza empero no fué de éstos; se había quedado distraído aparentemente en hojear una revista ilustrada sobre un velador del gabinete. Falsa apariencia, porque la verdad era que la vizcondesa le había invitado á quedarse un rato más: tenía que decirle algo.

– Ya ve usted, amigo mío, le dijo al volver sin testigos á su encuentro, que emprendo por su culpa el mal camino de las calaveradas, arrostrando los inevitables comentarios que se harán de su retraso en salir.

– ¡Qué buena es usted, hermosa amiga mía! Pero ¿si no fuese usted tan buena, la querría yo á usted tanto?

– ¿Me quiere usted mucho, de veras?

– Hasta lo increíble: créalo usted.

– Bueno: pues entremos en el fondo de la cuestión, como dicen en el Congreso; pero entremos con franqueza honrada. ¿Me promete usted responder con entera verdad á lo que le pregunte?

– Lo prometo.

– Perfectamente. Empiezo, pues: ¿qué se propone, allá en su fondo íntimo ese cariño de usted?

– Se propone ganar el suyo, naturalmente.

– ¿Y qué más?

– Pues nada más. ¿Qué más puedo ambicionar?

– ¿No ambiciona usted siquiera que yo llegue á confesarle que también le quiero?

– La confesión sería inútil. Si ese feliz caso llegase, yo lo sabría sin que usted me lo dijera.

– Vamos, aspira usted modestamente á un cariño mudo. Sr. Carranza, advierto á usted que acabo de saber algunas historias suyas, y que tanto por ellas como por lo que usted acaba de decirme, estoy perpleja en decidirme á creer que usted es, ó un estrambótico risible, ó un farsante intolerable. ¿Qué me aconseja usted que crea?

– Ni lo uno ni lo otro, bella amiga. Si quiere usted hacerme justicia, crea usted que no soy más que un hombre práctico.

– Vaya, hemos llegado á la gran explicación. Veamos en qué consiste este sentido práctico de su inverosímil conducta.

– Pues consiste, querida amiga, en no haber vivido, amado, gozado y sufrido en balde: consiste en haber llegado á saber, para no olvidarlo nunca, que lo más sabroso, inofensivo y precioso de la dicha humana está en desearla: consiste en profesar el principio, superior á todos, de la esperanza: consiste en saber que somos más infelices con la posesión que con la aspiración, y en haberme declarado lo único que el hombre debe ser en la vida: aspirante perpetuo á una dicha que no existe.

– En resumen, que si yo me diese ante usted por vencida en este instante...

– No lo creería, ó fingiría no creerlo, que es igual, y pediría á usted permiso para retirarme.

– Pues téngalo usted por concedido, y buenas noches.

– Buenas noches, vizcondesa.

Y D. Pablo *el conquistador* se retiró como si tal cosa, contestando con una sonrisa absurda á la desdeñosa sonrisa de la que ya era también su ex pretendida.

* * *

A la mañana siguiente recibió la coronela Sánchez una carta de su íntima amiga la vizcondesa, en que le decía:

«El secreto de Carranza está descubierto. Es un miedo cerval al *sí*, nacido de su fe de bautismo. No te digo más.»

S. LÓPEZ GUIJARRO

UNA COLONIA SOCIALISTA EN EL PERÚ

Con este mismo título publica *L'Illustration* un notable trabajo de C. de Varigny, del cual tomamos los siguientes datos que creemos han de encontrar interesantes ó por lo menos curiosos nuestros lectores.

Allá por el año de 1853, D. José Rodríguez, peruano de nacimiento y socialista por convicción, formó el proyecto de aplicar á una organización social nueva ideas de las cuales esperaba felices resultados, arriesgando en su ejecución cuanto poseía. Hombre de maduro juicio, en vez de excitar las pasiones de los desheredados comprendió que sólo el éxito podía atraerle adeptos sinceros y que para ello necesitaba aislarse del medio en que vivía y realizar su plan en donde nadie ni nada pudiera estorbarle.

Cuando merced á su propaganda discreta hubo agrupado á su alrededor setenta y cinco partidarios, solicitó y obtuvo del ministro del Interior la concesión por módico precio de vastos territorios inhabitados é incultos en las provincias del Norte, á orillas del Cototo, y provistos de útiles, semillas, caballos, ganado, tiendas y provisiones, los emigrantes se establecieron en su colonia, que bautizaron con el nombre de *Buenos Amigos* y de la cual fué nombrado director y legislador D. José Rodríguez.

Los comienzos fueron difíciles, pero los colonos acabaron por vencer todos los obstáculos: hoy su número pasa de mil, siendo las dos terceras partes peruanos, bolivianos, chilenos y brasileños, y el resto alemanes, ingleses y unos doce norteamericanos. En los cuarenta años transcurridos desde su fundación, se ha formado lentamente una organización social que, por su originalidad y por el hecho de subsistir desde hace tanto tiempo, merece llamar la atención.

El socialismo puro, idea madre de la colonia, sigue siendo la base fundamental de ésta: á la comunidad pertenecen, no sólo el suelo, los productos y los instrumentos de trabajo, sino que también el mismo individuo mientras forma parte de ella, porque hay que tener en cuenta que los colonos pueden abandonar la colonia y ser expulsados de ella. Cada cual profesa las creencias religiosas que quiere, estando prohibidas por leyes severas las controversias sobre materia de religión y los actos de proselitismo.

Cualquiera puede entrar en la colonia, previa una seria información sobre sus antecedentes y su moralidad y mediante el pago de 500 piastras (2.500 pesetas) que se le exige porque su admisión le convierte en copropietario del activo social y al mismo tiempo como garantía de su sinceridad y prueba de su laboriosidad y hábitos de ahorro.

El mecanismo administrativo se descompone en departamentos, divisiones y secciones. Los departamentos son cuatro: del *trabajo*, con las divisiones de agricultura, ganadería, minas, fábricas y obras públicas; de la *educación*, con las de escuelas, música y arte; del *comercio*, con las de importación, exportación y reparto; y de la *higiene*, con las de alojamientos, hospitales y cuidado de niños. Cada sección elige su jefe, los jefes nombran los de división y éstos los de departamento, los cuales reunidos forman el tribunado con atribuciones de ministerio de Hacienda y Justicia. Los jefes de sección y de división no pueden ser separados sino á petición de la mayoría de sus electores, y los de departamento por el voto de la mayoría de todos los individuos de la comunidad.

La base del sistema financiero es el axioma *el trabajo es dinero:* la hora es, pues, unidad monetaria. Sesenta minutos son una hora, ocho horas un día, cinco días una semana, cuatro semanas y dos quintos un mes y doce meses un año: á esta división se ajusta la circulación monetaria, consistente en billetes de diversos colores y de seis denominaciones *(minuto, hora, día, semana, mes* y *año)* cuyo valor se calcula por el de la hora, que es de 30 centavos (1'50 pesetas). Así el billete de un minuto representa dos céntimos y medio, el de una hora 1'50 pesetas, el de un día 12 pesetas, el de una semana 60, el de un mes 264 y el de un año 3.168. Los billetes se entregan á cambio de trabajo por el tesoro público y están representados por un fondo de reserva en metálico muy superior, procedente de la venta de productos, de los beneficios realizados y de los intereses de capitales colocados fuera de la colonia.

Diariamente se distribuyen raciones iguales para todos, pero cada cual puede adquirir á cambio de billetes suplementos de ración, prendas de vestir, muebles, etc., que se le entregan al precio de coste.

Las uniones son libres: un hombre y una mujer que se gustan viven juntos y se separan cuando quieren. Los hijos pertenecen á la comunidad, que se encarga de ellos antes de nacer; la madre antes de dar á luz es llevada á un hospicio especial, en donde recibe los cuidados necesarios y amamanta á su hijo,



CADENA DE PRISIONEROS DE UNA TRIBU REBELDE EN MARRUECOS, dibujo de G. Nicollet



MARRUECOS. – UN GRITO DE VENGANZA, cuadro de G. Nicollet

del cual la separan en cuanto está destetado, pasando entonces á manos de matronas y asistiendo luego á la escuela. Adulto, la comunidad lo emplea según sus aptitudes, y sean cuales fueren éstas no gana ni más ni menos que los demás.

En la colonia no se tolera á los perezosos: la jornada normal es en ella de ocho horas, pero cuatro son obligatorias, y el que no las trabaja, salvo casos de enfermedad é imposibilidad justificada, durante la semana, debe trabajar la diferencia que resulte el sábado ó el domingo bajo la inspección de vigilantes armados de látigos.

Las calles de la colonia son anchas y muy limpias; las casas sencillas, grandes y aireadas. El edificio común en donde se reunen las secciones, divisiones y departamentos es de piedra y de grandes proporciones.

Cualquier individuo de la comunidad puede abandonar la colonia, en cual caso se le cambian los billetes por numerario, y si hace más de tres años que forma parte de ella se le entrega además la parte proporcional de beneficios, calculada según el tiempo de su participación.

Tal es la organización de la colonia socialista *Buenos Amigos*, cuyo fundador, apartándose de las ideas más avanzadas de la escuela á que pertenece, ha hecho útiles concesiones á la experiencia. El trabajo es la piedra angular de aquel edificio; el lema de la comunidad no es «A cada uno según sus necesidades,» sino «A cada uno según su trabajo.» Don José Rodríguez y sus compañeros no han suprimido la riqueza; al contrario, la riqueza existe proporcionada por el trabajo y acrecida por el ahorro: lo que han procurado y conseguido es suprimir la miseria y la holgazanería, asegurando el bienestar al hombre laborioso y arrojando de su seno á los que pretenden vivir á costa de los demás. – X.

¡A BUEN TIEMPO!..

(Continuación)

II

»Para librarse del calor, que era ya insoportable en las horas del centro del día, madrugaban los catedráticos, y me habían citado para las seis de la mañana.

»Salí yo de casa á las cinco.

»Vivía en la calle del Arco de Santa María, en el número 9, me acuerdo bien..., una casa con un mirador..., y tenía costumbre de rezar una salve á la Virgen siempre que pasaba por junto á la capillita de la Soledad con puerta de *arco*, que hay á la entrada, y que es de donde tomó el nombre la calle. Aquella mañana, no sé si porque estaban todavía desiertos los alrededores y reinaba el silencio, ó por la especial disposición de mi ánimo, me parece que la recé con más fervor y con más devoción que nunca.

»Al pasar después por la calle de la Puebla, miré á la casa del general y vi que estaban muy cerrados todos los balcones, incluso el del gabinete de Luisa, lo cual no dejó de apesadumbrarme, porque era prueba, ó á lo menos por tal lo tomaba yo, de que ni mi amor ni el éxito de mis estudios la quitaban el sueño...

»Llegué á la universidad, que aún estaba cerrada, y esperando á que abrieran me entretuve en contar desde la acera de enfrente aquellos grandes clavos que adornan las puertas del edificio. Por cierto que conté 68 en cada una, 136 clavos enormes...

»¡Ciento treinta y seis! El mismo número de las lecciones que habíamos tenido en el programa krausista de filosofía del derecho... ¿Las habría copiado de allí el profesor López-Broma?.. No era cosa fácil de saber. Pero indudablemente las lecciones y los clavos se parecían, no sólo en el número, sino también en lo impenetrables; vamos, en que fijándose mucho, concentrando sobre éstos ó sobre aquéllas gran fuerza de atención, de unas y de otros se vendría á sacar la misma ciencia.

»Tuve suerte en el grado; me tocó buena materia, hice un ejercicio lucido, y sin embargo, fué aquel uno de los días más tristes de mi vida... Había dejado de ser estudiante, comenzaba á ser dueño de mí mismo, iba á entrar en posesión ó más bien en el ejercicio de mi libertad, la carga más pesada que Dios ha dado al hombre.

»Después de comer, ó mejor dicho, de no comer, porque estaba nervioso y no tenía gana, me encaminé como otras noches hacia la calle de la Puebla.

»¡Con qué emoción!.. Si al entrar en el comedor de casa del general hubiera tenido cascabeles en las pantorrillas, hubiera hecho más ruido que la silla de postas, porque estaba temblando.

– »¿Se ha licenciado usted?, me preguntaron casi al mismo tiempo los tíos de Luisa.

– »Sí, esta mañana, les contesté.

– »¿Y qué tal?.. Sobresaliente, ¿eh?, añadió el general.

– »Sí, señor.

– »Bien, bien... ¡Qué sea enhorabuena, señor abogado!..

– »Muchas gracias.

– »Sí, que sea enhorabuena, me dijo Luisa en un tono que á mí me pareció, no me atrevo á decir que lo fuera, probablemente no lo sería, más ceremonioso, menos íntimo que el de costumbre.

»No acudió nadie más aquella noche y jugamos con el general Luisa y yo, mientras la generala dormitaba en una mecedora.

»No había posibilidad de hacer la declaración. Pero no era esto lo más malo, sino que Luisa estaba cariacontecida y grave, sin hablar apenas más que las palabras puramente precisas: «paso, juego, ¿espadas?,» etc.

»Tan visible era su tristeza ó su mal humor, que se lo conoció su tío y hubo de decirla:

– »Chica, pero ¿qué tienes? ¿Qué mondiú estas haciendo?

– »Me duelen un poco las muelas, le contestó.

»¿Era verdad?

»Yo no lo creí entonces ni lo creo ahora tampoco. Lo que ahora creo es que estaba contrariada de haberse engañado la noche anterior cuando se figuró que iba yo á declararme; pero entonces creí precisamente lo contrario, á saber, que aquel preludio mío de declaración era lo que la había disgustado y el deseo de evitarla lo que la obligaba á estar seria.

»Este pensamiento, tenazmente sostenido, me produjo una desazón tan grande, que ya, aunque hubiera tenido ocasión de hablar á solas con Luisa aquella noche, no hubiera podido decirla una palabra. Y eso que ella, después del réspice del general, procuró sonreirse alguna vez y hablar algo más y ponerse amable.

»Mas el daño ya estaba hecho. Para mí, aquellas sonrisas y aquella amabilidad de última hora no eran otra cosa que un sacrificio que hacía Luisa en aras del cariño cuasi filial que á su tío profesaba. Querer, no me quería. Desde el momento en que tras del amigo había descubierto al enamorado, mi presencia la era desagradable...

»Dejamos el juego á las once y media. Me levanté, me despedí de la generala, del general y de su sobrina. Pero al dar la mano á ésta, en lugar de decirla á media voz como otras noches: «¡Adiós, encanto!,» la dije con fría formalidad: «¡Adiós, Luisa!»

»Todo había concluído.

»No hay duda, me decía yo al bajar la escalera desmadejado, distraído, sin mirar dónde ponía los pies, como si no me importara un comino rodar y descalabrarme; no hay duda..., esa mujer no me quiere... ¿No me habrá querido nunca ó habrá mudado de pensamiento?.. ¿Será por orgullo?.. ¿Será por interés... ¿Acaso el primito que me presentaron hace poco será el que la haya decidido á variar de afición?.. ¡Si era tan ridículo el pobre!.. ¿Quién sabe?.. ¿Quién sabe?..

»Y apuradamente ¿que más me da saberlo?.. El hecho es que no me quiere: su displicencia de esta noche me lo demuestra de un modo incontestable... Y teniendo la triste certeza del hecho, ¿para qué devanarme los sesos tratando de averiguar la causa?.. ¡Pásese usted lo mejor de la vida pensando en una mujer... para esto!.. ¡Ingratuela!..

»Más la verdad es, añadí en un momento de reacción, que yo nada la he dicho y que ella no ha de venir á decirme que está enamorada de mí...

»No, no se lo he dicho, me interrumpí en seguida atajando el paso á la esperanza; pero, ¿cómo se lo había de decir, si una vez que me disponía á hablarla de ello, en cuanto lo conoció trató de evitarlo poniéndose seria?.. Nada, yo me pondré serio también... Majo el compañero, majo el rabadán, como suele decirse... Hay que olvidarla; y como dice el otro refrán: ojos que no ven, corazón que no siente... Estoy resuelto... ¿Te molesta mi presencia, Luisita?.. Pues yo te aseguro que cuando vuelva á tu casa... ya habrá llovido...

»A la noche siguiente el amor y el orgullo, ó hablando con más propiedad, el Angel de mi guarda y el enemigo tentador, inspiradores respectivamente de aquellos sentimientos, sostuvieron dentro de mí una verdadera batalla.

»Al principio llevó la mejor parte el Angel, así es que salí á la calle casi decidido á ir á casa del general Sierra como otras noches. Pero el demonio seguía defendiéndose, esgrimía razones de apariencia tan brillante y argumentos tan bien hilados, que me hacía detener, y por último, ya en la calle de la Puebla, hizo un supremo esfuerzo que le dejó dueño del campo.

»En vez de entrar en el portal del número 4 y subir la escalera, seguí por la acera adelante, doblé después sobre la izquierda maquinalmente y me metí en el teatro de Lara.

»Veinticuatro horas más tarde se repitió la lucha; pero con la ventaja de las posiciones ocupadas la noche anterior, venció mucho más fácilmente el orgullo y tampoco fuí á casa de Luisa.

»Al tercer día, ya que no al segundo, sus tíos habían de enviar á saber de mí seguramente; porque una noche dejaba yo de ir alguna vez, pero dos noches seguidas no había dejado nunca no estando malo.

»Pregunté al ama de casa si había venido algún recado para mí; el ama preguntó á la criada, y la contestación fué negativa. A la tarde siguiente repetí la pregunta y obtuve la misma respuesta.

– »¿Qué tal, eh?, me decía yo. ¡Vaya un cariño que me tenía esa gente!.. ¡Ni un mal recado de atención!.. Podía estar malo... me podía haber muerto... y nada.

»Esta consideración me consolaba un poco y me ayudaba á sofocar el sentimiento, pero iba pronto á desvanecerse.

»Una noche, la del 3 de julio, me había ido á comer con otros dos licenciados, nuevos como yo, á los jardines del Buen Retiro, de modo que desde las dos de la tarde que había salido á tomar café, no volví á casa hasta las once y media.

– »Tengo unas tarjetas para usted, señorito, me dijo la portera al entrar.

– »¿A ver?, la dije, y me quedé en el medio del portal esperando, mientras ella entraba en la portería á buscarlas.

»¡Qué ansiedad la de aquellos momentos!.. Yo mismo oía y podía contar los latidos que el corazón me daba...

»Salió la portera de su cuchitril y me entregó dos tarjetas, una grande y otra muy diminuta. La mayor decía en dos renglones: *Manuel Sierra y Fresnedo, Teresa Llanos de Sierra*. La pequeñita decía: *Luisa Mendoza*. Una y otra tenían en la esquina inferior de la izquierda estas iniciales puestas con lápiz: S. D.

– »¿Quién las ha dejado?, pregunté á la portera.

– »El señor general.

– »¿A qué hora vino?

– »Serían sobre las dos... Acababa usted de salir... Preguntó si estaba el señorito... ¡Ah! Y ahora que me acuerdo, el otro día también vinieron á preguntar de parte de los señores si el señorito estaba malo.

– »¿Y qué dijo usted?

– »Que no, que había salido.

– »¿Se acuerda usted qué día fué?

– »Pues... la primera vez debió de ser...

– »¡Ah! ¿Vinieron más veces que una?

– »Dos por lo menos. La primera me parece que fué aquel día que salió tan de mañanita, que...

– No; aquel día no pudo ser porque á la noche estuve yo en su casa y no me lo dijeron...

– »Entonces sería al día siguiente, ó á los dos días... Y luego no sé si otra vez ú otras dos.

– »Y no me había usted dicho nada...

– »Pues verá usted, señorito, á lo primero se me pasó... Después... un día estuve para decírselo á usted, pero me dije: digo... ya habrá estado allá y se lo habrán dicho ellos... Y ahora, porque cayó la ocasión, que si no...

»Hubo unos instantes en que extrangular á la portera me parecía poco; pero en seguida sufrí un acceso de ternura que ahogó en mí todo movimiento de dureza.

– »¡Pobre Luisa!, dí en decir para mí. ¡Pobre general! ¡Pobre generala! ¡Qué buenos son y que injusto he sido con ellos!.. Enviar nada menos que tres veces á preguntar por mí, habiéndoles dicho desde la primera que no estaba malo... y yo sin ir... y todavía venir el general en persona á despedirse... Es claro, se van como otros años á veranear á Asturias..., ya me lo habían dicho. Pero ¿se marcharían esta tarde?.. ¡Dios quiera que no!.. El caso es que si fuera algo más temprano iba ahora mismo á preguntar al portero... Pero ya habrá cerrado, y... llamarle para eso no más... Mañana iré... ¡Pobre general!.. ¡Pobre generala!.. ¡Pobre Luisa!..

»Cuando á la mañana siguiente me dijo el portero de casa del general que los señores se habían marchado la tarde anterior, si hubiera habido un tren relámpago que alcanzara al de ellos antes de la estación de Mieres, en donde se apeaban, le hubiera tomado inmediatamente, aun con dos probabilidades contra una de descarrilar. Tal era el deseo que me entró de ver y hablar á Luisa y á sus tíos y de resarcirles del disgusto que creía haberles causado con mi insensato retraimiento.

»Mas á tales horas no había tren relámpago ni siquiera tren carreta para el Noroeste. Era necesario esperar hasta la tarde... y hasta la tarde ¡bah!.. ¡cuántas reformas había de sufrir el proyecto!



COMITIVA DEL SULTÁN Á SU ENTRADA EN MARRUECOS, dibujo de Passos, tomado de una fotografía



MARRUECOS. – EL DÍA DE LOS FUNERALES, cuadro de Benjamín Constant



FE, ESPERANZA Y AMOR, cuadro de J. Koppay



ALEGORIA DE LA MUSICA, cuadro de F. Lefler

»A la media hora comenzó á parecerme el viaje un poco romántico, y á la otra media ya le tuve por una verdadera calaverada... No, decididamente no iría á Asturias detrás de Luisa; lo que haría sería escribir al general disculpándome. Así lo había resuelto á eso de mediodía.

»¿Pero qué iba yo á escribir al general? ¿Le iba á decir que había dejado de ir á su casa por no sufrir los desdenes de su sobrina?.. Y á él ¿qué le contaba?.. No, á Luisa era á quien debía escribir, á Luisa... Tal era mi propósito á las tres de la tarde...



D. MATEO BENIGNO DE MORAZA
Estatua de Venancio Vallmitjana Abarca

»Pero ¿cómo la iba á escribir no habiéndolo hecho nunca?..

»A más de que bien mirada la cosa, ¿tenía realmente motivo para entregarme á aquellos entusiasmos?.. ¿Qué habían hecho Luisa y sus tíos al preguntar por mí y al despedirse, sino cumplir simplemente los deberes de sociedad?.. ¿Habían de marcharse á la francesa?..

»En fin, que á la hora del tren, ya ni me iba á Asturias ni escribía á nadie.

»El pesimismo de los días anteriores había vuelto á sacar la cabeza y á enseñorearse de mí. Luisa no me quería, esto era lo cierto; y por consiguiente no había motivo para cambiar de conducta.

ANTONIO DE VALBUENA

(Concluirá)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En la ornamentación artística del nuevo palacio del Reichstag, de Berlín, se han gastado en el año último 425.000 pesetas y para el año actual hay presupuestas para el mismo objeto 500.000, que se distribuirán en la forma siguiente: trabajos plásticos, 168.750 pesetas; pinturas decorativas, 168.750; dos chimeneas, 50.000, y pinturas sobre cristales, 112 500.

Salón Parés. – Interesantes fueron las exposiciones verificadas en este local durante las últimas semanas. Sans constituyó una de ellas con una variadísima muestra de lo que puede su fácil manejo del pincel en la obtención de esas ligeras notas con que se satisfacen las pocas exigencias de algunos aficionados á adquirir obras por precios módicos.

E. Meifrén reveló una vez más su fantasía y su fina observación en una serie de marinas dignas todas de elogio: radiantes de luz unas, vagas y misteriosas otras, envueltas en las penumbras crepusculares ó en las sombras de la noche. El joven pintor Bertrán expuso dos estudios; uno de ellos, el de una señora sentada en un banco de *Hyde Parck*, merece honrosa mención.

Ultimamente la novedad para inteligentes y profanos ha sido la presentación de un cuadro de Domingo, el artista de fácil y habilísima ejecución que tanta influencia ejerciera años atras en la escuela valenciana. Es Domingo un pintor dotado de condiciones excepcionales y cuya paleta vencía todas las dificultades; su *Santa Clara*, que le valió un primer premio, y otros muchos cuadros probaron elocuentemente una maravillosa aptitud natural para la pintura; pero esta misma suma de cualidades, como á otros muchos de nuestros compatriotas, le ha perjudicado en su carrera. Impetuoso, improvisando siempre, fiándolo todo á su feliz habilidad, Domingo ha alcanzado continuados triunfos en el terreno de un arte que sostienen (por lo que les vale) inteligentes mercaderes al explotar la grosera aspiración de aficionados ricos que sólo ven en pintura toques hábiles y cosas bonitas. Aun en ese campo, produjo nuestro compatriota obras que los artistas aplaudieron; pero, justo es decirlo, la expuesta en el Salón Parés, por su asunto, por su tonalidad, por la composición, por el carácter de los tipos y hasta por el dibujo, no muy correcto en parte, no corresponde á la fama y reputación de uno de nuestros primeros artistas. ¿Es esto decir que la obra no contiene cualidades, que no demuestra en su autor condiciones nada comunes como pintor? No por cierto; pero puede y debe exigirse á Domingo algo y mucho más que obras como el cuadro titulado *Canto de amor*.

Salón de «La Vanguardia.» – Han llamado la atención del público en ese local una buena copia reducida de la batalla de Tetuán, de Fortuny, que posee nuestra Diputación Provincial, y los originales que sirvieron para ilustrar nuestro número extraordinario de Nochebuena.

Teatros. – En el gran teatro Payret de la Habana se ha estrenado con extraordinario éxito un drama en un prólogo y cuatro actos de nuestra distinguida colaboradora Eva Canel, titulado *La Mulata*.

Madrid. – Desde nuestra última *Miscelánea* se han estrenado con buen éxito: en el Español, *Blancos y Negros*, interesante adaptación á la escena española del drama en tres actos de Sardou *La haine*, hábilmente hecha por los Sres. Llana y Francos Rodríguez; *La voz de la patria*, cuadro dramático en un acto, de doña Rosario de Acuña, y *La ciencia de los hombres*, comedia en tres actos, del Sr. Linares Artray: en la Comedia, *Hacerse el muerto*, gracioso juguete cómico en un acto, de don Ricardo Revenga; *El celoso*, juguete en un acto, de D. José M.ª Nogués; *A la orilla del mar*, comedia en cuatro actos, de don José Echegaray, y *Viña Tula*, segunda parte de *Militares y paisanos*, arreglada del alemán por Vital Aza: en Lara, *La casa de baños*, graciosísima comedia en dos actos, de D. Enrique Gaspar; *La señora de Rodríguez*, chistosa pieza en un acto, de don Eusebio Sierra, y *Ciruelas pasas*, comedia en dos actos, de don Domingo Sandoval: en la Princesa, donde está la compañía de la señora Tubau, *El rapto de las sabinas*, arreglo del alemán por D. Pedro Gil: en la Zarzuela, *El ángel de la Guarda*, bellísima zarzuela en tres actos, letra del Sr. Pina y Domínguez y música de los maestros Nieto y Brull; y en Eslava, *El abate San Martín*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Perrín y Palacios y música del maestro Marqués.

Barcelona. – Desde nuestra última *Miscelánea* se han estrenado con aplauso: en el teatro Romea, *Las claus de Girona*, hermoso drama en tres actos, de D. Federico Soler, y *A casa l' arcalde*, gracioso sainete en un acto, de D. Emilio Vilanova: en el de Novedades, *El testamento perdido*, interesante drama en un prólogo y cuatro actos, de D. Rafael del Castillo; *La hostalera de la Vall*, bellísimo drama en un prólogo y cuatro actos, de D. Joaquín Riera y Bertrán; *Un celobert*, graciosa pieza en un acto, de D. M. Casademunt, y *La Lola*, chistosa parodia de *La Dolores*, en un acto, de los Sres. Guasch y Tombas y Dalmases y Gil: en el de la Granvía, *Nora*, excelente traducción del notable drama de Ibsen, *Casa de muñecas*, hecha por don Federico Gomis; *La camorra*, melodrama en seis actos, de los Sres. Ayné y Ravell y Rovira y Serra; *L' Escorsó*, drama en tres actos, de D. Ignacio Iglesias, y *La pescadora de Arenys*, drama en cuatro actos, de D. Alfredo Moreno Gil: en el Tívoli, *El viaje imprevisto*, zarzuela de gran espectáculo en tres actos, letra de D. Rafael del Castillo y música del maestro Cotó; y en el Eldorado, *La indiana*, zarzuela en un acto, letra del señor Jackson Veyán y música del maestro Saco del Valle y *Titirimundi*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Monasterio é Ibarrola y música del maestro Valverde (hijo).

NUESTROS GRABADOS

Miss Ada Rehan, retrato pintado por Jan van Beers. – De este eminente pintor belga puede decirse que ha llegado en punto á finura, elegancia y delicadeza á ejecutar maravillas que rayan casi en lo inconcebible. Algunas de sus obras han podido ser admiradas por los lectores de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, y á la lista de las que hemos reproducido hasta ahora añadimos hoy el retrato de la célebre actriz inglesa Miss Ada Rehan en el papel de Lady Teazle en la comedia *The School of Scandal*.

Mahoma. La plegaria antes de la batalla, cuadro de Domingo Morelli. – Es considerado este cuadro como uno de los mejores de Morelli, y con decir que este pintor figura hoy entre los primeros de su patria, esa Italia que en todas las edades ha sido cuna de egregios artistas, queda hecho el elogio de *La plegaria antes de la batalla*, composición grandiosamente concebida y vigorosamente ejecutada, en la que su autor nos presenta al profeta de Alá y al ejército de sus sectarios invocando al dios de las victorias.

Melilla. El cementerio. - La torre de las Cabras (de fotografía). – Publicamos estos dos detalles de la plaza de Melilla que creemos han de interesar á nuestros lectores. El cementerio es pequeño y está desprovisto de esos accesorios que hacen menos tristes las necrópolis modernas; en él reposan una porción de héroes que han encontrado la muerte luchando con los rifeños, y entre ellos el infortunado general Margallo, cuya tumba está indicada en nuestro grabado por una cruz. La torre de las Cabras, como se ve en nuestro grabado, forma parte de las fortificaciones de Melilla por el lado del mar y está asentada sobre peñascos de difícil acceso.

Marruecos. – *Cadena de prisioneros de una tribu rebelde*, dibujo de G. Nicollet. – *Comitiva del sultán á su entrada en Marruecos*, dibujo de Passos. – *El día de los funerales*, cuadro de Benjamín Constant. – Como todo cuanto se relaciona con Marruecos tiene hoy importancia y ofrece interés de actualidad, estamos seguros de que nuestros lectores han de ver con agrado que reproduzcamos algunas obras maestras de artistas tan notables como el inglés Nicollet y el francés Constant, que representan escenas típicas de aquel país. En cuanto al dibujo de Passos, la fotografía de donde está tomado reproduce una parte del séquito del sultán á su entrada en Marruecos, y por él puede comprenderse la pompa de que se rodea aquel soberano para presentarse á sus súbditos y las fuerzas que le acompañan en las excursiones que periódicamente lleva á cabo para reducir á tribus rebeldes y sobre todo para recaudar tributos.

Fe, Esperanza y Amor, cuadro de J. Koppay – Agrupadas al pie de la Cruz, como indicando que con la obra sublime de nuestra redención nacieron, ha pintado el celebrado artista alemán Koppay tres figuras bellísimas que personifican las tres virtudes cristianas. Apartándose de los moldes generalmente seguidos, Koppay ha humanizado, por decirlo así, la Fe, la Esperanza y el Amor ó Caridad presentándolas, no bajo formas ideales, sino como tres hermosas doncellas con más vida real que expresión mística, lo cual no impide que cada una de ellas tenga la expresión justa que caracteriza la esencia de la virtud representada.

Alegoría de la Música, cuadro de F. Lefler. – Hay asuntos que necesariamente imponen ciertos límites dentro de los cuales necesariamente ha de moverse el artista que quiera tratarlos; pero aun así cabe hallar formas nuevas que den á la composición un sello de originalidad y revelen el genio del pintor que la ha trazado. Tal sucede en la *alegoría de la Música* que reproducimos: aunque este tema ha sido tratado mil veces y por mil artistas de distinto temperamento, el alemán Lefler ha sabido combinar hábilmente los elementos que forzosamente habían de entrar en el cuadro.

D. Mateo Benigno de Moraza, estatua de Venancio Vallmitjana Abarca, fundida en bronce en los talleres de D. Federico Masriera, de Barcelona. - Vitoria, el pueblo clásico de las libertades, acaba de erigir un monumento á uno de sus amantísimos hijos, Mateo Benigno de Moraza, campeón ilustre de sus fueros y prerrogativas, que tanto trabajó en favor de su región en la legislatura de 1876, y falleció cuando tanto podía esperarse de su rectitud y de su patriotismo.

A un distinguido escultor catalán, hijo y discípulo del maestro de los escultores de nuestra región Agapito Vallmitjana Abarca, ha cabido la gloria de modelar la estatua del ilustre patricio, y á otro no menos distinguido entre los artistas, D. Federico Masriera, la de fundirla en bronce, para hacer imperecedera la memoria del ciudadano y la obra del artista.

Hernán Cortés, estatua de Eduardo Barrón, fundida en bronce en los talleres de F. Masriera, de Barcelona. – Hernán Cortés tiene ya en Medellín, su patria, un monumento erigido al esforzado capitán, como testimonio de sus gloriosas empresas y de la consideración de sus compatriotas.



HERNÁN CORTÉS, estatua de Eduardo Barrón

El discreto escultor Eduardo Barrón, ventajosamente conocido, pues ya en la Exposición nacional de 1884 obtuvo una segunda recompensa, modeló la estatua, que ha sido cuidadosa é inteligentemente fundida en bronce en los talleres de don Federico Masriera, de Barcelona.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Santiago sentía cada vez más intensa en el corazón la melancolía de la partida. Iba y venía, contrariado y nervioso, respondiendo con breves y secas frases á las afectuosas preguntas de Lechantre. El crepúsculo, entristecido por la niebla, esparcía ya una semi-obscuridad en el taller vacío. Santiago se detenía ante la gran ventana de cristales y miraba distraído los mecheros de gas que iban iluminándose uno tras otro en la bruma; así pasaron las horas hasta el momento en que vino un mozo á recoger los baúles, y la señora Moret y Teresa bajaron dispuestas á partir. Teresa y su marido abrazaron á Cristina, que correspondió fríamente á esta prueba de cariño, y luego los jóvenes esposos, la mamá y el pintor se acomodaron en un coche que emprendió lentamente el camino de la estación.

¡Pero este chico pinta ya como un maestro!

Durante el trayecto se habló poco ó nada. Por una de las ventanillas abiertas Santiago contemplaba pensativo el espectáculo de la calle. De vez en cuando otros coches cruzaban por delante del que ocupaba, y sus ojos escudriñaban ansiosamente el interior de aquellos coches, y veía personas en traje de etiqueta que sin duda acudían á algún convite ó reunión mundana. No podía menos de mirar con envidia á aquellos felices desconocidos, y recordaba que precisamente la misma noche en que se alejaba de París habría una comida de artistas en la que su asiento estaría vacío.

A medida que atravesaba las calles más pasajeras, y veía los magníficos edificios, los grandes hoteles y restaurants, rebosando gente alegre y dichosa, y los inmensos almacenes de lujo espléndidamente iluminados, la nostalgia de París le oprimía el corazón.

Llegóse al fin á la estación de Lyón, y allí la multitud, la agitación de los que iban y venían, operaron en el pintor una saludable reacción. Lechantre, que conocía á un jefe del servicio de explotación de la línea, había conseguido que se reservase un departamento para Santiago y Teresa. Ante la puerta abierta del vagón, la mamá, consternada, conteniéndose á duras penas para no estallar en sollozos, contemplaba á sus hijos con una ansiedad tan grande que daba pena ver la angustia de la pobre señora. En medio de la confusión que producían los viajeros, los mozos, los empleados y los vendedores, Lechantre se esforzaba en procurar que sus amigos se animasen y desecharan toda idea penosa.

No se estaba quieto; corría al despacho de libros y compraba una novela y se la regalaba á Teresa, luego le compraba una caja de pastillas de chocolate, y después iba por todo el andén buscando á la mujer que facilitaba las almohadas de viaje.

Comenzaron los empleados á cerrar portezuelas; se oyó la voz reglamentaria «¡Señores viajeros, al tren!» La señora de Moret se abrazó fuertemente á Santiago y á Teresa, prodigándoles tiernas caricias y maternales consejos.

– No se apure usted así, decía el bueno de Lechantre, que no se van al fin del mundo. A Teresa, sin permiso de su marido, le quiero dar un abrazo... Otro á ti, mi querido Santiago. Ya sabéis que he de ir allí á sorprenderos... Hace mucho tiempo que deseo ir al país donde los naranjos florecen...

Ya estaban dentro del vagón. Un agudo silbido vibró en el aire húmedo... Todavía hubo algunas frases de despedida, las manos saludaron desde los coches y desde el andén, y el tren se puso en movimiento, deslizándose sobre los rieles de acero y... luego se hundió en la obscuridad. Algunos instantes después, Lechantre llevaba del brazo á la pobre madre, que ya no contenía sus abrasadas lágrimas.

II

Solos y casi, casi seguros, gracias á la protección de Lechantre, de que esta soledad sería respetada hasta llegar á Niza, Santiago y Teresa se ocuparon primero en colocar sus sacos de mano y demás objetos en la red, y después sentáronse muy juntitos con las manos entrelazadas. La despedida los había conmovido profundamente y todavía les duraba la emoción. Entretanto, el tren, aumentando la velocidad, pasaba ante las fortificaciones, atravesaba el Marne y cortaba la llanura que se extiende hasta Villanueva San Jorge. A través de la bruma helada del exterior se veía, así como fuegos fatuos, las luces de las estaciones brillar un momento, desapareciendo instantáneamente como si las apagara el mismo tren al pasar.

– El amigo Lechantre, observó Santiago, ha tenido una feliz idea haciéndonos reservar este departamento... Cualquiera diría que hacemos nuestro viaje de boda... ¿En qué piensas, Teresina?, añadió sorprendiendo una lágrima en los ojos de su mujer.

– Pienso en la pobre mamá, que va á estar muy sola en nuestra casa de la calle de Ampere.

– ¡Pobrecilla! ¡Qué pena ha tenido! Quería disimular, pero no podía... ¡Cuánto nos quiere!

– Sí, respondió Teresa, y me parece que Cristina cree que nos quiere demasiado... A mí en particular... Tu hermana no se consuela de ser soltera todavía, y no me perdona haberme casado antes que ella y haberme casado contigo. Por más que hago para hacerme querer de tu hermana, pierdo el tiempo.

– Ya conoces el carácter de Cristina... Siempre ha sido áspera y díscola... No es mala en el fondo, eso no; pero está agriada por el celibato forzoso y por las prácticas de una devoción de mojigata. Pero no nos preocupemos de las genialidades de mi hermana. Mamá nos ama y yo te adoro. Esto es lo esencial.

Ilumináronse los negros ojos de Teresa y estrechó tiernamente el brazo de su marido.

– ¿De veras? ¿Me amas siempre?

– Siempre y cada día más.

– ¿No te parezco torpe, ignorante en comparación con esas hermosas damas que van á visitarte en el taller, que hablan de pintura con tanto aplomo y sabiduría y que te dicen tan bonitas lisonjas elogiando tu talento?

– Tú eres, Teresina, más sabia que todas ellas con tu buen juicio y tu sinceridad adorable... No creas que me pago yo de los cumplimientos y halagos de la gente del gran mundo. Todas esas señoras que me invitan á sus reuniones no me honrarían con una mirada siquiera si los periódicos no hablasen de mí. La pintura para ellas es cuestión de moda. Van á ver barnizar los cuadros como van á las carreras de caballos, y lo mismo les importa el arte que á un perro la moda de este invierno. Pero cuando te enseño uno de mis cuadros, cuando le miras con tus ojos de Minerva y me dices «me gusta,» entonces sí que experimento una verdadera alegría y quedo completamente satisfecho... Tu aprobación me inspira completa confianza y me estimula y alienta en gran manera. Tú eres mi mejor consejera, Teresa; tú eres mi voluntad y mi fuerza...

– Santiago, ¡cuánto te quiero! Quisiera que fueras para mí sola, y por esto, además de lo mucho que conviene á tu salud, me complace este viaje á Niza que nos permitirá vivir más juntos en un país donde no conocemos á nadie.

– Es verdad; nuestra puerta estará completamente cerrada para los importunos. Es preciso que tengamos, á lo menos, fuera de París la ventaja de que no nos molesten. ¡Qué buena vida vamos á pasar solitos los dos en una casita bien soleada y cómoda! ¡Qué deliciosos paseos por el campo como dos amantes, y por la noche leeremos algún libro nuevo ó hablaremos de pintura, de los cuadros que he de pintar á nuestro regreso.

Con la singular impresionabilidad de su imaginación de artista, Santiago se contemplaba ya instalado en una casita blanca y risueña rodeada de rosas y jazmines. Una vez en plena fantasía, proseguía en sus halagüeñas imaginaciones sin advertir que á Teresa, fatigada por lo muy atareada que había estado aquel día y el anterior preparando el viaje, cerrábansele los ojos, y sonriendo á las floridas y bellas descripciones de su marido, luchaba contra la imperiosa necesidad de reposo. Insensiblemente la amante esposa inclinaba la cabeza sobre el hombro de Santiago.

– Me parece, dijo éste, que Morfeo se apodera de ti.

– Perdóname, pero me caigo de sueño.

– Espera un poco, repuso riendo el pintor, voy á prepararte la cama.

Ayudó á Teresa á quitarse el sombrero, cubrió la hermosa cabeza con una toquilla de encaje, puso en un rincón del vagón la almohada y la acostó amorosamente, cubriéndola con la manta de viaje doblada. Y á los pocos momentos dormíase la esposa como una niña inocente.

— Duerme bien, Teresina, murmuró Santiago, besando la frente de su mujer; á ver si puedo yo dormir también.

Amortiguó la luz de la lámpara corriendo el tafetán, se acomodó bajo su manta en otro ángulo del coche y procuró dormir. Pero no le sucedió lo que á su mujer; los preparativos del viaje le habían puesto tan nervioso que le fué imposible dormir. Latíanle fuertemente las sienes y sentía un hormigueo muy incómodo en las piernas.

Después de muchas variaciones de postura para hallar la más cómoda y sin poder calmar la agitación que le tenía desvelado, se sentó en un rincón y se puso á mirar vagamente al campo á través del cristal empañado.

El tren había dejado atrás á Montereau y seguía el valle del Yonne. A través de la niebla la luna blanqueaba los campos, y á pesar de la rapidez del expreso, el pintor distinguía ciertos detalles del paisaje: la arboleda desnuda de un trozo de bosque, un pueblecillo dormido, un caserío aislado en el que sólo se veía iluminado el hueco de una ventana. La silueta de un palomar de techo puntiagudo reproducía súbitamente en su mente la imagen de un caserío semejante situado en su país de Rocatallada, donde había conocido á Teresa. Mientras el tren proseguía su carrera vertiginosa en la obscuridad de la noche, desfilaba ante la imaginación ardiente del artista toda una procesión de recuerdos de la infancia.

El caserío, que se llamaba el Priorato, dominaba el curso del Anjou. Desde la torrecilla de uno de los ángulos, que servía de palomar, se veía por encima de la hojarasca la irregular corriente del río en que se bañaban los niños, y en la parte opuesta un prado en que pastaba el ganado del pueblo, mientras que revoloteaban sobre las cabezas de las cabras y las vacas bandadas de estorninos. Allí era donde Teresa, huérfana de padre y de madre, vivía con la tía Eufrasia, quien era así como su tutora y curadora, y allí era también donde Santiago, con su blusa azul, sus almadreñas y su cabellera al aire, iba los días festivos á jugar con la niña, su amiga del alma, aunque tenía seis años menos que él, que ya era un mocito de trece primaveras. El muchacho habíase erigido en protector de aquella morenilla de ojos negros, que ya entonces revelaba en su inocente fisonomía la seriedad y la decisión de su carácter. Los dos, agarrados de las manos, se internaban en la espesura; al principio no se atrevían á alejarse mucho de la finca de la tía Eufrasia; luego, poco á poco, íbanse más allá, atravesaban el puente y seguían á las vacas muy lejos, en compañía del pastor...

En sus recuerdos había como un vacío hasta que Santiago se hallaba en el colegio de Langres, donde su familia, con no poco trabajo, pagaba su pensión. La señora Moret deseaba vivamente que su Benjamín estudiase mucho para poder alcanzar un día *un empleo del gobierno*. Santiago recordaba que todas las horas que podía las dedicaba al dibujo, y que así como el latín y el griego le eran por todo extremo desagradables, lo que es en dibujo no iba á la zaga de sus compañeros, sino muy delante de todos ellos.

En las vacaciones venía á casa con una cartera bien repleta de croquis, apuntes y dibujos que maravillaban á la familia. Pasaba los días copiando los muebles y los utensilios de la cocina, y los copiaba cien veces hasta que consideraba perfecta la copia. Dibujaba en todas partes: en los libros, en las puertas, en las paredes, y muy pronto, cansado de no reproducir más que cosas, quiso pintar la naturaleza, los animales y las personas.

Levantándose con el alba, íbase al campo, y sentado en la pradera copiaba una tras otra las vacas y por último el perro del pastor. El año en que Teresa, ya una mujercita, hizo su primera comunión, la retrató con su vestidito blanco, sus manitas devotamente juntas en actitud de plegaria, y los ojos cándidamente extasiados. Este retrato, en que puso todos sus cinco sentidos, haciéndolo con verdadero amor, fué para él una verdadera fortuna. Pasando de mano en mano el bello retrato, llegó ante los ojos del diputado del distrito, un inteligente aficionado á la pintura, que, asombrado de las excepcionales disposiciones de Santiago, fué á ver á la familia Moret, y dijo que pondría todo su empeño en obtener de la Diputación provincial una pensión de seiscientos francos, si el chico quería ir á estudiar en París. Después de varios conciliábulos de familia, en que la señora Moret, muy interesada en que su hijo siguiese su vocación, acababa por destruir los argumentos del padre, que no creía bastante lucrativa la profesión de pintor, decidióse que se harían nuevos sacrificios para que el futuro artista pudiera vivir en París, y á los diez y ocho años, una sombría mañana de noviembre, Santiago Moret partía para París, llevando una carta de recomendación, dirigida á su célebre compatriota Francisco Lechantre.

Siempre recordaba Santiago la puerta del taller del gran paisajista el día en que por primera vez llegó allí, temblando de emoción y experimentando las angustias incomparables de la duda. El mismo Lechantre abría la puerta, y desconcertaba con la mirada escrutadora de sus ojillos vivos y penetrantes al encogido y temeroso campesino, que se presentaba con el sombrero en la mano y una voluminosa cartera bajo el brazo. Introducíale en el taller donde el jovenzuelo contemplaba con religioso respeto los infinitos cuadros, estudios y dibujos que cubrían casi por completo las altas paredes. Santiago, sin acertar á expresarse, presentaba la carta de recomendación del diputado. El artista la abría, la recorría con aire de benévola resignación; luego cargaba lentamente la enorme pipa, la encendía, y después, tuteándole familiarmente le decía: «Vamos á ver, qué traes ahí?.. ¿Qué es lo que sabes hacer?» Y Santiago desataba torpemente, aturdido, las cintas de la cartera, y presentaba sus estudios y sus croquis. Lechantre, con sus lentes, examinaba en silencio uno y otro dibujo, sin que su fisonomía revelase la impresión que experimentaba; pero súbitamente exclamaba, como si estuviera solo: «¡Pero este chico pinta ya como un maestro!» Y después, con la bondad expansiva que le caracterizaba, añadía poniendo la mano sobre la cabeza de su joven paisano:

— Bien, muchacho, bien... Desde mañana vendrás á trabajar aquí.

Luego le hacía cien preguntas sobre su pueblo y sus parientes, y por fin le convidaba á almorzar. El día siguiente Santiago empezaba á dibujar bajo la dirección de Lechantre, y al cabo de un año de aprendizaje tenía la satisfacción de ser recibido con el núm. 1.º en la Escuela de Bellas Artes. Entonces comenzaba la vida penosa y dura... Vivir sobre los tejados, comer insuficientemente en figones inmundos, sufrir la injusticia de los profesores, que en los concursos clasificaban en un rango inferior al discípulo intransigente, que se revolvía contra el convencionalismo y la rutina y mostraba una sinceridad y una independencia á que aquéllos estaban poco acostumbrados... Para poder vivir, sólo contaba con la pensión que le había señalado la Diputación y los cuatrocientos francos que le enviaba su madre, y como esto era insuficiente pintaba abanicos, hacía dibujos para los periódicos semanales, y á pesar de todo, ganaba apenas lo preciso, pero no permitía que de él se apoderase el desaliento. En esta lucha heroica por la existencia, por fortuna suya le auxiliaba Lechantre. Al fin de cada estío, viéndole flaco, amarillo, agotado de fuerzas, le ponía en la mano un billete de cien francos, y mintiendo le decía:

— Toma, he vendido uno de tus estudios; ya tienes para ir á reponerte en tu casa... Necesitas descansar un poco, muchacho.

Santiago tomaba el dinero y se apresuraba á emprender el viaje á Rocatallada, donde llegaba como el pichón de la fábula, «arrastrando el ala y sacando el pie;» pero pronto la copiosa cocina y los mimos y cuidados de la señora Moret le devolvían las fuerzas perdidas. Su primera visita era siempre para Teresa. El cortijillo había conservado su cordial fisonomía de siempre. En la cocina perfectamente jalbegada, en cuyas paredes relucían los peroles, sartenes y cacerolas, la tía Eufrasia, sentada en su silla de paja, hacía media con la mayor ligereza. La antigua criada María, que no había servido más que á la tía Eufrasia y antes al anciano cura del pueblo, continuaba en sus faenas de la casa, que la tenía, según su frase, como los chorros del oro, y dividía el tiempo entre los quehaceres de la cocina y la limpieza en la casa donde ganaba el pan, y el cuidado de la iglesia, donde desempeñaba por pura afición las funciones de sacristana.

Solamente Teresa había cambiado. Ya había entrado en los quince años, tenía la apariencia de una señorita y asistía en Langres al colegio de las Hijas de la Providencia. Estaba muy bella en su esbelta delgadez de adolescente, y continuaba con la misma afición que de niña á corretear por el campo. A pesar de las observaciones un poquito agrias de la sacristana, á quien Teresa parecía demasiado espigada ya para irse por aquellos senderos y aquellos prados en compañía de un mozo, no dejaba de seguir á Santiago á la pradera, con gran satisfacción del pastor, que no sólo era extremado en la afición al ganado vacuno, del que fué siempre estimado y obedecido, sino también un pescador muy inteligente. El agua parecía ser su elemento, y el Anjou su propiedad particular. Conocía todos los criaderos de cangrejos, todos los agujeros en que se encuentra la trucha y todos los sitios propicios á la pesca. Habíanle puesto por apodo *el Topo*.

Mientras desnudo de la cintura arriba, *el Topo* levantaba sus redes Santiago, sentado sobre el césped, pintaba el torso vigoroso y la cabeza hirsuta del pescador, en medio de la hojarasca, poniendo por fondo del cuadro el remolino del río, Teresa, arrodillada sobre la hierba también, seguía con la profunda mirada de sus ojos negros los progresos de la obra del artista. El talento de su amigo y compañero le inspiraba religiosa admiración. Santiago, sin verla, adivinaba que la jovencita no le perdía de vista un momento, y esta persuasión era lo que más le estimulaba á trabajar, y á trabajar bien. Era deliciosa aquella primera hora de las tardes de septiembre, en el silencio del campo, cerca del agua que se revolvía en minúsculos remolinos circulares, en aquella tibia atmósfera impregnada de un olor á menta y bajo aquel follaje entre cuyas ramas se veían trozos de cielo azul. Encontrábase allí tan á su gusto la gentil Teresa que, sin pensarlo, se escapaba de su pecho un suspiro de satisfacción y contento, y entonces volvíase súbitamente Santiago, sorprendiendo la tierna mirada de su amiga, y le contestaba con una cariñosa sonrisa; ruborizábase Teresa y bajaba castamente los párpados con un delicado movimiento únicamente comparable al de una mariposa plegando las alas. Y tornaba el artista á su trabajo, asombrado de que aquella pura mirada de la adolescente le produjera tan íntima turbación. Terminada la tarea del artista, volvían los dos antes de la puesta del sol, atravesando los prados, sin hablar, medio cerrados los ojos, poseídos él y ella de la emoción de aquella magnética mirada que habían cambiado en medio de la hermosísima soledad. Durante un mes disfrutaban de la incomparable libertad del campo y del placer de una amistad tan íntima como inocente. Deslizábanse los días semejantes á la suave y mansa corriente del río, experimentando un misterioso estremecimiento, el estremecimiento de la pubertad, la primera emoción producida por las sacudidas eléctricas de los sexos diferentes que, como dos fluidos de especie contraria, se adivinan y se atraen.

Después de este mes de vacaciones, Santiago regresaba á París, y volvía á empezar la lucha más dura, más penosa y con más angustiosas alternativas de esperanza y desaliento. En el intervalo, su padre el Sr. Moret desaparecía de entre los vivos, arrebatado por una fluxión de pecho, y el joven, conociendo las privaciones que su madre tenía que imponerse, daba lecciones de dibujo para bastarse á sí mismo. Aconsejado por Lechantre, alquiló un taller y empezó á pintar su primer cuadro para la Exposición.

El cuadro fué recibido; pero colocado en la altura, cerca del techo, nadie reparó en él.

Siguieron luego tres años de tentativas obscuras, tres años esterilizados por esa agitación febril que es la enfermedad de los principiantes. La repugnancia que á Santiago le producía el arte ficticio y convencional de la Escuela mezclábase en su espíritu con un tímido sentimiento de respeto á los maestros, cuyas cualidades y cuyos éxitos no podía desconocer. Y preguntábase con angustia si le engañaría su instinto ó si se habría apoderado de su entendimiento una vanidad presuntuosa y petulante. Sin embargo, la aversión que le inspiraban los dioses y las diosas, los griegos y los romanos, le hacía consagrarse más y más á la observación exacta de la naturaleza. Después de tan desgraciados y repetidos abortos, expuso al fin un lienzo, bien colocado esta vez, que llamó la atención. Era el retrato del singular pastor del Priorato levantando una red llena de pesca: desnudo hasta la cintura, *el Topo*, dentro de su elemento predilecto, levantaba en sus nerviosas y huesosas manos la red repleta de peces, y reía en testimonio de contento y satisfacción. Las ramas de los alisos proyectaban su sombra sobre el torso chorreando agua del pastor. Ante esta pintura sincera y franca, de sólida ejecución y de una intensidad maravillosa, los inteligentes parábanse admirados, y el nombre de Santiago Moret, ignorado la víspera, figuraba el día siguiente en preferente lugar de todos los artículos críticos de la Exposición.

Desaparecía la mala sombra, como él decía, que hasta entonces le había perseguido; el retrato de *el Topo* obtenía una medalla y el Estado adquiría el cuadro; los aficionados y negociantes en cuadros aprendían el camino que conducía al modesto taller del joven artista.

Otros dos cuadros presentados en otras Exposiciones, *La recolección* y *Las espigaderas*, ofrecían una prueba más de la originalidad del pintor y consolidaban su notoriedad. El éxito era brillante, casi desproporcionado respecto de la cualidad real de las obras expuestas, como sucede frecuentemente en el mundo parisiense, impresionable y exagerado en todo – éxito de honra y de provecho, – y

así en pocos meses Santiago Moret llegaba á ser el pintor de moda y obtenía una fortuna...

–¡Dijón! ¡Diez minutos de parada!

El tren penetraba bajo la ancha nave acristalada de la estación y las luces de gas iluminaban la graciosa figura de Teresa, acostada sobre los almohadones y durmiendo profundamente. Santiago contemplaba con tierna admiración aquel esbelto cuerpo femenino castamente acostado, con la cabeza descansando sobre la almohada, el busto descubierto, y el pecho moviéndose pausadamente con el ritmo acompasado de una respiración tranquila como la de un niño. Y por debajo de la rica manta de viaje asomaban los dos piececitos estrechos y largos. Bañado por la claridad de los faroles de la estación el rostro de Teresa, visto de perfil con su nacarada blancura, sus párpados cerrados, su boca virginal, su cuello irreprochablemente modelado, semejábase á aquel anónimo y adorable busto de cera que es la joya del Museo de Lille. El matrimonio no la había transformado: Teresa continuaba siendo tal como la había admirado el pintor cuando la volvió á ver en la época de su regreso triunfante á Rocatallada.

Poníase de nuevo en marcha el tren, y el pintor volvía á evocar sus recuerdos, con lo que se le hacía más tolerable la trepidación de aquél. No podía olvidar la dulcísima impresión que le produjo aquella joven que había dejado adolescente y la encontraba en todo el encantador desarrollo de los veinte años. Recordaba aquella tibia mañana de julio en que, atravesando el Anjou, había ido á llamar á la puerta del Priorato. En la cocina no había nadie. María, la sacristana, siempre fiel á sus piadosas costumbres, había ido á barrer y limpiar la iglesia; la tía Eufrasia dormía desde dos años antes en el cementerio inmediato al huerto. Santiago empujó la puerta baja que comunicaba con el jardín, con deseo de encontrar á Teresa. De pronto, la vió, con su traje de luto, que estaba cogiendo unas rosas. La blancura de su rostro resaltaba mucho más con aquel traje. Al encontrar á su amigo, cuya visita no esperaba, Teresa, sorprendida, dejaba caer el ramo de rosas y se ruborizaba. Santiago recogía del suelo las rosas y seguía á la joven, que le contaba sencillamente que vivía sola en aquella propiedad desde que su tía había muerto en sus brazos. Teresa estaba muy triste en el caserío, pero se hallaba siempre tan ocupada que no tenía tiempo para lamentarse de la soledad.

Desde aquel día, Santiago iba á visitar á Teresa todas las tardes, luego que terminaba sus trabajos, y pasaban muy entretenidos las horas conversando en el jardín ó en la cocina, que era la habitación más confortable por efecto de los cuidados de la sacristana. Las asiduas visitas del artista no dejaban de inquietar un poco á la furibunda y escrupulosa beata. Había tomado muy por lo serio su papel de dueña y vigilaba con el más exquisito celo á la señorita y al señorito. No se atrevía á seguirlos al jardín; pero cuando se creía que estaría en la iglesia ó en su cuarto, aparecía de improviso para que se supiera que estaba alerta y dispuesta á salvar la honra de la familia si conocía que la entrevista tomaba un carácter peligroso. Estas exageradas precauciones de que al principio se reían Teresa y Santiago, acabaron por persuadir á los dos de que existía en ellos secretamente un sentimiento que todavía no se habían atrevido á declarar. La insistencia de la vetusta y escrupulosa criada les hizo conocer los sentimientos de su propio corazón, y el amor hasta entonces oculto aparecía radiante en sus miradas, en su rubor, en sus palabras y hasta en su silencio.

Una noche, cuando se creían solos, en el fondo de la cocina iluminada únicamente por un rayo de luna, Santiago, más animoso en la obscuridad que si hubiera sido claro día, exclamaba súbitamente:

–Teresa, he pensado una cosa... Estás muy sola en esta finca, y los cuidados de una casa de labor como ésta son demasiado rudos para una jovencita delicada como tú... ¿No sería mejor arrendar el caserío ó venderlo y adoptar tú luego un género de vida más conforme con tu posición y tu edad?

–¿Qué dices?.., preguntaba Teresa sorprendida.

–¿No has pensado jamás en casarte?

–¡Jesús! ¡Casarme! En verdad que no he pensado en eso nunca.

–Pues mira, lo siento, porque tengo un marido que proponerte.

–¿De veras?, preguntaba Teresa con forzada jovialidad para disimular su turbación. Me pareces demasiado joven para ser casamentero... Y ¿cómo se llama ese marido singular que me ofreces?

–Se llama Santiago Moret.

Oyendo esta declaración Teresa se turbaba más y más, y bajaba los párpados sin duda para que Santiago no viera las lágrimas en sus ojos.

–¿No me respondes? ¿Es que no te seduce el matrimonio ó que no te gusta el marido?

–¡Oh, Santiago!, respondía la buenísima Teresa, perdóname..., no esperaba lo que me has dicho... ¿Yo tu mujer?.. ¿Lo has reflexionado bien?.. Piénsalo, amigo mío... Una campesina, una ignorante como yo, ¿qué papel haría en medio de tus amistades de París?.. ¡Oh! Sería yo muy desgraciada si después te arrepintieras..., muy desgraciada, te lo aseguro.

–Teresa, eres la mujer más perfecta que puede querer para propia un artista, y siempre estaré orgulloso de haberte dado mi nombre... Hace mucho, mucho tiempo que te amo... Y tú, ¿me quieres un poquito siquiera?

Por toda respuesta inclinaba Teresa la cabeza y le daba las manos.

–Gracias, Teresa... Soy muy dichoso.

Y atrayéndola dulcemente iba á estampar un casto beso en la frente de su prometida, cuando sorprendió á los dos una exclamación de susto, y la sacristana salía de un armario enorme donde se había escondido cautelosamente para oir la conferencia de los enamorados y evitar con su presencia en momento oportuno algún grave contratiempo.

–¡Un instante!, exclamó la vieja; lo he oído todo y me alegro... Sea enhorabuena, pero me haréis el favor de no besaros ni abrazaros hasta después de salir de la iglesia bendecidos por el señor cura, en nombre de Dios.

Un mes después eran marido y mujer; Santiago llevaba á Teresa á París, y hacía un año, al comenzar esta narración, que saboreaban con delicia una hermosa luna de miel en el hotelito de la calle Ampere.

Al propio tiempo que seguía Santiago la corriente de sus recuerdos, sentía que sus ideas eran menos claras y precisas. Bajo la influencia de la trepidación suave del vagón, las imágenes envueltas obscurecíanse en su cerebro é insensiblemente el sueño se apoderaba de él. Se durmió profundamente y no despertó hasta que el día iluminó el interior del coche. Bajó uno de los cristales y se asomó. Le sorprendió al pronto el notable cambio de temperatura; en vez de la humedad de la víspera, el aire era tibio y casi luminoso. Caía una lluvia menudita, pero con la suavidad de la lluvia primaveral, y detrás de las nubes blanquecinas se adivinaba la aparición del sol. A la izquierda se elevaban altas montañas desnudas, y al pie veíanse viejos pinos torcidos, de rugosa corteza; á la derecha se extendía la gran extensión lechosa del estanque de Berre.

El aire fresco despertó á Teresa; abrió los ojos y preguntó lánguidamente:

–¿Dónde estamos?

–Cerca de Marsella, Teresina, respondió Santiago. Advierte cómo la luz es más viva; bien se conoce que estamos ya en el Mediodía.

Teresa había vuelto á sentarse, y sacando de su *cabás* un diminuto espejo procedía ligeramente á su *toilette* de mañana. Quitabáse la toquilla, alisábase los cabellos y se colocaba la linda capota.

Acababa de arreglarse un poco cuando el tren penetraba en la estación.

En Marsella, Santiago y Teresa, á quienes las emociones de la víspera habían impedido comer bien, se desayunaron con mucho apetito en el *buffet* durante la parada de reglamento. Volvieron después al vagón, y muy pronto el pintor, á pesar de los esfuerzos que hacía para no cerrar los ojos, sucumbió al sopor que le producían lo tibio del ambiente, la abundancia del desayuno y el insomnio de la noche. Durmióse y durmiendo se estuvo algunas horas.

Despertóse sobresaltado al oir una exclamación de Teresa:

–¡Oh! ¡Qué hermoso!, exclamaba, asomada á la ventanilla de la derecha. Ven, Santiago, ven á ver.

Santiago abrió los ojos y los volvió á cerrar deslumbrados por la intensa claridad; tornó á abrirlos y no pudo menos de unir á las de su mujer sus exclamaciones de asombro, asomado al lado de Teresa.

El tren cortaba la escarpada garganta de un montuoso bosque de pinos. A la derecha veíase á trozos entre la arboleda un mar azulado, cuyas olas de blanca espuma lamían la base de ciclópeas rocas rojizas. Después el tren se hundía en las sombras de un túnel, y de nuevo, á la salida, descubríase una más encantadora y más cerúlea superficie del Mediterráneo El cielo presentaba un azul inmaculado y el sol calentaba como en el mes de junio. Poco á poco los grupos de pinos veíanse menos altos, luego desaparecían y el tren se deslizaba en medio de un país encantado, por el centro de campos de rosas, de limoneros y naranjos, cuyo fruto amarilleaba entre las hojas verdes. Y siempre á la derecha, el mar azul más puro y más cristalino bajo el cielo azul también. En la verdura perpetua de la vegetación meridional aparecían blanquísimos los pueblecitos y los caseríos. Villas deliciosas con pórticos de columnas mostraban á cada lado de la vía sus terrazas adornadas de áloes, y de vez en cuando, el penacho aislado de una palmera balanceábase en el aire transparente.

–¡Este, éste es el Mediodía!, exclamaba Santiago abriendo mucho los ojos para disfrutar de toda aquella luz, de todo aquel color... Hay que confesar, añadía, que esto es mucho mejor de lo que me había figurado.

Fatigados ya de contemplar aquellas hermosuras de la naturaleza y de maravillarse contemplándolas, volvieron á sentarse; por las ventanas del coche penetraba el perfume de los *eucalyptus*. En un rayo de sol entró aturdida en el vagón una mariposa de alas multicolores y revoloteó durante unos segundos y luego volvió á buscar el aire libre. En cada estación los empleados pregonaban con marcado acento provenzal los nombres de los pueblos que antes habían evocado en el ánimo de los dos viajeros sugestiones de países llenos de sol, y que ya se les aparecían en su tangible realidad. «¡Frejus! ¡Cannes! ¡El golfo Juan! ¡Antilus!» Después, el tren atravesaba por delante de una playa de arena dorada, y más allá, bajo una dentada serie de cimas de nieve, entre colinas de verdura, veían las casas rosadas de una ciudad perezosamente reclinada á la orilla de una bahía deslumbradora de sol. Era Niza. Sólo algunas leguas los separaban de aquel hechizo. Cuanto más se acercaba el tren tanto más claramente se veía la ciudad de las flores, y presentaba ésta más brillantes colores y relieves más precisos, y sonreía voluptuosamente entre el Mediterráneo, los jardines de naranjos y los bosques de olivos. El tren se deslizaba muellemente á lo largo de la playa; Santiago y Teresa sentíanse poderosamente atraídos hacia aquella costa azul, como fascinados por la invisible música de un canto de sirena.

–¡Niza! ¡Esta es Niza, Teresina mía!, exclamó Santiago alegremente, mientras el tren, atravesando el Var, marchaba más despacio. Abrázame, mujercita mía; tengo el presentimiento de que aquí vamos á ser muy dichosos.

III

¡Dichosos! Sí, debía ser muy dichosa la existencia en aquella ciudad hospitalaria y deliciosa que desde la salida de la estación presentaba un aspecto de fiesta, con su exótica decoración, su doble fila de *eucalyptus*, su profusión de arbustos y de flores y sus ramilleteras ofreciendo á los viajeros sus cestas llenas de ramitos de violetas.

Bajo los plátanos de la avenida de la estación que, á pesar de haber llegado noviembre, conservaban una buena parte de sus hojas, los almacenes acababan de renovar su decoración para la estación de invierno; los ómnibus de los hoteles circulaban ruidosamente interrumpiendo el paso de los tranvías, y corrían los chicuelos voceando los títulos de los periódicos recién llegados de París; las terrazas de los cafés, llenas ya de consumidores, enviaban á los transeuntes la música de sus orquestas al aire libre; en las columnas de los arcos, grandes carteles rojos anunciaban la reapertura del Casino y de la Opera. Parecía como que todo invitaba al viajero á vivir alegremente y á saborear los más fáciles y seductores placeres.

Santiago y Teresa, que detestaban la mesa redonda, habían resuelto abreviar lo más posible su permanencia en el hotel, y la mañana siguiente se ocuparon en buscar más cómodo y tranquilo alojamiento. Para evitar pesquisas fatigosas lo más breve era dirigirse á una agencia; Santiago fué á una de las que le habían recomendado. Así como la mayor parte de sus colegas, el propietario de la agencia dirigía una de esas *Gacetas de los extranjeros* que abundan en Niza y su despacho era al propio tiempo redacción del periodiquito. Cuando el artista penetró en la oficina, varios individuos sentados ó tendidos en los divanes fumaban cigarrillos y hablaban de los asuntos de la localidad. Santiago expuso al director el objeto de su visita y dió su nombre. Al oir *Santiago Moret*, el agente de publicidad, que era también algo corredor de cuadros, miró fija y benévolamente al pintor.

–Perdone usted, le dijo ceremoniosamente, ¿es al autor de *Las espigaderas* á quien tengo el honor de hablar?

Santiago respondió afirmativamente, é *incontinenti* uno de los fumadores se levantaba y se le ponía delante haciéndole una profunda reverencia.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÁQUINA DE ESCULPIR AUTOMÁTICA

Esta máquina, movida por la electricidad, no ha de reemplazar la mano del artista, pero es de gran valor para la reproducción de esculturas y puede ejecutar no sólo al mismo tamaño, sino en tamaño menor ó mayor, merced á una ingeniosa disposición de las distintas piezas, funciona hace algunos meses en los talleres de M. Delin con resultados satisfactorios, pues además del tiempo que economiza, gracias á ella pueden desbastarse fácilmente los bloques de madera, bosquejar los contornos y obtener posiciones relativas exactas. La estatua así bosquejada es entregada á un obrero hábil que la termina, y cuando sale de sus manos no deja nada que desear.

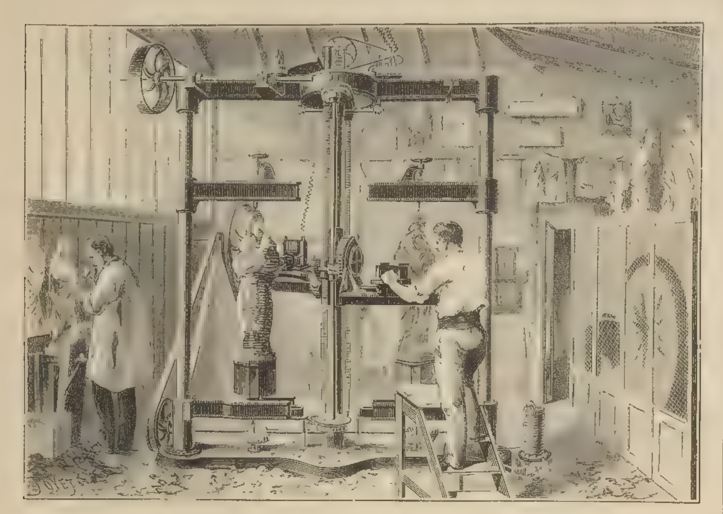


Fig. 1. Máquina de esculpir para la reproducción de estatuas, instalada en los talleres de M. Delin, en París

en poco tiempo bosquejos que el escultor de talento puede utilizar luego. El primero que ha concebido la idea de esta máquina ha sido M. Delin, fabricante de estatuas religiosas, que la ha puesto en práctica en sus talleres.

El mecanismo de la máquina es de una sencillez elemental y no exige sino el empleo hábil de motores eléctricos. La figura 1 representa la vista en conjunto del aparato en el taller: en el centro hay un eje vertical con un carretoncillo que puede moverse en toda la longitud del mismo gracias á un engranaje y al movimiento que puede imprimir un primer motor eléctrico colocado en la parte superior.

El carretoncillo que se ve en el centro del grabado lleva dos soportes que se extienden á derecha y á izquierda delante de las estatuas y que van provistos de correderas en las cuales están los aparatos que sirven para el trabajo: á la derecha está el pantógrafo que el obrero hace funcionar delante de la estatua modelo, y á la izquierda la máquina de esculpir. Los dos aparatos con sus soportes pueden girar alrededor del eje central, y cualquier movimiento ejecutado en el extremo del uno se reproduce en el del otro, como en todo pantógrafo; además pueden ser llevados delante de las estatuas como representa el dibujo, una de las cuales, la de la derecha es la que sirve de modelo cuya reproducción es el bloque de madera de la izquierda. Delante de la estatua modelo un obrero aguanta por medio de un pequeño aparato colocado sobre la corredera una varita de madera destinada á seguir, á una distancia de uno ó dos milímetros, los contornos del modelo. Este está montado sobre un eje vertical y animado de un movimiento de rotación que imprime en él por la parte inferior un tornillo sin fin. Igual movimiento se transmite á la segunda estatua, que al comenzar la operación no es sino un pedazo de madera informe. En nuestro grabado puede verse este tornillo, como también el árbol de transmisión con la polea y la correa que lo hace funcionar. Al extremo del segundo brazo, á la izquierda, hay una perforadora eléctrica (fig. 2), instalada en la parte C, sobre una parte encorvada de la corredera, que recibe en A la energía eléctrica y pone en movimiento una pieza B, animada de gran velocidad: esta pieza puede ser reemplazada por otros modelos, según las necesidades. Cuando la máquina funciona, basta que el obrero aproxime la varita de madera á la estatua modelo, como indica la figura 1, y la pieza del aparato reproductor se acerca al bloque de madera y corta una parte de ella, de modo que reproduce el modelo. El obrero puede asimismo hacer subir ó bajar el carretoncillo para efectuar el mismo trabajo en toda la altura de la estatua.

Esta máquina, que permite reproducir las estatuas,

J. Lafargue

⁂

LA INDUSTRIA DE LOS LÁPICES

Pocas personas, de fijo, conocen los orígenes de una industria hoy tan importante.

La primera mención de algo parecido á un lápiz se encuentra en una obra sobre los fósiles, publicada en 1565 por un tal Conrado Gesner, de Zurich. En aquella misma fecha fué descubierta la mina de plombagina de Cumberland, en Barrowdale, y es probable que Gesner aludiera á uno de los primeros especímenes descubiertos en aquel distrito. Entonces se fabricaban toscamente los lápices tallándolos en el mismo bloque y con un despilfarro tal que fué preciso tomar algunas medidas de conservación, una de las cuales fué tener abierta la mina y explotarla sólo durante unos cuantos días al año, en los cuales se extraía la cantidad de plombagina que se consideraba necesaria para el consumo del año siguiente. Estas restricciones fueron muy pronto inútiles, pues se encontró plombagina en todas partes, y hoy la de Ceylán puede ser importada en Europa y competir con la de las minas de Cumberland hasta en el mercado inglés. En presencia de la considerable demanda fabricáronse conglomerados de plombagina, en los cuales podía tallarse un bastón, y esta industria ha hecho célebre el nombre de Conté desde hace casi un siglo, puesto que data de 1795. El principio del procedimiento Conté consiste en mezclar íntimamente con la plombagina finamente pulverizada una cantidad de arcilla lo más pura posible, que sirve de ligazón y solidifica el polvo. El mismo procedimiento se aplica á los lápices de color.

Una de las fábricas más perfeccionadas de Inglaterra es la de Banks y compañía de Keswick, fundada en 1832. Pero la más importante es, sin duda alguna, la de Juan Faber, de Nuremberga, que data de 1761: en 1885 daba ocupación á 5.000 obreros y producía anualmente unos 250.000.000 de lápices.

En la fábrica de Keswick, el serrín, las virutas y los desechos de la madera de cedro empleada en la fabricación de los lápices son enviados á Aberdeen, en donde se hace con ellos un fieltro basto que sirve para forrar alfombras de habitaciones, y cuyo uso se ha generalizado mucho por su agradable olor de cedro.

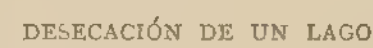


OBREROS BARATOS

Un industrial escocés, tan paciente como ingenioso, ha adiestrado dos ratones en el arte de hilar, por medio de un aparato inventado por él. El principio fundamental de la máquina es un pequeño molino movido por las patas de los ratones, los cuales pueden de este modo hilar y devanar de 100 á 120 hilos diarios, teniendo que ejecutar, para conseguir este resultado, movimientos equivalentes á una marcha de 17 kilómetros. Aunque los ratones sólo pesan 14 gramos, producen ese trabajo todos los días de una manera regular y aparentemente sin cansarse. Con unos cuantos céntimos de harina tienen los ratones comida para cinco semanas: durante este tiempo fabrican 3.850 kilos de unos 137'50 metros cada uno. Se calcula que cada ratón gana, es decir, come dos céntimos y medio por día, ó sea 9'35 francos al año.

Los diarios ingleses afirman, y bajo su responsabilidad lo reproducimos, que el inteligente fabricante ha adquirido una casa de 30 metros por 15 de superficie y 16 de altura, en la cual está procediendo á la instalación en grande escala de molinos movidos por ratones, y cree poder hacer funcionar en breve 10.000 *operarios* de esa nueva especie.

(De *La Nature*)



DESECACIÓN DE UN LAGO

Al Sur de Ishpeming (Míchigan, Estados Unidos) existía un gran lago, llamado Angelina, de 65 hectáreas de superficie y 22 metros de profundidad, que ha sido desecado para poder explotar una mina de hierro descubierta hace diez años. Para verificar este trabajo, que ha durado 16 meses, se ha colocado en una chalana amarrada en el centro del lago por medio de áncoras una bomba aspirante rotatoria, de una capacidad de más de 90.000 litros por minuto. Desde la primavera de 1892 la bomba ha funcionado día y noche, y aún se pasarán 15 meses antes de que el lago quede completamente en seco, pues falta todavía extraer el limo, que forma una capa de unos 12 metros de espesor.

⁂

ÁNCORA FLOTANTE

M. Víctor Guillard, de Lorient (Francia), que ha alcanzado una justa notoriedad por sus investigaciones, por sus estudios sobre las nuevas zonas de pesca en la costa Sur de Bretaña y también por su aparato para ir soltando poco á poco el aceite en el mar en tiempo de tempestad, hace construir actualmente un áncora flotante con un aparato de esos para un armador que se dedica á la pesca en Islandia. Todos los buques sólidamente construídos podrán, merced á esta áncora, resistir sin avería las mayores tormentas, pues estarán siempre por encima de las olas y se encontrarán en medio de una zona de aceite que impedirá que el oleaje vaya á romperse en la proa.

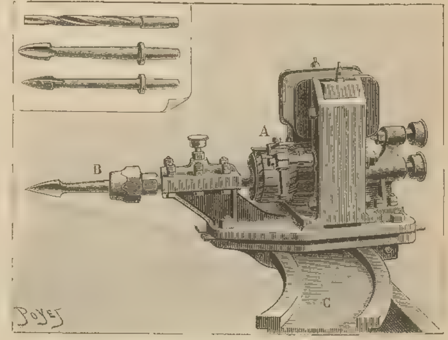


Fig. 2. Vista exterior de la perforadora eléctrica y de las piezas que sirven para labrar la madera

MEDALLA CONMEMORATIVA

DE ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

El ilustre uruguayo Alejandro Magariños Cervantes, que nació en 6 de octubre de 1825 y falleció en 8 de marzo de 1893, fué poeta, literato, periodista, académico, jurisconsulto, diplomático, diputado, senador, Ministro de Estado, juez, fiscal general, rector y catedrático de la Universidad y factor principal del monumento que se levantó en la plaza de la Florida, capital del departamento de su nombre, para conmemorar el hecho de haberse dado en ella en 1825 el grito de revolución contra la dominación brasileña.

Títulos son éstos suficientes á justificar el testimonio de cariño que á su memoria han dedicado los uruguayos con la medalla que reproducimos y que ha sido acuñada por los señores Gottuzzo y Terrarrossa, de quienes hemos publicado varios trabajos en este periódico.



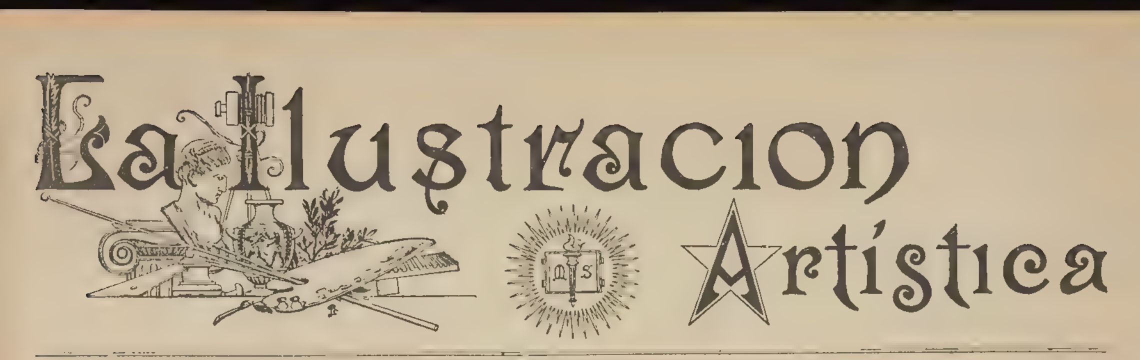
MEDALLA CONMEMORATIVA DE ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, POETA ORIENTAL, acuñada por los Sres. Gottuzzo y Terrarrossa





MELILLA. – LA TORRE DE LAS CABRAS. (De una fotografía)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XIII — BARCELONA 15 DE ENERO DE 1894 — NÚM. 629

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

¡ABANDONADA!

Copia del cuadro de F. Uhde, grabado por Brendamour

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El frío. – La nieve. – Un invierno en París y un invierno en Madrid. – A la hermosa Valencia. – Las fiestas del espíritu. – Homenajes á Núñez de Arce. – Novela reciente de Pérez Galdós. – Culto religioso al idioma nacional. – Libros europeos notables. – Ultimo tomo de la Geografía por Eliseo Reclus. – Ciencia y diligencia de tan sabio escritor. – Sus ideas anarquistas. – Impresión que sobre su espíritu hace América.

Tiritamos. El sudario de los muertos cubre la tierra de los vivos. Nunca pude sacarle á la nieve punta de poesía, quizá porque sobre mi cuna sólo nevaban los blancos y aromosos azahares. Achacaréis á manía de viejo lo que voy á deciros, mas entendedlo: no me parecían los inviernos de mis mocedades tan rigurosos como los inviernos de mi vejez me parecen. Y no hablo de la estación primaveral, á que llamábamos en Levante, por llamarle de algún modo, invierno; hablo de Madrid mismo, donde rarísimas veces nevaba, cuando nosotros íbamos desde San Isidro á la Universidad y desde la Universidad á San Isidro desalados en requerimiento del catedrático y del saber. Quizás explicaréis esta mi aprensión por el frío interior habido en el ánimo, y por las visibles arrugas habidas en el rostro á los glaciales soplos del vendaval de los años; y no estaréis muy lejos de acertar. El invierno más invierno de toda mi vida fué sin duda el primero pasado en París, el noviembre y diciembre del sesenta y seis. Catedrático desde la infancia casi, pues niño podía llamarse allá por el cincuenta y dos al muchachuelo que profesaba una cátedra de griego en San Carlos, á que concurrían trescientos alumnos, volví, durante mi emigración, á ser discípulo, sentándome sobre los duros bancos de la Sorbona y del colegio de Francia como cualquiera de los estudiantes. ¡Y qué frío tan diverso, vive Dios, el frío cogido yendo por las mañanitas invernales á la Universidad de Madrid, del frío cogido yendo á la Universidad de París! ¡Cuál número de veces el aliento se me congelaba sobre los labios, colgándose diminutos carambanillos del bigote, que me hacían llorar involuntariamente á sus tirones, y hasta las lágrimas aquellas se congelaban, análogas con las de cristal que tienen los santos en las efigies de nuestras iglesias! Un día del espantoso enero de sesenta y siete hallábame yo desesperado en mi cuarto, por llevar de nevascos tres ó cuatro semanas consecutivas, cuando resuena una voz de vendedora de naranjas, gritando: *¡A la belle Valence!* Véndense á porrillo en París naranjas bajo los más intensos fríos, indudablemente para consolar á la población, aterida entre nieves y hielos, del agrio clima, con las aromosas y pintadas frutas del Mediodía. Cada clase de naranjeros, como llamamos á los vendedores de naranjas, tiene allí fórmulas y consignas y señas de su expendición y despacho consagradas por el uso. Mientras en el teatro las venden dentro de canastillas, puestas sobre las dos manos al nivel de las sienes, con el nombre propio suyo, *des oranges;* en las calles condúcenlas vendedoras, bastante machuchas ya, sobre carretones, con muy buen orden dispuestas en montoncitos, ofreciéndolas por la frase arriba recordada: *¡A la belle Valence!*, ó sea en traducción literal: «A la hermosa Valencia.» Imaginaos cuál efecto harían en joven levantino, emigrado, aquellas evocaciones de su feliz tibia región, bajo caperuzas enormes de nieve amontonada en todos los techos y sobre océanos de hielo tendidos por plazas y por calles. No, les decía yo, hablando conmigo á solas como un loco, no podéis figuraros la hermosura de Valencia, puesta por Dios entre sus bosques de naranjos, sobre cuya fronda, cargada con los frutos de coral, vibran las palmeras mecidas por el aliento tibio de aquel Mediterráneo, que brilla, igualmente de noche que de día, como un espléndido cielo, y que tiende por todas partes un vivificante calor. Pues el Madrid de este enero del noventa y cuatro se va pareciendo y mucho al París del enero de sesenta y siete, y Valencia se va pareciendo á Madrid.

Dos fiestas del espíritu han esclarecido y calentado este obscuro y frío mes: el homenaje tributado á Núñez de Arce y la publicación de una novela escrita por Pérez Galdós. Poco dados los españoles á festividades literarias, en otros pueblos frecuentísimas, criticamos con mayor facilidad que vemos esas hermosas expansiones del espíritu. Y sin embargo, precisa preguntar á los murmuradores, que muerden todo renombre con los dientes de su envidia y apagan todo entusiasmo con el soplo de su crítica, cuál premio habrá de reservarse al poeta en una patria como la nuestra, quien tanto por su poesía brilla y á tan bajo precio la paga. No hace muchos días he recibido yo de célebres corporaciones literarias húngaras invitación á escribir un autógrafo, que pondrán ellas en el álbum consagrado á honrar el nombre y la gloria de Jokai, todavía vivo. Y Jokai, aunque gran escritor, sólo se aparece á nuestros ojos como un escritor de combate, si bien de combate por la libertad y por la patria. Núñez de Arce, dada la grandeza de su estro y la copia de ideas con que dotara y enriqueciera sus obras, merece cuantos lauros han ceñido á su cabeza y cuantos homenajes han depositado á sus pies, pues su voz es una de las voces más altas y sublimes que hayan salido jamás del espíritu de nuestro siglo. Y asiste una especial razón á sus admiradores, entre los cuales de antiguo me cuento, para ofrecerle todo el incienso de sus admiraciones: la pureza de aquella su clara y castiza lengua, matiz bellísimo del Verbo, que se dilata desde las canciones de Gesta en progresión ascendente, hasta las arengas de nuestra inmortal tribuna y las cadencias de nuestra inmortal poesía. Las naciones poco cuidadoras de su lengua perecen pronto, mientras que las naciones conservadoras del esplendor nativo, que despide sobre la eternidad su Verbo, perduran y progresan. Mucho antes de haber caído Roma bajo la barbarie de sus irruptores boreales hedía la infeliz á muerta, según la corrupción de su latín, ya hinchado con la hinchazón de los cadáveres. ¡Gloria, pues, á Núñez de Arce, quien será por la posteridad inscrito entre los primeros poetas y los primeros hablistas de nuestra patria! Y buen augurio del año comenzarlo con el reconocimiento de su mérito indudable y el homenaje á su nombre inmortal. Análoga ventura nos promete la buena idea que Pérez Galdós ha tenido de abrir el año con una de sus bellísimas novelas. Yo he leído únicamente de la última los capítulos impresos en varios periódicos, así de Madrid como de Barcelona, y puedo decir que me han cautivado con la fluidez de su estilo sin énfasis, con la naturalidad de sus diálogos sin chocarrerías, con el estudio de sus tipos observados á virtud de una profunda penetración que suple mucho á la experiencia y redivivos en aquellas admirables páginas merced á un poder de creadora evocación verdaderamente maravilloso. Reciban los dos eximios escritores, honra de las letras españolas, el parabién que les dirige su fraternal amigo, quien sólo en las letras ha podido encontrar alivio á los dolores de su corazón y restañar las cruentas heridas de su alma.

Volvamos, pues, á las letras europeas los ojos, después de haberlos fijado en España, y recreémonos con los testimonios que nos han dejado de su imperio en el año último. Tres obras resaltan de suyo entre todas las demás, que honran los últimos doce meses: una referente á pueblos cuyas frentes llevan el resplandor de lo porvenir, y otras referente á pueblos arqueológicos y envueltos ya en lo pasado. La obra que á lo porvenir se refiere trata de regiones, magüer sus desgracias, tan llenas de promesas generadoras de fundadísimas esperanzas, como aquellas donde se alzan las tres repúblicas, puestas en las cercanías ó en las riberas del Plata, el tomo último de la Geografía de Reclus, cuya celebridad se ha renovado ahora por los procesos anarquistas; y las obras que á lo pasado se refieren, son, primera el arreglo de Antígona, hecho para la escena del Teatro francés por mi amigo Augusto Vacquerie, tan docto como inspirado, y segunda la Historia del Arte myceno, publicada por el editor Hadette en estos últimos días, y escrita por un doctor, en estas materias tan competente cual el sabio Jorge Perrot.

Un verdadero monumento la primera, la Geografía de Reclus, por compendiar en voluminosa Enciclopedia todo aquello que de la tierra se conoce y se sabe ahora en estos nuestros días. Desde las fotografías de los astros hechas en luminosas noches por los Observatorios, hasta las estadísticas de los granos del trigo transportados en el cambio universal, todo allí está reunido con paciencia de antiguo monje y clasificado con método de verdadero sabio. Extraña persona este Reclus. Yo le vi hace muchos años en Ginebra, y hablé largamente con él. Los estudios continuos á que siempre se ha entregado y el régimen vegetal de que siempre se ha nutrido le daban aspecto de un asceta frío, del todo ajeno á este nuestro mundo. No es el primero á quien yo he visto comer tan sólo hierbas, cuando mis viajes por Europa; he visto á otros muchos, y con la pretensión de que, dotados con substancias fosfóreas los vegetales por ellos consumidos, se depositaban éstas en el cerebro y lo hacían luminosísimo como un farol conteniendo muchas luminarias. Y diz que, por favorable al entendimiento, estableció Pitágoras el régimen vegetal para sus discípulos, y los atiborró de habas, como de un alimento muy propio á nutrir también y conservar las ideas. Lo cierto es que Reclus, entre la nutrición de su alma con las ciencias y la nutrición de su cuerpo con las berzas, parecía, cuando yo le conocí, un penitente, y era un revolucionario. La idea socialista se mantiene como un fuego concentrado dentro de aquel hombre frío y silencioso. Esta idea socialista no es de aquellas que mantienen el Estado, y aun lo agrandan y lo extreman; es de aquellas que lo combaten por innecesario y que lo creen destinado á perecer pronto si la humanidad ha de entrar en la plena posesión del derecho. Reclus es anarquista. Y esta fe suya os explicará que la policía de París le haya molestado en personas de su familia con motivo del atentado á la Cámara, y que la Universidad libre de Bruselas, no obstante su carácter de radical avanzado, le haya prohibido profesar la Geografía en sus cátedras. Yo en la obra de Reclus veo muchas noticias y muchas ideas; pero escaso estro y poca imaginación. Así no espero, según lo visto en los postreros tomos, referentes á las descripciones de América, sepa describir con color y verdad en este recentísimo los elementos apartados á la vida y á la poesía universal por la pampa inmensa, por los ríos semejantes á mares como el Amazonas y el Plata, por el Brasil y el Paraguay, haciéndonos sentir el horizonte tropical inundado por intensa luz; los mares entre azules celestes y opalados rosáceos como una titánica madreperla; los arrecifes áureos esmaltados de conchas y corales; los cayos cubiertos de vegetación acuática, por infinitos infusorios animada; las bocas de los ríos ceñidas con bambúes flotando á guisa de macetones ó florestas móviles; los montes realzados por un tono lila ó púrpura ó violáceo que le prestan aspecto de grandes condensaciones del éter; el follaje tan intrincado que parece un laberinto de impenetrable verdor y tan variamente matizado que parece una paleta de matices, todos gayos; aquellas familias de insectos, comparables á rubíes y á esmeraldas y á turquesas y á zafiros volando; el voluble movimiento de innumerables alas, en cuyas membranas y plumas parecen esmerarse la gualda y los murices y los añiles para que semejen ramilletes aéreos; las hierbas de mil formas, variadas con ornamentos de flores, las cuales deslumbran los ojos con sus pétalos y enloquecen el cerebo con sus aromas; el tejido espeso de lianas y enredaderas, especie de alfombras pérsicas que por el suelo se tienden ó de chales asiáticos que desde un árbol á otro se cuelgan; el revuelo de los papagayos y de los colibríes y de los pájaros-moscas, cuyos vestidos relumbran como sederías de Catay; los sinsontes en coro, acompañados del chirrido unísono de las cigarras; los plátanos, de hojas tan amplias, con urdimbre tan sólida, que parecen mantos de ricos terciopelos, bordados por el oro de sus encorvadas amarillas frutas; los palmerales de cocoteros saliendo del agua y llegando al cielo; los helechos arborescentes, al ingreso en las selvas vírgenes, que forman por arriba como una bóveda impenetrable á los rayos solares y por abajo como un océano de vegetación donde laten abismos llenos de vapores semejantes á nubes indecisas; los maizales de un verdor clarísimo, cargados de panojas que semejan torzales de brillo y rubias cabelleras de finura indecibles; los campeches con sus pintores jugos y los guananos y las chirimoyas de mieles; los cactus con las estaturas de árboles y los caobos y los ébanos de tan sólidas tablas; las galegas medicinales con su estriado tronco; el diluvio de hojas innumerables; las erupciones volcánicas de seres animados; la fragancia de olores trascendentes á distancias enormes; las madejas de muy enredadas fibras; el fragor de una sinfonía compuesta entre las olas hirvientes del Océano y los ramajes casi estallando á los excesos de su savia; el conjunto aquel, increíble por su exuberancia y que debe conmover al evocador europeo cuando intente describirlo, como conmoviera el paraíso al Adán bíblico en el momento de levantarse al soplo divino para recoger en sus venas los primeros misteriosos efluvios de la vida universal. Con todo esto el diligente y sabio Reclus hará un índice; pero nunca, como hicieron Humboldt y Agazis y hasta Darwin mismo, sabios como él, por no hablar de Chateaubriand y de Bello, nunca un sublime inspirado poema.

Madrid, enero de 1894

CRÓNICA DE LA CAMPAÑA

Melilla, 31 de diciembre de 1893

Se apagaron los ecos de las fiestas, y al bullicio juvenil, á las notas de regocijo y de solaz han sucedido las monótonas y sempiternas determinaciones de la vida ordinaria. Con el año que se va marchan también las ilusiones, los bríos de un sentimiento renaciente, las codicias de un pueblo, que si duerme en los negocios de una política bastardeada y egoísta, atisba y cela en los graves asuntos de Africa, tan gustosos por su tradición, por sus energías y por sus horizontes de grandeza.

¿Aparecerá el año nuevo con otras perspectivas más vigorosas y de realidad más pujante y hermosa? Este problema del Rif, traído á destiempo, provocado por la imprevisión, desarrollado con tibieza y egoísmo, marcha á un término lógico, dentro de sus tristezas y obscuridades. Todo permanecerá como antes: la frase famosa de la popular zarzuela quedará como norma de lo que aquí ha sucedido: «todo está igual, lo mismo ayer que hoy...»



MELILLA. – UNA BATERÍA DE ARTILLERÍA YENDO Á TOMAR POSICIONES (de fotografía)



MELILLA. – CONVOY DESTINADO Á PROVEER DE AGUA EL FUERTE DE ROSTROGORDO (de fotografía)

Triste cosa es en verdad que el abandono, los descuidos, las imprevisiones y anormalidades nos sorprendan aun en problemas tan graves como estos de Occidente. Valiera más que renunciáramos á la tradición histórica y á la aspiración nacional. Para acudir con expedienteos y formulismos cancillerescos á las exigencias del honor de las armas y á las imposiciones del temperamento nacional, huelgan preparativos bélicos y cuanto pueda significar energías. Mejor es echarse en brazos del azar y dejar que los poderes de Europa nos otorguen por generosa merced algún despojo de sus festines insaciables...

¡Qué amargo contraste el que ofrece el soldado con su empuje y sus entusiasmos frente á lo que muestra la realidad con sus acomodamientos y debilidades! Los que azotaron y mancillaron las armas de España; los que han estado un día y un mes acechándonos, matando españoles, escarneciendo cadáveres, burlándose de nuestro poder, esos bárbaros montaraces cuyos gestos de odio cobarde parecen muecas de chacal... ya están en nuestra plaza, vendiendo huevos, gallinas y gallos; vuelven á estar *farrucos,* como antes del 2 de octubre, y mansos, codiciosos, harapientos, sucios, se llevan la moneda de España, continúan despreciándonos y allá en el fondo de su corazón sanguinario acaso comience á renacer el propósito de matar traidora y vilmente á nuestros soldados... ¿No es cierto que todo esto enciende y enoja?

Precisa ver el cuadro: los rifeños acuden al mercado impasibles, satisfechos, extraños á todo delito y á toda preocupación: su norte no es otro que acaparar monedas á cambio de la mercancía. El soldado los contempla lleno de ira: en su mirar, en sus frases, en el furor que corre por los campamentos y flota en la tienda y en el barracón se adivina el deseo de acuchillar á esa chusma, de lavar las afrentas de ayer, de vengar á los hermanos caídos... Pero la ordenanza ¡ah! la ordenanza guarda sus rigores para el soldado á cambio de sus honores á quien le hiere y mancilla.

Bendita mil veces la paz; mas cuando tiene que obtenerse á costa de tamañas amarguras, ¡qué opaca y cuán luctuosamente se manifiesta su silueta!

Nuestro general en jefe, para cumplir la oferta hecha á Muley Araaf, pagando además una deuda de cortesía, fué al campamento del príncipe marroquí, situado en el poblado de Frajana.

Acompañaron al generalísimo los comandantes de cuerpo de ejército Sres. Primo de Rivera y Chinchilla, los jefes de división Sres. Ortega, Salcedo, Mella y Berriz, algunos oficiales de estado mayor y á las órdenes, y una sencilla escolta de caballería. Hubo mucho rigor para impedir la afluencia de curiosos y *reporters.*

Ocupa el campamento marroquí una situación deliciosa; sobre un prado verde y fresco se elevan tres tiendas cónicas; una, de adornos azules y fondo blanco, sirve de residencia al príncipe y á su esclavo, un morillo gentil y limpio, cuya edad no excederá de quince años: en las dos tiendas restantes viven el secretario de Muley Araaf, un moro apuesto é inteligente, los kaids de los askarys y los funcionarios de su acompañamiento, personajes de sucia catadura y cuya importancia debe correr pareja con los sueldos de cuatro, siete y diez reales diarios que tienen.

Muley Araaf esperaba á caballo, como á cuarenta pasos de su tienda, á nuestro general; unos cincuenta soldados regulares, formados en dos filas, presentaron las armas; un tambor y una corneta tocaron una quisicosa ingrata al oído. Detrás del príncipe y de su acompañamiento se veía una banda de moros, entre los que se hallaban los kaids de Kebdana, Benisidel, Mazuza, Mezquita, Benisicar, Frajana, Benibi furor y Benibifugar. El cuadro tenía carácter: su originalidad y su color fuerza es confesar que atraían el sentimiento artístico de los españoles.

Para mayor novedad, los cerros fronteros se hallaban coronados de moros, que atisbaban unos, oraban otros y maldecían los más.

El general Campos, luego de saludar á Muley Araaf, se internó en la tienda con él: los demás generales con sus acompañamientos se acoplaron en las tiendas inmediatas, donde se sirvieron huevos duros



MELILLA. – SISTEMA DE TELEGRAFÍA POR MEDIO DE HOGUERAS EMPLEADO POR LAS KABILAS

con sal negra, un brebaje aromático con galletitas morunas, todo servido en vajilla alemana é inglesa, de escaso valer y ningún mérito.

Terminado el agasajo, regresamos á nuestros campamentos, comentando cada cual á su modo el carnavalesco cuadro de los moros con sus derivaciones y tristezas... Porque cabalmente, en el rápido galopar de la comitiva iban quedando á un lado y á otro los cerros de Cabrerizas y Sidi-Auriach, la cañada de la Muerte y las sepulturas de los que allí sucumbieron, adornadas por un cerco de hierba y por una cruz de palo.

***

A los dos días de este acto y para dar una prueba de su amistad y *sumisión* á España, vinieron los cabos de kabila con el bajá del campo, el kaid de los askarys y el secretario de Muley Araaf.

En el salón de la casa-gobierno se celebró la ceremonia de presentación y homenaje de aquellos moros á nuestro general, quien les dió la bienvenida y les hizo saber que marchando él á Marruecos á terminar la cuestión pendiente, quedaba reemplazándole en el mando de tropas el general Macías, cuya justicia y entereza ya conocían, y en el gobierno de la plaza el general Arolas, cuyo valor indómito y carácter de hierro habían reducido á los moros joloanos.

Los cabos de kabila hicieron mil protestas de amistad á España, dando seguridades (¿?) de que la paz no sería alterada y... pidiendo que los moros pudieran volver á la plaza á despachar sus mercancías. Esta gente, como se ve, está más por el huevo que por el fuero: su sagacidad y su astucia saben soltarlas aun en los momentos solemnes y que por su índole se hallan más alejados del tráfico mercantil.

Su pretensión fué atendida, y con efecto, hoy ya se han visto en el Mantelete, en el Polígono y en los campamentos unos cincuenta moros vendiendo perdices, gallinas y huevos, y mostrando ser buenos chicos, incapaces de hacer daño á nadie. Por si acaso, la *fusila* la dejan fuera de los límites, y al entrar en la plaza se les registra por la guardia de Santa Bárbara. Y aun así y todo, entre los pliegues del jaique y en el seno de las bolsas que todos llevan bajo la chilaba suelen ocultar cuchillos y puñales de Albacete y gumías enormes fabricadas en Inglaterra.

***

Ha comenzado el embarque del segundo cuerpo de ejército, que quedará de observación en los puertos del litoral. El primer cuerpo, reorganizado con dos divisiones á cuyo frente quedarán los generales Ortega y Salcedo, permanecerá en este campo bajo las inmediatas órdenes del general Macías.

El general Campos, embajador nombrado por el gobierno para ultimar con el sultán el conflicto pendiente, saldrá á bordo del *Pelayo* para Mogador y desde allá marchará á la ciudad de Marruecos. El interés del problema ya no radica en Melilla: por aquí, terminó el pleito; y si las costas y desagravios no salen de otro lado, España ha logrado bien poca cosa, pese á sus bríos generosos y á sus anhelos de pueblo viril y celoso de su honra.

Determinar la cuantía de la indemnización y la forma de su pago; fijar la demarcación de la zona neutral y acaso el castigo de los delincuentes rifeños, será la misión encomendada al ilustre general en jefe. Del remate y sesgo de esa embajada puede surgir, como todo el mundo cree, la paz para algunos años; pero también podría sobrevenir la guerra con el Imperio, y en tal caso, no es Melilla base de operaciones para ninguna campaña regular.

Buscaríase entonces otra base y otros objetivos: las fuerzas acumuladas en el litoral y las que hubiera necesidad de enviar tomarían otros rumbos más despejados que estos del Rif.

Allá veremos el resultado. Entretanto, con el adiós cariñoso que se lanza á los soldados que marchan á la península, después de sufrir las inclemencias del tiempo y las dulzuras de la diplomacia, me despido también de estas crónicas, antes muertas que animadas por el eco del cañón y los gritos de la pelea.

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN

¡A BUEN TIEMPO!..

(Conclusión)

III

»Bueno... Y ¿qué iba yo á hacer de mi vida?.. Por de pronto podía irme á mi pueblo á pasar el verano. Pero ¿y al invierno siguiente?.. ¿Iba á volver á Madrid?.. Volviendo, como seguramente volvería Luisa, esto era un despropósito... Era buscar mi propio tormento. Porque aun cuando no fuera á su casa, no podría menos de encontrarla alguna vez, y la encontraría tan hermosa... y á lo mejor acompañada de algún novio..., lo cual me haría sufrir muchísimo... Y luego, aunque por una casualidad Luisa no volviera al invierno á Madrid, ¿cómo me presentaba yo sin ella delante de mis amigos que sabían mi proyecto de matrimonio para en cuanto me hiciera abogado?.. ¿Había de contar á cada uno la historia de todo lo ocurrido, ó confesarles sencillamente que Luisa me había dado calabazas?..

»Tenía yo un condiscípulo, Enrique Jiménez, que era hijo del director general de Gracia y Justicia en el ministerio de Ultramar. Me había hablado varias veces de unas plazas que había en Filipinas, donde se podía hacer carrera rápida y brillante, pues iba uno de alcalde mayor, que venía á ser como juez de entrada, y á los seis ú ocho años volvía de magistrado á la península. Decíame que si cuando concluyéramos la carrera continuaba su padre de director, él se iría á Filipinas, y me invitaba á acompañarle. Recordé aquellas noticias y aquel ofrecimiento y me fuí á verle...

»Ocho días después recibía el nombramiento de alcalde mayor de Ilocos Norte.

»Aproveché el mes de que podía disponer antes de embarcarme, para ir á mi país á despedirme de mi familia.

»Claro es que mis padres hicieron los imposibles por quitarme de la cabeza el viaje y la alcaldía y el juzgado; pero todo fué inútil. Me escudaba yo con lo malo que estaba todo por acá, con la necesidad de hacer carrera, con el porvenir de las chicas, mis dos hermanas de menos edad que yo, y principalmente con el compromiso contraído ya en el ministerio...

»El cariño á mis padres, á mi madre especialmente, y á mis hermanas me hacía algunas veces vacilar; mas cuando salía al campo y veía el sitio en que había pensado edificar la casa de verano, que ya no se edificaría nunca, porque no tenía á quien aposentar en ella, me entraba una tristeza tan grande que la estancia en aquel pueblo, antes tan querido, se me hacía insufrible.

»Desaparecí de allí una noche sin despedirme, y á los cinco días me embarcaba en Barcelona.

»No te cuento las peripecias del viaje porque fueron, al poco más ó menos, como las que se cuentan de otros.

»Me arrepentía algunas veces de haberle emprendido, pensando que era una locura renunciar á Luisa para siempre. Pero en seguida yo mismo me reía amargamente de lo de *renunciar*, comparando mi renuncia con la de D. Simplicio...

»Aparte de estas cavilaciones y de estas luchas del alma que siempre duraron, no me fué mal en el Archipiélago.

»Dos años hacía que estaba allá cuando me encontré una vez en Manila con el padre Flores, un dominico á quien tiempo atrás había conocido en Madrid, en casa del general Sierra precisamente.

»Extrañóse de verme allí, me preguntó la causa, y le expuse buenamente las mismas razones que había expuesto á mis padres. Pero él con su buena experiencia de la vida y su gran conocimiento del corazón comprendió que le ocultaba la causa verdadera.

»»Usted estaba enamorado de Luisa Mendoza, me dijo de repente, con gran sorpresa mía, á la media hora de estar hablando.

– »Sí, señor, le contesté como subyugado por su maravillosa perspicacia: es verdad.

– »¿Y lo está usted todavía?

– »Si he de serle á usted franco .. también es verdad: todavía lo estoy.

– »Bien; y ¿qué pasó?.. ¿Riñeron ustedes?.. ¿Le dió á usted calabazas?.. A ver, á ver, cuénteme usted...

»Le referí con exactitud y sinceridad lo que acabo de referirte, y cuando concluí la minuciosa relación me dijo:

– »¿No hubo más que lo que usted cuenta?

– »Ni más, ni menos, le contesté. Esta es la verdad pura.

– »Pues merecería usted un estirón de orejas; porque hizo usted una chiquillada, ó hablando más propiamente una tontería, y perdone la fuerza de la expresión... Es una lástima que no se haya hecho esa boda... Luisa es un ángel, y usted también es buen muchacho, no se envanezca usted, muy buen muchacho... Por más que en eso partiera usted tan de ligero.. Afortunadamente la cosa puede tener arreglo todavía. El general Sierra es mi amigo, como usted sabe; tengo mucha confianza con él, y por el primer correo voy á escribirle.

»Me opuse resueltamente á este proyecto del padre Flores, insistió él, me resistí; pero fué tal su habilidad dialéctica, que logró convencerme, y fundándose en los hechos mismos por mí referidos, me hizo ver, no ya como posible, sino como seguro mi casamiento.

»Estaba yo deseando que llegara el día de salir el correo para España, que la carta del padre Flores llegara á Madrid, que volviera la contestación..., cuando ¡ay! otro encuentro inopinado vino á tronchar el fresco y lozano retoño de mi esperanza.

»Enrique Jiménez, que había emperezado de ir á Filipinas cuando yo, era nombrado alcalde mayor de Cebú dos años después en el testamento del ministro á cuyas órdenes servía su padre, y llegaba de la península.

– »¿Sabes á quién he visto en Barcelona, ahora, al embarcarme?, me dijo á poco de estar hablando conmigo... Pues á tu novia, á Luisa, recién casada. ¡Si vieras qué guapa está! Había venido allí con su marido haciendo el viaje de boda, y vivían en la fonda donde yo paré... ¡Te digo que estaba guapísima!..

– »¿Y con quién se ha casado?, le pregunté, tratando de disimular el dolor que la noticia me produjo.

– Según me dijeron en la fonda, con un mayorazgo allá de su tierra... Parecía buen hombre, muy corriente y muy campechano.

»Corté la conversación lo primero que pude y me despedí de mi amigo hasta luego, pretextando un quehacer urgente.

»Puedes figurarte cómo me quedaría...

»Todas las palabras de Enrique á contar desde la de «recién casada» me habían ido cayendo sobre el corazón como gotas de plomo derretido...

»Fuí á ver al padre Flores para que no escribiera al general, y para proclamar delante de su ciencia y de su experiencia mi doloroso triunfo, diciéndole con la amargura del que mil veces más quisiera haberse equivocado:

– »¿Ve usted cómo tenía yo razón?..

– »No lo veo, me dijo el padre Flores, pero es lo mismo. Ahora ya el caso no tiene remedio. No hay más que bajar la cabeza y conformarse... Le convendría á usted así; porque todo lo dispone Dios para nuestro bien... Al cabo esta vida no es más que un rato, que debemos emplear en prepararnos para la venidera... Regularmente no habrá querido Dios que sea usted feliz en este mundo, para tener más que pagarle á usted en el otro...

»Unos días después, algo consolado con las reflexiones del buen dominico, me volví á Ilocos, rompí el retrato de Luisa en pedazos muy pequeños é hice firme propósito, aunque con esperanza de quebrantarle, de no volver á acordarme de ella.

– »¿No habíamos quedado hace ya dos años, me argüía yo á mí mismo tratando de convencerme, no habíamos quedado en que no me quería?.. ¿Por qué me vine á Filipinas sino porque tenía eso como cosa clara é indudable?.. Y no queriéndome á mí, ¿hay nada más natural que el que se haya casado con otro?.. Es una inocentada sentirlo...

»Con estos discursos y principalmente con otro harto más eficaz para estos casos, con el discurso del tiempo, no fué tan pronto como yo hubiera querido, pero llegué á olvidarla...

»Al cumplirse el plazo de mi permanencia obligatoria en el Archipiélago habían ya muerto mis padres, se habían casado mis hermanas... No tenía prisa de venir y estuve otro par de años.

»Pero al fin de ellos me aburría ya demasiado, y aunque nada me llamaba en la península, ni tenía esperanza de estar acá mucho mejor, quise á lo menos cambiar de postura.

»Llegué á Madrid á últimos de mayo, y me encontré en el hotel de Roma con Jerónimo Parra..., ¿te acuerdas?.., le debiste de conocer cuando yo... Aquel asturiano lujoso que capitaneaba á los de los Cabeceros en la romería de Santiago el año que apalearon á la guardia civil... Mi tío Eugenio, que era juez de paz, encarriló el asunto por intercesión mía lo más benignamente que le fué posible, y nos hicimos amigos. En el verano siguiente pasó él ocho días en mi pueblo cazando codornices, y yo también estuve unos días en su casa de Sobrefoz. Dos ó tres años más repetimos las visitas... Después habíamos dejado de vernos...

»Charlamos largo y tendido al encontrarnos. Me dijo él que estaba casado, que tenía tres hijos, que ya no vivía en Sobrefoz, sino abajo á la orilla del Sella en Ceneya... Le conté yo mi viaje á Filipinas, los destinos que allí había desempeñado, lo distinto de aquel clima y de aquellas costumbres, mi vuelta... y aun creo haberle dado á entender que el motivo de mi resolución de irme allá tan lejos habían sido unos amores desgraciados, aunque sin puntualizar nada en este asunto, sobre el cual pasé como sobre ascuas...



PESCADORES PESCADOS, grupo escultórico de Aniceto Marinas García

—»¿Y ahora qué vas á hacer?, me dijo cuando concluí.

—»Lo primero descansar del viaje, que bien lo necesito.

—»¿Y después?

—»Después pasar el verano por ahí donde caiga, y allá contra el otoño irme á Sevilla, á cuya Audiencia estoy destinado.

—»Lo que vas á hacer es venirte conmigo á pasar allí una temporada..., todo el verano, si no te aburres...

—»Te lo agradezco, pero no puedo. Estoy muy cansado para emprender otro viaje ahora.

—»No, si no digo ahora: dentro de quince días; cuando yo despache el asunto que me ha traído aquí... Nos vamos..., verás..., el viaje es ya bastante cómodo... Veinte horas á Oviedo en ferrocarril... Allí descansamos un día ó dos, y luego nos vamos á Cangas de Onís en el coche de los Orgas... De Cangas á Ceneya es un paseo... Allí en una casita solitaria entre unos castañales, cerca de la carretera, á la orilla del río, lo pasaremos regularmente... Mi mujer está delicada; pero cuando no se siente bien, se mete en su cuarto y allí reza y llora y no incomoda á nadie. Haremos expediciones á Cangas, y á Ribadesella, y á Covadonga, y á los lagos de Enol... Verás el Beyo, la hoz más estrecha y más larga por donde se ha abierto un camino... Si te sientes con fuerzas subiremos á cazar rebecos á Peña-Santa... Yo paso la mayor parte del tiempo cazando, y á ti también te vendrá bien, después de tantos años de inacción, una temporada de vida montaraz... Verás las romerías de por allí: ya sabes que son muy animadas en Asturias... Y en fin, cuando te canses te marchas.

»A esta proposición, por más que fuera tentadora, no hubiera yo accedido si se me hubiera hecho una sola vez y de cumplimiento; pero repetida varias veces cada día con verdadero empeño, con indudable sinceridad, no pude menos de aceptarla.

»Emprendimos el viaje á los quince días, conforme á lo planeado, y el 18 de junio, después de almorzar en Cangas de Onís, montábamos en una cesta que había de conducirnos á la morada de mi amigo.

»Llegamos á Ceneya á media tarde.

»Poco antes de pararse el coche me decía Jerónimo:

—»Mira; aquella es nuestra casa, señalando una que se veía ó más bien se adivinaba á la derecha de la carretera entre unos árboles.

»El sitio me pareció efectivamente delicioso. El río Sella, después de salir muy apurado de las estrecheces del Beyo, echando espuma por todas partes, se sosiega un poco, va corrriendo cada vez menos de prisa hasta acabar por deslizarse tranquilo bajo un túnel de copas de nogales, sobre espacioso lecho de cantos rodados blancos y grises que se ven como caprichoso mosaico á través de sus cristalinas aguas. A derecha é izquierda rocas altísimas de caliza moteadas de lilos y de enebros. En los rellanos de la orilla del río verdes maizales cercados de pared seca revestida de hiedras y zarzas.

»Nos bajamos de la cesta y nos dirigimos á la casa.

»En un poyo á la derecha de la puerta jugaban unos niños.

—»¿Estos son tus hijos?, le dije á Jerónimo, dirigiéndome al mismo tiempo hacia ellos para besarlos.

—»Sí; ahí los tienes todos tres, me constestó. La niña y el niño más pequeños ya ves qué parecidos son á mí; rubios como yo, con ojos garzos... La mayorcita se parece á su madre.

»La niña mayor, que tendría unos seis años, al oir que se hablaba de ella, volvió la cabeza y fijó en mí unos ojos negros vivísimos é inteligentes, artísticamente acomodados en un rostro paliducho, pero de facciones muy correctas. Su fisonomía tenía un sello tan especial que me produjo emoción extraña...

»¡Qué niña más hermosa!... ¿A quién se parece?.. ¿Dónde he visto yo esta cara?.. ¡Calla! Si es la cara de... ¡Dios mío, qué sospecha!..

»Todas estas ideas cruzaron en un instante por mi mente atropellándose unas á otras...

»Jerónimo había vuelto á la carretera, solicitado por el cochero, que esperaba órdenes...

—»¿Cómo te llamas, monina?, pregunté yo á la niña mayor al darla un beso en la frente.

—»Luisa, me contestó ella.

—»¡Y no, que te *yamaz Luicina!*, balbució el niño, que era el más pequeño.

—»Me llaman Luisina, repuso ella, porque Luisa es mamá, y para distinguirnos...

»Mi sobresalto creció hasta lo indecible...

—»¿Qué estáis haciendo?, pregunté á la niña maquinalmente, como queriendo huir de nuevas revelaciones...

—»Hacemos una ermita para entretener á Jerónimo, me contestó.

—»Y tiene espadaña, dijo la otra niña menor...

»En esto Jeromín, el niño pequeño, removió sin querer el fundamento de la ermita que con piedras y tucos de panojas tenían hecha sobre el poyo, y se vino abajo todo el edificio.

»La niña Luisa acudió presurosa á recoger de entre las ruinas una fotografía.

—»¡Mi retrato!, dije para mí con creciente asombro, al ver que en efecto era la estampa de este pobre amigo tuyo, hecha por Alviach en sus buenos tiempos... y en los míos.

—»¿Quién te dió ese retrato?, la pregunté.

—»Se le quité yo á mamá, me contestó bajando los ojos, porque cuando le veía lloraba, y yo no quiero que llore... Verá usted, añadió, volviendo á mirarme, le tenía mamá guardado en una excusabaraja, y cuando disputaba con papá..., porque papá algunas veces bebe mucho vino..., cuando la decía papá alguna cosa fea, se iba al gabinete y sacaba este retrato y le miraba y lloraba tanto...

—»¡Ah! ¡Me quería!.. exclamé yo con inmensa amargura. ¡Me quería!.. ¡Quién lo hubiera sabido!..

»En un instante edifiqué una vez más la casa de la Cuesta de los Avellanos y llené la huerta de árboles y flores; en otro instante lo destruí todo, viendo que ya para nada podía servirme...

»Me quería... y estaba allí... á cuatro pasos...

»El pensamiento del bien perdido, el dolor del desacierto pasado y la dificultad de la situación presente se apoderaron de mí con violencia como para destrozarme .. Sentí frío en el corazón, calor en la cabeza... Una ola de fuego me subía por la faz, se me quitó la vista y caí redondo...

»Al volver en acuerdo me encontré en esta celda...»

—¡Pobre Javier!, iba yo á exclamar al mismo tiempo que él se levantaba de su silla como por vía de ensayo y añadía palideciendo:

—¡Ah!.. Y lo peor es que me parece que me voy á volver á caer... ¡Sosténme... sosténme!..

ANTONIO DE VALBUENA

¡EL PRIMERO!

Cualquiera era capaz de sujetar á aquel diablillo de catorce años, tan precoz y tan listo para secundar las truhanerías de sus camaradas, como distraído para oir y comprender las explicaciones del catedrático D. Lucas.

Obligar al muchacho á estudiar Filosofía, y Letras por añadidura, cuando aún no sombreaba el bozo su cara de chicuelo, y hacerle comprender, y lo que es peor, retener en la memoria todo el sistema filosófico de Kant, sin mezcla de otro alguno, que era el sistema filosófico de D. Lucas, y exigirle todo esto al muchacho á los catorce años, era poco más que una tontería que no podía dar ningún resultado bueno.

Y sin embargo, su papá se había empeñado en que fuera bachiller á los doce, y lo fué; se empeñaba en que fuera licenciado á los dieciséis y doctor á los diecisiete, y el chico lo sería, ¡ya lo creo! Pero lo que es estudiar todo el curso, ¡que si quieres! El iba á clase todos los días, jamás faltaba; pero desde la conversación al sueño recorría todos los estados, menos el de enterarse de las explicaciones. Cuánto mejor que todo aquel sermón diario del catedrático, á quien no solía entender más palabras que aquellas con que reclamaba silencio de sus revoltosos oyentes, le resultaba al chicuelo un par de párrafos de aquella novela tan bonita que de vez en cuando se llevaba á clase entre las hojas del programa. Todo iba bien mientras Juanín—que así es como le llamaban parientes y amigos—no perdiera el curso que él pasaba jugando y charlando. Por eso el muchacho necesitaba, luego que junio se acercaba, darse tales panzadas de estudiar para ganar en quince días los nueve meses perdidos, que aquello era cosa que daba grima verle.

El muchacho, por su parte, sufría horriblemente cuando llegaba mayo, principiaba el repaso y se encontraba con que para él era todo nuevo y que ni aun sabía cuál era la ciencia «objeto de su estudio,» como decía D. Lucas. Entonces el chico ni salía de casa, ni hablaba apenas con nadie; volvíase melancólico y taciturno y desmejoraba visiblemente. Ya no era aquel pequeñín dicharachero, juguetón y alegre; era el jovencillo aplicado y juicioso: sus padres, acostumbrados ya á verle así un mes cada año, no se preocupaban mucho del cambio del estudiante, y sólo su madre le hacía ver de vez en cuando las ventajas de repartir el estudio entre todo el curso.

Como las clases le ocupaban toda la mañana, Juanito estudiaba tarde y noche hasta que la fatiga y el sueño le rendían. Se encerraba en el despacho de su padre, y allí, sin acordarse de comer, fumando de vez en cuando un cigarro á hurtadillas de su papá (quien ya lo sabía por su madre, pero que hacía la vista gorda como si no lo supiera), se pasaba estudiando tarde y noche, barajando teorías, silogismos y conclusiones, refutando sistemas y citando nombres que no acertaba ni á comprender ni á pronunciar, imbuyendo en su cabeza un fárrago enigmático y poniendo de su parte todo lo que la retozona juventud puede poner para entender la grave y seria Filosofía.

El muchacho estaba muy asustado; la Metafísica, que era la asignatura que trataba entonces de aprobar, le traía loco. Y nada, no había más remedio que aprobarla; jamás le habían reprobado, y no había de ser aquella vez la primera.

Todo era cosa de no buscar á los suyos por las tardes, de no salir de casa unos cuantos domingos y de dormir un poco menos

***

Juanito estudiaba en el despacho de su padre, que aún no había vuelto para comer. La tarde, una tarde de mayo, era espléndida. Por el entreabierto balcón llegaban los efluvios que la primavera llevaba del jardín cercano; un aire tibio embalsamaba la atmósfera. Los pequeños de la vecindad no gritaban en medio de la calle como otras veces, y en cambio los jilguerillos saludaban el buen tiempo haciendo escalas y arpegios que llegaban hasta los oídos del estudiante, confundiéndose con los trinos que hacían los canarios dentro de sus jaulas. El sol, ya próximo al ocaso, reverberaba en las fachadas de enfrente tiñéndolas con rojizos resplandores, y por cima de las últimas cornisas, más alto que el alero de las casas, un cielo despejado, de un azul purísimo, parecía sonreir caprichosamente.

El chirrido que al levantarse produce la persiana de un balcón hizo levantar la cabeza á Juanito, quien deteniendo el acompasado movimiento de la mecedora, á cuyo ritmo iba mascullando una lección, hizo una señal con la sonrosada uña en la hoja del libro, y en vez de seguir mirando las páginas, cerró el texto y volvió los ojos al balcón de la persiana.

—¡Qué bonito!, pensó.

Y bien sabe Dios que lo era en efecto. Un balcón convertido en jardín hasta el punto de que las hojas de las plantas ocultaban todo el herraje, convirtiéndole en un pensil, en el que las enredaderas adornadas con sus multicolores campanillas subían trepando por cañas y varillas hasta el piso de encima; en que el jazmín y la violeta se confundían con el clavel y el dondiego, y en el que por añadidura aparecía como lo principal del cuadro una cabecita más de niña que de mujer, asomando sonriente como mágica flor, entre un rosal y los claveles, que parecían coronarla con sus pétalos rojos, era de lo más bonito que podía imaginarse.

Juanín miró y remiró; concluyó por dejar el libro sobre la mesa y salir al balcón. ¡Qué bonita era su vecina! El sol reflejó sus últimos rayos sobre el balcón donde estaba aquella muchacha encantadora, orlada de flores y envuelta en aromas, y como si antes de ocultarse quisiera el astro del día despedirse cariñosamente de ella, le envió el postrer beso de sus haces de oro, que realzaron los tonos brillantes de los dorados cabellos de la niña. Los canarios en sus cárceles de alambre, las alondras en los aleros y tejados y los jilgueros en los árboles del jardín próximo redoblaron sus píos y sus cantos, cantó también la vecina, sonó á lo lejos la campana de una iglesia tocando la oración, y todas estas notas, confundidas en el concierto de la naturaleza y en la armonía de todo lo que vive, evocaron en Juanito un algo desconocido.

La muchacha clavó en él sus ojos azules como el cielo, y el chicuelo dirigió hacia ella sus pupilas negras y cansadas por el estudio. Pareció como si aquellos dos seres se hubieran dado el primer beso de novios. Eran dos nubecillas cargadas de ilusiones, y la chispa del amor había saltado. ¡Quién hubiera podido predecir la tempestad de aquellos corazones!

Por la calle no transitó nadie, la música que se oía en derredor subió de tono; perdióse el sol en el horizonte y brillaron más fuertes las estrellas en el azul indefinible de un cielo despejado.

***

Dos corazones niños habían evolucionado obedeciendo á ese misterio que cambia y transforma el alma humana. La crisálida había tendido su primer vuelo convertida ya en mariposilla; á la existencia de la infancia sustituiría otro vivir; la larva despertaría al fin de su letárgico sueño y adquiriría nueva vida al revolotear con las alas esplendentes del amor.

Amor puro, sencillo, infantil; todo ternura, todo candor, todo inocencia, todo amor. Ese instante primero, que todo lo que existe, desde la flor al insecto



MELILLA. VENDEDORA DE BUÑUELOS, dibujo del natural

MELILLA.—EL LAVATORIO EN EL CUARTEL DE CABALLERIA, dibujo del natural


LEON FORTUNSKI.
MONACHIUM.



EN MARCHA PARA LA FIESTA, celebrado cuadro de León Fortunski

y desde el tigre al hombre, habrá sentido alguna vez; primer amor en que apenas se había y se piensa bien, en que se siente y en que se cree. Más tarde las alas del amor irían esparciendo su irisado polvillo, irían perdiendo su color, como pierde la rosa sus aromas; y cuando aquellas alas con que se voló por el mundo de las ilusiones se tendieran para caer, rotas á los embates de la realidad; cuando llegara la época de jurar amor y sospechar celos, no quedaría á aquellas dos almas, entonces fundidas en una sola, más que un recuerdo borroso de unos primeros amores, ya casi olvidados de puro sencillos, pero que serían consuelo de amoríos y lenitivo de amarguras.

Aquel primer amor ninguno de los dos enamorados lo referiría luego; seguros de haber amado de verdad, al menos aquella vez, guardarían su secreto

ARQUIMEDES, estatua de B. Civiletti

como una codiciosa reliquia en lo más íntimo de su ser, no sin evitarse de esta manera que el pícaro mundo les llamara «tontos.»

***

Por fin llegó el día temido: el día del examen.

Juanito salió de su casa más asustado y tembloroso que nunca. Cuando llegó á la Universidad observó que las pocas ideas metafísicas que llevaba prendidas con alfileres se le habían olvidado. En cambio, ¡qué bien se acordaba de la vecinita de enfrente!.. ¡Por vida de!..

Juanín se examinó de Metafísica y le suspendieron; era la primera decepción que sufría y el primer suspenso de la carrera. Lo que pasó entonces por el alma del muchacho no es para contado; baste á mi intento decir que sólo Dios, juez inapelable de todos los tribunales habidos y por haber, sabe lo que el chico sufrió. Esquivando los comentarios de sus camaradas, llegó á su casa llorando á lágrima viva. ¡Bendito el primer suspenso que hacía llorar por primera vez de amor á la vecinita del balcón de enfrente! ¡Ah, si siempre se lloraran así las penas ajenas!..

Interrogado Juan por su madre, resultó que la mala suerte del joven había hecho que le preguntaran la lección más difícil de Psicología, y en ella no había sabido definir *el amor*.

Como si los sabios lo hubieran definido.

De modo que á él, á Juanín, al dueño de aquel corazón que por primera vez sentía una pasión como debe sentirse, le suspendía D. Lucas por no saber lo que es amor. Aquel D. Lucas, que era un viejo acartonado, glosador de todas las más estrambóticas filosofías; aquel frío razonador de ojos enjutos y mugrienta frente, que quizás no había amado á nadie en su vida.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

¡Abandonada!, cuadro de Federico Uhde. – El pintor muniquense Federico Uhde, cuyo es el cuadro que reproducimos, es considerado como uno de los más notables artistas de la famosa escuela que lleva el nombre de la capital bávara, llegando algunos críticos á calificarle de apóstol de una nueva y redentora doctrina artística. Buena prueba de lo que vale es la obra que hoy publicamos y que no necesita explicación ni elogios, pues la interesante figura de la joven que oculta el rostro entre sus manos explica sobradamente el drama de que ha sido víctima, y en cuanto á los méritos del cuadro la más ligera ojeada descubre en él bellezas técnicas sin cuento.

Melilla. – Los cinco grabados que tomados de fotografías publicamos, reproducen algunos episodios de las operaciones militares y de la vida de campamento en Melilla. Creemos ociosa su descripción porque todos se refieren á sucesos y escenas bien conocidos de nuestros lectores, ya por lo mucho que de ellos se ha ocupado la prensa en general, ya por las descripciones que de los mismos han hecho en sus crónicas de la guerra nuestros distinguidos colaboradores Sres. Martínez Barrionuevo é Ibáñez Marín.

Pescadores pescados, grupo escultórico de Aniceto Marinas. – Nació Marinas en Segovia en 1862, y en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid hizo sus primeros estudios, habiendo además sido discípulo de Jerónimo Suñol. Por unanimidad le fué concedida una medalla de segunda clase en la Exposición Nacional de Madrid de 1890 por su hermosa obra *El descanso del modelo*. A la Exposición Internacional que en la corte se celebró en 1892 para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, concurrió con varias notabilísimas esculturas, entre ellas el *Dos de mayo de* 1808, que mereció una medalla de primera clase, y *Pescadores pescados*, que reproducimos y que fué objeto de generales y entusiastas alabanzas.

En marcha para la fiesta, cuadro de León Fortunski. – La escuela de Munich tiene con razón fama de ser una de las primeras del mundo artístico contemporáneo; en ella se ha educado el autor del cuadro que reproducimos y que representa á tres hermosas jóvenes encaminándose á uno de esos juegos que tanta fama dieron á la antigua Hélade, y bien se ve en su obra que Fortunski ha sabido aprovechar las sabias lecciones y estudiar en los hermosos modelos que los artistas reciben y pueden contemplar en la capital bávara.

Arquímedes, estatua de B. Civiletti. – Por encargo especial del rey de Italia ha modelado el notable escultor italiano Civiletti la estatua que reproducimos y que está destinada á adornar uno de los palacios reales; clásico era el tema indicado por el mismo monarca y clásica ha sido la labor del artista al modelar la figura; el rostro del inmortal geómetra de Siracusa está animado por la llama del genio, el torso constituye un estudio anatómico admirable y el conjunto es de una sobriedad y sencillez de líneas que armoniza á maravilla con el carácter clásico del tema tratado.

El Dr. D. Andrés C. Vázquez. – Si hubiéramos de hacer la biografía del Dr. Vázquez necesitaríamos un espacio de que sentimos no disponer: hemos, pues, de limitarnos á decir que nació en Güines (Habana) en 1844; que estudió con gran aprovechamiento la carrera de derecho en la Universidad de la Habana; que al estallar la insurrección cubana se estableció en México, en donde obtuvo carta de ciudadanía y se distinguió como diputado, periodista, literato, jurisconsulto, catedrático, miembro de muchas Academias y diplomático. Actualmente es cónsul general de la República mexicana en la Isla de Cuba.

Como ajedrecista, se le tiene hoy por uno de los primeros jugadores del mundo y por el primer tratadista de ajedrez en español: ha luchado con Ettlinger, Mackenzie, Steinitz, Tchigorin, Gunsberg, Blackburne, Lasker y Walbrodt, habiendo salido vencedor en no pocas partidas. Como tratadista ha publicado muchísimas obras, á las que los principales periódicos que de ajedrez se ocupan en América y Europa han dedicado los más entusiastas elogios, y dirige la notable revista mensual *El Pablo Morphy*, que se publica en la Habana.

Pandereto, escultura de José C. Ortiz. – Esta obra del joven escultor andaluz Sr. Ortiz es reproducción del último toro que mató el espada *Lagartijo* al cortarse la coleta en la plaza de Madrid el día 1.º de junio del año pasado; la escultura, como podrán apreciar nuestros lectores, está bien modelada, tiene vida y movimiento, y reune, en suma, cualidades técnicas que, aparte de la circunstancia antes indicada, la hacen interesante desde el punto de vista artístico.

Azaleas. – Siguiendo al guía, cuadros de Alberto Moore. – De este famoso pintor inglés, recientemente muerto, ha dicho un célebre crítico lo siguiente: «No pinta una escena real ni se ajusta á un período definido: ha estudiado la escultura griega y las sederías y tapices de la India; gústanle las azaleas, las rosas, el hombre robusto, la rolliza joven inglesa y las formas de los instrumentos músicos, y sea lo que fuere lo que pinta, siempre pone en sus cuadros una ú otra de estas cosas por él preferidas, combinándolas de un modo sumamente original.» Alberto Moore, que fué un perfecto dibujante, y un delicado colorista, era individuo de la *Royal Accademy*, de Londres, una de las primeras corporaciones artísticas del mundo.

Un idilio, cuadro de Federico Mock. – Difícil es aplicar á esta pintura el calificativo que pudiera corresponderle; en nuestro concepto, es una nota humorística, un capricho, una extravagancia de artista, un idilio hasta cierto punto, del que son protagonistas ese personaje híbrido, ese hombre pal-



EL DR. D. ANDRÉS CLEMENTE VÁZQUEZ
cónsul general de México en la isla de Cuba y el más fecundo de los tratadistas de ajedrez en español

mípedo, y el diminuto insecto que se ha posado sobre su rodilla, un pretexto para trazar una figura fantástica y hacer un bonito estudio de paisaje acuático.

¡Alto!, cuadro de Laureano Barrau. – Desde que Laureano Barrau produjo el notable lienzo titulado *La rendición de Gerona*, no ha permanecido inactivo, puesto que ha tomado parte en muchas Exposiciones y pintado nuevos cuadros, que á falta del que mencionamos, bastarían para demostrar las cualidades artísticas que posee y su carácter observador. Distintas fases presenta su vida artística. A los cuadros inspirados en asuntos de carácter histórico, sucedieron los que pudiéramos llamar orientales, resultado de su viaje y estancia en Tánger. Las brillantes notas, los torrentes de luz africana, desaparecieron para dar paso á las sencillas escenas rurales, discreta representación de las comarcas catalanas. Hoy establecido en la capital de la vecina república, nos sorprende con el bonito lienzo que reproducimos y que ha figurado en el Salón, aspiración suprema de los pintores de todos los países, ya que la admisión en el concurso acuerda al artista los honores de la notoriedad. Barrau, laborioso é infatigable, avanza, progresa, y en ese laudable empeño que le anima, hallará el justo premio á sus afanes.

MISCELÁNEA

Teatros. – *Londres.* – Las últimas novedades que han sido recibidas con aplauso son las siguientes: en el Criterion *The Headless Man* (El hombre sin cabeza), comedia de Mr. Wyndham; en el Strand *Beauty's Toils* (Redes de belleza), comedia de Carlos Fawcet, tomada de una novela titulada *Su belleza fatal*, y en el Empire *Katrine*, baile de gran espectáculo. Además con motivo de la fiesta de Nochebuena se representaron varias pantomimas de gran aparato en los principales teatros londinenses.

París. Se han estrenado recientemente con buen éxito: en la Opera, *Gwendoline*, ópera en tres actos, libro de Cátulo Mendes y música de Chabrier, que se estrenó en 1886 en Bruselas y que después se ha representado en Karlsruhe, Munich y Lyón; en la Porte-Saint-Martin, *Napoleón*, obra de gran espectáculo que su autor, Martín Laya, titula epopeya nacional y que se divide en tres partes, seis actos y cincuenta cuadros; en Menus Plaisirs, una comedia bufa en tres actos, de Fernando Gendier, titulada *Las crisis del matrimonio*; en Dejazet, *Las seis mujeres de Pablo*, graciosa comedia de enredo en tres actos, de J. La Rode y J. Rolle; en el Nuevo Teatro, *Miss Dollar*, opereta en tres actos, de Carlos Clairville y A. Vallin, música del celebrado compositor Andrés Messager; y en Folies-Dramatiques, una graciosa opereta en tres actos, de Ordoneau y Keroul, titulada *Cousin, Cousine*, para la cual ha escrito una bella partitura el celebrado compositor M. Serpette.



«PANDERETO,» el último toro que ha matado *Lagartijo*, escultura de José C. Ortiz

Con la reproducción de *La Veuve*, comedia de Meilhac y Halevy, se ha inaugurado un elegente teatro, la Comedia Parisiense.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

– Querido maestro, le dijo, me felicito de ser el primero en dar á usted la más cordial bienvenida. Es una gran fortuna para Niza poseer entre sus huéspedes al artista eminente que ha obtenido tan colosal y merecido éxito en la última exposición... Aquí amamos con pasión las letras y las artes, y entre nosotros hallará usted numerosos y entusiastas admiradores.



Santiago, después de comprar un ramo para Teresa, dirigíase lentamente á la calle Carabacel

Santiago, bastante contrariado, saludaba silenciosamente, fijando la mirada en su interlocutor, un hombre de mediana edad, muy expansivo, con el pelo cortado al rape, de pequeño y negro bigote, vestido con cierta pulcritud y condecorado con una cruz extranjera.

– Permítame usted que yo mismo me presente, continuó el obsequioso caballero. Flaminio Ossola, redactor en jefe de *Hig-life Niçois*, y que se pone á la disposición de usted y le ofrece el periódico incondicionalmente. Tendré muchísimo gusto en que mis numerosas y excelentes relaciones con la colonia extranjera puedan ser para usted de alguna utilidad.

Santiago dió las gracias lacónicamente; venía á Niza á descansar y deseaba vivir en la soledad y la independencia.

Durante este incidente, el jefe de la agencia había consultado su registro de habitaciones para alquilar.

– Creo, dijo, que tengo lo que usted necesita en un barrio bastante céntrico. Si usted gusta, luego iré al hotel donde usted se halla instalado y podremos visitar la residencia que entiendo ha de convenirle.

A la hora señalada, Teresa, Santiago y el director de la agencia se apeaban del coche que el último había llevado, en la esquina de la calle Carabacel y visitaban un piso bajo bastante espacioso para que un matrimonio viviera con toda comodidad. Lo que prestaba singular encanto á aquellas habitaciones era que la parte posterior de todas ellas daba á un jardincito lleno de naranjos y rosales al que se bajaba por una pequeña escalinata, cubierta la balaustrada por copiosa enredadera de madreselva y delante había geranios y diversidad de flores hasta la verja. Los habitantes de aquella casa podían vivir completamente aislados, pero disfrutaban de la vista de otros jardines inmediatos; de suerte que á derecha é izquierda y de frente gozaban de una hermosa perspectiva de árboles y de flores.

Holgáronse mucho Santiago y Teresa de encontrar aquel delicioso nido. Les agradó sobre manera la habitación sencillamente decorada, pero con gusto, y conviniéndoles el precio, dos días después trasladaron su equipaje y se instalaron cómodamente.

– Aquí estaremos perfectamente, dijo el artista á su mujer, tomando posesión del jardín; haremos una vida de cenobitas y nadie vendrá á importunarnos.

No habían contado con las indiscreciones de Flaminio Ossola. Orgulloso de haber sido el primero en hacer conocimiento con el pintor célebre, había llevado á todas partes la noticia de su llegada y alardeaba de ser su íntimo amigo. Pocos días después leíase en uno de los periódicos locales un párrafo concebido en los términos siguientes:

«*Nuestros huéspedes.* Ha comenzado la estación de Niza, y numerosos extranjeros vienen á refugiarse en cuarteles de invierno en nuestro litoral. Entre las distinguidas personas que todas las mañanas se encuentran en el paseo de los Ingleses, hemos visto ayer al famoso pintor que obtuvo el primer premio en la última Exposición de París, Santiago Moret, que se propone pasar aquí el invierno con su encantadora esposa, habiéndose instalado en la calle Carabacel.»

– ¡El demonio te lleve!, exclamó Santiago arrojando al suelo el periódico. ¡Qué calamidad son estos periodistas!.. ¡Esto es entregar á un hombre de bien á la curiosidad pública!.. Teresina, será preciso dar orden al portero de que no deje entrar á nadie.

En el fondo, sin embargo, á Santiago no le irritaba tanto como parecía la indiscreción periodística; el anuncio de su llegada halagaba agradablemente la vanidad que todo artista, por modesto que sea, tiene en el corazón. Además, la indiscreción no tuvo consecuencias desagradables, porque como el matrimonio adoptó una actitud muy reservada, se respetó la soledad en que, al parecer, deseaba vivir. Pudieron, pues, los esposos, contemplar, sin que nadie los molestase, las bellezas del país que tenía para ellos el incomparable encanto de lo desconocido. Todos los días, al principio de las hermosas tardes que son una delicia en aquel rincón del litoral donde se ignora lo que es invierno, iban alegremente á descubrir un sitio nuevo. Una vez escalaban á pie las escarpadas gargantas de San Andrés; otra recorrían el camino de Villafranca que domina el Mediterráneo y desde donde se contempla una de las más admirables vistas de mar y de montaña que existen en el mundo, y otra, en fin, subían hasta el anfiteatro y al convento de Capuchinos.

En ocasión de este último paseo les sorprendió un ligero aguacero. Desde el pórtico de la iglesia, donde se habían refugiado y donde se paseaba lentamente un capuchino ocioso, se veía aclarar el cielo y disiparse las nubes como humo. Un rayo de sol penetraba acariciador entre las dos magníficas encinas que daban sombra al atrio. Las últimas gotas de lluvia caían suavemente sobre las hojas de los dos árboles, y á través de aquella lluvia de diamantes se distinguía, como en la transparencia de un cristal mojado, la verdura de un bosque de olivos y el ligero perfil de las montañas que cierran el horizonte. Al pie de aquellas lejanas cimas veíanse colinas desiguales escalonadas, y aquí y allá blancas y rosadas casas de recreo ó la torrecilla de un campanario. Más abajo, al extremo de una pradera de caprichosas ondulaciones, distinguíase la anchurosa extensión azul del mar. Santiago estaba entusiasmado.

– ¡Admirable!, exclamaba; ahora empiezo á conocer la Italia. Este espectáculo me ofrece la revelación de un ideal que hasta ahora no había sentido. Será preciso, Teresilla, que leamos juntos los poetas griegos... En el colegio me asustaban estos poetas; pero después de haber contemplado este paisaje, me parece que he de apreciarlos y he de comprenderlos.

Pasaron muchas noches leyendo traducciones de la *Odisea*, de Sófocles y de Teócrito, y Santiago saboreó por primera vez la eterna frescura, el singular encanto de la poesía griega. Las descripciones rústicas de Teócrito, comparadas con los paisajes de la campiña de Niza, le enamoraban por el color y el relieve de los detalles. Las lecturas de noche, unidas á las impresiones de los paseos cotidianos, le impregnaban de esa poderosa savia sensualista que es para el arte antiguo una inagotable fuente de juventud. Aquel baño de paganismo daba más sensibilidad á su alma y le disponía mejor á recibir las múltiples imágenes de un medio nuevo.

Este atractivo de las sensaciones nuevas le hallaba en todas partes, no solamente en las tranquilas lecturas de la naturaleza agreste, sino también en el movimiento mundano de las calles de Niza. Por la mañana, entre once y doce, holgábase contemplando el ir y venir de los aficionados al paseo de los Ingleses. Sobre el terraplén bordeado de palmeras, entre la mar juguetona que venía á acariciar las fachadas blancas de las villas y las verjas de los jardines, se veía pasar una florida procesión de caras bonitas y de *toilettes* matinales. Americanas é inglesas de talle esbelto, graciosamente delineado por el apretado *jersey*, de color sano, de ojos á la vez inocentes y picarescos, recorrían el paseo con aire decidido y paso seguro; jóvenes rusas, más ligeras, de andar acompasado, de formas más redondas, departían con robustos acompañantes correctamente vestidos y de aire casi militar. Los vestidos claros estrechamente ceñidos á las caderas, los sombreros adornados profusamente de flores, las sombrillas de vivos colores sombreando las cabelleras rubias ó negras, producían en todo el paseo lleno de sol un incesante remolino de matices primaverales. En el paseo de los coches, muy cuidadosamente regado, deslizábanse los *landaus*, conduciendo señoras envueltas en pieles costosas, escoltadas por jóvenes elegantes, haciendo alarde de sus aptitudes hípicas. Aquellas señoras con sus caballeros, caballerizos y su lucida escolta iban á almorzar en Beaulieu ó á jugar en Monte Carlo. Desde el fondo de sus carruajes las damas cambiaban una mirada sonriente ó un saludo con algunos de los paseantes; todo aquel mundo elegante, amable y bullicioso parecía únicamente preocupado de no desaprovechar ningún placer de los que ofreciera el día. El sol enviaba su incomparable sonrisa á

toda aquella multitud dichosa, y desde la punta rosada del cabo Ferrat hasta las montañas azules del Esterel, desde la mar azul hasta las colinas de San Felipe, se respiraba en el perfumado ambiente la alegría de vivir en una voluptuosa ociosidad.

El encanto de la naturaleza nicense obraba de una manera muy diferente en Santiago y Teresa. La joven esposa, muy sensible, pero perfectamente equilibrada, criada en el campo, aficionada á las cosas sencillas y al hogar, sentía natural aversión á la vida agitada y bulliciosa, gozaba castamente del encanto del Mediodía, admiraba las flores, el sol, el mar y las montañas, pero mostrábase indiferente á la seducción de los placeres mundanos. No sentía necesidad de las distracciones exteriores y le complacía únicamente saborear todas aquellas bellezas en la íntima soledad de dos. En Santiago, el trastorno producido por aquella brusca trasplantación al Mediodía era más profundo, más peligroso. La exuberancia de la naturaleza meridional, la facilidad de las relaciones, la profusión de las cosas de lujo, la belleza de las mujeres le deslumbraban, le aturdían, le embriagaban.

Era la primera vez que los refinamientos de la vida elegante perturbaban su cerebro y le emborrachaban como el *Champagne*. En los salones parisienses que había frecuentado había experimentado más asombro que seducción. Su intuición de aldeano desconfiado le hizo pronto adivinar todo lo ficticio y banalmente superficial de aquella constante fiesta mundana de una sociedad de ociosos y de mujeres á la moda. Rápidamente habíale persuadido de la poca sinceridad de las lisonjas que se prodigan en el mundo, de la brevedad de las impresiones de admiración y de lo falso de las manifestaciones de amistad y de las protestas de amor. Las gentes de esa sociedad común iban á los salones, no para divertirse, sino para hacerse ver. No se encontraba allí nada de lo que da cierto atractivo á la vida disipada; la franqueza, la espontaneidad, el abandono en el placer. Las mujeres, completamente sugestionadas por la vanidad, no tenían siquiera tiempo de ser amables y de amar. Santiago, introducido súbitamente en aquel medio social, tan diferente del suyo, no había tenido que hacerse violencia, á pesar de su poca experiencia, para resistir las tentaciones más aparentes que reales de la sociedad parisiense.

Pero en Niza, el efecto producido en él fué muy distinto. Bajo aquel sol espléndido, en aquel país sin invierno, donde parece que se ha reunido todo lo que puede regocijar más la vista y excitar los sentidos, respirábase en el ambiente la voluptuosidad. Aquella sociedad cosmopolita, refinada y sensual parecía positivamente no tener otro ideal que la eterna diversión. No había más que mirar en derredor y se adivinaba que el lujo y la ostentación no eran sólo pueriles satisfacciones de la vanidad, sino un acompañamiento, un estimulante destinado á saborear más y más el placer. No se experimentaba la fatiga de la agitación, sino la alegría de los que quieren y saben gustar todos los refinamientos de la mesa y de todos los sentidos, las golosinas de la galantería ó la embriaguez de la pasión. La influencia del medio obraba esta vez fuertemente sobre un temperamento de artista muy impresionable. El germen de sensualidad que Santiago debía á su origen se desarrollaba á pesar suyo en la tibia estufa de la atmósfera nicense. El aldeano de sensaciones vivas, á quien la lucha por el pan de cada día y las preocupaciones del arte habían obligado hasta entonces á una austera abstinencia, sentía de pronto invadido su cerebro por una embriaguez desconocida. Asaltábale un sordo deseo de gozar él también aquellas incógnitas alegrías, de sentarse delante de aquella mesa de placer liberalmente abierta á todo el mundo, y de hacer, en fin, su papel en aquella fiesta renovada todos los días. Este deseo no lo formulaba clara y francamente; pero á las veces, después de una hora en el paseo de los Ingleses, la necesidad de gozar aún más tiempo de los colores, la luz y los perfumes del Mediodía, le llevaba hasta la avenida donde se celebra el mercado al aire libre.

Allí, entre dos largas filas de lindas floristas y donosas vendedoras de frutas, entre montañas de limones dulces y naranjas, entre miles de plantas aromáticas, las mujeres más hermosas de la colonia extranjera circulaban alegremente seguidas de muchachas en cuyos cestillos se apiñaban claveles, mimosas, violetas y rosas. Santiago, después de comprar un ramo para Teresa, dirigíase lentamente á la calle Carabacel, aspirando con delicia el olor de las violetas y recordando con deleite las acariciadoras pupilas ó las elegantes líneas de alguna hermosura femenina encontrada al paso. Cuando llegaba á la casa, estaba tan animado, sus ojos brillaban con tan extraña claridad, que Teresa, sorprendida, mirábale curiosamente.

– ¿Qué tienes, Santiago?, le preguntaba solícita; parece que vienes con fiebre.

– No es nada, respondía casi avergonzado de su visible excitación; es el aire del mar.

Hasta mediados de enero, los esposos continuaron viviendo íntimamente en frente de su jardinillo, donde comenzaban á abrirse los jacintos, los jazmines y violetas. No ponían los pies en el casino ni salían más que para hacer excursiones al campo y se acostaban tranquilamente á las diez. Santiago fué el primero en cansarse de una existencia tan casera. Una noche interrumpió la lectura del periódico para decir á su Teresa:

– La Opera municipal organiza una representación de gala para una obra de beneficencia. Se cantará *Don Juan*, de Mozart, por Faure, que está aquí de paso, y una célebre cantante rusa que se presentará interpretando la parte de Zerlina... Tú no has oído nunca *Don Juan*. Si quieres, haremos mañana el exceso de ir al teatro: tomaré dos butacas, y después de la representación iremos á cenar en la *Regencia*.

Teresa leyó en los ojos de su marido que tenía vivos deseos de asistir á la *soirée* de gala y se guardó muy bien de contrariarle. A la hora indicada para la representación tomaron asiento en dos butacas, en medio de una sala casi completamente llena de espectadores.

El teatro de la Opera municipal, construído con arreglo al modelo de los teatros italianos, no tiene balcón delante de los palcos; éstos lucen así mucho más, y hacen que la sala sea más alegre, animada y luminosa. Teresa, con su sencillo peinado, tan elegante como sencillo, con su traje de seda gris, examinaba curiosamente la sala, en la que todos los espectadores estaban en traje de etiqueta. Todos los palcos se hallaban ocupados. La mayor parte de las *toilettes* era de matices claros; blancos, rosa te, azul plata, malva pálido, verde mar, y todos estos colores formaban una armonía de tonos suaves sobre los que resaltaban el brillo de la pedrería y las notas vivas de las flores naturales. Casi todas las espectadoras colocadas en primer término eran jóvenes y hermosas. Muchas eran de tipo slavo; mejillas pálidas, nariz un tanto remangada, ojos oblicuamente acariciadores y labios sensuales. Santiago y Teresa sólo oían hablar idiomas extranjeros; el ceceo melodioso del italiano, la música ligeramente gangosa de las vocales rusas y el maullido agudo de las sílabas inglesas.

Terminó la orquesta la bella sinfonía y se levantó el telón, apareciendo Leporelo en actitud de espiar el palacio del comendador. En el momento en que el criado de D. Juan cantaba

«Voglio far il gentiluomo
é non voglio piú servir...»

oyóse abrir la puerta de un palco cerca de la fila de butacas en que se hallaban Santiago y Teresa. El artista, levantando la cabeza, vió varias señoras escoltadas por dos caballeros condecorados. Una de aquéllas, vestida de negro, ya de cierta edad, de porte aristocrático, de mirada dura y profunda y adornado el pecho con una cruz de brillantes, tomó asiento en primer término en compañía de una joven, que por el traje, la actitud y el rostro formaba singular contraste con la imponente dignidad de la otra dama. El carácter original del rostro y la figura toda de la joven excitaron poderosamente la curiosidad de Santiago.

Con un movimiento rápido acababa de echar sobre el respaldo del sillón un amplio abrigo obscuro, forrado de seda malva, que la cubría completamente al entrar en el palco, y se adelantó como una deslumbradora aparición saliendo de entre las sombras. De regular estatura, muy bien formada, de unos veinticuatro años, vestía un traje de crespón de China, color crema, adornado de aplicaciones de encaje del mismo matiz y sujeto á la cintura por una estrecha cinta de terciopelo blanco. El cuerpo todo de encaje, dejaba transparentarse la carne satinada de los hombros y hacía destacar elegantemente el cuello y la nuca. El rostro era ovalado, enérgico y gracioso; el color mate ligeramente sonrosado armonizaba con los abundosos cabellos rubios, cuyo peinado sencillo estaba sembrado de esmeraldas. El brillo de las piedras verdes entre los bucles de un rubio suave producía tanto más grande efecto cuanto que correspondía con el color de los ojos, cuyas pupilas verdes lucían bajo pestañas y cejas obscuras. Aquel rostro de pómulos ligeramente salientes presentaba otro carácter extraño: la frente tersa, y la mirada voluptuosamente apasionada denunciaban una mujer ya experimentada; las formas diminutas de la nariz y de la boca tenían, por el contrario, algo de infantil é inocente.

Santiago la miraba con el interés que produce en un pintor la presencia de un modelo interesante. Al principio le pareció que la figura carecía de conjunto y que los rasgos irregulares de la fisonomía tenían demasiada movilidad. Pero cuando se fijó en los detalles, quedó encantado de la gracia de la boca sonriente, de la inteligencia que iluminaba aquella frente y de la seductora forma y singular atractivo de los ojos verdes bajo las pestañas negras. Aquella joven era ciertamente una personalidad original y nada común. Su *toilette* revelaba más que gusto; adivinábase en ella una curiosa preocupación de arte, una poética concepción del traje, que no debía nada seguramente á la imaginación de la modista. La móvil vivacidad de su fisonomía oyendo á los cantantes, indicaba bien claramente la excesiva sensibilidad de su alma. Mientras *Doña Elvira* exhalaba la celosa queja, la frente de la joven surcábanla tempestuosos pliegues transversales; luego, en los pasajes de dulce ternura, mostrábase radiante y sonriente; sus labios se entreabrían dejando ver la blancura de los dientes, y sus ojos se impregnaban de voluptuosa languidez.

Mientras Santiago hacía este detenido examen exhalábase de los instrumentos de la orquesta ó volaba de los labios de los cantantes la admirable música de Mozart.

Los apasionados suspiros, la tierna sensualidad de una exquisita melodía resonaban maravillosamente en los sentidos de aquel público sediento de placeres. Frecuentemente los ojos de Santiago se distraían de la escena para mirar otra vez al palco donde se hallaba la blanca aparición. La veía inclinada sobre la balaustrada del palco, guarnecida de terciopelo rojo, jugando con su impertinente, del que seguramente no pensaba servirse. Abandonábase completamente la hermosa mujer al encanto de las voces y de la orquesta. Faure y la Ludkof cantaban en aquel momento *La ci darem la mano*. En este inolvidable dúo Mozart ha resumido todo el poema deliciosamente perverso de la seducción y del nacimiento voluptuoso de la pasión inocente en el corazón. Las dulces galanterías fascinadoras, las promesas de felicidad y de fortuna murmurábalas D. Juan con irresistible ternura; Zerlina, con los ojos medio cerrados, suspiraba sugestionada, embriagada

«Vorrei é non vorrei,
mi trema un poco il cor...»

Y luego las dos voces uníanse con la embriaguez de dos corazones arrebatados por un mismo sentimiento.

El busto de la joven estaba enteramente inclinado fuera de la baranda del palco; parecía ella también fascinada por las acariciadoras sugestiones de la música. Por lo demás, toda la sala estremecíase de placer oyendo tan deliciosa música, y estallaba un aplauso unánime, vibrante, entusiasta, expresión y testimonio de la más profunda admiración.

Después del final del trío de las caretas fueron llamados á escena los cantantes, y fué objeto de una entusiasta ovación la Ludkof. Súbitamente oyéronse voces del público pidiendo el «himno ruso.» El telón, que casi había bajado ya, volvió á levantarse, reapareciendo en la escena los artistas y los coros; la orquesta dejó oir los primeros compases de la marcha nacional rusa. Incontinenti pusiéronse en pie todos los espectadores; era de un efecto incomparable el entusiasmo de la sala en aquel momento. En todos los palcos las mujeres más hermosas en pie, con los hombros desnudos y el pecho palpitante, aplaudiendo con exaltación, con frenesí. A medida que se sucedían las frases del himno, la manifestación era más calurosa, y los espectadores no se contentaban con aplaudir, gritaban vitoreando á los cantantes. Una emoción eléctrica dominaba toda la sala. Todas los bocas aclamaban; las mujeres arrancaban de su pecho las flores y las arrojaban á la escena; los hombres agitaban frenéticamente las manos; Santiago miró al palco de la aparición blanca: la desconocida, con llamaradas de entusiasmo en los ojos, anhelante, febril, había desgarrado los guantes y aplaudía con las palmas de sus diminutas manos...

En fin, terminó el himno, bajó el telón y fué cediendo poco á poco la sobrexcitación de aquella multitud entusiasmada. Los que ocupaban las butacas aprovechaban la ocasión para salir á respirar un poco fuera de la sala, y Santiago siguió el ejemplo. Iba á penetrar en la galería, cuando sintió que le tocaba

en el hombro una mano; volvióse y se halló enfrente de Flaminio Ossola, animado todavía por la fiebre del entusiasmo.

– Bien hallado, querido maestro, le dijo; celebro mucho encontrarle aquí. ¿Ha visto usted qué delirio?.. Yo nunca había presenciado espectáculo más conmovedor... ¡Es realmente hermoso!.. Todas nuestras grandes damas rusas están encantadas... A propósito, quiero presentar á usted á una de sus más entusiastas admiradoras, la princesa Koloubine, con la que hace poco he hablado de usted.

– Perdone usted, decía Santiago, queriendo eludir el compromiso; otra noche, hoy no... Ahora necesito respirar un poco el aire.

– Un momento nada más, insistía el importuno; la princesa tendrá un verdadero placer en conocer á usted... Su palco está aquí al lado.

Y al mismo tiempo señalaba desde la puerta de la sala el palco entresuelo donde se hallaba la princesa.

– ¿Ve usted? Es allí, el palco donde está en primer término una joven vestida de blanco, rubia, con esmeraldas en el peinado.

Santiago hizo un movimiento de sorpresa.

– ¡Cómo!.. ¿Aquella señora es la princesa?, preguntó.

– No; es una amiga suya. La princesa es la que está á su lado... Venga usted, todo es cosa de un minuto.

Santiago, un momento antes, estaba á punto de enviar á paseo al indiscreto y se había propuesto no ceder en manera alguna; pero al saber que el palco al que deseaba Ossola llevarle era el mismo en que se hallaba la mujer de los cabellos rubios, parecióle una coincidencia singular, y le hizo modificar su resolución el secreto deseo de ver de cerca á la desconocida. Para justificar este capricho, pensó que la visita, después de todo, á nada le comprometía y que el enojo de la presentación lo compensaría sobradamente el placer de estudiar una fisonomía interesante.

Siguió, pues, á Flaminio, que le había cogido familiarmente del brazo, y se pavoneaba llevando al grande artista al palco de la princesa rusa.

Cuando penetraron en el saloncillo anterior al palco, había allí buen número de caballeros, jóvenes con florecillas en el ojal del frac y señores mayores de aire militar. Todos se felicitaban del éxito de la Ludkof y de la manifestación patriótica, que era la nota culminante de la *soirée*.

– Princesa, dijo Flaminio Ossola, inclinándose respetuosamente, permita usted que le presente al joven artista de quien hablábamos antes... mi querido amigo Santiago Moret.

– Bien venido, caballero, murmuró la princesa tendiendo á Santiago dos dedos de su enguantada mano; admiro mucho el talento de usted.

Añadió algunos cumplimientos formulados en términos tan poco precisos que Santiago dudó que la gran señora hubiera visto sus cuadros. La princesa hablaba con cierto énfasis, sirviéndose de palabras más propias de los libros que de la conversación familiar. Habló de pintura y de música, demostrando afición á las bellas artes, pero con cierto sentimentalismo romántico pasado de moda.

– Señor Moret, continuó, espero que tendremos el placer de ver á usted en la villa Endymión. Usted, que tan bien interpreta la naturaleza, no podrá menos de encontrar agradable mi parque... Precisamente para dentro de quince días preparo una *garden party*... Prométame usted no faltar: si es usted, como creo, entusiasta de la música, le aseguro que la oirá muy bella...

Santiago quería excusarse, pretextando que no gozaba de buena salud, afirmando que vivía completamente retirado de la sociedad y que por esto no aceptaba ninguna invitación, pero la princesa insistía...

– Mania, querida mía, dijo la princesa, dirigiéndose á la desconocida, ayúdeme usted á comprometer al Sr. Moret... ¿No es verdad que la villa Endymión merece ser visitada por un artista?

La joven interpelada fijó un momento su mirada luminosa en el pintor, contemplándole un poco irónicamente, y luego con una voz un poco seca y con un ligero acento exótico dijo:

– Ciertamente, princesa..., mas para dar más autoridad á mi testimonio, ¿no le parece á usted que sería conveniente presentarme antes al Sr. Moret?

– Perdone usted, querida mía; tiene usted mucha razón. Señor Moret, Mania Liebling, una de mis mejores amigas.

Santiago saludó, y al levantar la cabeza sorprendió la mirada de los ojos verdes que le estudiaba curiosamente. Sostuvo con entereza aquella mirada atrevida y seductora, y admiró las líneas elegantes de la hermosa rubia que se abanicaba sonriendo con coquetería.

– Ahora que estamos en una situación enteramente correcta, repuso Mania con el mismo tono ligeramente irónico, puedo afirmar á usted que para el artista y el observador la villa de la princesa Olga Koloubine ofrece singular encanto... La señora de la casa es la bondad misma; en sus jardines hay hermosos árboles y rarísimas plantas..., y en los salones de su palacio y en las avenidas de su parque se encuentran personas muy amables y originales, en cuyo número tengo la honra de figurar.

Dijo esto con cierto donaire, con sus puntos y ribetes de impertinente, y continuó:

– Prométanos usted hacer una visita á tan encantadora mansión, y tenga usted por seguro que no se arrepentirá.

– Lo prometo, contestó Santiago sonriendo.

Y saludando á la princesa, continuó:

– Doy á usted gracias, señora, por su graciosa y delicada invitación.

– Para que no la olvide usted tendré el gusto de recordársela por escrito, dijo la princesa tendiéndole la mano.

Saludó otra vez á las dos amigas y se despidió. Los otros caballeros que estaban en el palco se habían despedido también, excepto Flaminio Ossola. Las señoras y éste continuaron hablando del pintor.

– El *Fígaro*, dijo la princesa, asegura que tiene mucho talento; pero parece que ha dado en el realismo... Es lástima, porque tiene todo el aspecto de una persona excelente...

– Debe ser un poco hurón, observó Mania Liebling, y no tiene nada de guapo... Pero su fealdad no es repulsiva, todo lo contrario, y se ve claro que no es un hombre vulgar... Ossola, usted que lo sabe todo, sabrá si su amigo es casado ó soltero...

– Es casado, respondió el interpelado, y su mujer ha venido con él á Niza... Los he encontrado juntos en la librería Dema... Es una mujer muy agradable, y parece que están en la luna de miel. Dema, que los provee de libros, lo asegura. Viven solitos en el fondo de un jardín en una calle escondida, un verdadero nido de tortolitos donde se arrullan día y noche y no reciben á nadie... Ella es aún más insociable que su marido... Pero en el teatro está, y puede usted verla... Sí, vea usted á Moret que va á reunirse con ella..., en la octava fila de butacas..., una señora que tiene un vestido gris. ¿La ve usted, princesa?

– Perfectamente, murmuró la princesa, mirando con los gemelos... Es más que agradable, es muy bella, una hermosura de virgen.

– Déjeme usted ver, Ossola, dijo súbitamente Mania, déjeme usted ver ese prodigio de hermosura.

Y miró con los gemelos, que había dejado la princesa, tarareando irónicamente:

«Dejadme, dejadme
contemplar su rostro...»

Luego calló un momento.

– Sí, repuso, tiene usted razón, princesa; una hermosura de virgen, tan irreprochablemente casta como las vírgenes pintadas por Rafael.

IV

Cuando Santiago volvió á ocupar la butaca inmediata á la de su mujer, ya se había levantado el telón. Hasta el entreacto siguiente no contó á Teresa su encuentro con Flaminio Ossola y la presentación á la princesa Koloubine. Pero con una reserva muy singular en un hombre que todo lo refería á su mujer con los más insignificantes detalles, no habló de Mania Liebling. Producíanse en él vagos escrúpulos, y repugnábale nombrar á la extranjera, como si temiera que oyéndola nombrar, su mujer adivinase la viva impresión que había sentido en aquella primera entrevista.

Sin darse por entendida de esta omisión vagamente premeditada, Teresa oía, sonriendo, los pormenores de la aventura que Santiago le refería ingeniosamente.

– ¿Y dónde está tu princesa? Enséñamela.

El pintor empezaba á darle las indicaciones necesarias, cuando advirtió que el palco de la princesa estaba vacío; la princesa y sus amigos no habían esperado para marcharse que el espectáculo terminara. Santiago experimentó una verdadera satisfacción; aquella feliz circunstancia le dispensaba de hablar de la interesante rubia que acompañaba á la princesa.

– Hijita, el pájaro ha volado... La princesa ocupaba aquel palco vacío ahora... Una gran señora, vestida de negro con una cruz de diamantes en el pecho... ¿No te has fijado antes en ella?..

– ¡No!.. He visto tantas señoras en esos palcos, que no me he fijado... Lo que te puedo decir es que ninguna vestida de negro ha excitado particularmente mi atención.

– Esa señora rusa, añadió Santiago con aire de indiferencia, me ha invitado á una *garden-party* que dará en su villa dentro de quince días... Me he excusado de asistir, pero ha insistido de tal modo que no he podido eludir el compromiso... Sin embargo, ya encontraré á última hora un pretexto para no ir.

Teresa no fué de la misma opinión que su marido.

– No, eso no, dijo; es preciso que cumplas tu promesa. Si se tratara de una *soirée*, sería yo la primera en aconsejarte que evitaras la fatiga de una fiesta nocturna; pero siendo ésta de día, no tienes motivo alguno para no asistir... Esa princesa, que sin duda es aficionada á la pintura, puede ser para ti una amistad útil, y además en su casa encontrarás una sociedad distinguida y curiosa de ver... No, no debes dejar de corresponder á la invitación de la princesa.

Algunos días después la princesa Koloubine fué personalmente á casa de Santiago Moret. Había pensado que siendo casado el pintor era correcto invitar al marido y á la mujer. Hizo pasar su tarjeta é insistió en ser recibida. Entró, pues, en el salón donde el artista había establecido una especie de taller, y encontró al joven matrimonio en la marquesina del jardín.

Santiago presentó á su mujer, á la que la princesa prodigó esas zalameras lisonjas de que son muy pródigas las slavas. Encareció mucho la florida alegría del jardín y lo bonito de las habitaciones.

– Este es un nido encantador, exclamó, y comprendo, querido maestro, que prefiera usted esta soledad íntima á todas las distracciones de fuera de su casa... ¡Ah! La intimidad, la comunión de dos almas simpáticas en el culto de lo bello es una viva satisfacción que nos está vedada á las que tenemos la obligación de vivir en la sociedad... Por esto es preciso no ser muy egoísta con nosotras... Tenemos necesidad de un poco de expansión en la sociedad de las personas superiores á quienes debemos tan nobles y delicados placeres estéticos... Estoy segura de que esta excelente señora comprenderá mi deseo y no se desdeñará de visitar la villa Endymión... ¿No es verdad, señora mía, que hará usted á su marido aceptar mi invitación y la aceptará usted también?

Teresa buscaba una disculpa cortés para declinar la honra que la princesa le dispensaba, pero ésta insistió.

– No, no admito una respuesta evasiva. Usted que es tan hermosa, amará ciertamente todo lo que es bello, y puedo asegurar á usted, sin falsa modestia, que la villa Endymión está emplazada en un sitio admirable. La casa, por sí misma, no es una maravilla, pero los jardines lo son, y usted será de mi opinión cuando los vea. Prométame usted que vendrá, y no dude que procuraremos que encuentre agradables las horas de la tarde en que nos honre usted con su simpática presencia.

Teresa no se atrevió ya á rechazar una invitación tan amablemente formulada, y la princesa se retiró con la promesa de que el pintor y su mujer asistirían á la fiesta.

Sin embargo, conforme se acercaba el día señalado para la *garden-party*, Teresa encontrábase menos dispuesta á asistir á la fiesta. No le seducía la idea de confundirse con las gentes de aquel mundo exótico que no le inspiraba ninguna simpatía y donde se hallaría enteramente fuera de su centro. Dijo á su marido que realmente á él era á quien se quería ver en la villa Endymión y que la princesa únicamente la había invitado por pura cortesía. No tuvo que hacer muchos esfuerzos para que su marido se dejara convencer.

Teresa escribió la víspera una carta á la princesa, excusándose por hallarse indispuesta, y Santiago fué solo.

(Continuará)

BELLAS ARTES

El ministro de Instrucción Pública de Austria ha incluído en su presupuesto la cantidad de 87.500 pesetas con destino á la compra de cuadros en la Exposición internacional de Bellas Artes que prepara la Asociación de Artistas de Viena. También se ha concedido á ésta autorización para celebrar una lotería artística con motivo de esa exposición, á la que han prometido concurrir artistas de Alemania, Bélgica, Francia, Holanda y España.

– Ha quedado terminado el modelo de la medalla destinada á los expositores premiados en la Exposición de Chicago: esa medalla, que se está acuñando, será de bronce y tendrá 87 milímetros de diámetro; en el anverso hay la figura en relieve de Cristóbal Colón y en el reverso una alegoría de la juventud. Créese que las medallas no quedarán concluídas hasta dentro de seis meses.

– En la New Gallery de Londres se está celebrando una exposición de las obras más notables del antiguo arte italiano. Figuran en ella multitud de cuadros de los más grandes maestros que florecieron en Italia desde fines del siglo XIII hasta mediados del XVI y una porción de manuscritos iluminados, joyas esmaltadas, ornamentos de iglesia, esculturas en madera y marfil, mayólicas, cristales y camafeos, casi todo instalado por orden cronológico. Entre las pinturas las hay de Fra Angélico, de Tadeo Gaddi, de Lorenzo di Credi, Signorelli, Piera di Cosimo, Piero della Francisca, Antonello da Messina, Ghirlandajo, Bernardo Luini, Andrea del Sarto, Angelo Bronzini, el Parmigiano, Correggio, Perugino, Francia y otros. Algunas obras atribuídas á Rafael, Leonardo de Vinci, Giotto, Boticelli y Mantegna son de dudosa autenticidad.

La reina de Inglaterra ha contribuído á esta exposición enviando á ella la famosa colección de grabados que posee en su residencia real de Windsor.

– La vigésima quinta exposición de invierno celebrada por la Real Academia de Londres es, al decir de la prensa inglesa, una de las más notables hasta ahora celebradas por aquella respetable corporación. A ella han contribuído con sus riquísimas colecciones particulares los más ilustres aficionados, entre los cuales se cuentan los condes de Amherst y Northbrook, la baronesa Burdett-Coutts y los lores Windsor, Leconfield y Burton. En ella figuran las más celebradas obras de los antiguos maestros ingleses más reputados, tales como Reynold, Gainsborough, Romney, Cotes, John Phillip, Etty, Walker, Cotman, Turner, John Pettre, Stothart. También se exhiben en esa exposición cuadros notabilísimos de antiguos pintores extranjeros, como Van Dyck, Jan Ochterveldt, Gerbrandt, Eeckhout, Codde, Jan Steen, Hooghe, Franz Hals, Jan van Meer, Ruysdael, Rafael, Sebastián del Piombo, Bassano, Bellini, Mantegna y Botticelli.



AZALEAS, cuadro de Alberto Moore, de fotografía de Mr. F. Hollyer, de Londres

– La nueva casa consistorial de Hamburgo, cuya construcción ha corrido á cargo de varios arquitectos, está terminada: este edificio, de estilo del Renacimiento, fué presupuesto en 5.750.000 pesetas, incluyendo en esta cantidad el mobiliario y decorado, ha costado en definitiva 12.500.000. La ornamentación plástica es de una riqueza asombrosa, y á ella han contribuído los escultores amburgueses Denoth, Pfeiffer, Magnussen, Gieseke, Pfannschmidt, Thiele y otros; los berlineses Hartzer, Hilgers, Kruse y Kumm; el muniquense Kramer; Echtermeyer, de Brunswick; Offermann y Ockelmann, de Dresde, y otros varios.

– El Club de San Lucas que el año pasado organizaron algunos artistas jóvenes de Dusseldorf ha celebrado en aquella ciudad una exposición, en la cual figuran notables obras de Arturo Kampf, Spatz, Rocholl, Jernberg, Eugenio Kampf, Hermann y otros.

– La Asociación Artística de Munich ha reformado el reglamento de sus exposiciones anuales en el sentido de que en ellas no se admitirán más que 1.200 obras, 700 de artistas alemanes y 500 de extranjeros, y de que el Jurado en vez de elegirse por toda la Asociación será elegido solamente por los que hayan tomado parte en las exposiciones celebradas en los tres años anteriores.

– La Academia de Bellas Artes de Munich celebra actualmente una exposición de carácter íntimo de las obras de los individuos que al presente pertenecen á la misma, que inaugura la serie de las que se propone celebrar para fomentar el arte muniquense y educar y enseñar al público y á los artistas principiantes presentándoles periódicamente obras de mérito reconocido. En dicha exposición figuran no solamente obras modernas sino también antiguas, procedentes de galerías y colecciones particulares, algunas muy poco conocidas; de suerte que resulta una exposición de carácter histórico. Junto á cuadros antiguos de Angeli, Becker, Defregger, Knaus, Leibl, Sohn, Vautier y Werner pueden verse en esa exposición obras notabilísimas de Herkommer, Alma Tadema, Federico Leighton, Oules, Dagnan Bouveret, Jiménez Aranda (José), Pradilla, Luis Alvarez, Schampelar, Siemiradzki, Munkacsy, Boecklin, Michetti, Pagliano, De Vigne, Hildebrand, Passini, Meyerheim, Knaus, Adolfo Menzel, Werner, Becker, Bartels, Vogel, Skarbina, Bochmann, F. Kaulbach, Lenbach, Achenbach, Gebhardt, Kroner, Claus, Meyer, Baisch, Schonleber, Eilers, Kopping, Reinaldo Begas y Eberlein.

– En los nuevos salones de la Academia de Bellas Artes de Berlín se celebrará una Exposición de obras de los académicos, para la cual han ofrecido su cooperación los principales maestros de Alemania y del extranjero. La exposición contendrá, además de las obras que directamente envían los artistas, otras muchas poco conocidas que forman parte de colecciones de particulares que se han ofrecido á facilitarlas á la Academia.



SIGUIENDO AL GUIA, cuadro de Alberto Moore, de fotografía de Mr. F. Hollyer, de Londres

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL RITMO, *por Salvador Rueda.* – De libro de crítica califica Rueda (suprimamos por sabido de sobra lo de incomparable poeta) el último que ha publicado, y en efecto, admirables estudios críticos de algunos poetas contemporáneos forman la segunda mitad de la obra; pero la primera constituye, compendiado en unas pocas, breves y muy substanciosas cartas, todo un curso de poética, en el que el autor desenvuelve una serie de teorías completamente nuevas, que abren anchos horizontes á la verdadera poesía castellana. Sus ideas serán todo lo revolucionarias que se quiera (quizás en el fondo de muchas de ellas alienta un espíritu poéticamente reaccionario tratándose de España), pero convencen por lo lógicas cuanto cautivan por lo originales. Imposible nos es en esta sección analizar tan valioso libro; y á fe que lo sentimos, pues lo creemos digno, no de la alabanza escueta, sino del elogio motivado. En la imposibilidad de hacerlo, no terminaremos sin consignar que Rueda, poeta con personalidad propia en la manera de sentir y de expresar, se ha revelado en *El Ritmo* como maestro que enseña algo y aun algos fuera de los viejos moldes, y que, al revolverse contra la *retórica oficial*, defiende los fueros de la poesía, por algunos tan maltratada.

El Ritmo se vende en las principales librerías á 2 pesetas.

DE ALGUNOS CATALANES ILUSTRES EN EL RIO DE LA PLATA, *por R. Monner Sans.* – Pocos españoles habrá que estando ausentes de su patria se acuerden de ella y la ensalcen tanto como el Sr. Monner y Sans, en cuyas obras resplandece siempre el más entusiasta amor á España. Su último trabajo, que ha sido la conferencia dada recientemente en el «Centre Catalá,» de Buenos Aires, es una nueva prueba de lo que decimos; después del tributo prestado á la *patria grande* en *La España de hoy*, de que hace poco nos ocupamos, ha recabado en la citada conferencia, gallardamente escrita, algunas glorias para la *patria chica*, para Cataluña, recordando los servicios que á la que hoy es República Argentina prestaron catalanes tan ilustres como los tres Alsinas, Sentenach, Cabrer, Senillosa, Larrea, Toll, Matheu, Argerich, Cané, Laballol y Marcó del Pont.

Reciba el Sr. Monner nuestras más sinceras felicitaciones por la obra patriótica que con tanto entusiasmo lleva á cabo, y que, como en otra ocasión dijimos, merece los aplausos calurosos de los españoles.



UN IDILIO, cuadro de Federico Mock

LA MUJER PAGANA Y LA MUJER CRISTIANA, *por Francisco de P. Villarreal.* – El docto catedrático de la Universidad de Granada Sr. Villareal, director de los estudios para la enseñanza de la mujer, que costea la Real Sociedad Económica de aquella ciudad, pronunció en la apertura del curso de 1893 á 1894 un erudito discurso en el que se estudia la condición de la mujer en la antigüedad pagana y en la sociedad cristiana, y con abundantes y elocuentes datos se prueba cómo el cristianismo ha dignificado á la mujer haciéndola igual al hombre y convirtiendo en compañera de éste á la que con el paganismo fué su esclava. Es un trabajo interesante é inspirado en el más sano criterio.

CONCEPTO DE LA ANTISEPSIA INTERNA EN LAS ENFERMEDADES INFECTIVAS DE LA INFANCIA. – Tal es el tema del discurso leído por el doctor Viura y Carreras en el acto de ser recibido en la Real Academia de Medicina de esta ciudad, discurso al cual contestó el académico numerario Dr. D. Bartolomé Robert. La respetabilidad de aquella corporación y los nombres de los disertantes, que constituyen dos glorias de la medicina catalana, nos relevan de prodigar á esos dos notabilísimos discursos los elogios que merecen, así por la importancia del tema tratado, como por los vastos conocimientos y sabios juicios que al tratarlo en forma bellísima han demostrado y emitido los Sres. Viura y Robert.

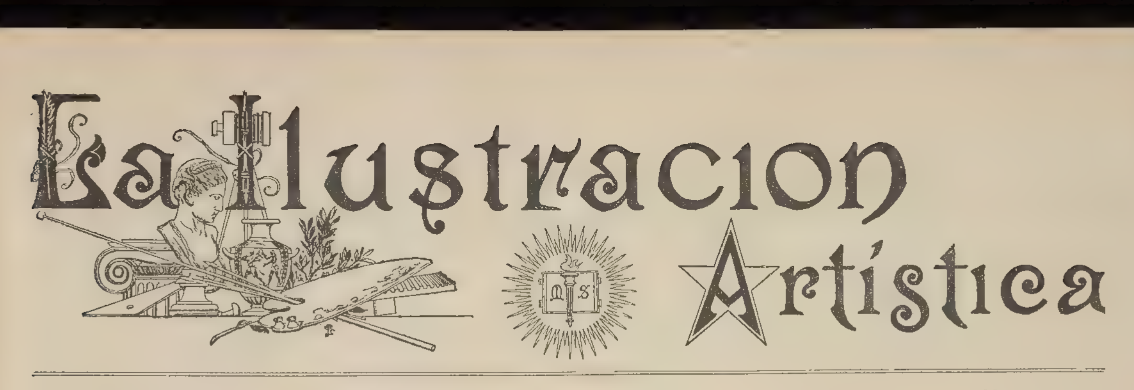
LA ESPAÑA MODERNA. – Los dos últimos números de esta importante revista contienen notables trabajos de Barbey d'Aurevilli, Daudet, Lubbock, Richpin, Sainte-Beuve, Tarde, Tolstoy, Arnold, Chechedrine, Merimée, Castelar, Villegas, etc. Desde 1.º de enero esta publicación será exclusivamente redactada por los principales escritores españoles.

DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO, *por Asser y Rivier.* – La obra de Asser y Rivier estaba considerada por los jurisconsultos como el más excelente libro de Derecho Internacional privado. El ilustre catedrático Sr. Fernández Prida ha prestado un verdadero servicio con esta traducción, que ha enriquecido con excelentes notas referentes á la legislación española, haciendo un libro de grandísima utilidad para los abogados y notarios, que se vende al precio de 6 pesetas.



¡ALTO!, cuadro de Laureano Barrau (Salón de París de 1893)

Imp. de Montaner y Simón



Año XIII — Barcelona 22 de enero de 1894 — Núm. 630

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL FILOSOFO HOLANDÉS BENITO DE ESPINOSA
estatua en mármol de M. M. Antokolskij



CRÓNICA DE ARTE

Desde la fecha en que he escrito la última *crónica* hasta la de hoy, 13 de enero de 1894, algún movimiento artístico, aun cuando de modo harto desmayado, se ha advertido en esta muy noble y muy invicta capital de la monarquía española.

Actualmente se está celebrando, como he indicado en mi último artículo *Verdades y mentiras*, una exposición de *impresiones de viaje* (apuntes plásticos), y dicha exposición se halla instalada en los salones de la sociedad *Círculo de Bellas Artes*.

Ciento noventa y tres obras, entre escultóricas y pictóricas, sin contar las que componen la instalación especial del malogrado dibujante Julio Gros, ha logrado reunir la comisión de exposiciones de la citada sociedad. Verdad es que no todo lo expuesto son impresiones de viaje.

De estas últimas pueden y deben ser tenidas en cuenta las manchas al óleo que exhiben Ugarte, el laureado autor del cuadro *Las sardineras*, premiado en la última Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en esta corte; las tablas (óleos) tituladas *Impresiones de Venecia*, y apuntes, al óleo también, de Venecia, Nápoles, Pompeya, Roma y Lido, de Pulido (D. Ramón); *Colección de apuntes*, de Peña; un recuerdo de un puertecito asturiano, de Plá; *Una calle de Fraga*, del paisajista Morera; cuatro cuadritos representando tres distintos edificios y lugares de Huesca, una acuarela, *Recuerdo del Cantábrico* y trece apuntes de asuntos marítimos, de Martínez Abades; *Recuerdo de un viaje á Fez*, de Madrazo (don Ricardo); varios apuntes, de Hernández Nájera; dos tipos de *Vizcaínos del valle de Arratia*, de Alcalá Galiano; tres estudios de paisaje, de Alvarez Dumont (D. César); tres apuntes de Alvarez Dumont (D. Eugenio), titulados *Altos hornos* (Bilbao), *Cercanías de Roma* y *En las Arenas* (Bilbao); cuatro cuadritos, impresiones de *Assisi, de la Mancha, de Venecia* y *de Málaga*, de Angel Andrade; cuatro cuadritos con recuerdos de Segovia, de la señorita Vaquero; seis pequeñas tablitas, tituladas *estudios*, de Bertodano; tres cuadros, conteniendo otros tantos paisajes cada uno, de Beruete; *La trilla, La aldea, Caída de la tarde* y *Cercanías de la Garriga*, de Carbonell y Selva; *Una calle de Tánger*, de Cabausón; *Entre amigos* y *El almuerzo* (recuerdos de un viaje por las riberas del Cantábrico), de Crespo; *Paisaje de Nava* (Asturias), de Escalera; *Apuntes*, de Espina; seis apuntes de *Fuenterrabía, Hendaya* y *Arechavaleta*, de Marín (don Luis); *Río Guadaira*, de Maura (D. Francisco), y... no apunto más *impresiones* de viaje, porque las pocas impresiones que me restan por apuntar aquí ya saldrán á relucir en esta *crónica*, si hay necesidad de ello, pues también son dignas de mencionarse.

***

Impresiones de color, más acertadamente que de viaje, tengo por cierto que podrían titularse casi todas las exhibidas en esta exposición; pocas, muy pocas son impresiones de forma y de color á un tiempo; pero esta observación mía á un lado, por lo que respecta al color, al conocimiento de la paleta, á la facilidad del toque y á la interpretación de la luz, desde luego puede afirmarse que en los salones del Círculo de Bellas Artes hay obras muy estimables y algunas superiores. Y entre estas últimas pongo en primer término los *estudios* de Ugarte. Casi todos son *efectos de noche* ó de luz crepuscular, en aquellos momentos en que todavía no se precisa la forma de los objetos. Y si es cierto que podía exigírsele á Ugarte un poco más de respeto al dibujo (ya que no de los objetos, por ser esta pretensión imposible, dada la penumbra en que están envueltos, pero por lo menos al de las grandes masas), es indudable también que el acierto en la interpretación de luz tan indecisa como es la de los primeros resplandores del alba ó de la luna rielando en agua tan movida como la del mar, hace que no se pare las mientes en los defectos de construcción. Sobre todos los *estudios* que Ugarte expone, tres de ellos (uno de plena luz solar) son los que dan al pintor patente de colorista de grandes alientos. Representa uno de los *estudios* citados un trozo de costa iluminado por la luna. La reflexión de la luz de nuestro satélite sobre las inquietas aguas del Cantábrico está maravillosamente sorprendida. Mirando atentamente este trozo de pintura, así como el que representa una locomotora marchando hacia el espectador, en plena noche y con los tres faroles, uno amarillo y dos rojos, encendidos, se llega hasta obsesionarse, como si ambos trozos de pintura fuesen la realidad misma. A estos dos estudios sigue en valor plástico el que representa un jardín de vegetación frondosa, iluminado por el sol del mediodía.

Por lo que se entiende como nota justa de color, Cecilio Plá, en su tablita titulada *Asturias*, está también acertadísimo. Las notas anaranjadas, rojas y azules de la indumentaria de las aldeanas, que se amontonan en unas lanchas que atracan al muelle, probablemente del puertecito de San Esteban de Pravia, con tener por fondo el verde un tanto crudo de las montañas próximas, no desentonan, antes bien, parece como que «calientan» la suave frialdad de aquel paisaje del Noroeste. De los paisajes de Beruete, especialmente de aquellos que se titulan *La Maladeta* (Pirineos españoles), *La playa de Eastbourne* (Inglaterra) y *Cercanías del Sardinero* (Santander), puede decirse que no son impresiones de viaje, sino estudios concienzudos y acabados de color y dibujo, con gran «sabor» local – y van dos veces que uso del tecnicismo del arte. – Más dentro de lo que da en llamarse en la jerga artística «impresión,» están las minúsculas tablitas de mi buen amigo Luis de Bertodano, y que con muy buen acuerdo titula *estudios*. Como he dicho más arriba, son éstos seis, algunos de delicada factura y más delicado color todavía, y casi todos son motivos de paisaje y algunos de decorativa barroca de algún retablo del siglo XVII.

De los apuntes é impresiones que de varias ciudades de Italia exhibe Pulido, puede afirmarse que las últimas son, como las obras de Beruete, cuadros cuyos asuntos son motivos arquitectónicos, como por ejemplo, una esquina del palacio de los Dux. El señor Pulido trató con minuciosidad, si recomendable por todos conceptos, demasiado grande sin embargo estos motivos, para que puedan ser tomados como simples impresiones de viaje. Y conste que no digo lo que dicho queda en son de censura, sino porque más adelante he de decir lo que creo que debe entenderse como *impresión* dentro del arte. Por lo demás, el Sr. Pulido no es en estos pequeños trozos pictóricos donde se exhibe á gran altura, sino en una cabeza de viejo, de la cual hablaré á su tiempo.

Siguiendo, pues, en la tarea, ya que no de analizar obras hechas durante excursiones veraniegas (ó no veraniegas, que para el caso es lo mismo), pero sí describirlas, diré que Martínez Abades, el autor de *El Viático á bordo*, se exhibe á bastante más altura en sus apuntes del natural que en aquellos otros cuadritos que tienen pretensiones de tales. Por aquel vapor en bahía ó por aquel rincón de costa donde se advierte, admirablemente sorprendido, el movimiento de resaca de las olas, diera yo de buena gana y á ojos cerrados el cuadro *La posada de San Miguel* ó *La Porteta* (Huesca), obras del marinista asturiano de quien me ocupo.

De los *apuntes* de Maximino Peña, sólo he de decir que, como todo lo que Peña hace en este género, son una muestra de su dominio de la forma y, por lo tanto, tienen el encanto de la realidad, avalorado este encanto con la inocencia, de que Peña no ha podido ó no ha querido desprenderse y de la que á mi entender no debe desprenderse. Algo más exhibe mi compañero de paleta, pero de esto ya hablaré.

Por allá, en un rinconcito de una sala, vislumbro un cuadro con nueve tablitas, que no por lo pequeñas son para miradas á la carrera, pues algunas tienen tal fuerza de luz y sabor de localidad que por bien empleado debe darse el tiempo, por mucho que éste sea, que se invierta en contemplarlas. Son motivos de paisajes italianos y su autor el sobrino del gran Julián Romea y, como Peña y Bertodano, discípulo del malogrado maestro Plasencia.

Los hermanos Alvarez Dumont, ambos varias veces laureados en Exposiciones nacionales de Bellas Artes, han enviado también á este certamen sus tarjetas de visita, consistentes en verdaderas impresiones de viaje casi todas ellas, y ejecutadas con el brío que distingue á dichos artistas. Y de Carbonell y Selva, antes que pintor poeta, hay también cuatro cuadritos de asuntos de la tierra catalana, verdaderamente sentidos unos, hondamente bucólicos otros, y que pudieran titularse genéricamente geórgicas. Y mentando estas obras, doy fin á la descripción de todas aquellas que recuerdo ahora como más salientes, entre las que se exhiben con el carácter de impresiones de viaje en los salones del Círculo de Bellas Artes, pasando á ocuparme de los cuadros y esculturas que, faltos de la condición precisa para figurar en este certamen, es decir, que no siendo *impresiones de viaje*, tienen, sin embargo, valor positivo suficiente para que les dedique un recuerdo.

***

De Pulido figura una *Cabeza de viejo romano* de color castizo, de factura simpática y construída á trozos maravillosamente. Bien puede afirmarse de quien así estudia una testa, que no desfalleciendo en el camino llegará á rayar muy alto. Algún defecto de dibujo se advierte en este trozo de buena pintura, como, por ejemplo, en la desviación de la oreja y en la colocación y tamaño de la nariz con relación á la órbita del ojo, pero tras de no ser desdibujos de gran cuantía éstos para advertidos á primera vista, no quitan tampoco nada del valor positivo de la obra como estudio del género. Frente á frente casi de la obra mencionada, Pla nos muestra cómo son las *bacantes* del siglo XIX, pintando para ello una simpática joven de alegre rostro y desembarazado ademán. Si no puede admitirse como impresión de viaje esta figurita, en cambio bien pudiera ser que fuese el resultado de alguna otra impresión, no menos simpática y agradable que las recogidas frente al espumoso mar ó al apacible valle.

Como se habló tanto durante estos últimos meses de los reclutas disponibles, Peña, quizá para protestar de esa terrible contribución que por un momento parecía imponernos una guerra que por artes mágicas no se realizó, hubo de concebir y realizar un epigrama que no deja de tener su saborcillo picante. Sentados en ringla y con caras satisfechas vense cuatro tipos de pueblo, alguno viejo, otros no tanto, pero en cambio lisiados (uno con una pata de palo), todos entretenidos en la agradable tarea de no hacer nada ó cuando más de apurar la colilla de achaparrado cigarrillo.

Que no pertenecen al género de impresiones de viaje hay también una copia de un fresco de Simoni Martini, existente en Asís, obra de Andrade; una *Carga de caballería en Talavera*, de Aguado; un *Estudio de moro*, de Beruete; un retrato al carbón, de la señorita Chao (Blanca), y otro retrato al carbón, como el anterior, de otra artista muy bella, tan bella como su colega, la señorita Molins (Elina), y *Una cabeza* bien dibujada y de enérgica expresión, de Morelli.

De escultura es poco lo que se ve en este certamen. Imurria, que presenta una cabeza del Salvador, repujada en cobre (por cierto que no figura entre las obras de la sección), merece plácemes, así por el acierto con que se condujo en género tan difícil, como por el ensayo (pues es el primer repujado que hizo) en tan bella como difícil rama de la escultura. Alcoverro ha llevado tres estatuas ya muy conocidas del público, dos de ellas decorativas y de carácter simbólico, que representan *Granada* y *América*; la otra, reproducida en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y que se titula *¡Al Pardo!*, y un grupo representando á Legazpi y Urdaneta. Alsina exhibe cinco cabezas en barro, de diferentes tamaños y que son otros tantos estudios. Algunas de dichas testas están modeladas con gran blandura, especialmente una de niño. Figueroa (D. Rodrigo), diputado á Cortes, vizconde de Irueste, también nos sorprende exhibiendo *una cabeza de estudio*, bien modelada y expresiva, y Gandarias, que se hace presente con una *Chula*, en barro cocido, de línea y modelado dignos del autor de la *Armonía*.

He aquí á grandes rasgos descrita la *exposición de impresiones de viaje*.

***

De la instalación especial de los dibujos del malogrado dibujante de *Blanco y Negro*, Julio Gros, muerto de modo tan inesperado y cuando todavía hubiera podido producir mucho y bueno, poco he de decir, pues casi toda la obra del artista es bien conocida del público por haber sido hecha para reproducirse en el citado semanario. Sin embargo, como á Gros pocos eran los que como pintor le conocían, en esta sección puede



EL PORTAESTANDARTE, cuadro de F. Roubaud

apreciarse cómo el dibujante dedicado exclusivamente á manejar tan sólo el blanco y el negro, sabía sentir el color, y se revelaba colorista brillante y sólido. En una gran cartera, diseminadas por las paredes del gabinete donde se instalaron sus obras, se ven cabezas, retratos y figuras al óleo y á la acuarela á medio concluir, advirtiéndose en todas cuán vigoroso era en el modelado y atrevido en el uso de los colores enteros y brillantes, sin que por eso pueda acusársele de desentonado.

De imaginación fecunda, fácil en el manejo del pincel, Gros adolecía tan sólo de lo que no puede por menos de adolecer el artista que haya de dibujar casi siempre de memoria y precipitadamente, adolecía de «manera.» Pero, dentro de ese mismo amaneramiento, era personal; seguramente que nadie confundirá un dibujo de Gros con el de otro dibujante.

¡Descanse en paz el que, compañero de quien estas líneas escribe, cuando ambos eran discípulos de Plasencia, supo honrar la muerte del maestro, haciendo en el mismo estudio donde de cuerpo presente aparecía rodeado de flores y blandones el autor de *El mentidero* una de las alegorías más bellas y sentidas, que reprodujeron los más importantes periódicos ilustrados!

Y antes de cerrar este artículo debo subsanar un olvido; dos bonitos cuadros de Parada y Santín titulados *Desde el cabildo de Priorio* y el *Hórreo de Pachusca*, y *El huerto de los basilios* y *Rincón de un patio* (Córdoba), ambos estudios frescos de color, apacibles de luz y bien olientes además, puesto que *El huerto de los basilios* es un campo totalmente cubierto de hermosos y blancos nardos, obra de Villegas Brieva.

***

¿Qué debe entenderse por *impresiones de viaje*, desde el punto de vista de la pintura? Para mí tengo que no pueden ser considerados como tales todos aquellos dibujos, óleos, acuarelas ó lo que quiera que sean, que signifiquen labor detenida y apurada de hechura, y que representen tal ó cual fragmento de edificio, tal ó cual cabeza de campesino, esta ó la otra parte de costa ó de paisaje. Podrán ser dichas obras *recuerdos*, nunca impresiones. La impresión, su nombre mismo lo advierte, ha de estar hecha, como la del literato, al correr del lápiz y recogiendo siempre aquello que, bien por su originalidad, bien por su carácter, bien por su belleza, efectivamente impresione al artista en su rápida excursión. Desde el momento en que lo que impresiona lo hace tan hondamente que obliga á estudiarlo y reproducirlo casi despacio, deja de ser la labor mera nota acotada en el álbum ó en el lienzo, para pasar al género de los recuerdos.

Puede ser lo que impresione un valle, un paisaje extenso, una romería, y á pesar de la importancia que desde el punto de vista de la labor tiene cada una de estas cosas, el artista puede limitarse á hacer una impresión, en cuyo caso, el detalle, lo secundario, desaparece, no quedando más que las grandes masas para el dibujo y el color.

Y no es cosa fácil, ciertamente, esto de las impresiones. Ha menester el artista, además de gran senso estético para no caer en la vulgaridad, gran dominio del dibujo, y de la paleta conocimiento prodigioso. Que disponer con cuatro líneas trazadas á la carrera, bien una masa de gente, bien un grupo de edificios, bien caracterizar un tipo desde la coronilla hasta los pies sin que venga el arrepentimiento á corregir lo hecho, no es cosa que esté al alcance de todas las fortunas. En este género de las impresiones, tanto se peca por carta de más como por carta de menos; tanto se separa el artista de lo que debe ser una impresión haciendo un cuadro de caballete, como se pone á cien leguas de dar una idea del motivo que le impresionó atizando al lienzo ó al papel cuatro mandobles de azul por aquí, tres tajos de rojo por allá, ó media docena de rasguños de lápiz hechos á bulto. Es verdad que lo primero es preferible á lo segundo, por más que les acontezca á ciertos artistas lo que á ciertos literatos que dan como hecho al correr de la pluma lo que no lo está sino en fuerza de tiempo, de tachones y de raspaduras.

R. Balsa de la Vega

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL CAFÉ DEL SUR

– Di, tú, Maruja, ¿qué vas á tomar?

– ¿Yo? *Naa.*

– Pues *pa* ese camino no necesitábamos alforjas. No seas tonta y pide.

– *Güeno*, ya que te empeñas, aunque no tengo ganas mayormente, tomaré café y media *tostá* de abajo. Oiga usted, mozo, que no anden escasos en la manteca, que algunas noches no hacen más que enseñársela al pan.

– A mí me trae usted media de ron y marrasquino.

– Oye, Paco; *mia* la Manuela tomando café con un señor de *levosa* y chistera.

– A mí, *pim.*

– No siempre has dicho lo mismo, *indino;* que en San Isidro *pasao* le regalaste en la pradera un pito *adornao* de flores.

– *Too* eso son patrañas y embustes.

– Es *verdá*, que me lo ha dicho la tía Javiera. ¡Huy, qué leche tan clara dan en este café, si *paece* agua de Lozoya!

– Casi.

– ¡Y qué poco azúcar! ¡Jesús! *Dende* que han puesto *cante* y *treato* el consumo se ha *rebajao* de *caliá* de un modo...

– *Mia* que eres chinche, siempre estás murmurando de *too.*

– *Pa* eso pago.

– Pues mira, á mí no me pagas por aguantarte.

– ¡No faltaba otra cosa! ¿Quién te ha *desempeñao* la capa, di, quién sino yo, que mientras tú andas de picos pardos, me paso la vida cosiendo pantalones *pa* la tropa?..

– Si no callas y sacas esos trapos á relucir me voy.

– Ya podías haberte *largao* hace media hora.

– ¿Sí? Pues hasta nunca.

– Tú *golverás.* Cóbrese usted, mozo. Si fuera una alhaja, pongo por caso, no lo vería más; pero así..., no tendré tanta suerte.

***

– ¡Olé tu *mare!* Vaya un garbo que tiene la *cantaora.*

– ¡Si esa chiquilla vale más pesetas que el oro!

– Si yo fuera príncipe de Asturias la hacía reina de España.

– Pues ella... no es muy ingratona.

– Puede. Mira que ojazos le echa aquel barbián que está allí junto al tabladillo.

– ¡Calla, si es mi maestro! ¡Anda, si lo supiera la maestra, con aquel geniazo que tiene, que es peor que un toro de Miura!..

– ¿De verdad?

– ¡Vaya! Mira, me alegro de haber venido, porque así ya tengo manera de hacer que me aumente un realillo de jornal.

***

– D. Tomás, ¿usted por aquí?

– ¡Mi Sr. D. Pantaleón!.. Siéntese usted en este rinconcito, pues está tan lleno el café que no es fácil el hallar mesa.

– ¡Vaya, vaya! ¡Quién había de pensar que usted venía al café del Sur!

– Sí, señor, ya hace mucho tiempo. Por dos realitos tomo mi chocolate y paso la noche agradablemente oyendo á los *cantaores* la noche que hay *cante*, y si no, viendo representar algún drama. Mañana *echan La huérfana de Bruselas* y *El payo de la carta.*

– Y no trabajan mal.

– Muy pasablemente. El galán, sobre todo, es muy bueno. Ayer hicieron *El puñal del godo*, y estuvo al pelo. ¡Si me parecía estar viendo á Romea! La lástima fué que á lo mejor, al destapar una cerveza, salió el tapón con tanta furia que le dió en la cara al barba y por poco le deja tuerto. Mire usted, dió un bramido que todos creímos que le habían matado.

– ¡Pobre Calandria!

– Qué, ¿usted le conoce?

– Mucho: si fué cartero cuando yo era auxiliar séptimo de Correos en tiempo de González Brabo.

– Pues ya hace fecha.

– Alguna.

– En fin, todo pasa; pero callemos que va á cantar la *Frascuela.*

– Sí, sí, oigamos, que esa chiquilla suele decir cosas muy saladas.

***

– ¡Vaya un plantón que nos da el tunante de Carlos!

– Yo estoy avergonzada de estar aquí entre tanto hombre. Vámonos.

– No, mujer, que son las ocho y media y ellos dijeron que vendrían.

– Sí, pero no vienen; vámonos.

– No puede ser, porque yo no llevo dinero y hay que pagar los dos chicos de limón.

– Yo tengo una peseta, pero dicen que es falsa.

– Como ha sido tan de repente no ha tenido tiempo una de coger ni un céntimo. Pero ellos vendrán, y si no, yo conozco al *echador* y responderá por nosotras.

– ¡Si me vuelven á pescar en otra, que me emplumen!

– Sí, sí; siempre decimos lo mismo, y luego...

– Tienes razón, somos muy frágiles.

***

– Hermosa. ¿Me permitirá usted que tome asiento en esta mesa?

– Sí, señor.

– Viene tanta gente á este café...

– Sí, señor, mucha.

– Y hace calor.

– Sí hace, sí.

– Usted dispense: ¿esta señora que está durmiendo es la mamá de usted?

– No, señor, es mi tía.

– Pues tiene una sobrina muy bonita.

– Favor.

– No, no; justicia.

– Y ¿cuál es su gracia?, si no es indiscreto el preguntarlo.

– Rosario.

– Rosarito. Un nombre muy elegante. Vamos, usted tomará una copita de noyó ó marrasquino.

– Puesto que usted se empeña tomaré algo, tanto me da horchata como ron. Para la tía chocolate con bollo, ¿eh?

– ¡Olé ya! Chico, trae dos copas de coñac y un chocolate con bollo. Y diga usted, Rosarito, ¿usted no es de Madrid?

– ¿Por qué lo dice usted?

– Porque tiene usted un dejillo al hablar...

– Soy de Murcia.

– ¡Gran país!

– Pero estoy recriada en Sevilla.

– Luego que la tía tome chocolate, ¿quieren ustedes venir á Eslava á ver la última? Yo pago.

– ¿Por qué no? Nosotras no tenemos inconveniente en ir con una persona tan decente como usted y tan *simpántica.*

– Estimando. Conque en marcha. ¡Mozo!

– Vamos, y Dios quiera que no tenga una que arrepentirse de estas *conoscencias* de café.

***

– Te digo que has bebido mucho y que no sabes dónde tienes la cabeza.

– No seas animal, si apenas he *probao* cuatro jarabes de estos.

– Te digo que estás malo. Tienes una cara que *paeces* un cangrejo cocido propiamente.

– *Camará*, no estás tú mal cangrejo. Tú si que estás *pítimo.* Si Manuela te echara un ojo te arrancaba un bigote... ú dos...

– U seis... A Manuela le pego yo una puntera que la envío al *tejao* de San Francisco el Grande.

– A mí no me da la gana de que le pegues á Manuela. ¿Estás?

– A ti ¿quién te da vela en este entierro? Yo le pego á Manuela y al mozo del café y á la *cantaora* y al gobernador...

– Bueno, hombre, bueno; ya no digo *naa.*

– Es que yo cuando me tocan el decoro no permito que *naide* me rebaje. Echemos otra copa por el decoro...

– Voy á pedir agua.

– Déjate de tonterías, el agua ahora en invierno es muy mala *pa* el *estógamo.* Bebe más *anisao.*

– Chico, aquella es Paca.

– ¿Paca? ¿Cuál?

– La del merendero.

– No es Paca.

– Sí que es.

– Te digo que no.

– Te digo que sí.

– Tú no sabes ya si es de día.

– Yo sé lo que me da *la real* gana.

– Si no fuera mirar...

– ¿Qué estás diciendo?

– *Naa*, que hace mucho calor.

– Quítate la capa.

– ¿Qué capa?

– Cualquiera.

– Pues si no llevo capa.

– No digas embustes, que sí que llevas capa.

– No llevo. ¡Si la tengo *empeñaa!..*

– Mentira, que la estoy yo mirando.

– ¿Adónde?

– Ahí.



RIFEÑOS EN UNA EXPEDICION DE SAQUEO A MARRUECOS, dibujo de R. Catton Woodwille

– Pues si esa no es mía; es de ese señor que está á tu vera.
– Al fin zapatero.
– Y á mucha honra.
– Y borracho.
– El borracho eres tú.
– No me insultes, que te pego un botellazo.
– ¿A mí tú? Si agarro la silla te la pongo por montera.
– Prueba á ver.
– Porque no querré.
– Porque me tienes miedo.
– ¡Yo miedo!
– Claro.
– *Pa* que veas que soy más valiente que tú, ¡toma!..
– ¡Ah, ladrón! Allá va la botella.
– ¡Socorro! ¡Que me han *matao!*
– *Naa*, señores, no hay que amontonarse; total ¿qué?, dos amigos que se dan cuatro *manguzás*.
– Claro, y eso ¿le importa á *naide?* Vámonos, chico, que no he visto gente más *panoli* que la de este café.

A. Danvila Jaldero

CONSECUENCIAS DE UN EXPERIMENTO

Si aquella afirmación, no sé si de Faraday, cuando decía que todo descubrimiento lleva en sí mismo el germen de numerosas aplicaciones prácticas, necesitase confirmarse, en los actuales momentos encontraríamos de ella decisiva prueba. No bien hubo logrado el afortunado químico Henri Moissan obtener, en su horno eléctrico, temperaturas no igualadas, que alcanzan hasta *tres mil grados* termométricos, fueron posibles las reducciones de los óxidos más refractarios, y así no es su mejor descubrimiento el haber cristalizado el carbono, reproduciendo el diamante, ni aun haber demostrado la volatilidad de la sílice y conseguido la cristalización de la cal y de la zircona, sino haber aislado, con facilidad suma, reduciendo sus óxidos, el cromo y el manganeso, el titano y el volfrán. La importancia y el interés práctico de semejantes hechos estriban en que los dos primeros metales citados únense al hierro formando notabilísimas aleaciones, y su presencia en los aceros modifica, por modo notable y beneficioso, las propiedades de estos cuerpos, y en tal sentido los experimentos recientes de Moissan representan el comienzo de un gran adelanto respecto de la metalurgia y obtención, en cantidades bastante considerables, de los metales más raros y refractarios.

Representa cada cuerpo un estado de equilibrio particular, algo así como uno de los términos de la evolución de la energía, ni el primero ni el último, caracterizado, á la vez, por la misma manera de ser de la substancia, por las condiciones del medio y por las relaciones que entre ambos términos se establecen, como posibles cuando menos. Formas, metamorfosis químicas, modificaciones isoméricas, todo cambio es representable por relaciones de masas y energías, sin las cuales ni la apariencia geométrica de los cuerpos, que es á modo de exteriorización de la constitución interna, ni las más profundas modificaciones de estado, ni cuanto calificamos de cambios y variaciones pueden explicarse de manera satisfactoria. Mas tal estado de equilibrio representante de un cuerpo es, á su vez, función de múltiples y complicadas variables, de tal suerte que sería preciso su conocimiento completo y total para llegar á determinar aun aquellos fenómenos que consideramos más sencillos y de más fácil conocimiento. Hay, sin embargo, entre la variedad señalada ciertos términos calificados de constantes, reducidos, en último análisis, á manifestaciones de la energía, siempre presentes, las cuales, en cierto respecto, miden la energía empleada en cada fenómeno, ó bien, para hablar de modo más general, representan su valor numérico y la forma ó modo de ser de este mismo valor en cada particular cambio de estado. Sencillísimo ejemplo pondrá en claro la idea apuntada: supóngase un pedazo de hielo en el momento de convertirse en agua, el peso del líquido será igual al del sólido, menor su volumen, y se observa que sin el agente calor, ó sea sin que haya absorción y cambio de determinada cantidad de energía, medida en calorías, que son unidades térmicas, no puede convertirse el hielo en agua líquida, y observamos que lo externo del hecho, ó sea la temperatura, permanece constante, mientras el hielo se funde, y de ello deducimos que los dos estados del agua dependen de energías caloríficas y que el agua es hielo cuando pierde calor y el hielo agua cuando lo gana, y generalizando el hecho á todos los cuerpos susceptibles de análogo cambio de estado, consideramos á los llamados sólido, líquido y gaseoso meros puntos singulares ó términos de la escala de las dilataciones. Pues de la propia suerte el agua, prescindiendo de su estado, es tal cuerpo en virtud de un gasto de energía, empleada al unirse sus elementos y medible siempre en las mismas unidades térmicas y hasta empleando iguales procedimientos, y según el sólido calentado pasaba á líquido, cambiando de estado, y el líquido podía, calentado á su vez, convertirse en gas, así el agua del ejemplo cambia de estado de una manera más profunda, y calentada á temperaturas elevadísimas, rómpense los lazos que unen sus elementos, y de un lado va el hidrógeno, sutil, inflamable, y de otro el oxígeno, vivificador y comburente. Calor y cambio de estado en un caso, calor y disociación en el otro, todo se resuelve en modificaciones de energía, en variantes de posición, en diversos equilibrios, en diversidad de relaciones entre los cuerpos que se unen y la fuerza empleada en unirlos, siempre transformándolos.

Desde este punto de vista, se concibe muy bien la posibilidad de que todos los cuerpos, aun los mismos elementos químicos, cambien de estado, porque aplicando las energías en la medida necesaria, todo debe llegar al estado gaseoso, y luego los que se han descompuesto resolverse en sus elementos, y aun estos mismos alcanzar á reducirse á otros más sencillos, en aquel estado de disociación en que los presenta el elevado espíritu de Raoul Pictet existiendo en la atmósfera del sol. Todo es cuestión de disponer de energía suficiente para hacer posibles los cambios y metamorfosis más profundas, y entonces el carbón podrá reducir los óxidos más refractarios, convertirse en gas muy coherentes y duros sólidos, provocar combinaciones que sin su auxilio no se efectúan y lograr que aparezcan formas naturales y sólidos geométricos, que el más exquisito arte experimental no había llegado á reproducir en sus maravillosas operaciones.

Cabalmente esto es lo alcanzado por Moissan en su magnífico y reciente trabajo, reducido á aplicar como agente de metamorfosis elevadísimas y no igualadas temperaturas, según el citado Raoul Pictet emplea intensísimos fríos para evitarlas; de suerte que si en un caso ha de llegarse, descomponiendo substancias, hasta las más sencillas, aislándolas, pudiéramos decir, en el pleno goce de su individualidad, activas, dotadas de todas sus energías, ó cuando menos á formas típicas, tan características como la del diamante, en el otro caso se consiguen parecidos resultados impidiendo combinaciones, quitando energías, aniquilando individualidades; y se concibe bien que si el primer método divorcia y disgrega primero, aunque luego junte y una, el segundo, dando actividades, poniendo energías, dotando á cada cuerpo, en cada grado de temperatura, de las condiciones requeridas para determinadas combinaciones, ha de constituir, en no lejano día, el más fecundo y general procedimiento de síntesis de las substancias orgánicas y de todos los compuestos de carbono.

Habíanse usado en las operaciones químicas energías caloríficas de gran intensidad, como el fuego llamado de forja, las dos llamas del soplete, con sus respectivos caracteres oxidante y reductor, y muy especialmente la llama del hidrógeno ardiendo en el oxígeno, el mayor foco térmico conocido, gracias al cual y en el crisol de cal de Henri Sainte Claire Deville pudieron fundirse de una vez nueve kilogramos de platino y y uno de iridio, metales sobre toda ponderación refractarios á cambiar de estado y cuya liga se ha utilizado para hacer de ella los patrones del metro y kilogramo internacionales. Mas á pesar de tan potente energía térmica, quedaban cuerpos infusibles, como la cal, la barita, la estronciana y la zircona; no se reducían bien muchos óxidos metálicos; á ejemplo de los de manganeso y cromo, quedaban casi intactos el ácido volfránico y el sesquióxido de urano, y no podían ser reducidos á vapor ni el silicio, ni su ácido, ni el boro, ni el carbono. Aparte de esto, las formas propias de los cuerpos, como los cristales de zafiro y los de esmeralda, obteníanse sólo por fusión de sus elementos ó de las propias substancias amorfas y luego lento enfriamiento de la masa liquidada, y cuando más, y es buen ejemplo el caso del rubí oriental reproducido por Fremy, la cristalización llevábase á buen término en un medio tan mineralizador como el fluor ó el ácido fluorhídrico, y la generalidad de las veces se apelaba á disolver la substancia amorfa en un medio fundido, separable luego de fría la masa, por medio de disolventes y reactivos apropiados, que dejaban intacto el mineral reproducido.

Sólo en un experimento, de no larga data, se empleaban metódicamente las grandes presiones, y es el experimento á que aludo el mejor producto y el de más valía de los experimentos de Moissan. Con efecto, el físico inglés Hannay consiguió reproducir el diamante de pequeño tamaño, es cierto, pero diamante al cabo, disolviendo carbón de azúcar, muy purificado, en plata fundida, colocando la mezcla en fortísimos tubos de fundición, provistos de herméticos cierres, y no impidió su fortaleza que algunos se rajasen, cuando eran calentados á muy elevada temperatura en hornos dispuestos para el caso. El ahora inventado compónese de dos piezas de cal viva, por ser la substancia más refractaria, en forma de paralelepípedo, que se unen por medio de arcos de hierro, y que en el interior dejan el hueco destinado al crisol de cal: en cada una de las caras laterales opuestas del paralelepípedo se adapta una pieza portadora de un cono de carbón que comunica con una dinamo, cuyo movimiento es originado por una máquina de vapor de quince caballos; formábase ó saltaba el arco voltaico en el propio crisol, y entonces producíase en aquel punto temperatura de tal manera elevada que en breves instantes fundía el hierro, y fué valuada, siguiendo el método de Violle, en tres mil grados termométricos

Realizada la invención del horno eléctrico de Moissan, conseguida esa enorme energía antes ignorada, ya sus aplicaciones son cuestiones secundarias y cabe establecerlas de una manera sistemática, combinando acciones físicas y químicas: empleando las primeras para producir las naturales formas de cuerpos que no se habían cristalizado, volatilizar otros y fundir los que hasta ahora eran infusibles, y las segundas para reducir óxidos metálicos, en presencia del carbón, con lo cual había de asegurarse la obtención de metales hasta el presente preparados en corta cantidad y con enormes dificultades y de aleaciones metálicas de grandísima utilidad, que modifican los caracteres de otros metales industriales, al modo que el manganeso y el cromo dan á los hierros y aceros cualidades que de suyo no poseen. Por de pronto la cal y las tierras alcalinas á ella semejantes, nunca fundidas, se reblandecen y liquidan en el horno de Moissan hasta tal punto que es necesario manejarlo con ciertos cuidados para evitar, en cuanto sea posible, la fusión de la materia que los forma. Y á aquella más refractaria zircona, que Raoul Pictet destinaba á fabricar la cámara donde habían de reunirse los rayos del abrasador sol del Sahara, después de reflejados en un espejo parabólico de plata, cuya abertura debiera tener diez metros, con cuyo artificio proponíase el sabio ginebrino disociar los cuerpos simples metalóideos, tampoco resistió las elevadísimas temperaturas del arco voltaico, y como su hermana gemela, después de producir luz de intenso brillo, cambió de estado. Y el cuerpo sólo fundido en los hornos del vidrio, substancia fija entre las fijas, dócil á las excitaciones de tan potente energía, hízose primero líquido incoloro, rompió luego las ligaduras que como tal lo aprisionaban, y sin que por esto fuese perdida la continuidad, lanzóse libre y en vapor fuera del crisol, y al enfriarse cuajóse en perlas blancas, ó en presencia de vapor de agua recalentado presentó las irisaciones y reflejos del más brillante ópalo. Las tierras azules del Cabo, el aerolito de Penza y los hierros meteóricos de Cañón Diablo contenían formas diversas de carbón: grafitos con formas cristalinas, octaedros durísimos de carbonado ó diamante negro y algunos pequeñísimos cristales de aquellos brillantes denominados *roca antigua*. Esta especie de regalo que el cielo enviaba á la tierra jamás se había aquí reproducido, y en vano Meunier, Fouqué y Michel Levy habían logrado reproducir ciertos tipos de aerolitos; pues nunca lograron en sus síntesis ninguno que contuviese ni siquiera huellas ó trazas de cristales de carbono. Más feliz Moissan que ellos, combinando sus originales métodos con los procedimientos de Hannay, reprodujo el diamante, y fué como sigue: introdujo en su crisol de cal hierro dulce, y al punto que estaba fundido colocó dentro de la masa un cilindro, también de hierro, cerrado á tornillo por sus dos bases, y en el cual había puesto carbón de azúcar, comprimiéndolo á grandes presiones; no tardó mucho en ser todo líquido, y así lograda la disolución del carbón en el hierro, separó el crisol del horno y bruscamente lo sumergió en un depósito de agua fría, consiguiendo, al solidificarse la capa exterior del hierro, ejercer presión enorme sobre el resto de la masa fluida: cuando la temperatura descendió al rojo, extrajo el crisol del agua y dejólo enfriar con cierta lentitud, y ya frío y rota la masa, apareció su interior tapizado de cristales de carbonado principalmente y algunos con todos los caracteres del diamante incoloro, separables mediante los reactivos, muy pequeños en verdad, pero cuyas formas eran determinables.

En cuanto al segundo grupo de aplicaciones, aquellas cuyo carácter químico está bien definido y determinado, no sólo los resultados son más concluyentes, sino que puede decirse que inauguran un nuevo método de beneficio, y que gracias á ellas nos hallamos en el comienzo de grandes transformaciones en

la metalurgia de los cuerpos de la familia del hierro, puesto que se posee un medio de disociar óxidos hasta ahora indescomponibles en buenas condiciones de rendimiento, y no por vía electrolítica, sino empleando la electricidad como el más adecuado medio para conseguir elevadísimas temperaturas.

Cierto que desde el conocimiento de los ferromanganesos, la industria del manganeso ha conseguido nada pequeños adelantos, al punto que lo han hecho de metal raro, cuerpo utilizable; pero no es menos cierto que se trata de uno de los cuerpos más refractarios, agrio, duro y con grandes dificultades para fundirlo, en especial siendo puro. Pues bien: en el horno de Moissan pueden reducirse con facilidad suma los óxidos todos del manganeso, y basta mezclarlos con carbón y calentar la mezcla y no tarda mucho en obtenerse el manganeso fundido y en cantidad nada despreciable, ya que puede contarse por kilogramos, y puede asimismo resultar, añadiendo hierro, el ferromanganeso de la riqueza que se quiera y con tan poco trabajo, que Moissan llegó á obtenerlo durante una conferencia explicada en la Escuela de Artes y Oficios de París, en cual laboratorio de electricidad se hicieron todos los experimentos relativos al nuevo horno eléctrico. Al igual del bióxido de manganeso puede reducirse el sesquióxido de cromo, y dar este metal, tan raro como notable, que se liga con el hierro y cédele buena parte á lo menos de sus excelentes cualidades; asunto de pocos minutos es también preparar el cromo partiendo de su más común compuesto oxigenado, y eso que se trata de uno de los metales más infusibles, que resisten bien el fuego de forja. Lo mismo pudiera decirse del sesquióxido de urano, reductible en el horno eléctrico de Moissan, y esto ha servido para descubrir una propiedad nueva del metal urano, y es: que el simple roce ó frotamiento, sin aumentar de modo notable su temperatura, lo vuelve luminoso hasta el punto de proyectar chispas de brillante luz. No ha resistido tampoco el ácido volfránico aquella tierra de color amarillo, infusible, que en los postreros años del siglo XVIII aislara Bergmann del volfrán, que así se llama el mineral de hierro que lo contiene; estudiárala luego Schecle, asignándole carácter de óxido, y de la cual



UNA MÁRTIR, estatua de G. Argenti

los hermanos Elhuyar, españoles, obtuvieron por primera vez y en España, con grandísimos trabajos, aquel cuerpo simple que mejora las condiciones del hierro y al cual hubieron de llamar volfrán.

Tales fueron las primeras consecuencias de un experimento curioso como obtener diamantes; y se concibe bien que la serie no ha de tener límites, porque en las aplicaciones del horno eléctrico de Moissan ábrense á la ciencia muchos caminos por donde llegar á las más notables metamorfosis, y á la industria de los metales, singulares métodos, que han de consentir obtener con ventaja los más raros.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

EL ASILO JORGE SAND EN PARÍS

Con este nombre se ha inaugurado recientemente un asilo nocturno para mujeres en París, en la calle de Stendhal, en lo alto de Menilmontant. La idea que ha movido á sus organizadores á establecer ese refugio ha sido la de remediar la insuficiencia del asilo Paulina Roland, que con el mismo objeto funciona desde hace tiempo en la calle Fessart; mas así como éste está destinado á mujeres sin trabajo, aquél se reserva para las infelices que carecen de domicilio.

La capital francesa ha dispuesto perfectamente todo lo necesario para atender á las mujeres que han de recurrir á la beneficencia pública; quizás ha hecho demasiado si se tiene en cuenta el contraste entre lo que en el asilo encuentran las que á él se acogen y lo que ha de faltarles cuando de allí salgan. Allí de nada carecen; disfrutan del dulce calor de los caloríferos que no se apagan nunca, confortan sus estómagos con la substanciosa sopa, descansan sus cuerpos sobre blandas y limpias camas y hallan afable y cariñoso trato en la directora, Mme. Pean, que la administración ha tenido la suerte de poder asociar á su obra benéfica.

Las formalidades de admisión no son largas: la puerta del asilo se abre para quienquiera que llame á ella, y la solicitante no tiene más que dar su nombre, verdadero ó falso, su estado civil y la dirección del último sitio en que ha habitado, y presentar, si los tiene y por consiguiente si quiere, sus documentos de identidad.

En el acto la postulante queda inscrita por tres noches, y si hay en el intervalo un domingo, por cuatro, y recibe un número de tickets á cambio de los cuales se le entregarán alimentos por la mañana, al mediodía y por la noche. Luego es conducida á la sala de hidroterapia, en donde toma un baño caliente antes de penetrar en el interior del asillo, y mien-



LOS QUE VUELVEN, dibujo de M. Picolo



LA COMIDA DE BODA, COPIA I



celebrado cuadro de A. Corelli

tras, sus ropas son llevadas á la estufa de desinfección para serle devueltas cuando salga del establecimiento: durante su permanencia en éste la asilada recibe un uniforme completo, que á su salida es también desinfectado.

En punto á higiene los reglamentos son rigurosísimos, y por ello merecen alabanza los que los redactaron: gracias á ellos pueden evitarse muchos contagios de enfermedades. Parece mentira que ese primer beneficio, el de la limpieza, que se ofrece á la que entra en el asilo, sea á veces acogido con disgusto; y sin embargo, así es en algunos casos. Dos de éstos cita el artículo de donde tomamos estos datos, en los que las solicitantes prefirieron marcharse del establecimiento á tomar un baño: una de ellas, extrañada de que tal cosa se le exigiera, exclamó: «A Dios gracias, no lo he tomado nunca y no lo tomaré tampoco ahora, porque no estoy enferma;» la otra se limitó á decir: «El agua sólo es buena para las ranas.» Por fortuna son muy pocas las que así piensan.

Las asiladas no tienen obligación de trabajar, excepción hecha de las que consiguen un permiso para permanecer en el asilo dos semanas, las cuales se ocupan hasta el mediodía del servicio de la casa, teniendo la tarde libre para buscar colocación.

Hasta el presente, el asilo Jorge Sand, poco conocido todavía, no está totalmente ocupado, pues quedan aún cien camas disponibles, y su población se compone de los mismos elementos que se encuentra en otros establecimientos análogos, públicos ó privados. Acógense á él desde la institutriz sin colocación, cuyos diplomas no impiden que pueda perecer de hambre, hasta la esposa abandonada que tiene que refugiarse en el asilo con sus pequeñuelos: para este último caso hay dispuestas al lado de las camas destinadas á las madres las cunas en donde han de hallar descanso sus hijos.

Pero el grueso de ese ejército de la miseria se compone de criadas de servicio sin colocación y sin recursos, procedentes en su mayoría de Bretaña y del Norte: los departamentos del Este, del Centro y del Mediodía dan muy poco contingente á estos asilos.

A pesar de los cuidados excepcionales que se les prodigan, las acogidas en el asilo Jorge Sand sólo cuestan á la ciudad de París 32 céntimos por noche. Esta economía, casi inverosímil, se explica por la circunstancia de que la mayor parte de los gastos se cubren con los beneficios que reporta la estufa de desinfección, que trabaja para el público y que realiza beneficios considerables. – X.



El filósofo holandés Benito Espinosa, estatua de M. M. Antokolskij. – Al ocuparnos en el núm. 614 de este famoso escultor ruso dijimos que su mayor empeño es dar á sus figuras la expresión psicológica que revele su modo de ser íntimo. Buena prueba de ello era la estatua de Iván el Terrible que entonces publicamos, y mejor si cabe es la que hoy reproducimos, en la cual, además de las maravillas técnicas que en sus menores detalles ostenta la escultura, están admirablemente sentidas la personalidad moral y la física del gran pensador, que en medio de sus continuas dolencias no dejaba de abismarse en profundas meditaciones filosóficas.

El portaestandarte, cuadro de F. Roubaud. Aun cuando parece que el autor de este cuadro quiso que la atención del que lo viera se concentrara principalmente en el portaestandarte, es imposible contemplar esa obra de Roubaud sin reconocer que, además del personaje que tremola el pendón islamita, hay en ella multitud de bellezas de composición y de ejecución que destacándose ya á primera vista toman mayor relieve á medida que con más detención se examinan.

Rifeños en una expedición de saqueo á Marruecos, dibujo de R. Catton Woodwille. – Conocido el modo de ser de las tribus del Rif, sabido que el merodeo y la rapiña constituyen en muchas de ellas la ocupación favorita, no necesita explicación el dibujo que publicamos del notable artista inglés de quien hemos tenido ocasión frecuente de ocuparnos.

Una mártir, escultura de G. Argenti. – De manantial que no se agota puede calificarse el tema de esta obra: la pintura y la escultura han bebido en él mil veces, y al renovarse sin cesar su corriente surgen de ella siempre nuevos motivos de inspiración que los verdaderos artistas saben aprovechar para darles forma. Pocos asuntos, en verdad, se prestan tanto como éste á la labor artística: el concepto psicológico y el elemento plástico tienen en él ancho campo en que desenvolverse; pero no es menos cierto que para utilizar airosamente tales ventajas necesítase talento no escaso, sobre todo para no caer en los extremos en que en esos asuntos es fácil incurrir. No ha caído en ellos Argenti, y su *mártir* es una obra bellísima bajo todos conceptos, por su expresión, por su naturalidad y por su modelado.

Los que vuelven, dibujo de M. Picolo. - Picolo es un artista joven que hace algunos años se dió á conocer en Madrid ventajosamente publicando dibujos en las principales revistas ilustradas de la corte, y revelando desde luego felices disposiciones que han ido en creciente progreso, pues Picolo es artista tan estudioso como concienzudo. El dibujo suyo que hoy publicamos es una composición bien ejecutada y mejor sentida; la elección de asunto prueba que el autor sabe apreciar bien todo lo que hay de poético en ciertos episodios de la vida, y el contraste entre la alegría de los que reciben á los que vuelven y el dolor de esas pobres mujeres que lloran al que no ha de volver es una nota de sentimiento de esas que acreditan á un buen artista.

La comida de boda, cuadro de A. Corelli. – Siguiendo el axioma artístico de que lo mejor que el pintor puede y debe pintar es aquello que ve y estudia por sus propios ojos, Corelli se dedica con predilección casi exclusiva á reproducir las escenas de su país, y gracias á ello y á sus talentos indiscutibles consigue dar vida y naturalidad á sus pinturas, cada una de las cuales es una hermosa página arrancada del libro de la realidad. Díganlo si no el cuadro que hoy publicamos, que aparte del mérito indicado es una composición magistralmente concebida y ejecutada, y algunos otros conocidos ya por nuestros suscriptores, como *Desacuerdo y armonía* y *La primera riña*, que no hace mucho reprodujo esta Ilustración.

La trilladora, estatua de Agapito Vallmitjana Abarca. - Tan gallarda como valiente es por su concepción la obra que reproducimos del joven escultor Vallmitjana Abarca. En ella está representada la trilla por medio de una garrida campesina, tratada con la holgura que tanto distingue las producciones de los más notables escultores de la vecina nación. Ajustada por completo al carácter moderno, adivínase, sin embargo, que su autor ha tenido muy presentes también las grandes obras del arte antiguo, pues no de otra manera se conciben la magistral cuanto sencilla disposición de los pliegues, la sobriedad, la pureza de líneas y su agradable conjunto de pormenores, trazados con desembarazo y grandiosidad.

No en balde ostenta nuestro amigo un nombre ilustre para la escultura catalana. Hijo y discípulo del que ha sido maestro de toda esa pléyade de escultores, ha logrado ya conquistarse merecido renombre.

La trilladora figuró en la Exposición nacional de Bellas Artes de 1892, en donde hubo de merecer recompensa, ya que indiscutiblemente á ella tenía derecho.



Bellas Artes. – Recientemente se ha inaugurado en Berlín el puente monumental de piedra conocido con el nombre de puente de Federico: puestas en los extremos del puente hay colocadas sobre pedestales en forma de obeliscos cuatro grandes águilas, modeladas por Boese, que sostienen otras tantas lámparas eléctricas colgantes, y además, sobre zócalos más bajos, cuatro hermosas figuras colosales, dos de hombre y dos de mujer, obra de los famosos escultores Carlos Begas y Carlos Piper.

– La Asociación de Amigos de las Bellas Artes de Hamburgo ha regalado á la Galería Artística de aquella ciudad la estatua en mármol *Galathea*, de Marqueste, que será la primera obra de este género de un artista francés que figure en un Museo público alemán. La citada asociación se ha puesto de acuerdo con la Asociación Artística de las fundaciones Averhof y Kellinghusen para dotar á la Galería Artística de una colección de modernas obras plásticas.

– De los recursos de que dispone el fondo de Bellas Artes de Sajonia se han destinado 25.000 pesetas para adornar el aula del Instituto de Chemnitz con cuatro cuadros al óleo, para cuya ejecución el Consejo académico de Dresde abre un concurso entre artistas sajones y residentes en Sajonia.

– Para completar la ornamentación de la Casa Consistorial de Berlín se ha acordado pintar en los lunetos del salón de los ciudadanos los retratos de doce berlineses célebres; en las bóvedas de la escalera los retratos de doce funcionarios municipales del período de 1870 y 1871, y en los lunetos de la antesala del salón de concejales, paisajes históricos.

– Para el monumento que se proyecta erigir en el parque de Monceau, de París, á la memoria de Gounod, hay reunidos 90.000 francos, suma que con el producto de la representación en la Gran Opera se elevará seguramente á 150.000.

– En el concurso celebrado en Wiesbaden para las esculturas que han de adornar aquel teatro han sido premiados los escultores Volz, de Karlsruhe; Vogel, de Viena; Bausch, de Stuttgart, y Eberlein, de Berlín.

– El rey Leopoldo de Bélgica se propone devolver al arte de la escultura en marfil el esplendor que antiguamente tuvo en Flandes, y á este efecto ha excitado á varios artistas, entre ellos Meunier, Vanderstappen y Mignon, á que ejecutasen trabajos de ese género, habiendo obtenido de ellos la promesa de que lo harían según sus deseos.

– A principios de este año la Sociedad de Grabadores en madera americanos (*Society of American Woodengravers*) expondrá en la Galería nacional de Berlín las últimas obras de los grabadores en madera americanos producidas en los últimos años y reunidas últimamente en la Exposición de Chicago.

Teatros. En el teatro Unter den Linden, Berlín, se ha estrenado con aplauso la opereta en tres actos, de Meilhac y Millerand, *La cosaca*, arreglada á la escena alemana por M. West.

– Adelina Patti había encargado al compositor italiano Emilio Pizzi una ópera en un acto que con el título de *Gabriela* se ha estrenado en Boston con éxito extraordinario.

– La dirección de los teatros imperiales de Rusia anuncia para la próxima cuaresma una serie de representaciones de óperas de Wagner por la sociedad de ópera alemana de Hamburgo, dirigida por el maestro Mahler: las obras que se representarán son *Los maestros cantores*, *Siegfrido*, *Tristán é Isolda*, *El holandés volante* y *Las Walkirias*.

– En el teatro Constanzi, de Roma, se ha estrenado con grandioso éxito la ópera en cuatro actos de Leoncavallo *I Medici*, primera parte de la trilogía que dicho compositor se propone escribir: las piezas más aplaudidas de esa partitura, inspirada en los ideales del arte italiano, fueron el preludio, una romanza de tenor, un dúo, una serenata de barítono del primer acto, la lucha de cantores y la gran escena con coros y baile del acto segundo y todo el acto tercero. La ovación tributada á Leoncavallo fué entusiasta.

– En el Nuevo Teatro, de Berlín, se ha representado con buen éxito en alemán la comedia de Alfonso Daudet y Adolfo Belot titulada *Sapho*.

– En el teatro municipal de Federico Guillermo, de Berlín, se ha estrenado con aplauso la última opereta del celebrado compositor alemán Luis Roth *El teniente de marina*.

– En el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, se ha estrenado con gran éxito la ópera *Falstaff*, de Verdi.

– En el teatro Carlos, de Viena, se ha estrenado con buen éxito una obra de gran aparato en tres actos y ocho cuadros, basada en la novela de Julio Verne *La estrella del Sur*.

– En el teatro de Viena se ha estrenado con aplauso una opereta, *El maestro minero*, letra de Held y West y música de Carlos Zeller.

París. – Se han estrenado con éxito: en la Comedia Francesa, un apropósito en un acto y en verso, de Noel y Paté, titulado *Un prólogo á Berenice*, ingeniosa anécdota escénica, representado con motivo de la reproducción de la *Berenice*, de Racine, en la que sus autores explican el doble encargo que Enriqueta de Inglaterra hizo á Corneille y á Racine para que le escribieran una obra sobre el tema de los amores de Tito y la hija de Herodes Agripa, el mayor; en Menus Plaisirs, una revista en tres actos y nueve cuadros, *Revue Sans-Gene*, de Monreal, Blondeau y Delila, en la que se ofrecen al público en forma ingeniosa los principales acontecimientos del año 1893 en París, y en el Palais Royal, *Un fil à la patte*, comedia en tres actos de Jorge Feydeau, que abunda en escenas é incidentes cómicos.

Madrid. – Se han estrenado con éxito: en Eslava, *Boda, tragedia y guateque ó el difunto de Chuchita*, sainete de costumbres cubanas, de Javier de Burgos, con bellísima música de Marqués, y *El traje misterioso*, graciosísimo juguete cómico-burlesco en un acto, primera producción escénica de los señores Curros y Lorente, que han logrado con ella un éxito entusiasta, con bellísima música del maestro Saco del Valle; en Lara, *Ciertos son los toros*, graciosa pieza en un acto, del señor Abati, y en el Español, *Quien más mira*, gracioso juguete en un acto, de los Sres. Criado y Cocat, y *Día de prueba*, drama en tres actos, de género patriótico, con algunas escenas muy interesantes y muy bien versificado, de los Sres. Villegas y Colorado. En el teatro Moderno ha comenzado á funcionar una compañía de opereta francesa: estrenóse con *La fille du tambour majeur*, de Offenbach, que obtuvo poco éxito.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado, *El brazo derecho*, graciosa comedia en un acto, de los señores Arniches y Lucio; en Novedades, *La llantia maravellosa*, comedia de magia de gran espectáculo en cuatro actos y quince cuadros, arreglada de un cuento de *Las mil y una noches* por don Conrado Colomer, con música del maestro Sr. Pérez Cabrero, y en el Principal, *La espada de honor*, maniobra cómico-lírica-militar de gran espectáculo de Jackson Veyán y música de Cereceda, que ha obtenido el mismo éxito que en Madrid, en donde se representó durante 300 noches consecutivas. En el Liceo ha comenzado la serie de conciertos por la notable orquesta que dirige el reputado maestro Sr. Nicolau.

Necrología. - Han fallecido recientemente:

Juan Jorge Conon de Gabelentz, profesor de lenguas orientales de la Universidad de Berlín, uno de los más notables filólogos contemporáneos.

Eduardo Stanhope, uno de los más ilustres políticos ingleses, ex ministro de las Colonias y de la Guerra.

Luis Behrendt, escritor alemán, antiguo redactor en jefe del *Berliner Tageblatts*.

Dr. Keuchenius, ex ministro de las Colonias de Holanda.

Julio Meyer, director de la Galería Real de Pinturas de Berlín, autor de varias obras importantes sobre pintura.

A. Sprenger, profesor de lenguas orientales de la Universidad de Berna.

Jorge Wyss, historiógrafo suizo, profesor de la Universidad de Zurich, presidente de la Sociedad Suiza de Investigaciones históricas.

Sir Enrique Pettitt, célebre dramaturgo inglés, autor, entre otras, de las comedias *Una vida de placer* y *La venganza de una mujer*, que se están representando actualmente con gran aplauso en Londres.

Samuel Baker, inglés, uno de los más célebres exploradores del continente africano, á quien se debe, entre otros, el descubrimiento del lago Alberto Nanza, autor de dos importantes obras sobre sus viajes y descubrimientos tituladas, *El Alberto Nanza* y *Los tributarios del Nilo en Abisinia*.

Mr. Woodington, notable escultor inglés, entre cuyas principales obras se cuentan *La batalla del Nilo*, bajo relieve que adorna el pedestal del monumento de Nelson en Londres, y la estatua colosal de Paxton, que se encuentra en el Palacio de Cristal de dicha ciudad.

A. Denoth, notable escultor tirolés.

Gaspar Jole, profesor y pintor de historia tirolés, uno de los mejores representantes de la escuela de Overbeck en Austria.

Guillermo Portmann, notable paisajista de Dusseldorf.

Víctor Considerant, uno de los últimos representantes en Francia de las doctrinas falansterianas, á cuya propaganda contribuyó con muchas é importantes publicaciones.

El abate francés Chevalier, prelado romano, célebre por sus trabajos arqueológicos é históricos sobre la Francia occidental y especialmente sobre la Turena.

Carlos, barón de Harenauer, rector de la Academia de artes plásticas de Viena, notable arquitecto, constructor de los dos museos de la corte y del Nuevo Teatro de la corte y de otros hermosos edificios de la capital austriaca.

Adolfo Heider, profesor del Instituto de Higiene de Viena, notable bacteriólogo.

Enrique Hertz, profesor de Física de la Universidad de Bonn, físico de gran nombradía por sus estudios y descubrimientos sobre las relaciones entre la luz y la electricidad.

Carolina Janisch, decana de las escritoras rusas, conocida especialmente por sus traducciones de las obras de Schiller al ruso y de las de Tolstoi al alemán.

Carlos Merivale, historiador inglés que se dedicó especialmente á la historia romana.

Excmo. Sr. D. Francisco Alonso Rubio, ilustre médico, catedrático de la facultad de Medicina de Madrid, ex presidente del cuerpo de médicos de la Real Cámara, del Real Consejo de Sanidad, de la Real Academia, presidente perpetuo de la Sociedad de Ginecología y senador vitalicio.



De pie junto al piano Mania cantó una canción popular de Lithuania ..

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

La villa Endymión está situada entre Santa Elena y San Felipe, entre una doble colina, en una especie de valle orientado al Mediodía. Gracias á esta orientación y á los manantiales abundantes de las rocas, la vegetación es extraordinariamente opulenta y vigorosa. La flora meridional se desarrolla allí completamente; palmeras de rugosa esbeltez, limoneros y laureles de verde brillante, magnolias gigantescas forman espesos macizos en derredor de las praderas de césped. En una de las vertientes un grupo enorme de viejos olivos presenta todo el aspecto de un bosque sagrado de la antigua Grecia. Terrazas escalonadas cortadas de trecho en trecho por altos cipreses y rampas desiguales cubiertas de rosales conducen á la casa situada en la altura. La casa, ó mejor dicho el palacio, de medianas dimensiones, pero de armoniosa construcción, es de mármol blanco. Decóralo una elegante columnata, coronada de un friso en el que el anterior propietario hizo grabar este verso del poeta Keats:

A thing of beauty is á joy for ever (1)

Desde el vestíbulo de esta columnata, así como desde las terrazas, se divisa por encima de la arboleda, entre las colinas, la sábana azul del mar que se confunde á lo lejos con el cielo.

(1) Una cosa bella es una alegría eterna.

La princesa Koloubine habitaba hacía años esta aristocrática posesión con su marido, su hermano y sus sobrinas. Del príncipe hablábase muy poco; era tan casero y retraído, como su mujer sociable y mundana. Muy ocupado en entomología y geología, confinábase en su estudio, y no se tenía noticia de su existencia más que por el envío de voluminosas memorias á las sociedades científicas de las ciudades del litoral. Era enteramente refractario á toda clase de fiestas y rara vez le veían los amigos de la princesa. Los días de recepción solían hallarle en algún rincón del más apartado de los salones ó detrás de un *paravent*, en la actitud de un invitado tímido y encogido, como si quisiera evitar que le viesen. La princesa, por el contrario, majestuosa y fastuosa, seguida de sus amigas íntimas que formaban en torno de ella una pequeña corte, presidía amablemente la reunión y pasaba por entre los grupos de sus convidados con el aire de una reina. Las fiestas de la villa Endymión eran muy solicitadas por todos los que tenían pretensiones de formar parte de la *high-life* nicense, y una invitación de la princesa era una especie de credencial de buen tono que abría los salones más cerrados de la colonia extranjera.

Cuando el carruaje de Santiago dejó á éste á las dos de la tarde bajo la marquesina del vestíbulo, paseábanse ya por las terrazas numerosos invitados. Un lacayo con librea negra anunció su nombre en el ingreso del primer salón, y la princesa se adelantó algunos pasos. El pintor repitió la excusa de la no asistencia de su mujer.

– ¡Pobrecita, aún indispuesta!.., murmuró con cierta indiferencia la princesa; mucho siento ese contratiempo.

Después habló de otra cosa, con lo que demostraba que no le afectaba mucho la ausencia de la mujer del pintor. Teresa había pensado bien, que la invitación que le había dirigido la princesa era pura fórmula de cortesía. Su marido era el que la gran señora quería recibir en su salón; apresuróse á presentarle con cierta solemnidad á los personajes notables que componían su círculo íntimo; y luego que le pareció haber exhibido al artista suficientemente, tanto como exigía su vanidad, se separó de él para recibir á otros invitados.

Santiago, solo ya, se dirigió á los jardines donde ya empezaban á organizarse los juegos propios de la fiesta. En el centro de un macizo de rosales una orquesta de mandolinas dejaba oir aires populares italianos. Sobre las praderitas se instalaban las partidas de *tennis;* en una larga avenida enarenada algunos jóvenes jugaban diestramente á los bolos, mientras que en una de las terrazas oficiales de la guarnición y gentiles señoritas se entretenían bulliciosamente en un juego que consiste en romper por medio de unos palos hábilmente arrojados cierto número de pipas de barro colocadas en una cabeza de madera tallada. Bajo un sol radiante, en medio de la verdura que brillaba como metal á los rayos solares, los vestidos claros de las jóvenes y la galonadura y los bordados de los uniformes producían la impresión de un calidoscopio de vivísimos y variados colores.

Entre los invitados había buen número de señoritas y caballeros que pertenecían á la colonia rusa ó á la americana; pero las señoras de cierta edad y los hombres de edad más que madura estaban en mayoría. Santiago advirtió que los invitados de esta última respetable categoría hacían visibles esfuerzos por disimular los años y aparentar el envidiable desembarazo de la juventud. Ninguno de ellos parecía haber abdicado todavía; ninguno quería renunciar á su parte de placer y de galantería. En aquel país de excepción, donde no hay invierno, donde de noviembre á marzo reina perpetua primavera, parecía que las gentes no acababan de decidirse á envejecer. Ponían empeño en asimilarse á aquella florida vegetación y en perpetuar ellos también los placeres de la juventud y del amor, que solamente la naturaleza renueva sin esfuerzo. Aunque habían doblado el temible cabo de la cuarentena, las señoras llevaban trajes de matices suaves y claros; bajo la sombra de sus *entoutcas,* sus cabellos de un rubio inverosímil ó de un negro demasiado negro, sus ojos pintados hábilmente y su tez artísticamente estucada producían todavía una fugaz ilusión. Los hombres con el juvenil *smoking,* la rosita ó el clavelito en el ojal, el bigote y las patillas teñidos, irguiendo con fatuidad sus ya arqueadas espaldas, buscaban la compañía de las muchachas, mirando con cierto desdén á las señoras mayores. En aquellos rostros macilentos que ya los rozaba el ala polvorienta de la senectud, aún había sonrisas tristemente acariciadoras, y aún había en aquellos ojos miradas codiciosas y pecaminosas. Pero en las sonrisas adivinábase el frío del corazón, y en las miradas la amargura del recuerdo de placeres que ya no pueden volver. Sin embargo, esta galantería fuera de sazón y este vano deseo de agradar no carecían de cierta gracia melancólica. Era como el persistente olor de un frasco que ha contenido una esencia á la moda y que exhala durante mucho tiempo después de vacío un fugaz perfume. Era como el último homenaje ofrecido á aquella tierra donde se bebe la voluptuosidad como un filtro.

Cuando el espectáculo de los invitados, jóvenes y viejos, entregándose con igual ardor á los placeres de la *garden-party,* sugería estas reflexiones á Santiago, oyó éste en el fondo de las habitaciones bajas los acordes de un piano. Iba á comenzar el intermedio musical, que sería el principal atractivo de la fiesta, y el pintor se unió á los grupos que se dirigían al palacio.

Cerca de un piano de cola, en el extremo de un anchuroso salón, una mujer se hallaba inclinada sobre el musiquero, donde hojeaba algunos libros de música. Santiago la veía de espaldas; veía una copiosa trenza de cabellos rubios, la nuca muy blanca, destacándose de un corpiño de seda de color de rosa seca; estudiaba con un deleite de artista los matices del traje, las inflexiones del cuello, la curva correctísima de un talle esbelto, cuando la mujer se volvió y el pintor reconoció en ella á la señora Liebling, á quien había buscado en vano en los jardines. En el mismo instante el que la acompañaba al piano dejó oir algunas notas, y todo el mundo guardó silencio.

De pie, junto al piano, Mania cantó una canción popular de Lithuania, una de esas melodías penetrantes que son el secreto exclusivo de los slavos, y cuyo ritmo salvaje, como el galope de caballos, se transforma súbitamente en una queja impregnada de suavidad, de zalamería, de somnolencia y de pasión. Mania poseía una voz de contralto muy extensa; cantaba con tal intensidad de expresión, que más que el arte de la ejecutante seducía al oyente el encanto de la melodía. La móvil fisonomía de la cantante acentuaba tan dramáticamente los matices de la canción, que se adivinaba el sentido de la poesía, aunque no se entendían las palabras. Ferozmente trágica ó sensualmente tierna, Mania poseía una irresistible seducción. Cuando las últimas apagadas notas expiraron en sus labios como un adiós lejano, estalló una tempestad de aplausos, y Santiago fué uno de los que con más entusiasmo aplaudieron. Una sobrexcitación nerviosa había humedecido sus ojos, y avergonzado de sus involuntarias lágrimas quería atribuir esta sensación á la extraña poesía del canto popular; pero si hubiera sido más sincero consigo mismo, se habría confesado que la original belleza de aquella mujer era la que realmente le había producido tan singular emoción.

Mania Liebling había desaparecido. En el rumor de las conversaciones Santiago conoció la voz de Ossola. El periodista nicense hacía los honores de la casa á un millonario americano recientemente llegado á Niza y le señalaba los principales convidados de la princesa.

– ¿No es verdad, decía, que es maravillosa?.. Una verdadera artista, y además una gran señora en todos conceptos. Su madre pertenecía á una nobilísima familia de Galitzia; su padre ocupaba una elevada posición financiera en Viena, y ella está casada con el barón Liebling.

Se hablaba de Mania, y el pintor puso mucha atención para oir lo que se hablaba.

– ¡Ah! ¿Es casada?.., preguntaba el interlocutor de Ossola.

– Sí, casada lo menos posible. El barón no viene jamás á Niza; parece que está enamoricado de una actriz del teatro de la Fenice, y que vive con ella unas veces en Venecia y otras en Styria. ¿Es este el motivo que ha decidido á la señora Liebling á separarse de su marido, ó la cómica no ha sido para éste más que una represalia?.. *¿Chi lo sà?* La verdad es que entre los dos había incompatibilidad de carácter, y por mi parte me inclino, en todo caso, á la segunda versión. Mania no es mujer que consienta ser abandonada por su marido, y seguramente ella habrá sido la primera en recobrar la libertad.

Al llegar aquí, el yankee le interrumpió para hacerle en voz baja una pregunta, cuyo sentido adivinó Santiago oyendo la respuesta del periodista.

– ¿Ella?.. No, no lo creo, y si hubiera algo de eso lo sabría, porque nuestra sociedad es sumamente escrupulosa. No; Mania Liebling vive de la manera más irreprochable; tiene una fortuna independiente y habita en la calle de la Paz un hotelito muy lindo rodeado de rosales. Son muchos sus adoradores, pero no se le conoce amante. A pesar de su genio alegre, un poco excéntrico, en el fondo es una persona de mucho juicio... Y además es demasiado orgullosa para aceptar un dueño... El dichoso mortal que ha de hacer latir su corazón no ha surgido todavía en el horizonte... Pero, silencio; parece que vamos á oir más música.

La princesa Koloubine se había acercado á los instrumentistas y pedido un poco de silencio á la reunión. Las conversaciones cesaron. Los violines, el violoncelo y el piano comenzaron un cuarteto de Haydn. Santiago oía la soporífera música del gran maestro sin escucharla. Tenía aún en los oídos la salvaje melodía cantada por Mania.

Entre el *adagio* y el *allegretto* los ejecutantes hicieron una pausa, y uno dijo detrás del pintor:

– ¡Ahí está!

Instintivamente volvió la cabeza y vió á dos pasos á la señora Liebling. Ésta le saludó con una inclinación de cabeza y Santiago se levantó.

– Creo, Sr. Moret, dijo, que no tenemos necesidad de una segunda presentación. Celebro mucho ver á usted aquí.

Le alargó la mano sin ceremonia, y Santiago la cumplimentó calurosamente por haber cantado á maravilla una melodía tan hermosa.

– ¿De veras le gustan á usted nuestros aires populares de Lithuania?.. Pues es singular que le gusten siendo usted extranjero... Creía yo que era preciso haber nacido en el país para poder apreciar todo el encanto de esas melodías...

– ¡Silencio!, exclamó imperiosamente la princesa.

Los instrumentistas habían comenzado el *allegretto.* Mania se acercó más á Santiago y murmuró:

– Esta música es demasiado suave y dormilona para mí.., y además hace aquí un calor sofocante... Por fortuna hay aquí cerquita una puertecita y voy á aprovechar la ocasión para tomar el aire.. ¿No le parece á usted mucho mejor?..

Santiago la siguió mientras ella se deslizaba ligeramente levantando los cortinones de la puerta de cristales; la abrió, y ella delante y él en pos salieron á los jardines.

De un cielo inmaculado azul bajaba una luz rosada que bañaba la columnata del pórtico de la villa, los macizos de palmeras y limoneros y las balaustradas de las terrazas por donde paseaban Santiago y la señora Liebling.

Ancha escalera de mármol bajaba hasta las praderas rodeadas de plantas olorosas. Detrás, oculta por espesos macizos de hierbaluisa y de laureles, revelábase la existencia de una cascada por el acompasado rumor del agua. A derecha é izquierda veíanse las colinas pintorescas de Brancolar y de Cimiez con sus caseríos, y luego el circo de montañas de armoniosas líneas que dominaba el cono gris de Monte-Calvo. Delante distinguíase á lo lejos un ángulo de la antigua Niza; por encima de los tejados obscuros sobresalían los esbeltos campanarios de las iglesias, por bajo del verde promontorio del castillo, cuya cascada brillaba entre los árboles como una masa de nieve movible. En el fondo el mar mostraba su extensión azul sobre la que corrían blancas velas. El sol, más bajo ya, esparcía sobre este paisaje la púrpura suave de sus rayos oblicuos. El aire estaba embalsamado con el olor de las violetas y las mimosas; por intervalos se oía la orquesta de mandolinas que tocaba *Santa Lucia.*

Así era como al terminar la lectura de una novela de Jorge Sand ó después de oir una comedia de Musset, Santiago había soñado la Italia; una tierra luminosa, embalsamada, donde entre jardines de naranjos se paseaban elegantes mujeres al compás de una música amorosa. Por la primera vez su sueño tomaba una forma tangible. Experimentaba una infantil satisfacción, un inocente orgullo.

Mentalmente se transportaba al tiempo de su primera juventud, á los días en que se hallaba entre la obscura multitud de los pobres diablos que luchan por la existencia. ¡Quién le hubiera dicho entonces que algunos años después entraría victoriosamente en ese paraíso de los placeres mundanos y sería recibido como un igual por todos los que viven, como si dijéramos, por derecho propio en ese mundo?.. Si la soberbia perdió á los ángeles, no hay que asombrarse de que pierda á las criaturas y ofusque las más claras inteligencias. Este humo de vanidad que subía á la cabeza de Santiago obscurecía en él la visión diáfana de la realidad y le hacía exagerar su valor personal. Desde el momento en que uno se imagina estar hecho de otra masa que sus semejantes, no está muy lejos de creerse exento de ciertos escrúpulos que son propios del común de los mortales. La nueva atmósfera que respiraba el pintor modificaba insensiblemente su manera de ver y de sentir. Poco á poco dejaba que se apoderase de su espíritu una agradable embriaguez cuyos primeros efectos, como los del Champagne, se revelaban por una entusiasta y fácil benevolencia, por una disposición singular á admirarlo todo y por un humor más expansivo.

– ¡Qué hermoso país!, exclamó acercándose á la señora Liebling.

– Sí, un país creado exclusivamente para el amor, dijo irreflexivamente la hermosa, aspirando con delicia y sensualidad los perfumes primaverales de los jardines.

El rostro del pintor expresó una viva curiosidad; maravillábale una reflexión tan libre en boca de una gran señora.

– ¿No le parece á usted lo mismo?, le preguntó ésta.

Miró á Santiago, conoció su sorpresa, y repuso con un tantico de malicia:

– Perdone usted, amigo mío; olvidaba que es usted francés y que mi exótica franqueza no puede menos que escandalizarle.

Y Santiago pensaba: «Seguramente que debo parecer muy simple con mis sorpresas, y no quiero aparecer ridículo á los ojos de esta mujer... ¿Por qué no le he de contestar en el mismo tono?»

– Yo, contestó, no me escandalizo, ni hay motivo, señora mía; pensaba sola-

mente que el amor es cosmopolita, y que ningún hombre se cuida de admirar el paisaje cuando acompaña á una hermosa...

– Así son ustedes los franceses, interrumpió Mania riendo; no se puede exponer delante de ellos una teoría puramente especulativa sin que quieran inmediatamente hacer una aplicación personal... No conozco una nación más impregnada de fatuidad que la de usted.

Y como Santiago protestaba, continuó:

– He tenido la inadvertencia de pronunciar delante de usted la palabra *amor*, y en seguida se anima usted, se entusiasma y empieza á decirme galanterías, y se figura usted... qué sé yo lo que usted se figura... Pues bien: sepa usted que no soy coqueta en manera alguna... Me es sumamente antipática esa galantería que es pura palabrería, y en que no entra ni un átomo de verdadero amor.

El artista cada vez más asombrado la estudiaba minuciosamente. Con suaves movimientos que hacían ondular los pliegues de su falda muy ajustada en las caderas, marchaba al lado del pintor arrancando rosas-te en los arbustos; y después de aspirar su perfume un momento, las ocultaba en la cintura de su traje. Bajo la bóveda formada por los laureles y los nísperos del Japón, su cabeza rubia, adornada de una minúscula capota, aparecía envuelta en sombra, y en su rostro solamente lucían sus ojos verdes. Y Santiago pensaba, un poco desorientado:

«¡Qué singular mujer! ¿Será efectivamente más formal y juiciosa de lo que parece? Ciertamente su carácter es más complicado de lo que yo creía y su estudio ofrece mucho interés... ¿Qué se propone? ¿Quiere ponerme en ridículo? En todo caso le aseguro que perderá el tiempo, y no me quedaré corto en la réplica.»

– Es decir, dijo Santiago jovialmente, que á juicio de usted, señora mía, los franceses no entendemos de amor... Permítame usted que le pregunte cómo lo entienden ustedes los slavos.

– Como un sentimiento muy natural y muy sencillo..., una pasión que nace y se desarrolla espontánea y francamente, y á la que el que la siente se abandona en cuerpo y alma sin cálculo... Los franceses, con su manía de analizarlo todo, con su vanidad y su positivismo razonan demasiado para estar sinceramente enamorados.

– Creo, replicó Santiago, que nos juzga usted por los que ha encontrado en una sociedad en que realmente no se experimentan fuertes emociones... Pero hay entre nosotros, señora, corazones puros y sencillos capaces de sentir tan vivamente como se siente en el país donde usted ha nacido.

– ¿De veras?.. murmuró, mirándole fijamente con sus pupilas luminosas. Me maravilla lo que usted me dice.

Sus miradas se encontraron un instante, se fundieron silenciosamente una en otra, y á Santiago le fascinó la magnética llama de aquellos ojos verdes fijos en los suyos. Había en aquella mirada una caricia inconscientemente voluptuosa que le conmovía profundamente. ¿Era esto efecto de la dulzura y suavidad del ambiente? ¿Era una influencia propia de aquel país creado, como decía la señora Liebling, para inspirar amorosos deseos?.. Correspondiendo á la invitación de la princesa, había obedecido únicamente á un movimiento de curiosidad y de vanidad. Sabía, es verdad, que encontraría á Mania en la villa Endymión, pero ni un momento había imaginado que podría aprovechar esta circunstancia para intentar hacer la corte á la joven extranjera. Aunque no se creía impecable, amaba tiernamente á Teresa, y la felicidad que le daba este amor legítimo le hacía indiferente á las tentaciones del mundo. Hubiérale indignado que aquella mañana le dijesen que antes de caer el sol cometería, si no de obra de pensamiento á lo menos, un pecado de infidelidad. Y ya, sin embargo, se hallaba en la pendiente de las galanterías pecaminosas. En aquellos jardines donde jóvenes y viejos se entregaban al galanteo sucumbía al contagio del ejemplo... Poco á poco se trastornaba su cerebro como cuando se aspira un perfume demasiado vivo. Era otro hombre que cuando la berlina le había dejado á las puertas de la villa Koloubine. El recuerdo de todo lo anterior á su entrada en casa de la princesa parecía disiparse en su mente como el vapor. París, el taller de la calle Ampere, el nido de la calle Carabacel, donde había dejado á Teresa, le parecían recuerdos muy lejanos, sitios distantes cientos de leguas. Imaginábase un hombre tocado por la varita mágica de una nueva Circe, que perdía la conciencia de su anterior personalidad y estaba enteramente poseído de sensaciones desconocidas. Hay palabras que embriagan como los licores fuertes; disertando sobre el amor y su esencia en un medio tan sugestivo, solo con aquella seductora mujer, sentíase enteramente contagiado de amor. La melodía de Lithuania cantada por la señora Liebling resonaba en sus oídos, y Mania era á sus ojos como la encarnación de aquella poesía slava. No se parecía á ninguna de las mujeres que hasta entonces había hallado en sociedad. Su mirada á la vez grave, serena y provocadora, su sonrisa ingenua é irónica, la belleza sin igual de su cuerpo, la vivacidad de su ingenio, pertenecían, á no dudar, á otra raza. Todos estos elementos simpáticos y opuestos constituían una personalidad original, hacia la que sentíase atraído por la curiosidad, por el deseo y también por una indefinible finidad.

– Juro á usted, la dijo, mirándola más descaradamente, que aun en Francia no tendría usted que buscar mucho tiempo ni muy lejos para encontrar uno de esos corazones sinceros y apasionados.

– ¿Imagina usted acaso, interrumpió Mania con cierta altivez, que tengo deseos de emprender semejantes pesquisas?

Y sonrió desdeñosamente.

– No, á Dios gracias, continuó; sólo hablo de esas cosas teóricamente... Además el tipo que yo sueño y que podría llevarme de la teoría á la práctica no se puede, afortunadamente, encontrar.

– ¿Puede saberse cuál es ese tipo ideal?, preguntó jovialmente el pintor.

Mania le lanzó una mirada severa y movió la cabeza.

– Es usted demasiado curioso, respondió secamente.

Hubo un momento de silencio y siguieron paseando bajo los nísperos del Japón, entre dos terraplenes cubiertos de todas las variedades de pensamientos que alegraban la vista con sus bonitas flores multicolores. Al final del paseo, cerrado por una pared tapizada de madreselva, un mascarón de gruesos labios arrojaba un hilo de agua en una taza de piedra disimulada en la espesura de una especie de gruta, y á cada lado sobre dos columnitas se alzaban dos estatuas de faunos tocando la flauta, que parecían acompañar con una melodía misteriosa el susurro del agua corriente. Obscuras manchas de musgo habían caído sobre aquellas estatuitas, y sin duda, después de tantos años como llevaban allí inmóviles, habrían visto más de una enamorada pareja sentarse á sus pies y oído más de una conversación galante. Acaso la inanidad ó la falsedad de los juramentos de amor cambiados cerca de aquella fuente habrían contribuído á dar la expresión irónica que presentaba el rostro de los flautistas. Los ojos espantados y sus carrillos inflados harían creer que los dos faunos se admiraban de la vanidad de las pasiones humanas.

– Conozco que he sido indiscreto, murmuró Santiago con despecho, y pido á usted humildemente que me perdone.

– ¡Oh! Veo que tiene usted mal carácter, replicó Mania, mirándole de reojo.

Ya se había quitado un guante, y metiendo la mano en la taza de la fuente, arrojaba irrespetuosamente gotas de agua á la nariz de uno de los flautistas. Súbitamente se echó á reir, y dijo en un tono semi-indulgente, semi-burlón:

– Amigo mío, todo lo que puedo hacer por usted, es hacerle conocer mi propio carácter... Después, si tiene usted un poco de imaginación, podrá llegar á imaginarse cuál podría ser mi tipo soñado...

– Sepamos, sepamos, señora, las condiciones de ese carácter.

– Es detestable, prefiero decirlo á usted así desde luego. En primer lugar, tengo un orgullo diabólico y una voluntad de hierro. Los obstáculos me irritan, y basta que me quieran convencer de una cosa para que me rebele inmediatamente y sostenga todo lo contrario.

– Semejantes defectos pasan como cualidades á los ojos de muchas personas.

– ¿Le parece á usted?.. Sí, pero ha de saber usted que no estimo más que á los que me contrarían, á los que no se dejan convencer; los tímidos, los pusilánimes y los resignados me inspiran profundo desprecio.

– ¡Oh!, exclamó Santiago; esa es la lógica femenina.

– No hay que creer por eso, continuó Mania con más animación, que soy una mujer dura, seca, intransigente... Tengo el corazón muy sensible, pero sólo el sentimiento puede conmoverle; los más sabios razonamientos me son indiferentes...

– ¿Y es eso todo?

– No, aún no he concluído. Soy cruelmente exclusiva y egoísta. Un afecto de que ha de participar otra persona no tiene ningún mérito para mí. Todo ó nada, esta es mi divisa. Ya ve usted que soy muy difícil de contentar y que habré de esperar mucho tiempo la aparición del tipo soñado.

– No importa, dijo Santiago, mirándola con admiración junto á sí, altiva, sonriente, balanceando ligeramente su hermoso cuerpo iluminado por los últimos rayos del sol; el que tenga la inmensa fortuna de realizar el sueño podrá ufanarse de ser el hombre más venturoso de la tierra.

Mania se encogió de hombros.

– Ya vuelve usted, contestó, á caer en el incorregible defecto nacional. Desengáñese usted, señor lisonjero; el tipo soñado sería muy digno de compasión, porque yo le haría muy desgraciado... La funesta hada que presidió á mi nacimiento me ha otorgado un don terrible: el de hacer sufrir á las personas que más quiero.

La fisonomía de Mania mostrábase grave, casi triste, y sus ojos luminosos habíanse súbitamente obscurecido. También el paisaje se obscurecía poco á poco. El sol acababa de ocultarse detrás de la punta de Antibes, y el crepúsculo extendía su sombra sobre las colinas. En el repentino silencio que había sucedido á las confidencias medio sinceras, medio irónicas de la señora Liebling, se oía sobre la enarenada avenida principal el rodar de los carruajes en que se alejaban algunos de los convidados de la princesa.

– Empieza el desfile, dijo Mania, y es tiempo de ir á despedirme de la princesa.

– ¿Ya?, preguntó Santiago. ¿Ya quiere usted marcharse?

– Sí, señor, y supongo que usted también. La princesa tiene costumbres inflexibles y despide sin piedad á sus invitados al caer el sol. Celebro mucho, caro maestro, haber pasado algunos momentos en la amable compañía de persona tan discreta.

Y al mismo tiempo hacía una especie de irónica reverencia que le era familiar sin duda.

– Estos momentos me han parecido muy cortos, murmuró el pintor.

– Pues de usted depende que se renueve un placer que ha sido recíproco... Todos los jueves vengo á pasar la tarde en casa de la princesa, que sin duda tendrá mucho gusto en que sea usted de los que todos los jueves la visitan... Y ahora, si tiene usted la bondad de acompañarme hasta mi coche...

El artista saludó y ofreció el brazo. Sin hablarse, volvieron á atravesar los salones, de los que salía ya mucha gente, y Mania se detuvo un momento para despedirse de la princesa. En la antecámara un criado presentó á la joven un abrigo forrado de piel de marta, en el que se envolvió aquélla elegantemente. Su esbelta cabeza rubia se destacaba hermosísima del armiño del cuello del abrigo. Otro lacayo salió al pórtico á pedir el coche de la baronesa Liebling, y cuando el *landau* cerrado paró ante los escalones del vestíbulo, Mania entró ligeramente después de haber estrechado la mano de su acompañante.

– Hasta muy pronto, le dijo.

Cerróse la portezuela. A través del límpido cristal la mirada fija de Santiago distinguía la hermosa cabeza de la baronesa que le saludaba amistosamente. Luego, el carruaje bajó rápidamente la avenida de las magnolias, y el pintor quedó un momento inmóvil en uno de los escalones del pórtico.

A tiempo que se perdía el ruido de las ruedas del carruaje en la arena, el crepúsculo obscurecía completamente las colinas. Caía la noche de prisa y se extinguía brutalmente el encanto del paisaje. Al contrario de lo que siempre le sucedía, no tenía mucha prisa en volver á su casa de la calle Carabacel. Pensaba que ir á su casa era volver á la realidad y despedir al seductor fantasma que se había apoderado de él, y al salir de la villa Endymión empezó á andar muy despacio.

El viento frío, casi helado, que se levanta en Niza en cuanto el sol se pone, refrescaba mucho la atmósfera, pero el pintor no se cuidaba del frío ni de la obscuridad del cielo. Tenía aún ante sus ojos el risueño paisaje de la villa Endymión y la seductora belleza de la señora Liebling. Veía las elegantes líneas de aquel cuerpo airosísimo, aprisionado en el vestido de seda ceñido, las graciosas inflexiones del cuello, la acariciadora sonrisa de los labios y de los ojos Y le confundía la idea de haber sucumbido tan pronto al encanto de aquella fiesta mundana. Después, examinando más rigurosamente su conciencia, se preguntaba si era la brillante fiesta la que le había producido tan singular encanto ó si el atractivo entero de la *garden-party* estaba sólo en la presencia de Mania.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL TORPEDO DE ROBERTO FULTON

El torpedo, esa terrible máquina de la guerra marítima moderna, no tuvo gran éxito cuando apareció por vez primera, y ha sido preciso que transcurrieran nada menos que sesenta años, durante los cuales fué abandonado para que se llegase á ver en él uno de los medios de ataque más eficaces y sobre todo de defensa contra una fuerza naval.

El inventor del torpedo fué Roberto Fulton, autor también de los primeros barcos submarinos; y no deja de ser curioso que la única gloria que rodea su memoria sea por la aplicación del vapor á la navegación, aplicación que no hizo más que perfeccionar y en la cual habíale precedido el marqués de Jouffroy en 1783.

Fulton escribió un libro interesante, titulado *Táctica ofensiva y defensiva de la guerra, y el torpedo*, en el que describe sus aparatos y hace juiciosas observaciones sobre las ventajas que de ellos se podrían obtener desde el punto de vista militar, político, económico y... humanitario.

En ese libro explica cómo para convencer á Mr. Pitt y á lord Melville de que podía destruirse un buque por la explosión de un torpedo, anclóse en la rada de Walmer, el día 14 de octubre de 1805, un brick dinamarqués, el *Dorotea*, de sólida construcción y de 200 toneladas de porte. Fulton, á cuya disposición pusiéronse dos chalupas y ocho hombres, preparó dos torpedos vacíos de dos ó tres libras de peso específico más que el agua salada y suspendiólos de modo que se hundieran unos 15 pies en el agua, amarrándolos separadamente á los extremos de una cuerda delgada de 80 pies de longitud y colocando uno en la popa de cada chalupa. Hechas las pruebas previas para enseñar á los tripulantes de las chalupas lo que debían hacer, y demostrado que cuando los torpedos están convenientemente colocados con relación á la corriente de la marea, ellos mismos se dirigen al barco, cuando se iba á proceder al experimento definitivo, hubo éste de suspenderse, aplazándolo para el día siguiente, por haber sido llamados con urgencia á Londres Mr. Pitt y lord Melville que debían presenciarlo.

El día 15, á las cuatro y media de la tarde, en presencia de los más ilustres oficiales de la marina inglesa, las chalupas hicieron rumbo hacia el brick y echaron al agua los torpedos cargados con 180 libras de pólvora y preparados para diez y ocho minutos. La corriente de la marcha los llevó fácilmente debajo de la quilla del barco, el cual á los diez y ocho minutos pareció alzarse por efecto de la explosión unos seis pies sobre el agua y quedó partido en dos pedazos que en menos de veinte segundos se hundieron en el mar.

Después de haber conseguido, por lo menos en parte, amedrentar á Inglaterra, no necesitaba Fulton más que tranquilizar á sus compatriotas demostrándoles la eficacia de su nuevo invento; en su consecuencia, repitió su experimento en el puerto de Nueva York en el mes de agosto de 1807.

Las dos primeras pruebas fueron infructuosas, una por efecto de una falsa maniobra y otra por defectuosa posición de las platinas en donde estaba la pólvora de cebo; pero la tercera tuvo un éxito completo, y el barco, que era también brick de 200 toneladas, voló en las mismas condiciones que el *Dorotea*.

En otros capítulos de su libro explica los medios de emplear los torpedos con ventaja y con el menor riesgo posible para los que los disparan: uno de ellos trata del «torpedo de áncora colocado á las entradas de las radas y de los puertos de manera que haga volar un buque que choque con él» (fig. 1). Estudiando el funcionamiento de estos torpedos se ve que no son sino los primeros torpedos de bloqueo, es decir, de una de esas defensas submarinas considerada actualmente con razón como la más formidable ó por lo menos la más eficaz.



Fig. 1. Torpedo de áncora colocado de modo que haga volar un buque en el momento de chocar contra él. – A. Inclinación bajo la influencia de la corriente. B. Proyección en el sentido de la longitud.

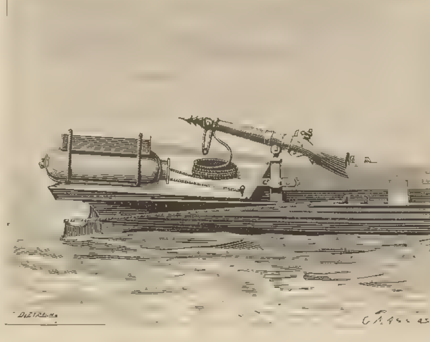


Fig. 2. Vista de una chalupa-torpedo preparada para el ataque (copia de un dibujo de Fulton)

Fulton concibió también la posibilidad de hacer volver los torpedos á la superficie, y le dió una solución satisfactoria: para ello imaginó un mecanismo sencillo que retenía el torpedo debajo del agua á una profundidad determinada y durante un cierto número de días y cuyo movimiento podía arreglarse para un día, una semana, un mes ó un año, transcurridos los cuales podía aquél ser manejado con toda seguridad.

En otro capítulo describe Fulton un sistema de arpón, lanzado por medio de un pequeño cañón, al cual va unido el torpedo por medio de una cuerda de longitud variable (figura 2). Este sistema no puede utilizarse actualmente con los acorazados.

Hoy que los torpedos han sido admitidos por todas las marinas, nos ha parecido interesante decir algo de los trabajos realizados hace tantos años por el ilustre Fulton.

J. A. GOUIN

* *

ECLOSIÓN ARTIFICIAL DE BACALAOS

A pesar de que el número de pescadores se ha duplicado y de que los aparatos de pesca se han perfeccionado considerablemente, no se pescan hoy en la isla y bancos de Terranova más bacalaos que hace cincuenta años, lo cual se ha atribuído á que la fecundación de los huevos, depositados por centenares de millones, sólo se verifica en una proporción ínfima, habiéndose afirmado por algunos que apenas si por cada millón de huevos depositados llega un bacalao á su completo desarrollo. Para remediar este mal se ha establecido en la isla Deldo (bahía de la Trinidad) un laboratorio de eclosión artificial según las indicaciones de un sabio noruego,



Fig. 3. Vista del brick *Dorotea* en el momento de la voladura, 15 de octubre de 1805 (Experimento ejecutado por Fulton)

M. Neilson, en el cual se espera obtener de 250 á 300 millones de bacalaos cada año. El primer experimento se ha hecho en 1890, en que se obtuvieron 17 millones de esos peces, que fueron, por decirlo así, sembrados en la bahía. La estación siguiente produjo 40 millones y en 1892 esa producción ha alcanzado la cifra de 165 millones. Como el bacalao no llega á su completo desarrollo hasta los cuatro años, no se podrá conocer definitivamente el valor de esa nueva industria hasta el año que viene, pero los pescadores aseguran ya haber visto un número enorme de bacalaos jóvenes en parajes en donde antes no se encontraban.

LOS ESTRAGOS DE LAS HORMIGAS BLANCAS

Si hemos de dar fe á una correspondencia enviada recientemente desde Amoy (China) por el cónsul de los Estados Unidos, las hormigas blancas ocasionan terribles estragos en toda China en general y en aquella ciudad en particular. La voracidad de esos insectos es increíble: el autor de la carta en cuestión refiere que en tres semanas han roído por completo el marco de una puerta pocos días antes colocado en el edificio del consulado y en el mismo tiempo han destruído un gran armario y un sólido sofá. El trabajo de las tales hormigas es invisible hasta el momento en que el mueble cae á pedazos; atacan la madera por un solo punto, practicando un agujero, penetran al interior y roen hasta no dejar sino una delgada hoja de madera que conserva el aspecto exterior del mueble. Sería preciso, dice el cónsul citado, poder inyectar en la madera una substancia, una composición química envenenada que no se evaporase, como por ejemplo el sublimado, una solución cualquiera de antimonio ó de arsénico con que se saturaran las fibras vegetales. La misma correspondencia afirma que este invento produciría una fortuna al que lo realizase, con tal de que la aplicación de la substancia no encareciese mucho el valor de la madera.











LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

ANUARIO ESTADISTICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. AÑO 1892. De modelo en su género puede calificarse este *Anuario*. En la imposibilidad de ocuparnos de él con la extensión que merece, diremos únicamente que contiene datos completísimos sobre territorio, población, agricultura, comercio, navegación, hacienda, riqueza pública, repartición de la propiedad, ganadería, transmisiones de bienes, cotizaciones de la Bolsa, fletes, precios de los principales frutos del país, bancos, instrucción y beneficencia públicas, justicia, cárceles, policía, ferrocarriles, tranvías, correos, telégrafos, teléfonos, legislación, administración, ejército, capitales, metálico y minas. De ellos se desprende que el Uruguay, aunque sintiendo todavía las consecuencias de la crisis que estalló á mediados de 1890, va reponiéndose de ella y camina hacia la normalización de la producción nacional. El *Anuario*, que forma un tomo de más de 700 páginas y que contiene algunas bellísimas fototipias, reproducciones de paisajes y de los principales edificios de Montevideo y Paysandú, es una publicación que honra en alto grado á la Dirección de Estadística general del Uruguay.

LA BENEFICENCIA, por *H. Spéncer*. – Esta obra, última de las publicadas por el ilustre filósofo inglés, ha sido traducida por el catedrático de la Universidad de Salamanca Sr. Unamuno. La beneficencia marital, paternal y filial, la ayuda al enfermo y al ofendido, la ayuda pecuniaria á parientes y amigos y la beneficencia política son las partes mejores de esta obra, que puede ponerse al nivel de *La Justicia*, que Spéncer considera la mejor de las suyas. Forma un volumen grande que se vende á 6 pesetas.

LA IBERIADA, por *Manuel Lorenzo D'Ayot*. Con este título ha empezado á publicar el director de *La Reforma literaria* un poema en prosa, en el cual se cantarán las glorias de todas las regiones españolas. El canto I, único hasta ahora publicado, comprende además una invocación á Iberia, Toledo, cuya descripción hace el autor en forma épica y poética dentro de la forma en prosa que para el poema ha escogido. Véndese el canto I al precio de 2 reales.

IMPRESSOES Á VUELA PLUMA, por *Accacio Roza*. – No hace mucho nos ocupamos del estudio científico social *A nossa independencia e o iberismo;* del mismo autor, aunque de muy distinto género, es el que motiva estas líneas. En aquél revelábase el sociólogo, en éste el poeta. *Impressoes* es una crónica de una visita que recientemente hicieron á Accacio Roza en su residencia de Verdemilho el distinguido publicista español D. Fernando de Antón y su esposa, á quien está dedicado el libro; mas con ser el asunto tan sencillo, hállase revestido de tan bellísima forma y adornado con tan poéticas descripciones que ofrece verdadero interés. El libro está impreso con tal gusto y tanta elegancia que honra á la Imprenta moderna de Porto que lo ha editado.

LA CRIMINALIDAD COMPARADA, por *G. Tarde*. – Es Tarde uno de los más ilustres antropólogos y criminalistas modernos, y en muchos respectos superior á Lombroso, Garófalo y Ferry. En esta obra estudia con alta sabiduría el tipo criminal, los problemas de la penalidad y de la criminalidad, el homicidio, el suicidio, el asesinato, los crímenes en el ejército, etc. Esta obra, que ha sido traducida y anotada por D. Adolfo Posada, véndese al precio de 3 pesetas.

FIDELIA, novela. CALÉNDULAS, poesías, por *Gonzalo Picón Febrés*. – *Fidelia* es una interesante novela de costumbres venezolanas, en la que el autor demuestra que conoce y se ha inspirado en la moderna evolución de la literatura propia de esta clase de obras: recomiéndase sobre todo por la soltura con que está escrita, y más especialmente por lo castizo del lenguaje, que el Sr. Picón maneja gallardamente. *Caléndulas* es una colección de bellísimas poesías, todas muy inspiradas, de muy variados géneros y armoniosamente escritas en diversidad de metros, en todas y cada una de las cuales alienta el alma de un verdadero poeta. Ambas obras se venden en la librería de A. Bethencourt é hijos, de Curazao.

EL DOCTOR MATEO ORFILA, estudio biográfico por *D. Mariano Rubió y Bellvé*. – Nuestro estimado colaborador el distinguido capitán de ingenieros señor Rubió y Bellvé acaba de publicar un interesante estudio biográfico del eminente químico, hijo preclaro de Mahón, que establecido en Francia asombró al mundo entero por sus conocimientos científicos durante la primera mitad del presente siglo. El estudio del Sr. Rubió está hecho con verdadero cariño y abunda en datos curiosos de la vida de aquel sabio y en atinadísimas observaciones: es en suma un trabajo en que el autor, aun ciñéndose al carácter de una biografía, ha puesto mucha labor propia, haciendo surgir en todo su vigor la ilustre figura de aquella eminencia, que ha dejado escritas entre otras obras un *Tratado de Toxicología, Elementos de química médica, Tratado de medicina legal, Tratado de las exhumaciones jurídicas, Diccionario de términos de medicina y cirugía, etc.* Sigue al estudio biográfico una curiosa reseña del célebre proceso Lafarge, en que tan importante papel desempeñó Orfila como perito. El folleto ha sido impreso por R. Fábregues, en Mahón.

LA TRILLADORA, estatua de Agapito Vallmitjana Abarca

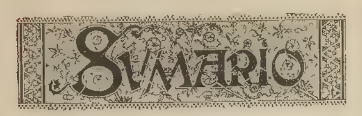
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 29 de enero de 1894 — Núm. 631



LA ÚLTIMA MANO, dibujo de L. K. Hill



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La cuestión de Italia. – Sicilia y sus habitantes. – Recuerdos de su historia. – Las revoluciones y los volcanes en la isla. – Tierra de tiranos y demagogos. – Las haces. Causas de su influencia. – Malestar del pueblo. – Alternativas del combate. – Política errónea del gobierno italiano en los últimos lustros. – Necesidad apremiante de la enmienda. – Consideraciones. – Conclusión.

Ninguna cuestión priva hoy en Europa como la cuestión de Sicilia. Por aquellos encantados territorios en que ríos de lava corren á la continua, humeantes y asoladores, contrastando con la general hermosura, una revolución, más ó menos intensa y fragorosa, hoy se ha desatado, poniendo espanto en los poderes públicos y extendiendo sobre la perturbada realidad los más pavorosos problemas de nuestra sociedad y de nuestro tiempo. Todos los dones posibles ha derramado el Criador sobre aquella tierra, la cual, circuida por las celestes aguas mediterráneas, es una estrella bajada del empíreo. El aire de su atmósfera celestial y el oxígeno de su vívida luz parecen etéreos y vibrantes al mismo tiempo, según su resplandor y su armonía. En parte ninguna se revela que las notas son matices de color y los matices notas de música como en esta isla donde ha juntado la Providencia el idilio y la tragedia, el pastoreo propio de la *Egloga* y los volcanes propios del caos, los escollos resonantes con hexámetros de la *Odisea* y los resuellos del Etna poblado por los cíclopes; las mariposas y las abejas en las honduras entre mirtos y laureles, mientras en lo alto aquellos titanes dispuestos á poner una montaña sobre otra montaña, escalando el cielo de los dioses sobre los sacudimientos del terremoto y bajo los estallidos del rayo, en una especie de confusión caótica entre los avernos y los olimpos, agitadísimos á su vez por los estremecimientos de la inspiración y abrasados en el fuego de las ideas. Y su raza, mezcla de orientales y africanos y helenos y latinos, constituyentes de un pueblo muy glorioso, no desmerece del mérito de su tierra por las virtudes heroicas, ni del esplendor de su cielo por la clarísima inteligencia. Recorriendo sus campos adivinó Pitágoras el movimiento de la tierra en torno de su sol y la teoría del fuego central que aún dominan en la geología y en la física y en la astronomía; encerrado en sus escuelas reveló Arquímedes el secreto de la inmersión de los cuerpos sólidos en los líquidos que aún domina hoy en la hidráulica nuestra, y comenzó esas prácticas de aerometría que han llegado á fuerza de siglos y de trabajos hasta nuestros barómetros. Allí la madre Ceres vió caer en lo profundo á su hija Eurídice, que representaba la siembra en las líneas surcadas por el arado, y el tracio poeta Orfeo cantó una religión que convertía en humano antropomorfismo los dogmas panteístas del Oriente, y Píndaro, ido desde Grecia, tocó la trompa de los héroes, á cuyos ecos parece que crecían las humanas fuerzas, y Teócrito, educado en su seno y semejante al dios Pan, la flauta de los idilios, á cuyos ecos los peces de los tranquilos puertos se embobaban como encandilados y crecían en gorjeos los ruiseñores bajo las frondas y en arrullos las palomas y las tórtolas por sus valles. Luz, ideas, inspiraciones, poesía, ciencia, todo cuanto pueden dar de sí la naturaleza con el espíritu, y cuanto puede contener de más vivo y más creador el universo hase reunido allí, como rayos luminosos concentrados en un foco, cual si quisieran dar sus mejores ideas á las almas y á la vida sus mejores esmaltes.

Habremos de atribuirlo á un atavismo social, explicación muy puesta en moda estos días; habremos de considerarlo una casualidad continuada por esas coincidencias frecuentísimas y seculares en las historias varias de los pueblos antiguos y modernos; habremos de creerlo, como el pueblo agorero y supersticioso, una maldición de Dios, cual dicen que nos la echó á nosotros cuando le pedimos para nuestra tierra española sobre tantos y tantos dones un buen gobierno, cosa que se nos negó en absoluto: es lo cierto que Sicilia estuvo desde tiempo inmemorial condenada en providenciales decretos á producir como fruto natural del campo suyo la demagogia y á carecer del supremo bien de una regular administración. Si quisiéramos calificarla con breve frase, podríamos definirla isla de tiranos. Y si quisiéramos conocer el origen de tales tiranos, encontraríamoslo en la demagogia seguidamente. Se levantaron muchos dictadores, ya temporales, ya vitalicios, ya hereditarios, en cada una de sus ciudades, porque se levantaron muchos revolucionarios. En la naturaleza cada cosa engendra su semejante, y en la política engendra cada cosa su contraria; y así, por esta última ley, engendró el exceso de las democracias abajo un exceso en los poderes públicos arriba. Y no está menos averiguado que por su achaque de producir la más desenfrenada demagogia, vino su achaque de caer en la más horrible administración. Los horrores perpetuados por la palabra de Cicerón en sus verrinas trascienden á muchos siglos y atormentan á muchas generaciones. Acaso por esto la revolución se produce allí como fruto natural. Así en Sicilia comenzó verdaderamente con el célebre libro de los *Tres Impostores*, Moisés, Mahoma, Jesucristo, la impiedad medioeval, que tan furiosos ataques y asaltos debía dirigir al Catolicismo, demostrando el espíritu rebelde nativamente de la isla; y en Sicilia debió el terror congénito á las revoluciones perpetrar una de las matanzas más célebres en el mundo, la conocida bajo el nombre popularísimo de *Vísperas Sicilianas*. Reconozcamos que pocos terrenos hay en Europa de suyo tan preparados como Sicilia y pocas gentes de suyo tan dispuestas á recibir el viento de la revolución socialista, parecido á un vendaval, como estos sicilianos azotados en su conciencia por los rayos de las ideas utópicas, cuanto en sus campos y riberas por los estremecimientos del volcán eterno. Y á esto júntase un abandono secular por parte de los gobiernos continentales, un aislamiento de las ciudades entre sí por falta de comunicaciones, una tiranía de los grandes terratenientes que se ausentan evaporando fuera en sus placeres el sudor llovido por los jornaleros sobre los cultivos, unos ayuntamientos oligárquicos y casi feudales, unos exactores parecidos á langostas, unos usureros parecidos á cánceres, una pobreza tan grande y una miseria tan universal, que las quejas de los pobres sicilianos, acompañadas por el terremoto y el rayo continuo de su trabajado territorio y de su cielo tempestuoso, aseméjanse mucho á las sublevaciones serviles de aquel tracio Espartaco, amenazando en armas á Roma desde las alturas del Vesubio.

En la evolución universal atraviesan unos pueblos períodos ínfimos que otros pueblos han atravesado ya, y pasan fases por las cuales pasaron otros pueblos hace ya cerca de un siglo. Y cuando la revolución en sí, con el procedimiento revolucionario anejo suyo, han pasado por tantos y tantos pueblos para no volver, aunque muchos quieran en prolongarlos empeñarse, la hermosísima y desdichada Sicilia intenta subvertirlo todo, sin comprender que cae aplastada bajo cuanto subvierte y remueve. La organización de sus partidos revolucionarios en haces al modo romano tiene algo de la grandeza, pero también de la crueldad antigua. La consigna de guerra sin cuartel y de aniquilamiento sin piedad parécese mucho á las dadas y recibidas en aquellas sociedades secretas de antaño, donde se creía un buen medio el crimen, de servir y prosperar la virtud. Lo que más á estas gentes atribula es el impuesto de consumos; y lo que les aterra, creyéndolo reaparición de inquisidores redivivos, es la intervención del agente que nutre con sus exacciones al voraz fisco. Así hase visto á tal pueblo renovar las torturas inferidas por Nerón á los cristianos, cuando los cubría de pez y les pegaba fuego, haciéndolos sus antorchas. En esta isla sin ventura el pueblo ha rociado con petróleo á un agente del fisco, y luego le ha arrimado un fósforo. Por lo general, la protesta no reviste caracteres tales de crimen, sino de guerra épica entre armados é inermes. En varias ocasiones las escenas de los circos imperiales antiguos se renuevan. Un coro de mártires sale al público en requerimiento de las tropas resueltas al escarmiento. Llevan delante de sí un retrato de la Virgen María y otro de la reina Margarita, como en demostración de no intentar nada contra la Constitución y contra las leyes. Las tropas, al verlos, en son de protesta, si no de combate, amartillan sus fusiles y apuntan las bocas al pecho de los infelices; pero, cayendo éstos de rodillas en tierra y levantando los brazos al aire, dicen á una: «matadnos, tenemos hambre.» Y un horrible sollozo hiende los aires, hasta tocar en el corazón de los soldados, quienes levantan sus armas, y lejos de tirar sobre sus hermanos del pueblo, lloran triste y ruidosamente con ellos. Imposible, pues, completamente imposible, que todo esto provenga de un artificio político, de una organización circunstancial, de unos agitadores más ó menos exaltados, de un socialismo más ó menos diluído en los aires, de una conspiración urdida por algunos afortunadísimos conjurados, no; todo esto proviene de una complexión atávica en la isla, muy aquejada de plagas seculares, cuya insaciable voracidad se agrava y recrudece ahora mismo con las inmensas desventuras infligidas á Italia toda por los armamentos excesivos, por las escuadras gigantescas, por las fortificaciones enormes, por las amenazas de guerra continua, por el desorden administrativo y rentístico, por los apetitos coloniales; en cuatro palabras, por la triple alianza.

No me malquiera, ni conmigo el ilustre Crispi se indisponga, por estas verdades del alma, que acaso crea crudezas del estilo. Yo no tengo reparo en reconocer á su extenso y profundo espíritu el carácter de astro en la brillantísima constelación, bajo cuyos propicios signos resucitó Italia coronada con el nimbo de sus glorias y de sus inspiraciones antiguas. Yo nunca he olvidado en la persona de Crispi, mi amigo, el proscrito que llamaba de hogar en hogar moviendo los corazones en pro de su patria opresa y desatando las lenguas á defenderla de sus tiranos y evocarla de sus panteones. Yo recuerdo aún al evangelista de Mazzini, al compañero de Garibaldi, al soldado de la hispana libertad, al orador de la democracia itálica y al patriota sin desmayo y sin vacilaciones que tantos lauros á su frente ciñe y tantas glorias con su nombre despierta. Líbreme Dios de caer en la vulgaridad imperdonable cometida por Clemenceau, al darle con su conversión á la casa de Saboya en rostro, cuando Crispi tenía la obligación de convertirse, después de haberse la Italia hecho bajo las enseñas monárquicas de Carlos Alberto que inició la lucha, del imperecedero Víctor Manuel que organizó la victoria, de Humberto mismo que guardara el precioso legado con suma tenacidad hasta los últimos tiempos y consolidó la gloriosísima obra. El dogmatismo debe quedarse para los ateneos y para las universidades. Cuando en defensa de mi España he tenido que transigir yo con el verdugo, no me creo autorizado á condenar en Crispi que haya, en defensa de su Italia, transigido con el rey. Es primer ministro con Humberto y no hay nada que decirle. Pero no me niegue haberse mucho equivocado al combatir como ha combatido un pueblo á quien debemos todos nuestra libertad; porque sin la Francia reveladora y sin el verbo sublime de la Filosofía y de la Revolución francesas nunca se quebrantaran las cadenas de todos los esclavos, ni al mundo viniera esta federación espiritual de progresivas democracias que han encarnado en la realidad viviente los ideales del espíritu moderno y traído á la vida, con una sola excepción, todas las naciones muertas. Y cuando se piensa que nuestros hermanos, los demócratas antiguos de Italia, hicieran esto, nuestros hermanos, pues la fortuna y la victoria no romperán esta fraternidad espiritual contraída en el cautiverio y en el infortunio, hallándose Francia organizada en república ¡oh! no puede uno en manera ninguna ocultarles la verdad, y la verdad es que han cometido una horrible defección. Enmiéndenla iniciando una política interior de verdaderas economías que alivien el malestar de Italia y una política exterior de reconciliación y de amistad con Francia que asegure la paz universal.

Madrid, 22 de enero de 1894

EL GENERAL RICARDOS CARRILLO DE ALBORNOZ

La ciudad de Barbastro y con ella todas las provincias aragonesas se preparan á conmemorar el centenario de la muerte del ilustre general el Excelentísimo Sr. D. Antonio Ricardos Carrillo de Albornoz, acaecida en 13 de marzo de 1794.

Deseosos á nuestra vez de contribuir en la medida de nuestras fuerzas á honrar la memoria de una de nuestras más legítimas glorias nacionales, trazaremos, bien que á grandes rasgos, la biografía del vencedor del Rosellón, tomando para ello los datos ne-

cesarios del interesantísimo trabajo leído por el Dr. D. Francisco López Cerezo en el Centro del Ejército y de la Armada de Madrid el 13 de marzo del año próximo pasado.

Aunque Cádiz y Sevilla se disputan la cuna del general Ricardos, parece fuera de toda duda que nació éste en Barbastro en 12 de septiembre de 1727. Crióse y educóse en Cádiz al lado de su tío paterno D. Juan Nicolás, y á los 14 años vistió el uniforme de capitán de caballería del regimiento de Malta, incorporándose á los 16 á dicho regimiento, del que era coronel su padre y en el cual hizo la guerra emprendida por España en Italia para dar un trono al infante D. Felipe. Su valor y su inteligencia le valieron el ascenso á coronel y el mando del citado regimiento: contaba entonces 20 años. En la guerra de Portugal de 1762 ganó el empleo de brigadier, y al año siguiente, en la campaña de Orán, el de mariscal de campo, pasando luego á Veracruz para el arreglo militar de Nueva España, y más tarde á los Pirineos para demarcar los límites con Francia, y siendo promovido á teniente general en 1770. En 1773 fué nombrado inspector del arma de caballería, cargo que le permitió demostrar sus grandes dotes de organizador, y del que fué separado en 1788 cuando Floridablanca, enojado con el partido llamado aragonés, del que formaba parte Ricardos, le confió el mando de Guipúzcoa para de esta suerte tenerlo alejado de la corte.

De su apacible retiro sacóle la declaración de guerra hecha por la Convención francesa en 1793, á consecuencia de la cual Carlos IV le confió el mando del ejército de Cataluña, que sin esperar la ofensiva de Francia debía penetrar en el Rosellón.

No disponemos de espacio suficiente para reseñar ni aún á la ligera los brillantes triunfos de aquella memorable campaña, una de las más gloriosas de nuestra historia: baste decir que desde el 16 de abril de 1793 en que Ricardos penetró en Francia por el Coll del Portús, hasta fines de 1794 en que el Pirineo y los llanos del Rosellón quedaron en poder de los españoles, la victoria fué siempre para nuestras armas, gracias á la admirable dirección de aquel invicto general que hubo de luchar siempre con fuerzas muy superiores y que ganó en aquella expedición el tercer entorchado y la gran cruz de la real y distinguida orden de Carlos III.

Llamado el general Ricardos á la corte, falleció en ella repentinamente el 13 de marzo de 1794, cuando se iba á incorporar nuevamente á su ejército y á recoger nuevos laureles, librando á su patria de las vergonzosas derrotas que experimentó con los mandos militares de los generales que le sucedieron.

Durante un siglo ha sido punto menos que olvidado aquel caudillo, que por su excepcional inteligencia, por su vasta comprensión para averiguar los planes del enemigo, por su actividad infatigable y por su entereza de carácter merece figurar entre nuestros grandes capitanes, puesto eminente que le han señalado los más severos críticos españoles y extranjeros.

Hoy la ciudad de Barbastro se dispone á subsanar tan injustificado olvido: á los actos que para ello prepara se asociará sin duda España entera, siendo de esperar que antes de poco un monumento perpetuará la memoria de aquel de quien con justicia dijo en el primer aniversario de su muerte D. José Martínez de Hervás, en la Sociedad de Amigos del País de Madrid, que fué buen hijo, buen vasallo, buen ciudadano, excelente amo, amigo heroico, generoso con sus enemigos, igualmente capaz de sobresalir en el Ministerio y en el Senado, al frente de la provincia como al de los ejércitos, magnánimo, incorruptible y sólo amante del bien y de la gloria. – A.



PIERROTINA, cuadro de A. Strobl



LA NINFA Y EL PASTOR, cuadro de Julio Rotta (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich. 1893)

MICIFUT Y ZAPIRÓN

Surge en Madrid, esta benditísima villa y corte de las Españas, y surge con periodicidad casi matemática el deseo de normalizar... ¿qué dirán ustedes? ¿El servicio de incendios? ¿Las buenas condiciones de la vía pública? ¿La seguridad del transeunte? ¿La marcha de *los* ó *las* tranvías? ¿La inspección de las materias alimenticias? ¿La..? Nada de eso... Incendios, vía pública, locomoción, alimentación, ¡bah! todas esas son pequeñeces y minucias á las cuales no pueden ni deben descender autoridades serias. Lo grave, lo trascendental es la fijación de la hora á que deben concluir las diversiones. El público puede distraerse y solazarse en circos y teatros hasta las doce y treinta minutos, por ejemplo; pero ni un minuto, ni un segundo más; porque ese minuto ó ese segundo de propina son atentatorios á las buenas costumbres, á la moralidad y al sosiego del vecindario.

Que el habitante de Madrid vive de milagro ó por milagro, es evidente, y basta para convencerse de ello residir entre nosotros un par de semanas.

Aquí las deficiencias de cantidad ó de calidad (ó de ambas cosas) del cuerpo de orden público son notorias, y cada lunes y cada martes (lo mismo que los demás días de cada semana) se realizan *atracos*, *escalos*, *timos*, robos (por mayor y menor) en la parte más céntrica y más vigilada de la población.

Nadie piensa en cumplir, ni en hacer cumplir las ordenanzas de policía urbana; las macetas colocadas en los balcones ó cabe las ventanas de las buhardillas, los tubos de las chimeneas mal sujetas con alambres, las persianas desvencijadas, caen á tierra al menor soplo de viento, y ¡pobre del ciudadano que acierte á pasar en aquel entonces por el sitio favorecido!

Los carruajes pasan por todas partes á carrera tendida; los ómnibus y los coches de tranvías van y vienen por calles en que apenas si hay anchura para una sola línea; «las tuberías del gas y las del Lozoya, y el alcantarillado de las aguas fecales – escribía no ha mucho un distinguido periodista madrileño – hacen pensar constantemente al pacífico y sufrido vecino de la heroica villa cuál será el género de muerte que le destinan los descuidos, las indolencias ó las torpezas de los encargados de velar por la seguridad pública.»

Y no es esto solo: ¿qué no daríamos nosotros porque sólo fuera eso? «Aquí – decía otro periodista no menos distinguido, – aquí se falsifica el vino, el pan, el chocolate, el azúcar, la manteca, el queso, el café, en suma cuantos artículos están en el comercio de los hombres y son necesarios para la vida.» Pero ..

¡Lotario en el mundo hay más!

quiero decir, en nuestra famosa villa del oso

que el rey moro alivia el miedo

hay mucho más que eso. Hay una empresa arrendataria de tabacos que nos envenena á mansalva; hay otra empresa arrendataria de las cerillas que nos explota escandalosamente; hay otra empresa arrendataria de las cédulas personales que no ha llevado, como debía y se había comprometido á hacer, las cédulas á domicilio, y dificultando después, por todos los medios posibles, la adquisición de esos documentos, cobrará por ella tres veces más de lo que debería cobrar, irrogando de esta manera molestias indecibles y además perjuicios grandes al vecindario; habrá pronto, si Dios no viene en nuestro auxilio, otra empresa arrendataria del canal de Lozoya, con que el pueblo de Madrid ni podrá beber agua ni utilizar tan indispensable elemento sin realizar sacrificios inmensos.

Pues bien: ni eso, ni muchas otras cosas que no menciono, porque sería interminable la relación, importa un rábano á nuestras autoridades; por ahora lo interesante, lo capitalísimo y principalísimo, es que las funciones de los teatros terminen á las doce y media en punto; porque ¡imagínese los cataclismos que podrían sobrevenir si terminaban las funciones á la una menos cuarto!

Los que en esa materia, que consideran parva, no son meticulosos, piensan que esa es cuestión de poca monta; que las personas enemigas de trasnochar pueden retirarse á su casa cuando se acuestan las gallinas y dejar en paz y en gracia de Dios, divertirse sin ofensa de nadie, á los que tienen la costumbre de recogerse al amanecer. En buen hora que se exija á los trasnochadores compostura y tranquilidad á fin de que no se turben ni la digestión ni el sueño de los retraídos; pero cumplido ese deber que el respeto á la libertad de todos impone, ¿qué más da que los teatros cierren sus puertas dos horas antes ó dos horas después?

Se comprendería mejor, por ejemplo, que por razones de salud pública, ó de higiene, ó de moralidad, ó de cualquier cosa, fuesen prohibidos por un gobierno absolutista los espectáculos nocturnos por completo. ¡Ea! Se acabaron las diversiones por la noche; el que quiera concurrir al teatro, que vaya por la tarde, antes de cenar, y á las siete y media todo el mundo á casita, y á las nueve, el *cubrefuego* y á la cama todo bicho viviente.

Eso sería, al fin y al cabo, una reglamentación de la vida privada; la cual reglamentación podría llevarse al extremo de señalar en las poblaciones grandes, como se determina en los cuarteles, en los establecimientos benéficos y en las cárceles, hora para todo. Levantarse al toque de diana; asearse al toque de aseo; desayunarse á tal hora; trabajar á cual otra; á esta cinco minutos de descanso; á la de más allá la comida; diez minutos para fumar; vuelta al trabajo, y después á cenar, y luego á la cama...

¿Parece exagerada esa reglamentación? Pues mientras á eso no se llegue, no habrá manera de conseguir que el público de los teatros acuda á ellos cuando la autoridad ó los dormilones se lo manden.

No hay manera tampoco de llevar la duración de un espectáculo al minuto.

Tal función que, representada una sola vez, duraría tres cuartos de hora, representada con la repetición exigida por el públido durará quizá hora y media. Y cuando el público pide la repetición de una pieza que es de su agrado, ¿quién se atreve á no darle gusto?

Lo singular del caso es que muchos periódicos tenidos por liberalotes, y muchas personas que han fama justa de ilustradas, exciten á las autoridades para que intervengan en eso de señalar límite á la duración de los espectáculos... ¿Qué pensarían esos mismos si se publicara un bando previniéndoles que por el paseo del Prado solamente podían transitar de cuatro á seis de la tarde?..

La vida que en Madrid suelen hacer los que concurren al teatro y lo sostienen, es tal que no hay modo de que las funciones comiencen antes de las nueve. Los espectáculos que antes de esa hora principian, no tienen espectadores.

La exigencia de las autoridades, exigencia pueril, de la que se desiste todos los años y en la que se reincide siempre al año siguiente, lleva aparejada la completa y radical reforma de la vida y de las costumbres de este pueblo.

Si es eso lo que las autoridades se proponen, trabajo les mando..., y de todas suertes, valiera más que se cuidasen de otras cosas... de las cuales algunas quedan ya indicadas. No haciéndolo así, se colocan al nivel de los famosos gatos *del asador* inmortalizados por el fabulista.

A. Sánchez Pérez

EL AMOR Y LAS CHOCHAS

(HISTORIA DE UN CAZADOR SENTIMENTAL)

I

Palmacio era de mediana estatura, rostro bonachón, ojos pardos, boca pequeña, color sano, cabellos castaños: en fin, un hombre de esos que mirados frente á frente suele decirse de ellos: Pchs..., regular..., regular.

Debemos decir en honor de la verdad que Palmacio no tenía pretensiones de buen mozo, era un hombre honesto y sencillo que desde la edad de los diez y nueve á los veintiséis sólo dos ó tres veces el amor le había hecho cosquillas en el corazón.

Verdaderamente no había sentido ninguna de esas pasiones fogosas y violentas de la juventud que dan por resultado un Otelo, un Romeo ó un Diego Marcilla.

La idea del matrimonio jamás había cruzado por su cerebro: lo que le dominaba, su pasión favorita, su *chifladura*, era la escopeta.

Como era rico y sin familia, al terminar una cacería emprendía otra, viviendo feliz, sin que el amor, la política y los negocios le quitaran el sueño.

Palmacio tenía un amigo inseparable, verdadero cazador impenitente que aborrecía á las mujeres por las malas pasadas que le habían hecho.

Siempre que Palmacio, en los sitios concurridos, se detenía para mirar á alguna muchacha, su amigo le decía:

– No mires á la hija, sino á la madre; y piensa con horror que la que hoy encuentras encantadora, dentro de veinte años será una *tarasca* insoportable, como la mamá que le dió el ser.

Una mañana del mes de mayo Palmacio se paseaba por el Retiro, pensando en las codornices. «¿Dónde las cazaré este año?, se decía. Tengo cuatro sitios predilectos, la vega de Romanones, los campos de Sigüenza, Navalperal de Pinares y la Sierra de Guadarrama.»

Palmacio se detuvo en sus meditaciones. Un ruiseñor comenzó á cantar en la espesura inmediata; su privilegiada garganta enviaba al viento un raudal de armoniosas notas dedicadas al nido y al amor, es decir, á su hembra y á su futura familia.

Palmacio, embriagado, las ventanas de la nariz dilatadas y la boca abierta como si sintiera caer sobre él una lluvia de perlas, dirigió en derredor suyo una mirada y... ¡oh, virgen de la O!.. Allí, á ocho pasos del sitio donde se hallaba, sentadas en un banco, vió á una señora respetable y á una joven de diez y ocho abriles, que embelesadas como él, escuchaban al vagabundo cantor de los bosques.

Palmacio sintió algo tumultuoso en su corazón. ¿Qué era aquello que jamás había sentido?.. Indudablemente el amor, que llamaba de prisa, como el que se ha retardado en las virginales puertas del santuario de su alma.

Los ojos de Palmacio se fijaron en la joven... ¡Pero qué joven!.. Era de una sola pieza... Daba el *opio*. Su tímida mirada se cruzó con la mirada de Palmacio, y éste sintió en lo más hondo de su pecho un cosquilleo, mezcla de inquietud y de placer.

La muchacha era rubia como un San Juanito de cera; sobre su casta frente caían como el velo pudoroso de la castidad unos homeopáticos ricitos que agitaba dulcemente el céfiro matinal; su cara era de querubín; sus mejillas parecían formadas con hojas de adelfa y copos de nieve; su boca un piñoncito; su barba tenía una hendedura en el centro verdaderamente provocativa; sus labios, encendidos, como el terebinto de Judea, se sonreían formando en sus extremos dos hoyuelos encantadores; sus orejas eran tan pequeñitas como si se las mirara por los cristales grandes de unos gemelos de teatro, eran dos fresas sonrosadas y transparentes; y por último, llevaba un sombrerito, en forma de pico de pato, irresistible.

Palmacio, ante aquella preciosidad femenina, ante aquel prodigio de perfecciones arrebatadoras, sintió un mareo, y por no caerse se arrimó á un árbol: era un alcornoque.

II

Nada tan elocuente como el lenguaje de los ojos, corriente eléctrica que penetra en el alma, transformándonos por compelto.

Palmacio y la encantadora joven se lo dijeron todo con las miradas. La mamá se decía también para su capote:

«¿Quién será este muchacho?.. Parece persona decente... ¡Ay, si fuera rico!..»

Por fin la mamá y la niña abandonaron el banco y al ruiseñor, encaminándose hacia Madrid.

Palmacio las siguió á prudente distancia.

La joven, de vez en cuando, con monísima coquetería, volvía la cabeza, y entonces Palmacio sentía que el pico de pato del sombrerito le escarabajeaba en el pecho, como si estuviera vivo y buscara algunos granitos de arroz.

Pero ¡ay! aquel pico no buscaba arroz, sino un corazón.

La mamá, con el rabillo del ojo, atisbaba todas estas evoluciones, preguntándole á su hija por lo bajo:

– ¿Sigue..., sigue?

– Pues ya lo creo, como un corderillo.

– Con tal de que sea un joven decente y nos saque de penas..., añadió la mamá suspirando.

– ¿Quién sabe? Se dan casos.

– Anda, vuelve la cabeza otra vez no se vaya.

Así llegaron hasta la calle de Bordadores. Palmacio había tropezado más de cincuenta veces con los transeuntes; una chula le había dado un puñetazo en la espalda, pero Palmacio no se había advertido de nada: seguía al sol, y seguía deslumbrado.

La mamá y la niña entraron en un portal. Palmacio se puso á pasear por la acera de enfrente; al poco rato la joven salió al balcón: era un piso cuarto con entresuelo, pero el amor no repara en alturas, lo escala todo: el Chimborazo, el Mont-Blanch, el Himalaya, son granitos de arena ante su paso.

Palmacio, mirando al cielo con la beatitud de los mártires, vió que su hermosa desconocida tiraba un papelillo á la calle; corrió á cogerlo en el aire, temeroso de que la pureza de aquel mensajero se manchara con el impuro lodo de la tierra; de pronto tropezó, cayendo de bruces en la carretilla de un barrendero; se levantó impávido, despreciando las risas de algunos estúpidos transeuntes; cogió el papel, y leyó para sí: «Joven, tenga usted confianza en la portera.»

Palmacio besó el papel, levantó los ojos al cielo, pero el sombrerito de pico de pato se había retirado del balcón.



¡TOMA, MONÍN!, cuadro de Leopoldo Schumtzler

Regresó á su casa, llevándose en el alma esa hermosa flor de la esperanza que lo perfuma todo, y después de una noche de insomnio y de veinte pliegucillos de papel echados á perder, *al despuntar la rosada aurora* terminó una epístola amatoria á satisfacción suya. Véase la muestra:

«Señorita: dentro de mi cráneo, en las concavidades de mi sensible pecho, en los más tiernos rinconcitos de mi corazón resuena siempre el armonioso canto del ruiseñor.

»Para verla á usted no necesito más que cerrar los ojos; al mirarme al espejo no me veo yo, pero la veo á usted, porque usted para mí está en todas partes, porque usted me absorbe como el mar á los ríos, como el sol á las gotas de rocío que la noche deposita sobre las temblorosas hojas.

»Tengo veintiséis años de edad, soy soltero, de carácter dulce, de naturaleza robusta, me han vacunado tres veces y poseo una casa en Madrid.

»¡La amo á usted con toda mi alma!.. ¿Qué debo esperar?. – *Palmacio.*

»*Posdata.* – Me había olvidado decir á usted que no tengo familia, soy solo en el mundo.»

Palmacio, satisfecho de su obra, corrió á la calle de Bordadores, vió á la portera y le entregó la epístola y un duro.

¡Cinco pesetas! ¡Ah! Todos los colores del prisma manejados por el pincel de Velázquez no podrían trasladar al lienzo la amable, la cariñosa sonrisa de la portera al ver en su arrugada mano la codiciada y clásica moneda de los españoles, el duro.

Aquella misma tarde Palmacio recibió la contestación siguiente:

«Caballero: su carta de usted ha conmovido de un modo inefable todo mi ser ¡Qué *posdata!*.. ¡Sin familia..., solo en el mundo! Ese grito de dolor que exhala el alma de un huérfano ha hecho latir mi sensible corazón.

»Mi madre, á quien he leído la carta, porque yo, como buena hija, no le oculto nada, ha llorado como una Magdalena. Por sus venerables mejillas rodaban las lágrimas como perlas perfumadas por la ternura.

»Puede usted pedir mi mano. Será usted bien recibido. El rubor no me permite ser más extensa.

»*Posdata.* – Como desde hoy no quiero tener secretos para usted, debo decirle que tenemos en casa un huésped, tenor italiano, contratado por D. Felipe Ducazcal para que cante este verano en el teatro de los Jardines. Si á usted le molesta el tenor, mi mamá está resuelta á despedirle.»

Palmacio besó tantas veces la carta que le faltó muy poquito para comérsela.

Al día siguiente se presentó en casa de su amada, acompañado de un tendero de ultramarinos, como hombre bueno de su persona, y pidió en debida forma la mano de Obdulia, recibiendo el consentimiento de doña Angustias.

Al despedirse, al darle la mano á Obdulia, sintió que le hacía unas cosquillitas con el dedo meñique. Aquel signo, casi masónico, era un medio delicadísimo para decirle: «Palmacio, te amo,» y fué tal su emoción, que por poco se cae desmayado.

El tenor italiano no estaba en casa; pero ¿qué le importaban á Palmacio todos los tenores habidos y por haber?.. Obdulia era suya, tan suya como la ropa negra que había estrenado aquel día para pedir su mano.

III

Así comenzó la historia de los amores de Palmacio y Obdulia. ¿Cómo describir sin empequeñecerlos sus amorosos diálogos, sus elocuentes miradas?.. ¡Qué ojos los de Obdulia!.. ¡Qué suspiros los de Palmacio!

La mamá, ¡oh!, la mamá era una señora buena, dulce, tolerante... ¡Tenía un sueño tan oportuno! Era tan poco exigente, que se contentaba al regresar de los paseos nocturnos con un biftec con muchas patatas y una ración de cabello de ángel.

Palmacio se juzgaba verdaderamente feliz, todo lo feliz que puede ser un hombre sobre este globo terráqueo; sólo una nube empañaba el hermoso sol de su felicidad, esa nube era su amigo Silvestre.

Las dulcísimas miradas de Obdulia iban poco á poco enfriando la sangre cazadora en las venas del enamorado Palmacio.

Durante el mes de agosto sólo hizo dos expediciones codorníceras.

Silvestre ignoraba los amores de Palmacio; su conducta le parecía extraña. ¿Pero cómo era posible que Palmacio dejara las deliciosas noches pasadas en los Jardines del Retiro oyendo la voz de ángel del tenor de verano Piticci, de quien se había hecho buen amigo?

¡Qué buena persona era el tenor Piticci! Sus rubias melenas caían sobre los hombros llenando de grasa el levisac; sus ojos eran azules como el cielo de Italia, y además era huérfano también, así es que llegaron á formar una sola familia Obdulia, doña Angustias, Piticci y Palmacio.

¡Cuántos riñones al Jerez, cuántos chocolates con mojicón, cuántos mantecados le costaron al sensible Palmacio aquellos seres queridos que la Providencia había colocado ante su paso!

Mientras tanto, la mamá aprovechaba todas las ocasiones para hablarle á Palmacio del casamiento, y Palmacio, que era todo un caballero, comprendió que era preciso cumplir su palabra, encargando á un agente que corriera todas las diligencias para tan grave acto.

Piticci, como era un tenor de la clase de coristas distinguidos, al concluirse la ópera de verano en el teatro de los Jardines, quedó excedente en la escala musical, pero tenía aspiraciones á entrar de partiquino en el Real.

Resolvió Palmacio casarse el 24 de noviembre, día de San Crisógono, mártir, santo modesto y perseguido por el feroz Diocleciano. Este santo viene generalmente acompañado de grandes entradas de chochas, mucha nieve y tiempo revuelto.

Todo estaba dispuesto. Sólo se esperaba á San Crisógono para que un cura les leyera la famosa epístola de San Pablo.

Una mañana Silvestre entró en la alcoba de Palmacio como un ciclón. Venía pálido, ceñudo, amenazador. Palmacio se incorporó en la cama estremeciéndose. Silvestre le daba miedo porque le temblaba la barba y se le dilataban las ventanas de la nariz; estaba espantoso, tenía algo del ángel exterminador.

– ¡Desgraciado!, exclamó. ¡Lo sé todo! Pero llego á tiempo para salvarte. Ese amor que te domina te volverá más estúpido de lo que eres, aunque á ti te parezca imposible; pero aún vive Calleja, es decir, aún vivo yo, para librarte de que te absorba el abismo que se halla abierto á tus pies.

Palmacio se dejó caer sobre las almohadas y se tapó con la colcha para librarse del chaparrón que le amenazaba.

– ¿Conque dentro de cuatro días piensas casarte?, añadió Silvestre, moviendo la cabeza de abajo arriba y de arriba abajo. ¿Sabes tú lo que son las mujeres?.. Pues escucha y tiembla. Las mujeres han llenado de sangre y de lágrimas el universo; para ser feliz es preciso vivir ochocientas mil leguas distante de todo lo que huela á faldas, polisón y miriñaque. La mujer, según San Bernardo, tiene el diablo en el cuerpo. Tulia, hija de la reina Tenechil, despedazó á su padre y comió luego de su carne. ¿Qué puede esperarse de un sexo que lo da todo menos la felicidad, según Milton, y que lo mejor de él no vale nada, según Henode? Las mujeres de Cartago enervaron el valor de los soldados de Aníbal, por Elena se desplomó Grecia y se arruinó Troya, la primera que mintió en el mundo fué una mujer. Las mujeres, según San Agustín, son el fomento del pecado, y según Orígenes, el instrumento del diablo. San Juan Crisóstomo asegura con la honrada fe de su palabra que las mujeres son los enemigos de la amistad, las tentaciones naturales, las calamidades deseables, los males necesarios, los peligros domésticos. Y por último, infeliz criatura, recuerda la historia de Timur, gran tamerlán de Persia, que abandonó su reino y sus intereses por seguir á la bailarina Samaracanda, la mujer más disoluta que de madres ha nacido.

Al terminar Silvestre su filípica, Palmacio lloraba de un modo jeremíaco; aquellas palabras resonaban en su cráneo como las tempestades del ángel del Apocalipsis. Su cuerpo se hallaba inundado de sudor, sus fauces estaban secas como las de un calenturiento.

– Después del horrible cuadro histórico que he presentado ante tus ojos, añadió Silvestre, sacando una carta del bolsillo, escucha: es del guarda de Espinosa. Regocíjate, mortal.

Y Silvestre leyó con dramática entonación lo siguiente:

«¡Gran entrada de chochas! ¡Nunca se ha visto cosa igual! ¡Ayer maté veintisiete! ¡Esto es una gloria de Dios! ¡Vengan ustedes sin perder una hora! – *Gerineldo.*»

Y Silvestre, extendiendo las manos sobre su amigo, exclamó con paternal acento:

– Palmacio, si tienes sangre cazadora en las venas, levántate y sígueme. Las chochas nos esperan, la honra de tu escopeta lo reclama, deja de ser imbécil y vuelve á ser hombre, porque el amor no es otra cosa que un pelo que perturba la inteligencia hasta el punto de embrutecernos.

Palmacio se levantó como impulsado por una corriente eléctrica, se vistió de cazador, cogió su maletín, la escopeta, cartuchos, algún dinero, y una hora después salía con su amigo Silvestre en el tren mixto de Zaragoza.

IV

La expedición chochera duró treinta días. Silvestre se había propuesto salvar á su amigo de los peligros del matrimonio. De un monte le llevó á otro. No recordaban ningún año más abundante de chochas; aquello era una delicia. Por todas partes brotaban esas sabrosísimas emigradoras tan perseguidas y codiciadas por los aficionados á la escopeta. Nuestros dos cazadores lo olvidaron todo, pero por fin regresaron á Madrid.

Palmacio, al verse solo en su casa, volvió á recordar á su encantadora Obdulia y su sombrerito de pico de pato. Pero ¿con qué *cara* iba á presentarse ante su adorado tormento, y sobre todo ante su futura suegra, la respetable doña Angustias?

El caso era grave y sólo de pensarlo se le puso la carne de gallina.

Esperó la noche, se embozó en su capa y se dirigió conmovido á la calle de Bordadores, diciéndose para su capote: «Veré antes á la portera.»

Y en efecto, la portera estaba haciendo media en su cuchitril. Al ver á Palmacio exhaló un grito.

Aquel grito estremeció todo el ser de Palmacio y se dijo por lo bajo: «No hay duda; la sensible Obdulia se ha muerto de pena, y mientras viva tendré una espina en el alma.»

Y levantando la voz añadió:

– ¿Qué ocurre?

– De buena se ha librado usted, señorito, contestó la portera. ¿No sabe usted lo que pasa?

– No, señora; pero usted me lo dirá.

– Pues ya lo creo. La señorita Obdulia se ha fugado con el tenor Piticci y creo que se han ido á Cuenca á cantar óperas.

Palmacio retrocedió un paso, se llevó una mano y otra á la boca del estómago, murmurando con desfallecido acento:

– ¡Fugado!.. ¡Operas!.. ¡Piticci!.. ¡Cuenca!.. ¡Oh, Dios mío!.. Pero ¿y doña Angustias?, ¿y la mamá?

– Calle usted, por Dios, señorito; si doña Angustias no ha sido madre nunca, era una mamá de pega, alquilada... Vaya, le doy á usted la enhorabuena, porque le aseguro que la señorita Obdulia era de oro.

– Con aquel pico de pato, con los ricitos rubios...

– Con el pato y todo, añadió la portera haciendo un mohín.

Palmacio salió del portal tambaleándose como un beodo, detuvo el primer coche desalquilado, y se hizo conducir á casa de su amigo Silvestre, se arrojó en sus brazos llorando y exclamó:

– ¡Silvestre, las chochas me han salvado!

Luego le contó lo que ocurría, es decir, la fuga de Obdulia con el tenor de verano y la desaparición de doña Angustias, la madre alquilada.

– ¡Benditas sean las chochas!, exclamó Silvestre acariciando contra su pecho la cabeza sudorosa de su amigo. ¡Benditas sean las aves *tontas* de Belón, que te han librado de la hora tonta del matrimonio! Siempre que mates una chocha estréchala contra tu pecho, bésala y demuéstrale en todos los tonos la gratitud de un alma generosa.

Y en efecto, Palmacio no olvidó en su larga vida de cazador la recomendación de su amigo, y al matar una chocha exclamaba cayendo de rodillas:

– ¡Tus antepasados me salvaron! Gratitud eterna á las chochas, y mucho ojo con los sombreritos de pico de pato.

Cazadores, no olvidéis, por la cuenta que os tiene, la historia sentimental de vuestro compañero Palmacio.

Enrique Pérez Escrich

ANTIGUAS EXPLOTACIONES AURÍFERAS

DEL ÁFRICA AUSTRAL

Los primeros que hacen mención del oro del Africa del Sur son los escritores árabes del siglo x, los cuales, sin embargo, no hablan de establecimientos permanentes de explotaciones auríferas. Los comerciantes árabes que compraban oro en esa región procurábanselo cambiándolo por varias mercancías á los indígenas, siendo muy de notar que éstos preferían para sus adornos personales el cobre á aquel metal precioso, hecho que posteriormente ha sido confirmado por los navegantes portugueses.

Llegados éstos en el siglo xvi á la costa oriental encontraron allí á los comerciantes árabes, y viendo que el oro constituía uno de los principales artículos de tráfico, estableciéronse á su vez en aquel litoral,

sin penetrar en el interior, y si hablan de ciudades arruinadas que existían tierra adentro es únicamente por referencia.

Y sin embargo, esas tierras situadas detrás de la costa oriental, son en parte el Mashonaland que algunos han supuesto ser el país de Ophir de que habla la Escritura. Compréndese, pues, cuán grande era el deseo de descubrir el misterio que envolvía á esa comarca, deseo que en parte ha conseguido realizar M. T. Bent en dos años de exploraciones, cuyo resultado consigna en un libro que se ha publicado recientemente y del cual tomamos los siguientes interesantes datos.

El Mashonaland era hasta el presente poco conocido; apenas si algunos cazadores ó traficantes se aventuraban en él, hasta que en 1871 un viajero alemán, Carlos Manch, descubrió las ruinas antes citadas.

Los constantes progresos de los ingleses en el Africa austral han facilitado la exploración de aquel país, en donde se ha establecido una compañía comercial británica, gracias á la cual ha podido M. Bent visitar aquellos territorios en 1891, cuando ya había en ellos algunos mineros que habían sido atraídos por la existencia del oro.



MASÍA CATALANA, cuadro de José Moragas Pomar

Los primeros descubrimientos de M. Bent fueron muy celebrados: el viajero había encontrado las ruinas inmensas de la antigua ciudad de Zimbabya y sus excavaciones le habían permitido descubrir multitud de objetos de origen fenicio ó moro.

El hecho es que M. Bent adquirió la certeza de que en una época remota el país estaba habitado por un pueblo muy civilizado, que ocupaba aquella región únicamente para explotar los depósitos auríferos y que indudablemente tenía algunos conocimientos de las operaciones mineras y metalúrgicas. La ciudad fortificada central era Zimbabya, palabra que en lengua mashona significa *la residencia del jefe*, cuyas ruinas cubren una superficie de 1.600 metros de largo por 400 de ancho. En el interior de las gruesas murallas de la misma encuéntranse en varios puntos restos de hornos para la fusión del mineral y diferentes construcciones relacionadas con la industria minera.

Los objetos hallados en Zimbabya que se relacionan con esta industria son en gran número: hay entre ellos instrumentos, restos de hornos de reducción fabricados con arcilla, crisoles y tubos para soplar también de arcilla. Un detalle digno de notarse es que se han encontrado moldes de la misma forma que los de estaño, pertenecientes á los fenicios, descubiertos en Cornuailles. Los diversos instrumentos son de bronce, y el único objeto de hierro que se ha encontrado es una campana de forma curiosa que M. Bent supone de época muy posterior,

Las minas de las inmediaciones de Zimbabya no fueron, al parecer, explotadas; sin duda el mineral era llevado de muy lejos, y los fuertes avanzados, cuyas ruinas existen todavía, están construídos cerca de pozos abiertos en venas de cuarzo aurífero y servían precisamente para proteger á los mineros contra cualquier ataque.

Ninguna de esas construcciones se parece á las de la raza negra, pero no se tienen datos fijos para determinar en qué época comenzaron esas explotacio-

EN LA VÍA [illegible]IA, cuadro de Jer[illegible] Taluno



EL ASALTO, cuadro de L. A. Dumond



MESA REDONDA, cuadro de Alonso Pérez

nes auríferas; M. Bent opina que son anteriores al llamado período histórico. Convendría también saber cómo fueron los mineros arrojados de esas explotaciones, de donde los lanzó quizás alguna de esas emigraciones de Norte á Sur que tan frecuentes han sido en Africa. En opinión de M. Bent, el pueblo que en otro tiempo explotó aquella región era de origen árabe: es preciso tener efectivamente en cuenta que la mayor parte del oro que se recibía en el viejo mundo procedía de los navegantes árabes, y como éstos no lo encontraban en la Arabia misma, preciso era que lo fueran á buscar á otras partes, indudablemente al Africa meridional.

Una observación para terminar: los portugueses, desde los primeros tiempos de su ocupación de la costa oriental pudieron notar que los monomotapas, como llamaban ellos á los indígenas, no sabían tratar el oro contenido en el cuarzo; en cuanto á los habitantes del Mashonaland sólo han heredado de los antiguos metalúrgicos que habitaban en su país una gran habilidad en el tratamiento del hierro. – D. B.





LA TRILLA, cuadro de Juan Pinós y Palá

NUESTROS GRABADOS

La última mano, dibujo de L. K. Hill. Bien puede darse por satisfecha la protagonista de este dibujo, y la última mano que está dando á su tocado casi es inútil; su belleza, su arrogante figura y el disfraz elegante que viste le comunican tantos atractivos, que no vacilamos en afirmar que será la reina de la fiesta para la cual se ha engalanado. Así debe ella esperarlo, pues la expresión de su semblante al contemplarse en el espejo revela que no está descontenta de sí misma. Tampoco debe estarlo el artista, cuyo es el dibujo que reproducimos: cuanto puede exigirse de una labor de este género tiénelo la obra del conocido dibujante inglés Hill.

Pierrotina, cuadro de Strobl. – Aunque no admitida por la Academia, usamos la palabra *pierrotina* porque no encontrándole traducción castellana españolizamos el término francés *pierrette*, para no desnaturalizar el concepto que envuelve. Cuál sea éste no hemos de decirlo á nuestros lectores, pues no habrá de fijo quien no sepa que con aquel nombre se designa uno de los más graciosos disfraces hasta hoy inventados y de los que mejor se prestan á realzar los encantos naturales de la mujer. Dígalo si no el precioso busto de Strobl, en el que entre vaporosas gasas destaca una cabecita que es un primor de gracia y de belleza.

La ninfa y el pastor, cuadro de Julio Rotta. – Este pintor veneciano no pertenece á la escuela de los veristas, sino que elige preferentemente sus asuntos entre las poéticas narraciones de la mitología, siendo las ninfas, los faunos y los sátiros sus personajes favoritos. Completamente dentro de este género está el cuadro que reproducimos y que fué muy celebrado en la última Exposición internacional de Munich.

¡Toma, monín!, cuadro de Leopoldo Schumtzler. – Poco aficionado á los asuntos modernos, Schmutzler reproduce en nuestros días escenas, tipos y objetos del pasado siglo, que tanto se prestan á lucimiento para los pintores que han estudiado concienzudamente aquella época y aquellas costumbres alegres y fastuosas. El cuadro suyo que hoy publicamos no tiene, como vulgarmente se dice, desperdicio desde el punto de vista artístico, y todo en él confirma lo que acerca de su autor hemos dicho en otras ocasiones á propósito de algunas de sus obras, como *De común acuerdo* y *El minué*, que ha insertado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Masía catalana, cuadro de José Moragas Pomar. – El estudio que reproducimos es una de las primeras producciones que de este artista damos á conocer á nuestros lectores. Joven, no tiene otros méritos que alegar que los de ser hijo y discípulo de un distinguido pintor, D. Tomás Moragas, amigo y compañero querido de Fortuny, los premios y recompensas alcanzadas en las academias y la revelación de lo que puede esperarse de sus condiciones y aptitudes, ya que quien como él, en los albores de la vida, en sus primeros empeños artísticos, sabe interpretar tan acertadamente las delicadas combinaciones de la luz, dar relieve é imprimir notable exactitud á los objetos inanimados, debe concedérsele la confianza de que con el tiempo ha de producir su pincel obras de más importancia y mayor aliento.

En la Via Apia, cuadro de Jerónimo Tuduno. – Triste contraste es el que ofrece este hermoso lienzo del pintor italiano Tuduno: de un lado el magnífico landó ocupado por elegantes mujeres que disponen hasta de lo más superfluo; de otro la familia de mendigos que carece aun de lo más necesario. Esa desigualdad, que ha existido y existirá siempre, tiene, sin embargo, un lenitivo, la caridad, cuyos efectos pueden apreciarse en ese cuadro viendo la alegría y la gratitud exactamente representadas en los semblantes de los menesterosos socorridos cristianamente con la limosna del rico.

El asalto, cuadro de L. A. Dumond. – El Far West americano ha sido cien veces teatro de escenas como la de este cuadro, en el que una familia de colonos ve invadida su humilde vivienda por un grupo de indios que no tardarán en dar cuenta de aquellos infelices. La ferocidad de los asaltadores y el terror de los asaltados están expresados admirablemente y acreditan de verdadero maestro al celebrado pintor Dumond.

La mesa redonda, cuadro de Alonso Pérez. – Examínense una por una las caras y las actitudes de los comensales, obsérvese la riqueza de detalles de la mesa y de la estancia y se comprenderá que el autor de este cuadro ha estudiado con cariño el asunto y ha estado felicísimo en la reproducción de los objetos y sobre todo de esos tipos que son de todos los tiempos y que en todos los países vemos congregados alrededor de la mesa redonda en cualquier *hotel* ó posada.

La trilla, cuadro de Juan Pinós y Palá. – El ya considerable número de cuadros de género ruralista que ha producido este discreto pintor, justifican el concepto to que merece como valiente y decidido campeón de esa escuela que tuvo su origen en el Norte de la catalana región y que á pesar de su modesta cuna ha logrado señalados triunfos. Los hermanos Vayreda, Galvey, Casas, Rusiñol, Baixeras, Llimona y otros más hanse inspirado en los sencillos cuadros de costumbres rurales de la comarca olotense, copiando sus bellísimos y frescos paisajes. Pinós figura entre los más constantes y merece con justicia el título de pintor ruralista, puesto que cuando, como él, se ha logrado fijar en el lienzo con tanta fidelidad y exactitud los colores de la naturaleza y los cuadros animados y faenas y costumbres campestres, se adquiere el derecho de alimentar nobles aspiraciones y seguir las huellas que han dejado impresas los que han obtenido por medio de su ingenio la recompensa de sus esfuerzos.

Una partida empeñada, cuadro de Onofre Gari Torrent. – Recomendables por más de un concepto son los cuadros de este pintor, que continúa con tan buenos auspicios por la segura senda que emprendió al comienzo de su carrera En sus lienzos obsérvase sobriedad en el colorido, exactitud en los tonos y la verdad que revelan las composiciones estudiadas del natural. El grupo de pescadores, que después de las rudas faenas del día, entretienen sus ocios, acostados sobre la arena de la playa, empeñados en los incidentes y azares de una partida de *malilla* ó *brisca*, es recomendable por su realismo y por la exactitud de sus trazos, revelando estudio y espíritu de observación, cualidades que llegará á poseer el Sr. Gari en alto grado, si continúa siendo devoto ferviente del arte.

SORPRESA, cuadro de Francisco Sans Castaño

Sorpresa, cuadro de Francisco Sans Castaño. – Recomendables verdaderamente son las producciones de este artista, que empezó con buenos auspicios, hace algunos años el cultivo del arte. Del excelente maestro D. José Serra y Porsón recibió las primeras lecciones, cuya enseñanza completó después en la Academia de Bellas Artes de Barcelona. Impregnado el espíritu de este artista del verdadero sentimiento del arte y robustecido con la sólida base del estudio, ofrece siempre con igual entusiasmo al severo juicio de la crítica el producto de su laboriosidad y de su ingenio. De su paleta fresca y jugosa, brotan los matices más delicados, distinguiéndose asimismo sus obras por su acertada entonación y buen dibujo.

En el piano, cuadro de Enrique Cain. – Distintas veces hemos dicho que los temas más sencillos pueden ser asuntos para bellísimas obras de arte; el cuadro de Cain confirma una vez más la verdad de esta afirmación, pues la trivialidad de la escena está más que compensada por la gracia y la elegancia con que su autor ha sabido presentarla.

¡Buen hallazgo, cuadro de Vollon. – Hacer un cuadro de interés artístico sobre una figura mil veces reproducida es labor más difícil que crear una obra de arte sobre un tema nuevo ó poco gastado; por esto merece doble aplauso el lienzo del celebrado pintor francés Vollon, en el que vemos tratado con verdadero talento el tipo del pierrot.



UNA PARTIDA EMPEÑADA, cuadro de Onofre Gari Torrent

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

De todo cuanto había visto en casa de la princesa Koloubine no quedaba en su imaginación más que la esplendidez del paisaje que había servido de marco á la hermosa señora Liebling, y el suntuoso decorado del salón en que Mania había cantado el aire popular de Lithuania. El artista que de ordinario retenía tan exactamente el relieve de las cosas, los principales elementos de la reunión, los juegos, las *toilettes*, las fisonomías de los invitados, los recordaba sólo como una masa confusa é indistinta. En este fondo brumoso y fugaz la personalidad de Mania se destacaba solamente con una precisión y una intensidad tales, que creía, así como en una alucinación, que la veía marchar á su lado. Se acordaba de los menores detalles, de las flores rosadas brochadas en la tela rica del vestido, de los dos pliegues que desde el talle señalaban los contornos de las caderas, de la blancura lechosa de la garganta; oía las notas ardientes de su voz incomparable, el sonido argentino de su irónica risa; creía aspirar el suave olor de las rosas te que cogía en sus manos la bella al pasar cerca de los arbustos.

Esta casi alucinación duró hasta el momento en que llegó al nido de la calle Carabacel, donde, en cuanto la criada abrió la puerta, vió á Teresa, que leía á la luz de la lámpara, volverse á mirarle, y la oyó decir con su voz dulce y serena:

— ¡Jesús, qué tarde vuelves, hijito!.. Te habrás divertido mucho en casa de tu princesa, ¿eh?..

V

Cuando un hombre que por naturaleza es recto y sincero falta, aunque sea ligeramente, á sus hábitos de lealtad, al punto sufre el castigo de un humillante malestar moral. Forzosamente condenado al disimulo, se encuentra tan mortificado como un gran señor que se viera obligado á vestir un traje viejo. Para quien no sabe mentir, la necesidad de ocultar alguno de sus actos es un verdadero suplicio.

Santiago empezó á conocer este tormento la noche siguiente á la *garden-party*. Teresa le pidió que le refiriese todos los incidentes de la fiesta, las magnificencias de la villa Endymión, las *toilettes* de las señoras, los obsequios que la princesa habría prodigado á sus convidados. El pintor no se hallaba en disposición de contestar de una manera clara y precisa.

— Estaba muy bien, dijo lacónicamente.

— Y la princesa, ¿qué traje llevaba?

— Me parece que un vestido de terciopelo negro.

— ¿Dices que te parece?, exclamó Teresa riendo. Tú que todo lo observas, ¿no has reparado en el traje de la princesa?

— Había tanta gente...

— Muchas señoras hermosas, ¿eh?

— Sí, bastantes... Sobre todo señoras ya de cierta edad.

— ¿La princesa te ha presentado á sus amigos?

— Sí; una multitud de personas cuyos nombres no he oído jamás.

— ¿No te has fijado en nadie particularmente?

— No, en nadie.

— Hijo, lo que me parece es que no estás de humor de contarme nada. Hay que sacarte las palabras como con tenazas... ¿Qué habéis hecho allí toda la tarde?

— Mucha música.

— ¿Buena música?

— Excelente.

Y añadió evasivamente como si quisiera eximirse de un escrúpulo de conciencia:

— Había una señora vienesa que ha cantado superiormente una canción de su país.

— ¡Ah! ¿Y es hermosa?..

— ¿La canción?

— No, la señora.

— Sí, una artista notable.

— ¿Sabes su nombre?

— Tiene un apellido austriaco muy difícil de pronunciar, respondió el pintor hipócritamente, y se apresuró á decir luego: El calor era sofocante en los salones y estuve poco tiempo. Casi toda la tarde la he pasado en los jardines.

— ¿Son tan hermosos como pondera la princesa?

— Admirables.

Para no exponerse á que Teresa le reprochara nuevamente el laconismo de sus respuestas, Santiago empezó una descripción muy detenida de la villa Endymión. Encareció la asombrosa vegetación del parque, la abundancia de aguas, los bosques de naranjos, la profusión de estatuas de mármol, la hermosísima perspectiva del mar y de las montañas desde las terrazas. Y mientras se esforzaba en pintar con vivos colores y gran lujo de detalles los encantos del paisaje, veía pasar por delante de sus ojos la imagen de la baronesa Liebling arrancando las rosas te por encima de las balaustradas de las terrazas.

Muchas veces volvería á ver en sus sueños la encantadora figura de la señora Liebling. Desde el día de la *garden-party*, el recuerdo de la extranjera de los ojos verdes se interpuso traidoramente entre Teresa y Santiago, en la intimidad del nido de la calle Carabacel. Durante el día los más insignificantes incidentes, el perfume de las violetas, el aire *Santa Lucía* tocado por los mandolinistas del



— Yo, contestó Santiago, no me escandalizo, ni hay motivo, señora mía...

café del Renacimiento, bastaban para evocar la inolvidable aparición. La noche misma, en las tinieblas silenciosas de la alcoba conyugal, cuando Teresa se dormía, Santiago, todavía despierto, se abandonaba al peligroso placer de esta evocación. Complacíase en recordar el sonido de la voz, la sonrisa irónica, el andar acompasado, las actitudes familiares de Mania hasta que oyendo un suspiro de la honrada mujer que dormía á su lado, recobraba la conciencia de la realidad. Avergonzado de su desvarío, surgía en su corazón el sentimiento de la lealtad y del deber, y se rebelaba contra la infidelidad mental de que se confesaba culpable.

«Esto es vergonzoso, pensaba; es una especie de adulterio moral el que cometo interponiendo la imagen de otra mujer entre la mía y yo; la mía, la que elegí para compañera, la que amo sobre todas las cosas de este mundo y á la que no quiero engañar... ¿Adónde voy á ir á parar?.. ¿Estoy acaso enamorado de la señora Liebling?.. No; el corazón no está interesado en esta empresa. Esa extraña figura de mujer influye solamente en mi imaginación; excita mi curiosidad; acaso mueve en mí ese sensualismo que todo hombre posee, á su pesar y por muy honrado y leal que sea... Pero no importa, hay que estar alerta; si me seduce el deleite de pensar en esa mujer, á quien apenas conozco, acabaré por padecer una verdadera obsesión, y una vez seriamente apoderada de mí la idea de esa mujer, Dios sabe lo que pasará y cómo saldré de tan apretado lance. Si ella me envía á paseo, como es probable, será para mí una contrariedad terrible, y si por casualidad recibe bien mis galanterías, Teresa, la pobre, será la que sufra cruelmente el día en que descubra que la he engañado.»

Una vez planteada esta hipótesis, y con la excitación que produce la noche en nuestras sensaciones y en nuestras ideas, pintábase Santiago con los más negros colores la legítima indignación de Teresa, la perturbación en su tranquilo hogar, la desolación de su madre, é instintivamente acercábase á la casta esposa, que estaba en su mismo lecho, como queriendo hallar un refugio contra las tentaciones; la estrechaba en sus brazos y le daba un beso que Teresa le devolvía medio dormida...

Pero con el día se atenuaban considerablemente sus aprensiones y sus escrúpulos. La alegre luz de Niza, los rumores de la calle, el paseo de los Ingleses

lleno de hermosas mujeres y de vistosas *toilettes*, el ambiente de galantería que se confundía en el aire con el perfume de las flores; todas estas seducciones le hacían ver las cosas con menos pesimismo. «¿Por qué se alarmaba tan sin razón?» Realmente no tenía intenciones siquiera de hacer traición á Teresa, á quien amaba tiernamente; la admiración que le inspiraba Mania era puramente intelectual y absolutamente exenta de toda idea de posesión. Sentía cerca de ella la emoción que siente un artista como él contemplando un hermoso modelo; nada menos culpable ni más natural que esta admiración. Suponiendo que esta admiración llegara á transformarse en un inocente capricho amoroso, el juego no era muy peligroso, en verdad, y después de todo, á los artistas no se les puede juzgar por el código estrecho y severo de la moral vulgar. Santiago recordaba perfectamente las aventuras de ciertos camaradas suyos á quienes pesaba en la conciencia más de una aventura galante, y sin embargo, eran considerados, con razón, excelentes maridos. Y así el pintor cedía con más indulgencia para su pecado á la tentación de seguir recordando las singulares perfecciones de la señora Liebling. Dejaba de nuevo á su fantasía volar alrededor de aquella seducción; complacíase en reproducir en su mente las voluptuosas sensaciones que había experimentado al lado de mujer tan encantadora, y á medida que Mania ausente estaba más presente en su imaginación, aguijábale más también el ardiente deseo de volver á verla.

Esperaba haberla encontrado en la orilla del mar, en el mercado de flores ó delante de los almacenes del muelle Massena. Más de una mañana había salido de casa pensando: «Hoy puede que la encuentre,» y se echaba á discurrir si la dama le recibiría bien ó mal. Imaginaba que iba acompañándola en el paseo y hablando con ella familiarmente, acariciados por la brisa del mar; pero en vano recorría el paseo y el mercado, en vano miraba y remiraba al interior de las tiendas de las floristas y paseaba desde el jardín público á Santa Elena; la señora Liebling no se presentaba. Desesperado de no hallarla, resolvió pasar á diferentes horas del día por la calle donde aquélla vivía. La calle de la Paz merece este nombre. Está en un barrio silencioso donde el comercio es poco y por donde pasa poca gente. Las villas y hoteles particulares están separados unos de otros por espaciosos jardines. En este barrio se vive como en el campo, y como en el campo se conocen todos los vecinos. Santiago no tardó mucho en hallar la casa de Mania; el primer portero á quien preguntó le dijo cuál era. Como le había dicho Ossola, era un hotelito rodeado de rosales, que en caprichosa enredadera llegaban á la altura del primer piso y caían en guirnaldas decorando el muro con sus flores rojas y amarillas. El pintor experimentó una pueril satisfacción contemplando desde la acera de enfrente la morada de la dama de sus pensamientos; pero luego comprendió lo ridículo de esa satisfacción de colegial, y renunció á seguir paseando la calle por delante de la puerta cerrada de la señora Liebling. No podía decentemente presentarse en su casa, porque ella ni le había dicho dónde vivía ni á qué horas recibía... No tenía otro remedio que volver á casa de la princesa Koloubine, donde casi era seguro que la encontraría...

–¿Sabes, dijo á Teresa, que debemos una visita á la princesa? Cierto que te excusaste de asistir á la *garden-party*, pero ella vino á visitarte y es preciso que le devolvamos la visita. Mañana es jueves, y si quieres, iremos á la villa Endymión.

Conocía lo refractaria que era Teresa á estas visitas y contaba con que le dejaría ir solo y se contentaría con que él mismo la disculpara. Pero no fué así. Teresa pensaba que no había hecho bien en no asistir á la *garden-party*, y sentía el escrúpulo de haber sido poco cortés con la princesa, que se había mostrado tan amable con ella; temía que este retraimiento suyo pudiera perjudicar al porvenir de su marido no asociándose á sus esfuerzos para adquirir cierta clase de relaciones muy necesarias á los artistas, y se había propuesto ser más sociable en lo sucesivo.

–Sí, respondió, debemos ir á visitar á la princesa. Conozco que hice mal en no acompañarte la tarde de la *garden-party*, y desde ahora quiero participar de las molestias y de los deberes sociales que te impone tu condición de artista. Bueno es que en el mundo que te ves obligado á frecuentar se vea que tienes una mujer presentable.

El día siguiente Teresa se puso su vestido de seda gris y el más elegante de sus sombreros, y á las tres de la tarde ella y Santiago montaron en un coche que los condujo á San Felipe. Durante el camino, Santiago no cesaba de ponderar á su mujer las maravillas del parque y de la villa Endymión. Desgraciadamente, el tiempo se había echado á perder y la primera impresión de Teresa fué menos agradable que la que había recibido su marido. El cielo se había cubierto, y un aire violento levantaba nubes de polvo, y antes de llegar á la villa empezó á llover. Cuando el coche rodó por la avenida principal, el parque apareció enteramente cubierto de niebla. El aspecto triste del horizonte, los árboles y los arbustos empapados de agua y las flores en la bruma no podían impresionar de una manera grata á Teresa, que experimentaba cierto sentimiento de timidez más acentuado conforme se acercaba más á la casa. Cuando llegó el coche delante de la marquesina de la entrada y vió Teresa la larga fila de carruajes perdió toda su serenidad, y temblando de miedo tanto como de frío, se dejó llevar por Santiago al vestíbulo y luego á la antecámara. Un lacayo abrió las dos hojas de una puerta y anunció:

–El Sr. Moret y señora.

Al extremo de un salón vacío, en el que una camarera presidía los preparativos para el servicio del te, se percibía un murmullo de voces en el salón inmediato.

La princesa, muy ocupada con sus convidados, sin duda, no había oído anunciar el nombre de Moret, y éste y Teresa tuvieron que adelantarse solos hasta el ingreso en el segundo salón, lo que no contribuyó poco á calmar un poco la excitación de la buena esposa.

La princesa los vió por fin y se dirigió al matrimonio muy solícita disculpándose.

–¡Qué agradable sorpresa!, exclamó... Celebro mucho que hayan ustedes venido los dos... Venga usted, señora, que quiero presentarla á mis amigos.

Y empezaron las presentaciones.

–Mi hermana, la señora Nakwaska..., mi sobrina Sonia... El Sr. Ossola, á quien creo que ya conoce usted... La baronesa Pepper, una de las más bellas damas de nuestra colonia rusa... El doctor Jacobsen. . La condesa Acquasola... La señora de Bromberg, esposa de nuestro vicecónsul...

Teresa, algo cohibida, saludaba y se sentaba en una silla, muy azorada al advertir que los grupos de convidados la habían separado completamente de Santiago. Las señoras á quienes había sido presentada la miraron un momento con afectada sonrisa, los hombres con curiosidad, y luego continuaron las interrumpidas conversaciones.

La hermana de la princesa, una mujer pequeñita, arrugada, inquieta, hablaba con una voz gangosa, poco agradable, con Flaminio Ossola, que la oía con cortés deferencia.

–Sí, amigo mío, es muy desagradable... Figúrese usted que llego á Monte-Carlo, me instalo en mi sitio predilecto, ya sabe usted, en la primera sala, la mesa de la izquierda... y arrojo una moneda de veinte francos sobre el cero... Sale el cero... Hasta aquí todo va bien. Recojo mi dinero, y advierto que me faltan veinte francos que reclamo en el acto al individuo aquel que dirige la maniobra... Perdone usted, me dice aquel animal, creía que dejaba usted su puesta en el mismo sitio. Me enfado y le grito: «No señor, no, póngala usted en el 22 pleno...» En el mismo instante... ¿qué cree usted que sucedió?.. ¡Pues que salió el cero otra vez!.. ¿Ha visto usted cosa más particular? Pues amigo mío, desde aquel momento ya no volví á acertar un número, y me volví á casa con mil francos menos en el bolsillo.

–Pero usted á lo menos, mi querida Ana Egorowna, exclamó la condesa Acquasola, gruesa, redonda, ya madura, adornada de una peluca blanca y expresándose con una voz quejumbrosa y aflautada..., usted á lo menos tuvo la prudencia de conservar algún dinero, pero yo... yo quedé totalmente arruinada... Si hubiera habido allí quien prestase sobre postizos habría tenido que empeñar los míos... En fin, ¿cómo quedaría yo en la maldita ruleta que tuve que pedir cinco francos en el café para poder volver á Niza?

Todos la compadecieron irónicamente y por lo bajo se hacían muy sabrosos comentarios.

–La condesa es incorregible, dijo la princesa... ¿Juega usted, señora?, preguntó á Teresa, que oyó con asombro tan extraña pregunta.

–¿Yo, señora?.. ¿Jugar yo? Ni siquiera sé lo que es la ruleta.

–Felicito á usted por su ignorancia en ese punto, y espero que impedirá usted á su marido que frecuente ese lugar de maldición que se llama Monte Carlo. En mi opinión, un artista que posee en su cerebro el puro inagotable manantial de los goces más ideales, no tiene perdón si se enfanga en las groseras emociones del juego... ¿Te acuerdas, Ana?, suspiró la princesa, de las pesadumbres que nuestro amigo Catenacci, el célebre compositor, daba el año pasado á su pobre mujer?.. Sepa usted, señora, que se había casado por amor con la hija del banquero Marcus, una niña inocente y adorable... La pobrecilla idolatraba á su marido, y se ponía á temblar cuando llegaba la hora de volver aquél de la casa de juego. Un día le llevó todas las alhajas al Monte de Piedad, y por la noche perdió veinticinco mil francos al treinta y cuarenta, pero trajo á su mujer para que se consolara un collar de diamantes americanos... ¡Oh, señora!, deseo que Niza no le reserve á usted sorpresas semejantes.

–A propósito de Catenacci, interrumpió el doctor Jacobsen, suspendiendo su íntima y juguetona conversación con la baronesa Pepper, ¿sabe usted que el banquero Marcus no ha perdonado á su hija el capricho de casarse con el músico?.. Ha jurado no dejarle ni un *schelling*, y se venga de una manera muy original para un judío. Gasta su dinero todo en fundaciones piadosas. El invierno pasado repartió diez mil francos á los pobres de San Remo, y este año ha dado cincuenta mil á la parroquia de Menton para establecer un asilo de huérfanos.

–¿No dará también alguna cosita ese caritativo señor á los que han perdido su dinero en Monte Carlo?, preguntó la condesa Acquasola con un acento tan cómicamente quejumbroso que nadie pudo reprimir la carcajada.

–Yo, en el lugar de la mujer de Catenacci, pediría el divorcio, observó la sobrina de la princesa, Sonia Nakwaska, una joven que llevaba el pelo cortado como un hombre y tenía una cara de chico vicioso.. Hubiera seguido el ejemplo de Stasia Zaleska, una mosquita muerta en la apariencia, pero que ha sabido sacudirse la mosca del marido... Se había casado con un hombre insoportable, y se ha compuesto tan hábilmente que ha obtenido del Santo Padre la anulación de su matrimonio... La Santa Sede ha declarado que la unión adolecía de un vicio de nulidad, porque.. no sé cómo diga... Ayúdeme usted, Ossola...

–Por... por lo que no puede decirse..., ó mejor dicho, por lo que puede decirse, pero no debe decirse...

–Eso es, eso es..., y ahora la pobre Stasia es libre como el aire. . y se contenta con tener un amigo..

–O varios amigos, añadió Ossola.

–Varios amigos agradables, siempre valen más que un marido insoportable, observó malignamente el doctor Jacobsen, porque...

–Vamos, doctor, murmuró la baronesa Pepper, tapándose la cara con el abanico, no siga usted el comentario... Repare usted que tenemos aquí á la señora Acquasola, que no le gustan estas conversaciones...

–¡A mí!, protestó simplemente la gruesa matrona. Todo eso me tiene muy sin cuidado... A mí no me interesa nada más que ganar en la ruleta, y desgraciadamente esto no me sucede todos los días.

–Señoras, repuso Jacobsen con aire de misterio, voy á descubrir á ustedes un secreto... Señora Acquasola, no haga usted señas de que me calle, es inútil; la verdad la sobrepongo á la amistad... Pues bien, señoras: si á la condesa no le interesan esas conversaciones un poco picarescas, es porque tiene la dicha de poseer un corazón puro y virginal... porque la condesa es una mascota.

–¡Una mascota!, exclamó la hermana de la princesa, la señora Nakwaska, liando un cigarrillo: en ese caso suplico á usted que se siente cerca de mí en la mesa de juego y me dará usted la suerte que persigo.

Teresa, oyendo esta conversación, estaba roja como una amapola y sentía indefinible malestar.

Jamás se había expresado nadie en su presencia con aquella ligereza. Todo aquello le producía un efecto de estupor extraordinario. Todo lo que veía y oía era precisamente lo contrario de lo que ella creía que había de hallarse en la sociedad aristocrática. En aquel mundo de princesas y condesas se hablaba de las cosas más graves con un escepticismo chocante, y se hacía alarde de una indulgencia absoluta respecto de la galantería y del amor ilícito. Aquella gran señora que arriesgaba al juego todos los días miles de francos y no abría la boca más que para contar sus proezas en la ruleta; aquella joven precoz y procaz que hablaba del matrimonio con la más inconveniente ligereza; aquel Dr. Jacobsen, de risa cínica, que bromeaba con la baronesa Pepper y le decía al oído

sin duda las más picantes desvergüenzas, lo que divertía mucho á la baronesa, que no contenía sus escandalosas risotadas... ¿Era aquella la alta sociedad cosmopolita?.. Bajo la cortesía afectada y la superficial corrección de este extraño mundo, Teresa adivinaba un fondo de corrupción que la repugnaba. Sentía profundo malestar, y con la vista buscaba á Santiago para que la llevara de allí; pero el artista estaba hablando con la mujer del vicecónsul, flaca y lisa como una virgen bizantina, con la que disertaba sobre el estetismo y el impresionismo, y no pensaba seguramente en salir todavía de la casa de la princesa. Por el contrario, parecía como que tenía interés en prolongar la conversación. Evitaba mirar á Teresa, y volvía como distraído la cabeza hacia la puerta que comunicaba con el salón contiguo, como si esperase la entrada de alguna persona.

Teresa, impaciente, se atrevió á levantarse y se dirigió á Santiago cuando la princesa le detuvo.

– Qué, ¿quiere usted dejarnos ya?, la preguntó con un tono de cariñosa re-



Y Mania, todavía envuelta en su abrigo de piel de armiño, entró como un torbellino de nieve

convención. No, no se irá usted sin haber tomado una taza de te. Además tengo un medio infalible para que usted no nos abandone, y consiste en confiscar á su marido.

Tomó el brazo de Santiago, dijo á Ossola que lo ofreciera á la señora de Moret, y dirigiéndose á los demás convidados, exclamó:

– El te nos espera, amigos míos.

Pasaron todos á la habitación inmediata, donde Sonia Nakwaska ofrecía tazas de te y azúcar con un desembarazo parecido al de un muchacho calaverilla. En el mismo instante en que Santiago llevaba la taza á sus labios, abrióse la puerta de la antecámara y el lacayo anunció:

– La señora baronesa Liebling.

Y Mania, todavía envuelta en su abrigo de piel de armiño, entró como un torbellino de nieve.

– Vienes con retraso, querida, dijo la princesa abrazándola y besándola... Ya creíamos no verte hoy por aquí.

– Perdonadme, pero después de almorzar me he puesto á leer un artículo que me ha interesado, y me he entretenido agradablemente al amor de la chimenea.

Al entrar Mania, Santiago había puesto la taza sobre la mesa, é instintivamente había dado algunos pasos en dirección á la baronesa. Esta le vió y le llamó:

– ¡Oh, señor Moret! Usted es precisamente la causa involuntaria de mi tardanza, porque el artículo que me ha entretenido es un estudio de las obras principales de usted.

Cerca de la princesa Koloubine, Teresa miraba con visible asombro á aquella desconocida que interpelaba tan familiarmente á su marido. Este movimiento de sorpresa no escapó á la observación de la princesa, y como se preciaba de cumplir muy minuciosamente sus deberes de señora de la casa, se apresuró á romper el hielo.

– No conoce usted, dijo en voz alta, á mi amiga la baronesa de Liebling; la presentaré á usted. Querida Mania, esta señora es la esposa de Moret.

Las dos se miraron y saludaron fríamente. Teresa apenas tocó con la punta de los dedos la mano que le ofrecía la baronesa Liebling.

– Tengo mucho gusto, señora..., murmuró ésta distraídamente, y se volvió hacia Santiago, que sonreía, pero con cierta mal disimulada turbación.

– Amigo mío, le dijo, ¿tendrá usted la bondad de procurarme una taza de te?.. La lluvia me ha destemplado y tengo necesidad de algún tónico. Dos terroncitos de azúcar nada más y una rajita de limón... Muy bien. Gracias.

Se quitó uno de los guantes, y llevando la taza á sus labios bebía el te á pequeños sorbos y continuaba hablando con el pintor.

– Sí, esa revista me ha interesado..., y no es que esté enteramente de acuerdo con el autor. Sus lamentaciones sobre la decadencia de la pintura de historia no me conmueven; pero tiene un gran mérito, á mi juicio; describe los cuadros de usted de una manera tan magistral que parece que se ven. Me parece ahora que conozco hasta el país en que ha puesto usted á sus figuras... Ese cielo de otoño, esa llanura gris obscura, con su marco de arboleda, creía verla y me recordaba la impresión de nuestras llanuras de Galitzia... Porque ha de saber usted que yo soy en el fondo una campesina... y estoy enamorada de la naturaleza...

Poco á poco había llevado aparte á Santiago, y muy juntos los dos, hablábale con animación, sin cuidarse de los que los rodeaban y como si estuvieran solos en el salón.

– He sido, le decía, criada en el campo, en un castillo perdido en medio de nuestros bosques de pinos. El invierno es allí muy largo; pero la primavera, que llega tarde, es prodigiosamente fecunda: la vegetación se desarrolla en aquel país con una exuberancia extraordinaria, con la violencia apasionada de lo que no ha de durar mucho... Allí, en aquellas llanuras verdes que se pierden de vista, de noche, bajo un cielo tachonado de estrellas, es donde se comprende la poesía de nuestras melodías populares, cuando los aldeanos vuelven de las faenas campestres cantando á coro... ¡Oh, sería preciso que usted lo oyera!..

Santiago se hallaba de nuevo sometido al hechizo; la expresión entusiasta de la fisonomía de la baronesa le fascinaba.

– He creído oirlo el jueves pasado, replicó, bajando la voz, cuando usted cantaba...

– ¡Oh! No oyó usted ese día más que una ligera indicación de nuestra música... Poseo un vastísimo repertorio de canciones de Lithuania... Si viene usted á verme algún día, le haré conocer algunas que son una maravilla...

– Tendré un verdadero placer..., pero ¿á qué hora encontraré á usted en su casa?

– Estoy en casa todas las tardes de cinco á siete. Recibo poca gente, sólo algunos amigos íntimos, en cuyo número tendré mucho gusto en contar á usted.

Hallábanse solos en un ángulo del salón. De cuando en cuando llegaban nuevas visitas, y la princesa dejaba á Teresa para recibirlas. Esta última había quedado cerca de la mesa del te, en compañía de Flaminio Ossola, que hacía los imposibles para sostener la conversación, y de la señora de Acquasola que se atracaba de *sandwichs*. Teresa apenas contestaba á sus interlocutores; tenía la mirada fija en el grupo formado por Santiago y Mania Liebling, y sentía angustiado el corazón... «¿Cómo su marido tenía tanta familiaridad con aquella señora? Sin duda se habían visto ya en la *garden-party*... Pero en este caso, ¿cómo Santiago no le había hablado de la señora Liebling?.. Seguramente no había nada extraordinario en que su marido fuese objeto de la admiración ó de la curiosidad de las amigas de la princesa. Todo artista que alcanza cierta notoriedad está expuesto á estas demostraciones más ó menos sinceras, y hasta entonces Teresa no se había sentido molestada por eso; todo lo contrario. Muchas veces había visto en París á señoras muy distinguidas solicitar la atención del artista, y esto no la había parecido mal... ¿Por qué ahora se sentía celosa? Era porque antes Santiago no hacía misterio de las atenciones que le dispensaban las damas; por el contrario, siempre la contaba jovialmente la facilidad con que obtenía la simpatía de las señoras, y los dos se reían mucho. Pero esta vez la había ocultado la presencia de aquella extranjera en la *garden-party*, y sin embargo no le habría parecido tan insignificante cuando parecía muy contento de conversar con ella y ambos conversaban como amigos íntimos.

Teresa miraba con minuciosa desconfianza á la sospechosa señora Liebling. Insignificante no era ciertamente la señora. Vestía con una elegancia y una distinguida sencillez que revelaba una mujer bien nacida y de muy buen gusto. Teresa, aunque la miraba con justificada prevención, no podía menos de reconocer en ella distinción, dignidad y maneras muy superiores á las de las demás señoras que llenaban el salón. Sin duda, era mujer de talento; adivinábase en la viveza de su mirada y en la expresiva movilidad de su fisonomía. Su figura toda era verdaderamente seductora. Todo esto constituía un atractivo temible. En verdad, Teresa tenía confianza en Santiago; sabía que era leal, generoso, incapaz de una baja traición; ¿pero por mucha rectitud que haya en el corazón de un hombre, ¿está éste libre de tener un capricho? ¿No puede súbitamente sentir el aguijón de la pasión y sucumbir?.. Los ojos brillantes á la vez que profundos de la desconocida producían en Teresa un indefinible terror, y temblaba por su ventura al mismo tiempo que se culpaba de sospechar de su marido sin otro motivo que ligeros indicios y vagas presunciones. La prolongada conversación de Santiago y la señora de Liebling la angustiaba, y necesitaba emplear toda su fuerza de voluntad para disimular su agitación y responder con serenidad á las vulgaridades de Flaminio Ossola.

En fin, Santiago se despidió de Mania Liebling con un apretón de manos, y se dirigió á su mujer.

– Creo, le dijo un poco turbado, que ya es hora de que nos retiremos.

– Sí, murmuró Teresa, me siento un poco fatigada.

Fueron á saludar á la princesa y salieron á pedir su coche. El tiempo se había echado á perder y el paisaje desaparecía bajo el chaparrón. Cuando estuvieron en el coche, Teresa, cuyo corazón latía con desconocida violencia, preguntó á Santiago con afectada indiferencia:

– ¿Quién es esa señora Liebling que ha hablado tanto contigo?

Santiago, oyendo la pregunta, se inclinó al lado de la portezuela, sin duda para que no le viese el rostro su mujer, y pareció muy empeñado en levantar el cristal.

– Es, contestó, una baronesa austriaca, amiga íntima de la princesa.

– Sí, eso ya lo sé... Ya la conocías, ¿verdad?

– La vi en la *garden-party* y hablamos un poco de pintura.

– ¡Ah!

Santiago había recobrado su aplomo, y pensaba: «Es necio turbarse de esta manera. Parezco un colegial que teme que el maestro le castigue.»

– Es muy interesante su conversación, añadió completamente sereno. ¿Qué te ha parecido esa señora?

– Muy bien..., aunque tiene algo que no me es simpático. No me habías hablado de ella.

– Sí, mujer, y recuerdo haberte dicho que tiene una voz privilegiada...

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes

PARÍS. – *Salón de los Campos Elíseos.* – En la elección del Comité de la Sociedad de Artistas franceses (Palacio de la Industria) han sido elegidos: León Bonnat, presidente; Thomas, escultor, y Vuillefroy, escultor, vicepresidentes; Coquart, arquitecto, y Baude, grabador, secretarios; Tony, ponente; y Bisseau, tesorero.

– *Salón del Campo de Marte.* El resultado de la renovación de la junta de la Sociedad Nacional de Bellas Artes ha sido el siguiente: Puvis de Chavannes, presidente; Carlos Durán y Cazin, pintores; Rodin, escultor, y Waltner, grabador, vicepresidentes; Beraud y Billaud, pintores, secretarios, y Dubufe, pintor, tesorero.

– En una de sus últimas sesiones el Ayuntamiento ha decidido organizar el Museo Galliera, legado á la ciudad por la duquesa de ese nombre que tan bien y útilmente en beneficio de todos supo emplear su fabulosa fortuna.

– El Círculo Volney, establecido en la calle de su nombre, abrirá al público su Salón anual el día 24 de febrero.

– La *Société libre des Artistes français* ha organizado una serie de interesantes conferencias artísticas. La primera correrá á cargo de M. Lippmann, quien expondrá los nuevos descubrimientos por él realizados para la obtención de los colores en la fotografía. Entre los conferenciantes figuran los eminentes profesores Moltoni y E. Debon.

– Entre las magníficas decoraciones destruídas por el incendio que se desarrolló en el Almacén del Gran Teatro de la Opera, de París, situado en la calle Richer, cuéntanse algunas debidas al pincel de escenógrafos tan notables como Levartoe, Carperat, Cambon, Rubé y Chaperon, habiendo quedado asimismo destruído el almacén en donde se guardaban los *teatrinos*, pequeños modelos de decoraciones, por el efecto del agua de las bombas de extinción, que inundó por completo todas las dependencias del edificio.

– Una curiosísima exposición acaba de inaugurarse en la capital de la vecina república, cual es la instalada en la calle Lepeletier, núm. 18, en la que figura exclusivamente y en número considerable la colección de paisajes bretones pintados y dibujados por M. Manfra. La Exposición permanecerá abierta hasta el día 28 de febrero próximo.

MUNICH. – Los secesionistas muniquenses han dirigido á la dieta bávara una petición para que el gobierno no ponga obstáculos á la asociación ni á sus exposiciones, y antes al contrario, les conceda en todos sentidos la atención que se merecen, solicitando en especial que los individuos de la Asociación de Artistas de Munich no vean excluídas sus obras de las adquisiciones que por cuenta del Estado bávaro se verifican y sean incluídos en las comisiones oficiales.

– En la colonia artística de de Nymphenburg-Gern, situada en los alrededores de Munich y habitada por gran número de artistas, se está terminando un grupo de edificios destinados á talleres, en los cuales se han armonizado tan perfectamente las comodidades de todo género, que nada dejan que desear aun á los más exigentes. Además de las condiciones de luz tan necesarias en esta clase de edificios, se ha procurado asegurar á los artistas la más absoluta tranquilidad, y al efecto se han dictado por las autoridades disposiciones policíacas que prohiben el establecimiento en aquellos sitios de industrias molestas ó ruidosas. Esa colonia, situada en un país hermosísimo, disfruta al propio tiempo que de las bellezas del campo de todas las ventajas de la ciudad, pues se comunica con Munich por medio de dos tranvías de corto trayecto.

BURDEOS. – La Sociedad de los Amigos de las Artes celebrará en breve su 42.ª exposición.

ROMA. – Para las fiestas del centenario de Palestrina, que se celebrarán por iniciativa de la Academia de Santa Cecilia, se proyecta ejecutar el *Stabat Mater* á dos coros que el inmortal maestro dedicó á Gregorio XIV y que se considera como la mas admirable, tal vez, de sus obras.

S. S. el Papa León XIII prepara una encíclica sobre el canto en las iglesias á consecuencia de las respuestas dadas á un cuestionario que el año pasado se dirigió á los principales músicos de Italia y del extranjero. En dicha encíclica, según se dice, recomendará que se conserve la tradición del canto litúrgico, excluyéndose del canto religioso el elemento teatral y que se propague en los seminarios el estudio del canto gregoriano.

DRESDE. – La Asociación Artística ha gestionado la fusión con la Unión libre de artistas de Dresde y ha conseguido ver realizados sus deseos, quedando en su consecuencia constituída la Asociación de Artistas de Dresde. La idea fundamental que en esa fusión ha presidido es que en la nueva Asociación habrá tres secciones, la de Pintura, Grabado y Dibujo, la de Escultura y la de Arquitectura, cada una de las cuales tendrá sus presidente y secretario propios y funcionará con entera independencia de las otras, resolviendo todas juntas los asuntos de interés general.



EN EL PIANO, cuadro de Enrique Cain (Salón de París)

VIENA. – En el incendio del edificio de la Asociación Artística ha sido destruído por las llamas un cuadro colosal, de once metros de largo, del pintor berlinés Klingner, que representaba la fiesta de Nochebuena en tres escenas: la fiesta del solsticio de los germanos, las saturnales en Roma y la Natividad cristiana.

BRESLAU. – Anúnciase la terminación de un oratorio, de Rubinstein, en siete partes, con prólogo y epílogo, titulado *El Cristo*, que se ejecutará por vez primera en Breslau, bajo la dirección personal de su autor el célebre pianista y compositor ruso.

COLONIA. – El Museo municipal de industrias artísticas ha adquirido durante el año pasado multitud de objetos de gran valía, entre los cuales citaremos: tres preciosos platos originales del gran cerámico francés Palissy, procedentes de la venta de la colección Spitzer, de París, entre ellos el que está adornado con anfibios, peces, moluscos, cangrejos y plantas, por el cual pagó el coleccionador 12.000 francos; tres vasos de mayólica italiana, una escultura de marfil española de 1530; una hermosa tapa de arca de guadamacil con los retratos de Enrique IV de Francia y de su esposa, y algunas escenas de Orlando el Furioso; un pequeño secreter de labor alemana de Augsburgo ó Nuremberga, de maderas preciosas con delicadas taraceas y bellísimas figuritas de madera y de bronce. Todos estos objetos, procedentes también de la venta Spitzer, pertenecen al período floreciente del Renacimiento. Además se han adquirido algunos hierros franceses escogidos de fines del siglo XV y principios del XVI; 54 piezas de porcelana de Meissen procedentes del llamado servicio de los Cisnes del conde Enrique de Bruhl, de mediados del siglo XVII, servicio que comprendía 2.000 piezas, de las cuales 1.000 están en el Museo de industrias artísticas de Berlín, y otra multitud de objetos de cristal, porcelana, bordados, tejidos, etc. Todas esas adquisiciones representan un valor de 37.500 pesetas. El Museo de Colonia, que se fundó hace cinco años con la protección del Estado y que está sostenido con los recursos municipales, merece hoy figurar entre los primeros Museos de Alemania, si no por el número de objetos, por la calidad de los mismos

BERLIN. – La Galería Nacional, siguiendo la costumbre de organizar exposiciones con obras de artistas ilustres recientemente fallecidos, ha expuesto notabilísimos cuadros de Otón Brandt, Pablo Schobelt y Julio Scholtz.

– Actualmente se está celebrando en la Academia de Bellas Artes de Berlín una interesante exposición de obras debidas á los miembros de la misma. De las 120 de que consta llaman preferentemente la atención: un cuadro histórico, de Herkomer, dos retratos y un cuadro de género, de Leibl; *Unicornio en el bosque*, de Boecklin; *Bañistas de Kissingen*, de Adolfo Menzel; *El sermón de la montaña*, de Gebhart, y otros de Knaus, Vautier, Brandt, Schonleber, Skarbina, Lehnbach, Geselschapp y otros alemanes. Entre los extranjeros figuran Pradilla, Dagnan-Bouveret, Oulez, Alma Tadema y Leighton. La escultura está representada por Begas, Tilgner, Hildebrand, Kundmann, Schaper, Eberlein, etc., y el grabado por Kopping.

SCHLESWIG. – En esta ciudad alemana se proyecta la creación de un Museo de antigüedades eclesiásticas é históricas en general de la provincia de su nombre.

BARCELONA. – *Salón Parés.* – Entre las obras expuestas en la última quincena, la más importante ha sido un cuadro de Urgell, uno de esos efectos crepusculares que con predilección y de manera magistral pinta nuestro paisano, impresionando al espectador con la armoniosa entonación que el misterio de la despedida de los rayos solares produce en la naturaleza. Pintura sólida y de ejecución sobria y segura, como lo ha demostrado en obras anteriores, tratando tema parecido. De Guillermo Roca eran unos estudios, al óleo, á la acuarela y al pastel, que revelan buenas disposiciones en su autor; y de Brugada, un estudio de mujer, no mal dibujado, pero algo duro en el color. J. Vila de Sabadell ha presentado varios paisajes, uno de ellos, el pinar, de feliz entonación: es un estudio sentido, bien observado y bien reproducido; es el mejor de sus cuadros expuestos. Aunque agradable el del burro que contempla unas inscripciones grabadas en el tronco de un árbol, no tiene la unidad del anterior y su fondo no está bien resuelto: otro cuadro recuerda vagamente al maestro Haes, cualidad que difiere esencialmente del primero, que si á alguien recuerda, es precisamente á un joven artista, de nuestro Vallés, cuya pintura en nada semeja por cierto la del artista madrileño.

Merece mención un buen retrato de Guardiola: la cabeza pintada con sincera probidad, cosa rara en estos tiempos.

La sección de Escultura base reducido á un boceto, obra motivada por lo de Melilla: la muerte del desdichado general Margallo, ligeramente ejecutada, y á la reproducción en bronce por el Sr. Brossa de aquel felicísimo boceto de Tasso, el chico que lloriquea por haber perdido el pajarillo, escapado de la jaula que sostiene con una mano, mientras con el revés de la otra seca sus abundantes lágrimas, y de una cabecita de niño, llena de vida y modelada con cariño por Arnau.

LONDRES. – Un archimillonario norteamericano ha comprado por 187.500 pesetas el piano de Alma Tadema: este piano, en el cual el famoso artista ha pintado una porción de bellísimos cuadritos, tiene además adherido en el interior de la tapa un pergamino en el cual han puesto sus autógrafos los más celebrados pianistas y cantantes que han tocado en él ó que han cantado acompañándolos en él por el mismo Alma Tadema. Con esto dicho se está que todas las notabilidades musicales del mundo figuran en el citado pergamino, pues sabido es que todas las estrellas artísticas que á Londres acuden no dejan de visitar en su hermoso palacio de Regents Park al eminente pintor, que es al propio tiempo gran aficionado á la música.

EXPOSICIONES DE BELLAS ARTES. - En el transcurso del corriente año se celebrarán las siguientes exposiciones:

Amberes, desde 5 de mayo al 12 de noviembre; Barcelona, desde el 23 de abril al 29 de junio; Bruselas, Exposición histórica de encajes, desde el 15 de enero al 15 de febrero: Carcasona, durante los meses de enero y febrero; Dresde, desde 1.º de agosto al 15 de noviembre; Florencia, Enero y Febrero; Lyón, por la Société Lyonnaise des Beaux Arts, desde el 9 de febrero al 8 de abril; y Exposición Universal, desde el 26 de abril á 1.º de noviembre; Milán, 1.º de mayo al 30 de junio; Monte-Carlo, desde enero á abril: Nantes, desde el 1.º al 28 de febrero; Niza, desde el 15 de enero hasta fin de marzo; París, 8, rue de Séze, Exposition des Femmes artistes, hasta el 17 de mayo; por la Unión des femmes peintres et sculpteurs, en el Palacio de la Industria, desde el 19 de febrero al 18 de marzo; Pau, desde el 15 de enero al 15 de marzo: San Francisco de California, desde el 1.º de enero al 30 de junio, con carácter universal; Viena, desde el 1.º de marzo al 31 de mayo.

Teatros. – En el teatro de la Residencia, de Munich, se ha representado con gran aplauso la comedia *El Misántropo*, de Moliere, traducida al alemán por Luis Fulda.

– En Milán se ha representado con gran éxito la comedia en un acto *Il Segreto*, de Sabatino López, recientemente premiada por el gobierno italiano.

París. Se han estrenado con éxito: en el Gymnase, *Dette de jeunesse*, drama en tres actos, de Jorge Bertal, de argumento, aunque no nuevo, muy interesante, de género un tanto romántico y muy bien escrito, y en el Vaudeville, *En villegiature*, pieza en un acto, de Enrique Meilhac, primorosamente escrita y admirablemente representada por Mme. Rejane y M. Mayer, únicos personajes de la obra.

Londres. – Se han estrenado con éxito: en el teatro Garrick, una comedia en cinco actos, de Sidney Grundy, titulada *Un viejo judío*, que es una sátira contra una parte de la crítica artística londinense, y en el Royalty, una traducción de la comedia del noruego Bjornsen, titulada *El guante*.

Madrid. – En el Real se ha cantado con el mismo éxito que cuando se estrenó hace cinco años la bellísima ópera del maestro Bretón *Los amantes de Teruel*, en cuya ejecución han alcanzado grandes aplausos la señora Arkel y el Sr. De Marchi. En la Princesa se ha estrenado con muy buen éxito *La marquesita*, traducción de *La petite marquise*, de Meilhac y Halevy, hecha por el Sr. Caltañazor.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *L Aliga Negra*, melodrama de gran aparato en cinco actos, de D. Manuel Rovira y Serra, y *Negoci rodó*, chistosa pieza en un acto, de los señores Ventura y Barbany; en Romea, *Tenorios*, graciosa comedia en tres actos, de D. Antonio Ferrer y Codina; y en el teatro de la Granvía, *El escrito del muerto*, interesante melodrama en un prólogo y tres actos, arreglado de una novela francesa por D. Baldomero Alvarez.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Guillermo Waddington, uno de los más ilustres hombres de Estado y diplomáticos franceses contemporáneos, ministro varias veces, presidente del Consejo de Ministros y últimamente embajador de Francia en Inglaterra.

Pedro Van Beneden, eminente profesor de la Universidad de Lovaina, á quien puede considerarse como uno de los fundadores de las modernas doctrinas geológicas, creador del Acuario y del Observatorio de Ostende y autor de muchas é importantes obras.

Donald Mac Neill Fairfar, contraalmirante norteamericano, comandante de varios buques de la escuadra del Sur del Atlántico durante la guerra de secesión y director de la Academia de Marina.

Pedro Guillermo Forchhammer, profesor de la Universidad de Kiel, autor de notabilísimos trabajos sobre la topografía de la antigua Hélade y del litoral griego del Asia Menor, sobre la mitología griega, sobre Aristóteles, etc.

Roberto Schuster, pintor de género austriaco.

Carlos Werner, profesor de la Academia de Bellas Artes de Leipzig, uno de los más famosos acuarelistas alemanes.

Varia. – ESTADÍSTICA DE LECTORES EN INGLATERRA. – Publícanse en la Gran Bretaña de 8 á 9.000 libros al año, ó sea, veinticinco al día ó uno por hora, estando comprendidas en estas cifras las reediciones y las reimpresiones, que deben ser tenidas en cuenta, porque mejor que las demás publicaciones revelan las tendencias del gusto público.

Entre los libros de éxito cítanse algunos de los que se han vendido más de 300.000 ejemplares, y en cuanto á los importados del extranjero baste decir que su peso alcanza á 1.300.000 kilogramos con un valor de cerca de seis millones de francos.

Esta montaña de literatura, que bien merece este nombre, encuentra, como es natural, su colocación, pues el mercado de libros se regula por las leyes de la oferta y de la demanda.

M. Federico Harrison ha dicho en su *Choice of books:* «Hoy nos vanagloriamos de nuestra capacidad absorbente en materia de papel impreso, como nuestros antepasados se vanagloriaban de su aptitud para beber Porto.» En efecto, esa enorme masa de libros indígenas y exóticos se distribuye por mil canales á través del país y el público acaba por tragársela.

Los gabinetes de lectura, ó para hablar el lenguaje local, las librerías circulantes, no son en Inglaterra las enemigas de las librerías, sino por el contrario, sus mejores clientes. Para dar una idea de su energía consumidora bastará decir que el colosal establecimiento de Mudie adquiere á veces mil ejemplares de una novela nueva, que meses después se revenden casi al peso.

Las librerías circulantes prestan libros á la clase media; las innumerables bibliotecas populares *(free libraries)* los proporcionan á los dependientes de comercio, á los criados y á los obreros.

De los cuadros sinópticos que indican el consumo literario en las librerías de provincias, resulta que las obras de filosofía y teología juntas no llegan al dos por ciento de los libros prestados; en cambio, las novelas pasan de ochenta por ciento. Las obras edificantes figuran con las de los poetas en el último lugar de la lista, cosa extraña en un pueblo muy religioso y muy sinceramente poético; pero la poesía es privilegio de la gente escogida, y en cuanto á la teología, hace tiempo que en Inglaterra se ha divorciado de la religión, la cual ó no existe ó es un sentimiento íntimo, personal.

INAUGURACION
DE UN TRANVÍA DE VAPOR EN EGIPTO

El día 2 de diciembre último fué día de gran fiesta para las ciudades de Port-Said é Ismailia: el jedive Abbas II Helmy inauguró el tranvía de vapor, de sistema Decanville, que á lo largo del canal de Suez recorre la distancia entre Port Said é Ismalia, poniendo de esta suerte la primera de esas dos ciudades en comunicación más rápida con el Cairo.

La vía tendida sobre el terreno de la compañía del canal de Suez fué estudiada en 1890 y acaba de ser terminada: hace un mes que ya la recorrían los trenes de servicio que conducían á los empleados, pero no había sido aún abierta al público.

Después de muchas conferencias y de luchas de influencias, la compañía consiguió por fin el honor de que el joven jedive inaugurara la línea.

Abbas II partió el día 2 de diciembre á las siete y media de la mañana del Cairo, acompañado de numeroso séquito, y llegó á las once y media á Ismailia, en donde fué recibido por los dos vicepresidentes de la compañía del Canal, M. Guichard, llegado expresamente de París para la ceremonia, y el general Stokes, decano de edad y comandante de las fuerzas británicas en el Cairo. Este último vestía de gran gala y pretendía representar, no al gobierno inglés, sino á la persona misma de la reina Victoria, como primera accionista de la sociedad del Canal; pero la presencia en Port-Said de un acorazado inglés, el *Dreadnought*, y de una compañía de soldados ingleses, que estaba formada en la estación, parecían desmentir la afirmación del general, cuyo discurso fué acogido muy fríamente por el jedive, poco satisfecho, al parecer, de ese lujo y ostentación de uniformes ingleses.

Francia había enviado el *Cosmao*, que había llegado de Salónica el día antes; pero sólo su comandante y su estado mayor se presentaron en la estación, en donde se encontraban también el del *Dreadnoght* y el suyo de gran uniforme.

Al llegar el tren inaugural á la estación de Port-Said, á las cuatro y veinte minutos de la tarde, la artillería de los dos buques saludó al jedive, que se dirigió inmediatamente en coche al muelle Francisco José, desde donde se trasladó á su yate provisional el *Príncipe Abbas*, acompañado por una muchedumbre numerosa que le aclamaba gritando: *Effendinviz tchok yacha* (¡Larga vida para nuestro soberano!)

A bordo de ese yate se celebraron las recepciones oficiales, y á las ocho de la noche, después de comer, el jedive desembarcó y dió un paseo por la ciudad, que estaba engalanada é iluminada espléndidamente, gracias á la liberalidad de sus habitantes que por medio de una suscripción pública adornaron las principales calles con arcos de triunfo de diversos estilos, mástiles, pabellones y escudos, todo ello embellecido con profusión de palmeras.

El *Dreadnonght* y el *Cosmao* estaban cubiertos de luces eléctricas, y sus proyectores arrojaban sobre la ciudad los brillantes resplandores de sus potentes focos lumínicos. Los muelles, las calles principales y los edificios públicos estaban magníficamente iluminados, especialmente la calle del Comercio, cuyos arcos de globos de luces formaban una verdadera bóveda de efecto sorprendente.

A las diez el jedive se retiró á su yate y á las once los buques de guerra apagaron sus luces.

Al día siguiente reanudáronse las fiestas; el jedive devolvió la visita á los comandantes del *Dreadnonght* y del *Cosmao*, y á las nueve de la mañana salió de Port-Said, dirigiéndose á Suez por el canal.

El tranvía de vapor inaugurado ha producido hasta ahora buenos resultados, y sus productos son ya más que suficientes para cubrir los gastos de explotación.

Port-Said é Ismailia son dos poblaciones de fundación moderna que alcanzaron mucha importancia durante la apertura del istmo de Suez, importancia que en buena parte ha perdido la segunda de ellas, la cual es hoy demasiado grande para la población que la habita, aunque no sería difícil tarea devolverle su esplendor de otros días si el agua dulce que conduce un canal fuese destinada á fecundar las tierras del oasis conquistado al desierto. En cuanto á Port-Said se halla hoy en plena prosperidad, gracias al tráfico creciente del canal, y aún podría prosperar más rápidamente si no se lo impidiese Alejandría.



¡BUEN HALLAZGO!, cuadro de Vollon, grabado por Baude

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 5 de febrero de 1894 — Núm. 632

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA NIÑA Y LAS PALOMAS
grupo escultórico en mármol, de Carlos Bernewitz

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando acaba de abrir un concurso público entre los artistas españoles. Dicho concurso es pictórico, y habrá de representar el artista en un cartón de tres metros de largo por uno setenta centímetros de alto lo siguiente: «La cultura española simbolizada en la agrupación de los grandes hombres que más han contribuído á su determinación y á su desarrollo en todos tiempos.» Para presentar las obras se da de tiempo hasta el día 31 de diciembre del año actual.

No es grano de anís lo que pide la Academia; pero por esto mismo creo sinceramente que están llamados los artistas españoles, especialmente los jóvenes, á acudir á este certamen.

Trátase nada menos que de poner á prueba las más altas dotes del que pretenda ocupar dignamente un lugar real y positivo en las más brillantes esferas del arte. Trátase de saber el nivel que alcanza en general el pintor español. Trátase, en fin, de saber si es verdad ó es mentira que nuestro senso pictórico es capaz de sentir y desarrollar la gran pintura, la histórico-decorativa.

Verdaderamente que la simbolización de la cultura por medio de la agrupación de los más grandes hombres que á ella han contribuído, no es idea nueva. De este género de composiciones existen varias, debidas á los más famosos pintores de todos los tiempos y países. De Rafael, *La escuela de Atenas;* de Delaroche, el *Hemiciclo de la Escuela de Bellas Artes de París;* de Kaulbach, *La Reforma*, seguramente que vendrá el recuerdo á la memoria del concursante, persiguiéndole tenazmente.

El *quid* de este concurso está en la agrupación, en la distribución de las figuras; distribución que deberá hacerse en un espacio aproximado geométricamente al utilizado por Delaroche, y exceptuando la parte superior, que es un medio punto, al en que pintó Urbino la citada *Escuela de Atenas.* Ya me parece estar viendo la obligada gradería del indispensable templo, donde unos sentados, otros de pie, meditan ó conversan nuestros más célebres compatriotas de todos siglos. Pero entiendo que es necesario no perder de vista el rumbo que el arte sigue en estos días, para no dar de bruces en la manoseada composición á que obliga el fondo consabido; mentira bellísima en un tiempo, pero que hoy no admite el arte, ni aun el simbólico. Como tampoco admite el arte moderno, con arreglo al realismo imperante, así en la verdad histórica, como por lo que respecta á la originalidad, esas fusiones y amalgamas de cosas y personas de unos siglos con otros.

No son estos momentos oportunos para, con arreglo á cómo entiendo que debería trazarse y ser dispuesta la composición de la pintura decorativa de que me ocupo, exponer mi criterio; pero no dejaré, sin embargo, de llamar la atención de los artistas respecto de algunas observaciones que me sugieren, así el asunto que motiva el concurso, como las tendencias que se dibujan en el arte.

Dentro del convencionalismo vino desarrollándose, y aún se desarrolla, el arte decorativo; pero aun dentro de ese convencionalismo, la verdad se va imponiendo, sin que la reacción idealista que ahora en estos momentos se deja sentir, merced á los desafueros de la escuela *servilista*, sea óbice para la realización de la primera. Y en el tema ó motivo propuesto por la Academia de San Fernando, además del escollo principal más arriba apuntado, el de resolver con absoluta originalidad la totalidad de las agrupaciones, surgen estudios parciales sin cuento, así de indumentaria, como de cronología, como de ambientes sociales, como etnográficos y de crítica histórica.

No hace muchas noches me preguntaba un artista, poniéndome con la pregunta en grave aprieto, qué hombre célebre en las artes, en las ciencias, en cualquiera, en fin, de las distintas ramas del saber humano podría representar en la composición que estaba trazando ya, como el primero de los que la convocatoria indica. Y verdaderamente la pregunta quedó sin respuesta. Segundo escollo.

Porque, según yo pienso, no es cosa fácil señalar, no ya la primera personalidad española que de un modo determinado, concreto, absoluto, claro, aparezca en los anales de la cultura patria con relieve personalísimo y de superioridad indiscutible sobre los demás hombres y colectividades de su tiempo, sino que aun discernir ese mismo tiempo es cosa de suyo expuesta á falsedades que la crítica severa é imparcial rechazaría. Y por otro lado, correr el riesgo de omitir personalidades que, no por haber sido extrañas al suelo ibero, dejaron por eso de influir de un modo directísimo en nuestra cultura, como por ejemplo, el romano fundador de las universidades de Mérida y Coimbra, me parece absurdo.

Pero no son éstos escollos los únicos que ofrece el desarrollo de la idea concebida por la Academia de San Fernando. Otras dudas y dificultades graves le salen al paso al artista. De las primeras es una la de poder aquilatar la importancia de determinadas personalidades; es otra la de si deben ó no considerarse como hombres célebres, para el efecto de ser incluídos entre los que más han contribuído al desarrollo de nuestra cultura, aquellos que del vecino reino de Portugal ejercieron también influencia indiscutible; no es menor tampoco la duda de si la Historia ha fallado definitivamente el pleito pendiente respecto del positivo mérito de algunos hombres, y cómo podrá entender la Academia cuestión tan ardua y sujeta á controversia. Por ejemplo, yo quisiera saber cuál es el criterio de los inmortales de la calle de Alcalá respecto del obispo hereje Prisciliano, tenido por algunos como influencia, no vulgar ciertamente, en el desenvolvimiento de la metafísica dogmática; como también me agradaría no ignorar lo que esos mismos inmortales piensan respecto de Lulio, tan combatido en sus días y aun hoy no sancionado por una parte de la crítica histórica. Pero donde la duda se acrecienta, cuando la perplejidad del pintor llegará á su colmo, será en el punto y hora en que haya de dar cabida en la composición á los hombres de hace un siglo ó menos quizás. ¿Admitirían como bueno muchas gentes académicas y no académicas el que figurase como impulsador de la cultura nacional el rey que expulsó de España á los jesuítas? ¿Creerían digno de los honores de la inmortalidad, siempre dentro del punto de vista propuesto, á alguno de aquellos varones que en las Cortes de Cádiz coadyuvaron á romper con la mojigatería, ignorancia é hipocresía en que, según el académico autor de *Memorias para la historia de la Academia de Bellas Artes de San Fernando*, vivía uncida la nación española?

Sigamos apuntando dudas, dificultades y aun escollos. Entremos en la parte que con la verdad histórica, por lo que se refiere á costumbres é indumentaria, tiene de importante este certamen. Desde el siglo XIV hasta nuestros días, así en códices, como en pinturas y estatuas, como en los museos, especialmente los arqueológicos, puede el artista recoger aquellos datos que haya menester para averiguar cómo vestían los grandes hombres que desde la décimacuarta centuria á la actual haya de representar; pero ¿dónde podrá asesorarse, en qué obras de indumentaria ni á qué autoridades españolas puede recurrir para hacer lo mismo con un Osio, un San Leandro, y sin ir tan lejos, con el príncipe Juan Manuel? Precisamente en nuestra patria, donde jamás nos hemos curado de averiguar nada que á la historia del arte corresponda, donde ni se ha intentado siquiera (¡desgraciado de quien tal hiciese!) allegar materiales para el esclarecimiento de esa gran parte de la historia de nuestros usos y costumbres que abarca desde el siglo V al XIII, es punto menos que imposible la verdad plástica. ¿Debe, pues, el artista recorrer uno por uno aquellos monumentos que aún conservan en su decorativa algún dato precioso para el caso pertinente, ó recurrir á Hothenrothe, á Violec-Le-Duc ó á cualquiera de esos autores extranjeros que al escribir sus obras de indumentaria olvidaron casi por completo la existencia del pueblo ibero?

Aún hay más. Supongamos al concursante en posesión de todos los datos apuntados; supongamos que ha podido resolver, vencer y aclarar todos estos problemas, obstáculos y nebulosas; veamos ahora de qué medio puede valerse para, uno por uno, ir caracterizando ese número enorme de grandes hombres que han ejercido influencia determinada en nuestra cultura. No mentemos aquí aquellos cuyas efigies hayan sido reproducidas, pero que solamente poderlas copiar significa labor pacientísima de rebusca y obra sin término; bástenos pensar en cómo podrá arreglárselas persona nacida para adivinar los rasgos característicos distintivos de todos esos hombres que han desfilado por la historia de la Edad media envueltos entre las vaguedades de la crónica y apenas mentados por los cronistas. Si es cierto que el hombre se retrata en sus obras, las obras de esos hombres pueden ser datos apreciables para trazar los suyos... psicológicamente, moralmente ó como quieran decir los que distinguen de esto; pero supongamos que el artista acierta á caracterizarlos también físicamente (cosa en verdad que la Academia de San Fernando no llegará á averiguar jamás) – y por necesidad tiene que caracterizarlos, pues de otro modo sería cosa de mirar aquellas figuras como ser oídas las coplas de Calainos; – supongamos, pues, lo dicho, ¿no les parece á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que llegar al conocimiento de las obras, hechos y condiciones de todas esas personalidades significa tanto como si cada artista que concurre á este certamen poseyese, además del dominio técnico de su arte, la vastísima cultura y erudición de Menéndez Pelayo y su prodigiosa memoria?

Y no hablemos del don de evocar épocas y tipos históricos, don reservado únicamente al genio, pero don preciso para adivinar por solos los actos de la vida de un hombre al hombre mismo, física y moralmente, como supo hacerlo Rosales y como parece exigir la Academia de San Fernando que sepan también los demás artistas. Y no hablemos de la dificultad material de disponer con arreglo á las leyes del arte la composición magna de una pintura decorativa, en la cual habrá de figurar, por lo menos, un ciento de figuras. Y por último, no hablemos de la imposibilidad absoluta de trazar, siquiera con asomos de parecido, ese ciento de retratos. ¿Pensó bien la Academia lo que significa su convocatoria?

Comprendo perfectamente que los académicos de la de Bellas Artes pretendan por cuantos medios estén á su alcance elevar la mente del artista español á las regiones de la pintura épica. Digna de alabanzas de todo género es tal pretensión, y que además de pretensión es obligación de aquel cuerpo artístico; pero ¡por Dios! que á tal extremo llevada la pretensión académica, la obligación académica, el deber académico, son cosa inaudita de puro grandiosa.

En mi sentir, los académicos deben estar asustados de lo que se les ha ocurrido. Porque si no han meditado lo que propusieron para motivo de concurso, es cosa de propinarles unas cuantas docenas de calabazas, como si fuesen estudiantes en mes de junio. Pero yo sigo creyendo que sí, que han sabido lo que se hacían. Seguramente que les pareció mal que saliesen por esos mundos de Dios críticos y artistas diciendo perrerías de la Academia, porque la Academia veía impasible cómo el arte marchaba á la decadencia más absoluta, entregado en manos de cientos de «pintadores» que se dedicaban á *fusilar*, aquí un árbol, allí un barquito, más allá la silueta de una ciudad hecha «al salir el sol,» como cantan en *La caza del oso*, por otro lado un bosque seco, y así la Naturaleza entera; y dijo para su capote: Sí, ¿eh? ¿Queréis ideas grandes, motivos grandes? Pues tomad, ahí va eso: «la historia de España pintada en un cartón de tres metros de largo...,» y al que la pinte, tres mil pesetitas de premio.

Pero ahora, ahora que ha pasado el momento bélico; ahora que habrán meditado (porque yo creo que en la Academia de Bellas Artes de San Fernando hay académicos que meditan) acerca de la magnitud del disparate que se les ocurrió en el calor de la improvisación, tengo por cierto que, á solas con su conciencia, no académica, sí de artista, habrán pensado y aun formulado á media voz la siguiente reflexión: «Si algún artista concurre á este certamen, será acosado por el hambre, en cuyo caso no será ninguno que valga dos pesetas; y si tiene dos pesetas, debe declarársele tonto de solemnidad..., y á nosotros, á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando...»

Debe declarársela solemnemente inútil.

R. BALSA DE LA VEGA

LOS DESÓRDENES EN SICILIA

«Ninguna cuestión priva hoy en Europa como la cuestión de Sicilia. Por aquellos encantados territorios en que ríos de lava corren á la continua, humeantes y asoladores, contrastando con la general hermosura, una revolución más ó menos intensa y fragorosa hoy se ha desatado, poniendo espanto en los poderes públicos y extendiendo sobre la perturbada realidad los más pavorosos problemas de nuestra sociedad y de nuestro tiempo.»

Así empieza el último artículo de los que periódicamente publica en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el Sr. Castelar, y en ese párrafo sintetiza el ilustre estadista de una manera tan admirable los sucesos que en aquella hermosa región de Italia se han desarrollado recientemente, que creemos inútil consagrar á la exposición de los hechos acaecidos, por otra parte conocidos de sobra, un espacio que preferimos utilizar para decir algo de las causas que los han pro-



LOS DESÓRDENES EN SICILIA. — EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN EN LA CIUDAD DE MAZZARA Y TIPOS DE ALGUNOS SUBLEVADOS
(Dibujos de Dante Paolicci, según croquis del natural de Héctor Ximenes)

ducido. Y aun cuando todas éstas pueden reducirse á una sola, la miseria que en los campos y poblaciones de Sicilia impera, parécenos que ha de interesar á nuestros lectores conocer algo de lo que allí caracteriza esa horrible llaga que amenaza traer grandes desastres sobre multitud de pueblos europeos, si no se abandonan pronto los caminos peligrosos que á tan deplorable situación nos han conducido y no se emprenden nuevos derroteros que nos lleven al reinado de la paz, del trabajo y del progreso.

Mas dejando aparte esas consideraciones y ciñéndonos á la exposición de lo que en Sicilia sucede, vamos á exponer acerca del estado de los agricultores sicilianos, que constituyen la clase predominante en aquel país, algunos datos que tomamos de una correspondencia dirigida á uno de los periódicos más importantes de Italia por su corresponsal especial, que ha podido estudiar la cuestión sobre el terreno mismo.

La miseria es en Sicilia extrema y el agricultor ó *burgisi,* como allí se le llama, hállase reducido á la situación más degradante por culpa del *gabelloto*: el *burgisi* (que es todo lo contrario de lo que comúnmente se denomina burgués) es la víctima, el *gabelloto* el que chupa su sangre, el vampiro. Aquél toma de éste una *salma* de tierra, por ejemplo, que corresponde á una hectárea, setenta y cuatro áreas y sesenta y dos centiáreas, y esta cesión se la hace al *burgisi* el *gabelloto* con el pacto de que después de la cosecha debe entregarle, cueste lo que cueste, tres salmas de grano por cada salma de terreno cedido.

Ahora bien: el producto medio anual de una salma de tierra sembrada de cereales es, en los años

buenos, de siete salmas de grano; y valiendo cada una de éstas cincuenta liras (pesetas), resulta un total de liras 350.

Para conseguir este producto ha de gastar el labrador 158 liras en la preparación de la tierra antes de la siembra y 166 después de ésta hasta dejar el grano en el granero, total 324: ¿qué le queda al pobre agricultor? En apariencia 26 liras, pero en realidad lo que le queda es una deuda relativamente enorme, puesto que tiene entonces que entregar al *gabelloto* tres salmas de grano, ó sean 150 liras. ¿Para qué ó para quién ha trabajado el infeliz labrador? ¿Cómo se las compone para saldar esa diferencia?

¡Y si fuese esto sólo! Porque todavía hay más: el *gabelloto* no se contenta con quedarse con las tres salmas debidas, sino que á pretexto de que el grano es sucio, se hace dar siempre un pico como bonificación, amén de que las medidas por él usadas nunca se ajustan exactamente á las legales, en perjuicio del *burgisi*, por supuesto. Para recoger su parte, en la época de la recolección, el *gabelloto* va acompañado de los *campieri*, especie de guardas rurales, que *naturalmente* paga el *burgisi*. Y por si esto no fuera bastante, después que el *gabelloto* se ha llevado su porción, hay que dar algo á los frailes, que destinar un poco de grano para la fiesta del lugar y que separar un tanto para los seguros. Además, al firmar el compromiso de cesión con el *gabelloto*, el *burgisi* tiene que anticipar á éste cuatro onzas (51 liras) y pagar el papel sellado, que cuesta una lira y media; y como carece de este dinero, forzosamente ha de tomarlo á préstamo, pagando intereses que varían entre el 25 y el 35 por 100. Cuando llega la época de la recolección, el usurero reclama la cantidad prestada y los réditos, y como el infeliz *burgisi* no tiene con qué pagar, cae sobre él el alguacil, que le embarga bestias y arreos y se apodera de su choza, lanzando á la calle á aquel desgraciado y á su familia.

«Y esto, decía al citado corresponsal un habitante de aquel país, se repite en sucesión continua: esas pobres gentes, con la esperanza de salir algún día de su miserable situación, hacen como la mariposa que da vueltas en torno de una luz y acaba por abrasarse en ella.»

Mas no se crea que sea el *gabelloto* el único vampiro del labrador: entran después de él, ó antes que él, el municipio y el Estado con una porción de contribuciones, impuestos, gabelas y otras vejaciones bárbaras, propiamente medioevales, y sucede que el pobre paga más que el rico, porque éste es dueño del Ayuntamiento, y tiene á sus órdenes á los empleados del resguardo que dejan entrar en la población, sin inspeccionarlos siquiera, sus carros y sus mulas cargados de mercancías.

Y siendo todo esto así, ¡aún se ha pretendido atribuir los desórdenes de Sicilia á causas políticas, á manejos de asociaciones más ó menos secretas y movidas por impulsos más ó menos criminales!

Se ha hablado de las haces sicilianas: pues bien, las haces no han tenido toda la participación que se ha supuesto en esa rebelión de Sicilia, cuyos únicos causantes han sido la miseria y el hambre. Resulta, en efecto, que en las haces figuran, no sólo los trabajadores, sino también personas acomodadas que han entrado en ellas... por lo que pudiera suceder.

En el fondo los rebeldes no tienen bandera, no saben nada, nada calculan: el sentido moral y político está en ellos completamente perturbado: un sentimiento extraño de respeto les impulsa á coger los retratos del rey y de la reina y hacen de ellos sus enseñas. Esta masa se impone, impresiona, saquea y asedia á los soldados, enarbolando siempre las regias efigies. En Castelvetrano, las bayonetas de los soldados rasgan el retrato de Umberto I que un sublevado agita en sus manos; en Gibellina, las tropas y los carabineros, acorralados en una plazuela angosta, ábrense paso disparando sus armas y ocasionando varias víctimas. Y las poblaciones quedan aterradas y ninguna otra violencia se comete; pero el mal subsiste, y éste no se combate con la fuerza armada, cuando, como en Sicilia ha sucedido, los amotinados, llevando impresas en sus rostros las huellas del hambre, se ponen delante de las tropas pidiéndoles que los maten, con el ansia del que solicita un bien supremo, y cuando soldados y oficiales deponen las armas para compartir sus provisiones con los rebeldes.

¿Dónde está el remedio? Ya lo hemos indicado al principio: los movimientos revolucionarios que no obedecen á una pasión de momento sobrexcitada; los que tienen por causa un malestar permanente; en una palabra, los que surgen á impulsos de la miseria, no con balas, con pan se dominan; no con grandes ejércitos que sólo para la guerra sirven, con un régimen de paz absoluta se destruyen; no con alianzas peligrosas y costosísimas, con el fomento del trabajo y del progreso se evitan. – X.

PÉREZ GALDÓS
Y «LA DE SAN QUINTÍN»

Carecemos de datos para trazar la biografía de Pérez Galdós, de quien apenas sabemos que nació en Canarias, que vivió muchos años en Madrid y que hoy goza del apacible retiro que su trabajo le ha permitido crearse en las hermosas costas del Cantábrico, junto á la ciudad de Santander.

Sólo una vez hemos tenido la honra de hablar con el escritor ilustre, lo cual es bien poco para apreciar las cualidades de su carácter; mas el concepto que de él nos formamos, y que vemos confirmado por



EL EMINENTE LITERATO D. BENITO PÉREZ GALDÓS

quienes mejor que nosotros le conocen, nos lo presenta como hombre aparentemente frío, casi impasible, poco sensible al elogio é insensible de todo punto á la adulación: su mirada viva y penetrante parece absorber cuanto se encuentra en el campo de su visión para grabarlo de una manera indeleble en su mente, laboratorio nunca en reposo donde las mil moléculas por la observación asimiladas se juntan, clasifican y combinan para volver más tarde al mundo exterior convertidas en pensamientos que subyugan y descripciones que maravillan. Sus labios apenas se entreabren, y diríase que Pérez Galdós no habla por el temor de que hablando pueda distraerse de ver y de escuchar, funciones que parecen ser las que ocupan principal, casi exclusivamente su atención.

Con tan escasos elementos y faltos además de conocimientos y de competencia para juzgar la obra de Galdós, no difícil, imposible sería nuestra tarea si nos propusiéramos hacer un estudio biográfico ó crítico de nuestro primer novelista; pero ni nuestro intento es éste, ni nuestros lectores necesitan que les digamos quién es y lo que vale el incomparable autor de los *Episodios Nacionales* y de esa serie de joyas literarias, de esos interesantes estudios sociales que se conocen con el nombre de *Novelas españolas contemporáneas*.

Nuestro propósito al escribir estas líneas acompañatorias del retrato de Pérez Galdós no es otro que asociar LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA al tributo de admiración entusiasta que el público madrileño ha rendido al autor de *La de San Quintín*.

Pérez Galdós, después de vencer en la novela quiso triunfar en el teatro, y desde que dió á la escena su *Realidad* no hubo quien no predijera que además de ilustre novelista podría antes de poco llamarse á Galdós dramaturgo insigne. Y aun cuando *Gerona* pareció desvanecer en parte esa esperanza, no tardó *La loca de la casa* en demostrar cuán acertados andaban los que aquello predijeron, y hoy *La de San Quintín* ha venido á colocar definitivamente á Pérez Galdós en el número de los más escogidos entre nuestros primeros dramáticos.

El argumento de la obra estrenada hace pocos días en el teatro de la Comedia, de Madrid, es como sigue:

Rosario, duquesa de San Quintín, viuda, joven, bella y completamente arruinada, refúgiase en demanda de consejo en casa de un su pariente lejano, el octogenario Sr. de Buendía, nacido en humilde cuna, que á fuerza de trabajo, de usura y de privaciones ha llegado á ser dueño de una fortuna enorme. Tiene el Sr. de Buendía un hijo, D. César, viudo, padre de una niña angelical y de un varón habido en relaciones ilícitas con una aventurera italiana á quien se propone reconocer. Víctor, que así se llama el bastardo, joven de imaginación fogosa, de alma noble y enamorado de todo lo grande y extraordinario y á quien su padre tiene sujeto á duro sistema de trabajo, siente odio profundo á todo lo existente, al viejo orden social que se funda en egoísmos y privilegios.

Víctor y Rosario se aman; pero con la duquesa pretende casarse D. César, á quien Rosario odia por haber sido causante de la ruina de su padre y requerido de amores á su madre, y este mismo odio hace que no corresponda francamente al hijo de aquél, á Víctor.

El marqués de los Godos, queriendo vengar agravios de D. César, trata de utilizar unas cartas que el azar ha puesto en sus manos y de las cuales se deduce que Víctor no es hijo del que pasa por su padre, del que tiene en él cifradas todas sus ilusiones.

La de San Quintín ve en estas cartas un modo de separar á Víctor de D. César y de poderse abandonar libremente á sus amorosos impulsos; pues ella, que no quería unirse al hijo del usurero, puede y quiere dar su corazón y su mano al hijo anónimo.

D. César, enterado de las cartas, rechaza á Víctor: Rosario se casa con éste, y la joven pareja se propone marcharse á América, huyendo de un mundo viejo, egoísta y rutinario.

Que este argumento, escuetamente aquí trazado, entraña un gran sentido filosófico y envuelve una fase del problema social, no hay para qué demostrarlo: mejor que todas cuantas consideraciones hacer pudiéramos, lo patentiza el enlace de la linajuda duquesa con el joven desheredado y sin nombre, con absoluto menosprecio de los egoísmos y del oro de la clase media. Y lo patentiza también la frase con que termina la obra:

– ¡Este es el mundo que muere!, exclama asombrado uno de los personajes de la comedia al ver enlazados á la de San Quintín y á Víctor.

– ¡No, responde otro; este es el mundo que nace!

Tampoco es necesario, tratándose de Pérez Galdós, decir que avalora el fondo de la obra una forma bajo todos conceptos bellísima, así por la profundidad de los pensamientos con mano pródiga en ella derramados, como por la naturalidad del diálogo y lo castizo del estilo y del lenguaje que cual nadie maneja el autor de *Angel Guerra* y de *Tristana*.

Justa recompensa de todos estos méritos ha sido la ovación inmensa, delirante, que el público de Madrid ha tributado á *La de San Quintín*; y tan avasalladora debe haber sido la impresión producida por esta obra, que la han aplaudido y aclamado especialmente la aristocracia y la clase media, es decir, los mismos cuyas preocupaciones destruye por boca de la duquesa Rosario y cuyos egoísmos anatematiza en la persona de D. César de Buendía.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA une sus más entusiastas aplausos á los que ha escuchado y sigue escuchando el Sr. Pérez Galdós en Madrid y se honra dedicándole con estas pobres líneas un testimonio de su admiración más cariñosa y más sincera. – A.

UNA MÁS

Días pasados recibí la siguiente carta:

«*Cuenca, 15 de octubre de* 1893.

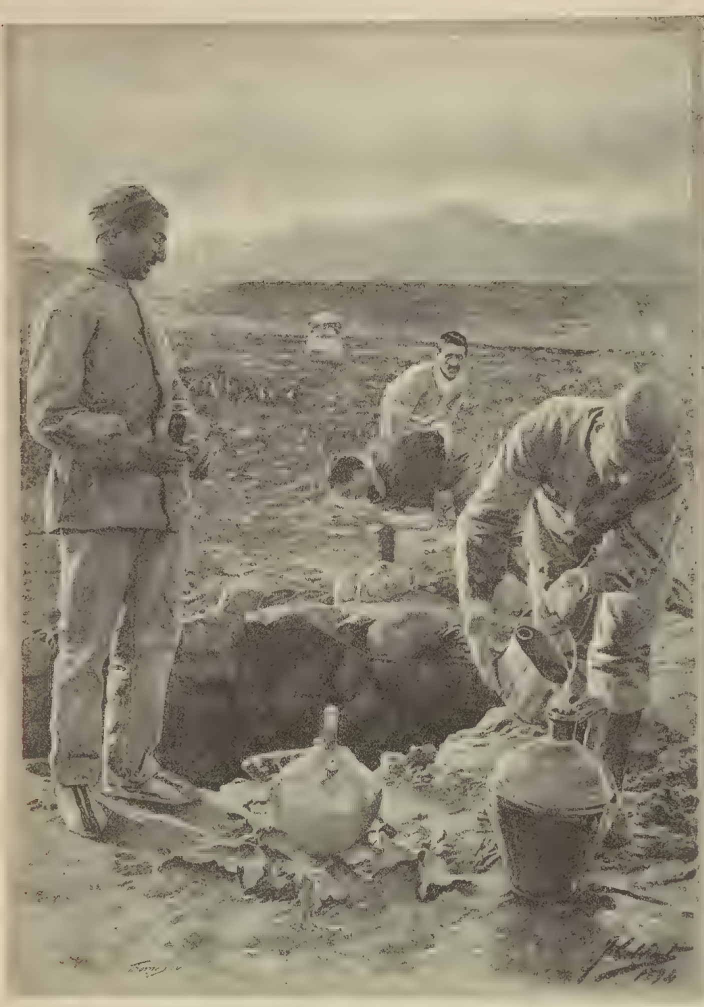
»Mi distinguido amigo: Como las modas de Madrid repercuten en todas partes, aquí todas las señoras usamos medias negras. He dicho mal, no todas; pues hay algunas que protestan contra esta moda encubridora de la suciedad, según ellas. A mí me ha venido de perlas, porque mi difunto tío calzaba de negro por razón de su estado eclesiástico y ha dejado tres docenas de medias negras sin estrenar. Me están un poco grandes, y cuando me miro á los pies se me figura que estoy ordenada *in sacris*. Lo cierto es que calzo á la última *dernière*, como dice el zapatero más notable de esta población.

»Le hablo á usted de mis medias, porque aunque me va bien con ellas, quiero variar de color y ponerme las azules. Sí, amigo mío; deseo ser una *bas bleu*, como dicen los franceses. La época es oportuna; pues exceptuando Inglaterra, en donde creo que hay una plaga de escritoras, en lo demás del mundo, y especialmente en los países latinos, nótase gran escasez de mujeres de letras. Verdad es que nosotros tenemos una que vale por mil: la señora Pardo Bazán, insigne literata que ha influído poderosamente en mi vocación.

»Voy á decir á usted cómo ésta ha ido *fermentando* en mí. Mi tío tenía algunos libros místicos y unas cuantas novelas antiguas: *Alejo ó la casita*, *Juanita ó la inclusera generosa*, *Rosita ó la niña mendiga*, y



LOS DESORDENES EN SICILIA.—LOS SUBLEVADOS RECORRIENDO LAS CALLES DE CASTELVETRANO, dibujo del natural de Héctor Ximénes



MELILLA.—SOLDADOS PROVEYÉNDOSE DE AGUA, dibujo del natural de J. Cabrinety

otras de este jaez, que me distraían, pero no me interesaban... Aquí voy á mencionar, á riesgo de que se ría usted de mí, una extraña coincidencia.

»Una mañana, estando yo á la puerta de casa, aproximóse una gitana y se empeñó en echarme ó decirme la buenaventura. La dejé hacer; me tomó la mano izquierda, y después de una jerga de rigor, me predijo que tendría tres pretendientes á cual más guapos, que andaría muchas tierras, y un sinnúmero de cosas más, que se me han olvidado. Luego me tomó la mano derecha, me miró con fijeza y exclamó: «¡Ay, señorica mía, qué de cosas boniticas vá á *escrebí* esta manecita!» Desde aquí le estoy viendo á usted reirse; pero es el caso (aquí empieza la coincidencia) que aquella misma tarde llegó á Cuenca y se instaló en nuestra misma calle un médico de Madrid. Usted á su vez pensará que aquí comienza la novela; pues nada de eso, amigo mío, porque el susodicho facultativo, si bien amable, servicial y de agradable conversación, es ya entrado en años y más feo que Picio. Nos visitó para ofrecernos su casa y servicios, como á todos los vecinos de nuestra calle, y puso á mi disposición su numerosa biblioteca. Tenía muchas obras de imaginación, y yo desde entonces me engolfé en la lectura de las más notables y celebradas, así nacionales como extranjeras, exceptuando las de Zola, que el médico no quiso darme. Descubrí nuevos horizontes de corazón y de fantasía y sentí germinar en mí un mundo de ideas.

»Quizá por afinidad del sexo, la señora Pardo Bazán fué uno de los autores que más me impresionaron. El médico dice que es algo realista, pero ¡qué realismo tan encantador! ¡Qué feliz debe ser esta señora, que va á palacio, almuerza con Castelar, come con Cánovas y sólo oye alabanzas por todas partes!

»En la temporada en que nos conocimos en Ocaña decía usted que yo tenía imaginación. Mi podre difunto tío me llamaba lorita porque soy algo parlanchina, y ahora mi amigo el médico alaba mi buen criterio literario. Estas cosas, la predicción de la gitana, la ociosidad de mi vida monótona y el deseo de salir de aquí, donde me aburro, me han soliviantado, no sé si para bien ó para mal.

»¡Si yo pudiera escribir; ser siquiera un satélite de ese astro coruscante llamado Pardo Bazán!

»He vacilado, pero me he decidido. Voy á calzarme las medias azules. Comprendiendo que para escribir son necesarias algunas nociones, me he preparado con lecturas científicas. He leído de geografía, indumentaria y botánica, tan precisa para describir sitios campestres, y he resuelto escribir una novela. He pensado un argumento que á mí me parece interesante, y quiero consultarle con usted, para lo cual se le relato someramente. Un caballero, el coronel Mendoza, por ejemplo, viudo, entrado en años, rico y que tiene un hijo muy joven, se casa en segundas nupcias. El hijo se enamora de su madrastra. Como es respetuoso y honrado, oculta su pasión y enferma por no poder explayarla. Su padre y aun la madrastra, que le quiere bien, están consternados. Ella quizá sospecha la causa de la dolencia cada vez más grave del joven, y el padre la descubre á su vez, por medio de una combinación de espejos ó de otro recurso (que no tengo pensado). El padre se desespera, pues, como es natural, quiere entrañablemente á su hijo, y después de gran lucha psicológica, comprendiendo que es un obstáculo para la felicidad de éste, se sacrifica quiero decir, que fingiendo salir de caza, finge que se le desboca el caballo y se arroja á un precipicio. Tampoco tengo pensado el final: no sé si mate á alguno ó le encierre en un convento; pues como usted comprenderá, el logro de estos amores sería monstruoso. En fin, esto lo pensaré y resolveré (si tiene usted la amabilidad de ayudarme) mientras escribo. En lo tocante á la forma, me siento también llena de vacilaciones: el estilo cortado va siendo cursi, pero temo que el lector se asuste de esas páginas llenas de interminables renglones.

»Otra cosa me *intriga* también: no sé cómo empezar. Tengo dos principios, ahí van para que usted me diga cuál le parece mejor:»

«El viajero que durante los meses de primavera va de Nápoles á Roma, ve (si no va dormido) á la izquierda de la vía férrea la pintoresca *Villa-Barati*, competidora de Palmieri, célebre por los cuentos de Decameron. Poco antes de llegar el tren á la estación, entraron en ésta, procedentes de la *Villa*, dos señoras acompañadas de un caballero. Una de ellas era de edad provecta y de aspecto bondadoso y distinguido, y la otra una adorable joven, de corta edad, pero con ese precoz desarrollo de la mujer italiana. En cuanto al caballero, parecía por su traje serio un médico ó un notario. Este tomó dos billetes de primera para Roma, hizo facturar el equipaje, y los tres se sentaron para esperar la llegada del tren de Nápoles. La señora estaba muy conmovida; en cambio, el semblante de la joven rebosaba satisfacción.

—»Sí, amigo mío, dijo aquélla al caballero, como reanudando una conversación interrumpida. Dentro de poco voy á lograr una gran aspiración de mi vida: la de ver Roma: esa Roma tan cercana y de la que, no obstante, siempre me ha separado una extraña... no sé si decir fatalidad. Yo creo que al entrar en Roma debe sentirse una emoción parecida á la que produce el mar visto por primera vez.

—»En efecto, dijo el caballero, los recuerdos de tanta grandeza impresionan á toda persona de inteligencia y de corazón. Roma es la matriz de la historia del mundo civilizado.

—»Es más que eso, es la ciudad cristiana y católica por excelencia: sólo hay otra superior en el universo: Jerusalén. En Roma está el mediador entre el cielo y la tierra; pero en Jerusalén murió el Dios humanado...

—»Ya viene el tren, interrumpió la joven, que oía distraída esta grave conversación.

»El caballero cargó con dos pequeños sacos de noche y los colocó en un vagón de primera del tren, que ya estaba parado en el andén; bajó, ayudó á subir á las señoras y se despidió de ellas afectuosamente. A propósito había elegido aquel coche, porque en él sólo iba un viajero. Era el coronel Mendoza.»

»Otro principio:

«El tío Mauregato y su familia estaban cenando, no á la mesa, porque no la había, sino en derredor de un gran pote lleno de coles, habas y patatas muy partidas, que nadaban en un mar de caldo. La única cuchara ó escudilla de metal pasaba de mano en mano y de boca en boca, pues en Galicia la gente pobre no se permite la superfluidad de tener más de una cuchara para la familia, por numerosa que sea. El pote se vació pronto, bebieron todos el último trago de agua en una jarra grande de metal, asegurada de caídas, y el tío Mauregato dijo poniéndose en pie y desperezándose:

—»A acostar.

»Mariterne recogió la poca lumbre que había en el hogar y los dos muchachos lleváronse el pote y colocaron los banquillos en su sitio. Momentos después el tío Mauregato y el hijo mayor subían á la luz de un candil la escalera del sobradillo en donde dormían, y la muchacha y el niño se agazapaban en un cuartucho, cerca de la cocina, en donde había dos tarimas separadas por una cortina de jerga.

»Mariterne hizo como que se desnudaba muy lentamente, y no bien se cercioró de que su hermano estaba dormido, apagó el candil, y sin quitarse los zapatos, porque no los tenía, atravesó á obscuras el portalón, abrió con precaución la puerta exterior y salió dejándola entornada. Apuesto á que el lector habrá adivinado á qué salía, puesto que las muchachas gallegas, especialmente las guapas, como lo era Mariterne, se parecen á las de todos los países. La casa del tío Mauregato estaba situada en la ribera del río Maruso, al pie de la colina sobre la cual se eleva la antiquísima aldea de Mardequeso. La joven

se sentó en un peñascal, dando espaldas al río, y mirando de frente á un bosque que se destacaba á lo lejos como una masa sombría.

»¿Qué le importaban á Mariterne la placidez de aquella noche de mayo, el suave olor que despedían los heliotropos y bananeros de la ribera, ni los caprichosos efectos de luz que las nubes errantes producían en la superficie del Maruso, tranquilo y majestuoso como todos los ríos gallegos? Su pensamiento estaba en otra parte. Miraba con insistencia hacia el bosque y se inclinaba como para escuchar.

»De pronto sonó un relincho. La muchacha se puso en pie y se adelantó á recibir á uno que se aproximaba apresuradamente.

»Pronto se hallaron juntos.

– »¡Cuánto has tardado, Morroño!, dijo Mariterne.

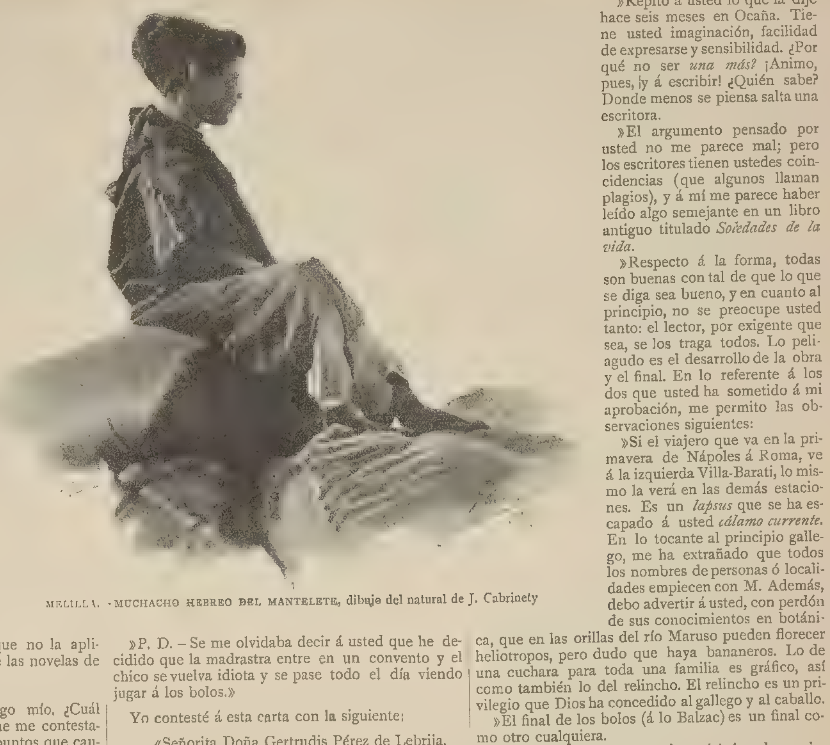
– »¡Carraspas!, contestó el recién llegado, que era un robusto mozallón. No he tenido yo la culpa, ¡carraspas!, sino el bruto del amo, que se ha empeñao en que hierren á una mula. ¡Mia tú, carraspas, que herrar una mula á las ocho de la noche! ¡Carraspas! El animal se espantaba, el albéitar no veía, y yo, ¡carraspas!, estaba frito por si tú te cansabas de esperar.

»El lector se extrañará de este continuo ¡carraspas! de Morroño; pero es que en Galicia todo el mundo tiene su muletilla, por más que no la apliquen tan bien como los personajes de las novelas de Pereda. .»

»Estos son mis dos principios, amigo mío. ¿Cuál le parece á usted mejor? Estimaría que me contestara usted pronto respecto á todos los puntos que causan mis vacilaciones, para comenzar mi trabajo, si á usted le parece bien mi argumento.

»Siempre suya afectísima

»Gertrudis Pérez de Lebrija.



MELILLA. - MUCHACHO HEBREO DEL MANTELETE, dibujo del natural de J. Cabrinety

»P. D. – Se me olvidaba decir á usted que he decidido que la madrastra entre en un convento y el chico se vuelva idiota y se pase todo el día viendo jugar á los bolos.»

Yo contesté á esta carta con la siguiente:

«Señorita Doña Gertrudis Pérez de Lebrija.

»Madrid, 19 *de octubre de* 1893.

»Mi querida amiguita: Contesto á usted inmediatamente, aunque no con la extensión que quisiera, porque estoy muy ocupado.

»Repito á usted lo que la dije hace seis meses en Ocaña. Tiene usted imaginación, facilidad de expresarse y sensibilidad. ¿Por qué no ser *una más?* ¡Animo, pues, ¡y á escribir! ¿Quién sabe? Donde menos se piensa salta una escritora.

»El argumento pensado por usted no me parece mal; pero los escritores tienen ustedes coincidencias (que algunos llaman plagios), y á mí me parece haber leído algo semejante en un libro antiguo titulado *Soledades de la vida.*

»Respecto á la forma, todas son buenas con tal de que lo que se diga sea bueno, y en cuanto al principio, no se preocupe usted tanto: el lector, por exigente que sea, se los traga todos. Lo peliagudo es el desarrollo de la obra y el final. En lo referente á los dos que usted ha sometido á mi aprobación, me permito las observaciones siguientes:

»Si el viajero que va en la primavera de Nápoles á Roma, ve á la izquierda Villa-Barati, lo mismo la verá en las demás estaciones. Es un *lapsus* que se ha escapado á usted *cálamo currente.* En lo tocante al principio gallego, me ha extrañado que todos los nombres de personas ó localidades empiecen con M. Además, debo advertir á usted, con perdón de sus conocimientos en botánica, que en las orillas del río Maruso pueden florecer heliotropos, pero dudo que haya bananeros. Lo de una cuchara para toda una familia es gráfico, así como también lo del relincho. El relincho es un privilegio que Dios ha concedido al gallego y al caballo.

»El final de los bolos (á lo Balzac) es un final como otro cualquiera.

»Repito, pues, ¡ánimo, amiga mía! A calzarse las medias azules que tan bien sientan á la señora Pardo Bazán.

»F. MORENO GODINO.»



MELILLA. – SOLDADOS LAVANDO EN EL RÍO DE ORO, dibujo del natural de J. Cabrinety



MELILLA. – VISTA DEL CAMPAMENTO DESDE EL MANTELETE HASTA EL FUERTE DE SAN LORENZO. – EL SARGENTO DE TIRADORES DE CEUTA. – VIEJO HEBREO. – MUCHACHA HEBREA. – MUJERES Y NIÑOS HEBREOS. MULLY ARAAF EN EL CUARTEL GENERAL. – DETALLE DEL CAMPAMENTO. (Dibujos del natural de J. Cabrinety)



UN FIGÓN EN TIEMPO DEL DIRECTORIO, cuadro de Moreau de Tours (Salón de París, 1893)

NUESTROS GRABADOS

La niña y los palomos, grupo escultórico de Carlos Bernewitz. – Todo en esta escultura está perfectamente estudiado: las formas y la actitud de la figura tienen vida y son un modelo de gracia y de belleza. Su autor, que lo es también de otras muchas obras muy celebradas, ha sido alumno de la Academia de Bellas Artes de Berlín y discípulo del famoso escultor berlinés Reinaldo Begas, en cuyo taller trabaja actualmente, siendo colaborador distinguido del que antes fué su maestro.

Melilla. – Tipos y escenas dibujados del natural por J. Cabrinety. – Entre los varios apuntes que de su excursión á Melilla trajo nuestro corresponsal, el distinguido dibujante señor Cabrinety, hemos escogido los que hoy publicamos y que aun cuando hayan podido perder su interés de actualidad, como todo lo que á aquella campaña se refiere, creemos han de ver con agrado nuestros lectores, porque á la par de reproducir escenas curiosas de la vida de campamento y tipos interesantes de aquellas regiones, son obras de verdadero valor artístico por el talento con que están estudiados los asuntos y por la corrección con que los dibujos están ejecutados.

Un figón en tiempo del Directorio, cuadro de Moreau de Tours. – El mejor elogio que puede hacerse de este cuadro es sin duda el que con nosotros se harán nuestros lectores: ¿verdad que dan ganas de tomar un bocado en aquellas mesas limpiamente puestas bajo el emparrado frondoso? Pues bien: cuando un artista consigue producir esta impresión que revela la belleza de un asunto y la verdad con que ha sido tratado huelgan otras alabanzas.

Tota pulchra est Maria, estatua de Manuel Garnelo. – Hermano del laureado pintor José Garnelo, ha demostrado ya el novel escultor que no en balde ostenta un nombre distinguido en el mundo del arte y que en él residen cualidades y aptitudes especiales para cultivar con provecho el difícil arte al que se ha consagrado. La preciosa escultura que reproducimos figuró en la Exposición internacional de 1892, y llama desde luego la atención por ese delicado misticismo que el joven artista ha logrado imprimir en su obra, que á pesar del concepto que envuelve, verdaderamente sentido, ajústase á los preceptos de la moderna escuela escultórica.

Los dos hermanos, cuadro de L. Becchi. – ¡Vaya un grupo encantador el que forman estas dos figuras! La seriedad con que la muchacha adorna el jarro destinado á servir de adorno en algún altar ó de regalo á algún deudo ó amigo; la sonriente cara del chicuelo, que parece admirar la obra de su hermana, y la belleza de las flores esparcidas sobre la mesa ó amontonadas en la cesta, son elementos más que suficientes para formar, utilizados por un pintor de talento como Becchi, un cuadro de indiscutible valor artístico.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARÍS. – Ha sido fundida en bronce en los talleres de los hermanos Thiebaut la figura alegórica *La cerámica*, obra del eminente estatuario E. Guillaume, destinada á la decoración de la Manufactura nacional de Sèvres.

– Los pintores L. O. Merson y O. de Penne han recibido el encargo de pintar para el Pabellón de Blois en el castillo de Chantilly, propiedad del duque d'Aumale, unos grandes tableros decorativos representando las fiestas y las cazas de la casa Condé que comprenden del siglo XVII hasta el reinado de Luis Felipe.

– Gérigoul, nombre bien provenzal, un escultor aviñonés, ha dado los últimos toques al bajo relieve en bronce que ornará el monumento de Roumanille, el conocido *felibre*. Representa, al pie de un olivo, dos provenzales: sentada una, luciendo el gracioso tocado de las arlesianas, deshoja una margarita; de pie la otra tiene en sus manos un ramo de violetas, y junto á ellas un joven lee *l'armonia provançau*, destacándose las tres figuras en un fondo en que se ven las antiguas armas de Saint Remy.

BERLÍN. – En el Salón Schulte, la asociación de los «Veinticuatro,» de Munich, ha celebrado la exposición correspondiente al presente año, que ofrece á los aficionados á las modernas corrientes artísticas una serie notable de cuadros y estudios interesantes. Al lado de las obras de Uhde, Hexter, Keller, Heyden, E. Oppler, Olde, Trubner, Fehr, Schlittgen, Dill y Ulrich, sobresalen los bellísimos paisajes de Benno Becker y de Adolfo Niemeyer y los interiores pintorescos y delicadamente estudiados de M. Basser y H. Borchardt. Figuran además en esta exposición 21 acuarelas de C. Strathmann, que revelan un talento en el cual se juntan la mayor variedad en la concepción y la gracia y el arte en la ejecución, algunos estudios de paisaje de Maenchen y varios cuadros de Gilsoul, Grier, Vail y otros.

– En el Salón de Amsler y Ruthard se ha verificado una exposición de las obras del famoso grabador Max Klinger, en la que han llamado principalmente la atención sus recientes y notables *Fantasías para los cantares de Brahms*, una serie numerosa de estudios y la escultura *Salomé*, busto policromado con el cual revelóse aquel artista como escultor de valía.

DORNACH. – La casa Braun, Clement y Compañía ha comenzado la publicación de los cuadros de la Academia de Bellas Artes de Florencia, reproducidos en 76 láminas al carbón. Esta obra, cuyo texto ha escrito Venturi, será por lo tanto una colección de los más escogidos cuadros de los cuatrocentistas florentinos y de algunos de sus principales predecesores y sucesores.



«TOTA PULCHRA EST MARIA,» estatua de Manuel Garnelo

VIENA. – En el Museo Austriaco se celebra actualmente una interesante exposición de acuarelas organizada por la sección de Bellas Artes del Club de turistas austriaco: consta la exposición de 300 obras, que son reproducciones de montañas, valles, ríos, monumentos arquitectónicos, vistas de ciudades, etc.

BRUSELAS. – En cinco salones de la casa Ravenstein, de Bruselas, se ha inaugurado una exposición de encajes á la que han concurrido 160 expositores con 1.200 objetos que constituyen una historia completa de la antigua industria encajera.

DRESDE. – Para cuando esté terminado el edificio de la Academia, que toca á su conclusión, se proyecta celebrar en él una grandiosa exposición de Bellas Artes que durará desde 1.º de agosto á 5 de noviembre y á la que indudablemente concurrirán muchos artistas, pues entre otros atractivos tendrá el de que hay para este año 137.500 pesetas procedentes de la fundación Proll-Hener y destinadas á la adquisición de obras para la Galería de Pinturas.

– En el Salón de Lichtenberg se ha expuesto una colección de cuadros, estudios y grabados de la pintora Herminia Laukota, de Praga, entre los que sobresalen una *Madonna*, una *Madre junto al cadáver de su hijo* y un *Murillo pastor*.

DIJÓN. – El día 6 de enero último se ha inaugurado un nuevo Museo de Escultura en la planta baja del Hotel de Ville. Consta de tres vastos salones; en el primero, destinado al arte antiguo, figuran numerosas obras romanas en mármol, procedentes del Museo Campana, y unas reproducciones del arte griego, ya que su fundación ha de responder al plan que se concibió, esto es, que sirva como centro de enseñanza y estudio. Ocupan el segundo salón las obras del arte gótico, y el tercero, que es el más vasto de todos, está destinado al arte moderno, entre cuyas producciones descuellan las del famoso Rude.

– El célebre pintor húngaro Munkakzy ha terminado su cuadro colosal destinado al Parlamento húngaro, que se titula *Arpad, fundador de Hungría, recibiendo acatamiento de los pueblos sometidos*, en el cual hay más de cien figuras.

ATENAS. – La escuela francesa de esa capital emprenderá próximamente nuevas é importantes excavaciones arqueológicas en Tegea, previa la designación de los terrenos que deberán forzosamente expropiarse por una comisión técnica nombrada por el ministro de Instrucción pública.

Es el objeto de esos trabajos descubrir el famoso templo de «Alea Athena,» uno de los más antiguos é interesantes monumentos tal vez del Peloponeso, y que encierra, según los historiadores griegos, gran número de estatuas de Scopas.

Teatros. – En Leipzig ha debutado como director de la famosa orquesta de conciertos de la Asociación Litz, Siegfrido Wagner, hijo único del gran maestro. Había circulado entre los aficionados la voz de que el joven Wagner no servía para la carrera que emprendía; pero desde los primeros compases que bajo la dirección de su batuta ejecutó la orquesta, el público comprendió que se encontraba en presencia de un gran músico y le tributó una ovación entusiasta. Siegfrido se parece físicamente á su abuelo, el ilustre Litz; aparenta tener poco más de treinta años, y su rostro, excesivamente pálido, es de una belleza infantil: de cuerpo pequeño y endeble, nadie al verlo adivinaría en él la energía que despliega cuando empuña la batuta; sus ojos, de dulce mirada, anímanse cuando dirige la orquesta, y en ellos se ve brillar la llama del genio. Los inteligentes que han visto dirigir al joven Wagner le predicen un brillante porvenir.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés una revista de Blum y Touché *Paris qui passe*, puesta en escena con gran lujo, y que como todas las obras de su género es una exposición de los principales sucesos ocurridos durante el año en la capital francesa; en la Comedie Parisienne *Pigneroles malade*, pieza en un acto de Ricardo O. Monroy, de escaso argumento, pero muy movida y graciosa; en el Theatre des Poetes *Kemener*, drama en tres actos de Eugenio Le Mouel, escrito en hermosos versos y cuyo argumento se basa en unos sentidos amores enlazados con las guerras de religión que en el siglo XVI ensangrentaron la Bretaña; en el Theatre de la Republique *L'Elephant Blanc*, drama de gran espectáculo en cinco actos y nueve cuadros, de Montepin y Dornay, y en la Opera Comique *Le Flibustier*, del celebrado poeta y novelista Juan Richepin, con música del general ruso César Cui. En la Comedia Française se ha reproducido *Un mariage sous Louis XV*, y los aplausos con que ha sido nuevamente acogida esa comedia de Dumas, padre, estrenada hace cincuenta y tres años, demuestran que el género viejo, cuando es bueno, subsiste y gusta á pesar de los cambios que en el transcurso del tiempo impone la moda.

Londres. – En Haymarket se ha estrenado con gran éxito un drama, *The Charlatan*, cuyo autor, Mr. Roberto Buchanam, apartándose de las tendencias de llevar al teatro los problemas sociales, ha trazado un interesante argumento basado en un crimen y en experimentos de hipnotismo y ciencias ocultas, siendo por fin descubiertos los manejos del criminal. En Quen 's Hall se han cantado á manera de concierto, *I Pagliacci*, de Leoncavallo, y *Cavalleria rusticana*, de Mascagni, que han producido escaso efecto, sin duda por haberse representado sin ningún aparato escénico. En Olympia está llamando la atención un grandioso espectáculo, *Constantinopla*, en el cual toman parte 2.000 personas y aparecen ante el espectador magníficos palacios, entre ellos el de mil una columnas, mezquitas, bazares, el lago subterráneo, un harén y, en una palabra, todas las maravillas, tipos, escenas y lugares de la capital de Turquía. Próximamente se representará en Haymarket la versión inglesa de la comedia alemana *El talismán*, de Fulda, esa obra á la que la comisión nombrada por el ministro de Cultos ha otorgado el premio Schiller, fallo que el emperador no ha querido ratificar. Fulda, que sólo cuenta treinta y un años, ha tomado de un cuento de Anderson esa comedia que hoy se representa con gran éxito en toda Alemania.

Madrid. – El éxito de la temporada ha sido el estreno en el teatro de la Comedia de la obra de Pérez Galdós *La de San Quintín*, del cual damos cuenta en otro lugar de este número. De los demás teatros sólo en Apolo se ha estrenado una zarzuela en un acto, de Navarro y Gonzalvo, con música del maestro San José, titulada *Guirigay*, que es una graciosa sátira política de la cuestión de Melilla.

Barcelona. – En Novedades se ha estrenado con muy buen éxito *La hija maldita*, drama en tres actos, arreglo del francés por Mario L. Carmona (seudónimo de un conocido periodista), de argumento muy interesante y bien desarrollado y muy bien escrito. En uno de los últimos conciertos del Liceo se ha ejecutado con gran aplauso, y bajo la dirección de su autor señor Nicolau, el poema sinfónico en dos partes *Hénora*, muy bien concebido y admirablemente instrumentado. En el Tívoli una compañía de ópera, bajo la dirección del maestro Pérez Cabrero, pone en escena con aplauso las principales obras de su repertorio.

Necrología. – Han fallecido:

Jan der Gonw, historiador y arqueólogo holandés, autor de una magnífica *Historia de Amsterdam* y de otras obras notables.

Ernesto Heyn, pintor alemán.

Guillermo Ihno Adolfo de Freeden, náutico y meteorólogo alemán, fundador del Observatorio marítimo de la Alemania del Norte y autor de varias obras de náutica y meteorología.

Mauricio Mistrecey, pintor francés.

P. Manuel Pérez de la Madre de Dios, general de los Escolapios de España y Ultramar, notable matemático, autor de varios opúsculos y de una crónica biográfica de los principales padres de la orden.

El general Mellinet, decano de los generales franceses: comenzó su carrera militar hace ochenta años, peleó en España en 1822, estuvo en Argel desde 1840 á 1850, en Crimea en 1855, en Italia en 1859 y se retiró en 1870: tenía la gran cruz de la Legión de Honor.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

– Me hablaste de una vienesa que cantaba aires populares de su país. ¿Es esa?.

– La misma.

– Ni siquiera me dijiste su nombre... No podía yo suponer que la que cantaba aires de su país fuera la misma dama con quien has estado hablando tanto y con tanta intimidad.

– ¡Intimidad!.. Hija, exageras un poco.

– ¿Te parece?.. Pues ella, añadió Teresa con enojo, te apretaba la mano y se despedía de ti como si fuerais amigos, pero muy amigos y de mucho tiempo.

– Todas esas extranjeras son poco ceremoniosas y tienen maneras más libres que vosotras.

– Di que tienen maneras muy descocadas...

– ¡Calla! Teresina, ¿estás celosa por ventura?

– ¡Celosa!, repitió Teresa para disimular el estado de su espíritu. No, no por Dios, no hay por qué... Solamente me ha apenado un poco que hayas perdido la confianza en mí, y no me digas ya como antes lo que te sucede, con quién hablas, á quién conoces, quién te ofrece su amistad, en fin..., como antes.

Santiago conoció la razón y no supo qué responder. Se encogió de hombros y murmuró:

– ¡Bah, bah! Esas son puerilidades.

Quiso coger la mano de su mujer; pero ésta la retiró suavemente, y con aire de enojo se volvió á la portezuela como queriendo mirar al exterior á pesar del chaparrón que empañaba el cristal. Santiago consideró prudente no prolongar una conversación que era muy escabrosa. Como Teresa, calló y se recostó en su rincón. Pero de cuando en cuando se incorporaba un poco y avanzaba cautelosamente la cabeza intentando ver el perfil de su mujer y persuadirse de si estaba seriamente enojada. En el momento en que el coche pasaba por debajo del puente del ferrocarril, Teresa se volvió involuntariamente, y á pesar de la obscuridad del sitio, Santiago vió á la luz temblorosa de los faroles de gas dos lágrimas que brillaban en los ojos de su mujer.

Estas lágrimas que Teresa procuraba ocultar conmovieron su corazón. Era el primer disgusto grave que daba á su mujer y no podía menos de sentirse culpable. En el sentimiento que experimentó, sentimiento de vergüenza, de pena y de enojo consigo mismo, comprendió toda la fuerza de los lazos que le unían á su mujer, lo mucho que necesitaba su afecto y su estimación, y le pareció estúpido exponerse á perder todo esto cediendo egoístamente á ese deseo de sensaciones nuevas que impulsa al hombre á conquistar una mujer cuyo principal mérito consiste en ser una desconocida. Cuando el coche llegó á la casa de la calle Carabacel, ayudó á Teresa, silenciosa, pero amablemente, á bajar del carruaje, y cuando la hora de comer los reunió en el comedor, presentó Santiago una cara de contrición tan sincera que desarmó completamente á su mujer. Durante la comida hablaron de cosas indiferentes; pero luego que la criada hubo levantado los manteles y se quedaron solos delante de la chimenea, Santiago se acercó al canapé donde Teresa se había instalado para seguir un bordado ruso, y ciñendo con su brazo el talle de la casta esposa, dijo:

– Teresita, hoy te he hecho llorar y no puedo perdonarme el disgusto que te he causado, sin intención, te lo aseguro..., pero de todos modos perdóname y te juro que no volveré á darte pesares...

– Santiago mío, respondió Teresa devolviéndole sus caricias, te perdono, te perdono... Yo he sido acaso demasiado suspicaz... Pero soy tan dichosa siendo tu mujer, que ya me parezco á los que poseen un tesoro y al menor ruido se alarman y creen que se lo van á quitar.

– Si yo te amo, ¿de qué tienes miedo, Teresina?

– Tengo miedo de ser celosa, confesó inclinando la hermosa cabeza sobre el pecho de su marido; porque si tuviera celos, Santiago mío, créeme, sería una desgracia, una gran desgracia para los dos.

VI

Después de este breve incidente, el nido de la calle de Carabacel recobró su pacífica tranquilidad. Los días eran tan luminosos como las claridades de la mañana entre los *eucalyptus* del jardinillo, tan azules como la bóveda del cielo sobre las montañas de Niza. Teresa evitaba toda alusión al incidente de la villa Koloubine, y Santiago se había prohibido acordarse de la señora Liebling. Operábase en él una reacción comparable á la que se produce entre los neófitos; no solamente evitaba toda ocasión de reincidencia, sino que llegaba hasta detestar la causa de su pecado. Sentíase avergonzado de su debilidad y de su poca resistencia á las seducciones de la sociedad de Niza. El, que delante de sus camaradas se había preciado de estar blindado contra todo linaje de seducciones y de ser invulnerable á los ataques de las Dalilas parisienses; él, que repetía constantemente que las zalamerías femeninas no le producían la más leve impresión, él precisamente había sucumbido, casi, casi como un colegial sin experiencia, á las primeras coqueterías de una aventurera. Nunca se perdonaría esta rápida derrota, y después de culparse de su debilidad, toda su indignación era contra la mujer que había logrado tan fácil victoria. Abominaba á la señora Liebling y se empeñaba en descubrir en ella inverosímiles defectos, sin pensar que este excesivo rencor lo que probaba era que no podía desechar de su mente y de su corazón el recuerdo de Mania.

Como siempre buscamos disculpas para nuestras debilidades, Santiago imaginó que si había sucumbido tan pronto fué debido únicamente á la ociosidad de su nueva vida. Dos meses de reposo absoluto habían disipado completamente el malestar que antes sentía. Tenía la nostalgia de su arte, y resolvió ocupar su imaginación y volver al trabajo. No pensaba todavía empezar un gran cuadro, pero quería aprovechar su permanencia en el litoral para hacer algunas acuarelas. El país era el más á propósito; el fin de enero era excepcionalmente hermoso, y febrero y marzo podían no presentarse tan benignos. Convenía, pues, consagrar aquellos serenos días al estudio. Santiago hallaba en sus proyectadas excursiones otra ventaja: le alejaban de Niza y le evitaban la contingencia probable de encontrar otra vez á la señora Liebling y el compromiso de volver á casa de la princesa Koloubine.



Santiago alquiló una barca y en ella se dirigían al centro de la bahía...

Hubo, pues, para el joven matrimonio una sucesión de días dorados y apacibles en que los dos gozaron una profunda alegría. Por la mañana, despertados por los rayos de sol que iluminaban sus ventanas y por los gorjeos de los pajarillos que acudían á los granados, tomaban el te en la terraza adornada de rosas, mientras se animaba la vecindad y venía de la calle la voz sonora de las vendedoras de sardinas. Juntos recorrían el jardín espiando el crecimiento de los narcisos que habían plantado, cogiendo los limones dulces ya maduros, y maravillándose de la precocidad de los naranjos, respirando con deleite el perfume de las mimosas, y repitiendo á la vez: «¡Qué bien se está aquí, qué bien!» A las diez un piano ambulante venía con puntualidad á repetir las mismas polcas y los mismos valses del día anterior, y esta música bailable les divertía y entretenía. Teresa daba algunas monedas de cobre al que traía el piano y lo tocaba, después se almorzaba ligeramente, y una victoria venía á las doce á esperarlos y no se hacían esperar.

Unas veces iban á Villafranca por el camino de Montboron. El carruaje recorría rápidamente aquel camino desde donde la vista abraza un ancho espacio de mar y de montañas. Las villas adosadas á la colina se sucedían coquetas y risueñas. Por encima de los altos muros de contención veíanse rosas, heliotropos, jazmines y geranios entre las pilastras de las terrazas formando una guirnalda embalsamada y multicolor de media legua de extensión. Detrás dejaban un anfiteatro de colinas, las cimas orientales de Mont-Gros, la pirámide de Monte-Calvo, y á lo lejos los Alpes nevados. A la derecha, bajo la vegetación espléndida de los jardines, se dominaba el puerto de Lympia, con sus velas, palos y mástiles que semejaban los árboles de un bosque, y más allá de las rocas verdes del castillo distinguíase la curva luminosa de la bahía de los Angeles, adornada de copiosa espuma de plata. Más allá todavía, el Mediterráneo, azul y diáfano, cortado un momento por la minúscula isleta del cabo Terreto, mostrándose luego más azul, más radiante, hasta la punta bañada por el sol, donde se veían las casas blancas de Bordiguera en vapores rosados. Bajábase hasta la rada, donde, solitario, se balanceaba anclado un barco italiano, reproduciéndose en el espejo del mar. Allí, después de una corta parada en la hostería, el pintor alquilaba una barca y en ella se dirigían al centro de la bahía, y mientras Teresa leía Santiago lavaba ligeramente una acuarela. Empeñábase en reproducir el matiz claro de las casas de Villafranca, de rosa ó amarillo pálido bajo los tejados obscuros, la sombra húmeda de las calles en cuesta, las notas vivas de las flores rojas y de las ropas colgadas en las ventanas, todo esto envuelto en una atmósfera transparente y reflejándose en las aguas. La barca los mecía, una exquisita frescura salina subía del fondo del mar; el aire de la costa traía el olor de los nísperos del Japón; las aves marinas grises y blancas volaban, iban y venían rápidamente, mojando su plumaje en las ondas y secándolo luego á los rayos del sol. Santia-

go interrumpía su trabajo para saborear mejor esta alegría incomparable de la tierra, del aire y del agua, y un suspiro de voluptuosidad ensanchaba su pecho.

Otras veces atravesaban el Var, se detenían en Cagnes y escalaban á pie este curioso pueblo edificado en la falda de una colina. Allí el efecto era distinto, pero no menos atractivo; las casas de un color crema ó rosa muy bajo se amontonaban en espiral unas sobre otras hasta la cima coronada por el campanario de la iglesia y los restos de una antigua fortaleza. Teresa y Santiago llegaban precisamente en los momentos en que se celebraba la fiesta del pueblo.

En lo más alto, al abrigo de los muros del castillo, convertido en residencia de una familia burguesa, una abigarrada multitud hacía corro en torno de un orfeón. Los cantores, con sus gorros iguales, alternaban con los músicos de una charanga. En los intermedios, mujeres de varia edad, adornadas con los mejores trapitos que poseían, agarradas de las manos, de tres en tres ó de cuatro en cuatro, paseaban procesionalmente en derredor de los espectadores, mientras que los mozos, sentados en un muro que servía de baranda, guiñaban el ojo á las conocidas y las soltaban algún que otro piropo. El sitio era en verdad delicioso; más arriba todavía, había profusión de limoneros, y aquí y allá, entre las rocas, áloes, albaricoqueros y almendros en flor; enfrente veíase un circo de colinas en que se dibujaban perfectamente los senderos de cabras, entre los olivos, senderos que conducían á lejanos pueblecitos bañados por el sol; después, más arriba, las montañas de color gris plata, envueltas en vapores de azul obscuro, destacaban sus crestas desnudas entre los hielos resplandecientes de los altos Alpes.

El metal de la charanga redoblaba sus sonoros ecos, y las muchachas, embriagadas por aquella música vibrante, miraban con ojos tiernos á los mozos recostados en la baranda, que correspondían á aquellas miradas de la manera más significativa é insinuante, bajo la indulgente vigilancia de las madres. Una alegría franca, una rústica sensualidad y la pereza del día de fiesta presidían aquella fiesta mayor. Respirábase allí la primavera, la juventud, la vida fácil de un pueblo al que no atormentan los escrúpulos y las preocupaciones, que parece alimentarse, como las cigarras, de música y luz, y al que basta para ser dichoso el espeso vino de sus viñedos y las caricias de sus mujeres. Teresa, con su delicadeza de mujer del Norte, consideraba demasiado libre y exuberante aquella alegría; pero Santiago, muy sensible á los encantos del color y de la forma, sentíase simpáticamente impresionado por aquel regocijo popular tan animado bajo el cielo ardiente del Mediodía.

Contra su propósito trabajaba poco, y no traía á casa más que apuntes y esbozos incompletos. El deslumbramiento de la vista, la novedad de los sitios y de las figuras producían en él una agitación que dañaba considerablemente á la seguridad y á la sinceridad de la ejecución. Necesitaba algún tiempo para habituarse al medio meridional. Demasiado incompleta para permitirle el recogimiento preciso en toda labor artística, la asimilación se operaba en él por cortas infiltraciones, digámoslo así. Gota á gota, sorbo á sorbo, absorbía como una perturbadora intoxicación los efluvios de aquel país medio pagano todavía. Las excursiones que había emprendido para apartarse de Niza y sus tentaciones excitaban más todavía sus sentidos. Volvía agitado é indolente á la vez; volvía con otras maneras de ver y de sentir. La dulzura acariciadora del clima, el lujo de las villas esparcidas á un lado y otro del camino, los ojos claros y atrevidos de las mujeres, hacían surgir en su pensamiento el deseo de una vida muy diferente de la que conocía. La crisis que había sufrido al llegar á Niza se reproducía, pero agravada por el recuerdo de las sensaciones experimentadas en los jardines de la villa Koloubine. Había querido sustraerse al hechizo de Mania y experimentaba una obsesión mucho más temible porque era más vaga, más misteriosa, y el hechizo que le dominaba parecía palpitar en el aire que respiraba.

Después de comer, mientras Teresa, fatigada de la excursión campestre, procedía lentamente á su *toilette* de noche, Santiago salía para fumar un cigarro. Confundíase con los paseantes que llenaban la avenida de la estación; se detenía ante las terrazas de los cafés, donde los músicos en un tablado tocaban valses y fantasías de ópera italiana; llegaba hasta el teatro, donde á la entrada jóvenes caballeretes saludaban con fuertes apretones de manos á las damas envueltas en abrigos de pieles, que se precipitaban en el vestíbulo del coliseo, exhalando al paso el perfume de las flores frescas, y Santiago retrocedía, experimentando á la vez el deseo y el temor de encontrar á Mania. Volvía á confundirse entre la multitud, y fuera la que fuera la condición social de los paseantes, experimentaba las mismas preocupaciones sensuales y la propia obsesión de amor y voluptuosidad. Mujeres de *toilettes* chillonas y de provocadoras miradas codeaban á los bebedores sentados delante de los cafés; ramilleteras muy limpias circulaban bajo los arcos llevando en las manos sus cestos llenos de rosas y violetas; marineros del puerto, obreros de la antigua Niza, atravesaban el muelle cantando y rodeando con el robusto brazo el talle de airosas mujeres de ojos negros y cabello abundante y desordenado. Las ventanas de *London-home* aparecían iluminadas eléctricamente, y á través de las persianas se oía el sonido argentino de las risas femeniles. Solo, en medio de estas corrientes de sensualidad, Santiago experimentaba la curiosidad de esta vida de constante disipación y el insidioso sentimiento de haber pasado una buena parte, la mejor de su juventud, sin disfrutar los placeres que ya estaba condenado á desconocer perpetuamente.

A los veinte años no había tenido ni tiempo ni medios de correrla, como vulgarmente se dice. Después, ya libre de los cuidados del pan cotidiano y colocado en una situación independiente, habíase apresurado á casarse. No conocía otra cosa que los placeres tranquilos que se encuentran en un matrimonio de inclinación, y hasta venir á Niza no había sentido, en verdad, la necesidad de otros. Pero desde su llegada á Niza, conocía que existía en él un fondo de sensualismo que fermentaba sordamente. Aguijoneábanle deseos hasta entonces ni siquiera soñados, y la tentación de empujar aquella puerta entornada de una existencia de lujo y de placeres que sólo conocía de oídas. El mundo donde la gente se divierte se le aparecía como un jardín cerrado, del que veía por encima de altos muros una misteriosa florescencia cuyo perfume le embriagaba. Poco á poco, una voz pérfidamente insinuante, una voz que sería parecida á la de la serpiente que habló á Eva, le murmuraba: «¿Por qué no has tenido más paciencia? ¿Por qué te has casado tan pronto?.. Francisco Lechantre tenía razón: un artista no debería elegir esposa hasta que estuviera completamente en posesión de su arte y de la experiencia de la vida. Encerrándose en plena juventud en el claustro matrimonial, se condena á no poder renovar jamás sus sensaciones. Siempre tiene á la vista el mismo limitado horizonte, y disfruta siempre los mismos placeres, muy agradables en sí, pero terriblemente monótonos. Piensa qué gran partido hubieras podido sacar de tu excursión á Niza si hubieses venido soltero, libre de los deberes que tu lealtad y tu afecto te imponen. Hubieras penetrado en un mundo extraño, animado é interesante, cuyo trato tú mismo te has prohibido, porque no quieres disgustar á tu mujer; un mundo que ofrece tipos originales á tu observación, que hubiera impresionado fuertemente tu imaginación, haciéndote experimentar sensaciones desconocidas y poniéndote en íntima comunicación con otras personalidades tan curiosas y dignas de estudio como la hermosa Mania...»

¡Mania! A pesar de sus esfuerzos para no acordarse de ella, sin cesar representábasele la hechicera aparición. La veía altiva y sonriente, provocadora y casta, con aquellos ojos de enigmáticas llamaradas. La tenía constantemente en su memoria con el sentimiento que deja en el ánimo una ocasión perdida y que no ha de volver á presentarse. Parecíale que Mania le sujetaba por medio de mágicos hilos invisibles, como aquellos rubios cabellos con que Bibiana aprisionaba á Merlín. «¿Para qué pensar más en ella, se respondía él mismo, si voluntariamente he vuelto la espalda á la casa en que podía volver á verla?..» Y otra voz, una voz algo más severa, la voz del buen sentido, le gritaba: «Todo lo que has pensado respecto de las exigencias de tu arte y de la necesidad de renovar tus sensaciones no es más que un ingenioso sofisma con que pretendes engañarte tú mismo. El arte no tiene nada que ver con las egoístas preocupaciones que te atormentan. Sabes perfectamente que se observa mal cuando no se está tranquilo, y sólo quieres entrar en ese mundo exótico para experimentar emociones violentas. No es en ese medio donde se halla la inspiración, porque la inspiración no es otra cosa que el esfuerzo reiterado cada día, la tenacidad y la continuidad del trabajo. No te pagues de palabras vanas y de falaces curiosidades. Lo que sueñas ante todo y sobre todo es volver á ver á Mania, lo que deseas es probar el fruto prohibido y satisfacer una confusa sensualidad que se agita en tu organismo, porque no la has satisfecho suficientemente cuando tenías veinte años. Experimentas las mismas ansias que un jovencillo al salir de la escuela, y deberías avergonzarte de eso tú, que eres un hombre ya, un gran artista, unido á la mejor y más adorable de las mujeres.»

Descontento de sí mismo, avergonzado de sentirse tan débil y tan poco firme en sus resoluciones, volvíase lentamente á la calle Carabacel, y una vez cerca de Teresa, esforzábase en redimir, por medio de vivas demostraciones de cariño á su mujer, los pecados que acababa de cometer mentalmente. Al lado de su mujer, tornaba á ser el enamorado de siempre, lo mismo que cuando la había acompañado mirándose en ella por el camino del Priorato. Teresa, con su grave mirada amorosa, con su tranquila sonrisa, poseía la virtud de conjurar los culpables deseos que invadían el corazón de Santiago como los siete demonios del Evangelio. Cuando Teresa le estrechaba las manos, cuando le miraba con sus hermosos ojos negros tan sinceros y tan confiados, no pensaba ya en Mania, y la imagen de la blanca mujer de los ojos verdes se desvanecía como una fantástica aparición. Santiago observaba todos los días este milagro, debido á la presencia de su mujer, y con el firme propósito de no ceder jamás á la tentación, prometía no vivir más que para su adorada Teresa.

Después de algunos días lluviosos en que no pudieron salir de casa, volvió á brillar el sol. En su estado de ánimo, Santiago soportaba difícilmente la vida de casa, y sin embargo, temía salir solo. Propuso á Teresa volver á emprender las excursiones y aprovechar el buen tiempo para ir á San Juan, donde se proponía trabajar asiduamente en una serie de estudios. Una mañana clara y hermosa bajaron hasta Beaulieu. Allí, una barca, atravesando la estrecha bahía abierta al pie de la punta Santo Hospicio, los condujo hasta el puerto donde querían almorzar.

San Juan es un pueblo de pescadores, compuesto de unas treinta casas, formando un semicírculo alrededor de la ensenada. Es el punto de cita de los aficionados al marisco y un rincón predilecto de los pintores. El puerto minúsculo adosado á las escarpas verdes de la isleta presenta un carácter de tranquilidad y de rusticidad muy agradable. El mar, casi siempre en calma, se extiende diáfano y transparente, sin el más leve oleaje. Botes y barcos de pesca se balancean muellemente al abrigo de la escollera; las redes están secándose al sol sobre matorrales de lentiscos: sentadas á la sombra de los porches las mujeres cosen ó hacen calceta, cambiando sus impresiones sobre las cosas de la vecindad en el dialecto de Niza; un bosque de olivos se extiende entre el pueblo y las olas que se rompen contra las rocas de Santo Hospicio. Una hostería muy modesta, decorada con el pretencioso título de *Hotel Victoria*, presenta la fachada de su único piso enfrente del puerto. Santiago y Teresa se detuvieron para almorzar. Aquel día eran ellos los únicos que ocupaban el comedor, más largo que ancho, cuyas ventanas daban á la bahía. La hostelera, muy animada y risueña, y muy lista á pesar de su corpulencia, instaló una mesa delante de una de las ventanas, y les sirvió la tradicional sopa con pescado, rociada con un vinillo tinto de Var que saborearon alegremente admirando el maravilloso paisaje.

Allá abajo, sobre el agua soñolienta, las barcas se movían en la fresca sombra del pueblo, y luego, saliendo de la escollera, hinchaban al sol sus velas. Se las veía deslizarse con suave balanceo hasta la entrada de la bahía, donde Beaulieu ostentaba sus jardines, sus villas, sus olivos y limoneros. Por encima de aquella vegetación africana elévanse á pico las rocas rojizas, y en un baño de luz las montañas levantan en medio del azul del cielo sus conos, sus ángulos ó sus moles redondas. La sombra azul proyectada por estas montañas obscurecía á trechos la argentada claridad del fondo, y en aquella sombra aparecían otros pueblecitos, Eza, la Turbie, Lavina, y se dejaban ver islotes de construcciones calcinadas. Recorriendo aquellas lejanas perspectivas que la límpida y diáfana atmósfera hacía parecer más próximas, los ojos se deleitaban en la obscura tranquilidad del puerto, se deslumbraban en las aguas luminosas del mar, reposaban en la verdura de Beaulieu, y se dilataban deliciosamente á la luz á la vez velada y radiante del cielo y de las montañas.

– Quisiera estar contemplando este paisaje todo el día, exclamó Santiago entusiasmado; hay aquí toda la escala de tonos que encantan la vista. Si quieres, Teresita, iremos á buscar un buen punto de vista después de almorzar y volveremos á comer aquí. Esta noche habrá luna y será digna de verse la bahía iluminada por la *casta diva*.

Teresa consintió gustosísima. San Juan le agradaba mucho por su tranquila fisonomía y su aire campestre. Parecía que se estaba á cien leguas de Niza; se respiraba allí á toda satisfacción, lejos del ir y venir de los coches, de las apreturas de la gente y de la lujosa abigarrada decoración de las tiendas. La atmósfera ofrecía efluvios más sanos, las casas de los pescadores una apariencia más honrada. Holgábase de que su marido mirase con la misma simpatía aquel lugar

silencioso, y aceptó con alegría la proposición de no volver á Niza hasta bien entrada la noche. Decidieron, pues, comer en el hotel Victoria, después de puesto el sol, y luego irían á pie hasta la estación de Beaulieu, donde tomarían el tren de regreso de Monte Carlo.

Santiago fué á instalarse en la extremidad de la escollera para dibujar un trozo del puerto, con las casas agrupadas delante del bosque de olivos. Sea que estuviese en mejor disposición que de ordinario ó que la belleza del sitio le inspirase, rápidamente acabó su acuarela y la llevó triunfalmente á Teresa, que la encontró perfecta. Como el sol estaba todavía muy alto sobre el horizonte, descansaron á la sombra de unos limoneros, donde las hierbas aromáticas exhalaban delicioso y sano perfume.

–¡Qué bien se está aquí!, exclamó Santiago, tendiéndose perezosamente al pie de un arbol. Jamás me he sentido tan completamente feliz, y á ti te lo debo, mi querida Teresina.

–A mí un poco..., replicó ésta sonriendo; pero también á la satisfacción que experimentas por haber hecho tan pronto y tan bien tu acuarela.

–Lo cierto es que he estado inspirado aquí, y siento mucho que no hayamos venido antes.

–Volveremos siempre que quieras... ¿Sabes tú en qué estaba yo pensando mientras pintabas?.. Me figuraba hallarme en mi soledad del Priorato, en aquel tiempo en que vivíamos tan tranquilos y nos amábamos tan tiernamente.

–¿Amábamos?.., dijo Santiago; ¿por qué dices *amábamos?* Pues qué, ¿no nos amamos ahora lo mismo?

–Yo sí, pero tú... Confiesa, Santiaguito, que tu amor se ha quebrantado un poquito desde que estamos en Niza.

–¡Qué idea!, murmuró el pintor un poco turbado.

–No te turbes y sé franco, ahora que parece que ya estás curado... ¿No es verdad que te han deslumbrado un poco los ojos de aquella baronesa Liebling que encontraste en la villa Endymión?..

–¡Bah, bah!, protestó volviendo la cabeza.

–No me niegues, hijito, lo que sé perfectamente. Soy yo más observadora que tú crees, y en tu actitud, en tu mirada, cuando hablabas con esa mujer, he adivinado lo que sentías... ¡Oh!, ya sé que eres incapaz de engañarme, añadió Teresa, como respondiendo á una nueva protesta, y la prueba es que tu mismo has conocido el peligro y te has abstenido de volver á casa de tu famosa princesa Koloubine.

–En todo caso, replicó Santiago con ternura, te aseguro Teresa que nunca te he amado tanto como ahora.

–Lo creo, ahora que te ha pasado la... calentura...; pero cuidadito con reincidir, porque te advierto que mis tesoros de indulgencia no son inagotables.

–¿Cómo? Teresina mía, añadió intentando echarlo á broma, ¿serías implacable?

–Sí, lo sería, replicó Teresa muy seria; tú no me conoces bien todavía. Tengo ya tal necesidad de afecto tierno y sincero, que abro mi corazón á quien amo y lo cierro difícilmente; soy muy sincera y muy confiada; pero si me persuado de que se me ha querido engañar, se acabó, se acabó todo... Soy vengativa y no perdono.

–Pues bien, Teresina, no daré ocasión á que seas implacable, porque he de amarte siempre como te amo ahora... Soy tan dichoso cuando estoy á tu lado y puedo estrecharte contra mi corazón... Disfruto una calma deliciosa, una calma luminosa que me anima y me conforta, y me prepara y me excita al trabajo, y me hace amable y grata la vida. ¡Oh, Teresa!, no me abandones jamás, porque sin ti no podría vivir.

–¿Dices verdad?, preguntó Teresa conmovida.

–Verdad, verdad, repitió Santiago, besando las manos de su mujer.

A pesar de sus arranques y sus genialidades, resto de su primera educación de aldeano, era muy expresivo, muy zalamero. Colmó á Teresa de delicadas caricias, tanto más tiernas y suavemente amorosas cuanto que estaba verdaderamente arrepentido y persuadido de la firmeza de su afecto conyugal. Y pasaron deliciosamente las horas de la tarde, bajo la sombra bien oliente de los limoneros, enfrente del puerto que aparecía más pacífico y más sereno á medida que descendía el sol detrás de los pinos del cabo Ferrato. Volvieron asidos del brazo hacia el hotel Victoria, cuyas ventanas se iluminaban en la obscuridad, y donde la dueña del establecimiento, encantada de tener tan gentiles y amables parroquianos, había preparado con el mayor esmero posible una frugal y sana comida.

El aire del mar y la alegría que experimentaban habían excitado su apetito. Sentáronse á la mesa, y como dos enamorados comieron, riendo de todos los incidentes: de la gorra de hule del dueño del hotel, de la vanidad culinaria de la dueña, que hablaba con olímpico desdén de la cocina de los mejores *restaurants* de Marsella, de Cannes y de Niza, queriendo hacer creer á la simpática pareja que como en su casa no se comía en ninguna parte del mundo. Santiago pidió una botella de vino de Asti y la bebieron brindando por la ternura y duración de su amor conyugal. Cuando se levantaron de la mesa eran ya las ocho, y había que apresurarse para volver á Niza.

–Pueden ustedes, les dijo la dueña del hotel, ir hasta Beaulieu por ese bonito camino á la orilla del mar. Por ahí llegarán ustedes en tres cuartos de hora á la estación. Ya va á salir la luna y el camino estará iluminado como de día, y no podrán ustedes perderse de ninguna manera. Además, mi marido les acompañará á ustedes hasta la entrada del camino, y luego todo derecho.

Como les había dicho la dueña del hotel Victoria, no bien estuvieron en el camino de la orilla del mar, apareció la luna por detrás de las montañas, y el mar se iluminó permitiendo distinguir perfectamente todas las siluetas en la costa. Había caído el viento y la noche era apacible y dulce. Veían allá enfrente las casas de Beaulieu, cuyas luces esparcían tenue claridad en la masa del bosque de olivos. Sobre la playa veíanse las ventanas del *restaurant* de la Reserva, espléndidamente alumbradas, reflejándose en las tranquilas aguas, y la atmósfera era tan suave y silenciosa que se oían las voces y las risas de la concurrencia que aún se hallaba en la terraza de aquel establecimiento de moda. Suavísimas ráfagas de aire que venían de los jardines de la isleta traían al camino el perfume de las rosas mezclado con el olor de la resina de los pinos. Santiago abrazaba amorosamente á Teresa, y ésta en la dulce languidez de aquella noche primaveral, deteníase para apoyar la cabeza sobre el pecho de su marido y saborear los besos que cambiaban sus labios.

–¿Sabes, suspiró, que cuando cierro las ojos me parece que estamos en Rocatallada y que volvemos por el camino á orillas del Anjou?

–Pero no dejarás de conocer, observó Santiago, que el mes de febrero es más benigno aquí que en nuestra montaña, y que nuestro valle del Anjou no tiene el esplendor de este mar dormido bajo la claridad de la luna.

–Será todo lo que tú quieras, pero te aseguro que daría todos los encantos de Niza por oir la voz del *Topo* llamando al ganado. Este aire es muy dulce, te lo concedo; esta mar muy tranquila y apacible; pero falta en este silencio una canción de pastor ó de pescador.

–Como en *Hernani*, exclamó Santiago, declamando:

«...Un pájaro en su nido
llamando á su pareja...
un ruiseñor perdido
que exhala dulce queja...»

–Pues mira, me parece que puesto que quieres música vas á tener música.

En efecto, la gente alegre que se hallaba de fiesta en la *Regencia* acababa de descender á la playa. La sonoridad del aire y del agua traía á los oídos de Santiago y Teresa voces y risas y el ruido de la cadena de una barca que se desamarraba. Encendíanse faroles de colores que balanceaban entre los mástiles las luces rojas y verdes; algunas sombras saltaban á la barca, y al cadencioso ruido de los remos que se alejaban de la orilla, se unían las notas de una voz femenina que parecía ensayar. Súbitamente en el silencio de la noche dejóse oir una melodía salvaje y plañidera á la vez, y Santiago recordó la canción popular de la Lithuania que había aplaudido tan calurosamente en la villa Endymión.

Experimentó una desagradable impresión oyendo aquel aire que parecía perseguirle como una obsesión, y que venía á destruir aquel día de amor casto y honrado, pasado en compañía de su mujer legítima.

–La voz es bella, dijo ésta, pero la canción es rara... y desdice mucho de la serenidad apacible del paisaje.

Santiago callaba. Sí, era muy hermosa aquella voz de contralto, y hubiera querido taparse los oídos, porque aquella voz renovaba en él las emociones experimentadas en el salón de la princesa. Y no podía menos de oirla con verdadera ansia. Aquella voz incomparable, violenta y apasionada, no podía ser de otra mujer. Quien cantaba era Mania, no lo podía dudar. ¿Por qué se encontraba allí aquella mujer, precisamente cuando él quería olvidarla, y ya se había creído completamente curado de su capricho? En esta coincidencia veía una especie de fatalidad que le amarraba otra vez á la cadena que presumía haber conseguido romper. Poseído de un temor supersticioso, seguía con la vista atónita aquella barca de los faroles rojos y verdes, que evolucionaba lentamente en medio de la bahía. ¿Con quién estaría Mania, y para quién cantaría su melodía predilecta?.. Parecía como si adrede hubiera querido dar á su canción tonos más acentuados de pasión, de melancolía y de voluptuosa ternura.

La voz de la cantante exhaló como una queja suprema las últimas notas casi imperceptibles de la canción; estallaron nutridos aplausos, y la barca, virando en redondo, volvió en dirección del desembarcadero.

–Se acabó, murmuró Teresa.

–Me alegro, dijo nerviosamente Santiago; apretemos el paso, Teresa, que no vamos á llegar al tren.

Continuaron en dirección á Beaulieu. Parecía ansioso de alejarse de la bahía, donde aún vibraban en el aire las últimas notas de la melodía slava.

Habíase disipado su alegría; marchaba silencioso, melancólico, y él mismo no habría podido decir si su tristeza la producía aquella canción inoportuna, ó el sentimiento de no haber formado parte de la animada reunión en que figuraba Mania. El camino, que seguía exactamente las curvas caprichosas de la costa, era más largo que habían supuesto Santiago y Teresa, y la impaciencia del pintor era cada vez mayor. Al fin llegaron al camino de Beaulieu.

Un momento habíanse detenido indecisos en medio de la calzada, cuando sonó en la obscuridad alegre ruido de cascabeles y campanillas, y delante de una masa de olivos apareció súbitamente un *break* abierto que venía al trote.

–¡Eh, eh!, gritó el cochero.

Teresa y Santiago se apresuraron á refugiarse contra la florida hilera de geranios, que la luna iluminaba. En el momento en que el carruaje pasaba por delante de los dos, una forma femenina se inclinó del lado de Santiago, y en la tenue claridad de la luna, el pintor distinguió á Mania Liebling, que se inclinó de nuevo con más insistencia como si le hubiera reconocido.

Teresa, asustada, al ver avanzar sobre ellos aquella mole, no advirtió nada. Solamente cuando hubo desaparecido el coche exclamó:

–Esos deben ser los que se paseaban en la barca. Se conoce que han comido bien y puede que bebido mejor.

Esta inocente reflexión contribuyó á agravar el mal humor de Santiago.

–¡Maldito coche!, exclamó... Vamos, Teresa, vamos. Creo que oigo silbar el tren en la estación de Eza y no tenemos un minuto que perder.

VII

Mania Liebling esperaba la visita de Santiago el día siguiente al de su conversación en la villa Endymión. Era demasiado perspicaz para no comprender que el pintor estaba prendado de ella, y aunque acostumbrada á que se prendasen de ella los jóvenes y los hombres maduros que frecuentaban las reuniones de la princesa, la conquista del pintor halagaba muy particularmente su vanidad. Santiago Moret era un artista y sus obras alcanzaban grande éxito: siempre es agradable para una mujer á la moda recibir el homenaje de un adorador cuyo nombre se lee con elogio en la prensa; además Santiago tenía el mérito de no parecerse en nada á los galanes que constantemente mariposeaban cerca de ella. El pintor era una personalidad brillante, con talento, y ofrecía á una mujer, ávida de emociones no sentidas todavía, nuevos descubrimientos que hacer en país desconocido. No le pesaría á Mania explorar el corazón de un hombre cuyo talento era cotizado, discutido y admirado, saber cómo sentía, cómo amaba y hasta qué grado de pasión le podía llevar sin concederle grandes libertades. Como ya ha podido adivinarse, la baronesa Liebling tenía á la vez la imaginación inflamable y el espíritu escéptico; se arrebataba pronto, pero á sus primeras impresiones seguía indefectiblemente un movimiento de recelo y suspicacia. Esta mezcla singular de pasión y de frialdad era consecuencia de la doble educación que había recibido. Después de una infancia solitaria, soñadora, se había casado muy joven y entrado en un mundo de hacendistas y políticos, hombres de apariencias muy correctas, pero de un fondo egoísta, positivo y depravado.

(Continuará)

OJEADA

SOBRE EL ARTE MUSICAL FRANCÉS

Perder en rápida sucesión cuatro grandes inteligencias creadoras es para cualquier país algo más que una desgracia, es una catástrofe; y aunque Francia sea por el pronto más capaz que otras naciones para resistir la sensible pérdida sufrida, el vacío que ha dejado la muerte de eminencias tan notables como León Delibes, Ernesto Guiraud, Edmundo Lalo y Carlos Gounod, no es fácil de llenar. Cada uno de esos hombres ocupaba un elevado puesto en la esfera del arte francés contemporáneo, y tan difícil sería encontrar otro Delibes como otro Gounod, porque la individualidad estaba perfectamente definida en ambos. *Sylvia, Coppelia* y *El Rey lo ha dicho* son obras especiales en su género cada cual de ellas, y de pocas creaciones de los compositores contemporáneos se podría decir otro tanto: Leo Delibes, además de



CARLOS GOUNOD (de fotografía de Pirou, de París)

estas obras que revelan el genio de un gran maestro y una originalidad por muy pocos alcanzada, escribió varias operetas, coros, una misa y multitud de melodías no menos bellas, aunque no de tantos alientos.

La musa de Guiraud era menos personal, y sin embargo, ha dejado escritas bellísimas partituras, como las de *En la prisión, Kobold, Madame Turlupin, Piccoliño, Gretna Green* y otra potción de composiciones musicales muy aplaudidas.

En cambio el que compuso *El Rey de Is* y *Namuna* fué un verdadero creador, dotado de una inspiración de primer orden. Lalo debió su primera instrucción en el arte al Conservatorio de Lille, su ciudad natal. En 1865 contrajo matrimonio en París, y desde entonces no vivió sino para su arte; mas á pesar de esto, de todos sus años de trabajo no tenemos más que tres óperas (*Fiesque* y las dos antes citadas), dos sinfonías, tres conciertos, varias piezas de música de cámara y algunas otras, entre ellas la *Rapsodia Noruega*, que es una de las que más ha popularizado el eminente Sarasate. De él es también otra obra, en mi concepto una de las mejores de Lalo: me refiero á su *Nerón*, pantomima en tres cuadros, representada en el Hipódromo de París en 1891. Semejante música no podía haber sido escrita más que por otro hombre, su amigo León Delibes, y en ella es muy



ARRIGO BOITO (de fotografía de Ferrario, de Milán)

aparente ese encanto puramente sinfónico que tan bien caracteriza la obra del autor de *Coppelia*. En esa composición se nota la misma seriedad, la misma minuciosidad de los detalles, igual sentido perfecto de todo cuanto es refinado, que se observa en la obra de Delibes.

Lalo adoró su arte en todas las formas, y en especial la ópera, lo cual no impidió que fuese uno de los primeros sinfonistas. Esto mismo fué una dificultad para el eminente músico cuando quiso entrar en la Opera, porque algunas personas relacionadas con esa gran institución miraban con cierto desdén al compositor tan acreditado en los conciertos.

A pesar de la superioridad de Lalo como sinfonista, su *Rey de Is* es una de las más hermosas creaciones musicales de que los franceses pueden enorgullecerse. Sin entregarse abiertamente al wagnerismo, evitó siempre con el mayor cuidado ser convencional, y su manera de manejar los temas bretones de que se sirvió es originalísima. Confesaba que Beethoven, Schúbert y Schumann eran sus dioses; pero, si no me engaño, también rindió culto á Weber al escribir su *Rey de Is*.

Gounod es, sin duda alguna, la personalidad más saliente en el arte musical francés contemporáneo. Y á propósito del gran maestro, creo necesario hacer constar que á pesar de cuanto se ha hecho para ponerlo en pugna con Boito, los dos maestros fueron siempre los más fieles amigos. Durante el verano último pasé algunos días con el compositor del *Mefistófeles* en su país natal, y entre las muchas cosas que me dijo, refirióme un incidente por el cual se podría reconocer que Gounod no era un hombre de espíritu mezquino.

En febrero de 1883 tratábase de organizar una función en el gran teatro de la Opera para beneficio de los inundados de Alsacia-Lorena. Dos periodistas fueron á ver á Gounod para solicitar su cooperación, pero habían escrito ya anteriormente á Boito pidiéndole consentimiento para cantar algo del *Mefistófeles*. El compositor italiano, que se hallaba en Madrid entonces, accedió al punto cortésmente, añadiendo que su único sentimiento era no poder asistir él también á la representación. Con su carta y el consentimiento del director de la Opera, los dos periodistas visitaron á Gounod, aunque dudando del buen éxito de su misión, cuando solicitasen que patrocinara la representación del *Mefistófeles*. El maestro les recibió cordialmente, y la amabilidad con que accedió á su solicitud desconcertó más á los comisionados que una vacilación por su parte. Uno de los periodistas, M. Besson, le dijo:

– Advertiré á usted, maestro, que ahora viene el punto más delicado. En el mundo hay un *Mefistófeles* conocido en todas partes menos en Francia.

– ¡Ah, sí, el *Mefistófeles* de Boito!, replicó Gounod; ya comprendo. Usted cree que esta sería una excelente oportunidad para presentarlo.

– Sí, ese es el punto sobre el cual desearíamos conocer la opinión de usted, repuso M. Besson.

– Pues opino que se debe representar, contestó Gounod; y no pierdan ustedes tiempo. Boito es un genio y un verdadero poeta; me envió su composición y la he revisado con el mayor interés. Es un italiano que ha estudiado la música alemana, y que supo apreciar las tendencias de la nueva escuela sin dejar de ser italiano. Le aplaudo sinceramente; y en cuanto á lo demás, ya le conozco, pues hace veinte años que fuí á Milán para presenciar los ensayos del *Fausto*. Boito figuraba entonces á la cabeza de la escuela más joven, y me trató con verdadera magnificencia. Era uno de los que sostenían con más fervor la música francesa en Italia, y compláceme mucho poder hacer en Francia lo que él hizo por mí en aquel país. Mi *Fausto* no tiene nada de común con su *Mefistófeles*; y por otra parte, ¿no he compuesto yo mi obra después de Berlioz?

Así es como el 31 de marzo de 1883, y bajo el patronato del autor del *Fausto*, el público parisiense pudo oir por primera vez las melodías del *Mefistófeles*.

Pero no fué esta la única ocasión en que Gounod dió á conocer su privilegiada inteligencia y su elevado carácter respecto á rivalidades, de una manera nada común entre los más notables maestros de su época. En la memorable noche del 3 de marzo de 1875, la noche en que se representó una de las más grandiosas obras maestras musicales de esta edad, la inmortal *Carmen*, Gounod fué el único que, en medio de los muchos pareceres contrarios que se emitían á su alrededor, mantúvose firme y dijo:

– Escuchad bien la música; es deliciosa por el colorido, y excelente por la composición, tanto que no creo posible que deje de triunfar algún día, y entonces todos cambiaréis de opinión.

Según Gounod, *Carmen* se acercaba mucho á lo que era su ideal de lo más hermoso en el arte.

«La belleza, dice Emerson, consiste para Gounod en el delicado encanto, más bien que en la habilidad para presentar las superficies y los contornos, sometiéndose á las reglas que el arte puede enseñar.»

Esto era lo que Gounod buscó siempre para la realización de su ideal, sobre todo en su trilogia religiosa, y si no lo consiguió, debióse á la aplicación de esta teoría puramente «naturalista» á un asunto que está fuera de lo mundano. Es probable que para la creación de su trilogia se inspirara hasta cierto punto en la *Infancia de Cristo*, de Berlioz, y la *María*



JULIO EMILIO MASSENET (de fotografía de Benque, de París)

Magdalena, de Massenet. Las fechas confirman el aserto.

«Durante el otoño de 1867, dice, me ocurrió por primera vez escribir una obra sobre el asunto de la *Redención*; y escribí el libreto en Roma, donde pasé dos meses del invierno con mi amigo Hebert, el célebre pintor. De la música no compuse entonces más que dos fragmentos, la marcha al Calvario, y casi todo el primer número de la tercera parte, y hasta doce años después no terminé la obra.»

Ciertamente que ninguna de las dos obras citadas pueden ser encomiadas en absoluto; y así como representan las composiciones menos satisfactorias de sus autores, del mismo modo la trilogia nos presenta á Gounod bajo su aspecto más débil. En la admirable biografía de aquel maestro, escrita por madame Bovet, no muy satisfactoria desde el punto de vista crítico, se dice lo siguiente:

«Gounod no escribe, como M. Massenet, sobre un poema fantástico tomado de algún episodio de la Biblia, y sin duda no desea ser el Renán de la música. Escribe las palabras de sus oratorios tomándolas de los textos sagrados, muy familiares para él, y propónese ser un apóstol á la vez que un artista. Lo que se esforzó para representar en la *Redención* bajo una forma lírica son los tres grandes hechos de que depende la existencia de la Iglesia Cristiana; es decir, la pasión y muerte del Salvador; su gloriosa



AMBROSIO THOMAS (de fotografía de Benque, de París)

vida en la tierra desde la Resurrección hasta la Ascensión, y la propagación del cristianismo por la enseñanza de los apóstoles.»

A Gounod se le ha llamado con razón el músico del amor, pero debiera añadirse, el amor de Venus y no de María. La víspera del día en que el maestro cumplía los setenta años, dijo: «Mañana llegaré á los setenta; pero jamás comprendí tan bien la intensidad del amor, que es el sentimiento de la juventud por excelencia. Si yo fuese pintor, sé que haría un verdadero retrato de esa pasión, porque tengo la visión interior, la intuición de ella, y porque estoy en constante y directo contacto con el amor, única cosa que hace al hombre. La amistad no es más que otra forma del mismo sentimiento, llamado amor en el sentido apasionado. El amor divino es origen de todos, y el amor á Dios y á la patria, á los padres y á la mujer, al prójimo y al arte, no es más que el mismo y único sentimiento.»

Ahora bien: si por un instante nos fijamos en la

penúltima sentencia, es imposible no ver que en la última se descubre el arrecife oculto en que naufragó toda la trilogía del maestro. Ningún hombre que profese un principio semejante podría escribir verdadera música religiosa: Gounod será siempre el gran músico del amor terrenal.

. . . .

Y ahora que ya no existe el eminente maestro, dirijamos una mirada á nuestro alrededor para ver quién debe encargarse de mantener el arte á la altura á que Francia se elevó durante el último período de este siglo. Thomas, Saint-Saëns, Massenet, Messager, Reyer, Chabrier y Bruneau son los nombres que desde luego nos ocurren. El primero cuenta ya más de ochenta años de edad, y según el curso ordinario de la naturaleza, pronto dejará de tomar parte activa en los asuntos musicales de su país. En 1832, siendo discípulo de Lesueur, obtuvo el gran premio del Conservatorio, y desde entonces no ha dejado de producir. Indudablemente alcanzó el mayor éxito en esa forma de ópera que, teniendo su origen en la *Serva Padrona*, de Pergolese (1731), ha llegado á ser del exclusivo dominio de los franceses, que deben estar justamente orgullosos de la ópera cómica. Trazar su desarrollo en todo el siglo último sería ardua tarea, y por lo tanto nos limitaremos á decir que aún florece ese género, siendo indudablemente aquel en que sobresalen los compositores franceses. Dos de los más recientes y brillantes ejemplos de la ópera cómica son *La Basoche* y *Madame Crysantheme*, escritas por Andrés Messager. Durante muchos años no se ha visto una creación idílica más hermosa que la segunda de dichas producciones, porque además del refinamiento que en ella se observa, distínguese la nota de la verdadera pasión. La minuciosidad en los detalles, el colorido local y la técnica, especialmente sana, son de primer orden. La música es del mejor gusto á la vez que original, y revela á un artista consumado, que sin duda figurará en primera línea entre los compositores de su época.



CAMILO SAINT-SAENS (de fotografía de Pirou, de París)

Andrés Messager es el verdadero sucesor de Jorge Bizet, sobre todo porque combina con todas las bellezas musicales que fueron tan marcado carácter del autor de la *Arlesiana*.

Por lo demás, Francia tiene los respectivos compositores de *Esclarmonda*, de *Salambo*, de *Ascanio* y del *Sueño*, que han alcanzado ya gloria en el campo de la gran ópera; de modo que, en nuestro concepto, el futuro del arte musical francés, á pesar de las recientes pérdidas que ha sufrido, es mucho más halagüeño que para otros países.

CARLOS WILLEBY



LOS DOS HERMANOS, cuadro de L. Becchi

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 12 de febrero de 1894 — Núm. 633.

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN BROMAZO, cuadro de Ramiro Lorenzale



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Semana de gloria. – Poesía lírica y poesía dramática. – Dolores. – Dramas nuevos. Recepciones académicas y temas de ingreso en Madrid. – Recepción académica y tema de ingreso en París. – El drama indio y Sara Bernhardt. – El Arte. – Conclusión.

I

Con razón denomina estos días últimos la prensa días de verdadera gloria. En corto discurso de tiempo hemos aplaudido los dos dramas de Palencia y Galdós, amigos del alma por mí admirados siempre, así como puesto sobre nuestras cabezas los versos inmortales de Balart, que parecen por lo perfectos hexámetros de Virgilio y por lo sentidos tercetos de Dante. No llegó nunca la expresión del dolor humano adonde llega en *Dolores*. Y nunca se hizo un milagro como este de someter dolor tan desordenado al orden matemático de una metrificación correctísima y al precepto riguroso de una gramática intachable. Mi hermano del alma, consumadísimo maestro de una generación que contaba tantos hombres eximios, no tiene rival conocido en el imperio absoluto sobre la técnica literaria, el cual imperio, si su voluntad un tanto perezosa quiere, le sirve para cincelar menudencias con el fino buril de Benvenutto y para tallar estatuas con el fulminante cincel de Buonarrotti. Miradlo: él abraza con pasión á su Dolores muerta; le viste pobre sayal, encerrándola en humildísimo ataúd; luego la deja en los prosaicos nichos de un cementerio madrileño, y se va llorándola con desesperación á gritos por todas partes, olvidado de la poesía y de la gloria, sólo atento á padecer hasta en lágrimas deshacerse, y lágrimas, no obstante ciertas acerbidades de dudas, lágrimas de verdadero católico, que luego recoge no sabemos cuál genio entre clásico y romántico, quien las guarda en una copa, que diríais cincelada primero por Praxiteles, para que pudiesen libar la hidromiel compuesta por panales del Hibla y aguas del Alfeo los poetas griegos, sin perjuicio de llevarla como un cáliz litúrgico al ara de las catacumbas donde lloran su dolor intenso los mártires cristianos. Verdaderamente Federico Balart es una gloria hispánica. Las gentes, disgustadas á la continua del tiempo que corre ahora, y por lo mismo plañideras del viejo y pasado tiempo, no podrán alimentar su pesimista malhumor en los decaimientos de nuestra lengua y en las anemias de nuestro estilo, si leen el castellano escrito con la magistral competencia que ostenta Balart en sus composiciones altísimas. Calidad análoga en su estilo y en su lenguaje la obra dramática de Palencia, representada en el teatro de la Princesa. El secreto de permanecer natural y claro en la lengua, sin caer en lo burdo y chocarrero, poséelo por tal manera Palencia, que sus versos me recuerdan, por lo fluidos y por lo fáciles, al mismo Bretón en persona. La mezcla de calidades opuestas y contrarias constituye para mí uno de los más altos méritos en los ingenios sobresalientes, y creo que á este título y en esta piedra de toque se aquilatan y aprecian por el sentido común y llegan á la religión sagrada compuesta por los favorecidos de la naturaleza y por los predilectos de la historia. El castizo lenguaje y la vigorosa forma suponen elevación de pensar y de sentir, como el organismo duradero y fuerte supone robustez en el vivir y facilidad en el crecer. Muestran así estas virtudes literarias en las sociedades humanas vitalidad suma, pues no decae una facultad particular sin que todas las facultades restantes adolezcan de análogo achaque y se duelan de la común enfermedad. Pueblo que tiene autores como Balart, Palencia y Galdós, no puede, no, decaer.

II

Lo mismo debe afirmarse de las recepciones académicas. Dos en la última semana hemos tenido, y las dos han brillado con vivos resplandores de luz intelectual. Acaban de ingresar en la Academia Española un eximio catedrático, D. Francisco Fernández y González el domingo último, y el último viernes don Santiago Liniers, un ingenioso y amenísimo literato. Sus dos discursos de caracteres contrarios ostentan, á pesar de los diversos géneros á que pertenecen, un respectivo saber muy estimable y un estilo propio de la lirurgia usual en estos institutos científicos. Fernández y González ha disertado sobre materia tan provechosa como el esmalte oriental sobrepuesto á nuestras hermosas letras por las lenguas y literaturas semíticas; como Santiago Liniers ha discurrido sobre los varios géneros epistolares, en que tanta copia de modelos diversos atesora nuestra historia nacional. Si aplicando el oído á la música española, se oye, al son de las guzlas, las sublimes salmodias semitas, que parecen perfumadas con mirra de pebeteros, ya sensuales como las canciones del harén, ya elegíacas y plañideras como los lamentos del profeta; si evocando los recuerdos de nuestra historia, se ven los héroes mayores de la Reconquista en Granada vestidos con el brocado moro y armados del puñal y del sable damasquinos; si volviéndose á la poesía, el romance morisco emula y corre parejas con el romance castellano, al cual trae los juegos de sus sortijas y las zambras de sus zocos; si paseándonos entre nuestros monumentos, observamos cómo las catedrales mayores de nuestro culto bordan sus mantos litúrgicos de alharacas cordobesas y abren ajimeces africanos para dar luz á los santos sobre sus repisas mudéjares; si en los campos levantinos, la palma de Abderramán, mecida por el airecillo mediterráneo, como en Jerusalén y en Bagdad, vibra todavía; en las ciencias hispanas el pensamiento de nuestros orientales huéspedes alcanza mayor poderío y explica por qué, adelantándonos con el álgebra y el astrolabio, esencialmente hispánicos, á todos los pueblos, dominamos antes que ninguno el Océano inmenso, descubrimos el planeta entero y revelamos el cielo infinito. No he podido comprender cómo el buen compañero mío de Academia Sr. Comelerán, al responder á Fernández y González, quiso negar estas verdades expuestas por el recipendario con una insondable pro fundidad científica, y se dió, en triste satisfacción, á loar las expulsiones de los moriscos y de los judíos, que nos costaron nuestros mejores comerciantes con nuestros mejores agrícolas, trayendo á la postre la desolación del suelo con la anemia del pensamiento. Las especies vertidas por Comelerán parécenme arqueologías neo-católicas, tan desacreditadas de suyo que apenas merecen por sí, no ya combate, ni siquiera un recuerdo. Más digna del sitio y del momento la oración por D. Santiago Liniers consagrada con acierto á cosa de importancia tal como el Epistolario Español. Y en verdad, memoria ninguna, de las escritas con arte sumo, como aquellas del conde San Simón, muy consultadas en el estudio de los sendos reinados de Luis XIV y Felipe V, pueden alcanzar el crédito y autoridad de una epístola particular y privadísima, en que habla un magnate ó soberano cualquiera con sus familias y sus familiares de cosas domésticas y secretas. Así yo también me huelgo muchísimo en la lectura de las cartas escritas por Felipe II desde Portugal á sus hijitas, las cuales se han quedado en Madrid, cuando tras la toma de posesión del reino, entre los cuidados anejos al mayor Imperio que han visto los tiempos, teniendo que perseguir á la herejía de Alemania é Inglaterra, que luchar con Holanda y Francia, que atender al Nuevo Mundo, que castigar á Turquía y Africa, que corresponder con la Liga, que acariciar á Italia, que entenderse con el emperador y con el pontífice, le queda tiempo y espacio para dar noticias de los albérchigos cosechados en los árboles que dan sobre las ventanas del cuarto donde habitan las infantas, y de lo mucho que les envidia el oir todas las mañanas y tardes en Aranjuez el coro de sus ruiseñores «que hogaño no los he oído.» El discurso pronunciado en contestación por el Sr. Silvela fué digno del insigne académico y de la clásica Academia. Y también las recepciones de París han resonado en Madrid.

III

Y no podían menos que resonar tratándose de una sesión en la cual se disertaba sobre los méritos de filósofo tan excelso como Renán por uno de los primeros oradores franceses, Challamel Lacour, y uno de los primeros eruditos, M. Gastón Boissier, en discursos dignos de sus respectivos renombres, tan divulgados por Europa. Yo creo que se quedará siempre corto quien loe cual se merecen las cualidades literarias de Renán, el maestro entre los maestros en el arte de escribir la lengua francesa y amoldar los estilos á los asuntos. Ironía sin amargura, profundidad sin tinieblas, lucidez sin dañosas intensidades, colorido vivaz y no abigarrado, alta elocuencia exenta de todo énfasis, riqueza de ideas sin ostentación ó aparato, mucha ciencia sumada con atractivos y amenidades sin cuento, alta filosofía que aclaraba con sus letras sumas y sumas, letras que ennoblecía con sus esplendores filosóficos, poder de milagrosa evocación por el cual así oíais el coro de la tragedia griega como el salmo de las tribus hebreas, y así entrabais en los templos de Eleusis como en las iglesias de Asís: tal era nuestro Renán, ese literato insigne, á cuyo arte habrá que dedicar una letanía sempiterna de justas alabanzas. Pero ¡ah! que nunca enlazó tantas ideas en una serie, y nunca pudo salir del caos de las contradicciones permanentes, y nunca llegar á ese sistema de afirmaciones, erróneas ó fundadas, que han hecho de Aristóteles, de Platón, de Santo Tomás, de Vives, de Descartes, de Kant, de Hegel, de Darwin los doctores y maestros del humano pensamiento. Hale sucedido en ciencia exactamente lo mismo que le sucediera en política. Ningún pensador se ha inscrito en su escuela, y ninguna escuela su doctrina y su pensamiento han fundado, porque leyéndolo no confiaban sus lectores en que sostuviera unas cuantas líneas más abajo lo dicho en las líneas por donde pasaban la vista; como ningún elector ha querido arriesgarse á votarlo para ninguna de las dos cámaras, porque no se sabía si era imperialista, demócrata, monárquico, por devoto á un tiempo del cesáreo príncipe Napoleón, del parlamentario duque de Aumale y del republicano Víctor Hugo. Yo recuerdo un día en la batalla nuestra por el derecho universal, cuando combatíamos porfiadamente con todas las tiranías y con todos los tiranos, yo recuerdo que asentaba con una paciencia y conformidad de místico enanegado cómo la mayor grandeza para él fuera siempre la obediencia servil al poder constituído por los hechos y consagrado por los tiempos. «Justamente, le respondí yo, según esa doctrina, Wáshington sería más célebre y más celebrado en la Historia, si lejos de revolverse audaz contra las exacciones que estragaban su patria, se mete á perceptor de los impuestos ingleses.» Y lo mismo le pasaba en materia de ideas metafísicas; jugaba con todas y no creía en ninguna. De aquí la frase tan extrañada del billar de lo infinito. Justamente lo infinito era para Ernesto Renán un billar, donde jugaba él, como con bolas de marfil, con todas las ideas recogidas en el humano saber, que relampagueaban á una en su comprensiva conciencia. Prestan los hipnotizadores una extraña magnética virtud á las bolas en movimiento, como le prestan otra también á los discos en reposo, para concentrar el fluido magnético en los nervios de un sugestionado como se concentra el fluido eléctrico en las botellas de Leyden. Pues algo de hipnotizador tenía Renán y mucho de hipnotización su lectura, en que se cambian las ideas como en las fuentes maravillosas se cambian los colores. Pero con estos cambios y todo, pocos hombres han sido en la vida mejores que este hombre tan perseguido por la calumnia. Una sonrisa perenne, una mirada serena, la convicción profunda de que quien remueve muchas ideas habrá de clavarse por fuerza muchas espinas, la conformidad á cuantas injurias las contradicciones suscitan, el amor al prójimo, una pureza de costumbres comparable sólo á la pureza de un penitente dieron á sus escepticismos ideales vida moral tan alta, que deberían tomarla para sí muchos de aquellos que le denuestan y maldicen.

IV

En la correspondencia espiritual entre París y Madrid existente, hemos fijado el recuerdo aquí en la figura de la grande actriz europea Sara Bernhardt, representando el papel de india que le han escrito los autores de *Izeil*. Tras las crónicas de teatro, y tras los exámenes críticos de tantos maestros en las artes del aprecio de las producciones dramáticas, y tras los relatos y trasuntos de las representaciones, hemos adivinado el empeño puesto por los poetas de la composición última en trazar un personaje dramático, formado por todos aquellos que la grande actriz ha

representado con mayor lucimiento en sus grandiosas porfías teatrales coronadas por triunfos inolvidables. La costumbre de acomodar un drama, que debe durar mucho, á un actor, que debe durar poco, arrincona varias obras, las cuales han envejecido, como aquellos que mejor las representaban, ó con éstos han muerto. Muchas deliciosas óperas de Bellini hoy no pueden cantarse, magüer su eterna juventud, porque las escribió el melodioso músico para la Malibrán ó para Rubini, cuyas voces maravillosas no vuelven á resonar en el aire. Así acontecerá con la *Teodora*, y con la *Tosca*, y con la *Izeil*: vivirán lo que viva su intérprete maravillosa en la escena. Cuando Shakespeare escribía su *Hámlet* ó Calderón su *Segismundo* no se acordaban del actor á quien debían entregarlos; representaban papeles tan de primer orden compañías nómadas, que levantaban sus escenarios en tinglados portátiles ó en corrales humildes, y así los prototipos aquellos no han muerto con la generación que los produjo, duran y durarán, como el *Edipo*, de Sófocles, toda una eternidad. Lo que nunca desde Madrid se comprende, es el *atrezzo* riquísimo de una escena parisiense. Yo recuerdo como un sueño cierto día en que daba el Jardín de Aclimatación una fiesta oriental con indígenas de la isla Ceylán. Pajecillos varios acompañaban vacas y toros blancos, que tenían en sus astas áureas guirnaldas azules. Bayaderas de una grande agilidad bailaban como si ante Dios volasen á una. En centenares de jaulas cantaban coros de avecillas. Músicos numerosos tañían instrumentos discordes, produciendo un especial ruido. Los mílites, montados en elefantes, daban en los escudos con sus lanzas. Los sacerdotes vestían túnicas de lino blanco y mantos de gacelas negras, exornado todo con cordones de oro. De grandes bambúes, conducidos en macetas enormes, pendían rosas y claveles gayos. En cazoletas argénteas ardían carbones atizados por manos litúrgicas que vertían en aquellos ardientes montones vasos de mirra y almizcles. Los palanquines, las sombrillas, los címbales resonantes, los chinchines y platillos, las campanas de plata y oro, las danzas religiosas, las guirnaldas trenzadas con sumo arte, las procesiones conducidas con el orden de las nuestras, aquellas efigies y simulacros con aquellos dragones y animales fantásticos recordaban cómo de raíces índicas han provenido todas las religiones arianas. Con estos antecedentes, *Izeil* debe ser un prodigio de propiedad teatral, y con estos dramas, á los cuales llama exóticos una crítica estrecha, se patentiza la universalidad del Arte y la solidaridad entre los hombres.

Madrid, 6 de febrero de 1894

Isabel, reina de Rumania
conocida en el mundo literario con el nombre de Carmen Sylva

IDILIO LUGAREÑO

I

La locomotora lanzó un agudo silbido; la pesada mole de hierro empezó á resbalar lentamente; escuchóse el sonido de los topes y cadenas de los coches, y el tren se puso en movimiento.

Ramón Hernández, asomado á la ventanilla de su departamento de primera clase, miraba á las personas que ocupaban el andén con cierta vaguedad extraña y como si no se diera cuenta de nada de cuanto veía; dirigía luego sus miradas á la capital de que se iba alejando, á los almacenes y depósitos del ferrocarril, á los empleados y operarios de la empresa y á los pocos paseantes que disfrutando el paseo de la mañana paseaban por los alrededores de Madrid.

El humo de la máquina le hizo volver á la realidad y salir de la abstracción en que se encontraba, y como iba solo en el departamento, tuvo ocasión de lanzarse á nuevas divagaciones y aun de hablar en voz alta sin peligro de que le tomasen por un loco.

El tren marchaba ya con toda la rapidez compatible con las tradiciones de los ferrocarriles españoles y entraba por los arenosos desiertos de Castilla, no bien descritos aún por ningún Stanley ni Livingstone. Pero por mucho que el tren corriera, más corría la imaginación de nuestro protagonista por los últimos diez años de su vida. ¡Y qué triste resultaba aquel examen retrospectivo de sucesos, pasiones y desencantos!

Ramón había terminado en Madrid la carrera de Leyes, y los conocimientos á ella adheridos, puestos



EL SUEÑO, escultura de Roberto Toberentz

en parangón de la brutalidad de los hechos, habíanle convencido de que el verdadero Derecho es una ficción bellísima, pero nunca alcanzada. Ramón había entregado su corazón á una mujer, y la coquetería de ésta se lo había lacerado inicuamente. Habíase consagrado á la amistad, y el interés, tomando el disfraz de esta hermosa pasión, le había hecho aborrecerla y execrarla. Lanzado en el mundo de la política y en el de los negocios, había sufrido los choques más rudos, y como consecuencia de tantos sinsabores, algunas arrugas prematuras surcaban su frente y destacaban algunas canas entre su cabellera y su barba del negro más subido y brillante. Al cumplir la edad de treinta años, Ramón se juzgaba ya anciano; la sociedad le ahogaba; la capital había llegado á serle insoportable, y entonces dirigió su pensamiento al pueblo en que había nacido y en el que descansaban los restos de sus padres: en aquel pueblo radicaba parte de su patrimonio, entregado á unos arrendatarios que con absoluta regularidad habían ido pagándole parte de sus rentas.

«Iré á Villamenguada, se dijo; me pondré al frente de mi hacienda; viviré en el aislamiento, ni envidiado ni envidioso, como dijo el poeta, y allí encontrará mi alma la tranquilidad que ha perdido en el mundo.»

Y sin despedirse de más personas que de su compañero de estudios Manuel, que viviendo en la estrechez á que obliga la religión de las letras, jamás había sangrado su bolsillo, realizó algunos objetos que no habían de servirle en el pueblo; redujo sus galas á la exigua cabida de una maleta, y en una hermosa mañana del mes de junio se dirigió á la estación de Atocha y tomó billete para la del pueblo de ***, la más próxima al lugar de Villamenguada, término anhelado de su viaje.

Al apearse en la citada estación esperó en vano á que alguien se le acercara. Había escrito á su arrendador de Villamenguada que saliera á esperarle, y sin duda había sufrido extravío la carta. ¡Hay tan poco que fiar en los correos de España! Pero, en fin, aquello era una contrariedad, pero no una desgracia.

– ¿No habrá aquí algún coche para Villamenguada?, preguntó.

– Coche sí que lo habría, le contestaron; lo que falta es camino para que pueda andar el coche.

Ramón había olvidado este detalle por haber salido muy niño del pueblo.

– Y ¿cómo puede irse á Villamenguada?, volvió á preguntar.

– Pues hay dos medios: el uno ir á pie...

– ¡Cinco leguas!

– Que se pueden cortar saliéndose de la vereda.

– Bueno, ¿y el otro medio?

– El otro medio alquilar un borriquillo: con cinco duros sale usted del paso.

– ¡Cinco duros por cinco leguas en burro!

– Como que en este pueblo no hay más que el burro del alcalde: los demás están en la labor.

– Y ¿dónde podré ver á esa apreciable autoridad?

– Pues el alcalde soy yo.

Ramón miró á su interlocutor, que era un hombrecillo de tostada tez y mirar malicioso. Comprendió que, planteada la cuestión como lo había sido, no tenía más remedio que transigir, á menos de volverse á Madrid, y entregar sus cien reales al alcalde, quien en pocos momentos le puso en disposición de efectuar su viaje. Montó en el burro, y el criado del alcalde y guía del animal dió un palo á éste en las ancas, que alcanzó en parte á Ramón, diciendo:

– ¡Arre, burro!

II

En esta parte del camino el meditabundo Ramón no pudo entregarse á sus reflexiones: harto tenía que hacer procurando conservar el equilibrio por una senda llena de baches y piedras.

– ¿Falta mucho?, preguntaba á cada momento al guía.

Y éste le contestaba invariablemente:

– Ya va para menos.

No era esto precisamente lo que Ramón quería averiguar; pero tuvo que contentarse con ello, á falta de mejores argumentos. Una vez, sin embargo, el labriego fué más explícito:

– Ya estamos en el término de Villamenguada.

– Pero ¿falta mucho?

– Pues, según y cómo: por la *verea*, una hora; pero se puede atajar por la izquierda una mitad.

Ramón no quería otra cosa y encaminó al borrico en la dirección que se le indicaba; pero apenas habían andado cien pasos, cuando un individuo, armado de escopeta, les dió la voz de ¡alto! Nuestro joven creyó que tenía que habérselas con un bandido y sacó el revólver; pero el guía le sujetó el brazo, diciéndole:

– ¿Qué va á hacer, hombre de Dios? Es un guarda jurado y cumple con su obligación.

– ¿Qué obligación?

– La de que no se pise la sembradura. Volvamos al camino.

Y haciéndolo así se encontraron junto al hombre de la escopeta.

– ¿Adónde van?, preguntó éste.

– A Villamenguada.

– Bueno, pues ahora pagará usted una multa de cinco pesetas, y mañana veremos lo que dispone el señor alcalde.

– ¡Cinco pesetas!

– Y otras cinco por haber faltado á mi autoridad sacando un arma, sin perjuicio de la causa criminal que le formarán con mi denuncia.

El joven estuvo á punto de volver á sacar la pistola y dirimir á tiros aquella cuestión; pero prefirió la tranquilidad á todo trance, y venciéndose dijo al guarda:

– El que no sabe no peca, y yo no sabía siquiera que eso fuese un campo sembrado. Tome las diez pesetas de multa y otras cinco que yo le doy como premio de su celo. Yo también soy propietario de Villamenguada y me alegraré mucho de que cuide así mis intereses.

El guarda se humanizó como por encanto; tomó los tres duros que le alargaba el viajero, y viendo que éste volvía á tomar la estrecha senda, le dijo:

– Vaya por donde quiera el señor y estropée lo que guste de los sembrados. Así como así, la tierra esta es de un señorito de Madrid á quien ni siquiera conocemos y que anda muy metido en la política: un abogadillo que se llama D. Ramón Hernández...

¡Había sido multado por estropear su propia finca!

– No, contestó sonriendo; prefiero ir por la vereda.

– Pues... ¡allá usté y el burro!

III

El guía no había engañado á Ramón.

Una hora después del encuentro llegó á las primeras casas del pueblo, haciendo su entrada entre una turba de chiquillos que festejaron su llegada, y acaso el sombrero blanco que cubría su cabeza, con los gritos de:

– ¡Máscaras! ¡Máscaras!

Ya en la calle Ancha del lugar, se apeó de su cabalgadura, despidió al guía con una propina, y se dirigió á un individuo cojo de la cadera, que tomaba el fresco junto á una puerta.

– Diga usted, buen hombre... ¿Usted sabe cuál es la casa que llaman del escudo?

– Pues esta misma, para lo que usted guste mandar.

– ¿Conoce usted á Pepe, el arrendatario?

– Ese Pepe soy yo... ¿Acaso será usted D. Ramón?

– Yo; y por cierto que me ha extrañado, habiéndole escrito, que no vaya á recibirme á la estación.

– Es que yo tomé su carta por una broma... ¡Venirse usted al pueblo! ¡Encerrarse en este lugar, pudiendo brillar en la corte! Eso no es creíble.

– Pues ya ve usted que lo es.

– ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!..

– ¿Desgracia?.. No comprendo.

– Pues, sencillamente y sin rodeos, porque en la posada de Villamenguada va usted á tener muy pocas comodidades.

– ¿En la posada?

– Claro... ¿Dónde quiere usted que nos coloquemos tantos en la casa? Ya ve, señor... Casé á mis dos hijas, y con ellas y mis dos yernos y los seis chicos apenas podremos movernos.

– Pero yo solo, ya varía. Así que, Sr. Pepe, habrá usted de buscar inmediatamente donde irse con toda su familia.

– ¡Qué retozón es usted! Como es tan fácil mudarse... Además, que el contrato nuestro no expresa que haya usted de venirse al pueblo.

Ramón iba montando en cólera; pero se contuvo todavía.

– ¿Puede usted mostrarme el contrato?

– Sí, señor; en cuanto usted me enseñe los títulos de propiedad de la casa.

Como nuestro protagonista no iba preparado para aquel litigio, no se pudo contener, y dijo al arrendatario:

– Muy bien; pero mientras llegan los papeles, que pediré hoy mismo, yo me encargo de posesionarme de lo que es mío y de echar á puntapiés á usted y á todos los individuos de su apreciable familia.

Y sin más reflexiones entró en la casa mientras que el Sr. Pepe lanzaba gritos de ¡socorro! ¡socorro!

Los muy pocos individuos que transitaban por las calles fueron reuniéndose en aquel lugar, y á muy poco llegó un hombre con su alto bastón, símbolo de su autoridad municipal; asomóse á la puerta y, encarándose con Ramón, que disputaba con los de dentro, le dijo:

– ¡En nombre del rey, queda usté detenido y procesado por allanamiento de morada.

IV

El procesamiento no debió prosperar, pues á los cuatro ó seis días de su llegada al pueblo, Ramón ocupaba su casa, que era verdaderamente una ruina, y Pepe el cojo y su familia desaparecieron de ella en busca de otro acomodo. Aquél empezó por procurarse un mozo del pueblo que le sirviera y una mujer que le preparara la comida, y consecuente con sus propósitos de huir del mundo, se encerró entre sus cuatro tapias, dispuesto á no trabar conocimiento con nadie.

Vano empeño.

A los pocos días se le presentaba el médico del pueblo para advertirle que tenía que fijar la iguala por su asistencia.

Después acudió á verle el boticario, jefe del comité liberal de la localidad, para ofrecerle un puesto en el mismo, sabedor de su historia política, y pedirle su apoyo para las próximas elecciones municipales.

Más tarde fué el recaudador de contribuciones, advirtiéndole que había incurrido en responsabilidad por falta de pago durante los tres últimos años.

– Pero si eso correspondía á mi administrador...

– Teniendo eso en cuenta, no se le procesa por defraudador.

Cuando quiso ver sus tierras advirtió que todo había sido arrasado en ellas, y los propietarios colindantes le advirtieron que sería posible un pleito, de no lograrse amistosa avenencia, por haber cercado unas tierras cuya propiedad era muy problemática.

A los ocho ó diez días de su estancia le saludó el cura en la calle y le dirigió un discurso concebido en estos términos:

– Tengo que darle un paternal consejo, y es que no se repita lo del domingo último. Todos los vecinos de Villamenguada son fervorosos católicos y han observado con indignación que faltó usted al santo sacrificio de la misa. Yo respeto la libertad de conciencia, comprendo que en los grandes centros de corrupción pasan fácilmente «olvidos» como el que tuvo usted el domingo último, pero aquí podrían ocasionarle algún disgusto de importancia. ¿No ha observado usted que las ancianas se santiguan en cuanto le ven por la calle? Créame usted, hijo mío, es necesario de todo punto una pública manifestación de su religiosidad, y ésta podría ser que donara usted para el culto alguna gruesa suma y que me ayudara usted á misa todos los días de precepto.

Ramón era verdadero creyente, pero aquella exigencia le pareció tan excesiva, que se limitó á contestar:

– Lo pensaré, señor cura, lo pensaré. De católico me precio, pero ignoro con qué derecho me hacen la cruz las beatas del lugar.

– ¡Qué quiere usted, hijo mío! Desde que *Las dominicales del libre pensamiento* tuvieron el mal acuerdo de sacarnos en letras de molde á mi ama y á mí, este religioso vecindario está indignado contra todos los que no sean católicos á macha martillo. ¿Recuerda usted lo que pasó el año último por la feria? Pues vino al pueblo un individuo repartiendo Biblias protestantes, y al día siguiente tuvo la desgracia de morir ahogado en una alberca. Lo que dicen aquí: ¡Castigo de Dios!

El recuerdo evocado por el cura hizo poquísima gracia á Ramón, que aquella noche no pudo conciliar el sueño, pensando en si sería prudente no acercarse á ninguna alberca. Y como no dormía, agitado por sus dudas y vacilaciones, creyó de pronto escuchar ruido en la parte de la casa que daba al campo, y permaneció en observación. No se había engañado. Con efecto, alguien andaba en el corral y hasta le pareció escuchar rumor de voces. Poco después se unió á este ruido el que producía un instrumento de hierro, tratando de violentar una cerradura, y no dudando más, se arrojó del lecho; vistióse de cualquier modo, y armándose de su revólver abrió la puerta de repente, y viendo á unos cuantos individuos que forcejeaban junto á la puerta, disparó sobre ellos los seis tiros, haciéndoles poner en precipitada fuga. Uno de los asaltantes, el último que desapareció saltando las tapias, debía ser un conocido suyo, á quien denunciaba su cojera: el señor Pepe, su antiguo arrendatario.

***



EL LIBRO ILUSTRADO, cuadro de Hermán Kaulbach

A la mañana siguiente, el cartero le entregó una carta de Madrid, una carta de su amigo Manuel.

«Supongo, le decía en ella, que habrás logrado en ese pueblo la tranquilidad que tu espíritu buscaba y la soledad que te ha hecho apetecible los desengaños del mundo. Yo también vivo muy retirado, habiendo alquilado al efecto un precioso hotel junto á las Ventas del Espíritu Santo, y con la ventaja de que estoy á quince céntimos de distancia de la Puerta del Sol. Hago vida de cenobita al lado de la inmensa capital, y así puedo utilizar lo que de cómodo tiene la corte, aun sin salir de mi choza. De esta suerte puedo medir á mi antojo la parte que quiero tomar á las relaciones sociales, y te aseguro que me va perfectamente. Vivo en la aldea, pero en una aldea con Ateneo, academias, teatros, bibliotecas y librerías. Si alguna vez, arrepentido de tu absoluto retraimiento, quieres volver á la corte, no olvides que junto á mi hotelito de las Ventas se alquila otro precioso por sólo mil pesetas anuales.»

Ramón Hernández contestaba en la tarde del mismo día:

«Alquila en mi nombre el hotelito, que ocuparé muy pronto, si no dejo el pellejo en Villamenguada mientras preparo mi regreso. Como premio de comisión te referiré mis aventuras, que ellas bastan por sí solas, ó mucho me equivoco, para que escribas un entretenido artículo sobre lo que yo denomino *Idilio lugareño.*

M. Ossorio y Bernard

MUSEOS DE BELLAS ARTES

(capítulo de un libro)

Me decía un conspicuo historiador que *los Museos le producían la impresión de panteones de las Bellas Artes.* Y otro ilustre escritor, en un acto solemne, dijo: *los valores en cartera significan las Bellas Artes en álbum.*

Estas dos ideas, á las que no negaría un fondo de verdad, nos dan, por precisa consecuencia, el efecto de una causa cuya solución ó remedio hallaremos en la ineludible ley de las compensaciones. Así como en el orden físico los cuerpos por su propia inercia tienden á la gravitación, así en el orden moral el sentimiento, también por su propia fuerza inmaterial, tiende á la elevación y con anhelo incesante á su exteriorización ó manifestación; en términos que, bien sea espontánea ó exigida esa manifestación, ha venido á transformarse en una imposición; pero esa imposición ha sido voluntariamente aceptada por la sociedad, en fuerza de un conjunto de condiciones y circunstancias.

El arte de lo bello, expresión continua y genuina del sentimiento de la humanidad en sus más delicadas y puras vibraciones, no puede nunca dejar de corresponder con sus productos á la actividad constituyente de la existencia social. El arte, las obras de arte se producen siempre ó por consecuencia ó á un objeto; y necesariamente ha de brotar de unas circunstancias ó condiciones, ó indispensablemente ha de hallar los recintos y locales adecuados á su desarrollo y para servir á ese fin, siendo contemplado y utilizado.

Presentóse con nueva vida y como de improviso el arte, en no lejana fecha, y encontrándose falto de aquellos locales y recintos, con los cuales en otro tiempo pudo contar, exigió una compensación.

La sociedad había cambiado su modo de ser: se agitaba y revolvía en un círculo distinto: los soberanos, los príncipes, los magnates, los prelados, las poderosas órdenes, las florecientes comunidades, los gremios, perdieron la supremacía de la riqueza; las casas solariegas y sus bienes se dividieron ó pasaron á otras manos, más dispuestas al acaparamiento de utilidades, que á satisfacer precio alguno para obras artísticas, ni siquiera lo indispensable para la conservación de las que habían pasado á su propiedad. Así en el nuevo orden de ideas que imperaba, preocupaba á todos lo indeciso y desconocido de la marcha de los sucesos.

Durante ese período tremendo y poco propicio para las Bellas Artes, después de la última decadencia, y como elemento necesario á la vida del espíritu de la misma sociedad, apareció de nuevo el arte con nueva y robusta demostración de su imperecedera existencia.

Si la sociedad lo llamó como elemento que le fuese necesario; si el arte se presentó con aquel desarrollo como acudiendo al vacío que debía llenar, nada nos importa aquí averiguarlo: el hecho es que apareció el arte inaugurando un nuevo período en su historia, que nosotros, sin calificar sus grados de mérito, podemos clasificar con el nombre de *Arte contemporáneo;* que no le cuadra ni es posible darle el nombre de *Arte nuevo.*

Arregladamente á las circunstancias, las Bellas Artes hubieron de experimentar una especie de modificación, no esencial, pero algo radical, en cuanto al modo y forma para su exteriorización: al entrar en un nuevo período, ante un orden de ideas distinto y hasta cierto punto con medios diferentes, las Bellas Artes no podían continuar por la misma senda que hasta entonces habían recorrido; y como en el arte existen las dos condiciones propias, una de esencia inmutable en lo referente al sentimiento y otra de variedad acomodaticia en lo referente á las condiciones ó carácter de su manifestación..., es decir, siempre idéntico á sí propio y siempre modificándose como reflejo de los tiempos ó de aplicación á las necesidades sociales, resultó que con esas dos poderosas fuerzas convergentes se presentó el arte, y se presentó con una fuerza impulsiva desconocida. Durante lo que fué, no para los artistas y sí para la generalidad, como una sorpresa, algunos no se explicaban con claridad el móvil de aquella fuerza y de aquel empuje: muchos, por no comprenderlo, negaban toda clase de influencia y trascendencia del arte, y pocos lo comprendieron en todo su valor. La manifestación del sentimiento de lo bello, no bien sentido entre la inmensa mayoría por carencia de educación artística, halló cerradas casi todas las puertas, cerrados los palacios y los templos; y se comprende que por esas causas y por algunas en él notoriamente deficientes, al aparecer el arte, y tan de improviso, no podía causar una sensación arrebatadora; pero se había de llegar á ella, y para eso y demás consecuencias exigió locales y palacios, y esos no pudieron negársele desde el momento que demostró y acreditó merecerlos.

En virtud de esa ineludible ley compensativa, empezó la formación de los museos de Pintura y Escultura; no se crearon á impulso de un capricho; su importancia y desarrollo respondió á la necesidad de su existencia; los pueblos no exigen nunca lo que les es innecesario, antes bien rechazan y destruyen lo que les estorba y perjudica: en los pueblos reside el instinto de conservación y el anhelo constante del bien entendido y verdadero progreso.

Consecuentemente á una cosa sucedió la otra, debida también á circunstancias especiales.

Las obras de arte antiguas, constituyendo colecciones particulares ó privadas, regias las más, ya esparramadas en abadías y monasterios y conventos deshabitados ó inconvenientemente almacenadas y como en depósitos, pasaron á formar esas colecciones que por su importancia constituyen hoy una riqueza, en concepto de museos nacionales ó provinciales, divididos en clases y géneros, según las condiciones y abundancia de los objetos, necesidades, conveniencias y fines para su utilización.

Cierto es que esa riqueza artística existía, y la mayor parte en los locales para los que fueron tales obras ejecutadas, y que seguramente en su debido puesto y propia colocación adquirirían mayor valor; pero abandonados aquéllos á las injurias del tiempo y á las más activas de la destructora mano del hombre, derruídos los más de ellos, era preciso acudir á la salvación y conservación de lo que fuese posible.

Es sabido, y en eso se está acorde, que los museos de Pintura y Escultura ofrecerán siempre un aspecto inarmónico por la discordante amalgama y abigarramiento de las obras en ellos colocadas é irremisiblemente repulsivas entre sí: nadie lo niega; convenimos en que muchas obras de arte producidas ó labradas á un fin propuesto y una colocación preconcebida, arrancadas de su sitio pierden muchísimo de su valor, y colocadas en sitios tan distintos nada aumenta su precio. Las obras de arte en un museo, viven, si puede así decirse, en una atmósfera ficticia, con una existencia penosa, como las plantas, pájaros y fieras del trópico en la estufa, pajarera y jaula...; pero de no tenerlas de aquel modo y con aquel cuidado, ¿las veríamos acaso?.. ¿Podríamos tener idea de sus naturales formas, colores y movimientos? ¡De ninguna manera! Ante esos dos extremos en cuanto á las obras de Bellas Artes se refieren, ó su desaparición ó su conservación, preferible ha de ser, ya que otro medio con dificultad se ofrece, la formación de los museos; y no menos atendible la colocación de las que de continuo se producen; á esa imperiosa necesidad hubo de inclinarse la sociedad creando, enriqueciendo y desarrollando la importancia de los museos, y cuando es unánime un pensamiento, ó á una idea sin discrepancia se adhiere la humanidad toda, razonada, poderosa é irresistible ha de ser la fuerza de aquella idea.

Como sucede en orden de la acústica con la vibración de las cuerdas en tensión armónica con la pulsada, resultó lo mismo en orden de la vibración de cuanto estaba en igual tensión ó afinidad armónica con una ú otra manifestación del sentimiento esencial de lo bello, no sólo en la vastísima esfera de las Bellas Artes, sino en la incalculable extensión de cuanto ese principio, siempre lo bello, tiene y puede tener aplicación, ó lo que es lo mismo, á todo lo producido por la mano del hombre, como obra de arte, producto de su sentimiento, inteligencia y actividad, expresado este pensamiento en la concisa frase de Teodorico: *labor mundi.*

De ahí resultó que los museos no se concretaron solamente á las obras de *Pintura* y *Escultura;* aquellas en las cuales existía el principio genérico del arte, y por su importancia histórica eran dignas de atención, empezaron á ser miradas con interés, y extrayéndose de los ruinosos y abandonados monumentos, de las excavaciones y de entre cuanto esparramado se veía ó en manos de particulares se encontraba, pasaron á formar los museos de *antigüedades* ó *arqueológicos.*

No bastó eso y se pensó en la creación especial de *museos industriales* ó de *arte-factos,* en los cuales el principio de lo bello, con aplicación á la industria ó á las obras de los artífices, fuese el arsenal de los modelos y de los ejemplares dignos de ser imitados, y fuente inagotable de inspiración y emulación en lo tocante al perfeccionamiento de la industria y al fomento de la producción y comercio, abundantes manantiales de la riqueza de las localidades y de las naciones.

No suficiente todo esto, se dió más extensión á la idea, alcanzando á la formación de los *museos de reproducciones,* cuyos ejemplares ofrecidos de continuo á la vista de los artistas y artífices, artesanos é industriales y público todo, los unos pudiesen de continuo consultarlos mejorando sus producciones y dándoles ese sello y carácter que solamente por la contemplación y estudio de aquéllos puede obtenerse, y los otros, conocido y comprendido lo bello, pudiesen exigir aquella perfección y belleza. Porque no es dado ni al esfuerzo individual ni á un esfuerzo local, sin largos y costosos medios preparatorios, ni la enseñanza, ni la educación, ni la creación, ni la perfección de las obras artísticas.

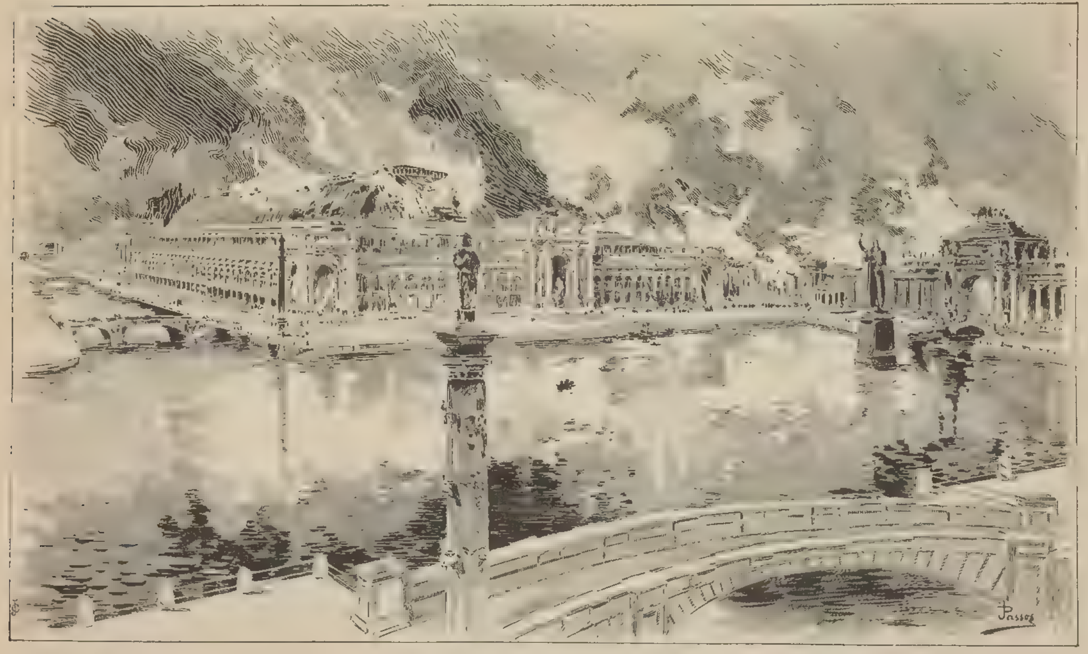
No puede comprenderse una sociedad, un pueblo, una nación, sin tres condiciones fundamentalísimas, por embrionarias que sean: un principio religioso que eleve á la existencia de lo superior; un principio de autoridad, de justicia y gobierno que rija, y una expresión de sentimiento artístico que regule los instintos, modere las costumbres y ennoblezca las pasiones. Esas son las bases de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello. Podrá faltarle muchísimo, cuanto falte en la perfección de las bases, para alcanzar el perfeccionamiento en sus consecuencias, su civilización y su cultura; pero aquellos tres elementos para llegar á ella no le faltarán nunca, porque sin ellos no sería posible ni verdad, ni bondad, ni belleza..., ni patria, ni progreso, ni existencia. Así es que cuando un pueblo logró llegar á ese perfeccionamiento, lo alcanzó afianzándose sobre dichas tres condiciones; y en posesión y goce de su natural consecuencia, que será siempre la civilización, ha de mirar con agradecimiento los medios que á ella le condujeron y que en aquel estado puedan conservarle; porque su olvido, su menosprecio, le han de conducir de nuevo, con mayor facilidad, á una inevitable decadencia, postración y ruina. ¡La senda de perdición se recorre con velocidad vertiginosa!

Por eso, no hay población de regular importancia, no hay región más ó menos vasta, no hay estado más ó menos poderoso, que no mire los Museos de Bellas Artes, en todo género de obras ó manifestaciones afines, como uno de sus timbres más importantes y de mayor influencia en el perfeccionamiento de su civilización y sostenimiento de su cultura. De esta base sólida arranca la extensión y la propagación que se les ha dado; sobre este punto firme estriba la necesidad de la inversión de las cantidades que, en concepto de reproductivas además, á tal objeto se destinan; á este fin conduce el esfuerzo que de continuo se verifica á su favor, ya como obras manifestaciones de lo bello, ya como arte factor producido por la industria, á los cuales se aplicó el principio de la belleza.

El arte, las Bellas Artes, en fuerza de la misma decadencia á que llegó su postración durante el próximo pasado siglo, y de la cual necesariamente había de salir y revivir por su propia condición de vitalidad imperecedera, tomaron en su nuevo período, durante el presente siglo, el carácter acomodaticio al nuevo modo de ser social, como se ha dicho y se ha de comprender, hasta el límite que fué posible; amoldándose más á las exigencias utilitarias la que por su condición y nuevos medios ofrecidos más fácilmente podía prestarse á ellas, la *Arquitectura* en sus



Visita del príncipe de Bismarck al emperador Guillermo en Berlín.–El príncipe de Bismarck dirigiéndose al palacio imperial



CATÁSTROFE EN CHICAGO.–Incendio ocurrido el día 8 de enero último en los edificios de la Exposición



LA PAVERA, dibujo de Tomás Muñoz Lucena



EN EL «FOYER,» cuadro de Román Ribera

aplicaciones de materiales para la construcción. La *Pintura* y la *Escultura* no pudieron con igual facilidad prestarse á tan fácil cambio de carácter, porque no se les había ofrecido ningún nuevo y distinto recurso suficiente para ello; y salvas, en lo relativo á la fecundidad de la producción, pocas y raras excepciones en obras de importancia, por punto general la mayor parte de ellas sólo pudieron hallar cabida en las colecciones y museos.

Aparecido, pues, el arte con potente lozanía y robusta vida, contrastando con el raquitismo del arte del siglo XVIII, fué recibido con alborozo, como lo es siempre todo aquello que viene á llenar un vacío; no pudieron desde luego ofrecérsele aquellos locales de que en otro tiempo se disponía, y hubieron de levantársele espléndidos y regios palacios... los museos.

En resumen: nación y localidad que de este modo tan digno enaltece y honra al arte, como purísima expresión del sentimiento, delicado lenguaje del alma y destello y reflejo de lo bello absoluto, del que recibe vida, viene á dar inequívoca muestra de su verdadera civilización y de su cultura, y á la vez de sus elevadas y trascendentales miras á favor de la riqueza pública; y en resultado, enalteciendo y honrando á las Bellas Artes, se enaltece y honra á sí misma.

JUAN O-NEILLE



Un bromazo, cuadro de Ramiro Lorenzale. – Que la bella japonesa da rienda suelta á sus rencores y con el rostro cubierto por el antifaz venga pasados agravios, adivínase, desde luego, si nos fijamos en la cruel impresión que en su compañero producen las palabras que junto á su oído va pronunciando. Bromazo de carnaval, y por lo tanto, pesado, recibe el elegante joven, que ajeno á lo que el azar le deparaba, fué al baile en busca de gratos placeres, hallando sólo la evocación de pasadas faltas, el recuerdo de errores cometidos. Tal fué, sin duda, el propósito del elegante pintor D. Ramiro Lorenzale al concebir el bonito cuadro que publicamos, logrando cumplidamente realizar su deseo, sin que, á pesar de la índole del asunto, se note amaneramiento ni falta de distinción, si bien estos defectos no pueden observarse en las producciones de Lorenzale, distintivas por la delicadeza y corrección del concepto.

Isabel, reina de Rumania. – Pocos conocerán los actos de esta reina, pero muchos habrán leído algo ó siquiera oído pronunciar el nombre de Carmen Sylva, seudónimo bajo el cual se oculta la soberana de Rumanía y que le ha conquistado una fama tan general como justa en el mundo de las letras. Isabel Otilia Luisa, hija del príncipe de Wied-Neuwied, nació en 1853 y se casó en 15 de noviembre de 1869 con el entonces príncipe y hoy rey de Rumanía, Carlos I. Desde su juventud dedicóse á la literatura, habiendo escrito, entre otras obras, *Poesías rumanas*, *Una oración*, *Jehová*, *La Bruja*, *Cuentos del Pelek*, *Mi descanso*, *Mi Rhin*, *Astra* y muchas más en todos los géneros literarios, que han sido traducidas á los principales idiomas.

El sueño, escultura de Roberto Toberentz. – No hay que esforzarse mucho para señalar las bellezas de esta obra: una sola observación las compendia todas, y es la de que la figura modelada por Toberentz duerme y descansa de verdad, no está simplemente echada y con los ojos cerrados. La placidez del sueño está por modo admirable expresada en su semblante, y en todo su cuerpo hay el abandono del dulce reposo. Toberentz, además de ser un gran escultor, como lo prueban la escultura que reproducimos, una magnífica estatua ecuestre de Federico Barbarroja para el palacio imperial de Goslar y otras muchas obras, es inventor de una máquina para puntear el mármol, que ejecuta mecánicamente esa operación indispensable en las reproducciones del modelo de barro ó de yeso y que adquirió el gobierno alemán por 37.000 pesetas. Ha inventado también un procedimiento de fundición de suma utilidad.

El libro ilustrado, cuadro de Hermán Kaulbach. – Hijo de Guillermo Kaulbach, uno de los más grandes pintores alemanes de este siglo, el autor de este cuadro ha sabido aprovechar las lecciones de su ilustre padre y de Piloty, que también fué su maestro: sus cuadros históricos tratan asuntos interesantes, aun cuando en ellos da preferencia á los accesorios sobre lo principal; pero su especialidad son los cuadros de género, y de lo que éstos valen es buena prueba la hermosa escena infantil que reproducimos y cuyos cinco personajes son realmente encantadores y un modelo de expresión y de naturalidad cada uno en su género.

Visita del príncipe de Bismarck al emperador de Alemania. – La reconciliación del gran canciller y de Guillermo II ha producido gran sensación en el mundo entero por las consecuencias que de ella pueden derivarse para la política universal. Invitado especialmente por el emperador, Bismarck llegó á Berlín la tarde antes del cumpleaños de éste, siendo recibido por aquella población, que le idolatra, con un entusiasmo pocas veces visto y con unas muestras de cariño y de respeto que habrán sin duda compensado los sinsabores por el canciller sufridos durante estos últimos tiempos en que ha tenido que devorar en silencio en Friedrichsruhe amargas ingratitudes y una desgracia no merecida.

Incendio en la Exposición de Chicago, dibujo de Passos. – Tres de los magníficos edificios de la Feria del Mundo que durante el verano y otoño últimos fueron visitados y admirados por millones de visitantes han sido destruídos por un incendio en la noche del 8 de enero último. Comenzó el fuego en el casino, y corriéndose por el Peristilo y el palacio de Conciertos, alcanzó al palacio de Manufacturas, que contenía objetos por valor de 1.200 000 pesos, causando en ellos daños por 200.000. El casino, el Peristilo y el palacio de Conciertos quedaron totalmente destruídos y los palacios de Manufacturas y Artes liberales muy perjudicados. Las pérdidas totales se estiman en un millón de pesos, al decir de un periódico neoyorkino.

La pavera, dibujo de Tomás Muñoz Lucena. – Es la pavera que reproducimos trasunto fiel de uno de esos tipos de garridas mozas leonesas, á quienes no atemoriza el helado cierzo de las nevadas sierras, ni el sol que en la estación estival abrasa las extensas llanuras castellanas. Descalzas, defendidas ó cubiertas por destrozado justillo y corto zagalejo, salen al amanecer de su humilde vivienda, con un zoquete de borona y un trozo de queso, conduciendo la manada de pavos, que constituye toda su hacienda y patrimonio, para regresar al declinar la tarde, contentas y sin cuidados, en busca de la cena y el descanso.

Este es el tipo que ha tratado de representar el distinguido pintor cordobés, que por su factura recuerda sus celebradas *Lavanderas*, premiado con medalla de segunda clase en la Exposición nacional de 1890.

Otro lienzo importante, que señala otro triunfo artístico, existe en nuestra ciudad. Nos referimos al que representa *El cadáver de Alvarez de Castro*, que figura en el Museo municipal de Bellas Artes.

En el «foyer,» cuadro de Román Ribera. – Otra donosa y bella producción nos ofrece este excelente artista, que como todas las suyas lleva aparejada la distinción y el buen gusto. Tan fina como delicadamente pintada, rebosa la figura vida y expresión, resultando del todo un conjunto armónico, cualidad que se observa en todas sus obras.

Román Ribera, que á su pericia en el trazo reune atinada aplicación de esa gama que tan admirablemente amasa en su paleta, no descuida el menor detalle de sus composiciones, puesto que con igual cariño, con el mismo interés modela y perfila las figuras de sus aristocráticas damas, que el todo que las completa, reproduciendo con asombrosa exactitud, lo mismo las delicadas tonalidades del raso ó del terciopelo, que la finísima suavidad de las pieles. Tal puede observarse en el cuadro que reproducimos, adquirido recientemente por uno de los coleccionistas barceloneses.

En la feria, dibujo á la pluma de Mariano Pedrero. – En uno de los pueblos que han servido al eximio novelador Pereda de teatro de sus obras, convertido en montañés sin serlo, reside un artista tan inteligente como modesto, quien halla medio para dar muestra de sus aptitudes copiando los tipos que le rodean. D. Mariano Pedrero, convencido de que sólo en el estudio del natural puede recogerse provechosa enseñanza, copia, reproduce, retrata cuanto aisladamente ó en conjunto ofrece campo de observación, reviste interés pictórico ó presenta obstáculos que vencer. Muestra de ello es el bien ejecutado dibujo que reproducimos, notable estudio, trasunto fiel del natural, que el artista trasladó á su cartera, y que á su galantería debemos la ocasión de darlo á conocer á nuestros lectores.



Bellas Artes. – PARÍS. Siguiendo el ejemplo de sus colegas varones, varias artistas parisienses promovieron una disidencia en la Unión de Pintoras y Escultoras, constituyendo la Unión de Mujeres Artistas, que ha ido en aumento de día en día y que acaba de celebrar su segunda Exposición en la Galería Petit. En ésta nótanse grandes desigualdades, sobresaliendo algunas obras de las señoras y señoritas Leroy d' Etiolles, Kock, Ehrenborg, Fleury (M. y F.), Brouardel, Leigh, Tynell, Muraton, Rongier, Singer, Valentino, Mazeline, Real del Sarthe, Villebesseyx y Mornard.

– El ministro de la Instrucción Pública pedirá pronto á las Cámaras un crédito para la reimpresión de los Catálogos de la Biblioteca Nacional, por haberse terminado la revisión, empezada en 1875 bajo la dirección del conservador M. Marchal. Posee la Biblioteca Nacional 2.450.000 volúmenes, aparte de los periódicos.

– El Círculo Artístico y Literario ha inaugurado una Exposición de pintura y escultura en su local de la calle Volney. Sin que haya en ella nada realmente notable, merecen, sin embargo, ser mencionados los retratos pintados por Lefebvre, Courtois, Bonnat, Duran, Dinet, Lafon, Edouard, Desportes, Pomey, Rixens, Umbricht, Benjamín Constant, Chabas, Weerts, Blanchard, Bramtot, Moreau Neret, Silbert, Merwart, Saintpierre, Sain, Machard y Veber; los paisajes y marinas de Yon, Barrau, Grandsire, Damoye, Iwill, Nozal, Gosselin, Rigolot, Giraldon, Berton, Watelin, Guillon, Guignard, Dagnan y Jousset, y varios otros cuadros de Toudouze, Pasini, Luminais, Maignan y Bouguereau. Entre las esculturas sobresalen los bustos de Puech y Guilbert y dos figuritas en mármol, de Leonard.

LONDRES. – La Grafton Gallery ha abierto su Exposición de invierno, que es altamente variada é interesante: sobresalen en ella cien obras y estudios del famoso pintor inglés Alberto Moore, recientemente fallecido; una preciosa alegoría del mes de julio del famoso Aublet; *El sermón de la montaña*, del alemán Uhde; *La rosa té*, de Duez; un retrato de Walton del género de Velázquez; otro retrato de Lavery; *Un día de verano*, de Guthrie; un paisaje del belga Claus; *Una romería*, del holandés Verheyden; un paisaje de Maris, el gran ruralista alemán; *La fugitiva*, de Portaels, director de la Academia de Bruselas; tres marinas de Whistler; *Hulda á Egipto*, obra monocroma de P. Roll, y varias esculturas del famoso escultor francés Rodin.

– Burne Jones, el gran artista, ha sido nombrado barón y par de Inglaterra. Por vez primera un pintor entra en la Cámara de los Lores. A Mr. Gladstone se debe el haber así distinguido á uno de los hombres que mayor influencia han ejercido en el movimiento artístico contemporáneo, como á él se debió también el haber ofrecido igual distinción al rival de Burne, el pintor Watz, que la rehusó.

BERLÍN. – El Museo provincial de la Marca, de Berlín, ha recibido en donativo una colección de retratos de Federico el Grande, que era propiedad del cónsul Bamberg y que consta de 520 dibujos, algunos rarísimos, de 300 distintos autores.

– La gran Exposición de Bellas Artes se inaugurará el 3 de mayo y se cerrará el 2 de septiembre: el plazo de admisión es desde el 15 al 31 de marzo. En la Exposición se admitirán obras de artistas de todos los países y también productos notables de las industrias artísticas.

BRUSELAS. – El gobierno belga ha adquirido para el Museo de aquella capital un cuadro de Van Dyck, por el cual ha pagado 200.000 francos.

– De la colección de la señora Riquel ha sido robado un cuadro de Rembrandt que representa á un hombre de barba blanca que lleva la cabeza cubierta con un gorro de pieles. Las dimensiones del cuadro son de 45 por 55 centímetros.

Teatros. – En el teatro Antiguo, de Leipzig, se ha estrenado una comedia del Dr. Guillermo Henzen, titulada *Sugestión*, en la que se trata la cuestión del hipnotismo.

– En el teatro Popular Alemán, de Viena, se ha representado la última obra de Sardou, *Madame Sans Gene*, habiendo sido muy aplaudidos los actos segundo y tercero y acogido con alguna frialdad el último.

– En el teatro Grande, de Brescia, se ha estrenado *Il Malacarne*, nueva ópera de Cayetano Coronaro, autor de *La Creola* y de *Il Tramonto*: el éxito de la obra ha sido grande, al decir de los periódicos italianos.

– El prefecto de Milán ha prohibido la representación de *La crisis*, drama en un acto de Antona-Traversi y Zambaldi que debía estrenarse en aquella ciudad y cuya acción se desarrolla durante una huelga de panaderos. Según parece, los autores quieren llevar el asunto á los tribunales.

– En el teatro Real, de Cassel, se ha representado el drama de Echegaray *O locura ó santidad*, traducido al alemán por Sallis-Buden: con haber sido grande el éxito de la obra, ésta no despertó tanto entusiasmo como *El gran galeoto*, que se estrenó en el propio teatro hace algunos años.

– En el teatro de la Corte, de Stuttgart, se ha estrenado una ópera de Fernando Langer, titulada *El pífano de Hardt*, que ha sido muy aplaudida y que contiene piezas de gran efecto musical y dramatico.

– En el teatro de la Corte, de Viena, se ha estrenado con buen éxito una ópera en tres actos, *Mirjam*, de Ricardo Heuberger, cuya música se ajusta por completo al género wagneriano por la intensidad y verdad de la expresión dramática; en punto á melodía y fluidez, *Mirjam* es inferior á otras composiciones del mismo autor.

París. – En el teatro de la Renaissance se ha estrenado el drama en cuatro actos de Armando Silvestre y Eugenio Morand, *Izeyl*, cuyo argumento está tomado de la leyenda de Cakyamuni, fundador del budismo: la representación de la nueva obra de los autores de *Griselidis* ha sido un gran acontecimiento teatral, al que han contribuído de una parte la valía intrínseca del drama, escrito en hermosos versos, y de otra Sarah Bernhardt, que ha hecho una creación del papel de Izeyl, y la propiedad y el lujo de la *mise en scene*. Para esta obra ha escrito algunos inspirados números musicales el compositor Pierné. En Varietés ha sido muy aplaudida la nueva obra de Bisson, *L'heroique Le Cardunois*, graciosa y bien dispuesta, como todas las del autor de *Las sorpresas del divorcio*. También se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *Famille*, bonita comedia de costumbres, en tres actos, de Augusto Germain; y en los Bouffes-du-Nord un interesante drama en cinco actos y seis cuadros, de Ricaudy y Rochel, *Le Grillon*, en el que hay intercaladas algunas bellísimas piezas musicales de Thony.

Londres. – En el teatro de la Corte se ha estrenado con buen éxito un drama de A. W. Gattie, *The Transgresor*, en el que se trata de la cuestión del divorcio, que el autor sostiene debe concederse por causa de locura incurable de uno de los esposos; en la ejecución de esta obra se ha revelado una nueva actriz, Miss Olga Nethersole, que algunos críticos londinenses comparan con las grandes celebridades europeas.

Madrid. Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa, *Nieves*, comedia en tres actos de D. Ceferino Palencia, de interesante argumento y muy bien versificada; en el Español, *Luchar por los hijos*, melodrama en cuatro actos del Sr. Martínez Barrionuevo; en Romea, *La codicia rompe el saco*, zarzuela en un acto, letra del Sr. Navarro Gonzalvo y música del señor San José; y en Lara, con motivo del beneficio de la señora Valverde, *Los lunes del Imparcial*, graciosa zarzuela en un acto, de D. Tomás Luceño, con bonita música de Valverde, hijo.

Barcelona. – En el teatro de la Granvía se ha estrenado con aplauso *Teodora*, melodrama arreglado del francés por D. Timoteo Susany. En el Principal habrán comenzado, cuando este número llegue á manos de nuestros suscriptores, las representaciones de la compañía italiana que dirige el eminente actor Sr. Novelli.

Necrología. – Han fallecido:

Julio Cavelier, notable escultor francés, uno de los últimos representantes del arte clásico en Francia, autor de varios monumentos públicos y de muchos trabajos decorativos, entre ellos los del Louvre, miembro del Instituto y oficial de la Legión de Honor.

Nicolás Massa, reputado compositor italiano, autor de algunas óperas, entre ellas *Salambó*, que se estrenó con aplauso en la Scala de Milán.

Sir Gerardo Portal, diplomático inglés, comisario en Uganda y en Zanzíbar en donde prestó grandes servicios á su patria.

Augusto Hirsch, profesor de la facultad de Medicina de Berlín, fundador de la Patología médico-geográfica.

Carlos Juan Luedecke, arquitecto alemán, antiguo director de la Academia de Bellas Artes de Breslau y presidente de la Unión Artística de Silesia.

Isabel Palmer Peabdody, ilustre pedagoga norte-americana, fundadora de los primeros Jardines de la Infancia en los Estados Unidos.

Leopoldo de Schrenk, miembro de la Academia de Ciencias de Rusia y director del Museo Antropológico y Etnográfico de San Petersburgo.

Constanza Fenimore Woolson, célebre novelista norte-americana, sobrina de Fenimore Cooper.



Teresa y Santiago se apresuraron á refugiarse contra la florida hilera de geranios.,

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Manie habíase visto envuelta en intrigas, perfidias y corrupciones que habían endurecido su corazón. Demasiado delicada para adquirir los hábitos de aquel medio refinado y cruel, demasiado altiva y orgullosa para aceptar el papel de víctima, había sufrido mucho, y como ella misma decía, hecho sufrir mucho á los demás, su marido el primero. El barón Liebling carácter sin energía y sin elevación de sentimientos, después de numerosos devaneos, había dado en un amor intermitente, si así puede decirse, á su mujer; pero Mania, que abominaba las almas ruines y todo lo pequeño, le había abrumado con tales desprecios que la ruptura se hizo inevitable. La baronesa llegó á Niza, después del escándalo de esta separación, con el corazón desalentado, pero henchido de comprimidos deseos y de recelos desdeñosos, y adquirió en poco tiempo la reputación de coquetería y de insensibilidad de que gozaba en el círculo de la princesa Koloubine.

Entre los asiduos á este salón cosmopolita, Santiago fué el primero que excitó seriamente su curiosidad. Independientemente de las razones enumeradas más arriba, incitábale á fijarse en él un motivo poco generoso, pero muy femenino; le habían dicho que era un marido muy enamorado de su mujer, con la que vivía tan íntima y tiernamente como en los primeros dias de la luna de

miel, y esta rara fidelidad conyugal había despertado en ella su natural espíritu de contradicción, como si fuera un reto lanzado á su escepticismo. Quería experimentar si este virtuoso amor resistiría largo tiempo á las seducciones que ella presumía de poseer, y después de haber observado ciertos síntomas que no podían engañarla, lisonjeábase ya de haber conquistado el corazón de aquel marido modelo. Así, pues, no dudaba que el pintor se apresuraría á visitarla.

Grande fué su asombro no viendo llegar á Santiago el día siguiente al de su entrevista en la villa Endymión ni en los sucesivos. Pasó una semana, y Mania, un poco desconcertada, corrió á casa de la princesa en la seguridad de encontrar allí al pintor y dispuesta á duplicar la dosis de insinuante coquetería que le aseguraba, á su juicio, el triunfo definitivo. Pero Santiago no estaba tampoco en casa de la princesa. Otra semana pasó, y ni acudió á la calle de la Paz ni á la villa Endymión. Decididamente, el artista evitaba encontrarse con ella. Mania sintió más vivamente que ella misma hubiera creído jamás esta prueba evidente de indiferencia. Por primera vez daba con un hombre rebelde á la hechicera influencia que ella creía irresistible. El único hombre con quien había hecho un verdadero derroche de amabilidad aparentaba ser invulnerable. Veíase obligada á reconocer que Santiago Moret poseía un carácter mejor templado que el común de los mártires. Al propio tiempo que experimentaba un secreto despecho, no podía menos de considerarle más digno de estimación y de pensar en él, sin poder desechar de su imaginación la idea. Culpábase de haberle juzgado muy superficialmente, y procuraba formarse una idea muy exacta de la personalidad del artista, y durante este trabajo de inducción y de reconstitución, la imagen de Santiago cada vez estaba más fija en su pensamiento. Aquel hombre pequeño, ligero, nervioso, enérgico, con sus cabellos negros cortados sobre la frente, con su mirada curiosa y escudriñadora, su nariz remangada y su risa franca, estaba más de lo que convenía en su memoria, y no podía ella menos de asombrarse de que la imagen del pintor la tuviera tan profundamente grabada en su cerebro. El cerebro y el corazón de la mujer están en íntima relación; los fenómenos que se producen en el primero de estos órganos tienen inmediatamente eco en el segundo. La emoción de la señora Liebling, al principio puramente cerebral, se transformó poco á poco en una especie de fiebre pasional. Al mismo tiempo que se burlaba de esta agitación insólita, Mania complacíase en provocarla. Experimentaba un placer áspero y nuevo en observar en sí misma estos movimientos del corazón que no había sentido antes y que había negado que otras los sintieran. Este nuevo estado de su espíritu la llevaba á ciertos actos que en otra hubiera creído que eran simples puerilidades. Varias veces había dado orden al cochero de pasar por la calle Carabacel antes de volver á la calle de la Paz. Desde el fondo de su berlina miraba la verja del jardinito, y sentía un estremecimiento nervioso contemplando, entre los naranjos, las puertas de persiana del hotelito abiertas. Concurría más frecuentemente á todas las reuniones mundanas y casi oficiales de que daban luego cuenta los periódicos – los bailes de los círculos, los banquetes de gala en los consulados, los *pique-niques* en Mentón y Beaulieu, – con la esperanza de que la brillantez de estas fiestas de la *high-life*, la animación que su presencia les daba, la elegancia de las *toilettes* que ostentaba, darían asunto á los *reporters* para crónicas de grande atractivo en los periódicos locales que, sin duda, leería el pintor. El despecho que le producía la inexplicable indiferencia de Santiago cada vez la hería más profundamente. En todas sus acciones obedecía inconscientemente á la preocupación de lo que él pensaría, de lo que diría, de lo que sentiría si la encontraba, y esa misma preocupación era la que, la noche del paseo en la barca, la indujo á cantar aquella canción slava que se asociaba en su memoria á su primera entrevista con Santiago en casa de la princesa. Aquella salvaje melodía popular era la que ella prefería entre las muchas que sabía, y había venido naturalmente á sus labios cuando sus amigos le suplicaron que cantase. De tal suerte se operaba en ella la labor de cristalización observada por Stendhal, y lo que no había sido al principio más que un capricho de amor propio, llegaba á ser una obsesión penosa que se parecía mucho al amor.

Así, cuando desde su asiento en el *break* en que regresaba á Niza vió á la claridad de la luna á Santiago Moret llevando de la mano á su mujer y apartándola del camino por donde iba el coche, poniéndola al abrigo de la florida hilera de geranios, su sorpresa había sido muy honda y dolorosa. En un abrir y cerrar de ojos había visto la inquieta fisonomía del pintor y el correcto perfil de la joven esposa, y mientras el *break* corría entre los olivos, experimentaba ella una emoción que nunca hubiera soñado llegar á sentir. Su corazón se angustiaba, sus sienes latían, sus manos estaban frías como las de una muerta. Al mismo tiempo ardía en su corazón la ira de los celos. Sentía un feroz rencor contra aquella mujer de rostro virginal, de mirada humilde, y de maneras sencillas y modestas, que tenía en su poder á Santiago y le dominaba completamente. Ella era, sin duda, la que le había impedido ir á visitarla y volver á la villa Endymión. Mania consideró á Teresa como una odiosa rival y la aborreció. Mientras que en el carruaje Sonia, la baronesa Pepper, el doctor Jacobsen y dos ó tres gomosos reían estrepitosamente sin percatarse de la turbación de Mania, ésta se dejaba arrebatar de su violento carácter. «¡Ah!, pensaba, ¡esa santita de aldea pretende que nadie vea á su maridito! Pues veremos cuál de las dos puede más. ¿Quiere guerra? Pues tendrá guerra. No faltaba otra cosa sino que no hallara yo medio de atraer al sujeto que ella cree poseer completa y absolutamente. Evita encontrarme; señal infalible de que me teme; y así, así empieza el amor. Es demasiado artista para mantenerse mucho tiempo impecable; y si yo quisiera ¡le haría saltar á pies juntos por encima de la clausura de su beaterio conyugal!»

Los dominantes instintos de su naturaleza slava se exasperaban pronto, y en estos momentos de excitación, ninguna consideración de decoro y de respetos humanos la impedía llegar hasta el extremo de su voluntad. Por más obstinación que empleara Santiago en huir de ella, había de obligarle á encontrarse con ella cuando menos lo pensara. Cuando el *break* la dejó delante de la verja de su hotel de la calle de la Paz y entró en su *boudoir* tapizado de satín azul, alumbrado por el globo de una lámpara colocada sobre un alto pedestal, arrojó sobre un sillón el abrigo, y se miró en el colosal espejo que ocupaba el testero de la habitación. La hermosa luna reprodujo una gallarda figura vestida con magnífico traje de crespón de China, una cabeza rubia, una cara hermosamente airada con cejas negras fruncidas, con ojos fosforescentes, con sonrisa irónica. Esta contemplación calmó momentáneamente su cólera. Sentíase más que hermosa, hechicera, y pensaba que con su espléndida belleza no podía menos de vencer á su rival, la mujer del perfil de madona. Sí, sabría encontrar á Santiago Moret y cautivarle de nuevo; y luego, cuando le hubiera enloquecido, le abandonaría á sus virtuosos remordimientos y le enviaría misericordiosamente á su nido conyugal... Se acostó muy agitada, y durante una buena parte de la noche estuvo discurriendo qué ingeniosa combinación inventaría para sujetar á aquel enamorado que pugnaba por escapar de sus manos...

El día siguiente, después de un sueño tardío y de un baño matinal, sonrió pensando que la ocasión tan codiciada presentábase naturalmente al alcance de su mano. El carnaval iba á empezar; en medio de estas diversiones en que todo el mundo toma parte y que constituyen el orgullo de Niza, parecía imposible á la baronesa Liebling no encontrar al pintor. En su calidad de artista querría ver de cerca los regocijos y festejos carnavalescos, se mezclaría entre la multitud de máscaras, asistiría á todos los espectáculos, y en estas jornadas de locura en que todas las condiciones sociales se ocultan bajo el discreto dominó, nada más fácil para ella que llegar hasta Santiago.

Ya empezaban los preparativos de tan sonadas fiestas, cuya justificada fama lleva á Niza de todo Europa multitud de curiosos y gentes amigas de divertirse. Los trenes llegaban repletos de viajeros, y en los hoteles no había ni un rincón desocupado. Se veía á los recién venidos en grupos compactos en la avenida de la estación ó bajo los arcos de la plaza Massena. Todas las provincias de Francia, todas las nacionalidades tenían allí su representación. Delante de los cafés, tomadas las mesas por asalto, se oía la más babélica mezcla de acentos y de idiomas, y se veía la más curiosa variedad de figuras exóticas; ingleses con el velo blanco arrollado al sombrero y los anteojos en una correa colgada al hombro; alemanes con antiparras azules mirando con ojos á la vez avispados ó hipócritamente pudibundos los inmorales regocijos de esta ciudad de perdición; americanos del Sur que se regodeaban pensando en la proximidad de Monte Carlo; familias pacíficas de provincia, un poco aturdidas por el movimiento del Mediodía, pero satisfechas, sin embargo, de tomar café al aire libre, imaginando que sus convecinos de Pont á Mousson ó de Charleville estarán en aquel momento rodeados de nieve tiritando de frío. En cada esquina de las calles los almacenes ofrecían á la vista de los aficionados dominós de todos los colores y trajes de todas las épocas, los vendedores ambulantes presentaban á los transeuntes todo lo necesario para las batallas de *confetti;* paletas de metal blanco, bolsas de cutí, caretas de tela metálica. Bajo los arcos, muchachos listos ofrecían gorros de locura, y se desgañitaban pregonando el programa de las fiestas: «la entrada del Carnaval en su amada ciudad de Niza »

Dos días después, en una noche estrellada y apacible, el Carnaval hacía su entrada en la ciudad, anunciándose este fausto acontecimiento por salvas y cohetes. Montado en una gigantesca bicicleta, y en el traje propio de un velocipedista, recorría las avenidas y los *boulevards*, seguido de una sonora charanga y de un ómnibus lleno de inverosímil equipaje y escoltado de buen golpe de *pierrots* saltando y brincando. Vestido con un traje todo gris, provisto de un paraguas verde y ostentando en las delgadas piernas unas medias escocesas, el enorme maniquí, cuya cabeza llegaba á las ventanas de los pisos principales, saludaba profundamente á los curiosos de la calle y de los balcones; y por último, fatigado, sin duda, del largo paseo, iba á descansar bajo un dosel enfrente del casino, donde estaría en su trono durante toda la duración de las fiestas.

– A partir de este momento, estamos en el reino de la locura, dijo Santiago á su mujer, después de haber presenciado desde la verja de su jardín el desfile de la comitiva grotesca: será preciso que también nosotros nos divirtamos este Carnaval, puesto que lo mismo hace aquí todo el mundo.

El pintor se había repuesto de la nueva sorpresa del encuentro de Mania en Beaulieu, pero no había hablado de volver á San Juan, y después de aquella última excursión los esposos vivían retirados en su nido.

– No podemos, continuó el pintor, estarnos metidos en casa mientras toda la población se echa á la calle á divertirse, y he tomado asientos de tribuna para la primera batalla de flores. Así pues, Teresina, prepara tus galas, y preséntate muy hermosa... Quiero que se fijen en ti y que te envíen muchas flores.

El día de esta primera fiesta la tarde era fría, pero el cielo azul y diáfano. Cuando Santiago y Teresa llegaron al paseo de los Ingleses, las tribunas delante del mar, empavesadas de banderas tricolores y tapizadas de tela encarnada, estaban ya invadidas por los indígenas y los extranjeros. Con gran trabajo pudieron instalarse entre una familia procedente de Nimes, que hablaba con un acento meridional muy pronunciado, y un inglés muy alto y colorado, vestido con un terno pajizo. Los de Nimes habían venido en tren de recreo y contaban á voces sus impresiones de viaje. Toda la familia había venido, el tío y la tía inclusive. El padre cuestionaba con las muchachas que vendían flores á la gente de las tribunas y que le impedían ver bien la fiesta. Estas muchachas con sus gorritas de seda azul ostentando en letras de oro la inscripción «*Carnaval de Niza,*» se burlaban donosamente de él, y continuaban solicitando compradores de su mercancía, gritando: «¡Ramitos, ramitos!» Todos compraban y colocaban convenientemente su provisión de flores. El inglés del terno pajizo compraba también, y manifestaba, enseñando unos dientes demasiado crecidos, su intención de *mocho diverrrtirrrse*. Esta continua circulación de los cestos floridos embalsamaba el ambiente de fresco y delicioso perfume. Los rayos del sol cayendo oblicuamente sobre la pista iluminaban los hoteles y las villas, cuyas ventanas estaban completamente llenas de espectadores, y dejaba las tribunas en apacible sombra azulada. A las dos disparóse un cañonazo en las alturas del castillo, y un estremecimiento corrió entre la multitud reunida en la tribuna, asomada á los balcones y á las terrazas y apiñada en el paseo. El desfile empezaba.

Primero, y como preliminar de la fiesta, desfilaron lentamente varios coches de alquiler, llenos de nicenses ó de *touristas* que venían más para ver que para ser vistos; traían algunas flores, pocas, y las lanzaban á las tribunas, de las que apenas les contestaban. Después, poco á poco iban apareciendo carruajes ingeniosamente decorados, ocupados por mujeres hermosas, menos avaras de sus proyectiles, y entonces podía decirse que era cuando verdaderamente empezaba la batalla de flores. En un carro completamente lleno de mimosas y violetas, una joven americana, hermosísima, de cabellos negros, de ojos negros radiantes de luz y de alegría, sufría impávida una verdadera metralla de flores, que devolvía á las tribunas con la mayor ligereza é incomparable gracia; seguía á este carro un *landau* cuajado de claveles blancos y rojos, y luego venía una carroza en que había millones de rosas que cubrían las ruedas, los caballos, el cochero, presentando un aspecto realmente encantador. Los ramos volaban por el aire como cohetes en medio de los gritos y las risas de la más bulliciosa alegría. Los carruajes cubiertos de guirnaldas, ocupados por mujeres jóvenes y bellas, vestidas con trajes claros primaverales, acompañadas de niños y niñas que demostraban su contento con estrepitosas risas de placer inmenso, producían el con-

junto de colores vivos más alegre y más armonioso que ha podido soñarse. La batalla estaba en todo su esplendor; todo el mundo gozaba extraordinario placer tomando parte en ella. Las diferentes bandas de música acompañaban el singular y florido combate con las notas más alegres de su repertorio. Los vendedores de ramos se precipitaban tumultuosamente bajo los pies de los caballos para recoger las flores caídas en el suelo, que luego volvían á vender en las tribunas, gritando con un aplomo exclusivamente meridional: «¡Ramitos, ramitos!...» El inglés del terno pajizo, poco escrupuloso en la elección de proyectiles, compraba esta averiada mercancía, y la volvía á lanzar á los coches con estrepitosas carcajadas británicas. Como había anunciado á gritos al empezar el festejo, se *diverrrtía mocho.*

Santiago había acabado por sentirse contagiado de aquella general alegría, y lanzaba también ramos y los recibía, cogiéndolos al vuelo con singular ligereza, y en medio de la batalla pensaba que seguramente estaría por allí la baronesa Liebling. Chocábale no haberla visto todavía. Miraba atentamente á los coches y las carrozas donde iban en pie mujeres vestidas con trajes vistosos de capricho, que lanzaban sus ramos á los amigos que veían en las tribunas, y luego con un ancho abanico tapábanse el rostro para evitar la lluvia de proyectiles que sobre ellas arrojaban aquéllos en justa correspondencia. Por ninguna parte veía Santiago personas conocidas. Súbitamente estalló nutrida salva de aplausos y de todas partes volaron miles de ramos.

En la pista, cerca de las tribunas, avanzaba lentamente un carro al estilo ruso, guiado por *moujicks* con el traje del país lleno de espigas de trigo, amapolas, violetas, margaritas y geranios rojos. En el centro agitábanse *pierrettes* y dominós de raso blanco que vertían una copiosa lluvia de flores sobre la multitud. La familia de Nimes prorrumpía en las más entusiastas y pintorescas exclamaciones ante aquel mágico espectáculo, y el inglés gritaba: «¡Hurra! ¡hurra!» y vaciaba completamente el cesto de flores que tenía al lado. Alguno que estaba detrás de Santiago dijo: «Es la carroza de la princesa Koloubine.»

En el mismo punto, el pintor recibió en medio del pecho un ramo de jazmines y violetas que se le quedó entre el chaleco y la camisa. Después del primer movimiento de sorpresa, quiso ver quién era el que le había enviado el proyectil; pero el carro de las espigas de trigo había pasado ya, y en el blanco grupo de *pierrettes* y dominós no pudo distinguir más que la figurilla picaresca de Sonia Nakwaska. Temió que Teresa tuviera mejor vista que él y se volvió hacia su mujer vivamente; pero muy ocupada defendiéndose de la granizada de flores que le enviaban desde un *landau*, no había advertido el rápido incidente del ramo de jazmines y violetas. Santiago lo ocultó discretamente bajo su americana, abotonándose, y esperó con impaciente curiosidad que diera la vuelta la carroza de la princesa Koloubine.

Mania formaba parte del círculo íntimo de la princesa, y ésta no daba fiesta en que no contase con ella. Era, pues, seguro que figuraba entre las personas enmascaradas que iban en la carroza, y en este caso, no podía Santiago dudar que ella le había arrojado las violetas. A pesar de sus prudentes y juiciosas resoluciones, Santiago experimentaba una secreta satisfacción pensando que aquellas flores le habían sido arrojadas intencionalmente por la hermosa baronesa. Y como basta que caiga una piedrecilla para producir un hundimiento, aquella gratuita suposición reproducía en él todas las perturbadoras emociones que debía á Mania: la blanca aparición de esta mujer en el palco de la princesa, el paseo con ella en las terrazas de la villa Endymión y la canción slava en la bahía de San Juan á la claridad de la luna.

Esta renovación de sensaciones turbábale de nuevo y le distraía de la batalla, que continuaba cada vez más animada. Una recrudescencia de aplausos le volvió á la realidad. Estos bravos atronadores anunciaban la reaparición de la carroza rusa.

Esta vez no venía al lado de las tribunas, de las que la separaba una fila de coches que marchaban en sentido inverso. Santiago, aunque concentraba toda su atención en el grupo de *pierrettes* y dominós, los veía muy confusamente. Sin embargo, pudo ver un dominó que, inclinado entre las espigas de trigo, parecía fijar su atención en la parte de tribuna donde él se hallaba. Una nueva remesa de jazmines y violetas, pasando por encima de los combatientes de la otra fila de coches, vino á caer á los pies de Santiago, y cuando la que había arrojado las flores se echaba hacia atrás, el pintor reconoció bajo el capuchón caído del dominó la original cabeza rubia de Mania. Todo esto fué obra de un minuto escaso; la carroza con su grupo de blancos disfraces desapareció; eran ya cerca de las cinco, las filas se aclaraban, las provisiones de flores se agotaban y la fiesta iba á terminar.

—¡Ah!, exclamó alegremente Teresa, me he divertido *mocho*, casi tanto como el inglés, mi vecino; pero estoy cansada, y me parece que me amenaza la jaqueca... ¿Quieres que nos vayamos?

Era evidente que la carroza rusa no volvería á pasar.

Santiago se levantó, y los esposos bajaron de la tribuna.

El sol que se ocultaba detrás del Esterel esparcía sobre la mar azul una iluminación grande de color de vino. En el paseo, donde la multitud era inmensa, se pisaba una espesísima alfombra de rosas, y un perfume de primavera se exhalaba aún de aquellos restos de flores mustias y de aquellos ramos mutilados.

Del fondo de su pecho, Santiago sentía también cómo subía hasta su boca y su nariz el olor de los jazmines y las violetas. No había duda, aquel ramito procedía de Mania. Era el emblema de la original mujer encantadora; exhalaba perfume misterioso, sensual y suave; un perfume de amor que impregnaba la carne, se infiltraba sutilmente en las venas y abrasaba el corazón.

VIII

«Mis queridos hijos: Mucho, mucho os he agradecido las hermosas flores que me habéis enviado, y que han llegado tan frescas y tan lozanas como si estuvieran acabaditas de coger. Al abrir la caja me ha parecido que había allí dentro algo de vosotros mismos. No he podido, ni querido, contener las lágrimas; he cogido las flores, me he encerrado en mi cuartito y las he besado cien veces... De buena gana me las hubiera comido. ¡Ah, queridos hijitos, con qué impaciencia espero vuestras cartas y qué venturosa me siento leyéndolas! Me alegro mucho de que estéis contentos en Niza, y que ese sol continúe procurando á Santiago buena salud. Necesito constantemente noticias vuestras, os lo aseguro, para poder vivir lejos de los que amo tanto y lejos de mi casa. En Rocatallada, el tiempo no se me hace tan largo, porque allí estáis conmigo vosotros, y tengo mi casa y mi jardín y mis animalitos que cuidar. Pero en vuestro París, y en esta casa de la que faltáis vosotros, me encuentro muy sola, muy sola. Vuestros amigos, eso sí, son muy amables y no nos abandonan. Frecuentemente vienen el Sr. Lechantre, el doctor Langlois y muchos compañeros de Santiago. Todos estos señores se informan de vuestra salud y procuran distraerme, pero yo no tengo gusto para nada, ni me importa nada más que vuestra felicidad. Sólo salgo de casa para ir á misa, y el resto del tiempo me estoy aquí solita como un buho, y paso el tiempo en hacer calceta, en pensar disparates y en contar las horas y los minutos.

»Me diréis que no estoy sola, puesto que Cristina está conmigo; pero la conocéis lo bastante para comprender que su compañía no es de las más agradables. Esta se aburre más que yo en París. Cuando no está entretenida leyendo sus libros de devoción, se pasa las horas gimoteando y dándome jaqueca con sus imaginaciones y sus presagios. Siempre lo ve todo sombrío y negro y me desespera. La otra noche me despertó para contarme que había soñado que se había quemado nuestra casa de Rocatallada, y no tuve más remedio que escribir allá por la mañana para saber lo que había sucedido, porque Cristina acabó por hacerme participar de sus temores, y no estuve tranquila hasta que me contestaron que no había novedad. A Dios gracias, allí todo va bien. Nuestra vaca Zenobia ha parido y se venderá la ternera en la feria de Saint-Aubin. El cortijero del Priorato me encarga que os diga que todas las operaciones de campo se han hecho como siempre. Todos los vecinos y conocidos de allá están buenos, excepto el cura, que anda otra vez á vueltas con sus dolores de reuma.

»Cristina no cesa de repetirme que puesto que estáis tan contentos en Niza, lo probable será que prolonguéis vuestra estancia ahí hasta el verano; yo sostengo que no haréis tal y que cumpliréis vuestra promesa de volver á París por Pascua; pero ella mueve la cabeza como un pájaro de mal agüero, y oyendo á toda hora sus jeremiadas y sus funestos pronósticos, acabo por creer lo que dice y paso malísimos ratos. Bien sé yo, querido Santiago, que hago mal y que esto es como poner la horca antes que el lugar, y atormentarse sin necesidad y sin motivo; pero no importa, todo eso me infunde una gran tristeza, y pienso que cada vez me hago más vieja, y que todo este tiempo que pasáis en Niza lo pierdo del poco que ya me queda de vivir con mis hijitos. ¡Si supieras, querido hijo mío, cuántas cosas me ocurren que decirte, y que daría todo cuanto tengo por tenerte á mi lado y poder hablar mucho, mucho contigo! Y siento una ansia loca de verte, de abrazarte, y casi lamento que en vez de ser como eres, un gran artista, no te hayas quedado con nosotros dedicándote á cultivar nuestras tierras... Perdóname estos malos pensamientos; me avergüenzo de pensar tales desatinos, y me reprendo yo misma por ser tan egoísta... Pero no; porque me parece que lo que yo pienso lo piensan todas las madres, y ya veréis vosotros cuando tengáis hijos cómo os tienen sujetos por una cadena muy fuerte al corazón, y cuánto os apesadumbrará vivir lejos de ellos...

»Y ya que he empezado á deciros todo lo que siento, es preciso que os diga también una idea que me ha ocurrido, y que, sin duda, os va á parecer una locura, como le parece á Cristina. Me ocurrió, como digo, esa idea, y en seguidita me fuí á la calle de Nuestra Señora de los Campos para consultarla con el Sr. Lechantre. No llegué á tiempo porque acababa de emprender un viaje de placer con un amigo. Conque con vosotros mismos consultaré mi idea, y ¿con quién mejor? Si os parece un desatino perdonadme, considerando que soy una pobre madre que no puede acostumbrarse á vivir sin sus hijos. Esta es mi idea. Creo que si pudiera contemplar nada más que unos días, el país en que os halláis, la casa en que vivís, y si pudiera abrazaros, y ver qué aspecto tiene Santiago y apreciar lo que ha mejorado, esto me daría fuerzas para el resto del invierno y tranquilidad hasta vuestro regreso. En el tren se viaja tan de prisa, que para ir á Niza sólo se emplean veinticuatro horas. Ya veis si estoy enterada. Lo que es si consintierais en ello, ¡con qué gusto, con qué alegría tan grande iría á pasar con vosotros quince días!

»He hablado de esto á Cristina, y no os podéis figurar cómo se ha puesto. «¡Un viaje tan largo!.. ¡Dos mujeres solas en un coche del tren!.. ¡Tantas desgracias como suceden por viajar por gusto!.. ¡Choques, descarrilamientos, incendios, hundimientos!.. ¡Qué horror!..» En resumidas cuentas, me ha dicho que de ningún modo se pondría en viaje para ir á una ciudad donde está segura de aburrirse más que en París. Esperaba yo que el Sr. Lechantre, que es tan complaciente y que él mismo tenía pensado ir á visitaros, querría acompañarme; pero, como he dicho, está ausente de París y no se sabe cuándo volverá. En cuanto á vuestra hermana, tan terca como es, no hay que esperar que ceda á mi deseo. Y aquí me tenéis sin saber qué hacer ni cómo realizar esta aspiración de mi alma. Había creído que mi idea era lo más fácil y sencillo de realizar, y á pesar de las observaciones de esta perezosa mojigata, que han sido como echarme un jarro de agua encima, aún no quiero perder la esperanza... Si se tratase sólo de mí, no me acobardaría y haría solita el viaje, pero Cristina ve visiones en todas partes, y se creería perdida si la dejara aquí sola... ¡Dios mío! Sería yo tan feliz si pudiera veros y daros un abrazo muy apretado... ¡Qué corto se me haría así este largo invierno! Me parece que en esta estación son muchas las personas que van de París á Niza, y puede que entre ellas seguramente habrá alguna que sea amiga vuestra... ¿No podríais suplicar á algún amigo vuestro que nos hiciera el favor de admitirnos en el coche en que él vaya á Niza?..

»Veis, mis queridos hijos, que soy terca también como Cristina, pero de otra manera, y os aseguro que me cuesta mucho renunciar á mi idea. Ya sabéis mi deseo; vosotros veréis si os ocurre medio de que lo realice. ¡Pensar que en veinticuatro horas podría ir á veros, á disfrutar la dicha de estar unos días á vuestro lado! Discurrid, discurrid un poco sobre esto, y acaso encontraréis manera de arreglarlo todo á gusto de todos. Me vuelvo loca de alegría pensando que acaso no tarde mucho en verme al lado de vosotros. Excuso deciros que lo que vosotros decidáis lo acepto y lo apruebo desde luego..., aunque sea renunciar á mi esperanza. Cristina os abraza, y yo os doy mentalmente mil besos y mil abrazos, hijos de mi corazón, y nadie os ama ni os amará nunca como vuestra madre Claudina.»

Esta carta de la mamá había llegado la tarde misma de la batalla de flores, y según la iba leyendo á Teresa, Santiago sentíase confortado por un dulce sentimiento de ternura filial muy oportuno en aquellos momentos en que se agitaban en su imaginación las impresiones del bullicioso festejo á que acababan de asistir.

(Continuará)

EL SALÓN DEL CICLO

Con este título se ha inaugurado en París la primera exposición velocipédica celebrada en Francia, y aunque en nada desmerezca de las que celebran



El *veloroom*, ó velocípedo doméstico

los ingleses, fuerza es confesar que los franceses andan en este punto algo retrasados, porque desde hace quince años se verifican regularmente en Inglaterra exposiciones bianuales conocidas con los nombres de *Stanley Show* y de *National Show*.

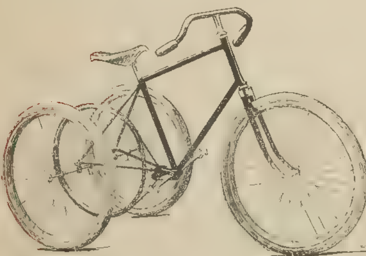
El *Salón del Ciclo* está instalado en la sala Wagram, y su éxito legítimo honra á sus organizadores y especialmente á M. Rivort, que fué el primero en concebir el proyecto y en ponerlo en ejecución.

Más de 200 expositores han acudido á su llamamiento, y todos han rivalizado en buen gusto para que su *Stand* ofreciera á los visitantes los mayores atractivos posibles.

Entre las ricas telas y los hermosos terciopelos con franjas de oro que cubren las paredes de las instalaciones, las bicicletas y otras máquinas de tipos variados rivalizan en ligereza, en elegancia, en precisión.

Los aparatos neumáticos gozan especialmente del favor del público, y la multitud escucha atentamente los discursos con que los fabricantes ponderan las excelencias de sus diversos sistemas, que son, según ellos, los únicos que no se rompen, los más ligeros, los más veloces y los que con más facilidad se desmontan.

Entre tantos aparatos como hay expuestos en la



El triciclo de pequeña multiplicación para lograr el mínimo de velocidad

sala Wagram hay algunos que son verdaderas novedades.

El *clou* de la exposición es sin disputa la bicicleta *Valere*, cuyo inventor se ha dedicado á resolver el problema más arduo en velocipedia: la utilización simultánea de los brazos y de las piernas para la propulsión de los ciclos. La innovación ha motivado entre la prensa velocipédica una verdadera polémica; pero de todos modos, los resultados obtenidos son demasiado patentes para que la tentativa de M. Valere pueda ser calificada de utopía. Además hay un documento incontestable que lo prueba, y es un certificado de los experimentos hechos en el ministerio de Agricultura, sección de máquinas, del cual resulta que el rendimiento del aparato en cuestión es un 50 por 100 mayor que el de los mejores aparatos hasta hoy conocidos.

En efecto, está fuera de duda que el empleo alternativo de los brazos y de las piernas ha de producir ventajas múltiples, puesto que hace funcionar simétrica y regularmente los músculos, repartiendo mejor el trabajo que han de hacer y evitando de esta suerte el exceso de esfuerzo de un solo órgano.

La bicicleta Valere tiene en la parte delantera dos grandes palancas articuladas al armazón, que gobiernan en su parte inferior, por medio de bielas, los manubrios, ó mejor, pedales que mueven los pies. Cuando el aparato funciona, mientras la pierna derecha, por ejemplo, avanza, el brazo izquierdo opera un movimiento en sentido contrario, tirando de la palanca correspondiente; de modo que se produce un esfuerzo simultáneo é inverso de los brazos y de las piernas: movimiento de repulsión de uno y de atracción del otro, de manera que las dos fuerzas obran plenamente sirviéndose una á otra de punto de apoyo.

La semejanza de movimientos con los de un corredor es notable, lo cual justifica el nombre de máquina de correr que tiene el aparato.

El equilibrio y la dirección se obtienen en esta bicicleta por medio de un sistema de varillas y palancas accionadas por los puños, bastando, durante la marcha, inclinar éstos más ó menos para dirigir á voluntad el aparato. El dispositivo es complicado, y éste constituye el único punto débil de la máquina.

La bicicleta Valere es esencialmente rápida: el modelo de camino expuesto en la sala Wagram desarrolla ocho metros sin producir mayor fatiga que las bicicletas ordinarias, que sólo desarrollan cinco por cada pedal.

Este resultado deja entrever para el porvenir carreras de velocidades asombrosas, nada menos que de 60 kilómetros por hora.

Pero ¿es práctico ese aparato? Su dirección, algo delicada, exigirá algún aprendizaje, y las caídas, tan comunes en las bicicletas, es muy probable que sean de graves consecuencias para sus órganos tan complejos. De modo que resulta muy preferible el triciclo fabricado según el mismo sistema.

No es sólo la máquina de correr la que tiene el monopolio de la velocidad, porque en el *Salón del Ciclo* encontramos una bicicleta que recorre 8 metros por cada golpe de pedal; pero debemos añadir que ese aparato lo montan cuatro corredores: nos referimos á la *cuadrupleta*, cuya longitud es de unos tres metros y cuyo peso, jinetes inclusive, excede de 300 kilogramos. Sus pedales, orientados en el mismo sentido, dan una intensidad de acción parecida á la de un conjunto de remeros, y con tal impulso el aparato adquiere una velocidad vertiginosa.

La cuadrupleta es demasiado reciente para que pueda entreverse cuál será su porvenir. Hasta el presente ha servido más bien como máquina de *impulso*, especialmente en Inglaterra, en donde ha permitido acortar en algunos segundos *records* de pequeña distancia (media ó una milla).

La primera cuadrupleta construída en Francia hizo su aparición en el match entre Corre y Stephane; pero la inexperiencia de los corredores que habían de dirigir esa nueva máquina destinada á estimular á los dos competidores y la poca solidez del entarimado de la pista obligaron á retirarla inmediatamente.

Al lado de las máquinas que desarrollan el máximo de velocidad es interesante presentar como antítesis, por decirlo así, las que desarrollan el mínimo.

En este concepto merece lugar principal un triciclo cuyo movimiento está combinado para obtener el mínimo del efecto. Inventado por M. Meyan, debe ser utilizado en la pista del Edén Teatro para carreras que calificaremos de paradógicas, y que, aun sin tener analogía alguna con el *sport*, no dejarán de ofrecer ciertos atractivos. El trecho recorrido por golpe de pedal no excede con ese aparato de quince centímetros. Júzguese por este dato de los esfuerzos que serán necesarios para ganar á un competidor una ventaja de 50 centímetros; de la increíble energía, igualmente sostenida que en nuestros mejores campeonatos, que habrá que desarrollar para obtener una velocidad de tres kilómetros por hora; del impulso final que deberá tomarse para llegar á la meta, dejando al contrario algunos centímetros detrás. En una palabra, estas carreras serán la parodia de las actuales.

En estas máquinas, al revés que en los triciclos ordinarios, en vez de accionar el manubrio sobre un gran piñón que por medio de una cadena transmite el esfuerzo á un piñón más pequeño fijado en el eje de las ruedas motrices, un piñón pequeño gobierna una gran rueda dentada casi igual en diámetro á las ruedas del aparato.

Dada la escasa velocidad que resulta de esta disposición, el sistema sólo puede aplicarse á triciclos por razón de la instabilidad del equilibrio.

¿Quién habría dicho que la velocipedia nos reservaba tan sorprendentes contrastes? Después de habernos ofrecido el paralelo entre los aparatos más rápidos y los más lentos, nos presenta el *veloroom*, aparato en el cual, desarrollando los mismos esfuerzos que en aquéllos, el que lo monta no se mueve del sitio en que se encuentra. Como su nombre lo indica, es un velocípedo doméstico: la silla, los pedales y el timón están fijos en un armazón montado sobre un zócalo, y por ende sus resultados son puramente platónicos. Con este aparato no se corre ningún peligro, la estabilidad es completa, porque los más fuertes golpes de pedal no influyen sino en una aguja de un contador kilométrico que registra mecánicamente el camino que en realidad se habría recorrido: el *veloroom* debe, pues, ser recomendado á las personas cuya obesidad les imposibilita de usar la bicicleta ó el triciclo ordinario.

El nuevo *home trainer*, ó velocípedo doméstico, puede además servir, durante la estación mala para las carreras, de instrumento excelente para adiestrar á los velocipedistas.

En resumen, el *Salón del Ciclo* ofrece cuatro novedades ciclistas, opuestas una á otra en cuanto á los resultados y que están llamadas á probar su utilidad durante el presente año.



Máquina de correr, ó bicicleta *Valere*

A. DESCHAMPS

(De *L'Illustration*)

TOMBUCTÚ

La reciente toma de Tombuctú por los franceses da cierto interés á los siguientes datos que acerca de aquella ciudad misteriosa, el gran mercado del Sahara, publica la *Revue Française*.

Pocos europeos han visitado Tombuctú: en 1826 el capitán inglés Lang llegó allí por la Tripolitana y el Tuat, pero cuando se disponía á regresar á Europa fué asesinado; dos años después el francés Renato Caillié estuvo en aquella ciudad, de dónde regresó felizmente; en 1853 Barth fué bien acogido en ella, gracias á la protección de la familia más poderosa de aquel país, y finalmente Lenz en 1880 pasó por Tombuctú, yendo de Marruecos al Senegal.

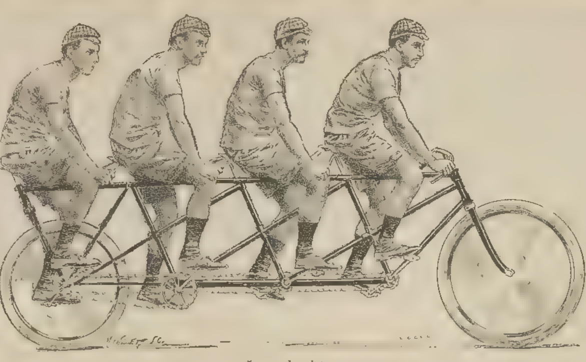
En 1887 el teniente de navío Carón hizo, en el cañonero *Niger*, el viaje de Bamakú á Koriumé, el puerto de Tombuctú, con el objeto de reconocer el curso del río y entrar en relaciones con aquella ciudad; pero su misión fracasó y regresó al Sudán. En 1889 hizo igual tentativa, con el mismo resultado, el teniente de navío Jaime á bordo del *Mage*, cuyos cañones revólver hubieron de dispersar á los nómadas tuaregs, que trataban de apoderarse de una parte de la tripulación.

Tombuctú no es la gran ciudad que la imaginación popular se ha figurado: muy próspera en otro tiempo, ha perdido hoy gran parte de su importancia: en 1853 Barth calculó que su población era de 13.000 habitantes; Lenz en 1880 le suponía 20.000,

y según Carón no excedía en 1887 de 5.000.

La ciudad no está situada sobre el río, sino 15 kilómetros al Norte de Koriumé, punto en donde descargan los barcos del Macina; pero cuando las aguas están altas, una embarcación ligera puede llegar hasta el pie de Tombuctú.

Debe la ciudad su importancia á su situación geográfica, en el punto de convergencia de las vías de comunicación entre el Sahara occidental y el Sudán. Sus principales elementos de comercio son la sal, importada del Tadueni y de otras salinas del desierto; el mijo, procedente del Macina, y la nuez de kola, que las caravanas llevan de los ríos del Sur y aun de las comarcas vecinas de los achantis. La ciudad está gobernada por una *djemaa* presidida por un personaje de una antigua familia y paga tributo á los tuaregs.



La cuadrupleta

Hace 25 años, dice el teniente Jaime, en la relación de su viaje, Tombuctú era realmente el centro de todo el comercio, el lugar adonde acudían las caravanas de Marruecos, de la Tripolitana y de Túnez, y el puerto en donde cargaban de sal las piraguas que remontan el Níger y que dejaban en cambio tejidos de Segú, esteras del Macina, manteca de Karité, mijo, arroz, un poco de oro de Buré, plumas de avestruz y sobre todo esclavos.

Las caravanas de los moros llevan á Tombuctú sal, muselinas, seda, calicot, hilo, ámbar, bombasí, lana, caftanes, paños de varios colores, cordones de seda, espejos, agua de Colonia, clavos de especia, maderas odoríferas, agua de rosa, te, platos de cobre, tazas, tabaco, azúcar, dátiles y fósforos.

Un fósforo de cera vale en Tombuctú dos cauris, y la caja de 100 doscientos, ó sean unos cuarenta céntimos. Las bujías, que sólo gasta la gente rica, cuestan un franco cada una.

Las caravanas venden muy pocas armas y poca pólvora: ésta se fabrica en Tombuctú y en el Macina, y las armas de fuego que poseen los tombuctuanos proceden de Djenné y de San ó de las colonias francesas é inglesas de la costa y son viejos fusiles de chispa.

Antes de la decadencia de Tombuctú era muy frecuente ver en el puerto de Koriumé hasta cien piraguas que podían llevar de 25 á 30 toneladas las más grandes y de 6 á 10 las más pequeñas: esas embarcaciones llevábanse anualmente por término medio de 12.000 á 15.000 barras de sa (1) traídas por las caravanas, y éstas se llevaban al través del Sahara 3.000 ó 4.000 esclavos procedentes de todos los puntos del Sudán, cogidos en su mayor parte por los moshis que, establecidos en la orilla derecha del río, son los más comerciantes de aquel país.

Koriumé es una pequeña aldea de 3.000 ó 4.000 habitantes, en donde los comerciantes de Tombuctú tienen sus agentes, que vigilan la descarga de las mercancías: en la época en que llegó á ella el teniente Jaime había en el puerto 14 grandes piraguas, la mayoría de ellas provenientes del Macina y una perteneciente á los moshis.

Tombuctú no produce nada: sus alrededores son áridos, desnudos de toda vegetación, y únicamente en las inmediaciones de la ciudad se encuentran algunos árboles; su subsistencia depende del Macina, y éste se halla desde el año pasado en poder de los franceses. En otro tiempo, durante las crecidas del Níger, una flota considerable bajaba por este río con destino á Tombuctú; pero las exacciones de los tuaregs han dado por resultado reducir en mucha parte la actividad comercial de aquella región.

Los franceses tendrán que luchar más de una vez con aquellos indígenas, que el teniente Carón cree muy poco temibles. Por de pronto, los franceses no se proponen otra cosa, así lo dicen ellos, que asegurar la libre navegación del Níger, hacer que el comercio de Tombuctú converja á este lado y devolver al río su antigua actividad.

(1) La barra de sal, que sirve de base en los cambios, tiene 80 centímetros de largo y 25 de ancho y pesa generalmente de 25 á 30 kilogramos: su precio era hace 25 años de 16 á 20 francos en Sansanding; posteriormente ha subido á 50 por haberse cerrado las vías de comunicación.

***

NOTICIAS VARIAS

LOS ANUNCIOS EN EL JAPÓN. – En un diario japonés, el *Yomi-uri Schenghun*, se ha insertado el siguiente anuncio de una librería:

«Ventajas que ofrece nuestro establecimiento: los precios son tan módicos como en una lotería, los libros tan elegantes como una cantante, la impresión clara como el cristal, el papel recio como piel de elefante, los clientes son tratados con tan exquisita cortesía como por las sociedades de navegación en competencia, los géneros expedidos con una rapidez sólo comparable á la de una bala de cañón, y los paquetes son objeto de tan delicadas atenciones como las que una esposa amante prodiga á su marido. Si los jóvenes vienen á menudo á nuestra tienda, enriquecerán el caudal de sus conocimientos adquiriendo libros tan curiosos como nuevos, verán desaparecer sus defectos, como la disipación y la pereza, y se convertirán pronto en hombres formales y útiles á su patria. Las demás ventajas que ofrecemos son tantas que no podemos enumerarlas.»

Ante este reclamo resultan modestos y sosos los *Barnums* americanos y europeos.

***

COSAS DE LOS YANKEES. – Los accidentes ferroviarios son tan frecuentes en los Estados Unidos que ya á nadie conmueven. Un redactor del *Times*, que recientemente salió magullado en un choque de trenes, quiso, en unión de las demás víctimas, presentar en la primera estación la reclamación oportuna contra la compañía; pero un yankee le hizo observar que de nada serviría su queja, diciéndole: «No somos más que siete los heridos y la compañía no admite reclamación formulada por menos de diez perjudicados. Sin embargo – añadió con la flema de aquella gente – es de esperar que antes de llegar al término de nuestro viaje se habrá completado el número reglamentario.»



EN LA FERIA, dibujo á la pluma de Mariano Pedrero

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 19 de febrero de 1894 — Núm. 634



Cartel de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, proyecto y dibujo de José Luis Pellicer

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

El Círculo de Bellas Artes ha celebrado con gran brillantez su tercer baile de máscaras, que se efectuó en el teatro Real el lunes 5 del corriente.

Nunca fueron disputados con tanto encarnizamiento los billetes para asistir á esta fiesta. Señoras y caballeros invadieron durante tres ó cuatro días las salas del Círculo, no dejando á sol ni á sombra á los individuos de la comisión organizadora del baile, quienes hubieron de sortear más dificultades y compromisos que billetes de que disponían, y cuenta que disponían de algunos miles. Sin embargo, de los compromisos pudo salir al cabo la citada comisión, y las dificultades las venció, no sin que para ello hubiese tenido necesidad de toda la paciencia del más pacienzudo de los benedictinos.

Las señoras fueron las que más empeño demostraron en asistir al baile del Círculo de Bellas Artes. Anunciara la prensa que para cada billete de señora tenía dispuesta la sociedad un artístico regalo, y no era cosa de desairar á los artistas que habían venido trabajando durante meses en acumular el número suficiente de pequeñas obras de arte, con el objeto de cumplir el compromiso de galantería que desde la celebración del primer baile se impuso para el bello sexo el citado Círculo.

Recordarán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que en la primera de estas fiestas, celebrada durante los carnavales de 1892, se regalaron á las señoras minúsculas panderetas, donde las paletas de notables pintores socios del Círculo y el ingenio de nuestros primeros poetas y escritores festivos habían hecho primores y derrochado gracia. Que en el segundo baile, artistas de la pluma y artistas del pincel avaloraron con sus talentos las vitelas de más de dos mil abanicos; pues en este tercer baile, el regalo, ó mejor dicho, los regalos simulaban por su forma externa sellos de Chancillería, que iban al pie de una hoja de pergamino, donde, en letra cancilleresca del siglo XVI (supongo yo lo del siglo XVI, pues no estoy muy fuerte en estas cosas), el Círculo de Bellas Artes extendía en toda regla una á modo de pragmática mandando reconocer á la favorecida con dicho documento por cuantos contendiesen de belleza como árbitra inapelable.

Los sellos pintados en número de dos mil, lo fueron por Moreno Carbonero, Martínez Abades, Cilla, Morelli, Ramírez, Peña, Andrade, Pulido, Mas, Lhardy, Gómez Rodríguez, Crespo, Villegas, Brieva, Romea, Marín, Bertodano, Alvarez Dumont, Cabansón, Florit, Fernández Nájera, Madrazo (D. Ricardo) Maura, Villapadierna y otros muchos pintores, socios todos del Círculo, y conocidos algunos de mis lectores por sus obras reproducidas en estas páginas. Contribuyeron también á estos obsequios con regocijadas quintillas y redondillas D. Víctor Balaguer, Manuel del Palacio, Estremera, Sinesio Delgado, López Silva y varios otros poetas cuyos nombres, de todos conocidos, harían interminable esta nomenclatura.

No por diminutas las pinturas y escasas de longitud las poesías dejaban de ser en gran parte verdaderas genialidades. De Moreno Carbonero había una cabeza de *paleto* magistralmente tocada (por cierto que desearía saber, y conmigo bastantes curiosos, el paradero de esta pequeña joya). De Martínez Abades varias marinas muy bonitas, tanto que alguna desapareció de la exposición por arte de encantamiento: verdad que se fué en compañía de otro sello pintado por Pulido y que era una nota veneciana muy luminosa. De Andrade había también varios paisajitos, recuerdos de Venecia, y de Peña alguna nota de color muy jugosa y fresca. No menos dignos de mención eran los apuntes de los paisajistas Lhardy, Mas y Rodríguez.

No brillaron menos por su gracia é intención las caricaturas de Cilla y Morelli. De este último había una que tenía toda la mostaza inglesa que suelen poner en esta clase de obras gráficas los caricaturistas paisanos de la mostaza aludida. Representaba un asistente cargado con un lío de colchones, sobre los colchones un par de baúles, encima unas maletas y una sombrerera, y ¡todavía! una jaula con su correspondiente loro dentro, como remate de tal edificio. Para completar la burla, el pobre asistente lleva en los brazos un niño de pecho.

Hace pocos días que la venta de las obras del malogrado dibujante Gros, que figuraban en la exposición de *impresiones de viaje*, en instalación especial, ha terminado, si no con un resultado muy brillante, sin embargo de haber sido enajenado todo ó casi todo lo expuesto, por lo menos con mayor éxito del que pudiera esperarse, dada la terrible frialdad con que aquí se mira hace algún tiempo cuanto á arte, especialmente á pintura, se parezca.

Las primeras obras que se vendieron han sido los originales cedidos galantemente por el propietario de la revista *Blanco y Negro*, Sr. Tena. Las acuarelas, algunas que revelaban á un colorista de grandes condiciones, siguieron á los dibujos en lo de ser solicitadas y pujadas, pues la venta se hizo de este modo; tan sólo algunos estudios al óleo quedaron sin postor por la elevación de los precios (harto modestos).

Por *fas* ó por *nefas*, es lo cierto que en las altas esferas oficiales viene hace algún tiempo mirándose las artes plásticas con un desdén verdaderamente desconsolador. A este desdén se debe que el movimiento artístico languidezca de tal modo, que á seguir así, dentro de muy pocos meses la sombra de mercado que para el pintor había en esta villa y corte de España desaparecerá por completo. Y culpo en gran parte de tal desastre al gobierno, especialmente á nuestros ministros de Fomento, que han venido consintiendo de años á esta parte que por exigencias de hacendistas *para uso de diario*, como dicen en cierta zarzuelilla, se merme la escasísima asignación que de tiempo inmemorial venía figurando en los presupuestos con destino á la celebración de Exposiciones nacionales de Bellas Artes y á la adquisición de obras de arte.

Por de contado, este año no se celebrará la Exposición bienal reglamentaria por falta de dinero. Es decir, que este palenque, al cual los artistas españoles ávidos de nombre, de gloria, de las condiciones en que para la lucha les coloca una medalla, concurren haciendo esfuerzos titánicos, algunos superiores á sus fuerzas, ya no existe. Como se le cierra á la juventud, á un número dado de pintores y escultores del porvenir, el palenque donde podían ganar los primeros lauros, aquellos que son como una promesa de los de mañana, suprimiendo por tiempo indeterminado, como viene aconteciendo hace ya año y medio, las pensiones en Roma. Como se les acabó á los artistas en general un medio para poder vivir y para poder luchar, supriméndose la escasa cantidad que se destinó siempre á la compra de obras de escultores y pintores premiados. Como se hace imposible la producción artística en esta patria donde tanto arte y tan bueno se ha producido, obligando al artista falto de mercado á asistir á concursos como el de la decorativa del palacio de Museos y Bibliotecas, donde estatuas colosales de mármol, modeladas á todo su tamaño, se pagan en la exigua cantidad de 15.000 pesetas, es decir, proporcionando al escultor un jornal de dieciocho ó veinte reales.

Desconsolador, repito, es el estado de nuestro arte en toda España; pero en ninguna parte, en ninguna capital de provincia, como Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada ó Bilbao, donde al arte se rinde culto, ha llegado esta entidad á tan miserable postración y á tan caduco existir. En Barcelona, censurado ó no, el ayuntamiento convoca á certámenes anuales, que muy pronto habrán logrado acaparar para la ciudad condal todas las energías artísticas y anejas en la industria que se produzcan en España. Por de contado, sé que á la Exposición de Bellas Artes que se celebrará en el próximo abril, en el palacio del Salón de San Juan, acuden bastantes más pintores no catalanes que á la primera, realizada en 1891. Y acuden con obras de verdadera importancia. Y mientras que aquí en Madrid los «marchantes» de cuadros cierran sus establecimientos, y Bosch y Hernández dejan de celebrar exhibiciones particulares de las obras que para la venta les enviaban artistas como Pradilla, Sala, Villegas, etc., y el Círculo de Bellas Artes se ve precisado á clausurar antes del tiempo señalado para ello sus Exposiciones por falta de visitantes, en París se celebran sin cuento, durante los meses de primavera especialmente, fiestas artísticas cual los *salones* del Palacio de la Industria y del Campo de Marte, que revisten caracteres de verdaderos acontecimientos, y en Londres desde la Real Academia hasta la sociedad *Wather Colours*, por no mentar veinte sociedades artísticas más, ven atestadas de visitantes sus Exposiciones; y en Viena, y en Munich, y en Dusseldorf, y en Milán, y en Roma, y en Venecia, y en Edimburgo, y, en fin, en casi todas las capitales de cierta importancia de Europa el movimiento artístico se revela con pujanza.

Y no hablemos de las obras escritas, de carácter historiógrafo y crítico, como de las que, pertenecientes á la entidad arte en sus diversas manifestaciones, ven la luz pública bajo el patronato de los gobiernos de las naciones cultas; de tal futesa no han llegado á tener idea alguna ni vaga ni concreta nuestros empecatados gobernantes. Si según Bacon, la historia de la humanidad sería la estatua de un ciego sin la historia del arte, porque ésta es el ojo de Polifemo, para nuestros ministros de Fomento la historia de la humanidad y la del arte y la cultura y todo eso son zarandajas. Entre los triunfos que en el extranjero puedan proporcionarnos nuestras artes y los tiquismiquis personales no hay discusión, no hay duda.

Mientras tanto, así para el estudio de nuestras artes como para la misma producción artística, seguiremos siendo feudatarios del extranjero.

En la ciudad de Ferrol se levantará pronto una estatua al insigne filántropo, hijo de aquella población, el marqués de Amboage.

Hace algunos meses que el ayuntamiento de la capital del departamento marítimo de Galicia convocó á un concurso á todos los escultores españoles para que presentasen al examen de la Academia de San Fernando los modelos para la estatua del citado filántropo. Han respondido á este llamamiento cinco escultores gallegos y uno castellano, residente en esta corte. Los modelos deberán ser juzgados muy en breve y expuestos al público.

El motivo que llevó á los ferrolanos al extremo de inmortalizar en el bronce á un convecino como el marqués de Amboage, no puede ser más digno de imitación y de aplauso. El marqués de Amboage legó un número de millones bastante respetable, para que sus rentas se empleen en librar del servicio de las armas á los mozos de las ciudades del Ferrol y de la Coruña que no cuenten con recursos para ello.

Voy á concluir esta *Crónica* con una nota triste, y eso que no abundan las alegres en las líneas anteriores. Son las dos y media de la madrugada y nos comunican la muerte del insigne músico español don Emilio Arrieta.

Seguramente que nadie que estas líneas lea habrá dejado de oir alguna vez las inspiradas creaciones de quien, en unión de Gaztambide y Barbieri, fué uno de los más geniales sostenedores del género lírico nacional.

Arrieta era hijo de modestos hacendados, y quedó huérfano siendo muy niño, pocos años antes de estallar la primera guerra civil.

Dice Peña y Goñi en un notable libro de la música española, que cuando por afición Arrieta pensaba en dedicarse á la labranza, su hermana doña Antonia, casada y avecindada en la corte, le llamó á su lado. Ya en Madrid y contando diecisiete años, comenzó á aprender el solfeo. Vista por su hermana la afición que á la música tenía Arrieta, lo llevó á Italia en su compañía, permaneciendo breve tiempo en Milán, de donde regresaron ambos hermanos á Madrid.

Volvió de nuevo el futuro autor de *El dominó azul* á la capital lombarda, donde hubo de sufrir privaciones sin cuento, que al fin hubieran dado en tierra con el genial músico, si la Providencia no le deparara, como le deparó en el conde de Litta, un protector decidido, que le proporcionó el que pudiese terminar sus estudios.

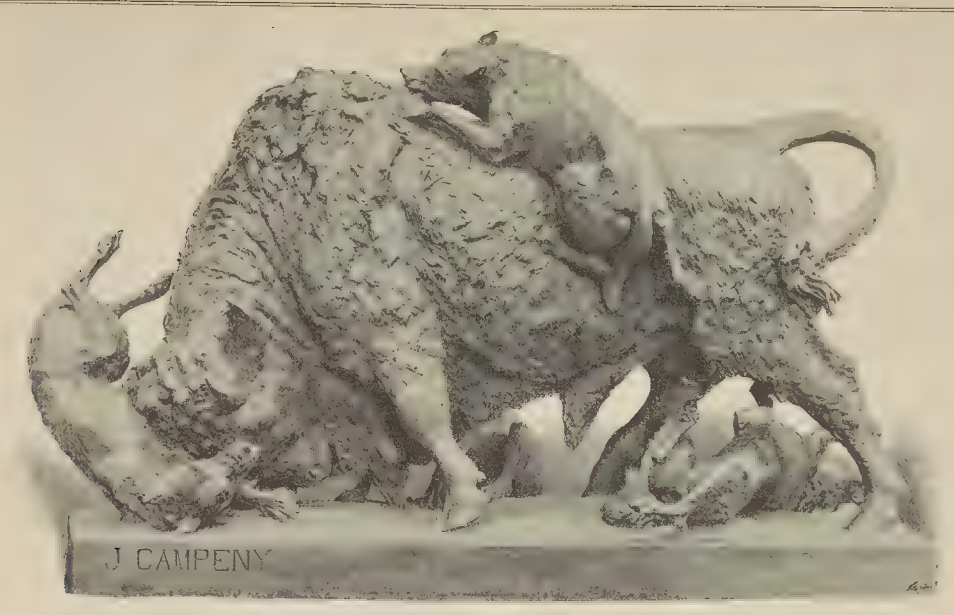
Las producciones más hermosas, las obras de Arrieta más inspiradas, ¿quién no las conoce? Son *El dominó azul*, *El grumete* y *Marina*. Dos ó tres generaciones se han sucedido ya, escuchando con deleite siempre estas apasionadas partituras del eximio músico; todavía se sucederán otras y otras tres, antes de que esas partituras dejen de encontrar labios que las encomien, corazones que respondan con sus latidos á la emoción artística de aquellas notas llenas de sentimiento y manos que se unan para aplaudirlas.

¡Descanse en paz el ilustre músico!

R. BALSA DE LA VEGA

LA CONFESIÓN

Un leve rumor de pisadas deslizándose sobre la alfombra, el murmullo de algunas frases pronunciadas en voz baja hirieron el aguzado oído del enfermo. Abrió los ojos y vió acercarse á su esposa; tras ella avanzaba con el mismo silencioso paso una silueta delgada, un ropaje negro, que se detuvo discreta en medio del aposento; la luz de una lámpara pen-



BISONTE ATACADO POR LOBOS, escultura de José Campeny, fundida en bronce en los talleres de Federico Masriera (Salón Parés)

diente del techo iluminó el semblante de un hombre joven todavía; un rostro austero, surcado de prematuras arrugas, cuya expresión severa, monacal, aparecía templada por el mirar bondadoso y triste de dos grandes ojos azules.

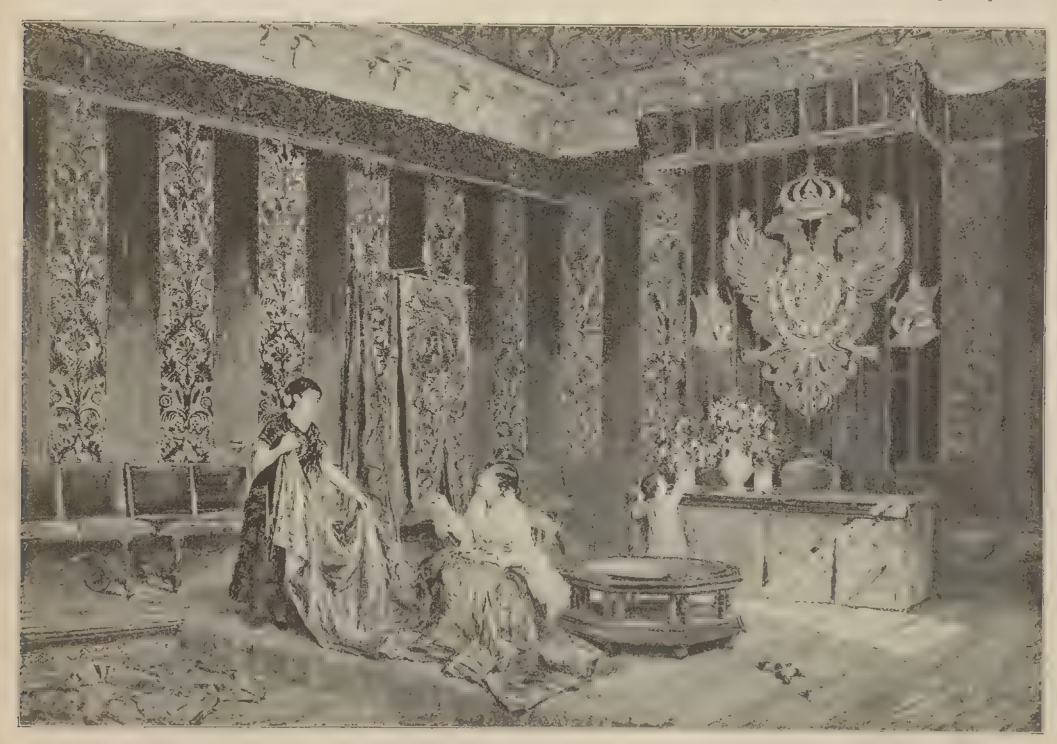
– ¿No duermes, Andrés?, preguntó con cariño la dama inclinándose sobre la cabecera del lecho; mira..., aquí está el Padre Miguel..., puesto que has deseado verle...

– Sí..., gracias..., replicó el paciente con acento bastante entero, pero en el que vibraba una emoción mal reprimida. Déjanos solos, Teresa.

Retiróse ella, adelantó algunos pasos el sacerdote, que se sentó en una butaca, junto á la cabecera, después de dirigir una frase de saludo y de echar una larga mirada sobre la fisonomía del enfermo. Este, semi-incorporado, apoyando las espaldas sobre dos grandes almohadas, examinaba á su vez al cura, con ansiedad mal oculta, cual si quisiera leer en los rasgos de su faz lo que podía esperar de su benevolencia ó de su rigor.

– Padre mío, dijo tras un largo silencio, he vacilado mucho antes de llamar á usted.

– Y ¿por qué, hijo mío?.. Desde el momento en que usted me llama, sin que por ahora haya ningún peligro, pues me han dicho que estaba usted mucho mejor, gracias al cielo, he de suponer que es usted



SALÓN DE SESIONES DEL AYUNTAMIENTO DE TOLEDO, cuadro de Ricardo Madrazo

un buen cristiano, y nuestra presencia no puede afligir ni espantar á los que piensan en Dios y creen firmemente en él.

– Es verdad, pero...

– Hábleme con entera franqueza..., no tema usted nada, prosiguió cariñoso el sacerdote viendo que el enfermo se detenía; D. Andrés, considéreme usted, aunque esta sea la primera vez que nos veamos, como un amigo, como un sincero amigo.

– Gracias por estas palabras... ¡Si supiera usted qué bien me hacen! Sí, padre, se lo diré todo, todo. Por eso he querido que viniera aquí un ministro del Señor á quien abrir mi alma atormentada.

– Pues ¡ánimo, amigo mío! Hable usted, y cuando se canse tome todo el reposo necesario, que yo no llevo prisa alguna.

– Padre, he de empezar por decir á usted, que hace ya más de veinticinco años que no me he confesado.

– Ya es algo; pero, en fin, nunca es tarde cuando llega, dijo el cura sonriendo.

– Y añadiré con toda lealtad, pues no quiero ocultar nada de lo que en mí pasa, que si yo no hubiese visto tan cercano, tan inminente el último instante de mi vida, tal vez..., tal vez no me habría resuelto á la confesión.

– Bueno es que se haya decidido usted..., aunque confío que continuaremos viéndonos durante largo tiempo. Su señora esposa me ha dicho que, según opinión del médico, había desaparecido todo peligro.

D. Andrés sonrió amargamente.

– No, padre; el peligro no ha desaparecido; existe siempre. Verdad que desde ayer he mejorado bastante y que en estos momentos me siento más fuerte y puedo hablar casi sin cansancio...

– Ya ve usted...

– Pero llevo encima una enfermedad que no perdona; el peligro subsiste, y si se reproduce el ataque, lo cual puede suceder de un instante á otro, me muero sin remedio.

– Vaya, deseche usted aprensiones y temores...

– En fin, será lo que Dios disponga, suspiró el enfermo. Lo que no quiero es morirme con el peso horrible que tengo sobre mi conciencia desde tantos años.

– Y que la absolución disipará si el arrepentimiento es verdadero.

– ¡Oh! Sí, lo es, padre... Veinticinco años hace que me arrepiento, que lloro... á escondidas; que llevo clavada en mi corazón esta imagen espantosa de mi crimen.

Estremecióse el clérigo y dirigió una profunda mirada sobre el penitente, quien prosiguió tras un gemido:

– De mi crimen, sí; no puedo llamar de otra manera á aquella acción que cometí, cuyo recuerdo me persigue noche y día, que se levanta ante mis ojos como un espectro. ¡Ah! ¡Cuánto he padecido! ¡Cómo tortura el remordimiento, padre! ¡Cómo asesina al alma y al cuerpo! Tengo cincuenta y tres años escasos y mi aspecto es el de un viejo decrépito; soy rico, riquísimo, considerado, envidiado; tengo una mujer que es un ángel, dos hijos sanos, robustos, inteligentes, buenos; mis negocios han prosperado siempre..., todas las condiciones, en una palabra, para ser feliz..., y, sin embargo, soy y he sido el más infeliz de los hombres...

– Cálmese usted, hijo mío, cálmese usted, murmuró la voz apiadada del sacerdote; no hay culpa, por grande que sea, que no rediman las lágrimas de la contrición... Desahogue su conciencia y espere en la misericordia sin límites del Señor.

Permaneció el enfermo silencioso durante unos segundos y luego continuó con acento más reposado:

– Veinticinco años atrás era yo un pobre diablo, de condición humildísima, sin bienes ni instrucción de ninguna clase, sin padres ni protectores. Con mucha ambición, esto sí, y grandes deseos de enriquecerme; con mucho desasosiego también, porque veía dificilísimo alcanzar, á pesar de mis afanes, esa fortuna en que pensaba continuamente. Figúrese usted que todo mi haber se reducía á un menguado tenducho de ropavejero, sito en un barrio pobre y en donde empezó á endurecérseme el corazón en aquella lucha diaria que mi comercio me imponía con gentes sin recursos que venían á mi tienda para dejar, á cambio de algunos reales, sus ropas, sus harapos, sus desvencijados muebles. Y entre ellas y yo se entablaba la disputa sórdida, el regateo feroz, entremezclados de groserías y á veces de lágrimas. Cuando pienso en ciertas escenas se me subleva todavía el estómago; pero entonces no experimentaba aún la menor repulsión. Yo ejercía mi oficio, y el oficio excluye los repulgos y los sentimentalismos. Una noche se me presentó en la tienda una mujer, una señora, á quien conocía ya por haberle comprado varios muebles y algunas prendas de vestir; era la viuda de un teniente, muerto tísico un año antes, á la cual el gobierno no quería reconocer la viudedad, con dos hijos, un niño y una niña, y mucha, muchísima miseria. Vivían en un mal sotabanco, y el hambre, la falta de trabajo y la falta de salud habían obligado á la pobre á vender uno tras otro los últimos despojos de un antiguo bienestar. Antes que el marido había muerto el padre de éste, un viejo excéntrico, receloso, que habitaba con su hijo y con su nuera, á los cuales sacaba de apuros cuando venían días de estrechez. Suponíase que el anciano guardaba ahorros importantes, pero murió una noche repentinamente, y todo lo que se le encontró fueron cuarenta duros escondidos en una cómoda. Crecieron entonces los apuros del matrimonio, enfermó luego el teniente, murió, y la miseria más horrible penetró en la casa de la viuda. Aquella noche venía á mi tienda para que pasase yo por la mañana del siguiente día á comprarle unos pocos trastos que le quedaban. Recuerdo que me pidió cuatro reales adelantados para comprar pan: sus hijos y ella no habían comido desde la víspera...

Detúvose el enfermo para tomar aliento: el cura escuchaba silencioso, inmóvil en su butaca, apoyada la cabeza sobre la palma de su mano.

– Al otro día fuí, en efecto, á la casa de la viuda, siguió diciendo el enfermo, y aun cuando tenía ya el alma acorazada, casi me impresioné al ver tanta miseria; al contemplar, sobre todo, la sombría resignación de aquella mujer que dejaba á mi conciencia la valoración de los pocos muebles que la quedaban. Dí por ellos algo más de lo que en otra circunstancia hubiese ofrecido, y me llevé, lo recuerdo muy bien, una antigua cama de matrimonio, cuatro sillas, un sillón y un armario. En la casa quedaron únicamente un jergón, un par de viejos colchones, una almohada y dos malas sillas. De los muebles comprados lo mejor era el sillón, de magnífico nogal, muy bien esculpido y cubierto de una tapicería que en su tiempo debió ser soberbia, pero que el uso continuo había dejado inservible y los remiendos desfigurado por completo. «Con echarle un asiento y un respaldo de cordobán ó de terciopelo, me dije yo, y una buena limpia en la madera, va á resultarme un sillón de gran efecto, que venderé á buen precio.» Y así me dispuse á hacerlo á los tres ó cuatro días siguientes. Cogí el mueble, arranqué la tapicería que lo cubría, y al examinar los muelles tropezó mi mano con un envoltorio allí escondido. Abríle con la natural curiosidad, y juzgue usted de mi estupor al encontrarme con cinco paquetes, cuatro de ellos conteniendo monedas de oro de á cinco duros; el otro onzas y medias onzas. Había por valor de 1.800 duros. Otro envoltorio, metido dentro del primero, encerraba dos fajos de billetes de Banco por valor de 2.500 duros: en conjunto 4.300 duros. El primer impulso que sentí fué el de una alegría loca, inmensa... «Ya eres rico, pensé; ya tienes cuando menos la base sólida para conquistar una fortuna, para echar los cimientos de una gran posición.» Con aquel dinero en mi poder me sentía con bríos suficientes para emprender una serie de pingües negocios. Pero una reflexión vino luego á amargar mi júbilo, á destruirlo. El tesoro tan casualmente hallado, ¿era mío por ventura?.. ¿Podía yo creer que me correspondiese legítimamente? Entonces recordé lo que había oído decir más de una vez, el inexplicado chasco sufrido por el teniente á la muerte de su padre; sabíase que éste tenía ahorros, y ahorros importantes, que no se encontraron en ninguna parte. Era evidente que el receloso viejo tenía su escondite en aquel sillón en donde se le veía siempre sentado, y que su súbita muerte no le dió tiempo siquiera para revelar el secreto á su hijo. ¡Qué horrible lucha se trabó desde aquel instante en mi alma! «El dinero es tuyo, me gritaba la codicia; completamente tuyo. ¿Has hecho acaso nada ilegítimo para atraértelo? Un tesoro ignorado ¿no es por ventura del primero que lo encuentra? Fuera escrúpulos necios..., esta suma te pertenece.» «¡No, gritaba á su vez la conciencia, el dinero era del viejo y hoy es de sus nietos; es de aquella viuda, de aquellos huérfanos que hoy se mueren de hambre y de frío; verdad es que no se la has quitado tú, pero ahora se lo quitas; no devolviendo lo que es suyo, robas; haces más que robar, asesinas, puesto que les despojas del pan, del medio de vivir que con esta suma tendrían... Devuelve el dinero, Andrés, devuélvelo...» Y en esta repugnante lucha pasé, padre mío, cinco días...

Jadeante, rendido, calló por algunos minutos el enfermo. Inmóvil siempre en su asiento, el sacerdote escuchaba en silencio: al fin sus labios descoloridos se abrieron para preguntar con voz sorda:

– ¿Qué decidió usted hacer por último?

– ¿Qué decidí?.. Ahora verá usted, replicó don Andrés haciendo un esfuerzo. Busqué un arreglo..., una componenda; las conciencias cobardes son así; no tienen ni la firmeza de la honradez, ni la energía del crimen. Una mañana, tras una noche de insomnio, de angustia, creí haber dado con la mejor solución. «Daré mil quinientos duros á esta mujer; para ella esta suma será un fortunón, tanto más grande, cuanto más inesperado; sale de apuros, comen ella y sus hijos, son felices...» «Pero, saltó otra voz interior, y ¿cómo le explicas á esa mujer la procedencia del dinero?... ¿Diciéndole la verdad, esto es, parte de la verdad?.. No, No puede ser..., entonces sospecharía, dudaría, creería que en el escondrijo había mucho más y que tú te has quedado con la mayor parte del dinero... Hay que buscar una explicación..., otro motivo..., otro medio.» Y en medio de esta nueva lucha que se trabó en mí, vino de pronto á distraerme la presencia de un guardia municipal que se venía con frecuencia á charlar á mi tienda.

– «¿Sabe usted, Sr. Andrés, me dijo, que anoche hubo una desgracia en estos barrios? Sí, una pobre viuda, que no pudiendo soportar más su miseria, se ha suicidado, asfixiándose en su cuarto con sus dos pequeñuelos... Se les encontró exánimes á los tres..., es decir, al chico (la otra era una niña) se le ha podido salvar, pero la madre y la niñita eran ya cadáveres. Y usted la conoció de fijo á esta pobre señora, añadió el guardia; es aquella que le vendió algunos muebles días atrás.. Se llamaba doña Marta.»

– Imposible me sería, prosiguió el enfermo con acento ronco, describir lo que experimenté al oir eso: quedéme embrutecido, atontado. Aquella misma noche caí postrado en cama; una congestión cerebral me tuvo durante largos días entre vida y muerte. Cuando convaleciente, corrí fuera de mi casa en busca de aquel pobre huérfano salvado milagrosamente; quería servirle de padre, de amparo, darle todo lo mío, buscar en su felicidad la expiación de mi crimen... ¡Ay!.. No pude encontrarle; había desaparecido... Dijéronme que un antiguo militar, compañero de su padre, le había tomado consigo y marchado con él, sin saberse adónde...

Detúvose nuevamente el narrador y enjugó con su pañuelo la faz angustiada y sudorosa: el clérigo tenía la suya oculta entre las dos manos.

– Desde aquel día, continuó D. Andrés, empezó para mí una doble existencia: de interesante prosperidad material y de incesantes torturas morales. Me precipité con una especie de vértigo en la corriente de los negocios, y aquellos cuatro mil duros se multiplicaron en mis manos de una manera fabulosa: diez años después tenía más de trescientos mil; hoy poseo más de un millón. Todo me salió á pedir de boca; pero... ¡qué cara pagaba mi creciente riqueza! ¡Siempre el remordimiento clavado aquí como un puñal! ¡Siempre ante mis ojos las imágenes de las pobres víctimas reprochándome con la terrible tenacidad de los espectros su miseria y su muerte... ¡su espantosa muerte! Más de una vez, exclamó el enfermo incorporándose más sobre su cama, en una suerte de delirio, extraviadas la voz y la mirada; más de una vez he acudido al templo, cuando la obscuridad lo invade, y allí, en un rincón, arrodillado, mordiendo el pañuelo para sofocar mis sollozos, llenos los ojos de lágrimas, pedía perdón á Dios. Entonces quería postrarme á los pies de un sacerdote y confesarle mi culpa; avanzaba hasta el confesonario y... entonces huía; tenía miedo... ¿de qué?.. de mí... de mí mismo... de una falsa vergüenza... Ansiaba el perdón y no me atrevía á buscarlo. Pero ahora sé que me muero, y quiero morir en paz: dígame, padre, ¿me perdonará Dios? ¿Me perdonarán mis pobres víctimas?

Púsose en pie el sacerdote, majestuoso, imponente; una expresión de bondad casi divina iluminó su rostro, y con voz que la emoción velaba:

– Sí, pecador, Dios te perdona, porque tu expiación ha sido grande y tu arrepentimiento es sincero; te perdona porque así se lo pido desde el fondo de mi alma, yo que también te perdono, yo el hijo de la pobre Marta...

Extendió el brazo, pronunció la frase sacramental y todavía flotaba en el aire la última palabra de la absolución, cuando el enfermo, desencajada la faz, dilatados los ojos por indecible espanto, saltó sobre su lecho; después un estremecimiento sacudió todo su cuerpo, para quedar en seguida paralizado por la muerte.

Juan Buscón

SALÓN PARÉS

UNDÉCIMA EXPOSICIÓN EXTRAORDINARIA

Próxima á inaugurarse la Exposición general de Bellas Artes que se organiza bajo la iniciativa y auspicios del Ayuntamiento de Barcelona, y próximas también á abrir sus puertas las que simultáneamente



ERMETE NOVELLI, célebre actor italiano (De fotografías de Audouard y C.ª)

tendrán lugar en París, Viena, Milán y Amberes, aun ha podido el Sr. Parés disponer en su conocido salón una exhibición artística, inferior por el número de las producciones, pero superior por su calidad á las organizadas en los años anteriores. Si para formarla ha presidido un trabajo de selección ó los artistas han puesto especial empeño en testimoniar, por medio de sus obras, sus aptitudes, son minucias que desconocemos, y hemos de concretarnos por lo tanto á expresar la grata impresión que nos ha producido su armónico y equilibrado conjunto, revelador de la pujanza artística de esta región, en donde, por fortuna, los pintores van abandonando antiguos y manoseados moldes para lograr personalidad, aproximándose, adhiriéndose, los más de ellos, al movimiento evolutivo moderno que proscribe los recursos de la guardarropía y del mentido efectismo.

Salvo un limitado número de obras, debemos considerar la Exposición como una reunión de estudios, como un agradable conjunto de manifestaciones pictóricas, bellas por sus diversas tonalidades, interesantes por las tendencias y progresos que revelan, pero faltas de concepto psíquico, con ausencia de asunto, sin los caracteres distintivos del cuadro, en el que puede manifestarse la genialidad del artista al sorprender escenas, dramas, pasiones que á su alrededor se desarrollan y que al trasladarlos al lienzo constituyen brillantes páginas de la historia de nuestra época. Esto no obstante, la exhibición resulta provechosa y en extremo plausible el esfuerzo de nuestros artistas, que aun confundidos en varios grupos bien definidos, no difieren los más por la identidad de sus aspiraciones. La evolución ha tiempo iniciada se ha convertido en hecho, se ha realizado á satisfacción de cuantos nos interesamos por el progreso artístico de nuestro país. Los primeros campeones del modernismo, aquellos que profundamente contagiados por las corrientes transpirenaicas trataron de desterrar el amaneramiento y los recursos empleados por los coloristas, han logrado un señalado triunfo, del que no deben en manera alguna envanecerse, porque son á la par vencedores y vencidos. La primitiva nota grisácea que importaron se ha ido amoldando á las tonalidades que determina la luz en nuestro país, resultando precisa, justa y sin exageración; como ha desaparecido la mentida brillantez efectista empleada por los del opuesto bando. De ahí que cautiven por su precisa entonación, por el ambiente, por su admirable conjunto los tres estudios de Ramón Casas, y que interese en extremo por la poesía y el sentimiento que ostenta el delicado cuadro de *La niña convaleciente,* en el que Santiago Rusiñol aparece tan artista como pintor. La mayoría se aproxima, se compenetra, y así en los paisajes como en las marinas, en los cuadros de género como en las figuras ó cabezas obsérvase la aproximación. Cierto es que alguno, cual acontece á Román Ribera, no ha variado y permanece fijo, porque fijos eran sus conceptos artísticos, sólida la escuela por él cultivada; pero esta inmutabilidad no debe sorprender, porque es distintiva de la maestría, y si devotamente contemplamos las obras por él ejecutadas hace años, que se sostienen valientemente desafiando los rigores de la crítica, hoy con mayor motivo admiramos su bonito cuadro de género, titulado *Al levantarse,* y con mayor razón la inimitable figura de la elegantísima dama que en traje de *soirée* preside la Exposición.

La extraordinaria fantasía de Baldomero Galofre ha aportado un lienzo representando la campiña gallega, destacándose en primer término la típica carreta cargada de heno y una marina pintada con valentía; Cusachs, el pintor militar, una escena de campaña y un episodio de combate, tan bien concebido como ejecutado, fragmento ó estudio de un cuadro de mayor importancia; Francisco Masriera, el ferviente pintor de lo bello, presenta tres cuadros que ofrecen igual número de aspectos: *Buenas noticias,* en que resulta extremada la nota de belleza; *En el mirador,* apunte justo de una escena semi-campestre y que se halla dentro del concepto modernista, y una preciosa cabeza, *Fantasía,* bien escorzada y bien pintada; Manuel Cusi, que perseguía, cual Masriera, el mismo ideal, la belleza, no ha renunciado en su empeño; pero su *Carnaval* no resultará para la masa de visitantes de la Exposición lo que significa su obra, esto es, un noble propósito, un deseo de resolver un problema de tonalidad, cual el que determinan los torrentes de luz artificial de una sala de espectáculos sobre los rasos y las sedas y aun el rostro de la joven disfrazada; más afortunado Luis Graner, hase limitado á exponer obras del género que le han conquistado ya celebridad, entre las que descuella *El guitarrista,* de amplia factura, con igual solidez que la que se observa en otras producciones de este artista, en cuya paleta se amasa esa gama tan castiza y tan sobria.

Juan Llimona, discreto como ha de serlo quien como él tiene ya abolengo artístico, no se halla á igual altura en su *Misa mayor* y en su *Recort de Banyolas,* de hoy, que en sus lienzos de ayer. Desde que en su fervor místico, que respetamos, acentúa su nueva tendencia, desaparece con ella el sentido intérprete de los cuadros de costumbres de nuestro país. Ya no causan sus lienzos la misma impresión que hace años producían *La primera dent, ¡Chist!, Los emigrantes* y otras más delicadas concepciones, representación de tiernos afectos, de puros goces del hogar, del santuario de la familia: en análoga situación hállase Agustín Robert, pues aunque su *Fabiola,* como estudio de campesina resulta bastante discreto, nadie adivinará en ella la heroína cristiana, la bella creación del cardenal Wissemann.

La solitaria herrería, en la que aún humea la fragua y parece como si el eco repitiera el sonido del rudo golpear de los martillos sobre el yunque, produce el admirable efecto que se propuso su autor, el Sr. Soler de las Casas. La potente fuerza del sol iluminando el exterior que se divisa por la abierta puerta de la herrería, no sólo produce un sorprendente contraste con la tonalidad del interior, con las ennegrecidas paredes y las amarillentas escorias, sino que también expresa el tiempo, la hora del descanso, el momento que en la tradicional *siesta* busca el herrero medio reparador para reanudar con energía su ruda faena. Si bella fué la idealista concepción cristiana; si en la representación de María han apurado artistas y poetas el caudal de su ingenio y del sentimiento, preciso es consignar que igual empeño ha tenido Tamburini al concebir y ejecutar su bellísima *Anunciación,* nota poética y sentida, delicada y pura, cual ha de serlo el concepto que envuelve. La *lechera de Vallvidrera,* de Modesto Teixidor, debe incluirse asimismo en el número de los lienzos un tanto modernistas y de carácter regional, estudiado del natural con discreción, peculiar cualidad de este artista que no en balde ajusta su conducta á la significación de su nombre.

El *Descanso,* de Francisco Miralles, constituye una nota interesante en la que reposa apaciblemente la vista para apreciar su rica y valiente entonación, la gallardía de la factura y la exactitud del trazo: en el *Pont Neuf* pocos adivinan que su autor sea el conocido marinista Meifrén, que así en este lienzo como en los apuntes de *Asnieres* y *Venecia,* resulta con igual discreción, con la misma facilidad para reproducir la tierra que el mar, la plaza pública y el boulevard, que el puente de un buque ó la débil barquilla.

Las dos pinturas al pastel y los dos apuntes de Venecia, obra de Arcadio Mas y Fontdevila, son manifiesto testimonio de su carácter, de su nervosismo, de sus inquietudes, dudas y vacilaciones. Con sobra de cualidades y reconocidas y probadas aptitudes, empéñase en abandonar de vez en cuando su camino, sin tener en cuenta que, por no ser el suyo, lo recorre incierto y vacilante. Sus cuadros son recomendables, pero no revelan la valía del artista, ni recuerdan las bellas producciones que le han conquistado justificado renombre. Dionisio Baixeras presenta iguales muestras de consecuencia, y si alguna observación puede hacerse á su notable marina, es la de que ha logrado un verdadero triunfo con sus *Señales de lluvia,* hallando medio para representar cuanto se propuso con extrema y plausible simplicidad. Más afortunado en el apunte del puerto que en los otros dos lienzos, pero no tanto como en la marina que figura en el Museo Municipal de Bellas Artes, resulta Juan Baixas, y elegante y bonita la cabeza de Galofre Oller.

José Masriera y Modesto Urgell, al nivel de siempre, esto es, indiscutibles como paisistas, y la nota verdad y la reproducción exacta del natural el primero, y la apacibilidad en el celaje y en la naturaleza el segundo. *Lo de siempre* titula Urgell con su peculiar humorismo uno de sus paisajes, y ciertamente ha de resultar como siempre agradable, atrayente, cuanto produce. Sigue Aurelio Tolosa con acierto las huellas del maestro, y Tomás Sans avalorando sus obras, conforme lo demuestran el *paisaje* y las *lagunas.* Armet evoluciona cual si se empeñara en abandonar aquellos bosques, aquellas frondas, frescas y jugosas, que antes le cautivaban, para adoptar la paleta que hace años trajo Larraga de la costa cantábrica, y éste la destierra por un amasijo de colores efectistas. La *beguda* de Pinós, el paladín de la escuela olotense, supera á sus anteriores producciones, resultando una discreta manifestación del género ruralista.

Las *murmuraciones* de Joaquín Agrassot y los cuadritos y escenas de costumbres de Germán Gómez representan la escuela valenciana, que se sostiene con su característica nota de espléndida luz y brillante colorido, lo mismo que Roig Soler con sus recuerdos ó apuntes á plena luz de Blanes y Badalona. El *estudio,* de Utrillo, revela el deseo de su autor; no así los de Felíu, quien presenta tres cabezas tan bien dibujadas como pintadas.

El *simbolista* y el *fanático,* de Zuloaga, podrán representar los tipos de tales; pero su *Ribera del Oise,* ni como novedad puede admitirse, ya que el limitar por medio de una línea negra el contorno de las nubes, de la ribera y de la figura, pudo aplicarse á las vidrieras de los templos en el siglo XV, pero nunca á las producciones de un arte serio.

En resumen, y conforme hemos ya dicho, la exposición resulta provechosa. Por ella vese que los artistas van desterrando los tonos brillantes, pero falsos, y las ingeniosas combinaciones, sustituyéndolos con la sencillez, la verdad del natural y el sentimiento. El modernismo razonable y lógico va imponiéndose; falta únicamente que el pincel se subordine al pensamiento, el procedimiento á la imaginación. Que nuestros artistas se inspiren en acciones y conceptos que sean la gráfica representación de la idea de nuestra época y de las pasiones que agitan á la humanidad, sin acudir para producir efectos á los recursos de guardarropía, completamente olvidados como escénico atavío de ridículo comparsa.

A. García Llansó

PALOMO

I

Como bonito no lo era. Quizá en otras condiciones sociales, bien peinadas sus enredadas lanas, mantenido con cosas más substanciosas que las sobras, en ocasiones bastante escasas, de nuestro rancho, hubiera sido por lo menos un animal presentable. Pero sin otro aseo que el que se dignaban prodigarle las nubes, con el ojo derecho vaciado de un bayonetazo y la oreja izquierda cercenada por un casco de metralla, la verdad es que Palomo, como le llamábamos todos en el provincial de Laredo, que era el batallón en que yo había hecho la campaña, no podía pasar en parte alguna por un perro favorecido siquiera medianamente en lo físico por la mano, no siempre cariñosa, de nuestra madre naturaleza.

En cambio en lo moral, ya era otra cosa. Yo, que tengo mis razones para creer que eso de que haya hombres y mujeres con el corazón de oro dista mucho de parecerse á la verdad, sostengo y afirmo que hay perros que, no sólo de oro, sino de perlas de Golconda y de diamantes orientales tienen formada esa entraña, centro de vida y regulador de pasiones.

Y lo que es en eso Palomo podía apostárselas con el más empingorotado de su raza. Desde el sentimiento de la patria hasta el cariño que por mí sentía, no había cuerda en aquel organismo que no vibrase con una bondad y una ternura que ya la quisieran para sí muchos que no sé en virtud de qué privilegio se sostienen en dos patas menos que el perro de mi batallón.

Pero vamos al caso y dejémonos de digresiones. Cuando tomé la absoluta, que fué á los pocos meses de darse Maroto y Espartero el célebre abrazo de Vergara, que entre paréntesis diré que fué saludado con un gruñido de mal humor por el protagonista de mi cuento, tomamos Palomo y yo el camino de mis lares.

El único premio que él había recibido por salvar dos veces mi obscura existencia y una la gloriosa bandera que nos guiaba al combate, eran las dos imperfecciones de que ya queda hecha mención. A mí sólo me había alcanzado una cruz pensionada con diez reales al mes y los galones de estambre que, una vez licenciado, ni siquiera me servían para meter antes que los soldados rasos la cuchara en la olla del rancho.

En cambio en mi pueblo nos esperaba á ambos una recompensa de bien distinto género. La mía estaba ya preparada, y era nada menos que una más que regular fortuna que á su muerte me había dejado un tío materno, á quien todos creíamos más pobre que las ratas, y que á decir verdad, si me dejó los pucheros de onzas que tenía achocados en su zaquizamí, más que á cariño hacia mi persona se debió á no haber encontrado medio de llevárselas al otro mundo.

La recompensa reservada á Palomo fué más tardía, pero no menos cierta.

Yo, por hacer algo, me enamoré; y aunque digo que me enamoré por hacer algo, no se crea que mi enamoramiento fué cosa de pasatiempo y de capricho.

La que hice dueña de mi corazón primero y de mi mano después era la antítesis completa de mi pobre perro. Perdóneme la memoria de aquél esta suer-

te de comparaciones. Quiero decir que en la parte de afuera, ó sea en lo que pudiéramos llamar la corteza, era mi Rosalía de tan acabadas perfecciones, que no es mucho que perdiera yo todos los sentidos, dedicándolos, con exclusión de todo otro empleo, en adorar aquel delicado vaso, que luego me convencí de que no estaba lleno de tan delicadas esencias como hubiera hecho creer su hechura.

El hecho fué que Rosalía correspondió á mi amor; que á la cortedad de genio que yo entonces tenía prestó grandes servicios, sirviéndome de mediador, un mozo con quien me unía tal amistad, que la mitad de mi sangre hubiera yo dado por él, y que tan deprisa fuimos, que muy pronto se allanaron todas las dificultades y estuvimos en camino de contarle al cura el deseo que de vivir el uno para el otro teníamos desde hacía tiempo.

Sólo una exigencia había tenido mi prometida. No sé por qué desde el primer momento se había establecido tal corriente de antipatía entre mi fiel compañero de campañas y Rosalía, que aunque aquél lo disimulaba y ni un gruñido de mala muerte anunciaba lo que la mirada de su único ojo quería decirme, Rosalía traducía tan bien el injustificado odio del perro, que verle á mi lado era punto menos como el que ve al diablo.

Por fin netamente me lo dijo y llegó á exponerme el problema en tan precisos términos que no hubo más.

Para hacerla mía había de perder para siempre á Palomo.

La mañana que nos casamos, no lo olvidaré mientras viva, al entrar en mi casa, la primera operación que hice fué poner en la puerta al que en otro tiempo fué mi solo amigo, y para que entendiera la indirecta tuve la precaución de alumbrarle dos palos á que contestó lamiendo la mano que le castigaba.

Aunque el amor me tenía ciego, lo confesaré en honor mío, aquella noche, que fué una de las más crudas del invierno, más de una vez vino á turbar mi felicidad un aullido lejano que me recordaba mi ingratitud.

II

El desdichado Palomo era demasiado inteligente para saber que no debía volver. Sin embargo, cuando alguna noche se me ocurría acercarme á los vidrios de la ventana, me parecía ver la sombra escuálida y astrosa de un perro que se alejaba temiendo ser visto.

Mi ventura conyugal tenía algunas nubes, pero no las bastantes para que yo dejara de ver clara y transparente aquella que á mí se me antojaba eterna luna de miel.

Rosalía tenía el carácter algo desabrido para conmigo, pero á pesar de esa aspereza yo la creía buena en el fondo.

No tardé mucho en ver que precisamente el fondo era en ella lo malo. Cuando comencé á sospechar algo, una de esas personas caritativas que gozan en rasgar la venda que cubre nuestros ojos y que con la mayor buena fe del mundo truecan en verdadera infelicidad lo que fué sueño de dichas, quiso hacerme creer que Rosalía se mostraba más cariñosa que conmigo con aquel amigo que facilitó tanto nuestra boda.

Yo no lo creí, pero la duda me roía las entrañas. Busqué cuantas ocasiones pude para convencerme de la inocencia de la que yo creía calumniada, y no tardó en presentárseme una que me demostró todo lo contrario.

Una noche, al volver á mi casa antes de lo acostumbrado, por una de las abiertas ventanas oí la voz de Rosalía que se mezclaba á otra voz.

Mi primera idea fué que aquel amigo, á quien ya odiaba, habría aprovechado mi ausencia para ver á Rosalía, pero á las pocas palabras me convencí de mi errror. De quien mi mujer estaba acompañada era de una viejecilla que gozaba fama en el pueblo de ser la más astuta tercera que jamás se dedicó á la piadosa tarea de zurcir voluntades.

– No lo olvides, Rosalía, decía en aquel momento; á las diez te espera esta noche bajo los álamos que hay á la salida del lugar. Cuando llegues ya estará allí.

Dicho esto, la viejecilla se despidió y yo entré en mi casa, de la que, fingiendo tener algunos asuntos que tratar con el notario, salí diciendo que volvería tarde.

Rosalía me despidió cariñosa como nunca.



Miedo, cuadro de Ehrlich

III

Cuando sonaba la postrera campanada de las diez, una mujer se deslizaba á través de los álamos de que había hecho mención la Celestina.

La luna, hasta entonces oculta entre nubes, no quiso que yo obrara inconscientemente y me mostró con sus pálidos resplandores la cara más pálida aún de mi mujer.

La prueba de que yo estaba resuelto es que una navaja de ancha y afilada hoja brillaba abierta en mi diestra.

Ni una palabra, ni una increpación salió de mis labios. Mi mano se alzó, dí dos pasos y el arma homicida cayó pesadamente en el momento en que una sombra se interponía entre ella y el cuerpo de Rosalía.

Un doloroso aullido fué todo lo que oí. Después caí al suelo sin conocimiento.

Cuando algunas horas después volví en mí, supe que mi fiel Palomo me había librado, á costa de su vida, de la deshonra de un presidio.

Rosalía había huído con aquel amigo á quien yo hubiera dado la mitad de mi sangre.

¡Ah! Me olvidaba. En su fuga, mi cariñosa esposa se llevó cuanto pudo de mi fortuna.

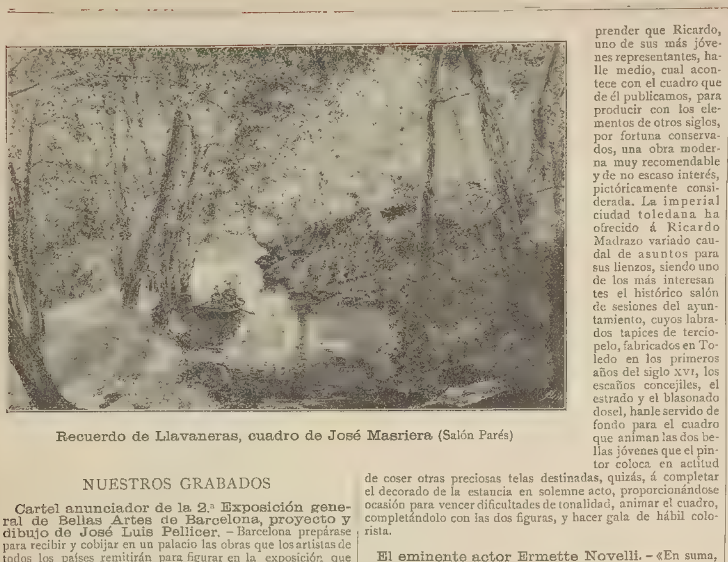
Angel R. Chaves



EL LEÑADOR Y LA MUERTE, cuadro de L. Lhermitte



EN LA BARBERÍA, cuadro de Alonso Pérez



Recuerdo de Llavaneras, cuadro de José Masriera (Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS

Cartel anunciador de la 2.ª Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, proyecto y dibujo de José Luis Pellicer. – Barcelona prepárase para recibir y cobijar en un palacio las obras que los artistas de todos los países remitirán para figurar en la exposición que en el próximo mes de abril se celebrará bajo la iniciativa y auspicios de la corporación municipal barcelonesa. El certamen, dada la importancia que revestirá, necesitaba, para anunciarlo, un heraldo indiscutible: precisaba que el cartel fuese una muestra del alcance que tendrá el concurso y á la vez manifestación de la valía de los elementos artísticos que en nuestra ciudad existen. De ahí que consideremos atinada la elección de que fué objeto nuestro querido amigo y director artístico Sr. Pellicer. Conocidos son los méritos de tan eximio dibujante y conocidas son sus innumerables producciones; mas con ser tantas y tan admirables sus obras y tan relevantes las muestras de su ingenio artístico, séanos lícito llamar la atención acerca del género á que pertenece la obra que reproducimos, tan poco cultivado en España, y para el que se precisan especialísimas aptitudes, erudición y absoluto dominio de la línea, que no consiente amaños ni recursos.

Bisonte atacado por lobos, escultura de José Campeny, fundida en bronce en los talleres de D. Federico Masriera (Salón Parés). – Una nueva fase, un nuevo aspecto nos ofrece Campeny en su carrera artística por medio de sus producciones. Ya no son los bonitos barros, que á modo de artísticos *bibelots*, nos cautivaban en forma de graciosa maja ó de garrida campesina, ni se inspira en los conceptos del clasicismo, para crear obras tan recomendables como su alegórica representación del *Pueblo:* su espíritu un tanto inquieto y observador busca en otro campo, halla en otro género, no exento de dificultades, elementos para su actividad, recursos para aguijonear sus aptitudes. La representación de los animales en sus momentos de acción, vida y movimiento, es el objetivo que hoy persigue, el estudio á que con éxito se dedica, conforme lo atestigua el interesante grupo que reproducimos, pulcramente fundido, por el procedimiento á *cera perdida*, por el Sr. Masriera. La obra está ejecutada con valentía, sin violencia y con notable soltura, y así el bisonte como los lobos que le atacan, revolviéndose contra él para sujetarle, son resultado de un detenido estudio y están ejecutados con feliz acierto.

Salón de sesiones del ayuntamiento de Toledo, cuadro de Ricardo Madrazo. – Las aptitudes artísticas que forman parte de las cualidades distintivas de la respetable familia de los Madrazo, resultan avaloradas por su erudición y aficiones arqueológicas. De ahí que no pueda sorprender que Ricardo, uno de sus más jóvenes representantes, halle medio, cual acontece con el cuadro que de él publicamos, para producir con los elementos de otros siglos, por fortuna conservados, una obra moderna muy recomendable y de no escaso interés, pictóricamente considerada. La imperial ciudad toledana ha ofrecido á Ricardo Madrazo variado caudal de asuntos para sus lienzos, siendo uno de los más interesantes el histórico salón de sesiones del ayuntamiento, cuyos labrados tapices de terciopelo, fabricados en Toledo en los primeros años del siglo XVI, los escaños concejiles, el estrado y el blasonado dosel, hanle servido de fondo para el cuadro que animan las dos bellas jóvenes que el pintor coloca en actitud de coser otras preciosas telas destinadas, quizás, á completar el decorado de la estancia en solemne acto, proporcionándose ocasión para vencer dificultades de tonalidad, animar el cuadro, completándolo con las dos figuras, y hacer gala de hábil colorista.

El eminente actor Ermette Novelli. – «En suma, puede decirse del excelso artista que ofrece el raro ejemplo de dominar por igual los contrapuestos géneros, trágico y cómico, y esto habrá de estimarse un triunfo en el arte, ya que la posesión en alto grado de cualquiera de ellos basta de sí á cimentar la buena fama de un actor.

»Es, pues, Novelli un artista vasto, completo, que así provoca la risa franca y espontáneamente, como infunde el terror ó llega al alma y la conmueve. Siente vivamente el arte, mas tiene el dominio perfecto de sus facultades que encamina al fin que se propone, anteponiendo á los ímpetus y excesos á que propende el corazón la reflexiva inteligencia.

»Grande en lo trágico, delicioso en lo cómico: he aquí la síntesis del artista... Novelli no es tan sólo un gran actor, un excepcional actor: Novelli es el mismísimo Arte.»

Esto decía el distinguido escritor D. Ignacio de Genover en un interesante estudio sobre Novelli que publicó en su número 396 LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Nada añadiremos por nuestra parte á tan exacto juicio, pues creemos que en las líneas transcritas está condensado cuanto pueda decirse acerca del actor eminente que hoy aplaude de nuevo el público de Barcelona. Las fotografías que publicamos de la reputada casa Audouard y C.ª, de esta ciudad, reproducen perfectamente algunos de los personajes que como nadie interpreta Novelli en obras de tan diverso género como *Ferreol*, *Rabagás*, *Le prime armi di Figaro*, *Il Ridicolo*, *Via Pigalle* 115, *Romanzo di un giovane povero*, *Morte civile*, *Vecchi celibi*, *Il conte Rosso* y otras, y demuestran cuán maravillosamente se adapta el genio de ese actor á los tipos más diferentes, cuán admirablemente expresa los más contrarios sentimientos y con cuánta perfección amolda su rostro, su cuerpo, sus ademanes, sus actitudes á los afectos y situaciones más opuestos.



Recuerdo de Llavaneras, paisaje de José Masriera (Salón Parés)

Novelli ha sentido siempre especial predilección por nuestro público, el cual ha correspondido en todas ocasiones á esa simpatía tributándole ovaciones entusiastas como pocos actores han alcanzado. Otros títulos tiene, además de éste, para merecer la gratitud de los catalanes: cuantos nos interesamos por nuestra literatura regional no podemos olvidar nunca que á él se debe que la hermosa obra de Angel Guimerá, *Mar y cel*, haya sido vertida al italiano, ni olvidaremos tampoco con cuánto amor interpretó el tan admirable como difícil papel de Saíd, ese personaje que constituye una de las grandes creaciones del arte dramático y en el que se mostró en toda su colosal potencia el genio del actor incomparable á quien dedicamos estas líneas y á quien enviamos desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nuestro saludo más cariñoso y nuestro aplauso más entusiasta.

Miedo, cuadro de Ehrlich. – Sin descuidar ni mucho menos el elemento plástico, antes bien atendiéndolo con especial cuidado, da Ehrlich mayor importancia al psicológico, como lo demuestran *Miedo* y *La oración*, cuadro este último que publicamos en el número 528 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, obras ambas que expresan de una manera magistral dos estados de ánimo tan difíciles de reproducir como la angustia causada por un riesgo real ó aparente y la comunicación espiritual de la criatura humana con la divinidad.

El leñador y la muerte, cuadro de L. Lhermitte. Lhermitte, que es uno de los primeros ruralistas franceses, cultiva de cuando en cuando el género simbólico, como cuando pinta á Jesús en casa de los labradores ó traslada al lienzo la conocida fábula de *El leñador y la muerte*, que reproducimos. Mas aun en ese género, su temperamento y sus tendencias le impiden entrar en la senda de un misticismo que hoy consideran algunos como suprema manifestación del genio; y así vemos en este cuadro una visión todo lo menos fantástica posible y puesta como accesorio de una composición realista en que la naturaleza y la verdad aparecen admirablemente retratadas.

En la barbería, cuadro de Alonso Pérez. – Este cuadro es del mismo autor que *Mesa redonda*, que publicamos en el número 631; la contemplación de uno y otro nos revelan las tendencias de Alonso Pérez y su predilección por los tipos y costumbres de principios de este siglo, que tanto se prestan por lo pintorescos á ser trasladados al lienzo, así como la corrección y elegancia con que dispone sus composiciones y traza las figuras que entran en las mismas.



Recuerdo de Llavaneras, paisaje de José Masriera (Salón Parés)

Recuerdos de Llavaneras, paisajes de José Masriera (Salón Parés). – Recuerdo de su residencia estival, trasunto del poético rincón en donde este distinguido artista descansa de sus cotidianas tareas durante la calurosa estación veraniega, son los tres bonitos paisajes que publicamos. En ellos muéstrase, como siempre, su indiscutible maestría y la admirable gama de su paleta, brillante y vigorosa, en la que amasa esas fidelísimas entonaciones que produce la luz en las rocas, en el agua y en la vegetación.

La exactitud, la corrección y la belleza son las notas características de sus paisajes. Para poseer estas cualidades ha debido dedicar todos sus esfuerzos, comprendiendo que sin el dibujo no existe la forma y que sin ella no es posible la verdad y la expresión, aunque con el pincel se logre producir maravillas de color. Y entiéndase que si bien es tan brillante colorista como concienzudo dibujante, no se ha limitado á producir la naturaleza con la exactitud fotográfica, puesto que ha logrado imprimir siempre á sus obras la poesía, el encanto y la frescura que inunda el natural.

Doncel florentino, acuarela de José Moragas Pomar. – Recientemente publicamos un bonito estudio de este joven; hoy reproducimos otra de sus obras, que es una nueva y donosa prueba de sus aptitudes. Simpático es el tipo del doncel florentino, elegante en sus líneas y cuidadosa su ejecución, que recuerda la escuela cultivada por D. Tomás Moragas, padre y maestro del novel pintor.

La acuarela, en la que tantos triunfos lograron artistas tan eminentes como nuestro malogrado Fortuny, no se cultiva por desgracia por los pintores catalanes, á pesar de haber demostrado muchos de ellos sus aptitudes como discretos acuarelistas. Quizás, y por más que sorprenda, influye la falta de solicitadores. Los aficionados y coleccionistas barceloneses desdeñan esta clase de pintura, sin tener en cuenta sus condiciones especialísimas. El joven Moragas parece tener por ella señalada predilección, resultando en extremo agradable la que figura en nuestras páginas.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Súbitamente imaginábase transportado lejos de Niza y de las fiestas carnavalescas al fondo del taller de la calle Ampere, y allí veía á su madre haciendo su media delante de la chimenea del comedor, y la veía sola, entristecida por la ausencia de sus hijos y por los agüeros y mojigaterías de Cristina; la veía mucho más triste de lo que ella misma expresaba, y como buen hijo que era, esta idea le angustiaba el corazón...

–¿Qué piensas de esto?, preguntó á Teresa.

–¡Pobre mamá!, suspiró ésta; creo que es preciso que se encuentre muy sola y muy triste para haber pensado en hacer este largo viaje.

–Sí, sí, lo mismo pienso yo, y temo, Teresina mía, que llegue á enfermar mi pobre madre... Yo fuí quien la arranqué de su casa y de sus costumbres para trasladarla á París durante mi ausencia, y sería para mí un remordimiento horrible si, por mi culpa, la pobre perdiera la salud... Nada, nada; hay que darle el gusto que desea. Mañana tomo el rápido, y dentro de dos días la tenemos aquí.

Cediendo á este movimiento de amor filial, Santiago obedecía también casi inconscientemente á impulsos más complejos. Parecíale que procurando á su madre este placer tan vivamente deseado, redimía al propio tiempo el pecado que cometía pensando demasiado en la hechicera baronesa. Cuando se tiene el peso de una falta en la conciencia, se está naturalmente dispuesto á pequeños sacrificios, que pueden, si no borrarla enteramente, á lo menos atenuarla. Esta supersticiosa necesidad de compensación es la que excita á los pecadores poco devotos á imponerse secretas penitencias. El súbito viaje que pondría centenares de leguas entre la señora Liebling y él, parecía á Santiago una meritoria expiación.

–Sí, prosiguió, lo tengo decidido, partiré mañana.

–Querido mío, dijo Teresa conmovida, estrechando las manos de su marido, has tenido una excelente idea y pienso lo mismo que tú... Pero no serás tú quien haga el viaje; lo haré yo.

–¿Tú, Teresina mía?.. ¡Ah, no, eso no puede ser!

–Yo, te repito... Un viaje como ese en pleno invierno te expondría á perder todo lo que en el Mediodía has ganado en salud, y además la brusca transición de un clima cálido á un clima frío podría producirte una enfermedad. No permitiré que cometas semejante imprudencia, sobre que yo en ese viaje puedo ser más útil á tu madre y á Cristina.

–Pero, Teresina, considera que vas á viajar sola durante veinticuatro horas... y los mismos inconvenientes que tiene el viaje para mí los tiene para ti.

–De ninguna manera... En primer lugar, yo estoy buena y soy menos sensible que tú á los cambios repentinos de temperatura, y en cuanto á lo de hacer sola el viaje, ya sabes que no soy cobarde y que mi soledad en el Priorato me ha hecho hasta valiente... Tranquilízate, pues, que no me sucederá nada. Mañana es viernes y vamos á telegrafiar á mamá para que esté dispuesta; llegaré el sábado á las nueve de la mañana, nos pondremos en camino lo más pronto posible, y si todo marcha bien, como espero, las tres estaremos aquí de vuelta el martes por la mañana. De esta manera tu madre podrá ver aquí el último día de Carnaval, y puede ser que el espectáculo de las fiestas de Niza contribuya á desarrugar el ceño de la hermana Cristina. Conque, maridito mío, corre al telégrafo, mientras yo preparo mis cosas.

Mientras Teresa con la prontitud de resolución que la caracterizaba formulaba su plan de viaje, Santiago se disponía á protestar de nuevo contra semejante proyecto, y pensaba que en manera alguna podía consentir que Teresa se pusiera sola en camino. Eran muchas las objeciones que le ocurrían. No era conveniente dejar sola á una mujer hermosa durante cerca de veinticuatro horas en un vagón donde corría peligro de encontrar algún compañero peligroso de viaje. Durante el Carnaval el público que llena los trenes de la línea de París Lyon-Mediterráneo, es un público en que se encuentra de todo, malo, singularmente; se puede dar con personas de dudosa moralidad, con jugadores de regreso de Monte Carlo, con troneras de poco edificantes costumbres, ó que, por lo menos, hablan con demasiada libertad. No, Santiago no debía exponer á su mujer á tan probables peligros. Y sin embargo, cuando expuso á su mujer todas estas consideraciones, no empleó en su argumentación todo el calor y toda la energía que debiera. Parecía que un espíritu maligno atenuaba intencionalmente sus objeciones, y que las exponía con el vago deseo de que no fuesen aceptadas.

Teresa, en efecto, insistió en su resolución, y por fin Santiago fué al telégrafo para avisar á su madre, y aquélla comenzó sus preparativos de marcha.

El día siguiente, después del almuerzo, dirigiéronse juntos á la estación, y el pintor instaló á su mujer en un departamento ocupado ya por una familia inglesa cuyas respetables fisonomías le parecía que ofrecían todas las garantías de seguridad necesarias. Había averiguado que esta familia iba hasta París, y tranquilo por este lado, ocupábase únicamente en atenuar la penosa impresión de los últimos minutos que preceden á la salida. En pie, sobre el estribo, hacía á Teresa cariñosas y minuciosas recomendaciones. En el momento de ver alejarse á la que consideraba como un adorable ángel de su guarda, sentíase renovarse en él el amor de los primeros días. Una emoción de ternura, de inquietud y de vago arrepentimiento oprimía su corazón. En ciertos momentos de la vida, el corazón recibe misteriosos avisos saludables, á los que damos el nombre de presentimientos. Apoyándose en la portezuela del vagón, puesta su mano en la de Teresa, Santiago experimentó la sensación de romperse un hilo de la cadena dorada de su intimidad conyugal, y presintió que algo, algún mal irremediable, iba á producirse en su existencia. Los menores detalles del sitio en que experimentaba esta angustia se grabaron en su memoria con la más cruel



Los proyectiles lanzados á puñados se cruzaban en medio de risas y gritos

precisión: la indiferente actitud de la vendedora de libros sentada delante de su mostrador lleno de planos, guías, periódicos, volúmenes de cubierta amarilla; los gritos de los factores, el resoplar de la locomotora, el aturdimiento de los viajeros buscando sitio cómodo; todo esto adquirió para él una importancia y un relieve inolvidables. Sintió humedecidos sus párpados.

–Darás otro abrazo á mi madre por mí, dijo á Teresa, y ten paciencia con Cristina. Sobre todo te encargo que en cuanto llegues me pongas un telegrama.

–No tengas cuidado, respondió Teresa, y no te aflijas... ¡Parece que me voy para no volver! Ya te he dicho que probablemente estaré de vuelta el martes por la mañana. Tu viudez no durará más que cuatro días. Cuídate bien, y acuérdate de mí... ¡Adiós, adios, mi Santiago de mi alma!

Los empleados cerraban las portezuelas; sonaba el timbre; Santiago abrazó y besó á Teresa tiernamente, y bajó del estribo. Un minuto después el tren corría hacia Santa Elena, é inmóvil en el andén, el pintor veía todavía un pañuelo blanco que se agitaba fuera de la ventanilla de un vagón.

Salió Santiago de la estación llevando en el cerebro y en el corazón la sombra de la melancolía de la despedida. Fuera del andén el vientecillo hacía moverse las hojas de los eucalyptus bañados de luz; los ómnibus bajaban rápidamente la rampa de la estación con su cargamento de viajeros; las vendedoras de violetas rodeaban á los paseantes dejando en pos como un rastro de perfumes primaverales. La avenida de la estación con sus espárragos empavesados de banderitas tricolores, sus guirnaldas de faroles venecianos tendidos de árbol á árbol, sus casas adornadas de colgaduras de vivos colores, estaba llena de gente. Esta animación, este aspecto de fiesta, disiparon poco á poco la impresión de tristeza que Santiago traía del camino de hierro. Su alma, como la de la mayor parte de los artistas, experimentaba vivamente la influencia de los fenómenos exteriores y cambiaba con una movilidad de golondrina. Pronto, el pintor suspiró con más facilidad, anduvo más ligero y erguido, y prestó más indulgente atención al espectáculo de la calle. Sin darse claramente cuenta de lo que sentía, parecía así como si hubiera quedado libre de una secreta contrariedad. Operábase en todo su ser algo que no sabía definir, así como una sorda reacción gozosa, algo así como lo que experimenta un colegial en el primer día de vacaciones. Al mismo tiempo, de ese recóndito fondo que forma el limo del alma humana, surgían confusos pensamientos semejantes á esos glóbulos de gas que suben á la superficie del agua cenagosa. Teresa había partido; encontrábase solo en Niza, solo y libre, con todas las probabilidades de volver á encontrar á Mania Lieblign durante las fiestas y poder averiguar lo que había en el corazón de aquella extraña sirena. El ramito de jazmines y violetas había de nuevo turbado su tranquilidad. ¿Qué misteriosa intención se ocultaba tras aquella manifestación visiblemente

premeditada? ¿Era sencillamente una travesura sin consecuencia, ó una invitación á reanudar relaciones súbitamente interrumpidas? Rechazando la idea de una infidelidad posible, Santiago pensaba otra vez en Mania. Desde que la oyó cantar en Beaulieu, la señora Liebling se apoderaba nuevamente de su pensamiento. Este secuestro parcial habíase verificado lentamente, pero de una manera decisiva. Primeramente sólo el artista había sido seducido; luego la influencia de la hechicera se había ejercido sobre esa porción del corazón virgen en los hombres que no han conocido y amado más que á una mujer: había despertado en Santiago una sorda voluptuosidad latente, y excitaba en él esa sensual curiosidad que nos arrastra á las aventuras peligrosas, á la codicia del fruto prohibido. Penetraba en regiones de su ser donde dormían los deseos no satisfechos, y ocupaba el vacío que el casto y puro amor de Teresa no había llenado. Alarmado por esta gradual intoxicación, Santiago, al bajar por la avenida de la estación, confesábase que no tenía voluntad para defenderse de los atractivos de aquella hechicera; que la sociedad de Mania le era indispensable, y que no recobraría la tranquilidad de espíritu hasta que hubiese penetrado en el corazón de aquella mujer singular.

Al llegar cerca del boulevard Dubouchage la idea de volver á su casa trajo á su pensamiento la imagen de la amante esposa, á quien acababa de despedir en la estación. Ya estaría Teresa en Antibes, y ciertamente ni un momento habría dejado de pensar en él; la conocía muy bien y sabía que á Teresa no había poder humano que la distrajera del amor que tenía en el corazón. «Vale más que yo, pensaba Santiago; decididamente yo soy de una arcilla más grosera que mi buenísima mujer.»

A las veces tenemos estos instantes lúcidos en que vemos claramente el fondo de maldad que existe en nosotros; pero este espectáculo es tan desconsolador, y es tal la fuerza de nuestro orgullo, que no queremos ver mucho tiempo nuestra perversidad manifiesta, y nos apresuramos á cubrir esta repugnante desnudez con un velo de hipócritas disculpas y sofísticas ilusiones. Al mismo tiempo que se culpaba Santiago de la criminal satisfacción de la soledad y la libertad, pensaba: «Y después de todo, ¿tengo yo la culpa de que mi naturaleza sea tan impresionable? No sería yo artista si no recibiera de una manera tan sensible las impresiones del exterior.»

En el momento en que iba á volver la esquina de la calle Pastorelli, dió de manos á boca con un individuo de barba gris, que le abrazó exclamando:

– ¡Santiago, hijo mío!.. Precisamente iba ahora á tu casa.

– ¡Señor Lechantre!, exclamó Santiago. ¡Dichoso encuentro! ¿Desde cuándo en Niza?

– ¿No te había dicho que un día ú otro vendría á sorprenderte?, respondió el pintor con su voz tan sincera, tan franca y cordial... Tengo un amigo muy rico, el Sr. Herder, que posee un yate, y que me ha traído á bordo. Como quería hacer escala aquí durante el Carnaval, acepté su ofrecimiento... Salimos de Ajaccio ayer tarde, y esta mañana el *Hebe* ha fondeado en el puerto Lympia... No he hecho más que acicalarme un poco, almorzar... y aquí me tienes. ¿Cómo está Teresa?

– Muy bien, acabo de dejarla en el tren. Ha ido á París á buscar á mamá y Cristina, que vienen á pasar quince días aquí.

– Mejor que mejor. Me alegro mucho. Yo estaré aquí algunas semanas, y espero que iremos juntos á todas partes... Pero á ver, mírame de frente. Tienes muy buena cara, los ojos animados, las carnes apretadas y el color sano... ¡Bravísimo! ¿Ya no te resientes de tu indisposición?

– Estoy bien completamente. . Niza me prueba.

– Mejor que mejor. Este país, chico, es una maravilla... Yo mismo, solo con este primer baño de sol, me siento rejuvenecido... Paréceme que tengo veinte años menos sobre las costillas.

En efecto, Francisco Lechantre, con su trajecito de paño gris, de buen corte, su barba rizada, sus sonrosados colores, sus ojos alegrillos, parecía mucho más joven y más ágil que nunca. En el ojal llevaba un clavelito, su sombrero un poco echado atrás descubría su espaciosa frente; marchaba erguido, con la cabeza alta, y en sus ojos rebosaban la salud y el reposo del ánimo.

– Has de saber, añadió, haciendo el molinete con el junquillo, que he venido á Niza con la intención de divertirme, y puesto que te encuentro viudo por unos días, cuento contigo para que nos divirtamos juntos... El barón Herder tiene el mal de los ricos, gota, y en su calidad de archimillonario está ya saturado de todos los placeres..., pero yo no por cierto... Hay todavía para mí deliciosos frutos en el jardín de la vida, y tengo muy buenos dientes para clavarlos en ellos... Por de pronto quiero ver el Carnaval y tomar parte en la fiesta como un muchacho.

Quiero engolfarme, engolfarme...

como cantaba el pobre Jacinto en *La vida parisiense*... Nos disfrazaremos; apedrearemos á las damas con bombones y *confetti*, iremos al *veglione*, y bromearemos con las bellas nicenses... Hijo mío, cuantos más años tengo, creo más firmemente que no debemos renunciar á gozar de los placeres que la Providencia nos ha deparado en este bajo mundo. Conque ¡viva la alegría! Vas á llevarme á casa de un alquilador de trajes para elegir un dominó. Después iremos á tomar un sorbete en *La Renaissance* y oiremos á los mandolinistas... Diez años hace que no he parecido por aquí y creo que fué ayer... Es posible que no vuelva y quiero disfrutar de este sol y de estos placeres antes de abandonar esta existencia terrena... ¿Tienes un cigarro?.. Gracias. Y ahora, *andiamo*.

IX

El domingo de Carnaval, primer día de los *confetti*, las máscaras afluían desde la una hacia la plaza de Massena, donde esperaban con impaciencia el tradicional disparo de cañón, señal de la batalla y del desfile de los enmascarados. En las calles que conducían á la plaza había una multitud de máscaras. Niza tomaba la original fisonomía que caracterizaba en otro tiempo el Carnaval italiano, y que no se encuentra ya en toda su bulliciosa espontaneidad más que en este punto del litoral. En Niza solamente, en efecto, la población no se limita á asistir pasivamente á regocijos casi oficiales; quiere divertirse por su propia cuenta, toma parte en la fiesta, y le da una animación, una exuberante jactancia, una profusión de incidentes originales é imprevistos que hacen del Carnaval de Niza un espectáculo único en el mundo. El día de los *confetti* se confunden todas las condiciones sociales y la ciudad entera se disfraza; obreros de los barrios antiguos, burguesas, ó grandes señoras de la colonia extranjera, no hay una mujer que no vista el dominó de percal ó de raso ó de damasco, y circule libremente por las calles. En esta bulliciosa confusión de todas las clases de la sociedad, rara vez es grosera la explosión de la alegría popular; en todas partes reinan el buen humor y la alegría franca, expansiva, de buen género, lo que da mayor atractivo á las fiestas esencialmente populares.

Las aceras estaban llenas de vendedores ofreciendo á los transeuntes saquitos de esa minúscula grajea, que ha sustituído á los verdaderos *confetti* de azúcar blancos ó rosados, y que sirve de proyectiles para la batalla.

De cada casa echábanse á la calle todos los vecinos, dominós multicolores, *pierrots* enharinados, monjes blancos y rojos. Muchos llevaban el gorro con cascabeles y todos la careta de tela metálica que les defendía el rostro y la nuca de la granizada de *confetti;* todos iban provistos de su saquito de bombones. En las calles por donde debían desfilar las carrozas, las ventanas y balcones adornados de colgaduras blancas y encarnadas, estaban completamente llenos de curiosos. En la calle reinaba la más expansiva alegría, y entre el rumor de la multitud sobresalía el grito agudo de los vendedores, hiriendo los oídos el *falsete* de la voz de las máscaras y los sonoros ecos de las charangas. Un cielo azul con muchas nubes blanquecinas iluminaba esta locura de Carnaval.

– Chico, decía Lechantre á Santiago, esta diabólica alegría popular se le sube á uno á la cabeza como el *champagne*... Desde que me he puesto el dominó me dan ganas de hacer alguna travesura, lo mismo que cuando era aprendiz en casa del viejo Drobling.

Enmascarados los dos artistas marchaban del brazo en dirección al paseo.

– Querido maestro, replicó Santiago, usted tiene el privilegio de ser siempre joven, y esto se demuestra en los cuadros que pinta.

– ¡Calla, adulador!.. Hay momentos en que quisiera ser joven, y cuando no me miro al espejo, me imagino que no soy tan veterano; me parezco á esos manzanos viejos que algunas veces echan flor fuera de estación. Cuando las mujeres bonitas me miran, tengo que confesar que soy un petate; pero cuando las miro yo, créeme, siempre tengo veinte años.

– Usted debe de haber sido muy enamorado, ¿verdad, Sr. Lechantre?

– Sí, y no; según el sentido que quieras dar á la frase. Si te refieres á galanteos y aventurillas con mujeres poco severas, he sido muy enamorado; pero si hablas de alguna pasión...

– Naturalmente, de eso hablo.

– ¡Oh! Entonces puedo contestarte negativamente. La pasión daña mucho á la vida del artista. Siempre he tenido miedo de prendarme de un modelo, como muchos de nuestros camaradas, ó de enamoricarme de veras de una mujer de mundo que me hubiera llevado y traído y condenado á hacer malas obras y pocas... No, no; me he contentado con la menor cantidad posible de amor, con grisetas que entran por la puerta del taller y salen por la ventana como golondrinas... En puridad, esas conquistas son las mejores... No dejan pena ni gloria... Pero estarás escandalizado oyéndome tú, que eres un marido ejemplar, enamorado de tu mujer.

– Querido maestro, repuso Santiago, con un ligero estremecimiento en la voz, tiene usted muy buen concepto de mí, y yo no soy mejor que los demás.

– Vamos, tunante, no seas modesto. Bien sabido es que no engañas á tu mujer, porque ninguna te gusta tanto como ella.

Habían llegado á una de las escaleras del anfiteatro levantado delante de la Prefectura á la vista del mar, y formado por una ancha gradería ocupada ya por multitud de espectadores disfrazados. Abajo, alrededor de una rotonda donde se había colocado una orquesta, estaba la ancha pista destinada al desfile de las carrozas y las máscaras. En el momento en que los dos pintores tomaban asiento en una de las gradas, la orquesta dejó oir las primeras notas del *Pere la Victoire;* oyéronse charangas que respondían lejos, anunciando la llegada del primer carro, é instantáneamente comenzó la granizada de *confetti*, desde las ventanas, desde las tribunas, desde las terrazas, desde arriba, desde abajo... Los proyectiles lanzados á puñados se cruzaban en medio de risas y gritos, produciendo un ruido verdaderamente indefinible... Un inmenso carro de colores chillones, en el que venían representados los personajes de la opereta *Faustito*, avanzaban lentamente al compás de una charanga. Delante de los caballos se arremolinaba multitud de máscaras y otras seguían al carro. Las parejas formaban *cuadrillas* y bailaban locamente, repitiendo á coro los *couplets* de la opereta. Era un espectáculo singular, originalísimo, el de aquella agrupación de máscaras de vivos colores, moviéndose sin cesar, saltando y brincando en medio de un diluvio de *confetti* y de una algazara indescriptible de risas, gritos y aplausos.

Indiferente á la batalla, Santiago recorría con la vista las ventanas de las casas y las gradas del anfiteatro; quería, á no dudar, descubrir bajo la capucha y los pliegues de un dominó el talle esbelto y el rostro incomparable de la baronesa Liebling; pero todos los rostros estaban enmascarados y todos los dominós se parecían. Y entretanto Lechantre, en pie, gesticulaba, reía y batallaba con las máscaras. Pero al cuarto de hora se cansó de estar apretado en una tribuna.

– Esto, dijo, es muy bonito de color, pero cansa siempre lo mismo. Tengo las piernas entumecidas y quisiera estirarlas un poco. Vamos á tomar parte, si quieres, querido colega, en el Carnaval de abajo.

Dejaron, pues, la tribuna, y bajaron á la calle atropellados por las máscaras que se apiñaban al paso de los carros. Allí, verdaderamente, estaba la fiesta en todo su esplendor. La gente de la calle lanzaba sus proyectiles á la gente de las ventanas, que á su vez respondía con furia; unas máscaras de abajo increpaban á las de arriba, y oíanse en medio de aquel escándalo frases ingeniosas, preguntas y respuestas oportunas y chistosas. Desde un extremo á otro no se distinguía más que una doble corriente de cabezas encapuchadas y brazos nerviosamente agitados, un tumultuoso remolino de trajes de colores infinitos que los rayos del sol hacían resaltar doblemente. El suelo estaba materialmente cuajado de *confetti*, y se pisaba sobre una espesa capa de nieve gris.

– Ahora sí, dijo Lechantre, que nos vamos á divertir.

Y en el mismo instante cayó sobre él una granizada que le hizo prorrumpir en estrepitosas carcajadas.

Pasaban por delante de la terraza del librero Visconti. El balcón de piedra estaba ocupado por dominós muy elegantes. Apoyados en la balaustrada y teniendo detrás grandes sacos de *confetti* bombardeaban sin piedad á los transeuntes. Santiago, que se había quitado un momento la careta para respirar libremente, levantó la cabeza, y en el momento en que presentaba descubierto el

rostro, un dominó de satén blanco con lazos de color de rosa en los hombros se inclinó sobre la baranda y le arrojó un puñado de proyectiles que todos le cayeron en la cara.

– Chico, exclamó Lechantre, ese dominó blanco parece que quiere divertirse con nosotros. Espera mascarita, que ahora verás.

Y contestó vigorosamente enviando al balcón una porción de metralla. El dominó blanco y rosa había retirado rápidamente la cabeza y se reía; al mismo tiempo volvía á ametrallar á los dos artistas.

– ¡Los últimos cartuchos!, exclamó Lechantre, vaciando el fondo de su saquito.., ¡Ahí te va!, añadió disparando contra el dominó blanco. Y espera, que voy por municiones.

Y se alejó en dirección á un puesto donde se vendían *confetti*, mezclándose entre la multitud.

Santiago, que tenía todavía su provisión intacta, se había vuelto á poner la careta y peleaba con el dominó de la terraza. Apuntaba mal, recibía más *confetti* que enviaba, pero no se daba por vencido. La risita irónica del dominó le desconcertaba y le ponía nervioso. El timbre móvil de aquella risa á la vez aguda y suave renovaba en él vagas sensaciones ya experimentadas. Observaba los movimientos ligeros, el talle flexible, la gracia de su adversaria, y no podía menos de sospechar que aquella mujer era Mania. Esta conjetura le turbaba de tal suerte que no supo cómo librarse de una nueva granizada que el dominó descargó sobre él. La recibió en los ojos, y casi ciego contestó torpemente.

Y el dominó blanco y rosa, con su voz burlona le gritó:

– Para ser pintor, no tienes muy buen golpe de vista.

Ya no tuvo duda; aquella era la voz de Mania. El pintor retrocedió, se limpió la ceniza gris que le cubría la careta; pero cuando pudo distinguir claramente los objetos y mirar la terraza, el dominó de satén blanco había desaparecido. El ir y venir de los transeuntes echó á Santiago entre la multitud, y se resignó á buscar al pintor Lechantre. Pero en aquel flujo y reflujo era muy difícil encontrar á quien se buscaba. Francisco probablemente estaría buscando á su amigo. Después de haber recorrido en vano las calles inmediatas, Santiago tomó el partido de subir la cuesta que desemboca en el boulevard del Puente Nuevo. Allí le detuvo otra vez la muchedumbre que se apretaba para dejar paso libre á los carros. Mirando á derecha é izquierda por ver si distinguía á Lechantre, sintió que caían sobre sus hombros algunos granos de *confetti* no lanzados esta vez violentamente. Volvió la cabeza y vió á cinco ó seis pasos al dominó blanco. La desconocida, con una ligereza de culebra, se deslizaba entre los grupos. Santiago, en el deseo de reunirse con Mania Liebling, procuraba abrirse paso entre la multitud; pero menos listo que la fugitiva aparición, quedábase atrás, y como precisamente en aquel momento volvía á pasar el colosal carro de *Faustito* y la gente le impedía todo movimiento, perdió completamente la huella de la hechicera mujer.

Al cabo de un cuarto de hora llegó todo sofocado á la plaza Massena, iluminada por la luz rojiza del sol poniente. La multitud era menos densa en aquel ancho espacio. Detúvose en uno de los terraplenes delante del casino. Las máscaras se perseguían arrojándose *confetti* con grande algazara. Fatigado, había vuelto á quitarse la careta y miraba vagamente los grupos de enmascarados, buscando á Lechantre y con la esperanza de volver á ver al dominó blanco.

– ¡Eh, Santiaguillo!, le gritó Lechantre, perdona que te haya dejado solo; pero chico, has de saber que me ha sucedido una aventura... Sí, chico, me ha hablado una muchacha, nicense de pura sangre, con unos ojos como cerezas gordales y un acento local que trasciende á pimienta y á mimosa..., una criatura perfecta, hecha á torno, delgada de talle, ancha de hombros, lista como una centella y con la lengua más expedita que se ha visto en el mundo... Estamos completamente de acuerdo, y si no hubiera sido por respeto á tu estado de marido la hubiera traído á comer con nosotros; pero ya hemos quedado citados en el *reducto*, y allí la encontraré... Me ha dicho que llevará en el pecho un ramo de claveles encarnados. La señal es infalible.

– ¿Irá usted al *reducto?*, preguntó indiferente Santiago.

– Ya lo creo, y tú también.

– ¿Yo?

– Naturalmente. ¡Qué! ¿Tienes miedo de comprometerte?

– Este hombre ejemplar tiene miedo de todo, murmuró una voz irónica; no vayas, hijo, que vas á encontrar muy malas compañías.

Volvieron la cabeza los dos amigos y vieron al dominó blanco y rosa que los hacía una reverencia. Apenas se había repuesto Santiago de la sorpresa, cuando un segundo dominó azul, éste con lazos blancos, llegóse al primero, diciendo en inglés:

– *Is it yon at last, Mania dear?.. Let us go away!*

– Ella es, dijo Santiago, asiendo del brazo á Lechantre.

– ¿Quién es ella?, preguntó éste... ¡Hola! ¿Tú también, pícaro? No, no te ruborices. Estamos en Carnaval. No tengas cuidado, que no le diré nada á Teresa.

Durante este breve espacio, las dos mujeres habían ido á montar en un *landau* que estaba cerca del puente, y el coche había partido al trote.

Santiago, en el mayor desconcierto, miraba al coche que doblaba la esquina de la calle Massena. Estaba muy contrariado; temía que Lechantre advirtiera la emoción que le había producido aquel encuentro, y se esforzaba en disimular su contrariedad. Pero en aquel momento Lechantre estaba muy inclinado á la indulgencia. Aturdido por la locura y el estruendo del Carnaval, le parecía perfectamente que su discípulo y compañero experimentase los efectos de aquel momentáneo aturdimiento. Además, teniendo la costumbre de considerar la galantería como una distracción superficial y de poca duración, imaginaba que el amor en los demás era tan pasajero como el que él conocía.

– ¡Bah!, exclamó, consuélate, que ya la encontrarás. A las mujeres siempre se las encuentra... Apuesto que esta noche la hallas en el *reducto*. Mientras, vamos á quitarnos el disfraz, luego comeremos sin prisa, y después volveremos á engolfarnos en los placeres de este divertidísimo Carnaval.

El programa dispuesto por Lechantre fué puntualmente ejecutado. Después de haber comido en la Regencia, los dos amigos volvieron á casa del alquilador de trajes á vestir los suyos, en los que hicieron coser unos lazos rojos. A las diez fueron á tomar sitio en el café, bajo los arcos del casino, en el mejor sitio para asistir á la entrada de las máscaras. El café estaba lleno. Las mesas se prolongaban en dos filas hasta la puerta del casino, y las máscaras que llegaban á pie tenían que atravesar por en medio de los consumidores oyendo gracias, chistes, requiebros y alguna que otra inconveniencia de mal gusto. Algunas contestaban en términos más ó menos vivos, y cada vez era mayor la broma y más acentuadas las risas y las voces. Para templarse y para animar á Santiago, Lechantre pidió una botella de champagne. El viejo pintor, de pie, apoyándose en una columna, ceñida la cintura con un cordón encarnado, sobre los hombros una esclavina del mismo color, adornada de conchas, la nariz pintada de verde, y la barba blanca, tenía todo el aspecto de un *peregrino* algo tocado de la cabeza. Con una voz gangosa arengaba á la multitud, y brindaba irónicamente á las mujeres enmascaradas que pasaban por delante de él.

– ¡Olé!.. gritaba, ¡olé por la española de garbo!.. ¡Viva la gracia!.. ¡Señora, beso á usted los pies, y brindo á su bizarría y á esos ojos matadores!.. ¿Quieres saber de dónde vengo?.. No vengo; voy, voy en peregrinación á Citerea, voy á buscar indulgencias... ¿Quieres venir conmigo? Las indulgencias no deben venirte mal, pues estarás necesitada de ellas. ¡Oye, tú, gentil veneciana!.. ¡No te vayas, hermosa circasiana!.. ¡Eh, María, María!

Tres ó cuatro volvían la cabeza oyendo este nombre, y él les decía:

– Mascarita, ten cuidado, que he visto aquí á tu marido.

Santiago se sonreía, y se maravillaba de que el viejo tuviera todavía tan buen humor. Agitábase nerviosamente en su silla y miraba con viva curiosidad á las mujeres que bajaban de los coches. ¿Mania vendría? ¿Qué la diría si la encontraba? La idea de este encuentro le emocionaba profundamente, y así cada momento aumentaba más su inquietud. Dieron las once.

– ¿Entramos?, preguntó á Lechantre.

– Sí, entremos, contestó Lechantre, enarbolando su gran cayado adornado de una calabaza; vamos á predicar la buena nueva á los gentiles.



Los empleados cerraban las portezuelas; sonaba el timbre; Santiago abrazó y besó á Teresa tiernamente, y bajó del estribo

Encamináronse al casino. Desde que entraron en el vestíbulo, los ecos de la alegre música acabaron de enloquecer á Lechantre. Todo el jardín de invierno estaba iluminado por faroles alternativamente blancos y rojos. Entre los arbustos y las palmeras, entre los rosales y las camelias, brillaban miles de luces, y globos de cristal blancos y rojos reflejábanse en el agua de un minúsculo lago, rodeado de césped. En el centro, en el kiosco, adornado también de profusión de linternas blancas y rojas, interpretaba una buena orquesta los valses de Waldtenfel. Alrededor del kiosco grupos de hombres y mujeres, con trajes blancos con lazos rojos, ó rojos con lazos blancos, cruzaban, iban y venían, se interpelaban, y aprovechaban los pocos espacios vacíos para organizar cuadrillas.

El alegre tono de los colores uniformemente blancos y escarlata; la música suave ó fuerte, acariciadora ó ensordecedora, cuyos sonidos parecían reproducir los dos tonos dominantes en los colores; la variedad de disfraces diferentes en la forma é iguales en los colores; el buen humor y la animación de toda aquella multitud divirtiéndose á su sabor; el misterio de los antifaces de terciopelo blanco y encarnado, que dejaban ver unos ojos azules ó negros de mirada fosforescente; el roce de las faldas; el voluptuoso perfume de algunas mujeres que mostraban gallardamente sus hombros y sus brazos desnudos: toda esta magia sensual era buena para trastornar cerebros más sólidos que el de Santiago. Experimentaba indefinibles sensaciones, así en la carne como en el espíritu. Sentía la influencia de la preocupación de su arte, la renovación de su meticulosidad de aldeano, la curiosidad de emociones nuevas y desconocidas. En medio de esta efervescencia de todo su ser, de impresiones suaves y violentas, amargas y dulces, sentía la ansiosa codicia de ver á Mania, y este deseo era á la vez ardiente y cándido .., rojo y blanco, lo mismo que todo en aquel delicioso y bonito jardín.

¿Vendrá?.. se preguntaba. ¿Debería interpretar como un reto ó como una burla ó como una promesa las palabras que Mania le había dirigido antes de montar en el coche en la plaza Massena? Su insistencia en llamar la atención de Santiago en la batalla de flores, y luego en la de *confetti*, ¿era un capricho, ó un verdadero deseo de volver á verle?.. ¿Pensaba Mania en él como él pensaba en ella?.. Mientras se preguntaba todo esto, invadía su cerebro una iluminación de brillantes esperanzas, y en las llamaradas de las linternas venecianas le parecía ver radiante levantarse la aurora del amor que empieza. El torbellino del baile le llevaba de un lado á otro, y en medio de los violentos movimientos de los que bailaban y de las vibraciones de la orquesta, el recuerdo de Teresa no era más que una confusa imagen en una neblina muy lejana.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UTILIZACIÓN DE LOS TRANVÍAS EN AMÉRICA

El número de viajeros que utilizan los tranvías en las grandes ciudades americanas, y sobre todo el de los que utilizaron los de Chicago durante el último



Fig. 1. Un tranvía eléctrico, visto de frente, en Chicago, el día 9 de octubre de 1893 *(Chicago day)*. De una fotografía instantánea

mes de la Exposición universal, es superior á cuanto pueda imaginarse aun en las más populosas ciudades de nuestro continente.

Las tres compañías de Chicago, por ejemplo, transportaron desde 1.º de mayo á 1.º de noviembre de 1893 un total de 176.921.000 pasajeros, y durante todo el año 1892 un total de 233.000.000. Durante el mes de octubre de 1893 han circulado por aquellas líneas 33.396.000 viajeros, ó sea más de un millón cada día, lo cual corresponde á un ingreso diario de 250.000 pesetas, pues el precio del pasaje es de 5 centavos, ó sean 25 céntimos.

El día de mayor movimiento fué el 9 de octubre, el llamado día de Chicago *(Chicago day)*, en que el número total de viajeros en las tres líneas alcanzó la cifra de 1.466.298.

En aquel día los tranvías eléctricos que pasaban por delante de las puertas de la Exposición eran tomados materialmente por asalto y los coches se llenaban del modo que indican los grabados que reproducimos: por ellos se ve que en aquella ciudad los vehículos públicos pueden siempre recibir un pasajero más, á su riesgo *(help yourself)*, por supuesto, con tal de que haya un sitio libre en el estribo ó en el techo. ¿Por qué, pues, en estas condiciones no introducir los tranvías con imperial? Esta sería la consecuencia lógica del estado de cosas revelado por el *Chicago day*, y es muy probable que antes de poco se introduzcan tales vehículos El número de coches que prestaron el servicio de la Exposición fué de 134, de ellos 61 con motor eléctrico y 73 remolcados, sin contar con el *elevated*, los barcos y los trenes expresos especiales, llamados trenes de ganado por la falta de comodidades, que organizó el *Illinois Central* para poner en comunicación el centro de la ciudad con la Exposición, distante 15 kilómetros, que se recorrían en 15 minutos.

Justo es añadir que el *Chicago day* fué un día excepcional bajo muchos conceptos, que el número de visitantes de la Exposición se elevó á 761.942 y que todos los medios eran buenos para transportar tan numerosa muchedumbre, ansiosa de gozar de los espectáculos que al público ofrecía la Exposición el día 9 de octubre.

Pero aun en tiempo ordinario los medios de transporte previstos exceden en mucho á lo que nosotros estamos acostumbrados: así por ejemplo en *State street*, una de las calles más frecuentadas de Chicago, los trenes de tranvías con cables se suceden, en las horas de mayor movimiento con 20 segundos de intervalo: cada tren se compone de un coche que remolca otros dos, y los tres coches juntos representan, teniendo en cuenta los estribos longitudinales, en donde van también pasajeros, 150 pasajes por tren, ó sean 450 por minuto ó 27.000 por hora. En las horas de salida de oficinas y teatros los tranvías son rápidamente invadidos; pero gracias á la tracción mecánica, que permite proporcionar instantáneamente la fuerza necesaria, el servicio está siempre asegurado y se hace con una rapidez y una comodidad admirables.

E. HOSPITALIER

LA LOCOMOTORA ELÉCTRICA DE J. J. HEILMANN

La locomotora eléctrica de J. J. Heilmann, de la que tanto ha hablado la prensa francesa de tres años á esta parte, ha recibido por fin la sanción de la experiencia.

El proyecto inicial que el autor expuso ante la sociedad de Electricistas y la de Ingenieros civiles á principios de 1891, tenía por objeto poner en circulación por las vías férreas ordinarias trenes que tuvieran todas las ventajas de la tracción eléctrica, á saber: suavidad en el movimiento, gracias á la supresión de movimientos alternativos; realización de grandes velocidades; accionamiento de un número de ejes motores suficientes para hacer que la adherencia fuese perfecta, etc. A este fin proponía el autor un tren constituído por vehículos eléctricos que recibían la corriente de una dinamo especial, accionada por una máquina de vapor, colocado todo ello en un coche que formaba parte del tren. La corriente eléctrica sólo intervenía, por consiguiente, como medio de transmisión entre el motor de vapor y los ejes de los vagones, asegurando al conjunto la estabilidad, la adherencia, la potencia y la flexibilidad necesarias para satisfacer las múltiples exigencias de la tracción en las condiciones tan variables de establecimiento de la vía y de naturaleza del tráfico (trenes de mercancías, mixtos, expresos, etc.)

La realización material de este proyecto inicial encontraba grandes dificultades, principalmente á causa de las modificaciones que exigía en todo el material móvil; en vista de lo cual su autor lo ha simplificado, limitándolo á una locomotora eléctrica que contiene su caldera, su máquina de vapor y su dinamo generatriz, y utilizando la energía eléctrica producida en motores eléctricos accionados por los ejes.

Este conjunto constituye un *tractor* independiente capaz de remolcar un material ordinario y que puede reemplazar á una locomotora común. Esa locomotora, única en su género, ha sido ensayada recientemente entre el Havre y Beuzeville-Breauté.

Los experimentos realizados, que no son sino una parte del largo programa progresivo trazado por la compañía de los ferrocarriles del Oeste de Francia, han demostrado que la locomotora de J. J. Heilmann puede remolcar un tren de 90 toneladas, con una velocidad de 55 kilómetros por hora en una pendiente de 8 milímetros por metro y con la de 80 kilómetros por hora en una pendiente de 3 milímetros por metro. El examen de los trazados mecánicos efectuados por los aparatos registradores instalados en el vagón dinamométrico colocado detrás de la locomotora y las determinaciones hechas en la locomotora misma dirán en qué condiciones de potencia han sido logrados estos resultados y hasta qué punto este sistema de tracción presenta ventajas sobre la locomotora ordinaria que con ella pretende reemplazar su autor en determinados casos. De todos modos es evidente que las previsiones de J. J. Heilmann se encuentran en parte realizadas y que los resultados obtenidos son recompensa justa de los enérgicos y perseverantes esfuerzos por el mismo realizados: si las demás pruebas que han de verificarse corresponden á las ya verificadas, podrá decirse que se ha dado un gran paso para el establecimiento de la tracción eléctrica en los ferrocarriles. – X.

***

PROYECTO DE EXPEDICIÓN ANTÁRTICA

Multitud de expediciones metódicamente organizadas han dado á conocer los caracteres principales de las regiones árticas, y en cambio un espeso velo de profundo misterio cubre todavía las tierras antárticas; una gran parte de nuestro globo correspondiente al polo Sur permanece completamente desconocida por ser muy pocas las expediciones que se han dirigido hacia los mares australes.

El honor de la primera de ellas corresponde á la marina francesa: en 1772, de Kerguelen descubrió las islas que llevan su nombre; poco tiempo después Cook logró penetrar hasta los 71° 10' de latitud Sur, en el Sur de América, y en 1823 Weddel llegó hasta el grado 74. En 1841 y 1842 James Ross descubrió la tierra Victoria y llegó más allá del grado 78, latitud á la que nadie ha llegado posteriormente. Casi en la misma época (1839 y 1840) Wilkes y Dumont d'Urville descubrían las tierras situadas al Sur de Australia. Hasta el presente, Dumont d'Urville y Ross son los únicos que han podido desembarcar en una tierra austral situada más allá del círculo antártico, y sus obras, que cuentan más de cincuenta años, son aún actualmente los únicos documentos verdaderamente científicos que acerca de tales tierras poseemos. En 1874 el *Challenger*, en su memorable crucero, visitó las inmediaciones de esa región cerrada y es el único vapor que ha pasado el círculo antártico.

Hace algunos años, M. Nordenskioeld se propuso consagrar su profunda experiencia de los viajes polares á la exploración de las tierras antárticas; pero por desgracia la insuficiencia de recursos impidió la realización de este proyecto. En la actualidad el mundo científico inglés se agita para determinar la organización de una gran expedición al polo Sur. En 1891 algunos balleneros escoceses fueron á pescar los mamíferos marinos al Sur del cabo de Hornos, y el interés de las observaciones hechas por dos naturalistas que en aquellos buques se embarcaron ha excitado poderosamente la curiosidad del público científico inglés, hasta el punto de haber planteado Mr. John Murray ante la Sociedad de Geografía de Londres la cuestión de una exploración á las regiones australes. Nadie podía hacerlo con más competencia y autoridad que el sabio encargado de la magistral publicación del *Challenger* y que tomó una parte tan importante en aquella expedición. Después de la lectura de una sabia memoria de Mr. Murray sobre el estado de nuestros conocimientos de las tierras antárticas, promovióse una brillante discusión entre los más eminentes representantes de la ciencia inglesa, y todos á una han decidido que la Sociedad de Geografía debía ponerse al frente del movimiento y hacer un llamamiento á la opinión pública y al gobierno para organizar una expedición científica á las tierras antárticas.

El interés de tal empresa está fuera de toda duda. Según Mr. Murray, alrededor del polo Sur debe existir una masa continental tan extensa como la Australia, en la cual se producen, en proporciones majestuosas, los dos fenómenos geológicos más interesantes y diversos, el fenómeno glacial y el volcánico. De la enorme masa de hielo que cubre la tierra Victoria una parte muy importante desborda en el mar, en donde forma una pared de 50 á 75 metros de altura sobre el nivel del agua y de un espesor que no debe ser menor de 400 á 500 metros. En una distancia de 300 millas Ross ha podido trazar el contorno de esa colosal barrera cristalina, y el mismo navegante descubrió debajo de ese mar de hielo volcanes en actividad que se elevaban cerca de 4.000 metros. El estudio de esos hielos y de esa actividad interna enriquecerá á la geología con preciosas observaciones, como lo ha indicado muy acertadamente Mr. Murray, y las demás ramas de la ciencia podrán también sacar provechosas enseñanzas de esa exploración antártica.

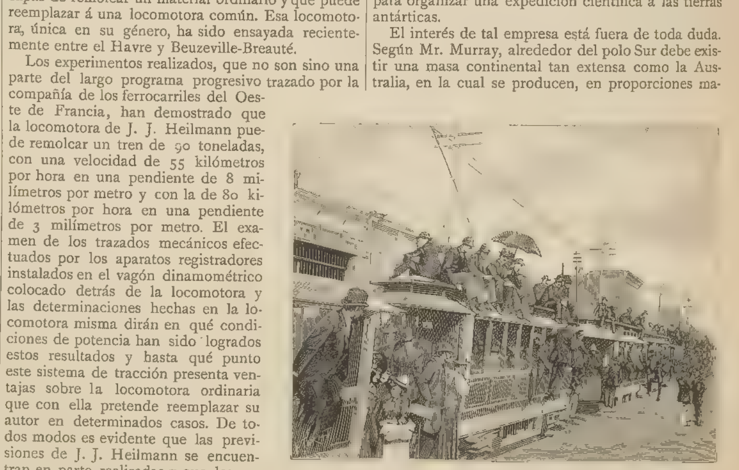


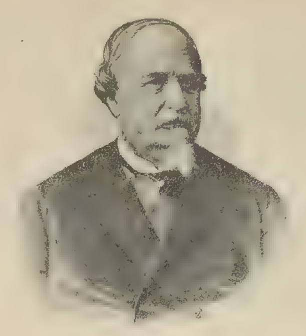
Fig. 2. Fila de tranvías eléctricos en Chicago el día 9 de octubre de 1893
De una fotografía instantánea

CARLOS RABOT

(De *La Nature*)

D. EMILIO ARRIETA

El ilustre compositor, cuya pérdida hoy llora y llorará aún por mucho tiempo el arte español, nació en Puente la Reina (Navarra) en 21 de octubre de 1823, y muy joven todavía pasó á Milán, en cuyo Conservatorio y bajo la direccion del maestro Vaccai recibió sólida instrucción musical, que dió por primer resultado la ópera *Ildegonda*, representada con gran aplauso en el citado establecimiento y después en varios teatros de Italia, en el San Carlos de Lisboa, en el particular del palacio real de Madrid y en el teatro Real. Terminados sus estudios en el Conservatorio milanés, habiendo conseguido el primer premio de composición, regresó á España y fué nombrado profesor de la reina y compositor de su Real Cámara y teatro. Desde entonces no abandonó ya su patria, escribiendo multitud de zarzuelas que son otras tantas joyas de nuestra música nacional, entre ellas *El dominó azul, La conquista de Madrid, La dama del rey, El grumete, Dos coronas, La vuelta del corsario, Los novios de Teruel, De Madrid á Biarritz, Llamada y tropa, El potosí submarino, Las manzanas de oro, Un sarao y una soirée, La guerra santa, San Franco de Sena* y sobre todo *Marina*, verdadera perla musical, convertida más tarde en ópera en tres actos que cantó el ilustre Tamberlik.



D. EMILIO ARRIETA, † 11 de febrero de 1894

Compuso también varias hermosas cantatas con letra de Zorrilla, Hurtado, Martínez Pedrosa, Blasco y Ayala, con quien le unía una amistad entrañable.

Sus obras tienen toda la dulzura, todo el sentimiento de la música italiana, pero esto no impide que sus composiciones tengan verdadera originalidad y algunas de ellas un colorido puramente español.

Estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, fué miembro de la Academia de San Fernando, consejero de Instrucción pública y director de la Escuela Nacional de Música y Declamación.

D. Emilio Arrieta fué uno de los primeros, si no el primero de los representantes de las glorias musicales de España en el presente siglo y puede y debe figurar dignamente entre los primeros maestros del mundo

¡Descanse en paz!

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

PALIQUE, *por Leopoldo Alas.* – Los artículos contenidos en esta colección, clasifícalos su autor en tres secciones: revistas literarias, sátura (nombre que emplea Clarín por no usar el de ensalada) y palique, y en cada una de ellas el Sr. Alas, en el estilo festivo y familiar de sus primeros tiempos, estudia multitud de asuntos y cuestiones interesantes para todos los aficionados á literatura, con ese ingenio y ese espíritu elevado é imparcial, que á muchos parecerá á veces un tanto duro, que con razón le han conquistado uno de los principales puestos entre los que ejercen la crítica moderna. Como en todos los libros del catedrático de la Universidad de Oviedo, hay en éste algo y aun algos que aprender, y las enseñanzas que de los artículos se desprenden son fácilmente asimilables aun para el más refractario al género cultivado por Clarín, porque, como hemos dicho, están expuestas en lenguaje llano y ameno y sazonadas con buena dosis de gracia. En suma, la bondad de *Palique* es tan palmaria y los méritos del Sr. Alas tan conocidos, que hablando de este libro y del autor nos parecería ofensa echar mano de esos lugares comunes y de esos epítetos con que tan á menudo se ensalza á los que escriben.

Palique ha sido editado por D. Victorino Suárez y se vende á 3 pesetas en Madrid y 3'50 en provincias.

MONOGRAFIA DE LA PARROQUIA DE SANT JULIÁ DE ALTURA, *por D. Joséph Soler y Palet.* – Con esta monografía comienza su autor la que titula «Biblioteca Histórica Tarrasenea,» en la cual se propone escribir en trabajos parciales la historia de la antigua Egara, siguiendo de esta suerte el procedimiento de la literatura histórica moderna, único hoy admisible, dados el vuelo que han tomado los descubrimientos y la natural exigencia del hombre de estudio, que pide documentos y hechos auténticos y pocos comentarios y disquisiciones en que la imaginación entra por mucho. La monografía que nos ocupa es un estudio completo de la antiquísima parroquia de Sant Juliá de Altura, que existe próxima á Tarrasa, y del territorio que abarca, y con razón dice en el prólogo el Rdo. P. Jaime Collell, de nombre tan justamente celebrado en la literatura catalana, que si la excelente idea y el magnífico proyecto del Sr. Soler tuvieran muchos imitadores, con la publicación simultánea de estas que podríamos llamar *Analecta* de la historia patria nos encontraríamos pronto en posesión de un cúmulo de documentos de gran importancia para la historia general de nuestra nacionalidad. La monografía del Sr. Soler y Palet véndese al precio de 2 pesetas en la librería Verdaguer (Rambla del Centro, 5) y en la imprenta de Utset y Juncosa, calle de la Font Vella, 30, Tarrasa.



Doncel florentino, acuarela de José Moragas Pomar

DOCUMENTOS HUMANOS, *por Carlos Frontaura.* – En la notable colección ilustrada que publica en Madrid el Sr. Fernández Lasanta, y en la que figuran obras de Cavia, Taboada, Palacio, Clarín, Matoses y otros no menos celebrados escritores, notábase un vacío, faltaba entre aquellos nombres el del que casi merece ser llamado el decano de todos ellos, del festivo escritor probablemente más leído de nuestra patria, del fundador de *El Cascabel*, uno de los periódicos que más boga han alcanzado en España, del autor que ha visto multitud de sus producciones traducidas al portugués, al francés y al alemán y del que ha alcanzado justa fama por sus libros, por sus periódicos y por sus obras teatrales. *Documentos humanos* ha venido á llenar aquel vacío y á enmendar aquella falta, y mucho ha de agradecer el público al editor la publicación de los preciosos artículos coleccionados en el libro del Sr. Frontaura, que son pintura exacta de tipos y escenas tomados de la vida práctica y reproducidos con gran verdad y con una cultura y gracia superiores á todo encomio. El nombre del Sr. Frontaura hace innecesarios los elogios, y por si no fuera bastante el atractivo que él solo ejerce, va en *Documentos humanos* en compañía tan buena como la de Angel Pons, el tan celebrado caricaturista que por derecho propio ha llegado á ser el dibujante indispensable en esa clase de obras y que, como siempre, hace en este libro verdadero derroche de ingenio y prueba una vez más su talento observador y su habilidad técnica. *Documentos humanos* se vende en las principales librerías á 3'50 pesetas.

EL IELO QE SE QONSUME EN BALPARAÍSO, *por A. E. Salazar y Q. Newman.* – Los autores de este folleto, de quienes nos hemos ocupado en varias ocasiones, hacen en él un estudio de gran interés sobre la composición del hielo que se consume en la capital chilena, resultando del análisis que el hielo de allí, como el de casi todas partes, dista mucho de ser puro y no debería ponerse en contacto directo con los alimentos y bebidas, sino usarse para enfriar los recipientes que los contengan. El trabajo de los señores Salazar y Newman forma parte de las actas de la *Societé Scientifique de Chili*, y en él continúan sus autores usando la ortografía reformada, como por el título habrán podido observar nuestros lectores.

LOS INCENDIOS, *por E. Martínez Días.* – Evitar los incendios y sofocarlos apenas se inician, he aquí el objeto que se propone el autor de este folleto; para ello da una serie de consejos utilísimos y hace multitud de observaciones muy atinadas, teniendo especial interés las referentes á medidas preventivas, medios de contención, salvamentos en los domicilios y manera de desalojar las salas de espectáculos. El folleto ha sido impreso en Madrid, imprenta de Avrial (San Bernardo, 92).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 26 de febrero de 1894 — Núm. 635



ALDEANA DE LAGARTERA EN TRAJE DE FIESTA, dibujo de Baldomero Galofre



TODO INTACTO

El drama titulado *La de San Quintín*, ó si ustedes lo prefieren, la comedia así rotulada es: para muchos, una obra excelente; para algunos, un trabajo literario de escaso valor; para el público, una producción teatral admirable... Lo que no será nunca ni para unos ni para otros, ni para pocos ni para muchos, aunque algunos partidarios fanáticos de escuelas determinadas se lo propongan, es el anuncio de una revolución, ni la semilla de una reforma.

Discutan allá y entre sí los críticos sobre las bellezas y sobre los defectos de *La de San Quintín;* aquilaten su valor artístico; depuren su mérito: ni eso me incumbe, ni se halla realmente bajo la jurisdicción del público, el cual sin tantas controversias y sin tan eruditas polémicas ha fallado ya que la comedia le gusta y va á saborearla y se complace en aplaudirla.

Pero desde reconocer y declarar que la obra de *Pérez Galdós* ha gustado y continúa gustando al público de Madrid; desde admitir que, así como dice el vulgo *algo tiene el agua cuando la bendicen*, algo hay en la comedia cuando tanto y tan de veras agrada, hasta conceder que Galdós es en ella socialista, y naturalista, y revolucionario, y que con su comedia viene á iniciar no sé qué trastornos teatrales y á romper no sé qué troqueles artísticos, hay gran distancia, y no me parece conveniente, ni justo, recorrerla, aunque al hacerlo estoy seguro de que iría muy bien acompañado.

De los que á sí mismos se denominan defensores del naturalismo (que es nada entre dos platos, por supuesto), era ya de esperar que aplaudida la obra de Pérez Galdós habían de diputarla por naturalista. Eso mismo hicieran con *Las Vengadoras*, de Eugenio Sellés. Otro tanto con *Mariana*, de Echegaray, y con *La Dolores*, de Feliu. Porque, es claro, comedia aplaudida y comedia naturalista son una sola y misma cosa, y los apóstoles y los sectarios de esa doctrina literaria, ni atienden á razones, ni varían de procedimientos.

«¿Esta obra no gusta?, pues pertenece á la escuela que pasó de moda; es ñoña, es cursi, es anticuada, es idealista.» «¿Esta obra obtiene buen éxito?, pues hágola naturalista, y Cristo con todos.»

Está perfectamente; sólo que ocurre en muchas ocasiones, y ésta es una de ellas, que la obra no es naturalista, sino todo lo contrario. Víctor es un soñador, un poeta; la duquesa de San Quintín una ilusa, ésta y aquél son caracteres perfectamente admisibles en el teatro, muy verosímiles en el cuadro teatral, aceptables como obra de arte en las tablas del escenario; pero ¡ay! casi desconocidos en la vida real. Obreros como Víctor y duquesas como la de San Quintín, existirán, no lo niego, aunque no los conozca, pero no abundan, ¿qué han de abundar?, escasean mucho; tanto escasean, que el artista no halla modelos para ellos, y cuando se propone pintarlos, los pinta de memoria, sacando de su cabeza el original; que es precisamente lo que Pérez Galdós ha hecho y lo que antes que Pérez Galdós han hecho todos los autores dramáticos aplaudidos.

¡Ah! Pues si en la escena apareciesen los hombres y las mujeres tales cuales son y no como el poeta los concibe y los forma; si en el teatro hablase cada persona el lenguaje adecuado á su condición y propio de su temperamento; si en el teatro se suprimiera por una sola vez lo que llaman, sin permiso de la Academia, *convencionalismo*, ¿quién podría resistir la representación de un drama? ¿Quién pagaría dinero por ver comedias? ¿Quién las oiría aunque le diesen sueldo por escucharlas?

Víctor y la Duquesa no son una duquesa ni un obrero; son dos enamorados..., los eternos enamorados; muy románticos y muy egoístas, nada más.

Ni la de San Quintín simboliza la aristocracia de abolengo, ni Víctor es la representación simbólica del socialismo obrero; ¿qué ha de ser? Pues si Víctor es un *señorito*, un burgués en toda la extensión de la palabra. Lo han instruído, ha viajado, sabe mucho, casi lo sabe todo; desde abrir baúles hasta labrar catedrales; y esa ciencia suya y esa experiencia adquirida en los viajes y esa educación que le ha dado el tratar con los burgueses y con los aristócratas, representa un capital, un caudal de gran importancia y del que sin duda carece el que es sólo obrero.

Para lo que en la comedia acontece, tanto monta que Víctor sea obrero, como significaría que fuese militar, ó artista, ó abogado. Él dice de sí mismo que es socialista; bien, pero aunque él lo dice sus hechos demuestran lo contrario..., él es principal y casi exclusivamente un enamorado, todo lo demás es en él accidental y secundario.

Y otro enamorado, romántico también, esencialmente romántico é idealista, aunque en forma muy poco simpática, es Buendía, hijo; porque hay otro Buendía, padre; avaro que no es del todo avaro y hombre sin cultura, por cuya boca dice Galdós cosas muy buenas y muy bien dichas cuando lo tiene por conveniente.

«¡Este, gritaba hecho un energúmeno alguno de los entusiastas, en la noche del estreno, éste es el *naturalismo sano* (se conoce que hay un naturalismo enfermo, me lo figuro), el verdadero naturalismo; esto viene á romper con todo lo antiguo; esto llega para abrir nuevas sendas y señalar derroteros nuevos á la obra dramática...»

¡Palabras!, ¡palabras!, ¡palabras! *La de San Quintín* no viene á romper nada, ni un plato; ni abrirá sendas, ni señalará derroteros; después de la aparición del Víctor de Galdós, habrá comedias buenas y comedias malas, como las había antes de que Víctor apareciese.

Galdós no ha descubierto, ni podía descubrirla, la receta para que todos hagamos buenos dramas. Él los hará buenos, magníficos, excelentes; pero se guardará el secreto para su uso particular, como se guarda el de escribir novelas hermosas.

De suerte que las representaciones de la comedia de Galdós no han roto moldes, ni han roto nada; todo continúa lo mismo, exactamente lo mismo que estaba antes. En el repertorio del teatro español contemporáneo hay una comedia más, comedia romántica, no naturalista, y en que ni hay socialismo, ni hay símbolos, ni hay sino elementos artísticos de una comedia bien concebida y bien desarrollada y no bien concluída... Pero lo demás continúa lo mismo; todo intacto; como si la comedia no se hubiese representado.

Antonio Sánchez Pérez.

LOS TUAREGS

El desastre recientemente sufrido por los franceses en el Sudán, después de la toma de Timbuctú ha atraído una vez más la atención sobre los tuaregs, esas misteriosas tribus del Sahara, que la inmensa mayoría del público conoce solamente como una especie de verdugos y cuyas costumbres y organización nos parece interesante y oportuno dar á conocer á grandes rasgos á nuestros lectores, para lo cual tomamos algunos datos de las principales obras de los viajeros y exploradores que han estudiado aquellas regiones africanas.

Bajo el nombre de *tuaregs*, denominación de origen árabe, aceptado por los europeos y rechazado por los mismos á quienes se aplica, se comprenden cuatro grandes divisiones políticas que corresponden á otras tantas grandes divisiones territoriales, á saber: la confederación de los *azdjer* ó *kel azdjer*, al Nordeste, establecida en la meseta del Tassili septentrional; la de los *ahaggar* ó *Kel ahaggar*, al Noroeste, en el monte Hoggar de los árabes; la de los *air* ó *Kel air*, más generalmente conocida con el nombre de *Kel ui*, al Sudeste, en la cordillera de Air, también llamada *Azben;* y la de los *anelimmidas*, al Sudoeste, cuyo territorio comprende una región montañesa, el Adghagh, y una parte llana, el Ahauagh. Las dos primeras confederaciones constituyen los tuaregs del Norte y las otras dos los del Sur.

Desde el punto de vista de las clasificaciones sociales, las cuatro confederaciones ofrecen en el fondo los mismos caracteres: en cualquiera región del Sahara en donde se la encuentra, en la sociedad *targuía* vemos los nobles, los siervos y los esclavos. Los nobles ó *haggaren* constituyen la clase directiva de la confederación. Los siervos ó *imrad* no son sino las tribus pobres ó poco numerosas y por ende poco poderosas que espontáneamente se han colocado bajo la protección de tribus nobles y fuertes: esta situación constituye una servidumbre relativa que se traduce en un pesado impuesto que se paga en dátiles, en rebaños ó esclavos, según los casos, y satisfecho el cual gozan aquéllas de libertad absoluta. Nobles y siervos cásanse entre sí, y los hijos nacidos de estos matrimonios siguen la condición de la madre. Los esclavos son los negros procedentes del tráfico entre las tribus targuías y las negras sudanesas ó bien de razzias llevadas á cabo por los tuaregs en estas tribus negras. Los grandes mercados del centro africano, en donde se verifican todos los cambios de mercancías (trigo, dátiles, sal, telas, armas de guerra, etc.) son las ciudades de Rat, Rhadames, Timbuctú, In Salah y Timmimún del Tuat.

Entre todas estas tribus, á las que comúnmente se califica de nómadas, hay que distinguir los nómadas puros y los caravaneros. Los primeros emprenden sus viajes según las estaciones y establecen sus campamentos según las variaciones climatológicas, las necesidades de subsistencia del ganado y las épocas de las cosechas, de las cuales cuidan durante todo el año, lejos de las tiendas nobles, en los oasis, en los *ksures* y en las *seribas* (aldeas), los *khammes* especie de arrendatarios. Así como esta primera categoría representa la nobleza tradicional que vive de sus riquezas y sin trabajar, los *caravaneros* vienen á ser los industriales y comerciantes y se encargan de organizar y escoltar las caravanas que por todas partes se dirigen de la Tripolitana á Marruecos y desde los oasis del Tuat, del Tidikelt y del Gurara al alto Níger y á Timbuctú.

Toda la fórmula política de los tuaregs en cada confederación ó subdivisión de ésta se reduce al jefe, que las tribus del Oeste denominan *am-rar*, nombrado por sufragio universal, y á la *dgemaa* ó gran consejo de notables, compuesto de ancianos ilustres por su origen ó por sus hechos y de guerreros insignes y á veces también de mujeres célebres por su saber, sus virtudes ó su milagrosa fecundidad.

Para la administración de justicia cada confederación tiene un magistrado ó morabito, que en el ejercicio de sus funciones especiales ostenta el título de *alem* y que es también elegido por sufragio universal: cuando ha de juzgar algún delito se traslada al lugar en donde se cometió.

El islamismo, religión que profesan los tuaregs de todas las regiones, varía en la práctica, según las cofradías religiosas que lo interpretan y que son las de *Si el Mahi ben Senussi*, de los *tedjinis de Ain Mahdi*, de los morabitos del *Temaim*, de los *uled Sidi Cheikh*, de los *bakais* de Timbuctú y de los *taibas*. Las oraciones se recitan siempre en árabe, aunque la mayoría de las tribus no entienden esta lengua, y los grandes actos de fe son la observancia del Ramadán y la peregrinación á la Meca.

En cuanto á su origen é historia veamos lo que dicen los mismos tuaregs.

Los *azdjer* dicen que son *imohaghas*, los *ahaggar* y los *anelimmidas* que son *imocharchs* y los *airs* que son *imagihres*. «La lengua que hablamos – añaden – se llama *temahag* ó *temacheg*, según los dialectos. Los árabes han dado á nuestres tribus el nombre de *tuaregs* y á nuestra lengua el de *targuía*, del participio árabe *tarek*, en plural *tuaregs*, que significa los *abandonados de Dios*, porque durante mucho tiempo nos hemos negado á adoptar la religión que los árabes nos han traído y porque después de haberla adoptado nuestros padres han abjurado á menudo de la nueva religión; pero este nombre, que recuerda una situación antigua, cuya memoria es injuriosa para nosotros, no ha sido nunca el de nuestra raza.

»Los cinco nombres *imohagh, imocharch, imagiten, temahah* y *temacheg*, que son los de nuestra raza y de nuestra lengua, derivan de la misma raíz, *iohagh* que significa *es libre, es independiente, saquea*. Nuestra descendencia más general es la de los Edrisidas de Fez; algunos proceden de Ech-Chinguit, entre Timbuctú y el Occéano, otros son gente del Adghagh, entre el Níger y nuestras montañas...»

Las telas de que se visten los tuaregs son en su mayor parte del Sudán, cuya ciudad de Kano, situada al Sur de Damergú, representa el centro fabril de mayor importancia de aquellas regiones. El traje de los hombres, nos referimos al de los notables, al de los jefes, se compone de las siguientes prendas:

El *cekumbut*, gorro alto, encarnado con una gran borla negra.

El *tedjulmust*, el famoso velo negro cuyo grado de finura está en relación con el rango social del que lo lleva. Los hombres de elevada categoría no se lo quitan ni de día ni de noche. Las mujeres van siempre con el rostro descubierto.

El *achahach*, que consiste en una pieza larga de tela de algodón blanca que se arrolla alrededor del cuerpo.

El *tikarait*, cinturón de lana encarnada.

El *tikamist*, blusa larga sin mangas, de tela de color, más ó menos bordada y de fabricación sudanesa que alcanza á veces precios fabulosos.

El *karteba*, pantalón de color que llega hasta el tobillo.

Los *ir-atimen*, zapatos, que son sandalias de piel de cabra.

El *albornoz*, prenda que entre los tuaregs es accesoria del traje, no principal como entre los árabes.

Los guerreros tuaregs tienen fusiles de dos cañones de procedencia inglesa, llevados allí por las caravanas de la Tripolitana: llevan además el antiguo puñal ó *tilak*, que es el arma que prefieren en las sorpresas seguidas de luchas cuerpo á cuerpo. Sus espadas de dos filos ó *takuba* les sirven después que han herido á su adversario con un golpe de azagaya.

El arco *(tadjaihi)* con sus flechas *(tinassabin)* y su carcax *(titac)* constituyen un armamento secundario que generalmente se deja para los siervos. En cambio, el escudo de piel de antílope ó *ar-ar* completa el equipo de todo combatiente.

El meharí, con el que se pueden recorrer de 70 á 100 kilómetros por día, es la única cabalgadura del tuareg. En toda la confederación apenas se encontrarían cincuenta caballos; en cambio, los asnos son innumerables.

La montura del meharí comprende: la silla *(terik)* con espaldar y pomo de cruz; el freno especial *(kes kabú)*; la brida de piel de cabra *(kir-unin)*, y el *igarrui*, especie de saco largo que á la vez sirve de adorno y de espantamoscas. Los ricos llevan en las monturas de sus meharís otros varios accesorios.

La táctica de combate de los tuaregs varía según que adopten la ofensiva ó la defensiva: en el primer caso los batidores montados que preceden al grueso del ejército comienzan la acción á gran distancia, disparando sus fusiles mientras esperan el resto de las fuerzas: cuando éstas llegan lanzan una verdadera lluvia de azagayas sobre las corvas de los meharís del adversario para desmontar á los jinetes y en seguida echan mano de la espada *(tilak)* para acabar la lucha. En el caso de que sólo haya de defenderse, el ejército se detiene, los camellos se echan dócilmente sobre la arena alineados uno al lado de otro y los guerreros se defienden con sus fusiles detrás de esta muralla viva.



Toledo. - Turistas y mendigos, cuadro de R. Madrazo

Pero el que podríamos llamar rasgo estratégico clásico consiste en apoderarse del sitio en donde hay agua y no dejar que á él se acerque el enemigo, al cual se diezma de este modo por medio del combate y de la sed.

Los tuaregs consideran como arma un objeto que más parece adorno, á saber: el brazalete de piedra que llevan en el brazo los hombres en cuanto son aptos para el servicio de las armas y que se supone sirve para parar los golpes: la piedra de que está hecho es la serpentina verde y el trozo aplicado á este objeto es ancho y pulimentado. Todos los tuaregs, excepción hecha de los morabitos, llevan estos brazaletes y los tienen en tanta estima que rara vez puede un viajero adquirir uno de ellos, siendo notable que este adorno ó arma no se encuentre entre ninguno de los vecinos de este pueblo.

La caza predilecta de los tuaregs es la del avestruz; cuando se sabe que un grupo de estos animales se encuentra en el lecho seco de algún río, organízase una batida, se obliga á los avestruces á correr y cuando están cansados se les mata á golpes de maza para no estropear sus preciosos despojos, por los cuales en los grandes centros se llega á pagar hasta cuatrocientos francos. – V.



EDAD DICHOSA, cuadro de Miss Enriqueta Hathed
(Salón del Campo de Marte. París, 1893)

CÉSAR

(HISTORIA MADRILEÑA)

I

Dirigir un cotillón, explicar el último figurín de *La Moda Elegante*, ser cronista de los líos y trapisondas en el gran mundo, guiar caballos, valsar, correr una *juerguecita,* hablar de toros y ponerse con muchísimo *chic* una flor en el ojal de la levita, salvo estas habilidades César no tenía ninguna otra, y respecto á instrucción la recogía á diario en las reuniones, en las columnas de los periódicos, en las mesas de juego del casino y en los colmados: los viejos y pisaverdes eran sus catedráticos en la ciencia infusa del buen tono.

En el gran mundo César resultaba uno de tantos advenedizos: no tenía renta, oficio ni beneficio; era un enigma viviente para muchos, excepto para doña Josefa, su patrona, que sabía á qué atenerse respecto á las grandezas y fastuosidades de su huésped. Su pasado, su presente y su porvenir los fundaba en el tapete verde y en los trozos de cartulina con cantos dorados.

César era hijo de un médico que á fuerza de despachar gente para el otro mundo se había hecho una renta cortísima para empleada en lujos, pero suficiente para sufragar las necesidades de una vida metódica. Al recibir César en la Universidad el título de bachiller, celebraron consejo el médico y su consorte doña Berenice, que lo veía todo á través del cristal de su fantasía. El padre quiso que César se consagrara á la medicina y recogiese, andando el tiempo, amén de unos cuantos pesos duros de herencia, la clientela suya. Doña Berenice protestó con todas las fuerzas de su vocecilla atiplada contra el designio de hacer del muchacho un doctorcito. ¡Bien estaría esto si su hijo se denominase prosaicamente «Juan,» como se le antojó al padre bautizarle; pero llamándose «César,» como quiso *ella* que se llamase, soñando que llegaría á eclipsar las proezas históricas de todos los Césares, ¡no por Dios! La carrera más adecuada era la de las armas. E ingresó en la academia de Toledo, y ni aprendió palabra de arte militar, ni los profesores, después de poner en juego todos los recursos, quisieron molestarse al ver que César era de los de la cáscara amarga, y más que su discípulo parecíalo de Venus por sus múltiples amoríos y aventuras, que mejor que asistir á clase concurría á los garitos y chirlatas, y que antes que estudiar seriamente ideaba el hacer diabluras con los compañeros y burlarse de sus profesores.

Un día entró César en el gabinete de su padre y compungido explicó que por *tirria* ó venganza injustificada habíanle expulsado de la academia los *envidiosones* de los jefes. El padre puso el grito en el cielo, la madre creyó en lo de la tirria contra su Cesarito, y cata la guerra civil declarada en el tranquilo hogar de D. Cosme. Aquel estado de cosas duró unos cuantos meses, hasta que el bueno del doctor, convencido de lo inútil de sus ruegos, amonestaciones y amenazas para que el señorito fuera hombre de provecho, le expulsó de su lado con la agravante de excomunión mayor.

César no se apuró mucho ni poco. Hízose amigote de unos cuantos compañeros de academia tan troneras como él, pero de más dinero y representación social, y á sus expensas se abrió paso en el gran mundo. Muchos sinsabores, muchas humillaciones, muchos desprecios, muchas comedias hubo de costarle el hacerse un hombrecito entre la pollería linajuda y millonaria, pero lo consiguió. César opinaba que el fin justifica los medios. Y del que así opina, puede esperarse todo.

Vivía del juego. Las cartas parecían corresponder á su adoración. Contadas veces podía acusarlas de infidelidad. El no se apuraba por tan poca cosa. Habilidosamente recurría al bolsillo de los amigos.

Cierta tarde me encontré á César que salía de casa de Ansorena, el joyero de la Carrera de San Jerónimo.

– ¿Qué haces aquí?, le pregunté.

– Acabo de comprar un magnífico aderezo por cuatro mil pesetas.

– ¡Soberbia compra! Y ¿á quién la destinas?..

– A mi futura.

– Pero ¿te casas?, le interrumpí asombrado.

– Sí; me caso con la hija del barón de Aguaperla; ya sabes, Aurora. No es muy guapa que digamos, pero en cambio es de las más ricas herederas de Madrid. Y váyase lo uno por lo otro.

– Según eso, haces una excelente boda...

– De conveniencia, chico, de conveniencia... ¡Qué diablo!.. ¿Crees que yo me casaría así á humo de pajas?.. ¿Perder la hermosa libertad de soltero porque una Fulanita te mire con ojos tiernos? ¡Jamás!.. Yo soy hijo de este siglo: muy positivista... Dos y dos son cuatro... Ya que uno se condene, que sea en coche.

– Y en este caso tu futura será la que lo ponga, que lo que es tú...

– ¿Yo? Yo no tengo ni un céntimo... Nada más que buenas prendas personales, dicho sea sin modestia; algo de crédito, muy buen humor y fama de hombre de mundo, elegante y decidor... Lo que es estas cualidades nadie me las discute... ¡Mira qué corbatita azul *glacé* me he comprado!.. ¡Monumental! Pero, volviendo á mi cuento: tú no sabes los trabajos que me ha costado el que Aurora aceptase mis relaciones y que su padre no se opusiese... ¡Naturalmente! Hay en Madrid tantos tiburones disfrazados de frac, que en cuanto hay una buena dote en perspectiva es cosa de titanes el lograrla: una hazaña de Hércules... Yo he triunfado. Gracias á los señores usureros: unas buenas personas, después de todo. Si no fuese por ellos, ¿cómo saldría yo de mi compromiso en relaciones tan costosas?.. Teatros, paseos, giras, rifas, ramilletes, mil y un obsequios que hay que hacer á cada paso para sólo conquistar una sonrisa del dueño bien amado... En fin, chico, mi boda es ya casi un hecho. Asistirás á ella, pues quedas comprometido desde ahora á servirme de testigo en la vicaría, en casa del notario y en la iglesia... ¡Ah!, y á redactar un sueltecito de los buenos dando cuenta del enlace de don César López y López con la bellísima señorita doña Aurora de Tal y Tal (lo de bellísima es una mentira de á folio; pero, anda, que muchas más de esta índole pesarán sobre tu conciencia). Y sigue el suelto hablando de mi magnífico suegro, el... ¿qué diremos?.. Sí, opulento barón de Aguaperla: suena mucho y es verdad... Luego no se te olvide lo de que los desposados han salido para sus posesiones; no sé á las que iremos... Y la bomba final, con lo de desearnos una eterna luna de miel. Un sueltecito de amigo, ¿eh?

II

El depositario de la fe pública, un hombrecillo gordo, coloradote, con cara de risa y ceremonioso de sobra, nos acogió haciéndonos tal cortesía que se me antojó zalema oriental.

Fuimos presentados los testigos y se procedió á la lectura de la carta de dote.

La voz del notario atacó con valentía los primeros párrafos, y en medio de un silencio solemne escuchamos la retahila de títulos y honores del muy excelentísimo Sr. barón de Aguaperla. César paseaba sobre los concurrentes una mirada de satisfacción como si quisiera decirnos: «¡Eh! ¡Vaya un señor suegrecito el mío!» La novia, indolentemente reclinada en uno de los divanes, tenía un gestecillo desdeñoso como si le molestaran aquellas fórmulas de la ley; el señor barón clavaba sus ojillos verdosos sobre su yerno y una sonrisa de complacencia se dibujaba en sus labios secos y descoloridos. Llegóse en la lectura á la lista de las ropas, alhajas, enseres y ajuar de casa, y más de tres cuartos de hora empleó el representante del *Nihil prius fide*, enumerando ropas interiores y de vestir, muebles, chucherías y regalos que alcanzaban una tasación escandalosa, figurando por veinticinco mil y pico de duros lo que escasamente valdría cinco mil. César reconcentraba su atención en la lectura. Esperaba él y esperábamos todos que aquello fuera el preludio, y que el dinero y las fincas, lo más substancioso de la dote, vendría á renglón seguido; pero lo que vino fué el otorgamiento y por consiguiente el final de la escritura, sin otros alboroques que los veinticinco mil de marras, de los cuales se daba por recibido César á título de administrador legal de su futura esposa.

Cuando el notario entregó la pluma al señor barón para que firmase, hizo César una mueca que nadie más que yo pudo observar: en ella leí un estupor muy grande.

El enlace se celebró al día siguiente con gran fastuosidad; pero todo resultó frío, ceremonioso y antipático. Bien á las claras se veía que aquella era una boda de conveniencia.

Nada más.

III

Por espacio de unos cuantos años viví alejado de la corte. Al poco tiempo de mi regreso me encontré en el café de Fornos con un individuo astrosamente vestido, de luenga y canosa barba, pómulos salientes y descarnados, ojos hundidos y sin expresión que, deteniéndome en el preciso momento en que iba á sentarme, me dijo con voz enronquecida por el alcohol:

– ¡Hombre! ¿No me conoces?

Quedé sorprendido al escuchar tal pregunta y murmuré una negativa.

– Soy César, insistió el que yo creía un mendigo importuno.

– ¿Tú?, pregunté con la misma entonación que si representara una comedia.

– ¡Yo, hombre, yo!, afirmó con acento amargo. ¡La víctima de mi magnífico suegro!.. Pero, ante todo, ¿me convidas á café?.. ¿Y á un puro?.. Ya ves que aún soy el mismo: tengo todos los vicios de un gran señor.

Al ver que yo accedía á sus deseos, palmoteó alegremente; cuando le sirvieron la taza de café y hubo encendido el cigarro comenzó diciéndome con un tonillo que él quería hacer cómico:

– La vida es de los listos: indiscutible, axiomático; pero á veces los listos cometemos una gran tontería y para siempre nos estrellamos contra la suerte... Yo me equivoqué de medio á medio al querer asegurar con el casamiento una posición brillante. He perdido mi libertad, ¿y para qué? Para sablear vergonzosamente á los contados amigos que aún me quedan, porque yo soy un cobarde á quien asusta el frío de un revólver puesto en la sien.

– Pero ¿qué es?.. ¿Te has arruinado?..

– ¡Ja, ja, ja! ¡Arruinado!.. Pero ¿tú no sabes lo que me ha sucedido?..

– No: he permanecido ausente de Madrid mucho tiempo.

– Te repito que el lance ha sido chistoso..., casi, casi una novela de Paul de Kock... Ya sabes que en la carta dotal de Aurora sólo figuran trapos y muebles valorados excesivamente. Yo firmé en la convicción de que mi respetable suegro, sin duda para ahorrarse el pago de los derechos reales de transmisión, eliminaba el dinero y valores públicos que constituían la cuantiosa fortuna con que dotaba á su hija, según cálculo de los más avisados. Me casé, y por delicadeza dejé pasar una semana, dos, tres, un mes, hasta que un día me despertó mi ayuda de cámara con la cantilena de que ni el tendero, ni el abastecedor de carne, ni nadie, en fin, me fiaba ya el valor de un céntimo. «¿Cómo se entiende?, pregunté muy furioso. ¿Dudan de mí esos imbéciles?.. Ahora verán.» Y me dirigí á casa del papá suegro. Le hallé almorzando muy sosegadamente. Después de darme un estrechísimo abrazo le indiqué lo que me ocurría, es decir, que vivía del crédito y que en casa no tenía ni un «perro chico» para atender á las más apremiantes necesidades.

– ¡Vaya, hombre, vaya, me dijo con aire de resignación, mal andan tus asuntos!

Echó mano á la cartera y sacó de uno de sus departamentos un billete que puso en mis manos.

– Pero ¿qué es esto?, pregunté entre confuso y avergonzado.

– ¡Mil pesetas, un alivio de costas, hombre!.. ¡Caramba y no abuses mucho de mi bondad, hijito!

– Pero ¿y lo que constituye la dote de Aurora, de su hija?, pregunté furioso de tal flema.

Si le hubiera preguntado por el gran Tamerlán de Persia no habría expresado mayor asombro.

– ¿La dote? Pero ¿cuántas veces quieres tú recibir la dote?.. ¿No te has hecho ya cargo de veinticinco mil duros?..

– Sí; en muebles, en cintajos, en chucherías, barboteé ahogándome la rabia.

– Pues hijo, no había más.

– ¿Qué? Pero siendo usted rico, inmensamente rico...

– Lo fuí, me atajó sonriéndose con amargura. Ahora estoy arruinado. La casa de los Aguaperla ha sido de las más opulentas; pero en la actualidad le ocurre lo que á las mujeres hermosas, que en la vejez sólo viven del recuerdo de sus pasados triunfos. Todo el mundo me cree archimillonario, y como el negar esto sería por mi parte una imbecilidad que llenaría de gozo á más de cuatro, dejo que cuenten fábulas de mis riquezas y sostengo el rango de la casa, gracias á mi suerte en el treinta y cuarenta.

Después de estas palabras, agrióse más el diálogo entre nosotros, hasta el punto de arrojarme mi suegro del comedor, diciéndome que jamás socorrería nuestras necesidades, y que si me había casado mi obligación era la de mantener á mi esposa.

En el estado de ánimo fácil de comprender, regresé á casa. Le conté á Aurora lo ocurrido. No se inmutó siquiera. Con palabras que expresaban el sentimiento de su dignidad ofendida me manifestó que no le sorprendía el paso que yo había dado y que lo esperaba para cerciorarse de que me había casado con ella por el dinero. Y ya que éste no existía,



EN EL TEMPLO, cuadro de Carlos Vigor

me dejaba en libertad absoluta, porque ella jamás sería mi esposa, sino en la apariencia.

Al día siguiente de esta entrevista, que me dejó anonadado, recibí una carta de Aurora en la que me manifestaba que volvía al lado de su padre y que para ahorrarme molestias me suplicaba no la volviese á ver.

Luego, ya adivinarás. Horrorizado de mi situación y del escándalo que sobrevendría, teniendo yo aún un resto de pudor, me marché á París huyendo de la sociedad que perdona al que triunfa y aborrece al que se deja vencer.

Mi vida ha sido una odisea de calamidades, de cuya enumeración te hago gracia para ahorrarte el disgusto de que vieses las lacerias y corrupción de sentimientos en que he caído... Mi pobreza de miserable me sirve de disfraz en la corte... Ya nadie me conoce ó lo finge. Ya no recuerda nadie al joven más elegante de Madrid, al famosísimo César López, encanto de los salones, que por querer hacer del matrimonio un negocio se ve mendigando un *perro grande* para comer y otro y otro para alquilar por la noche un mal jergón donde descansar de su fatigosa miseria.

A. Larrubiera

PRUEBAS DE AMOR

(Historia que parece cuento)

¡Cuán cierto es que la felicidad y la desgracia dependen más de nosotros mismos que de las circunstancias que nos rodean!

Pocos bombres en el mundo habrán reunido las condiciones en que se encontraba Alfredo para ser dichoso, y á pesar de ello es hoy un desventurado.

Alfredo, hijo de opulenta familia, recibió una educación sólida y seria: su cerebro desarrollado y cultivado en el estudio; su corazón abierto á todos los sentimientos nobles y generosos; su temperamento moral, si se nos permite la frase, perfectamente equilibrado, todo ello debía contribuir á ese bienestar íntimo, á esa tranquilidad de conciencia, factor indispensable de la dicha.

Añadid á esto juventud, fortaleza y una fortuna heredada, y tendréis una existencia no agitada por remordimientos en lo pasado, ni por sobresaltos al presente, ni por las incertidumbres del porvenir.

Y Alfredo, con todas estas condiciones de su tranquila y desahogada existencia, no era feliz.

Estaba solo en el mundo. Sediento de amor y de ternura, necesitaba compartir todo aquello con una dulce compañera que diera encanto á su hogar, calor á su alma y objeto á su vida.

Y el problema del matrimonio ¡es un problema tan difícil!

Alfredo creía, y creía bien, que no hay término medio en la vida del matrimonio: es gloria ó es infierno.

Decimos, pues, que no era feliz. Cierto que no tenía dolores; pero no basta con esto, porque la felicidad no puede ser una cosa negativa. Necesita algo de positivo, el goce, el placer, la conciencia de una íntima satisfacción.

Alfredo necesitaba casarse. He aquí el problema.

Su educación seria no se avenía con la educación frívola de las altas clases sociales. No quería una mujer de salón, sino una mujer de su casa. No quería una mujer para el mundo, sino para él.

Buscarla en la clase media era facilísimo, pero ofrecía un grave inconveniente.

El aspiraba á ser casado *per se*, no *per accidens*; es decir, por sí mismo, no por su fortuna.

Esta idea llegó á constituir en Alfredo una verdadera obsesión.

Y creyó resuelto el problema de una manera sencillísima. ¿Por qué no podía ser pobre?

II

Caridad era una muchacha virtuosa. Su padre, que murió de capitán, cometió la ligereza de casarse siendo teniente y no dejó á su viuda y á su huérfana la más pequeña pensión. ¿Quién es capaz de apreciar la suma de dolores, de tormentos, de privaciones, de estrecheces y de angustias de aquella pobre viuda del capitán hasta que pudo ver á su hija en edad y en disposición de ayudarla á ganar el *pan nuestro de cada día?*

Caridad y su madre cosían para tiendas.

Vosotras, infelices madres; vosotras, pobres niñas que vivís de la costura, sabéis la suma de vejaciones que esto representa.

Caridad era hermosa y pura, con esa belleza dulce, tranquila, algo espiritual de la joven modesta que pone todo su empeño en pasar inadvertida, en no fijar la atención de las gentes. Hermosura y pudor: la sublimidad de la belleza.

Un día se presentó un pretendiente á la linda mano de Caridad. Era Alfredo, un modesto empleado de ocho mil reales.

Las relaciones fueron breves y el matrimonio se realizó.

III

Instaláronse en una modesta casa, como correspondía á su modesta posición.

Ocho mil reales con descuento no dan mucho de sí para tres personas, porque la madre de Caridad vivía con ellos.

No podían sostener una criada, y entre la madre y la hija desempeñaban las faenas domésticas.

Durante los primeros meses disfrutaron una existencia tranquila. No había grandezas, pero tampoco grandes privaciones.

Un día Alfredo llegó á su casa desolado, abatido. Había quedado cesante.

Era preciso vivir y comenzó á contraer deudas á despecho de Caridad. Y sucedió lo que ésta había previsto: que llegaron los vencimientos, que no pudieron pagar y que los muebles de la casa fueron embargados.

Tuvieron que mudarse á un piso interior, y la madre y la hija volvieron á trabajar.

No había más ingresos que los escasos de la costura, y volvieron las estrecheces.

¡Pero ni un reproche, ni una queja!

Por entonces murió la madre de Caridad víctima de una pulmonía. Alfredo la lloró sinceramente, confesando que su suegra era una santa.

Quedó sola Caridad para el trabajo, si bien Alfredo, que continuaba cesante, aportaba de vez en cuando alguna cantidad ganada en pequeñas y eventuales ocupaciones.

De este modo transcurrieron dos años... Dos eternidades de angustias y miserias.

IV

– Caridad, mañana es el segundo aniversario de nuestra boda.

– ¡Ay, Alfredo! Buen aniversario nos espera... Tú sin trabajo, yo sin costura y el casero que nos apremia al pago.

– Nos mudaremos mañana mismo.

– ¿Estás loco?

– Ya lo verás.

En efecto, al día siguiente, á las nueve de la mañana, dijo Alfredo:

– Vístete lo mejor que puedas y vámonos.

– ¿Adónde?

– Nada me preguntes.

Caridad obedeció.

A la puerta de la casa vió una lujosa berlina.

Y ¡oh sorpresa!, el lacayo abrió la portezuela con muestras del más profundo respeto.

Alfredo hizo subir á Caridad, subió después, y dió al lacayo esta lacónica orden:

– A casa.

Y la berlina, arrastrada por dos fogosos caballos, comenzó á rodar con estruendo por el empedrado.

– Pero ¿qué significa esto?, preguntó la joven no muy segura de que no soñaba.

– Ya verás, ángel mío, ya verás.

Detúvose el coche delante de un suntuoso hotel. Alfredo dió el brazo á su esposa, y dijo:

– Todo cuanto vas á ver es tuyo.

Era aquella deliciosa mansión en todos sus detalles el último refinamiento del lujo y de la comodidad.

Caridad no podía dar crédito á sus ojos.

Llegó el momento de las explicaciones, y Alfredo

Terceto alegre, cuadro de A. Lessel

refirió la verdad toda: era rico, inmensamente rico, pero habíase fingido pobre para tener pruebas concluyentes del amor de su esposa.

El muy loco esperaba que ésta se arrojara á su cuello en transportes de felicidad.

Y sucedió todo lo contrario.

El rostro de Camila se demudó, sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzó á sollozar amargamente.

Cuando pudo hablar, sus primeras palabras fueron estas:

– ¡Pobre madre mía!

– ¿Crees que he olvidado á tu madre? Sus restos reposan en un soberbio mausoleo...

– ¡Ay!.. ¡Qué sarcasmo! ¡La dejaste morir en la miseria!

– Yo no pude prever aquella pulmonía traidora...

– Calla, calla... No te lo perdonaré nunca... Has querido poner á prueba mi amor, luego desconfiabas de mí... Yo en cambio tengo la prueba de que no me has amado.

– ¡Caridad!

– ¡Basta, caballero!

V

Caridad y Alfredo viven en la opulencia, pero no son felices porque los separa un abismo.

El, buscando su dicha, ha encontrado su desgracia en la indignación que su conducta ha despertado en su esposa, indignación que la joven no trata de ocultar.

Antes era dulce, expansiva, cariñosa, tierna. Ahora es uraña, altiva, desdeñosa.

Y he aquí cómo Alfredo, que pudo ser feliz, no es hoy más que un desventurado.

Creyó asimismo hacer feliz á su mujer y la ha hecho desgraciada.

¡Misterios del corazón!

Hay que convenir en que las pruebas de amor son peligrosas, como demostró Cervantes en *El curioso impertinente*.

VICENTE MORENO DE LA TEJERA

LA ÓPERA MODERNA

Con este título ha publicado un periódico alemán un artículo que reproducimos á título de curiosidad, y para que se vea que á pesar de los éxitos conseguidos en Alemania por los dos modernos compositores italianos, Mascagni y Leoncavallo, en la patria de Wagner reina y reinará siempre cierto sentimiento de hostilidad hacia cuanto en materias musicales se produzca en la de Rossini y de Verdi.

Dice así el citado artículo, que por cierto no lleva firma del autor:

«Hace apenas tres años los periódicos nos anunciaron la buena nueva del nacimiento de la *ópera moderna*. El fausto suceso había acontecido en Italia: el editor de música Sonzogno, maestro en el arte de hacer valer á sus paisanos, era el padrino de la recién nacida, y en cuanto al padre de ésta, el nuevo genio Pedro Mascagni, decíase de él que se parecía á Beethoven y que componía como Mozart y Wagner juntos. Por aquel entonces hice un viaje á Italia, y en Como tuve el gusto de conocer á un músico que había oído *Cavalleria Rusticana*, y que decía mucho bueno y mucho malo de esta ópera, á la que con cierto sarcasmo llamaba sólo «la ópera de Sonzogno.» De pronto, un caballero que comía en una mesa inmediata, pues estábamos en un restaurant, dirigióse á nosotros y con acento entre cómico y patético nos dijo: «Perdonen ustedes, *Cavalleria Rusticana* no es la *ópera de Sonzogno*, sino la *ópera de Ricordi*» (el rival de Sonzogno en el negocio editorial de música). Quedé un instante perplejo; pero recordando que *ricordi* en italiano significa *recuerdos*, comprendí la gracia del retruécano, con el cual quería indicarse que *Cavalleria Rusticana* era «la ópera de las reminiscencias.»

»Poco después oí la obra de Mascagni, y su audición confirmó aquel juego de vocablos. Sí, Mascagni componía como Mozart y Wagner juntos y también como Verdi y como Gounod y como tantos otros. Esto no obstante, aquella primicia de un compositor tuvo un éxito colosal en Alemania: el gran público, curándose poco de las reminiscencias, alegrábase de oir una ópera nueva, con fáciles melodías y además dramática, ajustada á las modernas exigencias de algo de realidad. En las óperas siguientes Mascagni incurrió en menos reminiscencias, pero desgraciadamente no las reemplazó con nada propio. La confianza en el joven maestro comenzó á decaer, y entonces la atención fijóse con mayor interés en otro astro nuevo que aparecía también en Italia.

»Rugiero Leoncavallo, nacido en Nápoles en 1858, dióse á conocer entre nosotros con una ópera en dos actos, *I Pagliacci*, que si no produjo tanta sensación como *Cavalleria Rusticana*, tuvo en cambio un éxito más sólido.

»¿Quién nos dará la ópera moderna? ¿Mascagni con su próxima obra ó Leoncavallo? De este último está actualmente en estudio en Berlín una ópera en cuatro actos, *Los Medicis*, y cuando estas líneas se publiquen es posible que se diga, como se dijo de Mascagni: «¡Ya ha aparecido el genio, el nuevo Mozart, el nuevo Wagner!» Quizás sucederá lo contrario; tal vez la ópera no tendrá éxito. Pero de todos modos, puede actualmente ser de interés el preguntarse: ¿cuál de los dos caudillos de los «nuevos italianos» nos dará la ópera moderna, la obra que merezca ser calificada de verdadero progreso en tales materias?

»Comparando á Mascagni con Leoncavallo salta desde luego á la vista una gran afinidad entre ambos: los dos tienen indiscutible talento para la ópera, carácter músico y sangre dramática y dominan la técnica hasta el punto de que el público no ve en ellos una vacilación; los dos persiguen la belleza y la verdad de la expresión, los dos quieren halagar el oído y ser dramáticos modernos. Lo que les distingue es una mayor pasión en Mascagni, una concepción más acabada y más sólida en Leoncavallo: aquél, dejándose llevar por el sentimiento, cae á veces en trivialidades; éste, inclinándose á la tendencia opuesta, incurre en pedanterías; para el primero el drama musical es una especie de camisa de fuerza, siendo muy probable que alguna vez suspire por los hermosos tiempos de Donizetti y de Bellini; el se-



DOS AMIGAS, cuadro de L. de Flesch-Brunningen



RAFAEL Y LA FORNARINA, cuadro de Enrique Leffler



REBECA, cuadro de R. Armenise

gundo, en cambio, da todos los días gracias al gran Ricardo por haberle... *abierto* el camino; porque ¡qué es un libretto de Wagner al lado de uno de Leoncavallo! Wagner no hacía más que poesía; Leoncavallo hace historia. *Los Medicis* es un «trabajo histórico en cuatro actos,» y ahondando en el texto encuéntrase casi en cada página una cita. Leoncavallo debe haber desenterrado los antiguos códices, ha de ser un terrible erudito.

»¿De quién hemos de esperar la verdadera ópera del porvenir? ¿Quién nos dará la ópera realmente moderna? En mi sentir, ninguno de los dos: Mascagni y Leoncavallo, á pesar de sus diferencias, son hermanos, y su padre se llama Verdi. Y aun el anciano Verdi ha intentado fundir el Verdi nuevo con Ricardo Wagner.

»Preciso es consignar que después de Wagner ningún progreso ha realizado la música dramática, por lo que podría decirse que la ópera ha llegado al más alto punto de su desenvolvimiento. Sin embargo, no es así: Wagner ha creado ciertamente el drama musical en el sentido estricto de la palabra; pero hizo de él el instrumento revelador de su propia naturaleza, y por lo tanto lo llevó por un camino desviado. La ópera habrá llegado á la cúspide cuando aparezca el drama musical en que nos veamos retratados nosotros mismos, si no vestidos con las prendas de uso ordinario, animados por los sentimientos que nos agitan; el drama musical con héroes que sientan como nosotros, cuyo modo de ser no sea tan opuesto al nuestro como lo son el de Lohengrin y el de Elsa, el de Siegfrido y el de Brunehilda, un drama musical en el que se manifieste todo lo que hay en el alma humana, lo dulce y lo salvaje, lo bueno y lo malo, en el que nos veamos reflejados como en un espejo, que nos haga sentir todas las maravillas de la vida anímica que la palabra es demasiado pobre para explicar.

»Pero este drama musical no lo creará un italiano, sino un alemán..., verdad que apenas necesita ser demostrada. Y en ese drama musical estarán fundidas la verdad y la belleza, como lo están en la canción que canta la madre para dormir al hijo enfermo y en las alegres notas que lanza al aire la niña enamorada y correspondida.»



Aldeana de Lagartera en traje de fiesta, dibujo de Baldomero Galofre. – A la galantería del distinguido pintor reusense debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores otro estudio de su copiosa cartera, cogido al azar entre los centenares que en ella existen, que constituyen la valiosa colección que bajo el título de *España pintoresca* va reuniendo Galofre, con el único propósito de describir artísticamente con el pincel y el lápiz cuanto interesante, grandioso y típico existe ó se conserva en nuestra querida patria.

Dificilísima empresa sería la de enumerar cuanto por medio de constante labor é inquebrantable entusiasmo ha logrado reunir nuestro apreciable amigo, ya que los dibujos, acuarelas, pasteles, óleos, etc., etc., ascienden, como hemos indicado, á algunos centenares; hemos de limitarnos, pues, á consignar que la obra emprendida por el artista tiene los caracteres de monumental, y que aparte del caudal que representa, honra á su autor y aun á España por contar con artistas que, como Galofre, consagran á su patria cuanto podían ofrecerle de más valía, su inspiración y su esfuerzo.

Toledo. – Turistas y mendigos, cuadro de Ricardo Madrazo. – El conjunto de monumentos de todas las épocas que encierra la imperial ciudad de Toledo, los múltiples contrastes que ofrecen sus construcciones por la variedad de sus órdenes y estilos, y especialmente los restos que en ella se conservan de la dominación árabe, son causa para que los turistas afluyan ávidos de admirar sus innumerables bellezas. Inspirándose, pues, en el asunto que para el artista ofrecen los extranjeros que visitan la histórica ciudad y los pordioseros que los acosan para lograr algunas monedas de cobre, han servido al inteligente pintor Ricardo Madrazo para la ejecución del cuadro que reproducimos, que forma parte de la interesante colección que ha dedicado á Toledo, copiando bajo distintos aspectos y en forma esencialmente artística y pictórica gran parte de sus bellezas.

En uno de los anteriores números consignamos algunos conceptos acerca de la valía y cualidades del Sr. Madrazo, que hoy no repetimos por no molestarle en su natural modestia.

Edad dichosa, cuadro de Miss Enriqueta Hathed. – Por distintos caminos puede llegarse á la realización del ideal artístico, con tal de que, sea cual fuere la senda emprendida, el artista la siga con talento y con entusiasmo: quién nos emociona tratando asuntos de alto vuelo, quién uniendo á la sencillez de un tema la simplicidad de procedimientos para desarrollarlo. Miss Hathed, en el cuadro que reproducimos, sigue este segundo sistema, y su *Edad dichosa* justifica lo que decimos, ó sea que con sobriedad de recursos pueden obtenerse grandes efectos.

En el templo, cuadro de Carlos Vigor. – Generalmente los artistas que tratan asuntos como éste ponen entre las varias figuras alguna que exprese la devoción; el autor de este dibujo rompe con esta costumbre y nos ofrece un grupo de personas en ninguna de las cuales encontramos tal sentimiento. No puede negarse que el procedimiento es original, mas tampoco cabe negar que no siempre los que al templo acuden van á él impulsados por los sublimes afectos que la religión despierta. Por otra parte el dibujo de Vigor contiene grandes bellezas técnicas y cada una de sus figuras revela el talento de un buen observador y de un consumado dibujante.

Terceto alegre, cuadro de A. Lessel. – Quizás ayer lucharon como fieras en el campo de batalla; tal vez mañana hallen la muerte en el combate. ¡Qué importa! Siempre y en todos los países el soldado olvida los riesgos pasados y se cura poco de los peligros futuros en cuanto la guerra le deja un rato libre para entregarse al placer. Recientes ejemplos hemos visto de ello; pero más que en los actuales tiempos ofrecíanse estos contrastes en aquel período del siglo XVII, época á que pertenecen los personajes del bellísimo cuadro de Lessel, en que la guerra de Treinta años atrajo á Alemania los aventureros de todas las naciones, que un día empuñaban el arcabuz ó la pica para sembrar el terror y al siguiente tañían el laúd para entretener sus ocios ó seducir doncellas.

Dos amigas, cuadro de L. de Flesch-Brunningen. – Difícilmente puede darse mayor naturalidad que la que encontamos en las dos figuras de este cuadro: en sus actitudes, en sus semblantes hay tanta verdad que pudiera creerse que algún fotógrafo indiscreto sorprendió en su confidencia á las dos amigas. Si á esto se añade la *factura* elegante, el dibujo correcto y la tonalidad simpática de la pintura, preciso será reconocer que el lienzo de Flesch-Brunningen es una obra bajo todos conceptos acabada.

Rafael y la Fornarina, cuadro de Enrique Leffler. – ¿Quién no conoce la historia del famoso pintor de Urbino y de su amada, la hija de un panadero de Roma, de donde le vino el nombre de Fornarina? El notable artista alemán Leffler al trasladar al lienzo esas dos interesantes figuras parece haberse inspirado en las obras mismas de Rafael, pues su cuadro tiene, aparte de las bellezas técnicas, un sabor clásico que nos transporta á otros tiempos y á otros géneros que siempre serán dignos de admiración y de estudio.

Rebeca, cuadro de R. Armenise. – Esta bellísima figura del Antiguo Testamento ha inspirado á muchos pintores y recientemente al italiano Armenise, el cual ha ideado una Rebeca fascinadora, de aquel tipo hebreo puro, de ojos negros, rasgados y velados por sedosas pestañas, de labios gruesos y sensuales, de blancos dientes, de esbelta figura y mórbidas formas. Armenise, algunas de cuyas obras conocen ya nuestros lectores, es el pintor de los colores deslumbrantes, de las tonalidades enérgicas, y hoy figura con razón entre los primeros de Italia.

Retirando las redes, cuadro de Onofre Garí Torrens. – Otro cuadro de Onofre Garí, de igual género del que ha poco dimos á conocer á nuestros lectores, podemos hoy reproducir. Ambos distínguense por la semejanza del asunto; ambos son copia fiel de escenas y faenas de pescadores, estudiadas del natural en las playas de la costa catalana. *Retirando las redes* es un lienzo verdaderamente recomendable, ya que el autor ha logrado representar con feliz acierto el penoso esfuerzo que precisan hacer los laboriosos pescadores para sacar á la playa las repletas redes al terminar la operación de la pesca.

Onofre Garí cultiva con provecho otros géneros, sobresaliendo, sin embargo, en la pintura de costumbres marítimas, en cual género pocos son los que descuellan, dadas las dificultades que ofrecen los tipos y la representación de cuanto se relaciona con su modo de ser, que sólo puede recogerse del natural á costa de detenido estudio y no pocas molestias.



Bellas Artes. – Berlín. – Se ha constituído el comité de la gran exposición de Bellas Artes que se celebrará desde el 3 de mayo hasta el 2 de septiembre del presente año. Fórmanlo el pintor Brausewetter, presidente; el pintor Conrado Dielitz, secretario; el pintor Ernesto Koerner, tesorero, y el pintor W. Friedrich y los arquitectos Carlos Hoffacker y Baurat de Grossheim, vocales. Las obras deben remitirse antes del 14 de Abril.

– La Asociación de Artistas berlineses ha celebrado hace poco su asamblea general, á la que asistieron unos 150 asociados. De la memoria leída resulta que la Asociación cuenta con un capital de 377.500 pesetas en valores y 4.125 en metálico. En la renovación de la junta resultaron reelegido presidente el pintor Antonio de Werner y elegidos: secretario primero, el arquitecto Schwenke; secretario segundo, el pintor H. Seeger; tesorero primero, el pintor Korner; tesorero segundo, el escultor Maximiliano Unger, y archivero, el pintor Juan Dahl.

Leipzig. – El Consejo de esta ciudad ha adquirido para el Museo Municipal la estatua en mármol de Mac Klinger *Salomé*, que tan admirada ha sido en cuantas capitales ha estado expuesta y de la cual hemos hablado en una de nuestras anteriores *Misceláneas*.

Londres. – La Galería Nacional ha adquirido un retrato de Durero, pintado por él mismo, que formó parte de la colección Félix de Leipzig y que fué ofrecido al Museo de Berlín por 150.000 pesetas.

Munich. – El celebrado pintor Luis Braun se ocupa actualmente en pintar un nuevo panorama que representará la batalla de Morat, en la que los confederados suizos derrotaron á Carlos el Temerario de Borgoña en 22 de junio de 1476.

Cracovia. – En honor del gran pintor polaco Matejko, recientemente fallecido, se proyecta la creación de un Museo nacional que llevará el nombre del famoso artista y que probablemente se instalará en la casa donde éste habitó.

Roma. – El proyecto de adquirir en la capital de Italia un palacio para los artistas alemanes parece que será en breve un hecho: el edificio que se trata de comprar es la grandiosa Villa Strohl-Fern, situada cerca de la puerta del Popolo, muy á propósito para el objeto á que se le destina por su situación y por sus dimensiones y disposición interior.

Teatros. – Después de haberse representado con gran aplauso en Turín y en Brescia se ha cantado en la Scala de Milán, con exito extraordinario, la ópera de Puccini, *Manón Lescaut*.

– En el Filodramático, de Milán, se ha estrenado el drama de Ibsen *La mujer del mar*, que ha sido recibida con gran entusiasmo por una parte del público y de la crítica y con grandes protestas por otra parte de los mismos.

– En el Teatro Nuevo, de Leipzig, se ha cantado con muy buen éxito la ópera de Puccini *Manón Lescaut*, cuyo libreto ha sido vertido al alemán por Luis Hartmann.

– En el teatro de la Corte, de Carlsruhe, se ha estrenado con gran aplauso una ópera de Tchaikowski, titulada *Yolanda*.

– Después de una brillantísima campaña por Alemania, la eminente actriz Leónor Duse ha disuelto su compañía en Munich. La función de despedida fué una ovación continuada: el regente de Baviera invitó á la famosa actriz á su palco; las actrices de los teatros de la corte le ofrecieron una corona de laurel y los actores de su compañía le entregaron un sentido documento de despedida. Dícese que en la próxima primavera la Duse dará en Londres una serie de representaciones con una compañía inglesa. Dícese también que con objeto de atender á su salud emprenderá en breve un viaje á Egipto. Lo que no se dice, por fortuna, es que piense retirarse de la escena, como hace algún tiempo se aseguraba.

– La ópera de Mascagni *El Amigo Fritz* ha sido representada con gran aplauso en el teatro de la Ciudad, de Breslau.

– En el teatro Goldoni, de Venecia, se ha estrenado con gran aplauso un drama de Jacinto Gallina, *La base de tuto*, cuyo argumento se funda en el contraste entre los que todo lo cifran en el afán de riquezas, y el protagonista, para quien la base de todo es el amor al prójimo.

– En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se representará en breve *Tristán é Isolda*, de Wagner.

París. – Se han estrenado con éxito: en el Chatelet, *Le tresor des radjahs*, drama de gran espectáculo en cinco actos y catorce cuadros, de Ennery y Ferrier; en el Teatro Libre, una traducción de la obra alemana de Hauptmann titulada *La Asunción de Hannele Mattern*, que su autor califica de poema-ensueño y que es una especie de cuento leyenda sencillo, ingenuo y eminentemente poético; en el Odeón, una bien escrita comedia en un acto, *Fausse Manoeuvre*, de Bertol Graivil y Marc-Sonal; *Le Bourgeois republicain*, interesante pieza en un acto, de A. Valabregue, y una obra de estilo shakespeariano en cuatro actos y en verso, titulada *Yanthis*, de Juan Lorrain, con algunos números de música de Gabriel Pierné; y en la Comedia Francesa, *¡Cabotins!*, comedia en cuatro actos, de Eduardo Pailleron.

Madrid. – En el Real se ha estrenado con muy poco éxito la ópera *Falstaff*, de Verdi, en cuya ejecución sobresalieron la señora Arkel y los Sres. Menotti y Pini Corsi. Dos éxitos grandes han sido *Zaragüeta*, graciosísima comedia en dos actos, de Ramos Carrión y Vital Aza, estrenada en Lara, y el sainete estrenado en Apolo, *La verbena de la Paloma ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*, del popular y siempre aplaudido Ricardo de la Vega, con preciosa música del maestro Bretón, quien ha demostrado en esta partitura su talento para cultivar el género ligero, como antes había demostrado su genio para componer óperas de grandes alientos. En el Español ha conseguido grandes aplausos el interesante drama de Francisco Copée, *Severo Torrelli*, arreglada á la escena eapañola en hermosos versos por el Sr. Fernández Shaw. Se han estrenado también con buen éxito: en Romea, *La del Capotín ó con las manos en la masa*, graciosa parodia de *La de San Quintín*, letra de Gabriel Merino y música arreglada por el maestro Arnedo; en Eslava, *Cosas del pueblo*, zarzuela en un acto, de Calixto Navarro y Mariano Herrero, con música del maestro Santonja, y en Martín, *Cupón de exterior*, zarzuela en un acto, del Sr. Vidal, con música del maestro Rivero.

Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito, en el Eldorado, *La casa de baños*, graciosísima comedia en dos actos, de Enrique Gaspar. En Romea se ha representado el poema de gran espectáculo en seis actos y treinta cuadros, *Jesús*, del popular escritor Federico Soler, con música del maestro Goula. En el Principal, el eminente Novelli logra más aplausos que provecho, poniendo en escena, con su maestría de siempre, obras de su vasto repertorio, entre ellas *Otello*, *Un romanzo parigino*, *La famiglia Barilotti*, *La bisbetica domata* y otras.

Necrología – .Han fallecido:

Edmundo Fremy, eminente químico francés, antiguo profesor de Química en la Escuela Politécnica y en el Museo de Historia Natural, director de éste á la muerte de Chevreuil, miembro de la Academia de Ciencias, comendador de la Legión de Honor, autor de muchas obras importantísimas, entre ellas un *Tratado de química general*, y director de una monumental *Enciclopedia Química*.

Pablo Porta, mecánico italiano, inventor de la escalera de su nombre para salvamento en casos de incendio, invento que fué premiado por el rey Víctor Manuel con 20.000 pesetas.

Julio Rezasco, político y publicista italiano, autor de un notable *Diccionario del idioma italiano histórico y administrativo* y de otras interesantes obras de filología, de instituciones y de usos y costumbres.

Leopoldina Berg, notable actriz austriaca.

Enrique Beyaert, uno de los más célebres arquitectos belgas, apasionado por el estilo del Renacimiento flamenco, autor de varios monumentos existentes en Bruselas, Amberes, etc.

Ignacio Ellminger, pintor paisajista y de género, austriaco, profesor del Real Gimnasio Municipal de Viena.

Jorge Federico Schierholz, escultor alemán, autor de muchos bustos retratos y de multitud de esculturas decorativas.

D. Francisco Asenjo Barbieri, ilustre compositor español, individuo de las Reales Academias Española y de Bellas Artes, uno de los maestros españoles más populares y que más han contribuído al desarrollo de la zarzuela, autor de *Jugar con fuego*, *Los diamantes de la corona*, *Sueños de oro*, *Los comediantes de antaño*, *El barberillo de Lavapiés*, *El hombre es débil* y otras igualmente aplaudidas.

Doña María Mendoza de Vives, una de las primeras poetisas españolas, premiada en varios certámenes, entre ellos el de la Real Academia Española cuando las bodas de D. Alfonso XII con la infanta doña Mercedes de Orleans, socia honoraria de la Real Academia barcelonesa de Buenas Letras.



Y bendiciendo á la pareja burlescamente, se alejó enviando besos á la máscara

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Sí, el corazón le decía que Mania no faltaría. La buscaba en las avenidas menos frecuentadas, allí donde los touristas acabados de llegar en tren de recreo, envueltos en dominós de percalina, se quedaban dormidos en los bancos; ó recorría el restaurant escudriñando entre las máscaras con el deseo de ver alguna que le pareciera la encantadora á quien perseguía. Seguido de Lechantre entró en la sala del teatro donde se bailaba. Allí, la misma música animada, la misma afluencia de máscaras en los palcos ó en el tablado, la misma variedad de trajes é igualdad de colores, la misma embriaguez de placer. La atmósfera era sofocante y Mania no debía estar allí. Volvieron al jardín, donde podían pasear sin apreturas y con más probabilidades de hallar á quien se buscaba. A fin de respirar más libremente, los dos se habían quitado la careta y paseaban con el rostro descubierto.

– Es curioso, murmuraba Lechantre, en ningún pecho y en ninguna cintura veo el ramito de claveles rojos de aquella buena pécora... ¿Habrá querido reirse de mí?

Al pasar por delante de la hilera de mesas del café, instaladas en el jardín,

halláronse no lejos de un grupo de dominós muy elegantes, sentados en torno de un velador y que tomaban helados. En aquel punto una máscara se separó del grupo y se dirigió á los dos amigos. Era una dama de aspecto juvenil. Un traje de crespón de China blanco delineaba su cintura y sus caderas, y encima llevaba una especie de manto griego, guarnecido de encajes rojos. Las mangas muy anchas, abiertas desde el codo, permitían ver la blancura delicada de sus dos brazos de estatua; una graciosa gorrita de encaje de oro, guarnecida de amapolas, apenas cubría una parte mínima de su espesa caballera rubia. La dama llevaba un estrecho antifaz de terciopelo, la mitad rojo y la mitad blanco, que dejaba ver la mitad del rostro y sobre todo la hechicera sonrisa de una boca sonrosada y burlona.

Detúvose delante de Santiago y Lechantre, abanicándose, y contempló un instante con la ironía en los labios la elevada estatura del viejo, junto al cual Santiago parecía un niño.

– ¡Calle, dijo riendo, el papá y el niño!.. ¿Dónde se ha quedado la mamá?

– La hemos dejado en el guardarropa, replicó jovialmente Lechantre; pero contigo nos basta, hermosa sirena, si quieres completar el terceto.

– Gracias, gigante, repuso la dama mirando impertinentemente al paisajista, no me gustan los tercetos.

– ¿Un dúo?.. ¿quieres un dúo?, preguntó Lechantre poniendo su mano en la de la desconocida.

Esta dió un paso atrás, y aplicándole un abanicazo en los dedos le dijo secamente.

– ¡Quietas las manos! Tú eres demasiado respetable para una mujer como yo, y no me gusta ir con gentes de más edad, saber y gobierno que yo. Déjame al *niño*, que tengo que decirle dos palabritas; y mientras, continúa por ahí peregrinando y vuelve luego á recoger á esta criatura. No temas que le suceda nada malo, te lo devolveré sin el más leve detrimento.

Lechantre saludó cómicamente, y soltó el brazo de Santiago.

– Obedezco, señora duquesa, dijo á la máscara; y volviéndose á Santiago, que estaba muy pálido, díjole:

– Sea norabuena, grandísimo tunante. Tienes una fortuna loca. Hasta luego, hijos míos, y tened juicio.

Y bendiciendo á la pareja burlescamente, se alejó enviando besos á la máscara. Santiago estaba por completo turbado cerca de ésta, que se apoyaba ligeramente en su brazo y en la que había reconocido perfectamente á Mania, que procuraba disfrazar la voz. Había llegado la ocasión con tanto ardor deseada. Hallábase al lado de la mujer que hacía tres días exasperaba su curiosidad y trastornaba su cerebro; la libertad del baile de máscaras permitía la mayor expansión en su entrevista, y les creaba una casi soledad en medio de la multirud; sin embargo, esta feliz circunstancia le turbaba más que le regocijaba. Presentía que algo decisivo iba á resultar de esta entrevista, quizás algo irreparable... Hasta aquel momento la posibilidad de una relación íntima con la baronesa Liebling no había salido de los dominios del sueño. Ahora comprendía que después de cambiar las primeras frases con aquella mujer, entraba completamente en la realidad; que después de haber pecado de pensamiento, pecaría de obra, y que una primera acción temeraria provocaría otras que ya no le sería posible evitar. Y al mismo tiempo confesaba su debilidad para resistir; sentíase arrastrado por una fuerza misteriosa, fascinado por el imán de aquellos dos ojos que brillaban á través de los agujeros de la careta y que le atraían con una fuerza irresistible... Sucedíanse en su cerebro estas reflexiones con una rapidez eléctrica, mientras la dama le miraba, agitando nerviosamente el abanico de plumas rojas y blancas.

– Tienes un aire muy melancólico, maestro, le dijo irónicamente. ¿Sientes haber dejado el nido conyugal, ó temes que yo te comprometa?.. ¿No me preguntas siquiera por qué he querido hablar contigo?

– Sí, máscara, respondió Santiago, procurando disimular su emoción y aparentar serenidad, ¿qué capricho ó qué curiosidad me proporciona este honor?

– Una curiosidad que debe halagarte un poco. Quiero que me digas el asunto del cuadro que estás pintando.

– No tengo asunto, no trabajo ahora.

– ¡Es lástima! ¿Es el sol de Niza ó la vida casera que llevas lo que te quita las ganas de trabajar?

– No; eres tú, murmuró Santiago, mirándola fijamente.

– ¿Yo?.. Si no me has visto jamás.

– ¿No te he visto?.. Te he visto estos días de locura carnavalesca, y te he visto y admirado dos veces en la villa Endymión.

– Te engañas.

– No me engaño. Quien te ha visto una vez, no te olvida jamás; quien te ha oído cantar los aires populares de tu país, conserva toda la vida la música de tu voz en sus oídos y en su corazón. ¿Quieres que te diga tu nombre?

– Es inútil, interrumpió la máscara vivamente. Que lo sepas ó no cállatelo. El incógnito es uno de los encantos del baile de máscaras, y así se puede hablar con mayor franqueza y expansión. Dame el brazo y paseemos.

Asidos del brazo dieron la vuelta lentamente al lago. La senda era estrecha y Mania tenía que ir muy ceñida al brazo de Santiago. Este sentía sobre su pecho el fresco contacto del brazo desnudo, el roce de aquel cuerpo de mujer, á tiempo que el olor de una rama de tuberosa, prendida en el corpiño, le subía á la cabeza. Estremecido de placer, perdía la serenidad, y las palabras salían con dificultad de sus labios. Y mientras paseaban, la orquesta del jardín interpretaba á maravilla el vals de la *Estudiantina*, y Mania inconscientemente marcaba el ritmo con un ligero balanceo. Miró intensamente á su acompañante y prosiguió:

– Es decir, que en este mundo de Niza hay una dama que canta aires populares de su país, y que posee el privilegio de emocionarte... ¿Es hermosa?

– Es más que hermosa, es adorable; tiene unos ojos que hechizan, que embriagan, respondió el artista con voz insegura.

– ¿De veras? ¿Y de qué color son sus ojos?

– Se parecen á los de usted, murmuró abandonando el tuteo banal de la máscara.

Este súbito cambio de tono, que daba un carácter más respetuosamente apasionado á la declaración de Santiago, pareció alejar la ironía de los labios de Mania; ésta cesó de sonreir y miró á Santiago con una expresión más grave y más dulce al mismo tiempo.

– Sí, continuó el hechizado Santiago, mira lo mismo que usted, y su mirada, como la de usted, produce el vértigo.

– Pues si es tan seductora, dijo en tono de cariñosa reconvención, ¿cómo se explica que huya usted todas las ocasiones de verla?

– ¿La conoce usted?, preguntó Santiago sonriendo.

– Puede ser... Suponga usted que es una de mis amigas íntimas.

– Pues si es usted su amiga, hágame la merced de hacerla saber que huyo de ella porque tengo miedo...

– ¿Miedo de qué?

– De amarla demasiado

– Cuando se ama, no se ama nunca demasiado.

– Y miedo también de no ser amado, añadió el pintor bajando la voz.

– Para ser amado es preciso amar... Si usted no le demuestra su amor, ¿cómo quiere usted que le corresponda?

– ¿Y si confieso á usted que la amo locamente?..

– No es á mí á quien ha de confesar usted eso..., á ella, á ella, á la cantadora de aires populares.

– Ella y usted son la misma persona; confiéselo usted...

Y la apretó el brazo apasionadamente.

– ¡Ay!, por Dios, cálmese usted, exclamó irónicamente la máscara.

Y después, volviendo al tono suave, añadió:

– Creo que á fuerza de dar vueltas á este estanque, nos mareamos los dos.

Se soltó del brazo del pintor, y dirigiéndose á un banco desocupado, se sentó.

– ¿Está usted fatigada?, le preguntó.

– No, pero siento que se apodera de mí la melancolía... Pienso si es usted sincero, ó si es solamente la cabeza de usted, y no el corazón, la interesada en este momento .. Pienso también qué pensará de mí.

– Amo á usted, eso es todo lo que pienso, esto es todo lo que puedo decir..., todo lo que siente mi corazón.

Mania, reflexiva, le miraba con ternura, mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa escéptica. Santiago miraba fijamente, y sentía un desvanecimiento como si contemplara un abismo. Experimentaba una deliciosa fascinación; las máscaras blancas y rojas que bailaban bajo la iluminación de los faroles de colores; el ritmo cadencioso de la orquesta; la llama que brillaba en los ojos de Mania y la enigmática sonrisa de sus labios de púrpura, todo esto era para él una amorosa sinfonía blanca y roja cuyo motivo dominante era la hechicera mujer. Entre los dos reinaba en aquel punto un voluptuoso silencio, un silencio de encantamiento, durante el cual imaginábase el pintor elevado á una grande altura, en una ideal región en que resonaban los ecos de músicas lejanas, en medio de una mágica decoración de colores luminosos...

Mania se levantó súbitamente.

– Adiós, le dijo, voy á reunirme con mis amigas.

– ¿Adiós?.., preguntó Santiago con ansiedad. No, no, no me abandone usted.

– Imposible, caro maestro. Allí veo á su amigo el peregrino que viene hacia acá y trae del brazo un monaguillo, y no quiero estar en tan devota compañía... ¡Adiós!

– No pronuncie usted esa triste palabra, suplicó Santiago, cogiéndole la mano. ¿Cuándo volveré á ver á usted?

– ¿Le interesa á usted mucho?

– ¿Podría yo vivir sin ver á usted?

– ¡Bah!, exclamó Mania, volviendo á su tono irónico, ¿no ha pasado usted más de un mes sin hacer á Mania la visita que le había prometido?.. No quiero inducir á usted á la tentación, no quiero separar á usted de sus afecciones de familia, de sus deberes...

– ¡Oh! Eso ya está hecho, murmuró enloquecido el pobre artista.

– ¿Lo cree usted así?.., preguntó Mania con una postrera mirada embriagadora...

Y reflexionó un momento.

– Pues bien, añadió, mañana en el Corso blanco... Mi coche estará á las nueve en la esquina del boulevard del Mediodía y de la plaza. *Good by.*

Hízole una reverencia y se alejó, volvió después la cabeza y le saludó, perdiéndose por fin entre la multitud de máscaras.

– ¿Soy yo el que ha hecho huir á esa pájara blanca?, preguntó jovialmente Francisco Lechantre.

En una mano llevaba enarbolado su cayado con la calabaza y con la otra ceñía el talle de una morenita de veinte años disfrazada de monaguillo. La muchacha se había quitado la careta. Bastante graciosa, con ojos negros como la tinta, y nariz donosamente remangada, reía con mucha alegría enseñando una hermosa dentadura. Un pequeño solideo rojo dejaba ver los cabellos negros y espesos de la muchacha; una cintura blanca ceñía su talle, adornado de un ramo de claveles rojos, y hacía resaltar su abultado pecho, verdaderamente impropio de un monaguillo. Lechantre parecía ufano de su conquista y la acariciaba paternalmente. Santiago, impresionado por la súbita desaparición de Mania, estaba grave y taciturno. Lechantre continuó:

– Hijo mío, te presento á la señorita Pepita, de profesión ramilletera y monaguillo de afición. Hace un momento la he encontrado en conferencia con dos mosqueteros; pero la he demostrado que tan peligrosa compañía no era digna de un monaguillo y la he vuelto á la senda del deber. Ahora, para completar su conversión la llevo á cenar... Supongo que tú nos acompañarás.

– Gracias, estoy muy cansado y voy á acostarme, contestó Santiago preocupado.

– ¡Cansado ya! ¡Ya no hay jóvenes!.. ¿Es que estás cansado ó que te ha dado un desengaño la paloma blanca?.. ¿Ha sido demasiado cruel?.. Eso es lo que tiene aficionarse á la *hig-life*. Anda, anda á dormir... El sueño es un gran remedio... Buenas noches y hasta mañana.

Llevóse alegremente á Pepita, y Santiago los vió desaparecer bajo la bóveda iluminada del vestíbulo. Recorrió luego precipitadamente todas las calles del jardín; entró en la sala del teatro, buscó en todos los palcos, esperando volver á ver á Mania; pero ésta, sin duda, había salido del baile con sus amigos, porque en ninguna parte la halló.

El también salió del casino y se encaminó á la calle Carabacel, perseguido por el ritmo de la *Estudiantina* y por la música, que palpitaba en sus oídos, de las últimas palabras de la baronesa Liebling.

Santiago entró silenciosamente en su habitación. La criada se había acostado y reinaba en la casa un silencio absoluto. Las impresiones que acababa de recibir habían sido tan vivas que le costaba mucho volver á la realidad. Estábase en pie en medio de la habitación sin pensar siquiera en encender luz. La obs-

curidad le gustaba más, porque le permitía prolongar mentalmente el placer de las sensaciones nuevas que había experimentado. A tientas abrió la ventana, descorrió la persiana y estuvo largo tiempo apoyado en la baranda, cubierto aún con el dominó que había llevado al baile, que había rozado con el traje de Mania, y conservaba todavía el sutil perfume de este contacto. La noche comenzaba á refrescar; por entre los macizos de naranjos que se extendían por el lado de la calle Pastorelli, el viento del Este traía los ecos de las músicas del casino y el rumor de las máscaras que salían del baile. Entre estos rumores de la fiesta que concluía, la figura de Mania pasaba y repasaba ante sus ojos como una alucinación. En todo, en la sombra gris de la calle, en las tinieblas más opacas de la habitación, en el follaje de las mimosas, veía brillar como á través de los agujeros de la careta de terciopelo los dos ojos verdes hechiceros, llenos de ironía y también de promesas de felicidad. Le parecía que la baronesa Liebling estaba todavía á su lado, apoyada como él en la baranda de la ventana, y allí, muy cerca, creía oir la voz de la hechicera vibrar con una sonoridad desconocida é incomparable. Repetía todas las palabras que Mania le había dicho, las saboreaba como un bebedor saborea el *bouquet* de un vino especial, las sometía mentalmente á un minucioso análisis para extraer todo el jugo, para penetrar toda la significación.

¿Era posible que Mania le amase?.. Entre sus palabras, irónicas ó agresivas la mayor parte, recordaba algunas pronunciadas con suma dulzura y con emoción evidente, con una entonación de suprema ternura. Estas palabras las unía en su mente como flores raras, y respiraba con delicia el perfume... Y una bienhechora ráfaga de esperanza le ensanchaba el pecho. Hay palabras, hay acentos que vienen á los labios cuando el corazón está verdaderamente interesado; estas palabras, ella las había pronunciado, y la música de estas inflexiones de voz no se alejaba un momento del oído de Santiago. ¿No le había prometido que la volvería á ver el día siguiente? ¿Por qué le habría dado esta cita si no estuviera dispuesta á amarle? Santiago conservaba un fondo de cándida credulidad, á pesar de su rápido aprendizaje de la vida parisiense, y no tenía noción de lo complejo y lo ilógico del corazón femenino. No imaginaba que una mujer pudiera exponer su reputación por un alarde de vanidad, por un capricho de curiosidad, ó simplemente por el placer de jugar con el peligro. La entrevista de una hora en el casino, la cita para el día siguiente, parecíanle garantías de sinceridad, casi compromiso solemne de amor... La idea de la cita de la noche siguiente, en el coche de Mania, hacía latir su corazón con inusitada violencia. Desde luego saboreaba el secreto encanto, la deliciosa emoción, las voluptuosidades de una conversación íntima, y se prometía que ningún escrúpulo, ninguna consideración le impedirían asistir á la cita. Iba á estar contando los minutos que le separaban del ansiado momento de su nueva entrevista con la hechicera mujer, y felicitábase de la casualidad que le aseguraba la más completa libertad. Teresa y su madre no llegarían, lo más pronto hasta la mañana del martes... Veíase ya sentado al lado de Mania con las manos de ésta en las suyas y devorándola con la mirada..., y ardía su cerebro, hinchábanse sus párpados y el corazón parecíale que no le cabía en el pecho... Cerró la ventana, arrojó el disfraz sobre un sillón, con las demás prendas de su traje, y se metió en la cama. El sueño tardó mucho en llegar, un sueño iluminado por el resplandor de dos ojos verdes y por las luces blancas y rojas del casino, y amenizado por vagas músicas de baile; al fin, fatigado de cuerpo y de espíritu, acabó por dormir...

Y dormía cuatro ó cinco horas hacía, cuando percibió cierto rumor confuso muy cerca. En el estado apenas consciente que sucede al sueño oyó el rodar de un carruaje y el ruido de abrir y cerrar puertas. Se restregó maquinalmente los párpados, abrió los ojos, y vió que por la ventana, cuyas persianas había olvidado cerrar, penetraba un rayo de sol. Al mismo tiempo creyó oir en la habitación inmediata pasos menuditos, risas suaves, exclamaciones femeninas. De pronto, en su cerebro aún trastornado surgió un pensamiento luminoso. «¿Habrá vuelto Teresa?» Y mientras expresaba penosamente esta suposición, la posibilidad de este regreso prematuro é inesperado le impresionaba desagradablemente y le devolvía toda su lucidez. En el mismo instante la puerta se abrió.

– Somos nosotros, exclamó alegremente Teresa.

– Miren el perezoso, entró diciendo la madre. ¡En la cama con este sol!..

Y al mismo tiempo la señora Moret corría al lecho de su hijo, y le abrazaba y le besaba llorando de alegría.

– ¡Hijo mío, hijo de mi alma!, exclamaba... ¡Qué feliz soy!, ¡qué feliz!

Y luego, comprendiendo que debía dejar á Teresa su parte de caricias, la cogió de la mano y la llevó junto al lecho conyugal.

– Abraza, hijo, abraza á tu Teresa. Bien puedes decir que te ha tocado en suerte la mujer más buena y más cariñosa... Si supieras con qué cariño nos ha traído... ¿No es verdad, Cristina?.. ¿Dónde andas?..

Cristina, envuelta todavía en un ancho abrigo que parecía un hábito carmelita, estaba en la puerta de la habitación y lo escudriñaba todo con la vista; su mirada se había fijado en el sillón donde aparecía, entre otras prendas de vestir, el capuchón de lana blanco y una manga del mismo adornada de lazos rojos.

– Aquí estoy, mamá, respondió sin distraerse de su investigación.

Santiago, que se había vuelto á mirarla, sorprendió su mirada investigadora y vió que la tenía fija en la manga de los lazos rojos. No pudo reprimir el pintor un movimiento de contrariedad y despecho.

– Pero Cristina, ¿tienes miedo de abrazar á tu hermano?, dijo la madre.

– Me parecía, contestó Cristina fríamente, que Teresa tendría que hablar mucho con su marido.

Avanzó en pudibunda actitud entre su madre y su cuñada, y sin acercarse mucho á la cama, dió la mano á su hermano y retrocedió luego.

Santiago, impresionado y nervioso, se esforzaba en aparecer tranquilo, prodigando caricias á su madre y estrechando afectuosamente las manos de su mujer.

– Queridas mías, dijo al fin, perdonadme, pero no os esperaba esta mañana y me habéis sorprendido durmiendo á pierna suelta.

– ¿No has recibido mi telegrama?, preguntó Teresa.

– No, murmuró con inquietud, ¿me habías telegrafiado?

– Sí, ayer, en la estación de Lyón antes de partir. Al mediodía debiste recibirlo... Y... míralo, aquí lo tienes sin abrir sobre la mesa de noche.

Y cogió el telegrama que estaba cerca de la bujía, lo abrió y leyó en voz alta: «Llegaremos mañana lunes primer tren. Te abrazamos.»

– ¿Cómo no lo has visto cuando has venido á acostarte?

– Pues como estuve fuera de casa todo el día..., respondió Santiago un poco turbado...

Y luego, reponiéndose añadió:

– ¡Ah! No os lo he dicho. El Sr. Lechantre está en Niza; ayer pasamos el día juntos; por la noche vine tarde; la criada estaba ya durmiendo, y yo me acosté sin luz, bien ajeno de que estuviera aquí el telegrama. ¡Ha sido casualidad! Si lo hubiese visto, ya podéis suponer que habría ido á la estación.

Teresa estaba pensativa, como con una súbita preocupación, y Santiago se apresuró á cambiar de conversación.

– ¿Y qué te parece Niza, mamá?.. ¿Y á ti, Cristina?

– Hijo mío, contestó la señora Moret, todo lo que he visto desde la estación aquí me parece bonito... Tantas flores, tantos naranjos, tantas palmeras... Esto parece un paraíso terrenal, ¿verdad, Cristina?

– Yo, contestó ésta, no he tenido nunca la mejor opinión de este delicioso país... Porque me recuerda que en el paraíso terrenal fué donde la serpiente tentó á Eva y perdió á ésta y á Adán... y no me fío.

Santiago no pudo reprimir un movimiento de despecho.

– Mamá, dijo, Teresa te llevará á tu cuarto y á Cristina al suyo. Mientras me vestiré y dentro de un cuarto de hora soy con vosotras.

Y como se incorporó como si fuera á echarse fuera de la cama, Cristina, asustada, se dirigió á la puerta, llevándose á Teresa.

– Antes quiero abrazarte y besarte otra vez, hijo mío, dijo la mamá.

Y como lo dijo, lo hizo, y luego salió, siguiendo á su hija y su nuera.

Cuando se cerró la puerta, Santiago se levantó, se puso el pantalón y cogió con rabia el maldecido disfraz... «¡Demonio!, exclamó, Cristina lo ha visto, ya lo creo que lo ha visto. A esa no se le escapa nada. Mi mujer no sospechará nada; pero Cristina con su mala intención es capaz de utilizar este descubrimiento para despertar los celos de Teresa y atormentarla.» Envolvió rápidamente el disfraz en un periódico, y llamó á la criada.

– Dále esto al portero, dijo á la muchacha, y dile que lo lleve al momento á casa del alquilador de trajes del boulevard Dubouchage... En cuanto me vista, pensó, iré á buscar á Lechantre, y á prevenirle para que no diga luego alguna inconveniencia.

Santiago pensaba que su travesura de la víspera le creaba una situación sumamente anómala y embarazosa.

Iba á verse obligado á buscar subterfugios y recurrir á humillantes y vergonzosas mentiras. Y no era todo esto; había aceptado con alegría la cita en la convicción de que la ausencia de su mujer le dejaría en completa libertad. ¿Qué iba á hacer? ¿Bajo qué pretexto, el mismo día de la llegada de su madre y de su hermana, pasaría la noche ó una parte de ella fuera de su casa? ¿Podía acaso dejar á Mania que le esperase en vano en el sitio convenido?... Esto sería perderla para siempre, y esta idea le ponía fuera de sí. La pasión que le arrastraba á Mania era más irresistible que la víspera; la baronesa le parecía más adorable cada instante que pasaba. Le había sujetado con dulces y á la vez apretados lazos, le pertenecía en absoluto, y le irritaba la idea de que le separaran de ella. No, á toda costa era preciso que acudiera á la cita... Y ya desvanecidos sus escrúpulos por la fuerza de su pasión y la violencia de su deseo, pensaba que lo que le convenía procurar con todo empeño era asegurarse la complicidad de Lechantre.

Teresa había instalado ya á su suegra en la habitación que le tenía reservada y que comunicaba con un gabinete destinado á Cristina, y después había vuelto á la sala para proceder con el auxilio de su cuñada á abrir los mundos.

Al mismo tiempo que sacaba de uno de éstos los vestidos y la ropa blanca de su madre, Cristina pensaba en aquel disfraz que había visto, y como temía Santiago, ardía en deseos de hablar del capuchón maldito á Teresa. Y se regocijaba, en su habitual malignidad, de la impresión penosa que había de producir en su cuñada tan desagradable conversación.

– ¿Sabes, dijo á Teresa, que es muy extraño que Santiago no haya visto el telegrama?

– Ya ha explicado el motivo, hermana Cristina. Volvió tarde á casa, y se acostó sin luz.

– Muy cansado estaría para meterse tan pronto en la cama sin encender la vela siquiera... Me temo que estuviera en algún baile de máscaras.

– No sé, replicó Teresa estremeciéndose, y tampoco sé por qué lo supones.

– Puede que sea un juicio temerario, murmuró hipócritamente la devota... ¿No has visto en la alcoba un traje blanco con lazos y botones rojos?

– Sí, lo he visto, contestó fríamente Teresa.

– ¿Y no te ha chocado?

– No. ¿Por qué? Aquí todo el mundo se disfraza en Carnaval, y Santiago habrá alquilado, sin duda, un traje para acompañarnos á alguna de las muchas fiestas de estos días... Y aunque lo haya utilizado ya, asistiendo á la fiesta del casino con su maestro Lechantre, no veo en ello ningún mal.

– Eres muy tolerante, observó agriamente Cristina. Yo siempre he oído decir que los salones de baile de máscaras son lugares de perdición.

– Pues no tengas miedo de que Santiago se haya perdido.

– Santiago es un hombre, suspiró la beata, y todos los hombres son débiles ante la tentación... En fin, tú no recelas nada y estás muy satisfecha... Mejor para ti.

– Sí, tengo confianza en el afecto y en la lealtad de mi marido, hermana. Estoy segura de que ese traje no encierra ningún misterio, y el mismo Santiago nos lo explicará todo cuando se levante.

En este punto entró Santiago en la sala, y Cristina, que acababa de sacar del mundo las ropas, fué á llevarlas á la habitación de su madre. Al dirigirse á la sala, el artista pensaba: «Si me habla del traje, le diré: Sí, he estado en el baile: ¿qué tiene eso de particular?» Solo con Teresa, empezó por hacer preguntas á su mujer acerca de su viaje. Teresa se apresuró á satisfacer su curiosidad contándole todos los detalles. Esperaba la buena esposa que él, á su vez, le diría cómo había empleado los días de su ausencia y con qué fin había alquilado el disfraz.

No se habría atrevido á interrogarle y hacerle presumir las vagas sospechas que desde su llegada la atormentaban. Pero el pintor no abordada el capítulo del capuchón de los lazos rojos. «No me dice nada del disfraz: señal segura de que no lo ha visto. Lo más prudente es dejarla en su ignorancia.» Así pensaba Santiago, y en vez de hacer la más leve alusión á los incidentes del día anterior, procuraba llevar la conversación á otros objetos.

Sin embargo, era penosa para él esta conversación, temiendo á cada momento que Teresa le interrogase.

(Continuará)

PÁGINAS DE LA AUTOBIOGRAFÍA

DE SALVINI

Era yo un niño cuando me escapé de mi casa por habérseme figurado que me trataban con dureza, y tres días después encontráronme en una ciudad distante. Conducido á presencia de mi padre por un antiguo criado de la familia, recuerdo que el proceder de aquél para conmigo me produjo profunda impresión, pues lejos de castigar severamente mi escapatoria, me trató con una bondad que operó un cambio completo en mi carácter infantil.

Muy pronto pudo comprender el autor de mis días que ni mi hermano ni yo podríamos dedicarnos formalmente á nuestros estudios en medio de la vida nómada que observábamos con su compañía teatral, y por lo tanto resolvió dejarnos en Florencia con nuestros tíos. A mí se me destinaba á la carrera de leyes, y mi hermano debía ser pintor.

Durante tres años me consagré asiduamente al estudio, cumpliendo así con lo que de mí se deseaba; pero en tiempo de vacaciones mi tío y yo íbamos á ver á mi padre, si éste trabajaba cerca de Florencia, y todas las noches asistíamos al teatro. Desde entonces me aficioné singularmente á los dramas y tragedias, tanto, que cuando se representaba una pieza cómica pedía permiso para acostarme. Un día fuí solo con mi padre á Milán, tuve la suerte de ver una pieza representada por el famoso actor Luigi Vestri, *Malvina*, y por primera vez supe que se puede reir y llorar al mismo tiempo. Aquel artista produjo tanto efecto en mi imaginación de niño, que cuando mi padre me presentó á él al día siguiente, quedé como encantado, sin poder pronunciar una palabra, pues parecíame estar ante alguna divinidad.

Por aquel tiempo ocurrió un accidente enojoso en casa de mi padre: su segunda mujer, á quien yo apenas conocía, olvidando los sacrificios que por ella se hicieran, le abandonó, y esto le produjo tan profundo pesar que solamente la idea de que sus hijos iban á quedar abandonados le retrajo del suicidio. Yo contaba entonces trece años, pero tan precoz era mi desarrollo que parecía tener diez y siete ó diez y ocho. Esto consoló mucho á mi padre, quien considerando que yo sería para él no solamente un buen hijo sino un fiel compañero, resolvió llevarme consigo dondequiera que fuese. Apenas hubo terminado el carnaval en Florencia, mi padre se contrató con la compañía de Bon y Berlaffa como primer actor, y llevóme consigo, dejando á mi hermano proseguir sus estudios en la Escuela de Bellas Artes.

Mi primera aparición en escena se debió á una mera casualidad. Cierta noche la compañía Berlaffa debía representar las *Mujeres curiosas*, de Goldoni; pero el actor encargado del papel de gracioso, que en esa pieza figura ser un esclavo estúpido llamado *Pasquino*, sintióse enfermo pocas horas antes de levantarse el telón. No se sabía de quien echar mano, ni quedaba tiempo para sustituir con otra la función anunciada, y ya se había decidido suspenderla aquella noche, cuando á Berlaffa le ocurrió indicar á mi padre que yo podría por aquella vez encargarme del papel. Mi padre contestó que por él no había inconveniente si yo aceptaba; hiciéronme la proposición, y yo accedí, sin más deseo que el de complacer á los empresarios, gente de gran importancia á mis ojos. Con mi memoria de hierro, á las tres horas aprendí mi papel de *Pasquino*, y poniéndome el traje del actor enfermo, admiróme mi rápida transformación. Era la primera vez que debía presentarme en escena, la primera que debía hablar un dialecto á que no estaba acostumbrado y la primera en que todo un público fijaría sus miradas en mí. Al hacer esta reflexión confieso que me atemoricé, y estuve á punto de correr á mi cuarto y renunciar; pero mi padre me contuvo diciéndome: «¡Sería una vergüenza; el hombre no debe tener nunca miedo!» ¡Hombre me llamaba, á mí, un muchacho de catorce años! Sin embargo, aspiré á serlo aquella vez.

Sin duda debía tener yo aptitud para el papel de gracioso, porque hice reir mucho al público, y esto era cuanto se quería. Sorprendió á todos que yo tuviese tan buena disposición, y á mi padre más que á nadie, porque no esperaba tanto de mis pocos años.

Desde entonces me habló con frecuencia del arte dramático y de la misión del artista, y los sanos principios que me inculcó cuando tuve edad para comprenderle me sirvieron después de norte y guía en toda mi carrera. No debo á mi mérito personal haber merecido el aprecio de la sociedad, pues todo lo atribuyo al mérito de mi padre.

En 1843 fuimos á Padua para agregarnos á la compañía de Gustavo Módena, compuesta casi toda ella de actores de menos de veinte años. En la contrata que mi padre firmó no se me daba á mí la menor importancia, ni se me asignaba sueldo alguno; pero debía hacer cuanto el director me mandase. Esto era humillante para mí después de mis pequeños triunfos en el papel de Pasquino; pero mi padre me aseguró que era llegada la hora de entregarme seriamente al estudio de mi profesión, y esto fué suficiente para que yo me sometiera sin replicar.

El maestro Módena, después de informarse sobre lo que yo había hecho hasta entonces, quiso saber lo que se podía hacer de mí, y para probarme entregóme una copia del discurso que Egisto dirige á Polifonte en la tragedia *Merope*, de Alfieri, diciéndome: «Estudiarás esto, y cuando lo sepas quiero que me lo recites, poniendo toda tu inteligencia y expresión. He dado otra copia igual á cada uno de los demás actores, y así sabré pronto quién tiene más disposición para la tragedia.»

Y al día siguiente sabía perfectamente mi papel de memoria; se le recité á mi padre, que corrigió algunos defectos, y llegado el momento presentéme á Módena para sufrir el examen. «Hay en ti algo bueno, díjome el director, y serás todo un hombre para mí.» Después de esta prueba el maestro me confió diversos papeles, cada vez más importantes, y mi padre debió proveerme de los trajes necesarios, lo cual no era escasa carga para él; pero soportólo todo de la mejor voluntad, porque creía ver brillar una hermosa aurora al principio de mi carrera.

Por desgracia se nubló muy pronto mi sonrosado horizonte, pues cuando más sobrecargado estaba de trabajo mi padre enfermó en Palma Nuova. Yo quise permanecer á su lado, aunque mi compañía terminaba sus compromisos en la localidad; pero díjome que era forzoso que yo fuese á Crémona con mi director, pues no sabría que hacer sin mí, y á pesar de mis instancias hube de separarme de él con lágrimas en los ojos porque era mi mejor guía.

Poco después recibí la primera carta suya, en la cual me exhortaba á conducirme bien y á ser estudioso; pero en las que me escribió después noté que su hermoso carácter de letra no era ya tan firme é igual. Esto me inquietó, y mis temores subieron de punto cuando pasaron algunos días sin recibir carta alguna. Pedí permiso á Módena para ir á Palma Nuova, pero rehusó concedérmele, y como yo insistiera, amenazando con separarme de la compañía, contestóme secamente: «Es inútil ya que usted vaya, porque su padre ha muerto.»

Una desgracia no viene nunca sola, según dicen, y de ello tuve entonces una dolorosa experiencia. Poco después de la muerte de mi padre me indispuse con el maestro Módena por una cuestión que en sí no tenía gran importancia, y quise rescindir mi contrato desde luego; mas atendiendo á ciertas consideraciones accedí á permanecer seis meses más con la compañía. Durante este tiempo el maestro y yo estuvimos en la mejor inteligencia, y pocos días antes de nuestra separación pude comprender cuán ventajosos habían sido para mí los consejos, los preceptos y la enseñanza de Módena. Al despedirme de él parecióme haber perdido un segundo padre, y no dudé, á juzgar por su emoción, que él tambien me consideraba casi como un hijo.

Después de separarme de Módena emprendí el viaje hacia Nápoles, mas al llegar á Livorna supe que no podía trabajar hasta después de la Pascua. Tenía allí, sin embargo, antiguos amigos de mi padre, y hallándose entonces en aquella localidad Adelaida Ristori, á quien no conocía, me quedé para verla. La eminente actriz que tanta fama debía alcanzar contaba entonces veintitrés años, y habíase hecho ya acreedora á la más lisonjera consideración. Era hermosa como la Madona de Rafael; su graciosa figura tenía poderoso atractivo, y llamaba también la atención por sus maneras distinguidas. Muchos se enamoraron de ella, y los que se libraron de perder su corazón contentáronse con admirarla. Joven y ardiente, como yo era, y casi demasiado poético, no pude ser indiferente á los encantos de aquella sirena, y olvidando otras simpatías en presencia de la Ristori, un nuevo afecto invadió mi corazón.

A la edad de diez y seis años hallábame en Nápoles formando parte de la real compañía florentina. Yo llevaba conmigo las modernas ideas inculcadas por la enseñanza del maestro Módena y la fresca influencia de Adelaida Ristori; pero precisamente por esto no podía llevarme bien con mis nuevos compañeros, á quienes aterraban las reformas en el arte. Se me confiaban papeles de muy poca importancia, y solamente una vez permitióseme representar la parte de Annio en la *Clemenza di Tito*, lo cual me valió una entusiasta recepción por parte del público.

Muy disgustado pedí al fin la rescisión de mi contrato; pero en aquel mismo año de 1845, muy desgraciado para mí por los sacrificios que las circunstancias me impusieron, me ajusté en el mismo Nápoles con la compañía Domeniconi y Coltellini en clase de *primo amoroso*, componiéndose aquélla de artistas de reconocido mérito. Muy pronto me granjeé la amistad de mis compañeros, que vieron sin duda en mí la tendencia al progreso, y fuí contratado para el año siguiente, durante el cual fuimos á trabajar á Roma, donde yo no había estado nunca.

En 1847 llegué á Siena con mi empresario Domeniconi, que había contratado á la Ristori y á otros artistas de nota, y no fué entonces nada fácil mi tarea, pues se me confiaba un nuevo papel distinto cada noche. ¡Oh prodigiosa memoria mía, á ella debí salir airoso de mi empresa! No ocultaré que me

Tomás Salvini á la edad de veintinueve años

alentaba mi afecto á la Ristori, que se complacía en excitar mi celo; pero cuando llegamos á Roma me convencí de que sus generosas palabras de estímulo no eran para el enamorado, sino para el joven artista. En aquel tiempo la eminente trágica era mi ideal, y admirábame el perfume y la frescura con que impregnaba el verdadero arte.

Cierto incidente contribuyó aquel año á realzar mi reputación artística á los ojos del público. Hacía mucho tiempo que el célebre Lombardi había hecho en aquella ciudad el *Orestes*, de Alfieri; Ventura, Ferri, así como otros famosos actores, y por último el mismo Gustavo Módena, habíanse encargado de aquel difícil papel; mas no consiguieron borrar la impresión que Lombardi produjera, porque en él concurrían todas las cualidades necesarias para salir airoso, y así es que transcurrieron algunos años sin que ningún artista intentara resucitar el *Orestes*. Sin embargo, en ocasión de dárseme el beneficio que me correspondía hablé con un *diletante*, amigo mío, y díjele que mi deseo era elegir el *Orestes*. «Hijo mío, contestóme, ¿serás capaz de exponer toda tu fortuna jugándola á una carta? Otros más expertos que tú se arrepintieron de haber acometido la tentativa, y yo te aconsejo que no te expongas á perder de una vez todo cuanto has ganado en favor del público.» Esta observación no hizo mella en mí; yo no conocía obstáculos, y para mi beneficio, usando de mi derecho, impuse á la compañía la tragedia de *Orestes*. Llegada la noche de la representación, recuerdo que los oídos me zumbaban á fuerza de oir las advertencias de unos y otros; fuí al teatro Valle tres horas antes de levantarse el telón, y comencé á pasearme entre bastidores como una fiera, sin hablar á nadie ni contestar á los que me preguntaban. No descenderé á minuciosos detalles ni pormenores: el primer acto terminó con aplausos para la Ristori, Job y Domeniconi, que representaban respectivamente los papeles de Elettra, Clitemnestra y Egisto; después se tocó el preludio que precede al segundo acto, y oyendo por uno y otro lado palabras amigas que me decían «¡ánimo, Salvinetto!,» salí á la escena sin inclinarme apenas por los aplausos que saludaban mi aparición. Tuve la suerte de identificarme en absoluto con el personaje que representaba, y cuando hube acabado de recitar los primeros versos, el público, que había vuelto á quedar silencioso después de saludarme, aprobó con una salva de aplausos que se prolongaron largo tiempo desde el patio á las galerías. Entonces me dije: «¡soy *Orestes!*» Los aplausos convirtiéronse luego en verdadero entusiasmo, y desde aquel momento obtuve mi título de trágico. ¡Apenas había cumplido diez y nueve años!



GUSTAVO MÓDENA, gran actor italiano

En 1848 emprendimos una excursión por Sicilia, cuando aún no se habían manifestado las perturbaciones políticas de aquel año, y entonces comenzó para mí una serie de accidentes, percances y tribulaciones que no esperaba yo en mi vida de artista. Cuando llegamos á Roma, el movimiento revolucionario tomó grandes proporciones; organizóse la guardia nacional y fuí alistado en el 8.° batallón romano. Después se proclamó la república, entre cuyos jefes figuraban Roselli, Garibaldi y Medici, siendo Mazini uno de los tres cónsules. Fuí uno de los defensores de Roma; los franceses me hicieron prisionero con varios de mis amigos; y como se comprenderá, hube de sufrir muchas contrariedades. Gracias á los esfuerzos de mi tío, estuve pocos días prisionero, concediéndoseme la libertad mediante la condición de salir al punto de Florencia; y como mi director Domeniconi tenía ya permiso para continuar sus representaciones en Roma, me dirigí á la Ciudad Eterna sin vacilar.

Todas las horas que el teatro me dejaba libre dedicábalas al más asiduo estudio. No podría recordar cuánto he leído durante los dos años que estuve con la compañía romana; pero sí diré que era más inclinado á la poesía que á la prosa y que me atraían particularmeute los autores clásicos; Ossián, Dante, Taso, Ariosto y el Petrarca eran mis favoritos; y entre los extranjeros agradábanme sobre todo Milton, Goethe, Schiller, Byron, Corneille, Racine, Moliere y en particular Shakespeare. Los papeles que más á menudo desempeñé y en que mayores pruebas de simpatía me dispensó el público italiano fueron: el de Orestes, en la tragedia de este nombre; el de Egisto, en *Merope;* Romeo, en *Julieta y Romeo;* Paolo, en *Francesca de Rimini;* Icilio, en la *Virginia,* de Alfieri, y otros que sería ocioso enumerar.

En la primavera de 1851, Adelaida Ristori entró á formar parte de la compañía de Turín, y yo permanecí con Domeniconi hasta principios de 1853. Por entonces tuve la suerte de asistir á varias representaciones que la célebre artista Rachel daba en el teatro de Metastasio, en Roma. ¿Qué podría yo decir de esa incomparable actriz francesa? Era la quinta esencia del arte de Roscius, expresión, actitud, dignidad, aspecto majestuoso; todo se reunía en ella. Sus ojos, negros y brillantes como el azabache, su magnífico cabello del mismo color, contribuían á realzar su interesante figura. Su voz, simpática y armoniosa, revelaba las diversas pasiones con la más correcta entonación; y en una palabra, aquella artista era la misma encarnación de la tragedia. Su mérito era tan supremo, que bien se la pueden perdonar algunos ligeros defectos de carácter, debidos tal vez á la enfermedad que minaba su existencia. La idea de que no agradaba á sus compatriotas, á pesar de sus méritos, exacerbó la afección que padecía y que la condujo á la tumba.

¡Pobre Rachel, quiera Dios que la compasión de un artista italiano pueda llegar hasta la morada eterna!

(Continuará)



RETIRANDO LAS REDES, cuadro de Onofre Garí Torrens

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 5 de marzo de 1894 — Núm. 636

Muy próximamente repartiremos el tercero y último tomo de NERÓN, que corresponde á la serie del año 1893 y que no hemos repartido antes por causas ajenas á nuestra voluntad. - Con el próximo número repartiremos el tomo segundo de la obra TRADICIONES PERUANAS, respecto del cual nuestros corresponsales tendrán presentes las observaciones que consignamos en el prospecto de 1894 para los suscriptores que lo fueran desde 1.º de enero del presente año.

Está imprimiéndose, para repartirse oportunamente, la hermosa obra de Zorrilla ECOS DE LAS MONTAÑAS.



CANTE Y MANZANILLA
pandereta pintada por José Garnelo



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El terror en Europa. – Los anarquistas. – Cambios económicos y sociales á virtud de los descubrimientos científicos. – Necesidad de no alarmarse. – Tristezas. – Muertes. – Arrieta. – Barbieri. – Recuerdos. – Caracteres de las sendas obras músicas de ambos autores. – Observaciones. – Conclusión.

I

No podríamos, aunque deliberadamente nos lo propusiéramos, apartar la idea del movimiento anarquista. Este volcán, hirviendo bajo nuestros pies hoy, presta con sus resuellos y con sus erupciones al suelo social oscilaciones de terremoto. Los antiguos ofrecieron en la fábula de Anteo un símbolo de las fuerzas múltiples adquiridas por los humanos, cuando ponen el pie sobre su base de sustentación mecánica y se nutren de la madre tierra que diluye jugos vitales en sus venas y presta vivificadores átomos, por medios químicos, á los huesos y á las fibras. Así, cuando falta bajo los pies la tierra, el pecho se ahoga y se desvanece la cabeza. Pues con este recurso universal á que un explosivo, especie de nube sólida cargada de aniquiladores bólidos, os sobrecoja y asalte, vivís ahora en la sociedad, faltándoos por completo el suelo social, sobre cuya solidez poníais antes el hogar de vuestras familias y el sepulcro de vuestros muertos. Como consecuencia de tal estado, el terror colectivo que hoy reina, muy semejante á una epilepsia social. Por consecuencia de tal terror, las leyes represivas generadoras de una espantosa reacción. Por consecuencia de esta reacción, un alto en el desarrollo de los derechos y de las libertades, que aparecen, al cabo, como los únicos medios de que disponemos para conjurar errores de cuyo virus corrosivo se originan y proceden tan horribles crímenes. No hay que caer en vulgaridades como la leída por mí estos días en los maravillosos capítulos de Renán, delineándonos la siniestra figura del rey Herodes; no hay que confundir los cristianos de la sociedad antigua con los anarquistas de la sociedad contemporánea. Existen sectas racionales y progresivas y reformadoras, las cuales combaten los poderes é instituciones de su tiempo, mas oponiéndoles un ideal concreto, y en este ideal alimentando una verdadera esperanza. Como hubo algo bueno y hasta óptimo con que contrastar un imperio y un emperador tan perversos como Nerón, por fuerza escribió un San Juan iluminado el *Apocalipsis* espiritual de aquella Roma, torpe Babilonia, ebria de sangre cristiana, con la cual han yacido los déspotas del mundo y contra la cual vienen armados de cometas exterminadores los ángeles del cielo. Pero el anarquismo aparece como una negación, exenta por completo de las correlativas afirmaciones. Así es una sima sin fondo, y así aparecen estos malvados como aquellas legiones de feroces demonios, con que soñaban los místicos y los penitentes y los ascetas en sus visiones religiosas. Y lo que más agrava su aparición siniestra es la copia de medios múltiples, á cual más horroroso, que para la perpetración de sus atentados les ofrece una serie de inventos químicos, á cuya virtud hemos abierto como las hojas de un libro los terrenos del planeta, y agujereándolos, impelido por el centro de los Alpes las comunicativas locomotoras. Cuando piensa uno que no hay invento al cual dejara de prestársele, allá en los días de la invención, un alcance tan extraordinario que se creyó con el aguardiente haber eternizado la vida y con la electricidad transparentado los cuerpos, no puede maravillarnos de que lleguen á imaginar cuatro dementes cosa posible y hacedera destruir el mundo social con la terrible dinamita. Todo esto sólo muestra que podemos disminuir la cantidad de mal existente desde sus comienzos hasta su fin en la creación, y que, á la manera de las plantas y de las especies, de todo cuanto vive, las sociedades se hallan sujetas de suyo á enfermedades, que no deben ser disminuídas por nuestra indiferencia, pero tampoco aumentadas por nuestro miedo. No hay, pues, que alarmarse, y llevar la gravedad del terror allende la gravedad del daño. Esto pasará.

II

Si mi ánimo no está de modo alguno aterrado, mi ánimo está triste. Cada día el soplo glacial, que se alza de los abismos del tiempo, hiela un alma en el árbol de la vida y la hunde sin piedad en los senos tristes y obscuros de la muerte. Nunca la he temido y aguárdola en Dios y en conciencia, cuando me la envíen los cielos, con toda tranquilidad; pero me apena mucho la muerte de los seres amados, pues las raíces de nuestro cuerpo y las ideas de nuestras almas con tantos corazones amados y tantas inteligencias varias suelen entrelazarse y confundirse, que cuando se desarraigan del tiempo y del espacio algunas vidas caras, parece que malhieren una de vuestras entrañas y que vamos todos muriendo con nuestros muertos y encerrándonos en sus negros ataúdes. Dos artistas de igual estirpe y carácter han muerto estos días: uno Arrieta, otro Barbieri. No conozco género alguno de igual expresión para los sentimientos colectivos como la música popular. Todo el idilio de la vida gallega se contiene y encierra en su muñeira. Todos aquellos aires populares de Galicia parecen como el roce de la compaña, del espíritu sin cuerpo, en vuestra frente, cuando la ermiteja de lo alto, á la noche obscura, tañe su toque de ánimas. Como el dialecto aquel, tan dulce y triste, parece destinado á las morriñas del cariño y á las añoranzas del destierro, la música, por su parte, parece destinada en sus cadencias melodiosas al amor íntimo dentro de la casa humilde, á cuyos alrededores el roble llueve su polen áureo, el castaño luce sus verdes zurrones, el maíz ostenta las sedosísimas panojas, cobijando bajo sus gratas sombras las covadas de polluelos que pían y los corros de niños que ríen á una en competencia con los pájaros, vívidos todos al impulso del primer sentimiento entre los sentimientos gallegos, el amor de la terriña y de la familia. Ya no tienen ese carácter melancólico y ese dejo melodioso los cantares vascos. En el zorcico se oye una danza que reune á lo pastoril y suave lo guerrero y valeroso. El himno de Iparraguirre se asemeja de suyo al Coral de Lutero y á la Marsellesa de Francia, recordándonos cómo del árbol de Guernica se cortan por los vascos lanzas como las del Regio contra Roma, y en el suelo sacro de Vasconia se forja el hierro que aquellas aguas templan y aquellas piedras afilan para chuzos, con cuyos golpes defender la libertad histórica y la sacra patria. Más alegría, más movimiento, más entusiasmo jovial y gozoso, mayor carácter colectivo, mayor difusión de risueñas esperanzas en esas jotas aragonesas, á cuyos ecos aquel territorio se nos aparece como el núcleo de la nacionalidad, en cuyo cielo brilla, lucero sin sombra, la Virgen del Pilar, y en cuyo suelo, altar sin segundo, el holocausto tan de grado á la independencia patria ofrecido por la heroica y mártir Zaragoza. Mucho de los coros helenos aquellos coros catalanes de trabajadores, quienes oxigenan los aires con sus robustas voces, después de haber fecundado la tierra con sus esfuerzos; y mucho de los serventesios provenzales en aquellas sardanas de tan vario ritmo, compañeras de tan juguetones balanceos. Y no hablemos de los cantares andaluces, aromados por el mirto y por el azahar, vibrantes como las palmas de Córdoba y Sevilla, sumando á las odas arias las melopeas semíticas, tan sostenidos y largos como las brisas mediterráneas al besar las playas de áureas arenas, henchidas por corales y perlas, donde la ola celeste, jaspeadísima por los reverbeos del éter, muere, y tan profundamente humanos, que desde Mozart hasta Rossini, como desde Rossini hasta Schúbert, como desde Schúbert hasta Wagner han tenido los grandes maestros que tomar sus serenatas y sus jurlas como el arte por excelencia expresivo de las esperanzas y las tristezas del amor. Nuestra música popular sólo puede compararse, por lo bella en sí, por lo íntimamente ligada y unida con el alma de nuestra patria, por lo varia en sus notas psíquicas que apenas pueden cogerse y fijarse, á la genial pintura que tanto nos enaltece, al Romancero y el Teatro Nacional que nos han inmortalizado en los anales del mundo, á la elocuencia en que nuestro verbo interior se revela y encarna y en que desborda nuestra alma nacional con sus inspiraciones sin límites y con sus ideas sin tasa. Ufanémonos de ello, pues quien allá en su egoísmo no siente y ama las glorias españolas, desmerece del primero de nuestros títulos, del privilegio inapreciable de haber nacido en esta España, nuestra madre imperecedera y santísima.

III

Dos grandes maestros del arte músico nacional, como antes he dicho, han muerto: Arrieta y Barbieri. Vecino mío éste luengos años y aquél muy de mi amistad, con uno y otro he conservado las relaciones íntimas y el trato frecuente que permiten una capital de tantas complicaciones como nuestro Madrid y una vida tan embargada por el trabajo como nuestra vida. El maestro Arrieta, gran técnico, daba carácter á su magistral música un poco abstracto, inspirándose con muy reflexiva conciencia en los grandes modelos, á quienes de continuo estudiaba, sin perder su intrínseca originalidad, ventaja muy difícil en arte, donde la imitación de melodías antiguas y hasta la copia misma son de suyo tan tentadoras que casi están permitidas ó toleradas por el uso. Hay en la música de Arrieta el feliz consorcio de fuerza y de dulzura que había en su complexión y temperamento. Aquel robusto navarro juntaba con las energías recibidas de su cuna flexibilidad tan maravillosa que lo creeríais un florentino del Renacimiento en su finura y en su delicadeza. Así, aunque no dejaba su música de trascender al penetrante aroma de las encinas del Roncesvalles, balanceábase melancólica y tierna en la caleta de Málaga, en los canaletos de Venecia, en el estrecho de Cádiz, en la bahía de Parténope. Yo recuerdo una clara noche de apartado estío en que la mar de Benidorm brillaba como apretadísimo espejo, retratando las costas y las montañas encendidas por arreboles del crepúsculo de la tarde y los cielos perlados por los tintes de ópalo rosáceos del crepúsculo de la mañana, y como unos amigos míos cantaran desde apartados barquichuelos coros del *Grumete* y arias de *Marina*, parecían los compases aquellos música compuesta por todo cuanto nos rodeaba en el celestial Mediterráneo. Habrá escrito en Santurce Arrieta su *Grumete* y su *Marina*; parecen inspiradas en Benidorm y en Marbella. Más del terruño nacional Barbieri. Erudito, muy erudito, el pueblo, y con especialidad el pueblo de Madrid, le inspiraba. Tomaríaislo por un Mesonero Romanos lírico. Barbieri completa en su arte á Goya y á Cruz. Las zarzuelas suyas únicamente pueden compararse á los sainetes tan animados de éste y á los lienzos tan vívidos de aquél. Cuando le oís pasan á vuestros ojos las parejas de majas y majos finos con sus huelgas en el manantial de la Vega ó en los prados de Migas Calientes; las ferias de Madrid, frecuentadas por señoras vestidas del guardapiés recamado con áureas lentejuelas y tocadas con las mantillas de blanca blonda, que van oyendo los requiebros del caballero empolvado y perfumadísimo, quien luce sus chupas de brocado, sus casacones de tisúes, sus dos relojes de oro con sus leontinas de acero tan deslumbradoras como brillantes; las corridas de toros en que mata Costillares con arte perfecto y rejonea Romero en su brioso caballo; los corrales donde se ponen las comedias al uso, y las gradas de San Felipe donde murmuran los covachuelistas y los petimetres en candelero; la vida de aquella generación que parecía destinada sólo á divertirse con estruendo en las fiestas orgiásticas del tiempo de María Luisa, y que luego sonó, á lo Tirteo, la épica trompa de Quintana, y enseñó á todos los pueblos, desde los muros de Cádiz y Gerona, cómo se pelea y cómo se muere por la libertad y por la patria.

DON FRANCISCO ASENJO BARBIERI

Con pocos días de intervalo han fallecido los dos ilustres maestros á quienes se debe sin duda alguna el engrandecimiento y el desarrollo de la zarzuela española: Arrieta y Barbieri. No es este el momento oportuno de entrar en comparaciones acerca del mérito de cada uno de ellos, ni estamos en condiciones de hacer el trabajo crítico que para ello sería necesario: nuestro propósito es únicamente consignar algunos datos biográficos del compositor á quien con razón ha llamado un celebrado escritor el Goya de la música.

D. Francisco Asenjo Barbieri nació en Madrid el día 3 de agosto de 1823, y después de haber cursado con gran aprovechamiento la primera y segunda enseñanza, escogió primero la carrera de Medicina, que hubo de dejar muy pronto, no por falta de capacidad, sino por repugnancia, y después la de ingeniero, que abandonó para consagrarse exclusivamente á la música.

Catorce años tenía cuando entró en el conservatorio de María Cristina, hoy de Música y Declama-

ción; su pasión por el arte musical, su inteligencia, su aplicación y su buen deseo hiciéronle realizar verdaderos milagros en el estudio del clarinete, del piano y del canto: tres años después comenzó á estudiar, composición recibiendo lecciones del insigne maestro Carnicer, que fué desde entonces y durante su vida amigo cariñoso de su discípulo.

Muerto su padre y habiendo su madre contraído segundas nupcias y marchado con su nuevo esposo á Lucena, Barbieri se encontró á los diez y ocho años en Madrid completamente solo y reducido á sus propios recursos. Entonces comienza para él una existencia accidentada y llena de privaciones: fué músico de un batallón de milicia, de murga, de teatro casero y de bailes particulares; copió música, dió lecciones de piano, compuso canciones y romanzas, fué corista, apuntador, maestro de coros, y estando en Pamplona encargóse una noche repentinamente, por indisposición del artista que debía desempeñarlo, del papel de D. Basilio en la ópera *El barbero de Sevilla,* que cantó con aplauso. Este período azaroso de la vida del maestro terminó cuando después de haber sido en Salamanca maestro de música de la *Escuela de nobles y bellas artes de San Eloy* y del *Liceo Salmantino* establecióse en 1846 definitivamente en Madrid.

Cuatro años después compuso dos zarzuelas, *Gloria y Peluca* y *Tramoya,* que alcanzaron gran éxito y que en pocos días hicieron popular su nombre. Al año siguiente vino á poner el sello á la reputación y á la popularidad naciente de Barbieri su famosa obra *Jugar con fuego,* de corte casi italiano, cuya música preciosa será siempre oída con embeleso.

Muchas son las zarzuelas que compuso Barbieri, todas aplaudidas con entusiasmo, todas popularizadas apenas puestas en escena: *Los diamantes de la corona,* aun hoy una de las predilectas del público aficionado al género; *Pan y toros,* en concepto de críticos autorizados la página más brillante de la historia artística de su autor, y cuyo famoso pasacalle puede decirse que comparte con el de otra zarzuela también muy popular la exclusiva de servir de acompañamiento al paso de la cuadrilla en las corridas taurinas; *El barberillo de Lavapiés,* una de las que más rápidamente y por más tiempo ganaron las auras de la popularidad; *El tributo de las cien doncellas, Los comediantes de antaño, Robinsón, Artistas para la Habana, El hombre es débil* y muchas más hasta el número de setenta, son brillantes testimonios de la fecundidad é inspiración del maestro.



D. Francisco Asenjo Barbieri, † en 19 de febrero de 1894

Barbieri, además de gran compositor, fué notabilísimo director de orquesta: él fué quien introdujo en Madrid los conciertos al aire libre y la afición á la música clásica, el que fundó y organizó la Sociedad de Conciertos que tantos lauros ha conquistado y sigue conquistando, el que popularizó muchas de las piezas que hoy forman parte del repertorio de dicha sociedad y que han sido siempre escuchadas con arrobamiento y aplaudidas con entusiasmo por todos los públicos.

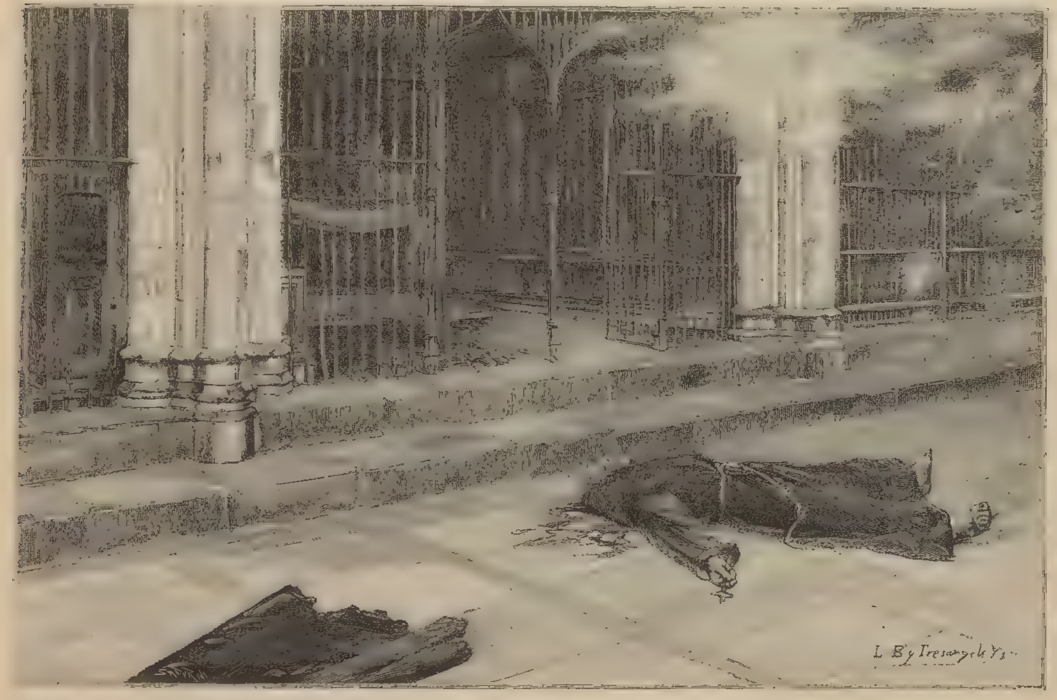
Fué también Barbieri literato, hablista y bibliófilo, y sintió verdadera pasión por las bibliotecas y archivos, cuyos rincones había escudriñado descubriendo en ellos verdaderos tesoros artísticos y literarios. Sabía de memoria todos los cantos populares españoles antiguos y modernos, y así sus producciones llevan marcado siempre el sello de nuestra música nacional, de esa música alegre, chispeante que algunos sin razón desdeñan, prefiriendo la de importación extranjera, y que los extranjeros admiran y aun á veces pretenden imitar.

Por Cataluña y por su música sentía admiración sincera, y en su conversación, siempre amenísima, y en sus cartas á sus amigos de nuestra tierra, todas interesantes, solía intercalar frases y modismos catalanes.

A pesar de su avanzada edad, sus alientos no decaían y la muerte le ha sorprendido componiendo la música para una nueva zarzuela que estaba escribiendo Liern con el título de *El bolero afligido,* que había de ser una como continuación de *Artistas para la Habana.*

Barbieri era individuo de número de las reales academias Española y de Bellas Artes de San Fernando, estaba condecorado con varias cruces y era miembro de varias sociedades artísticas nacionales y extranjeras.

Su nombre, unido á tantas maravillas musicales, será siempre pronunciado en España con cariñoso entusiasmo y en todas partes con respeto y admiración, y ocupará un puesto de honor en la historia de nuestro arte patrio, de la música genuinamente española. – A.



UN EPISODIO DEL AÑO 1835, cuadro de Luis Buxó (Salón Parés)

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL PARQUE DE MADRID

– Recógete el manto, que va rozando el suelo y se llena de polvo.

– No se puede ir contigo ni á la gloria. Desde que hemos salido de casa no has hecho otra cosa que regañar y hacerme advertencias sobre el traje. Prefiero no salir á la calle en un año.

– Porque me fastidian todas esas monadas de lutos y pamplinas.

– Cualquiera diría que no sientes la muerte de nuestro querido pariente, que después de todo nos ha dejado herederos y hay que llorarlo.

– Y si no nos hubiera dejado herederos, ¿llevaríamos mucho luto?

– Déjate de filosofías. ¿Quieres que subamos á la *Montaña rusa?*

– Vamos adonde quieras. Cuando voy de bagaje, tanto me da subir como bajar.

– ¡Mira, mira, Filemón, qué buena vista! ¡Como está esto tan alto!..

– Vaya..., lo menos diez metros sobre el nivel del estanque grande.

– Pero, ¡Jesús, cuánto se ha edificado en poco tiempo! Los alrededores de la plaza de Toros están desconocidos. Mira qué hotelitos tan monos están construyendo ahí á la derecha. Oye, ahora que estamos en fondos podíamos comprar uno con jardincillo. Así, cuando hiciera buen tiempo podríamos convidar á los amigos, sacar un piano, y...

– Sí, y bailar á la memoria de ese buen señor cuya muerte lamentamos.

***

– ¡Hola, hola, D. Melchor! Aquí en el Parterre tomando el sol.

– Sí, amigo D. Baltasar; hace un gris tan finito que da gusto estar en esta solanita. Pero ¿qué es eso? ¿Lleva usted el brazo en cabestrillo?

– Este es el fruto que he sacado de una comisión de apremio que después de siete meses de gestiones he logrado por influencia del protector de mi sobrinilla.

– ¡Truenos y rayos! ¿Y es que se ha caído usted del caballo?

– No, señor; sino que al cabo de dos días de marcha por esos mundos de Dios, me presenté en Barbarota, y apenas abrí la boca y me dí á conocer como delegado de la autoridad, cuando el alcalde y todo el ayuntamiento en pleno cayeron sobre mí, garrote en mano, y ya ve usted, un brazo dislocado y dos descalabraduras en la cabeza. Esto es un país sin civilizar. Estoy seguro que en el Africa central tratan mejor á los comisionados del gobierno.

– Vamos, no se sofoque usted; en todas partes cuecen habas.

– Sí, á usted, como está chupando, todo le parece bueno y santo. Es tan descansado eso de salir de la oficina y venirse á paseo al Retiro... Pero calle usted, que más largo es el tiempo que la fortuna. ¡Ah, si viviera mi general! De seguro que al alcalde de Barbarota le mandaba fusilar. En Játiva, el año 41, á un teniente de mi compañía le hizo dar veinte palos por cantar coplas masónicas. Aquello eran autoridades y no las camándulas de hoy en día.

– Mire usted, mire qué morenilla tan graciosa. Joven, ¿es de usted ese niño tan mono?

– ¡Hombre! Déjese usted de cuchufletas, que usted no está ya para esos belenes.

– Estamos hechos dos carcamales; pero la vista siempre es joven, y al buen músico..., ya sabe usted lo demás.

***

– Señora de mis pensamientos, ¡qué suerte encontrar á usted en esta sombría alameda, tan poética y tan solitaria! Cuando la veo á usted, mi corazón parece el polvorín de Carabanchel. Esa cara, esos ojos, esa boca, todo me recuerda á la Minerva de Fidias.

– D. Joaquín, por Dios, no se entusiasme usted tanto. Allí, bajo los plátanos, hay un señor eclesiástico que nos mira.

– Viuda adorable, ¿qué me importa á mí la teocracia y sus negros representantes? Yo soy socialista, y luego es usted un acumulador electro-amoroso.

– D. Joaquín, por Dios, no diga usted más tonterías. Ya sabe usted que se le mira con buenos ojos.

– ¡Conque usted me ama!

– Hombre, yo no digo tanto, pero...

– Antonia mía, ¿acepta usted un chocolate con mojicón que mi afecto le ofrece en el próximo *Lactante Club?*

– Si usted se empeña..., por no hacerle un desaire.

– Sí, vámonos: el olor de las flores me transtorna; la vista de ese eclesiástico me entristece, y sobre todo, que aún no me he desayunado.

– ¡Ah! Pues entonces apresurémonos, porque yo también me he venido sin tomar nada, creyendo que...

– (No faltaría un primo como yo que pagase el pato.)

***

– ¡Qué hermosas son estas arboledas del Parque!

– Un poco solitarias; pero comparadas con los claustros de la Universidad, me parecen un paraíso.

– La verdad es que las explicaciones de nuestro profesor son capaces de aburrir á un santo.

– Yo la mayor parte de los días no voy.

– Y ¿qué te haces por las mañanas?

– Me he buscado una novia al final de la calle Ancha y pasamos el rato charlando.

– Y los cuadernos de clase, ¿quién te los escribe?

– ¡Toma! Ya me los prestará mi primo Perico; es un buen chico, medio tonto, que siempre está estudiando y saca muy buenos apuntes.

– Hombre, ya me los dejarás á mí cuando los copies; porque habiendo uno que tome apuntes, ¿me quieres decir qué pito tocamos los demás allí sentados cuando están tan deliciosos estos paseos?

– Chico, Eduardo, aprieta el paso, que se ha escapado una fiera.

– ¡Una fiera!

– Sí, sí, allí está sentada tomando el sol.

– ¿En dónde?

– Allá, cerca del *Estanque de las campanillas.*

– Hombre, déjate de guasas.

– No es guasa, corramos.

– Pero... ¿quién es?

– Quién ha de ser, D. Judas..., el prestamista de la calle de las Beatas.

– ¡Maldito usurero!

– Mira, ya se levanta. Nos ha visto, y nos ha conocido, que es lo peor.

– Huyamos y separémonos, así no podrá atraparnos.

– Ya nos veremos en Fornos. Corramos y sálvese el que pueda.

***

– Papá, vamos á la Casa de Fieras á ver los monitos.

– Qué pesada estás, chiquilla, con los monitos. De seguro que les llevarás un terroncito de azúcar.

– Vaya; como que anoche cuando fuimos al café lo primero que hice fué coger de tu platillo dos terrones de los más gordos.

– ¡Demonio! Ya decía yo que el café estaba poco dulce. Mire usted que es idea; pero, en fin, estas chicas todas son así.

– Pero, papá, si son tan graciosos los monos; hacen unas cosas que parecen hombres pequeñitos.

– ¡Oh, mundo, mundo! Los monos les gustan á las mujeres porque se parecen á los hombres, y los hombres les gustan porque hacen monadas. Y lo peor del caso es... que el azúcar lo sisan del café del padre.

***

– Prenda, en cuanto cumpla con el rey cumplo contigo.

– ¡Otra! *Toos* dicen lo *mesmo* y *aluego*...

– Esos serán *lipendis* de poca *caliá*, pero nosotros los artilleros somos muy formales. En mi batería había un *gachó* que tenía querencia á una *barbiana* de esta tierra y en Cuba lo mataron en una acción; pues bueno, á pesar de todo, *golvió* á casa de la novia.

– ¡Quia!

– Vaya, *golvió* en clase de *pantasma* á pedir dinero *pa* salir del infierno.

– ¡Otra! ¿*Pus* qué se ha *creío* usted que soy de Belén? *Pus* soy de Ricla.

– ¡Ricla! Eso debe ser el moro.

– No, señor, que es provincia de Zaragoza, *pa* lo que usted guste mandar.

– Pues te mando que esta noche á las ocho me esperes en la plaza de San Marcial, junto á la *fuente.*

– No debía *dir*, pero *á la fin*...

– Ven, que si no, te pierdes una proporción que ya quisieran muchos.

– ¿Cuál?

– La de ingresar en el cuerpo de artillería.

***

– Rema, rema, Anacleto, que vamos á naufragar.

– No seas paleto. ¿Te figuras que no entiendo de cosas de mar?

– Como allá en nuestro pueblo no hemos visto el mar más que pintado y tú no te has embarcado nunca...

– Pues estás equivocado, porque, como corista del Real, he tomado parte en multitud de óperas en que sale el mar y barcos y marineros y todo.

– Oye, y aquí ¿podríamos ahogarnos?

– Ya lo creo, como que lo menos habrá cien varas de profundidad.

– Entonces, esto es más profundo que el mar.

– Mucho más; como que aquello es obra de la naturaleza y este estanque le hicieron los moros.

– Chico, yo me siento mal..., me da una congoja... ¡Dios mío, ampárame!

– ¿Te has mareado, melón? Mira, yo estoy como si tal cosa. Verdad es que algunos días vengo aquí y estoy embarcado media hora ó una, y nada, como un verdadero lobo de mar.

– ¡Ay, qué malo estoy! Vamos á tierra.

– Ya vamos, hombre, ya vamos. Ten calma que el viento viene por proa y no se puede ir aprisa. No vuelvo á navegar más con tipos como tú que jamás habéis dejado la tierra firme.

A. Danvila Jaldero

QUITÁÑEZ

– No lo dude usted, insistió Antonio, mi primo emparentará con la noble raza de los Quitáñez, y su sangre, que casi es la mía, se mezclará con la sangre azul de aquéllos. Sus hijos serán Quitáñez y podrán llevar muy orgullosos el apellido de tan esclarecida prosapia.

– Y ostentarán el escudo de los maravedises de oro en campo de gules...

– Justo; veo que conoce usted el blasón de los Quitáñez.

– Y otros muchos; de algo han de servirme los años.

– Pues mire usted, me agrada sobre manera enlazar mi casa á la de ellos.

– Déjate de alcurnias, heráldicas y genealogías; toda familia es limpia de sangre, según la generación y la época en que te fijes; no te rebajes rebajando á los tuyos, y sábete que tu ralea y la mía valen tanto como la más emperejilada.

– No lo crea usted, D. Cesáreo.

– Vaya, se conoce que el Burdeos te ha aligerado el occipucio...

– No, señor, nada de eso; yo soy noble, llevo un título, y sin embargo, no me importaría cambiarlo por el de los Quitáñez. Claro es que esto se lo digo á usted, mi antiguo preceptor, en confianza; es usted la única persona que me guía desde que perdí á mi padre...

– ¡Ah! Si él viviera no harías lo que haces... ¡Si el marqués te hubiera oído!.., suspiró D. Cesáreo.

– ¡Vaya, bueno! Todo eso me pasa por tener en usted confianza plena... Pero hoy es mi cumpleaños y no quiero entristecerme.

– ¡Si viviera tu madre!.. ¡Era tan buena... y tan hermosa!.. ¡Murió tan joven!..

Y limpiando D. Cesáreo una lágrima indiscreta que corría por su mejilla, echó un leño en la chimenea y se acomodó nuevamente en la butaca, diciendo:

– En fin, no seas tontillo... ¿No pensabas ir al teatro?

– Es temprano todavía.

– Me alegro: así podré advertirte de que no tú, sino yo, que apenas me firmo Gómez; tu apoderado, cualquiera de tus administradores y de tus sirvientes, tiene en su apellido prosapia más ilustre que los Quitáñez.

– ¿Cómo?

– Como lo oyes.

– La familia del virrey menos que..., ¡imposible!

– Pues oye y te convencerás. Se trata de una historia que aunque no es de los antecesores de la prometida de tu primo, pudiera convenirles.

Antonio cambió el pitillo por un habano, se arrellanó en el sofá acercándose al viejo y éste empezó la relación:

«Hace muchos años, muchísimos, en aquellos días en que los estudiantes de Salamanca discutían á cintarazos y puñadas los antecedentes de Triboniano; en aquellos tiempos en que los escolares divididos en los dos bandos de *sabinianos* y *proculeyanos* andaban siempre á la greña; en aquella época en que á la salida de las aulas y los claustros se solía emprender á tajos y mandobles con rondas y golillas, había en Salamanca un estudiante llamado Fortún



EL PUEBLO DE AMBERES ARRASTRANDO LA ESTATUA DEL DUQUE DE ALBA cuadro de C. Verlat

Antúnez, plebeyo de última clase, que debía de ser de la piel del mismísimo demonio á juzgar por sus trapisondas amorosas y por sus correrías universitarias. El tal era un D. Félix de Montemar á su modo, que se había adelantado á la invención de Espronceda, pero que dejaba en la realidad muy atrás á todos los tenorios de que luego había de echar mano la literatura. Cabeza de motín, no había asonada ni chirlata en que él no armara gresca. Tenía de estudiante el amor al estudio; pero de inteligencia privilegiada y comprensión y retentiva fáciles, aprendía en seguida sus lecciones, y no teniendo ya en qué cavilar se daba á cavilar en diabluras. Un tío suyo, arcediano de San Millán, quiso costearle la carrera de la Iglesia, preparándole así para una prebenda de beneficio; pero el bribón del mozalbete cambió la beca por el manteo estudiantil, y sin confiar en nadie más que en su buena suerte y en su arrojo, dió en Salamanca, donde estudiaba y vivía; estudiando en los libros de sus camaradas, comiendo en hosterías y en conventos y durmiendo en posadas. Antúnez adquirió renombre entre los suyos y fué ascendiendo en el bachillerato. Un año, cansado ya de hacer excursiones por los pueblos próximos en unión de comediantes, ocupación de la que apenas si sacaba más que algún mendrugo y algún golpe, decidió sacar el dinero suficiente para pasar lo mejor posible las vacaciones de Navidad y el resto del curso.»

Antonio redobló su atención, y siguió su cuento D. Cesáreo:

«Aventurero y bravucón, caballero en un mulo que no tenía de tal sino los esparavanes, salió de Salamanca el estudiante, y después de detenerse en algunas ventas donde dió al traste con los últimos maravedises de su exhausta bolsa, llegó á Pardilla, que era un pueblecito que por su insignificancia había escapado á los ojos de los que entonces copiaban las cartas geográficas. Alojóse Fortún en la posada única del pueblo y comenzó á tratarse á cuerpo de rey, cosa que hasta llegó á dar mala espina á algunos rufianes, tan zafios en servir como listos en pensar mal. Antúnez se dió á brujulear por el pueblo y sus alrededores, cabildeó con viejas y comadres, sin olvidar alguna moza de partido ni á alguna garrida Maritornes, y no faltó quien creyera que bajo del manteo y del birrete se ocultaba algún sayón del Santo Oficio que iba á sonsacar á dueñas, á tantear soplones, á revolver historias y á gulusmear en el pasado nada limpio del patriarcal concejo. No era así: una tarde al ponerse el sol llegaron á la posada, una á una, hasta treinta ó cuarenta viejas - que el número es igual, - y con sigilo y precaución fueron pasando al chiribitil con aspecto de desván, que servía de cámara al estudiante.

»Allí, entre papelotes y retortas, entre un verdadero caos de chismes y cachivaches, estaba sentado á una mesa de pino más mugrienta que la hopalanda del estudiante un viejo de luenga barba blanca y habla gangosa. A los débiles resplandores de un mohoso candil y al alcance de la mano del viejo brillaba la cazoleta de una espada. Acomodáronse las viejas y habló el anciano.

- »Venís, apreciables abuelas, á rejuveneceros y me place vuestra determinación; mi joven criado os ha dicho que poseo el secreto de tornaros á la juventud, y tan es cierto, que yo, si bien no he querido volver á ser hermoso como antes, tengo la agilidad de mis veinte años, gracias al filtro maravilloso.

»Y el viejo, dicho y hecho, demostró su agilidad saltando, haciendo zapatetas y dando golpes á diestro y siniestro, procurando no tropezar á sus débiles oyentes. Luego que acabó el viejo su demostración, siguió diciendo:

- »Necesito que me deis vuestros nombres y vuestros años para hacer una lista con ellos; así lo manda este libro chino del que saqué el secreto.

»Y el anciano fué llamando una por una á las viejas y empezó á escribir:

- »Petra Gómez, 73 años; Florinda Ansúrez, 61; Isabela Cibdad, 82; Mari Pérez, 80.

»Y á este tenor hizo una lista de todas ellas en medio del silencio sepulcral de la reunión.

- »Ahora necesito, dijo cuando hubo acabado las apuntaciones, que me deis algo, porque lo que he menester para la brujería cuesta bastante.

»Un murmullo gangoso salió de aquellas bocas desdentadas.

- »No os asustéis, dijo entonces el viejo, no pido para mí, que mucho tengo y mucho me dan princesas y duquesas; desde un maravedí recibo lo que deis, yo pondré las doblas que me resten.

»La mesa se llenó de dinero y el viejo despidió á las comadres, á quienes quedó en recibir dos días después.»

- Me figuro lo ocurrido, dijo el marquesito al llegar aquí D. Cesáreo; el estudiante se fugó con los cuartos.

- Ni que lo pienses, dijo D. Cesáreo. Ahora verás.

Y continuó:

«Transcurridos los dos días llegaron las viejas á la hostería, recatándose de igual modo que lo hicieron la primera vez, y hallaron al viejo triste y cariacontecido.

- »Es necesario, les dijo con voz de trueno, si hemos de cumplir la receta del códice chino que acabo de traducir al pie de la letra, que se mate á la más anciana de vosotras para que las demás vuelvan á recobrar su juventud.

»Un silencio de terror heló en los labios de las viejas un murmullo que ya iba á brotar.

- »Además, siguió el nigromante, la lista que hice el otro día y que sabéis que es tan necesaria á la experiencia como la muerte de la más vieja de vosotras, ha desaparecido. Espíritus malandrines andarán jugando con ella; pero sea lo que quiera, no la encuentro; y ¡vive Dios! que la necesito: haremos otra.

»Y dando un puñetazo en la mesa y poniendo mano á la nueva lista empezó á preguntar y á escribir lo que le contestaban.

- »Florinda Ansúrez, 46 años; Petra Gómez, 53; Isabela Cibdad, 59; Mari-Pérez, 56.

»Y á este tenor concluyó lo que había de escribir. Entonces el viejo revolvió los papeles que tenía delante y dándose una palmada en la frente, exclamó:

- »¡Gracias, Dios mío! ¡Por fin encuentro la primera lista!

»La observó un instante, comparóla con la otra, y dando un salto en la silla de vaqueta donde estaba sentado gritó:

- »¡Oh, sí, es cierto! ¿Pero será posible?

»Y luego, dirigiéndose á las aturdidas ancianas, exclamó:

- »¡Viejas pedigüeñas, habéis rejuvenecido! Petra Gómez, dijo llamando á una, tú tenías hace dos días 73 años, hoy, según esta lista que tú me has dictado, sólo tienes 53; Isabela de 82 ha bajado á 59; Florinda bajó veinte años.

»Una gritería espantosa se levantó en la estancia, sonaron carcajadas de mozos y yangüeses en la puerta de la posada, tiró al aire Antúnez, que es quien era el viejo, barba y gorro, empuñó la tizona y salió dando empellones del cuarto con las dos listas en la mano. Como ya había pagado el hospedaje con la generosidad de un estudiante, ó mejor dicho, con la colecta de las viejas avaras, bajó al patio, montó en el mulo, y siendo ya entrada la noche, cuando la luna enviaba sus pálidos fulgores al caserío de Pardilla, Fortún tomaba las de Villadiego por la carretera de Salamanca, mientras las comadres, aún no repuestas de la transformación del viejo, del terror del sacrificio á que se expusieron y de la emoción de pensar en rejuvenecerse, armaban en la plaza del lugar un clamoreo indescriptible, y se asegura que hubo vieja que se creyó, en efecto, sin achaques y vivió más tiempo del que debía. La justicia, sabedora del caso, pensó en buscar á Fortún y echarle mano por falsario y ladrón; pero luego dió en reir la agudeza, y aquel año campó por Salamanca con la bolsa llena de oro por primera vez el pícaro de Antúnez.»

- ¿De modo, D. Cesáreo, preguntó Antonio, que el tal estudiante hizo lo que hoy llamaríamos un *timo?*

- Casi, casi. Antúnez luego fué un famoso bachiller en leyes y formó parte del consejo de los monarcas y se llamó *Quitaños* de *Quita-años*, que es como le llamaron sus compañeros por apodo y que con el tiempo se corrompió en *Quitáñez*, que pasó á ser apellido.

- ¿Luego el ilustre almirante?..

- Era hijo de Fortún, el fundador de la casa de los Quitáñez.

- Pero eso es terrible...

- Lo que es terrible es que no quieras aún convencerte de que esto de las genealogías es mucha farándula, y que nadie vale más por el nombre, sino por sus acciones.

- Pues desde ahora lo creo, D. Cesáseo, dijo el marquesito.

- Pero ni una palabra...

Y poco después los dos amigos se fueron al teatro.

P. Gómez Candela

LA DISTRIBUCIÓN DEL FRÍO

EN AMÉRICA

Hasta el presente sólo se conocían como distribuciones generales hechas á domicilio en las grandes ciudades las de agua, gas, aire comprimido, aire enrarecido, agua sometida á presión, vapor, energía eléctrica, telegramas neumáticos, telegramas eléctricos, mensajes telefónicos y audiciones telefónicas.

A esta lista han añadido los americanos una nueva distribución que funciona en los Estados Unidos desde hace cuatro años, y que con razón puede titularse distribución del frío, ó cuando menos distribución de los medios que se consideran necesarios para producirlo fácil y directamente.

La refrigeración artificial por medio de estaciones centrales y de tubos establecidos en las calles; tal es el título de la comunicación no hace mucho tiempo presentada en el *Franklin Institute* de Filadelfia por Mr. David Branson, uno de los primeros promovedores de dicho sistema que ha sido aplicado en Denver (Colorado) y en San Luis (Missurí).

Este sistema podría ser propiamente clasificado entre los sistemas que realizan una distribución negativa, puesto que su objeto no es producir y distribuir el frío, sino más bien suprimir el calor y la humedad en los locales de las personas que estén abonadas al servicio.

El procedimiento más sencillo y á la par el más inmediato para conseguir el resultado apetecido consiste en emplear el amoníaco libre.

La instalación establecida en Denver funciona desde el mes de agosto de 1889 sin haber sufrido desde entonces la menor interrupción: su red ha sido en dos ocasiones distintas ampliada, extendida y agrandada.

En San Luis la distribución existe desde hace tres años, y lo mismo allí que en Denver los servicios que prestan las instalaciones son tenidos en tanta estima que, al decir de Mr. Branson, los abonados no querrían volver al empleo del hielo natural aun cuando éste les fuese suministrado gratuitamente.

He aquí el principio en que se funda este sistema de distribución.

El amoníaco libre, no la solución de amoníaco que vulgarmente es conocida con el nombre de amoníaco en el comercio, es enviado desde la estación central por una primera canalización á los puntos en que debe ser utilizado á una presión que durante el verano es de 10 kilogramos por centímetro cuadrado aproximadamente. La evaporación del amoníaco en el punto de utilización se facilita dejándolo fluir por un pequeño orificio regulado por una válvula cuya abertura depende del grado de temperatura que se haya de obtener, y se produce en un juego de tubos designado con el nombre de serpentín de expansión. Desde allí el amoníaco anhidro vaporizado vuelve á la fábrica por una segunda canalización de mayor diámetro, para ser allí disuelto, destilado y licuado nuevamente. La destilación y la licuefacción del amoníaco exigen en la fábrica una maquinaria especial. En estas condiciones, todas las partes de la canalización, salvo el serpentín de expansión que constituye el aparato de utilización, conservan la temperatura ambiente, gracias á lo cual no hay pérdida térmica alguna.

La experiencia ha demostrado que el consumo es de los más variables, puesto que en el intervalo de pocos instantes pasa desde un valor enorme á un valor nulo.

Las máquinas empleadas para la licuefacción tienen una potencia calculada sobre el consumo medio.

Para hacer frente á aquellas variaciones bruscas se utiliza un conjunto de depósitos de amoníaco líquido, de solución rica y de solución agotada, en cantidades suficientes para prevenir cualquiera eventualidad.

Las ventajas que esta combinación ofrece son muchas y muy dignas de ser tenidas en cuenta. En primer lugar, merced á este sistema se obtiene una gran economía en la sustracción directa del calor, en vez de recurrir al empleo del hielo como elemento intermediario. En segundo, se consigue también una notable economía por el hecho mismo de la distribución. Y finalmente, merced á la producción de la potencia mecánica en grandes cantidades á la vez, puede la compañía encargada de la explotación de este sistema ofrecer las mismas ventajas á todos los consumidores del frío artificial, así á los que consuman mucho como á los que hagan de él un consumo pequeño.

A fin de poder utilizar de una manera conveniente el procedimiento de *sustracción del calor*, cuyo principio acabamos de indicar, ha sido preciso combinar una porción de disposiciones que hicieran de él un sistema verdaderamente útil y práctico en las innumerables aplicaciones que del mismo se han hecho: en su consecuencia se han fabricado heladoras para licores y vinos, para carnes, para pescados y para toda suerte de comestibles en general; habitaciones apropiadas á la conservación de las pieles, aparatos para secar y enfriar salones de restaurant, almacenes, oficinas, hospitales, etc.

Como es de suponer, las cuestiones de detalle que necesariamente debían derivarse de la aplicación de este sistema ofrecieron en un principio serias dificul-

tades: en efecto, la cuestión del contador de frío, la de los escapes, la de las interrupciones del servicio, la de las rupturas de los tubos y otras muchas que sería ocioso enumerar, constituyeron desde luego otros tantos problemas en la actualidad perfectamente resueltos. De suerte que vencidos todos los obstáculos el sistema se aplica hoy en día con toda regularidad.

La estación establecida en San Luis funciona actualmente con una máquina cuya producción diaria es equivalente á 90 toneladas de hielo: la potencia de producción de la instalada en Denver corresponde á igual cantidad.

Antiguamente las máquinas que en esas estaciones se utilizaban no producían más allá de 20 ó 30 toneladas por día: en la actualidad esas máquinas se emplean para la fabricación directa del hielo y sirven al mismo tiempo de reserva para cuando ha de suspenderse por causa de algún accidente el funcionamiento de las nuevas.

Esta industria de la distribución doméstica del frío es verdaderamente original é interesante y constituye una prueba más del espíritu emprendedor de los norteamericanos, de este pueblo que parece haberse propuesto, y hasta ahora lo ha conseguido, ponerse al frente de todos los del globo en cuanto se relaciona con el progreso industrial y con los adelantos materiales. – X.



El Campiello, recuerdo de Venecia, cuadro de Ricardo Madrazo

NUESTROS GRABADOS

Cante y Manzanilla, pandereta pintada por José Garnelo. – El parche de una pandereta ha servido á José Garnelo para producir una obra simpática, un cuadro de costumbres andaluzas, tomado del natural con la galanura y brillantez que constituyen las notas características en las producciones de este artista, á quien también cautivan los derroches de luz, los cambiantes de tonos, la gallardía de los tipos y la riqueza de contrastes que ofrece y atesora la tierra andaluza.

El nombre de Garnelo figura dignamente entre el de los más distinguidos artistas, y la obra que reproducimos, por más que revista interés, debe considerarse como un discreteo del artista.

Un episodio del año 1835, cuadro de Luis Buxó (Salón Parés). – El luctuoso período que en el primer tercio de este siglo ofrece hechos tan salientes como lo son la guerra civil y la violenta expulsión de los frailes, con la quema de sus conventos, ha servido de tema á muchos artistas para composiciones esencialmente dramáticas. Entre ellos puede figurar Luis Buxó, puesto que el lienzo que reproducimos ha sido inspirado en la asonada ó motín que el día 25 de julio del año 1835 estalló en la plaza de toros de nuestra ciudad.

El cuadro del Sr. Buxó, aventajado discípulo del director de nuestra academia provincial D. Antonio Caba, no reproduce un hecho determinado, pero tiene verdadero color local y resulta una composición tan discreta como recomendable, que figura en la galería del inteligente *amateur* D. Alejandro Pons.

El pueblo de Amberes arrastrando la estatua del duque de Alba, cuadro de C. Verlat. – Sea por el odio que en todo pueblo despierta cualquiera dominación extranjera, sea porque el gobierno del duque de Alba en Flandes fuese un régimen cruel y despótico, es lo cierto que los flamencos guardaron mala memoria del gran capitán de Felipe II, hasta el punto de que habiendo sido llamado á España, el pueblo de Amberes sació sus rencores arrastrando por las calles de la ciudad la estatua del duque que éste se hiciera erigir con el bronce de los cañones cogidos al enemigo en la campaña contra Guillermo de Orange. Esta escena es la que representa el cuadro que reproducimos, cuyo autor figura entre los primeros pintores de nuestro siglo: Carlos Verlat cultivó con igual éxito los más diversos géneros pictóricos, así el retrato como el

EL CUENTO DE LA ABUELA, cuadro de Gysis



LECTURA ALEGRE, cuadro de F. Andreotti



LA TARDE EN EL BOSQUE, cuadro de Mme Dora Hetz (Salón del Campo de Marte. París.)

cuadro histórico, tanto el cuadro de género cuanto la pintura religiosa; en 1870 fué director de la Escuela de Bellas Artes de Weimar y luego hasta su muerte profesor de la Academia de Amberes.

El Campiello, recuerdo de Venecia, cuadro de Ricardo Madrazo. – Un precioso rincón de Venecia, cual es la plazoleta existente á espaldas del histórico palacio Foscari, ha servido á Ricardo Madrazo de motivo y asunto para producir un bellísimo cuadro. Al encanto que ofrece *El*



VIRGO CLEMENS, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés)

Campiello ha agregado el artista la acción que determina la hora y la vida, cual es aquella en que las mujeres del barrio, durante los meses estivales, acuden al pozo que descuella en el centro en busca de agua fresca y cristalina.

El Campiello constituye otra de las bellas composiciones de este distinguido artista, á cuya galantería y buena amistad debemos la ocasión de haber podido dar á conocer á nuestros lectores algunas de sus recientes producciones.

El cuento de la abuela, cuadro de Gysis. – El título de este cuadro es su mejor explicación, y aun sin él adivinaríase desde luego el asunto de que se trata, con sólo ver el interesante grupo que forman esa anciana relatando una conseja y esos niños escuchando con atención profunda las aventuras de algún príncipe valeroso ó las cuitas de alguna princesa enamorada.

Lectura alegre, cuadro de Andreotti – Por otras obras que del mismo hemos reproducido han podido apreciar nuestros suscriptores la valía del autor de este cuadro: el que hoy publicamos es una nueva justificación de la fama de que Andreotti goza en el mundo del arte, pues todo en él revela la mano de un maestro, feliz en concebir, hábil en agrupar elementos, correcto en el dibujo, elegante en la composición, fino en el colorido y justo en dar expresión á sus figuras.

La tarde en el bosque, cuadro de Mme. Dora Hetz. – Este lienzo, que fué justamente alabado en la última exposición celebrada en París en el Campo de Marte, es una encantadora nota de sentimiento; todo en él respira esa dulce melancolía que se siente en el bosque al caer la tarde, cuando los pájaros cesan en sus cantos y cuando hasta las flores y los árboles parecen disponerse al reposo á que el silencio y la soledad convidan. El paisaje triste y la figura, más triste si cabe, de la joven madre que lleva en brazos al dormido niño, producen una de esas impresiones que tan bien reflejan la emoción artística y que son la mejor prueba de que el pintor ha acertado á cumplir los fines del arte.

Virgo Clemens, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés). – Obra del distinguido pintor José M.ª Tamburini es la Virgen en su invocación más bella, en su representación más tierna y sentida. El artista, aparte del sentimiento, ha sabido imprimir en su hermoso á la par que severo rostro el sello de la clemencia y de la piedad, venciendo desde el punto de vista pictórico las dificultades que había de ofrecer su especialísima tonalidad, en armonía con la grandeza de la concepción.

Sepárase esta representación de la augusta Madre de Dios del convencionalismo casi litúrgico, del molde de las composiciones análogas, y sin embargo, inspira respeto, porque aun en el delicado realismo que revela la obra, distínguese la inspiración del creyente.

Dibujos al lápiz, por Román Ribera. – Dos sencillos apuntes, sacados al azar entre los que contienen las carteras del maestro, figuran reproducidos en estas páginas. El nombre de Román Ribera constituye ó representa de por sí una garantía de acierto: de ahí que nos limitemos á llamar la atención acerca de los dos dibujos, admirablemente apuntados del natural, en los que se revela, cual en todas sus obras, la seguridad y la corrección.

El tigre real, cuadro de A. Heise. – La pintura del género á que pertenece este cuadro ofrece grandes dificultades, pues la imposibilidad de hacer muchas veces los estudios del natural es causa de que el artista incurra ó en notorios errores ó en palpables amaneramientos. Heise en su *Tigre real* no se nos presenta falso ni amanerado; antes al contrario, la fiera por él pintada tiene vida, es copia exacta de la realidad y por ello merece elogios su autor, artista ventajosamente conocido en Alemania.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Londres. – En la Dudley Gallery se ha celebrado una exposición de acuarelas, en su casi totalidad paisajes y marinas, entre los cuales sobresalen los de W. Severn, Reginaldo Jones, David Green, Herberto J. Finn, L. Block, Harrington Mann y los de las señoras Nora Davidson, Enriqueta Skidmore, Elena O'Hara é Inés J. Rudd. Entre los estudios de figuras llaman la atención *Un viejo piloto* de H. Terry, *Vendedor de limones* de Beatriz C. Smallfield y dos deliciosas escenas infantiles de María Elena Carlisle.

Florencia. – En uno de los sótanos de los Uffizi se ha encontrado un cuadro muy deteriorado que representa una Venus de tamaño natural, y que después de una inteligente restauración ha resultado ser obra de Lorenzo di Credi. Este cuadro, doblemente valioso por ser uno de los pocos desnudos que pintó aquel maestro, ha pasado á formar parte de la Galería de los Uffizi.

Roma. – Dícese que un coleccionista ha comprado á un vendedor ambulante de antigüedades por 60 céntimos un dibujo de Rafael, que es un estudio para su famoso cuadro de la *Disputa* y cuyo valor se estima en 10.000 francos.

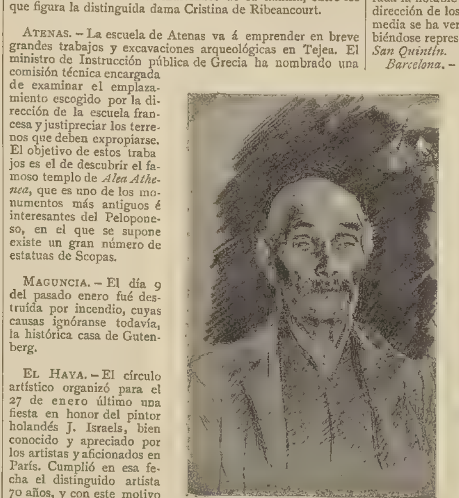
Munich. – Los secesionistas han resuelto celebrar una exposición de primavera, que se habrá inaugurado el día 15 de febrero, y además la gran exposición internacional que se inaugurará el día 1.º de junio. Algunos de los principales secesionistas se han separado de la agrupación volviendo á ingresar en la Asociación de Bellas Artes.

– La Asociación de Bellas Artes ha celebrado el 70.º aniversario de su fundación. A fines de 1824 celebró su primera exposición en el domicilio particular del litógrafo Winter: hoy cuenta más de 6 000 asociados y lleva invertidos en la compra de obras artísticas más de seis millones de pesetas; es la asociación más antigua de Alemania, posee un edificio propio y ha contribuído poderosamente al desarrollo de la vida artística de Munich.

París. – En los talleres de M. Thiebaut acaba de fundirse en bronce una estatua simbolizando *La cerámica*, obra del distinguido escultor Eugenio Guillaume, para ser en breve colocada en la Manufactura nacional de Sevres

Bruselas. – El gobierno belga ha adquirido por la suma de 200.000 francos un cuadro notable atribuído al celebrado pintor flamenco Van Dyck, que fué propiedad de la familia de Ribeancourt. Representa al señor de Laerne, burgomaestre de Amberes, rodeado de seis individuos de su familia, entre los que figura la distinguida dama Cristina de Ribeancourt.

Atenas. – La escuela de Atenas va á emprender en breve grandes trabajos y excavaciones arqueológicas en Tejea. El ministro de Instrucción pública de Grecia ha nombrado una comisión técnica encargada de examinar el emplazamiento escogido por la dirección de la escuela francesa y justipreciar los terrenos que deben expropiarse. El objetivo de estos trabajos es el de descubrir el famoso templo de *Alea Athenea*, que es uno de los monumentos más antiguos é interesantes del Peloponeso, en el que se supone existe un gran número de estatuas de Scopas.



DIBUJO AL LÁPIZ, por Román Ribera

Maguncia. – El día 9 del pasado enero fué destruída por incendio, cuyas causas ignóranse todavía, la histórica casa de Gutenberg.

El Haya. – El círculo artístico organizó para el 27 de enero último una fiesta en honor del pintor holandés J. Israels, bien conocido y apreciado por los artistas y aficionados en París. Cumplió en esa fecha el distinguido artista 70 años, y con este motivo le fué entregado un álbum conteniendo las firmas de innumerables maestros extranjeros que se apresuraron á asociarse á la manifestación de simpatía, dedicada al pintor eminente.

Teatros. – Mascagni está dando, según se dice, la última mano á una nueva ópera titulada *Romano d' Etretat*, en un acto y dos cuadros.

– Después de haberse cantado con gran aplauso en varios teatros de Italia y de otros países, se ha representado en la Scala de Milán la última ópera de Puccini *Manón Lescaut*: el éxito ha sido completo, en muchos puntos calurosísimo y en algunos entusiasta.

– En el teatro Niccolini, de Florencia, trabaja actualmente una compañía dramática inglesa dirigida por Mr. José Craft. Es la primera compañía inglesa que ha visitado á Italia.

– Se ha estrenado en Milán el drama de Bjoerson *Una quiebra*, arreglado á la escena italiana con muy poco acierto, pues de la obra se ha suprimido todo el primer acto, quizás el más interesante y necesario, pues en él están trazados con vigor los caracteres de los personajes y se sienta la base de toda la acción.

– En Nápoles se ha estrenado una ópera de Emilio Copp, *Teresa Raquin*, cuyo libreto está tomado del famoso drama de Zola y que ha sido objeto de apasionadas discusiones.

– La ópera en un acto *Marga*, libreto de Arno Spies y música de Jorge Pittrich, ha sido estrenada en el teatro de la Corte, de Dresde, con gran éxito, debido casi exclusivamente á las excelencias de la partitura.

París. – La sociedad L'Oeuvre ha puesto en escena en los Bouffes du Nord un drama en dos actos, del noruego Bjornstjerne Bjornson, *Au dessus des forces humaines*, obra de argumento sencillísimo, eminentemente mística, que en Noruega se considera como una obra de fe y de inspiración cristiana. En el Cercle funambulesque se han representado dos pantomimas, una en un acto, *Momie*, de Mme. H. Lemorié, con agradable música de León Schlessinger, que está tomada de un cuento de Edgardo Poe, y otra en dos actos, *Instantanés*, de Boussenot y Beissier, cuya música, elegante y graciosa, es del notable compositor de piezas para piano Luis Gregh. El Cercle des Ecoliers ha dado una función compuesta de cuatro obras: *La Revue de Machin*, graciosa pieza en un acto, de Meusy; *Une Mere*, croquis sobrado naturalista de Amic; *Le Passant*, de Gavault, parodia aristofanesca de la célebre pieza de Coppée, y *Une visite*, comedia en dos actos de un dinamarqués, M. Brandes, traducida por Colleville y Zepelin, de asunto algo parecido al de *Denise*, de Dumas, tratado con gran lógica y sobriedad.

Londres. – En la Comedy se ha estrenado con buen éxito una comedia, *Dick Sheridan*, original del ilustre dramaturgo inglés Buchnan. El conocido empresario de Covent Garden y de Drury Lane ha regresado á Londres de su excursión preparatoria de la temporada de ópera de primavera y verano, durante la cual se representarán como novedades *Signa*, de Cowen, y *Werther*, de Massenet. Además se cantará el arreglo de *El barbero de Sevilla*, hecho por Mancinelli para sólo *primas donas*, que con tanto éxito se ha estrenado en el Metropolitano de Nueva York, en donde lo han cantado las señora Calvé (*Fígaro*), Melba (*Almaviva*), Sigrid Arnoldson (*Rosina*), Guercia (*Don Bartolo*) y Scalchi (*Don Basilio*). En el teatro Daly comenzarán á principios de mayo las representaciones italianas por la compañía á cuyo frente está la eminente Leonor Duse y en el propio teatro dará desde mediados de junio algunas funciones Sarah Bernhardt. Para la Gaity está contratada Mme. Rejane y la compañía del Vaudeville, de París, que pondrá en escena entre otras obras la última de Sardou y Moreau, *Madame Sans Gene*. Próximamente se representará en Haymarket una traducción de *El Talismán*, de Fulda, esa obra que tanto gusta y ha dado que hablar en Alemania.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia, *Luciano*, drama en tres actos, de Joaquín Dicenta, de tesis bastante escabrosa, pero bien desarrollada y muy bien escrito; en Lara, *La jaula*, lindo sainete en un acto, de Felipe Pérez, primorosamente versificado; en Apolo, *La noche de San Juan*, zarzuela en un acto, precioso y animado cuadro de costumbres montañesas, letra de Eusebio Sierra y música de Valverde, padre é hijo, y *La de vámonos*, graciosísima parodia de *La de San Quintín*, letra de Felipe Pérez y música de Valverde, hijo; y en la Princesa, *La Colores*, parodia de la comedia de Palencia, *Nieves*, escrita por los Sres. Ayuso y Ferrer. En el Príncipe Alfonso ha dado sus tres primeros conciertos de esta temporada la notable orquesta de la Sociedad de Conciertos bajo la dirección de los maestros Jiménez, Goula y Bretón. En la Comedia se ha verificado el beneficio del Sr. Pérez Galdós, habiéndose representado con el entusiasta éxito de siempre *La de San Quintín*.

Barcelona. – En Novedades se ha estrenado con éxito extraordinario la tragedia sacra en cinco actos y catorce cuadros *Jesús de Nazareth*, de Angel Guimerá, obra grandiosamente concebida y admirablemente escrita, que ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad y para la cual han pintado hermosas decoraciones Soler y Rovirosa, Moragas y Vilumara y escrito algunos bellísimos números de música el notable compositor D. Enrique Morera. En el Principal, Novelli sigue contando por ovaciones el número de sus representaciones: en *Gli Spettri*, de Ibsen, ha sido aplaudido con entusiasmo.

Necrología. – Han fallecido:

Mr. R. M. Ballantyne, escritor inglés que se dedicó especialmente á escribir libros de cuentos para niños.

Máximo Du Camp, escritor y crítico francés, miembro de la Academia Francesa, colaborador de la *Revue des Deux-Mondes*, autor de multitud de libros de viajes á Oriente y de otras varias obras, entre ellas, *Convulsiones de París* y *París, sus órganos y sus funciones*.



DIBUJO AL LÁPIZ, por Román Ribera

Juan Guido de Bulow, célebre pianista y compositor alemán, director de orquesta en los principales teatros de Alemania: había estado casado con una hija de Listz, que se divorció de él y fué después esposa de Wagner.

Teodoro Billroth, uno de los primeros patólogos y cirujanos alemanes, eminente histólogo, antiguo profesor de Anatomía patológica en Greifswald, de Clínica quirúrgica en Zurich y en Viena, autor de importantísimas obras de medicina, entre ellas las *Cincuenta lecciones de patología quirúrgica general y de terapéutica*.

Francisco J. Batth, pintor de historia alemán.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

La preocupación de evitar preguntas ó alusiones sobre puntos escabrosos y de peligrosa contestación daba á las palabras de Santiago una frialdad ceremoniosa que no podía menos de chocar á Teresa. Entristecida por el silencio obstinado de su marido respecto del misterioso disfraz, la excelente esposa experimentaba una penosísima sensación al oirle hablar de cosas indiferentes, y esto con notorio embarazo, después de tres días de ausencia. Santiago estaba nervioso é inquieto y no lo podía disimular. Al mismo tiempo que hablaba distraído y torpemente, pensaba en su cita, y discurría qué pretextos inventaría para poder salir de casa á la hora precisa; comprendía lo difícil que le sería sin ayuda de alguien, y creía que no tenía otro recurso que ir á buscar á Lechantre para descubrirle el compromiso en que se hallaba y conseguir su auxilio. Contaba con el buen humor de su amigo y maestro para animar durante el almuerzo la conversación, y además tenía necesidad de recomendarle una prudente discreción y convenir con él el medio de poder pasar fuera de casa una parte de la noche.

—Te dejo por una hora, dijo á Teresa; voy á decir á Lechantre que habéis llegado ya y á convidarle á almorzar con nosotros.

—¿Vive lejos de aquí?, preguntó Teresa.

—Muy lejos. El barón Herder le ha dado hospitalidad á bordo de su yate, y lo menos se tarda media hora en ir de aquí al puerto. Hasta luego, Teresina; recomienda á la cocinera que nos ponga un buen almuerzo; ahora te enviaré unas docenas de ostras, y al mediodía volveré con nuestro amigo.

Pero estaba escrito que Santiago sufriría una tras otra contrariedad, porque cuando se despedía de su mujer, sonó la campanilla y oyó la voz estentórea y alegre de Lechantre en la antesala.

—¡Cómo! ¿Ya están aquí esas señoras?, exclamaba el paisajista. ¿Se puede entrar?, añadió asomando su cara risueña por entre las dos hojas de la puerta de la sala.

Entró y estrechó con efusión las manos de Teresa.

—Buenos días, incomparable Teresa... Y tú, pillastre, ¿has dormido bien?... ¿Y cómo ha venido la mamá?

—La mamá muy buena y muy contenta, respondió la señora Moret, levantando la cortina de la habitación contigua y entrando en la sala con Teresa.

No se hubiera creído, en efecto, que acababa de hacer un viaje de veintidós horas. Después de haber peinado sus cabellos grises, y tomado un baño, reaparecía alegre y viva como una alondra. Leíase en su semblante la satisfacción de ver á su hijo en buena salud.

—Buenos días, Sr. Lechantre, continuó: celebro mucho ver á usted aquí, y verle tan sano y rozagante..., y no le perdono haber entretenido anoche á mi hijo hasta el punto de que no haya ido á esperarnos en la estación... ¿Adónde le ha llevado usted, grandísimo pícaro?

—Se lo contaré á usted cuando almorcemos, porque yo me convido á almorzar.

—Precisamente iba yo á invitar á usted ahora mismo, observó Santiago, dejando el sombrero y el bastón.

Hubiera querido recomendar á Lechantre la más escrupulosa reserva; pero conocía que le observaban á la vez Teresa y Cristina, y juzgó prudente no hacer la más leve seña á su maestro á fin dé no confirmar las sospechas de las dos mujeres. Esperaba, por lo demás, que durante los preparativos del almuerzo tendría ocasión de quedar solo con Lechantre, y podría prevenirle. Pero las cosas no se arreglaron como él presumía y deseaba. Cuando Teresa fué á dar una vuelta por la cocina y el comedor, la señora Moret y Cristina creyeron de su obligación quedarse en conversación con el convidado. Cristina, sobre todo, se obstinaba en llamar la atención de Lechantre, como si hubiera penetrado las intenciones de Santiago y tuviera una maligna satisfacción en contrariarle. No dejó de hablar con el amigo hasta que vió entrar en la sala á Teresa y la oyó decir que el almuerzo iba á ser servido.

Santiago ardía en impaciencia y en despecho. En vano procuraba afectar una tranquilidad y un buen humor que no tenía. Los pliegues transversales de su frente, la fijeza de su mirada y la forzada sonrisa de sus labios denunciaban el estado de su espíritu. Teresa, acostumbrada á leer en la expresiva fisonomía de su marido, no se dejaba engañar por aquella superficial jovialidad. Encontraba en Santiago la mirada inquieta y la embarazada actitud de quien disimula algo. Un sutil instinto de mujer amante y celosa de conservar su felicidad, afinaba más y más su perspicacia, y á medida que las dudas se acumulaban en su espíritu, una profunda tristeza invadía su corazón. En el momento en que la doncella vino á decir que el almuerzo estaba servido, Santiago se dirigió á Lechantre á fin de quedar detrás con él y hacerle alguna prevención, pero Teresa se adelantó y tomó el brazo del maestro para pasar al comedor. Al mismo tiempo la viejecita reclamó el brazo de su hijo, y Santiago, completamente desconcertado, vió desvanecerse su última esperanza de comunicar secretamente con su compañero antes de la hora temible de las conversaciones expansivas que suceden generalmente á una comida entre buenos amigos.

El almuerzo, aunque improvisado, era bueno y fué muy bien servido. Teresa había hecho sacar el famoso vino de Barincourt, aquel de que le regaló Lechantre algunas botellas, y el maestro, animado por el vinillo del país, la presencia de sus paisanos y la delicadeza del *menú*, comenzaba á hablar por los codos. Cuando se hallaba entre amigos y ante una botella de su vino predilecto, al paisajista se le soltaba la lengua de un modo extraordinario: Santiago lo sabía y su inquietud aumentaba á medida que el maestro se ponía más alegre.

Mientras éste encarecía con su manera familiarmente pintoresca y exagerada los talentos de la autora y confeccionadora del almuerzo, Cristina le interrumpió súbitamente con su voz áspera y desagradable:

—Sr. Lechantre, nos ha prometido usted decirnos dónde y cómo pasó la noche última con Santiago.

—Y lo cumpliré, respetable señorita, respondió el maestro levantando el vaso, mirando el líquido amorosamente y saboreándolo á pequeños sorbos, en cuanto beba este néctar de Barincourt... En primer lugar, han de saber ustedes que por la tarde estuvimos en la famosísima batalla de *confetti*, y combatimos bizarramente. Luego comimos en el restaurant, y después...



Torció la esquina Teresa y recorrió con mirada ansiosa la porción luminosa del boulevard Dubouchage...

—Sr. Lechantre, dijo con afectada ironía Santiago, que cada vez estaba más inquieto, no olvide usted que Cristina es muy devota, y la puede usted escandalizar...

—No tengas cuidado, hijo, que sé perfectamente las consideraciones que se deben á una señorita, y eliminaré discretamente el episodio del monaguillo!..

—¡Un monaguillo!, exclamó con hipócrita candidez la devota; ¿han ido ustedes á la iglesia?

—¡Oh, inocencia bíblica!, dijo Lechantre; á la iglesia precisamente no hemos ido... Se trata de una joven honesta disfrazada de monaguillo, que hacía sus ejercicios en el casino...

—¡Qué horror!, murmuró Cristina bajando los ojos. ¿Cómo se cometen profanaciones semejantes?.. ¿Y es en ese baile donde han estado ustedes toda la noche?

—Sí, señorita... Santiago estaba muy triste en su soledad y yo quise distraerle llevándole á ese baile. Todas las mujeres más bonitas de Niza estaban allí, y su hijo de usted, señora Moret, ha obtenido en el casino el mayor éxito.

—No se burle usted de mí, Sr. Lechantre, interrumpió Santiago...

Teresa había levantado la cabeza y observaba dolorosamente la turbación de su marido. En cuanto á la señora Moret, siempre encantada de oir el elogio de su Benjamín, reía con indulgencia maternal, y con los ojos fijos en los del maestro, aprobaba moviendo la cabeza y repetía:

—Sí, maestro, cuente usted, cuente usted.

—Pues bien, señoras, repuso éste muy contento de excitar la curiosidad de su auditorio femenino, el baile rojo y blanco ha sido positivamente una gran cosa, y siento mucho que no hayan asistido ustedes á fiesta tan animada. Había allí mujeres de todas las clases, desde la más humilde hasta la más empingorotada; y apuesto lo que se quiera á que la que dió broma á Santiago pertenecía á la crema de la crema .. Se adivinaba en su metal de voz y en su *toilette*.

—¡Ah! ¿Conque á Santiago le dió broma una máscara?, preguntó Teresa afectando una perfecta indiferencia... ¡Y se lo tenía tan callado!

—¡Bah!, exclamó Santiago, encogiéndose de hombros, el Sr. Lechantre se deja llevar de su fecunda imaginación. Se trata sólo de una vulgar broma de baile de máscaras, y la que me habló no tenía nada de interesante.

—¡Canario!, prosiguió el maestro, eres modesto, hijo, ó tienes unos gustos muy difíciles, porque la dama era hermosa y arrogante; un poquito altanera me pareció, pero muy elegante y distinguida.

—¿Qué traje llevaba?, preguntó Teresa.

—Un traje de merino blanco, cortado á la griega, con guarnición de encajes rojos, y sobre sus cabellos rubios una graciosa gorra de encajes de oro. Añadan ustedes á esto unos ojos que resplandecían como brillantes y una voz... una música á la vez fuerte y suave, con ligero acento extranjero... Como me declaró sin ambages ni rodeos que yo estaba allí demás, no asistí á la conversa-

ción; pero me parece que la dama era tan espiritual como hermosa, y que Santiago no debió aburrirse hablando con ella.

– Pues se engaña usted, Sr. Lechantre, protestó Santiago, lanzando una mirada furiosa á su maestro, apenas cambiamos algunas palabras indiferentes.

– ¿Por qué te defiendes con tanta vehemencia?, preguntó Teresa, con una amarga sonrisa; esas aventuras son muy naturales en un baile de máscaras, y es sabido que nadie las toma en serio.

Pero la fisonomía de Teresa, ligeramente contraída, y la expresión de sus ojos desmentían la tranquilidad que intentaba aparentar. En efecto, cada una de las palabras pronunciadas por el maestro producía en ella un estremecimiento seguido de crueles reflexiones. De las revelaciones de Lechantre y de la obstinación silenciosa de Santiago deducía conclusiones muy poco tranquilizadoras. La descripción de la dama de los encajes rojos había bastado para hacerla comprender el alcance de aquella entrevista en que Lechantre no veía más que una broma de Carnaval. Y las ligeras indicaciones del artista habían hecho adivinar á la perspicacia de Teresa que la desconocida debía ser Mania Liebling y no otra, y esta convicción había despertado en ella los celos con la mayor violencia. Para ella era evidente que la entrevista de Santiago y Mania había sido premeditada. ¿Qué habría pasado? ¿Qué confidencias habrían cambiado? ¿Hasta qué punto su marido había sucumbido á la tentación? Era evidente que él se reconocía culpable, puesto que buscaba subterfugios para no confesar sus actos. Teresa se juzgaba traicionada, y traicionada en las más ofensivas condiciones. Apenas salió ella de Niza, Santiago se había apresurado á procurar volver á ver á aquella peligrosa mujer, y no se había avergonzado de aprovechar la ocasión de su viaje, hecho por pura abnegación, para satisfacer su curiosidad ó su pasión. Esto era odioso, y Teresa, herida en su lealtad y en su ternura, agitada por un legítimo sentimiento de indignación, sentía impulsos de apostrofar al infiel marido: «¿Por qué mientes?.. Todo lo adivino y no me engañas.» Pero en su alma nobilísima, el sentimiento de la propia dignidad y el temor de afligir cruelmente á la madre del culpable pudieron más que su amor propio ofendido, y supo aparentar una tranquilidad que no sentía.

Sin embargo, el esfuerzo de la lucha que sostenía en su espíritu se reflejaba en su rostro, y Lechantre, que era observador, no pudo menos de advertir la alteración que sus confidencias produjeron en la fisonomía de la esposa de su discípulo. Comprendió que involuntariamente había hablado más de lo que convenía y calló... Terminó el almuerzo en medio de un silencio general penosísimo. El paisajista, que ya no reía, contemplaba con sorpresa la mirada triste de Teresa, la cara vagamente inquieta de Santiago, la malévola sonrisa de Cristina, y se preguntaba: «¿Qué diablos les pasa? Mi historia de ayer los ha dejado mudos á todos.»

Levantáronse de la mesa; el café se sirvió en el vestíbulo del hotelito, y mientras las tres mujeres se ocupaban allá dentro en quehaceres domésticos, Santiago pudo llevar á su amigo al jardín á pretexto de fumar un tabaco.

– ¡Hombre!, ¿qué pasa? preguntóle el maestro... ¿He cometido alguna inconveniencia contando delante de tu mujer tu aventura de anoche?

– Ya no tiene remedio, contestó Santiago con amargura. Pero no tiene usted la culpa; si hubiera podido hablar con usted un momento esta mañana le habría recomendado el silencio sobre ese punto... En la descripción que usted ha hecho de la máscara de los lazos rojos, Teresa ha reconocido, sin duda, á una dama de quien ya estaba celosa, y temo mucho las consecuencias de este contratiempo.

– ¡Cómo! ¿No era la primera vez que encontrabas á esa mujer?

– No; la conozco hace seis semanas; es una extranjera, una dama del gran mundo.

– ¡El diablo cargue con las damas del gran mundo!, exclamó el paisajista apesadumbrado; creo que sería alguna del propio linaje que mi gentil monaguillo; pero... no sabes cuánto siento ser causa de la pena de tu mujer... ¿Y tienes intención de volver á verla?

– Sí, contestó Santiago, esta noche... tengo una cita... y no puedo faltar, y cuento con la amistad de usted...

– Para decir á tu mujer que iremos juntos á alguna parte..., ¿no es eso?... Pues no, no haré yo el mal papel que me destinas... Olvidas, sin duda, cuánto quiero y admiro á tu mujer.

– Más la quiero yo, pero...

– Es singular tu manera de quererla... haciéndole traiciones... No, yo no seré tu cómplice, y vas á hacerme el favor de no volver á acordarte de esa extranjera.

– ¡Imposible! He dado mi palabra de acudir á la cita... Es cuestión de honra...

– ¡Bonito modo de entender la honra!.. ¡Bah! No cuentes conmigo.

– Es preciso que usted me ayude, y se lo suplico. Se trata de una última entrevista, de una de esas explicaciones á que no puede sustraerse un caballero.

– ¡Ah! ¿Es una despedida, una mutua devolución de cartas, como si dijéramos una liquidación?..

– Justamente, afirmó Santiago, que no veía otro medio de obtener el concurso de Lechantre, y no vaciló en cargar su conciencia con otra mentira.

– Si es para acabar tus relaciones con esa mujer, te ayudaré á salir del mal paso en que te veo; pero liquida, por Dios, hijo, liquida, y no olvides que estas aventuras con ciertas señoras acaban mal después de producir muchos sinsabores.

Volvieron juntos al salón. Teresa había logrado al fin dominarse lo suficiente para que su rostro apareciera sereno. El bueno de Lechantre, ganoso de enmendar su desacierto, procuraba dar á la conversación un giro menos peligroso, evitando todo lo relativo á las fiestas y evocando recuerdos gratos á toda la familia. Habló de Rocatallada, bromeó con Cristina acerca de los gustos sedentarios de la solterona, alegró á la madre hablándole del corral y del establo tan bien dirigidos por ella, y contó cómicas historias de la aldea, consiguiendo hacer reir á Teresa. Contestábale ésta con frivolidad y parecíale agradarle mucho oir al maestro hablar en el *patois* del país. Su ficticio buen humor engañó completamente á Santiago, y hasta llegó á creer que su mujer había olvidado el incidente del baile de máscaras, ó á lo menos que no daba gran importancia á lo que había contado Lechantre. Recobró con esto su aplomo, y tomó parte alegremente en la conversación.

Lechantre, al despedirse de las tres señoras, dijo á Santiago con la mayor naturalidad:

– Santiaguillo, no olvidarás que el barón Herder nos ha invitado esta noche á tomar el te. Entre ocho y nueve te esperamos. Y perdonen ustedes, señoras, que esta noche me lleve á mi discípulo. Verdad es que estarán ustedes cansadas del viaje y querrán recogerse temprano.

Al pronunciar estas últimas palabras, encontró la profunda mirada de Teresa, y demasiado leal para mirar en aquel momento á la celosa, volvió la cabeza. La esposa de Santiago miraba alternativamente á su marido y al paisajista; el primero afectaba un aire distraído; el segundo evitaba evidentemente su mirada. La actitud de los dos aumentó más y más sus sospechas.

«Están de acuerdo para engañarme,» pensó. Y un frío de muerte heló en sus venas la sangre á tiempo que tendía su mano á Lechantre.

Después que salió el maestro, Cristina se puso á continuar una labor, la mamá empezó á dormitar, y Teresa quedó sumida en profundas reflexiones. A pesar de las graves sospechas fundadas en la frialdad de Santiago y en las revelaciones de Lechantre, aún había momentos en que no se atrevía á creer en una traición y se negaba á considerar posible la ruina de su ventura. «¡No!, pensaba, no es posible que sea desleal é infame hasta ese extremo.» Esperaba una mirada ó una palabra de arrepentimiento de Santiago, uno de esos oportunos movimientos de ternura que llevan la confesión á los labios del culpable y obligan al perdón. Pero Santiago continuaba distraído, nervioso y taciturno. A medida que se acercaba la noche, Santiago manifestaba á pesar suyo una mal contenida impaciencia. Apenas probó la comida; la fiebre le quitaba el apetito; reprendía á la criada porque traía y llevaba los platos con mucha pesadez, y á cada momento consultaba el reloj.

Nada escapaba á la perspicacia de Teresa, y su dolor era tanto más agudo cuanto más quería disimularlo.

A los postres, Santiago no pudo ya contener su impaciencia. Oyó sonar las ocho, y calculó que habría de emplear algún tiempo en ir á casa del alquilador de trajes: «¡No acaba nunca esta comida!» pensaba con enojo, y contestaba con monosílabos á las preguntas de las tres mujeres, temiendo que una respuesta explícita reanimara la conversación y tuviera que estar más tiempo en el comedor. Pero se levantó súbitamente y fué á abrazar á la mamá.

– Buenas noches, mamá, murmuró; no debo hacer esperar al barón Herder... Debéis estar muy fatigadas del tren, y las tres tendréis necesidad de dormir.

Teresa se había levantado al mismo tiempo que él, y le precedía con una bujía en la mano.

– ¿Volverás tarde?, le preguntó.

– No, creo que no, pero no puedo decirte la hora precisa... porque cuando se está en casa ajena convidado no se pertenece uno... Hasta luego, Teresa.

Cogió la mano de su mujer y la estrechó apresuradamente.

– Tu mano está helada, le dijo; bien se conoce que estás cansada... Acuéstate pronto.

Y salió.

Apenas cerró la puerta, Teresa corrió á su cuarto, cuya ventana, que había dejado abierta, daba á la calle. Vió á Santiago que se dirigía hacia el boulevard Dubonchage en dirección opuesta á la que debía haber tomado para ir al puerto.

«¡Con qué aplomo miente ya!, pensó Teresa. No, no puedo soportar esta situación de duda y de angustia... Mejor quiero saberlo todo.»

Su abrigo y su sombrero de viaje estaban todavía sobre la cama; cogió las dos prendas, se las puso, y abriendo con precaución la puerta de entrada, salió á la acera y se precipitó hacia el boulevard.

Torció la esquina Teresa y recorrió con mirada ansiosa la porción luminosa del boulevard Dubouchage, y se estremeció viendo una rápida silueta que se precipitaba en el almacén del alquilador de trajes, situado no lejos de la avenida de la estación. Adivinó más que reconoció á su marido, y resolvió esperar que saliera del almacén. En frente de éste había entre dos plátanos un banco á que daban sombra las fachadas de las casas. Teresa tomó asiento en uno de estos bancos, recatándose cuanto más podía. Novicia en esta ocupación de espía, de que se avergonzaba, sobresaltábase al más leve ruido. Imaginaba que todos los transeuntes la miraban con sospechosa ó injuriosa curiosidad, y temblaba que algún buscador de aventuras, alentado por la obscuridad, cayera en la tentación de dirigirse á ella. Pasó un cuarto de hora, un cuarto de hora de angustia, y al fin se abrió la puerta del almacén, y á merced de la luz interior, Teresa vió salir un dominó blanco, y ya no pudo tener la menor duda de la triste realidad de sus sospechas. Santiago no había tenido siquiera la precaución de ponerse la careta; estuvo un momento en el escalón del almacén, cubrióse la cabeza con el capuchón, y luego echó á andar en dirección á la plaza Massena. A pesar de la angustia que oprimía su corazón, Teresa hizo un esfuerzo sobre sí misma y le siguió.

Santiago iba ligero sin sospechar el espionaje de que era objeto. Atravesó la plaza por donde iban y venían muchas máscaras, y no anduvo despacio hasta llegar al ángulo del puente y del muelle. A cierta distancia, detrás de él, se deslizaba la sombra negra de Teresa, arrimada prudentemente al muro. Cuando Santiago llegó al jardín de los Phoceos, estuvo indeciso un momento, como quien espera con impaciencia. Teresa aprovechó la circunstancia de estar su marido vuelto de espaldas para deslizarse entre los macizos del jardín, y allí, invisible, pero pudiendo fácilmente distinguir lo que hacía aquél, esperó á su vez. La soledad y el silencio del jardín contrastaban con los alegres rumores de la calle de San Francisco de Paula. Oíanse las voces de las máscaras y el estrépito de las charangas. Dieron las nueve. Resonó en el piso el trote de dos caballos, y Teresa vió llegar un carruaje enteramente cubierto de blanco que vino á detenerse en el muelle. Al mismo tiempo vió á Santiago correr hacia el misterioso coche. Blanca sobre el fondo blanco del *landau* una mujer que venía muellemente recostada, se incorporó, y llamó al lacayo, que también vestía dominó; éste bajó de un salto, abrió la portezuela, y Santiago saltó al interior del coche y se sentó al lado de la elegante enmascarada. El lacayo volvió ligeramente á su sitio, y al paso encaminóse el carruaje á la calle de San Francisco de Paula, mientras Teresa, cuyas rodillas se doblaban, caía consternada sobre uno de los bancos del jardín.

¿Era posible?.. ¡A los quince meses de casado! Ya no eran vagas sospechas de infidelidad; era evidente la traición del hombre en quien había concentrado religiosamente toda su confianza, toda su ternura!.. ¡Y en las más humillantes circunstancias!.. ¡Retorcíase las manos heladas, y quería hacerse daño, como si el dolor físico pudiera atenuar el inmenso dolor de su corazón!.. Creía ser víctima de una horrible pesadilla; pero no, no era sueño su desventura. Teresa

vivía en plena realidad, una realidad brutal. Entre los rumores de la fiesta carnavalesca oía todavía el trote de los caballos que arrastraban el coche de la baronesa Liebling en dirección al Corso, y el roce de las ruedas sobre la arena repercutía en su cerebro dolorido. Hubiera podido sorprender allí mismo á los culpables... ¿Para qué? Ya había visto bastante para que no le quedase ninguna duda. Su desventura era cierta, inmensa, irreparable... Teresa se acordó de que había salido sin saberlo su suegra y su cuñada; no podía dejarlas solas más tiempo. No quería que la señora Moret y Cristina sospechasen lo que pasaba; para la primera hubiera sido un golpe horrible y para la segunda una satisfacción. Teresa recobraba toda su energía ante la idea de lo que podría suceder si la señora Moret llegara á conocer la conducta de su hijo. No; esta inmensa desgracia sería para ella sola. Su deber la obligaba á evitar un escándalo que mataría á aquella excelente mujer que á ella la amaba como á hija propia, y creía ciegamente en su hijo como en Dios. Teresa tendría una explicación con Santiago solamente; y entre los dos buscarían una solución que evitara toda pena á la vieja, sin perjuicio de la dignidad de la ofendida esposa. Y precipitadamente, con la muerte en el corazón, en medio de la bulliciosa fiesta, Teresa volvió á la calle Carabacel por el camino más corto.

Entretanto el *landau* de la señora Liebling bajaba lentamente la cuesta de la calle de San Francisco de Paula.

– Ya ve usted, murmuró Mania, contestando al febril apretón de mano de Santiago, ya ve usted cómo he cumplido mi palabra... Pero, ¿qué veo?.. ¿No trae usted careta?.. ¿Sí?.. Pues póngasela usted, hombre de Dios.

– ¿Tiene usted miedo de que la vean conmigo?, preguntó el artista, poniéndose el antifaz.

– No por cierto. Sepa usted que el *¿qué dirán?* me ha sido siempre indiferente. He aconsejado á usted que se ponga el antifaz por interés de usted mismo. ¿Le parecería á usted bien que los periódicos de Niza publicasen mañana que esta noche paseaba usted conmigo en mi carruaje?.. Debería usted darme gracias por mi buena intención. Así le evito á usted, si no remordimientos, á lo menos reconvenciones... legítimas de una persona querida y que tiene derechos sobre usted.

Mientras hablaba Mania en el tono semi-burlón y semi-serio que le era familiar, Santiago se encogía de hombros y se mordía los labios. En aquel momento, la alusión directa á sus deberes de marido le contrariaba muchísimo, removiendo sus enojosos escrúpulos.

El carruaje entró en la fila en el paseo; la luna aún no había aparecido, y bajo un cielo tachonado de estrellas las tribunas estaban envueltas en una sombra crepuscular. El fondo de la plaza parecía un lago negro en el que se agitaban confusas masas. Entre las gradas de las tribunas circulaban vendedores de *moccoletti*, ofreciendo sus paquetitos de velillas adornadas de colores. Los *moccoletti* interrumpían la obscuridad con sus lucecillas que se encendían y se apagaban y se volvían á encender. Allá abajo, una multitud de *pierrots* saltaban en medio de la pista, donde alternaban dos orquestas. En la penumbra coches llenos de máscaras, silenciosas como fantasmas, desfilaban cubiertos de blanco, con linternas blancas, decoradas caprichosamente. Uno de los coches ostentaba guirnaldas de originales flores de almendro; otro parecía una cuna forrada de muselina y contenía unas cuantas nodrizas con sus *bebés*; otro, en fin, forrado de pieles contenía varias máscaras, cubiertas también de pieles blancas. El *landau* de Mania, forrado de *peluche*, estaba cubierto de violetas y jazmines blancos, y en medio, como en un gran cesto de flores, surgía la baronesa, llevando en la cabeza una graciosa gorra de piel de cisne, envuelta en un hermoso abrigo de piel de cabra del Thibet, forrado de seda blanca, traje caprichosísimo, de gusto escandinavo.

Las máscaras de los coches y los dominós de las tribunas se lanzaban bolas de papel, que en el aire se deshacían en múltiples papelitos blancos, ofreciendo un singularísimo espectáculo. Los movimientos de las máscaras blancas que se agrupaban al paso de los carruajes semejaban una danza fantástica, bajo la luz tenue de la luna y en medio de los miles de lucecillas de los *moccoletti*. Poco á poco Santiago se dejó dominar por aquella voluptuosa fantasmagoría. El aspecto de aquellas figuras blancas, las luces, la cadenciosa música de los valses le producían sensaciones desconocidas... En medio de aquel agrupamiento de fantasmas blancos, parecíale asistir á la resurrección de las horas de la juventud, de que él no había gozado; los placeres adivinados á los veinte años, ardientemente codiciados y que él no había disfrutado, aparecían súbitamente al alcance de su mano, como evocados por la varita mágica de una hada y fácilmente realizables. Sentía, en medio de las flores, el tibio contacto del cuerpo de Mania. A la fugaz claridad de los *moccoletti* distinguía el resplandor de sus ojos luminosos y la sonrisa de sus labios. No se atrevía á hablar como si temiera que todo aquel delicioso sueño se desvaneciera al sonido de su voz; pero su mano había buscado la de la baronesa y no la soltaba.

Bajo el influjo también de la encantadora novedad del espectáculo, aturdida por el lento ir y venir de los fantasmas blancos, contenta de saborear un placer desconocido, la señora Liebling no retiraba su mano.

– Gracias, murmuró Santiago muy emocionado.

Rápidamente la hechicera le tocó con suavidad en los labios con el abanico de plumas blancas.

– No hable usted ahora, murmuró Mania, que no quiero perder este delicioso encanto.

Olvidaba ella misma en aquel momento su escepticismo en amor y sentíase dulcemente inclinada á enternecerse; pero no había cedido en su aversión á las frases sentimentales. Las declaraciones, siempre iguales, en que los enamorados traducen sus sentimientos, habíanle parecido siempre *banales* y ridículas, y en medio de aquella fantástica fiesta del Corso, quería Mania no ver ni oir nada vulgar, nada que interrumpiera el placer insólito, dulce y profundo que experimentaba. Hallábase en esa disposición de ánimo en que la mujer se siente hondamente conmovida, y un amante no tiene mejor y más eficaz auxiliar que el silencio. En aquel momento, sin que Santiago lo sospechara, bajo aquella luz lánguida, en medio de aquel ambiente dulce y misterioso, el corazón de la baronesa se inclinaba amorosamente al pintor. La gran dama entregábase mentalmente á su enamorado; cerrábanse sus ojos, helábanse sus labios, experimentaba un dulce estremecimiento de todo su ser.

Después de haber dado dos vueltas á la pista el *landau* se confundía con los demás coches, atravesando por en medio de los grupos de fantasmas blancos, que allí presentaban un aspecto más extraño, iluminados por la deslumbradora fosforescencia de la luz eléctrica. Los rayos incandescentes atravesaban en toda su longitud la calle de San Francisco de Paula y bañaban en una claridad de plata en fusión la lenta procesión de los carruajes. Bajo aquella claridad metálica y vibrante las gallardas mujeres envueltas en blancos capuchones, los dominós de los hombres y los *pierrots* enharinados semejaban desfile de los personajes de la *Comedia del arte*. Experimentábase ante aquel espectáculo una impresión á la vez dulce y sensual, parecida á la que producen las comedias de Musset ó las melodías de Mozart. Involuntariamente Santiago recordó la representación de *Don Juan;* reprodújose en su imaginación la bizarría, la elegancia, la hermosura de Mania entrando en su palco en el momento en que Faure y la Ludkoff cantaban *La ci darem la mano*. Pasaba el *landau* por delante del teatro municipal de la Opera, y Santiago dijo al oído de Mania:

– Ahí la vi á usted por primera vez. ¡Qué hermosa! ¡Qué seductora estaba usted, y qué armonía tan singular advertí entre la hermosura de usted y el dúo de Zerlina y D. Juan!.. ¡Oh! Siempre que oiga la música de Mozart la veré á usted sublimemente bella, como la vi en aquel momento.

La intensidad de la luz iluminándolo todo, como en pleno día, había hecho despertar á Mania de su sueño. Soltóse de la mano del pintor y suspiró:

– ¡Ah, *Don Juan!*.. Esa música sublime es la imagen de la vida; el trío de las máscaras, la canción de Zerlina, la serenata, luego la llegada del Comendador en medio del baile, los dominós y los músicos que huyen medrosos, el seductor que se hunde y finalmente el telón que cae!..

Sonrióse irónicamente, y mirando fijamente á Santiago añadió:

– También aquí acaba la fiesta y llega el momento de las despedidas.

El coche, en aquel punto, después de haber subido la calle, desembocaba en el muelle casi desierto.

Santiago se estremeció, y cogiendo súbitamente el brazo de Mania, suplicó:

– No, no nos separemos todavía. Concédame usted una hora siquiera... ¡Si aún no hemos hablado nada!..

– El silencio es oro, interrumpió Mania, moviendo graciosamente la cabeza. Pero sea, concedo; pasearemos todavía una hora, puesto que tiene usted ese capricho, y hablemos razonablemente como dos buenos amigos. ¿Adónde quiere usted ir?.. Ya no volveremos al Corso; no hay necesidad de soñar dos veces lo mismo.

– Iremos adonde usted quiera, respondió Santiago; poco me importa; lo que me importa es estar cerca de usted.

– Bautista, dijo Mania al cochero, llévanos por el camino de Villafranca.

El cochero dirigió los caballos hacia la plaza de Garibaldi. Mania se había envuelto en su abrigo y quitado la careta.

– ¡Qué hermosa!, murmuró Santiago, quitándose también el antifaz, y contemplando á la baronesa como en éxtasis.

– Por favor, dijo ésta, nada de requiebros, ó me vuelvo á casa... Hábleme usted de usted mismo, de su pintura, de sus estudios. Esto me interesará más que el piropeo á la francesa.

Y comenzando ella misma la conversación, le interrogó curiosamente sobre su infancia, sobre su pueblo y sus años de estudios en París. Santiago, desencantado por este capricho que le impedía entregarse á las tiernas efusiones que había soñado, contestó al principio lacónicamente, y después, poco á poco aguijado por las reflexiones espiritualmente sugestivas que Mania intercalaba entre sus preguntas, le animó y contestó elocuentemente sobre todo lo que la hechicera le preguntaba. Detalló sus primeras impresiones ante la naturaleza, y sus alegrías y sus melancolías cuando estudiaba en medio del campo ó en el taller de Lechantre. Expuso su manera especial de entender el arte, sus esfuerzos para interpretar la verdad en absoluto, y enumeró sus proyectos de cuadros. Quería en una serie de grandes lienzos pintar realmente la vida del campo: la siega del heno, la recolección, la siembra, los amores de los campesinos, el entierro de una jovencita...

Y mientras hablaba brillaban sus ojos, su frente se iluminaba, y los irregulares rasgos de su fisonomía tomaban una original expresión de belleza intelectual; y Mania, inclinada hacia él, oía con profundo interés las confidencias de aquel hombre, alma de artista, entusiasta, sencillo, cándido. Aquella refinada mujer del gran mundo saboreaba con emoción la franqueza salvaje, la sinceridad absoluta de un espíritu maravillosamente dotado. Oyendo al pintor describir con amor el campo en que nació embalsamado de flores aromáticas, exhalando acariciado por el sol el incomparable olor de la tierra, reproducíanse en ella misma las sensaciones de su propia infancia en medio de las llanuras de su país y humedecíanse sus ojos... Y así, mientras á Santiago le contrariaba el giro que, á su pesar, había dado á la conversación su hechicera interlocutora, ésta sentíase más interesada por él que si le hubiera escuchado la más ardiente de las declaraciones.

Durante esta primera parte de la conversación, el *landau* bajaba por la calle Segurane y atravesaba el puerto, cuyas luces rojas y amarillas brillaban en la obscuridad. Distinguíase confusamente un apiñamiento de mástiles, vergas y chimeneas. Todas estas líneas negras surgían de la sombra y se cruzaban destacándose en medio del celaje más claro. Los caballos subían la cuesta de Montborón, bordeada de jardines y de villas. Cuando llegó el coche á lo alto, la luna apareció detrás de Mont-Gras, é iluminó con su tibia luz las siluetas de la costa hasta la isleta del cabo Ferrato. El mar estaba en completa calma; no se sentía ni una ráfaga de viento. Reinaba un silencio absoluto en el camino solitario, y una brisa aromática embalsamaba la atmósfera transparente.

– Sí, ciertamente, continuó Santiago, amo la pintura, que me ha dado grandes satisfacciones y alegrías; pero ninguna es comparable á la que experimento en este instante, bajo este hermoso cielo, en esta noche deliciosa cerca de usted... tan cerca que trastornan mi cerebro esas tuberosas que lleva usted en el pecho.

Y al mismo tiempo con un movimiento tan rápido como atrevido se apoderó de las flores, las llevó á sus labios y las guardó luego.

– Vuelve usted á su enfadosa manía de enamorar á la francesa, dijo la baronesa, frunciendo las cejas: no puede usted, por lo visto, hablar con una mujer media hora sin abrumarla con enojosas galanterías y sin cometer alguna inconveniencia.

– Es que estoy loco, es que esos ojos me embriagan como un licor muy fuerte.

– Lo siento, replicó gravemente Mania, y le aconsejo á usted que no beba ese licor.

– ¿Y por qué?, preguntó el pintor impetuosamente.

(Continuará)

PÁGINAS DE LA AUTOBIOGRAFÍA

DE SALVINI

(Continuación)

Después de habernos abandonado la Ristori permanecí con mi empresario Domeniconi dos años más, y durante este tiempo me ocupé en leer obras de Shakespeare, y aunque Voltaire me pareció más aceptable que el gran poeta inglés, no quise fijar mi concepción, juzgando que sería mejor esperar algunos meses para recibir nuevas impresiones. Era mi objeto formar un repertorio de partes especiales tan minuciosamente estudiadas y redondeadas, que por medio de ellas me fuese dado alcanzar cierta reputación; pero como mi trabajo de actor no me permitía estudiar seriamente, como deseaba, la filosofía y la psicología de mi arte, resolví no contraer compromiso alguno para el año siguiente de 1853 y vivir tranquilo en Florencia con mis parientes.

Otra vez volvieron á caer entre mis manos las obras de Shakespeare, y á decir verdad, en esta segunda lectura me parecieron sus caracteres y su forma tan extravagantes, que aún vacilé en ocuparme de ellas; pero la impresión que recibí fué tan profunda, que mi pensamiento se fijaba con obstinación en el triste y melancólico Hámlet y en el leal y generoso Otelo. Entonces me propuse estudiar al año siguiente tan sólo tres papeles: los de Saúl y Otelo en las tragedias de Alfieri y Shakespeare, y Orosmane en la de Voltaire.

Terminada con el carnaval de 1853 mi contrata con Domeniconi en Bolonia, regresé á Florencia, proponiéndome observar allí una vida muy arreglada y distribuyendo metódicamente mis horas para el estudio y recreo.

Siempre me congratularé de mi resolución de no trabajar en el teatro aquel año, porque así tuve tiempo de reflexionar, hacer comparaciones y entregarme al examen de mis propios defectos. En mi asidua lectura de los clásicos, para mí tenían la mayor importancia, entre los griegos, las nobles figuras de Héctor, Aquiles, Teseo y Edipo; entre los escoceses, Trenmor, Fingal y Cuchullin, y entre los romanos, César, Bruto, Tito y Catón. Esos caracteres me inclinaron hacia un sistema algo ampuloso de gesticulación; y mi deseo de penetrar en las concepciones de los autores, indújome á menudo á exagerar las modulaciones de mi voz, olvidando que el abuso de este esfuerzo me conduciría casi al canto. Hasta que llegué á la edad madura no pude corregirme de mis defectos, que el público me toleraba en gracia del buen efecto que en conjunto le producía mi modo de representar.



La Ristori en el papel de María Estuardo

El deseo de mejorar en mi arte tuvo su origen en el instintivo impulso de elevarme sobre las medianías. Por otra parte, mi manera de ser era muy propia para distinguirme en toda clase de ejercicios corporales. Así, por ejemplo, cuando quise aprender á nadar me arrojé al mar desde una altura y pronto supe tanto como deseaba; más tarde se me antojó conocer bien la esgrima y llegué á ser casi un maestro. Era tal la fuerza de mis músculos, que fácilmente levantaba con un brazo á un hombre y le colocaba sobre una mesa. En cuanto á mi carácter, debo confesar que fué siempre demasiado suspicaz.

En 1854 volví á Bolonia con la compañía Astolfi; de la cual era primera actriz Carolina Santoni; pero en dicha ciudad se había declarado el cólera, y desde dicho punto marchamos hacia Livorna. Al llegar á Pistoya, nuestro empresario, atacado de la epidemia, perdió la vida.

Un brillante cometa aparecía entonces en el horizonte artístico: era Clementina Cazzola. Al empresario César Dondini se debió el mérito de haber sacado de la obscuridad aquella preciosa joya. En 1856 tuve el gusto de representar en Vicenza el *Otelo* con aquella notable artista, que desempeñó de la manera más admirable el papel de Desdémona, y cuya muerte, acaecida en el año 1858, fué justamente deplorada por cuantos la conocieron.

Enamoréme á poco del Hámlet, y cuando hube dominado este personaje y los de Sófocles, en el drama de este título, y el de Sansón, en la tragedia de este nombre, ambos escritos para mí, propuse á mi amigo y asociado César Dondini probar fortuna en la Sala Ventadour de París. Yo no llevaba más que mi arte, y en aquel *maremágnum* de todas las celebridades terrenales, mi capital resultaba ser algo escaso; pues aunque en París se aprecia el verdadero mérito, si no se tienen los medios de presentarle con una buena dosis de charlatanismo, el público permanece sordo y los pocos que le juzgan como es debido desaparecen en la indiferencia de la vasta mayoría. La primera noche representamos *Zaira*, de Voltaire, creyendo lisonjear con esto el orgullo nacional; pero esta producción había vivido ya su tiempo; el tipo clásico estaba en decadencia, y nuestra elección no fué aprobada. Los críticos franceses no quedaron satisfechos tampoco del *Saúl*, y dijeron que esta composición era seca, árida é incomprensible. ¡Dios los perdone! Eran incapaces de comprenderla. Como última áncora de salvación se probó el *Otelo*.

Shakespeare estaba entonces á la moda, y yo llegué á estarlo también; el público de París se conmovió y fuí calurosamente aplaudido.

El éxito alcanzado en París fué conocido muy pronto en toda Italia y las proposiciones de contrata llovieron sobre Dondini. Aceptamos una para Sicilia, y aquel año obtuvimos mucha fama y no escaso provecho.

Terminada mi contrata con Dondini firmé otra con la compañía real de Fiorentini, de Nápoles, y me sería imposible citar aquí las muchas pruebas de estimación que aquel público me prodigó. Todos querían conocerme, todos buscaban mi amistad, y aquel á quien aceptaba como acompañante en el paseo ó en lugares públicos vanagloriábase de ello.

A poco de hallarme en Nápoles supe que estaba allí Módena, mi antiguo maestro: le invité á mi casa y durante el almuerzo le supliqué que fuese á verme una noche á fin de darme su parecer sobre mis adelantos y también algún consejo.



La Rachel en el papel de Fedra

—Ya le he visto á usted, me dijo.

—¿Dónde y cuándo?, preguntéle.

—En *Hámlet* y en *Saúl*, contestó.

Al oir esto y al saber que había ido dos veces al teatro Fiorentini, sentí una impresión como si me hubieran echado un cubo de agua en la cabeza; pero al fin me armé de valor y preguntéle su opinión.

– Hela aquí, contestóme. Nadie podría desempeñar el Hámlet como usted; pero en cuanto á Saúl, mi cuarto acto es mejor; en cambio, su quinto acto es superior al mío.

En octubre de 1877 volví á dar una serie de representaciones en la Sala Ventadour, de París. Todo cuanto puse en escena mereció ruidosos aplausos, incluso la *Muerte civil*, obra que las lumbreras de la literatura, Víctor Hugo, La Pommeraye, Zola y otros elevaron hasta las nubes, así por su composición como por mi interpretación. Esta vez tuve oportunidad de conocer en París al famoso Mounet-Sully, á quien había admirado en *Hernani* y cuyos méritos artísticos me parecieron extraordinarios, aunque algo les perjudicaban las tradiciones impuestas en Francia por el Conservatorio á los actores que se dedican al género serio. Mounet-Sully me presentó á Sarah Bernhardt. Dos veces vi trabajar á esta notable actriz, la última en *La dama de las camelias*, en cuyos primeros actos me pareció llena de atractivo, no solamente por el naturalismo con que representa, sino también por su «voz de oro,» como los franceses la titulan. Sin embargo, á veces noté en ella algo de precipitación y reconocí que trataba de producir efectos mal avenidos con el carácter del personaje. Como quiera que sea, debo decir que Sarah Bernhardt posee grandes cualidades y un carácter artístico excepcional; pero tiene también notables defectos. No soy ciego á los méritos fascinadores de la excéntrica actriz y me atrevo á proclamarla como la estrella más brillante que en los ultimos años se ha elevado sobre el horizonte del arte dramático; pero debo decir también que al lado del oro puro hay en ella algo de metal falso.

Otro actor de quien formé muy elevado concepto fué Coquelin, el recitador de monólogos más admirable de cuantos ha producido el presente siglo, el actor de privilegiado talento para dar vida á los personajes que interpreta, el que tiene para cada período, para cada frase modulaciones de un color artístico perfecto, el que posee preciosos auxiliares de su genio en la variedad de su voz y en la movilidad de su rostro. ¡Lástima que algunas veces desempeñe papeles poco ajustados á su modo especial de ser!

¿Qué puedo yo decir del público francés? ¿Tiene un gusto peculiar suyo, un juicio independiente? Lo dudo. Los diez, veinte ó treinta hombres de superior inteligencia, que nunca pierden una primera representación, bien sea de ópera ó drama, guían y se llevan tras sí á la gran masa del público. ¿Se habría establecido jamás en Francia la *claque*, con sus aplausos pagados, si el público tuviera opinión propia? Y en el caso de tener tal opinión, ¿la sometería al juicio de otro? Es muy cierto que si la pieza ó el autor no agradan al público, la *claque* no tiene influencia para atraerle de nuevo á ver la misma función; pero de todos modos, sirve para modificar el desagrado del auditorio. En Italia no tendría más efecto que el de aumentar la hostilidad del público contra una pieza. Nunca se puede obtener un juicio sincero, independiente y legítimo de la masa del público francés; si las treinta personas inteligentes no aprueban, la mayoría de aquél se mostrará indiferente; y lo mismo sucede con la prensa. Si los diarios elogian una pieza, influyen mucho en la opinión del público, incitando á éste á llenar el teatro, y quiera ó no, el auditorio persuádese de que se ha divertido. Si los censores son desfavorables, el teatro permanecerá vacío; y de aquí resulta que jamás es el público quien decide, sino los treinta hombres inteligentes que dan su veredicto, y la prensa, que condena ó aplaude.

En noviembre, á poco de ocurrir la muerte de mi esposa, suceso de cuya dolorosa impresión traté en vano de consolarme en muchos años buscando distracciones en el estudio y en la escena, emprendí una excursión por el Este de Europa, visitando Trieste, Viena, Budapest, Odessa y algunas ciudades de Rumanía, cuya princesa, hoy reina Isabel, tan celebrada en el mundo literario bajo el seudónimo de Carmen Sylva, me dispensó una afectuosa acogida.

En este año llegó á Florencia el agente de un empresario de teatros de Boston, y propúsome ir á la América del Norte por segunda vez para representar en italiano juntamente con una compañía inglesa. Creí que el hombre había perdido el juicio; pero después me pude convencer varias veces de que no le faltaba, y de que nadie habría emprendido tan costoso viaje por dar una broma. Tomé, pues, en serio su proposición, y pedíle explicaciones.

– La idea es muy sencilla, contestó el agente. El público americano le favoreció á usted y á su compañía italiana cuando no se entendía allí ni una sola palabra del idioma; y el dueño del teatro del Globo en Boston cree que si representan con usted actores ingleses, será usted mejor comprendido. Los libretos se escribirán en los dos idiomas, y con ayuda de ellos el público podrá seguir á usted sin necesidad de fijarse en los demás.

– Pero ¿cómo he de arreglarme yo, repuse, no conociendo el inglés, y cómo sabrán los actores americanos cuándo han de hablar si no saben el italiano?

– No se inquiete usted por eso, contestó el agente. Nuestros actores americanos recordarán muy bien las últimas palabras de los parlamentos de usted y trabajarán con la precisión de una máquina.

– No creo que eso sea muy fácil; pero en todo caso lo sería mucho más para ellos que para mí, pues habrán de tratar conmigo solo, mientras que yo tendré que entenderme con veintitantos.

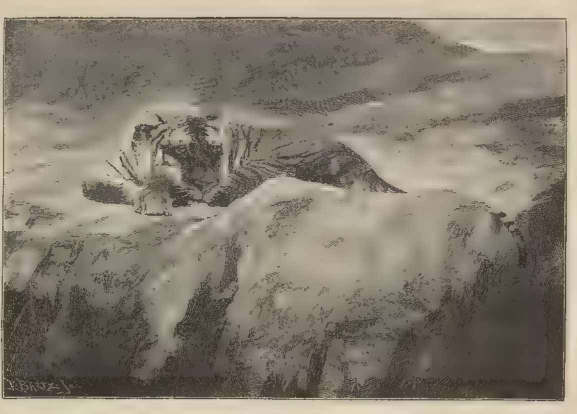
(Concluirá)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

ATENEO BARCELONÉS. – El acta de la sesión inaugural de esta corporación correspondiente al presente año académico contiene una interesante y bien escrita reseña de la marcha del Ateneo, del secretario saliente Sr. Fiter y Cava, y el notabilísimo discurso del presidente Sr. Pella y Forgas, sobre *La crisis social. Filosofía de la historia contemporánea*, estudio de tan importante problema, hecho con la profundidad de concepto, erudición y elegancia de estilo que caracterizan á su autor, justamente reputado en el mundo de las letras por sus obras jurídicas, históricas y literarias.

LA CERÁMICA en la Exposició nacional d' Industrias Artísticas, *per Bonaventura Bassegoda*. – El Sr. Bassegoda ha publicado con muy buen acuerdo la interesantísima conferencia dada en el palacio de Bellas Artes de esta ciudad en 6 de enero de 1893. La índole de esta sección no nos permite analizar ni siquiera someramente trabajo tan notable bajo todos conceptos; nos limitaremos, pues, á recomendarlo á cuantos por la cerámica y por el arte en general se interesan como una labor importante hecha por un verdadero artista, erudito y hombre de letras.



El tigre real, cuadro de A. Heise

BOLETÍN DEL CENTRO ARTÍSTICO DE GRANADA. – La publicación de arte, letras y curiosidades granadinas de este nombre ha repartido un número extraordinario dedicado á la memoria del socio fundador del Centro D. Valentín de Barrechegurren y Santaló, recientemente fallecido. Contiene interesantes artículos y notables grabados, algunos reproducción de cuadros de aquel notable pintor granadino.

LA ESPAÑA MODERNA. – Contiene el último número de esta importante revista notables trabajos de doña Emilia Pardo Bazán y de los Sres. Echegaray, Menéndez Pelayo, José M.ª Asensio, Eduardo Ibarra, César Silió, W. Gladstone, Castelar y Villegas.

CUENTECITOS, *por Jaime L. Solá Mestre*. – El prologuista de este libreto, el ilustre catedrático de Santiago D. Alfredo Brañas, dice hablando de él, que los *Cuentecitos* le parecen el boceto de un paisajista, que hay en ellos toques magistrales, lejanías bien estudiadas, efectos de luz maravillosos, al lado de indicaciones rápidas, de sombras borrosas y de contornos vagos no bien definidos. Hacemos nuestro este juicio y, como el Sr. Brañas, auguramos al joven autor de *Cuentecitos* un lisonjero porvenir literario.

Véndese el libro en Vigo al precio de una peseta.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 12 de marzo de 1894 — Núm. 637



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Andrés Groll

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores de la *Biblioteca Universal* el segundo tomo de TRADICIONES PERUANAS, ilustrado por D. Nicanor Vázquez.

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Los arquitectos han suscitado en el *Boletín* de la sociedad de los mismos, establecida en esta corte, una controversia que comienza á ser interesante, no por la importancia del tema, sino porque se advierte en el deseo que ha provocado aquélla, un síntoma de la decadencia inmensa alcanzada por el arte arquitectónico, especialmente en esta patria de los Herrera y Villanueva.

Realmente el motivo á discutir no puede ser más trivial. Se trata de saber si en los monumentos que se elevan á grandes hombres ó de carácter conmemorativo, la escultura debe estar supeditada á la arquitectura ó ésta á la primera. Como se ve, la duda es de lo más infantil, de lo más inocente que puede concebirse, y la contestación única posible á tal pregunta es la siguiente perogrullada: «Cuando en un monumento domine la escultura, ó sea esta arte el motivo principal, la arquitectura quedará supeditada á su hermana, y viceversa cuando el monumento sea arquitectónico (arcos de triunfo ó análogos).» He aquí terminada la controversia, si el tema ó problema que se pretende resolver no entrañase otro problema que, aun cuando no se especifica en el *Boletín de la sociedad de arquitectos*, se trasluce lo suficiente para no pasar de largo sin aludirle.

La pregunta que por medio de su órgano en la prensa hacen los colegas del Bramante y de Violet-le-Duc es en realidad una afirmación velada; y esta afirmación se reduce á recabar para el arquitecto la ingerencia absoluta de éste en toda obra de arte en la cual haya necesidad del concurso de los conocimientos técnicos propios de su profesión.

He aquí el síntoma, mejor dicho, la prueba palmaria de la decadencia de la arquitectura. Cuando el arquitecto, por razón histórica, concebía, trazaba y dirigía esos grandes monumentos, así de carácter civil como religioso, que se llaman Monasterio del Escorial, Museo del Prado, Palacio Real, etc., monumentos erigidos á cosas é ideas conceptuadas como imperecederas, no tuvo necesidad de averiguar lo que ahora pretenden averiguar nuestros arquitectos; la escultura era tan sólo ornamento de aquellas obras colosales, ni estaba en práctica elevar monumentos aislados á hombres célebres. Hoy, que además del carácter transitorio que el desarrollo vertiginoso por las ciencias físicas, las ideas de orden social, los presentimientos científicos, la evolución en todo orden de cosas, impreso á la cultura y á las necesidades modernas, las cuales se multiplican de día en día, hacen imposible la perennidad del edificio, el ingeniero vino á ocupar el puesto del arquitecto, como el hierro fundido el de la piedra.

Y de esta afirmación se desprenden varias consecuencias que son verdades positivas, innegables. La primera es la de que la arquitectura ha dejado de ser arte creadora. Iglesias, palacios, monumentos y cuantos edificios se construyen actualmente deben su estética, su traza, su carácter al arte de otros días. Hoy el arquitecto vive en un ambiente que podríamos llamar retrospectivo. Ni puede vivir en otro. Porque yo entiendo que la arquitectura participa de ciencia tanto como de arte; que no puede desprenderse el arquitecto de su personalidad artística si su obra ha de ser considerada como expresión de una de las manifestaciones de la entidad sublime. Y la primera condición del artista ha de ser la de crear, y para que el arquitecto cree es menester que el ideal humano sea uno, determinado, avasallador, perenne, inmutable; pues de otro modo es imposible el simbolismo arquitectónico, única fórmula de expresión de esta arte. La arquitectura pudo ser la síntesis de todas aquellas sociedades en que, por virtud del dinamismo de un sentimiento, causa eficiente de su organización, todo lo dominaba, lo llenaba todo. Así, por ejemplo, la arquitectura griega, obedeciendo en su estética y en su finalidad al sentimiento informado de la teogonía helena, la cual tenía por inspiradora la idea antropomórfica, buscó su expresión con arreglo á una fórmula positiva que solamente en la estructura del cuerpo humano debía hallar. Como la arquitectura de Roma pagana hubo de prescindir de ciertas reglas que por razones estéticas y religiosas había creado Grecia, para á su vez, creando nuevas formas, responder á las necesidades políticas, al ideal político perseguido constantemente por la república primero y después por los césares.

No es menester aducir más ejemplos en apoyo de la afirmación arriba hecha. Sería repetir lo que todos sabemos de memoria, diciendo que cuando se consideraron inmutables, así las religiones, como la idea del monarca sagrado, como tantos otros conceptos y sentimientos, fueron posibles los palacios de Luxor y de Carnac, las Pirámides, los templos subterráneos de la India y las vastas y características construcciones asirias, porque respondían en su mudo simbolismo á una necesidad social. Así cuando avanzado el siglo IX la horrible pesadilla del milenario pesando sobre una parte del mundo cristiano obligaba al hombre á inclinar la frente á la tierra y á buscar refugio y un átomo de esperanza bajo las bóvedas de las iglesias, éstas eran pequeñas, de macizos muros, de fortísimos haces de columnas, chatas, como si se construyesen para resistir el cataclismo final, presintiendo quizás que Dios no destruiría su propia casa. Y siempre imperante por necesidad histórica la idea religiosa, al rebasar el año terrible, al comienzo de la duodécima centuria, cuando ya restablecida la normalidad de la vida social pudo el hombre alentar y dar expansión á las necesidades y aspiraciones propias y á las del pueblo y de la sociedad en que vivía, sin apartar por eso la vista de Dios, pero alzando los ojos á Él, la arquitectura, respondiendo á esta nueva fase, creó la aguja gótica.

***

Y con el arte gótico puede decirse que termina el período genésico de la arquitectura. El Renacimiento vino á refrescar el caldeado ambiente donde se agitaba el arte que pugnando por asentar la planta en la realidad, había llegado en su vertiginoso vuelo por los espacios deslumbradores é inconcretos de la exaltación mística, al desvarío que produce lo infinito, lo incomprensible. La Naturaleza, en la cual el artista griego y el romano habían aprendido á conocer los secretos de la verdad y de lo bello, volvió á ejercer su influencia, echando por tierra el simbolismo obscuro de la arquitectura, señalando de un modo claro y terminante los fines que, dentro de la realidad estética y de la cultura, son peculiares á cada rama del arte. Y entonces fué cuando la estatuaria dejó de estar supeditada á su hermana, para vivir vida propia, como la había vivido en los tiempos de Grecia y Roma, y al prestar su concurso el escultor al arquitecto, la autonomía de ambos artistas hubiera producido un conflicto si no lo hubiese evitado la omnisciencia artística de los de aquellos días.

Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci, el mismo Bramante, pintor, discípulo de fra Carnevale, fueron los arquitectos famosos del Renacimiento. Todos cuidaron de hacer patente la distinta esfera en que, así la arquitectura como la escultura, debían producir. Y por los conocimientos que aquellos artistas poseían de ambas artes pudo lograrse la armonía estética del monumento arquitectónico con la decorativa escultórica, armonía alcanzada en cuantas obras donde ambas artes hubieron de manifestarse unidas, mientras el arquitecto fué al propio tiempo escultor ó el escultor arquitecto. Bástenos recordar al eximio Berruguete.

Y aun cuando alcanzados los tiempos posteriores al Renacimiento, cuando ya la arquitectura dejara de ser arte común al escultor y al pintor, cuando ya el Bernini y los Churriguera desquiciaron con sus retorcimientos de la línea y su ornamentación, inconveniente casi siempre, las reglas todas que el sentimiento de la verdad y las leyes de la geometría habían impuesto al arte arquitectónico, el escultor trazaba sepulcros y estatuas y monumentos de este género sin el concurso del arquitecto. Que no es razón á oponer á lo que sostengo recordar la escultura ornamental del edificio churrigueresco, por cuanto sucedía á menudo que obras como la del trasaltar de la catedral toledana se deben á escultores. Ni tampoco es argumento lo del gusto rococó de la estatuaria de aquellos días, por cuanto ese estragamiento del gusto invadiera al arte en general.

Malamente puede realizarse hoy lo que parece que desean los arquitectos; esto es, supeditar á la arquitectura la escultura. Pudo tal cosa realizarse, como dejo dicho, en aquellos tiempos de las catedrales, de los grandes edificios inspirados en un sentimiento tan sólo y por un sentimiento; en aquellos tiempos en que la arquitectura respondía estética y artísticamente y de un modo perenne á un algo tan superior y arraigado en la conciencia de las sociedades, que se creía eterno y siempre dominante; en aquellos tiempos en que la arquitectura creaba géneros y formas esenciales; pero no hoy, que los ideales y las necesidades modernas han tomado rumbos distintos; hoy, que las ciencias histórica y la filosófica quebrantaron en gran parte creencias é ideales que se tuvieron como indiscutibles; hoy, que marchamos con velocidad sin medida en busca de otro *algo* que satisfaga por un espacio de tiempo dado las aspiraciones de la humanidad.

Gran ejemplo de la mutabilidad del gusto y del sentir estético de nuestros días nos lo ofrecen todas las artes bellas. En unos cuantos lustros pasó el arte del neo-clacisismo al romanticismo, de éste al realismo y al naturalismo y ahora surge el misticismo panteísta. Recordamos las fases por que atravesó la pintura en el espacio de veinte años: fué pre-rafaelista, clásica, realista-romántica, servilista, impresionista ó efectista, decadentista, y ahora toma los rumbos del misticismo y del idealismo. Y conforme fueron sucediéndose estas evoluciones de la forma y del color, fueron sucediéndose también los motivos inspiradores. De la pintura histórica de los tiempos paganos pasó el pintor á pintar asuntos de la Edad media; con la exaltación de las ideas políticas, vino el gusto por los cuadros históricos de la Edad moderna; las guerras religiosas, las políticas, fueron por algún tiempo fuente inagotable para el artista de la paleta; seguidamente el cuadro de género vino á anular ó por lo menos á reducir en gran parte la importancia del histórico. En un principio, la sociedad de nuestros abuelos dió motivo al pintor para sus obras; después los asuntos militares se impusieron; más tarde nosotros mismos nos vimos retratados en cafés, bailes, teatros y en nuestra vida íntima; ahora es el labriego, el minero, el trabajador, en fin, el modelo para el cuadro moderno.

Pues la escultura ha sufrido iguales metamorfosis. Del hieratismo clásico, de la actitud reposada, pasó á ser un trasunto del nervosismo social. De la quietud fué á la movilidad, de la estética á la dinámica. Adaptar esta aparente movilidad plástica y ese carácter transitorio de los afectos y motivos que inspiran la moderna estatuaria á la estática majestuosa de la línea arquitectónica y á los ideales de las sociedades en que fueron creados los distintos géneros de ese arte, he aquí lo que pretenden al presente los arquitectos que hacen la pregunta que motiva este artículo.

Porque no nos hagamos ilusiones. Entre la ciencia de construir y el arte de los que erigieron esos monumentos, los cuales á través de los siglos llegaron hasta nosotros, hay la distancia que separa al matemático del poeta. Así, pues, las construcciones modernas no son más que el resultado de cálculos integrales de peso y resistencia, de capacidad y de luz, limitados por líneas rectas de dureza y sequedad desconsoladoras. Y cuando el edificio que ha de elevarse debe reunir además de la parte científica la artística, entonces, según para lo que se destine, así el arquitecto escoge el gótico ó el Renacimiento ú otro género de los distintos creados en aquellos siglos en que la arquitectura estaba viva. ¿Se atreverá nadie á decir que hoy vive? ¿Dónde está la manifestación artística de esa arte que pruebe que no ha dejado de existir?

***

Así como hay lenguas muertas, cuyo conocimiento es imprescindible, así también el conocimiento y dominio del arte de la arquitectura son precisos. Si los ideales modernos, si el gusto moderno, si las aspiraciones modernas son distintos en su espíritu y en su desarrollo y en sus manifestaciones á los de los tiempos paganos y á los de la Edad media, no por eso desaparecerán jamás cosas y entidades cuya perdurabilidad aseguran á una la cultura y la necesidad espiritual que siente de ellas el hombre. Las bibliotecas, los museos, los edificios donde la justicia, la administración, en fin, lo que constituye la base positiva de la vida social, han de tener su asiento, son otros tantos motivos para que el arquitecto manifieste sus conocimientos y desarrolle sus facultades ar-

tísticas. Pero ¡ay!, la mutabilidad del gusto estético, como he dicho, es tal, que no le es dado encontrar la fórmula simbólica que sintetice la sociedad de hoy. El positivismo del día como los altruismos que se derivan de ese mismo positivismo tienen un carácter tan íntimo, tan altamente humano, que solamente pueden tener representación gráfica ó plástica en la pintura, en la escultura, en la literatura; artes que al compás de los latidos del corazón y de las evoluciones del espíritu, así adquieren formas y medios de expresión, puesto que no solamente no han necesidad de tiempo y de espacio indeterminados para producir, sino que responden por completo á las necesidades espirituales presintiendo, adelantándose muchas veces á esas mismas necesidades.

La arquitectura ha quedado reducida á la condición de arte histórica. Las evoluciones de la estética moderna no encuentran la rápida y precisa manifestación que han menester en aquella arte puramente simbólica y eminentemente litúrgica. El arquitecto no es más que el depositario del legado artístico que en páginas de piedra nos hicieron razas y pueblos cuyas ideas y organismos no volverán á ser. El arquitecto tiene el rostro vuelto al pasado; no puede, por lo tanto, supeditar lo que es á lo que fué; tanto sería empeñarse en volver á la existencia al cadáver por medio de la transfusión de la sangre del animal más pletórico de vida. La escultura es el vivo, la arquitectura el muerto; no le es dado, pues, á la muerte crear, fecundar, sentir.

* * *

El arquitecto tiene que cumplir una misión que no cumple siempre por desgracia: la de interpretar fielmente las distintas expresiones que tuvo la arquitectura. El constructor moderno, el ingeniero, el que tiende puentes y viaductos, levanta estaciones ferroviarias y fábricas, ese, respondiendo científicamente á las necesidades del momento, no trabaja para su gloria. Cuanto construye está llamado á perecer en plazo breve y á no ocupar en la historia del arte ni una sola página.

R. BALSA DE LA VEGA



Un ángel más, grupo en mármol de Alejandro Tondeur

EL CASTIGO

Ya sea que ciertos círculos de buen tono se reunen principalmente para hablar de ciertos escándalos, ya sea que ciertos escándalos se dan principalmente para que de ellos se hable en ciertos círculos, la verdad es que en la tertulia de última hora de la baronesa se hablaba siempre del matrimonio Adrián, que era un gran escándalo por parte de ella, de la esposa, la magnífica, la desordenada, la tempestuosa Julia; y siempre había un observador, relativamente profundo, que resumía el debate preguntando de buena fe: «¿Pero cómo sufre Adrián á esa mujer?»

Y la pregunta era lícita y lógica, si las hay; porque, en efecto, la bella y desalmada Julia rebasaba en su insensatez los límites de la paciencia del mundo elegante, que es tan grande á este respecto. Y aquellas desdorantes historias de que era protagonista; aquellas culpables y frecuentes aventuras perpetradas con una sangre fría mesalínica; aquella viciosa fiebre que parecía hacer alarde y gala de su intensidad; aquel pisoteo de toda suerte de conveniencias; aquella hermosura, aquella riqueza, aquella elegancia, puestas sin descanso ni reparo alguno al servicio de un temperamento de cieno encendido, no podían menos de obligar á las gentes



GRUPO DE LEONES cuadro de Arístides Sartorio

á preguntarse: «¿Pero cómo hay un marido que sufre eso?»

La pregunta, sin embargo, no tenía respuesta. Eso pasaba porque sí, sin explicación, como otros muchos casos análogos, igualmente tristes y repugnantes. ¡Cuántos hombres merecedores del mayor respeto, llenos del mayor mérito, grandes inteligencias los unos, grandes caracteres los otros, pasan su vida en perpetuo ridículo ante el mundo, sin la menor sospecha de lo que les sucede! La sociedad está convencida de que no sufrirían un solo instante su desgracia si la presumieran. Pero es indudable que no la presumen; la verdad inverosímil es que no la presumen, y que muchos de esos privilegiados del talento, del valor, del saber, son unos pobres ciegos de puertas adentro. La existencia humana tiene de esos contrasentidos, cuando no tiene otros peores.

***

Adrián no era uno de esos hombres notables; pero era algo que suele ser todavía mayor defensa contra semejantes torpes infortunios: era un corrido, un ex libertino, un ex práctico en tales abominaciones. Y llevaba, no obstante, su venda de pasión sobre los ojos como los más ingenuos y respetables, transformado de hombre de mundo en vil esclavo inconsciente por aquella bellísima loca de atar, que parecía haber atrofiado y extinguido en él, no ya todo vestigio de malignidad y de experiencia, sino hasta la posibilidad del menor recelo.

Llegó, sin embargo, el día fatal del desengaño, porque los días fatales son los que siempre llegan en la vida, los que nunca faltan á su hora justa. Falsa y todo como era la felicidad del experto Adrián, el tiempo, que á ninguna clase de felicidades perdona á la larga, llegó con su diamantina segur á cortar el hilo de aquella pérfida dicha, que se había basado y sostenido sobre una confianza absurda.

¿Cómo fué? ¿Cómo tuvo Adrián la revelación tremenda, impía, de su desgracia, de su deshonra? Pues la tuvo por un accidente vulgar y común, sin auxilio alguno del menor artificio, de la menor complicación dramática ó cómica.

Adrián tenía cincuenta años y Julia treinta escasamente, y Adrián, hombre práctico, no quería impedir que Julia se divirtiera en lo posible, pero no se prestaba á acompañarla con frecuencia en sus diversiones, sobre todo por las noches. Las reuniones, que encantaban á Julia, le aburrían á él como un lento suplicio; los teatros, que Julia adoraba, eran ya para Adrián un narcótico. Y así, en vez de irse á dormitar sobre su corbata blanca en algún ángulo del salón donde ella bailaba ó en alguna banqueta del fondo del palco donde ella recibía sus visitas, prefería cederla el coche para que alguna amiga la acompañase á la función ó al sarao, yéndose él á su casino á jugar su tradicional partida de tresillo, hasta que, después del espectáculo ó de la tertulia, venía ella misma en su berlina á recogerle. Y volvían juntos á casa, y juntos tomaban una taza de te, que á él le gustaba que ella, sin quitarse las galas de su espléndida *toilette* nocturna, le preparase con sus lindas manos; y juntos se entraban luego en el dormitorio, y juntos se entregaban á esa dulce pausa de la vida que se llama sueño, llena la febril cabeza de ella con sus impuros recuerdos del día, y el cansado pensamiento de él con la vana idea de la dirección sabia que en su sentir había dado al último tercio de su existencia...

***

Había, sin embargo, noches en que Julia no salía, bien porque no fuera su turno teatral ni hubiera recepción señalada, bien porque le tocaba á ella el recibir en su propia casa. Y entonces Adrián, que en su casa menos que en parte alguna podía soportar al mundo elegante, se iba al casino, como siempre, á esperar que ella, despedida la reunión, fuese según costumbre á buscarle; porque esta dulce costumbre era imprescindible.

Pero en una noche de estas sucedió que de los tres compañeros de la partida de Adrián faltaron dos al casino, por razones catarrales (era invierno); y después de esperarlos inútilmente durante una hora, de diez á once, Adrián, que ya no sabía hacer más que lo que hacía siempre, resolvió irse á su casa sin aguardar, como siempre lo había hecho, á la bella conductora; entrar sin ser notado, gracias á su llavín acompañante; ganar el dormitorio sin ser visto, y dormirse egoísta y blandamente al arrullo del lejano piano... «¡Qué sorpresa tendrá mi incauta y juvenil señora, se dijo, cuando al pedir el coche para ir por mí la diga su doncella que llevo dos horas de estar en la cama y que tiene que despertarme para tomar el te!..»

Y dicho y hecho, salió del casino en un cochecillo del mismo, entró en su casa, subió á su piso, abrió la puerta y... nadie; no había nadie en el recibimiento, ni parecía haber reunión alguna. Siguió, no obstante esta primera sorpresa, firme en su propósito, dió un rodeo por el corredor hasta la pequeña puerta de escape de su cuarto de aseo, la abrió y entró silenciosamente... Y entonces oyó el infame murmullo, á dos voces, precursor de la revelación maldita. Julia y su cómplice, que departían locamente, sentados y enlazados sobre un diván del contiguo dormitorio, le vieron aparecer tras el cortinaje, sin tener tiempo ni posibilidad de atenuar el *in fraganti*. No tuvieron tiempo más que para palidecer como dos cadáveres. Bien es verdad que Adrián estaba más pálido aún que ellos.

El cómplice fué, sin embargo, el primero que se repuso un tanto, y aunque con voz entrecortada, dijo:

– Caballero, yo soy...

– ¡Qué me importa, interrumpió Adrián con inconcebible tranquilidad y también en voz baja, qué me importa quién es usted! Usted es un hombre que viene á visitar á esta miserable, que le habrá llamado. Pero como le ha llamado á esta casa, cuyo dueño soy, lo único que tengo que decir á usted es que salga de ella. Salga usted y váyase, como sin duda ha venido, sin escándalo.

– Está bien; pero yo debo ponerme á su disposición. Aquí está mi tarjeta.

– Ya he dicho que ni usted ni su nombre me importan nada. ¡Conque, fuera de aquí!..

El cómplice obedeció. Julia yacía sin sentido sobre el diván. Adrián entonces, con la misma incomprensible calma, pasó al gabinete inmediato, abrió un pequeño escritorio, tomó una hoja de papel, trazó en ella algunas líneas, volvió al dormitorio, sacó del ancho armario de luna que ocupaba uno de los testeros dos pistolas que puso sobre una mesa, buscó entre los frascos de esencia de un lavabo el que creyó más á propósito, se acercó á la desmayada y se lo hizo respirar. Julia abrió á poco los atónitos ojos, que recorrieron instantáneamente la estancia, y Adrián la dijo, sin salir de su imperturbabilidad terrible:

– Sí, es verdad lo que piensas. Sí, no ha sido un mal sueño. Sí, aquí estoy para matarte y lo voy á hacer en seguida. Vas á morir porque lo mereces, ¿verdad que lo mereces?

– Lo merezco y lo deseo, murmuró la indomable desdichada. Mátame, pues.

– Vas á morir, continuó Adrián; pero no quiero tampoco la aborrecible vida, ¿estás?, no la quiero, y voy á morir contigo... No me interrumpas, añadió al ver que Julia iba á replicarle: es inútil. Lo único que te exijo es que me jures por el Dios que va á juzgarte que harás lo que te voy á decir. ¿Lo juras?

– Habla.

– Voy á colocar una de esas pistolas junto á tu sien y tú vas á hacer lo mismo con la otra respecto á mí y vamos á hacer fuego al mismo tiempo, cuando yo te avise. ¿Lo juras?

– Sea: lo juro.

Adrián entregó á Julia el arma montada, preparó la otra y ambos cañones quedaron á cortísimo trecho de sus respectivas frentes. Inmediatamente dijo él: «¡Ahora!..» y sonó una espantosa detonación. Adrián cayó sobre la alfombra con el cráneo hecho añicos, y su pistola cayó con él, pero sin haber sido disparada.

En las líneas que Adrián había escrito momentos antes se declaraba suicida por cansancio del vivir y dejaba á Julia, por complemento, sin duda, del *castigo*, toda su fortuna, que sirvió para pagar la pensión de la miserable en un manicomio.

S. LÓPEZ GUIJARRO

MÚSICA ROMÁNTICA
Y MÚSICA SIMBOLISTA

Por tres grados principales ha venido pasando el arte desde el agotamiento de la reacción neo-clásica en la primera década de este siglo: el romanticismo (primitivo), el realismo, el simbolismo. Para hablar con más propiedad, estos grados no se han presentado todavía, al menos de una manera enteramente determinada, sino en la literatura poética (lírica, novela, teatro, etc.) y en la pintura. En la escultura, tal vez, podría descubrirse un movimiento semejante. Pero en la poesía y en la pintura salta á la vista de tal suerte, que su distinción, más ó menos acentuada y reducida á concepto, es hoy un verdadero lugar común, sobre el cual se puede formar juicio sin necesidad de otros medios que aquellos de que dispone cualquier *dilettante* (como lo es el autor de estas líneas).

No ha mucho un escritor justamente reputado (1) ha sostenido, á propósito de la música, que en este arte la evolución romántica no ha comenzado hasta Wagner. Quizá las personas competentes, estudiando con detenimiento el problema, puedan confirmar este juicio, que además el autor expresa de un modo incidental, sin desenvolverlo como una doctrina meditada. Pero, á primera vista, juzgando como desde fuera, parece afirmación excesiva. La música moderna, especialmente la que pudiéramos llamar seglar ó profana, desde el Renacimiento, en que toma tan importantes proporciones, presenta un carácter de claridad, equilibrio, serenidad, desenvolvimiento normal y rítmico, que la asemejan al tono del ideal clásico, ó más bien griego (aparte, se entiende, la diferente técnica), á cuya seudo-restauración – neo-clasicismo – acompaña; á pesar de la opinión de Hegel sobre el carácter romántico y cristiano de este arte, que sólo en otro sentido cabe afirmar. En el siglo XVIII y principios del XIX, este carácter llega á su apogeo: la música de los Glück, Bach, Händel, Haydn, como la de los Cimarosa, Paesiello, etc., puede compararse quizá con la pintura de David, Gérard y Gros, por más que acaso la sobrepuje en frescura. Culmina este ideal en Mozart; y culmina de un modo tan olímpico, que autoriza acaso la opinión de aquellos que lo reputan como el más grande maestro que hasta hoy hubo en la música.

Tomadas las cosas en conjunto, cabe prescindir de los episodios y aun constantes elementos románticos que en estos maestros se hallan fácilmente, como se prescinde de ellos en un Corneille ó un Racine; y, en este sentido, se podría dar á su música el dictado de «clásica,» que con muy otra acepción se le aplica (por su superioridad universalmente consagrada), según se aplica á la de otros compositores menos afines á este ideal sereno.

Por ejemplo, ¿significa lo mismo Beethoven? Claro está que la pregunta se refiere especialmente, no al Beethoven de las 15 primeras obras, concebidas bajo el influjo de Haydn y del equilibrado Mozart, sino el Beethoven más genuino y característico, el de la sonata 14, el de la 9.ª sinfonía, el de sus últimos cuartetos, ó sea el de su segunda y tercera época. El desarrollo violento, tempestuoso, un tanto patológico, que pudiera decirse (sin faltar al debido respeto, ni mucho menos llegar adonde llega en sus juicios Tolstoy) del sentimiento apasionado, que recorre todos los modos pesimistas, rayando con tanta frecuencia en sombría desesperación, llevan á este inmenso genio á las regiones donde se complacen un Byron, un Leopardi, un Göthe... el Göthe – entiéndase bien – del *Werther*, no el del *Hermán y Dorotea*.

Sin llegar á estas cimas, casi inaccesibles, ¿cabe dudar del alma (y aun de la técnica) fantástica, sentimental, romántica, en suma, de un Mendelssohn ó un Weber, de un Schumann y un Schubert, de un Chopin, de un Berlioz – á quien cita ya el autor referido – y hasta de un Gounod? Antes puede afirmarse que el movimiento romántico, en la música, lejos de comenzar, casi se ha agotado en esa vulgaridad descolorida en que todos los movimientos históricos se apuran: basta citar los nocturnos de Ravina ó de Goria.

Cierto que en Italia, de cuyos músicos fueron, á lo que parece, maestros los flamencos y alemanes, se desenvolvió la música moderna con el carácter que ha conservado hasta los últimos tiempos desde Palestrina, siguiendo por los florentinos y los napolitanos y habiendo predominado siempre en sus compositores el tipo que podría llamarse neoclásico. Mas no por esto falta ese elemento romántico: ora desenvuelto en canciones y melodías, ora en los diferentes momentos de su ópera, en Bellini, Donizetti y Verdi, fundiendo en su apogeo una y otra dirección el gran Rossini en sus últimas obras, señaladamente en *Guillermo*, aunque siempre con cierta preponderancia del elemento clasicista. Que en otro sentido entran por completo dentro del estilo romántico Meyerbeer, no parece fácil de negar. En medio de sus temperamentos eclécticos en la técnica, en cuanto al modo de la concepción y el sentimiento, más bien procede quizá de Weber que de otro alguno de sus antecesores.

Vengamos ahora á Wagner. No ya sus teorías, que podrían estar en mayor ó menor discordancia con sus creaciones objetivas, sino estas mismas parece que le asignan una representación, no tanto puramente ro-

(1) El Sr. Menéndez y Pelayo, en el tomo V de su *Historia de las ideas estéticas en España*, pág. 52', nota.



LA MUERTE DE SAN JOSÉ, cuadro de Ploverini

mántica, en el rigoroso sentido de la palabra, cuanto de transición entre el romanticismo y el simbolismo.

Con efecto, en la poesía (lírica, novela, drama, etcétera), el ideal propiamente romántico ha cedido y se ha descompuesto en dos direcciones divergentes: la realista ó naturalista, y la simbólica ó trascendentalista. En el poderoso y universal genio de Göthe hay ya, como de tantas otras cosas, un germen de simbolismo también: el segundo *Fausto*, los *Viajes de Guillermo Meister*, parecen prueba suficiente de ello.

Sabido es que el simbolismo, con su sentido oculto de las cosas y sus afinidades universales, su contraste humorista, su culto sabio y apurado de la sensación y aquel espiritualismo místico con que parece enlazarse al actual movimiento neo-religioso, procede sin duda del romanticismo, ó más bien, es una nueva evolución, un momento del antiguo tipo romántico. Ahora bien: el drama lírico de Wagner parece corresponder en la música al simbolismo de los decadentistas. La grandiosidad de la obra de Wagner, así en la técnica como en la concepción, emoción, tendencias, ideal, en suma, grandiosidad por nadie formalmente puesta en duda, ¿viene precisamente de sus alambicamientos simbolistas, ó de otros facto es más ó menos tradicionales y permanentes, como quieren (1) algunos críticos? De todas suertes, no puede negarse el parentesco entre ambos estilos.

El movimiento realista y naturalista no parece haber irradiado á la música. La naturaleza de este arte, sintético, general, unitario, parece que le veda entrar en el análisis intelectual de los elementos de una situación estética determinada, ni en la copia individual, más ó menos literal ó elegida ó interpretada, de lo concreto y sensible, sea en el mundo físico, sea en la vida social, ni siquiera en las profundidades del espíritu, siempre que para representarlas se las haya de reducir á concepto.

Lo mismo acontece á la arquitectura. Ambas reciben y expresan lo universal y su reflejo en el espíritu subjetivo, tan sólo en la forma puramente general del sentimiento: todas las determinaciones analíticas que implican una representación individual, les son extrañas; y si las aceptan es únicamente como un complemento exterior con que otras artes, la escultura, la pintura, la poesía, etc., etc., capaces ya por sí mismas de esa determinación, se la prestan fijando la situación en concreto; v. g., dando carácter religioso á un templo ó á una marcha. Pero la consonancia de esta significación con el tono de la obra, en aquellas dos artes, jamás es tan rigorosa, que no quepa infinita variedad dentro del tono *general* estético (grave, gracioso, triste, solemne, animado, etc.) propio de aquellas composiciones indeterminadas.

(1) D. Gabriel Rodríguez: conferencias sobre la Historia de la Música. – *Bol. de la Inst. libre de enseñanza*, t. I, pág. 20.

Si las precedentes observaciones tuviesen fundamento, el carácter romántico habría aparecido en la música mucho antes de Wagner, el cual participaría de ese carácter y del que hoy llaman simbolista; pero en manera alguna sería el Mesías del romanticismo en su arte.

J. GINER DE LOS RÍOS



Retrato de un joven, pintado por Rafael

EL MÉDICO DEL ALMA

I

Por la antigua carretera de San Sebastián á Pasajes rodaba perezosamente una carretela, al paso de dos gruesas y relucientes mulas, prueba evidente de que la persona que ocupaba el vehículo no llevaba mucha prisa, ni tenía deseos de afrontar los peligros que pudiera acarrear otro tiro de más fogosos animales. Y que el coche debía ser muy conocido en aquellos lugares lo demostraba el hecho, bastante repetido, de que algunos aldeanos que cruzaban el camino solían saludar respetuosamente, y aun decir á media voz: «¡El coche del doctor!,» ó «¿Quién habrá enfermo en Pasajes?» Y, en efecto, dentro del carruaje se veía el cuerpo obeso y el rostro afeitado y sonriente del doctor Iragoitia, tan reputado en la capital como en todas sus cercanías. El buen doctor utilizaba el lento paso de las mulas para ir, sin menoscabo de la higiene, leyendo un periódico del día, del que sólo apartaba la vista cuando llamaba su atención alguno de los accidentes del camino. Cerca ya del término de su viaje observó á un joven de sombrero de paja y á una muchacha de vestido blanco, que después de pasear juntos por la carretera se habían separado, marchando ella ligeramente hacia uno de los primeros hoteles en cuanto divisó el carruaje.

También pudo observar el doctor Iragoitia que en su apresurada marcha la joven había dejado caer una flor, que hasta entonces había adornado su pecho, y que el muchacho, acompañándolo con verdadero afán, la colocaba en un ojal de la levita, después de habérsela llevado á los labios.

–¡Felices ellos!, murmuró el doctor. El eterno idilio de la jventud y del amor, contribuyendo al encanto de la estación primaveral; los amantes, creyendo siempre que nadie les observa, acaso porque ellos no observan á nadie. ¡Qué hermosa es la juventud!

Y por este orden hubiera seguido el bueno de Iragoitia en sus humanas reflexiones, de no haber notado que las mulas del coche se paraban junto á la verja de un hotel y que la puerta de la misma hacía sonar al abrirse la campanilla anunciando la llegada de una esperada visita.

II

Momentos después entraba el doctor en la salita de recibo del piso bajo, hasta cuya puerta había salido á recibirle D. Juan López, conocido por el *indiano* por haber hecho la fortuna en América, y que era el dueño del hotel.

–Doctor amigo, exclamó viéndole entrar, ¡cuánto le agradezco su amistosa solicitud en acudir á mi llamamiento!

–El deber profesional, cuando no nuestras antiguas relaciones, me hubiera obligado á ello. Pero ¿quién es el enfermo? ¿Acaso usted?

–El enfermo es mi pobre hijo Rafael, contestó el dueño de la casa.

–Pues ¿qué le ocurre?

–Eso, amigo doctor, nadie mejor que usted podrá decirlo. El no come, no duerme, apenas sale de casa, huye del trato de las gentes, y la profunda tristeza que le embarga le ha demacrado y hecho palidecer de un modo alarmante. En un principio atribuí á los estudios su estado y le aparté de ellos; pero ni las distracciones de la corte al principio, ni la tranquilidad del campo después le han mejorado. Por otra parte, mientras su situación no me alarmó no quise incomodar á usted arrancándole de sus muchas y apremiantes obligaciones; pero hoy es ya distinto, y creo que hacen falta grandes energías para restituirle la salud.

–¿Qué edad tiene ya Rafaelito?

–Veinticuatro años.

–¡Terrible edad!

–¿Luego usted le juzga grave?

–Amigo mío, dijo el médico; por el cuadro sin-

tomatológico que me ha expuesto usted no puede diagnosticarse la enfermedad: puede ser una anemia, tisis, ictericia... Es preciso que yo le examine.

– Nada más justo, dijo el *indiano*; pero no sabe que le he mandado llamar, y es tan aprensivo que ha de afectarle la vista de usted.

– ¡Qué tontería! ¿Para qué sirve entonces mi doble carácter de médico y amigo?.. He venido casualmente á Pasajes y me he convidado á almorzar con ustedes.

– ¡Magnífico!, exclamó D. Juan. Examínele usted y cúrele de su dolencia, que me tiene tan profundamente afectado que hasta me ha hecho retrasar mi proyecto.

– Un proyecto...

– Sí: mi nuevo matrimonio.

– ¡Ah! Vuelve usted á casarse... ¿Y quién es la afortunada?

– ¿Quién ha de ser? Soledad..., la huérfana á quien adopté cuando perdió á sus padres, la que es el encanto y la alegría de mi vejez... Pero dejemos esto á un lado, ya que hoy sólo me interesa la salud de mi pobre hijo.

– Nada más justo, pues para casarse á los sesenta años, lo mismo da hacerlo á los sesenta y dos.

– Enemigo del matrimonio le veo á usted.

– No, amigo D. Juan, partidario y muy partidario de él... Sólo que para el matrimonio hace falta una condición que usted y yo hemos perdido hace años: la juventud. En fin, puesto que ese es su gusto, cásese en buen hora y que sea para bien. Ni he de dotarla yo, ni he de mantener su nueva prole..., y eso que supongo no sería muy comprometido lo último.

La campanilla de la verja de entrada advirtió que alguien llegaba á la casa.

– El debe ser, exclamó el *indiano*.

Y, en efecto, momentos después entraba en la habitación Rafael, gallardo joven, aun cuando en él se notaban los estragos de la enfermedad de que su padre habíase ocupado poco antes. Al entrar se había quitado su sombrero de paja y en el ojal de la levita ostentaba una flor.

– ¡El del idilio!, murmuró entre dientes el doctor.

– Rafael, dijo el padre, te presento á mi amigo de la infancia el doctor Iragoitia, de quien tanto me has oído hablar y que viene á favorecer hoy nuestra mesa.

El médico y el joven se saludaron, y este último, en contra de las previsiones del padre, exclamó:

– Mucho celebro la visita, aunque sólo sea por egoísmo, pues deseo consultar al doctor acerca de mi dolencia.

– ¿Su dolencia? ¿Pues qué le pasa?

– Yo mismo no lo sé. Frecuentemente me acometen unos vahidos extraños...

– Antes de comer, ¿no es cierto? Necesidad, pura necesidad.

– Sí..., y después de haber comido,



Retrato de la Fornarina, pintado por Rafael

– Fenómenos de la digestión. A ver el pulso... Está bastante frecuente y febril.

– Vea usted... Hoy que me encontraba yo tan bien.

– Todo ello no es nada.

– Siento también un profundo malestar que no puedo explicarme. Me aburren los estudios y toda lectura; me cansa el ser rico; me hastía todo el mundo... Usted mismo, á quien tanto aprecio como amigo de mi padre, me enoja cuando le observo queriendo ejercer su profesión y no acertando en nada.

– Pero, Rafaelito, interrumpió el padre.

– No, no intento rebajar sus merecimientos, pero sí hacer constar que la medicina es una ciencia muy obscura. Los profesores de la misma escuchan ligeramente al enfermo; y si acaso, le propinan un medicamento para el cuerpo, cuando su dolencia radica en el alma.

El doctor se sonrió bondadosamente y dijo:

– Rafael tiene razón en parte, aunque exagere su expresión. Médicos hay como el que nos ha pintado; pero otros muchos tienen por costumbre «hacerse cargo.» No diré yo en este momento que pueda curarle radicalmente, pero sí que sé de su enfermedad algo más de lo que él presume; le seguiré observando durante el almuerzo, y antes de regresar á San Sebastián confío en poder dejarle un completo plan curativo.

– Precisamente, dijo el *indiano*, me parece que Soledad acude para advertirnos que ya nos espera el comedor.

Efectivamente, una linda joven, vestida de blanco, se acercaba al grupo formado por los tres hombres.

– ¿Quién es esta encantadora niña?, preguntó el doctor.

– Pues la pobre huérfana, recogida por mí y que pronto llevará mi nombre, contestó el *indiano*.

El rostro de Rafael se obscureció más y más, y el médico le dijo:

– ¿Se siente usted peor ahora?

– No es nada.

– Lo digo porque pudiera ser que se anunciaba una crisis en su enfermedad. Aunque la ciencia está muy atrasada, los médicos viejos como yo tienen sobrada práctica y suelen improvisar las curaciones más difíciles.

– El almuerzo espera, dijo Soledad.

– Vamos, se apresuró á añadir el *indiano*.

– No, amigo D. Juan, antes necesito hacer á usted una pregunta reservada. Vayan los jóvenes al comedor y ahora les seguiremos.

III

El almuerzo fué triste. D. Juan el *indiano* apenas tocó á los platos; Rafael habló de su propósito de emprender un largo viaje, sin determinado objeto, y Soledad, mirando al anciano y al joven y compartiendo los pesares de ambos, se encontraba asimismo pensativa y silenciosa. Solamente el doctor tuvo palabras de elogio para los manjares, estuvo expansivo y locuaz, hablando algo de su profesión y mucho de la crónica de la capital, para llegar á las noticias más recientes de bodas en proyecto y amores contrariados.

– Y, en verdad, dijo, que á pesar de mi larga experiencia aún no he hecho á Rafaelito una pregunta esencial. ¿No podrían influir en su enfermedad algunos amores?

– ¡Oh!, contestó el joven queriendo dominarse, puedo asegurar á usted que no encamina bien su examen.

– Convengamos, por lo menos, en que nada tendría esto de particular, porque el amor no se razona: se siente ó no se siente, y para él no hay condiciones



LA CONVALECIENTE, cuadro de Guillermo Augusto Roesler



LA ANUNCIACIÓN, cuadro de Pablo Hoecker

ni edades. Buena prueba de ello mi amigo D. Juan, que á pesar de sus sesenta años está resuelto á buscar de nuevo la dicha en la coyunda matrimonial.

Y dirigió una mirada de inteligencia al *indiano*, como si le señalara con sus palabras la ocasión de realizar algo convenido entre ambos.

Y, en efecto, D. Juan, con entrecortadas palabras, contestó:

– No, doctor; sus argumentos me han convencido y sé ya lo que me conviene hacer. No sacrificaré á esta pobre criatura. Mi matrimonio fué un sueño; yo he despertado y renuncio á él.

– ¡Cómo!, exclamó Rafael con la mirada brillante.

– ¿Será posible?, murmuró la joven sin poder contenerse.

Después, uno y otra, arrepentidos de haber dejado hablar al corazón, bajaron los ojos, como criminales que aguardan su sentencia.

– Sí, hijos míos, prosiguió el anciano; el buen doctor, aunque algo brusco en sus frases, me ha indicado el mejor medio de curar á Rafael y de no hacer desgraciada á una pobre niña que se sacrificaba por el respeto y la gratitud.

– ¡Oh! No, señor; la voluntad de usted es la mía, dijo Soledad.

– Y yo, añadió Rafael, no puedo aceptar el sacrificio de mi padre.

– El sacrificio de D. Juan, interrumpió el doctor, tendrá su mejor premio en la felicidad de sus hijos. Al pronto le dolerá algo la herida; pero su mal es de los que se curan con toda seguridad y á plazo fijo.

El *indiano* movió la cabeza con aire de incredulidad.

– Sí, dijo el doctor implacable, aunque tampoco hay que acudir para eso á la botica en busca de medicamentos. En cuanto trueque su categoría de suegro por la de abuelo, hombre curado, alegre y dispuesto á vivir cien años más.

Rafael y Soledad, viendo la tristeza del *indiano*, habíanse levantado para abrazarle, y el doctor, queriendo poner término á aquella difícil escena, se levantó también para marcharse, diciendo á Rafael:

– Supongo que habrá usted rectificado sus opiniones sobre la medicina y los médicos. ¿Sigue pareciéndole tan obscura la ciencia?

– Tal vez sí; pero sus obscuridades se iluminan cuando el médico tiene un corazón como el de usted.

– Y buena vista, le contestó Iragoitia, para sorprender en el campo idilios que le den la clave de las enfermedades morales.

M. Ossorio y Bernard



Camino de la iglesia, cuadro de J. Ferrer y Pallejá

NUESTROS GRABADOS

La Sagrada Familia, cuadro de Andrés Groll. – Muchos de los pintores modernos que tratan asuntos religiosos suelen humanizar á las divinas personas que en sus cuadros figuran, con lo cual si por un lado pierden éstos en misticismo, por otro ganan en punto á naturalidad: no hemos de decir si los que así proceden responden ó no á los fines de este género de pintura; bástanos para nuestro objeto consignar el hecho, y dado que el procedimiento existe admirar las bellezas técnicas de la *Sagrada Familia*, del notable pintor alemán Andrés Groll, y la verdad con que están interpretados los rasgos físicos de la raza á que pertenecieron los Padres del Salvador.

Un ángel más, grupo en mármol de Alejandro Tondeur. – El autor de esta bellísima alegoría tan bien sentida como admirablemente ejecutada, es uno de los escultores predilectos del público de Berlín, y las reproducciones de algunas de sus obras son preciado adorno de los más aristocráticos salones de la capital de Alemania. Tondeur ha modelado, entre otras esculturas notables, cuatro hermosas estatuas que representan la Poesía, el Arte, la Ciencia y la Industria; la de Godofredo Muller, existente en el Museo Antiguo de Berlín, y la de York, que se encuentra en el Panteón de la propia ciudad, y los bustos de los emperadores Guillermo y Federico: suyas son también las estatuas de Blucher y de Bulow que figuran en el monumento de Federico Guillermo III, de Colonia.

Grupo de leones, cuadro de Arístides Sartorio. – Sartorio figura como uno de los artistas más notables de la Italia moderna: nació en Roma, en donde ha estudiado, recibiendo lecciones de maestro tan ilustre como nuestro compatriota Villegas; y á pesar de ser joven todavía, ha conquistado gran reputación. Que ésta es merecida pruébalo bien el grupo de leones que reproducimos, en el que el rey del desierto y su compañera están pintados con una verdad y un vigor que revelan la mano de un consumado maestro.

La muerte de San José, cuadro de Ploverini. - Muchos son los pintores que en este asunto se han inspirado y en los principales museos del mundo existen no pocos cuadros de los más grandes maestros que reproducen los últimos momentos del Esposo de María El notable pintor italiano Ploverini nos presenta en el suyo una composición bellísima, impregnada de cristiano sentimiento, cuyas tres figuras principales, perfectamente sentidas, forman un interesante grupo al que sirven de complemento los ángeles que hincados de rodillas acompañan á la Sagrada Familia en el doloroso-trance y los que entre nubes entonan cánticos y se disponen á conducir al seno del Señor el alma purísima del Santo Patriarca.

Retrato de un joven. - La Fornarina, cuadros de Rafael. – ¿A qué buscar conceptos que sirvan de explicación ó crítica de estos dos cuadros? ¿A qué decir una vez más lo que en el mundo del arte significa el nombre de su autor? Cuando al pie de un lienzo hay la firma de Rafael Sanzio huelgan todas las frases encomiásticas, y la fama consagrada por larga historia es el mejor comentario que á la pintura puede ponerse.

La convaleciente, cuadro de Guillermo Augusto Rosler. – Con razón fué éste uno de los cuadros que más llamaron la atención en la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Berlín el año último: el asunto es simpático, las figuras están trazadas con magistral corrección, el trozo de claustro y el lienzo que en el fondo se distingue son de severa y elegante factura, y la luz, distribuída con admirable acierto, produce bellísimos efectos de clarobscuro.

La Anunciación de María, cuadro de Pablo Hoecker. – ¿Quién diría al contemplar este cuadro que su autor suele generalmente dedicarse á pintar robustos marineros y rollizas campesinas holandesas? Al abordar un género tan distinto de éste y al ejecutar tan admirablemente dentro de él una obra tan bella, tan llena de misticismo, tan ideal, como *La Anunciación de María*, ha dado Hoecker una prueba elocuente de su talento artístico que se hace admirar lo mismo cuando reproduce lo que sus ojos ven que cuando traslada al lienzo las concepciones que su alma siente.

Camino de la iglesia, cuadro de J. Ferrer y Pallejá. – Inspirándose en la naturaleza y en los tipos y costumbres de nuestra región, ha trazado el autor de este cuadro, artista ventajosamente conocido en Barcelona y fuera de ella, una escena por todo extremo simpática, llena de lo que podemos llamar sabor de la tierra, grande en medio de su sencillez y tan hondamente sentida como hábilmente ejecutada. Cuantos hayan permanecido en algún lugar de nuestra montaña habran sin duda visto más de un grupo análogo al de esas mujeres y esa niña que desde la *masia* se encaminan al vecino pueblo para cumplir el santo precepto dominical, y podrán juzgar de la verdad del cuadro de Ferrer y Pallejá, y apreciar las muchas bellezas que contiene, la poesía que todo él respira y que tan profundamente nos hace sentir esa emoción que es la aspiración suprema del arte.

Santa Inés, grabado de León Fleuret. – Varias veces hemos puesto de manifiesto el grado de perfección que en nuestros tiempos ha alcanzado el grabado en madera, que en la actualidad disputa la preeminencia á todos los demás géneros, inclusos el grabado en dulce y al agua fuerte. El que hoy reproducimos del reputado grabador francés León Fleuret es un ejemplar bellísimo de xilografía por su admirable relieve, por la suavidad de líneas y por la dulzura de los tonos luminosos, merced á los cuales ha obtenido el artista hermosos efectos sin desviarse de la sobriedad que tan bien sienta en estas obras de arte.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – París. – Con motivo de la inauguración del magnífico palacio del eminente médico doctor Fauvel se celebró una velada artística en la que tomaron parte todas las notabilidades de los principales teatros parisienses y además la pianista española señorita Rigalt, que á pesar de contar sólo diez y siete años es hace tiempo una celebridad aplaudida en los más aristocráticos salones de París: ejecutó con gran maestría la *Rapsodia húngara*, de Listz, y el *Vals aéreo*, de Lack, quien la felicitó calurosamente y le rogó se dignara aceptar la dedicatoria de una nueva pieza que escribirá expresamente para ella.

– El Círculo de la Unión Artística ha celebrado su exposición anual en la que sobresalen los retratos pintados por Bonnat, Carlos Durán, Lefebvre, Moret, Chartán, Gervex, Besnard, Benjamín Constant, Flameng, Courtois, Wanters, Jalabert, Roybet, Machard, y los paisajes y cuadros de Bonguereau, Detaille, Vayson, Agache, Bompard, Bernier, Billotte, Richemont, etc.

Teatros. – Se ha estrenado en Copenhague con gran aplauso la ópera de Augusto Enna *Cleopatra*.

– En la «Gewandhaus,» salón de conciertos de Leipzig, se han tocado últimamente tres piezas orquestrales compuestas por Grieg para el drama de su compatriota Bjoernson *Igurd Iorsalfar:* dichas piezas, que fueron dirigidas por su autor, son un intermezzo *El sueño de Borghild*, un preludio y una *Marcha del Homenaje*, y obtuvieron un éxito entusiasta, sobre todo la última. Esta *suite* la compuso Grieg hace bastante tiempo, pero el año pasado la modificó por completo y la instrumentó nuevamente.

– En el teatro Nacional Bohemio, de Praga, se ha cantado con éxito entusiasta la ópera de Wagner *Los maestros cantores de Nuremberga*, en idioma tcheque.

París. – En el teatro Libre se ha dado una representación privada de la comedia de Mauricio Barrés *Une journée parlamentaire*, que la censura gubernativa ha prohibido: es una acerada crítica de algunos escándalos parlamentarios de la última legislatura francesa, y no tuvo el éxito que hacía esperar lo que de la obra anticipadamente se había dicho. Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón, *Le Ruban*, gracioso vaudeville de Feydeau y Desvallieres, y en el Chateau d' Eau, un interesante melodrama en cinco actos y siete cuadros, de Teodoro Henry, *Les bandits de París*.

Necrología. – Han fallecido:

Felipe Fahrbach, el conocido compositor y director de orquesta vienés, autor de muchas marchas y polcas que se han hecho muy populares.

D. Laureano Calderón, eminente químico, catedrático de Química biológica en la universidad de Madrid, autor de varios importantes trabajos como el de la *resorcina*, publicado en francés, y los de cristalografía, publicados en alemán, y presidente del Congreso para el progreso de las ciencias recientemente celebrado en Pau: trabajó en París en el laboratorio de Berthelot y fué director de trabajos prácticos de cristalografía y mineralogía en la universidad de Strasburgo al lado del ilustre profesor Groth.

Dámaso Zabalza, notable pianista y compositor, profesor de la Escuela nacional de música y declamación de Madrid, autor de varias obras didácticas de gran mérito y de más de doscientas bellísimas piezas para piano.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

– Porque no es usted libre, y no debe usted volver embriagado á su casa.

– ¡Libre!, repitió con ira, ¿y quién es libre en este mundo? Me es imposible no amar á usted, y usted no me lo puede prohibir... Toda pasión sincera es irresistible.

– ¡Qué bellos principios!, exclamó la baronesa irónicamente. Suponga usted por un momento que alguno esté enamorado de su mujer de usted, y la hable como usted me habla ahora..., ¿le parecerá á usted bien que su señora pusiera en práctica la singular teoría de usted?

Santiago se mordía el labio. Esta nueva alusión á Teresa despertaba en él un sentimiento de rubor y le contrariaba en gran manera. Todo lo que había en él de leal y delicado sufría al oir el nombre de la honrada mujer á quien indignamente engañaba, pronunciado por la que era ocasión de su deslealtad. Esta le parecía una profanación más culpable que la traición misma. Además, pensaba con disgusto que la evocación de la pura imagen de Teresa, en medio de su galante conferencia, iba fatalmente á interrumpir la corriente amorosa establecida entre Mania y él y á obligarle á volver á empezar. Exasperábale, pues, esta inoportuna alusión, y no habiendo podido impedir que saliera de los labios de la señora Liebling, se esforzaba, á lo menos callando, en no continuar la conversación en sentido tan peligroso.

– ¿No me responde usted?, le preguntó Mania maliciosamente; eso prueba que no tiene usted qué responderme.

Santiago hizo un gesto de impaciencia.

– En efecto, señora, replicó en tono de amargura, es usted la lógica personificada...

Se había recostado en el coche, y miraba con despecho cómo bajaban los caballos al trote la cuesta de Villafranca. Pensaba que dentro de algunos minutos llegaría el coche al pueblecillo, y que el cochero, dócil á las órdenes de su ama, volvería hacia la ciudad. Calculaba la rapidez del regreso, deploraba la pérdida de preciosos minutos que no volverían, y al mismo tiempo que se obstinaba en su mutismo, le desconsolaba el silencio y la ocasión perdida. Hay en el hombre un fondo de candidez que le hace superior moralmente á la mujer, y que sin embargo, en las luchas de la vida de todos los días constituye un estado de inferioridad. Santiago estaba persuadido de la sinceridad de las objeciones de Mania, mientras ésta las había expuesto únicamente con el íntimo deseo de que su acompañante las refutara. Observaba de reojo al pintor y sonreía enigmáticamente. Cuando se convenció de que no saldría de su obstinado silencio, comprendió que había ido ella más allá de lo que deseaba...

– ¿Qué tiene usted?, le preguntó; ¿está usted enojado?

– ¿Yo?.. De ninguna manera. Es que estoy reflexionando.

– ¿Y en qué piensa usted?

– Pienso que es usted una fría estatua y que no me ama.

– Es un descubrimiento muy galante. Para no ser menos que usted, voy á confiarle otro descubrimiento que acabo de hacer, y es que ama usted demasiado á su mujer para poder amar á otra.

– Usted sabe lo contrario, protestó el pintor; usted sabe bien que me ha hechizado.

– Sí, yo soy la hada funesta, mientras la hada del hogar está en el fondo de ese corazón, pura, impecable, religiosamente adorada.

– ¿Qué sabe usted?

– ¿Pues no lo he visto ahora mismo?.. Se ha enojado usted no más que ante la idea de que pudiera su mujer aplicar por su cuenta las teorías de usted sobre la pasión irresistible.

– No es lo mismo.

– Naturalmente. Ella, la santa madona, es inviolable é inmaculada en su santuario... Pero la señora Liebling, una extranjera algo coqueta, un poco excéntrica y separada de su marido... ¡Oh! A ésta se la puede galantear sin escrúpulos, se puede procurar comprometerla, porque, suponiendo que sucumba, ¿qué importa?.. Y si la señora Liebling, que no es necia y sabe defenderse contra sus propias debilidades, vacila entregarse á alguien que no le daría en cambio más que una mínima parte de su corazón..., entonces se la acusa de ser incapaz de toda ternura, y se la llama fría estatua...

Ella misma se interrumpió para decir al cochero:

– Bautista, ya estamos en Villafranca. Volvamos.

El pueblecillo dormía entre las rocas; la luna blanqueaba las fachadas de las casas. El *landau* volvió lentamente, y los caballos, que habían sentido la fusta de Bautista, subieron al trote la cuesta que acababan de bajar.

– ¿Recuerda usted, prosiguió Mania, fijando sus ojos con profunda intención en los de Santiago, lo que le dije acerca de mi carácter la primera vez que hablé con usted en la villa Endymión?

– Sí, me confesó usted que tenía un corazón muy sensible... Creo que exageraba usted un poco.

– Es posible, pero añadí que soy extraordinariamente exclusiva... No he cambiado. Todo ó nada, y si cayera en la locura de amar, no admitiría más que todo... Quisiera que aquel á quien amase me perteneciera exclusivamente, en absoluto.

Y miraba al pintor como provocándole.

– ¿Y amaría usted, preguntó Santiago, ofuscado por aquella mirada, á quien la amase en esas condiciones?

El *landau* corría con rapidez por el camino llano, y Santiago con los ojos fijos en los de Mania, se sentía arrastrado hacia una incógnita llena de promesas. Había llegado á ese grado de exaltación en que no cuesta nada hacer juramentos impíos, en que el alma dominada por el deseo está dispuesta á todas las perjurios, á todas las apostasías.



Santiago saltó al interior del coche y se sentó al lado de la elegante enmascarada

– Permita usted, replicó la baronesa: he dicho que si amase exigiría que el hombre amado me perteneciera en absoluto.

– ¿Me amaría usted si le jurase olvidarlo todo por su amor?

– ¿Todo?, repitió con una sonrisa incrédula. Eso es prometer demasiado.

– ¿Qué me importa todo lo que no es usted?

– ¿No tendría usted remordimientos?

– Ninguno. Pertenecería á usted en cuerpo y alma: sería su esclavo.

Mania se echó á reir.

– ¿No me cree usted?

– Sí, pero tengo miedo de que se parezca usted á los niños. Todo lo que se quiera para que les den una golosina; y luego que la obtienen, ya no se acuerdan de su promesa.

Santiago hizo un movimiento de despecho. Aquella risa y aquel sarcasmo intempestivos le contrariaban cruelmente. La ira le oprimía la garganta y casi le hacía asomar las lágrimas á los ojos.

– ¡No, no me ama usted!.., murmuró con rabia. Si me amara usted no se expresaría así.

Mania se conmovió ante la expresión trágica de la fisonomía del pintor y comprendió que le había exasperado. La cólera y el amor le habían transfigurado. La claridad de la luna hacía palidecer más su semblante, é iluminaba su frente bajo los cabellos negros, la amargura apasionada de sus labios y el fuego de sus ojos humedecidos. Mania lo halló verdaderamente hermoso; experimentó el mismo voluptuoso estremecimiento que media hora antes cuando Santiago le había descrito su vida en el campo, y volvió á abrirse en ella el misterioso manantial de la ternura. Le miró más afectuosamente y le tendió las manos.

Santiago las cogió con arrobamiento.

– ¿De veras?, murmuró, ¿no se burla usted de mí?.. ¿Me ama usted?

– ¿No lo conoce usted?.., respondió Mania muy bajo.

Subyugado por la pasión, Santiago atraía á Mania, queriendo estrecharla en sus brazos...

Ella se apartó y le detuvo con la mirada.

– Tenga usted juicio, le dijo. Ya estamos en Niza y hay gente por aquí.

El *landau*, en efecto, había pasado ya de Montborón, y cruzaba á cada instante con otros que volvían del Corso.

– ¡Ya!, exclamó Santiago, y aún no he podido decir á usted todo lo que le quiero decir... ¡Separarnos ya!.. ¿Cuándo y dónde volveré á ver á usted?..

– Cuando usted quiera, en mi casa... ¿No le he dicho á usted que estoy todos los días de cinco á siete?

– Sí, suspiró el pintor, á la hora á que recibe usted á todo el mundo. ¿No comprende usted, si me ama un poco, que el amor exige más intimidad? ¿No me permitirá usted que la vea á solas como hoy?

– ¡Oh!, exclamó la baronesa, para ser un nuevo convertido, es usted demasiado exigente. Antes de que tenga en usted completa confianza es preciso que usted se haga digno de ella. Además, mi salón no es tan frecuentado como usted

cree; si viene usted á las seis correrá el peligro de verse solo... conmigo. Y ahora, dígame usted en qué sitio quiere que le deje.

El coche se hallaba en el puerto. Santiago se acordó de Lechantre y del yate del barón Herder. Pensó que era imposible volver á su casa con el disfraz, y como el almacén del alquilador debía estar cerrado ya á aquellas horas, resolvió ir á buscar á su maestro para encargarle de la devolución de su dominó.

– Bajaré aquí, contestó á Mania. Tengo un amigo que está á bordo del yate del barón Herder y necesito hablar con él.

– Comprendo, dijo sonriendo la baronesa; eso creo que se llama en Francia buscar la coartada... En fin, esta noche estoy muy dispuesta á la indulgencia. *¡Good by!*

– ¡Hasta muy pronto!.. Adoro á usted, baronesa, murmuró besándola la mano.

Saltó al muelle y el *landau* partió al trote.

Fácilmente descubrió el yate, y dirigiéndose á un marinero que estaba de plantón en la popa, preguntó si estaba allí todavía el Sr. Lechantre. El paisajista estaba en efecto. Santiago penetró en el interior del *roof*, se quitó el disfraz y lo entregó al marinero con una tarjeta para el maestro.

Cuando se vió en el muelle desierto, le pareció que había dejado con su disfraz un poco de la embriaguez de aquella noche. Melancólicas reflexiones turbaban su cerebro en aquel momento. De la entrevista con Mania, tan ardientemente deseada, ¿qué le quedaba? Una vaga promesa de amor. Volvía de la entrevista más enamorado que nunca, con más ardientes insuperables deseos, pero con la conciencia de haber obtenido muy poco. Si esta reflexión le entristeció y desalentó un momento, en cambio atenuó mucho sus remordimientos. Pensó en su infidelidad con más indulgencia, diciéndose que no tenía que culparse de ningún pecado mortal, y que el día siguiente podría sostener la mirada de Teresa sin turbarse. «Las once, pensó; ya estarán durmiendo en casa Mejor que mejor. No tendré que dar esta noche ninguna explicación, ni que inventar ninguna mentira.» Sin embargo, cuando llegó al Puente Nuevo se detuvo, á fin de que pasara algún tiempo más y estar más seguro de poder entrar en su casa sin que le vieran. Asomado al parapeto pasó un cuarto de hora. La fiesta había terminado, pero aún se oía en las calles inmediatas el rumor tumultuoso de las máscaras. Bajo la blanca claridad de la luna tuvo otra vez la visión del Corso y de Mania, recostada entre las flores en el *landau*, y sintió haber sido demasiado tímido y no haber aprovechado aquellos preciosos momentos. Súbitamente echó á andar, y en un instante llegó á la esquina de la calle Carabacel. Con infinitas precauciones introdujo la llave en la cerradura, y entró en su casa, sin encender luz, á tientas. Todo parecía que dormía allí. A paso de lobo se deslizó por el corredor, abrió con muchísimo cuidado para no hacer el más leve ruido la puerta de su habitación, y quedó sorprendido, mudo de estupor, viendo á la tenue claridad de una lámpara á Teresa que, sentada junto á la chimenea, inmóvil, tenía fija en él su mirada melancólica y profunda.

XII

Hallando á su mujer levantada y esperándole, comprendió Santiago que iba á producirse una escena penosa. Sin embargo, persuadido de que los celos de Teresa eran puramente instintivos, sin otro fundamento que vagas sospechas, resolvió demostrar audacia y serenidad y responder á sus preguntas con desembarazo y con la seguridad de quien no tiene nada de que culparse.

– ¿Cómo?.. exclamo, ¿no te has acostado todavía?

Al ver entrar á su marido Teresa había tenido que hacer un grande esfuerzo para contener su indignación. Pero cuando vió rápidamente el aplomo del infiel, se dominó, prefiriendo, antes de estallar, dejarle que él mismo se cogiera en la red de sus propias mentiras. Además, no podía creer todavía en una completa doblez, y acaso esperaba de parte de Santiago, si no una expresión noble de arrepentimiento, á lo menos algunas demostraciones de rubor.

– No, contestó; estaba intranquila y no he querido acostarme hasta que volvieras ¿Te has divertido mucho á bordo?

– Sí, he pasado bien el rato, respondió el infiel, muy contento del giro que tomaba el interrogatorio.

– ¿En qué habéis pasado el tiempo?

– Hemos jugado un whist y hemos tomado te.

– Es una distracción muy inocente. ¿Erais muchos?

– Cuatro, incluyéndome yo.

– Pensé que habríais ido al Corso... ¿No había también señoras á bordo?, preguntó irónicamente.

– ¿Qué idea? ¿Por qué me preguntas eso?

– En Carnaval no sería extraño. Además, prosiguió, acentuando sarcásticamente sus palabras y fijando su mirada en el ojal del chaquet de Santiago, la presencia de señoras á bordo me explicaría la procedencia de esas flores con que vas condecorado...

Santiago, turbado, advirtió que había olvidado ocultar las flores arrebatadas á Mania.

– ¡Ah! Estas flores... Una broma de Lechantre.

Teresa no pudo contenerse ya.

– ¡Por Dios, exclamó, no mientas más, que no sabes!

– ¿Miento yo?, preguntó con ira.

– Sí, mientes, afirmó Teresa, y por ti me avergüenzo... No has estado en el yate del barón Herder; has estado en el Corso... No has acompañado á Lechantre; has acompañado á una mujer... No, no me lo niegues; te he seguido, te he visto salir del almacén del alquilador de trajes, y te he visto montar en el *landau* de esa mujer.

Ante estas acusaciones tan explícitas, Santiago no pudo conservar su serenidad. Comprendió que toda negativa era inútil. Al mismo tiempo sucediéronse rápidamente en su espíritu desagradables reflexiones. Tuvo conciencia del inevitable desastre que amenazaba la paz de su hogar, de la pena profunda de Teresa, y del pesar de su madre si llegaba á saber lo que pasaba. Y simultáneamente pensó que el descubrimiento del principio de su infidelidad le obligaría á romper toda relación con Mania Liebling, y esto acabó de trastornarle y exasperarle. Irritóse contra sí mismo, contra el espionaje de su mujer, contra la fatalidad que daba las proporciones de una falta irremediable á lo que él se empeñaba en considerar como un pecado venial. Después de todo, según su indulgente dictamen, su crimen no era tan grave; la infidelidad no se había cometido en puridad, y le parecía soberanamente injusto que se quisiera exagerar las cosas. Furioso de haber sido cogido *in fraganti*, no encontraba otro medio de salir del mal paso en que se hallaba que tomar á su vez la ofensiva. Teresa añadió provocándole:

– Ten el valor de confesar que esa mujer es la baronesa Liebling.

Santiago replicó resueltamente:

– Sí, es la baronesa Liebling... Ya lo sabes, puesto que te has tomado la molestia de espiarme. Si ha sido Cristina quien te ha aconsejado tan bella acción, habrá que felicitarla por su oportuna idea... Es, en efecto, la señora Liebling á quien ayer ofrecí acompañarla en su coche... El caso no es para tomarlo por lo trágico, me parece. Hemos paseado en coche cubierto en medio de miles de personas. Y todo te lo habría dicho, si desde el principio no hubieras demostrado unos celos pueriles y absurdos. Mi silencio ha obedecido solamente al deseo de evitar suspicacias que, permíteme que te lo diga, no son propias de nosotros ni del mundo en que vivimos.

Y luego, con acento de enojo, le dió á entender que habiéndose casado con un artista, debía someterse á ciertas obligaciones que impone la necesidad de adquirir relaciones. Un pintor no debía ser objeto de las prevenciones propias entre *burgueses;* y lo mismo que podría parecer una enormidad en Rocatallada, era en el gran mundo una acción inocente. Una esposa constantemente expuesta á encontrar mujeres sirviendo de modelos en el taller de su marido debía ser más tolerante y desprenderse de las mezquinas ideas de provincia. Obstinándose en exponer con creciente enojo circunstancias atenuantes de su falta, no comprendía la crueldad de su argumentación, y hubiera continuado mucho tiempo en el mismo tono y agravando su situación, si Teresa no le hubiese interrumpido impetuosamente:

– ¡Calla!, murmuró. ¿No conoces que tus disculpas me desgarran el corazón? ¡Qué diferencia entre tu lenguaje de hoy y el de aquellos días en que me pedías que fuera tu esposa!.. Entonces era yo la que me consideraba demasiado provinciana para vivir en tu mundo artista, y tú quien me repetía mil y mil veces que una mujer como yo era la mejor que podía elegir un artista!.. ¡No hace tres meses manifestabas aversión á frecuentar la sociedad y me proponías vivir en la más absoluta soledad!.. ¡Pronto has cambiado de parecer! La que te ha hecho cambiar de gustos me ha arrebatado al mismo tiempo tu corazón..., ¡y aún quieres reprenderme porque estoy celosa de esa mujer!.. Y cuando me avergüenzan tus mentiras, cuando lloro nuestra felicidad destruída, nuestra intimidad rota para siempre por esa mujer..., ¡no hallas otro argumento que burlarte de mi ignorancia de las cosas del gran mundo y de mis preocupaciones de provincia!... ¡Ah! ¡Mi provincia! ¡Mi pobre y solitario hogar del Priorato! ¿Por qué no me dejaste allí?.. ¡No conocería esta horrible pena que me destroza el corazón!

Había vuelto á sentarse y lloraba silenciosamente. Viendo las lágrimas que se deslizaban entre los dedos y humedecían los brazos desnudos de Teresa, Santiago se sintió conmovido. El recuerdo de los dichosos días del Priorato, evocados dolorosamente por la amante esposa, acabó de enternecerle el corazón. Tuvo un momento lúcido, conoció su error, y súbitamente se arrodilló á los pies de Teresa, le separó las manos con que ocultaba el rostro, y quiso, en testimonio de su arrepentimiento, poner sus labios sobre los ojos de la afligidísima esposa. Pero ésta, con un gesto de duda y desaliento, le rechazó.

– No, dijo, déjame... ¿No comprendes que en este momento me son odiosas tus caricias? Aún tienes en tu cuerpo el perfume de esa mujer á quien, sin duda, se las habrás prodigado esta noche...

– Teresa, protestó Santiago, te juro que te engañas. Nada de lo que supones ha sucedido... Sí, es verdad que ayer encontré á la baronesa, y en un momento de aturdimiento le prometí acompañarla hoy en su coche, y habiéndoselo prometido me pareció luego ridículo no cumplir mi palabra. He ido á la cita, y mi única falta es habértelo ocultado; pero durante este paseo, todo se ha reducido á triviales galanterías. Confieso que no debí prestarme á los caprichos y fantasías de una mujer coqueta y un poco excéntrica, y te pido humildemente perdón... Tú sola eres la que yo quiero, y á ti sola pertenezco en cuerpo y alma.

¡Ah! En el mismo instante en que murmuraba este acto de contrición veía entre Teresa y él interponerse la imagen de Mania, como para desmentir sus protestas y juramentos. Su pensamiento invenciblemente tornaba al camino de Villafranca: no podía menos de recordar la blanca figura de la baronesa inclinándose hacia él, la seductora caricia de sus ojos, su brazo desnudo que un momento había tenido prisionero en sus manos, y comprendía que, á su pesar, esta aparición tentadora no podría desterrarla de sí en la intimidad de la vida conyugal. Teresa, por su parte, parecía tener la misma intención, porque no se dejó enternecer... Las súplicas de Santiago no tenían esa espontaneidad, ese acento de convicción que van derechos al corazón y hacen surgir el manantial de indulgente ternura. Teresa movió tristemente la cabeza.

– El mal está hecho, dijo, y todas tus protestas no pueden repararlo. Tú mismo has muerto la confianza que tenía en ti, y aunque ahora jures, siempre pensaré: «Como me ha engañado una vez, me engañará otras.» Desde el momento en que he sorprendido tus mentiras, ya no puedo creer en tu sinceridad. ¡Ah!, exclamó retorciéndose las manos, esto es todavía más doloroso que tu infidelidad; porque es horrible, horrible verse una mujer honrada en la necesidad de dudar del hombre en quien tenía puesta su fe, y sentir que cada día, que cada hora se va extinguiendo el amor...

Santiago quiso cogerle las manos...

– Teresa, ¿es posible?, ¿no me amas ya?..

– ¡Ah!, replicó la triste con desesperación, no me preguntes lo que siento en mi corazón... Sólo puedo decirte que esta es una angustia horrible, horrible... No sé lo que sucederá, no sé si tendré bastante resignación para perdonarte... Pero siento que algo ha muerto en mi corazón, algo que no revivirá ¡jamás!, ¡jamás!, repitió, ahogándola los sollozos.

Santiago la oía con el enojo de quien se ha humillado á pedir perdón y se ve rechazado. Al pronunciar Teresa aquel *jamás* tan decisivo, no pudo contener un airado movimiento de impaciencia, y viendo las flores que aún tenía en el ojal, las arrancó, las estrujó y las tiró al suelo.

– No tengas cuidado, prosiguió Teresa, interpretando con error la significación del movimiento de su marido: nadie sabrá nada de todo esto... Tengo demasiada altivez para manifestar delante de nadie mi pena... No me perdonaría que tu madre, por una imprudencia mía, dudase un solo instante de que te amo como antes, y en su presencia tú y yo debemos conducirnos de modo que la pobre no pierda sus ilusiones... Basta con que en tu familia haya una sola desgraciada. Puedes estar seguro de que salvaré las apariencias. Buenas noches.

Había encendido una bujía, y se dirigía á abrir la puerta.

–¡Teresa!, exclamó Santiago, tendiendo la mano, no seas cruel, no me dejes así.

Una mujer más flexible ó más astuta habría comprendido en aquel momento que, mostrándose indulgente, podía reconquistar, si no todo el amor de su marido, á lo menos lo mejor del afecto conyugal; pero Teresa era digna hija de aquel país de rocas; tenía la tenacidad de aquella raza extremada en sus entusiasmos como en sus rencores. No supo aprovechar aquel minuto propicio para apoderarse otra vez por medio del perdón del corazón vacilante de su marido. Cegada por el dolor que le producía su herida, acabó de abrir la puerta, sin volver la cabeza erguida, y salió.

Santiago tuvo otro movimiento de ira. Paseó agitado por la habitación, luego se encogió de hombros y se desnudó.

– Después de todo, pensó, si he cometido una falta, también he pedido perdón... Si ella no me quiere oir ni me quiere perdonar... bueno..., ¿qué he de hacer más?..

Inconscientemente, en medio de su despecho, sentía cierta satisfacción. Su mujer, mostrándose implacable, atenuaba considerablemente sus escrúpulos. La situación era sin duda muy enojosa y difícil, pero muy clara, y le parecía que podía entregarse con menos remordimiento á la pasión desapoderada que le había inspirado Mania. Durmió mal y se levantó con una penosa opresión en el corazón. En cuanto se levantó, salió de casa y fué á buscar á su maestro Lechantre á bordo del yate.

El paisajista dormitaba todavía en su confortable camarote. Al ruido que hizo Santiago, se restregó los ojos y se incorporó.

–¡Hola! ¿Eres tú, bribón?.. ¿Vienes á saber si tu disfraz está ya en casa del alquilador?.. Tranquilízate, ya lo han llevado á su procedencia. Mientras tú te paseabas con tu duquesa ó tu baronesa, ó lo que sea, yo también me paseaba, aunque á pie, con mi donosa Peppina... Te digo que es una alhaja de monaguillo injerto en ramilletera... Tiene una franqueza, una sinceridad y un apetito... Da gusto verla comer *rabioles* y todo lo que le ofrecen... Su compañía me rejuvenece. Pero hablemos de ti: ¿como van tus asuntos?..

Santiago contó á Lechantre que Teresa le había seguido y visto montar en el coche de la baronesa.

–¡Demonio!, exclamó Lechantre; pues te has lucido, hijo... Y ahora caigo en que Teresa debe tener muy mala opinión de mí, y no voy á atreverme á volver á tu casa.

–¡Oh! Puede usted estar tranquilo. No demostrará que sospecha siquiera la complicidad de usted en este lance. Es demasiado altiva. Sus quejas las guarda para mí solo. Anoche hemos tenido una escena muy penosa, y estamos reñidos para siempre.

–¡Bah! Luego haréis las paces. Desde el momento en que has liquidado con tu baronesa, debes tener tranquila completamente la conciencia, y pronto obtendrás el perdón de tu mujer. Una mujer propia no está mucho tiempo celosa de un amor muerto y enterrado. ¿Has acabado ya con la señorona de los lazos rojos?

–¿Acabado?.., repitió Santiago. Ni por pienso.

–¡Qué dices!, exclamó el maestro en el colmo del asombro... ¿Pues no me dijiste que para desenredarte de ese lío tenías la cita con esa mujer?

–Perdóneme usted, maestro; no dije la verdad. No tenía otra manera para obtener el auxilio de usted, y por eso...

–¡Ah, tunante! ¿Así te has burlado de mí?.. ¿No has roto con tu baronesa?

–Todo lo contrario; estoy más enamorado y comprometido que nunca.

–¡Tú estás loco!, dijo Lechantre, vistiéndose. Estás casado con una mujer que no mereces, que la cito yo siempre como una excepción; una mujer joven, hermosa, inteligente, ilustrada, perfecta, en fin... ¡Y la engañas con una aventurera que, por muy guapa que sea, no le llega á la suela del zapato á tu mujer!.. ¡Hombre, es el colmo de la ceguedad y del idiotismo!

–Sea como usted quiera, estoy idiota y ciegamente enamorado, repuso Santiago, y ya sabe usted que la pasión no discurre... La baronesa Liebling, que no es una aventurera como usted cree, sino una mujer de la más culta sociedad, posee un encanto extraño, único..., es todo lo contrario de Teresa, y ejerce sobre mí una seducción casi sobrenatural... He luchado mucho contra ese hechizo, pero en vano, porque en cuanto la veo, en cuanto me mira ya no soy dueño de mi voluntad...

–De modo que esa mujer es tu querida...

–No.

–Tanto peor, replicó cínicamente Lechantre; si hubiera sido tu querida, pronto se acabaría el hechizo... Te repito que te has lucido. Teresa no es mujer que se avenga á un amor por partida doble; y respecto de mí, si imaginas que voy á ayudarte, te llevas chasco, hijo mío.

–No pido á usted semejante cosa; lo único que reclamo de su amistad es que sea usted neutral. Algo más quisiera pedir á usted, añadió después de un momento de vacilación, con lo que haría usted gran favor, lo mismo á Teresa que á mí.

–¿Qué cosa?

–Que venga usted más frecuentemente á casa, mientras mi madre y Cristina se hallen en Niza. En la situación en que nos hallamos Teresa y yo, si estamos solos frente á frente, me parece muy difícil que mi madre y mi hermana no se enteren de lo que sucede... La presencia de usted, querido maestro, su buen humor evitarán toda ocasión de que las dos sepan lo que conviene que ignoren.

–Tienes razón, respondió el maestro; es preciso que tu madre no conozca tus locuras, porque se moriría de pena. Tratándose de evitarle un grave disgusto, puedes contar conmigo... Pero todo esto nada resuelve; lo mejor sería que hicieras las paces con tu mujer y enviases á los demonios á esa baronesa... Cuando yo no vaya, ¿qué vas hacer?

–¿Qué se yo?.., exclamó Santiago con enojo.

Lo cierto era que estaba más inquieto y aturdido que aparentaba. Entre el remordimiento de su conducta conyugal y el deseo de volver á ver á Mania, encontrábase en una situación dolorosa, y sentía grave alteración en su sistema nervioso. Tenía fiebre, y experimentaba de nuevo en la región del corazón el mismo trastorno que tanto le había alarmado en París.

Lechantre había acabado de vestirse, y acompañó á Santiago á su casa.

Teresa, como había prometido, estaba serena para que nadie sospechara la verdad. Solamente la palidez mate de su rostro, y el color violáceo de sus ojos revelaron á Santiago y al maestro los sufrimientos de la pobre mujer. Recibió muy amable al amigo, y no le dijo una sola frase por donde pudiera él sospechar que no había olvidado sus mentiras del día anterior. Por el contrario, se felicitó de que hubiera venido el bueno de Lechantre. Lo mismo que su marido, contaba con el buen humor del paisajista para engañar á su suegra y á su cuñada. Lechantre, alentado por la aparente cordialidad de Teresa, se esforzó en hacer un derroche de ingenio durante el almuerzo, con grande satisfacción de la anciana. La ficticia animación del almuerzo calmó poco á poco las angustias de Santiago y le alivió momentáneamente del peso que le abrumaba. Cuando se levantó de la mesa cogió su caja de acuarela y propuso un paseo á Cimiés.

–Mientras el maestro, dijo, os enseña el anfiteatro romano y el convento, empezaré un estudio de las ruinas. Hace mucho tiempo que me he fijado en ese paisaje y quiero aprovechar el sol para pintarlo.

El día pasó sin novedad desagradable, y Santiago acompañó á su madre y á su hermana al Corso, donde vieron los fuegos artificiales y la quema del muñeco que representaba el Carnaval. El día siguiente, Lechantre, continuando la buena obra que había prometido hacer, ofreció á las tres mujeres llevarlas á Monte-Carlo y á Mentón. Santiago se excusó de tomar parte en la expedición. Su cuadro iba muy bien y quería continuarlo. Subió, en efecto, á Cimiés y trabajó hasta las cuatro; pero en el momento en que el sol comenzó á declinar, recogió su caballete y su caja, lo dejó todo al portero del convento, y tomando el primer coche que encontró se dirigió á casa de la baronesa.

El pequeño hotel ocupado por Mania está situado entre un patio y un jardín y precedido de una gradería flanqueada de rosales de enredadera. Una especie de atrio comunicaba con el salón, iluminado por una cubierta de cristales. Alrededor de este salón, cuya disposición recordaba los patios de Sevilla, había una galería con arcos, en la que se veían las puertas de las demás habitaciones bajas. En medio había una graciosa fuente con surtidor. Entre las esbeltas columnas de la galería veíanse mesitas con libros y *bibelots*, un piano de cola, divanes y sillones, jardineras y veladores con jarrones de flores.

Cuando el lacayo anunció á Santiago, Mania, que hablaba cerca del piano con Sonia Nakwaska y algunos jóvenes, se levantó, cambió un apretón de mano con el pintor y le presentó á sus amigos. Santiago había soñado las delicias de una entrevista con la baronesa, y sufrió un cruel desencanto hallando allí tanta gente que fumaba cigarrillos, tomaba te y comentaba la crónica escandalosa de Niza.

Mania, á la vez risueña é irónica, dirigía la conversación como experta mujer de mundo; excitaba el buen humor y la verbosidad de sus amigos, los hacía hablar á todos, y parecía muy divertida oyendo las maliciosas observaciones cuyo sentido no comprendía el artista. Este, contrariado en medio de aquella sociedad extraña, asombrado del desembarazo y sangre fría de la hechicera dueña de la casa, se preguntaba si había sido un sueño su paseo con ella en el coche, y si era aquélla la misma mujer con quien había pasado una hora encantado á la luz de la luna. Estaba ensimismado, hablaba poco; esperando que se fueran aquellos enojosos habladores, estábase clavado en su asiento. Al fin, como nadie parecía dispuesto á marcharse, levantóse súbitamente y se despidió. Mania le acompañó familiarmente hasta el vestíbulo.

–¿Qué tiene usted?, le preguntó con una de aquellas miradas de hechicera; parece que está usted enojado.

–Creí encontrar á usted sola y la encuentro rodeada de parlanchines.

–Amigo mío, no puedo echar á la calle á la gente que viene á honrar mi casa; otro día será usted más afortunado. Hasta pronto, ¿verdad?

Santiago volvió entristecido á su casa. Los expedicionarios no habían vuelto todavía, y cuando volvieron, el pintor revolvía distraídamente las brasas de la chimenea.

–¿Qué tal la acuarela?, le preguntó Lechantre. ¿Estás contento de tu trabajo?

–No mucho, respondió Santiago; encuentro dificultades de ejecución que no había previsto. Será preciso que mañana me dé usted algunos de sus siempre acertados consejos.

–Si la pintura le preocupa, pensó Teresa, será acaso porque piensa menos en esa mujer... ¿Habrá esperanza todavía?

Y se sintió menos inflexible y más inclinada á perdonar en caso de que el culpable estuviera verdaderamente arrepentido. Como para estimular esta indulgente disposición, Santiago la llevó el día siguiente á Cimiés con Lechantre y Cristina. La señora Moret, cansada de la expedición del día anterior, se quedó en casa. Almorzaron en una hostería, y Santiago trabajó tres horas en su acuarela, alentado por los consejos de su maestro. Pero cuando volvieron á casa, salió otra vez con el pretexto de acompañar á Lechantre, y no regresó hasta las siete.

Todas las tardes, al crepúsculo, salía febril dirigiéndose á la calle de la Paz. El tiempo estaba lluvioso, y con este motivo no podía ir á trabajar en su acuarela. Pasaba las primeras horas de la tarde en el salón, en compañía de su madre, que hacía *crochet;* de Cristina, que bostezaba leyendo sus devociones, y de Teresa, que al mismo tiempo que bordaba ó cosía, observaba la agitación mal disimulada de su marido. Lechantre hacía todo lo posible por amenizar las horas; pero no bien daban las cinco, Santiago manifestaba más viva inquietud. Vestíase de prisa, decía que tenía necesidad de salir á respirar un poco el aire libre, y una vez fuera de casa, corría á la de Mania, esperando siempre hallarla sola y encontrándola siempre con alguna visita importuna. Una vez era la condesa Acquasola, completamente tronada, que había ido á pedir dinero á su amiga; otra Flaminio Ossola que consultaba á la baronesa acerca de un artículo destinado á la *Gaceta de los extranjeros*, y que encantado de hallar allí al pintor, allí se estaba con la mayor calma. Santiago no podía alcanzar un cuarto de hora siquiera de soledad con la baronesa, y volvía á su casa despechado, nervioso é irritado.

–Mucho ha cambiado Santiago, observaba pérfidamente Cristina; antes tenía un carácter más agradable y más igual: ahora se irrita por todo, y siempre está de mal humor.

–En efecto, añadió la anciana, no parece sino que no le salen las cosas á medida de su deseo. Y sin embargo, nadie puede vivir mejor que él vive, ni tener una casa mejor arreglada, ni mujer más hacendosa... Teresa, ¿sabes tú qué es lo que le preocupa?

–Yo no, respondía con fingida sorpresa la esposa digna de mejor suerte...

¡Ah! Demasiado lo sabía, y después de haber creído que el traidor se curaría de su pasión, adivinaba toda la extensión y la violencia del mal. Aquellas salidas á hora fija, su mal humor cuando volvía á casa, no le dejaban ningún género de duda acerca del estado del corazón de su marido.

(Continuará)

PÁGINAS DE LA AUTOBIOGRAFÍA

DE SALVINI

(Conclusión)

El perseverante agente halló contestación para es to como para todo lo demás: hallábase dispuesto á convencerme en todos los puntos, y sabía allanar todas las dificultades; de modo que al fin obtuvo un consentimiento que, si bien casi involuntario por mi parte, legalizóse por un contrato en debida forma, obligándome 50 á estar en Nueva York el 15 de noviembre de 1880 y á *debutar* con el *Otelo* en Filadelfia el 29 del mismo mes.

No dejaba de ser grato para mí alejarme de sitios en que continuamente evocaba recuerdos del pasado: otro cielo, otras costumbres y otro lenguaje, graves responsabilidades y una nueva empresa tan difícil como dudosa, eran cosas más que suficientes para distraerme. Sin embargo, aquello era jugar mi reputación artística á una sola carta. Los amigos que yo tengo en los Estados Unidos, al oir hablar de la confusión de lenguas, escribiéronme cartas muy propias para desalentarme; y en Italia no se creyó la cosa, por ser demasiado excéntrica. Llegué á Nueva York algo febril, pero no desanimado.

En el día en que debíamos ensayar por primera vez, todos los teatros estaban ocupados, y tuve que sacar el mejor partido de una sala de conciertos bastante grande para ponerme de acuerdo con los actores que debían secundarme. Un italiano empleado en las oficinas de un diario me sirvió de intérprete en cooperación del agente de mi empresario de Boston. Los artistas americanos dieron principio al ensayo con un aplomo y seguridad dignos de ser envidiados por nuestros actores de Italia. Llegó mi vez, y las pocas palabras que Otelo pronuncia en la primera escena fueron emitidas suavemente sin la menor dificultad. Cuando llegó la escena del Consejo de los Diez no pude recordar de pronto la primera línea de un párrafo, lo cual me hizo vacilar; comencé otra, mas no era aquélla, y probé una tercera sin mejor resultado; pero el intérprete me dijo que me equivocaba. Dimos principio otra vez y vi que el inglés no me servía de nada para reconocer cuál de mis discursos correspondía al que se me dirigía, no comprendiendo yo nada de éste. Extraviado y aturdido dije al intérprete que rogara en mi nombre á los actores que no hicieran aprecio de mi momentánea confusión, pues dentro de cinco minutos estaría ya preparado. Retiréme á un rincón de la sala, y ocultando la cabeza entre las manos, me dije: «he venido para esto, y es preciso llevarlo á cabo.» Después recité mentalmente todos los párrafos de mi papel, y poco después anuncié que podíamos comenzar de nuevo.

Durante el resto del ensayo hubiérase podido creer que yo comprendía el inglés y los actores americanos mi propio idioma. Ya no se cometió ningún error por una parte ni otra; no hubo siquiera la menor vacilación, y cuando terminó la escena final entre Otelo y Yago, los actores aplaudieron con la mayor alegría.

A los pocos días fuimos á Filadelfia para dar las primeras representaciones. Los amigos que me habían escrito hicieron lo posible para desalentarme; y debo confesar que cuanto más se acercaba la hora del gran experimento, mayor era mi ansiedad, arrepintiéndome de haberme embarcado en tal empresa. Gracias á mi serenidad, sin embargo, no me abandoné á la desesperación. «Bien mirado, me dije, ¿qué puede sucederme? No me matarán, y todo se reduce á coger mi equipaje y volverme á Italia, convencido de que el vino y el aceite no se mezclan.»

La primera escena se escuchó con un silencio sepulcral; pero cuando terminó la narración de las vicisitudes de Otelo, el público aplaudió ruidosamente. Al concluir el primer acto, mis adversarios en el arte y aquellos que no creían que podían amalgamarse los dos idiomas fueron á la escena para felicitarme con entusiasmo.

Desde Filadelfia fuimos á trabajar á Nueva York, donde nuestros triunfos se confirmaron. Faltábame ahora obtener los sufragios de Boston, y los aseguré. Una vez en la Atenas americana, me convencí de que la ciudad posee el más refinado gusto artístico. El público de los teatros, grave y atento siempre, se fija en los detalles, y cualquiera podría creer que tan cuidadosos críticos no han hecho más que ocuparse del arte escénico durante toda su vida. Si se trata de la representación de una obra de Shakespeare, son muy sutiles, saben muy bien cómo interpretar lógicamente un principio tradicional; y sorprende que en un país donde la industria y el comercio parecen absorber toda la inteligencia del pueblo, haya en cada ciudad ó distrito personas muy competentes para discutir las artes con autoridad. La nación americana no cuenta más que un siglo de independencia, y sin embargo ha producido un notable número de hombres muy competentes en el arte dramático. Por otra parte, el buen gusto de ese público y su facultad para la crítica están en todo su vigor. La antigua Europa se halla más sometida á sus tradiciones, y su juicio no es siempre sincero ni desinteresado. Los americanos profesan un culto y una veneración á los que practican nuestro arte, bien sea de su nación ó extranjeros, y la conducta que observan en el teatro es digna. Recuerdo que una noche fuí á ver una representación en que debía presentarse un actor de fama. La obra no gustó, y á cada acto se veía menos gente en las localidades: solamente quedó ocupado mi palco. Aquella silenciosa demostración de hostilidad me impresionó más que si el público hubiese desaprobado tumultuosamente.



Tomás Salvini en el papel de Icilio de la tragedia «Virginia,» de Alfieri

De Boston pasé á Montreal, Toronto y Nueva York. Creo que todos mis colegas dramáticos convendrán conmigo en que la vida del actor en América es muy fatigosa. Los más célebres artistas deben trabajar todas las noches excepto el domingo, y en ciertos días de la semana se han de dar dos representaciones. Admitiendo que los nervios del actor sean lo bastante elásticos para sufrir esto, los órganos vocales no se pueden dominar, y á las pocas semanas las fuerzas del artista se agotan, de modo que las últimas representaciones parecen pálidas y sin vida. Yo me libré de esta imposición, pues nunca quise trabajar sino cuatro ó cuando más cinco veces á la semana. Después de recorrer dichos puntos continué mis peregrinaciones por Albania, Búffalo, Detroit, Chicago y otras ciudades del Oeste y Sud.

El último punto que visitamos fué la ciudad de Wáshington, capital de los Estados Unidos. Debo decir que el público que asiste allí á los teatros es, después del de Boston, el más inteligente de toda la América del Norte para apreciar las obras. Fuí muy obsequiado; se me invitó á visitar el Capitolio, y presentáronme al presidente, quien después de dirigirme las más corteses palabras, estrechóme la mano, siguiendo su ejemplo todos los representantes. Después me presentó cada cual un libro de memorias, solicitando mi firma autógrafa, y hube de escribir mi nombre doscientas setenta y ocho veces.

El celebrado actor Edwin Booth se hallaba por entonces en Baltimore, ciudad situada dos horas de la capital, y había oído hablar tanto de este eminente artista que fuí á dicho punto para verle. Sin que yo lo supiera habíase reservado para mí un palco, adornándole con los colores italianos, y aunque sentí mucho semejante ostentación, no pude menos de apreciar la cortesía del actor americano. Esto era predisponerme en su favor, mas confieso que no necesitaba hacer cosa alguna para granjearse mi simpatía y admiración. Aquella noche desempeñaba el papel de Hámlet, en el que había alcanzado gran fama. Edwin Booth es á todas luces un eminente artista, y tuve la fortuna de verle representar los papeles de Richelieu y de Yago, en todos los cuales estuvo admirable.

Fuí luego á Baltimore y por tercera vez á Nueva York, donde representé el *Oleto, Macbeth* y el *Gladiador*, dando las dos últimas representaciones en Filadelfia. Después de trabajar noventa y cinco veces, sentí agotadas mis fuerzas; mas estaba del todo satisfecho del resultado de mi aventurada empresa. Cuando me embarqué en el vapor que debía conducirme á Europa, escoltáronme todos los artistas de la compañía que habían cooperado en mi triunfo, varios amigos y corteses admiradores.

A fines de mayo de 1881 desembarqué en el Havre y fuí á París para descansar algún tiempo; estuve allí siete meses y luego marché á Florencia con la intención de retirarme y disfrutar de la calma que sólo se encuentra en el seno de la familia; pero hiciéronme proposiciones para ir á trabajar á Egipto durante el mes de diciembre de 1881 y el de enero de 1882. Organicé una compañía italiana y el 3 de diciembre *debuté* en Alejandría. No me limité á representar allí mis acostumbradas tragedias, sino que también puse en escena algunos dramas y comedias, como *El Lapidario, Fasma, La Calumnia* y otras. El público de Alejandría quedó altamente satisfecho y me prodigó toda clase de atenciones. Desde Alejandría pasé al Cairo, aprovechando esta oportunidad para visitar las Pirámides, esos tremendos monumentos de gloria, reliquias de una grandeza que apenas concibe ahora nuestra imaginación.

A fines de enero hallábame otra vez en Italia, cuando me invitaron á ir á Rusia. Muy pronto reuní nuevos actores y actrices, y en febrero de 1882 me presenté en la escena del teatro María en San Petersburgo. El público ruso, particularmente en las provincias, es amable y tolerante. Dí veinte representaciones en San Petersburgo y once en Moscou, y á fines de abril volvía á Florencia.

Habíame propuesto volver á los Estados Unidos para representar el *Rey Lear*, de Shakespeare, y como se conservaba allí buen recuerdo de mis trabajos anteriores, el público me recibió muy bien. Dí ciento nueve representaciones, poniendo en escena las diez y seis últimas *La muerte civil*, con el teatro siempre lleno. No quise renovar la contrata, porque se me hicieron proposiciones para ir á Roma y á Trieste, ciudades en las cuales se me favoreció tanto que el teatro era siempre pequeño para los que deseaban ir. La misma compañía fué conmigo poco después á Londres para trabajar en el teatro de Covent Garden; pero la época del año no era propicia; todo se resentía del frío y de la humedad, y el teatro no estaba bien dispuesto para la estación; de modo que nos parecía estar trabajando en una casa de hielo. Recuerdo que en la noche en que representé el *Gladiador* mis dientes castañeteaban de frío; y en cuanto al público, los caballeros tenían el cuello de sus gabanes levantado ó se tapaban con pieles, y las damas tenían la cabeza completamente cubierta con sus chales y abrigos. Hicimos mal negocio, y á las veintiuna representaciones marchamos á Edimburgo, visitando otras varias ciudades de Inglaterra.

En mayo de 1884 comenzamos una serie de representaciones en Nápoles, pasando luego á Mesina, Palermo y Catania. Así terminé el año, resuelto á dedicarme exclusivamente al estudio de *Coriolano*, pareciéndome que podía interpretar bien su carácter, semejante al mío en algunas cosas, por lo menos en su arrogancia é insolentes pretensiones y en su excesi-

va suspicacia. Por desgracia no pude someter el resultado de mi estudio al público italiano, porque era preciso hacer grandes gastos; y á decir verdad lo sentí mucho, pues mis compatriotas me habían dado su juicio sobre la obra que representé por primera vez en el teatro de la Opera, de Nueva York, donde no falta cosa alguna para representar en gran escala una tragedia.

Antes de hablar de mi cuarta visita á la América del Norte, haré mención de un extraño incidente que me ocurrió en la primavera de 1885. Cierta señora me propuso trabajar en la Pequeña Rusia con actores indígenas. No conociendo yo ni una palabra del idioma, manifesté á la futura empresaria esta dificultad; pero contestóme que el italiano era más ó menos familiar en aquellas regiones, particularmente en Kharkov, donde hay una universidad, añadiendo que buscaría dos apuntadores que conociesen las dos lenguas. Me dejé convencer á fuerza de argumentos, y fuí á Kharkov, donde la compañía estaba reunida ya. Los actores no comprendían más idioma que el suyo, y por más que hubiese allí dos apuntadores, siempre quedaba en pie la dificultad de que los rusos no conocían el italiano, ni nosotros la lengua de ellos. En los ensayos, los dos intérpretes hacían una señal convenida para llamar la atención del personaje que debía hablar, y así se arregló la cosa más ó menos bien. Los actores no tenían, al parecer, la costumbre de aprender sus papeles de memoria, pues ni aun en el último ensayo anduvieron muy seguros.

La representación pública comenzó, y el auditorio, acostumbrado ya al sistema de sus actores, no lo llevó á mal, pero causóle mucha sorpresa que mientras el murmullo del apuntador acompañaba de continuo las palabras de los rusos, cesaba en el momento de hablar yo. Observé también que allí se hace poco caso de la propiedad del traje; en cuanto al aparato escénico y á los accesorios eran de lo más pobre que darse pueda; pero el público todo lo hallaba admirable y demostraba el más exagerado entusiasmo.

En 1884 hallándome en Florencia propusiéronme ir á California con mi compañía, y en mal hora acepté. Después de dar dos ó tres representaciones en San Francisco, tuve la desgracia de perder completamente la voz por efecto de las humedades y el frío, precisamente cuando todo prometía magníficas utilidades. La circunstancia de haberse cerrado el teatro por esta causa y la incertidumbre sobre si yo volvería á trabajar ó no nos hicieron perder lastimosamente el tiempo. Para colmo de desgracias, recibí de Florencia un telegrama anunciándome la muerte de mi hermano Alejandro. Desde California corrimos á Nueva York, donde se me había hecho una proposición para trabajar tres semanas con el famoso artista Edwin Booth, dando tres representaciones del *Otelo* y encargándose Booth del papel de Yago. Las ciudades elegidas fueron Nueva York, Filadelfia y Boston; y como los administradores debían alquilar el teatro por semanas, quisieron que diésemos el *Hámlet* como cuarta representación, encargándose Booth del papel principal. Acepté con el mayor gusto, lisonjeado por asociarme con tan distinguido artista, y no encuentro palabras para caracterizar aquellas doce representaciones. No me bastaría decir que fueron «extraordinarias» ni «magníficas» y las llamaré «únicas;» pues no creo que semejante combinación haya despertado jamás tanto interés en la América del Norte. Para dar una idea, bástame decir que esas representaciones produjeron 43.500 $, ó sea 3.625 $ cada noche por término medio. En 1889 acepté la quinta contrata para la América del Norte, adonde llegué en el mes de octubre. El *Otelo*, *Sansón*, el *Gladiador* y *La muerte civil* fueron las principales piezas que se pusieron en escena; y confieso que al cabo de ciento tres representaciones se agotaron casi por completo mis fuerzas.

No me sentía con ánimos para volver á América por sexta vez, y en su consecuencia resolví despedirme por medio de la prensa del pueblo americano. Al salir de aquella tierra hospitalaria, con los ojos fijos en la gran estatua de la Libertad, que se perdía de vista gradualmente, experimenté cierta opresión; y si mis ojos estaban secos, mi corazón lloraba.

Aquí pongo término á mi autobiografía, y para concluir me limitaré á consignar que durante mi carrera, cuanto más difícil me pareció un trabajo, mayor fué mi empeño para vencerle. No pocos de los papeles representados por mí han sido objeto de amargas críticas, y á pesar de ello, el público me aplaudió juzgando que mi interpretación era exacta. Algunos artistas, por otra parte, debieron su buen éxito á varios de mis consejos, basados en la experiencia; yo también los debía á mis maestros. ¿Habré interpretado siempre con verdad las obras representadas durante mi carrera? Yo creo que no; pero al menos he procurado hacer cuanto mis facultades permitían para penetrar en el ideal de los autores, aunque no haya conseguido siempre elevarme á la altura de mi propia concepción. Jamás tuve un crítico más severo que yo mismo en lo referente al arte; y al mirar hacia atrás, mi inclinación á la censura es más poderosa que mi satisfacción.

LIBROS

enviados á esta Redacción

La Administración local, *por D. Bartolomé de Vera y Casado.* – En honor del Excmo. Sr. D. Francisco de Borja Queipo de Llano y Gayoso, conde de Toreno, fundó por suscripción pública el Círculo liberal de Madrid el premio llamado del Conde de Toreno, bajo el patronato de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. El primero, que en público concurso se otorgó en 1891, fué adjudicado á D. Bartolomé de Vera, y esta sola circunstancia es el mejor elogio de la monografía que nos ocupa. No podemos extendernos sobre el contenido de la misma y hemos de limitarnos á enunciar los extremos de que en ella se tratan: en la primera parte se reseñan con perfecto conocimiento los vicios de origen que tienen las leyes orgánicas del Municipio y sus consecuencias y los vicios de procedimientos y abusos que nacen de ellos, y en la segunda se estudian con elevado criterio los medios para remediarlos, sentando una serie de proyectos y de bases para reformar las leyes orgánico-municipales, dignos de ser meditados y muy tenidos en cuenta por los que están encargados de la gobernación del país. El trabajo del Sr. Vera es, en suma, notabilísimo por todos conceptos. Ha sido impreso en Madrid en la imprenta y litografía de los Huérfanos, calle de Juan Bravo, núm. 5.

***

El mundo jurídico. – Con este título ha empezado á publicarse en esta ciudad una notable revista teórico-prática que comprenderá ocho secciones: legislativa, de jurisprudencia, doctrinal, de consultas, judicial, forense, bibliográfica y biográfica y varia. Los trabajos contenidos en los dos primeros números hasta ahora publicados son dignos, por su bondad y variedad, de que el mejor éxito corone los esfuerzos de los fundadores de la revista. Esta se publicará quincenalmente en cuadernos de 16 páginas. Los precios de suscripción son: en Barcelona, provincias é islas adyacentes 12 pesetas al año, en los países extranjeros de la unión postal 15 y en los demás 20. La Redacción y Administración de la *Revista jurídica* están establecidas en la calle de Aviñó, número 7, 1.º, debiendo dirigirse la correspondencia á D. Ivo Abadía.



Santa Inés, grabado de León Fleuret

***

Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, *por Federico Engels.* – Engels, heredero de Carlos Marx, jefe de los socialistas internacionales, á la vez que gran agitador y organizador del socialismo, es uno de los primeros talentos de Alemania. La obra suya, cuya traducción española ha publicado la casa editorial de *La España Moderna*, ha sido traducida al inglés, francés, italiano, rumano y dinamarqués y merece el éxito que obtiene. Engels dice que esta obra no es más que la ejecución del testamento de Carlos Marx.

Véndese al precio de 6 pesetas.

***

El Heraldo de Santander ha publicado un hermoso folleto en el que se hace una descripción de la catástrofe ocurida en aquella ciudad por la explosión del *Cabo Machichaco:* consta de 20 páginas con una portada á cinco colores y multitud de grabados que reproducen retratos y escenas relacionadas con aquel terrible suceso que tantos estragos y víctimas ocasionó. Se vende al precio de 75 céntimos de peseta.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 19 de marzo de 1894 — Núm. 638



LA VIRGEN EN ORACIÓN, cuadro de Sassoferrato, existente en la Galería Nacional de Londres

ADVERTENCIA

Con el número último quedó repartido el tomo correspondiente de Tradiciones Peruanas.

Estamos terminando y en breve repartiremos el tercero y último tomo de Nerón, que causas ajenas á nuestra voluntad nos impidieron dar á nuestros suscriptores en la serie del año próximo pasado.

Tenemos en preparación y oportunamente repartiremos á nuestros suscriptores el tomo Ecos de las Montañas, de D. José Zorrilla, con hermosas láminas de Gustavo Doré, reproducidas de las mismas que acompañan la edición de lujo de dicha obra.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Fiesta en el viejo y fiesta en el nuevo mundo. – Sendos centenarios. – El centenario celebrado en Oporto y el centenario celebrado en Puerto Rico. – El infante D. Enrique de Avir. – Los descubrimientos y las letras lusitanas. – El poema de Camoens. – Centenario del segundo viaje de Cristóbal Colón. – Hallazgo de Puerto Rico. – Denominaciones dadas por Colón á las islas que iba encontrando. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Esta quincena es la quincena de los centenarios. Aunque hace algún tiempo se conmemoró el descubrimiento de Puerto Rico, según correspondía con sus fechas, las noticias y los comentarios de la festividad no han llegado hasta las semanas últimas por la distancia y además por la ocasión que á renovarlos trajera un homenaje como el prestado á su príncipe D. Enrique por los portugueses en Oporto. Pocos hombres reconoce la historia tan merecedores de su fama como este guerrero y descubridor audaz, el cual surge allá en el siglo donde se juntan los arreboles del crepúsculo vespertino de la Edad media con las alboradas del crepúsculo matutino del Renacimiento. Así, en su expedición al Africa parece un soldado de las cruzadas, en su observatorio del Cabo Segres un astrónomo que alternativamente indaga con ojos avizores el secreto de los cielos y el secreto de los mares. Como un héroe del Romancero se presenta en los muros de Ceuta, como un mártir en la rota de Tánger, como un mercader en las factorías que parecen surgir al conjuro de sus pilotos en las aguas oceánicas, desfloradas por sus veloces barcos expedidos como aves misteriosas á horizontes, bien olvidados, bien desconocidos. Esta multiplicidad enorme de facultades caracteriza los hijos del siglo XV, que nos ofrece desde las aptitudes inenarrables de un Colón hasta las aptitudes inenarrables de un Vinci. ¿Quién creería que hombre tan dado como D. Enrique de Avir á contar estrellas, había de holgarse también contando florines, y que en una sola persona debían hallarse tres vocaciones tan dispares como la vocación de soldado, la vocación de sabio, la vocación de negociante? Así es admirable su obra, pues coincide con los mismos días aquellos en que la rendición de Constantinopla dilata el tiempo en lo pasado, y esta acción de D. Enrique dilata el espacio, produciendo pueblos nuevos en el seno de la tierra, y en el cielo astros que parecían traer y renovar el primer instante de la creación. No puede, no, negarse que á los impulsos de D. Enrique se deben los increíbles inventos lusitanos y que á los inventos se debe también el poema de Camoens. Por eso nada debe regocijarnos más que esta evocación histórica, tan honrosa, no solamente para el territorio donde naciera el impulsor y el poeta de los descubrimientos, para toda la península, por no decir para todo el planeta. En este centenario se patentiza un hecho, siempre reconocido y apuntado por mí, la correlación entre la historia y la poesía, entre la vida y el arte. Detengámonos ante la epopeya de Camoens.

II

Precédenos y acompáñanos Portugal en la obra de agrandar los Océanos y centuplicar las tierras. Mientras España exploraba los mares tenebrosos por sitios donde halló la surrección del nuevo mundo americano, explorábalo Portugal por sitios donde halló la resurrección del viejo mundo asiático. Y en la fecundidad que tenía entonces el reino lusitano, á un mismo tiempo engendraba los pilotos descubridores y el poeta cantor de los descubrimientos. Cuando éste pide á las musas del Tajo, tan melodiosas como las musas del Mondego, que canten en el manantial de las lágrimas los tristes amores de doña Inés de Castro, dejen de susurrar desde Toledo á Lisboa los antiguos idilios pastoriles y los populares romances caballerescos y tomen aliento para la intentada epopeya oceánica, en verdad recoge la inspiración más vívida y real de aquellos tiempos con la materia épica más cierta, encerrando una y otra en octavas inmortales, animadas todas por estro incomparable y esclarecidas en luminoso ideal. Era un poema vivo aquella resurrección de las Indias, reconquistadas para Europa entera por Alejandros Magnos de Occidente. Camoens decía en los primeros cánticos de su poema por excelencia que Vasco eclipsaría de seguro á Eneas, y seguramente lo eclipsó para siempre. Nada tan maravilloso cual ver en los días mismos de levantarse resucitadas las estatuas clásicas y de florecer las guirnaldas helenas en los ornamentos de las logias rafaelinas, cuando el hexámetro de Virgilio resucitaba en los poemas de Zannazaro y los períodos de Cicerón en los labios de Bembo, por la Roma de León X entrando ceñidos á cadenas de oro portuguesas los elefantes y los leopardos, que llenaran en lejanos días el circo de los césares y mostraran la universal sumisión del mundo antiguo á la Ciudad Eterna. Las perlas de Manaar, los rubíes de Segú, el clavo de las Molucas, el oro de Sumatra, la canela de Simaliala, el alcanfor de Ormutz, el añil de Cambay, bastaban para enloquecer al mundo cristiano y darle vértigos de verdadera embriaguez, al mismo tiempo que levantaban la poesía, necesitada siempre de superar y vencer la realidad, á una exultación y á una exuberancia extraordinarias. Camoens tiene la estatura colosal indispensable para soportar como un titán fabuloso aquel poema ciclópeo que cantaba la renovación del planeta, y para medirse con Vasco de Gama, tan titánico, quien á pesar de moderno y cercanísimo á la edad nuestra, parece mitológico dios, más que los héroes de Homero, por su maravillosísimo viaje á las Indias. Pero los caracteres del Renacimiento pesaban como una cadena sobre Camoens. Verdadero hijo de su edad, veíalo todo, cual se veía entonces el universo, por las múltiples tradiciones del genio clásico y por la irremisible superstición del espíritu antiguo. Así, emplea como la máquina sobrenatural de su poema el Olimpo. Y el Olimpo servía para lo que supieron aprovecharlo las artes plásticas; para restaurar y rehacer la forma externa; pero muerto en la conciencia humana su ideal, disuelto el espíritu suyo en los dogmas cristianos, por la Iglesia católica sustituído en la dirección de nuestra cultura, no podía inspirar un poema, el cual sólo merece la calificación de arqueológico y erudito cuando intervienen las antiguas divinidades en él, mientras merece la calificación de popular y épico, sin duda, cuando canta la historia y la nación lusitanas, así en los tiempos antiguos como en el Renacimiento. Más poética me parece la misa rezada en el monasterio de los franciscanos sobre las breñas del promontorio de la Rábida; el Avemaría oída en el paso por las desembocaduras del Guadalquivir y por las costas del Gades la tarde misma de haber Colón desde la boca del Odiel zarpado hacia el mar tenebroso; las letanías dirigidas á la Virgen Madre sobre la carabela cuando brillaban tras el ocaso los primeros vespertinos astros ó rielaba en la superficie oceánica, rizada por los vientos alisios, la luna llena; los ecos de la Salve y del *Ave maris stella*, como por un órgano inmenso acompañado de los rumores del oleaje y del velamen; los dos *Tedéums* entonados al descubrir tierra y al bajar á ella; la sencillez con que da el descubridor gracias á Dios en su *Diario* por la felicidad completa del viaje, que las apariciones de Mercurio á Gama en sueños para precaverlo contra los peligros circunstantes en Mombaza, que la bajada fabulosísima de Baco al mar Melinde, que las apariciones de Venus por las isletas indias, que los agasajos de Tetis, que la presencia de dioses muertos hacía mil años en la humana conciencia é incapaces de trastrocar en cumbres de poesía las heladas cenizas de los extintos dogmas. En cambio es Camoens épico de primer orden, épico al nivel de los mayores poetas, digno de colocarse junto á Homero, superior en muchas ocasiones á Virgilio, más natural que Tasso y Milton, cuando, á la manera que su predecesor Dante Alighieri evoca el mundo sobrenatural de la Edad media en tercetos sublimes, evoca él en octavas reales incomparables el mundo natural, rejuvenecido por la pascua del Renacimiento, y nos ofrece con toda la historia lusitana, encerrada en himnos de un vuelo increíble, las descripciones de los pueblos descubiertos por los nautas compatriotas suyos, y con ellos la poesía del mar, ya en el aparejo y apercibimiento de las expediciones temerarias, acompañadas por los plañidos y lloros de cuantos por la playa se quedan maldiciendo las humanas ambiciones; ya en la exquisita limpia de limazones y ostros adheridos al casco de las naves durante las estadas por los deseados puertos de arribo; ya en las aguas encendidas á los latigazos de la centella eléctrica; ya en la tromba que, á guisa de sanguijuela chupando la sangre, levanta en ciclónicas espirales de horror las aguas tormentosas y luego las diluye por doquier en diluvios horribles; por fin, en todos los espectáculos del Océano, surcado por temerarias navegaciones, donde la voluntad y las fuerzas del hombre superan y dominan todas las resistencias y todas las fatalidades juntas del poderoso universo. Sí, Camoens, entre todos los poetas del Renacimiento, perdura y prevalece como épico, llegando á gloria no gustada por el delirante poema de Ariosto, y por el artificiosísimo poema de Tasso, y por el británico poema de Milton, y por el irónico poema de Pulci; porque Camoens canta la naturaleza, rejuvenecida por los descubridores portugueses de su creadora edad.

III

Pero si Portugal descubre las olvidadas tierras de Oriente, descubre nuestra España las desconocidas tierras de Occidente. Han hecho muy bien los conciudadanos nuestros de Puerto Rico en conmemorar, como se merece, recuerdo tan sacrosanto cual aquel segundo viaje de Colón por las Antillas, en que descubrió el nauta sublime nuestra hermosa isla, ornato de la patria y timbre de su historia. Consagremos á este renglón de nuestros anales patrios un minuto de atención. El viaje desde la Deseada y la Dominica por el archipiélago de las Antillas, pequeñas y grandes, que forma como un círculo inmenso hasta la desembocadura del Orinoco; este viaje de tantos encuentros y sorpresas debía parecer á Colón un continuo hechizo por las islas que le salían al paso, cual si fueran recién creadas adrede para él en aquellos extraordinarios instantes, y por las estelas de vida y de animación que se tendían como cintas de luz inefable por todas partes á sus maravillados ojos. Parecían las islas ir en tropel, cual coros de blancas vírgenes, coronadas con guirnaldas nupciales, á que las bendijese y las bautizara el profeta. Devoto, devotísimo éste, lector asiduo de libros eclesiásticos, franciscano de la orden Tercera, ponía sobre todas las devociones de su espíritu místico la devoción á María, saludada en las navegaciones por todos los nautas cristianos con la poética invocación de Santa Estrella de los mares. El santuario, lleno de gratos exvotos y erigido sobre la cumbre de los más altos montes, objeto último que se columbra en las despedidas y primero en los arribos, con sus vírgenes envueltas en mantos azules por argénteas estrellas realzados y puestas sobre la media luna unida con la serpiente, recuerdan símbolos de religión y de arte, como el amor y la ternura femeniles pueden contrastar los huracanes y las tormentas en el Océano encrespado más que la fuerza y la violencia. Colón hacía cantar la Salve todas las mañanas, el Avemaría todas las tardes á sus tripulaciones, añadiendo los rayos de su fe á los matutinos albores y á los vespertinos arreboles de los dos crepúsculos y llenando de melodiosas letanías el aire, al par que se llenaba de luz por las mañanas y de astros por las noches el inmenso espacio. Por tal razón el nombre de María no se le iba nunca ni de la memoria ni de los labios. Guadalupe á una isla el piadoso cristiano la llamaba, en recuerdo de monasterio secular consagrado por efigie venida de Oriente y adorada tras victorias como la victoria del Salado; Monserrate á otra isla en homenaje á la montaña barcelonesa, coronada de cresterías naturales que parecen obra de artífice y henchida de plegarias y oraciones, cuyos ecos resuenan entre los cuarzos de aquel titánico intercolumnio como un poético romancero de la Virgen Madre; Santa María la Redonda en sus admiraciones y deliquios y acción de gracias á otro islote que le fingía una catedral en los ojos enardecidos de mirar increíbles apariciones; Santa María la Antigua, por fin, á otra isla en remembranza de la iglesia más veneranda que por sus tradiciones y por sus años Valladolid tiene, y quizá como presentimiento misterioso de que debía expirar en la jurisdicción de aquella parroquia y recibir sobre sus melladas losas, en

humilde ataúd estrecho, ¡él! que agrandara la tierra, los rezos y cánticos dedicados por el ritual católico á los muertos. Encontró allí tal número de islas, que aventajando y excediendo á los nombres posibles dentro de nuestra ya entonces copiosísima lengua, denominó, en cierto grupo, á la mayor Santa Ursula, y las Once mil Vírgenes á las numerosísimas en formas varias y con diferentes aspectos invenidas. No lejos brotó, al paso de Colón, otra isla denominada Santa Cruz, en su registro de nombres nuevos y notabilísima por la furia que mostraron los habitantes al encuentro de los españoles y el empuje terrible con que los acometieron y asaltaron. En efecto, llegadas las naves á cualquier punto, solían encontrar la soledad tras los abordos, á causa del terror de los pobladores, al interior huídos como ligeros y asustados ciervos. Pero aquí, en Santa Cruz, unos caribes hicieron frente á los nuestros, pudiendo más la curiosidad salvaje que la timidez natural. Necesitaríamos fingirnos en aquel sitio y en aquella ocasión para comprender las emociones recíprocas de los descubridores y de los descubiertos. Las enormes naos de un lado, y de otro las breves canoas; la vida salvaje y primitiva de los unos, junto á la civilización y cultura de los otros; las vestimentas de selecto gusto y arte finísimo en los recién llegados y los ligamentos y armas de los recién invenidos discordaban en contrastes tan bruscos y horrorosos que parecían seres pertenecientes, no á sociedades y regiones diversas del mismo planeta, sino á otros planetas gobernados por leyes opuestas y aun contradictorias con las físicas leyes universales. Así los indios miraban, como alucinados por las visiones de un sueño, aquellas viviendas flotantes llenas de hombres vestidos con trajes multicolores y encerrados muchos de ellos en relucientes armaduras parecidas á caparazones de animales fantásticos. Diríase que, absortos y embebidos en la contemplación, estaban como petrificados, anteponiéndose á todo en ellos una extrañeza capaz de rendirlos y someterlos al influjo de lo que debían creer en su candidez un milagro y de los que debían imaginar en su asombro dioses. Pero no; pasada la primera conmoción en sus duros pechos y el primer confuso concepto de lo visto en sus angostas cabezas, la crueldad nativa suya se sobrepuso á todos los afectos, y partieron en guerra y en combate con tal temeridad y dispararon sus flechas con tal acierto, que por todas partes la muerte silbaba en los oídos de nuestras gentes, quienes lo pasaran muy mal si pusiesen de lado sus adargas y tablachinas para preservarse y guarecerse del ataque tan rudo, en cuyas incidencias, herido de dardo un soldado español, á los pocos días perdió la vida. Cogiéronles apresados en la flota y daban horror con sus caras, negras y rojas á un mismo tiempo, así como con sus alaridos y con sus forcejeos de fieras enjauladas y presas. Los indios mansos invenidos por Colón contaban y no acababan del natural cruelísimo de tales gentes, y decían hallarse riberas, bohíos, pueblos, personas en terror perdurable al azote de sus desoladoras irrupciones. En estos encuentros y coloquios dió el descubridor con la isla que llamamos hoy Puerto Rico. *Boriquen* la llamaban los naturales y pertenecía de suyo al grupo de las edénicas y mansas, puestas por los vecinos antropófagos á la continua en apuros y aprietos espantosos. A pesar de tan blanda y dulce complexión huyeron los naturales al abordo de los nuestros, por quienes debían sentir la estimación que por los amigos y por los salvadores, cual pudieran huir de las irrupciones homicidas, y embreñándose por aquellos declives cubiertos de selvas, hurtaron el cuerpo á todo encuentro. Fiel Colón al conjunto de prácticas religiosas y de nombres cristianos que inspira la devoción á todo verdadero creyente, apellidó la isla feliz con palabra de una significación y sentido tan claros en punto á promesas y esperanzas, como la palabra San Juan Bautista, el precursor de nuestra redención. Mares fecundos en pesca, florestas parecidas á los jardines de Murcia y Valencia, poblejos de doce bohíos, vías abiertas entre verjeles como las alamedas de nuestras más cultas ciudades, una logia ó palacio apercibido para la contemplación del mar y del cielo por gentes principales, mil agradables encuentros endulzaron la repugnancia engendrada por los feroces antropófagos de las otras islas pertenecientes á los caribes y casi convidaron á una detención llena de recreo y esparcimientos, muy gustosa y cumplidera. Pues bien: los naturales de Puerto Rico han hecho perfectamente mostrándose agradecidos al sublime descubridor de su isla y celebrando en los meses últimos del año pasado su descubrimiento. Salir de un estado casi prehistórico, como el que padecían entonces aquellas regiones, para entrar en la religión cristiana y en la cultura moderna, constituye una transformación tal, que nunca se le agradecerá bastante á quien la procuró con las inspiraciones de su genio. ¡Loor á Portugal y á Puerto Rico!



Regina Cœli, escultura de Adolfo Itasse

LOS GRANDES ARTISTAS

MÍSTICOS ESPAÑOLES

Juanes, el *Divino* Morales, Alonso Cano, Zurbarán, Montañés, Carmona, Salcillo, pintores y escultores españoles, genuinamente españoles, que ni como el *Greco*, ni como el *Spagnoletto*, ni como Berruguete, ni como los Roelas, ni como tantos otros artistas andaluces, castellanos y extremeños franquearon las fronteras de Italia, *sancta sanctorum* del arte siempre, entonces más que siempre, aparecen hoy como mantenedores de la pureza del arte místico-cristiano, al modo realista y dramático que, á excepción de San Juan de la Cruz, lo sintieron desde Chaide hasta Santa Teresa, desde Ribera hasta Cano, desde Quevedo hasta Calderón de la Barca.

Yo quiero saber ahora la razón de ese misticismo de trágico carácter, de ese misticismo inspirado por la idea cruel del eterno dolor, de la eterna resignación; de ese misticismo que ni el consuelo de las lágrimas del arrepentimiento tiene, ni las de la esperanza derrama; de ese misticismo sombrío, falto de las visiones luminosas del Santo de Asís, de las inefables del Paduano, de las embriagadoras del Angélico, porque ahora, obedeciendo á un estado de ánimo que me avasalla, predisponiéndome á la contemplación de las obras de esos pintores y escultores, quienes no vivieron más vida artística que la que en los siglos XVI y XVII se vivía en España, me parecen aquéllas única expresión exacta, verdadera, real, del sentimiento místico cristiano español.

Podrá ser que, á una, hayan guiado el pincel y el cincel de esos artistas mencionados el sentimiento religioso y los latidos de sus almas doloridas, de sus corazones desgarrados por sinsabores terribles.

Podrá ser que la brillante y febril coloración de los labios de sus ascetas y las palideces de las mejillas demacradas de sus frailes penitentes y el hosco mirar de sus eremitas sean reflejos de movimientos psíquicos extraños á la idea religiosa. Podrá ser, por el contrario, que acosados por visiones semejantes á las de la Egipciaca, por desfallecimientos como los de Cristo en el huerto, por desengaños como los de Ignacio de Loyola, por sueños como los de Ezequiel, tratasen de darles expansión por medio del arte. ¡Quién sabe! De lo que sí no es posible dudar del inmenso sabor religioso de que los geniales artistas impregnaron sus obras. Verdad que contemplando aquellos monjes, ascetas y santos parece como si en derredor nuestro flotasen los acentos de las terribles estrofas del *Dies iræ* ó los angustiados de los salmos penitenciales.

* * *



JESUS Y LA VIUDA DE NAIM, cuadro de Luis Feldmann



PIETÁ, grupo en mármol de Juan Dupré



La Vía Dolorosa. Tercera estación (de fotografía)

Ahí está en el tesoro de la catedral de Toledo la efigie de San Francisco de Asís, obra maravillosa de Alonso Cano, y ahí está también, en nuestro museo del Prado, ese lienzo, compañero de la citada efigie en cuanto es maravilla, que representa á Cristo muerto sostenido por el ángel de la piedad, obra también de Cano. Ambas producciones del Miguel Angel español rebosan trágica amargura. Especialmente la segunda obedece á una idea de desolación, á un sentimiento de desfallecimiento no finito. Cristo, solo, al pie de la Cruz, rodeado de tinieblas como seguramente rodeaban el alma del artista cuando éste pintaba la figura del Nazareno, es la cristalización de un estado psicológico sin igual. Esculpiendo la efigie del apóstol de la pobreza, Cano aún espera; pintando á Cristo muerto, solo, sostenido únicamente por la piedad, Cano ya no espera más que morir. La fe cristiana le presta la resignación, pero la resignación no logra amenguar la amargura mortal del artista. Cristo muerto y solo, es él, Alonso Cano, muerto para su hogar, muerto para el arte, muerto para el mundo, perseguido como asesino dos veces, y á pesar de haber logrado al fin que la justicia humana se la hiciese, muere solo en la tarima de una celda, vestido el sayal, que lo vistiera creyendo por un momento en la eficacia de su abrigo.

Y si Cano pinta las figuras de sus Cristos y santos sobre fondos sin luz, Morales el *Divino* pinta también la trágica escena del Calvario, muerto ya Cristo. ¡Oh! ¡La idea de la muerte siempre! Y pinta al Hijo de Dios en brazos de la Madre, desvanecida de dolor, y las tinieblas por fondo. Y pinta á Cristo, entreabiertos los labios secos, dilatadas las pupilas, contraídas las cejas por la angustia, descompuesto el rostro, cargada á cuestas la Cruz, sin que se advierta en aquel rostro de expresión sublime otro sentimiento que el del deseo supremo de morir. Y pinta la *Vía de los dolores,* y en aquellas figuras severas de aspecto, en aquellas caras donde el estoicismo pagano tiene un reflejo en el estoicismo del misticismo cristiano, no se adivina más que un deseo, ¡siempre el mismo!, el deseo de morir, de abandonar este planeta, este planeta todo sombra, todo tribulaciones, todo asechanzas contra la salvación eterna.

Recojamos nuestro espíritu para contemplar estas obras de ambos maestros. Hagamos un análisis psicológico de aquellos rostros de Cristo, de su Santísima Madre, de los santos y mártires, de los piadosos personajes trazados por Cano y Morales. Seguidamente volvamos los ojos á los dos artistas para contemplarlos: al primero, huyendo de la justicia humana que le perseguía deseosa de vengar la muerte de otro artista que pretendiera, en los comienzos de la vida del perseguido, arrebatarle la estimación que sus obras le granjearon. Después, refugiado en un convento de Valencia, porque de nuevo la justicia, «escudero mal pagado del crimen,» le achacaba la estrangulación de su propia esposa. Veamos al autor insigne de tantas maravillas escultóricas y pictóricas cómo va muriendo lentamente al embate fiero de sus amarguras, entre las paredes de su refugio de *Porta-Cœli,* sin dejar por eso de pintar ni de esculpir. Veámosle, por último, preso, sumido en una mazmorra de la cárcel de la inquisición, y salir de allí encorvado, bajo el peso de tantos dolores, tomar el hábito monástico para morir al cabo de un año en brazos del olvido. Al segundo, al *Divino* Morales, si la justicia no le persiguió, en cambio la suerte hubo de lanzarle desde la opulencia que consigo lleva el ser favorito de un rey, hasta el fondo de la sima de la más grande de las miserias, puesto que fué doblemente miserable. De opulento pasó en un día á mendigo; de *divino* como artista á olvidado y despreciado: olvido y desprecio que no fueron obstáculo para que la temblorosa mano de aquel decrépito joven trazase ese grupo sublime que conocemos por *La Piedad* y ese Cristo con la Cruz á cuestas, cuyo rostro no es posible mirar sin sentir los ojos anegados en lágrimas de amargura infinita.

Y ya conocida la vida de ambos grandes pintores, ya estudiado el ambiente social de los días en que vivieron, levantemos de nuevo la vista á sus obras citadas y analicémoslas otra vez. ¿Dónde la esperanza consoladora? ¿Dónde la tranquila expresión del que mira al mundo como piedra de toque de su fe? ¿Dónde el deseo de vivir para ensalzar á Dios en su obra del Universo? Fijaos bien en la expresión de esos rostros, en el conjunto de esos grupos, en el ambiente en que parecen vivir esas figuras místicas: ¿no os parece que han escuchado la tonante voz de Isaías prediciendo la destrucción del pueblo elegido, ó la de Jesús cuando en el camino del monte de las Calaveras vuelve el rostro ensangrentado hacia las mujeres para exclamar: «Días llegarán en que digáis felices los vientres que no concibieron y los pechos que no amamantaron?» ¿No os parece que el sentimiento generador de esas obras de arte sublimes es aquel que recuerda el mandato de «deja el arado y sígueme, deja á tu padre y á tu madre y ven conmigo,» repetido por los padres de la Iglesia, desde San Agustín hasta San Bernardo?

¡Oh! Si ese no es el verdadero misticismo de nuestros artistas del siglo de oro, yo no sé cuál es. Y para expresar ese sentimiento que no llega á comprender la razón humana, para expresar tan dramáticamente ese despego de la vida, para expresar con tanto realismo ese grado de neurastenia en unos, de neurostenia en otros, y hacérnosle, si no comprender, sentir, era preciso que á la fe en una vida mejor se uniesen las horribles realidades que amargaron la existencia de esos grandes artistas, como la de varios otros, sus coetáneos; era preciso que á la fe en las promesas de Jesucristo se hubiese agregado lo tangible de las falsedades del mundo; era preciso que mirasen la muerte como final de un padecer sin alivio.

* * *

Y además de ese sentimiento personal, producido por los sinsabores de la vida y que en tanto grado ayudaron al valor dramático del misticismo de las obras de los Cano, Morales, Zurbarán, Carmona, etc., otro poderosísimo latía en el fondo de las almas creyentes de esos talentos y genios; sentimiento desprendido de las doctrinas teológicas, sentimiento llevado por San Francisco, por Jacopone de Todi, por Celestino V, por San Juan de la Cruz, por el mismo Cisneros á la práctica, como lo había sido por San Jerónimo, por San Bernardo, por veinte ascetas más el del horror á las asechanzas de la carne. Reparad cómo Zurbarán lo sintetiza en su lienzo *Ego dormio et cor meum vigilat;* Cristo, infante todavía, niño de ocho ó diez años, medio desnudo, durmiendo y sirviéndose de la Cruz por lecho.

¡Zurbarán! También Zurbarán hubo de buscar refugio en el claustro; también el drama dió relieve á la persona del pintor de *La visión de San Pedro Nolasco,* de *La vida de San Bruno;* también Zurbarán, carácter sombrío, pintó la cabeza del gran cartujo, exenta de esos rasgos que denuncian la tranquilidad de un espíritu que mira la vida terrenal como motivo de nuestras actividades y lugar donde la esperanza y los goces legítimos tienen cabida. Aquella cabeza del santo penitente monástico es también la síntesis del sentimiento antihumano de la muerte. Miremos aquellos ojos escondidos en lo profundo de las órbitas, aquellas mejillas flácidas, aquella mirada apagada unas veces, en otras, y cuando la clava en la tierra, donde la fosa recientemente abierta parece atraerle como atrae el abismo, fulgurante de luz extraña. Pero ¿á qué fijarnos únicamente en la figura de San Bruno? Ahí están esos frailes que el Carducho reprodujo después, atentos solamente á la oración, abstraídos, obsesionados por una idea perenne, fija, la de la otra vida.

En cambio, por contraste, como excepción de la



Sitio donde, según la tradición, Judas vendió á Cristo



La Vía Dolorosa. Primera y segunda estación (de fotografía)

regla, Juan de Juanes, el Rafael español, como le dicen algunos, aun pintando el dramático asunto de la muerte de San Esteban, columbra la bienaventuranza eterna con colores brillantes, y expresa en el semblante del mártir vivo y muerto la serena tranquilidad del justo que no pasa por la tierra rehuyendo la luz del sol, la contemplación de la naturaleza. Allí está, en aquellas soberbias tablas que guarda nuestro riquísimo museo nacional, el propagandista enérgico é infatigable de las doctrinas de Cristo, sonriente, tranquilo, departiendo amigablemente con sus solapados y doctos enemigos. La idea de la muerte no aparece en su rostro juvenil; antes por el contrario, se mira á través de la límpida mirada del mártir cómo su alma, bañada en luz, no concibe los terrores apocalípticos ni á Dios vengador.

Es que Juanes, es que el insigne pintor valenciano, rodeado de los afectos de familia cariñosa, alma cándida, espíritu no conturbado por desequilibrio alguno, hijo de comarca donde la naturaleza con sus esplendores y exuberancias, con su ambiente embalsamado por el nardo y el jazmín, ejercía sobre su alma influjo saludable, templando en parte las severidades de su fervientísimo sentimiento místico, haciéndole sentir con más intensidad el dulce mandato de Cristo, «amaos los unos á los otros,» que las desconsoladoras y amargas imprecaciones de los profetas. Baste para comprender esto que apunto, mirar aquellas medias figuras de Cristo, en cuya derecha mano sostiene el pan eucarístico, ofreciéndonoslo como remedio eficaz de los dolores y tribulaciones, como prenda de esperanza, como indicación augusta de que la paz del espíritu puede lograrse aquí abajo.

Pero Juanes con Murillo son los dos solos artistas cristianos españoles que columbraron esperanzas y no padecieron terrores ni espantos. No se encontrará, así sea buscado con empeño, cuadro alguno de estos genios donde aparezca aquel sentimiento de que están henchidas las obras de los otros artistas. Pero pasad de la del sevillano y del valenciano á la de Carmona, á la de Montañés, y veréis cómo vuelve á nublaros el alma, á encogeros el corazón, la vista del *Cristo atado á la columna* del primero, ó el *Cristo en la agonía* del segundo. Veréis cómo vuelve á pesar sobre vuestro espíritu la tétrica nube del dolor sin consuelo, cómo vuelven á atormentaros los desfallecimientos de la materia y los esfuerzos del alma que pugna por sacudir su cárcel, tratando de huir á otro mundo mejor. Y este sentimiento lo producen, además de las causas psicológicas que he apuntado, el realismo plástico, el naturalismo, como advierte Mengs, que guió el cincel de aquellos genios, hombres, antes que nada, más que nada.

Y en la esfera de las intuiciones, peculiares solamente del genio, estos grandes escultores y pintores españoles llegaron al más alto grado en la presciencia del ascetismo en su aspecto dramático. Y observemos ese fenómeno, digno de estudio, realizado en la obra artística de nuestros artistas de los siglos XVI y XVII, que, como hube de apuntar al comienzo de este artículo, no traspasaron la frontera de la patria. Solamente un genio, á pesar de su connaturalización italiana, no pudo prescindir del temperamento español. Ribera el *Spagnoletto*, pese al ambiente estético y filosófico de la Italia de aquellos días, así plástica como moralmente, llegó en sus intuiciones y presentimientos de los grandes dolores del alma adonde llegó Shakespeare al trazar las figuras de lady Macbeth, de Hámlet, del rey Lear y de Otelo: á lo épico. Ningún artista de la paleta supo expresar ese momento patológico en que, agotadas las lágrimas sin que el dolor moral que las produce haya menguado en un ápice, el cuerpo se rinde y el rostro adquiere la terrible inmovilidad que revela la muerte de todas las energías humanas. Cada vez que miro aquella figura de María Egipciaca, reclinada la cabeza en las enjutas manos, cruzadas éstas sobre marfilea y amarillenta calavera, no puedo apartar mis ojos de los enrojecidos y amortiguados de la penitente, ojos que miran sin ver, ojos exentos de luz, ojos que parecen abiertos para dar paso á las negras sombras que envuelven el alma de la gran pecadora.

Y cuando ya contemplado este maravilloso soberano esfuerzo del genio se aparta la mirada de él, mientras sin darnos cuenta nuestros labios murmuran con David la primera estrofa del primero de los salmos penitenciales, para buscar en otra concepción del egregio pintor el consuelo de una esperanza, allí al lado destaca del fondo negro de una gruta la escuálida y desnuda figura de San Jerónimo, esqueleto humano cubierto por apergaminada piel, bajo la cual apenas si se advierten las protuberancias de los flácidos ligamentos tendinosos, deprimidos y macerados por el ayuno y por la dura piedra que al alcance de las rugosas manos del santo se ve juntamente con un libro y una calavera. No, no encontraremos en el rostro de ninguno de aquellos santos, de aquellos apóstoles, de aquellos mártires pintados por el *Spagnoletto* más que un sentimiento, el que produjo las achatadas y macizas iglesias del milenario.

***

Jacopone de Todi tenía colgado en el tugurio que le servía de celda un trozo de carne que al descomponerse fortificaba el alma del mendicante fraile en sus ideas de pureza. San Jerónimo, en sus grandes lucubraciones teológicas no apartaba la vista del pelado cráneo que le servía de cabezal, para afianzarse más en sus conclusiones respecto de los desvanecimientos de la inteligencia humana ante Dios. San Bernardo lograra, en fuerza de privaciones impuestas á sus sentidos, la atonía de algunos, hasta el extremo de no poder distinguir, al beber, el aceite del agua; pero ni el espectáculo de la carne pudriéndose, ni la vista terrible del resto humano, ni la insensibidad de los sentidos causan en el ánimo del creyente, del cristiano menos fervoroso, la impresión dolorosa, ascética, avasalladora que las obras de Cano, de Morales, de Ribera. No parece sino que aquel espíritu ardiente del Dios del Sinaí, de Ezequiel y de Isaías tocara la mente de esos artistas inmortales, guiando su mano, la que trazara con ígneo pincel las visiones del desterrado de Pafos.

R. Balsa de la Vega

PERÍODO DE APOGEO
DE LA MÚSICA ECLESIÁSTICA

La música eclesiástica presenta cuatro períodos perfectamente caracterizados en su desarrollo objetivo histórico.

La *homofonía* (canto exclusivamente unísono ó monódico sin acompañamiento instrumental), desde Jesucristo hasta San Gregorio Magno:

La *polifonía* (música á distintas voces, íntimamente relacionada con el *cantus planus*, sin otro acompañamiento instrumental que el órgano), desde San Gregorio Magno ó desde el año 600 hasta Palestrina:

La decadencia del período de oro de la música eclesiástica, desde 1600 (período de la *música instrumental*, ya iniciado en el anterior), después de Palestrina hasta los seis primeros lustros de este siglo:

Restauración de la misma, desde 1830 hasta nuestros días.

La música eclesiástica es hija del cristianismo.



Cárcel de San Pedro en Jerusalén (de fotografía)



DEJAD VENIR Á MI LOS



...ÑOS, cuadro de Julio Schmid

Nace, sin embargo, y depende esencialmente de la de los tiempos precristianos por modo igual al origen de la idea cristiana, tanto más copiosa cuanto más se aproxima á la plenitud de los tiempos, que se halla en los símbolos del judaísmo y en las profecías sobre el Cristo Redentor, y por modo idéntico, asimismo, al de la clara idea de Dios que transparenta vivísima y potente en el paganismo, y en ella beben, como en una fuente de cauce pristino, los apologistas cristianos de los primeros siglos, verdaderos preconizadores, hasta cierto punto, de Aristóteles, y más tarde San Agustín y Santo Tomás. De manera que trocando los términos principales del célebre apotegma de San Agustín, *novum testamentum in vetere latet, vetus testamentum in novo patet,* puede y debe decirse que la música eclesiástica depende de la de los tiempos precristianos, porque de ésta, *de la antigua,* proviene *la otra,* que ha sido origen de *la moderna.*

Cumplía á mi objeto hacer esta ligera salvedad histórica para llegar prontamente al período de apogeo de la música eclesiástica, tema y objetivo principal de este breve apuntamiento, porque estimo oportuno condensarlo en los nombres de dos personalidades de altísima significación que, según mi manera de ver y entender, lo sintetizan por manera admirable, Palestrina y Victoria, y esto para advertirle y repetirle al lector aquello mismo que advirtiera ha años Juáregui, sobre la oportunidad de que «no sólo el conocimiento del arte es necesario en la *poesía*» (que para el caso vale lo mismo que *música),* «sino el aparato de estudios suficientes para poner en ejecución los documentos del arte.»

***

Brillan Palestrina y Victoria en el lapso de tiempo de aquel memorable siglo XVI en que la música eclesiástica llega á su apogeo y adquiere todas las grandilocuencias sonoras sobre las cuales el arte moderno ha de fundar sus principios más sólidos.

Del hoy empobrecido burgo situado á pocos kilómetros de Roma, la antigua urbe de Preneste, cuna de Juan Pedro Luis Sante, recibe su nombre histórico, según moda de aquella época, el célebre Palestrina.

Ávila, la patria de la mística Doctora de los éxtasis y de las visiones, da la luz al que traduciría en lenguaje de conceptos arrobadores aquellos éxtasis y aquellas visiones, á nuestro excelso Tomás Luis de Victoria.

En el momento preciso en que nace Victoria, cinco años antes de aquel en que Paulo III nombra al egregio maestro sevillano Morales capellán cantor de la capilla pontificia, llega Palestrina á Roma en 1540. A Roma se dirige más tarde nuestro Victoria, y cuando aquél, á instancias del cardenal Farnesio, abandona el magisterio de Santa María la Mayor y cuando por muerte del maestro de la capilla Julia, Animuccia, amigo y compañero de Felipe de Neri, el fundador del Oratorio, se le confiere á Palestrina el magisterio de San Pedro, á poco de esto, en 1573, nuestro insigne abulense es agraciado con el nombramiento de maestro del colegio germánico, del cual pasa, más tarde, al templo de San Apolinar.

Palestrina y Victoria se hallan en igual transcurso de tiempo al frente de las dos capillas de música romanas más famosas: ambos viven espléndida vida de consideración y fama: ambos son considerados como las dos ilustraciones más encumbradas de su época: los soberanos, y entre los más solícitos Felipe II de España, hónranse aceptando la dedicatoria de algunas de sus obras más peregrinas: las prensas musicales de los sucesores de Petrucci de Frossombrone, los Gardanum, los Zanetti, los Basæ, los Dilingæ, los Tini, los Coattimum y los Flandrum amontonan ediciones sobre ediciones que propagan por toda Europa las admirables composiciones de los dos ilustres contemporáneos; y cuando allá en 1594 Palestrina entrega su alma al cielo y Roma eleva un mausoleo á la memoria del *Princeps Musicæ,* como lo aclama, agradecida, Italia, Victoria, sintiendo en el alma las nostalgias de la patria, mientras prepara su ansiado regreso á España, compone una famosísima colección de misas «para no presentarse á su rey con las manos vacías, como trabajo conveniente á un sacerdote.» En estos términos se lo dice á su rey y soberano Felipe II, en el momento en que vuelve á pisar el nativo suelo, y su soberano y su patria dejan consumir en el olvido más irrespetuoso á aquel á quien honra hoy todavía la misma Italia contemporánea, diciendo «que Victoria les fué arrebatado á la gloria de su arte.»

Echemos un velo sobre esta página triste y veamos en qué se parece y en qué se diferencia la potente creación de esas dos grandes individualidades contemporáneas.

***

Diríase que el contrapunto de los neerlandeses al pisar las tierras de España dejara sus angulosidades de forma y sus severidades de fondo allá en las orillas del Escalda. Llegan los que trajo Felipe el Hermoso, y lo mismo éstos que los que permanecen aquí hasta muy andados los tiempos de Felipe II, moderan sus rigores de escuela al influjo del sol del Mediodía, y le sucede al contrapunto lo que á la ojiva, que al contacto de nuestro suelo se modifica, se afiligrana, se evapora, esculpe sus taraceados sobre nimbos de luz y levanta en Toledo y en León y en Burgos aquellas ideales inmensas cristalizaciones de piedra que se han llamado *la música del espacio.*

No sé quién ha dicho de nuestro suelo que en él hasta los mismos santos orando sonríen.

El misticismo de las desolaciones bíblicas transfórmase bajo el azul del cielo de España en el misticismo de las esperanzas: el terrible *Dies iræ,* en la *Llama de amor viva:* la *Imitación de Cristo* y el *De profundis,* en el *Castillo interior ó las Moradas.* A la manera de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz en el misticismo, Victoria y nuestros grandes maestros son verdaderos músicos-poetas en sus concentos místicos y saben encontrar en la exaltación de su alma, el acento de aquella música única que, habiendo hallado su expresión justa y su sublime belleza en la interpretación de la divina palabra, permanece inmutable como aquellas *bellezas primitivas,* inspiradoras de todas las bellezas posteriores.

***

Victoria, han dicho y confesado propios y extraños, se aproxima más al estilo moderno; es más correcto y más fluido que Palestrina, porque evita con finezas de arte superior las falsas relaciones y choques armónicos que éste no creía necesario evitar. Esta es una razón técnica de puro régimen didáctico, todo lo que se quiera, pero que no tiene gran valor para el caso. Hay otras razones de diferencias características que importa consignar. Examinando con atención y sin preocupaciones de escuela las composiciones de Victoria, nada ofrecen al parecer que no pueda confundirse con las obras creadas en igual época, nada que no cuadre perfectamente con el estilo de los maestros contemporáneos de nuestro autor. Es la misma música de Palestrina, sí, no cabe dudarlo. Las modulaciones, el fraseo musical, el empleo de las disonancias, algo más acentuadas en Victoria, las fórmulas finales, el dialogado de las voces, todos estos elementos se emplean como en las composiciones de Palestrina. Hay en ellas además la misma dulzura, la misma amplitud y expansión armónica. Penetrando más íntimamente, sin embargo, en el sentido del pensamiento musical, entrando por entero en las ideas é intenciones del compositor, no dejándose dominar ni influir por las semejanzas de formas y especialmente por las disposiciones vocales propias de este estilo, se observa con alegría que hay aquí algo nuevo, algo que el arte no había producido todavía, una expresión más fuertemente acentuada, algo más dramático y más sentido, algo así como una aspiración á producir efecto por la virtualidad del texto elegido, algo en fin que se revela precisamente en aquel punto y hora. Siéntese que no está lejos el drama lírico. No parece sino que los esfuerzos tentados en Florencia para resucitar la tragedia antigua y aplicarla á la creación de *una música nueva* y más expresiva han despertado en el alma de Victoria un sentimiento más profundo del arte. No parece sino que vibra una cuerda, muda hasta entonces, que una mano tímida y poco ejercitada ha hecho resonar débilmente. Palestrina no desea conmover como Victoria: la actitud de aquél en la voz impersonal de la plegaria litúrgica es sumisa y dolorosa, la de éste convencida y soberana: aquél, fuera de toda preocupación ajena á la plegaria, es más compungido, y si se quiere, más tranquilo: éste, presa su alma de suaves deliquios, se exalta como nuestro gran místico: oye «aquella música que se escucha en las noches puras» y se llama *la música de los cielos* porque «con callar en ellas los bullicios del día, y con la pausa que entonces todas las cosas hacen, se echa claramente de ver, y en una cierta manera se oye su concierto, que compone y sosiega el ánimo.» Como Juan de la Cruz, poeta como él, Victoria veía en la parte expresiva de los textos aquellos «ojos de adentro y de afuera,» y sintiendo sonidos como de multitud de concentos que significaban muchos sonidos en uno, estremecíase oyendo los batimientos de alas de aquel sonido, «que era como sonido del altísimo que al caer enviste al alma en llama de amor.»

Al extasiarnos contemplando aquellos artificios de luz de sus composiciones, el oído ve y percibe la sensación de las sombras y las tibias claridades que su alma de músico-poeta viera y percibiera: aparece compacto y solemne cuando quiere proyectar una sombra más espesa, y amplificado, lleno de transparencias sonoras cuando estalla en aquellas grandilocuencias vocales en las que se cree ver penetrar un rayo tenue de tamizadas *celistias* que caen de las estrellas. En todas las composiciones de Victoria se halla lo que en lenguaje técnico se llama la nota justa. Sabe encontrarla siempre, y puede asegurarse con orgullo, porque ha experimentado la emoción religiosa del texto y la mezcla de terrores, ansias y esperanzas que ha de comunicar al alma de sus oyentes. Por esto precisamente Victoria era el único en su siglo que podía cantar y magnificar el Drama de la Cruz, las responsiones del relato de los Evangelistas y los trenos de Jeremías.

La personalidad artística de nuestro insigne abulense adquiere singular y encumbrada significación, considerado como contemporáneo de Palestrina y comparado con el fundador de la llamada escuela romana. La gran figura de Victoria admite la comparación que resulta de esta contemporaneidad, y no sólo la admite, sino que la reclaman de consuno la historia del arte, la crítica y el honor de la patria.

***

Nuestra desatentada instrucción pública, completamente ajena á las tradiciones científicas y artísticas españolas, ejerce su triste influencia hasta en los templos. ¿Qué música eclesiástica pura se oye en ellos? ¿Quién se acuerda de las obras del insigne Victoria ni de las de Morales, Torrentes, Anchorena, Peñalosa y los maestros españoles que preludiaron, realmente, el advenimiento de Palestrina?

Esto le dirá bien claro al lector que parecemos un pueblo nuevo, cuyo tesoro de cultura antigua social, literaria y artística se deja esterilizar como si no tuviéramos precisión de recurrir á él para volver á ser grandes: que sean cuales fueren las mudanzas de los tiempos, no podemos dejar de ser hijos de nuestros padres, ni por el espíritu ni por el medio en que habitamos: que la España nueva con todas sus virtudes y sus defectos, no puede reflejar otra fisonomía moral que la de la España tradicional: que si, en fin, no sabemos sentir y pensar á la española y no abandonamos ese afán de asimilación de todo lo extranjero, el exotismo de ayer y el de ahora nos convertirán, perpetuamente, en huéspedes de la tierra natal.

Felipe Pedrell

PATER MI... TRANSEAT A ME CALIX ISTE (1)

En aquel huerto de delicias en que Dios colocó al hombre al crearlo á su imagen y semejanza, realizóse un misterio de iniquidad, tan enorme por la ingratitud de la criatura como por la ofensa al Criador. El pecado, ahondando un abismo entre Dios y el Hombre, introdujo la desgracia y el desorden en la existencia humana, y era preciso rellenar ó salvar ese abismo y reparar este desorden, para que la humanidad no pereciera en perdurable desgracia. Y para que la reparación igualase á la falta y quedase plenamente satisfecha la divina justicia, era necesario que una víctima inocente, sustituyendo al culpable, borrase la ofensa infinita con la efusión de una sangre de pureza y de valor infinitos. Para esto vino el Verbo de Dios al mundo, y se hizo hombre y vivió entre nosotros; y al llegar al término de su vida mortal, lava nuestras manchas con los sudores de su agonía, se deja arrastrar, como si fuera un malvado, por las calles de Jerusalén, recibe sin quejarse los insultos del populacho, los sarcasmos del pretorio y las burlas de Herodes; sólo opone la calma de su resignación y la majestad de su silencio á las dos grandes potencias de su época levantadas contra él: la más alta potencia política, *el pueblo romano;* la más alta potencia religiosa, *el pueblo judío;* y en fin, saturado de ultrajes, destrozado por los golpes, coronado de espinas, crucificado en el Calvario, consuma sobre la Cruz la grandiosa y admirable obra de la Redención, esa sublime epopeya, cuyo recuerdo impone hoy á la humanidad entera la actitud del respeto y del recogimiento.

Acabada *la última cena,* aquella cena solemne y misteriosa en la que el Dios de amor fijó para siempre su permanencia en el mundo y entre los hombres con la institución de la Eucaristía, en los mismos momentos en que la Sinagoga comenzaba á realizar su plan inicuo de arrastrarle á la muerte, Jesucristo, antes de salir del Cenáculo, entonó el cántico de acción de gracias, marchando después al monte

(1) Math., XXVI, 39.--Marc., XIV, 36. -Luc., XXII, 42.

de las Olivas. Pasó el torrente Cedrón (1), y llegando á la granja llamada Gethsemaní (2), dijo á sus discípulos: «*Sentaos aquí mientras yo soy allí y hago oración.* Tomó consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, y comenzó á entristecerse y angustiarse. Entonces les dice: *Triste está mi alma hasta la muerte, esperad aquí y velad conmigo.*»

Razones poderosas debieron tener los Evangelistas para referirnos estas minuciosas circunstancias que preludian la pasión de Jesucristo. San Cirilo descubre en este pasaje un misterio de amor y de ternura. «Recordad, dice (3), que Adán pecó en un huerto; por eso en un huerto entra también Jesucristo para que sus padecimientos principiasen en un lugar semejante á aquel en que tuvo principio el pecado. En esta ocasión Jesucristo es nuestro mediador, que se adelanta para detener al Querubín celestial colocado por la justicia de Dios á la puerta del Paraíso; para romper entre sus manos la espada centelleante que impedía para siempre á los mortales la entrada en aquel jardín de delicias, y para obtener en favor de los infortunados hijos de un padre pecador la vuelta al huerto amenísimo del cual habían sido arrojados.» Alcuino dice: «Jesús, entrando en Gethsemaní, es el nuevo Adán que va á expiar en un huerto con su obediencia la rebelión de que se hizo culpable en otro huerto el primer Adán (4).»

¡Oh, nuevo huerto! ¡Oh, nuevo paraíso! ¡Cuán diferente eres del Edén antiguo! Allí el primer Adán disfrutó el reposo, los goces, las delicias y las dulzuras de la vida; aquí el Adán nuevo sólo sentirá combates, aflicciones, amarguras, tristezas y agonías. Allí corrían ríos de agua pura que fecundaba la tierra; aquí sólo habrá un torrente de la sangre que brotará de las venas del Redentor. Allí el ángel de la soberbia fué el instigador á la rebelión y al pecado; aquí el ángel de la oración vendrá á sostener el sacrificio y la obediencia. Allí, en el Paraíso, la humanidad se precipitó en la perdición; aquí, en Gethsemaní, se le facilitará la entrada en el camino de la salvación. En el Edén, del seno de las flores y de los frutos salieron las espinas de la maldición y del castigo; en el Huerto de las Olivas, de las mismas espinas del dolor brotarán flores y frutos de bendición, de gracia y de virtud. Allí nace la muerte á la sombra del *árbol de la vida;* aquí renacerá la esperanza de la vida y de la gloria en medio de unas angustias de muerte. Este es el huerto misterioso adonde la Esposa de los cantares instaba vivamente á que descendiese su amado (5).

Al dirigirse Jesús á Gethsemaní ha dado su primer paso hacia el Calvario. ¡Qué camino ha de recorrer para llegar á él!

De suplicio en suplicio, de afrenta en afrenta, de tormento en tormento, todos sus pasos estarán marcados con oprobios, todos los instantes que le restan de vida serán colmados de amargura y de dolor. Su viaje será una larga serie de ultrajes, de insultos y de martirios los más espantosos y atroces; el preludio de la inmolación del *Cordero sin mancilla* será tan acerbo y cruel como la misma inmolación. Al presentir estos males que por vivísima manera se presentan terribles á la imaginación de Jesús, la repugnancia y el tedio conmueven y agitan su sensibilidad, un horror indecible se apodera de su humanidad santa, y queda lleno de terror y de angustia. Por eso al separarse de los tres apóstoles comienza á entristecerse y angustiarse, y les dice: *Triste está mi alma hasta la muerte.*

Alejóse después algunos pasos, dice el Evangelio (6), *se postró sobre su rostro é hizo oración;* esto es, se arrodilló, inclinó humildemente su cuerpo, bajó su frente y se prosternó con el rostro en tierra (7). ¡Espectáculo enternecedor aun para los corazones más duros! ¡Está arrodillado Aquel cuyo nombre no puede oirse sin que se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los mismos abismos infernales! ¡El Hijo de Dios adora y suplica como el más vil de los hombres! ¡El Verbo divino humanado está afligido hasta la angustia, pavoroso hasta el temor, triste hasta la muerte! ¡El Verbo Creador, que con su dedo sostiene y gobierna al universo, se sien-



Ilmo. Sr. D. Juan A. Puig y Montserrat, Obispo de Puerto Rico † el 2 de enero de 1894 (de fotografía de D. Feliciano Alonso)

te oprimido por el peso de las humanas culpas, y fatigado por tan inmensa carga humilla su cabeza, inclina sus hombros, dobla sus rodillas, y El que *en el principio creó el cielo y la tierra* cae postrado pegando á la tierra su rostro! ¡Dios pone su rostro donde los hombres ponen sus pies!

Al aplicar Jesús su frente á la tierra, con los brazos extendidos, parece querer estrecharla contra su corazón, con su boca le da el beso de paz que la reconcilia con el cielo, convierte en bendición la maldición que sobre ella pesaba, la riega con sus lágrimas y la humedece con el sudor de su sangre.

Alzando luego lentamente su cabeza, fijando en el cielo sus ojos llenos de lágrimas, extendiendo sus brazos en forma de cruz, con voz sonora, pero triste, con tono firme, pero humilde y respetuoso, exclama: «*¡Padre mío!, todas las cosas te son posibles... ¡Padre mío!, si es posible... ¡Padre mío!, si quieres... traspasa de mí este cáliz..., pase de mí este cáliz...* ¡Padre mío!, yo conozco el decreto de tu justicia, lo respeto y admito; mas no sólo por el favor de tu gracia como hombre, sino por el derecho de naturaleza como Dios, sabes Tú que yo te amo y yo sé que Tú me amas. Tú lo dijiste en el Jordán y en el Tabor. Pues si me amas, porque siempre te he complacido, dígnate ahora traspasar de mí este cáliz y séante bastantes las pruebas que te he dado de mi constante obediencia. Para borrar los pecados, los errores, la malicia de los hombres ¿quieres abnegación y desprendimiento? Yo he nacido en un establo y me reclinaron en un pesebre. ¿Quieres sangre? La derramé en mi Circuncisión. ¿Quieres trabajos? Pasé mi niñez en el destierro y mi juventud en un taller. ¿Quieres fatigas? Fatigado estaba de recorrer valles y montañas, aldeas y ciudades, buscando almas que te adoraran, cuando me senté en el pozo de Jacob y convertí á la mujer Samaritana. ¿Quieres lágrimas? Yo he llorado sobre Jerusalén y por su ruina inminente. ¿Quieres tristezas? Triste está mi alma hasta la muerte. Siendo yo tu Hijo muy amado, ¿querrás someterme á la prisión, á los azotes, á las espinas y á la muerte en la Cruz? ¿Podrás ver, Padre mío, á tu Hijo tan amado cubierto de ignominia, colmado de injurias, desnudo, llagado, ensangrentado, hecho el oprobio de los hombres y muriendo en un patíbulo afrentoso? *¡Padre mío! ¡Padre mío!, traspasa de mí este cáliz*...

Mas ¿qué oración es esa? ¿Es Jesucristo el que dice «¡Padre mío! Vos que todo lo podéis, haced que este cáliz de mi pasión pase de mí, apartadlo de mí porque le veo lleno de amargura?» ¿Son de Jesucristo esas palabras: «Si es posible, si Vos lo queréis, yo os pido la gracia de que lo apartéis de mí, de que me libréis de beberlo?» ¡Palabras asombrosas!... ¿Por qué, Jesús mío, decís *pase de mí, transeat,* y no *veniat,* venga á mí ese cáliz? Aun con toda su amargura ¿no lo habéis deseado con amor ardiente, con avidez santa desde el momento mismo de vuestra Encarnación? ¿No inspirasteis al Salmista Rey aquella consoladora frase: «Holocausto y hostia por el pecado no pediste, entonces dije: He aquí que vengo, en la cabeza del libro está escrito de mí para hacer tu voluntad (8)? ¿Por qué ahora temes y rehusas? ¿No decías Tú poco antes de la cena con hermoso pleonasmo, expresión valiente de tu amor generoso: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padecer* (9)?» ¿No dijiste á tus discípulos: «Yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre (10)?» Y ahora dices: *¡Si es posible, pase de mí este cáliz!*

¿Es este el resultado de los deseos vivísimos, de las ansias vehementes que hicieron suspirar á Jesús toda su vida por ese cáliz de las penas y amarguras? ¿Cómo se concilia el ardiente anhelo de derramar su sangre por nosotros con la repugnancia que manifiesta ahora al sacrificio? ¡Jesús mío! ¡Mi dulce Salvador! El herido en el camino de Jericó espera al caritativo Samaritano, la oveja perdida á su pastor, el hijo pródigo á su padre, el enfermo á su médico, los Patriarcas en el seno de Abraham á su Redentor, el mundo entero al Mesías de las promesas; y Tú dices: «¡Pase de mí este cáliz!» ¿Para qué descendiste del cielo á la tierra? ¿Para qué te hiciste hombre?... ¡Oh, súplica llena de misterios! Si Dios escucha á su Hijo, ¿qué suerte será la nuestra? Y si no le escucha, ¿qué va á ser de Jesús? Al hacerla, ¿podremos pensar que Jesús se siente desfallecer, que sus fuerzas le faltan, que su valor le abandona, que su amor á nosotros vacila ó que peligra la salvación de la humanidad?

Suspendamos nuestro juicio y escuchemos estas palabras que luego pronuncia: *Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya* (11). Completa así la oración de Jesucristo, lejos de escandalizar nuestra fe, la afirma. Sería un error muy lamentable pensar que Jesucristo haya querido, ni por un solo instante, rechazar la muerte (12); porque no sólo la había aceptado lleno de amor al hacerse hombre, sino que había consagrado la memoria de esa muerte en la institución de la Eucaristía, comunicando ya á los apóstoles sus frutos anticipados. Habiéndose inmolado ya como mística víctima, no podía negarse al cruento sacrificio. Como Hijo de Dios había dado, de acuerdo con su Padre, el decreto de su pasión y de su muerte, y estaba obligado á cumplirlo, pues el que había de beber aquel cáliz tan amargo era el mismo que lo había preparado (13).

¿Por qué, pues, quiso Jesucristo sentir y darnos á conocer esa repugnancia, que rebaja, al parecer, la excelencia de su sacrificio? Esa repugnancia, esa oposición aparente de su voluntad humana á su voluntad divina había sido ordenada y dispuesta por El mismo, y su humanidad estuvo siempre y enteramente sometida á su divinidad (14). San Jerónimo dice: «Al dirigir Jesús esta súplica á su Padre, rechazó el cáliz de su pasión, no porque tuviese horror á sus amarguras, sino porque este cáliz le era presentado por las manos del pueblo judío, en el cual había nacido, y porque había de beberlo en Jerusalén, que por esto había de ser castigada y destruída (15).»

No dice Jesucristo *pase de mí el cáliz,* sino *este cáliz;* es decir, esta muerte que le darán los judíos, haciéndose culpables del más horroroso crimen y dignos de de los más terribles castigos. En esa exclamación se muestra Jesús no tan horrorizado por los tormentos que le esperan, como penetrado de compasión por su *pueblo escogido.* Es como decir: ¡Pueblo mío! Yo quiero morir por tu salvación, ¡pero no sean tus manos las que derramen mi sangre! ¡Padre mío! Yo deseo

(1) Cedrón, *negruzco, obscuro.*
(2) San Jerónimo lo traduce *vallis pinguissima.*
(3) In paradiso omnis tristitiæ nostræ principium fuit; in horto Christi quoque Passio inchoata est. (San Cir. in Joan.)
(4) Ut peccatum, quod in horto commissum fuerat, in horto deleret. (Alc. in Caten.)
(5) Veniat dilectus meus in hortum suum. (Cant. V., 1.)
(6) Procidit in faciem suam. (Math., ib.)
(7) Procidit in terram. (Marc., ib., 35.)

(8) Ps., XXIX, 7 y 8.
(9) Desiderio desideravi... (Luc., XXII, 15.)
(10) Luc., XII, 50.
(11) Luc., XXII, 42.
(12) S. León, Serm. V.
(13) S. Thom., 3, p. q. 46.
(14) S. Aug., Tract. in Joan., 112.
(15) Com. in Math.



LAS SANTAS MUJERES JUNTO AL SEPULCRO DE JESUCRISTO, cuadro de W. Bouguereau



LA ANUNCIACION,

cuadro de Alfredo Aguche, grabado por Baude

la muerte, ¡mas bien sabéis cuánto amo á aquellos que han de ser malditos por dármela! En Jesucristo, cuando así suplica, debemos reconocer no sólo al Dios de *misericordia* que se apiada de los judíos, sino también al Dios de *sabiduría* que establece la fe de los cristianos. La palabra *transeat, pase,* es el gemido de la compasión y de la repugnancia, porque la divinidad no ha quitado á Jesucristo en su humanidad ni el sentimiento ni el dolor. La palabra *fiat, hágase,* es la manifestación del poder y del mandato, porque la humanidad en Jesucristo no ha quitado á su divinidad ni el ser inmutable ni el ser impasible. La voluntad que rehusa, prueba que es verdadero hombre; la voluntad que acepta, manifiesta que es verdadero Dios (1). *Pase de mí este cáliz* es la expresión del temor, *Hágase tu voluntad* es la del amor. Aquélla es la voz de la víctima, ésta la del Redentor. El temor rechaza y trata de apartar el cáliz, el amor le acepta y quiere beberlo.

Además, Jesucristo preveía que, á invitación de los ángeles rebeldes, habría un gran número de hombres que, ingratos á su amor, indiferentes á su sacrificio, desobedientes á su ley santa, vivirían en el pecado y caerían en la eterna condenación, y se decía: ¿qué provecho habrá en mi sangre (2)? La desgracia eterna, la pérdida irreparable de tantas almas que harían inútil el valor infinito de su sangre, era la causa de sus angustias, de su tristeza y del temor á la muerte que se apoderó de su corazón amantísimo. *¡Se entristecía porque quería que ni aun los malos se perdieran* (3)! ¡Qué tormento para un padre amoroso ver á sus hijos multiplicando las ofensas y ultrajes contra él á medida de su ternura para ellos! ¡Qué dolor tan intenso para el corazón de Jesucristo verse obligado, á pesar del grito de la naturaleza que pide gracia, á escuchar la voz severa de la justicia, y abandonar á aquellos que quiere salvar, y á ser él mismo el testigo y la causa inocente de su perdición. *¿Quæ utilitas in sanguine meo?*

Jesús prevé entonces que muchos de nosotros, rescatados con su sangre y con su inmolación, seríamos rebeldes á su ley santa y á los dulces llamamientos de la gracia; que el título de hijos de Dios y hermanos suyos, por él santificados y redimidos, haciéndonos más ingratos nos haría también más culpables, y que su sangre, de la cual no queríamos valernos para ser purificados y alcanzar el premio de la gloria, serviría para redoblar el castigo, para convertir en ponzoña el remedio y en montones de suplicios los tesoros de su misericordia. Por eso al caer postrado en tierra, al extender sus brazos, al llenarse de angustia cuando de su cuerpo brota sudor de sangre, se coloca entre el infierno y nosotros, queriendo interceptarnos el camino del mal, y con sus lágrimas, con sus súplicas, hijas más del amor que del dolor, nos grita, nos llama, para que nos detengamos, para que nos apartemos del sendero de la perdición.

Es muy cierto, por desgracia nuestra, que muchos cristianos, totalmente ocupados del presente, como si no corrieran riesgo alguno para el porvenir; dedicados solamente á los goces y regalos de sus cuerpos, y olvidados enteramente de sus almas; inquietos y afanosos por las cosas de la tierra, y sin pensar en el cielo, viven como si esta vida no hubiera de concluir ó como si la vida eterna no hubiera de principiar; y cuando la muerte les sorprenda en medio de sus placeres, sin amor de Dios, faltos de virtudes, caerán en las manos de la eterna justicia, por haber despreciado la sangre en nuestro favor derramada.

¡Víctimas insensatas de las preocupaciones del mundo, del delirio de las pasiones, del olvido de Dios y de nuestra alma, ¿por qué os obstináis en perecer? ¿Por qué aumentáis la amargura del cáliz que Jesucristo bebió para salvarnos? ¿Por qué hacéis inútil el valor infinito de su sangre?..

La ley del dolor y del sufrimiento está escrita sobre la cuna del mundo. Dios la promulgó el día en que el primer hombre arrastró en su caída á toda su descendencia. Todos debemos participar de la expiación como de la falta, y cuantos esfuerzos hagamos para escapar de esa ley serán en vano para evitarla enteramente. Cuando alejamos ese dolor del cuerpo, suele refugiarse en el alma, y el dolor físico se ve reemplazado por las penas morales. Pero si no podemos sustraernos á esa ley misteriosa, encontramos siempre en nosotros mismos una natural repugnancia á todo lo doloroso. Esto prueba que el hombre fué creado para la dicha y la gloria, y no destinado á sufrir y padecer, y que el dolor es una consecuencia de su caída y un castigo de su culpa.

A la vista del sufrimiento, el temor podrá hacernos decir: ¡Padre mío! ¡Dios mío, *pase de mí este cáliz!* Cuando el dolor clava su aguijón en nuestra alma, cuando reveses inesperados nos arranquen el fruto de nuestro trabajo ó la herencia de nuestros padres, cuando la muerte amenace arrebatarnos los seres que nos son más queridos y que forman el encanto y la dicha de nuestra vida, cuando la ingratitud nos ataca, cuando la envidia nos muerde, cuando el infortunio nos abate, en esos momentos de prueba en que la amargura inunda nuestro corazón espantado, reproduciéndose en nosotros algo semejante á la escena del Gethsemaní..., podemos pedir á Dios *pase de mí este cáliz,* sintiendo en el desfallecimiento de nuestra alma cuanto hay de duro y doloroso en esa ley que se impone á la naturaleza humana desde la cuna al sepulcro.

Pero confortados y animados por el ejemplo de Jesucristo, estemos dispuestos para decir también: *No se haga mi voluntad, sino la tuya.* Que nuestra fe excite la reacción de la gracia contra los dolores de la naturaleza, transformando el sufrimiento en prueba saludable aceptada con filial sumisión, como venida de la mano de nuestro Redentor amantísimo. En la escuela del dolor y del sufrimiento, soportados y aceptados á imitación de Jesucristo, es donde se forman los grandes caracteres, las voluntades enérgicas, los corazones capaces del sacrificio y las almas dignas de Dios.

E. ALMONACID, *Pbro.*

(1) S. Amb. in 22 Luc.
(2) ¿Quæ utilitas in sanguine meo? (Ps. XXIX, 10.)
(3) Tristabatur, quia nec malos perire volebat. (S. Amb. in eodem loco.)



La Virgen en oración, cuadro de Sassoferrato. – Juan Bautista Salvi nació en 11 de julio de 1605 en Sassoferrato, ciudad de Italia, de donde tomó el nombre con que la posteridad le ha conocido; educóse en Roma y en Nápoles, siendo compañero de Domenichino, inspirándose en los grandes maestros, como Rafael, Ticiano y Perugino, y estudiando en la escuela de los carraccistas. Sus cuadros, casi todos ellos Madonas en oración ó con el Niño dormido en brazos, reflejan un sentimiento íntimo y sincero y están pintados con gran corrección, predominando en ellos los tonos claros, y aun cuando hoy alcanzan precios moderados, en otro tiempo pagáronse por ellos sumas importantes: en su mayoría figuran en los templos de Italia y en los museos italianos y extranjeros. El que reproducimos existe en la Galería Nacional de Londres.

***

Regina Cœli, escultura de Adolfo Itasse. – Sentada en el celeste trono, ceñida la frente por corona de estrellas, rodeada de ángeles y querubines, y teniendo en brazos al Niño Jesús, se nos presenta María en la bellísima escultura que reproducimos en uno de sus más hermosos atributos, como Reina de los Cielos. Itasse, sintiendo hondamente esa concepción, ha trazado con gran acierto las dos figuras culminantes, dándoles una expresión de dulzura y majestad completamente ajustada al carácter de las mismas y modelándolas con corrección perfecta.

***

Jesús y la viuda de Naím, cuadro de Luis Feldmann. – Refiere San Lucas en el capítulo séptimo de su Evangelio que habiendo llegado Jesús cerca de Naím vió que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de una viuda, con la cual iba gran acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido á compasión le dijo que no llorara, y arrimándose al féretro lo tocó diciendo: «Mancebo, yo te lo mando, levántate,» y apenas pronunciadas estas palabras, el difunto se levantó y comenzó á hablar. En este texto bíblico está inspirado el cuadro que reproducimos, y en el cual, como fácilmente se advierte, Feldmann ha seguido el ejemplo de algunos maestros, prescindiendo de las condiciones de lugar y tiempo y reproduciendo el asunto con tipos y lugares alemanes del siglo XV. Procedimiento es éste muy discutido, y aun cuando en nuestro sentir, de aceptarse el anacronismo es preferible suponer la escena en el tiempo en que el pintor vive, no puede menos de reconocerse que el autor de este cuadro ha producido una obra artística bellísima, bien sentida y admirablemente dibujada.

***

Pietá, grupo en mármol de Juan Dupré. – Para los artistas que de veras sienten los grandes hechos de la Pasión y Muerte del Salvador, pocos asuntos se prestan tanto á su inspiración como el tratado por Dupré en esta escultura; pero pocos también tan arriesgados por la dificultad de armonizar los sentimientos encontrados de la Madre que estrechaba entre sus brazos el cadáver de su Hijo amado y de la Sierva de Dios que aceptaba resignada la voluntad del Divino Padre. El autor de *Pietá* ha triunfado de tan difícil empresa, pues su grupo escultórico, además de las incomparables bellezas técnicas que se admiran en las dos figuras, ha sabido dar á la de la Virgen la expresión justa de los afectos que hubieron de conmover su alma en aquel trance dolorosísimo.

***

Santos lugares. – Interés grandísimo han ofrecido y ofrecerán siempre los lugares en donde se desarrollaron escenas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo y aun aquellos que sin tener directamente esta significación llevan unido el recuerdo de algunos hechos culminantes de los primeros tiempos del Cristianismo. Por esto publicamos dos vistas de la Vía Dolorosa que recorrió el Redentor desde el Pretorio hasta el Calvario, el sitio en donde según la tradición se consumó la más inicua de las traiciones, la venta de Jesús por su discípulo Judas, y la cárcel en que fué encerrado San Pedro por mandato de Herodes y de donde fué milagrosamente sacado por un ángel del Señor. Estas cuatro vistas forman parte de las ilustraciones de la edición económica de la Sagrada Biblia que publicó esta casa editorial y cuyo anuncio, que publicamos en la página 191, recomendamos á nuestros lectores.

***

Dejad venir á mí á los niños, cuadro de Julio Schmid. – Pintores, dibujantes y escultores sin cuento han tratado este asunto, buscando cada cual algo nuevo que le distinguiera de sus antecesores, inspirándose unos en el más puro idealismo y aplicando otros á este tema los procedimientos del naturalismo moderno. El autor de este cuadro no es en absoluto ni de los primeros ni de los segundos, pues ni sus figuras son verdaderamente místicas, ni vemos en ellas esa tendencia que ha impulsado á algún artista á representar la escena con elementos de nuestros días. Schmid ha prescindido de todo convencionalismo y ha pintado una obra llena de naturalidad y de sentimiento, pero sin exageraciones ultrarrealistas y sin caer en artificiales sentimentalismos.

La figura de Jesús destaca sobre todas las demás que componen el cuadro, y en su expresión y en su actitud reflejase la esencia del Hijo de Dios lleno de bondad, de dulzura, de amor intenso á todas las criaturas, de compasión profunda hacia todos los que sufren: el ademán con que aparta á uno de sus apóstoles que quiere impedir que los niños se acerquen á su divino amigo, es de un efecto maravilloso. En los rostros y en las actitudes de los niños y mujeres márcase perfectamente la impresión que en unos y otras produce la personalidad de Cristo, esa atracción irresistible que impulsaba á las almas de cuantos lo contemplaban á acercarse al Salvador: todos parecen hechizados por la mirada y las palabras de Jesús, todos sienten su corazón inundado de amor inefable y de veneración hacia El. En suma, mírese como se quiera el cuadro de Schmid, fuerza es convenir que al tratar ese asunto, uno de los más poéticos del Nuevo Testamento, ha ejecutado una obra que sin vacilar puede calificarse de maestra.

***

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan Antonio Puig y Montserrat, obispo de Puerto Rico, fallecido el 2 de enero de 1894. – El sabio y virtuoso prelado recientemente fallecido en Puerto Rico era oriundo de Felanitx (Mallorca), en donde nació en 20 de julio de 1813, y pertenecía á la orden de Franciscanos, siendo exclaustrado á consecuencia de la supresión de los conventos. Fué á Puerto Rico en 1840, sirviendo varios curatos y siendo consagrado obispo de la diócesis portorriqueña en 1875, conquistando por su saber y por sus virtudes el cariño y la admiración de sus diocesanos. Su entierro fué una manifestación de duelo en que tomaron parte todas las clases sociales de Puerto Rico, que conservarán eterno recuerdo del que fué su bondadoso é ilustre prelado. El Exmo. é Ilmo. señor Puig y Montserrat había sido elegido diputado en 1869 y senador en 1883.

***

Las Santas Mujeres junto al sepulcro de Jesucristo, cuadro de W. Bouguereau. – Refiere San Lucas en su Evangelio que habiendo ido María Magdalena, Juana y María, madre de Santiago, al sepulcro de Jesús, quedaron consternadas por no haber encontrado en él el cuerpo del Señor: en esto se les aparecieron dos personajes con vestiduras resplandecientes, que eran dos ángeles, y les comunicaron que el Salvador había resucitado. Bouguereau, el ilustre pintor francés, uno de los más geniales defensores de la tradición artística en Francia enfrente de las tendencias revolucionarias modernas, ha tratado este asunto con la maestría que le caracteriza, con esa corrección en el dibujo, con ese vigor en la pincelada, con esa verdad de expresión y actitud en las figuras, con ese conocimiento de los efectos artísticos que sólo poseen los grandes talentos. Su obra, además de estas cualidades técnicas, demuestra un respeto profundo á las exigencias de lugar y tiempo y un estudio acabado de cuantos elementos son indispensables para que éstas queden satisfechas.

***

La Anunciación, cuadro de Alfredo Agache. – Agache es sin duda alguna uno de los pintores franceses más originales, y de ello son buena prueba algunas de sus pinturas que hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, como *Peonías* y *Vanidades mundanas.* Ese mismo sello de originalidad lo vemos impreso en el que hoy reproducimos, siendo esto tanto más meritorio cuanto que el asunto ha sido tratado infinidad de veces y de cien distintos modos, á pesar de lo cual Agache ha sabido encontrar una forma nueva para representar el momento en que el Angel anunció á la Virgen el misterio de la Encarnación.

***

Mater Dolorosa, cuadro de Pedro Borrell. – Discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, es hoy una de nuestras más legítimas glorias artísticas y uno de los maestros más respetados: él ha sido quien ha formado con sus sabias enseñanzas á la mayor parte de los pintores jóvenes que, como Román Ribera y otros no menos famosos, tan alto han puesto el pabellón artístico de nuestra región y tan merecida nombradía han conquistado en el mundo del arte. D. Pedro Borrell ha cultivado todos los géneros pictóricos, pero su especialidad son los retratos y las pinturas religiosas, géneros éstos en los cuales ha ejecutado obras que no vacilamos en calificar de maestras, aun á riesgo de ofender su modestia exagerada, que es, por decirlo así, la cualidad distintiva de este ilustre artista. Para los pocos que no conozcan lo que vale el Sr. Borrell sirva de muestra la hermosísima *Mater Dolorosa* que reproducimos y que por su expresión del más puro misticismo y por su intachable factura recuerda las obras de los grandes clásicos que en la religión se han inspirado para legar á la posteridad obras de imperecedera valía.

LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

Sabido es que desde hace muchos años ha logrado M. Lippmann la fotografía de los colores; mas como desde entonces se han realizado nuevos progresos en este hermoso descubrimiento, creemos interesante exponer, aunque á grandes rasgos, el estado en que este problema se encuentra actualmente y decir algo de lo que de él puede esperarse en lo porvenir.

Después de haber fotografiado los colores simples del espectro, M. Lippmann ha reproducido los colores compuestos de los objetos naturales, como por ejemplo, banderas, flores, frutas, ventanales polícromos, etc., empleando unas veces la albúmina simple y otras el colodión Taupenot. Los antiguos procedimientos se prestan perfectamente á la reproducción de los colores con tal de que la capa sea transparente, condición teóricamente necesaria: esta transparencia se obtiene sencillamente reduciendo á la mitad la cantidad de sal de plata formada en la capa é indicada en las antiguas fórmulas. Así, pues, la albúmina debe contener medio por 100 en vez de uno por 100 de bromuro de potasio.

La única dificultad consiste en obtener un isocromatismo perfecto. Si se quiere que todos los rayos simples alcancen de una sola vez, es decir, con una *pose* única, su valor, es preciso que la sensibilidad relativa de la placa para las diferentes partes del espectro sea la misma que la del ojo, pues de lo contrario los colores compuestos, especialmente el blanco, se alteran. La duración de la *pose* es de un cuarto de hora al sol.

Los Sres. Lumiere, que han utilizado muy hábilmente los procedimientos de M. Lippmann, han fotografiado con el mejor éxito ventanales, cromolitografías, paisajes del natural y también retratos, habiendo empleado exclusivamente un gelatino-bromuro transparente que han obtenido poniendo un bromuro alcalino en presencia de una sal de plata y de un exceso de gelatina: la emulsión contiene cinco veces más de gelatina que de bromuro de plata. El isocromatismo, que era también la única dificultad en este procedimiento, es perfecto en las hermosas pruebas de los Sres. Lumiere, como lo demuestran los blancos, que son brillantes y tan variados como en la naturaleza. El tiempo de exposición al sol era en los primeros experimentos, efectuados hace algunos meses, de treinta minutos; en la actualidad es de tres á cinco.



Mater Dolorosa, cuadro de Pedro Borrell

Tales son los nuevos resultados obtenidos, que bien merecen ser calificados de notables. Las fotografías en colores han sido examinadas en París por la Sociedad de fotografía, por la Academia de Ciencias, por los individuos de la Asociación científica y por la Sociedad de Artistas Franceses, las cuales corporaciones han felicitado á M. Lippmann por su descubrimiento.

La fotografía de los colores es actualmente un problema resuelto, pero falta aún perfeccionarlo mucho. Los progresos que se han de realizar son: disminuir el tiempo de exposición, obtener con seguridad placas bien isocromáticas y tirar pruebas sobre papel, cosas todas posibles en teoría, pero hasta ahora difíciles en la práctica.

Las pruebas en colores no son visibles sino bajo un ángulo de reflexión regular; pues no siendo con esta incidencia sólo se ve un negativo ordinario gris negro: cuando no se las examina en estas condiciones, las partes correspondientes al blanco son sumamente negras.

En esto hay una gran ventaja, cual es la imposibilidad de retocar los clisés. Los retoques en color se verían en todas las incidencias y se destacarían sobre un fondo negro mirando bajo un ángulo cualquiera fuera de la incidencia regular.

M. Lippmann ha construído un aparato especial para ver las fotografías en colores á la incidencia que se quiera: consiste en una linterna, que es un mechero de gas con lente que produce un haz paralelo. M. Lippmann emplea un mechero Auer para que la luz sea más blanca. El rayo luminoso es proyectado sobre un sustentáculo que sostiene el clisé fotográfico, cuyas dimensiones y aspecto son las de las fotografías sobre cristal para proyecciones. Entre el clisé y el observador que mira á través de un diafragma exactamente fijado en el foco hay una lente biconvexa, que puede, sin embargo, suprimirse empleando unos gemelos de teatro ó mirando sin auxilio de nada de esto. Para mirar la fotografía con este aparato hay que ponerse en la dirección del rayo regularmente reflejado. Cuando se utilizan los gemelos de teatro los colores aparecen muy limpios, produciendo la ilusión de que se ve el mismo paisaje fotografiado.

En el laboratorio de la Sorbona hemos podido admirar los clisés de fotografías en colores obtenidos por M. Lippmann: algunos paisajes de los Sres. Lumiere son incomparables; en ellos se ven las flores, el cielo, los prados, todo con sus colores propios, pareciendo al mirarlos que se contempla la naturaleza misma. – G. T.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 26 de marzo de 1894 — Núm. 639



LA AGRICULTURA Y LA ABUNDANCIA, grupo colosal de Gustavo Eberlein



LA OBRA DIVINA

La sociedad cristiana conmemora en estos solemnes días el sacrificio del Dios-Hombre que la dió vida. El espíritu de aquel inolvidable misterio que hizo brotar en la tierra un manantial de eterno amor y de caridad eterna, se esparce hoy sobre las naciones hijas del Evangelio; acalla en su seno la voz de los frágiles intereses que las agitan; eleva su corazón y sus miradas al cielo, y las hace prosternarse con recogimiento inefable ante el sepulcro del mártir del Calvario y que sirvió de cuna al hombre redimido.

Cuando este día, cuando esta hora llegan, los afectos perecederos que nos encadenan á la existencia huyen á esconderse en la sombra de un justo olvido. Parece como que un aura de vida viene á refrescar nuestras ardorosas frentes. Parece como que un lenguaje divino viene á modular á nuestros oídos los ecos de una inmortal esperanza. Parece como que una sensación sobrehumana viene á concedernos por un instante el don de sentirnos en la plenitud de una grandeza espiritual, cuya expresión intentaría inútilmente la débil palabra humana.

¡Ah! Sí; hoy es el día de aquel dolor supremo á que va unida una alegría imperecedera. Hoy es el día de aquel amor que nos dió á todos el abrigo de un mismo consuelo. Hoy es el día de aquel perdón que devolvió á la frente del ángel caído, peregrino en la tierra, los destellos de su primitiva pureza. Hoy es el día en que cada fibra de nuestro corazón no debe agitarse sin producir una armonía cariñosa. Hoy es el día en que el acento de una filial gratitud, borrando de la memoria, ese libro del alma, todas las páginas en que están escritas nuestras miserias y nuestras faltas, debemos acudir al maternal regazo de la Iglesia de Pedro, y prosternarnos para escuchar la voz de sublime tristeza que hace veinte siglos llena los ámbitos del mundo.

Veinte siglos hace, la humanidad llegaba cansada al límite de una civilización estéril. Perdida por ella en la sombra de los tiempos la fe de Israel, habíase inclinado con la avidez inútil de una verdad eterna ante los ídolos orientales; la había buscado en vano en el falso espiritualismo del genio helénico; la había sentido en vano palpitar como un presentimiento en la voz de Platón. Y aquella Roma que intentó simbolizar la unión social del mundo; que había recibido de manos de la bella Grecia la lira de oro del arte clásico; que había esparcido sobre la faz de dos continentes los raudales de su portentosa inteligencia; aquella Roma fallecía en brazos de una corrupción horrible, desesperando de hallar la palabra ansiada, la suspirada verdad celeste, cuya ausencia era el vacío en que se sepultaba su inmenso imperio.

Entonces, sin embargo, y en el seno de aquel Oriente que presenció las primeras escenas de la vida universal, suena la palabra que debía estremecer de íntimo contento al mundo; brilla en los labios de un ser humilde y compasivo la verdad anhelada. Al acento de aquella palabra nunca oída, de aquella verdad nunca revelada, de aquella buena nueva por tantas generaciones apetecida, doblan los déspotas su altiva frente, alzan serena y radiante la suya la pobreza y el infortunio, caen de sus deleznables pedestales todos los ídolos de la historia, y cuando en la cumbre del Gólgota, acompañado con ansias dolorosas por la naturaleza, expira en la Cruz el que había dicho al hombre: *Ama á tu enemigo,* la tierra se vió convertida en un gran trono que vino á ocupar una deidad de melancólica hermosura, cuya mano señalaba al cielo: la Virtud.

En el horizonte del porvenir brilló la estrella evangélica con ineclipsables fulgores. Doce hombres, de santa y sencilla humildad, llevaron á las naciones la doctrina del Crucificado, sin otras armas, sin otra compañía, sin otra fuerza que su fe. La obra de nuestra redención estaba cumplida, realizada la promesa de los Profetas; el hombre, sólo hasta entonces en el seno de una naturaleza que había ocupado vanamente con las creaciones de su intranquilo espíritu, sintió alentar en lo recóndito de su ser un principio divino que le reveló su origen y su porvenir; el sueño de todos los paganismos, de todos los fanatismos se disipó ante un sol de verdad, y la existencia humana, momento que transcurría en la aspiración insensata del placer que guardaba una esencial amargura, se transformó en la hora aceptada de un dolor que sirve de crisálida á una bienandanza infinita.

Nacieron un nuevo hombre inteligente, un nuevo mundo, una sociedad nueva; el hombre del cristianismo, la civilización y la sociedad cristianas. Su obra de veinte siglos es la obra del Maestro Divino que nos unió á todos en un mismo amor, en un mismo derecho por la igualdad, en una misma esperanza por la inmortalidad. Es la obra de esta civilización que ha hecho del corazón del hombre el trono de la amorosa compañera de sus días, enalteciendo por la abnegación y la castidad al poema vivo de la ternura: á la mujer. Es la obra de esta civilización que ha roto para siempre las cadenas del esclavo, que ha dado inmenso vuelo al principio espiritual del arte creador de la Catedral é inspirador de Murillo. Es la civilización que ha convertido al hombre en generoso y perfectible instrumento de ese progreso intelectual y material, hacia cuyos esplendorosos horizontes camina con actividad incansable, llevando en sus manos el cetro de la ciencia.

Nosotros, los que hemos venido á respirar el ambiente de esa civilización, de esa creencia derramada hace dos mil años sobre la faz de la tierra y cada día más fecunda en ella; nosotros, los que tenemos una patria á cuya existencia ha servido esa creencia de idea generadora y de adalid invencible; nosotros, los que vivimos hoy con el espíritu de la gran nación que aparece en el cielo de la historia como uno de los astros que mejor han reflejado la luz del sol evangélico; nosotros, los que somos herederos de la España que en nombre de la idea cristiana salvó á la Europa en una lucha de siete siglos; nosotros, los que hemos recibido de nuestros mayores esa fe, savia de nuestra nacionalidad, bien podemos y debemos hoy asociarnos cariñosa y profundamente al sagrado sentimiento con que el mundo cristiano conmemora el cruento sacrificio del Calvario. Hoy es el día de un dolor, de un amor y de un perdón supremos. ¡Paz á nuestras discordias, tregua á nuestras luchas, olvido á nuestros rencores! La fe de nuestros padres, que hemos de transmitir á nuestros hijos, nos llama á escuchar, con el recogimiento de una salvadora aflicción, la voz de Aquel cuya preciosa sangre dejó escrito en la tierra el código inmortal de la libertad del hombre, el derecho inmortal de la virtud y de la inocencia.

S. LÓPEZ GUIJARRO

JESÚS DE NAZARETH

El estreno de la tragedia sacra de este título en el teatro de Novedades constituye sin duda alguna, no sólo el acontecimiento más señalado de la última temporada teatral, que esto sería bien poco tratándose de un período tan pobre en sucesos de esta índole, sino uno de los éxitos más ruidosos y más legítimos que en los teatros de Barcelona se han presenciado de algunos años á esta parte.

Todos los elementos de que dispone el arte escénico han contribuído á tal resultado, y así ha sido mágico el efecto producido: el poeta, el escenógrafo, el maestro y el dibujante de tal manera se han compenetrado y por modo tan maravilloso se ha identificado cada uno con el pensamiento de los demás, que la obra, tal como ha sido puesta en escena, ha ofrecido un conjunto armónico de proporciones perfectas y admirablemente equilibradas.

La producción de Guimerá es hermosa: en ella aparece una vez más en toda la fuerza de su genio el poeta grande en concebir, sobrio en el desarrollo de su concepción y clásico en la forma de expresarla que el mundo literario ha admirado en *Gala Placidia*, *Judith de Welp* y *Mar y cel*. Con *Jesús de Nazareth* ha acometido una empresa llena de dificultades; el asunto tratado era escabroso y como pocos expuesto á un fracaso, y sin embargo su triunfo ha sido completo: sujetando las alas de su fantasía, hase ceñido á los pasajes bíblicos que, por decirlo así, sintetizan la obra de redención de Jesucristo y á los hechos más culminantes de los últimos días de su vida terrena, y armonizando su inspiración poética con la verdad de las Sagradas Escrituras ha reproducido en esculturales versos casi las mismas palabras que los Evangelistas ponen en labios del Divino Maestro cuando con frase sencilla y gráficas parábolas exponía sus sublimes enseñanzas.

Nadie negará que la figura del Dios-Hombre se empequeñece trasladada á la escena; pero forzoso también es convenir que dentro de esta limitación fatal el Jesús de Guimerá resulta todo lo grande que el convencionalismo teatral permite.

No hemos de hacer una crítica extemporánea de la obra ni de enumerar la serie de cuadros que la componen: para lo uno carecemos de competencia, para lo otro nos falta espacio. Basta á nuestro objeto con añadir á lo dicho que las escenas y los trozos más culminantes del drama son el relato de la muerte del Bautista, la descripción de Jerusalén, la escena de Jesús y los niños (que es de un efecto sorprendente), la profecía de la destrucción del templo, el arrepentimiento de San Pedro después de haber negado al Salvador, el diálogo entre Jesús y Barrabás en la prisión del Pretorio, la entrevista de la Virgen y Jesús y las escenas del camino del Calvario.

Guimerá ha obtenido, pues, un nuevo triunfo, y el tesoro de nuestra literatura regional se ha enriquecido con una nueva joya de gran valía: los amantes de Cataluña estamos de enhorabuena; los que veneramos á la patria chica, sin olvidar á pesar de ello ni por un momento á la patria grande, nos sentimos orgullosos de éxitos como el últimamente alcanzado por nuestro gran poeta, porque los estimamos como el medio más poderoso para demostrar á nuestros hermanos lo que somos, lo que valemos y lo que significamos en el movimiento intelectual de España, y para estrechar más, por el sentimiento de la admiración, los lazos que nos unen con la patria madre.

Ya hemos consignado que todos los elementos escénicos han concurrido al éxito extraordinario de *Jesús de Nazareth.*

Nuestros pintores escenógrafos más notables, Soler y Rovirosa, Moragas y Vilumara, han echado el resto, como vulgarmente se dice, en el decorado de la obra. De Soler son: la playa de Cafarnaum, paisaje de poética belleza; un telón corto que representa una puerta de Jerusalén y un trozo de muralla, de maravillosa perspectiva: el sepulcro de Lázaro, de un efecto tétrico prodigioso y con verdadera prodigalidad de detalles de gran mérito; el Cenáculo, hermoso por su sobriedad y sencillez y la cárcel del Pretorio, de severas líneas y acertado colorido.

Moragas ha pintado el camino del Calvario, de vigorosa entonación; el Templo de Jerusalén, de grandiosidad imponente, y la apoteosis final, de hermoso efecto.

Al pincel de Vilumara se deben la casa de Lázaro; una calle frente al Templo, de brillante colorido, y el campo de Acéldama, de indefinible tinte melancólico.

Los grabados que publicamos en las páginas 196 y 197 permitirán á nuestros lectores formarse una idea, aunque pálida, de la belleza de esas decoraciones.

Los figurines del Sr. Labarta, de entonación y propiedad perfectas, y algunas piezas musicales del joven maestro Sr. Morera, tan sencillas como inspiradas é impregnadas de color local, completan el bellísimo conjunto que ha podido admirar el público barcelonés en el teatro de Novedades, cuya empresa merece plácemes sinceros por no haber escaseado medio ni sacrificio alguno para presentar un espectáculo digno bajo todos conceptos de entusiasta aplauso. – A.

CORAZÓN

(CUENTO QUE PARECE FÁBULA)

A José Cubillo y Sanz

I

Terminada la carrera de ciencias en la Universidad de Berlín, no quiso el doctor Franz ser uno de esos sabios de biblioteca, pobres foliculario que no saben de la vida mas allá de lo que buenamente les cuentan sus libracos. Estudiar la naturaleza en todas sus manifestaciones, exhumar el recuerdo de pasados tiempos, contemplar de cerca tanta y tanta grandeza como yace olvidada entre el polvo del tiempo y el polvo del olvido, esos eran los propósitos del joven y rico doctor alemán.

Visitó el Egipto, primitiva cuna de la civilización, pudo desenmarañar los signos de su escritura ideográfica esculpidos en las suntuosas moles de granito de sus tumbas faraónicas, y quedó sorprendido del espíritu ferviente de aquellos hombres que se construían para la eternidad palacios gigantescos; en

Oriente leyó en los artísticos ladrillos de sus pagodas y mezquitas las máximas del Alcorán y cuanto la fantasía de los pueblos árabes ha producido; Persia, Asiria y la Media descubriéronle los secretos del poderío de sus imperios en los enrevesados ideogramas de su escritura cuneiforme; pero estos conocimientos no tenían para el doctor otro interés que el de aumentar su cultura: no le llevaban á ningún fin práctico.

Imbuído por una filosofía extraña á toda escuela conocida, Franz quiso descubrir el logos, el verbo, palabra ó signo de un algo que él no había encontrado en ningún códice ni en incunable alguno, pero que debía existir. La mitología pagana describe con el más seductor de los optimismos las fuentes de salud que por siempre conservaban incólume la hermosa juventud del cuerpo á los que bebían de su agua milagrosa.

Empeño loco y disparatado era buscar estas fuentes: encontrar en la naturaleza un equivalente á tales prodigios acercábase algo á la realidad. «Si junto al veneno se encuentra el antídoto, si al lado de la muerte palpita de continuo la vida, si en el universo — discurría el doctor — todo está equilibrado con inimitable armonía, debe de existir un principio de virtualidad que no altere la arcilla humana á través de los años de vida.» No es que él pretendiera el sostenimiento á perpetuidad de la Psiquis que mueve nuestro ser corpóreo; pretendía la juventud eterna dentro de la existencia prefijada á los mortales en el libro del Destino.

Obsesionado por esta idea, recorría el mundo de parte á parte en busca del soñado elixir.

Y al cabo de los años, el sabio berlinés vió con desconsuelo que su rostro se arrugaba, sus cabellos encanecían, encorvábansele las espaldas y poníansele temblorosas las piernas.

Y de la milagrosa panacea no había ni señales...

II

Acurrucado al pie de un cinamomo secular, en pleno bosque indio, hablaba al doctor Franz un fakir ó sacerdote mendicante, parecido á una momia mal encubierta en unos harapos.

Decíale en sánscrito, la antigua lengua del culto sacerdotal de la India:

— He oído, Prangui (1), con el silencio de la piedra, el deseo que te anima. Serás servido. El gran Brahma quiso que yo leyese en los himnos sagrados de los Vedas la interpretación fiel de su omnisciente voluntad.

Indra, el sol, es la divinidad que preside á la formación del universo: el primer hombre fué hijo del rayo, el alma del mundo es solo fuego. Mi cabeza se ha doblado sobre las leyes del sabio Manú, mis ojos han sido escaldados por la lectura del Mahabhárata. Sobre mi cuerpo han caído muchísimas veces las rosadas vacas de Indra (2).

Puedo hablarte como hablan los ancianos de mi casta: mi boca es la verdad, mi cabeza es la razón.

El gran Brahma habla en mí.

Lo que nos mantiene la vida es el fuego interno que arde en nosotros.

Prangui, á sostener ese fuego debo prestarme: la juventud será para ti una aurora: la noche será tu muerte.

Un joghis que contaba más de un siglo de penitencia austera me llamó para auxiliarle, á la hora en que el espíritu se despide del cuerpo.

Escrita en hojas de palmera me entregó antes una revelación.

Visnú habíale soplado á la oreja su voluntad.

El hombre podía disfrutar durante su vida de la juventud.

Las cortezas del ponna y del sek habían de ser hendidas por el filo del hacha bendecida por un bracmán.

Destilarían los árboles un líquido sangriento, siempre que el que lo recogiese fuera puro de cuerpo y de espíritu.

Yo realicé esta operación y mezclé el líquido con sangre de tigre y con el jugo de las plantas que indicaban las hojas de palmera del joghis.



(1) Así designan en la India á los europeos.
(2) Lluvias.



Lección de canto, cuadro de E. Blume

Franz escuchaba al fakir incrédulamente.

— ¿Y por qué has dejado que aniquile tu cuerpo la vejez?, replicó.

— Prangui, el destino hace que él que busca la juventud no pueda disfrutarla... Este elixir sólo tiene virtud para el extranjero. Brahma quiere que los incrédulos vuelvan hacia él los ojos en vista de la inmensidad de su poder.

Ven esta noche á la pagoda. Después de hacer la ofrenda á Visnú te regalaré una anforita del elixir... Tu cuerpo viejo recobrará sus bríos, tu epidermis se desarrugará y quedará tersa y lozana.

He de advertirte que sólo tú puedes hacer uso del elixir... Para los demás no sirve... Unicamente si quieres apreciar sus efectos en otra persona, verás como queda dormida con un sueño parecido á la muerte... Podrás arrancarla las entrañas si quieres, y luego, volviéndolas á colocar en su sitio, recobrará la vida sin que padezca el mas mínimo desarreglo.

III

El fakir cumplió su palabra.

El sabio berlinés entró en la pagoda sexagenario y salió de ella joven.

Visnú había realizado en un simple mortal uno de sus *avatares*.

El elixir famoso no era un mito.

IV

El elixir, al realizar el milagro, había hecho al doctor un mal servicio.

Despertó en él una ansia ardiente, un sentimiento para él totalmente desconocido: el amor.

Siempre impulsado por aquella filosofía suya divorciada en sus principios con todas las conocidas, sintió un gran desaliento al ver que su ciencia no había analizado aún á la más bella mitad del linaje, que no tenía el menor punto de conexión con aquel otro materialísimo que le robó las primicias de su vida... El doctor quedó anonadado al reconocer su tamaña ignorancia.

Fausto, enamorado de Margarita, acudió al genio del mal, para que, remozándole, le regalase el amor de una mujer tan pura como bella: Franz no había necesitado del diablo para su metamorfosis; pero si eso estuviera hoy en uso, se entregaría á él con tal de que le ilustrase acerca de lo que es amor, de lo que es una mujer.

Metido en estas cavilaciones que le hacían pasar las noches en claro y en turbio los días, á sus solas, revolvía el alemán infolios y libros, consultaba todos los autores, y cada vez con mayor ansia de ser correspondido en aquel afecto suyo que henchía su alma con emociones vagas, dulces, tiernas, miraba con ojos de rabiosa curiosidad á cuantas mujeres hallaba al paso, mirábalas á los ojos y cada vez veía más cerrados los ventanales de sus almas... Y es que el alma de la mujer no se asoma á los ojos, como pretenden los incautos.

Nuestro sabio topó al fin con un librote de pergamino que tenía esta advertencia, que él creyó luz que le iluminaría para encontrar lo que tantas malas noches y vigilias le costaba hallar:

«Busca el corazón de una mujer, analízalo y sabrás cómo ama.»

Y Franz, aprovechando el consejo, emperejiló á lo sabio, es decir, desmañadamente, su seudo-juvenil persona y dióse á buscar una mujer...

La encontró.

Y lo que es más notable, aquella mujer que poseía todas las seducciones de la materia y todos los encantos del alma le aseguró en una hora de amor que su corazón palpitaba por él como nunca palpitó por hombre alguno.

Era una realidad la mujer que el doctor forjó en la turquesa de su pensamiento, para ser amado como él quería serlo.

V

Aquel sabio, nunca satisfecha su sed de ciencia, quiso saber un imposible: conocer el corazón de la mujer que idolatraba; aún más: quería ver lo que encerraba, compulsar él mismo las afirmaciones que acerca del corazón femenil decían sus autores predilectos, hallar la verdad en aquel caos de opiniones favorables y adversas que van siempre aparejadas cuando se habla del eterno femenino.

¡Ah! De algo había de servirle el maravilloso licor regalado por el fakir.

Obsesionado hasta la locura por realizar su estrambótico análisis, una noche atrajo á su laboratorio á la mujer de sus amores.

Encontrábase ya todo dispuesto para la realización de aquella fantasía de sabio: un potente foco de luz eléctrica, suspendido en el centro del gabinete, lo iluminaba como si fuera pleno día: múltiples caloríferos de agua hirviente producían una temperatura mucho más elevada que la de la India: el termómetro marcaba más de los cien grados: una atmósfera asfixiante.

En *Avatar*, genial obra de Gautier, el viejo doctor Cherbonneau, al realizar el cambio de espíritus entre los dos protagonistas de la obra, no pudo experimentar mayor emoción, mayor ansia ni interés más grande que aquel viejo joven que iba á arrancar un corazón palpitante de vida para sorprender en él un latido amoroso.

Magnetizó á su amada, y con la pulcritud de una madre la despojó de sus ropas.

***

El cuerpo de la joven descansaba á todo lo largo sobre una mesa de mármol: el foco de luz eléctrica caía de lleno sobre su cuerpo virginal.

Parecía una gigantesca rosa de te caída sobre la nieve.

En aquel momento supremo no existía en Franz el amante; sólo el sabio, un joven — casi un niño — que iba á realizar una empresa digna de ser glosada en los mentirosos anales de la brujería.

Franz dió toda la llave á los caloríferos: sus bocas vomitaron sobre el laboratorio bocanadas de aire cálido, abrasador, que congestionaba los pulmones.

Hecha esta operación preliminar, el berlinés vertió sobre la palma de la mano unas gotas de elixir y friccionó la frente, los labios y el lado del corazón de su amada: la epidermis fué coloreándose, coloreándose, hasta quedar roja como una brasa encendida.

El doctor, con los ojos fijos en la mujer, ofrecía un aspecto extraordinario: parecía presa de un terror sin nombre. ¡Si la operación fracasaba, la muerte de la mujer era inevitable!

Gruesas gotas de sudor inundaban el rostro del sabio al comprobar las predicciones del fakir: la joven



Decoraciones de la tragedia sacra **JESUS DE NAZARETH.** - El cenáculo. - La prisión de Jesús. - El sepulcro de Lázaro. - Murallas de Jerusalén. - Playa de Cafarnaum

Pintadas por Francisco Soler y Rovirosa



Decoraciones de la tragedia sacra JESUS DE NAZARETH. – El campo de Acéldama en las afueras de Jerusalén (del Sr. Vilumara). – **El templo** (del Sr. Moragas).
La casa de Lázaro (del Sr. Vilumara). – **Apoteosis. – El camino del Calvario** (del Sr. Moragas).

ofrecía los síntomas propios de la catalepsia: los músculos acusaban la rigidez tetánica y la posición del cuerpo era la misma en que fué colocado antes de friccionarle con el elixir.

Tuvo Franz un momento de angustiosa vacilación, pero resolvió arriesgarse hasta lo último. El fakir habíale dado toda clase de seguridades, podía arrancar impunemente la entraña y volver á colocarla sin producir la más mínima lesión al organismo vital...

. . . .

Iba ya á realizar sus designios, cuando al posar sus manos sobre aquel cuerpo que parecía amasijo de rosas caldeadas por el sol, sintió un estremecimiento, como si recibiese la impresión de una ducha de agua nieve: el escalpelo se le cayó de las manos, y con la ansiedad de un hidrópico sus labios posáronse en los de su amada... Fué aquello el impulso del hombre enloquecido por la pasión que se rebela por vez primera con todos los ardores de la juventud. La contemplación de aquella virginal durmienta hízole olvidar su ciencia estúpida y sus necios experimentos...

El sabio sentíase por siempre amante y rendía devoción al ídolo.

Y el ídolo – ¡pese á las maravillas del elixir de todos los fakires! – al recibir la impresión de aquel beso volvió á la vida, y volvió para sostener – amante – el más dulce de los idilios.

– ¡Ya sé lo que es la mujer!, decíase gozoso el sabio berlinés. He sorprendido el momento más sublime, más real y más hermosísimo en la psicología femenil.

Y por Dios, señores, que para llegar á este *¡Eureka!* no es preciso ser sabio ni pasarse en Oriente lo mejor de la vida.

Alejandro Larrubiera

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL EXPEDIENTEO

– Felices, señores. ¿Es esta la mesa donde me han de despachar?

– Señora, para despacharla á usted cualquier mesa sirve.

– Quiero decir si aquí me darán razón de mi negocio.

– ¿Y qué negocio es ese?

– Mi pensión...

– Como no se explique usted más...

– Ya voy, hijo, que no soy costal de trigo. En el año 33, mi difunto, que santa gloria haya, era correo de gabinete del infante D. Sebastián...

– Vamos, eso es un caso de historia antigua. Cuente usted, señora, que aquí somos muy aficionados á las crónicas de la Edad media.

– Pues, como iba diciendo, se murió...

– ¿Quién, el infante?

– No, señor, mi difunto (que santa gloria haya)

– ¡Ah! ¿Conque el difunto se murió?

– Sí, señor, y yo me quedé viuda.

– ¡Hombre, qué cosa más rara!

– Pues bien: yo tenía derecho á una pensión de diez reales diarios, que me pagaban..., es decir, que debían pagarme...

– No prosiga usted, eso no es aquí.

– ¡Si me ha dicho el portero que en esta mesa es donde!.

– Pues está usted equivocada.

– Si el portero me ha dicho...

– No hay portero que valga.

– Pues si...

– Es en el piso de más arriba, una mampara verde...

– ¿Y me recibirán los de la mampara? Porque para entrar aquí, hace dos horas que estoy en la antesala.

– Yo qué sé.

– ¡Ay, hijo, como soy una vieja en ninguna parte me atienden! ¡Cuando era joven todas las mamparas se abrían en seguida!

* * *

– ¿El oficial del negociado?

– Servidor de usted.

– Traigo esta tarjeta del Excmo. Sr. marqués de la Guardilla para que se me sirva bien y pronto, y además este volante del general Charanga.

– En seguida. A ver, portero, una silla á este señor.

– No se moleste, me voy al momento, que va á comenzar la sesión del Congreso.

– Usted dirá...

– Vengo á ver en qué sentido ha informado usted el expediente sobre los terrenos de Puerto-Castaña.

– Pues en sentido negativo á los concesionarios ingleses.

– ¡Hum! ¿Conque en sentido negativo, eh?

– Sí, señor.

– Pues amigo mío se ha equivocado usted.

– ¡Señor mío!

– No hay señor mío que valga. Lo digo yo porque lo dice también el señor marqués y lo confirma el general.

– (¡Ojo!) Mire usted, yo, de acuerdo con el informe primero...

– Ese informe es una barbaridad, que le ha costado cara á su autor.

– Pero...

– No hay pero ni camueso. Vamos á ver cómo se arregla eso.

– No veo medio.

– Usted no ve nada, pero yo sí.

– Pues usted dirá.

– Va usted á pedir datos, para resolver con más antecedentes, á la «Junta general de Abonos artificiales;» de allí vendrá un informe, y de acuerdo con él propone usted lo contrario de lo que proponía. No es esto que yo quiera ejercer presión de ningún género sobre usted; pero como tengo el asunto entre manos lo conozco al pelo y debo ilustrar á usted.

– Sí, sí, comprendido.

– Entonces hasta más ver, querido. Ya volveré. Dígame usted, ¿le parece que ganaremos el asunto?

– ¡Oh, indudablemente!

* * *

– Adiós, querido.

– V. E. por aquí. ¿En qué podemos servirle?

– Vengo á que usted me diga lo que hay en el asunto de Puerto-Castaña. ¿Puede usted enseñarme la nota de secretaría?

– (¡Gran Dios, qué nuevo lío!) Mire V. E...

– Apee usted el tratamiento, amigo mío.

– Pues bien: este es el proyecto de nota, pero no es definitivo.

– ¿Y por qué no es definitivo?

– Porque... (¿qué diré yo, Señor?), porque... el escribiente se ha equivocado y ha confundido dos minutas al ponerlas en limpio. ¡Tenemos unos auxiliares tan malos!

– A ver, á ver. ¡Bravo! Pues si está muy bien... ¡Firme, firme con los concesonarios ingleses; son unos tunos que querían hacer negocio, lo cual sería una injusticia de esas que claman al cielo, porque saldríamos perjudicados los antiguos accionistas! ¿Y dice usted que este dictamen no es definitivo?

– (Hace una hora sí que lo era.) Como ya he dicho á usted antes, el escribiente ha hecho ahí una confusión atroz y se ha olvidado una cuartilla en la cual el negociado propone que antes de resolver definitivamente se oiga á la Junta de Abonos artificiales.

– ¡Pero eso es un desatino! ¡Si eso es improcedente á más no poder! No, no proponga usted eso, porque el director le va á dar á usted un trepe que ya, ya.

– Hombre, pues tendría gracia.

– Nada: conque quedamos en que este dictamen será definitivo. Yo no sé por qué quiere usted deslucirlo pidiendo informe á nadie. Estoy por asegurarle que así que el subsecretario lo lea le asciende á usted. Yo le hablaré también, y da usted el salto *á doce*.

– Mire usted, el salto que yo voy á dar es el salto mortal.

– ¿Por qué?

– ¿Por qué? Yo me lo sé.

– No comprendo...

– ¿Por qué no se pone usted de acuerdo con el general Charanga y el marqués de la Guardilla?

– ¡Usted está loco! Si esos son nuestros más mortales enemigos. Si los ingleses les han prometido dos millones, si el asunto se falla á su gusto. Pero no importa, me sobra influencia y dinero para aplastarlos como una sabandija. Me voy á ver al ministro. ¡Abur!

– Vaya usted con Dios. Siempre resultará que la sabandija aplastada seré yo.

* * *

– Ya está aquí este cargante majadero. En que pensará el bárbaro del portero que lo ha dejado pasar.

– Beso á usted la mano, señor contador. (No contesta, bueno.) ¿Qué tal va, señor contador? (continúa la sordera.) Señor contador, buenos días. Señor contador, está bien la...

– ¿Qué quiere usted? Despache usted en seguida, que tengo mucho que hacer y no puedo oir impertinencias.

– (No eres tú mala impertinencia.) Pues venía á saber cuándo se ordena el pago de...

– Nunca. ¿Lo oye usted bien? Nunca.

– Pero, hombre, eso es un trabucazo que usted me dispara á quemarropa. ¡Nunca! ¡Ahí es nada! Pues mire usted, si usted no me despacha nunca, me tendrá usted ante su vista siempre: ¿lo oye usted bien?, siempre.

– Por echármelo á usted de encima soy capaz hasta de qué sé yo.

– Sí, sí, capaz de todo menos de ordenar el pago.

– Pero, hombre, ¿cómo se ha de ordenar el pago si todos los documentos que usted ha traído son unos papeluchos mojados?

– Pues el otro día dijo usted que todos estaban en regla.

– Pues hoy digo lo contrario.

– ¿Y qué tienen esos documentos de malo?

– ¿Usted se ha figurado que aquí somos abogados consultores de todos los desocupados?

– No, señor, yo no me figuro nada; lo que quiero es cobrar.

– Usted lo que quiere es que yo me vuelva loco.

– (¡Ojalá!) No, señor, yo lo que quiero es...

– Ya lo sé, cobrar, cobrar y cobrar.

– Sí, señor, eso, eso y eso.

– Basta de conversación. Traiga usted los justificantes en regla, extendidos en papel sellado, y veré el modo de...

– Ya estoy: mañana traeré los justificantes por décima vez, y usted verá... el modo de que me muera de hambre. Hasta mañana, pues, señor contador.

* * *

– ¿Se *puee* pasar?

– Adelante quien sea.

– *Güenos* días. ¡Cáspita, qué calentico está esto! ¿Están ustedes *güenos*?

– ¿Qué quiere usted?

– Yo soy el tío Carrasco de la Nava, *pa* servir á Dios y á ustedes.

– Y ¿qué?

– Qué, ¿no me conoce usted?

– No, señor.

– ¡Hombre, *pus* si hace dos meses estuve aquí!

– Las señas son mortales.

– Yo soy *cuñao* del alcalde y sobrino del tío Panza el de arriba.

– Pues ni conozco á Panza arriba ni á Panza abajo.

– No, señor; yo no tengo *na* que ver con Panza el de abajo, ni parientes *semos*; ese Panza es un pillo, que si no *juera* porque es *almenistraor* del marqués, ya lo hubiéramos *arreglao* en el ayuntamiento...

– Toda esa música celestial se la guarda usted para tocarla en la Nava, porque nosotros no tenemos tiempo para oirla. ¿Está usted?

– *Güeno*, señor, *güeno;* que ya voy á mi pleito. Yo presenté aquí un memorial hace dos meses y quería saber cómo está de salud.

– Y ¿sobre qué era ese memorial?

– ¡Toma!, pues sobre mi pleito del conejar.

– Gracias á Dios que ha dicho usted algo. Pues el asunto está lo mismo que estaba.

– *¡Dempués* de dos meses!

– Y de aquí á dos siglos estará lo mismo, porque no se entiende lo que usted dice. Si el memorial de usted parece un logogrifo.

– Pues, mire usted, el caso es muy sencillo. Mi tía Bárbara tenía un conejar, y el año treinta y cuatro, digo no, el treinta y seis..., tampoco, fué el año en que Cabrera vino hacia Molina; coge y que hace, *pus* hizo una zanja, *asina*...

– Haga usted el favor de dejar las reglas, que para hablar no se necesita tocar nada de la mesa.

– Usted perdone. Pues la zanja salía al coto del Tuerto y Panza, el de abajo, que había vuelto de la *faición*, porque siempre ha sido muy realista, al contrario de Panza, el de arriba, que es más liberal que Riego...

– Basta de filosofías, señor Carrasco, que todo eso no hace al caso.

– Pues el caso es que...

– Oiga usted. ¿En la Nava han votado ustedes en favor ó en contra del gobierno?

– En favor; si siempre hacemos lo que manda el gobernador.

– Pues, entonces, vaya usted á buscar al diputado de su distrito y él hará que ande el negocio; porque si no, ni usted se entiende ni nosotros tampoco. Conque ya lo oye usted y no moleste más, aquí está usted despachado.

– Mucho me temo que en casa del *diputao* también he de estar *despachao*. Conque *di* aquí á luego.

* * *

– Chico, ¿tienes mucho que hacer?
– ¿Quieres algo?
– De la oficina no, venía á decirte que todos los contertulios de Fornos estamos de fonda y habíamos pensado en ti...
– Y ¿á qué santo se debe esa juerga?
– A santa lotería. Nos ha salido premiado con veinte duros el décimo que le tomamos á la Macaria, y hemos dicho: pues vamos á comérnoslo, bebérnoslo y demás. De modo que... ¿te vendrás con nosotros?
– ¡Caramba! El caso es que hoy es día de firma y tengo la mar de expedientes atrasados y algunos son urgentes.
– Que te lo arreglen los auxiliares.
– Si ninguno ha venido, y luego son unos sinvergüenzas que no hacen nada.
– Mira que habrá boquerones y manzanilla.
– ¡Manzanilla! No digas más; al diablo los expedientes. Portero, á los que me busquen, que me he retirado indispuesto. Ya vendré mañana... si no cojo una indigestión.

A. DANVILA JALDERO

MODAS CULINARIAS

Generalmente solemnizamos los acontecimientos faustos comiendo.

Para festejar á un hombre, eminente ó no en política, comemos ó comen con el hombre sus amigos y cómplices.

Para celebrar el triunfo de un autor dramático, de un pintor, de un maestro compositor de música, de un matador de toros ó de un concejal, le «banqueteamos.»

Afortunadamente se se ha levantado una cruzada contra los brindis, por medida higiénica.

Eran innumerables las indigestiones y los cólicos de *Il Trovatore*, algunos seguidos de muerte, que ocasionaban los brindis de sobremesa.

Pero todavía «quedan brindis.»

Los oradores de postre se defienden; los poetas de gotas, que improvisan, en una semana ó más, composiciones «abusivas» al acto, no cejan.

Al fin de un banquete que presencié casi involuntariamente en un restaurant no ha muchos días, hubo chaparrón de quintillas, redondillas y peladillas.



Frutos otoñales, cuadro de A. Delobbe

Varios amigos y «correligionarios,» porque también eran sastres, de un maestro del ramo con portería abierta, le obsequiaban con una comida por haber terminado felizmente un terno para un criado de un ministro.

Tres prendas de color de tórtola, enamorada también como el parroquiano, que era de color de tórtolo.

La comida empezó á las siete de la tarde y los brindis á las nueve.

Los camareros tuvieron que despedir á los comensales á las cuatro de la madrugada, gritando:

– ¡Que se va á cerrar!

Disolver la asamblea.

Problemas diplomáticos, al parecer insolubles, han quedado resueltos satisfactoriamente en un banquete.

Lances de honor, ¡cuántos han terminado en mayonesa ó trufados ó en salsa picante!

«Y ese vicio de comer nunca se acaba,» como dice un filósofo modernista; pero hay casos excepcionales.

El hombre podrá abusar ó no abusar de los manjares, pero come ó muere.

Y come en compañía de los amigos, siempre que le invitan por lo menos.

Hay modas culinarias.

Restaurants de moda.

Platos de moda.

Y modos de comer de moda.

– Aquí son ustedes pocos los que comen en restaurant, me decía el dueño de uno de ellos, y menos los que saben comer.

Le dí las gracias, como era de justicia, por excluirme del grupo de los inteligentes.

– Así es, continuó el cocinero ilustrado, que lo mismo da poner á ustedes «salmi de faisán del Celeste Imperio,» que *ragout* de perro veterano.

– Lo mismo.

– Les da á ustedes por venir á comer en mi establecimiento, y es un gusto, porque puedo «correrme» y tratarles como no merecen la mayoría.

– Es usted muy atento.

– Es la verdad. Les da por repartirse entre varios restaurants, y se pierde dinero en los cubiertos. ¡Valientes parroquianos!

No supe si pedirle perdón ó estrellarle una botella en la cabeza.

En cada estación se da á ciertos platos la consideración de «platos más favorecidos.»

Ejemplos:

En noviembre las personas acomodadas «usan el cerdo» mayor de edad; en otras temporadas gastan la cría, ó sea el cochino infantil.



LOS MEMORIALISTAS. RECUERDO DE VENECIA, cuadro de Ricardo Madrazo



CURIOSIDAD, copia del cu…



En Navidad hay quien se excede con el pavo.

En Pascua de resurrección, con el cordero.

Aparte de estas modas, impuestas por las estaciones y por las costumbres, hay otras, impuestas por los cocineros de iniciativa en su arte.

En temporadas preparan la liebre «á la cazadora,» y en otras temporadas, «en salsa sombría.»

Tan pronto es de buen tono el pollo «á la Marengo,» como el pollo á la Pompadour.

Con las patatas patriarcales hacen diabluras con arreglo al último figurín.

Las ponen *soufflées, sautées, tortillées;* pero todo en francés, generalmente *guillotiné*.

En la manera de comer también hay diferencias notables.

– Que no se atreve uno á comer, jasta ve cómo se arrancan, que me decía el alcalde de un pueblo de Málaga, que vino á Madrid con una comisión, y tuvo que comer un día en un banquete con el ministro de la Gobernación y varios diputados y senadores.

– Que sacan un plato é pescao, añadía, y se quea uno sin saber cómo meterle mano: que sirven un plato e carne, y hay que torearle primero con teneor y aluego arrancarse por derecho con er cuchiyo. Pues ¿y las aves? ¡Ea!, que sin pensá echa uno los deos pa dividirla .. y se los chupa involuntariamente, y suerta to er mundo er trapo á reir. ¡Jesú! ¡Qué rato pasé!, me confesaba el alcalde. Me tocó una *corniz* que, vamos, no le fartaba más que dar los gorpes: viva der tó; por fin, que tuve que dejarla, diciendo pa mí: «¡Si estuviamos zolo los do!.. Y cuando salimo del restaurant me fí á otro pa matá la jambre á mi gusto.

La cultura, el progreso reforman hasta el modo de comer.

Y hay diferentes escuelas: desde el que come y acciona con el tenedor y el cuchillo desde el principio hasta el postre, hasta el que come los huevos á dedo.

– La última ¿sabe usted cuál es?, me preguntó un inteligente. Pues todas las personas principales comen ahora la sopa sin valerse de las manos; metiendo la lengua en el plato.

– ¿Como los perros?

– Es la última.

– Y lo último

EDUARDO DE PALACIO



La Agricultura y la Abundancia, grupo escultórico colosal de Gustavo Eberlein. – Este grupo forma juego con el que publicamos en el número 618 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y ambos están destinados á la escalera monumental del Museo de Stuttgart. Las mismas bellezas que observamos en *La paz es la fuerza de una nación* admíranse en *La Agricultura y la Abundancia;* en uno y otro las figuras tienen vida y movimiento, las formas son de una corrección perfecta, el modelado de una suavidad que encanta y el conjunto de una grandiosidad que asombra, y en uno y otro están perfectamente expresadas las ideas que simbolizan. Eberlein, además de ser uno de los mejores escultores berlineses, es uno de los que más producen, como lo prueba el que en dos ó tres años han salido de su taller, entre otras obras de menos importancia, una estatua colosal del emperador Guillermo I, un Genio de la Victoria, un león de grandes dimensiones, cuatro grandes relieves, una Vestal y los dos grupos de que nos hemos ocupado.

Lección de canto, cuadro de E. Blume. – Tanta naturalidad encontramos en este cuadro, tanta expresión en los rostros de esa madre y de ese hijo, que nos parece estar oyendo las notas emitidas por el rapazuelo de cara simpática é inteligente y compartimos el placer de la cariñosa maestra que sentada al piano escucha rebosando de satisfacción y orgullo las habilidades musicales de su niño. Pintura que tal efecto produce y que, además, llena cumplidamente desde el punto de vista técnico las exigencias del arte, bien merece ser calificada de notable, adjetivo que no vacilamos en aplicar á la bellísima obra de Blume.

Frutos otoñales, cuadro de A. Delobbe. ¡Cuán simpática es la figura de esta niña! ¡Cuán dulce la expresión de su carita bondadosa! ¡Cuan bien sorprendida por el artista su actitud! Si por sus obras puede adivinarse el temperamento de un pintor, el autor de *Frutos otoñales* debe ser hombre de carácter sencillo, de corazón abierto á todos los sentimientos apacibles, que responde á todas las emociones tiernas. En cuanto á su talento artístico, bien probado queda por la maestría con que está ejecutada la linda figura y la habilidad con que está dispuesto el fondo de pámpanos sobre el que se destaca.

Los memorialistas. Recuerdo de Venecia, cuadro de Ricardo Madrazo. – Otro bellísimo cuadro del distinguido pintor D. Ricardo Madrazo damos á conocer á nuestros lectores. Reproduce una de las costumbres venecianas, cual es la que significa el ejercicio ó profesión de esos amanuenses consultores, que en las plazuelas ofrecen sus servicios, mediante una módica retribución, á aquellos que infelizmente figuran en las estadísticas de todos los países entre los que no saben leer ni escribir. El cuadro del Sr. Madrazo vémoslo repetido en las ciudades españolas, y aparte del que pudiéramos llamar escenario, las figuras y actitudes de cada grupo parecen copiadas en nuestro país. La obra es verdaderamente recomendable, y como todas las de este discreto artista, descuella por el sello de distinción, que aun tratándose de escenas y tipos reales, no olvida ni descuida, ya que considera que arte y belleza son sinónimos.

Curiosidad, cuadro de Hanns Fechner. – De este vicio ó defecto de las mujeres, sobre todo de las mujeres enamoradas, ha tomado Fechner asunto para el cuadro que reproducimos. Que se trata de una pareja amorosa no hay que decirlo, pues bien claro se advierte á primera vista: en hora insólita visitó *él* el sitio en donde todos los días se renuevan sus apasionados juramentos, con el propósito de llevarse en su álbum de apuntes un recuerdo de aquel bosque, poético y mudo testigo de sus amores, y embebido en su tarea no se da cuenta de que *ella*, impulsada por esa atracción misteriosa que mantiene en constante comunicación las almas de dos amantes, ha acudido también á aquel lugar y en silencio le observa, gozándose de antemano en la sorpresa que ha de experimentar el artista en cuanto se percate de su presencia. En esta obra ha demostrado una vez más el notable pintor alemán Fechner cuán admirablemente sabe dar vida en el lienzo á un fragmento de la naturaleza, presentándolo en toda su frescura y magnificencia: no menos bellas son las figuras que pintadas con perfecta corrección y dotadas de una expresión intachable completan el hermoso efecto del cuadro.



Bellas Artes. – MUNICH. – La Asociación de Artistas (secesionistas) ha publicado la memoria correspondiente á 1893, de la cual resulta que los ingresos de la misma han ascendido á 87.500 pesetas y los gastos á 237.500, de las que 187.500 corresponden á los gastos de construcción del edificio propio de la asociación. El déficit de 150.000 pesetas se pagará en cuatro años. De las 878 obras expuestas en el año último se vendió la quinta parte. De la Asociación se han separado: Pedro Behrens, Luis Corinth, Otón Eckmann, Teodoro Heine, Hermán Schlittgen y Guillermo Trubner, que expondrán de nuevo en el Palacio de Cristal.

BERNA. – El pintor P. Robert, muy conocido en Alemania y en Francia, ha terminado tres grandes cuadros alegóricos que representan *La influencia benéfica del cristianismo en la ciencia, en la industria y en la agricultura*, destinados á adornar la escalera del Museo de Neuemburgo, en donde serán colocados después de haber sido expuestos en París y probablemente también en Londres. Estos lienzos de tamaño colosal son eminentemente místicos en el fondo, pero están tratados dentro de la técnica realista moderna, y como creaciones artísticas son considerados por cuantos los han visto como de lo más notable que en este género se ha producido en nuestros tiempos.

– La tercera Exposición Nacional suiza de Bellas Artes se celebrará en el Museo de Berna desde 1.º de mayo hasta 17 de junio: en ella sólo podrán exponer los artistas suizos ó residentes en Suiza, y el jurado será elegido por los expositores de entre los nombres propuestos por la comisión artística.

BERLÍN – La primera exposición especial de la Academia de Bellas Artes hace poco abierta, ha sido visitada hasta ahora por más de 25.000 personas. Entre las obras enviadas á ella después de su inauguración merecen mención especial el modelo de la iglesia que se erige en la capital de Alemania á la memoria del emperador Guillermo, según los planos y bajo la dirección del arquitecto berlinés Francisco Schwechten; un grupo en bronce, *El tirano del mar*, de E Herter; un *Cristo en la Cruz*, de Otón Brausewetter, y un retrato de Pedro Jansen, artistas berlineses los dos primeros y de Dusseldorf el último.

– El periódico oficial *Reich-Anzeiger* ha publicado una orden imperial dirigida al ministro de Cultos relativa á la fundación de un premio por el emperador de 1.250 pesetas anuales para fomentar el estudio del arte clásico entre los artistas de Alemania. El emperador entregará el premio anualmente el día de su cumpleaños al que resulte vencedor en el concurso abierto sobre el tema que él designará. El primer tema señalado es la restauración de la cabeza de mujer de Pérgamo, existente en el Museo de Berlín.

DUSSELDORF. – El Club de San Lucas ha inaugurado en el Salón Schulte su segunda exposición, en la cual se manifiestan claramente los principios fundamentales que unieron á los doce fundadores de ese grupo artístico. Libres de las imposiciones de escuela y de toda tendencia cerrada, cada individuo de la asociación ha presentado lo que ha creído que expresaba mejor sus propósitos y sus sentimientos, demostrando de esta suerte cuáles son los fines que dentro del arte quiere realizar. En esta exposición abundan como de costumbre los paisajes, siendo bellísimos los de Liesegang, Wendling, Eugenio Kampf, Jernberg, Enrique Hermann, Henke y Zimmermann. En el género de figura han expuesto: Spatz, dos caprichosos cuadros bíblicos tratados según el gusto moderno, *La cuna del Angel* y *La mujer adúltera en presencia de Cristo;* Gerardo Janssen, varias figuras de proletarios que ríen, fuman, beben ó duermen, vigorosamente trazadas y que por su atrevida factura recuerdan las de Frans Hals; Teodoro Rocholl, un jinete en una montaña cubierta de maleza y un coracero que hace beber á su caballo en un arroyo; y Arturo Kampf, el intransigente realista, varios trabajos puramente metafísicos, entre ellos *El beso de la muerte*, cuadro profundamente sentido y altamente conmovedor, *Un mal sueño*, grabado que representa á una multitud de presidiarios sueltos, de trabajadores amotinados y de mujeres enfurecidas dirigidas por las furias de la revolución y precipitándose entre nubes, y algunos otros lienzos que son soluciones de verdaderos problemas de colorido.

STUTTGART. Se ha abierto al público el panorama de Jerusalén y de la crucifixión de Jesucristo, pintado por los reputados artistas Frosch, Krieger y Ligh.

MAGDEBURGO. – Uno de los concejales del municipio magdeburgués ha regalado á la ciudad una magnífica colección de monedas alemanas, algunas de ellas verdaderamente raras.

METZ. – La Asociación Artística ha decidido convertir sus exposiciones periódicas en una exposición permanente, y encarece á todos los artistas que remitan á ella sus obras, para lo cual se les abonarán los gastos de porte á la ida y para las obras verdaderamente notables también á la vuelta, previo mutuo acuerdo. Para la venta de las obras expuestas cuéntase con las adquisiciones de la Galería de la Ciudad y de los particulares: además se verificarán loterías. Los artistas que no hayan sido especialmente invitados, deberán, antes de enviar sus obras, informarse de si hay lugar disponible para ellas, dirigiéndose á la Asociación Artística (*Metzer Kunstverein*, Metz.)

PARIS. – El escultor Croisy ha terminado el modelo de un monumento conmemorativo de la batalla de Sedán: consiste en un grupo de cuatro metros y medio de alto que representa á la Gloria coronando á un soldado moribundo. En el pedestal hay dos relieves, el ataque de la división Margarite y la defensa del puente de Bazeilles por un pelotón de franceses contra una formidable masa de alemanes.

Teatros. – En el teatro de la Residencia, de Berlín, se ha estrenado con gran éxito la graciosa comedia francesa de Bissón y Carré, *El baile de máscaras.*

– La ópera de Bruneau, *L' Attaque du Moulin*, ha sido estrenada con gran aplauso en el teatro de la Moneda, de Bruselas.

– En el teatro de la Ciudad, de Colonia, se ha cantado con gran aplauso *Falstaff*, de Verdi.

– En el teatro Nuevo, de Verona, se ha estrenado con grandísimo éxito el drama en un acto, de José Giacosa, *Diriti dell' anima.*

– En la Opera, de Berlín, se ha estrenado con buen éxito la obra de Leoncavallo *Los Médicis.*

– Se ha estrenado en Génova con gran éxito la ópera del maestro Trucco *Theora.*

– El maestro Verdi ha terminado una nueva ópera, *Romeo y Julieta*, cuyo libreto ha escrito Boito sobre la tragedia de Shakespeare. La partitura obra ya en poder de Ricordi, el editor milanés, y la obra se estrenará en Milán á fines del presente año.

– Las representaciones wagnerianas en el teatro de Baireuth comenzarán este año en 19 de julio y terminarán en 19 de agosto. Se pondran en escena: *Parsifal*, nueve veces (19, 23, 26 y 29 de julio y 2, 5, 9, 15 y 19 de agosto); *Lohengrin*, seis veces (20 y 27 de julio y 3, 10 12 y 16 de agosto), y *Tanhauser*, cinco veces (22 y 30 de julio y 6, 13 y 18 de agosto). Serán directores de orquesta Hermann Levi, de Munich; Félix Mottl, Hans Richter, de Viena, y Ricardo Strauss, de Weimar

– En el teatro de la Corte, de Munich, se ha cantado con gran éxito *Falstaff*, de Verdi.

En el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, se ha estrenado con gran éxito una delicada opereta cómica, titulada *Jean de Saintré*, cuya música graciosa, llena de bellísimas melodías é inspirada en el elegante estilo de Auber, es de Federico Erlanger, hijo del opulento banquero parisiense barón de Erlanger.

Paris. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Cluny, *L' oncle Bidochon*, graciosísima comedia en tres actos, de Chivot, Vanloo y Roussel; en Varietés, *Madame la Comisaire*, divertido vaudeville en tres actos, de Chivot y Rocage; en el teatro Moncey, *L'Automme*, drama de Pablo Adam y Gabriel Mourey, en que se trata con gran talento é imparcialidad la cuestión social; en los Bouffes du Nord, *Les dames du Plessis Rouge*, interesante comedia dramática en cinco actos y seis cuadros, de León Gandillot, y en el teatro de Aplicación, *L'Oiseau bleu*, delicada fantasía poética en dos actos y tres cuadros y en verso, de Mme. Simone Arnaud.

Madrid – Se han estrenado con buen éxito: en el Español, *El espantajo*, comedia en tres actos, del Sr. Fernández Bremón, muy original y muy bien escrita, y *Sotero Chorelli ó contra un padre no hay razón*, divertida parodia de *Severo Torelli*, escrita por D. José Cuesta y D. Angel R. Chaves; en Lara, *Los monigotes*, graciosa pieza en un acto, de D. Domingo Guerra y Motta; en la Zarzuela, *El duque de Gandía*, hermosa zarzuela en tres actos, de D. Joaquín Dicenta, música del maestro Chapí, que ha escrito para ella una partitura notable, sobre todo el último acto, que contiene algunas piezas dignas de una ópera; en Eslava, *El muñeco*, pieza en un acto, del Sr Merino, con bonita música del maestro Nieto, y en Romea, *Un punto filipino*, zarzuela en un acto, de Jackson Veyan, con bellísima música de Fernández Caballero. *La rencorosa*, comedia en tres actos de D. José Echegaray, estrenada en la Comedia en el beneficio de la señorita Guerrero, ha sido recibida por el público con gran indiferencia, á pesar de las bellezas literarias que contiene.

Necrología. Han fallecido:

Francisco J Barth, pintor de historia alemán, uno de los sucesores de la gran escuela fundada por Cornelius.

Jorge Decker, uno de los principales pintores de Viena, decano de los pintores al pastel vieneses, excelente retratista.

José de Denziger, ilustre arquitecto bávaro, director de la restauración de la catedral gótica de Ratisbona y de la reconstrucción de la catedral de Francfort, del balneario de Kissingen, del Archivo y del templo de los Reyes Magos de Francfort, etc.

Santiago Leonardo Maillet, notable escultor francés, autor de bellísimas esculturas existentes en el Luxemburgo, en el Louvre y en varias iglesias de París.

Camilo Sivori, gran violinista italiano, uno de los más ilustres discípulos de Paganini y notable compositor: estaba condecorado con las cruces de San Mauricio y de San Lázaro de Italia, de Carlos III de España, del Cristo de Portugal y de la Legión de Honor.

M. Viette, ilustre político francés, ministro varias veces de Agricultura y de Obras públicas.

Juana Monach Whytock, conocida en el mundo musical por Mme. Patey, eminente cantatriz inglesa.

Eugenio Albrecht, notable músico ruso, inspector de las orquestas de todos los teatros imperiales.

Joaquín Araujo, notable pintor y grabador español, ventajosamente conocido por sus cuadros de costumbres gitanas y por sus grabados al agua fuerte.

Víctor Gebahrdt, distinguido escritor é historiador español, autor de varias é importantes obras, entre ellas una *Historia general de España*, y de muchos trabajos históricos, críticos y literarios.



No pudiendo ser dueño de sí mismo, Santiago se inclinó, cogió los cabellos de la hechicera y los besó apasionadamente

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Cuando le veía salir de casa pensaba: «Va á ver á esa mujer,» y su imaginación, excitada por los celos, le fingía al ingrato á los pies de la baronesa. A pesar de sus esfuerzos para aparentar indiferencia, su fisonomía tomaba por momentos una expresión más viva de profundo desconsuelo, y los ojos inquisidores de Cristina se fijaban curiosamente en ella. Cuando Santiago volvía á la hora de comer, con la mirada sombría, los labios apretados, la frente febril, pensaba con amarga satisfacción que la baronesa le hacía sufrir, y luego la exasperaba esta mortificante reflexión. «¿Qué diabólica influencia no ejercerá sobre él esa mujer, que soporta sin cansarse sus desdenes y sus coqueterías?» Y se indignaba profundamente pensando que en la casa de la extranjera estaría risueño, amable, galante, y re-

servaba para el hogar conyugal sus accesos de mal humor y su ira reconcentrada. Y algunas veces sentía la excelente mujer impulsos de llamar á su marido y decirle: «Desgraciado, á lo menos haz bien la comedia, si no por mí, por tu pobre madre.» Pero su altivez era más fuerte que su indignación, y encerrando en el corazón el volcán devorador de sus celos, se condenaba al silencio; pero cuando de noche se encerraba sola en su cuarto, al que no había vuelto Santiago, abandonábase á violentas crisis de desesperación, y ocultando la cabeza entre las almohadas para no ser oída, lloraba sin consuelo.

No eran mejores las noches de Santiago. Sus visitas cotidianas á Mania sobrexcitaban su pasión violentamente. Obligado á callar en presencia de los importunos que encontraba en casa de la baronesa, y á disimular su despecho al volver al hogar conyugal, le mortificaba en gran manera el temor de que su madre y su hermana supieran al fin lo que pasaba. Deseaba que las dos se fueran de Niza, y lo temía al propio tiempo, porque una vez solo con Teresa, se encontraría fatalmente en la peligrosa alternativa de provocar un rompimiento definitivo con su mujer ó renunciar á sus asiduas visitas á la baronesa.

Una tarde, á fines de febrero, sintió, al entrar en casa de Mania, un estremecimiento de alegría. La baronesa estaba sola; sentada al piano tocaba una canción húngara. Estaba vestida con *matinée* de crespón rosa de manga ancha, y tenía los cabellos de oro echados atrás, atados con un lazo grande. Este traje elegantísimo hacía resaltar la vivacidad de su expresiva fisonomía y el brillo de sus ojos.

– Me parece, dijo al pintor, que esta tarde no se quejará usted ni pondrá la mala cara de costumbre. Todos mis amigos están en Monte-Carlo y no espero á nadie antes de comer.

El pintor, ebrio de felicidad, quiso cogerle el brazo desnudo y besarlo, pero ella le detuvo con una mirada terrible.

– Nada de locuras, le dijo; no permito á usted estar aquí más que á condición de que se siente tranquilamente cerca de mí... Y si tiene usted juicio le cantaré todo lo que quiera.

Santiago obedeció y Mania volvió á sentarse al piano. Estaba en voz y le cantó *Los dos granaderos*, de Schumann, y luego aires bohemios impregnados de pasión sensual y de tristeza. De cuando en cuando interrumpía el canto, le miraba con ternura y murmuraba:

– ¿Verdad que es muy bonito?

Poseída del demonio de la música, exaltábase poco á poco. En el ardor de su ejecución hizo un movimiento de cabeza, y un peinecillo mal sujeto cayó sobre la alfombra y la masa de sus cabellos sueltos sobre los hombros. No pudiendo ser dueño de sí mismo, Santiago se inclinó, cogió los cabellos de la hechicera y los besó apasionadamente. Mania, hechizada ella misma, pareció complacerse en aquella caricia y estuvo suspensa un momento, y luego, inclinando al otro lado la cabeza como para huir de aquellos labios apasionados, murmuró con dulce acento:

– Deje usted mis cabellos, y recójame el peine.

Mania se levantó, cogió el peine que le dió Santiago, y arreglándose rápidamente el pelo, añadió:

– Me ha puesto usted bonito el peinado... Estaría bueno que me encontrara así la baronesa Pepper.

– ¡Cómo!, exclamó tristemente el pintor, ¿va á venir?.. ¿No me ha dicho usted que no vendría nadie?

– Usted me ha entendido mal. Dije que no esperaba á nadie antes de la hora de comer, pero espero á comer á la baronesa Pepper y al doctor Jacobsen.

– ¡Ah!, murmuró. Siempre ha de haber alguien entre usted y yo. Este es ya un suplicio insufrible.

Mania se encogió de hombros, y calmándole con una mirada cariñosa, añadió:

– ¡Qué niño es usted!.. Pero ya tengo lástima de usted... y mañana estaré libre después de mediodía. Si hace buen tiempo, vaya usted á esperarme en el cabo Ferrato, cerca del estanque. Allí estaré yo á las dos y pasaremos el resto del día en San Juan, donde permito á usted que me ofrezca un *lunch*.

Santiago callaba.

El nombre de San Juan traía á su memoria la tarde en que había ido al mismo sitio con Teresa, y experimentaba una especie de sentimiento de pudor en volver allí en compañía de la mujer que causaba la desventura de la esposa.

– ¡Qué!, exclamó la baronesa, ¿no le parece á usted bien mi proyecto?..

Y al mismo tiempo un criado anunció:

– La señora baronesa Pepper.

– Pronto, decídase usted, murmuró con impaciencia la hermosa; ¿vamos ó no vamos mañana al cabo Ferrato?

– Sí, contestó Santiago. Allí estaré, cerca del estanque.

Estrechó la mano de Mania, saludó ligeramente á la baronesa Pepper y salió.

XIII

Al salir del hotel de la calle de la Paz, Santiago levantó la vista al cielo, donde comenzaban á aparecer las estrellas y cuya diafanidad prometía que el día siguiente sería muy bueno. Y empezó á pensar cómo se compondría para poder disponer libremente de la tarde. Preveía que habría de vencer más de un obstáculo. Su madre y su hermana habían resuelto marcharse á fin de semana, y les parecería extraño que Santiago las dejara solas precisamente la víspera de partir. Tenía que pasar por un hijo descastado ó renunciar á la entrevista con Mania, que tan ardientemente había solicitado; y como sucede cuando interviene la pasión, el amor pudo más que el deber. Santiago se propuso hallar á toda costa un pretexto para no faltar á la cita con la baronesa. No podría contar con la complicidad de Lechantre; el paisajista estimaba mucho á Teresa y sentía sus penas, y se negaría resueltamente á un nuevo engaño. Y sin embargo, necesitaba el apoyo de su maestro. Sólo éste podía suplirle cerca de las tres mujeres y acompañarlas durante su ausencia. Importábale, pues, disponer las cosas de modo que el maestro le ayudara, á pesar suyo, sin sospecharlo siquiera.

El día siguiente apareció el sol en medio de un cielo azul inmaculado. Santiago, ante aquel sol radiante, sintió más viva y más violenta la llama de su deseo, y se afirmó en su propósito de estar libre para toda la tarde. Lechantre había prometido venir á almorzar. A las diez se presentó, risueño como siempre, trayendo un enorme ramo de rosas y claveles.

– Buenos días, mamá, exclamó abrazando á la anciana; buenos días, Teresa; buenos días todos, como se dice en el país... Viniendo del puerto he pasado por el mercado y os he traído este *bouquet* de primavera... ¡Qué día tan hermoso! ¡Qué sol!.. ¿Sabes, tú, Santiago, que es un día magnífico para tu acuarela?

– Ya he pensado esta mañana, se apresuró á decir Santiago, aprovechando la oportuna idea de su amigo, y siento no poder...

– Mira, hijo, la pintura es como la torta de nuestro país; hay que no dejarla enfriar... Si esperas mucho no la acabas. ¿Por qué no vas hoy á Cimiés á terminar tu estudio?

A fuerza de meterse en malos pasos, Santiago había hecho grandes progresos en hipocresía, y contestó con el mayor desembarazo:

– No, no es posible; mamá se marcha pasado mañana y no quiero dejarla sola una tarde cuando tan poco falta para que nos separemos.

– ¡Sola!.. Pues qué, ¿no estoy yo aquí?, exclamó Lechantre ingenuamente. Yo haré compañía á tu mujer, tu madre y tu hermana, y las pasearé y las convidaré y haré todo lo que ellas quieran.

– Tiene razón el maestro, dijo la anciana; no me perdonaría yo nunca que por mí no acabaras tu pintura, y si Teresa lo permite, irás á pintar esta tarde.

Teresa callaba. Su corazón le decía que Santiago no hablaba sinceramente y hasta sospechaba que otra vez fuese Lechantre cómplice de su marido. Los celos la habían hecho muy desconfiada, y la idea de la complicidad del maestro le produjo invencible repugnancia; no se sintió con fuerzas para descubrir esta grosera maraña que creía combinada entre los dos amigos para burlarla.

– ¿Yo?.., exclamó con indiferencia, pienso lo mismo que usted, mamá. Mi marido es libre de emplear su tiempo como le sea más agradable.

Sin percatarse de las sospechas que pesaban sobre él, Lechantre insistió de nuevo acerca de la necesidad de acabar prontamente la acuarela, y se convino que se adelantaría el almuerzo, y que con el bocado en la boca, Santiago se iría á Cimiés á pintar, mientras Lechantre llevaría á las señoras á dar un paseo en coche.

Gracias á esta combinación, Santiago pudo salir de su casa antes de mediodía. Se dirigió ostensiblemente hacia Cimiés; pero en cuanto llegó al boulevard Carabacel, corrió á la estación, tomó el tren de Italia, se apeó en la de Beaulieu y llegó á la meseta del cabo Ferrato antes de la hora de la cita.

Se paseó alegremente á lo largo de las avenidas abiertas alrededor de un estanque central por la Compañía de las aguas. Desde allí veía perfectamente los dos caminos de carruajes. El aire era tibio, suave, transparente. Un sol demasiado vivo para la estación bañaba de polvillo de oro las ondulaciones del terreno cubierto de lentiscos y aquí y allá un pino elevaba su plumaje verde obscuro. Santiago, cuyo corazón latía violento con la esperanza de ver pronto llegar á la baronesa y acompañarla toda la tarde en aquella soledad, hallábase abstraído en una especie de sueño luminoso. Respiraba con delicia el aire perfumado del olor resinoso de los pinos; miraba al mar, sobre el que revoloteaban las aves marinas, y frecuentemente consultaba su reloj.

Y ya empezaba á impacientarse. En la calma profunda de la isleta llena de sol, oyó las dos en un lejano reloj de pueblo, y poco después apareció un coche en el extremo del camino y comenzó á subirlo lentamente. Estremecióse de placer Santiago y sus ojos se fijaron ansiosamente en aquel coche, que parecía una mancha gris sobre el camino blanco. Pronto vió más distintamente las formas, y experimentó la decepción de persuadirse de que no era el coche de la baronesa. Era un carruaje de alquiler ocupado por unos ingleses. Su impaciencia se trocó en dolorosa ansiedad. Perdió la esperanza y la reemplazaron en su espíritu dudas crueles y mortificantes suposiciones. «Acaso Mania habría renunciado á acudir á aquella peligrosa cita, ó quizás alguna visita importuna la había impedido salir de su casa á la hora convenida. Además, siendo Mania una naturaleza tan extraña, tan caprichosa, había que esperar de ella las más desagradables sorpresas. Santiago se preguntaba si el día antes, viéndole vacilar cuando le dijo su propósito y le invitó á la cita, se habría arrepentido, ofendida acaso del propósito y de la invitación.» Y pensando esto, se irritó contra sí mismo y se culpó de tener demasiados escrúpulos.

Súbitamente pensó que los dos caminos se cruzaban no lejos de la meseta y que tal vez la baronesa habría tomado el otro. La sangre le afluyó á la cabeza: temió que la baronesa hubiera acudido y no le hubiese hallado, y se dirigió precipitadamente hacia el cruce de los dos caminos; pero al mismo tiempo procuraba recordar lo que habían convenido ella y él en el momento de llegar la importuna visita de la baronesa Pepper, y recordó, en efecto, que por dos veces le había señalado el estanque como punto de la cita. Este estanque era el único que había en toda aquella extensión, y era imposible que Mania le hubiera equivocado. Volvió, pues, atrás, más nervioso, todavía perplejo, escudriñando con la vista las desigualdades del terreno, estremeciéndose al percibir un lejano ruido de ruedas, hasta que á fuerza de fijar la mirada en la lejanía y de escuchar con atención profunda tuvo una especie de desvanecimiento y se sentó en un banco, murmurando con despecho:

– ¡Es en vano esperarla! ¡No vendrá! ¡No vendrá!

Recostado en el respaldo del banco, enervado por la fiebre de la impaciencia, miraba sin ver; zumbaban sus oídos y no se atrevía ya á esperar. Un ligerísimo ruido de pasos en la arena le sacó de su abatimiento. Volvió la cabeza y vió muy cerca á Mania, que llegaba sonriente.

Prevenida contra el sol con una sombrilla blanca y un sombrero de ala ancha adornado de violetas rusas, traía un elegante traje de lana de color heliótropo. Un ancho velo negro, cogido por detrás, envolvía como una máscara transparente su rostro ligeramente encendido, en el que brillaban sus ojos con un resplandor de esmeralda.

– ¡Ah!, exclamó Santiago con un profundo suspiro. ¡Al fin ha venido usted!

En su exclamación había un resto de ira y una explosión de feroz alegría. Esta expresión no desagradó á la baronesa.

– ¿Se impacientaba usted?, preguntóle tomando su brazo; sin embargo, no me he retrasado. Pero he dejado mi coche á la entrada de la isleta y he subido á pie.

– Ya creía que no vendría usted y que se habría burlado de mí.

– ¡Qué injusto es usted!.. Yo creía que no le parecería á usted mal evitar la presencia de mi cochero, y ya lo ve usted... de subir á pie me he cansado tanto que vengo sofocada.

En efecto, su pecho se agitaba y en su respiración se conocía la fatiga. Santiago miró con arrobamiento aquel pecho exquisitamente modelado; se complació en contemplar los contornos soberanamente puros del busto, apretó suavemente el brazo que se apoyaba en el suyo y murmuró:

– ¡Perdón!.. ¡Y gracias por haber venido!

Caminaban con paso acompasado por un camino lleno de sol; iban tan estrechamente unidos que parecían una sola persona. El viento les traía con el perfume de las plantas aromáticas el rumor de las olas estrellándose contra las rocas de la costa, y Santiago con tierna efusión daba gracias á la baronesa por la alegría infinita que le había traído con su presencia. Poseído de la más cándida confianza, le expresaba con las frases más apasionadas la impresión que le había producido la noche en que la vió en la Opera, durante la representación de *Don Juan*, en aquel palco donde parecía una reina elevada á alturas inaccesibles.

– Y ahora que me encuentro cerca de esta adorable reina, y pienso que ésta me permite amarla, es tal mi confusión que siento impulsos de caer de rodillas y besar la tierra en que mi reina pone los pies.

Oía ella con una indulgente sonrisa aquella tierna música de amor, y se ufanaba de haber conquistado aquel entusiasta corazón, aquel salvaje artista, que semejante á un feroz Hipólito, había intentado sustraerse á su hechizo. Durante algunos minutos gustaron los dos una voluptuosa felicidad, un placer desconocido. Pero la felicidad es como una mariposa adormecida en un rosal; se habla cerca de ella y despierta y alza el vuelo. Cuando estuvieron cerca del camino que corta la isleta y llegaron á la vista de San Juan, el aspecto del puerto y del pueblo en que había pasado un día felicísimo con su mujer renovó en el corazón de Santiago dolorosas impresiones. Levantóse ante él la imagen melancólica de Teresa. Por entre los pinos distinguía el bosquecillo de limoneros, donde le había jurado que no podría vivir sin ella. Penetró en su alma el remordimiento, amargando mucho su alegría. Pasando por aquellos caminos donde todo le recordaba á Teresa, experimentó la sensación de quien atraviesa un cementerio y no se atreve á levantar la voz. Mania notó su distracción, y con tono irónico y algo contrariada le dijo:

– ¿Qué tiene usted ahora? ¿Se queja usted mucho de no encontrarme sola, de no poder hablar conmigo libremente, y ahora que estamos enteramente solos le enmudece usted?

– Perdóneme usted, murmuró, también la felicidad tiene su melancolía.

Y articulando trabajosamente esta excusa, no podía menos de advertir que al lado de Mania, á quien amaba apasionadamente, su equívoca situación le obligaba á mentir; tenía que mentir lo mismo á la esposa á quien era infiel que á la mujer que le había vuelto loco de amor. De esta suerte, en la felicidad que tan grande le parecía, en aquella felicidad tan ardientemente codiciada y por la que abandonaba indignamente á Teresa, había más amargura que placer. Sólo había durado en toda su plenitud algunos segundos, y éstos habían volado con la rapidez de estrellas errantes, yendo á juntarse con otros segundos igualmente efímeros. Todas sus sensaciones de placer ó de tristeza no eran más que un recuerdo, una sombra impalpable, ¡y esto era lo que constituía lo mejor de la vida!..

Apretó convulsivamente el brazo de Mania como si hubiera temido ver desvanecerse como un meteoro aquella hechicera criatura á la que acababa de sacrificar sus más puros afectos, y cogiéndole la mano la besó mil y mil veces entre suspiros y sollozos.

– La amo á usted como un loco, dijo.

– Y se conduce usted también como un loco, replicó ella sonriendo; creo que el sol le trastorna á usted el cerebro y me parece que haremos bien en descansar á la sombra. Bajemos á San Juan; allí es donde nos esperará mi coche, y donde encontraremos un restaurant en que seguiremos nuestra conversación.

Santiago se estremeció. Le repugnaba llevar á la baronesa á la misma casa en que había comido con Teresa. Parecíale una profanación cruel é inútil.

– Sería preferible, observó, ir á Beaulieu. En San Juan no hay más que hosterías indignas de usted.

– ¡Beaulieu!, repitió la baronesa. ¿Está usted en su juicio? Correríamos el peligro de caer en medio de esa sociedad que tan antipática le es á usted, y mañana todo Niza sabría nuestra escapatoria... No, no; recuerdo que hay aquí un hotel muy concurrido los domingos por los nicenses y donde dicen que se come muy bien. Entre semana no vendrá nadie, y de todos modos no corremos el peligro de ser conocidos, porque á ese hotel creo que no viene más que gente de poco más ó menos.

El tono desdeñoso con que pronunció estas palabras: «gente de poco más ó menos,» impresionó desagradablemente al artista. Su corazón de plebeyo se indignó de esta calificación desdeñosa lanzada á la clase de que él, en puridad, formaba parte, habiendo nacido de esa gente de poco más ó menos... Esta demostración de desprecio le hizo ver más claramente el abismo que le separaba á él, aldeano, hijo de aldeanos, de aquella gran señora tan orgullosa de la sangre azul que circulaba por sus venas, y presintió que el amor mismo no podría llenar el vacío profundo que la cuna y la educación habían abierto entre los dos. Esta idea le puso de peor humor y le dió hasta intenciones de rebeldía. Sin embargo, después de un momento de reflexión comprendió la prudencia de las razones de la baronesa y se resignó á acompañarla á San Juan.

La fisonomía del puerto no había cambiado. En la sombra de la calle única en cuesta, las mujeres hacían calceta sentadas á la puerta de las casas; los barcos se balanceaban á lo largo de la escollera, y los bosques de olivos bañados de sol abrían un paréntesis de silencio entre el puerto dormido y las olas que se rompían contra el cabo Santo Hospicio.

La baronesa se detuvo en frente de la puerta del hotel Victoria.

– Aquí podemos entrar, dijo. El hotel está desierto y estaremos como en nuestra casa.

Le precedió en la empinada escalera que conducía al primer piso y Santiago la siguió con el corazón oprimido. La risueña fondista acudió solícita. Santiago temía que le reconociese; pero la buena mujer veía entrar en su casa tanta gente, que las fisonomías se confundían en su memoria indiferente, ó si le reconoció fué bastante discreta para no acordarse de su parroquiano.

– Queremos, dijo Mania, descansar unos momentos aquí y tomar algo tranquilamente... A esta hora no tendrá usted mucha gente en su casa.

– Desgraciadamente, no, señora, contestó la fondista. Sólo á la hora de almorzar viene alguien... y hoy tampoco. Es decir, que la señora y el señor son hoy los primeros que vienen á esta su casa, y acaso serán los únicos.

– Cuide usted, dijo Santiago, de que no nos interrumpan, y tráiganos alguna cosa. ¿Qué puede usted darnos?

– Poca cosa, murmuraba la buena mujer disculpándose.

Y trajo bizcochos, naranjas mandarinas y una botella de Asti.

Avergonzábase Santiago de ofrecer á su baronesa tan frugal obsequio. En su vanidad de francés y de enamorado, habría querido ofrecer á la dama de sus pensamientos otra cosa mejor que el vino y la fruta con que se contentaban los vulgares clientes del hotel, y se acusaba con más calor y sentimiento que la fondista misma. Mania, por el contrario, estaba encantada; estaba ya cansada del ceremonioso enojo de los *lunchs* de la aristocracia, y aquella botella, aquellos bizcochos y aquellas naranjas daban un sabor muy agradable á su aventura; las mandarinas adornadas de sus hojas verdes y servidas sobre una servilleta de lienzo grueso, el vino espumoso, vertido en vasos de duro vidrio, tenían para ella singular encanto.

– ¿De qué se queja usted?.. Si todo esto es delicioso.

Cuando la fondista se retiró y quedaron solos, la baronesa se quitó el sombrero y los guantes, abrió la ventana, y tomó un sorbito del vino de Asti.

– Venga usted aquí, á mi lado, dijo, sentándose en la repisa interior de la ventana, y confiese que está mucho mejor aquí que en la terraza del restaurant de la Reserva.

Santiago no quiso contradecirla. Con su hombro unido al de Mania, su rostro muy cerca del de la mujer amada, respiraba el olor del clavel blanco que perfumaba su vestido, y se embriagaba mirando aquellos ojos de poderosa invencible atracción. Había lanzado de su corazón los recuerdos del pasado y los recientes remordimientos. No se atrevía á moverse ni á hablar de miedo de que el más leve movimiento ó el más débil murmullo acelerase la fuga del tiempo.

– ¡Oh!, murmuraba la baronesa, esas preciosas montañas de color de lila, el verde profundo de esas aguas en calma, este puerto estrecho con sus rocas rojas y sus bosques de olivos... ¡qué sitio tan delicioso!.. Si quiere usted darme gusto me pintará este sitio con el color que tiene en este momento, con esta sombra violácea que avanza sobre el mar, y esta luz rosada que va retrocediendo como si nos recordara la escasa duración de nuestros placeres.. Sí, prométame usted hacerme este cuadro... Y lo contemplaré con deleite más tarde... cuando ya no me ame el autor.

– Se engaña usted, protestó Santiago, porque mi amor, lo juro, durará lo que mi vida.

Mania se encogió de hombros, y en sus labios se dibujó una sonrisa de incredulidad.

– Esas cosas se dicen, y se creen en el momento en que se dicen, pero no se cumplen... Nadie es libre para amar y dejar de amar cuando quiere. No jure



Prevenida contra el sol con una sombrilla blanca y un sombrero de ala ancha, Mania llegaba sonriente

usted, pues, para no tener que perjurar como San Pedro... No nos pertenecemos como no nos pertenece el tiempo, y usted no ha de ser una excepción de la ley común.

Quiso Santiago protestar, pero ella le impuso silencio, tocándole el brazo con su mano delicada.

– No, no se pertenece usted, continuó... Siempre habrá una tercera persona entre usted y yo. Bien lo he advertido hace poco, cuando en medio de nuestro paseo he visto á usted pensativo y taciturno... Si es usted franco, me confesará que en ese momento pensaba usted en otra...

Volvió la cabeza turbado, y luego, contrariado por ver adivinado su pensamiento murmuró:

– Usted sabe muy bien que ya soy su esclavo. ¿Cómo se atreve usted á dudar de un amor que se revela en todos mis actos?.. Yo sí que podría dudar porque hasta ahora no me ha dicho usted todavía francamente que me ama.

(Continuará)

LOS NUEVOS ASOCIADOS

DE LA REAL ACADEMIA DE LONDRES

Pocas elecciones se han verificado en la Real Academia de Londres que hayan merecido una aprobación tan unánime como la que ha tenido lugar á principios del presente año.

Cinco puestos había vacantes en las filas de aquella ilustre corporación, y como es de suponer, no faltaron gestiones interesadas para ocuparlos, siendo cosa arriesgada conjeturar sobre qué artistas recaería la elección de los académicos, quienes se veían perplejos para decidir á cuáles debían aceptar ó excluir.

Sin embargo, antes de los últimos escrutinios, algunos profetas habían designado ya los cinco candidatos que obtuvieron el triunfo definitivo y que fueron: Arturo Hacker, Frank Bramley, Jorge Glandfield Frampton, Juan Macallan Swan y Juan S. Sargent.



EL PINTOR INGLÉS MR. ARTURO HACKER
(de fotografía de Brown, Barnes y Bell, de Londres)

De cada uno de ellos vamos á dar algunos datos biográficos.

I

MR. ARTHUR HACKER

La elección de Mr. Arthur Hacker como individuo de la Academia no ha sido más que la tardía concesión de una recompensa largo tiempo ha merecida. En estos últimos años ha ocupado en la opinión del público una posición que logró alcanzar por un continuo y superior trabajo, en el que la fuerza imaginativa, ese gran defecto de la escuela inglesa, tenía mucha importancia. Mr. Hacker es hijo de un artista que durante largos años acostumbró á exhibir sus trabajos en la Real Academia. Nació en Londres, y fué educado por su padre de la manera más propia para dedicarle al dibujo y á la pintura, y á su debido tiempo se le admitió como estudiante en aquella corporación. No se puede dudar que hizo grandes adelantos allí; pero sería muy difícil indicar qué hay en su arte que refleje en el menor grado la enseñanza de los maestros que tuvo. Sin embargo, una cosa resulta muy evidente, y es que la obra de Mr. Hacker no mereció la aprobación del consejo á que fué sometida, pues abandonó las escuelas del arte sin obtener ninguno de esos premios que con demasiada frecuencia son las únicas distinciones alcanzadas por los que luchan para ser eminencias.



EL PINTOR INGLÉS MR. FRANK BRAMLEY
de fotografía de A. Robinsón, de Hawick, Escocia)

Mr. Hacker salió de Inglaterra para ir á París, donde fué admitido en el taller de Bonnat, considerado entonces como el pintor de retratos más vigoroso é incisivo de Francia, y después de prolongar algún tiempo su estancia en París, en 1878, si la memoria no nos engaña, presentó por primera vez en la Real Academia un pequeño cuadro que tenía por título *El sabio*.

Por espacio de algunos años se dedicó á las obras de género, en las cuales, no solamente realizó un trabajo muy laborioso, sino que hizo gala de la delicadeza y finura de su estilo, revelándose en ellas la moderna escuela holandesa de Maris y de Israels, bajo su más brillante aspecto. Mr. Hacker se dedicó después algún tiempo á pintar retratos, y con resuldos tan notables, que nos hizo temer que consagraría la mayor parte de su tiempo á este ramo más beneficioso del arte, descuidando los que tienen mayor atractivo.

La primera obra que reveló al público las altas cualidades del artista exhibióse en la Galería Grosvenor, y representaba *Filemón é Hipatia en el desierto*. En cuanto al colorido y modo de tratar las carnes, aquella pintura se consideró como una de las mejores del año. Desde entonces, Mr. Hacker ha visto aumentar cada año su reputación. *Junto á las aguas de Babilonia* y *Væ Victis* figuran entre sus obras más notables; y en 1889 recibió en el Salón de París medalla de bronce como reconocimiento de sus méritos. Sin embargo, su magnífica pintura expuesta en 1890, *La Anunciación*, fué la que le colocó en primera línea. Por la reproducción de este cuadro se podía formar alguna idea del método de Mr. Hacker y de su clase de trabajo; y no ha sido poca suerte que una casa de Londres haya conseguido conservar el lienzo para la nación.

Los que quieran apreciar los derechos que tenía ese eminente artista para ser admitido en la Academia deben ver dicho cuadro, hermosa representación de un episodio que ha sido tratado por los pintores poéticos de todas las edades.

En el mismo año, Mr. Hacker exhibió su *Syrinx*, otra perla del arte, para la cual se inspiró en la mitología clásica; y el año pasado, en el cuadro que lleva por título *El sueño de los godos*, y particularmente en su *Circe*, demostró que es tan maestro por la riqueza del colorido como por el delicado sentimento de sus obras.

II

MR. FRANK BRAMLEY

Mr. Frank Bramley, hijo de Carlos Bramley, nació en 1857 en Sibsey, cerca de Boston. Aprendió primeramente el dibujo en la escuela de artes de Lincoln, donde fué compañero de estudio de Mr. William Logsdail y Mr. Fred. Hall. Después de aprender lo que pudo de su maestro inglés, Mr. Bramley marchó á Amberes, que tenía entonces fama de ser la mejor escuela técnica del Continente. Aquí fué otra vez compañero de Mr. Logsdail, que por entonces, ó algún tiempo antes, habíase establecido en la antigua ciudad flamenca. Como él, apenas Mr. Bramley hubo adquirido la ciencia de pintar de los maestros holandeses y de sus compañeros, marchó á Venecia, y desde allí envió á su país, en 1884, varios trabajos que fueron su primera contribución á la Real Academia.

Al año siguiente habíase establecido ya en Penzance, declarándose partidario de la escuela de Newlyn, que Mr. Stanhope Forbes daba á conocer al público rápidamente. Desde aquel tiempo, Mr. Bramley fué todo un artista, hasta en cuadros tan familiares como el que lleva por título *Una aurora sin esperanza*, pintura que en 1888 labró la reputación de su autor, siendo adquirida por los directores del Chantrey Bequest. Desde entonces, sus principales obras para las exposiciones públicas representaban escenas de pueblo y asuntos marítimos, entre los cuales son dignos de citarse los que llevan por título *Viejos recuerdos*, *Al cabo de cincuenta años*, etc. En 1892 obtuvo medalla de segunda clase en el Salón de París por su pintura *De los tales es el reino de los cielos*, expuesta en Burlington House el año pasado.

III

MR. GEORGE GLANDFIELD FRAMPTON

Se supone que la elección de Mr. Frampton restablece el equilibrio entre los escultores y los pintores de la Real Academia, y completa la obra comenzada el año pasado por la promoción de Mr. Gilbert y la de Mr. Henry Bates á la Academia. Mr. Frampton es aún joven, demasiado joven para la distinción que ha merecido, pues aún no cuenta 35 años.



EL ESCULTOR Y PINTOR INGLÉS J. GLANDFIELD FRAMPTON
(de fotografía de Dickson é hijo, Londres)

Nacido en las inmediaciones de Londres, comenzó sus estudios de escultura y de dibujo bajo la dirección de Mr. Frith y Mr. Fred. Brown respectivamente, en las escuelas de arte de Lambeth. Allí permaneció hasta que estuvo en disposición de pasar, en 1882, á las escuelas de la Real Academia, donde sus estudios duraron cinco años. Al cabo de este tiempo obtuvo la medalla de oro, y después marchó á París para estudiar más el dibujo, y acaso también la pintura, bajo la dirección de M. Dagnan Bouveret, dedicándose también á los trabajos escultóricos en el taller de M. Mercier, quien se había distinguido mucho en los dos ramos del arte.



MYSTERIARCH, ESCULTURA DE MR. FRAMPTON,
reproducida con permiso de su actual poseedor Mr. David Anderson

En 1887, su nombre apareció por primera vez como expositor de dos bustos, uno de ellos de bronce; y al año siguiente, elevándose más en su estilo, presentó un grupo que se titulaba *Un acto de misericordia*. Después de esto, Mr. Frampton volvió á emprender sus trabajos en bronce; pero envió al salón una obra,

El ángel de la muerte, que por su admirable ejecución obtuvo mención honorífica para su autor. Cuando fué exhibida después en Burlington House, reconocióse á Mr. Frampton como uno de los más notables escultores del día.

Por aquel tiempo se dedicó á los altos relieves, y presentó uno ó dos asuntos de estudios religiosos que llamaron la atención de aquellos que se complacen particularmente en decorar iglesias. En 1891 fué cuando exhibió su delicada figura titulada *Un capricho*, que le elevó como artista á gran altura: así lo estimó también el año último el jurado de Chicago, en donde la obra fué muy admirada.

En 1892 no presentó en Burlington House más que una obra, titulada *Los hijos de la Loba*, magnífico asunto tomado de la fábula de Rómulo y Remo; pero el año pasado exhibió un trabajo que revelaba la poderosa inventiva del artista, y al que puso por título *Misteriarca*, representación simbólica de la alta sacerdotisa de los misterios ocultos de Eleusis, ó alguna otra diosa.

Mr. Frampton ha ejecutado también varias obras decorativas, de las cuales las más conocidas son los adornos del Club Constitucional, y el medallón retrato de Jaime Louwell, que se halla en la casa capitular de Westminster.

En todas sus obras Mr. Frampton ha demostrado que había sabido librarse de esas trabas que cortaron el vuelo á otros jóvenes escultores, y es de esperar que bajo su dirección y la de otros artistas no menos eminentes, será más halagüeño en lo futuro el porvenir del arte escultórico inglés.

Recientemente, un redactor de uno de los principales periódicos ilustrados de Londres celebró una entrevista con Mr. Frampton; y habiéndole preguntado qué opinaba del renacimiento de la escultura en Inglaterra, contestóle el artista:

«Aunque algunos tachen quizás de demasiado atrevida mi afirmación, he de decir, porque así lo creo firmemente, que á Inglaterra le está indudablemente reservada la suerte de ser la patria del arte escultórico, como en el pasado lo fué Grecia. Al presente hemos de luchar con los prejuicios de la Europa continental y, lo que es peor, con la indiferencia de nuestros propios compatriotas; pero día ha de venir, y no lejano, en que el tiempo me dará la razón y en que la escultura inglesa ocupará uno de los puestos más altos en el mundo del arte.»

(Concluirá)



CHRISTABEL, ESCULTURA DE MR. FRAMPTON
reproducida con permiso de Mr. W. S. Holdgkinson

* * *

UNA ANÉCDOTA DE VAN DYCK

Presentóse cierto día Van Dyck, que sólo tenía entonces veintidós años, en el taller del gran pintor Franz Hals, que no le conocía, anunciándose como extranjero rico que deseaba hacerse retratar por el célebre artista, pero á condición de que el retrato debía quedar terminado en dos horas á lo sumo, pues le urgía continuar el viaje.

Puso Hals manos á la obra con el ardor que le caracterizaba, y en menos del tiempo exigido estuvo concluído el retrato. El forastero manifestó su admiración por lo perfecto de la pintura; mas en vez de mostrarse asombrado por la rapidez con que había sido ejecutada, limitóse á decir sonriendo:

– Por lo visto la pintura es un arte más fácil de lo que yo creía, y ganas me entran de ver si, trocando los papeles, soy capaz de hacer lo que vos.

Y dicho y hecho, cogió pinceles y paleta y comenzó á pintar, sorprendiendo la soltura con que manejaba unos y otra á Franz Hals, el cual quebrábase en vano la cabeza buscando quién podría ser aquel extraño personaje.

Cuando el segundo retrato quedó terminado en menos tiempo aún que el primero, Franz Hals echó sus brazos al cuello de su visitante, y abrazándole con efusión, exclamó:

– Quien tal ha hecho no puede ser más que Van Dyck... ó el diablo.

LORD ROSEBERY

La elevación de lord Rosebery al poder es para todos como la llegada del heredero que viene á tomar posesión de su herencia. Hace ya algunos años notáronse muchas señales de que el mando de Mr. Gladstone estaba destinado á caer sobre los hombros del secretario de Negocios Extranjeros, y el mismo Gladstone hizo una vez expresivas alusiones sobre este punto; pero desde entonces, la popularidad de lord Rosebery no ha ido en aumento más que á saltos, si tal podemos decir. En este momento ningún hombre, excepto el primer ministro, ejerce tanta influencia personal sobre las comunidades. A decir verdad, hay numerosos ciudadanos de muy moderadas miras á quienes Mr. Gladstone no apeló nunca, y que están persuadidos de que la administración de lord Rosebery sería por todos conceptos ventajosa para los intereses del país. Por otra parte, las relaciones de ese hombre político con el consejo del condado de Londres han bastado para determinar su prestigio sobre las clases obreras, particularmente en la metrópoli.

Lord Rosebery es muy poderoso en Escocia; y entre los *no conformistas* tiene ya nombradía, sin contar que es el dueño en las carreras de caballos y la figura más popular en Newmarket. Pocos hombres de Estado reunieron nunca tantas ventajas para ser jefe en la política; y además, en los círculos de aquélla, sobre todo en la City, el nuevo primer ministro puede estar seguro del apoyo que se le prestará.

A pesar de los pronósticos sobre la subida de lord Rosebery al poder, la rapidez del cambio produjo alguna excitación en el partido liberal; pero la repentina y completa desaparición de este elemento y la facilidad con que lord Rosebery ha conseguido reconstituir el Ministerio, bastan para dar á conocer su autoridad personal. No le ha sido menos ventajosa tampoco cierta reserva que últimamente ha observado. Uno de sus más íntimos amigos manifestó días atrás que jamás había oído hablar á lord Rosebery de política en sus relaciones privadas. Su continua ocupación en el desempeño de sus deberes puede explicar hasta cierto punto semejante reserva; pero la verdad es que tiene un carácter del todo opuesto al de los que siempre tratan de producir impresión en amigos ó enemigos con algún objeto determinado.



Lord Rosebery, nuevo presidente del Consejo de ministros de Inglaterra

Lord Rosebery es indudablemente el miembro más popular de la Cámara de los Lores. Nació en 7 de mayo de 1847, sucedió á su abuelo en el condado en 1868 y diez años después entró en la vida pública como lord rector de la Universidad de Aberdeen. Desde 1881 á 1885 fué subsecretario de Estado en el departamento del Interior, lord del Sello Privado y primer comisario de Trabajos y Edificios públicos, y en 1886 desempeñó el cargo de secretario de Negocios Extranjeros. Ha sido también presidente del Consejo del Condado de Londres. Durante el último ministerio de lord Salisbury su reputación elevóse á gran altura por la oportunidad con que abandonaba en el momento preciso la reserva, que era generalmente la norma de su conducta.

Cuando Gladstone fué nombrado nuevamente primer ministro en 1892 confióse otra vez á Rosebery la secretaría de Negocios Extranjeros, desempeñando la cual tuvo ocasión de acreditar su grandes dotes de gobernante con motivo de la gran huelga de los obreros de las minas de carbón que estalló en Inglaterra en el otoño último y que terminó satisfactoriamente gracias á su hábil intervención.

Como orador público, lord Rosebery no tiene superior en cuanto á la lucidez y facilidad de la frase; pero rara vez habla. Ha guardado silencio en la Cámara de los Lores durante casi toda la legislatura que acaba de terminar, aun cuando su discurso sobre el *bill* del *Home Rule* produjo no poca agitación por su asombrosa sinceridad. En una palabra, en la inteligencia de lord Rosebery hay una extraordinaria combinación de energía y delicadeza, y á nadie sorprenderá que dé lugar á una historia personal casi tan notable como las que ilustran los nombres de Beaconsfield y Gladstone. Los que temían que lord Rosebery no se atreviera á ponerse enfrente de la Cámara de los Lores habrán visto disiparse sus recelos oyéndole calificarla de peligro para el pueblo; estas palabras, pronunciadas hace poco en Edimburgo, son segura garantía de que el nuevo primer ministro continuará la obra liberal comenzada por su antecesor.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 2 de abril de 1894 — Núm. 640



ZORAIDA, cuadro de Benjamin Constant

ADVERTENCIA

En el número 642 publicaremos una magnífica lámina de doble página, copia del cuadro titulado UN SERMON, obra del distinguido pintor Salvador Sánchez Barbudo, cuidadosamente grabada por Sadurní.



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La Pascua de Resurrección. - Emociones producidas por las fiestas eclesiásticas de Pascuas en el ánimo. - Luz de la Luz, según San Juan. - El Verbo y el Sol. - Culto á éste allá en las religiones antiguas. - El viernes y el sábado santos. - Tristezas de la vida. - Retirada de Gladstone. - Sus causas. - Servicios prestados por el gran orador á Inglaterra y á la humanidad. - Muerte de Kossuth. - Reflexiones sobre su historia. - Conclusión.

¡Día de Pascua, día de santo regocijo! El primer aleteo de las golondrinas recién llegadas hiende los aires; el primer capullo de las flores prometidas brota en las yemas; el primer ensayo del nido amoroso comienza en las ramas, y el primer campaneo tras largas horas de silencio suena en la torre, acompañando la incipiente vuelta del calor y la sinfonía compuesta por los zumbidos de tantos y tantos seres, yertos en invierno, como despierta con sus benéficos besos á la vida toda primavera. El inspiradísimo Goethe ha expresado en su *Fausto* magníficamente cómo la fiesta de Pascua reconcilia por su virtud al hombre con la vida. Cansado el doctor de su vuelo continuo, en pensamiento, por las vacías regiones de lo abstracto, sin encontrar punto de reposo ni reflejo de idea, se asoma desesperado á la nada y se decide á precipitarse y caer en los eternales abismos. Pero al poner los labios, para suicidarse con resolución, en la copa donde se guardaban los beleños de la muerte requerida, el repique de las campanas que tocan á gloria y el eco de las aleluyas que anuncian la resurrección universal ciegan bajo los pies la sima horrible adonde se inclinaba y tienden á los ojos el cielo de la esperanza, quien presta ímpetus al espíritu de alondra que se sumerge y canta en la divina luz, cuyos efluvios la bañan y la transfiguran. ¡Oh! La primera emoción religiosa de mi vida, que allá con grande confusión guardo en la memoria, como experimentada poco tiempo después de haber dejado mi cuna, es la sublime que me produjo en el convento gaditano de la Candelaria un sábado de gloria. Yo creo que levantó en mi espíritu aquel súbito cambio del velo negro y luctuoso en los esplendentes altares henchidos de incienso y cubiertos de flores y por cien velas iluminados una inconsciente ascensión á lo ideal en mi niñez, muy parecida de suyo al primer pío de las avecillas abrigadas por el maternal amor en sus nidos. Jamás nos cansaremos de saludar la luz, que sería el primero entre los elementos del universo si no existiera la idea. Y jamás dejará de iluminar el camino de nuestra vida ese cirio pascual, fabricado por las abejas, áureas y resonantes, que han henchido de mieles su cera y que nos han anunciado, sacando con sus aguijones de corolas y cálices regaladas dulzuras y vivas luces, la metamorfosis conducente á la resurrección, en una pascua bendita de todos los seres criados. Creamos y esperemos en la resurrección. Entre las profecías que se leen el Sábado Santo en los Oficios, ninguna como aquella del inspirado Ezequiel, en que Dios sopla, como sobre apagado rescoldo, sobre los huesos yertos de un abandonado osario, y los reanima con este soplo semejante al sentido por Adán en su rostro, cuando animaron el barro, de que se hallaba compuesto, la visita del espíritu y la visión del criador en los senos del Paraíso.

* * *

Pero ¡ay! que tanto regocijo no empece á la experimentación y sufrimiento de diarias tristezas en los míseros mortales, condenados por la fatalidad al dolor y á la muerte. Parece que estos dos agentes corrosivos y aniquiladores debían respetar seres de tanta colosal estatura, como los dos gigantes derribados por ellos ahora en el polvo: Gladstone y Kossuth. Pues no es así, no. Las ilustres historias, las sublimes vidas, las inteligencias que mandan los rayos de sus ideas muy lejos en el tiempo y en el espacio, sufren mayores penas que los demás mortales y atraen sobre sí la injusticia con la calumnia. Pocos hombres de tanto genio y que hayan prestado á sus respectivas naciones y á la humanidad entera tal número de servicios como Gladstone y como Kossuth. Pues, con esto y con todo, el uno tiene que abandonar su gobierno, donde ilustró á la ilustre Inglaterra, y el otro tiene que morir lejos de la patria. Cuando una guerra social por las cuestiones agrarias y una guerra civil por las competencias políticas y una guerra religiosa por las rivalidades teológicas entre católicos y protestantes azotaban el suelo irlandés y afligían á Inglaterra, impotente con todo su poder á conjurar esa plaga, el inmortal Gladstone declaró que ya estaban exhaustas las fuerzas de resistencia y que pedía lo grave del caso pronta conjura del mal por los viejos y seguros talismanes de las grandes y luminosas ideas. Él, que había servido al santísimo principio de la libertad del pensamiento y de la conciencia; él, que había democratizado el ejército, sustituyendo los privilegios del nacimiento con los tributos naturales del mérito; él, que había extendido la papeleta del voto hasta las últimas clases sociales y compuéstose de suerte que penetraba la democracia en la pública gobernación, sin alterar el estado de sus viejas tradiciones; él, que había desarraigado esa Iglesia protestante ó anglicana, impuesta por la fuerza de un ciego triunfo á tribus católicas hasta la superstición y apegadas hasta el martirio á las creencias seculares, en que murieron sus progenitores y ascendientes; él, que había instituído los humanos derechos bajo la pesadumbre de cien añejos abusos y de horribles feudales instituciones, bien merecía mayor cooperación en proyectos, los cuales libertaban de su vieja servidumbre á Irlanda, sin perjuicio del natural predominio de la unidad patria, representado por la gloriosísima Inglaterra. Pero la defección de tanto amigo como le abandonara en el comienzo de su pasión, cual en el huerto de los Olivos sus apóstoles á Cristo; el coro de calumnias levantado por todos los periódicos reaccionarios, atribuyendo el nuevo plan de reformas al deseo de obtener con los votos irlandeses una mayoría para gobernar perpetuamente, aunque fuera destruyendo la integridad intangible del suelo nacional; aquella oposición apasionada de Inglaterra toda, unida en su contra; la serie de ilustraciones liberales pasadas al viejo enemigo tory sin escrúpulo ni empacho; el voto de los lores contrario á sus leyes, quien resucitaba un odioso veto, no concedido por las nuevas costumbres inglesas ni aun á la misma corona; el número de ciegas resistencias á vencer y de tristes excepciones á derribar para establecer los futuros progresos, no le han arredrado, como quieren sus implacables contrarios; le han persuadido á creer que si le sobran fuerzas intelectuales y morales para sus atléticos empeños, le falta tiempo, años de que usar, por nonagenario ya, para ver el debido logro de su obra en el horizonte sensible de su vida. Y además, si la inspiración suya está luminosa y sugestiva como siempre, si la palabra pronta y abundantísima, si la inteligencia despierta, si la imaginación fecunda y florida, si rotundo y ciceroniano el fluyente labio; la carne flaca le abandona, y se le apaga la vista, y se le cierra el oído, y se le extingue la voz, y se le acerca la muerte, anticipada, como el juicio de la posteridad misma, por esta grande abdicación de su persona, que no significa, no, la consiguiente abdicación de su idea. Esta fructificará.

* * *

No menor tristeza que la separación definitiva de Gladstone del gobierno cáusanos la muerte, siquier hace mucho tiempo amenazadora, del dictador Kossuth, quien á los noventa y dos años parecía como un simulacro en carne y hueso, vivo y animado, de las dos ideas más caras á todos los corazones generosos: la idea de libertad y la idea de nación. Pocas empresas parecidas á la que intentara Kossuth desde sus mocedades: el establecimiento, á las orillas del Danubio, sobre el suelo donde las marismas alternan con los verjeles, de una grande nacionalidad, denominada magyar, aunque se compusiese de cien razas enemigas entre sí é inasimilables las unas á las otras; nacionalidad que siempre había tenido, con especialidad desde la décimaquinta centuria, dentro una perdurable batalla de pueblos, y fuera, en tronos extranjeros, los monarcas encargados de concordar tales discordias y ofrecer á los combatientes la paz y la unidad. Combatidos por los turcos y por los esclavones; expuestos á las continuas correrías de pueblos vomitados por el Asia Mayor y Menor sobre sus mesetas; medio mogoles, según la sangre de los hunos que corre por sus venas, y occidentales algún tanto por el número de tribus que llegaron á su seno; divididos entre los salteos continuos de Turquía y los halagos de Austria, propúsose Kossuth, su redentor, primero en las dietas con su palabra, en la prensa después con su pluma, y en las revoluciones y en las guerras por último con su acción, vencer cuantos contrastes le opusieran el tiempo con sus tradiciones y el espacio con sus ruinas y el espíritu con sus creencias, y unir y sumar los húngaros para que tuviesen la dicha de componer esa grande familia que se denomina con el glorioso nombre de nación, organizada en tales términos, que rematara en un solo Estado, como remata todo cuerpo de perfecta organización en una sola cabeza. Por mucho tiempo encerró esta grande aspiración en la legalidad, creyendo posible, con los medios que le daba la ley, alterar por procedimientos parlamentarios y legales, ampliándola y mejorándola, esa ley misma. Que un magnate sólo tenía su correspondiente representación y su particular diputado en la Dieta, pues recibía de señor tan poderoso un mandato, y se asentaba en tal rescrito parlamento, á reserva de ampliarlo y de robustecerlo; que una costumbre añeja del absolutismo prohibía publicar los extractos de las sesiones en hojas impresas, pues los publicaba en hojas litográficas; que se recogían estas hojas litográficas, pues apelaba con tenacidad y sin descanso al manuscrito para que penetraran las ideas progresivas en algunas conciencias superiores, y estas conciencias superiores las diesen luego en comunión eterna, como un sacramento, á la conciencia popular. Como crimen de alta traición fué considerado entonces tal ejercicio de los derechos políticos, y á larga cautividad sujeto, según lo bárbaro de aquella legislación, quien lo practicaba en cumplimiento de un deber, no sólo patriótico, también humano. Entrado Kossuth en la Dieta el año treinta y dos; cautivo el treinta y cinco en las cárceles públicas, de donde no saliera, si la indignación del pueblo no le sacara meses después, imponiendo al imperio austriaco amnistía forzosa; fundador el cuarenta y uno de un grande diario exaltado, que abandonó antes de un lustro por dificultades editoriales; gerente de sociedad anónima sobre seguros, la cual no prosperó gran cosa los intereses personales suyos, pero muchísimo los políticos, á causa de facitarle con sus agentes la entrada en todos los hogares, pudiendo imbuirles, so pretexto de ahorro y previsiones, las ideas liberales; jefe del partido avanzado en la dieta de Praga, donde llegó con grande autoridad el año cuarenta y siete, redactando un programa cuyos cánones contenían todas las fórmulas del programa progresista oportuno y urgentísimo; elevado á la cabeza del pueblo húngaro por la repercusión que hirieran en éste los movimientos republicanos de París el cuarenta y ocho; dictador unos meses, bien pronto depuesto por divisiones entre los suyos, que no le consintieron en paz la presidencia de su fugaz república, rota bajo los pies de cien mil rusos á la postre; refugiado en Turquía, de donde pretendieron extraerlo, como á un criminal vulgarísimo, los implacables déspotas del Norte, quienes lograran su aviesísimo deseo, de no aconsejar al sultán la debida resistencia á Francia é Inglaterra; transportado al Asia Menor, como un reo de Estado, hasta que le dieron suelta con la condición de trasladarse al territorio americano, en que inició una propaganda



SPORT, cuadro de José Cusachs (Salón Parés)

muy gloriosa para su elocuencia, apostolado promovedor del entusiasmo público, pero escasamente útil á su partido y á su causa; término capital de la trimourti ó trinidad revolucionaria formada con él por Ledru-Rollín y un Mazzini; capitán de tercios en Crimea, requiriendo inútilmente con este carácter para su patria el apoyo prestado por iguales causas á Saboya en su trabajo por Italia; conspirador con Bismarck en la preparación del golpe al Austria de sesenta y seis, cuya facilidad hizo que no se llegase á la ideal independencia, pero sí á la grande autonomía de su patria, Kossuth no volvió á ésta nunca, por no haberse cumplido su programa completo y absoluto de separación del Austria y de destronamiento de los Hapsburgos; pero no renegó de aquellos que, como él condenados á muerte, llegaron á transigir con los Hapsburgos, como Andrassy, por ejemplo, y no maldijo la obra de conciliación concluída y rematada por el gran Deak, después del sesenta y seis, aunque no fuera su propia obra de intransigencia radical; consiguiendo coordinar así el culto á su historia y el recuerdo de sus últimos cargos con las transacciones pedidas por el supremo bien de la libertad y de la patria.

¡En paz descanse por toda una eternidad el héroe sublime de Hungría!

Madrid, 26 marzo 1894



CUATRO CAPITALISTAS, cuadro de Luis Graner (Salón Parés)

EL CORNETILLA

Periquín era el muchacho más alegre del ejército y el tipo del corneta de órdenes de los batallones de cazadores de nuestra valerosa infantería.

Morenillo, bajo, feúcho, no podía ciertamente dominar á las patronas por su físico, y sin embargo, no había en los alojamientos partida más llorada que la suya.

Las mozas robustas, esbeltas y apetecibles de las provincias vascas y de la vecina tierra de Burgos sentían, al encuentro del corneta, heridos sus corazones, si no de puntas de amor, de dardos de simpatías.

– Es un gitano, exclamaban apenas él, con su trato, las iniciaba en los comunicativos encantos de su alegría.

Y el cornetilla contestaba vivamente á tales exclamaciones:

– ¿Gitano? ¡Y tanto como debo serlo! No conozco á mi padre ni á mi madre, y la tierra en que nací es tierra de gitanería y por tal está reputada en muchas leguas á la redonda. Conque sabed, chicas, que gitano soy y á mucha honra, sin más padres que mi batallón, ni más familia que el batallón, ni más suegra que los carlistas, ni más amor que el buen vino, ni más afán que tocar paso de ataque.

Y á fe que lo tocaba con todo el entusiasmo de su ardor guerrero, dando á los vibrantes sonidos, brutales acentos de odio, de desesperación y de venganza.

Periquín contaba apenas dieciocho años y habíase hecho notar en las filas por su esmerada pulcritud y limpieza, por su apuesta gallardía y por su frente despejada, donde parecían agitarse pensamientos ambiciosos.

En el campo de batalla habíase distinguido también por el temerario valor, por la decisión en la hora suprema del peligro y, sobre todo, por su manera especialísima de tocar el paso de ataque.

Los soldados del batallón respondían á los bélicos sonidos de la corneta como si un impulso extraño y superior los arrastrara hacia el enemigo, y al resonar de las notas feroces, hasta las bayonetas parecían más afiladas y que el sol las arrancaba más vivos resplandores.

***

¡Cuántas veces los carlistas habían temblado oyendo tras las trincheras la corneta de *Periquín!*

Pero el acto más sublime de aquel muchacho gitano, morenillo, bajo y feúcho, se realizó en las alturas de Somorrostro, enrojecidas hoy por el hierro que la explotación minera arranca de las entrañas de la tierra, encharcada entonces por la sangre de nuestros heroicos soldados.

Después de esfuerzos indecibles y de pérdidas considerables, restaba, como término de la jornada, posesionarse de una línea de trincheras defendidas, terca y valerosamente, por los batallones de Arratia y Guernica. Las fuerzas enviadas al asalto se desorganizaban ante el nutrido fuego, y á duras penas podían rehacerlas los oficiales.

Entonces el travieso y denodado *Periquín*, rastreando por el suelo, avanzando de chaparro en chaparro, con el furor centelleando en sus ojos, la corneta en la nerviosa mano, el pensamiento puesto en el honor de la patria, que él veía materializado en los manchones amarillos y rojos de la bandera nacional, sin curarse del peligro ni vacilar un momento, cegado por el humo de la pólvora, llegó hasta las trincheras, é irguiéndose con provocadora arrogancia empezó á tocar, más desesperadamente que nunca, su irresistible paso de ataque.

El milagro se operó una vez más.

Arrastrados por los sonidos de la corneta los soldados dispersos, los indecisos agrupáronse para arrojarse después denodados sobre la temible defensa de los carlistas, y cuando el grito salvaje de la victoria anunció que ésta había sido conquistada, cesó bruscamente el sonido de la corneta.

El valeroso y alegre *Periquín* yacía en tierra. Había recibido dos balazos, á consecuencia de los cuales fué preciso amputarle una pierna y del brazo derecho quedó completamente inútil. ¡Adiós la alegría del batallón!

El gobierno le concedió una cruz pensionada. ¡Diez reales al mes! ¡Por algo decía el cornetilla que había nacido en tierra de gitanos!

***

Todo Madrid le ha visto durante largo tiempo recorriendo las calles de la corte para obtener la limosna de los transeuntes.

La *familia* del inválido soldado habíase aumentado: conservaba la corneta, la chaquetilla, la gorra de cuartel y además tenía un perro.

Un perro como su amo, bajito y feúcho, pero en posesión ágil de sus cuatro remos. Bien es cierto que no había servido á la patria.

El pobre *Periquín*, con su pierna de palo y el brazo izquierdo rígido, daba conciertos de corneta al aire libre, y en las esquinas de las calles, ante el corro numeroso y abigarrado de criadas de servir, colilleros, mozos de cuerda y gentes desocupadas, obligaba á que se sentara, bailase é hiciera el ejercicio á la voz de mando el amigo de las horas tristes, el humilde *Furriel*, el perro feúcho que le acompañaba.

Muchas veces censuraban los transeuntes el agrio sonido del heroico instrumento.

– Esto no puede tolerarse, exclamaban. Esa corneta desgarra los oídos.

Periquín, señalando la cinta azul de su cruz pensionada, dirigía entonces la vista á los que protestaban, y con los ojos llenos de lágrimas, prontas á escaparse por las mejillas para llevar su amargor á los labios, contestaba:

– ¡Ah, señores! ¡Si ustedes supieran cómo ha sonado esta corneta en Somorrostro!

Y después de enjugarse el llanto con las mangas de su harapienta chaquetilla de soldado, calmada su soberbia, balbuceaba de manera humilde y tímida:

– Una limosna por el amor de Dios.

***

En la ruda estación del invierno, cuando aun las manos más caritativas olvidan, al tibio calor de los bolsillos del gabán, la dulcísima acción de la limosna, el corneta mendigo pasaba hambres y miserias; pero mal que bien, iba viviendo unas temporadas sin hogar, otras sin pan, las más de ellas sin pan y sin hogar.

¡El último invierno!... Había recorrido inútilmente las principales calles de Madrid. La helada noche se echaba encima. La pitanza en los días anteriores fué escasísima.

Según avanzaba aquélla, se iban quedando más desiertas las calles. Era inútil que reanudura sus desagradables conciertos.

Madrid lo arrojaba de su seno. Las fachadas de las casas, con sus cerrados balcones, parecían gritarle: «¡Vete!»

Y él, como si se convenciera de que en el casco de la población habían muerto de frío la caridad y la esperanza, renqueando, renqueando, se alejaba de la villa, pensando tal vez que en el próximo término de Vallecas encontraría, entre matuteros ó gente maleante, una casa abierta, un sitio á la lumbre y un pedazo de pan.

Pero el frío, que era horrible, entumecía su cuerpo y le apretaba las sienes con mano de hierro. Intentó andar más de prisa, pero sintió en su cuerpo el entumecimiento y la rigidez en aquel brazo inutilizado, perdido en defensa de la patria bandera. De pronto, y en un supremo esfuerzo, se llevó la corneta á los labios y se dijo á sí mismo: «Paso de ataque.»

Las desesperadas notas resonaron en los desiertos y solitarios campos. La helada noche se estremecía al oirlas y rebujaba su cabeza entre las sombras. Primero sonaron como un enérgico juramento, después como un grito de protesta, después como una súplica doliente, después como un lamento desmayado. Luego el silencio cayó á plomo, y sólo se percibieron los lúgubres aullidos de un perro á quien la muerte había dejado sin amo y sin amigo.

A lo lejos, sobre el fondo macizo de las casas, brillaban las mil lucecillas de Madrid, y allá arriba, en el etéreo dosel de los cielos, parpadeaban los resplandores de las estrellas.

***

Al siguiente día apareció en el camino de Vallecas el cadáver de un hombre que no pudo ser identificado; y celebrando no sé qué fiesta nacional, ondeaba en todos los edificios del estado la gloriosa bandera de la patria, cuyos manchones amarillos y rojos había visto relampaguear el heroico *Periquín* como caldeados al fuego de su *paso de ataque*.

EL ABATE PIRRACAS

LA PINTURA IMPRESIONISTA FRANCESA

La sala de Pintura francesa constituye probablemente la nota de superior interés que nuestra última Exposición de Bellas Artes ha ofrecido para aquellas personas que, ó no han ido nunca, ó no pueden ir con frecuencia á París. Cierto que ni el número ni la importancia de las obras han podido dar una idea perfecta del admirable florecimiento actual de aquella pintura, la cual hoy ejerce su influjo soberano en todo el mundo. Pero, aun así, jamás se ha visto en Madrid muestra tan acabada de las últimas tendencias é ideales que persigue.

Fuera de los retratos de Bonnat, ninguna obra de primer orden ha venido quizá al certamen. Faltaban, además, muchos nombres de alta significación, ya entre los antiguos en sus diversos géneros, como Bouguereau ó Détaille, ya entre los modernistas, como Friant ó Dagnan-Bouveret; algunos de los primeros, como Lefebvre ó Benjamin Constant, no han estado debidamente representados; mientras otros de los últimos, ó aparecían con una muestra insignificante de su primer estilo, v. g. Gervex, ó con obras demasiado acentuadas en otra dirección que la característica de sus mejores cuadros, por ejemplo, Roll. Con todo, el arcaísmo pre-rafaelista de Puvis de Chavannes y sobre todo la novísima corriente que desde Francia se extiende por todas partes, y hasta en nuestro país empieza á tener fervorosos prosélitos, han podido verse y juzgarse en esta ocasión, tal vez con suficientes datos. Los impresionistas moderados, como Aub'et; los radicales, como Besnard; los paisajistas y marinistas, como Pissarro, Monet, Sisley, todos han tenido representación. Y para el que en el último concurso haya buscado, no sólo un goce estético, sino materia de estudio, la historia de las últimas direcciones y su aparición en algunos de nuestros pintores, señaladamente en Rusiñol y en Casas, ha presentado esa Exposición una novedad y atractivo superiores.

Estas consideraciones hacen que puedan tener algún interés de actualidad las observaciones siguientes sobre el asunto que sirve de epígrafe al presente artículo: tanto más, cuanto que, no ha mucho, persona de grande autoridad ha publicado con análogo motivo juicios un tanto inexactos, que no es esta ocasión de discutir.

I

Así como, en la poesía, al romanticismo ingenuo han sucedido el realismo y el simbolismo, así parece haber acontecido, sobre poco más ó menos, en la pintura moderna. El neo-clasicismo de David, continuado en cierto modo más tarde por Ingres, concluyó y cedió el puesto á la pintura sentimental, dramática y colorista de Géricault y Proudhon, de E. Delacroix, Ary Scheffer, Robert Fleury, Flandrin y Paul Delaroche. Románticos son en el fondo los pintores del ideal democrático, que pudiéramos decir, como Courbet y Millet, y á veces los representantes del brillante eclecticismo de Meissonier, J.-P. Laurens, Bonnat, Gérôme, etc. Tras de éstos viene el segundo momento, con los pintores realistas, al frente de los cuales figurará siempre Bastien Lepage, con sus compañeros Gervex, Roll, Duez, Dagnan-Bouveret. Por último, toca el turno á los impresionistas, que abren la serie con Manet y Raffaelli. – Esta parece ser la evolución.

La característica de la pintura romántica, ó si se quiere, del primer romanticismo (pues esencialmente románticas son todas estas direcciones), ha sido tan discutida y estudiada, que no hay que insistir ya sobre e la. Su concepción de los asuntos, en sus cuatro fuentes principales – la historia, sobre todo en el sentido político y exterior; la religión, el paisaje y el género – busca siempre los momentos salientes, dramáticos, llamativos, y los expresa en sus composiciones de un modo sentimental en actitudes, gestos y accidentes. Su luz es suave, como la del amanecer, la puesta del sol, la luna, etc.; el claroscuro, dulce también, ligeramente acentuado y con escaso relieve; el color, rico, vario, aunque dentro por lo común de una entonación general dorada y caliente y tendiendo siempre á la ostentación y la magnificencia: más enamorados, como si dijéramos, de Tiziano que de Velázquez. Un sentimentalismo, análogo al de la poesía romántica melancólica y lastimera, domina en su técnica, como en su ideal, aun en sus obras más trágicas, grandiosas y solemnes. Por último, interviene también aquí un principio convencional y abstracto, análogo al del neo-clasicismo, aunque en sentido opuesto: porque, en vez de tender á personificaciones generales é incoloras, como la belleza de Winkelmann y aun de Hegel, busca lo característico de la individualidad, aunque á menudo en sus rasgos más superficiales y aparentes. Un crítico inglés ha dicho que, en aquella época, pasaba por retrato de Byron cualquier rostro imberbe con un rizo en la frente. Esta es, sin duda, una caricatura, pero fundada, del idealismo romántico.

La pintura realista rompe en gran parte con estas tradiciones. Para ella, el asunto no tiene ya que ser llamativo, sorprendente, extraordinario; hasta puede decirse que es uno de sus dogmas la indiferencia del



EN TIEMPO DE GUERRA, cuadro de José Weiser [illegible]

asunto. Antes, sólo por excepción (Velázquez, los holandeses, Watteau, Goya) se había tratado la pintura llamada de género, los momentos diarios y comunes de la vida privada, en figuras de tamaño natural ni en obras de tan grandes proporciones; y se comprende el profundo trastorno que debió causar en sus contemporáneos el *Entierro de Ornano*, de Courbet. No es éste lugar de indagar cómo el nuevo sentido tenía en gran parte sus antecedentes en el mismo momento anterior. Por el contrario, ahora se trata aquí de oponer entre sí ambos términos en una evolución que, como siempre, es continua. Una escena cualquiera de la vida humana, por insignificante que sea; un campo de trigo, una roca pelada, un celaje, una ola, lo humilde, lo pequeño (1): todo se vió igualado con las más grandes y aparatosas manifestaciones de la naturaleza y de la vida humana. Schelling y Hegel (el último de los cuales pareció en parte presentir ya este movimiento y que sin duda lo habría detestado) dirían que el realismo hallaba, hasta en el último átomo de la vida, una expresión del Absoluto. Que por una reacción natural contra el antiguo idealismo se haya de aquí pasado á preferir y hasta glorificar lo insignificante, y aun lo feo, y hasta lo repulsivo, es cosa tan lógica, cuanto que en el seno del propio romanticismo ya lo hallamos: por ejemplo, en Víctor Hugo.

En la técnica, se puede advertir una oposición análoga. La luz es libre; es la luz de la naturaleza (*plein air* – no la del estudio), tomada indistintamente en todos sus grados de intensidad, desde el más fuerte sol del mediodía, hasta la más densa obscuridad de la noche. El claroscuro se emancipa de la antigua suavidad y emplea lo mismo una nebulosa indecisión, que un áspero partido de blanco y negro, ó la iluminación por simples reflejos y aun la ausencia de casi todo claroscuro. El color es sobrio, rayano á veces en la monocromía; y á los tonos calientes, sucede toda la gama de la serie ciánica, desde el timbre plomizo y terroso de Corot, hasta las carnes verdes y azules que ha llevado al delirio Besnard.

Este último nombre nos lleva directamente al impresionismo, tercer momento de la evolución moderna.

Difícil es dar de él una idea concreta, á lo menos para el autor de este artículo. ¿Consiste en la preferencia exclusiva por los asuntos modernistas y actuales, que pudiera decirse? Puvis de Chavannes, que se inspira en los pre-rafaelistas ingleses, aunque tal vez es inferior á ellos en el vigor y aun en el dibujo, no sería entonces impresionista. ¿Es la plena luz del mediodía, con toda su brillantez y esplendor? El empastado Millet debe ser excluído. ¿Es la policromía exagerada hasta la embriaguez de un Chéret ó un Besnard? El maravilloso retrato de la madre de Whistler parece un grabado; y este mismo Whistler ha pintado el cielo estrellado por la noche. Acaso – en un respecto – podría aplicársele lo que un personaje extraño, el Sar Péladan, dice del simbolismo: «que es un arte, en el cual el espectador tiene que acabar la obra de que el artista le presenta sólo un boceto.»

De todos modos, cabe decir que la técnica del impresionismo es quizá evolución lógica de algunos elementos que comenzaban ya á germinar en la pintura realista: v. g. la descomposición de un tono en sus colores elementales, yuxtapuestos, para que desde lejos se fundan, recomponiéndolo; ó la coloración reflejada sobre cada objeto por los demás y el medio ambiente; ó por último, el predominio de las tintas grises, amoratadas y frías. Quizá los dos únicos factores que en esta escuela parecen nuevos (hasta donde cabe usar esta palabra) sean los siguientes: 1.º, la tendencia á que resalte una nota dada de color, ya por medio de un contraste brillante, v. g. un traje rojo en un prado verde, ora diluyendo y como desmenuzando, hasta en sus últimos pormenores, todos cuyo análisis produce, á primera vista y de cerca, un efecto chillón, abigarrado y anárquico; 2.º, una factura que no sin razón se ha comparado a las mallas de un tejido ó á los puntos de una media. La *tache* y el *pointillé*: tales parecen ser los más peculiares caracteres del impresionismo. En realidad, ambos pueden reducirse á uno solo: un procedimiento analítico en el modo de tratar los pormenores, como nunca hasta ahora se llegó á usar. Nótese, á propósito de esto, que el impresionismo, en su técnica, si es ante todo una escuela, lo es por lo que respecta al color, casi exclusivamente. Hay en ella dibujantes de valer; pero en general no es el dibujo lo que le da importancia, y aun á veces es abandonado, contribuyendo á la falta de solidez de que suele motejarse la construcción de sus obras (1).

En cuanto á la parte interna, al asunto, la idea, la composición, el impresionismo parece mostrar también cierta tendencia propia. Aspira á representar, no meramente el lado visible y exterior de las cosas, á que por lo común el realismo se atiene y en que se satisface y descansa; sino un cierto sentido interno, un «alma,» que les da significación y por la cual son consubstanciales con el alma del espectador, que se halla reflejada á sí misma en la naturaleza mediante el arte.

Con razón ha notado un crítico este parentesco entre el impresionismo y la literatura simbolista. Repárese, en efecto, que esa intención esotérica es común á ambas direcciones y conforme con el movimiento idealista (más que espiritualista), religioso y místico que en otros órdenes de la ciencia y el arte se viene en estos últimos tiempos acentuando; la factura de los llamados «decadentes» en poesía es también, como advierte aquel escritor, concorde con el *pointillé*: una sensibilidad excesiva, y no sé si diga enfermiza, que los lleva á unos y á otros á querer descomponer las sensaciones hasta lo infinito; una afectación, rebuscamiento y sutileza, que además aparecen en ciertos momentos de la historia: lo mismo en Góngora (su ídolo), Marini y las *preciosas* de Rambouillet, que en los gramáticos de Alejandría.

Si en cuanto á los precedentes inmediatos de este movimiento puede asignársele su lugar como un término más ó menos extremo dentro de la evolución general romántica, conviene tener en cuenta asimismo otros antecedentes, no tan próximos y que con frecuencia quedan olvidados. Se refieren sobre todo á algunos de los elementos de su técnica.

De la intensidad de luz, tal vez no se halle ejemplo tan característico ni tan antiguo como el de los paisajistas belgas de mediados del siglo actual. Poco después, llega nuestro Fortuny, cuya sagacidad y atrevimiento en la «mancha» y cuya brillantez luminosa han tenido un influjo en la técnica, que no cabe, sin preocupación, relegar á término secundario; si bien, á su vez, en la mayoría de sus más famosos asuntos se inspira principalmente en Meissonier: verdad es que todo el movimiento de nuestra pintura contemporánea, y aun desde el siglo XVIII, sin exceptuar al mismo Goya, no obstante su genial originalidad, viene quizá determinado por las evoluciones del arte francés.

Otro precedente lo constituyen sin duda los prerafaelistas ingleses. Desde Dante Rossetti hasta Burne Jones, Moore, Crane, etc., han ejercido poderosa acción en algunos modernistas franceses: v. g., en Puvis de Chavannes, antes citado, y aun en Bastien Lepage; debiendo notar que esta acción se extiende más allá de la técnica y llega á los asuntos y al espíritu de la concepción. La tendencia á la monocromía y las tintas amoratadas vienen quizá del Norte (Dinamarca, Escandinavia), que ahora, á su vez, recoge el influjo de la pintura parisiense; y el gris plomizo de Corot, de Courbet ó Raffaelli es quizá una nota de la pintura francesa (aunque nunca tan acentuada), como puede verse en los pintores del XVII: por ejemplo, en Lesueur, Lebrun y Poussin mismo, que tienen ya esos colores mates, terrosos y sin transparencia. En este punto del gris y del violado, España presenta una excepción de importancia. Cuando toda Europa, hasta los sobrios holandeses, experimentaba el influjo de la riqueza de color y de las tintas doradas de los venecianos, el Greco primero y Velázquez después dan un ejemplo en sentido contrario y sin igual, acaso, entre pintores de su alta significación. Por cierto que ¿quién sabe si el abigarramiento y acritud del Greco, durante su última época, harán de él, en su día, un precursor de Manet, Gervex y Besnard?

II

Imposible, de cierto, sería establecer como criterio absolutamente seguro para entender las ideas, no ya de un artista (que no siempre las trae á reflexión), mas ni de un filósofo, atenerse á lo que él de ellas piensa; la teoría que cree profesar puede no ser la que en realidad y en el fondo – de bueno ó mal grado – profesa, ni con mucho. Pero, con esta reserva, conviene conocer lo que podría llamarse la doctrina del impresionismo, expresada por sus mismos apóstoles, así como las principales críticas de sus adversarios. Un discreto escritor (1) ha celebrado algunas conferencias con notables de unos y otros, y expuesto su resultado, á veces muy interesante. Lástima que no haya recopilado igualmente las doctrinas estéticas de M. Henry, que en la escuela de Estudios Superiores *(Hauts Etudes)* de París aplica la psicología fisiológica y la óptica de Chevreul al estudio de estos problemas, con auxilio de algunos pintores.

Extractemos las opiniones de los más importantes.

Para Monet y Pissarro, el impresionismo francés (en el cual ocupan lugar tan preeminente) desciende del famoso paisajista inglés Turner, cuya tendencia sólo Whistler, á su entender, sigue hoy dignamente en Inglaterra. Algunos de nuestros lectores recordarán probablemente que en la penúltima Exposición de Bellas Artes tuvieron en Madrid la fortuna de poder conocer el estilo de este gran artista en dos retratos importantes: el de Sarasate y el de su propia madre, obra verdaderamente admirable, que aquí pasó casi inadvertida á la gran mayoría de nuestros artistas y críticos y que poco después adquirió el Gobierno francés para el museo de autores vivos del Luxemburgo.

En cuanto á Turner, es sin duda el primer paisajista que los ingleses han tenido en su tiempo.

Besnard, quizá el impresionista hoy más extremado, el autor de aquel célebre retrato de una dama amarilla y azul, se defiende, diciendo que las carnes sólo aparecen sonrosadas en muy pocas ocasiones (por ejemplo, en un jardín, tienen siempre reflejos verdes); y afirma que él y sus colegas son los primeros en haber visto y representado, en cuanto al color, esta relación de las figuras con el medio que las rodea. Añade que los cuadros venecianos no son sino ramilletes de colores; que los frescos de Goya, en San Antonio de la Florida, le dieron un desengaño, son plomizos (!) y no tienen ambiente: que hoy todavía se pinta copiando un modelo alquilado y no la vida real, y así todo resulta falso; por último, que no hay que buscar para asunto de un cuadro anécdotas llamativas, porque todo es igualmente interesante.

Chéret, el autor de los famosos anuncios ó carteles, tal vez hoy los primeros de Europa, la toma por otro estilo: idólatra de Watteau y del siglo XVIII francés – porque el XVIII en Alemania es pesado, y retorcido y barroco en Italia – cree ver en su nota plácida y risueña la característica de la pintura del porvenir.

Pero casi desde dentro de esta misma tendencia, nada menos que entre los que pueden llamarse sus progenitores, han surgido y surgen cada día protestas contra el impresionismo. Verdad es que estas guerras civiles entre padres é hijos son en el arte frecuentes, como en la literatura, donde hoy mismo los decadentes y simbolistas luchan y se desautorizan mutuamente: v. g., Verlaine y Moréas.

Los primeros pintores del *plein air*, los que señalan la transición del realismo al impresionismo, el grupo, en suma, del malogrado Bastien Lepage, se revuelven contra los que en gran parte debieran considerar como sus descendientes legítimos.

Duez y Gervex rechazan la nueva escuela. Censuran su falta de mesura y buen gusto: «un puñetazo en un ojo – dice el segundo – representa para ella el sol de mediodía.» Comparan los reflejos multicolores de las figuras de Besnard con esas bolas de vidrio azogado que (en mal hora) suelen poner en los jardines; y lamentan la abigarrada mezcolanza del amarillo y el azul, el rojo y el verde. Cierto que ya uno de los más acentuados impresionistas, el propio Monet, se burla de las imitaciones que de ellos hacen algunos sectarios modernistas ingleses, prodigando á diestro y siniestro el azul y el violeta; pero al atacar al impresionismo, ¿olvida Gervex el color extraño de su *Rolla*, de aquel famoso cuadro que tanto escandalizó, así por la factura como por el asunto, algo escabroso (como ahora se dice)? Si los naturalistas ridiculizan el *Cristo y la Magdalena*, de Blanche, «tomando te en un servicio japonés,» ¿no recuerdan ya que este modo realista y burgués de tratar los grandes asuntos históricos y religiosos tiene sus precedentes en ellos mismos, y que la admirable *Juana de Arco*, de Bastien Lepage, á pesar de los accidentes místicos del fondo, está concebida y ejecutada completamente fuera de los moldes convencionales y en el tipo de una aldeana contemporánea? En lo que quizá aciertan, es en poner frente á frente el descuido de los impresionistas con los severos y concien-

---

(1) Bouguereau dice del famoso *Angelus*, de Millet, aludiendo á lo que representa (un matrimonio aldeano rezando la oración de la tarde en el campo), que es un cuadro que tiene por asunto «una carretilla y dos andrajos.»

(1) Es bien sabido que los pintores franceses son casi siempre excelentes dibujantes, por una aptitud, ingénita al parecer, de esta raza, que en la Edad media rayó tan alto, antes que Italia; en el Renacimiento ha hecho de su escultura la primera, después de la italiana, y en nuestros días la superior á todas. Pero á veces, algunos de los impresionistas tienen descuidos que, por lo mismo, llaman la atención más. Quizá lo que dicen de una de las figuras de mujer de Puvis de Chavannes en sus decoraciones del Hotel de Ville de París: «que parece un gorila» sea exagerado; pero sus composiciones prerafaelistas de la nueva Sorbona tampoco son bastante sólidas en este respecto.

(1) Gsell, *La tradition artistique française*, en la *Revue bleue*, 1892.

zudos estudios con que todo aquel grupo de precursores se preparó á realizar las dos grandes novedades que aspiran á representar en la historia: 1.ª, los asuntos y trajes modernos, clínicas, redacciones de periódicos, escenas de trabajadores, etc.; 2.ª, la luz intensa y plena al aire libre.

No basta esta oposición interna, que podría decirse, entre los dos momentos de una tendencia común, para que los padres encuentren mejor acogida que los hijos ante la escuela tradicional de los Bouguereau, Benjamín Constant, Lefebvre, etc. Bonnat, superior, sin duda, á todos estos, parece más benévolo con los modernistas. La principal censura acaso que se les dirige – según queda dicho con repetición – es la de la incorrección del dibujo; censura á la cual responden ellos, por su parte, que las obras de sus contradictores no son más que un juego de puras líneas vacías. El antiguo idealismo convencional, por más que parezca imposible, todavía pone en labios de esos maestros clásicos doctrinas tan curiosas como la apología de las medias tintas que da «la luz discreta del estudio,» de la «corrección de la naturaleza por el arte,» etc., etc.; ni más ni menos que en los tiempos de un Mengs ó de un Canova; y no ya las generaciones venideras, sino la presente, oirá con extrañeza que un artista distinguido, como Français, preconiza un sistema, que consiste en pintar de memoria, en su estudio, paisajes «reconstruídos» sobre croquis tomados del natural hace más de cuarenta años!

En la incertidumbre y oscilación vertiginosa de las corrientes actuales, en el arte y en la vida entera, no es fácil predecir cuánto durará el reinado del impresionismo. Que, como todos los momentos de la evolución artística, grandiosos ó insignificantes, sanos ó enfermos, espontáneos ó prendados de ingenio, alambicamiento y artificio, pasará también, cosa es llana; pero ¿qué rastro dejará y qué valor tendrá para la historia? Lo único que cabe asegurar es que todavía no ha concluído su ciclo.

F. GINER DE LOS RÍOS



La princesa María Berta de Rohán,
futura esposa de D. Carlos de Borbón

LOS NUEVOS ASOCIADOS
DE LA REAL ACADEMIA DE LONDRES
(Conclusión)

IV

MR. JOHN MACCALLAN SWAN

En su género especial, Mr. Swan ocupa un lugar tan distinguido como Mr. Sargent ó Mr. Hecker, y las filas de los asociados de la Academia se han reforzado mucho con la adición de tres individualidades que recuerdan algunas de las más notables pinturas de los últimos años.

Mr. Swan nació en Brentford en 1846, y sus estudios, comenzados muy pronto, duraron muchos años. Asistió primeramente á la Escuela de Artes del condado de Worcester, y volviendo después á la capital continuó sus estudios bajo la dirección de Mr. Sparkes en la Escuela de Artes de Lambeth, trasladándose más tarde á la de la Real Academia. Durante su aprendizaje allí envió uno de sus dibujos al notable artista francés Gerome, quien reconociendo su mérito y lo que prometía, invitó desde luego al joven Swan á trabajar en París. Sin embargo, la enseñanza de Gerome era demasiado académica para el novel artista, á quien atraían en particular los más modernos estilos de Dagnan-Bouveret y de Bastien Lepage. Al mismo tiempo se dedicó á la escultura con mucha energía, y después de pasar breve tiempo en el taller de Fremiet, halló en Barye un maestro más á su gusto.

Desde París Swan marchó á Florencia, y hallándose allí envió su primera obra, *Dante y los Leopardos,* á la Real Academia en 1883. Después se trasladó á Roma y al



VILLA FABRICOTTI, EN FLORENCIA, residencia de la reina Victoria de Inglaterra en Italia



EL BANQUETE DE BODA, cuadro de P. Salinas



FIESTA EN ANDALUCÍA, cuadro de Domingo Fernández y González

cabo de algún tiempo dirigióse por el Norte á Holanda, donde trató particularmente á los hermanos Maris, por cuya influencia se le eligió individuo de la Sociedad Holandesa de Acuarelas, mientras que la Real Academia Hiberniana le nombró también socio de la misma.

Sin embargo, aún no había completado su educa-



MR. JOHN MACCALLAN SWAN (de fotografía de Waleri, Londres)

ción artística, pues de regreso á Inglaterra entregóse otra vez al estudio, estableciéndose al fin en Saint John's Wood, donde tuvo ocasión de proseguir sus observaciones sobre la vida animal en los próximos jardines zoológicos.

Swan alcanzó su primer triunfo en París, donde en 1885 se le otorgó mención honorífica en el Salón por su grupo animal *Maternidad*, y cuatro años después medalla de plata por su *Orfeo y Eurídice*. En Inglaterra continuó siendo escasamente conocido, fuera de un limitado círculo de artistas; pero en 1888 se habló mucho de él cuando presentó su *Hijo pródigo*, que la Sociedad Chantrey Bequest adquirió por cuatro mil duros.

Entre las principales obras que han dado á conocer á este artista figuran en primer término *Un monarca muerto*, *Osos polares nadando* y un retrato de la señora Hamilton.

V

MR. JOHN S. SARGENT

Mr. J. S. Sargent puede ser considerado casi como el niño mimado de la fortuna. Su carrera ha sido un continuo triunfo, y si no nació con una cuchara de plata en la boca, parece haber tenido en cambio una paleta de oro en su mano desde su primera juventud. De padres americanos, según él mismo dice, nació en Venecia en 1856, poco antes de que aquella maravillosa ciudad perdiese su pintoresca guarnición austriaca; pero también Filadelfia le reclama como hijo suyo.

Sargent fué á París, donde se agregó á la colonia



MR. JOHN S. SARGENT

americana de artistas que frecuentaban en aquel tiempo la calle de Notre Dame des Champs. Muy pronto se atrajo, no sólo la atención, sino también el afecto de su profesor Carolus Durán, y en 1879 se dió á conocer ventajosamente en el Salón con un retrato de sí propio y un estudio de olivos de Capri. A esto siguió un retrato y otro precioso estudio en color, con el título de *Humo de ambar gris*, que en cierto modo fué el preludio de la notable pintura *Encarnación, Lila y Rosa*, la cual se exhibió en Burlington House en 1887. Antes de esto, no obstante, en 1882, había labrado ya su reputación en París con su cuadro *El jaleo*, grupo de gitanos bailando y asunto que trató después en *La Carmencita*, habiendo obtenido antes medalla de segunda clase. Su notable éxito en París como retratista indújole á probar fortuna en Inglaterra, donde hizo primero un retrato de la señora Henry White, esposa del secretario de la legación de los Estados Unidos. En 1883, su retrato de la señora William Playfair adornó la gran sala de Burlington House, y después Sargent presentó otras obras y retratos notables, entre los que se cuentan la señorita Elena Terry en el papel de Lady Macbeth, Lady Agnew y la señora Hugh Hommersley.

NUESTROS GRABADOS

El final de una historia, cuadro de Alberto Moore. – El autor de este cuadro, hace poco fallecido, ha sido con razón considerado como uno de los más originales que el arte inglés contemporáneo ha producido. Alberto Moore no fué un clásico, pero se acercó al ideal de esta escuela mucho



EL FINAL DE UNA HISTORIA, *cuadro de Alberto Moore, reproducido del original expuesto en la Grafton Gallery de Londres, con autorización de W. Henrick, Esq. M. P.*

más que cualquier otro de sus colegas. El cuadro que reproducimos figuró con otros muchos en una exposición exclusivamente de obras de ese gran artista que se organizó recientemente en la renombrada Grafton Gallery, de Londres.

***

Zoraida, cuadro de Benjamín Constant. – Este busto de mujer es una obra digna de la fama de su autor, el famoso pintor francés Benjamín Constant, cuyo talento pictórico revélase en cada una de las vigorosas pinceladas de esa cara, tipo admirable de belleza oriental, llena de expresión y reproducción perfecta de los rasgos característicos de la raza á que pertenece. *Zoraida* estuvo expuesta en el Salón de París y alcanzó gran éxito entre los aficionados y los críticos, quienes hicieron merecidos elogios de tan bella pintura.

***

Sport, cuadro de José Cusachs (Salón Parés). – José Cusachs, que tanto se ha distinguido ya por la especialidad del género á que se dedica, poco cultivado en nuestro país, cual es la pintura militar, ofrécenos ocasión para tributarle nuevos aplausos y medio para demostrar una vez más sus envidiables dotes de pintor y de artista. El cuadro que reproducimos, al igual de todos los suyos, cautiva por la exactitud de sus pormenores, así como por la facilidad y vigor de la pincelada y del colorido.

Sport es una bella producción tratada cuidadosamente por el artista, que ha procurado ajustarse al natural, dando al fondo, constituído por el paisaje, la parte principal que le corresponde, como complemento del cuadro.

***

Cuatro capitalistas, cuadro de Luis Graner (Salón Parés). – Graner, sin ser imitador, demuestra en sus obras seguir las huellas de los grandes maestros de la escuela española. Entusiasta cultivador del arte, complácese en vencer los escollos que en la ejecución pueden ofrecerle los violentos contrastes de tonos, tipos y situaciones. De ahí que se observe en la mayoría de sus cuadros el resultado de prolijos estudios y se admire en ellos la voluntad firme y decidida del artista que se propone basar su reputación á costa de prolija labor y del constante estudio del natural. Los efectos de luz, la reunión de diversos tipos, las escenas en donde el artista puede hallar representaciones gráficas de las pasiones que dominan al hombre de las últimas clases sociales, los abigarrados conjuntos en los que se hallan reunidos lo delicado con lo grosero, lo vulgar con lo correcto, sirven de asunto á Graner para sus composiciones, que llevan marcado en sí el sello de su noble empeño y de su recomendable laboriosidad.

***

En tiempo de guerra, cuadro de José Weiser. – Varios son los cuadros de este mismo autor en que la protagonista es una novia: *La boda interrumpida*, *Las dos novias*, ambos reproducidos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y el que hoy publicamos, son prueba de nuestro aserto. El asunto de *En tiempo de guerra* fácilmente se explica, y con sólo fijarnos en la expresión de sorpresa más que de miedo de las tres mujeres, se comprende que no se trata de una invasión, sino simplemente de un alojamiento. De todos modos, el incidente resulta poco agradable para la que se dispone á unirse al hombre á quien ama, pues por fuerza ha de asaltarle el temor de que la guerra arranque de sus brazos al esposo y convierta en tristeza y duelo la alegría y las galas nupciales.

***

La princesa María Berta de Rohán. – Don Carlos de Borbón, casado en primeras nupcias con la princesa Margarita de Borbón-Parma, muerta hace poco más de un año, se ha desposado recientemente con la princesa María Berta de Rohán Guemenée, hermana del príncipe de Rohán, duque de Montbazon y de Bouillon, príncipe de Guemenée, Rochefort y Montaubán, jefe de la casa de Rohán y descendiente directo del soberano de Bretaña. La princesa une á la suprema distinción de su raza la belleza, la gracia y una bondad angelical. El matrimonio se efectuará probablemente durante el próximo mes de mayo. El castillo de Sichrow, donde se han celebrado los desposorios, está situado en el fondo de Bohemia y fué reconstruído hace algunos años por el príncipe Camilo de Rohán y alhajado según el gusto de los antiguos castillos bretones.

***

Villa Fabricotti, en Florencia. – La hermosa quinta en donde actualmente se encuentra la reina de Inglaterra, hállase situada en la colina Montughi, junto á Florencia, y desde ella se domina un espléndido panorama: fué construída por el conde Fabricotti, que en 1864 compró la antigua VILLA que por espacio de tres siglos había pertenecido á la ilustre familia Strozzi. El arquitecto Micheli, en el lugar ocupado por la antigua vivienda, que era de carácter rural, erigió un edificio suntuoso, imponente, rodeándolo de magníficos parques, dotándolo de todas las comodidades y haciendo de él un palacio digno de un soberano. Allí residirá durante algunas semanas S. M. la reina Victoria, á quien la población de Florencia ha dispensado una acogida cariñosa y entusiasta.

***

El banquete de boda, cuadro de P. Salinas. – Con sus cuadros de costumbres de fines del pasado y principios del presente siglo, abrió Fortuny un campo extenso á la imaginación de los pintores españoles que, enamorados de aquellas escenas, tipos, trajes y enseres varios, á cual más artísticos y pintorescos, siguen las huellas del malogrado artista reusense y resucitan en nuestros días la sociedad de nuestros mayores. Entre los que á este género se dedican ocupa uno de los primeros lugares Salinas, que como pocos ha estudiado aquellos elementos, llegando á dominarlos cual si se tratara de cosas que hubiera podido ver y observar con sus propios ojos. Maestro además en el dibujo y en el colorido, sus cuadros atraen por lo delicados y brillantes, sin que haya en ellos la menor vacilación ni el más pequeño descuido, resultando acabados en su conjunto y en sus detalles, como claramente puede verse en *El banquete de boda* que reproducimos.

***

Fiesta en Andalucía, cuadro de Domingo Fernández y González. – Contemplando este cuadro y recordando el del mismo autor que publicamos en el número 611 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, titulado *Santas Justa y Rufina*, hemos de convenir en que el Sr. Fernández y González revélase como artista de igual talento en dos géneros tan distintos como los á que dichas obras pertenecen. En el de entonces, sombrío, casi tétrico, vemos al artista sobrio en efectos; en el de hoy, todo luz, todo color, todo vida, encontramos al adepto de aquella escuela brillante que necesita el sol radiante de Andalucía, el aire embalsamado de aquellos huertos, los tipos apasionados de aquellas mujeres y la alegría de aquellas pintorescas costumbres. En todos estos elementos ha sabido inspirarse nuestro compatriota para pintar el bellísimo cuadro que reproducimos y que justifica una vez más las no comunes dotes artísticas de su autor.

En el lienzo que reproducimos, como en todos los de la moderna escuela andaluza, obsérvase la brillantez siempre agradable de tonos que ofrece aquel rincón de la patria española, que á los encantos de la naturaleza, pródiga, bella y fecunda, une la hermosura de sus mujeres, el atractivo de sus leyendas, el recuerdo de su grandeza y las tradiciones de sus alcázares. Saturado el espíritu del Sr. Fernández y González por el dulce ambiente de los fluidos cármenes y poéticos bosques andaluces, arranca de su paleta esas combinaciones de color que sólo pueden concebir los que, como él, cultivan el arte con entusiasmo y conocen el país en donde hallan asuntos que trasladar al lienzo.

HECHIZO PELIGROSO

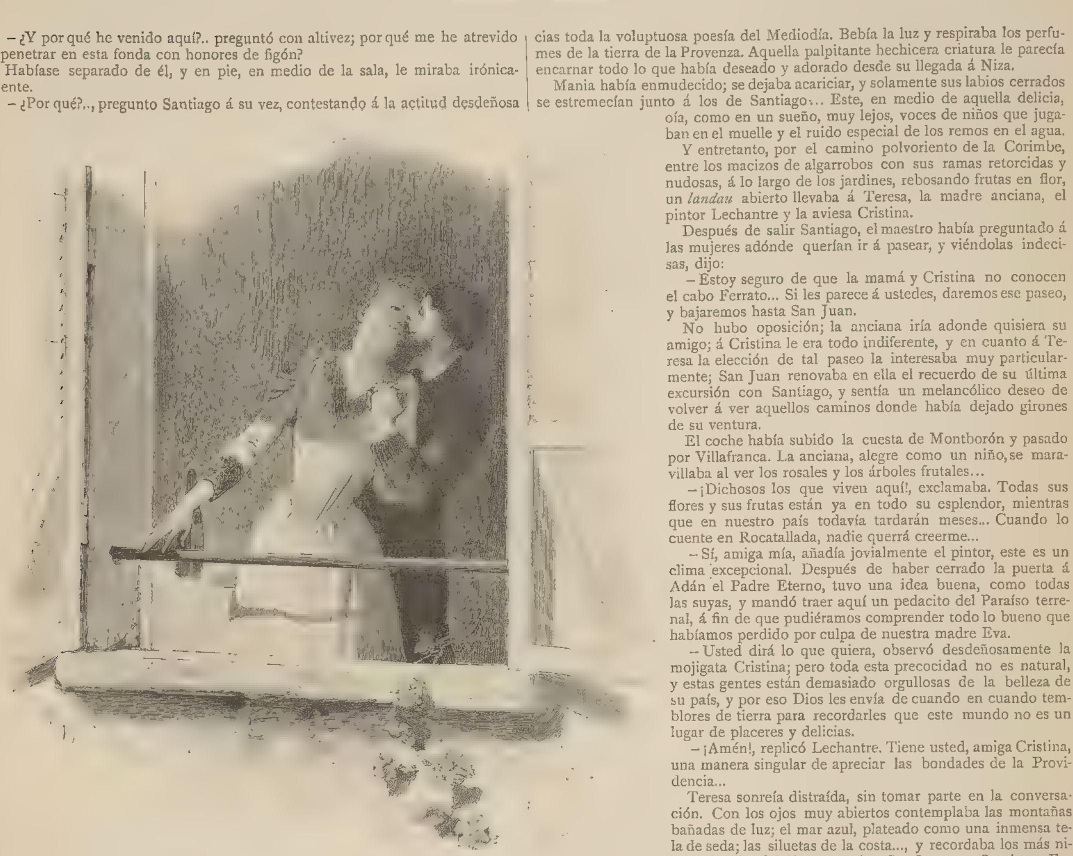
NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

–¿Y por qué he venido aquí?.. preguntó con altivez; por qué me he atrevido á penetrar en esta fonda con honores de figón?

Habíase separado de él, y en pie, en medio de la sala, le miraba irónicamente.

–¿Por qué?.., pregunto Santiago á su vez, contestando á la actitud desdeñosa de la baronesa con la ruda franqueza del aldeano, ¿por qué? Quizá para divertirse usted ó satisfacer su curiosidad de ver toda la ceguedad con que un cándido puede prestarse á ser juguete de una coqueta.



La estrechó en sus brazos y besó los ojos verdes de la hechicera...

Sintió ella vivamente la brutalidad de esta respuesta inmerecida, porque ella en aquel momento era sincera, y se echó á llorar.

–Tiene usted un singular concepto de mí, murmuró.

Viendo humedecidos los párpados de Mania, Santiago se sintió desarmado. Corrió á ella, le cogió las manos y murmuró humildemente:

–Perdón. Soy un bárbaro y un necio.

–No, dijo ella, al mismo tiempo que la sonrisa serenaba sus ojos, es usted peor que eso, es usted malvado.

–¡Ah! Lo que me hace malvado es el amor que me inspira usted. Se ha apoderado usted de mí de modo que si me ve usted preocupado, no es porque me acuerde de otra, sino porque no es usted enteramente mía como yo soy enteramente de usted.

Le miró un momento sin contestarle, luego se acercó á la mesa, vació su vaso de vino de Asti, y enternecida por aquellas palabras de completa sumisión, le volvió á dar las manos que había retirado un momento antes.

–Vamos, repuso, hagamos las paces; me pertenece usted, quedamos en eso, y no quiero que dude usted de mí... Mire usted mis ojos, que no han mentido jamás... ¿Qué ve usted en ellos?..

–Veo que me deslumbran.

–¡Ciego! No ve que le amo, murmuró con su voz de sirena, acercando su rostro al de Santiago.

–¡Mania!

La estrechó en sus brazos y besó los ojos verdes de la hechicera, y luego besó aquella boca sonriente... Sentía el vértigo; apretaba convulsiva, salvajemente contra su pecho aquel cuerpo flexible y blanco que se abandonaba á sus caricias. Besaba ardorosamente los cabellos de oro, el cuello de nítida blancura, la nuca enardecida. Embriagado, cerraba los ojos, y creía saborear en sus caricias toda la voluptuosa poesía del Mediodía. Bebía la luz y respiraba los perfumes de la tierra de la Provenza. Aquella palpitante hechicera criatura le parecía encarnar todo lo que había deseado y adorado desde su llegada á Niza.

Mania había enmudecido; se dejaba acariciar, y solamente sus labios cerrados se estremecían junto á los de Santiago... Este, en medio de aquella delicia, oía, como en un sueño, muy lejos, voces de niños que jugaban en el muelle y el ruido especial de los remos en el agua.

Y entretanto, por el camino polvoriento de la Corimbe, entre los macizos de algarrobos con sus ramas retorcidas y nudosas, á lo largo de los jardines, rebosando frutas en flor, un *landau* abierto llevaba á Teresa, la madre anciana, el pintor Lechantre y la aviesa Cristina.

Después de salir Santiago, el maestro había preguntado á las mujeres adónde querían ir á pasear, y viéndolas indecisas, dijo:

–Estoy seguro de que la mamá y Cristina no conocen el cabo Ferrato... Si les parece á ustedes, daremos ese paseo, y bajaremos hasta San Juan.

No hubo oposición; la anciana iría adonde quisiera su amigo; á Cristina le era todo indiferente, y en cuanto á Teresa la elección de tal paseo la interesaba muy particularmente; San Juan renovaba en ella el recuerdo de su última excursión con Santiago, y sentía un melancólico deseo de volver á ver aquellos caminos donde había dejado girones de su ventura.

El coche había subido la cuesta de Montborón y pasado por Villafranca. La anciana, alegre como un niño, se maravillaba al ver los rosales y los árboles frutales...

–¡Dichosos los que viven aquí!, exclamaba. Todas sus flores y sus frutas están ya en todo su esplendor, mientras que en nuestro país todavía tardarán meses... Cuando lo cuente en Rocatallada, nadie querrá creerme...

–Sí, amiga mía, añadía jovialmente el pintor, este es un clima excepcional. Después de haber cerrado la puerta á Adán el Padre Eterno, tuvo una idea buena, como todas las suyas, y mandó traer aquí un pedacito del Paraíso terrenal, á fin de que pudiéramos comprender todo lo bueno que habíamos perdido por culpa de nuestra madre Eva.

–Usted dirá lo que quiera, observó desdeñosamente la mojigata Cristina; pero toda esta precocidad no es natural, y estas gentes están demasiado orgullosas de la belleza de su país, y por eso Dios les envía de cuando en cuando temblores de tierra para recordarles que este mundo no es un lugar de placeres y delicias.

–¡Amén!, replicó Lechantre. Tiene usted, amiga Cristina, una manera singular de apreciar las bondades de la Providencia...

Teresa sonreía distraída, sin tomar parte en la conversación. Con los ojos muy abiertos contemplaba las montañas bañadas de luz; el mar azul, plateado como una inmensa tela de seda; las siluetas de la costa..., y recordaba los más nimios detalles del día que pasó en San Juan con Santiago. Entonces, aún no mentía y era dichoso junto á su mujer y le repetía tiernamente que la amaba. Tres semanas habían pasado. ¿Por qué fatalidad el corazón de su marido había sufrido tan violento cambio?.. El amor de Santiago no era ya para ella más que un recuerdo, una ilusión flotando en el pasado, como la sombra del ala de un pájaro sobre el mar... Y mientras ella recorría sola los senderos por donde habían paseado juntos los dos, mientras ella respiraba sola el perfume amargo de las alegrías perdidas, ¿dónde estaba él, su amigo de la infancia, el hombre á quien se había unido para toda la vida y que la había prometido amarla siempre?.. ¡Ah! ¡Ya no podía hacerse ilusiones; demasiado sabía dónde pasaría las horas que robaba á la amante legítima esposa. Un doloroso presentimiento le decía que en aquel momento Santiago estaba diciendo amores á la baronesa. ¡Quizá no estaban lejos los adúlteros! ¡Quizá repetía á aquella mujer las mismas frases apasionadas, los mismos juramentos de fidelidad que á ella le había prodigado para hacerla traición después! Porque el amor no tiene dos lenguajes, y si los corazones cambian, las palabras que expresan la ternura son invariables. Y la pobre mujer sentía que una ola de celos, amarga como la de la marea creciente, la ahogaba. Muda, apretados los labios, los ojos enrojecidos, miraba maquinalmente el camino arenoso por donde el coche marchaba al paso á la orilla del mar deslumbrador.

Al llegar á la vista de San Juan, el cochero preguntó si iría hasta el pueblo.

–Sí, sí, contestó Teresa, deseosa de ir hasta el fin de su dolorosa peregrinación.

Llegado á la entrada, el cochero hizo dar la vuelta al *landau* en el sitio en que los coches se detienen ordinariamente, y las mujeres y el pintor Lechantre se apearon.

En la sombra había otro carruaje, cuyo interior de seda blanca se veía perfectamente; un carruaje de forma elegante, lujosamente barnizado y en cuyas portezuelas se ostentaba un escudo y dos iniciales enlazadas. Delante de los caballos, que agitaban, moviéndose, sus arneses relucientes, fumaba un cochero de librea azul.

–Creo, señoras, dijo Lechantre que haremos bien en ir hasta el puerto. Hay allí una especie de fondín donde podremos refrescar.

Teresa, que se había quedado detrás, miraba atentamente el lujoso carruaje, y se acercó para descifrar el monograma delicadamente pintado en la portezuela. Las dos mayúsculas entrelazadas eran una M y una L. Su rostro se encendió súbitamente, y una horrible sospecha penetró en su cerebro, produciéndole un dolor como si le hubiesen dado un martillazo.

–¿Viene usted, Teresa?, gritó Lechantre.

Lívida, con las cejas fruncidas, los ojos fijos, siguió al grupo que bajaba por la calle estrecha. Enfrente del hotel Victoria se detuvo Lechantre, entreabrió la puerta y no hallando á nadie se volvió y dijo:

–Aquí no hay nadie; voy á ver si arriba encuentro á alguien.

Subió de prisa la escalerilla hasta el primer piso, abrió imprudentemente la puerta de la sala, reconoció á Santiago y Mania hablando muy juntos, y cerrando más de prisa todavía volvió pies atrás... ¡Era tarde! Teresa había subido detrás.

–No hay sitio, murmuró Lechantre: esa sala está llena de gente poco conforme. No estarían ustedes bien ahí.

Pero ella no le oía; separándole con la mano, empujó la puerta, y pálida como un espectro, fuése derecha á los dos culpables que se habían levantado sorprendidos.

Mania, sin embargo, recobró al punto su sangre fría. Creyendo que Teresa sería como ella, y esperando un acto violento, retrocedió instintivamente.

–¿Qué significa esto?, preguntó.

–Nada tema usted, señora, replicó Teresa sarcásticamente; no deseo interrumpir la galante conversación de ustedes... No quería más que convencerme de algo que sospechaba. Ahora ya estoy convencida. No hay nada de común entre ese caballero y yo, y puede usted estar segura de que no le disputo la posesión.

Sin mirar á Santiago, volvió la espalda, bajó, y dirigiéndose á Lechantre que había quedado estupefacto al pie de la escalera, dijo con aparente serenidad:

–Tiene usted razón, señor Lechantre, nosotras no podemos estar donde está esa gente... Acompáñenos usted al coche.

XIV

Santiago y Mania quedaron consternados ante aquella aparición. El artista, avergonzado, y comprendiendo que de todos modos tendría el incidente consecuencias desastrosas, no se atrevía á mirar á la señora Liebling. Durante un minuto los dos estuvieron mudos. Oyeron la voz de Teresa hablando con Lechantre. Mania, pálida, con los dientes apretados, sentía la imposibilidad de articular una palabra. El despecho y la vergüenza la sofocaban; comprendió su papel humillante en tan fatal aventura, y rebelábase su orgullo. Si, como era probable, Teresa, llevada de sus rencores de mujer ultrajada, no retrocedía ante un escándalo, y si ella ó el pintor Lechantre publicaban los detalles, ¡qué comentarios nada caritativos no se harían en la colonia extranjera de Niza! Mania se veía ya objeto de la sátira de la gente de su mundo y acaso también de las odiosas intemperancias de los periódicos. ¿De qué le servía haber resistido hasta entonces á las tentaciones del corrompido medio en que vivía y haberse hecho una reputación de inatacable respetabilidad?.. Todo lo perdería en un momento, y la maledicencia sacaría gran partido de su intriga con un pintor casado con una obscura burguesa, y de la intervención de la mujer legítima sorprendiendo á los culpables en amoroso coloquio en una miserable hostería!.. ¿Podía haber cosa más ridícula? Pensando que esta deplorable historia pudiera llegar al salón de la princesa Koloubine y á oídos del barón Liebling, Mania sentía un estremecimiento de terror y la cólera daba á sus ojos fulgurantes resplandores.

Santiago leía en su rostro contraído las ideas que la atormentaban. Hubiera querido expresar todo el dolor que sentía, arrojándose á los pies de la baronesa y suplicándole que le perdonara la humillación que acababa de sufrir por su culpa; pero en aquellos instantes le era imposible encontrar frases bastante delicadas para expresar sus sentimientos, y temiendo irritar más la herida tocándola, seguía callado y avergonzado.

De pronto, Mania cogió su sombrero: no podía colocar el velo, sus manos temblorosas no acertaban á sujetarlo al sombrero. Al fin lo arrancó violentamente, lo estrujó entre sus dedos y lo desgarró, y cogiendo los guantes, se dirigió á la puerta.

–¿Quiere usted partir?.., murmuró tímidamente Santiago, poniéndose delante.

–Sí, contestó con acento airado, y supongo que no tratará usted de impedirlo. Déjeme usted. Me pondría mala si estuviera aquí un minuto más... ¡Oh!, exclamó, poniéndose los guantes nerviosamente, ¿por qué he venido?, ¿por qué me he expuesto á este lance? ¡Yo que me ufanaba de mi reputación intachable! ¡Estoy bien castigada por mi orgullo!.. ¡Cuando pienso que he sido tratada como la última de las mujerzuelas! ¡Oh, no, jamás he sufrido tanto como ahora sufro!

Los sollozos la ahogaban. Tuvo que sentarse, y poniendo los codos sobre la mesa y la frente en las manos, estuvo unos momentos llorando amargamente. Levantábase su pecho, hinchábase su garganta, y no podía reprimir movimientos de desesperación, agitándose convulsivamente su cabeza.

–¡Mania!, exclamó Santiago, arrodillándose á sus pies, no quiero ver á usted en ese estado... No se desconsuele usted. Estoy dispuesto á reparar todo el mal de la manera que usted me imponga...

–Déme usted un vaso de agua.

Obedeció y llenó un vaso que la baronesa bebió sin respirar. Mania siguió llorando y Santiago repitiendo que la amaba y maldiciendo la fatalidad que hacía producir á su ternura tan amargos frutos...

–¡Oh! ¡Toda mi sangre daría por consolar á usted en su amargura!.. ¿Qué puedo hacer? A todo estoy dispuesto, á todo.

–Nada puede usted hacer, contestó; el mal es irreparable. Déjeme usted y vaya á reunirse con su mujer... Haga usted las paces con ella, y vuelva á ser lo que ha debido ser siempre, un marido fiel y dócil.

Había pronunciado estas palabras con perfecta convicción, sin la más leve intención irónica; pero no hubiera podido emplear medio más adecuado para excitar la pasión del artista. Bastaron aquellas palabras sinceras para que Santiago imputara á Teresa todo lo doloroso de aquella escena y para que le exasperase la idea de renunciar á la baronesa.

–¿Me cree usted tan cobarde que sea capaz de abandonarla después de haberla comprometido?

–Más gravemente me comprometerá usted si esta deplorable aventura produce un escándalo. Separémonos y no volvamos á vernos. Con harta razón decía yo que usted no se pertenecía. Nuestro error ha sido haberlo olvidado los dos.

–Yo probaré á usted que soy enteramente dueño de mí, y juro á usted que este lance no tendrá ninguna consecuencia desagradable.

Una sonrisa escéptica se dibujó en los labios de Mania.

–Se engaña usted miserablemente si supone que su mujer se resignará fácilmente al papel de esposa sacrificada... Pero sea: admito que corra un velo de indulgencia sobre los actuales extravíos de su marido; ¿cree usted que será siempre indulgente?.. Viviría usted en continua alarma y yo me vería constantemente amenazada de otra sorpresa odiosa. Gracias, gracias. Me basta la ridícula escena de hoy.

Santiago hizo un gesto de impaciencia y cólera.

–No, prosiguió la baronesa; es preciso que nos separemos..., y esto, tanto por mi tranquilidad cuanto por el porvenir de usted. Acuérdese usted de lo que le dije en la villa Endymión: «Un genio funesto ejerce su influencia sobre mí, y estoy destinada á hacer sufrir á los que me aman.» Ya ha visto usted que es verdad... No pasemos adelante. ¡Adiós!

Dirigíase á la puerta; pero Santiago no se resignaba á la separación. La presencia de Mania, tan hermosa en su desconsuelo, y los obstáculos mismos de que ella le acababa de hablar le excitaban poderosamente y le impulsaban á sacrificarlo todo por asegurarse la posesión de la mujer que reinaba en absoluto en su corazón.

–No la dejaré á usted marchar, protestó cogiendo las manos de la baronesa. ¿Habla usted de sufrimientos? ¡Ah! ¡No comprende usted qué sufrimientos infernales serían los míos si hubiera de renunciar á usted!.. Ahora que ya he tenido en mis brazos ese cuerpo adorable, tengo necesidad de usted como del aire que respiro. Usted es todo el interés y toda la pasión de mi vida. ¿Qué me importan mi arte y mi porvenir? ¿Qué me importa el mundo si no la tengo á usted?.. Yo pertenezco á usted en cuerpo y alma y sin usted no puedo ni quiero vivir.

Mania le miró profundamente, comprendió la inmensa pasión de su enamorado, y contagiada de esta pasión ella misma, contestó con altiva exaltación:

–Sí, ahora creo que me ama usted. Pero si quiere usted que yo le ame, es preciso que me pertenezca usted en absoluto... Elija usted, ¡ó la otra ó yo!..

–¡Usted!, murmuró Santiago.

–Sea, repuso Mania, apretándole violentamente las manos; solamente quiero estar segura de que no se ha de repetir la sorpresa de hoy. Nadie ha de tener derecho sobre usted más que yo. Exijo que sea usted tan completamente libre como yo... ¿Puede usted ser libre?

Esta pregunta, que parecía poner en duda su fuerza de voluntad, acabó por enloquecer á Santiago, magnetizado por los ojos de aquella mujer; para que no dudara de su energía exclamó impetuosamente:

–¡Mañana seré libre!

Como para confirmar su promesa, quiso volver á coger á Mania en sus brazos y beber de nuevo en sus embriagadores labios el olvido del pasado; pero ella retrocedió, y manteniéndose á distancia, dijo con acento firme á la vez que afectuoso:

–No; cuando haya usted roto los lazos que le impiden ser libre... ¡Antes, nada! Salgamos.

Mientras Mania bajaba la escalera, Santiago pagaba á la hostelera. Se reunió con la baronesa á veinte pasos del coche. El cochero, viendo venir á la señora, había vuelto los caballos en la dirección de Villafranca y abierto la portezuela.

–¡Adiós!, murmuró la baronesa estrechando la mano de Santiago; recuerde usted lo que me ha prometido y no vuelva á mi casa hasta que pueda entrar sin escrúpulo.

–¡Mañana!

–¿Lo cree usted?, replicó con su ironía habitual; yo no creo que las cosas vayan tan de prisa, y le doy á usted de plazo hasta el sábado. El sábado estaré sola y le esperaré á las seis.

Saltó ligeramente al coche, y mientras el cochero subía á su puesto y desataba las riendas, se volvió á Santiago y sus ojos parecían decirle:

–Acuérdese usted, el sábado.

El pintor volvió á la estación de Beaulieu. Hacía muy poco tiempo que había recorrido el mismo camino con Teresa, y el recuerdo de aquel nocturno paseo volvía en aquel momento á su memoria. Sin embargo, este recuerdo no tuvo la virtud de excitar su remordimiento y amortiguar su pasión. Estremecióse de amor recordando con delicia el incomparable sabor de los labios de la baronesa, y pensaba con ira en la súbita aparición de Teresa que le interrumpió en aquel deleite sin igual. ¿Por qué maldita casualidad ó por qué agresiva premeditación había elegido Teresa para término de su paseo el pueblecito de San Juan?.. Solamente Lechantre podría explicar tan funesto capricho, y resolvió ir á buscarle inmediatamente. Según lo que el maestro le dijera, formaría su plan de conducta y procuraría el medio más breve y seguro de llegar á una separación sin escándalo. Deseaba romper al punto; ya estaba cansado de mentir. Quería salir á todo trance de aquella situación equívoca. ¿Por qué habían de preocuparle consideraciones sentimentales ó escrúpulos de falsa delicadeza? ¿No había sido Teresa la primera en mostrar intenciones hostiles? ¿No le había declarado explícitamente que todo había concluído entre los dos? No debía quejarse de que él accediera á lo que ella había sido la primera en proponer. Todas estas reflexiones surgían impetuosamente en su cerebro como las partículas desprendidas de un líquido que entra en ebullición. Y luego, en breves intervalos de calma, al aspecto de aquella tranquila costa de Beaulieu, donde las sombras del Poniente se extendían ya, pensaba en los rápidos cambios que se habían operado en su vida, desde la noche en que con Teresa había recorrido el mismo camino. Entonces, el amor de Mania apenas palpitaba en su corazón como el germen en la semilla. Consideraba aquel amor como una romántica hipótesis, como una ilusión quimérica. Si entonces le hubieran dicho que para realizar sueño tan seductor le sería preciso olvidar la fe jurada, traicionar á una mujer que confiaba en su lealtad, mentir á todas horas y finalmente romper con todo su pasado, habría creído, habría jurado que él era incapaz de semejante indignidad. Y sin embargo, no había pasado un mes: los mismos geranios que habían rozado el vestido de Teresa erguían todavía en su camino sus floridos tallos, y todas quellas suposiciones que le habían parecido inadmisibles eran una reali-

dad tristísima. Había bastado una primera debilidad, la abdicación momentánea de su voluntad, para que se sucediesen unos á otros actos absolutamente irreparables, como esas generaciones de insectos cuya fecundidad es imposible atajar...

Al salir de la estación, Santiago se hizo conducir al puerto Lympia. Apenas puso el pie en la cubierta del yate del barón Herder, vió á Lechantre que se paseaba ensimismado por el puente. El paisajista corrió al encuentro de su discípulo.

– Te esperaba, le dijo lacónicamente.

Ambos salieron del barco y se dirigieron á la parte más solitaria del muelle.

– Amigo, prosiguió Lechantre, no puedo consolarme de lo que ha pasado. Yo he sido quien, bien ajeno de lo que iba á suceder, he llevado á tu familia á San Juan. Pero ¿por qué no me avisaste que no se podía ir por allí? ¿Podía yo suponer que elegirías aquel sitio para tus citas?

– Yo no sabía tampoco que iría á aquella casa. En fin, el mal ya no tiene remedio, y ahora sólo se trata de tomar una resolución pronta y definitiva. ¿Dónde está Teresa?

– Acabo de dejarla en casa con tu madre y tu hermana.

– ¿Qué le ha dicho á usted?

– Absolutamente nada. Delante de tu madre y tu hermana no podía decir una palabra. Durante nuestro regreso ha afectado una serenidad admirable, pero que me oprimía el corazón, porque ha debido sufrir la pobre horriblemente... ¡Ah! Es una mujer extraordinaria, y las señoronas con quienes tratas no sirven ni para descalzarla.

Santiago hizo un movimiento de impaciencia.

– Enójate todo lo que quieras, pero no me impedirás que te hable muy clarito... Mira, hijo, comprendo todos los extravíos... Yo mismo, á pesar de mi edad, estoy prendado de esa bribona ramilletera que encontré vestida de monaguillo en las máscaras, y la chiquilla hace de mí lo que quiere; pero yo soy solterón y libre, y puedo ponerme en ridículo impunemente; tú estas casado, y casado con una mujer admirable y respetable... ¡Y después de todo, toda locura tiene un término!.. Por muy enamorado que estés de esa señorona, la aventura de hoy os debe de haber dejado á los dos como si os hubieran echado encima un cubo de agua. ¿Cómo vas á salir de la situación en que te encuentras? ¿Has venido ahora á buscarme para que te dé un buen consejo?.. En este caso, óyeme; no tienes más recurso que uno, uno sólo: ve á tu casa, arrodíllate á los pies de Teresa y pídele perdón; y mañana mismo volveos todos á París. Tu mujer al principio se mostrará inflexible; y vamos, que después de lo que hoy ha visto no le faltará razón; pero ella te ama, te ama siempre, y cuando estéis lejos de aquí, cuando esté segura de tu arrepentimiento y de tu firme propósito de no pecar otra vez, aún hallará en su buen corazón ternura bastante para perdonarte..... Conque, si estás conforme, ahora mismo voy á prepararla para que reciba al pecador arrepentido.

– No, contestó Santiago violentamente; es imposible. Conozco á Teresa y sé que es implacable. Además, para solicitar yo el perdón ya es tarde. Estoy enamorado de la baronesa, y mi vida está indisolublemente unida á la suya.

– ¡Tú!, repuso Lechantre, encogiéndose de hombros; ¡tú, Santiago Moret, hijo de un labrador de Rocatallada, pintor de profesión y esperanza de la gloriosa escuela francesa; tú pretendes encadenar tu vida á la de esa gran señora nómada que ayer estaba en Viena y mañana estará en Florencia y pasado mañana en Nápoles!.. ¡Ah, cándido y simple! Eso es como si quisieras unirte íntimamente con el agua del torrente, con el aire que vuela... Porque ha tenido el capricho de honrarte con sus favores, imaginas que va á considerarse unida á ti por lazos indisolubles... Pero, pobre hombre, ¿no ves que no hay nada de común entre ella y tú? Todo os separa; el nacimiento, la educación y el medio en que cada uno vive. En este momento tú satisfaces su curiosidad y su vanidad; le agrada tener por amante un pintor á la moda y saber si los artistas hacen el amor de otro modo que los grandes señores. Solamente cuando su capricho esté satisfecho, te abandorá como un objeto que ya no agrada. Te reemplazará entonces por un nuevo capricho, y un día sabrás que ha partido para países desconocidos... ¡Ah, desgraciado, esas grandes coquetas son las mujeres más peligrosas con quienes puede tropezar el hombre! Si tú tomas en serio el capricho de tu baronesa, eres hombre perdido; te lo digo yo que tengo más experiencia que tú y que te quiero. Vas á sufrir mucho, mucho más de lo que tú puedes imaginar.

– Es posible. Ya he sufrido mucho, en efecto, y preveo que me hará sufrir mucho más, porque es caprichosa y violenta... Pero aunque hubiera de sufrir los más crueles suplicios persistiría en mi locura, porque un instante de felicidad en sus brazos compensa toda una vida de penas y angustias, porque la amo, porque la amo.

– Pero, maldito de cocer, ¿qué atractivos tan extraordinarios tiene esa mujer? ¿Qué bebedizo te ha hecho tragar para enloquecerte de ese modo? Yo la he visto y te confieso que no me ha chocado, y mira que yo me precio de tener buen gusto. Una naricilla corta, unos pómulos salientes, unos ojos de gato montés y una sonrisa traidora... Palabra de honor: á mí no me gusta, y no me cabe en la cabeza la idea de que la prefieras á Teresa, que es encantadora y puede presentarse en todas partes como tipo de la belleza femenina.

– Y yo no comprendo cómo vuelve usted á hacerme una pregunta que ya he contestado. El atractivo que tiene para mí es que no se parece en nada á Teresa. Teresa es la pureza y la prudencia personificadas; pero Mania es la pasión con todos sus encantos. Por ella he sentido en mi espíritu y en mi carne emociones desconocidas; me ha hecho ver un mundo que sólo en sueños había presentido. Ejerce sobre mí una seducción parecida á la de este país, una seducción de los sentidos y del alma; sentimientos, en fin, que no tienen nada de grosero y brutal, sentimientos exquisitos y delicados de que usted no tiene idea. En una palabra, yo pertenezco á esa mujer y estoy decidido á todo por su amor.

Hablaba Santiago, y la jovial fisonomía de Lechantre poníase grave y expresaba la indignación más profunda.

– ¿Escandaliza á usted lo que le digo?, preguntó Santiago.

– No; me repugna, respondió gravemente el maestro. Tus efusiones me recuerdan las confidencias de algunos camaradas que estaban como tú hechizados por alguna mujer, y que han sufrido mucho. Lo mismo que tú dices decían ellos, y esta semejanza entre ellos y tú me hace creer que tu carácter no está á la altura de tu talento... Hijo mío, desvarías... No me cansaré en darte lecciones de moral que tú no has de tomar... Pero, toda vez que rechazas toda tentativa de reconciliación, ¿qué quieres de mí y cuáles son tus proyectos?

– Ante todo, quiero evitar un escándalo que sería desastroso para todo el mundo... Mamá y Cristina parten pasado mañana, y no hay para qué presencien escenas penosas. Quiero que vuelvan á París con la convicción de que Teresa y yo somos felices. Después..., después, repitió con invencible emoción, Teresa y yo recobraremos nuestra completa libertad. Ella tiene bastante fortuna para vivir independiente, y si desea volver al Priorato, no he de oponerme. Usted tendrá la bondad de ser el intermediario. Dígale usted que el único favor que le pido es disimular hasta que se vayan mi madre y mi hermana, pero no le oculte usted mi irrevocable resolución de recobrar inmediatamente después mi plena libertad de acción.

– ¿Esa es tu última palabra?

– Sí.

– Eres un miserable inconsciente y otro te abandonaría en este momento... Pero existen otros intereses que los tuyos, y yo soy el único que puede atenuar el golpe que tu egoísmo y tu locura van á descargar sobre las que te aman. Acepto, pues, la comisión desagradable que me confías. Vete á esperarme en el boulevard Dubouchage; allí te buscaré luego que haya hablado con Teresa.

Tomó un coche y se dirigió á la calle Carabacel mientras Santiago se encaminó á pie al boulevard.

Lechantre encontró á Teresa en el salón, Cristina y su madre andaban por adentro empezando los preparativos de marcha, y la desolada esposa, sentada en un sofá, con los ojos abrasados de llorar, calenturienta, miraba maquinalmente cómo iba poco á poco obscureciéndose el jardín. Lechantre la estrechó silenciosamente la mano y la llevó al vestíbulo.

– Acabo de separarme de Santiago, que me ha encargado venga á hablar con usted, dijo conmovido el excelente hombre.

– ¿Qué quiere?, preguntó Teresa con amargura. Si espera conmoverme con nuevas protestas hipócritas, puede usted decirle que perderá el tiempo. Ya sé á qué atenerme respecto de la sinceridad de sus promesas y de la facilidad de sus perjurios... Mi credulidad está agotada.

– Desgraciadamente, repuso el maestro, no se trata de nada de eso; Santiago conoce sus faltas y que usted tiene perfecto derecho á ser implacable... Suplica á usted únicamente que evite un escándalo y no rompa abiertamente con él hasta después que hayan partido su madre y su hermana.

Teresa se mordió los labios conteniendo un sollozo. A pesar de su legítima indignación, cuando vió llegar á Lechantre creyó que venía á traerle palabras de arrepentimiento y que Santiago intentaba disculparse. La injuriosa indiferencia con que el marido infiel admitía la idea de una separación inminente acabó de ulcerarle el corazón.

– ¡Ah!, murmuró con profunda amargura. ¡Teme un escándalo!.. ¡Lo teme por la reputación de su querida! Soy demasiado celosa de mi dignidad para dar publicidad á esta vergonzosa aventura. El escándalo me repugna tanto como la traición, y nadie sabrá por mí que he sorprendido á mi marido con esa mujer en una hostería. Callaré como he callado hasta ahora... Llevaré mi indulgencia hasta el extremo de ponerle buena cara delante de su madre y de su hermana.

– Reconozco en usted un gran corazón y una admirable fuerza de voluntad, amiga Teresa; pero todavía suplicaría á usted que fuese más magnánima. Santiago está loco en estos momentos; no solamente compromete su felicidad en esta aventura, sino que corre gran peligro de perder sus mejores cualidades de artista... y de perder la vida. Así, pues, usted que es la más fuerte, ha de ser también la más generosa. ¡Oh!, añadió, contestando á un gesto de negativa de la buena esposa, no pido á usted que le perdone ahora; pero un día, cuando haya reconocido su error, que crea usted que no tardará en reconocerlo, prométame usted no ser implacable.

– Sr. Lechantre, contestó Teresa, poniendo su mano helada en la del maestro, no me hable usted de perdón. No tengo condiciones de mártir y no sé resignarme. Desde que concebí las primeras sospechas, previne á su amigo de usted... Una vez que mi corazón se ha cerrado para él, no volverá á abrirse jamás. Si le prometiera á usted perdonar y olvidar mentiría... No; soy sincera con todos como conmigo misma, y por esto digo á usted que no perdonaré jamás... Disimularé hasta que se vayan la anciana madre de mi marido, á la que quiero como si yo fuera su hija, y Cristina. Y no exija usted de mí otra cosa.

– ¿Y luego, querida amiga mía, cuando quede usted sola con su marido?..

– Después..., murmuró con acento de profunda pena, después... tampoco sucederá nada. Desde hoy empezaré á disponer mi equipaje. Tengo un excelente pretexto para marcharme sin escándalo. Habiendo acompañado de París aquí á mi suegra y mi cuñada, nada tiene de extraño que los acompañe de aquí á París; pero no volveré á Niza. ¡Oh, no, no volveré á esta miserable ciudad! He sufrido demasiado. Puede usted decir esto á su amigo y así se tranquilizará.

Continuaba hablando con una sarcástica amargura, pero en sus hermosos ojos se veía asomar las lágrimas, y Lechantre se sintió profundamente conmovido.

– Y en París, preguntó, ¿piensa usted vivir con su madre política?

– No, respondió resueltamente, no sería posible. Ya encontraré pretexto para alejarme. Volveré á Rocatallada y volveré á ser una aldeana. Eso era yo, y eso debí seguir siendo. ¡Ah, mi pobre Priorato! ¿Por qué no me quedé allí con mis rancias ideas y mis ilusiones?

A pesar de sus esfuerzos, las lágrimas rebeldes salieron á raudales de sus ojos; pero le avergonzaba su debilidad. En un acceso de fiereza se enjugó los ojos, y tendiendo la mano al paisajista le dijo:

– Hasta luego, amigo mío; venga usted á comer con nosotros.

Entró precipitadamente en el salón y luego en su cuarto.

Lechantre salió del jardín y fué á buscar á Santiago que paseaba inquieto por la acera del boulevard. Le comunicó el resultado de su entrevista y le anunció las resoluciones de Teresa.

– Tú eres un bruto, añadió, y tu mujer es un ángel.

Aunque la vehemencia de la pasión había singularmente endurecido su sensibilidad y desarrollado su indiferencia para todo lo que no fuera su fatal desvarío, el pintor se estremeció pensando en la inminencia de aquel desenlace que él mismo había provocado. La rapidez con que se precipitaban los acontecimientos y la decisión enérgica de Teresa le llenaban de confusiones al mismo tiempo que le atormentaban los más diversos sentimientos, recuerdos del pasado y remordimientos del presente. Cuando entró acompañado de su amigo en el salón de su casa y vió, á la media luz de las lámparas, al lado de su madre y de su hermana, á la honrada esposa á quien tan gravemente había ofendido, sintió encendido de vergüenza su rostro y le fué imposible disimular su turbación.

(Continuará)

LA ARQUITECTURA NAVAL PRIMITIVA

EN LA EUROPA SEPTENTRIONAL

La célebre *Smithsonian Institution*, cuyas publicaciones tienen siempre gran importancia, ha publicado recientemente un estudio debido á M. G. H.

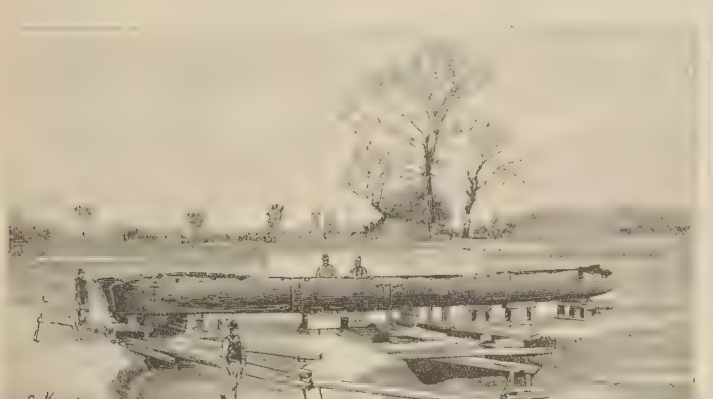


Fig. 1. Barco prehistórico hallado en Brigg (Lincolnshire), Inglaterra

Boehmer, titulado «La arquitectura prehistórica naval en el Norte de Europa.» En razón á los datos de toda clase que contiene, nos ha parecido interesante copiar algo de ese trabajo cuyo autor da muestras de una erudición tan vasta como sólida.

César, en su *De Bello Gallico,* nos da detalles acerca de los barcos de que se servían los germanos, especialmente los vénetos, describiéndolos como embarcaciones de fondo plano, de proa muy prolongada, sólidamente construídas de roble y con velas fabricadas con pieles curtidas, todo dispuesto para resistir las tempestades del Océano.

Estos barcos de los vénetos, con todas sus imperfecciones, significaban, sin embargo, un progreso considerable, comparados con sus primitivas embarcaciones y con todas las de los demás pueblos de la costa septentrional de Europa. En los años de 1885 á 1889, con ocasión de la apertura del puerto libre de Brema, se descubrieron algunas canoas que se remontaban á aquella época, que estaban enterradas en los terrenos de aluvión, de dos á cuatro metros debajo de la superficie del suelo. Vaciadas á hachazos probablemente en un tronco de roble, con una proa oblicua, un fondo plano y con varios agujeros para los remos, eran del mismo tipo de las que existen en algunos museos. Sus dimensiones variaban entre 8 y 10 metros y medio de longitud, 1,25 metros y 75 centímetros de anchura y 50 y 70 centímetros de profundidad.

Plinio habla de las incursiones realizadas en las costas de la Galia por los germanos que se aventuraban á navegar en alta mar con esas embarcaciones. Poco á poco esos navegantes, inspirándose en lo que veían, recurrieron á las cuadernas y otros miembros de la arquitectura naval para soldar interiormente el entablado de sus barcos y adoptaron un rudimento de quilla; de este tipo es la lancha descubierta en 1878 en el pantano de Valermoor (Schlesswig-Holstein): de 12'28 metros de eslora por 1'30 de manga y 57 centímetros de profundidad interior, tiene cuadernas taraceadas y una porción de quilla en cada extremo. En 1886 se encontró una embarcación de la misma especie en Brigg (Lincolnshire) que reproducimos en la figura 1: estaba sumergida en el limo de una antigua laguna y tenía unos 17 metros de longitud. No insistiremos en sus detalles de construcción y especialmente en el espesor mucho mayor que tenía la madera en la proa y en la popa. En aquella misma región, en el punto en que se unen el antiguo río Ancholme y el nuevo canal se descubrió una almadía formada con maderas entrecruzadas.

En el loch Arthur, á unos nueve kilómetros de Dumfríes, en Escocia, se encontró una lancha primitiva, también de gran interés. Vaciada en un roble, tiene 12'60 metros de eslora y se parece mucho á la de Brigg: su proa tiene la forma de una cabeza de animal. Esta embarcación, que en parte se rompió cuando fué extraída del lugar en que estaba, es de un tipo que con mucha frecuencia se encuentra en la Gran Bretaña: en Glascow especialmente y en sus alrededores se han descubierto hasta veinte barcos de esa clase, en profundidades variables, entre depósitos marinos, que sólo se diferenciaban de aquél en que aun siendo vaciados en un tronco estaban construídos con algún mayor cuidado, y hasta algunos conservaban las huellas de los útiles de metal que debieron servir para su construcción. Dos de ellos estaban formados de un entablado calafateado. De manera que estos barcos pertenecían respectivamente á la edad de piedra, á la de bronce y á la de hierro.

Si fijamos nuestra atención en las embarcaciones desenterradas del pantano de Nydam (ducado de Schlesswig), veremos en ellas, al decir de algunos, el tipo de las embarcaciones primitivas de los sajones.

En el interesante trabajo de M. Boehmer los escandinavos ocupan naturalmente un lugar muy importante. Las sagas y las esculturas que aquel pueblo ha dejado en las peñas nos suministran algunos datos sobre sus embarcaciones: en las provincias rusas del Báltico se encuentra también un gran número de sepulcros formados con piedras que afectan la forma de un barco.

En el pantano de Nydam, al Nordeste de Flensburgo, encontráronse en agosto de 1863 los restos de una embarcación, y en octubre del propio año un barco de roble y finalmente otro de abeto (figura 2, números 1 á 6). Como se comprenderá, las ligaduras y las clavijas se habían roto, la entabladura había perdido su forma encorvada; pero á pesar de ello, ha sido fácil restaurar perfectamente aquellos barcos.

Esas embarcaciones tienen 25 metros de eslora, son algo achatadas en el centro y se elevan de una manera muy pronunciada en sus extremidades: á primera vista ofrecen notable semejanza con las que los noruegos emplean aún actualmente para la pesca. Las entabladuras llevaban interiormente una especie de cresta recortada de madera que permitía reunirlas con las ligaduras independientemente del resto. Se han encontrado toletes de madera de un solo vástago, en número de catorce á cada lado, en los cuales se veían aún la señales del roce de los remos: también se conservaban los bancos y el timón. A juzgar por las monedas que en el fondo de esas embarcaciones se hallaron, datan éstas del siglo III.

Ya hemos dicho que en las sagas encontramos abundante fuente de datos; pues si bien las que han llegado hasta nosotros han sido escritas en el siglo XIV, se refieren á épocas muy anteriores: esas leyendas contienen toda una clasificación de embarcaciones según el número de bancos para remeros. Así por ejemplo, hay los *skip,* en los que los bancos no llegan de una borda á otra, los *karfi,* los *langskibet* ó barcos largos. También nos proporcionan las sagas

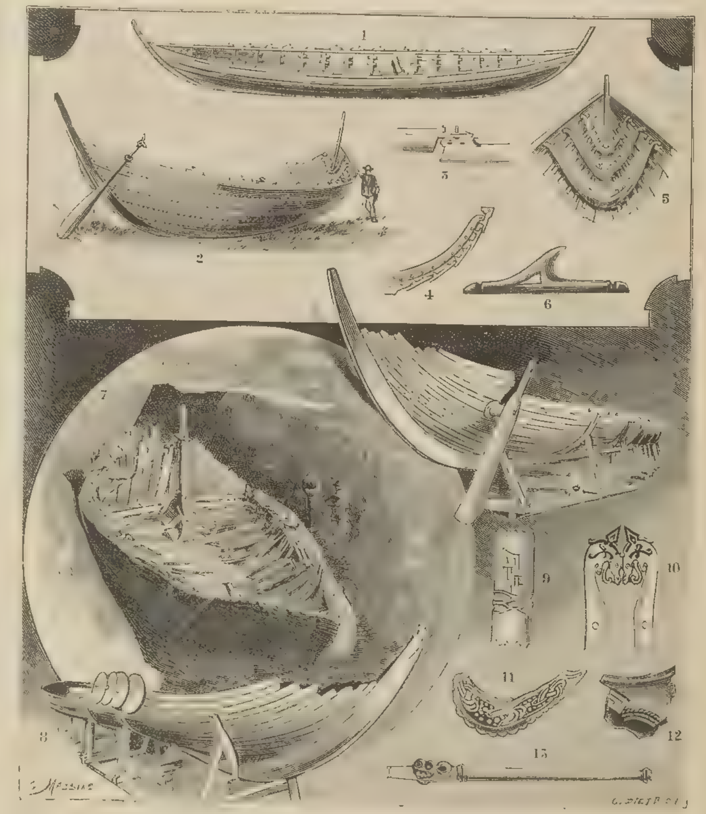


Fig. 2. Barcos prehistóricos. – 1 y 2. Barco de Nydam Moss, en Schlesswig (Alemania) – 3. Ensambladura en la quilla. – 4. Ensambladura de las bordas en un par. – 5. Vista interior de la proa del barco. – 6. Tolete para los remos – 7. El barco Gokstad: posición en que ha sido hallado. – 8. Reconstitución del barco Gokstad, visto por los dos lados. – 9. Extremo de remo esculpido. – 10. Sustentáculos de toldo esculpidos. – 11. Adorno esculpido. – 12. Fragmento de plato de madera. – 13. Barra de timón.

detalles sobre la construcción de los barcos. Los barcos se dividían en *snekkja, skrita, dreki, skeid* y *buza:* el *dreki* es el dragón, uno de los tipos más conocidos. En esas embarcaciones aparecen la vela y el mástil: éste es corto y puede doblarse; por ejemplo, cuando se llega á puerto ó cuando el viento es muy fuerte: en cuanto á las velas son cuadradas y no permiten las bordadas. El timón no era más que un remo ancho fijado en el costado derecho de la popa.

Estas embarcaciones ostentaban muchos adornos, esculturas, etc.

Podríamos recordar también la embarcación descubierta en un tumulus de Snape, en el Suffolk (Inglaterra), ó las que M. Hjalmar Stolpe descubrió en 1882 en Vendel (Uplandia), ó las que se han encontrado en las Feroé, en las Orcadas, etc.; podríamos citar asimismo el barco de Gokstad (fig. 2, núms. 7 á 13), de 24 metros de eslora, hallado cerca de Sandefiord, en la quinta de Gokstad, ó el de Brosen, desenterrado cuando los trabajos de engrandecimiento del puerto de Dantzig, ó el de Botlei, en Inglaterra, que medía 39 metros de longitud.

Sobre estos barcos primitivos sólo hemos podido recoger algunas indicaciones; pero gracias á M. Boehmer, hoy se puede conocer perfectamente esa primitiva arquitectura naval.

DANIEL BELLET

(De *La Nature*)

* * *

LOS BANQUEROS EN LA ANTIGÜEDAD

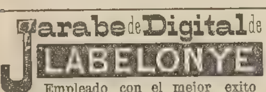
De los descubrimientos hechos recientemente en el Asia Menor, resulta que la profesión de banquero es mucho más antigua de lo que se creía, y así lo demuestran los ladrillos con inscripciones encontrados en las excavaciones hechas en Mesopotamia. Estos ladrillos estaban grabados con un estilete, y luego recocidos para hacer los caracteres indelebles. En ellos han reunido los asiriólogos preciosos documentos acerca de la vida y costumbres sociales de los pueblos de Babilonia y Asiria, esos dos poderosos imperios que existían 700 años antes de la era cristiana. Entre dichos monumentos los hay que son verdaderas letras de cambio y pagarés á la orden con ó sin aval, obligaciones de toda clase, nominales, al portador, cuentas corrientes, etc., y demuestran que en Babilonia había, unos 600 años antes de Jesucristo, una gran casa de banca bajo la razón social Egibi y C.ª. No es, pues, cosa nueva que el capital se emplee en vivificar la vida industrial.











LA ELECTRICIDAD

EN LA MEDICINA

La electricidad, empleada ya en tantas formas para la cauterización ó la revulsión, pone también al servicio del médico su potencia luminosa iluminando las profundidades más secretas de nuestro cuerpo.

Gracias á ella se ilumina la nariz, la garganta y la laringe, y los americanos la han utilizado recientemente para iluminar el fondo del ojo por un procedimiento singular, ó sea introduciendo una pequeña lámpara en la boca, cerrando ésta, y por efecto del escaso espesor de las paredes óseas de la bóveda palatina la cámara ocular queda iluminada.

Pero aún se va más lejos: se puede iluminar el esófago y presenciar las luchas del estómago con los alimentos. En 1870 Waldenburg inventó un esofagoscopio que Mikulicz y Leiter han perfeccionado. Este instrumento se compone en principio de un espejito fijado al extremo de una sonda flexible é iluminado por una lámpara de incandescencia (fig. 2). La posición del paciente no es muy cómoda, como puede verse en el grabado que publicamos (figura 1); pero pronto se acostumbra uno á ese género de examen, y un experimentador hábil y práctico puede de este modo reconocer todos los accidentes del canal esofágico.

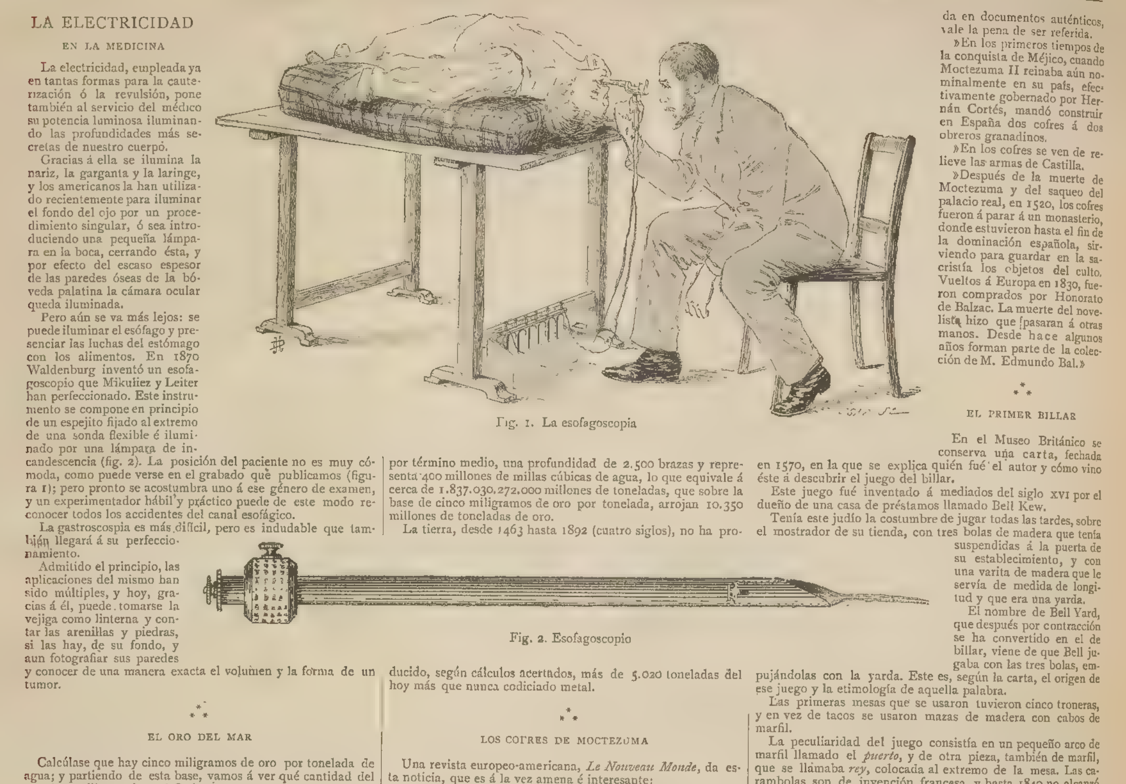


Fig. 1. La esofagoscopia

Fig. 2. Esofagoscopio

La gastroscopia es más difícil, pero es indudable que también llegará á su perfeccionamiento.

Admitido el principio, las aplicaciones del mismo han sido múltiples, y hoy, gracias á él, puede tomarse la vejiga como linterna y contar las arenillas y piedras, si las hay, de su fondo, y aun fotografiar sus paredes y conocer de una manera exacta el volumen y la forma de un tumor.

* * *

EL ORO DEL MAR

Calcúlase que hay cinco miligramos de oro por tonelada de agua; y partiendo de esta base, vamos á ver qué cantidad del metal amarillo contiene el Océano.

Este, según las sondas halladas por el buque explorador *Challenger* y otras expediciones científicas semejantes, da, por término medio, una profundidad de 2.500 brazas y representa 400 millones de millas cúbicas de agua, lo que equivale á cerca de 1.837.030.272.000 millones de toneladas, que sobre la base de cinco miligramos de oro por tonelada, arrojan 10.350 millones de toneladas de oro.

La tierra, desde 1463 hasta 1892 (cuatro siglos), no ha producido, según cálculos acertados, más de 5.020 toneladas del hoy más que nunca codiciado metal.

* * *

LOS COFRES DE MOCTEZUMA

Una revista europeo-americana, *Le Nouveau Monde*, da esta noticia, que es á la vez amena é interesante:

«Un parisiense muy conocido entre los coleccionadores, M. Edmundo Bal, ha enviado á la Exposición de Artes musulmanas dos magníficos cofres árabes, cuya historia, registrada en documentos auténticos, vale la pena de ser referida.

»En los primeros tiempos de la conquista de Méjico, cuando Moctezuma II reinaba aún nominalmente en su país, efectivamente gobernado por Hernán Cortés, mandó construir en España dos cofres á dos obreros granadinos.

»En los cofres se ven de relieve las armas de Castilla.

»Después de la muerte de Moctezuma y del saqueo del palacio real, en 1520, los cofres fueron á parar á un monasterio, donde estuvieron hasta el fin de la dominación española, sirviendo para guardar en la sacristía los objetos del culto. Vueltos á Europa en 1830, fueron comprados por Honorato de Balzac. La muerte del novelista hizo que pasaran á otras manos. Desde hace algunos años forman parte de la colección de M. Edmundo Bal.»

* * *

EL PRIMER BILLAR

En el Museo Británico se conserva una carta, fechada en 1570, en la que se explica quién fué el autor y cómo vino éste á descubrir el juego del billar.

Este juego fué inventado á mediados del siglo XVI por el dueño de una casa de préstamos llamado Bell Kew.

Tenía este judío la costumbre de jugar todas las tardes, sobre el mostrador de su tienda, con tres bolas de madera que tenía suspendidas á la puerta de su establecimiento, y con una varita de madera que le servía de medida de longitud y que era una yarda.

El nombre de Bell Yard, que después por contracción se ha convertido en el de billar, viene de que Bell jugaba con las tres bolas, empujándolas con la yarda. Este es, según la carta, el origen de ese juego y la etimología de aquella palabra.

Las primeras mesas que se usaron tuvieron cinco troneras, y en vez de tacos se usaron mazas de madera con cabos de marfil.

La peculiaridad del juego consistía en un pequeño arco de marfil llamado el *puerto*, y de otra pieza, también de marfil, que se llamaba *rey*, colocada al extremo de la mesa. Las carambolas son de invención francesa, y hasta 1840 no alcanzó su completo desarrollo este juego, que es el más importante y de más lucimiento y para el que se requiere más práctica y más conocimientos de los efectos de las bolas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 9 de abril de 1894 — Núm. 641

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Hace algún tiempo que la cruzada contra la crítica, dirigida por espíritus más ó menos eclécticos, viene adquiriendo carácter de dura é implacable. Especialmente en estos últimos años, los ataques son tan rudos y continuados, que hacen sospechar si aquí en España responden á una de esas intuiciones del buen sentido anónimo – y digo anónimo lo colectivo – que las más de las veces inicia una evolución, ó por lo menos denuncia un estado sintomático.

Dícese por algunos que los períodos históricos de la cultura, cuando son esencialmente analíticos, pueden señalarse como de decadencia. Las trabas que á la inspiración – y yo me refiero tan sólo á las artes plásticas y literarias – oponen las distintas escuelas críticas imperantes, obligan al escritor y al artista á un trabajo selectivo imposible, por cuanto ha de hacerlo á expensas del sentimiento, cuyos límites, forma y modo son imprecisables, puesto que entran en lo abstracto. Esto en cuenta, debe limitarse el trabajo crítico á la simple exposición de aquellas ideas que, por su valor científico indiscutible, puedan el artista y el escritor tomar ó dejar á su antojo, según que las crean necesarias ó no para la realización de su obra; todo cuanto la crítica rebase de este límite es, á juicio de los que así piensan, invadir lo que no le es dado invadir á la especulación filosófica.

Recientemente, un notabilísimo escritor catalán expone también sus teorías respecto de la inutilidad de la crítica, demostrando en varios capítulos, titulados *El criticonismo*, cómo el análisis de la obra de arte, tal y conforme viene ejerciéndose por gran número de críticos, es el resultado de una estrechez de



LA DUEÑA DE LA QUINTA, cuadro de Francisco Masriera

criterio grande, de una cultura escasa y de los prejuicios de las escuelas á que puedan estar aquéllos afiliados. Y dice también el escritor antes aludido - y bien sabe Dios que no lo hago en son de crítica de su trabajo - que la crítica moderna, la racional, es aquella que busca la belleza en la obra y nos la hace ver y comprender.

Bien apunta el Sr. Gener, que es el escritor á quien aludo, señalando aquel extremo; y como pienso ocuparme de este particular más adelante, aun cuando muy á la ligera, por no permitirme hacerlo con extensión el espacio de que dispongo, hago aquí un inciso para seguir exponiendo de cuántas diversas maneras se condena hoy la crítica.

Sostienen los artistas, ó por lo menos un gran número de éstos, que el principal perjuicio que al arte ocasiona la crítica es el de perturbar el sentido estético, anulando por tanto la espontánea manifestación del genio. La originalidad no es posible, si han de tenerse en cuenta las observaciones y censuras que los críticos, según sus distintos modos de sentir y de comprender la belleza, hacen y dirigen á diario; y por último, bastantes de los que así se expresan sostienen la necesidad de aligerar de todo lastre intelectual que no sea puramente técnico las enseñanzas que el artista reciba; puesto que siendo la primera de las condiciones que el artista debe poseer la de la genialidad, ésta, por su carácter eminentemente abstracto, no puede someterse á ligadura alguna concreta, aun cuando tal ligadura sea al modo como define el amor en su último libro el autor ilustre de la *Vida de Jesús*.

***

Para mí tengo que así el Sr. Gener como cuantos miran la crítica con malos ojos, dicen verdad en parte y en parte están muy lejos de ella. Por descontado se viene dando el prejuicio de escuela, no solamente en el trabajo crítico, sino también en el artístico, hace ya algunos años. Juzgar hoy como pudo ser juzgada la obra de arte en los tiempos de Palomino, de Mengs, de Reinolds, de Ceán Bermúdez y de Llaguno, no es posible hacerlo. La crítica tuvo los caracteres estrechos y rigoristas que tuvo, cuando las manifestaciones artísticas tenían á su vez un solo carácter y la inspiración no columbraba, fuese por lo que quisiera, otros cielos adonde remontarse ni otros sentimientos que expresar. Si hoy existen todavía hegelianos de la derecha y hegelianos de la izquierda, y krausistas y kantianos, y seguidores de Spencer ó de Wimd y aun apologistas de Santo Tomás, con esos no va la cuenta. El Sr. Gener nos habla de la crítica racional de Taine, declarándola la última palabra dicha á propósito de tan interesante y vital cuestión; pero el Sr. Gener, al aceptar lo dicho por el gran pensador francés, lo hace únicamente desde un punto de vista, desde aquel de donde tan sólo puede apreciarse lo bueno y bello de la obra de arte (con el objeto utilitario de contribuir á la cultura social, supongo yo). Y por cierto que al poner Taine con su admirable *Filosofía del arte* los jalones de la crítica moderna, como lo había hecho Macaulay en el primer tercio de este siglo, no lo hicieron ambos pasando la esponja de la piedad sobre la ignorancia, ni sobre la esterilidad, ni sobre las vacilaciones, ni sobre la impersonalidad que se advierten soberanamente acentuadas en la producción artística de la mayor parte de los escritores y artistas modernos. Pruébalo el método racional seguido por Taine en toda su labor crítica; por ejemplo, en su *Historia de la literatura inglesa*. Que si la crítica hoy debe seguir el camino que trazó el maestro, ha de verse apurada para no salirse del lado del elogio, si tiene en cuenta la raza, el medio artístico, el medio social, las novísimas enseñanzas históricas y otra porción de futesas por el estilo, sacadas á colación por Taine.

Cierto, certísimo que la crítica, tal y como hubo de entenderse y como aún la entienden ciertas gentes, está mandada recoger - valga lo vulgar de la locución - como perjudicial además de lo de anticuada. Juzgar con arreglo al concepto que del idealismo tienen Schelling ó Hegel, ó del realismo y del naturalismo Kant y Hartmann, ó (en otro orden de ideas) del misticismo Schopenhauer ó Spencer, es analizar y sentir con arreglo á patrones cortados por inteligencias y temperamentos que no pasan de ser temperamentos é inteligencias sujetos á las influencias de medios ambientes determinados y diametralmente opuestos en esencialísimos puntos de vista, á otros ambientes, así sociales como históricos y artísticos. Felizmente hoy, aun aquí en España, donde todos estos tiquis miquis de la alta cultura no importan un bledo á la mayoría del vulgo ilustrado, la crítica, sin embargo, ha aprendido (me refiero á la crítica seria ejercida por los Menéndez Pelayo, Balart, Emilia Pardo Bazán, *Clarín*, etc.) á caminar sin andadores. Hoy se juzga la obra del mismo modo que ésta ha sido concebida; es decir, por inspiración y sentimiento de la verdad (en primer término) y de la belleza; pero por inspiración y sentimiento personales, por impresión; que así como se ha proclamado que la obra de arte es un pedazo de la Naturaleza vista á través de un temperamento, así también la obra crítica es y debe ser la exposición de la emoción estética que en el temperamento del crítico produce la obra de arte.

Y aun voy más allá en conceder razón á los que combaten la crítica sistemática. Yo creo que solamente debe ejercerse la crítica cuando la obra de arte pueda ser apreciada por el crítico, no ya en lo que corresponde á la forma, sino también al concepto y á la idea generadora. Entiéndase bien esto que digo y que parece á primera vista perogrullada inocente. No es patrimonio de cuantos ejercen la crítica un temperamento ductible y de tal modo sensible que pueda apreciar en todo su valor real las manifestaciones de la belleza, así plástica como psíquica, de otros temperamentos, de otras razas y de otra cultura distinta á la del medio ambiente en que el crítico vive.

Y para demostrar este extremo no es menester ir en busca de la demostración fuera de España. Luz, color, tipos, carácter social, etc., de ciertas comarcas españolas causan en muchos críticos, como en muchos artistas, tan escasa emoción estética y ésta de tan distinta naturaleza á la que por su educación y temperamento artístico han preconcebido, que pudiera creerse que en las comarcas dichas la belleza no existe.

He aquí por qué el método racional mejor que científico (con serlo grandemente) de Taine es el seguido hoy por cuantos estiman que la crítica cumple la misión que le ha encomendado el progreso humano.

La crítica no puede rebasar de los límites que entre el sentimiento, entre lo moral, entre lo que pertenece exclusivamente á la inspiración y la expresión gráfica ó plástica, existe en la obra de arte. El concepto, por ejemplo, que cualquier artista ó escritor tenga del modo de ser moral de un tipo histórico, de una sociedad como de un símbolo mórfico, será siempre para la crítica misterio, vaguedad; cuando más, nebulosa, cuyos contornos podrá presentir, mas no determinar.

Pero fuera ya de esto, que pertenece por completo á ese *algo* no analizable - puesto que la inspiración se escapó hasta el presente al escalpelo del psicólogo, como se han escapado tantos otros fenómenos espirituales al análisis de la ciencia; - fuera ya, digo, de este particular, todo lo demás, forma, color, fondo, pensamiento generador, ambiente, etc., cae por entero dentro de la órbita en que vive y palpita la razón.

Y ya en ese terreno, la verdad en primer término se exhibe siempre, bien para mostrarse tal y como es, bien para reclamar contra los que hollaron sus fueros. Y la verdad no suele estar muy bien comprendida y tratada que digamos en la casi totalidad de la obra artística; que de estarlo, la crítica holgaría y el arte alcanzara aquella altura que soñamos que debe alcanzar. Y tras de la verdad viene el buen gusto; que cuando es tal, éntrase al alma de todo el mundo como el aire en los pulmones.

Pues para analizar la verdad y el buen gusto y declarar sus bellezas y hacerlas gustar y sentir al espectador ó al lector está la crítica; y para aquel efecto Taine señala el modo. Analiza el ambiente artístico en que fué concebida la obra, el ambiente social, su grado de cultura, las determinantes psico-físicas de las razas á que pertenezca el autor, amén del estudio histórico que haya menester el cuadro, la escultura ó el libro, si es de tal índole, ó del climatológico y del étnico y del orográfico si de costumbres ó de paisajes se trata. Y con todos estos elementos la crítica queda reducida, sin embargo, á una simple impresión personal.

***

Pero no nos hagamos ilusiones; esa impresión personal, cuando va ilustrada de manera tan clara, tan precisa, con superabundancia tan grande de datos, muy pocos falibles, y el crítico tiene además alma de artista; esa impresión personal, repito, adquiere todo el valor de una verdad inconcusa, de una afirmación matemática; y claro está que, para llevar á cabo un análisis cualquiera que sea, es menester hacer el estudio de todas las partes de la entidad, y por lo tanto de lo bueno como de lo malo.

¿Que no debe analizarse lo malo? Medradas estarían las sociedades y las leyes y la cultura y la moral y todo en fin con este sistema en acción. No creo que nadie pueda negar que existe algo fundamental inconmovible en el arte: algo que se basa en cosa tangible, perfectamente definida. El mismo fenómeno de la emoción estética se produce al contemplar una obra de arte en las inteligencias y temperamentos á una misma altura sensibles y cultivados, si bien con mayor ó menor intensidad. El movimiento de agrado ó de repulsion obedece á una ley psico-física; pues siendo esto así indudable, es indudable también que la impresión crítica, al modo que hoy esa impresión se realiza en la inteligencia y en el corazón del crítico, es la resultante de aquella ley, y por lo tanto una verdad, con el aditamento de que á la determinacion de esa verdad estética concurren las verdades científicas, de las cuales no prescindieron jamás los grandes artistas de todos los tiempos.

Seamos justos y sinceros. ¿Por qué razón se ha de dar como buenas las aguas de aquella marina si no causan la ilusión de la realidad, ó como obra maestra aquel lienzo donde tan sólo hay una tinta azulada por cielo y otra por mar y tres ó cuatro manchas obscuras de forma de barco? ¿Por qué á vueltas de una ó dos páginas brillantemente escritas y de un tipo medianamente trazado, hemos de dar como buena la novela del vecino? ¿Por qué razón hemos de tomar como originalidades y bellezas ideas y conceptos retorcidos y expresados en un castellano atestado de galicismos, de neologismos, etc? Por qué, en fin, hemos de creer que nuestra novela contemporánea tiene sello nacional y se distingue por eso de la del resto de Europa, y es originalísima y además de originalísima la que señorea el mercado; y que nuestros pintores son los que determinan los grandes movimientos estéticos en las artes plásticas, por su superioridad indiscutible; y que nuestros poetas son el asombro de los poetas del mundo, si nada de todo esto es, desgraciadamente, cierto? ¿En virtud de qué ley social, en virtud de qué escuela filosófica, en virtud de qué obligación el Estado va estar pagando, año tras año, obras de arte á todas luces inferiores, y así en espera de que resuciten Velázquez ó Goya genios espontáneos, atestando museos y plazas y calles y bibliotecas de obras de gentes mediocres que aun dentro de su mediocridad podrían producir obras acabadas si la crítica les advirtiese?

¡Que hay demasiados críticos! Conforme. Pero si hay demasiados críticos, en cambio crítica apenas si se advierte. Lo que hay son muchos «inspirados,» muchos que hablan por boca ajena. Digo yo: si con crítica no tenemos teatro, ni apenas novela, ni apenas pintura seria, y casi carecemos de escultura, ¿adónde estaríamos sin ese termocauterio aplicado de cuando en cuando para despertar energías?

Que no pienso con el ilustre Pérez Galdós, que dentro de poco todos seremos novelistas y escritores y pintores, etc., y todo esto en un grado de discreción tolerable, y que en llegando ese día, ¡adiós arte!, ¡adiós grandes obras!, ¡adiós belleza! No; sobre lo tolerable está lo bueno, y sobre lo bueno está lo excepcional. Que así como en un bosque de frutales de una misma especie, todos los frutales producen ciruelas, si son ciruelos, y sin embargo hay árboles cuya fruta es incomparablemente superior á la del resto, y aun sobre esos hay otros cuyas ciruelas son insuperables, así en el concierto de la inteligencia humana hay muchas que descuellan sobre el nivel ordinario, aun cuando éste sea elevado, y sobre esas que descuellan, hay las geniales que asombran con sus iniciativas y sus prescienctas y su obra toda.

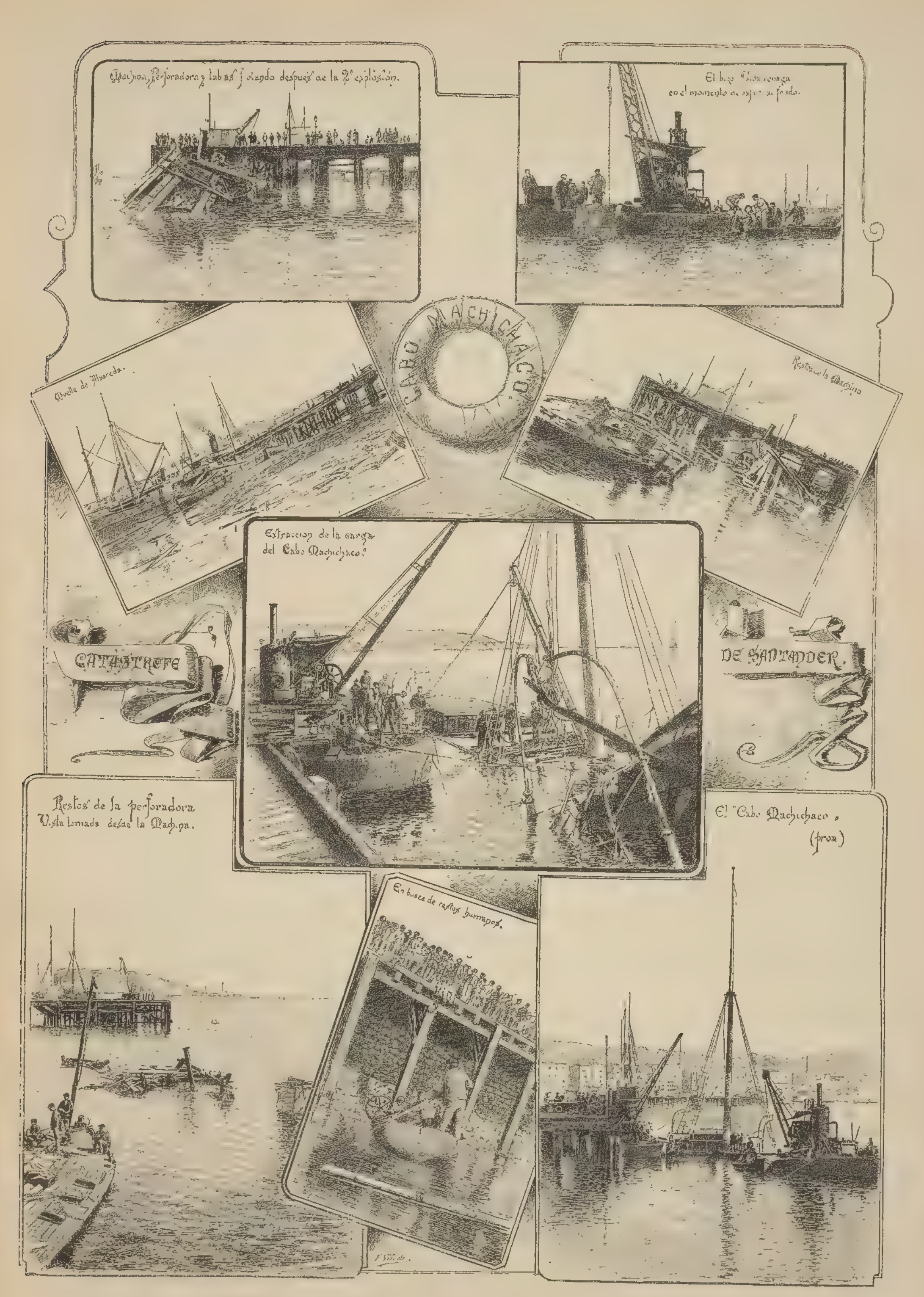
***

Y bien sabe Dios que no pensaba dedicarle á esta cuestión de la crítica ni una letra. Hace tanto tiempo que creo que discutir de este particular no lleva á ninguna parte, que solamente el ver metidos tan en ello á Galdós y á Gener pudo hacer que quebrantase mi resolución; pero ya que estoy con la pluma en la mano no quiero dejarla sin decirle al autor de *Torquemada en la Cruz* y al de *Criticonismo* algo que es una verdad y que me bulle acá dentro, y que pueden comprobar fácilmente: si el artista y el novelista, atendiendo á la crítica, se encierran en el círculo que les determina el criterio ó la escuela á que el crítico pertenezca, sin que puedan apreciar lo que deben aceptar como bueno ó rechazar como malo, esos, artista ó novelista, no merecen que de ellos se ocupe nadie; carecen de criterio propio, carecen de talento y educación artística; ¡á la fosa del olvido con ellos!

Es verdad que entonces nos quedaríamos en España sin novelistas, sin artistas y hasta... sin filósofos.

Salvo media docena de excepciones.

R. Balsa de la Vega



SANTANDER.-LA SEGUNDA EXPLOSION DEL «CABO MACHICHACO (de fotografías remitidas por D. Pascual Urtasun)

LA OPERA DE PUCCINI «MANON LESCAUT»

En poco tiempo la poética creación del abate Prevost ha servido de argumento para dos óperas, cuyas partituras han escrito un maestro francés de grande y merecida celebridad en el mundo del arte musical, Massenet, y un compositor italiano, joven, en cuya historia no había, hasta que compuso su última creación, ninguna de esas obras que dan á su autor fama imperecedera, ó por lo menos gran nombradía, Santiago Puccini.



SANTIAGO PUCCINI, autor de la ópera *Manón Lescaut*

Atrevimiento grande fué en éste acometer empresa que necesariamente había de traer consigo la comparación; y sin embargo, comparadas la *Manón Lescaut* de Massenet y la de Puccini, una y otra conservan todo su valor, señal evidente de que una y otra no sólo son buenas, sino que además son de un género totalmente distinto, único modo de que ambas pudieran salir incólumes de aquella prueba de la que difícilmente salen con bien dos cosas análogas ó parecidas.

Así es, en efecto: juzgando por lo que de ellas ha dicho la crítica, pues de referencia escribimos, la ópera de Massenet es fina, delicada, vaporosa; la de Puccini es toda pasión, constituyendo una serie de contrastes de tonos vigorosos: aquélla es una comedia musical que gradualmente va á parar á un final elegíaco; ésta es un drama potente del principio al fin: en la primera, una música purísima en sus menores detalles, estudiada y trabajada; en la segunda, melodías espontáneas, brillantes y libres, acentos de pasión enérgicos: allí la cabeza hablando á la cabeza; aquí el corazón interesando directamente al corazón.

La ópera de Puccini no es homogénea ni su autor quiso que lo fuera; la protagonista no aparece en ella completa, con toda la ingenuidad de sus extravíos que tan bien se desprende de la novela, no es el ser adorable y perverso que el autor de ésta imaginara. La pintura del medio ambiente invade á menudo la acción y la entretiene; pero este defecto, caso de que lo sea, está compensado tan sobradamente por la gracia y la elegancia que en toda la partitura resplandece, que la admiración no deja espacio á la censura. Ejemplo de ello es la larga escena que ocupa gran parte del segundo acto, la del tocador de Manón, en la que el madrigal, la lección de baile y el minué son otros tantos detalles accesorios en el drama, ajenos á la acción principal, pero bellísimos y seductores, que hacen revivir una época y evocan en la fantasía recuerdos de tiempos frívolos si se quiere, mas poéticos y pintorescos como pocos. De improviso el encanto cesa y resurge el drama con el apasionado dúo de Des Grieux y Manón, cuyas notas, que destilan lágrimas, invaden el alma y la conmueven.

Forma contraste con el segundo el acto tercero, en el que la música adquiere mayor vida y las situaciones se suceden á cual más vigorosa hasta llegar á un final rapidísimo, que es una de las páginas más emocionales del teatro lírico.

En los actos segundo y tercero está la fuerza de la obra: los otros dos resultan débiles. El primero es confuso, pero contiene algunas piezas de gran belleza, como la romanza de tenor, el dúo de éste y Manón y el final; el último, con ser muy aceptable desde el punto de vista musical, no responde á las exigencias del teatro, porque después de las escenas tan llenas de calor dramático del acto que le precede, parece frío é incoloro: el oído se recrea escuchando notas dulces y lánguidas; pero esa dulzura y esa languidez duran demasiado tiempo, y la agonía sobradamente larga de Manón acaba por hacerse penosa y el espectador ansía el final de una situación desgarradora.

Digamos algo para terminar del autor de la ópera. Santiago Puccini nació en Lucca el 23 de diciembre de 1858, y después de haber estudiado en su ciudad natal entró en el Conservatorio de Milán, en donde tuvo por maestro á Ponchielli. Terminados allí sus estudios, tomó parte en el primer concurso abierto por Sonzogno, y si bien su ópera en un acto *Villi* no fué premiada, estrenóse en el teatro Dal Verme, de aquella ciudad, con éxito superior á todas las esperanzas. La misma ópera, ampliada y dividida en dos actos, gustó también en la Scala.

Animado por estos éxitos, escribió una ópera de mayores alientos, en cuatro actos, *Edgard*, que se representó en la Scala y fué recibida con aplauso, pero no con el entusiasmo que se creía había de despertar y que consiguió *Manón*, estrenada en 1893 en el Regio de Turín, y representada luego en los principales teatros de Italia, y finalmente en el gran coliseo milanés. Posteriormente se ha cantado en Hamburgo y pronto se cantará en toda Alemania y en Londres, en donde la anuncian como la gran *attraction* de la próxima temporada.

Puccini ha conseguido con *Manón Lescaut* colocarse entre los primeros maestros italianos que apartándose de la escuela wagneriana vuelven otra vez á la antigua fuente de emoción, á los contornos melódicos elegantes. Puesto en este camino, podrá llegar pronto á la ópera orgánica, homogénea, á la obra maestra: es de esperar que logre tal resultado con *La Bohéme*, que en la actualidad está componiendo. - X.

PISO TERCERO POR ALQUILAR

El rótulo que se balanceaba junto á la puerta, movido por las ráfagas del viento, atrajo mis miradas, y súbitamente experimenté un deseo irresistible de subir aquellas escaleras, de visitar aquel piso, en donde no había vuelto á poner los pies después de tantos años transcurridos.

– ¿Se puede ver este cuarto desalquilado?, pregunté al portero, un maestro remendón que metido en su jaula de cristales martilleaba recio el zapato sujeto entre las rodillas.

Miróme el hombre, suspendió por un momento su trabajo para coger una llave colgada de un clavo, que me alargó diciendo:

– Sí, señor; puede usted subir.

Y siguió repicando de firme.

El corazón me latía al pisar uno tras otro aquellos setenta y dos peldaños que mis piernas de niño y de adolescente habían salvado centenares, millares de veces, brincando como un gamo, y una emoción indecible me dominaba, emoción nacida de una aglomeración de recuerdos que se agolpaban á mi mente, cuando metí la llave en la cerradura y empujando la puerta del piso tercero, me encontré en el recibidor.

***

Un recibidor no muy grande ni de elegantes proporciones, pero alegre, sonriente, inundado de luz. Parecióme que un amigo cariñoso me daba afectuosamente, contento de volverme á ver, la bienvenida, diciéndome con esa dulce melancolía de los viejos recuerdos: «¡Adelante, chico, adelante!.. ¡Cuánto tiempo sin vernos!.. Entra, entra y echaremos un párrafo hablando del pasado...»

Cerré la puerta, me quedé larguísimo rato en medio del recibidor, contemplando las viejas paredes que seguían hablándome en su mudo lenguaje:

– Nos has reconocido al punto, ¿verdad? Testigos fuimos de tus juegos infantiles, cuando correteabas por ahí, cuando dabas tus primeros pasos, cuando salías gozoso como un pájaro á quien abren la puerta de la jaula, cuando volvías á entrar alegre buscando el dulce calor del hogar... Mira, mira... ¿reconoces este rinconcito, junto á la ventana por donde entra á chorros la luz del sol? Ahí mismo estaba la mesita aquella; *tu* mesita, con sus cajones atestados de juguetes. Encima de ella alineabas los soldados de plomo, los batallones de zuavos, de cazadores, los jinetes montados en sus arrogantes corceles y blandiendo los sables, los relucientes diminutos cañones con sus impávidos artilleros. Formaban en dos cuerpos enemigos, y tú, con un pistolete de resorte que disparaba un guisante, repartías con absoluta imparcialidad proyectiles á un lado y á otro. Caían filas enteras de combatientes, y ya era sabido: el ejército que perdía primero á un general quedaba derrotado. Después, limpia la mesa de soldados, levantabas el altarcico blanco y dorado, en cuya cima, metido dentro de su capillita, se ufanaba aquel magnífico San Antonio con el niño Jesús tan monín, rubio, regordete, sonriente, y el indispensable lirio, que más parecía árbol que flor. ¡Y qué espléndida iluminación! ¡Qué de cirios ardiendo á la vez! ¡Era realmente deslumbrador!

***

Vamos andando, dije echando un suspiro. Empujé una puerta y me encontré en otro nido de recuerdos.

Era el antiguo cuarto-despacho, en donde me había pasado tantas horas de infancia y de juventud con la cabeza inclinada sobre los cuadernos, los libros de texto. Todo un largo período de primera, de segunda enseñanza, de cursos de instituto, de cursos universitarios, desfila rápidamente ante mi imaginación; vuelvo los ojos atrás, muy atrás, y veo sentado sobre una silla, delante de una mesa, á un chicuelo que rápidamente crece, se estira, se desarrolla, se convierte en adolescente, en hombre; véole trazar primero con inexperta mano los signos del alfabeto; luego transcurren dos, tres años en el espacio de un segundo, y el muchacho murmura, cerrando los ojos para que éstos no busquen la complicidad del libro abierto ante ellos: *musa, musæ*... Pasan con velocidad eléctrica cinco, seis, siete años más; el rapazuelo es ya un hombre, distíngole echado casi de bruces sobre otro libro más voluminoso, de aspecto mucho más grave y formal: *Instituciones de derecho civil*. Y el joven se afana por incrustar en su cerebro una definición latina, apoyando la frente sobre la palma de su diestra, mientras los dedos de la izquierda retuercen febrilmente la punta de un bigotito embrionario. Y de pronto el estudiante vuelve el rostro hacia mí, me mira con asombro, con tristeza, y me dice con un acento que no encuentra eco en el aire, pero que *oigo* en mi alma: «¡Qué viejo te has vuelto!.. Vete..., vete...»

***

Salgo de aquel cuartito, atravieso un pasillo, éntrome en otra estancia desmantelada, fría: los balcones cerrados dejan penetrar tan sólo una tenue claridad. Pero de pronto se me presenta el aposento iluminado por un fulgor siniestro, amarillento: cuatro enormes blandones colocados en plateados candeleros desparraman sus oscilantes reflejos sobre las negras tapicerías de que están cubiertas las paredes. Un crucifijo de marfil pende del testero, pero la tez del crucificado no es tan lívida cual la que veo á sus pies: un semblante inmóvil, una cabeza exangüe, descansando sobre una blanca almohada. Mis ojos, que las lágrimas arrasan, contemplan la augusta quietud de un ser querido que yace allí rígido, cruzadas las descoloridas manos sobre el pecho, aprisionado todo el cuerpo entre las maderas de un ataúd.

Maquinalmente mis rodillas se doblan y caigo postrado de hinojos, mientras mi garganta reprime un sollozo. Mas ¿qué es esto?..., un gemido doloroso responde al mío: oigo el eco de un llanto, murmullos de voces entristecidas que llegan de la pieza vecina, del salón; levántome bruscamente, corro hacia el sitio donde suenan aquellos lamentos. La ilusión desaparece rápida, la vasta sala está desierta, los espectros han huído dejándome solo, solo con mis recuerdos.

Y éstos siguen surgiendo á cada paso que doy al recorrer todas las habitaciones de la casa; parecen destacarse de cada pedazo de pared, de cada rincón; brotan del pavimento, descienden del techo, me rodean, van á mi lado acompañándome, sonrientes unos, melancólicos otros; llevándome acá y acullá, á derecha y á izquierda, hablándome todos á la vez.

– Aquí..., aquí dormiste durante veinte años; tu cama estaba en este sitio, ¿te acuerdas?

– En este rincón lloraste una vez durante más de una hora, ¿lo recuerdas?... Te privaron de cena y de teatro por una picardía de á órdago...



«MANON LESCAUT,» OPERA DE PUCCINI, ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA SCALA DE MILAN.—Escena del minué y muerte de Manón. Dibujo de G. Amato

– Mira... Ahí estaba el gran armario de espejo... ¡Con qué vanidosa satisfacción te contemplabas aquel día que te pusieron de tiros largos, cuando estrenaste tu primera levita y tu primer sombrero de copa!..

– Ven, acércate, dijo uno de aquellos invisibles duendes, llevándome hacia un balconcito con vistas á un patio interior. ¿No te dice nada la memoria?.. ¿*La* olvidaste ya?

* * *

No, no *la* había olvidado. ¿Se olvidan acaso esas primeras impresiones, esos primeros latidos?

Ella habitaba el piso cuarto; era de mi misma edad: diez y seis ó diez y siete años; tenía el cabello rubio, la tez como la nieve y unos ojos grandes, azules, ¡tan dulces, de tan suave mirar!.. Y empezaron á posarse en los míos, una tarde de verano, bochornosa, cargada de electricidad. El cielo estaba obscuro, amenazador, presagiando tormenta; un relámpago llenó el patio de lívida claridad, y *ella* lanzó un chillido; después se sonrió de su propio terror y seguimos mirándonos.

Desde aquella tarde, ¡cuántas horas pasamos en nuestros respectivos balconcillos hablándonos con los ojos! Pero una noche hablaron ya nuestros labios tímidos, balbucientes, mientras toda la casa dormía; desde aquella noche, ¡cuántas pasamos en silenciosa y casi invisible contemplación! Apenas si distinguía yo en medio de la obscuridad la nota blanca de su vestido... De cuando en cuando un murmullo leve, el tenue susurro de algunas frases cambiadas, interrumpía nuestro mutismo; pero ¡qué breves eran aquellos coloquios!; nos amábamos y no teníamos valor para decírnoslo...

Una noche me atreví á ello; *ella* no me contestó, y yo, tembloroso, entre satisfecho y arrepentido de mi audacia, volví á guardar silencio. De súbito un rayo de luna – la pícara Diana se decidió por fin á iluminar nuestros éxtasis – se coló de refilón en el interior del patio y pude acariciar con mis miradas la silueta, hasta el rostro de mi ídolo.

– ¿Le ha ofendido á usted lo que le he dicho?, pregunté con ingenua tristeza.

Tampoco me contestó; pero á poco vi que de su pecho arrancaba una rosa, la llevó á sus labios y la flor cayó á mis pies; la recogieron mis manos temblando, y al cubrir de besos la fragante joya parecíame que el corazón iba á estallar...

* * *

– Caballero, ¿piensa usted pasarse aquí la noche? Hace ya más de dos horas que está usted mirando el piso.

Y el portero me mira con marcado recelo; mi interminable visita le parece altamente sospechosa; balbuceo una explicación cualquiera, pues no juzgo necesario comunicarle los efectos psíquicos de aquel análisis retrospectivo; abandono aquel vasto sepulcro de tantas imágenes, ilusiones y recuerdos; bajo las escaleras, triste, desalentado, y me encuentro en la calle llena de vida, de movimiento; he soñado durante dos horas en un piso desalquilado: despertemos, volvamos á la dura realidad.

JUAN BUSCÓN

METALES DE TRANSICIÓN

Cuando se estudia el conjunto de los cuerpos simples que denominamos metales, pronto se echa de ver cómo su origen corresponde á diversas fases ó términos de la evolución de la substancia única, que acaso tenga la forma de aquel primitivo *protilo* que sirvió á Crookes, como base de su peregrina doctrina de la génesis de los elementos químicos. Unos deben hallarse ya del todo formados, y representan un equilibrio muy estable; otros han de estar en vías de formación, y no pocos empezarán á determinarse apenas, señalándose sus diferencias y los más esenciales caracteres de los individuos, los cuales son, por lo mismo, más dignos de estudio y así solicitan nuestra atención con mayores encarecimientos. Dijérase que hay metales hechos, como el plomo, el cobre ó la plata, bien diferenciados, con propiedades marcadas y características, en cuya virtud no se confunden con los demás, y á su lado metales menos hechos, unidos á otros con apretados lazos de estrecho parentesco, á semejanza del níquel y el cobalto ó los que forman la llamada *platina* ó mena de platino, y entre ambos grupos colócanse aquellos que, si considerados individualmente poseen cualidades propias y muy marcadas, forman en conjunto un grupo de tal naturaleza, que bien pueden considerarse mera transición entre los cuerpos metálicos más alterables y los verdaderos metales, ó sean los cuerpos simples que mejor responden á las propiedades que á los metales asignan. Este grupo á que me refiero, tan bien establecido que por familia natural pudiera sin esfuerzo tomarse, es el de los metales alcalino-terrosos, intermediarios entre los alcalinos y los que ya poseen el brillo y las demás condiciones metálicas, grupo mal conocido y poco estudiado, por más que en las combinaciones de sus individuos encuéntranse algunas de constante é inmediata aplicación, tan usadas como la cal y el yeso, compuesto de substancias cuya individualidad adviértese bien pronto, susceptibles de constituir multitud de cuerpos, y no pocos se encuentran en la naturaleza y también formando parte integrante de muchos organismos, cuando no proceden del acumulado y nunca interrumpido trabajo de los más elementales y sencillos. Nadie vacilará en afirmar que el estroncio, el calcio y el bario tienen muy marcadas sus características individuales; pero tampoco nadie deja de conocer que su conjunto, el grupo que forman, ya por los mismos metales, ya por sus combinaciones peculiares, es un tránsito, y representa un período evolutivo no bien acabado y cuyos convencionales límites no es dado indicar de una manera terminante y concreta, y así puede llamárseles *metales de transición*, cuyo calificativo se justifica examinando sus propiedades y las de los principales compuestos que puedan constituir.

Los tres son sólidos y hállanse dotados de brillo argentino muy marcado. Sólo el bario es blanco, el calcio tiene color amarillo bastante claro, siendo del mismo tono, aunque algo más obscuro, el estroncio: atendiendo á su peso específico, colócanse en este orden: bario (1,5), calcio (1,58) y estroncio (2,54). El bario posee cierto grado de maleabilidad, funde un poco más que á la temperatura del rojo, pero no es volátil; calentado á la misma temperatura ataca con gran energía al vidrio; lo caracteriza su gran avidez para el oxígeno, cuyo gas absorbe del aire ó del agua, que descompone á la temperatura ordinaria, aunque no con la energía de los metales alcalinos, y tiene la condición de formar dos combinaciones oxidadas: el protóxido y el bióxido de bario: sus sales son las que, entre las alcalinas, alcalino-terrosas y terrosas, tienen mayor peso específico. El estroncio es mejor conductor de la electricidad, funde á la temperatura del rojo naciente, no se volatiliza, absorbe asimismo el oxígeno del aire con mucha energía, descompone el agua y puede arder en determinadas condiciones. El calcio, no más duro que la caliza, es tan dúctil y maleable que es susceptible de ser cortado, limado y reducido á hojas tan delgadas como el papel, las cuales dóblanse sin romperse; cuando está bien seco, no se oxida en contacto del aire; pero en una atmósfera húmeda, se empaña su brillo, cubriéndose muy pronto la superficie de una película de hidrato cálcico; calentándolo á la sola llama de la lámpara de alcohol, previamente colocado sobre delgada lámina de platino, fúndese á la temperatura del rojo y arde con brillante llama; combínase el calcio con el cloro, el bromo ó el yodo, y el fenómeno va acompañado de notable y muy visible incandescencia; al unirse al azufre, que ha de estar fundido, despréndese calor y luz; al rojo, el vapor de fósforo se convierte en fosfuro de calcio; es aleable con el mercurio, formando la correspondiente amalgama, con el auxilio del calor; descompone con facilidad el agua con desprendimiento de calor é hidrógeno, cuyo gas, como en los casos anteriores, no llega á inflamarse: proyectando limaduras de calcio en ácido nítrico diluído, el metal arde; pero el mismo ácido concentrado no le ataca en frío, siendo preciso calentarlo á temperatura próxima de su punto de ebullición, para que lo oxide con rapidez, dándose así un caso de pasividad muy semejante al que presentan el hierro ó el níquel: como del bario y del estroncio, son conocidos dos óxidos de calcio, y el primero de ellos, que es la cal, recibe numerosas y utilísimas aplicaciones.

De lo que antecede infiérense, sin gran esfuerzo, muy poderosas razones para considerar como un grupo transitorio, en el orden de los metales, al que forman los extraídos de las tierras, y que constituyen lo que propiamente se denomina una familia natural, y por cierto de las mejor establecidas y ordenadas.

El lazo que los une á los metales alcalinos más caracterizados, que son el potasio y el sodio, es la facultad de descomponer el agua y la avidez para apoderarse del oxígeno, ya del aire, ya de la misma agua. A ejemplo de aquéllos, son blandos, su peso específico pasa muy poco de la unidad, á no ser el del estroncio, y se hallan muy repartidos en la Naturaleza en minerales característicos, formando parte de muchas rocas y terrenos: el brillo metálico del bario, del estroncio y del calcio, se empaña con menos facilidad que el del potasio y el sodio, y se acaba de decir cómo la superficie del calcio permanece inalterable durante largo tiempo en el aire seco. Sin que se califiquen de muy duros, lo son más que el potasio y el sodio, y en cuanto á las acciones del calor, si bien es cierto que se funden próximamente á la temperatura del rojo, no lo es menos que no se volatilizan, y constituye acaso esta propiedad su primera diferencia de los metales alcalinos y su primer lazo con los metales propiamente dichos, los cuales con dificultad emiten vapores, aun á muy elevadas temperaturas. Como grupo intermediario y poco definido, en cuanto á la individualidad química de cada uno de sus términos, es suficiente lo dicho para afirmar de un lado el parentesco con los metales procedentes de los álcalis, y en tal aspecto darles el carácter de alcalinidad que distingue á sus compuestos oxidados en especial, y que todos poseen clara y definida, y de otro la analogía con los verdaderos metales, á los que el calcio y el estroncio se parecen notablemente, por su aspecto y hasta por la facultad de arder, que también tiene un metal terroso tan bien conocido como es el magnesio. Hállase todavía otro argumento en la propia indeterminación de las propiedades constantes de los cuerpos que nos ocupan, sobre todo en las del bario y el estroncio, cuyos calores específicos siquiera pueden precisarse con el rigor debido y aun las mismas cualidades físicas más salientes, al igual del color y la tenacidad, tampoco se ven de aquella manera evidente con que se aprecian las del cobre, las del hierro ó las del aluminio, y aunque pudiera invocarse la dificultad de obtener puros el calcio y el estroncio, su misma tendencia á unirse con otros cuerpos, resistiéndose con gran fuerza á separarse de ellos, prueba es de su escasa individualidad y del carácter transitorio que á semejantes cuerpos debe racionalmente asignarse.

Los metales alcalinos, con sus energías tan desenvueltas y vivas, con su facultad de descomponer el agua, con la propiedad de dar óxidos irreductibles, son especies químicas muy bien definidas, metales muy metales, si así cabe expresarse, cuerpos del todo acabados, que representan equilibrios muy estables, de lo cual son indicio sus constantes individuales; pero los metales alcalino-terrosos, en especial los tres más conocidos, si bien presentan afinidades características, ni es en aquel grado que las advertimos en el potasio y en el sodio, ni de ellas proceden cuerpos que pueden ser, en cuanto á propiedades singulares, lo que son la potasa y la sosa respecto de los metales que las originan. Y si pasando á otro orden de consideraciones, tenemos presente de qué manera los caracteres de los cuerpos son indicio seguro del mecanismo de las energías de toda especie que en ellos se agitan y sin cesar cambian, parece fuera de toda duda que en la misma evolución química de los elementos, aún no terminada, si bien cada uno representa un estado de equilibrio, que no es en manera alguna definitivo, porque aquella evolución es indefinida y no puede tener fin, el bario, el estroncio y el calcio, son de los términos de la serie acaso los menos definidos, los que representan equilibrios más transitorios y provisionales, por más que sus combinaciones tengan toda la fijeza del *espato pesado*, la *celestina* ó el *yeso*. Esta misma condición, en cuya virtud participan de las propiedades de los metales alcalinos y de los caracteres, así físicos como químicos, de los metales propiamente dichos, es el fundamento de la doctrina aquí sostenida, porque no hay, en verdad, una singularidad que los distinga, una cualidad que permita al punto determinarlos individualmente, aun cuando aparezca más clara y fija en algunos de sus compuestos, con especialidad en los óxidos, los carbonatos y los sulfatos.

Una particularidad, no sin importancia á lo que entiendo, es preciso notar respecto de los tres metales que nos ocupan, y es que, á pesar de las analogías de sus propiedades y de la indudable semejanza de sus compuestos y hasta de la manera de presentarse en la Naturaleza, nunca se hallan reunidos, ni se presentan enlazados como los de la mena de platino ó los contenidos en aquellas tierras por su escasez llamadas raras, así que en todos los casos el bario, el estroncio y el calcio son fácilmente separables: el hecho parece indicar cierto grado de individualidad, característico de las mejor definidas especies químicas, y sin embargo, no se opone á que considerados desde el punto de vista en que nos hemos colocado, resulten metales de transición, porque no se trata de ver cada uno de ellos con sus propiedades peculiares, sino de considerar el conjunto de la familia con sus derivados y componentes; sus aptitudes para las diversas combinaciones; sus facultades para contraer alianzas; los caracteres más específicos y singulares de la variedad de cuerpos en cuya composición entran, y en tal respecto es como se clasifican de metales de transición, sin confundirlos, ni un momento,

con los que algunos autores han dado en llamar seudometales. Entiéndase que la condición metálica, conforme se establece en la Química, ó sea el brillo particular, las propiedades eléctricas y las capacidades térmicas, conviene perfectamente al bario, al estroncio y al calcio; pero dentro de la clase de los metales forman un grupo de transición muy bien definido y característico, y no una familia tan perfecta como la de los metales alcalinos ó aquella en la cual están comprendidos el cromo, el manganeso, el hierro, el níquel y el cobalto. Así es que admitiendo, como hacen muchos, que la formación y aparición de los metales corresponde á diversos términos de la evolución de una substancia única y primitiva, á la cual ha llamado *protilo* el químico William Crookes, compréndese sin mucho esfuerzo que la familia de los metales alcalino-terrosos representa, en cuanto á los individuos, labor muy completa y acabada de las energías naturales, y labor menos acabada, trabajo menos hecho, si la frase puede permitirse, cuando se considera el conjunto de la familia, con las mutuas y peculiares relaciones químicas de los individuos que la constituyen, y de esto viene el carácter transitorio que aquí se le asigna, fundándolo precisamente en lo que ponen de manifiesto las mismas propiedades esencialmente químicas de tan importante clase de cuerpos simples.

Sus óxidos dan otra prueba, bastante digna de tenerse en cuenta, respecto del particular. La barita, la estronciana y la cal seméjanse á la potasa y á la sosa, en la solidez, la causticidad, las afinidades para el agua y el ácido carbónico y la condición de unirse muy bien con los ácidos, y de otra parte se enlazan á la magnesia y á la alúmina por su resistencia á fundirse. La barita, la estronciana y la cal no cristalizan jamás, son perfectamente irreductibles, aun por el hidrógeno y á las más elevadas temperaturas, y tienen de particular que á la del rojo incipiente absorben el oxígeno constituyendo bióxidos, que el aumento de temperatura descompone con desprendimiento de oxígeno. Así, pues, forman el tránsito entre los álcalis, propiamente dichos, y la alúmina y la magnesia; participan de las cualidades alcalinas de la potasa y de las propiedades terrosas de la magnesia, como si en ello quisiese indicarse la cualidad de transición que deseamos poner bien en claro. Y si consideramos los cloruros, desde el de bario, que no atrae la humedad, al de calcio, muy delicuescente, ó los yoduros, por demás inestables, ó los fluoruros insolubles y alguno de ellos, como el de calcio, abundante especie mineralógica, aparecen de la propia suerte analogías y desemejanzas que nos hacen ver que si cada metal alcalino-terroso de los más abundantes y mejor conocidos tiene la individualidad propia de la especie química, el grupo constituye, en verdad, un tránsito bien definido entre la familia de los álcalis y la de los metales propiamente dichos.

Con gran abundancia repartidos en la Naturaleza, forman el bario, el estroncio y el calcio muchas especies mineralógicas; varias, como el yeso, grandemente útiles, y otras, como la caliza, algunas de cuyas variedades se utilizan por sí solas y de otras se extrae la cal, eliminando por el calor el ácido carbónico. Fijémonos sólo en un punto de los sulfatos naturales de los tres metales que venimos considerando, y tengamos presente que de ellos el bario parecía hasta aquí el más aproximado á los metales alcalinos y las propiedades de sus combinaciones las más análogas. La *baritina* ó espato pesado, la *celestina* y el *yeso* son respectivamente los sulfatos naturales de bario, estroncio y calcio: distingue al primero su gran peso específico, que contrasta con la poca densidad del metal que lo origina, y puede observarse que es uno de los cuerpos más insolubles en el agua que se conocen y tampoco se disuelve en los ácidos ni en los álcalis; carac-

El eminente poeta catalán D. Angel Guimerá
autor del drama sacro *Jesús de Nazareth* (fotografía de Audouard)



CONTRASTES DE LA VIDA, cuadro de G. Mantegazza

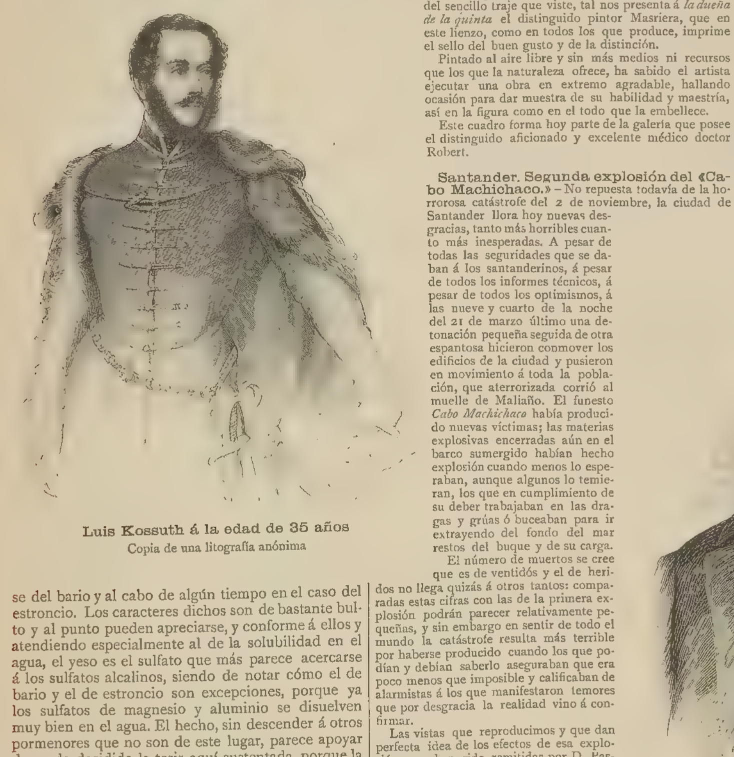


LA FE CONDUCIENDO A LA INMORTALIDAD LAS VÍCTIMAS DEL DEBER
grupo alegórico, de 6 metros, que corona el «Mausoleo á los bomberos» próximo á erigirse en la ciudad de la Habana
Escultura de Agustín Querol



EN LA CASA DE ORATES, cuadro de Attanasio

terízase el estróncico por su menor peso específico, y aunque muy poco, es algo soluble en el agua, tanto que alguna vez puede emplearse como reactivo, y en cuanto al tercero, además de ser todavía menos denso, constituye un cuerpo tan blando que se raya con la uña y se disuelve en el agua lo bastante para ser reactivo y con sus disoluciones pueden caracterizarse el bario y el estroncio, en cuanto precipita en blanco sus disoluciones salinas, en seguida tratándo-



Luis Kossuth á la edad de 35 años
Copia de una litografía anónima

se del bario y al cabo de algún tiempo en el caso del estroncio. Los caracteres dichos son de bastante bulto y al punto pueden apreciarse, y conforme á ellos y atendiendo especialmente al de la solubilidad en el agua, el yeso es el sulfato que más parece acercarse á los sulfatos alcalinos, siendo de notar cómo el de bario y el de estroncio son excepciones, porque ya los sulfatos de magnesio y aluminio se disuelven muy bien en el agua. El hecho, sin descender á otros pormenores que no son de este lugar, parece apoyar de modo decidido la tesis aquí sustentada, porque la serie, al menos en cuanto á los sulfatos, parece interrumpida por una cualidad importantísima, inherente á las funciones químicas del elemento metálico, en la sal que lo contiene como parte integrante suya, indispensable para que el equilibrio químico permanezca en determinado estado y en las adecuadas condiciones, dadas sin duda alguna por toda la serie de relaciones que se establecen entre las energías propias de los componentes de la sal. Resulta, pues, de



Luis Kossuth á la edad de 50 años

cuanto va dicho que si bien los individuos de una familia ó grupo de metales puedan estar bien definidos y caracterizados, su conjunto, en lo que á las propiedades químicas se refiere, es susceptible de representar un estado de transición en el trabajo de la energía.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

NUESTROS GRABADOS

La dueña de la quinta, cuadro de Francisco Masriera. – Bella y elegante, sirviéndole de marco y de fondo las flores y los árboles del jardín, realzados sus naturales atractivos por el agradable conjunto de su figura y del sencillo traje que viste, tal nos presenta á *la dueña de la quinta* el distinguido pintor Masriera, que en este lienzo, como en todos los que produce, imprime el sello del buen gusto y de la distinción.

Pintado al aire libre y sin más medios ni recursos que los que la naturaleza ofrece, ha sabido el artista ejecutar una obra en extremo agradable, hallando ocasión para dar muestra de su habilidad y maestría, así en la figura como en el todo que la embellece.

Este cuadro forma hoy parte de la galería que posee el distinguido aficionado y excelente médico doctor Robert.

Santander. Segunda explosión del «Cabo Machichaco.» – No repuesta todavía de la horrorosa catástrofe del 2 de noviembre, la ciudad de Santander llora hoy nuevas desgracias, tanto más horribles cuanto más inesperadas. A pesar de todas las seguridades que se daban á los santanderinos, á pesar de todos los informes técnicos, á pesar de todos los optimismos, á las nueve y cuarto de la noche del 21 de marzo último una detonación pequeña seguida de otra espantosa hicieron conmover los edificios de la ciudad y pusieron en movimiento á toda la población, que aterrorizada corrió al muelle de Maliaño. El funesto *Cabo Machichaco* había producido nuevas víctimas; las materias explosivas encerradas aún en el barco sumergido habían hecho explosión cuando menos lo esperaban, aunque algunos lo temieran, los que en cumplimiento de su deber trabajaban en las dragas y grúas ó buceaban para ir extrayendo del fondo del mar restos del buque y de su carga.

El número de muertos se cree que es de ventidós y el de heridos no llega quizás á otros tantos: comparadas estas cifras con las de la primera explosión podrán parecer relativamente pequeñas, y sin embargo en sentir de todo el mundo la catástrofe resulta más terrible por haberse producido cuando los que podían y debían saberlo aseguraban que era poco menos que imposible y calificaban de alarmistas á los que manifestaron temores que por desgracia la realidad vino á confirmar.

Las vistas que reproducimos y que dan perfecta idea de los efectos de esa explosión, nos han sido remitidas por D. Pascual Urtasun, distinguido fotógrafo de Santander, á quien agradecemos profundamente la atención que con nosotros ha tenido.

El eminente poeta catalán Angel Guimerá. – La personalidad del inspirado poeta ha ido cobrando proporciones á medida que los años transcurren, sin que se note decaimiento en sus concepciones, á pesar de la pujanza que cada una de ellas revela.

Cuando en los Juegos Florales celebrados el año 1875 presentó su preciosa poesía *Indibil y Mandoni*, revelóse ya poeta, pero poeta de alientos, y tan original y nuevo que arrancó la lectura de la composición aplausos de sorpresa y admiración á uno de los más notables poetas catalanes de nuestros días, quizás entonces su rival en el palenque poético. En pos de *Indibil y Mandoni* siguió una grandiosa composición, *Cleopatra*, poema en tres cantos, y más tarde *L' any mil*, en el que trazó magistralmente el apocalíptico espectáculo del terror milenario, el ocaso del sol que los pueblos creían el último y la alborozada sorpresa del nuevo día. *Las Crehuadas*, *Lo pas del mar Roig*, preludio de la pasión del poeta por los asuntos bíblicos, y *Agonía*, *Elegíaca*, *L' Arch de Bará*, *Lo Colón* y otras más fueron trazadas con igual valentía, con la misma potente fibra con que se reveló el poeta. En 1877, *Lo darrer plany d' en Claris* valióle un nuevo premio en los Juegos Florales y el título de maestro en Gay Saber.

La mort d' en Jaume d' Urgell es otra de sus bellas producciones, en la que más pueden adivinarse su práctica y facilidad para la versificación.

Con la tragedia *Gala Placidia* estrenóse Guimerá en las tablas en 1879; tras *Gala Placidia* siguió *Judith de Welp*, *Mar y cel*, vertida al castellano después y representada en Madrid con extraordinario éxito, y *Rey y monjo*, tragedias también que por la grandiosidad de su plan, por la sublimidad de sus conceptos y la fibra de sus versos han colocado á su autor en el pináculo del moderno renacimiento literario de Cataluña.

La Boija y el drama sacro *Jesús de Nazareth*, estrenado recientemente con singular éxito, son sus últimas obras, de cuya importancia y mérito nos hemos ocupado oportunamente.

Tal es á grandes rasgos la biografía del gran poeta catalán, de quien puede decirse, conforme escribió uno de nuestros primeros críticos, que «así como Núñez de Arce es el único que conserva las resonantes cuerdas de bronce entre los castellanos, nuestro poeta es ya entre los catalanes el único que halla el grito que va recto al alma y el latigazo que levanta al más indiferente.»

Contrastes de la vida, cuadro de G. Mantegazza. – Así como para apreciar los resultados de la luz es preciso concebir las tinieblas, lo bello para que despierte más la impresión que nos produce debe tener como contraste lo que asuma caracteres de repulsión. En la vida humana existen continuos y múltiples contrastes. Junto al ser bondadoso hallamos al malvado, codeándose con la belleza la repugnante deformidad, al lado de la virtud el vicio; manifestándose tan opuestos extremos hasta en las sensaciones que experimentamos, ya que para poder apreciar la intensidad del frío es preciso conocer el calor, no pudiendo aquilatarse el valor de la felicidad hasta conocer los desastrosos efectos de la desdicha.

Esta es, indudablemente, la idea que ha tratado de representar en el lienzo el artista. Una joven desposada que acompañada del que es ya su esposo, deudos y amigos, sale del templo en donde acaba de unir su suerte á la del hombre por ella escogido para compañero de toda su vida, y preséntase satisfecha, bella y sonriente, en tanto que al pie de la escalera y en medio de un grupo también de amigos, otra joven, no menos hermosa, oculta sus sollozos, ahoga sus lágrimas llorando una esperanza frustrada, una ilusión concebida ó quizás una infidelidad comprobada y sin posible reparación.

La Fe conduciendo á la inmortalidad las víctimas del deber, grupo alegórico, de seis metros, que corona el *Mausoleo á los bomberos* próximo á erigirse en la ciudad de la Habana, escultura de Agustín Querol. – Vivo está todavía el recuerdo en la capital de la isla de Cuba del horrible incendio que en breve espacio de tiempo destruyó uno de sus



Luis Kossuth, á la época de su muerte

mejores establecimientos, cual lo era el del Sr. Isasi, y latente está aún el de aquellos modestos héroes que en el cumplimiento de su deber, en el afán de aminorar la cuantía del desastre, perdieron sus vidas. La Habana no podía olvidar á los veintiocho mártires que formando parte de la brigada de bomberos sucumbieron abrasados por las llamas del voraz elemento, y como muestra del sentimiento respetuoso de un pueblo, concibióse, ya á raíz del suceso, el proyecto de erigir un suntuoso mausoleo, en el que se guardasen las cenizas de los héroes, sirviendo á la vez de monumento conmemorativo de su heroicidad.

Abrióse al efecto un concurso universal, cabiendo á nuestro distinguido amigo el escultor Agustín Querol la gloria de obtener el premio y la consiguiente ejecución del monumento mausoleo, cuyo boceto publicamos en el número 520 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondiente al 14 de diciembre de 1891. A la galantería del laureado artista debemos la ocasión de publicar hoy el grupo alegórico que sirve de digno remate al monumento, ejecutado ya en mármol, representando el ángel de la Fe sosteniendo en sus brazos el cadáver de un bombero para conducir su alma á la gloria bajo el amparo de la cruz, inspirada creación del artista tortosino, en quien se observan los alientos de los escogidos para cultivar el gran arte.

En la casa de orates, cuadro de Attanasio. – Ese conjunto abigarrado de tipos de seres que fueron, esa reunión de individuos que ayer pensaron y discurrieron razonablemente, descollando algunos de ellos por sus virtudes ó su ingenio, á quienes la sociedad compadece y la ciencia atiende, ha tratado de representar el artista. Y cuenta que ha sido afortunado en su empeño, pues en los rostros y en las actitudes de las desgraciadas locas que figuran en el lienzo representadas, obsérvase el sello de la verdad recogida del natural, recuérdase el penosísimo cuadro que ofrecen al visitante esas casas de curación llamadas manicomios, cuyos umbrales se traspasan con el ánimo contristado y el corazón oprimido ante el espectáculo de tanta desgracia reunida, de tanta razón perturbada por el choque violento de pasiones, por calamidades no presentidas, por amarguras no soportadas, que suelen ser origen de tan fatal desequilibrio.



– Nada tema usted, señora, replicó Teresa sarcásticamente; no deseo interrumpir la galante conversación de ustedes...

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Teresa había tenido tiempo de borrar las huellas de sus lágrimas y estaba impasible. Recibió á su marido con la misma serena gravedad con que ya empezaba á acostumbrarse á disimular la agitación de su espíritu; pero esta aparente serenidad, lejos de atenuar la turbación de Santiago, la hizo todavía más penosa y más visible. No sabía disimular, y su turbación no escapó á la solicitud cariñosa de su madre ni á las maliciosas investigaciones de la hermana. Se esforzó, sin embargo, en fingir tranquilidad, y este esfuerzo no hizo más que aumentar su tormento. Fuéle preciso para salvar las apariencias, preguntar á su madre y á su hermana acerca de lo que habían hecho toda la tarde, é informarse hipócritamente de hacia adónde habían ido de paseo.

– Hemos ido á San Juan, contestó Cristina; ha sido una mala idea, porque en el hotel donde queríamos haber refrescado había muy mala concurrencia, á lo que parece, y Teresa misma, á pesar de sus aficiones á Niza, ha tenido que pronunciarse en retirada...

Mientras la beata se complacía en referir este incidente del paseo, Santiago cambiaba de color y no se atrevía á levantar los ojos, de miedo de que se cono-

ciera su turbación. Pero si él no miraba á ninguna de las mujeres, su madre y su hermana no separaban de él los ojos. Cristina había notado muy pronto su actitud embarazosa, y observándole, pensaba: «Aquí pasa algo extraño, y ciertamente á Santiago le pesa algo en la conciencia. ¿Será infiel á su mujer?» Esta suposición regocijaba á la mojigata y una sonrisa equívoca se dibujaba en sus labios descoloridos.

Lechantre, comprendiendo la turbación de Santiago y los sufrimientos de Teresa, hacía grandes esfuerzos de ingenio para distraer á la vieja y á la beata, y gracias á él pasó la noche sin ningún incidente doloroso. El día siguiente se renovó el suplicio de Santiago, obligado á consagrar por completo á su familia las horas últimas en que había de estar en su casa la pobre madre. Iba de un lado á otro como alma en pena, procurando evitar las ocasiones de encontrarse solo con Teresa; pero por más que lo procuraba no lo conseguía, porque Teresa iba y venía también haciendo sus preparativos de viaje. Estos preparativos, los cajones de las mesas vacíos, los paquetes de objetos de uso de la buena esposa, eran señal segura de un viaje definitivo... Santiago no podía menos de experimentar una dolorosa emoción. El rostro de su mujer le parecía que sólo expresaba en aquellos momentos el más humillante desprecio. La comedia que se veía obligado á representar delante de su madre y su hermana le humillaba y degradaba á sus propios ojos. Deseaba que acabase el día y al mismo tiempo lo temía, pensando que el siguiente, el de la despedida, había de ser mucho más penoso. Estas angustias, estos remordimientos, estas preocupaciones le habían puesto febril. Parecíale que su corazón no latía con regularidad, sentía algún acceso de sofocación, y este malestar físico, unido á los sufrimientos morales, le trastornaba profundamente. Desahogábase irritándose con su hermana. Y la madre, asombrada de las salidas de tono de su hijo, levantaba tímidamente los ojos para mirar á su Benjamín, á quien no reconvenía, y alarmada al verle pálido, casi lívido, exclamaba:

– Pero ¿qué tienes, hijo mío?... ¿Te sientes malo?... ¿Por qué estás de tan mal humor? ¿Es que te contraría el viaje de Teresa con nosotras? Pues no vendrá si tú no quieres. Háblame francamente, porque en otro caso acabaré por creer, como cree Cristina, que nos ocultas algo muy grave.

Santiago, avergonzado de su poca fortaleza, procuraba tranquilizar á su madre con palabras de ternura filial y caricias; pero en sus protestas y en sus demostraciones de cariño había algo de forzado y exagerado que demostraba evidentemente lo mismo que negaba; y la amorosa madre movía la cabeza y no podía desechar la idea de que á su hijo le pasaba algo extraordinario.

Cristina, á su vez, vengábase del mal humor con que la había hablado y reprendido Santiago, llevando aparte á Teresa y murmurando en un tono pérfidamente cariñoso:

– Vamos, Teresita, no me lo niegues... Tú y mi hermano habéis reñido...

Teresa se estremecía y contestaba secamente:

– Tú sueñas... Y es porque tienes mucha imaginación.

Y Cristina contestaba algo picada:

– No, no tengo imaginación, pero tengo buena vista, Dios me la conserve, y veo que no estáis Santiago y tú tan contentos y satisfechos como estabais antes... Pero no tiene nada de particular; cada uno tiene en este mundo que llevar su cruz, y ya había yo predicho que el entusiasmo de vuestro amor no duraría mucho.

Por fin terminó aquel penoso, y como penoso larguísimo día, y el siguiente Santiago y Lechantre acompañaron á las viajeras á la estación. Los instantes que precedieron á la partida fueron también muy penosos. La anciana llevaba, sin poder desecharlos, negros presentimientos. Teresa, firme en su legítima indignación y en no perdonar, no podía menos de pensar con amargura que ya no sería dichosa jamás, y Santiago, en el momento de recobrar la tan codiciada libertad, sentía miedo. Preguntábase con terror si esa misteriosa Nemesis, que está latente en el fondo de todas las cosas, no le castigaría por su deslealtad, por su odiosa conducta con la honradísima esposa... Santiago se consideraba más culpable porque tenía conciencia de su infamia. Y los tres, la madre, el hijo y la esposa, se esforzaban en ocultar su propio tormento... Lechantre, que estaba en el secreto, sentíase profundamente conmovido y no sabía ya cómo distraer con su buen humor tan grande tristeza.

– No se apure usted, señora, decía á la vieja, y esté usted alegre y confiada, que Santiago volverá á París hecho un tudesco, rollizo y gordo... Yo me quedo en Niza, y estando yo aquí no corre peligro.

Inmóvil, un poco separado del grupo, Santiago contemplaba maquinalmente el espectáculo de la estación con su tumultuoso ir y venir de viajeros. A pesar suyo, recordaba las sensaciones que había experimentado en aquel mismo sitio tres semanas antes, cuando partió Teresa para París... Todo presentaba el mismo aspecto; el mismo paisaje verde y bañado de sol al extremo de la gran nave de la estación; los mismos gritos de los vendedores y de los empleados del ferrocarril; la misma indiferencia sonriente de la vendedora de libros y periódicos delante de su kiosco; el mismo ruido de las portezuelas, y el mismo grito repetido: «¡Señores viajeros, al coche!»

Santiago sintió latir violentamente su corazón, y un acceso de sensibilidad le llenó los ojos de lágrimas. Abrazó á su madre y luego á Cristina; y á su mujer, cogiéndole la mano sin que ella pudiera impedírselo, le dijo:

– ¡Teresa! ¡Teresa!

Tentado estuvo de añadir: «¡Quédate! ¡No te vayas!» Pero al mismo tiempo que ella le miraba tristemente, la imagen hechicera de Mania se interpuso entre él y la esposa ofendida, y no se sintió con fuerzas para pronunciar aquella súplica salvadora. Con voz ahogada se limitó á murmurar:

– ¡Perdóname!

Ella adivinó, sin duda, la lucha que sostenía su marido entre el deber honrado y la pasión criminal, y con una mirada despreciativa, contestó:

– ¡Adiós! Me das lástima.

Y altiva, impasible, subió al vagón. Solamente cuando el tren se puso en marcha, mientras que la señora Moret, asomada á la portezuela, saludaba otra vez á su Benjamín agitando el pañuelo, Teresa estalló en sollozos...

La misma tarde, á las cinco, fiel á su promesa, Santiago, pálido y agitado todavía, entraba en el salón de la baronesa Liebling.

Mania estaba sola. Se adelantó á darle la mano, y con la sonrisa en los labios y con la mirada fija, le interrogó silenciosamente:

– Mania, dijo Santiago, acercando su boca al oído de la baronesa, acabo de romper con mi pasado y soy completamente libre; es decir, no soy libre, porque pertenezco á usted en cuerpo y alma.

Y ante aquella mujer que le seducía y le fascinaba, olvidó el infiel marido sus últimos remordimientos.

XV

– *¡Christos vaskrees!* (¡Cristo ha resucitado!)

– *¡Voistinu vaskrees!* (¡Ciertamente ha resucitado!)

Se celebraba la Pascua rusa en casa de la princesa Koloubine. Todos los tertulios de la villa Endymión repetían esta piadosa salutación sacramental y abrazaban sucesivamente á la dueña de la casa, en la entrada de uno de los salones, transformado para esta solemnidad en comedor. Los ángulos del salón tapizado de seda amarilla estaban decorados de plantas; azaleas, rododendros, tilos. En el centro, sobre una ancha mesa cubierta con manteles bordados de rojo, había gran número de cubiertos separados unos de otros por flores y rodeando platos bien surtidos de los más exquisitos fiambres; galantina, foie gras, lenguados del Volga, y en medio la enorme torta pascual y el tradicional cochinillo en leche, en gelatina. A un lado y otro del salón había mesas pequeñas igualmente servidas, y un magnífico aparador contenía toda la colección de *zakouski* (entremeses) tan del agrado de los *gourmets* moscovitas, así como también botellas de licores y de champagne. Cada nuevo visitante, después de haber abrazado á la señora de la casa, sentábase á comer y beber todo lo que tenía gana, mientras los camareros vestidos de rigurosa etiqueta servían silenciosamente. La nítida blancura de la mantelería rusa armonizaba suavemente con la palidez de las rosas y el brillo del servicio de plata. La fragancia de las lilas mezclábase con el apetitoso olor de los manjares fuertemente aromáticos y con el aroma anisado del *Kummel*. Los convidados de cierta edad se sucedían alrededor de la mesa grande central, donde su apetito hallaba copiosísima satisfacción; la gente joven prefería las mesitas separadas. En éstas se contentaban los comensales con pastas, te y champagne, pero se reía y se murmuraba de lo lindo.

Y no cesaba de oirse:

– *¡Christos vaskrees!*

– *¡Voistinu vaskrees!*

Y seguían los abrazos.

Allí estaba la flor y nata de la colonia rusa. Morena, la tez mate, los ojos negros como moras, la hermosa señora Nicolaïdes, vestida de rojo, aturdía el salón con sus risotadas; sentada enfrente del viceconsul la rubia condesa Nadia de Combrieres, mostraba con gran desembarazo por bajo del escote de su vestido algo más que la espléndida garganta; luego, acá y allá, antiguos conocidos nuestros; la baronesa Pepper y su fiel amigo Jacobsen; Flaminio Ossola yendo de grupo en grupo y besando obsequiosamente la mano á las damas; la señora Acquasola, reponiéndose de las emociones de la ruleta, ante un buen trozo de cochinillo y una copa de legítimo Roederer. Sonia Nakwaska estábase en la entrada del salón, aprovechando viciosamente la solemnidad pascual para que la abrazaran. Tiritando de frío en su traje de damasco heliotropo, la friolera señora Nakwaska se había sentado junto á la chimenea, y miraba cómo comía la señora Acquasola, siguiendo los menores gestos de ésta con la envidia de una mujer á quien la gastritis ha condenado á dieta.

– ¡Feliz usted, condesa, que tiene tan buen apetito!.. Yo, decía con su voz gangosa, no tengo estómago más que para jugar... ¿Cómo encuentra usted el cochinillo?

– Exquisito, Ana Egorowna, muy sabroso, respondía la otra con la boca llena.

– Déme usted gracias, amiga mía, porque á mí lo debe usted. Si yo no hubiera estado aquí nos quedamos esta Pascua sin el indispensable cochinillo. El cocinero había corrido toda la ciudad sin encontrar uno; mi hermana estaba desolada; pero en cuestiones de estas de compras y cocina, mi hermana no entiende una palabra..., no conoce más que los grandes restaurants, donde muchas veces no se encuentra lo más preciso. Hice enganchar, viendo su apuro, y fuí al campo á buscar lo que nos hacía falta, y del campo, de casa de unos pobres labradores, traje ese animal vivo... Y sepa usted que antes de sacrificarlo le corté unos pelitos del rabo que guardo en el fondo de mi portamonedas. Dicen que ese es un amuleto poderoso, y mañana iré á Monte-Carlo á poner cien francos al cero...

La señora Nakwaska reía con su risa cargante, mirando detrás de los cristales la fila de coches. En las avenidas recientemente enarenadas se veía cómo los *cupés* y los *landaus* subían al paso las rampas. Aunque era 13 de abril el mistral soplaba y los macizos de olivos azotados por el viento destacaban su hojarasca plateada sobre el azul pálido del cielo. Los visitantes se apeaban de los coches envueltos en sus grandes gabanes de cuello alto, y las señoras con sus abrigos de pieles se precipitaban en el vestíbulo, muertas de frío. A cada momento el criado anunciaba nuevas visitas. Entre los últimos que llegaron estaban Santiago Moret y Francisco Lechantre.

A pesar de sus prudentes reflexiones, este último, que había ido á Niza con intención de estar muy poco tiempo, llevaba ya dos meses en aquella ciudad. Había dejado partir el yate de su amigo. Todos los días decía que se marchaba y todos los días aplazaba su viaje con el pretexto de hacer compañía á su discípulo. Realmente, el intrépido paisajista experimentaba como todos la seducción de los placeres de Niza, y los ojos del diabólico monaguillo, vuelto á su condición de traviesa ramilletera, le tenían encadenado al litoral. El gran maestro era un niño, á pesar de sus sesenta años cumplidos, y en aquel medio tan animado de alegría y despreocupación estaba encantado el viejo creyéndose joven. Además había descubierto en los alrededores muchos sitios que copiar, y como tenía desarrollada la hermosa afición al trabajo en alto grado, aunque se divertía mucho, todavía le quedaba tiempo para trabajar. Solamente algunas veces, advirtiendo en Santiago un estado psicológico alarmante, asaltábanle escrúpulos, con accesos de rigorismo, y durante algunas horas tronaba contra la influencia morbosa y enervante de aquella ciudad que llamaba la Capua moderna. Y entonces juraba y perjuraba que iba á hacer la maleta y se volvería á París si Santiago no quería acompañarle; pero bastaba una hermosa puesta de sol sobre el mar, ó una cena con la ramilletera, ó un paseo entre los limoneros en flor de Beaulieu para inclinarle á la indulgencia y sumirle en una beatitud epicúrea. Habiéndose constituído *in petto* en mentor de su discípulo, había vencido su repugnancia á frecuentar la sociedad. Su comunicativa verbosidad, sus rasgos de ingenio, sus anécdotas artísticas y su constante buen humor eran muy celebrados en los salones á que le llevaba Santiago. Este había tomado afición al gran

mundo. Se le encontraba en todas las reuniones de la colonia rusa y especialmente en casa de la princesa Koloubine. Pero, lo contrario que Lechantre, no se distinguía por el buen humor ni por la amabilidad. Parecía dominado por un penoso hastío, y se hastiaba en efecto. Sólo se animaba su semblante en presencia de Mania. Su intimidad con el pintor no había modificado del todo la manera de vivir de la baronesa. Seguía siendo una mujer del gran mundo, y contra lo que esperaba su amante, el amor no le había inspirado ni el deseo de aislamiento ni el de renunciar á los éxitos de coquetería y de elegancia á que estaba acostumbrada. Al corresponder á la pasión del artista no había querido romper con sus relaciones en el mundo ni con sus costumbres. Había conservado sus horas de recibir, hacía visitas diariamente, y no faltaba á un baile, concierto ó espectáculo. En medio de sus cotidianas diversiones, en aquella vida tan ocupada, apenas podía conceder algunos momentos de intimidad al hombre amado. Santiago quejábase de esto algunas veces. Mania le oía con su burlona sonrisa habitual y contestaba con acento zalamero:

– Eres un niño, hijito; permíteme que te lo diga. ¿Porque te amo me he de enterrar en vida? Si hubiese cambiado súbitamente de costumbres, como deseas, y despidiera á mis amigos y no volviera á ningún salón, no dejaría de notarse este cambio singular en mi modo de ser, y se buscaría la explicación, y averiguando que sólo recibía en casa al famoso pintor, pronto se tendría la solución del problema. Sería lo mismo que poner un cartel en la puerta que dijera: «María Liebling tiene un amante.» Con tus ideas de artista, no sabes qué prudencia y qué cautela necesita una mujer que vive en el mundo... Y vamos á ver, ¿de qué te quejas?.. ¿No nos vemos, aunque yo reciba y haga visitas? ¿No vas tú á los salones que yo frecuento y en todas partes no nos vemos todos los días? Ingrato, ¿no experimentas el placer que yo en esa discreta reserva que nos imponemos, en ese misterio que oculta nuestro amor á los curiosos y maldicientes?.. Cuando nos encontramos en los salones, en lugar de enojarte viendo los moscones que me rodean y que me fatigan, deberías considerarte dichoso, pensando: – «Sólo á mí me ama.» Debes, en fin, persuadirte de que esos obstáculos y esas que tú consideras contrariedades dan mucho más sabor y calor á la pasión, que acaso pudiera enfriarse en la monotonía de continuas entrevistas á solas.

Pero Santiago no se persuadía de tal cosa. Había soñado una intimidad más estrecha, más constante. El, que en sus ansias de amor hubiera querido llevársela á la soledad de una mansión ignorada, no se avenía de buen grado á la promiscuidad mundana, á la serenidad con que la baronesa consagraba á las exigencias sociales la mayor parte de su tiempo. Ella había querido que fuera exclusivamente suyo, y él creía una injusticia que ella no se consagrara á su amor también exclusivamente. Las citas aplazadas á última hora; el hotel de la calle de la Paz siempre lleno de visitas cuando Santiago llegaba ávido de una hora de tiernas expansiones; las jiras y las fiestas en que veía á Mania rodeada de adoradores á quienes prodigaba sus sonrisas; todas estas contrariedades que no había previsto le producían un efecto penosísimo y le ponían de un humor muy negro. El *Ecclesiastes* tiene razón: «Todo no es más que vanidad y tormento del espíritu bajo el sol.» Cuando hemos realizado nuestros más bellos sueños, se disuelven en nuestras manos como nieve y se deslizan con la rapidez del agua. Solamente la ilusión nos produce alegrías puras. Las delicias de la pasión que, de lejos, le parecían al artista semejantes á un paraíso encantado, ¿qué eran bien analizadas? Muchas horas de ansiedad seguidas de mortales incertidumbres; breves momentos de voluptuosidad amargados por el presentimiento de su corta duración; largos días enervantes en que se lamenta lo fugaz del placer..., y se ansía volver á sufrir las mismas inquietudes, las mismas dudas, las mismas zozobras... Estos eran los frutos de un amor criminal por el que había sacrificado á Teresa, y al que se aferraba obstinadamente esperando siempre vencer las resistencias de Mania y ser dueño absoluto de su corazón, su tiempo y su vida.

Y estas violentas sensaciones y estas continuas emociones empezaban á comprometer su salud. Quien, después de unos meses de ausencia, le hubiera visto entrando en el salón de la princesa Koloubine no hubiera podido menos de notar con asombro el cambio que se había operado en su fisonomía. Parecía más viejo, y en sus ojos se advertía su constante estado febril; estaba pálido, y sus labios tenían una lividez azulada. Por la más leve contrariedad, el artista se exasperaba, y cuando se abandonaba á estos accesos de ira, los latidos de su corazón eran tumultuosos, intermitentes, y la opresión que sentía, casi le impedía la respiración.

Aquel día había asistido á las ceremonias de la iglesia rusa y visto á Mania, pero sin poder hablar con ella. Inmediatamente después del almuerzo hizo á Lechantre acompañarle á la villa Endymión, esperando encontrar allí otra vez á la baronesa. Después de saludar á la princesa, se había aislado junto á una ventana, y desde allí, indiferente á la conversación de los demás, miraba con impaciencia á la galería de comunicación entre el salón donde se servía el *lunch* y el de entrada. Cerca de esta galería estaba la princesa en pie, imponente, con su traje de terciopelo negro, tendiendo la mano á dos tertulios que llegaban. Colocada en aquel sitio los veía venir, y en su fisonomía se dibujaba una sonrisa más ó menos cordial y expresiva, según la importancia ó el rango de la persona anunciada. Santiago estudiaba atentamente las variaciones de aquella sonrisa, queriendo leer anticipadamente la satisfacción producida por la llegada de Mania, que era la predilecta amiga de la princesa. Súbitamente vió Santiago en los labios de aquella dama tan viva expresión de amable y cariñosa expansión, que su corazón le dijo: «¡Es ella!,» y ya se dirigía á la galería para verla entrar, cuando se detuvo desagradablemente impresionado...

La persona á quien tan cordialmente recibía la princesa pertenecía al sexo feo. Era un buen mozo de treinta años, elegantemente vestido; un soberbio tipo eslavo en toda su varonil belleza; moreno, la nariz un poco gruesa, pero la boca finamente modelada sobre una rizada barba castaña; los ojos azules, grandes, atrevidos y luminosos. Besó galantemente la mano de la princesa, que le devolvió, á la moda rusa, su beso sobre la frente.

– Sea usted muy bien venido, amigo Sergio Paulovitch. Venga usted, que quiero presentarle á mis amigos.

Y tomando el brazo del eslavo, fué la princesa recorriendo los grupos de sus convidados, presentándole.

– El príncipe Sergio Gregoriew... Supongo que su nombre será conocido de todos ustedes. El príncipe es célebre en toda nuestra Rusia desde su expedición al Asia central. Ha recorrido las mesetas de la Mesopotamia y descubierto el túmulo de Nemrod... Príncipe, un día de estos ha de contarnos usted sus viajes.

El príncipe sonreía con un aire bonachón, saludaba, y continuaba llevando del brazo á la princesa sonriendo y saludando. Ya conocía Santiago estas presentaciones, ó mejor dicho estas exhibiciones. Recordaba haberse paseado también llevando del brazo á la princesa, y haber sido objeto de análogos pomposos elogios ante los amigos de la gran señora. Aunque ya sabía á qué atenerse relativamente á estos éxitos de curiosidad, no pudo menos de pensar que el interés que había inspirado tres meses antes estaba ya completamente agotado. El joven viajero ruso, de robustas espaldas y gran fachada, que había recorrido la meseta de la Mesopotamia, era ahora objeto de todas las miradas y de todas las conversaciones; era la *great attraction* del salón de la princesa, mientras *él*, el pintor á la moda, había descendido al nivel de Jacobsen ó de Flaminio Ossola. Experimentó un ligero sentimiento de envidia al príncipe viajero. Para evitar estrecharle la mano, se alejó del aquel sitio, y fuése á reunir á uno de los grupos que ya habían recibido con grandes demostraciones de simpatías al príncipe.

Sentada ante un velador, la señora Acquasola, después de haberse atracado de fiambres y de pastas, acababa la digestión de su copiosa colación tomando te con Jacobsen, la baronesa Pepper y Sonia Nakwaska. Allí también se hablaba del recién llegado príncipe.

– ¡Oh!, exclamaba Sonia, mirando con el impertinente al príncipe Gregoriew, es un guapo mozo. Mania le conoció en San Petersburgo cuando pertenecía á la guardia imperial. Todas las damas de la corte estaban enamoradas de él, y la lista de sus conquistas era tan larga como la de las de D. Juan.

– Pues no faltan mujeres hermosas en Niza, insinuaba el doctor Jacobsen, y podrá añadir algunos nombres á su catálogo.

– Me parece, murmuró la señora de Acquasola, que ya ha empezado.

– ¿De veras?.., interrumpió la baronesa Pepper: ¿es usted acaso la primera que tiene que anotar en la lista?

– No, querida, no soy yo, que ya estoy mandada retirar. Hablo de una dama que es más hermosa que yo y que muchas.

– Su nombre, condesa..., que ya estoy impaciente de curiosidad.

– Su nombre es el de la baronesa Liebling.

– ¡Mania!.., exclamó Sonia. ¡Imposible! Esa es plaza tomada ya.

– Niña, replicó ingenuamente la condesa, cuando una plaza ha sido tomada una vez, bien puede ser tomada una segunda vez... Sabrás esto cuando tengas mi experiencia.

Esta alusión de la condesa á su experiencia divirtió mucho al grupo, y Jacobsen, con su sonrisa cargante, repuso:

– ¡Cómo, señora Acquasola! ¿Cree usted que ese infatigable viajero ha hecho ya un viaje á Citerea con la baronesa Liebling?

– No conozco el viaje de que me habla usted, contestó cándidamente la condesa; pero lo que puedo decir á usted es que Mania mira con mucha simpatía al príncipe. El viernes se encontraron en casa de la señora Nicolaïdes, y estuvieron hablando toda la noche; todo el mundo lo vió como yo. Y cuando la baronesa se despidió, el príncipe la ofreció el brazo para llevarla hasta su coche. De donde deduzco...

Sonia la tocó en el brazo; la joven le advertía que Santiago Moret se había acercado á la mesa y podía oir. La señora Acquasola se apresuró á decir muy alto:

– Solamente las personas maldicientes pueden interpretar las cosas de cierto modo... El príncipe es un cumplido caballero, y todo ello no fué más que un acto exquisito de cortesía.

– Condesa, observó irónicamente Jacobsen, es usted la lógica personificada.

Santiago se alejaba, pero todo lo había oído, y como lava abrasadora los celos le quemaban el corazón. El viernes á que se refería la señora Acquasola, Mania le había escrito que no podría recibirle porque *una enojosa visita de cumplimiento* la obligaba á salir de casa, y ya sabía él, después de oir las indiscretas noticias de la condesa, cuál era la *enojosa visita*. Mania no le había dicho que iba á casa de la señora Nicolaïdes. Temía, sin duda, que él fuera también y la estorbase en sus coqueterías con el príncipe Gregoriew. Santiago se consideraba ya suplantado por el héroe del día, y fusioso, se mordía los labios hasta hacerse sangre. Pensaba que aquella entrevista en casa de la señora Nicolaïdes había sido premeditada y era preciso que la conferencia hubiera sido muy larga é íntima para que todo el mundo estuviese ya enterado y la comentara maliciosamente. La cólera le ahogaba. Miraba con ira á la mesa de la condesa y sus amigos, y sentía impulsos de provocar á alguien.

– ¿Creen ustedes que me habrá oído?, preguntaba la condesa, viéndole alejarse.

– Señora, usted habla muy alto, y á no ser que ese artista sea sordo..., observó Jacobsen.

– Ya podía usted haberme prevenido.

– Señora, respondió el médico, fingiendo una ignorancia absoluta, ¿en qué pueden agraviar á ese joven las distinciones que dispensa la baronesa Liebling al príncipe?

– Sí, hágase usted de nuevas. ¿Pues no sabe usted que ese joven la adora y que por ella ha abandonado á su mujer?.

– ¡Ah! Siento mucho que se haya enterado de nuestra conversación, y estoy por ir á decirle ahora mismo que no hay una palabra de verdad en esa historia.

– Sería un medio muy peligroso de remediar el mal. Déjele usted que se explique con su amada. Ella le convencerá mejor que usted... Y ahí la tenemos precisamente.

Mania, en efecto, acababa de entrar, hermosísima como siempre, llevando bizarramente un vestido de crespón China blanco, guarnecido de encajes. En cuanto Santiago la vió, dirigióse presuroso hacía ella, pero adelantóse el príncipe Gregoriew.

– *Christos vaskrees*, murmuró con voz suave é insinuante.

– ¡Oh, príncipe!, contestó Mania riendo, supongo que no pretenderá usted que le abrace. Yo, amigo mío, soy católica-apostólica-romana. Para mí, Cristo resucitó hace trece días y llega usted un poco tarde.

– Más vale tarde que nunca, insinuó galantemente Sergio Gregoriew.

– ¿Tiene usted empeño?.., repuso la baronesa en el mismo tono jovial. En ese caso no puedo negar este favor á un hombre que ha acampado entre el Tigris y el Eufrates, en el lugar mismo del Paraíso terrenal.., y... *Voistinu vaskrees.*

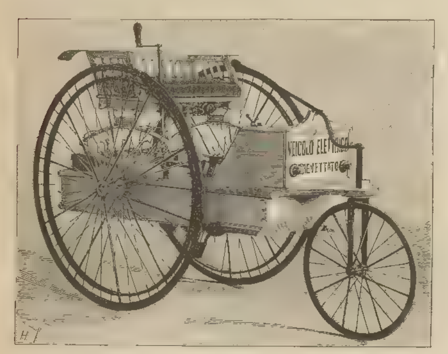
Al mismo tiempo inclinó la cabeza y el príncipe la besó respetuosamente.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL CARRUAJE ELÉCTRICO DE JOSÉ CARLI

Es actualmente objeto de las preocupaciones de los industriales y de los inventores en todos los países el asunto de los pequeños vehículos autónomos



Coche eléctrico de M. J. Carli (de fotografía)

que comienzan á circular por calles y caminos: el certamen abierto por una población parisiense hará sin duda que se reunan en la capital francesa todos los sistemas realizados para resolver el problema: vapor, gas, petróleo y electricidad producida por pilas ó almacenada en acumuladores. Esta última solución, la que, en nuestro concepto, presenta mayor porvenir en las grandes ciudades que cuentan con estaciones centrales de distribución de energía eléctrica, es la que, no obstante, responde menos al programa trazado por dicha publicación, y del fracaso que forzosamente tendrá la electricidad en ese concurso no deberán sacarse deducciones sobrado prematuras ó demasiado absolutas.

Por lo general, no se utiliza un vehículo en caminos que tengan más de 100 kilómetros; para estos trayectos está indicado el ferrocarril; pero se recurre á un coche para hacer visitas, diligencias ó con otro objeto análogo por espacio de algunas horas, volviendo al punto de partida, y precisamente para este uso, para tales aplicaciones, que son las más numerosas, se impone el empleo de la energía almacenada en acumuladores eléctricos.

Lo cierto es que continúan haciéndose investigaciones en esta vía, y hoy podemos ocuparnos de un nuevo coche eléctrico, del que nos ha dado noticia el profesor G. Milani, de la universidad de Pavía. He aquí los párrafos más esenciales de su nota descriptiva:

«Este carruaje ha sido construído en Castelnuovo (Garfagnana), en el establecimiento de tejidos mecánicos de José Carli, diputado á Cortes. El vehículo eléctrico Carli está puesto en movimiento por medio de acumuladores; el tipo escogido por los inventores es el Verdier, porque posee gran capacidad específica y puede aguantar mejor las sacudidas inevitables en un vehículo destinado á andar por toda clase de caminos. La batería se compone de 10 elementos, cada uno de los cuales tiene una capacidad de 100 amperes-hora, ó sea de 200 wats-hora, con lo cual se dispone de 2 kilowats-hora. El modelo empleado pesa cinco kilogramos y contiene cinco placas; en las condiciones de suministro normal la batería da una corriente de cinco amperes, ó sea un ampere por kilogramo. Las placas están colocadas horizontalmente en una jaula de madera, sujetas en su sitio con barritas de ebonita y separadas entre sí por medio de un tejido de yute parafinado; todo ello va metido en cajitas de ebonita herméticamente cerradas con una tapadera de ebonita para que el líquido no pueda derramarse por efecto de las sacudidas.

»Los inventores han encontrado cierta ventaja en recurrir á un sistema de carga muy lento; á este efecto se valen de corrientes débiles, de veinticinco á treinta horas de duración, lo que permite hacer uso de pilas primarias. Esta circunstancia favorece el rendimiento así como el régimen de descarga de estos acumuladores, aun cuando las resistencias exteriores varíen sobre manera. Las pruebas hechas han demostrado que la descarga rápida no presentaba ningún inconveniente ni producía alteración alguna en las superficies positivas; únicamente el rendimiento disminuye de 97 por 100 á 63 por 100 si se pasa de uno á dos amperes por kilogramo de placas. La batería de acumuladores del tipo descrito contiene una energía igual á dos kilowats-hora; el vehículo no pesa más que 160 kilogramos cuando está listo para la marcha.

»El motor pone directamente en acción el eje de las ruedas traseras por medio de engranajes; absorbe unos 550 wats, y la batería puede alimentar este motor durante un viaje de cuatro á cinco horas; la excitación está en derivación; el motor puede servir para la recarga de los acumuladores, en virtud del conocido principio de reversibilidad: basta aplicarle una manivela ó una rueda con una correa de transmisión. Hay un sistema de engranajes entre el eje motor y el de las ruedas, y por medio de él se puede, dando vuelta á una manivela, reducir la velocidad angular del motor de 1.000 vueltas por minuto á 100 ó á 30; por otra parte, merced á un reostato se puede hacer variar dicha velocidad angular de 1.000 á 300 vueltas por minuto. Es asimismo posible desarrollar la mayor potencia correspondiente á cada paso, ir á pequeña velocidad por las cuestas y á grande por las bajadas, etc.

»Para el desamarre y en las dificultades imprevistas del viaje, se recurre á una caja de impulso de reserva, caja que consiste en un sistema de resortes de tirantes de caucho, que se estiran dando vueltas á una ruedecita, aun durante la marcha del vehículo. Cuando se necesita un impulso enérgico, la distensión se hace con el pie; los resortes se distienden y producen en el eje un impulso igual al doble de la fuerza misma del motor

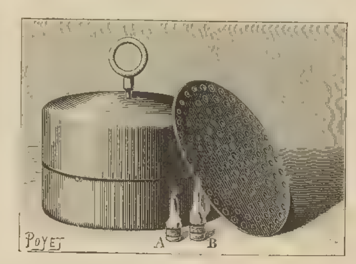


Fig 1. Tubos esterilizados A, B, y recipiente de metal plateado

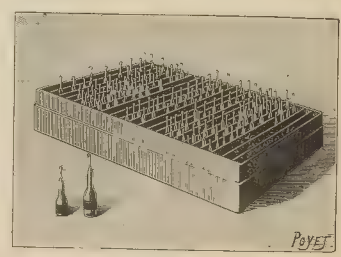


Fig. 2. Caja de cinc que contiene los tubos

y suficiente para un trayecto de 50 metros por lo menos.

»La casa Carli, bajo la hábil dirección del señor Boggio, construye dos tipos de este carruaje: uno sencillo y económico, y otro más elegante y esmerado en los detalles. Este segundo tipo es el representado en nuestro grabado.»

Hemos tenido empeño en publicar esta nota para demostrar que el coche eléctrico, tal como le concebimos, no es una utopía. El carruaje eléctrico de Pouchain de Armentières y el de Carli reunen ya la mayor parte de las condiciones necesarias para este género de explotación. No tardarán en resolverse las cuestiones de forma, gracias á la alianza del arte del fabricante de carruajes con el del electricista. A pocos progresos que se hagan en los acumuladores, las estaciones centrales tendrán en la carga de los de carruaje durante el día y una parte de la noche un importante trabajo que mejorará su rendimiento anual á la vez que sus condiciones actuales de explotación.

***

APLICACIÓN DE LA ANTISEPSIA AL EMPLEO DEL MÉTODO HIPODÉRMICO

¿Quién no ha visto, ya que no empleado por sí mismo, la jeringuilla de morfina, cuya acerada punta, á costa de una leve picadura, depara casi inmediatamente á los enfermos el alivio, la calma y el sueño á la vez? En su estuche se podría inscribir á modo de divisa el verso del poeta: *Divinum est opus sedare dolorem.*

Pero tantas ventajas no dejan de tener algunos inconvenientes. Sin hablar del abuso que puede seguirse al uso largo tiempo prolongado, conviene saber que los gérmenes que por todas partes nos rodean, microbios y hongos, parásitos inferiores, pueden invadir las soluciones ó desarrollarse en la jeringa y las agujas, resultando de aquí eritemas, induraciones dolorosas, abscesos en los casos leves, y flemones, erisipelas y hasta infecciones purulentas en los graves. Para evitar estos percances, grandes ó pequeños, los señores Duflocq y Berlioz proponen agregar al empleo de tubos esterilizados el uso de una jeringuilla de esterilización inmediata.

Los tubos, que son de cristal amarillo con objeto de cortar la acción de la luz, contienen medio centímetro cúbico de líquido unos, y un centímetro cúbico otros. Tienen la forma de una botellita (A, B, figura 1). En la fig. 4 están representados de tamaño natural. Su gollete alargado se compone de dos partes: la primera va adelgazándose insensiblemente *(c)*, la segunda *(e)*, se adelgaza bruscamente. En el momento de hacer uso de ellos, la rotura se verifica forzosamente en el punto más frágil *(a)*, y en la abertura que queda se introduce la aguja de la jeringa previamente esterilizada; se vuelca ó invierte el tubo sosteniendo la jeringa verticalmente, con la aguja y el fondo del tubo vueltos hacia arriba, y se aspira el líquido. Basta entonces expulsar el aire, y mirando la gradación del vástago, determinar la cantidad de líquido que se desea inyectar.

Para llenar los tubos se hace uso de un recipiente de metal plateado (fig. 1), en el cual se echa la solución exactamente dosificada, á la que sirve de vehículo el agua destilada absolutamente pura. Por encima se coloca un diafragma metálico en cuyos agujeros se introduce la parte adelgazada de cada tubo, y todas las puntas vueltas hacia abajo penetran en el líquido. Se cierra la tapadera, y llevado todo al autoclave, se deja en él veinte minutos á la temperatura de 120 grados. Después de enfriado, se coloca el aparato debajo de un fanal ó campana, que se pone en comunicación con una trompa. Cuando ésta funciona, se hace el vacío debajo de la campana y en los tubos, cuyo aire se escapa borbotando en el líquido. En seguida se deja entrar de nuevo el aire filtrándolo por una muñeca de algodón en rama esterilizado, y al actuar la presión atmosférica sobre la superficie del líquido, le obliga á remontar por los tubos. Entonces se cierran éstos á la lámpara uno por uno. Como queda suprimida toda manipulación, resulta que es imposible que en tales condiciones pueda contaminarse la solución.

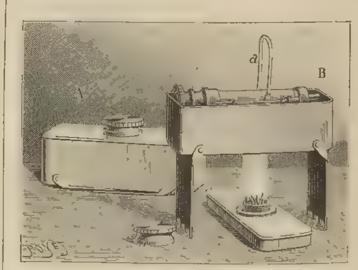


Fig 3. Jeringuilla encerrada en la cubeta de esterilización. A. Aparato cerrado. – B. El mismo aparato montado

Así pues, estos tubos, perfectamente asépticos, serán de conservación indefinida, y del modo descrito se podrán preparar todas las soluciones usadas en hipodermia: la morfina, que hace desaparecer el dolor; la cafeína, que vigoriza el corazón desfallecido; la ergotina, que contiene las hemorragias; la cocaína, que insensibiliza localmente la piel y facilita las pequeñas operaciones quirúrgicas; el eter, que excita el sistema nervioso; la quinina, que disminuye la fiebre, etc.

El médico que lleve encima algunos de estos tubos puede atender en el acto á las eventualidades más apremiantes de su práctica. Los tubos se conservan en una caja de cinc, en la que caben muchos (figura 2).

La jeringuilla de esterilización inmediata, toda de metal niquelado, no excede del volumen de una jeringuilla ordinaria A (fig. 3); consta de dos partes: una, que forma tapadera, es una lámpara de alcohol; la otra es una cubeta provista de pies que se doblan bajo el fondo y que sobre un soporte especial contiene la jeringa y las agujas B (fig. 3). En pocos momentos, sin auxilio ajeno y sin necesitar otra cosa más que un gran vaso de agua filtrada, se puede efectuar la esterilización de la jeringa. En el instante de hacerlo se saca de la cubeta el soporte y la jeringa: se coge ésta, y para llenarla de agua, cosa indispensable, hay que subir el vástago del émbolo hasta su extremo superior, meter luego la jeringa entera en un vaso lleno de agua filtrada y empujar entonces el vástago á fondo. En virtud de esta maniobra, el agua penetra en todo el cuerpo de bomba por encima del émbolo, filtrándose por arriba á cada lado del vástago. Se saca éste unos cuantos milímetros para aspirar un poco de agua por debajo del émbolo, y la jeringa, así preparada, se pone en el soporte, y éste en la cubeta, que es bastante grande para dar cabida á la jeringa con el vástago ligeramente sacado. Se desdoblan los pies de la cubeta, en la cual se echa bastante agua filtrada para cubrir la jeringa y las agujas; entre los pies se pone la lamparita encendida (figura 3).

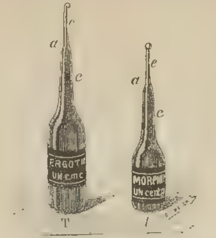


Fig. 4. Tubos esterilizados (tamaño natural)

En tres minutos ocurre la ebullición, y basta mantenerla otros dos, y ya sólo resta retirar la jeringa, vaciarla del agua que contiene, y llenarla con un tubo esterilizado.

Por tanto, merced á este método, en el que todo es esterilizado, la jeringa, las agujas y la solución, el paciente podrá, sin recelo alguno, aceptar la picadura que alivia siempre, cura á menudo y á veces puede hacer milagros en casos desesperados.

DOCTOR Z.

(De *La Nature*)

LUIS KOSSUTH

En la página 234 insertamos tres retratos del célebre revolucionario húngaro en diferentes épocas de su agitada vida, juzgando ocioso añadir algunos datos biográficos del mismo, toda vez que nuestro eminente colaborador D. Emilio Castelar ha desempeñado esta misión en el artículo inserto en el número anterior tan cumplidamente como él sabe hacerlo cuando de estudiar grandes figuras de la historia se trata. Dichos retratos, que pueden dar perfecta idea de los rasgos característicos del hombre que en los comedios del presente siglo tuvo fija sobre sí la atención de Europa, así como de su viril energía, son el complemento de lo dicho por el Sr. Castelar. A lo expuesto por éste, debemos agregar que la noticia de su muerte ha dado lugar en la capital de Hungría á algunos desórdenes motivados por el disgusto del partido liberal avanzado, deseoso de que se hicieran mayores demostraciones de luto público que las dispuestas por las autoridades. La traslación de los restos mortales del gran patriota y arrojado militar desde Turín, donde se había establecido y ha exhalado el último suspiro á la avanzada edad de noventa y un años, hasta Budapesth, ha revestido todos los caracteres de una solemnidad: por doquiera, lo mismo en las estaciones húngaras por donde debía pasar el fúnebre convoy que en la capital, negros crespones y bayetas enlutaban todos los edificios: en todas partes acudían al paso del tren, además de apiñada muchedumbre, delegaciones de las diferentes corporaciones y sociedades, deseosas de descubrirse ante el cadáver de Kossuth y de dar el pésame á sus hijos, y en Budapesth todos los hombres vestían de negro y con un crespón en el brazo y las señoras con velos negros en el rostro. Al llegar el tren á la estación de la capital, varios diputados y concejales recibieron el féretro y lo llevaron en hombros al *Museum*, donde quedó depositado, constituyendo la comitiva fúnebre una manifestación patriótica, en la que tomaron parte todos los elementos políticos avanzados de la capital y de las provincias, representadas por numerosas comisiones: más de 500 000 personas han concurrido á ella.

El acto ha sido grave y solemne y digno del héroe á quien se tributaba.



Arquilla que encierra un pedazo de tierra húngara y que fué regalada á Kossuth por los madgyares

A pesar de sus noventa años, Kossuth ha disfrutado hasta pocos momentos antes de morir de la integridad de sus facultades. En Turín, donde se había establecido hacía largos años, todo el mundo conocía al anciano de aventajada estatura, de blanquísima y poblada barba, de rubicunda tez, de movimientos sueltos y brillante mirada. Constante madrugador, hacía al levantarse un poco de gimnasia higiénica y después del desayuno se ponía á trabajar en su despacho. A pesar de su avanzada edad, no necesitaba usar anteojos, escribía con pulso firme, su letra era clarísima é igual y sus escritos salían de su pluma sin enmienda ni tachadura alguna. Dotado de excelente memoria, su conversación era agradable é instructiva, y en ella jamás dejaba de dedicar un recuerdo á su querida patria, á Hungría, á cuya prosperidad dedicó su vida entera, ya en los campos de batalla, ya en su gabinete. No era uno de tantos viejos que no salen de su tiempo; no era, como suele decirse, un fósil; antes bien, avanzaba con su siglo, admitía gran parte de las ideas modernas; de suerte que conversando con él, el interlocutor llegaba á olvidar que estaba hablando con un nonagenario.

El amor á la patria rayaba en él en superstición, como lo pudieron atestiguar los cien aldeanos de Czeged, que sin haber puesto aún los pies en Budapesth, fueron á Turín para llevar al desterrado «un poco de aire de la patria,» y otras muchas comisiones húngaras que en diferentes épocas se han trasladado á la misma ciudad, presentándole algunas, como el mejor obsequio, urnas ó cajas conteniendo tierra de la patria, las cuales conservaba Kossuth religiosamente y de las que es una muestra la que representa el grabado de esta página.

Los mismos austriacos – que juzgan una gran fortuna para la Hungría el no haber quedado aislada en medio del Océano eslavo que por todas partes asedia las tierras de la corona de San Esteban – respetaban el destierro de Kossuth, y aun se cuenta que el emperador Francisco José, viendo un día en Budapesth un gran retrato del insigne patriota, se descubrió, y después de contemplarlo largo rato, no pudo menos de exclamar:

– ¡Lástima no tener por consejero un hombre como ese!

Esta frase, en boca del monarca austriaco, es la mejor apología del grande hombre húngaro que consagró su larga vida y sus grandes energías á la mayor ventura de su patria.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIII ← Barcelona 16 de abril de 1894 → Núm. 642

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALON PARÉS



FANTASÍA

cuadro de D. Francisco Masriera (de fotografía de Audouard y C.ª)



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Nuevo atentado anarquista en el comedor Foyot. – Desdichas de un corifeo del partido. – Espíritu nuevo en la política francesa explicado por Spuller. – Los funerales de Kossuth en Pesth. – La evocación de Kosciusko en Cracovia. – Muerte de Sequard que buscaba el elixir de larga vida. – Memorias del príncipe de Joinville. – Recuerdos del general Caradoc, embajador de Inglaterra en Madrid.

I

Los atentados anarquistas se parecen á los descarrilamientos. Como éstos meten miedo de útil tan indispensable á las comunicaciones como los ferrocarriles, aquéllos meten miedo de principio tan vital á la existencia como el derecho y la libertad. Pero ni podemos prescindir del ferrocarril, á pesar de los descarrilamientos, ni del derecho, á pesar de los atentados. En el barrio latino, á la puerta del hermoso Luxemburgo, cerca del Odeón y no lejos de la Sorbona, cogollo de las letras oficiales, ha estallado un petardo el 3 de abril, á las nueve y media de su noche, puesto por un criminal en la ventana del comedor Foyot, sitio donde suelen reunirse á diario muchos catedráticos y muchos senadores, por su excelente situación respecto de la Universidad y del Senado. Explosión terrible, terror pánico, lluvia de hirvientes vidrios, nubes de polvo y humo, desperfectos en puertas, ventanas y mesas y paredes, varios heridos, entre los cuales dos gravísimos; todo esto produjo el nunca bastante condenado crimen, puesto en obra por una clase de locos perversos, que vuelven contra la sociedad aquellos elementos químicos encontrados por la ciencia para esclarecimiento y progreso de esta sociedad misma. Aunque pasó lo de siempre, la terrible uniformidad así del intento como del resultado, hubo en este caso una excepcional circunstancia, demostrativa del peor lado que tienen los crímenes dirigidos contra colectividades anónimas. En los dos mayores ejemplos de hechos análogos, las bombas de Orsini en París y las explosiones de Petersburgo en Rusia, dirigíanse los atentados á dos personajes personificadores de dos instituciones, á Napoleón III y Alejandro II, césar el uno de Occidente y czar el otro de Oriente. Mas ahora se asesta el golpe al bulto, sea quien fuere; á la muchedumbre, compóngala quien la componga. Por esto puede darse con frecuencia el caso de que un explosivo mate al hijo y á la madre y á la mujer de quien lo enciende y despide, cuando no á éste mismo, como sucediera en Londres y Madrid con dos anarquistas. No ha mucho que sucedió el atentado de Vaillant en el Congreso francés, y no ha mucho que tras aquel atentado se reunieron varios estetas, corruptores de la gran idea del arte por el arte, capaces de incendiar á París, como Nerón á Roma, por lo hermoso del espectáculo estético. Hallábase allí, entre tantos adoradores de la belleza divorciada del bien, un escritor anarquista, el amado Tailhade, quien dijo que importaba poco el crimen cometido por Vaillant ante la hermosura de su actitud y de su gesto al despedir la bomba, sólo comparables, añado yo, al gesto y actitud de Nerón, cuando, vestido de Apolo y llevando en las manos áurea cítara tañida por sus delicados dedos, celebraba el incendio de la sacra Ilion entre las llamas que consumían á la Ciudad Eterna. Pues bien: el apologista de Vaillant y su crimen estaba en el comedor cuando estalló la nueva bomba; y, efecto del estallido, cayó casi deshecho en tierra, perdiendo un ojo, arrancado á su rostro por los vidrios ardientes. Al sentirse así, no dijo nada el cuitadísimo de gestos y actitudes, llevóse la mano á la malherida frente y gritó: «¡Al asesino!» Hay Providencia.

II

Los desvaríos y delirios en que incurre la democracia francesa exigen un correctivo; y éste se halla bien lejos del código de leyes excepcionales ó del abuso de visitas domiciliarias nocturnas con carácter inquisitorial; se halla en una dirección de los elementos y de los esfuerzos políticos hacia la indispensable alianza entre las instituciones republicanas y los elementos sociales conservadores, obligados á sostener todos los gobiernos estables, no por amor que tengan á ninguno de carácter democrático, por inevitable necesidad y por propio derecho. El elemento conservador más apercibido á ingresar en la República francesa y sustentarla, es el elemento católico. Esquinado con el partido nuestro allí, en parte por tradicional guerra entre nosotros y en parte por nuestros dogmatismos; después que lo han calmado las Encíclicas de León XIII, se enseñorea de él una inclinación evidente hacia la forma nueva de gobierno, como á los republicanos se impone la dejación de todos aquellos alardeos antirreligiosos tan funestos, que so color de atacar al clericalismo, desacataban al clero y nos indisponían tristemente con la Iglesia. Un soberano esfuerzo necesitó mi amigo el ministro de Instrucción pública Spuller para sobreponerse á viejas supersticiones de su escuela, que constituyen una tradición funestísima, y tornarse hacia los conservadores católicos franceses, diciéndoles cómo, triunfante la República, por libre de aquellas nubes condensadas sobre su frente y de aquellos estremecimientos tan oscilatorios bajo sus pies, había de adquirir el estado de ánimo y espíritu en consonancia con su fuerza y con su triunfo: la moderación y la prudencia. Espíritu nuevo llamó el ministro de Instrucción á esto, y espíritu nuevo es, cuando se compara con aquellas invocaciones á las nuevas capas sociales, como si hubiese alguna bajo el sufragio universal y la igualdad civil; con aquellos discursos de Romani, tan funestos á la República y á su estabilidad; con aquella cruzada religiosa contra el clericalismo, tan temeraria como suicida; con aquella presentación para jefe de sus enseñanzas al pueblo francés de un positivista, en que al fundador del abominable ateísmo y materialismo reinantes se le llamaba el primero entre los pensadores del siglo; con aquel artículo séptimo de la ley de Instrucción pública tan tirano y con aquellas persecuciones á las órdenes religiosas tan dementes; con todo aquel gambetismo de los últimos tiempos que casi nos llevó á la repetición del 2 de diciembre, cuyas funestas zozobras hubiéramos visto de nuevo, si en el general Boulanger hubiese resucitado un Bonaparte de prestigio militar y no un vulgarísimo Catilina de arrebatos fugaces é impresiones pueriles. Yo estoy, pues, por el espíritu nuevo.

III

Una de las más tiernas ceremonias celebrada en los días últimos ha sido la triunfal carrera de los restos del gran Kossuth, bajo los arcos cubiertos de arreos fúnebres que le habían levantado sus compatriotas, desde Turín, donde pasara su destierro, hasta Pesth, donde dormirá en paz, para recibirlo cual merecían sus virtudes y envolverlo en la tierra por cuya independencia pugnara toda su vida y sin descanso ni tregua se sacrificara durante casi todo nuestro siglo. La procesión inacabable que precedía con recogimiento el ataúd, las negras colgaduras que pendían de ventanas y balcones, las cámaras vestidas de luto que rodeaban el cadáver, la peregrinación de pueblos enteros que rendían á su gran memoria el homenaje último, los tañidos de todas las campanas en los campanarios de todas las iglesias, el himno lanzado por un coro de trescientas mil voces atronando el espacio, han compuesto uno de los actos fúnebres más extraordinarios que hayan registrado los anales humanos en la perdurable sucesión de los tiempos eternos. Este triunfo de un muerto, que vivo se creyera roto y acabado, muestra cómo la sociedad abarca en su amplio espíritu las verdades políticas mejor que los individuos, no engañándose, cual éstos, que se creen vencidos cuando no han realizado por completo el sueño de sus ideales, como si la realidad correspondiese al pensamiento siempre, y no estuvieran el tiempo y el espacio erizados de obstáculos que ofrecen á todo progreso resistencia, y enmarañadísimos de límites en que deberán por fuerza contenerse y encerrarse las abstracciones incondicionales é infinitas. No triunfó la república de Kossuth en Hungría tal como Kossuth la propusiera, pero triunfaron la libertad y la independencia por qué tanto trabajara Kossuth. Basta con lo último. Dejémosle á cada día su pena y á cada generación su obra. Para demostrar el número de obstáculos con que tropezaba la del gran patriota, paréceme suficiente recordar cómo se opusieron á ella los eslavos en general, y en particular los eslavos croatas, por la tutela que tenía y tiene sobre sus pueblos el estado magyar, á los esfuerzos de Kossuth restablecido. Y ni en la muerte le han permitido reposo y paz, pues han levantado frente á frente del héroe de los mogoles, como llaman ellos á los húngaros, el héroe de los esclavones, como llaman los húngaros á los croatas, han levantado la imagen de Kosciusko. Pero los croatas debían haber pensado que, despertando la memoria de quien batalló junto á Wáshington por la independencia de América, y recibió por sus victorias la orden de Cincinato, y obtuvo el título de ciudadano francés concedido por la grande Asamblea que proclamara los derechos del hombre, y peleó en las últimas guerras de Polonia con sus enemigos y desmembradores, no puede ser opuesto á Kossuth, sino con Kossuth sumado en el seno de la humanidad y en los anales de la historia.

IV

Ha muerto el sabio Sequard, un enemigo de la muerte. Profesor en París, había hecho descubrimientos como los de Pasteur, como los de Bernard, como los de Chevreuil, como los de See, como los de Charcot, como los de Wirchov, como los de Kock, sin llegar al nivel y altura de fisiólogos y médicos tan eminentes; debiéndose tal injusticia incomprensible á un poco de magia y á un mucho de reclamo con que rodeó él sus hallazgos, así como á la intrínseca substancia y esencialidad de éstos. Desde los tiempos del buen Arnaldo de Villanueva y del conde de Cagliostro no se había notado un resplandor de magia en torno de los hallazgos científicos como el que despedían las obras del eminente sabio en la conmovible conciencia popular. Habiendo sostenido la virtud natural de ciertos jugos para conservar la salud y la vida por inyecciones epidérmicas, atribuyóle con rapidez el vulgo un taumaturgo ó alquímico deseo de haber invenido el elixir de la inmortalidad. Así no había dado con un invento, cuando gacetillas de periódico, dicharachos de plebe, cantares de taberna, gracias y caricaturas de comedia lo ponían en ridículo, anunciando por medio de burlescos equívocos la transformación del hombre y del mundo al morir la muerte. Y, sin embargo, de tales y tan profundos estudios, cuya superficie tan sólo conocía la generalidad, han quedado aplicaciones á la ciencia de curar que aprovecharán todas las clínicas y fortalecimientos á los músculos y á la sangre que aprovecharán todos los enfermos. No conozco invención alguna exenta de ir acompañada, en su aparición, por aquella etérea poesía, connatural á todos los comienzos del progreso; y como en las fábulas se guardan muchas verdades, en tales fantaseos mucha y muy práctica utilidad.

V

El príncipe de Joinville, hijo del rey Luis Felipe de Orleans, ha publicado unas Memorias en las cuales pretende disculpar á su padre de cosa para un legitimista y reaccionario tan grave como haber usurpado el trono á la dinastía secular, á quien le tocaba en derecho. «De mis amigos me libre Dios, dice nuestro refrán, que de mis enemigos me libro yo.» El Rey de las Barricadas debe pedir al cielo que lo preserve del alegato en favor suyo hecho por sus hijos. La monarquía de Julio no tiene más defensa que la fundada en principio tan justo y defendible como la soberanía y la voluntad nacional, que cambian, cuando les place, las formas de gobierno y las dinastías de antiguo abolengo. Pero si tienen los reyes un derecho anterior y superior al derecho de los pueblos, no hay más remedio que considerar la revolución del treinta como un crimen, Luis Felipe como un criminal y Joinville mismo como un cómplice del crimen y del criminal, habiendo pertenecido á la dinastía usurpadora y cobrado de su lista civil. Los Borbones de Francia no podían en el trono continuar desde que se opusieron á la libertad de imprenta, y Luis Felipe debía caer desde que se opuso á la indispensable ampliación y universalidad del sufragio. ¡Pues no faltaba más! Yo voy á contar una anécdota que me refirió el general Caradoc, secretario de la embajada inglesa en París el año treinta. Los postreros adictos á la Restauración le comisionaron para que á marchas dobles y rápidas

fuese al encuentro de la dinastía huída y le pidiese la persona del duque de Burdeos, luego Enrique V, para ponerla bajo la regencia de Luis Felipe. «No entregaré, díjole á su reclamación la princesa de Berry; jamás entregaré á una familia de regicidas el nieto de cien reyes.» Y se volvió Caradoc, que me contaba esto en su palacio de la Embajada inglesa aquí el año cincuenta y cinco, sin el príncipe. «Si lo llevo, exclamaba con una grande ingenuidad y candor el general, no entro en París.» Vamos: el duque de Joinville ha sido un terrible fiscal de su padre y de su abuelo, amén de propio fiscal suyo. No puede juzgarse la política como un ordinario pleito. Y aquí hago punto dejando para otro día, en que tenga más tiempo y menos faenas, mayores noticias.



La primera nube, cuadro de W. Q. Orchardson, R. A., que forma parte de la colección de Enrique Tate



LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

Entre las armas más extrañas de que se sirven las plantas para sostener la lucha por la existencia figuran las alianzas ofensivas y defensivas que algunas familias vegetales conciertan con ciertas especies de animales, á las cuales se adaptan proporcionándoles alimento y vivienda y siendo en cambio por ellas defendidas contra otros animales que les tienen declarada una guerra de exterminio.

Una de estas alianzas más interesantes es la de una especie de acacia con una especie de hormigas: la *Acacia sphaerocephala,* planta indígena de la América central, es un arbusto frondoso con hojas bipennadas y dotada de espinas grandes y muy fuertes. Estas espinas son huecas y en ellas tiene el árbol ocultas sus armas vivientes, ó sean las hormigas protectoras que pueden entrar y salir de ellas por un orificio practicado cerca de la punta.

La *Acacia sphaerocephala* no sólo ofrece á sus defensoras cómoda vivienda, sino que también les proporciona alimento abundante en forma de azúcar y aceite y además materias albuminosas contenidas en diminutas vainas que se encuentran al extremo de las hojas y que son prueba clara y evidente de que se trata de una *adaptación.*

Las hormigas protectoras de este arbusto lo defienden contra otros insectos que devoran las flores y que acabarían por hacer desaparecer esta especie de acacia, y en pago de tal servicio hallan en ésta elementos de vida que nada tienen que ver con la cuestión de la existencia de la planta.

La presencia de los citados elementos de vida en dicho arbusto, sólo puede explicarse por la adaptación que gradualmente se ha realizado entre el vegetal y el insecto.

DOCTOR K.



LA IMPASIBLE, cuadro de Arístides Sartorio

POR ACOSTARSE TEMPRANO

I

El joven conde del Arroyuelo ¿era tonto efectivamente, según la malicia sospechaba y era voz general?

No es fácil dar á la pregunta que antecede una contestación categórica, porque sabido es que, aun antes de haberlo dicho D. Hermógenes, todo es relativo en este pícaro mundo, y la tontería del conde no había sido un obstáculo para el auge de su casa, ni le había impedido casarse con una joven lindísima, ni constituía impedimento para que sus *soirées* se vieran siempre favorecidas por ese «todo Madrid» que acostumbra á hacer los honores á un buen *buffet* trescientas sesenta y cinco veces al año. Y lo mismo el *buffet* de casa del conde, que la franca alegría que en su casa reinaba, habían llegado á ser proverbiales en el mundo elegante. Cierto que el conde y su familia no eran muy escrupulosos ni exigentes en materia de recibir, siendo de toda notoriedad que más de una vez se había sentado á sus mesas de tresillo algún jugador de oficio, y que personas sobrado escrupulosas habían renunciado á frecuentar sus salones por no encontrarse en ellos con alguna mujer cuyo nombre había traído y llevado más de una vez y más de lo justo la crónica escandalosa. Pero esto no quitaba á la franca alegría de la casa, cuya fórmula había dado un muchacho militar diciendo:

– Reina allí franqueza tan encantadora, que hasta podría uno quedarse en calzoncillos, sin que chocase á nadie.

Claro que en esto había grandísima y notoria exageración; pero no hemos querido pasarlo en silencio para que se comprenda que en las *soirées* del conde la confianza era extraordinaria, y que había tres salones que no se veían nunca desocupados: el central, donde rigodones y valses se sucedían sin interrupción; el comedor, donde los concurrentes no aguardaban á hora determinada, sino que funcionaba sin descanso, y el gabinete del tresillo, donde los viejos se disputaban encarnizadamente las monedas, y los casados pasaban revista, á la vez que fumaban, á todas las cuestiones lanzadas por los sucesos privados al fértil campo de la murmuración. En esta última habitación se desarrolla la escena que van á conocer los lectores.

II

Son las doce de la noche: el baile está en todo su apogeo en el salón principal, y la animación de los semblantes en la gente joven demuestra que ha hecho ya alguna visita al *buffet*.

Sentados á una mesa de tresillo roncan tres veteranos de la primera guerra civil; junto á la puerta que da á las habitaciones interiores, dos pollos dan conversación á la doncella de la casa, que no pudiendo entrar al salón, no abandona jamás sus cercanías, y en el centro se encuentran y saludan dos personas conocidísimas en Madrid, en el mundo de la bolsa y los negocios.

– ¡Utrilla!

– ¡Manzano!

– ¿Llegas ahora?

– En este momento dejo en el salón á mi esposa; me he ganado dos horas mediante una hábil estratagema.

– Que ha sido...

– Te lo diré, si no me haces traición... Que mi mujer no encontraba los guantes, el *carnet* y el pomo de esencias.

– ¿Y á eso llamas estratagema?

– Seguramente, porque aquellos objetos habían sido escondidos por mí... en la mesa de noche. Yo creía seguro mi triunfo y obligados á renunciar al baile, ¡cuando la doncella los encontró! ¿Comprendes mi estado? Anoche de baile en casa del ministro, hoy aquí, mañana al baile de trajes de la embajada inglesa... y vestido de bandido de la Calabria.

– ¡Pobre Utrilla!.. ¿Y no encontraste otro medio?..

– Todos los tengo agotados, amigo Manzano. El mes último, para evitar la asistencia á un baile empleé otro recurso más duro y que me salió mal. Fingí tomar al peluquero de mi mujer por un rival, y promoví una escena de celos; pero ella sufrió un accidente, se lanzó sobre mí durante el fenómeno nervioso, y entre matarla y seguir sus caprichos, opté por lo último. Hace quince días «se me cayó» una botella de tinta sobre una falda del vestido de mi costilla; pero no te recomiendo el sistema, porque á la larga sale muy caro.

– ¡Pobre Utrilla!.. ¿Por qué no me imitas á mí? Estamos en diciembre, y esta es la primera vez que en el año acompaño á mi costilla; las demás noches, ya se sabe, á las diez en la cama...

– ¿Luego hoy la sacrificas dos horas?

– Algo más, porque hasta dentro de media no podré entregarme al sueño, mientras ella baila á más y mejor. Con el condesito del Arroyuelo la he dejado ahora.

– Tú duermes... ¡Feliz mortal!

– Ya recordarás que de soltero fuí contumaz trasnochador; pero apenas casado, empecé á sufrir tales jaquecas que no pude seguir frecuentando el gran mundo, y como mi mujer es joven y no he de hacer yo el papel ridículo de marido celoso, ella sale y entra y yo duermo y ronco. ¿Quiere Eugenia bailar? ¡Pues que baile! ¿Quiere ir á una reunión? ¡Que vaya! Si ella se divierte, yo soy feliz con mi quietud... Imítame, amigo Utrilla; finge jaquecas, quédate en casa y acuéstate á las diez de la noche, que es lo más higiénico que conozco. Ahora no me detengo más: de día, y si tienes interés en ello, te explicaré detalladamente mi táctica.

Y Manzano estrechó la mano de su amigo y se ausentó del baile, mientras el último le miraba envidiosamente alejarse. Después dirigió una mirada á los tresillistas, que seguían durmiendo cual si se encontrasen en cómodo lecho de plumas; estuvo algunos momentos viendo desde la puerta del gabinete cómo bailaban en el salón, y después, sentándose en un diván, se entregó á sus reflexiones, meditando tal vez qué nueva táctica emplearía la noche próxima para no presentarse en los salones de la embajada vistiendo el traje de bandido calabrés.

– ¡Pues apenas harán retruécanos en la bolsa si llego á ponérmelo!, exclamó como término y remate de sus reflexiones.

III

Apenas había formulado esta reflexión y antes de que pudiera hacer otras muchas, nacidas del mundo especial en que se encontraba, cuando un joven rubio, vestido con todas las exageraciones de la moda y prodigando una risa estúpida, que era peculiar en él, se dejó caer en el diván, exclamando:

– Ya me lo han contado... ¡Ja, ja!.. Y en castigo no sale usted de aquí con su señora hasta las seis de la mañana.

– Amigo conde, los castigos de usted son más para deseados que para temidos. Aquí se pasa el tiempo admirablemente.

– ¡Ja, ja! ¡Guasón!.. Usted que no juega, que no baila, que no duerme siquiera como ese cuartel general de tresillistas. ¿Por qué no me imita usted á mí, que cuando me pongo á bailar parece que me han dado cuerda? Sobre todo el vals... ¡Ah! El vals... La señora de Manzano no sabe valsar sin mí. ¡Y qué mujer!.. ¡Qué infatigable!.. ¡Qué ojos, que parecen despedir chispas!.. ¡Qué complaciente y qué amable!.. Soy su pareja obligada para todos los valses, y como soy tan tunante he encargado al pianista que no toque más que vals...

– Pero eso, interrumpió Utrilla, es una bailomanía!

– ¡Ja, ja!.. ¡Yo soy así!

– Pues debiera usted no serlo y tener más formalidad... ¡Un hombre casado!..

– ¡Pero me casaron siendo tan joven!.. Por fortuna mi esposa y yo nos entendemos perfectamente; ella goza sin mí, yo me paso sin ella, y esta casa es un verdadero paraíso. Vivo entregado al placer, y no hay mujer que no me parezca hechicera.

– En primer lugar, dijo Utrilla, la de usted. ¿No es cierto?

– Sí, contestó el conde; primero la mía y luego... las de los demás.

– ¿Todas?

– Es evidente.

– ¿Incluso... la mía?

– ¡Ya lo creo!.. Pues si tiene un atractivo y un genio tan alegre.

Utrilla no pudo menos de exclamar aparte:

– (¡Este hombre me asusta..., y á no saber que es tonto!..)

Después, en alta voz, prosiguió:

– Pues con tan decidida afición á las faldas, amigo conde, es de temer que ocurra...

El conde del Arroyuelo se inclinó más aún hacia su interlocutor, y dijo en voz muy baja:

– No, amigo Utrilla..., ¡si ha ocurrido ya!

– ¡Cómo!

– Creo que he hecho hoy una tontería, y usted puede aconsejarme.

– ¡Ah! ¿Usted piensa?.. De fijo que la ha hecho entonces.

– Hace cosa de un mes, siguió diciendo el dueño de la casa, que llamada mi esposa á Zamora por la enfermedad de su abuela, me quedé en Madrid libre, independiente como el ave y privado del conyugal cariño, y entonces pude advertir toda la hermosura de esa mujer...

– ¿De la esposa de usted?

– No: de la esposa de Manzano.

– ¡Diablo!, exclamó Utrilla, pensando en alta voz. ¡Inconvenientes de dejar solos á los niños!

– Yo, naturalmente...

– ¡Naturalmente!

– La festejé, la adulé, y por último una noche me presenté en su casa.

– ¿Sin temer al marido?

– Como eran más de las diez y Manzano se acuesta á esa hora, no había peligro. ¡Y poco que se rió con mi broma la encantadora criatura al hacerme salir por la escalera de servicio! Yo, por no comprometerla, me marché, y hoy... ahora entra lo tonto...

– No, amigo mío, lo tonto empezó mucho antes.

– Pues bien: hoy la he escrito una carta pidiéndola una entrevista reservada; he puesto de mi parte á la doncella, y cuando se retire á dormir esa hechicera mujer encontrará la epístola en su joyero.

– Pero, desdichado, ¡qué ha hecho usted!

– Una tontería, ¿verdad?

– No; pero insisto en que le han hecho casar á usted muy pronto... Debieron dejarle que la corriera antes...

En esto volvió á dejarse oir el piano preludiando un vals, y el conde del Arroyuelo, como si le hubieran pinchado, se levantó de golpe, exclamando:

– ¡El vals!.. Le dejo á usted y luego seguiremos hablando, ¡me espera mi pareja!

IV

Un cuarto de hora después el gabinete había cambiado de aspecto: los tresillistas se habían trasladado al *buffet*, y en cambio un numeroso grupo, de que formaba parte Utrilla, discutía los últimos acontecimientos políticos.

De repente éste sintió que le tocaban en el brazo; volvió la cabeza y se encontró con Manzano, agitado y nervioso, aunque procurando contenerse.

– Te necesito, le dijo en voz baja.

Utrilla se apartó del grupo y siguió á su amigo hasta el hueco de un balcón.

– ¿Tú por aquí?

– Sí; por un asunto gravísimo. Figúrate que al entrar hace un instante en mi casa y al dejar mi reloj en un joyero me encontré una carta dirigida á mi mujer por el conde del Arroyuelo.

– Tontería...

– No, Utrilla: la carta tiene referencias muy serias, y vengo resuelto á que le pidas en mi nombre una reparación.

– ¿A ese tonto?

– Parece tonto; pero, según su propia declaración, se ha metido en mi casa.

– Creo que exageras el peligro...

– En asuntos de honor, nadie es juez como uno mismo. ¿Te niegas á servirme en este asunto?

– No; espérame aquí, que voy en busca del conde. Nada de recriminaciones, nada de escándalo; pues tengo la evidencia, como antes te dije, de que el asunto no tiene gravedad.

V

¿Qué pasó durante los cinco minutos que estuvo ausente Utrilla?

Se sabe únicamente que Manzano se encontró con su esposa y que la obligó á que abandonase los salones, porque el carruaje la estaba aguardando; que la condesita del Arroyuelo tuvo una explicación con Manzano, por lo que ella calificaba de tiranía, y que después de cambiarse algunas frases secretas entre ambos, la condesa cayó desmayada y tuvieron que acudir en auxilio de la misma casi todos los concurrentes á la *soirée*. Cuando volvió en sí entraban en el gabinete el condesito y Utrilla.

– Pero ¿qué es esto? ¿Qué ha sucedido?, preguntaban todos.

– Yo debo decirlo, exclamó Utrilla, y celebro hacerlo ante tan distinguida concurrencia, por lo mismo que todo ha sido resultado de una apuesta, perdida por más señas por mí. Sabido es que nuestro buen amigo Manzano tiene la arraigada manía de acostarse á las diez de la noche, y el conde se había propuesto curarle de ella. Yo dije que no lo lograría; insistió él en que sí y yo en que no, apostándole por último un millar de tabacos á que no lograba arrancarle de sus tranquilas costumbres, y mi contendien



LA PRIMAVERA, cuadro de Pablo Sinibaldi



Isla de Capri.—Ermita de Tiberio

te se ha ingeniado de tal manera, que lo ha conseguido, como ustedes ven.

—Pero esa carta..., dijo Manzano á su amigo á media voz.

—¡Habla alto, hombre! Esa carta precisamente es la mejor prueba de la broma. ¿A qué escribir á tu esposa una carta de amor y enviársela á su casa, cuando se ha pasado aquí toda la noche bailando con ella?

—Me ha dado una lección el tonto, exclamaba Manzano más tranquilo, dirigiéndose á los que le rodeaban, mientras que algunos de ellos completaba el pensamiento, diciendo:

—¡Es tonto..., pero no tanto!

Y cuando Utrilla y Manzano bajaban poco después las escaleras de casa del conde, el segundo decía al primero:

—¡Utrilla..., en nombre de nuestra antigua amistad..., háblame con sinceridad completa!

—Te he dicho la verdad; pero... no te acuestes en lo sucesivo tan temprano.

M. Ossorio y Bernard

LA ISLA DE CAPRI

Si algo hay en el golfo de Nápoles, cuya vista puede impresionar al viajero tan profundamente como el Vesubio, es la isla de Capri, rodeada de acantilados cortados á pico y coronada por montañas, desde cuyas cimas disfrútase de un panorama encantador. En esa isla de difícil acceso, pues sólo en dos parajes pueden fondear los barcos, hay únicamente dos ciudades, que más bien deben llamarse aldeas, Capri y Anacapri.

La primera, situada en el monte Castiglione, conserva todavía imponentes ruinas que atestiguan las primitivas construcciones de los griegos, restauradas por los romanos y más tarde por los aragoneses, y en ella se admiran aún el antiquísimo castillo de Capri y la hermosa catedral, en cuyo tesoro se guardan los bustos de plata de los santos protectores del lugar y una notable cruz con cristales y esmaltes que milagrosamente respetaron las llamas cuando en época remota los piratas moros incendiaron y destruyeron el primitivo templo.

Anacrapi álzase en la cumbre del monte Solaro, que es el más alto de la isla, y para llegar á ella es preciso subir por una escalera practicada en la roca que no tiene menos de quinientos peldaños y que termina al pie del famoso castillo de Federico Barbarroja.

La isla de Capri trae á la mente del viajero el recuerdo de dos emperadores romanos, Augusto, que prendado de la bondad de su clima y de las bellezas de su suelo la adquirió de los napolitanos, cediéndoles en cambio la isla de Ischia, y la pobló de magníficos edificios, cuyos restos existen todavía, y Tiberio, que se refugió en ella, considerándola fortaleza inexpugnable y asilo seguro en donde podría entregarse libremente á sus pasiones más abominables y á satisfacer sus torpes apetitos.

La memoria del feroz emperador es poco menos que veneranda para los habitantes de Capri, y se comprende, pues en su tiempo, y gracias á sus esfuerzos, aquella isla fué un verdadero paraíso: Tiberio allanó los lugares inaccesibles, terraplenó los valles, agrandó y multiplicó los edificios construídos por Augusto é hizo construir doce ciudades dedicadas á los doce grandes dioses, de cuya magnificencia fueron testimonio durante muchos siglos restos de salas, bóvedas, mosaicos, mármoles, columnas, estatuas, pinturas, bajos relieves, teatros, templos, acueductos y baños diseminados en todas partes, en los sitios más pintorescos, en las selvas, en los campos, en los viñedos y en los olivares.

Una de las curiosidades más bellas é interesantes de esa isla es indudablemente la llamada Gruta Azul: penétrase en ella desde el mar por un canalizo estrecho y bajo que obliga al visitante á embarcarse en una barquilla estrecha y á tener encogidos el cuerpo y los brazos so pena de estrellarse contra las rocas que forman aquella cavidad. Pero esta y otras muchas molestias quedan sobradamente compensadas con el asombroso espectáculo que una vez dentro de la gruta se descubre: envuelto en una penumbra misteriosa, en una claridad indeterminada y en una atmósfera indefinida, el espectador se cree transportado al mundo de los sueños. Mirando en torno, la gruta aparece de un color celeste tan fúlgido, tan vivo que supera á cuanto pudiera imaginar la fantasía; el agua límpida deja ver las más leves partículas del fondo en donde brillan mil piedrecillas de variadas formas y colores; el aire es azul, azules las paredes, azules las olas cuyos rizos salpican la inmensa bóveda caliza que parece un colosal zafiro.

La Gruta Azul ofrece, en suma, un conjunto de maravillas que es imposible imaginar sin verlas.

Tal es á grandes rasgos descrita la pintoresca isla de Capri, de la que reproducimos algunas vistas en esta y en la siguiente página.—X.

LA HIJA DE LAS HADAS

La encontraron una nebulosa mañana de otoño, colocada con especial cuidado sobre un lecho de hojas secas al pie de un roble y envuelta en unos pobres, pero limpísimos harapos. Era rubia con ojos color de cielo y cutis suavísimo y blanco como el ampo de la nieve. Los esposos quedáronsela mirando, sorprendidos al mismo tiempo que de lo inopinado del hallazgo, de la extraordinaria y extraña hermosura de la recién nacida, que levantaba hacia la señora Isabel y el tío Pedro sus manecitas sonrosadas y sus brazos gordezuelos y redondos.

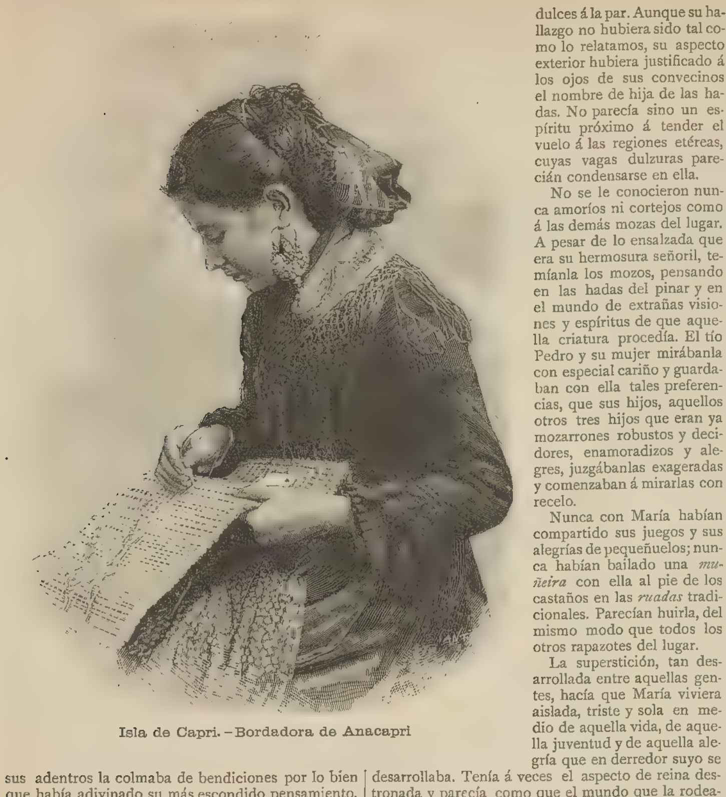
Aquella criatura, abandonada en el sendero del pinar por una madre infeliz ó desnaturalizada, podía tener quince días á lo sumo. Estaba precisamente en el tiempo en que más necesarios son los cuidados y las caricias maternales.

Los dos esposos cambiaron entre sí una mirada de inteligencia, comprendiéndose en seguida. No se preguntaron en ella de quién podía ser aquella criatura; después de todo, era tan hija de Dios como otra cualquiera. Lo único que se preguntaron fué si podrían recogerla en su pobre choza de labradores. Es verdad que los bienes no eran muchos para ellos y tres hijos que tenían, el menor de dos años, total cinco bocas en junto; pero también era verdad que donde comen dos bien pueden comer tres, sin que por eso los apuros sean mucho mayores ni mucho más grandes las estrecheces.

No cruzaron entre sí una sola palabra. La señora Isabel cogió en brazos á la pequeñuela, y estrechándola en ellos con ternura, depositó en sus mejillas tal sarta de besos y de exageradas caricias, que púsole aquéllas rojas como la grana. El tío Pedro miraba á su mujer con sonrisa de ternura, y allá para



Isla de Capri.—Los «faraglioni»



Isla de Capri. – Bordadora de Anacapri

sus adentros la colmaba de bendiciones por lo bien que había adivinado su más escondido pensamiento.

Preparósele la cunita, mullida y diminuta como correspondía á semejante personaje, y por delante de aquella cuna, noticioso del suceso, pasó el pueblo entero para contemplar á la criatura, ante la cual llovieron dicharachos, conjeturas y presunciones, sin que de unas y otras pudiera sacarse en claro el nombre de la madre.

Dióse en correr la voz de que una niña abandonada en el borde del camino del pinar y encontrada en una mañana de niebla y á quien ni por presunción se le conocían los padres, debía haber sido abandonada allí por las hadas moradoras del pinar, en una de esas rápidas fugas que es fama que emprenden cuando el primer centelleo del alba asoma en el lejano horizonte.

Hija de las hadas debía ser sin duda; no les cabía otro parentesco en el magín á aquellas pobres gentes de la montañosa aldehuela, é hija de las hadas la llamaron y siguiéronla llamando mientras vivió.

En vano el cura empeñóse en desvanecer tan burdas supersticiones; en vano tuvo que apelar á los recursos de la oratoria sagrada, subiendo al púlpito después de haberse enfrascado en la lectura de los Santos Padres de la Iglesia. Semejantes sutilezas no eran bien comprendidas por aquellas gentes iliteratas, que empeñáronse en que aquella chiquilla era hija de las hadas, y de ahí no había fuerza humana que las apeara.

En vano en la pila bautismal el bueno del *abade* le puso el nombre sublime y dulce de la Madre de Dios, el nombre de María. Si acaso, únicamente el tío Pedro y su mujer – y eso pocas veces – le daban semejante nombre. Para los demás ya sabemos cómo se llamaba la abandonada niña.

Creció ésta, aumentando en hermosura á medida que los años avanzaban; pero era una hermosura extraña, melancólica, dulce y triste. Parecía una lámpara cuya luz amenazase constantemente con extinguirse. Tenía su rostro una palidez mate y transparente que la hacía aparecer como una cosa sobrenatural y poco apegada á la tierra; su cuerpo tenía la esbeltez del mimbre; su mirada era soñadora y lánguida; sobre su frente parecía que habían caído todas las nieblas del Septentrión, y su voz tenía inflexiones amargas y dulces á la par. Aunque su hallazgo no hubiera sido tal como lo relatamos, su aspecto exterior hubiera justificado á los ojos de sus convecinos el nombre de hija de las hadas. No parecía sino un espíritu próximo á tender el vuelo á las regiones etéreas, cuyas vagas dulzuras parecían condensarse en ella.

No se le conocieron nunca amoríos ni cortejos como á las demás mozas del lugar. A pesar de lo ensalzada que era su hermosura señoril, temíanla los mozos, pensando en las hadas del pinar y en el mundo de extrañas visiones y espíritus de que aquella criatura procedía. El tío Pedro y su mujer mirábanla con especial cariño y guardaban con ella tales preferencias, que sus hijos, aquellos otros tres hijos que eran ya mozarrones robustos y decidores, enamoradizos y alegres, juzgábanlas exageradas y comenzaban á mirarlas con recelo.

Nunca con María habían compartido sus juegos y sus alegrías de pequeñuelos; nunca habían bailado una *muñeira* con ella al pie de los castaños en las *ruadas* tradicionales. Parecían huirla, del mismo modo que todos los otros rapazotes del lugar.

La superstición, tan desarrollada entre aquellas gentes, hacía que María viviera aislada, triste y sola en medio de aquella vida, de aquella juventud y de aquella alegría que en derredor suyo se desarrollaba. Tenía á veces el aspecto de reina destronada y parecía como que el mundo que la rodeaba producíale hastío y desencanto; fijaba más sus miradas en el cielo que en la tierra; sus paseos eran solitarios y buscaba para ellos las horas del crepúsculo y los lugares más apartados. Con frecuencia sorprendíasela con los ojos preñados de lágrimas. Tenía todo el aspecto de una alucinada, y si las gentes al pasar á su lado no hacían la señal de la cruz, por lo menos después de haber pasado mirábanla al soslayo y de reojo.

Pasáronse así los primeros años de su juventud. En la humilde capilla de la aldea presentábase con devoción y recogimiento ejemplares; allí, entre aquellas desnudas y enjalbegadas paredes, pasábase largas horas entregada á la meditación y al rezo; comía poco y ni aún en la mesa perdía su natural gravedad y mutismo. Las más sencillas faenas propias de los lugareños la cansaban en seguida; su cuerpo parecía que se quebraba como frágil vaso, bajo el peso de un ligero haz de hierba; si conducía los rebaños veíasela distraída por trochas y veredas, siendo frecuente que las mansas ovejas regresaran del otero solas y mucho antes que su dueña, que por allá se quedaba, atisbando el vuelo de las mariposas ó escuchando el *fungar* de los pinos al ser mecidos por el viento.

Porque todo en la hija de las hadas fuera desusado y extraño, fuélo también su muerte, acaecida de repente, y en una mañana de otoño también, y también nebulosa como aquella en que fuera encontrada y en el mismo sitio en que el tío Pedro y la señora Isabel realizaron el famoso hallazgo.

Saliera muy de mañana la melancólica María, y con su paso lento y con el que parecía más deslizarse que caminar, llegó hasta el famoso roble á cuyo pie la encontraron los viejos *petrucios*.

Nadie en la aldea le había revelado el misterio de su aparición y su nacimiento. Sabía sólo que la llamaban como la llamaban, pero sin explicarse el porqué de aquel calificativo. Creía como artículo de fe que sus verdaderos padres eran los que la habían recogido y criado con tan especial esmero.

Llegó al pie del roble, y maquinalmente, sin darse cuenta de ello, sus rodillas flaquearon y se hincaron en la tierra, húmeda aún con el rocío de la noche.

Apoyó sus brazos en el grueso y añoso tronco, y sus labios murmuraron una plegaria, mientras sus ojos buscaban el cielo á través del verde encaje que sobre su cabeza formaban las hojas de obscuros matices.

¿Cuánto tiempo permaneció allí en semejante actitud? Nadie pudo averiguarlo. Cuando un transeunte pasó por aquellos lugares y la sorprendió de rodillas y abrazada al árbol, creyó que la joven se había quedado dormida ó que yacía ensimismada en la más profunda de las meditaciones.

Pero su inmovilidad excitó su atención y acercóse á ella, y primero con voz baja, luego con voz ya más recia, la llamó por su nombre de pila. La hija de las hadas no respondía.

Acercóse más á ella y aun pretendió despertarla. El cuerpo helado y con la rigidez de la muerte vino á tierra desplomado, mostrando en los labios la más inefable de las sonrisas y en los ojos la más fija y serena de las miradas. Parecía dormida realmente.

No tardó en conocerse en aquel pueblo diminuto la noticia de la muerte de María, al pie del árbol mismo en que fuera recogida.

Excusado es manifestar si aquellos campesinos creyeron desde entonces con más fe y con mayor firmeza que María era hija de las hadas.

Manuel Amor Meilán



Isla de Capri. – Los «faraglioni»



UN SERMÓN, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE



LVADOR SÁNCHEZ BARBUDO, GRABADO POR SADURNÍ

NUESTROS GRABADOS

Fantasía, cuadro de Francisco Masriera (Salón Parés). – Entre los varios lienzos que en la última Exposición Parés exhibió el distinguido pintor Francisco Masriera, fué el



EL PRÍNCIPE ARTURO Y HUBERTO, cuadro de W. F. Yeames, R. A.

que reproducimos el que más llamó la atención. Tal interés consideramoslo justificado, pues aun dentro de la gama característica de este artista, aun siendo trasunto de su constante empeño, es su *Fantasía* la conjunción de los dos géneros por él cultivados, de las dos escuelas en que ha logrado singularizarse. Sean cuales fueren sus empeños, justo es consignar que siempre descuellan sus obras por su elegante colorido, y lo preferimos tal como es, más artista que asimilador, no convertido en máquina fotográfica, sino en pintor inteligente que deja en el lienzo muestras de su habilidad y pericia.

La primera nube, cuadro de W. Q. Orchardson. – Orchardson es reputado en Inglaterra como uno de los primeros pintores dramáticos, por decirlo así, no sólo por la índole de los asuntos que trata, sino también por el modo como les da forma. Su pincelada vigorosa, la firmeza de su dibujo y la fuerza que imprime en el claroboscuro recuerdan la escuela de Rembrandt, en la que sin duda se inspiró para pintar su famoso cuadro *Napoleón á bordo del Belorofonte*. Uno de sus temas predilectos es el del matrimonio, que ha tratado desde varios puntos de vista, encerrando cada cuadro un problema, en el que se adivina siempre un pasado y aun un porvenir que completan la acción presente, pudiendo servir como ejemplo de ello *La primera nube*, que reproducimos.

La impasible, cuadro de Arístides Sartorio. – Inspirándose en una leyenda de Swinburne el notable artista italiano Arístides Sartorio, de quien nos hemos ocupado en otras ocasiones, ha pintado ese bellísimo cuadro, que así por su composición como por su ejecución ajústase al carácter fantástico de la fábula que nos presenta á la funesta mujer contemplando impasible el cadáver del hombre que ha muerto entre atroces tormentos por conquistar su amor.

La primavera, cuadro de Pablo Sinibaldi. - En esta delicada composición está simbolizada de una manera eminentemente poética la encantadora estación que llena de alegría y de esperanza á la naturaleza entera. La silueta de la figura es ligera como las flores que derrama sobre los árboles; su actitud majestuosa y su rostro sonriente parecen evocar la vida, y á su paso las plantas florecen y la tierra se estremece al contacto de los primeros besos que el sol de abril le envía fecundando los gérmenes que en su seno se ocultan. El cuadro de Sinibaldi causa una impresión tan grata como la que produce la aparición de la primavera que simboliza, y este es el mejor elogio que de la pintura puede hacerse.

Un sermón, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. – Forma parte Salvador Sánchez Barbudo, de esa pléyade de artistas, que lejos de la madre patria, residiendo en Roma, tan alto sostienen el buen nombre del arte español. Comprendiendo que arte es sinónimo de belleza, procura que en todas sus composiciones brillen las ricas galas que el ingenio de los artífices han producido para enriquecer los templos ó decorar los suntuosos salones. En esta clase de trabajos manifiéstanse las cualidades de este artista que tan maravillosamente sabe dar á los objetos su verdadero valor, que constituyen el fondo de sus cuadros. Cuanto á los asuntos, á la colocación de las figuras ó personajes representados, es Barbudo tan hábil como discreto, ya que no huelga en sus lienzos el menor detalle, avalorados todos por la brillante y rica gama de su paleta genuinamente española. De ahí que en breve espacio de tiempo haya logrado distinguirse y que las obras del pintor jerezano sean adquiridas por los aficionados é inteligentes de Londres y por los opulentos yankees.

Como prueba de la valía de tan notable artista y como muestra de la consideración que nos merece, reproducimos una de sus más bellas composiciones.

El príncipe Arturo y Huberto, cuadro de W. F. Yeames. – Del drama de Shakespeare *El rey Juan*, basado en las luchas que á la muerte de Ricardo Corazón de León estallaron entre su hermano Juan y su sobrino Arturo, está tomado este cuadro, cuyo autor, celebrado pintor inglés y miembro de la Real Academia de Londres, se ha inspirado en la sentida escena en que el infortunado niño, prisionero en el castillo de Salaire, desarma con sus lágrimas al emisario á quien su inhumano tío había dado el encargo de sacarle los ojos: la actitud del príncipe y la indecisión y repugnancia que se notan en el semblante de Huberto están admirablemente tratadas y revelan la mano de un maestro.

Astarté Syriaca, cuadro de D. G. Rosetti. – Con razón se considera esta obra como una de las más justamente ensalzadas del notable pintor inglés Rosetti, autor de la célebre pintura *El sueño de Dante*, existente en la Galería de Bellas Artes de Liverpool. *Astarté Syriaca* figura desde 1891 en la Galería Municipal de Manchester, una de las más importantes de Inglaterra.

El irresistible, cuadro de Randolfo Caldecott. – Innecesario era poner el título al pie de este cuadro; basta ver la actitud presuntuosa del apuesto militar y el aire de satisfacción con que antes de montar á caballo envía su último beso á su amada para comprender que se trata de uno de esos conquistadores á quienes ninguna mujer resiste y que en sus expediciones militares dejan detrás de sí cien corazones prendidos en las redes que su hermosa figura y su cháchara han tendido á las incautas jóvenes de los lugares por ellos visitados El distinguido artista inglés Caldecott ha escogido hábilmente el asunto y ha sabido desarrollarlo con gran talento pintando un cuadro que constituye una de las joyas hoy existentes en la Galería de Manchester.



ASTARTÉ SYRIACA, cuadro de D. G. Rosetti

Vista de Mónaco. – Una situación como pocas pintoresca, un clima templado y un suelo cubierto de hermosa vegetación, tales son los caracteres distintivos de ese minúsculo principado, cuya vista reproducimos, y en el cual encuentran salud los enfermos, distracción los sanos, y unos y otros medio de arruinarse en el famoso casino de Monte Carlo.

. . . .

MISCELÁNEA

Bellas Artes. BERLÍN. – En la Casa Consistorial se ha inaugurado la exposición berlinesa cuyos organizadores se proponen dar por medio de ella y de las que en los años sucesivos se celebren una idea de lo que son Berlín, su vida y costumbres y sus alrededores. Este primer certamen resulta bastante incompleto por la premura con que ha sido organizado, pero en él figuran algunas obras notables, entre ellas, los cuadros de Liebermann, Skarbina, Herrmann y Ury y los dibujos de Werner Zehme, que son prueba de la buena acogida que ha tenido tan excelente pensamiento y garantía de su total desarrollo en lo porvenir.

COLONIA. – Merced á varios donativos de algunos aficionados á las bellas artes, el museo de Colonia ha podido adquirir un cuadro de Rubens, *Juno y Argos*, perteneciente á un particular de aquella ciudad.

BARCELONA. – *Exposición de Bellas Artes.* – En el palacio del paseo de San Juan reinan la actividad y animación propias de los días próximos á la apertura de la segunda Exposición con que nuestro cabildo municipal coadyuva al renacimiento y desarrollo del arte en nuestra región. Elegido ya el Jurado de colocación y admisión, va á procederse á instalar las obras ya entregadas, á pesar de la prórroga solicitada por algunos artistas y concedida por el señor alcalde, presidente de la Comisión. Entre ellas figuran ya cuadros de Luna Novicio, Ruiz Luna, Viniegra, Garnelo, Santa María, Cecilio Pla, etc., etc., y esculturas de V. Vallmitjana, de Fuxá, Vallmitjana Abarca, Parera, Sartí, etc., etc.; todo lo cual, junto con el contingente extranjero, cuyos envíos hállanse ya á punto de ser instalados, hace creer fundadamente que esta exposición en nada desmerecerá de la primera en beneficio de los artistas y de la cultura del público.

Salón Parés. – Cuatro *pequeñeces*, si no llenan, ocupan el testero de honor de este local: dos de ellas ejecutadas primorosamente por el delicado y minucioso pincel de Barbasán, artista que llevaba ya mucho tiempo sin exponer entre nosotros, y son: una escena de costumbres madrileñas, en el puente de Segovia, y una *ciocciara*. Ambas obras reunen todas las condiciones apetecibles para agradar al público, escéptico en materia de simbolismos y realismos, y que sólo exige de la pintura un deleite á la vista; pues lo producen, en efecto, por su tonalidad y lo hábil de la hechura.

Mestres tiene dos cabecitas en una tablita, que sin revelar iguales cualidades que las anteriores, producen igual ó parecido efecto, por su coloración agradable y firmeza de pincelada. Un grupo «fin de siglo» puede titularse una miniatura de R. Lorenzale, constituído por dos monísimas señoritas y un imbécil correctamente *pschutt* que las acompaña, pintura finamente ejecutada.

Teatros. – *Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en Lara, *La cuerda floja*, juguete cómico en un acto, de José Estremera; en Eslava, *Los dineros del sacristán*, graciosa zarzuela en un acto, de los Sres. Gullón y Larra, para la cual ha escrito el maestro Fernández Caballero una partitura que se considera como una de las mejores de tan popular y aplaudido compositor; *Los Puritanos*, zarzuela en un acto, de Arniches, con bonita música de Celso Rubio, y *Viento en popa*, juguete cómico-lírico en un acto, de Fiacro Yrayzoz, con música del maestro Jiménez, y en Romea, *Los africanistas*, graciosa zarzuela en un acto y tres cuadros, de Merino y López Marín, con bellísima música de Fernández Caballero y Hermoso. En el Príncipe Alfonso, la Sociedad de Conciertos ha dado dos sesiones musicales bajo la dirección del célebre maestro alemán Levi, uno de los que mejor interpretan la música wagneriana, en las que sólo se han ejecutado obras de Wagner y Beethoven. En el propio teatro funciona una compañía de ópera que canta con aplauso las más notables obras de repertorio. En la Princesa una compañía francesa, de la que forma parte Mme. Montbazon, pone en escena las operetas más aplaudidas de los mejores maestros. En la Comedia, el eminente Novelli obtiene grandes y continuas ovaciones, habiendo representado, entre otras, *Il burbero benéfico*, de Goldoni, *La bisbetica domata*, *Allelluia*, *Mare e cielo* y *Otelo*.

Barcelona. – En el Liceo funciona la notable compañía italiana Palombi que, además de representar las mejores operetas de repertorio, ha estrenado la bonita obra de Zeller *Il venditore di ucelli;* en el mismo teatro se ha puesto en escena con lujoso atrezo y hermoso decorado el baile en dos actos *Coppelia*, cuya bellísima música es del ilustre compositor francés Leo Delibes. En el Tívoli siguen atrayendo numeroso público *El húsar*, *La telefonista* y *Miss Helyett*. Se han estrenado con aplauso: en Romea, *La serp de la gelosía*, drama en tres actos y en verso, de Pedro Reig y Fiol, en el teatro de la Granvía, *L' argolla*, drama en cuatro actos, de D. Ignacio Iglesias, y en el Eldorado, la bonita zarzuela de costumbres montañesas, de Eusebio Sierra, *La noche de San Juan*, con bellísima música de Marqués. En este último teatro se ha estrenado también con extraordinario y merecido éxito *La verbena de la Paloma*, divertido sainete de Ricardo de la Vega, con preciosa música del maestro Bretón. En el Lírico ha dado algunos conciertos notabilísimos de música de cámara el quinteto de que forman parte Albéniz, Arbós y Rubio, considerados hoy día en el mundo del arte como verdaderas celebridades musicales.



EL IRRESISTIBLE, cuadro de Randolfo Caldecott

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

–¿Conocía usted ya á nuestra incomparable Mania?, exclamó la princesa; precisamente venía á presentar á usted á mi amiga.

– He tenido el honor de saludar á la señora baronesa Liebling en casa de la señora Nicolaïdes, contestó el príncipe Sergio.

– Mejor que mejor. Puesto que se conocen ustedes, amigo Sergio Paulo-



Mania agitaba lentamente el abanico, mientras que con coquetería saboreaba los cumplimientos del príncipe

vicht, será usted hoy el caballero de mi querida amiga. Aquí hay precisamente una mesa vacante. Mania, ¿qué tomas? ¿Champagne?.. ¿Tokay?

– No, princesa, una taza de te y sandwichs.

A una señal de la princesa, un criado había traído fiambres, Champagne, te, y el príncipe, después de ofrecer á la baronesa una silla, se sentó enfrente.

Mientras el príncipe la servía, Mania miraba á los diversos grupos, queriendo ver dónde estaba el pintor; pero éste, exasperado por el beso ceremonioso concedido al príncipe, no había podido soportar el espectáculo de Mania sentada á la misma mesa que el que ya consideraba como su rival. Torpe, como todos los enamorados cándidos, había tomado el partido de enfadarse en vez de procurar ser más amable que aquel extranjero, y se había ido á la sala del billar, donde los hombres fumaban.

Allí se bebía mucho Champagne para rociar los *zakouski* servidos con profusión. Sin la presencia de las señoras, los hombres hablaban allí con toda libertad. Francisco Lechantre, á quien había puesto de bonísimo humor el Roederer de la princesa, entretenía al auditorio cosmopolita, agrupado en derredor, dando rienda suelta á su verbosidad parisiense.

– No, señores, decía, ustedes no ven las cosas en su verdadera significación. Lo que nos atrae á todos á este país y nos detiene en él no es Monte-Carlo, ni la ruleta, ni el paseo de los Ingleses con sus palmeras, ni los naranjos, cuyo fruto es agrio como las manzanas de que en mi tierra hacemos la sidra. Las salas de juego, rebosando oro, las hemos visto ya en Baden; las palmeras las tenemos muy bonitas en el Jardín de Aclimatación, y las naranjas se venden en todos los mercados... No, no es todo eso lo que nos seduce... Es el aire y la luz, la alegría de vivir que palpita en los ojos, en las flores y en el cielo; es un satánico perfume de amor que se sube á la cabeza, que trastorna á todas las mujeres bonitas y que rejuvenece todos los rostros. Este es el verdadero hechizo que nos trae aquí... Yo que, desgraciadamente, he pasado, y más que pasado, de la edad de las tonterías, he estado almorzando ayer en la hostería Bretona... Me dan horror esas casas... Pero acompañaba á cierta ramilletera que tiene fósforo en los ojos y el diablo en el cuerpo... ¡Lo que la han sorprendido los espejos convexos en que se veía ridículamente ancha ó larga!.. Me ha obligado á echar pan á los patos, y me ha hecho tomar parte en el juego de las *naciones*, en que perdí un billete de cien francos... – Pronunciaba estas últimas palabras con un cándido énfasis, como si la pérdida de cien francos pudiera asombrar á personas acostumbradas á considerar una bagatela un billete de esa suma, y añadía vaciando su copa de Champagne: – Todo lo he encontrado delicioso... El aire de Niza señores, y nada más que el aire de Niza.

Oyendo esta infantil confesión, todos reían. Sólo Santiago no reía. Oía á Lechantre sin comprender lo que decía, y sentía haberse alejado del salón. Pensaba que en aquel momento Mania y el príncipe estaban sentados juntos; experimentaba penosa angustia, preguntándose qué se dirían á media voz durante aquella conferencia que le parecía hábilmente premeditada.

¿Qué se dirían? Nada que pudiera inquietarle y exasperar sus celos. Su conversación hubiera podido ser oída por todos. Era la conversación superficial, ligera de las personas del gran mundo, amenizada por alguna dulce sonrisa. Mania preguntaba al príncipe acerca de sus viajes, y éste la contestaba con galante condescendencia.

– Dígame usted, príncipe, ¿ha encontrado usted muchas mujeres hermosas en su expedición?

– Algunas veces, señora, pero nunca tan hermosas como alguna de las que veo hoy aquí, respondía Gregoriew, lanzando á la baronesa una mirada de admiración de sus ojos azules, dos ojos luminosos, que sin duda la costumbre de contemplar cielos y países diversos había agrandado.

Mania agitaba lentamente su abanico y despertábanse sus instintos de coquetería mientras que saboreaba los cumplimientos del príncipe.

– Sí, respondió con su habitual sonrisa irónica; todas somos aquí muy hermosas; pero volvamos á las asiáticas... ¿Ha encontrado usted allí algunas particular mente interesantes?..

– Sí, una, en Damasco; una inglesa de quien se contaban cosas extraordinarias.

– ¿Sí?.. ¿Y qué edad tenía?

– Setenta años, pero no representaba más que veinticinco, y allí decían que poseía el secreto de la eterna juventud.

– Es maravilloso... ¿Y comunicó á usted la receta?

– Sí. ¿La quiere usted?

– Naturalmente.

– Pues se la entregaré cuando sea usted septuagenaria. Hasta entonces no la necesita usted.

– ¿Se burla usted de mí?.., exclamó riendo; luego se puso grave. Acababa de ver á Santiago que pasaba con el semblante hosco y la mirada furibunda.

– Perdón, príncipe, dijo Mania; me veo obligada á dejar á usted. No he saludado á nadie todavía y estoy faltando á los deberes de la cortesía.

Se levantó, fué de un grupo á otro, y acabó por reunirse con Santiago.

– ¡Gracias á Dios!, exclamó, tendiéndole la mano. ¿De dónde sale usted?

En los salones no se tuteaban nunca.

– Lo sabría usted, contestó con mal reprimida cólera, si no hubiese estado tan entretenida con ese príncipe.

Le miró con mucha tranquilidad, y conociendo sus arranques, se apresuró á tomar el brazo de su amante. Llevóle al salón contiguo, donde había una puerta de salida á los jardines. Cuando estuvieron solos en una de las terrazas, murmuró Mania impaciente:

– ¿Por qué tan mala cara?.. ¿Qué mosca te ha picado?

– ¿Lo preguntas?.., contestó Santiago apretando los dientes. ¿Te parece que ha de serme agradable verte coquetear con ese príncipe ruso?..

– ¿Estás celoso del príncipe?.. ¡Un extranjero á quien apenas conozco!..

– Pero le permites que te bese.

– El beso de Pascua. Es una ceremonia insignificante sancionada por la costumbre.

– Y tu entrevista con él en casa de la señora Nicolaïdes, ¿es también cosa insignificante?..

– ¿Y qué sabía yo si estaba allí?

– ¿Y por qué tuviste buen cuidado de no decirme que ibas á casa de esa señora?

Frunció el entrecejo y contestó altiva:

– ¡Basta! Debieras conocerme mejor y saber que no tengo la costumbre de ocultar mis acciones. Y puesto que viene á cuento ahora, permíteme que te diga que si tuviera tentaciones de amarte menos, adoptas precisamente la actitud más apropiada para hacerme caer en esa tentación. No seas celoso, porque te pondrás en ridículo.

– ¿Y cómo no he de estar celoso cuando tus coqueterías con ese señor las comentan ya todos tus amigos? Hace poco se hablaba de ti en ese mismo salón...

– ¿Y puedo yo impedir que las gentes charlen y sean imprudentes y maliciosas?.. He sido amable con el príncipe... ¿Y qué mal hay en eso?.. En nuestro mundo esas galanterías de salón son una especie de moneda corriente, y sólo quien no conoce la sociedad puede darles importancia.

Vió Mania que Santiago sufría realmente, y apretándole el brazo le miró con ternura.

– Santiago, continuó, yo no sé mentir. El día en que no te ame, te lo diré franca y honradamente; pero, tranquilízate, ese día no ha llegado todavía, y si dependiera de mi sola llegaría lo más tarde posible.

Santiago, atormentado todavía por la duda, la miraba, y luego dirigía la vista al jardín, donde el viento azotaba los árboles. Aquél era el mismo paisaje que había contemplado la primera vez que habló allí mismo con Mania; y como entonces, las mágicas pupilas de los ojos claros le vencieron y subyugaron.

– Que ese día no llegue jamás, suspiró Santiago, porque te amo demasiado para que no me vuelva loco la idea de perderte.

Y en la soledad de la terraza la abrazó fuertemente...

– Eres un salvaje, murmuró la baronesa, riendo. Y ahora entremos en el salón... y ven esta noche á comer conmigo... No recibiré á nadie más que á usted, caballerito.

XVI

Hay una canción popular que Santiago recordaba haber oído en la fiesta de su pueblo, y que dice:

«El amor es lo mismo
que la montaña;
se sube con risas,
se baja con lágrimas.»

Desde la partida de su madre y de Teresa, el pintor reconocía la exactitud de la copla.

Pocos días después de aquel suceso, recibió una carta lacónica, fechada en el Priorato, en la que su mujer le anunciaba que se había retirado á Rocatallada, donde quería vivir en lo sucesivo. Añadía que había creído necesario informar de su resolución á la señora Moret y que ésta la había aprobado. En efecto, por el mismo correo había recibido el pintor carta de su madre. La pobre mujer estaba consternada. En medio de su desolación no se sentía con fuerzas para reprender á su hijo por su conducta. Deploraba solamente que Dios la hubiera dejado en el mundo para ver á sus hijos desunidos, y manifestaba el deseo de morirse, puesto que no podía ya tener tranquilidad en esta vida. No quería tampoco vivir en París, que tenía tristes recuerdos para ella, y se preparaba á volver á Rocatallada.

Santiago estaba entonces embriagado por las primeras felicidades de su intimidad con Mania, y las cartas no le impresionaron mucho. Todo lo había previsto y todo era la fatal consecuencia de su libertad reconquistada. Respondió á su madre de una manera respetuosa y evasiva, deplorando el disgusto que la había dado, pero sin decir una palabra de sus proyectos en el porvenir ni de la época de su regreso á París. Le envió un poder para que Teresa hiciera efectivas las rentas que á él le correspondían, y la suplicó que procurase que los intereses de su mujer no sufrieran detrimento con motivo de la ruptura de la vida común. Esta era para él cuestión de dignidad, y ponía el mayor empeño en no intervenir absolutamente en la administración de los bienes dotales.

Cuando vino á Niza trajo consigo Santiago todos sus fondos disponibles. Había vendido cierto número de cuadritos y cobrado un adelanto considerable á cuenta de un techo que había de pintar y cuyo boceto tenía terminado. Con estos recursos esperaba llegar holgadamente hasta el momento de su regreso á París. Pero los incidentes de la separación desnivelaron forzosamente el equilibrio de su presupuesto. Hasta entonces había llevado una vida regular, que siendo holgada era proporcionada á su modesta fortuna de artista. No fué lo mismo cuando asoció íntimamente su existencia á la de la baronesa Liebling. Mania formaba parte de una sociedad en que la gente se divertía mucho y no reparaba en gastos. Vivía como una gran señora acostumbrada á no carecer de nada. Satisfacer un capricho, por costoso que fuera, le parecía una cosa tanto más natural cuanto que todas sus amigas tenían igual costumbre que ella. Sin preocuparse jamás de cuestiones de dinero, no suponía que en el círculo de sus íntimos hubiera nadie que tuviera que calcular y moderar sus gastos. La palabra economía no tenía sentido para ella. Todos los días organizaba jiras de campo ó banquetes á que era convidado Santiago. Este no solamente no declinaba ninguna de estas invitaciones, sino que las admitía gozoso como el medio más cómodo de ver á su amada frecuentemente. Todos estos placeres cotidianamente renovados le salían tanto más caros cuanto que le gustaba mostrar cierta ostentación en ser espléndido y generoso. Teniendo poca experiencia de este género de vida, y temiendo siempre ser considerado como un intruso entre las gentes del gran mundo, se esforzaba en parecer más liberal y dadivoso que todos, y frecuentemente exageraba esta liberalidad. Además Mania era á cada momento ocasión para él de gastos imprevistos. Una vez tenía que comprar las orquídeas que ella había visto en el escaparate de la florista y que le habían gustado mucho y él se apresuraba á ofrecérselas; otra un *bibelot* raro, visto en un almacén de antigüedades y que le pareció á Mania una maravilla; otra una *tómbola* en que la baronesa tomaba parte, y Santiago se arruinaba para comprar papeletas. Además tenía empeño en no presentarse menos correctamente vestido que los personajes que frecuentaban la casa de Mania, y vestía tan elegante como el que más. Los coches, los guantes, el sastre y el camisero acababan de vaciarle el bolsillo.

A fin de abril se había quedado sin dinero y se veía precisado á pedir doscientos duros á Lechantre mientras procuraba tener algún dinero. Había escrito á sus compradores de cuadros pidiéndoles algún adelanto á cuenta de obras que les prometía hacer para ellos. Pero éstos, adivinando que el hombre estaba escaso de dinero, habían empezado á regatear, esperando sacar mejor partido del artista tronado. Con gran dificultad obtuvo de ellos algunos billetes de mil francos á cambio de convenios muy duros, por los que se comprometía á entregar á plazo fijo cierto número de cuadros.

Erale preciso cumplir sus compromisos, y Santiago, azorado é inquieto, determinaba ponerse á trabajar. Desgraciadamente, no tenía la tranquilidad de espíritu ni la facilidad de ejecución que permitía á Lechantre hacer en corto espacio lindas acuarelas que al momento vendía con ventaja. Santiago trabajaba penosamente; sólo por una dolorosa serie de laboriosos esfuerzos podía dar forma definitiva á sus ideas. Además, su talento era de otro género que el del maestro, y se prestaba menos á la improvisación. Lechantre encontraba en todas partes puntos de vista que copiar. Se asimilaba rápidamente el carácter del sitio que estudiaba y lo copiaba con una gracia y una ligereza maravillosas. Santiago, por el contrario, encontraba desde el principio dificultades insuperables. Los cuadros que había proyectado debían representar escenas de la vida campestre y tener por objetivo los aldeanos de aquel territorio de Rocatallada que le era tan familiar. Por grandes que fuesen la vivacidad de sus recuerdos y la exactitud de sus croquis, era demasiado concienzudo para ejecutar de memoria alguna de aquellas composiciones detenidamente meditadas y que deseaba que fueran la obra capital de su vida artística. Comprendía que para realizar semejante empresa necesitaba vivir en el medio ambiente de su país natal. Además estaba demasiado apremiado por el tiempo para emprender una de aquellas difíciles composiciones, y se veía obligado á aplazarlas para más adelante.

Tenía, pues, que limitarse á paisajes del Mediodía, en que vivía desde seis meses antes; pero tropezaba con obstáculos de otro orden. Precisamente porque la naturaleza de este país le había maravillado, hallábase aún bajo la impresión de asombro y admiración, y era muy pronto para poder coordinar sus sensaciones y objetivarlas fielmente en el lienzo. Aquellos grandes puntos de vista de mar y montañas, la luz incomparable, el intenso colorido, le desorientaban. No los había estudiado bastante fríamente para poder trasladarlos con fidelidad al lienzo. El paisaje y las personas no le eran familiares, y cuando se veía ante sus modelos experimentaba una extraña timidez y crueles vacilaciones; lo que pintaba no tenía la precisión y la originalidad de sus anteriores obras. No se hacía ilusiones acerca de la menos que mediana calidad de su trabajo, y esta evidente impotencia le desesperaba. Para triunfar de este estado de inferioridad, para acostumbrar poco á poco su pincel á interpretar aquella naturaleza rebelde, necesitaba una labor constante, una soledad completa, una absoluta tranquilidad, y todas estas condiciones le faltaban. Cuando no estaba con la baronesa no podía lanzar de sí la obsesión de su amor. La imagen de Mania perturbaba sus meditaciones y se interponía entre el artista y el lienzo. Pensaba qué haría en su ausencia, dónde estaría, quiénes eran los que querían enamorarla, qué le dirían y qué les contestaría ella... Y un solo deseo, una sola preocupación le dominaba: dejar el enojoso trabajo y correr á casa de su amada. Cuando, después de una *soirée* en el teatro ó en casa de Mania ó en la de la princesa, volvía á su hotel, fatigado de las conversaciones de los maldicientes, celoso de los que mariposeaban en derredor de la baronesa, irritado de las coqueterías que ésta se permitía sin escrúpulo, enervado por unas horas de esperar en vano hablar solo con ella, ó porque había habido aplazamiento de cita en que ya había consentido, volvía con profundo desaliento al trabajo comenzado, y difícilmente podía reunir las ideas que ya habían huído de su imaginación.

¿Habéis observado en el campo esos nidos de arañas suspendidos en la maleza?.. Allí, en una especie de hamaca viven centenares de minúsculas arañas. Si movéis con una rama aquel mundo de insectos, inmediatamente se dispersa toda aquella multitud, como un hormiguero se disgrega y no encuentra ya su primitiva cohesión. Pues lo mismo sucede con las ideas necesarias para la ejecución de una obra de arte; en trastornándose la lenta aglomeración, huyen, y á pesar de penosos esfuerzos, difícilmente se las puede tornar á su orden é integridad. Después de estas interrupciones, Santiago volvía á su lienzo con una dolorosa tensión de espíritu, y frecuentemente el trabajo que imponía á su cerebro fatigado no tenía otro resultado que determinar un malestar físico, una reproducción de aquellos mismos síntomas que hicieron á su médico aconsejarle que se trasladara al Mediodía. Las palpitaciones eran muy frecuentes, la acción del corazón precipitada é irregular; parecía que el órgano, súbitamente aumentado de volumen, invadía toda la cavidad del pecho; la sucesión demasiado rápida de las pulsaciones le impedía la respiración; palidecía, se angustiaba y sentía un desesperante desaliento. Y entonces arrojaba con rabia los pinceles y salía ansioso de respirar el aire libre.

Cuando, después de estas crisis, corría á casa de Mania, llevaba, á pesar suyo, impresa en el rostro la huella de sus sufrimientos y de su profundo desaliento. En medio de las distracciones y de las conversaciones de las personas que rodeaban á la baronesa, estaba postrado por una fatiga general y se encerraba en un taciturno mutismo. Mientras en derredor suyo se oían los chistes, risas é ingeniosidades de aquella sociedad de ociosos, él estaba abatido é indiferente. Y todo el mundo lo notaba, por lo que ya le llamaban el *aguafiestas*.

– Querida, decía la baronesa Pepper á su amiga, tu amigo podría ventajosamente reemplazar á una bomba de incendios: en cuanto entra, apaga el fuego.

Mania á su vez comenzaba á impacientarse viéndole siempre triste, hasta cuando estaban los dos solos. En estas ocasiones la baronesa solía preguntarle acerca de sus trabajos de pintura; contestaba lacónicamente y como contrariado de que le recordara su arte, y volvía luego á su sombrío silencio. Mania se ponía al piano para disimular su disgusto, la música reemplazaba á la conversación; y arrullado por el ritmo, Santiago caía en una somnolencia alarmante.

«Decididamente, pensaba, ya no sé pintar. ¿De dónde procede esta imposibilidad en que me veo de reproducir en el lienzo la fisonomía de este país?.. ¿Es que mi cerebro se seca?.. ¿Es el sufrimiento físico que anubla mi vista y entorpece mi mano?.. ¿O soy uno de esos talentos precoces que producen de una vez todo lo que tienen en la cabeza, y luego nada en toda su vida?» Pensaba también que su desagradable humor debía parecer extraño á su amada, pero se libraba bien de explicarle la causa. Su amor propio y una especie de supersticiosa desconfianza le impedían confesar su mal estado de salud y sus desgraciadas tentativas de trabajar. Temía desmerecer en la opinión y en el corazón de la mujer que sólo le había amado por su talento y su notoriedad. Así, hacía esfuerzos imposibles por ocultar á Mania sus crueles sufrimientos.

Y mientras él estaba absorto en estas meditaciones, Mania, por encima del piano, le espiaba curiosamente y le estudiaba con disimulo. Ignorando el motivo real de su tristeza, la atribuía á recuerdos que consideraba ofensivos para ella. Imaginaba que su amante pensaba en Teresa y que el fantasma de la esposa abandonada le perseguía. Una vez en su alma exclusiva esta sospecha, despertábanse en ella los rencores provocados por la sorpresa de la mujer del artista en San Juan. Indignábase su altivez de esta ternura retrospectiva cuyos indicios creía sorprender en la actitud de su amante. «Esa mujer, pensaba Mania con violento despecho, ha conservado influencia sobre él. Cuando está solo conmigo piensa en ella. No soy yo á quien ve; la que ve es aquella cara de madona de aldea... Acaso piensa ir á reunirse con ella. Satisfecho su capricho, tiene ahora el de amar otra vez á la mujer que abandonó por mí... ¡Y yo me he olvidado de quien soy hasta el extremo de ser la querida de un pintor de rusticidades, y ahora en castigo sufro la humillación de correr el peligro de verme sacrificada á la mujer que tan descaradamente me ofendió!.. No, no sucederá esto... y yo tomaré la revancha.

Movida por un sentimiento de rencorosos celos maniobraba con la dulzura felina y zalamera en que es maestra la raza eslava, ansiosa de recobrar un imperio absoluto sobre Santiago, y desterrar la sombra de la mujer propia que pensaba se interponía entre ella y el pintor. Y conseguía en verdad lo que se proponía, porque realmente el artista la amaba siempre. Pero cuando suponía haber reconquistado aquel corazón que no había dejado de ser suyo, se vengaba inventando los más acerados sarcasmos contra la esposa legítima, á quien consideraba todavía odiosa rival; las alusiones impertinentes, las recriminaciones injustas herían á Santiago, que veía en la intemperancia de su querida una falta de generosidad y una demostración de mal corazón. Algunas veces la cuestión tomaba carácter tan violento que se irritaba contra la baronesa y le imponía enérgicamente silencio.

Este encono contra Teresa produjo el resultado de llevar el pensamiento de Santiago al humilde mundo de Rocatallada, con el que tan cruelmente había roto toda relación. Hasta entonces había procurado olvidar; pero ya su espíritu afligido hacía melancólicas peregrinaciones á aquellos lugares que tanto amó. Recordaba con tristeza aquellas calles del pueblo que había recorrido tantas veces, pensando en un cuadro empezado ó en el asunto de otro que empezaría después; aquellos senderos á la orilla del Anjou donde había encontrado sus mejores inspiraciones. Pensaba que allá abajo, en aquel país pacíficamente obscuro, no se hubiera visto detenido en su trabajo por las dificultades y las dudas que le atormentaban en Niza. Al extremo de cada uno de aquellos senderos, al cruzar cada una de aquellas calles del país natal, visitado mentalmente, levantábase la imagen de la honrada mujer que había traicionado indignamente, aquella misma á quien tantas veces había llamado «su musa y su gloria,» y le acome-

tía una profunda ira, que operaba en él un fenómeno singular. Su orgullo se negaba á reconocer la acción saludable de Teresa sobre su talento. Se rebelaba contra esta verdad: ¿no estaba aún en plena posesión de todos sus medios artísticos? La naturaleza del Mediodía ¿no era tan sugestiva como la de Rocatallada? El amor de Mania y su carácter original ¿no podían contribuir á renovar y rejuvenecer su manera?.. ¿Por qué la gran señora no había de ejercer una provechosa influencia sobre sus futuras producciones? ¿Por qué?.. ¡Ah! Sencillamente porque no había entre ella y él esa incesante comunidad de ideas, esa solicitud de todos los minutos, esa tierna abnegación de la mujer propia que alientan y estimulan los esfuerzos de un artista. La vida de la baronesa estaba consagrada á las visitas, los placeres, las preocupaciones de *toilette*, y no podía interesarse seria y pacientemente en el trabajo lento, en las frecuentes enmiendas, en las continuas alternativas inherentes á la ejecución de una obra pictórica: gustábale y admiraba la pintura, pero como aficionada, cuando el cuadro estaba acabado y expuesto en el marco á la admiración del público elegante. Todo lo que precedía le inspiraba poquísimo interés. «No me gusta, decía, ver cómo se guisa en la cocina, ni cómo se pinta en el taller.» No podía, pues, ser una auxiliar y consejera útil. Santiago lo conocía, y esto le contrariaba y contribuía á hacer más constante su humor atrabiliario.

Al fin y al cabo este mal humor creciente acabó por fatigar á la baronesa. Para soportarlo con resignación hubiera sido preciso que tuviera una mansedumbre que no poseía. Primero se alarmó, luego se fatigó y por último se hastió, y tomó el partido de dejar en su rincón al pintor con su detestable humor y procurar estar acompañada de personas más amables.

No le faltaron estas personas, y entre ellas el más asiduo y el mejor recibido fué el príncipe Gregoriew. Era elegante, hombre de mundo, muy ilustrado, ingenioso y comunicativo; tenía, pues, todas las cualidades para agradar á la baronesa. Pronto adivinó que le era simpático y procuró serlo más. Mania hallaba mucho atractivo en la conversación del príncipe, y no trató de disimular esta buena impresión. Las tempestuosas peripecias de su amor con Santiago y el progresivo desencanto que experimentaba le producían un aburrimiento de que solamente la curaba la cortés galantería franca y distinguida del príncipe.

No pensaba en modo alguno dar un sucesor á Santiago, porque habiendo sido poco afortunada en su devaneo, no tenía intenciones de hacer una nueva experiencia. Pero, siguiendo fiel al artista, agradábale la amistad franca y sincera con un hombre joven, bien nacido, espiritual y que la trataba con la más simpática amabilidad. Pertenecían al mismo mundo, hablaban el mismo idioma, y con Sergio Gregroriew no tenía que temer el mal humor, los arrebatos, las amenazas que la humillaban.

Pronto el príncipe llegó á ser el caballero preferido de la baronesa Liebling. Todas las tardes, entre cinco y seis, Santiago le veía entrar en el salón de la calle de la Paz y presenciaba la afectuosa acogida que le dispensaba la dueña de la casa. Siempre había visto con enojo á los jóvenes ociosos que frecuentaban la casa de Mania, pero no los había considerado peligrosos; le parecían demasiado insignificantes. Pero no era lo mismo el príncipe Gregoriew. Santiago era bastante perspicaz para reconocer en él un hombre de evidente mérito, de noble carácter y de poderosa inteligencia. La asiduidad del príncipe y la preferencia con que Mania le distinguía resucitaron rápidamente las sospechas que el artista había concebido en casa de la princesa Koloubine el día de la fiesta de la Pascua rusa. Y todo le pareció sospechoso, y perdió el poco reposo que le quedaba.

Conoció las desconfianzas, las mortificaciones y los rencores de los celos. Espiaba ansiosamente los gestos y las palabras de la baronesa y de Gregoriew. Las frases de cumplido y las más inocentes familiaridades le inspiraban enfadosas conjeturas. Cuando volvía á casa daba continuo tormento á su cerebro recordando las acciones que le habían impresionado desagradablemente á fin de descubrir síntomas de traición. Y en estas cavilosidades pasaba las noches sin dormir. Los incidentes más insignificantes tomaban á sus ojos una grande importancia y sobrexcitaban su imaginación enferma. Las horas de ausencia le parecían odiosamente largas, y súbitamente corría á la calle de la Paz, con la razón alterada, el corazón ulcerado, y resuelto á provocar una explicación. Pero en cuanto entraba en el salón, los fantasmas que se había creado no tenían ya la misma consistencia. La serenidad de Mania y la exquisita cortesía del príncipe quitaban todo pretexto á su enojo. Ni en ella ni en él sorprendían el aspecto de personas que tienen algo que ocultar, y Santiago, si no quería parecer un ente ridículo, se veía obligado á guardarse sus sospechas y sus impulsos de provocación.

Una tarde de mayo, al subir la escalera del vestíbulo del hotel de Mania, después que el portero había tocado el timbre, vió abrirse la puerta y salir un lacayo que le dijo:

– La señora baronesa ha salido.

Santiago creyó adivinar que el criado obedecía una consigna.

– ¿Y adónde ha ido la señora?, le preguntó con una insistencia de gusto dudoso.

– No lo sé, señor. Hoy es jueves. Puede que la señora haya ido á casa de la princesa Koloubine.

El criado se entró en el vestíbulo cuya puerta de cristales se cerró, y Santiago bajó lentamente la escalinata. El aire reservado del lacayo le pareció sospechoso, y no podía comprender cómo la baronesa no le había avisado que no estaría en casa. Atravesando el patio vió que el cochero estaba ocupado en limpiar el carruaje de la baronesa. No había ido en coche á la villa Endymión. Esta circunstancia le pareció aún más sospechosa, y sin detenerse corrió á casa de la princesa, donde no estaba la baronesa ni tampoco el príncipe Gregoriew. Santiago estuvo allí una hora mortal esperando; pero no viendo llegar á su amada, se despidió y volvió á la calle de la Paz. Allí despidió el coche, y empezó á pasear delante del hotel. Después de media hora de espera, le dió vergüenza estar allí de plantón como un colegial, y resolvió volverse á su casa. En el momento en que volvía la esquina de una calle lateral, volvió á mirar y distinguió, pero de lejos, una silueta masculina que se alejaba en dirección opuesta. Y lleno de ira, volvió furioso á la calle Carabacel. La misma noche recibió una carta de Mania. Se excusaba de no haber estado en casa y le indicaba para el día siguiente una hora en que estaría sola. Lejos de calmarle, esta atención le pareció una astucia imaginada para destruir sus sospechas y engañarle. El día siguiente fué puntual á la hora señalada, y se presentó con una cara tan hosca que le pareció á Mania de muy mal agüero.

Mania estaba sola, en efecto, y recibió al pintor con la sonriente serenidad de una persona que no tiene nada de que acusarse.

– Sentí mucho no estar ayer en casa cuando viniste, y sobre todo no haberte avisado que iba á salir.

– ¿Y habías salido, en efecto?, preguntó Santiago con tono sarcástico.

– Desde el momento en que lo digo, replicó la baronesa con altivez desdeñosa, no tienes derecho á dudarlo.

– No tiene nada de particular que lo dudara; porque al llegar, el portero tocó el timbre, como hace siempre cuando está la señora en casa y viene visita, y el coche estaba en la cochera... De modo que saldrías á pie.

– ¿Qué te importa?, contestó la baronesa, procurando contenerse; he salido porque me dió la gana.

– Y no fuiste á casa de la princesa, como me dijo el criado, porque allí esperé en vano una hora, y cansado de esperar volví aquí, y vi salir del hotel un hombre...

– ¡Mi norabuena! ¡Has tomado bonito oficio!... ¡Espía!... ¡Muy bonito!

– Llámame lo que quieras... Estaba en mi derecho porque te amo locamente, y tengo motivos para estar celoso.

– ¡Celoso! ¿Y de quién, si se puede saber?..

– De ese príncipe Gregoriew que tanto te entretiene y que no sale de aquí.

Mania se mordió los labios y no replicó. Y Santiago, interpretando su silencio como una confesión, continuó airado:

– ¿No respondes? ¿Por qué no te atreves á negarlo?

– No tengo costumbre de responder á tonterías. El príncipe Gregoriew es recibido en mi casa como un amigo. Nada en mi conducta, nada en su actitud, te autoriza á hacerme preguntas injuriosas. El príncipe se conduce siempre con la corrección de un hombre distinguido y bien educado, y alguna persona que yo conozco haría muy bien en imitarle... En cuanto á tus pretendidas ofensas, son ridículas... Y ciertamente que siendo tan exigente con los demás, debías ser menos indulgente contigo. Si yo tuviera ganas de reñir, que no las tengo, podría hacerte cargos algo más serios que los que me haces. ¿Crees que no advierto tus distracciones, tus tristezas y tus arranques de mal humor?.. Hace tiempo que cuando vienes á mi casa tu cuerpo está aquí, pero tu pensamiento va muy lejos, y yo sé perfectamente adónde va.

Por una maniobra muy femenina y hábil, de acusada se convertía en acusadora y tomaba enérgicamente la ofensiva.

– Sí, continuó sarcásticamente, recuerdas el tiempo pasado, padeces la nostalgia de tu provincia y de las personas de tu provincia. Lo comprendo, y no es una falta que deba censurarse... Al contrario, prueba que tienes buen corazón... Pero debías confesarlo francamente, ¿sabes?; porque yo no quiero detener á nadie contra su voluntad, y si te pesa no estar ya en tu país, por mi parte eres libre para volverte cuando quieras.

Ante esta despedida tan clara y despreciativamente formulada cayó toda la cólera de Santiago. El miedo de perder á Mania para siempre, le hacía cobarde. Se humilló, se arrojó á los pies de la baronesa, solicitó su perdón y lo obtuvo. Pero esta capitulación le ponía en lo sucesivo á merced de la que amaba tan ciegamente, y la situación se agravó más y más. Todo su prestigio había acabado; no tenía para imponer á Mania esa autoridad enérgica que complace á las mujeres en el hombre amado. Como ella misma le había dicho, Mania era refractaria á toda debilidad y no estimaba más que á las personas de carácter firme y entero como el suyo. A partir de aquel día, ya no tuvo con el amante atención alguna; y lejos de modificar su manera de vivir, recobró toda su independencia. Santiago sufría cruelmente sin tener el valor de formular nuevas quejas; pero estos mudos sufrimientos, unidos á sus apuros de dinero, alteraron profundamente su salud y le desequilibraron por completo. Devorado de celos, humillado, pobre y forzosamente ocioso, el estado de Santiago era tal, que alarmó gravemente á su maestro y protector, á su mejor amigo Francisco Lechantre. Este seguía dividiendo el tiempo entre fáciles pláceres y trabajos fructuosos, pero ya comenzaba á cansarse de Niza. Sólo su amistad á Santiago le detenía. No se atrevía á abandonarle en el estado de depresión física y moral en que le veía, y de cuando en cuando le hablaba de partir; pero Santiago cambiaba de conversación ó se negaba redondamente á salir de Niza. Así se llegó á mediados de mayo. Una mañana entró Lechantre en casa de Santiago.

– Hijo, le dijo con decisión, ¿quieres algo para París? Mañana me voy.

– ¿Cómo? ¿Me abandona usted?, preguntó Santiago tristemente.

– Nunca he tenido intenciones de eternizarme en Niza. Como ayer le dije á mi ramilletera y ex monaguillo, todo acaba en este mundo. Mis asuntos me llaman á París, que los tengo harto descuidados; por acompañarte he renunciado á la elección del Jurado, y no sé si llegaré á tiempo para llevar algo á la exposición; pero ahora que tú te marchas también, no tengo nada que hacer aquí y me voy.

– ¿Que yo marcho?.., preguntó Santiago asombrado; ¿quién ha dicho á usted semejante cosa?

– Ayer, en casa de la princesa Koloubine. ¿No eres tú de los que van en la expedición al lago de Como, organizada por el príncipe Gregoriew?..

– No sé una palabra de tal expedición.

– ¿De veras?.., prosiguió Lechantre sorprendido. Pues parece que va á ser una magnífica expedición... Viaje á Génova en yate, descanso en Milán, visita á Bellagio; luego regreso por Lugano y el lago Mayor... La baronesa Pepper, Jacobsen y la señorita Sonia tienen hechos ya sus preparativos, y como la baronesa Liebling va también, supongo que la acompañarás.

Santiago se había puesto lívido.

– Ayer la vi, y nada me dijo.

– ¡Hombre! ¿Qué me cuentas?.. Pues el viaje lo emprenden mañana á las nueve.

– Entonces, murmuró el desgraciado, entonces... no hay duda... esa mujer me hace traición.

– Ese es otro punto de vista, respondió Lechantre, y creo á la señora que te ha vuelto el juicio muy capaz de una infidelidad... Y si he de hablarte con franqueza, hijo, oyendo ayer á aquellas señoras hablar del viaje, me temía algo de lo que temes, y he querido prevenirte para que tu adorado tormento no se burle de ti.

– ¡Oh! No se marchará, exclamó el artista, yo se lo impediré.

– Eso se dice fácilmente; pero si ella realmente quiere marcharse, á ver cómo se lo vas á impedir... No, ¡vive Dios!; otra cosa has de hacer, algo que sea digno de ti... Lo que has de hacer hoy es ir á romper un lazo criminal que arruina tu porvenir.

(Continuará)



Cuentos de Grimm. – El gnomo, dibujo de P. Grot Johann

CUENTOS DE GRIMM

NUEVA EDICIÓN MONUMENTAL ALEMANA

ilustrada por P. Grot Johann

Entre las muchas colecciones de cuentos que las distintas literaturas han producido, pocas gozan de la reputación y popularidad que la de los hermanos Grimm, no sólo en Alemania, en donde es considerada como monumento literario salido del pueblo y para el pueblo escrito, sino en el resto de Europa, en donde su lectura ha servido de grato solaz é instructivo entretenimiento de niños y aun de adultos durante algunas generaciones.

Ningún libro de cuentos reune tantos atractivos como esa colección clásica que, por dondequiera que se abra, hace revivir en el alma del lector las dulces impresiones de la infancia y de la adolescencia y cuyas figuras de reyes, hadas, gigantes, gnomos y ondinas fíjanse de modo indeleble en la mente de los que con curiosidad de niño han leído esa serie de narraciones.

La obra de los ilustres filólogos de Cassel conserva, á pesar de los años, toda su frescura, todos sus encantos y es de las que se leen y leerán siempre con delectación; no siendo, por consiguiente, de extrañar que de ella se hayan hecho innumerables ediciones en todos los idiomas.

La importante casa alemana *Deutsche Verlags-Anstalt* acaba de publicar una que merece ser calificada de monumental bajo todos conceptos, sobre todo por la multitud de hermosos grabados que la ilustran, debidos al lápiz del reputado dibujante P. Grot Johann. Como muestra de ellos publicamos algunos en esta página, al propio tiempo que tomamos de la colección citada uno de los bellísimos cuentos que creemos han de leer con gusto nuestros suscriptores.

LAS TRES PLUMAS

Erase, una vez, un rey que tenía tres hijos, dos de ellos sabios y discretos y el tercero poco hablador y sencillote, por lo que le llamaban el *tonto.* Viejo y débil el monarca, sintiéndose cercano á la muerte y no sabiendo á cuál de sus hijos dejar su reino, díjoles un día: «Id por el mundo, y el que me traiga el tapiz más fino será rey cuando yo muera.» Y para que no riñeran los tres hermanos, salió á la puerta del palacio, echó tres plumas al aire y les ordenó que cada uno siguiera la dirección que éstas tomaran. Una pluma voló hacia Oriente, otra hacia Occidente y otra cayó en seguida al suelo, en vista de lo que uno de los hermanos se encaminó hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, burlándose del *tonto,* que hubo de quedarse donde la tercera pluma había caído.

Triste y cabizbajo estaba el infeliz, cuando observó que junto á la pluma había una trampa, que levantada puso al descubierto una escalera: descendió por ésta y encontróse delante de otra puerta, á la que llamó, oyendo que desde dentro decían: «Niña verde y pequeña, la de la pierna encogida, vé á ver quién está ahí fuera.»

Abrióse la puerta y el *tonto* pudo ver una rana grande rodeada de otras muchas ranitas. Preguntóle aquélla que qué quería, á lo que él repuso que deseaba el tapiz más fino y más bello; entonces dijo á una de las ranitas: «Niña verde y pequeña, la de la pierna encogida, tráeme la caja grande.» Traída que fué, abrióla y sacó de ella, entregándolo al *tonto,* un tapiz tan hermoso y tan delicado como otro igual no podía tejerse en la tierra. Dióle él las gracias y salió de allí.

Los otros dos hermanos tenían por tan tonto al pequeño, que creyeron que nada encontraría; así es que no apurándose gran cosa, cogieron el vestido de la primera pastora con quien toparon y lleváronselo á su padre. Al mismo tiempo llegó el *tonto* con su precioso tapiz, y al verlo el rey exclamó asombrado: «En justicia, mi reino debe ser para éste.» Pero los otros no dejaron un momento de reposo á su padre, haciéndole ver la imposibilidad de que el *tonto* fuera rey y pidiéndole que les impusiera una nueva condición. Accedió á ello el anciano, y declaró que sería su heredero el que le llevara la sortija más hermosa. Repitióse la prueba de las plumas; y como la otra vez, los dos hermanos mayores se dirigieron hacia Oriente y hacia Occidente y el menor se quedó en el sitio en donde cayera la pluma que, como entonces, fué á parar junto á la trampa. Bajó el *tonto* la escalera; y habiendo expuesto á la rana el objeto que de nuevo le llevaba á su presencia, recibió de ella una sortija de piedras preciosas, tan sumamente bella que ningún artífice de la tierra hubiera podido fabricar otra que ni de lejos se le pareciera. Los dos mayores, burlándose del aprieto en que el otro se vería para cumplir la condición impuesta, no se apuraron para llenar por su parte su cometido, y arrancando el anillo de un coche quitáronle los clavos y lo presentaron á su padre; mas cuando éste vió la sortija que le entregaba el pequeño, declaró que á él y sólo á él correspondía el reino. Los dos hermanos no cesaron de atormentar al monarca hasta que obtuvieron de él que impusiera una nueva condición, y fué la de que le sucedería en el trono el que le llevase la mujer más bonita. Echó al aire las tres plumas, y sucedió lo mismo que las otras dos veces.

El *tonto* se encaminó á la cueva de la rana y díjole: «Necesito la mujer más hermosa.» «¡Ay, hijo mío!, le respondió la rana, eso sí que no lo tengo á mano; pero no te asustes, que tuya ha de ser.» Y dicho esto, le entregó una zanahoria vaciada, de la que tiraban seis ratoncitos. «Y ¿qué hago yo con esto?,» exclamó el *tonto,* saltándosele casi las lágrimas. «Coloca aquí dentro á una de mis ranitas.» Hízolo así, cogiendo al azar una de éstas y metiéndola en el extraño vehículo; mas apenas la hubo sentado, convirtióse la



Cuentos de Grimm. – Los músicos de Brema, dibujo de P. Grot Johann



Cuentos de Grimm. – Las tres plumas, dibujo de P. Grot Johann

rana en hermosísima doncella y la zanahoria y los ratones se transformaron en magnífico coche y briosos caballos. Besó el sorprendido mozo á la muchacha y fuése con ella al palacio del rey, adonde llegaron después sus dos hermanos, que como de costumbre, no se habían inquietado lo más mínimo por encontrar una mujer guapa, contentándose con las dos primeras labradoras que les parecieron más aceptables.

Cuando el rey tuvo en su presencia á sus tres hijos, declaró que al menor correspondería el trono después de su muerte. Pusieron los dos mayores una vez más el grito en el cielo, diciendo que en modo alguno podían tolerar que el *tonto* llegara á ser monarca y pidiendo á su padre que sólo reconociera como á tal á aquel cuya esposa pudiera saltar mejor por entre un aro que pendía del techo en el centro del salón. Impulsábales á pedir esto la idea de que sus mujeres, á fuer de aldeanas robustas, podrían dar fácilmente el salto, al paso que la del *tonto*, joven, delicada y endeble, caería y se mataría si lo intentaba. El anciano rey accedió también á esta petición: saltaron las dos labradoras; pero como muy pesadas, cayeron y se rompieron los brazos y las piernas; en cambio la hermosa doncella que se había casado con el *tonto* ejecutó el salto con la misma ligereza que una corza.

Después de esto cesó toda oposición, y el *tonto* ciñóse la corona, que compartió con su amada compañera, y vivió muchos años, siendo un rey sabio, prudente y bondadoso.



Cuentos de Grimm. – La hija del molinero, dibujo de P. Grot Johann

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

LA ESPAÑA MODERNA. – El último número de esta revista, en donde sólo se publican escritos de autores españoles ó de extranjeros que de asuntos de España se ocupan, contiene interesantes trabajos de Emilia Pardo Bazán, Campoamor, Pirala, Echegaray, Pero Pérez, Salillas, Fernández Duro, Castelar, Villegas, Menéndez Pelayo y Gladstone. – Se suscribe, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

***

REVISTA INTERNACIONAL. – Esta nueva publicación mensual se propone dar á conocer en España los escritos más importantes que se publiquen en el extranjero. El primer número contiene notables trabajos de Barbey, Zola, Sainte Beuve, Coppée, Daudet, Tolstoy, Filicaja, Arnold, Gautier, Ibsen y Caró. Se suscribe, al precio de 30 pesetas al año en España y 40 francos en el extranjero, en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

***

LA VENDETTA, *por Balzac*. – La España Editorial (Madrid, Cruzada, 4) acaba de publicar una de las novelas más interesantes de Balzac, *La Vendetta*, que forma parte de las *Escenas de la vida privada*. La edición castellana, hecha con todo esmero, forma un elegante volumen de 167 páginas y 28 bonitos grabados. – Véndese á 2 pesetas.

***

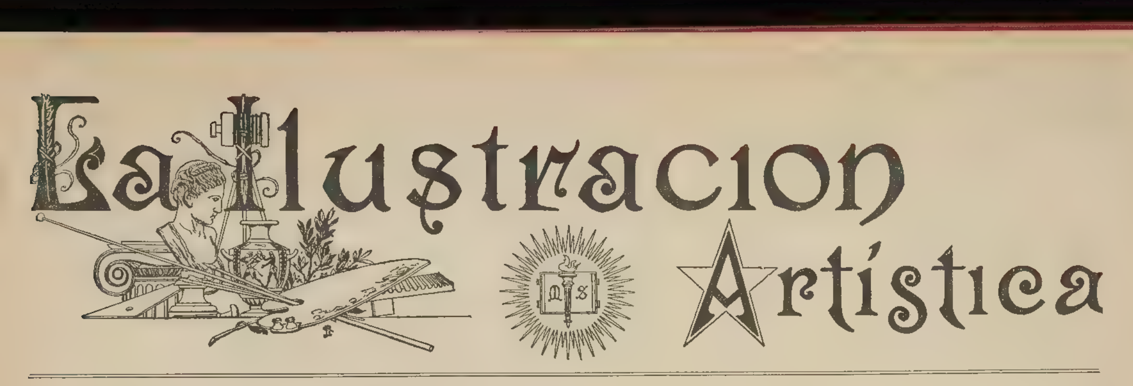
RESEÑA DE LOS PRODUCTOS NATURALES y más especialmente de las plantas medicinales espontáneas en el partido judicial de Saldaña, *por D. Aquilino Macho Tomé*. – El título de este libro indica sobradamente el asunto de que trata, y el premio que obtuvo en el concurso celebrado por *La Farmacia Moderna* y el dictamen sobre el mismo pronunciado por hombres de gran saber en esa especialidad son el mejor testimonio de la valía de este trabajo, que revela grandes conocimientos y profundos estudios en su autor. El libro ha sido impreso en Valladolid en el establecimiento tipográfico de Hijos de Pastor.

***

EL HUERCO, poema *por Luis Cánovas*. – Tomando el argumento de una interesante tradición contenida en la hermosa colección de «Narraciones catalanas» recogidas por el distinguido publicista D. Sebastián Farnés, ha escrito nuestro distinguido colaborador D. Luis Cánovas un bellísimo poema, en el que campea verdadera inspiración y que revela perfecto dominio de la métrica. *El huerco* es, en suma, una composición que justifica una vez más la reputación literaria conquistada por su autor.


VISTA DE MÓNACO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XIII — Barcelona 23 de abril de 1894 — Núm. 643

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PRIMEROS FRÍOS, grupo escultórico de Miguel Blay

(Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1892)

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Cada día que pasa va siendo más difícil la tarea de reseñar el movimiento artístico de España, especialmente el de esta capital.

Nunca como ahora el marasmo que impera en todas las esferas del arte llegó á tanta altura. Nunca como ahora la indiferencia por las artes y las letras – indiferencia de la que no habré de inquirir la causa en estos momentos, aun cuando una parte de su origen esté perfectamente clara en la conciencia de todo el mundo – adquirió más alarmantes síntomas. Nunca como ahora artes plásticas y literatura se vieron más faltas de apoyo en los elementos todos que componen una sociedad culta, ni tampoco más faltas de vigor y de originalidad en sus manifestaciones.

Verdaderamente, estas crónicas, más que crónicas de un arte que no existe – ó si existe, es de un modo lánguido y desmayado, tan desmayado que más que desmayo parece catalepsia sin fin – debieran ser crónicas de desdichas, relatos de angustias, narraciones de miserias, noticias de dolorosos espasmos del organismo social de España. El literato, como el pintor, como el escultor, adquieren en estos días sin término, en estos días no vividos por nadie, ni para nada que trascienda á labor intelectual de ningún género, la fantástica existencia de un héroe de Hoffmán ó de Pöe. Ver al pintor delante del caballete esgrimiendo el pincel; al estatuario, afanoso, modelando; al hombre de letras encorvado sobre las cuartillas ó sobre el libro hora tras hora, vertiendo en el papel las ideas que su ingenio le sugiere ó su ciencia le dicta, y todos ellos soñando con la gloria, con el brillo de su nombre, con la esperanza de coadyuvar á la mayor elevación de la cultura de su país, es ver cosa que maravilla, es ver algo no humano, algo que solamente puede encontrarse en las más puras é ideales esferas de la vida.

Me piden *Crónicas de Arte* mis buenos y queridos amigos los editores de La Ilustración Artística, crónicas en las cuales tan sólo del arte español me ocupe; de este arte que tan grande y glorioso abolengo tiene; de este arte que aún hoy se manifiesta – lejos de la patria y producido también lejos, en tierra extraña – á los ojos de Europa como expresión de un senso intelectual vigoroso, tan vigoroso como el de un pueblo que logró dominar por las armas media Europa y una parte inmensa de América, y llevar sus doctrinas filosóficas, y sus letras, y su lengua, y sus ciencias, y la fama de sus trovadores, y la de sus universidades á todos los países conocidos y afincar en ellos. Pero ese arte español, que de cuando en cuando parece despertar de su postración, para mostrar alguna de las muchas cualidades que le avaloran y tornar de nuevo á sumirse en estéril sueño; ese arte, digo, está al presente en uno de los más prolongados períodos de mortal quietud de que no hay ejemplo.

Y todos conspiran á favorecer la prolongación de ese sueño de fetiche; todos conspiran á que la catalepsia del sentimiento artístico de España dure indeterminadamente. Allá está en Roma la Academia de Bellas Artes de España, desierta como casa de duendes, abandonada cual mansión donde se ha perpetrado horrible crimen, como cenáculo olvidado por las gentes que un día se reunieran allí, y allí fueran como el devoto al templo, sin que desde hace año y medio ni un lienzo, ni una estatua, ni una nota musical se hayan elaborado dentro de aquellos estudios, en aquellas salas, sin que un solo artista haya traspasado los umbrales de aquel edificio que, á tuertas ó á derechas, ha venido hasta 1892 recordando al mundo artístico, al mundo culto, cómo España todavía posee un arte, descendiente de aquel otro ilustrado por los Velázquez, Teothocopuli, Berruguete, Cano, Goya, Rosales y Fortuny. Sí, allá está en lo alto de San Pietro in Montorio el edificio destinado á albergar á los artistas jóvenes que, ya en condiciones para el estudio de los altos conceptos estéticos, el Estado español solía enviar á la Ciudad Eterna, centro de las grandezas del arte de todos tiempos. Pero aquel edificio está vacío, y ¡sabe Dios cuándo nuevos huéspedes irán á ocuparle! Y mientras tanto pasan los años, y cuantos escultores y pintores y músicos y arquitectos habían puesto los ojos en una pensión, soñando con que tras de la pensión estaba un nombre glorioso, un porvenir brillante, al presente unos han rebasado la edad reglamentaria, otros están próximos á ello, y todos ven con angustia desvanecidas sus ambiciones legítimas, y no pocos deshecha para siempre la labor de una juventud entera.

Convirtamos la mirada á nuestro suelo. Si en el extranjero oficialmente España ofrece el espectáculo incalificable de tener clausurado un edificio que es la representación más alta de la más sublime de las manifestaciones de la cultura, aquí se suprimen pensiones; se escatiman cantidades siempre pequeñas, destinadas á la protección del arte, á la enseñanza de ese arte mismo; se desdeñan las artes plásticas, especialmente la pintura, no llamándola á la decoración de ningún edificio público; se paga con misérrimo jornal la estatuaria que, por inverosímil caso de buen gusto, habrá de ser ornato del edificio que al saber humano ha erigido la nación en Recoletos.

Si alguna vez se me ocurre ir á la escuela especial de pintura, escultura y grabado, salgo siempre de este establecimiento, el primero de España para la enseñanza de las Bellas Artes, discurriendo cómo puede realizarse lo de enseñar en una escuela donde si hay catedrático de *Historia y teoría del arte*, en cambio no hay ni una colección iconográfica chica ni grande, ni siquiera un álbum de fotografías de indumentaria ni de nada que se relacione con la asignatura; en una escuela donde si hay un catedrático de *Anatomía artística*, como á su colega el de *Historia y teoría* le acontece que no tiene material para el desempeño de su cometido; en una escuela donde si es preciso una estatua del antiguo, un simple vaciado en yeso para la copia en las clases, es preciso que la Academia de San Fernando conceda permiso, puesto que las colecciones pertenecen á este cuerpo consultivo.

Dirán mis lectores que esta *Crónica* comentada parece la repetición de otras por mí publicadas en estas mismas columnas, y en verdad que tienen razón. Pero no es mía la culpa; es de esos gobiernos que se suceden unos á otros, de esos centros oficiales á quienes la cura del arte está encomendada; de este ambiente de tristeza, de miserias morales y materiales que respiramos hace años. ¡Ay! Es que ha muerto algo en este pueblo español, y todo parece resentirse de la falta de ese algo; algo que era fe, entusiasmo, constancia, energía.

Sigan leyendo cuantos á estos deshilvanados artículos presten atención; sigan leyendo, porque aún tengo que relatar más tristezas, más dolores, más abandonos. Las Exposiciones bienales de Bellas Artes ya no existen. Tocaba el turno á este año de 1894 para celebrar una, y en efecto, ya no se celebra porque se le *olvidó* al ministro de Fomento consignar la partida correspondiente en el presupuesto. No eran bastantes los obstáculos relatados en las líneas primeras de esta *Crónica*, para interponer en el penoso camino que el arte español viene recorriendo hace años obstáculos casi insuperables; y vino el egoísmo político, mejor que político personal, á cerrar aquel palenque adonde iban, en busca de monedas de gloria, nuestros artistas. Y aun no satisfecho ese egoísmo con ese puñado de miles de pesetas, que eran otros tantos prestigios para la nación, cuerpo tan rico como el Senado suspende la tarea de decorar con obras de los pintores contemporáneos más célebres su residencia, por el plausible motivo de ingresar lo que á dichas obras destinaba en las arcas del tesoro, á fin de que un ministro, un hacendista de última hora, llevase á la práctica lo que con tanta gravedad afirmara en las Cortes: la nivelación de los presupuestos, á sabiendas de que tal afirmación era falsa de toda falsedad.

Y si por este lado el artista ve cerrársele el horizonte, en cambio tiene el consuelo de no cobrar las obras que las corporaciones oficiales le encargan, á precio ínfimo, por supuesto, y regateándolas como si fuesen peras. De la Ceca á la Meca andan los autores de las estatuas destinadas á la plaza de Madrid ó de la Cibeles, para ver si logran, después de dos años, que el ayuntamiento de esta villa y corte les abone el primer plazo que les corresponde cobrar por las referidas estatuas. Como andan también otros artistas recorriendo la calle de la Amargura con la esperanza de que sea una verdad el cumplimiento de los compromisos contraídos por el Estado para el pago de varias obras artísticas. Como todavía no saben aquellos que cayeron en el garlito de enviar á la famosa Exposición de Chicago sus cuadros y esculturas cuándo volverán á verlos, y cuándo podrán repartirse las cuarenta y cinco mil pesetas con que magnánimamente hubieron de ser adquiridas por el ministro de Fomento varias primeras, segundas y terceras medallas de la última Exposición nacional.

Cierto que, de cuando en cuando, suele anunciarse algún concurso escultórico, debidos á la iniciativa privada los más y á la de las corporaciones municipales ó provinciales los menos. Ahora recuerdo que hace unos días la Academia de San Fernando emitió dictamen respecto de los proyectos presentados á concurso para elevar una estatua al filántropo gallego señor marqués de Amboage, estatua que se elevará en Ferrol. Si he de decir verdad, ninguno de los bocetos sobresalía por bueno; sin embargo, el premiado es, á mi juicio, el más discreto, sobre todo el pedestal. Realmente no logrará jamás inspirar al artista la indumentaria moderna. La levita y el pantalón, por muy bien cortados que estén y así sea el sastre un Berruguete de la tijera, serán siempre unas fundas antiestéticas cuanto cómodas. Y entre los varios inconvenientes que ofrecen aquellas prendas de vestir para la realización de una obra de arte, uno hay que no es dable al artista vencerlo, el de borrar por completo la belleza de las líneas del desnudo, amén de hacer de un hombre hermoso uno de tantos que se pasean por esas calles, rellenas de algodón todas aquellas partes defectuosas de su físico. Por eso entiendo que sin faltar á la verdad, y aun cayendo en ciertas mentiras de las llamadas convencionales y que tan atrabiliario traen á Max Nordau, la escultura moderna debiera estudiar el modo de vestir la estatua del hombre ilustre del día que más concordase con la belleza y el respeto debido á la forma humana.



EL ILUSTRE MÉDICO BERLINÉS, DR. VIRCHOW

También el ayuntamiento de Madrid (¡guarda, Pablo, que es podenco!) acordó incluir en el presupuesto del año económico próximo la cantidad necesaria para llevar á vías de hecho la erección de una fuente monumental coronada con la estatua de Bravo Murillo, hombre ilustre á quien debe esta villa del oso y del madroño la traída de aguas del Lozoya. Naturalmente, el susodicho acuerdo de los ediles madrileños es el tercero de la serie, y si los lectores de La Ilustración Artística hacen un ligero esfuerzo de memoria, recordarán que ya he hablado de la estatua del célebre ministro de Isabel II hace más de un año, porque todo ese tiempo y alguno mas lleva esperando el escultor Gandarías á que el ayuntamiento de Madrid, cumpliendo un acuerdo tomado y un compromiso contraído, dispusiera la entrega del primer plazo en que se pactara el pago de la obra, para dar comienzo al modelado del modelo definitivo y á preparar los materiales y proceder á la ejecución de la decorativa de la fuente que habrá de servir como pedestal á la estatua.

El Círculo de Bellas Artes entró en un período de actividad digno de aplauso, aun cuando esa actividad resulte, como me temo, estéril, dada la apatía, el



Fachada del Policlínico en Roma

marasmo ó como quiera adjetivarse esta indiferencia total con que miran el arte y los intereses artísticos gobiernos, Academia de San Fernando, colectividades y personalidades cuyos medios de vida son más que sobrados para favorecer toda manifestación de aquella índole.

Entre las iniciativas que el Círculo de Bellas Artes ha tenido durante estos últimos meses, dos merecerán seguramente bien de cuantos aman el arte. De una de ellas se ha ocupado hace muy pocos días toda la prensa madrileña: consiste en erigir una estatua en esta corte al insigne autor de *Las Meninas*, el gran Velázquez. Para allegar recursos á tal objeto se ha acordado invitar á los artistas nacionales y extranjeros para que regalen una obra de arte, que se enajenará en una gran *tómbola* que habrá de verificarse durante la Exposición de Pintura y Escultura que para el próximo mes de mayo está organizando la sociedad citada. Yo creo que si muchos artistas, especialmente extranjeros, harán oídos de mercader á la petición, en cambio, otros seguramente han de contribuir á que la idea prospere y se convierta en realidad. Yo por mi parte propongo á la comisión organizadora (ó como se llame) que entiende en el asunto, que vea el modo de hacer que en el Congreso se presente por un representante del país (claro que no había de ser por un portero) una proposición de ley cuyo artículo principal fuese la concesión de una cantidad alzada con destino á la creación de dicha estatua. Después de todo, bastante más que los miles de duros que se acordara conceder para el objeto valen las gloriosas páginas que con su mágico pincel escribió el eximio maestro de la historia de la cultura y del arte nacionales.

Para concluir esta *Crónica*, vaya una nota *amusante*, como diría cualquier ministro de los que ahora gastamos. La fuente de la Cibeles vuelve á estar sobre el tapete (es un decir). El señor conde de Romanones, alcalde de esta corte, parece que no está conforme con que la obra de Villanueva tenga el emplazamiento actual. Y en uso de sus atribuciones, pretende llevar á la diosa Tierra al centro de la plaza de Madrid.

Y aquí me tienen ustedes á los académicos de San Fernando y á buen golpe de madrileños ardiendo en santa ira, dispuestos á volver, como allá por los meses de abril y mayo del año de 1892, á romper una ó más lanzas en favor de la mitológica deidad, ó mejor dicho, en favor de la paz y sosiego de que viene disfrutando ha un siglo la Cibeles.

Verdaderamente que si la trasladan al centro de la plaza van á suceder, por lo menos, dos cosas dignas por su importancia de ser muy tenidas en cuenta: la primera, que dejaría de ser cierto lo que un poeta dijo aludiendo á la carroza y á los leones que tiran de ella, de que *rompe hacia el Prado;* pues según tengo entendido, al ser colocada la Cibeles y su vehículo en el centro de la mencionada plaza, lo sería de modo que *rompiese hacia la calle de Alcalá*, lo cual viene á destruir un verso; y la segunda cosa que sucedería sería que dejaba expedito el paso por aquella parte del paseo de Recoletos, donde hoy tan á gusto de la Academia de San Fernando está la fuente en litigio de desahucio.

Y como, ó mucho me equivoco ó la cuestión Cibeles va á dar algo que decir, hago ahora punto final hasta la *Crónica* próxima.

R. BALSA DE LA VEGA

CONGRESO MÉDICO INTERNACIONAL DE ROMA

Para demostrar la importancia del undécimo congreso médico internacional celebrado recientemente en Roma, bastará decir que á él han acudido más de 7.000 médicos, entre los cuales figuraban las notabilidades de todo el mundo. La ceremonia inaugural tuvo lugar en el grandioso teatro Costanzi, y en ella usaron la palabra el presidente del Consejo de ministros de Italia, el ilustre Bacelli, el eminente Virchow, que atraía con preferencia la mirada de todos los congresistas y cuyo retrato publicamos, el *síndaco* de Roma y los representantes de los diversos comités organizadores. Inmediatamente comenzó el congreso sus tareas, que alternaron con magníficas fiestas, entre las cuales sobresalieron el banquete en las Termas de Caracalla, la *garden-party* ofrecida en el Quirinal por los soberanos, la función de gala en el teatro Costanzi, la batalla de flores y la excursión á Nápoles.

Simultáneamente con el congreso se ha celebrado una exposición internacional de Medicina é Higiene, instalada en el palacio de Bellas Artes, en donde han podido admirarse interesantes preparaciones de bacteriología é histología, cortes viscerales, piezas anatómicas, instrumentos quirúrgicos, aparatos de desinfección y de hidroterapia, instrumentos de física aplicada á la medicina, material de sanidad militar y de enseñanza y una magnífica colección de obras de medicina italianas que demuestran cuánto ha progresado Italia en esta ciencia. Además figuraron en esa exposición aparatos para conducción de aguas y para drenajes y productos de todos los ramos de la industria y de la ciencia aplicables á las necesidades de la vida y cuantas innovaciones contribuyen á la salud del pueblo y á la defensa contra las asechanzas de las enfermedades.

Las secciones en que se ha dividido el congreso han celebrado sus sesiones en el Policlínico Humberto, magnífico edificio de construcción moderna, destinado, como su nombre indica, á la enseñanza de la patología y de las diversas especialidades y que cuando esté en ejercicio constituirá un gran elemento material de estudio de que la capital de Italia podrá con razón enorgullecerse. En el Policlínico, ideado por el ilustre profesor Baccelli, hay, además de las clínicas y de los pabellones aislados, amplios locales para laboratorios, escuelas, bibliotecas y salas para operaciones especiales.

Entre los disertantes en el congreso han sobresalido el sabio berlinés Virchow, uno de los hombres que ha sido y es todavía portaestandarte del progreso científico, el rumano Babes, el austriaco Nothnagel, el noruego Laache, el inglés Fodster, el italiano Bizzozo, el ruso Danislewsky, el holandés Stokvss, el norteamericano Jacobi y el suizo Kocher.

Los médicos españoles han tenido también brillante representación en el congreso de Roma, habiendo enviado trabajos de importancia é interés sumos, entre otros, los doctores Cajal, Calleja, Jiménez, Espina, Tolosa Latour, Letamendi y Olóriz, de Madrid, y Robert, Cardenal, Fargas, Font y Torné, Valentí, Martínez Vargas, Valls, Suñé Molist, Botey, Roqué, Roca y Salvat, de Barcelona. – X.



Congreso médico internacional celebrado en Roma. – Vista general de los pabellones del Policlínico (copia del proyecto en plástica)

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL GAVILÁN

GRAN BAILE DE MÁSCARAS DE 1 Á 6 DE LA MADRUGADA

– Ahora verás cosa buena; de estas funciones no hay allá en tu pueblo. Mira, mira cuántas señoras van entrando. Te quedarás hecho un *gilí* cuando te encuentres en medio de tanta beldad.

– ¡Chico, y qué guapa es esa que está debajo del farol y qué traje tan magnífico! ¡Será alguna señora muy principal! ¿Verdad?

– Vaya; lo menos alguna duquesa que viene de incógnito á ver si encuentra quien la convide á cenar.

– ¡Hombre, á cenar! Pues qué, ¿en su casa no tiene qué?

– Se dan casos de que no.

– Eso no es posible.

– ¡Bah! Vosotros los estudiantes noveles no sabéis nada de las costumbres de la aristocracia de la calle de Jardines y sus alrededores. Hay allí cada señora de la *high-life*..., marquesas, princesas, etc.

– ¡Hombre, tanto como princesas!..

– Sí, princesas... rusas, emigradas por sus opiniones nihilistas.

– Vamos, y por eso vienen á cenar al «Gavilán.»

– Justo. Aquí no verás más que cosas sorprendentes. Yo que deseo hacerte un madrileño fino y que tengo empeño en completar tu educación, voy á presentarte á unas amigas que he visto entrar y que á poco que frecuentes su trato te enseñarán más que todos los catedráticos de la Universidad. Vamos, sígueme.

– Chico, yo parece que tengo reparo: ya ves, como no tengo costumbre...

– No seas tonto, son gente muy campechana, y en cuanto se enteren de que eres amigo mío, ya no necesitas más.

– ¿Tú crees?..

– Sí, hombre, sí; no seas tonto. Vamos. Oye, ¡ojo al *caldero!*

– ¿Qué quieres decir?

– Que no te olvides de que llevas el reloj en el bolsillo, porque aun cuando aquí todos somos de fiar, á veces sucede, hasta en los salones más aristocráticos, que se introduce algún ratero sin pudor, y sería lástima que esa magnífica *patata* de oro, que te regaló tu tío el canónigo, fuese presa de algún tomador, cuando su fin natural es otro.

– ¿Cuál?

– Terminar su vida en alguna casa de préstamos.

* * *

– Es usted muy bonita, niña.

– Sí, pues cómpreme usted dulces.

– Le compraré á usted todos los que quiera, incluso una trucha de mazapán.

– ¡Jesús, hijo!, qué más trucha que usted.

– Pero no estoy en seco, joven, que aún tengo un duro para gastármelo con quien me dé la real *de la* gana.

– Eso ¿me lo cuenta usted ó me lo dice?

– Como quieras, Beatriz.

– En primer lugar, no me llamo Beatriz, que me llamo Pepa, y en segundo lugar, no tengo ganas de conversación.

– ¿Y ganas de cenar una chuleta?

– Eso, según; si usted me la ofrece con buen fin.

– Toma, pues qué, ¿había de ser para envenenarla? Vamos al *restaurante* y verás qué juerga.

– Es el caso que yo tenía un compromiso...

– Déjate de compromisos, Pepa, y andando, que yo pago.

– Después de todo, cuando pasan rábanos, comprarlos.

– Eso no está bien dicho; debes sustituir la palabra comprarlos por comerlos.

– *Pa* el caso es lo mismo.

– ¡Qué polca tan bonita! ¿Quieres que la bailemos? Así haremos ganas de cenar.

– Bueno; bailémosla, aunque por mí, lo que es ganas de comer nunca me faltan.

* * *

– ¡Jesús, Carola, qué calor tan horrible y qué atmósfera tan pesada!

– Calla, Emma, que el desencanto es tremendo. ¿Y estos son los célebres bailes del «Gavilán» que no velas y periódicos nos pintan como un paraíso terrenal? Si esto no es más que una parodia de los bailes aquellos de las barreras de París.

– El local no es malo.

– Sí, mejor que el público, que sin ofender á nadie, deja mucho que desear. Mira, mira nuestra peinadora con qué *entrain* bailotea con un caballero con una chistera descomunal.

– Como que las alquilan á la puerta, porque no dejan entrar de hongo ni de gorra. Vaya con la Juanita. Ya verás qué broma le doy mañana.

– No, por Dios; para qué queríamos más; pasado mañana sabría todo Madrid nuestra escapatoria.

– Carola, yo me fastidio horriblemente, vámonos. Ya he satisfecho mi curiosidad, y como presumo que no vamos á dar broma á ninguno de estos tipos, creo que debemos volvernos á casita.

– Como gustes; la verdad es que esto tiene pocos lances, para nosotros se entiende... Pero, calla..., ¿qué tienes? Tu brazo tiembla... Contesta, por Dios, Emma... No te pongas mala, que nos comprometes.

– Carola, mira allá en aquel ángulo, junto al espejo.

– Sí, pero... no veo más que una manola muy bien vestida.

– ¿Y á su derecha?

– ¡Ah, ya! ¡Qué escándalo! ¡Tu marido!

– ¿Quién será ella? Hay que averiguarlo.

– Pero qué... ¿no nos vamos?

– ¿Ahora quieres que me vaya? No; hay que darle un bromazo al gran tuno, que se acuerde toda su vida. Me alegro de haberle pescado en el garlito. ¡Infame!

– Al fin le hemos encontrado la gracia al «Gavilán.»

* * *

– ¡Muy bien, muy bien, caballerito!

– (¡Mi tío! ¡Me cayó la lotería! ¡Abrete abismo!)

– ¿Esta es la manera como estudia usted su carrera, joven intemperante? ¿Es así como cree usted que va á ser ingeniero?

– Pero tío, si...

– No hay tío pásame el río. Hace media hora que le estoy viendo á usted dar saltos y cabriolas con cuatro suripantas, rebajando su apellido con unas contorsiones impropias de un hombre civilizado. No bailaría de otro modo el rey de los zulús.

– Pero...

– Qué pero ni qué camueso. Y yo que vengo de Molina únicamente para que no estudiaras demasiado y comprometieras tu salud, y te encuentro en esta saturnal... ¡Sabandija!

– Y usted ¿por qué ha venido aquí?

– ¿Yo? Porque doña Eladia, tu patrona, me ha dicho: «D. Ciriaco, su sobrino no está en casa; si es cosa urgente puede usted buscarle en el Gavilán.»

– (Patrona de los demonios, ya te arreglaré yo.)

– Y dicho y hecho; he venido y te he hallado hecho un gavilán en medio de todas estas palomas torcaces, preparándote con un cancán para el examen de Mecánica racional. Pero ya te cortaré yo las alas. ¡A Molina en seguida! Volverás á Madrid cuando yo muera.

– Tío, perdón. Que me echa usted á perder la carrera.

– Si la carrera que tú sigues es la del patíbulo...

– ¡Pues ni que fuera yo Jaime el Barbudo!

– No lo eres aún, pero ¡quién sabe! De menos nos hizo Dios. En fin, coge la capa y á casa á estudiar; sólo te absuelvo si sacas un sobresaliente.

– (Si los exámenes fuesen de baile, me llevaría hasta el premio de la asignatura.)

* * *

– Oiga usted, señora: ese joven con quien usted bailaba, ¿lo ha comprado usted ó se lo ha encontrado?

– ¿A usted le importa algo?

– A mí, ahora no, porque yo la ropa vieja que tiro no me importa *na.* Porque ha de saber usted que antes que la conociera á usted era novio mío.

– ¿Y qué?

– Que se conoce que es usted como los prenderos, que compran los trastos viejos.

– Mire usted, á mí me sobran novios, y cuando está usted tan sofocada es señal de que no tiene más que ese.

– Porque yo no voy á buscar á los hombres como hacen otras.

– Eso ¿lo dice usted por mí?

– Pues usted verá.

– A mí no me venga usted con *indiretas*, que tengo dos manos muy hermosas.

– Y yo ¿soy manca?

– ¿Sí? Hija, pues luego lo veremos á la salida, que aquí no quiero escandalizar.

– Hace usted bien, que allí está el *Ispetor* y *debe de* conocerla.

* * *

– Mascarita, debes ser encantadora. Esos ojos que fulguran á través del antifaz, esa barbita tan mona, con un hoyuelo tan gracioso...

– Te equivocas; soy vieja y fea.

– No; hay ciertas cosas que no se pueden disimular, y tú no puedes ocultar tu hermosura y tu juventud Me lo dice el corazón. Este encuentro será para mí el más agradable de mis ensueños de soltero. Vamos, por favor, levanta un poco el encaje á ver si te conozco.

– No me conoces, no; no me has visto en toda tu vida.

– Sin embargo, esa voz, yo juraría haberla oído ya otra vez.

– Ilusiones.

– Oye, ¿tú has ido alguna vez á casa de las de Alcaparrón? No me lo niegues.

– No las conozco. Yo no voy á esas reuniones.

– Haces bien; allí no van más que *cursilantas* con unas ganas de novio... y ninguna tiene un real.

– (¡Ah, pillo!) Pues á esa reunión he oído decir que va una joven que tú debes conocer.

– ¿Yo? ¿Quién?

– Solita Pimpín.

– ¿Soledad?.. Ah, sí, una chiquilla delgadita que parece un flautín.

– Pues tú bien la has hecho el oso

– Ca, mujer; pues qué, ¿soy algún *panoli*? Por pasar el rato le he dicho cuatro tontunas; y como ella es tan mema y el serpentón de su mamá lo mismo, se tragaron el anzuelo y...

– ¡Indecente! ¡Mal caballero! ¡Perdido! Tome usted un recuerdo del serpentón.

– ¡Cuerno! ¡Qué pellizco! Suerte que he podido escabullirme; si no, me devora. ¡Quién había de esperar un desenlace tan conocido, tan usado y tan... cursi!

* * *

– Chico, Manolo, ¡qué manzanilla más endiablada dan en esa ladronera! No sé cómo has podido envasarte tres docenas de cañas; yo he tomado la octava parte, y tengo un calor...

– ¡Je, je, tiene gracia! Pues yo como si tal cosa, *forte que forte.*

– Pero se te doblan las piernas.

– ¡Ca!.. Pero oye..., me parece que durante el descanso han aumentado las luces... ¡Ja, ja! Mira aquel tío qué chistera lleva más fenomenal... Vamos á darle un achuchón. ¡Eh, tío, tiooooo!..

– Hombre, ten formalidad, que esto no es un corral.

– A ver, el de la chistera, ¡al corral, al corral!

– Si no callas te dejo.

– Oiga usted, señorita *ú* lo que sea usted, ¿quiere usted bailar conmigo?.. ¿Que no? Pues con esos ojos de besugo no sé cómo se pone usted tantos moños.. Vamos, usted será alguna patrona de incógnito.

– Pero Manolo, ¿te callas ó qué? En bebiendo un poco te pones lo más pesado...

– Mira, mira, ya vuelve el tío de la chistera. ¡Eh, tío de la colmena! ¡Tío lila!

– Me parece que vamos á encontrarnos alguna bofetada superior.

– A mí y á ti no hay quien nos pegue. A ver, ¿quién quiere pegarnos? Tú, chica, ¿quieres pegarnos? Creo que nos ha llamado borrachos y granujas... Sin vergüenza, no insultar ¿eh?..., no insultar... á dos caballeros decentes... Usted dispense, señora doña Tecla... Como no tengo la vista clara... ¡Ay, chico, qué malo estoy! ¡Ay, qué angustia! Vamos un poco á la calle á que me dé el fresco. Me voy á morir.

– No será tanto; pero vámonos, es lo mejor. Ya nos hemos *divertido* bastante.

– Me muero..., me muero... y ¡y sin darle un apabullo al de la chistera!

* * *

– *¡La Correspondencia!*

– ¡Hola, tía Petra!

– Adiós, María. Qué, ¿vas al baile?

– Pst, ¿qué ha de hacer una?.. Divertirse ahora que una es joven.

– Haces bien, chiquilla, que ya te llegará tu hora, y más pronto de lo que te figuras. Cuando yo tenía tus años bebía *sanpán* ahí dentro con los señoritos, y ahora les vendo *La Correspondencia.* ¡Cómo ha de ser! ¡Así va el mundo! *¡La Correspondencia* de h[oy] con la cogida del *Espartero! ¡Correspondencia!*

A. Danvila Jaldero



EL 14. DE LÍNEA EN EYLAU, cuadro de Leonel Royer, grabado por Baude

ENSEÑANZAS ELOCUENTES

No le demos vueltas, señores, no le demos vueltas, porque nos marearíamos infructuosamente: el público no quiere *tesis*, ni *antítesis*, ni *síntesis* en el teatro.

Una parte (no diré si la mayor ó la menor porque no lo sé) quiere sentir; acude al espectáculo en busca de la emoción estética y desea conmoverse y derramar lágrimas y admirar grandezas; otra parte lleva á las funciones teatrales el propósito de esparcir el ánimo, de alegrarse un poco y de reirse un mucho, ya que en la vida ordinaria suele haber tantos motivos para llorar.

Muchos espectadores aceptan con igual benevolencia lo uno y lo otro; el llanto y la risa, el escalofrío que produce lo trágico y el cosquilleo causado por lo cómico.

No son pocos los que van á otras cosas y con fines cualesquiera, que no caen dentro de la jurisdicción del arte.

Pero ni estos, ni aquellos, ni los otros, ni nadie va al teatro para aprender, ni para que el autor lo convenza, por ejemplo, de que el divorcio se impone ó de que es absolutamente necesaria la abolición de la pena de muerte.

Y no se arguya con el hecho de que han logrado ruidosos éxitos y triunfos envidiables algunas comedias de tesis, porque replicaré – y demostraré si es preciso – que las obras aludidas lograron la aceptación del público, no por la tesis, sino á pesar de la tesis; gustaron como trabajos artísticos porque, en ese concepto, valían mucho; agradaron, como labor literaria, porque eran bellas, no por la bondad de los principios políticos y sociales, económicos ó religiosos sustentados en ellas; principios de los cuales el público prescindió de todo en todo, si es que, por ventura, se enteró de ellos.

Alejandro Dumas, hijo, se propuso llevar al teatro la demostración de que es posible *redimir por el amor á la mujer prostituída;* Emilio Augier resolvió dar forma escénica á la demostración de la creencia contraria. El primero escribió, para realizar su propósito, un drama hermosísimo que conocemos todos y que se titula *La dama de las Camelias;* el segundo ideó y escribió, también para justificar sus opiniones, otro drama, bueno como todos los del insigne autor, y que se titula (si no recuerdo mal) *El matrimonio de Olimpia.*

El público aplaudió con entusiasmo el drama de Dumas; el público aplaudió asimismo el drama de Augier... ¿Puede significar eso que los espectadores juzgan posible la redención de la pecadora? ¿Ha de creerse, por el contrario, que consideran utópica é irrealizable esa redención? No; el público no piensa como Dumas, ni como Augier; ve el drama del uno y lo aplaude porque halla bueno el drama; ve el drama del otro y lo aplaude también porque también lo encuentra bello; de las tesis prescinde.

El mismo Dumas ha sostenido en el teatro la conveniencia del divorcio; Victoriano Sardou, en una de sus más populosas comedias, *Divorçons!*, ha querido ridiculizar esa teoría. El público aplaude á Dumas y aplaude á Sardou. ¿Es que acepta como necesario el divorcio? ¿Es, por el contrario, que lo rechaza? No; ni lo acepta ni lo rechaza... en el teatro. Allí lo acepta todo si la comedia le gusta, y lo rechaza todo si la comedia le desagrada. Cada uno de los individuos que forman la colectividad llamada público pensará como pensare sobre ese problema, y aceptará el divorcio ó lo anatematizará; pero al teatro no va para eso, y con tal que la comedia tenga mucha gracia ó con tal que el drama sea muy conmovedor, lo demás le tiene sin cuidado.

No parece mal que el dramaturgo se proponga, sobre el de realzar la belleza, algún otro fin en su obra; pero ese otro fin ha de ser lo secundario en la obra artística, por más que sea indispensable para darle vida; como es indispensable el lienzo ó la tabla para el cuadro.

Lo sucedido en los teatros de Madrid durante la temporada teatral que terminó ha poco, confirma cuanto he manifestado.

La victoria, la verdadera victoria alcanzada durante ese período ha sido la de Vital Aza y Ramos Carrión en su comedia *Zaragüeta.* Otros éxitos felices, otros legítimos triunfos han logrado Pérez Galdós, Echegaray, Gaspar, Palencia y Dicenta; pero todos esos triunfos, reales y verdaderos algunos, simulados y ficticios otros, han sido discutidos, han sido escatimados, no han tenido ni la espontaneidad ni la aquiescencia unánime que tuvo y tiene *Zaragüeta.*

¿Será que el juguete de Ramos y Aza tenga, en efecto, más mérito artístico, más importancia literaria que *La de San Quintín* ó *A la orilla del mar* ó *Huelga de hijos?* No.

El pensarlo sólo ya sería un desatino. Es sencillamente que *Zaragüeta,* como obra teatral, como trabajo escrito para la representación, está de lleno, por completo (dentro de su género, por de contado) en las condiciones que el público apetece y que es preciso darle.

Y no porque sea verdad lo que dijo Lope de Vega y tanto se ha repetido y tanto ha de repetirse todavía, de que «el *vulgo es necio* y *es justo* darle gusto. hablándole en necio, ya que lo paga,» sino porque el público, necio ó avisado, sabio ó ignorante, no asiste al teatro en busca de disertaciones ni de enseñanzas, como no acude al templo para que le canten peteneras ó le bailen seguidillas. Lo cual no quiere decir ni que sean cosa mala las seguidillas, ni tonterías las disertaciones.

Creo que el vulgo, á quien de tantas maneras se calumnia, no da señales de necedad, antes prueba su sensatez y su cordura cuando se llama á engaño si le dan cosa distinta de lo que él buscaba y de lo que le habían ofrecido, lo cual vale tanto como darle gato por liebre.

Tiene razón que le sobra hasta por encima de los cabellos la doña Irene de *El sí de las niñas,* cuando quejándose del tordo, que se ha pasado toda la noche cantando el *Santo Dios,* dice: «Ello es cierto, edificaba; pero cuando se trata de dormir...;» pues calcúlese la cara que pondríamos todos si esperando la representación de una comedia se nos presentara en el escenario un gran astrónomo á explicarnos, con suma lucidez, las leyes de Keplero. «Esto es hermoso, es grande, es de trascendencia, diríamos; pero cuando se trata de divertirse...»

El que ha menester enseñanza y la desea, ya sabe dónde ha de ir á buscarla, sin que se la den por sorpresa. Fuera de que en muchas ocasiones ocurre que hay entre los espectadores muchos que podrían dar lecciones al poeta que presumiera de maestro.

Si en *Luciano* no hubiese decidido empeño en defender una tesis, cuya exactitud no discuto ahora; si en *Nieves* no se echara de ver el tesón de quien desafía los peligros; si en *A orillas del mar* hubiera habido menos estudio, es seguro que el público habría acogido esas producciones con mayor complacencia y más estruendosos aplausos.

Y, sin embargo, en *Nieves,* en *Luciano* y en *A orillas del mar* hay bellezas de primer orden; bellezas que el vulgo, *ese vulgo necio,* á quien todos fingen despreciar, pero cuya aprobación halaga á todos, comprendió y admiró como verdadero inteligente.

¡Lástima que los autores de esas tres obras, tal vez por preocupaciones de escuela, hayan atendido, al hacerlas, más que al bordado al cañamazo!

A. Sánchez Pérez

EN ASSISI. – EL PERDÓN

Vista desde el valle, Assisi se asemeja á tantas y tantas ciudades como prueban el temor al asalto que se nutría en la Edad media. Las calles, sin las casas que las limitan, serían albarradas, abiertas en la falda del monte, y casi todas convergen á la interesantísima basílica, que perpetúa el recuerdo de un santo poeta, de un poeta que vió el cielo, antes de dejar la tierra. Tiene aquella ciudad interesantísimos recuerdos de todos los tiempos; pero casi todos se posponen al más interesante de ellos, al que debe su celebridad, al que le ha dado nombre, al de San Francisco. No se puede hablar de Assisi sin que acuda á la memoria el recuerdo del «poverello de Umbría,» hombre que no pasó de ángel; sólo cuando se nombra al santo autor del Canto al Sol, surge Assisi, la villa en que vivió y murió, el pueblo desde donde cantó la pobreza haciéndola amar.

Admirado en vida, santificado poco después de su muerte, la devoción que inspira su recuerdo no se ha entibiado; parece crece cada día, que aumenta siempre. No puede darse un paso en la ciudad aquella sin hallar memoria suya, todas tan humildes, tan sentidas, tan poéticas, que abren el alma á sensaciones tiernas, dejando para mucho tiempo el recuerdo de los sueños agradables.

Nada tan importante, sin embargo, como la basílica que le fué dedicada. En una de las colinas á que da lugar lo quebrado del terreno se verificaban en remoto tiempo las ejecuciones capitales: allí eran conducidos los criminales á quienes se debía privar de la vida, que dedicada al mal los equiparaba con las fieras. En aquel sitio que causaba horror, que infundía miedo, que había recibido el nombre significativo de «Colina del infierno,» quiso el santo que lo arrojaran, como última expiación de faltas que no había cometido y que lloró hasta perder la vista; en aquel lugar que santificó su sepultura, se alzó la iglesia admirable desde tantos puntos de vista, y Gregorio IX, el pontífice que lo canonizó, quiso, y así fué, que desde entonces aquel lugar se llamara «Colina del Paraíso.»

Había sido un Gólgota; de la misma manera que el montículo próximo á Jerusalén fué consagrado á la devoción de los fieles por la afrentosa muerte que sufrió allí el inmortal que vino á redimirnos, la colina de Assisi, que como aquélla había sido campo de horror, cambió de nombre y aspecto cuando en ella dejó la vida quien, fiel imitador de Cristo, había seguido su doctrina, se había abrasado en su amor y con la concentración de su espíritu había sufrido como ninguno. Aquel cuerpo resecado por el fuego del espíritu que contenía, consumido por la penitencia, lacerado por los estigmas, que acreditaban el favor del cielo, habría desaparecido completamente: el entusiasmo de los fieles era tan grande, que cada cual ambicionaba una reliquia, todos querían un recuerdo del santo, y sus compañeros de penitencia, testigos de aquella vida ejemplar, necesaria para hallar abiertas las puertas de la gloria eterna, tuvieron que abrir para sustraerlo honda sepultura en la roca viva, roca que más tarde sirvió de cimiento al templo maravilloso donde el devoto halla campo para místicas meditaciones, donde el amante del arte se pasma contemplando las bellezas que atesora.

En la Edad media, la suerte de los artistas fué igualmente triste, las preocupaciones del espíritu no dejaban vagar para admirar lo que exige calma absoluta y reposo no turbado: las literaturas han idealizado al trovador que errante á la ventura, sin más patrimonio que su genio, sin más medios que su guzla, dejaba casa y patria, viajaba sin rumbo determinado de castillo en castillo, de ciudad en ciudad, cantando proezas de guerreros y héroes de otros países, celebrando escenas de amor ú odio acaecidas en otras comarcas, vulgarizando en fin tradiciones que posteriormente han sido origen de obras imperecederas; pero es necesario no olvidar que los demás artistas debieron hacer lo mismo; conviene recordar que de Italia á otras naciones, que de éstas á Italia, fueron y vinieron pintores, escultores y arquitectos que contribuyeron al cambio de ideas, artistas que cantaron, con el color y la piedra, las tradiciones y los sueños.

Uno de aquellos arquitectos, cuya vida se ignora y no se sabe por tanto qué azares le obligaron á dejar la fría Alemania para venir á la riente Italia, el conocido en la historia del arte por *Santiago el Alemán,* maestro del Arnolfo, que dotó á Florencia del más importante monumento arquitectónico que posee, llegó á Assisi, y á él se deben los planos y la dirección de aquella iglesia monumental, en que, según cuentan, introdujo por primera vez en Italia la ojiva y aportó todo el intrincado simbolismo del Norte, acerca del que se ha escrito mucho y se sabe muy poco. En la basílica inferior, de una sola nave, sin más adornos que las nervaturas potentes de los arcos, tuvo presente las condiciones del espíritu que replegado en sí medita: apenas tiene luz; allí el alma puede considerar nuestras miserias sin que nada la divague, y como si de aquel sitio fuera necesario pasar á otro donde hallar consuelo, contrapuso la basílica superior, ligera, cuyos arcos se lanzan con sin igual atrevimiento á considerable altura, en cuyos muros se abren amplias ventanas por donde la luz se precipita en miradas de rayo, donde la oración está más cerca del cielo, donde el corazón tranquilo recibe el bálsamo consolador de todas las esperanzas. Ni la ocasión ni el lugar son á propósito para describir el monumento: ahora hablamos de él por ser meta de peregrinaciones que se renuevan cada año, sin que ninguna causa haya hecho decrecer el entusiasmo.

La indulgencia de la Porciúncula, que Jesús en una de sus apariciones concedió al santo, es de las que con más ahinco procuran ganar los fieles: no sólo de la Umbría, sino de comarcas mucho más lejanas, acuden presurosos grupos y grupos deseosos de obtener el beneficio de su penitencia: formados por individuos de todas las clases sociales, abundan más sin embargo pobres labriegos, sencillos aldeanos, que conservan la paz del espíritu, la fe religiosa vivísima, que les hace esperar una recompensa de los sufrimientos de esta vida, y que apegados á sus poéticas tradiciones, visten aún los trajes característicos y tan vistosos que llevaban sus mayores. En la época del año en que esto se verifica, todo contribuye á que la fiesta religiosa tenga mayores encantos: el paisaje aquel, nunca monótono, aparece dorado por los fuertes calores del estío: los confiados en la misericordia divina, que piden por intercesión de San Francisco, parten de la iglesia de la Porciúncula, recorren apoyados en sus cruces y precedidos del simbólico estandarte la empinada cuesta que conduce á la basílica, y penetran en ella cantando salmos y preces y se entregan fervorosamente á la oración.

Benlliure, que desde hace años pasa los veranos en



Marruecos. - Casablanca

aquella interesante ciudad, ha podido estudiar los usos y costumbres de aquellas gentes, sus prácticas religiosas y el peculiar carácter de sus devociones. Desde su estudio, que es un observatorio, ha copiado del natural la interesante escena que describimos, primera de una serie que verá la luz y constituirá ciertamente provechosa ilustración del celebérrimo santuario.

A. Fernández Merino

CASABLANCA

Situada en el litoral africano que baña el Océano Atlántico, Casablanca, ó Dar-el-Beida, como la llaman los árabes, es de todas las poblaciones marroquíes la que tiene menos carácter moruno, así por los muchos edificios de europeos en ella construídos y la ausencia de algunas construcciones típicas, que en casi todas las ciudades de Marruecos se encuentran, como por el gran movimiento comercial, que contrasta con el quietismo propio de los poblados de aquel imperio.

Fundada por los portugueses en el siglo XVI en el sitio que en la Edad media ocupaba Arafa, ha logrado gran prosperidad, gracias indudablemente á su rada, que aunque bastante mal resguardada, tiene profundidad suficiente para que en ella puedan anclar los buques de mayor calado.

Casablanca se asemeja bastante á las ciudades marítimas de nuestro continente, pero es malsana y ofrece un aspecto de espantosa desolación, de triste monotonía, porque no existe ni un árbol en los ribazos y mesetas de rojizo gres que se elevan en las inmediaciones de la playa, y únicamente se ven de cuando en cuando algunos grupos de lentiscos y chumberas.

Vista desde el mar, aparece Casablanca en medio de una duna árida que hace pensar en el desierto y circundada por una muralla de color de ocre por encima de la cual asoman algunas casas y almimbares. Penétrase en ella por dos puertas, y en su interior observa desde luego el viajero el notable contraste entre la parte europea y la parte árabe: en aquélla, grandes edificios, bodegas, almacenes donde reina la agitación de los grandes centros comerciales; en ésta, un laberinto de calles estrechas y sucias, casuchas de cañas y barro, revelando la inercia de una raza que llegó un día al más alto grado de civilización para caer luego en el más miserable estado de embrutecimiento.

Y sin embargo, el turista ha de encontrar más atractivos en esa pobreza é indolencia que en aquella riqueza y actividad. Recorriendo la ciudad europea no ha de experimentar esas sensaciones que por lo nuevas é inesperadas dejan indeleble recuerdo en el alma del viajero; al fin, el espectáculo que allí aparece ante sus ojos es, si no igual, análogo por lo menos al que puede ver todos los días en su propio país. En cambio, cruzando el laberinto de callejuelas de la población mora, cautiva su vista lo pintoresco de unas gentes, de unas costumbres, de una vida completamente distintas de las que está acostumbrado á ver, y al visitar el Zoco, los bazares y el barrio hebreo, halla en ellos algo y aun mucho que excita su curiosidad y halaga su fantasía.

El Zoco, ó mercado, es una larga y ancha vía á cuyos lados se alzan pequeños edificios á manera de cubos blancos: en el interior de éstos y al través de las espesas rejas que cierran estrechos agujeros en la pared practicados, descúbrense apenas los lóbregos tenduchos en los cuales dormitan indiferentes los mercaderes, que más que esperar parecen temer á los compradores que han de turbar su tranquilidad; en la calle, largas filas de vendedores de ambos sexos sentados junto á sus mercancías, y á su alrededor un continuo ir y venir automático de gentes graves, envueltas en holgadas chilabas, blancas, grises ó parduscas, cubiertas las cabezas con rígidas capuchas, turbantes ó casquetes encarnados, apoyándose en bastones largos como bordones de peregrinos y llevando en la mano grandes capazos tejidos con hojas de palmera, y cruzando por entre la multitud, que arrastra sin producir casi rumor alguno sus amarillas babuchas, un sin fin de jumentos de poca alzada y menos carnes y de camellos cuyos largos cuellos se agitan sin cesar sobre aquella masa silenciosa.

En los bazares por donde circulan de continuo centenares de curiosos que se empujan formando inmensas filas, amontónanse los vistosos tapices de Rabat, telas de variados colores, armas preciosas con incrustaciones de oro y plata, jarrones y ánforas en donde los mercaderes de Fez encierran la esencia de rosa que fabrican en la problemática calma de sus harenes, y otros infinitos productos de la industria marroquí, que de todas las regiones del imperio acuden á aquel mercado.

Agréguense á estas curiosidades las que encierra el barrio hebreo con sus hermosas mujeres de rostros pálidos y soñolientos, animados por fascinadores ojos negros y brillantes mal velados por largas y aterciopeladas pestañas; puéblense las calles con santones, juglares, domadores de serpientes, narradores de cuentos y otros cien personajes ó tipos característicos de las ciudades orientales; ilumínese este cuadro por el radiante sol africano y désele por cielo esa azulada bóveda de limpidez y transparencia imponderables, y dígase si ante ese espectáculo no ha de olvidar el viajero todas las miserias que en el fondo de tanta poesía se ocultan, y desdeñar, desde el punto de vista estético, las grandezas prosaicas de la ciudad comercial que al lado de la otra se desarrolla y prospera.

En Casablanca, que con razón ha sido llamada el granero de Marruecos, entran ordinariamente en los días de mercado de mil á mil quinientos camellos, lo cual se explica porque por su puerto expide todos sus productos la fértil cuenca del alto Um-er-Rbia, y sus aduanas recaudan por exportación y aun por importación casi el doble que las de Tánger.

Gran partido hubiera podido sacar España de aquella población, en donde reina gran actividad mercantil; pero por razones de una incuria dolorosa que no hemos de examinar, somos los españoles los extranjeros que de menos ventajas disfrutamos en Casablanca. Sólo en alguna ocasión han dado nuestros gobiernos muestras de energía, como sucedió en 1889 cuando el asesinato del Sr. Jordán, y los resultados que tal actitud dió en aquel entonces prueban que con poco esfuerzo se lograría, no sólo en Casablanca, sino en todo el imperio, conquistar para España la influencia que de derecho y por su historia le corresponde. - Z.

NUESTROS GRABADOS

Primeros fríos, grupo escultórico de Miguel Blay (Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1892). - Saturado el espíritu de este joven cuanto notable escultor de los conceptos modernistas, ha logrado modelar una obra que excitó la admiración de cuantos la vieron en la Exposición de Madrid de 1892. La obra de Miguel Blay es una revelación de su valía, una muestra de su aliento y una demostración de sus excepcionales aptitudes. El grupo que titula *Primeros fríos* es trasunto fidelísimo del natural, modelado con soltura y grandiosidad y tan ajustado á las leyes del gran arte, que aun siendo obra de un escultor joven, ha de estimarse como prueba de maestría.



Marruecos. - Casablanca



IDILIO, grupo escultórico de Mariano Benlliure, destinado á la Exposición de Berlín



EN ASSISI. - EL PERDON, dibujo de José Benlliure (Véase el artículo de la página 262)

El 14.º de línea en Eylau, cuadro de Leonel Royer. – Refiriendo un episodio de la batalla de Eylau que en 7 y 8 de febrero de 1807 ganaron los franceses contra los rusos y prusianos, dice en sus memorias el general Marbot: «No veo remedio alguno de salvar al regimiento, dijo el jefe del batallón; volved adonde está el emperador, y al darle el último adiós del 14.º de línea, que ha cumplido fielmente sus órdenes, llevadle el águila que ya no podemos defender: sería



GENTILHOMBRE DE LA ÉPOCA DE LUIS XIII
cuadro de Meissonier

demasiado triste, al morir, verla caer en manos del enemigo...» Y diciendo esto el comandante entregó su águila, á la cual aquellos soldados, restos gloriosos de aquel intrépido regimiento, saludaron por última vez al grito de «¡Viva el emperador!» Interpretando fielmente la dramática escena y los sentimientos de aquel ejército napoleónico que venciera en cien batallas, ha trazado Royer la hermosa pintura que reproducimos, y en la cual la grandiosidad de la composición compite con una ejecución perfecta y sobre todo seria en su conjunto y en sus menores detalles.

Idilio, grupo escultórico de Mariano Benlliure. – Son tantas las veces que nos hemos ocupado de nuestro ilustre compatriota que, agotado cuanto decir pudiéramos acerca de sus excepcionales talentos y de su actividad asombrosa, preferimos omitir todo nuevo elogio, que resultaría forzosamente repetición de los que tan justa como entusiastamente hemos consignado en otras ocasiones, y limitarnos á enviar el más cariñoso y sincero aplauso á nuestro querido colaborador por esa nueva joya valiosísima que viene á aumentar la larga serie de obras maestras por él reproducidas. El *Idilio*, esa escultura que merece citarse como modelo de elegancia y de corrección de líneas y cuya silueta es de lo más bello que puede producir la plástica, está destinada á la próxima Exposición internacional de Bellas Artes de Berlín, en donde no dudamos ha de alcanzar alta y merecida recompensa.

Gentilhombre de la época de Luis XIII, cuadro de Meissonier. – Como todas las del gran artista francés, distínguese esta pintura por la delicadeza y corrección de líneas y tonos, por la minuciosa exactitud de los detalles, por la naturalidad de la expresión; en suma, por todas esas cualidades incomparables que en tan alto grado poseía el autor de *La retirada de Rusia* y *¡Viva el emperador!*

Monumento erigido á Cook, obra de Tomás Woolner. – Entre sus más geniales artistas colocan con razón los ingleses al escultor Woolner, fallecido en octubre del pasado año. Una de sus obras más celebradas es la que reproducimos, y que ejecutó por encargo del gobierno de Sydney (Australia), la estatua colosal del capitán Cook, que se admira en el parque de aquella ciudad. La figura del gran navegante inglés álzase sobre elevado pedestal, teniendo en una mano un anteojo y la otra en ademán profético, cual si adivinase el porvenir de aquel territorio en buena parte por él descubierto; su actitud digna y enérgica, su expresión y la sobriedad con que está ejecutada causan admiración en cuantos la contemplan y justifican la fama que conquistaran á su autor ésta y otras obras, entre las cuales merecen citarse especialmente el busto de Tennyson y la estatua de lady Godiva.

Llamador de bronce de H. E. y L. Fontaine. – Hace poco celebróse en Londres una exposición de objetos de arte decorativo francés: en ella figuraba el llamador que reproducimos, vigorosamente modelado y que recuerda otros de la época del Renacimiento que se admiran en Venecia y en otras ciudades italianas, en donde florecieron Gianbologna y otros no menos ilustres artistas.

Batería de montaña, dibujo de R. Navarro. – Varias veces hemos tenido la singular complacencia de publicar copias de varios dibujos y cuadros del Sr. Navarro. Esta circunstancia nos dispensa hoy de consignar nuevas noticias respecto de este distinguido oficial de nuestro ejército y distinguido artista. Limitámonos á manifestar que su nombre figura entre el de aquellos que en nuestra patria cultivan con acierto é inteligencia la pintura militar, y que el dibujo que reproducimos, aparte de ser recomendable por su corrección y elegancia de trazos, es trasunto fiel del natural.

En el ocaso, cuadro de Francisco Sans Castaño (Salón Parés). – Un atildado y machucho galán, requiriendo de amores á una bella y elegante dama, ha tratado de representar en el lienzo el discreto pintor Sr. Sans Castaño, creando una acerba censura para esos tipos que olvidan el respeto que deben á sus canas y para quienes transcurren en vano los años, cual si el ocaso de su vida fuera la continuación de sus juveniles desvaríos.

Fácil es, dada la índole del asunto, caer en el amaneramiento por la exageración de los rasgos del vetusto pisaverde; mas el Sr. Sans Castaño ha sabido evitar el escollo con gran tino, teniendo en cuenta una vez más que media sólo un paso de lo serio á lo ridículo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARÍS. – El pintor Caillebote ha dejado en testamento al Luxemburgo una colección de 60 cuadros de maestros de la escuela impresionista hasta ahora no representados en aquel museo: entre estas obras hay ocho pinturas de Claudio Monet, seis de Degas y varias de Pissarro, Cisley, Renoir, etc., y dos dibujos de Millet.

DUSSELDORF. – Se han inaugurado simultáneamente la exposición de la Asociación Artística en la Galería de Artes, y la de la Unión Libre en el Salón Schulte. En la primera figuran 60 maestros de los más conocidos de aquella ciudad, con 96 obras, entre las que predominan los paisajes; la segunda es más variada, y á ella han concurrido con 100 obras 55 artistas, entre los cuales sobresale Spatz, cuyos cuadros religiosos revelan una gran personalidad artística.

NUREMBERGA. – Al municipio de esa ciudad le han sido regalados 60 dibujos y acuarelas y un gran cuadro del pintor nurembergués Adan Klein, que hasta ahora eran de propiedad particular.

ROMA. – El gran pintor Siemiradski ha terminado un telón destinado al teatro de Cracovia, que es una hermosa composición alegórica con multitud de figuras: alrededor del genio alado del Entusiasmo, colocado sobre un suntuoso motivo arquitectónico sobre el que destacan la Verdad y la Belleza, se agrupan la Tragedia y la Comedia, seguidas de multitud de figuras que representan sus creaciones. El telón tiene 11'60 metros de ancho por 9 de alto.

VIENA. – Se ha inaugurado la Exposición Internacional organizada por la *Kunstlerhaus* (Casa de Artistas) para solemnizar el 25.º aniversario de su fundación. Aunque no completa todavía en todas sus secciones, ofreció desde el primer momento un conjunto de obras notable por su número y por su valía. Comprende unas 2.500 obras, entre ellas muchos trabajos de los primeros maestros de todas las escuelas: de los países extranjeros, los más brillantemente representados son Inglaterra y Francia.

DRESDE. – La división que hace tiempo existía latente entre los artistas se ha puesto al fin de manifiesto con la creación de una Asociación de Artistas plásticos constituída en su mayoría por jóvenes de gran talento y de notable significación en el arte y presidida por Bantzer.

– En el Salón de Ernesto Arnold se ha celebrado una exposición de obras del ilustre pintor Menzel, en la cual, además de cuadros al óleo, *guaches*, acuarelas y dibujos, ha figurado una numerosa colección de croquis que hasta el presente no habían sido expuestos al público. Completan la exposición algunos raros grabados originales y dibujos á la pluma sobre piedra y multitud de reproducciones de varias obras de Menzel.



MONUMENTO ERIGIDO AL CAPITÁN COOK EN SYDNEY,
obra de Tomás Woolner

BERLÍN. – La Galería de Pinturas ha hecho una nueva é importante adquisición, cual es la de un retrato obra de Lucas Signorelli, por el cual ha pagado 65.000 pesetas. Es un busto pintado en madera de álamo que se destaca sobre un fondo claro que representa un paisaje con algunos fragmentos arquitectónicos y varias figuritas.

– En el Salón Schulte la Asociación de los Once ha celebrado su tercera exposición, de gran interés, así para los partidarios como para los adversarios de las modernas tendencias en ella representadas. De las obras expuestas la más notable es una *Crucifixión* de Max Klinger, distinta por su composición y en sus detalles de todo lo que en cuadros análogos se acostumbra á ver, pero que desde el punto de vista artístico recuerda á los antiguos maestros y contiene innumerables bellezas de dibujo y de colorido. L. Hofmann, el más idealista de los Once, ha presentado una colección de cuadros de mucha valía, todos inspirados en el más puro idealismo, entre los cuales sobresalen dos de grandes dimensiones, *La primavera* y *Adán y Eva* después de haber sido arrojados del Paraíso: ha expuesto, además, una porción de dibujos y proyectos decorativos. Las otras obras son debidas á Liebermann, Skarbina, Leistikow, H. Herrmann, Federico Stahl, G. Mosson, J. Alberts, H. Voyel y Schnars-Alquist.

BARCELONA. – *Salón Parés.* – Ricardo Martí ha ocupado últimamente el sitio de preferencia con variadas obras de la especialidad en que descuella: las flores y las aves. Un biombo decorado con alegorías de las cuatro estaciones, varios temas gallardamente resueltos en telas de regulares dimensiones y unos cojines de raso, enriquecidos artísticamente con esa pintura, mitad real, mitad decorativa, que caracteriza á ese pintor en esos asuntos.

Salón de «La Vanguardia.» – Completamente cubiertos aparecieron esos últimos días los tableros de exposición en ese local con dibujos de nuestro director artístico Sr. Pellicer: co-



LLAMADOR DE BRONCE, de H. E. y L. Fontain

lección variada é interesante en que hay de todo un poco, croquis, apuntes, estudios é impresiones, junto á dibujos á la pluma y á la aguada, que reproducidos, han servido para la ilustración de diferentes libros y revistas y han cautivado la atención del público.

Teatros. – En la Scala de Milán se ha estrenado con bastante éxito la ópera del maestro Franchetti *Fior d' Alpe*, que revela más talento instrumental que inspiración, y en la cual algunas piezas impregnadas de poesía y de sentimiento contrastan con otras sobradamente vagas y aun con varias reminiscencias de conocidos maestros.

París. – En la Opera se ha estrenado *Thais*, comedia lírica en tres actos y siete cuadros, poema de Luis Gallet, tomado de la novela de Anatolio France y música de Massenet. El asunto del libro es la tradición de la cortesana egipcia convertida por Paphnucio, aunque en ella resulta muy alterada la versión primitiva de la vida de los santos padres del desierto. La partitura es un conjunto de tonos delicados y melodías dulces sin ninguno de los grandes efectos que en las óperas tanto cautivan. Por esta razón el público ha acogido con gran reserva la última obra del gran compositor francés. Se han estrenado además con buen éxito en le Porte-Saint-Martin, *Monte-Cristo*, drama en cinco actos y quince cuadros, de Emilio Blavet, quien ha condensado en uno solo los cuatro dramas que Dumas y Maquet escribieron sobre la popular é interesante novela de aquel título; en el teatro de L' Oeuvre, el último drama de Ibsen, *Solness le constructeur*, y en el Gymnase, una graciosa comedia en cuatro actos, de Boucheron y Ordonneau, *Le Pelerinage*.

Londres. – En Haymarket se ha estrenado con gran aplauso la versión inglesa de la tan celebrada obra alemana de Fulda *El Talismán*, con el título de *Once upon a tirme*, y en el Criterion *An aristocratic Alliance*, arreglo del drama francés de Angier y Sandeau *Le gendre de M. Poirier*, hecho por Ladi Violet Greville, que más que traducción es una adaptación con algunas escenas y personajes nuevos. Durante la gran temporada de ópera, próxima á inaugurarse en Covent Garden, se cantarán *Falstaff*, de Verdi; *Manón Lescaut*, de Puccini; *Signa*, de Cowen; *Safo*, de Gounod; *L' Attaque du Moulin*, de Bruneau; *La Navarraise*, de Massenet; la *Damnation du Faust*, de Berlioz, y *Werther*, de Massenet.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea, *Lo cor y l' ánima*, drama en tres actos y en verso, de D. Francisco J. Godo; en el Tívoli, *El Angel Guardián*, preciosa zarzuela en tres actos del género de las antiguas, letra del señor Pina y Domínguez, y música de los maestros Nieto y Brull, y en el teatro de la Granvía, *La Homicida*, interesante drama arreglado del francés por el Sr. Laguía.



...y por fin cayó con un síncope en brazos de su maestro

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Sr. Lechantre, dijo Santiago, apretando el brazo de su maestro, júreme usted que no intenta indisponerme con la baronesa. ¿Está usted seguro de que va en esa expedición?

– Si dudas de lo que te digo, tienes un medio bien sencillo de convencerte. Ve á su casa y pregúntaselo.

– Ahora mismo.

– ¡Un instante!.. Es muy temprano y no te recibirá. Ven á almorzar conmigo mientras llega la hora de poder presentarte en su casa. Yo le debo una visita de despedida, te acompañaré y sabremos á qué atenernos.

Santiago se dejó llevar como un niño. La cólera y el abatimiento se sucedían en su pobre organismo, y asistió sin probar bocado al almuerzo de su maestro. Cuando fué hora de ir á casa de Mania, Lechantre le hizo subir en un coche, temiendo que la excitación en que le veía le produjera un accidente.

– Vamos, murmuraba el excelente amigo, sé hombre y ten serenidad... Haz

comprender á esa gran señora que no se juega impunemente con un artista de tu talento. Dile cuatro frescas y despídela bravamente... Yo me presentaré solo, y como de mí no desconfía me recibirá. Una vez la puerta abierta, te hago una seña y entras.

Lechantre subió solo, en efecto, la escalinata, mientras Santiago se quedó atrás entre unos árboles. El criado llevó la tarjeta de aquél á la baronesa, y como el viejo había previsto, dió orden de recibirle; pero cuando el criado volvió y encontró al otro con Lechantre, comprendió que había cometido una torpeza. Sin embargo, no creyéndose con derecho á impedir el paso á un amigo de la señora, introdujo flemáticamente á los artistas en el salón donde Mania estaba sola.

Al ver á Santiago, que avanzaba con los ojos encendidos y el rostro furibundo, Mania adivinó que ya sabía su proyecto de viaje y resolvió esperar serenamente el primer choque.

– ¿Es verdad que parte usted mañana con el príncipe Gregoriew?, preguntó súbitamente Santiago mirándola fijamente.

– Primeramente, contestó sin turbarse, no parto con el príncipe; este caballero nos cede su yate hasta Génova y nos acompaña al lago de Como, lo que es muy diferente... Es una excursión que hace tiempo estaba proyectada por la baronesa Pepper, el doctor Jacobsen y otros amigos...

– ¿Y cómo yo no he sabido nada?

– Yo no lo sé cómo, replicó, encogiéndose de hombros: la expedición ha sido organizada por esas personas y otras, y yo no he intervenido absolutamente en las invitaciones... Por lo demás, todavía es tiempo de reparar el olvido, y si usted quiere, yo misma hablaré á esos señores...

– Sabe usted perfectamente que ahora no aceptaría semejante invitación.

– Eso... como usted quiera, querido maestro; no trato de violentar la voluntad de usted ni de modificar mi resolución... Yo voy en la expedición, que será muy agradable.

– Mania, exclamó suplicando primero, y luego con acento imperioso, no irá usted... Espero que no irá usted...

– ¿Y quién lo va á impedir?, preguntó soberbia.

– ¡Yo! Yo, que te amo, que todo lo he sacrificado por ti, y tengo el derecho de exigirte el sacrificio de ese capricho...

– Suplico á usted que no se exalte, interrumpió la baronesa fríamente, pues esta conversación amistosa podría convertirse en una escena de muy mal gusto. No recibo órdenes de nadie, y á nadie tengo que dar cuenta de mis actos.

Y dirigiéndose á Lechantre, añadió sarcásticamente:

– Suplico á usted que recuerde á su amigo que se halla en casa ajena y en presencia de una señora, ó tendré el sentimiento de retirarme.

Pero Santiago ya no oía nada. La cólera le cegaba, su temperamento de aldeano le hacía perder todo respeto, y dirigiéndose amenazador á la baronesa y asiéndola del brazo brutalmente, gritó:

– ¡Mania!, ¡no me abandonarás, no!. ¡no partirás!.. ¿Olvidas que te amo, que eres mi querida y que... y que...

No pudo continuar. Su rostro lívido presentaba una trágica expresión de angustia; faltábale el aliento, no podía articular palabra... y por fin cayó con un síncope en brazos de su maestro.

XVII

La casa de la señora Moret, en Rocatallada, era una de las últimas del pueblo, la más próxima al puente que une las dos vertientes de la garganta estrecha donde el Anjou se abre paso entre dos paredes de roca. Las ventanas de la fachada posterior caen sobre la terraza de un jardín abierto al pie de la roca y suspendido como un balcón sobre el río. Desde allí se ve, en la vertiente opuesta, el antiguo castillo, masa gris flanqueada de una torrecilla, y más allá, siguiendo las sinuosidades de la corriente del Anjou, la mirada se fija en un grupo de árboles, entre los que surgen los techos de pizarra y los palomares del Priorato.

Era el mes de agosto; en la claridad espléndida de la mañana, aquel rincón del valle, cercado por todas partes de bosque, producía la impresión más completa de pacífica soledad. Entre los árboles de los huertos, los plantíos de alisos húmedos que se cruzaban por encima del río, en cuyas aguas se copiaba el sol; en la inmovilidad de los bosques que cerraban el horizonte, estábase bien lejos del estruendo de las grandes ciudades, á cien leguas de las agitaciones de la vida mundana. Los escasos rumores que percibía el oído, los martillazos del albéitar, el ruido de los batanes, el arrullo de los pichones y el cacareo de los gallineros armonizaban grandemente con la soledad del fresco paisaje, y no turbaban absolutamente su quietud. Solamente, á la entrada del puente, en dirección del camino de Arc-en-Barrois, un break, con dos caballejos adornados de cascabeles, que tenía en las portezuelas la inscripción «Correspondencia del camino de hierro,» daba idea de comunicación entre aquel país ignorado y el mundo civilizado, y era como una nota discordante en la calma del pueblo y del bosque.

La puerta de la casa de la señora Moret se abrió, y dejó ver la silueta de la anciana siguiendo hasta el centro de la calle á Francisco Lechantre y al doctor Langlois. El médico, grueso y bajo, con su sombrero gris y el gabán al brazo, estrechó la mano de la madre de Santiago, murmurando algunas recomendaciones, y la anciana volvió á la casa mientras los dos hombres se dirigían al break, que llamaba poderosamente la atención de unos cuantos chicuelos curiosos.

– Sepamos, doctor, ¿qué piensa usted de mi discípulo?, le preguntó Lechantre.

El médico hizo un gesto poco tranquilizador.

– Está muy grave, respondió, y he querido que me acompañe usted para hacerle varias preguntas que no podía formular en presencia de su madre, porque se habría alarmado mucho la pobre mujer... Al volver á París encontré la lacónica tarjeta de usted, luego recibí el telegrama, y he venido de prisa y corriendo; pero ignoro lo que ha pasado en Niza y necesito que me informe usted un poco acerca del principio de la enfermedad. En vez de descansar allí, supongo que Santiago ha llevado una vida desordenada... Muchas vigilias, emociones violentas, y mucho trato con mujeres, ¿verdad?..

– Precisamente. Existe una satánica criatura que le ha hecho romper con su mujer, y de la que está absurdamente enamorado... ¡Ah! Esa es la que acaba con él.

Rápidamente Lechantre contó al médico la separación de los esposos, la vuelta de Teresa al Priorato, la locura de Santiago y sus borrascosos amores con la baronesa, que luego le había ultrajado y despreciado.

– ¿Y hace ya tiempo que estaba malo?..

– Sí, pero él lo negaba y yo no habría sabido nada si después de una violenta escena con su querida, en mi presencia, no le hubiera acometido un síncope. Me le llevé á su casa, llamé á un médico que hizo lo que pudo, y aconsejó un inmediato cambio de clima. En cuanto pudo ponerse en camino le traje á París, donde creía encontrar á usted; pero usted había ido á no sé qué congreso científico... Mejoró un poco; pero luego volvieron las crisis y los accesos, y por consejo de un colega de usted, hemos venido á Rocatallada. Esperábamos que el aire de su pueblo natal le aliviaría... Pero... nada. Desde que estamos aquí, ha sufrido dos accesos, y cuando le dan crea usted que causa compasión verle.

– ¡Ya lo creo!.. ¿Se pone lívido?.. Su rostro expresará el terror, parece que se ahoga... y cae en el síncope... ¿no es eso?

– Exactamente, y cada nueva crisis es más violenta, más dolorosa; se queja mucho de fuertes dolores en el cuello y en el brazo derecho.

– Y sucederá también que el desorden llega á los nervios gástricos, y entonces habrá náuseas, vómitos...

– Pero, en fin, ¿qué funesta enfermedad es esa?.. exclamó Lechantre cruzándose de brazos ante el médico.

Este se encogió de hombros, levantó los ojos al cielo y contestó lentamente:

– Amigo mío, el estado general es malísimo y hay complicaciones terribles... Primero había tratado al enfermo como atacado de una hyperkinesia cardíaca...

– ¡Hyperkinesia!.., interrumpió el pintor, eso es griego para mí. ¿Qué enfermedad es esa?..

– Es, contestó Langlois, sonriendo, la enfermedad de las personas que han abusado del trabajo intelectual ó de los placeres del amor, y algunas veces de uno y otros.

– ¿Y es muy grave?

– Algunas veces; pero se cura, si se observa una vida regular con abstención de todo exceso... Pero Santiago ha hecho, me parece, precisamente todo lo contrario, y ahora temo otra afección más profunda y más peligrosa. Los síntomas que observo son todos los de una angina de pecho.

– ¡Dios mío!, suspiró el pintor; ¿y esa puede curarse también, doctor?..

– ¡Oh! Los casos de curación de esa enfermedad son rarísimos, y no debo ocultar á usted que en un acceso puede sobrevenir la muerte repentina.

– ¡Oh! Eso es imposible, usted no puede dejar que se muera como un hombre vulgar un gran artista como Santiago Moret. Ciertamente, habrá algún remedio, y usted, que es una lumbrera de la ciencia, debe conocerlo.

- Querido Lechantre, los médicos no tenemos la facultad de hacer milagros... He prescrito un tratamiento de morfina y de acónito, que algunas veces produce buen resultado; y como el enfermo es joven, puede haber alguna esperanza de que alejemos el desenlace fatal... Pero será preciso observar una higiene severa, un reposo absoluto, cuidados de persona inteligente y cariñosa y fuerte... Por lo que he podido observar en la casa, no se puede contar con su hermana, y la madre es demasiado anciana para exigir de ella que no se rinda á la fatiga... Solamente una persona sería capaz de intentar el milagro que me pide usted: la esposa del enfermo... Me ha dicho usted que está cerca de aquí...

– Iré á verla en separándome de usted.

– ¿Cree usted que consentirá en volver al lado de su marido?..

– Lo espero. Santiago la ha ofendido gravemente, pero ella tiene un gran corazón, y confío en que olvidará sus agravios... Si el enfermo puede salvarse, ella le salvará.

Habían llegado al break, en el que montó el doctor Langlois.

– ¡Adiós!, dijo mirando el reloj; tengo sólo el tiempo preciso para llegar á tomar el tren en Latrecey... No olvide usted lo que le he dicho. Ante todo conviene evitar que vuelvan los accesos... Si ocurre algo, me pone usted un telegrama y volveré... Serenidad, amigo Lechantre.

Los caballos salieron al trote, y con un sonoro ruido de campanillas y cascabeles, tomaron el camino de Arc. Cuando le vió perderse en medio del polvo luminoso del camino, Lechantre lanzó un suspiro, y atravesando el puente, bajó hacia el estrecho sendero, que á la orilla del Anjou conducía al Priorato.

El maestro pisaba el suelo húmedo de aquella senda llena de hierbas aromáticas en que la menta exhalaba su olor picante, y pensaba en Teresa. ¿En qué disposición iba á encontrarla y qué la diría para decidirla? Desde que Santiago volvió á Rocatallada, ni una sola vez había aludido á su mujer; cuando la angustia que le mataba le dejaba un poco de libertad de espíritu, no hablaba más que de Niza y de pintura. Lechantre no se consideraba autorizado á hacer proposiciones de reconciliación, que probablemente serían rechazadas por la esposa ofendida, y sin embargo, estaba persuadido de que la presencia de Teresa podía únicamente ejercer una influencia saludable sobre el enfermo. Después de un cuarto de hora de camino llegó al Priorato, y su excelente corazón latió vivamente al entrar en el patio de la quinta.

La puerta de la sala baja estaba abierta, y el maestro entró resueltamente. Al ruido de sus pasos levantóse en la penumbra una forma que aquél vió vagamente, pero al momento reconoció á Teresa.

Vestía un traje obscuro y estaba sencillamente peinada. Su palidez mate era extremada, y extremada también la tristeza de sus hermosos ojos enrojecidos. Se estremeció al reconocer á Lechantre, y le tendió la mano.

– Buenos días, Teresa, dijo el pintor conmovido. Mucho gusto tengo en ver á usted.

– Y yo también en verle otra vez en esta casa, que siempre es suya, respondió con forzada calma. ¿Hace mucho que está usted por aquí?

– Cinco días nada más... Y tomando asiento, añadió resueltamente: Y no he venido solo; Santiago está en su casa.

Apenas había articulado estas palabras, Teresa le interrumpió con una mirada enérgica.

– Sr. Lechantre, la persona que me ha nombrado usted es completamente extraña para mí: he prohibido que en esta casa se pronuncie su nombre, y he cortado relaciones con todos los que me le podrían recordar. No quiero saber nada para poder olvidar mejor... Sí, sí, olvidar es lo que quiero..., y espero que usted no insista. Hablemos, pues, de otra cosa, Sr. Lechantre.

– Insistiré, sin embargo, repuso valientemente el maestro, aunque usted me eche de su casa. Sé mejor que nadie, Teresa, lo que usted ha sufrido y las razo-

nes que tiene para ser severa; pero hay circunstancias en que los más duros corazones se mueven á piedad.

– ¿Qué circunstancias?, preguntó visiblemente interesada.

– Cuando el culpable ha pagado tan cara su culpa, que tiene derecho á la compasión de los mismos á quienes ha ofendido.

Pensó que la insinuación del maestro se refería á una traición de la mujer que había sido su rival, y contestó agriamente:

– Si ha recibido el castigo, no tiene más que lo que merece.

– Es usted muy cruel, Teresa, repuso Lechantre animándose... Si sólo se tratara de un sufrimiento moral, diría: «Tiene razón la esposa honrada; conviene que Santiago expíe su culpa.» Pero es el cuerpo el enfermo, y su enfermedad es más implacable que usted.

Teresa hacía esfuerzos para aparecer impasible, pero movía sus labios un involuntario temblor que no dejó de llamar la atención del pintor.

– Le he traído, prosiguió, en un estado casi desesperado... Está débil como un niño, escuálido, desconocido. Langlois, que le ha visto hoy, dice que padece una angina de pecho, y que solamente cuidados asiduos, inteligentes, pueden acaso impedir que la enfermedad sea inmediatamente mortal... Se trata de salvarle, y sólo usted puede hacer ese milagro. ¡Vive el cielo! Es preciso que no se muera como un imbécil el artista cuyo genio puede dar días de gloria á la Francia.

Teresa aparecía impenetrable, pero se advertía que luchaba consigo misma; sus ojos se humedecían evidentemente.

– Perdone usted, amigo mío... En este momento no puedo contestar á usted... Temo que lo que usted me pide sea superior á mis fuerzas... Tengo necesidad de estar sola y pensar lo que debo hacer... Perdóneme usted.

Salió precipitadamente y corrió á encerrarse en su cuarto.

El pintor salió de la casa. No tenía seguridad del éxito de su gestión, y sin embargo llevaba alguna esperanza. «¡Oh!, pensaba, conozco á Teresa, y me parece imposible que no se deje llevar de su buen corazón... Vendrá, vendrá.»

Volvió más tranquilo á casa de su discípulo, y encontró á la madre muy atareada en la cocina. La pobre mujer, impresionada todavía por la visita del médico, consultaba trabajosamente un libro.

– ¡Ah, Sr. Lechantre!, exclamó levantando la cabeza, esperaba á usted con impaciencia. Salió usted con el doctor y le habrá dicho francamente su opinión. ¿Hay esperanza?

– Sí, amiga mía, tranquilícese usted. Langlois asegura que con un régimen severo y siguiendo fielmente sus instrucciones, conseguiremos vencer el mal. ¿Cómo se encuentra ahora Santiago?

– Lo mismo: ensimismado, no habla y pasa el tiempo haciendo figuras con el lápiz... Está muy débil, y quisiera que comiera algo. Esta mañana ha tenido el capricho de que le haga un plato que dice que le servían en Niza... Dice que se llama *risotto*, y estoy aquí buscando en este libro la receta, á ver si puedo hacerlo á su gusto. Yo voy á volverme loca.

– ¡Un *risotto!*, exclamó Lechantre, aparentando jovialidad... Yo sé lo que es y puedo ayudar á usted.. En primer lugar, pone usted á cocer arroz con agua, y luego que esté cocido le pone usted caldo de buena carne... Cuando esté á punto le rociamos de queso de Parma rayado y tendremos un *risotto* que se chupará los dedos de gusto el que lo coma.

En aquel punto, Cristina volvía de la iglesia. Oyendo á Lechantre y su madre discutir gravemente aquella cuestión culinaria, se encogió de hombros, é invitándola el maestro á ayudar á su madre, insinuó beatamente que se ocupaban demasiado en el alimento del cuerpo y muy poco en el del alma. Compadecía á los que tenían ojos y no veían. Ella no se hacía ilusiones; creía que Santiago estaba gravemente enfermo, y no esperaba nada más que de la Providencia. Este sermón hizo llorar á la anciana, y Lechantre no pudo contenerse.

– Señorita, dijo, puede que tenga usted razón, y que como María de Magdala haya usted elegido la mejor parte; pero Marta tenía también buen corazón, y sin ella, Nuestro Señor Jesucristo no hubiera cenado... Así pues, creo que debe usted ayudar á su madre en la confección del *risotto*, mientras yo voy á hablar con Santiago. Señora Moret, no olvide usted llamarme cuando el *risotto* esté á punto.

Y se dirigió al cuarto de su discípulo. El enfermo, envuelto en mantas, estaba tendido en un ancho sillón cerca de la ventana abierta. Aunque hacía calor, tiritaba. Como había dicho á Teresa, el pobre estaba desconocido; su cuerpo era un esqueleto; sus cabellos y su barba parecían no tener vida; sus mejillas hundidas presentaban un tinte azulado; en el fondo de la órbita sus ojos negros se movían incesantemente con la inquieta expresión ansiosa de los enfermos que quieren leer en el rostro de los demás lo que piensan de su estado. Tenía un álbum sobre las rodillas y trazaba un paisaje.

– ¡Bravo, hijo mío!, exclamó el maestro. Te has puesto á trabajar. Esa es buena señal. A ver, á ver.

Creyó que Santiago copiaba el paisaje que se extendía frente á la ventana, pero vió que lo que dibujaba de memoria era la rada de Villafranca, vista desde el camino de Beaulieu.

– Bien, bien, dijo; eso es dibujar.

– No, suspiró tristemente Santiago, cerrando el álbum, no vale nada, le falta color, vida... Sería preciso tener aquí aquella luz... ¡Ah, qué puestas de sol desde la villa Endymión!.. Las colinas de olivos y pinos sobre un fondo de oro, donde brillaba como plata la silueta de la luna... Aquella luz me hace falta. Aquí el paisaje es gris y el sol no calienta... Y además, esta angustia que siento, este miedo de ahogarme... que me paraliza los dedos. No, no puedo pintar más, querido maestro... Esto se acabó... Y ahora que estamos solos, dígame usted, prosiguió fijando la mirada en los ojos de Lechantre, ¿qué ha dicho Langlois?

– Langlois dice, contestó el viejo afectando jovialidad, que haces mal en tener aprensión; que con un buen régimen y mucho cuidado, antes del invierno podrás volver á trabajar.

– ¡Ah, si fuera verdad!, suspiró el enfermo con desaliento. Mire usted, si me dijeran: «Te van á cortar las dos piernas, pero podrás pintar...,» me las dejaría cortar muy contento. Volvería á Niza, y tenga usted por seguro que pintaría un buen cuadro. No puede usted imaginarse cómo me inspira aquel hermoso país. Cierro los ojos, y veo en plena luz aquellos sitios. Desde aquí percibo el olor de los eucalyptus, y por la noche experimento la obsesión de la orquesta del Casino. ¿Recuerda usted la noche que vimos llegar á Mania con su traje blanco con encajes rojos?..

«No piensa en otra cosa», pensó Lechantre, que ya iba á hablarle de Teresa, lo que le pareció inoportuno en el momento.

Los interrumpió Cristina, que venía á poner la mesa para que comiera su hermano, y la voz de la anciana, que llamaba á Lechantre desde la cocina.

– Espera, dijo al enfermo, ahora vuelvo. Te hemos preparado una sorpresa, un plato de Niza, que te devolverá el apetito.



– Está muy grave, respondió el médico, y he querido que me acompañe usted para hacerle unas preguntas..

Cinco minutos después volvía con la madre, que traía el *risotto* humeante y despidiendo rico olor.

– Aquí está, dijo cómicamente Lechantre, el *risotto* pedido... Le hemos añadido algunas trufas de Borgoña... ¡Oh! No son tan buenas como las del Piamonte; pero, hijo, hacemos lo que podemos. Pruébalo.

Bromeando, sirvió al enfermo, en tanto que la anciana, animada porque iba á comer su Benjamín, le servía en un vasito dos dedos de vino de Burdeos y cortaba unas rebanadas de pan.

Santiago, viendo al fin el plato que había deseado, experimentó una pasajera alegría infantil. Tomó un poco del famoso *risotto*, lo masticó trabajosamente, y luego arrojó con tristeza el tenedor y rechazó el plato que tenía delante.

– ¡Qué! ¿No te gusta, hijo?, preguntó con ansiedad la madre.

– No, murmuró, no es eso... Para que me supiera bien, tenía que comerlo allí, confeccionado por la gente del país, servido enfrente de los limoneros de Beaulieu... Llevaos eso, me repugna.

Cristina, con una sonrisa irónica, quitó la mesa, mientras que la pobre madre corría á la cocina para llorar á solas. El pintor y su maestro quedaron solos otra vez.

– ¡Por vida de!, exclamó Lechantre; haces sufrir mucho á tu pobre madre... Y te advierto que si quieres recobrar las fuerzas y la salud es preciso que te alimentes.

– No las recobraré jamás aquí. A todos hago justicia; todos me cuidan aquí admirablemente, mamá, sobre todo, no sabe qué hacer por mi bien, pero es trabajo perdido... El aire de Rocatallada no me conviene... Aquí no respiro... El hechizo de Niza no lo olvido, y lo necesito. ¡Ah! Los nicenses tienen razón en tener por símbolo una golondrina con este lema: «¡Volveré!» Cuando se ha gozado de aquella luz, no se puede vivir en otra parte. Mi cuerpo no puede curarse aquí porque mi corazón ha quedado allí á la orilla de aquel mar azul. No hablo á usted de Mania, y acaso cree usted que la he olvidado... No, no; siempre pienso en ella; en mis noches de insomnio la veo constantemente; está unida á mi carne y á mi pensamiento. Sea usted franco, Lechantre, ¿ha oído usted hablar de ella desde que me trajo usted aquí?

– Sí, respondió evasivamente el maestro, se marchó de Niza y no volverá.

– Sí volverá, repuso Santiago, exaltándose. Tampoco ella puede vivir en otra parte. Volverá, y extrañará mucho no encontrarme. No es posible que no me ame ya. Estoy seguro de que me ama y de que si supiera cómo estoy, correría á verme, vendría aquí.

– Ya sabe tu enfermedad y no ha venido.

(Concluirá)

ENTIERRO DE KOSSUTH EN BUDAPEST

El 1.º del presente mes verificóse en la capital de Hungría el entierro de Luis Kossuth. Los honores tributados en Budapest al cadáver del gran patriota que después de muerto era restituído á la patria de donde voluntariamente se desterrara, y las elocuentes y grandiosas manifestaciones de dolor con que sus compatriotas acompañaron hasta la tumba al idolatrado héroe de la libertad, fueron una imponente apoteosis de esa figura hermosa y eminente de la historia húngara.

Entierro de Kossuth.—El pueblo de Budapest contemplando el paso del cortejo fúnebre

Desde el momento en que se trató de restituir á su patria, aunque muerto ya, al *padre Kossuth*, como allí se le llamaba, después de cuarenta y cinco años de ausencia, diéronse al olvido los errores de aquel hombre que con tenacidad implacable luchó siempre por la independencia de Hungría, y la nación húngara sólo se acordó de los inmensos beneficios que le debía, y el dolor más profundo se apoderó de ella cuando tuvo noticia del fallecimiento del constante defensor de sus libertades.

Ese dolor se manifestó en los millares de cartas y telegramas de pésame dirigidos á los hijos de Kossuth, en el sinnúmero de coronas depositadas junto al féretro, en las sinceras lágrimas que al cundir la noticia de su muerte se derramaron y en el entusiasmo con que todo el mundo, pobres y ricos, contribuye á la suscripción que se ha abierto para la erección de un monumento que no tardará en perpetuar la memoria de aquel gran hombre.

La prueba más elocuente del cariño y de la veneración que á Kossuth profesaba el pueblo húngaro, del sentimiento que su muerte ha producido y del respeto á su recuerdo consagrado, ha sido la imponente manifestación á que ha dado lugar su entierro. De todos los distritos del país acudieron á Budapest comisiones para asistir á la fúnebre ceremonia, y no hay una sola aldea en toda Hungría que no haya enviado por lo menos un representante: la mayoría de las poblaciones han estado representadas por delegaciones numerosas; la de la ciudad de Czegled, por ejemplo, se componía de más de 600 individuos.

Tumba provisional de Kossuth

El Museo Nacional, en cuyo clásico vestíbulo se depositó el ataúd que contenía los restos de Kossuth y que desapareció bajo un verdadero bosque de laurel, convirtióse en lugar de triste romería mientras en él estuvo expuesto el cadáver: desde la madrugada del viernes hasta la mañana del domingo, millares y millares de personas acudieron á los magníficos jardines, entre los cuales se alza el majestuoso edificio, para contemplar al través de la puerta la cámara ardiente en donde se hallaba, guardado por ancianos *honveds* de los años 1848 y 1849 y por estudiantes de la Universidad vestidos de gala, el muerto ilustre cubierto de olorosas flores sobre las cuales derramaban torrentes de luz infinidad de cirios y de lámparas eléctricas.

Para las diez de la mañana del domingo habíase fijado la ceremonia del entierro, pero desde las siete toda la población de Budapest estaba en movimiento, llenando las calles por donde había de pasar el fúnebre cortejo: el curso que éste debía recorrer, desde el Museo al cementerio, alcanzaba un extensión de más de seis kilómetros, y á pesar de esto, por todas partes se veía una multitud inmensa y compacta, que no bajaría en su conjunto de algunos centenares de miles de personas. A ambos lados de las calles formaban cordón las asociaciones y corporaciones con sus banderas, detrás de las cuales agolpábase el público, y por el espacio que dejaban libre los dos cordones formados por las asociaciones referidas y por una especie de milicia organizada con motivo del entierro para mantener el orden, circulaban las diputaciones enviadas de todos los puntos del reino con sus estandartes enlutados. En los balcones y ventanas de las casas cubiertas de colgaduras negras y adornadas con retratos de Kossuth, en las buhardillas, en los árboles de los bulevares y hasta en las columnas de anuncios apiñábase la multitud.



Entierro de Kossuth.—Paso del cortejo fúnebre por las calles de Budapest

La triste ceremonia comenzó á las diez de la mañana, entonando el orfeón de Budapest un himno, concluído el cual, el obispo luterano Sarkany rezó una oración y pronunció un discurso necrológico del gran húngaro. Mauricio Jokai, en nombre del Parlamento, hizo el elogio fúnebre de Kossuth en términos poéticos y conmovedores, y el viceburgomaestre Gerloczy se hizo intérprete del dolor que en la capital había producido el fallecimiento de su ciudadano honorario. Después de haberse entonado el *Szozat*, el féretro fué descendido por la grandiosa escalinata del Museo y colocado en una magnífica carroza tirada por ocho caballos, y poco antes de las once la imponente comitiva se puso en movimiento. Marchaban delante innumerables sociedades y diputaciones, entre las cuales había más de mil señoras vestidas de luto; seguían luego los bomberos voluntarios, los empleados de la empresa de pompas fúnebres montados, doce portafaroles montados también, veinte coches con más de cuatro mil coronas, los empleados municipales precedidos por la bandera de la capital, los honveds de 1848 y 1849 con sus estandartes enfundados, cincuenta pastores evangélicos, el portacruz y la carroza mortuoria y junto á ésta los burgomaestres, los representantes de la ciudad y los diputados, que alternativamente sostenían las gasas que pendían del féretro. Inmediatamente después de éste iban los hijos de Kossuth visiblemente, emocionados por la manifestación sin igual de dolor que el pueblo húngaro tributaba á los restos mortales de su padre, seguidos de los miembros de la dieta, en número de trescientos, con sus vicepresidentes el conde Teodoro de Andrasay y Desiderio de Perczel y algunos individuos de la Cámara de los Magnates, llevando al frente á su segundo presidente el conde Tibor Karolyi. Cerraba el cortejo una infinidad de banderas nacionales negras y cubiertas con negros crespones, tras de las cuales marchaba un número incalculable de diputaciones de la ciudad, de los comitados y de las municipalidades y una inmensa masa de gente del pueblo. Tres horas tardó en recorrer el trayecto señalado la comitiva, cuya cabeza llegaba al cementerio cuando aún no había salido la cola del punto de partida, es decir, del Museo Nacional.

Delante de la abierta tumba rezó las preces de rúbrica el pastor Horvath, y luego pronunciaron sendos discursos Tomás Pechy en nombre de los honveds de 1848 y 1849, Julio Justh en el del partido de 1848, Fernando Horanszky en el del partido nacional, Otón Herrmann en el del partido de la independencia y el auditor universitario Botlik en nombre de la juventud húngara.

Después de estos discursos el orfeón entonó un coral fúnebre, terminado el cual el cadáver de Kossuth fué bajado á la fosa, en donde quedó colocado entre los sarcófagos de su esposa y de su hija, depositados allí pocos días antes.

El entierro, costeado por el municipio de Budapest, se verificó en medio del mayor orden, y de él conservarán imperecedero recuerdo cuantos lo han presenciado.

Bien ha pagado Hungría la deuda de gratitud contraída con el patriota insigne que en el club, en el Parlamento, en la prensa y en el campo de batalla luchó siempre heroicamente por la independencia de su patria y combatió con energía y constancia la dominación austriaca; con el que fundó asociaciones nacionales cuyos afiliados se comprometieron á usar exclusivamente productos de la industria húngara, impidiendo el desarrollo industrial de Austria en Hungría; con el que elevado al puesto de dictador organizó y sostuvo la lucha de 1848, en la cual él y sus generales obtuvieron grandes ventajas sobre los austriacos, hasta que la intervención de Rusia decidió la guerra en favor de éstos; con el que viendo nuevamente sojuzgado el país por cuya libertad tantos esfuerzos y sacrificios había hecho, se refugió en territoric extranjero, primero en Turquía, luego en Inglaterra, después en los Estados Unidos y finalmente en Italia, en la ciudad de Turín, en donde ha vivido en voluntario destierro desde 1875 hasta el momento de su muerte.

En 1879 la Cámara de diputados de Hungría aprobó, á pesar de las vivas protestas de la extrema izquierda, una ley especialmente dirigida contra Kossuth, por la que se privaba de los derechos de ciudadano húngaro á todo el que residiera voluntariamente cierto número de años en el extranjero: el entierro del gran revolucionario ha probado elocuentemente cuán poco se inspiraron aquellos torpes legisladores en los verdaderos sentimientos del pueblo y cuán inútil ha sido aquella ley cuando se ha tratado de rendir el último tributo, tan extraordinario como merecido, al hijo predilecto de Hungría.



BATERÍA DE MONTAÑA, dibujo de R. Navarro

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21



EN EL OCASO, cuadro de Francisco Sans Castaño (Salón Parés)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 30 de abril de 1894 — Núm. 644



EN ORACION, cuadro de Gabriel Max

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Regios é imperiales epitalamios. – Alemania en Canosa. – Los diputados germánicos y los jesuítas expulsados. – El cardenal Gibbons y el último Concilio Vaticano. – La peregrinación de los jornaleros españoles y la Ciudad Eterna. – Recuerdos de lo pasado é ideas y esperanzas para lo futuro. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Hace mucho tiempo lo dije: Alemania es un vivero de reyes. En parte ninguna se dan los árboles llamados dinastías como en tal húmedo territorio. Así no debe maravillarnos la frecuencia de bodas regias en Alemania y menos el interés por estas ceremonias familiares despertado en todas partes. Las cortes de régulos se suceden ahora en sus espacios como los jefes de tribus en otros tiempos. Nada tan compuesto, arreglado, limpio, como aquellas capitales, donde las dinastías residen, parecidas á un sitio real apercibido para recreos y esparcimientos regios. No quiero hablar de Munich, importante cabeza de un Estado grande, como Baviera: Auttgrot me ofrece mejor ejemplo. Un Aranjuez poblado de muchísima gente y rico en sólidas construcciones parece la capital, por sus alamedas interminables, sus jardines floridos, sus estatuas de mármol, sus fuentes de caprichosos juegos, sus casitas á modo de nidos entre cuidados bosques, á todo lo cual se añaden escuelas donde brillan las ciencias, bibliotecas provistas y varios museos de todas clases ordenados con una grande regularidad y muy copiosos, teatros siempre concurridos, círculos resonantes de música, cátedras en que pueden oirse conferencias acerca de asuntos interesantísimos y trascendentales problemas bajo una calma completa y con una disciplina muy admirable, generadas, no por la vigilancia ó por la imposición de arriba, por obsequio voluntario en los de abajo á ordenanzas y costumbres y tradiciones muy respetadas por aquellos pacíficos y dulces habitantes. En regiones así donde tanto se dilata el invierno, los monarcas y sus cortesanos cuidan de música y pintura y letras con sumo esmero, dando sus nombres á épocas literarias y artísticas de primer orden, como el rey Luis á la titánica epopeya de Wagner, como los príncipes de Weimar al gloriosísimo trabajo de Goethe. Pues bien: el trono de un principado así, ocupa hoy el hijo segundo de la reina Victoria, el duque de Edimburgo, quien desde almirante inglés ha poco se trocara en soberano territorial de una vieja comarca, no mayor que sus barcos. Y ahora une con el soberano de Hesse á su hija segunda, pues la primera ya se casó con el heredero de Rumanía; y con una hermana del mismo soberano de Hesse, á su vez, se une también el heredero de la corona moscovita. Primos carnales ellos entre sí, nietas las novias de soberana como la británica, excusado será decir cuántas testas coronadas habían honrado con su presencia los dichos de ambas parejas y qué cálculos se harán sobre las consecuencias políticas de estos familiares, importantísimos siempre, cuando se trata de quienes asumen la dirección del mundo moderno, erigidos en cocheros de pueblos como asentados sobre los pescantes de las colosales carrozas que se denominan Estados. Mas en la importancia de tales matrimonios ha entrado con su correspondiente rebaja la democracia victoriosa, y nadie desconocerá cómo no se ajustan las medidas de los pueblos al tálamo y al sepulcro de sus reyes, pues por medio de la tribuna y de la prensa, por sus reuniones y sus asociaciones múltiples, por los comicios donde los hay, hasta por la conversación donde no hay comicios, como en Rusia, el pueblo se apodera de la voluntad general, forma lo que llamamos conciencia pública en el espíritu de la colectividad, y mueve según su grado á los mismos soberanos, cual el vapor á las máquinas.

II

Ya que hablamos de Alemania, no he visto en la prensa española registrado con el interés que merece un hecho de tanta importancia como el voto emitido por su Parlamento nacional abrogando la expulsión de los jesuítas. Cuando se metió Bismarck en el horrible fregado de sus combates con la iglesia, dijímosle que había de ir á Canosa, y fué. Pues ahora, tras Bismarck ha ido el Parlamento alemán á Canosa. Muy vulgar esta locución de ir á Canosa en todas las lenguas, pocas gentes suelen pararse á recordar lo que significa. Es Canosa el monte y castillo de Italia donde tuvo que hacer penitencia, en el siglo undécimo, y pedir perdón al Papa de Roma Gregorio VII, el emperador de Alemania Enrique IV. No pueden referirse las penalidades de este césar cuando lo excomulgó el Pontífice y se vió precisado á pedirle públicamente perdón para el recobro de su tranquilidad personal y el regoce de su vasto imperio. Corría un enero, el más frío, según cuentan, de toda la centuria; y desafiando sus horrores, tuvo que atravesar Enrique IV el monte Cenis, sin guías ni senderos, á pie, con su pobre mujer y con su hijuelo, resbalándose sobre la nieve, sólida como el granito y fría como la muerte, al borde obscuro de los abismos que podían tragárselo en el olvido eternal. En cuanto Gregorio VII supo que acababa Enrique IV de llegar á Turín, dirigióse inmediatamente á Canosa, no lejos de Regio en Módena. En vano semi-herejes obispos quisieron disuadirle de su intento; en vano algunos caballeros de Lombardía le brindaron á una con su obediencia y con su auxilio contra el Papa; en vano muchos enemigos de la Sede Pontificia le pusieron sus armas ante los ojos y le señalaron el camino de Roma, como los godos á su general Alarico: sintiendo Enrique IV que no podía llevar la corona de los césares sobre sus sienes, heridas por el rayo de los Papas, persistió en su propósito, y sin darse punto de reposo corrió hasta llegar al pie mismo de Canosa, donde, trémulo, casi en cueros, con las rodillas sobre la nieve, con todo su cuerpo aterido y amoratado de frío, macerándose, penitente, publicando sus culpas, confesó, asustado y temeroso, cual estarán los réprobos en el juicio final á la izquierda del Padre, resuelto á quedarse allí pegado á la tierra como uno de aquellos seculares árboles mientras no escuchara su perdón; estuvo así tres días con sus tres consecutivas noches, bastantes, según sus inclemencias, á quitarle la vida, que se apagara y extinguiera por cierto, si Gregorio VII no se hubiese ablandado á la postre, y tomándolo en sus brazos tras las vociferaciones de su arrepentimiento y los martirios infligidos por propia mano á sus carnes, no hubiera partido con él una Hostia Consagrada y dádole con amor el ósculo bendito de reconciliación y de paz. Así, á los que después de haber decretado las leyes de mayo del 73, persecutorias de la Iglesia y desacatadoras del nombre y autoridad de ésta, se han arrepentido, como á los que, después de haber puesto los jesuítas en las fronteras, han acabado por votar su regreso y por reabrirles las puertas del imperio, les llamamos hoy viajeros á Canosa.

III

El partido liberal y la orden de Jesús han pasado su vida mutuamente combatiéndose y denostándose á una sin piedad y sin descanso. Llamando los jesuítas á los liberales masones, y llamando los liberales á los jesuítas ultramontanos, la secular batalla no ha tenido ni hora de tregua ni punto de reposo. Por tal manera este combate dominó la edad última del género humano, que un filósofo ilustre puso por característica de la historia moderna esta lucha implacable y á muerte. Surgida y formada en tiempo de revolución moral y religiosa la orden de los jesuítas, medio regular y medio secular; monástica bajo un aspecto y bajo muchos otros eclesiástica puramente; congregación de capellanes reunida para detener el torrente de las nuevas ideas por coincidir su aparición en la sociedad con la reforma luterana y con los descubrimientos é invenciones en la tierra, muy rejuvenecida, propúsose contrastar y detener y resistir, volviéndonos atrás, si era preciso, en lo cual no se pareció á los benedictinos, que salvaron como pudieron la cultura clásica, y menos á los franciscanos, que ingirieron en el seno de las férreas sociedades feudales el alma de las modernas democracias; parecióse más bien á los templarios, caballeros andantes en Asia y en Europa del Pontificado y de la Iglesia, pues como éstos constituían un ejército feudal en que predominó el valor y la pujauza, los jesuítas constituyeron un ejército permanente numeroso en que predominaron la diplomacia propia de su siglo décimosexto y la maquiavélica Razón de Estado, elevada de suyo sobre todas las monarquías absolutas. Muy útiles en la época de las primeras colonizaciones, y muy heroicos en aventuras y empresas como las del santo Francisco Javier por Asia y aun por América, en Europa se han distinguido más por sus conspiraciones sordas que por sus hazañas brillantes, tirando siempre á disminuir en lo posible todo poder civil y á oprimirlo bajo la inmensa pesadumbre del poder religioso. Así, durante aquel período larguísimo, que se dilata de las guerras luteranas á la paz Westphalia, los golpes más fuertes asestados al protestantismo se dieron por mano de los jesuítas, y los golpes más fuertes asestados á la Iglesia se dieron en la cabeza de los jesuítas. Entre los últimos, ninguno como su expulsión. Persiguiéronlos aquellos reyes que pasaban por más católicos en el mundo, quienes los trataron según la dura ley del Talión, expulsando á los cómplices de las dos mayores iniquidades cometidas por los poderosos del mundo en su tiempo: la expulsión de los moriscos en España, y en Francia la revocación del Edicto de Nantes. El rey fidelísimo de Portugal, el rey cristianísimo de Francia, el rey católico de España, los arrojaron del seno de sus dominios, comenzando con este acto la dispersión de un elemento en el mundo tan poderoso cual las órdenes religiosas, y con esta dispersión las revoluciones modernas. Un solo monarca se movió á compasión hacia ellos, el jefe de la Iglesia luterana por excelencia, el gran Federico de Prusia. Y á pesar de una tradición así, expulsólos más tarde Alemania, como á pesar de ser el código de las libertades modernas la constitución federal suiza, los condenó á perpetuo extrañamiento de sus Estados, poniendo tamaña excepción muy cerca de aquellos títulos que formulaban y encarnaban los grandes principios democráticos. Pues la expulsión de Alemania se ha revocado ahora merced á un voto del Parlamento. Y en éste los demócratas han votado por los jesuítas, obedeciendo y sujetándose al ideal de sus principios. No seré yo quien los moteje. Hay que admitir la libertad con todos sus inconvenientes y en todas sus consecuencias.

IV

Lo que principalmente impulsó al príncipe de Bismarck hacia las ideas generadoras del código férreo de mayo, fué la declaración de Infalibilidad, hecha poco antes del terrible conflicto franco prusiano, que completaba la obra jesuítica del absolutismo pontificio. Creyendo hallarse allá en los tiempos de la Reforma y dando al dogma nuevo un alcance y trascendencia desmesurados, imaginóse ver los clérigos antiguos dentro de los Estados modernos, y se propuso combatirlos á nombre de las autoridades y poderes laicos en toda Germania, con un entusiasmo que recordaba las predicaciones de Lutero, y con un fragor que recordaba el estruendo armado por los ligueros de Smakalden. Un gran prelado, el cardenal Gibbons, acaba de dar á luz en América varios recuerdos inéditos del Concilio último, que cerraba sus puertas pocos días antes de abrirse las compuertas del conflicto europeo y dos meses antes de que perdieran para siempre los Papas su inútil y aun dañoso poder político. Este dogma de la Infalibilidad fué sin duda con el Syllabus una de las mayores temeridades cometidas por el jesuitismo en su perverso influjo sobre la Iglesia Universal. La ceremonia de su promulgación pareció un gran entierro. Las sedes más distinguidas estaban vacías; los obispos más conspicuos partiéronse confusos. Doscientos marcharon de allí en doce horas. Era con verdad una viudez aquello de la Iglesia. Así no se pronunciaron los grandiosos sermones de gracias esperados por todo el mundo. Más que apologistas, necesitaba la Ciudad de Dios, la esposa de Cristo, un Jeremías, que llorase sobre su soledad y su santurio caído y sus piedras dispersas y sus huesos disyectos de cadáver insepulto y su templo asaltado por los enemigos eternos y su nombre convertido en ludibrio del mundo. Dos obispos, únicamente dos obispos tuvieron el valor necesario para oponer su *non placet* á las ambiciones aquellas: un obispo de la vieja Italia y un obispo de la joven América. Y á medida que la votación adelantaba, esperábanse las tinieblas; y á pesar de ser pleno día y pleno estío, entraba la noche por ventanas y puertas en San Pedro, noche no tan obscura como la que caía sobre nuestro espíritu cristiano. Cuando Pío IX acabó de leer la declaración de su Infalibilidad, su apoteosis, al resplandor de mortecino cirio siniestro relámpago culebreó por toda la Basílica y

largo trueno retumbó en sus altísimas bóvedas como para recordar á los dioses de la tierra que aún había un Dios en los cielos. La lluvia caía entonces á torrentes; los frailes gritaban como poseídos, y el pueblo-rey había huído y ausentádose de allí, como acostumbraba por aquellos tiempos. El Papa decía que su Concilio tuviera tres períodos: el primero, en que todo lo embrollaran los demonios; el segundo, en que todo lo embrollaran los hombres; el tercero, en que todo lo esclareciera y aclarara Dios. Y sin embargo, si desde lo alto del Vaticano tornara los ojos en aquel momento hacia los bordes y límites del cielo, viera venir las huestes que corrían desaladas á pedirle cuentas de su largo despotismo y á derribar en el polvo su temporal diadema de monarca. Mas el cardenal Gibbons nota una circunstancia especial que nadie á la sazón podía notar y que, sin embargo, recordaba la bujía puesta bajo el almis y apercibida en aquel recatado sitio, aunque oculta y eclipsada, para más tarde iluminar como un sol nuevo la tierra. Esta circunstancia era el silencio, el recato, la neutralidad, la reserva de un cardenal Pecci, que no tomaba partido por nada ni por nadie, recluyéndose dentro de un solemne y sublime silencio, como si un presentimiento le anunciase que había de subir al trono pontificio tras la muerte del Papa reinante, y que había de corregir con sus luminosas ideas y su inspirado verbo los errores del antiguo régimen, preparando una reconciliación entre la democracia y la Iglesia como la que hoy presenciamos y que tantas y tan saludables consecuencias habrá de tener por fuerza en el espacio y en el tiempo.



En el taller del armero, cuadro de Walter Gay

Así es que, sobreponiéndome yo á las viejas supersticiones democráticas, no veo con tan malos ojos, cual el resto de mis correligionarios, las peregrinaciones á Roma. Por muy obscuro que sea el espíritu de las muchedumbres reaccionarias; por muy cerrado que su interior sentido esté á los rayos luminosos de las ideas progresivas; por muchas supersticiones que lo abrumen, aún conviene que se levante á las alturas de los ideales cristalizados en San Pedro y á la consideración de aquellos monumentos animados por gloriosos recuerdos y vívidas ideas que se absorben por los poros del cuerpo y del alma. Pero, sobre todo y ante todo, lo que más debe regocijarnos es la inspirada frase llovida sobre nuestro pueblo desde la cátedra de San Pedro, aconsejándole su adhesión y su concurso á las leyes y á las instituciones democráticas, que forman y componen hoy la base de nuestra legalidad liberal y progresiva. Tales palabras han resonado con una resonancia en España tan honda, que los intransigentes y los irreconciliables del catolicismo han querido revolverse contra el Papa, y no han encontrado eco, ni cooperación, ni concurso, porque León XIII, al proclamar la reconciliación de la Iglesia en Francia con aquella República y en España con esta nuestra democracia, no solamente sirve al progreso político, sino á la gran idealidad religiosa, pues necesitándose de freno moral más que de freno material en los países libres, esa estrella pura de la fe religiosa, no sólo esclarece las inteligencias, sino que afirma y prospera todos los humanos derechos.

Madrid, 23 de abril de 1894



AL LEVANTARSE, cuadro de Román Ribera (Exposición Parés)

LA CINTA DE SAN FERNANDO

A las diez de la mañana del día 21 de abril de 1834 el cuarto regimiento de la Guardia tomaba posiciones en los bosques seculares que ceñían el camino de Salvatierra á Segura. Este regimiento formaba parte de la columna que al mando del general Quesada debía proteger un convoy que con gruesa suma de dinero se dirigía desde Vitoria á Pamplona.

La operación militar proyectada era por extremo difícil. Había que cruzar los puertos de Ciordia y Olazagutia y había que cruzarlos, *forzándolos*, porque Zumalacárregui en persona trataba de defenderlos. Por añadidura las tropas de que disponía Quesada no eran numerosas, siquiera fuesen escogidas y veteranas. Pero el caudillo liberal, que á su vez conocía los planes de su contrario, trató por medio de un hábil movimiento de realizar sus propósitos y dispuso que la vanguardia atacase á los carlistas, mientras el convoy y la artillería, protegidos por los jinetes, se dirigían por la izquierda á pasar el río por un puente de carros establecido cerca de la venta de Alsasua.

Y el cuarto regimiento de la Guardia Real fué encargado de proteger esta operación situándose en los bosques supradichos.

¡Arriba la Guardia! Había que ver aquellos veteranos encanecidos á la sombra de la bandera, curtidos por el sol de los combates, secos y fibrosos, todos ellos de atlética figura; había que verlos con sus uniformes verdes, cruzados por el blanco correaje, sus altos morriones y gorras de pelo, avanzar casi á la carrera para ganar la posición. Y había que contemplar también los brillantes oficiales que les conducían á la pelea, muy jóvenes, casi niños la mayor parte de ellos y mozos por cuyas venas corría la sangre más ilustre. Porque la Guardia era á la sazón cuerpo escogido en el que formaba lo más granado de la sociedad española. Y ese contraste entre el tipo marcial y marrullero del soldado viejo y la figura aristocrática y endeble del lechuguino, ofrecía como hermosa suma el vigor y las energías del hombre ducho en la guerra, con los estímulos y codicias generosas del adolescente que acaba de ceñir la espada. Bien debían probarlo unos y otros aquel mismo día 24.

A la media hora ó poco menos de tomar posiciones, ya se había roto el fuego en la izquierda, hacia el costado del río. Veíase á través de los pinares el fugaz resplandor de los fogonazos del cañón y se oían con muy escasos intervalos las detonaciones del fusil.

Pocos minutos después ya el tiroteo se había generalizado y el regimiento recibía orden de desplegar.

Era que los carlistas se aproximaban.

Con tan admirable orden como silencio el cuarto de la Guardia colocó sus compañías en el borde del bosque, dando espaldas al camino por el que debía cruzar el convoy.

–¡Ea, muchachos, que el día va á ser rudo! El enemigo se nos viene encima y hay que demostrarle que los granaderos de la Guardia saben, cuando llega el caso, arrimar el hombro.

Estas palabras, dirigidas por un capitán de elegante y gallarda figura y atildado uniforme, hallaron eco regocijado en la fila.

– Vengan enhorabuena, mi capitán; no será la vez primera que nos enseñen la suela del zapato.

–¡Quién compra una boina!, decía un soldado de rostro picaresco y bigote encanecido. Buen gorro de dormir para las noches de primavera.

– Pues la cosa no creo yo que valga la pena de *una guasa*, compañeros, exclamó filosóficamente un furriel. Esa gente es cada día más numerosa, y aunque nos toquen sin fatiga á dos por uno, algunos trabajitos han de costar, si llegan cuatro en vez de dos. Atención, que la *la brimera* despliega en guerrilla... ¡Ya están ahí!

Y con efecto, en el lindero del bosque se rompió el fuego. Blancas columnas de humo revelaron la presencia del enemigo; luego pudo divisarse la línea formada por los primeros combatientes, cuyas boinas blancas y rojas se destacaban perfectamente sobre el fondo obscuro de la maleza.

El tiroteo de la guerrilla, interrumpido por el fuego por descargas de otras compañías apostadas en distintos sitios del bosque, fué como el preludio de una acción empeñadísima. Parecía que los carlistas se daban cuenta exacta de la disposición y número de las tropas de la Guardia, porque sobre la espesura cargaron con mayores fuerzas y empuje, al extremo que dos horas después del primer disparo ya habían chocado formalmente unos con otros. Y entonces echóse de ver el temple de aquellos soldados veteranos, tan valerosos como serenos en la maniobra, y el ardimiento, el entusiasmo de aquellos reclutas de don Carlos que se lanzaban de cabeza contra las posiciones, guiados por la fe más ciega y el frenesí más loco.

– *¡Fuego á discreción!*, fué la voz lanzada por el coronel y repetida por la oficialidad.

Y las balas llovían sobre el bosque y los linderos, desgajando las ramas, destrozando y hendiendo los troncos, arrancando ayes ó imprecaciones; y el espacio se obscurecía, enrarecíase la atmósfera, llenábase con el eco de las detonaciones, ahogadas, dominadas de tiempo en tiempo por la voz grave é imponente del cañón.

Pero el fuego con ser tan intenso no decidía el combate.

El enemigo cada vez más numeroso envolvía á los defensores de la posición en un círculo de hierro y casi llegaba á los árboles con sus bayonetas.

– *¡Armen... ar!*, gritaron en las filas de la Guardia, y este grito fué ya el primer aviso de que había que luchar cuerpo á cuerpo, lucha titánica por lo desproporcionada, lucha sangrienta é indecisa, porque contenido un avance de los carlistas, nueva carga con tropas de refresco oprimía y diezmaba á los liberales. Pero la Guardia no podía retroceder. El convoy desfilaba ya por la carretera. Era aquel un puesto de honor y de peligro en el que el brillante regimiento debía sacrificarse.

Varios ataques se habían contenido ya; era cada vez mayor el número de heridos y de muertos; mas no por eso cejaban oficiales y soldados.

El coronel, un atleta, cuya cabeza blanqueada por los años y cuyo rostro curtido por el sol de las peleas demostraban el temple de su alma, iba á pie recorriendo las compañías. En su alma de soldado comenzaban á germinar las dudas respecto al éxito del combate; pero poseído del sublime fatalismo del deber, no cesaba de gritar:

– *¡Granaderos: ya que no podamos vencer, sepamos al menos morir!*

– *¡Viva la reina!*, era la contestación que daban los soldados.

Y el convoy avanzaba en tanto trabajosamente por la carretera, protegido por la caballería y acompañado de los ecos del cañón.

* * *

Pero llegó un momento en que fué imposible sostener el empuje de los carlistas, un momento en que habiendo pasado ya el convoy, pero obligados todavía á mantener el puesto, los granaderos de la Guardia se vieron en la triste precisión de retirarse. Fué aquélla hora de rudísima prueba para los liberales y fué también hora la más hermosa de la vida histórica del 4.º de la Guardia. Reducido á la mitad de su fuerza el regimiento, dió su coronel la voz de retirada por escalones, y como en una parada, hízose aquélla con orden admirable *por escalones de batallón*.

Entonces fué cuando el enemigo echó, como vulgarmente se dice, el resto de su fuerza en la balanza. Del seno de la tierra, según gráfica expresión de un testigo, *brotaban boinas*. Se luchaba á tiros, á bayonetazos y hasta á culatazos, cuando una reacción ofensiva hacía indispensable las cargas; se combatía con el valor que da la desesperación.

Y cuando ya no fué posible continuar la retirada por batallones, hízose por compañías, sosteniendo estas unidades el peso de un contrario cada vez más brioso y esperanzado.

Este era el papel que desempeñaba la 4.ª compañía, ó sea el último escalón, cuando ya había cesado, por decirlo así, el fuego en el resto del campo de batalla, pero cuando iba siendo por momentos más apurada la situación de los últimos que iban á dejarlo.

Sereno y bizarro su capitán, D. Leopoldo O' Donell, hijo del conde de La Bisbal, iba retrogradando, sin dejar de hacer fuego y... sin dejar de perder hombres.

Sólo se inmutó al ver cómo caía en tierra el alférez Clavijo, su joven amigo, su fiel camarada de armas; porque la guerra se hacía entonces sin cuartel: el que cejaba era degollado ó fusilado sin piedad.

–¡Arriba camarada, que aquí estamos nosotros! ¡Buen ánimo, que venceremos ó moriremos contigo!

Estas fueron las frases que salieron de los labios de O' Donell, las que hizo buenas aquel día con su espada.

Porque toda defensa fué imposible, tan imposible que el joven capitán sentóse al lado del alférez, entre los cadáveres, y gritó á sus soldados:

– Retiraos si queréis, yo no abandono á mi camarada.

– Pues nosotros tampoco, contestaron á una los tres alféreces que se hallaban á su lado.

– Ni nosotros, añadieron diez soldados de los más próximos.

Así lo hicieron.

El grueso de las tropas fuése alejando, el enemigo fué envolviendo, ciñendo al heroico grupo, hasta colocar la boca de los fusiles y la punta de las bayonetas en el pecho de aquellos valientes, que, faltos de municiones, aniquilados por las horas que llevaban de combate, defendíanse todavía á la desesperada.

Pero... la hora de la rendición llegó, y el enemigo, contra lo que era creíble, respetó por el momento la vida de los prisioneros.

. . . .

A la caída del día, mientras la columna isabelina, libre ya del enemigo, regresaba por el camino de Segura, los últimos defensores del bosque caminaban entre bayonetas hacia Echarri-Aranaz.

* * *

Allí mismo, en Echarri-Aranaz, supo el 4.º de la Guardia el fin desdichado de sus camaradas. Lo contó á los oficiales y soldados un anciano del pueblo.

–¡Ah, señores, qué cuadro más triste, pero al mismo tiempo tan sublime! Vieran ustedes á los cuatro bizarros oficiales sacados de la iglesia en que los cerraron á su llegada, para ser fusilados al siguiente día, y oyeran, como pude oir yo, las ofertas, las seducciones con que les brindaba un jefe de D. Carlos. «¡Eso jamás!, gritaron á una aquellos mozos. ¡Antes muertos que deshonrados!» Y... murieron, sí; fueron fusilados al siguiente día; fusilados, ¡da horror el decirlo!, ante los mismos soldados de su compañía, que sin amilanarse, sin pestañear siquiera, rechazaron idénticas ofertas, prefiriendo perder la existencia, antes que faltar á sus deberes. Todos cayeron como buenos, con las manos entrelazadas, con los ojos puestos en el cielo, al que no tardaron en volar sus almas.

Y al pronunciar estas palabras el anciano sollozaba presa del más profundo dolor.

–¡Camaradas!, exclamó un sargento. Dios conceda eterna paz á aquellos mártires; pero esto... esto no puede quedar en lágrimas y en suspiros. Esas víctimas han hecho honor á la Guardia y es preciso que ésta les conceda el premio otorgado á los héroes, la cruz de San Fernando. Yo propongo que vayamos á colocársela en el pecho.

Y como se dijo, se hizo.

Con el mayor sigilo, á altas horas de la noche, dirigióse buen número de soldados al cementerio del pueblo, procedióse al desenterramiento de los cadáveres, y sobre el inanimado pecho de cada víctima fué colocada *la cinta de San Fernando*.

– Dádiva de soldado, decía el iniciador de la idea; pero dádiva más hermosa sin duda que las más ricas por su valor material... ¡Ojalá que pronto veamos todos esta cinta sobre nuestro pecho; porque ganarlas... bien veis cómo las ganan los granaderos de la Guardia.

Tal fué el epílogo de la acción de Alsasua y tal el honor con que los soldados del brillante regimiento antes citado otorgaron á sus compañeros en el modesto cementerio de Echarri-Aranaz (1).

Francisco Barado

TEODORO MOMMSEN

JURISCONSULTO, FILÓLOGO É HISTORIADOR

El gran patriota húngaro Luis Kossuth, que acaba de bajar al sepulcro á la edad de 92 años, dijo: «La vida no es ninguna cosa buena, pero puede hacerse una cosa sublime.» Tal fué la suya, recordando su carácter consecuente y altivo el de los antiguos romanos.

Una cosa grande llamaremos también la vida de *Teodoro Mommsen*, el juez inexorable é independiente, el crítico atrevido, apasionado y sarcástico de los Cicerón y Pompeyo, el último censor del mundo romano que, rompiendo los límites sagrados de las cuatro Facultades, es á la vez jurisconsulto y filólogo, numismático y descifrador de inscripciones, organizador de empresas científicas, historiador y hombre político, sabio y poeta, pareciéndose su retrato con rostro aguileño, con sus sienes anchas, con su cogote poderoso cubierto de canas, al retrato de un emperador romano. Donde está *Mommsen*, allí está Roma: él, que se penetró de la índole y del modo de pensar del pueblo que trataba de darnos á conocer, formando un contraste peregrino con los helenos eternamente juveniles, el pueblo romano que después de transcurridos los quinientos años de su lucha por su existencia, cultivó más que los juegos de la fantasía,

(1) He aquí los nombres de estos héroes: *Capitán* D. Leopoldo O' Donell. – *Alféreces* D. Rafael Clavijo, D. Joaquín Villalonga y D. Antonio Bernard. – *Soldados* Andrés Maregosa, Longinos López, Juan Calderón, Tomás Linares, Francisco Cosa, Juan Riga, Eusebio Morales, Manuel Arendiana, Manuel Criado, Francisco Guereida, Miguel Ibáñez, José Herredia, Manuel Elizondo y Diego Botella.



DESPUES DEL BAUTIZO, cuadro de Hermann Vogel

las dotes del hombre serio, haciéndose los romanos por su maestría en todas las cuestiones de derecho y de administración los señores del mundo antiguo y los modelos del mundo moderno; *Teodoro Mommsen*, dotado de una intuición congenial de la índole del Estado romano, ha reconstruído Roma desde su origen, ahuyentando todas las nieblas, de modo que vemos brotar de una república de aldeanos la ciudad de las siete colinas y el Estado.

Siguiendo á los impulsos de su amigo el distinguido librero Carlos Reimer, escribió durante su estancia en Zurich y Breslau los primeros tres tomos de su *Historia romana* hasta la extinción de la República. El quinto tomo, en que nos introdujo en las provincias del Imperio universal, en la variedad de su vida nacional, comunal y religiosa desde César á Diocleciano, es una obra maestra que nadie podía escribir sino él.

Otra obra capital es su *Derecho público romano*, en que nos da á conocer la actividad entera de la máquina del Estado, las sencillas leyes que rigen la variedad de las sendas apariciones de la vida política.

¡Qué de sentimientos tan altivos habían de llenar el pecho de *Mommsen* con motivo del quincuagésimo aniversario de su nombramiento de doctor en leyes que se celebraba el día 8 de noviembre de 1893!

La vida de *Mommsen* es el marco sencillo de una substancia extraordinariamente rica, aunque diremos con el ilustre académico D. Alejando Pidal en el libro que dedicó al estudio del *Angel de las Escuelas*, Santo Tomás de Aquino: «La vida de un hombre de celda ó de gabinete no es tan divertida como la de un hombre de acción. Carlos V se movió mucho más que Felipe II, Napoleón que Kant, y sin embargo, no revolvió menos el mundo el hijo con sus notas marginales en los despachos del Consejo, que el padre con sus viajes y sus batallas, y aunque no fué escasa la trascendencia de la obra de Napoleón, todavía nos parece mayor la del autor de *La crítica de la razón pura*, en todos los órdenes de la vida.»

Es *Mommsen* el Tostado moderno, debiéndose á él unos mil escritos. Los italianos le llaman el *gran Teodoro*. Tiene el indispensable mérito de haber estrechado las relaciones entre ellos y los alemanes. Merced á la unión de filología y de jurisprudencia que se verificó en su persona, ocupa un lugar preferente, así entre los filológos como entre los jurisconsultos. Jamás habló de sí mismo, de su desarrollo, de sus aventuras: le faltaba tiempo para mirarse al espejo y para ocuparse de sí propio.

Nació Teodoro en Garding (Schleswig) el 30 de noviembre de 1817, como hijo de un pastor protestante. Cuando joven recorrió su patria recogiendo sus cantos y sus cuentos. Cursó en la Universidad de Kiel, pasando su vida alegre con su hermano Tycho y su amigo el poeta Teodoro Storm, el autor de *Immensee*, el cantor de las rosas y de los ruiseñores, que sabía pintar como el que más la poesía romántica de su patria, el mar y la tempestad, ese órgano poderoso de la naturaleza, la tierra pantanosa, el hayal con sus pájaros y su sombra, el matorral con el aroma de ericáceas, con las mariposas y los coleópteros y lagartos. En 1843 publicaron los tres amigos, Teodoro, Tycho Mommsen y Teodoro Storm su *Cancionero*. En Italia, que conoció nuestro Teodoro el tocayo de Storm en un viaje de tres años, puso la piedra fundamental á su obra capital, reconstruyendo la grandeza de Roma. En 1848 ocupó la cátedra del Derecho en la Universidad de Leipzig, pero la perdió en 1851 por haber tomado parte en el movimiento público. Se estableció en Zurich, de donde pasó á la Universidad de Breslau, casándose con la hija mayor de su editor y amigo, el librero Carlos Reimer. En 1857 fué llamado á Berlín, y hace ya 37 años que pertenece á la capital de Prusia, aunque desde hace cuatro lustros se fijó fuera de Berlín en la cercana ciudad de Charlottemburgo.

El nombre de *Mommsen* resonó en la primera sesión de la *Sociedad literaria de Colonia* el 11 de noviembre de 1893, dando el consejero áulico y director del Museo coloñés Aldenhoven una interesantísima conferencia acerca del amigo de Mommsen, su paisano el ilustre poeta lírico y novelista Teodoro Storm. Celebro aquel día, pues por primera vez se reunieron en el salón de Gürzenich de Colonia, que nos queda como brillante herencia de la Edad media, los que pagan tributo á las letras. La ovación de aquel día estaba reservada á Storm y á su intérprete. El interés de esas fiestas periódicas que ofrece nuestra sociedad va creciendo cada vez más y despertando estímulos por cultivar las letras y rendir homenaje á nuestros poetas y escritores. La Sociedad Literaria de Colonia se parece á los Liceos de España, donde hay quien solicita de la presidencia el correspondiente asentimiento para alternar con la lectura de los trabajos de los socios la de otros poetas de nombre, antiguos y modernos, con objeto de depurar el gusto literario de los socios.

Como presidente de esa agrupación de inteligencias, la puse bajo el patronato de Schiller, inaugurándose las sesiones el día en que nació el príncipe de nuestros ingenios, el 11 de noviembre. En los cuatro meses de constancia que lleva nuestra sociedad que nutrió con su saber y sus consejos el vicepresidente consejero de regencia doctor José Joesten, hemos celebrado ya nueve veladas, la primera en honor tan eximio y de un prosista tan ingenioso como Teodoro Storm. Apartad las cinerarias é inmortales, no ha muerto para nosotros el autor de *Immensee*. En la segunda velada fué calurosamente aplaudido el sesudo novelista Federico Zilcken, el que es gala y ornato de nuestros centros literarios. Un distinguido poeta de Colonia, el asesor forense Gualterio Lané, dió una notable conferencia sobre el vate naturalista, residente en Zurich, el Sr. Carlos Henckell. Una escritora de Brandemburgo que vive en Barmen, la señorita Antonia Pieper, se ocupó de las figuras femeniles de los dramas del poeta noruego el pesimista Ibsen, y de las literaturas holandesa y flamenca la señora Catalina Schneider, que domina las letras neerlandesas y popularizó en su ciudad natal, Colonia, á Joost Van den Vondel, que sigue empuñando, no el cetro, insignia de los reyes, sino el báculo del patriarca de los tiempos primitivos, que era á la vez padre de la familia y jefe de la tribu. El famoso recitador Sr. Emilio Milán, que tiene la elocuencia de su tocayo español, recitó las mejores baladas del suizo Conrado Fernando Meyer, comparando la factura de la primera edición con la forma concisa de la segunda. El egregio cantor de Bismarck, Ernesto Scherenberg, recitó sus poesías épico-líricas y sus composiciones exóticas. ¿Qué nuevos laureles podíamos colocar en su frente pensadora, si ya todos los tenía ceñidos?

Un eminente actor que posee el dialecto de Estiria, el Sr. Othon Beck, hizo por héroe de su conferencia al poeta popular Rosegger. Recuerdo gratísimo la velada en que tomaban parte varios socios derrochando con su palabra los primores de su talento y tejiendo yo en versos improvisados guirnaldas para todos. Pertenecen á nuestra sociedad el autor de *Inés de Castro*, de *La bruja*, de *La Overstolgin* y de *Juan de Kalkar*, el capitán de artillería José Lauff; el editor de mis primicias, el inspirado poeta Eduardo Enrique Mayer, el humorista Julio Eduardo Bennert y otros. Cuando hable yo, celebraré con predilección el renacimiento catalán.

Juan Fastenrath

EL LLANTO

El ingeniero dió una chupada en la pipa y dijo:

– Lo recuerdo perfectamente: es quizás la única tradición que aún conserva mi frágil memoria de las muchas que oí durante mi estancia en la India inglesa.

Hará unos dos siglos que á poca distancia de donde todavía se alza la ciudad famosa de Seringapatán, allí donde las aguas cristalinas del Kovery son más azules y donde la vegetación es más hermosa, existía un caserío blanco, que más parecía nido de palomas que humano albergue, al que nunca llegaba ni la crecida del río, ni la ventisca del Kanara, ni la maldición de Siva, ni las asechanzas del emir. Allí vivía Aysa con su madre, y felices y dichosos con su humildad hubieran vivido mucho tiempo, si designios sobrehumanos no hubieran dispuesto cosas diferentes.

En la cercana ciudad, la santa, la soberana ciudad de Vichnou, en la Seringapatán de entonces, vivía Tey-Dejan, el rajá más sanguinario que hacía mucho tiempo gobernaba por el terror el reino de Maisur. Tey-Dejan tenía un hijo á quien hubiera adorado á no prohibírselo las leyes de Manú, pero á quien quería con toda el alma. El príncipe, que tal puedo llamar al maharajá Dolip-Kora, era un joven apuesto y gallardo, más á propósito para cazar al tigre en el bosque que para tratar de asuntos de Estado con nababs ni súbditos. Su educación había sido guerrera: ver saltar las serpientes, escuchar sus silbidos, percibir el rugido de las fieras, tener muy cerca la muerte sin temerla y ver los efectos que en sus servidores hacía el envenenado fetiche, tales habían sido los ejemplos que tenía que recordar, y así creciendo y desarrollándose el príncipe entre malvados é infelices, era materia á propósito para seguir la política del padre.

Y sin embargo, un resto de dulzura y compasión conservaba aún su alma. Las inmensas piras de cadáveres que se quemaban en aras del diós de la Muerte no le habían convencido del todo, y si no protestaba de aquellas carnicerías horribles, era más que por propio impulso por miedo á su padre y señor, á quien temía más que á las panteras del desierto.

Cierto día en que Dolip-Kora salió como de costumbre á cazar, sorprendiólе la noche en la vertiente del Kanara. No era el sitio á propósito para pernoctar; el camino que conducía á la ciudad donde tantas delicias le brindaba su palacio, era harto peligroso para andado de noche, y Dolip y sus dos esclavos bajaron al llano en busca de alguna choza en que guarecerse.

Pronto dieron los cazadores con una casita que á orillas de un riachuelo y casi oculta por la frondosa vegetación se alzaba, rompiendo con sus tonos blancos la monotonía del paisaje. Sin darse el príncipe á conocer, pidieron albergue Dolip y los suyos. Una anciana venerable, que aún conservaba en su apacible fisonomía los rasgos de una pasada belleza, les franqueó la entrada con cariñosa hospitalidad, y una hermosísima zagala, que no era otra sino Aysa, sirvióles tazas de hirviente *rouschy* que reanimaron los desfallecidos músculos del príncipe y los desmayados cuerpos de los servidores.

Cuando ya el alba coloreaba de rojo la campiña, Dolip-Kora salió de casa de Aysa enamorado de la bella.

Desde entonces las expediciones que hizo el príncipe por aquellos vericuetos fueron más á menudo. El heredero del Maisur solía detenerse en la mansión de Aysa. Él, joven apuesto y galán, y ella, candorosa y sencilla, no tardaron en comprenderse; pero la madre de Aysa, con la perspicacia que dan los años, adivinó lo que no sabía, y deduciendo que si aquel joven no era el nabab, estaba muy cerca de ser emir, aconsejó á la bella que diese al olvido sus amores.

Dolip-Kora por su parte amaba á Aysa con un amor que nunca había sentido. En el poderoso señor, selvático y bravío, florecía un amor sosegado y romántico: diríase que en el alma de un Nana-Saib había nacido la pasión de un Romeo. Él hubiera podido ordenar á Aysa que le siguiera á su palacio como esclava, y sin embargo Dolip la suplicaba una sonrisa.

Pero pronto la desgracia, que no perdona ni á rajás ni á esclavos, decidió acabar con aquella tranquilidad. El padre de Dolip, el sanguinario Tey-Dejan, supo por los mismos criados del príncipe los amores de su hijo. Aquello era vergonzoso para un heredero del trono de Maisur, y le puso en la alternativa de decretar la muerte de Aysa ó de no volver jamás á verla. El príncipe pidió á su padre justicia, ofrecióle su propia vida en holocausto de su amor, Tey-Dejan no entendió aquel lenguaje, no era aquel el hijo á quien él había educado para la guerra, el hijo del león se había convertido en corderillo por los hechizos de una paloma, y se preparó á arrasar la casa de Aysa y á castigar la insolencia del príncipe.

Anochecía cuando Dolip se fugó de la estancia que en el palacio le habían destinado á prisión. Corrió á casa de Aysa, y jadeante y rendido por la huída, dió á las dos mujeres cuenta del peligro. El príncipe propuso la fuga á la joven y á su madre; pero la anciana se negó á ello terminantemente, aconsejando á Dolip que obedeciera á su padre, y á su hija que olvidara para siempre su amor.

En el silencio de la noche oyóse galopar de corceles y chocar de armas en las sillas de los caballos, y á la luz de la luna brillaron corseletes y armaduras. Poco después las trompas guerreras repercutían en el monte y la blanca casita era un montón informe de escombros y ruinas tiznadas por las llamas. Los amantes huyeron á los montes.

La pobre anciana sobrevivió á aquella espantosa hecatombe no más que algunas horas, que pasó llorando. Y cuando al día siguiente el sol reflejó sus rayos en los dorados de la pagoda de Seringapatán, el cruel Tey-Dejan supo que habían sido encontrados los cadáveres de su hijo y de Aysa en la vertiente del Kanara, fuertemente abrazados y sin que en ellos hubieran hecho presa las fieras del monte. También supo que en el lugar de las ruinas había nacido un manantial.

Aquel manantial estaba formado con las lágrimas de la madre de Aysa, cuya alma vaga todavía por las orillas del Kovery.

Tal es la tradición, y sea ó no cierta, la verdad es que he visitado el *manantial del Llanto* y el riachuelo á que da su nombre, y sus aguas son saladas y por hoy impenetrables al análisis. Existe todavía en las doncellas de los alrededores de la fuente una costumbre, que consiste en vestirse un día al año de riguroso luto y beber las amargas aguas del milagroso manantial.

También es cierto que hacia 1600 fué el siglo de oro del reino de Maisur, y que su antigua capital, á 430 kilómetros de Madras, no tiene hoy sino el re-

cuerdo de sus 35.000 habitantes y la gran pagoda, templo de Vichnou, la fortaleza, el hospital, *Petha*, el barrio de los negros y el soberbio palacio, casi ruinoso, donde está el magnífico mausoleo de Tippóo-Saëb, último rey, que murió en las ruinas de Seringapatán, cuando el inglés Clive inició la campaña en 1757, venciendo al nabab Siray-ud-Baola, cuya derrota es el principio de la dominación inglesa.

Alguien pensará, dijo para concluir el ingeniero, que esta tradición no tiene moraleja, y sin embargo la tiene, como todos los cuentos: pensad que Tey-Dejan pudo ser el último de los reyes de Maisur, recordad el esplendor de su reinado, ved luego las luchas terribles y las estipulaciones vergonzosas que entierran para siempre aquel poderoso reino, unciéndole al yugo de Inglaterra; y al visitar, como yo, el *manantial del Llanto* y ver las ruinas siniestras del Maisur, pensad conmigo: desdichado del que hace llorar á una mujer, pero ¡ay del que hace llorar á una madre!

P. GÓMEZ CANDELA

¿TE ACUERDAS?

Cansada de saltar, bulliciosa y alegre, por los riscos del encrespado arrecife, con la carita mucho más encendida que una amapola y en desorden los dorados rizos que. como mano tímida, te acariciaban la frente, ya, de tanto correr, fatigosa y cansada, te sentaste junto á mí.

La alegría centelleaba en tus ojos.

Tu boca breve, donde, créeme, el antojo ha puesto sus más empeñadas solicitaciones, dejaba ver una fila de blancos y menudos dientes.

Tu dulce sonrisa era avivada por los graciosos hoyuelos, casi imperceptibles, que adornan esas tus mejillas, frescas como botón de rosa.

Te reclinaste dulcemente sobre mi cuerpo, rodeaste con tus brazos mi cuello y te quedaste tranquila sintiendo los latidos de mi corazón, que en vano te empeñabas en contar mientras yo contemplaba dichoso las palpitaciones de tu ondulante seno.

¡Qué hermosa estabas!

* * *

¿Te acuerdas? Era ya muy entrada la tarde

Sorprendía nuestra mirada el cielo, por la pureza de su tono por la intensidad de su coloración en todo el horizonte, por la continuidad de su superficie azul, ni manchada ni interrumpida por la más ligera nubecilla que despertara en aquella inmensa calma ideas de movimiento, de perturbación ó de luchas posibles.

El mar dormía con ese sueño profundo que no acarician olas ni rumores, sueño en que parece que hasta la onda corriente submarina se ha detenido y que el viento resbala por la superficie del agua como por la de un espejo, sin levantar la ondulación más suave.

Los tintes verdosos claros del mar se armonizaban de maravillosa manera con la refracción azul del cielo, y allá, en el límite lejano del horizonte, una línea difusa señalaba la unión tranquila de las dos inmensidades, que al coincidir aparentemente en una recta desdibujada, despertaba en el espíritu la idea más completa de la profundidad en la materia: la del mar unida á la del cielo.

Al contemplar la grandeza de aquel cuadro sin accidentes, comprendí la majestad serena de las estatuas griegas, en que el escultor modela el cuerpo humano en estado de reposo para que los músculos no alcen sus relieves acusando la contracción del esfuerzo, y en que el cincel apenas dibuja el círculo de las pupilas para que de la calma armónica de los ojos no se destaque la mirada, revelación luminosa de la vida, pero también de las eternas é inacabables luchas del pensamiento.

En tus cabellos rubios jugaba la luz rodeándolos de una atmósfera dorada. Tus ojos casi cerrados, para condensar mejor la mirada, formaban una línea luminosa paralela á la de tus labios, ricos de vida – pues quiso Dios que los pensamientos y las sensaciones fuesen paralelas en el rostro humano, – y uniéndolas por una recta de inflexión suave en su nacimiento tu nariz de perfil griego, completaban la pureza de líneas de tus facciones, que con las graciosas curvas de las cejas y el óvalo que á todas las encierra, es la obra más armónica que ha salido de las manos del Creador.



De tiros largos, cuadro de Egisto Lancerotto

Dominado por tantas y tantas bellezas como contemplaba, murmuré casi entre dientes: «¡Oh, qué armonía, qué grande armonía!»

Oyéndome pronunciar varias veces la misma palabra, separada tu cabeza de mi pecho, la levantaste como pajarillo que busca alimento desde el caliente nido, y dándome un beso me preguntaste con infantil curiosidad: «¿Qué es armonía?»

¿Te acuerdas?

Yo, excusando las enfadosas definiciones de la ciencia, te respondí: «Dos notas que al sonar juntas parece que se buscan y que se encuentran en el acorde que forman. Dos colores que se complementan y que por misteriosas gradaciones tienden á fundirse en un solo color. El cielo y el mar tranquilos reflejándose el uno en el otro y formando en el límite á que la mirada alcanza una sola inmensidad. Dos almas grandes que al hallarse á través de la vida creen haber estado siempre reunidas.»

Y tú agregaste graciosamente: «Luego tú y yo somos... armonía.»

Te devolví entonces con creces lo que tú poco antes me dieras cariñosa y proseguí:

«No creas que es tan fácil encontrar la armonía. ¡Cuántas veces nos sorprenderá en un paisaje la hermosura del detalle, y qué pocas la belleza del conjunto!

»A medida que la expresión de la belleza es menos plástica, la armonía, teniendo que sostener una lucha menos empeñada con la materia, se exterioriza con más vigor y más pureza. Tú que has leído tanto á Campoamor y á Zorrilla y á Becquer, habrás notado que sólo los grandes poetas saben hacer la poesía de conjunto, aquella en que no hay un solo verso que no suene á belleza. Ellos únicamente conocen la manera de producir el misterioso paralelismo del pensamiento interior y del expresado. Y ese misterioso lenguaje es la verdadera expresión de la armonía del alma del poeta, de lo que en ella constituye la fuerza creadora que la diferencia de las demás almas. Sin ella Homero no hubiera escrito la *Ilíada* ó ésta habría quedado reducida á una mala historia del sitio de Troya.

»Por eso, ¡cuán hermosa la música con sus vaguedades é indeterminaciones que nos permiten expresar lo inexpresable! Aquello tan íntimo y delicado que hasta en la palabra humana halla demasiada plasticidad.

»No ya en las composiciones de los maestros, en la música del pueblo el sentimiento vive con toda su vida, con su matiz propio, imposible de definir, aunque la impresión que deja en el alma no se olvida nunca.

»¡La música!.. Escuchar las primeras notas del mo-



LA ULTIMA REVISTA, [illegible]



[illegible]

tivo y adivinar por intuición las demás; oir aún en el *allegro* las resonancias que dejó en nuestro espíritu el *andante;* notar cómo en el alma del músico giran los sonidos en derredor de una idea, y cuando desespera de expresarla, ya ellos se han agrupado obedeciendo á sus misteriosas afinidades; ver cómo el tema se desprende y desarrolla, ora intenso y profundo, ora doliente como el alma de un cautivo; sentir que la melodía penetra en el corazón y que el período musical se repliega de maravillosa evolución como esas olas que se retiran murmurando de la playa; presenciar, en una palabra, la armonía del alma del compositor encamándose en la armonía de los sonidos, es, sin duda, el goce artístico más grande que se puede soñar.

»¿Sabes ya, Rosario, lo que es armonía?,» te pregunté. No me contestaste, y entonces advertí que estabas dormida.

Te desperté, un tanto irritado, y hube de increparte porque no me oías.

Pero calmaste mi enojo diciéndome: «Tu conversación hace buen rato que dejó de ser para mí interesante, desde que supe todo lo que yo necesitaba saber: que tú y yo somos armonía.»

* * *

Abandonamos la orilla del mar cuando el azul del cielo palidecía y en su diafanidad empezaban á divisarse las estrellas.

El día se iba durmiendo con la plácida calma de un niño.

La brisa de la noche traía mil acompasados rumores y de vez en cuando las olas perezosas venían á dejar su blanca espuma sobre las rocas. Flotaban en el aire no sé qué partículas de luz y qué ecos de armonía..., y tú y yo, con lento paso, caminábamos por la playa.

¡Triste destino el nuestro; mientras soñábamos con un amor tranquilo y sin desmayos, nuestros pies se hundían en la arena, eterno juguete de las tempestades!

¿Te acuerdas?

MATÍAS PADILLA

NUESTROS GRABADOS

En oración, cuadro de Gabriel Max. – Desde muy joven y apenas salido de las academias de Praga, su ciudad natal, y Viena, mostró el insigne pintor Gabriel Max las tendencias místicas que con el tiempo habían de ser la característica de sus obras y que se aumentaron en los seis años que estudió



GABRIEL MAX

en Munich bajo la dirección de Piloty. Innumerables son los cuadros de asuntos religiosos que ha pintado, y en todos ellos se observa marcada inclinación á lo trágico, á lo sensacional, y en punto á factura una delicadeza imponderable en el modelado de las figuras y una expresión que sólo pueden conseguir los artistas que sinceramente se inspiran en los grandes ideales del arte. Cualidades son estas que habrán podido admirar nuestros suscriptores en las muchas obras de Max que hemos reproducido y que se advierten asimismo en la que hoy publicamos.

En el taller del armero, cuadro de Walter Gay. – Entre los mejores cuadros producidos por el arte inglés durante el año último, incluye un notable crítico londinense el que hoy reproducimos y que forma actualmente parte de la magnífica colección de Mr. Enrique Tate. Con decir esto y teniendo en cuenta que en Inglaterra hay artistas tan famosos como Alma Tadema, Leighton, Sargent, Millais, Woods y otros no menos ilustres, quedamos relevados de hacer el elogio de esa bellísima pintura, tratada con una minuciosidad y corrección dignas de las mayores alabanzas.

Al levantarse, cuadro de Román Ribera (Exposición Parés). – Otro primoroso lienzo, otro bellísimo cuadro de género, que viene á engrosar el ya extenso catálogo de las producciones de Román Ribera, es el que bajo el título de *Al levantarse* reproducimos en este número y figuró entre los que constituyeron la última exposición anual verificada en el Salón Parés. Elegante dama, luciendo rico traje de baile, representaba uno de los lienzos expuestos por Ribera; otra, no menos bella, en el momento de abandonar el lecho, representaba el segundo cuadro. En el primero las sedas y los encajes constituían el embellecimiento de la figura; en el que reproducimos ha bastado al artista la belleza de su modelo y el buen gusto del maestro para imprimir el sello de la distinción, sacando gran partido de los muebles y de esas sederías que figuran en los gabinetes de las damas, verdaderos santuarios en donde se halla reunido cuanto las retrata, cuanto constituye su modo de ser.

Después del bautizo, cuadro de Hermann Vogel. – Hay cuadros dignos de ser admirados por su labor artística y otros que encantan por el asunto en ellos tratado: el de Vogel resulta admirable desde ambos puntos de vista, pues si la escena nos cautiva por lo simpática y bien sentida, no menos nos seduce por la ejecución perfecta, que revela la mano de un maestro, cuidadoso no sólo del conjunto, sino de los menores detalles.

De tiros largos, cuadro de Egisto Lancerotto. – ¿Qué más explicación de este grabado que el título que lleva? *De tiros largos:* estas palabras lo dicen todo y en ellas se adivina la perspectiva de una alegre fiesta en la que la hermosa joven, tan admirablemente pintada por el célebre artista italiano Lancerotto, ha de obtener los triunfos que pocas podrán disputar á su gracia y á su belleza.

La última revista, cuadro de F. Amling. – Inspirándose en una idea tan grande como humanitaria, ha trazado Amling una composición entre fantástica y realista, grandiosamente concebida y magistralmente pintada, una de esas composiciones que subyugan, que producen verdadero asombro en el ánimo de los que las contemplan sorprendidos ante la magnitud del asunto y ante el cúmulo de bellezas técnicas que contienen. Ese pavoroso desfile ante la muerte, que actúa de general en jefe; esa procesión interminable que comienza en los primeros términos y se pierde en el horizonte, tras del cual se adivinan masas sin número; esa muchedumbre guerrera en la que se confunden el general y el soldado, el niño y el anciano, el veterano y el bisoño, gentes de todas las razas y de todos los pueblos y sobre la que destaca la hermosa figura de la hermana de la Caridad, tienen toda la terrible sublimidad de las escenas apocalípticas que en otros géneros trataron los Miguel Angel y los Durero. *La última revista*, en una palabra, es una obra digna de figurar al lado de las que los más grandes genios han producido.

La fatalidad, escultura de Luis Aquilas Christophe. – Ha sido Cristophe uno de los más insignes escultores franceses contemporáneos, y su muerte, acaecida en 1892, ha dejado un gran vacío en el arte plástico de la nación vecina. El catálogo de las obras que en los sesenta y cinco años de su vida de sus manos salieron es tan numeroso como escogido, y en él figuran esculturas tan celebradas como *El dolor*, *La máscara*, *El esfinge*, *El beso supremo* y *La fatalidad*, que reproducimos.

El postigo del aceite en Sevilla, cuadro de Manuel García Rodríguez. – García Rodríguez y Sánchez Perrier son, dentro del grupo de artistas que tan alto sostiene el buen nombre de la escuela sevillana, los dos inteligentes intérpretes de la pintura del paisaje. Ambos trasladan á sus lienzos los bellísimos alrededores de la antigua Hispalis, las espléndidas galas que presenta la naturaleza en aquella región, en donde todo brilla, sonríe y vive, y sin embargo y aun dentro del mismo género, ofrecen diferencias esenciales las producciones de los dos notables paisistas sevillanos.

A la galantería de García Rodríguez, de quien hemos reproducido varias veces algunos de sus más notables cuadros, debemos la ocasión de poder publicar el bonito dibujo que reproduce uno de los rincones más típicos y pintorescos de Sevilla.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LONDRES. – Merced á la liberalidad de algunos propietarios de valiosas colecciones, la Corporación de la Ciudad, de Londres, ha podido organizar por tercera vez una interesante exposición de cuadros antiguos y modernos: entre éstos puede decirse que figuran las más notables obras de pintores ingleses y extranjeros que de veinte años á esta parte han sido admiradas en las exhibiciones de la Real Academia londinense. De los pintores antiguos ó modernos que han fallecido, están admirablemente representados Rembrandt, Pedro de Hoog, Hobbema, Terburg, Cuyp, Metsu, van Ostade, Sorgh, Vandyck, Reynold, Romney, Turner, Mulready, David Vilkie; de los pintores vivos hay hermosas pinturas de Millais, Holman Hunt, Alma Tadema, Leighton, Herkomer, Poynter, Waterhouse, Gow, Willie y Seymour Lucas.

– La Galería Nacional ha adquirido recientemente el díptico que Fra Angelico de Fiesole pintó para la iglesia de San Francisco de Florencia.

MUNICH. – Para la Nueva Pinacoteca ha sido adquirido en 25.000 pesetas el cuadro de Munkaczi *Visita á la recién parida*.

– Los secesionistas muniquenses están preparando la segunda Exposición internacional que inaugurarán el día 1.º de junio en su nuevo palacio y que se cerrará el día 31 de octubre. Los avisos deben enviarse antes de 1.º de mayo y las obras antes del 15 del propio mes. Serán admitidas obras pictóricas y escultóricas de artistas vivos de todos los países, los cuales sólo podrán exponer dos de un mismo género: en cuanto á dibujos no se admitirán sino los originales.

– Con motivo de la discusión del presupuesto bávaro, un diputado se ha lamentado amargamente y ha atacado con dureza al gobierno por la poca protección que á las Bellas Artes dispensa el Estado, calificando de mezquina la consignación para adquirir obras artísticas. Y sin embargo, Baviera, cuya población total es de cinco millones y medio de habitantes y cuyo presupuesto de gastos es de poco más de 300 millones de marcos (375 millones de pesetas), tiene consignadas en su presupuesto la suma de 125.000 pesetas para la adquisición de obras de arte.

BERLIN. – Pocos Estados gastan en la adquisición de obras artísticas lo que Prusia: como prueba de ello bastará decir que en poco tiempo ha comprado un cuadro de Crivelli por 175.000 pesetas, de Durero un retrato por 375.000, varios frescos de Overbeck, Cornelius y otros por 125.000 y un cuadro de Durero por 150.000.

– Entre las adquisiciones hechas por el gobierno durante el último trimestre de 1893 para las colecciones artísticas de Prusia, figuran una serie de objetos arquitectónicos procedentes de las excavaciones de Magnesia y que pertenecieron á los templos de Artemisa y de Zeo; un busto florentino en terracotta pintada de fines del siglo XVI, una estatuita de bronce de estilo de Benvenuto Cellini y varias estatuítas de Bellano, discípulo de Donatello. La Galería nacional ha comprado tres esculturas de Stuck, Gotz y Busch por 5 250 pesetas, varios cuadros al óleo de Henseler, Saltzmann, Muhlich, Herzog, Weishaupt, Gude, Dill, Frenzel, Wenglein, Biermann, Jernberg y Spangenberg por 43.000, y algunas acuarelas y dibujos de Hess, Wiesnieski, Prell, Bleibtreu, Croner y Dettonann por 16.750.

COPENHAGUE. – Se ha inaugurado una exposición de obras de artistas alemanes representantes en su mayoría de las tendencias modernistas. En ella figuran multitud de cuadros de Skarbina, Hoffmann, Thoma, Trubner, Heiner, Leistikow, Corinth, Eckmann, etc., que han sido muy admirados.

LEIPZIG. – La Asociación Artística ha publicado la memoria correspondiente á los dos años desde 1.º de octubre de 1891 á 1.º de octubre de 1893: durante este período se han comprado para el museo cuadros al óleo de Muller, Zimmermann, Hennig, Tiratelli, Lenbach, Ehrhardt, Schindler, Weter, Gartner, Schleich, Wenglein, Oesterley y Compton, escultura de Rietschel, Knaur, Lehnert y Seffner, y además treinta acuarelas y siete vaciados en yeso de varios autores.

Teatros. – En el teatro de la Ciudad, de Leipzig, se ha estrenado una ópera en tres actos, *Robin Hood*, letra de Moseny música de Alberto Dietrich. Esta obra, que los críticos han calificado de drama lírico, fué muy aplaudida: la partitura contiene bellísimas melodías, sobresaliendo en ella un monólogo de carácter eminentemente dramático.

– En el teatro Manzoni, de Milán, se estrenará en breve una ópera en un acto, *Pater*, cuyo libreto está tomado del bellísimo drama de Coppee del mismo nombre, y cuya música es del joven compositor S. Gastaldon, autor de *Musica proibita*, una de las canciones que de más popularidad han gozado.

– El *Hámlet* y *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, han sido arreglados á la escena japonesa por un eminente periodista de aquel país, el cual ha encontrado que el argumento de la primera de aquellas dos obras es muy parecido á un episodio de la historia antigua del Japón.

– En el teatro de la Ciudad, de Nuremberga, ha sido muy aplaudida la ópera de Leoncavallo *Los Médicis*, puesta en escena con gran lujo y propiedad.

– El emperador de Alemania ha encargado al aplaudido compositor italiano Leoncavallo una ópera cuyo libreto había de ser precisamente escogido por el intendente de los teatros de la Corte y de versar sobre un asunto de la historia de Prusia. La elección del intendente ha recaído en la novela histórica de Willibaldo Alexis, en que se trata del conflicto entre los derechos tradicionales de la Marca de Brandeburgo y las exigencias autoritarias de la dinastía Hohenzollern. El libreto basado en esta novela lo está escribiendo actualmente el profesor Taubert.

– En el Filodramático, de Milán, se ha estrenado con gran aplauso una comedia de Camilo Antona-Traversi titulada *Danza macabra*

– En la Opera Real, de Berlín, se ha cantado por vez primera en alemán la última ópera de Verdi, *Falstaff*, que ha obtenido mayor éxito aún que cuando la estrenó en el propio teatro la compañía italiana que la había estrenado en la Scala de Milán.

– En Nápoles se ha estrenado con muy buen éxito una ópera, *Regina Diaz*, del compositor Giordano.

– En el teatro de Monte Carlo se ha estrenado una ópera en cuatro actos, *Hulda*, letra de Grandmongin y música de César Frank, que ha sido muy aplaudida.

– Con gran éxito se ha cantado en Riga la ópera de Rubinstein, *Moisés*.

– En el teatro de la Ciudad, de Colonia, se ha estrenado con gran éxito un drama interesantísimo y admirablemente escrito, de José Lauff, titulado *Inés de Castro*.

– En el teatro de la Corte, de Munich, se prepara una serie de representaciones de óperas de Wagner que se verificarán desde el 8 de agosto al 3 de octubre. Se cantarán: la tetralogía *El anillo de los Niebelungos* cuatro veces, *Los maestros cantores* cuatro veces, y *Tristán é Isolda* cinco.

Necrología. – Han fallecido:

Luis Augusto de Frankl, poeta y escritor bohemio, sobresalió en la poesía épica y lírica y escribió también algunas descripciones de viajes á Oriente.

Héinz Hoffmeister, notable escultor alemán, quien en sus figuras y grupos monumentales supo unir el idealismo de la concepción con el realismo de la ejecución.

Bernardo Schreiber, arquitecto alemán, socio de la Academia de Artes plásticas de Dresde, constructor del teatro de la Corte, del Palacio de la Industria y de otros edificios monumentales de Dresde.

Sir Robert Stewart, notable músico irlandés, profesor de música en la Real Universidad de Dublín, autor de varias cantatas, odas, antífonas y canciones muy populares en Irlanda.

Carlos de Blaas, célebre pintor de historia austriaco, profesor de la Academia de Bellas Artes de Viena, autor de multitud de notables cuadros históricos y religiosos, de los frescos de varias iglesias de Budapest y del patio de honor de la Armería de Viena.

Adolfo Schmitz-Crolenburg, pintor de historia alemán.

Mr. Haydn Parry, notable compositor inglés, autor de las aplaudidas óperas *Miami* y *Cigarette*, que con tanto éxito se estrenaron recientemente en Londres.

D. Remigio Morales Bermúdez, presidente de la república del Perú.

Verney Lovest Cameron, célebre africanista inglés, jefe de la expedición de socorro enviada á Livingstone, cuyo cadáver encontró en Unianjembe, y el primer europeo que atravesó el interior de Africa desde la costa oriental hasta el Atlántico.

Carlos Meunier, notable grabador y pintor belga.

Jorge Pouchet, profesor de anatomía comparada del Museo de Historia natural de París, antiguo suplente de Pablo Bert en la Sorbona y ex maestro de conferencias en la Escuela normal superior, autor de muchos trabajos científicos, entre ellos un notabilísimo *Tratado de Histología*.

M. Brown-Sequard, ilustre fisiólogo francés, sucesor de Claudio Bernard en la cátedra del Colegio de Francia, miembro de la Academia, inventor de las inyecciones subcutáneas para devolver las fuerzas al organismo débil ó envejecido, autor de multitud de trabajos premiados por el Instituto.

Enrique Kropmann, reputado pintor de historia alemán

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONCLUSIÓN)

– Usted la calumnia. Yo fuí muy grosero con ella, y ella conserva un poco de rencor; pero en el fondo de su corazón... me ama... Lechantre, añadió con la obstinación propia de los enfermos, prométame usted lo que le voy á pedir.

– ¿Qué?..

– Prométame usted escribir á Mania dónde estoy y cómo estoy. Una carta de usted la decidirá. Si quiere usted que esté tranquilo y que sea obediente y me cuide, prométame usted que le escribirá hoy mismo.



Teresa, con tierna solicitud, se sentó en una banqueta á los pies de Santiago y le cogió las manos

– Sí, sí, prometió Lechantre, espantado de ver la descompuesta fisonomía de su discípulo, y temiendo que la negativa produjera una de las crisis que cada día ponían en peligro la vida del enfermo.

– ¡Gracias! Es usted un buen amigo. Escriba usted al momento. Si lo hace usted así, la carta podrá salir por el correo de hoy... Dígaselo usted todo... y que la adoro.

Con un gesto de niño mimado le daba prisa para que subiera inmediatamente á su cuarto. Lechantre obedeció. Al atravesar el corredor, le detuvo la anciana madre, que cogiéndole del brazo le llevó á una habitación inmediata.

– Venga usted, venga usted.

Entró y se estremeció. Teresa estaba allí.

– Sr. Lechantre, dijo con firmeza la esposa del enfermo, he reflexionado, he visto claramente dónde estaba mi deber y aquí estoy. ¿Cree usted que mi presencia puede servir para el alivio de su amigo?

Después de la conversación con Santiago momentos antes, Lechantre vacilaba en contestar afirmativamente; pero la anciana no le dejó tiempo, y exclamó, con los ojos llenos de lágrimas:

– ¡Si le aliviará tu presencia!.. ¿Y lo puedes dudar, querida hija mía, Teresa de mi alma?.. Mejor le curará tu presencia que todos los remedios de los médicos... Yo no me atrevía á pedirte que vinieras... Temía que me desairaras... Pero, hija mía, todo lo olvidarás, todo lo perdonarás... Eres la mejor de las criaturas, eres un ángel.

Y al mismo tiempo, la pobre mujer cogía las manos de su nuera y se las besaba y quería arrodillarse á sus pies. Teresa, profundamente conmovida, la levantó, y las dos mujeres se abrazaron estrechamente sollozando.

– Voy á prevenir á Santiago, dijo Lechantre, que estaba muy inquieto.

– No, no, se apresuró á decir la madre, déjeme usted el placer de ser yo la primera que le anuncie esta felicidad. Esperadme un momento en el corredor.

Y se precipitó en el cuarto de su hijo, mientras Lechantre y Teresa la seguían lentamente. En su apresuramiento, la anciana dejó abierta la puerta, y avanzó con aire infantilmente misterioso hasta el sillón donde estaba Santiago.

– Hijo mío, le dijo, no te quejarás de que estás solo. Apenas se ha ido el doctor Langlois y ya ha venido otra visita.

– ¿Otra visita?.., murmuró el enfermo, abriendo pesadamente los ojos.

– Alguien á quien no has visto hace tiempo, una señora.

– ¿Una señora?

En la imaginación del artista, únicamente preocupado de Niza y los recuerdos del invierno, surgió súbitamente la idea de que aquella señora sería Mania.

– Sí, una señora, continuó la anciana, que te ama y á quien todos amamos... Pero has de prometerme no emocionarte...

Santiago abría mucho los ojos y no comprendía bien. Sin embargo, se había puesto en pie, vacilando, tan débil como estaba, y por un sentimiento de vanidad se desenvolvía de las mantas, se arreglaba la corbata, se abotonaba la americana...

– ¡Que entre!, ¡que entre!, murmuró con voz temblorosa.

– Vamos, dijo bajo Lechantre á Teresa; ¡valor, hija mía!

Y la hizo entrar en el cuarto, delante de él. Santiago, con los ojos reanimados por una quimérica esperanza, había dado algunos pasos..., pero reconoció á su mujer y se detuvo.

– ¡Teresa!, exclamó.

Su rostro expresó una vaga sorpresa; la llama de sus ojos se extinguió, y se apoyó en el respaldo del sillón con desaliento. Este súbito cambio de fisonomía no escapó á la mirada perspicaz de Teresa; conoció que no era ella á quien su marido esperaba, y esta idea cruel volvió á abrir dolorosamente las heridas de su corazón. Una presión suplicante de la mano de Lechantre le recordó que había venido á cumplir un deber, y reprimiendo sus rencores, imponiendo silencio á su dignidad de esposa ultrajada, avanzó hacia Santiago, que no se atrevía á mirarla.

En el cuarto del enfermo hubo un momento de ansiedad. La anciana enjugaba furtivamente sus párpados llorosos, y Lechantre, aturdido, se preguntaba qué iba á resultar de aquella peligrosa entrevista. Teresa puso suavemente la mano en el hombro de su marido.

– Santiago, dijo, he sabido que estabas enfermo, y he venido por eso... Olvidemos lo pasado. No hay que pensar más que en cuidarte y curarte.

El artista levantó la cabeza tímidamente, y la miró con una mirada de niño medroso, y luego las lágrimas afluyeron á sus ojos. ¡La palabra «pasado» evocaba en él tantos recuerdos, tantas y tan diversas sensaciones!..

– ¡Gracias!, murmuró el infeliz sollozando.

Estas lágrimas y estos sollozos conmovieron profundamente el corazón de la esposa.

Vió á Santiago tan espantosamente desfigurado por la enfermedad, tan débil, tan sin vida, que la compasión ahogó en su corazón todo resentimiento. Tuvo piedad de aquel desgraciado que en algunos meses había venido á tan miserable estado.

Solamente se acordó de los días felices de su matrimonio, y la ternura de aquellos días de ventura volvió á su corazón. A una señal que les hizo, la madre y Lechantre se retiraron. El marido infiel y la esposa abandonada quedaron solos.

Teresa, con tierna solicitud, hizo á Santiago volver á tenderse en el sillón; se sentó en una banqueta á sus pies y le cogió las manos.

– Santiago, murmuró dulcemente, has de tener confianza en mí... Vuelvo á ti tan amante como en el tiempo en que estábamos todavía en el Priorato y vivíamos tan dichosos. No recuerdo más que aquellos momentos cuando tú me amabas y yo estaba orgullosa de que me amaras... Lo demás ha sido una pesadilla. Aquel dichoso tiempo, si tú quieres, lo volveremos á disfrutar. En cuanto estés mejor volveremos al Priorato y verás que nada ha cambiado allí, y que allí te espera la felicidad como en aquel tiempo de ventura.

Dulcemente, maternalmente, como se habla á un niño enfermo, le recordó muchos detalles de su juventud, dándole noticias de las cosas y las personas que en otro tiempo le habían interesado: los ciruelos de la huerta daban ahora unas exquisitas ciruelas mejores que antes; las puestas de sol eran una maravilla sobre el Anjou; el pastor, el del mote *el Topo*, había envejecido un poco, pero siempre se mantenía firme y listo, y pescaba con la misma afición, y todos los días preguntaba por el señorito Santiago.

Reproduciendo todos estos comunes recuerdos, miraba atentamente al enfermo..., y con asombro advertía que su marido parecía no escucharla. Su mirada se fijaba distraída en un cuadrito colgado en la pared, frente al sillón; Teresa miró á su vez el cuadro, y vió que representaba un fragmento del puerto de San Juan.

Esta inconsciente demostración de insensibilidad de su marido la hizo mucho daño, y calló, sin poder reprimir un doloroso suspiro.

Este suspiro sacó á Santiago de su ensimismamiento, y ruborizado y confuso como un niño sorprendido, murmuró:

– ¡Perdón!.. ¡Soy indigno!, ¡soy indigno!

La emoción, la vergüenza, la confusión de ideas que le agitaban provocaron

fatalmente una de aquellas terribles crisis que se manifestaban con una rapidez aterradora.

Su respiración era cada vez más penosa, su rostro adquiría una feroz expresión de angustia que anunciaba la inminencia del paroxismo. Llevaba con desesperación sus descarnadas manos al pecho y pedía con gestos de ansia devoradora ¡agua, agua!

Una palidez cenicienta cubría su rostro, y cayó en un síncope, que semejaba la muerte.

Cuando volvió en sí, vió junto á él á su madre, á Teresa y Lechantre, aterrados. Movió la cabeza, como dándoles gracias por sus cuidados, y volvió á caer en su habitual mutismo.

A partir de aquel momento los accesos se reprodujeron con intervalos más cortos.

No podía estar en la cama. Por la noche, el temor del acceso no le dejaba dormir, y se arrastraba penosamente de un sillón á otro. Teresa, su madre, Cristina y el maestro le velaban alternativamente. Cuando estaba solo con el maestro, le preguntaba:

– ¿Ha escrito usted?..

– Sí, respondía invariablemente el maestro, á quien nada costaba una mentira más.

– Bueno; también habrá que telegrafiar á Langlois. Quiero que me sostenga hasta que llegue Mania, porque vendrá..., no tengo duda de que vendrá... Y cuando venga, añadió con un egoísmo feroz, confío en que encontrará usted un pretexto para alejar á Teresa.

Esta quimérica esperanza de ver llegar á la baronesa era lo único que le daba fuerzas contra la violencia cada vez más espantosa de los paroxismos. Sin embargo, las perdía rápidamente, comía casi nada, y la debilidad física iba produciendo la pérdida de la inteligencia. La fiebre era constante y su cerebro padecía una especie de delirio permanente. A su taciturnidad de los primeros días había sucedido una nerviosa verbosidad. Mostrábase más tiernamente expansivo; pero esta expansión era para Teresa un nuevo motivo de aflicción. El medio de Rocatallada parecía no existir para él; su imaginación no veía más que Niza, y de Niza hablaba con creciente exaltación.

Hasta en medio de los terrores de la sofocación persistía el encanto invencible de las sirenas de la costa azul. Se encarnaba en la mágica imagen de Mania, cuya llegada era la obsesión del enfermo. Después de haber sufrido en Niza las torturas de los celos, Teresa sufría en aquellos momentos críticos todo el dolor de la infidelidad conyugal, al mismo tiempo que prodigaba sus cariñosos y solícitos cuidados al moribundo. Santiago, aun en presencia de su mujer, recordaba con pasmosa locuacidad todos los incidentes del invierno pasado en Niza.

Para describirlos, recobraba aquella claridad de percepción, aquella vivacidad del colorido que le habían faltado para pintar en aquella misma ciudad de los hechizos.

Veía el paseo de los Ingleses con su perspectiva de montañas de un azul desvanecido y su muchedumbre de paseantes contentos y satisfechos. Recordaba el verdor del jardín público y la animación del sitio á la hora en que la multitud circula alrededor del kiosco de los músicos, y la elevación de los pinos, y la profusión de las flores. Y siempre, en estas evocaciones del sol y de las flores, aparecíasele la baronesa Liebling, destacándose sobre el mar azulado en su traje blanco fantástico, andando á compás de la cadencia acariciadora de una música imaginaria...

Teresa sentía desvanecerse los últimos fulgores de su rencor en presencia de aquel desventurado á quien rozaba ya el ala helada de la muerte. Pensaba que iba á morir súbitamente en una de aquellas crisis cada vez más frecuentes, y con una piadosa ternura, recordando cuánto le había amado, llevaba su abnegación hasta el extremo de hacerse cómplice de sus quimeras, hasta alentar esperanzas que sabía muy bien que todas tenían por objetivo una rival aborrecida.

– Sí, murmuraba Teresa, con el corazón destilando sangre, te lo prometo, volveremos á Niza. En cuanto estés más fuerte partiremos, para pasar allí el invierno... Allí volverás á encontrar los naranjos y limoneros, y la mar azul, el sol espléndido, la luz brillante como en ninguna parte... y en fin todo lo que amas. Pero cálmate, no te agites, no te preocupes... No pienses más que en recobrar las fuerzas para emprender el viaje. Yo no quiero más que tu felicidad.

Santiago, asombrado, con desconfianza, miraba á Teresa tímidamente, y luego sus ojos se iluminaban y se complacía egoístamente en aquellas febriles imaginaciones..., olvidando á la que se las había sugerido y para quien eran tan cruelmente odiosas...

Una noche en que se esperaba al doctor Langlois, avisado con urgencia por telégrafo, Santiago, jadeante, angustiado en su sillón, interrogaba febrilmente á Lechantre...

La pertinaz alucinación era más grave que nunca. El enfermo afirmaba con vehemencia que la baronesa Liebling llegaría ciertamente de un momento á otro, y quería que su maestro abriera la ventana para oir bien el ruido que haría el coche que la traería.

A los primeros albores de la aurora oyóse el alegre sonido de campanillas y cascabeles de los caballos de un carruaje.

– ¡Es ella! ¡Es Mania!, exclamó el infeliz visionario. ¡Lechantre, baje usted pronto... pronto!

Y súbitamente, siendo esta emoción demasiado fuerte para su organismo agotado, su fisonomía se contrajo horriblemente, llevó sus manos al pecho, y ahogándose, suspiró al mismo tiempo que el coche se detenía:

– ¡Ya es tarde!..

Lechantre, asustado, llamaba á Teresa, y luego corría á recibir al doctor Langlois.

Cuando entró con el médico, era tarde, en efecto. La muerte llegaba con la velocidad de ave de rapiña...

Los primeros rayos del sol saliente penetraban en la estancia por la ventana entreabierta; fuera, el pueblo despertaba; el pastor de Rocatallada, *el Topo*, siempre robusto y listo, soplaba furiosamente en su trompa para reunir el rebaño, y al son de la trompa del viejo amigo de su infancia, el famoso pintor, que hubiera sido gloria de Francia, se extinguía con los ojos todavía iluminados por la falaz y hechicera visión de Niza.

TRADUCCIÓN DE CARLOS FRONTAURA

JUAN M. SWAN (1)

Se dice con frecuencia que los hombres de nota han previsto su futura fama, y podemos decir que por este concepto Juan M. Swan ha confirmado la creencia popular. En su primera juventud tuvo ya esa firme convicción de su talento que no pocas veces viene á ser un incentivo para cultivarle. A los diez y siete años era ya una figura prominente en el club del barrio latino; mas, según dicen muchos, no hizo nada entonces para justificar la creencia que tenía de sí mismo; y en rigor su ambición se produjo menos por el deseo de alcanzar triunfos populares que por la apreciación de las raras cualidades de artista que Swan tenía la seguridad de obtener. Es posible que ante los muchos ilustres ejemplos que el arte francés presentaba, considerase como una locura esperar fama y beneficios pecuniarios como consecuencia de un buen trabajo; y he aquí por qué la confianza que Swan tenía en sí mismo no le indujo á una tentativa para darse á conocer desde luego; pero en cambio no descuidó tampoco el continuo estudio y la preparación laboriosa de las obras en que debía fundar su ambición.

La vida de Swan, cuando yo le conocí como estudiante, era muy retirada, mucho más de lo que conviene á un joven; debiéndose esto principalmente al afán con que se consagraba al estudio, que podía resistir sin dificultad, gracias á su notable fuerza física.

No quiso nunca presentar de improviso exuberantes producciones, y rara vez se desvió de la línea de conducta que de antemano se había impuesto á sí mismo para hacer esas prematuras y con frecuencia inútiles excursiones en el campo



Estudio de leona para ser reproducido en bronce, por J. M. Swan

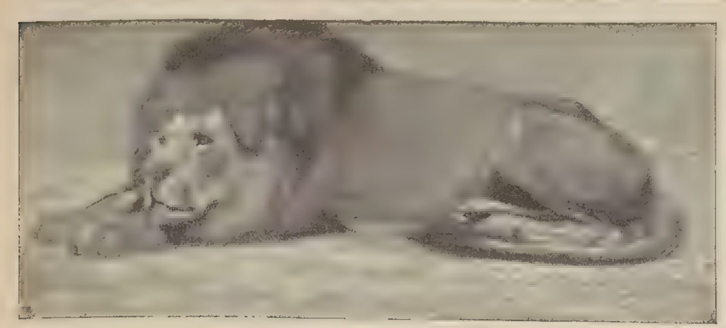
no explorado de la imaginación, que algunas veces, sin embargo, pueden calificarse de heroicas. En una palabra, Swan, como estudiante, suprimió más bien que estimuló esa facultad que más tarde pudo desarrollar ventajosamente en su carrera.

No trataré de hacer aquí comparaciones sobre el valor de las diversas inteligencias en el arte, ni he de menospreciar tampoco la rara cualidad incandescente del genio precoz; pero sí diré que los pintores difieren de los escritores, porque los primeros han de sufrir el peso de un *oficio* que aprenden relativamente tarde en su vida; mientras que los segundos se familiarizan con el lenguaje desde la niñez. En su consecuencia, el «equipo mental» de un pintor, permítaseme decirlo así, contiene mayor proporción de técnica que el del escritor; ó mejor dicho, el uso de ésta en el pintor se limita á ser más concienzudo que aquél, y en su juventud por lo menos, no puede prescindir tanto de las consideraciones del medio en que se halla.

Swan, tanto por su propia voluntad, cuanto por su educación, supo apreciar la importancia de conocer profundamente la naturaleza y el arte, y estudió este último como una ciencia durante largo tiempo. Resolvió desarrollar su imaginación de la manera más acabada, y después de una fatigosa preparación preliminar, entró al fin en el campo de la lucha perfectamente equipado, por decirlo así.

Aquí será oportuno decir algunas palabras acerca de su educación como artista, de sus ventajas y de sus medios como estudiante, y después hablaremos de sus últimas obras. Recibió las primeras lecciones en la Escuela de Artes de Lambeth, y más tarde asistió á las clases de la Real Academia; pero juzgando

(1) Aunque en el número 640 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos algunos datos acerca de este gran pintor inglés, creemos que nuestros suscriptores leerán con gusto el presente estudio del notable crítico Mr. R. A. M. Stevenson, que tomamos de la importante revista *The Art Journal*.



Estudio de león, por J. M. Swan

que la enseñanza no era aquí propia para él, quiso ir á París, donde varios artistas tuvieron la bondad de prestarle sus servicios, dándole además buenos consejos. También se le dieron buenas recomendaciones de Sir Leighton y de los señores Armitage, Yeames y otros individuos de la Academia. Gracias á sus dibujos, obtuvo desde luego permiso para pintar teniendo á la vista modelos vivos, y este fué un medio de asociarse con algunos de los más aventajados jóvenes. Bastien Lepage y Dagnan-Bouveret, que ya comenzaban á llamar la atención, fueron sus compañeros de estudio y los que más pronto ejercieron en el artista inglés toda su influencia: Swan tuvo la fortuna de estar bajo la dirección de tan celoso y hábil maestro como Gerome, quien presentó á su discípulo al escultor Fremiet, el alma del movimiento realista y el sucesor de Barye.

Muchos de mis lectores conocerán sin duda como escultores de animales á los dos artistas que acabo de citar. Los pintores de hoy día admiran verdaderamente á Fremiet en su arte, así por el detenido estudio que ha hecho de su estructura, como por el simpático interés en su acción característica; y si pensamos en la revolución que ese hombre efectuaba tranquilamente en el arte que había elegido y en su relación con el movimiento general del mismo, comprenderemos la fascinación que ejerció en el ánimo de un estudiante que debía ser un famoso pintor de fieras.



León echado, dibujo de Rembrandt
existente en la colección de lord Brownlow

El natural amor de Swan á los animales convirtióse fácilmente en un propósito artístico, bajo los consejos del autor de *El centauro y el oso, El jefe galo, El caballero errante, El gorila y la mujer* y otros muchos grupos notables en que los animales desempeñan la parte principal. El maestro Fremiet explicó la naturaleza; elogió y criticó sucesivamente el trabajo de su discípulo, y dirigióle en sus estudios, pero recomendándole siempre que procurase enseñarse á sí propio. Se ha dicho que la enseñanza de los maestros franceses en aquel tiempo comunicaba rigidez á la individualidad; así se creía en Inglaterra; pero esto no se justificó nunca, ni es sostenible tampoco ante la rica cosecha que se ha recogido en ese campo de la instrucción.

Fremiet ha sido sin la menor duda uno de esos excelentes maestros que tanto honraron á Francia sembrando entre los artistas de todos los países la simiente del gran renacimiento francés. Jamás pecó de amaneramiento en sus obras, y quiso que para modelar se estudiara bien la naturaleza y la anatomía, teniendo á la vista buenos ejemplos.

Swan no necesitaba que le espoleasen para entregarse al estudio; se dedicó con afán al de la anatomía y á la disección, y siempre se le veía con el pincel en la mano y teniendo la vista en un buen modelo animal. Casi podemos decir que nuestro artista penetró demasiado científica y profundamente en los misterios de la estructura y de la anatomía: en un hombre más débil esto hubiera podido ser un peligro para el desarrollo artístico de la inteligencia, y es indudable que, así en Swan como en otros, ha retardado la madurez. Fremiet censuró algunas veces á su discípulo por su pertinacia y tenacidad, advirtiéndole que la deliberación excesiva puede perjudicar mucho al vigor de la composición. Una vez, en ocasión de haber trabajado Swan sobre un esqueleto con tanto afán como si fuera un anatómico de profesión, Fremiet quiso hacerle volver en sí y recordarle que el arte no es la ciencia, para lo cual encargóle modelar en el término de veinticuatro horas un jaguar desollado. Obligado á resumir el conocimiento adquirido, fundiéndolo, si se me permite decirlo así, en el calor de una rápida concepción, el discípulo no empleó más que diez y ocho horas en su obra, resultando tan perfecta, que el maestro no quiso retocarla. Tal vez se juzguen triviales estos detalles de la enseñanza del artista, pero servirán para apreciar mejor los efectos que produjeron.

Por entonces, Swan dió con las obras del escultor Barye, de quien todo París hablaba. Amante de la poesía, de la verdad, y con suficiente clasicismo y romanticismo, fué uno de los artistas que más ayudó á recordar á los realistas extremados del siglo que su obra era necesariamente incompleta; y la revolución realística contra lo convencional se justificó por el descuido con que antes se trataba la verdad, uno de los dos grandes elementos del arte. Al público le disgustaban ya los gastados amaneramientos poéticos fundados sobre observaciones que se habían hecho añejas en fuerza de repetición; pero no se permitió largo tiempo al realista vengador robar al arte su otro elemento, el estilo. Solamente cuando se olvida la base de la verdad que debe dar significación á ese estilo, es cuando el realismo brutal llega á ser un mal necesario.

Así como otros muchos artistas de su tiempo, Swan consideró el arte de Barye como una reconciliación entre la sinceridad, por una parte, y el estilo y la belleza por otra. Swan compara ese esfuerzo para expresar la naturaleza en estilo clásico, que fué la tendencia principal en su juventud, con la atracción hacia la parte puramente decorativa del arte, debida al más reciente impulso del trabajo japonés. Es indudable que el gran ideal griego se despertó bajo la doble influencia del interés en la naturaleza y la herencia del espíritu oriental del ornamento. En aquel período de su vida Swan empleó mucho tiempo en la colección de Bellas Artes, haciendo profundos estudios en la anatomía comparativa bajo la dirección de Gervais, y en la del rostro humano, siendo su maestro Duval.

Para completar la enumeración de las obligaciones de la enseñanza, si es que pueden tener fin, debemos hablar de una visita á Roma, donde Swan trató principalmente con los artistas franceses de Villa Medici, y de su regreso á Inglaterra, donde continuó su estudio en los Jardines Zoológicos. Durante la mayor parte de este tiempo, el artista no hizo esfuerzos para darse á conocer del público en las exposiciones; y á decir verdad, hasta estos dos ó tres últimos años no se supo bien lo que era, gracias á sus trabajos en las galerías Goupil y en la Academia, donde su *Hijo pródigo* fué comprado á un elevado precio.

Por lo que he dicho se comprenderá que en semejante artista el progreso es lento; que es hombre que no omitirá experiencia alguna, y que mantendrá largo tiempo su interés en un motivo dado.

Y aunque Swan ha tardado mucho tiempo en manifestarse, aun ahora no nos ha permitido ver todavía más que un pequeño rincón de su arte, si podemos decirlo así. De ese artista el público no puede esperar igualdad de estilo, ó la frivolidad de un triunfo alcanzado á poca costa, porque Swan es hombre que borrará sin compasión la superficie de muchos lienzos que comenzó muy bien, en su empeño de realizar el ideal concebido. Y no es fácil que se permita sujetarse



León y leona, estudio de J. M. Swan

á la formal repetición de un asunto que ha perdido su significado para él; pero tampoco le abandonará por completo como cosa que no se puede perfeccionar. Prefiere obtener nuevas ideas más bien que aumentar su destreza mecánica; y he aquí por qué el observador casual podrá creer á veces que el artista retrocede, siendo así que solamente se retiró un poco para tomar nuevo impulso.



La Fatalidad, escultura de Luis Aquilas Christophe

En el *Hijo pródigo*, tomando una pintura que todo el mundo conoce, se pueden reconocer las influencias de que acabo de hablar. La poética representación de la escena se hermana con las románticas concepciones del siglo, con el espíritu de Millet, de Courbet y de los Maris; todo corresponde allí al tono general como una nota de música á su clave; y en cuanto á las imágenes, la verdad se combina con la sencillez. En una palabra, Swan se ha excedido á sí propio de una manera exquisita en su modo de tratar la marrana negra y las flores y rocas que hay en primer término. No sabemos qué admirar más, si la espalda del hombre ó el animal, pues todo nos revela un profundo estudio de la estructura y notable maestría en el modelado de las formas. Fuera un error suponer que el terreno representado en esa pintura es puramente caprichoso; nada de eso, pues aseguro que al ver el cuadro recordé inmediatamente la caliza desnuda de la meseta de las Ardenas, lugar favorito de estudio para Swan. El artista se complace en presentar los marcados contrastes realísticos del fresco verde, de las carnes sonrosadas, y del color azulado del cielo; y á pesar de la belleza de sus paisajes, de sus figuras de animales y de su amor á los colores, Swan se deleita principalmente en la forma de los objetos. Nada de extraño tiene, pues, que las numerosas y pequeñas estatuas que hay en su estudio presenten la primera realización de los movimientos de figuras y animales en sus pinturas.

R. A. M. STEVENSON

Con motivo de la publicación de los estudios de Swan, que acompañan este artículo, nos ha parecido oportuno reproducir un dibujo del insigne Rembrandt, que representa un león echado y que permite apreciar mejor, por la comparación con la de tan gran maestro, lo que valen las obras del celebrado pintor inglés.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA MEDICINA MUSCULAR

Nunca se insistirá demasiado sobre la importancia de los ejercicios musculares desde el punto de vista terapéutico. En primer lugar, para los individuos que gozan de buena salud el ejercicio es una de las condiciones primordiales para conservarla; y en segundo, en cierta clase de enfermedades el ejercicio puede producir notables mejorías, de tal suerte que los médicos deberían añadir á la lista de prescripciones que dan al paciente un párrafo concerniente á la mejor medicación gimnástica apropiada á la dolencia que aquél padece.

Entre los pueblos europeos que más cultivan la gimnasia, los suecos ocupan el lugar preferente. Existe efectivamente en Estockolmo una institución que bien merece el nombre de Universidad gimnástica, pues de ella depende todo cuanto en Suecia hace referencia á la enseñanza de los ejercicios físicos. Hay en ese establecimiento profesores, alumnos, exámenes en virtud de los cuales se confieren distintos grados; en una palabra, una organización que puede ser comparada desde todos los puntos de vista con nuestras universidades científicas. Una sala de disección sirve para los estudios anatómicos, y los enfermos van á hacerse cuidar en una policlínica, en donde se les aplican todos los métodos de tratamiento gimnástico.

La idea médica preside en todo este sistema y aun constituye el espíritu de la gimnasia sueca; así no es de extrañar que haya en Suecia una gimnasia pedagógica perfecta, aunque del todo diferente á la que está en uso en los demás países. Los aparatos son allí extremadamente sencillos: una barra transversal llamada *bomme,* escalas y todas las piezas del mobiliario escolar, como bancos, sillas, mesas, constituyen los aparatos utilizados, y en cuanto á los ejercicios nada tienen de común con los que se hacen en la generalidad de los gimnasios y que por desgracia tienden rápidamente al acrobatismo.

El principio higiénico prevalece sobre el gusto atlético, y lo que con tal enseñanza se quiere conseguir es el desarrollo de ciertos grupos musculares que desempeñan un importante papel en las funciones vitales. Los músculos del pecho y del abdomen, que concurren á la respiración; los de la espalda, que mantienen á ésta en una buena posición y cuyo funcionamiento sinérgico es indispensable para la corrección de la posición del cuerpo cuando está de pie, tales son especialmente las partes que la gimnasia sueca tiende á desarrollar y á reforzar.

El *espaldar*, por ejemplo, es un aparato que presta grandes servicios para corregir la actitud encorvada que propenden á adquirir los niños obligados á permanecer durante algunas horas inclinados sobre sus pupitres: un sencillo banco de escuela basta para que los jóvenes puedan ejecutar ejercicios muy elementales, pero al propio tiempo muy provechosos.

Es más, la gimnasia sueca puede prescindir por completo de aparatos, y los movimientos que se obliga á hacer á los alumnos recuerdan los que están en uso en nuestras escuelas, con la diferencia, sin embargo, de que se ejecutan siempre con lentitud y para un objeto higiénico determinado: su función ortopédica es indiscutible, y cada movimiento puede ser considerado como correctivo de tal ó cual deformación.

Las mujeres no desdeñan en Suecia esos ejercicios, existiendo en aquella nación multitud de sociedades gimnásticas femeninas, y en Estockolmo las obreras y las jóvenes empleadas en los comercios se reunen todas las noches en las salas del Instituto Central y aun maniobran en público.

Creen muchos que los aparatos complicados son necesarios para obtener un gran desarrollo de fuerzas: la gimnasia de dos suple con ventaja á los aparatos molestos. Combinados los ejercicios de dos personas, es muy fácil ejecutar movimientos de extensión ó de flexión, en los cuales la resistencia de uno de los dos gimnastas con relación al otro reemplaza los muelles ó las tiras de caucho, de los que se ha abusado algo. De este modo se puede graduar con mayor seguridad el esfuerzo muscular, oponiéndose uno mismo de una manera metódica á los movimientos del compañero.

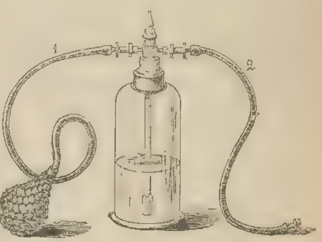
Los ejercicios de este género pueden variar hasta lo infinito y su importancia es grande cuando se trata de hacer mover tal ó cual grupo muscular. El gimnasta *contrincante*, por decirlo así, si está bien instruído en lo que debe hacer y sabe proceder con tacto, logrará mucho mejor que el más selecto aparato regularizar un funcionamiento imperfecto ó anormal.



MODIFICACIONES DE LA VOZ POR MEDIO DE INHALACIONES DE VAPORES

El Dr. Sandras, de París, ha publicado recientemente algunas investigaciones experimentales sumamente interesantes para los cantantes y para todas las personas expuestas por su oficio ó profesión á las enfermedades de la laringe y de los bronquios.

Tomándose á sí mismo por sujeto de experimentación, ha estudiado la influencia de inhalaciones de diferentes vapores sobre la extensión, la intensidad y el timbre de la voz. Su voz tiene una extensión de dos octavas, sol [1] á sol [3]. con el inhalador que reproduce nuestro grabado (fig. 1) aspira durante 15 segundos un vapor, y observa, después de cada aspiración, las notas que pierde ó gana, en la octava alta y en la octava baja.



Aparato inhalador. – 1. Tubo insuflador. – 2. Tubo aspirador

El alcohol de 90 grados ejerce la influencia más perniciosa: una sola inhalación le priva de todas las notas menos una, no recobrando la voz sino después de un descanso de 45 minutos.

El alcohol de 60 gradros es de menos malas consecuencias: necesítanse muchas aspiraciones de él para que la voz desaparezca y bastan 30 minutos de descanso para recuperarla.

El aguardiente de orujo de mediana calidad es menos funesto que el de orujo de buena calidad.

De todos los alcoholes el menos pernicioso es el ron.

El curazao bueno hace ganar notas á cada aspiración, y lo mismo sucede con el ajenjo de Perned, el cual obra especialmente sobre la voz de falsete: la savia de pino aumenta cuatro notas y la intensidad de los sonidos; por el contrario, el kummel, el jugo de



Escena de anestesia con la máquina Rafael Dubois. – A. Pabellón que sirve para remontar el pistón que se sumerge. - B. Embudo por donde se introduce el cloroformo. – C. Lamparilla de alcohol para activar la vaporización del cloroformo. – D. Cuadrante regulador: los números 10, 8 y 6 significan que cuando están en contacto con la manecilla hay mezcla de 10, 8 y 6 por ciento de cloroformo y aire.

angélica y el anisado hacen desaparecer muy rápidamente casi todo el registro.

La tintura de tolú vela la voz y disminuye su extensión, al paso que las tinturas de benjuí, de brea y de nuez vómica añaden notas.

La acción de todas estas inhalaciones dura en tanto que las substancias inhaladas están en contacto con las cuerdas vocales, pudiendo volver rápidamente al estado inicial con sólo inhalar agua tibia, que da por resultado lavar la laringe; pero si esta agua se inhala de una vez, también provoca la afonía.

El petróleo es terrible; la esencia de eucalyptus provoca huecos en la voz; la de trementina aumenta el número de notas. Los vinos de Borgoña son malos; los de Burdeos poco menos que inofensivos.

El café y la kola son excelentes; en cambio la coca, que tantos cantantes emplean, es fatal.

El Dr. Sandras recomienda las inhalaciones de licores que contengan esencia de trementina, brea de Noruega, cloroformo ó pyridina en dosis variables. La inhalación de estos preparativos no solamente ha mejorado la fonación, sino que, además, ha dado excelentes resultados en el tratamiento de un gran número de afecciones diversas, tales como la ocena, la laringitis, la bronquitis, el catarro, el enfisema, el asma y hasta el crup y la tuberculosis.

Los experimentos del Dr. Sandras constituyen un método muy sencillo y muy fecundo, aunque hoy está en sus comienzos.

Si para los líquidos vaporizables á las temperaturas ordinarias empleara el Dr. Sandras un dosador riguroso de los vapores análogo ó idéntico al que representa nuestra figura 2, y que ha sido recientemente inventado por M. Rafael Dubois para titular las mezclas de aire y de cloroformo absorbidas durante la anestesia, obtendría resultados comparables y satisfaría todas las exigencias del método científico, que quiere siempre números precisos: para los líquidos que no entran en ebullición sino á temperaturas muy elevadas, sería preciso inventar un método ó transformar los que recientemente se han creado en olfactometría.

DR. SERVET DE BONNIERES

(De *Le Monde Illustré*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

MA PRIMERA CULLITA, *per Antón Marca Boada*. – Como su título indica, los artículos coleccionados en este libro son los primeros frutos literarios de su autor, y sin embargo, en ellos adviértense, al lado de algunas inexperiencias, cualidades muy recomendables que permiten esperar que el nombre del Sr. Marca figurará algún día entre nuestros buenos escritores regionales. Hay en todos sus artículos, escritos en fácil y sencilla prosa, un fondo de sentimiento y un espíritu de justicia que los hace sumamente simpáticos.

***

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS Y EL CONFLICTO DE MELILLA, *por D. Modesto Hernández Villaescusa*. – Hay cuestiones de política internacional que siempre son interesantes y oportunas, y entre ellas la de que se ocupa el libro que á la vista tenemos. La cuestión de Marruecos será la cuestión primordial para España mientras no se resuelva en el sentido que nuestro patriotismo y la civilización de consuno demandan: no es, pues, de extrañar que tantos publicistas distinguidos se hayan ocupado de ella, mereciendo figurar entre los mismos, y en muy buen lugar por cierto, el Sr. Fernández Villaescusa, que en su interesante obra la trata con gran conocimiento de causa y con un criterio inspirado en los más levantados ideales, fijándose muy detenidamente en el último conflicto de Melilla, que ha venido á poner una vez más de manifiesto la necesidad de acabar con un estado de cosas tan perjudicial como humillante. Véndese el libro, publicado por la *Revista Científico-militar*, al precio de una peseta.

***

APUNTES BIOGRÁFICOS del eminente maestro español D. Nicolás Ledesma, recopilados y publicados por *L. E. Dotesio*. – El conocido editor de obras musicales de Bilbao Sr. Dotesio ha reunido en un folleto algunos interesantísimos artículos publicados en *El Noticiero Bilbaíno* por D. Marcos de Alcorta, en *La Ilustración Española y Americana* por don J. M. Esperanza y Sola, en *El Nervión* y en otros periódicos, relativos al célebre maestro y compositor español D. Nicolás Ledesma, maestro de capilla que fué de la Basílica de Santiago, de Bilbao. Es la figura de Ledesma una gloria para nuestro arte nacional y merece aplauso el trabajo realizado por el Sr. Dotesio, el cual además ha publicado una edición de las obras completas del compositor insigne, que ha de contribuir, á no dudarlo, á la restauración en nuestros templos de la buena música religiosa, esa rama del arte musical que tan brillante historia tiene en España, la patria de los Salinas, Morales, Victorias y Eslavas.



El postigo del aceite en Sevilla, dibujo de Manuel G. Rodríguez

***

EL OSARIO, *por José Ignacio Lares*. – Con este título ha reunido el poeta venezolano señor Lares una colección de poesías escritas en diversos metros y todas ellas amatorias, en las que dominan la tristeza y la melancolía: las distintas composiciones están bien sentidas y discretamente versificadas.

***

ESTADO DE LA CULTURA ESPAÑOLA Y PARTICULARMENTE CATALANA EN EL SIGLO XV. – Con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, dióse en el Ateneo Barcelonés sobre el tema que sirve de título á estas líneas una serie de interesantísimas conferencias que aquella docta corporación, con muy buen acuerdo, ha reunido en un voluminoso tomo. Aplaudidos con entusiasmo por cuantos los oyeron y justamente ensalzados por la crítica que de ellos se ocupó, creemos innecesario hacer un elogio de los trabajos contenidos en el libro que nos ocupa, elogios que resultan tanto más ociosos cuanto que se trata de conferencias dadas por pensadores y publicistas tan reputados como Coroleu, *Derecho político catalán á fines del siglo* XV; Pedrell, *Nuestra música en los siglos* XV y XVI; Rouviere, *Influencia del descubrimiento de América en la industria y comercio del mundo civilizado;* Suárez Bravo, *La escultura italiana á fines del siglo* XV; Blanchet, *América. Su bosquejo, sus maravillas, civilizaciones primitivas;* Casellas, *La pintura gótico-catalana en el siglo* XV; Ricart y Giralt, *Cristóbal Colón, cosmógrafo;* Sampere y Miquel, *Barcelona en* 1492; Perés y Perés, *Los poetas del siglo* XV, y Balaguer y Oromí, *Algunas consideraciones sobre la medicina española en el siglo* XV. A estas disertaciones precede un bellísimo discurso inaugural del entonces presidente del Ateneo Barcelonés D. José Yxart, exponiendo el objeto que esta corporación se propuso al organizar esa serie de conferencias que constituirán indudablemente una de las páginas más gloriosas de aquella docta corporación.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 7 de mayo de 1894 — Núm. 645

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PRIMAVERA DE LA VIDA,
cuadro de J. Koppay

LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL

DE BELLAS ARTES

Una primera vuelta, breve y rápida, por las salas de la Exposición, deja la impresión ordinaria y normal de una visita á personas conocidas. Parece que nada ha variado del 91 acá. Géneros, asuntos, notas de color, bustos y estatuas, todo es lo mismo. Los imitadores, que forman siempre en arte la gran mayoría, presentan como por grupos numerosas copias de unos cuantos originales conocidos: unos, relativamente próximos; otros, de algunos años; rezagados y en último término los menos, trayendo aún á la memoria lejanas fechas. Lo mismo en la sección española que en la extranjera, nos sorprenden obras que ya nadie sospecharía en una Exposición internacional como la presente, dados los rumbos del arte contemporáneo. De la pintura histórica ó religiosa, al modo antiguo; de la escultura enfática y con pretensiones á lo grandilocuente, quedan todavía ejemplares, aunque sean pocos: cabezas desgreñadas y satánicas que chillan; descarnados brazos que amenazan; torsos enjutos que se retuercen. Hay todavía, con verdaderas estampas devotas de Jesús y la Virgen, la correspondiente tentación de San Antonio, con sus desnudas endemoniadas, y su San Francisco ceniciento y en éxtasis, asistido de ángeles que se deslizan por los aires en ancho rayo de luz. Vemos aún formidables batallas campales ó navales, entre bocanadas de humo, banderas en girones y mástiles rotos... Siguen luego las escenas de pasión doméstica. Junto á lo épico lo dramático, con tiernas y sentimentales actitudes: el soldado de regreso llorando ante una cruz de madera; la adúltera á los pies del esposo cejijunto; enlutadas sobre cubierta despidiendo al invisible emigrado, ó soñando con el ausente en las soledades del mar; la madre desesperada bebiendo el último aliento del niño moribundo, el rostro de cera, la mirada vidriosa. Hay grupos dramáticos plantados en medio de la calle y escenas melancólicas en interiores solitarios: los campesinos que sermonean á su hija ó conocida (una *cocotte*) en medio del arroyo; la sección de ancianos ó enfermos en el triste y bien cerrado gabinete, con blancas-azúleas cortinillas, á través de las cuales se filtra la tamizada luz de un día pálido de otoño, ó el crepúsculo enfermizo como la cara del valetudinario, frío y crudo como la toca de la monja: ¡una intención, un sentimiento literarios, en una palabra, que detengan al espectador un instante! En el género de costumbres ó de anécdotas, vemos todavía las procesiones detenidas por la lluvia, empujadas por una ráfaga de viento, con las mangas de la parroquia en alto ó los pendones, estandartes y ropas, aleteando; los obreros de cafetín, de holgada blusa azul, jugando á los naipes; los rojos cardenales, rollizos y rubicundos, leyendo algún Decamerón, junto á la mesita del café, con la vajilla en desorden; la modelo arrebujada en una manta y el pintor que ha de interrumpir su trabajo para recibir á unos cuantos importunos... No abunda sólo la anécdota, sino los ejemplares de aquel arte realista, exclusivamente objetivo, concretado á imitar el natural, enamorado de la vida y el carácter de las cosas; arte que vemos pasar y transformarse en breve tiempo y que abandona el campo aún no terminada su tarea de dejar sobre el lienzo ó en el mármol, como sobre el papel, «todos los seres del arca inmensa.» En todas partes cuelgan aún paginas arrancadas de aquel inacabable álbum donde tantos se proponían guardar las múltiples escenas de la existencia contemporánea, copiadas con escrupulosidad minuciosa: las solemnidades oficiales, los salones y los bailes, lo mismo que los familiares hábitos de artesanos y burgueses; los almacenes, los mercados, los restaurants de noche, los tugurios á la madrugada; la vida en los hospicios, como en el teatro; en las calles mugrientas y obscuras, como en las grandes vías alumbradas por la luz eléctrica; en las gigantescas estaciones de los ferrocarriles, en las ciudades fabriles con sus inmóviles chimeneas ó sus altos hornos llameando en las sombras de la noche, como en la imponente soledad de la naturaleza rústica. De todo este género, de todos estos asuntos, hay ejemplares. La mujer elegante comparte la predilección con el personaje democrático que invadió el arte moderno. Los humildes pescadores, segadores, toscos labriegos, figuran aún en mayoría: sus bustos en el bronce; los chicuelos de playa, desnudos, en el yeso. De la pintura bucólica principalmente, quedan aún repetidas copias al aire abierto, aspirando á una simplicidad candorosa y todo lo más sincera que sea posible. Y aún contrasta en nuestras exposiciones la simpática y jugosa tonalidad de aquella naturaleza del Norte, con los colores rabiosos y llamativos de algún torero rezando en la capilla, hecho un crustáceo de oro; aún aquellos fondos de un paisaje natural de lujuriosa vegetación fresca y húmeda, alternan con alguna que otra vista panorámica, ó los consabidos patios árabes, de una blancura de cal viva, con almocárabes policromados, ó las risueñas costas napolitanas, de cielo azul turquí, ó las callejas del Cairo partidas por un rayo de sol, con sus salientes voladizos y miradores. Así, no está sólo en los asuntos, sino en las mismas é invariables notas de color, lo que da un aspecto conocido, una impresión de «ya visto» á algunas salas, donde vibran los colores brillantes y crudos, como en espacio sin aire, ó lisos y compactos como en el cromo, ó crasos y apagados aunque sin veladuras ni matices.

Esta es, repito, la primera impresión, el efecto de una ojeada breve y superficial. Pero cuando ésta se ha desvanecido con el hábito, ó con el esfuerzo de atención de una búsqueda más limitada, van destacándose de entre aquellas obras las más salientes por sus cualidades, las de los autores más reputados, á pesar de su carencia de novedad, y las que por esta novedad se imponen y con ella denuncian la evolución contemporánea. Dado el número de las expuestas, sólo á las de los maestros y á las más originales y modernas es posible referirse, si no se ha de incurrir en las repeticiones de un inventario enojoso. Las últimas principalmente son las que, por su condición de coetáneas, atraen el interés de todos, permiten renovar el comentario y tientan á examinar las nuevas direcciones. No es cuestión de moda ni de exclusivismos, como ya quieren sostener algunos; es irresistible curiosidad *dilettante*, que se aguza con el incentivo de lo menos conocido, ó satisfacción de un placer artístico nuevo en consonancia con emociones y hábitos nacientes, con nueva sensibilidad artística que se transforma y muda á influjos de todo un medio social. De todas las artes plásticas, la pintura es la que se halla más sometida á rápidos cambios. Como el hechizo de la música y de la poesía, el prestigio de las formas y el sentimiento del color se engendran en un acuerdo con nuestras sensaciones más íntimas é inefables ó con el hábito transitorio de la visión. Nadie se sustrae al peculiar interés que despierta el arte coetáneo que satisface ó busca el modo de satisfacer aquella sentida necesidad de otras formas y tonalidades no conocidas todavía. Las mismas obras y escuelas que alcanzaron triunfar de esta perentoriedad como insuperables modelos de un ideal permanente, aun éstas adquieren periódica y alternada renovación de gloria, por misterioso acuerdo con el gusto reinante. Su clásica y desesperadora belleza se trueca también por turno, á través de los tiempos, en transitorio dechado del arte en boga, en fuente de admiración de unos cuantos iniciados, y hasta en documento donde va á buscar su genealogía artística una *cotterie*. Así hemos visto en menos de un siglo reinar la gran tradición é influencia educativa del Renacimiento italiano, que desde los comienzos del siglo XVI crearon el método y los géneros clásicos; así se ha pasado de éstos á la pintura flamenca y holandesa con la elección de los asuntos familiares y los efectos del alumbrado artificial, modificado y derivado hacia las tonalidades claras y brillantes; así se ha vuelto, por fin, con veneración casi religiosa, con entusiasmo creciente, con emoción espiritual, íntima, concentrada y muda, á la sinceridad de los primitivos y á su simbolismo dantesco. De modo que aun lo permanente y ya consagrado, en materia de color y de formas plásticas, se esfuma ó revive á los ojos de distintas generaciones, según armoniza con los mismos hábitos de su visión coetánea, ó el ideal artístico que se forjan. Nada extraño es, por tanto, que este ideal artístico sea el que busquemos con preferencia en la actual Exposición y nos dirijamos desde luego á las principales obras que nos permiten juzgar concretamente de las nuevas direcciones. Por desgracia, múltiples como son éstas en el extranjero, quedan aún limitadas entre nosotros á unos pocos géneros, con exclusión de los restantes y como escasas muestras de una evolución lenta y no definida todavía. De ellas hablaremos en el próximo número.

J. YXART

HILACHAS

I

APOCALÍPTICA

Y aquel día le hicieron los hombres al Señor una que le llegó á la pepita del alma; y hastiada ya de soportar iniquidades y perrerías humanas, dijo Su Divina Majestad á un angelito mofletudo que cerca de su persona revoloteaba:

– Vé, chico, más que de prisa y dile á Vicente Ferrer que lo espero en el valle de Josafat... ¡Ah! Y dile que no deje olvidada la trompeta.

Y Vicente Ferrer que, como ustedes saben, fué sobre la tierra político revolucionario y orador tribunicio, lo que no obstó para que Roma lo matriculase de santo, se presentó, trompeta en mano, en el valle de la cita.

– Ya no aguanto más á esa canalla ingrata que sólo me proporciona desazones. Convoca, hijo, á Juicio Final.

Y Vicente Ferrer, tras hacer buen acopio de aire en los pulmones, largó un trompetazo que repercutió en ambos polos.

Y de todas partes, más ó menos presurosos, acudían los muertos, abandonando sus sepulturas, á la universal convocatoria. Pero corrían las horas y el Juicio no tenía cuando principiar, y Vicente, falto ya de fuerzas, apenas hacía resonar el instrumento. Al fin dijo:

– Señor, no puedo soplar más.

Y la trompeta se le cayó de la mano.

– Haz un esfuerzo, Vicente, y sigue tocando llamada y llamada. El Juicio Final no puede comenzar, porque todavía falta un pueblo. ¡Vaya una gente para remolona y perezosa!, murmuró el Supremo Juez.

– Si no es indiscreta la pregunta, ¿puede saberse, Señor, qué pueblo es ese?

– El de Lima, Vicente, el de Lima.

– ¡Ah, Señor! Si lo esperas, ya tienes para rato. Ese pueblo no despierta de su sueño ni á cañonazos. Los limeños no se *levantan*.

– Pues entonces, declaro abierta la sesión.

Y cata que, si la profecía no marra, los limeños seremos los únicos humanos sobre los que no caerá premio ni castigo en la hora suprema del gran Juicio. ¡Válgame Santa Pereza!

II

GRANOS DE TRIGO

Doña Inés de Muñoz, que en primeras nupcias casó con Martín de Alcántara, hermano uterino de D. Francisco Pizarro, y que al enviudar contrajo matrimonio con el acaudalado D. Antonio de Rivera, caballero de Santiago, fué la primera dama española que hubo en Lima. Al fallecimiento de su segundo marido, que la dejó heredera de pingüe fortuna, consagró ésta á la fundación de un monasterio en el que entró monja, alcanzando al morir (en 1594) á la edad de ciento once años. ¡Vivir fué!

Cuentan de doña Inés (si bien no falta autor que haga á la viuda del capitán Chávez, que murió defendiendo á Pizarro, protagonista de esta historieta) que sus deudos de España, á quienes ella no olvidaba favorecer con gruesos donativos de dinero, la enviaban, siempre que oportunidad se presentaba y por vía de agradecido agasajo, tres ó cuatro cajones conteniendo frutos escasos ó desconocidos en el Perú.

Hallábase de visita en casa de ella el marqués gobernador, en momentos que á doña Inés entregaban una remesa llegada de Cádiz, y la amable dama invitó á su cuñado á comer, para el día siguiente, una *olla podrida* en que los garbanzos, judías, chorizo extremeño y demás artículos regalados campearían en el plato.

Hizo la casualidad qué, al abrir uno de los cajones, se fijase doña Inés en unos pocos granos de trigo confundidos entre los garbanzos; y ella y sus criadas echáronse á tan minuciosa rebusca, que llegaron á juntar hasta cuarenta y cinco granos de trigo.

Doña Inés hizo con ellos un almácigo en el jardinillo de su casa, y á poco brotaron las espigas y tras ellas el grano.

Cuatro años después el almácigo había dado origen á muchos trigales en las huertas de los alrededores de Lima, estableciéndose por Pizarro un molino, y amasándose pan para el vecindario, que lo pagaba á medio real de plata la libra.

Y de Lima pasó el cultivo del trigo á los fértiles valles de Arequipa y Jauja, y últimamente á Chile, donde hoy constituye un productivo ramo de comercio.

RICARDO PALMA

DE ESTA AGUA NO BEBERÉ

En 1504, comiendo un día con los duques de Saboya varios nobles de su servidumbre, armóse discusión sobre la preeminencia de la soltería ó del matrimonio, distinguiéndose en pro de aquélla el caballero de Corsant y, como defensor del otro, el poderoso Simón de Blonnay. Dijo éste:

– Regocijada, pero estéril mariposa es el soltero; útil abeja el casado. Por amor á su mujer é hijos trabaja porfiadamente el último á fin de conquistar un capital, y favorece incidentalmente la agricultura, el comercio ó la industria, esto es, la riqueza nacional.

– Si, como sucede con frecuencia, respondió Corsant, él gana tres y gasta veinte su familia, no arriendo la ganancia á tan afanoso y desesperado Sísifo, ni tampoco á los que con él entablen negocios.

– ¿Quién se interesa más por el orden y la estabilidad de las naciones que el casado?

– No sé si pensarán ó procederán lo mismo innumerables galeotes que arrastran el grillete de una mala esposa. Si por ellos fuera, se renovarían el diluvio universal ó las invasiones de los bárbaros, ó se anticiparían las catástrofes preliminares al juicio final. Libre de ataduras, el soltero, exento de los sinsabores que suele acarrear el séptimo sacramento, puede con sagrarse al servicio de la patria.

– ¡Qué miserable es la vida del hombre sin un hogar, donde, cual marino en el puerto, halle lenitivo á sus penalidades y amarguras, donde restaure su vigor para las tremendas luchas de la vida, donde saboree las inefables dulzuras de cariño puro y exclusivo! ¡Qué patriotismo alentará, qué altos deberes sabrá cumplir quien, como el soltero, derrocha su vitalidad en obsequio de venales cortesanas, ó mánchase con la iniquidad del adulterio, manantial de crímenes y desdichas, perturbación de la sociedad? Y ¿quién calculará ni aproximadamente los males, el escándalo, la corrupción que disemina inmolando el honor de una doncella?

– ¡Pues edificantes son las desavenencias conyugales! No sé si arrastra el Po tanta agua como llanto y sangre han hecho derramar.

– Sepa el hombre, al escoger compañera, ilustrar con la razón su amor, y alcanzará felicidad envidiable; pero á muchos alucina el único atractivo de las formas ó riquísima dote, y llámanse después á engaño. Nunca he podido comprender que muchos, comprometiendo su porvenir, toda su vida íntima futura, conviertan en pugna de artificios, en prolongada embriaguez de hatchis, el período de los amores.

– ¿Es justo que á los caprichos de un ser frágil se subordine tesoro de tanto precio como el honor de un caballero?

– Si ahondamos la cuestión, veremos que el hombre se deja más á menudo vencer por la violencia de sus pasiones, por los antojos de sus apetitos, que el sexo al cual compadece por su debilidad. ¿Es posible no admirar la energía y constancia con que vírgenes muy apasionadas, pero cuidadosas de su honor, resisten las patéticas y ardientes imploraciones, el vértigo de seducción en que las envuelven amantes queridos con idolatría? ¿Ignora nadie que multitud de mujeres, en su lealtad conyugal, lo mismo despreciaron títulos y opulencia que tormentos y muerte? ¿Manifiesta insignificantes prendas morales quien cumple admirablemente el arduo ministerio de madre, sobreponiéndose á trabajos infinitos, á las pavorosas privaciones de la pobreza, y ofrece á la patria hijos útiles y gloriosos? En materia de fragilidad conviene al hombre medir mucho sus palabras, recordar el proverbio: *Se espantó la muerta de la degollada.*

– ¿No ha declarado la Iglesia perfecto el estado de soltería?

– No intento cuestionar con aquélla; mas sigo el precepto de *Creced y multiplicaos*, consignado en el *Génesis*. ¿Puede concebirse espectáculo moral más hermoso que el de los esfuerzos y sacrificios realizados por los padres durante larga serie de años, preparando á sus hijos para ocupar dignamente puestos en la sociedad? ¿No es interesante, á la par que venerable, una sucesión de familias originarias del mismo tronco, las cuales, más íntegramente que el caudal, se van transmitiendo el honor, las virtudes? Nos recuerdan tales familias aquellos bosques de la India, nacidos de un árbol cuyas ramas, tocando en el suelo, echan raíces y con el tiempo forman dilatado templo vegetal de multiplicadas naves, donde la luz del sol y la sombra, combinándose variamente, engendran dulces emociones, despiertan la fantasía, convidan á meditar. ¡Cuán grato homenaje á la Divinidad! ¡Qué himno tan sublime le dirigen allí las frondas, las aves y el viento!

– Para el enganchador no hay marchas excesivas, ni dormir sobre la dura tierra ó la nieve, ni falta de pagas, ni hambre, ni plantones en las trincheras, al sol de julio, bajo torrentes de lluvia ó cuando extrema el invierno sus rigores, ni hay espantables heridas, prematura muerte ó vejez de abandono y miseria.

– ¿Cómo ha de ver la luz quien obstinadamente cierra sus ojos? Con sofismas, hasta el Redentor resulta culpable.

– Con el matrimonio sucede como con el Océano: se traga éste innumerables víctimas, y sin embargo,



Rezando, cuadro de J. Juncosa (Salón Parés)



RUINAS ARTÍSTICAS, cuadro de J. Juncosa (Salón Parés)

nunca faltan quienes se expongan á sus horribles azares; pues antes se apagará el sol, que en el corazón humano la esperanza. Cual piérdese entre el tumulto de las olas y el fragor de la tempestad el clamor de los náufragos, inadvertidos se apagan, entre los placeres y afanes de la vida, en los ruidos del mundo, los ayes que en la lenta agonía moral exhalan los infelices perdurablemente atados á esposas de carácter inconciliable con el suyo, esposas donde encuentran corazón más árido, más poblado de fieras que el Sahara, cuando buscaban florido verjel, refrescado por cristalinas fuentes, embellecido por el canto de los ruiseñores. En resumen, es más fácil quedar ileso, asaltando á pecho descubierto una batería que, situada en un collado, sin treguas vomita metralla sobre los que suben; es más factible que llegue un descamisado á poseer tantos millones como los Fuggers, que hallar el hombre felicidad en el matrimonio.

– Tan convencido estoy de la bondad de mi causa, que si nuestro egregio señor lo permite, la sostendré contra vos en campo cerrado, con lanza y espada. Si yo sucumbo, imploraré de rodillas la misericordia de cuantas señoritas encierra esta corte, empezando por la ilustre hija de nuestro soberano; si la fortuna os vuelve la espalda, haréis la mencionada penitencia ante la señora duquesa, damas de la servidumbre y mi consorte.

– Si nos autoriza nuestro señor, gustoso lidiaré con vos, sujetándome á las condiciones enunciadas. Ya veréis cómo acude la suerte en apoyo de la razón.

Dió el duque licencia para la justa, y dispuso que en ella se usasen lanzas embotadas; que sólo hubiese dos carreras, y no se cruzasen con la espada más de quince golpes. Con afluencia de espectadores verificóse el extraño duelo en Turín, en la plaza del Alcázar, á 12 de mayo de 1504. ¡Hecho curioso! Por el triunfo de Blonnay suplicaron á Dios lo mismo las pollas más lozanas y bonitas que las solteronas petrificadas en el celibato, mientras muchas casadas y buen número de maridos – quizá los nueve décimos – apoyaban á Corsant con su rezo mental ó sus simpatías. Derribado por un golpe de lanza aquel paladín, recurrió á la espada sin mejorar la fortuna, por lo cual tuvo que someterse al pactado castigo.

Para cumplirlo con la señora de Bonnay, hubo de ir al castillo de Vaulx. No poco asombrada quedóse aquélla al presentársele un bizarro caballero que, hincando tres veces las rodillas, pidióle perdón: creyó habérselas con un demente; pero oídas explicaciones, se regocijó del lance. Brindó con su hospitalidad al vencido, quien aceptó desde luego. Conversando él con la dama, admiró su recato, genuina dulzura, despejado entendimiento. Notando al mismo tiempo su gracia y hermosura, pensó involuntariamente: «No en balde es Blonnay campeón del último sacramento; posee un tesoro. He sido un exagerado, y bien merecida tengo mi penitencia.»

Más tarde observó desde su cuarto á la castellana, que en su jardín, bajo un dosel de madreselvas y jazmines, amamantaba á su infante: parecía que gozábase la naturaleza en prestar bello marco á tan interesante escena de amor y vida. ¡Qué ternura inefable irradiaba en los rasgados ojos de la madre! ¡Qué felicidad tan intensa, tan noble, dilataba su rostro, tiñéndolo exquisitamente! ¡Con qué avidez aplicaba la criatura su fresca y linda boca al seno vivificante! «En la historia del matrimonio, exclamó el joven, esta página compensa espléndidamente mil y mil por extremo lastimosas. ¿Cómo no reverenciar á la mujer que tras haber cumplido celosamente los penosos deberes de la maternidad material, con más fervor aún, con más asiduidad, si cabe, desempeña las funciones de la maternidad moral; con sus palabras y hechos, siembra virtudes, prepara varones dignos de la patria, tal vez héroes!» Recordó entonces á su madre, su hogar, donde en medio del orden, la paz y los buenos ejemplos, habíase deslizado placenteramente su niñez, cual arroyo diáfano y parlero por campiña bien cultivada. ¡Con qué placer y á la par melancolía se representó aquellas noches invernales en que, levantando polvareda de nieve, corría mugiente, sin freno, el aquilón por despojados bosques y campos, mientras en la bien abrigada estancia del castillo se ocupaba su madre en alguna labor de aguja; apoyada en sus rodillas la cabeza, dormitaba él, sentado á sus pies; leía el capellán alguna crónica ó leyenda, interrumpiendo su padre para hacer comentarios ó referir algún suceso de sus campañas, alguna de las anécdotas ciento que guardaba su memoria. En cambio, ¡qué vacío del alma, qué angustia de sed burlada, qué aburrimiento, qué punzante disgusto de sí mismo habían dejado á Corsant sus aventuras con livianas y veleidosas mujeres – juguetes de un día, copas de bacanal!

Obsequió la señora de Blonnay á su huésped con una comida, á la cual asistieron amigos y parientes suyos: entre los últimos, su prima Yolanda de Villette, pupila de su marido. No dicen las crónicas si por casualidad ó de intento fué colocada la doncella junto al Sr. de Corsant. Aunque avezado éste á beldades, quedóse gratamente suspenso á la vista de su vecina, la cual, más que mujer, le pareció una de esas revelaciones de purísima belleza que en horas de inspiración extasían al artista; visión de la Virgen María que, en rapto de fervor y misticismo, alcanza el cenobita. Con vivísimo entusiasmo descubrió el caballero que tan admirable cuerpo atesoraba un alma sensible, poética, inocente. Era Yolanda semejante á uno de esos árboles privilegiados, en los cuales, á la gallardía del tronco, al tinte y la hechura de sus hojas, corresponden la fragancia y el encanto de sus flores, la riqueza del fruto. Al cabo de media hora pensó Corsant: «Si fuera yo capaz de casarme, esta divina mujer me impondría el yugo.» Vanamente procuraba él desconocer la realidad: por primera vez en su vida habíase enamorado sincera, profundamente. ¿En tan breve tiempo, á las primeras de cambio?, preguntará alguno. Espontáneo, penetrante, avasallador, como la inspiración, como la luz del sol, es el amor verdadero. Lo pudiera confirmar Yolanda, quien, agitada por emociones ignotas para ella hasta entonces, confusa, temerosa y alegre á un tiempo, concibió que sería muy feliz uniéndose para siempre con aquel hombre, que le parecía realizar el tipo forjado por ella en sus fantaseos de felicidad. El pudor, el decoro femenil supieron velar perfectamente el tumulto que reinaba en el corazón de la joven, quien sonreía serena como el mar, cuando ya palpita en su seno la tempestad que ha de estallar. Por su parte, Corsant, no sin cruel tormento, medía mucho sus palabras, temiendo que se desbordaran súbitamente como impetuosa lava, revelando la vehemencia de su pasión y añadiendo á su reciente derrota una más señalada. ¡Qué aluvión de burlas le abrumaría! Supo en el curso de la conversación una noticia que, al parecer, debía tranquilizarle como solución definitiva, sin menoscabar su puntillo como defensor del celibato, y que, no obstante, desgarróle el corazón: en aquella fiesta despedíase del mundo Yolanda, pues intentaba tomar el velo.

– ¿Tan poderosa vocación os impele, señorita?, preguntóle Corsant.

Tristeza indecible nubló un instante los ojos de la doncella, que en lugar de responder categoricamente, dijo:

– Espero, Sr. de Corsant, cumplir con dignidad mis deberes de monja.

«Va á profesar por fuerza, pensó el caballero. ¿Quién la obliga? ¿Quién tiene entrañas para inmolar á la que sólo merece homenajes, sacrificios, adoración? ¿Será su tutor, por ventura?»

– Yolanda, respetable es el claustro, dijo Corsant; pero quien no se retira á él con la más decidida y evidente inclinación, expónese á un arrepentimiento excesivamente doloroso. No habéis imaginado las torturas de un emparedamiento durante años y años, la infernal desesperación originada por la impotente lucha con lo irrevocable. ¿No es una ofensa á Jesús, un sacrilegio, declararse esposa suya, mientras en las vacías é interminables horas de la celda el corazón echa de menos las expansiones, los múltiples goces del mundo? En la clausura seréis flor preciosa que exhala su aroma en inaccesible lugar. ¡Cuán fecundas en dichas propias y ajenas pudieran ser en la sociedad vuestras virtudes!

– El marino, para desafiar la espantable soledad del Océano y sus tormentas, para soportar recios afanes y estar á cada momento con la vida en un hilo; el soldado, para exponerse á los trances de la guerra, á los horrores del cautiverio, á un fin lastimoso, abandonan el valle natal, el hogar, el cariño de honesta muchacha; y ¿por qué? Por el deber. A menudo nos condude éste por senderos que regamos con nuestro sudor, con nuestra sangre; pero, á su término, un ángel ciñe de laurel nuestra frente y nos introduce luego en la mansión de bienaventuranza inmutable. Fortaleza, resignación increíbles, nos presta el deber lealmente aceptado y cumplido.

– ¿Es posible que el primer día de nuestro conocimiento sea el postrero?

– Así lo dispuso la Providencia.

Inesperadamente llegó entonces Blonnay, y para la siguiente mañana convidó á todos á una cacería. Con ministriles que había llevado organizó un concierto en el jardín, adonde se trasladó el concurso. Dos señoras, no las únicas ciertamente, en vez de atender á los músicos, siquiera por costesía, diéronse á charlar sobre su salud respectiva, trajes, novios, bodas. En un banco próximo se hallaba Corsant, casualmente escondido por unos arbustos, y entreoyó el siguiente coloquio:

– ¿No lo advertisteis? Ha flechado al Sr. de Corsant la señorita de Villette.

– ¿Creéis fácil cazar un cocodrilo? Pillar á un solterón empedernido. ¡Tarea hercúlea! Por sus hijas los padres de familia, por sus esposas los maridos deberían ligarse contra tan dañinos piratas. Vírgenes ó casadas no son para semejantes réprobos más que objetos de seducción.

– Pues en Yolanda, buen chasco se llevará el señor de Corsant.

– Ya lo creo. Además, ella está decidida á profesar.

– Y ¿por qué?

– Por causa tan sencilla como poderosa: por carecer de dote y no juzgar posible en consecuencia que piense nadie en solicitar su mano.

– ¡Ay!, los hombres aman con su cuenta y razón.

– Y nosotras, ¿qué hacemos?

– Me parte el corazón la pobre huérfana: ¡tan seductora, tan joven, tan buena, sepultarse en un monasterio, sin vocación alguna!

– ¿No dicen que la caballería impone amparar á doncellas afligidas, tender al débil una mano protectora, deshacer injusticias? ¿Cómo no se ha movido el Sr. de Corsant? Ya se ve, cual una legión, prefiere la fácil caballería, que se reduce á decir almibarados é hiperbólicos requiebros, bailar con gentileza, lucir divisas en los torneos.

– Debería el soberano expulsar del país á todo caballero que pasase de veinticinco años sin haber tributado homenaje al himeneo.

– Salvo en el caso de pobreza.

– Desde luego: los pobres pertenecen al género neutro.

Pensativo dejó á Corsant este diálogo, por el cual enteróse de la situación de Yolanda. Fueron ésta y él, entre cuantos asistieron al banquete y al concierto, los únicos que durmieron apenas en aquella noche.

«¡Dios mío!, exclamó la señorita de Villette, no bien se recogió en su cuarto; sumisamente me encaminaba al sacro encierro, ¿por qué en el umbral mostrarme el hombre soñado, el que pudiera ofrecerme luminoso porvenir de felicidad? ¡Será demencia; pero le amo, le amo! Arrastra irresistiblemente mi alma, como el viento la hojilla errante. ¿Acaso me ha manifestado él pasión? O muy alucinada estoy, ó mucho complacíase hablando conmigo; en él he despertado indudable simpatía; pero aunque yo le fuera indiferente, ¿dejaría de alimentar con su imagen mi corazón? No se ama por mandato; se ama como corre el río hacia el mar – por ley del destino. – Para adorar al astro del día, ¿pregúntale primero el girasol si será correspondido?.. Y con el nombre de Corsant en la mente y los labios á todas horas, ¿osaré pronunciar los votos del monjío? ¡No, no!.. ¡Insensata! ¿A qué puede aspirar una doncella sin dote? Más factible sería deshacer el niño con sus manos una muralla de granito, que vencer el pobre los obstáculos opuestos á sus esperanzas... Muy pronto partirá Corsant y habré sido para él una flor, una fuentecilla, que recreó sus ojos en el camino durante breve rato... ¡Atrás, delirios! ¡Muera este amor, ¡ay!, el primero, el último de mi vida! Pero ¿se arranca del pecho un cariño, como del tiesto una planta?.. Profesaré, aunque me cueste la existencia: lo exigen de consuno mi decoro y mi suerte.»

Corsant, entretanto, paseábase por su cuarto, haciendo este soliloquio: «Me ha tomado el diablo por su cuenta: me vence Blonnay, y después enamórome aquí, lo mismo que el más inexperto barbiponiente. Por la primera vez he concebido la posibilidad de casarme y ser dichoso. ¡Qué mujer tan adorable! En el camino de Damasco se convirtió Pablo por habérsele aparecido Jesús: aquí el ángel del matrimonio, en figura de Yolanda, ha disipado mis errores. Aunque no me impulsara vehemente afición, ¿no debería yo, por generosidad, impedir su próximo sacrificio?.. ¿Sé yo si me ama? Bien podría suceder que me tuviese tan poca inclinación como al convento. Y ¿no se burlarán de mí? ¿No dirán que mi costalada en el palenque ha obrado en mí como férula en chiquillo rebelde? ¡Carcajada homérica provocaré en todas partes; me llamarán baladrón ridículo!.. ¡Maldita casualidad la de seguir mi conversión á mi derrota!.. La cosa es peliaguda; hay que andar con pies de plomo.. ¿Y si me engañasen las apariencias? ¿Si no fuese Yolanda cual la supongo?.. Es el matrimonio un alquimista á la inversa; convierte el oro en cobre. ¡Si á lo menos tuviese yo tiempo para estudiar el carácter de Yolanda! Tanto sabría como ahora, pues el enamorado se vuelve un visionario capaz de rivalizar con los benditos que veían ángeles ó santos acuchillando á sarracenos. ¿Cabe dudar de las relevantes prendas que á Yolanda enaltecen?» Duró hasta el alba este flujo y reflujo amoroso.

Convocados por la trompa se reunieron los convi-



EL FIEL ECKART, cuadro de Julio Adam, inspirado en la poesía del mismo título, de Goethe

dados á la cacería. Penosamente impresionaron á Corsant la palidez y melancolía de su amada, quien le recordó uno de esos ángeles dolientes, la imagen de la fe ó de la resignación, esculpidos por insigne artista sobre magnífico mausoleo. Estuvo diez veces á punto de revelar su pasión, mas le contuvo la posibilidad de un desaire. Con tibieza contemplaron ambos jóvenes aquel pintoresco y animado espectáculo: árboles susurrantes y frondosos, diversamente heridos por la luz; mujeres erguidas con garbo sobre sus arrogantes cabalgaduras; cazadores y monteros de trahilla, reteniendo con dificultad sus impacientes perros; aristocráticos halcones, tapada por un capirote la cabeza y que sujetaban diestras defendidas con espesos guantes. Confundíanse voces humanas, relinchos, ladridos. ¡Qué singular es la decadencia de Adán! Sin ser crueles, habíanse reunido allí damas y caballeros, no á deleitarse con praderas esmaltadas de flores, ni con la poética espesura del bosque, ni con los alicientes de mañana deslumbradora y fragante, ni con gorjeos, sino á ver inocentes aves bajar prendidas por las férreas garras del gerifalte y expirar después en la boca de los galgos, que las arrebataban para llevar á sus dueños el ensangrentado trofeo. Alegre, entusiasmada, cantando, remontóse hacia el cielo una calandria y en seguida le soltaron un halcón que, subiendo rápidamente, perdióse casi de vista, cernióse durante unos segundos y luego se dejó caer sobre la presa, clavándole sus uñas, cual bandolero su puñal á desprevenido é indefenso caminante. Volaron los espectadores á esperar la víctima en el probable lugar de su caída. ¿Cómo las sensibles hijas de Eva allí presentes no se enternecieron ante aquel emblema de una ilusión de amor destrozada por la realidad?

Cuando iban Yolanda y Corsant á seguir la corriente general, espantóse el caballo de la primera, disparándose á furioso escape, no obstante los esfuerzos de la señorita. Vista la posibilidad de estrellarse en un árbol aquélla, procuró desesperadamente Corsant ganarle la delantera para llegar á tiempo de contener el bruto; pero corría éste más que el suyo. Para colmo de peligro y angustia, desmayóse la doncella: adelante, adelante, seguía el frenético animal camino de un despeñadero. Temió Corsant volverse loco. Prendiéndose en un arbusto el flotante vestido de Yolanda, hubo momentánea interrupción en la carrera aprovechada felizmente por el caballero, quien arrebató en sus brazos á la joven.

– ¡Ah, Sr. de Corsant!, exclamó ella al recobrar el sentido.

Fulguró en sus pupilas un relámpago de alegría.

– Dios me ha concedido el inmenso favor de salvaros, dijo Corsant, tembloroso de emoción y con un acento que animaban el júbilo, el amor y la sinceridad.

– Gracias mil; pero quizás hubiera sido mejor morir ahora.

– ¡Morir! No; vivid para que yo os adore: para que yo os deba la felicidad de mi vida futura. ¡Os amo con toda mi alma: lo juro por mi sagrado honor de caballero! Otorgadme piadosa un átomo de cariño.

– Sin duda ignoráis que sus circunstancias prescriben á esta huérfana el claustro.

– Todo lo sé; únicamente os pido el inapreciable tesoro de vuestro corazón.

– A vuestra nobleza lo confío.

– Aquí, en este santuario de la naturaleza donde aún más que en los construídos por el hombre se halla presente el Criador, empeño solemnemente mi palabra de ser en breve esposo vuestro.

Inquietos por la ausencia de entrambos jóvenes, llegaron en esto los Sres. de Blonnay y otras personas, que oyeron con estupefacción y pena el relato del peligroso lance por que acababa de pasar la señorita Yolanda.

– No debéis quejaros de la suerte, Sr. de Blonnay, le dijo Corsant; primero me vencisteis justando; ahora vengo á daros la razón, pidiéndoos la mano de vuestra pupila.

– Tampoco podéis vos lamentar vuestro sino, pues ganáis perdiendo. En el campo de batalla mismo, recientes sus hazañas, obtienen algunos el premio de ser armados caballeros: por haber salvado á Yolanda y por vuestra noble conversión, os armo... consorte de virgen tan buena como encantadora.

– Inestimable es la recompensa.

Vivas y aplausos celebraron la ocurrencia de Blonnay.

– Yerra toda teoría absoluta, dijo Corsant; de muestra mi ejemplo que incurrirá en indiscreción, exponiéndose á grave desengaño, quien afirme soberbio: *De esta agua no beberé.*

EMILIO BLANCHET



Aflicción, cuadro de Escipión Vannutelli

VERDADES Y MENTIRAS

De la noche á la mañana, por uno de esos movimientos inconscientes, tanto más enérgicos cuanto menos esperados, que se verifican en el orden intelectual y social, en aquellos instantes de suprema angustia por que suelen las sociedades atravesar cuando, como al presente, la atonía del cansancio amenaza sumirlo todo en las obscuras simas de un limbo de donde no salen los pueblos sino para vivir la vida miserable y débil de esos que tan sólo tienen el pasado como título para la consideración histórica y como escudo moral para defenderse de la absorción que fatalmente se determina de los organismos vivos, necesitados de expansión para las fuerzas que desarrollan; por uno de esos movimientos inconscientes, repito, que significan el supremo esfuerzo de una colectividad, de un organismo, de una individualidad que lucha por la existencia, que se defiende de la muerte, es por lo que en estos instantes el arte español, representado por la pintura en primer término y por la escultura, trata de manifestarse como entidad con vida propia, recabando el puesto que la cultura en todas épocas le ha señalado.

Madrid, Barcelona, Bilbao, Alicante, como hace pocos días Málaga y Sevilla, se aprestan á celebrar exposiciones de Bellas Artes. La capital de Cataluña inauguró hace días su certamen con carácter de internacional; Madrid también inaugurará el suyo, al que se espera que concurran las firmas más notables de la pintura española. El Círculo de Bellas Artes es el iniciador de esta Exposición que debiera haber realizado el ministerio de Fomento. Ni de las obras exhibidas en Barcelona ni de las que aquí se exhibirán tengo noticia; no las conozco, ni para lo que voy á decir precisa tal conocimiento; únicamente hago constar los lugares en que las artes de la pintura y de la estatuaria y del dibujo tienen suficiente importancia para que de ellos se preocupen las gentes, hoy, en estos días, en los cuales parece como que toda energía moral ó intelectual ha desaparecido.

***

En mi última *Crónica de arte*, al hacer el balance del movimiento artístico, decía: «Me piden *Crónicas de arte* mis buenos y queridos amigos los editores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, crónicas en las cuales tan sólo del arte español me ocupe, de este arte que tan grande y glorioso abolengo tiene, de este arte que aún hoy se manifiesta – lejos de la patria y lejos también producido, en tierra extraña – á los ojos de Europa, como expresión de un senso intelectual vigoroso, tan vigoroso como el de un pueblo que logró dominar media Europa por las armas y una parte inmensa de América, y llevar sus doctrinas filosóficas y sus letras, y su lengua, y sus ciencias, y la fama de sus trovadores, y la de sus universidades á todos los países conocidos y afincar en ellos. Pero este arte español, *que de cuando en cuando parece despertar de su postración para mostrar alguna de las muchas cualidades que le avaloran y tornar de nuevo á sumirse en estéril sueño;* ese arte, digo, está al presente en uno de los más prolongados períodos de mortal quietud, de que no hay ejemplo.

»Y todos conspiran á favorecer la *prolongación de ese sueño de fetiche;* todos conspiran á que la catalepsia del sentimiento artístico de España *dure indeterminadamente.* Allá está en Roma la Academia de Bellas Artes, desierta, etc.» Pues bien: lo aquí transcrito está realizándose en todas sus partes.

Dependiente el arte en nuestra patria de los poderes oficiales desde que por cuidado de Felipe V, y especialmente de su sucesor Fernando VI, se colocó bajo la protección de los gobiernos, aquella entidad vino sufriendo en su desarrollo, en sus manifestaciones, en sus caracteres, las alternativas que hubieron

de sufrir los gobiernos todos, así en el orden político como en el intelectual – no retiro la palabra, – en el intelectual. Sería ocioso ahora hacer la historia de las vicisitudes que el arte sufrió, ni de las causas que juntamente con las políticas las produjeron; tarea es esta que por sus complejas é interesantísimas cuestiones, casi todas latentes hoy todavía, habrá de ver la luz pública en gruesos volúmenes, cuando Dios sea servido, que lo será pronto; pero no porque haya de omitirse aquí el relato que sumarísimo podría hacerse de historia tan edificante, y que no hago por no creerlo preciso, he de omitir también las observaciones que, desde el punto de vista novísimo en que las Bellas Artes se han colocado de la noche á la mañana, como digo al comienzo de este artículo, tienen por base lo que de mi anterior *Crónica* transcribo más arriba, y desprendidas de la protección oficial que en España se le dispensa al arte.

El movimiento que en favor de la pintura y de la escultura se ha iniciado en varias capitales de provincias, capitales importantísimas por su poderío comercial, significa, además de uno de esos esfuerzos supremos de una entidad, colectividad ú organismo, hecho en la lucha por la existencia, para defenderse de la muerte, algo como principio ó tanteo de autonomía, como conato de rebelión contra la vitanda tutela en que el arte vive vida misérrima. Observemos cómo de hace algún tiempo á esta parte las convocatorias para concursos de monumentos públicos, especialmente los que hayan de erigirse fuera de Madrid, vienen redactadas de manera que, á pesar de la opinión que emita acerca de los proyectos la Academia de San Fernando, pueda la corporación ó la colectividad que pretende elevar el monumento escoger el modelo que más le agrade. Obsérvese asimismo cómo en cuanto atañe á la intervención que en los certámenes de Bellas Artes venía teniendo hasta hace poco el protectorado y la autoridad artística, oficialmente se ha procurado evitarla hasta el punto de que aun en las mismas exposiciones nacionales, el número de académicos que forma en los jurados apenas si tiene valor. Obsérvese, en fin, cómo aprestándose Barcelona, en primer término, á verificar sus exposiciones con el carácter de internacionales, aun en aquellos años en los que se celebran las del ministerio de Fomento, y á imitación de Barcelona otras ciudades, se busca así vida propia para el arte, tratando de alejarle cada vez más de las influencias que sobre sus espontáneas manifestaciones pueda ejercer el criterio oficial.

Pero aún más interesante que este punto de vista, ofrecido por la súbita reacción que se opera en favor del arte, intentando arrancarle del marasmo en que le ha sumido la indiferencia política y sus agiotajes de bizantino vuelo, es aquel desde el cual se advierte cómo la iniciativa particular, siquiera ahora tenga un determinado carácter mercantil, vuelve á impulsar el arte, mejor dicho, pretende volver á darle nueva vida, aquella que tuvo en otros días. Y al estudiar este fenómeno, que no por ser atávico deja por eso de ofrecer todos los caracteres de cosa inesperada y nueva, adviértese también cómo las manifestaciones artísticas tienden á resucitar un sentimiento dormido ó semiasfixiado por los poderes centralizadores: el sentimiento regional. He dicho que no conocía las obras que figuran en la exposición que actualmente se celebra en Barcelona, como tampoco las que habrán de figurar en la que, cuando estas líneas aparezcan en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, se habrá abierto en el palacio de la Biblioteca Nacional de esta corte; pero á pesar de esta ignorancia, casi podría afirmar que en el palacio de Bellas Artes de Barcelona hay un cincuenta por ciento de obras de arte perfectamente caracterizadas como regionalistas. Como casi todas las exhibidas recientemente en Málaga y Sevilla eran también de carácter regional, como lo serán las que se expongan en Alicante y en Bilbao.

Ahora bien: ¿puede creerse que merced á este movimiento simultáneo en pro del arte, logre vencerse la terrible crisis por que atraviesa? Desgraciadamente no. Como esfuerzo de una fuerza viva, cuyas raíces arrancan del fondo de nuestro organismo nacional; como vibración convulsiva de una de las partes más sensibles y delicadas de nuestro carácter étnico; como protesta de una entidad civilizadora preterida ahora y abandonada por quienes se abrogaron hace siglo y medio derechos sobre ella de vida ó muerte, todas estas exposiciones tienen una significación muy grande; pero en la órbita en que esos esfuerzos adquieren aquellas condiciones de existencia que á cada instante se agrandan y llegan en sus expansiones á determinar un ambiente á propósito para vivir; ahí no.

No, porque hoy por hoy el arte en España, como en otras naciones, necesita de la protección de los gobiernos; claro está, que de una protección completamente amplia de concepto, no sujeta á prejuicios ni de escuela artística, ni política, ni de ninguna especie que pretenda enmendar ni los errores mismos, pero necesita protección al fin.

* * *

Indudablemente que la pretensión de desligar el arte de las trabas que la tutela oficial le impuso y le impone, es pretensión que no necesita encomios. Nunca el arte alcanzó mayor florecimiento que cuando estuvo al servicio de la industria, del potentado, de la iglesia, del magnate; cuando vivió, en fin, vida propia, entregado á la poderosa fuerza suya, la del sentimiento. Pero al presente, modificado por entero el ambiente aquel, echadas por tierra ideas y creencias en las cuales se inspiraban los artistas, las modernas ideas y las modernas creencias y la moderna cultura han formado ó están formando un ambiente nuevo, donde si es verdad que el arte tiene manantiales inagotables de inspiración, como dice Pí y Margall en su libro *Las luchas de nuestros días*, es verdad también que si hemos alcanzado un grado de civilización más elevado que el del siglo de oro de nuestros Velázquez y Murillos, no es menos cierto tampoco que esa cultura, buscando asiento para el positivismo, no ha tenido tiempo de buscar lo positivo del espíritu; es decir, no se cuidó del equilibrio entre las dos personalidades del humano, la material y la espiritual.

Y si echamos una ojeada al movimiento que, especialmente en nuestra patria, tiene el arte fuera de la órbita oficial, observaremos que ofrece un cuadro sintomático nada halagüeño. Con raras excepciones, tan raras cuanto dignas de conservarse en la memoria eternamente, el mercado artístico queda reducido á cero; porque entiendo que no es cosa de juzgar la producción pictórica ó la escultórica por esos cientos de microscópicas tablas y lienzos que por docenas, como si fuesen melocotones, vende el artista al mercader y éste al aficionado, quien, falto de inteligencia y buen gusto, prefiere llenar su casa de *manchitas* y *bibelots* á adquirir una sola obra de arte digna de ser tenida como tal. He aquí la razón que tengo para creer que no será fructífero este esfuerzo que en pro de las Bellas Artes parece iniciarse.

Que atravesamos una crisis económica terrible, nadie lo pondrá en duda desgraciadamente; pero nadie tampoco podrá negar que á pesar de la susodicha



DESPUÉS DE LA BATALLA, cuadro de José Cusachs (Salón Parés)



SENDA DE ABROJOS, cuadro de N. Sichel



SENDA DE FLORES, cuadro de Román Ribera (Salón Parés)

traída y llevada crisis, la labor productora en todo orden de cosas es cada día más grande y cada día también mayor la circulación monetaria. Los grandes capitales son hoy, en esta misma España, más fuertes que nunca y más que nunca numerosos, y si la crisis económica existe, es en virtud precisamente del desequilibrio que se advierte entre esos mismos capitales y la escasez de beneficios que á la sociedad en general deben producirle. Dirigidas en ciertas y determinadas direcciones esas sumas de dinero, los beneficios que reportan no alcanzan más que á ciertas y determinadas fuerzas productoras, quedando fuera de las condiciones materiales que para su existencia le son precisas aquellas otras fuerzas que por su índole exclusivamente moral no ofrecen inmediato y tangible beneficio.

He aquí por qué repito que el arte español seguirá en su postración, en su sueño cataléptico, tan parecido al de la muerte, ¡sabe Dios hasta cuando! He aquí por qué digo que todos conspiran á favorecer la prolongación de ese sueño, porque *todos* son los que disponen de la existencia de aquella entidad imprescindible á la vida de las civilizaciones. *Todos* son los gobiernos que olvidan de vigorizar por medio de una superior y racional enseñanza las generaciones que van sucediéndose. *Todos* son esas colectividades artísticas oficiales que no proponen medios de propagación y difusión del buen gusto. *Todos*, en fin, son los artistas mismos, que toman á título de *modus vivendi* lo que es un sacerdocio. ¿Cómo habrá de realizarse para el arte el milagro de una vida pujante, si además del positivismo del dinero, viene á dificultarle la vida la absoluta falta de educación estética de que se resiente la enseñanza en España? ¿Cómo puede exigírsele al hombre acaudalado, á toda corporación, así oficial como particular, que inviertan en obras de arte cantidades que emplean en relumbrones decorativos, en fiestas donde van aparejados el hastío y el derroche? ¿Cómo puede exigírsele al burgués acomodado, aun á aquel que pisó las aulas y ostenta un título oficial, que invierta parte de lo que destina á ciertos goces tan breves como la ola que se estrella contra la roca ó va á morir en la arena de la playa, si desconoce el valor moral del arte? ¿Cómo pretender que el arte recobre aquella vitalidad que en otros días tuvo, en un pueblo donde todavía se juzgan desde un mismo punto de vista el *Decamerone* y el *Baroncito de Faublás*, y prefiere á *Otelo* representado por Rossi ó Novelli, la *Mascota* ó *Madama Angot* picarescamente dichas por cualquiera actriz descocada?

Pero ¡por Dios! No parece sino que hemos olvidado el interés que despierta en todas las clases sociales una Exposición nacional de Bellas Artes. No parece sino que ignoramos que la mayor parte de las gentes cultas que viven en esta corte no pueden soportar una visita á nuestro riquísimo Ateneo. No parece sino que ya se nos fué de la memoria cómo van pasando los meses y los años sin que se celebre un certamen donde el artista columbre gloria y provecho, y cómo se aprecian las obras por la mismísima gente oficial, de la que depende el brillo de nuestras artes plásticas.

Los Médicis, los Austrias, los Papas, los burgueses de Holanda y Flandes, como ahora los aristócratas y burgueses de las naciones del Norte, ofrecieron y ofrecen su apoyo al arte. En Francia, en Alemania, en Inglaterra y en la misma pobrísima Italia, el libro que de las artes trata se adquiere y se edita repetidamente. En cualquiera de esas naciones, como cuando Lorenzo el *Magnífico* y León X y Julio II existían, la exhibición de una obra pictórica ó escultórica era un acontecimiento; aquí en España, ya podían Miguel Angel ó el Ticiano, Alma Tadema ó Villegas exhibir su mejor lienzo ó su mejor estatua: lo sabríamos media docena de devotos, y media docena seríamos los que gozaríamos contemplando el prodigio. Fáltales á las gentes, comenzando por los grandes hombres que ocupan los altos puestos de la gobernación del Estado, lo que abundaba en los siglos renacientes y hoy abunda en los pueblos del Norte: cultura, cultura, cultura estética...

R. BALSA DE LA VEGA



Primavera de la vida, cuadro de J. Koppay. – Si la pintura fuese simplemente reproducción más ó menos perfecta de la forma, no cumpliría el principal de los fines del arte que más que para recrear los sentidos ha nacido para despertar en nosotros la emoción estética: el sentimiento es elemento indispensable en todo cuadro, y se traduce, cuando de figuras se trata, por la expresión que el artista imprime en ellas. Desde este punto de vista, así como por su hermosa factura, nada deja que desear el cuadro que reproducimos del notable pintor Koppay, quien ha sabido hacer asomar, por decirlo así, al rostro de la niña el alma que su gracioso cuerpecito encierra.

***

Rezando. – **Ruinas artísticas, cuadros de J. Juncosa** (Salón Parés). – Cuando las imitaciones ajústanse á la originalidad, y en ellas se adivina el deseo de seguir la senda por otro emprendida con segura y firme voluntad, merece aplauso y consideración quien sin ser copista inspírase en los mismos ideales y sustenta idénticos conceptos. En este caso hállanse los dos lienzos del Sr. Juncosa, que dentro del género que tantos aplausos ha procurado á Graner, demuestra su valía y la comunión á que pertenece. Afortunado ha sido en las dos producciones, pues en ambas descúbrese la segura y amplia factura, distintiva del iniciador de asuntos análogos, á la vez que esa gama á la que deben los artistas de la verdadera escuela española la merecida fama de que gozan.

***

El fiel Eckart, cuadro de Julio Adam. – Este cuadro está inspirado en la poesía de Goethe del mismo título y representa el momento en que el viejo Eckart se aparece á los niños, temerosos de que las brujas del bosque se beban la cerveza que con tanto trabajo han recogido y que han de llevar á sus casas, y les dice que las dejen saciar su sed, ofreciéndoles en cambio hacer por ellos uno de los milagros que tanta fama le han dado. Leyendo la composición del gran poeta, se comprende cuán bien ha sabido Adam dar á su cuadro el carácter fantástico que la poesía tiene y á las figuras de los niños la expresión de terror que tan admirablemente describen los hermosos versos del inmortal autor de *Werther* y *Fausto*, cualidades que avalora una ejecución perfecta, en la cual se han vencido grandes dificultades y prodigado grandes bellezas.

***

Aflicción, cuadro de Escipión Vannutelli. – Varias veces hemos ensalzado cual se merecen las excepcionales dotes de este notable pintor italiano, haciendo notar cuán admirablemente sabe sentir los asuntos que para sus cuadros escoge. *Aflicción* es nueva y elocuente prueba de esto, y poco esfuerzo se necesita para adivinar tras las manos que ocultan el rostro de la acongojada dama el dolor que en él ha impreso la certeza de algún terrible desengaño.

***

Después de la batalla, cuadro de José Cusachs (Salón Parés). – *Después de la batalla* debe considerarse como un estudio ó tal vez fragmento de una obra de mayores alientos, de un lienzo de gran composición que próximamente podremos dar á conocer á nuestros lectores, y en el que Cusachs ha hecho gala de sus conocimientos militares y especialmente de sus aptitudes para el género especial á que se dedica, poco cultivado en nuestro país. Esto no obstante, constituye un verdadero cuadro, resultado del estudio y de la observación, no exento de dificultades, dados los escorzos que presenta y las difíciles actitudes ó situación del coracero y de su montura.

***

Senda de abrojos, cuadro de N. Sichel. – Cuando la pobreza se nos presenta cubierta de harapos, indicio no pocas veces de una mendicidad profesional, el sentimiento de compasión que inspira la desgracia ajena lucha con esa repulsión que la fealdad instintivamente produce; pero cuando la miseria, más que por el desaliño se manifiesta por el cuidado en ocultar lo que pudiera hacerla repugnante y más se refleja en el rostro que en el vestido, la piedad y la simpatía se funden, y nace de ellas el irresistible deseo, no sólo de socorrer, de consolar también al desgraciado que con los ojos tanto como con la mano implora nuestra caridad. Sugiérenos esta reflexión la hermosa cuanto interesante figura pintada por Sichel: la pobre artista callejera, para quien la vida es una senda de abrojos y en cuyo porte apenas se adivinaría la penuria si su semblante triste y pálido y sus ojos velados por la melancolía no la delataran, no sólo nos inspira compasión, sino que además nos atrae, y no por su belleza física, que tal consideración desaparece ante la idea de grandes dolores, sino por la magnitud de los sufrimientos que en ella descubrimos, tanto más intensos cuanto más reprimidos por el afán de no ostentarlos.

***

Senda de flores, cuadro de Román Ribera (Salón Parés). – Cual la elegante joven, para quien la vida es una interminable senda de flores, este lienzo, como todas las producciones que brotan de la paleta de Román Ribera, constituyen ó forman la continuada serie de sus triunfos, puesto que siempre las reciben con aplauso el público y la crítica.

Conforme puede observarse en la obra que reproducimos, Ribera no permanece estacionario, pues camina á la par que la evolución artística va operándose, sin que por ello pierda su personalidad. Sus lienzos no pueden confundirse.

***

La hora del almuerzo, cuadro de Vicente Caprile. – Varios son los pintores que han querido reproducir los sentimientos de los animales y aun el carácter psíquico de éstos, y á la verdad que bien merecen esta predilección seres entre los cuales la fidelidad, el amor á los hijos, la astucia y otras manifestaciones de un instinto con muchos puntos de contacto con el alma humana, tienen sorprendente representación. Knaus en Austria, Morgari y Nono en Italia, se han dedicado con gran éxito á este género, que también cultiva Caprile, cuyo es el lindísimo lienzo que pubicamos.

***

Centro del escudo de Wellington, dibujo de Tomás Stothard. – Cuando Wellington hubo terminado en España la misión que aquí le trajera á luchar contra el ejército napoleónico, los banqueros y comerciantes de Londres le regalaron un escudo de plata cincelada por los mejores plateros londinenses, según el dibujo del famoso artista Tomás Stothard, algunas de cuyas obras han sido recientemente expuestas en la Real Academia de la capital inglesa. El escudo tiene tres pies y cuatro pulgadas de diámetro, y en su centro hay el medallón que reproducimos y que representa al duque de Wellington rodeado de sus generales: la Victoria coloca sobre sus sienes una corona de laurel, y á los pies de los caballos yacen vencidas por él la Anarquía, la Tiranía y la Discordia.



Bellas Artes. – BERLÍN. – En la Galería Nacional se ha organizado una exposición de obras del difunto pintor Luis Spangenberg, en la que figuran 185 cuadros al óleo, acuarelas, cartones, estudios y dibujos de aquel celebrado artista.

– En el Museo de Industrias artísticas, la Sociedad de bordados de Leek (Inglaterra) ha expuesto un trabajo colosal de bordado artístico, consistente en una copia del famoso tapiz de Bayeux, del siglo XI, reproducido en el mismo tamaño, con los mismos colores y la misma factura que el original. Mide 70 metros de largo por medio de alto y ha sido confeccionado por 35 bordadoras de Leek.

– El club de San Lucas, de Dusseldorf, ha organizado en el salón Schulte una exposición de los últimos trabajos de sus socios, entre los cuales figuran los artistas jóvenes más celebrados de aquella ciudad. De los trabajos expuestos merecen citarse entre los estudios de figura especialmente los de Arturo Kampf, realistas unos y esencialmente simbolistas otros, Spatz, Gerardo Janssen, Rocholl y Frenz, y entre los de paisaje los de Eugenio Kampf, Liesegang, Herrmann, Jernberg y Wendling.

LONDRES. – Con objeto de ampliar el Museo Británico, que actualmente ocupa una superficie de más de tres hectáreas y media, se han adquirido las casas que junto al mismo se alzaban y que ocupan un espacio de más de dos hectáreas, pagando por ellas cinco millones de pesetas.

– El Club del nuevo Arte Inglés ha celebrado su duodécima exposición en la Galería Dudley: creada esta asociación para defender y fomentar las tendencias modernistas enfrente de la tradición, ha perdido en gran parte su razón de ser por haber triunfado en Inglaterra el movimiento que representaba y por haber sido admitidos sus principales iniciadores, como Stanhope, Forbes, Bramley, Bates y Sargent, en la Real Academia. Hoy en Inglaterra es por todos admitido lo que hace algunos años sólo preconizaba aquel club; de aquí que su exposición haya perdido en interés desde el momento en que se presenta en la Galería Dudley lo mismo que se ve en Bourlington House, en la Galería Nueva, en la Galería Grafton y en las exhibiciones de la Academia. Esto no quiere decir que no figuren en ella obras muy notables: entre las varias que allí se admiran merecen citarse un retrato de C. W. Furse, una marina de P. Wilson Steer, los paisajes de C. E. Holloway, Moffat P. Lindner, Stott, Bate, Fisher, Thomson, Bárbazón y Christie y un cuadro de género de Aubrey Beardsley.

– La corporacion de la City ha inaugurado en los salones de Guildall la exposición de obras maestras que todos los años organiza merced al concurso de los propietarios de galerías ó colecciones notables. Figuran en ella entre otros *La fuga del hereje*, de Millais, pintado en 1857; *Idilio de* 1745, de Wigan; *Hallazgo de Jesús en el templo*, de Holman Hunt; *El regreso de Torielli*, de Hoock; *Monna Vanna*, *Joli Coeur* y *Pandora*, de Rossetti; *Las Hespérides*, de Burne-Jones; tres cuadros de Windus; tríptico con la leyenda de Santa Inés, de Hughes; *Eva*, de Greiffenhagen; *Mariana* y *Belle Dame Sans Mercy*, de Waterhouse; *Retrato*, de Monat Loudan; *Idilio*, de Leighton; *La voz de la madre*, de Orchardson; *La última revista*, de Herkomer; *Memorias*, de Dicksee; *Rosas de Heliogábalo*, de Alma Tadema; un *Retrato, de niña*, de Whistler, que ha sido calificado de la obra mejor de la exposición; *Israel en Egipto*, de Poynter, y *Nacimiento de Herodes*, de Armitage. Comprende asimismo la exposición una coleccion selecta y numerosa de obras de maestros antiguos y de pintores ingleses fallecidos.

DUSSELDORF – La Galería municipal de Pinturas ha tomado tal incremento con las compras y los donativos realizados en estos últimos tiempos, que el municipio se ve en la necesidad de construir otro edificio anexo al que hoy existe y que, á pesar de sus grandes proporciones, resulta insuficiente para contener las obras de arte que forman aquel museo.

Teatros. – En el teatro Manzoni, de Milán, se ha estrenado con mucho éxito la ópera en un acto de Gastaldon *Pater*. El autor de tantas y tan sentidas melodías ha querido en esta obra refrenar el vuelo de su inspiración, por lo que resultan poco claras algunas frases y cortadas muchas cadencias: este defecto, que se nota especialmente en la primera parte de la ópera, desaparece en la segunda, que contiene bellezas de primer orden, entre ellas una plegaria, un dúo de tiple y tenor y el final.

París. – El estreno de *Falstaff* en el teatro de la Opera ha sido un verdadero acontecimiento: el público ha tributado al maestro Verdi, que asistió á las primeras representaciones, una ovación entusiasta, delirante, y la crítica ha emitido los más laudatorios juicios sobre esa bellísima partitura del eminente compositor, jefe indiscutible de la escuela italiana, no por sus años, sino por sus méritos. También se han estrenado con buen éxito: en el Ambigu-Comique *Les Chouans*, drama histórico en cinco actos y ocho cuadros, de E. Blavet y P. Berton, tomado de la novela del mismo título de Balzac; en el teatro Cluny un graciosísimo vaudeville en cuatro actos, de Bertol-Graivil y Sonal, titulado *¡Kiki!*; en el Odeón, un drama en tres actos, de Lavedan, *Les deux noblesses*, que tiende bastante al melodrama y que constituye, aunque poco definido y claro, un estudio socialista; en Folies Dramatiques, *La fille de Paillase*, bonita opereta de Llorat y Leloir con bellísima música de Varney; y en los Bouffes-Parisiens, *Le Bonhome de Neige*, opereta en tres actos de Chivot y Vanloo, inspirada en una novela de P. Laurencin, y para la cual ha escrito una elegante y preciosa partitura el maestro Banés.

Madrid. – Se han estrenado con aplauso en el teatro Lara dos graciosísimas piezas en un acto, *Las medias naranjas*, de D. Joaquín y D. Serafín Alvarez Quintero, y *Olivilla*, de D. Ricardo Monasterio. En la Zarzuela funciona con mucho éxito una compañía de opereta italiana dirigida por el Sr. Giovannini. En la Comedia Novelli sigue siendo objeto de grandes ovaciones: la del día de su beneficio fué de las que forman época en la historia de un actor.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado, *La de Vámonos*, graciosa parodia de *La de San Quintín*, original de Felipe Pérez; y en Novedades, *Los Voluntarios*, zarzuela de espectáculo en un acto, letra de Fiacro Irayzoz y música del maestro Jiménez. Antes de emprender su viaje á América dará algunas funciones en el teatro Lírico el eminente Novelli.



La señorita Constanza ocupábase en regar las rústicas flores que crecían alrededor de las hortalizas

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

Asentada en medio del ribazo que domina el Loira y el Vienne, veíase, no muchos años ha, una pintoresca mansión que había resistido á los estragos del tiempo y al espíritu destructor del hombre. Construída primitivamente con los restos de un castillo, y modificada de siglo en siglo, era de forma irregular, pero encantadora, con sus más vetustas paredes cubiertas hasta la techumbre de una hiedra robusta que, levantando las pizarras, deterioraba los puntiagudos tejados é invadía hasta las chimeneas, sin que nadie pensase en detener su insolente curso. La parte más moderna, edificada en el siglo último, daba frente á un terrado sostenido por antiguos muros con almenas, cuyo altivo aspecto disimulábase hacía largos años bajo las plantas que se agarraban á las vetustas piedras con todas las extravagancias de un espíritu sin freno ni ley. A cada lado de una escalinata de anchos peldaños un poco bajos, el antiguo propietario había colocado triunfalmente leones tallados en la piedra blanda del país, leones que, ennegrecidos por la acción del tiempo y cubiertos de musgo y de líquenes, parecían presidir la sucesión de las generaciones que pasaban, alegres ó tristes, ante su impasibilidad.

El parque, lo mismo que la habitación, ofrecía grandes contrastes: uno de sus lados, donde crecían olmos, plátanos y sicomoros, tenía el aspecto seductor de la naturaleza abandonada á sí misma; pero en la parte que rodeaba inmediatamente el castillo, hacía unos ciento cincuenta años que los más de los árboles y arbustos no conocían ya los caprichos de la independencia, pues se les habían impuesto las más extrañas formas. Sin embargo, con sus tejos nudosos y retorcidos, sus robustos bojes y sus setos regulares y vetustos, el jardín presentaba ese encanto singular que el tiempo imprime como un adorno en las más extravagantes manifestaciones del gusto humano.

El propietario actual no había visto sin duda jamás la parte artística de su quinta, cuya adquisición había sido feliz, así para su bolsa como para su orgullo, porque la propiedad fué admirada por personas cuyo aprecio podía lisonjearle. Alguna inteligencia en los negocios, varias especulaciones afortunadas, y agregado á esto, el producto de sórdidas economías, ha-

bían permitido al Sr. Jeuffroy realizar una fortuna, pero sus facultades cesaban allí donde sus intereses no entraban en juego.

Habíase casado, tardíamente, con una joven, hija de la antigua nobleza, singularmente hermosa, pero que se veía reducida á la más deplorable miseria; y esta unión le emparentó con excelentes familias del país, realzándole hasta cierto punto en la estimación pública.

Después de una existencia triste y oprimida, la señora Jeuffroy murió casi de repente, fijando en su hija la última mirada de desconsuelo. El padre se apresuró á llevar á la niña á un convento aristocrático, como pensionista, á pesar de las instancias de su hermana Constanza Jeuffroy, que deseaba conservar á la sobrina á su lado; y hasta se habría opuesto tal vez á permitirla salir de su convento durante las vacaciones, si el temor á la opinión pública no hubiera sido más fuerte que la molestia de alterar costumbres cuya estrechez se había acentuado más desde la muerte de su esposa.

Raro era que el Sr. Jeuffroy tuviese para su hermana una palabra bondadosa, pues aunque aquélla le fuese útil, no lisonjeaba precisamente su vanidad; pero la solterona le profesaba ese amor ciego que da siempre sin recibir jamás.

Pequeña y flaca, Constanza tenía un busto desmesuradamente largo, ojos redondos, boca grande, labios delgados y nariz muy saliente y puntiaguda. Agregado á esto el contorno del rostro, cuya forma no hubiera podido definir con exactitud ningún término de la plástica, y un modo de vestir muy personal, resultaba un conjunto del todo caricaturesco. El cabello, que en otra época constituyó su única belleza, tenía ahora un color dudoso y variable, según la cantidad de tintura usada; llevábale por delante en *papillotes*, y rara vez sujeto con suficiente solidez para resistir á los movimientos febriles de la agitación en que la señorita Constanza vivía, sin razón alguna que la motivase.

Muy pobre opinión tenía formada respecto á la vida y al mundo, y el horizonte de su inteligencia era tan limitado como lo había sido el de su observación. En un centro donde las ideas eran lo desconocido, había respirado con el aire la vulgaridad de las apreciaciones, sin fijarse nunca en el fondo de un pensamiento; aunque es posible que si Constanza hubiera tenido ideas religiosas, se hubiera sobrepuesto á sí misma, á menos de haber rebajado la religión á su nivel más inferior, cosa que vemos con mucha frecuencia. No sucedió así, porque era indiferente en tales materias.

La pobre joven, que había sufrido amargamente por efecto de su fealdad, profesaba un culto ciego á la belleza; y al contemplar con amor á su sobrina, lamentábase de que hubiese pasado el tiempo en que los príncipes se casaban con simples pastoras.

– Hermosa como tú eres, Susana, decía algunas veces, hubieras podido llegar á ser una reina, y yo me habría ocultado en cualquier rincón de tu capital para verte pasar desde lejos, más bella que todas las damas de tu corte; pero puedes estar bien segura de que yo no hubiera dicho á nadie que eras mi sobrina, por temor de causarte enojo.

A esto se reducía el único esfuerzo de imaginación de la solterona, que en su amor á Susana y convencida de que la hermosura lo alcanza todo, hubiera falseado muy pronto el juicio de su sobrina si la hubiesen confiado su educación.

Independientemente de lo mucho que admiraba á su hermano porque había sabido ganar dinero, amábale demasiado para ver sus defectos; pero le censuraba porque no satisfacía todos los caprichos de Susana. Comprendiendo la juventud y sus deseos, por lo menos en lo concerniente á los goces materiales, empleaba una parte de sus ahorros para compensar las privaciones que á su sobrina hubiera impuesto la mezquindad del Sr. Jeuffroy. Si á duras penas comprendía cierto género de generosidades, como por ejemplo la limosna, en cambio se hubiera privado de lo más necesario para satisfacer un simple capricho de Susana. Un fondo absoluto de abnegación por aquellos á quienes amaba – y adviértase que cuando amaba no era moderadamente, sino con pasión – y el completo olvido de sí misma formaban un contraste singular con las condiciones vulgares de su carácter y de sus pensamientos.

En la extremidad del dominio del Sr. Jeuffroy había comprado Constanza á muy bajo precio la más singular de las viviendas que podría imaginarse. Socavada materialmente en la toba, como una choza de campesinos, pero á cierta altura del suelo, la casa se componía de seis habitaciones, unidas entre sí por un vestíbulo que daba á una estrecha escalinata oculta bajo las plantas enredadas; y desde lo alto del ribazo los árboles y las zarzas inclinábanse sobre aquella extraña vivienda como amigos que quisiesen protegerla con su sombra y su frescura.

Un jardín dividido en cuadros regulares y con árboles frutales descendía en rápida pendiente hasta un muro de sostén; y sobre la habitación, cuyas chimeneas estaban á flor de tierra, la solterona tenía á manera de cercado una viña que en los años favorables producíale una treintena de barricas de vino muy apreciado. Acostumbrada de por sí á la parsimonia, vivía casi enteramente de los productos de su propiedad, sin tocar á la renta de un reducido capital que todos los años iba en aumento, con tanto placer de la solterona como el que su hermano tenía en atesorar.

No se calentaba nunca al fuego, ni aun durante los fríos rigurosos, pretendiendo que su casa tenía todo el calor de una buena bodega. Al comenzar el invierno preparábase la chimenea en un diminuto salón, y cuando llegaba algún visitante, Frasquita, la criada, acudía presurosa para encender fuego; mas en cumplimiento de órdenes secretas de su señora, siempre se arreglaba de modo que el combustible opusiese una tenaz resistencia á quemarse; y así es que las provisiones de leña de la señorita Constanza eran casi inagotables y databan generalmente de una docena de años.

Varias legumbres, leche y frutas constituían la base del alimento; pero cuando se comía ensalada, no se echaba más que vinagre, pues el aceite, considerado como artículo de lujo, no se presentaba sino cuando la señorita Susana iba á comer ó almorzar á casa de su tía. En tales ocasiones, el talento culinario de Frasquita, talento que no alcanzaba mucho, debía desplegar todas sus velas, pero jamás se hacía á gusto de la señora, para quien los platos no eran nunca bastante suculentos, por más que no entendiese de estas cosas.

Frasquita era hermana de leche de la señorita Jeuffroy; pertenecía á cierta orden, y llevaba un hábito medio religioso medio laico, conociéndosela generalmente en el país bajo el nombre de «buena hermana.» Muy penetrada de la idea de que es fácil irse al infierno, predicaba siempre la salvación á todos cuantos querían escucharla. De estatura regular, tan poco modelada como una mole de piedra en bruto, trabajaba de firme, comía indefinidamente, según se quisiera, sopa y pan untado con un poco de ajo; hablaba á todos los visitantes con la mayor libertad, y en sus ratos de ocio falseábase el juicio con la lectura de malos periodiquillos.

Más de una vez habíase producido alguna cuestión entre la sirvienta y su señora, no sólo porque esta última no practicaba la devoción, sino porque tenía las más absurdas preocupaciones sobre los sacerdotes y las órdenes religiosas.

Frasquita renunciaba á combatirlas, considerando que el cielo le confiaría directamente la misión de inducir á su ama á presentarse en un confesionario.

– Veamos, señorita, decíale con tono persuasivo, ¿por qué no ha de ir usted á confesarse? Me parece que no es nada difícil.

– ¿Y de qué me serviría eso ahora, pobre Frasquita?

– ¿Cómo no ha de servir de nada acercarse á Dios, señorita? ¡Cuidado con que le rehuse á usted algún día reconocerla y la envíe al infierno!

La señorita Constanza se encogía de hombros contestando:

– No me aburras, Frasquita. Ya te he dicho que me confesaré cuando me halle en mi lecho de muerte, y paréceme que esto basta.

– ¿Y sabe usted si morirá en su lecho, señorita?, repuso la criada con desenfado. Hay otras muchas además de usted á quienes la cólera de Dios hiere súbitamente, y muy bien hecho.

Después añadía á manera de conclusión:

– El cura de nuestra parroquia es un sacerdote muy bondadoso y prudente.

– No me agradan los sacerdotes ni los religiosos, contestaba la solterona con expresión desdeñosa; siempre he oído decir á mi padre que eran unos holgazanes.

– ¡Ah!, exclamaba Frasquita al oir aquel ultraje. ¿Pensaba realmente el papá de usted, señorita, que eran haraganes? ¿Pues qué ha hecho él sino estar siempre mano sobre mano, y vivir tranquilo con sus bienes, de los que ha consumido una buena parte para comer mejor, puesto que no le ha dejado á usted gran cosa?

Y por temor de seguir hablando con tan poco respeto del difunto Sr. Jeuffroy, la criada corría al jardín y comenzaba á cavar con rabia, llamando en su auxilio á una multitud de santos para convertir á la señorita Constanza.

Pero los años transcurrían, y al fin de cada uno de ellos Frasquita reflexionaba con desaliento que su señora no había dado un paso en el camino de la salvación.

Una tarde, las dos estaban en el jardín; la señorita Constanza, con su vestido antiguo levantado y cubierta la cabeza con un sombrero redondo cuya forma no hubieran desconocido los pastores de otro tiempo, ocupábase en regar las rústicas flores que crecían alrededor de sus hortalizas. Pero como la única regadera que poseía estaba descompuesta, y había resuelto no sustituirla con otra nueva si la cosecha de vino no era buena, servíase ahora de un plato roto para sacar el agua de un pequeño depósito.

Frasquita la seguía paso á paso, con su calceta en la mano y palabras elocuentes en la boca. La noche anterior habíase despertado por efecto de una pesadilla, en la cual soñó ver á su señora entregada á los demonios; y considerando que esto era una advertencia del cielo á fin de que intentase un nuevo esfuerzo para convertir á su ama, servíase de toda su energía. La señorita Constanza, absorta en las dificultades siempre nacientes de su sistema de riego, escuchaba distraídamente; pero su atención se despertó al añadir Frasquita, después de haber agotado sus acostumbrados razonamientos:

– En fin, señorita, usted hará lo que quiera; pero no debe ser muy agradable para Susana tener una tía... casi una madre, puesto que la verdadera no existe ya, que ni siquiera practica sus devociones en la Pascua. Cuando la niña vuelve á casa de su papá siempre está usted allí, como es natural, y considérase que usted es su preceptora. ¡Vaya una preceptora á los ojos del mundo, que supone que usted no cree ni en Dios! Porque al fin y al cabo usted no lleva escrito en la cara que desea confesarse á la hora de su muerte, y se creerá que la señorita Susana piensa de igual modo. Si yo fuese hombre soltero, sé muy bien que me agradaría más estar sobre un altar como un santo que casarme con una dama que no practica su religión.

Constanza dejó caer su plato en el fondo del agua, y volvióse hacia Frasquita, diciéndola con acento alterado:

– ¿Qué dices, Frasquita?

– ¡Pues digo la verdad, señora, bien lo sabe usted!

La solterona, que se ocupaba siempre de las obras del prójimo, dando sobre todo desmedida importancia á las palabras de los demás, quedó completamente aturdida al oir el razonamiento de Frasquita, cuyas palabras habían sido dictadas en aquel momento más bien por su buena estrella que no por su malicia.

Aterrada ante la idea de ocasionar un perjuicio á su sobrrina, la señorita Constanza no cerró los ojos en toda la noche, y levantándose con el alba, corrió á cumplir más ó menos bien con los deberes de su conciencia.

Cuando volvió á casa, Frasquita, inquieta por aquella salida matinal, estaba á la puerta de la cocina; y con la mano á guisa de abanico para preservarse de los primeros rayos del sol que la cegaban, acechaba la vuelta de su ama.

– Ya me preguntaba yo qué había sido de usted, señorita, dijo al verla entrar; pues aunque se levante con las gallinas, jamás sale usted tan temprano, puesto que no le da el corazón por ir á misa, siquiera de vez en cuando.

Sin contestar á su sirvienta, la solterona, sumamente agitada, despojóse de la manteleta de seda que usaba hacía veinticinco años, y desató las cintas de su sombrero, que confeccionado por ella, presentaba á los ojos sorprendidos del observador un conjunto de los más heterogéneos materiales, dispuestos con un capricho propio tan sólo del arte de la señorita Jeuffroy.

– Antes de hablar, Frasquita, replicó, deberías preguntarme adónde he ido. Vengo de misa y debo anunciarte una gran noticia. ¡Me he convertido!

– ¡Señorita, repuso la criada vivamente, no es lícito chancearse con las cosas santas!

– Pues qué, ¿crees tú que se trata de una broma?, exclamó la señorita Constanza con aire triunfante. ¡He ido á confesarme!

Frasquita se puso roja como la grana, y en su asombro dejó caer el café con leche que acababa de preparar, y que se deslizó como un arroyuelo sobre los rojos ladrillos de la cocina.

– Á fe mía, exclamó, tanto peor para el almuerzo, señorita. Me ha cogido usted de sorpresa, y aun me pregunto si esto será una felicidad al cabo de cincuenta años que no se ha presentado usted en el confesonario. ¡Cuando pienso que ayer puse un cirio por usted ante la imagen de su patrona! No ha tardado mucho tiempo en atender á mi súplica.

– Y ahora, dijo la solterona con el mismo aire triunfante, que hacía más sonoro el timbre metálico de su voz; ahora no se dirá que perjudico á Susana,

y los maridos pueden venir sin temor de que yo les espante. Conozco alguno que no esperaría largo tiempo para decidirse, y te aseguro que mi sobrina se casará como quiera, porque es más hermosa que un ángel.

Con los puños apoyados en las caderas, Frasquita había escuchado indignada.

– ¡Ah!, exclamó. Si solamente se ha convertido usted por eso... ¡vaya una gracia!

– ¡Cómo!, gritó la solterona con expresión de asombro. ¿Aún no estás contenta? Habiendo ido á confesarme, ¿qué más puedes apetecer? ¿Creerás ahora que tú eras más sabia que el cura, que me ha prometido la absolución cuando vuelva á confesarme?

Frasquita meditó un instante, movió su voluminosa cabeza, que un ligero declive del cuello inclinábala á la izquierda, y contestó:

– Bien mirado, el Señor tiene treinta y seis medios para llegar á sus fines.

Y barriendo con vigor las huellas del desastre, comenzó fervorosamente una novena por el alma de su señora.

Pero la señorita Constanza no era capaz de penetrar en el espíritu de las cosas. Satisfecha de su acto y con la conciencia tranquila, nada perturbó ya sus meditaciones, cuyo tema invariable era la felicidad y el porvenir de su sobrina.

El Sr. Jeuffroy tuvo cuidado de preparar las vías de ese porvenir, haciendo comprender que no era de aquellos padres egoístas que se imaginan que sus hijos no han nacido sino para enmohecerse á la sombra del techo paterno. En realidad deseaba con vehemencia desembarazarse de su hija lo más pronto posible, considerándola como un objeto de arte cuya posesión lisonjeaba su vanidad, pero que era un estorbo en una casa como la suya.

Si la amaba, difícil era echarlo de ver; pues incapaz de adivinar por el corazón, como sucedía á la señorita Constanza, lo que su espíritu no comprendía, no pensaba en introducir algunas modificaciones en su vida á fin de hacer más agradable la de Susana. Temía ante todo alterar sus costumbres, y más de una vez ligeros conflictos entre sus ideas y las de su hija habían desarrollado en su espeso cerebro la idea de que estaba en la situación muy penosa de la gallina á quien se ha engañado sobre su pollada.

El Sr. Jeuffroy pasaba por ser muy rico, y aunque el dote que prometiera fuese relativamente mediano, habíanse presentado ya varios aspirantes á la mano de Susana. Esta los rechazó con gran disgusto de su padre, quien pudo echar de ver una vez más que el carácter resuelto de su hija no toleraría que se la gobernase como él deseaba.

Pero las circunstancias le favorecieron para servir á su egoísmo, pues habiendo sido agradable á Susana un nuevo proyecto de matrimonio, salió del convento con su mano en la de un novio.

Constanza no creía á su sobrina encantadora tan sólo por efecto de una ilusión de su cariño. La madre había legado realmente á Susana una hermosura que, mezcla de vigor y delicadeza, era de todo punto incontestable por sus atractivos. Educada en medio de mujeres inteligentes y distinguidas y sin haber tenido nunca tiempo para sentir la influencia paterna, las cualidades de la niña habíanse refinado sin oposición.

Con su lindo rostro de facciones delicadas y expresión altiva, su talle esbelto y su elegante andar, asemejábase entre su padre y su tía á una planta rara y preciosa, perdida sin saber cómo en un suelo pedregoso.

El antiguo castillo y el parque eran los únicos que se armonizaban con ella: cuando pasaba por medio de los árboles recortados á la antigua, éstos parecían rejuvenecerse ante aquella fresca belleza que evocaba sus recuerdos y esperanzas.

Durante largo tiempo Susana había contemplado la existencia de la casa de su padre á través de las felices impresiones de la niña, por más que á menudo la hubiese contristado no hallar en el Sr. Jeuffroy la ternura que ella sentía por él, impresión algo fugaz al principio, pero que se había desarrollado con ella y que al fin se desvaneció bajo la influencia de su afecto. Mas cuando se hubo rasgado el velo que impide la observación, muchas veces durante las vacaciones sintióse zaherida en sus delicados instintos, en sus sentimientos y en sus jóvenes ideas, en las cuales predominaban, por lo demás, el absolutismo del carácter generoso y muy recto de una joven que no había visto ni comparado nada aún.

Dos días antes de aquel en que debía firmarse el contrato y después de un caluroso día pasado en Angers, adonde había ido con su tía y su novio, Susana estaba tan alegre al sentarse á la mesa, que el mismo Sr. Jeuffroy se desheló al contacto de aquella juventud radiante de belleza; pero entre él y su hija esta impresión se modificaba casi siempre muy pronto por alguna disonancia.

– ¿Qué esperas?, preguntó á su hija, que después de tomar un pedacito de carne no comía y pensaba en otra cosa.

– Pues... la comida, padre mío, contestó la joven con un poco de malicia. Porque el Sr. de Varedde no está aquí, la cocinera, no sé por qué, ha tenido la singular ocurrencia...

– ¡Ha hecho bien!, interrumpió bruscamente el Sr. Jeuffroy. Precisamente porque estoy obligado á recibir con frecuencia á tu prometido se deben hacer economías cuando estamos solos.

– Pues bien, querido padre, contestó Susana alegremente: si yo no contrajera matrimonio, habría debido encargarme de gobernar la casa, y entonces hubiera usted visto que sabía hacer mucho con poco.

– Yo no te hubiera encargado de nada, repuso el no veo qué interés pueda tener para hacer gastos tan extravagantes.

– ¡Qué interés!, exclamó Susana enardeciéndose. Para él no se trata de intereses, padre mío; siempre fué generoso, ahora lo prueba, y á esto se reduce todo. ¿Qué haría de su fortuna si no siguiera la pendiente de su generosidad? Tiene mil veces razón, y yo estoy segura de que el Sr. de Varedde opinaría como yo.

El Sr. Jeuffroy abrió sus ojos desmesuradamente; pero antes de que contestase, Constanza replicó:

– Sabido es que quiere ser diputado, y que busca la populachería para conseguir su objeto.

– ¡Populachería!, repitió Susana, resentida al oir esta palabra. Eso no es propio de su carácter, y no creo que piense en ser diputado, pues su deformidad le alejó siempre del mundo, y yo sé que aborrece presentarse en público.



La quinta de M. Jeuffroy

Sr. Jeuffroy con viveza. ¡No faltaba más para que mis gastos hubiesen sido cuatro veces mayores!.. Debes comprender que á mi edad yo no hubiera cambiado mi manera de vivir por causa tuya.

– Pero, padre mío, yo no hubiera solicitado eso, replicó Susana vivamente. Hablaba... por hablar y sin reflexión.

Algo desconcertada, la joven comió sin decir una palabra más durante algunos segundos; mientras que su tía observaba con desconsuelo que sus encantadoras facciones se alteraban; y creyendo que se hubiese enojado por causa de la mala comida, pasaba revista mentalmente á las golosinas que hacía largo tiempo guardaba en su armario con intención de ofrecérselas después á su sobrina.

– Es en verdad sorprendente, dijo Susana levantando la cabeza de pronto, que Marcos no se haya dignado felicitarme personalmente por mi casamiento.

– Ha estado ausente, hija mía, contestó Constanza.

– Sí, pero ha regresado ya. La señora de Preymont ha venido para abrazarme, y él hubiera podido hacer lo mismo en su calidad de primo.

– Ya sabes que está muy ocupado... Ha mandado construir un hospicio para sus obreros enfermos, una escuela para los niños, é ignoro cuántas cosas más. Todo el mundo habla de ello...; bien es verdad que Marcos se arregla siempre para que hablen de él de una manera ú otra. ¡Tiene unas ideas tan singulares!

– En todo caso, repuso vivamente Susana, no será una idea singular practicar el bien, querida tía.

El Sr. Jeuffroy hacía rápidamente un cálculo con los dedos.

– Marcos gastará más de 130.000 pesetas, dijo, encogiéndose de hombros, y naturalmente, no comprendo en esta suma lo que se necesitará al año para la conservación. Por más que me rompo la cabeza,

– Pues habrá cambiado de parecer, repuso el señor Jeuffroy levantándose, porque no se gasta tanto dinero para nada.

Susana, sorprendida, no contestó, y se fué al jardín, consolándose con la idea de que al día siguiente, su prometido, á quien atribuía sus propias cualidades, iba á pasar algunas horas á su lado.

– Querida Susana, dijo la solterona, cogiendo á la joven por el brazo, parece que estás contrariada; pero todo ha sido una distracción de tu padre. Nuestra comida de hoy ha sido la misma de todos los sábados, y él ha olvidado que después de un día fatigoso necesitabas comer algo mejor que de costumbre. Ven conmigo; yo he guardado el resto de aquellas pastas que tan buenas te parecieron tres semanas hace, y te las daré.

– ¡Contrariada porque he comido mal!, contestó Susana sonriendo. ¿Por quién me toma usted, querida tía? Vamos, me avengo á comer de esas pastas, y al mismo tiempo daré los buenos días á Frasquita.

La sirvienta cavaba con vigor al acercarse á ella Susana.

– ¡Con qué desconfianza me miras!, dijo la joven riendo de la mejor gana.

– ¡Ah, señorita!, contestó la sirvienta, el diablo es tan sutil, que siempre temo por usted.

– ¿Y qué has de temer?

– ¡Basta..., yo me entiendo!, contestó Frasquita, clavando vigorosamente su azadón en la tierra.

– ¿Hablas ahora por enigmas, temerosa de pecar?

– Felizmente, usted se casa, señorita; pues de lo contrario, tiene usted una carita y un talle que perderían su alma.

– ¡Vamos, á fe mía que eres muy graciosa!, contestó la joven sonriendo. Casada ó no, no creo que mi alma se pierda tan fácilmente.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

AUXILIOS Á LOS QUE SE AHOGAN Ó SE ASFIXIAN

Es innegable que los actuales métodos de enseñanza constituyen un progreso respecto de los antiguos: la experiencia infunde en la inteligencia del niño ó del adolescente ideas prácticas y precisas que no le inculcaban los antiguos procedimientos pedagógicos. Con el presente artículo nos proponemos llamar la atención sobre el interés que tendría enseñar á los jóvenes, aun dentro de un curso elemental de historia natural, cuáles son los medios que deben emplearse para socorrer á un ahogado, á un asfixiado, á una persona cualquiera en estado de muerte aparente: esta lección práctica correspondería á la historia de la circulación y de la respiración.



Fig. 1. Aplicación del método del Dr. Laborde en caso de asfixia de un recién nacido

Si se tiene en cuenta el número de personas que anualmente perecen ahogadas por accidente ó que mueren asfixiadas por suicidio, se comprenderá que no faltan ocasiones de socorrer al prójimo.

Muchos son los que en presencia de un accidente de este género se encuentran, por falta de conocimientos, en la imposibilidad de prestar á la víctima un socorro pronto y útil: unos se abstendrán de ello ó perderán un tiempo precioso yendo en busca de un médico; otros emplearán los medios más inverosímiles, inútiles y á veces perjudiciales.

No podemos extendernos mucho sobre este asunto, considerado desde el punto de vista científico, pero creemos útil para nuestros lectores indicarles sucintamente los medios más eficaces que se pueden poner en práctica, no sólo tratándose de ahogados, sino en todos los casos de *muerte aparente, cualquiera que sea la causa de ésta:* el empleo *inmediato* de tales medios puede ser muchísimas veces altamente útil y nunca perjudicial; en cambio, de esperar sin hacer nada la llegada de un médico, pueden resultar fatales consecuencias para la víctima.

Innecesario nos parece entrar en detalles acerca de lo que por muerte aparente se entiende: basta que el espectador en presencia del paciente se diga ú oiga decir «cualquiera creería que está muerto» para prestarle sin pérdida de momento los auxilios que vamos á indicar, cosa tanto más fácil cuanto que los procedimientos que habrán de emplearse tienen la ventaja de no necesitar ningún aparato especial: todo se reduce al uso inteligente de las manos y de los brazos.

El procedimiento más eficaz es el de las tracciones rítmicas de la lengua: descubierto en 1892 por el doctor Laborde, miembro de la Academia de Medicina, y desarrollado ampliamente en la tesis del doctor Le Coquil, ha sido repetidas veces puesto en práctica desde entonces en las más diversas circunstancias, en Francia y en el extranjero, habiéndose obtenido en muchos casos el mejor éxito, ora se haya aplicado desde luego, ora después de resultar infructuosos los procedimientos habituales. Si no ha dado siempre resultados satisfactorios, débese á que mal se puede volver en sí á una víctima que ha dejado de existir, y casi puede asegurarse que su fracaso constituye la mejor prueba de que el paciente está realmente muerto.

Para ponerlo en práctica es preciso separar mucho las mandíbulas y mantenerlas así por medio de un mango de cuchillo ó un bastón, etc.; coger fuertemente el cuerpo de la lengua entre el pulgar y el índice con un trozo de tela ó con los dedos desnudos, y ejercer sobre ella quince ó veinte veces por minuto fuertes tracciones rítmicas, aflojándola cada vez. Es preciso que esas tracciones hagan salir mucho la lengua fuera de la boca, y el operador deberá cerciorarse de que las tracciones obran sobre la raíz misma del órgano y no solamente sobre la punta del mismo. Este método se aplicará lo más pronto posible y se continuará durante quince minutos; generalmente al cabo de dos ó tres minutos se observa en el paciente una y luego varias inspiraciones sucesivas cada vez más acentuadas. Entonces precisamente es cuando hay que prodigar los cuidados coadyuvantes de toda clase (calentamiento, flagelación, etc.) y sobre todo la *respiración artificial.*

Este procedimiento, cuyo empleo es también muy útil, sea después, sea, á ser posible, durante las tracciones rítmicas, consiste en practicar artificialmente los movimientos de inspiración y de espiración que constituyen la respiración en el estado normal del hombre y tienen por objeto hacer entrar el aire en el pecho.

El método más generalmente empleado es el llamado de Sylvester, que se practica del modo siguiente: después de haber levantado el pecho colocando debajo de los riñones una almohada ó un sobretodo doblado y cuando las mandíbulas están separadas y la lengua se mantiene tan fuera de la boca como sea posible con ayuda de un auxiliar, el operador arrodillado á la cabeza del ahogado dobla los antebrazos sobre los brazos, coge los codos, los apoya fuertemente sobre las paredes del pecho (primer tiempo), los separa horizontalmente de modo que cada uno forme un ángulo recto con el cuerpo (segundo tiempo), los levanta verticalmente por delante de la cabeza (tercer tiempo) y los baja directamente sobre las paredes del pecho (primer tiempo). Esta maniobra se repetirá quince ó veinte veces por minuto durante diez minutos.

Finalmente el doctor Maas de Gotinga ha indicado recientemente otro método poco conocido y que ha dado excelentes resultados en tres casos de muerte aparente por el cloroformo: este procedimiento consiste en golpear violentamente, casi á golpes redoblados, sobre la región del corazón. Según el autor, el pulso no tarda en restablecerse: si los golpes cesan, la vida desaparece poco á poco; si se continúa la maniobra el paciente vuelve en sí definitivamente.

Hay que tener en cuenta que no basta ver que se manifiestan algunos signos de vida para creer en una resurrección completa: es necesario prolongar los cuidados de todo género, no pudiendo considerarse el éxito como cierto hasta que los movimientos respiratorios y los latidos del corazón y del pulso sean bien acentuados y regulares.

No hay que perder de vista tampoco que el éxito depende no sólo de la persistencia en los socorros, sino que también de la inteligencia y de la rapidez con que se prestan; y aquí entra naturalmente el consejo tan sabido de cortar inmediatamente el nudo que oprime la garganta de un ahorcado y auxiliar á éste sin tardanza.

Para convencerse de la eficacia de las tracciones linguales basta tener dentro del agua durante un minuto á un conejo de Indias: al sacarlo, el animal estará en estado de muerte aparente y si se le dejara se moriría, al paso que si se procede á las tracciones linguales por medio de una pequeña pinza (por razón de la exigüidad del órgano) no se tarda en observar cómo se efectúa la reviviscencia y cómo el conejo recobra la vida después de algunos cuidados accesorios, como el calentamiento.



Fig. 2. Salvamento de un hombre ahogado. Método del Dr. Laborde

Este experimento es menos bárbaro de lo que pudiera creerse, como lo demuestra el hecho de que el animal se pone muy pronto á comer y á saltar como si nada le hubiera sucedido: ejecutado delante de los alumnos puede tener la inmensa ventaja de darles una lección práctica inolvidable y útil.

***

EL DALTONISMO

Por muy extraño que parezca, hay personas que no pueden distinguir ningún color, ofreciendo este fenómeno un caso de acromatismo muy poco frecuente, pero hay otros que no distinguen uno de otro dos colores complementarios, el verde y el encarnado, por ejemplo. A estas últimas se les da el nombre de daltonianos, de Dalton, el célebre químico inglés que padecía de esa enfermedad y que fué el primero que, á principios de este siglo, dió de ella una descripción completa. Esa incapacidad de la retina para ser impresionada por uno ó varios rayos del espectro solar ha recibido la denominación de discromatopsia.

Con el objeto de investigar la causa de esa inferioridad visual se han hecho multitud de estudios para determinar el número y la distribución de los daltonianos, es decir, de todos los que se encuentran absolutamente incapacitados para trabajar en todas las ramas de la actividad humana en que la noción ó el discernimiento de los colores son indispensables.

Según los últimos experimentos del doctor Jorge Wilson, de Edimburgo, que ha escogido los individuos sometidos á prueba en todas las clases sociales, entre 1.154 personas ha encontrado 65 daltonianos, de los cuales 21 confundían el encarnado con el verde, 19 el pardo con el verde y 25 tomaban el verde por azul ó viceversa.

Los Sres. Blake y Franklin, de la universidad de Kansas, han estudiado recientemente entre las razas indígenas puras de América los casos de discromatopsia, que son, según ellos, muy escasos: entre las tribus pawnia, cheyenna y pottawattamie, que son las que han examinado, la proporción de los daltonianos no llega al uno por ciento.

Pero el descubrimiento más reciente y también el más inesperado es el del doctor Macgowan, quien ha permanecido muchos años en el Celeste Imperio, interrogando, examinando sucesivamente á los artistas, tintoreros y mercaderes sin encontrar la menor huella de daltonismo. Es más: ha sometido á examen en un hospital á más de mil enfermos sin haber podido encontrar un solo caso de esa enfermedad, lo cual induce á creer que los ojos de los chinos son absolutamente refractarios á ella.

Este descubrimiento pone de nuevo sobre el tapete la cuestión de la causa del daltonismo que las investigaciones hasta ahora hechas tendían á atribuirá la civilización, puesto que toda una nación tan civilizada como la china parece haber escapado á un mal tan común. De suerte que el problema queda en pie.

En general, se estima en tres ó cuatro por ciento el número de daltonianos. Un detalle curioso que contribuye también á complicar la cuestión: en las mujeres la proporción es mucho menor, no pasando de uno por quinientos.

Finlandia y Noruega son las naciones que cuentan con mayor número de daltonianos, pues tienen el cinco por ciento; en cambio Holanda es la que menos tiene, siendo allí la proporción de 1,43 por ciento, de modo que el clima no nos da tampoco la solución del poblema.

El encarnado es el color que más á menudo escapa á la percepción de los daltonianos, siguiéndole el verde. También se citan algunos casos de personas que no distinguen el azul.

***

UN FARO ADMIRABLE

Si la física avanza tanto en la conquista de medios de acción en el terreno de las investigaciones caloríficas, gracias á la electricidad, no avanza menos en el de la luz, empleando también la misma energía natural. Prueba de ello es el enorme poder luminoso que ha conseguido dar á los focos de los faros. Antes, los alumbrados por aceite tenían una intensidad máxima



LA HORA DEL ALMUERZO, cuadro de Vicente Caprile

de 5.000 á 6.000 lámparas Carcel. Los primeros de la luz eléctrica no pasaban de 6.000 á 8.000. En 1881 se instaló en Planier (Marsella) una luz de 127.000 lámparas Carcel de intensidad, y después se llegó en los faros de Ouessant, Barfleur y Belle Isle á la de 900.000.

Hoy, en el faro de la Héve, se ha instalado un solo faro en vez de los dos que hasta ahora existían, dándole una intensidad luminosa de 2.500.000 lámparas Carcel, cifra asombrosa á la que hace muy poco tiempo nadie hubiera soñado que podría llegarse. No se ha reformado para ello el aparato, aumentando, como lo hacen en Inglaterra, el diámetro de los cristales y el de los carbones de arco eléctrico hasta cinco ó seis centímetros. El procedimiento que en la Héve ha planteado el ingeniero M. Bourdelles es muy sencillo. No lleva el aparato más que cuatro cristales de 60 centímetros. Todo el sistema está equilibrado por un flotador que, sin aumentar el gasto de fuerza mecánica, produce una velocidad de rotación extraordinaria.

LA EXPOSICION DE LYON

El día 29 de abril último se inauguró oficialmente la exposición universal que la industriosa y rica capital del departamento del Ródano ha organizado y en la que sobresalen los productos franceses, así de la metrópoli como de las colonias.

Sabido es que casi todas esas solemnidades se verifican estando aún por desembalar las muchas cajas y por terminar no pocas instalaciones. La exposición lionesa no ha sido una excepción de esta regla general, y el ministro que ha inaugurado el certamen ha tenido que hacerlo cuando estaban todavía incompletos muchos trabajos.

El aspecto de éstos, sin embargo, permite ya formarse una idea general de lo que será esa manifestación.

Nada tan hermoso como el sitio en que la exposición se desarrolla. El parque de la Tête d'Or, situado en la orilla izquierda del Ródano, más arriba del puente de Saint-Clair, se construyó en 1856 según los planos de M. Buhler: en él se han reunido los jardines botánicos y las colecciones de arbustos del antiguo Jardín de Plantas. Este parque ocupa una superficie de unas cien hectáreas, terminada á un lado por la colina de Saint-Clair y un grandioso y pintoresco lago, en cuyas tranquilas aguas se refleja la exuberante vegetación.

En la orilla izquierda del lago está instalada la exposición colonial.

La arquitectura del palacio de Argelia, que es el primero que encuentra el visitante, está inspirada en el palacio de Mustafá, residencia veraniega del gobernador de Argelia: su fachada, su mirador y sus cúpulas producen bellísimo efecto.

Consta el edificio de una vasta galería interior con varios pisos, á la que se llega por dos escalinatas laterales, y de tres galerías en la planta baja, que dan á un jardín, en donde se han plantado multitud de vegetales africanos.

El palacio de Túnez, que se alza cerca del de Argelia, ha sido copiado, salvo algunas modificaciones que ha hecho necesarias por el uso á que se le destina, de la mezquita de Suk-el-Bey, de Túnez. El alminbar hexagonal coronado por el balcón circular en donde el almuecín llama á los fieles á la oración, está flanqueado por dos grandes pabellones.

En el fondo está el Zoco, en donde hay instalados los almacenes árabes, y en el bosque que rodea el edificio han sentado sus reales los pequeños industriales indígenas, en su mayoría perfumistas y quincalleros.



Escudo de Wellington, dibujo de T. Stothard para el alto relieve de plata sobredorada que los banqueros y comerciantes de Londres regalaron á Wellington

El palacio del Tonquín y del Anam está cercado por una larga empalizada: en él trabajan los obreros anamitas tranquilos y silenciosos, arreglando el interior de su recinto y atendiendo, además de los pequeños trabajos de carpintería, á la decoración mural de los edificios y de su teatro, en donde se ven ya los arabescos, los dragones y las quimeras multicolores, que son la característica de su ornamentación arquitectónica y en cuya ejecución proceden los obreros con el cuidado más exquisito.

Al lado de este palacio, y siguiendo la costumbre observada en las últimas exposiciones, se ha construído una aldea anamita, habitada por gentes indígenas de aquellas apartadas regiones de la Indo-China que fabrican á la vista del público diversos objetos de su país; completa esa interesante instalación un teatro anamita, en donde se dan curiosas representaciones.

En la orilla derecha del lago se encuentra la exposición industrial. El palacio principal de esta exposición es la cúpula inmensa que cubre una superficie de 45.751 metros cuadrados.

Las dimensiones exteriores del armazón son de 232 metros de diámetro por una altura de 55.

El esqueleto metálico de esa gran cúpula, que indudablemente se ha inspirado en la galería de máquinas de la Exposición universal celebrada en París en 1889, es de un aspecto elegante y sobrio á la vez. De eje á eje los pilares ó machones presentan una distancia de 110 metros y el paseo que da vuelta al palacio tiene una altura de 8 metros. Una galería circular, á la que se llega por ascensores, permite al espectador seguir desde una altura de 20 metros la historia de la industria moderna que á sus pies se desarrolla y contemplar un espectáculo por demás grandioso.

Otra multitud de edificios hay diseminados por el parque, tales como los pabellones de la ciudad de Lyón, del departamento del Ródano, del Estado, de la ciudad de París, de artes religiosas, de industrias diversas, de guerra, de marina, de bellas artes, de la prensa y de telégrafos; las instalaciones especiales de las minas de Blanzy, las del Loire, de ferrocarriles, y en otro género restaurants, panoramas, dioramas, teatros, etc.

La exposición universal lionesa fué autorizada por decreto del presidente de la República de 22 de diciembre de 1892 y ha sido subvencionada por el ayuntamiento de Lyón, cuyo alcalde es el presidente del consejo supremo de la misma. El administrador delegado de éste es M. O. Lami, que tan activo é inteligente concurso prestó á la Exposición universal de París de 1889.

En cuanto á la parte colonial, que constituye uno de los mayores atractivos para el público, ha sido organizada con un cuidado admirable por M. Ulises Pila.

Las noticias que de Lyón se reciben permiten asegurar que la exposición universal será de brillantísimos resultados, lo cual no es de extrañar tratándose de la que con razón se llama segunda capital de Francia, que cuenta con tantos y tan valiosos elementos de riqueza y de progreso.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 14 de mayo de 1894 — Núm. 646

SUMARIO

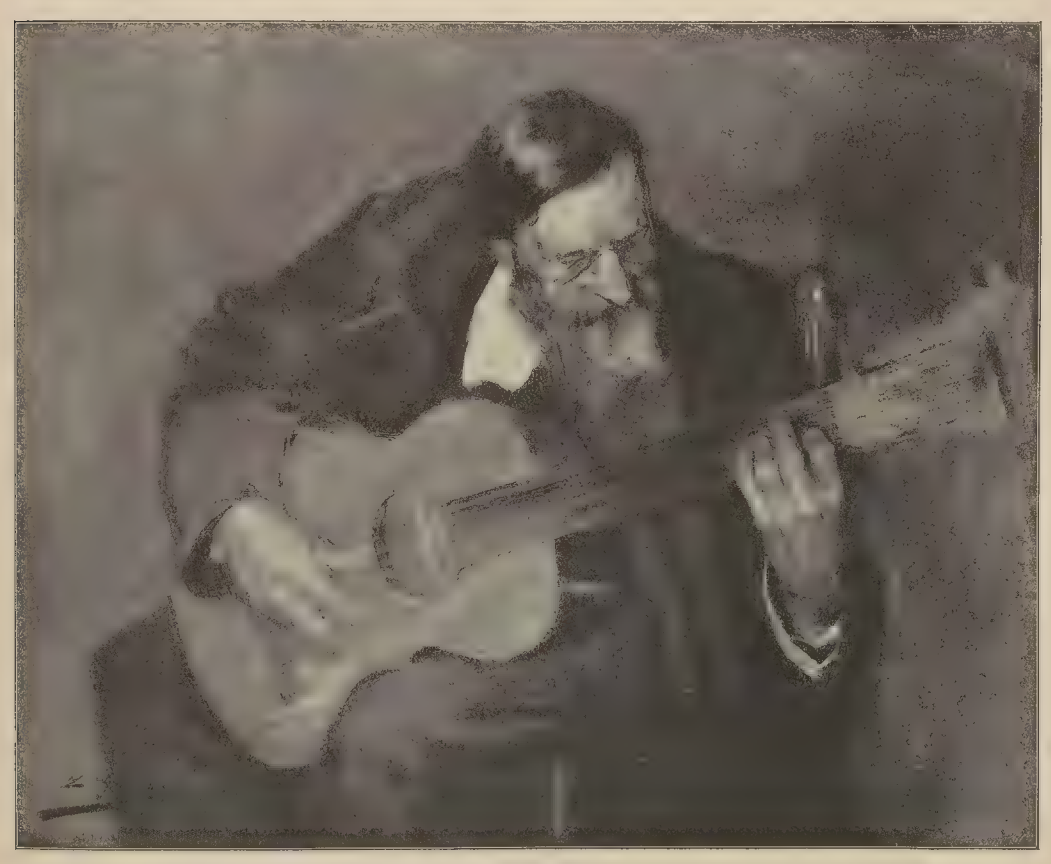
MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El *primero* de mayo. – Calma y tranquilidad en que transcurriera. – Inutilidad de las manifestaciones ruidosas para cambiar las leyes económicas. – Artículos de historia contemporánea. – Polémica de Reinach y Broglie sobre la república francesa. – Retiro del emperador Guillermo á Wartburgo. – Preferencias por esta montaña. – Recuerdos religiosos que la consagran. – El recogimiento y el silencio. – Dificultades domésticas en la familia del emperador. – Terremotos en Grecia. – Caso rarísimo del ministro Staumbuloff en Bulgaria. – Malcontento y malestar de Servia. – Conclusión.

I

Tras tantas amenazas de perturbaciones interiores y de guerras extrañas, nos hallamos hoy con que han pasado Europa y América por el terrible día de las manifestaciones casi revolucionarias del pueblo trabajador, por este nefasto día del primero de mayo, y no se registra ni un ligero motín en los anales de la policía, vigilante y alarmada. Todo ha sucedido y todo se ha desarrollado en la mayor calma. Yo había previsto y anunciado este cambio en los espíritus y en los ánimos hace algún tiempo. La grande agitación de los años anteriores provino del mal pensamiento que tuviera Guillermo II convocando un concilio socialista en Berlín y sugiriendo con esta convocatoria esperanzas dementes á los pobres jornaleros europeos. Nada, sin embargo, tan utópico, y por ende tan en oposición abierta con la realidad, como esa increíble aspiración á regular por manifestaciones universales hechas contra los capitalistas en el mismo día la condición del trabajador y del trabajo. Suprimir al capital para prosperar á todos los jornaleros, es una insensatez tan grande como sería suprimir el Océano para cultivar todo el planeta. No se modifican las leyes de la Economía y de la Política con medidas gu-



EL GUITARRISTA, cuadro de Luis Graner

bernamentales, como no se modifican las leyes del universo; ni basta una manifestación formidable á torcer el curso natural de los intereses tan riguroso y necesario como la circulación de los átomos. Cuando los jornaleros imaginaron que un Estado tan fuerte como el Imperio alemán entraría en el camino de dirigir un movimiento como el generado por la utopía comunista internacional, agitáronse mucho y promovieron procesiones cívicas encaminadas á cambiar las relaciones entre capital y trabajo á favor del último. Estas procesiones de jornaleros se parecen á las rogativas de los devotos. Llueve cuando Dios quiere, y no cuando el hombre reclama; se mejorarán las condiciones económicas del jornalero cuando se mejoren las condiciones económicas de la sociedad: obra de mucho tiempo y de muchísimos esfuerzos. Así ningún resultado próspero para el proletario ese asalto dirigido desde los cuatro puntos cardinales del suelo anglo-americano al capitolio de Wáshington, como no sean prosperidades la detención de trenes en las vías y los encontrones de las muchedumbres amotinadas con soldados y guardias en la misma ciudad que parecía puesta en grave peligro y apretadísima. No debe, pues, extrañarnos que, bajo tal paz y en orden tanto, se den las inteligencias más conspicuas á resolver los recuerdos más vivos del tiempo corriente y á escribir la historia contemporánea en toda su verdad, al tocar las consecuencias rigurosas de premisas en las cuales han tenido magna parte. Así el duque de Broglie hoy estudia las causas del establecimiento definitivo de la República en artículo maestro, que ha insertado la *Revista de Ambos Mundos*, y al cual artículo acaba de responder con otro no menos importante mi amigo el joven diputado gambettista José Reinach. Que se perdiera la monarquía para siempre y que para siempre viviera la República, no puede Broglie comprenderlo, porque allá encastillado en los aristocráticos sentimientos de patricio y en las añejas supersticiones de monárquico, ignora toda la trasmutación sucedida en torno suyo y todo el cambio de la pública voluntad y conciencia. En estos cambios se hallan las causas generales; pero hay sumo interés en bajar desde tan alto á las causas subordinadas y segundas, que llamamos causas ocasionales. De todas estas referentes á la historia contemporánea de Francia, guardo yo un archivo en la memoria, por el culto que profeso á tanto y tanto excelso amigo francés como allí me distinguiera y me honrara con su confianza. El apetito entra comiendo, y así, después de haber leído á Broglie y á Reinach en estos últimos días, hame dado gana de trazar unos recuerdos personales míos respectivos á los meses transcurridos desde que Mac-Mahon diera su golpe del dieciséis de mayo del setenta y siete hasta que cayera, después de haber pasado por un período tan lucido como la Exposición del setenta y ocho. Pero lo remito á otros días, apremiado como estoy por más recientes sucesos.

II

Mientras los conductores de la República francesa, viejos ó jóvenes, vuelven sus ojos á la historia contemporánea y á los hechos capitales de esta historia, el emperador Guillermo se recluye, solitario y reconcentrado dentro de sí mismo, en la célebre montaña, tan conocida por su importancia religiosa con el nombre de la Wartburgo. Cual dió á la isla de Patmos una inextinguible fama la presencia en ella de San Juan por haber allí escrito su Evangelio revelador del Verbo este apóstol predilecto de Cristo, dió una inextinguible fama por su parte á Wartburgo la presencia en tal montaña de Lutero por haber allí escrito su traducción de los Evangelios este fundador de la religión germánica. Bien merecía tal reposo Guillermo, después de haber cazado por las selvas germánicas, asistido á múltiples entrevistas regias, visitado las costas dálmatas, hecho una excursión por el Adriático y paseádose al amor de la poesía y de la naturaleza por los celestes lagos de Venecia. La montaña donde ha obtenido ese bien, á las gentes célebres tan caro, el bien de la soledad en agreste apartamiento, le habrá quizás enseñado que si para todos los mortales tiene un sólido precio el silencio, tiénelo mayor para los mortales que ocupan alguna cumbre altísima en el mundo. El elector de Sajonia en aquellos días, mucho más célebre á la verdad que el elector de Brandeburgo, progenitor de Guillermo II, llevó al Patmos germánico el revelador de la conciencia nacional alemana, para que por espacio de mucho tiempo se callase. A este precio, á precio del silencio, dióle aquel salvoconducto que al monje rebelde le aseguraba la vida el emperador Carlos V, su amo y señor. Para no promover nuevos conflictos con Roma, el orador debía callar y á toda costa reducir en sí cuanto le ocurriese á su inteligencia. Libre en su palabra, quizás de grado callara Lutero; mas cohibido y obligado al silencio, la natural elocuencia de aquel enardecido ánimo debía brotar por sí misma con vivaz espontaneidad. Tenemos en nosotros inspiraciones instintivas, las cuales, por ser de la inteligencia, no pueden compararse con los impulsos de la voluntad, á causa de que en éstos obran á la continua tanto la conciencia cuanto la deliberación, mientras en aquéllos una fuerza casi divina, una revelación casi celeste, algo de eso que el poeta suele atribuir á las musas y que en la lengua extraña de la filosofía novísima se llama lo inconsciente. Como la naturaleza cría ese brevísimo ser denominado ruiseñor, última y acabada expresión de sus más dulces melodías, con sensibilidad é inquietud de artista, con pulmones parecidos á los fuelles de un órgano, con flexibilísima garganta de la cual brotan gorjeos y arpegios sin término, cría también al orador, comunicativo, franco, abierto de corazón á todas las emociones y abierto de inteligencia también á todas las ideas, con transparente alma como la superficie de un lago al reflejo de todos los objetos, necesitado de espaciarse y de difundirse como los fluidos, vibrante siempre en sus labios la palabra, cuya aparición coincide con la aparición misma de la idea, que toma, hasta en los senos del alma, todas las líneas y todas las reverberaciones de la forma. Por consiguiente, más fácil que allegar de un orador el silencio, allegar de una flor aromosa que no difunda sus aromas, de un luminoso astro que no comunique sus destellos, de un ardiente volcán que no lance sus lavas, de un mar que no se encrespe en olas, de un huracán que no corra en ráfagas y en trombas; porque la virtualidad del alma resulta superior en todo caso á las infinitas é innumerables virtualidades del universo. Y hago estas reflexiones acerca de lo imposible que para Lutero fué siempre callarse, porque igual imposibilidad pesa también sobre Guillermo II, que parece orador de nacimiento, y orador abundoso. Así las disertaciones que compone con cuidado y recita de coro no tienen ya número, y los asuntos que trata no tienen medida por su incalculable variedad. Lo mismo dialoga con los números que con los teólogos; y lo mismo habla desde un balcón á la plebe que desde un púlpito á los creyentes; y lo mismo discurre acerca de los problemas sociales que acerca de la gracia eficaz; y lo mismo lanza una voz de mando en las maniobras militares que un juicio científico en las competencias literarias: poeta, sociólogo, general, economista, teologizante, un saco de letras y de ciencias. Así necesita, en la inquietud que le sugiere su temperamento nervioso y en las alturas donde con tanta facilidad nos aqueja el vértigo, un retiro, como el retiro aparejado hace cuatrocientos años por el elector Federico á Lutero, secuestrado por una compañía de caballeros con máscara y conducido á un sitio ante cuyos recuerdos debemos detenernos un minuto para unir lo presente con lo pasado en estas fugacísimas hojas.

III

Los enmascarados condujeron al monje rápidamente y por sendas ocultas y por atajos tortuosos á este castillo donde ahora está Guillermo: tosca fortaleza con claustros y galerías del undécimo siglo, retiro inexpugnable desde cuyas alturas el alma humana puede como un águila volar sobre la tierra, elevarse á lo infinito, confundirse con la naturaleza, entregarse á la meditación según su grado. Leyendas católicas esmaltaban tan extraño sitio, desde el cual iba instantáneamente á posesionarse del mundo la revolución religiosa, dirigida contra el catolicismo tradicional. Allí habitó Isabel, esposa del landgrave de Hungría, en torno de cuya persona la tradición católica ha esmaltado mil leyendas semejantes á las que refieren los franceses de Santa Germana de Pibrac y los españoles de Santa Leocadia de Toledo. Dicen las crónicas legendarias que, como saliera la santa reina de su feudal palacio cargada de limosnas para los pobres, y bajo aquella carga que escondía de los profanos ojos la encontrara su marido y le dijese en son de amistosa queja y de cariñosísima pregunta por qué iba tan abrumada bajo aquel peso, convirtiósele todo él en rosas blancas y encarnadas, hermosísimas hasta deslumbrar la vista y bien olientes como las primeras flores del mundo recién nacido en los primeros días del Paraíso inmaculado. Grande asombro para el monarca las rosas aquellas en pleno invierno y en tal región; pero no hizo más que coger una y llevársela al pecho por respirar en ella, con la esencia de su cáliz, la santidad de su poseedora. Pocos sitios tan bellos como el Patmos agreste y montañoso de Lutero. Verdes campiñas en todas direcciones se extienden; argenteados arroyuelos se desatan susurrando por todas partes; las montañas lejanas se asemejan á condensaciones del aire celeste; los valles de Turingia surcan el maravilloso espectáculo y dan paz al ánimo que los contempla; cantan como á porfía las aves del cielo en las enramadas umbrosas; el aire se aviva y purifica en las eminencias sublimes; y el castillo, á pesar de su ceño, á pesar de su fortaleza, á pesar de su antigüedad, parece como un nido engarzado en la riente naturaleza que lo rodea en guisa de vivo y animado idilio. Pocos sitios tan idóneos para el recogimiento de las ideas, para la meditación sobre los problemas de la vida y de la muerte, para la paz del alma, para la comunicación estrecha y continua con el Eterno.

IV

La verdad es que retiros así necesitan las personas soportadoras de pesadumbres sociales enormes, habiendo de responder á su cargo y de cumplir con sus deberes. Las últimas conferencias en Coburgo, motivadas por las bodas del gran duque heredero moscovita y del príncipe soberano de Hesse, hanle servido de suma contrariedad á Guillermo II. Primeramente se ha indispuesto con su abuela Victoria, porque pedía ésta un águila negra para su yerno Battemberg, y hanle dado tan sólo una águila roja, como á cualquier mortal, sin conocer la herida en su propio seno abierta por su propia mano, siendo el favorecido un tan cercano deudo. En segundo lugar el Edimburgo, tío carnal de Guillermo é hijo de Victoria, se empeñara en sumar á su dotación como soberano alemán su dotación como príncipe británico, y esto ha dado margen á muchas riñas de familia. Luego el czar se ha incomodado con su hermana, la mujer del Edimburgo, porque, muy casamentera y entrometida, compromete á su sobrino, el gran duque moscovita, en una boda germánica, muy distante de la boda eslava, que apercibía en sus ensueños panslavistas para el futuro jefe de los esclavones. Todo sea por Dios. Cada día tiene su pena, y me adoloran más que los estremecimientos del corazón de Guillermo los estremecimientos del suelo helénico. Da horror pensar cuántas brutales fuerzas de la mecánica universal se conjuran contra obras del humano ingenio tan hermosas como el Partenón de Fidias, donde reina la eterna geometría de lo perfecto, y el Museo de Atenas, donde alzan las más hermosas estatuas del mundo los himnos triunfales que celebran la victoria del espíritu sobre la fatalidad y del ciudadano helénico sobre las viejas costas asiáticas. No le faltaba otra cosa que sumar desgracia tan terrible como los terremotos á tantas desgracias caídas en los últimos tiempos sobre las espaldas de Grecia. Para ver cómo ha disminuído su influjo basta considerar los aumentos alcanzados por el influjo de Bulgaria en los Balkanes. El caballo de batalla entre griegos y búlgaros es Macedonia, y ahora lo ha vuelto el sultán hacia Bulgaria. Las concesiones demandadas para las comunidades religiosas búlgaras y los obispados hanse satisfecho con largueza y á pedir de boca. Olvidando las guerras de otros tiempos y las terribles matanzas, Stambouloff ha pronunciado un discurso, en que reconoce cuán beneficiosa es á Bulgaria la nominal y honoraria supremacía reservada en el tratado de Berlín á Constantinopla. No es maravilla que con repúblico tan ducho en marrullerías diplomáticas y tan diestro en bogar entre dificilísimos escollos, Bulgaria prospere mientras cae Rumanía en poder de la prepotencia germánica y Servia en epilepsias revolucionarias. El golpe de Estado á cuya virtud rompió el rey servio la regencia y vulneró la Constitución, sólo ha cedido en provecho del padre que vendiera su primogenitura y supremacía por un plato de lentejas. Así hay quien cree que los Milochs habían de partirse pronto del trono y reemplazarlos con ventaja los Karas, enlazados con familia de tanto influjo sobre los esclavones del mediodía como los Nikitas del Montenegro. La verdad es que las protestas menudean abajo, las dificultades arriba estallan, los conspiradores surgen, los pronunciamientos amagan, el disgusto popular crece, amenazan los radicales, y cruzan relámpagos revolucionarios por aquel horizonte cerradísimo. Pidamos al cielo que todo en paz y con justicia se arregle para bien del progreso y de la libertad universal.

Madrid, 6 de Mayo de 1894

ESTATUAS

EN HONOR DE LOS HOMBRES ILUSTRES

Cunde felizmente en nuestro país la afición á decorar las poblaciones con estatuas de hombres ilustres, y es de esperar que lleguemos por este medio á dos apetecibles resultados: á tributar el debido obsequio de nuestra veneración y gratitud á los esclareci-

dos varones que, habiendo contribuído, ya con sus heroicos hechos, ya con sus talentos, á engrandecer nuestra patria, aún no han obtenido esa demostración del público aprecio, y á fomentar en grande escala el ejercicio del bello arte estatuario, tan necesitado en España de ilustrada protección.

Cuando se despierta en un pueblo el generoso sentimiento de gratitud hacia los bienhechores de la humanidad ó hacia los hombres que le han proporcionado días de gloria con sabias leyes, con ruidosas victorias, con descubrimientos científicos ó con la fama adquirida en el cultivo de las artes y de las letras, una de las primeras manifestaciones de ese noble sentimiento es siempre el anhelo por inmortalizar la semblanza corpórea de esos seres que á los ojos de la generalidad aparecen como semidivinos, y entonces se recurre á las artes de la pintura y de la estatuaria para realizar esas venturosas apoteosis del genio. Entonces también con el entusiasmo nacional crece el ardor de los artistas y se centuplica el poder de su inventiva, y vienen para las artes días de prosperidad y grandeza.

Renacería, sin duda, si esa afición á erigir estatuas no se entibiase, y si con ella se desarrollara el gusto por las elegantes y duraderas decoraciones marmóreas; renacería, repetimos, aquella era feliz del siglo XVI, en que nuestra escultura, engalanando con sus caprichosas creaciones las fachadas y coronamientos de los templos, palacios, universidades, colegios, casas municipales, tribunales, lonjas y demás edificios públicos, sus salones y galerías, sus vestíbulos y patios, y hasta sus mismas bóvedas, y los paseos y los jardines con sus escalinatas y sus fuentes, tenía en cada centro de población importante una escuela de hábiles artistas.

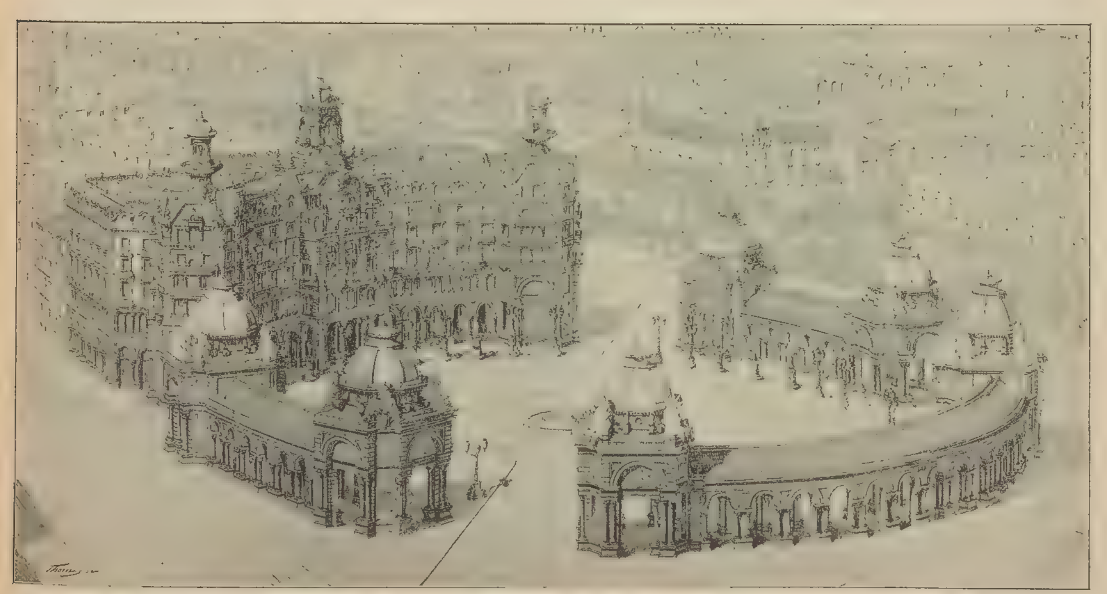
Conviene recordar el puesto de honor que ocupaba la estatuaria en la vida pública y privada después que el lujo y la fastuosidad de las gentes del Asia y del Egipto se introdujo en las costumbres de los griegos y romanos, para que se comprenda cuánto camino tenemos aún que andar para merecer el dictado de amantes del arte; porque hoy, á decir verdad, aunque blasonemos de serlo por encargar á un escultor una vez en veinte años una imagen de talla para nuestra capilla, ó el busto en mármol de nuestro abuelo para un gabinete, nuestras más hermosas ciudades y nuestros más suntuosos palacios son muy poca cosa, comparados con la Roma y los palacios del tiempo de los césares.

En la antigüedad, ninguna nación culta superaba al imperio asirio en cuanto al número de las estatuas que decoraban sus construcciones arquitectónicas; pero el pueblo heleno le sobrepujó en la corrección y buen gusto de las que prodigó en sus plazas, templos y teatros. Pericles desplegó en Atenas una magnificencia que rayó en derroche; á su muerte todos los caudales del tesoro público fueron invertidos en estatuas y cuadros para los edificios que dejó sin concluir: á tal punto el pueblo ateniense se había acostumbrado á secundarle en sus despilfarros. Rodas, Delfos, Corinto imitaban en esto á Atenas, y los tebanos, vencedores de los atenienses, lo primero en que pensaron en cuanto alcanzaron la victoria fué en construir en la plaza de Tebas un gran pórtico con estatuas y bajos relieves que representaban los tesoros arrebatados á los enemigos. Y á este tenor toda la Grecia; así sus edificios, sus plazas y hasta sus caminos eran como libros abiertos que enseñaban á los viajeros la historia y las artes de aquel privilegiado país.



Muchacha veneciana, cuadro de E. Blaas

Los romanos del tiempo de Marcelo eran todavía sobrios y austeros en sus costumbres como lo habían sido los griegos de la época de Milciades, Temístocles y Cimón, los cuales vivieron con la sencillez y modestia de los simples ciudadanos; pero después de los días de aquel inocente cónsul Mumio, que imponía á los encargados del transporte de las estatuas que había robado en Corinto la pena de costearle otras iguales si algunas llegaban á estropearse en sus manos, empezó la arquitectura de la reina del Tíber á engalanarse con esculturas, y las prodigiosas riquezas de este género arrebatadas á la Grecia dieron al traste con la antigua severidad romana; en términos tales, que no fueron ya sólo las imágenes de los ciudadanos ilustres y virtuosos las que sirvieron de ornato á la capital del Imperio, sino los despojos de las ciudades conquistadas, fruto de expoliaciones y rapiñas que la razón de Estado consentía á los codiciosos generales, á los despóticos gobernadores, á los emperadores tiranos, que estrujaban y esquilmaban á las provincias sometidas, en beneficio del lujo público y privado de la corte. Entonces empezaron los edificios públicos y particulares á multiplicarse y embellecerse rápidamente á compás con la opulencia del Estado y formando contraste con la decadencia de las costumbres y la paulatina extinción de la fe política y de las públicas libertades. Las estatuas y las pinturas llegaron á ser el ornato obligado de todos los parajes destinados á satisfacer necesidades sociales y á proporcionar placeres. Agripa, aunque hombre de baja extracción y de carácter adusto, llevó á Roma estatuas de todas partes para decorar el Panteón, las termas y los acueductos que hizo construir ó restaurar. Plino hace subir á más de trescientos los monumentos de mármol que este singular romano mandó colocar en diferentes edificios, y se cree que no entran en este número las muchas estatuas que puso entre las columnas del Circo. Augusto fué quien desplegó en esto más magnificencia, y no ha habido pluma que haya acertado á describir las riquezas reunidas en el pórtico del famoso templo de Apolo Palatino, aunque intentara hacerlo Ovidio y hubiese presumido bosquejarlas el elegante epigrama dirigido por Propercio á Cinthia. Veíanse en el vestíbulo de su palacio, de un lado la serie de los reyes latinos, labrados en



BARCELONA MODERNA.–Reforma de la plaza de Cataluña, proyecto premiado del arquitecto D. Pedro Falqués

mármol, empezando por Eneas y Anquises y concluyendo con Numitor Amulio, y del otro lado todos los reyes romanos y los famosos capitanes que habían contribuído á afianzar y engrandecer el Imperio. En uno de los pórticos de este palacio había estatuas representativas de las diversas naciones del Imperio, de las que tomaba el nombre de pórtico *ad nationes.* Todas las construcciones que de tan maravilloso palacio formaban parte estaban profusamente enriquecidas con estatuas griegas de los más famosos maestros, y otro tanto sucedía con los demás edificios de que este primer emperador dotó á la ciudad de Roma, «ciudad que recibió de ladrillo y entregó de mármol,» según la expresión de Suetonio.

No hay para qué ocultar que mientras los buenos patricios destinaban á los edificios públicos el botín artístico recogido en las naciones vencidas y gastaban considerables sumas en su traslación á Roma, otros, codiciosos y egoístas, se llevaban á sus palacios y quintas aquellos tesoros del arte; vicio en que incurrió Verres, á quien increpaba duramente Cicerón poniéndole en desventajoso parangón con los Flaminios, Paulo Emilios y Mumios, los cuales con ejemplar generosidad enriquecieron los templos y las poblaciones de Italia con los despojos recogidos en sus conquistas, en vez de apropiárselos codiciosamente.

Sería tarea interminable reseñar todas las maravillas que la afición á las estatuas realizó en Roma, las que amontonó en la célebre *Villa* Adriana, en cuyo recinto se compendiaba todo lo más insigne de Egipto y Grecia, hipódromo, teatro, liceo, Campos Elíseos, el Cocito, el Flegetonte, el infierno bañado por el Teteo, y todo exornado con estatuas y pinturas apropiadas á cada lugar; las que adornaron las Termas de Diocleciano y Caracalla, las que se prodigaron en los anfiteatros y teatros, en el suntuoso coliseo, donde había colosos, carros y cuadrigas de bronce que hacían alusión al triunfo de Tito, etc.; en el teatro de Scauro, en el cual las estatuas pasaban de tres mil; en el de Pompeyo, ilustrado con las alegorías de las doce naciones por él subyugadas. Fuera de Roma presentaban los teatros la misma riqueza artística, porque no eran estos edificios destinados al recreo de los ciudadanos lo que son ahora: la parte principal era el escenario, y en él los intercolumnios estaban decorados con bajos relieves y estatuas de mármol y de bronce, como lo atestiguan las ruinas del teatro de Verona, que sirvió de tipo al Paladio para trazar su magnífico teatro de Vicenza. Además de la escena se decoraban en estos edificios otras partes, tales como la orquesta, y supónese que las dos célebres estatuas de los Balbos encontradas en Herculano procedían de los dos costados de la orquesta de su teatro.

A diferencia de lo que pasaba en Grecia, donde las viviendas particulares presentaron en todo tiempo gran sencillez en la decoración interior, las casas de los romanos acaudalados eran verdaderos museos. Las estatuas y los cuadros llenaban en ellas los vestíbulos, los corredores, las piezas todas. Lucrecio nos habla de estatuas doradas de jóvenes hermosos, destinadas á sostener las lámparas que iluminaban de noche las habitaciones. Pero era nada el lujo artístico desplegado en las casas de los patricios y altos funcionarios del Estado en Roma, comparado con el que ostentaban sus granjas ó casas de placer y sus jardines. La quinta de Régulo á la orilla opuesta del Tíber, la de Servilio, la de Cicerón en el Túsculum, abundaban en sus pórticos, salas y jardines en producciones de los Celámides, Scopas, Praxiteles y demás insignes escultores griegos.

PEDRO DE MADRAZO

DON APOLINAR

El mes de enero había sido crudísimo y *La Correspondencia de España* había cobrado un dineral por avisos mortuorios. Los lectores del popular periódico espantábanse todas las noches contemplando en la cuarta plana quince ó veinte cruces en otros tantos avisos chicos y grandes de fallecimientos. Entre los muertos los había de todas edades y de todas condiciones; burgueses, desconocidos fuera del círculo de sus deudos y amigos; banqueros de mayor ó menor cuantía; viejos ilustres, académicos, ex diputados, ex senadores, ex ministros, ex consejeros; literatos, músicos, pintores, militares de coronel arriba, concejales, comerciantes, etc., etc. Era aquello un rompan filas que hacía temblar á los pusilánimes y á los enfermizos temerosos de la muerte.

La gente no hablaba de otra cosa.

– ¡Jesús! ¡Fulano!.. Anteayer le vi en la Puerta del Sol con su mujer y por la noche le acometió la pulmonía que le ha llevado al otro mundo en veinticuatro horas.

– ¡Zutano! ¡Qué desgracia! ¡Un hombre tan feliz, con unos hijos tan hermosos, con una mujer que es el tipo de la más perfecta belleza, con la fortuna hecha!.. ¡Morirse tan joven!.. No tendría más de cuarenta años...

– ¡Rodríguez! Pero si parece mentira. Un hombre que rebosaba salud y que acababa de ascender á coronel.

– ¡La marquesa del Plátano!.. ¡Jesús! ¡Jesús! Al año de casarse, cuando todo la sonreía, cuando triunfaba en los salones.

Los médicos de fama no tenían tiempo ni de rascarse. Las veinticuatro horas del día no les bastaban para visitar á los enfermos de verdad y á los aprensivos y miedosos, y además tenían que extender diariamente unas cuantas certificaciones de fallecimiento, que es como refrendar pasaportes para el otro mundo. Frotábanse de gusto las manos los empresarios de pompas fúnebres, y los cocheros y lacayos de estas empresas no se quitaban en todo el día el siniestro y ridículo vestido á la Federica, pues en verdad no comprendo por qué han de vestirse de máscara estos sirvientes para llevar muertos al lugar del eterno descanso.

La preocupación general, en tan duro invierno, notábase en todas partes; los teatros estaban llenos de tifus, es decir, de *gorrones* que no pagaban el billete; en los círculos, después de las diez de la noche, no quedaban otros socios que los banqueros y los puntos, á quienes aterraba más una cochina sota en puerta que la desaparición de la mitad de sus consocios. En el casino de Madrid reuníanse todas las noches varios amigos que no jugaban, y que antes de notarse tan excesivo aumento de mortalidad pasaban allí, en un gabinetito *confortable*, la mayor parte de la noche, hablando de las cosas de la villa, de política, de mujeres, de recuerdos de otro tiempo; todos eran ya señores mayores. Pero la grave alteración de la salud pública hizo retraerse á varios de asistir á la agradable tertulia, y los que asistían retirábanse prudentemente antes de las diez, como digo. Uno solo se quedaba allí leyendo los periódicos en la biblioteca ó contemplando á los jugadores. Era éste D. Apolinar Gómez, persona muy distinguida, militar retirado, perfecto caballero muy estimado de cuantos le trataban y que en otro tiempo figuró con lucimiento en la buena sociedad matritense.

Una noche, cuando los cuatro amigos suyos más íntimos se despedían de él á las nueve y media, don Apolinar les dijo, sonriendo amargamente:

– Pero ¡qué miedo tenéis!

– ¿Miedo?, exclamaron los cuatro.

– Sí, amigos míos, tenéis miedo á la muerte, que estos días no se da punto de reposo.

– ¡Hombre!, dijo uno, la verdad es que los ejemplos que se ven son poco tranquilizadores.

– Yo no tengo miedo, dijo otro, pero bueno es ser prudente. El doctor Tardío dice que trasnochar ahora es funesto.

– No hagas caso del doctor. Nadie se muere hasta que Dios quiere, añadió Gómez.

– Zarzuela en un acto, letra de Serra, música de Oudrid, agregó jovialmente uno de los amigos.

– Y no hay que tener miedo á la muerte, continuó D. Apolinar, ni desear no morirse, ni pedir, siendo cristiano, á Dios que nos conserve la vida cuando nos consideremos expuestos á perderla. Si no tuvierais tanta prisa os contaría algo que no sabéis de mi propia historia, para persuadiros de que cuando la muerte viene á sacarnos de este mundo perecedero es porque nos conviene.

– ¡Hombre!, será curioso lo que nos vas á contar.

– Si queréis oirlo, sentémonos; os convido á te y á cognac.

Y todos se sentaron y oyeron á D. Apolinar contar lo siguiente:

– Tenía yo cuarenta años, hace diez, y era felicísimo. Acababa de heredar de un tío desconocido 750.000 pesetas en dinero contante; mi mujer me adoraba; mis hijas eran dos ángeles, que hacían mi delicia con sus donaires, y vivía yo, en fin, en medio de hermosas realidades y lleno de ilusiones y de risueñas esperanzas. No tenía ninguna contrariedad, ninguna preocupación enojosa; todas eran satisfacciones para mí, todo me sonreía, el presente y el porvenir... Pues bien: en estas circunstancias, una noche, saliendo de oir cantar á Gayarre *La Favorita*, que era en aquel tiempo el placer más intenso que podía experimentar una persona de buen gusto, me sentí indispuesto. Llegué á casa dando diente con diente, me acosté, abrigándome mucho y tomando tazas de flor de malva, pero sin conseguir la reacción. Mi mujer alarmada llamó al médico, que no vino hasta la madrugada. Me examinó, y según me dijo mi mujer cuando pasó el peligro, torció el gesto, como diciendo: «¡Malo! Este enfermo se me va por la posta.» El segundo día me halló peor que el primero, y el tercero peor que el segundo, y el cuarto se creyó en la obligación de manifestar á mi pobre Adela que era preciso viaticarme. Figuraos lo que sufriría mi mujer, que me adoraba como á un santo; pero su conciencia de buena cristiana le imponía el deber de no dejarme salir sin confesión de este mundo. Ella, con mil rodeos y haciendo los más dolorosos esfuerzos para que yo no viera las lágrimas en sus ojos, cumplió el encargo del médico. Y éste, después, cuando supo que estaba yo dispuesto á cumplir mis deberes de cristiano que se va, no tuvo ya inconveniente en exponerme su fatal pronóstico, queriendo atenuarlo con que se podía esperar mucho de mi fuerte naturaleza y con que otros enfermos bastante más graves que yo se habían salvado. En verdad os digo que la noticia me hizo una impresión terrible. Yo no tenía ninguna gana de morirme; hallábame en plena felicidad en este mundo, y me sabía muy mal, pero muy mal, irme tan prematuramente al otro, y á pesar de la gravedad de mi estado, empecé á pedir mentalmente á Su Divina Majestad que me conservase la vida y se apiadase de mi mujer, de mis hijas y de mí. Sin embargo, confesé, recibí la Comunión y la Extremaunción y me dispuse á morir, si no había remedio, pero mientras conservé el conocimiento no cesé en mi plegaria. Así llegué al séptimo día de mi enfermedad, que el médico aseguró sería el de mi muerte. Mi familia y mis amigos rodeaban mi lecho; todos lloraban, todos rezaban, y yo, con dulcísima calma, sintiendo cómo se iban agotando mis fuerzas vitales, elevaba con el corazón ferviente plegaria á Dios Todopoderoso suplicándole la vida que se me escapaba. El médico había dicho al marcharse: «Dentro de un par de horas todo habrá concluído.» Cuando volvió traía ya extendida y firmada la certificación con la hora del fallecimiento en blanco, y le llenó de asombro saber que el muerto vivía y estaba bastante tranquilo. Era un hombre sincero. Otro médico se habría atribuído mi curación; pero él confesó noblemente que en el estado en que me dejó no podía menos de hallarme difunto cuando volviera, y que estando yo, no sólo vivo, sino aliviado, era milagro patente, un milagro de los que nunca ha hecho ningún médico. A los cuatro días hallábame convaleciente de mi enfermedad, y en posesión absoluta de la felicidad que tanto temía perder. Siempre he creído firmemente que Dios oyó los ruegos del moribundo y me concedió la vida. Preguntad, si queréis, á mi médico de cabecera, que es el doctor Bermúdez, y le oiréis decir que á no ser por la acción de un poder sobrenatural, era imposible que yo recobrase la salud.

– No estarías tan malo... Bermúdez exageraría la gravedad de tu estado...

– ¿Pues no os digo que reconoció y confesó que mi curación no se debía á sus cuidados?.. Creedme: fué obra de la Providencia exclusivamente, y esta certidumbre la he adquirido después. Dios quiso demostrarme que en aquellas circunstancias, cuando yo era feliz, cuando nada me faltaba, cuando no había para mí más que satisfacción y contento, la muerte debía recibirla como un beneficio más, porque morir feliz no es ciertamente una ventura de que gozan muchos.

D. Apolinar calló un momento, y luego en tono más grave prosiguió:

– Todos sois mis amigos verdaderos y me inspiráis completa confianza para que, ya que he empezado, acabe de contaros mi historia íntima. Recobré la salud por completo, y fué más grande y más intenso mi regocijo de seguir viviendo que mi temor á la muerte. Pero, amigos míos, Dios me había otorgado la vida que le pedí me conservase, pero no le había pedido que me conservara también la felicidad, porque de ésta, viviendo, consideraba segura la posesión. ¡Qué engaño el mío!.. Antes de mucho tuve que deplorar que no se realizara el pronóstico del doctor Bermúdez. Seis meses después de haberme salvado yo murió mi mujer, mi pobre mujer, tan buena y con la que fuí tan ingrato, porque al año me sedujo la gracia de otra, volviéndome loco al punto de casarme con ella.

– Eso no lo sabíamos..., dijo uno de los amigos.

– Me casé en Andalucía, enamoradísimo como un inocente. En dos años gasté una gran parte de mi fortuna con aquella mujer, que me era infiel... El amante era un desgraciado á quien consideraba mi mejor amigo...

– ¡Lo de siempre!

– Le abofeteé y nos batimos, y tuve la desgracia horrible de matarle.

– ¿Desgracia?..

– Sí, vosotros, por dicha vuestra, no sabéis lo que pesa un muerto, mejor dicho, su sombra. Perdida la



MES DE MAYO

copia del cuadro de F. Markham Skipworth

mujer locamente amada, muerto el amigo, herido el corazón, sin calma la conciencia, creí hallar el consuelo único en el amor de mis hijas, las hijas de mi primera mujer, la buena, la santa. Y experimenté un dolor más agudo todavía que los que me produjeron la traición de mi segunda esposa y la muerte de mi amigo á mis manos. Mis hijas ya no me amaban. Justo castigo de la ingratitud con que pagué á su madre la incomparable ternura y la abnegación con que me quiso. Amaron á su madre; vieron mi olvido, mi abandono, y no pudieron perdonarme. La una murió, murió de pena por su madre y de ver á su padre dar su nombre á una mujer indigna, y la otra... la otra huyó de mí para encerrarse en un convento. Estoy solo, estoy pobre; lo que me quedaba de fortuna lo perdí en ruinosas empresas en que me empeñé, creyendo que así podría distraerme de mis pesares, que podría olvidar, que podría consolarme de la desgracia de no haber muerto cuando estuve á la muerte, cuando era tan feliz. La pobreza es lo que menos me importa; necesito poco. Sin embargo, ¿quién sabe?.. Puede que viva tanto, que antes se agoten por completo mis recursos, y tenga la miseria por compañera de mi vejez. Ahora convendréis conmigo en que la muerte en plena felicidad, cuando no se tiene en la memoria la obsesión de los amargos recuerdos, ni en el corazón la hiel de las traiciones y los desengaños, ni en la conciencia la tremenda pesadumbre del remordimiento, cuando se está rodeado de seres amados y que os aman, es preferible á la vida penosa, estéril, que Dios me ha concedido... No hay que ver con espanto la muerte, no hay que importunar á la Providencia pidiéndole más vida... porque, en puridad, suele exponerse quien tal hace á importunarla después pidiéndole la muerte. Y puede exponerse á no ser oído, añadió D. Apolinar con una amarguísima sonrisa.

Carlos Frontaura

LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL

DE BELLAS ARTES

II

Dije en el artículo anterior que me limitaría principalmente al estudio de aquellas obras que nos hablan de las nuevas direcciones artísticas contemporáneas. En las discusiones sobre la Exposición, suele verse en esta predilección por el arte de última hora un exclusivismo funesto. Las objeciones contra el que llaman muchos «modernismo,» con frase muy vaga, pueden resumirse en estos términos. Por de pronto se repite la manoseada sentencia de que «todos los géneros son buenos, exceptuando el enojoso.» Después, se recuerda que, sea cual fuere el *credo* de un artista, su obra debe tener un carácter *personal,* lo cual indudablemente anula la importancia de toda doctrina, de toda predilección sistemática, de todo dogmatismo excluyente. Se añade luego que no hay obra de arte digna de este nombre, si no nace viva de una impresión sentida intensamente y sinceramente exteriorizada. La más perfecta sinceridad debe ser la primera virtud del artista. Es la primera condición que hace interesantes las obras, aun las medianas. Para una persona de gusto educado, quien dice lo que siente, será siempre superior, en su misma medianía, á todo imitador rastrero que atiende al éxito reinante por vanagloria, y lo que es peor - y bastante común, - por interés mercantil. Y como cada artista tiene su modo de sentir y de ejecutar, cuando es sincero, y sólo esta sinceridad le hace respetable, de aquí que sea un mal todo exclusivismo en la crítica, y se cometa grave daño preconizando un género, un estilo, un procedimiento, una tendencia, con exclusión de los restantes. La atmósfera que así se forma sofoca en el artista independiente su personalidad; le arrastra á la imitación y á la mentira, arrebatado por la corriente general. Este es en definitiva - se clama en todos los tonos - el resultado funestísimo de los dogmas, los partidos, las sectas, las fórmulas que oprimen en arte el libre juego del espíritu; resultado tanto más lamentable y sin fundamento racional, cuanto que la naturaleza no ha dogmatizado, no ha catequizado, no ha predicado nunca, y ahí está, serena, próvida, sublimemente generosa, permitiendo que cada cual la interprete á su modo y ofreciéndose tan múltiple en sus aspectos cuantos son los que saben sentirla.

Todo esto es verdad y no he de negarlo. Sobre todo, la sinceridad del artista - que invalida todo sistema - es condición que no puede echarse en olvido. ¡Ojalá no la olvidaran los artistas! ¡Ojalá fuera ella una suerte de religión! ¡No constituirían entonces las exposiciones como la presente tantos plagios sin alma, tantos remedos sin sentido! No veríamos entonces engendrarse en el arte moderno tantas convenciones, apenas desaparecidas las antecedentes; no tendríamos siempre obras de receta, en cuanto la sanciona el éxito, ni pasaría de un estilo á otro el que no lo tuvo nunca suyo, como una mujer muda de figurín cada temporada.

Pero con lo dicho, los que todo esto objetan, olvidan muchas cosas y confunden otras, á mi juicio. No diré, descendiendo al caso presente, al de la Exposición actual, que nadie tiene la culpa, sino los mismos artistas, de que lo mejor y lo más interesante en aquellas salas, sea lo poco nuevo, aun siendo poco y no totalmente desconocido aquí. Pero, aun fuera de esto, se olvida que el arte evoluciona constantemente como todo, y si á una crítica de inventario, empeñada en repartir palmetazos ó premios, le puede parecer de su incumbencia dar á cada cual lo suyo, á quien guste de estudiar el arte en sí mismo, como se estudia cualquiera manifestación social, le interesará siempre mucho más seguirle en sus evoluciones nuevas, que rezagarse respetando personalidades conocidas. Estas tienen derecho á no variar, ¡quién lo duda!, pero nadie ha de limitar tampoco el derecho ajeno á pasar á otra cosa, á investigar con toda imparcialidad cómo entienden el arte los que van llegando.

Por otra parte, la verdadera personalidad artística, en su más alto sentido, como sinónima de individualidad aislada que escapa á toda dirección, y por aquí á toda clasificación y sistema, es mucho menos común que lo que se cree. Aun sin ser el artista imitador servil de la obra ajena, es hijo de su tiempo; obedece muy sincera y vivamente al influjo de su época. Por aquí, cada una de ellas tiene su arte, y su carácter propio, cada evolución, á despecho de la personalidad de los que la realizan. Nada lo prueba tanto como la posibilidad indiscutible de agrupar á los artistas pasados en grupos nacionales y étnicos, en escuelas, por fechas y hasta por reinados, sin que las excepciones, siempre escasísimas, destruyan el concepto general. Nada tan evidente como que una obra artística lleva siempre en su estilo, por personal que sea, su fecha y su procedencia. De aquí que cuando se habla de nuevas direcciones en lo presente - lo mismo que cuando se agrupa á los autores por escuelas en lo pasado, - se realice una tarea muy racionalmente fundada en la realidad, que no es ni ha sido nunca incompatible con la personalidad individual de los artistas, que no la cohibe ni la perturba, que no es sinónima de exclusivismos, ni fomentadora de ninguna rutina. La unidad genérica, propia sólo para la teoría artística, no se opone á la variedad específica, individual, de la realidad y de la práctica. No hacemos otra cosa que reconocer un hecho al cual no se sustrae nadie de un modo absoluto: el influjo de su época. Basta, pues, no tomar estas frases elásticas de «nuevas tendencias,» de «direcciones modernas,» de «modernismo,» etc., en un sentido limitadísimo, sinónimo de este ú otro género, para dejar á salvo los derechos de la individualidad. Sólo los que, por ignorancia ó por malicia, unen á cualquiera de aquellas frases el nombre de un par ó tres de autores, ó el recuerdo de dos ó tres obras - que los importunan, - sólo éstos pueden clamar contra el derecho de estudiar las corrientes nuevas, por más interesantes que lo ya conocido.

Que éstas existen y se engruesan todos los días, nadie lo duda. Que el arte está experimentando una crisis y va á una radical transformación, lo ven los ciegos. Más vale, pues, examinarla desapasionadamente que oponerse á ella. Desde luego, no se trata sólo de una, sino de varias tendencias, aunque con un nexo común. No está tampoco la transformación en tentativas aisladas, en el uso de esta ú otra tonalidad, en tales ó cuales inspiraciones, ó en extravagancias de sectarios, congregados misteriosamente en conciliábulos heréticos. La evolución es más grande y más seria y no se puede juzgar de ella, como hacen algunos aquí, por simples estudios, ni por ensayos *originales á toda costa.*

En pintura, es indudable que el estudio al aire libre (y por aquí el paisaje en que naturalmente se ensayó desde un principio), ha ido modificando, transformando y sutilizando el sentimiento del color en el presente siglo. El afán de la atmósfera-verdad, ha traído la observación, refinada cada día más, de las coloraciones ambientes y de las combinaciones sutiles de reflejos. Se ha visto que la luz y el aire no hacían sentir tan sólo hacia fuera su coloración y su densidad: también en el interior, como en el espacio libre, se combinan y producen efectos invisibles á los ojos vulgares, pero perceptibles á los más refinados sentidos de un artista. Los pintores modernos que han estudiado los interiores como un exterior, han intentado hallar en el estrecho espacio de las habitaciones las armonías secretas del aire y de la luz que vibran en las habitaciones cerradas de un modo más sordo que el aire libre, pero que existen seguramente. De aquí aquellas obras, cuya primera impresión ha desconcertado al público; de aquí, no ya sólo la neblina grisienta de ciertos cuadros, aún combatidos actualmente (como si fueran la única nota que ha traído la evolución), sino también al lado de ellos los efectos de plena luz solar, más verdaderos é intensos que nunca, y la escrutación de las iluminaciones artificiales.

Pero no existe sólo en esta técnica un positivo progreso. Con ella, con la mayor verdad y fluidez del ambiente y de la luz, ha venido una mayor simplificación del dibujo, una visión sintética de los mismos espectáculos reales, que ha sido como el primer paso á una nueva idealidad, una selección más depurada y exquisita de las realidades concretas, un hálito de distinción y sentimiento que alejó cada día más á los artistas de la vulgaridad maciza, pesada y prosaica, tan común en los temas de un realismo casero y mal sentido. Bien puede compararse esta evolución lógica y apenas perceptible en los primeros años - que no reacción violenta ni repentina - con el cambio que experimentó paralelamente la literatura. En ésta la constante tarea de la observación aguzó, refinó, acabó por simplificar el análisis, y trocó la pura sensación, casi brutal y pletórica, en sutil psicología. En pintura, la mayor sutileza y refinamiento en la interpretación del natural, y la simplicidad de la visión, han dado á las obras modernas un carácter parecido, un sentimiento más penetrante, una predilección por lo menos vulgar, más íntimo y delicado. El paisaje, henchico de aire fluido, de vaporosas lontananzas, parece más que sólidamente real y consistente, una visión del artista, una interpretación libre que adquiere la inconsistencia de lo soñado. De la múltiple variedad de los espectáculos reales, se eligen ya con más frecuencia los episodios de la vida familiar ó íntima, apacibles y serenos, impregnados las más veces de extraña melancolía, como alejados de todo contacto grosero, despreciadores del tumulto vulgar y de la vida corriente de las multitudes.

Aunque procediendo de autores de personalidad muy diversa, con muy distintos procedimientos y carácter, las pocas obras salientes de la Exposición actual recuerdan todas algunos aspectos de la evolución indicada. Se bañan en aquel ambiente fluido y dilatado, que los trueca en algo más que en una imitación pintada de la realidad, los paisajes deliciosos del holandés Ten Cate; los países nevados, el puente de Londres, la visión nocturna sobre el Sena ó en el bulevard con el alumbrado kiosco, etc.; los poéticos crepúsculos de Macaulay Stevenson y el de Morbelli, los magistrales pasteles de Defaux, el jugoso y húmedo paisaje de Hamel, etc., en la sección extranjera. Son notabilísimos ejemplares del estudio de la luz solar, espléndida y radiante, ó remisa y triste, el *Village,* de Gillot; la tierna, alegre y luminosa pradera, de Villaert; el estudio de una *Niña,* de Jiménez Aranda; los magistrales interiores del citado Morbelli, su *Iglesia,* su *Giorno di festa,* donde se funde la más sorprendente verdad con el sentimiento de melancólica paz de un asilo, casi sin gente. La escrutación de los efectos de la luz artificial reflejada - estudio frecuente de muchos artistas extranjeros en pasadas exposiciones - aparece también en los pocos cuadros salientes de la nuestra. Graner tiene en ella su *Herrería,* obra vigorosa y de gran empuje, con figuras de tamaño natural, que alumbran los rojizos reflejos de una fragua encendida, y el retrato de Casellas, sumido en la penumbra de su despacho iluminado en primer término por una lámpara. Otro estudio de luz artificial, de sorprendente verdad y distinción, de Casas, figura en la sección española, y otros dos, de Blume, en la sala de Munich; de los dos prefiero la escena familiar con figuras de gran tamaño, en torno de una mesa. Mayor carácter moderno se nota en las obras de Regoyos y Rusiñol. Regoyos tiene en la sección española el espectáculo de un bulevard en noche de lluvia, de un movimiento y una vida admirables, y el pórtico de la catedral de Bruselas. No hablo de las otras dos, porque aun siendo las preferidas por algunos, no me parecen tan notables como las citadas. Los interiores de Rusiñol se distinguen por una armonía de tonos exquisita y por la distinción y expresión en extremo sugestiva de sus figuras femeninas, de un sentimiento delicado, aunque enfermizo, como cierta literatura corriente, pero que, en suma, se aparta de lo vulgar y es como la promesa de una nueva poesía, á la cual sólo le falta curarse de su íntimo desaliento.

Otras obras hay con éstas que resaltan por encima de las vulgares por una inspiración más sobria y selecta, ó por su esmerada ejecución, resultado de una viril labor, aunque se aparten de aquellos proce-



Fiestas celebradas en Santo Domingo con motivo de las bodas de oro de la República Dominicana
La procesión cívica. - El carro municipal

dimientos que se atribuyen exclusivamente á los autores nuevos. Hummel tiene en la sección extranjera su *Moribunda* – una de las obras superiores de la Exposición actual; – Stokmeyer, un retrato al pastel, delicioso como suyo; otros, la Beaury-Sorel, dos de las cuales – el de Madame Severine y el *La lectora*, – son para mí más dignos de elogio por su dibujo, (vigoroso en el primero, delicadísimo en el segundo) que por su color. Entre los españoles figuran en primera línea: *La Huelga*, de Cutanda, henchida de movimiento y de expresión; el finísimo estudio de desnudo de Casas; el grandioso paisaje de Vancells; la elegante figura de mujer, de Felíu, y una cabecita de Brull. – Esto es, á mi juicio, cuanto puede citarse entre las obras de género en una compendiosa reseña, si dejamos á un lado lo que ya todos tenemos conocidísimo.

Pero ¿bastan estas obras para formar concepto cabal de las direcciones modernas? En algunas de ellas sólo vemos simples estudios; en otras, el anuncio de nuevas concepciones; en las más, el predominio de una técnica más seria, más segura, menos superficial y amanerada que hasta aquí; pero no puede decirse que sólo por tales muestras pueda juzgarse del verdadero arte contemporáneo. En este sentido, la Exposición es deficientísima. De la pintura mística, de la alegórica y ornamental y aun de la misma histórica, interpretada en el mismo sentido, no hay ninguna obra en aquellas salas. El interminable lienzo de Luna, *La profanación de los sepulcros de los reyes*, – á pesar de su notabilísimo fondo, de un carácter algo escenográfico – es tan sólo un cuadro de historia tal como se ha entendido ésta hasta aquí en nuestra pintura y en el teatro: una página declamatoria y efectista. La escena evangélica de Llimona, con el título de *Venite et prandete*, no satisface, ni el pintor nos convence esta vez como otras, á pesar de la indudable belleza del último término del paisaje, apacible y sentido. Tampoco puede darse por obra acabada en su línea, ni mucho menos, el cuadro de Clapès, con todo su genial temperamento y su sentimiento de verdad en las mejores figuras de su composición. En cambio, es harto visible para todos la extrañísima incorrección de la principal, que denuncia absoluta indiferencia por todo lo que no sea herir fuertemente la atención del espectador, arrancando su aplauso á la emoción sola y no á la fruición artística que causa únicamente el equilibrio entre lo bien concebido y sentido, y lo bien ejecutado.

En el número siguiente terminaremos nuestra excursión por las salas de escultura, dibujo y escenografía.

J. YXART

9 de mayo

JUICIO POR JURADOS

He sido jurado y no se me olvidará fácilmente.

¡Qué días tan amargos! ¡Qué noches tan tristes!

Pensando siempre en «hacer justicia;» pidiendo á Dios que me sacara pronto y con bien de mi cargo.

Yo había creído que reunir á un pelotón de señores casi, legos casi, en su mayoría, era tanto como llamar á junta facultativa á los vecinos cuando tuviéramos en casa algún enfermo.

– Yo no sé lo que tiene el enfermo, opinaría un vecino.

– Calentura, explicaría otro con naturalidad y valentía.

– Mi dictamen es muy sencillo: baños de agua fría.

– Es verdad; así, por lo menos, se le despena pronto.

– Eso lo dirá usted.

– Y cualquiera que tenga sentido común.

– Yo le aplicaría seis docenas de sanguijuelas...

– Sí; ya suponemos, no siga usted.

– Y dos sangrías de veinte onzas.

– Mejor es hacerle la «transfiguración» de la sangre.

Pero fuí jurado y conocí mi error.

A los pocos juicios andaba yo por casa con cierta gravedad, y con gabán-saco á manera de toga, y pensando siempre en lo mismo.

En cuanto nos reuníamos en la Audiencia para que nos sortearan, ya estábamos hablando de lo mismo.

Era natural: de la profesión.

Entre mis compañeros, «jurisconsultos como yo,» había representantes de diversas clases sociales.

Un repartidor de entregas de novela, un ilustrado fosforero, el dueño de una carbonería, enlutado él por el polvillo de la profesión, un propagandista de verduras callejero y otros *sportmans*.

El jurado, desde el momento en que se ve entre los llamados, se debe á la administración de justicia.

Deja de ser padre de familia; deja de ser funcionario público; deja de ser médico ó abogado ó ingeniero ó albañil ó lo que sea, para entregarse á la judicatura accidental.

Sorteado y elegido por este procedimiento, el deber del jurado es ver, oir y fallar, con arreglo á su conciencia y conocimientos accesorios.

Recuerdo con horror uno de los juicios en que funcioné.

El acusado era un venerable anciano, reincidente, no como anciano sino como... ladrón involuntario, según él.

Pedía el fiscal doce años de presidio para el delincuente, y el abogado defensor la absolución libre.

Verdad es que en otra causa había pedido el fiscal la pena de muerte y el defensor la absolución libre.

Otro jurado más experto, el fosforero, me aleccionó, diciéndome:

– Es lo que piden siempre; yo he repasado en el puesto el Código penal, en los ratos de ocio, y me ha servido de mucho.

– ¿Para la venta de cerillas?

– No, para este caso: leo con algunas dificultades, pero me entiendo.

Nuestro delincuente manifestó que había pasado lo mejor de su vida entre la cárcel y los institutos del ramo de penales.



UN CONCIERTO DE LA ACADEMIA MUSICAL



ICH EN EL REAL ODEÓN, DIBUJO DE RENATO REINICKE

Confesó que era el autor del robo con nocturnidad, premeditación, alevosía, abuso de confianza y otras circunstancias «atenuantes.»

Nos retiramos á deliberar en la trastienda, como decía el carbonero jurisconsulto, y él que «había caído presidente» nos leyó las preguntas del formulario á que habíamos de contestar sí ó no, como en una sentencia de un juego de prendas.

El secretario nos trajo el sumario para que le examináramos si queríamos en un momento.

Constaba de unas cuatro mil hojas, sin grabados.

El presidente nos preguntó de nuevo:

– Vamos á ver, señores, ¿qué hacemos con ese pobre viejo? Es verdad que ha robado y que es reincidente y que no se le conoce otra manera de vivir; pero es un dolor que á su edad se vea otra vez «postergado» en un presidio.

– ¿Poster... qué?, preguntó el carbonero.

– Postrado, rectificó otro señor juez de hecho.

– Bueno, conque vamos á ver, primera pregunta: «Inocencio Terreiro y Pichichi, ¿es el autor del robo de?..»

Enternecidos los jurados, y á pesar de la declaración del protagonista del hecho, respondimos:

– No.

– Inocencio... etcétera, ¿es reincidente?

También estaba comprobado y afirmado por el propio estimable anciano.

Pero nosotros, siempre enternecidos, respondimos:

– No.

Y así sucesivamente.

El fiscal pidió otro jurado y se lo concedieron.

El cual jurado negó, no solamente el robo, sino hasta la existencia del ladrón.

El pobre Inocencio lloraba de alegría y los espectadores también.

¡Qué espectáculo!

Tres meses después ya estaba otra vez enjaulado Inocencio, por robo con asesinato.

– ¡Por culpa nuestra!, pensaba yo.

Pero hasta que sobrevino ese acontecimiento, ¡qué tranquilidad la de los que formamos el tribunal!

– ¡Aquel pobre ancianito, desvalido, como decía su abogado, víctima de una acusación irreflexiva é impremeditada!

Después tomamos la revancha ó tomaron mis compañeros en el «forro.»

Indignados porque no les abonaban las «dietas jurídicas,» empezaron á condenar, y no salía un infeliz con bien.

Los defensores nos miraban con horror.

Y á la sala donde estábamos adscritos, denominaban en la Audiencia «sala de los pasos perdidos» ó «sala de disección.»

Cuando lo recuerdo me espanto.

¡Dios mío, que no vuelva yo á verme jurado ni aun cobrando dietas!

EDUARDO DE PALACIO



El guitarrista, cuadro de Luis Graner (Salón Parés). – Es Luis Graner uno de los artistas de nuestra región que mejor representa, por medio de sus obras, los conceptos de la escuela española. Sus cuadros no manifiestan en su procedimiento una forma nueva, pero revelan el buen sentido del artista que tan inteligentemente asocia la castiza gama con los modernos preceptos y que tan bien interpreta los tipos que reproduce, convencido de la alta misión que debe llenar el artista, esto es, la de copiar cuanto le rodea para facilitar elementos al libro de la historia.

El guitarrista es otra página gallardamente escrita, es otra producción que, cual la mayor parte de las que amasa Graner en su paleta, reciben con aplauso los aficionados y respeta la crítica.

Muchacha veneciana, cuadro de E. Blaas. – No es éste el primer tipo veneciano que publicamos de E. Blaas, y nuestros lectores recordarán sin duda el que con el título de *¿Qué me querrá?* reprodujimos en el número 605 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En ambos se advierte el estudio que el reputado artista alemán ha hecho de las mujeres en Venecia, sobre todo de las del pueblo, cuya belleza sorprende tanto más, cuanto que por lo general se ostenta sin atavíos que la realcen, y antes bien en muchos casos con un desaliño que al ser ellas menos hermosas las haría repulsivas.

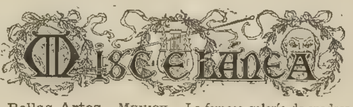
Barcelona moderna. – Reforma de la plaza de Cataluña, proyecto premiado del arquitecto Pedro Falqués. – Roto el círculo de murallas que aprisionaba á Barcelona, empezó á surgir una nueva ciudad, hoy más extensa, más poblada y suntuosa que la ciudad antigua. Entre una y otra quedó como punto de unión una extensa cuanto irregular cerca de terreno, que desempeñó el oficio de plaza, por más que afearan su aspecto aisladas y variadas construcciones. Precisaba regularizarla y embellecerla, y para lograrlo, salvadas las dificultades que presentaban los que se titulaban propietarios de los terrenos, abrió el ayuntamiento un concurso en el que figuraron treinta proyectos. Entre ellos fué distinguido con el primer premio el del arquitecto D. Pedro Falqués, que en su forma general reproducimos, convencidos de que nuestros lectores han de verlo con interés, ya que se refiere á una reforma ha tiempo anhelada y por fortuna próxima á realizarse.

Mes de Mayo, cuadro de Markam Skipworth. – Han pasado aquellos tiempos en que las estaciones, los meses, las manifestaciones de la actividad humana y tantas otras nociones abstractas inspiraban á los artistas alegorías más ó menos justas en que el pintor se lanzaba á espacios imaginarios y acudía por lo común á los personajes y hechos mitológicos. Hoy la verdad se impone, la inventiva ha cedido el puesto á la observación, y así vemos á los más afamados pintores expresar aquellas mismas ideas rindiendo culto al realismo y apartándose en lo posible de lo convencional: así vemos al notable pintor inglés Markham Skipworth representar el mes de mayo por una joven hermosa y de la edad en que los años se cuentan por primaveras, defendiéndose con el abanico de los primeros calores y aspirando el perfume de un ramo de lilas, de esas flores que constituyen el mejor encanto de los jardines en los días primaverales.

Fiestas celebradas en Santo Domingo con motivo de las bodas de oro de la República Dominicana. – El día 27 de febrero último cumpliéronse cincuenta años de la fundación de la República Dominicana, y con este motivo celebráronse en las principales ciudades de aquel territorio grandes fiestas, siendo las más notables las que se organizaron en la capital, Santo Domingo. Duraron éstas cuatro días, y entre los festejos sobresalieron: una magnífica cabalgata histórica, en la que figuraba una preciosa carroza dispuesta por el ayuntamiento y alegórica de la República, de la Industria y del Comercio, y otra no menos bella de la colonia española representando la Caridad; la inauguración del Centro Benéfico Español; la procesión cívica, á la que concurrieron todas las fuerzas vivas de la ciudad y especialmente las escuelas con numerosos estandartes, en cada uno de los cuales se leía el nombre de un héroe dominicano, y la recepción en el palacio de la Presidencia. La nota característica y saliente é indudablemente para todos la más simpática de esos festejos fué el espíritu de fraternidad entre dominicanos y españoles, que aparecieron unidos por unas mismas aspiraciones, por unos mismos intereses, por el mismo amor á un trabajo que á todos por igual ennoblece y recompensa y por el mismo cariño á una tierra que vió nacer á los unos y ha dado hospitalidad á los otros, á aquella hermosa Antilla, cuna de América y favorita del gran genovés.

Un concierto por la Academia Musical de Munich, dibujo de Renato Reinicke. – Con sólo recordar la protección á Wagner dispensada por los soberanos bávaros, se comprende la importancia que en Baviera se concede al arte músico, haciéndole compartir los favores sin cuento que allí se dispensan á las otras bellas artes y que ha hecho de Munich la moderna Atenas. El centro de ese movimiento artístico-musical constitúyelo la Academia Musical muniquense, de la que forman parte los músicos más renombrados y que todos los inviernos da en el Odeón grandes conciertos clásicos. Uno de éstos representa el dibujo que reproducimos: dirige la orquesta el célebre maestro Levy, y en la fila de espectadores que se ve de espaldas están en el centro el príncipe regente, á su derecha el príncipe y la princesa Alfonso y á su izquierda la princesa Elvira, hoy esposa del conde imperial Wrbna, la infanta Paz de Borbón, esposa del príncipe Luis Fernando, y la princesa Amalia, viuda del príncipe Adalberto. El autor de este hermoso dibujo, Renato Reinicke, sólo cuenta en la actualidad treinta y tres años y hace muchos que es considerado como uno de los primeros dibujantes alemanes: su especialidad son las escenas de la vida elegante moderna, que reproduce con una maestría por muy pocos alcanzada, dando á sus figuras vida y movimiento y una corrección de líneas irreprochable.

Palacio principal de la Exposición universal de Lyón. – De este edificio y de la cúpula gigantesca que constituye su mayor atractivo hablamos ya en el número anterior al ocuparnos de la Exposición universal lionesa; omitimos, pues, nueva descripción al publicar el grabado que lo reproduce y en el cual se ve toda la grandiosidad del palacio en donde se han reunido los más variados productos del trabajo humano.



Bellas Artes. – MUNICH. – La famosa galería de cuadros que poseía el conde Schack ha sido legada por éste al emperador de Alemania, y la colección de cartones, dibujos y grabados en parte al gran duque de Mecklemburgo y en parte al gabinete de grabados muniquense. Entre las obras maestras que figuran en la colección de pinturas, compuesta de 350 números, hay 16 de Bocklin, 11 de Feuerbach, 30 de Schwind y 7 de Genelli; contiene además hermosos lienzos de Lenbach, Rottmann, Steinle y otros renombrados pintores alemanes y varias copias excelentes de obras de antiguos maestros. Los temores que la ciudad de Munich sentía de perder tan valiosa colección se han desvanecido, gracias al acuerdo, digno de toda alabanza, del emperador, que ha resuelto no sacar la galería de aquella ciudad. El municipio muniquense ha acordado en vista de ello dar las gracias al soberano y colocar en la galería una lápida de mármol con una inscripción grabada del texto del telegrama en que el emperador comunicó á la ciudad su determinación.

PARÍS. – *Los Salones del Campo de Marte y del Palacio de la Industria.* – Este año los disidentes del Campo de Marte, al revés de lo practicado en los cuatro anteriores, se han anticipado á sus rivales de los Campos Elíseos en la apertura del *Salón* que representa la vitalidad del arte moderno en todas sus manifestaciones, desde uno á otro extremo; desde Puvis de Chavannes, con sus severas y bellísimas concepciones, hasta el artista afanoso de notoriedad con excentricidades más ó menos simbólicas ó impresionistas.

Mil doscientos lienzos y 135 esculturas, muchos dibujos, acuarelas y otros objetos de arte decorativo, constituyen la exposición de este año.

Domina, sobre todo, la hermosa obra de Puvis, consistente en once composiciones destinadas á decorar la escalera de la casa consistorial de París; la principal de ellas representa á Víctor Hugo ofreciendo su lira á la ciudad, cuyo cartón en claroscuro figuró en la exposición del año pasado. El insigne maestro, verdadera gloria del arte contemporáneo, ha conquistado una nueva corona de imperecederos laureles con su última obra, según aseguran unánimemente todos los críticos y revisteros de la capital.

Desnudos, paisajes, marinas, escenas populares ó aristocráticas, tipos y retratos, de todo hay en el Campo de Marte, debidos algunos á artistas como Duez, Carolus Durán, Prinet, Hawskins, Ary Renan, Rixens, Desboutin, Cazin, Roll, etc. De entre nuestros compatriotas figuran, y en buena línea, Gándara, Casas, Barrau, Checa, Baixeras, Rusiñol y Zuloaga.

Beraud, con su *Cristo llevando la cruz*, el alemán Uhde y Tissot, con sus 270 composiciones en que pinta la vida de Jesús, representan la pintura religiosa; de concepto y hechura modernos, como Whistler, Hawkins, Besnard y otros, representan la pintura, si no simbólica, de una realidad entrevista confusamente en ensueños.

Además de todo esto, caracterizan al Campo de Marte las artísticas obras de Dalou, el laureado escultor; de Desbois, que expone una estatua, *La Miseria*, que es una obra maestra; de Meunier, que con su alto relieve, *El trabajo de los mineros*, ha hecho otra, etc.

Completan la manifestación artística de los disidentes las artes decorativas, con los bellísimos y portentosos vidrios y muebles de Gallé, de Nancy, la cerámica de Menier, las encuadernaciones de los maestros parisienses, los bronces, marfiles, etc., que afirman la evolución del arte en nuestros días, ó mejor dicho, en lo decorativo al menos, una verdadera resurrección.

Mil ochocientas sesenta y cuatro obras de pintura, 800 pasteles, acuarelas y dibujos y 1.129 esculturas forman el contingente del Salón de los Campos Elíseos, el clásico y tadicional salón.

Descuellan entre esa balumba de telas y de modelos escultóricos obras, ya de eminentes artistas franceses, ya de extranjeros artistas que no sólo por el nombre de sus autores, sino por las cualidades que reunen, merecen aplauso y justísimos elogios. *El Papa y el emperador*, de J. Pablo Laurens; *Las glorias lionesas*, de Fournier, y en particular el *Caballero de las flores*, el *Parsifal*, de Rochegrosse, atraen las miradas y llaman la atención general, como también *Las víctimas del deber*, de Detaille; el retrato de Gerome, por Morot; *La siega*, de Bilbao, etc.

Sobresalen en escultura: *El Sena*, alto relieve de Puech; *El Pensamiento*, de Michel, y el grupo *En el campo del honor*, hermosa composición de Carles.

En suma, uno y otro Salón comprueban que continúa París mereciendo la capitalidad del movimiento artístico, prescindiendo de escuelas, tendencias, maneras, modas y exageraciones, porque allí todo se manifiesta y tiene eco todo cuanto encierra algo de bueno.

Teatros. – En Turín se ha estrenado con muy buen éxito una comedia de G. Antona Traversi, *La Civetta*.

– En el teatro imperial de la Opera, de Moscou, se ha estrenado con éxito entusiasta la ópera de Leoncavallo *Los Médicis*.

– El conocido editor de música de Milán, Sonzogno, ha arrendado para el próximo invierno el teatro Canobbiana de aquella ciudad con el propósito de hacer de él un teatro internacional, en el cual se representarán, entre otras óperas, *Martiri*, de Samara; *Graziella*, de Auteri; *Ratcliff*, de Mascagni; *Rolando de Berlín*, de Leoncavallo; *Werther*, de Massenet; *Sigurd*, de Reyer; *L'attaque du Moulin*, de Bruneau; *Patria*, de Paladilhe; *Mara*, de Hummel, y una ópera cómica del compositor ciego Stehmann, de Leipzig.

Barcelona. – En el teatro Lírico el eminente Novelli está dando una serie de representaciones que son para él y para su compañía otros tantos triunfos. En el Liceo ha debutado con gran éxito la compañía de opereta francesa á cuyo frente está la célebre Montbazón. En el teatro de la Granvía actúa la aplaudida compañía de opereta italiana Palombi, que trabajó hasta hace poco en el Liceo. En Novedades anuncia una serie de representaciones la notable compañía dirigida por Ricardo Calvo y Donato Jiménez. La empresa del Eldorado ha tenido la buena idea de poner en escena *El tío Tararira*, preciosa comedia en un acto, arreglada del francés por Ventura de la Vega, obra no representada hace muchísimos años y en cuyo desempeño ha obtenido muchos aplausos el Sr. Riquelme.

Necrología. – Han fallecido:

Francisco Garzes, notable actor italiano y autor de algunas obras dramáticas, entre ellas *Flirtation* é *Il signor d'Albret*, que obtuvieron gran aplauso.

El príncipe Baltasar Boncampagni Ludovisi, ilustre matemático italiano.

Julio, barón de Carritz y Dallwitz, ex embajador de Alemania en Madrid.

Pawel Nicolaiewich Jabloschkow, célebre electrotécnico ruso, inventor de la lámpara eléctrica de su nombre.

Carlos Reinhold Kostlin, profesor de estética y de historia de las Bellas Artes de la universidad de Tubinga, autor de varias é importantes obras de estética.

Eugenio Lejeune, célebre pintor francés.

Juan Guillermo Constantino Lipsins, profesor de arquitectura de la Real Academia de Bellas Artes de Dresde, autor de los planos para el nuevo edificio de ésta, y de muchas construcciones y trabajos decorativos de aquella cuidad y de Leipzig.

Luis Pfau, poeta alemán y autor de varias obras de bellas artes, industrias artísticas y estética.

Adolfo Federico, conde de Schack, poeta é historiador alemán gran protector de escritores y artistas, autor de multitud de poesías líricas, épicas y dramáticas, de una *Historia de la literatura y del arte dramáticos en España* y de *La poesía y el arte árabes en España y Sicilia*.

José Schex, pintor de género y de historia alemán.

Antonino, archimandrita, presidente de la misión rusa en Jerusalén, gran arqueólogo muy reputado por sus estudios sobre antiguos monumentos cristianos.

Luis Bockelmann, profesor de la Escuela superior de Artes plásticas de Berlín, notable pintor de género.

Leopoldo Martín Laya, escritor dramático francés, autor entre otras de la obra *Napoleón*, que con tanta propiedad y lujo se estrenó hace poco en París.

Sir Eduardo Watkins, el llamado rey de los ferrocarriles ingleses, un verdadero genio en materia de vías férreas, iniciador del proyecto de túnel submarino en el canal de la Mancha.

Felipe Spitta, insigne historiador y crítico musical alemán, profesor de Historia de la música en la universidad de Berlín.



El recién llegado sujetaba á su cochero por la nuca

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Con la gracia de Dios se puede evitar siempre la vanidad, replicó Frasquita bruscamente; pero ¡ah!, aquí viene una visita para usted, señorita, y es alguno que no se enorgullecerá nunca de su belleza.

Susana volvió la cabeza, y no pudo reprimir una exclamación de alegría; después ofreció sus dos manos al visitante, diciéndole:

—¡Al fin, querido Marcos!.. Merecía usted que le agobiara con mis reprensiones; pero me alegro tanto de verle, que ya no pienso en decirle cosas desagradables.

El hombre á quien Susana recibía con tanta familiaridad era de escasa estatura y contrahecho; pero su rostro, muy simpático, no era de una exagerada longitud ni de aspecto enfermizo. Completamente afeitado, tenía facciones muy pronunciadas, y ojos negros, notables por su expresión inteligente, y en su boca observábase esa curva severa que indica la lucha y también el sufrimiento. Primo lejano de la madre de Susana, había mantenido con el Sr. Jeuffroy relaciones íntimas de parentesco, á pesar de la secreta antipatía que le profesaba.

—Me ha sido imposible venir antes, querida prima, y debí contentarme con escribir á usted. Habrá sabido ya que me hallaba ausente, y además de esto he tenido muchas ocupaciones. ¡Pero qué hermosa está usted! Las alegrías de la novia le sientan muy bien.

– Pues no puedo devolverle el cumplido, contestó Susana mirando á Marcos con interés. ¡Qué aspecto de fatiga tiene usted, amigo mío!

– He trabajado con exceso de algún tiempo á esta parte, y acabo de sufrir una crisis industrial que me ha inquietado vivamente. Ahora ha concluído ya y voy á descansar.

– Sí, repose usted, replicó Susana afectuosamente, pues sentiría mucho verle enfermo.

Las mejillas del Sr. de Preymont se colorearon, y contestó con tono ligero:

– Tranquilícese usted...; tengo fuerza para resistir un poco de exceso en el trabajo.

– Ahora que su fábrica de hilados le marcha tan bien, repuso la joven, no me explico por qué se toma usted tantas molestias. Así lo decíamos ayer con el Sr. Veland.

– Es mucha bondad por parte de usted, contestó Marcos con un poco de ironía; mas el trabajo es para mí tan necesario como el aire para respirar.

– ¿Sabe usted que se dice que busca la popularidad para llegar á ser diputado? Yo contesté que no lo creía.

– Y tiene usted razón... Yo no me propongo nada más que ocuparme en una cosa ú otra; pero ya sé, añadió Marcos con desdeñosa tranquilidad, que se buscan motivos ocultos detrás de todos mis actos, y que se me somete á un juicio que es inútil calificar.

– ¡Oh! Ya sé que usted es independiente, Marcos, y le felicito por ello, repuso la joven con calor.

– He ahí una buena palabra que me hace formar la más alta opinión sobre su juicio, contestó Marcos con un tono entre irónico y grave; pero seguramente se modificará antes de que transcurran tres meses.

– No es usted muy amable, replicó Susana con despecho. ¿No podré yo ser también independiente?

– Para decir esto, es preciso que espere usted á conocer el mundo.

– ¿Y espera usted conocerme antes de juzgarme?

¡Conocerla! Si la joven hubiera podido leer en su pensamiento, se habría visto reflejada en él, como en un espejo, que la hacía tan seductora por sus defectos como por sus cualidades. Marcos apartó los ojos, comprendiendo que no podía dominar su expresión, y después de una breve pausa contestó con tono afectuoso:

– Estamos discutiendo ya como antiguos amigos que tienen derecho para ello. Usted se casa, Susana, y me parece que era ayer cuando jugábamos aún, y usted venía á trastornar el salón de mi madre.

– No es eso lo que le autoriza á usted para conocerme, contestó Susana con una sonrisa, pues yo he cambiado..., ya comprenderá usted. Pero observo que nada me dice del Sr. de Varedde. ¿Por qué es eso, Marcos?

– Aseguro á usted que ha sido sin la menor intención, contestó el Sr. de Preymont sonriendo. No soy muy aficionado á los cumplidos, Susana, y todo cuanto puedo decirle es que si no creyese buena su elección, hace ya largo tiempo que mi amistad habría intervenido para retraerla de ese matrimonio.

– ¡Ah! Esas palabras me complacen muchísimo, contestó Susana, cuyas mejillas se colorearon por efecto de la satisfacción. Me importa mucho su aprecio, pues debo decir francamente, querido Marcos, añadió Susana con vehemencia, que usted me inspira tanta confianza como amistad.

– Confianza y amistad... ¡Sí, esa es nuestra divisa, repuso el Sr. de Preymont con un tono que impresionó desagradablemente á la joven; yo he nacido confidente, como otros nacen. . poetas ó albañiles. Y ahora, adiós; ya no volveré usted á verme hasta pasado mañana, en la alcaldía y á la hora de firmar el contrato.

Así diciendo, dirigióse rápidamente hacia el parque del Sr. Jeuffroy, que se comunicaba por una verja con el jardín de Constanza, y añadió, al ver que la joven le seguía:

– No habrá usted permanecido largo tiempo á la sombra de esas viejas construcciones, querida Susana.

– Es verdad..., pero no ande usted tan de prisa, Marcos. ¿Le urge alguna cosa?

– Bien se lo predije á usted, continuó el Sr. de Preymont sin contestar á la pregunta. Cuando el año pasado me habló de los pretendientes á quienes rechazaba, yo le dije: ¡Muy bien, pero llegará un día, tal vez muy próximo, en el que Psyquis no encenderá su lámpara y se embarcará alegre para lanzarse en el mundo. Usted protestó, jurando que deseaba disfrutar de su vida de joven; pero ya ve que yo tenía razón.

– Excepto en un punto, replicó Susana sonriendo, pues yo no soy Psyquis: mi lámpara está encendida, y lo que alumbra me agrada.

Una imperceptible sonrisa entreabrió los labios del Sr. de Preymont.

– ¡Tanto mejor!, dijo, pues si tiene usted algún amigo que desee su felicidad, seguramente soy yo.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal acento de sinceridad, que Susana, en su emoción, no supo qué contestar.

– ¡Ah!, exclamó Marcos de pronto, ya viene la tía... Decididamente me escapo. Expóngale usted mis excusas, pues ya no tengo tiempo de hablar.

Constanza corría, en efecto, hacia los dos jóvenes, llevando en la mano un plato con pastelillos; mientras que Frasquita, apoyada un pie en su azada y la barba en las manos, contemplábalos desde lejos con la atención de una sibila rústica que trata de penetrar los más profundos misterios de la vida.

Preymont tomó la mano de Susana, retúvola un momento entre las suyas, y dijo con voz conmovida:

– Hasta más ver, Susanita... Permítame usted darle todavía hoy este nombre familiar; no es la primera vez, pero sin duda será la última.

– ¡Ah! ¿Por qué?, murmuró la joven con los ojos húmedos.

– ¡Oh! Porque la niña se hace mujer, contestó Marcos sonriéndose.

Y alejóse después de dirigir una detenida mirada á su alrededor, cual si quisiera llevarse consigo el último recuerdo de una imagen amada que iba á desvanecerse.

Al cruzar por los jardines del castillo, pensó que los antiguos setos, lozanos bajo las nuevas hojas marchitas, parecían regocijarse de tener á la vista una vez más la juventud y el amor como en otro tiempo, cuando á su sombra iban dos personajes empolvados á darse un beso ocultamente ó á murmurar palabras de amor.

II

«¡Confidente y amigo!..,» repetía avanzando rápidamente, mientras contemplaba las sombras de la tarde que iban extendiéndose como paños fúnebres en su camino y en su mente.

Durante un momento, detúvose á orillas del Vienne, y escuchó maquinalmente el canto alegre de una avecilla que remontó el vuelo cerca de él para volver á su nido; y la idea de que un hombre, en felices disposiciones morales, hubiese asociado aquel hecho insignificante á la satisfacción íntima, le hizo sonreir con desdén.

«¡Oh locura de la imaginación!, pensó, continuando su marcha. ¿Quién me librará de ella? Mensajera falaz, que jamás me habló más que para engañarme... ¿Habré vuelto á escucharla de nuevo?»

Marcos se encogió de hombros al hacer un movimiento de compasión, debido á su propia debilidad, y quiso cambiar el rumbo de sus ideas sumiéndose en otras preocupaciones; pero entre ellas y su voluntad interponíase un lindo rostro de expresión altiva, y entonces el sueño acariciado pesaba sobre su corazón de una manera insoportable.

El Sr. de Preymont contaba treinta y seis años. En su infancia, la caída de un coche le obligó á guardar cama durante largos meses, y á pesar de la solicitud de los mejores cirujanos, á pesar de los aparatos más perfeccionados, no se pudo evitar una desviación en la columna. Era hijo único, y hasta entonces sus padres habíanse enorgullecido de su belleza tanto como de su inteligencia precoz. Su padre, arrebatado al mundo bruscamente por una fiebre maligna, no tuvo el pesar de ver los padecimientos morales del niño, cuya naturaleza se modificó rápidamente al primer contacto de una existencia anormal. En vez de ser vivaz, expansivo y osado, como antes, comenzó á tener un carácter taciturno, vacilante y reservado; y en la edad en que no se conocen ni la vida ni las penas, en ese tiempo radiante de locas esperanzas y de ingenuas creencias, perdió en sí y en el porvenir esa confianza que es la esencia misma de la juventud.

Felizmente para él, estaba dotado de gran disposición respecto al trabajo, y sostenido por su madre absorbióse en sus estudios, y se adormeció en los sueños juveniles de un espíritu que deseaba apasionadamente la vida de acción.

El despertar fué terrible. Cuando después de brillantes estudios se vió rechazado de las carreras hacia las cuales le atraían sus aficiones, pasó por una crisis moral espantosa. Con el absolutismo de la inexperiencia, ante la irrealización de sus primeros ardientes deseos, parecióle que no veía ninguna salida para su viva inteligencia, y con la exageración de la juventud que sufre cuelmente, sintió aversión á los hombres y á la vida, y su espíritu atormentado tuvo entonces toda la aspereza del que se ha rebelado contra el destino.

Pero junto á él, un corazón seguía con la angustia del amor materno, llevado hasta la pasión, las menores fases de un pesar que, concentrado en sí mismo, no dejaba por eso de ser menos peligroso.

La señora de Preymont, buscando un medio de ocupar activamente la inteligencia que se devoraba á su lado, compró á corta distancia de su propiedad una fábrica de hilados, que con una buena dirección podría prosperar mucho; y así comprometió la mayor parte de su capital; pero haciendo depender del éxito de la empresa el reposo y el bienestar de su vejez, daba á los esfuerzos de su hijo un objeto determinado. Esto era conocerle bien, y su generosa imprudencia provenía de una rara sagacidad.

Preymont tenía entonces veintidós años, y sumido en el más triste desaliento avanzaba á grandes pasos hacia la desesperación que conduce á las resoluciones extremadas. Ya tocaba en el abismo cuando la abnegación y la iniciativa de su madre le salvaron.

Su energía y su inteligencia no necesitaban más que alguna causa para manifestarse, y se lanzó con ardimiento en una empresa que exigía el trabajo más perseverante. Sin embargo, antes de alcanzar el éxito, muchos años transcurrieron en medio de alternativas, de resultados felices y de fracasos; pero en aquella existencia de lucha, que por más de un concepto convenía á su carácter, tanto por la actividad que era preciso desplegar como por la acción directa que podía tener sobre los otros, no conoció ya el sufrimiento intolerable que resulta cuando las más vivaces facultades se han de concentrar en sí mismas y buscan un centro de actividad sin encontrarlo.

A pesar de la antipatía que infunden los seres deformes, el Sr. de Preymont se había impuesto en el país por la superioridad incontestable de su inteligencia; y si es verdad que esto le granjeaba enemigos, nadie osaba por eso atacar su autoridad; pero si no se discutían sus facultades intelectuales, buscábase una compensación haciendo malévolas suposiciones sobre su carácter, muy diversamente juzgado. Así, por ejemplo, repetíase que la inteligencia había sofocado los sentimientos del corazón, el cual tenía ya seco y sin calor; y que su generosidad, muy liberal y espléndida, se metamorfoseaba en intrigas electorales para llegar á ser diputado. En este punto, jamás dejó entrever sus intenciones; pero son tantos los que no admiten el bien desinteresado, que á pesar de todas las apariencias contrarias, convínose en que el Sr. de Preymont era un ambicioso. Cierto grupo de personas á quienes infundía temores por la independencia de sus ideas, acusábale de socialista, y se inquietaba por la actitud que tomaría al ingresar en el Parlamento. Chocaba de frente con la medianía general, y por eso ésta vigilaba todos sus movimientos á fin de hacer deducciones desfavorables. Algunos, más perspicaces tal vez, formaban no obstante la más alta opinión del carácter de un hombre que, en la vida íntima, se mostraba reservado á los ojos de los indiferentes.

En todo caso, lo cierto es que el pensamiento del señor de Preymont abarcaba mucho, y que era uno de esos raros hombres á quienes sus tendencias naturales y su saber inducen á querer las grandes cosas, á generalizar las ideas de tal modo que su juicio, por lo mismo que abandona los senderos trillados, es poco ó nada comprendido. Había adquirido por sus lecturas y sus viajes una tolerancia que muchas personas consideran una falta de principios, cuando no es en realidad sino la señal de una inteligencia desarrollada por la comparación y el estudio de la vida.

Al entrar en su casa subió á su habitación, y sentándose resueltamente ante una mesa llena de papeles, díjose que iba á olvidarse de sí mismo en el trabajo; pero éste le rehusó su auxilio habitual, y le abandonó al fin para terminar una carta que había comenzado por la tarde.

«... Por lo demás, amigo mío, nada ha cambiado desde la última vez que estuviste en nuestro país, aunque haya transcurrido ya mucho tiempo. Siete años hace que no has venido, y quince meses que no te estrecho la mano. Tal vez descubrirás en mí algunos cabellos grises ó algunas arrugas nuevas; pero estas señales de la decadencia apenas se notan en un hombre que jamás tuvo el derecho de ser joven. La habitación marcada con tu nombre te espera, y confiando en lo prometido, supongo que la ocuparás varios meses, como en otro tiempo. Tus aficiones quedarán satisfechas, porque este año, á pesar de nuestro prolongado invierno, la vegetación de los cerros es tan loca como la más loca de tus ideas. Hasta el río y el Vienne se reirán de tu incomprensible amor á la vida; y sin embargo, desde tu torreón oirás, como yo, la campana de una antigua iglesia que en el momento de escribirte estas líneas repica alegremente porque un hombre ha nacido para sufrir. Mañana sonará para anunciarnos que ha recorrido ya la senda de la vida y que ha marchado hacia ignotas regiones. A esto es á lo que se llama la alegría de vivir, pero

en realidad me parece una amarga ironía. Es una fortuna que, después de esto, fundemos sobre palabras y frases nuestra manera de ver; pero como tú crees en las realidades felices, tus pensamientos seguirán un curso distinto que el de los míos, aunque á veces también yo he llegado á soñar y creer como un mortal ordinario. Es que la primera naturaleza vuelve á la superficie; y el soñador á quien las circunstancias metamorfosearon en industrial enamorado de su profesión, sigue en los ratos perdidos la fantasía de su pensamiento y de sus impresiones. Escucha las voces que cantan á su alrededor, admírase de su elocuencia y hasta llega á olvidar, pobre insensato, que no cantan para sus sueños, y que el pobre cubierto de harapos que pasa por el camino tiene más derecho que él para escuchar su armonía. ¡Qué miseria es tener un corazón indisciplinado! Y qué...»

El Sr. de Preymont se interrumpió bruscamente, y arrojando la pluma con impaciencia, rasgó la carta en pedacitos, los cuales tiró por la ventana, inclinándose un poco para verlos dar vueltas á la luz del crepúsculo y caer al fin en el suelo.

– Verdaderamente, díjose sonriendo con ironía, es una locura escribir tales cosas á ese feliz mortal, á ese alegre vividor que se llama Didier Saverne... y más locura es aún no desechar mis ilusiones y dominar mis sentimientos.

Por su rostro enérgico pasó como una sombra de irritación, que muy pronto modificóse en una expresión de amarga melancolía; y durante largo tiempo Marcos permaneció junto á la ventana abierta, con la mirada vaga y el pensamiento distraído.

Un ligero contacto le hizo volver á la realidad; su madre acababa de entrar sin ruido, y mirábale con expresión inquieta.

La señora de Preymont, mujer de escasa estatura, vestía un traje correspondiente á su edad; mas por lo elegante, á la vez que severo, realzaba graciosamente ese aspecto de distinción que los años no pueden borrar. Tenía facciones finas; ojos azules, pequeños, pero muy expresivos, de mirada inteligente y serena; el cabello, espeso aún, que los polvos contribuían á blanquear, estaba levantado á raíz recta sobre una frente algo deprimida, y esto comunicaba á la señora de Preymont mayor semejanza con un retrato del siglo XVIII.

– ¿En qué piensas, Marcos?, díjole sonriendo. He tenido que tocarte para hacerte volver á la tierra.

– Pues de ella me ocupaba, querida madre, contestó Marcos alegremente. Pensaba por lo pronto en Saverne, y además he recibido el dibujo de una nueva máquina que me preocupa. Me parece ingeniosa, y es posible que me decida á probarla.

Marcos hablaba con tono natural; pero sabía muy bien que su madre no se dejaba engañar por esta aparente tranquilidad. Entre los dos existía un afecto basado en una confianza sin límites y una admiración mutua, afecto profundo, aunque poco demostrativo; pero estaban identificados uno con otro, por más que hubiese en muchos puntos una divergencia casi completa en su manera de pensar y de sentir.

Dotada de una fe muy viva, la señora de Preymont había tratado de comunicarla á su hijo; pero éste la perdió muy pronto en las desviaciones de un cerebro vigoroso é independiente, y sobre todo en la secreta misantropía y en el pesimismo de sus pensamientos. Sin embargo, admiraba y amaba la virtud serena de la madre, y sabía muy bien que había adquirido ó desarrollado todas las cualidades bajo la influencia misteriosa de sus creencias. Tal vez debía á este ejemplo el haberse conservado espiritualista, á falta de una religión positiva, y tener una noción, no solamente exacta, sino delicada, del bien y del mal.

La señora de Preymont le escuchó con aire incrédulo, y díjole:

– Al fin has tenido hoy, Marcos, valor para ir á ver á Susana.

Este ataque imprevisto desagradó á Preymont, é hízole fruncir el ceño.

– Si sufres, añadió la madre con viveza, confiésamelo, que yo estoy aquí para tenderte una mano amiga.

La señora de Preymont había hablado con el apresuramiento de la persona que toma una resolución decisiva y le parece muy difícil ponerla por obra. En efecto, Marcos no era fácil de abordar, ni aun para ella, en el terreno de los sentimientos íntimos. Preymont retrocedió hasta la ventana, y cruzándose de brazos apoyóse contra uno de los postigos.

– Nada tengo que confesar, dijo tranquilamente. Sí..., he ido á ver á Susana; y por cierto que parece muy feliz. ¿Cómo podría ser de otro modo? Sin embargo, no dejo de estar inquieto.

– ¿Por qué?, preguntó la señora de Preymont. ¿Crees tú que su padre no haya reflexionado lo suficiente sobre su determinación? Si el Sr. de Varedde no hubiese sido simpático á Susana, ésta no le habría aceptado.

– No le haré la injuria de creer lo contrario, repuso Marcos con viveza. Varedde tiene una regular posición y nada encuentro desagradable en él; pero ella seguramente vale mucho más. Cierto que Susana no lo echa de ver, y por otra parte, no tiene puntos de comparación para formar juicio respecto á su novio.

– No participo de tus inquietudes, ó mejor dicho de tus presunciones, contestó la señora de Preymont. Susana se casa con un honrado joven que la ama, y aunque este matrimonio no sea lo que yo hubiese deseado para ella, hay muchas probabilidades de felicidad en la balanza.

– ¡Seguramente! A no ser por esto, usted y yo habríamos intervenido; pero, añadió Marcos con marcado acento de irritación, preciso es confesar, por lo menos, que Varedde no la sacó completamente de un centro para el cual no ha nacido sin duda, sobre todo después de recibir una educación que ha desarrollado su distinción natural. Yo no conozco personalmente á Varedde; pero ciertas palabras me inducen á temer que sea un hombre bastante vulgar, que considera ese matrimonio como un buen negocio. Sin embargo, si ama verdaderamente á mi prima, como no puede menos de suceder, en mi opinión, pasará mucho tiempo antes de que ella sea capaz de juzgar con exactitud, y entonces habrá niños para compensar los errores. Por lo demás, ¿quién sabe? Susana no será lo que podría llegar á ser con distintas condiciones, y la creo demasiado joven aún para resistir á la influencia de lo que la rodea. Ignoro si Varedde la conoce bien; pero á decir verdad, es adorable por la exageración de sus cualidades, su carácter resuelto y el entusiasmo que manifiesta en sus jóvenes apreciaciones.

Preymont hablaba consigo mismo, y había olvidado la presencia de su madre, que le escuchaba con el corazón oprimido. Cuando se trataba de su hijo perdía la rectitud de juicio que la distinguía siempre; y enorgullecida por la inteligencia de Marcos y su carácter enérgico, sin ver en él más que el hombre superior, soñaba siempre que bebía en el manantial donde se inclinan con avidez todos los que pasan por la vida.

– ¡Ah!, Marcos, dijo, si tú hubieras dejado entrever...

– ¿Entrever qué?, pobre madre mía, interrumpió Marcos con viveza. Yo no podía ser para Susana más que un amigo, el antiguo compañero que la hacía saltar sobre sus rodillas, cuando solamente contaba cinco años. Créalo usted, continuó con una amargura que no podía reprimir, crea usted que no soy un hombre á sus ojos, sino un individuo diferente de los demás. Ni una sola de sus palabras confiadas, de sus ingenuas familiaridades, ni de sus confidencias deja de probármelo así.

– Una palabra hubiera podido cambiarlo todo, Marcos.

– ¡Cambiarlo todo!.. No diga usted eso. Nuestra amistad se hubiera desvanecido para siempre, y yo no sería en su recuerdo más que un grotesco personaje.

– ¡Grotesco!.. ¡Un hombre de tu valor!

Marcos se echó á reir.

– Las madres son incorregibles, dijo acercando á sus labios la mano de la señora de Preymont; se empeñan en soñar, cuando el sueño debería sepultarse en las épocas pasadas. Recuerde usted las antiguas decepciones, y crea que yo he sepultado también, completamente, la juventud y sus deseos.

Marcos los había sepultado, en efecto, en el fondo de su corazón, para no pensar más en ellos; pero escapábanse de allí, y renacían tan vigorosos que necesitaba una voluntad de hierro para obligarlos á volver á su prisión.

– Para terminar con este asunto de una vez, añadió, si yo me hubiese hallado en circunstancias normales, no diré que los sueños de usted no hubieran podido convenir con mis sentimientos; mas ahora no debemos hablar ya de eso nunca. La suerte de Susana está fijada para lo sucesivo, y la mía se fijó hace ya largo tiempo; es la de un solitario, pero de un solitario que tiene muchas compensaciones en las pruebas de su vida.

Y añadió con una sonrisa que comunicaba cierta seducción á su rostro, de ordinario demasiado grave.

– ¿Soy yo tan digno de compasión viviendo al lado de usted? Muchos hombres no han apetecido otra cosa ni mejor suerte. A usted es á quien debo que se haya orientado mi inteligencia, á usted debo mi situación, y me alegro deberle también las alegrías del hogar. He aquí cómo me lo ha proporcionado todo.

– Sí..., contestó maquinalmente la señora de Preymont, todo..., excepto la gota de felicidad que cada cual pide á la vida.

Preymont se mordió los labios sin contestar. Desagradábale que se abriese la puerta de su celdilla íntima, en la que él mismo no entraba sin temblar, porque salía siempre atormentado. Su madre lo sabía, y arrepintióse de las palabras que había pronunciado involuntariamente.

Preymont miraba sin fijarse en ningún objeto, y oprimiendo los labios esforzábase para contener la tempestad que estaba á punto de estallar. Hacía ya algunos meses que luchando en vano no podía encontrar la pendiente hasta cuyo pie había descendido; pero desde mucho tiempo antes, su vida moral reposaba sobre un orgullo altivo y filosófico, y esperaba que este compañero, fiel guardián de su energía, le sostuviera en la crisis que atravesaba.

Los perros del guarda, ladrando en aquel instante, distrajeron á Marcos de sus reflexiones, y al mismo tiempo una voz varonil y muy simpática gritó alegremente:

– ¿Por qué abre usted tanto los ojos, vieja Marión? ¿Parezco yo acaso un fantasma? Bien mirado, podré tener la cara lívida del que se muere de hambre, porque hace ocho horas que no he comido, por culpa de este animal de cochero, que ha estado á punto de hacernos volcar tres veces en el foso con su maldito caballo.

– ¡Es Saverne!, exclamó Marcos dirigiéndose vivamente hacia la puerta.

Cuando salió al patio de la casa, plantado de árboles, el recién llegado sujetaba á su cochero por la nuca y sacudíale con un vigor que no disminuyó por la llegada de Preymont.

– Ahora te daré los buenos días, Marcos, gritó el visitante, porque antes debo despachar á este tuno, que me reclama veinte pesetas después de haberle ajustado por quince. Y si llego ileso á tu casa, no se lo debo á él seguramente. A decir verdad, continuó redoblando su vigor, preferiría arrojarme en un pozo con mi bolsa antes que dársela... ¡Vamos, ya basta; ahora tendremos más juicio!

Así diciendo, retrocedió algunos pasos para contemplar su obra en la persona del cochero, que rojo de cólera y furioso, luchaba entre el deseo de precipitarse sobre Saverne y el de emprender la fuga. Las formas atléticas del joven, de cuyo carácter impetuoso acababa de recibir una dura prueba, indujéronle á marcharse; embolsó el dinero que Saverne le había dado, no sin proferir algunas imprecaciones, y huyó á toda prisa.

– Muy bien, dijo Saverne con tono satisfecho, la victoria es mía.

– También lo hubiera sido sin tanto esfuerzo, contestó Marcos sonriéndose.

– ¡Bah! Me hubiera hecho perder mucho tiempo, y á mí me agradan los medios expeditivos. Ese animal parecía inclinado á discutir.

Y dicho esto, Saverne se acercó á la señora de Preymont, que había presenciado el desenlace de aquella escena con la sonrisa en los labios.

– Me parece que llego como un intruso, dijo el joven; y no me lo explico, porque he escrito anunciando mi visita.

– Pues la carta no ha llegado, contestó la señora de Preymont; pero ya sabe usted, querido hijo, que su habitación está siempre dispuesta.

– ¡Esos imbéciles empleados de correos no hacen más que cometer torpezas!, exclamó Saverne con aire de indignación. Esta misma noche voy á borronear contra ellos un artículo que les hará rabiar un poco; respondo de ello.

– ¿Está usted bien seguro de que no tiene la carta en el bolsillo?, preguntó con cierta ironía la señora de Preymont.

– ¡Vaya una ocurrencia!.. Yo mismo la llevé al correo.

Y Saverne se registraba los bolsillos con la viveza de un acusado que tiene empeño en probar cuanto antes su inocencia.

– ¡Diantre, aquí está!, exclamó de pronto, presentando la carta con la mayor sencillez. Llega con mi persona. He aquí una buena oportunidad, Marcos, para repetir que soy un atolondrado.

– Atolondrado ó no, se muy bien venido, contestó el Sr. de Preymont con tono afectuoso.

La amistad que reinaba entre ellos remontábase al colegio.

Cuando el tierno niño, deforme y tímido, se vió entregado sin defensa á la persecución tradicional de sus compañeros, Saverne, aunque mucho más joven que él, tomóle bajo su protección; y mientras que sus robustos puños restablecían la paz, su buen corazón tenía siempre palabras bondadosas para consolarle. Preymont no debía olvidar nunca aquella intervención bienhechora, así como tampoco la profunda amargura de los días pasados.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

APARATO ASTRONÓMICO INVENTADO POR D. ENRIQUE SANTAOLARIA

El aparato que nuestro grabado reproduce y que ha sido inventado por D. Enrique Santaolaria, profesor de primera enseñanza de Martorell (Barcelona), es de gran tamaño, mide 1'80 metros de altura y necesita un espacio de dos metros de diámetro para funcionar. Está construído en bronce y hierro y compuesto de 46 esferas de metal, que representan los planetas y satélites, y 47 ruedas dentadas, que los ponen en movimiento á impulso de un manubrio colocado en sitio conveniente. Es de muy fácil montaje y de extremada solidez.

Está dividido en dos secciones, inferior y superior, que pueden funcionar juntas ó separadas. La inferior la componen el Sol, la Tierra (de 19 centímetros de diámetro) y la Luna, y puede estudiarse en ella:

1.º El movimiento de rotación del Sol en 25'50 días, representado por un gran mechero de petróleo, y un globo de cristal dorado transparente.

2.º El movimiento de traslación y rotación de la Tierra en el tiempo que á cada uno corresponde.

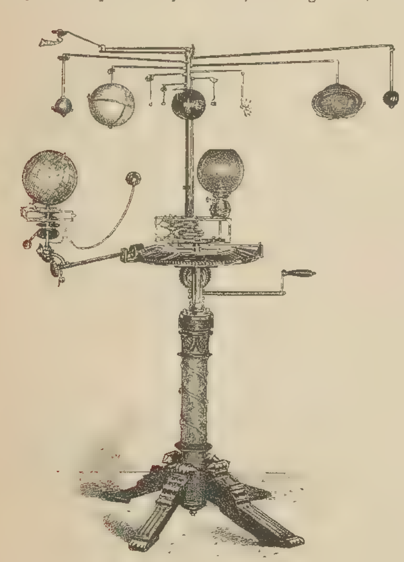
3.º La duración y diferencia de los días en todos los países del mundo.

4.º Las estaciones del año, signos del Zodíaco, meses y días que la Tierra recorre en cada una de ellas.

5.º Cuando la Tierra se halla más lejos ó más cerca del Sol, ó sea en su afelio y perihelio.

6.º La inclinación del eje terrestre sobre la eclíptica, conservando siempre su paralelismo en el movimiento de traslación, y efectos que esto produce.

7.º Los equinoccios y solsticios, ó sea la igualdad de los días y noches y los más cortos y largos del año.



Aparato astronómico inventado por D. Enrique Santaolaria

8.º Por qué en los polos no hay más que un día de seis meses de duración y una noche de otros seis.

9.º La precisión de los equinoccios.

10. Por qué en el ecuador hay dos veranos y dos inviernos cada año.

11. La Luna, su volumen relativo al de la Tierra, excentricidad de su órbita y cuándo se halla en su apogeo y perigeo.

12. Fases de la Luna, efecto de su movimiento de traslación.

13. Por qué la Luna nos presenta siempre la misma cara ó hemisferio.

14. Eclipses de todas clases, así de Sol como de Luna, efecto de la inclinación de la órbita de ésta, y por qué en todas las lunas nuevas y llenas no hay eclipse.

15. Ciclo lunar, efecto de la diferencia del año lunar de 354 días, del terrestre de 365 días y 6 horas.

16. Movimiento de la órbita lunar en 9'50 años, lo que produce la variación en el número y clases de eclipses que hay cada año.

17. Meridianos, paralelos, zonas, climas y diferencia de horas en todos los países.

En la sección segunda ó superior está representado el sistema solar ó planetario, y consta de otro sol $^{1}/_{12}$ del tamaño relativo, Mercurio, Venus, la Tierra con su luna que guarda relación en volumen con los demás planetas, Marte con sus dos satélites, 14 Asteroides de los principales, Júpiter con sus 4 lunas, Saturno con sus anillos y 8 lunas, Urano con 4 lunas, Neptuno con una y un cometa de órbita muy excéntrica.

Los planetas guardan una exacta proporción en sus volúmenes relativos, dan la vuelta al Sol en el tiempo exacto debido, tienen dibujados sus ecuadores con los grados de inclinación que les corresponden, y van pintados con los colores que presentan vistos desde la Tierra.

La Tierra de la primera sección puede ponerse perpendicular, oblicua y paralela á la eclíptica á fin de explicar la variación de los fenómenos que presentan los planetas según los grados de inclinación de sus ejes.

El aparato del Sr. Santaolaria ha obtenido privilegio de invención en España y Francia, medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona y Diploma de mérito extraordinario en la Exposición española en Londres. La Real Academia de Ciencias de Barcelona, la Sociedad barcelonesa de Amigos de la Instrucción y el Rdo. padre D. Federico Faura, director del Observatorio Astronómico de Manila, en los dictámenes que han emitido han declarado ser el más completo, extenso y exacto de cuantos se conocen, así en España como en el extranjero, y el único que demuestra con toda precisión y facilidad los fenómenos producidos por los movimientos de rotación y traslación de todos los planetas de nuestro sistema solar.

Ha sido adoptado para las escuelas públicas de Barcelona, y elogiado y declarado de utilidad suma, para el estudio de tan difícil ciencia, por la prensa profesional y política, no solamente de Barcelona, sino de otras provincias y del extranjero, así como por cuantas personas lo han visto funcionar en las varias conferencias públicas que ha dado su inventor en el Fomento de la Producción Española, en la Sociedad barcelonesa de Amigos de la Instrucción, en la Real Academia de Ciencias, en el salón de Congresos del Palacio de Ciencias de Barcelona, en el Instituto de Tarragona, en la Asociación general de Estudiantes, ante las primeras autoridades, académicos, catedráticos, profesores y personas de reconocida competencia.

El autor, subvencionado por el Sr. Moret, ministro de Fomento, y por la Diputación provincial de Barcelona, mandó construir un lujoso ejemplar dedicado á S. M. el rey don Alfonso XIII.

Este ejemplar fué llevado por el inventor á Madrid é instalado en la antesala del despacho del señor ministro de Fomento. Allí fué visitado por el señor ministro, por los señores consejeros de Instrucción pública, directores generales, prensa y numeroso público, quienes tributaron al Sr. Santaolaria muchos elogios. Ocho días después fué instalado en uno de los mejores salones de Palacio, donde el señor Santaolaria fué presentado por el Sr. Moret á S. M. la reina, quien oyó complaciente la descripción que del mismo le hizo su autor, aceptando con sumo gusto el ofrecimiento y tributando al Sr. Santaolaria toda clase de elogios, que repitieron las infantas doña Isabel, doña Mercedes y doña M. Teresa.

S. M. la reina se dignó recompensar al Sr. Santolaria nombrándole caballero de la Real orden de Isabel la Católica, libre de gastos, concediéndole una indemnización en metálico y proponiéndole al consejo de Instrucción pública para una recompensa.

Por la descripción que á muy grandes rasgos queda hecha, se comprenderá que este aparato es de suma utilidad, y en cierto modo necesario en todos los establecimientos de instrucción, por la gran facilidad con que en él se aprenden todas esas maravillas celestes que tan difíciles se presentan á nuestra imaginación, y que el invento del ilustrado profesor señor Santaolaria hace no sólo visibles sino palpables. – X.

COCHE ELÉCTRICO

Desde que el acumulador eléctrico salió del laboratorio para entrar en la práctica industrial son varios los coches eléctricos que se han construído, pero la imperfección de los primeros tipos de acumuladores fué causa principal, si no única, del poco éxito de los primeros experimentos, que datan de 1881: el perfeccionamiento que aquéllos han alcanzado ha hecho que las posteriores tentativas fuesen más afortunadas.



Fig. 1. Coche eléctrico de M. Pablo Pouchain

El coche eléctrico que ha construído recientemente M. Pablo Pouchain, de Armentieres (Francia), marca una nueva etapa y parece aproximarse mucho á la resolución del problema: el vehículo que reproduce la fig. 1 es un faetón de seis asientos, montado sobre cuatro ruedas, y toda su parte superior es móvil para facilitar la inspección y entretenimiento de los acumuladores y del motor eléctrico.

La corriente eléctrica es producida por una batería de acumuladores Dujardin, compuesta de seis cajas de nueve elementos, cada una de ellas de 44 centímetros de longitud por 33 de anchura y 31 de altura (fig. 3). Cada elemento contiene una placa positiva y dos placas montadas en una caja de ebonita. Los nueve elementos están acoplados entre sí en tensión de una manera invariable y están reunidos en una caja de *pitch-pin (pinus rigida)* embreada, formando de esta suerte seis grupos completamente independientes que comunican con un conmutador acoplador por medio de doce hilos, dos por caja. Haciendo funcionar una palanca puede imprimirse al conmutador una rotación y hacerle tomar cinco posiciones distintas que establecen contactos entre las piezas de cobre y catorce mandíbulas elásticas, á las cuales van á parar los doce hilos procedentes de las seis baterías y los dos procedentes del motor. Las conexiones efectuadas por el conmutador en sus cinco posiciones son las siguientes:

Posición de descanso. – Todos los acumuladores fuera de circuito. Motor en circuito corto formando freno para parar el coche.

Posición de 1.ª velocidad. – Los seis grupos montados en observación sobre el motor (17 volts).

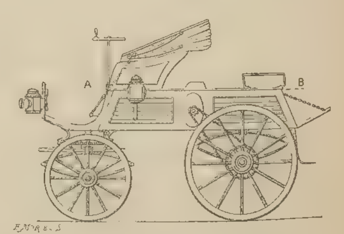


Fig. 2. Sección vertical del coche eléctrico

Posición de 2.ª velocidad. – Tres grupos de dos en tensión (34 volts).

Posición de 3.ª velocidad. – Dos grupos de tres en tensión (50 volts).

Posición de 4.ª velocidad. – Los seis grupos en tensión (100 volts).

El motor es una dinamo serie sistema Rechniewski de una potencia normal de 200 watts, que en caso necesario puede producir el doble: está colocado en el centro del vehículo y acciona una transmisión de movimiento diferencial por medio de una cadena Vaucanson.

Encima de las ruedas traseras hay dispuestos cuatro grupos de acumuladores, el motor y el sistema diferencial que gobierna las ruedas: debajo de la banqueta delantera hay colocados los otros dos grupos, el conmutador-acoplador y una caja de útiles. En el alero están instalados los aparatos de medición, un cortacircuito, el interruptor de las lámparas encerradas en los tres faroles y un inversor que permite hacer máquina atrás.

Una toma de corriente fijada debajo del coche permite poner la batería en carga por medio de hilos delgados unidos á un manantial eléctrico: la carga se efectúa acoplando convenientemente los seis grupos según la fuerza electromotriz de que se dispone.

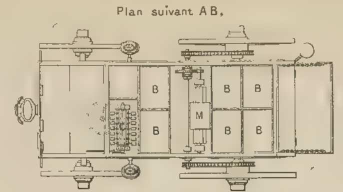


Fig. 3. Plano del coche eléctrico. BB Acumuladores M. Máquina. – C. Conmutador

El mecanismo de dirección obra sobre el cuerpo delantero del carruaje dispuesto como el de los coches ordinarios, pero completado por una biela de tornillo sin fin que recibe el movimiento de un volante de eje horizontal colocado al alcance de la mano del conductor por medio de un par de engranajes cónico. Gracias á esta disposición la dirección dada por el cuerpo delantero se conserva indefinidamente mientras no se toca al volante, la cual facilita y asegura la maniobra.

El coche dispuesto para la marcha pesa 1.350 kilogramos y puede llevar seis viajeros. Una carga de la batería le permite recorrer en un piso regularmente conservado 70 kilómetros á una velocidad media de 16 por hora: la vuelta en redondo puede efectuarse en un ancho de calle de menos de cuatro metros.

En una superficie horizontal ó de suave pendiente la velocidad normal depende naturalmente del número de acumuladores montados en serie, correspondiendo la velocidad máxima (16 kilómetros por hora) al acoplamiento de los seis grupos en tensión. Los otros acoplamientos dan respectivamente velocidades de 8, 6 y 3 kilómetros por hora: en este último caso los seis grupos están en derivación y dan solamente 17 volts, posición que corresponde al momento de echar á andar, que se produce generalmente á 40 amperes (680 watts). En la subida de un puente cubierto de grava la corriente se eleva á unos 100 amperes sin perjudicar en nada á los acumuladores que, montados en derivación, pueden producir normalmente 120 amperes.



El palacio principal de la Exposición universal de Lyón, en cuyo centro se levanta la cúpula gigantesca

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 21 de mayo de 1894 — Núm. 647



Monumento á Colón inaugurado en San Juan de Puerto Rico con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de la isla. Obra de Aquiles Canessa

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

A través de los terrores que la dinamita anarquista siembra por toda Europa, á través de los lamentos que las horribles catástrofes plutonianas acaecidas en Grecia arrancan á los millares de personas que han perdido sus hogares y sus familias; á través de la gritería que levantan, hasta ensordecer los aires, los apasionamientos políticos, y los egoísmos de clases, y las ambiciones de la mesocracia, á la faz del mundo expuestos y discutidos en los parlamentos; á través de esa atmósfera cargada de presentimientos indefinidos, pero que agobian los espíritus, atmósfera en donde muchos ven flotar fantasmas terroríficos en medio de nubes iluminadas por el resplandor de los explosivos; á través de ese sordo rumor como de creciente marea que primero en Italia y en Bélgica, ahora en Hungría y en la india inglesa, parece presagio de tempestades de carácter religioso, como si por arte de encantamiento hubiésemos vuelto á los siglos de las guerras de religión; á través de esa indiferencia y pasibilidad horribles, síntoma el más grave de los que anuncian la muerte moral de los pueblos y aquí acentuado de un modo alarmante, llega hasta nosotros la voz de la crítica que estudia las novísimas manifestaciones del arte, especialmente de las artes plásticas, en París, en Viena, en Londres, en Barcelona, en Amberes exhibidas, y esa voz suena á desfallecimiento, á cansancio, es monótona, y lo que habla acusa vacilaciones unas veces, otras extravíos del sentido estético, y siempre, como nota dominante, falta de fe por falta de ideales.

Pero no es, no, que la crítica, ó mejor dicho, la impresión personal que los cuadros y las esculturas, en la actualidad en exhibición pública, sea de por sí, por carencia de conocimientos teóricos y técnicos de los críticos que hacen aquellos estudios, monótona, frívola, cansada, puesto que esos críticos en otras semejantes ocasiones supieron encontrar pensamientos elevados, conceptos sabios, amenidad y frescura; es que el arte, y por lo tanto la pintura y la escultura, sufre hoy la influencia de todos esos terrores, presentimientos, vacilaciones, egoísmos, extravíos y espejismos que forman el ambiente social en que se produce; es que el arte, y por lo tanto la pintura y la escultura, no acaba de encontrar el molde nuevo, la turquesa en que ha de moldear sus concepciones, y unas veces mirando hacia el campo del determinismo científico, otras hacia el de las nuevas escuelas sociales, otras hacia el pasado, otras hacia la naturaleza, en cuanto ésta se le muestra como medio de servir á ideales, ora religiosos, ora políticos; otras hacia el misticismo; otras hacia la extravagancia del degustamiento de la decadencia, no ha logrado vislumbrar aquella ruta que lleva derechamente al verdadero fin que en el concierto humano le está encomendado.

A una quéjanse los críticos parisienses de que el arte francés – descartemos el apasionamiento patriótico de esos críticos y atengámonos exclusivamente á sus quejas – ofrece escasísima originalidad y las medianías le caracterizan: «No nos cansaremos de repetir á los jurados, dice un crítico, que se muestran siempre demasiado clementes y que se dejan persuadir muy á menudo por las razones de aquellos para quienes el arte será siempre extraño. Estas complacencias son funestas para los jóvenes, puesto que les hace unos artistas mediocres que con sus obras dan al Salón un aspecto general de *banalidad*. Se han admitido gran número de telas pobres de ejecución y hueras de pensamiento. Hay un gran número de obras mezquinas, de historietas tontas. Aquí (se refiere al Salón de los Campos Elíseos) como en el Campo de Marte, si se suprime lo exhibido por los extranjeros, ambos salones quedan en el mayor desamparo. Mirad las telas de los extranjeros (habla de las escuelas del Norte y de algunas obras de artistas italianos) y encontraréis en ellas notas las más originales, hacia las que el artista y el aficionado, ávidos de nuevas maneras *de decir* y *de expresar*, se siente instintivamente atraído. Y esto se explica teniendo en cuenta que los extranjeros dan de lado á *nuestras retóricas* y traen únicamente *su sentir* y *pensar*, etc.» Entre los cuadros citados como dignos de la atención pública figuran *De vuelta del molino* (España), de Emilio Sala; *La recolección en Andalucía*, de Gonzalo Bilbao; *Salida del baile*, de Barbudo, y un cuadro de Simonet cuyo título no recuerdo.

La pintura simbólica y la religiosa llevan camino de afincar por algún tiempo los estudios de los artistas franceses. El sol vuelve, como en tiempo de nuestro Fortuny, á dominar y á estar de moda entre pintores como Rochegrosse, Gervais, Bonnat, etc. El cuadro del primero de los citados pintores es de carácter simbólico y tiene por título *Le chevalier aux fleurs*. La crítica señala este lienzo (de gran tamaño) como uno de los más notables del Salón de los Campos Elíseos, y Pallier, el crítico de *La Liberté*, le asigna el puesto primero entre las grandes telas exhibidas.

«El asunto del cuadro de Rochegrosse es un asunto que envidiaría, dice el citado Pallier, cualquier sectario del sar Peladán, de esos que exhiben en las exposiciones de la *Rose † Croix*. Representa Rochegrosse en su pintura un paisaje soñado, una planicie tan florida como las de los cuentos de hadas, y por medio de ese paisaje avanza un caballero hermoso, cubierto con una armadura de plata. En derredor de ese caballero, que aparece un tanto desdeñoso, y como si remedasen el vuelo de las mariposas, se agrupa un enjambre de jovencillas. Las flores más variadas y más brillantes de colores son las vestiduras y tocado únicos de esas ninfas. Más lejos otros grupos de muchachitas juegan, se tumban entre las flores y hacen mil monerías por el estilo. Las deliciosas ninfas invitan al amor al caballero y tratan de detenerle en su camino. El sol ilumina violentamente esta escena *charmante*.»

De tan *deleitoso* asunto salta la crítica á señalar dos cuadros místicos: uno está inspirado en *Le Fioretti*, de San Francisco de Asís, y es obra del autor del celebrado retrato de León XIII, Chartran; el otro lo firma Flandrin, y está motivado en un momento de ternura de *Fra Angelico*. Del primero dicen los críticos que la figura del santo es la de un alucinado, y que el pintor se ha dejado seducir por las modernas preocupaciones que tienen por base las teorías de Charcot; del segundo hablan con encomio. *Fra Angelico* de rodillas pinta en uno de los muros de su celda uno de esos Cristos que de su mano se conservan todavía; emocionado el fraile al pensar en los dolores sufridos por el divino Redentor, deja caer los pinceles y se pone á llorar; dos ángeles colocados en la puerta de la celda miran enternecidos al fraile.

Y así, de un polo á otro, de las fantasías eróticas á las místicas, de la luz violenta del sol á la vaga de la penumbra de una celda, del asunto mitológico al dramático de un incendio en una calle de París, va el arte pictórico dando volteretas como arlequín descoyuntado en busca de algo...

***

Ahora toca á los artistas españoles congregados en las salas del palacio de la nueva Biblioteca decirnos cómo entienden esto de las tendencias novísimas que impulsan al arte hacía distintos lugares. Allá veremos.

Quinientas próximamente son las obras de pintura y escultura catalogadas, y creo firmemente que esta Exposición, cuyos productos se destinan al monumento que se proyecta erigir á Velázquez, será la más visitada de todas las bienales que hasta el presente hubo de celebrar el Círculo de Bellas Artes.

Por de pronto habrá una gran rifa de obras de arte regaladas para el objeto dicho por Pradilla, Muñoz Degrain, Simonet, Sorolla, Muñoz Lucena, Querol, Andrade, Parera, Madrazo, Moreno Carbonero, madame Hudelist, Espinola Mathias, Carlos Vázquez, Masriera, Jerónimo Gómez, Jiménez Aranda (hermanos), Julia Alcayde, Uria, Rodríguez de Rivera, Alvarez Dumont (César y Eugenio), Neille, Carbonell y Selva, Navarro, Francisco Más, Martínez Abades, Emilia Menasade, Pirala, Tordesillas, hermanos Benlliure, Lhardy, Bertodano, Arroyo Fernández, Plácido Francés, Fonseca, Morera, Banda, Gessa, García Sampedro, Oliva, Peña, Arredondo, Zapater, Cutanda, Montalbán, Beruete, Cecilio Plá, Santa María, Isabeta, Pamplona, Mota, Ramírez, Ocón, Abarzuza, Romea, Silvela (Mateo), Jadraque, Aniesta, Manuel Domínguez, conde de Cabra, Otermín, Isabel Vaquero, Crespo, Campuzano, Maura, Marinas, Parera, Gandarias, Alcoverro, Oms, Varela, Sartorio y otros que no cito, porque para nombres bastan los aquí transcritos.

De la importancia de las obras, hasta el presente, no puede decirse nada concreto. La mayor parte están por colocar todavía, y el examen que ahora se hiciese sufriría grandes rectificaciones, cuando cuadros y esculturas estén colocados convenientemente para ser vistos despacio. Sin embargo, como impresión general de esta exposición puedo aventurarme á decir que es agradable, sin que rebase los límites de lo discreto ni de lo bueno (sin superlativo alguno). A esta categoría pertenecen dos ó tres cuadros de los siete que expone Sorolla. El retrato del pintor Luis Sainz es de los mejores que trazó el autor de *¡Otra Margarita!*, así como *Las redes*, un cuadro de costumbres, eminentemente bucólico y soberanamente pintado, y *El santero*, un tipo soberbio, como real y típico. A estos lienzos siguen *Los cordeleros* y *Fruta prohibida*.

De Cutanda llamarán la atención los dos cuadros que exhibe, titulados *Sobre el campo de batalla* y *En peligro inminente*, este último conocido del público barcelonés. Representa el primero á un obrero de las fábricas de Bilbao, herido por un accidente, y aparece en el momento en que el médico, ayudado por varios compañeros del herido, le hace la primera cura.

De Plá, el más simpático (para mí por lo menos) de los tres cuadros que presenta es el titulado *Céfiro y Flora;* los otros dos están bautizados con los títulos de *Una consulta* y *Celoso de aldea*.

Del pintor italiano Mancini hay un cuadro (propiedad del escultor Querol) modestamente catalogado como *Estudio* y que me ha producido extraña pero honda emoción; el asunto de este estudio es un muchacho italiano vendedor de figuras de barro.

También del desdichado Casimiro Sainz, recluído ya para siempre en el manicomio del doctor Esquerdo, hay dos obras: unas flores y un paisaje. ¿Qué decir de estos lienzos, pintados en plena razón por el eximio paisajista montañés, que no haya dicho todo el mundo? Más le valiera á mi pobre amigo haber seguido á la tumba á mi otro querido amigo y maestro Plasencia, de cuya mano se expone una obra.

Jiménez Aranda ha pintado un idilio; *Junto á la cuna* lo titula.

El retrato de mujer que Sala remite, es una hermosa cabeza soberanamente pintada; como lo está de un modo fresco y brillante *Horas felices*, de Andrade, hermosa escena de familia, aun cuando vulgarísima; como está pintada, también con facilidad y gracia, la *Parada de coches*, de Muñoz Lucena; como se advierte la nota simpática de Simonet en el cuadro *Un voto* y la maestría de Pepe Benlliure en su *Salida de vísperas*.

Y hago aquí punto por hoy. Y que conste que de lo dicho no doy como imposible de rectificación nada; que muy bien pudiera suceder que tuviese necesidad de rectificarme en algo de lo apuntado.

***

La dirección general de Instrucción Pública, en nombre del ministerio de Fomento, está disponiendo varios trabajos preliminares para la celebración del centenario de Velázquez. Por de pronto, saldrá muy en breve de aquella dirección una circular dirigida á todos los centros artísticos oficiales de España, escuelas de artes y oficios, etc., encareciendo la necesidad de que con sus informes y noticias contribuyan, no tan sólo á difundir el conocimiento y valor de la obra artística del inmortal autor de las *Meninas*, sino también á proponer ideas que puedan ser tenidas en cuenta para el programa de las fiestas que con carácter internacional deben celebrarse en Madrid en la fecha en què se cumple el tercer centenario de la muerte del pintor de Felipe IV.

Puedo también señalar para satisfacción de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que lo propuesto en una de las últimas *Crónicas de arte*, respecto á que el gobierno y las Cortes deberían votar un crédito destinado á coadyuvar á la erección del monumento á Velázquez, pensamiento iniciado por el Círculo de Bellas Artes, ha sido escuchado y acogido por el ministerio de Fomento, y que probablemente antes de terminar las Cortes sus tareas este año se habrá presentado un proyecto de Ley con aquel objeto. Además de esto, un crítico de bellas artes y periodista ha sido encargado de hacer un libro que, con el título *Velázquez*, sea un monumento tanto ó más perdurable que el bronce con que fundan la efigie del gran pintor. Este libro, en el cual aparecerá de relieve el ambiente histórico-artístico y el intelectual de la época en que vivió Velázquez, además de que contendrá las monografías de casi todos los personajes en el lienzo representados por el artista, de que será un



EXTRAVIADA, cuadro de Antonio Coll y Pí (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

concienzudo estudio crítico de toda su obra, llevará reproducidos por medio de fotograbados hechos en Viena todos los cuadros, aun aquellos que como de mano de Velázquez guardan museos y galerías extranjeras. De este libro, en el cual su autor está trabajando hace algún tiempo, se harán tiradas especiales que se regalarán á los centros artísticos de Europa y que figurarán en las Bibliotecas de los establecimientos de enseñanza de aquella índole en España.

Algunos más proyectos para la gran fiesta del inmortal Velázquez están trazándose, pero me está vedado dar cuenta de ellos por ahora.

Y nada más para decir en esta *Crónica.*

R. BALSA DE LA VEGA

EL CENTENARIO DE FEDERICO DIEZ

PADRE DE LA FILOLOGÍA ROMANCE

Nació en 15 Marzo 1794 - Murió en 29 Mayo 1876

Saludo con efusión al padre de la poesía catalana de nuestro siglo, al *Gaitero del Llobregat,* al tipo del profesor modesto y del hombre dulce, cándido y niño, á mi respetable amigo *D. Joaquín Rubió y Ors;* lo saludo con el alma, con motivo del quincuagésimo aniversario de su ingreso en la universidad de Barcelona, que se habrá celebrado en la sala doctoral de ésta á las once y media del día 11 del corriente. Pocos días antes de que se celebrara aquella solemnidad en la Ciudad Condal, á la que él mismo tuvo la bondad de invitarme, conmemoróse en el salón de la universidad de Bonn el centenario de un sabio alemán conocido en todas las partes del mundo. Siempre es una ejecutoria de nobleza para las universidades alemanas contar en sus anales con figuras como la de *Federico Diez.*

El centenario de *Diez,* que desde su estudio tranquilo, situado en la simpática y hermosa ciudad de Bonn, bosquejó la vida y obras de los trovadores y descubrió la esencia de las lenguas romances, aunque no había pisado nunca el suelo de Hesperia, pone de nuevo en mis manos la pluma que ya trazó hace años la semblanza encomiástica del maestro de los romanistas que se había creado una especie de familia sobre sus discípulos.

Cuando los franceses, los provenzales y los italianos, los Gaston .Paris, Castets y Ascoli, lo mismo que los alemanes los Foerster, Mussafia, Schuchards y tantos otros que siguieron las luminosas huellas del eminente catedrático, sienten el estímulo del entusiasmo y tejen guirnaldas de flores para honrar la memoria del sabio alemán, á quien aplican llenos de admiración este verso del Dante, relativo á su guía inmortal, el clásico Virgilio:

> Tu duca, tu signore e tu maestro;

cuando en todos los pueblos civilizados inspira el mayor interés el centenario de *Federico Diez,* ese rey de la ciencia que se distinguía por la profundidad de su investigación, por su amor á la verdad, por la solidez de su trabajo, y que como padre de la filología romance tiene, más que una importancia nacional, una trascendencia universal, una trascendencia humana, siendo su venerable nombre un lazo de unión entre los pueblos germánicos y la raza latina, y sus obras magistrales un puente espiritual entre las naciones separadas por las barreras de la política, por la guerra de 1870 y 71, España ha de ensalzar también la portentosa obra del regio arquitecto cuyo vasto campo eran las lenguas romances, y que á pesar de haber construído palacios altivos y duraderos, al lado de los cuales las concepciones de los otros no son sino miserables cabañas, nos legó el noble ejemplo de su sin par modestia, haciendo suyo el verso del autor de *Orlando Furioso,* I [3]:

> Quanto posso dar, tutto vi dono,

y el axioma de Terencio:

> Homine imperito nusquam quidquam injustius
> Qui nisi quod ipse fecit nihil rectum putat.

Dice el poeta romano, cuyas estrofas son un manantial de sabiduría: *Qui sibi fidet, dux regit examen.* Y á veces tiene razón aquella máxima. Pero nuestro *Diez* no alcanzó la gloria por la confianza en sí propio, sino por su modestia, por su aprecio de las concepciones ajenas, por su constancia.

Cuatro alemanes ciñen la misma corona y están á la misma altura científica, á saber: *Jacobo Grimm, Francisco Bopp, Poss y Diez,* que hicieron de las filologías germánica é indogermánica, de la investigación general de la lengua y de la filología de los idiomas romances ciencias independientes. El genial *Diez* convirtió la torre de Babel de las lenguas romances en una Giralda primorosa y artística, y demostró que estas lenguas tan distintas, la italiana, castellana, portuguesa, provenzal, francesa, valaca ó rumana, no fueron sino el desarrollo natural del latín vulgar, pronunciado por los naturales de aquellos países con la articulación de su lengua materna, y nos hizo ver las leyes y principios según los cuales cada forma había de desarrollarse en el transcurso del tiempo, produciendo la fuerza creadora de la lengua del Lacio, bajo el aliento caliente de nuevos ideales de vida, nuevos vástagos y ramas frescas. *Diez* nos presentó las seis lenguas romances cual hijas y herederas espirituales de la eterna Roma y explicó su desarrollo cual proceso legal. «El espíritu de todas las ciencias modernas, dice el Sr. Foerster, es el método histórico-genético que creó á la vez la filología comparativa, la geología y el darwinismo, la teoría de descendencia, aunque hay una diferencia muy grande entre la naturaleza que se desarrolla sin saberlo y las lenguas, manifestándose en estas últimas el espíritu, la centella de Prometeo.» Ha de ponerse, pues, *Diez* junto á los Darwin y Helmholtz; pero los fines del gran gramático no eran los fines prácticos de las ciencias naturales, sino que en actividad era meramente ideal, descubriéndonos las venas más secretas del alma popular.

El primero que trató de ahuyentar la densa niebla que flotaba sobre el origen de las lenguas romances, era el francés del Mediodía, F. Raynouard, que vivió en 1761 á 1836. Pero desgraciadamente incurrió en el error de considerar el provenzal como primitivo idioma romance de que hubiesen salido los idiomas francés, italiano, castellano y portugués, mientras que *Diez,* acogiendo las grandes ideas del romanticismo que impulsaron á todos los ingenios del mundo occidental á sumergirse en la índole del pasado y á conocer las creaciones de la Edad media, demostró que las seis lenguas romances eran todas hijas del latín vulgar.

El padrino de *Diez* es nuestro Goethe, que en 1818 llamó la atención del joven, cuando éste le visitaba en Jena, sobre los trabajos de Raynouard. El modesto *Diez* consideraba á éste como el iniciador de su ciencia. Pero así como la Reforma no empieza con Huss ni con Wicliff, sino con Lutero, la filología romance, cuyo predecesor fué Raynouard, nació en 1836 con el primer tomo de la *Gramática de Diez.*

¡Qué coincidencia tan singular! El apellido *Diez*

se encuentra, así en la lengua castellana como en la alemana, con la sola diferencia que en alemán forma una sílaba y en castellano dos. No es el sabio alemán descendiente de algún Díaz español, sino que debe su nombre á la conocida ciudad de Lahn, perteneciente á Hesse. Las tres estrellas tan brillantes en la filología alemana vieron la luz primera en el gran ducado de Hesse, naciendo en Giessen nuestro *Diez*, en Maguncia el insigne *Bopp*, que explicó las lenguas arias: el sánscrito, griego, latín, celta, eslavo y germano, y en Hanau el famoso *Jacobo Grimm*, que demostró el parentesco de los idiomas tudescos.

Nació *Federico Diez* en 15 de marzo de 1794, siendo uno de los diez hijos del jurisconsulto *Commissionrath* del mismo nombre. Tuvo la fortuna de tener por director de su juventud, por maestro en el gimnasio, por colega en la universidad y por amigo de toda la vida al ingeniero, arqueólogo y filólogo Teófilo Federico Welckes, tan amante de lo bueno, lo bello y lo verdadero. Cuando Blücher hizo su entrada en Giessen, el joven Federico siguió en 1814 á su maestro y capitán como voluntario del cuerpo de cazadores de Hesse, que hizo la guerra á la Francia. Después de terminada la campaña ingresó en la llamada *schwarze Burschenschaft* (cuerpo negro de estudiantes alemanes), ostentando en Bonn, que por primera vez conoció en 1815 durante un viaje de quince días, el traje tudesco, un cuchillo de monte y un birrete. En su correspondencia con el amigo y después párroco Carlos Ebenan, que extendiéndose de 1815 á 42, acaba de publicarse bajo los auspicios del catedrático de Bonn, Wendelin Foerster, con motivo del centenario de *Diez*, el alma arrebatada del joven refleja claro y fiel los cuadros de Colonia, del paradisíaco Drachenfels, de la encantadora isla de Vennenwerth, pareciéndose á las islas Borromeas y de San Goar, y respiramos el ambiente más puro, los aromas de una amistad ideal, presentándose Federico como un joven rico de fe que evoca las memorias dulcísimas de ayer. Aquellas cartas le recordaban su bienaventurada juventud llena de sol cuando se había ido ya y consagró á los despojos mortales del tierno amigo una corona de lágrimas. Quien conozca las cartas íntimas de Enrique Heine, lo amará, y lo mismo diremos de las epístolas de *Diez*.

En 1816 siguió á su amigo Welcker, que no contaba sino 10 años más que él, á la universidad de Goettinga. En 1819 desempeñó el papel de preceptor en Utrecht en casa de una familia holandesa, y bajo el cielo gris de los Países Bajos sintió frío en el corazón y una gota de llanto en la mejilla, como Balaguer al contemplar la aglomeración de altos y negros edificios en las ciudades de Bélgica, y como la mexicana Isabel Prieto de Landázuri al recorrer esa tierra sombría y nebulosa donde pasan los hechos de su historia titulada *Berta de Sonnenberg*.

Parece imposible que *Diez* haya trabajado tanto, atormentándole desde 1817 un mal de ojos hasta su muerte. Ya en 1819 se ocupó en problemas lingüísticos, pero el amor de su juventud era la poesía y la historia de las letras. En 1818 dió á la estampa su traducción de *Viejos romances españoles*, á la que tributaron elogios en 1866 en el prólogo de su *Romancero* los Schack y Geibel. Debía ser un intérprete excelente el que escribió al anunciar la versión del *Petrarca*, por Foerster: «El trabajo del traductor es un trabajo santo; como el poeta, ha de ser llamado á su vocación el traductor; su espíritu ha de concebir y producir también. Determinada es su misión de reproducir el original en cuanto se lo permite su propia lengua. Quien quiera darnos una copia fiel de la figura espiritual del poeta, ha de entrar en su sagrario y penetrar con ojos de águila en la imagen del sol. No se alcanza nada con los pintados vidrios de su propio humor.»

En 21 de noviembre de 1821, merced á la recomendación de Welcker, fué nombrado lector de las lenguas romances en la universidad de Bonn, ascendiendo á la dignidad de profesor extraordinario en 12 de julio de 1823 y á la de profesor ordinario en 25 de abril de 1830. Pero aunque indudablemente fué de los que más honra dan á la universidad rhiniana, que se vanagloría con Guillermo Augusto de Schlegel, el fundador del estudio del sánscrito en Alemania, y con Bertoldo Jorge Niebuhr, que en nuestra centuria dió la dirección á las investigaciones históricas, *Diez* no desempeñaba jamás la carga de rector ni la de decano; en cambio fué agraciado con la distinguida orden *pour le mérite* y nombrado hijo adoptivo de su ciudad natal, Giessen, y recibido en el seno de las Academias de Berlín, Viena, Munich, San Petersburgo, París, Lisboa, y de Sociedades literarias de Transilvania, Upsala, Berlín y Goettinga. En 1825 demostró en contra de Raynouard que no existían las fabulosas cortes de amor. Su *Poesía de los trovadores*, que salió en 1826, y su *Vida y obras de los trovadores*, que se publicó en 1829, dieron pruebas de un talento extraordinario por la historia de las letras y por la traducción poética. Cuando interrumpía sus trabajos, se complacía en subir á una de las pintorescas colinas de Bonn para admirar el ocaso del sol y recitar versos de un poeta favorito. Un día el amor halagó su esperanza: enamoróse de la preciosa hija de un catedrático de Bonn, pero en balde llamó á la puerta de la joven, y la ciencia continuó siendo su encanto, y finalmente encontró la felicidad en el cariño fraternal.

El tímido y taciturno *Diez*, tan pobre de recursos, había de contentarse á veces con dos discípulos que se reunían en su modesto cuarto. Uno de éstos, aventajadísimo como el que más, fué el conde de Schack, que por desgracia tiene también el martirio de *Diez*, un mal de ojos, y el que escribe estas pobres líneas se ha sentado también á los pies del maestro y conocido su innata bondad. Aun hoy se me figura ver al anciano, pareciéndose al caballero de la *capa raída*, el inmortal Colón.

Hasta su muerte, acaecida en 19 de mayo de 1876, gozaba de los cuidados de una hermana que había quedado soltera. Pocos lo conocieron porque no brillaba en las aulas, sino que consumió su existencia en las penumbras del hogar.

La ciudad de Bonn, que le contaba entre los suyos más de medio siglo y que se ha encargado de guardar su sepulcro, pero que se olvidó de poner el nombre del gramático tan querido de los pueblos romances en una de sus calles, acaba de celebrar el centenario de *Diez*, fiesta que resultó muy grata y acerca de la cual, á grandes plumazos, voy á dar cuenta á los lectores de La Ilustración Artística.

Ya en 3 de marzo celebróse el centenario, anticipándose la fiesta á causa de las vacaciones de Pascua. Recordamos todavía con placer que hace algunos años, cuando se colocaba una piedra conmemorativa en la última casa habitada por *Diez* y sita en la Weberstrasse, 15, encontrábase por fortuna en la culta ciudad rhiniana un digno representante de los pueblos romances, el erudito catedrático de Madrid, D. Antonio Sánchez Moguel, que brindó por la gloria de nuestro maestro común. Pero el centenario, cuya nota característica fué la temperancia, no se celebró con ningún banquete, ni se regó con Champagne la fiesta del que fué modelo de sobriedad, limitándose la solemnidad á un acto académico en el aula adornada con famosos frescos, y á un homenaje que se tributaba á la memoria del difunto en el centenario.

Poco después de las once de la mañana, al compás de una música severa, entraba en el aula el rector, ostentando la cadena de oro al cuello y un magnífico manto de púrpura bordado en oro, precediéndole dos bedeles con cadena de plata y el cetro del mismo metal, como símbolo de su justicia, y siguiéndole los representantes de las cuatro facultades, llevando su traje académico. Elegantes y hermosas damas ocupaban las tribunas. El salón ofrecía un animado golpe de vista, llamando la atención las banderas de las corporaciones estudiantiles y los trajes pintorescos de los representantes de éstos. Delante de la cátedra estaba en medio de flores ornado de laurel el retrato de *Diez*. El sucesor del maestro en la cátedra de la universidad, el hijo de la Bohemia alemana Sr. Wendelin Foerster, pronunció un discurso lleno de giros expresivos, poniendo de relieve la figura del inolvidable profesor, y concluyó diciendo: «Cuando se unan los pueblos romances y los germánicos, ¿quién podrá resistirles?» Después leyó los telegramas que le habían dirigido catedráticos italianos, franceses, provenzales, suizos y alemanes. Pero ningún nombre español acariciaba mis oídos y faltaban también Portugal y Rumanía en ese concierto de recuerdos y felicitaciones.

La segunda parte de la solemnidad tenía por teatro el camposanto, depositando coronas sobre la tumba de *Diez*, que se parecía á un bellísimo jardincito, el Sr. Foerster, en nombre del Senado de la universidad, de la facultad filosófica y en su propio nombre, y otras los romanistas de la universidad de Bonn, un representante de los estudiantes todos de la ciudad rhiniana, y un representante de las asociaciones estudiantiles llamadas *Burschenschaften*. Por fin, despidiéronse todos de su maestro queridísimo, y el gran *Diez* se quedó solo... No ha habido en la tierra hombre más bueno, más niño.

¡Have anima pia candida! Llevaste tu fama hasta los cielos. Si todo es en la tierra relámpago fugaz, estables son tus obras. ¡Déjame á mí también cubrir de flores tu enlutada fosa! ¡Hasta la vista en los Campos Elíseos, donde te habrás reunido á los Dante y Calderón y á tus queridos trovadores!

Juan Fastenrath

EL CENTENARIO DE PUERTO RICO

Preliminares y accidentes. – La cuestión de Melilla. – El monumento á Colón. – Festejos y actos cívicos. – La Exposición. – Congresos y reuniones. – Certamen del Ateneo.

Puerto Rico ha celebrado también su Centenario. Hace algún tiempo que se agitaba en esta isla el propósito de conmemorar dignamente la fecha en que la civilización europea vino á extender aquí sus beneficios, en nombre de un pueblo heroico y grande y del signo religioso de la cristiandad.

Primero se indicó la idea de una fiesta cívica en Mayagüez, cuyo puerto se había señalado por algunos historiadores como el sitio probable donde Colón y sus compañeros habían desembarcado para tomar posesión de esta tierra. Estudios históricos recientes, fundados en el mismo *Diario de Colón* y en relaciones coetáneas que coinciden con la tradición oral de estos isleños y con la existencia de una ermita con que se había señalado aquel acto en las márgenes del río Culebrinas, vinieron á favorecer la creencia de que el desembarco de los descubridores se había hecho en la desembocadura de este río, que pertenece á la antigua villa de Aguada. Más tarde se suscitaron discusiones acerca de algunas frases del doctor Chanca, médico andaluz que acompañaba al descubridor en su segundo viaje, y no faltaron argumentos para asignar al pueblo de Guayanilla ó Guadianilla, como se llamó en otros tiempos, el honor que ya reclamaban Mayagüez y Aguada.

Estas rivalidades, manifestadas con cierta vivacidad en periódicos y folletos, dificultaban la celebración del Centenario en cualquiera de estos puntos, y se optó, á iniciativa de la Asociación de la prensa, por celebrarlo en la capital, para darle á la fiesta un carácter más amplio, que representase á todos los pueblos de la isla.

Se constituyó una junta con este motivo y dentro de ella una comisión ejecutiva; el gobierno y las corporaciones populares favorecieron el pensamiento con cuantiosos auxilios en metálico y dieron principio los trabajos preparatorios para las fiestas que debían comenzar el 14 de noviembre en que se cumplían 400 años del descubrimiento. Se abrió un concurso en Italia para adquirir un monumento artístico en honor del gran almirante; se preparó una variada serie de espectáculos y se acordó por último celebrar una Exposición en la que pudiera manifestarse el grado de cultura y de progreso general que hoy alcanza el país.

Cuando iba aproximándose la fecha referida ocurrió el conflicto hispano-marroquí con la muerte del general Margallo y de algunos valientes compatriotas de la guarnición de Melilla, y bajo la dolorosa impresión de esos sucesos y temiendo el desarrollo de complicaciones bélicas, que parecían inminentes en aquellos días, hubo de suspenderse aquí toda manifestación de regocijo, y la fiesta del Centenario quedó aplazada hasta que llegasen noticias favorables de la metrópoli.

No se hicieron éstas esperar mucho, y el día 25 de diciembre quedó abierto el período de las fiestas del Centenario.

***

Entre los varios proyectos presentados en el concurso para el monumento que había de erigirse aquí en honor de Colón, fué preferido el del reputado escultor genovés Aquiles Canessa, por ser el de mejores condiciones artísticas y el que mejor se acomodaba á las condiciones locales y aun al hecho que con él se trataba de conmemorar. Sobre un amplio basamento de mármol gris, producto de canteras de Puerto Rico, se eleva el monumento en gradería de gallarda forma y de hermoso granito. Sigue después el zócalo de mármol blanco de Carrara, con atributos de marinería, golfines y bajos relieves de bronce, terminando en una columna estriada de seis metros y medio de alto, hecha de un solo bloque y que sostiene la hermosa escultura. Está ésta en actitud natural, mirando algo más arriba del horizonte, con la gorra en una mano y estrechando con la otra el pendón de los Reyes Católicos. Su rostro noble y severo se destaca gallardamente sobre el azul con gran pureza de líneas, y hay en toda la figura una expresión de reposo y de dignidad verdaderamente admirable. Los bajos relieves representan la salida de Colón del puerto de Palos, su llegada al Nuevo Mundo, la escena de su presentación en la corte de Barcelona y las naves de la segunda expedición, en la cual fué descubierta esta isla. En todo el monumento no hay más que este rótulo sencillísimo:

PUERTO RICO Á CRISTÓBAL COLÓN

El acto de la inauguración del monumento (11 de febrero último) fué una verdadera solemnidad. Se



¡SIN ABSOLUCIÓN!, cuadro de Juan Antonio Benlliure

construyeron dos templetes en la misma plaza, que desde ese día lleva el nombre de Colón; en uno se celebró misa de campaña ante las fuerzas del ejército y la marina que guarnecen esta ciudad, y en el otro estaba el gobernador general, acompañado de las corporaciones populares, el cuerpo diplomático, los representantes de la administración y de la prensa y comisiones de varios centros y sociedades. Terminado el acto religioso, y á una señal convenida, quedó descubierta la estatua en medio de la admiración y el regocijo de la extraordinaria multitud de personas allí reunidas.

Acto continuo, los artistas de la compañía de ópera, catalanes en su mayor parte, cantaron el magnífico himno *El descubrimiento de América*, compuesto por el maestro Firppo y cantado en Génova cuando se inauguró allí, hace poco más de un año, la famosa estatua de Colón. La juventud portorriqueña organizó en seguida una brillante manifestación en honor de Aquiles Canessa, autor del monumento. Todo ese día fué de gala y de fiesta para la ciudad, y por la noche hubo gran retreta militar y fuegos artificiales de gran aparato decorativo.

***

Precedieron y siguieron á estos festejos otros muchos de diversa índole que dieron gran variedad y animación al festival del Centenario; pero el más trascendental é importante de todos fué sin duda la Exposición, que sin llegar á universal – porque no podía serlo en un país de tan poca extensión, sin grandes recursos y sin una propaganda previa de mucho tiempo – resultó algo más que una exhibición de productos y artefactos locales. Concurrieron á ella expositores de Cuba, de la península (Cataluña, Castilla, Asturias y Andalucía, principalmente), de Francia, Italia, Suiza, Inglaterra, los Estados Unidos americanos y otros diversos países, y fué muy notable el número de objetos presentados en sus diversas secciones, sobre todo en las de productos agrícolas é industriales para alimento, productos químicos y medicinales, instrumentos para las artes y la industria y obras del ingenio humano. Se dedicó en ella una sección especial para exhibir labores artísticas é industriales de la mujer, y ha llamado notablemente la atención por la abundancia y variedad de objetos y por las excelentes aptitudes que en ellos han revelado las portorriqueñas para el trabajo artístico y de utilidad doméstica. Hay allí labores de punto, de calado, bordado en infinitas formas, de tapicería, de ornamentación, de indumentaria, industrias productivas y aun verdaderas obras artísticas que merecen el más alto elogio de los visitantes.

En la sala de Bellas Artes se exhiben también obras de mérito. Hay dos cuadros del pintor barcelonés D. Federico Raurich, que llaman la atención de los inteligentes por el profundo sentimiento de la naturaleza que el artista revela en ellos, así como por la corrección del dibujo y la valentía del color. Entre las obras de pintores portorriqueños se distinguen algunos paisajes y casi todos los retratos de Oller, dos cuadros de género de Adolfo Marín, un paisaje de Durán y alguno que otro estudio de Jordán y de Amparo Fernández. Aunque no figura en la sala y fué preciso hacer una casa especial para exhibirlo, á causa de su colosal tamaño, no se debe prescindir en esta reseña de *El Velorio*, magnífico lienzo de Oller, admirable por el estudio de la luz y de la atmósfera y por el realismo de las figuras, que son más de veinte en primer término y de tamaño natural. Fué un verdadero esfuerzo del artista (un aventajado discípulo de Courbet), con el propósito de concurrir á la próxima Exposición de pinturas de París.

En la sala de esculturas son dignas de mención dos estatuas de mármol y un busto del general Dabán, obras de Aquiles Canessa, y algunas imágenes sagradas de los talleres de Llobet y Renat, de Barcelona.

Hay también una sección numerosa de dibujos (blanco y negro), aunque de menor importancia artística que las dos anteriores.

En el departamento de pianos hay ejemplares magníficos, procedentes de las fábricas más acreditadas de París, Berlín, Hamburgo, Barcelona, etc., y un órgano de los que construye en Nueva York la *Æolian Music Company*, que es una maravilla de mecánica musical.

La sección de literatura y ciencias no obtuvo contingente alguno del exterior, y aun resulta algo pobre con relación á los elementos intelectuales del país.

En el departamento de máquinas agrícolas é industriales figuran algunas procedentes de Inglaterra y los Estados Unidos, distinguiéndose entre las de este último país unas prensas tipográficas de *The Liberty Machine Works*, de función muy precisa y rápida y de ingeniosísima forma.

Entre los productos de la industria antillana sobresalen por su riqueza y variedad las instalaciones de las tabaquerías de la Habana y alguna que otra de Puerto Rico.

Las dimensiones de esta reseña nos obligan á citar solamente algo de lo más culminante entre lo que llena casi por entero las ocho grandes salas y sus galerías anexas del palacio de la Exposición, que es el mismo que ocupaban hace algún tiempo los padres de la Compañía de Jesús y su Instituto de segunda enseñanza. Es un edificio de gran amplitud, construído en una de las más pintorescas inmediaciones de esta ciudad y rodeado de jardines y arboledas. En estas dependencias del palacio se han construído kioscos, casetas, establos para la ganadería, tiendas de campaña, estanques y fuentes, una montaña rusa, un laberinto, una sala de tiro, un fonógrafo de Edisson y otros medios de agradable y útil recreación.

***

Dentro del período del Centenario, y como complementos de la Exposición, se han celebrado también juntas, congresos, asambleas y reuniones profesionales; y el Ateneo Portorriqueño, secundado por la Sociedad Económica de Amigos del País, ha organizado un certamen científico, literario y musical de verdadera importancia, cuya distribución de premios se celebrará en breve, como uno de los actos finales de la serie á que nos referimos. Durante la temporada del Centenario, que ya llega á su fin, esta ciudad y la Exposición vecina se han visto favorecidas constantemente por la gente más culta y distinguida del país, y no han faltado tampoco numerosos visitantes de Cuba y del exterior.

Como pueblo culto y amante de su ascendencia, Puerto Rico ha cumplido su deber conmemorando dignamente la ocasión primordial de la conquista, que le dió civilización y nacionalidad gloriosa. Como pueblo comercial y productor, ha sabido elegir, celebrando una Exposición sin estrecheces ni exclusivismos locales, el medio más á propósito para propagar las excelencias de sus productos naturales, conocer bien los de otros países y ampliar y perfeccionar sus relaciones con el mundo civilizado.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL
DE BELLAS ARTES
III

Después de las salas de pintura, el salón central, destinado á las obras escultóricas, es indudablemente el que más atrae la atención de los visitantes. Por desgracia, algunas de las salas anexas de la planta baja quedan relegadas á un tercer lugar, sólo por la escasez de ejemplares expuestos. No importa que la sección de escenografía, aun siendo muy reducida, no carezca de interés, como veremos, ni que en la sala de dibujo y grabado figuren algunas obras extranjeras notabilísimas; á pesar de todo, el hábito que ha establecido injustificadas superioridades jerárquicas entre las artes, nos lleva al salón central, y el mismo número de las obras nos obliga á seguir la costumbre de ocuparnos en primer lugar de la escultura, después de los cuadros.

Esta sección es, en realidad, bastante inferior á la de pintura. Con decirse, y siendo para mí verdad, que la escultura moderna, y muy particularmente la francesa, será, con el paisaje, lo más característico, lo más serio de las artes en el presente siglo, y lo que de ellas sobreviva tal vez en lo futuro, nuestras exposiciones, la actual sobre todo, no corroboran por cierto esta afirmación general. Es más; por lo que á Cataluña se refiere, se ha dicho que aquí había nacido y aquí se había creado una verdadera escuela de escultura. Hasta ahora, los principales y más renombrados escultores españoles han sido catalanes, desde la segunda mitad de este siglo. Barcelona ha tenido suficiente número de artistas para adornar sus monumentos y sus nuevos paseos y jardines, sin acudir á extranjeros ni nacionales. En los mismos concursos celebrados por la capital y por las demás poblaciones de España, catalanes son en su mayoría los que á ellos se presentan. Hoy mismo, las mejores obras de la actual Exposición, son sin disputa – ó á pesar de la disputa – las del catalán Blay, cuyo genial talento viene á confirmar para el porvenir la idea ya común de que nuestro temperamento, rudo y positivista, parece el adecuado para esa arte plástica y precisa por excelencia. Pero, con todo esto, ni nuestra escultura evoluciona y progresa, como era lógico esperar de tales antecedentes, ni las pocas obras existentes en la Exposición son las mejores, ni nos explicamos el retraimiento de algunos que hubieran podido presentar obras acabadas é inéditas. En una palabra: no hallamos en nuestra escultura el influjo vivo y fecundo del arte francés que de un modo tan notable se revela en la nueva generación de pintores. En este punto se interrumpe el paralelismo que parece debiera existir entre uno y otro arte. El hecho es tanto más de notar, cuanto que cabalmente la escultura francesa alcanza una preeminencia indiscutible sobre la de las demás naciones.

Hay en el salón central distintas muestras de los diversos géneros repetidos y comunes que hemos visto hasta ahora. Abundan á lo largo de los muros – á veces en vergonzantes rincones – los retratos de particulares, los bustos característicos ó de expresión, con títulos como *Sorpresa*, *Tristeza*, *Desolación*, *Patria*, etc.; las cabezas de estudio y aun las inscritas en el catálogo con la más modesta y simple denominación de «estudios.» Es la primera y mayor partida. Con ella alternan otras obras de no menor tamaño, figuras sueltas, picarescas ó anecdóticas y propias para fundir en bronce y vender como adornos de sobremesa. No son ya tantas como los bustos, pero ofrecen también un contingente regular. Vienen ya á su lado, ó adelantándose para figurar en mayor pedestal y lugar preferente, las estatuas religiosas ó los grupos escultóricos de mayor importancia. Alternan en sitio igualmente visible los estudios de animales, de gran tamaño. Y destacan, por fin, por su altura ó por su ancha base, las obras monumentales: el grupo histórico y glorioso, la concepción ornamental, la figura-retrato de alguna celebridad histórica también, convertida en estatua pública y conmemorativa.

Entre estas grandes manchas frías ó blanquizcas de la escultura monocroma, en mármol, en barro y en yeso, resaltan, sin embargo, en mayor número que hasta aquí, no únicamente los obscuros tonos de la madera entallada y del bronce fundido, sino también los del yeso, bañado de una capa de color, ó las imitaciones en barro de la plata oxidada, del mismo bronce y de la cera. Hay como una tendencia hacia la policromía, que por ahora se insinúa entre nosotros en esta forma. La policromía empieza á alcanzar tanta boga en las exposiciones extranjeras, que ha venido á destruir el lugar común tradicional de la monocromía en la misma escultura clásica griega. De las excavaciones practicadas hace pocos años, resultó que aquellas estatuas llevaban colores sobrepuestos, y aunque los defensores de la tradición «del antiguo» sostuvieron que esta aplicación era únicamente propia del arte primitivo ó del decadente, se citan ahora testimonios indiscutibles de que incluso en los tiempos del gran arte, los griegos pintaron sus estatuas. Si estos indicios se confirmaran plenamente, resultaría que el uso del mármol monocromo, sobre el cual se fundaron tantas teorías, viendo en él una idealización, fué prejuicio del Renacimiento, creído de que seguía las huellas de un idealismo existente en el pueblo artista por excelencia... Pero de tales ensayos, que han dado lugar en Francia á esas investigaciones, no hay en nuestra exposición una sola muestra. Esta nueva dirección se insinúa únicamente, repito, en el número de ejemplares de un solo color y en las imitaciones del metal.

No es mucho lo que cabe elegir entre los distintos grupos en que hemos dividido más arriba las obras escultóricas. De los bustos, distinguiríamos tan sólo por su verdad, por su sentimiento, por su delicadeza, unos pocos, poniendo en primer lugar y al frente de todos la deliciosa *Margheritina*, de Blay, que se lleva los ojos de los espectadores con unánime y superior encomio, y los estudios del italiano Rossi, *Foresetta* y *Micheluccio*, que, con el de nuestro paisano, son indudablemente los mejores de la actual Exposición. Después de ellos, sólo importa citar el *Monello*, de Jollo; otro del mismo título de Pellini; una cabecita, *Pare nostre*, de Clarasó, y las dos de Tavera. Junto á ellas, y en el género anecdótico ó picaresco, que tan fácilmente cae en lo grotesco ó en lo industrial (como en las figurillas *Avant* y *Après*, escenas de la comedia italiana), únicamente son dignas de apuntarse la linda y graciosa figura de Tasso, *Domingo de Ramos*, *Un venditore napolitano*, de D'Orsi, y la *Carmen*, de Atché. Entre los grupos escultóricos ó las estatuas sueltas de una concepción más levantada y de una ejecución más difícil y atenta, citaremos *Pensativa*, de Tavera, de superior distinción y *savoir faire*; el *Pescador de pólipos*, del ya nombrado Rossi; *A Santa Lucía*, de Marino, y como estudio de desnudo *Pobre niño*, de Serret y Sellés. Hay que nombrar aparte *Los primeros fríos*, de Blay, que á todas las anteriores supera, y donde el talento de este artista se muestra vigoroso y pujante, unido á un exquisito sentimiento. No es este común, ni aun en las obras del género religioso, de las cuales sólo pueden señalarse en este sentido la *Purísima* y la

Pietá, de Venancio Vallmitjana, y el *Eccehomo*, de Fuxá, esmeradamente ejecutadas. La primera y la última tienden á una expresiva y atractiva simplicidad de líneas en busca de una emoción penetrante. Fuera de estos ejemplares, ya sólo se distinguen los estudios de animales: una *Leona*, de Vallmitjana Abarca, algunos otros de Campeny, que como *El gamo* y *El águila* ó *El bisonte*, tienen, á pesar de su tamaño, visible carácter de obras de industria, el cual se observa asimismo por su pequeñez, con todo y su ejecución esmeradísima, en la *Fauna*, de Jerace, y el *Oso polar*, de Le Roy. No hemos de hablar de las obras monumentales, porque son poquísimas en número y ninguna pasa los límites de una modesta medianía, defecto capital en tales empeños, que deben distinguirse antes que todo por la grandiosidad de la concepción. No es por cierto esta la cualidad del grupo de *Gerona*, ni de la estatua ecuestre de *Hernán Cortés*, de Vallmitjana. En la de *Fontanella*, de Blay, el autor ha estado inferior á sí mismo. El *Dios Pan*, de Campeny, es quizás la única obra ornamental digna de mencionarse por su agraciada y bien entendida composición.

Como he indicado al principio, en las demás secciones de la planta baja poco hay que notar. En las de acuarelas, pasteles, aguazas, dibujo y grabado, con ser escasas las obras, están en mayoría las que se dirían traídas ó aceptadas allí por compromiso, sólo para revestir las paredes. Unicamente así se comprende que se hallen colgadas de ellas, nada menos que *mesas revueltas* de pacientísimos pendolistas, colecciones de insignificantes apuntes á lápiz, sacados con prisa de cualquier cartera, originales de *ilustraciones* ó tapices decorativos que no recomienda absolutamente ninguna cualidad. Tan pobrísimas muestras de nuestro arte no deberían ya figurar en ninguna Exposición, siquiera para evitar al espectador la fatiga de ir buscando entre ellas las que, seleccionadas, agrupadas y en breve espacio, nos sugerirían mejor concepto con su conjunto. Hubieran podido reunirse de una vez algunos de los estudios de plantas ornamentales de Xumetra, los apuntes de «naturaleza» de Armet, los dibujos á pluma de Pellicer, las magistrales ilustraciones de Vierge, y los superiores aguafuertes de Ríos, junto á los grabados en madera de nuestro paisano Sadurní. Ríos y Vierge principalmente merecerían alto puesto de honor en aquellas salas: el primero, por sus admirables *Aguadora*, *Segadora* y las copias de Besnard y Pearce; el segundo, por su *Buscón D. Pablos*: serie de composiciones que interpretan de un modo genial y vivacísimo los más pintorescos episodios de la célebre novela picaresca. Con ella compiten en facundia de recursos, en intensidad de carácter, en originalidad y desenfado en el procedimiento. Quizá sea éste, con toda su elegancia y delicadeza, el que podría ofrecer algún reparo por cierto abigarramiento en algunas composiciones. Pero estos defectos se olvidan pronto ante la genialidad poderosa del artista, resucitando, en una suerte de visión semifantástica y sin precedentes, la naturaleza y la luz de Castilla, su vida en el siglo XVII, los interiores de sus posadas, los pórticos de sus iglesias, caminos polvorientos y galerías, azoteas y campanarios, todo, poblado y amenizado con el rebullicio de hidalgos y mendigos, alguaciles y estudiantes, juergas y viajes.

Esta obra de Vierge principalmente, es la única digna de competir con los dibujos y grabados extranjeros que á poca distancia de ella y mejor agrupados, presentan un conjunto de mucho superior al nuestro, que puede revisarse con verdadero deleite. Un retrato al carbón, de Beaury-Saurel; dos dibujos á lápiz, de Defaux; los dibujos á la sanguina, de Engel y de Hein; los estudios de animales, de Renouard, grabados al agua fuerte; las litografías, de Maurou; los aguafuertes, de Lecocq, de Raab, de Bärenfänger, y el grabado en madera de Bellenger, constituyen esta preciosa colección, la más notable, la más interesante y en cierto sentido la más completa, de todas las recorridas hasta aquí.

No lo es con mucho la sección de escenografía, si se atiende á la cantidad y aun á la calidad, bastante mediana, de algunas obras expuestas. La curiosa colección de grabados de Soler y Rovirosa presenta, sin embargo, reunida en breve espacio, si no la historia de la escenografía en Europa, muestras aisladas de algunos autores célebres y de algunos géneros típicos, que son como las páginas salientes de un compendio, desde los primeros escenógrafos italianos de los siglos XVI y XVII, como Parigi, Rhiguini y Galli-Bibiena, á los del neo-romanismo en el siglo pasado, y de éstos á los románticos franceses que se sustrajeron en este siglo del predominio de Italia en los precedentes, y adquirieron independencia y estilo propios. De Thierry, Cambon, Filastre, Cagé, etc., hay ejemplares. Los hay también de nuestros catalanes los Rigalts, los Planellas, Sert, Valls, etc., antecesores de la brillante pléyade contemporánea, Soler y Rovirosa, Moragas, Urgellés, Pascó, Vilomara, Chía, Labarta, etc., que han presentado algunas decoraciones en bocetos y teatritos y algunos figurines de atrezzo. – Y con esto doy por terminada esta reseña. – J. YXART.



Vendedora de flores en Oriente, cuadro de Eismán Semenowsky

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS DE 1894



¡VIVA FRANCIA! cuadro de José Cusachs



PUEBLO Y REYES, cuadro de Juan Luna Novicio (Exposicion general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



Modelo de fuente, escultura alemana

NUESTROS GRABADOS

Extraviada, cuadro de Antonio Coll y Pí (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Una inocente niña extraviada en una de las grandes vías de esta ciudad, cual lo es el Paseo de Colón, cuyo monumento, ó mejor dicho, su silueta, se destaca en el fondo, y un guardia municipal que la interroga para poder entregarla á sus padres: tal es el asunto del cuadro del joven pintor Antonio Coll, que ha procurado completar discretamente la composición por medio del grupo que rodea á la niña y al agente del municipio. La escena resulta tierna y sencillamente representada, avalorándola el sabor local, la exactitud de los tipos tomados del natural, tan exactos como lo son la joven modistilla que se interesa por la niña, la modesta obrera, la exuberante matrona y los demás personajes que se aproximan movidos por el mismo sentimiento. La obra del Sr. Coll podrá adolecer de defectos de ejecución, pero no puede negarse que el artista ha estudiado la escena que ha tratado de representar y que ha logrado realizarla sentida y delicadamente.

¡Sin absolución!, cuadro de Juan Antonio Benlliure. – La familia de los Benlliure constituye una verdadera dinastía de artistas: Mariano, José, Blas, Emilio, Juan Antonio, todos llevan el mismo apellido y todos han sabido honrarlo conquistando para él un lugar eminente en la historia del arte. Del último de los citados, el autor de los *Ultimos momentos del rey Alfonso XII*, que figuró en la primera Exposición general de pinturas celebrada en 1891 en esta ciudad, es el cuadro que reproducimos y que pertenece á ese género que deja en el ánimo una impresión profunda y duradera. La escena es altamente dramática y está expresada de una manera tan clara, que toda explicación resulta ociosa: en cuanto á la composición y á la ejecución del lienzo, toda alabanza nos parece poca para ensalzar, aparte de la corrección que en él campea, la sobriedad con que el artista ha tratado el asunto, apartándose del efectismo á que éste tanto se presta, y la expresión que ha sabido dar á las dos figuras, la de la dama casi caída al pie del confesonario y sin fuerzas para llorar ese nuevo dolor que la anonada, y la del fraile en cuyo semblante se pinta, más que el asombro por la culpa ante él confesada, la inquietud por la suerte de aquella alma pecadora, á la cual ha tenido que negar la absolución en cumplimiento de los deberes de su sagrado ministerio.

Vendedora de flores en Oriente, cuadro de Eeismán Semenowsky. – Las costumbres, los tipos, los trajes, los objetos todos de Oriente se prestan, como pocos, por lo pintorescos, á servir de asuntos para las obras pictóricas. Cuantos artistas han recorrido las interesantes regiones orientales hanse inspirado en aquel cielo hermoso, en aquellos espléndidos paisajes y en aquellas mujeres bellísimas, una de las cuales reproduce el bonito cuadro que publicamos.

¡Viva Francia!, cuadro de José Cusachs (Exposición de Bellas Artes de París de 1894). – Con justicia llama actualmente la atención de los aficionados é inteligentes el notable cuadro de nuestro paisano el distinguido pintor militar José Cusachs, expuesto actualmente en el palacio de los Campos Elíseos de París, que reproducimos en este número. La carga de coraceros representada en el lienzo es quizás la obra de mayores alientos de cuantas ha producido Cusachs dentro del género en que ha logrado ya singularizarse. El desenfrenado galope de los caballos y la actitud de los jinetes traen á la imaginación los horrores de la lucha, la violencia, la embriaguez de sangre que anima á los combatientes y que constituyen las notas distintivas de los combates. Entendemos que el señor Cusachs ha dado nueva y gallarda muestra de sus aptitudes y que el cuadro á que nos referimos significará para el artista uno de sus verdaderos triunfos.

Pueblo y reyes, cuadro de Juan Luna Novicio (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Objeto de controversia fué entre los críticos de arte, durante el período de la Exposición nacional de 1892, el cuadro del pintor filipino Sr. Luna, que reproducimos en las páginas de este número y que figura hoy en la Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad. Iguales discusiones promueve actualmente, puesto que el cuadro es el mismo é idénticas sus cualidades y defectos. Por nuestra parte no lo discutimos, pues no es este el lugar para ello, ni es tal nuestro propósito. Nos limitamos únicamente á hacer constar la observación que no puede negarse, cual es la revelación del temperamento artístico de Luna. El lienzo, que es de grandes dimensiones, podrá apreciarse como un tanteo, como un gran boceto, considerado pictóricamente; pero la concepción, el movimiento y acción de las figuras, el conjunto retrata enérgicamente un momento, un hecho violento y brutal, la orgía de un desbordamiento popular, y quien lo concibe y representa, bien merece el estímulo de un aplauso que no titubeamos en tributarle.

Modelo de fuente, escultura alemana. – Por el carácter altamente artístico que tiene reproducimos ese modelo de fuente, obra escultórica alemana que reune todas las condiciones que se requieren para la escultura ornamental, esa rama del arte plástico á la que tanta importancia se ha dado siempre y con razón se sigue dando.

La azucena del bosque, escultura de Juan Brandstetter. – Esta bellísima estatua, que adorna uno de los sitios más pintorescos del parque de Gratz, representa uno de los personajes más sentidos que ha creado el célebre poeta estirio Rosegger; su autor comenzó desde muy joven á dedicarse al arte que hoy con tanto éxito cultiva, y muy pronto obtuvo del emperador de Austria una pensión que le permitió continuar con holgura sus estudios, ganando multitud de premios en la Academia. Sus obras, cuya característica son la elegancia y la distinción, ocupan lugar preferente en los más aristocráticos salones de Viena.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Londres. – En la Exposición que actualmente está celebrando la Real Academia, nótanse corrientes que podríamos llamar liberales, tendencias á lo nuevo, que ya se manifestaron en la elección de académicos últimamente nombrados. En la imposibilidad de citar en una simple noticia todo lo bueno que allí se ha expuesto, mencionaremos sólo las obras más salientes, que son: cuatro cuadros de Federico Leighton, entre los que descuellan *El espíritu de la montaña*, maravillosa composición impregnada de poesía y ejecutada magistralmente, y *Tarde de estío*, interior griego con hermosos detalles arquitectónicos; *El despertar de la rosa* y *El bosque encantado*, cuadros modernistas de G. Scott, de correcto dibujo y hermoso colorido; *El pastor*, de T. Griffith, cuadrito encantador pintado al estilo de Claudio Monet y de la nueva escuela parisiense de los *vibristas; La edad de oro*, de Abbey Alston, lienzo de grandes dimensiones con varias figuras que recuerdan los desnudos clásicos; los preciosos trabajos decorativos que Mr. Sargent ha pintado para la biblioteca pública de Boston, de gran riqueza de composición y colorido; cuatro cuadros de Sydney Cooper, quien á pesar de sus noventa y cuatro años pinta todavía con tanta inspiración como vigor; *El rey se divierte*, caprichosa composición de Yeames; *Un matrimonio de conveniencia*, de Lorimer, que presenta un asunto viejo tratado con mucho sentimiento y de una manera muy nueva; *La sirena*, de Herberte Draper, artista joven que ha hecho con ella una obra notabilísima de color, una verdadera pintura en el sentido más grande de la palabra; *L' amour piqué*, de Bouguereau; *Horæ serenæ*, escena campestre de la antigüedad, de J. E. Poynter; *El final de un día alegre*, de Alma Tadema, de asunto poco interesante, pero hermoso como estudio de luz y de color; *Orfeo*, del célebre pintor de animales Swan, que ha pintado al cantor sublime pulsando la lira y rodeado de fieras fascinadas por su música; un cuadro de Watts, de una grandiosidad de estilo y de una expresión incomparables; el retrato del eminente químico Dewar, que Orchandson ha pintado para el colegio Peterhouse de Cambridge; dos retratos de Ouless y Reid, modelos de sencillez y sobriedad; dos hermosos retratos de Herkomer; *El cristal mágico*, de Dicksee, lienzo esencialmente decorativo, con efectos de color sumamente originales; un paisaje con cuatro hermosas figuras, de Boughton; un lienzo poético y magistralmente pintado, de Waterhouse; *¡A Versailles!*, pintura realista y llena de vida y movimiento, de Val C. Prinsep, y *Llamamiento á las armas*, de Seymour Lucas, episodio histórico de fines del siglo XVI, con multitud de figuras llenas de expresión.

Munich. – Los artistas que se han separado de los secesionistas han constituído una Asociación libre muniquense, que ha celebrado en la galería Gurlitt de Berlín su primera Exposición especial, en la cual han tomado parte Eckmann, T. Heine, Strahtmann, Leibl, Olde, Trubner, Cotinth, Schlittgen, Sievogt y Luhrig, este último de Dresde.

– De la memoria leída en la última asamblea de la Asociación de Artistas resulta que en la Exposición anual de 1893 figuraron 2.329 obras, de las cuales se vendieron 288 por la suma de 485.411 pesetas, habiendo dejado aquélla un sobrante de 25.915. En la Exposición permanente se han expuesto 706 obras, de las que se han vendido 163 por 74.591 pesetas. La Asociación, cuyo capital se elevaba á fines de 1893 á 236.916 pesetas, cuenta 37 socios de honor, 803 de número y 79 extraordinarios, entre estos últimos 72 artistas del bello sexo, y posee una colección histórica con más de 4.000 obras y una biblioteca con 550 volúmenes.

– La Asociación protectora de Artistas dispone actualmente de 1.250.000 pesetas, y el número de sus asociados es de 467. Durante el año 1893 ha repartido socorros por valor de 15.712 pesetas y gastado en pensiones 11.687. Entre los ingresos que ha tenido merecen citarse un legado del difunto consejero áulico Benzino de 62.500 pesetas y un donativo de 3.750 que la casa Braun y Schneider ha hecho con ocasión del 50.° aniversario de su fundación.

Teatros. – En el teatro Real de la Opera, de Viena, se ha estrenado con buen éxito la ópera de José Forster *La rosa de Pontevedra*, que fué premiada en un concurso recientemente celebrado en la capital de Austria.

– En el teatro de la Residencia, de Munich, se ha representado con grandísimo éxito la última obra de Sardou *Madame Sans-Gêne*, que ha sido ya muy aplaudida en los principales teatros de Alemania.

– En el teatro de la Ciudad, de Colonia, se ha estrenado con brillante éxito la ópera en tres actos del joven compositor italiano Nicolás Spinelli *A basso porto:* esta ópera fué considerada como una de las tres mejores entre las presentadas al concurso Sonzogno, en que fué premiada *Cavalleria rusticana*, y se estrenó en Roma, cantándose después en algunos teatros de Italia. Los periódicos colonenses califican á Spinelli de muy superior á sus compatriotas Mascagni y Leoncavallo.

Barcelona. – En Novedades ha comenzado con gran éxito sus representaciones la compañía que con tanto acierto dirigen los aplaudidos actores Ricardo Calvo y Donato Jiménez, habiendo puesto en escena, entre otras obras, *Mariana*, de Echegaray, y *La Dolores*, de Felíu y Codina, que han sido otros tantos triunfos para aquéllos y para la primera actriz señorita Cobeña. Han terminado en el Lírico las funciones de Novelli, el cual ha estrenado *L' anima morta*, de Guimerá, preciosa tragedía de cuyo protagonista ha hecho una creación el eminente actor italiano con motivo de la despedida de éste, que se ha embarcado para Buenos Aires, el público que llenaba por completo el grandioso coliseo tributóle una de las ovaciones más grandes y cariñosas que en Barcelona se han presenciado.



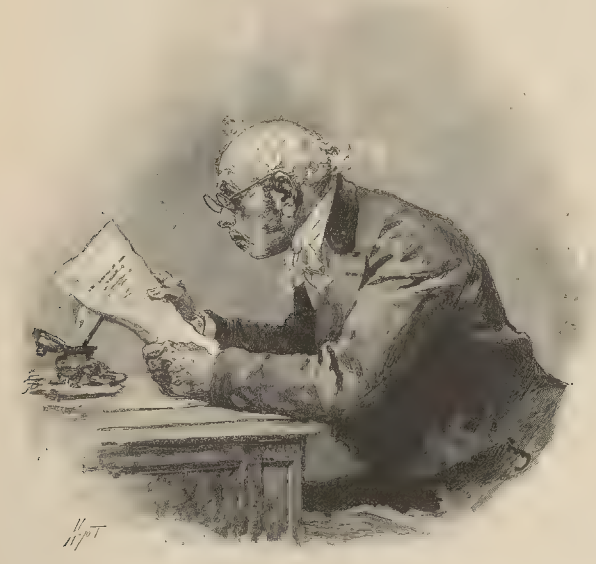
La azucena del bosque, escultura de Juan Brandstetter

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Entre ellos se cimentó una firme amistad, y más tarde los papeles se trocaron; pues apenas Saverne hubo recibido su patrimonio, apresuróse á devorarlo; y Preymont, procurando calmar la fogosidad de su amigo con buenos consejos, ayudóle á salir más de una vez de un mal paso, prestándole su bolsa. Y los consejos, escuchados y aprobados con entusiasmo, resultaban poco menos que inútiles tratándose de un joven de excelente carácter, pero fácil de entusiasmarse, y que se entregaba á los caprichos del momento con la indiferencia de un hombre cuyos principios son elásticos y cuya libertad no se reprime por ningún lazo de familia.



Cuando el notario comenzó la lectura del contrato...

Pero Saverne tenía la rara facultad de agradar á todo el mundo; y las personas más graves le perdonaban las excentricidades de su carácter frívolo en gracia de su continuo buen humor, de la franqueza con que confesaba sus faltas y de la locuacidad, que atraía á su favor á cuantos deseaban reirse.

La señora de Preymont le trataba como á un niño muy amado, con el que se tienen indulgencias inagotables; y Saverne, sin casa ni familia, consideraba como suya la de su amigo. Vivía en gran parte con el auxilio de su talento: era caricaturista muy buscado, y escribía además con ligera y fácil pluma en diversos periódicos.

—Vamos, niño terrible, díjole la señora de Preymont, ¿qué locuras ha cometido usted desde que le vi la última vez?

Saverne, que comía en aquel momento algunas fresas, interrumpióse para reflexionar seriamente y exclamó con expresión de asombro:

—¡Ninguna!.. ¡A fe mía, señora, que yo mismo estoy asombrado de ello!

—Pues entonces volverá usted del todo convertido. La última vez que conversamos me habló usted de matrimonio con la mayor formalidad.

—¡Ah! Ahora tengo más juicio que nunca, y mi único deseo es conservarle, pero...

Saverne se interrumpió para dirigir una mirada de desconsuelo á Marcos.

—Pero tu juicio no conviene con el de... todo el mundo, añadió Preymont, sonriendo.

—Tú lo has dicho, replicó Saverne con aire contristado; y sin embargo, me cansa ya vivir solo... por lo menos sin casa, sin..., en una palabra, ya comprenderás, añadió, ahogando la explicación en su café y en el respeto que le inspiraba la señora de Preymont.

—Me agrada, dijo esta última, verle á usted tan pensativo; ya hablaremos en otra ocasión del asunto, y me esforzaré para encontrarle una mujercita juiciosa.

—¡Una mujercita juiciosa!, repuso Saverne con tono de inquietud. Juiciosa... sí; pero no demasiado seria. ¿No es verdad? ¡Yo no quiero una virtud que use gorro de algodón!, añadió el joven con expresión de espanto.

—Tranquilícese usted, contestó la señora de Preymont, sonriendo. La virtud no se inclina en nuestros días á poner en moda ese tocado.

Preymont condujo á su amigo á una habitación cuyas vastas proporciones agradaban á Saverne.

—Las mujeres como tu madre, dijo el joven, sembrando en un momento el desorden á su alrededor, son admirables; sí, admirables, no hay otra palabra. Pero esas santas, llenas de virtudes y de buenos pensamientos, no conocen la vida mejor que un niño, ni sospechan los apuros en que se halla un pobre mancebo dotado de buena voluntad, pero que se encuentra atado por... ciertos compromisos.

—Tal vez sí..., pero no creo que tu desgracia le inspire profunda conmiseración.

—¡Eso es! ¿Qué decía yo?, exclamó Saverne, revolviendo su maleta de viaje para buscar la llave de su cofre, sin poder encontrarla. Ella cree que es fácil vivir en una celda, con la cabeza cubierta por una capucha, una calavera delante para meditar y un cántaro de agua para reponerse...; pero ¡bah!, no quiero pensar en nada esta noche. Todo se arreglará; mi compromiso se irá al diablo, y rogaré á tu madre que me busque mujer, pues en rigor debo confesar que la buena señora no me habló nunca de su celda y que tengo confianza en su juicio.

Impacientado por no encontrar la llave que buscaba, Saverne hizo saltar la cerradura de su maleta y diseminó el contenido de ésta á su alrededor.

—Ya está hecho, dijo con aire de satisfacción. Tu criado se entenderá mañana con mis cosas; una noche al aire libre les sentará muy bien, pues yo soy quien las encerró ahí, y jamás tengo paciencia para colocarlas con simetría.

—Cuando te cases, tu cofre no parecerá un saco de trapero, repuso Preymont, riéndose de la mejor gana. ¡Buenas noches!

En el momento de abrir la puerta, volvióse para decir con un esfuerzo:

—A propósito del matrimonio... llegas precisamente á punto para asistir al de una prima mía.

—¡Ah!.. ¿Es la pequeña Susana á quien vi aquí otras veces?

—Sí... es la señorita Jeuffroy.

—De niña era muy linda. ¿Qué es ahora como mujer?

—Ya la verás pasado mañana, que es el día del contrato, pues haré de modo que te inviten.

—¡Bravo! Estudiaré en el novio qué cabeza se ha de tener cuando uno se casa, y no dejaré de encontrar entre los convidados algunos tipos para mi lápiz.

Después de pasar un día haciendo esfuerzos para dominarse, Preymont sentía una imperiosa necesidad de estar solo. En su consecuencia salió, y después de cruzar el camino franqueó los prados que separaban la propiedad de las orillas del Loira.

Cansado de un trabajo árido ó poseído de tristeza ante deseos irrealizables, había ido á menudo al mismo sitio á buscar en el imponente silencio y en la tranquila limpidez de la noche la calma exterior que obra en el pensamiento; pero entonces no vió en la soledad más que un hombre desgraciado.

—Yo amo..., pensaba; yo, que ni siquiera tengo derecho, á menos de caer en el ridículo, para asociar esta palabra á mis pensamientos.

Y sentíase sobrecogido de accesos de misantropía, de cólera y desaliento, que su orgullo y su filosofía eran impotentes para dominar.

La reflexión, la experiencia y la inclinación á meditar habían desarrollado una amplitud de pensamiento innata en Martos. Agradábale generalizar sus ideas en la contemplación del ínfimo lugar, tomado aisladamente, que el hombre ocupa en el universo. Fija la mirada en la renovación de la naturaleza y de los siglos, las líneas tenían entonces á sus ojos las verdaderas proporciones, y complacíale hallar así una libertad de juicio que habría desterrado sus preocupaciones si las hubiese tenido. Esta tendencia del espíritu dió por resultado no solamente mantenerse extraño á las mezquinas vanidades y á las intolerancias, sino crearse una especie de estoicismo, con ayuda del cual pretendía hacerse superior á las debilidades del amor propio y de la pasión.

Mas á pesar de sus afirmativas, faltaba equilibrio entre sus sensaciones, sus sentimientos y sus ideas; y veíalo cuando se dejaba llevar, porque sufría de arrebatos misantrópicos, á pesar de la profunda compasión que su sana inteligencia le inspiraba para la humanidad.

Cuando volvía á subir á su habitación, la naturaleza dormida no había hecho más que presenciar las luchas de un corazón ardiente y oprimido, lleno de una pasión que le entregaba á la más profunda angustia.

III

Al día siguiente Marcos escribió al Sr. Jeuffroy para preguntar si podría, sin cometer una indiscreción, presentarle á Saverne el día señalado para firmar el contrato, pues sabía que el Sr. Varedde por estar de riguroso luto por la muerte de sus padres, deseaba que el matrimonio se efectuase en la más completa intimidad, con gran satisfacción de su suegro, cuyos gastos se limitaban así forzosamente.

—¡Saverne, Saverne!, repetía el Sr. Jeuffroy, leyendo la carta delante de su hermana. Yo conozco ese nombre... Hace largo tiempo que ese caballero no ha venido aquí; mas recuerdo haberle visto una vez. ¡Ah, ya caigo! Es un dibujante, y además escritor; no sé qué escribe, pero es conocido.

Constanza no abría nunca un libro, y consideraba que un autor es un fenómeno que los más simples

particulares, felizmente para ellos, no están llamados á encontrar en su camino.

– ¡Un hombre que escribe!, exclamó. ¡Y la señora de Preymont le tiene en su casa! ¡Pobre mujer! ¿Qué alimento le dará?

– ¡Hum! No me agradan mucho esos hombres, repuso el Sr. Jeuffroy, cuya ancha cara expresaba, no obstante, cierta satisfacción; son vividores de manga ancha.

– ¿Y qué harás, hermano mío?

– ¡Diantre, voy á decir á Preymont que le traiga! A Varedde no le contrariará esto, y por otra parte, es lisonjero tener á su mesa una persona cuyo nombre se ve con frecuencia en los periódicos.

Sereno é impasible, porque estaba acostumbrado á ocultar sus impresiones, Preymont marchó con su madre y Saverne para ir á desempeñar su papel de testigo.

Cuando entraron en el salón, Susana, cuya belleza realzaba un elegante tocado, obra de su tía, hablaba con su novio, un apuesto joven; pero Saverne, asombrado ante la rara hermosura de la señorita Jeuffroy, le juzgó completamente indigno de besar ni aun las puntas de sus dedos.

Sentada, muy derecha, en un sillón, con los *papillotes* un poco amarillentos, dispuestos simétricamente bajo una papalina de blonda, Constanza Jeuffroy lucía un vestido negro de seda, regalado el día del casamiento de su hermano, y que ella había querido engalanar con algunos adornos de su capricho, como para rejuvenecerse. En aquel momento cierta sonrisa de beatitud entreabría sus labios, y asemejábase á una aparición extraña y sobrenatural. Si algunas veces soñó que en otros tiempos la belleza de su sobrina hubiera bastado para que fuese amada de un príncipe, ahora reflexionaba que las costumbres de la actualidad no son despreciables, y que es muy dulce el derecho de manifestar su amor á quien se ama.

Cuando el notario comenzó la lectura del contrato, Susana, ahogando un suspiro de aburrimiento, volvióse hacia el jardín y se entregó á sus felices pensamientos.

El calor, muy tardío aquel año, habíase declarado súbitamente, sumiendo en un delirio feliz á todos los seres que de él reciben la vida ó la alegría. Cual si estuvieran locos de placer, agitábanse en masa, produciendo un ruido atronador, y se dirigían afanosamente á diversos puntos con algún objeto misterioso. Las hojas se estremecían de embriaguez bajo el soplo de una brisa perfumada, y una pelusilla muy fina que se escapaba de los grandes álamos, seguía todos los caprichos del aire para caer después en tal cantidad en las avenidas, que en ciertos sitios el suelo parecía estar cubierto de una capa de nieve amarillenta. Esta ligera pelusilla aventurábase entre los rayos de viva luz que penetraban en las habitaciones abiertas, y precipitábase con ella, rozando el rostro de la joven sin conseguir distraerla de su meditación.

A pocos pasos de Susana, Preymont contemplaba, con pensamientos muy diferentes, la alegre locura de la vida, que adorna con su juventud hasta los añosos y sombríos tejos que ostentaban en el jardín las feas y extravagantes formas impuestas por el dueño. Sentía renacer en su alma su antigua y ardiente cólera contra todo lo que es vida y alegría; y pensaba que en otras circunstancias hubiera podido hacerse amar de aquella mujer encantadora, depositando á sus pies los tesoros de un corazón apasionado, que había creído muerto para los sueños de felicidad.

Las fisonomías y los objetos que le rodeaban éranle odiosos; y preguntábase con irritación qué papel desempeñaba en medio del movimiento eterno de la naturaleza, él á quien se rehusaban las alegrías y los deberes más legítimos. Este era el antiguo y devorador pensamiento que, cuando no le inspiraba la pasión, como en aquel instante, había extendido la espesa sombra sobre sus esfuerzos y sus trabajos en los momentos más brillantes de sus triunfos.

Marcos se estremeció, como hombre á quien despiertan bruscamente, cuando Saverne, absorto hasta entonces en la contemplación de Susana, inclinóse hacia él para decirle al oído:

– ¡Qué encantadora joven!.. ¿Se sabe por qué se casa con ese mocetón tan vulgar? A mí me parece un hombre muy ordinario.

– Pues Susana lo ve bajo otro prisma, contestó Preymont con tono breve; y en cuanto á su novio, tiene la reputación de ser muy buen muchacho.

– ¡Ya supongo que no darían la niña á un escapado de presidio!, replicó Saverne. ¡Un buen muchacho! ¡Valiente argumento, á fe mía, para casar á una mujer que si quisiera trastornaría el seso á todos los hombres!

Una interrupción en la lectura del contrato le obligó á callar, y Susana, no oyendo ya la voz fuerte y monótona del notario, volvió la cabeza y vió que discutía con el Sr. de Varedde.

– Creo, caballero, decía el último, que se ha cometido un error...

– ¡No hay ningún error!.. El Sr. Jeuffroy me ha dado por escrito la numeración de los títulos que debían comprenderse en el contrato, y no ha tenido que hacer más que copiarlos exactamente.

– Pues bien, repuso Varedde, el Sr. Jeuffroy ha incurrido en una distracción; pero será fácil de rectificar.

El notario tosió de una manera significativa, y díjole en voz baja precipitadamente:

– ¡Tenga usted cuidado! No es costumbre de mi cliente equivocarse en las cifras.

– Razón demás para explicarme, repuso Varedde.

Y volviéndose hacia el Sr. Jeuffroy, que esperaba con aire tranquilo el fin del diálogo, añadió:

– Decía al notario que se ha incurrido en un error. ¿Tendrá usted la bondad de examinar conmigo los documentos?

– ¡Un error!.. ¿Qué error?, repuso el Sr. Jeuffroy levantándose.

– ¿Quiere usted que pasemos á su despacho para explicarnos, caballero? Estaremos más libres, y no se molestará á nadie con estos detalles.

Sorprendida Susana al verlos salir, interrogó á Preymont, que contestó con aire indiferente:

– Será alguna mala inteligencia; creo que esos señores la aclararán en pocas palabras.

– Es culpa del notario, dijo Constanza, vagamente inquieta. Sin duda habrá comprendido mal la idea de mi hermano.

Pero la explicación se prolongaba, degenerando en altercado; y como el Sr. Varedde levantase la voz, oyósele gritar con acento de cólera:

– ¡Eso no es más que un engaño, caballero! Y si usted ha creído que yo no entendía lo bastante en negocios para echarlo de ver, se ha equivocado completamente. Siempre entendí casarme con una mujer que me aportaba cien mil pesetas de dote, del todo líquidas; pero usted se ha arreglado de manera que el dote prometido se reduce á sesenta ó setenta mil cuando más... Rehuso firmar el contrato si usted no le rectifica.

Susana no oyó la contestación de su padre; pero habíase levantado pálida de emoción é indignada.

Su tía entró precipitadamente en el despacho del Sr. Jeuffroy.

– ¿Qué ocurre? ¿Por qué se enfadan ustedes?, preguntó con voz ahogada por la inquietud.

– Señorita, contestó Varedde, que parecía muy excitado, su señor hermano prometió una dote de cien mil pesetas; pero ha representado una tercera parte en valores poco menos que ficticios, pues sabe tan bien como yo que no circularán dentro de muy poco y que por lo tanto son del todo ilusorios. Tal vez esperaba que el fraude pasase inadvertido, ó que, hallándome tan próximo al matrimonio, no me atrevería á protestar.

– ¡Podría usted medir mejor sus expresiones y cuidar de lo que dice!, contestó el Sr. Jeuffroy furioso. Un padre es muy libre de constituir la dote de su hija según le convenga, sin cometer por eso ningún fraude.

– Ciertamente, caballero, es usted muy libre; pero también lo soy yo para retirarme si usted me conduce á este extremo.

El notario permanecía silencioso, viendo que la borrasca era demasiado fuerte para que él pudiese intervenir, y observaba las diferentes fases con la expresión plácida de un hombre de gran experiencia.

Pero Constanza, fuera de sí, condujo á su hermano á un lado y díjole:

– Es preciso ceder; un casamiento roto hace mucho daño á una joven, y además se ha de pensar ante todo en Susana y en el dolor que esto le causaría... Cambia pronto los valores.

– No cambiaré nada, contestó el Sr. Jeuffroy, golpeando el suelo con su pie. No veo razón para que mi hija y mi yerno no tengan, como los tengo yo, algunos valores medianos. O Varedde ama á Susana ó no la ama; y algunos cuartos más ó menos nada tienen que ver con el asunto.

– Pero bien puede amarla y querer al mismo tiempo la dote, contestó la solterona con aire desesperado. Hermano mío, piensa en Susana y haz un sacrificio.

– ¡Sacrificio, sacrificio!.. ¡Propósito de mujer!, contestó el Sr. Jeuffroy, cuyos ojillos habían hallado el medio de tener expresión bajo el imperio de la cólera. ¿Iré yo á dormir sobre la paja porque Susana es mi hija? No cambiaré nada, absolutamente nada, en las disposiciones que adopté.

La avaricia predominaba en aquel momento sobre su vanidad y sobre todas las consideraciones que para él hacían urgente el casamiento de su hija. No dejaba de influir en esto la tenacidad de una imaginación limitada; mas en la lucha de sentimientos tan diferentes, no olvidaba que, al meditar un engaño contra el Sr. Varedde, había contado con la generosidad de su hermana, en el caso de llegar á producirse un conflicto. La solterona, en efecto, adoptó su partido al punto. La suma que se discutía representaba poco más ó menos la mitad del reducido capital que todos los años aumentaba con deleite con sus economías; pero no vaciló en desprenderse de él.

– Siempre me quedará bastante, dijo á su hermano, pues á Frasquita y á mí nos basta muy poco para vivir.

– A fe mía, contestó el Sr. Jeuffroy con aire mohino, si quieres hacer un regalo á tu sobrina, muy dueña eres de ello. En cuanto á mí, no puedo más.

Constanza corrió hacia el Sr. Varedde y le dijo:

– Todo está arreglado, apreciable caballero; tomo para mí los valores que á usted no le agradan, y los sustituyo con parte de los míos. Por lo demás, pertenecen á Susana, puesto que heredará algún día toda mi fortuna.

Varedde respiró; temía haber ido demasiado lejos, dando lugar á un rompimiento, pues en realidad amaba á Susana; mas era uno de aquellos que después de pesar todas las ventajas de un matrimonio, no quieren que se les suprima ni una sola partícula de lo que deben recibir. Sin embargo, vaciló un momento al contestar á Constanza:

– Señorita, este es asunto que debe ventilarse entre el Sr. Jeuffroy y yo. Nada pido á usted, y no sé si debo aceptar.

– ¿Y por qué no aceptaría usted, caballero, toda vez que yo acepto?

Varedde se volvió vivamente, y hallóse frente á Susana, cuyos grandes ojos azules brillaban de cólera. Mudo y confuso, preguntóse con la más viva inquietud si la joven habría oído las palabras de cólera que en su arrebato no pudo reprimir, y parecióle propio tratar con ligereza el incidente.

– Querida niña, dijo sonriendo, las cuestiones pecuniarias no tienen nada que ver con usted. ¿Qué hace usted aquí?

– Lo que creo que debo hacer, caballero, replicó Susana con tono desdeñoso.

– Esa contestación es algo desatenta, querida Susana, y por lo tanto le ruego que vuelva al salón. Dentro de un minuto quedará el asunto arreglado, y nos reuniremos allí todos.

– El asunto, como usted le llama, repuso la señorita Jeuffroy, está arreglado ya. Querida tía, añadió, acepto su limosna.

– ¡Señorita!, exclamó Varedde sonrojándose de cólera.

– ¡Cómo!.. ¿Le desagrada á usted la palabra?.. Ponga usted otra si le place, y concluyamos pronto.

La joven, muy pálida, estaba tan hermosa, que hasta el notario, á pesar de su cabello gris, corrió peligro de enamorarse de ella. Hablaba con un tono resuelto que sorprendía al Sr. Jeuffroy, produciendo en Varedde una impresión sumamente penosa, porque había estado convencido hasta entonces de que una joven de diez y nueve años es una niña sin iniciativa que se puede manejar como la cera blanda.

– Susana, mi querida Susana, dijo, atrayéndola á pesar suyo junto á la ventana, esa escena es lamentable, y la deploro amargamente. Pero ¿por qué esa expresión de cólera? ¿Qué supone usted? No vaya á creer ahora que no la amo porque no me dejo engañar.

– ¿Y cree usted que mi padre es capaz de engañar á nadie, caballero?, contestó Susana con vehemente indignación.

– Me aflige demasiado el descontento de usted para que pueda medir mis palabras, replicó Varedde, furioso contra sí mismo. Si se ha resentido por ciertas expresiones, lo siento sinceramente. Atribúyalo tan sólo á la sobreexcitación del momento; pero todo ha concluído. ¿No es verdad?

– Entienda usted que aquí no hay ninguna mala inteligencia, caballero, contestó Susana en alta voz, pues mi tía acaba de allanar todas las dificultades. Usted quería cien mil pesetas, y las tendrá..., y como decía usted, no hablemos más de ello.

Después añadió en voz más baja, con tono irónico:

– En cuanto al amor de usted, seguramente no tengo razón alguna para dudar de él. ¡Oh, creo en él firmemente!

El desgraciado Varedde, muy confuso, comprendía que hacía un papel lastimoso; que Susana le humillaba, y que ante su cólera de mujer ofendida lo más acertado sería callar.

Constanza, que había hecho rectificar el contrato, acercóse á ellos y dominó la situación.

– Todo está ahora en regla, hijos míos, exclamó,

acabemos pronto. ¿Qué pensarán los Preymont y los testigos?

– Mi tía tiene razón, caballero, replicó Susana; ese desgraciado incidente ha durado en demasía, y por consideración á mí sírvase no discutir más.

Cuando, á pesar de un movimiento de Preymont para contenerla, Susana hubo entrado en el despacho de su padre, cerró la puerta, y los invitados, reducidos á las conjeturas, entregáronse á sus suposiciones.

– ¡Ah, exclamó Saverne con aire indignado, á fe mía creo que ese hombre regatea..., es repugnante!

– La palabra me parece un poco dura, caballero, repuso uno de los testigos del Sr. Varedde. ¿Por qué es repugnante ocuparse de sus intereses para no ser burlado?

– ¡Burlado!.. ¡Ah! Bonita palabra, replicó Saverne con calor. ¡Burlado!, cuando debería mendigar de rodillas la mano de la señorita Susana, y no pensar más que en la inferioridad ante tanta gracia y tanta belleza... ¡Por asunto de treinta mil pesetas! ¡Si yo fuese la señorita Jeuffroy pondría á la puerta al amigo de usted!

– ¡Pero cállese usted!, díjole en voz baja la señora de Preymont, poniéndole una mano sobre el brazo para calmar su exaltación. ¿Qué tiene usted que ver con eso? ¿Pierde usted el juicio?

Preymont había escuchado silenciosamente. Conociendo el carácter altivo de Susana, á quien amaba con pasión, preguntábase, no sin angustia, qué sería para ella la existencia, comenzando por un agravio que debía sublevarla.

Cuando volvió al salón examinóia atentamente. Susana, sin pronunciar palabra, fué á ocupar el sitio donde se hallaba antes.

«¿Qué pensará?,» preguntábase Preymont al observar que palidecía y se ruborizaba alternativamente bajo el imperio de la excitación de sus sentimientos íntimos.

– Es una mala inteligencia de poca importancia, dijo el notario por vía de explicación, y ahora ya está todo arreglado. Creo que se puede ya firmar... Señorita Susana, ¿tiene usted la bondad?

Pero el notario repitió dos veces la pregunta sin obtener contestación.

– Querida Susana, dijo Marcos, tomando la mano, se pide la firma de usted.

La joven se levantó al punto y acercóse á la mesa.

– ¿Ha firmado ya el Sr. Varedde?, preguntó.

– Usted es quien debe comenzar, señorita, dijo el notario; es una costumbre cortés.

– No..., yo no firmaré hasta que el señor lo haya hecho. Caballero, tenga usted la bondad de firmar.

Ante el tono imperioso de la joven, el Sr. Varedde reprimió á duras penas un ademán de cólera; pero contúvose, y después de firmar con mano nerviosa, entregó la pluma á su prometida. Susana la arrojó al suelo, y cogiendo el contrato lo rasgó con rabia.

Al ver este acto imprevisto, la solterona, muda y estupefacta, profirió un grito, mientras que el señor Jeuffroy, furioso, fuera de sí, adelantóse hacia su hija y cogióla de la muñeca.

– ¡Necia!.. ¿Estás loca?

El Sr. Varedde la miraba sin pronunciar una sola frase.

– Caballero, díjole Susana, que por un enérgico esfuerzo de voluntad hablaba con acento tranquilo, yo no me casaré jamás con un hombre que me ha regateado. He aquí el anillo de boda; lo demás se le enviará hoy mismo.

– ¿Con qué derecho te permites?.., comenzó á decir el Sr. Jeuffroy.

Pero el Sr. Varedde le interrumpió con un ademán, y exclamó estremeciéndose de cólera.

– ¡Como! ¿Por una simple cuestión de dinero renuncia usted á casarse conmigo?.. Sin embargo, señorita, si usted es leal, paréceme que debía profesar algún afecto al hombre á quien daba su mano.

– ¡Ose usted, replicó Susana impetuosamente, ose usted afirmar que si mi tía no hubiese tenido la generosidad de despojarse para completar mi dote, usted no habría roto el contrato!.. Se permite poner en duda mi lealtad, caballero, continuó con los ojos chispeantes de cólera; pero ¿dónde está ese amor tantas veces jurado? ¿En la ofensa inferida á su novia, ó en el insulto lanzado á la cara de mi padre?

– Sé que la he dado á usted motivo para sobreponerse á mí, contestó el Sr. Varedde, y es difícil entrar en razones con una mujer encolerizada; pero si usted me ama en realidad, perdonará fácilmente algunas palabras demasiado vivas.

– Hay otra cosa además de esas palabras, replicó Susana con voz temblorosa, y la simpatía no resiste á ciertas pruebas: yo había dado la mía á una persona que resulta no ser usted.

Y volviendo la espalda al Sr. de Varedde, Susana abandonó el salón.

A su salida siguióse un momento de estupor. Saverne, transportado de entusiasmo, hubiera querido arrojar por la ventana al padre y al novio, y precipitarse después en pos de la joven para manifestarle su ardiente admiración, hacerse amar en un dos por tres y llevarla muy lejos, á las regiones del amor caballeresco.

Trastornado y pálido como un difunto, Preymont se inclinó hacia su madre y la dijo:

– Solamente usted puede hallar palabras para consolarla; tenga la bondad de seguirla, y si es posible, impida usted que Constanza la agobie con sus consuelos.

Después se esforzó para evitar que los ánimos sobrexcitados fuesen demasiado lejos.

Después de cruzar algunas duras palabras con el Sr. Jeuffroy, Varedde se retiró seguido de Preymont y alguno de los presentes.

Todo esto había sido tan rápido, que cuando el Sr. Jeuffroy se quedó solo, preguntábase aún sí estaba bien despierto. Su cólera, su despecho y su pesar resumíanse en este pensamiento:

«¡Necia, más que necia! ¿Dónde habrá adquirido ella semejante carácter? Ya veremos si consigo doblegarla al fin... ¡Me pagará caro este escándalo!»

El Sr. Jeuffroy se había dicho, cediendo al deseo de disminuir la dote prometida, que un hombre enamorado escucharía distraídamente la enojosa enumeración de los valores, sobre los cuales podría ser muy bien, por lo demás, que no tuviera sino un conocimiento muy superficial; pero que, en caso contrario, cedería fácilmente. Ahora acababa de ver que Varedde era de la raza de los interesados, y á pesar de su cólera, formaba de él un juicio favorable

Pero no encontraba ninguna circunstancia atenuante en la conducta de Susana, y había olvidado completamente comprender en las eventualidades imprevistas su dignidad y su orgullo resentidos. En fin, hasta Constanza había excitado su resentimiento.

– ¡Otra necia!, exclamó. Si quería hacer un regalo á su sobrina, hubiera podido decirlo antes. ¡Y aún habla de sacrificio!.. ¡Aviados estamos, gracias á ella!

Su primer pensamiento fué ceder á la cólera y subir inmediatamente á la habitación de su hija; pero la necesidad de adoptar algunas medidas obligóle á salir y no volvió hasta la hora de comer.

Entretanto, Susana, aunque muy sobrexcitada, no sentía ningún desfallecimiento, y esforzábase por consolar á su tía, entregada á la desesperación.

– ¿Cómo puede usted llorar?, decíala animada mente. ¿Vale eso un pesar? ¿No ha oído usted que hablaba de retirarse? Aprécieme usted en algo más, querida tía; usted, que es tan generosa, debería despreciarle.

– ¡Dios mío, Dios mío!, exclamaba la pobre mujer. ¡Es tan natural pensar en sus intereses, Susana mía! Pero tú eres una niña, y no conoces la vida ni sabes que se necesita el dinero. ¡Tan buen partido!

– ¡Aún lo llama usted buen matrimonio cuando acaba de ver lo que ese hombre era!, exclamó la joven.

Susana no trató de discutir más, y mientras su tía iba á despojarse de sus galas antiguas y á manifestar á Frasquita su desesperación, entregóse á sus pensamientos sin tratar de calmarse, pero decíase con inquietud:

– ¿Qué pensará mi padre? ¿Por qué no le he visto?

No sin cierta inquietud, pero resuelta á sobreponerse, bajó á la hora de comer pensando que aliviaría al Sr. Jeuffroy de su más grave preocupación, demostrándole, por su aspecto tranquilo, que la herida se cicatrizaría sin dificultad.

Su padre entraba en el comedor en el momento de llegar Susana, y ésta dió precipitadamente algunos pasos hacia él, esperando que para consolarla un poco la estrecharía en sus brazos como cariñoso padre; pero detúvose de pronto ante su aspecto adusto, y el Sr. Jeuffroy tomó asiento sin pronunciar palabra. No rompió el silencio sino para quejarse amargamente de los inútiles gastos que le había impuesto un banquete de quince cubiertos malogrado ahora. Mandó llamar á la cocinera y dióla minuciosas órdenes para conservar el mayor tiempo que fuera posible una parte de los manjares, cuya vista le horripilaba.

– Con eso podremos comer al menos ocho días, dijo, y debe usted entender que no la daré un cuarto antes de fines de la semana próxima.

La sobrexcitación de Susana se desvaneció más rápidamente que un viento penetrante bajo menuda lluvia. Luchaba contra la angustia de su desconsuelo, y hasta entonces su cólera contra el Sr. Varedde habíala sostenido sin permitirla reflexionar sobre la conducta de su padre; mas de improviso una duda, de la cual se acusaba como si fuese una falta enorme, oprimió su corazón.

Después de comer, su padre la ordenó con tono brusco que le siguiera á la sala.

– Aún no la he manifestado á usted mi pensamiento sobre su conducta, díjola, y ante todo quisiera saber en qué novelas ha podido encontrar la especie de que una joven tenía derecho para poner en la puerta á un novio digno, elegido por su padre.

– ¡Digno!, exclamó Susana. ¿Le parece á usted que puede serlo, padre mío, el hombre que pensaba abandonarme por una cuestión de dinero?

– ¡Palabras pomposas..., abandonarte! ¿Se trataba por ventura de eso? ¿Te importan á ti los negocios? ¿No hay siempre alguna discusión sobre la forma de un contrato? ¡Tu conducta ha sido ridícula, inepta é incalificable!

Susana tenía una de esas inteligencias claras, uno de esos caracteres bien templados que no se dejan desconcertar por injustas reprensiones ó ideas que lastimen su rectitud.

– Si hubiera de hacerse otra vez, padre mío, y por mucho que me desconsolara causarle un enojo, no procedería de distinta manera, contestó Susana con acento firme.

– ¡Un enojo! Eso es hablar ligeramente de la situación en que me encuentro, gracias á ti... En toda la ciudad se hacen ya comentarios, y serán capaces de darme toda la culpa, aunque he obrado según mi derecho.

– Pues siendo así, padre mío, ¿cómo puede usted reprenderme por haber roto con un hombre que le acusaba de algo deshonroso?

Ante un argumento que desafiaba toda contradicción, el Sr. Jeuffroy se valió de un medio conocido y apreciado de muchas personas para tener la razón de su parte.

– ¡Cállate!.., exclamó, no abres la boca más que para decir tonterías. Soy verdaderamente desgraciado. Arreglo para ti un matrimonio excelente con un joven muy apreciable, me regocijo de que mi hija será feliz, y ella destruye mi obra por un capricho suyo, levanta contra mí á los malévolos, da lugar á una escena desagradable y nos expone al ridículo y á la burla de una multitud de personas despechadas al ver que te casabas ventajosamente.

Excitado por sus propias palabras volvióse hacia Constanza, que se esforzaba para calmarle y defender á su sobrina.

– En cuanto á ti, dijo, has obrado como una imbécil. Puesto que deseabas hacer un regalo, debías haberlo dicho al punto, y así se habría evitado el escándalo de mi señora hija.

Susana se adelantó hacia la solterona, y abrazóla, diciendo con voz entrecortada:

– Agradeceré eternamente lo que usted ha hecho por mí, tía; se ha conducido de una manera admirable y no lo olvidaré jamás; mi afecto hacia usted es más vivo, si cabe, que antes.

– Hija mía, repuso Constanza, todo lo hubiera dado para evitar ese disgusto; pero no has de tener mala voluntad contra tu padre, añadió en voz baja, porque es tanto su pesar, que está fuera de sí.

Y continuó en voz alta con expresión de confianza:

– Tal vez vuelva el Sr. Varedde, y entonces podréis reconciliaros.

Susana se alejó algunos pasos con desanimación, contestando:

– Si diera semejante paso, estaría muy lejos de merecer mi estimación.

– ¡Es una terquedad inaudita!, exclamó el Sr. Jeuffroy exasperado; y hasta un egoísmo monstruoso, después de hacerte ver todos los disgustos que tu conducta me ocasionará. Si después de tan ridícula escena Varedde te hiciera el honor de volver á ti, deberías darte por muy dichosa.

La joven comenzó á llorar amargamente, experimentando la impresión desagradable del viajero extenuado que pasa de improviso de un país encantador á otro árido, cuyo fin no ve. Sentíase sobrecogida de un vértigo ante el abismo que la separaba de su padre; y en su doble decepción, la que le causaba el señor Jeuffroy era tal vez la más desconsoladora. Cualesquiera que sean los vínculos de la sangre, no es natural amar ardientemente á los que no responden á nuestro afecto ni tampoco á nuestro interés; y la ternura de la señorita Jeuffroy habíase enfriado ante la indiferencia ó la actitud desagradable de su padre. Sin embargo, cualesquiera que fuesen su asombro y dolor al oir ciertas palabras, y á pesar de su secreta aversión á la parsimonia, jamás la menor sospecha había alterado su confianza en la probidad del señor Jeuffroy.

Dominada por su angustia, acercóse á él y díjole con tono suplicante:

– Padre mío, dígame usted si el Sr. Varedde le ha..., le ruego me diga que...

(Continuará)



Exposiciones reunidas de Milán.-Vista de la fachada principal y del hemiciclo de ingreso

LA EXPOSICIÓN DE MILÁN

El domingo, 6 de mayo, se ha inaugurado con toda solemnidad la Exposición de Milán. El rey Humberto acudió á la capital lombarda con objeto de inaugurar la nueva fiesta del arte y de la industria, organizada en el recinto del antiguo Castillo, que tantos recuerdos conserva aún de la dominación española en Lombardía. La reina Margarita daba realce con su presencia á la solemnidad, y los principales personajes de la corte rodeaban á los monarcas, así como los más distinguidos de la ciudad, que se enorgullece con razón de esta manifestación, casi improvisada, pero que lleva impreso el sello del impulso patriótico de la populosa capital.

Al penetrar la comitiva en el local, doscientas voces entonaron el himno á la *Industria*, escrito por el maestro Perelli y acompañado por una falange de músicos de la excelente banda municipal, despertando los ecos del castillo medioeval de la fortaleza de los Sforzas y de los Viscontis, que en la presente Exposición forma el más extraño contraste con los objetos allí exhibidos y viene á constituir su nota más característica. En él atrae las miradas la torre que lleva el nombre de Bona de Saboya, torre restaurada ahora y que descuella sobre todo el conjunto de galerías y de pabellones llamados á desaparecer, así como sobre el nuevo barrio surgido como por encanto y que atestigua la vitalidad de Milán. Toda una nueva vida hierve en torno y dentro de la vieja colmena, que parece, por decirlo así, maravillada de verse en medio de tantas y tan alegres galas é invadida en sus patios y en sus galerías por tanta gente como jamás vió en los tiempos de sus asedios ó de sus fiestas.

El ingeniero milanés Sommaruga ha tenido que luchar, al hacer la traza de las construcciones, con el terrible contraste de las líneas austeras é imponentes del Castillo: ha salido airoso y por esto es mayor su mérito. De todos modos, su ardimiento es igual al arte con que ha sabido reunir once exposiciones, entre nacionales y universales, que llevan el nombre de *reunidas* y ofrecen un conjunto notable.

El ingeniero Sommaruga ha imitado en la fachada el estilo y la policromía introducidos en la última Exposición universal de París, y esa reunión de colores vistosos armoniza con la vivacidad del cielo en que se destacan; pero más feliz ha estado en la traza arquitectónica del palacio del *Sport;* allí la ornamentación del interior de la cúpula recrea la vista sin ofenderla.

El departamento más interesante, el más rico, es el de Bellas Artes. La segunda exposición trienal, organizada por la Academia de Brera, resulta mucho mejor que la primera. Muchos campeones del buril y de la paleta han acudido á la liza. Mil novecientas eran las obras anunciadas, mil quinientas setenta se han presentado, y de éstas sólo se ha rechazado un centenar, más bien por falta de espacio que por otro motivo. Y hay que tener en cuenta que los artistas italianos estaban invitados á otras tres exposiciones: la de Amberes, la de Barcelona y la de Munich; el año próximo habrá otra Exposición internacional de Bellas Artes en Venecia. La abundancia de producción artística en Italia es asombrosa, no pudiéndose por menos de hacer esta pregunta: ¿adónde irán á parar todas estas telas, estos yesos, enviados á Milán para aspirar á alguno de los once premios ofrecidos, que en conjunto ascienden á la suma de 38.000 liras? ¿Es tanta todavía la fe en el arte?

Las demás exposiciones particulares han sido ideadas y reunidas para que la una armonizase con la otra. La idea original fué tomando cuerpo poco á poco y se agrupó con otras del modo siguiente:

Algunos ciudadanos querían organizar en Milán una exposición internacional de electricidad como las celebradas en Viena, Francfort y últimamente en Chicago; pero ciertas dificultades técnicas y económicas fueron causa de que se abandonara el proyecto. Sin embargo, convenía celebrar, ya que no aquélla, otra cualquiera con objeto de mantener vivo el movimiento milanés, y se quería abrir una exposición especial cada año. Ocurrióseles entonces á un grupo de principales industriales una idea más amplia, anunciar una nueva exposición nacional sin el concurso del gobierno, y al punto se reunió un considerable capital para el objeto. Pero otras dos ciudades italianas, Roma y Palermo, quisieron tener también su exposición nacional, y la última se dirigió á Milán, rogándole por amor patrio que le dejara la iniciativa, y Milán se retiró.

Notorio es el resultado de la exposición de Palermo; durante ella los socialistas promovieron la sublevación de los *Fasci* y la tentativa de revolución social que le siguió.

Roma en tanto fluctuaba por el hermoso mar de los ensueños, teniendo por piloto al doctor Baccelli, y en Milán surgía el proyecto concreto de celebrar una exposición de *sport,* otra de vinos y aceites, otra de artes gráficas y luego otra de industrias teatrales, á imitación de la celebrada en Viena bajo los auspicios de la princesa de Metternich. Los promotores de estas diferentes exposiciones se congregaron: si no se podía organizar una exposición universal, como algunos habían creído posible pocos años antes, al menos era dable reunir en un solo haz algunas exposiciones parciales internacionales y nacionales, y he aquí cómo han tenido origen las *exposiciones reunidas.*

No solicitando auxilio alguno del gobierno, se recogieron por suscripción en pocos meses un millón trescientas mil liras, de las cuales sólo en los edificios se han gastado 800.000. Estos edificios se han levantado dentro y alrededor del Castillo: durante su construcción se han descubierto en éste preciosos frescos que llevan un marcado sello español. Estos frescos están ahora cuidadosamente guardados bajo llave.

A seis mil asciende el número de expositores. Después de los de Bellas Artes, los más numerosos son los de artes industriales (1.600), los de vinos y aceites (800), los de *sport* (400) y los de fotografía (350). Esta es la segunda exposición internacional de fotografía celebrada en Italia; la primera, que resultó muy pobre, se abrió en Florencia en 1887. Los aficionados alternan con los fotógrafos de profesión; entre los primeros sobresalen Primoli, de Roma, y la marquesa Camila Cámpori-Stanga, de Cremona, y entre los segundos, Lutzel, de Munich, con seis desarrollos al uranio en un solo pliego de papel, y Morgen, de Londres. En general se observa que los progresos de los aficionados son maravillosos y que los de los fotógrafos de profesión podrían ser mayores. La principal curiosidad consiste en la cámara obscura de desarrollo dentro de la cual podrá penetrar el público sin estorbar al operador, como también las proyecciones fotográficas, espectáculo tan nuevo como entretenido.

La exposición de artes gráficas está dividida en cuatro categorías: autores y derechos de autor; editores y libreros; tipografía, litografía y artes afines, y periodismo. Esta ultima es una exposición interna-

cional que presenta muchas curiosidades, pero que es bastante incompleta aun en la parte nacional.

La exposición del *sport* interesa particularmente á la sociedad elegante. Deporte hípico, caza y tiro, tiro al blanco, velocipedismo, patinación, náutica, gimnasia, pugilato, alpinismo, deporte colombófilo, aeronáutica, pesca, juegos variados..., de todo este hay en abundancia. Además de la exposición de los objetos que con todo ello tienen relación, es interesante el *sport* en acción, y sobre todo la colección de caballos y perros, que atrae muchos admiradores. Pero lo que está llamado á excitar una curiosidad especial es la antigua caza con halcón.

Hay otra exposición, la de sellos de correo, que llama poderosamente la atención de los aficionados á la filatelia, que son muchos.

La exposición nacional de artes teatrales, con 216 expositores, es toda una diversión. Consiste en tres galerías enteramente á obscuras, con catorce escenarios de tamaño natural, en los cuales varios muñecos representan las principales escenas de catorce obras dramáticas: las óperas *Otelo, Falstaff, Manón Lescaut, Pagliacci, Semíramis, Gioconda, Cristóbal Colón, Mefistófeles* y *Amigo Fritz*, la comedia *Partida de ajedrez*, los bailes *Esmeralda* y *Pietro Micca*, una escena de una comedia de Goldoni, y un grupo de artistas que dan las gracias al respetable público.

La nota más risueña, más alegre de la exposición es la que dan los jardines, los céspedes, los arriates de flores. Con éstas, ó mejor dicho, con las especies más escogidas de plantas se ha sabido constituir, en su conjunto, la parte quizá de mejor efecto de la exposición; se ha dado una prueba de exquisito gusto que enaltece el arte decorativo italiano, tanto más, cuanto que los recursos locales han ayudado poco, pues ha habido que crear las amplias curvas del parterre de ingreso y las ondulaciones del parque, que adornado con hermosos bosquecillos, fragantes flores, vistoso follaje, excitan la admiración del visitante.

Como en todas las exposiciones, en la presente habrá también diferentes pasatiempos y diversiones, entre otros, ocho conciertos que se darán en el teatro Pompeyano, bajo la dirección del maestro Matucci, un ferrocarril aéreo, el *Tabogan*, carro diabólico que se precipitará en un lago, etc., etc. Además, en la corte, en los palacios, en los casinos, se darán bailes, y en una palabra, Milán estará de fiesta unas cuantas semanas.

EL PERFUME DE LAS FLORES

Conocido es desde hace mucho tiempo el peligro que consigo trae el permanecer mucho rato y sobre todo el dormir en una habitación en donde haya flores muy olorosas, y son en gran número los accidentes desgraciados que por esta causa han ocurrido. Muchas explicaciones se han dado á este fenómeno, pero la cuestión no está todavía resuelta, aun cuando lo más probable es que el hecho se deba á una acción tóxica producida por la absorción lenta y continua por las vías respiratorias de los aceites odoríficos en cuya composición entran hidro-carburos que ejercen una acción enérgica en los sistemas vascular y nervioso.

Tiempo hace también que los artistas han hecho observar la influencia de las flores en la voz, y no las flores raras, sino las más comunes, como la violeta, la azucena, el jacinto, la mimosa y otras análogas. El célebre barítono Faure, en su libro sobre el canto y la voz recomienda que no haya flores en el cuarto del artista y asegura haber presenciado varios casos de afonía casi instantánea motivados por el perfume de aquéllas: otros notables profesores prohiben á sus alumnos que tengan flores en su casa, y Mlle. Calvé, la famosa cantante parisiense, dice que algunas veces ha sufrido vértigo y congestiones por haber tenido cerca algunos ramos de tuberosas y de mimosas, y refiere que una noche tomaba parte en un concierto estando perfectamente en voz y que de pronto se quedó completamente afónica por haber aspirado durante un rato un ramo de lilas blancas que le regalaron al final de una de las piezas que había cantado.

Otros artistas, en cambio, no creen en esa influencia nociva y atribuyen esas afonías al calor, al estado nervioso, á una mala disposición, á un cansancio anterior de la voz. No es menos cierto que un gran número de hechos bien observados, y como tales debemos aceptar el testimonio de los artistas líricos, demuestra que éstos pueden padecer, si no afonía absoluta, afonías pasajeras, una diminución de la pureza y de la extensión de la voz. El doctor Joal, de París, ha publicado muchos de estos hechos, y si se estudian con detención las causas de esos fenómenos, menos extraños que lo que se cree, probablemente se verá que no se trata, como muchos cantantes se inclinan á creer, de una acción directa de la materia odorífera sobre la laringe y las vías respiratorias. Sabido es que la percepción de los olores se verifica en la parte superior de las fosas nasales, en el sitio en donde debajo de la mucosa se extienden las células terminales del nervio olfatorio: las moléculas odoríferas llevadas por el aire obran directamente sobre esa mucosa, produciendo de esta suerte la excitación que se transmite al centro nervioso. Quizás, porque esta cuestión del olfato no se ha resuelto aún fisiológicamente, se trate de ondas vibratorias análogas á las del sonido y de la luz; pero sea por una acción física ó química, el hecho es que la acción se produce siempre en la mucosa nasal, de suerte que en aquellos accidentes vocales se trataría de una especie de perturbación refleja análoga á ciertas neurosis nasales, resultando la laringe sólo secundariamente afectada.

Por lo demás, poco importa la interpretación desde el momento en que el hecho es exacto. A nuestro entender, hay que atribuir aquellos accidentes, entre otras causas y en no pequeña parte, á cierta susceptibilidad nerviosa.

Los neurópatas ó las personas muy impresionables tendrán probablemente mucha mayor propensión que las demás á sentir esos efectos molestos. Precisa, pues, en la interpretación de tales hechos tener en cuenta este factor patológico, hoy muy generalizado, y no aceptar sin las debidas salvedades las anécdotas algo fantásticas de otros tiempos.

DR. A. CARTAZ

(De *La Nature*)

EL DOCTOR CAJAL

Nació D. Santiago Ramón y Cajal en Petilla de Aragón (Navarra) en 1852, estudió el bachillerato en el instituto de Huesca y la carrera de Medicina en la universidad de Zaragoza, en donde obtuvo, siendo estudiante y mediante oposiciones, el cargo de ayudante de disección, y apenas terminados sus estudios el de director del Museo Anatómico. Ingresó en el cuerpo de Sanidad Militar en 1873, y durante los dos años que en él permaneció estuvo en las campañas del Norte y de Cuba, habiendo regresado de aquella Antilla gravemente enfermo. De nuevo en la península y á pesar de haberle aquejado larga y penosa dolencia, volvió otra vez á sus estudios favoritos de anatomía é histología, comenzando en 1880 la publicación de sus trabajos originales que tan justo y universal renombre habían de conquistarle. En 1882 por oposición ganó la cátedra de Anatomía de la universidad de Valencia; más tarde desempeñó la de Histología de la de Barcelona, y en 1892 fué nombrado catedrático de esta última asignatura en la universidad de Madrid.

Los experimentos, los estudios, los descubrimientos realizados por el doctor Cajal son tan numerosos como de excepcional importancia; sus monografías acerca de la inflamación, el microbio del cólera, la estructura de la epidermis, la textura del tejido muscular, la estructura de la medula espinal, el cerebelo, la retina, el cerebro, el bulbo olfatorio y el gran simpático, y sus obras *Nuevo concepto de la histología de los centros nerviosos*, *Histología normal* y *Anatomía Patológica y Microbiología* son verdaderos tesoros para la ciencia y han merecido el acatamiento de las primeras eminencias europeas y sido traducidas al inglés, alemán, francés y otros idiomas y publicadas en los primeros periódicos profesionales del extranjero, que se disputan el honor de insertar originales del ilustre sabio español.

Durante muchos años ha pasado inadvertido el doctor Cajal para sus propios compatriotas, quienes, por decirlo así, han necesitado que los extraños les dijeran lo que valía el modesto catedrático que, huyendo de cuanto pudiera darle esa notoriedad que á tantos halaga, trabajaba un día y otro día en su laboratorio, realizando sus experimentos portentosos y sus maravillosos descubrimientos, y exponía en la cátedra esas teorías completamente nuevas que al fin se han impuesto traspasando antes las fronteras de la nación que los límites de las provincias en donde ejercía su actividad.

Y toda esta labor ímproba, todos estos estudios admirables, los ha llevado á cabo el profesor insigne, sin más estímulos que su amor á la ciencia y su afán por llegar al conocimiento de la verdad y sin otra recompensa, durante mucho tiempo, que la satisfacción del deber cumplido; que como deber ha considerado el doctor Cajal lograr que su patria significase dentro del movimiento científico universal algo más que la imitación de lo extranjero y la adopción de las conquistas científicas que fuera de Españase realizan.

No se concibe cómo el doctor Cajal ha podido llevar á cima su obra gigantesca: sin otros recursos que el sueldo, más que modesto, irrisorio, de sus cátedras de provincias, y teniendo que cubrir las necesidades de una numerosa familia, creóse, merced á sacrificios rayanos en el heroísmo, un laboratorio en donde ha juntado los más perfeccionados instrumentos y una biblioteca compuesta de los libros más notables. Apenas si el aplauso de unos pocos iniciados en sus trabajos y la admiración y el cariño de sus alumnos, ante quienes exponía con método, claridad y entusiasmo sin iguales el fruto de sus tareas, sirvieron, en buen número de años, de premio al que, sin ánimo de obtenerlo para sí, no necesitaba del acicate de ajenas excitaciones ni de la satisfacción de ajenas alabanzas para proseguir el camino que desde su juventud se trazara, camino sembrado de obstáculos y á cuyo fin hállase sólo la gloria, que no siempre llega á tiempo, de recoger en sus brazos con vida á los que á su templo se dirigen.

El doctor Cajal, por fortuna, ha llegado á él cuando todavía le sobran alientos para terminar su obra con tanto entusiasmo comenzada y tan brillantemente proseguida: á su genio antes que la posteridad han hecho justicia sus contemporáneos, y su nombre, admirado por unos, solicitado por otros y por todos respetado y enaltecido, ha recibido la altísima recompensa de ser incluído entre los de los doctores en ciencias *honoris causa* de la famosa universidad de Cambridge y los de las eminencias á las cuales encarga todos los años la *Sociedad Real de Londres* la *Croonian Lecture*.

En otro país, un sabio como el doctor Cajal hubiera recibido mayores recompensas y honores de su patria que del extranjero: en el nuestro, por desgracia, no ha sucedido así, y á fuer de españoles de corazón lo sentimos, no porque creamos que el ilustre sabio los necesite, sino sencillamente porque los merece; ya que no abundan tanto entre nosotros los hombres de quienes pueda decirse como del doctor Cajal ha dicho un profesor médico barcelonés tan insigne como querido, que gracias á él podemos demostrar al mundo que también España posee profesores dignos de codearse con las primeras figuras de la ciencia médica contemporánea. — A.



D. Santiago Ramón y Cajal,
Catedrático de Histología de la universidad de Madrid y doctor honorario de la universidad de Cambridge

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 28 de mayo de 1894 — Núm. 648

Con uno de los próximos números repartiremos el tomo tercero de TRADICIONES PERUANAS, y el tercero y último de NERÓN, éste correspondiente al año próximo pasado.



DIAMANTES NEGROS, cuadro de Benjamin Constant (Salón de París)

SUMARIO



Retrato de la señorita M. V., cuadro de Ricardo Brugada
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El rompimiento de relaciones entre Brasil y Portugal. - Amberes y su Exposición. - Esperanzas de paz perpetua. - Reflexiones sobre los presupuestos italianos. - El matrimonio civil en Hungría y las quejas de Transylvania. - Conclusión.

La guerra del Brasil ha terminado y los proyectistas de restauraciones realescas allí caído en desengaño nuevo. Por muchas graves dolencias pasaron las jóvenes repúblicas americanas todas desde sus respectivas constituciones hasta nuestros días; pero nunca retrocedieron hacia las antiguas sombras coronadas con retroceso firme, ni mantuvieron las dinastías, cuando improvisaran alguna en un acceso de reacción, por incompatibles con su estado social. Mas como toda verdadera fe trae consigo la esperanza, los creyentes en las prerrogativas ó privilegios hereditarios y en la necesidad de sustentarlos á la cabeza de los diversos Estados, vieron correr desde las playas europeas, como en el hermoso *Lohengrín* de Wagner, al niño salvador, un Orleans mozo y resuelto, hacia el Brasil, donde tales privilegios andan maltrechos, para recoger una corona reforjada y recompuesta por las civiles guerras, consiguientes á todo verdadero cambio. No han escarmentado aún á los políticos de aquende los mares las dos desgracias allende sufridas por Itúrbide y por Maximiliano; empérranse todavía en que las revoluciones americanas provienen del gobierno democrático, cual si las formas revestidas por la sociedad no provinieran de su esencia íntima y no radicaran en esta esencia íntima el mal y el bien de cada una. Entre los gobiernos europeos menos conformes con la grande alteración del Brasil se cuenta Portugal. Colonia de su gran colonia, como le llama uno de sus mayores publicistas, no puede conformarse con el rompimiento de lazo tan fuerte como el que anudaba entre aquellos dos Estados, cisatlántico y transatlántico, una común dinastía erigida en sendos tronos, desde los cuales mutuamente se apoyaban y se defendían sus dos inseparables porciones. Así no debe maravillarnos que la marina real portuguesa llevara su intervención en el conflicto brasileño más allá de lo justo, como si de una guerra civil se tratase, y menos aún que la república nueva se haya decidido por violencias tales como un rompimiento de relaciones, tan resuelto, que ha quedado cerrada la legación lusitana en Río Janeiro y cerrada en Lisboa la legación brasileña.

***

Nadie festeja cual yo las auroras de paz perpetua y de progreso pacífico que despunten por cualquier lugar. Nada tan lleno de promesas como esos certámenes populares, donde suceden á las competencias cruentas del combate las competencias pacíficas del trabajo. Así, yo saludo á la Exposición de Amberes, como un anuncio del arribo indeclinable de una tregua de Dios entre los pueblos armados, al modo de aquellas que solía promulgar la Iglesia católica entre los caballeros feudales en la Edad media. Guardo un recuerdo indeleble de Amberes con sus muelles in acabables, donde se deposi tan en cordilleras de fardos y barriles todos los productos del comercio universal y con sus hondos canales que levantan al cielo blancas nubes de vapor y gallardos linos de velámenes. Aún creo pasearme por aquella casa de Plantino, revestida de cueros cordobeses y ornada de hispano mueblaje, conteniendo por sus salones las máquinas empleadas en imprimir durante dos siglos luminosos y en sus escaparates los libros que han madurado con las sabias revelaciones suyas el humano entendimiento, y en sus paredes los grabados reproductores de los más hermosos cuadros, y en cada rincón un recuerdo de nuestra España, como en los ejemplares sucesivos de su industria intelectual una demostración más de cuán salvadora la libertad y cuán fecundo el amor al trabajo en estas productoras ciudades democráticas. Yo nunca olvidaré aquel concierto de campanas interrumpiendo con sus armonías el silencio solemne de las noches; aquellas torres levantándose á inconmensurables alturas para poner entre las nieblas del aire húmedo sus aristas de colores; la casa de ayuntamiento en cuyas paredes reviven nuestros galanes y damas con todas las rozajas espléndidas y todos los plumajes multicolores del siglo XVI; aquellas muchedumbres de figuras evocadas por la paleta de Rubens, que parecen revestidas por el iris y entregadas con sus sanos y robustos cuerpos, tan gruesos y relucientes, al placer de respirar toda la vida flamenca que se ha distribuído por cuatrocientos años de una sociedad común en los tipos nerviosos y secos del Mediodía nuestro, llamándolos desde sus abstracciones y desde sus fanatismos á la viviente sana realidad.

***

Ha procedido Amberes perfectamente citando á un certamen de tal clase y diciendo con él á la humanidad cómo, si destruye los instrumentos de guerra y perfecciona los instrumentos de trabajo, afirmará su necesaria dominación sobre nuestro indómito planeta. Mi confianza en que concluirá la guerra, como concluyó la esclavitud, crece cada día más, aumentándose así las ilusiones de mi mocedad con las experiencias de mi vejez. Parecía tan imposible destruir la teocracia en Roma; la conquista en Milán y Venecia, la media luna en los pueblos cristianos del Danubio, la servidumbre campesina en Rusia, la intolerancia religiosa en Suecia y en España, la esclavitud en los Estados Unidos y en el Brasil y en las Antillas hispanas, como parece hoy destruir la guerra. Y, sin embargo, todo esto se ha hecho por los profetas y por los reveladores de la democracia, con el auxilio de las ideas más que con el auxilio de la fuerza, pues desde los ejércitos y los tesoros mayores se hallaban todos los medios materiales de vencer y dominar en manos de nuestros enemigos; y nosotros, los defensores de esas utopías, no teníamos otro recurso que nuestro verbo y nuestra idea, pobres proscritos, sin patria y sin hogar. Por ende, los pueblos formarán en adelante confederaciones entre sí, aun aquellos que hoy parecen entre sí también más enemigos; las ligas aduaneras reemplazarán á las guerras de tarifas hoy tan enconadas, como ha reemplazado, tras el pacto de Westfalia, una profunda paz á los antiguos combates religiosos, tan exterminadores y tan apocalípticos; volverán á erguirse los pueblos, que parecen muertos y enterrados, como Polonia, cual todos los órganos separados de sus correspondientes organismos nacionales se reintegrarán en los cuerpos con quienes sus almas están unidas, como lo están Alsacia y Lorena por ley natural con Francia; fundándose los Estados unidos de Europa entera para el común afianzamiento de las respectivas libertades nacionales y el seguro de cada nacionalidad, independiente y aparte de todo lo propiamente suyo, dentro de la paz universal.

***

Y digo todo esto porque no puedo comprender cómo los italianos continúan porfiando para conservar un presupuesto de guerra y de conquista, como el vigente, incompatible con la libertad moderna y su inmediata consecuencia, la paz perpetua. No son las tenaces aspiraciones á obtener una economía en congruencia y consonancia con la democracia cosa de hoy; provienen del anterior lustro. Cuando en la primavera de ochenta y ocho se reunieron multitud lucidísima de barcos innumerables, pertenecientes á todas las escuadras europeas y americanas, tras largo período caliginosísimo de amenazas bélicas, en la bahía de Barcelona, el presidente de nuestro gobierno, el Sr. Sagasta, pronunció elocuente discurso diciendo que todas aquellas máquinas de guerra, destinadas á obscurecer el cielo con sus humaredas como á ensangrentar las aguas con sus estragos, habían ido allí, ellas tan fuertes, en pos de lo más débil, una madre viuda y un huérfano niño, á celebrar un certamen del trabajo. Y él propuso la idea, sobre cuyos goznes habrá de girar toda nuestra política futura, la idea del presupuesto de la paz, detenida y contrariada por insuperables resistencias de la realidad, que ceden al tiempo, y por desgracias como la de Melilla, cuyas consecuencias se conjurarán, si hay propósito firme de conjurarlas. Así bien puede asegurarse que nuestra España, la nación guerrera por excelencia, inauguró en Europa las fórmulas primeras del presupuesto de la paz. Y debo decirlo: con esta comunidad inevitable de ideas existente por fuerza entre las naciones latinas y con esta clarividencia de lo porvenir que las distingue y exalta, fué la primera en anunciar propensiones al programa y al propósito de nuestra nación la nación italiana. De no andar yo muy trascordado, paréceme que un estadista como Rudini,

liberal y conservador al mismo tiempo, mostró ya claras tendencias al nuevo sistema económico, muy contrariadas por los factores capitales del régimen militar allí poderoso, pero determinantes de una retirada del gobierno, en la cual juntó con un sacrificio hecho en aras de la dignidad personal una germinación de ciertos y reales progresos para tiempos no lejanos, inmediatamente por venir. El ministerio último y el ministerio gobernante ahora no han querido entrar por este camino viéndolo erizado de peligros. El redactor de los dictámenes relativos al presupuesto en el Congreso italiano y una gran parte de los diputados, en la mayoría se han mostrado impenitentes en el capítulo de los despilfarros militares á sugestiones del presidente Crispi; mas no ha faltado voz, y voz expresiva, para manifestar el pensamiento de la rebaja en ese capítulo, que va obteniendo sumo favor y ganando innumerables adeptos. Esta voz hala despedido de su garganta el sabio economista Colombo y ha resonado en todo nuestro continente. Ministro de Hacienda en otras circunstancias, por lo cual ha visto cuán erróneas supersticiones allí reinan, dice contra los que mantienen los dispendios militares, apoyándolos en textos del comentario de Maquiavelo á las Décadas de Livio, que precisa optar entre un presupuesto de trabajo y un presupuesto de combate; pues perseverando Italia en tener muchas vías férreas y muchos hombres armados, tendrá tan sólo una inmediata ruina. Y ha dicho la verdad.

***

¡Cuán tardo el progreso! Así nunca me canso yo de vivir con aquellos grandísimos aquistados en España y de aconsejar á mis conciudadanos la consolidación y el robustecimiento de todos ellos. Escribo tales reflexiones, al considerar cómo entre las muchas ventajas de nuestro régimen democrático se halla el matrimonio civil, todavía no establecido por completo en Inglaterra, y cuya implantación cuesta en Hungría una serie de intrincadísimas perturbaciones, rayanas con la guerra cruel. Mucho he discutido yo con todos los reaccionarios cuarenta consecutivos años, en los cuales habré pronunciado más de mil discursos en defensa de todas las reformas democráticas, y por consiguiente, mucho recuerdo las fórmulas de ciencia y los argumentos de lógica que las validan. No puede haber libertad verdadera en los pueblos como no haya libertad religiosa; y no puede haber libertad religiosa como todos los ciudadanos sin distinción de creencias no tengan idoneidad y aptitud para ejercer los cargos públicos y para practicar los humanos derechos. Institución como la familia, necesita estar asegurada por la ley civil, tanto más, cuanto que la ley civil dispone la patria potestad y su alcance, las relaciones jurídicas entre los individuos componentes de tan fundamental asociación, los derechos del padre y de la esposa, los deberes del hijo, la transmisión del nombre y de la herencia. Donde únicamente las Iglesias puedan regular el matrimonio, habrá tantas clases de familia como clase de confesiones, y no podrá en lo civil aspirarse á la unidad del derecho y á la igualdad ante el derecho. En la constitución lenta del Estado político y civil moderno, si á la Iglesia le hubiere cabido ahora el poder entero sobre la familia, cupiérale también sobre la sociedad entera y sobre los gobiernos y sobre la legislación. El estatuto de la familia estaba constituído por el antiguo derecho romano, y cuando la Iglesia se organizó, este derecho había por tal modo recogido todos los caudales de las ideas helénicas y de las ideas estoicas y de las ideas alejandrinas y de las mismas ideas cristianas, que se había constituído una institución perfecta, dentro de la cual no tenía mucho que hacer, ni mucho que innovar, sino mucho que proseguir el derecho canónico. Así los primeros fundadores del cristianismo se atuvieron durante mucho tiempo al derecho judío escrito en el Talmud; y los padres de Jesús se casaron so tal régimen de derecho civil, en que intervenía muy poco el derecho religioso y el sacerdocio israelita de la Sinagoga. Nuestro Dios Padre no es otro que el mismo Dios hebreo; nuestro Verbo divino está profetizado en el célebre logos de Platón; nuestra trinidad anunciada por los filósofos en la trinidad alejandrina; nuestro Papa ortodoxo es una derivación del antiguo Pontífice máximo; pero nada tiene un sello tan clásico en las instituciones cristianas como la familia, constituída por el derecho romano. La Iglesia no quiere dar su brazo á torcer, en este punto; y donde tiene un privilegio tan grande como consagrar la familia ella sola por su derecho y por su liturgia, lo defiende con verdadero ahinco. Así ha pasado en Hungría últimamente. A pesar del antiguo liberalismo con que los húngaros se ufanan; á pesar del progreso conseguido por la impetuosa voluntad de Kossuth y moderado para puesto en práctica por la sabia prudencia del inolvidable Deak, institución al progreso tan indispensable como el matrimonio civil no ha triunfado todavía, estando en litigio sus términos y yendo el proyecto que lo formula y organiza desde unas á otras Cámaras en guisa de pelota rebotante. Hase necesitado toda la inteligencia clara y toda la voluntad firme del primer ministro Werkelé para imponer esta reforma; pero presentada en la Cámara de los magnates, allí donde los conservadores tienen mayor poder, ha quedado la reforma detenida por un voto negativo. Prelados de todos los cultos allí existentes, magnates de todas las razas allí embutidas, altos empleados de palacio, amigos y confidentes del rey se han reunido en una especie de conjura parlamentaria y han dado en tierra con el progresivo proyecto. Hasta hombres del temple de Apongi, que casi confinan desde su campo propio con el campo de los independientes y separatistas, han restringido el matrimonio civil, pretendiendo que se autorice para unos casos y no para otros, con lo cual desmienten el principio capital de la democracia moderna, el santo principio de igualdad. Pero el ministerio liberal, derrotado por veintidós votos, no se ha rendido á la derrota, sino usado cuantos medios tiene á su albedrío y disposición para que prevalezca la reforma, yéndose á Viena el primer ministro para exigir del emperador de Austria y rey de Hungría una confianza omnímoda ó una despedida inmediata, pues no podían tolerarse los procedimientos de algunos cortesanos, cuyos votos y palabras vulneraban la inviolabilidad del jefe del Estado, presentándolo contra toda verdad y contra toda conveniencia como adscrito á las supersticiones y á los intereses de un partido. No se ha tornado á su ciudad de Pesth malcontento el primer ministro de Hungría. Necesitando el apoyo, la neutralidad por lo menos, de algunos cortesanos, ha obtenido que no vayan á una votación, la cual habrá de celebrarse á las renovaciones del proyecto; necesitando una hornada de senadores, hásele dicho que la emplee, si gusta, en son de amenaza cernida sobre la frente de sus contrarios; y tanto, que al verlo tornar de tal guisa vencedor, se han vuelto las tornas, y los que más gritaban entre los votantes y más felices de su votación se las prometían, tienen que abandonar el campo al enemigo, á quien acaban de vencer, y declararse todos en una dispersión vergonzosa. El proyecto ha vuelto nuevamente á la Cámara de diputados en que obtuvo gran mayoría; y votada con más número de votos aún en esta revisión, subirá con mayor autoridad á los magnates, que deberán ceder á la postre y apoyar la ley, si no quieren caer víctimas de una honda crisis. No hay resistencias que valgan contra la libertad y el derecho.

Madrid, 22 de Mayo de 1894



Patio llamado de Nadal y de Dou en la casa provincial de Caridad de Barcelona, cuadro de J. Triadó y Mayol (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

INJUSTICIAS TERRENALES

CUENTO

I

Era el Sr. Manuel un hombre honradísimo á carta cabal, trabajador como pocos, consecuente en sus amistades, amante de su familia, religioso y habilísimo en el oficio de la carpintería, que él había logrado elevar ejecutando verdaderas obras de tallista y de tornero.

Pero como el hombre no es perfecto ni mucho menos, el Sr. Manuel, que no jugaba, que no bebía, que no miraba á otras mujeres que la propia, que trabajaba sin descanso, que no se metía en las luchas políticas ni en las conmociones sociales, que era enemigo de todo desorden y consejero inmejorable de sus compañeros, no acostumbraba á llevar con paciencia muchas de las cosas con que tropezaba en el mundo.

- ¡Pobre mujer!, exclamaba viendo á una mendiga que amamantaba á dos niños. ¿Por qué ha de haber pobres en el mundo?

– Pues no sabe usted lo mejor, Sr. Manuel, le contestaba un compañero; que esa pobre mujer era rica por su esposo y que un señorón de carruaje que habita en el hotel de la esquina, arruinó á aquél con mil engaños. El pobre hombre empezó á enfermar del corazón y ha muerto muy joven, en una buhardilla, á los pocos días de dar á luz su mujer ese par de criaturas.

– ¡Y el hombre ese se habrá quedado tan fresco!

– ¡Que si lo está!.. Cada día más gordo, más colorado y más alegre, yéndose los veranos al extranjero y sin salir durante el invierno del teatro Real y del casino.

– ¿Ves? ¡La mía?.. ¿Y por qué ha de consentir Dios esas cosas?

El amigo, que no estaba sin duda en el secreto de las miras providenciales, se limitaba á encogerse de hombros, y no contestaba al Sr. Manuel. Este por su parte daba una limosna á la pobre mendiga, y se alejaba diciendo:

– Pues señor, esto no debía de ser... Esto está muy mal arreglado.

Otro día hablaba con su familia del vecino del sotabanco, un joven pálido, de largas melenas y barba descuidada que, según decían las comadres del barrio, debía ser un sabio.

– Pero ¿quién le guisa?, preguntaba el carpintero.

– Pues mira, le contestaba su mujer, yo creo que la mayor parte de los días no enciende lumbre. Algunas veces sube una botellita de espíritu de vino para una cocinilla económica, en la que se hace café ó chocolate, y ayer se armó tal humo en el patio, que creímos había fuego en el cuarto del joven. La inquilina de la habitación inmediata estuvo observando por el ojo de la cerradura, y vió que tenía puesta una sartén en la hornilla y que debajo de ella iba quemando hojas arrancadas de unos libros viejos. Por fin se le acabó el papel, y como no había logrado que hirviese el aceite, el hombre renunció á la cocina, y abriendo la ventana para que saliese el humo, se puso á tomar el fresco.

– ¿Y qué hace ese pobre joven? ¿En qué se ocupa?

– Parece que es de los que escriben libros y publican cosas en los periódicos.

– Y acaso no tendrá familia ni protectores... ¡Desgraciado!.. Y tal vez no se desayunará muchos días... ¿Por qué ha de permitir Dios estas cosas?

La mujer del Sr. Manuel tampoco podía, como el amigo, contestar á la duda; pero ni ella ni su marido se atrevían á ofrecer sus servicios al vecino solitario, porque más de una vez, cuando en su cuarto de puerta de calle comían el apetitoso cocido, que coloreaban el chorizo y el azafrán, habían dicho al joven, viéndole entrar ó salir:

– ¿Quiere usted acompañarnos, vecino?

– Gracias, contestaba éste; acabo de hacerlo ya.

¿Qué partido tomar con aquel hombre orgulloso, que siempre rehusaba lo que de tan buena voluntad se le ofrecía?

– De todas maneras, exclamaba el Sr. Manuel, Dios no debía desamparar á ese desdichado.

Otra vez se hablaba de una mujer que padeciendo una terrible enfermedad, necesitaba ser operada y tenía que ir al hospital.

– ¡Desigualdades de la fortuna!, decía el Sr. Manuel; esa infeliz tiene que ser asistida de caridad y otra señora en su misma casa recibe dos ó tres veces cada día la visita del médico. Siendo la una tan buena como la otra, ¿por qué esa desigualdad en su asistencia y medio de curación?

La subida de un gobierno, la ruina de una familia, el premio de lotería ganado por un tuno, la absolución de un criminal, la caída desgraciada de un anciano, la orfandad de unas criaturas, el servicio militar impuesto á un joven de cuyo apoyo necesitaba una madre, doblemente desgraciada por no haberle dado con la vida su apellido legal, la fortuna material repartiendo desigualmente sus dones..., todos y cada uno de estos hechos hacían exclamar invariablemente al Sr. Manuel:

– La verdad es que Dios hizo un mundo muy hermoso, pero que no supo después arreglarlo.

II

Una mojadura que, estando sofocado, sufrió nuestro protagonista le originó unas calenturas que le pusieron á las puertas de la muerte. Y tan grave llegó á ser su situación, que en el delirio que le produjeron creyó que había muerto, y como era buen cristiano y estaba verdaderamente arrepentido de sus exiguas culpas, apenas abandonó la tierra se sintió transportado junto á las puertas del cielo.

Llegó á ellas y esperó á que le llamara San Pedro, que á la sazón estaba muy entretenido con otros recién llegados. El Sr. Manuel no extrañó esto, pero no llevó con paciencia que otros difuntos, que llegaron después que él, fueran introducidos antes.

– Vamos, exclamó para sus adentros, también hay un poco que arreglar por aquí.

Y vió que llegaban otros y otros individuos y que iban pasando adelante, en tanto que á él no le llamaban, y seguía esperando cada vez con menos paciencia.

Por último, viendo llegar á muchos individuos que habían muerto en una guerra, según pudo averiguar, dijo resignado:

– ¡Pobres! Bien merecen todos esos que se han sacrificado por su patria entrar antes que yo, que he muerto obscuramente, víctima de unas traidoras calenturas.

Y ¡cosa rara!, apenas había acabado de formular este razonamiento, cuando fué llamado preferentemente á la presencia de San Pedro.

– Veo, le dijo éste, que te has hecho más razonable: si hubieras querido seguir arreglando á tu antojo el cielo, como querías arreglar la tierra, hubieras tenido antesala para rato.

– ¿Es decir que la Infinita Misericordia me concede la eterna bienaventuranza?

– Quiere llevar más adelante el premio de tus buenas obras: quiere demostrarte la falta de razón con que censurabas en la vida lo que conceptuabas injusticias de tu Creador.

– Permítame usted, santo Padre, yo no censuraba precisamente, me limitaba á lamentar muchas de las cosas que veía.

– Sí..., y á decir que Dios había hecho un mundo muy hermoso, pero que no supo después arreglarlo.

El Sr. Manuel quedó confundido, observando lo bien que se recordaban en el cielo hasta sus propias palabras, y guardó elocuentísimo silencio.

– Vamos á ver, siguió el portero de la gloria, ¿te acuerdas de haber dado limosna á una pobre mendiga que criaba á dos gemelos y que había quedado viuda é indigente por la persecución de un ricacho que se pasaba la vida en el teatro Real y en el casino?

– Sí, señor, me acuerdo.

– ¿Y te acordarás también de haber dicho que no sabías por qué consentía Dios semejantes cosas?

El bueno del Sr. Manuel, cogido nuevamente en sus propias redes, guardó silencio.

– Pues bien: Dios en sus altos designios tiene dispuesto que en la misma vida se remedie esa injusticia. De los dos niños, que la madre ha de criar con mil trabajos, el uno prestará el servicio militar gustoso y con entusiasmo, ascenderá rápidamente en su carrera, llegará á ostentar los entorchados de general y morirá heroicamente defendiendo la honra nacional. El otro, criado no menos difícilmente, conquistará con su aplicación valiosos protectores, seguirá la carrera de abogado, alcanzará envidiables triunfos y será fiscal en una ruidosa causa, en la que ha de ser el reo é ir á un presidio el ricachón que causó la muerte de su padre.

– ¿En venganza?

– No, hijo mío, los hombres honrados no se vengan. El futuro fiscal desconoce en absoluto quién es el hombre contra el cual ha de formular su acusación. Y esa pobre mendiga verá llegar su ancianidad rodeada del respeto general y del cariño de sus hijos, que será en ellos un verdadero culto, por saber los sacrificios que les cuesta hoy. ¿Te convences ahora de que si existía alguna injusticia, era la tuya?

– Perdón, señor San Pedro; he sido un mentecato.

– ¿Te acuerdas también de tu vecino del sotabanco, que no solía comer diariamente y al cual ofrecíste muchas veces el plato?

– ¡Ya lo creo! El mismo día en que fuí sacramentado le vi de rodillas en la puerta de mi habitación.

– Recordarás entonces que al saber su aflictiva situación dijiste que Dios no debía permitirla ni desampararle.

– Sí, señor, lo dije, pero por la mucha lástima que me daba.

– Pues bien: ese joven, en cuyo espíritu ha puesto el Señor la llama del genio, no hubiera desarrollado nunca sus aptitudes, sin el acitate de la necesidad. Mediante ella se consagra al trabajo, y de este trabajo han de resultar producciones que causen inmenso bien á los hombres para el descubrimiento de la verdad.

El Sr. Manuel seguía confundido.

El santo, que por lo visto tenía excelente memoria, siguió diciendo:

– ¿No recuerdas asimismo haber supuesto que había desigualdad con la suerte de dos mujeres, una de las cuales había tenido que ir al hospital para sufrir una operación quirúrgica, en tanto que la otra se hallaba perfectamente asistida en su casa? Pues esto constituye otro de tus errores. Los hospitales cuentan en tu patria un personal mucho más notable que el consagrado á la visita domiciliaria, y de aquí que la pobre fuese operada habilísimamente por el doctor más ilustre en la ciencia quirúrgica, mientras que la otra enferma, asistida en su casa, lo fué por un doctor de mayores pretensiones que ciencia positiva. Todo esto sin contar con que la peligrosa operación realizada á la primera, delante de muchos alumnos, ha sido para que éstos se ilustren en un procedimiento que ellos aplicarán con éxito en lo porvenir. Lo mismo podría decirte de todas tus demás quejas, por haber olvidado al formularlas de que la justicia divina no se realiza á plazo fijo, ni de forma ostensible para los hombres, y de que en último resultado, la vida humana es un momento de prueba y en la Eternidad pueden remediarse muchas de las que juzgas injusticias terrenales.

El Sr. Manuel, arrepentido de sus prejuicios, lloraba á lágrima viva, y por último se atrevió á preguntar:

– Y ¿no he de lograr el perdón de mis injusticias? ¿No podré entrar en el reino de los Cielos?

– No..., ahora no; tienes que seguir todavía tu peregrinación sobre la tierra. Según los inescrutables designios de la Providencia, no ha llegado todavía el momento en que seas juzgado por tus acciones y obtengas el premio ó el castigo de las mismas.

III

Y la gravedad de la dolencia del Sr. Manuel fué desapareciendo poco á poco; entró luego en franca convalecencia, y al cabo de algún tiempo pudo manejar de nuevo las herramientas de su oficio, para seguir ganándose la vida.

Su carácter, no obstante, sufrió un cambio radical, y cuando alguno de sus amigos le decía: «Mal arreglado anda el mundo, amigo Manuel.»

El carpintero sonreía limitándose á contestar:

– ¡Quién sabe!.. ¡Quién sabe! «La justicia divina no se realiza á plazo fijo ni de forma ostensible para los hombres.»

M. OSSORIO Y BERNARD

DON POLI

RETRATO AL TEMPLE

De este D. Poli, cuyo es el retrato que recrea mi pluma mal pergeñada para empresa de tal valía, se cuentan cosas de santo, y su sombrero de teja color de abejaruco y alas descomunales y sus raídos y astrosos manteos cuando se lucen por los barrios del Lavapiés inspiran sumo respeto, casi, casi veneración.

– ¡Pobre D. Poli!.. ¡Es un bendito, dice la gente del bronce: chulas é individuos de parecida estofa, mirándole con ojos de gran simpatía. Desde San Lorenzo, de donde sale todas las mañanas de decir misa, hasta su domicilio, sito en el piso cuarto de un vetusto inmueble de la calle de la Espada, emplea en recorrer tal distancia más de dos horas: cotidianamente le ocurren los mismos tropiezos con algún Fulano ó Fulana que le sale al paso para charlarle algún apuro, pedirle consejo sobre tal ó cual negocio de importancia, ó bien, y esto es el padre nuestro de cada día, algún socorro: la bolsa del *pater* sufre un ataque, y allá van á dar sin énfasis ni ostentación las contadas monedas en manos de plañidero mendicante. ¡Ah, cuántos días el estómago de D. Poli sufrió los retortijones del hambre, sin que una protesta saliese de los labios de su dueño, más pobre acaso que el mismo á quien socorría!

Igual concepto de santidad les merece á sus com-



LA HUERFANA, cuadro de Inés de Beaufond

pañeros de San Lorenzo: alguno de ellos quiso encarrilarle hacia otro genero de vida más provechosa. No faltó quien, después de muchos circunloquios, le hiciera comprender la pobreza y ruindad de sus manteos y lo escuálido de su catadura, que pregonaba una no interrumpida serie de ayunos y peligrosas abstinencias.

A esto contestaba D. Poli con la placidez propia del que tiene un convencimiento pleno de sus actos:

– Yo soy así; dejadme con mis manías; ¡qué diantre, si yo fuera rico sería aún más pobre, porque opino que nadie en este mundo se debe á sí mismo, sino á todos!

Y no decía más; pero, en frases tan sencillas, encerraba la inmensidad de su alma misericordiosa. No se le antojó nunca hacer escabel de su ministerio y encumbrarse – como otros muchos – á las regiones en donde brillan diamantes y crujen sedas, no: sus labios no sabían lisonjear ni mentir; no anhelaba más premio que la satisfacción de su conciencia serena como la superficie de un lago: era de los humildes; nació para ser lo que era: barro bendito. Para las debilidades y ambiciones de sus compañeros, siempre tenía una cariñosa disculpa.

– ¡Pobres ciegos!, pensaba, les ofusca el falso brillo del poder y de la riqueza y no ven agitarse en torno suyo un sin fin de criaturas miserables que acaso maldigan su encumbramiento, que siempre ha de parecerles un reto á su miseria.

Así era D. Poli: un carácter sincerísimo é invariable: su nervioso temperamento conteníase dentro de la más exquisita de las mansedumbres.

Su vida fué plácida, tranquila: en sus mocedades tuvo el cosquilleo de las pasiones, pero las acalló la fuerza de su voluntad. «Todo por la hermosísima religión de Jesús.» Gozaba lo indecible cuando salía victorioso de una de aquellas luchas entre el «enemigo malo» y el «angel de luz.»

Los recuerdos eran sonrientes, llenos de inocencia, como los de un niño: un pueblecillo en la sierra; una casa de labranza; unos padres pobres de bienes, pero ricos de afectos; inclinación irresistible, desde que tuvo uso de razón, hacia las cosas de la Iglesia; unos cuantos años en el seminario; las primeras órdenes, la primera misa dicha en la ermitilla del pueblo; todos sus paisanos oyéndola, y allí, en uno de los bancos, cerca del altar mayor, los padres llorando de alegría por ver á su hijo misacantano (aquí un paréntesis luctuoso); los padres que pagaron á la tierra el ineludible tributo. Merced á los ruegos de un pariente lejano, D. Poli vino á Madrid, y después de obtener el beneficio de una misa diaria en San Lorenzo, conoció más de cerca las pasiones de los humanos, donde la *urbs* madrileña hierve; venía del seminario, venía del pueblo con todas las inocencias, con todos los cosmoramas del más encantador de los optimismos hacia la humanidad. Era un iluso que suponía el mundo una copia del Edén, y aquí, el escalpelo de la realidad rasgó los cendales y dejó al descubierto los cuadros de la miseria, las luchas del interés, el pugilato de los deseos; vió lo que nunca supuso en el ser humano: la bestia con sus instintos, sus placeres, sus egoísmos, su brutalidad. Y él, el inocente, sintió al pronto algo de vértigo, dudó de sí propio, desconfió de sus fuerzas, su estado anímico tenía rebeldías extrañas, algo del lodazal sobre que caminaba parecía querer adherirse á su persona, pero triunfó... Su mansedumbre, su paciencia, el alto concepto que tenía formado del ministerio que representaba, su negación hacia los placeres, honores y riquezas, su fuerza de voluntad, todo coadyuvó al triunfo.

No cayó...

Sereno, contempló el mundo en que vivía: era un mundo de expiación. La caridad y el perdón debían ser los sostenes únicos en que debía apoyarse para hacer su caminata por entre tanto vicio, tanta podredumbre como le circuía. La pobreza como un espejo reflejaba en D. Policarpo su modo de ser. Veía con pena las rivalidades y enseñoreamiento entre sus compañeros. No imitaría su conducta... ¡Eran unos ilusos! Amaban más lo terreno que lo ideal. Vivía en la corte, y por la fuerza de su voluntad y las virtudes suyas la convirtió para sí en una Tebaida: para él no tenía seducciones ni encantos. Hacía vida ascética: he ahí todo el sacrificio que era para él una dicha inefable. Todos sus pensamientos concretaríanse en la gran verdad de un Dios, padre de sin fin de criaturas; de Jesucristo, Redentor del linaje humano; el héroe que vertió su sangre en la cruz, símbolo eterno de misericordia infinita.



De buen humor, cuadro de F. Roybet

Copiaría al Divino Maestro: su humildad: en sus labios habría el perdón para los desgraciados; en sus manos el óbolo para los menesterosos; inculcaría la fe, sabría alejar – sin valerse para ello de fanáticas disquisiciones – la incredulidad de los unos, la torpeza de los otros; se acercaría á todos. Jesucristo no desdeñó el trato de los leprosos: él no desdeñaría tratar con los que tienen la lepra imperante en estos tiempos: la del indiferentismo. ¡Y qué triunfo y qué satisfacción la suya si lograba remediar los estragos de esa lepra!

Hablaría á todos al alma, mansamente; depositaría en el árido campo de sus agostados corazones la semilla del bien; haría revivir ésta á fuerza de perseverancia, valido de la unción evangélica que fluía de todo su ser, porque él era un apóstol creyente.

Y bien sabe Dios que para realizar estas proezas no se necesitan lujos de púrpura, ni ostentación aparatosa, ni encumbrarse á lo alto: ¿á qué?.. Bien iba con aquellos manteos que acusaban una vejez de trabajos; bien estaba al pasarse la existencia en ayuno, por falta de *pecunia*. Con tal de no morir de hambre, con tal de cubrir las desnudeces del cuerpo, todo lo hallaba de perlas el bueno de D. Poli.

Recién llegado á la corte, buscó un cuartito modesto donde albergarse. Después de mucho fisgonear habitaciones, encontró desalquilada la que hoy – al cabo de veintitantos años – viene ocupando.

Fué un día extraordinario en los monótonos fastos de la vecindad aquel en que el nuevo inquilino tomó posesión de su vivienda.

Hallábase Pepa en la portería, y la buena mujer vió embocar á eso de las ocho de la mañana la escuálida figura de D. Poli, revestido, como si fuera á dar la Extremaunción: detrás seguíale los pasos un monaguillo con hisopo y caldereta en ristre.

– Buenos días, hermana, empezó el *pater*.

– Muy buenos, señor cura, replicó Pepa. ¿Es *usté* el *enquelino* nuevo?

– El mismo.

Y en vista de que la portera miraba con cierta zozobra la impedimenta, agregó:

– Vengo, hermana, á bendecir el cuarto.

– Pero, señor cura, si aquí nunca ha vivido ningún hereje...

– ¡Dios sea loado!.. Hágame el favor de acompañarme.

Y D. Poli tomó escalera arriba, seguido del monago. Detrás iba la portera un tantico intrigada con lo de la bendición.

Quedóse la mujer en ayunas del refunfuñar latines del *pater*, el cual á cada descansillo tomaba de manos de su acompañante el hisopo, y haciendo con él cruces en el aire, rociaba de agua santa la pared roñosa de la escalera; al llegar delante de la puerta de su nuevo cuarto, rezó, siempre en latín, mosconeando el acólito los finales con «Amenes» seguidos de hisopazos.

El mosconeo, el ruido de los pasos del cura, monago y portera, hicieron que en un segundo viéranse los tramos ocupados por gentes de la vecindad: hombres en mangas de camisa, matronas ligeritas de ropa, chicos medio desnudos y mozuelas desgarradas. Nadie chistaba; únicamente pintaban los ojos la sorpresa y curiosidad de aquella ceremonia nunca vista; al pronto preguntáronse unos á otros en voz baja quién estaba muriéndose, pero las miradas de *seña* Pepa dirigíanse á todos como si quisiera contarles lo ocurrido.

Llegó el momento de abrir la puerta. Don Poli entró el primero; el acólito encontrábase en sus glorias, luciendo ante los granujillas que le admiraban con señales de envidia la sobrepelliz que caía sobre la roja túnica ilustrada con lamparones de cera.

La portera y los inquilinos, entre los que palpitaba un murmullo torpemente disimulado, colocáronse en pos del padre de almas.

Este dirigió en torno suyo una mirada de bondad, hizo alto en los latines, depositó en manos del monaguillo el hisopo y dijo:

– Hermanos míos: ante todo, debo saludaros y ofreceros, aunque indigno sacerdote, á vuestros servicios. Y después de una pequeña pausa, continuó: Espero de vosotros vuestra amistad y vuestra confianza. Soy pobre, más pobre que nadie; pero el Señor, con su infinita misericordia, hará que pueda seros útil en aquellos trances apurados á que la flaca naturaleza se halla abocada: en mí ved un padre cariñoso dispuesto siempre á procurar el bien de los que me honren llamándose mis hijos.

Un murmullo de simpatía se escapó de todos los labios y las mujeres dieron á sus maridos un significativo codazo.

– He bendecido la casa antes de ocuparla, porque ¡qué diantre! – y D. Poli se sonrió picarescamente – se habrán cometido en ella ciertos pecadillos, sin importancia, ¡claro es!, pero al fin son pecadillos que deben desaparecer.

– Y ha hecho usted muy bien, señor cura.

– Ya lo creo.

– Es un santo.

– Buen *enquelino* vamos á tener.

Estas frases las dijo el auditorio cautivado por la mansedumbre de D. Poli.

– Vaya, señor cura, y buena falta que le hacía al cuarto este una miaja de agua bendita – indicó una de las comadres encarándose con el sacerdote. – Aquí han *vivío* unas prójimas, que ya, ya... La que más y la que menos...; en fin, un escándalo... Todos los días tenían belén y andaban á mojicones con sus hombres, que lo que es maridos, ni por so ñación.

Terminada la ceremonia de bendecir el cuarto, despidióse la chusma, protestando sus ofrecimientos á D. Poli.

Cuando la portera se encontró á solas con éste, creyó del caso preguntarle:

—Y ¿cuándo vendrán los muebles?
—Pronto los traerá el mozo.
—¿El mozo?
—Sí, hermana, porque mi ajuar es bien reducido: acabo de comprarlo en el Rastro: dos sillas, un catre, una mesa, un armario para los libros, una alacena y varios cachivaches.
—¿Nada más?
—¿Le parece poco?
—Pero, señor, ¿y va *usté* á vivir así haciéndole falta tantos otros muebles?
—¡Bah! Esos son lujos que huelgan en nosotros los sacerdotes.
—Bien, bien... ¿Y no tiene *usté* á lo que se ve nadie que le *cuidie?*
—Nadie: únicamente Dios, replicó D. Poli con hermosa sencillez.
—¡Ave María Purísima!, pero, diga usté, padre, ¿quién le va á *usté* á hacer la cama y la comida?.. ¿Quién le va á cuidar la ropa y hacer la limpieza del cuarto?..
—Yo mismo... Mire usted, hermana, con que me haga la cama de ocho en ocho días y barra el cuarto de mes á mes, despachado. De la comida también me encargaré, porque gusto de alimentos frugales y éstos no requieren cocineros de fama para prepararlos... ¿Cree usted que no he de pasarlo bien así, si Dios me otorga su gracia?
—Sí..., sí, señor..., tartamudeó Pepa que salió del cuarto haciéndose cruces.
Después bajó las escaleras refunfuñando:
—Esto, esto es ser todo un señor cura; un alma de Dios; un santo, y no esos otros que se dan vida de príncipes y tienen *pa* su servicio amas guapas y frescachonas... ¡Si ya me daba á mí el corazón que este D. Poli era un bendito! *¡Josús,* qué hombre!.. ¡Qué D. Policarpo tan *güeno!.. ¡Josús,* María!..

ALEJANDRO LARRUBIERA



Estudio, dibujo de E. P. Valluerca

ACLARACIONES

La publicidad es uno de los primeros elementos de vida de la sociedad, un tiempo anónima.

Sin la publicidad sinnúmero de sujetos y aun de familias, dignos de admiración y aun de interrogación, hubieran nacido y vivido y muerto insignificantes.

El reclamo es un auxiliar poderoso del comercio.

—¿De qué sirve á usted una existencia de coloniales, supongamos, si no se da á conocer, si no se anuncia?

Así me preguntaba el dueño de un establecimiento del ramo de ultramarinos y coloniales, según él.

Y decía bien.

La publicidad es al mismo tiempo medio de defensa para el desvalido.

Por ejemplo: un individuo no paga al casero, que es un caso vulgar.

El propietario de la finca apela á los tribunales y desahucia al moroso.

Y éste acude á la publicidad por medio de algún periódico, en cuya redacción cuente con un amigo, y publica un suelto ó un artículo, conforme la amistad que le una con el periodista ó la importancia del periódico: suelto ó artículo alusivos al caso.

«Un querido amigo nuestro, dice el periódico ó dice el desahuciado, persona dignísima, aunque reducida hoy á condiciones precarias, que responde á las iniciales R. T...»

Como se anuncia cuando se pierde un perro: «que responde al nombre de *Sultán*.»

«... se ha visto atropellado por el dueño de la casa en que habita so pretexto de adeudarle nuestro amigo cierta cantidad por alquileres.

»Las excusas razonadas del caballero, que lo es R. T., han sido inútiles, y se ha visto lanzado á la calle como un miserable.»

En seguida el comentario.

«¿No irrita, no parece mentira que á fin de siglo se conserve el derecho de propiedad como en los siglos del obscurantismo?»

Esto alarma al propietario, si es timorato, porque es como entregarle, para los efectos consiguientes, á la venganza de los inquilinos insolventes.



PESCADORES DE RIO, cuadro de Muenier (Salón del Campo de Marte, París, 1894)



CRISTO Y EL JOVEN RICO, CUADRO DE E...



...ARDT, EXISTENTE EN LA GALERÍA MUNICIPAL DE DUSSELDORF

Si es hombre práctico en asuntos de publicidad, ó demanda al periódico ante los tribunales ó desprecia el ataque si le hay.

Ya no es posible abrir una salchichería, escribir una novela, aspirar á un cargo público, casarse, nacer ni aun morir decorosamente sin valerse de la publicidad.

Porque ni es abrir ni cerrar, ni escribir, ni aspirar, ni casar, ni nacer, ni morir, ni luce ni parece.

– Es inútil cansarse en tener talento, como decía un chico *reporter,* ni en tener dinero, ni en ser hombre de bien si no se entera de ello el país.

La publicidad es el consuelo de poetisas huérfanas de suyo; de apreciables sujetos que devuelven carteras con documentos sin importancia halladas en la vía pública, y que se niegan á recibir gratificaciones de peseta por su honradez.

Hay quien ejerce la caridad en secreto, pero son pocas personas.

Porque, como me decía uno de los que huyen de esos misterios para vivir, la publicidad sirve de ejemplo y pone á cada persona en su lugar.

– Las paredes de la casa han de ser de cristal, estilo cursi de las peroraciones de un amigo mío diputado, aunque le esté mal el decirlo. ¡Publicidad! ¡Luz! ¡Mucha luz!

Y en cuanto le nace un hijo, al mismo tiempo que al juzgado municipal envía la noticia á varios periódicos.

Si alquila nodriza, también lo comunica al público.

Ya se publica la noticia de algún lance personal, aunque sometiéndose á las fórmulas establecidas por el uso.

«Ayer quedó zanjada honrosamente la cuestión personal pendiente – lo cual que si está zanjada ya no está pendiente – entre el conocido auxiliar del ministerio de Hacienda D. N. N., consecuente funcionario, y el joven forastero D. Q. Q , nuevo en esta plaza.»

Y después de un «menos» esta otra noticia:

«Enredando ayer con un sable el joven forastero D. Q. Q. tuvo la desgracia de cortarse una oreja completamente, si bien por fortuna no pasó la cosa á mayores.»

Al día siguiente suele aparecer en el periódico que publicó la anterior noticia alguna aclaración como esta:

«Hemos tenido el gusto de recibir la visita del aplaudido forastero D. Q. Q., quien nos ha exhibido ambas orejas, en prueba de no haber perdido una, como se supuso infundadamente.

»Por el contrario, parecen cuatro, según sus dimensiones.

»El desorejado parece que es el desgraciado auxiliar de Hacienda...»

Pero en asunto de aclaraciones «todo es pálido,» comparado con las que ahora leerán ustedes frecuentemente.

«Nuestro respetable amigo, el gobernador que fué de varias provincias D. Timoteo Pasamonte, no es el sujeto que se suicidó ayer en la calle de Calatrava, ni conocía siquiera á tal señor.

»Hacemos esta aclaración para evitar el disgusto á los muchos amigos de dicho señor, que ya ha recibido millares de cartas y de tarjetas preguntándole si es él el muerto.»

«El conocido papelista Juan Sofoquín, el *Mutis,* se ha acercado á nuestra redacción para manifestarnos que no es él, como pudieron suponer las personas que le conocen, el autor del robo cometido ayer en una casa de la calle de Alcalá, puesto que pasó el día en Aranjuez.

»Hacemos gustosos esta aclaración...»

«Se ha acercado á nuestra redacción el señor don Melquiades Mendigurrea para suplicarnos que hagamos constar que no es él, aunque use el mismo nombre y el mismo apellido, el reo á quien han ejecutado en Lugo.»

«No es el eminente dueño de la barbería establecida en la calle del Perro, D. Roque Valiente, el que ha rebanado el cuello á un parroquiano, sino otro maestro también intitulado Roque Valiente, establecido al aire libre.

»Al César lo que es del César.»

Estas aclaraciones, no pedidas por el público, suelen inspirar, á las veces, reflexiones desfavorables para el protagonista de la aclaración.

Sin querer se despierta la maliciosa sospecha:

– ¡Caramba! No hubiera yo creído á D. Fulano capaz de modernizarle el reloj á un transeunte.

Eduardo de Palacio



Diamantes negros, cuadro de Benjamín Constant. – Es Constant uno de los más geniales entre los pintores franceses contemporáneos, así por la maestría con que pinta, como por la variedad de sus talentos, que ora le llevan á reproducir escenas de costumbres orientales, ora le inspiran cuadros de carácter legendario, ora le mueven á trasladar al lienzo retratos de personajes, que pintados por él, tienen toda la vida de la misma realidad. En el actual Salón de los Campos Elíseos de París ha expuesto el cuadro que publicamos y cuyas bellezas no hemos de encomiar, porque bien claras aparecen en el grabado que reproduce con toda fidelidad la finura y corrección de líneas, la suavidad de tintas y la expresión que anima á ese hermoso busto.

Retrato de la señorita M. V., cuadro de Ricardo Brugada (Exposición general de Bellas Artes de 1894). – Doble aspecto ofrece el lienzo de Ricardo Brugada, pues á la vez que retrato puede estimarse como un cuadro de género, ya que la bella retratada hállase ataviada con elegante traje de manola. Sea cual fuere el carácter de la obra, resulta un cuadro recomendable, así por el dibujo, como por su tonalidad, notándose desde luego cierta distinción que armoniza con la condición de la persona retratada, á juzgar por la condal corona que figura en el tapiz del fondo.

Sin que sea nuestro ánimo aminorar las cualidades que desde luego se observan en la obra del Sr. Brugada, no ocultaremos que, dadas sus aptitudes, esperábamos de él producciones de mayores alientos, con mayor motivo cuando en la Exposición de 1891 tuvo ocasión de demostrar su valía, obteniendo merecida recompensa por uno de los tres lienzos que entonces presentó, entre los que figuraba asimismo un retrato.

Patio llamado de Nadal y de Dou en la casa provincial de Caridad de Barcelona, cuadro de José Triadó Mayol (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – La Exposición de Bellas Artes de Barcelona es el primer certamen á que concurre el joven artista Sr. Triadó, y no nos cuesta esfuerzo consignar que se presenta dignamente, cual no lo han hecho otros pintores más conocidos. El cuadro que reproducimos es una de las notas más salientes de la exposición, pues aparte de ser un notable estudio, fiel trasunto del natural, ofrece la particularidad, por su factura, de ser una de las manifestaciones más razonadas del modernismo. El pintor ha sabido no incurrir en las exageraciones de escuela, y guiado de un propósito verdaderamente plausible ha trasladado al lienzo el cuadro que ante su vista tenía, sin embellecerlo con efectos ni obscurecerlo con tonalidades no observadas. Así el patio como las figuras de los asilados están notablemente trazadas, y si el joven pintor continúa por tan seguro camino, augurámosle continuada serie de triunfos á los ya logrados durante el curso de sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Barcelona.

La huérfana, cuadro de Inés de Beaufond. – Este cuadro es de una sencillez conmovedora: ni en el rostro, ni en la expresión, ni en la actitud de esa joven vestida de negro se adivina la menor huella melodramática y, sin embargo, esa graciosa figura basta para evocar en nuestro corazón todas las tristezas que van unidas al nombre de huérfana. Por esto, además de su valor artístico, que es mucho, la obra de la reputada artista francesa Inés de Beaufond produce una impresión honda y despierta una simpatía vivísima.

De buen humor, cuadro de F. Roybet. – Ya recordarán nuestros lectores que Roybet, cuyo retrato publicamos en el número 600 de La Ilustración Artística, obtuvo en el Salón de París del año pasado la medalla de honor, ó sea la más alta recompensa que en los salones de los Campos Elíseos se otorga, por su precioso cuadro *Galanteo.* Del mismo género que el entonces premiado es el que hoy reproducimos y que figuró en la exposición celebrada hace poco por el Círculo de la Unión Artística de la capital de Francia: en ambos ocupan el lienzo dos figuras, un viejo que tiene muchos puntos de semejanza con el personaje inmortalizado por Shakespeare y Verdi, y una maritornes no muy joven, pero de alegre rostro y exuberantes formas; en ambos también estas dos figuras tienen una expresión y una naturalidad encantadoras, y en ambos finalmente la ejecución resiste con éxito, por lo correcta y acabada, el examen de la crítica más severa.

Estudio, de E. P. Valluerca. – Hace muchos años que es conocido el nombre del Sr. Valluerca como dibujante y acuarelista especialmente; el *estudio* que de él publicamos es una prueba de su talento y habilidad en el manejo de la pluma, con la cual obtiene bellos efectos dignos de aplauso.

Pescadores de río, cuadro de Muenier. – Entre la pléyade de artistas de gran valía que anualmente concurren al Salón del Campo de Marte, de París, ó sea el salón de los disidentes, figura siempre en lugar muy principal el autor de este bellísimo paisaje, que lo es también de otras obras reproducidas en La Ilustración Artística, como *Mujeres de Argel* y *Tarde apacible:* sus cuadros *Catecismo* y *El abrevadero* fueron otros tantos éxitos en los salones de 1891 y 1892, y *Pescadores de río* ha merecido en el de este año los elogios de la crítica.

Jesús y el joven rico, cuadro de Eduardo Gebhardt. – Conocido es el pasaje del Evangelio en que Jesús dice al joven que poseía muchos bienes que para ser perfecto debía vender cuanto tenía y dárselo á los pobres, con lo cual tendría un tesoro en el cielo: en él se ha inspirado el insigne pintor alemán, autor de multitud de cuadros tomados de los asuntos del Nuevo Testamento. En el que hoy reproducimos, cuyos personajes, según costumbre del autor en lienzos de este género, van vestidos á la usanza del siglo XVI, producen verdadera admiración la actitud y el dulcísimo semblante de Jesús, en el que se refleja la luz divina, la figura del joven que escucha con atención profunda las palabras del Maestro, la expresión individual de cada uno de los apóstoles, de los pobres y de los niños que rodean al Salvador y el conjunto de esta composición grandiosa, inspiradísima y armónica en la complexidad de elementos que en ella entran. Este cuadro, hermoso bajo todos conceptos, fué adquirido recientemente por la Galería Municipal de Dusseldorf y es reputado como uno de los mejores producidos por el eminente maestro á quien hoy se conceptúa como una de las más grandes figuras del arte contemporáneo.

Antigua carroza que se conserva en la armería del castillo de Friedenstein (Gotha) – Este carruaje, conocido con el nombre de «Coche de la calavera,» se conserva en el palacio de Friedenstein y fué construído por orden del duque de Sajonia Coburgo y Altenburgo, que reinó de 1804 á 1822. No se sabe precisamente por qué se le dió nombre tan raro, como no se atribuyera quizás á la «Mors Imperator,» emblemáticamente representada en la especie de diadema en que remata. Lo cierto fué que Napoleón no quiso hacer uso de esta carroza durante su breve permanencia en Gotha en 1807. El carruaje está admirablemente pintado, así exterior como interiormente, y además adornado con ricos terciopelos, flecos y franjas de seda é incrustaciones de plata.



Bellas Artes. – Berlín. – Notabilísima es la Exposición de primavera organizada en el Salón Schuite: ofrecen especial interés una rica colección de acuarelas de Bartels que representan paisajes, marinas é interiores de Holanda, y los cuadros de Pradilla, de Liljefors, Bracht, Margitay, Edel, Achenbach, Kaulbach, Bokelmann y otros.

Milán – Una de las secciones más notables de las Exposiciones reunidas recientemente inauguradas en aquella ciudad es, según refieren los periódicos italianos, la de Bellas Artes. En ella están representadas algunas escuelas extranjeras, pero la principal representación es para las varias que se disputan la primacía en Italia. Entre las obras más notables deben citarse: dos retratos del turinés Groso; una *Mañana de octubre,* de Nono; *Hogar sin fuego,* sentido interior de Bressanin; una escena veneciana de Milesi, tratada con espontaneidad y seguridad admirables; el *Plenilunio,* de Fragia; como de un efecto de luz sorprendente, cuatro lienzos á cual más bellos de Héctor Tito; una figura del alemán Blaas; un pastel de Arnaldo Ferraguti, dividido en tres partes y titulado *Antes... y después,* que es un verdadero drama de la pobreza y de la crápula; los cuadros de maniobras de artillería de Fattori; una escena campestre de De-Stefani; un gracioso cuadro de costumbres del tiempo del imperio de Giuliano; un precioso paisaje con una figura de Rossi Luigi; una cacería de De-Albertis; un interior de la catedral de Milán de Carcano; una marina de Belloni; tres retratos admirables de Tallone, y otros cuadros de Pellizza da Volpedo, de Gioli, Adolfo Ferraguti, Muzii, Delleani, Segantini, Faldi, Rizzi, Dall 'Oca Bianca, Cressini, Cavaleri, Boggiani, Carrozzi, Gallotti, Bersani y otros. En la sección de escultura prevalecen las obras que podemos llamar de tesis, plagios casi todas ellas de las que hace poco modelaron D'Orsi y Butti en Italia. Entre las pocas originales y notables merecen citarse: *San Luis Gonzaga socorriendo á los apestados,* grupo de A. Carminati, lleno de sentimiento y bien modelado; *Cabeza de estudio,* bellísimo busto de Alberti; *En el Lido,* hermosa figura de muchacho; *Cristo en la Cruz,* de Butti, con tendencias al prerrafaelismo; *Victoria Colonna,* escultura de grandes alientos de Jerace; *Luchador,* de Cifariello; *El último Espartaco,* de Ripamonte, y otras obras de Pirovano, Kienerk, Danielli, Pellini, Cassi, Abbate, Astorre y Bortotti.

Stuttgart. – Los secesionistas muniquenses celebrarán en esa ciudad, desde mediados de mayo hasta fines de junio, una exposición para la cual les han sido cedidas cinco salas de la Galería Real de Bellas Artes.

Teatros. – En el teatro de la Ciudad, de Leipzig, se ha cantado con gran aplauso la ópera de Verdi *Falstaff,* que ha sido puesta en escena con un lujo y propiedad admirables.

– En Francfort del Mein se ha representado la ópera de Leoncavallo *Los Médicis,* el primer acto y el grandioso septimino del tercero fueron muy aplaudidos; los actos segundo y cuarto, en cambio, fueron acogidos con cierta frialdad.

– Próximamente se estrenará en Weimar la ópera *Guntram,* primera del compositor Ricardo Strauss, que es á la vez autor de la música y del libreto: éste pertenece al género de la alta tragedia, al de *Tristán é Isolda, El anillo de los Niebelungo* y otras de Wagner.

París. – En la Opera Cómica se ha estrenado con gran aplauso una ópera cómica en un acto, *El retrato de Manon,* letra de Boyer y música de Massenet; el libreto es una página literaria delicadísima y llena de poesía; la música, inspirada y sentida, es digna del gran compositor francés que con esta ópera ha completado, por decirlo así, su *Manon Lescaut,* muchas de cuyas melodías se reproducen en aquélla. En la Porte Saint Martín se ha estrenado con gran éxito un drama histórico en cinco actos y siete cuadros, de Estanislao Rzewski, *Tiberio en Capri,* que es un profundo y eruditísimo estudio del terrible emperador romano, pero que adolece del defecto de ser poco teatral.

Londres. – Se ha inaugurado la gran temporada de ópera en Covent Garden con la ópera de Puccini *Manon Lescaut,* que ha sido extraordinariamente aplaudida. La eminente Duse está haciendo brillantísima campaña en el teatro Daly.

Necrología. - Han fallecido:

W. Schwarz, célebre pintor ruso, creador de la pintura de historia en Rusia.

Carlos Jacque, notable pintor y grabador francés, el último sobreviviente de la famosa escuela de Barbizón.

Rafael Ritz, pintor suizo muy celebrado, especialmente por sus cuadros de escenas populares del Valais.

Roberto Hartel, escultor alemán, profesor de la escuela de Bellas Artes de Breslau.

Ernesto Slingeneyer, notable pintor de historia belga, miembro de la Academia de Bruselas.

Elena de Wyslobocka, pintora austriaca, muy conocida por sus cuadros de género y sus retratos, que firmaba con el seudónimo de Emilio Helon.



Susana la arrojó al suelo, y cogiendo el contrato, lo rasgó con rabia

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pero retenida por su pudor filial y atemorizada ante una idea que la turbaba ya como un remordimiento, interrumpióse y salió de la habitación.

—¿Qué le ocurre ahora?, exclamó el Sr. Jeuffroy en el colmo del asombro. ¿Qué quiere decir, hermana mía?

—Lo ignoro; pero lo que yo sé, hermano, contestó la solterona con energía, es que has sido muy duro para mi sobrina, que la has hecho llorar, y que yo no quiero eso.

Y sin esperar la contestación del Sr. Jeuffroy salió á su vez, dejándole buscar solo la solución del problema. Seguramente no podría encontrarla, con tanta más razón, cuanto que ante la cólera de su hija contra el Sr. Varedde, estaba muy convencido de que aquélla no sospechaba sus manejos paternales.

IV

Después de una noche de insomnio, Preymont, al abrir su ventana, saludó la luz del día, aspirando el aire perfumado de la mañana con el entusiasmo de un hombre que ha reconquistado milagrosamente el derecho de vivir. Acababa de vestirse cuando Saverne entró en su habitación.

—Amigo mío, díjole, figúrate que el ex novio está abajo y solicita hablarte inmediatamente.

—Ya me lo temía, contestó Preymont con expresión de disgusto.

—¿Y consientes en recibir á semejante palurdo?

—Es evidente que no puedo dispensarme de ello; y pareceme también que tu calificativo es exagerado.

—¡Ah! Eres muy indulgente, exclamó Saverne: pero me complazco en creer que no prestarás tu concurso para un arreglo. Tu prima sería forzosamente desgraciada con ese ganso. He pensado toda la noche en la hermosa joven. ¡Qué mujer, amigo mío! ¡Ah! El mozo hablaba de plantarla; pero ella le ha despedido como á un lacayo, con una presencia de ánimo maravillosa. Jamás he visto nada tan enérgico como aquella joven encolerizada, haciendo frente á todo el mundo y echada hacia atrás la linda cabeza. ¡Quién diría que es hija de aquel buen hombre, tan coloradote é inflado, que parece un tonel!

—Vamos, déjame bajar, repuso Preymont, esforzándose para sonreir y disimular su inquietud ante el entusiasmo de Saverne.

—¿Crees tú que ella consentirá, dijo este último, en reanudar las relaciones con el animal que te espera abajo?

—Todo es posible en ese terreno, contestó fríamente Preymont.

Con aspecto impasible, y algo desdeñoso, escuchó después la extensa justificación del Sr. Varedde, que le dió á conocer sus impresiones con los más minuciosos detalles.

—Permítame usted una pregunta, caballero, le dijo Preymont. ¿No había usted leído el contrato?

—Sí, señor; pero en el proyecto que yo aprobé sólo se trataba de la totalidad de las cifras, y yo me había fiado del Sr. Jeuffroy para los detalles. De eso provino mi cólera..., bien justificada, como usted comprenderá.

—¿Pero no había usted leído el acta en su forma definitiva?, insistió Preymont.

—No..., y hoy deploro mi negligencia, mas no he perdido la esperanza de reanudar las relaciones. ¿Puedo esperar, caballero, que se servirá ser mi intercesor cerca de la señorita Jeuffroy? El parentesco de usted, su intimidad en la casa y sobre todo la confianza que inspira á Susana, según la he oído decir á menudo, le dan á usted una autoridad que nadie más tiene. Dígale usted, yo se lo suplico, cuán profundo es mi pesar, y cuán ardiente mi deseo de que su decisión no sea irrevocable. Es imposible que se mantenga fría después de dar yo este paso, que prueba mi cariño, por el cual depongo á sus pies mi orgullo y mi justo resentimiento.

Preymont sentía una extremada repugnancia á contestar afirmativamente. Estaba tan cansado de las luchas pasadas, tan ansioso del porvenir, y de tal modo se había rebelado secretamente contra el papel que las circunstancias le imponían respecto á una mujer á quien adoraba, que hubiera querido rechazar lejos de sí, como un mísero despojo, los deberes que su situación le imponía. Pero siempre se había tratado á sí propio como un caballo rehacio, cuya sumisión era para él asunto de amor propio. A cada paso que daba en la posesión de sí mismo, experimentaba un amargo placer al sentir que llegaba á ser dueño de su voluntad. He aquí por qué, cualesquiera que fuesen sus disgustos, un esfuerzo de su orgullosa energía bastaba para que se sometiera casi siempre á las exigencias del deber que se le presentaba. Y además, en la circunstancia presente temía descubrirse, porque á este filósofo le arredraba el ridículo.

—Consiento, caballero, contestó con frialdad, en repetir textualmente á mi prima lo que usted me dice.

—Pero ¿no lo aprobará usted con una palabra á mi favor?

Preymont vaciló un momento, y contestó después sin rebozo:

—No..., porque ahora estoy convencido de que ese matrimonio no haría feliz á Susana.

—En fin, caballero, repuso Varedde con impaciencia, ¿puedo esperar, por lo menos, que se mantendrá usted neutral, sin valerse de su influencia con la señorita Susana para ponerla contra mí?

—Si acepto el encargo que usted me hace el honor de confiarme, replicó Preymont con ironía, seguramente no es con la intención de perjudicarle. Comenzaré por expresar honradamente á mi prima lo que usted mismo me ha dicho, pero después mi actitud dependerá de su contestación.

—Esas palabras, repuso Varedde, algo irritado, no carecen de doble sentido.

—Observe usted, caballero, que me pide un favor, replicó Preymont con sequedad; yo consiento en dispensárselo, pero á esto se reduce todo.

El Sr. Varedde estuvo á punto de montar en cólera, pero pensó que la visita de Preymont podría tener la más feliz influencia sobre la decisión de Susana, y repuso con acento más tranquilo.

—No puedo, caballero, exigir más benevolencia, y solamente me resta preguntarle si tardará usted en dar ese paso.

—Ahora mismo voy, contestó Preymont resueltamente.

Los dos salieron juntos, y á la puerta del patio encontraron á Saverne, que deseaba tener la satisfacción de mirar con impertinencia al Sr. Varedde; pero después ocurrióle otra idea, y atrajo á sí á Preymont para decirle:

—¿Vas como embajador á casa de la señorita Jeuffroy?

—Sí...

—¿Y si yo fuera contigo?

—A decir verdad, contestó Preymont con impaciencia, tu entusiasmo te hace perder toda noción de las conveniencias sociales. ¿Es acaso día y hora de hacer una visita á Susana?

Pero á Saverne se le había metido en la cabeza ver otra vez á la joven aquella misma mañana, y después de haber declarado que su idea no tenía sentido común, siguió desde lejos á su amigo, que atravesó rápidamente la pequeña ciudad en cuyo límite se hallaba la posesión del Sr. Jeuffroy.

Preymont esperaba encontrar á su prima en el jardín; mas al acercarse al parque la vió que salía por la puerta que daba al camino, y que atravesando éste se dirigía á la orilla del río, á un espacio cubierto de sombra, perteneciente también á su padre.

Susana recibió á Preymont con aire tranquilo, aunque en su rostro, que expresaba la fatiga, veíanse aún señales de recientes lágrimas.

—¿Cómo me ha buscado usted aquí?, preguntó.

—La he visto salir del parque en el momento de llegar yo, contestó Preymont, y me alegro de hallarla sola, querida Susana. El Sr. Varedde acaba de salir de mi casa.

La joven hizo un ademán de indiferencia.

—Me ha rogado que sea su embajador cerca de usted y...

—¿Qué reclama?, preguntó la joven con tono irónico. ¿Le falta alguna cosa de los regalos devueltos? Pues yo he vigilado cuando se le remitieron, y no creo que le falte ni una perla ni un trapo.

—No le rebaje usted tanto, contestó con suavidad Preymont; no piensa más que en usted, en su amor perdido; y me ha rogado con instancia que exprese á usted su sentimiento y la ardiente esperanza de que consentirá en reanudar las relaciones con él.

—¡Cómo, Marcos!, exclamó la joven mirando al Sr. Preymont con aire de asombro. ¿Es usted quien se ha encargado de semejante misión, y cree usted en el amor de ese hombre?

—Hay diferentes modos de amar, replicó Preymont evasivamente.

—Pues bien: el suyo me desagrada, contestó Susana con tono resuelto. En cuanto á mi contestación... ya se la dí ayer, y la misma doy esta mañana. Es inútil insistir más tiempo.

El Sr. Preymont experimentaba una inmensa alegría, pues cualesquiera que fuesen las agitaciones dolorosas de la joven, pensaba que, desde el punto de vista del corazón, la herida sería ligera. Veía á Susana apoyarse con aire de fatiga en el alto respaldo de un banco rústico, y en su actitud desfallecida parecióle más hermosa aún que en los transportes de su altiva cólera.

Los grandes álamos proyectaban á su alrededor una sombra que los rayos del sol podían penetrar en algunos sitios, marcando el suelo con espacios luminosos, en los cuales veíase la silueta de las hojas que se agitaban con leve murmullo al soplo de una brisa muy suave. Las ondas del Vienne venían á morir sin ruido en la orilla, un poco fangosa; las oropéndolas manifestaban tumultuosamente su alegría de vivir; y los efluvios de los tilos en flor impregnaban el aire con penetrante perfume. Pero la señorita Jeuffroy, indiferente á todos estos detalles, miraba el agua con la fijeza de un espíritu cautivo de sus pensamientos.

—Ya recordará usted, Marcos, añadió la joven con tristeza, lo que me dijo hace tres días. Sin duda me creyó muy cándida cuando le declaré que mi lámpara estaba encendida; mas apenas lo estuvo, el amor huyó con alas desplegadas.

—Eso no era amor... ¡Gracias al cielo, no le amaba usted realmente!, contestó Preymont con calor.

—No comprendo lo que usted quiere decir, replicó Susana con voz temblorosa. ¿No es amor pensar con alegría en dar la vida á un hombre, en apoyarse confiadamente en él, en compartir juntos alegrías y tristezas que no servirán sino para cimentar el mutuo afecto basado en una absoluta abnegación? Si esto no es amor, dígame usted qué es. Esto es lo que yo pensaba, lo que yo sentía, porque tenía confianza; pero una vez perdida, todo ha desaparecido.

El corazón y las sienes de Preymont latían con fuerza.

—El amor perdona, contestó en voz baja al principio y apasionada después; coge en sus brazos al culpable como un herido adorado, y prodígale de tal modo su indulgencia, que al fin le cura. Más aún: rehusa creer en su culpabilidad y sólo se ve á sí propio en el delincuente, á quien ama entonces mil veces más, porque le cree calumniado. El amor intenso arrastra irresistiblemente y ahuyenta ante sí todos los obstáculos que entorpecen su marcha; ni siquiera los ve, y franquéalos con la presa en sus brazos, poseído de embriaguez para remontar á gran altura su vuelo. Quiere perderse, confundirse con la que ama, y no admite que una sola sospecha venga á disputársela. Ama..., ama con todas sus fuerzas, con toda su energía, hasta el punto de olvidarlo todo, de entregarse tan completamente, de adorar con tal pasión, que el universo entero desaparece para él...

Preymont, que había perdido todo el imperio sobre sí mismo, hablaba con un ardor que llenó de asombro á la joven, haciéndole olvidar momentáneamente sus penas. Mirábale con extremada sorpresa, y por primera vez penetró á través de la máscara de frialdad que ocultaba sentimientos profundos. Jamás había oído tan ardiente lenguaje, y aunque todavía no sospechara la verdad, experimentó cierta turbación, pero tan fugaz, que apenas tuvo tiempo para echarla de ver. Por desgracia, en medio de sus diversas impresiones, demasiado rápidas para poder darse cuenta de ellas en el momento, exclamó sin reflexión:

—¡Cómo habla usted, Marcos, y cómo habría amado si hubiese podido..., si hubiese querido casarse!

Susana había cambiado bruscamente la frase, avergonzada de su torpeza, pero Preymont había comprendido su pensamiento y un dolor espantoso oprimió su corazón; mas después de algunos segundos de silencio repuso con frialdad:

—Dejemos eso ya..., yo no he venido á este sitio para hablar de mí. ¿Está usted resuelta, Susana, á no cambiar su decisión? ¿No teme que su inexperiencia la induzca á obrar de una manera demasiado absoluta?

—¿A qué llama usted mi inexperiencia en este caso?, exclamó Susana con acento algo colérico. ¿Soy amada ó no? Usted que pretende conocerme, ¿no me hace superior á un hombre que, por más que ahora diga, me sacrificaba á su interés? ¡Mi inexperiencia, dice usted! Me felicito de tenerla por guía, porque me muestra claramente lo que una experiencia mundana puede ocultar bajo sus compromisos. No soy una niña, Marcos, créalo así; hay circunstancias que enseñan á pensar pronto, y yo presiento que mi rectitud no me engaña. Pero... ¿me censura usted?, añadió de pronto con un tono vacilante y tímido, tan seductor que el Sr. Preymont dió algunos pasos para ocultar su turbación.

—¡Censurar á usted!, contestó con afectuosa sonrisa; usted no puede creer eso. Yo debía hablarle como lo he hecho; mas ahora debo decirle que mi madre y yo aprobamos su decisión completamente.

—¡Vamos, he aquí al fin una palabra de aprobación! ¡Ah, qué noche he pasado en medio de mis inquietudes! Hay algo más espantoso...

Atemorizada de lo que iba á decir, Susana se interrumpió, volviendo á un lado su lindo rostro sonrojada de vergüenza.

Pero también Preymont había pasado la noche reflexionando, y pudo analizar los diversos sentimientos que debían ser para el carácter de la joven un martirio intolerable. Viendo que el Sr. Varedde quedaba resueltamente desechado, no vaciló, para tranquilizar á su prima, en completar la derrota de aquél.

A fin de explicarse de una manera tan delicada, sirvióse primeramente de un circunloquio, y cogiendo entre sus manos las de su prima, díjole con tono tranquilo:

—Temo, Susana, que usted exagere la prueba. No lo crea usted perdido todo, pues lo que una ola se lleva al paso, la naturaleza lo hace renacer muy pronto. Temo que usted se abandone á sentimientos extremados, como todas las jóvenes, ante la primera decepción, y que ahora mire á los hombres con horror porque uno de ellos acaba de burlar su confianza. No cabe duda que Varedde obró inconsideradamente, porque debía haber leído el contrato antes del día de la firma y hacer sus observaciones al señor Jeuffroy, sin darse después por engañado, puesto que tan sólo dependía de él conocer el contenido del documento y evitar esa mala inteligencia que les ha llevado á todos tan lejos.

Hacía un instante, Marcos veía que Susana escuchaba con tan viva atención, que apenas respiraba. Después dejó escapar un prolongado suspiro, porque la explicación ambigua de Marcos, y sobre todo el

convencimiento de que éste no creía en la culpabilidad del Sr. Jeuffroy, bastaban para tranquilizarla. Preymont vió que había alcanzado el objeto que se proponía y que Susana quedaba libre de una inquietud, comparada con la cual lo demás le parecería cosa ligera.

– Usted se ríe cuando yo afirmo que la conozco, añadió Marcos sonriendo, y sin embargo, creo que será valerosa, hasta cuando haya desaparecido el sentimiento un poco exagerado de la hora presente.

– ¡Valerosa!, replicó Susana con viveza. ¡Ah! Le aseguro á usted que ya no necesito valor en cuanto se refiere al Sr. Varedde: ya está olvidado.

Y dejando su actitud de abandono para ponerse en pie con firmeza, encaminóse con Marcos por el sendero que conducía al camino.

– ¿Y la tía?, preguntó el Sr. de Preymont. ¿Se ha repuesto ya un poco?

– No lo creo... y no vemos el incidente de igual manera. Pero oiga usted, Marcos, añadió con un cambio de tono tan marcado que admiró al Sr. Preymont, es necesario que mi padre sepa lo más pronto posible el paso que usted acaba de dar y mi contestación. ¿Quiere usted hablarle ahora? Yo le acompañaré.

Preymont contestó afirmativamente, imaginándose la escena que debió producirse la víspera entre el padre y la hija.

Al llegar al camino encontraron á Saverne, que vagaba por allí. El día anterior, Susana le había examinado un instante con atención y curiosidad; recordaba vagamente haberle visto otra vez; su nombre, pronunciado á menudo por Preymont, no le era desconocido; y el Sr. Jeuffroy, después de saber que la pluma y el lápiz de Saverne le proporcionaban buenas ganancias, hablaba con énfasis de su talento. Por otra parte, el físico del joven era muy propio para no disminuir su prestigio; y cuando Susana repasaba las fases de aquel triste día recordaba con inconsciente satisfacción, muy femenina por cierto, miradas llenas de admiración sincera.

Preymont presentó entonces de nuevo á su amigo.

– Señorita, dijo Saverne con su fogosa espontaneidad, apenas puedo lisonjearme de no ser para usted sino un desconocido; mas á pesar de esto, permítame decirle que las circunstancias me han elevado ya á la categoría de sus amigos y sinceros admiradores.

Por un instinto púdico, y también un poco de altivez, más bien que por experiencia del mundo, la señorita Jeuffroy no admitía que se le demostrase demasiado pronto benevolencia, y menos aún que se le dirigieran cumplidos; pero hallábase entonces en una de esas disposiciones de ánimo que suavizan los rasgos habituales del carácter. La brusca declaración de Saverne, no solamente lisonjeó su amor propio, sino que la alivió, aplicando á sus heridas el dulce bálsamo de una aprobación que reconocía como entusiasta.

Y después, cruzando algunas palabras con él, observó la movilidad de su fisonomía y la expresión viva y alegre de sus ojos grises, que se fijaban en los suyos con una audacia que no la ofuscó. Saverne había conquistado á la primera mirada su simpatía, y Preymont, observando cómo se armonizaba su elegante belleza, echó de ver que la resurrección para él no era más que una quimera.

Mientras que Saverne se paseaba en los jardines, Susana y su primo se dirigieron hacia el gabinete del Sr. Jeuffroy. Delante de su padre, la fisonomía de la joven cambiaba por completo, y Preymont observó que, sobrecogida de cierta opresión y de una especie de angustia que procuraba disimular, ya no era la misma.

El Sr. Jeuffroy había perdonado generosamente á su hermana, después de madura reflexión, el rompimiento del matrimonio, y hablaba con ella de la posibilidad de remediar lo hecho, cuando el Sr. Preymont se presentó para reavivar una esperanza que solamente tuvo la duración de un pensamiento pasajero.

Después de escuchar con atención, el Sr. Jeuffroy, mirando de reojo á su hija, preguntó si ésta se hallaba ya al corriente de lo ocurrido.

– Sí, contestó Preymont, he encontrado á mi prima, y me he permitido exponer el motivo de mi visita.

– Mi contestación, dijo Susana en voz baja, es naturalmente la misma que dí ayer.

El Sr. Jeuffroy, levantándose bruscamente, comenzó á pasear de arriba abajo por la habitación, dando muestras de gran enojo, erguida la cabeza y entreabierta la bata, cuyos faldones ondulaban al capricho de sus impacientes movimientos.

– ¡Oh!, exclamó, ya sé que te importa poco contrariarme y obrar en oposición á todas mis ideas, sin consultar conmigo siquiera. ¡Triste es tener una hija como tú, tan independiente y orgullosa!

Susana se dirigió á la orilla del río

– Pues es una tristeza que muchas personas quisieran compartir con usted, replicó Preymont con un tono que imponía siempre al buen hombre, exasperándole al mismo tiempo.

Descontento por haberse dejado llevar de su mal humor delante de Marcos, el Sr. Jeuffroy repuso con tono de queja:

– ¿Digo yo por ventura lo contrario? Nada de eso: me parece que un padre tiene derecho para salirse un poco de sus casillas ante un percance tan desgraciado, ante una terquedad...

– Por lo demás, interrumpió tranquilamente Preymont, que no quería dejar al Sr. de Jeuffroy que siguiera por ese camino, toda la ciudad, según me han dicho, aprueba la conducta de Susana.

– ¡Ah!, exclamó el Sr. Jeuffroy aplicando el oído.

– Siento mucho, continuó Marcos, haber sido causa de una contrariedad por haberme dirigido primeramente á mi prima; pero en fin, el contratiempo tiene poca importancia, pues evidentemente no ha tenido más consecuencia que adelantar la contestación de usted. Según se dice de público, á juzgar por ciertos rumores que han llegado hasta mí desde anoche, es un hecho que no puede usted desear por yerno un hombre que le ha insultado, sean cuales fueren, por lo demás, el arrepentimiento y la insistencia del pretendiente.

El Sr. Jeuffroy, apoyado de espaldas contra la chimenea, abría y cerraba alternativamente su luenga bata, guiñando los ojillos, y suspiraba como un hombre sofocado, pero sin perder una sola palabra de Preymont.

– ¡Supongo que no se habrá dudado!.., dijo al fin con tono arrogante. ¿Quién le ha dicho á usted eso?

– Pues... la opinión general.

– ¡Diantre!.. No podía suceder de otro modo. ¡Dios me condene si creía que Varedde pudiera ser tan interesado! Dígale usted qué clase de personas somos, y hágale comprender que no debe esperar nada. Bien mirado, es un grosero, y puede usted decírselo de mi parte, si le parece bien.

– Ante todo, Marcos, añadió Susana impetuosamente, mire usted por nuestra dignidad.

Preymont, tranquilizándola con una mirada, levantóse para salir, acompañándole el Sr. Jeuffroy y su hermana.

En el parque encontraron á Saverne, que muy disgustado por no haber vuelto á ver á Susana, se ocupó al punto, sin embargo, en conquistar á su padre. Aludió para ello á los incidentes de la víspera, ensalzando con marcada intención y gran delicadeza la hermosura y el carácter de la señorita Susana, y después cambió de asunto para hablar con entusiasmo del aspecto antiguo de los jardines y de la irregularidad del castillo, cosas que le llamaban la atención extraordinariamente.

– Tiene usted aquí, caballero, díjole, una propiedad encantadora para un artista.

– ¡No está del todo mal!, contestó el Sr. Jeuffroy con aire indiferente; y advierta usted que la he obtenido por una bicoca.

– ¡Oh! Este es el punto capital, replicó Saverne, á quien habían puesto de buen humor la respuesta y el atavío del propietario; pero debe ser como un sueño vivir aquí. Tal vez le pida permiso para sacar un croquis de su antigua morada, caballero.

El Sr. Jeuffroy, lisonjeado por estas palabras y pensando en los manjares que aún se conservaban en la despensa, invitó á Saverne á comer al día siguiente, mientras que Constanza, de regreso á su domicilio, y después de referir entre sollozos á Frasquita que no quedaba sombra de esperanza para el señor Varedde, habló del artista en términos de admiración.

– Es muy buen mozo, dijo; tiene hermosa figura y habla exactamente como todo el mundo, y eso que es escritor.

– ¿Y qué escribe?, preguntó Frasquita con su tono brusco. ¡Sin duda cosas para la perdición de la juventud; estoy segura de ello!.. Si llego á ver á ese caballero, ya le diré lo que hace al caso.

V

Para reponerse del trastorno moral que le había ocasionado la ruptura de su matrimonio, Susana obtuvo permiso de su padre para ir á pasar una temporada en el convento donde había recibido su educación, y en compañía de la superiora, que le profesaba entrañable afecto.

Su ausencia duró algunas semanas, durante las cuales Saverne entró sin obstáculo en la intimidad del castillo. Con la repentina decisión que le era propia, había resuelto poner por obra todos sus medios de seducción para agradar á la joven, olvidando en su frivolidad y ligereza de principios habituales, que el honor le imponía como ley reconquistar ante todo su libertad.

Después de manifestar con viveza el entusiasmo que sentía por la señorita Jeuffroy, ya no habló más del asunto, hasta el momento en que, sentándose al lado de la señora de Preymont, le dijo:

– Ya no me habla usted de casamiento, usted que parecía tan deseosa de encontrarme mujer.

– Le esperaba á usted, contestó la dama. ¿Se puede acaso coartar la libertad de un aturdido como usted?

– ¡Ah!, exclamó Saverne alegremente, yo vivo de mi reputación. El viejo está en el fondo de un pozo, y el joven se halla dispuesto á convertirse en ermitaño..., con una mujer, por supuesto. Y yo he podido descubrirla sin ayuda de nadie: es la señorita Susana.

– No es fácil de obtener, repuso la señora de Preymont, palideciendo ligeramente; las personas que la rodean dan extremada importancia al dinero.

– ¡Ah, bah, el dinero!.. Yo gano lo suficiente para proporcionar á mi mujer muchas comodidades. Esa joven no es una muñeca que piense tan sólo en vestirse; tiene formalidad y carácter, y su belleza es admirable.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LO QUE PUEDE HACERSE CON UN BASTÓN

Un bastón puede servir para algo más que para apoyarse en él, y es susceptible de transformarse en otros objetos útiles. ¿Quién no conoce el bastón de estoque, que tan excelentes servicios puede prestar contra los malhechores (fig. 4) y el bastón que se convierte en caña de pescar (fig. 3)?

Conocido es también el bastón luminoso eléctrico que contiene una lámpara de incandescencia y una batería de pilas generatrices. Parecía que ésta era la última palabra del progreso en esta materia, cuando un fabricante, M. León Schuster, nos ha dado á conocer un nuevo bastón paraguas (fig. 2), cuya utilidad vamos á indicar.

Muchas veces al salir de casa nos habremos preguntado mirando al cielo: ¿tomo el bastón ó el paraguas? El objeto de que nos ocupamos resuelve perfectamente la duda.

Los fabricantes de bastones y paraguas han intentado varias veces combinar esos dos objetos: primero se inventó un sistema que obligaba en caso de lluvia y mientras el paraguas estaba mojado á llevar éste en una mano y en la otra el bastón que había servido de estuche; luego se hizo adaptar el paraguas abierto al extremo del bastón; pero dada la longitud de éste, el instrumento resulta incómodo, pues se convierte en una especie de palanquín. El bastón paraguas representado en la figura 2 suprime todos estos inconvenientes: si llueve, se tiene en él un paraguas excelente, y el bastón formado por tres tubos ligeros, aparte del mango, se mete en el bolsillo; esos tubos son de celuloide y la maniobra es facilísima y se efectúa rápidamente.

Como puede verse en la fig. 2, núm. 1, el bastón está formado por cuatro tubos concéntricos, que se destornillan y separan, y metidos uno dentro de otro forman un pequeño cilindro (núm. 4) que se mete en un estuche de piel (núm. 5), el cual puede llevarse cómodamente en el bolsillo. El paraguas (núm. 2) montado en metal, está encerrado en el bastón y abierto es como otro paraguas cualquiera (núm. 3). Cuando el paraguas está seco, el sistema se monta con la misma facilidad con que se desarmó.

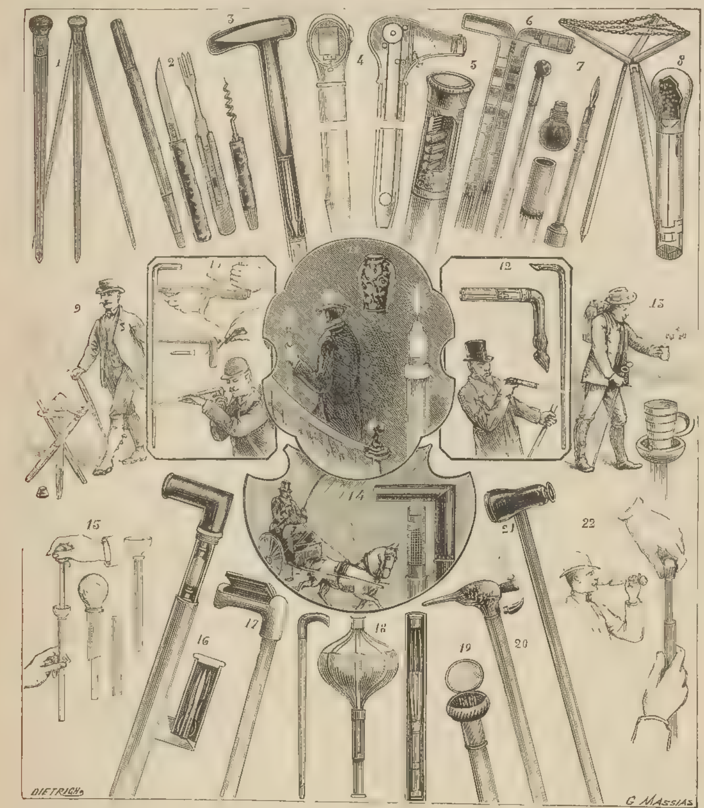


Fig. 1. Utilización del bastón. – 1. Bastón de fotógrafo que sirve de trípode para montar la cámara obscura. – 2. Bastón cubierto. – 3. Bastón de mineralogista. – 4. Bastón fotográfico. – 5. Bastón tocador. – 6. Bastón de acuarelista. – 7. Bastón escritorio. – 8. Bastón taburete. – 9. Bastón silla. – 10. Bastón fusil. – 11. Bastón candelero. – 12. Bastón revólver. – 13. Bastón vaso. – 14. Bastón luminoso de viaje. – 15. Bastón con máquina para hacer cigarrillos. – 16. Bastón de cirujano. – 17. Bastón petaca. – 18. Bastón linterna. – 19. Bastón fosforera. – 20. Bastón boquilla. – 21. Bastón anteojo. – 22. Bastón con eslabón neumático.

El autor del bastón paraguas construye también bastones quitasol.

Un redactor del *Scientific American* ha recogido todas las aplicaciones originales de los bastones mecánicos y ha publicado una enumeración completa de ellas realmente curiosa y entretenida, que vamos á resumir.

La fig. 1 representa todo lo que, según el citado periodista, puede hacerse con un bastón.

Núm. 1. Bastón que se abre para transformarse en trípode con un tornillo en la parte superior para colocar en él una cámara obscura fotográfica.

Núm. 2. Bastón cubierto. El bastón está representado en escala más pequeña que los objetos que contiene y que consisten en un cuchillo, un tenedor y un sacacorchos.

Núm. 3. Bastón de mineralogista, que contiene un martillo para romper las piedras, escoplo y barritas de hierro.

Núm. 4. Curioso ensayo de bastón fotográfico, del cual damos una sección á lo largo y otra á lo ancho del puño: el objetivo está colocado en el extremo de éste y la cámara obscura en la parte redonda del mismo; el cristal sensible minúsculo está en el centro. Hay una serie de cristales que pueden colocarse unos después de otros. Este bastón ha sido fabricado y ha funcionado, pero lo difícil de su construcción impide que se fabrique regularmente.

Núm. 5. Bastón tocador, que contiene pastillas de jabón cilíndricas, pequeños cepillos para el cabello, para las uñas y para los dientes, un peine y un espejito.

Núm. 6. Bastón de acuarelista con pastillas de colores y varios pinceles de diversas formas.

Núm. 7. Bastón escritorio: el puño se destornilla y es un tintero: debajo de él hay una pluma.

Nums. 8 y 9. Bastón taburete de cadena y de tela.

Núm. 10. Bastón fusil: modelo americano.

Núm. 11. Bastón candelero: el puño se destornilla y protege una pequeña bujía.

Núm. 12. Bastón revólver. El arma de fuego, cuyo detalle reproducimos en la parte superior de la figura, se saca del tercio superior del bastón.

Núm. 13. Bastón vaso: el puño se destornilla y encierra una serie de anillos metálicos que forman el vaso.

Núm. 14. Bastón luminoso: el puño se destornilla y contiene un tubo de tela metálica en donde arde un carbón de un aglomerado especial. Este alumbrado es muy brillante y puede servir para los cocheros cuando no llevan faroles en el coche.

Núm. 15. Bastón con máquina para hacer cigarrillos: los detalles de este bastón están claramente reproducidos en el grabado.

Núm. 16. Bastón de cirujano: contiene varios útiles, como escalpelos, bisturíes, frascos de amoníaco y de ácido fénico.

Núm. 17. Bastón petaca: ésta está en el puño.

Núm. 18. Bastón linterna: ésta va encerrada en el puño, y al sacarla de él se abre, gracias á un juego de muelles; en el centro hay una pequeña bujía.

Núm. 19. Bastón fosforera: ésta va en el puño.

Núm. 20. Bastón boquilla con puño en forma de pico que se destornilla.

Núm. 21. Bastón anteojo.

Núm. 22. Bastón con eslabón automático.

Después de esta enumeración debemos decir que no pretendemos presentar como nuevos todos los bastones representados, sino que sólo hemos querido pasar revista de las aplicaciones que en los bastones se han hecho, algunas ciertamente fútiles, pero otras, en cambio, interesantes desde el punto de vista científico.

GASTÓN TISSANDIER

***

EL TIBURÓN

El tiburón es objeto de una caza y de una pesca – pues las operaciones de su captura participan de los dos procedimientos, – que se verifican en gran escala en las islas Hawai, en las costas de Tasmania, en los mares de Islandia, de China, de Noruega y de la India, y en las costas orientales de Africa, en el golfo Arábico. Esta persecución encarnizada se explica por el valor de los variados productos que proporciona aquel precioso escualo: su hígado contiene un aceite de hermoso color y de cualidades análogas á las del de hígado de bacalao; su piel seca adquiere la dureza de la piedra, y parecida al coral fósil, sirve á los joyeros, á los encuadernadores que la convierten en chagrín, y á los carpinteros que con ella pulimentan la madera; sus aletas son muy estimadas por los gastrónomos chinos, pagándose en Sydney á 700 francos la tonelada, y convertidas en Europa en cola de

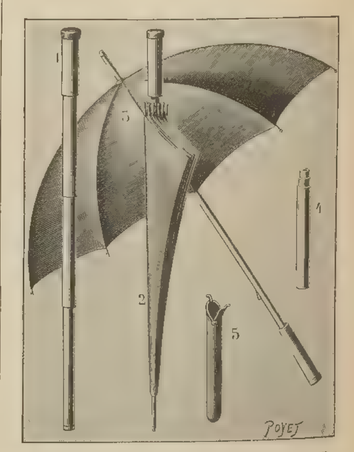


Fig. 2. Bastón paraguas. – 1. Bastón montado. – 2 y 3. Paraguas fuera del bastón, cerrado y abierto. – 4. Tubos concéntricos del bastón. – 5. Estuche para los tubos.

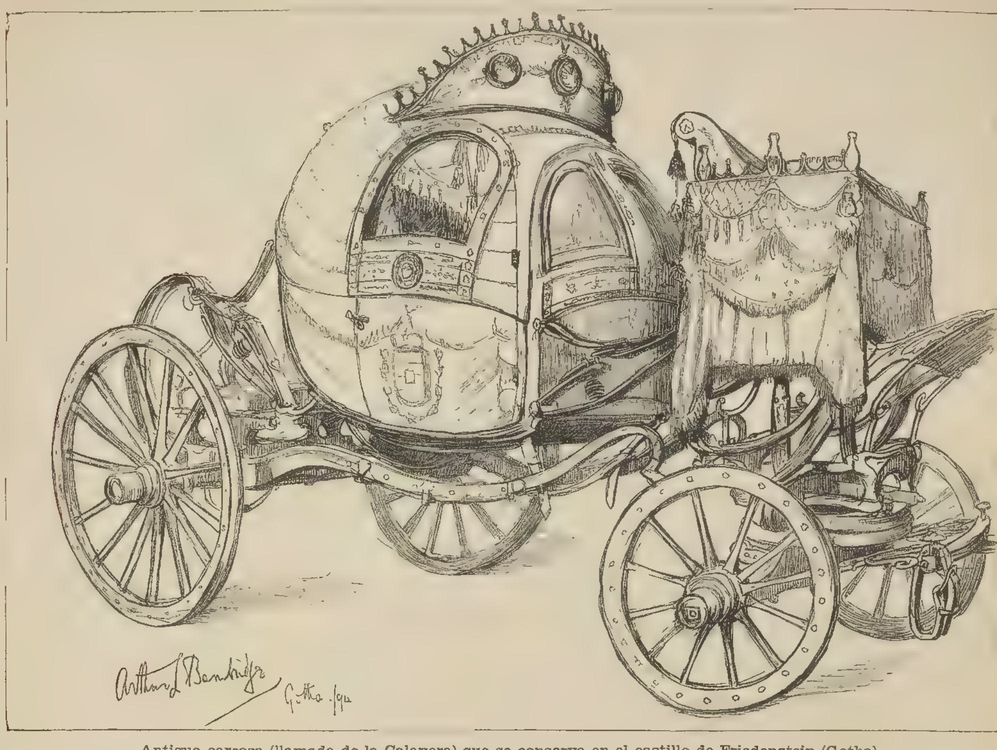
pescado; sus dientes, duros y agudos, son transformados en armas guerreras por los indígenas de varios archipiélagos, y su carne, finalmente, es utilizada en algunos países para la fabricación de un guano muy solicitado por sus cualidades fertilizadoras.

El tiburón es el más temible enemigo de los pescadores de bacalao. El tamaño de los tiburones de Islandia varía entre cinco metros y medio y seis con un diámetro máximo de un metro y medio, y la cantidad de aceite que de su hígado se extrae es á veces de 25 litros.


Fig. 3. Bastón caña de pescar


Fig. 4. Bastón de estoque

La captura del tiburón empieza por hacerle tragar un garfio con un pedazo de carne de caballo; luego se le arrastra al puente del buque, y entonces comienza la caza por medio de lanzas y arpones hasta romperle la columna vertebral, única manera de amarrar al animal con cadenas.



Antigua carroza (llamada de la Calavera) que se conserva en el castillo de Friedenstein (Gotha)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 4 de junio de 1894 — Núm. 649

Con el próximo número repartiremos el tomo tercero de TRADICIONES PERUANAS, y el tercero y último de NERÓN, éste correspondiente al año próximo pasado



UNA CARTA INTERESANTE, copia de un cuadro de J. Kleinmichel



VERDADES Y MENTIRAS

No siempre *Verdades y mentiras* han de ser artículos dedicados exclusivamente á las equivocaciones y los aciertos que en el campo de las ideas estéticas palpitantes pueda encontrar y analizar mi escasa inteligencia. Creo que volver la vista al pasado, especialmente cuando este pasado es como el *ayer* del poeta, no tan sólo sirve de enseñanza histórica y de acicate para lo porvenir, sino que á las veces, como acontece ahora, significa un acto de justicia, con la verdad aparejada eternamente. Por otro lado, ¿por qué negarlo?, siento en mi alma todo el peso de la melancolía que la fatal, pero lógica ingratitud de las sociedades, no puede por menos de engendrar en el individuo que estudia y aquilata la labor de su hermano, realizada con fe y perseverancia inquebrantables. ¡Quién sabe si ese olvido en que bajó envuelto al sepulcro mi cariñoso amigo el eximio pintor Germán Hernández Amores, será una de tantas injusticias que los tiempos han solido cometer! ¡Quién sabe si las esperanzas que acariciaba el autor de *Sócrates reprendiendo á Alcibiades*, respecto á una evolución hacia el idealismo en la pintura, comienzan ahora, con el misticismo que asoma, á convertirse en realidades! ¡Quién sabe!..

He traído á las columnas de LA ILUSTRACIÓN el nombre de Germán Hernández, por creer que no debe relegarse al olvido á un hombre cuya personalidad artística desconocen en todo su valor sus propios colegas; á un hombre que vino representando, á través de las varias y aun múltiples manifestaciones de la plástica y de la estética, especialmente en la pintura, una escuela como la clásica ó neo-clásica, que si arrollada desde hace bastantes años, sin embargo, á ella se debe el fin de un período caótico en todo el campo del arte y de la literatura. Precisamente el nombre de Germán Hernández trae á la memoria una época precursora de la revolución que en la paleta primero y seguidamente en el concepto, se operó en la pintura española, y nos hace pensar en cómo esa revolución apenas si produjo frutos cosechables, á cambio de males sin cuento por Hernández predichos con tan gran valentía como sagacidad crítica.

Casi me atrevería á apostar doble contra sencillo á que al fin y al cabo gran parte de las doctrinas de Hernández Amores volverán á ponerse en vigor, pues algunas de ellas las están poniendo ya muchos artistas que miraban al maestro clásico como sacerdote de una iglesia sin fieles. Germán Hernández anunció que se vendría al suelo el servilismo plástico, juntamente con el determinismo experimental de las escuelas pictórica y literaria que seguían las corrientes científicas por ese lado, y, efectivamente, acertó. Germán Hernández anunció también que se acercaba una reacción idealista fortísima, y acertó. ¿Cómo, cuándo lo dijo? «Yo tengo para mí – escribía en cierta ocasión y para leerlo en cierta solemnidad académica – que tratándose de las Bellas Artes, lo que distingue el momento en que nos encontramos es la incertidumbre, la infecunda duda.

»Pasó el ideal mitológico, se amortiguó el ideal cristiano, el histórico no nos conmueve y andamos en la obscuridad á tientas, buscando un ideal que no encontramos, y no encontrándolo, nuestra preocupación y actividad se dirigen, no á expresar nuestro propio sentimiento, sino á buscar en él efectismo que los grandes maestros encontraron sin buscar y por virtud de las ideas que desarrollaron...» «La espléndida y fecunda naturaleza no oculta sus múltiples gracias á sus admiradores – sigue diciendo Germán Hernández; – mas es preciso estudiarla con amor, no concretarse á la contemplación pasiva de su exterioridad, sino profundizar y llegar hasta el principio vivificador que la anima; tener presentes las jerarquías establecidas en sus diferentes producciones, buscar los tipos más perfectos y, por último, saber escoger, y entonces y no antes intentar la realización de la obra de arte.»

Hasta aquí Hernández no hace más que exponer una teoría estética, que teniéndola como clásica, sin embargo, está dentro del realismo; teoría llevada á la práctica por los Puvis de Chavannes, Rochegrosse, etcétera. Y pregunto, yo: el realismo de Bretón, como fué el de Bastien Lepage, como es el de Flaudrin, como es el de tantos artistas alemanes é ingleses, ¿obedece á otra teoría estética que la definida por Hernández?

«Sin fe no puede elaborarse la obra de arte, y para tener fe es preciso un ideal. El artista, influído por las preocupaciones del momento, carece de la eficacísima fe en una idea que le conmueva. De aquí que la crisis por que el arte atraviesa, sea de consideración: cómo se resolverá, no es fácil asegurarlo, pero sí presumirlo.» Veamos cuál es la presunción del maestro... «Cuando pase el turbión materialista que arrastra gran parte de las modernas inteligencias; cuando la duda se disipe porque un rayo de luz penetre en nuestra mente y veamos que la santa naturaleza no es santa virtualmente, sino en cuanto refleja á la divinidad, entonces, teniendo algo grande á que dirigirnos, otra vez brillará el arte con vivísima luz, etc.» Tenemos, pues, que la presunción de Germán Hernández está comenzando á ser realidad. El misticismo es la fórmula reaccionaria del arte en estos últimos días del siglo, y lo que no es misticismo es simbolismo altruista.

He presentado á Germán Hernández desde un solo punto de vista: como capacidad dentro de la filosofía del arte; y de intento lo he mostrado solamente como definidor de teorías estéticas, porque pretendo probar cuánto más amplias son las por él sustentadas que las que sustentan ahora buena porción de modernos escolásticos, que no han de ser así calificados únicamente los aristotélicos de la Edad media y los teólogos recalcitrantes; y pretendo además probar cómo el nombre y la obra misma de mi ilustre amigo habrá de alcanzar puesto en las páginas de la historia del arte contemporáneo.

Habíase venido trabajando, desde los comienzos del reinado de Felipe V hasta 1858, por recabar para la pintura española aquella independencia que sustituyera su originalidad, perdida al morir Coello. Para nadie son un secreto las influencias heterogéneas y extranjerizas por que vino atravesando el arte pictórico en la península. El genio de Goya es el único punto luminoso que brilla entre las tinieblas de aquel caos que las reminiscencias gongorinas y las exageraciones de los clásicos produjeran entre las desmedradas inteligencias de los artistas españoles, quienes siguiendo el impulso de las ideas en todo orden de cosas, que moldeaban la sociedad española, no tenían rumbo fijo y menos que nada ideal alguno.

Sin apartarse en nada de las escuelas entonces dominantes, la francesa y la italiana, más bien tratando de hacer un todo de las dos (romántica y clásica), Federico Madrazo, Rivero, Espalter, imprimieron vigoroso movimiento á nuestra pintura hacia el eclecticismo. Seguidamente, Villamil, el genio de aquellos días, con Alensa, el imitador de Goya, rompen los primeros el convencionalismo de los modos extranjeros que no rompieran por entero los eclécticos, y entran decididamente en el romanticismo de la paleta; suceden á éstos Mercadé y Manzano, que llevan al cuadro el vigor de la buena escuela española. La pintura histórica se exhibe con lienzos de bastante mérito, como eran los que representaban *Guzmán el Bueno*, *Colón volviendo á la corte* y *La muerte de don Alvaro de Luna*, á pesar de la vocinglería de la crítica, que creía ver en todos estos lienzos la influencia francesa, y no echaba de ver que en su campo, el literario, la soga romántica, llorona y patibularia, anudaba las gargantas de la Avellaneda, de Rubí y de tantos otros ingenios.

Pues bien: en esa época (1856 á 1864, en que Rosales dió la nota española con su cuadro *El testamento de Isabel la Católica)*, fué cuando Germán Hernández, defendiendo en las últimas trincheras el clasicismo agonizante de Ingres, salió á la palestra con el lienzo *Sócrates defendiendo á Alcibiades;* y debió ser argumento fuerte, cuando se le hubo de conceder una medalla de oro. A la carga volvió de nuevo en las exposiciones siguientes, donde también cosechó laureles para sus obras y para sus ideales. Ahora bien: si es fuerza reconocer que como colorista le vencieron los realistas románticos, cual los Mercadé, Manzano y sobre éstos Rosales y Palmaroli; si es fuerza reconocer también que sus composiciones obedecían á las reglas preestablecidas por los neo-clásicos, y la línea en general adolecía de falta de movimiento, porque así lo exigiera el criterio de escuela, que rechazaba todo cuanto no significase reposo, es cierto también que supo buscar siempre el alto concepto de la forma, oponiéndola á las incorrecciones de los romántico-realistas, tentar la representación de lo épico para no caer en la vulgaridad infecunda, que se avecinaba á pasos de gigante y que nos llevó á la imitación de los asuntos y modos, puestos en auge por genios como Fortuny y Rosales, cuando ya faltos de ideales no sabíamos por dónde caminar.

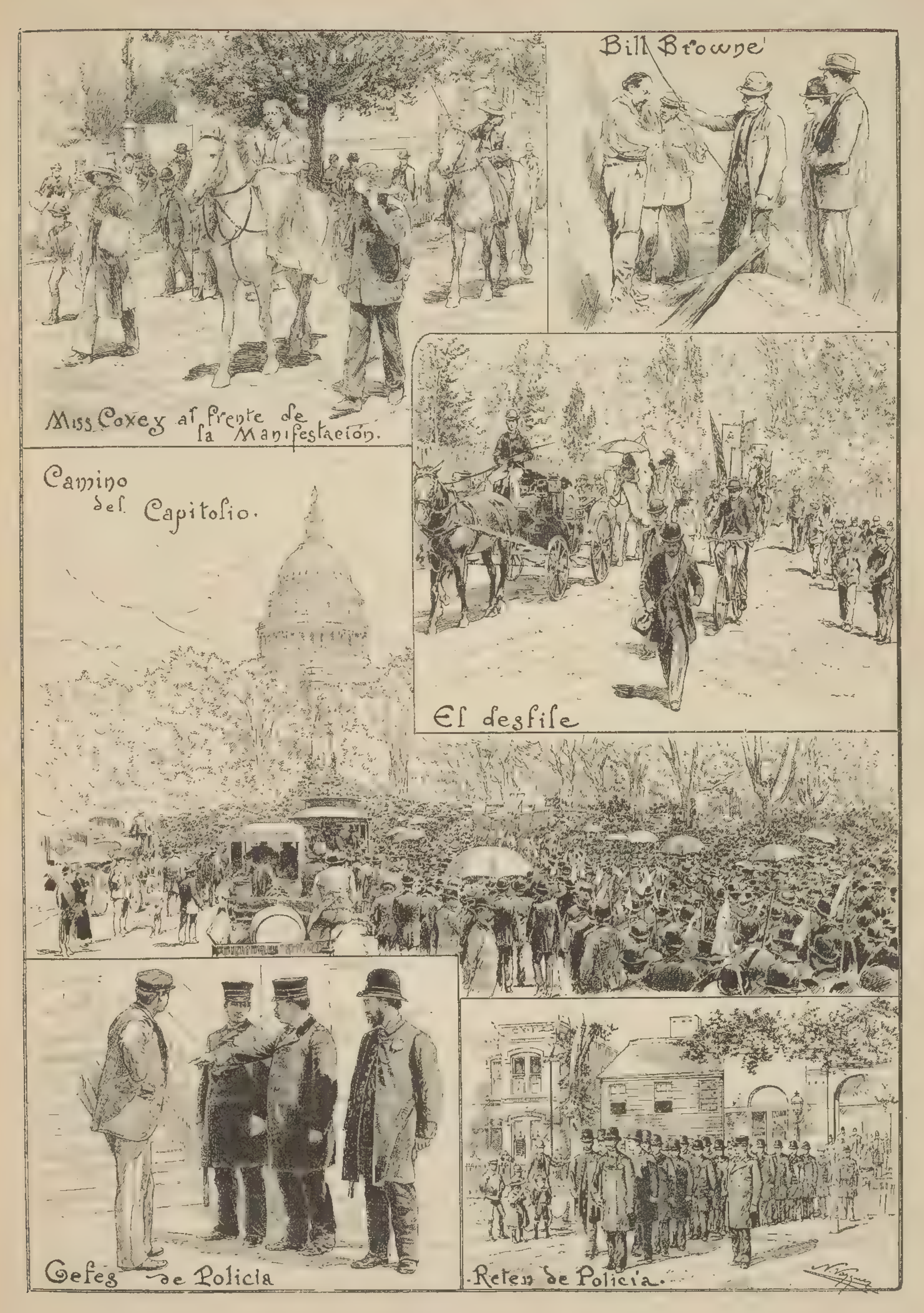
Y además de esto, Hernández presta al concepto del arte un servicio inapreciable y hoy desconocido; tanto que contra ese mismo concepto siguen trabajando muchos pintores, tenidos como buenos. Hernández supo rechazar el carácter político que á la pintura se le dió durante los dos tercios de la década de 1860 á 1870, recabando para el arte lo que del arte es exclusivo y por lo que el arte alcanza esa perdurabilidad en sus manifestaciones; esto es, la exclusiva de conmover el alma humana por medio de la expresión gráfica ó plástica de ideas y sentimientos comunes á todos los hombres. Puso, pues, en práctica la teoría hoy proclamada por cuantos de los fines del arte se preocupan, de que esta entidad deja de cumplir su fin primordial desde el momento en que se pone al servicio de escuelas y teorías, así políticas cómo religiosas ó sociales, como agente de propaganda ó con un fin utilitario determinado.

He aquí cómo, sin esfuerzo alguno, venimos á parar al cabo de esta excursión histórica, á las cuestiones latentes hoy día, habiendo traído á la arena polémica el nombre de Germán Hernández. Lúchase en en estos días por llevar el arte, por dos caminos distintos, á una finalidad tras de la que está la muerte, no del arte, porque el arte existirá mientras existan el hombre con sus pasiones, la naturaleza con sus líneas y sus colores y su poesía, pero sí de las obras artísticas que tiendan á hacerse solidarias de opiniones é ideas de escuela ó dogma alguno. El primero de los caminos es á la vez filosófico-científico, el que tiene como guía las ideas de las escuelas antropológicas y de las experimentales; el segundo, el que pudiera llamarse filosófico-social y que tiende á la propaganda de escuelas políticas sociales y religiosas, no desde el punto de vista estético, sino desde aquel en que viven y riñen esas escuelas. Claro está que la reacción se ha iniciado especialmente contra la primera, pero cayendo precisamente en el extremo opuesto. Y esta reacción, en cuanto atañe al servilismo á que pretende sujetar la ciencia á sus dominios, al sentimiento, y que reviste un carácter idealista indudable y que tiene por campo el misticismo dogmático y el simbolismo, fué profetizada por Germán Hernández, como hemos visto al comienzo de este artículo.

No soy, no, de los que, con mi querido amigo, creen en las soluciones de los problemas estéticos, especialmente por medio de reacciones á fórmulas que se determinaron al calor de otros ambientes en otras épocas y en otras culturas. Tengo aprendido que, así como, aun cuando de un modo casi imperceptible, la forma humana ha sufrido una variante, especialmente la de la mujer, así también el sentimiento, fuerza generadora de la obra de arte, ha sufrido una metamorfosis en un sentido que pudiéramos llamar *altruista*, por lo que se refiere al hombre, y más íntimo y delicado por lo que atañe á la naturaleza. Así, pues, los idealismos que puedan y deban oponerse á las intrusiones materialistas de determinadas ciencias, habrán de tener por base la realidad, y el respeto á la línea y al color, huyendo por completo de cuantas fórmulas en el orden plástico y filosófico, ó mejor dicho, de la idea, han sido; puesto que no podemos sustraernos al medio que nos rodea, como no es posible resucitar un cadáver.

Por eso creo, á pesar de la gran virtualidad de las ideas religiosas, que si es posible conmover el corazón del creyente con la representación plástica ó la descripción literaria de la gran tragedia del Calvario ó con la de las luchas heroicas de los tiempos del martirologio romano, sin embargo, creo también que más amplias y más asequibles al sentimiento de la humanidad entera son las de todo aquello que por su carácter y finalidad acepte sin restricción alguna el hombre, sea la que quiera su religión, su política, sus ideas sociales. Por otro lado, digo de lo que fué lo que Jorje Manrique; no porque lo acaecido á la humanidad no reportara emociones estéticas aparejadas con enseñanzas, sino porque ¡son tan grandes y vacuos los dramas, las comedias y los sainetes del día!

R. BALSA DE LA VEGA



ESTADOS UNIDOS. – El ejército industrial en Wáshington

EL DESPERTADOR

Ricardo era un carácter.

Pero á pesar de ser un carácter fuerte, inflexible y duro, tenía sin embargo una debilidad que le hacía ser muy desgraciado. No tanto como él pensaba, pero sí realmente lo preciso para desaprovechar más de un buen negocio.

Ricardo era abogado, con más pleitos que ganas de hacerse rico, y conviene advertir que el joven de mi cuento era avaro. Avaro en el buen sentido de la palabra, que debe de tener una significación digna y correcta. Era avaro porque anhelaba trabajar, trabajar mucho para tener dinero, pero dinero que ganaría honradamente, echando los bofes si era preciso, pero trabajando siempre con honradez y dignidad. No desairaba los asuntos baladíes que sus clientes le encargaban, ni le asustaban los más importantes; lo mismo corría á su cargo cobrar una cuenta de veinte duros que arreglar una herencia de cuatro millones.

Su único anhelo era trabajar, y ni comía tranquilo, ni se distraía más que cambiando de ocupación, ni vivía sosegado, ni andaba despacio, ni iba á paseos, ni acudía á diversiones.

Sólo una naturaleza como la suya, joven aún, podía resistir aquella tracamundana de pleitos, causas, y negocios; sólo una cabeza como la suya podía aguantar sin perder el juicio tanta maquinación. Por algo era la cabeza de un abogado.

Todo cuanto era y cuanto tenía se lo debía á sí propio, á su único esfuerzo personal, á su trabajo ó á su talento. Su bufete empezaba á pasar por uno de los regulares de la corte, y si el abogadillo no daba antes con su alma en una casa de orates ó con su cuerpo en la tierra, era indudable que su casa sería el despacho más acreditado de España. Para ello tenía muchas condiciones buenas: Ricardo no hacía nunca política ni amor; se afanaba por cumplir bien en cuanto le encargaban y estudiaba bastante y trabajaba más.

Sus escribientes – pasantes no los necesitaba – le tenían verdadero miedo por lo activo y lo trabajador.

Sin embargo, he dicho que tenía un defecto, y era éste: Ricardo no podía madrugar. Todo asunto que requiriera su presencia antes del mediodía, era asunto perdido. Cita de amigos ó vista de causa, lo mismo solemnidad religiosa que fiesta mundana, todo lo que fuera antes de las doce del día estaba de más para Ricardo. Imposible decir lo que esto desesperaba al abogado, quien había recurrido á mil medios para levantarse temprano, resultando á la postre fallidos todos ellos. Encargó que le llamaran á grito pelado, golpeando sin piedad puertas y ventanas; tal vez llegó á decir al criado que le tirara de las orejas á las siete en punto de la mañana..., todo en vano; Ricardo parecía desperezarse, gruñía, preguntaba la hora que era, añadía que enseguida se levantaba, y volviéndose del otro lado en la cama, á los dos minutos volvía á roncar como un bendito. ¡Cuántas veces había estropeado un negocio por su pícara fatalidad de levantarse tarde! ¡Cuántas veces se había visto obligado el presidente de la sala á suspender un juicio oral por falta de asistencia del defensor ó del acusador privado! Menos mal que ya sabían todos el defecto de Ricardo, que ya era proverbial en más de un despachillo de la Audiencia, y todos procuraban no contar con él sino allá para la una de la tarde.

Pero la sola idea de que había quien podía más que él, el sueño; el pensar no más que pudiera tachársele de perezoso y dormilón; considerar él, que todo lo había vencido á fuerza de constancia, que no pudiera sobreponerse á un sueño tan imbécil, le atormentaba y desesperaba de un modo increíble. Esto llegó á ser una obsesión del abogado, de este hombre que contra más se proponía madrugar, menos lo lograba. Un sopor, más que un sueño, una languidez como la de un letargo, extravagante mezcla de síncope y de éxtasis, algo así como una parálisis, debilitaba todo su ser y le sujetaba al lecho como si una fuerza superior le atara á la cama. Y cuando se daba cuenta de su situación, y se le iba despertando el cerebro, allá á las once del día, se le iban aclarando y fijando las ideas, recorría ávidamente la lista de sus quehaceres, puesta al alcance de su mano en la mesa de noche, y saltaba del lecho y principiaba febrilmente sus tareas para ganar el tiempo perdido, desesperándose como un chiquillo al verse impotente para lograr deseo tan fácil.

Ricardo había sido así toda su vida: su excepción era el madrugar; cuando le interesó mucho hacerlo, prefirió pasar la noche en claro. Nada más raro que la amalgama de sueño y actividad que en él se efectuaba; y sin embargo, siempre le había pasado lo mismo: de chico fué tarde á la escuela, de joven tarde á la cátedra, de viejo tendría que ir á la misa de una. Sólo su talento le había podido indemnizar. Lo peor del caso es que aquel sueño no le aprovechaba. ¿Cómo había de aprovecharle si él mismo encargaba que desde las siete empezaran á llamarle, á zarandearle, á dar porrazos, á meter ruido, á no dejarle sosegar?

Ricardo consultó á los amigos: á ninguno se le ocurrió tachar aquello más que de holgazanería. Unos le pronosticaron que viviría poco, otros pensaron que la causa de ello era la de que el abogado trabajaba hasta las tres de la madrugada, y acostándose tarde, era imposible que madrugara; pero Ricardo decía que las pocas veces en que más temprano se acostó eran quizás aquellas en que más tarde se había levantado.

Ricardo consultó á varios médicos: uno le dijo que era el abuso del café; otro que el exceso de tabaco; éste que el mucho trabajar; aquél que debilidad del cerebro; quién le aseguró que era un estado neurótico, y por fin no dejó de haber alguno que se reservara la opinión de que era un principio de locura.

Siguió el paciente diversos sistemas de curación: todo inútil.

Un día en casa de la bella marquesita del Guadalete, de quien era Ricardo asidua visita, y habiendo éste sacado á relucir en la conversación su incorregible defecto, la marquesita, con una sencillez encantadora, le dijo:

– Pues, amigo mío, pruebe usted con los relojes despertadores.

Ricardo hizo la prueba; pero á pesar de la inmensa campana del timbre del reloj, que ponía en conmoción á todos – menos á él, – siguió madrugando poco. Sonaba el despertador, y Ricardo se tapaba los oídos con las manos, escondía la cabeza bajo las sábanas y seguía su sueño.

Decididamente no le quedaba más recurso que el de dispararle dos cañones de á 34 en la propia alcoba, á ver si así volvía de su extraño letargo.

***

Han transcurrido algunos años desde aquella narración, y Ricardo ha llegado á la meta de todos sus deseos. Incluso el de madrugar.

Se ha casado con la marquesita del Guadalete y ha tenido de tan feliz coyunda tres vástagos. El más pequeño, de unos dos años, duerme pared por medio de la alcoba de su padre, y á las seis de la mañana ya está el chiquillo despierto, sentado en la camita, llorando y pidiendo pan, que por rareza de la suerte le gusta más que las golosinas.

Su padre en cuanto oye los gritos del chiquitín ya no puede reconciliar el sueño y se levanta. Dar un beso y un coscurro de pan es su primera operación.

Cuando el acaudalado marqués refiere estas cosas á sus íntimos, suele explicárselas diciendo:

– Ya veis, ahora sí que madrugo, pero es porque el despertador me toca más cerca.

P. GÓMEZ CANDELA

LA ÓPERA EN ESPAÑA (1)

Es creencia bastante general la de que el género lírico-dramático, ó sea la ópera, no era conocido en nuestro suelo antes que vinieran á traérnoslo los italianos en el siglo XVIII, bajo los auspicios de la dinastía borbónica recién establecida en nuestra nación. Error es este que se desvanece fácilmente con sólo emprender una rápida excursión por el vasto campo de nuestra historia artístico-musical.

Sabido es que en la Edad media se representaban, cantaban y bailaban en las principales iglesias de España dramas litúrgicos, especie de óperas exornadas con gran lujo de trajes y apariencias; en una palabra, con todo el aparato ó *atrezzo* conveniente. En prueba de ello, el maestro Barbieri conservaba en su copiosa y selecta librería una de esas obras, la cual viene cantándose desde el siglo XIV, en dialecto valenciano, en la iglesia de Elche, los días 14 y 15 del mes de agosto cada año; es *toda cantada* y consta de dos actos, en que intervienen los personajes siguientes: *La Virgen María, un Angel, San Pedro, San Juan Apóstol, Santo Tomás, Santiago Apóstol, San Pablo, las Marías, coro de Angeles, coro de Apóstoles* y *coro de Judíos;* y para que en esta verdadera ópera religiosa no falte ninguno de los elementos teatrales ó de espectáculo que adornan á la ópera profana de nuestros días, hasta se coloca en el templo una gran máquina ó tramoya que sirve para el descenso del Angel y la elevación de la Virgen hasta la altura del cimborrio.

En los siglos XV y XVI, Juan del Encina escribe sus *Representaciones*, en las cuales alternan la declamación con el canto; hecho nada extraño para quien sepa que este célebre genio salamanquino, más que poeta, era cantante y compositor, debiendo á semejantes dotes musicales la honra de figurar entre los cantores del papa León X, gran protector de las Ciencias, Letras y Artes, como descendiente que era de la munificente casa de los Médicis.

Contemporáneo de Juan del Encina fué Diego Sánchez de Badajoz, insigne extremeño de quien apenas se tenía noticias, y mucho menos de la existencia de su *Recopilación en metro*, donde se inserta el número respetable de 28 farsas, hasta que el célebre librero y afortunado bibliófilo D. Pedro Salvá dió á luz el primer tomo del *Catálogo* de su rica biblioteca en el año de 1872. En dicho volumen, á la página 504, se lee lo siguiente, en el artículo dedicado al ingenio que nos ocupa:

«*Farsa en que se representa un juego de cañas espiritual de virtudes contra vicios son ynterlocutores: vn pstor* (sic): *Y vna pastora que an de estar en vn tablado en parte q̄ todo el avditorio lo vea y vna sibila en figura de angel que asu tiempo se asentará en vna silla que a de estar puesta en parte alta de manera que so juzgue atodos y que todos la vean delante de la qual estara vn blandō ó hacha ardiendo pendiēte de vn hilo de hierro con su hoja de lata encima de arte que paresca q̄ se tiene en el ayre todas las de mas figuras ande estar y representar en parte ascondida donde nadie las pueda ver saluo la sibila porque a de dar razon de lo que hizieren el pastor habla primero y dize.* Pieza sumamente curiosa porque todos los personajes deben desempeñar sus papeles cantando; así es que está llena de villancicos, coplas, folías, himnos y coros, acompañados de atabales, trompetas y órgano: es por consiguiente una verdadera zarzuela ú opereta, quizá la más antigua que existe en castellano.»

En el siglo siguiente, ó sea el XVII, alcanza en nuestro suelo el drama lírico un considerable desarrollo, merced al monstruoso talento de Lope de Vega, quien, no satisfecho con otorgar tan gran participación á la música en sus obras dramáticas, llegó á escribir expresamente un verdadero libreto de ópera, pues eso y no otra cosa es la égloga pastoral intitulada *La selva sin amor*, que *fué puesta toda en música*, y ejecutada en el Real Palacio el año de 1629. Al publicarla Lope en el año siguiente, con dedicatoria al Almirante de Castilla, decía textualmente:

«No habiendo visto V. Excelencia esta Egloga, que se presentó cantada á sus Majestades y Altezas, *cosa nueva en España*, me pareció imprimirla, para que desta suerte con menos cuidado la imaginase V. Excelencia, aunque lo menos que en ella hubo fueron mis versos.»

(Los dos ejemplares antes citados acreditan suficientemente *no existir tal novedad;* no comprendemos, pues, cómo pudo incurrir *El Fénix de los ingenios* en una inexactitud tan palmaria, á no ser que se refiera á las obras de ese género meramente profanas, lo cual podría ser cierto, no conociéndose hoy ópera teatral española anterior á la *Selva.)*

«La máquina del theatro hizo Cosme Lotti, ingeniero florentín, por quien su Magestad envió á Italia, para que asistiese á su servicio en jardines, fuentes y otras cosas en que tiene raro y excelente ingenio...

»La primera vista del theatro, en habiendo corrido la tienda que le cubría, fué un mar en perspectiva que descubría á los ojos (tanto puede el arte) muchas leguas de agua hasta la ribera opuesta, en cuyo puerto se veían la ciudad y el foro con algunas naves, que haciendo salva, disparaban, á quien también de los castillos respondían. Veíanse assimismo algunos peces, que fluctuaban según el movimiento de las ondas, que con la misma importancia que si fueran verdaderas se inquietaban, todo con luz artificial, sin que se viese ninguna, y siendo las que formaban aquel fingido día más de trescientas. Aquí Venus en un carro que tiraban dos cisnes, habló con el Amor, su hijo, que por lo alto de la máquina revolaba. Los instrumentos ocupaban la primera parte del theatro sin ser vistos, á cuya harmonía cantaban las figuras los versos, haciendo en la misma composición de la música las admiraciones, las quejas, los amores, las iras y los demás efectos.»

(Mírense en este espejo los que cacarean la *novedad* (!) introducida por Wagner el año de 1876 con motivo de la disposición en que colocó la orquesta para la representación de su tetralogía *El anillo del Nibelungo.)*

«Para el discurso de los pastores se desapareció el theatro marítimo, sin que este movimiento con ser

---

(1) Del artículo *Opera* del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO que publica esta casa editorial, hemos entresacado el estudio referente á la *ópera española*, que suponemos leerán con gusto nuestros suscriptores.



MARUJA, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

tan grande, le pudiesse penetrar la vista, transformándose el mar en una selva, que significaba el soto de Manzanares con la puente, por quien pasaban en perspectiva cuantas cosas pudieron ser imitadas de los que entran y salen en la corte; y assimismo se vían la Casa de Campo y el Palacio, con quanto desde aquella parte podía determinar la vista. El bajar los dioses y las demás transformaciones requería más discurso que la Egloga, que aunque era el alma, la hermosura de aquel cuerpo hacía que los oídos rindiesen á los ojos. Esto para inteligencia basta, pues no es posible pintar el aparato sin fastidio, ni alabar las voces y los instrumentos, sino con sólo decir que fué digna fiesta de sus Magestades y Altezas...»

Lo dicho basta y aun sobra para evidenciar que el origen de la *ópera española*, es mucho más antiguo de lo que comúnmente se cree; y, al decir *ópera española*, entiéndase que nos referimos al *espectáculo dramático cantado en su totalidad;* pues, por lo demás, basta examinar, siquiera sea ligeramente, el riquísimo tesoro de nuestra Literatura dramática, para echar de ver muy luego cómo en los *dramas litúrgicos, autos sacramentales, oratorios* y *villancicos eclesiásticos* se halla latente la ópera bajo diversas y múltiples formas; y si á esto se añaden las *comedias con música, farsas, sainetes, fiestas de zarzuela, serenatas, entremeses* y *bailes coreados, tonadillas*, etc., hasta las *óperas* y *operetas* ó *zarzuelas* de nuestros días, sacaremos en claro que la música dramática se ha cultivado con gran esmero y profusión en España desde tiempos muy remotos, hasta el punto de no haber especie de representación teatral alguna en que no desempeñara la música vocal é instrumental papel de la mayor importancia; sin que esto sea negar el influjo que desde principios del siglo próximo pasado ejerciera la *ópera italiana* en la *española*, sino hacer constar tan sólo que ésta existía ya en nuestro suelo muchos siglos antes del advenimiento de aquélla á nuestra región.

Existe una prevención, bastante inmotivada por cierto, hacia el género lírico-dramático español, prevención que, después de meditada con detenimiento, sólo podemos atribuir á dos causas esenciales, y son:



BORDADORAS, cuadro de José Miralles Darmanin (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

1.ª, excesiva afición á todo lo extranjero, con detrimento del amor patrio; 2.ª, total desconocimiento de la índole de nuestra lengua. Vamos á verlo.

Y empezando, naturalmente, por el primero de dichos dos supuestos, oigamos lo que acerca de él dejó sentado en un discurso suyo la galana pluma del difunto académico D. Antonio María Segovia.

«El extranjerismo de moda es, á mi ver, uno de sus más formidables enemigos. La OPERA es un espectáculo costosísimo, y necesita para sostenerse principalmente de la parte del público que puede soportar crecidos desembolsos. Pues bien: en esta clase acomodada es donde indudablemente hay menos afición (verdadera afición, digo) á la Música y aun al Teatro. No se me oculta que contra esta aseveración se levantarán mil protestas, porque una de las extrañezas de nuestras costumbres sociales es que nadie quiere confesar que no es aficionado á la Música, aunque con sus acciones lo demuestre.

»Pero, hablando en puridad y tan imparcialmente como si no se tratara de cosas de nuestra propia casa, ¿qué diríamos si de tierras remotas, el Japón ó Patagonia, por ejemplo, nos refiriese un viajero que allí había un género de espectáculo dispuesto expresamente para el embeleso de los ojos y de los oídos, espectáculo por el cual hacía el pueblo los mayores sacrificios y aparentaba desvivirse, y que, sin embargo, muchas personas asistían á él completamente de espaldas y sin escuchar ni fijar su atención en lo que allí se ejecutaba? ¿Creeríamos fácilmente en el amor entusiasta del tal pueblo por el tal espectáculo? Pues nadie me dirá que exagero: quien así lo crea, váyase una noche al teatro de la OPERA, y observe con cuidado, y dígame después si no es cierto que gran parte de los espectadores (no quiero hablar de las espectadoras) asisten, unos vueltos enteramente de espaldas, otros á medio volver, otros conversando con las personas que tienen cerca, otros flechando el catalejo arriba, abajo, á la derecha y á la izquierda, á todas partes, en fin, menos al escenario. Pues de la otra parte de la concurrencia no comprendida en mi observación, todavía tendríamos que descontar, si de afición á la Música puramente se tratara, los que sólo se interesan por la brillantez del espectáculo, en lo vistoso de las decoraciones y los trajes, en el número, agrupación y evoluciones de las comparsas, y cuando más, por la belleza ó buen parecer y demás cualidades físicas de los ejecutantes. Público que va con tales disposiciones á la OPERA, que no se interesa lo más mínimo por el argumento del drama á que asiste, ni le entiende, que no comprende los versos en que se canta, ni la lengua en que están escritos, ni tal vez los escucha, ¿cómo ha de tomar á pechos la creación de la OPERA *española?*

»Pues hagamos ahora otra observación contraria. Vamos á la corrida de toros: ¿son allí muchos los espectadores que se colocan de espaldas? ¿Hay quien pierda un ápice de lo que en el redondel sucede? – ¿Y en qué consiste la diferencia? En que la concurrencia á los toros se compone de aficionados que lo son de veras, y no por afectación, ó porque lo consideren de moda y de *buen tono.* Así, será tan difícil desarraigar de nuestra tierra la bárbara fiesta de toros, como aclimatar la verdadera OPERA, y lograr que se componga de drama y música realmente españoles.»



UNA FRAGUA, cuadro de Cormon (Salón de París, 1894)

Por lo que respecta al segundo particular, esto es, al total desconocimiento de la índole de nuestra lengua, basta echar una breve ojeada sobre su constitución y genialidad para no tardar en comprender que reune todas las ventajas posibles á favor del Canto, y, por consecuencia, que posee aptitud indiscutible para la OPERA. El orador y el poeta conocerán la fecundidad de nuestra lengua, su majestad, su expresión, su gracejo, su docilidad para amoldarse á los diversos estilos; pero el músico se contenta con juzgar de su armonía; y naciendo ésta de la *suavidad* y de la *variedad*, á él incumbe demostrar cuán felizmente concurren ambas cualidades en el habla de Castilla

Con efecto, la *suavidad* de las voces de un idioma estriba principalmente en la abundancia de las vocales, por cuanto ellas son las letras sonoras y cantables; las consonantes, que no pueden articularse por sí solas, sólo sirven de retardar ó confundir el sonido de las vocales. De principio tan notorio resulta, como ya lo hizo observar en su tiempo Isaac Vosio, que aquella lengua será más apta para el Canto, que más abunde en el empleo de los sonidos vocales: circunstancia que se verifica superabundantemente en la lengua italiana, cuyas palabras terminan ordinariamente en vocal. Lo propio sucede, aunque no con tanta frecuencia, en el castellano; al contrario de lo que ocurre en los idiomas septentrionales, los cuales, no solamente en las terminaciones, sino también en el principio y mediación de sus vocablos, suelen ostentar muchas más articulaciones que vocales ó aspiraciones. Además de esto, debe fijarse la atención en que las consonantes con que terminan las dicciones castellanas, son las menos ingratas ó desapacibles, y así, no tienen sus finales en *b*, ni en *c*, *k* ó *q*, ni en *f*, ni en *g*, ni en *ll*, ni en *m*, ni en *p*, ni en *x*, como acontece en varias voces latinas, verbigracia, *sub, fac, sermonem, legit;* en algunas francesas, como *bec, bif, travail, coq, prétérit;* y en muchas inglesas, como *of, dog, book, drop, each, that*, etc. Mucho menos tolera el castellano terminaciones en dos ó más consonantes, como las hay, por ejemplo, en los vocablos latinos *tunc, stirps, amabunt, calx;* en los franceses *musc, rapt, sphinx;* en los ingleses *world, storm, drink*, etc., y frecuentemente en todas las lenguas germánicas.

Exige, pues, el castellano, de acuerdo con su índole especial y característica, que sus vocablos finalicen en las consonantes menos ásperas, tales como la *d*, que es más suave que la *t*, cual lo acreditan, á vueltas de otros mil, *merced, áspid;* la *l*, que lo es más que la *ll*, como *sutil, fácil;* la *n*, que lo es más que la *m* y la *ñ*, como *desdén, numen;* la *r*, que ocupa un término medio entre la *rr* de *ramo* y la *r* de *mora*, como en *amor, nácar;* y, por último, la *s* y la *z*, consonantes delgadas y sibilantes, como *país* y *cutis, feliz* y *cáliz;* porque si alguna que otra palabra tenemos de terminación dura, puede asegurarse, por punto general, que es de procedencia extranjera, ó perteneciente al tecnicismo de alguna facultad, tales como *Jacob, Agag, fagot, vivac, detall, azimut*, etc. En una palabra: es tal la tendencia de nuestra habla á suavizar las articulaciones finales, que del plural *muslimes* saca el singular *muslín*, así como de *relojes* va haciendo *reló* de algunos años á esta parte; siendo harto de extrañar que un pueblo como el nuestro, que si algo tiene de dureza en su lengua, es la pronunciación gutural de la *g* ó la *j*, convirtiera á fines del siglo próximo pasado la pronunciación de *luxô* en *lujo*, y que vaya inclinándose de cada vez más á preferir *anejo* á *anexo*, y *complejo* á *complexo*, á pesar de no decirse *anejión* ni *complejión*, con lo cual dicho se está cuán de temer es que se le antoje el día de mañana ir á sustituir los sustantivos *conejo* y *coneja* por los calificativos *conexo* y *conexa*.

Pero así y todo, esto es, á pesar de lo menos grato

que pueda ser el sonido gutural fuerte, preciso es confesar: 1.°, que las personas que hablan bien el castellano, no exageran esa pronunciación; 2.°, que en determinadas circunstancias, comunica esa pronunciación cierta virilidad y energía al discurso; y 3.°, que al poeta verdaderamente digno de semejante calificación, corresponde el esquivar el empleo de esa guturalidad, lo cual le será tanto más fácil cuanto mayor ternura y delicadeza entrañe el carácter de la obra que se propone hacer para someterla luego á la inspiración del músico; de donde se concluye, en lógica consecuencia, lo infundado que es el imaginarse que, con tal que la música sea buena, poco importa que la letra deje que desear en cuanto á su forma. ¡Error lamentable, que ha decidido más de una vez del éxito de obras de esta naturaleza!

Sea como quiera, la *Historia de la* OPERA *española* está aún por escribir, por más que exista esta última llena de vida y lozanía. Pero, dejando á un lado su cuna, de que ya tenemos noticia, ¿dónde existe?.. Pues existe (excepción hecha de unas cuantas partituras que merecieron ver la luz pública en estos últimos años, para quedar sepultadas, á lo menos por ahora, en las tinieblas del olvido), existe, repetimos, quién sabe si en sótanos ó en camaranchones, respectivamente podrida por la humedad ó agujereada por la polilla, ó ya en algún estante lleno de polvo, esperando el día en que alguna mano piadosa y caritativa la saque de aquellos antros tenebrosos para poder respirar atmósfera más desahogada, ver la esplendente luz del día, y recrear con sus concepciones, más ó menos inspiradas, pero, al fin, nacionales, el oído y la mente de españoles que hasta entonces hubieran renegado de su pasado. Sí; un Arriaga, bilbaíno (de quien se hace lenguas todo un Fetis), autor de la ópera *Los esclavos felices;* un Honrubia, andaluz, natural de Ubeda, que compuso la que lleva por título *El Tirano de Francia;* y cien y cien más, evidenciarían, en tal caso, la verdad que entraña el aserto acabado de sentar.

Digámoslo de una vez: El día en que desaparezcan las dos rémoras anteriormente apuntadas, respecto al extranjerismo y al desconocimiento absoluto de nuestro idioma, junto con la falta de apoyo por parte del Gobierno y la sobra de envidia en almas mezquinas que cual sabandijas viles é inmundas bullen en el seno de las fusas y semifusas, ese día la OPERA *nacional española* habrá asegurado su porvenir, en medio del general aplauso de los españoles de buena fe, verdaderos amantes de su patria, en general, y del Arte músico, en particular.

JOSÉ M.ª SBARBI

L'INNOMINATO (Sin nombre), busto en bronce de A. Benvenuti
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

NUESTROS GRABADOS

Una carta interesante, cuadro de J. Kleinmichel. – En vez de la palabra *interesante* podríamos poner *amorosa*, y de fijo acertaríamos en el calificativo, pues no otra cosa se desprende de la escena tan bellamente pintada por el reputado artista alemán Kleinmichel: la epístola de que es portador el anciano criado no puede ser sino de *él*, como lo indican el ademán con que el viejo acompaña la entrega de la misma y la actitud de la joven, que fácilmente adivina que se trata de una declaración amorosa de quien al fin se ha decidido á confiar al papel lo que hace tiempo le está diciendo con sus miradas.

El ejército industrial en los Estados Unidos. – El movimiento obrero más gigantesco que en estos tiempos se ha producido es indudablemente el organizado en los Estados Unidos por los 250.000 mineros huelguistas de los Estados Unidos, buen número de los cuales, formando el llamado *ejército industrial*, encamináronse á la capital de la República, asaltando por el camino trenes, saqueando poblaciones y cometiendo todo género de excesos. El ejército á cuyo frente va el agitador Coxey, acompañado de su hija, joven de 17 años, llegó á Wáshington el día 29 de abril, y el día 1.° de mayo organizó la gran manifestación que debía encaminarse al Capitolio, en donde Coxey quería á todo trance celebrar un *meeting*, y así lo había ofrecido solemnemente á sus compañeros, para atacar á los capitalistas. La policía por su parte había adoptado las debidas precauciones para evitar que los manifestantes realizasen sus propósitos: el empeño de los unos y la resistencia de los otros fueron causa de tremendas colisiones, en las que hubo heridos por ambos lados; pero el resultado fué que la manifestación hubo de disolverse, siendo



REGRESO DE LA TIENTA, cuadro de José Cusachs (Salón Parés)



DESAMPARADA, cuadro de G. Manton



LA TONSURA DEL REY WAMBA, cuadro de Juan Brull y Vinyolas ([illegible])

arrestado Coxey, el cual si logró llegar á la escalera del Capitolio no pudo hablar, como él quería, teniendo que limitarse á arrojar al público innumerables ejemplares de su manifiesto contra el capital. Nuestros grabados representan á la hija de Coxey cabalgando al frente de la manifestación, á Coxey, por otro nombre «Bill Browne,» asegurando á sus compañeros que hablará desde la escalinata del Capitolio, el ejército industrial saliendo del campo de Brightwood, la manifestación encaminándose al Capitolio, el jefe de policía dando órdenes para que se impida á todo trance que Coxey hable y un retén de policía mandado por el teniente Kelly, que fué quien arrestó á Coxey.



Intermedio, cuadro de Ernesto Croci
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Maruja, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – *Maruja* es un bonito estudio campestre, es un cuadro de caballete sumamente agradable, pero que no reune méritos suficientes para dar á conocer los que constantemente atesora Tomás Muñoz Lucena, pintor discreto é inteligente. La joven campesina que ha remitido á la Exposición debe considerarse como á modo de tarjeta de visita, de acta de presencia, pues sin negarle méritos, ya que éstos son indiscutibles, puede nuestro distinguido amigo producir, conforme repetidas veces lo ha demostrado, obras que revelen su ingenio y su varonil esfuerzo.

Bordadoras, cuadro de José Miralles Darmanin (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Todos los que visitaron la Exposición de Bellas Artes de 1891 recuerdan con singular interés el cuadro que bajo el título de *Taller de tapices* figuró en ella y actualmente existe en el Museo Municipal de Barcelona, por la índole especial del asunto representado y especialmente por su castiza tonalidad, inspirada en las producciones de la buena y tradicional escuela española.

Las bordadoras que ha remitido el Sr. Miralles Darmanin á la actual Exposición son dignas compañeras de las tapiceras de ayer y, como aquéllas, atraen las miradas de los aficionados, ya que es igual su gama, idénticas sus cualidades y armónicas y atinadamente dispuestas las figuras y la escena.

Una fragua, cuadro de Cormon. – En medio del desorden que se advierte en este hermoso lienzo, no se nota la menor confusión, pues todos los elementos que en tan atrevida composición entran aparecen perfectamente destacados unos de otros. Hay en el cuadro grandiosidad, vida en sus figuras y sobre todo un derroche de efectos de luz, un contraste entre los rayos del sol que penetran por puerta y ventanas y los resplandores del horno encendido y de los hierros al rojo, que son verdaderamente asombrosos. La tela de Cormon figura actualmente en el Salón de los Campos Elíseos de París, en donde es objeto de la admiración de los inteligentes y del público en general, en quienes *Una fragua* ha producido hondísima impresión.

L'Innominato (Sin nombre), busto en bronce de A. Benvenuti (Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894). – No es numerosa la sección de escultura de nuestra Exposición de Bellas Artes, mas por fortuna la valía y calidad de las obras expuestas suple con ventaja á la cantidad, figurando dignamente entre ellas el notable busto en bronce titulado *Innominato*, obra del inteligente escultor veneciano C. Augusto Benvenuti, quien, inspirándose en el personaje de la inmortal obra de Manzoni, ha logrado modelar una producción verdaderamente magistral, así por el concepto como por la forma. La pensativa frente del caballero *Sin nombre* está admirablemente modelada, é interpreta, á nuestro modo de ver, la creación del célebre modelador italiano, demostrando la inteligencia y las cualidades artísticas del distinguido escultor señor Benvenuti.

Regreso de la tienta, cuadro de José Cusachs (Salón Parés). – No se limita Cusachs á producir, á pesar de haber logrado justa celebridad, cuadros de asuntos militares; pues aparte de los retratos y paisajes, ejecuta con singular acierto asuntos de *sport*, en los que puede hacer gala de su habilidad en pintar caballos y demostrar su competencia artística. Recientemente hemos tenido ocasión de dar á conocer á nuestros lectores una de las últimas producciones de José Cusachs, la mejor quizás, entre las que ha producido de pintura militar, que figura dignamente en el Salón de los Campos Elíseos de París; hoy nos cabe la satisfacción de publicar el bellísimo cuadro titulado *Regreso de la tienta*, que aunque de menor importancia y menores alientos honra asimismo al pintor catalán.

Desamparada, cuadro de G. Manton. – La sola figura que ocupa este cuadro encierra un drama cuyo asunto no hemos de relatar, porque la mirada que la infeliz mujer dirige á la criatura que en brazos lleva indica bien claramente uno de esos dolores que únicamente produce la muerte cuando en pos de ella van la miseria y el desamparo para los sobrevivientes. Todo en este cuadro contribuye á aumentar la triste impresión que se siente al contemplar á esa pobre madre: la soledad del puente por donde ésta camina, quizás con siniestros designios, el tinte sombrío del cielo, las brumas en que aparecen envueltos el río y la ciudad, que apenas en el fondo se distingue, y el ambiente de tristeza que llena todo el lienzo infunden en el alma una melancolía que es la mejor prueba del talento del pintor que tan hondamente ha logrado emocionarnos.

La tonsura del rey Wamba, cuadro de Juan Brull y Vinyolas (Salón Parés). – Recientemente en el Salón Parés dió muestras el joven pintor Sr. Brull de sus grandes alientos y de sus progresos en el arte, por medio de un cuadro de grandes dimensiones, cuyo asunto, de carácter histórico, representaba *La tonsura del rey Wamba*. Aquel monarca, que sólo á viva fuerza aceptó el solio, aparece tendido en una cama, entregado al sueño por efecto de soporífero narcótico, que aprovecha el tonsurador para llevar á cabo su misión, cortándole los cabellos, señal de realeza, en tanto que otros personajes contemplan con interés la escena, especialmente el pretendiente Ervigio, en cuya mirada inquieta adivínase un vago remordimiento.

El cuadro del Sr. Brull, á pesar de algunas ligeras incorrecciones y anacronismos, es altamente recomendable, pues unas y otros desaparecen ante sus cualidades, ante algunos fragmentos pintados con singular acierto, de tal modo que no titubeamos en felicitarle y aplaudirle.

Brull es un artista de mérito, laborioso é inteligente, de indiscutibles cualidades vigorizadas por constante estudio. De ahí que sus producciones se recomienden por su armónica tonalidad, por su correcto dibujo y sobrio colorido.

Intermedio. – Mercado de aves, cuadros de Ernesto Croci (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – El nombre del Sr. Croci no es desconocido para los aficionados é inteligentes de nuestra ciudad, pues aparte de la fama merecida por sus triunfos en varias exposiciones, recuérdanse agradablemente los bellísimos cuadros que remitió á nuestra primera Exposición de Bellas Artes, celebrada en 1891, el discreto pintor austriaco. Entonces, como ahora, exhibió algunas obras bien observadas y muy recomendables por su factura, inspiradas en escenas y costumbres de su ciudad natal, Trieste, á cuyo género corresponde el *Mercado de aves*. Su segundo cuadro, titulado *Intermedio*, es otra producción agradable y simpática por su tonalidad; ofreciendo la particularidad de significar una nueva fase del artista, que abandona la gama que le es característica, muéstrase modernista dentro de los justos límites de lo razonado y de la estricta observación.

S. A. la infanta doña Isabel de Borbón, cuadro de José Garnelo. – Separándose por completo de los tradicionales moldes del retrato, nos ofrece José Garnelo el de S. A. la infanta Isabel, convertida, cual lo es, en gentil y atrevida amazona. Tanto la figura de la infanta, que resulta un verdadero retrato, cuanto el caballo, aunan en el artista las cualidades que desde luego posee y admiramos los que conocemos sus obras y sus méritos. Garnelo es un artista laborioso é inteligente, cuyo nombre figura entre el de los que honran el arte patrio.

Próximamente daremos á conocer los cuadros que de dicho artista figuran en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, en los que da nuevas muestras de sus excelentes aptitudes.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARIS. – La Sociedad de Amigos de las Artes ha adquirido los siguientes cuadros que figuran en el Salón de los Campos Elíseos: *Coquetería*, de Signol; *En el Sena*, de Vauthier; *Rosas y pensamientos*, de Mme. Villebesseyx; *La hora de la comida*, de Caraud; *Flores de otoño*, de Bourgogne; *Recuerdo de verano*, de Bramtot; *Buzareah*, de Tanzi; *La misa*, de Brisot; *La visita á bordo del «Emperador Napoleón I,»* de Dameron, y un cuadro de naturaleza muerta, de Decroix.

LONDRES. – La sección de escultura de la exposición de la Real Academia, de cuya sección de pintura hemos hablado en una de nuestras anteriores misceláneas, no contiene ninguna obra de excepcional importancia, pero llaman la atención las siguientes: *Perseo rescatando á Andrómeda*, de Fehr; *El segador*, de Hamo Thornecycroft; *Circe transformando en cerdos á los perseguidores de Ulises*, de Drury; *Boceto para el sepulcro del duque de Clarence y Avonsdale* que ha de construirse en la capilla de Windsor, de Gilbert; un busto retrato, de Armstead; *El vaso de la vida*, estatua alegórica de Toft; *Un sueño embriagador*, de Lucchesi; un *Retrato del duque de York*, de Merrett, y dos bustos, de Bates.



Mercado de aves, cuadro de Ernesto Croci
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Teatros. – *Londres.* – En Covent Garden se ha cantado con gran éxito *Falstaff*, obra de la cual un notable crítico londinense dice que tiene la gracia de las de Mozart, la simetría de las de Haydn y la brillantez de la música italiana. La Duse, que cuenta por triunfos sus funciones en el teatro Daly, ha dado una representación de *La Locandiera* ante la reina de Inglaterra.

Necrología. – Han fallecido:
Juan Martínez Villergas, notable escritor satírico español.
Ramón Rodríguez Correa, notable escritor español.
Francisco Quiroga, catedrático en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid.



Dejó su labor sobre la mesa y se aproximó á Marcos

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Preymont se paseaba silenciosamente por la habitación con las manos á la espalda.

-¿Qué piensa el filósofo?, preguntó Saverne. ¿Le agradaría tenerme por primo?

-Seguramente, contestó Preymont con sequedad; pero no te fíes. No hay mujer que no sea un poco muñeca, así como tampoco hombre que no tenga algo de polichinela.

-¡Singular profesión de fe para un filántropo!, exclamó Saverne sonriendo, porque ese es el nombre que te dan tus compatriotas, los que te acusan con amargura de estimular todos los vicios por tu generosidad socialista, según su expresión. ¡Afortunado serás si no te acusan también de poseerlos!

-Protestar por actos contra la estrechez de ideas y sentimientos, replicó Preymont, es acatar la villanía de la naturaleza humana.

Por más que Saverne fuese atento observador en

cuanto se refería al ridículo y á los detalles exteriores, no era psicólogo, y aunque profesase afecto á Marcos, jamás había penetrado mucho en su naturaleza profunda y atormentada. He aquí por qué no hallándose acostumbrado á los arranques misantrópicos de su amigo, por cierto muy raros, mirábale con expresión de asombro. Preymont, en efecto, había aprendido pronto á medir sus palabras, sabiendo muy bien que no tenía derecho para expresarse con amargura sin excitar la mofa ó la compasión.

Su inclinación natural, por lo demás, era una gran indulgencia, y en medio de las contradicciones de su espíritu, ó más bien de sus sentimientos, la influencia del noble corazón que palpitaba á su lado había detenido la completa pérdida de ese buen fermento. Por un camino muy opuesto al que su madre seguía, habíase encontrado con ella en un pensamiento generoso. Su beneficencia independiente echaba raíces profundas en la idea de la infinita pequeñez y debilidad del hombre; tendía la mano al afligido, no porque le amase, sino porque le compadecía al considerarle como un átomo perdido en la inmensidad, y erigía en principio que se debe seguir el ejemplo de la naturaleza, que da su luz, sus flores y sus bellezas, sin cuidarse de las ideas sociales ó religiosas que el hombre medita aprovechándose de su liberalidad.

– Yo sostengo, replicó Saverne, que tu prima no es ni será nunca una muñeca; y también sostengo que será mi esposa un día ú otro.

Al decir esto levantóse vivamente, y continuó con mucho calor:

– Durante su ausencia, sólo Dios sabe cuánto he maniobrado para domesticar á los feroces guardianes de la plaza. He ganado el corazón del padre, porque su vanidad se lisonjea de recibir á un hombre de cuya reputación puede hablar á todos; el de la tía, porque le parezco bien, ni más ni menos; y el de Frasquita, un poco por la misma causa, pero sobre todo porque espera convertirme. Hasta creo que esta última conquista es la más seria.

Y Saverne comenzó á reir ruidosamente, mientras buscaba su sombrero, que había arrojado en un rincon, de tal modo que no era fácil encontrarle.

– ¡Qué tipo es el tal Sr. Jeuffroy!.. Se le debería conservar bajo un globo de cristal. Dibujaré su casa para conquistarle; y tal vez vea hoy á la señorita Susana, pues el lunes pasado hablábase de ir á buscarla esta semana. ¿Qué ha podido hacer en su convento? Ella no es mujer para llorar mucho tiempo á un grosero como ese Varedde...

Y al pronunciar estas palabras, Saverne salió como un huracán, dejando tras sí funestas simientes.

La señora de Preymont tiraba maquinalmente de su aguja, mirando de reojo á su hijo, inmóvil en la ventana, y con la expresión tan sombría que no osó romper el silencio. En su corazón maternal, muy apasionado, el antiguo sueño había recobrado todo su imperio; á pesar de la frialdad y de las semidenegaciones de Preymont, no ponía en duda su amor á Susana, y aunque profesase cariño á esta última, cuando rompió con Varedde, su primer pensamiento voló hacia su hijo.

«Comparándole con aquel que ha herido su amor propio, decíase, le apreciará hasta el punto, tal vez, de pensar un día en consagrarle su afecto. ¡Es tan superior á lo que ella ve y conoce!..»

Buscaba á su alrededor, en sus recuerdos y hasta en la historia, ejemplos que pudieran confirmar su esperanza; pero la presencia y la resolución de Saverna desvanecían casi su sueño. Sin embargo, parecíale que su hijo no debía abandonarse.

Dejó su labor sobre la mesa y acercóse á Marcos, que miraba á su amigo. Detenido éste en el patio, exponía animadamente al jardinero, que le escuchaba con la boca abierta, las más extravagantes ideas sobre el cultivo de las plantas.

– ¿Quieres que te diga el fondo de mi pensamiento, Marcos?, murmuró la señora de Preymont.

Marcos dirigió una mirada á su madre, mirada en que reveló, bien á pesar suyo, tan profunda tristeza, que la señora de Preymont bajó los ojos, conociendo que se le llenaban de lágrimas; mientras que su hijo se limitaba á contestar:

– Mírele usted á él, y... míreme después á mí.

Y sin añadir una palabra más salió y dirigióse hacia su fábrica.

Era la hora en que los obreros volvían al trabajo, por lo cual encontró animados grupos que le saludaban con deferencia, y á veces con una expresión particular, en la que Marcos reconocía el afecto. Su fábrica de hilados se hallaba en estado sumamente próspero; gracias á una perseverancia infatigable, el Sr. Preymont tenía razones para felicitarse y disfrutar de su trabajo, muchísimo más de lo que el público hubiera podido suponer, porque había debido luchar contra repetidos desalientos antes de tomar verdadero gusto á su obra, y he aquí que ahora ésta le parecía inútil y demasiado pesada para sobrellevarla. La señora de Preymont había tenido una feliz idea al hacerle creer que su bienestar sería el principal objeto de la actividad de su hijo; pero una vez conseguido, Marcos volvió á reflexionar, como en otro tiempo, que jamás tendría esposa á quien amar, ni tampoco hijos que heredaran el fruto de sus afanes, y esta idea le acosó de nuevo para debilitar su ánimo, avasallando su enérgica voluntad.

Hízose fuerte contra sus impresiones, y después de trabajar, quiso recorrer las sendas perfumadas y frescas de la vida, dando oídos, sin desecharlos, á los consejos de la ilusión, los cuales le invitaban á luchar con las armas morales que tenía entre sus manos. Estaba persuadido de su valor, pero sin que con este conocimiento de sí mismo se mezclase ni un ápice de orgullo; y este último, que era grande, habíase apoderado de otra parte de su naturaleza. Con la sensación de un náufrago que gana la orilla, se aferró de pronto á la esperanza de vencer.

Casi maquinalmente dirigióse hacia la casa del señor Jeuffroy, y como individuo de la familia entró en los jardines. Susana acababa de llegar, y Saverne de pie, junto á ella, mostrábale su croquis; mientras Constanza, muy afanosa y vistiendo un traje sumamente extraño, agitábase alrededor de ellos, y el señor Jeuffroy, con las manos en los bolsillos, emitía su parecer con el aire de un hombre entendido en la materia.

– ¡Está bien, muy bien!., decía pero no me explico cómo con tres toques de lápiz se puede representar tan exactamente mi casa. Esa es en un todo la forma de la mía; pero no olvide usted la hiedra, porque es generalmente admirada, y ponga bien todas las hojas... No sé cómo lo hará usted.

A Preymont le agradó el buen aspecto de su prima; pero como observador experto, descubrió en su expresión un tono más grave que antes, cuando su franca sonrisa no iluminaba sus bellas facciones.

– La señorita Jeuffroy me hace el honor de interesarse por este pequeño dibujo, dijo Saverne alegremente, y para recompensarla, si me lo permite, antes de marcharme bosquejaré su retrato á mi manera, es decir en caricatura.

– Tendría curiosidad por ver eso, contestó Susana riéndose.

– ¿Se marcha usted ya?, preguntó el Sr. Jeuffroy.

– ¿Lo sé yo acaso?, contestó Saverne con viveza, deslizando en su cartera el dibujo. ¿Se pregunta al capricho qué dirección debe seguir?

– ¡Oh! Antes de marcharse, apreciable caballero, exclamó Constanza, dibuje usted mi casa también. ¡Me complacería tanto!

– Más aún á mí, contestó Saverne alegremente. Mañana por la mañana comenzaré.

Si Susana hubiese visto la mirada del joven habría comprendido que éste se cuidaba poco en aquel momento de las manifestaciones del arte; pero toda la atención de la señorita Jeuffroy se concentraba en aquel momento en Preymont.

Muchas veces había reflexionado sobre la conversación que tuvo con su primo á orillas del Vienne; y aquella exclamación «¡Gracias al cielo, usted no le amaba!» era para la joven asunto de reflexiones que la inquietaban.

«¿Por qué se alegraría tanto?, preguntábase. ¿Por qué tanto ardimiento en sus palabras? ¿Me amará por ventura? ¡Pobre hombre!» La señorita Jeuffroy observaba todos los movimientos de la fisonomía de Preymont; pero éste conservaba su aspecto de frialdad de todos los días, y cuando Susana se encontró sola un instante con él, Marcos le manifestó el tierno interés de su antigua amistad, sin que una sola palabra, sin que una expresión pudiese confirmar las sospechas de la joven.

Tranquilizada, respiró más libremente, y díjole con alegría:

– Me inquietaba un poco mi vuelta, y he aquí que encuentro, para recibirme, el buen humor de su amigo, y sobre todo el afecto de usted.

– ¡Ah! Eso último es á vida y muerte, contestó Marcos en el mismo tono que su prima había tomado. Hay plantas cuyas raíces son tan profundas, que jamás se puede llegar al fin de ellas, y yo pienso que nuestra amistad es como esas plantas.

– Lo creo igualmente, contestó Susana ofreciendo su mano.

A la mañana siguiente, á primera hora, Saverne se encaminó hacia la singular morada de la señorita Constanza. Las flores entreabrían sus corolas á los primeros rayos del sol; algunos restos de bruma rezagada desvanecíanse poco á poco; y aunque Saverne no fuese poeta, pensó que aquella fresca mañana le daba la bienvenida en el idilio de que él se proponía ser el héroe.

Anuncióse con mucho estrépito, y Frasquita acudió murmurando:

– ¡Vamos, caballero, si mi ama durmiera, seguramente la despertaría!.. ¡A su edad!

– Sí..., pero ¿duerme aún?

– ¡Que ha de dormir! Ya está en casa de su sobrina.

– Pues entonces no gruñamos, Frasquita, y tráigame usted dos sillas para que yo me instale cómodamente á fin de dibujar una obra maestra.

A pesar de su animosidad contra los escritores profanos, Frasquita experimentaba una secreta simpatía por Saverne, á quien dirigió reprensiones con la libertad de que hacía uso para todos.

– Adivine usted, Frasquita, dijo Saverne, con qué he pasado la noche.

– ¡Quién sabe!, contestó la sirvienta escandalizada. ¿Hay acaso quién se pueda fiar de usted?

– Sus castos oídos, replicó el artista alegremente, pueden escuchar mi relato. He comenzado á escribir una interesante historia que se publicará dentro de poco.

– ¡Ah!, exclamó Frasquita con curiosidad. ¿Y qué dice esa historia? ¿Se habla en ella al menos de Nuestro Señor?

– ¡Ya lo creo!.. y de una manera muy directa, elogiando sus obras bajo la forma de una hermosa joven que un buen mozo arrebata á las barbas de su padre.

Frasquita se puso en jarras, y apoyados los puños sobre sus robustas caderas, contestó con vehemencia:

– Y diga usted, caballero, ¿de qué sirve escribir semejantes cosas? Si la historia de usted cae en manos de una jovencilla, podrá comunicarle ideas que trastornarán su cabeza, cuando lo mejor sería pensar en otra cosa. Yo también tengo una sobrina como mi ama... ¿y sabe usted lo que haría si la viera leer esas historias?

– Pues llevaría usted un cirio á la iglesia, Frasquita.

– No, señor, la apalearía.

– A fe mía..., es un medio como cualquier otro, contestó Saverne tranquilamente.

– Se debería, continuó la criada, coger todos esos escritos, hacer un montón y prenderle fuego. Yo le digo á usted que el diablo es quien le inspira.

– ¿El diablo? ¡Pobre diablo!, replicó Saverne con aire de conmiseración; de tal modo le cargan con todas las culpas, que casi siento un poco de simpatía por él.

Frasquita miró al joven con aire inquieto, preguntándose si hablaba ó no seriamente; pero la solterona llegaba en aquel momento con Susana, y no tuvo tiempo para expresar su indignación.

Saverne comenzó el idilio que soñaba con la gracia y la viveza que le hacían tan seductor. Su conversación, variada y ligera como su espíritu, se fijaba en un asunto solamente un minuto, para pasar después adonde el capricho le impelía. La naturaleza, que le había mimado, dándole un carácter feliz y frívolo, enseñábale á tratar ligeramente las cosas sin profundizarlas jamás. Tenía á los ojos de Susana el encanto de lo desconocido y de la juventud dichosa, y la tristeza de la joven, apenada todavía, disminuía al contacto de una alegría comunicativa, de una simpatía expresada por la más insignificante frase de Saverne.

– Ya sé que el talento de usted le produce muy buenas ganancias, dijo el Sr. Jeuffroy, que había venido á mirar por encima del hombro de Saverne la marcha de su lápiz.

– ¡Bastante buenas!, contestó el artista con tono indiferente.

– ¡Qué felicidad!, dijo Constanza. Al menos podrá usted hacer ahorros.

– ¡Ahorros!, exclamó Saverne, dando un salto. ¿Por quién me toma usted? ¿De qué sirve el dinero si no se tira por todas las ventanas?

Constanza miró á su hermano con aire consternado, é hizo un movimiento hacia su sobrina como para protegerla contra un peligro que su imaginación entreveía; mientras que el Sr. Jeuffroy, incapaz de comprender la exageración que las palabras de Saverne encerraban intencionalmente, irguióse y contestó con aire compasivo:

– ¡Le han inculcado á usted principios muy singulares, caballero!

– Diantre, los he encontrado yo solo, y doy por hecho que son los mejores del mundo. No mirar nada, dar libre vuelo á la fantasía, caprichosa como esas lindas moscas azules que zumban alrededor de nosotros; dar sin contar, despertarse como una rata, y cuando se tiene un banquero, correr á llenar la bolsa para vaciarla lo más pronto posible, comenzando de nuevo esa buena vida alegre é indiferente. ¡Esta es la felicidad! El dinero no es más que un abominable tirano si se hace preciso encerrarle en la caja de ahorros. ¿No opina como yo la señorita Jeuffroy?, aña-

dió Saverne con tono respetuoso y un interés velado, que era delicada lisonja, á la cual se mostró sensible la joven.

– Sí... hasta cierto punto, contestó Susana lacónicamente, dirigiendo una mirada inquieta á su padre, y diciéndose que si Saverne, engañado por las apariencias, hubiera podido sospechar la parsimonia que presidía en su vida íntima no habría hablado tan libremente.

El Sr. Jeuffroy pensó que había introducido demasiado ligeramente en su casa á un enemigo de sus ideas, cuya influencia podría muy bien desarrollar las tendencias perniciosas de su hija, y se prometió no estimular más las visitas de Saverne; pero esta determinación tardía no debía dar resultado. El joven se consideraba ya como amigo íntimo de la casa, y sus dibujos, en los cuales encontraba siempre alguna imperfección, eran un pretexto plausible para sus repetidas visitas.

Su variada conversación hacía olvidar á Susana las vulgaridades que oía de continuo en su casa á personas que tan sólo se ocupaban de chismografía y de los detalles materiales de una mezquina existencia. A la señorita Jeuffroy le era simpático el lenguaje de Saverne, y experimentaba con él la impresión que sentía cuando iba á ver á la señora de Preymont.

Susana estaba cautiva en una atmósfera contraria á su naturaleza, y las reprensiones que su padre le dirigía con motivo de su matrimonio malogrado, acababan de hacerle la existencia penosa; pero demasiado altiva para quejarse, y deseando probar ante todo que se había cicatrizado la herida causada por el señor Varedde, luchaba enérgicamente contra sus tristezas.

Preymont, con esa facultad de observación y de intuición peculiar de los que han sufrido mucho, adivinaba lo que su prima no quería confesar, y para dulcificar los rigores de la prisión moral en que la joven vegetaba, servíase de los numerosos recursos de un tacto inteligente.

Fiel á su resolución, había roto con sus costumbres de retiro y de silencio para permitir que se penetrase en los repliegues de una vasta inteligencia y de un corazón muy ardiente que se creía muy seco. Apelaba á un espíritu vivo é incisivo, conocido sobre todo de sus amigos íntimos, para batir en brecha las ideas superficiales de Saverne. Sus atrevidas miras agradaban á la señorita Jeuffroy, cuya inteligencia, franca y formal, era tanto más inclinada á las audacias cuanto más comprimida estaba en el centro en que vivía.

Pero si su amistad y confianza crecían de punto, y su sentimiento vibraba con frecuencia como el expresado por el Sr. Preymont, jamás su pensamiento condenaba á Saverne. Confesábase desde luego que la razón, la superioridad intelectual y hasta el talento estaban de parte de su primo; pero no conocía nada tan seductor como los defectos de Saverne, su falta de juicio y la poca consistencia de sus ideas, que le hacían renunciar con tan buena gracia á su manera de ser.

– A fe mía, dijo un día Saverne á Preymont sonriendo, es preciso venir aquí para pensar. Consiento en que me lleve el diablo, de que tan á menudo habla Frasquita, si no te considero magnífico. Pero ¿por qué has permanecido en un teatro tan pequeño? Tú necesitabas otro.

– La araña, contestó Preymont tranquilamente encogiéndose de hombros, se enorgullece por haber cogido una mosca, tal hombre por haber cazado un lebrato, tal otro por haberse apoderado de un oso, y un tercero por haber hecho prisioneros á los sármatas.

– No se eleve usted tanto, Marcos, dijo Susana sonriendo. El Sr. Saverne tiene razón, y muchas veces he pensado que usted había nacido para una existencia más brillante.

Preymont contestó con esa fina sonrisa que era su única respuesta cuando no quería decir nada. Durante largo tiempo, la cuerda sobre la cual se acababa de pasar un dedo indiscreto había vibrado muy dolorosamente para él. Persuadido de sus fuerzas intelectuales y de su energía, hubiera sido ambicioso si todas sus aspiraciones hacia un vasto campo de acción no se hubiesen aniquilado por una invencible timidez y el temor al ridículo, que aún pesaba sobre él á pesar de la posición adquirida. Así como los hombres preocupados por elevadas ideas ó grandes designios, había contemplado á menudo con amargo desaliento los escasos medios de acción que tenía á su alcance; pero con su costumbre de subordinarlo todo á líneas generales, considerando sin cesar que es limitado el orbe donde el hombre se agita, cualesquiera que sea su esfera de actividad, había aniquilado un sentimiento que, de haberle dominado, le habría conducido á la esterilidad.

Susana se defendía á menudo contra los ataques del Sr. Jeuffroy, que jactándose de su parentesco y de su intimidad con el hombre más notable del país, detestábale, sin embargo, á causa de sus superioridades.

– ¡Ese Preymont exaspera!, exclamaba algunas veces. Bien hace en no hablar mucho, porque seguro estoy de que quiere dar lecciones á los demás, con su manera de proceder como nadie.

– Es un hombre original; pero su madre tiene la culpa, contestaba la solterona, á quien no inspiraba mucha simpatía la señora de Preymont. Le ha educado de una manera muy extraña; y cuando se le hacía amistosamente alguna observación, contestaba siempre: «Ante todo quiero que mi hijo sea un hombre.» ¡Un hombre!, continuaba la solterona, encogiéndose de hombros. ¿Qué quiere decir eso? ¡Me hacía reir! ¡Como si la única cosa importante cuando se tienen hijos no fuera ocuparse de su salud!

Susana trataba de protestar, pero sin resultado, y resignándose difícilmente al silencio, pensaba para sí que la puerta cerrada por una decepción se abriría alguna vez para dejarla remontar su vuelo. Más bien mujer de acción que naturaleza inclinada á meditar, las circunstancias, obligándola á replegarse sobre sí misma, modificaban su carácter primitivo. Cuando estaba sola soñaba, y entonces, con frecuencia la imagen de Saverne avanzaba hacia ella para llevársela á un nuevo mundo, á una región más agradable.

VI

La señora de Preymont espiaba el corazón de su hijo, temblando con él de ansiedad ó de esperanza; mas la primera predominaba, y la segunda desvanecíase gradualmente como las hermosas líneas se desvanecen al obscurecer los contornos delicados.

La cariñosa madre tuvo la idea de revelar á Saverne el amor de Marcos, pero se contuvo en el momento de hablar, comprendiendo de pronto la locura que la inducía á creer en una abnegación desconocida de los hombres en el terreno de las pasiones. Por lo demás, harto sabía que cuando se trataba de una mujer, Saverne se burlaba de los obstáculos.

Las semanas transcurrían y Preymont esperaba impaciente la marcha de su amigo ó un desenlace, que sólo al pensarlo le exasperaba. Saverne era para él ahora completamente antipático; y exageraba sus defectos, considerando como una ligereza incorregible cualidades superficiales, pero seductoras. Una profunda envidia hacía injusto al estoico tan seguro de sí, quien no admitía además que, teniendo él en cierto modo las manos atadas, Saverne fuese tan lejos en su trato con la señorita Jeuffroy. Muy excitado contra él, habíase atrevido á dirigirle reprensiones indirectas; pero sin darse por aludido, Saverne había salido del paso con alguna broma. Por lo demás, el artista olvidaba casi la cadena que le era preciso romper, ó si este recuerdo le perturbaba desechábale al punto con esa facilidad de los hombres de carácter ligero que no quieren ver ni contristarse. Sin embargo, á pesar de su indiferencia, Saverne era susceptible de una formal amistad; y ya comenzaba á inquietarse de su situación, cuando una mañana, al contemplar las suaves tintas del otoño que extendían por la campiña sus galas seductoras, pensó que hacía tres meses usaba sin discreción de una generosa hospitalidad.

«Hora es ya, díjose, de adoptar una determinación. Creo poder lisonjearme de haber contribuído á disipar la pena de Marcos; y por otra parte, Susana me conoce ahora lo suficiente para saber si quiere ó no casarse conmigo. Creo que también comienzo á sentir tedio aquí, porque Marcos está más sombrío que un criminal.»

Sin reflexionar más, corrió en busca de Preymont.

Marcos se hallaba en su despacho de la fábrica escuchando el informe de un mayordomo, y no pudo reprimir un ademán de descontento al ver á Saverne entrar, porque había adoptado como regla invariable que, á no mediar casos excepcionales, nadie le molestara en su trabajo de la mañana.

– He forzado la consigna, díjole Saverne con su aire de buen humor habitual, y no te enojes sino contra mí, pues he estado á punto de aporrear al portero porque me impedía la entrada. No te molestes; yo me entregaré á mis reflexiones hasta que tú hayas concluído.

Preymont, que entraba de ordinario sin vacilar en lo más vivo de una cuestión desagradable, prolongó su diálogo con el mayordomo á fin de retrasar la entrevista cuyo motivo adivinaba.

Solo al fin con Saverne, volvióse hacia él, no sin un esfuerzo, y le dijo:

– Ya te escucho.

Saverne arrojó sobre la mesa un libro que tenía vuelto del revés en la mano y repuso:

– ¡Ah! No será cosa larga; con dos palabras habremos concluído. Vengo á rogarte que pidas para mí la mano de tu prima.

– ¡No la tendrás!, contestó Preymont, levantándose para disimular su turbación.

– ¿Por qué?

– Porque el Sr. Jeuffroy no concederá nunca la mano de su hija á un hombre que para vivir no cuenta más que con su pluma y su lápiz.

– Habrá algunas dificultades tal vez, repuso Saverne; mas por otra parte, el incidente con Varedde no deja de haberle hecho daño, pues sea cual fuere la interpretación del público, el buen hombre queda siempre muy lastimado. Además de esto, se ha de contar mucho con la opinión de la señorita Susana.

– ¿Eres amado?, preguntó Preymont con la mirada fija en el suelo.

– No digo eso, replicó Saverne vacilando; mas creo que podré serlo. Vamos, Marcos, di la verdad, ¿no piensas tú también que no la desagrado?

En la imposibilidad de hablar, Preymont hizo un ligero movimiento de cabeza, y con las facciones contraídas comenzó á pasear por su gabinete.

– Para hacer tu demanda, dijo al fin, debes haber roto definitivamente con tus relaciones anteriores. ¿Lo has hecho así?, preguntó, deteniéndose bruscamente.

– No del todo, contestó Saverne algo confuso; pero no será cosa larga, cuando sepa á qué atenerme respecto á los Jeuffroy.

La cólera de Marcos estalló al fin.

– ¡Y has creído tú, repuso, que yo me prestaría á semejante combinación!

– ¿Qué mosca te ha picado?, exclamó Saverne con aire de asombro. Ya sabes que hace tiempo deseo ser libre, casarme, y que amo sinceramente á tu prima. Creo que no me supondrás capaz de una infamia.

– Yo no supongo nada, y me limito á consignar los hechos, contestó Preymont, que ya no podía contenerse. Desde hace algunas semanas me parece increíble que te permitas ir tan lejos antes de haber despejado el camino. La palabra infamia es demasiado dura para que yo la pronuncie, pero seguramente semejante conducta es desleal.

– Si no fueras tú, replicó Saverne montando en cólera, te aseguro que no habrías pronunciado el fin de esa frase.

– ¡Y qué me importan tus amenazas!, contestó Preymont encogiéndose de hombros. Rehuso servirte en este caso.

Ciertas dudas que Saverne había desechado siempre porque le molestaban, tomaron para él cuerpo de pronto, y la verdad se le representó abiertamente.

– ¡Ah, diablo!.., exclamó.

Los dos hombres se miraban sin decir palabra: Preymont hacía esfuerzos para recobrar su sangre fría, negando la evidencia; mientras que el buen natural de Saverne se sobreponía á su resentimiento y cogiendo la mano de Marcos, díjole con un tono que despertaba muy antiguos recuerdos, resucitando la época en que con cariñosas palabras consolaba á un niño desesperado:

– ¡Ah, pobre amigo! ¿Será posible que tú también la ames?

Al oir este acento, el Sr. Preymont, evocando bruscamente el recuerdo de un tiempo pasado, cuya amargura, dulcificada por una amistad de la que acababa de oir un eco lejano, había sido tal que no podía pensar en ella sin estremecerse, calmóse de pronto bajo una nueva emoción, recobrando en parte su serenidad.

– ¡Estás loco!, exclamó con una voz cuya alteración no podía disimular aún. ¿Soy yo de aquellos á quienes se ama? Hace ya largo tiempo que renuncié á esa quimera; pero la amistad que me une con Susana es tan viva, que siento contra ti enojo, lo confieso, por obrar con semejante ligereza cuando se trata de una mujer que tiene derecho á ser respetada por todos estilos.

Saverne, que se paseaba con aire preocupado, detúvose para exclamar:

– ¡Respeto! Advierte, Marcos, que yo la respeto tanto como la adoro. Vamos, ponte en mi lugar. A primera vista me enamoro de esa joven, la mujer más seductora que jamás he visto. Permaneciendo aquí algunos meses, adelanto en mis relaciones, haciéndole la corte con la esperanza de consolarla de una decepción; y todo esto me parece muy natural. Sin embargo, repíteme, porque lo necesito, que no voy pisándote los talones.

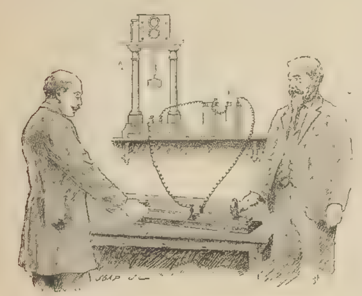
– ¿Tengo yo acaso costumbre de afirmar lo que no es?, repuso Preymont con marcada frialdad.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS TIEMPOS DE REACCIÓN

Uno de los estudios más fecundos para la psicología y para la fisiología nerviosa es el de los *tiempos de reacción*. Dase este nombre al intervalo que media entre el instante en que se produce una señal cualquiera (luz, sonido, choque, vapor odorífero, contacto sápido, etc.) y el instante en que el paciente anuncia la percepción de esa señal por medio de un movimiento convenido. Esta duración oscila entre un octavo y un tercio de segundo en los adultos normales, según la intensidad de la excitación, pues la reacción se opera más de prisa con excitaciones fuertes, con tal de que no sean dolorosas, que con excitaciones débiles. La duración varía también según la índole de las excitaciones; así, por ejemplo, se han obtenido los siguientes resultados: para las excitaciones ópticas 0"222, para las acústicas 0"167 y para las tactiles 0"201. Pero esas diferencias no significan gran cosa si de ellas quería deducirse una superioridad del oído, porque no hay nada comparable entre excitaciones diferentes de cualquier grado de intensidad.



DETERMINACIÓN DE TIEMPO DE REACCIÓN EN UNA EXCITACIÓN AUDITIVA POR EL MÉTODO ELÉCTRICO

A. Cronoscopio. - B. Pilas. - C. Operador lanzando una corriente en el cronoscopio y produciendo al mismo tiempo un ruido. - D. Paciente que interrumpe la corriente y detiene las agujas oprimiendo el botón.

Entre los seres cultos los tiempos de reacción son más cortos que entre los que tienen poca cultura. Las diferencias entre un sujeto y otro por lo que hace á las excitaciones tactiles son considerables, lo cual es debido indudablemente á la piel, cuyo espesor varía en alto grado; en presencia de los sonidos y de las luces son menores. En los niños los tiempos de reacción exceden de medio segundo; en los idiotas llegan á muchos segundos: en los primeros puede esto depender de los defectos en la conducción nerviosa; en los segundos, de una falta absoluta de atención. El ejercicio disminuye estas duraciones. Generalmente se reacciona más de prisa con la mano derecha que con la izquierda. Bajo la influencia del dolor, por ejemplo, de una ligera cefalalgia hay retardos; en cambio la reacción se anticipa después de un ejercicio agradable.

El café abrevia los tiempos de reacción, y lo mismo el te aunque por menos tiempo: el alcohol en fuertes dosis y la morfina los aumentan inmediatamente. Lo mismo sucede con las lesiones traumáticas, la epilepsia, la mielitis, la ataxia locomotriz: en este último caso el tiempo de reacción puede ser mayor de un segundo, razón por la cual los médicos que desean obrar con precisión apelan á esta determinación como medio excelente para prever y graduar la gravedad de las enfermedades de la medula espinal. Los locos dan cifras muy variables: en la locura de las grandezas los tiempos de reacción son más cortos que en la locura de las persecuciones. Los tiempos se aproximan al término medio al mismo tiempo que los enfermos se acercan á la curación.

Un fisiólogo conocido por sus excelentes estudios acerca de la fisiología de las sensaciones, M. Bliss, ha enriquecido recientemente este capítulo de la ciencia con algunos resultados curiosos y aun bastante paradógicos.

La visión del rojo determina en los histéricos potencias musculares (muy fáciles de medir con un dinamómetro) mayores que la visión del amarillo ó de colores más refrangibles, como el verde, el azul y el morado. Teniendo esto en cuenta, pudiera creerse que en tales sujetos los tiempos de reacción son más cortos que en los sujetos normales con el color rojo que con los demás colores, y sin embargo, no es así: en unos y otros no se comprueba diferencia alguna por razón de color.

La luz es un excitante enérgico que hace contraer vivamente la pupila por la acción del nervio motor ocular común. Exner ha observado que los tiempos de reacción son más cortos cuando la chispa eléctrica aumenta de anchura. Hubiera, pues, sido natural pensar que debían ser igualmente más cortos con una intensidad luminosa fuerte que con una luz débil; pero M. Bliss no ha encontrado ninguna diferencia entre los tiempos en la obscuridad y los tiempos registrados mirando una lámpara de incandescencia de seis bujías.

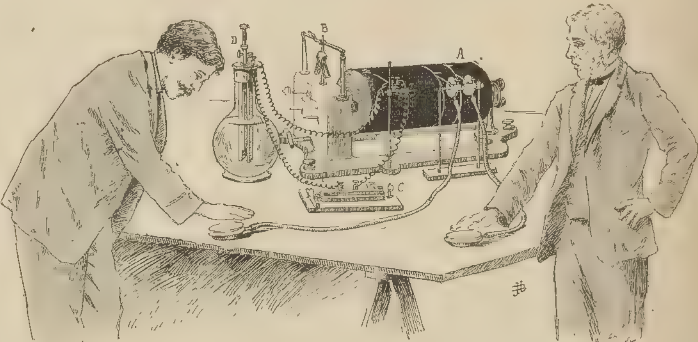
No obstante, se ha comprobado un aumento cuando esta luz era móvil, lo cual era de prever porque los movimientos de la lámpara producían esas disminuciones de atención que debían traducirse por retardos en el registro.

La aplicación de diapasones sobre la cabeza de los histéricos y aun de sujetos normales aumenta en aquel momento la potencia muscular, y sin embargo la audición, de un sonido no influye en el tiempo de reacción, no observándose diferencia alguna en el silencio y bajo la influencia de un sonido constante producido por un diapasón que diera 250 vibraciones por segundo.

Si se sustituye el diapasón con el sonido intermitente de un metrónomo, el tiempo de reacción aumenta: débese esto indudablemente á una distracción de la atención, pues el paciente se aplica más ó menos inconscientemente á percibir la ley de las duraciones marcadas por el metrónomo.

Si el sonido se percibe por un solo oído, el tiempo de reacción es más largo que si es recogido por los dos, lo cual no es de extrañar, pues la excitación nerviosa es en el primer caso menor que en el segundo.

La consecuencia práctica de estos estudios es que los sonidos y las luces exteriores influyen poco en el tiempo de reacción. En los barcos submarinos de gran velocidad, en los que es cuestión de cambiar muy rápidamente la dirección ante un obstáculo y en una multitud de circunstancias que aún se multiplicarán con el desarrollo de los motores rápidos y potentes, una influencia considerable del medio sobre los tiempos de reacción tendría consecuencias lamentables y á menudo fatales.



DETERMINACIÓN DE TIEMPO DE REACCIÓN EN UNA EXCITACIÓN AUDITIVA POR EL MÉTODO GRÁFICO

A. Cilindro registrador. - B. Regulador Foucault. - C. Diapasón alimentado por la pila D y cuyas vibraciones quedan registradas por una señal electro-magnética. - E. Operador que mueve una pluma sobre el cilindro encerrado por la presión sobre un tambor de caucho. - F. Paciente que verifica la misma operación en un segundo gráfico.

Los grabados que en esta página reproducimos representan dos especies de aparatos que se utilizan para medir los tiempos de reacción.

Consisten en dos cilindros de papel ahumado movidos por un aparato de relojería con regulador Foucault y diapasón que registra sus vibraciones por una señal electro-magnética: una pluma traza en el cilindro el principio y el fin del fenómeno; conociendo la velocidad de rotación del cilindro, basta para conocer la duración medir la longitud de la gráfica.

Empléase para mayor comodidad un cronoscopio de dos cuadrantes con una aguja en cada uno de éstos, de los cuales el uno marca las décimas y el otro las milésimas de segundo. El mecanismo está regulado y se mueve por medio de un peso: mientras no circula una corriente, las agujas permanecen inmóviles; pero desde el momento en que se lanza una corriente, se mueven. La corriente se lanza al comenzar el fenómeno y se cierra cuando éste termina.

Las explicaciones que van al pie de cada grabado indican claramente la marcha de ambos aparatos.

DR. SERVET DE BONNIERES

* * *

EXPOSICIÓN ELÉCTRICA DE BUDAPESTH

Las aplicaciones mecánicas de la energía eléctrica son muchas y muy variadas; en efecto, los motores eléctricos pueden proporcionar fuerza motriz á todas las máquinas utilizadas en la industria; pero sucede á menudo que no se conocen todas las aplicaciones á que puede prestarse la energía eléctrica. El Museo del comercio de Budapesth ha organizado una exposición que se abrió en 27 de mayo último y se cerrará en 30 de septiembre, y que comprenderá las máquinas de trabajo que pueden ser movidas por medio de una transmisión establecida en un motor empleado para otros usos, de una potencia máxima de cinco caballos; las máquinas que pueden ser utilizadas con un motor separado de una potencia máxima de dos caballos, y todas las máquinas, aparatos y disposiciones que utilizarán la energía eléctrica, tales como aparatos de calefacción y de cocina, los instrumentos para planchar y para la ventilación, de una potencia de un caballo.

Todas estas máquinas habrán de funcionar y serán movidas por motores de corrientes alternativas de la compañía Ganz. La clasificación general que hemos consignado comprende las máquinas para teñir las telas, para la fabricación de espejos y de cristales, las de coser, para zapateros y sastres, para trabajar el hierro y los metales, para trabajar la madera, para tejer y bordar, para fabricantes de cepillos, para encuadernar, las máquinas tipográficas, para trabajar el cuero, para los pasamaneros, para cortar la carne, para panaderos, para fabricantes de chocolate, para bruñir y lavar, para sombrereros, guanteros, lecheros, las máquinas para fabricar hielo y botones, para trenzar y para trabajar el oro y la plata.

Esta exposición será, como se ve, en extremo interesante y permitirá apreciar todas las ventajas que pueden sacarse de las aplicaciones mecánicas de la energía eléctrica, especialmente en lo que concierne á las potencias débiles.

GENERADORES Y TRANSFORMADORES POLIMÓRFICOS DE ENERGÍA ELÉCTRICA

Sobre este tema ha dado M. E. Hospitalier en 18 de mayo último una interesantísima conferencia ante la Sociedad francesa de Física y la Sociedad internacional de Electricistas, reunidas.

Después de haber examinado las diversas formas bajo las cuales se presenta la energía eléctrica (continua, alternativa, difásea y trifásea) y de haber indicado los caracteres distintivos de cada una de esas formas, M. E. Hospitalier se ocupó de las principales aplicaciones ya realizadas por medio de los aparatos dimórficos y mostró en proyecciones las máquinas Schuckert, Westinghouse, de corrientes alternativas y difáseas, y las máquinas Tesla, de 750 kilowats; luego enumeró las transformaciones sucesivas de las corrientes continuas, alternativas, difáseas y trifáseas.

Para la transformación de las corrientes continuas en corrientes alternativas, M. Solignac construyó en 1888 un aparato denominado *ondulador* que no tuvo éxito.

También existe en América un transformador que se utiliza para soldar los rieles de tranvías.

Las corrientes continuas pueden ser transformadas en corrientes difáseas y trifáseas; asimismo las corrientes alternativas pueden ser transformadas en continuas. En Cassel un motor sincrono de corrientes alternativas empalmado en el circuito de transformación acciona directamente dos dinamos de corrientes continuas que sirven para la carga de los acumuladores: éstos se utilizan para hacer funcionar como motores las dos generatrices de corrientes continuas y poner en funciones el motor de corrientes alternativas en el momento del desamarre.

La industria reclama igualmente á veces la transformación de las corrientes difáseas en corrientes continuas, como acontece con la Sociedad de las cataratas del Niágara y de la ciudad de Budapesth, que efectúan á distancia transmisiones de energía por medio de corrientes difáseas que accionan varios motores que á su vez ponen en movimiento dinamos de corrientes continuas.

M. E. Hospitalier terminó hablando de la transformación de las corrientes difáseas en trifáseas por medio del transformador Scott, de la transformación de las trifáseas en continuas por medio de los aparatos de los Sres. Hutin y Leblanc y de la de corrientes trifáseas en difáseas.

Esta interesante conferencia ofrece nuevo campo á los electricistas y evidencia todos los recursos que pueden ofrecer las transformaciones sucesivas de la energía eléctrica para resolver los distintos problemas industriales que se presentan en la transmisión á distancia y la utilización de la energía eléctrica.

CARLOS JACQUE

El pintor y grabador francés Carlos Jacque, recientemente fallecido en París á la edad de ochenta años,



El célebre pintor y grabador francés Carlos Jacque † en 8 de Mayo último

era el último sobreviviente de la famosa escuela de Barbizón.

Como Teodoro Rousseau y Millet, con quienes vivió por espacio de treinta años en una intimidad de todos los instantes en la rústica aldea de la Brie, en los lindes del bosque de Fontainebleau, ha dejado una huella muy personal y muy intensa en el arte contemporáneo.

Como ellos, ha contribuído al renacimiento del paisaje, tomando como modelo único la naturaleza, pero se diferenció de sus antiguos compañeros en que se limitó á una especialidad más reducida.

Fué el pintor especialista de los carneros apretados unos contra otros en el establo, diseminados en pequeños grupos en el campo, vigilados por el perro guardián ó por los indiferentes pastores. Fué el primer historiógrafo, por decirlo así, de los corrales, el narrador de los pequeños episodios de la vida de los gallos y de las gallinas, de los vanidosos pavos y de los cerdos que se revuelcan en el estercolero.

Como pocos, supo reproducir esas escenas, especialmente por medio del grabado: sus aguafuertes, cuyo número excede de cuatrocientas, sus grabados á puntos y en madera lo colocan en primera línea entre los grabadores del presente siglo.

La pesadez de sus toques en pintura resultaba una cualidad buena en el grabado, y le ofrecía, en el contraste de negros y blancos, magníficos efectos que hicieron que sus composiciones fuesen apreciadas muy rápidamente.

Jacque deja una obra considerable, y su vida, enteramente consagrada al trabajo, será siempre una enseñanza y un ejemplo para los artistas. Sus primeros dibujos datan del sitio de Amberes de 1830, del cual fué testigo presencial por haberse alistado como voluntario.

Durante las dos terceras partes de su vida Jacque conoció todas las dificultades, y sólo en 1870 sus esfuerzos obtuvieron la recompensa de un lucro proporcionado á sus grandes talentos.

LIBROS

Biblioteca ilustrada. – Cuatro nuevos tomos ha publicado la «Biblioteca Ilustrada» que editan los señores Roura y del Castillo; tres de ellos, pertenecientes á la segunda sección, ó sea á la de los volúmenes á una peseta, son *Cuentos escogidos* de Alvaro L. Núñez; *El último mohicano*, de Fenimore Cooper, y *Ondina*, del barón de la Motte Fuqué; el otro, de la sección primera, cuyos volúmenes se venden á 50 céntimos, es *El precio de una dádiva*, novela de doña Antonia Díaz de Lamarque. Todos son de interesantísima y amena lectura y llevan muchas y muy bonitas ilustraciones. Véndense á los precios indicados en la librería de don Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Por Levante, *por Alfonso Pérez Nieva*. – La «Biblioteca Selecta» que publica en Valencia don Pascual Aguilar, ha aumentado el largo é interesante catálogo de sus obras con dos tomos que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores. Notas de viaje las llama su autor, el reputado escritor Sr. Pérez Nieva, y comprenden hermosas descripciones de Valencia, Tarragona, Barcelona y Zaragoza, enriquecidas con imparciales juicios é impresiones bien sentidas, que dan idea perfecta de lo que son y significan las mencionadas ciudades. Hay en la obra del Sr. Pérez Nieva una mezcla tan acertadamente combinada de verdad y poesía, de observación y sentimiento, que hacen, más que agradable, deleitosa la lectura de *Por Levante*. Los dos tomos se venden en las principales librerías á 50 céntimos de peseta cada uno.

Filosofía antigua poética, *del doctor Alonso López Pinciano*. – La índole especial de esta sección no nos permite, y de veras lo sentimos en la ocasión presente, ocuparnos cual se merece de esa importantísima obra de uno de los grandes filósofos y literatos españoles del siglo XVI, el vallisoletano doctor Alonso López. La *Filosofía antigua poética* constituye un compendio de lo que se llaman preceptos clásicos, plantea y resuelve casi todos los problemas de esencia y de forma que se contienen en los tratados filosóficos de la belleza, y es, en suma, una obra maestra de preceptiva literaria, la de mayores horizontes quizás de la época en que fué escrita. El catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Valladolid D. Pedro Muñoz Peña, al publicar nuevamente este libro y al escribir para el mismo una bellísima introducción y una multitud de notas que demuestran su gran erudición y su justo espíritu crítico, ha prestado valioso servicio á la literatura española popularizando la obra del médico sabio, del literato eminente, del crítico perspicaz, del notable humanista López Pinciano. El libro ha sido impreso en Valladolid (imprenta de Hijos de Rodríguez) y se vende al precio de 8 pesetas.



S. A. la infanta doña Isabel de Borbón,
cuadro de José Garnelo

Obras escogidas de Juan de Cominges. – Los que han seguido el movimiento y los progresos de las ideas democráticas y republicanas en España, recordarán sin duda el nombre de Cominges, el que fué director de los reales jardines de San Ildefonso en tiempo de doña Isabel II, el que con sus compañeros de la Milicia se batió heroicamente en el palacio de Vistahermosa en 1856, el que tomó parte activa en la revolución de 1866 en Madrid, el catedrático de Prácticas Agrícolas de la Escuela de la Florida, cátedra que renunció por no querer jurar la Constitución de 1869, el que en León fundó en 1868 el primer diario que en España se tituló *La República*, el que en 1870 emigró á América, en donde durante veintidós años ha sido el apóstol de la agricultura, de la colonización y de la industria. A su muerte, acaecida en enero de 1893, sus hijos, honrando la memoria de su padre, han publicado sus obras, que bien merecían por su importancia ser conocidas y propagadas, pues Cominges fué, además de sabio insigne, escritor notable é inspirado poeta. El libro que nos ocupa y al que precede un interesantísimo estudio biográfico escrito por el doctor bonaerense D. Matías Alonso de Criado, ha sido impreso en Buenos Aires y comprende artículos sobre exploraciones al Chaco del Norte, conferencias sobre asuntos varios, pero especialmente agrícolas, artículos políticos, y bellísimas poesías, demostrando todos estos trabajos excelentes la diversidad de talentos y la profundidad de estudios de su autor, cuyo nombre pronúnciase con respeto y admiración en España y en América.

Anagrafotecnia, *por D. Ambrosio Ristori y Mella*. – Con este título ha publicado el contador de navío de 1.ª clase Sr. Ristori un folleto que satisface una gran necesidad, cual es la de establecer un sistema de cuenta y razón metódico, claro, sencillo, exacto y que continuamente ofrezca el resultado de todas las operaciones en el constante balance, no sólo del capital, sino de las especies que le constituyen. Es un nuevo sistema de contabilidad mercantil, basado en los principios fundamentales de la partida doble. Véndese la obra al precio de cuatro pesetas ejemplar en las principales librerías y en casa de su autor, calle de Santa Teresa, 23, en San Fernando (Cadiz).

Un assalt, *per Artur Carreras*. – Se ha impreso la comedia en un acto y en prosa que con este título y con gran éxito se estrenó en el teatro Romea de esta ciudad en 16 de abril de este año.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 11 de junio de 1894 — Núm. 650

A pesar de nuestros buenos deseos, hasta el próximo número no podremos repartir el tomo tercero de TRADICIONES PERUANAS y el tercero y último de NERÓN, éste correspondiente al año próximo pasado



LA FUERZA DEL DÉBIL, grupo en yeso de Enrique Clarasó

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La Democracia y el Cristianismo. – *La ciudad de Dios*, de San Agustín. – Grandeza de esta obra. – El congreso de las religiones en América. – El cardenal Manning y el obispo de San Pablo. – Palabras de Bourget. – Luz de la luz. – El Regionalismo. – Cómo la unidad consubstancial de nuestra patria se conoce cuando las regiones se hallan divididas entre sí. – A los gallegos y á la Coruña. – Conclusión.

I

El progreso no fuera en ningún tiempo un dogma de los antiguos; el progreso es un dogma cristiano. Los indios creían el mundo un obscuro calabozo, un lugar de expiación donde el alma humana purgaba delitos anteriores á su vida terrestre. Pitágoras, al pretender una revolución política no menos que una revolución filosófica, buscaba el ideal de su doctrina en las entrañas de las sociedades asiáticas. Platón, queriendo modelar la sociedad con arreglo á su idea absoluta y reflejar en el Estado su propia conciencia, petrifica los pueblos como creído de que la inmovilidad es la suma perfección, y encuentra en las castas de las antiguas sociedades, ya rotas por el progreso, la ley de su sociedad y de su tiempo. Virgilio, el alma sin duda más llena de esperanza que la historia antigua nos presenta, el cantor de una nueva edad de oro, dice en sus libros que el mundo vuelve á lo pasado como barca empujada hacia atrás y combatida por el huracán y las ondas. Lucrecio, uno de los poetas más sublimes que guarda en sus anales la literatura, al ver que Júpiter no desata sus iras sobre Roma, que no la reduce á cenizas por sus crímenes, reniega de los dioses y de los hombres. El republicano Horacio, no comprendiendo que el Imperio venía á cimentar también la obra de la libertad, despreciaba ¡él, que había huído en la batalla de Philippos!, despreciaba las generaciones que le rodeaban y creía que su seno estaba destinado á engendrar el mal y la servidumbre. Catón, el gran Catón, el espíritu más justo y más severo de los antiguos tiempos, cuando oye el ruido que la antigua República produce al desplomarse y el canto de las vencedoras legiones de César, se parte con su espada el corazón, donde ya no quedaba un resto de consuelo. Y Bruto, el último romano, la última encarnación republicana de la idea estoica; Bruto, que había llevado su amor á la libertad hasta el crimen, su odio á la tiranía hasta el desprecio de todo sentimiento humano; cuando se vió vencido, cuando las huestes de los triunviros rodeaban su tienda, en las sombras de la noche, de rodillas á los pies de un soldado, le pide como bien supremo la muerte, y al recibirla y concluir, convirtiendo su errante mirada hacia los astros que iluminaban tranquilos aquella desoladora escena, pronunció estas angustiosas palabras: «Virtud, nombre vano, engañosa sombra, siervo del destino, ¡ay! ¡he creído en ti!» Horrible muerte que concluye con un grito de maldición, grito nacido, más que del dolor de un hombre, de las entrañas de la sociedad antigua, desposeída del mayor tesoro del mundo, de la santa y consoladora esperanza. La idea de progreso es eminentemente cristiana. El progreso no es en el cristianismo sólo una ley reconocida por la conciencia, es también un deber impuesto á la voluntad. «Sed perfectos, nos dice Jesús, como mi Padre, que está en los cielos.» El cristianismo ha levantado, pues, á los ojos del hombre un ideal de progreso, que aunque el hombre no puede alcanzar nunca en la tierra, moverá siempre su voluntad á ir en pos de la perfección. «Sed perfectos, como mi Padre, que está en los cielos.» Es decir, acercaos á Dios, en cuanto vuestra naturaleza lo consienta. Y como Dios es verdad, bondad y hermosura perfectas, el hombre debe perfeccionar cuanto le sea dable su verdad, la ciencia; su bondad, la moral, la política, la sociedad; su hermosura, el arte. Por eso puede con razón decirse que el reinado del cristianismo en la historia es el reinado del espíritu. Y como el espíritu es inmensamente activo, el reinado del cristianismo es también el reinado del progreso. Ved con cuánta razón deploro que se intente hacer á esta divina religión cristiana cómplice del absolutismo por esos hombres dados á respirar el fétido aire de los sepulcros, y que toman el fuego fosfórico, el fuego fatuo producido por la descomposición de los cadáveres, como la eterna luz de la verdad y de la ciencia. ¡Y aún se duda de que el cristianismo haya derramado la idea del progreso en la historia! Jesús divinizó esa virtud progresiva que se llama esperanza: Jesús prometió que los hombres hijos de un mismo padre, hermanos, llegarían á tener un solo altar y un solo Dios. Este sentido de progreso debió seguir influyendo en las obras de los Padres de la Iglesia. San Pablo enseña esta misma idea cuando dice que el hombre tenía nociones obscuras de Dios, porque era niño, y como niño su razón era débil; pero que cumplidos ya los tiempos proféticos debía Dios mandarnos su Verbo para adoptarnos por sus hijos. Los Padres de la Iglesia recogieron esas ideas, y las enseñaron al mundo maravillado. Y si no, explicad qué significa la celeste esperanza que centellea sobre *La ciudad de Dios*, de San Agustín. Destronada Roma; vendida en el Senado la estatua del valor; arrojados por los sacerdotes paganos los dioses á la voracidad de los bárbaros; triunfante el godo Alarico en el Capitolio, teniendo en sus manos el manto de los césares empapado en sangre romana, pronto á arrojarlo tal vez en los hombros del último de los soldados; inundada de ostrogodos Grecia, de visigodos Italia, de francos y burgundos las Galias, de suevos y vándalos España, de alanos el Africa; convertida toda la tierra en hoguera, todo el cielo en espantosa tormenta; mientras los paganos, sin fe en la mente, sin esperanza en el corazón, ciegos por haberse apagado el antiguo ideal romano, maldecían la edad de dolor en que vinieran al mundo, y renegaban de los dioses y de los hombres; San Agustín escribe *La ciudad de Dios* á la luz de la hoguera, tomando su acento á la tempestad; *La ciudad de Dios*, rayo de luz en aquella espesa noche; iris de paz en aquella tremenda tempestad, santa y consoladora esperanza que enseña al mundo á convertir los ojos al norte de la Providencia, y á creer que del horno de aquellas guerras va á salir la humanidad más grande, más fuerte, como poseedora de la única fuente de la verdadera vida, que es el espíritu de Dios.

II

Hemos comenzado por estas reflexiones á causa de tener ante la vista el volumen relativo al Congreso de las Religiones en América, donde constan todos sus trabajos, remitido por su colector, al cual agradecemos con todo nuestro corazón este gratísimo recuerdo y este precioso regalo, que guardaremos entre las primeras y más amadas reliquias de nuestra biblioteca. Aunque no hubiera tenido tan grande Asamblea otra ventaja que haber congregado todos los cultos en sus senos y conseguido que los representantes de éstos, diversos sacerdotes, dirigieran á las alturas el *padre nuestro*, ya se contaría entre las primeras reuniones celebradas en el tiempo y en el espacio, siendo bajo cierto aspecto y en cierto sentido acaso única y singular. Así no puede maravillarnos la importancia dada por todos los publicistas europeos, que siguen y estudian la idea en sus fases, así á las obras del ilustre cardenal Manning, demócrata y cristiano, como á los sermones del obispo de San Pablo, ido á París con el objeto de apoyar el pensamiento de León XIII respecto á la república francesa y cuyos discursos acaban de publicarse últimamente, maravillando á todos por la conjunción en ellos establecida entre los dogmas católicos puros y las puras instituciones republicanas. El efecto ha sido tan grande y el resultado tan maravilloso, que un escritor tan insigne como Bourget, muy escéptico en lo referente á nuestras instituciones predilectas, ha dicho que hubiera tenido por bien empleado su viaje al Nuevo Mundo con el santo logro no más de haber oído al célebre obispo explicar la concordancia entre la religión católica y las constituciones republicanas. Este gran espíritu americano de tolerancia nos enamora mucho en Europa, y nos hace comprender su primacía sobre los pueblos que toman los arqueológicos recuerdos de sus viejas sociedades por verdadera vida. El pensamiento es luz de la luz, cual el espacio infinito es el espejo, así del humano espíritu como del divino, quienes en las religiones se hallan y se juntan. Pero lo que de la América sajona sobre todo nos domina y subyuga es la unidad interna del espíritu en medio de la variedad de manifestaciones.

Yo se lo digo siempre á los regionalistas españoles, cuando salen, como han salido este verano, los célebres de la Coruña y Galicia con pretensiones arcaicas á una separación feudal de la madre patria. Reina espíritu por tal manera uno entre las diversas regiones nuestras, que, aún estando separadas, al mismo fin y objeto han coadyuvado, pues se diría que las mueve una sola voluntad y un solo pensamiento. En los siglos de las instituciones fragmentarias, de la separación y de la guerra perpetua entre los pueblos, bien pronto la unidad interior se ha revelado, trabajando Cataluña y Castilla con sus condes, León y Portugal con sus reyes, Navarra con sus caudillos semifranceses, Barcelona con sus concelleres medio provenzales en la obra de nuestra unidad territorial y espiritual como si tuvieran un alma y un cuerpo tan sólo. Así, cuando más deliraban el estío último algunos en Galicia y en la Coruña con sus alucinaciones regionalistas, más les decía yo que nuestra comunidad nacional no está fundada en el código político, ni en las leyes coercitivas, ni en los administradores y en los gobernantes varios; está fundada en la identidad del espíritu entre todos los ciudadanos, propendiendo al centro luminoso y mecánico, que atrae desde las moléculas de nuestros cuerpos hasta las ideas de nuestros espíritus y que se denomina la unidad nacional. Así les decía yo, con motivo de las últimas publicaciones gallegas sobre el regionalismo de aquellos compatriotas, lo siguiente, demostrativo de que dentro de cada región particular, por muy autónoma que sea, cabe la unidad nacional, merced al trabajo inconsciente de todos por conservar la tan sublime alma patria.

III

Nosotros nos conocemos de antiguo con profundo conocimiento, y de antiguo nos estimamos con verdadera estimación. Yo sé vuestra historia y cuánto habéis contribuído los gallegos á la cultura universal española desde las apartadas regiones occidentales, donde habéis aparecido por siglos de siglos como los habitantes extremos del planeta, en cuyos ámbitos mil cuentos, más ó menos fabulosos, de vosotros se narraban; y cómo los primeros exploradores del mar inmenso, cuya inmensidad, en las antiguas nociones astronómicas, se confundía con la misma inmensidad del cielo, y cuyas aguas todas las tardes apagaban como una brasa purpúrea la roja faz del sol. Yo creo ver aún la nave de mimbres y de cuero en que llevasteis al archipiélago británico, entonces sin nombre, los primeros celtas de su gran familia céltica, que tanto ha contribuído á su cultura general con los primeros gérmenes de aquel antiguo celticismo, que resulta hoy, al resplandor de la crítica moderna, el más espiritualista de todos los dogmas paganos. Yo creo escuchar el saludo dirigido á vuestras costas por los primeros navegantes fenicios, llamándola estrella vespertina en la letanía de calurosos elogios con que todos los descubridores encarecen todos los descubrimientos. Yo reconozco en vuestra Coruña la Gades hermosísima del Norte; y cuando veo la torre ciclópea del fabuloso Hércules, que personifica los combates de las fuerzas redentoras, de las fuerzas humanas, con las fuerzas resistentes, con las fuerzas mecánicas, paréceme ver, antes aún que allá en Alejandría, tan ufanada por haber dado nombre á los faros, la luz de vuestra inteligencia, más próvida ciertamente que la luz de los astros, esclareciendo en remotas edades los remolinos de las olas y enseñando á los misérrimos trabajadores del mar el ceño adusto de los pavorosos escollos, entre las tinieblas espesísimas de tormentosas noches. Yo admiro en vosotros una virtud que, si no produce las grandes improvisaciones súbitas, produce las obras duraderas; yo admiro la dulce tenacidad con que habéis contrastado las varias invasiones, y habéis opuesto á la cábala del fenicio, á la seducción del heleno, á la codicia del cartaginés, á la terrible autoridad del romano, á la fortuna del suevo, á la conquista del árabe, al terror sembrado por los normandos, aquel apego, mejor dicho, aquella consubstancialidad con nuestra tierra querida y adorada por igual como un santuario, y aquel viejo culto al espíritu de vuestros padres, centelleante aún sobre los altares de piedra granítica y bajo las ramas de los lucos ó bosques sacros: prueba de cuánto pueden las razas empeñadas en conservar pura la sangre propia, intacta el alma secular, vivas las costumbres y creencias históricas, contra los diluvios del aire, contra los terremotos del suelo, contra las ruinas del tiempo, contra las catástrofes geológicas del planeta, contra los estragos de las guerras y demás plagas sociales, contra las fuerzas cósmicas, así de destrucción como de renovación, cuando quieren con-

trastar la fatalidad incontrastable del Cosmos y aun las grandes arbitrariedades de la libertad, con obstáculo de insuperable resistencia, de gran de poder y alcances, el cual todo lo mueve, pareciendo inmóvil, y todo lo metamorfosea, pareciendo perenne: la callada y recatadísima y apenas perceptible voluntad popular, de propósitos modestos y humildes, pero firmes y duraderos, que se llama constancia, y que, sin duda, está destinada de suyo á vencer todos los arrebatos y á predominar sobre todos los arrebatados en las continuas competencias de la vida y en los perdurables combates del mundo. Y como sé cuanto habéis hecho por la patria en el esfuerzo de los siete siglos, en el descubrimiento de nuevos mundos, en la cultura de apartadas colonias, en batallas navales como la batalla de Lepanto, en porfías por conservar el predominio marítimo de nuestra España, que comienzan y concluyen con dos hechos nefastos para nuestra fortuna, pero gloriosísimos para nuestra honra, con la Armada Invencible y Trafalgar, en la epopeya que se llama guerra de la Independencia; como sé cuanto habéis hecho por la patria; sé cuanto habéis hecho por la libertad; sé cuanto habéis hecho, no sólo allá en los siglos medios, adelantándoos doscientos y más años á los ciompios de Florencia, y á los labriegos de Alemania, y á los frondistas de Francia, y á los comuneros de Castilla, y á los moravos de Austria, en combatir al feudalismo y en fundar por los siglos décimocuarto y décimoquinto la vieja hermandad, rudimento de las democracias modernas, destinadas á llenar el mundo; como sé cuanto habéis hecho, no sólo en estos apartados incidentes de vuestra historia y de vuestra vida, en otros más cercanos; permitidme que salude á la ciudad, cuya voz fué la primera en secundar el maravilloso esfuerzo de la segunda revolución liberal en principios de nuestra centuria, la cual revolución, sin vosotros, sin la Coruña del año veinte, se hubiera perdido, y al perderse, no concluyera como concluyó con la Santa Alianza en Europa y con la restauración realista en Francia; no adelantara como adelantó la independencia de Grecia y la libertad en Sicilia y Cerdeña; no revelara como reveló cuánto espíritu liberal se anidaba en esta tierra, donde la infame traición y perjurio del año catorce habían reanimado hasta la Inquisición, y no hiciera como hizo, en la noche moral producida por los desengaños subsiguientes á la humanitaria revolución francesa, de nuestro siglo uno de los siglos más ilustres en la humana historia, y de nuestra patria uno de los factores más eficaces en el universal humano progreso. Yo conozco, pues, y estimo vuestro carácter moral, vuestras virtudes cívicas; la tenacidad con que habéis guardado aquellas cualidades fisiológicas y espirituales de la raza ilustre, á cuyo amor debéis la vida; el trabajo con que habéis cooperado al desarrollo ilustre de una patria mayor, extendida por el común esfuerzo de todos sus hijos en las principales porciones y partes del planeta; los rayos de luz que habéis puesto con vuestra inteligencia en ese vivificador y esplendentísimo elemento encendido, en el espíritu de nuestra especie, compuesto por la Naturaleza domada, por el Estado progresivo, por el arte inspirado, por la religión pura, por la ciencia humana, y que se denomina civilización; signo característico, no sólo de nuestra soberanía sobre las especies inferiores de nuestra superioridad sobre las razas siervas, ó confundidas con el sueño propio de una infancia inerte é indistinta en el seno de la Naturaleza. Recibid, pues, en mi tributo de sinceros elogios el testimonio de mi reconocimiento á vuestros servicios. Pero, creedlo, sólo Dios es grande, y sólo España es inmortal.

Madrid, junio de 1894



VETURIA Y CORIOLANO, cuadro de José Garnelo



ASPASIA Y PERICLES, cuadro de José Garnelo y Alda

CUENTAS ATRASADAS

Hace ya mucho tiempo – no sé cuánto con exactitud, pero, en fin, mucho – que los periodistas de todo el mundo (de todo el mundo en que hay periodistas, por de contado) debemos un voto de gracias unánime y entusiástico á nuestros compañeros de oficio en Budapesth. No quería yo tomar la iniciativa en esto, porque, sin modestia, me considero muy poquita cosa para asumir la representación de todos mis colegas; pero como nadie parece dispuesto á proponer ese voto de gracias, allá voy con mi proposición, seguro de que obtendrá, sin ser discutida siquiera, el voto de cuantos al noble ejercicio de redactar en periódicos se consagran.

Bien será, antes de proseguir, que principie yo por refrescar la memoria de aquellos que hayan olvidado la victoria por los periodistas húngaros obtenida sobre un personaje; el cual personaje fué osado á desconocer los derechos y las preeminencias de la prensa periódica.

Pues

«ya que en la tierra hasta el amor se olvida,»

como dijo un autor dramático muy célebre, nada tendrá de extraño que se haya olvidado también el hecho á que hago referencia.

El caso, tal cual lo publicaron casi todos los periódicos por aquel entonces, ocurrió de este modo:

El señor presidente de la Cámara de los Diputados de Hungría retiró á los periodistas las tarjetas de entrada á los pasillos y al salón de conferencias.

Ni más, ni menos, como si aquel señor presidente hubiese creído que el palacio del Congreso era su propia casa, en la cual, como es lógico, podía conceder ó negar la entrada á quienes tuviera por conveniente.

Hiciéronle comprender, sin duda, que estaba muy equivocado; que el palacio de la representación nacional no es, en parte alguna, propiedad del presidente, ni siquiera su domicilio, sino propiedad del país; y entonces, el presidente, sin caer por completo de su burro *(passez le mot)*, pero, comprendiendo que había cometido una torpeza, concedió, como gracioso privilegio, *pases* de favor á los directores de los periódicos principales. Y ya se comprende cuánto peor que la enfermedad fué el remedio.

Aquel señor presidente, á quien no conozco; de cuyo nombre no tengo noticias, ni quiero, perseveraba en el error de creer que el edificio en que los diputados celebran sus sesiones le pertenecía por completo y en absoluto, y descendiendo, con sus procederes, desde la elevadísima jerarquía de jefe del Poder legislativo, hasta la condición humilde de empresario de teatros ó de patrón de casa de huéspedes, se permitió señalar diferencias entre unos periódicos y otros periódicos; diferencias que únicamente es lícito establecer á quien trata de explotar un negocio ó de dar á conocer una industria.

Los directores *favorecidos*, obrando con dignidad y con entereza, negáronse á recibir como favor lo que les correspondía de derecho, y reclamaron para todos sus colegas *pases* idénticos á los que ellos habían recibido. El presidente insistió en cerrarse á la banda y los periodistas entonces *acordaron por unanimidad:*

1.° Retirarse del Parlamento.
2.° No dar cuenta de las sesiones.
3.° No publicar los discursos de los diputados.
4.° No insertar los incidentes, ni la marcha, ni las votaciones de ninguna discusión de la Cámara.

Y 5.° Limitarse á dar cuenta á sus lectores de las leyes votadas por los diputados.

La simple lectura de esos acuerdos basta para comprender que la lucha era imposible y que el presidente estaba derrotado antes de comenzar la batalla.

Y no podía suceder otra cosa.

No debo, ni pretendo, engolfarme ahora en consideraciones sobre política; no es necesario, ni sería aquí oportuno, exponer principios ó hacer profesiones de fe. Los sistemas de gobierno representativo serán buenos ó serán malos, eso no hemos de discutirlo ahora; el desarrollo y la importancia adquiridos en las sociedades de hoy por la prensa periódica serán perniciosos ó serán convenientes; sobre esto opinará cada uno á su modo y según sus particulares ideas; pero allí donde, como ocurre en Hungría, hay gobierno representativo y prensa periódica, es preciso, indispensable, aceptarlos, de grado ó por fuerza, como se aceptan siempre los hechos consumados.

Las sesiones de los representantes del pueblo han de ser públicas; si hoy, por circunstancias que están al alcance de todos, esas deliberaciones no pueden tener la publicidad que tuvieron en las antiguas repúblicas, donde se deliberaba al aire libre y en presencia de las muchedumbres, la prensa periódica tiene la misión de suplir esa deficiencia; el periódico viene á ser algo así como el hilo conductor de un teléfono que llevase las palabras de los oradores desde el estrecho recinto de la sala de sesiones al ágora en que han de ser oídas, y aplaudidas ó rechazadas, por las multitudes.

Interrumpida esa comunicación cesa la vida del Parlamento.

Así lo reconocieron los diputados húngaros que por 205 votos fallaron en favor de la prensa el litigio que pendía entre el presidente de la Cámara y los periodistas.

Fallo que se repetirá infaliblemente cuantas veces ocurra á un Congreso manifestarse hostil á la prensa periódica, sin la cual los parlamentos serán cuerpos sin vida, masas inertes, cadáveres galvanizados.

Porque el presidente del Congreso húngaro y los diputados que se pusieron de parte suya en aquella ocasión fueron tan ilusos como suelen serlo cuantos no profundizan, al examinar los hechos, y se alucinan por lo que en la superficie aparece.

Ocurre muchas veces, y séame perdonado lo vulgar del símil en gracia de su indudable exactitud, ocurre muchas veces, repito, que un amo condescendiente con sus criados, afable con exceso; que les pide por favor servicios que ellos tienen obligación de prestarle, se halla mucho peor servido que otro amo adusto, soberbio, de áspero trato y de modales altivos. Y consiste eso, no en que los criados de éste sean más humildes y más dóciles y en que sean desagradecidos los del primero, sino en que el servidor que en un día y otro día y otro y otro oye á quien le paga decir: «Hágame usted el favor de llevar esto.» «¿Quiere usted tener la bondad de traerme lo otro?,» llega á familiarizarse con la idea de que, en efecto, dispensa favores y da pruebas de bondad cuando accede á complacer á quien le suplica de aquel modo.

Pues una cosa muy parecida sucede con los representantes del pueblo, en municipios, en diputaciones, en Congresos, en Senados, etc., etc.

Y no hablemos de los empleados en las públicas oficinas porque esos ya simbolizan el colmo del endiosamiento.

No hay diputado que no se juzgue dueño absoluto del palacio del Congreso; como no hay edil para quien no sea de su propiedad la *Casa de Villa* con todas sus dependencias y con todo su mobiliario.

No existe empleado público para quien no sea evidente que cuantos visitan las oficinas por enterarse de los asuntos que en ellas se tramitan, son esclavos á quienes puede tratar con muy malos modos y recibir cuando quiera y despedir, si es necesario, á puntapiés, y cada uno de los cuales debe darse por muy honrado y por muy satisfecho, cuando consigue ser escuchado por un escribiente ó por un portero, sin que el portero ni el escribiente lo echen con cajas destempladas á freir espárragos ó á escardar cebollinos.

¡Cuánta no sería la admiración de uno de esos empleados, que se arrellanan en el sillón de despacho, como podrían arrellanarse en el trono, si alguien le dijera que había trocado los papeles! ¡Cómo se reiría de quien tratase de probarle que él, el empleado, era el servidor, y que el otro, el que pedía audiencia y preguntaba por el expediente, era el amo!

Pues justamente eso han dicho y eso han probado los periodistas de Budapesth al presidente de la Cámara, y por eso los debíamos, hace mucho tiempo, los periodistas del mundo un voto de gracias.

«Yo, el menor padre de todos,»

quiero decir, el más humilde de los periodistas de Madrid, pido á mis compañeros del orbe un voto de gracias para los escritores húngaros en general y en particular para los de Budapesth.

Y espero que esta moción mía sea tomada en consideración, y después, por unanimidad, aprobada.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

DIÁLOGOS MATRITENSES

LOS NOVIOS

– ¡Adela mía!

– ¡Silvestre de mis ensueños! ¡Cuánto has tardado hoy! Ya estaba yo diciendo: alguna cursi lo tendrá entretenido.

– ¿Yo entretenido con cursis? ¡Pues tiene gracia! Yo que me paso meses enteros sin dejar los libros ni salir á la calle á paseo...

– A propósito. Anoche te vió tía Frasquita en Apolo; de modo que tú te vas por ahí mientras tu pobre Adela pasa las noches sin poder pegar los ojos.

– ¡Oh, amor sublime y monumental!

– Sí, no puedo dormir porque me ha salido un flemón.

– ¿Conque tienes un flemón? ¿Y es gordo?

– Eso es, búrlate, después que tú tienes la culpa, porque eso es resultado de lo mucho que me haces rabiar.

– ¡Hombre!, ¿qué me cuentas?

– Sí, porque todas las que ves te gustan.

– Todas no; eso es una calumnia: pregúntaselo, si no, á doña Braulia, mi patrona.

– Que será alguna suripanta.

– No es suripanta, es manchega y tiene una hoja de servicios como pocas patronas.

– Pues ¿y eso?

– Como que en el ejército carlista fué cantinera de un batallón de navarros.

– Di, Silvestre, ¿y tú cuándo piensas formalizarte?, porque papá dijo ayer: «Bien podía ese caballero insinuarse...»

– ¿Insinuarme, eh? Pues yo, como mis tíos son tan bárbaros...

– Y ¿qué tienen que ver en esto tus tíos?

– ¡Una friolera! Como que quieren que cante misa.

– Pero tú no la cantarás.

– ¡Qué he de cantar! Lo que voy á cantarles será el *Trágala*, y tú serás la Libertad.

– Muy buen pensamiento; pero.., mira, Silvestre, por Dios, da un avance.

– ¡Un avance, córcholis! Como no quieras que me suba por la reja...

– ¡Ave María Purísima! Si te viera el sereno se armaba la bronca del siglo, y luego papá... ¡No, por Dios!..

– Bueno, mujer, no te alarmes. Y ¿qué hora es esa que suena?

– Las doce.

– ¡Demonio, y yo que no he cogido el llavín, no sé cómo me las voy á arreglar para entrar en casa!

– Que te abra el sereno.

– No estamos en buena armonía, y si no le ofrezco por lo menos veinte céntimos...

– Pues dáselos.

– ¿Sí, eh? Pues no puede ser, porque el portamonedas se me ha olvidado junto con el llavín.

– ¡Vamos, toma, dentro del papel va un real!

– ¡Adela!, ¿por quién me tomas? Mi dignidad... ¿Por dónde han caído? Hombre, sentiría que se extraviaran. ¡Ah! Aquí están. Muchas gracias. Ya te devolveré la suma, que acepto sólo á título de préstamo. Oye, ¿no tienes una peseta suelta?

– Ni suelta, ni atada... Sólo me quedan dos céntimos; ¿los quieres?

– ¡Quita allá, eso sería un abuso! ¡Adiós, palomita!

– ¡Adiós, monín!

– ¡Que me quieras!

– ¡Que no me olvides!

– ¿Quién te quiere á tí?

– ¿A mí? ¡Huy, Jesús, qué vergüenza!

– Vamos, ¿me quieres?

– Yo no lo digo.

– Vaya, mujer, dilo.

– Que no, que no, no lo digo.

– Pues bien, preciosa, yo lo diré.

– ¡Ay! La mamá se ha despertado. ¡Adiós!

– (¡Un real! Si fueran dos, me tomaría un café con tostada.)

* * *

– Vamos á ver, Ramona, dice usted que la señorita Lola suspira alguna vez.

– Vaya, señorito, vaya si suspira, sobre todo cuando le hablo de usted. Ayer, sin ir más lejos, le dió una cosa que se movían las botellas del tocador como si hubiera *terromoto*.

– ¡Oh, qué preciosa revelación! Tome usted dos pesetas.

– Por qué se ha de molestar usted, señorito, si yo no lo hago por interés, sino porque me da el corazón que han de ser ustedes muy felices.

– Ya sé yo que es usted persona de sentimientos muy dignos.

– Sí, señor, aunque me esté mal el decirlo: en los catorce años que llevo de peinadora nadie ha tenido queja de mí. Pregúnteselo usted á las señoras de Musolina, que siempre me dicen: «Ramona, es usted nuestro segundo padre.»

– Y ¿qué dice mi futura suegra?

– Esa sí que está furiosa. Ayer le dijo al señor: «No tienes sangre en las venas, cuando no le largas un puntapié al sietemesino ese que hace el guacamayo por la plazuela.»

– ¡Demonio! ¿Eso dijo?

– Y el amo contestó: «Mujer, no me quiero alterar, porque si no á ese mono lo voy á estrellar contra la esquina.»



¿SERÁ DIFTERIA?.., cuadro de Marcelino Santamaría y Sedano (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



MAGDALENA, cuadro de José Garnelo y Alda (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

– Eso es una barbaridad, digo yo.

– Bueno, señorito, ya se sabe que del dicho al hecho...

– Sí; pero si me larga un bastonazo, ¿qué hago yo?

– Y eso ¿qué importa? Cuando un hombre quiere á una mujer...

– Pero yo estoy muy delicado...

– Eso es, porque ustedes los señoritos no comen más que golosinas.

– En fin, con tal de que Lolita me corresponda.

– ¡Oh! Eso seguro. Ella no deja mal á nadie. Es incapaz de un desaire, ni á usted ni á otros como usted.

– En fin, á ver si me trae usted mañana contestación; pero no me haga usted esperar tanto como hoy, que me ha dado usted un plantón de dos horas.

– No tenga usted cuidado. ¡Si yo me pierdo por servir á las personas decentes! Adiós, señorito, adiós. (¿Serán buenas las dos pesetas?)

* * *

– ¡Bendito sea *Dió* y la *maresita* que ha *dao* á *lú* una maravilla ambulante tan zaragatera como la que tengo ante mi pupila!

– ¡Jesús, hombre, qué *predicaor* vienes hoy!.. ¿Has *almorzao* lenguas de loro?

– ¡*Too* se lo *merese* el santo, primorosa! Pero oyes, ahora que *macuerdo: ¿juiste* tú ayer á preguntar por mí á la *Montaña?*

– Sí, *arrastrao*, yo misma en persona, porque como has *estao* tres días sin ir á la *prazuela*, digo ¿qué le habrá *pasao* á aquel *perdis?*

– Estimando, por el favor.

– Pues fuí y el cabo López me dijo: «Está *arrestao* por *charlante*.»

– *Mar fin* tenga *er* cabo *Lope* y *toa* su casta, que son más sin vergüenza...

– Pues hijo, entonces cogí y le dí una peseta *pa* ti.

– ¡*Pa* mí! *Pue* no he visto una mota. Si te digo que ese cabo *Lope e* un *lipendi*. Vamos, que si no *juera* por la Ordenanza iba y le plantaba *do gofetás* que la *caeza* le daba *ma vuertas* que el angelón de la Giralda.

– ¡Conque no te dió la peseta!

– Te digo que no, *mujé; na*, ni un *séntimo*.

– Pues me alegro de saberlo, porque yo, que á Dios gracias tengo la lengua muy clara, iré y le diré cuatro cosas. ¡Habrá pillastre!

– Mira, *Ulogia*, no me comprometas. Los jefes son los jefes y los *sordaos* los *sordaos*. Si tú *va* y le *dise* con mucha finura *ar* cabo *Lope*: «Cabo *Lope, usté* es un *guaja*,» pongo por caso; pues *ma tocao* el gordo y lo *meno* voy *ar Disiplinario pa* treinta ó cuarenta *año*.

– ¡Jesús, chico, no será tanto!

– ¿Que no? A un paisano mío, porque dijo esto y *aqueyo* y lo otro..., *na, pue* veinte *año* de recargo en las Chafarinas. Conque lo mejor es *cayar*, y ande el movimiento, mayormente cuando *er* cabo *Lope* es *mu* decente, *mestima*, y en fin... Qué, ¿no *vamo* á las Ventas?

– *Güeno*, por ser tú y no traerte un *desavío* callaré; pero si no..., en fin, vamos andando, que se hace tarde y *aluego* volvemos á las mil y quinientas y el ama me arma cada *escandalera* que da la hora. Toma medio duro *pa* que pagues lo que se *ofresga*.

– ¡Ole ya por las *jembras* barbianas con *cercunstancias* y que saben querer!

– ¡Pillastre! Ya estás buen punto filipino.

– Permita *Dió* que *er mejó* día me encuentres en tu cocina dentro de una *casuela envuertito* en *perejí* y con un limoncito y piñones abriendo la boca...

– ¡Pues vaya una proporción! Hijo, los novios no los quiero yo en la besuguera.

– ¿*Pue* cómo?

– Vivitos y coleando.

* * *

– A tus pies, encantadora Jifine.

– ¡Hola, Luisín! ¿Tú por aquí?

– No esperabas verme esta mañana, ¿*non è certo?* ¿Adónde vas?

– A casa Mr. Hubert Patate.

– ¿El dentista?

– No, hijo, el modisto. Me está haciendo una *premier* para el *garden party* del martes; un *deshabille* de *drap tonckin ravissante*.

– ¡Ah! Estarás *fashionable very good*.

En la plaza de San Marcos, Venecia, cuadro de Enea Ballarini

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

– ¡Bah! Eres un adulador.

– Ayer decía el Baronet: «Jifi es la primera *professonal beauty* de este villorrio madrileño.

– Y tú, claro, te enternecerías. ¡Ja, ja!

– Siempre le gusta á uno que la *sua bella* tenga partido entre la gente *pschut*. ¿Y papá?

– Bien; en Bolsa: le avisó Pico de que podría comprar cincuenta acciones del Banco de España, y salió disparado.

– ¡Ah, sí, lo comprendo! Es todo un hombre honorable por todos conceptos. Pero sabes que á cómo están hoy las acciones...

– A 372'50, ¡Pero es un papel!..

– Sí, *d' acord avec toi;* pero las Cubas de 1886...

– No me hables de eso; ayer quedaron á 108'55. Bajan *mio* caro y bajarán más. Y con esto de las reformas, es muy expuesto. Es lo que yo le decía ayer á milady. «Todos estos papeles ultramarinos son papeles mojados.» Pero, oye: ¿aquel no es el *four and haud* de Perina?

– Sí, el mismo; ¿no ves el *pooney* que le regaló tu hermano?

– ¡Buen animal! ¡Cómo bracea! ¡Y habérselo dado á esa imbécil *çest bete!* ¡Ah! Oye: esta tarde en el *fivé o clock* de Antonieta quedaremos conformes para ir á ver el tronco, pura sangre, que quiere comprar papá.

– *All rigth;* entonces me voy al Veloz á almorzar, luego á la perfumería y á casa de Ondategui, que ha recibido unos guantes *sportman* arrebatadores. Me vestiré y tendré el gusto de ponerme de nuevo á tus lindos pies que beso.

– *A rivedersi mio fanciulo.*

– *Adieu, Jifi incroyable.* (Esta chica es la *creme* de la *creme* y tiene una dote... morrocotuda. *Io l'amo*, la idolatro.)

– (Este chico es tonto; pero para marido..., teniéndole las bridas cortas...)

A. DANVILA JALDERO

DON LUPERCIO

Hacía ya tres meses que D. Lupercio se encontraba cesante, dos días que no comía y cuatro horas que vagaba por las calles, resuelto á pedir limosna, pero sin ánimos para llevar á cabo su resolución.

¡Pobre D. Lupercio! Su cesantía le había caído encima cuando menos lo esperaba, cuando su espíritu atribulado por otras desdichas no recordaba tan siquiera que el ministerio se hundía en las profundidades del abismo político. ¿Cómo había de preocuparse el infeliz presupuestívoro de tal fenómeno, si precisamente el fallecimiento parlamentario de los ministros vino á coincidir con la defunción de doña Rosita, de su virtuosa compañera, á quien condujeron algunos parientes y amigos al campo santo en los mismísimos momentos en que los nuevos consejeros de la Corona acudían á Palacio para jurar sus nuevos cargos?

D. Lupercio estuvo durante quince días sumido en una especie de embrutecimiento, del que sólo salía para llorar como una Magdalena. El nuevo ministro del ramo á que pertenecía el desolado viudo, se encargó de proporcionar una distracción enérgica á su sopor y á su tristeza enviándole una mañana la cesantía.

Y que no podía ésta descolgarse con más oportunidad... La enfermedad y el entierro de doña Rosita, muy sencillo y humilde éste, larga y costosa aquélla, habían absorbido los escasos ahorros, reunidos á fuerza de trabajo, de parsimonia y de economía. Cuando se llevaron á la difunta no quedaba una peseta en la casa; pero en cambio D. Lupercio había entrado ya en el florido sendero de la deuda perpetua.

Durante los primeros días que siguieron á la comunicación ministerial, el cesante abrigó la esperanza de que las cosas podrían aún arreglarse. «Trabajaré... en lo que pueda,» dijo para su sayo; y el candido ex empleado se movió cuanto supo, que no era mucho por cierto, pues carecía de todas las mañas, habilidades y gracias que se requieren para hallar un rinconcito en donde ganarse el pan cotidiano. Hizo, sí, lo que su timidez y su natural encogido le permitieron; llamó á varias puertas y casi siempre sin resultado; alguna vez consiguió ciertos trabajillos poco remuneratorios, pero que al fin le valían unos reales, á intervalos muy irregulares. Con eso y con empeñar todo cuanto le quedaba, que era poco y no muy bueno, logró D. Lupercio alimentarse... hasta cierto punto. Pero un lunes por la noche se tendió sobre el escuálido jergón que le quedaba y que el prestamista de la esquina se negó rotundamente á

admitir, sin haber probado un pedazo de pan en todo el santo día. Durmióse, recordando quizás aquel viejo proverbio: «Quien duerme, come,» y logró en cierta manera justificar la verdad del adagio, puesto que soñó que el ministro, el mismo ministro que le dejara cesante, le enviaba una nueva credencial y con ésta una invitación para cenar con él, en desagravio y reparación del daño que sin querer ocasionara á tan probo y celoso servidor del Estado. Encontróse D. Lupercio en el suntuoso comedor de Su Excelencia, ante una mesa delicadamente servida y agasajado con no menor delicadeza por aquel eminente hombre público, que de su propia mano, una mano que empuñaba las riendas del carro nacional, colocó una perdiz en el plato de su convidado. Pero está escrito que ni aun en sueños pueden gozar los pobres de un ilusorio remedo de la dicha. Al clavar D. Lupercio su tenedor en la pechuga de la sabrosísima ave experimentó un dolor agudo, cual si las puntas del instrumento se clavaran en su propio estómago. Aquella dolorosa impresión, efecto espontáneo de una hambre feroz, le despertó cuando las primeras tintas de la madrugada se introducían en el mísero cuchitril.

Toda la jornada del martes se pasó sin novedad; esto es, sin comer. El cesante trató de rebatir las desesperadas reclamaciones de su *yo* físico, citándole una multitud de ejemplos, de casos análogos, ocurridos en la India, en Rusia, en la misma España contemporánea. Luego apeló á la hidroterapia y trató de ahogar con grandes sorbos de agua los escandalosos rugidos que brotaban de su tripa exhausta; pero el cristalino elemento no constituye en momentos dados más que un eficaz aperitivo, y D. Lupercio empezó á sentir calambres, mareos y desfallecimientos.

– No hay más recurso, murmuró con voz ronca; pediré limosna... Dentro de algunos minutos habrá anochecido por completo y... ¡á mendigar!

Pero la noche se extendió sobre la ciudad, y pasaron minutos y más minutos sin que el famélico que recorría con paso torpe calles y más calles se atreviese á tender una mano implorante. Tratábase de estúpido, de imbécil, de necio vanidoso; su estómago se retorcía enfurecido, sus piernas demandaban auxilio, y sin embargo, el miedo de pedir era más fuerte que todo. Nada..., que no podía, que no sabía mendigar... Y de pronto experimentó una ansia vivísima de pegar, de estrangular, de morder á un mendigo de profesión que cruzaba por allí, un tipo de rostro desvergonzado, de palabra dulzona y afligida, que acosaba á los transeuntes, echándose sobre ellos, persiguiéndoles como un tábano. ¡Ah! Aquél sí que sabía su oficio... ¡Y qué modo de sacar raja con sus gimoteos y su mosconería! El cesante le contemplaba con rabia al par que con envidia: ¡quién pudiera tener su sin vergüenza, su descaro y su arte! «Éste no se morirá de hambre..., sabe pedir, sabe importunar,» pensaba con amargura D. Lupercio; y como en aquel instante le vislumbrase el pordiosero, se disparó sobre él entonando su canturia plañidera: recibióle el otro con un bufido de ira, hizo ademán de sacudirle una guantada y el mendigo escapó como una saeta murmurando un «¡qué tío!» acompañado de una blasfemia, propia de la gente inculta y mal educada.

D. Lupercio prosiguió su camino, paseando su hambre cada vez más atormentadora por todos los ámbitos de la ciudad. La noche adelantaba; algunas calles aparecían casi desiertas; cerrábanse ya las tiendas, dejando sumidos en la obscuridad anchos trozos de empedrado reluciente un momento antes al fulgor que brotaba de los lujosos aparadores. La luz, la animación, la vida se extinguían por aquellos barrios do el náufrago de la empleomanía arrastraba sus terribles ansias; quiso refugiarse entonces en otras vías más céntricas, de las que hasta entonces había huído; hizo un llamamiento enérgico á las debilitadas piernas; apretó el paso, y de pronto se detuvo, casi maquinalmente, para bajarse y recoger un papel, una carta, cuya blancura se destacaba sobre el fondo negruzco del arroyo.



En el jardín, dibujo de Emilio Sala

Era un simple sobre, sin dirección ni nada, abierto... D. Lupercio introdujo las puntas de los dedos, y los dedos sacaron fuera un papel, no, dos papeles juntitos, plegados en cuatro dobles y á cuyo solo contacto experimentó el cesante algo parecido á una sacudida eléctrica, seguido de un temblor y de una opresión. Aproximóse á un farol, examinó su hallazgo y al punto le entraron unas ganas indecibles de reir y de llorar al mismo tiempo. ¡Dos billetes del Banco de España!.. ¡dos!.. viejecitos, sobados y grasientos, lo cual atestiguaba más que nada su honrosa legitimidad... ¡Dos billetes... y cada uno de cien pesetas!

¡Cuarenta duros!.., es decir, un mes, dos meses, un trimestre quizás, de existencia asegurada..., y sobre todo, la perspectiva indubitable de una cena próxima, ¡y tan próxima!, de una cena opípara, abundosa, que matase aquella hambre infame, ruin, indecente, que le retorcía las tripas y le taladraba las paredes del estómago. ¡Cuarenta duros!.. Esta cifra, esta palabra, las repitió D. Lupercio con un rugido, mezcla de risa y de sollozo, que hizo volver la cabeza admirado á un transeunte.

Durante algunos momentos la emoción tuvo al pobre diablo clavado en aquel sitio de ventura, en aquella California de paso. Luego murmuró alegremente: «A cenar, compañero, que ya se hace un poco tarde;» y procurando afianzar el paso, echó á andar.

Pero aún no había dado cuatro zancadas, con la mente fija en un restaurant de él conocido y cuya alegre fachada parecíale ya tener enfrente, cuando oyó tras de sí una voz angustiosa, anhelante:

– ¡Caballero... caballero!..

Detúvose, volvió el rostro, se encontró con un semblante descompuesto: el de un hombre joven, un obrero al parecer, que le dijo con el mismo acento conmovido y tembloroso.

– Caballero... por favor... dígame.... ¿ha encontrado usted mis cuarenta duros?

D. Lupercio quedó anonadado.

– El tendero de la esquina, aquel señor que está allí... en la puerta de la tienda..., me ha dicho que había visto á usted bajarse y recoger algo... un papel... del suelo... Mire usted, caballero..., yo soy un pobre dependiente de almacén; he ido hace poco, un cuarto de hora apenas, á cobrar una factura de doscientas pesetas por cuenta de mi principal..., y... no sé..., pero se han caído los billetes..., dos billetes de veinte duros que estaban metidos dentro de un sobre... Estaba ya cerca de la casa de mi principal, cuando he notado que me faltaba el dinero; he vuelto atrás..., he buscado..., y... ¡por amor de Dios!, caballero, si ha encontrado usted eso... dígamelo.

El muchacho tenía los ojos llenos de lágrimas y de su pecho jadeante brotaban dificultosas las palabras. Don Lupercio no trató siquiera de luchar con su conciencia; alargó el sobre con su contenido al dependiente, cuyo rostro inmutado dibujó con rapidez eléctrica una expresión de inmensa alegría. Y fué tan brusca la mutación, que el efecto resultaba grotesco, pues mientras la parte superior del semblante parecía llorar todavía, se dilataba la inferior en una risa estúpida.

– Caballero, caballero, añadió el joven con voz solemne, ya un poco repuesto de su emoción, es usted un hombre honrado; me salva usted el honor, me... en fin... gracias, mil gracias. Si este dinero fuese mío, le ofrecería á usted una parte; pero es de mi principal; yo soy un pobre; no obstante, ¿quiere usted venir á echar unas copas conmigo?

– Gracias, murmuró secamente el cesante.

Y se fué, sin volver la cabeza, sin escuchar las protestas de agradecimiento que expectoraba todavía el otro; marchando delante de sí, sin rumbo ni voluntad, como un autómata, con la muerte en el alma.

Zumbábanle los oídos, y por delante de sus ojos parecíale que cruzaban sombras extrañas; luego, centellitas de un fulgor rojizo; sentía en las piernas, en las articulaciones de las rodillas, una sensación de flojedad que le obligaba á describir continuos zigzagueos; su cerebro entorpecido iba perdiendo la noción del pensamiento; mejor dicho, no pensaba ya; sólo de cuando en cuando le decía á su propietario, á un traspiés más pronunciado, más doloroso que los otros: «Ahora sí que nos caemos y que nos quedamos aquí...»

Sin embargo, D. Lupercio andaba, andaba sin cesar, salvando calles, plazas, plazuelas, arrabales en-



CAZADOR, dibujo original de José María Marqués



LAVADEROS EN ALCALÁ DE GUADAIRA, dibujo original de Manuel García Rodríguez

teros. Un airecillo húmedo, helado, azotó de súbito su semblante, y el cerebro inerte recobró su lucidez. Miró en torno suyo: se hallaba extramuros, en unos grandes jardines completamente solitarios, en donde los elevados árboles, cuyas copas se mecían en lento vaivén, bajo un cielo negro, triste, semejaban enormes fantasmas quejumbrosos.

D. Lupercio reconoció el sitio y recordó la última vez que había paseado por allí: cuatro meses atrás, una tarde de otoño, con su pobre Rosita, tan buena y tan fresca, entonces...

¡Cuatro meses no más! ¡Qué cambio tan horrible en tan poco tiempo!..

Los enturbiados ojos del infeliz creyeron distinguir en el fondo de la alameda que delante de él se extendía una sombra humana, de indecisos contornos, envuelta en flotante sudario; no veía sus facciones, pero las adivinaba; adivinaba una mirada llena de ternura y de piedad, y los silbidos del viento á través de las ramas repetían con siniestra melopea un llamamiento lúgubre: «¡Ven... ven!»

«Sí, ya voy...» murmuró D. Lupercio; y sin perder de vista al fantasma querido que parecía alejarse y atraerle, continuó adelantando: la arboleda describió súbitamente un ancho círculo, en rededor de un inmenso espejo negro, movedizo; el cesante sintió una impresión de frío glacial en sus tronchadas piernas, un estremecimiento cruel de todo su ser; faltóle la respiración y se desplomó cual inerte masa.

Tres horas después un rayo de luna rasgaba un trozo de nube, y rielando venía á besar un cuerpo enormemente henchido que flotaba sobre las inmóviles aguas del estanque.

Jamás había estado tan gordo el pobre D. Lupercio.

Juan Buscón



La fuerza del débil, grupo en yeso de Enrique Clarasó (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Una pobre niña sirviendo de guía y lazarillo al anciano y maltrecho autor de sus días, falto de vista y de recursos, ha sido el asunto que ha inspirado á Enrique Clarasó el sentido grupo que reproducimos y que figura en la sección de escultura de la Exposición de Bellas Artes. El débil sirviendo de apoyo al que ayer era fuerte, la hija amparando al padre y amparandose de él al propio tiempo. Tal es la idea desarrollada por el joven escultor; y justo es convenir que si tal propósito recomiéndale como artista, no menos interés merece la obra por su sencillo modelado y por su estudio, fielmente interpretado de los modelos, cuya vista aviva nuestros sentimientos y desarrolla en nosotros con frecuencia la más santa de las virtudes, la caridad.

Magdalena. – Aspasia y Pericles. – Veturia y Coriolano, cuadros de José Garnelo y Alda. – En los tres lienzos que de este artista publicamos manifiéstase un doble aspecto, ofrécense dos fases, representativas de dos épocas distintas, el clasicismo de ayer y los ideales artísticos contemporáneos. En una y otra forma preséntase Garnelo gallardamente, ya se le considere como pintor ó como artista, ya interprete hechos que pasaron ó se inspire en cuanto caracteriza el modo de ser de la sociedad en que vivimos. Las figuras de *Aspasia y Pericles* resultan trazadas con la grandeza que corresponde á quienes tanto influyeron en el desenvolvimiento de las letras y del arte griego, observándose igual elevación de conceptos en la interesante figura de la madre de Coriolano, en el acto de detener á su hijo, salvando á Roma de los horrores de un asalto.

Cuanto á *Magdalena*, es un cuadro inspirado en la vida real, en uno de esos dramas íntimos que por desgracia se desarrollan con sobrada frecuencia á nuestro alrededor, tan hondamente sentido como ejecutado, suficiente para cimentar la reputación artística de Garnelo, si su nombre no fuese ya ventajosamente conocido en el mundo del arte.

¿Será difteria?.., cuadro de Marcelino Santamaría y Sedano (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Es el cuadro del joven pintor Sr. Santamaría y Sedano uno de los que más justamente llaman la atención y despiertan el interés de los visitantes de la Exposición. A ello contribuyen, no sólo sus bellas condiciones pictóricas, sino que también el asunto, tan discretamente interpretado por el artista. La actitud naturalísima del médico reconociendo la garganta de la niña, que figaran en primer término y resultan muy superiores sus figuras á la de la madre, que aparece un tanto agigantada, así como las demás que se determinan en el segundo, revelan estudio y observación. Basta fijar un poco la atención en el lienzo para comprender que el autor del cuadro hase inspirado en el natural, pues no de otra manera se concibe una producción tan completa como interesante.

Plácemes merece el Sr. Santamaría y Sedano, cuya obra se recomienda asimismo por su amplia factura y por su armónica tonalidad.

En la plaza de San Marcos, Venecia, acuarela de Enea Ballarini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Entre el corto número de acuarelas que figuran expuestas en el actual certamen, recomiéndase la del distinguido pintor triestino Sr. Enea Ballarini, que evoca un agradable recuerdo á todos cuantos han visitado la preciosa plaza de San Marcos de Venecia. Cual acontecía en el Palacio Real de Madrid, anidan en las torres de la basílica veneciana un considerable número de palomas, que respetadas por los habitantes de la poética ciudad de las lagunas, picotean por la ancha plaza, sin temor á los que por ella cruzan. El artista ha logrado producir una bella obra, inspirándose en un hecho tan sencillo, colocando al pie de la basa de uno de los célebres mástiles de Leopardi dos elegantes damas rodeadas por las palomas, sirviendo de fondo la monumental iglesia de San Marcos, resultando un conjunto tan simpático como agradable, que justifica el buen gusto y la exquisita habilidad del profesor Sr. Ballarini.

En el jardín, dibujo original de Emilio Sala. – Es Emilio Sala uno de los artistas que más han contribuído á cimentar el arte español moderno, uno de aquellos cuya personalidad significa una época tan gloriosa para nuestra patria cual lo es la del renacimiento artístico.

Su nombre, ventajosamente conocido en el extranjero, lleva consigo el concepto de la maestría. De ahí que nos complazcamos en publicar, seguros de que han de agradecérnoslo nuestros lectores, uno de sus dibujos, escogidos al azar, tal vez, de entre los que guardan sus carteras.

Cazador, dibujo original de José María Marqués. – Marqués, cuyo nombre conocen nuestros lectores, nos ha favorecido ahora con un nuevo y bello dibujo, discreto y bien trazado, perfectamente estudiado del natural, que representa el tipo del cazador de nuestro país, pero del cazador de afición, que abandona con frecuencia sus habituales tareas para experimentar el placer de disparar algunos tiros y aspirar el puro ambiente del campo, saturado de las emanaciones resinosas de los pinares y de los selváticos arbustos.

Así el cazador como los perros que le acompañan están bien observados y demuestran una vez más la seguridad que en el trazo tiene el Sr. Marqués, quien además, y conforme puede observarse en los retratos que pinta, imprime, sin separarse del natural, un sello de distinción que avalora notablemente todas sus variadas producciones.

Lavaderos en Alcalá de Guadaira, dibujo original de Manuel García Rodríguez. – Nuestros habituales lectores conocen ya algunas producciones de este distinguido pintor sevillano, puesto que varias veces nos ha cabido la satisfacción de reproducirlas en las páginas de La Ilustración Artística, por cuyo motivo omitimos hacer mención especial de sus méritos y de su ya brillante historia artística. Nos limitamos, pues, á consignar una vez más que el Sr. García Rodríguez es uno de los más afortunados cultivadores de la pintura de paisaje y uno de los artistas que más honran la escuela sevillana.

Próximamente reproduciremos alguno de los lienzos que de este artista figuran en la Exposición de Bellas Artes, y que, cual el dibujo que hoy publicamos, reproducen los bellísimos alrededores de Alcalá de Guadaira y de Sevilla.

En el campo, dibujo original de Tomás Muñoz Lucena. – Recientemente hemos publicado el cuadro titulado *Maruja*, que de este inteligente artista figura en el actual concurso, consignando con tal motivo el favorable concepto que ha merecido y las cualidades que atesora su autor. Aquella obra, cual el dibujo que reproducimos hoy, significan una nueva fase del Sr. Muñoz Lucena; uno y otro pertenecen al género ruralista, si bien su factura es distinta á la característica de esta clase de producciones en nuestra región.

El asunto que ha servido de tema á nuestro amigo es asaz sencillo y trivial, pero no por ello deja de inspirar interés, pues en esa simplicidad obsérvase la nota del sentimiento más grande, el más tierno y delicado, cual es el maternal.



Bellas Artes. – Berlín. – A pesar de las muchas exposiciones que en esta época se celebran, la de Berlín contiene muchas é importantes obras; además de una rica colección de productos de industrias artísticas procedentes principalmente de Munich, Viena, Dresde, Francfort y Stuttgart, figuran en ella 2.300 obras de pintura, escultura, dibujo, grabado y arquitectura, siendo las escuelas que allí tienen mejor representación la de Dusseldorf, la italiana y la española, y llamando la atención en primer término un hermoso cuadro de Klein-Chevalier, de Dusseldorf, que reproduce un episodio de la vida de Nerón. De los grandes pintores muniquenses sólo han concurrido Gabriel Max, Stuck, Habermann y Block; entre los españoles sobresale Villegas, y los ingleses y escoceses están representados por Herkomer, Walter Crane, Macauley Stevenson y Juan Lavery. Hay además dentro de la exposición general varias exposiciones particulares de artistas tan valiosos como Bockelmann, Kallmorgen, Gude, C. Ludwig y Berta Wegmann.

Londres. – En la séptima exposición celebrada en la Nueva Galería sobresalen entre otras las siguientes obras: *Primavera*, de J. Hitchcock, notable por su composición, color y poesía; *Ofelia*, cuadro de Waterhouse, de vigorosa entonación; *Amor entre ruinas*, de Burne Jones, reproducción al óleo de una acuarela recientemente destruída á consecuencia de un experimento de un fotograbador de París, y un retrato notable por el contraste que ofrecen la blancura y transparencia del rostro y de las manos con el negro del vestido, del caballo y del fondo; *La bendición*, cuadrito de composición muy original de Alma Tadema; *Nómadas*, bellísimo paisaje de Herkomer con dos sentidísimas figuras de míseros gitanos; tres retratos de Shannon, un retrato de Llewellyn, un retrato de dos señoritas de Collier, un cuadro místico de F. Brangwyn, un lienzo decorativo de Crane de excelente dibujo y composición, varios cuadros de figura de Hale, Laidlay, Ayerst Ingram y La Thanque, paisajes de Moffat, Lindner, Parson, East, Stott, Hall y Hartley y esculturas de Frampton, Lucchesi, Swynnerton, Saint Gauden, Stevenson y Taubman.

– En la Galería de Pall Mall East está celebrando la Real Sociedad de Acuarelistas su exposición anual, que es notable por la igualdad del conjunto más que por el mérito excepcional de las obras aisladamente consideradas. Hay pocos cuadros de figura, pero todos interesantes, especialmente los retratos y la *Dafné* de Herkomer y una composición mística de Burne Jones. Entre los paisajes llaman principalmente la atención un *Bosque de pinos*, con plantas acuáticas en primer término y alumbrado por la luz crepuscular, obra de Hale, que se reputa una de las mejores de la Exposición; los estudios de Italia, especialmente los de Siracusa, vigorosamente pintados por W. Allan; *La tumba del emperador Maximiliano*, de Hodson; *Avignon* y *El castillo de Corfe*, de Salisbury, y los lienzos de Goodwin. De las marinas merecen citarse las de Powel, Moore, Brierly y Napier Hemy; de los cuadros de género llaman la atención *Una batalla de flores*, de Weguelin, y un cuadro de E. R. Hughes.

– En una subasta verificada en la casa Christie se ha vendido recientemente un cuadro de Juan Constable por el cual se han pagado 162.500 pesetas.

Dresde. – La administración de la Galería de Dresde ha publicado una interesante memoria en la cual hay la siguiente lista de obras adquiridas en los dos últimos años y los precios que por ellas se han pagado: *Primavera*, de Makart, 62.500 pesetas; *Crucifixión*, de Munkacsy, 56.200; *Escena en el Circo*, de Knaus, 43.750; *Crepúsculo matutino*, de Haug, 21.250; *Nochebuena*, de Uhde, 20.625; *Sermón en una iglesia de Berlín*, de Menzel, 18.125; *En la vía militar*, de Díez, 8.750; *Pietá*, de Klinger, 6.250; *El guardador del valle*, de Thoma, 6.250; *Zorro en la nieve*, de Liljefors, 4.125; *Pilotos*, de Kroegh, 3.750, y *Ninfa junto á un arroyo*, de Harrison, 3.750. Total de lo gastado en obras pictóricas en dos años por el museo de la capital de Sajonia, 255.375 pesetas. Además han sido adquiridos recientemente; un retrato del arquitecto Juan de Bodt, pintado por Luis de Silvestre; otro retrato del paisajista Friedrich (1774-1842), pintado por C. J. Bahr, y una hermosa marina de Buenaventura Peaters.

– El pintor Hermán Prell, autor de las pinturas murales del palacio de los arquitectos de Berlín, de la Casa Consistorial de Hildesheim y del Museo de Breslau, ha recibido del emperador de Alemania el encargo de adornar con pinturas murales el gran salón de fiestas del palacio Caffarelli de Roma, hoy residencia de la embajada alemana en la capital de Italia, poniendo á su disposición la suma de 100.000 francos.

Boston. – Una señora ha regalado á la ciudad de Boston dos cuadros de Rembrandt que se supone son los retratos del doctor Tuly y de su esposa.

Amsterdam. – Recientemente se ha encontrado en Amsterdam un cuadro muy deteriorado que en un principio se supuso ser de Franz Hals: restaurado por el director Schlie, apareció en el lienzo el nombre de Loeniga y la fecha de 1635. Gracias á esto, adquiere nueva fama con ese hermoso cuadro que representa un grupo de ocho retratos de otros tantos armadores de Middelburgo un maestro poco menos que olvidado desde su muerte, acaecida en 1650. Los muchos puntos de semejanza entre este cuadro y los de Hals han hecho nacer en muchos la creencia de que si las obras que á éste se atribuyen fueran sometidas á un minucioso examen, quizás resultaría que algunas de las que por suyas se tienen son de Loeniga.

Colonia. – Para el Museo Wallraf-Richartz ha sido adquirido por 23.750 pesetas un cuadro de Jan Steen, que representa la captura de Sansón y que sin ser de las mejores obras de aquel maestro tiene interés, porque es uno de los pocos trabajos por éste ejecutados del género histórico.

Viena. – En la Exposición internacional de Bellas Artes de Viena han obtenido la grande y la pequeña medallas de oro respectivamente los escultores españoles Querol y Benlliure.

Venecia. – En abril de 1895 se celebrará una Exposición de Bellas Artes á la cual no podrán concurrir sino los artistas especialmente invitados por el municipio veneciano: entre los que han recibido hasta ahora invitaciones cuéntanse Benlliure, Uhde, Liebermann, Schonleber, Munkacsy, Leighton, Dubois, Chavanne, Morelli, Millais, Moreau, Duran, Petersen y Mesdag. Se concederán grandes premios, entre ellos uno de 13.000 francos, y á los expositores se les costearán todos los gastos, inclusos los del viaje á Venecia para ellos y sus familias.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con éxito: en la Comedia Francesa dos interesantes obras en un acto y escritas en hermosos versos, *Le bandeau de Psyche*, de Marsollan; *Voile*, de Rodenbach, y una en dos actos, *Romanesques*, de Rostand; en la Comedia Parisiense (Cercle des Ecoliers), *Engrenage*, comedia en tres actos de Brieux, que es un estudio político hábilmente hecho; en el Ambigú Cómico, *Babilonia*, obra en cuatro actos en prosa rítmica de Peladan, que la titula tragedia wagneriana: hay en esta producción gran elevación de ideas y es de verdadero mérito literario; su autor se propone enlazar directamente la tradición entre la magia caldea y la religión de Cristo. En la Opera se ha estrenado con gran aplauso *Djelma*, ópera en tres actos, letra de Lomon y música de Lefebvre: el libreto, de asunto indio, es poco interesante, pero la partitura es bellísima, abundando en páginas delicadamente escritas y de hermosísimo efecto. Se ha puesto asimismo en escena en el teatro des Bouffes-parisiens una bonita opereta cómica en tres actos, letra de M. Depré, y música del maestro M. Diet, titulada *Fleur de vertu*, que ha tenido feliz éxito, especialmente por el cuidado con que han representado sus respectivos papeles todos los artistas y en particular Mad. Blanche Marie, resultando un acabadísimo conjunto.

Necrología. - Han fallecido:

Enrique Morley, célebre historiador y literato inglés, profesor de Historia inglesa en el colegio de la Universidad de Londres, gran popularizador de la literatura inglesa con la Biblioteca Universal de su nombre y autor de varias obras que han alcanzado gran boga en Inglaterra.

Luis Ferrari, célebre escultor italiano, director de la Academia de Bellas Artes de Venecia.

Teodolinda Franceschi-Pignocchi, notable poetisa italiana, autora de celebrados trabajos dramáticos, críticos y pedagógicos.

Hermann Baisch, notable paisajista alemán, premiado con primeras medallas en Viena, Roma, Munich y Londres, y miembro de las principales academias.

Renouf, notable pintor marinista francés.

Escipión Vanutelli, célebre pintor italiano.

Hermann Penner, pintor marinista y dibujante alemán.



Susana fué á ocultar sus emociones en el fondo de una glorieta

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Saverne, cualquiera que fuese su secreta convicción, no deseaba más que asegurarse; lo superficial le bastaba, y sin persistir más sobre aquel penoso asunto, replicó:

—Pues entonces, no hablemos más de ello... En cuanto á mí, marcho á París, liquido la situación y vuelvo más que de prisa para hacer mi demanda. Creo que los Jeuffroy vendrán á almorzar aquí. ¿No es cierto?

—Sí...

—¡Muy bien!.. Les anunciaré mi marcha para mañana.

Preymont, una vez solo, comenzó á trabajar con rabia; y desechando sus pensamientos al ver en qué abismo caería si no se doblegaba con ahinco sobre su tarea, procedió más minuciosamente que nunca en cuanto tenía que hacer. Fué á inspeccionar de arriba abajo la fábrica, y poseído de compasión por todos los seres entregados sin defensa á un sufrimiento cualquiera, perdonó, á pesar de su firmeza acostumbrada, una falta bastante grave de un obrero á quien habría castigado sin vacilar en cualquiera otra ocasión.

«¡Ser severo, decíase, con personas que padecen y son como míseros esclavos á quienes las tribulaciones y después la muerte aniquilarán un día!.. ¡Qué absurdo!»

Y salió de la fábrica repitiéndose que había sacrificado bastante á la ilusión, que en vez de ser un insensato debía convertirse de nuevo en estoico y reducir á la servidumbre un corazón que se había extraviado lastimosamente. Tenía la calma y la sangre fría que se adquiere con la certidumbre; mas en presencia de la desgracia, con su orgullo y su dominio sobre sí mismo, juzgábase completamente seguro de sí propio ante los acontecimientos.

Durante el almuerzo escuchó sonriendo las observaciones del Sr. Jeuffroy, que se compadecía de su suerte respecto á un incidente que había escandalizado á toda la ciudad de Saint C... Tratábase de un hombre á quien había socorrido hasta en sus últimos momentos, y que quiso ser enterrado civilmente.

– He repetido en todas partes, decía el Sr. Jeuffroy, que sentía usted muchísimo lo ocurrido. Por lo demás, pensábase ya que debía enojarle horriblemente haber hecho tan mal uso de su dinero. En lugar de usted, me arrepentiría de ello toda mi vida. ¡Un hombre que pide y á quien se concede el entierro civil!.. ¡Qué escándalo!

– Dios mío, contestó Preymont tranquilamente, es un error compadecerme, y me permito opinar que mi dinero estaba bien empleado.

– ¡Cómo! ¿Hubiera usted obrado del mismo modo si hubiese sabido eso?

– ¡Seguramente!.. Yo no socorro á las ideas, sino á los desgraciados, ni conozco nada tan injusto como tratar de imponer sus opiniones antes de dar el pedazo de pan, sin respeto á la libertad de los demás, y por consiguiente sin cuidarse de la dignidad del prójimo. ¿No es verdad, Susana?, preguntó volviéndose hacia la joven.

Pero la señorita Jeuffroy, á quien Saverne acababa de anunciar su próxima partida, no había escuchado; trataba de explicarse, y sobre todo de dominar la impresión penosa que la oprimía el corazón; y á pesar de su voluntad, una sombra, cuya causa adivinó Marcos, obscureció ligeramente sus expresivas facciones.

– No he seguido bien la discusión, Marcos, contestó.

– Bien sencilla es por cierto, repuso el Sr. Preymont. El padre de usted y yo diferimos de parecer respecto al incidente que preocupa á nuestra buena ciudad, y del que habrá oído hablar sin duda. Si no se diese á la canalla, ¿á quién se daría? Los hombres no son más que un revoltillo de figuras de cartón agitadas por las mismas cuerdas de la vanidad y del interés. Lo que no se basa sobre el orgullo, el egoísmo y sobre todo la vanidad, peca á sus ojos de ridículo y de necio; y tienen sobrada razón; en la vida, lo verdadero es pensar en sí y pasar sobre los otros por todos los medios de que se pueda disponer.

La señora de Preymont, que se levantaba en aquel momento, dirigió á su hijo una mirada de inquietud, porque sabía que semejante infracción á sus costumbres reservadas era el principio de una borrasca.

Susana cogió el brazo de Preymont y obligóle á dar algunos pasos con ella, mientras traían el café.

– Merece usted una reprensión, primo, díjole, y confío en que no pensará una palabra de cuanto ha dicho ahora. ¿Qué le pasa á usted hace algún tiempo?

– ¡Ah!, exclamó Marcos con amargura, tiene gracia preguntar semejante cosa á un hombre que...

Marcos se interrumpió, mordiéndose los labios.

– ¿Qué iba usted á decir, amigo Marcos?, repuso Susana con un acento amistoso y un empeño que rayaba en imprudente, aunque la joven no lo echó de ver. Tengamos mutua confianza, yo se lo ruego. Usted exige algunas veces confidencias; mas ¿por qué no me habla nunca de sí mismo? Hace algún tiempo que es usted desgraciado. ¿No es cierto?

Preymont no contestó; pero la señorita de Jeuffroy creyó leer en su mirada una queja; y una extraña impresión hízola pensar al punto en la orilla de un río de cristalinas aguas, en un sitio lleno de penetrantes perfumes y en una voz apasionada que decía: «El amor lo olvida todo y á nadie ve más que á sí mismo...»

Y como la idea de que era amada cruzase de nuevo por su mente, pero más precisa aún, experimentó de pronto cierta confusión que no podía pasar inadvertida á la mirada investigadora de Marcos, quien irritado al observar esto, contestó con un tono lleno de amarga ironía:

– Es enojoso adelantarse demasiado, ¿no es verdad, Susana? Tranquilícese usted, yo no molesto nunca á los demás con necias confidencias acerca de mi persona. ¿Por qué he de ser desgraciado? ¡Qué singulares ideas conciben á veces las jóvenes! Todo ha tenido para mí buen éxito. ¿No lo sabe usted ya?

Susana, muy descontenta, exclamó vivamente:

– ¡Toma usted un tono insoportable, Marcos! Cuando se le manifiesta interés y afecto, podía ser un poco más amable, y abusa de su intimidad para...

– Para permitirme tener nervios, contestó Preymont irónicamente. ¿Por qué no quiere usted que yo sea como todo el mundo?

Desconcertada la joven, se libró de aquella conversación desagradable por la llegada de Saverne, que impacientado al observar aquel largo diálogo, vino á interrumpirle con su desenvoltura acostumbrada.

– ¿Conspiran ustedes?, preguntó alegremente. ¡Qué singulares figuras! Me parece estar viendo dos cabezas de Medusa que se hubieran petrificado mutuamente.

– Estamos riñendo, contestó Susana con despecho. Hay días en que Marcos tiene un humor muy extraño.

– ¡Tanto mejor!, replicó Saverne con ligereza. Si los filósofos son nerviosos, esto servirá de consuelo á las personas que no piensan. Para pasar el día, propongo que vayamos á tu fábrica, Marcos, pues la señorita Jeuffroy, según me ha dicho, no la ha visitado nunca.

– ¡Vamos!, contestó Preymont con un acento tan resignado que contristó á Susana, haciéndola olvidar su descontento.

La presencia de Saverne junto á la señorita de Jeuffroy, no solamente exasperaba á Marcos, sino que le producía un desaliento contra el cual no trataba de luchar. De las firmes resoluciones adoptadas por la mañana no le quedaba ni un recuerdo, y con la muerte en el alma veía cómo Saverne hacía la corte á su prima.

Saverne, que deseaba aprovechar aquel último día, no había mostrado nunca tan seductora locuacidad en el decir, ni tanta animación para lograr sus secretos fines. Su alegría y sus arranques hacían sonreir á los obreros, que cruzaban miradas de inteligencia al verle pasar con la joven, cuyo rostro, á pesar de la reserva con que la señorita de Jeuffroy se escudaba siempre, revelaba, sin que ella lo echase de ver, una alegría íntima. Nada pasaba inadvertido para Preymont, ni las impresiones de Susana, ni la alegre sensación producida en sus trabajadores al ver la juventud y la belleza que pasaban.

Sin embargo, la señorita Jeuffroy seguía con inquietud todos los movimientos de Saverne, porque circulaba en medio de las máquinas con el abandono del que visita un parque; en un momento dado asustóla de tal modo, que maquinalmente puso la mano sobre su brazo y atrájole vivamente hacia atrás. Preymont vió á su amigo, con la expresión radiante, doblegar un poco su elevada estatura para contemplar más de cerca el espanto y la expresión de muda súplica de la joven.

– Me muero de miedo aquí, balbuceó Susana, retirando precipitadamente su mano. ¿Quieren ustedes que salgamos?

– Acepte usted mi brazo, señorita, contestó Saverne, á quien el movimiento espontáneo de Susana había hecho subir la sangre á la cabeza; yo la conduciré sin peligro alguno en medio de esos monstruos que la espantan.

Preymont había quedado inmóvil, con la ira en el corazón y la desesperación en los ojos. Volvióse bruscamente hacia una máquina que acababan de instalar, y para ocultar su emoción fingió que observaba los movimientos, pensando con una especie de alegría y de vértigo que le bastaría dar algunos pasos para ser víctima de un accidente que le libraría de una existencia odiosa.

La señora de Preymont, que permanecía á su lado, siguió su mirada de desesperación y adivinó su pensamiento. Marcos se estremeció vivamente cuando su madre, cogiéndole del brazo, le dijo con voz angustiada:

– ¡Hazme salir de aquí!.. ¡Esto es odioso!

Madre é hijo se miraron en silencio, comprendiéndose mutuamente, y tan profunda era su turbación que ninguna palabra hubiera podido traducir sus impresiones.

– ¡Pobre madre, murmuró á su oído, conduciéndola al aire libre; no fué sino un mal pensamiento, que no volverá más, se lo aseguro á usted!

En el patio del establecimiento se desvaneció la terrible angustia de la señora de Preymont; pero Susana observó con asombro su palidez y agitación.

¡Qué aspecto de sufrimiento tiene usted!, la dijo, acercándose vivamente.

– El ruido y el calor me han hecho daño, contestó, y vuelvo á casa con Marcos. Tenga usted la bondad de dispensarme.

– ¡Desgraciada idea ha sido la mía al proponer que viniésemos aquí!, exclamo Saverne, cuya expresión satisfecha desmentía sus palabras. Señorita, añadió, mañana por la mañana, antes de marchar, espero tener tiempo para ir á saludarla por última vez.

Susana se inclinó ligeramente, y alejóse con su padre. A pesar de las atenciones que Saverne le había dispensado, haciéndole la corte, el día dejaba en ella una impresión sumamente penosa, y andaba triste y abatida junto al Sr. Jeuffroy, que comentaba las palabras y proceder de Marcos.

– ¡Qué elucubrador de compromisos es ese Preymont!, exclamó. ¿Has oído bien lo que dijo durante el almuerzo, Susana? Lo que ha hecho es sencillamente escandaloso. ¿Dónde vamos? Si cree que no vemos la punta de la oreja de sus actos de caridad, mucho se engaña. ¡Buenos manejos electorales! Se elogia su inteligencia; mas no veo tanta. Hace mucho tiempo que no había ido á su fábrica, y he observado cosas que me desagradan. ¡Cómo la ha engrandecido! Esos modelos nuevos de máquinas le cuestan sin duda un ojo de la cara, y estoy seguro de que comunica tanto desarrollo á su establecimiento por pura vanidad.

Muchas veces la señorita Jeuffroy había sentido pasar sobre sus sentimientos el soplo vulgar y esterilizador que se deslizaba sobre ella sin resentir sus creencias en el bien. En otras circunstancias habría defendido enérgicamente á su primo, porque, con su costumbre de juzgar las cuestiones morales al compás de su joven rectitud, trataba de cobardes á los que no se pronuncian contra la injusticia; mas ahora hallábase muy turbada, y si los sentimientos de Preymont respecto á ella le inquietaban de nuevo, la marcha de Saverne desorientábala completamente.

Su padre la dejó á la puerta del parque, que cruzó lentamente para ir á casa de su tía. Los arbustos y matorrales, que comenzaban á tomar un tinte amarillento, inspirábanla tristes y melancólicas reflexiones; pero Susana se repetía con resolución: «Esperad, que aún no sois dueños de mis esperanzas.»

Al ver la solterona á su sobrina, corrió hacia ella con tanta precipitación é interés como si la joven volviese de un país lejano.

– ¿Te has divertido, Susana?, preguntó. ¡Qué pálida estás! ¿No has almorzado bien? ¿Qué te han dado de comer? ¿Qué han dicho?

Susana fué á sentarse al pie de la escalinata, en el banco donde Frasquita y su señora conversaban á menudo.

– Tía, dijo la joven, quisiera hablar con usted... á solas.

Frasquita, que había acudido llena de curiosidad, con las gafas sobre la nariz y una madeja de lana medio dividida en la mano, exclamó con aire ofendido:

– ¡Pues bien: ya me voy..., no se molesten ustedes; pero yo sé callarme cuando conviene, señorita!

La solterona, á quien transportaba de alegría su papel de confidenta, acercóse más á la joven con expresión alegre.

– ¿Cree usted, tía, dijo Susana sin andarse en rodeos, que mi padre me notifica todas las demandas de matrimonio que se le dirigen para mí?

– No lo sé, hija mía; pero á mí siempre me habla de ello: te prometo no ocultarte nada si tú lo deseas.

– Y... ¿no ha habido nada últimamente?

– No... Ya lo hubiera sabido. ¡Qué astutas sos estas jóvenes!.. ¿Conoces, pues, alguno que te ame?

– ¡Oh! No digo eso, exclamó Susana ruborizándose; pero yo hubiera creído que el Sr. Saverne...

– ¡Cómo, él!, interrumpió Constanza con expresión de espanto. ¿En qué piensas? Aunque hubiera pedido tu mano no podías casarte con él. Esos hombres que escriben, sobrina mía, son malos sujetos todos; no se casan, pero hacen la corte á las mujeres para divertirse, y además por el dinero.

– Esa cuestión es muy secundaria, contestó la joven mirando tristemente en dirección al castillo, pues no veo en qué el dinero puede dar la felicidad.

– ¡Dios mío, Dios mío!, exclamó Constanza, cogiendo las manos de su sobrina. ¿Le amas, por ventura, muchacha? En tal caso, la cuestión cambiaría, y si él pide tu mano, yo te apoyaré, pues no quiero que seas desgraciada. Por otra parte, ésta sería prueba de que yo me engaño respecto á él. Sin embargo, quisiera que fueses rica, pero también comprendo que se acepte á un hombre sin fortuna si se le ama.

– ¿Es posible que yo ame á un hombre que no piensa en mí?, replicó Susana, echando hacia atrás su linda cabeza por un altivo ademán. Yo tomaba informes y nada más.

– Y sin embargo, repuso la solterona, observo que estás triste desde hace algún tiempo. Supongo que no echas de menos al Sr. Varedde... ¿No es así?.. No te enojes; no debía hacerte esta pregunta; pero he sabido que él se casa ya..., seguramente por resentimiento. Y que no me vengan á elogiar su mujer, porque comparada contigo es una fea... Sin duda te aburres; si necesitas alguna cosa, dímelo; una solterona no necesita nada, pero tratándose de una joven es diferente, y esto te probará que no se debe

despreciar el dinero. ¡Mira, por él puedo darte esa hermosa tela que tú admirabas ayer en Sanmur, y que estoy segura que deseas!

Susana hizo distraídamente con la cabeza una señal negativa; pero Constanza continuó:

- Sí, sí, yo sé lo que piensas... ¿No conozco yo acaso á las jóvenes? Cuando yo lo era, y veía pasar amigas mías hermosas y bien vestidas, te aseguro que envidiaba su suerte. ¡Es tan triste ser fea! Pues bien: á pesar de serlo yo, me hubiera agradado mucho engalanarme. ¿Quién no lo desearía, teniendo tu belleza? Pero yo, como sabes, soy mucho más vieja que tu padre; en aquel tiempo, él era pobre también, y dábase por muy contento cuando encontraba mis ahorros. Ya comprenderás..., es muy duro para el joven no tener un poco de dinero en el bolsillo cuando se desea alguna diversión. ¡Pobre muchacho! ¡Si supieras qué contenta quedaba yo cuando le veía marchar con la bolsa bien redondeada! Después volvía á economizar, y cuando el picarón regresaba, creo que comprendía que en la bolsa no faltaban cuartos; pero nunca me pedía nada el pobre chico, y á veces era preciso enfadarme para que aceptara. El viento ha cambiado, y como mi hermano era inteligente, debía hacer carrera. Es muy entendido en los negocios, y además, hombre de orden; pero tal vez no comprende tan bien como yo á las jóvenes; los hombres no tienen tiempo, como nosotras, para reflexionar en ciertas cosas. Tú puedes contar con tu vieja tía, á la que es preciso pedírselo todo.

Susana pasó un brazo por el cuello de su tía y estrechóla con fuerza, con gran asombro de la solterona, cuyo rostro, envejecido y ridículo, estaba radiante de alegría, porque en su apasionada ternura, sensible á la menor atención, así como muy poco exigente, el afecto de su sobrina conmovíala como un don gratuito.

Susana se alejó corriendo y fué á ocultar sus emociones en el fondo de una glorieta. Por las aberturas, en forma de ventanillas, practicadas en el follaje, veía huir nubes que entre dos claros dejaban caer gruesas gotas de agua, las cuales brillaban de pronto al reflejarse en ellas un rayo de sol, y á la orilla del camino, largas líneas de golondrinas, dispuestas á emigrar, habíanse posado en los hilos telegráficos. La melancolía que causa la aproximación del invierno contristó más á la joven, que inclinando la cabeza con aire fatigado, dió rienda suelta á su desaliento.

VII

Toda la noche se pasó Susana en meditar sobre sus cuidados y penas; en cuanto á las inquietudes respecto á su primo, relegábalas por el pronto á segundo término; pero la marcha de Saverne producíale una impresión que en su altivez no quería reconocer.

«¿Qué me importa, después de todo? No es más que un transeunte para mí, y puesto que se va sin decir palabra, debo haberme engañado. No obstante...»

Deplorando que su inexperiencia la hubiese extraviado lejos de la verdad, pensaba en el movimiento involuntario que le indujo á poner la mano sobre el brazo de Saverne, y recordando su expresión de alegría, ruborizábase de despecho, sin tratar de contener las lágrimas abrasadoras que atribuía al pesar de haber comprometido su dignidad.

El día desvaneció un poco sus inquietudes, y queriendo desechar sus pensamientos, cogió un libro y fué á sentarse en el terrado para leer un poco, pero fijaba la vista en las palabras sin comprender su sentido. Acosábala el temor de no ver otra vez á Saverne antes de su marcha, y no poder corregir por su actitud la impresión que había debido producir en él. A pesar de lo avanzado de la estación, el calor era extremado y sofocante, y á Susana le pareció que aquel cielo de color plomizo contribuía á entristecerla más aún. Casi oculta en el tronco de un tejo cortado en forma de sillón, y con la cabeza echada hacia atrás sobre el obscuro follaje, comenzaba á dormitar, cuando la despertó la voz de su tía.

Constanza, cubierta la cabeza con uno de sus extraños sombreros, y enrojecido el rostro, de ordinario muy pálido, por efecto del calor y de una precipitada carrera, acercóse á Susana y depositó sobre sus rodillas un paquete de grandes dimensiones.

- Querida sobrina, dijo muy agitada, figúrate tú que hoy es el día de mi santo. Al despertar me he dicho: nadie pensará en ello, puesto que no se tiene costumbre de felicitarme con tal motivo. ¿Qué podría yo hacer para complacerme á mí misma? Muy pronto he dado en que para esto no habría como regalarte aquel vestido que tú deseabas; entonces, Frasquita y yo hemos marchado á Sanmur, y ahora llego.



Saverne de pie junto á ella mostrábale su croquis

- ¡A pie, querida tía!, exclamó Susana, abrazando á la solterona, cuyo envejecido corazón se rejuveneció, latiendo de alegría.

- Hemos ido en coche, porque se nos proporcionó una buena ocasión; pero he regresado á pie. Pensé un momento llevarte á Sanmur para distraerte, por supuesto, en berlina, porque la del alquilador está libre; pero he preferido darte una sorpresa. Por lo demás, al volver decía á Frasquita que he hecho muy bien de ir sola, porque el tiempo está muy caluroso y la atmósfera pesada... ¡Pobre niña, hasta en coche se hubiera fatigado!

- ¿Pero y usted, tía mía? ¡Andar tres leguas á pie!.. ¡Qué locura, á su edad, y todo para satisfacer un capricho!..

- Vamos, no me riñas, repuso la solterona radiante de alegría, y abre por lo pronto el paquete para tener el gusto de admirar la tela.

Y con el rostro bañado en sudor, cansada, pero risueña, y fijos en Susana sus redondos ojos sin expresión, la solterona se sintió dominada por intensa alegría.

Frasquita juzgó oportuno intercalar al paso un poco de moral.

- ¡Comprenda usted, señorita Susana, dijo, que todo eso es vanidad!

- ¡Bah! No estarás poco contenta cuando me veas bien vestida, contestó la joven, esforzándose para hablar alegremente.

- ¡Ah, qué ocurrencia!, exclamó Frasquita, que se ocultaba á menudo en los rincones para admirar á Susana. Yo me he dejado ya de todo eso, señorita, pues cuando se está al servicio de Dios no se hace ya el menor caso de las vanidades.

- ¿Lo crees así?, replicó Susana sonriendo.

La llegada de Saverne con el Sr. Jeuffroy impidió á Frasquita contestar, y Susana, que había palidecido por efecto de una viva emoción, apresuróse á preguntar al visitante si la señora de Preymont se había aliviado.

- Esta mañana me ha parecido muy fatigada; pero no es ella la única que lo parece, contestó Saverne, mirando con interés á la señorita Jeuffroy.

- ¿Tengo yo aspecto de fatiga?, preguntó Susana sonriendo. Me extraña que diga usted eso, pues jamás he estado tan reposada.

Hablando así llegaban á la extremidad del terrado, mientras el Sr. Jeuffroy examinaba con satisfacción el regalo de la solterona.

Si Saverne hubiera sido rico, de buena gana habría sacrificado en aquel momento toda su fortuna para estar solo con la joven, y seguramente se hubieran violado todas las leyes que, hasta que la situación cambiara, le imponían el silencio. Jamás había deseado tanto dar rienda suelta á sus sentimientos.

- ¡Si usted supiera, dijo en voz baja, cuánto agradecí que usted se atemorizara por mí ayer!

- ¡Agradecérmelo! No hay por qué, contestó Susana con tono algo burlón. Yo tuve miedo principalmente por mí, porque era la primera vez que me paseaba en medio de semejante estrépido, y estaba del todo aturdida. Los imprudentes movimientos de usted no eran los más propios para tranquilizarme, añadió la joven sonriendo, y Marcos, que con frecuencia le acusa de ser distraído, debió aprovechar aquella ocasión para demostrarnos que sus censuras son fundadas.

Esta contestación, dada con el aire más tranquilo y alegre, desconcertó á Saverne, quien esperaba que nuevos indicios confirmarían sus esperanzas.

«¡Es muy fría!, pensó. No valía la pena de trastornarme la cabeza, soñando en esos lindos ojos suplicantes y en esa manita que me cogía el brazo.»

- ¡Cómo me agrada este sitio!, repuso á media voz. Esos muros almenados, tan singulares y pintorescos, con su entrelazamiento de fantásticas plantas, y esa vista que más de una vez he admirado con usted, me seducen. ¡Ah! Conservaré un delicioso recuerdo de este sitio.

- Sí, recuerdo que muy pronto olvidará usted en el torbellino de la vida parisiense, contestó Susana sonriendo.

- ¡Jamás lo olvidaré, señorita Susana!

Saverne pronunció esta frase con ese calor propio en él cuando estaba convencido de una cosa ó le embargaba la emoción del momento. Bajo su mirada, audaz y tierna á la vez, Susana experimentó una turbación deliciosa; y el antiguo castillo, donde tantas tristezas devoraba, parecióle de pronto encantador, con sus paredes cubiertas de hiedra, sus viejos leones impasibles, y sus jardines llenos de originalidad. Ya no sentía ni la borrasca enervante, ni la enojosa melancolía, y jamás le habían parecido tan bellas ni tan puras las extensas líneas de la campiña.

Sin embargo, conservó su aire tranquilo, y despidióse de Saverne con la cordialidad trivial que se concede á una persona indiferente, aunque simpática, cuando se ha mezclado un instante en la intimidad de la vida.

- Supongo que algún día le volveremos á ver en Anjou, dijo ofreciéndole la mano. ¿No es así?

- ¡Que si me volverán á ver!, contestó Saverne impetuosamente, aplicando sus labios sobre la mano que tenía entre las suyas. ¡Ya lo creo! Y según yo presumo, muy próximamente.

Susana no podía engañarse sobre el tono y la mirada de Saverne, pues era una declaración tan positiva como la que se hubiera hecho con apasionadas frases, y su marcha la dejó una ardiente esperanza para el porvenir. Hasta el primer recodo del pedregoso camino siguió con la mirada la graciosa silueta del joven.

«Alguna razón que más tarde conoceré, pensó Susana, le impide hablar ahora; pero pronto regresará.»

Y volviéndose con expresión de contento hacia la solterona, que la observaba, entregóse á esa loca alegría de los veinte años, á la que la presencia y viveza de Saverne habían devuelto á menudo la vida que una existencia penosa le robaba.

- ¡Qué dulce calor, qué tiempo tan hermoso, qué alegre estoy, y cuánto la quiero á usted, tía mía!, exclamó Susana abrazando á la solterona, muda de asombro ante aquel súbito contento.

Fácil era engañar la observación de Constanza, y sus dudas se desvanecieron momentáneamente; pero inquieta sobre los designios de Saverne, fué por la tarde á casa de la señora de Preymont para tantear el terreno.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CORAZA DEL SASTRE ALEMÁN DOWE

Nuestros lectores recordarán sin duda la emoción que hace algún tiempo produjo la noticia de que un sastre de Mannheim, llamado Enrique Dowe, afirmaba haber realizado un invento que hasta entonces considerábase de la misma categoría que la cuadratura del círculo: tratábase de una coraza contra los proyectiles, y su autor pretendía que con ella se podía desafiar los disparos de los fusiles más modernos.

También recordarán seguramente que á la sensación de los primeros instantes no tardaron en suceder la incredulidad, la burla y por último la más absoluta indiferencia. Parecía que el inventor de la coraza estaba destinado á sufrir la suerte de casi todos los inventores, y así fué en efecto, mientras Dowe se dedicó á corregir los defectos que se creyó descubrir en su aparato en los primeros ensayos que de él se hicieron.

Pero los esfuerzos de Dowe no fueron infructuosos, y al fin ha conseguido el hoy famoso sastre de Mannheim construir una coraza que ofrece completa seguridad contra los mejores fusiles del ejército alemán, modelo 88. Para que se comprenda lo que esto significa, bastará decir que los proyectiles de este fusil disparados desde gran distancia atraviesan los troncos de roble más gruesos sin experimentar en su forma la más pequeña alteración.

El ministro de la guerra alemán concedió desde luego gran atención á ese invento, y por indicación suya verificáronse las pruebas de la coraza en el Jardín de Invierno de Berlín ante un concurso de personas escogidas, entre las cuales figuraban el conde Schuwalof, varios oficiales superiores del ejército y de la armada, representantes de las grandes potencias europeas y varios pesonajes ilustres de distintos países.

Un excelente tirador disparó varias veces sobre la coraza puesta á un caballo que aguantó los disparos comiendo tranquilamente y sin moverse: luego varios soldados de infantería dispararon con el fusil 88 y gruesos cartuchos, que se introdujeron en aquél á presencia de todos, sobre un busto en yeso protegido por la coraza. Ni en uno ni en otro caso pudo la bala atravesar ésta, resultando inútil su fuerza perforadora y quedando de tal suerte deformada que parecía cortada por cien cuchillos, ofreciendo el aspecto de una seta, vista interiormente. Y lo más notable es que no se movieron al recibir los proyectiles ni el caballo ni el busto en yeso contra los cuales se disparaba.

Como última prueba púsose el mismo inventor una de sus corazas é hizo que dispararan varios fusiles contra su propio pecho, asegurando que no experimentó más que una imperceptible sacudida.



Pruebas efectuadas en Berlín con la coraza Dowe. De croquis del natural por José Gaber

Fácil es imaginar el entusiasmo que durante estas pruebas se apoderó de los que las presenciaban y cuán vivamente se discutió la importancia de este descubrimiento.

Para aplicar ese invento al ejército como arma defensiva, se ha pensado en darle la forma de una especie de tapa de mochila, pues la materia de que está hecha la coraza sólo conserva su eficacia en superficie recta y rígida, de suerte que no puede ser utilizada como prenda de vestir ó como uniforme.

La coraza Dowe pesa unas 16 libras y su espesor es de dos centímetros, y aún el inventor confía en reducir el peso de la misma á una mitad del que hoy tiene.

El emperador de Alemania, según se dice, se interesa en alto grado por este descubrimiento y ha manifestado, al parecer, al Sr. Dowe su deseo de dirigir personalmente algunas pruebas de la coraza.

Nuestro grabado, hecho sobre croquis tomados del natural, representa las pruebas que se efectuaron en el Jardín de Invierno de Berlín y que someramente hemos descrito.

TERREMOTOS DE GRECIA EN ABRIL Y MAYO DE 1894

Una serie de terremotos de desusada intensidad ha agitado diferentes veces el suelo de una parte de Grecia desde el 20 de abril del presente año; las conmociones del terreno, un tanto calmadas á fines de dicho mes, han vuelto á comenzar á principios de mayo.

Aquí se tiene un fenómeno sísmico de la mayor importancia, por cuya razón ceemos oportuno dar acerca de él los informes que hemos podido reunir.

El día 20 de abril se sintieron las primeras sacudidas; el terreno no ha cesado casi de estar agitado por espacio de algunos días, y muchas de las sacudidas han sido desastrosas por las ruinas, y lo que es más sensible, por las víctimas que han causado. En las regiones donde ha sobrevenido el fenómeno ha habido cerca de trescientos muertos. Los movimientos se han percibido en Atenas y en casi toda la Grecia. En Tebas, en Calcis y en algunas localidades de la Eubea los edificios han sufrido mucho.

Los días 23, 24 y 27 la intensidad del fenómeno ha sido mayor. En la última de estas fechas ha ocurrido de pronto una conmoción enérgica á las nueve y cuarto de la noche en la costa de Almira en Lócrida, conmoción que acabó de arruinar por completo el pueblo de Atalanta, ya medio destruído por las oscilaciones anteriores. El mar invadió la playa, penetrando á más de 1.000 metros del interior. Cerca de la costa se han abierto grietas y ha habido grandes hundimientos del terreno. El convento de San Constantino, situado cerca de Atalanta, se ha derrumbado; lo propio que muchas casas en Eubea, donde las sacudidas han sido violentas y continuas. En dicho pueblo se han contado hasta trescientas sesenta y cinco sacudidas en veinticuatro horas. El 28 de abril se vió en las costas de la Lócrida una hendedura de más de ocho kilómetros de longitud. Durante los movimientos del suelo se veían de continuo ruidos sordos y mugidos cavernosos.

El 1.º de mayo por la noche se sintió otra sacudida: la gran hendedura á que acabamos de aludir se corrió hasta 50 kilómetros de longitud, y desaparecieron muchos caminos y puentes. En Eubea han

brotado algunos manantiales. Hase observado que el mar había adquirido cerca de las costas un color obscuro, y que el agua estaba turbia, por lo cual se supone que haya habido erupciones submarinas.

Y no sólo en Lócrida ha causado el fenómeno destrozos más ó menos considerables, sino también en Beocia, en Livadia, en Eubea y hasta en Atica. En las eparquías de Beocia los habitantes acampan al aire libre como mejor pueden. Duermen vestidos, y muchos están dominados por un verdadero pánico. Lo propio ha ocurrido en Atenas, bastante alejada del foco sísmico, y en otras muchas regiones de Grecia, en que el terror no es sin embargo tan grande como en Lócrida.

«Desde la tierra de Khlomos, escribe un testigo presencial, se han desprendido enormes peñascos que, rodando hasta el llano, han aumentado el espanto de los habitantes. Pero lo que más los ha aterrado ha sido la grieta de 50 kilómetros de longitud, de uno á tres metros de ancho y de metro y medio de profundidad que se extiende desde la sierra hasta el mar, rodeando á algunos pueblos. Otra causa de temor es que la llanura, desprendida, por decirlo así, de la montaña, se ha hundido más de un metro bajo su nivel antiguo. En algunos sitios el mar ha inundado sus orillas, y un comisario de policía ha recogido después del reflujo muchos peces entre las piedras.

»En Xirokhori los fenómenos sísmicos han producido curiosos efectos. Muchas casas abandonadas se han derruído, y los habitantes que acampaban fuera han visto cómo brotaban numerosos manantiales en terrenos antes áridos; muchos de ellos eran copiosos surtidores, y el más caudaloso surgía en un cráter hace siglos apagado y formaba un riachuelo cuyas aguas iban á perderse en el mar. Lo mismo se ha observado en las termas clásicas de Edipso, donde al lado de los manantiales explotados han aparecido otros nuevos, uno de los cuales marcaba 35 grados Réamur.»

El terremoto se ha percibido á largas distancias. El periódico inglés *Nature* afirma que M. Dawidson ha observado en Birmingham los efectos de la onda sísmica por medio de un aparato de péndulo bifilar sumamente sensible. Sabida la hora en que se sintieron las sacudidas en Atenas y en que se percibieron las pulsaciones en Birmingham, y dada la distancia de 2.508 kilómetros que media entre ambas ciudades, resulta que la velocidad media de traslación ha sido de 3.000 metros por segundo.

Recordaremos que Grecia ha sido en lo antiguo teatro de terribles terremotos. En 469 antes de nuestra era quedó destruída una parte del monte Taygeto, y en las montañas de Laconia se abrieron muchas grietas y simas.

Los antiguos escritores griegos han hablado de los desastres ocasionados antes del sitio de Troya por los diluvios de Ogiges y de Deucalión, mil setecientos y mil quinientos años antes de la era vulgar.

Estas catástrofes son ya muy remotas; pero la naturaleza es inmutable, y en nuestros días reproduce fenómenos enteramente iguales á los pasados. – G. T.



EN EL CAMPO, dibujo original de Tomás Muñoz Lucena

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 18 de junio de 1894 — Núm. 651

Con el presente número repartimos el tomo tercero de TRADICIONES PERUANAS, y próximamente lo haremos del tercero y último de NERÓN, éste correspondiente al año próximo pasado.



ALEGORÍA DEL INVIERNO, cuadro de W. Kray



LOS BERSAGLIERI

Constituyen los *bersaglieri* el cuerpo de tropas más típico y popular de Europa. Puede decirse que de las fuerzas organizadas normal y regulamente, ellos son los que tienen fisonomía más propia y original.

Su abolengo, ciertamente, no ostenta los timbres de nuestra infantería, timbres imperecederos amasados al través de las centurias sobre suelo y agua, bajo sol rabioso y entre brumas melancólicas; tampoco lo ilustra un pasado solariego y victorioso como el que señala el peón francés ó el granadero prusiano en sus viejos anales. Ni menos puede contar con la férrea tradición que envuelve al soldado turco, austriaco ó ruso. Y sin embargo, el *bersagliere* vive en tal aureola de prestigio, de respeto y de gloria, que bien merece fijemos nuestra atención en él, para procurar deducir las posibles enseñanzas.

Desde que por iniciativa de Lamarmora se instituyó el cuerpo de *bersaglieri*, organizándose en junio de 1836 la primera compañía, hasta hoy, esta tropa no ha dejado de tomar parte en cuantas guerras ha sostenido Italia en pro de su independencia y de su unidad.

En la campaña de 1848, los *bersaglieri* pelearon desde la sorpresa de Macaria hasta los combates de julio: en la de 1849, en Sforresca, Mortara, Novara y Génova: en Crimea se distinguieron frente á los muros de Sebastopol: durante la guerra de 1859, se batieron en Valenza, Frascineto, Palestio, Magenta, Rocca d'Aufo, San Martino Rivoltella y Pozzolengo, y de 6.000 hombres que tenían, perdieron por muerte 19 oficiales y 140 soldados, teniendo además 18 heridos de los primeros y 678 de los segundos. Durante la guerra del 66 pelearon también en Custozza, en Borgoforte, en Ponti di Versa y en el Tirol; y por último, en la llamada ocupación de Roma, pelearon en Civitá Castellan, y... (no nos permitimos traducirlo al castellano) «nel breve fatto d'armi che apri la breccia a Porta Pia, fu ancora concesso ai *bersaglieri* l'onore di essere i primi á penetrare nel sacro suolo di Roma, é il 12.° battaglione corrisponde degnamente all'alto mandato.» Añadiendo á lo expuesto las expediciones contra el bandolerismo y los auxilios prestados en epidemias, incendios, inundaciones y terremotos, se tendrá todo el historial de este vistoso y simpático cuerpo de tropas.

Raza meridional y congénere de la nuestra es la italiana: un cielo igualmente plácido y hermoso nos cobija: el propio mar baña las costas: similitud de costumbres y aspiraciones nos hermanan; y á pesar de eso, nuestro soldado, que en el mismo período de tiempo ha peleado como un león contra los facciosos de la primera guerra civil, que ha luchado en cien ocasiones para apaciguar revueltas ó reducir codiciosos; que en Africa se cubrió de gloria, asombrando al mundo por su legendaria sobriedad y bravura; que en Santo Domingo primero y más tarde en Cuba sostuvo guerras titánicas y traidoras; que ganó laureles en el Callao contra la facción blanca y la facción roja; que recientemente, en el esbozo de pelea con el Riff, ha dado fe de su vigorosa existencia, y en suma, que no ha dejado de combatir y de padecer por la causa de la patria, del orden y de la libertad; nuestro soldado, repito, no tiene, ni ha tenido, ni... lo que es más amargo, tendrá en luengos días ni una mínima parte del prestigio y de la popularidad que en la joven Italia alcanzan los *bersaglieri*.

El elemento popular, la llamada burguesía, las clases acomodadas y aristocráticas envuelven á los ágiles batallones del penacho en atmósfera de cariño y de entusiasmo, en tanto que nuestros viejos regimientos, cuya historia es la historia misma de España; los peones y jinetes que con arcabuces rotos y pistoletes ruinosos corrieron siempre tras la victoria; los que albergaron en sus filas pensadores, líricos, historiadores y artistas inmortales; los menudos cazadores que saben rivalizar en proezas con las mejores tropas del mundo, ni cuentan con calor engendrado en el seno del pueblo, ni tienen ambiente popular, ni hallan en premio á sus virtudes la noble y merecida acogida que las razas viriles é inteligentes conceden á los veladores de su honor y de su bienestar.

¿A qué se debe tamaño contraste?

***

Hubo un tiempo en que los héroes de nuestra raza, las glorias reales, las hazañas de caudillos y conquistadores, tuvieron una corona de esplendor bizarro en la musa callejera, en la inspiración del vate, en el acento del orador y aun en las preces del religioso.

El canto popular se robustecía con la trova, y la trova hallaba fiera entonación con las armonías brotadas del plectro, de la liturgia y aun del amor mismo, arrojado por la boca fresca y olorosa de la dama castellana. Más tarde, las armas llevaban en su seno poetas que grabaran mejor que en pórfidos y mármoles los hechos por ellos realizados y amontonados en las gradas del trono solariego. Ayer, cuando España realizó empresas gigantes y sus soldados reverdecieron en los arenales de Africa los laureles de días mejores, los literatos y poetas cantaron á media voz, sin el vuelo de que son capaces; mas cuando se secaron las flores arrojadas al paso de los batallones y se extinguió el ruido de los escuadrones en sus desfiles de triunfo, nadie volvió á recordar aquella leyenda elaborada con sangre, con sacrificios, con dolor, con miseria y privaciones. Hoy, reciente está lo del Riff, de cuya empresa sólo han quedado huellas del ardor codicioso y periodístico...

La apatía ingénita en los españoles, mezclada con una mal entendida modestia del elemento militar, han formado la envuelta de hielo con que vive la institución armada. Nuestros políticos no han tenido en sus mandos, egoístas y rápidos, ningún acicate por parte de los extraños, que les moviera á refrescar con altas iniciativas las glorias ganadas por el ejército. Los escritores y periodistas, embargados por el tráfago devorador de *lo del día*, tampoco cuidaron de mantener vivo el sentimiento militar, siendo así que en su labor batalladora y trascendente pueden ensanchar en el pueblo la recia tradición española.

Resultado: Apenas si se encuentra hoy un centenar de patriotas que conozcan y admiren el abolengo de esos regimientos tan modestos, tan pobres, tan poco atendidos y que, sin embargo, sabrán sacar á flote en cuantas ocasiones se les exija la hidalga bizarría y la pujante honradez de nuestros mayores.

***

El sistema opuesto se ha seguido en Italia, y buen ejemplo de ello es lo que ocurre con los *bersaglieri*.

Allí, desde que el niño acude á las escuelas, oye hablar de la patria que su madre les ensalzara en el regazo, y del ejército en cuyas filas honrara su nombre el padre. La casa de Saboya encauza y complementa todo lo que es aspiración y prestigio del temperamento nacional.

Admira y agrada lo que ocurre en los colegios de párvulos. El niño, desde que balbucea las primeras sílabas de la cartilla, va grabando en su memoria las jornadas y las fechas y los nombres más queridos de Italia. Después, cuando su memoria ha sido preparada y su razón comienza á despertarse, coordina, enlaza y compone los elementos atesorados en su tierna fantasía, y acaba por sellar en su alma una síntesis de todo lo grande que ofrece la madre patria, alimentando al par una esperanza creada por el esfuerzo de las legiones, que desde el escenario de la historia señalan las rutas por donde han de marchar los buenos ciudadanos, para que Italia sea una, libre, fuerte, respetada y gloriosa.

Preguntaba yo á un maestro de escuela de Assisi, prototipo de bondad y honradez, de larga práctica y buen sentido, cuál era la esencia del aprendizaje hecho por sus discípulos. Y el veterano dómine me decía con tono de la mayor convicción:

– Que aprendan las primeras letras y á la vez que conozcan las muchas glorias de la patria italiana: que aprecien los sacrificios de nuestros héroes, y que sepan que Patria, Ejército y Monarquía son las entidades más veneradas de todo ciudadano libre y honrado. Nosotros, proseguía el maestro, tenemos deberes sagrados y derechos más sagrados todavía. Nadie podrá atacar impunemente nuestra independencia, y nadie tampoco podrá robustecer, en daño de Italia, poderes que, como el Papado, son enemigos irreconciliables de la unidad y de la supremacía ejercida en Roma, ante las puertas mismas del Vaticano. Por eso queremos servir en las filas militares, para ofrecer, si es preciso, la vida en defensa de lo que constituye nuestro dogma nacional; por eso también concedemos á las instituciones guerreras y á la monarquía el respeto, el amor y el entusiasmo necesarios, á fin de que vivan fuertes y alentados, y puedan ser escudo y ariete al par de nuestros intereses y aspiraciones. Los manes de cuantos héroes labraron la fama que nos enaltece, nos exigirían cuentas y nos execrarían si procediéramos con egoísmo y pusilanimidad. A conseguir tales objetos se encamina nuestra modesta misión, y dentro de esa esfera procuramos ensanchar, fortalecer y dar vida en la tierna imaginación de los chicos á todo lo que significa poderío y esplendor de las patrias banderas.



† D. FEDERICO DE MADRAZO Y KUNTZ,
director del Museo nacional de Pintura y Escultura

Esto es dentro del aula escolar. En la parte de fuera, en el riñón del pueblo, la obra se redondea y anima en grados que causan envidia.

Cuando los *bersaglieri* desfilan por la ciudad con su aire marcial, su paso un si es ó no es caricaturesco, flotantes las plumas del penacho, inclinado sobre la ceja el chambergo charolado, bien alineados, mejor apuestos, movidos, alegres, entusiasmados y orgullosos, las bandas de rapaces que marchan formando bulliciosa escolta cantan al son de los clarines que van en vanguardia canciones, loas y estrofas; el mozo que trabaja en el taller y la criada de servicio, y aun la señorita romántica que asoma su cabecita al balcón, responden al eco del cántico, robusteciendo el coro y componiendo un himno tan expresivo, tan popular y tan bello, que explica el vanidoso contoneo y la soberbia bizarría de la hueste.

Y en estos cantos marciales aparece siempre el *bersagliere* como el italiano bravo, heroico y guerrero, dispuesto á pelear y á sucumbir por la patria. La fantasía popular le rodea con un nimbo prestigioso, y además de ver en él un centinela de su gloria y de su honra, lo hace gentil, enamorado, fastuoso, galante, afortunado, decidor, hábil, rico...

Se forjan leyendas hasta de la longitud y abundancia de los mostachos; se ensalza la acometividad del *bersagliere;* se refinan las proezas de tal ó cual batallón ó de tal ó cual soldado; se cuentan consejas entre los mismos pequeñuelos, realzando siempre el empuje, el garbo y la valía *dei bersaglieri,* y en conclusión, sube, se mantiene, se caldea y vivifica el culto por esa tropa; culto, devoción y entusiasmo que á la postre redundan en próvidos provechos para la patria.

***

El poeta con sus inspiraciones, el estadista con sus leyes, el gacetillero con su impresión fugaz y caldeada..., todos han llevado su óbolo á esa obra briosa de enaltecimiento.

Las artes, por su parte, han contribuído valiosamente á la tarea. Estatuas, cuadros, bustos, láminas..., en todos lados el *bersagliere*, «insanguinato, franco y valeroso.» En todos los sitios su recuerdo y su glorificación.

El genial Amicis se admiraba de nuestros soldados; lo que no sabemos es cuál sería su opinión tocante al abandono en que todos hemos dejado su arrojo, su sobriedad, su honradez y su heroísmo, virtudes que laten y se muestran á porfía y constantemente en nuestra fuerza armada.

¡Lástima grande es que en la educación de nuestro pueblo, en las medidas de gobierno, en los destellos de nuestras artes liberales, no resplandezca la bizarría de la gloria militar!

Si percatándonos más del porvenir y amando menos los egoísmos y las contingencias del presente, hiciéramos resurgir todo lo español y castizo; si con tesón allegáramos un día y otro día elementos de vigor, de patriotismo, de esperanza y de gloria; si en el común sentir derramáramos el jugo del pasado, con todos sus derroches de coraje, de hidalguía y de fortaleza, muy otro sería el estado del espíritu público.

Aprendamos en la lozanía que ofrece la vida de los brillantes *bersaglieri*, familia guerrera que esmalta la tradición y encarna los nobles deseos de esa otra simpática familia agrupada bajo la cruz de Saboya.

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN



La dueña de la quinta, cuadro de Giuseppe Sigón
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

D. FEDERICO DE MADRAZO Y KUNTZ

DIRECTOR

DEL MUSEO NACIONAL DE PINTURA Y ESCULTURA

Penosísima impresión ha producido la infausta noticia del fallecimiento ocurrido en Madrid, el día 11 del corriente, del distinguido y docto director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando D. Federico Madrazo y Kuntz.

Nació en Roma en 1816, logrando, á fuerza de laboriosidad y energía, conquistarse ya en su juvenil edad un nombre envidiable y una reputación merecidísima. A los catorce años terminó un cuadro representando «La resurrección del Señor,» que fué adquirido con destino á uno de los Sitios Reales por la entonces reina de España doña María Cristina de Borbón. A esta obra siguió otra de superior mérito, «Aquiles en su tienda en el momento en que Iris le manifiesta que acude á libertar el cuerpo de Patroclo.» De aquella época data su reputación en la pintura de retratos, especialidad en la que tanto se distinguió, que sus obras no admiten competencia ni comparación con las de los otros artistas españoles. A los diecisiete años fué nombrado individuo de mérito de la Academia de San Fernando por la presentación de un nuevo cuadro titulado «La continencia de Escipión,» siendo tal la impresión que produjo tan notabilísimo lienzo, que por unanimidad le confirieron los académicos tan honroso cargo.

Considerable es el número de obras que ha producido, especialmente desde que fijó su residencia en París, en donde supo captarse la simpatía y la consideración por su ingenio y exquisito tacto. De regreso á Madrid fundó una excelente publicación *El Artista*, de la que fueron colaboradores los primeros ingenios literarios y más eximios artistas de la coronada villa.

Alentado por este triunfo, entregóse con entusiasmo y verdadero ardor al cultivo del arte que felizmente emprendiera, llegando su laboriosidad al extremo de infundir serios temores á su familia, que temía ver sucumbir al joven artista por el exceso de estudio, ya que el afán de adquirir conocimientos dominaba tan por entero á Madrazo, que aun el escaso tiempo de que podía disponer para el descanso dedicábalo á conocer nuestros clásicos, historiadores y arqueólogos.

En el año de 1836 terminó un gran lienzo de carácter histórico, representando «El Gran Capitán recorriendo el campo de Cerinola,» y en el siguiente año de 1837, el de «Godofredo de Bouillon, proclamado rey de Jerusalén,» que fué premiado en París con medalla de oro y además mereció la distinción de ser colocado en la Galería histórica de Versalles.

Otra composición de grandes alientos produjo el que fué tan distinguido artista, cual es el hermoso lienzo representando á «Las santas mujeres en el sepulcro de Cristo,» que mereció del gran Owerbeck el juicio de que «era la obra más bella de su género de cuantas había visto en muchos años.»

D. Federico Madrazo era presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, director del Museo nacional de Pintura y Escultura, profesor de la Escuela superior de Pintura é individuo de muchísimas academias del extranjero.

¡Descanse en paz el egregio artista!



Un bosque de la Garriga, cuadro de Jose Masriera (Salón Parés)

AMOR AL ARTE DE LOS ANTIGUOS ROMANOS

CÓMO PROTEGÍAN SUS MONUMENTOS

Ponemos hoy en las nubes el buen gusto y la magnificencia de cualquier personaje acaudalado que reune en su hotel una regular colección de cuadros y obras de escultura, orfebrería, cerámica, etc., de diversas procedencias, y figúrasenos que nunca ha habido en el mundo más amor al arte que en nuestro siglo porque leemos que por una tabla de Fortuny ó de Meissonier se han pagado cien mil francos, ó que la duquesa H. ha adquirido en diez mil duros para su jardín dos jarrones de Bernardo Palissy, ó para su mesa un plato con grutescos de Caffagiolo; y no recordamos lo que eran las viviendas de los cónsules, pretores, procónsules, patricios, dictadores y emperadores romanos. Escipión, Scanzo y otros hombres ilustrados miraban los objetos de arte como documentos destinados á levantar el espíritu, á instruir, á ennoblecer los naturales instintos, y á tan loable tendencia debemos la conservación de multitud de obras de escultura, que sin ella hubieran infaliblemente perecido.

Asinio Polión fué de los que más se distinguieron en este buen gusto, y su magnífica biblioteca era una de las más interesantes de Roma, porque á la riqueza de los libros juntó la de las imágenes de los grandes hombres de todas las naciones, ejecutadas por los más eximios artistas griegos. Reunió en ella muchas obras de Praxiteles: centauros montados por ninfas, ménades, thíadas, cariátides, silenos, un Júpiter hospitalario, un Apolo, un Neptuno. Y sin embargo, Asinio no igualó á Cicerón en entusiasmo por esta clase de obras, que rivalizaba en él con la afición á los manuscritos antiguos.

Las cartas del gran retórico á su amigo Atico rebosan esta generosa pasión: «Tú sabes (le escribía) la disposición de mi estudio; proporcióname objetos dignos de figurar en él y que le sirvan de ornato. Por nuestra amistad te pido que no desaproveches las ocasiones de adquirir para mí ejemplares curiosos y raros.» Escribía á Fabio Galo que tenía costumbre de comprar todas las estatuas que podían embellecer su estudio. Le informó Atico en cierta ocasión de que recibiría en breve una bellísima estatua con las dos cabezas contrapuestas de Mercurio y Minerva, y le contestó lleno de júbilo congratulándose del descubrimiento, porque aquella estatua parecía hecha ex profeso para su estudio. «Ya sabes (le decía) que la imagen de Mercurio es muy á propósito en todo lugar destinado á cualquier ejercicio, y que en éste, destinado á la meditación, cuadra perfectamente la de Minerva.» En otra ocasión en que Atico le anuncia que le envía varios hermas de mármol con cabeza de bronce, su satisfacción no tiene límites, y con impaciencia casi infantil le suplica que haga por que le lleguen pronto, sin curarse de que las gentes le pongan en ridículo por el exagerado ardor con que se entrega á su afición predilecta. Encarga de continuo á sus amigos que le compren cuanto encuentren bueno y raro, sin reparar en el precio, y todo induce á creer que la vivienda del gran orador que debió á su incomparable elocuencia el ser *padre de la patria*, procónsul en Cilicia, restaurador en Capadocia de un rey destronado, cónsul en Roma y protector alternativamente de los irreconciliables rivales César y Pompeyo, fué un soberbio museo de selectas obras de escultura antes que la entregase á las llamas el plebeyo y turbulento Clodio, aprovechándose cobardemente de su huída á Tesalónica por temor á la guerra civil.

Más adelante, cuando las guerras continuas que sostuvo el imperio empobrecieron á muchos ciudadanos de las más elevadas clases sociales, los objetos de arte de que habían sido tan avaros sus dueños empezaron á salir de las viviendas patricias y á pulular en los almacenes y mercados, adonde acudían los hombres de buen gusto para adquirir cuadros y estatuas de primer orden á bajo precio. Cotizábanse entonces las preciosas antiguallas según la belleza de la obra, la celebridad de los autores y su rareza, y sin embargo de no ser ya empresa difícil el proporcionarse producciones selectas de Grecia, costóle á Nicomedes un dineral la Venus de Praxiteles, comprada á los de Gnido, y Horacio en la interesante sátira tercera de su libro II nos habla de los que en su tiempo se arruinaban comerciando con objetos antiguos. Del mismo sentir que Séneca, el poeta Venusino trata de locos á los que se entregaban á la manía de coleccionar estatuas y cuadros: contagio que cundía principalmente entre los ricos improvisados y advenedizos, aunque fueran muy ignorantes. Sucedía en Roma entonces lo que sucede hoy en todos los países: los antiguos nobles empobrecidos se deshacían de las joyas artísticas heredadas, las cuales iban á parar á las casas de los plebeyos, repletos de dinero acopiado con el tráfico ó la usura, y en ellas los objetos de arte, fuera de su adaptación primitiva, racional y calculada y amontonados la mayor parte de las veces sin gusto y sin concierto, daban á las viviendas de los poderosos de nuevo cuño aspecto de prenderías.

Un erudito inglés muy versado en la materia, consigna los siguientes datos acerca de los precios que se pagaron por algunas obras antiguas cuando empezó en Roma á extenderse la afición al lujo artístico: Julio César dió por la *Medea* y el *Ayax* de Timómaco una cantidad equivalente á 330.000 pesetas de nuestra moneda; los *Argonautas* le costaron á Hortensio, el defensor de Verres, 25.564 pesetas; la *Venus saliendo del mar* fué tasada en cien talentos. El talento de Atenas equivalía á 60 minas; el de Egina y Corinto á 100 minas; de consiguiente, si la mina valía en tiempo de Pericles cien dracmas, ó sea unas 87 pesetas, cada talento de Atenas valía 5.220 pesetas y cada talento eginata y corintio 8.700 pesetas, y resultará que la estatua referida fué justipreciada, ora en 522.000 pesetas, ora en 870.000, según la moneda en que se entendiera hecha la tasación. Lúculo dió 8.734 pesetas por una copia de la *Licera*, sierva de Pánfilo; una estatua semicolosal de *Apolo*, que el mismo Lúculo trasladó del Ponto al Capitolio, costó 639.364 pesetas, y pagó 9.600 pesetas por el modelo de la *Venus Genitrix*. Los enormes precios que alcanzaron los objetos de arte en aquel tiempo son prueba de la grande estimación en que se tenían; pero no debe olvidarse que el esmero empleado en su conservación era también extraordinario y superior al que se emplea hoy en algunas de las naciones más cultas.

Colocadas las estatuas en los lugares públicos y consideradas como ornamento de la República, según expresión del jurisconsulto Paulo, venían en cierto modo á formar parte del patrimonio de los ciudadanos, los cuales se consideraban á su vez interesados en conservarlas incólumes. Eran para el pueblo objeto de gloria nacional, por lo cual cuando Tiberio intentó adornar su palacio con la estatua de un hombre que salía del baño, que pasaba por una de las más acabadas producciones de la escultura egipcia, quitándola de las Termas de Agripa, el pueblo se amotinó y el déspota se vió precisado á restituir la estatua á su antiguo puesto.

Instituyó Augusto un tribunal que amparase las estatuas públicas y las defendiese de la rapacidad de los ladrones, de los atentados de la gente perdida ó mal intencionada y de las injurias del tiempo. Según Tito Livio, el magistrado que le presidía era el llamado *restaurador de los templos*, pues según una inscripción encontrada en el sepulcro de Livio, creó el emperador una superintendencia para que vigilase sobre todos los objetos que había destinado al ornato de los templos, de las calles y de las plazas públicas. Aún subsistía esta magistratura en los días de Tertuliano y de Arnobio, los cuales dan á su tribunal el nombre de *Comitiva Romana*, llamando Cassiodoro á su presidente *curator statuarum*, curador de las estatuas.

El falso celo de muchos cristianos puso repetidas veces en peligro las estatuas ó simulacros de los paganos, y esto obligó al emperador Honorio á dictar algunas ordenanzas para salvarlas; pero degenerando á menudo el celo en fanatismo, fué necesario establecer un centurión ó jefe de patrulla que reprimiese los desmanes que contra ellas pudieran intentarse. Ulpiano menciona un edicto del pretor que prohibe severamente poner en los parajes públicos donde hubiese estatuas cosa alguna que pudiera perjudicarlas, ensuciarlas ó interceptar su vista, porque «esa inmensa población de estatuas (dice Cassiodoro), ese innumerable conjunto de caballos de bronce y mármol, merece ser conservado con un esmero igual al celo con que fué formado; por lo cual, cuando el amor á la cosa pública falte, deberán establecerse vigilantes y guardianes que hagan por la conservación de lo que constituye el ornato y el decoro de la República romana lo que espontáneamente debieron hacer la veneración y el patriotismo.» Porque á la cuenta no eran infrecuentes en tiempo de este escritor los hurtos, destrozos y mutilaciones que á favor de las tinieblas nocturnas se cometían en los monumentos artísticos. Cuando no el maligno placer de hacer daño, era la codicia lo que impulsaba á la gentuza de mal vivir á robar el bronce, la plata y el oro que enriquecía muchas estatuas. Los rateros y perdidos de todos los países se parecen como individuos de una misma familia. La ley Julia establecía penas severas contra los autores de tales atentados: según ella, los que profanaban las estatuas públicas eran castigados lo mismo que los que violaban las sepulturas, y la profanación de aquellos monumentos, según el jurisconsulto arriba citado (Paulo), no consistía solamente en derribarlos ó mutilarlos, sino que se extendía al mero hecho de borrar sus inscripciones y poner en ellos letreros que los ensuciaran. Eran estas demasías castigadas como sacrilegios, y así resulta textualmente de las palabras de Dion Crisóstomo, el cual dice: «Sufra la pena de sacrílego todo el que ose quitar la lanza ó el casco ó el escudo á una estatua ó el freno á un caballo, y sea inmediatamente entregado al verdugo.» La pena que se le imponía, según el mismo autor, era la de la rueda ó el ser precipitado desde un peñasco.

El rey ostrogodo Teodorico, tan identificado con la cultura del mundo romano, publicó un edicto mandando que los profanadores de las estatuas de los hombres ilustres fuesen perseguidos como violadores del honor de los antiguos y castigados con la pena del Talión, mutilando sus cuerpos de la misma manera que hubiesen ellos mutilado sus imágenes.

Hoy, en las naciones verdaderamente civilizadas, los monumentos de las artes no necesitan más protección y defensa que la cultura del pueblo; y nos duele consignar que en España hay todavía grandes poblaciones donde se apedrean las estatuas, se embadurnan con indecentes letreros las paredes de los templos recién construídos y se roban los adornos de las verjas de hierro que contornean los edificios públicos.

Pedro de Madrazo

DIÁLOGOS MATRITENSES

EN EL MUSEO DE VACIADOS

– *¡Alante*, Colasa, *alante!*

– *¡Pus* si esto *paece* una iglesia! No nos vayan á haber *engatusao*.

– ¡Ca, mujer! Aquí debe de *sel*. ¿Verdad usted, buen hombre, que esto es el museo de los *vaciaus*? ¿Lo ves? *¡Alante*, Colasa, *alante!*

– ¡Ji, ji!

– ¿De qué te ríes?

– De ese hombre blanco, *too* desnudo y con una merendera en la cabeza.

– No es merendera; eso es un casco, como de *melitar* moro.

– *Pus* mira esa *desvergonzá*, sin pizca de camisa.

– Como es de yeso, no le hace.

– Ven, ven por aquí. Mira, esto sí que es una iglesia. No ves el techo *too pintao* de santos.

– Sabes lo que pienso, que aquí debió haber un convento, y cuando tiraron á los *flaires*, lo hicieron almacén de títeres.

– Y por cierto que *paece* imposible que en un *Madril* y estando aquí el Gobierno, esté esto tan abandonado; mira, á ese *fegurón* le falta una pata, aquél no tiene brazos; *¿pus* y las narices de éste? ¡Si *paece* que se las han *comío* las ratas! *Pus* no te digo *na* de aquella señora en tres *piazos*...

– Chica, la verdad es que *too* esto *tie* poco mérito; *pa* uno que *haiga* sano hay veinte *lisiaos*.

– Yo *carculo* que habrá *habío* terremoto y se han *rompío*.

– Si viniera Julianillo, el chico de la Tomasa... Él, que es tan mañoso, en un dos por tres los remendaba *toos*. ¿Te acuerdas cuando al San Roque del pueblo le pintó la cara? *¡Miá* que quedó guapo, y tan *colorao* que da gusto el verlo! *¡Pus* y el rabo nuevo que le echó al perro! ¡Si no hay más que pedir!

– La verdad, que esto tiene pocos lances.

– Más te han gustado las fieras.

– Vaya que sí. *¡Miá* que los monos!.. Cosa más preciosa...

– *¡Miá* que nos reímos! Aún hemos de *golver* antes de irnos.

– En fin, suerte que no *hamos tenío* que pagar *na*; que *sinós*, nos habíamos *caío*.

– *Que no too* se ha de *vel*. Y ahora vámonos al museo de las pinturas.

– Qué será alguna otra *mamarrachá* como esta.

– Puede; pero hoy es día de gratis.

– *Pus* vamos entonces, que á caballo *dao* no hay que mirarle el diente.

***

– Con permiso, mi sargento. Este Polo que usted dice, ¿quién era?

– En primer lugar, que yo no he dicho Polo, sino Apolo; y en segundo lugar, y consecuentemente, que eres un ignorante, y la ignorancia es uno de los siete pecados capitales. La suerte que tenéis los bárbaros de la 2.ª del 1.º del regimiento á que tengo el honor de pertenecer, es la de tener un suboficial como yo, que os da el pan de la ilustración.

– El pan de munición, querrá usted decir.



LÍNEA DE LA ZAIDA A REUS, de fotografías de Aouduard y C.ª

– No, cernícalo, el pan literario y enciclopédico difusivo.

– Pero este tío Apolo, ¿por qué andaba sin calzones por el mundo?

– Apolo no era tío, hombre, sino padre de las musas.

– ¡Huy, de las musarañas!.. ¡Pues buena familia tenía!

– Calixto, no tienes nada de listo. Eres el ser más incongruente y selvático de la quinta del 4. Si no fuera porque tu padre, que es un proletario acomodado, tiene la atención debida de hacerme algún obsequio sutil y metafórico, como el jamón que trajo ayer del pueblo...

– Pero con tanto sermón, aún no me ha dicho usted quién era el hombre de la *estauta*, y aquí estamos que parece que hemos echado raíces.

– ¡A ver, recluta, al orden! ¿Cómo se entiende?.. ¡Interpelar oblicuamente á la superioridad! Cuádrate en seguida, *chimpancé*. Bueno: ahora atiende: Apolo es el dios de la zarzuela, porque allá, en el principio del mundo, fué empresario de un teatro que hay en la calle de Alcalá. Pues, señor, como iba diciendo, este caballero mitológico y figurativo tuvo nueve hijas, todas musas.

– ¡Cáscaras..., no se descuidó el *gachó!* ¿Y qué oficio es ese de musas?

– Pues ninfas, ó sea suripantas. Se dedicaron al baile y al *cante*, y juerga por aquí, bronca por allá, en los merenderos del Olimpo y otros tabernáculos con poetas, toreros y músicos, arruinaron á su padre, y el pobre, que sin ofender á nadie era un pelele, quebró, y tuvo que empeñar hasta la camisa, y se quedó sin más abrigo que esa capa que ves; *lo cual* que no es un traje muy decente, subsidiaria y mancomunadamente hablando.

– ¡Caramba, mi sargento, y cuántas cosas sabe usted!

– Este es un ejemplo que debían tener presente siempre los padres que tienen hijas y les salen musas.

– ¿Sabe usted lo que pienso, mi primero?

– ¿Qué?

– Que todas estas *estautas* deben ser de gente perdida, porque la mayor parte andan cual Adán y Eva en el paraíso *terráqueo*.

* * *

– Desengáñese usted, D. Francisco, no me convencerá nadie de que este bajo relieve arcaico demuestra influencias egipcias. ¿Cómo, dónde, por qué?

– D. Juan, hombre, fíjese en la forma de la pantorrilla de Ceres; pues esto viene directamente del Nilo: pantorrilla de *fellhá*, sí, señor; los griegos jamás tuvieron pantorrillas tan faraónicas, ni se les ocurrió esta curva majestuosa y hasta religiosa.

– ¡Alto ahí, mi Sr. D. Francisco! ¿Y dónde me deja usted las pantorrillas de Alcibiades? Ahí las tiene usted delante. ¿Puede darse nada más clásico y conmovedor?

– También eso es egipcio. La concepción helénica, fruto de transmigraciones especulativas, no ofrece la característica de curvaturas orientales que se nota en la escultura del período arcaico. Esto es evidente y se halla plenamente demostrado.

– Error, amigo mío. Quisiera tener á mano las pantorrillas que vi yo en Atenas, cuando fuí comisionado por el gobierno, para que usted se desengañara por sus propios ojos.

– Yo también me alegraría, por más que con un par de pantorrillas no haríamos nada.

– Usted porque es un espíritu doctrinario.

– Pues usted no lo es menos.

– Le desafío á usted á que pruebe su tesis.

– Lo mismo digo de la que usted sustenta.

– Como esto no es una cuestión baladí, le prometo á usted desarrollarla en una serie de artículos que publicaré en la *Revista de los Sabios*, de la que soy director.

– Le contestaré á usted con un tomo de la *Biblioteca de las Eminencias*, de la que soy fundador.

– Buenas tardes, Sr. D. Francisco.

– Buenas tardes, Sr. D. Juan.

– (¡Habrá petate! ¡Suponer que esas pantorrillas pueden ser helénicas!..)

– (¡Habrá mamarracho! ¡Sostener que esas pantorrillas pueden ser egipcias!..)

* * *

– Felipito, esta es la Venus de Milo.

– ¿Por qué le llaman de Milo?

Buenas noticias, cuadro de F. Masriera (Salón Parés)

– Yo creo que este nombre es una palabra incompleta, porque según tengo entendido, la hizo un escultor llamado Milón.

– Melón..., eso quisiera yo un melón.

– Déjate de melones y mira...

– Papá, vámonos, que yo ya estoy harto de ver estos monigotes.

– ¡Bárbaro! ¡Llamar monigotes á las obras maestras del arte!..

– ¡Es que aquí no me divierto! Vámonos, papaíto, que esto me fastidia.

– No he visto chiquillo más estulto. Me desesperas, Felipito. ¡Fastidiarse ante las maravillas de Fidias y Praxiteles! Imbécil, vámonos ya. (El caso es que á mí me sucede lo propio, y no sé cómo hay quien venga á ver estos santi-barati.)

* * *

– Oiga usted, caballero. Hace dos horas que está usted durmiendo en ese diván, y me parece...

– No estoy durmiendo, señor mío, que estoy meditando sobre las bellezas de estas esculturas, y... aun cuando estuviera yo durmiendo, lo cual es una suposición gratuita, ¿qué? ¿Lo prohibe el reglamento? Vamos á ver, saque usted el reglamento y veremos en qué artículo...

– Déjese usted de monsergas: esto es un establecimiento público, y se debe guardar el decoro que..., vamos, ya me entiende usted.

– Bueno: pues quedo enterado, y puede usted seguir tranquilamente en sus ocupaciones.

– Es que si le vuelvo á oir á usted roncar, vengo y le expulso á usted. Sí, señor, le expulso. A dormir se va usted á su casa.

– Otra suposición gratuita, la de que yo tengo casa.

– Pues qué, vive usted en el alero de algún tejado, como los gorriones?

– Peor aún, mi querido portero, celador, conserje ó lo que usted sea. Ni siquiera el alero de un tejado tengo desde que Gamazo me dejó cesante: desde entonces vivo errante como el judío famoso. ¡Y ahora que había encontrado un oasis tan ameno como éste, tan limpio, tan tranquilo... quiere usted expulsarme! ¡Usted no tiene corazón! ¡Usted es un Gamazo de á perro chico!

– Mire usted, caballero, yo lo siento; pero si le ve á usted alguien, y sobre todo si le oyen dar esos ronquidos, que parecen los bramidos del león del Retiro, el jefe puede amoscarse y me cuesta una chillería.

– Todo puede arreglarse. Aquí viene poca gente; en cuanto usted vea asomar algún curioso impertinente, me avisa, y yo haré el sacrificio de interrumpir el sueño durante la visita.

– ¡Hombre, pues estaré divertido!

– Más divertido estoy yo desde hace once meses.

– De todos modos, por hoy puede usted largarse viento en popa, porque se va á cerrar.

– No me parece mal. Por mí no pase usted cuidado. Yo aquí en este diván dormiré esta noche admirablemente, mucho mejor que en los bancos del Botánico.

– No tengo ganas de guasa. ¡A la calle inmediatamente!

– ¿Y si no me quiero ir?

– Mandaré por una pareja.

– ¿No le sería á usted lo mismo mandar por un biftec con muchas patatas?

– Caballero, á mí no me toma el pelo ni usted ni nadie.

– ¿Usted quiere que me vaya en seguida?

– ¡Ya lo creo!

– Pues présteme usted dos pesetas.

– Yo no soy prestamista.

– Pues si no es usted prestamista, regáleme una peseta.

– Usted no está bueno de la cabeza. ¡En seguida!..

– Pues cincuenta céntimos. Dos reales y desaparezco. ¡Ande usted, hombre!

– No tengo suelto: así que no se canse usted.

– ¡Gran Dios! ¿Y un perro grande, no tiene usted?

– Con tal de que usted se vaya, tome usted los diez céntimos.

– Gracias, muchas gracias. Adiós, mi querido señor, hasta mañana, que volveré á este ameno local á proseguir mis estudios.

* * *

– Vamos Piruli, no te quedes *encantao*, que *na deslo* nos hace *avío*.

– Estaba *diquelando* el cierre de la ventana por si había que entrar..., y *pa* si *yega* el caso, no encontrar inconvenientes.

– No seas *panoli*, aquí no hay *na* que valga una peseta. ¿Vas á llevar un santo de estos á *dengúna* casa de préstamos? ¡Pues entonces!.. Más vale que nos *najemos pa* San José ó las Calatravas, que habrá sermón y podrá caer algo; ¡pero aquí! Esto es bueno para las personas *sentíficas*... que no tienen un real ni de donde les venga...

A. DANVILA JALDERO

NUESTROS GRABADOS

Alegoría del invierno, cuadro de W. Kray. – Alemania, el país de los caudalosos ríos, de los seculares bosques y ásperas montañas, es el pueblo en que más leyendas existen. Inclinado el carácter germano á todo lo que en su fantasía reviste una forma sobrenatural, crea en la literatura la leyenda, á la que da vida el pincel del artista, subyugado por la simpatía que le inspira el asunto y dando origen á bellísimas producciones.

A este género corresponde el cuadro del pintor W. Kray, que alegóricamente é inspirándose en una de las infinitas consejas y leyendas, ha representado el invierno en la forma que reproduce el bonito grabado que figura en la primera página de este número.

La dueña de la quinta, cuadro de Giuseppe Sigón (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Giuseppe Sigón, es otro de los artistas triestinos que ha aportado á la Exposición de Bellas Artes de Barcelona una obra recomendable bajo distintos aspectos. El lienzo titulado *La dueña de la quinta* pertenece al género modernista, pero razonablemente ejecutado dentro de los justos límites y producto de la observación y del estudio del natural, sin más recursos ni efectismos que los que el paisaje ha ofrecido al artista.

Grato es para los que nos interesamos por el progreso artístico observar los resultados del movimiento evolutivo moderno, y altamente consolador el observar que por fortuna son en escaso número, en todos los países, los que se dejan arrastrar, las más de las veces, por censurable exageración. El cuadro del Sr. Sigón, bellamente ejecutado, recomiéndase por su armónica tonalidad y por la frescura del colorido.

Un bosque de la Garriga, cuadro de José Masriera (Salón Parés). – El nombre de D. José Masriera lleva consigo el concepto de la maestría. Pocos como él han cultivado con tanto aprovechamiento la pintura de paisaje, puesto que aparte del poderoso espíritu de observación que posee, reune la circunstancia de ser sumamente exigente consigo mismo y de dedicar concienzudamente su inteligencia y sus raras aptitudes á la copia del natural.

De ahí el elevado concepto y la consideración que merece entre la familia artística, que respeta y estima á Masriera cual merece.

Un bosque de la Garriga ofrece testimonio de cuanto apuntamos, ya que á poco que se fije la vista en el lienzo, nótase que es trasunto fiel del natural.

Línea de la Zaida á Reus. – Apenas fusionada la Compañía de los ferrocarriles directos con la de Tarragona á Barcelona y Francia, que la absorbió, dedicó esta última preferente atención al proyecto de prolongación hasta Zaragoza, cuyo estudio confióse al ingeniero Sr. Maristany. La línea de Barcelona á Reus y Valls, aun atravesando ricas comarcas no podía satisfacer los proyectos de la primera empresa, que contaba ya con otra línea, la de Zaragoza á Val de Zafán, y mucho menos á la actual posesora. Precisaba, pues, dotar de nuevas fuentes al tráfico local, y buscar la forma de evitar intermediarios, para efectuar rápida y económicamente los transportes por una red propia. De ahí que se destinaran á la realización de tan importante empresa cuantiosas sumas. Rápidamente se ha ido avanzando y prolongando la línea, que dentro de unos días quedará solucionada, pues sólo falta unir el corto trayecto que existe entre Escatrón y el río Martín; de manera que contaremos con una nueva línea que en muy pocas horas podrá conducirnos desde esta ciudad á la de Zaragoza, y de ésta, en donde quedará unida á la línea de Madrid, á la capital de la monarquía. Por otra parte, la línea de Madrid á Zaragoza y á Alicante termina simultáneamente, y de acuerdo con la de Tarragona, Barcelona y Francia, la nueva línea de Ariza á Valladolid, que facilitará con grandes ventajas la comunicación de esta región con la castellana y como consecuencia una economía muy sensible en los transportes.

Las vistas que publicamos pertenecen á la nueva línea y al trayecto comprendido entre Reus y la Zaida, que constituye una de las secciones de la red, en el que han debido practicarse obras de grandísima importancia.

Buenas noticias, cuadro de Francisco Masriera (Salón Parés). – Figura entre las antiguas y arraigadas preocupaciones de nuestro país la de suponer que según sea el color de las matizadas alas de las mariposas, anuncian con su presencia adversos ó agradables acontecimientos. En esta conseja hase inspirado el notable pintor D. Francisco Masriera, para hacer gala de su maestría en el manejo de los colores y de su buen gusto, representando una bellísima joven, á quien distrae de la lectura una blanca mariposa atraída por la luz de la lámpara que ilumina á la lectora, produciendo sus luminosos rayos admirables y delicados efectos.

El cuadro del Sr. Masriera resulta, como todos los suyos, agradable y simpático, y con ese sello peculiar de elegancia y distinción, nota característica de las producciones de este distinguido artista.

Un voto, cuadro de Fernando Cabrera (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Dos lienzos ha aportado á nuestra Exposición de Bellas Artes el pintor D. Fernando Cabrera, titulados *¡Loca!* y *Un voto*, que es el que reproducimos, de menores alientos y de inferior mérito que el celebrado cuadro *Los huérfanos*, premiado en la Exposición nacional de 1890, y *En el coro*, que tan justamente llamó la atención en la de Barcelona de 1891.

Un voto, que no es más que un estudio, tiene la misma gama y amplia y segura factura que los dos lienzos á que nos referimos, y si por el asunto no iguala á aquéllos, recomiéndase por sus cualidades pictóricas y por el sentimiento que revela.



Un voto, cuadro de F. Cabrera
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Sensible es que Cabrera, que tuvo la suerte de ser discípulo del malogrado Plasencia, no haya remitido á nuestra Exposición obra de mayores alientos, cual corresponde á quien en juvenil edad ha logrado señalados triunfos y que su nombre figure dignamente entre el de los más discretos artistas de la actual generación.

Un judío de Jerusalén, copia de fotografía. – Cierto es que los efectos de la maldición han alcanzado al pueblo judío, y que errante y aun menospreciado, no ha podido constituir nacionalidad; pero no lo es menos que el tipo es el mismo, semejantes los ideales que persigue, análogas sus aspiraciones é idénticas sus pasiones y sus errores, de tal manera que son iguales los signos característicos de la raza, ya se trate del que habita en el lugar que fué asiento de aquel pueblo, ó bien en la tierra africana. Diferénciase un tanto exteriormente el judío europeo, dada la índole de la sociedad en que vive, pero el hombre es el mismo, porque adonde va y en donde vive existe el pueblo judío.

Interesante por lo típico y característico es el retrato de *Un judío de Jerusalén* que reproduce el grabado que publicamos.

Amarguras del alma, cuadro de César Laurenti. – En los grandes dolores es en donde más necesitados estamos de consuelos y del poderoso auxilio de la razón. Las creencias y la oración fortalecen el espíritu; de ahí que cuando la amargura se anida en nosotros, acudamos en demanda de la protección divina, en busca de la resignación y de la halagadora esperanza. Tal ha sido el asunto que ha tratado de interpretar en el lienzo el pintor César Laurenti, quien ha podido representar hábilmente á varias mujeres en diversas actitudes, entregadas á la oración y á sus recuerdos en el interior de un templo, cuyos semblantes expresan distintas sensaciones, pero todas ellas hondas y sentidas, cual deben serlo las penas que conturban su espíritu y el doloroso recuerdo de los seres que amaron y perdieron.

Un cardenal, dibujo al lápiz de M. Balasch. – El joven pintor catalán Sr. Balasch, autor del cuadro titulado *¡Abandonada!*, que ha un año reprodujimos en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos ha favorecido con el estudio que hoy publicamos, bonito dibujo al lápiz, representando á un cardenal de la corte romana. La seguridad en el trazo y el modo fácil y grandioso del apunte demuestran, desde luego, las aptitudes del artista y los notables progresos que ha realizado desde su estancia en la antigua ciudad de los Papas, adonde fué lleno de entusiasmo, deseoso de admirar las obras de los grandes maestros y recoger las consiguientes enseñanzas.

La quinta, dibujo á la pluma de A. Lhardy. – Ventajosamente conocido es el Sr. Lhardy como hábil paisista. Pertenece á la buena escuela española, y aunque sus obras se recomiendan por su frescura y brillante colorido, no recurre á los efectismos, y puede afirmarse que son trasunto fiel del natural.

Los paisajes gallegos y asturianos han facilitado á tan distinguido artista asunto para producir algunos de sus más notables lienzos, puesto que ha sabido representar con toda verdad el severo cuanto majestuoso aspecto del país gallego, su exuberante y robusta vegetación y aquella atmósfera, siempre saturada de acuosos vapores.

El dibujo que reproducimos es un bonito apunte ejecutado á la pluma, que muestra también las disposiciones del artista para ejecutar esta clase de trabajos.

Retablo del siglo XIV, existente en la catedral de Barcelona. – El hermoso retablo que reproducimos en nuestro grabado yacía olvidado, como suele suceder con objetos de arte análogos, en el almacén de maderas de nuestra catedral, sufriendo el detrimento que es consiguiente, cuando habiendo fijado su atención en él el señor don Francisco Llorens, y juzgándolo, como efectivamente lo es, sumamente interesante, pidió y obtuvo del cabildo la autorización necesaria para restaurarlo y colocarlo á sus expensas en una capilla de los claustros de aquel templo, como así lo ha efectuado, dando así una prueba de su desprendimiento y amor al arte.

Según noticias, este retablo formaba parte de otro de mayores dimensiones cuyo cuerpo central ocupaba, pero no se ha encontrado nada de los restantes trozos. Tiene 3m,40 de alto por 2m,00 de ancho; está esculpido en alto relieve dorado y pintado sobre madera de álamo, y representa al Señor rodeado de su corte celestial. Las figuras más interesantes, después de aquélla, son las de la Virgen y de los arcángeles San Miguel y San Gabriel, así como las de San Cosme, San Damián, San Jorge, Santa Magdalena y la de David. Original es también la forma de los querubines.

Créese que esta obra de arte data de fines del siglo XIV ó principios del XV, siendo gallarda muestra de la valía de los artistas y artífices catalanes de aquellas centurias, en los que el arte de nuestra región llegó á tan alto concepto, que la historia registra el extremo, sumamente honroso para nuestro país, de haber confiado el Municipio de París á dos hábiles maestros barceloneses, los rejeros Blay y Suñol, la construcción de las célebres rejas de la Iglesia de Notre Dame.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – VIENA. – El Jurado de la Exposición de Bellas Artes de la capital de Austria ha honrado á nuestro compatriota el distinguido grabador D. Ricardo de los Ríos con una medalla de oro por sus notables aguafuertes.

MUNICH. – El célebre coleccionista Mr. de Schack, que acaba de fallecer en Munich, ha legado al emperador de Alemania Guillermo II su magnífica galería de cuadros y obras de arte, que continuará en igual forma por expresa voluntad del augusto heredero.

PARÍS. – A la ceremonia solemne de apertura recientemente celebrada de la Exposición del Campo de Marte concurrieron 20.000 visitantes.

– Se ha inaugurado recientemente en la capital de la vecina república el monumento dedicado á la memoria de Alfredo Durand-Claye, ingeniero jefe de puentes y calzadas y del saneа-



UN JUDIO DE JERUSALÉN, copia de fotografía



AMARGURAS DEL ALMA, cuadro de César Laurenti

miento de París, obra del escultor Bouher, asistiendo al acto los ministros del Interior y de Obras públicas.

– El busto en mármol del doctor Teisier, obra del célebre escultor Chaput, ha sido instalado en la sala de clínicas del Hotel de Dieu de Lyón.

– Llama justamente la atención en París la interesantísima exposición póstuma de las obras originales é inéditas, dibujos, croquis, bocetos, etc., del escultor Carpeaux, que se ha organizado en los salones de la Escuela de Bellas Artes.

Barcelona. – El jurado calificador de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona ha concedido recompensas á los siguientes artistas:

Pintores. – Luis Graner, Román Ribera, Eliseo Meifren, Santiago Rusiñol, Juan Brull, Alejo Clapés, Juan Luna, Mariano Oliver, Juan Pinós, Marcelino Santamaría, Modesto Urgell, Manuel Feliu, Francisco Masriera, Joaquín Vancells, Laureano Barrau, Francisco Miralles, Antonio Fillol, Darío Regoyos, Hans von Bartels, Josua von Gielt, Teodoro Hummel, Carlos Maw, Federico Uhde, Amelia Beaury-Saurel, Siebe ten Cate, Alejandro Defaux, Stevenson Macaulay y Angel Morbelli.

Dibujantes. – José Armet, Daniel Urrabieta Vierge, Fernando Xumetra, Jaime Pahisa, José Engel, E. Heim y Pablo Renouard.

Grabadores. – Ricardo de los Ríos, José Sadurní, Pablo Maurou, Doris Raab y J. L. Raab.

Escenógrafos. – Salvador Alarma, Luis Labarta, Francisco Soler y Rovirosa y Mauricio Vilomara.

Escultores. – Rafael Atché, Miguel Blay, José Campeny, Manuel Fuxá, José Montserrat, Anselmo Nogués, José Pagés Horta, Félix Pardo de Tavera, Antonio Parera, Tomás Ríu Cortina, Alberto Serret, José Soler Forcada, Venancio Vallmitjana, Agapito Vallmitjana, Felipe Cifariello, Guillermo Charlier, Vicente Jerace, Domingo Jollo, Hipólito Le Roy, Rafael Marino, J. Rigel, Eduardo Rossi, Baltasar Schmit y José Wind.

Arquitectos. – Juan Pons Traval, Augusto Font, Federico Soler Catarineu, Gabriel Seid, Juan Bruguera y Pedro Falqués.

Reproducciones. – Federico Masriera, Juan Mollica y Antonio Pandiani.

Los premios especiales extraordinarios concedidos por S. M. la Reina Regente y S. A. la infanta doña Isabel, se han otorgado al pintor Luis Graner por su cuadro titulado *Herrería*, y al escultor Miguel Blay por el grupo *Los primeros fríos*.

Un cardenal, estudio al lápiz por M. Balasch

Teatros.—Pocas noticias podemos dar acerca de espectáculos teatrales, pues esta época del año es la menos á propósito para estrenos de obras, tanto por haber terminado la temporada en la mayor parte de los coliseos, cuanto porque el público empieza á retraerse, á causa del calor, de asistir á los que aún quedan abiertos.

París. – La novedad más saliente de la semana en aquella capital, si es que de novedad puede calificarse, ha sido la reproducción del melodrama *El Judío errante* en el teatro del Chatelet. El público, y en especial el que asiste á aquel teatro, que á pesar de las contrarias tendencias modernas, no ha perdido en absoluto la afición á este género de literatura dramática, ha acogido con aplauso esta *reprise* y todas las noches llena el teatro, complaciéndose en estremecerse con los horrores ó en deleitarse con los rasgos de honradez de que abunda el argumento. La ejecución es tan perfecta, que los espectadores han llegado á identificarse con las situaciones que á la vista se ofrecen, en términos de que una parte de ellos, dejándose llevar de sus irreflexivos impulsos, han llegado á increpar duramente desde sus localidades al solapado protagonista de la obra.

Madrid. – Dos ó tres estrenos de piececitas sin importancia ha habido en aquella capital. El público madrileño concede hoy su preferencia á los circos ecuestres y á los frontones, de suerte que la escena está poco menos que abandonada.

En los Jardines del Buen Retiro se está construyendo un nuevo teatro, cuyas obras se llevan á cabo con tal rapidez que hay ocupados en ellas más de 500 operarios. Uno de los espectáculos con que debe inaugurarse en el baile *Coppelia*, tantas veces puesto en escena en la última temporada en nuestro teatro del Liceo; pero en el del Buen Retiro se le añadirán nuevos bailables, entre ellos el de la patinación, para el cual se han recibido de Londres 400 pares de patines del mejor de los sistemas conocidos, y además seis trineos de París, tres de los cuales figuran un caracol, un zapato y un cisne.

Barcelona. – La compañía dramática dirigida por los Sres. Calvo y Jiménez, que con tanto éxito viene funcionando en el teatro de Novedades, ha puesto en escena con gran resultado el conocido drama del duque de Rivas *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, conquistando aplausos los inteligentes artistas que lo desempeñan, así como el nuevo y magnífico decorado, traído expresamente de Madrid para esta obra.

En el Tívoli se ha estrenado con brillante resultado las zarzuelas *Los dineros del sacristán* y *Los africanistas*, que proporcionarán sin duda muy buenas entradas á este popular coliseo. La empresa del mismo anuncia una obra del Sr. Pina Domínguez, escrita expresamente para estrenarse en él.

Necrología. – Muley-Hassan, sultán de Marruecos, ha fallecido el día 6 del actual en Kasba-Sidi-Beni, mezquita situada cerca de Tadla. Nació en 1831 y subió al trono el 25 de septiembre de 1873, sucediendo á su padre Sidi-Muley-Mohamed, que rigió el imperio desde 1859 hasta su muerte.

El sultanado ó monarquía absoluta es la forma de gobierno en Marruecos desde el año 790, ejercida por los cherifes de Tafilete desde 1546; por los Alides, rama lateral de la raza anterior, á partir de 1669, y por los descendientes de la casa de Hacham, á la que pertenecía el monarca, desde el año de 1822. El sultán designa á su sucesor entre los miembros de su familia, habiendo recaído esta vez la designación en favor de su hijo Abd-el-Azis, joven de dieciséis años de edad.

– Ha fallecido en el Hospicio general del Havre el célebre marinista francés M. Emilio Renouf, autor de obras de mérito tan reconocido como sus vistas de *Honfleur*, *La veuve*, *Le pilote* y otras producciones verdaderamente magistrales, algunas de las cuales pueden admirarse en el Museo del Louvre.

– Anuncian desde Bruselas el fallecimiento del conocido pintor de historia M. Ernest Slingeneyer, autor de lienzos tan notables como los titulados *Muerte de Nelson en Trafalgar*, *Destrucción de Pompeya*, *Batalla de Lepanto*, etc.

– Ha puesto fin á sus días en el lago de Annecy (Francia) el escultor italiano M. de Grandy, disparándose un tiro de revólver en la boca.



La quinta, dibujo á la pluma de A. Lhardy

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Marcos estaba sentado á pocos pasos de su madre, observando la alteración de su rostro, no sin un secreto remordimiento. No se había cruzado entre ellos la menor palabra sobre el incidente de la víspera, y la señora de Preymont, conociendo hasta qué punto debía estar irritado su hijo contra sí propio, respetaba su orgullo, hablábale con naturalidad de asuntos indiferentes.

Había pasado la noche, no llorando, pero sí pidiendo á Dios fervorosamente que tomara su vida á cambio de un poco de felicidad para su hijo. Y no era la primera vez que de su corazón se escapaba aquel grito suplicante, y cuando meditaba con calma sobre la serenidad de las cosas, la noche se había llevado con frecuencia en su pura brisa la oración que iba á perderse en los espacios misteriosos.

Poseída de una agitación febril, Constanza abordó inmediatamente, al entrar en el salón, el asunto que la preocupaba; pues aunque criticase á su espalda á la señora de Preymont, cuyas ideas le impacientaban, sabía muy bien que se podía confiar en su carácter y su buen juicio.

-¡Ya se ha marchado el amigo de usted, caballero, dijo á Marcos con su voz chillona, qué felicidad! Figúrese usted que ya se hablaba de casarle con Susana, como si no pudiéramos encontrar otro partido mejor que ese hombre, que no tiene un cuarto. ¿Ha oído usted hablar de sus propósitos?, añadió dirigiéndose á la señora de Preymont.

-Sí, contestó ésta con frialdad, y no creo que nuestro amigo el Sr. Saverne sea indigno de Susana.

-¡Indigno!.. Yo no digo eso; muy por el contrario, me parece una bellísima persona, y creo que lo mismo opina Susana; pero se necesita algo más que buenas cualidades para comer, como dice mi hermano, que es hombre de muy buen sentido. En fin, como se ha marchado sin hablar palabra, será que no piensa en cosa alguna. Sin embargo, tal vez escriba. ¿Qué piensa usted?

Marcos no dejó tiempo á su madre para contestar, y exasperado, exclamó bruscamente:

-¡No escribirá! Tiene ciertos amores en París.

-¡Ciertos amores!, exclamó la solterona, haciendo un ademán indefinible de indignación triunfante.

-¿Qué decía yo ayer á Susana?, añadió. Esos hombres hacen la corte á las mujeres solamente para divertirse, y son demasiado malos para casarse.

-¡Cómo!, exclamó Preymont con violencia. ¿Acaso Susana?..

Pero se contuvo, porque se hubiera extralimitado en su derecho enunciando la pregunta muy íntima que tenía en los labios.

Constanza, á quien el tono violento de Preymont hizo abrir los ojos con asombro, le sacó del apuro sin saberlo.

-Como ustedes son sus parientes y amigos, repuso, puedo decirles que Susana se había imaginado que el Sr. Saverne iba á pedir su mano. Mi sobrina me hizo algunas preguntas sobre esto sin darlas al parecer mucha importancia, afortunadamente para ella, y esta mañana, cuando el Sr. Saverne se marchó, quedó tan tranquila como de costumbre. Me alegro mucho, añadió la solterona levantándose, que ese joven no piense en ella, porque si le agrada, hubiera sido una decepción, tal vez, en el caso de que mi hermano, como es probable, desechara la idea de un casamiento que no ofrece suficientes garantías para el porvenir.

Después de acompañar á Constanza hasta la puerta, Marcos volvió al salón, y comenzó á pasear de arriba abajo con expresión inquieta y de marcado descontento, mientras observaba el rostro de su madre, en el cual creía leer un pensamiento que le humillaba. El asombro de la señora de Preymont era penoso, pues por primera vez veía á su hijo cometer una cobardía.

-¿Conque usted me censura?, preguntó Marcos, deteniéndose de pronto delante de su madre.

-Sí... No me parece bien hecho, contestó la señora de Preymont sencillamente.

-De todos modos, replicó Marcos, no he dicho más que la verdad.

-No,.. Bien lo sabes.

Marcos permaneció largo tiempo silencioso delante de la ventana abierta, hasta el instante en que, contestando á su pensamiento secreto, dijo con violencia:

-Cobardía ó no, si se hubiera de hacer otra vez, lo mismo obraría... Si se le dice á Susana, tanto mejor, porque así se cortará el mal de raíz.

la humilde persuasión de una debilidad que se apoya en un principio superior á la energía humana.

-Tiene usted razón, repuso Marcos con desdén; yo no soy más que un frágil juguete y no un hombre.

-Pues si lo reconoces así, no pensarás ya en morir, replicó la señora de Preymont con tan angustiosa tristeza, que Marcos se estremeció.



Su figura se destacaba claramente en medio de la luz velada de la tarde

La señora de Preymont no contestó; pero acercándose á su hijo, cruzó ambas manos sobre su brazo y permaneció junto á él silenciosa, como para protegerle contra su mayor enemigo, que era él mismo.

La tempestad de la mañana se había disipado, siguiéndose un día hermoso. En la campiña, los árboles y los bosques destacábanse como masas sombrías; mientras que la luz del sol poniente, cálida aún, coloreaba sus cimas con sus últimos fulgores. La brisa que durante el día agitara las aguas del río habíase desvanecido ya, y las ondas parecían dormitar con el día que declinaba. Tal era la calma de aquella hermosa tarde, que la señora de Preymont fijó la mirada en su hijo para ver si no experimentaba la influencia de tan serena belleza.

Marcos, adivinando su pensamiento, murmuró:

-¡Pobre madre!

-¡Ah, Marcos!, dijo la señora de Preymont con acento penetrante, no puedo conseguir que tomes fuerzas en mis creencias, pero al menos sé hombre... y sé bueno.

-¿Bueno?.. ¡Qué engaño!

Pero arrepintiéndose al punto de su exclamación, cogió la mano de su madre y besóla con respeto, porque su espíritu se elevaba á bastante altura para comprenderla y reconocer toda la superioridad que sobre él tenía.

Mientras la pasión y el dolor le hacían desfallecer, tenía en la desgracia esa fuerza moral que comunica

Sin pronunciar una palabra más abrazó á su madre estrechamente y salió de la estancia.

En medio de los contradictorios sentimientos que le agitaban dominábale un deseo: quería saber si Susana era feliz, aunque manteniéndose en la resolución de no disculpar á Saverne. Vagó algún tiempo alrededor del castillo, vacilando sobre si entraría, y ya iba á retirarse cuando desde el camino divisó á su prima, que se acercaba al muro de sostén, término del terrado. Junto á ella, la solterona, muy agitada, hablaba en voz tan alta, que algunas palabras llegaron á oídos de Marcos.

-¡Bien te lo había dicho, hija mía, todos se parecen!

Después de lanzar esta breve peroración, la solterona, sin sospechar el mal que acababa de hacer, abrazó á Susana y alejóse por la avenida, flanqueada de grandes bojes, que conducía á su vivienda.

La señorita Jeuffroy estaba de pie; su elegante figura destacábase claramente en medio de la luz velada de la tarde, y su lindo rostro, cuya expresión de cólera desdeñosa no podía Preymont distinguir, estaba vuelto hacia el horizonte, al que la joven parecía tomar por testigo de la villanía de los hombres. Durante largo tiempo permaneció inmóvil y como petrificada; después, Marcos la vió llorar, pasearse por el terrado y dirigirse al fin á la casa con aire resuelto.

El Sr. Jeuffroy estuvo malhumorado aquella noche, y muy descontento de Saverne, por haberse regocijado de antemano con la idea de poder decir que no había querido conceder la mano de su hija á un artista de gran mérito y reputación. Sin embargo, cuando en el transcurso del día se le habló del casamiento de los dos jóvenes, había salvado la situación contestando sin precisar nada:

– ¿Qué pido yo? Ya comprenderéis que solamente quiero la felicidad de mi hija. Después de haberme engañado una vez, debo ser extremadamente circunspecto, y no concederé la mano de Susana á un cualquiera. Esos artistas, dicho sea entre nosotros, son seductores en apariencia; nos deslumbran; pero cuando se penetra en el fondo de su vida, descúbrense muchas cosas, unas cosas...

Como la solterona había puesto en conocimiento de su hermano las secretas relaciones de Saverne, Susana debió escuchar durante la comida las palabras demasiado libres de su padre, que no era hombre para respetar las delicadezas de una joven. Enojada y aburrida levantóse de la mesa pretextando una indisposición y se retiró á su cuarto.

Cuando Susana había consentido en unirse con el Sr. Varedde, una sincera simpatía la decidió, aunque también es cierto que las conveniencias, el empeño de su padre y sobre todo los consejos de la superiora, que conociendo al Sr. Jeuffroy temía para su hija la vida en el castillo, pesaron por mucho en la resolución de Susana. Pero si Saverne hubiese pedido su mano, ni las consideraciones mundanas ni las conveniencias hubieran influído en la joven; habría contestado por su propio impulso; y en los sollozos que acababa de ahogar había toda la angustia de un corazón humillado cruelmente. El recuerdo de aquel amor engañoso, cuya deslealtad la ofendía hasta lo más íntimo de su alma, calmó la expresión de su pesar.

«Acabemos de una vez, pensó, porque me avergüenzo de mí misma. Yo no merecería perdón si, sabiendo que es de otra, pensase aún en él ni un solo momento. ¡Qué comediante! ¡Aún esta mañana el acento de su voz me decía que me amaba, y yo lo creí.»

Entonces, temblando al pensar que podía haberse descubierto, repitióse todas las palabras que había pronunciado y trató de recordar si su actitud había sido bastante fría é indiferente.

«Sí, díjose después de un concienzudo examen, creo que nada pudo infundirle la falsa idea de que era amado.»

Y se calmó escribiendo á la superiora, pues en su aislamiento moral había tomado la costumbre de enviarle largas confidencias.

Escrita su carta, y á pesar de la frescura de la noche, fué á sentarse junto á su ventana para reflexionar y analizar sus sentimientos. Persuadíase á sí propia de que el corazón no estaba herido; de que su orgullo y su altivez eran las únicas cosas lastimadas, y de que padecía sobre todo por las sucesivas decepciones que acababa de sufrir respecto á su confianza en las alegrías de la vida y en la lealtad de los hombres. Apenas hacía ocho meses, creía aún que el camino era llano, ó por lo menos, que encontraría una rectitud igual á la suya, y que la mentira era cosa rara, aborrecida generalmente. Imaginábase que lloraba por ser tan joven, por estar tan llena de ilusiones, que no podía dar un paso sin verlas huir muy lejos, llevándose la mejor parte de su alma; y parecíale espantoso chocar contra tantas realidades, que tan profundamente resentían su naturaleza y sus más caros sentimientos.

«Sin embargo, pensaba con tristeza, seguramente hay mujeres que no conocen las rudas pruebas por que yo he pasado aquí; y muchas hay que no se ven privadas de ternura ni son engañadas tampoco.»

Pero no era propio del carácter de Susana llorar largo tiempo sobre sus pesares, y había en ella un fondo de razón que combatía las exageraciones de un carácter entero, generoso y confiado; y después de haber hecho su razonamiento, censurándose á sí propia tan vivamente como si la mala acción hubiera sido suya, cerró la ventana diciéndose:

«No le amo, porque ya no le aprecio; si lloro aún, es porque me engañó y porque aborrezco la mentira.»

Pocos días después, Preymont, que esperaba con ansiedad noticias de Saverne, recibió las siguientes líneas:

«Buen amigo: si todos los hombres son animales, yo lo soy en particular. Fácil es decir á una mujer ¡Vete enhoramala!; pero un instante después nos dejamos coger y agarrotar de nuevo. El casamiento y la felicidad están reñidos; y esta es la primera vez de mi vida en que me creo desgraciado. – *Saverne.*»

VIII

Por más que la señorita Jeuffroy deseara convencerse de que un impulso muy pasajero la había atraído hacia Saverne y que su dignidad la imponía el deber de olvidarle á toda costa, necesitó varios meses de incesantes esfuerzos para desvanecer la fatiga moral y el desaliento que la infundían tedio para todo.

Cuando se creyó curada, quedóle una desconfianza invencible contra los hombres, particularmente contra aquellos que la rodeaban solicitando su mano.

En la sociedad donde su padre la presentaba por vanidad y con la esperanza de establecerla llamó la atención por su frialdad ó sus ironías, que desorientaban á sus fervientes admiradores. Sin ser coqueta, pues pensaba que la coquetería está reñida con el respeto que una mujer se debe á sí misma, complacíase en los triunfos que por su belleza obtenía, pero no trataba nunca de agradar.

Cuando el Sr. Jeuffroy la censuraba por no intentar la menor cosa para encontrar esposo, Susana mostraba mayor frialdad, encerrábase más en su silencio, y con una palabra desvanecía todas las ilusiones de su padre, haciéndole montar en cólera al contestar:

– No tengo el menor deseo de casarme... y hasta puede ser que no me case nunca.

La solterona le hacía reflexiones; mas si su afecto era un apoyo para la joven, había entre ellas demasiada diferencia de carácter. Constanza hacia sufrir á su sobrina demasiado á menudo, por la estrechez de sus ideas y por sus sentimientos limitados, para que pudiese tener verdadera influencia en su ánimo, y á sus razonamientos Susana contestaba seguidamente con firmeza:

– Cuando yo encuentre en mi camino un hombre de cuyo amor y lealtad no pueda dudar, entonces veremos; pero esto es imposible.

– ¡Imposible!, repetía Constanza con aire de consternación. Pero hija mía, mírate en el espejo y dime cómo no es posible que no te amen.

– Bien sabe usted, contestaba Susana con amargura, que más se ama aún mi dinero.

– Sin embargo, tu dote no es tan considerable, hija mía.

– ¡Oh! Se cuenta con el porvenir.

En cuanto á Preymont, después de haberle causado cierta inquietud, excitó su asombro por su actitud reservada. La joven lo atribuyó al principio á la verdadera causa, lo cual la indujo á compadecer á su primo, amándole cada vez más; pero desconfiando de su propia penetración y dispuesta á interpretar mal los sentimientos que podía inspirar, sus impresiones se modificaron y la nueva actitud de Preymont la ofendió.

«¡Ahora iría yo á creer que me ama, yo que paso la vida engañándome!, decíase la señorita Jeuffroy. Marcos será tal vez como los demás; nada es profundo, nada es sincero en torno mío, ni la amistad ni el amor.»

La joven ignoraba que Preymont leía en su pensamiento, y que si, aparentando estar más absorto en sus trabajos, rara vez iba al castillo, hacíalo así tan sólo por temor de descubrirse inútilmente. En la primavera recibió una breve carta, bastante melancólica, de su amigo Saverne, que no anunciaba cambio alguno en su vida, aunque hablaba de viajar. Preymont, pues, tenía completamente libre el campo; pero, bien á pesar suyo, no quería escuchar los consejos de su madre, quien le instaba para que diese algún paso.

– Estoy seguro, decía, que Saverne ha producido una profunda impresión en Susana.

– Esa impresión se borrará, contestaba la señora de Preymont, y ya lo está en parte, pues la señorita Jeuffroy, dado su carácter, ha debido alejar un recuerdo que seguramente considera como un ataque á su dignidad. Durante algún tiempo, su tristeza me inquietó, pero han transcurrido ya algunos meses y en todo este tiempo he visto que ya está bien. Nuevas impresiones terminarán la obra comenzada.

– Sí..., lo sé; pero ya le he dicho á usted que si hablase no haría más que romper nuestra amistad. Quiero conservar el derecho de verla y también de apoyarla, pues aunque no se queje, es muy desgraciada en casa de su padre.

En efecto, la vida era cada vez más desagradable para Susana, pues el Sr. Jeuffroy, á quien parecía muy humillante no casar á su hija muy joven, no le perdonaba que no hubiese encontrado esposo aún, así como tampoco podía perdonar su significativo silencio ante ideas mezquinas y una existencia sórdida que, como el padre sospechaba con razón, debía ser odiosa para Susana.

– Mi señora hija es una princesa extraviada, decía algunas veces; fácilmente se reconoce por su semblante que no se contenta con nada.

– Yo no me quejo, padre mío, contestaba la joven tristemente.

– ¡No faltaría más!.. ¿De qué te quejarías? ¿Qué te hace falta? ¿Un esposo? ¿Quién tiene la culpa de que no lo tengas?

Sin embargo, el Sr. Jeuffroy no osaba reprender de esta manera tan brutal á su hija delante de la solterona. El apasionado afecto que ésta le profesaba cegábala en cuanto se refería á ella misma, pero sus ojos se abrían y despertábase su indignación si se trataba de su sobrina. Cierto día se enojó de tal modo, que el Sr. Jeuffroy tuvo miedo, pues cuando estaba en su interés no reñir con las personas, era suficiente á menudo hablarle con sequedad para que modificase al punto su actitud. Por lo demás, no dejó de causarle impresión que la solterona le censurase, en medio de su cólera, de no ser bastante buen padre.

– ¡Mal padre yo!, exclamó. ¿De qué carece mi hija? ¿Acaso no me preocupo yo siempre de su porvenir? Si demuestro firmeza á menudo es para combatir las falsas ideas que harían desgraciada á mi hija, que nunca piensa como yo, lo cual es muy enojoso. Obro en su propio interés acostumbrándola á una vida práctica y corrigiendo su terquedad.

Una tarde Susana estaba sentada en el jardín de su tía, cuando Preymont, después de haberla buscado inútilmente en la quinta, se acercó á ella.

– Vengo á despedirme, querida Susana, díjole; me marcho por algún tiempo.

– ¡Ah! No me había dicho usted eso, Marcos, repuso la joven; pero como se le ve ahora tan rara vez por esta casa... Además, y sin que esto sea una reprensión, va usted tomando un carácter de taciturno que desconsuela. Y ¿dónde va usted?

– Pienso dirigirme á Austria... Necesito mucho cambiar de aires y de sitio.

Susana fijó su mirada en el rostro de expresión enérgica de su primo, y afligióse interiormente al verle tan envejecido y de aspecto tan fatigado; mas no hizo la menor observación, pues por una especie de convenio tácito evitaban hacía algún tiempo las efusiones demasiado amistosas. Sin embargo, Susana le dijo casi involuntariamente:

– Paréceme, Marcos, que el año último éramos mejores amigos. ¿Le habré contrariado á usted sin saberlo?

– ¡Vamos!, contestó Preymont sonriendo, usted no lo cree así.

Estas palabras fueron seguidas de un silencio embarazoso, que sin motivo aparente interrumpía á menudo la conversación de los dos. La señorita Jeuffroy pensaba en las impresiones que le inducían á creer que Preymont la amaba y en los motivos por los cuales ponía en duda su perspicacia.

– Pues hasta la vista, dijo Marcos, ofreciendo la mano. Volveré á mediados de octubre, á menos que asuntos imprevistos me obliguen á regresar antes.

Susana vió con tristeza cómo se alejaba su primo, deplorando, en el caso de que él la amase, ser causa de un padecimiento que no podía aliviar, pues la idea de casarse con él no se le había ocurrido aún.

Frasquita, que los había observado desde lejos, y á quien el Sr. Preymont había encontrado al alejarse, acercóse á Susana.

– Y bien, señorita, comenzó á decir con su tono brusco, ¿no se decidirá nunca su señor primo á hablar?

– ¿A hablar?, repitió Susana con asombro.

– ¡Cáspita! Para decir que está loco por usted me parece que ha pasado ya bastante tiempo; pero yo sé que no se atreverá nunca á decirlo, porque no tiene la estructura de los demás.

– ¿Quién te ha dicho eso, y cómo lo sabes?, preguntó Susana. ¿Por qué no has hablado antes?

– Ya sé que usted no me juzga tan perspicaz como á cualquier otra, señorita, contestó la criada; pero tengo dos ojos y dos oídos como los demás, sólo que... mi ama me había prohibido decir á usted nada sobre ésto.

– ¡Pobre Marcos!, murmuró Susana con acento de compasión.

– A fe mía, señorita, repuso la sirvienta, de usted depende tan sólo que no sea pobre; y tan bien se puede encontrar la salvación con un marido mal hecho como con cualquier otro.

Esta observación pasó inadvertida para la joven, que repuso con ansiedad:

– Cuéntame todo lo que sepas, Frasquita.

– ¡No está mal pensado!, contestó la sirvienta, poniéndose en jarras delante de la señorita Jeuffroy. Por lo pronto debo decir á usted que más de una vez lo había observado yo misma; pero hace algun

tiempo, en ocasión de estar yo hablando con la vieja Marión, ésta me dijo: «Amiga Frasquita, quiero confiarte un secreto, porque es muy sensible ver á mi amo devorar su tristeza por causa de la señorita Susana, á quien ama como un loco.» ¿Cómo lo sabes, Marión?, pregunté yo. «No faltan ojos, hermana Frasquita, contestó mi compañera, y además de esto, las paredes tienen oídos. Por eso sé que el señorito dijo á mi ama que por más que amase á la señorita Jeuffroy como un loco, jamás se atrevería á declararle su pasión.» Pues hace mal, repliqué yo, porque no se necesita ser derecho como un huso para merecer amor; y la prueba es que yo tuve un pretendiente á quien le rompí mi zueco en la cara por haberse atrevido á poner el pie en el campo de Dios; pero no es lo mismo para tu amo. «Pues bien, replicó Marión: podrías hablar de ello á tu señora, porque tal vez hagamos una buena acción, aunque no somos más que sirvientas.» ¡Cáspita!, amiga Marión, dije yo, el gusano tiene tanto derecho de hablar como el buey. Sin embargo, añadió Frasquita, cuando se lo dije á mi señora, creí que iba á devorarme.

– Y á pesar de todo, replicó Susana, tú me hablas de ello hoy...

– Sí, interrumpió Frasquita; pero he vacilado mucho, porque es preciso obedecer á los amos, señorita Susana. Sin embargo, reflexioné que si esto debía ser una buena acción, tal vez fuera la voluntad de Dios que yo interviniese un poco en el asunto; y cuando he visto ahora á ese pobre hombre marcharse, con el aspecto de un perro castigado, él, que siempre se muestra tan frío y altanero, á fe mía que no he podido contenerme más.

– Gracias, contestó Susana; yo también reflexionaré.

Su primer pensamiento fué creer que el matrimonio entre ella y su primo era imposible; pero al cabo de algunos días de reflexiones puso en duda la cuestión, recordando las eminentes cualidades de Marcos, su incontestable superioridad sobre todos los hombres que ella veía ó había conocido, y la mútua armonía de sus sentimientos é ideas. Meditó en particular sobre aquel cariño profundo y sin esperanza, comparándolo con el amor efímero de los que la habían engañado ó burládose de ella, y este recuerdo la hizo palidecer aún de vergüenza y de cólera. Cuando permitía á su pensamiento fijarse casualmente en Saverne, atribuía por lo menos á la indignación y al desprecio el sentimiento penoso que experimentaba. Poco á poco, á medida que las semanas transcurrían, Susana se exaltó ante la idea de metamorfosear la vida de Preymont. Desde que el sufrimiento había desarrollado en ella la facultad de comprender y de adivinar, penetraba más profundamente en la naturaleza de su primo, y así pudo darse cuenta de los dolores ocultos de una existencia anormal. Entonces se apasionó con la idea de ser para él un consuelo, el deseo realizado, la dicha, en fin, que él creía imposible; y muy pronto ya no vió á Marcos sino á través del espejismo de la más tierna piedad y de un amor que la conmovía.

«¿Qué destino mejor podría yo desear?, escribió á la superiora, que había contestado á sus confidencias por una carta llena de buen sentido, en la que manifestaba su inquietud. Me dice usted, señora, que la tristeza de mi vida influye inconscientemente en mi deseo y me impele hacia un cambio en la existencia: tal vez sea así, mas no creo engañarme al afirmar que yo sería feliz con él. ¿No es lástima que un hombre tan notable no pueda encontrar en su camino una mujer que le ame y le comprenda? La idea de ser esa mujer me eleva á mis propios ojos; y siempre le he compadecido, aun antes de saber lo que hoy sé. Ya conoce usted nuestra antigua y tierna amistad y la confianza que su carácter me inspiró desde que tuve edad para comprender. Pues bien: mi afecto se modificará, siendo cada vez más vivo á medida que me convenza de que soy amada y cuando tantos intereses unirán nuestras dos existencias.»

En la noche del día en que la señorita Jeuffroy enviaba esta carta, hallábase en el salón sentada junto á una ventana abierta; era una noche calurosa del mes de agosto; el cielo luminoso y puro atraía sus miradas, y aunque no fuese dada á la contemplación, su espíritu se elevaba hacia nobles aspiraciones, que cubrían con un velo ideal sus sentimientos respecto á Marcos. En el fondo de la habitación su padre leía un diario, y su tía se ocupaba en hacer media, alumbrados los dos por una sola bujía de la calidad más inferior, que en el inmenso aposento parecía el más mísero candil.

De repente, Susana, sin preparación alguna, levantó la voz.

—¿Qué diría usted, padre, preguntó, si Marcos me pidiese en matrimonio y yo consintiera en darle mi mano?

Sorprendido así, el Sr. Jeuffroy se limitó á contestar:

– ¿A qué viene esa pregunta? ¿Te ha dicho algo acaso? ¿Qué significa eso?

Pero antes de que Susana tuviese tiempo de hablar, Constanza se levantó, poseída de la más viva agitación, y exclamó con tono trágico:

– ¡Casarse con un jorobado... tú!

– Casarme con un hombre notable y que me ama, contestó la joven con un tono en el que hubiera sido fácil reconocer un viso de amargura.

– ¿Es acaso Frasquita, preguntó Constanza fuera de sí, la que te ha ido á contar sus necias historias?

– Veamos, veamos, dijo el Sr. Jeuffroy, explícarse un poco. ¿Será posible que Preymont ó su madre hayan dado algún paso cerca de ti, hermana mía, sin que me lo hayas prevenido?

– No, contestó Susana, ni le darán tampoco; pero yo sé que Marcos me ama hace largo tiempo, y que á no ser por su deformidad le habría pedido á usted mi mano. A ningún hombre podría yo profesar nunca tan profunda estimación, y si usted consiente en ello, seré su esposa.

Tal era la consternación de Constanza, que se limitó á balbucear:

– ¡Su esposa! ¡Tan bella y seductora como eres!.. ¡Imposible, imposible!

– Veamos, cállate un poco, interrumpió el señor Jeuffroy, y tú, Susana, déjame hablar dos palabras con tu tía.

Apenas se hubo cerrado la puerta, el Sr. Jeuffroy comenzó á examinar todos los puntos de la cuestión.

– ¡Magnífica posición! ¡Gran fortuna! Pero yo no creía que Preymont tuviese idea de casarse. ¡Hum! Lo único enojoso es que se dirá que Susana, después de romper su primer matrimonio, no puede encontrar nada mejor que su primo; tal vez se charle sobre esto y me atribuyan á mí la culpa.

– ¡Es un casamiento imposible, de todo punto imposible!, exclamó Constanza. Es preciso rehusar tu consentimiento, hermano mío, y no sacrificar así á tu hija.

– ¿Y le pido yo acaso que se sacrifique? Ella es la que me viene ahora con este cuento... Pero á fe mía que su idea no es tan torpe, y pruébame que mi señorita hija tiene un espíritu práctico que yo no suponía en ella. Preymont ocupa una posición excepcional en el país, y no me extraña que la fortuna y la importancia que Marcos tiene agraden á mi hija.

– ¡Ah!, exclamó Constanza, haré todo cuanto pueda para impedir semejante cosa.

– Tú me harás el favor de callarte, contestó el señor Jeuffroy, pues la cuestión tiene mucha importancia y se debe reflexionar sobre ella. Cuando Susana nos ha hablado de eso, es porque está resuelta, y mi hija tiene una cabeza..., pero esta vez mejor de lo que yo creía. ¡Diablo! Se llevará una vida algo más lujosa que con Varedde... y además se llamará señora de Preymont. ¡Oh! En cuanto á eso, continuó, corrigiéndose vivamente, es de nobleza secundaria, ¡psel.. no conviene que crea que es más que yo, aunque por otra parte, yo me casé con su prima.

– ¿Sabes tú, hermano mío, exclamó la solterona, á quien su corazón iluminaba de repente, sabes tú por qué Susana quiere contraer ese matrimonio? Pues sencillamente porque es desgraciada aquí, y porque ha sufrido dos decepciones una tras otra, pues yo creo que el Sr. Saverne era de su agrado.

– ¡Déjame en paz!, contestó el Sr. Jeuffroy. La verdad es que mi hija es mi hija, y que he conseguido hacerla conocer la vida de una manera práctica y razonable.

Constanza, poseída de cólera, cogió su sombrero, sin tomarse la molestia de ponérselo en la cabeza, y corriendo hacia su casa sin detenerse, cayó sobre Frasquita, que á la luz de una vela leía tranquilamente en sus pequeños diarios alguna historia de diablos, ó varias juiciosas reflexiones sobre los hombres temibles del siglo y el deplorable estado de la época.

La solterona armó un terrible escándalo á Frasquita, que se limitó á contestar tranquilamente:

– Será lo que Dios quiera, señora; no vale la pena ponerse así por tales cosas.

– ¡Que no vale la pena!.. Bien sabes que te había prohibido hablar de esas necedades á mi sobrina, que ahora pierde la cabeza; y desde ahora te aseguro que si ese matrimonio se verifica te planto en la puerta.

– ¡Cáspita!, señorita, replicó la sirvienta, si esto la complace, póngame á la puerta cuando guste, segura de que yo no me iré. Un mal espíritu es el que le inspira á usted esa idea, pues Dios no puede querer que yo la deje á su edad al cabo de treinta y cinco años de servicios.

– Dios no se ocupa de nada de eso, ni es necesario para saber que una hermosa como mi sobrina no ha nacido para un hombre que parece un perro sentado.

La noche fué muy agitada para la solterona á causa de sus tristes sueños; á la mañana siguiente no quiso ir á casa de su hermano; rehusó hablar con Frasquita, y fué á sentarse al pie de la escalinata, entregándose allí á todo su desconsuelo.

En aquel sitio predilecto la encontró Susana, cuando, después de hablar con su padre, presentóse á su tía para manifestarla que había tomado su resolución.

– Querida tía, dijo la joven tomando su mano afectuosamente, ¿cómo puede usted considerar ese matrimonio de una manera tan desfavorable? Todos los días me insta usted para que me case.

– ¡Sí, pero no con él!, contestó la solterona, sollozando. Yo quiero para ti un esposo como te corresponde. La belleza es una de las condiciones de felicidad, sobrina mía.

– Ya lo observo, contestó Susana con ironía. Marcos no tiene más que cualidades de carácter; pero ya ha visto usted lo que eran el Sr. Varedde... y el Sr. Saverne, añadió con cierta vacilación.

– ¡Quién me hubiera dicho, exclamó la solterona, que con tu belleza vendrías á parar á esto! Tú no le amarás, y serás desgraciada.

– Debería usted conocerme lo bastante, tía, repuso Susana con acento indignado, para saber que si yo creyese que no podía amarle no me casaría con él. Piense usted en lo desgraciado que ha sido, continuó con calor, y en la alegría que será para mí el consolarle.

Constanza, sin contestar, se limitó á encogerse de hombros, y Susana, creyendo que cedía, añadió:

– ¿Quiere usted encargarse de dar el paso necesario cerca de la señora de Preymont?

– ¡Jamás, contestó la solterona con energía, jamás, jamás!

– Pues entonces iré yo misma, dijo Susana con resolución.

La señora de Preymont escribía una carta á su hijo cuando le anunciaron la visita de la joven.

– ¡Hola, chiquita!, dijo al ver á Susana, con esa amable sonrisa que atenuaba la tristeza de sus ojos. ¡Qué aire tan animado y qué bella estás! Es un placer mirarte.

Susana cogió un taburete, y según la antigua costumbre de su infancia, sentóse junto á la señora de Preymont.

– ¿Ha recibido usted carta de Marcos?, preguntóle.

– Sí, hija mía, está en Suiza.

– ¿Qué le dice usted? ¿Habla de mí?

– No, contestó la señora de Preymont con expresión de asombro y mirando atentamente á Susana, de ti no me habla nunca.

Susana sonrió, cogió la mano de su prima, y besándo'a tiernamente, repuso en voz baja:

– Entonces eso quiere decir que siempre piensa en mí...

La señora de Preymont se inclinó sobre la joven exclamando con ansiedad:

– ¿Lo sabes todo, Susana?

– Sí, contestó la señorita Jeuffroy con voz conmovida. Escríbale usted diciendo que conozco su amor, que hace mal en desesperarse, y que le aprecio lo suficiente para considerarme feliz al ser su esposa y enorgullecerme de ello.

La señora de Preymont atrajo hacia sí á Susana; y tan joven por su pasión maternal, como la señorita Jeuffroy por su inexperiencia, parecíale muy justo que su hijo pudiera ser amado; de modo que cuando la emoción le permitió hablar, limitóse á decir sencillamente:

– ¡Hija querida! Si tú supieses cuánta es la alegría con que llenas el corazón de una anciana, aún serías más feliz. Tú le darás la felicidad que tanto he deseado para él; pero también sabrás lo que es ser amada por un hombre tan superior por su corazón como por su inteligencia.

Marcos estaba en Andermatt cuando recibió la carta de su madre; pero á un sentimiento rápido y fugitivo de alegría delirante, sucediéronse al punto la duda y la inquietud. Entregado á la más dolorosa lucha, vagó largo tiempo por la orilla de las alborotadas aguas del Reuss, tratando de dominar el impulso de la pasión para que hablasen el juicio y el buen sentido.

Dueño de las primeras impresiones, volvió á su alojamiento para dar una negativa á Susana, en una carta que no era otra cosa sino la sentida declaración de su amor.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

SOBRE LOS ESPECTROS DEL OXÍGENO Á ELEVADAS TEMPERATURAS

En una de las últimas sesiones he dado cuenta á la Academia de un método fundado en el empleo de la electricidad y á propósito para elevar á una temperatura muy alta los gases bajo presión, sin caldear de un modo perceptible los recipientes que los contienen.

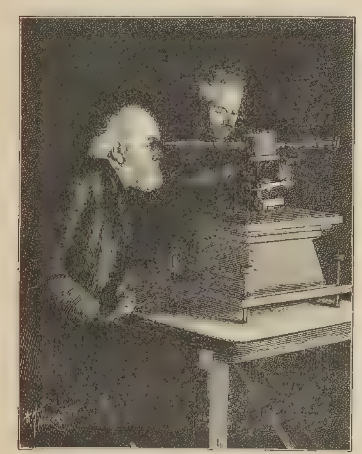


Fig. 1. Aparato espectroscópico del Observatorio de astronomía física de Meudon

Antes de describir los experimentos hechos con el oxígeno por este método, hablaré de los que á éste han precedido, y en los cuales se han podido obtener temperaturas que no excedían de 300 grados, por medio de una serie de luces de gas que actuaba directamente sobre el tubo que contenía el oxígeno.

La disposición era la siguiente: un tubo de acero de diez metros de longitud, revestido interiormente de cobre rojo y cerrado en sus extremos con cristales con arreglo á nuestros modos comunes de cierre, estaba colocado en una cubeta de hierro que podía recibir un baño de arena. Esta cubeta estaba caldeada directamente por una serie de cien mecheros de gas.

La temperatura del tubo se conocía por medio de termómetros reunidos metálicamente al tubo.

Después de introducir el oxígeno á la presión apetecida y antes de calentar el tubo, se formaba un buen espectro del foco luminoso cuyo haz lo atravesaba, de suerte que se pudieran apreciar las modificaciones que la elevación de temperatura pudiera ocasionar en la constitución del espectro de absorción dado por el gas.

Se encienden los mecheros y se observa el espectro á medida que la temperatura sube á la par de la presión. Cuando se hace bien el experimento, la presión del gas al final, es decir, cuando después de apagados los mecheros la temperatura vuelve á ser la que era al principio, la presión del gas, decimos, también vuelve á ser la misma de antes.

Para conseguir este resultado, es menester que no haya ninguna pérdida de gas durante el experimento.

Una de las principales causas de estas pérdidas consiste en la prolongación de los pernios que reunen las piezas de acero que sujetan los cristales á los extremos del tubo; para destruir el efecto de esta prolongación se ha colocado entre las cabezas de los pernios y los discos unos manguitos de latón, cuya longitud se ha calculado de modo que compensan con su dilatación la de los pernios. De este modo se obtiene á toda temperatura el mismo grado de cierre.

Las pruebas se han hecho con presiones variadas de gas oxígeno, habiendo demostrado que desde la temperatura ordinaria hasta los 300 grados próximamente, las bandas y rayas del espectro de absorción del gas oxígeno no sufren modificación apreciable.

Pero ha ocurrido un caso muy nuevo, cual es el del notable aumento de transparencia de la columna gaseosa con la elevación de la temperatura, transparencia revelada por el aumento considerable de la vivacidad y de los límites del espectro, sobre todo por el lado del rojo, y que da una percepción mucho más clara de las rayas espectrales.

Para subir más la escala de las temperaturas, apelamos entonces al uso del tubo de espiral de platino puesto en incandescencia por el paso de la corriente.

No nos ocuparemos nuevamente de las disposiciones generales del experimento, puesto que quedan descritas; pero es de advertir que es tanto más difícil conseguir la incandescencia de la presión, cuanto más fuerte es la presión del gas.

Para apreciar la temperatura á que se ha elevado la espiral se pueden emplear varios medios: 1.°, el par termo-eléctrico; 2.°, la observación del aumento de presión del gas, suscitada por el paso de la corriente; 3.° y finalmente, la viveza y la extensión del espectro dado por la espiral incandescente, cuando ésta es la única que da luz al aparato espectral.

El experimento se prepara, pues, del modo siguiente: colocado el tubo en posición vertical, según queda dicho, se arregla la lámpara que debe proporcionar el haz que se ha de analizar después de su paso por el tubo, y en seguida el aparato espectral analizador. Dase luego la presión, y observada bien la constitución del espectro, se hace pasar una corriente de intensidad apropiada á la temperatura á que se quiere llegar. La presión sube inmediatamente y se detiene cuando queda establecido el equilibrio. Los fenómenos espectrales se han de apreciar y comparar bien antes y después de establecido el equilibrio.

En los experimentos que hemos hecho con el tubo de 2,10 metros y con presiones gaseosas que llegaban á 100 atmósferas, no hemos advertido modificaciones apreciables en la extensión del espectro que se ha podido observar. Las temperaturas obtenidas se han calculado entre 800 y 900 grados, según la constitución del espectro dado por la espiral.

Para conseguir temperaturas más altas, será preciso aumentar la potencia de nuestros generadores eléctricos, y esto es lo que nos proponemos hacer; pero hay que advertir que desde el punto de vista de los fenómenos solares, lo que más interés tiene para nosotros son las partes exteriores y medias de la atmósfera coronal, puesto que si contienen oxígeno deberán producir, antes que todas las otras, vapor de agua en razón de sus temperaturas menos elevadas. Ahora bien: las de 800 á 900 grados que hemos alcanzado ya, corresponden á partes profundas de la atmósfera coronal, y tanto por lo que respecta á éstas como á las que son más exteriores y por consiguiente más frías, se puede afirmar que carecen de oxígeno. (1). – J. JANSSEN.



Fig. 2. Experimento con tubo vertical y la espiral incandescente

(1) Ilustramos el artículo anterior con los grabados de los aparatos que han servido al autor para los nuevos experimentos ejecutados en el Observatorio de astronomía física de Meudon: el aparato espectroscópico (fig. 1); el experimento con la espiral incandescente (fig. 2), y el aparato para los experimentos á altas presiones (fig. 3).

ESTATUILLAS ETNOGRÁFICAS INDIAS

Todos los pueblos que saben cocer la arcilla y hacer objetos de alfarería han procurado reproducir su tipo por medio de estatuillas de barro cocido. Estas estatuas son muy buscadas en la actualidad por la etnografía, á la que sirven de documentos preciosos. Por esto se ven hoy muchos ejemplares de diferentes países en los principales museos arqueológicos y etnográficos de Europa.

Algunos de dichos pueblos han dado pruebas de verdadera inteligencia artística al modelar esas estatuas, y entre ellas son de admirar especialmente esas figurillas japonesas tan vivas, tan animadas, de exageradas actitudes y cara grotesca.

Pero no por menos conocidas, son menos dignas de admiración las obras de los artistas indostánicos. La india inglesa está habitada por diferentes razas, por lo cual no es de extrañar que las manifestaciones artísticas sean allí tan diversas como variadas.

En el Sur, en el Dekhan, los barros cocidos son sumamente toscos y labrados sin gusto; pero son los más conocidos en Europa, pues los viajeros suelen traer bastantes y hay muchos ejemplares de ellos en el Museo colonial del Palacio de la industria en París.

Muy otra es la ejecución de los barros cocidos que se venden en el Norte de la India, que es fácil encontrar en Calcuta. Sabido es que la raza blanca descendió varias veces á la cuenca del Ganges, llevando juntamente con su industria nuestros gustos y nuestras ideas. Sin remontarnos á la época de los vedas, ya la expedición de Alejandro ejerció profunda influencia en el arte indio, por más que se limitara á la cuenca del Indo. Prueba de ello son las esculturas indias procedentes de Peshaver, esa ciudad de Cachemira, situada á la entrada de los desfiladeros del Afghanistán, y depositadas en el museo de Calcuta. La factura, las agrupaciones, el aspecto y la actitud de los personajes son enteramente griegos; tan sólo los trajes son indios.

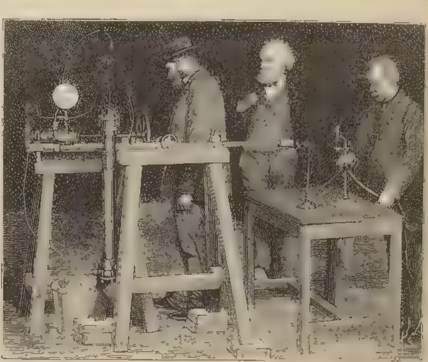


Fig. 3. Aparato para los experimentos á altas presiones

Mucho más adelante, en siglos poco remotos del nuestro, los musulmanes y los mogoles bajaron al llano del Ganges y levantaron esos ligeros y maravillosos palacios de Delhi y de Agra, que se resienten del gusto occidental y difieren enteramente de los santuarios del Dekhan, con su arquitectura pesada y sus múltiples pirámides esculpidas.

Estas diferencias en la arquitectura son las que se echan de ver en las obras de los alfareros actuales.

En el Sur, las actitudes de las figuras son rígidas, las caras confusas, sin acabar, los músculos mal trazados, el aspecto se parece algo al de las obras de los primitivos y de nuestra edad media.

En cambio en los valles del Ganges y del Indo el arte presenta una naturalidad extraordinaria y en trabajo acabado. Las estatuitas son expresión de la verdad, las caras detalladas y las actitudes sueltas. Los barros cocidos de Bombay están hechos con hermosa tierra rojiza; los de Bengala son quizás más curiosos.

El artífice de estas regiones es también muy naturalista. Cuando ha terminado su barro cocido, lo pinta de modo que representa exactamente el color de la piel, le pone cabellos y barba, valiéndose al efecto de delgados filamentos colocados con tanta paciencia como minuciosidad, y le viste con arte poniéndole ropas plegadas como en el modelo vivo, del mismo modo que los escultores, cuando quieren vestir su obra, pliegan ante todo un boceto para ver

cómo caen los paños. Nada más natural que estos bocetos, obras de ensayo, sólo admiradas por los amigos íntimos. Pero en las Indias no hay boceto, las ficciones están acabadas, y se tiene una estatuilla viva, aunque á la verdad se separa de nuestros gustos actuales, que en ningún caso admiten que se pueda pintar la pupila de las estatuas.

Estas figurillas recuerdan las que hacían los napolitanos allá por los siglos XVI á XVIII; pero su ejecución es muy acabada, y tienen una precisión de movimientos que no se advierte en estas últimas, las cuales parecen más bien muñecos de teatro; y sin embargo, las figuras bengalíes no se conocen, al paso que las italianas gozan de gran fama.

Como siempre, es una casta la que se dedica á este trabajo. Los artistas viven en aldeas y se transmiten su arte de padres á hijos: trabajan con esa lentitud, esa pulcritud y esa conciencia de los operarios del extremo Oriente. Cuando al cabo de muchos meses han terminado algunas estatuitas, las llevan de ciudad en ciudad haciendo un viaje de muchos centenares de kilómetros hasta que logran vender su mercancía. Y la venden muy barato á pesar del trabajo que les cuesta, porque aún no ha adquirido boga en Occidente, ya á causa de su fragilidad que imposibilita su exportación á largas distancias, ya porque se trata de una simple moda; lo cierto es que su comercio es puramente local. Además, los indostánicos ¡tienen tan pocas necesidades! Un puñado de arroz les basta para vivir, y el obrero que gana doce pesetas al mes se da por muy contento.

Entre estos pobres artesanos hay algunos que son verdaderos artistas y cuyas estatuillas son obras maestras. En cuanto á las expuestas en las tiendas de Calcuta, no son tan buenas, si bien entre ellas se pueden encontrar algunas muy bonitas.

Aparte de sus condiciones artísticas, no dejan de tener algún valor etnográfico, pues en ellas está representado el verdadero tipo indígena, con su fisonomía característica, su vestimenta, los objetos de su uso, etc., lo que como es de suponer, contribuye á facilitar el estudio de ese pueblo, aún no perfectamente conocido.

***

TRACCIÓN ELÉCTRICA

Según anuncia el periódico *Sciences et Commerce*, en los talleres Prudhon de Marsella se han hecho pruebas de un sistema de tracción eléctrica de canalización subterránea para tranvías, discurrido por M. Chabeault. El principio de este sistema consiste en la instalación de tomas de corriente subterráneas de levantamiento automático, y de una corredera conductora puesta debajo del vehículo en comunicación con la receptora; este sistema puede además estar combinado con el empleo de acumuladores. Las tomas de corriente están situadas en el eje de la vía, al nivel del suelo, en derivación sobre la canalización, dejando entre sí una distancia igual á la longitud del carruaje. La corredera conductora se halla establecida en el eje de éste, y construída de modo que efectúa el levantamiento automático de las tomas de corriente y coincide siempre, á pesar de las curvas, con el eje de la vía.

Las tomas de corriente son activas ó neutras. En el primer caso, al levantarlas, dan la corriente; en el segundo, bajan al suelo y dejan de estar en relación con la canalización. Este aislamiento pone en seguridad absoluta á los viandantes y al acarreo. La circulación de la corriente eléctrica se efectúa del modo siguiente: la corredera levanta los pequeños cilindros que constituyen las tomas de corriente, aun á pesar de la lluvia y del barro. En este momento están en contacto por su base con la canalización de la que reciben la corriente, la transmiten á la corredera, la cualla comunica á la receptora, haciendo así pasar la corriente de la canalización á esta receptora, que pone en movimiento el carruaje. Asegúrase que los aparatos no son complicados, y que presentan todo género de facilidades para su instalación y arreglo, pudiendo aplicarse á carruajes de tracción eléctrica y animal.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Remembranzas burgalesas, *por Anselmo Salvá.* – Interesante es á todas luces el nuevo libro que acaba de publicar el erudito cronista de Burgos, ya que en forma amena narra y describe con elegante cuanto fácil estilo una serie de tradiciones y acontecimientos ocurridos en la ciudad castellana, que aportan indudablemente materiales importantísimos para la historia, puesto que sirven para aclarar y rectificar extremos de puntos dudosos, y dan idea del modo de ser y de las costumbres de las épocas que pasaron, aportando antecedentes acerca de las instituciones municipales burgalesas.

El libro del Sr. Salvá, aparte de su mérito real, recomiéndase por sus bellas condiciones tipográficas.

Doloras. – Humoradas, *por D. Ramón de Campoamor.* – El conocido editor y librero Sr. López Bernagosi ha emprendido con el título de *Colección Diamante* la publicación de una serie de tomos elegantemente impresos, de la que formarán parte las obras escogidas de los escritores más eminentes, así españoles como extranjeros.

Los tres volúmenes publicados, son los primeros de la colección de las obras completas del inspirado é insigne vate, honra de las letras patrias, D. Ramón de Campoamor, cuya serie constará de doce tomos. Cada uno ostenta una bonita cubierta en color, dibujada por el Sr. Moliné: consta de doscientas páginas de texto y se vende al precio de 50 céntimos de peseta.

Poesías selectas, *por Carlos Peñaranda.* – Esmeradamente impreso en la tipografía de Chofré y Comp.ª, de Manila, ha publicado el poeta filipino Sr. Peñaranda, formando un bonito volumen, una colección de poesías escogidas, que si su autor no fuese ya ventajosamente conocido por otras producciones, bastarían para concederle el título de poeta.

Grato es para cuantos deseamos el engrandecimiento de la patria recibir fehaciente testimonio del cariñoso recuerdo que á la madre común dedican nuestros hermanos de allende los mares, y de sus nobles y plausibles propósitos en fomentar el movimiento literario y artístico en donde se hable la hermosa y robusta lengua española, ya que tal medio lo es de gran difusión, especialmente en Filipinas, en donde puede decirse que se halla en los albores de su movimiento literario.

Catálogo de la segunda Exposición general de Bellas Artes. – Hemos recibido el catálogo del segundo certamen artístico, abierto actualmente, organizado bajo la iniciativa de la corporación municipal de Barcelona, cuyo éxito supera al que cupo á la primera Exposición, celebrada en 1891.

Figuran catalogadas 1.256 obras, correspondientes á las secciones de pintura, dibujo, grabado, escenografía, escultura y arquitectura, relacionadas por salas, á fin de facilitar el examen de los visitantes, terminando con un índice alfabético.

Forma el catálogo un elegante volumen de más de 300 páginas, protegido por una bonita cubierta de color, en la que figura una vista exterior del Palacio de Bellas Artes, que es el edificio en donde se celebra la Exposición.



Retablo del siglo XIV que existía en la catedral de Barcelona y que se ha colocado hoy en una capilla de su claustro

Recuerdos de Toledo, *por José Ibáñez Marín.* El distinguido y erudito oficial de nuestro ejército y director de la *Revista técnica de infantería y caballería* Sr. Ibáñez Marín, ha reunido en un elegante volumen una colección de artículos artísticamente ilustrados por el pintor militar Sr. Banda, que constituyen un caudal de noticias y antecedentes históricos, artísticos y biográficos de la ciudad imperial y sus hijos más ilustres, correspondiendo parte interesantísima á la Academia de Infantería, establecida en el histórico alcázar, y como es consiguiente, á la vida y costumbres, un tanto hazañosas, de los cadetes.

Los capítulos dedicados al insigne Garcilaso de la Vega, tan glorioso capitán como alabado poeta, y al teniente general D. Gerardo Lobo, el *Capitán Coplero*, como le denominaron en su tiempo, están trazados de mano maestra, descollando en todo el libro un estilo fácil, elegante y castizo, propio de quien posee y maneja gallardamente, cual el Sr. Ibáñez Marín, el habla española.

Odas de Pindaro, cuidadosamente traducidas en verso español por D. Albino Mencarini, cónsul de España en varios puertos del extremo Oriente. A la galantería de la familia del traductor, fallecido hace algunos años, debemos un ejemplar de esta obra, esmeradamente impresa en la imprenta de *La Renaixensa*, y en la cual el Sr. Mencarini ha demostrado sus profundos conocimientos del griego clásico, así como de nuestro idioma, habiendo quedado airoso en un trabajo de verdadero empeño y prestado un servicio á los amantes de la literatura helénica.

Objetos históricos de Venezuela en la Exposición de Chicago. – Tal es el título del interesante estudio que acerca de cada uno de los objetos de carácter histórico que se conservan en los Museos de Venezuela y que figuraron en la Exposición de Chicago, acaba de publicar el erudito don Arístides Rojas, formando un elegante folleto, impreso en Caracas. Contiene el trabajo del ilustre escritor americano noticias curiosísimas del estandarte de Pizarro, de un sello de Carlos V, de la espada de Bolívar, con gran copia de datos y antecedentes relativos á la época del descubrimiento de América, costumbres y organización de los pueblos indígenas, expediciones de los conquistadores, privilegios concedidos á varias ciudades por los monarcas españoles, filibusterismo, etc.

Imp. de Montaner y Simón



Año XIII — Barcelona 25 de junio de 1894 — Núm. 652

A pesar de nuestros esfuerzos, nos ha sido imposible repartir con este número el último tomo de la obra NERÓN, porque su autor el Sr. Castelar no ha podido remitirnos oportunamente el último capítulo; sin embargo, creemos poder repartirlo brevemente.

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Un fenómeno me produce la actual exposición del Círculo de Bellas Artes. Busco entre las quinientas obras expuestas (contando las regaladas con destino á la rifa que aquella sociedad instaló, con objeto de allegar recursos para erigir una estatua á Velázquez) una sola pintura ó escultura, á la cual se la pueda calificar de *mala*, pero mala sin distingos de ningún género, y en honor de la verdad y de la justicia, declaro que no la encuentro; por el contrario, busco algo que admirar, como indicación de una personalidad verdaderamente artística, como vislumbre de un corazón que sienta y de un cerebro que piense, y tampoco encuentro nada que me obligue á exclamar *¡Eureka!* Y ahora, el fenómeno que en mí produce esta mediocridad tan... (califíquenla ustedes como gusten); siendo todo lo expuesto discreto, y aun algo bastante mejor que discreto, no puedo, á pesar mío, alargar mis visitas en la Exposición más allá de quince minutos.

Pero como todo, al cabo y al fin, tiene su explicación, este fenómeno que en mí se produce la tiene también.

Nada ocasiona tanto cansancio al espíritu como la monotonía, siquiera sea ésta la de lo sublime. Figurémonos á un orador pronunciando siempre discur-

AL AMOR DE LA LUMBRE, cuadro de José Jiménez Aranda

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

sos cuyas hipérboles, cuyas imágenes sean tan grandes y brillantes como los planetas y cometas que giran en torno del sol; que no busque más comparaciones para exponer sus ideas que las de los astros, las del inmenso Océano, las que le puedan ofrecer la divina figura de Cristo y las de los apocalípticos sueños del desterrado en Pafos, y concluiremos al cabo por perder la noción de lo grande y por sentir la nostalgia de lo pequeño, de lo tangible y de lo real. Figurémonos á todos los amadores tan sublimemente puros y castos como diz que fueron Laura y Petrarca, y díganme ustedes adónde iría el arte en busca de sus más grandes obras. Figurémonos todos los montes del universo mundo de la elevación del Chimborazo, y todos los ríos como el Missisipí, y todos los caminos de hierro y todas las carreteras tirados á cordel, flanqueados por árboles gigantescos, y díganme los estéticos si sería posible la emoción de lo bello. Pues bien: figúrense mis lectores una colección numerosa de cuadros y esculturas, especialmente de los primeros, que no son malos ni buenos de color y dibujo, que no expresan nada de particular y que no dejan sin embargo de representar ó de expresar algo; que si acusan en las *maneras* las distintas paletas que los produjeron y los temperamentos que los trazaron, á pesar de esto, todas las *maneras*, todas las paletas y todos los temperamentos tienen un parecido grande; y esta figuración hecha, explíquense por qué no puedo alargar mis visitas en la Exposición más allá de quince minutos. Verdaderamente, es desesperadora esta monotonía. Búscase la emoción estética que pueda producir la reproducción sentida de un pedazo de la naturaleza, y tan sólo se columbra algo, pero que no pasa del sentido de la vista; búscase una escena que conmueva nuestra alma, ora de un modo dramático, bien trayendo la risa á nuestros labios, ya el recuerdo de horas ó de dichas pasadas á nuestro corazón, y apenas si llega á esbozarse todo eso de un modo nebuloso, á percibirse un rumor como lejano eco de música que hemos escuchado.

Por eso, del tiempo que dedico á mis visitas en la Exposición, invierto una buena parte en contemplar los cuadros de Sorolla, especialmente los titulados *Las redes* y *Fruta prohibida*, y los de D. José Jiménez Aranda *Abandonada* y *Los pequeños naturalistas*, y *En el campo de batalla* de Cutanda y tres ó cuatro más de Plá, de Andrade, de Otermin, de Martínez Abades, de Ugarte, los dibujos de Vierge y los hermosísimos paisajes del desdichado Casimiro Sainz.

Sí; delante de aquel *paisaje*, que no de otro modo se titula la obra del infortunado artista santanderino, detiénense en mi mente, como ante conjuro de mágico maravilloso, todo ese torbellino de ideas que en atropellado desfile pasan y repasan por lo más recóndito del cerebro cien veces al día, y que surgen en medio de la fiebre que nos abrasa el cráneo, y nos atiranta los nervios, y nos atrofia el hígado, y nos lleva á la vejez antes de ser viejos. Allí, ante aquel pequeño cuadro, que no representa más que un trozo de bosque de las montañas de Reinosa, se refresca la frente, los nervios parecen adquirir cierta laxitud voluptuosa, funcionan los pulmones con libertad, y á las ideas de lucha suceden las blandas imágenes que provoca la contemplación de la naturaleza. Y todo esto, merced á una simplicísima interpretación de unos robles y de unas rocas y de un torrente que se despeña entre guijos y espadañas y flores silvestres. La verdad y la belleza juntamente ligadas por un exquisito sentimiento estético, íntimo, puramente sujetivo, casi religioso.

También Ugarte va por ese camino personalísimo: ¡qué placer poderlo decir! Su escena marítima *Limpiando las redes* tiene gran sabor de lo verdadero; aquellas aguas gruesas del puerto son trasunto fiel de la realidad; aquella atmósfera de un gris azulado, como es la neblina cuando la luz de la luna comienza á disputarle su imperio á la luz del sol que ya traspuso el monte lejano, recuerda fuertemente las nieblas de los puertos del Cantábrico. ¡Lástima grande que las figuras, á pesar de no aparecer sino como «siluetas,» no estén más sentidas de línea.

Y no va en zaga á Ugarte, en lo de destacar su personalidad artística, el marinista asturiano Martínez Abades. Además de los apuntes que exhibe, algunos muy bellos, la marina que titula *Nordeste* tiene una verdad indiscutible, á pesar de la dureza de las aguas en el primer término. Aquel trozo de costa cantábrica, con sus peñascos y sus olas revueltas con arena y la gran extensión del mar del color azul plomizo que adquiere cuando el Nordeste le agita, causa la misma ilusión que pudiera causarnos la vista del natural. También aquí y después de un rato de atento examen, llega á sentirse algo de lo que se siente contemplando el *paisaje* de Casimiro; y este es el toque; esto es la finalidad de la obra de arte, en mayor ó menor grado, pero eso al fin.

He dicho, no recuerdo ahora dónde, que visitando en una Exposición de Bellas Artes las secciones de pintura y escultura, la primera especialmente, á poco que se medite y á poco que nuestra sensibilidad se despierte, nos ocurre lo que en la vida social, que pasamos en cortos instantes de sensaciones á sensaciones completamente distintas, y experimentamos el embate de emociones encontradas. Y digo esto, porque de las frescas y suaves brisas cantábricas y de las olorosas y húmedas auras de las montañas de Reinosa, pasamos á las abrasadas llanuras de los paisajes bíblicos, allá en Tolemaida existentes, y que Simonet reproduce en una tablita que titula *Un voto*. Verdaderamente, aquellos horizontes dilatados, aquella atmósfera calíginosa, aquellos peñascos del primer término semejando trozos de lava por su color, aquella coloración tropical en el cielo, aquella ausencia de vegetación verde, fresca, que venga á templar en algo la nota de este panorama de cenizas que parecen humeantes, pesa sobre el ánimo como sobre los pulmones con la pesadumbre de una losa de plomo. Volvámonos, volvámonos aprisa á España, dejando allá que se recorten sobre aquellos montes bituminosos las fantásticas figuras de los profetas y de los cruzados: pláceme volver á nuestra patria y á la tierra valenciana en busca de vida, de pasión, de ensueños de juventud, que todo esto tienen los lienzos arriba mencionados de Sorolla.

Las redes es un cuadro lleno de luz, de sol, de colores y al propio tiempo de voluptuosidad. Escenario: una pared blanqueada, frente á la pared sinnúmero de flores casi todas rojas y que la luz solar enciende hasta semejarlas al ascua; al fondo la puerta del corralillo abierta de par en par y por la que se mira extensa playa de doradas arenas, y en último término el mar, azul, tranquilo, brillante. La escena: una hermosísima muchacha pescadora, fresca como las aguas del riente Mediterráneo, aparece sentada en el suelo contra la pared, con las piernas extendidas, los mórbidos brazos redondos medio desnudos, la sensual y delicada cabeza medio vuelta hacia la puerta, en cuyo quicio casi se esconde un mozo, marinero también. El padre de la muchacha no observa nada; vuelto de espaldas á la amorosa pareja, se entretiene en arreglar las redes.

Más subido de tono en esto del sentimiento pasional es el otro cuadro del mismo Sorolla y que titula *Fruta prohibida*. Vegetación frondosísima de un jardín; unas muchachas, en segundo término, se entretienen en coger flores; en primero, un cura joven aparece sentado en una carretilla de transportar tierra, mirando con expresión de un mal pensamiento aquellas apariciones tentadoras; el tonsurado tiene cogida con fuerza una manzana verde: tal es el cuadro.

De Sorolla puede decirse que aún vacila entre los distintos rumbos de la plástica; pero sin embargo, frente á la naturaleza, suele olvidar escuelas y maneras, como lo prueba con los citados lienzos y con los que titula *Los cordeleros*, una escena rural muy bella, y *El santero*, ejemplar clásico y típico.

Jiménez Aranda (D. José) se exhibe con dos cuadros tan completamente distintos de asunto como son un idilio y un drama. Hablemos del idilio. *Los pequeños naturalistas* son cuatro niños de ambos sexos – el mayorcito tendrá á mucho tirar cinco años, – que sentados en el suelo de un corral, están mirando atentamente cómo patalea un escarabajillo. Las cabezas de los *sabios* son una preciosidad, como hechura y expresión; pero sobre todos, uno de aquéllos, un rubito de dos años poco más ó menos, que aparece de espaldas al espectador, tumbado de bruces en el suelo, es un verdadero encanto. Tengo por seguro que á muchas madres se le pasarán tentaciones grandes de estampar un beso en aquellas piernecillas desnudas, rollizas, blandas como la manteca. El otro cuadro es hondamente dramático. Podrá tildarse el motivo de vulgar, pero lo vulgar es lo eterno, *Abandonada* es el título. Una mujer joven, medio desnuda, cruzadas las manos, la cabeza inclinada, la vista fija en punto inconcreto, rojos y secos los párpados, que ya no contienen lágrimas; cerca de la joven se ve la cuna donde duerme ternísimo infante. Esto es todo.

Pero ¡es tanto! Fijad la atención en aquellas mejillas enrojecidas por llanto que las ha escaldado; mirad con atención aquellos ojos cuyos párpados deben abrasar, si es que no abrasan aún más las brillantes pupilas: mirad la atonía, el estupor en que se halla sumida la infeliz, y decidme si no se realiza en vosotros la emoción estética del drama. Yo bien sé que este mismo asunto fué tratado todavía con mayor fuerza dramática por pintor transpirenaico; este pintor – cuyo nombre no quiere venir á mi memoria – llevó más allá de donde llega con *Abandonada* Jiménez Aranda la emoción terrible de su obra. Joven escuálida, andrajosa, demacrada por miseria horrible que ya hizo presa en los pulmones, convirtiéndoselos en una esponja, deja en el torno de la Inclusa el fruto de sus entrañas, y que solamente la esterilidad de sus pechos le obliga á abandonar á la caridad oficial. Brillan los ojos de la mártir con fulgores de extravío mental; quizá llegue hasta su oído de tísica el murmurio apagado del Sena. Pero si este cuadro trágico es más hondo por la finalidad, el de Jiménez Aranda es, á pesar de todo, un cuadro lleno de sentimiento. ¡Quién sabe si falta de valor para soportar tanta desgracia, aquella desventurada busca en la muerte también el olvido y el descanso! ¡Quién sabe si revolviéndose airada contra la sociedad, que la mira con un desprecio que Cristo no tuvo nunca para el pecado del amor, acepta el deshonor!..

Cuando en medio de esta monotonía artística y literaria que nos abruma, se encuentran ideas que sin pertenecer á tal ó cual escuela filosófica, social, religiosa ó política, entran en nuestro corazón y le conmueven y arrancan á nuestros ojos una lágrima ó á nuestros labios una carcajada, ó sume á nuestro espíritu en dulce melancolía, sedante inapreciable para las fiebres del alma, ó evoca añoranzas, ó despierta ideas y sentimientos elevados dentro de la moral universal, entonces se aprende á medir el valor que el arte tiene en el mundo de la inteligencia, en el mundo psíquico, en el desenvolvimiento de la cultura en todos sus órdenes. Por eso mismo *En el campo de batalla*, de Cutanda, es por lo que atañe á este particular uno de los cuadros, de los escasísimos cuadros que tienen importancia indiscutible. Representa la cura que el médico de una de esas grandes fábricas de fundición de Vizcaya hace allí mismo, sobre el carbón de piedra, al lado de los grandes hornos en combustión, á un obrero, herido por el tráfago enorme de aquellas masas de mineral incandescentes. Varios compañeros del paciente le sujetan, mientras el doctor liga impasible la herida; otros mineros sin suspender el trabajo contemplan la escena.

Tiene el último cuadro de Cutanda ambiente grande de la realidad; la composición está magistralmente hecha, y sería una obra acabada y perfecta en lo plástico sin ciertos descuidos de dibujo y con un poco más de detenimiento concluída.

***

Y aquí suspendo esta crónica para dar cuenta de la muerte del insigne pintor D. Federico Madrazo, acaecida en la noche del 10 del actual á las once y cuarto.

Como pienso dedicar un artículo al ilustre muerto, hoy solamente me concreto á dar algunos pormenores á guisa de información respecto de la muerte del autor de *Godofredo de Bouillón*.

Hace años comenzó á padecer de la enfermedad vulgarmente conocida por *mal de piedra*. Ultimamente hubo que hacerle varias veces la operación de sondaje, recibiendo con tal medio momentáneos alivios. La enfermedad siguió su curso y los dolores se hacían insoportables para el respetable director del Museo nacional. Se le propuso el último recurso, recurso que significaba jugarse la vida á cara ó cruz, y el maestro aceptó la horrible operación de la *talla*. Telegrafióse á París á su hijo el célebre pintor Raimundo Madrazo, y éste llegó el domingo á tiempo de recoger el último suspiro de su padre.

La noticia de la muerte de D. Federico Madrazo es la noticia de la muerte de una tradición gloriosa del arte pictórico español del siglo actual. Realmente, hoy por las circunstancias que concurren en ciertas épocas de fluctuación, de incertidumbre del arte, no se vislumbra una figura que advierta claramente el nuevo rumbo de las ideas estéticas como lo advirtió el ilustre finado cuando en Francia y en España contendían furiosamente las escuelas romántica y realista. Verdad es que hoy el papel de adivinador es mucho más difícil que cuando solamente discutían las escuelas artísticas, sin ayuda alguna de las ciencias nuevas psico-físicas.

R. BALSA DE LA VEGA

EL INDIANO

(CUENTO NOVELESCO)

I

El vapor transatlántico *Alfonso XII* había fondeado en el puerto de Santander, y el numeroso pasaje que de la Habana conducía había desembarcado con el ansia natural de quien ha pasado medio mes sin otro espectáculo que el cielo, no siempre diáfano, y el mar, no siempre tranquilo. Muchos de los pasajeros habían sido saludados á bordo por sus parientes y amigos, otros les habían encontrado en el muelle, cambiando con ellos fuertes abrazos. Sólo un pasajero, de algunos cincuenta y cinco años, desembarcó del vapor

con la indiferencia del que sabe que no es esperado. El caluroso recibimiento de sus compañeros de navegación había debido, no obstante, impresionarle, pues parecía tener empeño de salir pronto de aquel punto, y su deseo pudo ser satisfecho algunas horas después, utilizando el primer tren que salía para Madrid. Un nuevo viaje, siquiera fuese sólo de veinte horas.

Nuestro protagonista, tipo del *indiano*, ó sea del peninsular que durante su estancia en Cuba ha logrado regular fortuna y vuelve á la metrópoli á disfrutarla, llamábase don Juan Esquivias y regresaba á la madre patria después de una ausencia de veinte años. Para entretener el ocio forzado del tren se acercó á una librería y pidió alguna de las novelas del autor más ilustre de la región, ó sea de D. José María de Pereda, dándole el comerciante la titulada *El buey suelto*. D. Juan Esquivias entró, pues, en el coche, y colocándose junto á una de las ventanillas, comenzó distraídamente la lectura de la novela. Seguramente no le sería muy fácil precisar el tiempo que consagró á la misma: baste saber que se tragó el libro de un tirón, y que cuando, llegada la noche, quiso entregarse al sueño, debió sufrir una verdadera pesadilla, recordando la historia del héroe de Pereda, del desgraciado Gedeón, viviendo y muriendo sin afecciones y entregado á manos mercenarias cuando no enemigas.

Porque, en último resultado, ¿qué era él sino una reproducción exacta de aquel personaje novelesco? Durante veinte años la fiebre del oro le había sostenido; pero ¿cuál sería en lo sucesivo su situación? ¿Qué familia le quedaría? ¿Para quién serían, en último resultado, las riquezas que había logrado acumular en el Nuevo Mundo? Todos estos pensamientos de su vida real, mezclándose en su sueño con la fábula novelesca *El buey suelto*, le produjeron verdadero malestar, quitándole la tranquilidad que él hubiera querido prestarle. Cuando la mañana siguiente el tren entró en agujas en la estación de Madrid, D. Juan Esquivias sintió su pecho libre de un gran peso. Ya tocaba al término de su viaje: ya podía descansar y prepararse á la nueva y tranquila existencia con que había soñado siempre.



El trabajo, cuadro de Amelia Beaury-Saurel (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

II

Al saltar en el andén de Madrid se reprodujo con los viajeros una escena análoga á la del muelle de Santander. A casi todos ellos aguardaban los parientes y amigos y se cambiaban los llamamientos más afectuosos y los saludos de mayor cariño. Esquivias, siempre solo, salió de la estación, y tomando un carruaje hizo que le llevasen al hotel de la Paz.

«Una vez instalado, decía en su interior, buscaré á mi hermano Rufino, á mi primo el pintor Amadeo, á la tía Eduvigis, á aquellos tunantes de Gómez, Santillana é Hinojosa, mis compañeros de hospedaje y de café en la juventud. Reanudaré afecciones y amistades, frecuentaré los teatros y los círculos, haré conocimientos nuevos... La verdad es que, durante los veinte años de mi ausencia, habré sido olvidado y con razón, como yo me olvidé de todos los míos; pero el dinero todo lo allana, y un indiano es perfectamente acogido en cualquier parte donde se presente.»

Hay que decir, en honor de Esquivias, que el amor fraternal venció en él á todos los otros y que al día siguiente se dirigió á las oficinas de la administración de Hacienda, donde estaba empleado su hermano.

– ¿D. Rufino Esquivias?, preguntó á uno de los porteros.

– No le conocemos.

– Pues él debe estar empleado aquí..., á lo menos lo estaba cuando yo salí de Madrid.

– ¿Y hace mucho de eso?

– Veinte años.

El portero lanzó una carcajada estúpida, y que, sin embargo, equivalía á muchos discursos. Buscar en una oficina española á un empleado de veinte años de antigüedad..., esto es una refinada inocencia. Afortunadamente el subalterno aquel era hombre de ideas y dijo á nuestro héroe:

– Aguarde usted; el portero mayor es antiquísimo en la casa y él le podrá informar. ¡D. Restituto!, ¡D. Restituto!, ¿se acuerda usted haber conocido en la casa á un empleado que se llamaba?.. ¿Cómo ha dicho usted?.. ¿D. Rufino Esquivias?

– ¡Ya lo creo!, dijo el portero mayor; el pobrecito tuvo aquí una historia muy trágica. Empezaron por rebajarle tres ó cuatro veces el sueldo, se llenó de deudas y de sabañones, llegando á verse en tales conflictos, que le hicieron atentar contra su vida.

¿Se suicidó?, preguntó Esquivias curiosamente.

– ¡Oh! De su herida se puso bueno; pero como le habían quitado el destino, tuvo que refugiarse en un asilo, donde murió olvidado de todos.

– Y... ¿hace mucho de eso?, preguntó el indiano tembloroso.

– Hará unos catorce ó quince años.

– ¡Catorce ó quince años!, repitió para sí Esquivias: una época en que él disfrutaba ya regular fortuna.

– ¡Pobre don Rufino!, siguió diciendo el implacable portero. Hasta á nosotros nos debía dinero... Pero lo que influyó en él más que nada fué el no haber tenido contestación á la carta que escribió á un hermano suyo muy rico, que residía en la isla de Cuba.

El indiano, que al oir que su hermano debía á los porteros había hecho el ademán de sacar la cartera, volvió á dejarla en el bolsillo, escuchando la acusación que incidentalmente se le dirigía. ¿Cómo declarar que era él mismo el hermano desnaturalizado del pobre cesante muerto en un asilo?

«Buscaré á mi primo Amadeo,» se dijo, despidiéndose de los porteros y marchando al Museo de pinturas, en que aquél solía consagrarse á copiar las principales obras de los grandes maestros; pero en el Museo le aguardaba una nueva decepción. Allí supo que su primo, protegido por una pequeña pensión de una de las repúblicas americanas, había reunido hasta unos cien cuadros y se había embarcado para conducirlos á su destino; pero el buque se había ido á pique en el mar Pacífico, salvándose todos los tripulantes, menos Amadeo, que se hallaba en la bodega al cuidado de sus cuadros en el momento de ocurrir la catástrofe.

«Buscaré á la tía Eduvigis y á las primas Casta y Pura.»

Pero su tía había muerto cargada de años y de privaciones, y en cuanto á Casta y á Pura, sólo se sabía de ellas que habían dejado de merecer sus nombres y que sería posible que habitasen en cualquier casa de mala nota, con seudóminos propios de su nueva profesión.

Esquivias entró en un café, y allí tuvo un encuentro afortunado. El dueño del establecimiento era el mismo que veinte años antes le había servido como camarero en otro café, al que concurría con sus amigos.

– ¿Sabe usted algo de aquel compañero mío, lla-

mado Valeriano Gómez, al que costó catorce años el terminar la carrera de Medicina?

– Sí, señor; marchó de médico á Pangasinán en las islas Filipinas.

– ¿Y de Santillana?

– Santillana era seguramente un gran grabador y eso le perdió.

– Perdió acaso la vista...

– Perdió la libertad, que vale más, por cuestión de unos billetes de Banco. Su causa fué muy sonada.. ¡Como que había logrado cambiar cientos de los billetes, por lo bien falsificados que estaban! ¡Dios sabe si aún vivirá por Melilla ó Ceuta!

– ¿Y el bueno de Hinojosa?

– De ese sí que no sé nada: había llegado á deberme más de quinientos cafés y apeló á la estratagema de la fuga para salvar su cuenta.

– ¿Y el notario que jugaba al pase con nosotros?

– Murió.

– ¿Y aquella jamona que sacaba destinos para sus protegidos?

– Murió también.

– ¿Y el cómico que solía agregarse á nuestra mesa y que se hacía servir gratis un dedito de café en un vaso y un dedito de leche en otro, y después juntaba los dos deditos y se obsequiaba sin gastar un cuarto?

– Murió también.

Esquivias no quiso preguntar más ante el temor de evocar nuevos muertos.

Volvióse al hotel; empezó á dar vueltas en su imaginación á cuanto acababa de saber; y el remordimiento por la muerte de su hermano, el triste fin de Amadeo y el alegre paradero de sus primas le produjeron una fiebre tan intensa, que durante unos cuantos días tuvo que guardar cama en su cuarto solitario, número 70, donde á veces no entraba ningún dependiente, por mucho que él se colgase de la campanilla.

«Si me pongo bueno, decía en sus momentos de lucidez, no me cogerá otra enfermedad en la fonda.»

III

Y Esquivias se puso bueno y pudo leer un día entre los anuncios de *La Correspondencia:*

«Se cede un gabinete con alcoba, para un caballero ó cantante del teatro Real, con asistencia ó sin ella. Plaza de Oriente, núm. 40, 3.° Se advierte que no es casa de huéspedes.»

El indiano fué á la casa indicada, y aunque hubiera estado dudoso en instalarse en ella, pronto le hubieran convencido los hermosos ojos de la hija de la dueña de la casa, respetable señora, viuda, según decía, de un comisario ordenador de Marina. Efectivamente, la casa citada no era de huéspedes, pues sólo habitaba en ella la viuda doña Eugenia y su hija Paquita, servidas por una gallega zafia y grosera, que hacía honor á su nombre de Robustiana. Doña Eugenia parecía haber sido de buen ver en sus cortos años y aún conservaba vestigios de lo que había sido; Paquita era una morena muy graciosa y fanática por la ópera italiana, por lo que no faltaba ninguna noche al paraíso del teatro Real, y Robustiana no sabía hacer nada de la casa, ni quería hacerlo: era sucia, grosera y chismosa; pero, según su ama, tenía la buena condición de ser fiel, condición que, por ser única, hubiera hecho fácil su reemplazo en la casa por un perro de aguas.

D. Juan ocupó su gabinete con alcoba, reservándose la facultad de comer fuera de la casa, para no tener que limitarse al «triste cocido,» como doña Eugenia le nombraba. Solamente por las mañanas tomaba chocolate y un vaso de leche en sus habitaciones, refrigerio que le parecía delicioso por servírselo la propia Paquita. D. Juan sentía sobresaltos, nunca hasta entonces conocidos, cada vez que la joven le preguntaba con zalamería si había pasado bien la noche, y llegó á pensar seriamente en proyectos matrimoniales para no ser la segunda edición del infeliz Gedeón, magistralmente pintado por el novelista Pereda. Algo le molestaban las diarias y largas visitas de un mozalbete que parece formaba en los coros del teatro Real; pero el indiano se prometía que, de llegar á casarse con Paquita, le faltaría tiempo para plantar en el arroyo al importuno. D. Juan había aventurado ya algunas insinuaciones á la madre y á la hija, insinuaciones que habían sido acogidas benévolamente, cuando su buena suerte le hizo advertir el riesgo que le amenazada. Hallábase una mañana almorzando en uno de los cafés más céntricos de Madrid, cuando observó que en los asientos que daban respaldo al suyo, conversaban en amor y compaña nada menos que la viuda del comisario ordenador y el corista de la ópera. Aunque hablaban á media voz, hallábanse tan próximos que el indiano, aun sin quererlo, tenía que escuchar toda la conversación.

– Sí, señora doña Eugenia, decía él: tiene usted mil razones; pero ya comprenderá que la pasión amorosa es más fuerte que uno; que uno es débil, y en fin, que la cosa no tiene remedio... Es decir, remedio sí que tiene, y crea usted que uno es honrado y que el matrimonio borra muchas faltas.

– Pero, hombre de Dios, ¿quién le habla de matrimonio? Precisamente he querido que hablásemos aquí, sin que se entere Paquita, porque usted es un hombre de corazón...

– Y que puede usted decirlo muy alto... Por eso adoro á Paquita; por eso no renunciaré á ella por nada en el mundo.

– Bueno; ¿y si hubiese un medio de que, sin renunciar usted al amor de Paquita, fuera ella, mejor dicho, fuéramos todos ricos?

– ¡Oh, señora, eso sería un colmo!.. Eso sería preferible á que me hicieran partiquino de la compañía.

– Pues ese colmo es muy posible, y para lograrlo, le bastaría á usted con una sola cosa: disimular su cariño y dejar que Paquita se case.

– ¿Que se case Paquita?

– Sí, hijo mío: ya sabe usted que tenemos en casa á un indiano poderoso, que se ha enamorado de la chica y que, por su edad, no puede vivir mucho: deje usted que se casen, sin dar escándalos, que ella seguirá queriéndole á usted... Porque aquí de lo que se trata es de que el indiano suelte hasta la última peseta, antes de dejar el pellejo, si no es que mi hija logra fruto de bendición, que la asegure la herencia.

Esquivias escuchaba el diálogo y creía estar soñando, y sin embargo, la duda no era posible. Aquella infernal viuda, había hecho admirablemente todos sus cálculos; no sólo accedía á casarle, sino que se preocupaba de su sucesión; no sólo consentía en ser su suegra, sino que le proporcionaba un auxiliar en su matrimonio. Pero el indiano, que era hombre de grandes energías, adoptó inmediatamente su resolución, y dejando en el café á la viuda, que indudablemente tardaría en salir de él por haber encargado al camarero una ración de riñones y un café con media tostada para el corista, salió á la calle, buscó un mozo de cordel y seguido del mismo entró en la casa de huéspedes.

– Vengo por mis baúles, dijo á Paquita.

– Pues qué, ¿se muda usted de casa?

– Sí, hija mía; no quiero turbar con mi presencia el idilio de usted y el corista.

– ¡Oh, qué infamia!.. ¿Quién ha podido decirle?..

– Nadie: dejo á beneficio de ustedes las cantidades adelantadas y me marcho para siempre de esta casa.

– *Malíciume,* dijo la criada, que el señor supone que tiene usted algún belén.

– Tú te callas, avestruz, pues sé perfectamente lo que hago y lo que digo.

– ¡Lo que usted me parece es un *morral!,* exclamó Robustiana enfurecida.

Y entre los ayes de un accidente nervioso de Paquita y los gritos de Robustiana, que hasta le amenazaba con ir en busca de una pareja de los del orden, Esquivias salió de aquella casa, en la que durante breves días había soñado con la felicidad, y se volvió al hotel de la Paz, pensando filosóficamente que lo malo conocido vale más que lo bueno por conocer.

IV

El desencanto del indiano había sido terrible y en la noche de insomnio que siguió á la mañana en que conoció su desventura, Esquivias no pudo pegar los ojos. De todas maneras, aquello había sido un aviso providencial para que no se casara con ninguna jovenzuela.

La conciencia intervino al propio tiempo en la situación del viejo, entablándose entre ella y él una especie de diálogo, que pudiera ser traducido en las siguientes frases:

– «Pero, hombre, ¿tan saldadas están tus cuentas con el pasado, que te atreves á meditar en semejantes problemas para el porvenir? Antes de contraer nuevos vínculos, ¿no tienes el deber moral de cumplir y satisfacer deudas antiguas?

– »La verdad es que... no recuerdo...

– »¿Tanto se te ha borrado de la memoria aquella Nicanora, que estuvo á tu servicio cuando eras soltero, y que tuvo que marcharse á Betanzos al enterarse de que iba á ser madre? ¿No reclaman con justicia los títulos de esposa y de hijo dos seres abandonados por ti?..

– »Pero ¡si era tan fea Nicanora!

– »¿Por qué la hiciste entonces creer lo contrario?

– »Tendría yo entonces treinta años...

– »Efectivamente, hace veinticinco que aguardan una reparación una mujer y un hijo...»

Algo más, y sobre todo algo más elocuente y persuasivo debió decir la conciencia, cuando el indiano, impulsado por ella y deseoso tal vez de no ver á doña Eugenia ni á Paquita y sobre todo á Robustiana, tomó al siguiente día el tren de Galicia, dispuesto á encontrar á Nicanora y á su hijo, y á cumplir con ellos, acallando al propio tiempo los clamores de su conciencia.

El Sr. Esquivias llegó á Betanzos, se captó la protección del sacristán de la parroquia y pudo consultar con ayuda del mismo los libros parroquiales. ¡Ay! La apasionada Nicanora había muerto cinco años antes. Pero ¿y su hijo? Los registros sólo daban cuenta del nacimiento de una hija y algunas piadosas comadres completaron la indicación parroquial: dicha hija se había marchado á servir á Madrid; estaba en una gran casa de la plaza de Oriente y ¡se llamaba Robustiana! «¡Haberla tenido tantos días á mi lado y no haberme dicho nada el corazón!..» Verdad es que también había permanecido callado el corazón de ella, pues no se explicaba de otra suerte que hubiera llamado *morral* al autor de sus días.

Esquivias sacó una copia de la partida de bautismo y regresó á Madrid, meditando en el modo de efectuar el reconocimiento de aquella hija, que no era culpable del abandono en que había vivido. Pero el indiano tenía, como ya indicamos, una providencia especial, pues á los dos ó tres días de su llegada recibió una carta fechada en Betanzos y concebida en los términos siguientes:

«*Sr. D. Juan Esquivias.*

»Me alegraré que al recibo de estas cuatro letras se halle usted con la más cabal salud que yo para mí deseo. Yo estoy bueno para lo que guste mandar, que lo haré con mucho gusto y buena voluntad. Pues esta se dirige á decirle que me he enterado de que quiere usted hacer pasar á Robustiana por hija suya, y yo necesito saber lo que voy ganando. Nicanora fué mi mujer; me casé con ella en cuanto se vino de Madrid al pueblo, y la mejor prueba de lo que nos quisimos, es que me hizo padre de Robustiana, mucho antes de lo que suele ocurrir generalmente. Pero soy pobre y la chica lo es también; así que, con asegurarme un par de pesetas diarias y un traje de paño cada invierno, no tendré inconveniente en cedérsela á usted, siempre que en esto no tengan que intervenir justicias. Usted resolverá, mandándome á cuenta quince ó veinte duros, porque el gorrinillo se me ha puesto de esa enfermedad que tienen ahora; la última cosecha se ha perdido y las lluvias han hundido parte de mi casa. De usted muy amigo,

Ezequiel Canouro.»

El indiano respiró con entera libertad y como si se le hubiera quitado un peso enorme de encima. No, no disputaría á Canouro el amor paternal de Robustiana; no acudiría á recogerla á la casa de la plaza de Oriente, en que lucía su inutilidad, ni volvería á ver á la viuda del comisario ordenador, á su hija la abonada al paraíso del Real, ni al corista de segunda fila por quien aquella suspiraba.

Respecto á su soledad, no era tan grave habiendo hoteles en Madrid para mientras tuviera salud y hermanas de la Caridad para el caso de caer enfermo. Y en lo que se refería á su cuantiosa fortuna, la conciencia le dijo más de una vez que podía consagrarla á dotar doncellas para fomentar los matrimonios; pero el espíritu egoísta triunfó al cabo en él, y en la actualidad lleva muy adelantada una fundación de carácter novísimo: el establecimiento de un asilo para solterones recalcitrantes.

M. OSSORIO Y BERNARD

LA FIESTA DE LA BARRANCA

(CUADRO DE COSTUMBRES ANDALUZAS)

Consérvanse en nuestras meridionales tierras las tradicionales usanzas con todos los fervores del culto y con todos los regocijos íntimos de una devoción. Estos pueblos en que un cielo, pródigo de luz, da al espíritu todos los deleites, dibujando, como espejismo ideal, vega y bosque entre los minaretes alzados por el morisco genio que hizo reverberar para nuestro orgullo la Reconquista; estas cordilleras florecientes, henchidas de copiosa savia, que dejan en el crepúsculo visiones fantásticas de un panorama agreste, como una escalinata de verdor que en sus estribaciones muestra la silueta blanquecina de la casa rústica y más arriba deja ver como una ciudadela de nacimiento, tienen todo el relieve que pudo soñar la mente del *turista,* ávido de descubrir perfiles nuevos en nuestros días estivales y bajo el orto majestuoso de nuestro solsticio de verano.



Una boda en Valencia, cuadro de Juan Peyró (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



Buenas tardes, maestro, cuadro de Nicolás Alperiz (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Todos esos contornos estéticos de la naturaleza; esas bellezas de la montaña y de la arboleda; esos vergeles impregnados de la esencia de tilos y azahares; las pintorescas quintas con sus alamedas de eucaliptus á que dan aspecto arcaico las estatuas manchadas de herrumbre y los arcos de la casa solariega; toda esa suntuosidad de floresta adquiere un tono más atrayente, aun cuando sirve á la expansiva fiesta clásica, á la remembranza de viejas costumbres, á la consagración de alegrías y férvidos deseos que una generación, riente y bullidora, considera como lenitivo á su amargura y como remedio eficaz para el olvido de sus cuitas.

Entre las poblaciones donde ese relieve andaluz brilla entre chispas de júbilo ó ayes patéticos, pero siempre en medio de la dulce inflexión del sentimiento, que trae ecos de égloga ó notas de plegaria á la garganta de la mujer ardiente de amor, es Málaga una de esas que ríe gorjeando, en las trepidaciones del deleite, llevando desde las crestas de su Guadalmedina hasta su mar de balsa el reflejo de sonrisa que le envía su cielo con las galas de su puro azul.

Allí arriba, siguiendo las arenas de su río, se celebra todos los años la fiesta de la Barranca. Costumbre propia, genuina, clásica de esta tierra sin igual, paraje que es invernadero para los dolientes y lucernario para cuantos huyen de un sombrío cosmorama.

En la víspera y el día de San Juan se apresta todo lo mejor y más lucido de los barrios hondos á sacar sus telas de cristianar enseñando *ellas* sus mantones chiné, sus vuelillos y faralares, así como *ellos* sus chambergos flamantes y sus fajas de reluciente seda, requebrando á las mozas de donaires, muy acicaladas y apuestas en esa familiar desenvoltura de la maja orgullosa por sus caireles. Así como Sevilla tiene su Macarena y su Triana, Málaga tiene su Trinidad y su Perchel, metrópolis del rumbo y guapeza que siempre dejan sus recuerdos en los fastos de la ciudad del Gibralfaro.

Allá á la Barranca, repleta de higueras y arbustos, con la savia lujuriante de una vegetación pomposa, va todo ese pueblo que compone tangos y malagueñas, que se ríe de la filoxera que devastó sus viñedos y olvida sus perdidas cañas de azúcar con las *cañas* aromáticas de Jerez y Manzanilla. Allá va á comer brevas toda la caravana; vedla: las mozas de rompe y rasga, rebosantes de luz en sus pupilas y con sus pañuelos al desgaire, tocando sus castañuelas ó rompiendo en voluptuosa risa al jugueteo de sus propias compañeras; las mamás de pueblo, graves y parsimoniosas, con sus vestidos acartonados por el almidón, y luciendo sendos pendientes antediluvianos, ó *prehistóricos* amuletos en su pecho, como recuerdo de un *indiano* antiguo; los mocitos *menosos* (como los llaman por ahí) atildados en exceso, muy cuidados de tufos, con chaquetilla corta y pantalón ceñido, escupiendo siempre por un colmillo; los expedicionarios, que pudiéramos llamar exóticos porque son ya del casco de la población y que no obstante van á la Barranca después de haber ido á la fuente de los Cambrones ó hacia el puente de los Once Ojos ó al paseo de los Molinos; todos, en abigarrado conjunto, llegan como en la necesidad imperiosa de visitar un lugar legendario ó con la misma puntualidad anual de acudir á una fuente milagrosa.

En esas neoenias de la juventud y alborozos crepusculares de la vejez, la Barranca tiene sus encantos y sus goces. El negro y lustroso fruto, arrancado de la higuera, pronto llena los platos de loza que se sirven bajo las glorietas ó entre la enramada que deja escapar el rasgueo de la guitarra al proferir ésta elocuentemente una queja de amor. Las copas del *blanco seco*, cual cilindros de bruñido topacio, van llegando en los convoyes de metal dorado á enjuagar las gargantas y animar aquel enjambre de regocijados peregrinos que van á besar el pie más pequeño de la mejor manola, vibrante de risa comprimida en el festival de su *baile del vientre*.

La hija del Guadalmedina, con su languidez de Odalisca que luego cambia en la presurosa actitud de un revoloteo de brazos para erguirse en el *zapateado* que arranca una ovación delirante; esa mujer, profusa de curvas al arquear su cadera, de luz en sus ojos al retreparse enseñando el nacimiento del busto y llevar su brazo hacia adelante, como persignándose en la rara liturgia de ese baile flamenco que le acompaña un susurro de emoción y un eco elegíaco que termina en el ¡ay! de un pecho ardiente; esa estrella del cielo andaluz que riela con claridad sidérea nuestra frente para enseñarnos que el pueblo obrero tiene también sus leyendas y sus tradiciones, su poesía y su idioma, su culto musical y su idolatría de amor, su vocabulario expresivo de su infinito sentimiento; esa mujer, astro de pasión, se nos presenta siempre en nuestras fiestas andaluzas, como se muestra la descendiente de los chisperos de Madrid, la chula, en nuestras verbenas de Castilla, inmortalizando su tipo entre el hibridismo de la sociedad de rango.

Desde aquella Barranca, sobre el Guadalmedina, la guitarra se echa á vuelo trayéndonos, como en los aires de una zambra, una sonata de pasiones, ecos del férvido oleaje de un *querer* puesto en pecho de zagala ingrata; las cañas del *Málaga seco*, en esa especie de amor regional, para el deleite llevan chispas de lumbre del corazón á los ojos, enardecidos por las ráfagas de las *bailaoras;* los más viejos *siguen* comiendo brevas sin dar participación al espíritu de los regocijos que procuró el estómago; los *menosos* persisten en su inevitable ¡olé! ¡olé!; se oyen peteneras y tangos mientras caen del seno de las mozas algunas flores blancas y pasan á las solapas algunos simbólicos botones de flor roja; San Juan les recuerda el lavatorio de las fuentes y la zafa de las agujas como horóscopo del porvenir amatorio, y entre dos luces va desfilando con rumor de melodía aquel conjunto multicolor de vanidades satisfechas, desilusiones, esperanzas y amoríos.

CLEMENTE BLANCO VILLEGAS

MI MÁSCARA

I

Acabamos de cenar y salimos del café con los cuellos de los gabanes levantados y aspirando el humo de los cigarros. A cuantas mujeres hallábamos al paso piropeábamoslas con la alegría y el valor que da á cinco hombres saber que detrás de cada uno de ellos van cuatro que le defienden.

Eran las tres de la mañana, la hora á propósito para entrar en el baile, cuando se retiran las personas formales después de haber dado un vistazo por el salón y quedan la juventud y el vino dueños absolutos de la fiesta, transformando en bacanal desenfrenada lo que comenzó siendo baile de etiqueta.

Nosotros teníamos palco. Alguien propuso en el camino que sería conveniente llevara cada uno su pareja, porque de lo contrario se corría el riesgo de no hallarla en el teatro; pero desechada la proposición por mayoría de cuatro votos, decidimos penetrar en el salón, confiando en que la buena estrella que nos guiaba nos depararía alguna aventurilla sin consecuencias, pues es cosa sabida que tales emociones constituyen la salsa del amor.

Al entrar nosotros en el palco, el bullicio, la alegría, eran inmensos. Risas, voces, canciones, carcajadas y gritos, formando un murmullo ensordecedor, llegaba á nuestros oídos, y dominándolo todo las notas cadenciosas de un vals que la orquesta preludiaba.

Nada tan hermoso como la contemplación del cuadro que ante nuestros ojos se presentó. En la inmensa sala giraban sin cesar, revueltas en confuso torbellino, innumerables parejas, y el conjunto abigarrado de disfraces, los colores chillones, los antifaces, las blancas pecheras y las figuras que se destacaban sobre el fondo rojo de los cortinones de los palcos, ofrecía un aspecto indescriptible, lleno de vida, de luz, de armonía.

El vals, aquel amoroso vals de Valdtenfel, parecía una conversación entre dos amantes enojados. Mostrábase en unas melodías triste, melancólico; las notas se arrastraban largas, interminables, y en ellas adivinábanse promesas, juramentos, frases de amor, lamentos desesperados, gritos angustiosos, desgarradores. Aún no había expirado la última nota de la melancólica melodía cuando nuevos acordes se desprendían de los instrumentos, alegres, bulliciosos, atropellando las dulzuras y tristezas anteriores, como la risa cruel que se burla del dolor, como el encogimiento de hombros de la mujer desengañada... ¡Oh, vals, vals de Valdtenfel! ¡Quién que á tus acordes haya estrechado un talle y oprimido una mano mirándose en el fondo de unos ojos y sintiendo cosquillear en la frente los blandos rizos de un cabello perfumado, podrá oirte sin que los recuerdos le atormenten!.. ¡Quién que á tus sones haya girado lánguidamente, deslizando frases de amor en el oído de la mujer amada, podrá escucharte sin sentir el estremecimiento del placer perdido!.. Tus notas melodiosas han sido causa de muchos placeres amasados con lágrimas, de infinitas desgracias y de innumerables alegrías.

II

El vals terminó. Dentro ya del palco, y con los sombreros en la mano lanzamos un *¡vivaaa..!* estruendoso, alborotador. *Viva..* ¿qué? Todo y nada... Viva al placer, á la alegría, á la juventud... Nuestro viva fué contestado con entusiasmo, y el grito lanzado al unísono por aquel millar de personas fué la señal que dió principio al escándalo, á la bacanal sardanapalesca.

Cada uno de nosotros fué por distinto lado. El palco era nuestro punto de reunión. Paseé breves instantes, y casi llevado por la gente dí con mi cuerpo en el *foyer*, donde la animación era tan extraordinaria que sólo á veces podíamos entendernos unos y otros.

Volví al salón... Las bromas ligeras y pesadas sucedíanse allí rápidamente; las carcajadas eran continuas, formábanse grupos para escuchar los atrevimientos de las máscaras alborotadoras, y de vez en cuando sorprendíanse, al pasar, palabras sueltas, citas dadas con voz insegura, frases amorosas, reproches...

Yo no bailo... Aborrezco la danza y sólo transijo con ella cuando es un medio para acercarse á la mujer á quien queremos, en cual caso el baile se convierte en conversación disimulada. Me satisface ver bailar porque gozo contemplando á las gentes que se mueven al compás de la música como muñecos de un gran *Guignol*, y siempre que al baile voy me dedico á curiosear y á recomponer *in mente* historias, ya alegres, ya tristes, según las frases que á mis oídos llegan y los acontecimientos que ante mí se desarrollan.

Y no sé cómo fué que aquella noche llamó mi atención de extraordinaria manera una máscara que corría de un lado para otro, mirando á todas partes, y sin que fuera bastante á detener su paso la muralla de gente que interceptaba la salida. ¿Qué buscará? – pensaba yo, – y la seguía con la vista por toda la sala queriendo hallar la clave de aquel enigma y forjando mil quimeras sobre base tan equívoca.

En realidad, la cosa nada tenía de extraño. Aquella máscara podía muy bien estar buscando á su pareja, de la que se hubiera extraviado... Todo lo más – y ya pensando de otro modo – me inclinaría á creer que fuera una mujer celosa que asistía al baile en pos del marido infiel, y en último caso, quién sabe si sería una de tantas que pretendiera ser el blanco de las miradas de la concurrencia significándose de manera original y rara...

Pero no... Al pasar junto á ella me pareció advertir en su respiración fatigosa algo así como sollozos reprimidos, y excitada mi curiosidad quise salir de dudas y procuré enterarme. Cerrándola el paso, púseme delante de ella, y seguramente advirtió mi decisión, porque se detuvo y sin articular palabra comenzó á temblar convulsivamente. Entonces pude contemplarla á mi sabor, mientras ella, repuesta ya de la primera impresión, sujetábase el antifaz con una mano haciendo esfuerzos inauditos para cubrirse por completo el rostro.

Era alta, esbelta y exhalaba ese perfume que nos da á conocer á las mujeres bonitas. Al través de los huecos del antifaz sus ojos negros brillaban como si estuvieran encendidos por la fiebre, y bajo las cintas del dominó rosa que vestía desprendíanse algunos rizos negros, sedosos, ensortijados. Decididamente aquella mujer no era lo que yo había supuesto... Pedíla mil perdones por mi atrevimiento, é hícela ver que desde el primer momento había comprendido que algún grave asunto la obligaba á permanecer en tal sitio á tales horas, y como en él había de necesitar alguna persona que la defendiese en los peligros que pudiera correr, brindábame á ello gustoso... Con voz balbuciente rechazó mi proposición, dándome gracias. Insistí, se resistió; pero convencida al fin de la sinceridad de mi ofrecimiento, hubo de aceptar, y apoyándose en mi brazo comenzamos á pasear por la sala en tanto que yo la contemplaba silenciosamente.

Quizá empezaba á tener confianza en lo que le había manifestado, porque poco á poco fué haciéndose comunicativa, aunque no veraz, queriendo pasar á mis ojos por una chicuela loca que hace la calaverada de asistir al baile á espaldas de la familia... ¡Y qué mal sentaban en ella aquellas falsas alegrías! Comprendía yo lo mucho que se esforzaba por aparecer alegre, y se me desgarraba el alma al pensar en la lucha que interiormente debía estar librando...

Ya llevábamos algún tiempo paseando y hablando de cosas indiferentes, cuando de pronto sentí que oprimía mi brazo, y desprendiéndose después, alejóse rápidamente sin decirme nada... La seguí con tenacidad, pero en aquel océano de carne humana que procuraba romper á codazos la perdí de vista, y medio loco, frenético, recorrí todas las dependencias del teatro sin que me fuera posible hallar á la máscara del *dominó rosa*. Por un lado la gente que me cerraba el paso impidiéndome andar con la rapidez que yo hubiera querido; por otro los amigos que á cada instante encontraba, y los cuales me detenían para que contemplase la pareja que llevaban del brazo, á la cual me veía en la precisión de dirigir un elogio, un cumplido; mas allá una máscara que pretende em-



Novela romántica, cuadro de Santiago Rusiñol

(Exposición de Barcelona de 1894)

bromarme con la *mala sombra* que caracteriza á las hijas del pecado; al alzar los ojos á un palco, el saludo ceremonioso á un conocido que con su familia acude á gozar del espectáculo que ofrece un baile á vista de pájaro; aquí el conflicto que originan dos apreciables caballeros á quienes el *champagne* ha vuelto camorristas; allí el encontronazo con un individuo al cual doy satisfacciones, y por todas partes encuentros, pisotones y mil contratiempos por el estilo, me detienen, me hacen perder los minutos y después de recorrer todos los rincones del teatro sin hallar resultado satisfactorio en mis pesquisas, sudoroso, jadeante y recordando siempre la agradable silueta del bello *dominó rosa*, me dirigí al palco maldiciendo una y mil veces de la suerte.

Aquella mujer me había interesado. Sus palabras encaminadas á desvanecer mis sospechas, el afán empleado para demostrarme lo equivocado que estaba al creer que ella fuese al baile á padecer, todas aquellas circunstancias poniendo en tensión mis nervios habían concluído por dejarme de un humor endemoniado.

Resuelto á salir del baile, subí la escalera, y al llegar al pasillo de los palcos me asombré al hallarla, y aun viéndola no podía dar crédito á mis ojos...

Sí; allí estaba, reclinada en uno de los divanes y llorando amargamente, poseída del dolor y la desesperación más grandes...

Era ella... La misma... *Mi dominó rosa*... Sentí un placer inmenso, inexplicable, como cuando se encuentra un ser querido á quien se considera perdido para siempre... Me consagré á ella; la prodigué los más solícitos cuidados, hícela entrar en el palco; su agitación fué calmándose poco á poco, y por fin, con cuatro tonterías conseguí hacer que la sonrisa apareciera en sus labios; pero... ¡no pude verla el rostro!

Entonces fué más veraz conmigo... Díjome que acababa de sufrir una gran decepción, pero de la cual se había curado, dándola al olvido con la rapidez con que se olvidan las grandes catástrofes que sólo duran el tiempo que emplean en causar el daño y después ni siquiera dejan el más ligero recuerdo...

«Verá usted – me dijo – cómo ahora es otra cosa... Voy á distraerme, voy á gozar de la fiesta. En un baile están de sobra las tristezas.. *Donde fueres haz lo que vieres*, y yo veo que todos se divierten y quiero divertirme... Usted será mi caballero mientras el baile dure, ¿no es esto?.. ¡Qué tonta he sido!.. ¡Cuán engañada vivía!» Y nuevas sombras de tristeza invadían su ánimo, mientras yo la escuchaba con pena, presumiendo el martirio que acababa de sufrir aquel corazón enamorado...

«Sólo le pido á usted una cosa – continuaba. – ¡Que no salgamos del palco! Podría encontrarle otra vez, y ahora.., ¡le odio! ¿Convenido? Pues ¡ea!, á bailar... ¿Ve usted, ve usted qué contenta estoy?»

Me trastornaba, me hacía perder el juicio. Hícela mil firmes juramentos, mil sagradas promesas, hablándole de la pasión inmensa que su vista había despertado en mí, y arrastrándome por el suelo la pedí que me dejara contemplar su rostro...

«¡Soy bonita! – díjome incomodada. – ¡Y basta!»

Sólo conseguí que se levantara el vuelillo de encaje del antifaz, y entonces pude contemplar la boca más hermosa que se ha modelado en criatura humana, los dientes más diminutos que es posible soñar, el cutis más terso... Aquel nido de besos me atraía como el abismo atrae, como la luna al mar...

«Hemos convenido en que vamos á divertirnos – volvía á decirme. – Pues bien: á bailar... No creí yo que iba á pasar la noche tan contenta.»

Y yo, en tanto, con monotonía desesperante la hablaba de lo mismo, sin variar el tema: de mi amor, de aquel amor naciente que como pájaro escapado de la jaula volaba sin rumbo. No podía contestar á sus alegres palabras porque apenas ponía atención á ellas, y deslizando en su oído dulces frases oprimía entre mis brazos aquel hermoso cuerpo que se abandonaba sin resistencia á mis cariñosos transportes...

La numerosa orquesta ejecutaba un *galop* desenfrenado, cancanesco, infernal... Las primeras notas, fuertes, vibrantes, repercutieron en todos los ámbitos del salón con la locura de una pasión avasalladora, llenando el ambiente... Después, poco á poco, fueron debilitándose, y los acordes, lentos, largos, interminables, perdíanse en el espacio, llegando á nuestros oídos quedo, muy quedo, como un lejano rumor.

JOSÉ JUAN CADENAS



Preliminares del 1.º de Mayo, cuadro de V. Cutanda (Exposición de Barcelona de 1894)



Pintura, cuadro de Julio Borrell (Exposición de Barcelona de 1894)



SAN JUAN BAUTISTA, NIÑO, cuadro de Bartolomé Esteban Murillo



LA HERRERÍA, cuadro de Luis Graner [illegible] general de Bellas Artes de Barcel[illegible] y a[illegible] el Mu[illegible] esta ciudad)



Al amor de la lumbre, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Cuatro cuadros, verdaderamente notables, ha remitido á nuestra Exposición de Bellas Artes el distinguido y respetable pintor D. José Jimenez Aranda, todos ellos dignos de su buen nombre y merecedores del aplauso de todos aquellos á quienes las glorias artísticas de nuestra patria van unidas al concepto de prosperidad y de grandeza. Aspecto completamente distinto ofrecen entre sí las cuatro producciones del maestro sevillano, cual si por tal medio hubiera tratado de demostrar su valía y á cuánto puede llegar el artista cuya habilidad en ejecutar se halla robustecida por el ingenio. *Al amor de la lumbre* es uno de los cuadros que más justamente llaman la atención, pues aunque de minuciosa ejecución, es tan sólida y amplia su factura, tan sobria y armónica su tonalidad general, que no fatiga ni á los más exigentes modernistas, quienes han de inclinarse ante la magistral ejecución del insigne pintor, que tan admirablemente construye y modela, exento de fatiga, dando valor á todo, desde lo principal á lo accesorio.

Podrán arreciar los embates del llamado modernismo; pero las producciones sólidamente ejecutadas y sentidas, cual las de D. José Jiménez Aranda, siempre lograrán el aplauso de los verdaderos amantes del arte.

El trabajo, cuadro de Amelia Beaury-Saurel (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Es Amelia Beaury-Saurel artista de temperamento excepcional, en cuyas producciones nótase una vigorosa ejecución y un encanto indefinible, y cuyos triunfos igualan al de las exposiciones á que ha concurrido Basta examinar los siete cuadros que enriquecen la sección extranjera de la Exposición, pues extranjera es tan distinguida artista, por más que vió la luz primera en nuestra ciudad, para comprender su valía y su mérito.

Las obras de la pintura francesa ofrecen particularidades no observadas en las demás producciones de igual índole, ejecutadas por artista del sexo débil, pues aparte de la seguridad y corrección del trazo y de la elegancia de la línea, recomiéndase por su excelente y atinada tonalidad, sorprendiendo su amplia y fácil factura, unas veces delicada y casi siempre vigorosa, cual si fuese obra de varonil y enérgico esfuerzo. Tal puede notarse en el lienzo que reproducimos, cuya única figura, elegantemente trazada, evoca el recuerdo de las creaciones rafaelescas.

Una boda en Valencia, cuadro de Juan Peyró (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – No es Juan Peyró un artista novel, puesto que así su nombre como también sus obras son muy conocidos por todos los aficionados é inteligentes. Al igual que sus paisanos Agrassot y Benavent, produce cuadros de costumbres valencianas, brillantes por sus derroches de luz y colorido. El que reproducimos representa una boda, ó mejor dicho, el solemne acto de recibir dos jóvenes huertanos la bendición nupcial, y se halla trazado con vigor y valentía, recomendándose por la armónica combinación de los tonos, trajes y pormenores, observándose desde luego la seguridad en la ejecución y la maestría del artista.

Las producciones de Peyró, premiadas en varias exposiciones, llevan impreso el sello característico de la escuela valenciana, pudiendo envanecerse la poética ciudad del Turia contándole en el número de sus preclaros artistas, con mayor motivo cuando dedica á su patria constantes recuerdos, transportando al lienzo, embellecidos con los tonos de su brillante paleta, los tipos valencianos, su purísimo cielo y su fresca y espléndida vegetación.

Buenas tardes, maestro, cuadro de Nicolás Alperiz (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894. – Los cuadros de este joven artista ofrecen especialísimo atractivo por la riqueza del color y los derroches de luz que, al abrillantar sus lienzos, reproducen con fidelidad los bellísimos contrastes y los varios tonos y tipos que ofrece la tierra andaluza cuando la ilumina y esmalta su hermoso sol meridional. Tal acontece con la bella producción que reproducimos, inspirada en una escena sencilla y trivial, pero altamente simpática, que recuerda travesuras de nuestra niñez, bien dispuesta y mejor pintada. La animada y picaresca expresión del rapaz, que con su cabeza rompe el blanco papel que en sustitución del roto cristal de la vidriera colocara cuidadosamente el infeliz remendón, la airada actitud de éste y las graciosas de las dos jóvenes están bien observadas y discretamente pintadas.

Adivínase, en presencia del lienzo á que nos referimos, que el Sr. Alperiz cultiva el arte con entusiasmo y conoce y siente el país en donde vive, así como sus cualidades y aptitudes, que si no se malogran le reservan para lo porvenir gloria y provecho.

Novela romántica, cuadro de Santiago Rusiñol (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Gran paso ha dado nuestro amigo el Sr. Rusiñol, bajo el punto del concepto psíquico, por medio del cuadro que reproducimos. En otras ocasiones nos habíamos lamentado que á sus condiciones asimilativas, á su facilidad en reproducir y copiar fielmente la naturaleza, no manifestara su ingenio como artista, abandonando sus propias inclinaciones como pintor para manifestarse como pensador ó como poeta. La Exposición de Bellas Artes de Barcelona nos ha ofrecido ocasión para poder observar, con el cuadro *Novela romántica*, el aspecto que deseábamos notar en las producciones del pintor catalán.

Parco en el desarrollo del asunto, sujeto á su simplicísima gama, hase presentado Rusiñol como pintor discreto y sentido como artista. Plácemes merece por su última obra, que no titubeamos en tributarle, con mayor motivo cuando el lienzo á que nos referimos ha sido premiado por el Jurado y propuesta su adquisición para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes.

Preliminares del 1.º de Mayo en una fábrica de Vizcaya, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Otra nota modernista es á todas luces el cuadro del reputado artista Sr. Cutanda; pero modernista española, desprovista de esas injustificadas cuanto antipáticas tonalidades grisáceas, que no se observan ni ofrece nuestro país, que ocultan errores y defectos. El cuadro á que nos referimos lo es por el asunto, puesto que reproduce una escena social contemporánea, habiendo servido al artista para representarla un rincón de tierra española y tipos también de nuestro país. Sobrio y sin recursos de efectismos, resulta una producción altamente recomendable, que atestigua una vez más las cualidades artísticas de nuestro amigo, su carácter observador y su claro ingenio. Cutanda ha comprendido perfectamente la extensión de los ideales que informan los modernos conceptos artísticos, y dentro de los términos de lo justo y razonable, produce obras que cual la que reproducimos, cabe considerarlas como modernistas españolas, pues española es su gama.

Pintura, cuadro de José Borrell (Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894). – No en balde ostenta el joven pintor D. Julio Borrell un nombre respetado para cuantos cultivan el arte en nuestra región, ya que su padre y maestro D. Pedro cuenta en el número de los que han sido sus discípulos á artistas de tan indiscutible mérito como Román Ribera.

Un solo lienzo ha aportado á nuestra Exposición el joven Borrell, pero este simple estudio basta para conocer sus buenas disposiciones y las cualidades que posee. El cuadro debe considerarse como un conjunto de estudios, hábil y cuidadosamente ejecutados, dispuestos con acierto y con el mejor gusto. Sorprende desde luego la calidad de los objetos copiados, y si atinadas son las tonalidades de la estofas y sedas, no son menos justas las de los metales y la transparencia del cristal.

Julio Borrell puede llegar á ser un artista de mérito, si continúa por tal senda, en la que deseamos persista, pues estamos convencidos que á la postre ha de merecer aplausos y podrá ver recompensados sus esfuerzos y sus afanes.

San Juan Bautista, niño, cuadro de Bartolomé Esteban Murillo. – Universalmente reconocida es la fama del insigne maestro sevillano é igual el interés y la estima en que se tienen y despiertan sus incomparables obras, que constituyen las joyas más preciadas en todos los museos de Europa. De cuarenta y seis cuadros consta la colección de las obras de Murillo que atesora nuestro incomparable Museo del Prado de Madrid, entre las que figura la que reproducimos, representando á San Juan Bautista, niño, que corresponde á la mejor época del eximio artista, quien pintó al evangelista «sentado á la sombra de un peñasco, mirando fijamente al cielo, con una manita en el pecho, mientras la otra descansa sobre su cordero, empuñando la cruz con el listón del *Agnus Dei*.»

Este magnífico lienzo, antes de pertenecer al Museo donde se halla hoy instalado, formó parte de la colección que poseyó Carlos III en el llamado Palacio Nuevo.

La herrería, cuadro de Luis Graner (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – En esta época en que la vacilación es la nota que informa la mayor parte de las producciones pictóricas, grato ha de ser para cuantos se interesen por el progreso y el renacimiento artístico de nuestra patria poder fijar reposadamente la vista en obras que, cual la *Herrería* de Luis Graner, distínguense tan notoriamente por el concepto que informan y por su procedimiento. Naturalista por el asunto, fiel y felizmente reproducido; español por su atinada gama, armónico por su tonalidad y altamente modernista, pero dentro de los términos de lo justo y razonable, es el cuadro del joven artista catalán. En vano es que el despiadado escalpelo de la crítica trate de descubrir defectos y errores, puesto que el conjunto se impone á los defectos que pudieran resultar del análisis, que por otra parte no podrían resistir las obras consideradas como magistrales. El cuadro, la escena, revela admirablemente el natural, y no de otra manera, es decir, sin profundo estudio, es posible obtener los luminosos efectos de la luz de la fragua, ni el reflejo de las rojizas ascuas, en los músculos, en las ropas, en los útiles del trabajo y en el fondo.

Así ha debido comprenderlo el Jurado al premiar la obra, acordándole la recompensa ofrecida por la reina regente y proponiendo su adquisición al ayuntamiento para que figure en el Museo de Bellas Artes.

La vendimia, cuadro de Juan Rabadá. – El cuadro de *La Vendimia* es obra de uno de nuestros compatriotas que desde hace algunos años reside en la República Argentina. Juan Rabadá pertenece á la generación que contribuyó veinticinco años hace al renacimiento de las Bellas Artes en nuestra ciudad.

Dedicado principalmente al dibujo industrial en algunas de las grandes fábricas de estampados de Sans, cultivó sin embargo y con buen éxito el estudio del paisaje, produciendo obras que figuraron en las pasadas Exposiciones nacionales. El cuadro que hoy publicamos demuestra que Rabadá, como siempre, sigue estudiando como en sus juveniles años y que va adelante en su arte al reproducir la animada escena de la vendimia en la granja Oriol, de Entre Ríos, una de las más importantes explotaciones vitícolas de aquel país, cuyos productos alcanzan en cada cosecha á muchos miles de duros, lo que hace augurar una próxima concurrencia á nuestra exportación á la Argentina.



Bellas Artes. – BERLÍN. – Para la ornamentación interior de la Casa Consistorial se han encargado nuevos trabajos por valor de 92.500 pesetas. En los arcos de los siete ventanales del vestíbulo que precede al salón de concejales se pintarán algunos paisajes con alegorías y en el nicho del corredor se colocará una figura de mármol que representará el río Spree y para cuya ejecución se ha abierto un concurso.

ROMA. – En el Vaticano han comenzado los trabajos para restablecer en su primitivo estado la llamada sala Borgia, que fué en su origen pintada por Pinturicchio, nuevamente decorada por Perin del Vaga en tiempo de León X y desfigurada durante el pontificado de Pío IX por una desdichada restauración.

– El tribunal de apelación ha revocado la sentencia que condenó al príncipe Sciarra á pagar una multa de un millón y medio de francos por la desaparición de algunos cuadros de su famosa galería. Es de esperar que ahora se sabrá por fin en dónde se encuentran aquellas obras maestras, cuyo paradero se ignoraba desde que se promovió la ruidosa cuestión.

VENECIA. – En abril de 1895 se inaugurará la serie de exposiciones que luego se celebrarán periódicamente cada dos años. Para ellas serán especialmente invitados los más famosos artistas de todo el mundo y las obras que éstos envíen no se someterán al examen del jurado de admisión. Se han instituído varios premios que se otorgarán á las mejores obras, sea cual fuere la nacionalidad de sus autores, y de los cuales el primero, de 10.000 francos, ha sido concedido por el Ayuntamiento, y el segundo, de 5.000, por el Consejo de administración de la Caja de Ahorros. La Exposición ha sido puesta bajo el protectorado de los siguientes artistas: van der Stappen (Bélgica), Kroyer (Dinamarca), Liebermann, Schonleber, Uhde y Werner (Alemania), Alma Tadema, Burne Jones, Leighton y Millais (Inglaterra), Carlos Durán, Dubois, Henner, Moreau, Puvis de Chavannes (Francia), Haas, Israels, Mesdag, van Haanen (Holanda), Munkacsy y Passini (Austria Hungría), Bernstam (Rusia), J. Benlliure, J. Jiménez Aranda, Sorolla y Villegas (España), Pettersen y Zorn (Suecia y Noruega), Boldini, Carcano, Dall'Acqua, Maccari, Michetti, Monteverde, Morelli y Pasini (Italia).

LEMBERG. – Se ha inaugurado la exposición retrospectiva del arte polaco, que abarca el período de 1746 á 1886 y que contiene todo cuanto procedente de colecciones particulares ó públicas puede dar idea de lo que han hecho los artistas de Polonia en el espacio de casi siglo y medio. Llaman en ella principalmente la atención las obras de Grottger y Matejko, que señalan el apogeo del arte polaco. Las obras de Matejko, casi completas, están expuestas en un pabellón especial anejo al palacio de la exposición.

VIENA. – En el Museo de Industrias artísticas se está celebrando una exposición de antigüedades egipcias, en la que llama especialmente la atención una serie de bustos en yeso policromos de los tiempos de los Ptolomeos y de los romanos, que se colocaban algunas veces junto á las momias en vez de las pinturas generalmente ejecutadas sobre éstas.

COPENHAGUE. – El Museo nacional de Copenhague guarda una importantísima colección de instrumentos de viento del período protohistórico, cuyo estudio es á todas luces interesante para la historia de la música. Afectan la forma de á modo de cuernos de caza, son de bronce y de una caprichosa estructura. Proceden de diversas regiones de Dinamarca, y á pesar de su antigüedad, pues fueron construídos hace dos mil quinientos años, conservan íntegra su forma primitiva y pueden todavía desempeñar el mismo oficio á que obedeció su construcción.

M. Hammerich, que ha estudiado dichos instrumentos desde este último punto de vista, ha observado con verdadera sorpresa que pueden competir por sus sonidos naturales armónicos con la mayor parte de los instrumentos modernos. Su extensión musical abraza una serie de veintidós tonos, ó sean cuatro octavas y media, que corresponden á la clase de los sonidos naturales armónicos, producidos únicamente por la aplicación de los labios del músico á la boquilla del instrumento. El timbre de las notas que se producen asemejase al de las del trombón y sus notas bajas son severas y majestuosas.

Hay que observar que esta clase de instrumentos han sido hallados á pares, cuya circunstancia da lugar á suponer y admitir la hipótesis, sostenida por el célebre Fetis, que á los escandinavos debe la civilización el arte de la armonía.

El análisis del metal de que están construídos los instrumentos ha dado el siguiente resultado: 88'90 de cobre, 10'61 de estaño y 0'49 de hierro, ó sea la composición tipo del metal de la edad de bronce.

Teatros. – En Stuttgart se ha representado la ópera religiosa de Rubinstein, *Cristo*, bajo la dirección de su autor y con brillante éxito. La obra contiene una porción de piezas interesantísimas por su conmovedora belleza, con las que contrastan otras concebidas y escritas dentro de las teorías del moderno realismo.

– En el teatro pompeyano de la Exposición de Milán se han celebrado bajo la dirección del maestro Vanzo algunos grandes conciertos wagnerianos, que han sido un verdadero triunfo para la música que hace poco se llamaba todavía del porvenir. En ellos se ejecutaron, entre otras piezas, la sinfonía de *Tanhauser*, el coro de los mensajeros de paz de *Rienzi*, el preludio de *Lohengrin*, el preludio de *Los maestros cantores de Nuremberga*, una escena de *Parsifal*, la cabalgata de *Las Walkirias*, la marcha fúnebre de *Sigfrido* y el holocausto de Brunhilda con que termina *El crepúsculo de los dioses*.

París. – En el Theatre des Lettres hase puesto en escena la obra de François Coppée titulada los *Deux Bruleurs*, que si bien forma parte del repertorio antiguo, conmueve é interesa, habiendo logrado acabado desempeño, singularmente por Mad. Daubrire, que tiene á su cargo el difícil papel de la protagonista de la obra.

Ha cabido también ruidoso éxito á las siguientes obras: *Les cacheurs*, de M. Franchetti, cuyo argumento envuelve un problema psicológico, y *Un bon garçon*, original de M. Amic, producción melodramática, de asunto un tanto difícil y escabroso, pero escrita con sobriedad y galanura.

Con motivo del aniversario del nacimiento de Corneille y siguiendo la costumbre de todos los años, se han estrenado dos apropósitos en verso, en el Odeon *La fin de un rêve*, de Jorge Bertal, y en la Comedia *Les deux Cid*, de Santiago de Nitti.

Londres. – En el teatro de Covent Garden se ha estrenado con buen éxito la ópera de Massenet, *Werther*.

Necrología. – Han fallecido:

Manuel Faisst, músico y compositor alemán, fundador de la Asociación para la Música clásica religiosa, del Conservatorio de Stuttgart y de otras sociedades musicales.

Carlos T. Liebe, notable naturalista alemán.

Emilio Terchendorf, notable pintor de historia alemán.

Wassili Wassiljero, pintor ruso, miembro de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo y uno de los mejores conocedores de la pintura bizantina.



Marcos, tenga usted confianza; yo seré la esposa amante en quien usted sueña

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

«Si yo pudiese amar á usted más, querida Susana, decía; si mi corazón, lleno de usted, fuese susceptible de contener sentimientos más apasionados, su idea generosa hubiera completado esta obra; pero desde hace largo tiempo, nada puede hacer que la ame á usted más ardientemente. Todos mis pensamientos, todos los latidos de mi corazón son para usted. He venido aquí tan sólo para ver si la presencia de nuevos objetos puede ayudarme á calmar una angustia que mi energía quisiera dominar; pero siempre veo á usted en las bellezas naturales que pasan por delante de mis ojos, y no veo éstas sino veladas por la imagen de aquella á quien tanto amo. Esta imagen puebla los caminos de un mundo de impresiones y de sentimientos cuyo centro es usted, y que después de conducirme á un sueño inefable me vuelven á dejar sumido en el dolor. Amo á usted demasiado, Susana, para soportar la idea de que debo su mano á la piedad, y comprendo que al ofrecerme su mano de esposa cede á un impulso generoso, á esa necesidad de abnegación que es el alma de una mujer como usted. Por otra parte, ¡pobre niña!, usted sufre y busca un camino menos árido. ¿Por qué no había de poder yo, adorada Susana, proporcionar á usted

la dicha? Hay seres condenados al más amargo aislamiento, y aquel que la ama como jamás será usted amada por nadie figura en el número de esos desheredados. – *Preymont.*»

Susana lloró al leer esta carta, á la cual contestó apresuradamente lo que sigue:

«Vuelva usted; es preciso que yo le vea. No sé, Marcos, si comprendemos la palabra *amar* de igual manera; pero si le bastan la estimación, la confianza y un tierno afecto, seré de usted.»

Este billete llegó á manos de Preymont en el momento en que, arrepentido de su primera decisión y cediendo, no á las razones, sino á su amor apasionado, pensaba con desesperación en la carta que había escrito. Al leer las pocas palabras de Susana, vió que el alma de la vida, que hasta entonces se le había rehusado, entraba ahora en su existencia para transformarle; y poniéndose apresuradamente en camino, llegó una noche á su casa sin anunciarse.

En medio de los sentimientos que le trastornaban, parecíale que los objetos tan familiares á su mirada no eran ya los mismos, ó por lo menos que habían tomado un aspecto adorado en otro tiempo, cuando le acariciaban la esperanza y la ilusión. Imaginábase que, volviendo otra vez al umbral de la existencia, oía de nuevo la voz delirante de esperanzas dulces y entusiastas. Habíase creído viejo por el pesar, por el pensamiento; y he aquí que ahora, lleno el corazón de una emoción juvenil en aquella tarde, cuyas fases de silencio y de ruido había amado siempre, percibía otra vez todos los ecos de la mañana de la vida. Los falenos temblaban como en otro tiempo en las cañas; rodeábale por todas partes la misma luz transparente; por doquiera reinaba un silencio profundo en medio de la savia universal, y desde el fondo de sí mismo la juventud surgía fresca como una flor y su labio puro murmuraba ritmos olvidados.

Cuando entró en la habitación de su madre, ésta quedó asombrada al observar su expresión, mezcla de inquietud y de una dicha que no osaba creer aun en su propia existencia.

–¡Cómo deseaba tu regreso!, exclamó la señora de Preymont. Supongo que habrás cambiado de parecer. ¿No es así? ¡Al fin voy á verte feliz!

– No vayamos tan de prisa, dijo Marcos vacilando aún. ¿Está usted segura de que no nos engañamos?

–¿Por qué habíamos de engañarnos?, contestó la señora de Preymont con ternura. ¿Cómo quieres que una mujer, y sobre todo una mujer de su carácter, sea insensible á un amor como el tuyo? ¿Cómo no había de amarte?

–¡Ah, si fuera así!.., murmuró Marcos, oprimido por sentimientos cuya violencia le sofocaba.

– Tú dudas y vacilas aún, repuso la madre con una sonrisa en que su hijo vió la confirmación de sus esperanzas; pero... ya la verás mañana, porque ella te espera impaciente.

IX

A la mañana siguiente, Marcos se dirigió por un angosto sendero al fresco y perfumado sitio, cubierto de sombra, donde Susana había presentido su amor por primera vez. Era la hora en que la joven visitaba con frecuencia aquella soledad; y la vió de pie, con los brazos extendidos y las manos cruzadas en actitud meditabunda; su sombrilla abierta había rodado por la hierba; tenía su sombrero sobre el banco, y un rayo de sol reflejábase en su cabello.

Preymont, que avanzaba rápidamente, se detuvo de pronto, sobrecogido de una vacilación que le turbaba. Complacíase en contemplar al encanto exquisito de la hermosura, y presa de aquella desconfianza de sí mismo que la terrible pesadilla de su existencia había depositado como un gusano roedor en todos sus pensamientos, hallábase del todo paralizado.

Mas como Susana volviese la cabeza, le vió; su rostro encantador iluminóse de pronto, y una sonrisa desvaneció las vacilaciones de Preymont. Acercóse á la señorita Jeuffroy, tomó la mano que le ofrecía, quiso hablar y no pudo pronunciar una palabra.

Pero las frases más apasionadas no hubieran impresionado á Susana tanto como el aspecto de aquel hombre enérgico, siempre dueño de sí mismo, que algunas veces, en las crisis obreras, había salvado una situación peligrosa por su palabra elocuente y viril, pero que en aquel momento, poseído de una emoción demasiado fuerte para que pudiese vencerla, permanecía inmóvil y sin voz bajo la mirada de la joven.

– Y bien, Marcos, exclamó Susana con cierta emoción. ¿Es eso todo cuanto usted tiene que decirme?

–¡Susana!.. ¿Será verdad?..

–¿Duda usted aún de mí, contestó la joven á media voz, y no cree acaso en la abnegación y en el afecto de que quiero darle pruebas? Marcos, tenga usted confianza; yo seré la esposa amante en quien usted sueña. ¿Me cree usted?

–¡Sí... lo creo!, contestó Preymont atrayendo á la joven al banco y sentándose junto á ella.

Libre ya de las trabas que le paralizaban, besó con una especie de violencia la mano de Susana, y de repente declaróle con fogosa elocuencia su fiel y ardiente amor; habló de sus dudas, de sus celos y de sus angustias; y acaso por primera vez en su vida, despojóse de su orgullo y depositóle con todas sus altanerías á los pies de aquella á quien amaba.

– Para comprender bien mi embriaguez, dijo, sepa usted lo que mi vida era.

Susana escuchaba, extrañándose vagamente de mostrarse casi fría á los acentos viriles y apasionados de un amor que hacía seis semanas su imaginación rodeaba de un prestigio ideal.

Los besos de Marcos la desagradaban; retiró su mano, y después buscó inútilmente palabras para decir lo que hubiera querido expresar antes de verle.

Pero cuando en términos breves y enérgicos Preymont habló de los dolores de un aislamiento sin esperanza, Susana se conmovió, y recobrando los sentimientos que hacía algún tiempo eran su vida y su móvil, exclamó con viveza:

–¡Ya no sufrirá usted más, querido Marcos, yo se lo juro! No piense en el pasado, sino en el porvenir. ¡Si usted supiera qué dicha es para mí proporcionarle la felicidad!

Marcos miró á la joven atentamente con inquietud, y repuso:

– No basta eso, Susana... Es preciso que también usted sea feliz..., mas no por la dicha que le resulte de consolarme.

– Eso, contestó Susana sonriendo, dependerá de mi esposo.

Preymont, con el corazón dilatado por las emociones, miraba el agua rutilante, los grandes álamos amarillentos ya, de los cuales caían algunas hojas al más leve soplo de la brisa; y pensando en aquella mañana de primavera en que, obligado á hablar por otro, había estado á punto de descubrirse, preguntó á su prima:

–¿Quién ha revelado á usted mi secreto, Susana?

– Usted mismo, más de una vez... en este sitio. Su emoción al decirme lo que entendía por amor, fué para mí el primer aviso, y la buena Frasquita acabó de abrirme los ojos.

Así diciendo, Susana se levantó, y aceptando el brazo de Marcos, los dos se dirigieron al castillo, deteniéndose con frecuencia para cruzar una palabra al parecer trivial, pero que se hacía expresiva por una secreta emoción. Engañada respecto á sí misma por la alegría que experimentaba al ver á Marcos tan feliz, hablábale con una ternura que acaba de convencer al hombre locamente enamorado, cuyo único deseo era cegarse.

Cuando Constanza los vió llegar, no le fué posible dirigir ni una sola palabra bondadosa á Preymont, y al verlos alejarse, mostróle con el dedo á Frasquita, diciéndole:

–¿Te parece á ti que esa es una buena pareja? No puedo librarme de tu persona porque no quieres marcharte; pero jamás te perdonaré.

– Y sin embargo, no soy yo quien ha creado el amor, señora, repuso Frasquita tranquilamente. El Señor es quien ha querido que las cosas sucedan así, lo mismo para sus criaturas un poco deterioradas que para las demás. Si usted cree que la señorita Susana mira tan sólo á su primo como... ¡Cáspita, ya está bien acostumbrada á él!

–¡Eres una estúpida!, contestó la solterona, poniéndose el sombrero y atando las cintas con mano febril. Jamás he llevado cirio á la iglesia; pero allí voy ahora mismo, y mandaré encender uno todos los días para que ese matrimonio no se verifique.

–¡Y yo, en el lugar del Señor, no le escucharía á usted, señora, contestó Frasquita con aire indignado, ya que tan poco se ocupa de él!.. Mejor sería que pidiera usted la conversión del Sr. Preymont, pues debe interesarse por su alma, puesto que ha de ser su sobrino.

–¡Su alma..., me río yo de ella!, contestó la solterona encogiéndose de hombros.

El Sr. Jeuffroy había meditado sobre la manera de recibir al nuevo novio de su hija. Preymont le imponía respeto, y una vez solo con él, apeló á una exagerada familiaridad á fin de sobreponerse á una confusión que le parecía muy humillante para un suegro.

–¡Diablo! Amigo mío, díjole, dándole un golpecito en el hombro, no es usted tan desgraciado, porque mi hija no es una advenediza.

– Creo haberlo reconocido antes que usted, repuso Preymont con una mirada y un tono, que obligando al Sr. Jeuffroy á mantenerse en su esfera, alejaban todas sus veleidades de familiaridad.

–¡Hum!.., murmuró. Me alegro mucho, muchísimo de lo que sucede, repuso. Sin duda es un honor para mí..., pero ya sabe usted que somos parientes.

– Ya lo sé, contestó Preymont con indiferencia, y yo le felicito por ello.

Los ojillos del Sr. Jeuffroy guiñaron varias veces, y estuvo á punto de incomodarse; pero sabía que no era fácil vencer á Preymont en una discusión, y además deseaba aprovecharse de aquella situación excepcional para disminuir el dote de su hija, obteniendo más tarde una donación por contrato.

– Ya sabe usted, dijo bruscamente, que Susana no tiene más que cincuenta mil francos de dote; los tiempos están malos y las rentas disminuyen diariamente.

– Poco importa eso, contestó Preymont desdeñosamente. Usted redactará el contrato á su antojo.

–¡Eso sí que es hablar bien!, exclamó el Sr. Jeuffroy. En efecto, ¿qué significa eso para usted? ¿El contrato? Ni siquiera había pensado en tal cosa, pues ya comprenderá..., pero ya que usted es el primero en hablar, le diré, amigo Preymont, que será mejor para usted interesarse en el asunto. Es preciso preverlo todo, ¿no es verdad? Supóngase ahora que Susana quedase viuda y sin hijos... Seguramente no podría vivir con la renta de su dote, y me vería obligado á tenerla en casa, si usted no hubiese adoptado sus precauciones.

– Tranquilícese usted, contestó Preymont con aquel tono seco y altivo que exasperaba al Sr. Jeuffroy; yo sabré evitar para esa pobre niña la catástrofe de volver aquí.

En la misma noche de aquel día, Susana escribió á su confidenta habitual una carta en que se desbordaban sus exaltados sentimientos. La singular impresión de la mañana se había desvanecido, y una vez sola ante su entusiasta abnegación, únicamente veía en ésta aquello que seducía su generosidad.

«Esta mañana, señora, nos hemos desposado, y de nosotros dos, tal vez yo era la más dichosa. ¡Es tan bueno proporcionar así la felicidad! No se inquiete usted en lo más mínimo. ¡Si supiera qué lleno de alegría tengo el corazón al ver que con una palabra he librado á un hombre que tanto vale de la desgracia que sobre él pesaba! No tema usted nada; soy feliz, muy feliz, créalo; y así como su vida se ha transformado, la mía se dilatará en su ternura y la que quiero proporcionarle.»

En efecto, Preymont se libraba del peso agobiador que le había oprimido toda la vida. La paz, una paz que jamás conociera, reemplazaba á la sorda irritación que le había corroído tan largo tiempo, y en la embriaguez presente olvidaba las amarguras del pasado. La alegría del corazón, ese bálsamo de la vida, redoblaba su actividad, su vigor, y todas las nobles facultades de una naturaleza comprimida que se desarrollaba de pronto bajo una brillante luz.

La fuerza y la lucidez de su inteligencia parecían aumentarse también, y esta fase de su vida, discutiendo sobre cuestiones especulativas ó prácticas, admiró por sus juicios exactos, originales y profundos, á los pocos hombres superiores con los cuales se hallaba en relaciones directas ó mantenía correspondencia.

Sometía á Susana grandes proyectos humanitarios, asociando á la menor de sus ideas el espíritu práctico y generoso de la joven; atraíala á una esfera inteligente que ella amaba; la conducía á las alturas del pensamiento y del corazón á fin de que olvidase hasta la sombra de las vulgaridades que la rodeaban, y poníala sin cesar ante una nueva vida, que debía armonizarse con su naturaleza y sus inclinaciones distinguidas. En fin, para expresarle los sentimientos que de su corazón desbordaban, empleaba un lenguaje lleno de infinitas delicadezas, que conmovía á Susana, pero que después de haberla mantenido algún tiempo en sus ilusiones, hacíala llorar en el secreto de su soledad.

Porque á medida que los días pasaban, invadíala una tristeza indefinible, que la estrechaba como una fina red, cuyas mallas, cuando las rompía, rehacíanse al punto.

Hubiera querido corresponder al amor ardiente de Preymont dándole todo su corazón; pero un extraño malestar pesaba sobre sus sentimientos, sin que supiese definirlo. Cuando Marcos la hablaba como en otro tiempo, sin que ninguna palabra recordase sus nuevas relaciones, Susana estaba tranquila; pero cuando en un impulso de la pasión la colocaba frente al amante y al prometido, turbábase, y quedaba después sumida en una penosa obscuridad.

Esta turbación fué al pronto semejante á la fugaz sensación que el frío de una gota de agua produce, mas por su continua caída, esta gota trazaba y abría un surco; ahogaba la exaltación algo romancesca que inspirara á la joven su sacrificio; y alterando su pre-

dad por Preymont, corrompió al fin hasta ese afecto de la infancia que á juicio de Susana debía engrandecerse y desarrollarse.

Un hecho contribuía á que aumentase su turbación, y era que desde sus esponsales hacía involuntariamente comparaciones en su espíritu, mientras que el recuerdo de Saverne se mezclaba más á menudo en su vida íntima. Desechábale como un pensamiento aborrecido, estudiando con vago temor los movimientos que la conducían á corrientes contrarias; y poco á poco evitó en su correspondencia las alusiones á la felicidad, hablando solamente de las dulzuras austeras de un deber lealmente cumplido. Algunas veces manifestaba su asombro de que fuera tan difícil conocerse á sí mismo, y deploraba que los propósitos más rectos chocasen con tantas contradicciones.

En medio de su dicha, Preymont no veía nada pero si en su reposo se embotaba su facultad de observar, en cambio la señora de Preymont sentía profunda inquietud. Adoraba demasiado á su hijo para que después de un primer momento de ceguedad sus dudas no se despertasen ante la fisonomía pensativa, y á veces triste, de la señorita Jeuffroy.

«¡Marcos no es querido!, decíase. Susana no tiene en su rostro la expresión feliz de la mujer que ama.»

Sin embargo, aunque reconociese que el terreno sonaba hueco, esforzábase para desechar sus inquietudes, cada vez mayores.

Preymont había escrito á Saverne para anunciarle su casamiento; pero la carta, enviada al extranjero, no debía llegar jamás á su destino. Saverne, después de escribir diciendo que permanecería algún tiempo en Edimburgo, á cuya ciudad se le envió la carta, había marchado repentinamente sin dejar las señas del punto adonde se dirigía.

– Deberías escribir otra vez á Saverne, dijo la señora de Preymont á su hijo, pues si hubiera recibido tu carta te habría contestado.

– Yo necesito ir á pasar algunos días á París, contestó Marcos; es posible que le encuentre; pero en el caso contrario, sus amigos podrán darme sin duda las señas exactas.

Preymont marchó después de haber fijado con el Sr. Jeuffroy el día del casamiento. A pesar de la extremada turbación con que Susana consideraba ahora el desenlace necesario, había debido ceder á las instancias de Marcos, aceptando una fecha próxima.

Al día siguiente de la marcha de su hijo, la señora de Preymont, ocupada en abrir su correspondencia, halló una carta de Saverne. Su primer impulso fué enviársela; mas como observase que tenía el sello de París, cambió de parecer y abrióla.

«Querido Marcos, decía Saverne, si no has conocido nunca el suplicio de estar encadenado, no podrás imaginarte lo que son para mí las delicias de la hora presente. ¡Estoy libre, querido, y tú ignoras seguramente cuánta alegría se encierra para mí en esta simple palabra! Desde el año último, mis sentimientos no han cambiado un instante; y debo suponer que tu prima no se ha casado aún, pues de lo contrario me lo habrías dicho ya. En su consecuencia, voy á llegar como un huracán para arrebatársela á su espantoso padre, por mucha resistencia que me oponga. ¿Qué habrá pensado de mi fuga y de mi silencio? Sin duda me ha juzgado mal, y el diablo me lleve si no he tenido cien veces la intención de escribirla... Por fortuna, me inspira confianza su simpatía, y si, como yo creo, me hubiera escuchado favorablemente, sabría muy bien disculparme y resucitar sus buenas impresiones. Espero que no habrá olvidado mi emoción de niño al despedirme de ella; en cuanto á mí, conozco bien que al verla otra vez seré capaz de cometer toda clase de necedades. Seguiré muy de cerca á estos garrapatos, buen amigo, y te abrazo de antemano. – *Saverne.*

«¡No sabe nada, y llega!, pensó la señora de Preymont. ¡Qué seguro de sí parece estar! Ante todo es preciso que no vea á Susana antes de hablarme á mí; pero él es muy capaz de ir directamente á su casa.»

Aquella misma noche y al día siguiente, la madre de Marcos envió su coche para esperar á Saverne á la hora de los trenes; mas no era propio del carácter de aquél elegir la vía normal; y mientras que el ayuda de cámara de Preymont esperaba al viajero en la estación, Saverne llegaba pedestremente al castillo, muy resuelto á no demorar ni un segundo la visita á la señorita Jeuffroy. Sin embargo, también estaba decidido á contentarse con saludarla, y proceder de una manera muy correcta, rogando á la señora de Preymont que fuese á pedir su mano para él.



No es usted tan desgraciado, porque mi hija no es una advenediza

Susana estaba en el terrado; triste y perpleja, miraba vagamente la gran escalinata del castillo, pensando en aquellos que habrían franqueado hacía siglos los antiguos peldaños para ir á meditar en el sitio donde ella misma se entregaba á reflexiones penosas.

«¿Habrán sido tan inconsecuentes como yo?, preguntábase. ¿Habrán visto claro en su interior y en torno suyo? ¿Habrán sabido dirigirse sin error en las complicadas revueltas de sus sentimientos?»

Y compadecía á sus antepasados, lo mismo que á sí propia, lo cual era muy justo. Hubiera querido saber si alguna de las mujeres que en otro tiempo habitaron aquella antigua y pintoresca mansión, se había encontrado en un caso idéntico al suyo, siguiendo los mismos pensamientos en el lugar que ella ocupaba, deseando la dicha de un hombre desgraciado, loco de amor por ella, resuelta á sacrificarse, y tomando en esta idea el valor necesario para obrar á despique de dolorosas dudas.

El rumor de un paso firme, que resonaba en el suelo pedregoso del camino, interrumpió sus reflexiones. Al reconocer á Saverne, una emoción extraordinaria inspiróle la loca idea de huir para no volver á verle; levantóse precipitadamente y corrió hacia los setos, temerosa de no tener tiempo para llegar á la casa; pero de pronto se detuvo para reflexionar.

«¿Llegaré á ser yo completamente necia?, preguntóse. Ese caballero es el Sr. Saverne, y nada más..., y quien debe recibirle es la prometida de Marcos Preymont.»

Sin embargo, Susana se refugió bajo los ojaranzos; pero había recobrado ya al parecer su tranquilidad, cuando Saverne, que desde el camino la había visto en los jardines, se acercó á ella.

– Ignoraba que se hallase usted aquí, dijo la joven, recibiéndole con calma.

– ¡Llego sin aliento!, contestó Saverne, devorando á Susana con los ojos, y olvidando por completo su resolución de proceder correctamente.

– Es mucha bondad por parte de usted haber entrado aquí al pasar, contestó la señorita Jeuffroy, á quien la mirada de Saverne perturbaba hasta el fondo del alma. Venga usted á ver á mi padre.

– ¡Dios mío! ¿Para qué quiero yo verle?, contestó Saverne.

Y arrojando su sombrero lejos de sí, cogió la mano de Susana, y díjole con esa torpeza conmovida que para la mujer tiene una elocuencia más poderosa que las palabras muy expresivas:

– ¡Estoy tan contento, tan sumamente contento!.. Deseaba tanto..., pero no sé cómo expresarme. ¡Qué año tan atroz he pasado allí!.. ¡Y sin serme posible decir á usted que la amaba como un loco!..

Susana había tratado inútilmente de retirar su mano; mas al oir estas últimas palabras, desasióla con viveza.

– ¡Calle usted, exclamó; soy prometida!

– ¡Prometida!..

Esta palabra le aturdió hasta el punto de no comprender toda su significación.

– ¡Prometida!, repitió con aire estupefacto. ¿Pero de quién y cómo? ¡Prometida sin duda por el padre de usted á algún mísero zascandil que la hará desgraciada sepultándola en alguna abominable covacha!.. ¡Vamos, eso es imposible!..

Susana, con los ojos dilatados por una secreta angustia, contestó pausadamente:

– Nada le autoriza á usted para hablar así, caballero. Soy prometida de su amigo el Sr. de Preymont.

– ¡Ah, es Preymont!.. ¡Ah, diablo!..

El aturdimiento del primer instante se había desvanecido, y Saverne veía ante sí ahora una desgracia en que no pudo pensar.

Ligeramente inclinado el cuerpo y con las facciones alteradas por un verdadero pesar, contemplaba silencioso á la joven, á quien no había parecido nunca tan seductor; Susana vió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y que sus labios se estremecían como los de un niño que ahoga sus sollozos.

Volvió la cabeza, y para calmar su propia emoción, quiso pensar en la deslealtad de que Saverne le había dado prueba; pero su cólera no se despertó.

– ¿No comprendió usted, pues, que yo la amaba?, dijo Saverne con voz temblorosa, sin pensar en la cándida fatuidad de su pregunta. Al marcharme, sin embargo, creí haber dado una prueba de lo que no me era posible decir aún abiertamente.

– Yo sé, contestó Susana con frialdad, que me hizo usted la corte deslealmente, y este es el único recuerdo que he conservado de nuestras relaciones.

– ¿Que lo sabe usted?.. ¿Cómo, acaso sabe?.. ¡Ah! La habrán hablado de cierta particularidad... Escuche usted, continuó Saverne con ese tono de franqueza que le granjeaba siempre las simpatías; no me juzgue aún, yo se lo ruego. Sin duda he cometido errores, porque no soy un santo, ¡oh, no!; pero permítame decirle, señorita, que usted conoce tan poco la vida y los hombres, que su juicio corre peligro de extraviarse, porque pasa siempre á través de su adorable naturaleza.

Para perdonar no necesitaba la señorita Jeuffroy que lo solicitasen con mucha instancia; mas en medio del extraño desconsuelo que de ella se apoderaba, el deber de conservar su dignidad y la de Preymont dominaba todos sus sentimientos.

Por eso contestó con altanería:

– Nada tengo que ver, caballero, con los actos de usted; ya me arrepiento de haber escuchado su declaración cuando las circunstancias le prohibían hablar; y ahora le ruego que tenga la bondad de retirarse.

– ¡Ah! ¡Por qué habré llegado demasiado tarde!, exclamó Saverne.

– ¡Demasiado tarde!, repitió Susana, temiendo que Saverne se fuese con una duda sobre sus sentimientos. La frase es por lo menos impertinente.

– ¡Impertinente, insolente, todo lo que usted quiera!, replicó Saverne; pero yo sé muy bien que un hombre que no es caduco, ni imbécil, ni maligno, podría agradar á usted. A no haber mediado esa maldita fatalidad que... ¿Y le ama usted?, preguntó Saverne con una sonrisa incrédula.

– La pregunta es ofensiva, caballero, contestó Susana con los ojos brillantes de cólera.

(Continuará)

LA ESCULTURA MODERNA EN INGLATERRA

(1879-1894)

De todos los movimientos artísticos de nuestra época en Inglaterra, el más marcadamente definido y el más satisfactorio por su uniformidad es aquel



ARTEMISA DESNUDA, escultura de Hamo Thornycroft, R. A.

que se identifica con la reforma de nuestra escultura nacional. En la pintura, el único arte moderno realmente popular, la moda ha seguido á la moda, y la vigorosa individualidad de un hombre después de otra ha conseguido agrupar una escuela en derredor suyo; pero con la desaparición de cada fundador, se ha visto que su escuela declinaba, y que otro pintor, de miras diametralmente opuestas, ocupaba su lugar como maestro. De este modo ha continuado la anarquía de nuestra pintura, oscilando siempre sin ningún principio central en cuanto al gusto, desde Masson á Rosseti, desde Alma Tadema á Whistter; pero en la moderna escultura, y solamente en ella, hemos



GUERRERO LLEVANDO UN HERIDO, escultura de Hamo Thornycroft, R. A.

visto desarrollarse un arte con poderosa vitalidad, no alrededor de un solo hombre, sino en torno de una teoría de ejecución claramente percibida, á la cual se adhirió un grupo de hombres de diverso talento que sólo se asemejaban por su fidelidad al ideal común.

Nunca se ha tratado de escribir la historia de esa escuela de escultores, ni se ha dicho nada acerca de los movimientos que iniciaron con sus triunfos; pero algún día el progreso de esos artistas por la senda común que siguieron y la singular buena fortuna que los acompañó atraerán sin duda la atención del cronista.

Todo cuanto el escritor que se ocupe de este asunto se propone hacer es, ante todo, contestar del mejor modo posible á esta pregunta, formulada con frecuencia: «¿Qué es la nueva escultura?,» y después presentar los resultados de los datos que ha ido reuniendo



CLITIA, escultura de G. F. Watts, R. A.

con prolija solicitud y año por año, desde los primeros albores del movimiento. Ha llegado el momento de poner fin al primer tomo de esta historia, y de revisar la serie de sucesos completada con la elección de los Sres. Frampton y Swan para individuos de la Academia Real, colocando todo el prestigio académico de su arte en Inglaterra en manos de la Nueva Escultura.

I

Veinte años hace, la escultura había descendido en este país hasta el último grado de su decadencia, y hasta la idea de un estatuario inglés era ridícula; todos los periódicos menospreciaban á los escultores si hablaban de ellos, y hacia el año 1872 era frase común en la prensa: «Según costumbre, ningún interés ofrecen las salas de escultura;» mas para el observador inteligente, esto era una exageración. En los más obscuros tiempos hubo siempre en ese arte algo que llamara la atención ó que despertase el interés; pero no podía negarse que la escultura inglesa estaba muerta; había tenido alguna vitalidad, sin embargo, á principios del siglo, y todo cuanto sobrevivía era una vaga tradición de la edad Georgiana.

Si miramos de cerca en qué consistía antes nuestra escultura, vemos tres corrientes de influencia que parten del período de 1800, tres pobres arroyuelos que desaparecen muy pronto en la arena. La primera fué la tradición puramente convencional de Canova, de la escuela romana, que había luchado para conservar su dignidad y su brillo con Gibson, descendiendo después á Mac Dowell, y muerto éste, á manos todavía más débiles. Más interesante fué la segunda influencia, superior en cuanto á la parte intelectual, y que procedía de Chantrey y se transmitió á Behnes y Weekes, que desprendiéndose de algo del convencionalismo romano habían osado ser ligeramente naturalistas. Su escuela produjo artistas de nota y de indisputable talento como Foley, que murió en 1874, y el venerable J. Bell, que aún vive: lo que sobre todo caracterizaba á todos ellos era su antagonismo especial con los nuevos escultores. Su única idea era obtener efecto por el estricto estudio de la forma; pero todo cuanto había en sus obras de gracia poética perdíase por el convencionalismo que predominaba en ese estilo rígido y apático que se observaba hasta en las obras de artistas de verdadero talento, como en el caso de Mr. Armstead.

En 1877 los escultores que pertenecían á la Real Academia eran Calder Marshall, Weekes y Woolner; los asociados ó adjuntos Armstead, Durham, Stephens y Woodington, y Boehm estaba llamado á ocupar el puesto de Durham. La Academia Real parecía una fortaleza inexpugnable, cerrada para toda innovación; pero las murallas de esta Jericó se han derrumbado tan completamente que el único sobreviviente de la antigua escuela, Rahab, ha tenido al fin que abrir las puertas de su simpatía á las nuevas ideas. Circunstancia notable es la de que Armstead, en quien la nueva escultura encontró en sus primeros días el único amigo influyente, es ahora el único testigo de su triunfo.

Se ha dado en atribuir al ejemplo de Alfredo Stevens el principio de la nueva escultura; pero sin dejar de reconocer en él un genio, no todos lo admitirán así; y en cuanto al carácter de sus obras, era contrario á lo que se debía producir cinco ó seis años después de su muerte. Discípulo de Thorwaldsen, y cautivado por las magníficas audacias de Miguel Angel, quiso reproducir con las obras modernas las heroicas cualidades de aquel maestro; pero sometía con persistencia la individualidad del modelo á cierto tipo de su imaginación. Stevens fué una especie de zapador de la nueva escuela, pero de ningún modo su fundador. Más bien podría serlo la *Clitia* de Mr. Watts, aquella golondrina de 1868 que no trajo consigo verano.

De donde ha partido verdaderamente la moderna escultura en Inglaterra es de la escuela francesa de



ARTEMISA VESTIDA, escultura de Hamo Thornycroft, R. A.

la última generación, pues ese arte data en realidad de 1833, cuando Francisco Rude exhibió en el Salón su *Joven pescador napolitano*. Esta fué la primera tentativa que se hizo en parte alguna para presentar bajo una forma individual y exacta el cuerpo humano, tal como existe ante nuestros ojos. La crítica atacó esta obra como vulgar é innoble, y los antiguos estatuarios se estremecieron al ver infringidas todas sus reglas; pero al público le agradó que se renunciase á la inanimada apatía que hasta entonces se notaba en las obras de la escultura moderna, y Rude fué felicitado como innovador. Desde aquel momento, la escultura comenzó á progresar por el buen camino en Francia, y lo asombroso es que, á pesar de la comunicación entre ambos países, la influencia francesa no penetró en Inglaterra. Veinte años ha cuando la escultura italiana degeneró hasta una puerilidad y debilidad despreciables, y cuando

Dubois y Chapu producían obras de incomparable belleza, era cosa común oir á personas de reconocida autoridad hablar de ese arte francés como de una cosa absurda.

Más extraño era que el calor de Francia no derritiese el hielo del convencionalismo inglés; tanto más, cuanto que la caída del segundo Imperio fué causa de que se trasladasen á Londres varios escultores franceses muy notables. Loisón había expuesto ya algunas obras; y en 1871, Carpeaux hizo una admirable manifestación en la Real Academia: en 1873 apareció Carrier-Belleuse y en 1874 Dalou. De todos estos maestros franceses mereció especial favor en Londres Carpeaux, cuya influencia sobre la generación más joven debió ser sin duda considerable. La crítica oficial, sin embargo, no conocía á esos artistas franceses, y la escultura exótica más admirada en Burlington House en 1872 fué una terrible Phryne del más lascivo estilo napolitano.

En la Exposición de escultura de 1877 en la Real Academia, se vieron las acostumbradas obras insípidas, *Cupidos, Reinas de mayo, Niños dormidos, Venus bañándose,* y otras obras análogas; pero se hallaba allí un grupo de extraordinaria novedad: era un bronce de Sir Federico Leighton, que tenía por título *Atleta estrangulando una serpiente,* admirable composición tan familiar ahora, que no necesitamos describirla. Esa obra, presentada á los escultores por un pintor de profesión, como para mostrarles lo que su arte debía ser, fué la que comunicó el primer impulso á la nueva escultura en Inglaterra. Lo que Sir Leighton vió el año anterior en el Salón, donde parecía que se hubiesen dado cita los escultores franceses, muy desanimados hasta entonces, presentando obras tan notables como la *Caridad,* de Pablo Dubois, el *Lamartine,* de Falguiere, y el colosal *Alejandro Dumas,* de Chapu, debió inducirle seguramente á seguir sus huellas.

En 1875 se disputaron la medalla de oro dos jóvenes principiantes, de quienes no se había oído hablar hasta entonces; debían presentar en competencia un



LA TRAGEDIA, escultura de T. Nelson Mac Lean

grupo titulado *Guerrero llevando un herido;* y tan semejantes eran sus modelos, tan superiores á los de otros jóvenes artistas, que el Jurado vaciló mucho sobre quién debía obtener el premio. Al fin se otorgó á Hamo Thornycroft, y su competidor, Alfredo Gilbert, se retiró disgustado. Esos dos hombres fueron los que iniciaron la nueva escultura, que más tarde debía alcanzar tanta fama. Aquellos dos jóvenes se podían considerar como los abanderados de las dos grandes alas del ejército conquistador.

A pesar del ejemplo dado por el admirable arte francés en París y en Londres, no se observó por lo pronto ningún marcado progreso; pero algunos otros futuros jefes de la nueva escuela fueron expositores en dicho año. Otros artistas se dieron á conocer ventajosamente desde entonces; pero ninguno de ellos tenía al parecer clara idea de lo que se proponía hacer. Mr. Hamo Thornycroft fué quien primero dió un paso hacia lo grandioso en su obra *La Mujer de Lot,* expuesta en la Real Academia. De cerca siguieron sus huellas en la aurora de la nueva escuela artistas como Ball, Walter Ingram y T. Mac Lean; en este último concurría la circunstancia de haber sido desde un principio el único escultor inglés que estudió todas las escuelas francesas, logrando adquirir una gran experiencia práctica. En 1875, es decir, en la época peor de nuestra escultura, Mac Lean, á la sazón joven de treinta años, presentó una colección de modelos, todos los cuales fueron muy admirados. En especial su *Jone* adquirió tanta fama que se hicieron de ella muchas reproducciones.

En 1879 no hubo gran manifestación por parte de la nueva escuela; mas los adeptos de la antigua se agruparon con admiración alrededor del *Dionisio* de Mr. Jorge Simonds, que ocupó el puesto de honor y en la que se repudiaban las cualidades del arte francés y reproducíanse las tradiciones de Canova, por lo cual mereció el aplauso de la antigua generación.

Hemos conducido á nuestros lectores hasta el pórtico de la Nueva Escultura: en otro artículo le invitaremos á entrar en el vestíbulo.

EDMUNDO GOSSE.



La vendimia en la granja Oriol, Concordia (Entre Ríos), cuadro de Juan Rabadá

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 2 de julio de 1894 — Núm. 653

Obrando ya en nuestro poder todo el original del último tomo de NERÓN, repartiremos éste con uno de los próximos números

SUMARIO

FEDERICO MADRAZO

Ayer Plasencia, hace pocos días Germán Hernández, hoy Madrazo, uno tras otro han ido cayendo: cuál, en el mismo campo de la lucha; cuál, retirado maltrecho de la batalla; el último, vencedor, ahora últimamente casi vencido.

Sí; casi vencido por las nuevas ideas, por las generaciones mismas á las que adiestrara para la pelea, por sus años. General victorioso, Federico Madrazo había peleado con fortuna, merced á las condiciones de su carácter y á su indiscutible talento. Fué el que, empuñando la bandera del eclecticismo artístico en España, derrotó á los ejércitos contendientes, el romántico y el clásico. Coronado de laureles, su figura se agrandó de tal modo, que nadie, absolutamente nadie en larguísima serie de años hubo de poner en tela de juicio su valer. Al cabo, al eclecticismo sucedió el realismo romántico, propio del senso artístico de España siempre, y el nombre de Federico Madrazo comienza á dejarse de oir; los aplausos fueron para los nuevos gladiadores. Fortuny y Rosales avanzan más todavía en el campo del arte y llegan casi á las lindes del naturalismo; con aquéllos van, por lo que atañe á la idea, Zamacois, Jiménez Aranda, Domingo, y ya Madrazo queda como gloria que fué, respetado de todos siempre, pero no como fuerza activa para la lucha. Ahora han venido cien y cien distintos elementos plásticos y cien distintos rumbos é ideales, así estéticos como científicos y filosóficos, y en un período caótico hemos entrado



EL DÍA DE LA EJECUCION DE HETTY SORRELL,
copia de una acuarela de J. Enrique Henshall

donde no son dos las tendencias, como en tiempos de románticos y clásicos, que luchan y se agitan, sino veinte, que no dejan hueco al eclecticismo para que otro Madrazo, otro talento sagaz, pueda, amalgamándolas, crear una escuela que haga de tercero en discordia.

Nada tan amargo como ver en vida, si no el eclipse, por lo menos cómo se desvanece la brillante aureola con que la gloria rodeara las sienes del elegido, hasta dejarla tan sólo en pálido nimbo; pero nada tampoco tan fatalmente justo como esa ingratitud humana. Eterno el combate, sin que pueda cejarse un punto, son menester fuerzas nuevas, héroes nuevos; y en el encarnizamiento con que el sentimiento de la vida en la sociedad, que es la del individuo, nos grita de modo imperioso ¡adelante!, no nos queda más remedio que ir adelante siempre, sin volver atrás la cabeza para mirar al sitio donde, muerto ó rezagado, queda el héroe de ayer.

***

Nació D. Federico Madrazo y Kuntz en Roma el año de 1815, siendo su padre el pintor de cámara de Fernando VII D. José Madrazo, que fué al propio tiempo su maestro. Cuando apenas contaba veintiséis años, le nombraron académico de mérito de la de San Fernando, y un año más tarde pintó su primer gran cuadro, donde todos los personajes eran admirables retratos de los ministros, individuos de la familia real, etc.; representaba este lienzo, y así se titulaba, *La enfermedad del rey*. En compañía de su hermano D. Pedro, menor que D. Federico unos dos años, marchó á París, y allí estudió las obras de los principales artistas clásicos y románticos Ingres, Delaroche, barón Gros, Deschamps, con algunos de los que hubo de trabar cordial amistad, así como con Victor Hugo y Bellini. De todos ó de casi todos los nombrados y de varias celebridades más trazó retratos que le valieron alabanzas sin número. Vuelto á España, pinta su segundo cuadro *El Gran Capitán recorriendo el campo de Cerinola*.

De nuevo en 1837 emprende otro viaje á Francia é Italia para proseguir el estudio de los maestros en boga, y á su regreso funda el periódico semanal *El Artista*, en el que colaboraba como escritor y dibujante. En 1845 alcanza en París la primera medalla de oro con su cuadro *Godofredo de Bouillón*, y pocos años andados pinta otro no menos célebre, *Las Marías ante el sepulcro de Cristo*. A partir de esta fecha, Madrazo llegó á la más alta reputación como pintor de retratos; por su estudio desfilaron Isabel II, la duquesa de Alba, la condesa de Vilches, toda la aristocracia más encumbrada de España y gran parte de los hombres más ilustres en la política, en las ciencias en las artes y en las letras que hemos contado desde 1830 hasta el presente.

Como director del Museo Nacional, Federico Madrazo dispuso en ordenadas agrupaciones, tales y como actualmente existen, las obras de los grandes maestros que hoy se admiran en nuestra riquísima pinacoteca. Además, ayudado por su hermano D. Pedro, formó el catálogo de pintores españoles é italianos, que diputan todos los amantes del arte como obra monumental.

Fué también director de la escuela central de Pintura, Escultura y Grabado, profesor de Colorido hasta el año de 1875 ó 76, y director asimismo de la Academia de San Fernando. Era miembro del Instituto de Francia y de la Academia de San Lucas de Roma, y entre las condecoraciones que tenía contaba las de la gran Cruz de Carlos III y de Comendador de la Legión de Honor.

Además de los cuadros citados deja bastantes de mérito indudable.

***

Como artista, Federico Madrazo trazó á la pintura patria el camino del eclecticismo. Cuando con más brío contendían los románticos y los clásicos, Ingres pintando, ora *Edipo y la Esfinge*, ora *La apoteosis de Homero*, para contestar á Delacroix en sus *Cruzados ante Jerusalén* y *Marino Faliero;* cuando *Hernani* producía una revolución, como la produjera *Werther*, cuando aquí, repercutiendo la vigorosa lucha, nuestros artistas, con excepción de alguna personalidad un poco más templada, se lanzaban á los más lamentables extravíos estéticos en la plástica y en el concepto, ya Madrazo era ecléctico. Su cuadro citado más arriba, *Godofredo de Bouillón*, comenzó á ejercer un influjo saludable, y los ímpetus de las ortodoxias enemigas fueron cediendo hasta apagarse casi por entero al exhibirse *Las Marías ante el sepulcro de Cristo*.

A determinar esta evolución, contribuyeron tanto como los cuadros de Federico Madrazo sus retratos, en los cuales aparecía la línea con el valor que casi todos los románticos le negaban, y el color con la importancia que los clásicos no le concedían. Y probó además, en la composición, que no había de buscarse en el hieratismo y rigidez de los últimos, ni en las licencias de imaginaciones desequilibradas, lo que únicamente en una educación estética sólida y el estudio de la naturaleza, es decir, en la observación de la realidad, puede encontrarse.

Madrazo, en aquellos días en que la bohemia era la característica de la parte artista, trataba cuidadosamente de no parecer uno de tantos, huyendo de aquélla con tanto cuidado como de los extravíos del arte. Por el contrario, vivió siempre entre gasas, plumas y uniformes, cultivando la amistad de las altas clases, para lo cual su exquisita educación y claro ingenio le servían á maravilla. Sus gustos de aristócrata le hacían ver con horror cuanto fuese mal mirado por la sociedad que frecuentaba, y así no hubo de hacerse violencia alguna para ceñirse á determinadas conveniencias, que falsearon en gran parte sus aptitudes extraordinarias de pintor. Porque yo tengo por cierto cómo Madrazo redujo sus talentos de retratista y de pintor de Historia á los límites de lo circunspecto; circunspección que, como he dicho en otra parte (1), «si le hizo ser considerado entonces como un justo medio, hoy al inflexible análisis de la crítica, no ofrecen sus obras más condición saliente que la de un amigable componedor discretísimo.»

Faltóle á Madrazo ese inconsciente arranque del genio, que rompiendo con todos los convencionalismos que puedan ligarle, se impone al cabo. Ecléctico, no quiso lanzarse al campo de la lucha. Enarbolar una bandera nueva; ir, por ejemplo, derecho al realismo de nuestros grandes maestros del siglo de oro, como lo hiciera Goya – realismo que á las veces se confunde con el naturalismo, – le pareció exceso punible, y que tan fácilmente como á la inmortalidad lleva al olvido y á la miseria. Los ejemplos son lecciones terribles, y los que pudiera haber recibido de los Corot, Courbet, etc., en Francia; de los Turner y Constable en Inglaterra, como del propio Goya, debiéronle hacer pensar que muy bien se está San Pedro en Roma y el Papa en el Vaticano, y no andando de Aviñón á Roma y de Roma á Constanza en busca de aventuras. Por lo tanto, todo su empeño se redujo á la práctica solución de buscar un punto de concordia, un *modus vivendi* que «haciendo cesar, ó amenguando por lo menos, los desafueros de clásicos y románticos, al poco tiempo convirtiese hacia él, el autor de la fórmula, el respeto y la admiración que como tal merecía.»

Y sin embargo de todo esto, Federico Madrazo bajó al sepulcro, no olvidado aún en esta sociedad de suyo tan olvidadiza; el nombre del insigne pintor se escuchaba á las veces y siempre con respeto. Habíase adelantado en más de diez años á Alarcón en la novela y á Ventura de la Vega y Ayala en el teatro, en la obra de soldar dos períodos del arte, el de ayer y el de hoy. Al éxito de tal empresa debió sin duda alguna el haberse salvado del olvido que hoy mismo pesa sobre personalidades artísticas más geniales que él, y que si alguna ha muerto, otras en cambio viven en estrecha y dura obscuridad. Sin embargo, cuando hayan desaparecido por completo esas generaciones de artistas que recibieron sus enseñanzas, los Bonnat, Palmaroli, Rico, Pradilla, Vera y cien más, como desaparecieron Rosales, Montañés, Manzano, Valle, Rui Pérez, Plasencia, el nombre de Madrazo desaparecerá también, como han desaparecido de la nomenclatura de las obras inmortales, excepción hecha de algunos de sus retratos, todos sus cuadros: que la crítica no lleva á las páginas de la historia más que aquellos hechos y aquellas personalidades que dejan una huella luminosa ó escrito con caracteres de sangre su paso por la tierra.

Como hombre D. Federico Madrazo era uno de esos á quienes se les escucha siempre con placer. Especialmente cuando hablaba de arte ó del pasado, su conversación producía el encanto de la música y ejercía al propio tiempo el imperio que ejerce la palabra del sabio. Por mi parte afirmo que en la última visita que le hice, hará de esto dos años, vi desarrollarse ante mí, como en decoración continua, la historia del arte de este siglo en España, merced á la palabra fácil y erudita de aquel hombre ilustre. Uno á uno fué mostrándome los retratos al lápiz, admirablemente trazados por su mano, de los más eximios artistas, poetas y escritores que ilustraron el mundo de las letras y de las artes durante cincuenta años de este siglo. Y al verle ligeramente encorvado cómo sonreía melancólicamente al nombrar á aquellos sus amigos, diciéndome: «todos han muerto ya,» se me figuraba que su espaciosa frente se cubría de tristeza, y que las claras pupilas de sus ojos se humedecían al tiempo mismo que nombraba á Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Espronceda..., y aun creí que al decir «muerto ya,» más que á mí se lo decía á sí mismo, como Jorge Manrique cuando se preguntaba:

«¿Qué se hizo el rey D. Juan?
Los infantes de Aragón,
¿Qué se hicieron?»

R. BALSA DE LA VEGA

(1) *Artistas y críticos españoles*, página 94.

LOS RESTOS DE LUIS XVII

La exhumación de los pretendidos restos de Luis XVII, recientemente verificada en París por M. Jorge Laguerre, ha puesto de nuevo sobre el tapete la cuestión tan debatida de la muerte y enterramiento del infortunado delfín, acerca de la cual vamos á dar algunos detalles que creemos interesantes ó cuando menos curiosos.

En 10 de junio de 1795, ó sea dos días después de la muerte del hijo de Luis XVI, el cadáver de éste fué sepultado en el cementerio de Santa Margarita: en 1816, Luis XVIII quiso exhumar los despojos mortales de su sobrino para trasladarlos solemnemente á San Dionisio, y entonces surgió la duda sobre el sitio en donde habían sido depositados, porque un tal Voisin, antiguo cochero de una empresa funeraria, afirmó, quizás con miras interesadas, que gracias á él el regio niño había escapado á la humillación de la fosa común, puesto que lo había enterrado, no en el lugar en donde generalmente se creía, sino junto á una columna de pieda terminada por una cruz de hierro que en el centro del cementerio se alza todavía. Esta afirmación fué negada por la viuda de un tal Betrancourt, la cual dijo que su marido, adicto á la causa realista y que era en 1795 sepulturero de Santa Margarita, había retirado de la fosa común los restos de Luis XVII y los había depositado en un rincón del cementerio á la izquierda de la puerta de la iglesia. Ibase á proceder á la exhumación, cuando un jardinero del Luxemburgo, llamado Chevalier, manifestó que en 13 de junio de 1795 el ataúd del delfín había sido transportado secretamente al cementerio de Clamart, haciéndose desaparecer todos los indicios que pudieran hacer descubrir el sitio del enterramiento.

En vista de tan contradictorios datos, Luis XVIII desistió de sus propósitos.

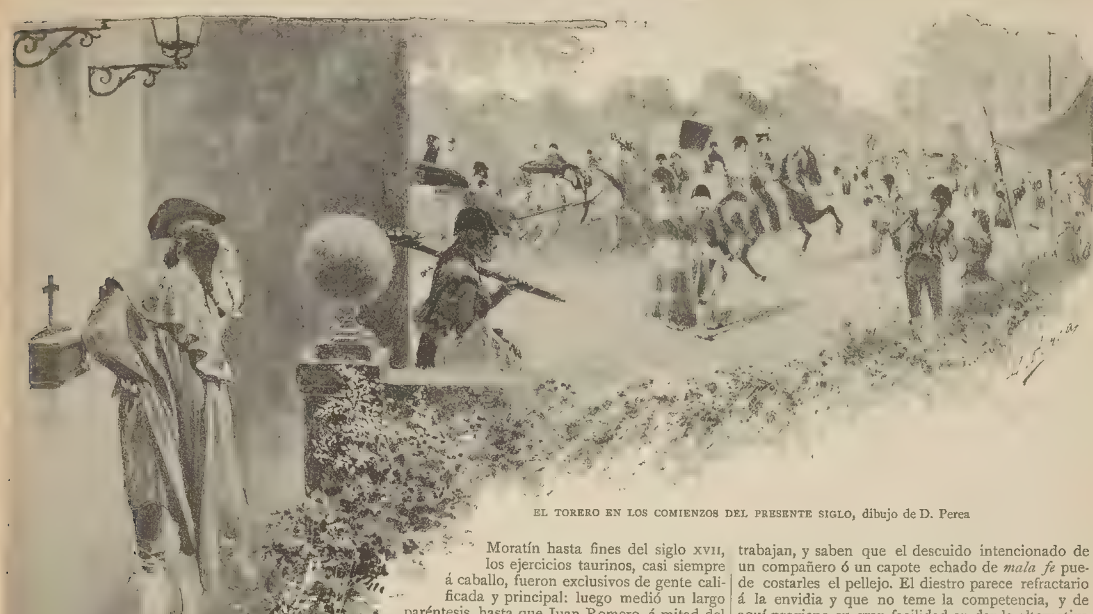
En 1846 el cura de Santa Margarita quiso construir en el cementerio una especie de bodega; y al procederse á la excavación del terreno, los obreros descubrieron junto al pilar de la izquierda de la puerta lateral un ataúd de plomo en muy mal estado con un esqueleto. Como aquel sitio correspondía al señalado por la viuda Betrancourt, creyóse haber encontrado los restos del delfín; pero el examen médico del esqueleto, practicado por los doctores Milcent y Recamier, resultó poco favorable á esa hipótesis, pues de él se desprendía que aquellos restos eran de un joven de diez y seis años ó más y el delfín al morir sólo tenía diez años y dos meses, en vista de lo cual el esqueleto fué inhumado en el mismo cementerio en el sitio en donde últimamente lo ha encontrado M. Jorge Laguerre. Sometido el esqueleto á un nuevo examen que han practicado los doctores Backer y Bilhaut primero y después los doctores Manouvrier, Magitod y Laborde, las conclusiones sentadas por éstos confirman las de los doctores Milcent y Recamier.

Lo extraño de todo esto es que la caja en donde estaban encerrados esos restos llevaba como inscripción L... XVII, lo cual hace creer que se trata realmente del delfín; pero por otra parte, ya hemos dicho que la edad del esqueleto no corresponde á la que tenía cuando murió el hijo de Luis XVI.

¿Hubo, como pretenden algunos, una sustitución de personas? No es verosímil, porque el niño muerto en el Temple murió rodeado de cuatro notabilidades médicas, los doctores Pelletan, Dumangin, Lassus y Jeanroy, que es imposible que se dejaran engañar y que no es probable que quisieran hacerse cómplices de una mixtificación de esta índole.

De todos modos, la exhumación de los restos hallados por M. Laguerre ha removido una porción de cuestiones relacionadas con el fallecimiento de Luis XVII, cuestiones que siguen en pie como antes, pues el hallazgo no ha podido darles solución.

El esqueleto encontrado ha sido nuevamente encerrado en su caja, en la cual se han puesto varios documentos, certificados médicos, actas de exhumación é inhumación y una cajita dorada en forma de corazón que contiene un mechón de cabellos rubios que se halló junto con esos supuestos despojos mortales del delfín de Francia. – A.



EL TORERO EN LOS COMIENZOS DEL PRESENTE SIGLO, dibujo de D. Perea

EL TORERO

SU VIDA Y MILAGROS

El tipo del torero es tan *único*, tan pintoresco y me atreveré á decir tan milagroso, que bien merece pasar á la posteridad, dado el caso, casi imposible, de que se extinga el toreo. Si ocurre esta contingencia, los curiosos del porvenir agradecerán este trabajo, que resume los muchos incompletos que se refieren á una clase tan gráfica que pone en relieve el sello de la nacionalidad española. Porque el torero es genuinamente español, y los laceadores sur-americanos, los pegadores lusitanos y los landistas franceses son, permítaseme decirlo, toreros de contrabando. Algunos creen que si en los países que van á la cabeza de la civilización se criasen reses bravas y se hubiesen dedicado á la lidia, ésta alcanzaría mayor perfección que en España: podría ser; quizá las suertes serían más múltiples y con más seguridad ejecutadas, pero faltariales siempre la tonalidad, el ambiente, la majeza. Aunque se construyera una nueva Sevilla en las riberas del Newa ó del Danubio, siempre en ella se echarían de menos los efluvios meridionales del Guadalquivir, los vallados de pitas, el olor de los naranjales y las enredaderas de claveles y de dondiegos de noche.

El toro bravo ha nacido en España; sólo españoles pueden lidiarle, y como dice Alejandro Dumas, sólo la imaginación española ha podido rodear la idea de la sangre y de la muerte de tan deslumbrantes colores y tan vistosas apariencias.

Así, pues, vamos á estudiar al torero en su carácter íntimo y fisiológico, á seguir las etapas de su intuición torera, á describirle en su vida pública y privada. Creo oportuno y útil este trabajo, pues como el diestro experimenta, como todas las clases sociales, el influjo de la civilización y de las costumbres, será curioso poder comparar al torero del pasado y del presente con el del porvenir.

Entre los lidiadores de reses bravas del pasado y los actuales median ya notables diferencias. Desde el tiempo á que se refieren las famosas quintillas de Moratín hasta fines del siglo XVII, los ejercicios taurinos, casi siempre á caballo, fueron exclusivos de gente calificada y principal: luego medió un largo paréntesis, hasta que Juan Romero, á mitad del siglo anterior, haciendo descender la lidia de toros á las clases bajas, la regularizó con diestros de á pie y de á caballo, que la ejecutaban poco más ó menos como en la actualidad. En atención á los pocos é incompletos datos que quedan de aquel toreo naciente y aunque algunos puedan creerle la *edad de oro* del toreo, paréceme á mí que la lidia de aquellos tiempos debió dejar mucho que desear, comparándola con la de otros posteriores, no porque no se conocieran las condiciones de las reses, sino porque aún no se sabía el medio de adaptar la lidia á los instintos de éstas. Como aún no se había inventado la socorrida suerte del volapié, se *recibiría* entonces con frecuencia, pero ¡Dios sabe cómo! Probablemente entre revuelos de capote y con estocadas bajas, puesto que críticos taurinos de aquella época recomiendan como lucido y habilidoso el uso del *mete y saca,* usado en la actualidad sólo como recurso.

Francisco Montes, á fines de la primera mitad del siglo presente, perfeccionó la lidia de toros, sujetándola á reglas artísticas y estéticas, que á mi modo de ver van cayendo en desuso, dicho sea con perdón de los panegiristas del toreo de esta época.

Pero desde entonces á la presente ha cambiado poco ó nada el tipo fisiológico del torero. Parece ¡cosa rara! que al dejarse crecer la coleta, adquiere cualidades excepcionales, propias de clases más inteligentes. En primer lugar, lo mismo antes que ahora, han sido raros los diestros criminales, y si algún delito han perpetrado, ha sido motivado por causas pasionales y nunca por impulsos rastreros ó por perversión moral. Diríase que la profesión enaltece su ánimo, y que por lo mismo que exponen frecuentemente su vida respetan la de los demás y hay que tener en cuenta que la situación de los toreros primitivos no era muy holgada, y que aun ahora en que el toreo ha tomado gran incremento, excepto los estoqueadores de crédito, los demás individuos de cuadrilla sólo tienen lo necesario para vivir con cierto desahogo. El torero suele ser buen hijo, buen padre de familia y buen marido, por más que alguna vez se entregue á devaneos, como los demás mortales. Es cortés, atento, fino por naturaleza, respetuoso sin humildad, y tan cuidadoso de su persona, que rara vez se encuentra un torero, en la vida pública, desaliñado y fargallón. Pero su primera cualidad es la del tacto social. En España, en donde dominan la intemperancia de lenguaje y la tristeza del bien ajeno, sólo el diestro es comedido y discreto: nunca habla mal en público de sus compañeros de profesión, ni permite que en su presencia se les critique, diferenciándose en esto de las demás clases sociales, y muy especialmente de las de políticos, literatos, pintores, músicos y danzantes, que aprovechan toda ocasión de cortar un sayo á un compañero. Porque los toreros, no obstante los piques y rivalidades profesionales, comprenden el terreno resbaladizo en que trabajan, y saben que el descuido intencionado de un compañero ó un capote echado de *mala fe* puede costarles el pellejo. El diestro parece refractario á la envidia y que no teme la competencia, y de aquí proviene su gran facilidad en dar la alternativa á sus compañeros, poniendo reparos muy rara vez, casi siempre motivados. *Curro Cúchares* decía á este propósito: «Los toros son como los maridos, el que quiere tomar la alternativa es como la joven que pretende casarse: todo depende del pesqui y del trasteo.»

Pero lo más raro en el torero es su suerte fenomenal y su resistencia incomprensible. En España pululan las plazas de toros hechas, sin contar las que se improvisan; si se exceptúan las de las grandes poblaciones, las demás tienen malas condiciones para la lidia. Las hay empedradas á trozos, con baches y declives; en ellas actúan diestros que no lo son enteramente, y sin embargo, las cogidas son relativamente pocas; y cuando las hay, pocas veces son mortales. El toro debe ser *un animal muy noble*, como se dice en una zarzuela, que sólo coge *por cumplir*, mas no con fatal intención; ó es que Dios, como algunos aseguran, se ocupa con predilección de la gente de coleta. Hay toreros recogidos, volteados, vueltos á recoger, desnudados por el toro: al verlos, todo el mundo exclama: «¡Le ha hecho astillas!» Los facultativos dan partes terroríficos de un sinnúmero de lesiones, y á los quince días el diestro se pasea muy tranquilamente por la calle de Sevilla, comiéndose con los ojos á las barbianas que por allí transitan.

¿Es esto comprensible? ¿Lo es el que los picadores lleguen á viejos después de sufrir tantas caídas de latiguillo, tantos golpes y conmociones cerebrales? Sí, los toreros parecen hechos de una materia orgánica distinta de la de los otros mortales. Al diestro, una vez ya entre las astas del toro, de nada le vale su mayor ó menor destreza, y sin embargo, resiste á lo que no resistiría nadie, aun cuando fuera capitán general, senador ó diputado.

Por eso, al principio de este trabajo he calificado de *milagroso* al torero, no porque él por sí haga milagros, sino por los que la Providencia hace en favor suyo.

EL TORERO ANTIGUO Y EL MODERNO

La idiosincrasia peculiar del torero no ha sufrido notable mudanza; pero sí sus aficiones, costumbres y género de vida. Esto es natural: apenas existen ya aquellos honrados comerciantes de la calle de Postas, que sólo salían de su casa los domingos, y que únicamente por Nochebuena ó Carnaval permitíanse el lujo de llevar á sus familias al teatro. El influjo de la civilización ha labrado en todas las clases, y la del torero no ha podido eludirle. Los primitivos diestros, residentes los más en Andalucía, excepto en las temporadas en que toreaban en Madrid, hacían una vida casi campestre, y algunos de ellos apenas si entraban en las poblaciones grandes. Dormían en pueblos ó cortijos, celebraban sus *juergas* en ventorros ó al aire libre, andaban siempre entre ganados y departían con vaqueros y mayorales. Este roce

continuo con las cosas que constituían su oficio y la observación constante de la res brava debió proporcionarles gran conocimiento de ésta. El torero, que entonces sólo sacaba de su profesión lo necesario para vivir y no para derrochar, como algunos ahora, no distraído por otras pasiones, se absorbía, digámoslo así, en las faenas que tenía que practicar y las ensayaba continuamente. Tanto es así, que los rezagados de aquella época, en la que todavía no existía *el torero de ciudad*, Montes, la Santera, *Curro Cúchares* y aun Labi, demostraban tener grandes conocimientos de los instintos de las reses bravas y todos ellos eran notables capoteadores de campo. Pasaban, pues, en éste la mayor parte de su tiempo, aunque algunos tenían tablajerías en poblaciones grandes, y este género de vida influía especialmente en los toreros á caballo, y explica la decadencia en que hoy está la suerte de picar toros. Entonces sólo se dedicaban á este ejercicio hombres recios y forzudos, que provenían de la clase de vaqueros, aunque no fuese necesario aquel requisito, como lo prueban el tío Lorenzo y Antonio Sánchez *(Poquito Pan)*, que aunque poco corpulentos, han sido notables picadores. Entonces los detenedores de reses bravas tenían más vocación de oficio, le ejercitaban casi desde niños, como se cuenta de Manuel Ledesma *(el Coriano)*, que á los nueve años de edad se escapó de su casa, dedicándose á vaquerillo y luego á picador.

El torero de antaño vestía siempre de corto, usando el clásico sombrero calañés que ahora sólo lleva el conocido Angel López *Regatero;* y nunca promiscuaba entre la taberna y el café, entre el *chiscón* y *restaurant*, á pesar de que cuando se desarrolló en Madrid la afición taurina, en tiempo de Carlos IV, los estoqueadores notables, como Pedro Romero, Costillares, Pepe Hillo y otros, estuvieron en gran predicamento, siendo protegidos por damas de la más encopetada nobleza.

Aquí me permito un paréntesis dedicado á los noveles aficionados, que suponen que sólo en los tiempos de *Lagartijo* y *Frascuelo* ha llegado á su apogeo la afición taurina. No, en estos tiempos sólo ha habido más población, más dinero y más facilidades de locomoción para trasladarse los diestros de unas plazas á otras; pero en las épocas á que yo me refiero, que abarcan el espacio de la primera mitad del siglo actual, las corridas de toros eran la diversión casi absorbente de las poblaciones de Madrid y Sevilla. Y tenía que ser así, porque entonces escaseaba otro género de espectáculos: en Madrid sólo actuaban, y no siempre, dos teatros, el del Príncipe y el de la Cruz, y el público no se distraía como ahora con operetas, zarzuelas, circos ecuestres, pelotaris, *bellas chiquitas* y otras zarandajas. Entonces se verificaban en Madrid *corridas*, no medias corridas de toros, como ahora; es decir, toros por mañana y tarde, y hasta hace quince ó veinte años, la de por la tarde se anunciaba en los carteles como media corrida. En éstos hay también otra innovación. Entonces los diestros castellanos y andaluces competían, y por consecuencia se consignaba en los carteles la procedencia de cada uno de ellos. La *corrida* se lidiaba los lunes, en la antigua plaza situada á un tiro de bala de la Puerta de Alcalá: por eso los zapateros no trabajaban en dicho día. La plaza antigua estaba aislada de los corrales; á uno y otro lado de la puerta por donde se sacaban los toros muertos en la plaza, había un poyo de mampostería, á lo que se llamaba, sin que yo sepa por qué, el *tendido de los sastres*, y allí los espectadores externos veían *gratis* las reses arrastradas. *Gratis* también se entraba en los pasillos de la plaza vieja, la empresa subarrendaba los tendidos, no había billetes de éstos, y se pagaba al entrar. Dos ó tres días antes de la corrida, en aquellas épocas, en Madrid sólo se hablaba de toros (porque había poco de que hablar) y los lunes eran un verdadero jaleo.

Desde las nueve de la mañana la población bullanguera de la corte se diseminaba por las afueras de la puerta de Alcalá, y aun era rezagada, porque ya antes los aficionados, entre los cuales se contaba el príncipe de Asturias D. Fernando, habían asistido al apartado de los toros en los chiqueros. Terminada la media corrida de la mañana, que empezaba á las diez, la mayor parte de los espectadores almorzaban ó comían en ventorros, tabernas, ó al aire libre, haciendo tiempo para la media corrida de la tarde. Entonces había algunos coches (de colleras) públicos y muchas calesas ó calesines que servían de locomoción á los aficionados *pudientes*. Las dos medias corridas verificadas el lunes servían de tema de conversación el resto de la semana.

Entonces las corridas de toros eran la fiesta culminante, ahora sólo constituyen una diversión más.

Pero volvamos al torero.

Con la presentación del famoso Francisco Montes, autor de una tauromaquia, en la plaza de toros de Madrid, inicióse en el diestro una evolución de costumbres, y surge *el torero de ciudad*. Era *Curro* Montes, hombre serio, de buenos modales é inclinado á distinciones sociales. Su suprema habilidad en la lidia granjeóle suma popularidad, no sólo entre las clases bajas, sino que también entre las elevadas y aristocráticas, aún más aficionadas que ahora á la torería. El célebre espada viste algunas veces de levita y *chistera*, alterna con grandes señores, que se le disputan para obsequiarle con fiestas y banquetes, é influye grandemente en sus compañeros de profesión. Aunque José Redondo y Gayetano Sanz, discípulos suyos predilectos, no llegan á este extremo de señorío, imitando á su maestro, se alejan de la taberna y del ventorrillo y frecuentan fondas y cafés. José Redondo, presumido y mujeriego, tiene, según se decía, amoríos de alta cofa. Gayetano, el simpático diestro de Madrid, alterna y juega al billar en el de *Los dos amigos* con caballeros distinguidos, entre los que se cuenta el marqués del Sobroso, posteriormente duque de Híjar. Estos ejemplos y la mayor cultura de costumbres coinciden con mayores ganancias de los diestros, que se establecen en grandes poblaciones y construyen moradas casi suntuosas. Así, pues, desde mediados del siglo actual el torero vive poco más ó menos como ahora, se hace menos campestre y se halla en todos los sitios de diversión ó de derroche.

El traje del torero ha tenido notables transformaciones. En el de lidia la montera ha sustituído al sombrero de tres picos, y la chaquetilla cargada de adornos de oro ó plata, á la antigua chupa con golpes, cuando más, de seda: el de calle ha pasado también por varias fases. El torero primitivo vestía, como ya he dicho, de campo, usando burda ropa blanca, y sin alhajas ni perifollos. Desde mediados del siglo el lujo empezó á invadir la torería; el *Chiclanero*, el *Tato* y Manuel Domínguez, además del indispensable y característico sombrero calañés, vestían chaquetilla y faja de vistosos colores, camisa de batista con chorrera y bordados, é iban cargados de oro y pedrería. El traje denunciaba la profesión.

Ahora los toreros usan sombreros hongos ó cordobeses. Sólo unos cuantos andaluces conservan la chaqueta, los demás la han sustituído con la cazadora, ninguno lleva faja, y en resolución, oculta la coleta debajo del sombrero, cualquiera puede tomar á un diestro por un artesano acomodado ó por un honrado comerciante de la calle de Postas. Sólo Salvador Sánchez *Frascuelo*, especialmente después de su retirada del toreo, conserva la tradición lujosa y va cuajado de diamantes.

Luis Mazzantini ha iniciado el tipo del torero *gentleman*.

FLORENCIO MORENO GODINO.

(Continuará)

LA PRUEBA DE INDICIOS

«Para unos el general hacía un negocio redondo casándose con Magdalena. Para otros hacía un disparate.

»Yo fuí siempre de los de la primera opinión, lo confieso; y recuerdo haber sostenido con otros oficiales muchas disputas sobre el asunto.

»Debo advertir, añadía el coronel Burguillos, que era el que hablaba así en una mesa del Suizo la otra noche; debo advertir que Magdalena era conocida de toda la oficialidad; porque ¿quién de nosotros no había pasado varias veces por Miranda durante la guerra? Y el que hubiera pasado por Miranda tenía que haber parado en la fonda de Aizmendi, de cuyos dueños era Magdalena hija única.

»Conociendo, pues, á la novia y siéndonos á todos tan querido el general Salinas, aquel hombre enérgico de sano corazón y de recto sentido que, contra lo que suele suceder, á pesar de haberse elevado desde la más humilde clase social, era tan considerado con sus inferiores; conociendo á la novia y queriendo tanto al general, bien se explica que cuando, concluída la guerra, supimos que trataba de casarse, habláramos todos los días del mismo asunto y discutiéramos con interés, con verdadero calor, sobre la conveniencia ó no conveniencia de su casamiento.»

– Hace bien en casarse, decía yo una tarde, aquí arriba en la Peña, contendiendo con mi compañero el capitán Mora, enemigo implacable del matrimonio: yo creo que está cuerdo el general en casarse. ¿Qué iba á hacer así solo toda la vida?

– No está solo, me replicaba Mora: tiene á su hermano.

– Sí, es verdad, y además, no poniéndose en condiciones de que pueda el cielo darle hijos, le dará sobrinos el demonio... ó su cuñada, que viene á ser lo mismo... Porque ¡cuidado que es fea, la pobre!

– En cambio Magdalena es demasiado guapa.

– En la hermosura, como en el bien, no puede haber demasía.

– Y demasiado joven...

– Tampoco en en eso estamos de acuerdo. Debe de tener lo menos veinticinco años... Y luego el general está todavía en buena edad... Hay que contar también con lo formal que es ella...

– Antes de casarse todas parecen muy formales, aunque no lo sean.

– No, no: también las hay que ni lo son ni lo parecen; pero ésta lo parece y lo es. Y además está acostumbrada á una vida modesta...

– Tanto peor: por lo mismo que está criada con modestia, luego pedirá gollerías á su marido.

– O no se las pedirá, porque es una muchacha buena y poco dada á vanidades; pero en último caso, que se las pida... ¿Quién mejor que el general para satisfacer antojos caros? Tiene buen sueldo, y como si el sueldo no fuera bastante, tiene los dos mil duros de la cruz laureada..., una friolera...

– Bueno: tú dirás lo que gustes; pero yo sigo creyendo que hace muy mal en casarse, concluyó Mora, levantándose para ir á sentarse en otra mesa á jugar al tresillo, y hace muy mal especialmente en casarse con esa muchacha.

– Pues yo sigo creyendo que hace muy bien, le contesté apretándole la mano, y allá veremos quién acierta...

– Y ¿quién ha acertado?, preguntamos al coronel todos los contertulios á un tiempo.

– Casi no se sabe...

– ¡Hombre!..

– ¿Cómo puede ser eso?..

– ¡Malo, malo!

– Eso es que acertó Mora...

– Sea usted franco...

– Yo lo soy siempre, dijo Burguillos, fijándose en las últimas palabras de aquel chaparrón de interrupciones; y en prueba de ello, comenzaré diciendo á ustedes que el matrimonio ha sido muy desgraciado...

– ¡Ah!

– ¿Entonces?..

– ¿Qué más hay que saber?

– ¡Acertó Mora!..

– Poco á poco, señores, continuó el coronel: no hay que adelantar el discurso. He dicho y repito que el matrimonio ha sido desgraciado; pero es posible... es más que posible, es probable... y aun es más que probable, es casi seguro que Magdalena no tuvo la culpa... Ni el general tampoco ¿eh?, ni el general tampoco. Ha sido una de esas desgracias de la vida de que nadie está libre. Castigos acaso de faltas anteriores, pruebas quizás á que Dios somete la virtud de las almas... Sólo Dios comprende sus propios juicios, justísimos é inescrutables...

– Se va usted poniendo serio.

– ¡Ah! Es que es una historia muy seria y muy triste. Ya verán ustedes.

Ante esta promesa del coronel, unos pedimos cerveza, otros coñac, y todos no removimos en las sillas respectivas, colocándonos lo más á gusto posible para escucharle.

El coronel Burguillos continuó hablando de este modo:

– Efectivamente, Magdalena Aizmendi, ó *la señorita de la fonda*, como la llamaban en Miranda, era una mujer encantadora, una rubia delicada, de fisonomía dulce, de cuerpo esbelto, fina y elegante en su traza, en el vestir, en el andar y en todas sus maneras, con esa elegancia natural emparentada con la sencillez, que tan rara es y tan inverosímil en las mujeres de su clase.

No podía decirse que fuera muy hermosa, pero era intensamente simpática.

Estaba siempre amable con todos como una fondista; pero formal y digna siempre como una señora.

Los que la veíamos todos los días ocupada, si no en los oficios más bajos, por lo menos en quehaceres bastante humildes, como asentar en el libro las entradas y salidas de huéspedes, cobrarles las cuentas, planchar las camisas y aun ayudar á las criadas á servir á la mesa cuando había mucha gente, encontrábamos todo esto muy natural, y la costumbre de verlo hacía que no nos extrañara. Pero el que la hubiera visto por primera vez á la entrada de la fonda cualquier mañana cuando volvía de misa, con la mantilla puesta de una manera escultural, el rosario arregucido á la muñeca y el devocionario en la mano, hubiérala tomado por una condesa llegada de Madrid en el expreso del día antes.

El general había estado algunas veces en Miranda de paso; pero ya cerca de la conclusión de la guerra

fué destinado á mandar una división de observaciones á la orilla del Ebro, cuando se dijo que los carlistas trataban de hacer una expedición á Castilla, y entonces permaneció en Miranda y vivió en la fonda más de tres meses.

Desde los primeros días comenzó á gustarle Magdalena; y es claro, la muchacha, que tenía talento, lo conoció pronto y redobló su atractivo, se fué haciendo querer cada vez más, de modo que el general salió de allí perdidamente enamorado y resuelto á casarse.

Creíamos que se le iría pasando la impresión y no persistiría en su idea; mas no sucedió así: poco después de terminada la guerra se fué á Miranda, trató seriamente el asunto con los padres de la chica, y á la vuelta anunció ya á los amigos su proyectado casamiento.

Entonces era cuando teníamos ahí arriba las discusiones de que hablé antes, alabando unos la idea del general, y considerándola otros como una chifladura.

En fin, el hecho es que á los dos meses el general se casaba con su Magdalenita, instalándose lujosamente el nuevo matrimonio en la Capitanía general de Granada, para la que el gobierno había nombrado á Salinas poco después de darle el segundo entorchado...

– Bueno: ¿y después?, dijo interrumpiendo al coronel Burguillos uno de los oyentes.

– Empezarían en seguida á notarse las diferencias de educación, añadió otro.

– La modesta y suave Magdalenita sacaría las uñas, continuó diciendo el de más allá.

– Y acabarían por tirarse los platos en el almuerzo.

– O á lo menos por no almorzar juntos...

– No: no pasó nada de eso, replicó solemnemente el coronel, sino todo lo contrario.

El general y la generala... porque ya hay que llamarla así, el general y la generala comenzaron siendo



La Santa Cena, cuadro del conde Rodolfo de Rex (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



Extraviada, cuadro de Ignacio Díaz Olano (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

muy felices, disfrutando realmente una felicidad inverosímil en la tierra.

Los primeros cinco años de su matrimonio fueron un verdadero idilio.

El general y su mujer parecían haber sido criados por Dios expresamente el uno para el otro.

El estaba encantado de la cariñosa sencillez de su mujer y de la poca importancia que concedía á las rituales frivolidades del mundo; y ella se encontraba satisfecha y hasta orgullosa de la sincera estimación, del respetuoso y verdadero amor que la profesaba su marido.

Este puede decirse que era ya otro hombre. Sin haber perdido nada de la entereza y rectitud en el cumplimiento de sus deberes militares, en el trato social se había hecho más corriente, más agradable, más comunicativo.

En ella, los rasgos señoriles que ya de soltera se dibujaban, sin que fuera cosa fácil adivinar de dónde pudieran venirla, destacábanse ahora más claramente, con más vigor, y al mismo tiempo con más tranquilidad, como en quien tiene de ellos pleno dominio, notándose entre su persona y su posición una armonía maravillosa...

– Me parece que idealiza usted demasiado la pintura, dijo uno.

– No lo crean ustedes, repuso el coronel; en estos momentos estoy precisamente ejerciendo de fotógrafo: ya saben ustedes que he sido aficionado.

– ¡Adelante, adelante!, dijimos casi todos á un tiempo.

– Repito á ustedes, continuó Burguillos, que eran un matrimonio modelo, como apenas se habrá visto otro; pues el general no veía más que por los ojos de su mujer, y ella no encontraba nada mejor pensado ni más puesto en razón que lo que decía su marido.

Habían tenido en el segundo año de su matrimonio una niña, después tuvieron un niño que se les murió, lo cual puede asegurarse que constituyó la primera pena y aun la única que habían sufrido después de casados. Y cuando iban consolándose con la esperanza de que Dios les concedería otro...

El coronel Burguillos se detuvo un momento y del reducido auditorio salieron estas palabras:

– ¿Qué sucedió?

– Una cosa que yo no sé cómo calificar... Una niñería..., una catástrofe...

Una tarde, á eso de las cinco estaba Magdalena sentada en el sofá de su cuarto de labor haciendo encaje. Su hija, Magdalenina, que tenía poco más de cuatro años y era una criatura preciosa, jugaba con los bolinches del aparato haciéndoles chocar unos contra otros. El general, que había vuelto de la calle poco antes, se había sentado al lado de su mujer y la contaba la manera como acababa de terminar un poco de motín iniciado por la mañana contra el ayuntamiento por causa de los consumos... Magdalena separó de los bolinches la mano de la niña para que no la enredara los hilos, y la niña fué á colocarse entre las rodillas de su padre. El cual por no interrumpir su relación, en lugar de darla un beso, como otras veces, encorvó suavemente la mano izquierda y se la pasó por debajo de la barba.

– ¡Ay! ¿Me haces así?, dijo la niña sonriéndose con dulzura. Así la hace también á mamá el ayudante Leiva...

– Por el efecto que les ha producido á ustedes la simple referencia de la revelación de la niña, pueden ustedes calcular el efecto que la revelación original produciría á los interesados.

Una bomba que hubiera caído en la habitación no les hubiera aterrado tanto seguramente, ni les hubiera de igual modo cuajado la sangre.

La generala en el primer momento hubiera querido que se hundiera la casa y la sepultara entre los escombros. En el segundo momento temió que su marido la estrangulara allí mismo. En el tercer momento deseó que la pidiera explicaciones...

Pero el general no hizo ninguna de estas dos cosas.

Se limitó á coger á la niña por la mano y salirse de la habitación y de la casa, dirigiéndose al hotel más próximo.

Magdalena quedó como petrificada sin acertar á levantarse del sofá. Al cabo de un rato rompió á llorar amargamente.

A otro día por la mañana trató de ver á su marido, pero él no quiso recibirla.

Por la tarde, después de haber pedido por telégrafo licencia al gobierno para entregar el mando al segundo cabo, salió el general para la corte con su hija, á la que unos días después metió en las Ursulinas, y relevado del mando á su instancia, concediéndole el cuartel para Madrid, continuó viviendo en una fonda.



Lord Rosebery, presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra, conduciendo después de la carrera á su potro «Ladas,» vencedor en el Derby

Magdalena se vino también á Madrid...

– Acompañada del ayudante Leiva, por supuesto, insinuó maliciosamente uno de los circunstantes.

– Nunca tuvo nada que ver con él, replicó enérgicamente Burguillos: él mismo me lo aseguró; y aunque su declaración pudiera parecer dictada por la hidalguía propia del caballero, sé que es verdad, porque ella también lo declaró así en esos momentos de la vida en que nadie miente.

– Decía á ustedes que ella se vino también á Madrid é insistió en ver al general; pero en vano, porque él nunca quiso recibirla. Le escribió varias cartas, inútilmente también, porque las echaba en la lumbre sin leerlas.

Todavía intentó por otro medio hacerse oir de su marido. Acudió al padre Benéitez; pero tampoco el sabio jesuíta pudo hacerse oir del general, y eso que tenía con él gran confianza, por haber sido compañeros de escuela.

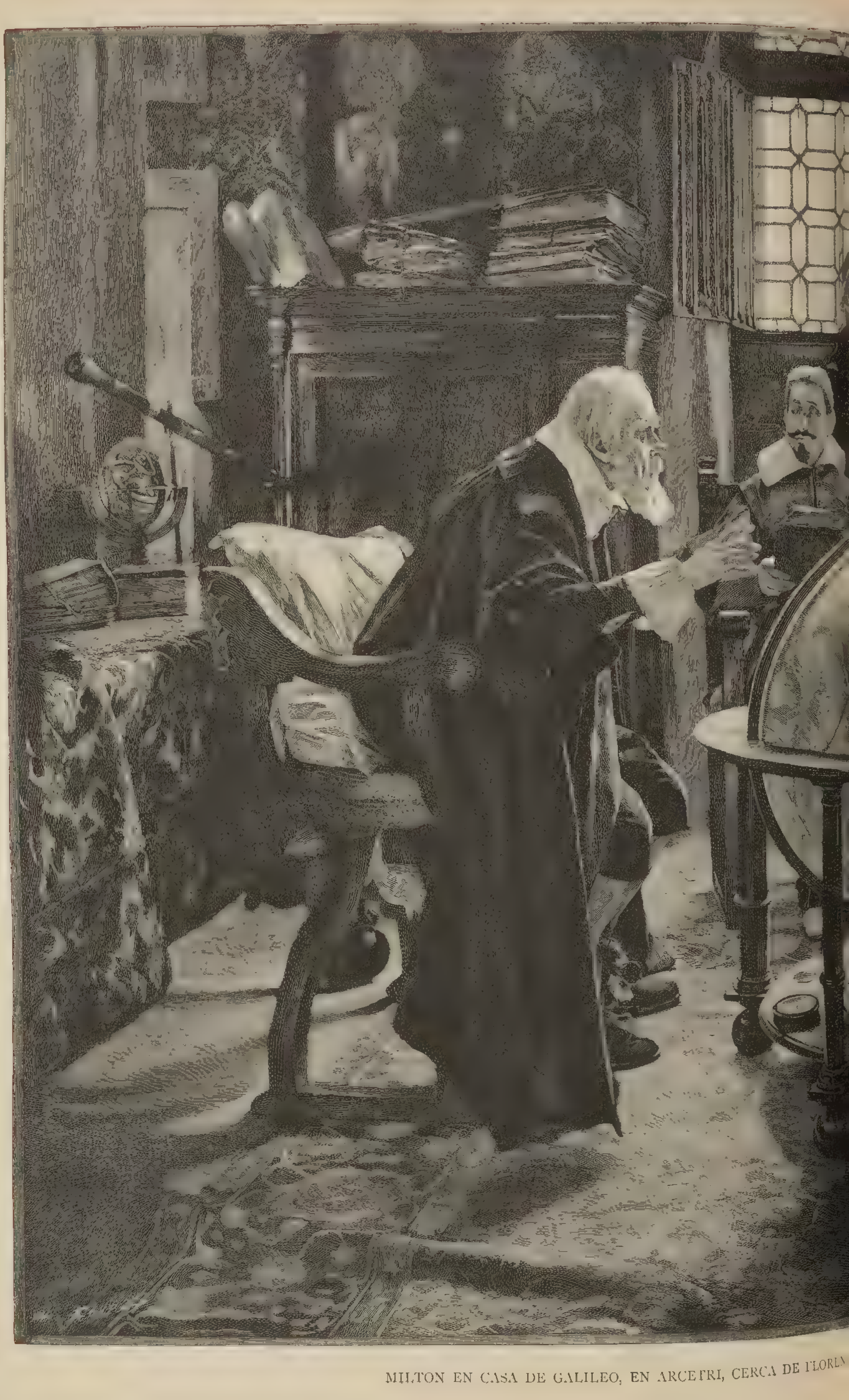
– ¡No hablemos de eso, por Dios, no hablemos de eso!, contestaba al padre Benéitez cuando le p[illegible] nía que volviera á vivir con su mujer. Después [illegible] sucedido, añadía, no lograríamos con eso sino [illegible] creer al mundo que ni ella ni yo teníamos [illegible]guenza...

– No había remedio.

Magdalena determinó quedarse en Madrid para poder ver á su hija con alguna frecuencia y por no renunciar del todo á la esperanza de hacerse oir de su marido y volver á su gracia. Sus padres, después de traspasar la fonda, se vinieron á la corte, y Magdalena vivió en compañía de ellos.



MARÍA FRANCISCO SADI CARNOT, Presidente de la República francesa,
asesinado en Lyón el 24 de Junio de 1894



MILTON EN CASA DE GALILEO, EN ARCETRI, CERCA DE FLOREN



EN 1640, cuadro de T. Lessi (Salón de los Campos Elíseos de París, 1894)

Pero vivió muy poco. La tristeza la fué consumiendo. No comía apenas, y el refrán lo dice: «El que no come tiene pena de la vida.» Se fué la anemia apoderando de ella, y tras de la anemia vino la tisis, que la llevó al sepulcro á los cuatro años.

Dos días después recibía el general una carta que empezaba así:

«Mi querido Ignacio: Próxima á comparecer ante el tribunal de Dios, por el cual habré pasado ya cuando leas ésta, porque encargo que no te la den hasta después que me hayan enterrado...

– ¿Y en esa carta afirmaba ella su fidelidad?, interrumpió uno de los oyentes.

– Sí, contestó Burguillos; y la afirmaba de una manera que no dejaba lugar á duda.

– ¿Es decir, que la niña inventó aquello del ayudante?

– No; y en esto desgraciadamente discurría bien el general: la niña no podía inventarlo.

– Entonces...

– Lo que dijo la niña había sucedido. Magdalena lo declaraba en la carta y explicaba...

– ¿Usted leyó la carta?..

– Sí: me la enseñó el general el año pasado, pocos días antes de morirse... ¡Pobre general! ¡Lloraba como un niño!.. Verdad es que á mí mismo se me querían saltar las lágrimas...

La carta era ternísima, comenzaba la generala pidiendo perdón á su marido por lo desgraciada que le había hecho sin querer, afirmaba luego resueltamente su inocencia y explicaba el suceso... Leiva había venido aquella tarde á la capitanía preguntando por el general, y Magdalena había mandado que entrara para que la diera noticias del motín. De pie estuvo contándola lo que pasaba, y al marcharse hizo aquella tontería, que Magdalena se limitó á rechazar con un gesto de asombro sin decirle una palabra, por creer que la niña no lo había visto y para que no se enterase, pero con el propósito de afearle severamente aquella imprudencia la primera vez que le viera solo. Dos horas después volvía el general á casa, y la niña, que había visto el ademán de Leiva, aunque su madre creía lo contrario, lo revelaba inocentemente...

Hay que tener en cuenta, y esto no lo decía Magdalena en la carta, porque lo sabía el general, que Leiva se había criado en Miranda, donde su padre había sido juez, y con este motivo conocía á Magdalena desde niña; que durante la guerra fué cajero de un regimiento, motivo por el cual hacía frecuentes viajes á Miranda, y parando en la fonda, siguió tratando con mucha confianza á Magdalena; que ésta, después de casada procuraba ser con él aún más amable que antes para que no la creyera enorgullecida con su posición nueva. Y todas estas circunstancias, que sirven para explicar el hecho, contribuían en el ánimo del general á darle más claras apariencias de delito.

La carta concluía volviendo Magdalena á pedir á su marido que la perdonara el daño que sin querer le había hecho, y diciéndole que ella también le perdonaba de todo corazón el haberse obstinado en no oirla, cuando con cuatro palabras hubiera podido deshacer aquellos visos de infidelidad, y hubieran seguido siendo felices...

El general Salinas quedó convencido por la carta de que su mujer había sido buena siempre; no pudiendo consolarse nunca de no haberlo sabido más temprano.

Es indudable que el remordimiento por no haber querido oir á su mujer le abrevió los días.

Antonio de Valbuena



El día de la ejecución de Hetty Sorrel, acuarela de J. Enrique Henshall. – Este cuadro está inspirado en una de las escenas culminantes de una novela inglesa de Jorge Elliot titulada *Adán Bede*. Hetty Sorrel ha sido condenada á muerte por infanticidio; el día antes de la ejecución, la predicadora metodista Dinah Morris visita en su calabozo á la infeliz, y en la mañana fatal llega á la prisión Adán Bede, el seductor de Hetty, y al contemplar á ésta llorando á los pies de aquélla, apenas puede sostener la fijeza de su mirada. Al fin los dos amantes se dan el abrazo de despedida y Adán se retira de la cárcel cuando comienzan los preparativos para la ejecución. El notable pintor inglés Henshall, identificándose por completo con tan interesante tema, ha sabido reproducirlo, dándole toda la entonación dramática que el mismo requiere, imprimiendo en los tres personajes una expresión perfectamente sentida que da cabal idea de los sentimientos que á cada uno agitan y trazando con hermosas pinceladas el lugar en que se desenvuelve la patética escena.

La Santa Cena, cuadro del conde Rodolfo de Rex (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Llama justamente la atención en la sección bávara de nuestra Exposición de Bellas Artes el notable cuadro del conde Rodolfo de Rex, representando *La Santa Cena*. El ilustre artista alemán ha logrado dar á su obra el carácter severo á la par que grandioso que en sí tiene un asunto que entraña tan elevado concepto. Sobrio y armónico resulta el cuadro, así como las figuras muy bien dibujadas, bien dispuestas las agrupaciones y con la expresión que corresponde á cada uno de los apóstoles, que escuchan embebecidos las augustas palabras de Jesús, en cuyo divino semblante retrátase la dulzura y la bondad.

Bien hizo el ilustre conde en trocar los pinceles por la espada y abandonar el honroso puesto que ocupaba en el arma de caballería del ejército sajón para entregarse al cultivo del arte. Hoy, además de ocupar un puesto distinguido en la carrera diplomática, es su nombre ventajosamente conocido como artista, ya que ha logrado varias recompensas en las Exposiciones de Munich, Viena, Berlín, París y Madrid.

Extraviada, cuadro de Ignacio Díaz Olano (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – El cuadro del joven pintor alavés Sr. Díaz Olano merece especialísima mención entre los que figuran en la sección española del certamen actualmente abierto en Barcelona, puesto que revela al pintor y al artista. Nuestro amigo ha creído atinadamente que no basta al pintor vencer dificultades técnicas, producir efectos y armonizar tonalidades, y ha representado un asunto interesante, escribiendo, en cierto modo, con el pincel una página de nuestra historia, una escena de las que se desarrollan á nuestro alrededor y caracterizan las costumbres, la época y la sociedad en que vivimos. Una sencilla obrera, una mujer del pueblo, sorprende y detiene en la vía pública á su hija extraviada por los atractivos del lujo y ofuscada por la vanidad, reconviniéndola y aconsejándola. La actitud indecisa de ésta, la sentida expresión de la infeliz madre, la severa del padre, que figura en segundo término, y aun la picaresca del jovenzuelo vendedor de periódicos, que á su paso dirige su curiosa mirada al grupo, están bien sentidas y discretamente interpretadas.

Plácemes merece el Sr. Díaz Olano y no se los escaseamos, con mayor motivo cuando ya logró distinguirse como aventajado discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

Lord Rosebery conduciendo á su potro «Ladas» vencedor en el Derby. – El triunfo del potro *Ladas*, propiedad del presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra, en la carrera conocida con el nombre de Derby, que es en Londres lo que el *Grand Prix* en París, ha producido verdadera sensación entre los *sportmen* y aun en el mundo político del Reino Unido. *Ladas* venció á *Matchbox*, otro caballo que inspiraba gran confianza á los aficionados al deporte hípico y que adquirió luego por 375.000 francos el barón Hirsch para hacerle tomar parte en el *Grand Prix* parisiense, en el que fué también vencido. Es imposible describir la escena que siguió y los aplausos que se prodigaban á lord Rosebery cuando conducía de la brida á su caballo vencedor. Las aclamaciones se repitieron muchas veces, mientras la muchedumbre rompía el cordón de policía, que á duras penas podía impedir que se echara encima del héroe de la jornada.

A propósito de este triunfo, se ha recordado que lord Rosebery en su juventud había cifrado todas sus ambiciones en tres cosas: ser rico, ser presidente del Consejo de Ministros y que un caballo suyo ganara el premio en el Derby. Sus deseos se han visto completamente colmados. ¡Qué pocos hombres podrán decir otro tanto!

María Francisco Sadi Carnot. – En los momentos en que llegaba á su mayor grado la popularidad del presidente de la República francesa, habiendo sido recibido en Lyón, ciudad que tiene fama de apática y fría, con entusiastas y delirantes aclamaciones, una mano criminal le ha arrancado alevosamente la vida, causando este atentado un sentimiento únicamente comparable con la indignación que, no ya los franceses, sino cuantos hombres se precian de honrados, han sentido por tamaño desafuero.

M. Carnot era aún joven, puesto que no contaba 57 años. Nacido en Limoges el 11 de agosto de 1837, era hijo de Lázaro Hipólito Carnot y nieto del célebre convencional del mismo apellido, á quien sus contemporáneos distinguieron con el dictado de «organizador de la victoria» á causa de las que hizo conseguir á los ejércitos franceses de la primera república con la acertada dirección que les imprimió desde el ministerio de la Guerra.

Dedicado el joven Francisco á la carrera de ingeniero de Puentes y Caminos, dirigió poco después de su salida de la Escuela importantes obras públicas, entre otras la construcción del gran puente de Callonge sobre el Ródano cerca de la frontera italiana. Durante la guerra franco-prusiana tomó parte activa en la organización de la defensa nacional; entonces comenzó á ser conocido en política, y fué nombrado prefecto del Sena Inferior y comisario extraordinario para organizar la defensa en este departamento y en los del Eure y Calvados, ejecutando al efecto algunas obras, como las fortificaciones del puerto del Havre.

Después de la guerra, y elegido diputado por el departamento de la Cóte d'Or, figuró en la izquierda republicana en varias legislaturas; en 1880 desempeñó la cartera de Obras públicas y en 1886 la de Hacienda, y cuando á fines de 1887 presentó M. Grevy la dimisión de presidente de la República, M. Carnot fué elegido para ocupar este alto puesto, después de varias votaciones, en las que empezó por obtener 29 votos en competencia con Floquet, Ferry y Freycinet y acabó por alcanzar 616.

Los diputados que lo eligieron no han tenido motivo para arrepentirse de ello, pues M. Carnot, en los siete años de su presidencia, se ha mostrado de una corrección, una seriedad y una integridad á toda prueba, y alcanzado las simpatías de la Francia y de todos los países extranjeros.

Por esto ha sido doblemente doloroso el crimen cometido en su persona. Su misma afabilidad, su mismo deseo de corresponder con sus saludos á los del pueblo de Lyón han facilitado la perpetración de aquél; pues habiendo ordenado que los coraceros que rodeaban su coche retrocedieran un tanto á fin de que el pueblo le viera mejor, el asesino, joven panadero italiano llamado Cesáreo Giovanni Santo, aprovechó la ocasión para acercarse desembarazadamente al carruaje y hundir con fuerza un puñal en el costado de M. Carnot, atravesándole el hígado y los intestinos y produciéndole una hemorragia interna que le causó la muerte á las 12 y 45 minutos de la mañana del 25 del actual.

Al estupor de los primeros momentos siguióse en los lyoneses tal indignación que el asesino lo hubiera pasado mal á no defenderle la policía, y no pudiendo desahogar en él su justo furor, destrozaron tres ó cuatro cafés cuyos dueños eran italianos y se presentaron en tumultuaria actitud ante el consulado de Italia, habiendo tenido la tropa que despejar á viva fuerza la calle en que se halla éste.

A juzgar por los vivas en que prorrumpió el criminal, este nuevo asesinato es obra de las doctrinas anarquistas, que por lo visto seguirán produciendo fanáticos y aspirantes á mártires de estas ideas, si los gobiernos, como representantes de la sociedad brutalmente vulnerada por ellos, no se deciden resueltamente á atajarlos en sus sangrientos desmanes.

Milton en casa de Galileo, cuadro de T. Lessi. – A la muerte de su madre decidió Milton, tanto para distraerse del dolor que éste le causara cuanto para ensanchar la esfera de sus conocimientos, emprender un viaje por Italia y Grecia. Después de visitar algunas poblaciones francesas, dirigióse á Pisa y luego á Florencia, y cerca de esta última ciudad, en la aldea de Arcetri, tuvo ocasión de ver varias veces á Galileo en la especie de cárcel en donde la Inquisición lo tenía encerrado. Una de estas visitas ha servido de asunto al celebrado pintor Lessi para el cuadro que reproducimos y que ha llamado mucho la atención en el actual Salón de los Campos Elíseos de París. El sabio de Pisa, ciego, achacoso y quebrantado, mas no vencido, por las persecuciones de que la intolerancia le hiciera víctima, expone sus asombrosas teorías al poeta que había de asombrar á su vez al mundo con sus maravillosas obras: las dos figuras culminantes del cuadro están admirablemente concebidas y ejecutadas, y no les van en zaga las otras tres que completan la escena, ni los accesorios que llenan el lienzo.

Vista general de Marín y su ría, dibujo de Passos (tomado de una fotografía). – Entre las poblaciones más pintorescas de la costa Noroeste de nuestra península cuéntase la de Marín, en la provincia de Pontevedra, en cuyo fondeadero hallan seguro abrigo toda clase de embarcaciones y cuya playa ofrece mil atractivos á los que huyendo del bullicio de las grandes ciudades buscan descanso para el cuerpo y el espíritu en la estación calurosa. La vista que, tomada de una fotografía, publicamos es la mejor prueba de lo que decimos: al contemplar aquellos grupos de blancas casitas, aquel mar tranquilo que arrulla y acaricia la villa y aquellos montes que formando anfiteatro la protegen, el ánimo se ensancha y la imaginación en alas del deseo se recrea pensando en los goces con que allí brinda la naturaleza á todos los que son capaces de sentir y apreciar sus bellezas incomparables.



Bellas Artes. – Berlín. – El comité encargado del monumento que ha de erigirse á Bismarck en la capital de Alemania, para cuya ejecución dispónese de la importante suma de 1.562.500 pesetas, convoca á todos los escultores alemanes á un concurso, que se cerrará en 1.° de junio de 1895 y en el cual se distribuirán 30 premios cuyo importe total será de 100.000 pesetas.

– En el Museo de Industrias Artísticas se ha expuesto la colección de obras de arte que un particular ha regalado para los museos reales: consiste en una porción de cuadros, en su mayoría retratos del siglo pasado, dibujos, bronces antiguos, muebles, mayólicas, vidrios y otros objetos artísticos adquiridos en su mayor parte en Italia, que serán distribuídos entre los museos de Berlín y de las provincias.

Munich. – El cuadro *La guerra*, de Francisco Stuck, que figuraba en la exposición de los secesionistas muniquenses, ha sido adquirido para la Nueva Pinacoteca por 31.250 pesetas.

Breslau. – Al Museo de Breslau le han sido regalados el cuadro de C. Marr, *La primera comunión*, y el retrato del escritor Pietsch, pintado por Voigtlander: además ha adquirido una figura de mármol de Volkmann, que representa un joven Baco y una estatuita de bronce de un atleta, de Stuck.

Milán. – El célebre pintor Arnaldo Ferraguti ha inventado un fijativo para las pinturas al pastel, que está llamado á tener gran resonancia porque se trata de un invento de mucha utilidad y que hasta ahora había sido calificado de imposible ó cuando menos de muy poco probable. Por esta razón la noticia que damos hallará sin duda muchos incrédulos, pero toda duda se desvanecerá diciendo que la casa de Lefranc, de París, que es la más importante del mundo en materia de fabricación de colores y barnices, ha hecho experimentos con el fijativo Ferraguti, y habiéndose convencido de la certeza é importancia del mismo ha adquirido la patente mediante escritura firmada hace pocos días en la capital de Francia.

Dresde. – Durante su reciente estancia en Dresde, el emperador de Alemania ha encargado al célebre pintor de historia Prell varios cuadros que han de adornar el gran salón de ceremonias del palacio Caffarelli de Roma, residencia de la embajada alemana en la capital de Italia, destinando la suma de 100.000 pesetas para la restauración de dicha sala.

Necrología. – Han fallecido:

El príncipe Halim-Bajá, visir y mukir egipcio, el único hijo que quedaba del gran Mehemed Alí, fundador de la dinastía egipcia.

Antonia Alboni, famosa cantante italiana.

Hermán Ernecke, notable retratista alemán.

Juan, barón de Nicotera, hombre de Estado y político italiano, ministro del Interior en 1876 con Depretis y en 1891 con Rudini y fundador de la liga de los pentarquistas.

Carlos Harry Pearson, célebre historiador inglés, autor entre otras obras de la *Vida y carácter nacionales*, que produjo gran sensación en Inglaterra.

Carlos Tchaggeny, reputado pintor belga.

Guillermo Duright Whitney, ilustre filólogo americano, profesor de filología comparada en el colegio Yale, de Newhaven.



Y al oir su voz, volviendo en sí por completo, oprimióse la frente entre ambas manos

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y quiso alejarse; pero Saverme, dejándose llevar de un acceso de apasionada desesperación, y sin cuidarse del resentimiento de Susana, ni tampoco de herir su orgullo, cogióle las manos y añadió con calor:

—Tráteme usted como quiera, dígame que procedo como un miserable; mas al menos permítaseme expresar, como quiero hacerlo, el amor que la profeso á usted. La primera vez que la vi la amé, y desde aquel momento siempre la tuve en el corazón. ¡Si usted supiera lo que es!.. Yo la miro como la belleza que seduce á la vista, como la mujer que es alegría y honra del hogar doméstico; usted es, en fin..., la mujer que yo adoro.

Después de haber tratado inútilmente de interrumpirle y de huir, Susana consiguió desasirse, pálida de resentimiento y poseída de una emoción que, desgraciadamente para su tranquilidad, debía analizar más tarde.

—¿Con quién cree usted que trata?, exclamó al fin. Le prohibo, entiéndalo bien, le prohibo volver á poner los pies aquí.

Saverne, avergonzado de su impulso, fijaba no obstante en la joven su mirada atrevida, llena de admiración.

—Pido á usted mil perdones, dijo; soy un loco..., pero me marcho..., esté usted tranquila. Yo sabía muy bien que al verla sería capaz de todas las necedades;

pero es usted tan... ¡Ah, diantre, qué desgraciado soy!

Y alejándose á largos pasos, estuvo á punto de hacer rodar por tierra al Sr. Jeuffroy, que entraba en los setos.

—¡Hola, exclamó, usted aquí!

—Sí, contestó Saverne, he venido para llevarme á Susana á pesar de usted, ignorando que estuviese prometida.

—¿Y por qué habla usted tan alto? No soy sordo, repuso el Sr. Jeuffroy, ofendido y dejándose llevar de la agitación de Saverne. ¡Llevarse á mi hija, y á pesar mío!.. ¿Por quién nos toma usted?

—¡A ella, por una mujer adorable, gritó Saverne, sacudiendo la mano de su interlocutor de una manera que le hizo gritar, y á usted por un imbécil sin corazón!

Dicho esto, Saverne desapareció, mientras que el Sr. Jeuffroy, aturdido aún, se decía:

«¡Vaya una manera de explicarse!»

Después buscó con los ojos á su hija; pero Susana había huído para refugiarse en su cuarto, cuya puerta cerró dando dos vueltas á la llave.

El Sr. Jeuffroy se dirigió á la casa murmurando, y en el vestíbulo encontró á la solterona.

—¿Has visto á Susana?, preguntó.

—Aún no. ¿Qué hay? ¿Está enferma?

—No, pero se hallaba en el jardín hablando con Saverne, cuya llegada al país ignoraba yo, y que parecía un loco. No sé qué habrá pasado entre ellos; procura enterarte.

Todos los sentimientos de Susana estaban dominados por una sensación de terror y desconsuelo, porque una luz demasiado repentina había disipado la obscuridad en que se ocultaban los repliegues de su alma. Ahora veía con dolorosa consternación el compromiso contraído bajo la influencia de un sentimiento romántico, y además echábase en cara como una falta grave, ella que era tan altiva, tan recta y entera en sus juicios, el no experimentar cólera alguna contra Saverne. Este había procedido de una manera ofensiva para su rectitud, hiriendo su delicadeza; mas á pesar de esto, la señorita Jeuffroy debía confesarse que su cólera se mezclaba con una alegría desconocida, y que si hubiese estado libre habría dada al joven su vida en el primer impulso.

«¿Con qué derecho, decíase, me atrevería yo á censurar las inconsecuencias de los demás? ¡Tiene razón! Yo no debo juzgarle severamente cuando veo por mí misma hasta qué punto es fácil dar un paso en falso.»

Y andaba con agitacion repitiéndose:

«¡Me ama, y no soy libre!»

Un golpe en la puerta la hizo temblar; mas al reconocer la voz de la solterona abrió al punto.

—¡Lloras..., hija mía!, exclamó Constanza. ¿Qué tienes? Tú acabas de ver al Sr. Saverne... ¿Qué te ha dicho?

—Había vuelto para pedir mi mano, contestó Susana, esforzándose, aunque en vano, para hablar tranquilamente.

—¿Y tú sientes no tenerle por esposo?.. Pues entonces vas á romper con el Sr. Preymont, exclamó Constanza, que en su aversión al matrimonio convenido hubiera dado ambas manos porque su sobrina se casase con Saverne.

—¡Romper!.., repitió Susana con voz ininteligible.

Y por un instante, esta palabra hizo latir su corazón de alegría.

—¡Sí, romper!, repitió la solterona con expresión resuelta. ¿Quieres que vaya ahora mismo á ver á la señora de Preymont? Tu primo se consolará, casándose después con otra, y yo tendré el gusto de verte contraer un matrimonio que, sin agradarme del todo, tendrá al menos...

Al llegar aquí le interrumpió una exclamación indignada de Susana, á quien las palabras de la solterona habían hecho volver á la realidad.

—¿Pero no reflexiona usted, querida tía? ¿Y mi palabra y la fe jurada?

—¡Ta, ta, ta! La fe jurada! ¡No es mala frase, hija mía, y sobre todo cuando se trata de tu porvenir. Déjame hacer á mí, y verás cómo arreglo yo las cosas. No habrá dificultad con el Sr. Preymont; más trabajo tendremos con tu padre; pero en fin, todo se andará.

Susana, que recobraba ya su sangre fría, escuchaba á la solterona con indignación.

—¿Por qué me da usted semejante consejo?, exclamó. ¡Eso sería cometer una acción cobarde y desleal! ¡Abandonar á Marcos, habiendo sido yo misma quien!.. ¡En fin, eso sería deshonroso á mis ojos!.. Yo estaba conmovida, es verdad, demasiado conmovida por la escena que el Sr. Saverne ha promovido; mas á esto se redujo todo.

—Sin embargo, tú llorabas, hija mía, dijo la solterona algo confusa.

—Me ha sorprendido usted en el momento en que experimentaba impresiones vivas, pero pasajeras, contestó la señorita Jeuffroy. Siempre es penoso ser causa de un pesar, y he visto cuán grande era el del Sr. Saverne. En cuanto á Marcos, le he dado mi palabra, y ni un instante tuve el pensamiento de romper con él...

Entretanto, Saverne había corrido á casa de la señora de Preymont, quien comprendió al punto por su aire trastornado que sus temores no carecían de fundamento y que el joven había visto á Susana.

—¿Por qué no me han avisado ustedes?, exclamó.

—Ya se le escribió á usted, contestó la señora de Preymont, y Marcos se proponía enviarle otra carta en el caso de no encontrarle en París.

—De haberla recibido, no habría vuelto, y sobre todo...

—¿Sobre todo qué?, preguntó la señora de Preymont con inquietud.

—¡No hubiera hablado!, contestó Saverne, paseando por la sala con marcada agitación. ¡Qué suerte tiene ese Marcos!.. ¡Es tan seductora Susana! Cuando pienso que hace un año esperaba este momento como aquel que...

Y dejándose caer en una silla, Saverne ocultó la cabeza entre sus brazos, y lloró como un niño.

Conmovida la señora de Preymont, acercóse á él y apoyó la mano sobre su hombro.

—¡Vamos, Saverne!, dijo.

—¡Nada, se ha concluído!, exclamó el joven levantándose vivamente. Ahora no me queda más remedio que marcharme.

La señora de Preymont, demasiado absorta en sus propias inquietudes para fijarse mucho tiempo en el pesar de Saverne, repuso con tono vacilante:

—Dice usted que ha hablado..., pero Susana no... La habrá molestado usted, perturbándola bien inútilmente.

—¡Perturbándola!.. No lo sé, contestó Saverne. Lo que sí puedo asegurar es que se ha encolerizado, despidiéndome de su presencia, y que jamás la he amado tanto...

—Y que jamás ha obrado usted tan mal, interrumpió la señora de Preymont. ¡La prometida de su amigo Marcos!

—¡Oh! Eso sí, es verdad, repuso Saverne, he procedido como un torpe; pero si ahora dijera á usted que me arrepiento de ello, mentiría. Sin embargo, creo urgente mi marcha.

—Sí que es urgente, y en absoluto, repuso la señora de Preymont con tono grave. Hasta en el caso de que usted vacilara, exigiría que usted se fuese, por consideración á mí y en nombre de una amistad que no puede borrarse del todo por una rivalidad semejante.

—¡Oh! No le deseo ningún mal á Marcos, contestó Saverne. ¡Ha ganado la partida; tanto mejor para él!

Aquella misma noche se dirigía á París, sin decir nada que pudiese confirmar ó desvanecer las dudas de la señora de Preymont.

X

Tres días después, Preymont, impaciente por regresar á Anjou, salió de París en un tren de la noche, y á primera hora del día siguiente apeábase en Saumur, donde se proponía arreglar algunos asuntos. Después, seducido por lo delicioso de la mañana, tomó á pie el camino que conducía al castillo.

Andaba alegremente, ligero el corazón, y con los mejores ánimos, saboreando las fuertes impresiones que el poderoso y penetrante encanto de la naturaleza comunicaba á su pensamiento libre.

La campiña, muy nebulosa á lo lejos, parecía velada en sus planos más próximos por un vapor tan ligero como el tul de seda que algún genio maravilloso tejiese. En las hierbas, en los matorrales, en todas partes veíanse tendidas varias telarañas, y sobre su finísima trama reposaban brillantes gotas de rocío; mientras que algunos hilos de la virgen movíanse lentamente por el aire, tan tranquilo, que los álamos junto á los cuales pasaba Preymont no murmuraban siquiera su acostumbrado himno.

Marcos siguió una senda por la orilla del agua, pasando entre sauces robustos y huecos, de cuya vieja corteza brotaban aún varios retoños vivaces. Algunas grandes flores de malva, con esos tonos suaves y pálidos propios del fin de la estación, parecían sonreir por última vez á la luz antes de deshojarse; y al hallar los frescos musgos, llenos de tantas vidas imperceptibles, el Sr. Preymont se decía:

«Ya no me contristáis, vosotros que vivís libres y felices en vuestra inconsciencia. Antiguos amigos, testigos discretos á quienes el hombre ha confiado tan á menudo sus sueños y tristezas... muy pronto vendré con ella á deciros que tomo parte con vosotros en el gran banquete divino.»

Al llegar á su casa preguntó á un criado si la señora de Preymont había salido.

—No, señor; la encontrará usted en el salón, adonde he llevado la correspondencia hace media hora.

Marcos dió la vuelta á la casa y detúvose para admirar algunas asterias que habían florecido durante su ausencia.

«Hoy, se dijo, le enviaré un ramito de esas pequeñas estrellas, que tanto le agradan.»

Unas puertas ventanas del salón, abiertas de par en par, daban salida á la escalinata, cuyas rampas hallábanse cubiertas de capuchinas trepadoras, y por allí penetraba en la habitación la brisa del otoño, muy cálida aún. Algunas moscas zumbaban como en la primavera, y todo tenía el aspecto seductor de la belleza risueña y de la vida feliz.

«¿Por qué ella no entra hoy en su nueva morada?, pensó Marcos. Hasta los objetos inanimados la recibirían como á una reina.»

Marcos subió tranquilamente por la escalinata, y con profunda sorpresa vió á su madre que lloraba, con el rostro oculto entre las manos.

—¡Susana!, exclamó. ¿Ha ocurrido algún accidente?..

Marcos entró presuroso, y al verle su madre manifestó un terror que acabó de alarmar al hijo. La señora de Preymont hizo instintivamente un rápido movimiento para ocultar varias cartas que, habiéndose deslizado de sus rodillas hasta la alfombra, llamaron la atención de Marcos al entrar; mas antes de que pudiese impedirlo, su hijo se inclinó maquinalmente y recogiólas.

—¡No leas, es para mí!, exclamó.

Mas ya era tarde, porque Preymont, habiendo reconocido la escritura de Susana, apartó con dulzura á su madre.

—Permítame usted, dijo, yo debo saber cuanto á ella se refiere.

Lo primero que vió fué una carta de la superiora, que escribía á la señora de Preymont.

«Señora, decía la religiosa, largo tiempo he vacilado antes de escribir á usted, á pesar de que seguía paso á paso la marcha de los sentimientos de una niña, cuya felicidad me es demasiado cara para que yo vacile más. En un principio pensé en explicar á usted yo misma la situación, para no causarle el sentimiento de leer las cartas de mi pobre Susana; pero después he pensado que no creería fácilmente en mi previsión, y ahora tengo el valor, que usted creerá sin duda muy cruel, de enviarle todas las confidencias de la señorita Jeuffroy. En su cándida inexperiencia, dejándose llevar de un impulso generoso, se engañó respecto á sí misma; y dejo á juicio de usted, señora, resolver si un rompimiento no sería menos doloroso para su señor hijo que la desgracia de unirse con una mujer que no le ama y que, mucho lo temo, ha concedido inconscientemente toda su simpatía á otro. La ternura de usted sabrá, por lo menos, amortiguar el golpe que las circunstancias no me permiten, por desgracia, dulcificar para usted.»

La última carta de Susana, escrita sin orden y apresuradamente, era la explosión de su alma atribulada.

«Señora y amiga, decía, desde esta mañana es tal mi trastorno y desconsuelo, que no sé si podré decir á usted todo cuanto pienso y siento. El Sr. Saverne, de quien hablé á usted el año último, sin ocultarle mis impresiones, ha venido á verme; y si yo ignoraba completamente su llegada, más ignoraba aún el motivo de ésta. ¡Me ama, y me lo ha dicho! ¿Cómo expresar á usted lo que experimenté?.. El desconsuelo predominaba sobre mis demás sentimientos, y una súbita luz había disipado la obscuridad en que yo me agitaba algún tiempo hace. Esas palabras de amor, esas palabras encantadoras... deleitábanme á pesar mío pronunciadas por él, mientras que me contristan y me espantan cuando otro las dice. Cuando hago comparaciones, ¿por qué me parece casi ridículo escuchar de boca de Marcos palabras de apasionada ternura?.. Su inteligencia es notable, y su corazón tan bueno, que el mío se angustia cuando pienso que siempre, á lo que creo, dudaré de la sinceridad de mi propio afecto. ¿Qué hacer? ¿Qué sucederá? Por nada en el mundo quisiera engañarle, y al mismo tiempo no tengo derecho ni deseo para desvanecer la dicha que prometí. Mi única esperanza es el haberme engañado una vez más sobre mis nuevos sentimientos, pues cuando se efectuaron los esponsales yo no era la misma. ¡Y he aquí en qué estado me hallo, señora, yo que creía tan fácil obrar siempre en la vida según la regla inflexible de mi rectitud! Dígame usted una palabra que me tranquilice sobre mí misma. Mi imaginación de joven me ha extraviado tantas veces... y tantas son las que me engañé, que me entrego en sus manos. Nadie puede aquí comprenderme ni dirigirme; y sin embargo, no crea usted que pienso ni remotamente en retractarme de

un compromiso que considero definitivo: mi palabra está dada, y bien dada. ¡Ay de mí, cuántas contradicciones! Dígame usted que la turbación presente no es nada; diga usted, yo se lo ruego, que es imposible que cobre aversión á un hombre que me ama tan apasionadamente. Esto será imposible..., ¿no es verdad? Si él no fuese aún más que mi amigo, ¡qué pronto se desvanecería esa especie de antipatía que preveo desde hace tiempo con espanto! Distinga usted lo verdadero de lo falso, señora, y tienda su mano á la niña á quien siempre profesó tan cariñoso afecto. — *Susana.*»

En el salón reinaba un silencio lúgubre; una avispa le interrumpió un instante con su agudo zumbido, y escapó después de un vuelo caprichoso, que los ojos de Marcos siguieron maquinalmente.

La señora de Preymont, aterrada, tenía la vista clavada en su hijo. Gruesas gotas de sudor se deslizaban por las mejillas de Marcos, y su mano temblorosa había dejado escapar la última carta. Parecía anonadado, y era tal el trastorno de su corazón, que ni siquiera pudo proferir un grito. Su madre le habló; mas como no oyese al parecer, acercóse á él y abrazóle murmurando:

—¡Marcos, pronuncia una sola palabra; yo te lo suplico!

Esta caricia desvaneció su impasibilidad, y contestó con voz débil:

—¿Quién habla, qué dicen?.. ¡Que me ama tal vez!..

Y al oir su voz, volviendo en sí por completo, oprimióse la frente entre ambas manos, y exclamó:

—¡Oh! ¡Cómo aborrezco la vida!..

El mismo profundo silencio que antes siguió á este grito, que en un dolor supremo era el resumen de todos los dolores ocultos de una existencia.

La señora de Preymont, sin fuerza para hablar, con la angustia pintada en el rostro, era el sufrimiento personificado; y por primera vez acaso rebelábase contra sus principios y su robusta fe se alteraba; pero esto fué como un ligero surco en aguas profundas y tranquilas, y ante su impotencia, una fervorosa oración se escapó secretamente de su alma en favor del hijo herido.

¿Adivinaba él un pensamiento que á pesar suyo había avivado con frecuencia su irritación? El caso es que de repente dejó desbordar toda la hiel de su amargura.

—¡Oh, qué espantosa fatalidad de la vida!, exclamó. ¿Dónde está la bondad que rige las leyes? ¡Cuando niños, nos dicen que Dios es bueno, y lo creemos..., pero lo creemos porque somos felices! ¡Amarga irrisión de las palabras y de las cosas!

Marcos había vuelto á encontrar de improviso toda la amargura de su adolescencia y de su juventud, conservada en estado latente en un alma que se había mantenido en orden por el trabajo y la energía, por lo menos exteriormente. Las frases violentas se agolpaban rápidamente á sus labios; jamás había revelado tan abiertamente los sentimientos secretos que á menudo le ahogaban, y sentía una especie de amargo alivio al romper en sus transportes los diques levantados por su voluntad.

La señora de Preymont, comprendiendo que aquella violencia era un bien, no trataba de contener las palabras de amargura de su hijo; pero abismada en su dolor, lloraba tanto sobre el pasado, cuyas miserias entrevistas sondeaba, cuanto sobre la desdicha que arrebataba brutalmente tantas esperanzas.

Cediendo á un nuevo impulso, Marcos se acercó á ella y díjole, tomando su mano:

—¡Pobre madre..., perdóname; soy muy desgraciado!

Pronunció estas frases con voz dolorida y muy baja, humillado por su confesión, ó temiendo no poder dominarse: así fué, y los sollozos desgarraron su pecho. Con ademán cariñoso su madre le retuvo junto á sí como en otro tiempo, cuando en su infancia, en aquella época en que la experiencia y la energía no le habían enseñado aún á dominar su primer impulso, iba á contar, llorando de angustia y de cólera, las humillaciones que acababa de sufrir.

Pero aquel momento de abandono fué breve, y no tardó Marcos en recobrar una especie de sangre fría para recoger la carta de Susana y decir con voz temblorosa:

—¡Seguramente está á punto de mirarme con horror!.. Si no ha escrito la palabra, la ha pensado... ¡De qué serviría entregarse completamente! El hombre más mísero conoce la dulzura de ser amado... Yo no inspiro siquiera compasión, sino aversión.

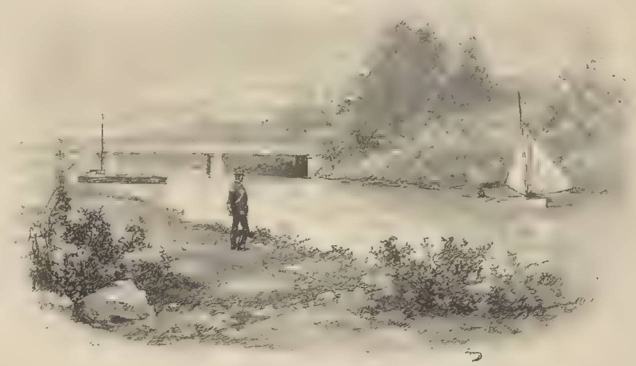
—Dame esa carta, dijo la señora de Preymont tratando de cogerla de manos de su hijo.

—¿Cree usted, contestó Marcos arrebatadamente, que no estará siempre grabada en mi memoria? Déjemela usted..., tal vez la necesite.

Así diciendo fué á sentarse en el fondo del salón, y durante algunas horas no despegó los labios; de vez en cuando levantábase para andar febrilmente, y después, volviendo á dejarse caer en su silla, miraba vagamente el espacio. Inquieta por su mutismo, su madre quiso hacerle hablar; pero agitó la mano con impaciencia y no contestó.

Sus cejas contraídas y la alteración de sus facciones revelaban la lucha á que se entregaba en su interior; y la señora de Preymont, que había recobrado suficiente dominio sobre sí para ver qué marcha debería seguirse, esperaba con ansia que su hijo abordase aquella cuestión abrasadora.

pejismo. Alegría, paz, felicidad, todo había concluído, y se le arrojaba brutalmente al país solitario de donde pudo huir. ¿Por qué había creído? ¿Por qué no cedió á la razón que le hacía entrever la verdad? Las preguntas y los pensamientos se agitaban en él sin que le fuera dado fijarse en un punto principal, y sus esfuerzos tendían á buscar la manera de abordar á Susana. Preparaba frases, pero desistía de ellas al punto, para dejarse dominar por una especie de letargo que no podía sacudir. En medio del vacío de su pensamiento, notó que estaba pensando de pronto en hechos insignificantes, ó que seguía con pueril interés los movimientos de un barco que se movía



...seguía con pueril interés los movimientos de un barco

lentamente porque la brisa no era bastante fuerte para hinchar sus velas.

—¡Voy á verla!, exclamó al fin Marcos con voz breve.

—Yo soy quien debe dar ese paso, contestó vivamente y con inquietud la señora de Preymont; yo soy quien debe decirle que es libre.

Pero se había engañado sobre los sentimientos que agitaban á su hijo; pues al oir la palabra libre, Marcos exclamó con acento de cólera:

—¡Libre! ¿De qué libertad habla usted? ¡Es mía! Ella misma lo ha dicho; no retirará la palabra dada y yo no se la devolveré jamás, jamás.

—La pasión te extravía, contestó con dulzura la señora de Preymont, aunque también con la firmeza que demostraba siempre ante un deber necesario. Debes devolverle su palabra.

—¡Y dar Susana á Saverne!, exclamó Marcos con violencia. ¡Cómo, madre mía, usted que lo ha hecho todo para que mi amor vaya en aumento; usted que estimuló mis esperanzas; usted, en fin, que sabe que esa pasión es mi vida, viene á decirme ahora que es preciso renunciar á la felicidad por un capricho de la imaginación!.. Sí, porque eso no es sino un capricho propio del espíritu de una joven algo romántica. Las nebulosidades que obscurecen su mente y su corazón se disiparán al primer paso que dé en la vida real...

Pero la voz de Marcos era vacilante, pues hablaba contra una secreta convicción, la cual le repetía que, por una parte y otra, el error había consistido en la extraña creencia de que podía ser amado, y leía en el rostro de su madre que los mismos pensamientos la agitaban. La señora de Preymont, en efecto, decíase que su amor á Marcos había falseado su juicio, en su afán de buscar en las excepciones un estímulo á sus deseos.

La madre apoyó su mano sobre el brazo del hijo, y díjole:

—Te ruego, Marcos, que me dejes obrar... Será mejor para ti y para ella.

—¡Ella!.., replicó Preymont, golpeando el suelo con su pie. ¡Qué importa ella! Bueno es que participe del dolor de un hombre á quien su capricho reduce á la desesperación.

—Por lo menos espera hasta mañana...; tú no puedes dominarte.

—¡Me irrita esperar!, contestó Marcos con voz breve.

Y saliendo bruscamente, dirigióse como un loco hacia la quinta del Sr. Jeuffroy; pero en vez de entrar en ella desde luego, encaminóse á la orilla del río, comprendiendo la necesidad de recobrar una calma relativa.

¿Dónde estaba aquel momento feliz en que con dulce voz le había prometido Susana su fe? ¿Dónde estaba el hombre embriagado de amor á quien había conocido un instante? Rechazado violentamente, las semanas dichosas no eran ya para él más que un espejismo.

Pero de pronto subió corriendo á la quinta, y en la puerta del parque encontró al Sr. Jeuffroy, que le miró fijamente, exclamando:

—¡Qué cara tan singular, Preymont! ¿Está usted enfermo?

—No es nada... ¿Dónde está Susana? Necesito verla y hablarle á solas.

—Al salir la he visto sentada junto á la ventana del salón... Pero ¿qué le ocurre, querido? Tiene usted el aire de... Mas ahora caigo, añadió con expresión inquieta; había usted ido á París para ciertos asuntos... ¿Estará usted acaso arruinado?

—¡Peor que eso!, contestó Preymont, pasando rápidamente por delante de él para precipitarse en los jardines.

«¡Peor que eso!, repitió el Sr. Jeuffroy. ¡Esto sí que es bueno!.. ¿Por qué tendrá tanto empeño en hablar á solas con mi hija? ¡Diantre, será alguna cuestión de amor! Su aspecto y sus palabras lo prueban.»

Las breves frases cruzadas con el Sr. Jeuffroy habían aliviado á Preymont, rompiendo el encanto que paralizaba su pensamiento y le tenía alejado en cierto modo del momento presente.

Con la carta de Susana en la mano entró tranquilo en el salón donde la joven estaba sentada, con expresión de abatimiento. Despertada la atención de Marcos, pudo ver hasta qué punto Susana había enflaquecido desde el día de los esponsales, observando además en su rostro los indicios de un extremado desfallecimiento moral; pero esta observación y la tristeza de Susana no hicieron más que exasperarle. Adelantóse hacia ella, miróla un instante, y sin pronunciar una sola palabra depositó bruscamente la carta en su mano.

Susana se levantó poco á poco, mirando á su primo con expresión desesperada.

—¡Cómo!.., balbuceó.

—Enviada á mi madre, contestó Marcos lacónicamente.

Susana creyó un momento que iba á desmayarse; todos los objetos daban vueltas á su alrededor, y para no caer se apoyó pesadamente en el respaldo de una silla.

—¡Qué espantoso abuso de confianza!, murmuró con aire consternado.

—¡Abuso de confianza!, repitió Marcos con tono acerbo. ¿Cómo puede usted creerlo así? Esa mujer no quiere que usted sea desgraciada, casándose con el hombre á quien prometió tanto afecto, y esto es lógico.

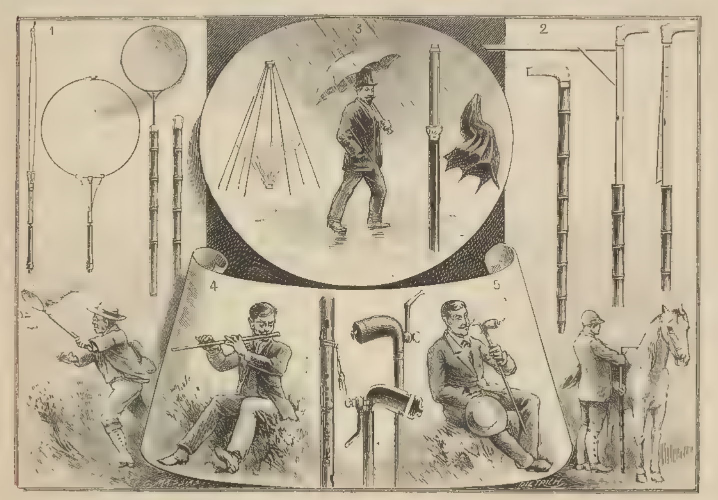
La expresión de Marcos espantó á Susana, que repuesta de su aturdimiento, pero sin atreverse á contestar, esperó con indecible angustia lo que iba á decir.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA UTILIZACIÓN DEL BASTÓN

Completando la serie de bastones útiles que publicamos en el número 648 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, damos hoy cinco aplicaciones más, que reproduce nuestro grabado. La primera es el bastón para coger mariposas, inventado por M. Martin y construído por M. Deyrolle: compónese de un palo hueco y de un aparato que sostiene la red; cerrada ésta, el aparato se introduce en el bastón.



UTILIZACIÓN DEL BASTÓN. – 1. Bastón para coger mariposas. – 2. Bastón para medir la altura de los caballos. 3. Bastón paraguas. – 4. Bastón flauta. – 5. Bastón pipa.

Otra es el bastón para medir la altura de los caballos, cuyo mecanismo se comprende desde luego viendo el grabado.

La tercera es el bastón paraguas, distinto del que describimos en nuestro anterior artículo, cuyo constructor ha atendido más á la solidez que á la elegancia: para ello sólo la montura del paraguas se introduce en el bastón y la seda se dobla y se puede llevar fácilmente en el bolsillo. La montura es muy ingeniosa: cada varilla está sostenida por dos arbotantes formados por muelles que van á parar de dos en dos á las piezas articuladas en el cubo inferior. Cuando el paraguas está abierto, esos muelles forman una estrella de siete radios muy rígida; cuando se empuja el cubo inferior hacia el superior, los muelles se doblan hacia atrás y la montura queda de la misma dimensión que el bastón en el cual se introduce y que tiene dos pasadores que se corren oprimiendo un resorte, uno para el cubo superior y otro para el inferior. La tela se fija por medio de unos pequeños cilindros de metal terminados en bolita y que se ajustan al extremo de las varillas: de este modo la tela puede cambiarse cuando se estropea. El paraguas se monta fácilmente, pero se necesita para ello medio minuto por lo menos.

Hay, además, el bastón flauta y el bastón pipa, cuyos mecanismos se comprenden claramente por su reproducción en nuestro grabado. – X.

***

TRANVÍA MOVIDO POR EL GAS, SISTEMA LUHRIG

Entre los varios sistemas de motores para los tranvías está indudablemente llamado á un gran porvenir el que utiliza como fuerza motriz el gas del alumbrado. El ingeniero Luhrig, de Dresde, construyó hace unos años un vagón movido por este sistema que funciona en Stuttgart desde 1892 y que han adoptado desde entonces varias poblaciones: es el que reproducen nuestros grabados y que someramente vamos á describir.

Cada vagón lleva el gas necesario para impulsar los motores en unos recipientes B (fig. 2) á una presión de 6 atmósferas, formando un volumen de 1'25 á 2'50 metros cúbicos. La disposición es, pues, la misma que en los coches movidos por el aire comprimido, pero con la ventaja de que en igualdad de volumen el gas produce quince veces mayor energía que el aire. Los recipientes se llenan en una estación de compresión, bien directamente, bien por medio de tubos.

El vagón es impulsado por dos motores gemelos Deutz, MM, situados debajo de los asientos, y para economizar espacio los cilindros CC están uno enfrente de otro. Las dos ruedas impulsoras SS están en el exterior y van cubiertas con planchas de hojalata. El gas, antes de llegar á la máquina desde los recipientes, pasa por un regulador de presión Pintsch que reduce la presión á 30 ó 40 milímetros de la columna de agua. En el techo del coche hay el depósito de agua fría que por su propia circulación vuelve al mismo después de pasar por los cilindros, y se enfría, evitando así su renovación frecuente, y un aparato condensador desde donde los productos de la combustión, que tratándose de motores de gas son únicamente el ácido carbónico y el agua, y no producen por consiguiente humo ni hollín, salen al aire libre sin ruido y casi sin olor.

Mediante un regulador, movido por una palanca que gobierna el conductor del coche, puede imprimirse á los motores tres velocidades, 150 revoluciones por minuto para cuando el vagon está vacío, 200 para la marcha lenta y 240 para la marcha rápida.

Sin entrar á describir detalladamente la construcción especial del impulsor, de los enganches y del mecanismo regulador, diremos que A (figuras 1 y 2) es el árbol común de los dos motores y mueve por medio de las ruedas dentadas Z y Z^1 el primer eje impulsor W^1, desde el cual y mediante un pie de cabra y dos pares de ruedas dentadas de distinto engranaje se transmite el movimiento al eje lateral W^2, imprimiendo una velocidad mayor ó menor, según cual sea el par de ruedas que se utilice. El eje W^3 que está al otro lado es el verdadero eje impulsor y se mueve hacia adelante ó hacia atrás por medio de otro pie de cabra y de otros pares de ruedas dentadas. Desde este eje el movimiento se transmite por dos cadenas sin fin K, sistema Gall, á los ejes de las ruedas RR. El impulso del eje impulsor se obtiene por medio de un enganche á rozamiento que el conductor puede interpolar ó quitar á voluntad merced á una rueda de mano: los manubrios están de tal manera enlazados con este mecanismo, que paran ó ponen en movimiento el coche según que se interpole ó quite el enganche.

De modo que el conductor maneja una palanca-pedal para regular la velocidad de los motores, dos palancas de mano para gobernar los pies de cabra y la rueda de mano para el enganche á rozamiento y los manubrios. Con ayuda de estos mecanismos puede el conductor disponer todas las maniobras necesarias.

Los coches se diferencian muy poco exteriormente de los coches comunes de los tranvías; únicamente son un poco más pesados: la maquinaria, así interior como exteriormente, va cubierta por planchas de hojalata, de modo que no se ve.

El vehículo vacío pesa siete toneladas, y en unas pruebas verificadas en Dresde pudo remontar fácilmente, aunque con pequeña velocidad, una pendiente de 1:23. En las pendientes de 1:15, que rara vez ofrecen las calles de las ciudades, la velocidad es de 1'36 metros por segundo, ó sea unos 5 kilómetros por hora. La velocidad normal en trechos llanos es de 10 á 13 kilómetros por hora. Para los trechos largos de pendiente superior á 1:20 la casa Luhrig ha construído un coche especial más pequeño con un motor de 10 caballos de fuerza, capaz para 22 personas y de cuatro toneladas y media de peso, que salva pendientes de 1:15 á una velocidad de 1'50 metros por segundo, es decir, la mitad de la normal. El coche grande necesita por término medio 0'60 metros cúbicos de gas por kilómetro; el pequeño 0'50. Respecto de los gastos de instalación y exportación pueden aceptarse los siguientes datos.

Un tranvía movido por gas, de ocho kilómetros de longitud y de una sola vía, con circulación cada cinco minutos y una velocidad de 10 kilómetros por hora, necesita dos estaciones de compresión y 20 coches motores. Los gastos de instalación general comprenden, pues, el terreno para las estaciones, la cochera, las reservas de piezas de máquinas, etc., y pueden calcularse en 750.000 pesetas. La instalación de un tranvía eléctrico con corriente subterránea en las mismas condiciones cuesta unas 950.000, y la de un tranvía con fuerza animal 700.000. De modo que los gastos de instalación de un tranvía de gas son mucho menores que los de un tranvía eléctrico y algo mayores que los de un tranvía movido por caballos. Los gastos de explotación son: de 35 céntimos por coche y kilómetro en el tranvía de caballos, contando dos de éstos por coche; 25 céntimos en el eléctrico, y 20 en el de gas.

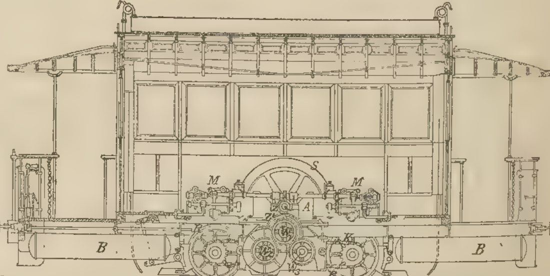


Fig. 1. – Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig. - Sección vertical

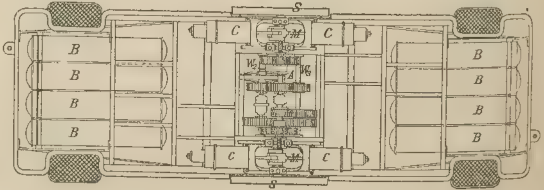


Fig. 2. – Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig. – Sección horizontal

A la muerte del inventor de este coche motor de gas, el ingeniero Luhrig, acaecida en julio del año pasado, el invento y las patentes para todos los Estados civilizados fueron adquiridos por una sociedad anglo-alemana, la *Gas Traction Company*, de Lon-

dres y Dresde, que ha emprendido con gran actividad la explotación del negocio introduciendo notables mejoras en dichos vagones motores.

Un nuevo tipo de coche con asientos en el imperial, capaz para 35 personas, sólo pesa cuatro toneladas y media y sólo tiene un motor lateral debajo de los asientos, enfrente del cual hay tres recipientes para gas con un volumen total de o'90 metros cúbicos. En vez del depósito de agua fría del techo hay unas serpentinas colocadas de modo que no se vean debajo de los asientos del imperial. Este vagón corre en los sitios llanos con una velocidad normal de 13 kilómetros por hora, consumiendo o'50 metros cúbicos de gas por kilómetro y pudiendo salvar las pendientes de 1:30 sin disminuir la velocidad, la cual puede llegar hasta 18 kilómetros por hora. La provisión que lleva cada coche basta para un recorrido de 18 á 20 kilómetros y puede aumentarse fácilmente en caso necesario.

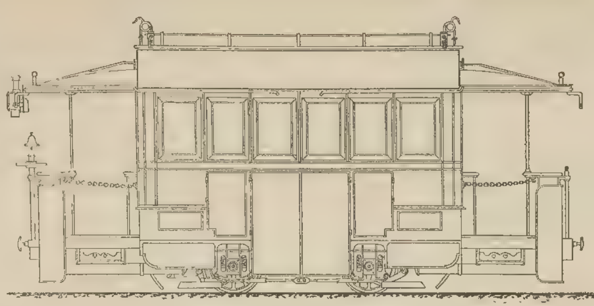


Fig. 3. - Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig. - Vista del vagón

El primer coche motor de gas que construyó Luhrig en 1892 llamó tanto la atención, que muchas ciudades en donde se proyectaba construir un tranvía se decidieron á estudiar ese nuevo sistema. La capital de Galitzia (Austria-Hungría), Lemberg, ciudad de 130.000 habitantes, que sólo tenía un tranvía de cinco kilómetros, quiso construir uno eléctrico, pues aquél no bastaba para las necesidades del tráfico.

El profesor del Politécnico de aquella ciudad, el barón de Gotkowski, que se ocupaba en estudiar ese proyecto, llegó á la conclusión de que el mejor sistema era el eléctrico con conducción de corriente subterránea; pero cuando vió funcionar en Dresde el motor Luhrig, resolvió estudiarlo, y después de minucioso examen y de calcular todas las contingencias, comparando entre sí los diversos sistemas, afirmó que el tranvía por gas era un 24 por ciento más barato que el eléctrico, y sentó la afirmación de que «los tranvías eléctricos con conducción de corriente aérea pertenecían al pasado; en cambio los tranvías de gas son del porvenir.»

De sus cálculos resultaba que la instalación del tranvía eléctrico de 8'9 kilómetros costaba 1.276.000 pesetas, y la de un tranvía de gas de la misma extensión 952.000, y que los de explotación importaban en el primero 27 céntimos por coche y kilómetro y en el segundo 20.

Otras comisiones técnicas alemanas han dado informes igualmente favorables, señalando, además, otras ventajas del motor Luhrig.

También en Inglaterra ha sido muy celebrado el invento: el profesor Kennedy estudió un vagón motor Luhrig que funciona en Londres, y dijo que el vehículo con 26 personas llevaba una velocidad de 8 á 13 kilómetros y remontaba pendientes de 1:30.

De todo lo expuesto se deduce que el tranvía de gas será un poderoso competidor del eléctrico. Al comparar ambos sistemas deben tenerse en cuenta los puntos de vista técnicos y económicos. Bajo el primer aspecto, el primero tiene la ventaja de llevar consigo la energía impulsora, al paso que el segundo ha de tomarla de una estación central y está por lo mismo expuesto á interrupciones. En el eléctrico, para que en un momento dado pueda aumentarse el tráfico, es preciso que la estación esté montada para ese mayor consumo de energía, lo cual resulta costoso, pues aquel aumento sólo será temporal; en cambio en el de gas basta que la estación de compresión, que se instala con poco coste, sea suficientemente grande para que por ella pueda transitar mayor número de vagones. – X.



Vista general de Marín y su ría (Pontevedra), dibujo de Passos tomado de una fotografía

Imp. de Montaner y Simón



Año XIII — Barcelona 9 de julio de 1894 — Núm. 654

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

ADVERTENCIAS

En nuestro deseo constante de corresponder al favor que el público nos dispensa, ofreciéndole en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los más notables y variados trabajos, así en el texto como en los grabados, tanto nacionales cuanto extranjeros, hemos adquirido á fuerza de no pequeños sacrificios la propiedad de una preciosa novela francesa de Saint-Juirs, *Le cabaret des Trois-Vertus*, magníficamente ilustrada por el célebre dibujante español Urrabieta Vierge, que comenzaremos á publicar en uno de los próximos números.

La traducción de la expresada novela la hemos confiado al eminente escritor y crítico D. José Yxart, cuyo nombre es la mejor garantía de la bondad del trabajo que le hemos encomendado.

Con uno de los próximos números repartiremos el tomo tercero y último de NERÓN.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Estatua de Velázquez. – Ingratitud nacional. – Caracteres de tal afecto. – Necesidad de reparar sus desventajas y enderezar sus entuertos. – Muerte de Federico Madrazo. – Consideraciones sobre su familia y sobre su arte peculiar. – Mujeres hermosas de Madrid por los tiempos de Federico Madrazo. – Artísticos funerales de éste. – La Condesa Gasparín. – Sus libros. – Su carácter. – Su influencia. - Conclusión.

I

Quéjanse, así en Italia como en Francia, del número de varias estatuas que pueblan sus principales poblaciones, erigidas por una gratitud muchas veces sin posible justificación y consagradas á personas poco dignas de la inmortalidad. No alabaré yo la estatuomanía reinante allende las fronteras: que jamás alabé ningún exceso. Pero, si ha de haberlos siempre, á causa de la irremediable naturaleza del género hu-



LA MESA GRANDE, cuadro de Cecilio Plá y Gallardo

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

mano, precisa preferir el exceso de gratitud, en tierras extrañas existente, al exceso de ingratitud, existente aquí, en esta nuestra tierra. ¿Querréis creer que no tenemos en Madrid una estatua de Velázquez? Cuatro nombres componen la constelación más hermosa del cielo de nuestras letras y artes: Lope, Cervantes, Velázquez, Calderón. Pues bien: Cervantes y Calderón tienen dos estatuas, pésimas, impropias de nuestro gran genio escultórico; no efigies, caricaturas, en tanto que Velázquez y Lope no tienen estatua ninguna, como si nada hubieran aportado al acervo común de nuestras glorias los dramas del uno y los cuadros del otro, considerados en la sucesión de los siglos como inmortales obras, de esas que muestran el humano espíritu rayando en lo sobrenatural y en lo divino, si recibe la visita de celestiales inspiraciones, por las que pone al humilde alcance de la viva realidad el revelador asomo de la perfección absoluta. Y cuenta que no pecamos nosotros, ni por falta de inspirados escultores, ni por falta de inmortales simulacros. Becerra en la capilla del Condestable, Berruguete en las catedrales de Avila y Toledo, Roldán y Montañés en Sevilla, Moura en Monforte, Sarcillo en Murcia, Hernández en Valladolid han esculpido efigies del Tostado, de Santa Teresa, del Cardenal Tavera, de Loyola y de cien otros, que no diré compitan allá con las estatuas griegas, porque tal competencia quizás no pueda en lo humano intentarse; pero sí con las ofrecidas por Samorino en Venecia, por Donatello y Miguel Angel en Florencia, por Delorme y Guyon en París, por Kraff en Nuremberg, por Bernino en Roma, por todos los escultores conocidos en todas las naciones de nuestros continentes y en todas las edades varias de nuestra era cristiana. Mas únicamente han reproducido imágenes relativas á la Monarquía y á la Iglesia, fuera de algún recuerdo esculpido en los sepulcros y enterramientos. El carácter monárquico y eclesiástico de la civilización española explica la copia de reyes y de santos en altares y palacios, con la inopia de imágenes, á las cuales podríamos llamar civiles y laicas, en plazas y calles. Mientras los peores monarcas nuestros, los más zaheridos por la crítica y los más odiosos á la posteridad, un Rodrigo que nos entregó al moro, un fratricida como Enrique II, un malvado como Fernando VII, tienen estatuas pòr doquier, no las tienen genios verdaderos que han resplandecido en la historia con refulgente resplandor y bienhechores que han servido á la humanidad y á la patria con extraordinarios servicios. El pueblo de Madrid, cuyos interesantísimos anales guardan hechos tan gloriosos y cuyo almanaque histórico nombres tan imperecederos, vió elevarse á la entrada del Prado cuatro estatuas conmemorativas de cuatro gloriosos hijos suyos, y á título de malas, hanlas depuesto de sus pedestales sin esperanza ninguna de reposición: grande temeridad, pues si todas las estatuas malas esparcidas por las calles madrileñas hubieran de quitarse á tal mácula, quedarían pocas, muy pocas, en sus puestos. Hay, pues, que ganar el perdido tiempo y ofrecer á nuestras glorias científicas, literarias, artísticas, militares, de todos géneros y procedencias, el homenaje debido á los hijos excelsos por una grande nación, que se reconoce á sí misma como una é idéntica consigo en toda la sucesión de los tiempos, magüer fraccionamientos y emulaciones, debidos á necesidades imperiosas de la política más que á imposiciones incontrastables de la naturaleza. Debe decirse muchas veces para que lo sepa toda España: es una vergüenza nacional que no tenga Madrid estatua de Velázquez. Las Cortes debían haber enmendado esta falta y ocurrido á esta necesidad, no permitiendo que corporaciones particulares más ó menos autorizadas y ofrendas privadas más ó menos espontáneas hagan privilegio de clase y cosa de oficio el homenaje debido por todos los españoles al pintor incomparable, cuyo pincel, sorprendiendo el secreto de copiar la vida en sí, como de fijar la realidad, parece haber dominado, cual si fuera cetro etéreo, el universo y vencido con sus esfuerzos sobrehumanos y con sus obras inmortales á la misma muerte.

II

Un ilustre pintor ha muerto, Federico Madrazo, y ha muerto sin que le abandonara un punto la característica de su genio, la eterna juventud. Madrazo lo veía todo, y con especialidad los modelos y tipos, á quienes retrataba en rosácea nube, la cual, trasladados al brillantísimo lienzo, reproducían ó reflejaban en sus frentes circuídas de un feliz nimbo y en sus ojos animados por una eternal alegría. Constituyen los Madrazos una familia casi regia de pintores, junto á la familia de monarcas. Académicos, fríos, correctos, convencionales, sabios, de mucha técnica y de poca inspiración, aparecían, más que los otros émulos y competidores suyos, los López y Aparicios, por ejemplo, como pintores esencialmente cortesanos y á la corte adscritos, cual uno de sus funcionarios más indispensables y aparatosos. Yo los recuerdo todavía, en una especie de sitio real extendido cerca de Neptuno, entre la entrada occidental del Retiro y la entrada norte del Museo, recibiendo allí los homenajes oficiales de la juventud artística y retratando las imágenes de toda la dinastía borbónica con todos los deudos vivos de ella, hasta el cuarto grado, residentes en Madrid. Esta ocupación excepcional habíales dado tal competencia y tal tecnicismo, un aire tan fino y unas maneras tan distinguidas, que casi constituían el tipo semi-anglo y semi-franco de una tradición casi litúrgica, la cual patentizaba su maestría con su ciencia y su experiencia, solamente comparables al trato, que unía en sí mismo la invariable amabilidad para todos con una indiferencia en todo, á primera consideración incompatibles, dado el temperamento nervioso de un artista, fácil á las emociones, pero que se habían en ellos compadecido, pues eran verdaderos maestros de su arte. Madrazo, fundador de la dinastía, siguió á David, al gran pintor de Francia, como seguían los Borbones, sus augustos ídolos, la política de Francia, lo mismo Felipe V que Carlos III, y Carlos III que Fernando VII, y Fernando VII que Isabel II, sin enterarse de si mandaban allí los Borbones, ó los Bonapartes, ó los Orleanes, ó el demonio. No hay más que ver un cuadro del patriarca Madrazo, el padre y abuelo de todos, el Abraham, para observar á primera vista su congruencia con la escuela de David, escuela esencialmente francesa. Federico siguió las huellas de su padre, y continuó el sacro rito en los cuadros de gran composición y con especialidad en los cuadros pertenecientes al conocido género que denominamos de Historia. Pero tuvo en otro género de pintura, importantísimo también, tuvo en la pintura de retratos una maestría que le dió en la familia con su primogenitura natural su primogenitura pictórica. El cetro pasó á sus manos, que lo empuñaron en verdad con gloria, no sólo por el derecho hereditario, por la universal elección. El individualismo, connatural á las instituciones y á las prácticas liberales, pedía un gran pintor de personalidades más ó menos ilustres, y este pintor fué nuestro gran Madrazo. Encontróse con unas generaciones de hombres ilustres y de mujeres hermosas, á quienes el nuevo espíritu social daba un carácter no conocido hasta entonces, y los retrató, favoreciéndolos un tanto, pero á la postre retratándolos hasta dejarlos fijos en el lienzo é impelerlos así en obras maestras á la inmortalidad. Perdonad á un viejo si dice, por aquello de como «á nuestro parecer cualquier tiempo pasado fué mejor,» cuánto abundaban en su mocedad las mujeres hermosas y cómo estas hermosuras sedujeron á Federico Madrazo en términos de verlas siempre y en todas partes hermoseándolo todo y hermoseando á todos. Quien jamás vió á la duquesa de Alba en su palco del Real con aquella no aprendida elegancia natural; á Eugenia Montijo en los toros, llevando su blanca mantilla sobre la estatuaria cabeza; el busto romano de la Campo Alange, dentro de la litera cuando iba desde su palacio al palacio Real en Jueves Santo; la Miranda por el Prado en guisa de una dama del jardín de Rubens, que se hubiese apartado viva del cuadro inerte para trastornar los sentidos de cuantos la encontraban; el aire majestuoso de nuestra duquesa de Medinaceli con su apostura sin par, su bocito de ruiseñor sobre los labios de granada, sus ojos negros trayéndonos con el sol de Andalucía el más esplendente aún de su viva inteligencia; quien jamás vió tales mujeres, jamás comprenderá tampoco en la vida cómo de tanta beldad se llegó á empapar sin remedio la paleta de Madrazo, cual una mariposa veloz y ligera suele teñirse de la flor que acaricia, respirando su aroma y nutriéndose de su miel, pétalo con alma; y cómo á la manera de los que se ponen á mirar mucho tiempo al sol y luego ven cien soles en el espacio por obra del deslumbramiento de la vista, él veía todos aquellos hermosísimos y numerosos modelos á quienes retrataba, en todos tiempos y en todas partes, como hiptonizado en un sueño magnético por su hermosura y por su gracia. Deseémosle allá en la gloria que le haya recibido una legión de ángeles parecidos al coro de beldades á quienes ha retratado aquí en el mundo.

III

Las crónicas europeas deben llamarse necrologías verdaderas. En cada cual de éstas necesitamos grabar con duelo el nombre de un desaparecido, entre los que dejan rastro de su camino en el tiempo y en el espacio. Tras el nombre de pintor como Federico Madrazo, recordemos el nombre de escritora como la condesa Gasparín. Pocos días mediaron entre el severísimo entierro protestante de ésta en Ginebra y el aparatoso entierro católico de aquél en Madrid. Con mucho arte nuestros pintores convirtieron las salas del Museo en capilla ardiente, donde se veía, entre los resplandores de cirios funerarios y los rocíos de agua bendita y el clero con sus salmodias de cantos litúrgicos, á la cabecera de la mortaja en que yacía su maestro, el Cristo de Velázquez inclinando al suelo su divina cabeza, en señal de haber cargado con todas nuestras culpas, y la Concepción de Murillo, subiendo al cielo sobre luz etérea y con los ojos místicos puestos arriba, en significación de la plegaria, de la fe, de la esperanza, de todo lo que consuela y de todo lo que fortifica en el mundo, asegurándonos la inmortalidad. A la cabeza del ataúd que ha recogido los restos de la escritora helvética, no pueden la piedad por los muertos y el recuerdo que les consagran los vivos entre los suyos poner esas obras de arte, por el temperamento iconoclasta de la Reforma rechazadas en su liturgia, pero sí libros de un alto sentido moral y de un sublime pensamiento religioso, escritos para prosperar aquellas virtudes que unen á los humanos entre sí con aquel amor á las grandes idealidades que hacen de la tierra un cielo y abren á la idea los horizontes inmensos de la eternidad. En muchas obras literarias hay explicaciones más ó menos amplias é historias más ó menos exactas del influjo ejercido por Ginebra en la cultura moderna. La célebre adopción de Calvino por esta ciudad cultísima; el nacimiento en ella de Rousseau, que hizo con su elocuencia revolucionarias á las madres en su tiempo; la residencia de Voltaire en àquellas campiñas, donde levantó una especie de laico santuario al dios de su espíritu; el salón de madame Stael, parecido á un congreso de ideas representadas por gentes de primer orden, han dejado en la posteridad recuerdos parecidos á los que despertaban entre los antiguos aquellas escuelas filosóficas, donde disciplinaban su espíritu estadistas como Pericles y su elocuencia mujeres parecidas á verdaderas musas como Aspasia. Yo recuerdo haber conocido á la condesa Gasparín por un libro de su esposo, publicado en el momento de comenzar la guerra norteamericana y de despuntar una estrella de primera magnitud, el alma de Lincoln, á redimir el negro de su servidumbre, implantando en las leyes y en las instituciones republicanas de allende los mares el principio divino de la igualdad cristiana. Movido yo entonces por las mismas ideas; confiado, según el optimismo innato á mi alma, en el triunfo de la justicia; presintiendo que había de mover un día con mi palabra el Parlamento español á romper las cadenas de los negros, leí el inspirado libro con una devoción suma y tomé fuerzas é impulsos de su creador aliento para comenzar y prosperar una idea de redención, á la cual van unidos los primeros discursos dichos por mí en el Parlamento y los primeros actos hechos por mí en el Gobierno. Desde aquel entonces no dejé de leer obra ninguna de las escritas por el conde y la condesa en su vida, inspiradas por un espíritu cristiano y por un sentimiento liberal, que habrán de arraigar cada día más en las sociedades contemporáneas, si quieren salvarse de los sendos escollos, contra los cuales pueden á una destruirse con suma facilidad, en lo metafísico el ateísmo que devasta las almas, y en la política el socialismo que amenaza todos nuestros derechos.

Madrid, 30 de junio de 1894.



EL TORERO Á MEDIADOS DEL PRESENTE SIGLO, dibujo de D. Perea

EL TORERO

SU VIDA Y MILAGROS

(Continuación)

DE CÓMO Y CUÁNDO VIENE LA VOCACIÓN TORERA

Sobre esto hay varios pareceres y nada se sabe de fijo. Algunos creen que el torero, así como el poeta, nace, no se hace. Otros suponen que para la torería es necesario afición y ejercicio desde temprana edad. Yo no estoy en absoluto conforme con estas dos hipótesis, é intentaré probarlo con ejemplos. *Curro Cúchares*, de niño, entróse en un corral de toros en Sevilla, y sorprendido por la llegada de las reses que volvían del campo, se ocultó en un pesebre, en donde encaramado pasó toda la noche para evitar el contacto de los amables cornúpetos, sus compañeros de posada. *Lagartijo*, muy mozo, se introduce también en el matadero de Córdoba, y es expulsado por torear subrepticiamente, según cuentan las crónicas. Como se ve, estos dos diestros tuvieron afición precoz y sin embargo no han sido los mejores. En cambio, Francisco Montes se dedicó ya talludito á la lidia, y ha sido el rey del toreo. Cayetano Sanz y Angel López *(Regatero)* fueron zapateros antes de dejarse crecer la coleta, y ambos han sido notabilísimos diestros, el uno como espada y el otro como banderillero. Pero para que no se diga que me refiero al tiempo de la Nanita, citaré hechos más fehacientes, porque están más próximos. Manuel Domínguez *(Desperdicios)* se va á América á probar fortuna, y por vocación súbita vuelve hecho un torero. Pero hay otro ejemplo más reciente y de más relieve, puesto que se trata de un diestro que ha absorbido la afición taurina de la actual generación. Salvador Sánchez *(Frascuelo)* no sintió desde la niñez la predisposición á la lidia de toros. Peón de obras de ferrocarril, primero, y después papelista en Madrid, el joven artesano no se acordaba entonces ni por asomo de toros ni de toreros. Móstoles, la gran villa de Móstoles, situada en la cercanía de Madrid, célebre por sus *órganos* y por haber sido la primera que declaró la guerra al Gran Capitán del Siglo, fué el sitio elegido por la Providencia para que *Frascuelo* sintiese la revelación de sus destinos. Salvador, á instancias de su hermano Paco, fué á la fiesta de Móstoles á pie y estuvo toreando novillos por mañana y tarde, sin probar bocado. Por lo que se ve, fué tardío, pero seguro, y este sacrificio antiestomacal no fué estéril, pues allí descendió sobre él la inspiración taurina. Desde entonces no pensó más que en reses bravas, divisas, quiebros, estoques, aplausos y cigarros. La afición se incubó en él lentamente y estuvo oculta en su espíritu como la luca filamentosa lo está durante años debajo de la tierra, para brotar de repente.

Luis Mazzantini ha sido también torero improvisado. Habiendo ejercido otras profesiones, comprendió, como él mismo ha dicho, que sólo en la de matador de reses bravas pueden ganarse veinte ó treinta mil duros anuales, y con efecto, ya en edad madura se dejó la coleta, y con efecto los gana. Manuel García *(el Espartero)* vivió ignorado, cogiendo esparto en el campo, para coadyuvar á las tareas de su familia: súbito se anuncia que matará novillos en una corrida de Sevilla, sin haber sido banderillero.

Estos ejemplos prueban que la vocación taurina no tiene período fijo de desarrollo.

He oído también decir que la superstición, agüero ó como quiera llamarse, es inherente á la profesión de torero; pero yo sólo puedo asegurar que los pocos diestros que he tratado han sido agoreros y supersticiosos, como la mayoría de los jugadores; lo cual no es extraño, pues aquél y éstos se confían al azar. Allá por los años 54 ó 55, un amigo me llevó por primera vez á casa de Cayetano Sanz, que estaba entonces en el apogeo de su toreo. Actuaba y competía con Julián Casas *(el Salamanquino)* en la plaza de Madrid, y había realizado la maravilla de matar diez y ocho toros en seis corridas, solo y sin ayuda de la cuadrilla, que se quedaba en la barrera ó sentada al estribo. El día que yo fuí á casa del diestro debía verificarse la séptima corrida. Atravesé una sala y entré en un gabinete en donde estaba Cayetano almorzando. Después de los primeros saludos, reparé en un retablito que había en la sala, en el que á uno y otro lado de una efigie de talla de la Virgen de los Dolores ardían dos velas. La señora de Cayetano le servía el almuerzo, y éste le dijo:

—Pon dos velas más á la Virgen.

—¿Por qué?

—Porque se me figura que esta tarde voy á tener un desavío.

En efecto, aquella tarde, después de haber matado sus dos primeros toros con su acostumbrado lucimiento, se fué al tercero, solo como siempre. Le trasteó en las tablas, y le dió una soberbia estocada. El toro estaba muy aplomado y herido de muerte, y Cayetano, muy confiado, hablaba con algunos del tendido. De repente la res casi moribunda se arranca con la misma rapidez que si saliera del chiquero, acosa al diestro, éste no tiene tiempo de saltar la barrera, es achuchado, y resulta con las costillas rotas.

La cogida y muerte de *Pepete* es otro caso de superstición. Sabido es que los diestros, antes de salir á la plaza, rezan una salve ante una imagen de la Virgen de la Soledad. *Pepete*, distraído con unos amigos, olvidó esta piadosa costumbre. El segundo toro de la corrida y de la temporada, primero de los que él debía matar, le cogió al hacer un quite, y el desgraciado matador murió casi repentinamente, dando margen á que los supersticiosos de la cuadrilla creyeran en un castigo de la Virgen, calumniando tan barbaramente á la Madre de la Misericordia.

UN APÉNDICE DEL TORERO

No me refiero á la coleta, ésta la tienen todos, sino á los motes ó apodos, que parecen requisito indispensable de la torería. Apenas hay tres ó cuatro diestros que no tengan su correspondiente *alias*. De los procedentes de Andalucía no se salva ninguno. Francisco Arjona Guillén era natural de Madrid, pero en la primera temporada que pasó en Andalucía, ya le desfiguraron el nombre y le cargaron el mote *Cúchares* con esdrújulo y todo, mote cuya etimología ignoro. Si le hubieran llamado *Cucharas* me lo explicaría, porque el Sr. *Curro*, con quien he comido algunas veces, hacía uso de la *cuchara* en todos los platos de salsa.

Este mote entra en la categoría de los enigmáticos (al menos para mí); pero hay otros que, aunque son más comprensibles, no me causan menos sorpresa.

¡Lagartijo! ¿Qué quiere decir *Lagartijo*? Si es el masculino de *lagartija*, me parece un abuso; si es el diminutivo de *lagarto* debería ser *lagartito;* pero fuera de esto, ¿qué tienen que ver esos reptiles con el toreo ni con las condiciones físicas del diestro cordobés?

Esta deplorable aplicación de los apodos puede tener sus inconvenientes en la posteridad, dada de suyo á investigar particularidades de los muertos célebres. Un poeta clásico, no me acuerdo cuál, ha escrito las siguientes quintillas:

> «En la más alta guardilla
> de la casa en que yo habito,
> vive el viejo *Lamparilla*,
> zapatero el más bendito
> que remendara en Castilla.
> Sólo le dejó una hija
> su difunta Nicolasa,
> que por lo enclenque y canija
> la llaman la *Lagartija*,
> y ésta gobierna la casa.»

Pues bien: ¿quién sabe si en la posteridad, y basándose en estos versos, no puede haber un pedante taurino de esos que, á falta de investigaciones verdaderas, consignan hechos ó deducciones falsas, que quiera explicar á su modo el mote de *Lagartijo*? Quizá diga que este torero era canijo y *esmirriado*, como la hija del zapatero de las quintillas, ó que toreaba en postura horizontal, como suelen andar los reptiles.

Pues ¿y *Frascuelo*? ¡Válgame Dios! ¡A cuántas suposiciones da lugar este apodo de *Frascuelo!* La posteridad no se dará tal vez cuenta exacta de que porque uno se llame Francisco, y en Andalucía se llame á los Franciscos Frasquitos, un hermano de un Frasquito pueda apodarse *Frascuelo*. De aquí las deducciones falsas; puede que haya quien suponga que el famoso diestro era *moteado* así porque toreaba llevando en el bolsillo un frasquito de sales que aspiraba de vez en cuando para reponerse de sus sustos.

La posteridad es irresponsable como las estrellas: ¿quién va á pedir cuenta de sus mentiras á la una ó á las otras?

Hay motes aceptables, como por ejemplo, el de

Cara Ancha, pues en efecto este torero no la tiene estrecha.

Los hay pasados en presente, como el de *Espartero*, pues dejó de serlo desde que se dedicó al toreo; y pasados en futuro, como acontecerá con el de *Guerrita*, si no se desgracia.

Pero el apodo intolerable es el de *Bebe*. ¿Qué quiere decir *bebe*? ¡Ya lo creo que beberá el muchacho agua y algunas veces vino y otros excesos! Este mote es, ó una inconveniencia, ó un galicismo sin acento.

Y lo más raro de todo es que los toreros no protestan y permiten que se les desfigure en los carteles con apodos tontos ó incongruentes. Al célebre picador de toros *el Coriano* le desfiguraban hasta el apellido, que era *Ledesma* y no *Lerma*, como consignaban al anunciarle.

Pero aún hay otra cosa más incomprensible que los motes de los toreros, y es la nomenclatura taurina. Todas las ciencias, artes y oficios tienen su tecnología especial; mas ninguna tan complicada, enrevesada y numerosa como la que se refiere á la torería. Sólo para clasificar la cuerna y pelo de los toros hay la mar de terminachos bárbaros ó pintorescos. Pues ¡y para marcar las condiciones del toro y describir los accidentes de la lidia! Consignarlos sería el cuento de nunca acabar.

Dejo hablar á un diestro:

«Encontré al *burel* (toro) en los *tableros* (junto á la barrera). Al *pesarle* (tantearle con la muleta) vi que era *ladrón* y *mosquito* (que cortaba el terreno y buscaba el bulto). Además *se recostaba del izquierdo* (acometía por este lado), *se cernía en las colás* (cabeceaba al acometer) y *derramaba* (esparcía la vista), y no tuve más remedio que *abanicarle* (torearle con la muleta desplegada en la espada en forma de abanico).» Me detengo aquí para no fatigar al lector, pues para muestra basta un botón. Ahora bien: como cuando se reunen toreros, sólo suelen hablar de cosas anexas á su profesión, porque todavía no les ha invadido la política, es necesario para alternar con ellos llevar un glosario taurino; de no, se corre riesgo de oir hablar en *gringo*.

Florencio Moreno Godino

(Concluirá)

VERDADES Y MENTIRAS

Mañana ó pasado se clausurará la Exposición del Círculo de Bellas Artes. Dentro de pocos días se abrirá en Bilbao otro certamen de pintura y escultura. Como se ve, movimiento artístico no falta. Sevilla, Barcelona, Alicante precedieron á Madrid y á la capital de Vizcaya en lo de ofrecer público testimonio de cuánto les interesan las Bellas Artes. Y, justo es confesarlo: por lo menos, por lo que á Madrid atañe, el público se ha mostrado menos indiferente que otras veces, visitando la Exposición y adquiriendo obras de arte.

Pero veamos, examinemos con algún detenimiento el valor de la producción artística, no tan sólo desde el punto de vista de la idea representada, sino también desde el de la plástica. ¿Cuál es el derrotero nuevo? ¿Qué nuevas fórmulas estéticas se han iniciado? ¿Qué es lo que el artista de hoy siente y estima? ¿Cuáles son sus aspiraciones? ¿Adónde pretende ir?

He dicho ya, y creo que en estas mismas columnas, que visitando la Exposición del Círculo de Bellas Artes me sucedía que no podía prolongar más allá de quince minutos la estancia en aquellos salones. ¿Había obras malas, de esas que aun en las mismas Exposiciones nacionales, donde funciona un jurado de selección, sin embargo se ven? No; yá pesar de esto, yo salía del palacio de la Biblioteca fatigado, con un cansancio espiritual inmenso, triste, deseando ver los árboles de Recoletos, llenos de verdura, y el cielo azul, brillando el sol, la naturaleza, en fin, tal como ella se exhibe, aun cuando sea de modo tan raquítico y sujeto al arte cruel de la jardinería, como en este Madrid se muestra. Ya en la calle, miraba á la cara á las gentes y las veía de otro modo, como si aquellas figuras pintadas y que allá dentro en los lienzos acababa de ver me pareciesen imágenes de gente de una generación exenta de toda vida moral y física, faltas de voluntad, de sensibilidad, de sangre y de nervios; figuras de cera remedando en el gesto y la actitud las personas de carne y hueso. Y esto mismo me acontecía contemplando los paisajes y las marinas. Antojábaseme todo aquello obra pictórica, como obra hecha en otro planeta, por artistas que no conociendo la forma humana ni la del paisaje terrestre, trazasen éste y aquélla con sujeción á relatos más ó menos exactos y tan sólo por adivinación.

Sí; cierto que las figuras eran figuras con mayor ó menor acierto trazadas, y los árboles árboles, y el mar semejaba el mar. Cierto que el color parecía como reminiscencia de algo visto en sueños, y que, merced á un soberano esfuerzo de la memoria, se recuerda al volver á la vida de la realidad. Cierto que no podía decirse de ninguna de todas aquellas pinturas que eran producto de pinceles desconocedores del tecnicismo del arte; pero cierto también que esos mismos pinceles no sintieron ni la verdad plástica ni la psíquica.

Pero no culpemos únicamente á nuestros artistas de esta falta de sentimiento estético, de esta falta de sentido artístico, de esta falta de sensibilidad. Culpemos también á la horrible incertidumbre que en todo orden de cosas nos abruma. Culpemos asimismo á la apatía que respecto de cuanto se refiere á la cultura intelectual reina en las esferas del gobierno; culpemos al apocamiento moral y físico de esta raza, enervada por un aplanamiento de todas sus fuerzas, proveniente del cansancio que engendra la falta de ideales, y más que la falta de ideales el mezquino egoísmo de no luchar por el mañana. Todo esto contribuye á ese apocamiento de la vida artística, á que no se produzcan esas grandes obras que revelan pujanza, fuerza, virilidad ó delicadezas del espíritu.

El espanto parece pintado en el rostro, lleno de afeites, de la sociedad actual. El malestar que advierte lo mira como mira el linfático el esfuerzo continuado y enérgico que habrá de arrancarle de su muelle quietud, aun cuando esa quietud le acarree la muerte. A gusto en el machito que le han proporcionado hace tiempo, ve con terror cómo la senda por que camina se torna, de llana, en abrupta y áspera. Tiene que echar pie á tierra, y caminar como le sea posible. La cabalgadura ya no le sirve, y detenerse significa morir de hambre y de sed. Le aterra el inexorable grito del humano progreso, que imperioso le ordena ir adelante; pero adelanta en condiciones iguales á las del hombre que no tiene más auxilio que su esfuerzo mental y corporal. ¡Oh, sí, es horrible esto de verse obligado á llevar á cuestas también, como el más mísero de los humanos, el pesado peñasco de Sísifo! ¡Tan á gusto como se encontraba con leyes que le permitían vivir á costa de otros: con una organización social que le daba preeminencias políticas y sociales, sobre todos aquellos que tan sólo viven del sudor de su rostro; hasta tenía ya su formulario para pensar, para rezar, para juzgar. Le habían enseñado un credo político, y un credo social, y un credo religioso, y un credo científico, y un credo artístico, y un credo moral: ¿para qué nuevos aprendizajes, y nuevos ideales, y nuevas fórmulas de todo, cuando precisamente esas fórmulas y esos nuevos ideales le obligan á pensar, á ir á la lucha por la existencia, á vivir á expensas de sí mismo? ¿Qué hacer? Dejemos que pase el tiempo, que todo lo borra, y mientras tanto, ¡duro en cuantos inquietos pretendan trastornar la regular marcha de nuestra existencia!

Pero la marcha y desarrollo de las nuevas fórmulas sociales avanza al unísono con las necesidades que el progreso trae consigo. La amplia moral de aquella fórmula, más equitativa y justa que la actual, viene á ser el ánfora que encierra todo un código religioso; código predicado hace diez y nueve siglos y desfigurado por las interpretaciones que las conveniencias de ciertas clases de la sociedad hicieron de él *pro domo sua*. Y la lucha se ha entablado; y como quiera que el desconocido es siempre mirado con prevención, aun por aquellos que más serenos y más elevados son de espíritu; como quiera que ese desconocido lanza como grito de guerra ¡abajo prerrogativas, abajo desigualdades de la fortuna, abajo sofismas de la moral acomodaticia que hoy rige!, y á favor de esas prerrogativas y de esas desigualdades y de esos sofismas se ha erguido este edificio donde viven la apatía, el agiotaje, la insolencia y el egoísmo, esta es la razón que para combatir á enemigo que se apresta á derrumbar cosas sancionadas por larga serie de siglos, se saquen á plaza, esgrimiéndolas como armas defensivas, la necesidad de acatar lo que vienen enseñándonos la iglesia, las leyes, el honor; ¡ay; como si las doctrinas de Cristo, no interpretadas *ad libitum* por nadie, admitieran casuísmos y desigualdades y el deshonor, y el hambre con la riqueza hermanada!

Y, claro está, cuando caducan las sociedades, es que fatalmente deben caducar. Por eso, las leyes del orden social y del orden religioso y del orden político no tienen, en esos períodos de decadencia, fuerzas inspiradoras, fuerzas impulsivas para que el espíritu vuele en busca de inspiración, de luz, de belleza. He aquí el porqué reconociendo en nuestros artistas, mejor dicho, en buen número de nuestros artistas, las facultades técnicas que se les deben reconocer, porque las tienen, sus obras carezcan de vida, de realidad y verdad sentida.

***

Verdaderamente es muy cierto que el artista no puede abstraerse del medio social en que vive; pero yo pregunto: ¿es que el artista puede ser tal, y como tal considerarse, falto de ideales, de inspiración y de esa supra-sensibilidad que le distingue del resto de los hombres? ¿Es que el artista no debe ni puede moverse, sino dentro de lo que «es» tan sólo, ó recordando lo que «fué.» ¿Es que el artista cree reducida su misión á pintar ó á esculpir como lo determinan estas ó aquellas «maneras» más en auge, y á llevar al lienzo las ideas sacadas á plaza hoy, mañana ya olvidadas?

No; no es ni puede ser considerado como artista el que únicamente sabe manejar la paleta ó el escoplo, el que únicamente reproduce con mayor ó menor acierto lo exterior de las cosas. Adivínase en los esfinges egipcios todo el espíritu religioso y guerrero de un pueblo, así como la idea que la patria de los faraones tenía de la eterna quietud y del inexorable fatalismo del destino. Adivínase en el concepto filosófico y en el sentido estético del arte griego cómo presentía la perennidad del espíritu humano frente á la fatalidad del telurismo, rebelándose el hombre contra el círculo de hierro en que pretendiera encerrarle aquél. Muéstrase en el arte medioeval cómo el alma busca en las abstracciones de una idea puramente ascética mayores espacios en que poder vivir, atmósfera de luz y de ensueños en que recrearse, huyendo de las terribles realidades de un estado social en constitución. Revélase en el Renacimiento el arte, aunando la verdad de la forma con la exteriorización de la idea, que pesa, llenándolo por entero, en el cerebro humano. En el período romántico, el pincel, el escoplo y la pluma anuncian cómo la humanidad tiende á encontrar un estado de equilibrio entre las ideas de ayer y las de hoy, entre las aspiraciones del espíritu y las necesidades de la materia, entre los egoísmos sociales y los generosos altruismos. ¿Cuál es al presente el ideal de nuestros artistas?

Sobre estos movimientos revolucionarios que acometen periódicamente á las sociedades todas; sobre estas épocas de luchas, ya religiosas, bien de carácter político ó social, está lo perenne, lo eterno, lo que vivirá mientras el universo exista, y él, un solo hombre, esto es, la Naturaleza con sus ríos y sus montañas, y sus valles, y sus bosques, y sus lagos, y sus tempestades, y sus días de sol, y sus ocasos y sus ortos, y el humano con sus pasiones, y sus vicios y sus virtudes, y su belleza plástica y sus deformidades, también estéticas, aun cuando así no lo crean muchos. Todo pasa al cabo, todo sufre transformaciones más ó menos radicales, menos la humanidad, menos la Naturaleza. Por eso creo firmemente en la desaparición del arte amarrado á la determinante científica, en cuanto esta determinante pretende anular la libre y espontánea manifestación del sentimiento. Por eso creo un absurdo buscar en las doctrinas de ninguna filosofía motivos para producir cuadros y estatuas. El arte tiene por misión exclusiva la de producir la belleza. ¡Cuántos millares de veces se ha repetido esto mismo!; y sin embargo de haberse repetido tanto, siempre se distancia el artista de esta verdad.

Épocas hay, como la presente, en que el arte debe buscar nuevas fórmulas á la expresión de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero. No seré yo quien, á pesar de lo que afirmo de que no es en las ideas contendientes, sean científicas, religiosas, políticas ó sociales, donde el arte ha de encontrar la suprema expresión de la belleza, el que anatematice al pintor ó al estatuario que vaya en busca de elementos, ora dramáticos, ora cómicos ó idílicos, al campo donde la lucha de aquellas ideas se realiza. La mina, la fábrica, la labor humana en todos sus aspectos plásticos y en toda su importancia, de carácter perenne, inmutable; las grandes miserias de ciertas clases con sus episodios hondamente elegíacos; las escenas, en fin, á que dan lugar egoísmos de escuelas y los impulsos generosos que informan nuevas ideas, todos estos elementos, en cuanto despiertan al unísono en los corazones una misma sensación estética y un mismo sentimiento, pertenecen por juro de legitimidad al arte; pero desde el instante mismo en que la idea expresada en el lienzo levante al propio tiempo aplausos y protestas, porque esa idea defienda ó ataque modos de sentir de individuos ó de colectividades, en ese mismo instante, por grande que sea la belleza técnica de la obra, morirá al cabo; que no es el destino del arte vivir la vida que una fórmula ó un sistema, sino eternamente.

Yo no sé si, debido á un especialísimo estado de mi ánimo, creo que el arte hoy necesita remontar su vuelo á muy altas regiones para llegar á conmovernos. Yo creo que si en la literatura el espíritu de las doctrinas de Cristo comienza á ejercer soberana influencia, en cuanto atañe á las relaciones de la moral universal en que el Hijo de Nazareth basó su código



M. JUAN CASIMIR-PERIER, nuevo presidente de la República francesa.

profundamente humano, con el desenvolvimiento de las aspiraciones de una gran parte de la humanidad desheredada y con la evolución en un sentido generoso de los códigos todos, así de los escritos como de los no escritos, así también ese mismo espíritu de dulzura debe informar á mi entender en la obra plástica. Hay algo inexplicable de tan íntimo en la relación que existe entre la aspiración al bien supremo que Cristo enseñó y predicó, y el inefable goce que sentimos cuando contemplamos la Naturaleza con sus misterios, y la belleza de la forma humana con sus curvas de inapreciable valor geométrico, y las expansiones de la pasión amorosa con sus delirios, y las audacias del hombre cuando lucha con los elementos, y el vagar sin término concreto de la fantasía frente al ancho Océano, que yo pienso si aquel reino de que Cristo hablaba tiene aquí en la tierra su principio, y que tan sólo á aquellos ciegos del alma no les era dable comprender lo que el Nazareno les decía. Pues yo entiendo que cuanto mayor sea el exquisitismo de nuestra sensibilidad psíquica y física, más cerca estaremos de gozar por entero de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, resumido en Dios, *summum* de estas tres cualidades de lo perfecto.

Hoy, quizá más que en ninguna época de las que mayores tribulaciones aportaron á la humanidad en el transcurso de los siglos, el arte ha menester, afianzándose en lo real y verdadero, así para la forma como para la expresión de la idea, ir en busca de elementos estéticos que conmuevan nuestro corazón; y nada más grande ni nada más generoso que volver los ojos á cuanto despierte en nosotros el deseo de amar, de vivir, de entregarnos á la lucha por la existencia, llevando ante nuestros ojos la piedad, el cariño á todo cuanto significa ó alberga en sí un átomo de vida. Por eso he mirado con tristeza la obra pictórica expuesta en el palacio de la Biblioteca, porque, falta de sentimiento, de jugo vital, así revelaba anemia del espíritu creador, como anemia física; así revelaba desconcierto en la idea, como cansancio de las fuerzas materiales; así revelaba ignorancia de la finalidad del arte, como miedo á adquirir la certidumbre del deber, que el conocimiento y sentimiento de aquella finalidad obligan al artista.

Es en vano la tarea de pintar ó esculpir, si la obra no ha de reflejar lo íntimo, aquello que Blanc distinguía diciendo que era la diferencia entre lo que veían los ojos y lo que veía el alma.

R. Balsa de la Vega

RECOMPENSAS PÓSTUMAS

(episodio de 1836)

I

En aquellos días la libertad era más que una idea política. Nosotros la aceptábamos por religión, y religión de tal naturaleza que no comprendíamos que pudiera tener apóstatas. Si en la teogonía que entre el olor de la pólvora y el silbar de las balas nos habíamos formado figuraban como divinidades absolutas é impalpables Cristina y la *niña*, lo cierto y verdad es que necesitados de algo más próximo y tangible, habíamos colocado en el altar de nuestro entusiasmo un ídolo que encarnaba todos los ideales, la patria simbolizada en Isabel II y la libertad sintetizada en el libro de la Constitución.

Aquel ídolo era D. Baldomero Espartero.

El general, como le llamábamos, dando á entender que aquél era el único que en lo antiguo y en lo moderno merecía tal título, no se discutía jamás. Nos había guiado tantas veces á la victoria, que estábamos íntimamente convencidos de que obedecerle era vencer, y le obedecíamos, no como quien cumple fríamente los preceptos de la Ordenanza, sino como el fanático que interpreta con escrupulosa nimiedad las prescripciones de su rito.

Dicho esto, que por demás es sobradamente sabido, imposible parece que en aquel culto hubiera categorías, y sin embargo, las había. Quiero decir, que siendo común la adoración, no era raro encontrar quien se distinguiera por la intransigencia de ella. De entre este grupo, por cierto bastante numeroso, se destacaba la figura del personaje que ha de servir de protagonista en estas páginas olvidadas de la historia.

II

No tan sólo no había logrado engalanar sus robustos hombros con las acanaladas charreteras de oro de los generales, sino que ni aun dado le había sido alcanzar los modestos galones de cabo.

Y sin embargo, era un veterano, y además de un veterano un valiente. Con el general había hecho la campaña de América, regando en más de una ocasión con su sangre aquel disputado suelo, á pesar de lo cual no había salido de la categoría de soldado reenganchado.

La circunstancia, harto frecuente entonces entre las clases de tropa, de no saber leer ni escribir, le había imposibilitado de recibir otras distinciones que unas cuantas cruces, alguna de ellas pensionada; pero no había sido obstáculo para que se viera favorecido con otra, que para él era de mayor valía que los más altos grados y los más pingües empleos. Desde hacía largos años el general le tenía á su servicio en calidad de asistente.

Su manía era la pulcritud y la limpieza, cualidades que extremaba, no sólo en el cuidado del caballo y equipo de su amo, sino que se echaba de ver en las mismas prendas de su uniforme. Los innumerables botoncillos de su casaca más que de cobre parecían de oro finísimo, según el brillo que sabía sacarles; la chapa de su alto chascás, de espejo pudiera servir á la más atildada dama, y no tan sólo sus zapatos y fornituras conservaban constantemente un lustrado irreprochable, sino que hasta el mismo pantalón blanco, que á veces nos veíamos precisados á usar en los más crudos y lluviosos días de invierno, conservaba siempre una tersura y nitidez más propios de días de parada que de las agitaciones de las marchas y de los descuidos de los campamentos.

Por lo demás, aunque sus luces naturales (perdónemelo su memoria) no eran muchas, la buena voluntad y su experiencia de soldado viejo suplían el resto á punto de que en las más apretadas horas, que en ocasiones solían serlo mucho, no sólo no faltaban en la mesa del general las cosas más necesarias, sino que hasta abundaban en ella los regalos y las holguras.

Esto no obstante, nuestro héroe huía de las ventajas que su posición le proporcionaba. Lejos de considerarse rebajado de servicio, como podía estarlo, sin descuidar sus ocupaciones domésticas, solía ocupar el primero un puesto en el escuadrón, y aun no era raro verle solicitar con ahinco formar parte de una descubierta ó alinear en preferente fila en una carga.

Algunos veteranos le reprochaban tal empeño y burlándose de él le decían:

– Ambiciosillo eres. ¿Cuentas acaso con lucir todavía sobre el uniforme las charreteras de capitán?

Pero él se encogía de hombros, limitándose á contestar:

– Soldado raso empecé y soldado raso pienso acabar. Cuantos me conocen saben que la ambición nunca me ha cosquilleado en el pecho.

En esto mentía. Después del general y del estandarte del escuadrón había una cosa que miraba con particular respeto. Siempre que pasaba á su lado un oficial agraciado con la cruz laureada de San Fernando, le saludaba con una veneración no exenta de envidia. Por coser aquel gironcillo de paño bordado al costado de su casaca hubiera dado, no un dedo, sino la mano entera.

Sin embargo, aquella ambición era tan platónica como todas las que había tenido en su larga vida. De sobra sabía que por heroicos que sean los servicios de un simple soldado, no se recompensan como los de un oficial.

El general mismo á cuyos oídos había llegado aquel irrealizable ensueño de su asistente, solía decirle con familiar zumba siempre que le veía montar á caballo para atacar al enemigo:

– Anda á ganarte la cruz.

III

Un día, en que hacía más de seis que no oíamos un tiro, estando empezando á almorzar el general, se presentó en el modestísimo alojamiento que en uno de los confines de Navarra ocupaba, uno de los muchos espías, que á riesgo del pellejo pasaban la vida tan pronto sirviendo al ejército del Pretendiente, como ayudando á nuestras tropas.

El viajero, que revelaba haber hecho una larga jornada, no quiso, sin embargo, perder un momento; haciéndose conducir á la presencia del ilustre caudillo, dejó en sus manos un pliego que traía cuidadosamente oculto entre los forros de la montera de pellejo que cubría su crespa y enmarañada cabellera.

El general rompió el sobre, y después de pasar la vista precipitadamente por el escrito, se levantó de la mesa, y volviéndose á uno de sus ayudantes murmuró:

– Antes de media hora es preciso estar á caballo. Tenemos encima una gruesa columna enemiga, y aunque no se me oculta que con las escasísimas fuerzas de que aquí disponemos es imposible rechazar á la facción, como lo principal es ganar tiempo, preciso es organizar una resistencia que dure algunas horas. El pueblo no debe caer en poder del enemigo antes de la puesta del sol; mientras quede un solo hombre, no ceder. Yo hago falta en otra parte. Una escolta de ocho caballos me basta. Que cada cual cumpla con su deber.

Dicho esto se volvió al espía y murmuró:

– A este hombre que le den un tasajo y un trago. Ahora mi caballo.

– Ya está ensillado, mi general, respondió el asistente cuadrándose; y como el que solicita una gracia que teme le sea negada, preguntó:

– ¿Y yo puedo incorporarme á mi escuadrón?

El general vaciló; pero al fin contestó con un lacónico «sí.»

El viejo soldado esperó la muletilla de la cruz; pero esperó inútilmente. Su ilustre amo estaba demasiado preocupado para bromas.

Un cuarto de hora después los disparos de nuestras avanzadas anunciaban que el enemigo estaba allí.

IV

La jornada fué terrible. Sabiendo que éramos uno para ciento, á falta de esperanza para vencer, esperábamos todos morir con gloria, y la verdad es que aquel puñado de valientes lo consiguió.

A la caballería le tocó el prólogo y el epílogo de aquel sangriento drama.

Su primera misión fué resistir en un llano de las inmediaciones del pueblo el empuje de la columna enemiga.

La última, proteger la retirada de sus compañeros, perseguidos por los vencedores, ebrios de sangre.

La infantería, escasísima por cierto, harto hizo con defender el pueblo calle por calle y casa por casa.

Cuando el sol transponía las últimas cimas de los cerros que limitaban el horizonte, fué cuando renunciamos á prolongar aquella inútil resistencia.

Entonces nuestros perseguidores estaban ya tan fatigados, tan poco interés tenía para ellos copar la exigua fuerza que de nosotros quedaba, que volviendo grupas, nos dejaron tomar aliento y reunir los dispersos.

El espectáculo que se ofreció á nuestros ojos era bien triste por cierto. Los que habíamos sobrevivido á aquel honroso, pero desgraciado hecho de armas, no llegábamos á la tercera parte de los muertos.

Entre las caras amigas que me rodeaban no tardé en reconocer al valeroso asistente del general, que había sido uno de los últimos en abandonar la pelea y que buscaba en vano su escuadrón.

De éste todo lo que quedaba era unos cuantos soldados desmontados, y el trompeta de órdenes, chiquillo que apenas contaría quince años.

El veterano contempló algunos momentos aquellas ruinas y bajó la cabeza, tal vez para ocultar una lágrima.

– ¿Y el estandarte?, preguntó.

– Allá abajo queda, le respondió un sargento. Mientras se pudo se le defendió; pero al cabo cayó en poder del enemigo.

Un rugido de rabia salió del pecho del viejo soldado. Por primera vez en su vida, faltando á la Ordenanza, olvidó el respeto que debía á un superior jerárquico. Hasta creo recordar que le llamó cobarde.

Lo que pasó después apenas puedo decirlo. Cuando volví la cara, vi que el veterano se dirigía á galope á las líneas enemigas, arrastrando consigo al trompetilla.

Hubiera querido detenerlos; pero ya era tarde.

Comprendí que corrían á la muerte, y á mi pesar respeté aquella última voluntad de un moribundo.

V

Los primeros albores del día nos sorprendieron acampados en una loma, desde la que se distinguía un numeroso cuerpo de ejército que indudablemente venía en nuestra ayuda.

Antes de que nos hubiéramos puesto en marcha de nuevo, vimos venir por el camino opuesto un jinete, en el cual no tardamos en reconocer al trompetilla que había acompañado al héroe de estos apuntes.

El muchacho volvía sin chascás, con el caballo mal herido, con el uniforme desgarrado en muchas partes y hasta con una de sus charreteras de estambre blanco partida de un sablazo.

Cuando estuvo entre nosotros, todos nos apresuramos á preguntarle:

– ¿Y tu compañero?

El trompeta movió la cabeza tristemente. Después contestó:

– Ha hecho lo que nadie haría por recuperar el estandarte; pero los milagros no son para nosotros.

– ¿Y qué ha sido de él?

– Menos afortunado que yo, cuando ya no ha tenido fuerzas para pelear ha caído prisionero.

Todos callamos. En aquellos días en que la ley de las represalias se cumplía con bárbara tenacidad por una y otra parte, la palabra prisionero era sinónima de muerto.

Indudablemente de aquel valiente no quedaba ya más que un tronco inanimado.

VI

La precipitada llegada del general hizo que nos pusiéramos otra vez en movimiento.

Sin dejarnos lugar á darle cuenta de los incidentes de la lucha, nos incorporó á la numerosa fuerza que mandaba, y antes de las veinticuatro horas recuperábamos sin gran resistencia el pueblo que tanta sangre nos había costado defender.

Aquella tarde yo mismo referí la temeraria cuanto desgraciada empresa de su asistente.

El general, profundamente afectado, me escuchó sin despegar los labios.

Cuando llegó la noche, volviéndose á un chiquillo que nos acababa de servir la cena, le preguntó:

– ¿Conoces el sitio donde los facciosos han fusilado á nuestros prisioneros?

– Sí, señor, respondió el chico.

– Pues toma una linterna y una azada y guíanos á él.



EL INVIERNO. ALREDEDORES DE SEVILLA, cuadro de Manuel García Rodríguez

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Cuando estuvimos á un tiro de bala del pueblo, nuestro guía se paró á pocos pasos de una tapia medio derruída, delante de la cual se había plantado recientemente una tosca cruz de madera.

– Aquí es, dijo.

– Pues cava con cuidado, que la tierra está fresca y no te costará gran trabajo.

El chico no pudo ocultar cierta repugnancia; pero la orden era tan terminante que no tuvo más remedio que obedecer.

A los pocos minutos teníamos ante los ojos el cadáver del valeroso veterano.

Al reconocerle, el que en días no lejanos había de inmortalizar una vez más su nombre en el puente de Luchana, no pudo contener una lágrima. Una vez enjugada, arrancó de su uniforme la cruz laureada de San Fernando, y colocándola cuidadosamente sobre el agujero negro que una bala había abierto en el pecho del que había sido su asistente, murmuró:

– ¡La merecía!

En aquel momento la luna, saliendo de entre un grupo de nubes, iluminó de lleno las lívidas facciones del cadáver, que nos pareció ver animadas por una sonrisa de orgullosa satisfacción.

¡Sólo después de muerto realizaba la única ambición de su vida!

Al cabo de algunos segundos, la tierra volvió á ocultarle para siempre.

VII

Hoy ya somos muy pocos los que conservamos el recuerdo del viejo soldado; pero tan destinado estaba á no salir de la obscuridad y del olvido, que yo mismo, aun siendo quizás el único que puede apreciar toda la magnitud de su heroísmo, por más que he hecho desde que empecé á emborronar estas cuartillas no he podido acordarme de su nombre.

ANGEL R. CHAVES



Asesinato de M. Carnot en Lyón en la noche del 24 de junio último,

dibujo de E. X., tomado de un croquis de E. Ximenes



VENDEDORA DE FLORES, cuadro de Edmundo de Pury



UNA FIESTA EN EL SERRALLO DEL SULTÁN DE PALMIRA, cuadro de A. Rivas

NUESTROS GRABADOS

La mesa grande, cuadro de Cecilio Plá y Gallardo (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – La mesa grande, aquella que cubre con su mantel el jornalero y el albañil, al pie de la obra, junto á la casa que construye y sobre la cual mesa coloca su compañera la basta cazuela con el modesto cocido, es la que ha tratado de representar nuestro amigo el discreto pintor Cecilio Plá. Y cuenta que al dar remate á su obra, lo ha hecho sin duda con la doble intención de trasladar al lienzo una escena popular, ateniéndose al concepto modernista, en la justa medida de lo razonable y castizo. El cuadro de Plá, como el que recientemente hemos publicado de Luis Graner, representando una herrería, es una gallarda manifestación de la escuela modernista española, y por lo tanto una indicación de cuánto se puede hacer razonablemente y cuánto puede obtener el artista, desprovisto de apasionamientos, cuando su habilidad se halla robustecida por el ingenio y el buen sentido.

El nombre de Cecilio Plá es ventajosamente conocido, pues ha logrado por la valía de sus producciones señalados triunfos, justa recompensa á su laboriosidad y á su reconocido talento.

M. Juan Casimir-Perier, nuevo presidente de la República francesa. – El eminente hombre público á quien el voto de la nación ha elevado á la primera magistratura de la República francesa, lleva un nombre ilustre en la historia de Francia en el presente siglo; su abuelo fué presidente del Consejo de Ministros en tiempo de Luis Felipe, y su padre fué ministro del Interior en 1871 y 1873 durante la presidencia de M. Thiers. M. Casimir-Perier comenzó á distinguirse en 1870, entrando á formar parte de las fuerzas movilizadas del departamento del Aube y ganando la cruz de la Legión de Honor cuando sólo contaba 23 años. En 1871 fué secretario particular de su padre, ministro del Interior, como hemos dicho; en 1874 fué elegido diputado provincial del Aube y en 1876 diputado; en 1877 fué nombrado subsecretario de Estado en el ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes y en 1883 en el de la Guerra con el general Campenón. En 1890 eligiósele vicepresidente de la Cámara y en 1893 presidente de la misma, pasando poco después á ocupar la presidencia del Consejo de Ministros, que abandonó en 22 de mayo último á consecuencia de la votación en la cuestión de los sindicatos de los ferrocarriles. Vuelto á la presidencia de la Cámara, la elección verificada el 27 de junio próximo pasado lo ha elevado al primer puesto de la República con gran entusiasmo de cuantos, así en Francia como en el extranjero, se interesan por la suerte de la nación francesa.

Su historia es prenda segura de que su presidencia ha de ser altamente beneficiosa para el pueblo que le ha confiado sus destinos: republicano convencido, su gestión ha de afianzar las libertades conquistadas; hombre de entereza, su gobierno no puede menos de redundar en provecho de la causa del orden, hoy amenazada en la mayor parte de los pueblos y que está íntimamente enlazada con el bienestar y la prosperidad de éstos.

El invierno. Alrededores de Sevilla, cuadro de Manuel García Rodríguez (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Bello, cual todos los que brotan del pincel del distinguido paisista sevillano, es el cuadrito que reproducimos, digno compañero del que también figura en nuestra Exposición de Bellas Artes, adquirido por un inteligente coleccionista de esta ciudad. Los añosos y blancos troncos de los álamos que bordan las riberas del poético Guadalquivir, las tranquilas aguas del río y la ciudad al fondo, impregnada la atmósfera de acuosos vapores que agrisan el azulado celaje, todo retrata el invierno y todo recuerda el encanto de aquel país privilegiado, en donde aun en la estación en que la naturaleza parece dormida, existen vida, atractivos y poesía.

Varias veces nos hemos ocupado de las obras de García Rodríguez. Hoy sólo podemos afirmar una vez más el ventajoso concepto que nos merece como paisista español, que copia fiel y hábilmente, que construye con el pincel y sabe representar la vida de la naturaleza.

Asesinato de M. Carnot en la noche del 24 de junio último, dibujo de E. X. – Creemos ocioso describir minuciosamente la escena que reproducimos, pues la prensa diaria de todo el mundo se ha ocupado de ella con todos los detalles necesarios. M. Carnot salía del palacio del Comercio, en donde le había sido ofrecido un banquete, y acababa de subir al landó que debía conducirle al teatro, cuando abriéndose paso entre la multitud que con entusiasmo aclamaba al presidente, abalanzóse á éste un joven que, subiendo al estribo del coche y apoyando una mano en la portezuela, sacó con la otra un puñal que llevaba en el bolsillo y lo clavó en un costado del infortunado M. Carnot, ocasionándole la herida que á las pocas horas le produjo la muerte. El dibujo que publicamos está tomado de un croquis hecho por el distinguido dibujante italiano Eduardo Ximenes.

Vendedora de flores, cuadro de Edmundo de Pury. – Aunque el asunto ha sido tratado centenares de veces por artistas de todos géneros y de diversas aptitudes, bien puede asegurarse que el tema de las vendedoras de flores ni se ha agotado ni se agotará, y que siempre que lo trate un pintor de talento resultará agradable la obra que en él se inspire. Así sucede con el cuadro que reproducimos, cuya figura cautiva á cuantos la contemplan, por la verdad con que el autor la ha tratado y por el sello de originalidad que ha sabido imprimirle dentro de la más laudable naturalidad.

Una fiesta en el serrallo del sultán de Palmira, cuadro de A. Rivas. – El asunto de este cuadro es de aquellos en que un artista de valía puede hacer gala de su inspiración y de su talento. Reproducción de costumbres típicas, de fastuosas fiestas, de trajes pintorescos y de magnificencias arquitectónicas, la fantasía del pintor tiene ancho campo en que moverse y pretexto para sacar de su paleta colores todo luz y todo vida. Bien ha sabido aprovecharlo el autor de esta obra, presentándonos una escena grandiosamente concebida, con elementos habilísimamente combinados, dando á su concepción una forma bellísima y correcta y probando, en suma, que ha nacido para el gran arte.

Mary, cuadro de Manuel Felíu D'Lemus (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Sobriedad en el colorido, armonía y distinción son las cualidades que se observan desde luego en el lienzo de Manuel Felíu, para quien cada año que transcurre, cada exposición en que toma parte,



Mary, cuadro de Manuel Felíu D' Lemus
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

marcan una etapa, señalan un progreso en su vida artística. Felíu ha sabido juiciosamente apartarse de los exclusivismos, y saturado su espíritu por el estudio y la observación de las obras de los grandes maestros de la pintura, especialmente por las de aquellos que honran á nuestra patria, amasa en su paleta una gama castiza que al fijarla en el lienzo produce efectos tan agradables cual los del cuadro que reproducimos, que figura entre los premiados en nuestra Exposición de Bellas Artes.



La fiesta del cumpleaños de Herodes, cuadro de Eduardo Armitage, R. A.

Otro triunfo acaba de alcanzar nuestro amigo, cual es el que representa la adquisición por el gobierno francés del cuadro que se halla actualmente en el Salón de París, por el que se le ha satisfecho doble precio del que se había fijado en el catálogo.

La fiesta del cumpleaños de Herodes, cuadro de Eduardo Armitage. – En la Miscelánea del núm. 645 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dijimos algo de la Exposición recientemente celebrada en Guildhall por la corporación de la City de Londres. Entre los cuadros que en ella más llamaron la atención figuraba el que reproducimos, obra del eminente pintor académico inglés Armitage, que estuvo expuesto en la Academia en 1868 y que su autor ha cedido graciosamente para formar parte de la colección permanente de Guildhall.

Monumento erigido en Bedford á la memoria de Juan Howard, obra de M. Gilbert. – Juan Howard nació en Hackney, cerca de Londres, en 1726, y consagró la mayor parte de su vida y de su fortuna á aliviar la triste situación de los presos: á su muerte, acaecida en 1790, había publicado, entre otras obras, *Estado de las prisiones en Inglaterra y en el país de Gales* y *Noticia sobre los principales lasaretos de Europa*. Además dejó unas interesantes *Memorias* que se publicaron en 1850 Para perpetuar la memoria de tan ilustre filántropo se ha erigido por suscripción pública en Bedford un sencillo, pero artístico monumento, que se inauguró el día 28 de marzo último, cuya hermosa estatua es una de las más felices creaciones del escultor Gilbert, individuo de la Real Academia de Londres.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – VIENA. – *Rectificación.* En el núm. 650 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos una noticia referente á las medallas de oro obtenidas por escultores españoles en la Exposición de Bellas Artes de Viena: de su redacción, por efecto de la equivocada colocación de los nombres de los Sres. Querol y Benlliure, se desprendía que la gran medalla de oro había sido concedida al primero, siendo así que quien ha sido premiado con la única gran medalla de oro otorgada por el Jurado á la sección de escultura española es D. Mariano Benlliure.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Parisiense *Dinah*, comedia lírica en cuatro actos, letra de Carré y Choudens y música de Missa, llena de inspiración, aunque alguno de sus fragmentos adolezca de falta de originalidad, y en el Teatro de las Letras *Ils sont trops verts*, fantasía rimada de corte elegante, de Scheler y Plan; *La Glissade*, comedia en tres actos de Maurey y Thierry, de asunto escabroso, pero tratado con habilidad, especialmente en el último acto, y *L'Affaire Mancel*, interesante drama en un acto de Jorge Mitchell, poco original, pero de gran efecto dramático.

Barcelona. – En Novedades la compañía que dirigen los aplaudidos actores D. Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez sigue poniendo en escena las mejores obras de nuestro teatro antiguo y moderno y ha estrenado con escaso éxito la última producción de Echegaray, *La rencorosa*. En el Tívoli se ha estrenado con gran éxito una zarzuela en tres actos, *El colegial Totó*, arreglo de una opereta francesa por D. Mariano Pina y Domínguez: la música ha sido arreglada por D. Andrés Vidal y Llimona.

Londres. – En Covent Garden se ha cantado la nueva ópera en dos actos, de Massenet, *La Navarraise*, de música inspiradísima y muy apropiada al argumento: su representación dura menos de una hora, y entre las piezas más notables sobresalen un recitativo, un precioso dúo de amor, un nocturno, un brindis y el final. El éxito de *La Navarraise* ha sido extraordinario. En Drury Lane funciona la compañía de ópera alemana que ha cantado con gran aplauso *Las Valkirias*, *Siegfrido* y *Tanhauser* y ha de cantar aún *Tristán*, *Lohengrin*, *Fidelio* y *Der Freyschutz*. En el teatro Daly ha dado una serie de representaciones Sarah Bernhardt, habiendo puesto en escena con mucho éxito *La Tosca*, *La Dama de las Camelias*, *Fedra* é *Iseyl*, el drama budista de Armand Silvestre y Morand, estrenado hace poco en París. En la Gaiety ha sido muy aplaudida la última obra de Sardou, *Madame Sans Gêne*, representada por Mme. Rejane. En la Comedia se ha estrenado con gran éxito una interesantísima comedia de J. M. Barrie, *The Professor's Love history*, que además de estar muy bien escrita y de tener un argumento delicadísimo, es un notable estudio de la naturaleza humana.



Vete de aquí, exclamó el Sr. Jeuffroy golpeando el suelo con el pie

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.–ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Marcos estaba de pie frente á ella, respirando con dificultad y esforzándose en buscar palabras para expresarse.

–Esa carta..., esa carta odiosa, comenzó... No, no es eso lo que quiero decir... En fin. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha dicho á usted? Quiero saberlo de su misma boca.

–Que me amaba, contestó la joven haciendo un esfuerzo y con voz muy baja, pero no sabía que yo hubiese prometido mi mano.

–¡Valiente obstáculo para él!, exclamó Preymont. ¿Soy yo acaso un niño para creer que eso es todo? Después de haber extasiado á usted con sus palabras, que tan dulces le han parecido, sin duda habrá dicho que usted iba á ser desgraciada, que no se ama á un hombre como yo, que ese casamiento haría recaer sobre usted el ridículo y que su compasión la extraviaba...

–¿Por quién me toma usted?, repuso la señorita Jeuffroy dando un paso hacia Preymont. Usted se equivoca, Marcos, así acerca de él como respecto á mí.

–¡No me falta más que oir á usted defenderle', gritó Preymont enfurecido.

Atemorizada Susana, guardó silencio ante aquel hombre que estaba fuera de sí y cuya cólera se avivaba por la más leve frase. Trastornada á su vez, inútilmente trató de recobrar su sangre fría; pero conservaba la actitud llena de gracia y dignidad que le era habitual, y Preymont la contempló con desesperación.

– ¡Quién sabe!, dijo irónicamente. ¡Tal vez haya usted escrito esa carta con la esperanza de que se produjese esta escena! ¡Quizás haya creído que yo iba á ser bastante imbécil para entregarla en brazos de otro!

Al oir estas palabras, la señorita Jeuffroy exclamó en un transporte de indignación:

– ¡Cuidado con lo que dice usted, Marcos, y sepa desde luego que ni la cólera ni el dolor excusan á mis ojos un cobarde insulto.

– ¡Ah, gritó Preymont, cogiéndola de la muñeca, bien le sienta á usted darse por ofendida!.. Lea usted esa carta.

Susana se desasió suavemente; sabía muy bien que Marcos tenía derecho para agobiarla; que no podía defenderse; y ocultando el rostro entre las manos, lloró.

Sus lágrimas y su actitud humilde perturbaron á Preymont; largo tiempo permaneció silencioso, y después dijo con una voz tan alterada, que la señorita de Jeuffroy levantó los ojos para asegurarse de que era la suya:

– Usted es, dijo Marcos, quien ha venido á mí; usted quien me prometió lo que yo no osaba ni siquiera desear... ¿A qué me atrevía yo? ¡A nada! ¡Solamente la amaba á usted... y admiraba siempre, Susana! Cuando fuí bastante insensato para creer en sus palabras, puse á sus pies todos los pensamientos de un espíritu que únicamente para usted vivía, un corazón apasionado, fiel hasta la muerte, y usted no ha comprendido ni amado... ¿Qué ha sido ese otro hombre en la vida de usted? ¡Un transeunte, y sin embargo, usted le ama!

– ¡Por Dios, Marcos, exclamó Susana con tono suplicante; no crea usted que le he engañado! Le juro que yo no lo sospechaba.

– ¡Ah, confiese usted que le ama!, exclamó Marcos, dando un paso hacia la joven.

Pero detúvose y prosiguió con la expresión del hombre agobiado por el pesar:

– No, Susana, no hable usted. . ¿Qué podría decirme? Ese hombre era un transeunte tal vez; pero tenía el encanto, la juventud, la belleza, lo mismo que usted posee la seducción... ¿Qué era yo para luchar? Una inteligencia viva y un corazón que late fuertemente bajo una mísera corteza... ¡Oh dolor, oh dolor indefinible!

Quebrantada por la expresión de aquella angustia viril, Susana se acercó á Marcos, y díjole con voz entrecortada por la emoción, pero con firmeza:

– Le conjuro á usted, Marcos, á olvidar esa carta, que nunca debió leer; olvide un momento de extravío; míreme usted, y vea si mi expresión no atestigua la sinceridad de mis palabras. Aquí tiene usted mi mano, amigo mío; yo seré su esposa si así lo desea.

Marcos movió la cabeza con aire desanimado.

– Hoy sí, Susana, repuso, en este momento de emoción..., pero ¿y mañana? ¡Eso no es ya posible!, añadió con voz quebrantada.

Preymont miró á la joven algún tiempo silenciosamente, y dijo con cierta irritación:

– ¿No sé yo acaso que la frase «no es posible» la seduce en el fondo del corazón, aliviándola de un peso demasiado grande para sus fuerzas? ¡Oh, no proteste usted! ¿No he leído acaso todas sus cartas?.. La última no es un momento de extravío, sino la afirmación de la verdad; y yo sé y conozco muy bien lo que usted experimenta..., es el sentimiento inconsciente tal vez aún, pero seguro, de su completa libertad... Y además, añadió, cambiando de tono y volviendo la cabeza, ¿no es usted de otro?..

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con la expresión de un pesar reprimido y tan desgarrador, que Susana tembló de emoción; y dejándose llevar de un pensamiento generoso, contestó con tono resuelto:

– ¡Escúcheme usted, Marcos! Si, como usted dice, nuestra unión es ya imposible, ¿quiere usted que por lo menos no pertenezca jamás á ningún otro? Le debo una reparación, y sabré cumplir mi promesa, se lo juro...

Susana había retrocedido algunos pasos, y con su talle flexible y recto, su rostro pálido y animado de una entusiasta resolución, jamás había estado tan bella ni tan seductora.

– ¡Pobre niña, pobre niña romántica!, contestó Preymont con voz alterada. Usted no sabe lo que propone, y aunque esa promesa pudiera ser formal, yo no la amo con ese amor cruel que quisiera hacerla desgraciada... ¡Dios quiera que yo no le vuelva á ver jamás!, continuó con acento de cólera; pero sería yo un miserable si abusara de tanta candidez para aceptar, ni aun á título de prueba pasajera, esa absurda y generosa idea de niña.

A esta contestación siguióse un largo silencio.

Susana se había sentado, y con los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza entre las manos, lloraba amargamente, mientras Marcos contemplaba como en un sueño los antiguos jardines donde algunos días antes hablaba á su prima con loca ternura.

Pero al fin dijo con tono breve y ligeramente irónico:

– Es usted libre, niña..., y delante de sí tiene un feliz porvenir.

– ¡Oh, Marcos, perdóneme usted!, exclamó Susana, tendiendo las manos hacia él. Yo era sincera en mis deseos, quería hacerle feliz, y amábale desde mi infancia con el más tierno afecto... Yo había creído que obraba bien; que era posible. . ¡Y cuánto mal le he causado! ¿Cómo quiere usted que yo sea feliz con semejante remordimiento en mi conciencia?..

Y Susana, inclinando la cabeza, volvió á sollozar.

Marcos se acercó, y rozando con sus labios el cabello de la joven, murmuró con una voz, débil como un soplo, porque ya no era dueño de sí:

– ¡Amada mía..., tiene usted veinte años! ¡Adiós!

Y cuando Susana levantó la cabeza, estaba sola y libre de todo compromiso.

XI

Preymont pasó rápidamente entre los añosos árboles de formas extrañas que siempre había amado; atravesó casi corriendo las avenidas flanqueadas de grandes bojes por donde tantas veces viera pasar á Susana, y sin detenerse para reflexionar, volvió precipitadamente á su casa diciéndose:

«¡Voy á salir de este país inmediatamente! ¡No sé dónde voy, pero no me importa!»

Al verse de nuevo con su madre, ni él ni ella entraron en reflexiones, y Marcos se limitó á decir:

– ¡Me marcho!.. Ignoro adónde voy, pero escribiré á usted desde París. No quiero permanecer ni una sola noche tan cerca de ella y en medio de todos esos objetos cuya vista ha llegado á ser intolerable para mí. Tampoco sé cuándo volveré.

– ¡Ah! ¡Tú no puedes marchar solo, Marcos!, exclamó la señora de Preymont bajo el imperio de un pensamiento que la atormentaba. Yo voy contigo; déjame acompañarte.

– Quiero estar solo, contestó Marcos con expresión sombría; la misma presencia de usted me haría daño.

Mas comprendiendo por la mirada de espanto de su madre cuál era su pensamiento, añadió:

– Tranquilícese usted..., le doy mi palabra de honor de no atentar contra mi vida.

Marcos escribió después algunas palabras al señor Jeuffroy, y sentándose junto á su madre, le dijo:

– No volveré aquí hasta estar seguro de que no encontraré á Susana. Se la confío á usted, pobre madre mía, pues temo para ella la cólera del Sr. Jeuffroy, y seguramente necesitará de usted.

– Eso es pedirme demasiado, contestó la señora de Preymont con amargura; no quiero volver á verla ni cuidarme de ella.

Marcos no dijo nada por el pronto, y solamente después de un silencio prolongado, durante el cual en su imaginación se inclinaba aún poseído de ira, de amor, de cólera y de ternura sobre una mujer l'orosa, contestó al fin en voz baja y conmovida:

– ¡Es que usted no la ha visto llorar!..

En el momento de subir al coche repitió sus recomendaciones.

– Protéjala usted, dijo; guíese más bien por su juicio que por su corazón resentido; pero cuando me escriba usted, no me hable nunca de ella... excepto cuando todo haya concluído, pues quiero saber...

Sin terminar su frase, abrió la portezuela del coche, y un instante después emprendía la marcha envuelto en tan densa obscuridad, que había perdido hasta la facultad de leer en sí mismo.

Una vez sola la señorita Jeuffroy, desesperada por el mal que había hecho, no conseguía calmarse. Sin pensar en ella, ni en la necesidad de anunciar á su padre un rompimiento que debía producir una escena desagradable, cuya perspectiva la hubiera aterrado en cualquier otra hora, todos sus pensamientos se fijaban en el infeliz á quien había engañado, y todo su valor se desvanecía ante el remordimiento. Miraba con angustia á su alrededor, y sintiéndose quebrantada, hubiera querido que brazos afectuosos la estrechasen como á un niño enfermo y sin fuerzas.

«¡Jamás tendré paz ni alegría! ¿Cómo ha tenido valor para decirme que yo seré feliz cuando me vea libre?..»

Estas palabras, pronunciadas en alta voz, extrañáronla singularmente. Hasta entonces no había pensado en la libertad reconquistada; mas una impresión semejante á la vergüenza coloreó súbitamente su rostro, porque debía convenir en que Marcos había tenido razón, y en que, á pesar de su profunda pena, aquella palabra de libertad aliviaba su pensamiento de un peso enorme.

Esto no sirvió más que para aumentar sus remordimientos y su excitación, así es que Constanza la encontró paseándose por el aposento con una agitación febril.

– Lo que usted deseaba ha sucedido, tía mía, dijo con acento breve: se ha roto mi casamiento.

– ¡Cómo! . ¿Qué quieres decir? ¿Por qué tienes ese aire tan singular?

– No me casaré con Marcos Preymont, repitió Susana, levantando un poco la voz; todo ha concluído, y no volverá. He obrado como una mujer sin corazón y sin fe.

Pero Constanza, transportada de alegría y cuidándose poco de la palabra jurada, abrazó á su sobrina exclamando:

– ¡Oh, hija mía! ¿Es posible que sea tan feliz?.. No me atrevía á creer en semejante dicha.

Susana hizo un movimiento repulsivo, y alejóse de su tía diciendo:

– Si le hubiera usted oído, si le hubiese visto, no hablaría de felicidad en este momento. No me repita usted que es feliz, añadió llorando, porque esas palabras me hacen sufrir mucho. ¡No comprende usted cuánto me contrista la idea de lo que debo padecer aún!

Dominada á la vez por una alegría que no le era posible disimular y por la inquietud que le causaba la profunda agitación de su sobrina, Constanza contestó vacilando:

– Ya se consolará, hija mía; todos los hombres se consuelan.

– ¡Sáqueme usted de aquí, tía, exclamó Susana; marchemos juntas: lléveme usted á cualquier parte, lejos de este país, donde he sido tan desgraciada!

– ¡Sí, desgraciada!, repitió la solterona con aire desconsolado. ¡Querida niña, si yo pudiera darte todo cuanto tú deseas!.. Marchemos mañana mismo si tú quieres; iremos adonde se te antoje, y yo...

Un rumor de pasos en el vestíbulo la impidió terminar su frase.

– ¡Es tu padre!, exclamó con expresión de inquietud. ¿Sabe ya?..

– ¡Nada!, contestó Susana, pero poco importa; todo me es igual.

Sin embargo, esperaron con el corazón latiendo de ansiedad la llegada del Sr. Jeuffroy.

Entró con la cabeza cubierta y aire de buen humor. Desde que había reconocido el espíritu práctico de su hija, apreciábala mucho más y le manifestaba mayor afecto.

– Vamos, Susana, dijo alegremente, ¿en qué estamos de esa cuestión de enamorados?

– ¿Cómo?.. ¿Sabe usted ya?, preguntó Susana con tono vacilante.

– Encontré á Preymont, que tenía la cara muy extraña y que deseaba hablarte á solas, de lo cual he deducido que ibais á disputar... para estar más unidos después.

Constanza miró á su sobrina con inquietud; pero Susana, á quien su trastorno moral impelía á no retroceder ante nada, contestó:

– No ha sido una disputa, padre mío, sino una separación.

– ¡Sí, ya lo sabemos!.. Separación de algunas horas.

Y el Sr. Jeuffroy buscó tranquilamente su diario é instalóse en su sitio predilecto; pero admirado del silencio con que se le acogía, levantó los ojos, y observando entonces la agitación de su hija, á quien apenas había mirado al entrar, dijo bruscamente:

– ¿Pero qué es eso?.. Supongo que no se trata de nada serio, ¿eh?

– Nada puede serlo más, padre mío; es un rompimiento, una separación definitiva.

Pero el Sr. Jeuffroy, obstinándose en no creerlo, repuso:

– No me agrada que se chanceen conmigo. . Si fuera cierto, no hablarías tan tranquilamente, á menos de ser loca rematada. ¿Por qué hubierais?...

El Sr. Jeuffroy fué interrumpido por la llegada de una sirvienta que le entregó la carta de Marcos.

«Caballero, escribía Preymont, he devuelto hoy á Susana la palabra que le había dado, convencido de que nuestra unión no era ya posible. Su hija le dará las explicaciones que juzgue necesario pedir.»

Obligado á creer el testimonio de sus ojos, el señor Jeuffroy, sofocado de cólera, volvióse hacia su hermana y balbuceó:

—Eres tú.. tú... evidentemente; tú has hecho la jugada.

—Mi tía no tiene nada que ver con esto, contestó Susana con sequedad. En cuanto á la explicación, voy á dársela á usted. Yo me engañé al creer que amaba á Marcos; lo ha sabido, y hemos roto nuestras relaciones en buena inteligencia.

El Sr. Jeuffroy levantó los brazos al cielo, y en su furor comenzó á pasear por la estancia golpeando los muebles, mientras balbuceaba palabras descompuestas; pero después, tomando aliento, exclamó:

—¡Y esta necia me dice estúpidamente que no le amaba! Pues qué, ¿se trataba aquí de amor? ¿Estaba por ventura arruinado para dejarle así?

Susana no había contestado nunca con acritud á las palabras cínicas ó brutales de su padre; pero las violentas emociones del día habían producido en ella tal sobrexcitación, que replicó con viveza:

—¡Ah! No diga usted más, padre mío, yo se lo ruego. He tolerado tantas cosas desagradables en esta triste y espantosa casa, que bien se me puede dispensar de escuchar más por hoy.

El Sr. Jeuffroy se detuvo bruscamente delante de su hija.

—¡Mi casa espantosa y triste!.., exclamó. ¡Tenga usted hijos! Se hace por ellos todo, y lo pagan con la ingratitud. ¿Pero qué deberé yo decir de mi hija, que no hace más que necedades sobre necedades?

—Si yo hubiera encontrado aquí un poco más de ternura, repuso Susana con voz desfallecida, si usted me hubiera amado, padre mío, crea que...

—¡Vete de aquí!, exclamó el Sr. Jeuffroy golpeando el suelo con el pie. Vé á vivir con tu tía si quieres; os despido á las dos, porque os habéis entendido para ponerme en ridículo.

Susana salió sin pronunciar palabra, sobrecogida de un temblor nervioso, dejándose conducir pasivamente por Constanza, y sometiéndose á los solícitos cuidados que jamás había tenido para sí la solterona

Cuando su sobrina se hubo calmado un poco, corrió á la cocina en busca de Frasquita.

—¡Pero, señor, qué ocurre!, exclamó la sirvienta. Ya no tiene usted la cara de entierro que tenía, señora.

—¡Lo que tengo... es que el casamiento se ha roto!, contestó Constanza, dejándose llevar al fin de toda su alegría. Jamás, no, jamás hubiera sido yo feliz, y ahora te lo perdono todo Frasquita.

La sirvienta arrojó sobre la mesa las cebollas que estaba pelando, y se puso en jarras, su postura favorita cuando algo la impresionaba.

—¿Será posible?, exclamó. ¿Cómo, señora, se habrá dignado Dios escucharla? Pues bien: ¡yo no hubiera hecho otro tanto!

—No comiences á decir tonterías, Frasquita, replicó la solterona; ven conmigo y prepararemos una cama para Susana, porque mi hermano se ha encolerizado de tal modo, que nos ha despedido á las dos, y mi sobrina está aquí casi enferma.

—No entiendo una palabra, contestó Frasquita, apresurándose á obedecer. Explíqueme usted por qué no se casan, señorita.

—Siempre te dije, repuso la solterona, cogiendo unas sábanas de las más finas, que eso era imposible. No tengo detalles, pero mi sobrina está demasiado agitada para interrogarla ahora

La joven experimentaba una especie de bienestar al abandonarse como una niña á los cuidados materiales de un afecto que, á pesar de los resentimientos cotidianos, la había conmovido tantas veces

Sirvienta y señora velaron una parte de la noche, engañando el tiempo con su discusión sobre lo sucedido.

—Estoy muy desconsolada por ese pobre señor Preymont, dijo Frasquita, pues al fin y al cabo amaba de veras á Susana.

—¡Bah, bah! Ya se consolará, contestó la solterona; pero el Sr. Saverne debe andar en el asunto.

—Y si fuese así, ¿qué haría usted, señorita, usted que pretende que?..

—He cambiado de parecer, interrumpió vivamente la solterona, y sobre todo quiero que nada contraríe á mi sobrina. Si ama al Sr. Saverne, le tendrá.

—A mí me parece, repuso Frasquita, que se convertirá fácilmente, pues siempre me escuchaba con mucha gracia.

Por la mañana se desvanecieron todas las incertidumbres por una carta de la señora de Preymont.

«Señorita, decía, envío á usted la carta que la superiora ha creído de su deber escribirme para ilustrarnos sobre los sentimientos de Susana; ella le dirá lo que usted no sabe tal vez aún de una manera positiva, y lo que yo considero como una necesidad comunicarla. Estoy segura de que usted obrará después según el impulso del tierno afecto que á su sobrina profesa. Tiene usted demasiado corazón para no comprender mis sentimientos ante el dolor que agobia á mi hijo, y admitirá sin dificultad que yo pierda momentáneamente el valor para continuar las relaciones entre nuestras dos familias. —*J. de Preymont.*»

¡Pobre mujer! ¡Ya lo creo!, pensó Constanza. Ahora es preciso que vaya á ver á mi hermano.

—Si tanta pena tiene, no hubiera debido romper... ¿Habrá quien me explique por qué quiso casarse con su primo? A pesar de todo, siento haberla despedido de casa; que vuelva cuando quiera, pero habrá de consolarse aquí, porque yo no pago el viaje.

—Ya me encargaré yo de eso, contestó la solterona apresuradamente, y tú me permitirás llevármela.



Preymont dejó caer la carta de su madre

—¡Haz como gustes!, contestó el Sr. Jeuffroy después de vacilar un instante; con tal que yo me vea libre de vosotras por ahora, quedaré contento.

El Sr. Jeuffroy no había cerrado los ojos en toda la noche, meditando sobre los innumerables disgustos que aquel incidente le ocasionaría. Sin embargo, arrepentíase de su violencia, temiendo los juicios de las personas conocidas, y además de esto, las quejas y el aire desconsolado de Susana habían removido en él una fibra que aún no estaba del todo muerta. Por eso recibió á su hermana sin cólera; pero después de leer las dos cartas que le llevaba, arrebatóse de nuevo, y las saludables impresiones de la noche se desvanecieron.

—¡Se ha engañado respecto á sí misma!. ¡Generoso móvil!.., exclamó. No se entiende nada del galimatías de la superiora. ¡Cómo!.. ¿Hay otro hombre tras esas extravagancias?

—Es el Sr. Saverne... ¿Cómo no lo has adivinado, hermano mío?

—Decididamente esa muchacha está loca, completamente loca, contestó el Sr. Jeuffroy furioso; pero puede amarle todo cuanto quiera, pues no soy yo quien dará su consentimiento para que se case con un pelagatos que hace cuatro días me trató de...

El Sr. Jeuffroy juzgó inútil repetir la palabra de Saverne.

—Hermano mío, contestó Constanza, que no carecía de buen juicio ni de iniciativa cuando su corazón la guiaba, nada podemos hacer ante las circunstancias. Todo se sabe..., y habiéndose roto el matrimonio después de la última visita del Sr. Saverne, ya ves lo que se dirá. ¿Cómo harás para casar á Susana, si se cree que tiene en el fondo del corazón un amor contrariado?

El razonamiento llamó la atención del Sr. Jeuffroy, pero en un sentido particular.

—¡Es verdaderamente una cosa insoportable tener una hija!, exclamó. Todo esto recaerá sobre mi cabeza, y soy el más desgraciado de los hombres. ¡Que se vaya al diablo!, porque ya estoy aburrido de ella; pero si se obstina en casarse con ese insolente, que no tiene un cuarto y me ha dicho... En fin, no solamente no daré mi consentimiento, sino que rehusaré dotarla.

—No se trata de eso ahora, contestó con prudencia la solterona. Entretanto me marcho con ella, porque es de todo punto necesario que se distraiga, y se halla en un estado espantoso, hermano mío; la he oído llorar toda la noche.

Constanza no perdió un minuto, y á los pocos días, con gran sorpresa de Frasquita, había tomado sus informes y tenía ya alojamiento en Cannes.

—Pasaremos allí el invierno, Frasquita, aunque deba empeñar mi capitalito, dijo á su criada; pero como he retirado todos mis ahorros, pienso que esto bastará.

—¡Cáspita, señorita, supongo que no va usted á gastar de una vez los ahorros de veinte años! ¡Y marchar así, á su edad.., eso da lástima!

—De salud no puedo estar mejor, contestó la solterona, y gastaré todo cuanto sea necesario para distraer á Susana. ¡Pobre niña!.. Después, cuando estemos allí, escribiré al Sr. Saverne, pues mi hermano acabará por consentir algún día. Cuando Susana le vea, no me dirá ya que si le hablo una sola vez de él se encerrará en un convento.., como me lo dijo ayer, cuando tuve la desgracia de pronunciar su nombre.

—A fe mía, la señorita Susana, repuso la sirvienta, no debe tener idea fija sobre cosa alguna. También yo hablé ayer con ella, y la dije que todo eso prueba que es preciso no cuidarse de los hombres, y que es preferible dar el corazón á Dios, pues por lo menos no hay temor de engañarse.

Susana, poseída de una profunda tristeza, dejaba á su tía obrar, ansiando tan sólo el momento de emprender la marcha; mas no quiso alejarse sin obtener noticias de Marcos.

Al verla entrar en su casa, la señora de Preymont se alarmó por el enflaquecimiento y la palidez de la joven; esta impresión y sobre todo el recuerdo de la última palabra de su hijo impidiéronle expresar los amargos sentimientos que la dominaban; invitó á Susana á sentarse, pero no le ofreció su mano.

—¿Me perdonará usted algún día?, murmuró la joven sin atreverse á mirar á la madre de Marcos.

—¡Todos hemos errado, Susana, contestó la señora de Preymont con tono frío, y yo la primera, por desgracia!.. Ahora es preciso pensar en ti... Esta fué su última palabra al marchar.

—¡Se ha marchado... y solo!, exclamó Susana con ansiedad.

– Piensas lo mismo que yo..., pero me ha dado su palabra de honor de que no atentará contra su vida, y se puede confiar en su palabra, Susana.

– Sí, replicó la señorita Jeuffroy con amargura, más que en la mía.

Dominadas por las emociones que una y otra deseaban reprimir, las dos mujeres permanecieron silenciosas hasta el momento en que la señora de Preymont dijo con cierta irritación:

– Hubieras podido dispensarme de este mal rato, Susana, porque era inútil dármele.

– ¡Ah, exclamó la joven, rompiendo á llorar, cómo había de alejarme sin expresar mis remordimientos y mi profunda pena, sin oir una palabra acerca de él!

– La cosa no tiene remedio, repuso la señora de Preymont con más dulzura. Si lloramos sobre la pérdida de una felicidad que él creía cierta, esto no es una razón, hija mía, para que tu vida se acibare.

Y añadió con un tono que recordaba la ironía de su hijo:

– El Sr. Saverne te ama..., y tú ya conoces ahora tus sentimientos.

– ¡Ah, señora!, exclamó Susana, no podía usted encontrar una palabra más cruel ni más penosa para mí. Me rebaja usted mucho si cree que yo soy capaz de pensar en mí cuando les veo agobiados á los dos... ¡Oh! ¡Por qué no estaré ya lejos de este país, donde no hubo para mí más que dolores y heridas de toda especie!

El lindo rostro de la joven estaba alterado por tan viva angustia, que la antigua ternura de la señora de Preymont se despertó de nuevo.

– Cálmate, dijo con dulzura, pues no he querido ofenderte. Las conveniencias y tu delicadeza no permiten sin duda que pienses en un proyecto formal; pero esta crisis aguda pasará, hija mía, y esto es cosa que él y yo hemos previsto ya.

Y al observar la mirada suplicante de Susana, la señora de Preymont añadió:

– Márchate persuadida de que más culpables que tú misma nos parecen las circunstancias.

Sin embargo, debían transcurrir largos meses antes de que Susana aceptase la idea de ver otra vez á Saverne, que advertido por Constanza había corrido al Mediodía, debiendo alejarse luego para no perder su causa.

No obstante, la solterona, convencida de que las resoluciones de su sobrina cederían más tarde, minaba en todas sus cartas la obstinación del Sr. Jeuffroy. Después de una prolongada resistencia, este último escribió á su hermana, diciéndole que como no era un padre desnaturalizado, consentiría en el matrimonio si su hija lo quería en absoluto; pero que solamente daría treinta mil francos de dote, pues no le agradaba que su fortuna fuese derrochada por un disipador. «Susana verá más tarde, añadía, lo que es un padre prudente y previsor.»

«Mi hermano obra mal, pensó la solterona; pero cuando uno mismo ha hecho su fortuna, natural es empeñarse mucho en conservarla. Yo abonaré la diferencia con lo mío.»

Habían transcurrido el invierno, la primavera y una parte del verano, y Preymont había errado largo tiempo de país en país, experimentando una especie de asombro estúpido al observar el aire afanoso de las multitudes.

«¿Por qué se agitan así?, decíase. ¿No saben acaso que esa precipitación es inútil, que una circunstancia tal vez frívola dará al traste con los esfuerzos de su voluntad, matando tal vez su dicha?..»

Sumido en una lúgubre desesperación, su espíritu se hubiera aniquilado en la sombría noche que le rodeaba si el poderoso resorte de su energía no le hubiese librado de una caída completa. Mas al recobrar poco á poco su dominio, adquirió de nuevo la actividad de pensamiento que le era propia; y vuelto á sus soledades y hacia la contemplación del profundo misterio de la vida, esa actividad, bajo las impresiones funestas del dolor y del desaliento, hizo naufragar un espiritualismo ya vacilante en un escepticismo desesperado. Sus ideas generales, de forma algo confusa, precisáronse y llegaron á ser una creencia determinada en una fuerza ciega, cuyas leyes son las mismas para los seres pensadores ó inconscientes.

A los países que parecían huir diciéndole: «¿Quién es ese desgraciado que pasa?,» contestábales una voz desolada que se elevaba en su interior: «¡Nadie, no es más que uno de esos átomos que se pierden y se renuevan después en la marcha incesante del tiempo y el olvido del pasado!..»

El exceso mismo de su desaliento calmó su irritación; y su piedad por el hombre, después de haber pasado por los crisoles de sus pensamientos y de sus impresiones desesperadas, desarrollóse más y se extendió como el árbol lleno de vida, cuyas ramas arraigan por sí mismas en la tierra.

Largo tiempo había pensado en Susana con transportes de cólera y amargura, y después aquellos sentimientos se perdieron en la inmensidad de su dolor y de sus quejas. En las breves cartas que dirigía á su madre no citaba nunca el nombre de Susana, y la señora de Preymont, respetando escrupulosamente su deseo, evitaba toda alusión á la joven. Al fin se decidió á dirigir una pregunta directa, y supo que la señorita Jeuffroy, después de haber rehusado perentoriamente ver de nuevo á Saverne, habíase dejado convencer; pero que siempre sumida en su tristeza y en su remordimiento, rechazaba la idea de casarse.

«Tal vez una palabra tuya, Marcos, añadía la señora de Preymont, pondría término á una situación que es muy sensible que se prolongue más para ella; pero yo no aconsejo nada, pues yo misma no puedo sobreponerme á la amargura que el tiempo no ha dulcificado aún. Sin embargo, he creído de mi deber decirte que ella teme para ti que tu tristeza vaya en aumento, y que quisiera una palabra de perdón antes de consentir en el último paso.»

Al leer estas líneas, Preymont sonrió con desdén, aunque sintió latir su corazón más aceleradamente.

«¡Amargura!, se dijo..., de mi alma se desborda tal vez, pero no es contra ella.»

Al pronto no quiso escribir más que dos palabras; pero dejándose llevar al fin, comunicó á la señorita Jeuffroy una parte de los pensamientos que alimentaba, y que para él eran como una victoria alcanzada sobre sí mismo, cuando en realidad eran la señal de su derrota.

«¿Soy yo, Susana, quien ha de consolar á usted? ¿Soy yo quien debe dar la libertad á esa dicha que por delicadeza tiene usted alejada de sí? Sea usted feliz sin recelo alguno, pues usted fué la circunstancia fortuita y no la desgracia que quiere mi aislamiento. Algún día consentirá usted; es necesario, y fuera una puerilidad por mi parte retardar la alegría que le espera. La vida, esa vida incomprensible que se considera como un beneficio, le hace á usted señas para que se acerque más y apure sus seducciones: abandónese usted á ella desde ahora, porque es cruel y engañosa. Si tiene demasiado tiempo la copa entre los dedos, tema usted, pobre niña, que se rompa antes de que pueda llevarla á los labios. No se contriste usted más respecto á mí, pues la angustia más viva está vencida.

»En medio de las leyes que constituyen la armonía de la naturaleza, usted y yo no tenemos más sitio que la planta que muere y se renueva. ¿Por qué la he de hacer sufrir? Hay sabios, Susana, que pensando á menudo en todos los seres que han pasado y pasarán, pierden en esa contemplación la idea de su propia importancia; dominan, apoyados en este gran pensamiento, las más fuertes pasiones, y bajo su imperio aprenden á sonreir con bondad y con pasión ante el doloroso tumulto humano. Si yo no llego jamás á cierto grado de su sabiduría, encuentro, no obstante, en mi piedad por las aceptaciones estúpidas y la misma impotencia del hombre, el valor necesario para desear la felicidad de usted. Y vea cómo por última vez la inicio tranquilamente en mis pensamientos; me parece bueno comunicárselos, y sepa que á mí me hacen mucho bien. Tal vez le extrañen á usted, porque no corresponden á sus creencias; pero debo advertirle que desarrollando mi juicio, me dan la fuerza para pedir á usted que sea feliz..., ¡usted que fué un instante mi alegría y mi existencia!.. He perdonado, querida Susana, y no se atormente usted más, porque el hombre, el amigo que la tuvo en sus brazos cuando era niña, es el mismo que la escribe estas últimas palabras. – *Preymont.*»

En esta carta, la señorita Jeuffroy vió el principio de una tranquilidad que la llenó de alegría, y parecióle que el giro filosófico del espíritu de Preymont, aunque la resintiese en sus propias ideas, era la garantía que le aseguraba volver á la vida de animación que tan ardientemente apetecía. Acompañándola con algunas sentidas palabras, Susana envió la carta á la señora de Preymont; pero lo que la inexperiencia de la joven no vió, el amor de la madre supo sondearlo en toda su profundidad, para llorar después sobre el aniquilamiento moral de un hombre á quien ya no quedaba nada.

Dos meses después, cuando la señora de Preymont se vió obligada á comunicar á su hijo que la señorita Jeuffroy se había marchado definitivamente, le escribió lo que sigue:

«Esta mañana, querido Marcos, al volver de la iglesia, varias mujeres y obreros me han rodeado para preguntarme si te verían pronto. En su tono se notaba un interés de que hubiera querido enviarte el eco, porque me ha hecho bien. Todo el mundo te reclama, y hasta los niños se han acercado á mí para decirme tímidamente que quisieran volver á verte. Todos saben que la debilidad te atrae, y te aman...

»Vas á reirte de las debilidades de tu anciana madre, pero esas cuestiones me han inspirado la creencia casi supersticiosa de que ibas á llegar de pronto; pues ahora, Marcos, puedes volver. He subido á tu habitación para ver si estaba como á ti te gusta; he mirado un poco por todas partes con una antigua y una nueva tristeza, y después me he sentado junto á tu ventana, entregándome largo tiempo á mis reflexiones. ¿Sabes adónde iba mi pensamiento? Te seguía á tus soledades, y mi corazón contristado oía al tuyo murmurar: «Todo vive, todo respira, excepto yo.» Comprendía la espantosa desanimación que encubren los pensamientos de tu filosofía, pues he leído la carta que escribiste á Susana; y te veía socavando la desesperante idea de que el hombre no es sino una sombra, que no tiene más importancia que la planta cuando se disuelve. Pero la planta no tiene lágrimas ni penas, y nada es más grande que tu dolor, hijo mío. Este se eleva en una esfera especial, impide zozobrar del todo en la bajeza de la vida, y es esa alta dignidad que no permite creer que somos semejantes á la hoja que desaparece. Los pensamientos giran en los mismos círculos desanimadores; generaciones enteras se inclinan ante ideas y costumbres que con ellas se perderán; pero el dolor queda, y en todos tiempos realza al hombre sobre el nivel en que su desaliento, ante su pequeñez, tiende á sepultarle. Mira, yo creo, y lo creo firmemente, que todos mis sollozos están contados, y que ese misterioso sufrimiento es el pórtico de otra existencia. Abrigo la esperanza de que algún día creerás que tu compasión por la humanidad no es solamente el resultado práctico de una alta especulación, sino una gota extraviada del manantial divino que tú rehusas reconocer.

»Tal vez sonrías al leer la filosofía de una mujer anciana que la tomaría de su instinto si no fuese la de su fe; pero yo tenía necesidad de comunicarte estos pensamientos. ¡Hace tanto tiempo que no he visto tus facciones queridas, y que no me ha sido posible observar las señales de la desesperación, para la cual quisiera una esperanza!

»Adiós, hijo mío. ¿Qué puede para ti mi ternura? ¡Ay de mí, tan sólo comprenderte y amarte!»

Preymont dejó caer la carta de su madre, admirándose del suave soplo que se había deslizado un instante sobre la aridez de sus pensamientos. Una ligera duda combatía por primera vez desde hacía largo tiempo las tristes certidumbres sobre que su inteligencia se había fijado, y la palabra ¡tal vez! pasaba ante sus ojos como una luz vaga y trémula en medio de espesa niebla.

Traducción de Enrique L. de Verneuil

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOCOMOCIÓN AÉREA EN KNOXVILLE (ESTADOS UNIDOS)

En la ciudad de Knoxville, que en otro tiempo fué capital del territorio de Tennessee, está en explotación desde hace algún tiempo un verdadero carril aéreo que sirve para cruzar el río Tennessee y pone en comunicación aquella ciudad americana con la opuesta orilla.

Uno de los extremos de la cuerda por donde los vehículos circulan está situado á 110 metros de altura sobre la superficie del río.

El vagón que hace el servicio de pasajeros y que puede contener 16 personas tiene una longitud de unos cuatro metros y delante y detrás hay plataformas abiertas como en los coches de los tranvías ordinarios.

El vehículo cuelga de dos cables de alambre de 30 milímetros de grueso por los cuales se desliza, y es arrastrado por un tercer cable, de alambre también, como los funiculares comunes.

Estos cables, cuya longitud total es de algo más de 300 metros, están sólidamente amarrados en sus dos extremos y tienen una resistencia de 120 toneladas, de suerte que aun cuando los vagones vayan llenos es imposible la ruptura de los mismos, puesto que el coche con los pasajeros apenas pesa 2.000 kilogramos.

Para el caso de que el cable de arrastre se rompiera ó se abriese la abrazadera que produce el movimiento del vagón hay dispuestos varios frenos automáticos que paran instantáneamente el vehículo. Hace poco estos frenos hubieron de funcionar, pues cuando el coche había llegado casi al término de su viaje, por una circunstancia ignorada abrióse la abrazadera que une el vagón con el cable de arrastre y el vehículo empezó á retroceder con velocidad vertigi-

nosa, pero al poco rato quedó automáticamente parado. Los pasajeros, como puede suponerse, se encontraron en una situación tan incómoda como comprometida y hubieron de bajar del coche, desde una altura de 60 metros por medio de cuerdas, descendiendo así hasta el río, en donde fueron recogidos por un bote.

La fuerza necesaria para mover el cable y por consiguiente el vehículo la proporciona una máquina de vapor, compuesta de dos máquinas de 20 caballos de fuerza cada una.

El recorrido en la dirección ascendente se hace en unos tres minutos y medio: en dirección descendente, gracias á la fuerza de gravedad del coche, se verifica en unos 30 segundos.

Nuestro grabado reproduce algunos detalles de este sistema de locomoción aérea, que es una nueva prueba de que en América, especialmente en los Estados Unidos, son posibles medios de locomoción que entre nosotros apenas se conciben prácticamente.

En efecto, si en Europa alguien se propusiera establecer el sistema que en Knoxville funciona, tropezaría en primer lugar con las leyes, que seguramente no le permitirían instalarlo; pero aun suponiendo que llegara á obtener la concesión necesaria, de fijo que el negocio sería de malos resultados, porque no es aventurado afirmar de antemano que el público se mostraría muy poco dispuesto á utilizar, como no fuera en casos excepcionales, este sistema de locomoción, que no deja de ser ó por lo menos parecer peligroso. – M.



Locomoción aérea en Knoxville, Tennessee (Estados Unidos)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ENTRE VIVOS Y MUERTOS, *por A. Sánchez Pérez.* – Aunque se trata de un querido colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, el nombre del Sr. Sánchez Pérez es garantía suficiente para que no se crea que nuestros elogios están inspirados en un afecto propenso casi siempre á la parcialidad. Por esta razón diremos sin temor alguno que su novela interesa en grado sumo y que además de interés tiene mucha miga y hay en ella algo y aun algos que desde el punto de vista social y político merecen cierta meditación. En cuanto al lenguaje, es digno del Sr. Sánchez Pérez, y con decir esto creemos hacer el mejor elogio de la prosa elegante y sencilla de *Entre vivos y muertos*, en cuyos diálogos se admira una naturalidad que no siempre aciertan á darles aun escritores de nota. El libro se vende á tres pesetas.

TRATADO DE LAS PRUEBAS, *por F. Ricci.* – Es este un libro de utilidad grandísima para abogados, jueces, magistrados, registradores y notarios: no se trata en él de mera filosofía de las pruebas, sino de casos particulares, reales y efectivos, de los que constantemente ocurren en los tribunales, señalando la solución de las leyes civiles, mercantiles y procesales y las decisiones de jurisprudencia. En esta forma estudia y resuelve el ilustre Ricci 487 casos prácticos. A fin de que este libro resultase completamente útil en España, los sabios catedráticos de la Universidad de Oviedo señores Buylla y Posada no se han limitado á traducirlo, sino que, además, lo han anotado y concordado según la legislación y jurisprudencia españolas, haciendo de esta obra el repertorio más completo que se conoce en la materia. Editada por D. J. Lázaro (Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid), forma dos voluminosos tomos, que se venden á veinte pesetas.

LA ESCUELA CRIMINOLÓGICA POSITIVISTA, *por Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.* – El mayor elogio que puede hacerse de este libro es citar los nombres de sus autores, que son los cuatro más famosos criminalistas italianos y á quienes se considera universalmente como cuatro de las más grandes lumbreras de la ciencia jurídica contemporánea. Esto solo justifica la excepcional importancia de esta obra para conocer las corrientes modernas del derecho y lo que es y lo que se propone la nueva escuela penal. Editado por la importante casa de Madrid *La España Moderna*, véndese el tomo á siete pesetas.

PRO PATRIA. – El último número de esta importante revista que dirige el conocido escritor D. José Marco, contiene notables trabajos de Balaguer, Lola Rodríguez de Tió, Arruche, duque de Rivas, Fastenrath, Marqués de la Vega de Anzó, Sancho y Gil, Felíu y Codina, Sánchez Pérez, Leonce Cazeuben, García Llansó, Enseñat, y notas políticas, científicas y bibliográficas por Sinesio, Learner y Amando. – Suscríbese á esta revista en las principales librerías y en la Gerencia, Claudio Coello, 3 antiguo, Madrid.



Monumento erigido en Bedford á la memoria de Juan Howard

CARTAS AMATORIAS *de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al conde de Chamilly.* – Estas cartas están consideradas como las más notables entre las muchas de amor que se han impreso desde las de Eloísa hasta nuestros días. El entusiasmo de los primeros tiempos forma en ellas terrible contraste con la desesperación producida por el abandono del hombre amado, el famoso conde de Chamilly, cuando llegó á ser gran Mariscal de Francia. De esta bellísima obra, editada por *La España Moderna*, sólo se han tirado 200 ejemplares en magnífico papel, que se venden á tres pesetas uno.

LA ACCIÓN PARTICULAR EN EL MOVIMIENTO PEDAGÓGICO DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA, *por Rafael M. de Labra.* – En obsequio de la mesa del Congreso Pedagógico celebrado con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, varios socios del Fomento de las Artes, de Madrid, organizaron un banquete, en el cual el eminente hombre público Sr. Labra pronunció un hermoso discurso sobre el tema que sirve de epígrafe á estas líneas. Dado el interés de la materia tratada y la especial competencia del orador, ocioso es decir que el trabajo que nos ocupa es bajo todos conceptos notabilísimo y muy digno de ser profundamente estudiado. El discurso ha sido publicado en folleto por la casa Viuda de Hernando y C.ª, de Madrid.

LA PUBILLA, *por Federico de Puig-Samper.* – El distinguido abogado y notario de los ilustres colegios de Barcelona Sr. Puig-Samper ha publicado el discurso que en 24 de febrero último pronunció en la Academia de Jurisprudencia y Legislación de esta ciudad, de la que es académico de número. Conocida es la competencia del Sr. Puig-Samper en materias jurídicas y especialmente de derecho catalán, que ha estudiado profundamente; no es, pues, de extrañar que su trabajo de costumbres catalanas sobre tema tan interesante como *La pubilla* resulte un estudio notabilísimo, así por la doctrina en él expuesta como por la vasta erudición de que en el mismo hace gala su autor, el cual se constituye en defensor de esa institución, una de las más características de nuestra tierra. El discurso del Sr. Puig-Samper está, además, escrito en estilo elegante y castizo que avalora la bondad del fondo.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 16 de julio de 1894 — Núm. 655



Monumento erigido en Dusseldorf á la memoria de las víctimas de la guerra franco-alemana, modelado por Carlos Hilgers

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Fin trágico de Carnot. – Pésames y conduelos. – Caracteres particulares á Italia y Alemania. – Votos por la paz universal. – Caserio y su patria. – Infernal carrera desde Cette á Lyón. – Particularidades varias del asalto de Caserio á su víctima. – Agonía y muerte del Presidente. – La viuda de Carnot. – Sus santos afectos y su sabio proceder. – Influencia en los funerales. – Grandeza del carácter católico dado á éstos. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Unicamente puede hablarse hoy del fin trágico de Carnot. Cualquier otro asunto no logra despertar interés. Desde que la noticia corriera por todas partes, los hilos del telégrafo no han hecho más que llevar pésames al seno de París, como la red eléctrica de nuestros nervios envía emociones al sensorio común del humano cerebro. Nunca se ha visto como en este caso la uniformidad de afectos é ideas que reina en Europa, y cómo tal uniformidad se verá siempre representada por Francia, y en Francia por su capital inspiradísima, la incomparable París. Los pésames no han adolecido del carácter cancilleresco que aqueja siempre á esta clase de manifestaciones; había en ellos efusión y sinceridad originados de profundísimos afectos, llorando cada cual con todos los que lloraban al muerto, y sintiendo su falta como se siente, no la pérdida de un repúblico mejor ó peor, la pérdida de un allegado á las telas del corazón, en que los grandes sentimientos se prenden y se fijan. Igual aspecto las Cámaras. Todas las tribunas hanse cubierto de negro crespón, y todas las sesiones hanse levantado á una, más que por señal ceremoniosa y litúrgica de duelo, por impulso incontrastable de dolor. En España el sentimiento es universal, sin restricciones y sin reservas, como que hace mucho tiempo priva entre los pueblos occidentales latinos un profundo afecto de solidaridad con sus hermanos de sangre y de raza. Y así, no ha podido menos que notarse la espontaneidad sincerísima del condolor y del conduelo en dos naciones apartadas hoy de Francia, en Italia y en Alemania. La oración parlamentaria más elocuente que ha caído sobre los restos aún palpitantes de Carnot, es la oración pronunciada por Francisco Crispi, como el telegrama indudablemente más efusivo de todos el enviado á la viuda por Guillermo II. Ante tales negativas del odio á Francia, expresadas por aquellos que más debían experimentarlo, no puede uno menos que recordar á los apercibidos y armados hasta los dientes para una guerra cuán opuesta con su íntima conciencia se anuncia tal plaga en el hondo sentimiento, expresado á esas horas trágicas, en que una palabra ó un gesto indeliberados desentrañan lo más secreto del alma.

II

Parece imposible que un mozo lleno de vida, destinado á esparcir el bien, beba los vientos por dar á ser humano, que ningún mal hiciera en este mundo á nadie, la muerte. Caserio ha pasado la poética noche de San Juan meditando sobre su proyectado crimen y el día de San Juan corriendo tras su preclara víctima. Mísero, cree posible una extinción de la miseria, conseguida por puñal miserable y enconador de su propia desgracia. Nacido en una familia de trabajadores honrados, la virtud que ha visto en torno suyo no le solicita, y el encanto de aquella Lombardía, donde naciera, ornada por bosques gozosos, á cuya sombra crecen toda clase de frutos, y ceñida de cordilleras azules donde la nieve rosácea parece una estrella en infusión mágica, no ha dejado en su alma el idílico aroma despedido allí por la poesía virgiliana, que parece natural á cielo tan benigno, como un cuadro murillesco al cielo de Sevilla. Y aunque la religión fuera como en auxilio del campo y del hogar para hacerlo bueno, ¡ah! no lo consiguió. En aquellas procesiones de Corpus, que inspiran tanto gozo á los pueblos meridionales, cuando cubren las olientes enramadas de alhucema nuestras calles y los ramos de adelfa ostentando sus hojas de laureles y sus flores de púrpura nuestras paredes, el niño Caserio se vestía de San Juan, llevando en brazos el albo y dulce corderillo. El amor de una madre que le idolatraba, el encanto de una campiña donde se recoge la vida en la respiración, el hábito de unas costumbres patriarcales, el dón de la hermosura varonil que le había hecho atractivo desde sus primeros años, la fe viva en una religión de paz, ó no lograron cosa para moralizarlo en su juventud, ó huyeron á la predicación siniestra de un desvencijado jurisperito, quien, frecuentando cátedras donde se define la justicia y se muestra el arte de dar á cada cual su derecho, habíase apasionado por una sociedad en anarquía y escogido como medio de conseguir tan apocalíptico fin el exterminio universal procurado por sistemática matanza. Lo cierto es que antes de llegar á la juventud ya penetraba Caserio en la terrible secta de los anarquistas. Errante por esas marcas que se extienden entre los Alpes y el Mediterráneo, iba de Milán á Niza, y de Niza á Marsella, y de Marsella á Cette, hallándose aquí, en esta ciudad última, la víspera de su crimen. Un puñal bien afilado y un billete de tercera desde Cette á Vienne le sirvieron para cometer el crimen. Llegado á este último punto y no teniendo dinero para seguir en ferrocarril hasta Lyón, fuése á pie unos veintisiete kilómetros. De pronto la ciudad aparece, ya entrada la noche, con su aire de fiesta y su corona de luces. El apenas conoce la dirección que debe tomar, ni acierta con las calles que debe recorrer, para encontrar al presidente y matarlo. Por fin da con el magnífico palacio del Comercio, donde se celebra un banquete de dos mil cubiertos, en cuyos postres, el magistrado integérrimo, á quien el puñal amenazaba, dirigía votos al cielo por una continuación del humano progreso incesante y por una realización gradual de la justicia, pidiendo así, como Cristo en la cruz, el bien y el derecho para su verdugo.

III

Daban las nueve y media, cuando Carnot se dirigió á la ópera en coche descubierto. Caserio se había puesto al lado por donde, según la etiqueta, debía ir el prefecto que acompañaba en su coche al presidente y no el presidente mismo. Advirtiendo esta particularidad, á sus planes contraria, trató de pasar hacia las aceras opuestas, y no pudo. Necesitóse que los gendarmes rompieran la consigna, dejando atravesar á unas señoras la calle, para que pudiera el asesino cambiar de puesto. Y como se quedara en primera fila, protestaron los poseedores de puesto tan ventajoso á la curiosidad, y fué preciso que se marchase á las filas segunda y tercera. En esto el clamoreo de voces vitoreando al presidente le anunció su paso. En efecto, el coche avanzaba pausadamente á causa del gentío y del entusiasmo. Varios batidores abrían la marcha. Un pelotón de mílites á caballo le daba guardia. La comitiva no había hecho más que doblar la esquina principal de la calle conducente desde la plaza del Comercio á la plaza del Teatro, cuando Caserio ve su víctima y pierde la vista. Fascinado por el pensamiento interior, extingue la conciencia, como quien apaga una luz, y sólo acaricia el crimen. Así empuña el arma; con sus brazos, como quien lucha entre las olas y nada contra corriente, separa las muchedumbres y se abre lugar hacia el coche presidencial; de un salto se coloca en el estribo, y mientras con la mano izquierda detiene, asiéndolo, el puño de Carnot para que no pudiera oponerle ninguna resistencia, con la mano derecha hunde su puñal en aquel corazón hasta la empuñadura, dejándolo sin vida casi al terrible golpe, asestado con una firmeza en el propósito y una seguridad en la perpetración, que demostraban con cuál espacio lo había premeditado, con cuál empeño resuelto y con cuál rigor cumplido, quizás venciendo las repugnancias instintivas de su ánimo y acallando la voz interna de su espíritu. El asesinado perdió el conocimiento antes que la vida, y perdiera la vida con brevedad, si no corren á la prefectura desalados los acompañantes y no le tienden para sondearle la herida en un catre de campaña. Dos ó tres cisuras en requerimiento inútil de un desahogo imposible; algunos suspiros sueltos y algunas palabras incoherentes de la víctima; recomendaciones del alma hechas por el arzobispo de Lyón, según se acostumbra en el gremio de nuestra Iglesia; dos horas de continuados esfuerzos para prolongar una vida que se apagaba en el derrame interior de sangre; la extremaunción por último recurso; brevísima y larga agonía, una mirada de adiós, un estertor supremo, la muerte, la eternidad.

IV

Ningún espectáculo tan triste como una muerte violenta y desgraciada entre los aparejos y los aparatos de una gozosa festividad. Aquel para quien se han encendido tantas guirnaldas de luces y se tocan tantos himnos de alegría y se representan comedias y se urden bailes y se alzan copas, únicamente necesita ya mortaja que guarde su podredumbre y cirios que le traigan á los ojos cerrados el crepúsculo de otra vida. Imaginaos al público de Lyón, en el teatro congregado para una función de gala y honor, aplaudiendo al ver su prefecto que precede á su presidente, al saber, entre resplandores y músicas, tan horrible caso. ¿Y la familia? ¿Quién le dice á una mujer amante la súbita viudez y á unos hijos amados la orfandad? Se pone como á pensarlo y le faltan fuerzas para sufrirlo en imaginación. ¿Qué será pasándolo de veras? La viuda de Carnot ha mostrado todas las virtudes altísimas de una perfecta casada en este supremo trance. Todo lo había preparado y dispuesto y apercibido para que la salud preciosísima de su esposo no sufriera detrimento alguno. Y no pudiendo compartir el golpe asesino, como pudiera una reina junto á un rey, por el carácter especial de las magistraturas republicanas, lo compartió en sus presentimientos y lo lloró aun antes de que cayera sobre aquel corazón amadísimo. Así, en la carrera de amarguras y dolores hasta Lyón como en los encuentros y en las velas del cadáver y en la vuelta ó regreso á París enteramente sola con los restos queridos preservados á todo funeral durante cuatro días que no fueran los lloros de la familia y luego en la entrega del cuerpo al entierro de apoteosis debido por la nación á su primer magistrado y en la clausura dentro de la capilla del Elíseo para llorar en la soledad y oir misa en el retiro mientras la procesión triunfal iba por calles y plazas, la viuda de Carnot, semejándose á esas efigies de María que llevan siete espadas en el corazón, cuando al pie de la cruz se levantan y sobre la tumba de su hijo se inclinan, pasos de pasión que llamamos en lengua vulgar, ha mostrado todos los afectos de una santa mujer y diluído por los aires piedades que sólo en el templo de un hogar se sienten y sólo pueden sugerir el puro amor y la divina maternidad. A ella se ha debido que no haya el entierro de Carnot en su grandeza tomado ese carácter laico, que tanta sublimidad quitó á los entierros de Víctor Hugo y de Gambetta. Nadie sabe hablar de la muerte como la Iglesia. Cuando la marcha fúnebre de Beethoven golpea con sus cadencias los vidrios de Nuestra Señora, parece que se levanta el cadáver frío y yerto á caldearse con efluvios de otra vida mejor en la inmortalidad. Cuando el órgano suena, los ojos más vulgares ven levantarse las losas del pavimento alzadas por las calaveras de los muertos y venirse los ángeles en raudos vuelos desde la eternidad á unir las pavesas y las cenizas del cadáver con las jerarquías y los coros de la bienaventuranza en los altos de la gloria y en los senos de la Trinidad. Así, leed todos cuantos discursos han sido pronunciados por oradores laicos, tan elocuentes algunos como Challamel Lacour, quien tiene pocos rivales en Europa, y veréis cuán fríos aparecen junto á la unción del arzobispo de París, al recordar desde su púlpito, iluminado por las antorchas fúnebres y vestido con paños luctuosos, la nada del hombre, aun de aquel más altamente colocado en las cumbres del poder, y cómo esta nada se trueca en todo, así que del cuerpo yerto se levanta un espíritu inmortal engarzado por el amor divino en la corona de su eternidad. Quitadle al entierro las torres de Nuestra Señora que suben como un catafalco al cielo y la campana mayor que plañe como una voz del abismo de arriba; quitadle aquella iglesia ojival, donde todavía vuelan los siglos y comulgan los santos; quitadle las manifestaciones del arte que anuncian el cielo á la triste peregrinación del muerto y caldean los huesos fríos en la luz y en el calor increados; que no resuene un salmo y no susurre una plegaria y no aletee un ángel y no rece un sacerdote sobre la sepultura recién cerrada; serán aquéllas los obsequios fúnebres de un romano de la decadencia, muerto bajo el materialismo cesarista; pero no los de un francés moderno, quien ha debido su libertad á la revolución, cierto, á la revolución ayer, pero antes, mucho antes, al Divino Cristo y al republicano cristianismo.

Madrid, 6 de julio de 1894.



EL TORERO Á FINES DEL PRESENTE SIGLO, dibujo de D. Perea

EL TORERO

(Conclusión)

ESPECULACIONES DEL TORERO, SU VIDA PÚBLICA Y PRIVADA

Además de no ser especulador y sí perdido por naturaleza y gracia, el torero antiguo tenía poco que ahorrar, y por consiguiente no podía emplear su dinero ni bien ni mal. Sin embargo, hubo algunos diestros previsores que se aseguraron el sustento de la vejez, estableciendo tabernas, tablajerías ó industrias de este jaez. Hasta los tiempos de Francisco Montes los toreros no empezaron á ganar dinero sobrante, pero casi todos eran *artistas*, esto es, imprevisores, y el dinero, aunque lo lucían, les lucía poco. No se sabe en qué gastaba el suyo el célebre maestro de Chiclana, pues aunque aficionado á comer bien, no tenía vicios culminantes, hasta que ya viejo se dedicó á la bebida. El resultado fué que retirado del toreo tuvo que volver á él, y murió pobre.

Aunque José Redondo *(el Chiclanero)* ganaba mucho dinero toreando, no tenía la virtud del ahorro, y fastuoso y huelguista en sumo grado, se gastaba cuanto tenía. Algunos diestros han querido ser previsores del porvenir, pero con mala fortuna. Generalmente han empleado sus sobrantes en caprichos costosos. *Curro Cúchares* compró una huerta en Sevilla, y en mejorarla y embellecerla con labores y plantas exóticas consumía el producto de su trabajo; tanto, que hallándose cada vez más empeñado, tuvo que contratarse para la Habana, en donde murió del vómito.

Antonio Sánchez *(El Tato)* compró ó construyó una casa en Alcalá de Guadaira, que iba alhajando con gran lujo, y cuando por consecuencia de una cogida tuvo que retirarse joven del toreo, encontróse con mucha casa y poco dinero. Manuel Domínguez *(Desperdicios)* sólo pudo ahorrar algunos miles de duros, de los que vivió en Sevilla. Cayetano Sanz, después de especulaciones desgraciadas, pudo ir comprando tierras en el término del cercano pueblo de Villamantilla, y allí se retiró en la vejez. De los diestros de la edad media del toreo, sólo Antonio Carmona *(el Gordito)* ha sido buen administrador de su fortuna, y vive con desahogo. Los diestros, desde *Lagartijo* y *Frascuelo* acá parecen más juiciosos, bien es verdad que los que sobresalen ganan muchísimo más dinero que los antiguos y tienen para dar y tomar. Sin embargo, Mazzantini tuvo hace años un desavío de caudal, de que ya se va reponiendo.

El torero, en la vida pública, es, como ya he dicho, afable, cortés y todo lo bien educado que le permite su instrucción. Gusta del lujo y de la popularidad, y no hay para qué decir que de las mujeres, lo cual en los tiempos que corren ya va siendo hasta una virtud. No bien el diestro (por supuesto de la clase de matadores) adquiere nombradía, *se echa caballo*, pero caballo español, de mucho braceo, enjaezado á la jineta, con silla de concha y demás majezas. La tradición en la torería es llevar el caballo al paso castellano, y no permitirse los excesos de los señoritos elegantes. Así han paseado por Madrid Cayetano Sanz y *Frascuelo*, y por Sevilla el señor Manuel Domínguez. He dicho ya también que ahora los toreros promiscuan, es decir, que lo mismo puede vérseles en cafés y restaurants, que en colmados y tabernas. Los primeros espadas no se prodigan en público ni *alternan* tanto como antes, pero los picadores y banderilleros pululan en Madrid en la calle de Sevilla, y en Sevilla por los alrededores de la Campana. Es natural que el diestro guste de las cosas de su profesión, y por consecuencia acuden solicitados á corridas de afición y tentaderos de reses. En las corridas asisten á los aficionados noveles, exponiéndose á alguna topetada, porque como el becerro es incierto en sus derrotes, no pueden aplicársele las reglas taurinas. Los tentaderos son muy divertidos, no precisamente por la huelga á que dan ocasión, sino porque en ellos suelen gozarse *agradables* sorpresas. Los *tientadores* suelen estar reposando de la jarana y de las fatigas del día, duermen el sueño de los justos, cuando de repente se despiertan sobresaltados oyendo ruido, bufidos y sintiendo las *suaves* caricias de un novillo. En la mesa suelen también repetirse estas bromas; no sale un lagarto de la sopera, pero sí se presenta una res con pitones más ó menos desarrollados que da al traste con todo.

Estas sorpresas son tradicionales, especialmente en los tentaderos andaluces.

El torero torea á mujeres de todos tipos, pero generalmente elige para compañera de su vida á una *de libras*, quiero decir á una buena moza, de esas que encienden lumbre de una *bofetá* y hacen retemblar la tierra que pisan. Ya he dicho que el diestro suele ser buen padre de familia, y se observa en él desde hace años una particularidad. Los toreros antiguos veían con gusto y hasta fomentaban la afición del toreo en su familia; pero desde *Curro Cúchares* que pretendió, aunque inútilmente, que su hijo *Currito* siguiese una carrera, se nota que á los hijos de los diestros no les llama Dios por el toreo y prefieren ser bachilleres ó cualquiera otra cosa: lo cual es tanto más raro, porque ahora torero de nombradía quiere decir millonario.

No tengo que decir, pues es público y notorio, que los diestros se ayudan mutuamente cuanto pueden: esto entre ellos constituye una *generosa* masonería, y eso que cuando torean á beneficio de algún compañero desgraciado ó de la familia de éste (que es casi siempre que se lo piden) se exponen á una contingencia como en cualquiera otra ocasión, pues torear no es lo mismo que soltar gorgoritos ó estropear verso ó prosa en la escena.

De la vida privada del torero, poco hay que decir, sino que presenta algunos contrastes. El diestro, pulcro y hasta elegante en público, se descuida en el retiro del hogar doméstico, tiene poco orden, anda medio desnudo, por supuesto en el buen tiempo, con las piernas al aire y en zapatillas.

Hasta ahora desconoce las filigranas del *confort*.

EL TORERO EN VÍSPERA DE CORRIDA

Por muy despreocupado que sea, el diestro debe preocuparse algo de la corrida en que próximamente ha de tomar parte; pero como estos movimientos del ánimo son innumerables, sólo indicaré los más lógicos y los que yo he oído decir ú observado en los toreros que he tratado. Estos, por razón á los azares de su oficio, tienen cierta similitud con los jugadores. El jugador de raza, ganancioso un día, cree que vá á serlo siempre, ó si por el contrario se le niega el juego, supone que le *ha entrado la mala sombra*. El torero, del mismo modo siente estas alternativas de esperanza ó desaliento. Si quedó bien en la última corrida en que tomó parte, cree que su estrella seguirá brillando resplandeciente; si por el contrario, como los toros *dan* y *quitan*, recela que los cornúpetos sigan desabridos con él.

Como no sea algún diestro desastrado (que los hay), los demás en víspera de corrida toman sus precauciones para presentarse en la plaza con el debido equilibrio. Los inclinados á Baco ó á Venus no sacrifican en el ara de sus divinidades predilectas; saludable precaución no tomada por José Redondo *(el Chiclanero)*, que solo, ó por lo regular acompañado de su *cómplice el Lillo*, pasaba la noche de la víspera de corrida velando y no á enfermos. Pero, en fin, éstos y algún otro diestro constituyen excepción, y lo regular es que la mayor parte procuren conservar el vigor físico tan necesario para su ejercicio.

Los diestros que no tienen muy desarrollado el órgano de la vergüenza torera se preocupan menos, como es natural, de la corrida en ciernes, porque sólo temen la contingencia de ser cogidos, y esto es difícil cuando el torero trata de defenderse á todo evento y sin el anhelo de quedar bien. *Curro Cúchares* era de estos diestros, y en víspera de corrida dormía á pierna suelta; lo cual ha debido suceder á un famoso matador más moderno, que no quiero nombrar. Pero los toreros que se respetan y respetan al público sienten el doble recelo de la posibilidad de la cogida y de quedar mal. Antonio Sánchez *(el Tato)* pasaba desvelado la noche anterior á la corrida, y no de miedo, como él juraba *¡por su marecita!*, sino por excitación nerviosa. A Cayetano Sanz le sucedía lo mismo: se acostaba, pero tenía frecuentes desvelos, en los que se distraía leyendo novelas. En Manuel Domínguez observábase una cosa rara, y era que siendo este diestro tan serio de carácter como de toreo, en víspera de corrida estaba cantando continuamente. *Frascuelo*, según he oído, dormía dos horas antes de vestirse para ir á la plaza, y Manuel Ledesma *(el Coriano)*, que no era muy aficionado al café, se tomaba tres ó cuatro tazas antes de montar á caballo para encaminarse al circo taurino.

El torero el día de la corrida se preocupa mucho de su traje. En primer lugar se asea todo el cuerpo, y se muda fina ropa interior, en la previsión de ser visto en paños menores á consecuencia de una cogida. La elección de vestido constituye en algunos una preocupación, y los hay que apuntan los trajes que lucieron en las corridas anteriores, para no incurrir en repeticiones. Los toreros se parecen á las mujeres en dar mucha importancia al traje, y de esto dimana el pueril cuidado que ponen los revisteros taurinos en consignar el vestido de los diestros. En una ocasión *Pilatos*, ó séase Santa Coloma, tuvo un pique con *Lagartijo*, y de resultas nunca hablaba en sus crónicas de toros del traje que sacaba el diestro á la plaza, hasta que éste le buscó y le dijo: «Oiga usté, señó Santa Coloma, ¿sargo yo desnúo á la plaza?»

Sólo Cayetano Sanz, el más elegante de los toreros, no se preocupaba del traje, más que cuando toreaba con su eterno competidor Julián Casas, en cual caso elegía aquél minuciosamente en su conjunto y detalles.

Además del traje el diestro necesita varios requilorios, que su criado y mozos de estoques cuidan de llevar á la plaza: he aquí una lista aproximada.

Dos trajes completos.

Dos ó tres pares de zapatillas de toreo.

Cuatro ó cinco capotes de brega.

Tres ó cuatro muletas de diferentes tamaños y peso.

Cuatro ó cinco estoques.

Varios pañuelos.

Algunos se hacen llevar también frascos ó vasijas con diferentes líquidos, para enjuagarse la boca en los intermedios de la lidia.

EL TORERO EN LA PLAZA

Llamo plaza no sólo al *redondel*, sino que también á sus dependencias. Los picadores son los primeros que llegan al patio por donde entran los diestros, y allí esperan á caballo á que empiece la corrida. El patio se llena de amigos de aquéllos, de aficionados y de forasteros curiosos. Las ventanas de los pisos superiores de los pasillos de la plaza están también llenas de espectadores que esperan la llegada de las cuadrillas. Estas van llegando puntualmente. Porque sea dicho de paso, en España sólo hay precisión, exactitud y formalidad en lo que atañe á la lidia taurina. No se ha dado caso de que falte un diestro á la plaza (me refiero á la de Madrid) antes de la hora de la corrida: sólo *Cara-Ancha* se retardó una tarde algunos minutos, por retraso de su coche. El presidente tiene buen cuidado de *hacer la señal* á la hora marcada en el cartel, sin discrepar ni en un minuto, para evitar la silba consiguiente. Los carpinteros encargados de componer los desperfectos producidos por los toros en barreras ó puertas ó en poner los tablones en las divisiones de plaza, son un prodigio de actividad. Los conductores de las mulas de arrastre, los mozos de cuadra, los *monos sabios*, toda la dependencia, en fin, está en su sitio y cumple con su deber con una exactitud que se echa mucho de menos en las demás dependencias del Estado, públicas ó particulares.

Van llegando las cuadrillas al patio de entrada, y aquí empiezan sus contrariedades; porque este patio no está empedrado como el infierno de buenas intenciones, pero sí de piedras parecidas á guijarros, y como la suela de las zapatillas de torear es muy fina, los diestros andan como sobre ascuas. Renqueando y como pueden, ganan la sala de espera, atravesando por doble fila de amigos y aficionados, desde allí pasan á la capilla á rezar á la Virgen, y luego esperan en el callejón de la puerta de salida al ruedo á que el presidente lo ordene. Este, especialmente en la primera corrida de la temporada, es un momento psicológico. *Curro Cúchares* me decía: «Cuando abren la puerta de salida se me figura que voy á entrar en el campo santo.»

La mayor parte de los que me lean habrán visto corridas de toros, pero yo escribo para las naciones extranjeras y para la posteridad: por eso detallo. Ahora, para no complicar el relato, sólo me ocuparé del diestro matador de reses bravas, como punto culminante del toreo. Pero antes debo consignar como cosa notable el tacto, discreción y buena crianza que se observan en las cuadrillas, tanto entre sí, cuanto con el público. Ninguno se permite inconveniencias, y sólo en momentos de exasperación, alguno que otro diestro se ha *encarado* contra los espectadores.

En la primera época de la lidia taurina, el espada ó estoqueador sólo tomaba parte en ésta en la suerte de matar, y permanecía en la barrera ó sentado en el estribo durante los dos primeros tercios de la brega, dejando á los peones el cuidado de los quites de picadores y banderilleros: lo cual prueba que no es necesaria en éstos la intervención del espada, puesto que en aquella época no se registran más cogidas que en las posteriores. Francisco Montes fué el primero que *asistió* á los demás diestros en sus respectivas suertes: innovación oportuna y vistosa, que da lugar á que los matadores se adornen y se luzcan.

El primer espada dirige en la actualidad la lidia, lo cual no es tan fácil como parece, mucho más ahora en que suele haber otros matadores en el redondel, y por consiguiente las cuadrillas son muy numerosas. Montes era una especialidad en la dirección de plaza: su gran superioridad se hacía imponer, y no se movía un capote sin su voluntad.

Aunque el diestro esté enemistado de muerte con alguno de sus compañeros, le ayuda en la plaza con toda su alma. Han sido contados los toreros aviesos y no quiero mencionarlos. Claro es que el diestro debe sentir envidia cuando ve á un compañero aplaudido y triunfante, pero la oculta cuidadosamente, y el triunfo ajeno ó la derrota propia en nada influyen en sus buenas intenciones. La lidia provoca locos entusiasmos, y es de observar la finura de detalles con que el diestro corresponde á ellos. En cambio, ¿qué sentirán en su interior los toreros de vergüenza cuando se les vuelve el santo de espaldas, y se ven silbados, increpados y apedreados?

Para los demás *artistas* que se exhiben al público no hay tan grandes peripecias; pueden estar bien ó medianos: he aquí todo; pero al diestro, como los toros *dan* y *quitan*, pueden darle el desastre ó la apoteosis. Afortunadamente el público sólo juzga por la impresión del momento, y el torero, de un toro á otro, puede trocar su derrota en victoria esplendente.

Por lo demás, sólo diré, para concluir, que el diestro actual bulle más, pero hace menos cosas de mérito que los toreros pasados. Las dos piedras angulares del toreo, que son el *torear de brazos* y por consecuencia *parar los pies*, van siendo un mito.

Y aquí pongo fin á este desaliñado trabajo, bien así como el diestro viejo y maltrecho que se corta la coleta.

FLORENCIO MORENO GODINO.

LA MUJER

EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE BARCELONA

Un hecho digno de ser observado repítese en cada una de las Exposiciones de Bellas Artes que se verifican en nuestro país, en el que los críticos no fijan su atención. En cada concurso artístico aumenta el número de mujeres artistas y el de obras por ellas aportadas. Este noble empeño de la mujer en tomar parte activa en la fiesta del arte, en asociarse á una de las manifestaciones de la inteligencia y del sentimiento, hasta ha poco monopolizada por el hombre, no se estimula ni se premia. Preciso es que la producción sea de incontestable mérito para que arranque un aplauso ú obtenga una modesta recompensa. Cuanto á las demás, es decir, las obras de la generalidad, apenas llegan á atraer las miradas de los hombres que, considerándose como seres de superior organización, otorgan, desde su olímpico trono, su compasiva benevolencia.

No es posible establecer comparaciones, porque no existe paridad en los medios de producción. Los que á su alcance tiene la mujer son deficientes, especialmente en nuestro país, en donde más que en otro alguno ha de combatir todavía, aparte de los obstáculos que determinan su condición y las tradicionales trabas de la sociedad española, hidalga siempre y caballeresca, pero no dispuesta á aceptar modificaciones ni á conceder libertades á la mujer, sin tener en cuenta que su ilustración da la medida de la cultura y del progreso de los pueblos. Ejemplo nos ofrece la vecina nación, que cuenta con un buen número de artistas y escritoras, honra de las artes y de las letras, así como Marruecos y los demás países orientales, últimos asilos ó baluartes de la barbarie, en donde deja de ser la compañera del hombre y sólo se aprecia su belleza.

Todos los pueblos, todas las razas y todas las religiones han sido injustos con la mujer, pues aun el cristianismo, que se supone la manumitió, no la otorga iguales beneficios que al hombre.

La mujer ha sido el primero de los seres de la creación que hubo de sufrir las amarguras de la esclavitud, ofreciendo la particularidad de que aun habiendo sido en todos los tiempos la inspiradora de los grandes poetas y de los artistas más geniales, ha permanecido esclava de la naturaleza, del hombre y de la sociedad en que ha vivido.

Aparte de estas consideraciones, preciso es tener en cuenta las dificultades que le ofrece su propio organismo, sujeta desde temprana edad á penosas transformaciones, que la subyugan de tal modo que quebrantan su voluntad y la delicadeza de su espíritu.

Sujeta al hogar, sea cual fuere su edad, y expuesta á los rudos combates de su organización y de su carácter, halla como medio, tiempo é inspiración, entre sus deberes de hija, esposa y madre, para igualarse al hombre, cautivando su espíritu y buscando en las artes y las letras vasto campo en donde dar muestras de la delicadeza de su ingenio.

A nuestros lectores no puede ocultárseles los escollos que se ofrecen á la mujer de nuestro país, para dedicarse con aprovechamiento al cultivo de las artes; y aun así, grato nos es consignar que en la Exposición de Bellas Artes figuran noventa y tantas producciones femeninas, aportadas por cuasi igual número de mujeres artistas ó aficionadas. Cierto es que no constan en el Catálogo los nombres de Antonia Bañuelos, Fernanda Francés, Adela Ginés y Ortiz y alguna otra ventajosamente conocida ya en el extranjero; mas en cambio y en cuanto á nuestro país se refiere, podemos citar obras tan recomendables como el estudio de cristales de María Borrell, las flores de Emilia Coranty, el *Mendigo* de Dolores Ortiz, *La segoviana* de Juana Boidevín y las reproducciones de tejidos de los siglos XIV, XV y XVI de Angela Riba, que revelan excelentes aptitudes y representan gratas esperanzas para lo porvenir.

Variadísimas son las producciones y el género; pues si bien los estudios de flores y los bodegones figuran en crecido número, no es menor el representado por los paisajes, marinas, cuadros de género, tipos, retratos y discretos estudios.

Notable diferencia ofrece la sección extranjera, pues en ella hállanse expuestas obras de mérito indiscutible, algunas de las cuales merecen detenido y especial estudio. Entre los de flores, hemos de citar el *Ave-María* de Georgette Meunier, las *Lilas* de Anna Peters, que aventajan á los estudios de Félicie Putzeys, María Mols, María Uboldi y María Wuytiers. Mayores alientos y más suma de cualidades revelan los cuadros de género de Euphrosine Beernaert, el gran lienzo de Luisa Landré, y el dibujo al carbón, representando «La Maledetta,» uno de los más elevados picos de la cordillera pirenaica, de Mary Stigand.

De las cinco obras remitidas por Francisque Desportes, entre las que figura un estudio de desnudo, pintado al pastel, hemos de citar el bonito cuadro, que pudiéramos calificar como manifestación ruralista, titulado *La famille du garde forestier*, bien observado, de agradable tonalidad y correcto dibujo, que interpreta delicadamente los tranquilos goces del hogar de un guardabosque, quien al regresar á su modesta vivienda vese rodeado de su familia.

La pintora húngara Hélene Büttner muéstrase verdadera artista, singularmente en su cuadrito titulado *Orphelin*, y la habilísima y distinguida Hélene Frauendorfer, en la preciosa figura de *Lydia*, admirablemente pintada al pastel.

Réstanos ocuparnos de las magistrales obras de Amelia Beaury-Saurel, artista de temperamento excepcional, en cuyas producciones nótase una vigorosa ejecución y un encanto indefinible, y cuyos triunfos igualan al de las exposiciones á que ha concurrido. Basta examinar los siete cuadros que enriquecen la sección extranjera de la exposición – pues extranjera es tan distinguida artista por más que vió la luz primera en nuestra ciudad, – para comprender su valía y su mérito. Dotada de poderoso espíritu de observación, no se limita á trasladar al lienzo simplemente su modelo, cual puede observarse en el retrato de Mme. Cahen, á quien tan justamente premió el gobierno francés con la cruz de la Legión de Honor por los servicios prestados en los campos de batalla durante la guerra de 1870-71, en el que se adivina á la mujer abnegada por el sentimiento de la caridad y del amor á la patria; ó bien en el de la célebre escritora francesa Mme. Severine, en cuya frente adivínanse sus ensueños, sus utopismos sociales, en abierta lucha con los sentimientos de delicadeza y con la distinción ingénita de su espíritu. La *Petite bohémienne*, ejecutada al pastel con inimitable frescura, es una producción tierna, delicada y hasta sentida, resultando varonilmente trazada la figura del *maître d'armes*, que viene á ser una nueva y variada manifestación artística entre las producciones aportadas por tan distinguida pintora.

Las obras de Beaury-Saurel ofrecen particularidades no observadas en las demás producciones de igual índole ejecutadas por artistas del sexo débil; pues aparte de la seguridad y corrección del trazo y de la elegancia de la línea, recomiéndanse por su excelente y atinada tonalidad, sorprendiendo su amplia y fácil factura, unas veces delicada y casi siempre vi-



MERCADO EN EL SUR DE MARRUECOS, dibujo de R. Catón Woodville

gorosa, cual si fuese obra de varonil y enérgico esfuerzo.

De ahí su belleza y esa admirable conjunción entre lo rudo y lo sentido, entre la realidad y el idealismo, que se retrata en la sibilítica figura de Mme. Severine, que parece próxima á troncharse por la delicadeza de su organismo, al que sostiene y levanta el esfuerzo de su inteligencia, el fósforo que ilumina su cerebro, que se transparenta á través de su soñadora mirada.

Imperdonable omisión sería en nosotros si no mencionáramos el lienzo titulado *Le travail*, obra de género distinto de las anteriores, elegantemente trazada, de simpática tonalidad y que evoca el recuerdo de las creaciones rafaelescas.

Algunas esculturas obra de artistas femeninos figuran en el certamen, descollando en primer término el notable grupo en bronce *Virginius*, modelado por Elisa Bloch, artista de grandes alientos, conforme lo atestigua también la estatua de *Moisés* que tanto llama la atención actualmente en el Salón de los Campos Elíseos de París.

Las producciones de Amelia Beaury-Saurel y las de la escultora francesa Elisa Bloch son una muestra de cuánto puede ofrecer la mujer artista, si se le falicitan medios para su desenvolvimiento y educación, y el conjunto de todas las que enumeramos y figuran en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, la contestación irrefutable á los que la niegan aptitudes para el cultivo de ciertas ramas del humano saber, hasta ha poco monopolizadas por el hombre.

A. GARCÍA LLANSÓ

LA PROMESA

Sí, señor, sí: con mi indiferencia religiosa, con mi cáustica risilla cuando me hablaban de milagrosos hechos, con mi poca credulidad para todo como no lo viese y no lo tocase, yo fuí quien puso aquel gran cirio á la Virgen de la Fuensanta cordobesa. Bueno, ríete, pero has de saber lo siguiente. Allankardec túvome sin cuidado siempre; sus doctrinas también, y tranquilo continúo; no creí nunca en cosas sobrenaturales, pero yo sé decirte que habló conmigo mi hermano después de muerto. ¡Ah, pobre Cristóbal!

Cuando fuimos á Alcolea, á las órdenes de Serrano, siguiendo respectivamente á nuestros batallones, hacía dos semanas que Cristóbal se había casado; se casó con la más linda y buena mujer que la tierra andaluza pudo criar. Era huérfana, sola; veíase perseguida por un hombre á quien ella despreciaba; un ricacho extremeño, que con sus insolencias y sus napoleones creíalo todo conseguido: se llamaba Díaz Salazar; conocíale yo porque mi hermano supo el continuo asedio en que tenía á la que iba á ser su mujer; hallàronse los dos frente á frente por fin, y yo fuí testigo de Cristóbal; Cristóbal le dejó malparado; dos meses después se casó Cristóbal con su prometida, pero mi pobre cuñada siguió cumpliendo su destino en el mundo: el de ser huérfana.

Fuimos al deber mi hermano y yo, pero con cierta tranquilidad, por lo que á mi cuñada referíase; en nuestra ausencia no sería importunada por Díaz Salazar; sabíamos que se unió á las tropas de Novaliches. Muchos paisanos, según sus inclinaciones políticas, se incorporaban al ejército de la revolución ó al de la reina.

Cristóbal servía en el segundo de Cantabria; yo fuí de ayudante con el duque de la Torre. No pude ver á Cristóbal y estaba inquieto; presentía una catástrofe. En Pendolillas fué terrible verdaderamente el choque de las vanguardias de los dos ejércitos. Después del ataque del puente, cuando todo hubo concluído, busqué á mi hermano... Cayó, según pude averiguar, en la segunda retirada de las fuerzas de Echevarría, aquel tremendo ataque cuya suerte decidió Caballero de Rodas, con el batallón de marina y su corajuda escolta de carabineros. ¡Fué muy doloroso para mí; no pudimos encontrar á mi hermano! Lo recomendé á las ambulancias; estuve yo también durante toda la noche reconociendo los cadáveres uno por uno, á la luz de un farol; indagué en los hospitales de sangre de la casa del Capricho, de la estación de Alcolea, de la estación de Córdoba y de la misma ciudad. Todo inútil. Cuarenta y ocho horas pasáronse y no pareció. ¿Estaría prisionero? Era un absurdo pensarlo, te consta. ¿Lo arrastraría el Guadalquivir? Imposible; Cantabria evolucionó muy distante del río, para que eso pudiera suceder ni en las alternativas de la lucha. Restaba una hipótesis; la de que lo hubiesen arrojado en la gran fosa que primero fué abierta, confundiéndole en el montón. ¿Lo mutilaron de tal suerte que no pudo ser reconocido? ¿Despedazaron su uniforme hasta el punto de que no se le pudiera reconocer tampoco por el de un oficial? Era un misterio; yo me desesperaba. Si cayó herido, ¿cómo socorrerle? Si murió, ¿cómo saber si tuvo sepultura? En un caso ó en otro, ¿qué cuentas iba yo á dar á nuestra madre de su pobre hijo Cristóbal? El dolor atarazaba mis pulmones, mis entrañas, mis huesos... ¡Lloré como un chiquillo!

Con mis trabajos y penas, no descansé ni comí en



Retrato de Mad. Cahen, cuadro de Amelia Beaury-Saurel

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

más de dos días. Comí un poco á la tercera noche. Hallábame en un cuartito bajo de cierta casa próxima á las ventillas. El cuartito tenía una puerta que comunicaba con el interior y otra que daba á un pequeño jardín, sobre la margen izquierda del río. Había una presa en el río por aquella parte; deslizábanse las aguas por el portillo de la presa con gran estrépito, llegando á mí como un clamor de cadencias fantásticas en el silencio de la noche.

Apenas pude comer; rendíanme la fatiga y la inquietud. No sé qué extraños pensamientos de unción y misticismo acariciaban mi frente como beso triste. Una gran somnolencia, explicada por mi cansancio, fué acometiéndome, pero yo me sentía en el uso completo de todas mis facultades. Aquel ruido imponente de la presa, en la calma lúgubre de la noche, afectaba mi espíritu como el rumor inmenso de una salve sin fin cantada á la vez por millones de labios.

Yo recé por Cristóbal; rezando me acordé de la Virgen; acordándome de ella, pensé en la pobre viejecita que nos dió el ser, y ofrecí un cirio á la Virgen como pareciese Cristóbal vivo ó muerto. Fíjate: en aquel mismo punto, oí un golpecito en la puerta que daba al campo. ¿Quién podría llamar? Miré la hora. Mediaba la noche... ¿Habrá sido un error? No, porque dieron otro golpe más fuerte. Me levanté y abrí... Hallé delante de la puerta un oficial de Cantabria, lo pude reconocer á la luz de la luna... Le tendí los brazos. ¡Era Cristóbal!.. Pero Cristóbal no me abrazó. Sus manos estaban frías... Su rostro helado... Pronunció algunas frases, y no las pude oir, con aquel clamor imponente de la gran salve del río.

– Entra, dije.

– No, ven tú.

– ¿Adónde?

– Adonde está mi cuerpo.

Estas palabras se cruzaron entre nosotros. Un sudor frío empapó mis carnes. Nunca como entonces me pareció tan lúgubre la inmensa trepidación de las aguas. ¿Estaría soñando? No, estaba despierto. Miré á todas partes como para convencerme. Vi el jardín, los árboles... Allá por la derecha, el gallinero; el gallo cantaba entonces; al otro lado el brocal del pozo, con su pesada garrucha, su recia maroma y sus dos cubos; enfrente, limitando el jardín, unos juncales que se mecían con blando impulso, y todo esto iluminándolo con suavidad la luna.

– Ven, repitió mi hermano.

La luna le daba de lleno entonces; yo le miré con fijeza y se me heló la sangre; sus ojos no tenían brillo, sus pupilas estaban inmóviles, sus párpados tampoco se movían.

Me acerqué más, le miré ansioso y estuve á punto de caer sin sentido. ¡Tan grande fué mi horror! Tenía el pecho y la cabeza acribillados á balazos; la cabeza parecía separada del tronco y vuelta á unir; un cordón negruzco alrededor del cuello, del que caían espesas gotas de sangre, hacíalo creer.

– ¡Hermano, hermano!, dije acongojadamente.

– Ven, repitió.

Echamos á andar. Yo no sentía sus pisadas; deslizábase como una sombra; el ruido de las mías llenábame de pavura. Pasamos junto á la ermita de los Angeles; en un bardal amarilleaban siniestramente los jaramagos; á nuestra izquierda corría silencioso el Guadalquivir, y el zumbido de la presa iba perdiéndose, como si el rezo empezara á extinguirse.

De pronto experimenté una sensación profunda de frío... Cristóbal empezó á hablar sin interrumpir la marcha. ¿Qué habló? Se me figura oir siempre aquel eco grave, monótono, como el zumbar lejano de las aguas.

Habíamos pasado ya la casa del Capricho, que quedó atrás como informe montón ceniciento, y más atrás el puente con sus recios machones de piedra. Mi hermano dijo:

– Aquí fué lo recio de la lucha. Poco antes de la completa dispersión de la vanguardia isabelina, caí yo herido; me levanté y seguí peleando; caí de nuevo, pero mis heridas no eran peligrosas. Me pude retirar trabajosamente hasta una encina. De pronto se acercó á mí un hombre; era Díaz Salazar, mi infame enemigo, el perseguidor de mi mujer; llevaba un revólver en una mano y la espada desnuda en la otra; quise defenderme, pero no pude... Descargó su revólver sobre mi cabeza y mi pecho, y clavó dos ó tres veces su espada en mi garganta. Yo caí junto á la encina; al lado había un hoyo profundo; me empujó á él y por eso no me has podido encontrar, aunque pasaste muchas veces junto á mí. Ahí está la encina, ahí está el hoyo; cumple tu promesa; nada más tengo que decirte.

Yo iba á hablar, pero no pude, quedé mudo de estupor.

Cristóbal había desaparecido ante mis ojos, como se hace la obscuridad, de noche y en una habitación cerrada, apagando de repente la luz. Me arrodillé y recé una oración.

Allá lejos, muy lejos, oíase en la quietud de la noche el zumbar de la presa, como el eco medio extinguido, pero sin extinguirse jamás, de aquella gran salve cantada por millones de labios. Los reflejos de la luna metíanse por las ramas de la encina, poniendo fantásticos dibujos en el suelo. Un rayo de aquella luz suave se hundía como la mirada de Dios en la fosa...

Yo nada pude ver. Puse una seña para hallar la encina, y me separé de aquel sitio.

Después de algunas horas de fiebre, cuando era ya de día, volví con unos compañeros. «¿Sería un delirio?,» pensaba yo. Llegamos al pie de la encina... No, no era delirio. El cuerpo de Cristóbal estaba allí. Le sacamos para alargar el hoyo; vi el cadáver; tenía tres heridas en la garganta y agujereados el pecho y la cabeza.

Se le enterró al pie de la encina y clavé dos palos, formando cruz, en el tronco.

Aquella misma tarde cumplí mi promesa, puse el cirio á la Virgen. A la mañana siguiente maté en duelo á Díaz Salazar.

Un dato: antes de morir confesó que fué el asesino de Cristóbal.

MARTÍNEZ BARRIONUEVO



Vendedor de habas en la plaza de Sidi-Ocba, cuadro de Mauricio Bompard

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido en Dusseldorf á la memoria de las víctimas de la guerra franco-alemana, modelado por Carlos Hilgers. El recuerdo de la sangrienta guerra de 1870 y 1871 ha sido perpetuado en multitud de ciudades alemanas por medio de hermosos monumentos confiados á los artistas más eximios de aquel pueblo. Uno de ellos es el que reproducimos, erigido en la ciudad de Dusseldorf: su autor, el notable escultor Hilgers, ajustándose á la severidad del asunto que debía conmemorar, ha ejecutado una obra sencilla y sobria, cualidades que aumentan la belleza de sus líneas inspiradas en el estilo neogriego tan adecuado para esa clase de monumentos.

Mercado en el Sur de Marruecos, dibujo de R. Catón Woodville. – Varios son los dibujos del mismo autor y de asuntos análogos á éste publicados en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y esto nos releva de encarecer una vez más, así la maestría técnica del reputado dibujante inglés, como su conocimiento profundo de las costumbres marroquíes, que ha estudiado con verdadero cariño y que reproduce en sus dibujos con toda la vida, todo el carácter pintoresco, todo el sello de raza y de localidad que tienen las escenas por él observadas.



Giudecca, Venecia, cuadro de Vittorio Avanzi (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



EN LA FERIA, cuadro de Baldomero Galofre y Jiménez



LOS MÚSICOS DE LA ALDEA, cuadro de Guillermo Zimmer

Retrato de Mad. Cahen, cuadro de Amelia Beaury-Saurel (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Basta examinar los siete cuadros que en la sección extranjera de nuestra Exposición de Bellas Artes ostentan la firma de Amelia Beaury-Saurel, para comprender su valía y su mérito. Todos ellos son verdaderamente magistrales, notándose, como en todas sus producciones, la ejecución vigorosa propia del artista contemporáneo, unida á un encanto indefinible.

Recientemente hemos dado á conocer á nuestros lectores uno de sus más notables lienzos. Hoy reproducimos un notabilísimo retrato, género que domina la pintora francesa y al que debe sus más justificados triunfos. El retrato de Mad. Cahen, á quien tan justamente premió el gobierno francés con la cruz de la Legión de Honor por los servicios prestados en los campos de batalla durante la guerra de 1870-71, revela las cualidades que atesora la artista y su poderoso espíritu de observación, puesto que en la retratada, en su severo á la par que bondadoso rostro, se adivina á la mujer abnegada por el sentimiento de la caridad y del amor á la patria.



Mad. Carnot, viuda del último presidente de la República francesa

El teniente Sadi Carnot, primogénito del último presidente de la República francesa

Vendedor de habas en el mercado de Sidi-Ocba, cuadro de Mauricio Bompard. – En esta escena de la vida árabe el artista nos presenta la plaza del Oasis de Sidi-Ocba (Argelia), y su cuadro causa una impresión intensa de ese Oriente tan rebelde á toda civilización, tan aferrado á sus costumbres y que ofrece á los que saben verlo y comprenderlo tantos asuntos originales y llenos de color.

Giudecca, Venecia, cuadro de Vittorio Aranzi (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Al penetrar en la primera sala de la sección extranjera de la Exposición de Bellas Artes, llama la atención y atrae al visitante el bonito lienzo del pintor veronés Vittorio Aranzi, representando la Giudecca de Venecia, trasunto fiel de uno de los barrios más típicos de la poética ciudad de las lagunas, pues hállase impreso en el cuadro el sello de la verdad. Tres lienzos ha remitido á nuestro certamen artístico el Sr. Aranzi, de distinto género y todos ellos recomendables. *En el jardín* y *Una mañana en Venecia* titúlanse los demás lienzos, y en ellos como en el que publicamos distínguese el pintor como sobrio colorista y con absoluto dominio de la paleta. La *Giudecca* es una producción bien observada que honra á su autor, pues revela el natural y patentiza sus cualidades pictóricas.

En la feria, cuadro de Baldomero Galofre y Jiménez. – Animado por un entusiasmo patriótico y artístico que le enaltece, Baldomero Galofre ha emprendido, desde hace algunos años, la difícil tarea de dar á conocer á España de una manera tan brillante y espléndida como completa. De vez en cuando abandona las comodidades que su casa le ofrece, los atractivos de su taller, la compañía de sus amigos, para emprender largas y aun atrevidas excursiones á fin de poder llevar á cabo y feliz término su colosal empresa.

El cuadro *En la feria* que nos cabe la satisfacción de publicar, es una bella manifestación del cuadro de costumbres, un tanto pintoresco, pero hermoso por su brillanre entonación, verdaderamente meridional, de elegantísima factura y en el que, hasta en sus más nimios pormenores, revélase el temperamento excepcional de Baldomero Galofre, en el que se hallan armónicamente hermanadas las cualidades de pintor y el sentimiento del artista.

Los músicos de aldea, cuadro de Guillermo Zimmer. – En todas las poblaciones de escasa importancia el baile dominguero es la única diversión que distrae y alegra el ánimo, haciéndole olvidar los cuidados de los pasados días de trabajo y cobrar alientos para los que han de venir: en la plaza del pueblo, ó en una sala más ó menos destartalada, ó en el campo á la sombra de frondosa arboleda, danzan las parejas al compás de una *orquesta* en la que la buena voluntad suple al saber, formada por *profesores* que ordinariamente manejan la azada, el escoplo ó el martillo y que han dedicado sus ratos de ocio al cultivo de la música para divertir á la gente moza en las fiestas profanas y acompañar los cantos litúrgicos en las religiosas. El pintor alemán Zimmer ha compuesto sobre este asunto un cuadro bajo todos conceptos notable por la naturalidad que en él campea, naturalidad que se manifiesta especialmente en las figuras de los siete músicos, llenas de expresión, de verdad y de vida.

Madame Carnot. – El hijo primogénito de M. Carnot. – Casa donde nació M. Carnot, en Limoges. – Las siguientes líneas de un eminente crítico francés, no ha mucho tiempo escritas, son el mejor retrato moral de la ilustre viuda del infortunado Carnot: «No es solamente una madre de familia ejemplar, una completa señora de su casa, sino una gran dama en toda la extensión de la palabra, que lo mismo brilla en las solemnes recepciones del Elíseo que en su salón particular, algo más reducido, de la calle des Bassins. Desde el primer momento, madame Sadi Carnot supo conquistarse las simpatías y el respeto de todo el mundo por su afabilidad y por el cuidado con que organiza las fiestas de la presidencia, lo mismo las grandes recepciones que las reuniones más íntimas, y en estas últimas se puede apreciar mejor la claridad de su talento, su distinción y al propio tiempo su natural sencillez. Formando juego con tan exquisito trato social, la señora del presidente tiene el don, como pocas, de atender de una manera discretísima y generosa al alivio de muchos infortunios que la Providencia coloca en su camino. Su caridad, la bondad de su corazón, rivalizan con el profundo interés que se toma por todas las causas justas. Por eso y nada más que por eso, porque siempre hace el bien y nunca se inclina al mal, sólo hay una voz para reconocer la delicada manera con la cual llena su misión la digna esposa del presidente de la República.» Las elocuentes pruebas de cariño y simpatía que con el triste motivo del asesinato de su esposo ha recibido de todo el mundo y de todas las clases sociales, desde el más alto soberano hasta el más modesto obrero, han demostrado la verdad de las palabras transcritas.

Con el retrato de Mad. Carnot, publicamos el de su primogénito, teniente de infantería, y la vista de la casa en donde nació M. Carnot, frente á la cual se eleva el monumento erigido á la memoria del abuelo de éste, el «organizador de la victoria.»

MISCELÁNEA

PARIS. – El célebre pintor húngaro Munkacsy ha expuesto en su taller un cuadro muy notable que representa á Jesús en la agonía y que está destinado á la capilla mortuoria del conde Andrassy.

LONDRES. – En la Galería Goupil se ha expuesto una hermosa colección de cuadros del célebre paisajista francés Troyon, que ha sido muy admirada por la crítica y el público londinenses.

– En la Galería de Hannóver ha celebrado una interesante Exposición la Sociedad de Acuarelistas franceses, en la que sobresalen los deliciosos estudios de niños y animales de Boutet de Monvel.

– Dicen de la capital de Inglaterra, aunque la noticia ha de tomarse con ciertas reservas, que en Rusia se han descubierto una porción de dibujos hechos por Rafael para los famosos tapices del Vaticano que disputan la autenticidad á los que se conservan en el Museo londinense de Sout-Kensington, los cuales, á ser cierto lo que se afirma, serían simplemente copias.

BERLIN. – Las principales adquisiciones hechas por los museos de Berlín durante el primer trimestre del presente año son: una antigua urna funeraria de Atica, un relieve italiano que representa á una Madona del estilo de las de Benedetto de Majano, un pequeño y precioso relieve de plata lombardo con el sepelio de Jesucristo, una estatuita de Venus de bronce del siglo XVII y varios grabados antiguos. La Galería Nacional ha adquirido, durante el mismo período, una escultura de Blaser de Keil y varios dibujos y estudios del difunto pintor Schobelt.

MUNICH. – Un gran número de artistas muniquenses, que disienten así de la antigua Asociación como de los secesionistas, tratan de constituir una asociación nueva bajo la presidencia de Gabriel Max.

– Para que el éxito moral obtenido en la Exposición de Chicago pueda ser de resultados materiales prácticos, la Asociación de Industrias Artísticas muniquense ha acordado, después de largas negociaciones, fundar una Sociedad de exportación de productos de las mismas.

AMBERES. – El municipio de Amberes ha adquirido en 20.000 francos los famosos cuadros del pintor barón Hendrich Leys, que tiene éste en el comedor de su casa, para colocarlos en la Casa Consistorial en una sala contigua á la galería de cuadros de aquel artista que en el mismo edificio existe. Los gastos de transporte, que se calculan en 10.000 francos, los satisfará el Estado.

– La Asociación del Arte histórico ha celebrado su 25.ª asamblea general, habiéndose dado en ella cuenta de que las 53.000 pesetas de que disponía para la adquisición de obras artísticas han sido destinadas á la compra de cuatro cuadros al óleo de A. Kampf (de Dusseldorf), de P. F. Messerschmidt (de Munich), de Warthmuller y de Eichstadt (de Berlín), de una acuarela de Scheurenberg (de Berlín) y de un dibujo de G. Marr (de Munich).

Teatros. – En la grandiosa Arena romana de Verona se proyecta dar algunas representaciones de las tragedias clásicas antiguas y modernas. Al frente de esta empresa figura el barón Franchetti.

– En el teatro Real de Cristianía se ha estrenado con gran éxito una ópera en tres actos de J. Hardon, titulada *Fra gamle Dage* (Del tiempo viejo) que la prensa noruega califica de primera ópera nacional.

Londres. – En Covent Garden se ha cantado con gran éxito la ópera de Cowen, *Signa*, que su autor compuso en cuatro actos reducidos ahora á dos: la música de esta nueva producción del reputado compositor inglés es altamente dramática y melodiosa y está brillantemente instrumentada, sobresaliendo en ella un canto de la libertad, un aria y el final del primer acto, un delicioso preludio, un coro y toda la segunda mitad del segundo acto. En el teatro Savoy se ha representado la ópera *Mirette*, del célebre compositor francés Messager, cuya música alegre y brillante ha sido muy aplaudida. En Drury Lane siguen las representaciones de ópera alemana, habiéndose puesto últimamente en escena *Tristán é Isolda*, de Wagner, que ha obtenido un éxito entusiasta. En el teatro Daly ha representado Sarah Bernhardt *Fedra*, *Fedora*, *La dama de las camelias* y *Los reyes*, comedia de Lemaitre estrenada en París durante la última temporada, que no ha conseguido en Londres más que un éxito regular. En el Palacio de Cristal se ha cantado el *Mesías*, de Handel, por una masa de 519 músicos y 2.997 coristas, habiéndose confiado los solos á los notables cantantes Sras. Albani y McKenzie y Sres. Davis, Santley y Welsh: el efecto ha sido prodigioso y el éxito entusiasta.



Casa en donde nació Carnot, en Limoges

Necrología. Han fallecido:

Barón Bethune, uno de los más sabios conocedores del arte cristiano medioeval, restaurador del arte cristiano en Bélgica y fundador de las llamadas Escuelas de San Lucas, en donde se instruyen los que quieren dedicarse á las industrias artísticas.

Otón Devrient, notable poeta alemán.

UNA VENGANZA

NARRACIÓN DANESA DE J. P. JACOBSEN. – ILUSTRACIONES DE JEANNIOT

I

En la casa de Stavnede, el reducido cuarto verde es seguramente antecámara de otros aposentos; pero en todo caso, los pequeños sillones alineados contra el tabique, de color gris, no invitan á nadie á sentarse. En medio de la pared se ve una mancha clara, cuya forma indica el sitio que ocupaba un espejo oval, retirado largo tiempo hace. A cada lado hay astas de ciervo; de una de ellas pende un sombrero con cintas verdes, una escopeta y una calabaza; de la otra un manojo de sedales de pescador, junto á los que se ve anudado un par de guantes. En medio de la habitación hay un velador con piedra de mármol negro y pies dorados que ostenta en su centro un ramo de helechos.



Agata Stavnede

Ya está muy adelantada la mañana; el sol lanza á través de los vidrios superiores un dorado y brillante rayo, que se refleja precisamente en los helechos; algunos de éstos consérvanse aún verdes y lozanos pero los más se han marchitado, sin haber perdido nada de su forma, y ofrecen á la vista todo el orden de los matices amarillos y rojos, desde el más delicado pajizo pálido hasta el encarnado pardusco más intenso.

Un hombre de veinticinco años, de pie delante de la ventana, admiraba aquellos vivos matices; y por la puerta del salón podía ver una joven de elevada estatura sentada al piano, junto á una ventana abierta, cuyo apoyo era tan bajo, que permitía abarcar con la mirada el prado y la grande avenida. En esta última, un elegante joven, vistiendo traje de cazador, montaba un caballo blanco: era Niels Bryde, el prometido de Agata, hija del dueño de la casa, y en aquel momento ocupábase en amaestrar el caballo de su novia. El otro joven era el primo Henning, hijo del tío de Agata, Lind de Beytrup, que había muerto acosado de acreedores, y de quien siempre se murmuró, no sin razón.

Lind de Stavnede había recogido á Henning, encargándose de su educación; mas no se mostró muy rumboso en el desempeño de su cometido. Aunque el niño tenía buenas disposiciones y amaba el estudio, retiróle muy pronto del colegio y quiso que volviera á Stavnede para aprender la agricultura.

Se le encargó de vigilar todos los trabajos en calidad de intendente, pero sin concederle la menor autoridad, pues el viejo Lind no podía abstenerse de intervenir en todo. La situación de éste era de las más precarias. Por falta de dinero la propiedad se perdía poco á poco, y no había medio de evitarlo, pues no había que pensar en aplicar los nuevos métodos de cultivo, ni siquiera en rivalizar con los vecinos. Era forzoso dejarlo todo en el mismo estado – y Dios sabe cuánto duraba esto, – limitándose á procurar que la finca produjera todo lo posible y observando la mayor economía. En los años malos no había más remedio que vender alguna tierra para obtener dinero contante. ¡Triste posición para un joven que gastaba allí su tiempo y sus fuerzas!

Por otra parte, el viejo Lind, hombre de carácter arrebatado y violento, no creía deber ninguna consideración al que en otro tiempo había protegido, y en sus momentos de cólera no reparaba en recordarle el voraz apetito que tenía cuando se le recogió. Algunas veces llegaba hasta el punto de hacer enojosas alusiones á los difuntos padres del muchacho, alusiones en las que sin duda había algo de verdad, pero que demostraban falta de tacto y de consideración.



Henning empuñando su escopeta humeante retenía el aliento para escuchar

Un tío joven de Henning, dedicado al comercio de maderas de construcción en el Sleswig, habíale invitado varias veces á ir á su casa, y hacía largo tiempo que el muchacho hubiera salido de Stavnede si no hubiese amado tanto á la hija del dueño, hasta el punto de parecerle imposible vivir sin ella.

Su amor, sin embargo, no era feliz. Agata había jugado con su primo en la infancia, manifestándole alguna amistad; pero más tarde, cierto día – haría de esto un año – Henning le declaró su amor. La joven se enojó seriamente, y considerando aquella declaración como una broma de mal género, aconsejó á su primo que no cometiese la locura de hablarle otra vez de semejante asunto.

La situación humillante á que le veía reducido, y que Henning soportaba tan sólo por amor á ella, habíale envilecido á sus ojos. Agata le consideraba como de otra clase, inferior á la suya, no por la categoría y la posición, sino desde el punto de vista de los sentimientos y del honor.

Poco después Agata fué la prometida de Bryde. ¡Cuántos sufrimientos ocasionó esto al pobre Henning en los tres meses que duraba el noviazgo! Y sin embargo, no se iba, pues érale imposible aceptar la idea de perder á la joven para siempre. Decíase que algún acontecimiento imprevisto vendría tal vez á separar á los novios; y esto no era esperanza, sino un sueño que no confiaba ver realizado, pero que le servía de pretexto á sus propios ojos para no marcharse.

– ¡Agata!, gritó el jinete, deteniendo su caballo junto á la ventana abierta, usted no nos mira, y sin embargo, esto comienza á marchar bien.

La joven volvió la cabeza hacia el mancebo, y contestóle sin dejar de tocar el piano:

– Sí que les miraba, y hasta le diré que ha estado usted á punto de caerse junto á la oxiacanta blanca.

Al pronunciar estas palabras, Agata pasó rápidamente la mano sobre todas las teclas del piano, produciendo algunas notas brillantes que se resolvieron en un alegre galop.

– Váyase usted, dijo después al joven.

El jinete no se movió.

– Vamos, ¿qué hace usted ahí?

– ¿Piensa usted estarse toda la mañana al piano, Agata?, preguntó Niels.

– Sí.

– Pues entonces podré ir á Hagestedgard y estar de vuelta á la hora de comer.

– Seguramente, si va usted de prisa. ¡Hasta la vista, Niels!

El joven se marchó, y Agata siguió tocando después de haber cerrado la ventana; pero muy pronto se cansó. Recreábale mucho más el piano cuando Niels se paseaba impaciente por delante de la ventana.

Henning miraba al caballero alejarse... ¡Cómo le odiaba!.. A no ser por él... Nada de común había entre ellos. ¡Con qué ardimiento deseaba una circunstancia que los colocase uno frente á otro, sin disfraz y como enemigos!

Agata entró en el cuarto verde, tarareando lo que acababa de tocar al piano, y acercándose á la mesita, cogió el ramo de helechos para arreglarle un poco.

El sol iluminaba de lleno sus manos, grandes, blancas y de graciosa forma, manos que Henning había admirado siempre. La joven llevaba aquel día

mangas muy anchas, que dejaban ver hasta el codo sus lindos brazos redondeados; mas á Henning no le llamaban tanto la atención, como aquellas manos flexibles y regordetas, brillantes de blancura en sus seductores movimientos y de cuyo cutis mate parecía emanar una extraña voluptuosidad. ¡Cuántas veces se había conmovido cuando veía que se las martirizaba sobre las teclas insensibles! La naturaleza no parecía haberlas creado para aquel esfuerzo, y sí más bien para que reposasen sobre los pliegues de un vestido de seda, como las de las odaliscas, sobrecargadas de preciosos anillos.

Mientras Agata aceptaba las flores, su rostro tenía una expresión tranquila que irritaba á Henning. ¿Por qué había de ser para ella la vida tan fácil y tan alegre, para ella, que le había robado todo el sol de su existencia?.. ¡Si él pudiese turbar aquella quietud, proyectando una sombra en su camino!.. ¡Agata había despreciado su amor, hollándole bajo sus pies, sin dignarse notar siquiera que laceraba el alma impaciente de un hombre enloquecido por un amor sin esperanza.

– Ahora estará Niels en Borreby, dijo, asomándose á la ventana.

– No, observó Agata, ha ido á Hagestedgard.

– ¡Oh! Viene á ser lo mismo.

– No, Borreby no está en igual dirección.

– Es verdad; tiene usted razón. ¿Y suele ir allí con frecuencia?

– ¿Adónde?

– A Borreby, á casa del guardabosque.

– No lo sé. ¿Por qué dice usted eso?

– Porque se asegura que Niels está en buena inteligencia con la linda hija del guarda. Por lo demás, eso es asunto suyo, pues no ha pronunciado votos eternos.

– ¿Se ha dicho alguna cosa?

– ¡Bah! Nadie se libra de las malas lenguas. Y por eso Niels debería ser más prudente.

– Pero, ¡Dios mío! ¿Qué dicen?

– ¡Oh! Se habla de citas, de...

– ¡Miente usted, Henning!, interrumpió la joven. ¡Nadie ha dicho tal cosa! Usted es quien acaba de inventar semejante cuento.

– Pues entonces, ¿por qué interrogarme? ¿Qué satisfacción puedo yo tener en hablar de sus triunfos entre las señoritas de Borreby?

Agata dejó los helechos y acercóse al joven.

– ¡Qué malo es usted!, díjole.

– Comprendo, amiga mía, repuso Henning, que usted se indigne, porque contrista pensar que Niels no pueda poner freno á su ligereza, al menos provisionalmente.

– ¡Cállese usted, Henning! Lo que ahora dice es odioso, y no creo una palabra de todas esas calumnias.

– No soy yo quien las dice, repuso el joven, apartando la vista, pues yo no los he visto besarse.

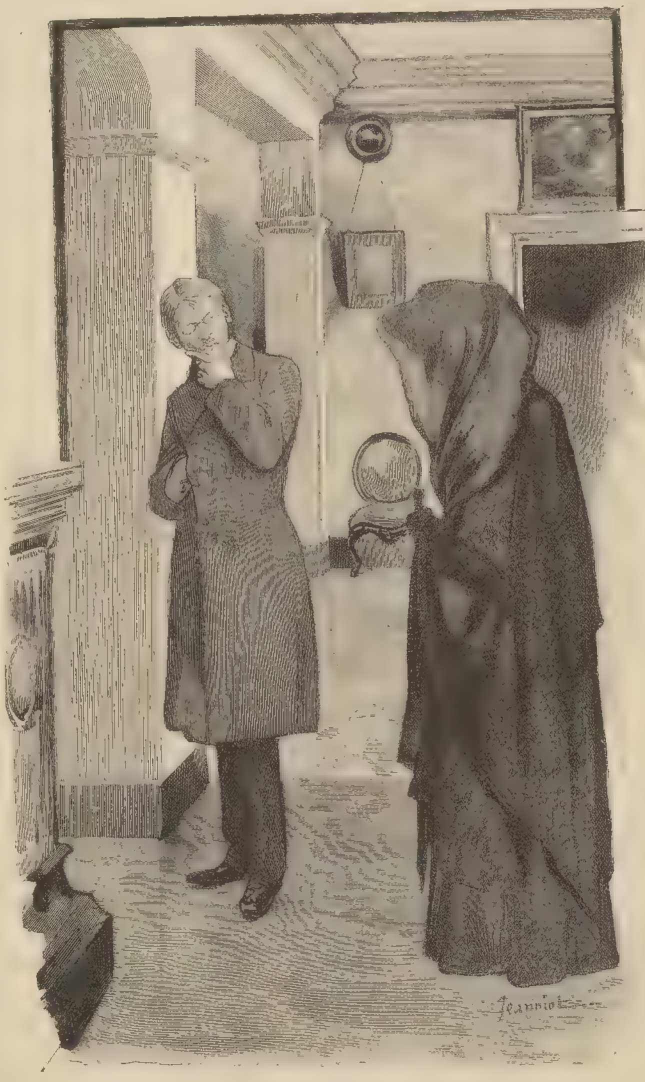
Agata levantó la mano maquinalmente y dió un bofetón á su primo, que pálido de cólera dirigió á la joven una mirada salvaje, mirada de perro hidrófobo y de hombre que rebosa odio.

Después Agata dió algunos pasos hacia la puerta entornada, ocultando el rostro entre sus manos; detúvose en el umbral, y volviendo hacia el joven sus hermosos ojos tranquilos, añadió con frialdad:

– Aún quiero advertir á usted una cosa, Henning, y es que no me arrepiento de lo que acabo de hacer.

Dicho esto, Agata salió.

Henning permaneció inmóvil algún tiempo y como alelado; después dirigióse á su habitación con paso vacilante y se dejó caer bruscamente sobre su lecho, agobiado de pesar y de vergüenza.



Henning pareció muy sorprendido al verla

¿Qué hacer ahora? Todo había concluído, y lo más breve era poner término á sus días. ¡Todo más bien que vivir arrastrándose en el fango como un perro sospechoso! ¡Pero no! Aquel bofetón le había señalado como el hierro del verdugo; y ella tenía razón, porque no hizo más que castigar su bajeza. Sin embargo, ¡cómo la amaba! ¡Su pasión era ardiente, loca, y no era su amor el de un hombre, sino el de un esclavo prosternado ante un ídolo! Cuando estaban en el jardín, el viento hacía flotar los cabellos de Agata, y si él podía depositar un beso en aquellas trenzas ondulantes, ¡cuánta felicidad atesoraba para largo tiempo! No, jamás en su pasión había tenido valor ni esperanza. Todo le hacía esclavo, su posición, su amor y su odio.

¿Por qué no le había creído Agata? ¿Tan ciega confianza tenía en Niels?

Sin embargo, él no había mentido nunca; aquella era la primera vez; pero Agata lo adivinó al punto. Sin duda ésta no esperaba de su primo más que actos viles é indignos. ¡Jamás le había comprendido ella! ¡Y no obstante, por ella toleraba la triste vida en Stavnede, donde tan amargo le parecía el bocado de pan que le arrojaban como á un perro!

Henning se fijó en esta última reflexión. Odiábase á sí mismo por su estúpida paciencia, por su esperanza vergonzosa; hubiera querido matar á su prima por haberle creído tan despreciable; y quería vengarse, hacerle pagar sus desdenes con largos años de humillación. ¡Venganza para su orgullo ultrajado, venganza para su amor de esclavo y por el bofetón que abrasaba su mejilla!

Henning se dejó mecer por estos sueños de venganza, como en otro tiempo por los de amor; renunció al suicidio y hasta resolvió no marcharse.

Dos ó tres días después, Henning estaba en el patio con su escopeta y su morral dispuesto á salir de caza. Niels Bryde llegó á caballo, equipado también, y aunque no simpatizaran uno con otro, saludáronse amistosamente, como si se alegrasen de ir á cazar juntos.

Los dos jóvenes descendieron por la orilla del río hasta su desembocadura, y pasaron después á un gran islote bajo y llano, donde el Ron estaba cubierto de brezos.

Aquel río era frecuentado durante el otoño por las focas, que iban á revolcarse en los bancos de arena salientes en la costa ó á dormir en los guijarrales.

Al llegar á dicho punto separáronse los dos jóvenes para seguir la orilla en sentido inverso. En aquella estación las focas eran numerosas y los cazadores oían sus respectivas detonaciones á menudo. Poco á poco la bruma aumentó, y hacia mediodía la niebla era tan espesa en el islote y el fiordo, que á veinte pasos de distancia no se distinguían ya las focas sobre los guijarros.

Henning fué á sentarse sobre una piedra y miró ante sí á través de la neblina. Todo estaba tranquilo; solamente el monótono rumor de las aguas y el canto cortado de una gaviota interrumpían de vez en cuando aquel penoso silencio. Cansado estaba ya Henning de pensar, de soñar y de aborrecer... ¡Estarse allí en aquella calma profunda, no ver el mundo sino desde muy lejos, bañado en la niebla, y dejar que pasasen las horas lentamente..., esto sería la paz, casi la felicidad!

De repente resonaron entre la bruma las notas de una alegre canción, y el joven cazador reconoció la voz de Niels Bryde.

Entonces Henning se levantó bruscamente; en su alma rebosaba el odio; y apoyando en el hombro la culata de su escopeta, repitió con ronco acento el último verso de aquella canción: «¡Y el pesar quedará en su casa!,» y apuntó en la dirección en que había oído la voz; las últimas palabras extinguiéronse en el ruido de la detonación, y todo quedó en silencio.

Henning, empuñando su escopeta humeante, retenía el aliento para escuchar... ¡No, á Dios gracias! No se percibe más que el rumor de las olas y el grito lejano de las gaviotas espantadas...

El joven se arrojó en tierra, procurando ocultar su rostro en el suelo y tapándose los oídos... Veía distintamente las facciones contraídas de su víctima, sus miembros sacudidos por las últimas convulsiones, y

la sangre que brotaba del pecho á cada aspiración, corriendo sobre el brezo pardusco, á lo largo de las ramas, para perderse entre las negras raíces.

Levantó la cabeza y escuchó. ¡Oíanse sus gemidos allí.., pero no osaba acercarse.., no, no! Henning mordía el brezo, hundiendo su mano en la tierra, como para ocultarla, y hacía contorsiones de loco. Los gemidos eran cada vez más débiles... Al poco rato, nada.., nada, ni el más leve sonido...

El joven esperó algunos instantes y deslizóse después entre la niebla arrastrándose. Al fin de una larga exploración acabó por descubrir el cuerpo del infortunado Niels, ya rígido, al pie de un montecillo. La bala le había atravesado el estómago. Henning levantó el cadáver y llevóle á la barca de que se había servido para ganar el islote.

Apenas Henning hubo divisado el cadáver, su agitación degeneró en una melancolía estúpida; pensaba en la brevedad de esta vida, siempre á punto de escapársenos, y preguntábase cómo prepararía á la familia Bryde para comunicarle la espantosa noticia.

Corrió á la granja más próxima para pedir un coche; mas el dueño quiso saber cómo había ocurrido la desgracia. Henning hizo el relato con toda naturalidad, como si las palabras hubiesen acudido espontáneamente á sus labios: «Niels Bryde, dijo, seguía la orilla del Este; para atravesar entre los brezos, habíalos separado con la culata de su escopeta sin descargarla antes; una rama se enredó sin duda en el gatillo, y el arma se disparó. Henning había oído la detonación tan cerca, que al punto llamó á Bryde; mas como no obtuviese contestación, inquietóse, corrió hacia el sitio donde había resonado el tiro, y encontró á su compañero muerto.»

El joven refirió todo esto con voz dulce y triste, y durante su relato no se daba de ningún modo cuenta de su crimen; pero cuando se hubo depositado el cadáver en el vehículo y cuando la cabeza inerte golpeó débilmente la caja, Henning se sintió desfallecer. Su malestar aumentó durante el trayecto desde Borup á Hagestedgard; y cuando hubo entregado el cuerpo á la familia, su primer pensamiento fué huir, y debió hacer un gran esfuerzo para mantenerse dueño de sí. En los días que precedieron á los funerales experimentó una inquietud febril, casi salvaje; su pensamiento no podía fijarse en nada, y saltaba sin cesar de una cosa á otra, y una implacable obsesión, contra la cual no podía luchar, le enloquecía. Trataba de hacer cálculos, ó de tararear algún aire, marcando el compás para detener su pensamiento y escapar al espantoso martirio causado por las ideas que se cruzaban en su cerebro, pero todo era inútil.

Después de los funerales, Henning fué á casa de su tío, el tratante en maderas, para solicitar una colocación en su establecimiento. El anciano estaba muy triste; su anciana ama de gobierno había muerto el mes anterior, y acababa de despedir á su gerente por una falta que cometió, de modo que Henning fué muy bien recibido. Comenzó á trabajar con el mayor celo, y al año siguiente estuvo en disposición de dirigir los asuntos de la casa.

II

Muchos cambios han sobrevenido desde hace cuatro años. El tío de Henning ha muerto, legando á su sobrino toda su fortuna; y el anciano Lind de Stavnede ha fallecido también, dejando su finca tan hipotecada, que ha sido forzoso venderla. Henning la ha comprado, renunciando á los negocios para ocuparse de nuevo en la agricultura.

En Hagestedgard, un tal Klausen ha sustituído á Bryde, y está á punto de casarse con Agata, que después de la venta de Stavnede se vió casi en la miseria. La joven vive ahora en el presbiterio.

En cuanto á Henning, ha envejecido mucho; tiene las facciones demacradas; anda lentamente, con el cuerpo doblado; habla poco y en voz baja; sus ojos, de un brillo seco, lanzan miradas inquietas, casi salvajes, y cuando se cree solo, habla consigo mismo, gesticulando. En el país se cree que se ha dado á la bebida, mas no es así. Día y noche acósale sin tregua el recuerdo de Niels Bryde, y su espíritu se ha gastado en continuas angustias. No es un remordimiento lo que le atormenta; es un horror vivo, un delirio espantoso, que perturba su vista, que trastorna todo su ser y le hace contraer las facciones purpúreas ó lívidas. Esa angustia seca la sangre en sus venas, dilata sus nervios y hace palpitar su corazón como si le comprimieran. Jamás un grito ni un suspiro de alivio puede llegar hasta sus pálidos labios.

Las alucinaciones se apoderan de él cuando se entrega á la meditación: he aquí por qué teme olvidarse de sí; he aquí por qué su paso es vacilante y su mirada inquieta; esa continua tensión del cerebro le ha enervado, y solamente el odio le presta fuerzas aún. Agata le inspira siempre aborrecimiento; la odia porque ha perdido su alma, la paz de su conciencia, toda su energía; la odia sobre todo porque ni siquiera sospecha el abismo de miserias que abrió para él. ¡Y cuando habla solo, haciendo ademanes amenazadores, es porque sueña en la venganza, es porque la sed de venganza le consume!

Pero no deja traslucir nada; siempre amable con Agata, ofrécela su canastilla de boda, y él es quien la conduce ante el altar.

Después del casamiento, su amistad no se entibia: aconseja á Klausen, y asóciase con él en varias especulaciones que obtienen un feliz resultado. Después adelántale considerables sumas, y Klausen se lanza en cuerpo y alma en las jugadas de Bolsa, ganando algunas veces, pero perdiendo las más y cada vez más encarnizado en el juego.

Una gran empresa debía asegurar su fortuna: Henning, que había hecho frente á los primeros vencimientos, se retiró cuando ya no quedaba más que uno. Todas las probabilidades parecían favorecer á Klausen, y éste pensó que Henning hacía un disparate al abandonar el negocio. Sin embargo, era preciso pagar el último vencimiento: Klausen, viéndose apurado, falsificó la firma de Henning en algunas letras de cambio. En su concepto, nadie lo sabría, porque el éxito era seguro.

Pero el negocio fracasó; Klausen se vió á dos dedos de su pérdida; y al acercarse el vencimiento de las letras de cambio, solamente Henning podía salvarle. Con este motivo envió á su esposa á Stavnede, á los pocos días de haber salido Agata por primera vez después del primer parto. El día era frío y caía una lluvia helada. Henning pareció muy sorprendido al verla; condújola á la habitación verde, y su prima le notificó allí que la empresa había fracasado, hablándole después del asunto de las letras.

Henning movió la cabeza, y contestóle con voz dulce y tranquila que debía haber comprendido mal á su esposo, y que no se falsificaba una firma en una letra de cambio, porque esto era un crimen severamente castigado por la ley. La desgraciada insistía, repitiendo que estaba segura de haber comprendido; dijo que no ignoraba que era un crimen, y que su auxilio les era indispensable: si Henning no reclamaba contra la falsificación, todo estaría salvado.

Henning se excusaba diciendo que entonces sería necesario pagar el vencimiento; que había empleado todo su dinero disponible en las especulaciones de Klausen; que había imposibilidad material, y que por lo tanto era inútil hablar más del asunto.

Agata suplicaba, llorando amargamente.

Henning le rogaba que considerase que él se había arruinado por Klausen.

– Cuando me manifestó usted que la empresa había fracasado, dijo, parecióme recibir un bofetón... ¡Ah! ¡Esta palabra me hace pensar en otro!.. ¿No lo recuerda usted, Agata?.. ¡Usted fué quien me le dió.., aquí, en el aposento verde!.. ¿No es cierto?.. Yo la impacientaba hablando de Bryde..., pero usted, enamorada del joven, me abofeteó en esta mejilla... ¿Cuánto tiempo hace de esto?.. ¡A mí me parece hablar de antes del diluvio!.. ¿Recuerda usted que yo también había pedido su mano?.. ¡Si me hubiera aceptado..., pero no, esto era ridículo!.. ¡Prefería usted á Bryde; enhorabuena! ¡Era un gallardo mancebo!.. ¡Quién hubiera dicho que había de morir de una manera tan triste!.. ¡Vamos, vamos, no se puede hacer nada! No creo en la fábula de las firmas; es una invención de Klausen para sacarme más dinero. Es ingenioso el amigo Klausen, sí, muy ingenioso...

Agata seguía implorando, y dijo al fin que si volvía con una negativa, su esposo se vería obligado á huir á América, para lo cual estaba preparado ya el coche que debía conducirle á la estación de Voer...

– ¡Pero si eso es verdad, exclamó Henning, se comete una infamia, y Klausen me pone en el más grave compromiso, á mí, á su bienhechor! ¡He ahí cómo agradece los favores!.. ¡Ese es un acto indigno, porque deshonra á su esposa y á una criatura inocente!.. ¡Pobre Agata! ¡Pobre Agata!

La pobre mujer se arrodilló exclamando:

– ¡Henning, compadézcase usted de nosotros!

– ¡No, mil veces no! ¡Yo no quiero hacerme cómplice de un ladrón, y mi nombre seguirá siendo el de una persona honrada!

Agata acabó por retirarse...

Henning cerró la puerta, y sentándose á una mesa escribió al punto al inspector de policía de Voer para que detuviese á Klausen por falsario apenas llegase á la estación. Un correo llevó la carta.

Aquella misma noche supo el arresto de Klausen.

Al regresar Agata á su domicilio, hubo de meterse en cama; mal restablecida del parto, no pudo soportar la fatiga ni las emociones de aquel día y sobrecogióle una fiebre ardiente.

Tres días después recibióse en Stavnede la noticia de su muerte. La víspera de los funerales, Henning marchó á Hagestedgard; el tiempo estaba sombrío y brumoso; las hojas arrancadas por el cierzo caían de continuo sobre la tierra.

Se le condujo á la habitación mortuoria. Las ventanas estaban cubiertas con paños blancos; la atmósfera era pesada allí por efecto del humo de los cirios, del aroma de las coronas de flores y del barniz del ataúd. Henning se conmovió profundamente al ver á su prima en su blanco sudario; habíanle tapado el rostro, y no quiso descubrirle; las manos de la difunta, unidas sobre el pecho, ostentaban guantes blancos; Henning se apoderó de uno de ellos, dejando desnuda la rígida mano, y guardóle en su bolsillo; miró con curiosidad aquélla y dobló sus dedos, soplándolos como para calentarlos. Largo tiempo tuvo aquella mano helada entre las suyas; el aposento se obscurecía, y por fuera la niebla iba en aumento siempre. Al fin Henning se inclinó sobre el rostro del cadáver y murmuró, como si le hablase al oído:

– ¡Adiós, Agata! ¡Aún quiero advertirte una cosa, y es que no me arrepiento de lo que hice!

La niebla era tan densa, que al salir de Stavnede Henning no pudo distinguir ni siquiera las granjas, y siguió la orilla... ¡Al fin se había vengado!.. Pero, ¿qué hacer ahora, qué hacer mañana..., qué hacer después?

Todo estaba tranquilo; no se oía más que el monótono murmullo del agua y el canto cortado de las gaviotas... Henning no oía su corazón, y sin embargo, su corazón latía, pero débilmente..., muy débilmente...

¡Cómo!.. ¡Ha sonado un tiro.. y después otro!..

Henning movió la cabeza sonriendo y murmuró: «¡Dos, no... uno solo!»

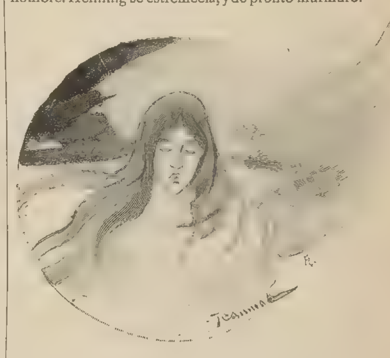
Pero sentíase desfallecer... ¿No sería mejor descansar un rato?.. No, porque la agitación le dominaba.

Detúvose un instante para mirar á su alrededor. ¡No había mucho que ver! La niebla, que formaba como un muro y la tierra á sus pies..., rodeábale la bruma y parecíale que pesaba sobre su cabeza...

En la tierra veía sus huellas que avanzaban hasta lo más denso de la niebla..., pero sin pasar de allí.

Henning dió algunos pasos... No, jamás atravesaría por aquel sitio. Se detendría en el centro...

Detrás de sí veía todas sus huellas. ¡Estaba muy rendido! ¡Es tan fatigosa la arena! Cada una de aquellas señales habíale costado muchos esfuerzos, y ahora parecíale que eran una serie de tumbas donde sus fuerzas se habían agotado... Más lejos, la tierra estaba unida sin la menor señal que revelara el paso del hombre. Henning se estremecía, y de pronto murmuró:



«¡Alguno atraviesa por mis tumbas! ¡Oigo como el roce de un vestido!.. ¡Es un fantasma blanco que se confunde con la blanca niebla!..»

Hizo un esfuerzo, y sus piernas vacilantes permitiéronle dar algunos pasos más. La noche se acercaba. ¡Era preciso atravesar á toda costa aquella niebla, en donde se sentía perseguido!

Sus fuerzas disminuían, iba á desmayarse, y se tambaleaba como un hombre ebrio; extraños resplandores pasaban por delante de sus ojos, y aquellos sonidos desgarrábanle el tímpano.

El espanto se apoderó de él; frío sudor inundó su frente y dejóse caer sobre la arena.

Cuando trató de levantarse, dos manos, dos blancas y hermosas manos, flexibles y fuertes, oprimiéronle la garganta.

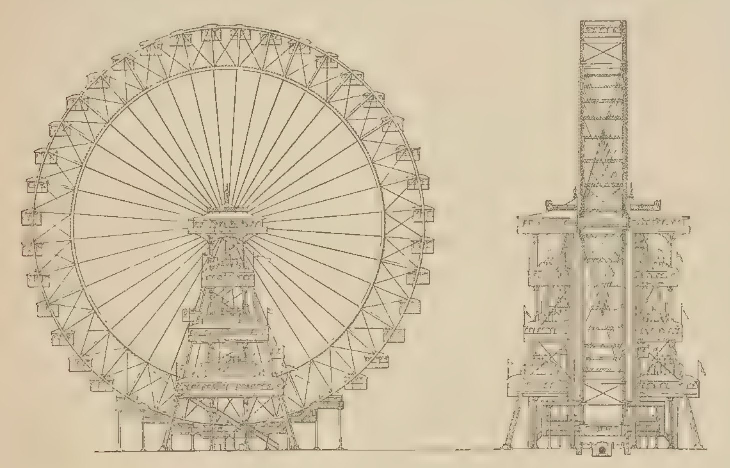
En vano se esperó á Henning al día siguiente para presidir el duelo. Nadie fué á Stavnede para acompañar á la pobre Agata á su tumba.

TRADUCIDO POR ENRIQUE L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

RUEDA COLOSAL EN LA EXPOSICIÓN DE EARL'S COURT, LONDRES

La gran rueda de Ferris, que tanta admiración produjo en la Exposición de Chicago, ha sido vencida por otra que en breve funcionará en Londres. Aunque del mismo género, diferirá ésta de aquélla, así por sus dimensiones como por su mecanismo interior: la norteamericana tenía un diámetro de 80 metros; la londinense lo tendrá de 100 y los vagones dispuestos en su periferia tendrán cabida para 1.600 personas. La rueda inglesa, como lo indica el grabado que la reproduce en sección, estará flanqueada por dos torres que llegarán hasta su eje y servirán de sostén á la misma y que ofrecerán al propio tiempo espacio para grandes construcciones superpuestas y provistas de miradores, á las cuales se subirá por medio de ascensores y escaleras.



Rueda colosal en la exposición de Earl's Court, Londres

Esa rueda no será movida como la de Ferris por medio de piezas dentadas, sino por un cable colosal que dará vuelta á un calce de 60 metros de diámetro y á la rueda motriz, la cual será movida por una dinamo situada entre las dos torres, de una fuerza de 50 caballos. Además de esta dinamo habrá otra máquina de reserva de igual fuerza. Las dos torres que soportan el eje están asentadas sobre cuatro bloques de hormigón que constituyen otros tantos cubos de cinco metros de lado y que están unidos á las torres por medio de pernos de 70 milímetros de grueso. El eje de la rueda será hueco, tendrá dos metros de diámetro interior y servirá de paso de comunicación entre las dos torres.

Todas las piezas de la rueda serán de acero.

(Del *Prometheus*)

***

LOCH ELÉCTRICO DE DOBLE MOLINETE DEL CONTRAALMIRANTE FRANCÉS M. FLEURIAIS

El primer loch ó corredera de M. Fleuriais ensayado en 1878 no llevaba más que un simple molinete de cuatro paletas hemisféricas como el anemómetro de Robinsón: un cierra circuito montado sobre el eje enviaba la corriente de una pila primero á un teléfono, reemplazado más tarde por un timbre. Los crujidos de la membrana ó los golpes del timbre indicaban el número de vueltas en un tiempo dado y un cuadro de conversión previamente trazado permitía saber la velocidad del barco. Pero á medida que esta velocidad se acentuaba, á partir de unos 12 nudos, los golpes del timbre que se producían á cada revolución del molinete se precipitaban y era difícil contar el número exacto de los mismos y de aquí algunos errores.

Por esta razón el contraalmirante Fleuriais ha transformado su primer modelo, y el nuevo loch, probado á bordo del *Océano*, del *Duguay-Trouin*, del *Cecilia* y últimamente del *Wattignies*, ha sido adoptado por la marina francesa. El aparato mide 0'247 metros de diámetro y se compone de dos molinetes iguales provistos de cuatro paletas en forma de cuchara AA' (fig. 1): siendo estas paletas en número de ocho, el par de rotación tiene una energía tal que las pequeñas variaciones de las resistencias pasivas no ejercen influencia alguna en la marcha del aparato. El eje lleva en su centro un tornillo profundo que engrana en los dientes de una rueda cuya superficie está cubierta por un disco de marfil que tiene tres teclas metálicas y con el cual roza un muelle R fijado en el extremo del conductor de siete hilos finos C. Este muelle está untado con *chatterton*, excepto en su extremo que, provisto de un botón de plata, queda á descubierto á fin de poder establecer un buen contacto entre la rueda y el conductor eléctrico.

Todo este conjunto va encerrado en una caja de bronce con una tapadera que dejando paso al agua se opone al de los detritus, hierbas, etc.

Las almohadillas del eje son de madera de palo santo, lo mismo que las bocas que cogen el conductor y le mantienen inmóvil en el tubo de que va provisto.

El extremo del loch lleva dos aletas curvas HH' que aseguran la inmersión del sistema, atrayéndolo constantemente hacia el fondo. El principio, aunque en sentido inverso, es el mismo que el de la cometa japonesa. Esta última disposición ha sido propuesta por M. de Maupeou, director de las construcciones navales.

En cuanto al remolque, estuvo constituído en un principio por un cable de cuatro cordones, uno de ellos arrancado y sustituído por el conductor; pero como siempre es de temer un esguince de la veta de filástica, á pesar de las barbetas de hilo de vela hechas de metro en metro, M. Fleuriais prefiere el empleo de un remolque metálico, que al mismo tiempo hace lo más débil posible el roce del agua y por consiguiente la tracción. A bordo hay siempre un conmutador de dos direcciones (fig. 2), una de ellas de descanso R, un timbre T y dos elementos Leclanché: el polo positivo comunica con la carena C.

El loch va á la rastra, los molinetes giran y el tornillo hace funcionar la rueda: cada vez que el muelle pasa por una de las teclas metálicas se cierra el circuito y suena el timbre; pero como la rueda tiene 72 dientes y tres contactos, resulta de ello que el timbre sólo se deja oir una vez por cada 24 vueltas de los molinetes: los intervalos entre dos señales sucesivas (11 segundos por 8 nudos, 8'8 segundos por 10 nudos y 4'4 segundos por 20 nudos) serán, pues, bastante largos para que sea imposible engañarse y permitirán calcular la velocidad con extremada precisión. A fin de contar segundos y fracciones, M. Fleuriais ha abandonado el reloj de arena, sustituyéndolo por un contador de balancín que marca los dos décimos y que se suelta en el momento mismo de una observación. Admitiendo que haya habido error al contar medio segundo, si suponemos un período de observación de 50 segundos, el error no será más que de una décima de nudo en la velocidad del barco; pero puede prolongarse el experimento, y en este caso la precisión es, por decirlo así, ilimitada.



Loch eléctrico de doble molinete

Al revés que en los otros sistemas, el cierra-circuito del loch Fleuriais no va encerrado en una caja estanca, sino que desde que está sumergido, como el conmutador está cerrado, la pila funciona porque la corriente pasa por el mar, el loch y el conductor. Sin embargo, la pérdida en el mar no es considerable y la corriente no tiene energía suficiente para hacer funcionar el timbre, que no entra en movimiento más que cuando el muelle toca uno de los contactos.

Pero con esta disposición M. Fleuriais ha tenido que cuidar mucho del aislamiento perfecto del único conductor, precaución indispensable para el funcionamiento del aparato, cosa que no tenía tanta importancia en el caso de una caja estanca y de un circuito enteramente metálico, como sucede con el contador Coffinieres, con los lochs Faymonville, etc. Además, como los lochs registradores están destinados á ir á menudo, por no decir siempre, á la rastra, hay que notar que el sistema de la caja estanca tiene también la ventaja de preservar las ruedas de todo deterioro, sea por la acción del agua, sea por efecto de la introducción de cuerpos extraños por pequeños que sean. Los recientes experimentos hechos en Cherburgo por el *Davoust*, han demostrado que, á partir de 18 nudos, el loch sube demasiado á la superficie, á pesar de las aletas curvas. Algunas veces las cucharas se elevan y por consiguiente la velocidad de rotación varía.

Sin embargo, tal como es en la actualidad y en tanto que llega la sanción de un uso largo y frecuente que podrá sugerir aún al sabio almirante nuevos perfeccionamientos, el loch de doble molinete da tales aproximaciones que hará inútil y reemplazará ventajosamente el recorrido sobre bases medidas, distancias conocidas que sirven para determinar, por experiencias, la velocidad de los buques.

Este medio, excelente en las islas Hyeres, deja que desear, como lo hace observar el contraalmirante Fleuriais, desde el punto de vista teórico y práctico, en los países de mareas.

Jorge Dary

(De *La Nature*)

***

TROMBA DE VIENTO OBSERVADA EN FRIEDRICHSHAGEN

El grabado que publicamos en la página 464 representa en sus tres fases la tromba de viento que se formó en las cercanías de Berlín el día 14 de mayo último. He aquí cómo describe el fenómeno el autor del dibujo, Guillermo Kaspar:

«El segundo día de Pascua de este año hallándome accidentalmente en Berlín visité el observatorio de Muggelberg, cerca de Friedrichshagen, desde donde se descubre el hermoso panorama de la llanura brandeburguesa. Eran las cuatro de la tarde cuando vimos que procedente del Noroeste y en dirección al Este y al Sur se acercaba una tormenta que, á juzgar por las nubes precedía á una tempestad. Por la parte del Sur el cielo presentaba un tinte uniforme plomizo y amarillento. Sentéme fatigado y contemplaba indiferente el paisaje cuando de repente, á una distancia de dos millas y en el centro del espacio que mediaba entre el horizonte y las negras nubes que encima de mí se cernían, vi formarse una nubecita que fué agrandándose y prolongándose en sentido vertical, y de pronto se precipitó en forma de pellejo redondeado sobre la tierra, levantando espesas nubes de polvo á su alrededor. Después, la trom-

ba de viento – pues no era otra cosa – aumentó rápidamente, adelgazándose y tomando la forma de una columna á manera de embudo que se confundió con las nubes. Entonces se distinguió claramente un chorro de agua clara, perfectamente distinguible, que descendió desde lo alto de la columna de viento y polvo hasta la base de ésta, trazando una espiral como indica la figura 3.ª del grabado. Una ligera corriente de aire empujó la tromba hacia el Sur, lentamente por su parte inferior y con más rapidez por la superior, inclinándola á manera de arco, y al cabo de un rato una espiral de polvo envolvió el meteoro. Este duró unos 15 minutos, así es que tuve tiempo para trazar los tres croquis que constituyen el grabado.»

* * *

EL CÓLERA Y EL TABACO

Ya que tanto malo se ha dicho del tabaco, justo será también enumerar sus buenas cualidades, que consisten principalmente en sus propiedades antisépticas.

Sepan los detractores del más general de todos los vicios que el cólera se combate con el tabaco. M. Pecholier hizo notar hace tiempo esta circunstancia; Tassinari describió en 1891 en los *Anali del Istituto d'Igiene* la serie de experiencias por él realizadas y M. Wernicke acaba de remachar el clavo con los experimentos siguientes:

Ha fabricado unos rollos en forma de cigarros, compuestos de hojas de tabaco y de pequeños retazos de tela empapada en caldo de cultivo colérico, observando que á las veinticuatro horas apenas quedaban *bacillus* en los trapos y no había ni uno solo en las hojas de tabaco.

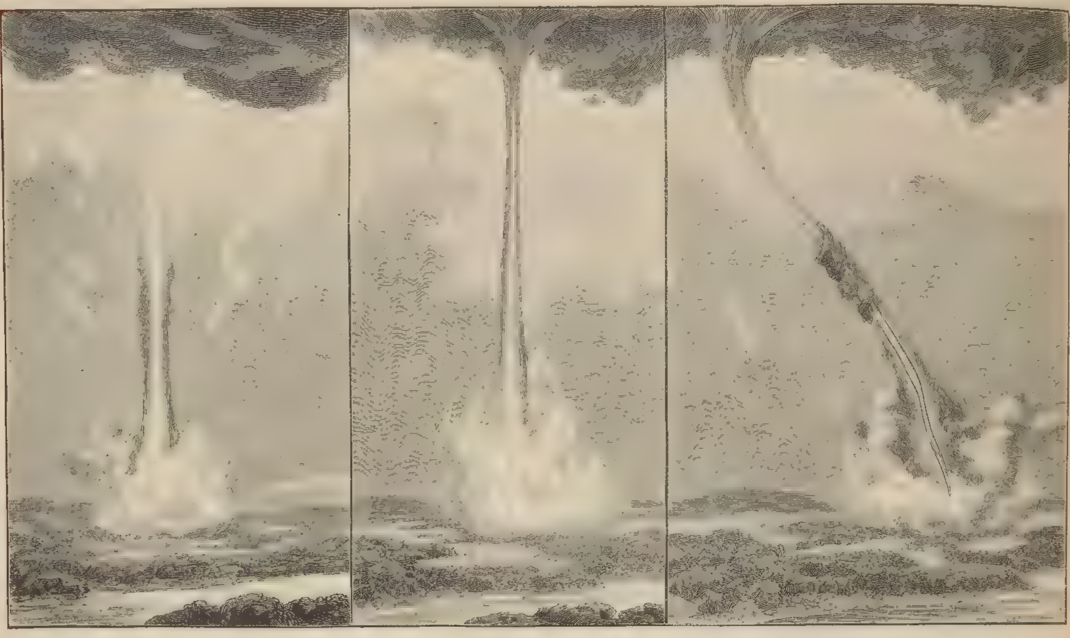
Los bacilos inoculados en hojas de tabaco secas y esterilizadas desaparecían en un tiempo variable entre media hora y tres horas; en hojas húmedas y no esterilizadas, en tres días; y en hojas húmedas esterilizadas, entre dos y cuatro días.

En una infusión de 10 gramos de tabaco por 200 de agua viven los bacilos hasta treinta y tres días; en una disolución al 50 por 100 sucumben á las veinticuatro horas.

La acción más enérgica del tabaco contra los gérmenes coléricos reside en el humo: los bacilos envueltos en humo de tabaco quedan destruídos en cinco minutos, ya en los caldos de cultivo, ya en la saliva, esterilizada ó no.

Tassinari preparó cultivos de diversas especies de microbios patógenos y los sometió á la acción del humo de diferentes clases de tabaco: de veintitrés ensayos sólo en tres han resistido los gérmenes coléricos más de veinte minutos á la acción del humo del tabaco.

Muchos hechos prácticos prueban también las propiedades antisépticas del tabaco respecto al cólera; así en la epidemia colérica de 1889, en Italia, Visalli hizo notar la inmunidad de que gozaron los obreros de las fábricas de tabacos: en la de Génova no hubo un solo atacado entre 1.200 trabajadores y en la de Roma poquísimos.



Tromba de viento formada en las cercanías de Berlín el 14 de mayo último, vista en sus tres fases desde el observatorio de Friedrichshagen, dibujo del natural de Guillermo Kaspar

Imp. de Montaner y Simón



Año XIII — Barcelona 23 de julio de 1894 — Núm. 656

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

ADVERTENCIA

Conforme anunciamos en el antepenúltimo número, estamos preparando la publicación de la interesante novela francesa de Saint-Juirs, *La taberna de las Tres Virtudes*, con preciosas ilustraciones del eminente dibujante Daniel Urrabieta Vierge, que comenzaremos próximamente.

Con el primer reparto de esta novela publicaremos también un interesante estudio crítico de Urrabieta Vierge, debido á la pluma del insigne escritor y académico francés D. José M.ª de Heredia.

Descanso, cuadro de Francisco Miralles, grabado por Sadurní

(Exposición Parés)

CRÓNICA DE ARTE

Terminaré en esta crónica el estudio, ó mejor dicho, las impresiones que produjeron en mi ánimo las obras pictóricas y escultóricas exhibidas en la exposición bienal del Círculo de Bellas Artes, que acaba de clausurarse.

Como en la crónica anterior, solamente mencionaré aquellas pinturas y esculturas que merezcan, á mi juicio, ser mencionadas, así por el valor de la plástica como por el de la idea. Hecha esta advertencia, prosigo.

Habíamos quedado frente á los cuadros de Cutanda, en los cuales se advierte claramente el temperamento dramático y viril del artista; temperamento que no tiene el autor de *La Dolores*, cuadro inspirado en el drama del mismo título, de Felíu y Codina. En otra parte he dicho que Garnelo es la antítesis de Cutanda. Este no siente hondamente ni las delicadezas de la forma femenina, ni las de los problemas psicológicos, en cuanto no tienen una exterioridad determinada en sentido de fuerza, de lucha, de acción, en fin; y realmente, lo de pintar dramas psicológicos es cosa de suyo tan difícil, que en las dos terceras partes de los casos, casi puede afirmarse que es imposible; y uno de esos casos es la escena que del citado drama *La Dolores* pintó Garnelo. Representa el lienzo á que me refiero el instante en que la protagonista se retira cruelmente agredida de palabra por el baturro, saliendo á la defensa de la moza el jovencillo hijo de los dueños del mesón. Garnelo se equivocó esta vez en todo: en el tipo de la muchacha, que es vulgarísimo; en la disposición de la escena, que hace de los que disputan figuras liliputienses sin movimiento alguno; en la perspectiva, cuyo punto de vista, exageradamente bajo, hace del patio del mesón una rampa. En lo que Garnelo está bien es en el manejo de la paleta y en el conocimiento de ella.

Dejemos los dramas. El bucolismo tuvo en este certamen representación simpática y bastante acertada.

Plá exhibió una tablita muy hermosa de color y de mucho sabor local: representaba el interior de una casa de aldea, y allí una aldeana y otras dos figuritas también de campesinos, ocupados en las labores propias de la gente del campo. Bertodano, á quien la vida campestre le atrae poderosamente, pintó una geórgica, *Recolección de las patatas*. El fondo, un paisaje de la región navarra, húmedo y blando de color, muy sentido de tono y de gran carácter; las figuras bien puestas, pero un tanto duras y con poco relieve, si bien típicas. Otermin exhibió una *Cocina* campesina, muy agradable de tonos y las figuras sentidas. Vázquez picó más alto con su cuadro. En una pradera cuajada de flores silvestres, de vegetación lujuriosa, donde parece aspirarse balsámicas y voluptuosas brisas, están sentados dos niños de ambos sexos, casi adolescentes, los brazos entrelazados, no sé si comenzando á balbucear el lenguaje del amor. Pero por horrible sarcasmo, aquellos jovencillos, aquellos niños grandecitos, aparecen desmedrados, rotos, maltrechos por todas las asechanzas de la miseria. Son una protesta viviente contra la exuberante naturaleza que los rodea. Hay algo de terrible y hondamente amargo en esta nota naturalista del pintor Carlos Vázquez que pone dejo de amargura en el paladar. En cambio, José Benlliure trae á la memoria de cuantos hemos nacido y visto correr los días de nuestra infancia en esas ciudades místicas que encierran porción de conventos é iglesias románicas y góticas, «saudades» que mueven el alma con recuerdos de días pasados ya, para nunca volver. Titula Benlliure su microscópica pintura *La salida de Vísperas*. Allí está, al fondo, la portada románica del monasterio, con sus piedras enrojecidas por los siglos; y por la arcada puerta van saliendo los frailes que dan á besar la mano ó regalan la estampita ó la bendita medalla á aquellos niños y muchachas, que se disponen á la fiesta en el atrio de la iglesia.

He hablado del *Paisaje* de Casimiro Sáinz; también debo mencionar los del pintor catalán Carbonell y Selva.

Son dos y los titula *Impresión del natural* y *La presa* (Caldas de Montbuy). En otro lugar decía yo de Carbonell que, primero que la forma y el color, le impresionaba la melancolía de los abruptos lugares de la alta Cataluña. «Es un pintor místico, adorador de ese algo espiritual é intangible que se exterioriza por medio de determinada luz y disposición de las líneas de la Naturaleza y de los accidentes de ella. Y esa impresión verdaderamente idealista procura transmitírnosla Carbonell, y á las veces acierta, como acertó en un trozo del primero de los cuadros citados, y en el segundo en casi todo.»

Adviértese en esta exposición que estudio, aunque de modo apenas perceptible, cómo cuando el artista mira más al natural que á las obras de los maestros, y á él no llegan fuertemente las impresiones de la moda y de determinadas ideas estéticas que las corrientes científicas y filosóficas suelen poner en auge momentáneamente, se acentúan las diferencias regionales y dentro de éstas las de los temperamentos personales.

Y digo esto, porque al recordar los paisajes del artista catalán Carbonell, viénense á mi memoria los del artista toledano Arredondo, especialmente los que titula *Molinos de la Vieja* y *Ribera del Tajo*. Si en los del primero todo allí respira dulce melancolía y acusan por tanto un temperamento soñador, que bien pudiéramos llamar romántico, en los del segundo, por el contrario, la severidad de aquellas líneas y su adusta rudeza, con las metálicas tintas de la coloración de aquel lugar donde se asienta la ciudad ganada á los árabes por Alfonso VI, imprime á los paisajes citados cierto tinte dramático, revelándonos de quien los interpretó otro temperamento totalmente distinto al de Carbonell y en perfecta armonía con la naturaleza de su región. Y como si estas dos diferencias de modo de sentir, de ambiente, de carácter personal, no fuesen bastantes para afirmarme en la idea de que son grandes las que separan y distinguen á las escuelas regionales españolas, ahí están los cuadritos de género de Andrade, del andaluz Andrade, cuadritos que más bien pueden señalarse como paisajes que como otra cosa, pues los fondos tienen una importancia casi total, relegando las figuras á un término bastante secundario. *Guardando el hato* y *La siega* son paisajes iluminados por el sol, á cuyo beso parece palpitar la tierra abrasada. Las brillantes notas de los campos de trigo, la reverberación de los rayos solares en todos los accidentes del terreno y en los objetos, la limpidez de aquellos cielos azules hasta parecer violados, todo allí respira vida exuberante, llena de fuerza. Se ve cómo ígneas partículas atmosféricas encienden las tonalidades de las lejanías, dando á los montes y á la apartada arboleda coloraciones varias y encendidas. Todo es luz, colores, reflejos brillantes, voluptuosidad de la retina que llega á ofuscarse con las violentas notas de un colorismo oriental. En cambio recuerdan países húmedos, brumosos, umbríos, varios otros paisajes de Tordesilla, Peña y Lhardy, y el rudo castellano de la sierra del Guadarrama, unas tablitas de Arregín pintadas en Cercedilla.

De las marinas mejores, ya mencioné la de Ugarte, titulada *Limpiando las redes*. Sigue á ésta en verdad y belleza la del marinista asturiano Martínez Abades, *Nordeste*. Representa un trozo de la costa cantábrica. La gran extensión del mar se mira rizada por el viento del segundo cuadrante, y su tonalidad pizarrosa es de una exactitud grande. Las olas llegan á las rocas, que se ven en el primer término de la playa, revueltas con arena, y se mira la resaca retorciéndolas en distintas direcciones. Salvo las aguas del primer término, que resultan un poco duras, el resto de la marina honra al artista que la pintó. No menos dignos de encomio son los apuntes y estudios de rocas y de trozos de costa y grupos de peñas manchadas por el salitre y humedecidas por el mar, exhibidos también por Martínez Abades.

También aquí se advierten las diferencias técnicas y de sentido del natural que distinguen á nuestros pintores regionales. Otro marinista andaluz, Antonio de la Torre, trajo á esta exposición varias marinas hechas en Málaga, ante el tranquilo Mediterráneo. Si en las marinas pintadas por Abades se echa de ver la brumosa atmósfera que envuelve el Cantábrico, aun en los días más claros, y la condición tormentosa de ese mar, siempre inquieto y amenazador, en las marinas del citado la Torre la limpidez del cielo y de las lejanías, y la transparencia de las aguas, y la luz ofuscadora del sol rielando sobre la tersa superficie que semeja la de un lago, dicen bien claramente cuán distintos han de ser necesariamente los temperamentos artísticos por razón de los elementos estéticos de unos y otros países.

Y con esto termino aquí mis impresiones respecto de la pintura.

***

Hablemos ahora de la escultura, aun cuando no sea más que muy brevemente, puesto que la importancia de esta sección fué tan escasa que bien puede decirse en dos palabras.

En primer término estaba una cabeza de viejo, debida al autor del grupo *Los primeros fríos*. Blay es un escultor que domina la forma de un modo admirable. Modela con un sentimiento exquisito del natural, y estudia y aquilata la línea lo suficiente para que, tan sólo por este concepto, pueda colocársele entre los pocos escultores españoles que contamos de mérito real y positivo. Así la *Cabeza de viejo* de Blay era la obra escultórica que atraía las miradas de todos. No sé por qué, acaso por el tipo, recordaba fuertemente el célebre busto de Séneca tan conocido y admirado.

Seguían á esta obra del laureado escultor dos retratos en bronce, de Parera, bien modelados, justos de línea, pues conozco á alguno de los originales.

De Folgueras había un busto, titulado *Una asturiana*, bien poco notable por ningún concepto. De Alcoverro, una imagen en talla, pintada y estofada. Realmente lo que Alcoverro pretendió resucitar exhibiendo la *Virgen de los Dolores*, tiene tradición gloriosísima en España; pero á mí entender, y á pesar de la delicadeza con que está ejecutada la imagen en cuestión, grandes diferencias se advierten entre esta obra y las que, aun de anónimas manos, se conservan en distintas regiones de España y ejecutadas hace bastante más de una centena de años. Obstáculos insuperables se le presentan al artista de este género para realizar, no una obra de mercado, sí una de arte: el quebrantamiento de la fe; los gustos estéticos; las ideas filosóficas modernas, en todo orden de cosas; los novísimos estudios históricos, que han venido á cambiar totalmente, no tan sólo el concepto plástico, sino el moral de las figuras de Cristo y de su Santísima Madre, todo esto contribuye á que la obra de Alcoverro no fije la atención de la crítica y escasamente la del público. Esculpida la imagen á que me refiero con arreglo á todas las exigencias del ritual católico, apenas si puede ser apreciada como obra original, sentida, espontánea, donde el sentimiento del artista se haya derramado sin trabas y en completa libertad; no es más esta imagen que una figurita tallada con exquisito cuidado y pintada y estofada con nimio cariño. Fáltale grandeza de traza, expresión de dolor, cual el dolor moral se concibe, sin extremos y exteriorización sujeta á reglas determinadas.

De ex profeso he dejado para lo último hablar de los dibujos que remitió desde París Urrabieta Vierge.

Todo el mundo sabe la gran desgracia que privó al insigne dibujante español del uso de la mano derecha. Una hemiplejia le inutilizó para el trabajo, y los parisienses que conocen al artista español como «el padre de la ilustración moderna» creyeron que había muerto para el arte el que de tan maravilloso modo ilustrara *El gran Tacaño*, *Gil Blas*, *Don Quijote* y otras obras de este carácter y vuelo. Pero Urrabieta se propuso seguir dibujando, y efectivamente, con la mano izquierda llegó á conseguir que en nada padeciese su reputación. Volvió á la lucha; las publicaciones ilustradas de más importancia de Francia y de España ofrecieron al mundo artístico las nuevas producciones del insigne semiparalítico, y nosotros pudimos admirar en esta última exposición del Círculo de Bellas Artes dibujos originales soberanamente ejecutados, casi todos á propósito de costumbres españolas.

Recuerdo entre varios *Alegoría de Navidad*, composición bellísima, formada con elementos plásticos de costumbres de Castilla. La facilidad de la mancha, la elegancia del dibujo, el carácter de las figuras, todo en fin era de admirar en este dibujo... ¡qué digo en este dibujo, si en todos los demás saltaban á la vista las condiciones apuntadas!

Urrabieta Vierge ha enviado á esta exposición algo que, si los dibujantes españoles estudiaran atentamente, por seguro tengo que les habrá producido algo parecido á lo que la difícil facilidad, solamente patrimonio del genio, produce en el ánimo de cuantos crean con fatiga.

***

El día 6 de agosto será la apertura de la Exposición de Bellas Artes de Bilbao, para donde ha salido una comisión del Círculo de Bellas Artes de Madrid, con objeto de instalar las obras.

Pocos días después de aquella fecha se abrirá la exposición, también artística, de Cartagena, y seguidamente la de Cádiz.

Hasta ahora van realizados en este año cinco certámenes de pintura y escultura, y faltan otros cinco.

Dios ponga tiento y tino en esto de las exposiciones, porque mucho me temo que, si gentes, aun cuando sean artistas, extrañas á las regiones, toman por su cuenta disponer cuanto concierne á recepción y premios de las obras, desde luego auguro un quebranto en el gusto y originalidades locales.

R. BALSA DE LA VEGA



Inauguración del nuevo canal de Sulina, en el Danubio. – La calle de Carlos I en Sulina (de una fotografía)

RAZÓN DE LA SINRAZÓN

Podría yo comenzar estas *cortas líneas* con el asendereado tópico: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, que en el caso presente sería, ó debería ser, *Amicus Grilo*, etc.; prefiero, no obstante, decir en vulgarísimo romance: «mientras más amigos, más claros;» y si esta frase familiar no pareciere bastante significativa, acudir al refrán tan conocido: «entre amigos, con verlo basta;» porque soy amigo de Antonio Grilo, ¡vaya si lo soy!, y hace mucho tiempo; y desde que leí sus primeras composiciones poéticas lo tuve por poeta de verdad, y en ese mismo concepto sigo teniéndolo, á pesar de cuanto en contrario hayan dicho y dijeren personas cuyas opiniones son para mí respetables y aun respetabilísimas; pero á cuyo criterio no he sometido jamás, ni someteré nunca el mío.

Un admirador de Antonio Grilo – que tiene, en efecto, admiradores y hasta mecenas, lo cual no me maravilla, antes me parece muy natural y muy lógico, porque es merecedor de los unos y de los otros, – pues bien, como digo, ese admirador de Antonio Grilo (y no sé si es admirador ó admiradora, pero para el caso es lo mismo) ha coleccionado algunas de las composiciones del célebre vate y ha costeado un hermoso libro, en el cual esa colección de versos se contiene.

Hasta aquí nada hay en el hecho que sea digno de llamar especialmente la atención; lo raro y aun extravagante – porque es extravagante, créanme ustedes, – lo raro y lo extravagante del suceso consiste en que el mecenas ó la mecenas (porque decididamente es protectora) ha creído que tratándose de proteger á un poeta español, y andaluz por añadidura, cantor de las *Ermitas de Córdoba* y del hermoso cielo andaluz y de las orillas del Guadalquivir perfumadas de azahar, era indispensable que el libro viniese á nosotros

desde las tristes márgenes del Sena.

Era lo natural: ahora se habla mucho de proteger la industria nacional y de estimular á los fabricantes españoles y de dar impulso al trabajo patrio; y es claro, la protectora que percibe puntualmente, y en oro, cuantiosa pensión que de España sale y que en el extranjero se emplea, consideró, en su alta sabiduría, é inspirada, sin duda, en el cariño á la patria, que aquí, en esta tierra atrasadísima

del puchero y los toros,

no sabría nadie hacer un libro digno del poeta á quien se trataba de honrar.

Hay quien supone y afirma que en Madrid, en Barcelona y aun en otras poblaciones menos importantes de España se han realizado en pocos años progresos extraordinarios en ese ramo, y que hay casas editoriales en Barcelona y en Madrid (casas que no he de nombrar porque todos las conocemos y porque no



Vista del nuevo canal de Sulina, en el Danubio (de una fotografía)

Y aquí *fica* ó *punto* que para mí es inexplicable y acerca del cual he pedido en vano esclarecimientos y razones, y que – mientras éstas y aquéllos no me sean dados – consideraré como verdadera sinrazón.

tenga esto ¡ay! caracteres de reclamo), cuyos trabajos pueden competir sin desventaja con los mejores de las más acreditadas casas extranjeras.

Pero esta creencia vulgarísima é infundada, propia de gentecilla ruin, y como tal aficionada á *patrioterías* de mal gusto, no era, ni podía ser la de esa protectora de Grilo, la cual protectora ni procuró ganancias á los fabricantes de papel españoles, ni pagó jornales á la tipografía española, y mandó hacer un libro completamente extranjero, en que todo estaba á la francesa, papel, impresión, ajuste, cubierta, encuadernación; vamos, todo, menos los versos que, por de contado, también han salido algo á la francesa; pues como el autor, perezoso de suyo, á fuer de poeta y de andaluz – dicho sea sin agraviar á nadie, – no ha corregido las pruebas, tengo entendido que el libro ha resultado plagado de erratas, el pobre.

Pero todo esto, con ser, como es efectivamente, muy extraño y muy poco razonable, aún podría tolerarse, si no viniera detrás, como decía el arriero del cuento, la más negra. La más negra es que la opulenta editora del libro de Grilo ha procurado que los ejemplares de esa obra penetraran en España sin previo pago de derechos.

Y como esto, según la ley, no era posible, nuestros legisladores, para complacer al poeta y á la beneficiada, han improvisado, entre prisa y prisa, una ley especial y única, sin precedentes, ni consiguientes, para que los versos de Grilo, coleccionados y publicados en París, pasen la frontera sin pagar lo que pagan en Aduanas los libros de los demás mortales.

¡Y eso no ha encontrado entorpecimiento!, ¡y eso no ha sido discutido siquiera!, ¡y eso se ha considerado como de calibre bastante para hacer una ley ex profeso y para anteponer su aprobación á cualesquiera otros asuntos!

Pues eso, digan lo que digan los padres de la patria y hasta los padres de esos padres y todas las paternidades del mundo, es una sinrazón y no tiene cómo ni por dónde justificarse.

He sido siempre (y creo que no dejaré de serlo nunca) enemigo de las aduanas; me parece que las fronteras deberían hallarse de par en par abiertas á todos los productos de la actividad humana; creo que, sobre todo al comercio de libros, debían dárselo todas las facilidades, todos los estímulos y todas las ventajas posibles. Pero ni ese parecer mío, ni esa creencia mía prevalecen; los libros hechos en Francia pagan al entrar en España enormes derechos, y no se me alcanzan las razones que pueden haber movido á los miembros del Senado español, ni á los del Congreso, para eximir de esa ley, haciendo otra ley especial y única, las poesías de Antonio Grilo, que, lo repito, á mi juicio es poeta inspirado, merecedor de aplauso, digno de ser protegido por magnates y potentados; pero que no es (ni él presume de esto seguramente) la mosca blanca, ni el trébol de cuatro hojas de nuestra literatura; no es el genio inmortal, único en su época, solo en su país, sin par en su siglo, que justifique, ni explique siquiera esa excepción.

La cosa está ya hecha, la ley elaborada, el odioso privilegio concedido y realizada la injusticia; mis observaciones, por consiguiente, no van á producir al poeta de las *Ermitas* daños materiales. Daños materiales que tampoco les habrían producido aunque yo me hubiese anticipado; porque... ¡figúrense ustedes el caso que los señores del Senado y del Congreso habrían hecho de mis observaciones! Pero de todas suertes, insisto en esta consideración porque deseo que conste de cómo en mis preguntas no hay segunda intención, ni aun primera; y muchísimo menos hay propósito de hacer daño á nadie, sino el interés muy natural de que, según decía el notario del cuento, se tire de la cuerda para todos ó no se tire para ninguno; y que de no hacerlo así, nos explique quien pueda explicárnosla *la razón de la sinrazón* que á nuestra razón se hace, y que de tal modo nuestra razón perturba, que con razón nos quejamos de... nuestros sabios legisladores.

A. Sánchez Pérez

LO MEJOR DE SADOWA

(anécdota inventada)

– No lo dudes, hijo mío, á pesar de todo lo que diga el libro de texto, el general Francky era todo un hombre de honor. Tú eres aún muy niño para comprender ciertas cosas, pero supongo que para algo has estudiado un curso entero de historia, y sabrás que si en la campaña entre Francia y Prusia tenían razón los franceses, no la tiene nadie cuando asegura que el general Francky era un loco.

– Según eso, abuelito...

– Según eso, créeme que era digno de haber nacido más al Mediodía.

Al llegar aquí, el vejete tosió, y sonriendo como quien recuerda tiempos mejores, hizo una seña al nieto para que dejara el mamotreto de Derecho internacional en que leía y dijo:

– Puesto que estudias *eso*, voy á referirte lo que á propósito del general Francky me contaron cuando hace ya bastantes años hice una excursión á Bohemia.

Bohemia es la parte más característica de Austria, y lo mismo que á nuestra Andalucía, se le ha calumniado mucho. Visitando un castillo famoso, cerca de Gitschin, Antonio, que era ya entonces teniente de artillería y que iba á mis órdenes, me indicó la conveniencia de alargar un poco el viaje y llegar por Kœniggraetz á Sadowa, visitando así el lugar célebre donde se libró una de las batallas más famosas de la historia contemporánea. Allí supe quién había sido el general Francky, y ten en cuenta que los habitantes de Sadowa aún no han perdonado la derrota que les hizo sufrir el ejército de Federico Carlos.

Francky, según me refería el austriaco á quien oí esta narración, era lo que se llama un militarote. Muy niño entró en la escuela de Land-Cadetten en Copenhage; allí hizo sus primeros estudios y allí se acostumbró á las fatigas del servicio; posteriormente llegó á la corte del rey de Prusia y desempeñó varios cargos, siendo agregado al estado mayor. Por esta época fué uno de los encargados de ajustar la paz con Dinamarca, y desde entonces, el Derecho de gentes fué la monomanía del militar. Agregado á varias comisiones diplomáticas y estudiando desde Grocio á Martens, llegó á encariñarse con este género de estudios y afirmó muy serio que con el Congreso de París del 56 se andaba muy cerca de la paz universal. ¡Sueños de la ciencia! Vuelto á Prusia, pronto le obligaron los mandatos superiores á dejar el estudio por el campo de batalla. Y ya tienes á mi hombre el 66 camino de Viena, al mando de un cuerpo de ejército con orden terminante de marchar al punto sobre Gitschin; y añadía el narrador que Francky, inexorable como buen militar en lo que se refería á la Ordenanza, pero malhumorado de no poder evitar los desastres de la guerra, al ver fallido su humanitario deseo, se le exacerbaba la bilis y resultaba más fiero para la vida de campaña.

El primer cuerpo de ejército prusiano, en unión del llamado del Elba, entró aquella vez el primero en acción. El segundo cuerpo, el de Silesia, una de cuyas divisiones mandaba Francky, desembocó por las montañas, encontrando al enemigo con fuerzas muy superiores á las suyas. El propio Federico Carlos mandaba aquellas fuerzas y el segundo cuerpo se batió denodadamente. Aquel torrente de carne humana despeñándose sobre la llanura y arrollando á su paso todo lo que encontraba, chocó con furia contra la muralla que le oponían los austriacos y los sajones; la muralla de hombres se rompió en mil partes, el torrente de prusianos se dividió como si saltara en mil añicos y aquellas dos líneas de combatientes se desparramaron en grupos donde se peleaba cuerpo á cuerpo. ¡Ah, si el gran Federico Carlos hubiera conocido nuestro sistema de guerrillas! Luego los encuentros fueron más débiles; por fin pareció abrirse un paréntesis de tregua en aquella serie de verdaderas batallas, y la lucha cesó un momento.

Hubo prisioneros numerosos por ambas partes, y el mismo Francky tuvo la suerte de prender á varios: entre ellos estaba un tal Francisco.

Francisco era un mocetón alto y fornido, había dado muestras de ser un valiente; pero la valentía no es la temeridad, y así cayó bajo la mano de Francky. Apasionado Francisco por su patria, invadida por el numeroso ejército prusiano, había hecho proezas en el campo de batalla: no era extraño, pues, que los ayudantes de Francky dijeran á su jefe muy gozosos de la captura:

– Mi general, habéis copado buena pieza.

Para otro que no hubiera sido Francky, aquel prisionero de guerra hubiera seguido la suerte de otros muchos; cautivo hasta el fin de la campaña, hubiera sido esclavo del vencedor – aunque otra cosa digan los tratados y se estudie en el Derecho internacional; – aquel oficial enemigo hubiera estado á merced de cualquier antipatía ó del capricho de la soldadesca emborrachada con la sangre y enloquecida con la pólvora, y hubiera sido víctima de mil contrariedades, si antes un fusil que se dispara casualmente ó una bala que se pierde, no daba con su humanidad en tierra.

Pero Francky odiaba las máximas de la guerra antigua, recordaba la Convención de Berna, á la que él había asistido, delegado por su gobierno; el nuevo derecho con todas las verdades proclamadas en el Congreso de París de hacía diez años le enamoraba, y dueño de sus prisioneros, quiso poner en práctica, quizás ensayar, un adelanto de la ciencia.

Llamó á unos cuantos prisioneros. Cuando le fueron conducidos á su presencia, Francisco, desarmado y todo, parecía capitanearlos. Llegada la columnilla ante el general, el oficial austriaco se cuadró militarmente haciendo el saludo á Francky, quien después de ordenarle que avanzara, le dijo:

– Sabéis, oficial, que sois mi prisionero de guerra.

El joven volvió á llevarse la mano al chacó y continuó Francky:

– Me pertenecéis por consiguiente. Y luego cambiando de tono añadió: He reparado que sois hombre de honor.

– Por ello me tengo, general, respondió el prisionero.

– Pues bien: si juráis bajo la fe de vuestra palabra no emplear las armas contra los míos y presentaros ante mí al final de la campaña, quedaréis libre.

– ¡Mi general!.., arguyó Francisco.

– Pensadlo bien y decida vuestro honor. Si se os volviera á hallar haciendo uso de las armas contra nosotros, harto sabéis la pena que os corresponde. Resolved pronto.

Una lágrima nubló la vista de Francisco y éste respondió sin titubear:

– General, lo juro bajo mi palabra de honor.

Francisco fué conducido lejos de aquel lugar por una pequeña escolta y quedó libre en unión de otros cuantos, muy pocos, que disfrutaron de igual suerte, gracias á la magnanimidad del general Francky.

Hablóse algo de aquello, pero pronto la campaña hizo olvidarlo. El segundo cuerpo de ejército prusiano se concentró sobre el Elba superior, y el príncipe avanzó con el primero y el del Elba, que eran fuerzas más cortas. Este movimiento, alarde poderoso de estrategia, envolvió al enemigo. Sin embargo, el 2 de julio, á las once de la mañana, se supo que los austriacos pasando el Elba se habían reunido en número exorbitante detrás de la ribera de la Bistritz. Se pensó en el ataque, y á las doce del día se dieron las órdenes á los cuerpos. Francky no las recibió hasta el día siguiente, y por más prisa que anheló poner en el movimiento no pudo romper marcha hasta las cinco de la tarde. El primer cuerpo era el más próximo al enemigo; la cuarta división del segundo cuerpo se situó hacia Sadowa y la de Francky á la derecha de la anterior, en tanto que el tercer cuerpo quedaba de reserva. Se hicieron varios reconocimientos en el Dub y se rompió el fuego; el enemigo, parapetado, hacía gran alarde de artillería. Urgía desenmascarar á aquellos ocultos titanes y allá fué Francky hacia los bosques de Sadowa. Los austriacos habían aprovechado bien el tiempo y tenían unas fortificaciones inmensas. Y sin embargo, había que abrir brecha y Francky y los suyos la abrieron.

Allí habían de encontrar los prusianos un antiguo conocido de Francky. En efecto, allí, muy cerca del general, sembrando la muerte en derredor se erguía iracundo Francisco, el prisionero libertado. El austriaco fué hecho prisionero nuevamente; pero revuelto y confundido con los demás, sin darle tiempo ni para suicidarse, sin hallar un casco de granada por el camino por lo mismo que lo deseaba, fué conducido á la retaguardia de la división.

Los prusianos pusieron en fuego 500 piezas de artillería, y protegidos por esta inmensa avalancha de hierro avanzaron los dos cuerpos de ejército. Los austriacos y los sajones no pudieron aguantar la embestida; por donde les hacía hueco el cañón se les entraba la fusilería; flaquearon, quisieron huir, se fraccionaron, pero una división entera de caballería los perseguía y los acuchillaba. Así acabó aquella jornada memorable.

Concluída que fué, Francky revistó los nuevos prisioneros, ¡y cuál no fué su asombro cuando se vió saludado por Francisco, que no negaba ser el mismo!

Entonces tuvo lugar este diálogo:

– ¿Reincidente?.. Ya sabéis mi deber.

– Cumplidle.

– Debo castigaros.

– General, estoy á vuestra disposición; podéis fusilarme cuando os plazca.

– Sois indigno de ser oficial y hasta de vestir un uniforme...

– ¡General Francky!, rugió Francisco.

– Sosegaos. Habéis empeñado vuestra palabra de honor de no volver al campo de batalla, y ahora os encuentran con las armas en la mano; no merecéis ese honroso uniforme militar, sois un vulgar miserable.

– Mi general, interrumpió el prisionero, no ignoro que soy un miserable, pero lo soy por haberos dado palabra de faltar á mi patria. Esa es la indignidad



UN PASATIEMPO EN MARRUECOS, dibujo de R. Caton Woodville

que he cometido y bien merezco por ella que me fusiléis. Cuando os hice el juramento, me acordé de mi madre que me aguardaba impaciente, de mis hermanos, de la mujer á quien adoro, de la paz de mi aldea, vacilé y... confieso que he sido un cobarde. Después he visto mi patria invadida, mis territorios saqueados, incendiado el caserío, devastada la campiña, ocupada por extranjeros la tierra que fué siempre soberana, sembrados de cadáveres austriacos, de camaradas, de amigos, de hermanos los campos en que jugábamos cuando niños; me he visto útil, me he creído fuerte y he vuelto adonde el verdadero honor, ese honor del que me olvidé en un maldito instante, me ordenaba acudir. ¡Vive Dios, que aún me avergüenzo de que no hayan sido perjuros como yo los otros prisioneros!.. Ahora, cumplid la Ordenanza, mi general. También los austriacos tenemos una patria.

Calló Francisco y Francky añadió:

– ¿Habéis acabado? Pues bien: aun cuando no os debo explicaciones, os diré que siento no haber fusilado á los que cumpliendo su palabra abjuran de su patria. En cuanto á vos, señor oficial, y pues que ha terminado la campaña, quedáis en libertad desde este momento. Id á consolar á vuestra madre y decidla de parte del general Francky que su hijo es un bravo mozo.

Y al ver el asombro entre los circunstantes, añadió iracundo como si diera una voz de mando:

– ¡El honor es el honor!

Y nadie se atrevió á discutirlo.

***

Al concluir así su narración el anciano, el nieto dijo:

– ¡Sabe usted, abuelito, que Francky tenía el verdadero concepto del honor!

El abuelo por única respuesta dijo:

– Hijo mío, es que en la historia suele consignarse lo vano y lo huero y dejar escapar lo más grande y sublime. Consulta un librote cualquiera y verás lo que dice de la batalla de Sadowa. Que el general austriaco Benedeck que mandó los suyos era un bolonio que comprometió su ejército entre dos ríos; que se fué contra tropas que llevaban fusil de aguja sin tenerlo las suyas; que eran inferiores en número, en disciplina y en organización; que los prusianos hicieron 18.000 prisioneros; que cogieron 14 banderas y 174 cañones; que quedaron en el campo de batalla 40.000 muertos austriacos y 12.000 prusianos, una friolera de 52.000 cadáveres, y que Federico Carlos fué un gran capitán... y nada más; pero ¿á que no dice quién era Francisco ni cómo se portó con él el general Francky?..

P. Gómez Candela

SEÑOR DIMAS

I

Encorvado con el peso de los años, canosos los mechones de pelo rebeldes á encarcelarse en la grasienta y agujereada pared de un sombrero de fieltro de alas abarquilladas, brillantes los ojos negros de dulce y melancólico mirar, crecidas las barbas de plata, el cutis como pergamino estrujado, la perlática mano abarrotando una cayada, necesario puntal para que el vetusto edificio del cuerpo no se desplomara, pulcro en medio de su pobreza, impregnado el continente de un aire señoril, vestigio de tiempos mejores, Sr. Dimas, cuando la rosada mano de la aurora descorre tímidamente la negra cortina de la noche para mostrar á los humanos el sol, su amante, salía de su albergue – choza más que casa – perdido en una hondonada, cerca del Manzanares, teniendo á sus espaldas los arenosos montículos de San Isidro y á su frente el Palacio Real, en tal momento sus inmensos lienzos de piedra bañados de tibia luz que resbala por la cristalería del balconaje sin romper sus cuadrados de negra sombra.

Sr. Dimas, más por afición al trabajo que por necesidad, lleva un saco á la espalda y el gancho de trapero colgado de uno de los ojales de su chaquetón de pana, empedrado de remiendos zurcidos y costurones.

Á paso tardo y ruidoso al chocar las ferradas botas contra los guijarros de la calleja, dirígese el valetudinario camino de la metrópoli madrileña, que entre las brumas del amanecer se columbra á lo lejos, en alto, levantando al aire las cúpulas de sus torres, como la fe puede alzar los brazos hacia lo infinito.

Siempre triste, cual si de continuo le abrumara un desconsolador recuerdo, caída la cabeza al pecho y sosteniendo á duras penas el saco que parece péndulo de las espaldas, torna á su albergue Sr. Dimas de vuelta de su conquista á ignotos apartadijos de lo que estorba y vuelca la ciudad en sus calles: el saco viene repleto de inutilidades, convertidas de nuevo en útiles por la industria mañosa de la necesidad. El trapero deposita las heterogéneas materias en la sala, si así puede llamarse un cuartucho sin pavimento, de paredes terrosas, que recibe la luz por una mal encajada vidriera de emplomados vidrios, sin otro mobiliario ni menester que un butacón cojitranco y rodeado tal armatoste de sin fin de cosas informes: bastones huérfanos de puño y de contera, rotos, astillados; varillaje y armazones de paraguas; chisteras que parecen *clacs* por el apabullamiento; carteras destrozadas; botes de hoja de lata, roñosicos, sustituído su contenido de conservas por colillas de puros y pitillos de todas clases, habanos aristocráticos, democráticos peninsulares, unidos en la anárquica fraternidad de lo miserable, exhalando un olor nauseabundo; pedazos de espejo; cabos de vela; brazos escultóricos de gótico sillar y mal torneados travesaños de sillas de Vitoria; jaulas destrozadas; piras de huesos de animales; montones de trapos; montones de papelitos: unos conservan el resto de una carta, quién sabe si una frase de amor ó una blasfemia, un ruego ó una amenaza; otros, impresos, desgarrones de periódicos, con un relato de un crimen, una noticia de boda, un debate político ó una corrida de toros...

II

Los convecinos del Sr. Dimas fingieron á propósito de su llegada al suburbio las más estupendas novedades.

Motivo, sí hubo, porque en una barriada en donde á las monedas de plata teníaselas por mitológicas muestras de riqueza, era cosa de milagro ver que un caballero compra una casa y en ella se encierra como los alquimistas de la Edad media en su laboratorio, es decir, sin dejar resquicio en puerta ni ventana por donde poder atisbar sus actos. Los vecinos de mayor numen fantástico soñaron que el señor aquél, don Dimas, era el mismísimo demonio – que aún hay almas cándidas que ven á Luzbel en cualquiera que se rodea del misterio: – los menos idealistas discurrieron que tan estrambótico ciudadano debía de ser algo así como criminal perseguido por la justicia, príncipe venido á menos ó simplemente un pobre chiflado. Nadie atinaba con la verdad del caso.

Al mes, día más ó día menos, de su estancia en el barrio, y cuando ya los chicos y las comadres pasaban de prisa y rezando mentalmente una oración al enfilar frente á la casa de D. Dimas, abrió el tal su puerta y mostróse transformado, casi desconocido, con traje de obrero: con rostro triste, los ojos hundidos, la cabeza caída al pecho y en toda su persona algo de majestad derrocada.

Los timoratos quedáronse patidifusos; con la boca á todo abrir y recelosos, metiéronse en sus cuchitriles: los valientes esperaron á pie firme, pero no menos asombrados, á que el convecino los saludara.

Así lo hizo D. Dimas, humildemente, con voz que resonaba á lágrimas.

– Buenas tardes, hermanos.

– Muy buenas las tenga usted, tartamudeó el más atrevido.

Y al notar que el misterioso señor se llevaba la mano á su sombrero de fieltro, quitáronse las gorras respetuosamente.

– ¿Quién será?, se preguntaron al verle alejarse hacia Madrid.

– ¡Cualquiera lo sabe!

– Un tío muy raro.

– El tiempo nos lo dirá.

Y así fué: el tiempo, gran descubridor de historias, hizo patente la del Sr. Dimas.

Viósele una mañana convertido en trapero, y salir desde aquel día siempre al amanecer con el saco á cuestas y regresar á la tardecita.

Comenzó á tratar á sus convecinos, y al año no había en el suburbio joven ni vieja, chico ni grande que no profesase á Sr. Dimas respetuosa simpatía, proclamándole como el más bueno y el más sabio de los hombres.

Cuando ya la confianza ató el ánimo de todos al del trapero, cierta noche de verano, en que se encontraban la mayor parte de los de la barriada holgadamente tomando el fresco, amén de una limonada que pagó el Sr. Dimas, éste, con voz quejumbrosa, contó su vida, y todos – aunque muchas cosas resonaban al griego en sus oídos – escucháronle con religioso silencio, tan sólo interrumpido á ratos por el pitar de los tranvías de Carabanchel y los toques de corneta del próximo campamento.

Al final del relato, todos los ojos estaban aguanosos, todos los pechos oprimidos, todos los labios balbuceando una admiración.

La historia era tan sencilla como conmovedora.

Sr. Dimas era uno de tantos con quien la suerte se mostró despiadada, cruel. Rico en sus mocedades, con un espíritu fogoso, amante de la libertad y llevado de lo nobilísimo de sus ideales, entregóse de lleno á derrocar la tiranía, á propagar un credo fraternal, hermosamente humano.

Su entusiasmo político le arruinó, le hizo expatriarse, huir al extranjero, en donde por amor se unió á una mujer que, en cuanto le vió pobre, huyó con un amante: consagró á la hija, único fruto de su desdichado enlace, los tesoros de su grande alma, y la hija, cuando todo hacía esperar al padre una vida de acrisolada virtud, fué coqueta y voluble, siguió la senda del vicio y cayó en uno de tantos pozos del mal como existen en las ciudades populosas.

Deshechos todos los ideales, escarnecido en lo que más amaba, amargado para siempre el corazón, tocando casi en la vejez, aquel hombre, ante el egoísmo, la mala fe, la ingratitud y el crimen de que había sido víctima, nuevo judío errante, vagó por todas las naciones europeas, dando lecciones á unos y á otros de lo que por puro adorno aprendió en sus buenos tiempos: dibujo, música, esgrima, y en todas partes sentía mortal nostalgia de la patria, aquella España de su alma que veía en sueños. Llegó un día en que no pudo resistir más su patriótico afán, y tornó á la corte. Nuevos desengaños le esperaban: los que en los tiempos espléndidos le adularon, llamándole su amigo más querido y ofreciéndose á él, porque sabían de antemano que no los necesitaba, se mostraron olvidadizos, despreciándole y esquivando encontrársele: parecía que les sonrojaba la honrada pobreza del vencido.

Más generoso que ellos, conservó aún Sr. Dimas la virginidad de sus ideales, lamentando que no pudiera ser un hecho su apostolado de unir á todos los hombres en un abrazo redentor: consideróse á sí mismo máquina inservible para elevar el espíritu de este siglo que caduca en brazos del más estupendo de los egoísmos, el del placer; y olvidando su alcurnia, su historia, la gente que le rodeaba y su pecado de lesa gratitud, Sr. Dimas quiso conocer lo que en las alturas denominaban el pantano social, el pudridero humano. Inútil para el trabajo del taller, colgó de sus hombros el saco del trapero, proponiéndose con esto más adecuado disfraz para sus fines.

Sembrar en el pantano flores de ternura, de caridad y amor humanos y ver si fructificaban.

III

La barriada en donde el pudridero fangoso de sus callejas era tal vez más claro que el que había en el fondo de muchas almas, convirtióse en limpia, cariñosa y honrada. Todos miran á Sr. Dimas como un santo, todos le tienen por un ser superior: hay quien cree descubrir en él los rasgos fisonómicos de alguno de los apóstoles del cristianismo.

Sr. Dimas aceptó la soberanía con que un centenar de almas hubo de aclamarle, y más humilde y más sabio que todos, en las horas en que la diaria labor le deja libre, congrega – desde hace tres lustros – como los patriarcas de la antigüedad á la puerta de su casa á su pueblo en miniatura, y le ilustra haciéndole ver, sin emplear ditirámbicos conceptos ni fantásticas descripciones, sino familiarmente, con la lógica de los hechos, lo que sería la Humanidad libre y amorosa, guiada por el precepto más grande: aquel que llevó al Calvario al más sublime de los Mártires.

No tan sólo con palabras, sino con acciones, empuja á sus hijos – así los llama Sr. Dimas – al objetivo de su vida. Enseña á leer á los niños, y á los padres les da nociones de lo más práctico para la existencia; cuida á los enfermos; costea los gastos de la enfermedad, privándose él de lo más preciso; con la justicia más exquisita es juez y árbitro en rencillas; procura armonizar los derechos de cada cual, y lo consigue, siendo acatados sus fallos por querellantes y conocedores de ellos.

Enemigo de los triunfos groseros de la carne, repudia cuanto á ellos atañe; y si antes en la barriada ignoraban lo que era dignidad y moral, ahora practican ésta y saben lo que es aquélla al recibir la santa doctrina del ignorado trapero que comparte con sus convecinos sus penas y alegrías.

El suburbio, en otro tiempo campo de Agramante, semillero de vicios y ruindades, disfruta en el presente de una paz octaviana, nacida al calor de un idea sublime.

Cuando en el pantano se siembra con fe, brotan flores de exquisito perfume...

IV

Muchos ratos se encuentra solo señor Dimas á la puerta de su casuca, fumando su pipa y entregado mentalmente á sus reflexiones.

Los ojos del viejo trapero se clavan con insistencia en Madrid, siempre envuelto en flotante gasa polvorienta.

Y muchas veces Sr. Dimas murmura en voz baja, con acento profético de triunfador que entrevé su conquista á través del tiempo:

–¡SE REDIMIRÁ!

Cuando esto dice tal hombre extraordinario, mira amorosamente á la ciudad, bañada de la roja luz del sol poniente...

ALEJANDRO LARRUBIERA

NUESTROS GRABADOS

Descanso, cuadro de Francisco Miralles (Exposición Parés). – Nuestros lectores conocen la valía de este distinguido pintor catalán, puesto que nos ha cabido la satisfacción, repetidas veces, de publicar sus obras en las páginas de esta revista. La distinción y elegancia, que constituyen la nota característica de sus cuadros de asunto parisiense, nótanse también en el que hoy reproducimos, por más que el artista haya representado una escena de obreros, el momento del descanso á que se entregan los cargadores de los muelles de nuestro puerto, y junto con sus familias improvisan mesa y extienden los manteles en el duro suelo. El cuadro está bien estudiado, bien dispuesto en grupos, recomendándose asimismo por su colorido, exento de efectismos.

El nuevo canal de Sulina. – La comisión europea del Danubio, instituída por el tratado de París de 1856 y de la cual forman parte delegados de las seis grandes potencias y de Rumanía, ha procedido recientemente á la inauguración de este canal, abierto entre Tulcia y Sulina, que facilita el mayor recorrido del río y lo abrevia de algunas horas y que ha sido realizado en cuatro años bajo la dirección del célebre ingeniero inglés Sir Hartley. Al acto inaugural asistió especialmente invitado el rey Carlos I de Rumanía que, acompañado de todo el cuerpo diplomático acreditado en Bucarest, llegó á Galatz, siendo recibido con gran pompa á bordo del vapor *Oriente*, expresamente fletado para aquel acto. Multitud de vaporcillos empavesados y de cañoneros rumanos formaban la escolta de honor. A la entrada del nuevo canal había fondeados algunos buques de guerra extranjeros que ordinariamente permanecen en el Bósforo. El presidente de la comisión europea Azarian Effendi ofreció al rey de Rumanía champagne en una copa de oro, pronunciándose entusiastas discursos. S. M. rumana hospedóse en Sulina en el palacio de la comisión, en donde le fué ofrecido un gran banquete de 123 cubiertos. Los festejos que con motivo de la inauguración de este canal se celebraron, terminaron con una magnífica iluminación del puerto.



Soñadora, cuadro de Federico de Uhde
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Pasatiempo en Marruecos, dibujo de R. Catón Woodville. – Una nueva prueba de lo que tantas veces hemos dicho de Catón Woodville, de su conocimiento de las costumbres orientales y de su maestría en reproducirlas es el dibujo que hoy publicamos, acerca de cuyas excelencias nada hemos de decir para no incurrir en pesadas repeticiones.

Soñadora, cuadro de Federico Uhde (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – El nombre del distinguido pintor sajón Federico Uhde lleva consigo el concepto de la notoriedad y de la maestría, pues ha logrado en breve espacio de tiempo una envidiable reputación, basada especialmente en sus cuadros de asunto religioso modernista; esto es, adaptando la idea, la filosofía, la moral cristiana á la época y la sociedad en que vivimos. *El sermón de la montaña La Santa Cena, Los discípulos de Emaus, Jesús y los niños* y otros más, que después de haber llamado poderosamente la atención en diversas exposiciones, figuran hoy en los museos de Francfort, Berlín, París, Dresde, etc., atestiguan el mérito del artista y singularmente su genialidad, pues no de otro modo es posible producir obras maestras, que adaptadas á la época presente no desvirtúan la elevación del concepto.

Soñadora es una bella producción modernista también, pero justa, estudiada, sin falsos recursos ni exageraciones y digna, á todas luces, del pincel de tan excelente artista.

La catástrofe de Begoña, de fotografía remitida por el Sr. Broquier, de Bilbao. – Una terrible catástrofe ocurrió el 7 de los corrientes en el ferrocarril de Bilbao á Lezama. El tren que á las ocho y media de la mañana había salido de esta última población acababa de pasar el túnel de Zurbarán y descendía por una rápida pendiente, cuando el maquinista notó que no podía re-



La catástrofe de Begoña, ocurrida el día 7 de los corrientes en el ferrocarril de Bilbao á Lezama
de fotografía remitida por el Sr. Broquier, de Bilbao



LA HOSTERÍA DEL HAL



…TTO DI EDUARDO GELLI

frenar la velocidad extraordinaria que aquél llevaba: á pesar de todos sus esfuerzos y por causa, según se dijo, de no llevar el tren frenos de mano, el maquinista no pudo evitar el descarrilamiento que se produjo al embocar uno de los vagones la curva que forma la vía cerca de Begoña, precipitándose el convoy al fondo de un terraplén. De los 33 viajeros que el tren llevaba, 12 murieron en el acto y 18 quedaron gravemente heridos, habiendo fallecido después algunos de ellos. Entre los pocos que

Pescador de pólipos, estatua en bronce de E. Rossi
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

resultaron ilesos cuéntase el maquinista, cuya conducta ha merecido generales alabanzas, pues hizo, aunque por desgracia inútilmente, más de lo humanamente posible en cumplimiento de su deber. De la magnitud de la catástrofe podrán formarse idea nuestros lectores por el grabado que publicamos, reproducción de una fotografía que nos ha remitido el reputado fotógrafo de Bilbao Sr. Broquier, á quien enviamos la expresión de nuestro agradecimiento.

La hostería del Halcón cuadro de Eduardo Gelli. – Cultiva este pintor, uno de los más ilustres de la Italia moderna, dos géneros tan distintos como el retrato y el histórico: como retratista, huye de todo convencionalismo y sabe dar á sus pinturas la verdadera expresión psíquica que revela el modo de ser íntimo del retratado como la línea y el color reproducen sus rasgos físicos; como pintor de escenas y tipos de otras edades, cual erudito y paciente arqueólogo, reconstituye los antiguos monumentos y con preferencia aquellos interiores de hosterías ó tabernas frecuentadas por soldados aventureros que en el vino y en las mujeres buscaban la compensación de las penalidades sufridas en las continuas guerras y el empleo del dinero que los saqueos les proporcionaban. De la maestría con que sabe tratar Gelli estos asuntos es buena prueba su famoso cuadro *La hostería del Halcón* que en el presente número reproducimos.

Pescador de pólipos, estatua en bronce de Eduardo Rossi (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Notable bajo todos conceptos es la estatua en bronce del escultor napolitano Eduardo Rossi, representando un muchacho en el acto de dar una vuelta á la bolsa de un pulpo para desprenderse de sus tentáculos. La figura está perfectamente estudiada y su actitud natural y justa, de manera que al observarla compréndese que su autor no es un artista novel, pues quien modela y construye como Rossi, merece el calificativo de maestro.

Estas ó análogas consideraciones debe haber tenido en cuenta el Jurado al conceder al artista una recompensa, que lleva consigo la adquisición de la obra y la gloria de que sea colocada en el Museo Municipal de Bellas Artes de Barcelona.

Regnum meum..., estatua en yeso de Manuel Fuxá (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Discutida cual todas las obras que se distinguen de la vulgaridad ha sido la estatua que bajo el epígrafe de *Regnum meum non est in hoc mundo* aportó á la Exposición de Barcelona el distinguido maestro catalán D. Manuel Fuxá, pues á pesar de las controversias que su examen ha promovido, la obra ha logrado sostenerse y el Jurado no ha titubeado en otorgarle una recompensa, ni el ayuntamiento en destinarla al Museo Municipal de Bellas Artes. El Sr. Fuxá al concebir su obra, al darle forma, se atuvo al texto bíblico; y aunque la crítica se empeña en querer destruir la concepción, no puede arrollar la verdad, y ésta se impone con sólo recordar la clase de manto con que en señal de escarnio y befa cubrieron los hombros de Jesús. Réstamos agregar que se recomienda por su cuidadoso modelado.

Pilluelo, estatua en yeso de Eugenio Pellini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Si el escultor milanés Sr. Pellini no se hubiese ya dado á conocer por medio de obras de reconocido mérito, bastaría la que reproducimos, que ha figurado en la Exposición de Bellas Artes de esta ciudad, para revelar al artista, dotado de excepcionales cualidades. En la obra de Pellini hay que admirar no sólo el acabado estudio, que expresa perfectamente el natural, sino que también su especialísima factura. La estatua ha sido modelada con extraordinaria desenvoltura, y esa facilidad y grandiosidad que en ella se observan, son caracteres distintivos del gran arte y propios de un artista de temperamento. De ahí que no titubeemos en felicitar al escultor milanés, convencidos de que en no lejano día ha de producir obras que honren al arte italiano moderno.

Barcelona. – Baile de gala en el Palacio de Bellas Artes, dibujo de N. Vázquez. – Digno remate de la Exposición de Bellas Artes recientemente celebrada en esta ciudad fué el baile de gala organizado en la noche del 10 del corriente por el ayuntamiento en obsequio á los abonados á aquélla y á los artistas que en ella fueron premiados. El espacioso salón central del Palacio de Bellas Artes estaba adornado con tanta riqueza como gusto con cestas de flores, escudos, guirnaldas y hermosos parterres, en el centro de los cuales había colocadas notables esculturas, ofreciendo ese conjunto un



Regnum meum..., estatua en yeso de M. Fuxá
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

golpe de vista magnífico que realzaba una selecta y numerosa concurrencia. El dibujo que reproducimos, tomado del natural por nuestro distinguido colaborador artístico Sr. Vázquez, permite formarse una idea de esa fiesta que tan agradables recuerdos ha dejado en cuantos á ella asistieron.

Lucha por la existencia, grupo en yeso de José Campeny (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Hace algún tiempo que el escultor catalán Sr. Campeny dedícase con singular acierto y lisonjero éxito á modelar estudios de animales, género un tanto difícil, dados los inconvenientes que se ofrecen al artista por la falta de modelos que reproducir. Con plausible perseverancia los va venciendo nuestro amigo, que después de haberse dado á conocer en otros géneros, ha logrado ya singularizarse en el á que nos referimos. Cuatro grupos en tamaño natural ha aportado á la Exposición de Barcelona, dignos de llamar la atención, pues el artista presenta sus modelos en unión, en lucha y en los momentos en que se caracterizan más la índole é instinto del animal representado. Uno de ellos es el grupo que publicamos, en el que ha logrado Campeny dar caracteres de verdad á la lucha de tres mastines ó perros de ganado con un lobo.

El Jurado, apreciando el debido mérito de las obras del discreto escultor, ha premiado una de ellas, que ha adquirido la corporación municipal para instalarla en el Museo de Bellas Artes.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – ALICANTE. – La Exposición de Bellas Artes celebrada en esa ciudad ha sido un verdadero éxito, habiendo figurado en ella más de 500 obras y concurrido, entre otros, 52 artistas premiados en otros certámenes que gozan actualmente de legítimo nombre y varios artistas jóvenes que han demostrado brillantes cualidades. Han sido premiados: Sorolla y Pinazo, que se presentaron fuera de concurso, con diploma de honor; Cabrera y el escultor alicantino Bañuls, con medallas de oro; con medallas de plata el escultor catalán Sr. Parera y los pintores Agrassot, Cutanda, Francés (D.ª Fernanda y D. Plácido), Guillén, Harmsen, López Tomás, Peña, Pericás, Cecilio Plá y Serrano Bossio, y con medallas de bronce los señores Amorós, Antón, Arpa, Campuzano, Cava y Espí, Carballo, Clemente, García Rodríguez, Gisbert Carbonell, Juste, Laporta Valor, López Cabrera, Ocón, Palencia, Pando, Parrilla, Peris Brell, Pinazo Martínez, Ramírez, Silvela y Vidart.

PARÍS. – Veinte cuadros de la colección Tavernier han sido vendidos por Jorge Petit por la suma de 304.000 francos. El que más se ha pagado ha sido el *Sepelio de Cristo*, de Eugenio Delacroix, que había sido adquirido por 49.000 francos y se ha vendido por 80.000: *Las lavanderas*, de Daubigny, *El abrevadero*, de Troyon, y *Jinetes árabes*, de Delacroix, han alcanzado los precios de 68.000, 40.000 y 21.600 francos respectivamente.

Teatros. – En el nuevo teatro de Verano de Leipzig, de Nuremberga, ha comenzado la representación de un ciclo de obras modernas, habiendo sido la primera puesta en escena *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen, que ha obtenido gran éxito. *El paraíso perdido*, de Fulda, ha gustado poco.

– Victoriano Sardou está escribiendo un drama que se titulará *Luis XVII*.

Londres. – En el palacio de Windsor y en presencia de la reina Victoria, de su familia y de algunos ilustres huéspedes de la real residencia, la compañía de Covent Garden ha dado una representación de ópera, habiendo puesto en escena *Filemón y Baucis*, de Gounod, y *La Navarraise*, de Massenet. En Covent Garden se ha estrenado con gran éxito la ópera de Bruneau *L' Attaque du Moulin*, de la que dice la prensa londinense que está seguramente llamada á ser una de las óperas más populares del moderno repertorio, y de cuyo libreto, que Luis Gallet ha tomado de la novela de Zola, hácense también grandes elogios: la música del célebre compositor francés es graciosa y apasionada y constituye una admirable combinación del arte wagneriano con la inspiración melódica más espontánea.

Necrología. – Han fallecido:

Ricardo Castelvecchio, conde Ricardo Pullé, notable dramaturgo italiano.

Juan Carriés, notable escultor francés, especialmente conocido por sus admirables obras de cerámica.



Pilluelo, estatua en yeso de Eugenio Pellini
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Enrique Layard, famoso arqueólogo y explorador inglés, célebre por los notables descubrimientos realizados en Nínive.

Víctor Bestos, uno de los primeros escultores portugueses contemporáneos.

LA NUBE DE INCIENSO

CUENTO RÁPIDO POR ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

Hoy que la moda quiere imponerse, no sólo en los trajes, en los colores, en los atavíos, sino que también intenta dominar en los pensamientos, en las ideas y dar forma nueva á las obras de la inteligencia, trocando el drama por las creaciones frívolas y ligeras con falta de arte y sobra de impudencia, llamadas del *género chico;* la poesía levantada y seria, por el epigrama ó la corta rima, y la novela ó el artículo meditado y trascendental, por el *cuento rápido,* vamos á seguir una vez el impulso de la voluble diosa, y á trazar en líneas brevísimas una historia del corazón, tan ligera como el epígrafe que la encabeza, tan vaga y oculta como la idea que cruza la mente, como el sentimiento que estremece un instante el alma.

¡Un perfume! ¡Un recuerdo!

¿Puede haber nada más sencillo y fugaz?

Estas son, sin embargo, las bases en que se apoya mi sencillísimo relato.

La joven y bella condesa de Quirós era uno de esos seres á quienes la suerte lo ha concedido todo.

Riqueza, hermosura, talento, distinción. ¡Nada le faltaba para ser adorable!

Casada, casi niña, con uno de los jefes de la alta banca, era la reina de la moda, y el ornato de las fiestas á que su esposo la dejaba asistir con una bondad que rayaba en abandono.

Un solo pesar había amargado su vida; unas lagrimas sólo habían anublado el brillo de su radiante mirada: las que le arrancara la muerte de su madre; de su madre, á quien la joven adoraba.

Pero como si Dios hubiese querido dar un lenitivo á aquel justo dolor, mezcló con aquel infortunio la dicha más grande que Dios concede á una mujer.

Al perder á la que le había dado la vida, dió á su vez la existencia á un ángel que vino á embellecer su hogar y á trocar el duelo en esperanza.

Fué madre, y el cariño de su hija vino á llenar el vacío que en su pecho había dejado la falta del cariño materno.

La condesa Araceli, á quien todos llamaban Celi únicamente, para hacer más breve y más dulce su nombre, pasó algún tiempo retirada y sola en su palacio, á causa de estos dos acontecimientos; pero era muy joven; era al par impresionable y amante, y su alma necesitaba de afectos y de emociones.

Su esposo, consagrado á los negocios, la dedicaba poco tiempo: su hija la sonreía ya, pero aún no podía comprenderla. Empezó á sentir aburrimiento, tristeza, y quiso buscar distracciones: al terminar los años del luto, se presentó de nuevo en el mundo y se lanzó al bullicio de los saraos y las reuniones.

Celi era elegantísima, era hermosa; se presentaba en todas partes acompañada de sus amigas, pero apoyada en el brazo de su esposo; no defendida por el santo baluarte de su experiencia y de su amor.

Esto no empañaba el brillo de su nombre, porque su fama estaba sin mancha; pero la exponía á mil inconvenientes, á mil atrevimientos, por parte de aquella turba de admiradores que la rodeaba sin cesar.

Uno entre éstos había sabido distinguirse de los demás.

Se llamaba Luis de Ossorio: tenía talento, tenía corazón, y fuese capricho, empeño ó pasión, seguía á Celi á todas partes; no la perdía de vista, y sus ojos la confesaban á cada instante su inmenso amor, mientras su labio permanecía siempre mudo.

La situación de aquella mujer era crítica en demasía.

Abandonada á sí misma, sin guía, creyendo que su marido no la amaba como ella se merecía, juzgándose postergada en su corazón al sentimiento del interés, se consideraba desgraciada, y quizá lo era en efecto, en medio de su opulencia y de su lujo y de su esplendor.



Celi cruzó la nave del santuario

Y era que el banquero entendía la vida á su modo.

Cuando la joven le buscaba, cuando venía á acercarse á él, ansiosa de cariño y sostén, él se contentaba con decirle:

– ¿Qué quieres? ¿Qué te hace falta? ¡Ya sabes que mi caja está siempre abierta para ti!

Celi se sentía herida en el alma, y ocultaba en su pecho los sentimientos que no veía comprendidos.

Ossorio, pues, tenía un auxiliar poderoso en todas estas circunstancias, y seguía estrechando á la condesa con sus atenciones, con su respeto, con sus muestras de ardiente pasión.

¡Así pasaba el tiempo! Él abrasándose en aquel amor no revelado: ella midiendo sus progresos y contagiándose con su influencia.

¡Y Celi no luchaba! ¡No tenía para qué! Si él nada exigía, ¿qué tenía ella que aprender á negar? Si él callaba, ¿á qué iba ella á responder? Si la batalla no se presentaba, ¿cómo había de apercibirse para la defensa y el combate?

¡De ningún modo! ¿Qué falta la hacía?

Así, y en el descuido que la conducta de Ossorio la inspiraba, sólo tenía que luchar con su propio pensamiento, fijo ya, á su pesar, siempre en él; sólo tenía que dominar los latidos de su mismo corazón que se escapaba hacia aquel hombre, como rueda el peñasco desprendido de la cima de la montaña hasta caer en el abismo.

¡Celi amaba: amaba sin poderse dar cuenta de cuándo había empezado aquel amor, ni hasta dónde la arrastraría!

Una noche, y en medio de los esplendores de un baile, embriagada por el perfume de las flores, deslumbrada por el brillo de las luces, aturdida por las armonías de la orquesta, dejándose arrastar por Ossorio en el torbellino de un vals, con la mano en su mano, con el oído muy cerca de sus labios, oye ó más bien adivina estas palabras que él pronunciaba con voz queda:

– ¡Celi, yo la amo á usted!

Ella tembló estremecida; pero no protestó ni intentó alejarse de aquel hombre.

Entonces él, animado por su silencio, exigió de ella una entrevista.

Sería la primera y la última, según decía, puesto que estaba resuelto á partir lejos, muy lejos; ¡donde pudiera olvidar!

Celi le escuchaba aterrada, pero le escuchaba al fin; y cuando envolviéndola en una mirada fija y penetrante le dió algunos detalles sobre el modo de verse sin peligros y sin testigos,

– ¡Iré!, dijo la infeliz joven, dominada y perdida; iré!

¡Ay, que en aquella breve palabra estaba la deshonra, estaba la caída, estaba la ruina!

A la mañana siguiente, la condesa de Quirós se hallaba en su tocador preparándose para salir de casa.

Estaba nerviosa, agitada, trémula.

¡Oh! Era que se disponía á cometer su primera falta; y por muy enloquecida y ciega que esté la mujer, el primer paso que dé en la senda del mal deberá costarle inquietudes horribles.

Escogió un traje negro para hacerse menos visible; cubrió su cabeza con un amplio velo de blondas, y eligió con preferencia de entre sus joyas un rosario de perlas y oro.

¡Desgraciada! ¡Iba á tomar á la religión como un pretexto para motivar su salida!

¡Iba á hacer una ofensa á su esposo, é iba á hacer un insulto á Dios, amparándose de su nombre para cubrir su culpa!

¡Esto era horrible, era infame sin duda! Celi no meditó lo que hacía. No lo pudo avalorar.

Bajó las escaleras y se encontró en el descanso con su marido.

– ¿Dónde vas?, la preguntó éste cariñosamente.

– ¡Oh! A la iglesia: hoy celebran una gran función religiosa en... en honor de la Virgen, y no la quiero perder: es el último día de mayo, y por eso...

– Vé, Celi mía, le dijo el banquero, vé y hasta luego.

Y se detuvo para verla pasar creyéndola un ángel.

La esposa siguió su camino, conteniendo los estremecimientos de su corazón, que hacían levantarse en visibles ondulaciones la seda que le cubría: ¡tan rápidos y precipitados eran sus latidos!



Y allí arrodillada, confundida, permaneció mucho tiempo

Una lujosa berlina la esperaba ya, y al subir á ella dijo al cochero:

– A la iglesia de Atocha.

Un momento después, la condesa se decía á sí misma, mientras los caballos marchaban á escape:

– Todo está bien calculado: entraré por una de las puertas del templo, y saldré por la otra. Así nadie podrá saber dónde voy, ni sospechar el objeto de esta salida matutina.

Cuando llegaron al atrio de la iglesia, la condesa bajó de su carruaje y penetró en el templo con paso rápido.

El cochero se arrellanó en su asiento, dispuesto á esperar la vuelta de su señora.

Celi cruzó la nave del santuario, dispuesta, como había dicho, á salir de él inmediatamente; pero en el momento mismo en que la joven apoyaba su pie en el sagrado recinto, el argentino sonido de las campanillas de plata, los acordes majestuosos de la orquesta, los cantos graves y solemnes del ritual, anunciaban que Dios, en forma de Hostia Consagrada, se alzaba en las manos del sacerdote, que le ofrecía allí á la adoración de los fieles.

Celi, obligada así por la casualidad, se detuvo un momento, y se vió precisada á prosternarse ante el altar.

Los incensarios se agitaban impulsados por los ministros del Altísimo; la música era conmovedora y sencilla; blancas nubes de incienso envolvían el espacio en olas de aromas, que ascendían lentamente á la altura, como empapadas en plegarias y lágrimas que iban á depositar ante el Sacramento del amor.

No sé cómo, pero un ligero soplo del viento llevó hasta la condesa los efluvios suaves de aquellos aromas, haciéndoselos aspirar un instante.

Un estremecimiento nervioso agitó el cuerpo de la joven, y su pecho se comprimió con un sentimiento que no podía definir.

Entre los perfumes del incienso, acudió á su mente un punzante recuerdo, y sin poderse dar cuenta de ello, buscó entre los pliegues de su memoria y entre las fibras de su corazón algo que en lo pasado tuviera relación con aquellos aromas.

¡Ay! ¡No tardó en encontrarlo!

No tardó en ver surgir ante su memoria el momento más angustioso de su vida: aquel en que su madre, próxima á morir, recibía la visita del Dios hecho hombre, que venía á darla esperanza y valor en aquel instante postrero. Celi lo recordó perfectamente. ¡Sí: aquel era el mismo olor místico y dulce que envolvía la estancia y el lecho en que su madre agonizaba! ¡Aquellas ráfagas de esencia bendita eran iguales á las que anunciaban la presencia del Sacramento que recibiera, cerca, muy cerca ya de su última hora!

¡Oh! ¡Que el pensamiento y la memoria de aquella madre querida flotaron ante sus ojos entre aquellas nubes perfumadas que se extendían á su vista!

Y por un encadenamiento de ideas, muy fácil de comprender, rehizo en su imaginación toda aquella tristísima escena.

Y uno á uno y con pasmosa exactitud reprodujo en su mente los más pequeños detalles de aquella hora de dolor.

Y la pareció que aún sentía caer sobre su frente las lágrimas de la que moría, y creyó recibir sus postreras caricias, y... juzgó oir su último y apagado acento que le decía como entonces:

«¡Adiós, hija mía! ¡Sé siempre pura, para que mi corazón no se estremezca de dolor en la tumba al ver una mancha en tu alma! ¡Sé virtuosa, para que al morir puedas bendecir á tu hija con la misma paz que yo te bendigo!»

Y aquella voz que resonaba en su mente llena de inflexiones, dulces en un principio, la parecía que se tornaba severa y triste al repetirla una y otra vez:

«¡Sé pura, sé virtuosa como yo lo fuí! ¡Sé pura, sé virtuosa, para que de ti aprenda á serlo tu hija!»

Celi sintió que abundantes lágrimas inundaban sus ojos, y que un inmenso pesar oprimía su corazón.

¡Era el remordimiento; era el espanto que la causaba lo que iba á hacer!

Y allí, arrodillada, confundida, permaneció mucho tiempo. ¡Aquella era la postura que conviene á las que necesitan implorar perdón!

Una lucha horrible, una batalla espantosa tenía lugar en su pecho.

¡Y la orquesta seguía dejando oir sus religiosas armonías, y el humo del incienso perdiéndose en el espacio, y la memoria de su madre flotando entre sus impalpables gasas, y el llanto brotando de las pupilas de Celi, y el arrepentimiento enseñoreándose en su corazón!

¡Aquella lluvia bienhechora purificaba su alma: aquel sentimiento la salvaba! ¡Dios la había detenido al borde del abismo, donde sin duda iba á caer!

¡Un perfume, un recuerdo habían bastado para volver á aquella mujer á la senda del bien!

Pocos momentos después, pálida y conmovida, pero serena y confiada, salía del templo, pero... por la misma puerta por donde había entrado, y decía á su cochero, que se sorprendió de verla salir tan pronto:

– ¡A casa, á casa, y no te detengas!

Cuando llegó á su morada, subió rápidamente las escaleras, y se dirigió á la alcoba de su hija, que dormía tranquilamente en aquel instante.

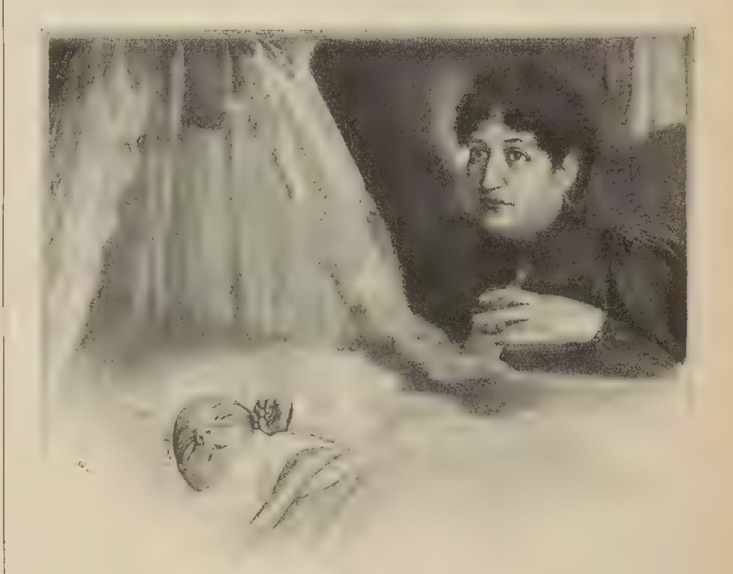
Celi cayó de rodillas ante la blanca cuna, y alzando sus hermosos ojos hacia un gran lienzo que representaba á una mujer de bello y bondadoso semblante,

– ¡Gracias, madre mía, exclamó! ¡Ni tú ni esta niña tendréis que avergonzaros de mí! Tu santo recuerdo ha iluminado mi mente y ha despertado mi conciencia. ¡Gracias: estoy salvada!

Al día siguiente Luis de Ossorio salía de Madrid, de donde se alejaba despechado y sin esperanza de volver á ver á Celi.

Nada más fugaz que un recuerdo, nada más vago que un perfume; y sin embargo, esto había bastado para librar de una mortal caída la honra y el alma de la condesa de Quirós.

Enriqueta Lozano de Vilches



Celi cayó de rodillas ante la blanca cuna

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRIL DE CATSKILL MOUNTAIN EN LAS INMEDIACIONES DE NUEVA YORK

Desde hace cincuenta años las alegres mesetas de Catskill Mountain son visitadas durante el verano por innumerables turistas. Situado á 16 kilómetros de Nueva York, al Oeste del río Hudson, ese punto de reunión de la sociedad rica americana extiéndese hasta las verdes mesetas de las dos montañas gemelas designadas con los nombres de montaña del Norte y montaña del Sur, cada una de las cuales tiene un lago de aguas puras y límpidas en cuyas orillas se han construído inmensos y magníficos hoteles. Desde estos puntos culminantes el turista disfruta de un espectáculo maravilloso: su vista se extiende á



Barcelona.-Baile de gala celebrado en el Salón de Bellas Artes en la noche del 10 del actual con motivo de la clausura de la Exposición,

dibujo del natural de Nicanor Vázquez

grande distancia descubriendo pintorescas aldeas.

Para facilitar la comunicación de estos sitios encantadores con Nueva York habíase construído en 1882 un ferrocarril de vía estrecha que arrancando de la aldea de Catskill iba hasta la de Pralenville, al pie mismo de Catskill Mountain. La distancia que separa estos dos puntos no excede de 10 kilómetros en línea recta; pero á causa de las dificultades del terreno, el trazado de ese ramal de vía férrea tiene 20. Para llegar á las cimas de las dos montañas los viajeros debían hacer en diligencia una larga y fastidiosa excursión durante más de tres horas para recorrer una distancia de unos nueve kilómetros y llegar á una altura de 700 metros. Al año siguiente se construyó una nueva sección del ferrocarril que en Phœnicia se separaba de la gran línea de Ulster á Delaware para terminar en las aldeas de Hunter y Tannersville, la cual sección ofrecía la ventaja de disminuir considerablemente el trayecto.

En 1885 evidencióse la conveniencia de construir una vía férrea completa que permitiera ascender directamente en vagones por los costados de las montañas, no tardando en formarse una sociedad, con el nombre de *Otis elevating railway Company*, que en 1886 procedió á los primeros estudios. En el proyecto se partía de la base de aprovechar como fuerza motriz el agua de los lagos; pero esta idea fué enérgicamente combatida por los dueños de los hoteles y por muchos habitantes de Catskill Mountain, naciendo de aquí dificultades sin cuento que obligaron á la Compañía concesionaria á modificar por completo sus planes. Esto ocasionó grandes retrasos en la ejecución de los trabajos de construcción, que no comenzaron hasta 20 de enero de 1892. En la primavera de 1893 la empresa terminó la obra merced á la cual los viajeros que salen de Nueva York llegan en camino de hierro hasta las mesetas de Catskill Mountain con rapidez suficiente para ir y venir fácilmente de aquella capital.

El *Otis elevating railway* se compone esencialmente de un plano inclinado de 2.100 metros de longitud y la altura á que se asciende es algo mayor de 480 metros. En mitad del camino se ha construído un apartadero para el cruce de los trenes ascendentes y descendentes: en el resto del trazado la vía doble comprende tres rieles paralelos. El perfil longitunal de esta línea ofrece la particularidad de que en vez de ser plano está formado por una sucesión de arcos de círculo y de arcos de parábola verticales, merced á cual disposición la tracción de la máquina motriz es constante con una carga media de vagones. El peso del cable por medio del cual se opera la tracción se encuentra de esta suerte compensado sin que haya habido necesidad de emplear un cable sin fin. En el origen del plano inclinado hay una pendiente cóncava de 12 por 100 que va aumentando gradualmente á medida de la ascensión, alcanzando á 35 por 100 á 440 metros de la cumbre: á partir de este punto y hasta la estación de llegada la curvatura cambia, pasando á ser convexa con una pendiente de 30 por 100.

En una longitud de 930 metros la línea forma trinchera y atraviesa tres viaductos de 527, 164 y 75 metros; el resto del trazado forma terraplén de altura variable. Para evitar que la vía se deslice, en los terraplenes y trincheras hay introducidos bloques de betún que sostienen las traviesas: éstas son de pino creosotado y en ellas están sujetos los tres rieles.

El edificio que contiene la maquinaria, construído cerca del lago Norte y algo más bajo que el nivel del agua, permite alimentar fácilmente las calderas de tubos verticales del sistema Manning, de 150 caballos de fuerza cada una. Los vagones llevan el carbón hasta los generadores y lo echan directamente en el departamento de calderas. Dos máquinas fijas Hamilton-Corliss accionan un par de tambores diferenciales horizontales del tipo Walker, alrededor de los que se arrollan dos cables de alambre de acero, de 30 milímetros de diámetro cada uno, unidos á los vagones que forman los trenes que suben y bajan simultáneamente.

C. Marsillon.

EL MAL DE MONTAÑA

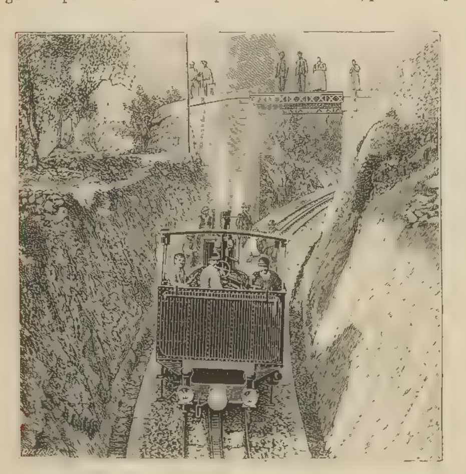
El mal de montaña es un malestar muy conocido de la mayoría de los que verifican ascensiones á elevadas alturas, y digo de la mayor parte, porque algunos alpinistas, por causas que luego explicaré, no lo han sentido nunca. A una altura de 3.500 metros experiméntanse por lo general esos desórdenes particulares que se acentúan á medida que aquella altura aumenta y llega á 4.200, 4.500 y 4.800, como en la ascención del Monte Blanco.

Llegado á una de estas alturas, se apodera del ascensionista una gran fatiga y una necesidad de respirar con más frecuencia, como si le faltara el aire: apenas ha dado algunos pasos, vese obligado á detenerse para tomar alientos, cual si el pequeño esfuerzo que ha hecho le rindiera, y algunos sienten además náuseas y tendencias al síncope. En una de las primeras ascensiones realizadas por un sabio que pudo comprobar las sensaciones provocadas por el mal de montaña, Saussure había observado todas estas particularidades: sus mismos guías, que generalmente sólo en grado muy débil sufren estos accidentes por razón de su costumbre de andar y de su resistencia á la fatiga, estaban extenuados. En aquella época las ascensiones no eran como ahora cuestión de moda y no se repetían por ende muchas veces durante un verano. En la gran Meseta, á 3.900 metros, fué preciso practicar una excavación en la nieve para poder pasar la noche; «pues bien, dice Saussure, aquellos hombres para quienes nada significan seis ó siete horas de marcha, que eran las que habíamos hecho, apenas habían arrancado cinco ó seis paletadas de tierra cuando se encontraban ya en la imposibilidad de continuar su trabajo, siendo preciso que se relevasen continuamente.» A medida que la ascensión aumentaba, Saussure experimentaba mayores dificultades para tomar aliento, y al llegar á la cumbre la instalación de los instrumentos fué penosísima, viéndose obligados á cada momento á interrumpir el trabajo para respirar.

El doctor Lortet, el sabio decano de la facultad de Lyón, que ha hecho sobre esos desórdenes fisiológicos un estudio muy completo, había observado los mismos fenómenos. Sus compañeros Martín y Lepileur y él mismo habían perdido enteramente el apetito. La marcha es lenta y penosa; en un momento dado no puede avanzar más; indiferente á todo, como una persona que sufre mareo, no tiene más que un deseo, no ir más adelante. En el momento de llegar á la cumbre, su expedición parecía, según sus propias palabras, un convoy de enfermos.

Aparato del doctor Regnard para el estudio del mal de montaña. – *Cl.* Campana en la que se puede hacer el vacío. – *CC'.* Conejos de Indias. – *R.* Rueda puesta en rotación por un motor eléctrico M. – *Re.* Caja de resistencia para regular la presión. – *TE.* Bomba de agua. – *P.* Manómetro.

Más recientemente, M. Egli-Sinclair ha verificado la ascención al Monte Blanco y ha publicado una interesantísima descripción científica de la misma. Acompañado de los Sres. Imfeld y Guglielminetti, emprendió la excursión en las condiciones ordinarias, durmiendo durante la primera noche en los Grands Mulets y escalando la cumbre á la mañana siguiente de tres á nueve. Pisando espesa capa de nieve y á paso lento y cómodo llegaron á lo alto del Monte Blanco sin temblor de miembros, sin transpiración y sin anhelación: habían salvado la distancia de los Grands-Mulets al Dome, sin experimentar la dificultad en el andar que es habitual en los ascensionistas; pero una vez instalados en la cabaña que M. Vallot ha hecho construir en la gran cima alpestre, sintieron los primeros síntomas del mal de montaña. La respiración se hacía difícil, la sensibilidad muscular aumentaba y un dolor de cabeza y ligeras náuseas completaban el malestar: los tres viajeros, aunque en distinto grado, experimentaban las mismas angustias, igual inapetencia. Cuatro días permanecieron en el refugio Vallot, y durante casi todo este tiempo los síntomas persistieron, disminuyendo algo la intensidad de los mismos en las últimas horas: la respiración, acelerada siempre, era menos penosa; pero en cuanto hacían el menor esfuerzo para subir ó bajar de la cama, para vestirse, para hacer alguna observación científica, hacíase más imperiosa la necesidad de respirar.


Ferrocarril de cremallera de Monte-Carlo á la Turbia (de una fotografía)

Esos trastornos, que son exactamente los mismos experimentados por sus predecesores, confirman claramente la existencia de un mal de montaña; pero este mal, como observa M. Chauveau, no es un mal necesario, es decir, no se observa de un modo constante y algunos alpinistas pueden subir á las mayores alturas sin sentir sus efectos. Así, por ejemplo, M. Durier, el presidente del club alpino, que ha ascendido dos veces al Monte Blanco y que, á pesar de sus sesenta años, andaba con pie firme y con gran ánimo, no sintió más que una ligera diminución de apetito: el mismo M. Chauveau es inmune á este mal y los trazados de su pulso y de su respiración en la ascención que verificó en 1866 demuestran las modificaciones de la circulación y de los movimientos respiratorios inherentes á una elevación á gran altitud, pero el malestar fué nulo. Lo mismo se observa en los guías y mozos que acompañan á los ascensionistas.

Pero esas excepciones son raras y la causa del mal de montaña subsiste. ¿Cuál es la naturaleza de este mal? En estado complejo es debido á la anoxemia, es decir, á la falta de una cantidad bastante de oxígeno absorbida por la sangre. Jourdanet en su hermoso libro y P. Bert habían demostrado que la rarefacción del aire no llevaba al organismo la dosis de oxígeno necesaria para las combustiones respiratorias y orgánicas; M. Egli-Sinclair ha demostrado por medio de *dosages* exactos de la hemoglobina la realidad de este hecho: en sus compañeros y en él mismo la proporción de la hemoglobina de la sangre disminuía en una tercera parte y hasta en una mitad y no se reponía sino muy lentamente después de descender al valle. La conexión entre el mal de montaña y la cantidad de oxígeno contenida en la sangre parece, pues, evidente. Sin embargo, no es esta la causa única, pues con esa teoría no se comprendería por qué ciertos ascensionistas se sustraen á esos accidentes y los aeronautas no experimentan ese malestar sino después de haber pasado de una altitud muy superior á la que alcanzan los alpinistas.

Hay que pensar, pues, en la existencia de otro factor; y tanto es así, que en las excursiones hechas á escasas alturas por los principiantes se observan los mismos síntomas del mal que en las grandes altitudes. Ese factor es la fatiga, el exceso de esfuerzo variable según las personas, su resistencia y su entusiasmo y según las condiciones en que la ascensión se realiza.

El doctor Regnard ha dado una demostración muy elegante de este problema de fisiología patológica. Sabido es que una compañía suiza ha concebido el proyecto de establecer en la cordillera de la Jungfrau una especie de túnel con ascensores y funiculares para conducir cómodamente á los turistas á la cima de la Virgen de los Alpes, ó sea á 4.167 metros de altitud. Además de las dificultades técnicas del proyecto originadas por las capas geológicas, lechos de terrenos y perforación de túneles, la compañía ha debido preocuparse de la salud de los viajeros: salido de Lauterbrunnen y transportado en menos de una hora á la cima de la montaña, ¿no correría el turista el peligro de sufrir accidentes graves á consecuencia de ese cambio brusco de altitud? Mujeres, niños, hombres de todas las edades y en todas condiciones de salud ¿podrían soportar esa ascensión y esa rarificación del aire?

Para resolver en parte este problema el doctor Regnard ha realizado el experimento siguiente. En sentir de él, que, dicho sea de paso, no sufre el mal de montaña, este malestar obedece á dos causas que acabamos de citar: de una parte á la diminución del oxígeno de la sangre y á las condiciones de asfixia que de ella resultan, y de otra al exceso de trabajo muscular producido por el esfuerzo ascensional: á medida que se asciende, el gasto de oxígeno aumenta y las pérdidas no están compensadas por una atmósfera cada vez más rarificada: cuanto más forzada sea la marcha, tanto más penoso será el esfuerzo y más pronunciados se harán esa falta de oxigenación y por tanto el malestar.

Para demostrarlo M. Regnard coloca en una campana en la que puede hacerse el vacío dos conejos de Indias, uno en libertad y otro encerrado en una especie de jaula de ardilla R, puesta en movimiento por medio de un motor eléctrico M (véase el grabado): cuando esta rueda da vueltas, el animal se ve obligado á correr y á subir sin cesar, y la rotación está calculada de tal manera que el animal eleva su propio peso á razón de unos 400 metros por hora. Entonces se disminuye lentamente la presión por medio de una bomba TE.

Mientras la depresión no indica más que 3.000 metros de altitud, los dos animales parecen igualmente sosegados; pero á partir de ella, el conejo que está dentro de la jaula cae con frecuencia, está extremadamente fatigado y revela manifiesto malestar, mientras el otro permanece completamente tranquilo.

A 4.600 metros el conejo de la jaula se deja caer de espaldas y no se mueve hasta el punto de que se le creería muerto si no fuese por su fatigosa respiración.

El animal libre está perfectamente tranquilo y sólo á partir de 8.000 metros experimenta las mismas angustias que su compañero.


Facsímile de una fotografía instantánea que representa un caballo dando un par de coces

Cuando se hace entrar nuevamente el aire en la campana, los dos animales vuelven en sí, pero el de la jaula continúa enfermo algunos días.

De este experimento puede, pues, deducirse, como lo hace M. Regnard, que si el mal de montaña es una asfixia por anoxemia, la causa principal del mismo es la fatiga muscular ocasionada por la elevación. Esto sentado, los viajeros que serán transportados á la Jungfrau en ferrocarril ó por medio de ascensores nada tienen que temer; pues verificándose la ascensión sin fatiga, el paso rápido á una altura de 4.000 metros no ejercerá en el organismo ninguna influencia perjudicial.

Dr. A. Cartaz

***

Ferrocarril de cremallera de Monte-Carlo á la Turbia.

La aldea de la Turbia está situada en una roca gigantesca que á 454 metros de altura domina el principado de Mónaco y desde la cual se descubre un panorama magnífico. Hasta hace poco el acceso á aquel peñasco era poco cómodo, pues para llegar allí había que dar un gran rodeo por Niza ó por Menton; pero algunos ingenieros atrevidos han construído una vía férrea de Monte-Carlo á la Turbia y en la actualidad la ascensión á la roca se hace con toda comodidad.

El trayecto dura veinte minutos apenas: la estación de salida se levanta á corta distancia del casino de Monte-Carlo, y á su lado se encuentran la cochera y el almacén de máquinas. Estas, en número

de cinco, son del sistema Riggenbach, de dos ruedas dentadas, y han sido construídas por la Sociedad alsaciana de construcciones mecánicas de Belfort.

Nuestro grabado reproduce una de estas máquinas cuyo funcionamiento es muy regular y suave.

La vía es de un metro, está asentada sobre traviesas de hierro y formada por dos rieles y una cremallera central, en la que engranan las dos ruedas dentadas de la locomotora: de estas ruedas sólo una es motriz; la otra únicamente sirve de apoyo ó de freno.

Varios frenos muy potentes pueden también obrar sobre las ruedas laterales de la máquina, y además como freno de seguridad hay detrás de cada vagón de viajeros una rueda dentada, en cuyos dientes puede introducirse una barra de hierro que impide todo movimiento de rotación.

Como se ve, se ha tenido cuidado de tomar todas las precauciones posibles para evitar los accidentes. La pendiente más rápida de la vía férrea es de 25 centímetros por metro y el radio más pequeño de 60 metros.

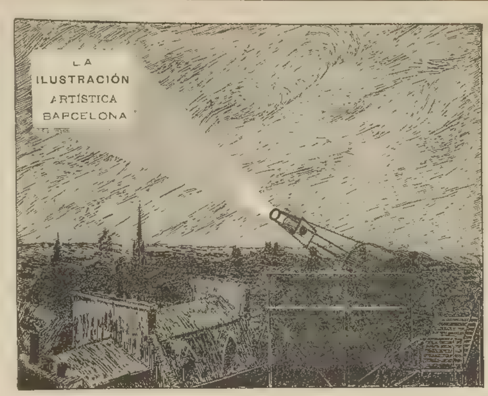
La nueva línea por la cual circulan ya 22 trenes al día ha dado valor á más de 50 hectáreas de terreno que se extienden encima de Monte-Carlo y que antes lo tenían muy escaso, y ofrece á los turistas un camino nuevo para las hermosas excursiones que pueden hacerse á Laghet, Peilli, la Trinité, Roquebrune, Eze y al monte Agel.

Mario Otto

(De *La Nature*)

* * *

EL RECLAMO FIN DE SIGLO



El reclamo fin de siglo

¡Anuncios en las nubes! ¡El *desiderátum* de la moderna propaganda! Una viñeta al cromo, dibujada en la nube que nos envía una granizada ó nos amenaza con un nuevo diluvio; un magnífico letrero anunciador recomendando el uso de tal ó cual purgante, visto allá en la altura inconmensurable y percibido distintamente desde media docena de provincias.

No podía soñar nada tan grandioso la prodigiosa inventiva del más ingenioso industrial necesitado de dar salida á su género.

El aparato que tales maravillas produce está ¡claro! en Nueva York y se halla instalado sobre el edificio que ocupa el periódico *The New York Wold*, produciendo todas las noches las delicias de aquellos habitantes.

Se compone de un potente foco eléctrico de arco, cuyos rayos se proyectan en una dirección dada por un reflector Magin. Una lente de fácil manejo, por medio de un volante y una cadena permite fijar la proyección en el punto que se quiera. El dibujo ó las palabras que compongan el anuncio se colocan sobre un cartón que corta los rayos luminosos junto á la primera lente. El conjunto del aparato se mueve siguiendo la traslación de la nube, de modo que realmente el anuncio aparece fijado en ella.

La eficacia de esos anuncios es indiscutible, ya que no hay un solo norteamericano que no levante la cabeza para admirar el fenómeno *meteorológico*, y el anunciante no desea otra cosa.

El único defecto de tal sistema de anunciar es que resulta por ahora muy caro á los industriales, pues no puede obtenerse por menos de 20 francos por hora.

De modo que el público puede decir que los anuncios están en las nubes y los anunciantes pueden decir también que la publicidad anda por las nubes.

Y todos tienen razón.

* * *

FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA
DE UN CABALLO DANDO UN PAR DE COCES

La fotografía que reproducimos representa un caballo en el momento de dar un par de coces: la actitud del animal es verdadera, puesto que ha sido sorprendida fotográficamente, y sin embargo, resulta tan extraordinaria, que ningún pintor se atrevería de seguro á reproducirla. El caballo fotografiado es un precioso ejemplar de la raza anglo-asiria-berberisca, de mucho genio, y ha sido domado y amaestrado por el capitán Dumas, á quien se conceptúa como uno de los mejores jinetes del ejército francés y que le ha adiestrado á la alta escuela y le ha enseñado la coceadura.

Esta coceadura es tanto más curiosa cuanto que es resultado de un amaestramiento progresivo á que hubo de ser sometido el animal para combatir el defecto que en un principio tenía de echarse al suelo.

El grabado que publicamos constituye una nueva prueba de los muchos y valiosos servicios que puede prestar y realmente presta la fotografía instantánea para sorprender y reproducir movimientos y actitudes que no podrían percibir los ojos.

El capitán Dumas la ha empleado para ilustrar con las pruebas merced á ella obtenidas un *Album de la alta escuela de equitación*, cuya publicación está preparando y que será indudablemente una obra en extremo notable.

Gastón Tissandier.

LIBROS ENVIADOS

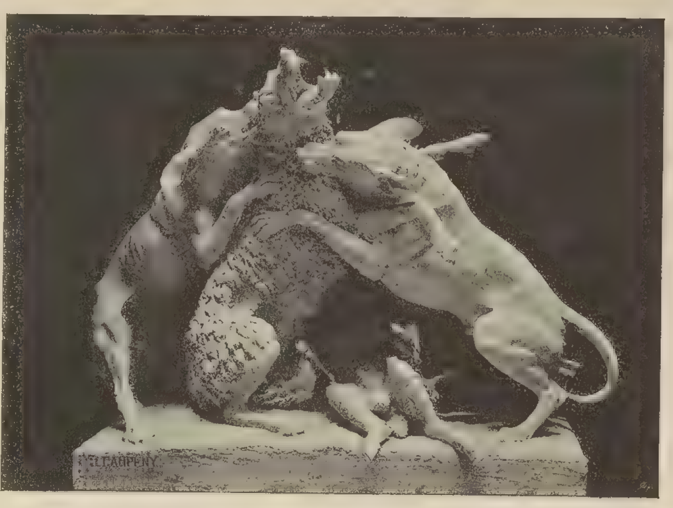
Á ESTA REDACCIÓN

AMNIA, *poemas por Emilio Fernández Vaamonde.* – Un asunto interesante desarrollado en inspirados versos, una serie de descripciones encantadoras y una multitud de pensamientos bellísimos y de imágenes altamente poéticas, tal es en conjunto el poema del Sr. Fernández Vaamonde, que con bonitas ilustraciones de Arturo F. Cersa acaba de publicarse en Madrid y se vende en las principales librerías á dos pesetas.

CALÉNDULAS, *por Gonzalo Picón Febrés.* – Con este título, ha publicado el conocido escritor venezolano Sr. Picón y Febrés una colección de inspiradas poesías de todos géneros y escritas en diversidad de metros, que acreditan una vez más la valía de tan distinguido escritor. En la imposibilidad de ocuparnos detalladamente, como quisiéramos, de este libro, que ha sido impreso en Caracas en la tipografía de vapor Gutenberg, nos limitamos á recomendarlo á nuestros lectores por hallarse reunidas en él la amenidad y la instrucción.

LA ESPAÑA MODERNA. – REVISTA INTERNACIONAL. – Los últimos números de estas importantes revistas que dirige en Madrid D. José Lázaro, contienen muy notables trabajos, la primera de Pirala, Echegaray, Cotarelo, Romero de Tejada, Cambronero, Pardo Bazán, Castelar, Menéndez y Pelayo, Villegas, y Hoyo Sáinz; y la segunda de Daudet, Mouton, Turguenef, Barbey d'Aurevilly, Baudelaire, Caro y Tolstoy. Estas publicaciones que cada día van adquiriendo mayor popularidad, envían un tomo de muestra gratis á quien lo pida en tarjeta postal dirigiéndose al administrador (Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid).

CUENTOS PARA EL VIAJE, *por F. Degetau y González.* – La colección de narraciones recientemente publicadas por el Sr. Degetau acreditaría por sí sola la valía de su autor, si el nombre de éste no fuese ya bien conocido en el mundo literario por otras obras, como *El secreto de la domadora* y varias más. El Sr. Degetau se ha identificado perfectamente con el carácter y tendencias del cuento moderno, y cada uno de los contenidos en el tomo que nos ocupa es un estudio acabado de algún aspecto de la humana naturaleza, enlazado con una acción interesante y expuesto en bellísima forma. Todos ellos encierran una enseñanza digna de estudio, sobresaliendo desde este punto de vista *Los hijos del bailarín* y *Silvia*, que merecen ser leídos y muy meditados por los que en nuestros días actúan de críticos y aun por aquellos que, sin ser oficialmente tales, se muestran sobradamente fáciles en la censura ó en el aplauso. *Cuentos para el viaje* se vende 2'50 pesetas.



Lucha por la existencia, grupo en yeso de D. José Campeny

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 30 de julio de 1894 — Núm. 657

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos el tercero y último tomo de NERÓN, que corresponde al último que debió repartirse el año pasado y que por consiguiente sólo han de recibir los suscriptores que lo eran entonces. La tardanza en el reparto de dicho volumen ha sido debida, según en distintas ocasiones hemos manifestado, á no haber recibido hasta hace poco el completo del original.

Con uno de los números próximos repartiremos el tomo correspondiente de la presente serie, LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, por D. José Zorrilla, con preciosas láminas de Gustavo Doré, que son reproducción de las que acompañaron á la edición de lujo que de esta bellísima obra del inmortal poeta publicó esta casa editorial.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El suelo removido. - Terremotos en Constantinopla. - Tristezas y muertes. - Mr. Layard, descubridor de Nínive y Babilonia en los desiertos asirios. - Embajadas de Layard en Madrid y Constantinopla representando el gobierno inglés. - Servicios suyos á las ciencias históricas. - Leconte de Lisle. - Su carácter exótico. - Sus poemas antiguos. - Impresiones de la Naturaleza india en su ánimo. - Culto al Oriente y á Grecia. - Traducciones clásicas. - Conclusión.

I

Reina la paz en el suelo social de nuestra Europa; mas no reina en el suelo terrestre. Un sultán como el reinante hoy en Constantinopla, que parece haber ya en definitiva conjurado las plagas traídas al Oriente por una guerra continua, se ha visto de terremotos asaltado, los cuales terremotos, por las bocas de sus grietas abiertas con terribles bostezos, han devorado los vivos y escupido los muertos. Nada tan terrible



Una lectura del «Quijote,»
copia del celebrado cuadro de José Garnelo

como los contrastes bruscos entre los paisajes sonrientes y las plagas naturales. En aquella celeste cinta del Bósforo, al pie de los alminares concluídos por esferas y adornados por celosías áureas, donde los cipreses y terebintos están unos á otros unidos con rosales y jazmines, mientras los estrechos brazos de mar con pintadas conchas y corales rojos, extendiéndose como un idilio desde las cumbres del Olimpo donde vivieran los dioses, hasta las ensenadas y recodos celestiales donde se juntan Europa y Asia, deben centuplicarse los horrores del bramido que retumba en lo profundo, de la firme tierra que se arremolina en los oleajes del mar bajo espantosa tormenta, del subsuelo que os atrae al abismo insondable y á la eterna noche abierto por sacudidas terribles, del desquiciamiento que os enloquece al quitaros de los pies el apoyo que los sustentaba, convertida en madrastra cruelísima que aniquila, esta madre tierra que os sustenta y os nutre. Cuentan y no acaban los que han presenciado esta terrible tragedia, del espanto que sobrecogió á las tribus asentadas en el Bósforo, quienes, religiosas y guerreras al mismo tiempo, tienen para combatir á la muerte lo muy curtidas que se hallan en el combate y lo muy dispuestas á cambiar esta vida de un día por la vida eterna. Sin embargo, cuando la sólida casa en que guardáis vuestros hijos se conmueve y oscila como en el alta mar la nave; cuando se abre de par en par el sepulcro que parecía sellado por el silencio eterno, y no deja ni á los cadáveres en reposo, hay para temblar si á esto se unen aldeas que desaparecen, islas que se agitan, playas que surgen como volcánicos betunes en las erupciones ardientes, muertos sembrados por doquier como en la peste y en la guerra. Un grito de horror ha salido del seno de Constantinopla bajo el azote, y á este grito de horror ha contestado un sentimiento de compasión en la Europa cristiana. Convenceos, pues, de que á todos los afectos va en nuestra especie hoy sobreponiéndose aquel afecto á cuyo calor el planeta tomará otra forma nueva, el afecto y sentimiento de humanidad. En otro tiempo, los odios entre sectas y sectarios hubieran cerrado todo respiro á la caridad y todos los corazones á la compasión. Ahora no preguntamos á qué raza pertenece quien se adolora y se queja; oímos el llanto y corremos á enjugarlo, reconociendo que sobre los templos cuyas torres y aras han servido como de reductos á las mutuas guerras históricas se levanta el Dios único que nos ha criado, y sobre las legiones de pueblos en pugna y en guerra perdurables el género humano á que todos pertenecemos.

II

Imposible quitar los ojos de las tristezas continuas, porque á cada paso nos despoja la muerte de un hombre ilustre. Dos almas luminosas han traspuesto el horizonte visible de nuestras esferas para lucir en el horizonte invisible y racional de la eternidad, un gran poeta y un gran arqueólogo. El poeta se llamó Leconte de Lisle y el arqueólogo Enrique Layard. En su tratado científico del hombre y del mundo Zimmerman coloca el insigne anticuario entre los tipos más perfectos de la gran familia sajona por su varonil hermosura y por su pronunciadísima individualidad. Cuando estaba en Madrid, donde representó á Inglaterra durante todo el período de la revolución, había pasado ya de la juventud, y conservaba toda la gallardía y apostura histórica de sus juveniles años. Inglés, sumamente inglés, con toda la complexión fisiológica de su pueblo y todas las supersticiones añejas, gustaba mucho de las tierras clásicas y orientales, sin excluir á nuestra España, oriental y clásica indudablemente á un mismo tiempo, y por lo mismo muy amable á sus ojos. Pero esta pasión exaltada por los pueblos á quienes podríamos llamar estéticos, le impedía ver con claridad la política europea, no obstante lo claro de su perspicua inteligencia y lo experto en sus saberes diplomáticos. Entre nosotros se constituyó protector de la imposible monarquía revolucionaria; no pudo consolarse nunca de la partida y abdicación de un rey á quien habían colocado los revolucionarios monárquicos en un trono democrático, semejante, por su falta de atmósfera y de aire, á una máquina neumática. Cuando le vió descender de tal trono para respirar á su grado, no quiso Layard nunca perdonárselo, y menos se lo perdonó en todos aquellos dramáticos sucesos á quienes reemplazamos al caballeresco y noble rey Amadeo en nuestro Estado y gobierno por el advenimiento inevitable de la república española. Yo, en aquel trágico año, donde todo pasaba tan de prisa, por el vertiginoso movimiento de la sociedad, tuve precisión de sostener por medio de Layard las relaciones de nuestra España con el gobierno inglés, durante mi paso por el ministerio de Negocios extranjeros y durante mi paso por la jefatura del Estado español. En el primer período, hallándose Layard, á fuer de inglés, muy mal herido por el paso desde la monarquía hasta la república, nos opuso cuantas dificultades podía sugerirle su malhumor irremediable. Mas, después, llegado yo á la presidencia del Poder ejecutivo, tuve un fraternal amigo en él y un sabio consejero. Cierto que contaba ya con el profundísimo cariño del gran Gladstone, primero á nuestro país, después á mi persona; pero con este poderoso auxiliar no me hubiera bastado, de no haber ocurrido él en todas las cuestiones surgidas entre nosotros al allanamiento de las dificultades con una diligencia y una gracia en las cuales entraban por mucho el fraternal afecto que yo le había inspirado. No se me olvidarán nunca los servicios inenarrables que prestó al país y que personalmente me prestó á mí Layard en las terribles dificultades encontradas por mi gobierno con ocasión del *Virginius*. Trasladado á Constantinopla, tocóle asistir al suicidio del sultán inmolado en aquella terrible tragedia del setenta y cinco, así como á la exaltación de su infeliz sucesor. Ignoro qué pudo pasarle allí; pero cayó en desgracia del gobierno inglés y no volvió jamás al servicio. En el gran canal de Venecia pasó los últimos años de su vida y el palacio de los Capetos fué su hogar. Desde allí, ¡cuántas tardes hemos pasado contemplando los dos extremos del canalazzo, absortos en sus innumerables bellezas! Layard fué como el Colón de Nínive y Babilonia. Hase ya el desierto tragado las capitales caldeas, como si fueran sus arenas oleajes y abismos oceánicos. Después de asombrar al mundo, han desaparecido hasta sus huellas, cual desaparecen los pasos de las caravanas en los infinitos arenales. Aquellos varios escombros, esparcidos aquí ó allá, so las colinas levantadas por el simoun, parecen túmulos de huesos, montones de cadáveres, cementerios de razas, despojos del tiempo, fragmentos de un planeta derruído, carbones de un sol apagado, ceniceros apocalípticos. Hay quien, al ver una montaña en el desierto, cuyas aristas resaltan como arboladuras y velámenes en la soledad inmensa de alta mar, una montaña que las plantas parietarias cubren bajo un frío cendal, nido de milanos sus cúspides, madrigueras de tigres sus bases, créela, ó bien aquella torre de Babel detenida en su ascensión al furor del cielo, provocado por la soberbia del hombre, ó bien aquellos jardines de Semíramis y de Nabucodonosor, á cuya sombra se guarecían los camellos con sus caravanas y los barcos con sus tripulaciones, adorando unos la paloma que les anunciaba próximo seguro y otros el pez que los seguía por las aguas. Mas lo cierto es que Babilonia se ha trocado en una especie de cantera, donde se proveen los aduares árabes de ladrillos para sus chozas ó para sus sepulcros. Ya no brilla el palacio inmenso parecido á una fortaleza; los canales se han cegado y ni siquiera podéis seguir sus líneas; las piedras de sus muelles han parado á una, ó en las mezquitas de Alá, ó en los hogares donde cualquier beduíno enciende la llama de un instante; se han hundido los toros con alas y diademas; se han callado los esfinges que murmuraban con sus labios de pórfido secretos del cielo; en la cúspide altísima, donde antes las estrellas descendían, agujereada por todas partes, se congregan ahora los buhos; no hay en tal desolación ni fragmentos de las tiaras que coronaban el Asia; no centellean por aquellos horizontes clarísimos ni relámpagos del genio que sojuzgara tantos mundos; al coro de cantares voluptuosos y de besos ardientes ha sustituído el siniestro ruido que producen con sus quijadas las hienas y con sus maullidos los tigres; la muerte se ha enseñoreado con su silencio y con su soledad de aquellos lugares; y sus colosos, que parecían eternos, á cuyos pies las olas demoledoras del tiempo iban á estrellarse sin hacerles apenas mella, son ahora menos que cadáveres, menos que sombras. Afortunadamente algo dejaron escrito en sus tierras cocidas, en sus mármoles hieráticos, al pie de sus ídolos, en los cilindros de sus templos, en los troncos de sus columnas. Aquellos ladrillos que flotan, como restos de un naufragio, por los océanos del tiempo, se han prestado á la interrogación de los grandes buzos descendidos á los abismos de las edades y han respondido á sus preguntas. Una escritura de gran dificultad, medio silábica y medio jeroglífica, muy análoga de suyo con la egipcia y con la china, se ha revelado á ojos verdaderamente sabios, de los que, diestros microscopios, saben sorprender en las líneas de un trazo los secretos de un siglo. Y estos hombres, que unos se llaman Nieburh, otros Layard, otros Oppert, han reconstituído la historia de Caldea y de Asiria por completo, sin más que deletrear los signos encontrados en aquellos inmensos ladrillares desprendidos de los viejos y gastados monumentos. Hasta una débil mujer ha desafiado los ardores de aquellos climas y las cóleras de aquellas alimañas para sacudir el polvo de sus ruinas y cerner y entresacar las perlas de sus ideas y de sus recuerdos. Yo he visto los arqueros de Nabucodonosor; con su veste de seda y su sobreveste de tisú; las sandalias ceñidas por cintas y lazos multicolores; su armadura de mil relumbantes reflejos al cuerpo; su escudo de acero al brazo izquierdo y sus armas de combate al derecho; rizadísimas en bucles las barbas por el modo litúrgico y cubiertos con sus cascos de guerra; pero de tal manera erguidos y vivientes, que iríase de grado á pedirles noticias en la seguridad completa de hallarlos como si aún estuvieran en el cuerpo de guardia. Seis lustros han cambiado la historia Caldea como no recuerdo cambiara ninguna otra historia. El desarrollo de su vida se ha extendido á nuestra vista con claror no usual en tan difíciles investigaciones, y las dinastías de sus reyes hanse completado por maravillosa manera. Y se ha visto, según la identidad completa de sus tradiciones propias con las tradiciones peculiares á los demás pueblos asiáticos y aun africanos, cómo les prestara su lenguaje á los judíos, sus teogonías á los egipcios, muchas de sus ideas á los sirios, y á los chinos mismos su escritura cuneiforme y los símbolos con que trazan los pensamientos de sus almas y los objetos de sus tierras. Grandiosos descubrimientos éstos, que nunca viéramos y admiráramos, como los vemos y admiramos hoy, si Layard, tras una larga residencia en el Asia Menor y una peregrinación por las tierras de Persia y por la desembocadura de los ríos asirios, no hubiera dado allí el azadonazo primero en las excavaciones reveladoras de todo un extinto y olvidado mundo.

III

No podemos prestar á los muertos ningún homenaje parecido al afecto de nuestro cariño y al tributo de nuestro recuerdo. Acéptelos desde la eternidad el amado amigo Layard. También los merece Leconte de Lisle. Pocos poetas en verdad tan originales y extraños como este poeta lírico, en quien jamás aparece, sino muy velada, la propia sujetividad. Así no debíamos llamarle poeta lírico, sino poeta épico; juzgándolo, á pesar de haberlo tantas veces encontrado en los caminos de la vida, no un contemporáneo, un antiguo. Dejando aparte su *Catecismo republicano*, que tantas pesadumbres le costara en los primeros días de la tercera República, y su enemiga implacable á la Iglesia, que le llevó hasta combatir la idea de Dios, no obstante haber escrito una muy apreciable *Historia popular del Cristianismo*, Leconte parece un poeta de India, de Arabia, de Persia, de Grecia, de la joven América, de la vieja Roma, de todos los pueblos y regiones, menos de la moderna Francia. Criado en el Pacífico, viajero en su mocedad, errante por los bosques donde naciera el pueblo ario y por las islas en que colocara la tradición oriental el paraíso de nuestros primeros padres; llegado á París, después de haber visto la selva primitiva, el desierto libio, las montañas y los ríos orientales, tal carácter exótico nunca se borró de su alma, trasladado luego á una poesía que brilla con los opalados reflejos de la madreperla y huele, como los bosques de Ceylán, á canela. Por tal razón ve la luz cual rebota en el cántico de los vedas; ofrece libaciones á los muertos en la copa de los bracmanes; tiende sobre las aguas de los ríos sacros, que descienden del Himalaya y aumentan el Océano, la guirnalda de sus versos parecidos á tropicales enredaderas; sigue y acompaña en su paso al elefante por el desierto y en su vuelo al colibrí por la selva; presenta la boa dormida en los juncales y el jaguar oculto entre los ceibos acechando sus presas; ante Víctor Hugo y en todo el esplendor y toda la irradiación de su genio, consagrado á cantar la transfiguración divina de nuestra especie humana en este Tabor del siglo décimonono, canta él á Valmiky, que nos presentaba en la cuna del mundo y del hombre nuestra especie confundida con las especies inferiores por una existencia casi vegetal; y la noticia más nueva que puede darnos en sus poemas antiguos es la feliz y agradabilísima de que no ha muerto el dios Pan, como creía Plutarco habérselo á una tripulación helénica oído cierta noche de luna en el cabo Minerva, sino que anda por los valles con su hendido pie y su coronada cabeza, ornadó de jacinto y de azafrán, oyendo cómo se mezclan el susurro de los manantiales y el coro de las ninfas, ebrio con el placer infinito de vivir y de amar. El gran mérito de Leconte para mí estriba en la fidelidad con que traza los paisajes más opuestos y en el poder con que llama y evoca y rehace las civilizaciones más extintas. Sobre todo, sus amaneceres no tienen igual y compiten de veras con los más hermosos de Lamartine y de Hugo. ¡Cuán extraña el alba en la India!

Aquellos árboles indios, cuyos ramajes entrelazados dan á las selvas inexploradas y vírgenes aspectos de monumentos; aquellas sombras, que se caen de súbito, como desvestidas por mágico arte y devoradas instantáneamente por los profundos abismos; aquellas diafanas evaporaciones, surgidas al beso de la primera luz, y que recuerdan nubarrones transparentes ó cristalinos océanos; aquel rápido paso de la noche al día, en que un estruendo de notas fragoroso estalla y una catarata de vida nueva cae por doquier y lo inunda todo bajo diluvios de calor y electricidad; los esperezamientos de numerosas especies; el despertar de insectos, cuyas alas multicolores forman volanderos cambiantes iris; las bandadas múltiples de aves, por plumajes increíbles como de sedas y piedras preciosas adornadas y ceñidas; los innumerables reptiles, con lacas por pieles, de un brillo indefinible, arrastrándose sobre las camas de sorgos y entre los cañaverales de bambúes, cuyos cuerpos ora se ciñen y enroscan á las palmeras, ora levantan sus ojos magnéticos y sus purpúreos áspides mientras las águilas revolotean por el cogollo de los cocoteros: todas estas particularidades tan extrañas, que nos parecen odiosas y hasta repulsivas, por ajenas al medio ambiente nuestro y extravagantes en el modo que tenemos nosotros de sentir la naturaleza, están en esos inmensos poemas contemporáneos, parecidos á sinfonías repetidas de los primeros poemas épicos cuando no se habían fijado en las hojas por medio de la escritura y andaban errantes de labio en labio por los pueblos que guardan la cuna de los astros y de los dioses. Pues un poeta que sabe así expresar el Oriente, penetra luego en la desnuda Grecia, donde sólo hay mármoles pentélicos dorados por el sol de Atica y aguas dormidas en las ánforas celestes del mar de la Jonia, y siente por aquellas estatuas armoniosas, erguidas en severo aislamiento sobre su pedestal parecido á un ara, el mismo culto que por la exuberante vida oriental. Á Leconte debemos llamarle poeta épico, y poeta que ha trazado los esbozos de una leyenda gigante consagrada por completo á cantar el género humano en la Historia. Nada tan fácil y por lo mismo nada tan hermoso como la secular epopeya helénica, encerrada en los estrechos espacios que se extienden desde las costas griegas á las costas frigias y subiendo con el recuerdo á tiempos relativamente cercanos, de los cuales se componen, así el aire, como el suelo, como el culto, como el arte, como el teatro de la divina Grecia. Nadie ha debido sentir esta verdad como Leconte, que ha concentrado toda su vida en la versión al francés del poema de la guerra y de la navegación, escritos por el divino Homero, y de los idilios del dulce Teócrito y de las tragedias del ciclópeo Esquilo. No tendrán los poemas épicos hasta la consumación de los tiempos el carácter sencillo de la *Ilíada* y de la *Odisea*, como no tendrá la elocuencia el carácter sobrio de las arengas demostianas, como no tendrán las estatuas el carácter severo de la Minerva de Fidias y de la Venus de Milo. Virgilio ha tenido ya, próximo pariente de Homero, que agigantar su poema, como Vitrubio su arquitectura, como Cicerón su elocuencia, rota entre los romanos la compenetración entre la forma y el fondo antiguo, que acabara de consumar nuestra religión. Del poema de la Humanidad no se podrán escribir más que fragmentos. Pero cuando estos fragmentos se llaman la *Leyenda de los siglos* en Víctor Hugo y los *Poemas antiguos* en Leconte de Lisle, dan derecho á la inmortalidad y son un título sacro de perdurable gloria.

Madrid, 23 de julio de 1894.



Exposición trienal de Bellas Artes de Milán.--El canal de Gioggia, cuadro de Leonardo Bazzaro



Exposición trienal de Bellas Artes de Milán.--Conversación galante, cuadro de Bartolomé Giuliano

EL TESTAMENTO DE DON GIL

(ÚLTIMAS IDEAS DE UN LIBREPENSADOR)

I

Allá por los años de 1834 al 40, en plena época del romanticismo, cuando Víctor Hugo, Lamartine y Dumas en Francia, y Espronceda, el duque de Rivas y *tutti cuanti* en España trastornaban las cabezas de los jóvenes con sus melancólicas, terroríficas y espeluznantes producciones, empezó á publicarse en Madrid una colección de novelas á la moda, con el simpático título de *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*.

Y en esto de las modas literarias, científicas ó industriales sucede lo mismo que con las que pertenecen á la indumentaria. Cuando transcurridos 20, 30 ó más años, se ven por vía de entretenimiento los figurines de aquella época, apenas acierta á comprender la imaginación que los humanos hayan podido vestirse de aquel modo estrafalario; y por igual manera se aturde el ánimo al considerar lo que en aquel tiempo pudo ser de buen gusto, de gran tono y de moda exquisita en literatura y en artes.

Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas. ¡Cuidado con el titulillo! Yo acababa casi de nacer y no pude leer entonces semejantes horrores; pero algunos años después, pensando en el furor de la moda, y cuando los milicianos nacionales de la segunda época eran desarmados por el general Narváez, el Nerón del pueblo armado, como le llamaban los veteranos del 7 de julio, devoraba ya en la Biblioteca Nacional cuantos libros constaban en el índice incompleto, y entre ellos dí principio y fin á la horripilante *Galería*. Es inútil é imposible además detallar todos los extremos del *horror* á que se entregaban aquellos novelistas de fantasmas y cadáveres, de vampiros y gnomos, de venenos, puñales, subterráneos, cisternas, puertas secretas, narcóticos, sudarios, cadenas, sangre de todas clases, parricidios, incestos, sacrilegios, inquisidores, verdugos, huérfanos y demás adminículos de la escuela romántica, en todo su poético extravío y su imaginación calenturienta.

Pues bien: todo aquello es nada ante la realidad. Cuanto el hombre pueda inventar es insignificante ante la monstruosidad de los hechos; y algunas causas célebres de la época presente nos prueban que en materia de crímenes la imaginación de los novelistas románticos se quedó corta, aun en la misma *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*.

Sin contar la horrible hecatombe de Tropman, el proceso de Praslin, el *affaire* de Gouffé y la Bompard, la carnicería de Ciutavelde, la bestialidad del Chato y tantos y tantos crímenes modernos nacionales y extranjeros, he leído hace unos días una *historia verídica*, que así la titula su autora, la célebre Emilia Pardo Bazán, publicada en su *Nuevo Teatro crítico*, capaz de poner los pelos de punta á la estatua de Mendizábal, que es la escultura más pacífica que ha producido el arte humano desde Fidias hasta Benlliure, contando con Canova, el artista menos susceptible de emocionarse, de los tiempos modernos.

La tal *historia*, y hay que poner en tortura la imaginación para poder extractarla en términos decentes, se reduce al sepulturero de un pueblo de Galicia, que durante cuarenta años *viola todos* los cadáveres femeninos que caen en sus manos, previo el desenterramiento consiguiente, y sin perdonar vieja ó niña, casada, soltera ó viuda, ya haya fallecido del cólera, ya de la viruela, del tifus, de lepra ó de hidrofobia.

¡Hidrofobia de sensualidad se necesita para llevar á cabo tales hazañas, y perversión del gusto para contarlas! En cuanto á su publicación, reservo mi humilde juicio, y lamento á ratos la falta de la previa censura.

Ello es que el hecho existe y que la frase con que el *héroe* pinta sus hazañas, asegurando á los padres, amantes y maridos de la localidad que no hay una mujer en el pueblo que no los haya *faltado* lo menos una vez, refiriéndose á lo que él lleva á cabo en sus cadáveres, es de lo más monstruoso, bestial é inmundo que han podido pronunciar labios humanos.

Y esto lo cuenta y lo firma *una mujer;* y una de las mujeres de más talento, de más instrucción y de mejor gusto de Europa, á fines del siglo XIX.

Risum teneatis, amici.
Aliquando bonus dormitat Homerus.
Infinitus stultorum est numerus.
Al mejor cazador se le escapa una liebre.
No hay que fiarse ni de la camisa que lleva uno puesta.
¡Eli, Eli, lamma sabactani!

Exposición trienal de Bellas Artes de Milán.--Estudio, de José Mentessi

El lector puede añadir todas las citas que le parezcan oportunas.

No hay hecho semejante, para honor de los calumniados cerebros de los melenudos autores románticos, en la *Galería de espectros y sombras ensangrentadas*.

Dedúcese de esto, que aunque no todo lo que *sucede* puede contarse y menos imprimirse, la realidad supera siempre á la imaginación, y que el hombre vivo es capaz de cometer mil horrores más que el hombre imaginario.

También nuestra época realista, tiene, como la tuvo la romántica, su *Galería sangrienta:* sino que ésta es de un solo autor y de un solo libro. El autor es Zola; el libro *La bête humaine*. Asesinatos, adulterios, violaciones, suicidios, robos, crápula, juego, envenenamientos, borracheras, homicidios por celos, por lujuria, por avaricia; hecatombes de víctimas inocentes, burla de la justicia humana, negación de la justicia divina; la humanidad en plena barbarie; la naturaleza rigiéndose sólo por el instinto de destrucción, el planeta nadando en sangre, el hombre convertido en verdugo, la perversión moral en ley, la bestia en Dios.

Y todo esto obedeciendo á la fatalidad de la materia, y encerrado en los límites monográficos del ferrocarril, por todo medio ambiente social, desde el Consejo de Administración hasta el guardabarrera. Jefes de estación, empleados, maquinistas, conductores de tren, fogoneros, factores, guardaagujas, hasta la mujer encargada de los retretes, con sus respectivas familias, todos *pêle-mêle*, formando un amasijo de crímenes, de costumbres de lupanar, de instintos de fieras, entre descarrilamientos, trenes rápidos, túneles, tormentas, berridos de máquinas, silbidos de locomotoras, humo, destrucción y ruinas.

Ni una nota expansiva, ni una sonrisa, ni un rasgo de bondad, de dulzura, de alegría; por todas partes la negrura del espacio, el vicio, la maldad, la perversión y el crimen en caminos de hierro.

Concluída la lectura del libro, da gana de viajar en galera, en carro, en burro.

Ya el celebérrimo, el insigne, el admirable Zola había escrito el poema asqueroso de la Agricultura y de los criminales que de ella viven en la *Terre;* el drama de los salvajes mineros en *Germinal*, la novela pornográfica de los sucios inquilinos de una casa moderna en *Pot-bouille, et sic de cæteris;* pero nunca se había despachado tan á su gusto como en *La bête humaine*. En ese libro está toda la síntesis de la obra de Zola. Los asesinos, las rameras, los adúlteros, los borrachos, los violadores, *los bestiales*, en fin, reinan en pleno dominio, sin contraste, sin paliativo, sin freno. El horror, el asco, el miedo, la ira, la vergüenza, todos los sentimientos repulsivos y aterradores se desarrollan á la más alta tensión posible: lo único que no asoma ni por un solo momento en aquella multitud de cuerpos humanos es el alma.

Hay que hacer justicia sin embargo al autor, por sincero y verídico. El título de su obra no defrauda ninguna esperanza. *La bestia humana* es una verdadera *bestialidad*.

¡Lástima que algunas escenitas amatorias inmundas, que adornan como vomitivo otras obras suyas, no figuren también en ésta, además de las que contiene! Sería entonces la obra de texto de presidios y lupanares. Y si para esto da Dios el talento á algunas personas... ¡bienaventurados los tontos, que ni escriben, ni leen semejantes inmundicias!

La *Galería de espectros y sombras ensangrentadas* de los románticos era una recopilación de *hechos aislados;* una serie de tipos sueltos, extraordinarios, superiores, según aquella escuela, obedeciendo siempre, de un modo más ó menos acertado, al influjo de las pasiones humanas, al amor sobre todo, protesta casi siempre de las leyes sociales, por los víctimas de las leyes naturales.

El cuento patibulario de la Pardo Bazán es *un caso* de salvajismo neurótico á la moderna, pero *un caso* al fin, un absurdo, un fenómeno.

En cambio Zola no presenta, ni como fenómeno, una sola persona medio decente, un solo ser posible y humano en la *Bête humaine*. Todos, absolutamente todos los innumerables personajes de su exabrupto, representación de la humanidad, son otros tantos símbolos de la materia, como diosa y señora de la barbarie humana. El hombre, compuesto de alma y cuerpo, ser responsable, entidad consciente, creación adornada del libre albedrío, no existe en la tierra, según el autor. El mundo es una casa de prostitución metida en un túnel, y la humanidad una piara de cerdos y otra de tigres.

Ni razón, ni Dios, ni ley. ¡A robar, á matar, á... (1) y vamos viviendo!

¡Y aún se permiten estos *realistas* modernos calumniar á Balzac, llamarle padre de la novela naturalista! Ni como satírico en la *Phisiologie du mariage*, ni como moralista en *Le Pere Goriot*, ni como filósofo en la *Peau de chagrin*, hay nada que se parezca ni en el fondo ni en la forma á las indecorosas lucubraciones de los *Zolas du fin de siècle*, verdaderos *Cochon y Compañía* (2) de la novela contemporánea.

II

Colocada la vida á igual distancia de la *Galería de espectros y sombras ensangrentadas* de 1840, que de *La bestia humana* de 1880, que de *La Corina* de 1801; eliminando de ella todas las escuelas litera-

(1) El Diccionario de la Academia no me proporciona en lenguaje culto el verbo que necesito para explicarme. Hay que recurrir al *Catecismo de la doctrina cristiana*.

(2) Frase final de *Pot-bouille*, de Zola.



Exposición trienal de Bellas Artes de Milán.-Labores campestres, cuadro de Sofía Browne

rias, que la han examinado y pintado según su punto de vista, falso siempre, y siempre real dentro de su convencional criterio, atengámonos á los hechos positivos que la constituyen. La vida, y por lo tanto la humanidad dentro del globo terráqueo, ha sido, es y será siempre la misma, como son, han sido y serán siempre idénticas las pasiones de los humanos. Lo único que varía es el *modo;* esto es, *las costumbres,* pues las mismas leyes no son más que sus consecuencias; y de aquí resulta que la literatura no hace más que pintar las costumbres de su época, aunque las censure, las falsifique, las corrija, las ensalce, las adule, las exagere ó las maldiga.

No pensaba de este modo D. Gil de Barrientos, vecino de Valencia, hombre algo más que bien acomodado, padre de una lindísima muchacha y tío de otra más linda todavía, á quien tuvo que recoger en su casa por muerte repentina de su desdichada madre, hermana del D. Gil de nuestro cuento.

Hombre era el tal D. Gil de lo más moderno que se conoce. Ya en sus años juveniles tomó parte activa en el banquete de los Campos Elíseos de Madrid: admirador idólatra de Olózaga, compañero de Prim y pariente aunque lejano de Ruiz Zorrilla, fué uno de los héroes *póstumos* de las barricadas del 54; se defendió tenazmente y á tiro limpio en 1856, y desde entonces se declaró republicano furibundo, librepensador, darwinista y hombre del siglo XX, según él decía, decidido á contribuir con su talento, su dinero, su perseverancia y sus manos á la regeneracion social,



Exposición trienal de Bellas Artes de Milán.-Interior de la iglesia de San Marcos de Venecia, cuadro de Ferruccio Scattola, que ha obtenido el premio Fumagalli

política, filosófica y religiosa de la atrasada y misérrima España.

Llegaron los días de la *gloriosa*, y los de Amadeo, y los de la República; figuró en la corte al lado de Pi, Salmerón y Suñer y Capdevila, y cuando el grito de Sagunto trajo la contrarrevolución de D. Alfonso, recogió sus bártulos políticos, huyó de la pestífera corte del rey tradicional y se retiró á Valencia, donde radicaban sus mejores fincas y desde donde seguía el movimiento de las ideas modernas, platónica, pero decididamente. Sólo dos periódicos políticos entretenían sus ocios, *Las Dominicales* y *El Motín*. Por ellos y con ellos aborrecía á los *burgueses*, á los curas, á las monjas, á todos los sistemas de gobierno conocidos, á los ejércitos de mar y tierra, á los reyes, á los ministros, á los ricos, á los propietarios y á todos los monaguillos del universo.

Claro es que siendo burgués, propietario y rico librepensador, tenía que andar muchas veces á la greña con sus correligionarios, inquilinos, arrendadores ó braceros suyos, pero no por eso dejaba de predicar la revolución social y el triunfo de la anarquía. ¡Y viva la lógica!

De la literatura moderna, sólo conocía toda la obra de Zola, algunas novelitas de sus imitadores más decididos, los estudios médico-sociales de López Bago, tales como *La prostituta*, *El cura*, *Caso de incesto*, *La querida*, etc., y todos los folletitos del *Demi-monde*, á 15 céntimos cada uno. Con sus ideas propias y la lectura de estos modelos, naturalmente el buen don Gil, que empezaba por no creer en Dios, acababa por negar la virtud, la honradez, la castidad, el decoro, el rubor en la mujer y la vergüenza en el hombre. La religión para él era una farsa, la justicia divina una superstición, la justicia humana un *ladronicio*, el deber una tiranía, la familia un estorbo, el amor paterno una antigualla absurda, el amor filial una monserga y todos los lazos sociales una garambaina.

La educación que recibían Luisa y Vicenta de su padre y tío en el hogar doméstico era la más á propósito para hacer de dos lindas muchachas dos fieras demagógicas. Sus prácticas religiosas, no excesivas, sino apenas suficientes para dos cristianas, eran glosadas con herejías y burlas por D. Gil, apologista decidido del amor libre con todas sus consecuencias. ¡Figúrense ustedes los pretendientes *libres* que asediarían á las jóvenes, siendo tan lindas y procediendo de tal cepa! Por fortuna, para la moral pública en primer lugar y para la decencia privada en segundo, Luisa y Vicenta no sentían apetitos de la materia, única ley de la naturaleza, según D. Gil, ni se les pasaba por las mientes servir de diversión libidinosa á perdidos y materialistas.

Pensaban las dos chicas, comunicándose una á otra sus pensamientos, que en su hermoso cuerpo había algo más que carne y uñas; que siendo la mujer madre por casualidad y como por máquina, no podría querer educar y sacrificarse por sus hijos, como siendo madre á sabiendas, deseando serlo y poniendo para ello primero el alma, después la voluntad y luego hasta los sentidos. A su manera *femenina* é indocta eligieron maridos que si no brillaban por sus lucubraciones filosóficas, ni entendían gran cosa de astronomía herética, las amaban lo bastante para casarse con ellas por la Santa Madre Iglesia, y no estaban absolutamente desprovistos de bienes de fortuna.

Maldiciendo de la suya, tan opuesta á sus ideales, presenció D. Gil las dos bodas, con escándalo de sus correligionarios valencianos; y más tarde, cuando la naturaleza al servicio del santo sacramento le dió nietos y descendientes, bautizados primero, confirmados y comulgados después, cogía el cielo con las manos hipotéticamente. ¡Qué más hubiera querido el pobre librepensador que cogerle de veras en los últimos momentos de su vida!

Esta, sin darse él cuenta, por supuesto, de ello, entró en el último período, y sus achaques y enfermedades fueron de tal modo cuidados y asistidas por Luisa y Vicenta, distraídos por los pequeñuelos y consolados por los yernos, que á D. Gil le parecía mentira que cupieran tanta abnegación y cariño en *orangutanes* desprovistos de alma y bárbaros católicos por añadidura.

Como fué perdiendo la vista, dejó de leer poco á poco y de suscribirse después al *Motín* y á las *Dominicales*; hasta se burló un día del último manifiesto de Ruiz Zorrilla (que creo era el vigésimo séptimo) cuando se le oyó leer á su yerno, y sin dar su brazo á torcer respecto de sus creencias religiosas, asistió una Semana Santa, por distracción, á los oficios divinos, y regaló un día, por no tirarlas, las mejores flores de su jardín á la Virgen de los Desamparados, patrona de la ciudad del Turia. ¡Pero que le fueran á él con cielos y con infiernos, con misterios y con milagros, con el alma humana y con el juicio divino! Esas necedades eran buenas para los tontos, pero no para los pensadores, los sabios ni los hombres sublimes.

De resultas de lo cual, al sorprender un día al mayor de sus nietecitos hojeando *La Tierra*, de Zola, cogió todos sus libros y dió con ellos en el hogar de la cocina baja donde se cocía á la sazón en un caldero gigantesco el agua para la matanza.

«Bueno que los sabios lean esas sublimidades materialistas..., pero ¡dónde iríamos á parar si las leyera la infancia!» Eso dijo D. Gil como pudiera haberlo dicho el cura más ramplón de su parroquia, y se quedó tan sereno como si en toda su vida no hubiera dicho otra cosa.

Poco salía ya de su casa el furibundo demagogo, porque la hinchazón de sus piernas no se lo permitía; pero una tarde de las más hermosas de la primavera, en que se encontró más ágil, apoyado en el brazo de su hija y viendo correr y brincar á dos de sus nietecillos, se atrevió á dar un paseo por los alrededores deliciosos de la ciudad, y andando... andando... (como dicen todos los cuentos de los abuelos) se encontró á las puertas del cementerio. Llegaba á la sazón á aquel triste lugar el cadáver de un redactor del *Anarquista*, periódico librepensador de la localidad, que fué cuando vivo gran amigote de D. Gil y á quien no había visto hacía tiempo. Veinte ó treinta hombres acompañaban al difunto, y pasando de largo por la puerta del campo santo, sin quitarse el sombrero, llegaron á una especie de corraliza cercada, sin capilla, sin cruces en las poquísimas sepulturas que contenía y sin señal religiosa de ninguna clase.

Desde el campo contempló D. Gil la ceremonia del entierro de su correligionario. La hoya estaba abierta: dos sepultureros con la gorra puesta cogieron la caja, la tiraron al fondo; y sin curas, preces, responsos, ni garambainas, allí se quedó el *anarquista*, como un perro, y como otros perros salieron sus amigos de la corraliza, como diciendo: «Ahí queda eso.»

– ¡Qué horror!, dijo Luisa mirando á su padre.

– Pero abuelito, dijo el nieto mayor á D. Gil, así enterraron el otro día en la huerta de casa á la mula que se murió de muermo, para que no apestara á sus compañeras. ¿Habrá muerto también de muermo ese pobre hombre?

D. Gil, el sabio, el materialista, el filósofo, bajó la cabeza y se apresuró cuanto pudo para llegar á su casa. No volvió desde entonces á hablar más palabra; se agravó en su enfermedad en tales términos, que el médico no le dió más que dos ó tres días de vida.

La víspera de su muerte pidió papel y tintero: cogió la pluma con su trémula diestra y escribió un rato. Cayóse el papel al suelo, le dió un síncope y no pudo dirigir una sola palabra á sus hijos y nietos que le rodeaban. Luisa, tomando sobre sí la responsabilidad de cuanto pudiera ocurrir, avisó á la iglesia inmediata, de donde acudió un sacerdote, que *in articulo mortis* y sin que el moribundo lo advirtiese le administró la unción y le encomendó el alma. Dos horas después abrió D. Gil los ojos..., murmuró *mi testamento*, y en un suspiro profundo, hondo y más doliente que todos los quejidos humanos dejó de existir.

Pasados los primeros momentos y calmados un tanto los sollozos de los circunstantes, Luisa cogió el papel que había escrito su padre dos horas antes y leyó en voz alta lo siguiente:

«¡Hija mía, seres queridos de mi corazón..., por si hay alma, encomendad la mía á Dios...; por si hay Dios, pedidle con todas vuestras almas que perdone á la mía..., y sobre todo por mi alma, por las vuestras y por el Dios de todo lo creado, no me enterréis en el cementerio civil!»

Luis Mariano de Larra

. . . .

UNA ENTREVISTA CON SARAH BERNHARDT

Difícil empresa es obtener audiencia de la famosa actriz, bien resguardada, así como la China por su poderoso muro, por la triple barrera de su estado mayor, compuesto de administradores, directores, secretarios é intendentes, sin contar un pequeño servidor egipcio, que con su calzón ancho de color rojo, sus babuchas bordadas de oro y su fez escarlata, no es el guardián menos celoso. Sin embargo, una hermosa mañana llamaba yo á la puerta de la casa de «Madame Sarah,» según la llaman sus amigos (56, Boulevard Pereire, por si acaso alguien quiere dejar una tarjeta); abrieron, y después de pasar por un espacioso patio, en el que llamó desde luego mi atención una magnífica piel de oso pendiente de la pared con la cabeza hacia abajo, fuí conducido á una especie de antecámara, cuyo suelo cubría una espesa alfombra y donde se percibía un perfume extraño. Desde allí pude ver el comedor, de alegre aspecto, con sus bien pintados tableros representando figuras alegóricas, y sus colgaduras de seda bordadas, de los más delicados matices. El pequeño egipcio, con su turbante rojo, ocupábase afanosamente en arreglar la vajilla sobre el blanco mantel adamascado, entonando á media voz una monótona melodía, que sin duda habían cantado ya sus antecesores en los tiempos de Faraón.

La doncella, una linda joven francesa, me conduce al salón, y allí me dice que su señora lo siente mucho, pero que se dispone á tomar su baño de costumbre, y que no le será posible recibir al caballero. Sin embargo, «el caballero» no se conforma, y envía otro recado, diciendo que se le ha citado particularmente, y que es portador de una carta de M. Sardou. La doncella se retira para llevar el mensaje, y yo, entretanto, paso revista al salón, que es inmenso. Las ricas colgaduras japonesas, bordadas de oro, y los sobervios tapices, algunos de marcada antigüedad, forman graciosos pliegues, muy artísticos, que se reflejan en el techo, revestido de magníficos espejos. En primer término veo, colocado en un atril, un gran misal iluminado, sobre el cual se eleva un crucifijo de marfil, y en extraña yuxtaposición con éste, osténtase un feo ídolo indio, obeso, con las piernas cruzadas y rodeado de figuras de perros, gatos, aves, peces y otras varias formas, posibles é imposibles, que apenas podría soñar un Doré con su fantástica imaginación. Varios sillones primorosamente esculpidos; gabinetes indios con columnas de marfil, destinados sin duda á representar un templo de Vishnu; algunas pinturas al óleo, entre ellas un retrato de cuerpo entero del hijo de la famosa actriz; una enorme pajarera, donde hay una infinidad de loros y dos monos solitarios, y en la extremidad del salón una especie de diván cubierto de pieles de tigre, con almohadones de raso de diversos colores, y sobrepuesto el todo de un dosel de seda, son los objetos que constituyen el principal adorno de aquel lujoso aposento. Ese diván es el asiento favorito de la famosa artista, á quien podemos dar este título en toda la extensión de la palabra, como lo prueban las pinturas, esculturas y objetos de alfarería, obra todo de su propia mano.

La doncella viene á interrumpirme en aquel *viaje alrededor de mi cuarto*.

– La señora, dice, lo siente mucho; pero después del baño debe almorzar, y de consiguiente, si el caballero quiere verla, tendrá la bondad de ir al teatro á las dos y media.

Yo tenía otros compromisos; mas sabiendo muy bien que el tiempo, la marea y Sarah Bernhardt no esperan á nadie, incliméme en señal de sentimiento y me retiré. Desde la citada hora hasta las cuatro esperé á la graciosa dama en su cuarto de vestir, mientras ensayaba *Fedora*.

Al fin se abre la puerta y preséntase la gran actriz. Se adelanta hacia mí con ese movimiento ondulante que es peculiar y tan típico en ella, y me da la mano, levantando el codo, como se ha dado en hacerlo ahora. Lleva una especie de túnica de terciopelo, sujeta con un ancho cinturón de cuero, y su único adorno consiste en un broche de diamantes que figura una lagartija. El abundante cabello rodea como una aureola su pálido y aristocrático rostro, y me parece que está un poco más gruesa; pero no creo que haya apelado al ejercicio con la bicicleta para adelgazar, como algunos dicen. En cuanto á su voz, es tan melodiosa como siempre, y con esa exquisita modulación que no se puede olvidar cuando se ha oido una vez. Sarah se dirige hacia el espejo, y después de mirarse rápidamente se vuelve hacia mí sonriendo.

– ¿Cómo está usted?, me pregunta. ¿Qué puedo hacer en su favor?

– Apreciable señora, contesto, ustedes las grandes artistas están siempre tan ocupadas y tienen tan poco tiempo para nosotros, que no podrá vituperar á los pobres periodistas por buscar auxilio.

– Veamos, caballero, replicó Sarah, sentándose frente á mí y mientras recoge con una gracia singular la falda sobre sus pies, yo haré todo lo que pueda.

– Pues bien: creo que dentro de poco va usted á trabajar en Inglaterra, y estoy seguro de que algunos detalles sobre usted interesarían á nuestro público. Por lo pronto, quisiera saber si usted, con su admirable talento, ó más bien su genio, sintió desde un principio afición á las tablas.

– Nada de eso, y en cuanto á mi madre, deseaba que fuese religiosa.

– Algo como Juana de Arco, ¿no es así?

– No precisamente eso, pues yo no sentía su vocación en tal sentido.

– Sin duda habrá usted recibido muchos desengaños al principio de su carrera...

– No, afortunadamente no fué así, pues obtuve buen éxito desde un principio.

– ¿Y qué impresiones tiene usted sobre Inglaterra? ¿Conoce bien á los ingleses?

– No muy bien, pero me agradan más que los franceses en cuanto se refiere á su apreciación del teatro; tal vez se muestren fríos y reservados al principio, y no manifiestan su aprobación hasta estar bien seguros de que el artista lo merece; mas una vez convencidos de ello, reconocerán siempre su mérito, y serán sus más sinceros amigos por toda una eternidad.

– En cuanto á moralidad, repuse, yo creo que nuestro horizonte es un poco limitado sobre este punto. ¿No cree usted que la moral de algunas de nuestras producciones teatrales es inconveniente para Inglaterra?

– Yo no lo pienso así. Tome usted por ejemplo *La Dama de las Camelias*. La moral es buena, sea lo que fuere lo que la escena represente.

– En resumen, yo supongo que usted piensa como M. Benoiton en la comedia de Sardou, en la que dice: *Después de todo, ¿qué es la moral?.. ¡Hay treinta y seis!*

– No del todo: á mí me parece que la verdad es tal en todo el mundo, como por ejemplo las lágrimas.

– Como cuestión de sentimiento, lo admito; y sin duda usted cree que en el caso de apelarse al corazón y no á la cabeza, los ingleses son mucho más sentidos que los franceses.

– Se engaña usted; lo que quiero decir es que son más vivos para sorprender las verdaderas fases del sentimiento; pero no entremos aquí en la crítica sobre los efectos de mi arte. Cuando yo trabajo, me entrego en cuerpo y alma á mi papel, y pierdo completamente mi propia identidad. Procuro satisfacerme á mí misma, y le aseguro á usted que esto no es nada fácil. Tengo mucha fuerza de voluntad, y cuando quiero hacer una cosa, la hago. Por lo demás soy completamente feliz, y arreglo mi vida tal como se me antoja. *Pinto, aunque mal; hago escultura, mala también, y objetos de alfarería como el que veis.*

Al decir esto, señaló un pequeño ídolo que adornaba la meseta de la chimenea.

En el mismo instante se oye un golpecito á la puerta: es la doncella, que pide permiso para entrar. Sarah Bernhardt hace una señal afirmativa, y volviéndose á mí me ofrece su mano.

– Usted es un joven, dice; pero no dude que si se empeña formalmente en hacer una cosa, lo conseguirá. En cuanto á mí, no conozco lo imposible; ciertamente que sería absurdo en mí desear la corona de Inglaterra; mas yo me refiero solamente á las cosas razonables, y...

La actriz se interrumpió para toser ligeramente.

– Ya ve usted, dijo sonriendo; me aqueja la tos, pero yo me libraré de ella por mi voluntad. Estoy delicada, y á menudo escupo sangre, por lo cual hace años que algunos dicen que me estoy muriendo; mas en mí el espíritu domina la materia.

Al pronunciar estas palabras, Sarah Bernhardt se desabrochó su cinturón de cuero, y comprendiendo yo que esta era la señal de despedida, levantéme y me retiré.

Y al bajar la mal iluminada escalera no pude menos de hacer reflexiones sobre la indómita fuerza de voluntad contenida en el frágil cuerpo de la célebre actriz.

FLANEUR



Humildad, cuadro de Pedro Borrell
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



Sarah Bernhardt en el salón de su casa de París



LA PRIMERA CARTA DE AMOR, cuadro de C. Saksen



DESPUÉS DE LA TEMPESTAD, cuadro de Carlos Raupp

EL ANAGRAMA

El ingenio humano, siempre descontentadizo, no se satisface generalmente con lo grande: aspira igualmente á lo pequeño y acaso funda en esto último sus mayores triunfos. Conozco á eminencias, á verdaderas é indiscutibles eminencias en distintos ramos del saber humano, que no se entregarán tranquilos al descanso ninguna noche, sin haber acertado antes la charada de *La Correspondencia* ó el jeroglífico del semanario ilustrado, y que se pasan horas enteras delante de un salto de caballo, de un doble acróstico ó de un logogrifo desesperante.

¿Qué importa que la humanidad espere aún de ellos la resolución de cualquiera de los hondos problemas que suelen ocuparlos y que persiguen con ardor? Antes es averiguar lo que dice el charadista, al combinar la quinta sílaba con la primera, la tercera con la segunda y la segunda con la cuarta, ó sustituir por letras los puntos de rombos, triángulos y cuadrados, para que horizontal y verticalmente digan tales ó cuales cosas.

Entre estos entretenimientos más ó menos inútiles merece singular mención el anagrama (de *ana*, transposición, y *gramma*, letra ó escritura); siendo, por lo tanto y según la definición autorizada de la Academia, «transposición de las letras de una palabra ó sentencia, de que resulta otra palabra ó sentencia distinta.»

El gran pintor cómico de las costumbres de la clase media y maestro consumado en los misterios del idioma español, D. Manuel Bretón de los Herreros, utilizó el anagrama para volver loca de contento á la patrona ó ama de llaves de uno de los personajes de su celebrada comedia *El poeta y la beneficiada*, haciéndole exclamar en las siguientes redondillas, teoría y práctica de este juego de imaginación:

...la manía
se me acuerda que tenía
mi huésped D. Diego Ortiz.
Dando á las letras tormento
de todo hacía... amalgamas...
No es eso... ¿Cómo? Antidramas...
Anagramas... ¡Qué talento!
Yo también en su pesquisa
tuve parte. ¡Era mucho hombre!
Recuerdo que de mi nombre
hizo dos: *Lesbia* y *Belisa*.
¿Soy yo Isabel, sí ó no?
Y ese nombre de Belisa
¿con el mío no se guisa?
Luego *Belisa*, soy yo.
En mí hay un *Isa* y un *bel;*
pon el *Bel* antes del *isa*
y es consecuencia precisa
que *Belisa* es *Isabel*.

Pero hay que decirlo en honor del anagrama. Este no constituye un pasatiempo moderno; los judíos y los egipcios se complacían en su cultivo, habiendo existido en algunos pueblos de la antigüedad el «juego del anagrama,» que consistía en tener varios alfabetos de letras recortadas, para formar con ellas todas las combinaciones á que se prestasen, y ya en tiempos más modernos nos dan cuenta las Enciclopedias de algunos casos muy curiosos.

El P. Saint Louis, por ejemplo, anagramatizó los nombres de los papas, de los reyes y de todos los santos.

El abogado francés Billón presentó á Luis XIII de Francia la friolera de quinientos anagramas, por cuyo trabajo de paciencia le fué asignada una pensión; pero aún hizo más Bachet, que con su poema «Anagrancama» encerró en sus 1.200 versos otros tantos anagramas.

Actualmente, aunque cuenta con muchos aficionados y cultivadores, no existe, que yo sepa, ninguno capaz de empresas de tales alientos: por lo menos tienen la modestia de no dar importancia al juego en cuestión. Verdad es que tampoco habría Mecenas que le concediesen por ello una pensión.

Los aficionados al anagrama y que lo ejercitan al menudeo han encontrado que *Roma* nos da *ramo* y *amor; vigneron* (voz francesa) *ivrogne*, *Losada, sala do; alondra, ladrona; Adela, aldea; Atila, Talía* y *ali ta; Viriato, Vitoria; Austria, Saturia; Agila, Galia;* y pasando de la palabra á la frase: *Ulises, es Luis; Asunción, Un casino; Si mira tan rica, María Cristi na; la solución escita, la cuestión social; Inglaterra, entrará Gil; Aristóteles, Es triste loa; ¿á dó va Juan? á coger cepas, cada oveja con su pareja.*

Otros anagramas transponen las letras ó sílabas, para que sigan diciendo lo mismo después de la transposición, como

Anana

que lo mismo se lee de izquierda á derecha que de derecha á izquierda;

Jo se Me se io

que se encuentra, silabeando, en el mismo caso, y, por último, la célebre frase sabida por niños y grandes, y ciertamente muy ingeniosa, que dice:

Dábale arroz á la zorra el abad.

En ocasiones, los cultivadores del anagrama le dan mayores vuelos y le presentan con gran intención política, religiosa ó social; observan, por ejemplo, que los dos grandes oradores de la Asamblea constituyente francesa, *Abbé Mauri* y *Mirabeau* constituyen prosódicamente con sus nombres un anagrama; tratan de la *Revolution française* para deducir que *Un corse la finira;* Ven en 1848 subir al poder al ilustre *Lamartine* y exclaman *Mal t' en ira;* llaman á Luis Felipe de Orleans *Lasne d'or;* del *frere Jacques Clement*, el asesino de Enrique III, deducen *C'est l'enfer qui m'a creé;* de *Marie Therese d'Autriche, Marié au roi tres chetien;* de *Mastai Ferreti*, apellidó al Pontífice Pío IX *Iste fert tiaram* (este lleva la tiara), y al pie de la estampa de un Eccehomo ponen la pregunta *¿Quid est veritas?* (¿quién es la verdad?) para contestar anagramáticamente: *Est vir qui adest* (es el varón aquí presente).

Los escritores, y principalmente los periodistas, han utilizado el anagrama, sobre todo para la firma. Desde Lope de Vega Carpio, que firmó algunos de sus trabajos con el anagrama de *Gabriel Padecopeo*, hasta nuestros días, son muchos los literatos ilustres que se han complacido en firmar con anagrama. Véanse unos cuantos:

Tomás de Iriarte	*Tirso de Imareta*
Mariano Larra	*Ramón Arriala*
Nombela	*Obleman*
Palasio	*Paso Ila*
M. Pardo de Figueroa	*M. Droap*
Francisco Asenjo Barbieri	*José Ibero Canfranc*
Bernardo Belluga	*Bernabé Llugardo*
Mariano Benavente	*Ramón Baena Nevet*
Cánovas	*Vascano*
Manuel Casal y Aguado	*Lucas Aleman y Aguado*
Moreno Gil	*Golmerino*
Pedro Díaz Valdés	*Pedro Zaldidaves*
José Echegaray	*Jorge Hayaseca*
Leandro Fernández Moratín	*Efren de Lardnazo y Morant*
Juan Nicasio Gallego	*Gelasio Galan y Junco*
Isidoro Gil y Baus	*Isidro Goli y Busa*
Javier Santero	*José Arantiver*
Bonifacio Sotos Ochando	*Antonio Ochodas Bisocor*
Manuel Tolosa	*Tomás E. Anulló*
León Hermoso	*Noherlesoom*

Tal vez fuera muy interesante el estudio de qué obras se han firmado con anagramas y cuáles no; pero este sería completamente ajeno al que me propuse realizar en los párrafos precedentes.

M. Ossorio y Bernard

NUESTROS GRABADOS

Una lectura del «Quijote,» cuadro de José Garnelo. – En el número 614 de La Ilustración Artística publicamos un estudio crítico de este renombrado pintor, en donde se analiza detenidamente la obra de ese artista que desde muy joven logró poner su nombre á gran altura. Aunque apasionado por el drama moderno, Garnelo acuérdase de cuando en cuando de sus antiguas aficiones y se transporta con su imaginación á pasadas épocas que su talento é intuición artísticos le han permitido estudiar y comprender, produciendo cuadros como el que hoy reproducimos, hermoso grupo de figuras admirablemente combinadas, modelos todos de naturalidad, así en sus actitudes como en su expresión, que denota el regocijo con que escuchan la lectura de alguno de esos pasajes picarescos en que tanto abunda el libro inmortal de Cervantes.

Exposición trienal de Bellas Artes de Milán. – La Academia de Brera, que este año debía celebrar el segundo de sus certámenes trienales, consintió en que éste se verificase en Milán para dar mayor realce á la Exposición que en dicha ciudad se ha organizado y de la cual nos ocupamos en el número 647 de La Ilustración Artística. Figuran en dicho certamen 1.313 obras, 1.029 pictóricas y 284 escultóricas, y en el presente número reproducimos seis de las más notables entre las primeras, que son: *Canal de Chioggia*, de Leonardo Bazzaro, impregnado de poética melancolía; *Conversación galante*, de Bartolomé Giuliano, lienzo lleno de frescura y de vida, que acredita que no pasan los años, como vulgarmente se dice, para ese pintor á quien se llama con razón en Italia venerado veterano del arte; un *Estudio*, delicada figura de niña de José Mentessi, uno de los artistas milaneses más cultos y sugestivos; *Labores campestres*, de Sofía Browne, joven inglesa residente en Pallanza y aventajada discípula del eminente Arnaldo Ferraguti; *Interior de la iglesia de San Marcos de Venecia*, de Ferruccio Scattola, cuadro que ha obtenido uno de los premios Fumagalli y en el cual se halla admirablemente reproducida la maravillosa basílica bizantina en una de esas horas de calma y de soledad tan propicias para que el alma eleve sus preces al cielo; y por último, *Idilio campestre*, de Luciano Nezzo, encantadora pintura que no es otra cosa que una reproducción de la eterna historia del primer encuentro de *él* y *ella* bajo un cielo alegre y en medio de una hermosa campiña poblada de penetrantes aromas y de misteriosas armonías que incitan al amor y que prestan nuevos atractivos á las apasionadas declaraciones de los dos aldeanos.

Humildad, cuadro de Pedro Borrell (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Pocas veces hemos podido ocuparnos de las obras de este distinguido artista, tributándole siempre los elogios que merece por sus relevantes cualidades, pues á ellos tiene derecho por su entusiasmo y sus aptitudes, que ni se mitigan ni se apagan. A pesar de figurar en el decanato de los pintores y de haber sido el maestro de algunos que ya han sabido conquistarse merecido renombre, Borrell trabaja con ahinco y cual si él con la savia de su inteligencia no hubiera contribuído á crear la nueva generación artística, y produce desde el retrato al cuadro de género, desde el concienzudo estudio al cuadro destinado á embellecer el retrato de la dama aristocrática. Prueba de ello son las obras que ha aportado á nuestra Exposición de Bellas Artes, y muy singularmente la que reproducimos, en la que á la finura y delicadeza de las líneas, se agrega la corrección, de manera que se descubre la hábil mano del maestro.

La primera carta de amor, cuadro de C. Saksen. – La carta dirigida á una de las obreras ha sido interceptada por sus compañeras de taller, y mientras éstas, avezadas á lo que se ve en lides amorosas, se divierten leyendo los apasionados conceptos en aquélla contenidos, la verdaderamente interesada llora en un rincón, quizás de vergüenza al ver descubierto su secreto, tal vez de despecho al oir las cuchufletas con que sus amigas sazonan la lectura y que á ella le parecen profanación del afecto purísimo que por vez primera ha hecho palpitar su alma. Acertado en la elección de tema, que no por ser íntimos y, por decirlo así, chicos ciertos dramas dejan de ser interesantes, no lo ha estado menos el artista en su representación, pintando un cuadro con figuras encantadoras y muy bien sentidas y de un conjunto altamente simpático, gracias á las flores que como elemento accesorio ha agrupado hábilmente en el lienzo.

Después de la tempestad, cuadro de Carlos Raupp. – El sentido grupo de este magnífico lienzo de Raupp explica suficientemente el terrible drama de que han sido víctimas los dos infelices seres que en la playa esperan en vano y lloran ya perdido al esposo y al padre, á quien la lucha por la existencia llevó á arrostrar los peligros del mar. Carlos Raupp es muy aficionado á pintar esos dramas del alma enlazados siempre con alguno de esos espectáculos imponentes que tan á menudo ofrece la naturaleza en los territorios costaneros, y de la maestría con que sabe expresarlos es buena muestra *Después de la tempestad*.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – San Petersburgo. – Procedente del Museo Arqueológico de la misión rusa en Palestina se ha recibido en el Ermitage un busto del rey Herodes el Grande, que fué descubierto hace algunos años y que constituye un ejemplar único en su género.

Berlin. – En la Galería Nacional se celebra actualmente una exposición de grabados en madera americanos, en la que figuran 300 obras de 30 artistas y que es una prueba elocuente del grado de maestría á que en América ha llegado el arte xilográfico, pues todas las obras expuestas merecen ser calificadas de perfectas. Además demuestra esa exposición que la xilografía es un arte completamente independiente, ya que entre aquellos grabados no sólo hay reproducciones, sino que muchos de ellos son manifestaciones originales de la inspiración artística.

– Para la Galería Nacional han sido adquiridos un busto en mármol del pintor Knaus, modelado por Otón Lessing, una estatuita de augur de R. Maison, un modelo en yeso de Rheinhold, un cuadro y cinco bocetos de Bockelmann, otro cuadro de G. de Canal y dos croquis de Kallmorgen, obras todas que figuraron en la última exposición de bellas artes de la capital de Alemania.

– Para las colecciones artísticas del emperador se ha adquirido un retrato al pastel sobre pergamino del conde Francisco Algarotti, pintado por Liotard, obra de la cual existe una reproducción en el museo de Amsterdam. La adquisición de este cuadro, que representa al sabio publicista italiano, amigo predilecto de Federico el Grande, con peluca y casaca de terciopelo azul y que está perfectamente conservado, ha sido tanto más elogiada en Berlín cuanto que en las colecciones de los reales palacios no había ningún retrato de Algarotti ni obra alguna de Liotard.

Anderlecht. – En la iglesia de San Guido de Anderlecht (Bélgica), la más hermosa de todas las del Brabante, se han descubierto debajo de la cal con que estaban revocadas las paredes algunos notables frescos antiguos, entre ellos un colosal San Cristóbal, de 1557, un Juicio final de fecha más reciente, una Transfiguración, de la escuela de Giotto, algunas figuras sueltas sobre fondo rojo y una serie de escenas de la vida de San Guido admirablemente pintadas, según parece, por un ilustre discípulo de Giotto.

Munich. – La comisión nombrada al efecto por el ministerio de Cultos de Baviera ha adquirido para la nueva Pinacoteca *La guerra* y *El puente de Chioggia*, cuadros de Francisco Stuck y Luis Dills que figuraban en la última exposición de los secesionistas, y *La hija de Herodías*, de Lenbach; *En la Kleinstadt*, de Leibl; *Descanso del mediodía*, de Herzog, y *Marineros jugando á cartas*, de Scott Tuke, obras que estuvieron expuestas en el Palacio de Cristal, ó sea en la exposición oficial. Con esto se ha dado satisfacción á las pretensiones de los secesionistas que pedían ser reconocidos oficialmente. Por el cuadro Stuck se han pagado 25.000 marcos (31.250 pesetas).

Colonia. – El Museo de Industrias Artísticas de Colonia ha hecho recientemente una importantísima adquisición, consistente en un magnífico altar de 1523, de Juan della Robbia: compónese de una Virgen casi de tamaño natural con el Niño y San Juan y de dos ángeles que sostienen una corona.

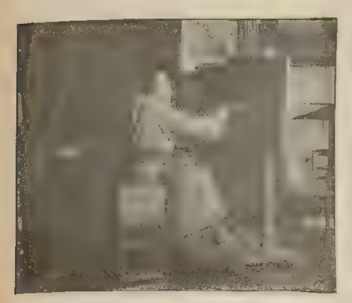
Teatros. – En Munich ha dado con muy buen éxito una serie de representaciones la compañía francesa que dirigen los hermanos Coquelin.

– El Ministerio del Interior de Hungría ha presentado á la Cámara de Diputados un proyecto de ley proponiendo la concesión de un préstamo de 200.000 florines (500.000 pesetas), sin interés, á la Sociedad Cómica húngara para la construcción de un teatro en Budapest.

Necrología. – Ha fallecido:
Guillermo Calder Marshall, eminente escultor inglés, miembro de la Real Academia de Bellas Artes de Londres.

PUVIS DE CHAVANNES

Después de una laboriosa carrera, notable por grandes trabajos, que durante largo tiempo no alcanzaron la simpatía del público, aunque sí merecieron la admiración de los inteligentes, el pintor de los museos de Amiens, de Lyón, de Poitiers y de Marsella, de la Casa Ayuntamiento, de la Sorbona y del



Puvis de Chavannes en su taller

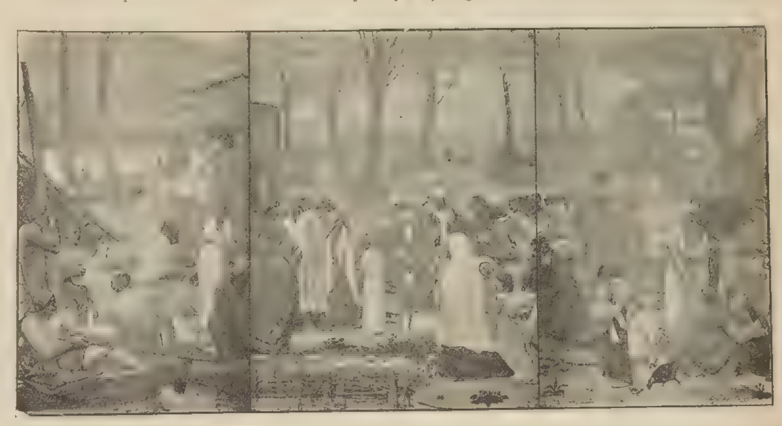
Panteón de París, ha llegado por último al apogeo de una legítima gloria. ¿Ha cambiado de manera para obtener el triunfo? De ningún modo; pero las paredes enriquecidas con su pintura han dado que pensar. El artista se halla ahora en esa situación definitivamente encumbrada del hombre superior que habiendo tenido la dicha, en las horas de injusticia pública, de darse á conocer y afirmar su personalidad en edificios notables, ve sus manifestaciones consagradas y su arte reconocido. Poco importa ahora que se discuta sobre ciertas tendencias ó ciertas obras, pues el objeto del artista está conseguido. En resumen, pocas existencias conozco que ofrezcan un ejemplo tan hermoso de perseverancia y de éxito.

¿Quién es Puvis de Chavannes y cuál es su idea? Contestaré con dos palabras: desde luego, es por esencia y excelencia un decorador arquitectónico, y á esto debo añadir que ha sabido libertar el arte decorativo del servilismo tradicional. La característica de sus composiciones es el carácter monumental de su conjunto y – perdóneseme esta asociación de palabras – el naturalismo metafísico de sus partes. Puvis de Chavannes no es un pintor que piensa; es un pensador que pinta: partiendo de una abstracción moral condensada bajo un título, *La guerra, La paz, La abundancia, El trabajo, Picardía nutrix, Ludus pro Patria, Marsella puerta del Oriente, La inspiración cristiana*, busca las figuras y los medios más favorables para la encarnación de su asunto. Su plan está trazado en su cerebro mucho antes de toda tentativa de ejecución, y por eso no toma de la naturaleza más que armonías y datos. Su observación es refleja y se subordina á sus intenciones.

Para Puvis de Chavannes las formas tienen el valor de los signos expresivos, y solamente las particulariza en grado útil para obtener la expresión justa, resultando de aquí extremadas simplificaciones, más sensibles aún en los lienzos pequeños que en los grandes. Pretende comunicar el sentimiento de la realidad, no su aspecto literal; lo ve todo en sí mismo escrutando su interior; crea, por decirlo así, espectáculos interiores, y sus cuadros tienen esa armonía uniforme y suave, sutil y visionaria que las cosas tomarían en un espejo empañado por un ligero vapor.

M. Puvis de Chavannes es metafísico y simbolista por temperamento; procede intelectualmente por medio de operaciones muy complicadas, unas de invento y otras de apreciación; de tal modo que su ingenuidad, lejos de residir en la concepción misma, concéntrase en la realización, y agrega la naturaleza al pensamiento como un apoyo, de igual manera que los más agregan el pensamiento á la naturaleza como una deducción. Si no supiera pintar, escribiría; y si no supiera escribir, combinaría jeroglíficos; pero sus síntesis hallarían medio de revelarse exteriormente á pesar de todo. Ahora bien: aquí es donde se encuentra, á mi modo de ver, la verdadera originalidad del maestro, y en esto es en lo que ha prestado un servicio inmenso al arte decorativo: ha tomado de la humanidad eterna y del paisaje los recursos de interpretación que hasta entonces apenas eran suministrados más que por el convencionalismo.

El artista, acordándose, como decorador, del hombre de Millet y de la atmósfera de Corot, ha poblado extensos horizontes de seres humanos, que viven una existencia esencial y que se ocupan en algun acto sencillo y significativo. Si descuida la pintura de la realidad moderna, es porque le retiene su constitución cerebral y su educación; pero, quiérase ó no, y ya tenga ó deje de tener conciencia de ello, ha abierto el camino á los realistas, los cuales no son por necesidad energúmenos. Desde el punto de vista estético, ha conseguido que la decoración grave vuelva á representar la doble noción del espacio y de la verdad humana, y prácticamente la ha sometido á tal equilibrio de sombras y de relaciones de tonalidad que todo es expresivo. Estos son resultados de primer orden, que aseguran á quien los conquistó el homenaje del porvenir.



La juventud de Santa Genoveva, pintura decorativa de Puvis de Chavannes para el Panteón



Inter Artes et Naturam, cuadro de Puvis de Chavannes existente en el Museo de Ruán

Resumamos, antes de ir más lejos, la vida de nuestro gran artista. Pedro Puvis de Chavannes nace en Lyón el 14 de diciembre de 1824, de una antigua familia de la clase media acomodada, y recibe desde luego una formal educación correspondiente á su clase, á la manera de aquel tiempo, y una instrucción bastante sólida. Debemos tener en cuenta todos estos hechos originales que imprimen carácter. Ni un solo pintor del país de Lyón tuvo jamás el don de los colores ardientes; todos se preocuparon del equilibrio de las composiciones y de la gran síntesis obtenida por las líneas: ved, si no, Stella, el émulo del Pusino, y en los tiempos modernos, Hipólito Flandrin y Chenavard. El espíritu lionés razona íntimamente, tiene tendencia á la metafísica y se inclina á la abstracción; de modo que no debe extrañarse que Puvis de Chavannes sea naturalmente de esta escuela. Su instrucción clásica no es propia, por otra parte, sino para impelerle más en este sentido; mientras que su educación de antiguo burgués le inspira, en la metafísica misma, un deseo de sencillez expresiva y concreta. He aquí las influencias fundamentales que regirán su desarrollo.

En París escucha los consejos difusos de Enrique Scheffer, y sigue las lecciones tumultuosas de Couture, resultando de aquí su doble tendencia hacia los asuntos nebulosos y poéticos y hacia el colorido romántico y sombrío. He visto uno de sus cuadros más importantes de aquella época, representando un joven que tocaba el violín junto al lecho de su madre muerta: la pintura es bastante rica, pero en ese lienzo nada anuncia al decorador. Debo advertir, sin embargo, que esa crisis de la juventud se prolonga poco. Las visiones antiguas de Corot, esas ruedas de ninfas ó de pastoras que juegan entre brumas transparentes, se imponen de una manera visible á sus reflexiones, y muy pronto su complexión predomina. Entonces ya no piensa en comunicar la vida al símbolo; ya no hay elegías sentimentales, ni más colores avivados artificialmente: el artista comienza á evocar pensamientos y á soñar formas, y reviste su sueño y su pensamiento con tantas indicaciones reales como puedan necesitarse para sorprender la imaginación del espectador; en su colorido no se busca más que la armonía para producir la sugestión. Todo está abreviado, generalizado; pero todo hablará en las paredes con un lenguaje profundo, y en esto se halla la prueba evidente de un arte original.

Puvis de Chavannes estaba en posesión de sus ideales y de su talento á los 35 años. En 1859 expuso en el Salón una *Vuelta de la caza*, de la que nada sé; pero su primer trabajo notable data del Salón de 1861, donde presentó dos grandes composiciones que llamaron la atención, *La guerra* y *La paz*, destinadas á decorar el vestíbulo del Museo de Amiens. La crítica está muy dividida respecto á estas obras; pero Teófilo Gautier le juzga al artista mejor que nadie, caracterizándole así: «M. Puvis de Chavannes no es pintor de cuadros; necesita el andamio más bien que el caballete, y grandes espacios de pared para ejercer su arte. Ese joven pintor, dado este tiempo de prosa y de realismo, es naturalmente heroico, épico y monumental por un efecto de genio. *Parece que no ha visto nada de la pintura contemporánea y que sale directamente*



La degollación de San Juan Bautista, cuadro de Puvis de Chavannes

del taller de Primatice ó de Rossi.» Este último aserto, extraño á primera vista, justifícase por la reflexión y quizás un poco más de lo que se quisiera. Siempre que el maestro parta de un dato absolutamente abstracto, caerá, sea como fuere, en el género académico.

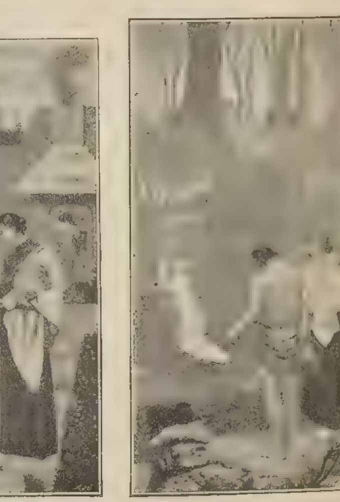
Ciertamente que sus tocadores de bocina de *La guerra*, montados en caballos cubiertos de espuma, y sus cautivos que gritan tienen un aspecto grandioso, pero en esa grandiosidad falta algo de lo imprevisto. Los tipos de las mujeres de *La paz* recuerdan de algún modo á Primatice, por la prolongación de las formas y por el tono blanquizco de las carnaciones, reconociéndose en esto que el pintor no ha regulado aún definitivamente los colores grises de su paleta. Respecto á los paisajes con que se rodean las escenas, la extensión es agradable, é indican un noble sentimiento de la naturaleza. En 1863 se presentaron al público otras dos nuevas composiciones, destinadas también al Museo de Amiens, y que debían formar juego con las precedentes: eran *El trabajo* y *El reposo*, y en estas obras el progreso es sensible. Los hombres que baten el hierro en la fragua ó que cortan el tronco de los árboles en *El trabajo* tienen posiciones naturales; y en el grupo de jóvenes de ambos sexos, en *El reposo*, que están de pie delante de un anciano sentado, el cual les refiere la leyenda de los antiguos tiempos, hay verdad y encanto á la vez. El maestro proseguirá, á través de su carrera, el ciclo decorativo de Amiens; expondrá en 1865 *Ave Picardia nutrix* y en 1882 *Ludus pro Patria*, sin hablar de las figuras monumentales que encuadran ese vasto conjunto. Bástenos consignar por ahora que ese inmenso decorado es como el resumen característico del desarrollo del autor.

A poco confióse á Puvis de Chavannes la ejecución de importantes obras para la escalera de honor del nuevo Museo de Marsella. En el Salón de 1869 figuraban dos pinturas de un aspecto verdaderamente nuevo, *Massilia, colonia griega*, y *Marsella, puerta de Oriente:* la colonia griega, de blancas construcciones diseminadas en las verduras pálidas, se ve en perspectiva desde lo alto de un terrado; pero también divisamos Marsella, *puerta de Oriente*, desde la proa de un buque lleno de gentes orientales que visten trajes de vistosos colores y que navega por el mar azul. El efecto es el más pintoresco y encantador que imaginar se pueda, y no se podía citar ejemplo más puro de decorado local, inspirado en la situación, la naturaleza y los recuerdos de una ciudad. En 1874 el maestro terminaba para la Casa Ayuntamiento de Poitiers dos grandes cuadros de orden legendario y de gran alcance: *Carlos Martel salvando á la cristiandad por su victoria sobre los sarracenos*, y *Santa Radegonda dando audiencia á los poetas en el monasterio de Santa Cruz.* Recuerdo la altivez del vencedor de Abderramán, cubierta la cabeza con el casco, y en su diestra la *francisca*, con la que había hecho morder el polvo á tantos infieles: el pintor le representa con su caballo gris entre el grupo de cautivos que se retuercen á sus pies, y el grupo del obispo rodeado de sus monjes, imagen de la religión de Cristo. También recuerdo la serena tranquilidad del claustro, donde Santa Radegonda, sentada y pensativa entre sus largos velos, presta atento oído al discurso de los hombres de letras y al canto de los poetas. Apenas se podría fijar con menos elementos impresiones más solemnes. Escaso color, casi nada; contornos recortados en una bruma luminosa, y un efecto ciertamente arbitrario, pero que tiene alguna cosa de íntimo, de humano, algo de la *leyenda* diseminado por todas partes. Ya no pensamos en el arte de pintar; nos entregamos á una meditación que nos conmueve, y oímos cantar en nuestras memorias versos de las antiguas epopeyas. ¿Qué no se podría esperar de semejante evocador si debiese hacer surgir de las paredes de los edificios ciertos episodios ingenuamente heroicos del ciclo de Carlos, el de la barba florida, de Gerardo de Viana y de Guillermo el de la nariz corta? El sacaría de nuestras canciones de gesta lo que tienen de eternas, de humanas, de francesas, y nadie como él estaría preparado para mostrarlas á los ojos de todos de una manera grandiosa y soñadora.

Desde 1876 á 1893 el maestro ejecutó las pinturas del Panteón, de estilo legendario, y las de los museos de Lyón y Ruán, de la Sorbona y de la Casa Ayuntamiento de París, que son principalmente de orden alegórico. Si tomamos también en cuenta los diversos lienzos decorativos, pintados sin destino local inmediato, como *El sueño*, ó para palacios particulares, como *El dulce país*, que adorna la escalera de M. León Bonnat, y varios cuadros de caballete de un alcance especial y de otro estilo, como *El hijo pródigo* y *El pobre pescador*, habremos anotado en conjunto la obra de Puvis de Chavannes; pero tratemos de explicarnos un poco mejor.

Lo que distingue propiamente el carácter legendario de lo alegórico está en esto: la leyenda expresa sentimientos por hechos de humanidad, mientras que la alegoría encarna ideas abstractas en formas generales. Leed cuentos populares y veréis que con frecuencia encierran un sentido profundo, pero con toda evidencia y en un relato de acción absolutamente sencilla. Esos cuentos deben comprenderse y se comprenden por cuantas personas los leen. Conmueven porque son de la quinta esencia humana y están libres de las inútiles complicaciones de intriga, así como de las

La Cerámica, cuadro de Puvis de Chavannes existente en el Museo de Cerámica de Ruán



La juventud de Santa Genoveva, cuadro de Puvis de Chavannes



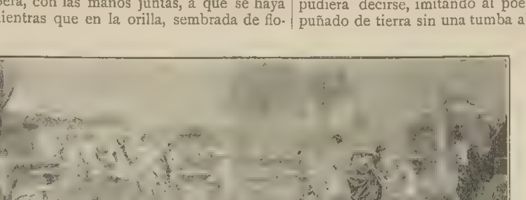
Pintura decorativa para el hemiciclo de la Sorbona, obra de Puvis de Chavannes

sutilezas morales excesivas. Ahora bien: obsérvese que tales son las tendencias de todo arte primitivo, y que si nos referimos á lo que antes se ha dicho sobre los orígenes del maestro que nos ocupa, no nos extrañaremos de que los diversos elementos de su personalidad se marquen así en sus obras: hijo de la clase media, de inteligencia práctica y de corazón sencillo, ha contado con toda la sencillez posible y popularmente la historia de *La juventud de Santa Genoveva;* cerebro cultivado, entendido en literatura y evocando recuerdos, ha fijado ciertas impresiones abstractas de hombre de letras en cuadros que solicitan la inteligencia de los conocedores, como *La visión antigua, La inspiración cristiana, El bosque sagrado querido de las Musas* y *El hemiciclo de la Sorbona,* y por último, poeta reconcentrado en sí mismo, ha llegado á traducir en figuras pensadas sus sueños ó sus dolores, dándonos *La esperanza* al día siguiente de la invasión, y sucesivamente ese *Hijo pródigo,* ese *Pobre pescador* y ese *Dolor de Orfeo,* testimonios enigmáticos de emociones intensas, de angustias del alma, cuyo misterio nos rodea y hace brotar nuestros propios pensamientos íntimos.

Algunas de esas composiciones, particularmente *Carlos Martel* y *La inspiración cristiana,* revelan una especie de lucha entre el deseo de generalizar y la afición á precisar por el medio ó los detalles. De todos modos, en la abstracción misma es visible que se busca la expresión. Puede ser que el gran artista haya algunas veces visitado un poco en demasía á los filósofos bajo los pórticos; pero cuando menos, siempre avanzó en el sentido y con el paso que quiso, y se impuso á la admiración exactamente por aquello con que está encariñado: raro y noble ejemplo de convicción y de integridad artísticas, que afirma sin concesión una personalidad cuyo carácter se aisla en el centro mismo de la multitud de los vanos imitadores.

Más fácil es tomar de los maestros sus formas que sus principios; y sin embargo, tan sólo á estos últimos conviene apelar. Por tal concepto llamo la atención sobre el espíritu legendario que ha presidido en sus magníficos lienzos del Panteón, *La juventud de Santa Genoveva.* ¿Qué debía representar? Primeramente á la pequeña santa á la edad de diez años, elevando sus oraciones á Dios mientras guardaba su rebaño, y conmoviendo por su piedad á todos cuantos la ven; en segundo lugar, á San Germán y San Lupo atravesando la campiña de Nanterre y bendiciendo al paso á la joven predestinada, á quien encuentran por casualidad y que Dios les hace reconocer. ¿Y cómo ha figurado el maestro estas dos escenas? Poco más ó menos como podían ocurrir hoy. Imaginad, cerca de un pueblo, en una atmósfera de fe como aún es posible encontrar, á una pastora tan angélicamente cándida, tan penetrada del sentimiento divino, que la oración se escapa naturalmente de sus labios en las soledades. Cualquiera que la ve se maravilla y mírala con respeto como á un ser de esencia superior. He aquí el primer asunto. Por otra parte, dos obispos, dos personajes eminentes, de carácter venerable y oficial, que van de viaje, divisan á una joven cuya gracia y modestia encantan. Tal vez han comenzado por preguntarle el camino que han de seguir; ella les ha contestado con voz tan dulce y tan puro acento, que han sentido simpatía por la joven; interróganla sobre su posición y su familia, y á todo esto acuden los campesinos. ¿Qué puede haber de más verdadero? ¿Qué de más humano? He aquí el rasgo que importa sorprender.

Creería no proceder con justicia si no dijese una palabra más acerca de los cuadros de caballete del artista: hay uno tan marcadamente típico y de tan resuelta personalidad, que define el género: es el *Pobre pescador* del Museo de Luxemburgo. En él se ve como una emoción de niño traducida por un artista que al interpretarla se desentiende de las habilidades comunes. Ese río cuyas ondas amarillentas se deslizan pesadamente en su anchuroso lecho, singularmente recortado, es el Sena en su desembocadura, en los parajes de Honfleur; pero bajo el encanto del mágico, el espacio pierde sus límites, y las dunas familiares que á lo lejos se extienden parecen tomar un tinte azulado en lo desconocido. Muy cerca de la orilla, en la proa de su barca, el pescador está de pie, flaco, lívido, con la barba corta, enmarañado el cabello, inmóvil y los ojos bajos. Después de arrojar su red, espera, con las manos juntas, á que se haya llenado, mientras que en la orilla, sembrada de florecitas amarillentas, sus hijos juegan, míseros é inconscientes de su mala fortuna. El infeliz sabe muy bien cuán prolongado dolor es la existencia; su actitud expresa la resignación eterna ó la eterna esperanza contra todo lo que puede esperar, y el agua corre hasta perderse de vista, lenta, triste y majestuosa. Un espejismo de realidad se ensancha alrededor de la visión; y para decirlo todo de una vez, el estilo y las miras del maestro aparecen en esa pintura singular en el estado absoluto.


Ludus pro Patria, cuadro de Puvis de Chavannes existente en el Museo de Amiens

Es preciso darse cuenta de la importancia esencial que el paisaje tiene en las composiciones de M. de Chavannes. ¡Ah! ¡Qué admirable paisajista tenemos en él! ¡Qué síntesis tan conmovedoras nos da de la campiña, y qué verdaderamente grande se nos presenta en esa concepción del mundo exterior que rodea la acción humana! Yo he visto sus horizontes de Nanterre en el Panteón, su llanura picarda del *Ludus pro Patria* en Amiens, su panorama de Ruán en su evocación de Normandía, en aquel Museo, y en fin, todo ese vasto paisaje, bañado por el sol, recogido bajo la luz que nos hace saludar en una pared de la Casa Ayuntamiento el esplendor del verano. Pero ya me parece haber dicho bastante para caracterizar ese genio especial. El arte del maestro se podría definir así: arte austero hasta en la gracia, melancólico hasta en la fuerza, virgiliano por el sentido de la infinita quietud en el seno de la naturaleza y monacal por un espíritu de renuncia, inaudito casi, que se marca en abreviaciones excesivas á veces. Esa pintura trascendental y familiar, primitiva y refinada, clásica de aspiraciones y la más personal que pueda darse en sus medios, consagrada á las abstracciones como realizadas en sueño y profundamente inteligibles, transporta al espectador al puro dominio de la meditación. El pintor de Santa Genoveva no se parece á ningún otro, y por mucho que se le imite siempre se conservará único. Por sus cualidades y defectos se pertenece á sí propio. No es un jefe de escuela, es un maestro que vive en regiones donde todo se intelectualiza y se apropia á miras interiores cuyo secreto no pertenece más que á ese pintor. Puvis de Chavannes hace humear el incienso en las alturas, y no se percibe á su alrededor la belleza de las cosas sino á través de la suave nube que se eleva de su incensario; y cuando se han visto, sentido y comprendido sus obras maestras, no hay más que lanzarse apasionadamente en el estudio de la naturaleza. Tan sólo esta última es bastante variada y también bastante fecunda para suscitar, alimentar y sostener las francas originalidades.

L. DE FOURCAUD

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SIGLO DE LOS EXPLOSIVOS

Si se midiera la perfección de un producto artificial por el tiempo invertido en hallarle sustituto, podría afirmarse que después del pan – que ha resistido inmutable larga serie de siglos, – la pólvora ocuparía el primer lugar entre todas las invenciones humanas. Y este medio de medir la bondad de los productos de la industria no es ilógico. Las máquinas imperfectas, los procedimientos defectuosos, encuentran bien pronto quien descubra fáciles modificaciones para mejorarlos: lo que pasa incólume por el infierno de la crítica y de la competencia es que va acompañado de muy sólidas virtudes.

Pero ese coloso de la inventiva humana llamada pólvora, esa mezcla clásica de azufre, salitre y carbón, que comparte con la imprenta y con la brújula la gloria de abrir el renacimiento histórico, ese artificio diabólico cuyo humo y olor han llenado todos los ámbitos de nuestro planeta, hasta el punto de que pudiera decirse, imitando al poeta, que no hay un puñado de tierra sin una tumba abierta por sus efectos; la pólvora, en fin, que con su nombre basta para retratarla, ha sufrido en estos últimos años, y está sufriendo actualmente, un golpe rudísimo, que si no la ha hundido en el abismo del olvido, por lo menos ha destruído su potente supremacía.

No es un enemigo el que le ha salido á la pólvora histórica: son ciento, son mil. Sus nombres coleccionados forman voluminosos diccionarios; su fuerza es cada día más terrible, el secreto de su fabricación cada vez está más guardado. Con la esperanza de vencer luchan con sin igual perseverancia, y por si no fuesen bastantes para lograrlo, cada día un nuevo campeón, con nombre terminado precisamente en *ita,* viene á engrosar las filas de los modernos explosivos.

¿Qué se pretende con esas nuevas invenciones? En realidad se quieren lograr dos ideales diferentes: uno es hallar substancias que, al transformarse en gases, den origen, instantáneamente, á la mayor cantidad de energía posible. Son estas substancias las que disputan á la dinamita su preeminencia de algunos años: su norte es la violencia de los efectos, su cualidad característica la velocidad de combustión. Iniciada ésta, toda la masa del explosivo pasa en un momento del estado sólido al gaseoso; sus moléculas, violentamente proyectadas, rompen cuanto hallan en su camino: si está el explosivo encerrado en un recipiente metálico, éste salta en mil fragmentos; si se encuentra al aire libre, sus efectos son igualmente enérgicos, sufriéndolos cuanto se halla á su alrededor.

El otro ideal perseguido, y el que más trascendencia puede tener, es el de las pólvoras lentas, de los explosivos suaves, de las acciones tranquilamente poderosas. Si su inflamación se verifica al aire libre, los gases se desparraman á medida que se producen, y nada padece á su alrededor, de modo que, para obrar enérgicamente, la combustión ha de tener lugar en un vaso cerrado, como la recámara de un cañón. Son estas pólvoras las llamadas «sin humo,» que tanto dan que pensar en todas las potencias militares.

Nótese la coincidencia singular de esa epidemia técnica de la producción de nuevos explosivos, con esa otra epidemia leprosa del empleo de las materias explosivas para lograr fines criminales. En realidad no hay relación alguna entre ambos hechos, porque desde muy antiguo existen los explosivos y crímenes realizados con su auxilio; pero el hecho es que la atmósfera está cargada de esas substancias, que siempre tienen en la mente, unos para progresarlas, otros para aplicarlas á sus respectivas profesiones, y otros, por desgracia, para emplearlas en la mas inicua de las tareas. Y hasta en esto se puede reconocer que la forma epidémica es natural en todo, aun sin conocerse, muchas veces, la razón del contagio. Ha habido epidemias de libertad, en las que no ha faltado para mandar pueblos enteros al suplicio, en su nombre; ha habido epidemias de esclavitud, en que se ha prohibido hasta salir á la calle sin farol; ha habido epidemias de descubrimientos geográficos, de guerras, de versos, de suicidios, de economías, de motines... Ahora sufrimos una epidemia de explosivos.

Generalmente no nos damos cuenta de las grandes evoluciones que se producen á nuestro alrededor. Sabemos todos los detalles del laborioso descubrimiento de América, iniciado por Colón, y apenas nos enteramos de que en nuestros días se está realizando un hecho análogo, de igual trascendencia y de análogas fases, que es el descubrimiento del Africa. Sabemos perfectamente y tenemos noción exacta de la influencia de la invención y generalización de la pólvora, y apenas nos preocupamos de lo que podrá acontecer con su destronamiento; y sin embargo, para lo porvenir, ambos hechos, el descubrimiento del interior del Africa y la caída de la pólvora del renacimiento, formarán, sin duda alguna, un gran jalón en la historia de la humanidad.

Para hacerse cargo de la trascendencia que puede tener el perfeccionamiento de las materias explosivas, bastará recordar que, hasta hoy, el manantial

más práctico de fuerza mecánica es el carbón. Un kilogramo de carbón, en buenas condiciones, puede rendir un trabajo de un caballo de vapor durante una hora, ó sea el equivalente á elevar un peso de 75 kilogramos á la altura de un metro por cada segundo, cuyo trabajo se dice que es de 75 kilográmetros por segundo, es decir, 270.000 kilográmetros en los 3.600 segundos.

Pues bien: las pólvoras pueden realizar un trabajo comparable con éste, pero en un tiempo pequeñísimo, apenas apreciable. La combustión de un kilogramo de pólvora, en la recámara del cañón Krupp de 7,5 centímetros, proporciona al proyectil de 6 kilogramos una velocidad inicial de 566 metros, lo que equivale á un trabajo de 90.000 kilográmetros.

Pero esta extraordinaria potencia de la pólvora, que permite hacer en un momento lo que el carbón realiza en un espacio de tiempo dos ó tres mil veces mayor, no ha sido posible aplicarla á las máquinas, á causa de que la misma violencia de sus manifestaciones obliga á dar á aquéllas extraordinaria resistencia, como sucede en las armas de fuego, que son las únicas que hoy utilizan la pólvora como manantial de fuerza.

Pero hubo necesariamente de caerse en la cuenta de que, si por cualquier medio, se hacía disminuir la velocidad de combustión de la pólvora, ésta podría desarrollar su energía con más lentitud, y por consiguiente sin que padecieran tanto las piezas de artillería, á igualdad de potencia total. El efecto se consiguió aumentando desmesuradamente el tamaño de los granos de la pólvora, lográndose la anhelada combustión lenta. La máquina – ó sea el cañón – quedó asimismo modificada, alargando notablemente su longitud, pues si el proyectil saliese de la recámara antes de terminar la combustión de la pólvora, no recibiría toda la acción de los gases que ésta produce.

De aquí á las pólvoras modernas, sin humo, no ha habido más que un paso, realizado por químicos eminentes, que han logrado producir pólvoras de gran potencia y de muy lenta velocidad de combustión; esto es, que lo que en resumen se pretende es aliar la fuerza notable de la pólvora con la facilidad con que el carbón realiza su trabajo en las máquinas, por lo mismo que lo realiza con lentitud.

Quizá con esta alianza se podrá conseguir resolver un gran problema, como la navegación aérea, que es, hasta el presente, insoluble, porque se ha pedido al vapor y á la electricidad un motor potente y ligero, y no han podido suministrarlo.

Se ha considerado siempre una locura emplear la fuerza de los explosivos á las máquinas, y muchos han sido víctimas de atrevidos ensayos en este sentido.

Llegados al término de la perfección en los motores de vapor, llegados al límite de progreso en las máquinas dinamoeléctricas, ¿se abrirá en lo porvenir una nueva vía industrial con el empleo de los explosivos? ¿Serán los locos de hoy, como siempre, precursores de los genios de mañana? No es posible fijar el derrotero de la humana actividad: los actuales fusiles, los cañones de tiro rápido y en particular las ametralladoras automáticas son verdaderas y complicadas máquinas, y sólo falta un débil esfuerzo para que el que lleva el nombre de siglo del vapor y de la electricidad, conquiste el de siglo de los explosivos, redimiendo éstos con sus grandes aplicaciones la nota infamante que mancha el período de su actual evolución.

MARIANO RUBIÓ Y BELLVÉ

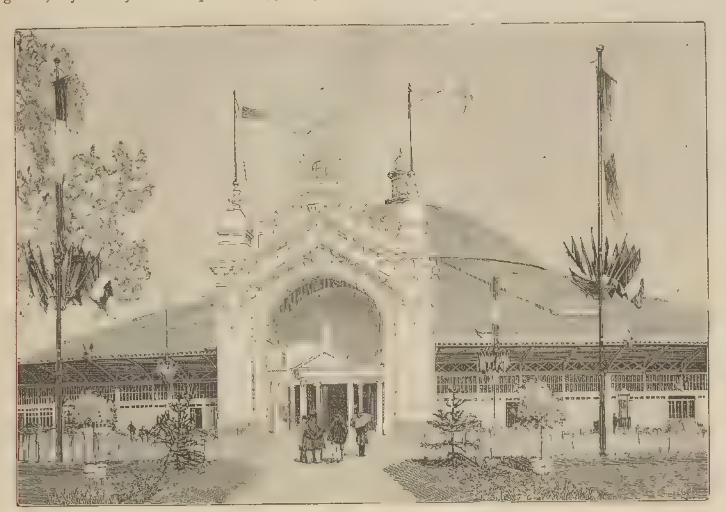


Fig. 1. – Exposición universal de Lyón. – La gran rotonda central y entrada principal de la Exposición (de una fotografía)

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE LYÓN

En el número 645 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos algunos detalles acerca de la Exposición que actualmente se celebra en la capital del departamento del Ródano. En el presente número vamos á ampliar algo de lo que entonces dijimos con algunos datos que, al igual que los tres grabados que reproducimos, tomamos de la revista francesa *La Nature*.

El palacio principal presenta una forma particular y sus dimensiones son verdaderamente grandiosas, y el visitante que penetra en aquel recinto no puede menos de admirar la esbeltez y el sistema de construcción del inmenso esqueleto metálico de la cúpula, cuya vista exterior representa la figura 1. El armazón de ese palacio de hierro y cristal comprende dos partes esencialmente distintas: la cúpula y la parte anular formada por dos hileras de pilastras que sostienen vigas equilibradas. La cúpula central cubre una superficie circular de 110 metros de diámetro y su forma no es esférica, sino parabólica: consta de 16 medios arcos que descansan sobre rótulas de hierro fundido de un metro de diámetro y que se reunen en la cúspide en un círculo ó corona de cinco metros de diámetro por 1'80 de altura. Estos arcos tienen 10 metros de flecha y están formados por artesones de 1'20 á 1'80 de altura y unidos sobre los costados por medio de montantes y de hierros en U de 0'07 metros. La corona superior está situada á 55 metros sobre el nivel del suelo. Los arcos han sido calculados independientemente unos de otros y en realidad son independientes, pues cada uno de ellos trabaja por sí mismo: no están reunidos de modo que formen un todo rígido capaz de soportar y repartir un esfuerzo dado y en esto estriba uno de los puntos curiosos de esta construcción.

Los arcos van simplemente sujetados por carriolas de hierro que no tienen otro objetivo que transmitirles la carga del techo, siendo de notar que sólo están cargados en la parte central. Estos arcos han sido calculados para soportar el peso propio del hierro (arcos, carriolas y cabrioles) y además el de la cu-

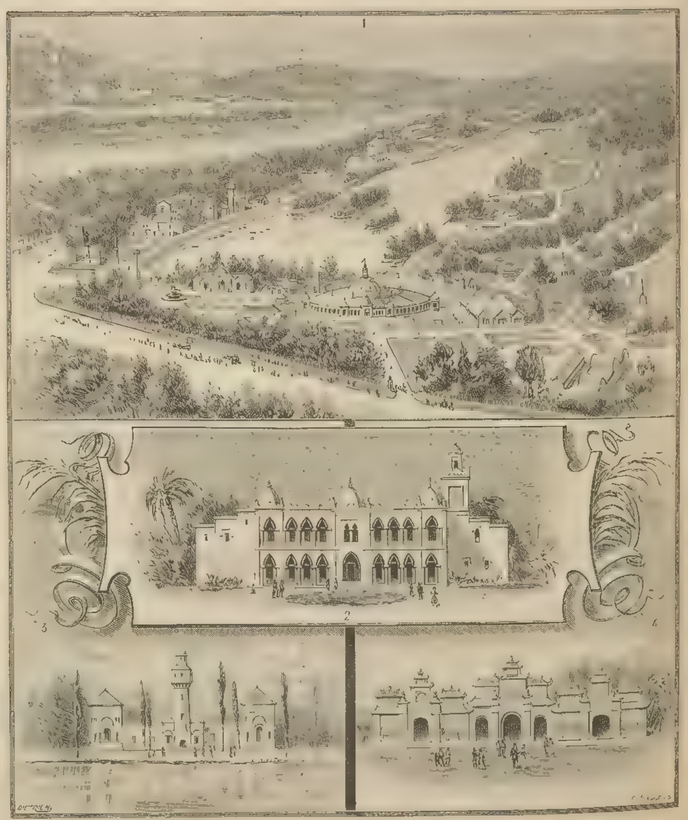


Fig. 2. – Exposición universal de Lyón. – La Exposición á vista de pájaro. – 1. Vista en conjunto. – 2. Palacio de Argel. 3. Palacio de Túnez. – 4. Palacio de la Indo-China

bierta, estimado en 40 kilogramos por metro, y la sobrecarga accidental.

El conjunto de la Exposición está en cierto modo comprendido en la inmensa sala de ese palacio, cuyas vitrinas están instaladas de modo que formen las galerías circulares. Mucho hay que admirar en aquel departamento: la exposición de sederías de Lyón está colocada á la entrada y ofrece á los ojos del visitante el espectáculo de maravillosos productos de un gran arte.

El plano que reproduce la figura 3 representa el conjunto de la Exposición y el epígrafe que lo acompaña contiene la enumeración de los principales monumentos, de los cuales hablamos ya en el núm. 645.

La figura 2 reproduce una vista panorámica del parque de Tête d'Or con todos los edificios que actualmente en él se levantan: debajo de la vista en conjunto están representados los palacios de Argel, Túnez é Indo-China, construídos con exquisito gusto según el estilo propio de cada país y situados cerca del lago.

Los palacios de Bellas Artes, Agricultura, Artes liberales de la ciudad de Lyón, Artes liberales y Artes religiosos, la exposición obrera y la instalación de Aguas y Bosques son muy interesantes, y las colecciones que contienen, ricas y bien dispuestas, pueden ser mejor estudiadas, estando cada una en un edificio especial.

En el jardín de la Tête d'Or hay una porción de instalaciones entretenidas que ofrecen á los visitantes agradables distracciones.

Mencionaremos también una exhibición muy importante de más de 100 negros del Senegal, del Sudán y del Dahomey: no lejos de ella se encuentra el *ferrocarril de Tombuctú á Dahomey*, juego mecánico original en el que los viajeros son conducidos por un elefante, un camello y una jirafa de madera, que se deslizan sobre rieles circulares.



Fig. 3. – Plano general de la Exposición de Lyón. – 1. Palacio principal. – 2. Palacio de Bellas Artes. – 3. Agricultura, ferrocarriles, ingeniería civil. – 4. Anexo de la Agricultura. – 5. Edificio para las calderas. – 6. Edificio de la prensa. – 7. Correos y telégrafos. – 8. Palacio de Artes liberales, Villa de Lyón. – 9. Palacio de Artes religiosos. – 10. Palacio de Argel. – 11. Palacio de Túnez. – 12. Palacio de Anam y de Indo-China. – 13. Exposición obrera. – 14. Aguas y bosques. – 15. Panorama de la batalla de Nuits. – 16. Gran invernadero de horticultura. – 17. Globo cautivo.

Citaremos asimismo un panorama de la batalla de Nuits, obra magistral debida al pincel de M. Poilpot, el gran invernadero de horticultura y el jardín botánico. La exposición de horticultura es en extremo notable y comprende una extensión de cuatro hectáreas divididas en dos jardines, uno á la francesa y otro de estilo mixto.

Otra de las instalaciones que más éxito han tenido es la del globo cautivo de M. Lachambre, uno de los más competentes aeronautas-constructores de Francia: su cabida es de 3.200 metros cúbicos y esta confeccionado con seda de China de calidad extra, cuya resistencia excede de 2.000 kilogramos por metro cuadrado en la parte superior del globo y de 1.200 y 1.400 en otras partes del mismo. El tejido tiene siete capas de barniz y ofrece una impermeabilidad absoluta. El globo lleva una válvula superior hermética preservada de la lluvia por una cubierta y otra válvula colocada en la parte inferior, que se abre automáticamente cuando hay exceso de presión del gas. El aerostato lleva en su parte inferior un globo compensador pequeño de una capacidad de 500 metros cúbicos provisto de dos válvulas automáticas. La red es de cáñamo de Nápoles y tiene más de 24.000 mallas; la barquilla circular, de 2'60 metros de diámetro, puede contener 16 personas; el cable, cuya longitud es de 400 metros, puede soportar un esfuerzo de 9 á 10.000 kilogramos y se arrolla á una cabria de vapor movida por una máquina de dos cilindros de 20 caballos de fuerza. El aerostato se llena con gas hidrógeno puro por medio de un aparato fijo del sistema Giffard que produce 150 metros cúbicos por hora.

El parque en donde se verifican las ascensiones desde las nueve de la mañana hasta las once de la noche está iluminado por seis lámparas de arco, y un potente proyector envía sus rayos al globo, que se convierte en globo luminoso.

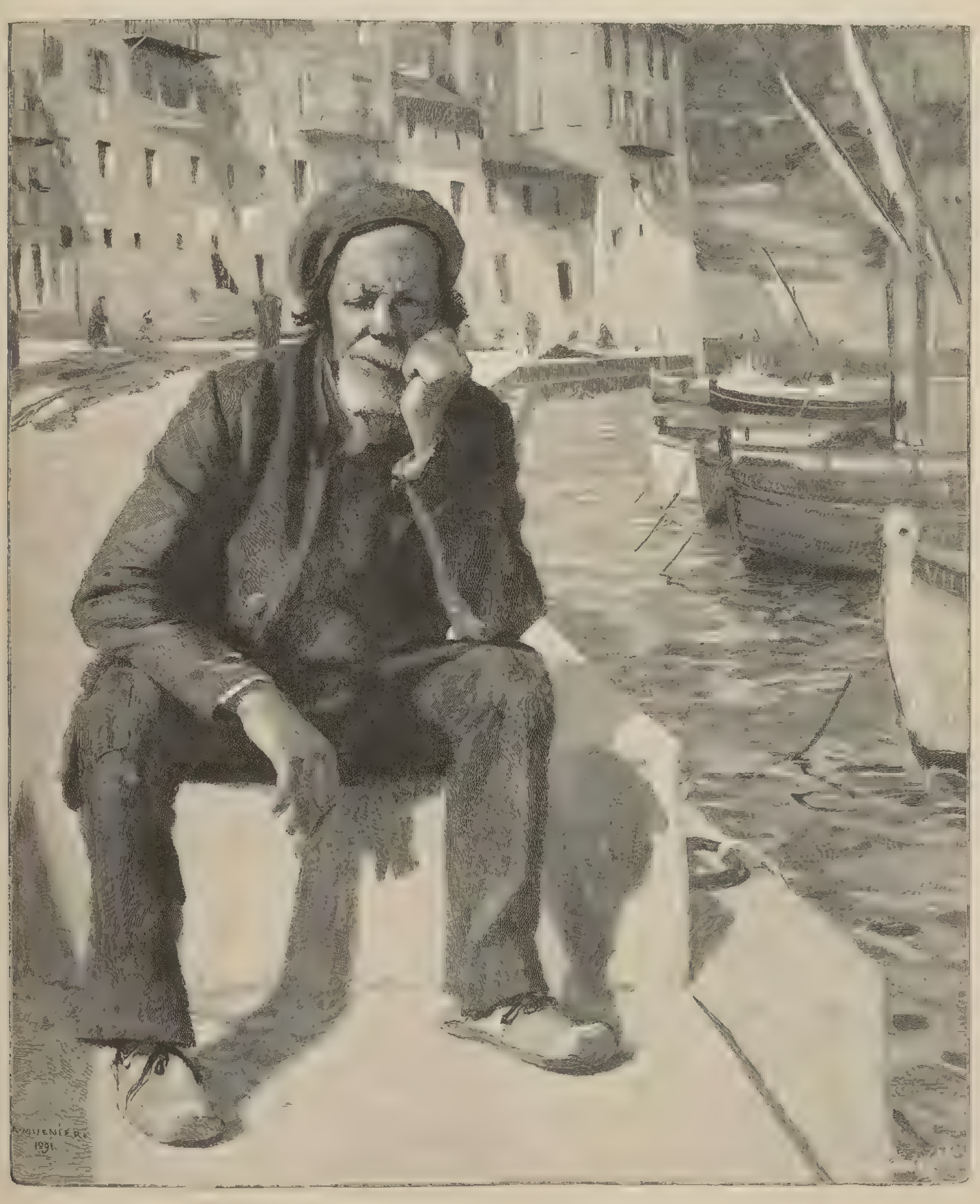


Exposición trienal de Bellas Artes de Milán. – Idilio campestre, cuadro de Luciano Nezzo

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 6 de agosto de 1894 — Núm. 658



VIEJO PESCADOR, cuadro de A. Muenier

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Los pintores y los escultores residentes en Madrid comienzan á preocuparse ante las repetidas exposiciones de Bellas Artes que se vienen celebrando en provincias desde hace cuatro ó cinco meses á esta parte. Creen algunos que dichas exposiciones revelan un movimiento de reacción favorable al arte, y al propio tiempo abren otros tantos mercados nuevos; creen otros que, por el contrario, la celebración de esos certámenes de carácter regional ó local tiende á disgregar fuerzas y á quitarle carácter al arte pictórico, reduciendo de un modo considerable el valor de las obras y de los premios.

Verdaderamente que esta preocupación tendría importancia si las exposiciones locales ó regionales se celebrasen periódica y regularmente; pero yo creo haber dicho ya, á propósito de este mismo asunto, que el movimiento artístico que en estos meses venimos observando no tiene otro carácter que el de cualquier número de los festejos que con motivo de tal ó cual santo patrono de ciudad ó villa se organizan por los ayuntamientos y sociedades de recreo de las localidades respectivas; y por esta causa, y teniendo en cuenta el escaso atractivo que ofrecen á las multitudes las manifestaciones de las artes plásticas (bien al revés de las del arte tónico), además del beneficio casi nulo que á los mismos artistas les reporta la exhibición de sus obras, esos certámenes seguramente están destinados á no volver á reproducirse.

Pero supongamos por un momento que, así como en Madrid y Barcelona, se celebren también anual ó bienalmente exposiciones en Alicante, en Valencia, en Bilbao, en Sevilla, en Málaga, en Cartagena, etc., ¿quiénes estarán en lo cierto respecto de lo nocivo ó de lo provechoso que para el arte pueda resultar de las exposiciones regionales ó locales citadas?

Por mi parte creo que de aclimatarse esos certámenes, puede darse por seguro que existen fuerzas suficientes de vida artística, y por lo tanto, sería completamente perjudicial para el desarrollo y pujanza que del arte debe esperarse en España oponerse, de cualquier modo que sea, á dichas manifestaciones.

Y siempre en la hipótesis, para mí no probable, de la regular y periódica celebración de aquellas que tengan carácter regional ó local, debe creerse, primero, que significan un paso gigantesco dado por el pueblo español hacia un grado de cultura sumamente alto; segundo, que obedecen á una tendencia históricamente demostrada en el orden político, la del regionalismo; tercero, que prueban de un modo categórico cuán equivocadas son las teorías de los filósofos y hombres de ciencia, que creen en el carácter filosófico-social del arte. En otro orden de ideas, esas exposiciones tienden á restablecer la independencia y originalidad perdidas hoy, así en lo que corresponde á la plástica, como en lo que es y debe ser exclusivo del sentimiento y del temperamento del artista.

Para mí no hay duda alguna de que, desde este punto de vista, las exposiciones de Bellas Artes regionales tienen una importancia grande. Pienso que la unidad, así en la exposición de las ideas como en su desarrollo, nos llevaría en materias artísticas á una insoportable monotonía, así lo pintado tenga el valor de lo sublime. Recordemos, si no, los períodos en que las artes plásticas obedecieron á un sentimiento solo y en él solamente buscaron su inspiración. El último de esos períodos, el neo-clásico, produjo una reacción formidable, que vino á dar al traste con reglas y doctrinas. Podría objetárseme que lo mismo aconteció con las exageraciones de los revolucionarios, así de la época del renacimiento como de la del romanticismo; pero aquellas exageraciones vinieron á iniciar rumbos no presentidos y que andando los años fueron fundamento de ideales estéticos todavía hoy en acatamiento por la amplitud de su criterio. Pero dejando á un lado ahora estas observaciones y volviendo al motivo principal de este artículo, la unidad en el pensar y en el sentir de la colectividad artística desaparece en el instante mismo en que los caracteres regionales se dibujan con todos sus aspectos y todas sus cualidades nativas étnicas, sociales, etc.

Porque si es cierto que el artista regional no puede prescindir del medio en que vive, medio al fin, en mayor ó menor grado, culto y en perfecta armonía con el que alcanza la expansión intelectual de la época, no es menos cierto también que la influencia de las teorías estéticas que como oleadas se suceden con rapidez vertiginosa, apenas si alcanza á más lugares que á estos grandes centros, donde toda idea nueva es apreciada y discutida, bien para aceptarla, bien para abandonarla. Así por ejemplo, mientras en París el simbolismo y el movimiento socialista tienen artistas que forman escuela, Peloux y Bretón y otros pintores han pintado y siguen pintando allá en países distantes de la capital de la nación la naturaleza y las gentes campesinas, alejándose por completo de los convencionalismos á que obligan los asuntos sociales, políticos, científicos ó religiosos.

Y no solamente en este particular es á mis ojos beneficiosa la celebración de exposiciones regionales, sino también en lo tocante á la línea y al color. Nosotros hemos sufrido durante largo período de tiempo la influencia de la terrosa paleta romana; ahora, merced á la tendencia mística y al desarrollo de las ideas filosófico sociales, como las catilinarias pictóricas de Courbet, ha venido el gris trayendo de la mano un ideal estético, negación de la belleza antropomórfica.

No significa lo que arriba he dicho de que las influencias de las teorías artísticas y filosóficas que rápidamente vienen sucediéndose en estos últimos días del siglo, no alcanzando sino muy débilmente al artista regional, poniéndole fuera del alcance de las alternativas que modifican el gusto estético, la aquiescencia á esa cómoda teoría proclamada á cada dos por tres, de que el pintor y el escultor no deben saber más que esculpir y pintar, dándosele un bledo del resto de la labor intelectual de la humanidad. Nada más lejos de mi pensamiento que tal disparate. Creo, he creído y seguiré creyendo que el artista necesita, además de las condiciones psíquicas y físicas innatas para el sacerdocio del arte, desarrollar las primeras cultivándolas, pues de otro modo carecerá la obra que produzca del valor de la idea, y la misma parte plástica habrá de resentirse de falta de ese algo que en la jerga del arte se llama carácter. Pero esto no obstante, afirmo que alejado el pintor de aquel ambiente donde la especulación filosófica de un lado y la artificial atmósfera de los grandes centros urbanos de otro ponen confusión en el espíritu y le distraen hacia efectismos y espejismos á cada instante mudados y opuestos, puede abarcar más serenamente la síntesis de todas esas manifestaciones del pensamiento y del sentimiento, que por ser tal síntesis tiene la importancia de presentar á aquéllas en conjunto para poderlas discernir y aceptar ó rechazar, según el artista las crea aceptables ó rechazables.

Porque para mí, el arte hoy adolece del grave mal de una monotonía insoportable en su doble aspecto plástico y de la idea; y además de eso, del de un concepto desmedrado hasta la raquitis de la forma y de la línea y por lo tanto de la belleza plástica. El color ha sufrido una transformación terrible en aquel sentido. Si en pasados tiempos se distinguían de un modo claro y terminante no tan sólo las escuelas nacionales, sino las regionales, como podemos observar en nuestro Museo del Prado, hoy solamente alguna personalidad, perfectamente dueña de su paleta y perfectamente segura de sí misma, manifiesta esa diferencia y se muestra original. Esto es tan cierto, que excuso todo ejemplo. Pues bien: donde esa monotonía esterilizadora se acentúa gravemente es en las grandes capitales. Si ayer se advertían los distintos temperamentos de Rosales, de Fortuny, de Domingo, de Valles, de Palmaroli, de Rui Pérez y de tantos otros artistas, hoy, excepción hecha de los pintores que de entonces todavía existen, los demás se confunden en una «manera» y en un mismo modo de sentir el natural, hasta el extremo de parecer las obras de cien de una sola mano y de un solo cerebro. Y la característica de todas esas obras es producto del olvido en que el artista cae de los elementos gráficos, plásticos y psíquicos, que en la Naturaleza solamente existen.

Así como el individuo que vive en estos grandes centros urbanos necesita de tiempo en tiempo abandonarlos para ir en busca del oxígeno para la sangre y los pulmones, y de fósforo para el cerebro, y de aguas alcalinas para el estómago y el hígado, y de reposo para el espíritu, así el arte necesita también robustecer la línea, y simplificar el color, y simplificar todavía más el concepto de la belleza, y dejar el terciopelo y las gasas y los polvos de arroz y las perspectivas arquitectónicas de las modernas construcciones, á cambio de las líneas robustas del hombre del campo, y las majestuosas de los árboles y de las montañas, y el color de los valles y del extenso mar, y la luz de los cielos. Y en este sentido, las exposiciones locales y regionales son de indiscutible importancia, ¡qué digo en este sentido!, también en el de la elaboración de las grandes ideas.

No parece sino que esas *salidas de misa* y *salidas del baile* y todos esos cuadros de costumbres urbanas, así de las altas clases como de las bajas, están todos destinados á eterna vida, cual debe ser la de la obra de arte. Nada menos cierto; para que tal cosa se realizase sería preciso que tuviesen el valor de una idea de mérito, de algo original, la importancia *a posteriori* de la revelación de un aspecto nuevo de nuestra sociedad. Todo en esos cuadros de costumbres urbanas conspira contra su duración. La monotonía antiestética de los trajes del día, lo artificial de la decoración, la ausencia de un afecto, de un sentimiento, siquiera sea el más vulgar. Me dirán que lo mismo acontece á los cuadros de costumbres rurales. No; por lo menos allí está la Naturaleza con todos sus encantos, así en la figura como en el fondo; por lo menos allí, el color es color de vida y la línea línea no deformada por ninguno de esos aparatos ortopédicos que la moda y las enfermedades imponen juntamente al habitador de estas poblaciones, como las extravagancias del mal gusto á las flores y á los árboles de nuestros jardines y «parterres.»

Porque yo quiero que me digan qué es lo que, en el orden impuesto á las cosas por las tendencias de la vida moderna, existe en estas capitales que valga la pena de ser tenido en cuenta como manantial inagotable de inspiración para el artista. Si es desde el punto de vista que ofrecer pueda la industria moderna, considerándola en sus fases de documento histórico, de aspecto dramático, de la de un altruismo, á las grandes fundiciones de Sestao, á las de Mieres, á las minas de Almadén, á las de Asturias, como fué lejos de París el autor de *Germinal*, es menester ir; si se busca la inspiración en la novísima idea del misticismo, nada más opuesto que este tráfago tremendo de neuróticos; si se va tras los dramas ó los idilios del amor en sus varios aspectos, aquí como en el fin del mundo se encuentran y encontrarán eternamente; si, en fin, de las costumbres se estudia su estética y aspecto artístico, en todas partes se ofrecen con más originalidades que en París, y en Madrid y Berlín. Una romería en las montañas de Cataluña ó de Cantabria tiene más poesía, más originalidad que las ferias de los suburbios de París ó las verbenas y romerías de Madrid.

¿Es esto rechazar los elementos que ofrece la múltiple vida urbana, principalmente en su parte moral? No; pues si bien para los medios de expresión de las artes plásticas no es muy asequible la exteriorización de las grandes luchas y de los accidentes de la vida de las modernas capitales, sin embargo, con ayuda de un perspicaz ingenio analítico altamente observador, puede el artista alcanzar á dar forma á los más hondos repliegues espirituales.

Débese, á mi entender, dejar libre el campo, sin que ingerencias extrañas vayan á modificarlas en nada, á las manifestaciones del arte regional. Veamos si surge un genio nuevo, que, libre de preocupaciones de escuela, fija la vista en la verdad, no mire sino á ésta y á sí mismo. No otra cosa hicieron, con Velázquez á la cabeza, nuestros pintores y escultores del siglo de oro. Débese, sí, ese respeto á aquellos que viviendo en medio de la Naturaleza, frente á frente de esa guardadora de misterios sin fin, para la ciencia y el arte ocultos en su casi totalidad, pueden arrancarle uno nuevo, porque al presente nos sucede á artistas y literatos y hombres de ciencia lo que no hace muchos días me decía un diputado de clarísimo entendimiento, refiriéndose á la desmedrada campaña de ciertas oposiciones: «Amigo mío, si todo sigue como está, tan mal, y el remedio no lo vemos venir, consiste tan sólo en una pequeñez, como diría el Padre Coloma: en que los hombres de esas minorías no lo saben hacer mejor que los que nos desgobiernan. Es decir, no pueden traernos el remedio porque no *pueden.*»

Lo mismo digo. El arte no muere ni morirá jamás. Si hoy está tan decaído y mal, es porque no pueden levantarlo y ponerlo bien los artistas de esta generación. No pueden.

A ver si sale por esos mundos de Dios alguien que *pueda*.

R. Balsa de la Vega

LAS SANDALIAS DEL GUERRERO

CUENTO EGIPCIO

I

Hotep no siempre había sido mendigo. Hijo de un *fellhá* de los alrededores de Tebas, su adversa suerte quiso que fuera comprendido en una de las levas, con las que Ramsés I, el gran monarca conquistador, nutría las filas de los ejércitos que guerreaban en Asia. El joven no tuvo ocasión de distinguirse en su nuevo estado, pues en el primer encuentro con los asirios en que tomó parte, un flechazo traspasándole un muslo le puso fuera de combate, y cuando recobró la salud, se encontró con la pierna derecha privada de movimiento, desgracia inmensa compensada sólo por el derecho adquirido á costa de su sangre de volverse á su patria, comer lo que tuviera ó arrojarse al Nilo ó al primer río que topase en su camino si lo juzgaba conveniente; que tales eran en aquellos remotos siglos los retiros que los Faraones concedían á la innumerable muchedumbre de infelices que cual inmensos rebaños sacrificaba su soberbia en las colosales y gloriosas campañas que nos relatan las stelas de los templos.

Hotep no se desanimó por su adversa suerte, y uniéndose á una caterva de guerreros más ó menos mutilados, emprendió el regreso á Tebas apoyándose en un grueso garrote y llevando al hombro un saco con algunas tortas de maíz, que junto con una calabaza de agua constituían todas las provisiones con que contaba para volver á pisar el sagrado suelo de Egipto.

Con las peripecias y aventuras de tal viaje desde la Mesopotamia al Mar Rojo, podría escribirse un buen volumen; mas no consintiendo tales pormenores la índole de esta narración, habremos de contentarnos con saber que de guarnición en guarnición, unas veces comiendo y otras ayunando, dos meses después la desdichada caravana, salvo algunas bajas causadas por las privaciones, llegó al delta del Nilo, lugar fijado para la separación de los veteranos, que desde allí se desparramaron por todo Egipto.



La hija del jardinero, cuadro de Francisco de P. Mendoza
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Hotep quedó solo con otro compañero, que nacido en una aldea inmediata á la suya seguía el mismo itinerario. Era el camarada hombre ya viejo, encanecido en la milicia y privado de la vista á consecuencia de una profunda herida en la cabeza. El cojo, aunque de limitados alcances, tenía excelente fondo, y movido á compasión se brindó á servir de lazarillo al ciego, y le hubiera guiado hasta el lugar de su nacimiento, si los dioses infernales no hubieran acordado cortar la existencia del viejo llamándole ante su tribunal del Amenti; y así, una noche en que los dos inválidos descansaban al abrigo de un espeso cañaveral no lejos de Pelusia, Hotep, que dormía plácidamente envuelto en sus harapos, oyó de pronto un lastimero quejido que exhaló su compañero, é incorporándose le dijo:

– ¡Hola, veterano! ¿Qué es eso? Despierta, que sin duda el maléfico influjo de Tifón pesa sobre ti, atormentándote con alguna horrible pesadilla.

– Hotep, me muero, murmuró el ciego. Siento que la vida se me acaba.

– ¡Por Osiris, que estás delirando! ¡Quién piensa ahora en morir!

– Me muero, muchacho, me muero. Creía que tendría fuerzas para llegar allá, pero no puedo. ¡Agua!.. ¡Dame agua; me ahogo!..

Hotep, alarmado, corrió con cuanta ligereza permitía su cojera hasta un canal inmediato, y volvió con la calabaza llena del líquido pedido, diciendo:

– Bebe. Esto pasará, es un desvanecimiento ocasionado por el fuerte sol que hoy nos ha hecho hervir la sangre.

– Gracias, camarada, respondió el ciego. No temo á la muerte; hace años que la he considerado siempre cercana. Después de todo, para no ver más la luz, tanto



Junto al lecho mortuorio de la madre, cuadro de Teodoro Hummel
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

me importan las tinieblas de Egipto como las del Amenti. Mira: en este saco va toda mi fortuna; es bien poca cosa: un casco de bronce, unos cuantos trapos y unas sandalias de cuero, que es lo que más valor tiene, pues son casi nuevas, el material es superior y están bordadas en oro. No sé de dónde proceden; pues las encontré en la batalla en que me hirieron, atadas á la cintura de un soldado muerto. Sólo el poderoso Amón sabe á quién se las robaría. Cógelo todo si muero. Es la fortuna de un soldado que ha servido treinta años á los Faraones. ¡Bonita herencia!

Hubo un intervalo de silencio, durante el cual escuchóse tan sólo el anhelante respirar del inválido y el canto monótono de las ranas. Hotep se devanaba los sesos, pensando qué haría ó diría en aquella situación que le parecía bastante grave y apurada. Por fin su compañero bebió de nuevo y dijo:

– Puede que tengas razón y me haya equivocado; pasó la angustia y tengo sueño. Durmamos; y si me muero, ya sabes, todo para ti.

Y volvió á tenderse entre las cañas, murmurando palabras confusas é ininteligibles. Hotep siguió su ejemplo; y con una filosofía rayana en la estupidez, á poco roncaba, haciendo ruda competencia á las parleras ranas. Cuando despertó al salir el sol, el ciego yacía á algunos pasos de allí, tendido boca abajo. ¡Osiris benéfico había llevado su alma á las eternales regiones en donde mora el omnipotente Ftá!

II

El sol comenzaba á iluminar con sus espléndidos rayos las terrazas de los elevados pylones del templo de Amón-Rá protector de la regia capital de los Faraones de la dinastía XIX, cuando Hotep, vistiendo un viejísimo calasiris de algodón listado que dejaba ver por sus múltiples desgarrones las obscuras carnes del mendigo, apareció junto á uno de los colosales esfinges que constituían el *dromos* del templo; detúvose un momento, y sacando de un envoltorio el casco de bronce y las sandalias que heredara del viejo guerrero, atavióse con ambas prendas, quedando en breve espacio convertido en la más grotesca figura que puede imaginar el lector. No parecía, sin embargo, el inválido descontento de su aparato indumentario, pues con aire satisfecho se atusó la encrespada y revuelta cabellera, y canturreando una canción popular se dirigió, apoyado en un grueso bastón que le servía de muleta, hacia una puertecilla que se divisaba en el primer pylón casi oculta cabe las robustas piernas de la colosal estatua de Amenhotep II, que parecía guardar la entrada al gran patio que precedía á la sala hypostita. Hotep dió con su bastón un fuerte golpe en la hoja de la puerta, y pocos instantes después apareció en el lindar una mujer de robustas formas, cubiertas por ajustada túnica blanca sin mangas y con amplio escote, sostenida por una especie de tirantes de cuero rojo.

– ¿Qué se te ofrece tan temprano y tan compuesto?, preguntó con burlona sonrisa al reparar en el casco y en las lujosas sandalias del mendigo. Hoy no es día de repartir los restos de las ofrendas...

– No vengo á pedir limosnas, contestó Hotep; vengo á hablar con tu padre para decirle que quiero casarme contigo.

Los ecos del templo reprodujeron durante largo espacio las más sonoras y alegres carcajadas que jamás habían turbado la majestuosa calma de aquel silencioso recinto. Hotep, sin desconcertarse por la manera como era acogida su pretensión, dijo mirando con petulancia sus sandalias:

– Hermosa Amneris, veo que mi idea te regocija, y esto me hace suponer que mi figura no te disgusta y el resultado...

– El resultado, interrumpió la joven, será que mi padre te dará algunos palos y te romperá la pierna que aún tienes sana.

– ¡A mí, á un guerrero del Faraón!

– ¡Imbécil! Tú ya no eres guerrero, sino pordiosero; y si no fuera por lo que en esta casa te hemos protegido, perjudicando á otros pobres más antiguos, hace tiempo que estarías descansando en el pozo grande de asfalto de la necrópolis en agradable compañía con otros ilustres personajes de tu calaña.

– ¿Olvidas que soy propietario de una casa junto al canal del Castillo Blanco?

– Sí, ya sé que tienes una barraca de adobes cuarteada y sin techo.

– No es tan mala, y además tengo... estas sandalias.

– Mira, Hotep, dijo Amneris adoptando un aire protector, sin duda los fuertes calores y el hambre que has sufrido en Asia han perturbado tu razón. En primer lugar tengo un pretendiente acomodado, y en segundo, ¿cómo quieres que yo, hija de un guardián del templo de Amón-Rá, corresponda al afecto de un buen muchacho como tú, pero inútil para todo, y sin más riquezas que las que poseen esos ibis que anidan en las cornisas de los pylones; y aun esos pueden buscar libremente su sustento; pero tú, ¿cómo atenderías á mi subsistencia con la pierna arrastrando y con ese casco tan abollado?.. ¡ja... ja... ja!.

Y de nuevo la risa más retozona animó el semblante de la muchacha.

El pobre cojo, cuya candidez le había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas, quedóse sorprendido ante frases tan desconsoladoras. Por única respuesta rascóse el cogote, miró á Amneris, y con gesto de cómica desesperación dió media vuelta y sin pronunciar una palabra alejóse de la puerta acompañado por las carcajadas de Amneris.

– ¡Pobre chico!, dijo ésta: no es malo, pero... ¡es tan miserable y tan cojo!

III

Hotep, aunque verdaderamente anonadado por la escena narrada, tenía, como todos los fellhás, una gran dosis de mansedumbre y resignación; así que, después de desahogar su cólera murmurando unas cuantas invectivas contra Amneris, se encaminó hacia un grupo de palmeras que sombreaban el camino que conducía al templo y se tumbó sobre la menuda hierba. Pocos instantes después roncaba como un bienaventurado. Ciertamente, Hotep era un gran filósofo.

De pronto el mendigo despertóse á impulso de algunos puñetazos aplicados con mano vigorosa, é incorporándose vió ante sí á un personaje de elevada condición, á juzgar por la pedrería que brillaba en el pectoral que cubría su robusto pecho y por la finura y elegancia de su túnica. Otro sujeto, portador de un *flabelum* de plumas de avestruz, que era sin duda el que le había despertado de un modo tan enérgico, se hallaba junto al primero.

– ¿Quién eres?, dijo éste con voz imperiosa, ¿qué haces aquí?

– Pues ya lo ves, dormir; repuso Hotep con justa indignación.

– ¿Quién te ha dado estas sandalias?, volvió á preguntar el incógnito personaje.

– Quien puede, contestó Hotep recogiendo su cayado y adoptando una actitud defensiva.

– ¡Por mi padre el Sol, que no he visto jamás sabandija tan insolente! Oye, miserable cojo, y tiembla.

– ¡No temblé en el campo de batalla cuando una flecha asiria traspasó mi muslo, y me asustaré ahora que nada malo he hecho! ¡Pero ah!, exclamó de pronto, tú debes ser el rival que me disputa el amor de Amneris.

– ¡Está loco!, dijo el desconocido con asombro, volviéndose á su acompañante, que contestó con un signo afirmativo.

– Conque, es decir, prosiguió Hotep, ¿que no contento con quitarme la novia, quieres también apoderarte de mis sandalias?

– Sin duda ignoras quién soy, dijo el personaje del pectoral. ¡De rodillas, miserable, ante el Faraón!

Hotep lanzó un grito de asombro, é inclinando humildemente la cabeza respondió:

– Alto y poderoso Ramsés, perdona á tu humilde esclavo. No me postro ante ti, porque la herida que recibí en tu servicio me inutilizó la pierna y no puedo... Ten misericordia de este infeliz inválido, que si pronunció palabras inconvenientes fué por no haberte conocido. Sé tan bondadoso como eres invencible y fuerte.

– Piensa bien lo que vas á contestarme, porque de ello depende tu vida. ¿Recuerdas la ocasión en que adquiriste esas sandalias?

– Sí, hijo predilecto de Fré.

– ¿Recuerdas si el que tales prendas te dió te aseguró que eran la fortuna de un soldado?

– Sí, contestó Hotep, pensando en las últimas palabras del guerrero ciego.

– Entonces, ¿cómo no has reconocido en mí al Faraón á quien guiaste en el reconocimiento del campo enemigo, y que como prenda de su real aprecio para reconocerte y recompensarte después de la batalla te dió las sandalias que hubo de quitarse para trepar por los acantilados de Saín, cuyo paso nadie conocía como tú y merced á cuyo descubrimiento alcancé una de mi más famosas victorias?

El mendigo quedóse inmóvil como una momia en su sarcófago. Acababa de comprender que una inmensa fortuna se le ofrecía con sólo convenir con las preguntas de Ramsés. Por un momento las ideas del bienestar de toda su vida y de la posesión de Amneris cruzaron rápidamente por su cerebro; pero el cojo era honrado y se rebeló su corazón contra toda indigna superchería.

– Señor, dijo, soy un mendigo desvalido, inútil y despreciable, el alimento que me sustenta lo debo á la generosidad del pueblo, pero mis labios no se mancharon con la mentira. Estas sandalias no me las diste tú.

Y en breves frases contó al Faraón su desdichada historia y la manera como el regio recuerdo había llegado á sus manos.

El viejísimo papiro del cual he traducido este sencillo relato no refiere lo que siguió á tan franca confesión; sólo añade á guisa de epílogo estas frases:

«Amneris y Hotep fueron muy felices en su nueva posición y tuvieron muchos hijos, todos ellos servidores fieles y adictos de Ramsés Meiamún, á cuya regia esplendidez debían tantos favores.»

A. DANVILA JALDERO

NIDO DE PALOMOS

En la naturaleza nada se pierde y nada se crea.

Esta es una verdad química.

Varían las combinaciones y cambia el estado de los cuerpos.

Pero ninguno de sus componentes se pierde.

Principio científico que enunciaba así un trapero:

«Yámele usté fraque, yámela usté chaquetiya, to es prenda de vestir.»

Nada se pierde.

Porque, es un suponer, juegan ustedes por «los azules» en un frontón, y ganan los colorados.

Pensarán ustedes que se pierde el dinero, pero no es así; porque pasa á manos ó á bolsillos nuevos, pero nada más.

En esas instalaciones artísticas de prenderías y «baratillos» ve el curioso observador objetos que nunca creyó de comercio.

Allí hay recortes de pan de la emigración, cajillas con fósforos sin fósforo, ó sea llenas de cerillas sin cabeza.

– Y esto ¿para qué sirve?, pregunté con suma cortesía á un comerciante en detritus sociales, con casa abierta en el Rastro.

– ¡Ah!, exclamó, bien se conoce que usted es persona acomodada.

– Sí, señor, soy un burgués, le dije muy bajito; pero no lo divulgue usted, por si acaso.

– Esas cerillas representan una economía para las casas.

– A ver.

– Es muy sencillo: que necesita usted encender la mecha de un quinqué, ó el pábilo de una vela...

– ¿El pábilo?

– Bueno, la torcida.

– La medula espinal, que diría algún modernista.

– Pues para ese caso sirven las cerillas. Lo mismo que para buscar alguna cosa en habitaciones obscuras, ó para encender carbón, ó... para encender el cigarro.

– Pero ¿cómo?

– Se enciende una nueva, con cabeza visible, y en esa se van encendiendo las demás.

Tanta gracia me hizo la ocurrencia, que estuve para convidar al comerciante.

Nada se pierde; todo se aprovecha.

No hay para qué hablar de esos pescadores en seco de puntas de cigarro.

Esos jóvenes del cuerpo de «colilleros y bibliotecarios,» como decía un individuo en un arranque de despecho, por *mor* de unas calabazas que le habían dado en un examen, en nada reparan, todo lo atropellan.

Ya no esperan á que caiga majestuosamente la colilla de manos ó de labios del propietario.

Se adelantan á su época y aconsejan al fumador:

– Caballero, tírela usted ya, que es muy malo para el pecho y el estómago apurar los cigarros.

– Te lo habrá dicho Pasteur, ¿eh?, le preguntó un infeliz no reconocido como tal; pero que lo es.

El muchacho respondió muy fresco:

– No me lo ha dicho Pastor, me lo ha dicho *el Bombita*.

Nada se pierde.

Hasta ayer, como quien dice, se ha defendido contra viento y marea ó contra viento y municipio aquel alcázar de un aristócrata de primera clase que fué; aquel templo más tarde de «las artes liberales,» verdaderamente liberales.

Quedaba en pie una parte del que había sido palacio, libre de cargas é inquilinatos ofensivos para la dignidad del pobre.

En aquellas ruinas llegaron á reunirse la mayoría de los chicos de los de *Golfo* en adelante.

¿Cómo se estableció y se organizó la sociedad anó-



El Papa León XIII en los jardines del Vaticano, cuadro de Hermán Corrodi



Juego de bolos, cuadro de Guillermo Claudius

nima del todo, que habitaba impune y gratuitamente las ruinas de aquel palacio?

Como nacen y se organizan las grandes empresas, las asociaciones más fundamentales y más serias.

Un presidente de cartel, varios vocales procedentes de fugas, y un secretario y nada más.

En cierta noche lluviosa del mes de diciembre, llegó al caserón en ruinas un caballero aventurero.

Inmediatamente le ocurrió el pensamiento de instalarse en aquel alcázar ó en aquellas reminiscencias de edificio, para resguardarse de la lluvia y del frío.

Después pensó en la fundación de un círculo no político ni literario ni moral, al alcance de todos los jóvenes obscuros, pero de buena voluntad.

El primer ocupante de las ruinas fué como el jefe de la sociedad, tanto por su edad venerable, cuanto porque había sido el Hernán Cortés en aquella casa.

En poco tiempo se extendió en Madrid la noticia de la apertura del *Hotel-perdis* ó del *Perdis-club*, y acudían diariamente señoras y caballeros en demanda de pupilaje.

Cuando los dependientes de la autoridad disolvieron aquella asociación, había llegado al apogeo.

Ya no se cabía de pie en las habitaciones de primera; esto es, en las que conservaban la techumbre. En aquellas horas de recogimiento social se oía algún diálogo que excitaba la curiosidad.

– ¿Y tú, quién eres?, preguntaba el cabeza de la casa.

– Un pobre huérfano de tía...

– ¿Eh?

– No he conocido á mis padres; ni sé si los he tenido.

– Se *supone* que sí. ¿Y en qué te ocupas?

– Soy de vigilancia.

– ¿De vigilancia?

– Sí, porque tengo á mi cuidado un distrito, para ver y oir.

– ¿Para ver y oir?

– Sí, tengo el primer ojo clínico y me entero en seguida de las casas, del interior de las familias y sus necesidades, y de las ausencias y demás.

– ¡Ya! ¿Y tú?, preguntó á otro.

– Yo estoy cesante.

– ¿Cesante? Pues ¿en qué estabas *empleao*?

– Estuve en la cárcel modelo dos años, y me han dado el alta ó el *esceso* hace pocos días. Yo soy *noviyero*.

– Pues, chico, di tú que tienes dos *facurtades*.

– Tomo *reloses* al sesgo y cuarteo bolsillos; ¡pero cómo!, cuadrando en la misma cabeza de la *vítima*.

Otro se declaró químico movilizado.

– ¿Y qué oficio es ese?, preguntaron otros.

– Ando por ahí haciendo pruebas y ofreciendo un agua nueva para limpiar «toda clase de manchas,» conservar el pelo y quitar el dolor de muelas.

– Es maravilloso.

– ¿Y eso no tiene peligro?

– Hay que sortear á los concejales; digo, á los guardias del Ayuntamiento, que nos persiguen.

– Como que la autoridad es la mayor enemiga de las artes y de las letras, dijo otro socio.

Todos aprobaron la opinión del individuo parlante.

Y éste añadió:

– Andaba yo por ahí con unos pájaros crudos, *lo cual que* me habrán visto ustedes, adivinando á las chicas, cocineras y doncellas y modistas todas sus cosas íntimas, por el corto interés de un *perro chico*. ¡Na! Que los mismos pájaros, *enseñaos* ya, sacaban las respuestas de unos cajoncillos donde yo las había metido. Ya ven ustedes si la ocupación es delicada, inocente y aun honorífica.

Las noches en el *Hotel-perdis* eran dignas de crónica de salones.

¡Qué fraternidad! ¡Y qué variedad de tipos y costumbres!

Ya se reunía allí lo mejor del Madrid putrefacto, que decía uno de los socios.

Y aun alguna señorita que llegaba tarde para tomar el tren y regresar al «*cieno* de su familia» también acudía al *Perdis-club*.

Pero una noche sobrevino una *bronca* por quítame allá... no, por me has quitado allá unas *perras*, y la autoridad no tuvo más remedio que ver y oir.

Aquella noche salieron en cuerda como palominos todos los socios presentes.

¡Qué clamor!

Como que alguno de ellos decía, enternecido:

– Ahora se va á enterar el juez de la Inclusa de que estoy en Madrid, sin haber ido á visitarle, y se picará, de seguro.

¡Qué lástima de sociedad, disuelta en un momento!

Eduardo de Palacio

EL JUICIO DE DIOS

Corrían los calamitosos tiempos del rey D. Pedro.

Las huestes del bastardo D. Enrique tenían en apurado trance al monarca castellano dentro de los muros de Montiel.

Las banderas francesas paseaban por las campiñas del territorio hispano.

Los estragos de aquella guerra fratricida dejaban huellas profundas en los campos de Castilla, de antaño harto castigados por las turbulencias de los rebeldes vasallos de D. Pedro.

Este, desde las almenas del fortificado recinto, podía contemplar el campamento de su hermano, que, á modo de férreo círculo, estrechaba al indómito príncipe, reducido á las menguadas huestes que eran insuficientes para guardar los débiles muros de aquella villa.

El silencio de aquella tenebrosa noche era interrumpido por las voces de los centinelas del campo de D. Enrique y de los soldados que paseaban por las murallas de Montiel.

La luna alumbraba con su pálido reflejo esta escena, imprimiendo mayor tristeza á aquel campo fatídico, escenario de una tragedia cuyos personajes habían de legar á la historia una de sus páginas más sangrientas.

* * *

Escondida en el seno de espeso robledal y en la falda de una de las suaves colinas que constituyen el anfiteatro de aquellos contornos, levantábase humilde morada, temida mansión, porque en aquellos tiempos procelosos el misterio era de imprescindible necesidad, problema de vital interés para los que todo debían temer de los magnates desenfrenados, de los príncipes rapaces y de los señores inspirados por las asoladoras doctrinas del feudalismo.

Pero Garcés, antiguo mesnadero de D. Alfonso el Onceno, curtido en las infinitas lides que aquel monarca sostuviera con los agarenos, achacoso de las heridas que recibiera en lucha con el infiel, buscó en aquel ignoto rincón de Castilla días apacibles que restablecieran la paz en su espíritu, largo tiempo agitado por el combate, y el reposo necesario á los achaques de su cuerpo, harto quebrantado por las heridas y fatigas de rudas campañas.

Quizás no fueran estas razones bastantes para que Garcés adoptase tal medida, si una circunstancia no hubiese influído de una manera resuelta en sus proyectos.

Al regreso de su última expedición á la frontera morisca, supo que su único hermano Rodrigo acababa de expirar, legándole un pedazo de terreno en las cercanías de Montiel y á una niña de ocho años, hija de Rodrigo.

Comprendió que su hermano, al morir, le legaba la protección de la doncella, y mal podía cumplir con este deber, de seguir en su agitada vida.

Por eso, encerróse en aquella soledad el viejo soldado que había seguido las victoriosas banderas del onceno de los Alfonsos en más de cien combates.

El cuidado de Berta y las labores de las tierras que rodeaban aquella modesta mansión sucedieron á las aventureras expediciones.

Cuidaba de la huérfana con el solícito afán de un padre; atendía cariñoso á sus deseos, inculcando en su espíritu francos y saludables consejos que le dictaba su conciencia recta.

Así creció la doncella, adquiriendo su naturaleza todo el vigor y lozanía que imperaban en aquellos selváticos lugares.

Garcés guardaba su sobrina con el cuidado que el avaro mantiene oculta la más preciada joya de su tesoro.

No eran aquellos tiempos los más á propósito para que una doncella de la hermosura y virtud de Berta pudiera trocar la vida sencilla y patriarcal de la casita del bosque, por los peligros que encerraban en aquel entonces las ciudades que gobernaban desenfrenados y despóticos magnates.

Sabíalo muy bien Pero Garcés, y por eso guardaba con la cautela de un soldado viejo el depósito que se le había confiado.

* * *

La noche en que empieza nuestra historia encontrábanse sentados delante de los restos de la cena el veterano y Berta.

Dormitaba el primero, sin duda entregado á los recuerdos de sus campañas.

La doncella entreteníase en arreglar los adornos de una saya, á lo que parecía prestar extraordinaria atención.

El silencio reinaba en aquella estancia, donde apenas llegaban esos mil misteriosos rumores de las noches.

Dormitaba el viejo, y la niña con febril actividad dejaba correr la aguja por la tela.

De repente un ensordecedor estrépito conmovió la casa.

La puerta, arrancada de sus goznes por una mano poderosa, voló en pedazos.

Una tropa de hombres de armas hizo irrupción en el interior.

Un guerrero de gigantesca estatura precipitóse sobre la joven, la cogió en sus brazos y huyó con ella, en tanto que los suyos amordazaban á Garcés, que con la sorpresa pintada en su semblante veía aquellos hombres de armas, y sentía en sus carnes las apretadas ligaduras que ceñían sus brazos y piernas.

En un momento lo comprendió todo.

El precioso tesoro que guardaba con tanto empeño había sido descubierto.

El gavilán llevábase en sus garras á la tímida avecilla.

Y él se veía reducido á la impotencia y no había sabido defender su depósito.

Entonces la rabia invadió todo su ser.

En vano pretendió romper las ligaduras.

Manos maestras las habían colocado, y era vano empeño desligarse.

Los hombres de armas, asegurados de la impotencia del mesnadero, abandonaron aquella mansión, teatro de su crimen, celebrando la hazaña con cínicas carcajadas.

* * *

El caballero de Chantelier pasaba por uno de los más esforzados capitanes de la legión de Bertrand Duguesclín.

Mozo de arrogante figura y hábil en el manejo de las armas, sobresalía entre los numerosos aventureros que seguían la enseña de Trastamara.

Entre sus compañeros referíanse de una manera pintoresca las aventuras del caballero, sobre todo sus fortunas en el amor.

Componía trovas como el más inspirado trovador, y en audacia para raptar doncellas no le igualaba más de un caballero.

Chantelier en una de sus excursiones solitarias por el robledal de Montiel vió á Berta.

Sin ser visto por ésta, siguió sus pasos, y la vió entrar en la casita.

Para un aventurero como el capitán, constituía aquélla una de tantas aventuras de su vida.

Para un carácter disipado como el del caballero, representaba el rapto de Berta un pasatiempo agradable, para conseguir el cual bastábanle pocos preparativos.

Un golpe de mano de sus escuderos y nada más.

Y aquella noche sus servidores ponían en práctica sus planes.

* * *

Al día siguiente de aquel en que ocurrieron los sucesos que tuvieron por teatro las cercanías de Montiel, distinguíase en uno de los suaves declives de las colinas un buen golpe de gente de armas, donde se descubrían los penachos de los nobles y los estandartes de Castilla y Francia.

Allí estaba el de Trastamara con sus capitanes y gentes de armas, y á su derecha el condestable Duguesclín con los nobles franceses que habíanle seguido á los campos de Castilla.

Guardaba, sin embargo, aquella multitud un orden y un silencio que no denunciaban los aprestos de un empeñado combate.

Los arqueros y alabarderos alineados en alas ocupaban un gran espacio de terreno, formando un extenso cuadrilátero.

En uno de los extremos del cuadro alzábase arrogante sobre un potro negro, cubierto de acero, el caballero de Chantelier.

Su mano derecha empuñaba pesado layen, cuya contera descansaba en tierra: calada la visera de su casco, jinete y bruto guardaban la inmovilidad de la estatua.

En el otro extremo del cuadrilátero erguíase firme sobre un caballo de batalla otro jinete, cubierto de hierro como el anterior.

Su armadura no ostentaba insignia que delatara su nobleza.

Contrastaba la modestia de sus corchetes y coraza con las labores de las piezas de acero que cubrían el cuerpo del caballero francés.

Antes..., cuadro al pastel de Arnaldo Ferraguti

Entre ambos jinetes mediaba la distancia de un buen galope de sus monturas.

Cualquier observador en aquella época, rica en torneos y duelos, no hubiera titubeado al contemplar aquel conjunto.

Los reyes de armas, los heraldos con sus trompetas adornadas de paños riquísimos, prestaban el signo característico á aquella escena.

Aquellos dos jinetes debían en efecto venir á las manos á una señal de D. Enrique.

Aquel campo era el palenque donde debía ventilarse uno de esos mil rencores que surgían en aquellos tiempos de turbulencia.

Los caballeros y los jueces de campo debían decidir con su voto el esfuerzo del campeón.

Pero si el observador hubiera contemplado de cerca la adusta fisonomía del Bastardo, la intranquilidad de Duglesclín y los semblantes preocupados de las comitivas de ambos caudillos, hubiera desterrado de su mente la idea de un torneo.

El negro celaje que por momentos cubría el firmamento, ocultando por completo los rayos del sol, imprimían un tinte de lobreguez á aquella escena.

Algunas gotas de agua azotaron el rostro de los espectadores.

En el horizonte distinguíanse con regular intervalo las claridades del relámpago.

La tormenta reinaba en las alturas, como germinaba tal vez en el pensamiento de aquellos que esperaban abajo el desenlace de un drama cuyos personajes eran los caballeros que en los extremos del palenque aparentaban aguardar.

El infante D. Enrique hizo una señal, y un heraldo sonó su trompeta por tres veces seguidas.

Ambos caballeros lanzaron sus corceles en un desenfrenado galope.

El encuentro era inevitable.

De repente un deslumbrador relámpago surcó el espacio, seguido de un ensordecedor chasquido.

Cuando los testigos de aquella escena pudieron darse cuenta de aquella brusca sacudida, vióse á un jinete con su caballo inmóviles en tierra.

Era el caballero de Chantelier.

El rayo habíale herido en su desenfrenada carrera.

El otro caballero, arrastrado por la vertiginosa carrera de su corcel, alejábase de aquel lugar.

Bien pronto se perdió en los límites del horizonte, surcado en todos sentidos por los resplandores de la tormenta que descargaba en todo su furor.

Su carrera tenía algo fantástico.

Aquella vez los hierros no se cruzaron, pero la justicia del Eterno se había cumplido.

Pero Garcés no midió sus armas con el raptor de Berta.

El rayo había convertido en nada al caballero de Chantelier.

Aquella vez el juicio de Dios fué el rayo que aniquiló al criminal.

Dos días después caía el rey D. Pedro, bajo el puñal de su hermano D. Enrique.

ALEJANDRO BARBA

NUESTROS GRABADOS

Viejo pescador, cuadro de A. Muenier. – Fué Muenier de los primeros disidentes del Salón oficial de París, y desde que la discusión se produjo ha venido exponiendo siempre con éxito en el Campo de Marte. Sus obras se distinguen por su sencillez y sinceridad; perfectamente observados los tipos, lugares ó escenas que quiere trasladar al lienzo, reprodúcelos con verdadera maestría dando á sus pinturas toda la vida y expresión del modelo que se propone copiar, como de ello es buena prueba el cuadro suyo que hoy publicamos, y en el cual, si perfecta es la figura del viejo pescador, no le va á la zaga en punto á verdad y corrección el trozo de muelle con sus casas y sus lanchas que le sirve de fondo.



Después..., cuadro al pastel de Arnaldo Ferraguti



UNA HUELGA, cuadro de F. Esser



HOGAR SIN FUEGO cuadro de Víctor Bressanin, que ha obtenido un premio del príncipe Humberto en la Exposición de Bellas Artes de Milán

La hija del jardinero, cuadro de Francisco de P. Mendoza (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Aventajado discípulo de nuestro distinguido amigo el laureado pintor D. Luis Jiménez, es el joven pintor mejicano D. Francisco de P. Mendoza un discreto artista, llamado á figurar en primera línea entre los que en breve espacio de tiempo lograrán crear, en su patria, la escuela pictórica moderna. Tres lienzos aportó á la Exposición de Bellas Artes el Sr. Mendoza, distinguiéndose, á nuestro juicio, el que publicamos, que revela el estudio del natural y es una razonada producción moderna, exenta de las exageraciones de escuela.

La hija del jardinero, recuerdo de la estancia veraniega del artista en el poético pueblecillo de *Pontoise*, es un cuadro que honra en extremo á su autor, á quien aplaudimos seguros que ha de lograr nuevos triunfos á los que ya ha podido conquistar.



GOMOSO, cuadro de Francisco Gómez Soler
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Junto al lecho mortuorio de la madre, cuadro de Teodoro Hummel (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Al penetrar en la sala bávara de la finida Exposición de Bellas Artes, llamaba poderosamente la atención, singularmente de los aficionados é inteligentes, el cuadro de Teodoro Hummel, titulado *Junto al lecho mortuorio de la madre.* Y justo es consignar que razón había para ello, pues aparte de su relevante mérito como producción pictórica, aparte de su magistral sobriedad, revelábase en el lienzo la concentración del sentimiento, el dolor hondamente sentido y una escena penosamente recordada. Penoso tributo significa el cuadro, puesto que Hummel lo pintó inspirado en el recuerdo de los últimos momentos de su madre. Por eso han cobrado mayor impulso sus cualidades, y sin darse de ello cuenta tal vez, ha producido una obra magistral.

Su deseo ha tenido el merecido galardón, puesto que su obra figura la primera entre las premiadas de artistas extranjeros y adquirida para figurar en el Museo de Bellas Artes.

El papa León XIII en los jardines del Vaticano. – En los magníficos jardines del Vaticano, rodeado de todas las maravillas que el arte de la jardinería puede acumular y contemplando el hermoso panorama que ante su vista desarrolla la Ciudad Eterna, suele pasar los ardientes días del estío S. S. León XIII. Allí lo ha representado el notable artista Hermán Corradi departiendo con el cardenal Ledochowsky, mientras en grupo aparte están los cardenales Rampolla, Moceni y Pecci, hermano éste último del actual Sumo Pontífice. Completan las figuras del cuadro un camarero con el quitasol, dos guardias suizos con sus alabardas y los *sediari* al lado de la silla de manos en que conducen al papa, y sírvenle de encantador adorno multitud de jarrones, tiestos con flores y frondosos árboles, débil muestra de las magnificencias naturales que compiten en belleza con los tesoros artísticos acumulados en la residencia pontificia.

Juego de bolos, cuadro de Guillermo Claudius. – Con ser un juego muy común en todos los pueblos, en pocos países tienen los bolos la importancia que en Alemania: en las aldeas apartadas del movimiento de los grandes centros constituyen casi la única distracción de los adultos y de los viejos, actores los primeros y espectadores los segundos del entretenido pasatiempo. No es, pues, de extrañar que la gente menuda se adiestre desde sus primeros años en ese deporte higiénico juntándose varios camaradas á la salida de la escuela en los ratos de recreo y en los días de fiesta para entregarse á esta diversión: dondequiera que encuentran un sitio más ó menos á propósito, allí plantan sus bolos, y empuñando las bolas de madera y haciendo á la vez de jugadores, de criados y de jueces se pasan las horas muertas en tan agradable como sano ejercicio. El celebrado pintor de Dresde Guillermo Claudius ha reproducido esta escena, no por sencilla menos interesante y propia para lucimiento de un artista, creando una obra de poesía, gracias á la belleza del paisaje escogido y á la destreza y naturalidad con que están trazadas las figuras de los pequeños jugadores.

Antes..., Después, cuadros al pastel de Arnaldo Ferraguti. – ¿Qué mejor descripción podemos hacer de esos bellísimos cuadros que la que entrañan sus mismos títulos? *Antes* y *Después...* ¿No encierran esas dos solas palabras todo un drama que las pinturas reproducen claramente? ¿No se ve sintetizada en ellas una historia dolorosa de seducción y abandono? Ferraguti es hoy día una de las primeras figuras del arte italiano, y no hemos de encarecer cuánto vale un artista de quien tantas veces nos hemos ocupado con motivo de la reproducción de sus principales obras.

Una huelga, cuadro de F. Esser. – Como en ninguna otra época, hase puesto ahora el arte al servicio de las cuestiones más palpitantes de la existencia moderna: desechando rancias preocupaciones, abandonando gastados moldes y buscando nuevos procedimientos, el artista de hoy entiende que su principal misión consiste en dejar á la posteridad obras que gráficamente expliquen á las futuras generaciones algo del modo de ser de nuestros días, no sólo los grandes hechos de la historia, sino que también aquellos episodios de carácter social y aun doméstico que juntos componen el gran cuadro de la vida humana en un período determinado. Esos elementos, hoy de un valor histórico relativo, lo tendrán algún día muy grande, bien así como documentos en otras épocas tenidos por insignificantes han servido en nuestro tiempo para explicar sucesos de importancia y para rectificar errores hasta hace poco aceptados como verdades incontrovertibles. Al género de estas obras pertenece *Una huelga*, que no es sino una manifestación aislada de uno de los fenómenos característicos de las postrimerías del presente siglo, y que por su realismo, por su verdad y aun por su crudeza, constituirá siempre un documento de gran valía para el estudio del desenvolvimiento de la cuestión social, además de ser por sus méritos artísticos uno de esos cuadros que lejos de desmerecer adquieren mayor estimación con el transcurso de los años.



MEDIO LUTO, cuadro de Carlos Stochmeyer
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Hogar sin fuego, cuadro de Víctor Bressanin. – Este cuadro, casi no es necesario decirlo, es un cuadro de sentimiento y retrata la vida íntima de la miseria: la escena se desarrolla en una vivienda pobrísima; la madre, desolada por haber buscado trabajo inútilmente, inclina la cabeza agobiada por el peso de su desdicha, por la idea de que no podrá dar de comer á sus hijos. Uno de éstos la interroga con angustiosa mirada, otro asoma su cabecita por encima de la mesa para ver si hay preparado algo que acalle su hambre, y la abuela asiste á tan desgarrador espectáculo llorando su impotencia para remediar tanto infortunio, mientras acurrucado en el fondo del hogar, el gato busca inútilmente un calor que no han de darle las apagadas cenizas. La obra de Bressanin es de las que llegan al alma, y con decir esto queda hecho su mejor elogio.

Gomoso, cuadro de Francisco Gómez Soler (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Discípulo el Sr. Gómez Soler del malogrado Simón Gómez, figura dignamente entre los aventajados artistas, que como Cusachs, Parés, Brull y Xumetra, á tanta altura han elevado el concepto artístico de nuestra región. Circunstancias especiales inclinaron á Gómez Soler á dedicarse á la ilustración de obras literarias, dando muestra de sus buenas aptitudes la colección de volúmenes que constituyen la biblioteca titulada *Artes y letras*, los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós y las *Memorias del general Córdoba*, aparte de los numerosos dibujos publicados en periódicos y revistas. No son tan numerosas sus producciones pictóricas, si bien todas ellas son tan discretas como recomendables, recordándose con gusto las tituladas *Café cantante*, *Gomosos*, *Llévanos al buffet*, etc., que al igual que la que publicamos, distínguense por su humorismo y dan á conocer las aptitudes que posee nuestro amigo para el cultivo de la pintura de género.

Medio luto, cuadro de Carlos Stochmeyer (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – De simplicísimo trazo, amplia factura y sobria tonalidad es la preciosa cabeza de estudio que reproducimos, á la que su autor, el distinguido pintor bávaro Stochmeyer, tituló *Medio luto*. Cierta á modo de sugestión ejercía la bella cabecita, que sin perder la robustez propia de los lienzos pintados al óleo, distinguíase por la frescura de su tonalidad, cual si se hubiese ejecutado al pastel.

Pocas veces será dable á un pintor obtener con tan limitados medios iguales resultados. Cierto es que el artista á que nos referimos fué uno de los más aventajados discípulos de la Academia de Karlsruhe y que su nombre es hoy ventajosamente conocido en el mundo del arte.

¡Mayo!, estatua en yeso de José Soler Forcada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Aunque joven, no es el escultor Sr. Soler Forcada un artista novel. Sus producciones hanle conquistado un lisonjero concepto, reputándosele como uno de los más discretos escultores entre los que constituyen el grupo de la nueva pléyade artística de nuestra región.

La bonita estatua titulada *¡Mayo!* atestigua sus cualidades y los ideales que persigue, ajustados al modernismo por el concepto y la modelación. *Mayo*, representado en la forma en que ha ejecutado su obra, resulta una bella alegoría del florido mes, exenta de convencionalismos y sujeta, repetimos, á las corrientes modernas.

Plácemes merece y se los tributamos sin reserva, ya que la obra que reproducimos figura entre las premiadas por el Jurado calificador de la finida Exposición general de Bellas Artes de nuestra ciudad.

Las fuentes del Tigris, cuadro de Kirschenko. – El Tigris y el Eufrates atraviesan esa feliz comarca en donde, según la Biblia, estuvo el Paraíso terrenal y que es preciso considerar como cuna de la civilización. Las fuentes del Tigris (Didjaleh) se encuentran muy cerca de las del Eufrates, no lejos de las minas de Siwan en el borde meridional de la cordillera del Taurus: las principales de ellas, denominadas Outsch-Gueul (los tres lagos), surgen á 800 metros de distancia de un desfiladero profundo que sirve de lecho al río Monrad. El Tigris recibe en su corriente multitud de arroyos y con gran rapidez corre formando múltiples sinuosidades, de suerte que la cuenca del mismo parece entrelazarse con la del Eufrates. Al Noroeste de Diarbekir, cuando atraviesa el Kurdistán, el Tigris se ensancha cada vez más hasta que sus aguas desembocan en las del Eufrates cerca de Korna. La población que habita en el territorio donde nacen las fuentes del Tigris es muy abigarrada y se compone principalmente de kurdos, armenios, turcomanos, turcos, griegos y judíos. En Diarbekir florece el comercio que se practica por medio de caravanas, una de las cuales está representada en el cuadro de Kirschenko que reproducimos y en el cual se descubren sin esfuerzo alguno excelencias de composición y de dibujo que revelan la mano de un maestro y el talento de un observador concienzudo.

Delicias del campo, cuadro de Fausto Zonaro (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Quien examinase el lienzo del pintor paduano Fausto Zonaro, no supondría la obra de procedencia italiana. Cierto es que la á que nos referimos no constituye una excepción, pues otros artistas no menos distinguidos hanse presentado en la finida exposición engalanados con la gama moderna, persiguiendo un empeño plausible, cual es el de lograr resultados con la simplicidad de medios.

Delicias del campo es muestra de cuanto apuntamos. Fácilmente trazada la figura de la joven campesina, de simpática y fresca tonalidad, evoca sin esfuerzo el recuerdo de la exuberante naturaleza y de los goces á que convida el campo cuando aquélla se atavía con sus espléndidas galas.



¡MAYO!, estatua de José Soler Forcada
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



UNA NOCHE

EN LAS MONTAÑAS

POR CORDELIA

Circulaban rumores de guerra y la ciudad de Verona estaba convertida en cuartel general de los austriacos, las calles llenas de soldados de uniforme blanco, de carros de regimientos y de escuadrones de caballería: no se podía vivir allí y nos habíamos refugiado en nuestra casita blanca, situada en la colina, fuera del radio de las fortificaciones.

Mi familia se componía de mis padres, mis tíos y mi prima Pía, que era mi fiel compañera en mis excursiones, la confidente de mis pensamientos. Y allá arriba, en nuestra casita, nos parecía respirar más libremente, se podía hablar de guerra, de libertad, sin peligro de que nos redujeran á prisión, y luego aquel ambiente perfumado, aquella vista magnífica nos recreaba y nos hacía olvidar las molestias de la ciudad.

Nuestra casa estaba construída en la cima de un collado; resguardada detrás de las montañas del Tirol, tenía á la izquierda la verde Valpantena sembrada de blancas aldeas, á la derecha el monte Baldo con su cresta salpicada de nieve, delante y á alguna distancia el valle del Adige, algo más arriba las colinas, las murallas almenadas de las fortificaciones, y enfrente las cuatro torres Maximilianas, blancas, redondas, simétricas, puestas como para proteger desde lo alto la ciudad.

Era la hora del crepúsculo y yo estaba con Pía sentada en el pretil del jardín mirando con fijeza la carretera, é impaciente por ver aparecer el carruaje en que todas las noches venían mi padre y mi tío de la ciudad.

Pasábamos todo el día pensando en aquel momento, curiosas por saber noticias de la guerra y de recibir la correspondencia y los periódicos que nos enviaban secretamente de Lombardía.

Aquella noche el coche llegó vacío y el cochero dijo que sus amos se habían quedado en la ciudad, á causa de ciertos asuntos importantes y de lo amenazador del tiempo.

Y en efecto, en el horizonte se acumulaban gruesos nubarrones; el Adige, que se veía relucir en lontananza, parecía de plomo, y soplaba un cierzo que no prometía nada bueno.

Entramos en casa cabizbajas, pensativas y de mal humor; mi madre y mi tía se disgustaron también por la ausencia de sus maridos, y nos sentamos alrededor de la mesa de costura, poniéndonos á hacer labor en silencio.

–¿Han llegado los Grimaldi?, preguntó mi madre.

Los Grimaldi eran amigos nuestros y vecinos de campo.

–Sí, contesté; los he visto á lo lejos, pero Andrés no vendrá seguramente esta noche después de la mala pasada que le hemos jugado.

Y dirigí á Pía una mirada de inteligencia.

–¿Se puede saber qué le habéis hecho?

–Es un secreto.

–Alguna broma de mal género, alguna chiquillada.

–No; pero ya que os empeñáis en saberlo, os diré que le hemos enviado un alfiletero y un dedal en una caja muy bonita. ¿No es un buen regalo?

Y prorrumpí en una carcajada, imitándome Pía.

A nuestros quince años no se podía estar serias mucho tiempo.

–¡Qué cosas hacéis! Ese es el heroísmo de las muchachas, y entretanto él no vendrá siquiera á traernos noticias de la ciudad. ¡Habéis hecho una hazaña! ¡Pobre muchacho!

–¿Y por qué no ha marchado con sus amigos?

–Sus razones habrá tenido para ello.

–Es que le parece más cómodo estar aquí contemplando la puesta del sol ó la salida de la luna, mientras los demás jóvenes van á pelear; tiene el corazón de mujerzuela, y nosotras le hemos tratado como tal.

–Sois muy injustas, dijo mi tía; más ha hecho él por nuestra causa que otros muchos. ¿No ha arriesgado su vida para llevar jóvenes más allá de la frontera?

–¿Y qué tiene eso de particular? Por sus tierras pasa el Mincio, y la hazaña no es difícil. Lo que no podemos comprender es cómo él no ha cruzado también la frontera; si nosotros fuésemos hombres, á esta hora estaríamos lejos de aquí. Es una verdadera injusticia que no sea él mujer en lugar nuestro.

–Lo que sois, unas charlatanas; quisiera veros en acción.

–Silencio, dijo Pía; me parece oir ruido.

Todas callaron, y en la soledad de los campos resonó un grito.

–¡Quién vive!

–Es el grito del centinela; se oye muy bien, lo que prueba que el tiempo cambia.

–¡Silencio!

Al poco rato se oyó un tiro.

Todas nos estremecimos como si nos hubieran atravesado el cuerpo de un balazo.

–Al que ha pasado junto á la torre no le importa la vida puesto que no ha contestado, dije.

–Será un ladrón, observó Pía: en verdad os digo que tengo miedo de estar aquí toda la noche sin que nos acompañe ningún hombre: si al menos estuviese Andrés...

–Ahí tienes cómo ha desaparecido de pronto todo tu valor, dijo mi madre. Una cosa es hablar de muerte y otra...

–¡Ay Dios! Han llamado á la puerta. Tengo miedo, añadió Pía.

–Será el viento; de lo contrario Leal habría ladrado, contesté yo.

Como si hubiese oído mis palabras, el perro comenzó á ladrar desaforadamente en aquel momento á la vez que daban golpes más fuertes á la puerta.

–Llaman de veras, dije.

Pía temblaba con todo su cuerpo y se arrimaba á mí como para buscar protección. Entretanto, un golpe más fuerte dado en la puerta hizo retemblar toda la casa.

–¡Qué criaturas son!, dijo mi madre con su calma habitual. ¿Hase visto nunca que los ladrones llamen á las casas?

–Sabiendo que estamos solas...

–¡Abrid!, gritaban desde fuera. Abrid en nombre de Dios y de Italia, añadió aquella voz en tono más bajo.

El nombre de Italia era en aquel tiempo irresistible, y por tanto, forzoso abrir.

Pía, que no las tenía todas consigo, descolgó la escopeta de mi padre y se preparó á la defensa.

Apenas descorrido el cerrojo y abierta la puerta, entró en la habitación un joven alto, robusto, con las facciones descompuestas, la ropa destrozada y las manos llenas de sangre.

Se nos escapó un grito y nos pusimos pálidas de terror.

–Ruego á ustedes que me perdonen, dijo el desconocido con voz débil y trémula, por presentarme de este modo; he estado aquí cuando niño, el señor Marcelli me conoce, pues era amigo de mi padre.

–Pero ¿quién es usted?

–Me llamo Enrique Castiglioni.

–En efecto, ese nombre no me es desconocido, dijo mi madre; prosiga usted.

–Cuando murió mi padre, mi madre me llevó juntamente con mi hermano á casa de unos parientes que vivían en Trento; transcurrieron los años, y me sentí arrastrado á pasar á Lombardía, pero no tenía valor para abandonar á mi madre; caí soldado, y la idea de ponerme un uniforme odiado, de ir á pelear contra mis hermanos y mi patria, me decidió á tomar la resolución de huir por campos y montañas, corriendo el riesgo de que me persigan por desertor... Al encontrarme en estas colinas, me he acordado del señor Marcelli á quien creía hallar aquí. No puedo más; he estado todo el día andando, sin comer, escondiéndome como un malhechor; las fuerzas me abandonan...

Y al decir esto se dejó caer en una silla.

Apenas había terminado su breve relato, cuando ya habíamos puesto en la mesa carne fiambre, pan y vino. El joven no se hizo de rogar y comió cual verdadero hambriento. Nosotros lo observamos entretanto con curiosidad; aparecía ya á nuestros ojos como un héroe, nos parecía simpático, de modales distinguidos y no nos cuidábamos del desaliño de su traje.

Cuando concluyó de comer, dijo con una mirada llena de gratitud:

–Gracias; pero ¡cuán egoístas nos hacen el peligro y el hambre! No he tenido en cuenta que al entrar aquí podía comprometer á ustedes, y por consiguiente no debo detenerme un minuto más; conozco que me persiguen y no quiero arrastrar á ustedes en mi ruina. Si me pudieran ustedes indicar fuera, en el campo, un sitio, una cabaña abandonada donde pudiese pasar la noche...



El joven no se hizo de rogar y comió cual verdadero hambriento

–Nuestra gruta, dije.

Era una excavación practicada en el monte vecino, donde en otro tiempo hubo una cantera, y á la cual llamábamos nuestra gruta, é íbamos á veces á

ella á gozar del fresco y á charlar un poco; la entrada estaba oculta con ramaje y dentro había una gran piedra que nos servía de banco.

– Es un sitio oculto y á cubierto de la intemperie; pero sin comodidad alguna.

– No puedo ser exigente, contestó el joven, y además estoy tan cansado que dormiré hasta sobre las peñas; así, pues, indíquenme ustedes dónde está esa gruta.

– No conociéndola, le será á usted imposible dar con ella, pero nosotros le acompañaremos.

A mi madre no le agradó este ofrecimiento, según comprendí por su mirada, pero la tranquilicé con una seña y dije:

– También vendrá Leal; así estaremos más seguros.

No llevamos luz porque no nos vieran desde lejos, y además conocíamos perfectamente el camino; pero jamás olvidaré aquella expedición, durante una noche obscurísima, llevando de la mano á un joven á quien apenas conocíamos y encaramándonos silenciosos por aquellas cuestas, acompañados de Leal, que iba delante como para indicarnos el camino.

Así llegamos á la entrada de la gruta.

– Aquí tiene usted una vela y fósforos; tenga usted cuidado de no lastimarse al bajar, y en caso de que amenace algún peligro, enviaremos á usted á Leal para avisarle que huya.

– En todo piensa usted, me contestó el joven estrechándome las manos; son ustedes mis ángeles custodios. Adiós; partiré pronto, al amanecer, y si no volvemos á vernos..., tengan ustedes la seguridad de que nunca olvidaré cuanto han hecho por mí.

Oyóse el ruido del ramaje, el joven penetró en la gruta y nosotras regresámos á casa, satisfechas de haber hecho algo por nuestra patria y mostrado un poco de valor.

* * *

Los ladridos de Leal y unos golpes formidables descargados á la puerta de casa nos despertaron sobresaltadas al amanecer. Parecía que hubiese estallado la revolución, y medio dormidas todavía saltamos del lecho y corrimos á la ventana para averiguar la causa de tanto estrépito. A la incierta claridad del alba no se podía ver bien, pero podíamos distinguir un tropel de gente, soldados y gendarmes, y oímos pronunciar estas palabras con voz imperiosa y estentórea:

– ¡Arid en nombre del gobierno!

Entonces apareció la realidad como un relámpago á nuestra mente ofuscada aún por el sueño, y nos consideramos perdidas. No, no era un sueño el incidente del desertor á quien habíamos escondido en la gruta, y lo que era peor, nos habían descubierto.

Apenas tuvimos tiempo de vestirnos de cualquier modo, cuando ya la casa estaba invadida por aquellos hombres, que en un abrir y cerrar de ojos se diseminaron por todas las habitaciones. Cual si fuesen los amos, abrían cajones, sacaban cuanto había en los armarios, buscaban al desertor en las alacenas, en los baúles, donde no hubiera podido meterse una criatura.

Nos preguntaban, pero siempre dábamos la misma respuesta:

– No hemos visto á nadie.

– Pues debe andar por aquí; no ha pasado del radio de las fortificaciones.

– Buscadlo; nosotras no sabemos nada.

Mientras estaban ocupados en revolver la casa, yo cogí á Leal en brazos y le dije al oído:

– Vete en seguida á la gruta.

El animal echó á correr.

Tenía tal instinto, que confiaba en que me hubiera entendido.

El comisario de policía que dirigía la expedición, después de registrarlo todo, desde el desván á la cueva, acabó por decir:

– No está aquí; debe andar por los alrededores.

Y volviendo á nosotras, pobres muchachas, añadió:

– Vosotras venís conmigo.

Mi madre, que hasta aquel momento no había perdido su calma, se rebeló, recelando que quisiese llevarnos en rehenes, y le suplicó llorando que nos dejase en casa.

El comisario se propuso sacar partido de la situación y dijo:

– Díganme ustedes dónde han escondido al que buscamos y las dejaré en paz.

¡Cómo temblé en aquel momento temiendo que mi madre, llevada de su cariño hacia nosotras, lo revelase todo! ¡Qué expresiva debió ser la mirada que le dirigí suplicándola que callase!

En su rostro adiviné la lucha que sostenía consigo misma; pero respondió con acento franco y resuelto:

– ¿Cómo puedo decirlo si no lo sé?

– Pues entonces estas señoritas me harán el favor de acompañarme.

– Estamos prontas, contesté; como no hemos hecho nada malo, no debemos tener recelo alguno.

Salimos rodeadas de gendarmes cuyas caras nos helaban la sangre en las venas.

Cuando estuvimos fuera, el comisario se mostró muy amable con nosotras, lo cual aumentaba nuestro enojo. Nos dijo que esperaba que fuésemos tan bondadosas que le sirviésemos de guías en nuestras posesiones, y nos preguntaba si por allí había escondrijos ó sitios de refugio en los contornos.

Nosotras le indicábamos algunas chozas, refugio de pastores en las laderas de las colinas, pero él se encaminaba á la parte opuesta y precisamente hacia la gruta. Viéndole acercarse á ella, perdimos el color y nos pusimos á temblar como si por ambas pasase al mismo tiempo una corriente eléctrica.

El comisario, que no apartaba la vista de nosotras, notó nuestra turbación y nos echó una ojeada de triunfo, pero también nos bastó un momento para recobrar el dominio sobre nosotras mismas, y sin dejar de estar llenas de angustia y de temor, asomó á nuestros labios una sonrisa y nos acercamos al sitio de nuestros recelos saltando alegremente como si no deseásemos otra cosa.

Nuestra alegría desconcertó al comisario, que no sabía qué partido tomar, y se detuvo para fijar en nosotras una mirada investigadora; pero permanecimos indiferentes como si tal cosa.

Entretanto nos acercábamos á la gruta y seguíamos sonriendo á pesar de torturarnos la incertidumbre más cruel, cuando, delante de nosotras, vimos un hombre que subía tranquilamente por la montaña con un azadón al hombro como labriego que va á su trabajo. Creímos que era nuestro amigo, nos acercamos y ya no nos quedó ninguna duda, era él. ¡Qué audacia! ¡Qué valor! ¡Qué sangre fría! Nosotras debíamos hacer los mayores esfuerzos para no perder la nuestra y continuar impasibles; el comisario reparó en aquel hombre y lo llamó:

– ¡Eh! Buen hombre, deténgase usted.

Se detuvo. ¡Dios mío, qué susto pasamos! ¡Y sin poder hablar ni temblar!

El comisario se acercó á él y le preguntó:

– ¿Es usted de este país?

– Sí, señor.

– ¿Qué hace usted?

– Trabajar en el campo.

– ¿Ha visto usted pasar á alguien por aquí?

– Sí, señor, he visto pasar un hombre esta mañana muy temprano cuando todavía era obscuro.

– ¿Era del país?

– No, señor; forastero.

– ¿Puede usted decirme sus trazas?

– Repito que era obscuro y que apenas se veía.

– ¿Y por dónde ha ido?

– Por aquellos montes, hacia la Valpantena.

– Gracias.

– Para servirlo.

Y siguió despacio su camino, mientras el comisario se paraba á dar órdenes á su gente, después de lo cual nos dijo:

– Si las señoritas quieren retirarse no las detengo más.

Le saludamos; teníamos unos deseos rabiosos de echar á correr, pero nos fuimos con toda calma, temiendo que algún movimiento desconsiderado nos descubriese; nos habíamos hecho prudentes, mas para nuestros adentros nos parecía imposible que el asunto hubiese terminado de aquel modo.

El joven en tanto seguía andando muy despacio como si no se tratase de él, y cuando pasamos por su lado le dijimos con disimulo estas palabras:

– Síganos usted á alguna distancia.

Habíamos trazado nuestro plan y nos encaminamos á la quinta Grimaldi.

– Debe haber allí alguien, decía yo, y el único medio que resta es rogarle que se encargue de ese joven; es una gran cosa tener posesiones por las que cruza el Mincio.

– Hemos hecho mal en enviar aquel famoso regalo á Andrés, dijo Pía. Si es él el que está en la quinta, ¿quién sabe cómo nos recibirá?

– ¿Sabe acaso que le hemos enviado nosotras el regalo?

Continuamos andando silenciosas, volviendo la cabeza de vez en cuando para ver si los gendarmes se habían alejado y si el desertor nos seguía.

Llegamos á casa de Grimaldi en el preciso momento en que el cochero enganchaba el caballo al coche y Andrés estaba muy ocupado en dar órdenes. Apenas nos vió, acudió á nuestro encuentro y dijo:

– ¡Qué feliz casualidad! Precisamente quería pasar por casa de ustedes para saludarlas, pero temía ser inoportuno tan temprano.

– ¿Saludarnos? ¿Por qué?

– Porque me marcho.

– ¿De veras? ¿Y adónde?

– ¿Quién sabe? Quizás tan lejos que no volvamos á vernos.

Hice un ademán de sorpresa, y dije:

– Vamos, tiene usted gana de broma.

– Nada de eso: ya es hora de que me reuna con mis amigos; demasiado he tardado.

Después de una breve pausa, añadió en voz baja:

– Esta tarde pasaré el Mincio, y me quedaré al otro lado.

Sentí una especie de remordimiento y contesté turbada:

– Espérese usted algunos días más.

– No es posible; estoy resuelto; harto he esperado; y ¿sabe usted por qué he tardado tanto? Permítame usted confesarlo. Quizás sea esta la última vez que nos vemos y en ciertos momentos es un consuelo desahogar el corazón. Pues he esperado tanto porque sentía alejarme de usted; había adquirido la costumbre de verla todas las noches, me complacía con tanto fuego y entusiasmo de patria y libertad, y me decía siempre: «mañana, mañana,» y así he continuado retrasando un mes mi marcha; pero ahora estoy ya decidido.

Exhaló un suspiro, me cogió la mano y añadió:

– ¿Verdad que no se olvidará usted de mí? Prométamelo, y esto me consolará cuando esté lejos.

Hube de volver la cabeza porque no podía más; no podía soportar su mirada, sufría demasiado. Tal vez era remordimiento, ó también compasión por aquel afecto oculto que así se revelaba en el momento de la partida; sentí luego que acudían las lágrimas á mis ojos y miré á otra parte con el pretexto de buscar á Pía, que se había parado junto al cancel para no perder de vista al desertor.

– ¿Conque pensará usted en mí alguna vez?, repetía.

– Sí, Andrés; pero no dejará usted de volver y nos veremos de nuevo.

Luego añadí de pronto:

– Pero olvidaba decir á usted el motivo de nuestra venida; necesito que me haga usted un favor inmenso.

– Tendré muchísimo gusto en servirla.

– Anoche dimos asilo á un desertor, dije en voz baja; sería preciso le hiciese usted pasar la frontera.

– Vendrá conmigo.

– ¿Sabe usted á qué peligro se expone?

– ¿Quién se acuerda de la vida en estos momentos? Haré que se ponga el traje de mi cochero y él guiará; naturalmente, yo le enseñaré el camino.

– Gracias. ¡Qué animoso es usted! Si supiese...

No tuve valor para continuar.

En esto Pía se acercó á nosotros con el joven.

– Este es, dije.

– Está bien. ¿Sabe usted guiar un caballo?, le preguntó Andrés.

– ¡Ya lo creo!

– Pues por hoy me servirá usted de cochero; vaya usted en seguida á la cuadra y póngase la ropa del mío. No hay tiempo que perder.

El caballo estaba ya enganchado; pero los dos jóvenes no sabían separarse de nosotras...

– Vamos pronto, dijo Enrique; pueden seguirnos.

Ambos ocuparon su puesto en el carruaje.

– ¡Adiós!, exclamó Andrés ahogando un sollozo.

– Hasta la vista, contesté alargándole la mano. Estaremos con cuidado por ustedes hasta que hayan llegado..., añadí conmovida; no dejen ustedes de darnos pronto noticias suyas.

– ¡Adiós!

– ¡Buen viaje y hasta la vista!

Enrique arreó al caballo, que salió corriendo por la carretera. Nos quedamos mirando el carruaje que subía por la colina hasta que á la vista quedó reducido á un punto negro; no lo divisábamos ya, pero continuábamos inmóviles, y nuestro pensamiento iba en pos de aquellos dos jóvenes que tal vez acudían en busca de la muerte, lejos, más allá de aquellas colinas y del azul Adige, al través de la verde llanura, por las orillas del Mincio, y envidiábamos su suerte.

Luego regresamos á casa despacio y sin decir una palabra, remordiéndonos la burla hecha á Andrés, á quien tan injustamente habíamos juzgado.

. . . .

Han pasado ya muchos años; desde entonces no he vuelto á ver á los dos jóvenes; pero cuando cierro los ojos me parece estar viendo aquel coche negro alejarse á la débil claridad de aquella mañana de abril, y aquella noche llena de emociones y de acontecimientos se me representa como un sueño que va también disipándose entre las nieblas del pasado.

TRADUCCIÓN DE M. ARANDA.



LAS FUENTES DEL TIGRIS, cuadro de Kirschenko

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ESTEREOCROMOSCOPIO

Varios son los sistemas hasta ahora empleados para extraer por medio de la fotografía los principales colores componentes de un objeto policromo y obtener luego de ellos una síntesis, sea por la impresión de diversos colores sobrepuestos, sea por medio de proyecciones hechas con diapositivos iluminados con luces de colores diferentes.

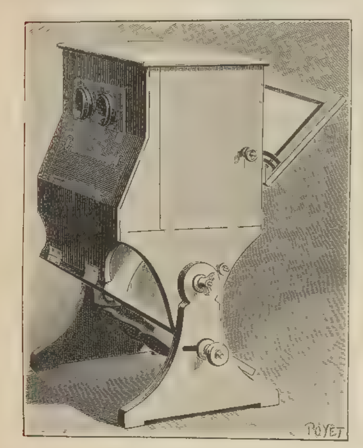


Fig. 1. – Vista en conjunto del estereocromoscopio

El método sintético de las impresiones sucesivas sólo puede ser aplicado para la producción de trabajos industriales, y aun deja que desear si se emplea sin antes apelar á un trabajo de retoque.

Para las proyecciones policromas es necesario usar un material caro y complicado, y tal procedimiento debe utilizarse cuando se quiera hacer ver imágenes de colores á un público numeroso, pero resulta demasiado complejo para uso corriente é inmediatamente personal.

Estos inconvenientes hacían necesaria una solución más sencilla; pero ó nadie se había preocupado de encontrarla ó las tentativas hechas para ello no habían tenido éxito satisfactorio.

M. C. Nachet, óptico muy conocido en Francia, acaba de inventar un aparato sencillo é ingeniosamente combinado para completar el estereoscopio propiamente dicho, que reproduce el relieve de las imágenes fotográficas, pero no el color de los objetos.

El instrumento de M. Nachet, conocido con el nombre de estereocromoscopio (fig. 1), constituye á la vez un medio científico de pasar del análisis fotográfico de los colores á su reconstitución ó síntesis y un aparato de estudios ó de observaciones artísticas que permiten ver en el objeto examinado los colores del original.

El estereocromoscopio, como lo indica la figura 1, se compone de un cuerpo principal ó caja rectangular que puede girar sobre un eje: un botón de presión permite fijarlo en la posición más á propósito para recoger la luz natural ó artificial en los espejos AA' (fig. 2).

La referida caja tiene en una de sus caras, en la parte anterior, dos prismas O que sirven de oculares como en el estereoscopio común; en la pared opuesta hay dos elementos fotográficos ó diapositivos B y C que iluminados por la luz blanca causan el mismo efecto que las vistas estereoscópicas comunes.

Sobre el fondo horizontal de la repetida caja y en la prolongación, en sentido del eje, de uno de los diapositivos verticales, hay un tercer diapositivo D.

Esas tres imágenes son la reproducción de un solo objeto, pero han sido obtenidas de modo que el modelado de la una corresponde á la acción producida por las radiaciones azules, el de la otra da el efecto producido por las radiaciones amarillas y finalmente la tercera es la traducción analítica de las encarnadas. El dibujo es aproximadamente el mismo, pero la producción de los colores varía con la naturaleza de cada uno de los tres colores principales.

Decimos que el dibujo es *aproximadamente* el mismo porque dos de los diapositivos deben diferir entre sí, como entre sí difieren las dos imágenes de una misma vista estereoscópica: son los dos diapositivos que se colocan verticalmente. Sin esta diferencia no se obtendría el efecto del relieve.

En el caso que nos ocupa hay que llegar á un fusionamiento completo de los tres diapositivos, de manera que no formen sino una imagen y además esta imagen compuesta ha de ser de colores. Para el fusionamiento del elemento triple no hay más que confundir en una sola imagen los dos elementos dispuestos uno debajo de otro, puesto que por la visión binocular se tiene ya la superposición, la reducción á la unidad de los dos diapositivos estereoscópicos.

M. C. Nachet ha llegado á este resultado colocando debajo del prisma que corresponde al doble elemento un espejo platinado M transparente, inclinado á 45 grados (fig. 2). Este espejo permite al ojo ver la imagen horizontal exactamente como ve la imagen vertical.

Estas dos imagenes se fusionan en la retina, que de hecho no ve más que una que produce la combinación de las dos; y con esa imagen combinada que, á su vez, se fusiona con el otro elemento estereoscópico, se tiene en relieve una imagen compuesta, formada por el agrupamiento de las tres distintas imágenes en una sola.

Hasta ahora hemos dejado á los diapositivos su color fotográfico normal; veamos á continuación cómo se completa el déseado efecto por la adjunción de los colores.

Detrás de cada uno de los elementos se introduce en una ranura *ad hoc* una placa de cristal del color que corresponde al de las radiaciones representadas; debiendo escogerse esos tres medios colorados de tal suerte que sean compuesto de colores complementarios y den, por consiguiente, el blanco puro por la mezcla de sus radiaciones. De esto hay que asegurarse de antemano colocando delante de cada uno de los elementos colorados una tira de papel negro con un agujero circular en el centro: mirando luego en el estereocromoscopio ha de verse un disco blanco.

En el caso en que se produjese una dominante con tendencias á otra coloración, sería preciso buscar elementos más apropiados al experimento.

Los diapositivos son filtros de luz colorada que no dejan pasar al través de sus partes más ó menos lúcidas más que cantidades convenientes de cada uno de los colores, en proporciones tales, que la combinación de las tres porciones de radiaciones aferentes á un mismo punto del objeto produzca el efecto deseado ó sea el color exacto del original. De modo que se ofrece á la vista una imagen policroma y en relieve, cuyos colores variados hasta el infinito recuerdan de un modo muy aproximado, si no absolutamente igual, el objeto ó la vista reproducidos.

La ilusión puede ser completa si el análisis ha sido bien hecho, lo cual es fácil, pues el mismo instrumento permite darse cuenta de la incorrección que pueda haber y remediarla.

De lo dicho se desprende que el estereocromoscopio es una especie de estereoscopio de tres imágenes: á la tercera imagen, de una parte, y de otra á la naturaleza analítica de los diapositivos es debida esencialmente la síntesis de los colores.

El efecto obtenido es de los más curiosos y sorprendentes, siendo de esperar que ese aparato figurará muy pronto en todos los salones. Si para los artistas puede este aparato ser fuente de estudios útiles y de interesantes observaciones, también presta grandes servicios á la ciencia, permitiendo á los físicos estudiar los efectos de las radiaciones cromáticas radiales mejor que con todos los diapositivos hasta ahora usados.

Gracias á los medios de análisis de los colores que posee el arte fotográfico, es posible aislar de la reproducción de un objeto policromo sucesivamente los colores distintos de aquel cuyo efecto se desee obtener. Por medio de las pantallas de colores y de sensibilizadores propios para los diversos colores se llega á una selección tal, que la reconstitución en el estereocromoscopio de tres de los cuatro diapositivos (porque puede admitir cuatro) dé una policromía muy completa y muy exacta.

Hasta ahora los aficionados á la fotografía no tenían por lo general instrumentos para esta clase de reproducciones, porque no existía medio alguno, salvo el de las proyecciones, que es muy complicado, para utilizar esas series de *cromogramas*, que así se denomina al conjunto de los tres diapositivos; pero es de esperar que en lo sucesivo, seducidos por el atractivo de la visión en colores, sacarán del natural tres vistas en vez de las dos que exige el estereoscopio.

La obtención de los tres ó cuatro elementos sintéticos ofrece naturalmente algunas dificultades que la práctica ayudará á vencer.

Los cromogramas del estereocromoscopio de M. C. Nachet van ajustados á un ligero marco que se repliega sobre sí mismo por medio de una juntura á charnelas, bastando introducirlo en el cuerpo del aparato, en una ranura *ad hoc*, para ver desde luego las imágenes sobrepuestas y con todos sus colores. Los mismos cromogramas podrán servir para las proyecciones en presencia de un numeroso público, y á este efecto M. Molteni, cuya competencia en materia de proyecciones es bien conocida, está estudiando actualmente un modelo de linterna triple que responderá indudablemenre al fin que se desea, y muy pronto la aplicación de la fotografía á la reproducción de los colores habrá realizado tales progresos que en muchos casos nadie se contentará ya con la copia monocroma.

Gastón Tissandier

***

EL COLUMPIO DIABÓLICO
NUEVA ILUSIÓN ÓPTICA Y MECÁNICA

El principio de los movimientos relativos y de las ilusiones ópticas y mecánicas acaba de tener una ingeniosa aplicación y obtiene un éxito extraordinario en San Francisco en una nueva diversión ilusionista, inventada y ejecutada por Mr. Amariah Lake, de Pleasantville (Nueva Jersey).

Poniendo en uso procedimientos casi infantiles por su sencillez, consigue Mr. Lake que en personas poco menos que inmóviles se produzca la ilusión de que describen un círculo completo en el espacio y de que, en un momento dado, están cabeza abajo cuando en realidad están perfecta y cómodamente sentadas en una posición absolutamente natural.

Este resultado se obtiene utilizando hábilmente el principio mecánico de los movimientos relativos y los errores de apreciación que traen consigo, errores de que todos nosotros hemos sido víctimas al mirar por la portezuela de un vagón de ferrocarril cuando dos trenes que se encuentran en una estación echan á andar en sentido opuesto.

El tren que parte nos produce la ilusión del movimiento, aunque el en que nosotros viajamos permanezca inmóvil ó se mueva muy lentamente. Pues bien: este mismo principio combinado de una manera muy original es el que utiliza Mr. Lake reuniendo á varias personas que juntas toman parte en el experimento. Todas ellas son introducidas en una pequeña habitación en el centro de la cual se ve una ancha barra transversal de la que pende un columpio con asientos suficientes para quince individuos: cuando todas están sentadas, el empleado imprime una ligera oscilación al columpio, que se balancea como todos los aparatos de su clase, y entonces el empleado se retira y cierra la puerta. A partir de este instante empieza la ilusión. Las personas sentadas en el columpio experimentan desde luego que el balanceo va aumentando gradualmente, adquiriendo muy pronto proporciones alarmantes.

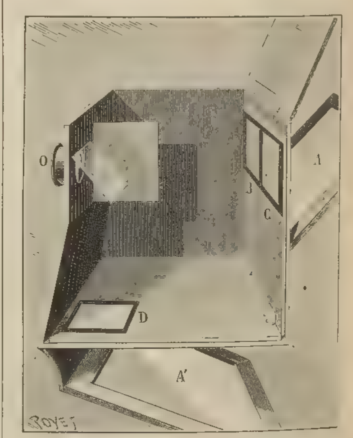


Fig. 2. – Sección que representa el diapositivo interior del estereocromoscopio

Mas no termina aquí el experimento: las oscilaciones aparentes aumentan cada vez más de amplitud hasta el momento en que el columpio parece describir un círculo completo alrededor de su eje, y para completar la ilusión la barra está doblada en sus extremos, formando un ángulo, lo cual hace parecer imposible que el columpio pase entre la barra y el techo. La barra continúa su movimiento aparente de rotación, produciendo una impresión extraña á los que de ella están suspendidos, hasta el momento en que disminuye la amplitud de los movimientos y éstos cesan gradualmente: poco después el aparato se para, el experimento termina, la puerta vuelve á abrirse y los que se columpiaban ceden el puesto á otros.

El lector habrá ya adivinado que la causa de esta ilusión, muy curiosa y que produce gran impresión, al decir de los que la han experimentado, es debida á la oscilación metódicamente amplificada y á la rotación de la habitación en donde están encerrados los visitantes.

Durante todo el tiempo el columpio permanece inmóvil, al paso que la habitación oscila ó gira alrededor del eje (fig. 1): al principio se imprime un ligero movimiento oscilatorio al columpio, y cuando se ha cerrado la puerta se hace oscilar con amplitudes crecientes toda la habitación, que no es en realidad más que una gran caja cuyos primeros movimientos oscilatorios corresponden á los del columpio. Gradualmente se aumenta el arco de oscilación hasta que alcanza una circunferencia entera, lo cual no exige ningún mecanismo especial, porque toda la caja está casi equilibrada sobre el eje: basta para conseguir este resultado sin esfuerzo empujar la caja por uno de sus ángulos en los momentos oportunos como si se hiciese mover un columpio.

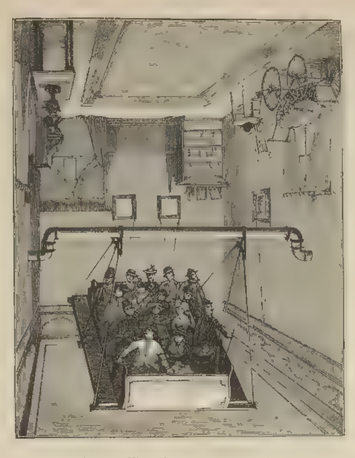


Fig. 1. – Vista del columpio diabólico en su posición real



Fig. 2. – Vista del columpio diabólico en su posición aparente

Mientras el aparato funciona, el período de rotación continúa y los espectadores se hacen la ilusión de que la habitación está inmóvil y de que son ellos los que dan vueltas por el espacio, cuando en realidad sucede todo lo contrario, experimentando en un momento dado la impresión que reproduce la figura 2, que no es sino la figura 1 invertida.

Después de algunas vueltas la rotación continua cesa, la habitación oscila con una amplitud decreciente y llega metódicamente al reposo para conservar la ilusión hasta el final. Antes de parar el movimiento de la habitación, se ha impreso por medio de la barra transversal una ligera oscilación al columpio, á fin de evitar la transición cuando la habitación está completamente inmóvil y dejar á los que ocupan el columpio la impresión de que oscilaban realmente.

La caja que constituye la habitación está llena de objetos distintos, sólidamente clavados, por supuesto: la lámpara de petróleo puesta encima de la mesa, al alcance de la mano, es en realidad una lámpara incandescente fijada en un quinqué atornillado á la mesa, la cual, á su vez, va atornillada al suelo. El público no puede concebir que la lámpara de petróleo pueda arder vuelta hacia abajo, esto suponiendo que la habitación sea la que dé vueltas, hipótesis que desecha desde luego, si es que se le ocurre. Lo mismo sucede con los objetos que hay dentro del armario, con los cuadros colgados, las fotografías, el cochecito para niños, la silla y el sombrero: todo contribuye á engañar á los que van en el columpio.

Hasta para los iniciados la ilusión es tan completa que se agarran á sus asientos por miedo de ser precipitados en el vacío.

Dr. Z...

(De *La Nature*)



Delicias del campo, cuadro de Fausto Zonaro (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 13 de agosto de 1894 — Núm. 659



BUSTO EN MÁRMOL de Miguel Blay

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Los problemas territoriales contemporáneos explicados por los sucesos históricos de tiempo inmemorial. – Cómo lo ahora sucedido en las razas y en los continentes y en los pueblos se une y enlaza con sucesos que suben á los viejos tiempos. – Reflexiones históricas. – Aplicación de estas reflexiones al encuentro de China y el Japón en Corea. – Complicaciones de este grave asunto. – Conclusión.

I

Para comprender una parte considerable de los problemas territoriales contemporáneos, hay que subir á su planteamiento y origen. Muchas guerras del siglo décimonono provienen de trascendentales luchas sucedidas bien lejos, allá en el siglo V. Si el imperio de Oriente no ha dejado jamás de ser griego, aunque lo fundara un emperador romano; si al establecer los dos hijos del español Teodosio, Arcadio y Honorio, sus sendas sedes imperiales en Ravena y en Bizancio, restablecieron la incontrastable antítesis entre Oriente y Occidente, que no pudo resolver en una síntesis superior ni el genio de Alejandro ni el genio de Roma; si, hoy mismo, desde las costas del mar Adriático á las costas del Asia Menor la cultura toda parece griega, como desde las costas del Adriático al estrecho de Gibraltar parece latina, ¡cuánto más no resaltará esta consecuencia de los hechos históricos en la distribución de los pueblos bárbaros, así germánicos cual mogoles y eslavos, por todo nuestro continente fragmentado en pueblos latinos, griegos, celtas, tártaros, muslímicos, sajones, escandinavos, eslavos! El martirio de Polonia resulta para una gran parte de las razas como necesario desquite á la cruel dominación polonesa sobre Rusia, con especialidad sobre aquel territorio conocido con el nombre de pequeña Rusia. Si Alejandro III está empeñado en rusificar las provincias alemanas del Báltico, da por excusa que los germanos quedaran en costas pertenecientes á la inundación eslava; y si Bismarck está empeñado en germanizar las provincias eslavas del ducado de Posen, da por excusa que los eslavos descendieron aquende la corriente del río Elba, país esencialmente germánico. Las grandes cuestiones cheques, recrudecidas hoy mismo en las dietas austriacas, en las calles y en las universidades de Praga, suceden por haber los esclavones penetrado en el cuadrilátero de Bohemia, que los alemanes creen indispensable á su completa seguridad, y no fiarán jamás, sino después de una guerra gigantesca y de una derrota irreparable, á pueblos consanguíneos de Rusia. El rumano de Transylvania, soberbio al noble sentimiento de su origen hispano-latino, como el eslavo de Croacia no menos soberbio al sentimiento de su parentesco estrechísimo con las razas primeras de nuestro continente, por sentir sangre indo-europea en sus venas, aborrecen al magyar, heredero del feroz Atila y emparentado con el gran turco, á causa de su sangre mogólica. Y sin embargo, por el magyar, por su espoleo á las razas germánicas, explícase la presencia de los eslavos, así en la península de los Balkanes como en el cuadrilátero de Bohemia, y su rebosamiento de los antiguos límites naturales rusos y poloneses sobre las tierras germánicas. Tal inmanencia de los tipos antiguos y de los viejos hechos queda en toda Europa. Las tribus normandas, entrevistas por Carlomagno en su agonía como un azote al frágil imperio romano restablecido por su genio político y guerrero, y generadoras del feudalismo, constituyen hoy los pueblos escandinavos del Norte y la grande aristocracia feudal de Inglaterra. El celta de Irlanda guarda hoy su odio secular al normando y al sajón, los dos factores componentes de la familia británica. El sajón puro y el germano puro se apartarán de Roma en el mundo antiguo y en el mundo moderno, mientras el franco, de origen germánico también, como alemanes y sajones, respetará mucho la vieja Roma, sostendrá el catolicismo con su Clodoveo, lo propagará en España con sus princesas, donará su patrimonio al sucesor de San Pedro por mano de Pipino, y por Carlomagno restablecerá el imperio que debe dividirse con el Pontífice católico nuestra Europa. Y mientras tanto vendrán á España los bárbaros más imbuídos del espíritu y del carácter oriental, es decir, los godos, aquellos más civilizados, quienes podrán escribir el *Fuero Juzgo* y comprender la *Enciclopedia* de San Isidoro, por hallarse de antemano en contacto, entre todos los irruptores, con nuestro genio propio y con el ministerio que debemos desempeñar y el fin que debemos cumplir en la civilización europea. Y por estas concausas, así en las tierras del Norte como en las del Mediodía y así al Oriente como al Occidente de nuestra Europa, llevan los problemas europeos datos contenidos en ellos desde los días del siglo V.

II

Si los normandos concluyeron á una con el imperio occidental, trocándolo de jefatura efectiva, como la desempeñada por Carlomagno, en jefatura nominal, como la desempeñada por sus célebres sucesores los sacros césares de Alemania, y los búlgaros y los servios, en general, los eslavos, concluyeron con el imperio de Oriente, reduciéndolo á Constantinopla y sus anejos, debilitándolo mucho en Servia, en Bulgaria, en Macedonia, en Dalmacia, en todos los pueblos greco-eslavos; á cambio de todo esto, creció la Iglesia cristiana por medio del Pontificado católico. Allí donde terminaron las conquistas de César en Bretaña y en Germania, comenzaron las conquistas del Papa. Las magníficas islas, domadas por los sajones y esclarecidas por los evangelizantes, engendraron aquellos misioneros encargados de penetrar por las selvas boreales del continente y traer á la Iglesia romana pueblos jamás sometidos por el romano imperio. No importó el cisma de Oriente; la Iglesia católica pudo concentrarse así en el Occidente y en el Norte, dando mayor unidad al espíritu moderno en la Edad media y mayor disciplina saludable á tantas tribus como necesitaban en su barbarie primitiva de tan ilustre dirección. Mas casi al tiempo mismo que se caía el imperio cristiano de Occidente y que se dilataba el imperio cristiano de Oriente, surgían dos imperios musulmanes mantenidos por la privilegiada gente árabe, surgía el imperio de los Omniadas en Córdoba y el imperio de los Abasidas en Bagdad, ambos á dos con aires de grandes y religiosos califatos. Estos dos imperios pretendieron, el uno por Oriente y el otro por Occidente, disputar al genio cristiano y occidental el dominio de nuestra Europa. En Occidente inundaran toda nuestra península, y se necesitara tanto de Carlos Martel como de climas poco apropiados á la complexión árabe para detener aquella ola en los campos de Poitiers. Por Oriente no podían llegar, ni uno ni otro imperio, á las puertas de Constantinopla y de Atenas; pero se posesionaron de muchas islas en los mares griegos disputadas á su poder por los venecianos, y llegaron á constituir en Sicilia una civilización tan brillante como la misma civilización andaluza. Esta, cuyas artes y ciencias compitieron indudablemente con las más luminosas de todos los siglos, mantuvo, en el terror teocrático de tiempos muy obscuros, el estudio de la naturaleza y el amor á la naturaleza, enlazando con esmaltado y damasquinado anillo las ciencias antiguas con las ciencias del Renacimiento. Pero proclamando estos servicios de la civilización árabe, no podemos desconocer cómo el principio fatalista encerrado en sus dogmas ha traído su rápida decadencia y ha gangrenado en la servidumbre y en el fanatismo territorios hermosos y pueblos privilegiados del planeta. Lo cierto es que las tres ciudades generadoras del cristianismo en su primera fase, las tres, Jerusalén, depositaria de la idea divina; Bizancio, erigida contra el paganismo incurable de Roma, y Alejandría, en cuyos sistemas platónicos y sincréticos encontró nuestra teología su eterna metafísica, las tres pertenecen hoy á los musulmanes, ya semitas, ya mogoles. Y no trae pocas aflicciones á nuestro siglo esta dominación del Alcorán en las tierras del Norte de Africa y este culto prestado al Alcorán, así en la basílica de Santa Sofía, tan humillante para todos los griegos, como en la mezquita de Omar, próxima de antiguo al sepulcro del Salvador y tan humillante para todos los cristianos. Cuando en el octavo siglo ganaban los árabes en el Guadalete y en el Guadalquivir y en el Guadiana y en el Tajo sus fáciles victorias, y cuando en el siglo XIII entraban los mogoles en Jerusalén, ¿quién les hubiera dicho que las consecuencias de sus esfuerzos y de sus triunfos habían de venir hasta nosotros y pesar sobre un siglo como nuestro siglo XIX y también sobre una gente como nuestra gente europea?

III

A miles en verdad saltan y resaltan preguntas análogas, así que convertimos el pensamiento á China y al Japón, según piden los recientes hechos de Corea, que absorben hoy la general atención y trascienden por necesidad indeclinable á todos nuestros problemas territoriales y á todos nuestros intereses marítimos. Daríase de calabazadas contra un enigma el temerario metido á explicar los hechos del día, si acaso ignoraba todos los antecedentes generadores de tales hechos en el tiempo y en el espacio, es decir, la geometría é historia de Corea. El problema dilucidado ahora frisa por su antigüedad con los primeros siglos de la península. Cambia en su aspecto exterior; no cambia en sus términos capitales. Colgada Corea del continente por montañas fronterizas al imperio Chino, y rodeada por los mares de tal imperio, así como por los mares del archipiélago japonés; á pesar de su aislamiento, connatural á todas estas tribus orientales, enemigas del extranjero, á quien sólo comprenden ellas ó en la esclavitud ó en la guerra; brisas misteriosas del cielo, y palpitaciones sordas del Océano, y afinidades invencibles de sentimiento, y reclamos del interés ó de la curiosidad, y hasta en cierto sentido y de cierta manera odios instintivos y empeños del combate por la vida, rompen los círculos mágicos en que desea encerrarse, y la llevan, como á las especies nómadas y viajeras, donde no quería ir, en esa grande química del Universo que reune las electricidades opuestas, y magnetiza nuestro meridional aire con las boreales auroras del polo, y forma las atmósferas de vida con gases que algunos dan la muerte, y saca de sus fuerzas opuestas, combatiendo en perdurable contradicción, el concierto de las esferas y la universal armonía. Así es que, viejos sus orígenes históricos de tres mil años, no sabemos á ciencia cierta quién ha ocupado primero aquellos territorios en los comienzos de su civilización y en la cuna de sus sociedades, ni quién ha sometido los unos á los otros en las competencias seculares que la fábula y la mitología encubren tras sus poéticas nieblas y el misterio rodea en sus indecisos é indefinibles contornos. El Japón y la China se disputan paternal tutela sobre Corea, la cual data de seiscientos años, según ellos; y luego aparece que siete siglos antes de nuestra redención un hijo del rey de Corea se personó en el Japón pidiendo desde su frágil esquife al todopoderoso Mikado una carta de naturalización, por éste concedida, y de la cual provino aristocrática familia, nunca olvidada de su origen, pero siempre fiel á su nueva patria.

IV

A este respecto nada tan curioso cual unos informes que con el expresivo nombre de Motoyosi-Zauzan publican los periódicos ingleses sobre las relaciones históricas del Japón antiguo con sus tribus vecinas; y entre tales curiosidades, la mayor para mí es la fábula de su emperatriz conquistadora, una especie de Semíramis, tal como la cuenta el buen japonés que he mencionado. Reinaba esta mujer sobre el Japón, acompañando en trono y hogar á un monarca por todo extremo valeroso. Mas como las tribus del Oeste, inquietas y levantiscas de suyo, se sublevaran, acudió en armas éste con grandísimo golpe de gentes á subyugarlas, acompañado siempre de su hermosa compañera. Mas un oráculo nacional, que hablaba desde un templo escogido por la gracia de nacional dios mayor, le disuadió de aquella inútil empresa en su propio reino y le persuadió á buscar más hacia Occidente y en los senos del mar la tierra de los tesoros, donde hallaría las tribus extrañas que dominar con su simple presencia y riquezas múltiples que recoger á flor del suelo. Desconfiado y escéptico; de ánimo valeroso dentro del imperio, mas de voluntad flaca para la empresa de abandonarlo é ir allende los mares, el requerido emperador subió á la más alta montaña de su isla, y mirando los extremos cardinales del cielo, no vió la tierra de tesoros prometida por el oráculo. Esta duda le llevó primero á la derrota, después á la muerte. Advertida por tal escarmiento la emperatriz, ocultó el trance último de su esposo, enterrándolo con secreto sigiloso en el palacio de Tagoura, y yéndose al puerto

de Kassiwal y bañándose allí para que los dioses le fueran propicios, se ciñó las dos trenzas de su largo cabello como una diadema imperial á su frente y las ocultó bajo una gallarda cimera, se vistió armadura litúrgica y se asió á las armas imperiales, hasta que á la postre armó una flota y se partió en guerra contra Corea, con el empuje y con el estro de una diosa marina. Su marido habíala dejado encinta y se aproximaba la hora de dar al mundo aquel engendro de su amor que había de traer al imperio póstumo heredero. La emperatriz pidió al cielo que le auxiliara en la ocultación de su embarazo y que le permitiera no parir hasta después de su regreso. Dicen las crónicas que oprimió su abultado vientre con dos piedras y que se presentó en Corea tras tal estratagema con un ejército tan poderoso que la península se rindió sin resistencia y el tributo se fijó y se cobró sin esfuerzo. Vuelta la emperatriz declaró su viudez hasta el triunfo ignorada, y dió á luz el príncipe nacido al instante del regreso.

V

Los japoneses confiesan que deben á Corea el arte y la religión. Todas las penínsulas han servido por sus largas costas y sus adyacentes islas á estas irradiaciones efusivas de las ideas y á esta comunicación interna de las razas. El Asia no hubiera irradiado sobre Occidente sin la península fenicia; el centro de nuestra Europa no hubiera conocido la vieja cultura que lo ennoblece y distingue sin la península helénica; el Occidente nuestro sin la península itálica, y el Occidente último, el Nuevo Mundo, América, sin la península española. Corea, por esta condición de península, envió al Japón sus sacerdotes, sus médicos, sus artistas, ó sea religión, ciencia, industria y arte. Así nos han las tradiciones conservado en sus anales el año inolvidable y feliz en que recibió el gusano de seda, el precioso artífice á cuya delicada labor debemos el más bello de los filamentos con que puede cubrirse la desnudez humana por su lustre y por su finura. En 859 llegó el bombux, pues, desde los campos coreanos al archipiélago japonés. Todos estos hechos demuestran las estrechas relaciones entre la península y el archipiélago vecino. Y como estas relaciones toman varios aspectos y tienen una ramificación grandísima en Asia, cúmplenos decir que los tributos exigidos por la reina japonesa, cuyas glorias hemos arriba mencionado, habían caído en desuso, hasta que se levantó el caudillo japonés Taiko, de cuyo nombre gloriosísimo se ha formado la dignidad Tai-Kun, que manda los ejércitos de mar y tierra japoneses, el cual, arremetiendo con la península, supo someterla, y yendo á China por tierra hubiérala también sometido, si la muerte no le ataja el paso en su triunfal carrera y no le derriba cuando tocaba con sus manos la merecida victoria. Los héroes lusitanos, que tanto relampaguearon en los mares indo chinos al terminar la Edad media, fueron el prototipo en que Taiko se inspiró, y aun se dice que un misionero portugués le acompañaba y abría el camino á sus expediciones con la llave mágica de sus conocimientos geográficos y astronómicos, los cuales á una le daban maravillosas aptitudes para conocer secretos del cielo y afirmar con seguridad sus plantas en la tierra. Merced á todo esto, las relaciones entre Corea y el vecino reino de Siam y la isla nuestra de Luzón se fueron tramando con tal felicidad y acierto, que así como quedó cual un modelo de generales el conquistador japonés de Corea Taiko, quedó cual un modelo de políticos el aventurero japonés Najamasa, quien habiendo intentado conquistar la isla Formosa él solo, frustrado su intento, se acogió á los siameses, y con su industria llegó hasta ponerse á su cabeza y coronarse su rey. Como este drama de la guerra entre China y el Japón por el respectivo predominio sobre Corea debe tener muchas incidencias, he querido invocar tales recuerdos, traer á las mientes todas esas premisas, para que pueda verse cómo, si ahora entran en batalla los dos imperios amarillos, el terrestre, China, y el marítimo, Japón, podrían entrar mañana dos pueblos europeos, el mayor entre los terrestres, Rusia, y el mayor entre los marítimos, Inglaterra. ¡Dios los tenga de su mano, pues podría desquiciarse bajo tal choque nuestro planeta y obscurecerse al humo del incendio y al vapor de la sangre los resplandores de nuestro mismo cielo!

Madrid, 7 de agosto de 1894.



Monumento erigido á la memoria del príncipe Amadeo de Saboya en la Cavalchina, cerca de Custozza, obra del escultor Bordini



Mañana de invierno, cuadro de Emilio Sánchez Perrier

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

EL CURA DE VILLOVIADO

Casi todos los personajes que intervinieron en la sangrienta y porfiada guerra de la Independencia son curiosísimos, desde el famoso alcalde de Móstoles que dió la señal del alzamiento con aquel manifiesto, fechado en 2 de mayo, que decía textualmente: «Madrid perece *víltima* de la perfidia francesa. Españoles, acudid á salvarle,» hasta Espoz y Mina, que logró reunir y organizar un ejército, con el cual, no sólo dió y ganó batallas campales, sino que persiguiendo á los vencidos, pasó la frontera en varias ocasiones, alojándose con sus tropas en los pueblos franceses del otro lado del Pirineo; pero uno de los que más llaman la atención es el cura de Villoviado D. Jerónimo Merino, que tanto renombre alcanzó en aquellos tiempos y á quien nos proponemos dar á conocer en este artículo.

* * *

Villoviado, donde ejercía la cura de almas, es un pueblo de poco más de cien vecinos, perteneciente á la jurisdicción de Lerma, provincia de Burgos.

Merino había sido en su niñez pastor de cabras, y apacentando su rebaño en aquellas ásperas montañas se formó su carácter, duro como las peñas y agreste como los paisajes que contempló toda su vida. No sabemos si por natural ambición de sus padres ó porque el chico era en sus primeros años débil y enfermizo, es lo cierto que lo apartaron de su ganado y lo encajaron en casa de un dómine, donde aprendió á leer y escribir y un poco de latín. Dícese que cayó soldado, y mal avenido con la disciplina militar, desertó de las filas y volvió á su pueblo y á apacentar su rebaño, hasta que habiendo fallecido el cura párroco, resolvió aspirar al curato, y después de una preparación de diez y ocho meses obtuvo las sagradas órdenes y se encontró hecho pastor de almas, sin dejar de serlo de cabras, porque dueño de unas cuantas, él mismo las apacentaba cuando era necesario.

De mediana estatura, muy moreno, enjuto de carnes, con ojos negros, cabello áspero y muy poblado, sumamente ágil, hacía gala de no haber leído nunca ningún libro, ni disparado jamás su escopeta sin dar en el blanco. Cazador incansable, pasaba su vida en el monte y conocía todas las trochas y veredas del país mejor que los pastores y leñadores más hábiles, de suerte que podía recorrer con los ojos vendados, no sólo las inmediaciones de su pueblo, sino todos los pinares y sierras de Quintanar y Soria. Con la escopeta al hombro hacía jornadas de siete y ocho leguas sin que al regresar á su casa sintiera la menor fatiga, y cuando no quería ir á pie, trepaba á caballo por los vericuetos más escarpados y galopaba tranquilamente al borde de los precipicios, porque todos los que le conocieron, y nosotros hemos llegado á tratar á uno de los que pelearon á sus órdenes, convienen en que era un jinete admirable.

Toda su instrucción, como hemos dicho, se reducía á saber leer y escribir y el latín indispensable para rezar la misa, sin que pueda asegurarse que entendía lo que decía. En cambio era hombre muy astuto y dotado de natural despejo.

Su carácter brusco y violento le hacía poco simpático; pero sus puños le aseguraban el respeto, ya que no pudieran conquistarle el amor de sus feligreses.

A diferencia de la generalidad de los curas, no tenía ama ni sobrina ni mujer alguna á su servicio. El único que vivía con él era un criado, mitad sacristán, mitad compañero de caza.

Era muy sobrio. No probaba nunca el vino ni los licores espirituosos, y su comida se componía de sopas de ajo, un buen trozo de carne fiambre, un poco de queso de oveja y un vaso de agua. Con esto y dos jícaras de chocolate, una por la mañana y otra por la noche, se mantuvo siempre, lo mismo cuando desempeñaba su curato que cuando estuvo en campaña.

Los franceses, que hicieron de él muchas caricaturas, le pintaban con sombrero de teja, ropa talar, un gran sable de caballería, pistolas en el cinto, muchos escapularios y un enorme crucifijo en la mano.

Todo era completamente falso, y á la verdad no necesitaban los artistas de la nación vecina poner la imaginación en prensa, para obtener una estrambótica imagen del cura guerrillero. Bastábales haber hecho su retrato.

Ni en paz ni en guerra vestía ropa talar. Llevaba generalmente pantalón de pana, chaleco de seda negro, chaqueta de paño del mismo color y sombrero de copa, al que tenía tal afición que no se lo quitaba ni para andar por casa. Cuando repicaban gordo, en lugar de chaqueta usaba una gran levita, y entonces solía ponerse alzacuello. Este era el único distintivo de su ministerio que se encontraba en toda su persona. Para montar á caballo calzaba un solo espolín y en campaña no llevó más armas que la escopeta á la grupa del caballo y un buen látigo, que esgrimía indistintamente contra los suyos, si se mostraban rehacios en el cumplimiento del deber, y contra los enemigos que se ponían á su alcance en las cargas de caballería. El sombrero le servía de archivo, y en él guardaba la escasa correspondencia que durante la guerra mantuvo con las autoridades españolas.

* * *

Desde que se verificó la invasión francesa y, sobre todo, desde que se inició la guerra con el glorioso y terrible combate del 2 de mayo, en las calles de Madrid, seguido casi inmediatamente del levantamiento de Andalucía y de la memorable batalla de Bailén, en todas las provincias se alzaban en armas fuerzas más ó menos importantes, dispuestas á luchar contra los invasores, en quienes veían á la vez enemigos de la Religión, del Rey y de la Patria.

El odio á los franceses germinaba por todas partes, y más principalmente en aquellas poblaciones sobre las cuales se dejaba sentir con mayor pesadumbre el yugo de los conquistadores, que dominaban la nación desde antes de haber combatido. Entre éstas, las que más padecían eran las que se encontraban sobre la antigua carretera de Francia, surcada continuamente por tropas y convoyes del ejército imperial, que imponían á los pueblos molestias y vejaciones sin cuento, como sucede en todas las guerras, sobre todo cuando las hacen soldados franceses, que suelen pecar de descomedidos é insubordinados.

Uno de estos pueblos era Villoviado, donde ejercía la cura de almas D. Jerónimo Merino.

El día 15 de enero de 1809 se alojó en aquel pueblo una pequeña columna de tropas imperiales, pidiendo para el día siguiente, en que debía continuar su marcha, un número de bagajes tan considerable, que al pobre alcalde le fué imposible proporcionarlos. Irritados los jefes franceses por esta contrariedad y quizas por haber advertido en los vecinos marcados sentimientos de hostilidad, imaginaron *la gracia* de que los hombres válidos del pueblo sustituyeran á las acémilas, llevando á hombros hasta Lerma los equipajes é impedimenta.

Pusieron por obra su pensamiento, apresando á viva fuerza á todo el que les vino á las manos; y uno de ellos fué Merino, á quien ni sus protestas, ni su resistencia, ni los fueros de su sagrado ministerio libraron de prestar tan humillante servicio.

Cargado con el bombo, un chinesco y los platillos hizo el cura su jornada entre las burlas y cuchufletas de la soldadesca.

Fácil es comprender el efecto que causaría aquel ultraje en hombre tan poco sufrido como D. Jerónimo.

Llegados á Lerma, los presos recobraron su libertad.

Merino arrojó al suelo su carga, y encarándose con el grupo de jefes y oficiales que le contemplaban riéndose, cruzó ambas manos, y besándolas repetidas veces, gritó con rabia:

—¡Os juro por estas cruces que me la habéis de pagar!

Los otros que probablemente no entenderían sus palabras, aunque era fácil comprender su ademán, le contestaron con una carcajada.

No podían adivinar en aquel momento cuánta sangre les había de costar el juramento de tan ridículo personaje.

* * *

No tardó más de veinticuatro horas el bravío y montaraz sacerdote en salir á campaña con su criado. Armados los dos con sus escopetas, recorrían montes y cañadas, espiando el paso de los franceses, y rezagado que se les ponía á tiro era hombre muerto. Desde el primer día, Merino empezó á titularse comandante general de la provincia y bautizó su fuerza, que en una semana llegó á componerse de diez ó doce hombres, con el pomposo nombre de «Ejército español de Castilla la Vieja:» en cuanto tuvo unos cuantos caballos para montar á los que sabían, les llamó «Regimiento de húsares de Burgos.» Uno de estos húsares fué D. Ramón Santillán, hijo del escribano de Lerma, á quien todos hemos conocido, en el reinado de doña Isabel II, siendo ministro de Hacienda y gobernador del Banco de España.

Procediendo desde luego como si se encontrara al frente de un gran ejército, redactó una especie de ordenanzas, estableciendo entre su gente la más severa disciplina, y comenzó á entenderse con alcaldes y jueces, comunicándoles órdenes que generalmente obedecían, unos por patriotismo y otros por miedo. Cuando su partida apenas constaba de sesenta ó setenta hombres, trató de potencia á potencia al general conde de Dorsenne, que mandaba en Burgos en nombre de José I. Dictó un bando la autoridad extranjera, ordenando que los españoles que sin pertenecer al ejército regular fuesen cogidos con las armas en la mano, se les considerara bandidos y se les fusilara sin más que identificar las personas. Merino contestó á este bando con otro en que se declaraba que todos los españoles eran soldados de la patria y se ordenaba que por cada uno de ellos que sufriese la pena de muerte fueran fusilados tres franceses. Uno de los primeros ejemplares de este bando lo remitió al conde de Dorsenne.

La partida del cura Merino, á quien por entonces llamaban los patriotas *el Cid de Castilla la Vieja*, fué creciendo en número é importancia, llegando en poco tiempo á formar una brigada de más de dos mil hombres, organizados militarmente. Con esta fuerza, relativamente considerable, el valiente cura de Villoviado, á quien la junta de Sevilla y el gobierno que luego se estableció en Cádiz otorgaron varios grados en el ejército, hasta concederle el de brigadier, se arrojó ya á grandes empresas, todas coronadas por el éxito más brillante, pues conociendo á palmos el terreno en que operaba, contando con el apoyo de los pueblos que le facilitaban toda clase de recursos y le tenían al corriente de cuantos movimientos intentaba el enemigo, y disponiendo de gente bizarra y dura, capaz de realizar las marchas más penosas y de cruzar por parajes donde ninguna otra fuerza armada se atrevería á penetrar, podía hacer la guerra de montaña con notoria ventaja.

Una de las acciones más brillantes del cura guerrillero fué la sorpresa de Quintana de la Puente, pueblo situado en la calzada que va desde Valladolid á Burgos, á una jornada corta de Aranda de Duero. Allí se apoderó del tren de batir que los invasores destinaban al sitio de Ciudad Rodrigo y se componía nada menos que de ciento diez y ocho furgones y una porción de carros, cargados con cañones de á veinticuatro, balas, bombas, granadas y demás útiles propios para el servicio de la artillería. En este combate, que fué largo y sangriento, los franceses perdieron seiscientos hombres entre muertos y heridos, es decir, casi la totalidad de la escolta del convoy.

Aquella hecatombe produjo tal efecto, que el gobierno del rey intruso destinó tres generales, Kellerman, Roquet y Dorsenne, á la persecución del cura. D. Jerónimo supo burlar á los tres cuerpos, con tan rara habilidad, que sólo consiguieron darle alcance cuando á él le convenía hacerles frente, para aprovechar ventajas del terreno.

No hemos de hacer la historia de la guerra, que todos nuestros lectores conocen. Sólo diremos que Merino prosiguió haciéndola hasta su terminación con igual fortuna.

Justo es consignar que uno de los más eficaces auxiliares que tuvo el cura en sus campañas fué el abad de Lerma D. Benito Taberner, que murió siendo obispo de Solsona, el cual le facilitó siempre grandes recursos, no sólo de las rentas de la Colegiata, sino de las suyas propias.

* * *

Terminada la guerra é instalado en el trono Fernando VII, Merino pidió un empleo militar, pero el monarca no quiso concedérselo y recompensó sus servicios nombrándole canónigo de Valencia.

No tenía D. Jerónimo ninguna de las aptitudes necesarias para ocupar la silla de un coro. Así es que la conservó poco tiempo. Enterado de que sus compañeros le hacían objeto de sus burlas y murmuraciones, llenó un día de insultos al Cabildo, y sacando de debajo de la sotana un par de pistolas, en poco estuvo que las disparase contra los aterrados canónigos que huyeron por la llamada puerta de los Apóstoles.

Después de este escándalo se marchó á Villoviado, donde seguía cobrando su asignación y dedicándose á la caza.

* * *

Aquel hombre que tanto había odiado á los franceses sirvió de guía al ejército del duque de Angulema en 1823, y después de haber tomado parte, no muy principal ni gloriosa, en la guerra civil que siguió á la muerte de Fernando VII, emigró á Francia y falleció en Montpeller á la edad de setenta y siete años. Cuando salió á campaña contra los franceses tenía cuarenta.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO



ENTIERRO DE UN NIÑO EN EL ZUIDERZEE, cuadro de Sherwood Hunter



La Santa faz, alto relieve en mármol de Pedro Carbonell
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

GENTE DE MADRID

DANIEL Y EL AMIGO DE DANIEL

Me dió mucha lástima cuando le vi hace tres años por ahora. Le encontré tan derrotado que casi le desconocí. – «Soy yo mismo, me dijo, aunque parezco otro; he sufrido mucho y me he quedado sin salud y sin dinero, y con más obligaciones que antes, porque ya tengo un hijo más, Dios le bendiga.» Daniel, que así se llama el sujeto que presento hoy á mis amables lectores, había estado empleado, y un ministro le quitó el destino para dárselo á otro; tenía un capitalito y lo había entregado á un negociante amigo que le daba un interés menor del legal; el amigo quebró y Daniel no hallaba medio de recuperar su dinero; abrió su bufete de abogado y se dedicó á la defensa de pobres, esperando que en cuanto fuera conocida su elocuencia tendría clientes entre la gente pudiente, y aunque no fuera un Silvela ó un Gamazo, para comer siquiera podría sacar de su noble profesión. Los pobres que defendió casi todos obtuvieron su libertad; uno le regaló un mazo de veinte cigarros de diez céntimos; otro le ofreció el primer reloj bueno que pudiera *ganar;* otro fué á decirle que cuando quisiera tomar café con él, un *rata* más malo que Caín, tendría gusto en convidarle, y le invitó á que fuera cualquier día de seis á ocho de la noche al café del Gallo; otro, que había dado tres puñaladas á un amigo, y Daniel obtuvo para él la absolución más injusta y escandalosa, le ofreció galantemente su amistad... Pero la gente pudiente no solicitó sus servicios; nadie le encargó asunto ninguno de litigio; se vió, pues, en la necesidad de buscarse la vida por otros caminos, y solicitó libros que traducir: un librero le encargó una novela de cuatrocientas páginas; hizo Daniel á conciencia su trabajo; el editor le dió veinticinco duros por la traducción; no salió siquiera á diez reales de jornal diario: ofreció en un anuncio sus servicios como administrador de fincas y obtuvo la de una gran casa de vecindad en un barrio extremo, cuyos inquilinos pagaban todos los domingos el alquiler, los que lo pagaban. Lo que sufrió Daniel no es para contado; con una paciencia y una caridad notables procuraba dar á los vecinos las mayores facilidades para el pago; había uno que estaba en descubierto de muchos meses, y Daniel, compadecido de la situación de aquel desgraciado, pagó por él parte de la cantidad debida al propietario que á todo trance quería lanzar de la habitación al inquilino más que moroso; pues este inquilino, un día que le cogió de mal humor cuando Daniel fué á visitarle, echóle á empujones por la escalera abajo, y en viendo los otros vecinos que uno de ellos maltrataba al administrador, salieron todos al patio y el pobre Daniel recibió una entrada de palos regular que le hizo perder la afición á administrar propiedades ajenas.

En esta situación se hallaba cuando le encontré, y se lamentaba amargamente de que siendo un hombre de bien, incapaz de toda mala acción y trabajador incansable, no pudiera hallar donde emplear su actividad y su inteligencia y realizar su natural aspiración de mantener á su mujer y sus hijos. Daniel no tenía nada de tonto; era muy versado en literatura, y había escrito algunas obritas dramáticas que por exceso de modestia no quería dar al teatro; le aconsejé que las diera, demostrándole que otras enteramente reñidas con el sentido común proporcionaban grandes beneficios á sus autores. Siguió el pobre mi consejo y llevó una de sus obras á un empresario; á los cuatro ó cinco meses el empresario le devolvió la obra, diciéndole que no se podía poner en escena; sin embargo, la puso á los pocos días, un tanto desfigurada, pero con el mismo argumento y con situaciones semejantes. Y gustó mucho, y llamado el autor á escena resultó ser la comedia de uno de los abastecedores de aquel teatro, que había leído la de Daniel y le había robado bonitamente el asunto. Daniel hubiera podido querellarse, mas ¿para qué?.. El otro peine disponía de los periódicos; tenía, según decía, *su reputación muy bien sentada,* y mi amigo habría salido con las manos en la cabeza, y escarnecido, además de robado.

¡Pobre Daniel! Era verdaderamente muy triste que tuviera tan mala suerte persona por todos conceptos digna de estimación; y mucho me dolía no tener influencia ni valimiento para haber hecho algo en su favor. Y no podía menos de acordarme de tanto tuno y de tanto necio que, sin otro mérito que el de la poca vergüenza, disfrutan todo linaje de ventajas y son considerados y atendidos por todo el mundo. Por desgracia, no podía hacer otra cosa que animarle á seguir la lucha por la existencia sin desesperarse y á tener confianza en que su suerte cambiaría, bien que esto me parecía difícil, siendo tan hombre de bien y tan modesto como era el bueno de Daniel.

Ausente yo de Madrid bastante tiempo, no había vuelto á ver á Daniel. Ayer mañana, saliendo de la librería de Fe, le encontré que iba con dos de sus hijos, una niña y un niño muy donosos, y sobre todo muy rica y elegantemente vestidos. Y él también lucía un bien cortado traje de mañana de excelente tricot, guantes de piel de perro con su bordadura, sombrero flamante, botas barnizadas que parecían acabadas de salir de casa de Gayatte, y corbata *plastrón* de raso azul con un brillante gordo por alfiler, y fumaba un magnífico Partagás que lo menos habría costado su par de pesetas.

– ¡Oh, Daniel, exclamé, cuánto me alegro de verte, y sobre todo de verte tan ventajosamente cambiado! La última vez que te vi estabas flaco, macilento, triste, desencajado, y ahora te veo grueso, erguido, animado y con un color de salud que da envidia. ¡Y qué niños tan monos y tan elegantes!.. ¿Y tu mujer?..

– Buena: se ha repuesto completamente y está hermosísima. Yo salgo todos los días á pasear á estos niños por consejo del médico. Ahora vamos al Retiro.

– Os acompañaré, y me contarás, si quieres, qué es de tu vida. Por lo visto, conjuraste la mala sombra que te perseguía.

– Sí, hombre, ya estoy en otra situación.

– Mucho me alegro. No podía ser de otro modo. Un hombre de tus buenas condiciones, al fin y al cabo había de triunfar.

Los niños delante, agarraditos de las manos, y Daniel y yo detrás, nos encaminamos al Retiro.

Varias personas que encontramos al paso saludaron afectuosamente á Daniel; un personaje que subía del Prado en coche oficial le saludó también con la mano y con una sonrisa de expresivo afecto.

– Veo que estás bien relacionado. Ese personaje es, sin duda, tu amigo.

– ¿Jiménez?.. Ya lo creo; si quieres algo de él te presentaré, y te servirá.

– Gracias, Daniel. Ya sabes que yo soy de otra parroquia.

– Es verdad. Eres consecuente, lo que es muy honroso, pero suele ser poco productivo.

– Tienes razón; pero así he sido siempre, y ya no he de cambiar de carácter. Mas no hablemos de mí: hablemos de ti. ¿Has hecho fortuna?..

– No, fortuna todavía no, pero es posible que la haga.

– Te vi hace tres años tan apurado, tan desalentado, tan triste y tan sin esperanza, que creí que se había apoderado de ti la desesperación.

– En efecto, desesperado estaba, y si no hubiera tenido hijos, Dios sabe lo que habría hecho. Nada me hubiera importado perder la vida. Llegó un día que no tuve pan que dar á mi mujer y á mis hijos.

– ¡Pobre Daniel!

Aquel día salí á la calle con la firme resolución de traer el pan que faltaba en mi casa: Dios me perdone el mal pensamiento, creo que lo habría robado. Tú no sabes á lo que obliga á un hombre la presencia de una mujer amada y unos hijos idolatrados que padecen hambre. Recordarás que mi amigo Juan N..., que tenía en su poder mi capitalito de cinco mil duros, había quebrado. Pues bien: me acordé de aquel amigo. Muchas veces había acudido á él suplicándole que me facilitase algunos fondos. Yo no me había mostrado parte en la quiebra; había tenido la debilidad de no presentar mi crédito oportunamente... Era un amigo, nos habíamos querido mucho, es decir, le había querido yo, y me repugnaba contribuir á agravar su situación. Aquel día no tendría con él ninguna consideración. Me dolía mucho, pero mi mujer y mis hijos eran antes que todo. Cogí una pistola de dos cañones vieja que poseía aún, porque no me hubieran dado por ella dos reales, y me la metí en el bolsillo. Expuse á mi amigo la situación y le dije:

– «Juan, mientras he tenido en casa efectos que vender ó que empeñar he recibido pacientemente tus respuestas negativas á mis súplicas de que me dieras algo, aunque fuera poco, de mis cinco mil duros. Hoy en mi casa no hay más que hambre, y vengo á



Pensativa, estatua de Félix Pardo de Tavera
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



La nueva catedral de Berlín, proyecto de Julio Raschdorff

que me des lo que necesito, y no salgo de aquí sin ello. Tú, que perdiste mi dinero y el de otros en tus especulaciones, vives en esta casa decente; tienes ropa, tienes muebles, tienes abrigo y tienes qué comer. No es justo que tú tengas y yo no tenga nada.»

Le impresionó mi tono decidido, bien lo conocí; pero su respuesta fué negativa.

– «Cuando pueda, dijo, te pagaré íntegramente, no lo dudes un momento.

– »Por Dios te pido que me des, á lo menos, cien duros, ó cincuenta.

– »No puedo, ahora no puedo, no te canses.

– »Pues ó me das cincuenta, ó veinticinco, ó veinte duros siquiera, ó morimos hoy los dos.

– »¿Los dos?, preguntó.

– »Sí, porque vengo resuelto á matarte y á matarme después.

– »Que te mates tú, lo podré creer; pero á mí... no te atreves. (¡Bien me conocía el tunante!) Oye, prosiguió, voy á darte dos duros para que coman hoy tu mujer y tus hijos; lleva ese dinero á tu casa y vuelve aquí, y te pondré en camino de la fortuna, pero á condición de que no seas tan pusilánime y encogido, ni tengas escrúpulos. Vete y no tardes en volver. Tú almorzarás conmigo.»

Lo hice como lo dijo. Cuando volví ya estaba en disposición de salir á la calle. Salimos, pasaba un coche; mi amigo llamó al cochero y le dijo:

– «A *Fiesta alegre*.

– »¿A *Fiesta alegre*?, le pregunté con asombro?

– »Ya lo creo, me contestó, á almorzar y á divertirnos. Yo, estando tronado, es cuando con más empeño procuro divertirme.»

Llegamos á *Fiesta alegre*. Yo no había visto este frontón ni por fuera. Mi amigo entró en el café y yo con él. Pidió dos almuerzos; todos los camareros le saludaron con demostraciones de afecto, y lo mismo otras personas que había allí. Presentóme mi amigo á algunos buenos mozos, que vinieron á saludarle con fuertes apretones de manos. Eran, según me dijo, pelotaris, y mientras nos servían el almuerzo mi amigo y ellos departieron largamente con la mayor cordialidad en un lenguaje del que yo no entendía una jota. El almuerzo, que fué muy copioso, duró mucho tiempo. Luego pidió mi amigo café y copa y cigarros habanos, y convidó á todos aquellos hombres. Yo hacía años que no almorzaba tan opíparamente ni tomaba café ni fumaba habano. Y en el café estuvimos hasta que llegó la hora de empezar el partido, que entramos en el frontón. No pude menos de advertir que mi amigo no pagó el almuerzo. Se conoce que tenía crédito á pesar de la quiebra. Quedéme absorto al contemplar el aspecto del frontón. ¡Qué de gente! ¡Cuántos caballeros! Vi hasta jueces y magistrados que conocía de cuando yo defendía pobres. Personajes políticos, diputados, senadores... Un público escogidísimo. Empezó el partido, y mi amigo no se estaba quieto, iba de un lado á otro, hablaba con muchos señores, y venían á decirle no sé qué los voceadores, quiero decir los intermediarios de las apuestas, y les daba dinero que llevaba en billetes en la cartera... Yo estaba aturdido, haciéndome cargo al fin de que aquello era una *timba* y no otra cosa. Cuando concluyó el partido, todavía nos quedamos allí mi amigo y yo; todavía habló con los pelotaris largo rato, felicitando á los vencedores, y luego me dijo:

– «Espérame aquí, que pronto vuelvo.»

Y se fué; volvió luego, y dándome diez billetes de cincuenta pesetas, me dijo:

– «Toma, ahí tienes cien duros que has ganado.

– »¿Yo?

– »Sí, hombre, yo he jugado por ti y por mí, y he ganado doscientos, ciento para ti, para que no te mates ni me mates, añadió riendo.»

Yo dudaba si podía tomar aquel dinero.

– «No tengas escrúpulos, me dijo mi amigo. Toma esto hoy; mañana vienes, si quieres, conmigo, y tendrás otra buena ración probablemente.»

Y se despidió de mí, encareciéndome que no dejara de volver el día siguiente al frontón, donde le encontraría.

No puedes figurarte qué impresión tan extraña me produjo aquella ganancia; tuve calentura. Aquel dinero me parecía que no era mío, que no podía ser mío, que se lo había quitado á alguien. Yo no podía considerar aquel dinero como una mínima parte de mis cinco mil duros perdidos por el amigo quebrado. No, aquel dinero no era restitución de lo mío, ni producto de mi trabajo, y por consiguiente era un dinero mal ganado. No toqué á los dos mil reales, y el día siguiente pude ver al amigo y le expuse mis escrúpulos.

– «Bien hacía yo en no hacerte caso, y en dejarte en tu mísera situación, me dijo. Eres el lila más completo que he conocido, y así estás tú de medrado. Ayer querías matarme y matarte porque no tenías que dar de comer á tu familia, y ahora te veo á punto de permitir que perezcan de hambre tu mujer y tus hijos, ahora que tienes dinero y que te ofrezco los medios de que lo tengas siempre, ó casi siempre. Pero grandísimo... infeliz, por no decirte otra cosa, ¿no viste cómo se guardó su ganancia D. Cleofás Raposillo, aquel magistrado tan feo y tan severo en su cargo? ¿No te fijaste en D. Martín Tantán, el escribano que entiende en mi quiebra?.. ¿No viste cómo apuntaba por los azules, y qué fajo de billetes tenía en la mano?.. Dinero ajeno probablemente. Eso es peor que ganar modestamente dos mil reales como los ganaste tú ayer jugando yo por ti. Vaya, no seas bobo; elige entre la holgura y la miseria, entre la estimación de la gente en el primer caso y el abandono y el desprecio de todos en el segundo. Si yo, después de mi quiebra, me hubiera metido en un rincón á dolerme de mi suerte, mis acreedores me habrían tratado sin compasión, habrían procurado hundirme del todo, hasta llevarme á presidio; pero han visto que no me achico, se han persuadido de que no han de obtener de mí más de lo que yo quiera, y todos tan conformes, todos, menos tú, porque tú, el más inocente de todos y el único á quien yo me he propuesto tratar como amigo, me querías matar..., añadió, riéndose á carcajadas mi desvergonzado amigo.»

Volví con él otra vez y otras veces al frontón, y mi amigo continuó apuntando por mí y para mí, y adquirí conocimientos, y en mi casa hubo lo preciso para comer y para vestir, hubo lo que no pude nunca lograr por medio del trabajo asiduo y honrado.

– Pero el juego de pelota, dije á Daniel, tiene, como todos los juegos, sus quebrantos; no se gana siempre.

– Mi amigo y protector gana siempre, menos cuan-



VIRGINIUS INMOLANDO A SU HIJA, grupo en bronce de Mad. Elisa Bloch

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



EL ENTIERRO DE JUDAS, grupo en yeso de Rafael Atché

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

do no quiere. Algunas veces pierde para que no se diga. Pero ya para mí el frontón es lo menos. Voy todas las tardes un rato por ver á mi amigo, que tiene desde hace algún tiempo una empresa más lucrativa, y para recibir sus instrucciones.

– ¡Hola! Se conoce que es hombre de iniciativa.

– A ti te lo digo porque eres reservado..., bien que lo que te voy á decir lo sabe todo el mundo...

– Entonces, es un secreto singular.

– Mi amigo es dueño de siete casas...

– ¡Caramba! ¡Pues bien se ha armado el hombre!

– De siete casas de juego.

– ¡Ah! ¿Pero se tolera que haya casas de juego?.. Creía...

– Y tiene en ellas sus representantes bien retribuídos...

– ¡Bravísimo!.. ¡Y tú eres uno de ellos!

– Sí, contestó Daniel bajando los ojos.

El pobre no ha perdido por completo el pudor.

– Yo soy uno de ellos, continuó. Y en mi casa hay abundancia, y mi mujer ha recobrado la salud, la belleza que había perdido cuando vivíamos honradamente, y mis hijos... ya los ves, alegres, sanos, venturosos. Si no hubiera seguido el consejo y aceptado el apoyo de mi amigo Juan, ¿qué hubiera sido de nosotros?.. Así está el mundo ahora, amigo mío. ¡Y así habrá estado siempre! Y es un ejemplo triste y terrible el de la honradez, la modestia, el decoro y el trabajo arrastrando una vida estrecha y penosa ante la indiferencia y el desdén de todo el mundo, y el vicio, la desfachatez y la osadía triunfando en toda la línea. Yo he luchado con mi conciencia, pero al fin he sucumbido. Castigado antes cruelmente por ser bueno, ahora, que no puedo considerarme bueno como antes, no sufro el duro castigo de la miseria.

No felicité á Daniel por sus adelantos y ventajas, pero tampoco me atreví á culparle.

Carlos Frontaura

Madrid, julio de 1894

NUESTROS GRABADOS

Margheritina, busto en mármol de Miguel Blay (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Delicadamente modelada ha sido la esbelta cabecita que reproducimos, obra feliz é inspirada del laureado escultor olotense Miguel Blay, quien cada año que transcurre y cada exposición en que toma parte sírvenle para realizar nuevos progresos y lograr nuevos triunfos. En la que acaba de cerrar sus puertas ha alcanzado la mayor recompensa ofrecida á la escultura por su notabilísimo grupo titulado *Los primeros fríos*, ya conocido de nuestros lectores, puesto que además de ser la primera obra adquirida para el Museo, se le ha otorgado el premio especial ofrecido por la infanta doña Isabel. Premiado ha sido también el busto *Margheritina*. Sus repetidos triunfos, justamente alcanzados, pues son indiscutibles sus cualidades, hacen concebir la grata esperanza de que el nombre de Blay ha de significar, en lo porvenir, el de un artista que honre al arte patrio.

Monumento al príncipe Amadeo, obra de Bordini. – Recientemente se ha inaugurado en la Cavalchina, cerca de Custozza, un monumento erigido á la memoria del noble príncipe de Saboya en el mismo sitio en que el que después fué rey de España cayó herido combatiendo heroicamente contra los austriacos al frente del regimiento de granaderos de Lombardía. El monumento, obra del escultor veronés Pedro Bordini, consiste en una columna asentada sobre un sencillo basamento alrededor del cual corre un alto relieve de bronce que representa la batalla y en el que se ve al valeroso caudillo en el momento de ser herido. En su cara principal se lee esta inscripción: «Aquí fué herido Amadeo de Saboya, duque de Aosta, en 24 de junio de 1866, luchando por la libertad italiana. Ciudadanos libres dedícanle este monumento para perpetuar su gloria y su recuerdo.»

Mañana de invierno, cuadro de Emilio Sánchez Perrier (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – El nombre del ilustre paisista sevillano es tan ventajosamente conocido en el mundo del arte, que por esta circunstancia y la de habernos cabido varias veces la satisfacción de ocuparnos de sus obras en esta revista, no creemos pertinente repetir el concepto que nos merece. Nos limitaremos á llamar la atención de nuestros lectores acerca del magnífico paisaje que reproducimos, el primero, á nuestro juicio, entre los que figuraban en la Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad. En él, además de estar admirablemente representada la hora y el tiempo, admirábase por su magistral ejecución, minuciosamente acabada, pero sin fatiga ni esfuerzo revelando el natural. Nada huelga en el lienzo, en el que el artista ha dado nueva prueba de su talento y de su inimitable habilidad.

Entierro de un niño en el Zuiderzee, cuadro de Sherwood Hunter. – El efecto que en el ánimo produce este cuadro es su mejor elogio: al contemplar aquel viejo marino llevando el ataúd que encierra el cuerpecito del hijo del compañero, el grupo de niños que dándose las manos le siguen cabizbajos y con la tristeza pintada en los semblantes y reflejada en las actitudes, la mujer que, aun estando de espaldas, permite adivinar la amorosa mirada que fija en el niño que tiene en brazos, y el mismo trozo de mar que en el fondo se extiende, experiméntase una melancolía, una indefinible tristeza que prueba cuán hondamente sentida está la hermosa pintura del artista inglés y cuán bien ha sabido éste dar con los elementos de ejecución necesarios para producir esa emoción que es el principal fin de las bellas artes.

D. Vicente Palmaroli. – El actual director del Museo de Pinturas de Madrid nació en Zarzalejo (Madrid) en 5 de septiembre de 1834. Fué discípulo de su padre, D. Cayetano, de D. Federico Madrazo y de la Escuela superior; marchó á Italia en 1858 pensionado por la reina doña Isabel, habiendo regresado á Madrid cuatro años después y obtenido ya en la exposición de aquel año dos medallas, una de primera y otra de segunda clase. Sus triunfos fueron desde entonces en pro-



D. Vicente Palmaroli, actual Director del Museo de Pinturas de Madrid

gresión creciente y no tardó en colocarse entre los pintores de primera fila: sus obras son innumerables y de mucha importancia; cultiva con preferencia el género histórico y el retrato, ha sido director de la Academia española de Bellas Artes en Roma, es académico de la Real de San Fernando y posee la encomienda de Isabel la Católica y la Cruz de la Legión de Honor. Digno premio de sus merecimientos ha sido el nombramiento de Director del Museo del Prado que el gobierno le ha concedido á la muerte del inolvidable D. Federico Madrazo y Kuntz.

La Santa faz, alto relieve en mármol de Pedro Carbonell (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Es Pedro Carbonell uno de los escultores que honran á nuestra región. Forma parte de la nueva generación artística, que tanto ha contribuído para realizar el renacimiento catalán. Nuestros lectores conocen algunas de sus obras, por habernos cabido la satisfacción de poder publicarlas, entre ellas, la inspirada y sentida estatua titulada *Angelus*, que tantos elogios mereció á su autor.

Mucho más podía haber aportado á nuestra Exposición el Sr. Carbonell; esto no obstante, su *Santa faz* es una producción digna del artista, bien modelada é inspirada en el místico concepto que envuelve la sagrada representación de la efigie del crucificado.

Pensativa, estatua de Félix Pardo de Tavera (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – No cabe mayor acierto en modelar una figura con tan simplicísimos medios, cual lo ha ejecutado nuestro distinguido amigo el Sr. Pardo de Tavera en su obra titulada *Pensativa*. La posición, la actitud y la especialísima modelación, amplia, grandiosa y fácil, convierten la obra del escultor filipino en una producción magistral. Ajustada al concepto y á la técnica moderna era la estatua digna de servir de modelo y de perpetuarse. Así lo comprendió el Jurado calificador de la última Exposición de Bellas Artes, que no titubeó en otorgarle merecido premio, proponiendo su adquisición á la corporación municipal de nuestra ciudad, acuerdo que aplaudimos sinceramente, pues significa su instalación en el Museo de Bellas Artes, creado por el ayuntamiento, cuya sección de escultura se avalorará con esta nueva obra del Sr. Tavera, á quien cupo igual distinción en el año de 1891 por su preciosa é intencionada estatua *¡Soy yo!*

La nueva catedral de Berlín, proyecto de Julio Raschdorff. – Con gran solemnidad verificóse en 17 de junio último la ceremonia de colocar en Berlín la primera piedra de la catedral protestante que los alemanes venían deseando desde hace tanto tiempo y que todo el pueblo germánico considera como monumento nacional. Presidió el acto el emperador en persona y á él asistieron la familia imperial, el gobierno, las autoridades y corporaciones y un público compuesto de centenares de miles de almas. El dibujo que de la catedral en construcción reproducimos da perfecta idea de su grandiosidad: para su construcción ha votado la dieta prusiana la cantidad de 10 millones de marcos, ó sean 12 millones y medio de pesetas.

Virginius inmolando á su hija, grupo en bronce de Mad. Elisa Bloch (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Los que tuvieron ocasión de visitar la Exposición de Bellas Artes celebrada en 1891, recordarán un precioso busto, titulado *Ensueño*, obra de la distinguida escultora parisiense Mad. Bloch, que fué premiado por el Jurado de aquel concurso. Su nombre es no sólo ventajosamente conocido en su patria sino en nuestro país. En el primer certamen presentó una obra tan delicada como sentida: en el que se ha celebrado recientemente ha aportado una producción de mayores alientos, modelada con varonil valentía, que basta para dar á conocer cumplidamente las aptitudes que posee la artista y su excepcional temperamento para cultivar el gran arte.

Entre las innumerables obras que podríamos citar, haremos mención especial de la que simboliza *La esperanza*, *La edad de oro*, *Un fondista* y la estatua de *Moisés*, que ha llamado la atención en el Salón del Campo de Marte.

Plácemes merece la distinguida escultora, que no titubeamos en tributarle, así como el testimonio de nuestra consideración.

El entierro de Judas, grupo en yeso de Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – *El entierro de Judas* es una nueva demostración del temperamento artístico de Rafael Atché. Tan genial como atrevido en sus concepciones, trata siempre, y lo realiza, de ocultar la materia, dando vida por medio de la acción. Nosotros que somos los primeros en reconocer en las obras de Atché las incorrecciones que puedan tener, en la parte que afecta al procedimiento, somos también los primeros en aplaudirlas sin reservas, olvidando aquéllas ante la manifestación del genio. Atché es un verdadero artista, y como tal descuida las minucias de la ejecución, fijándose, en primer término, en la realización del ideal que se ha propuesto, en la representación viviente del asunto elegido. De ahí que todas sus producciones se distingan por el movimiento y vida que sabe darles por medio de su varonil y enérgico modelado.

El entierro de Judas es digna derivación de *El mal ladrón*, y asimismo merecedor de aplauso y recompensa, que no ha titubeado el Jurado en otorgarle. La obra figura también entre las elegidas para el Museo municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad.

¡A ése!.. dibujo original de Carlos Arregui. – El joven cuanto discreto artista madrileño Carlos Arregui nos ofrece ocasión de dar á conocer á nuestros lectores uno de sus notables dibujos, que representa con singular acierto y fidelidad una escena que se repite con frecuencia en todas las ciudades populosas, pero que en la á que nos referimos se recomienda por carácter local. Trátase de un ratero, tal vez, á quien se persigue llamando la atención de los guardias de seguridad con el grito de «¡A ése!..» La agrupación, el movimiento, las actitudes y hasta los pormenores están bien dispuestos y estudiados. El dibujo es un verdadero cuadro de costumbres que se ajusta al concepto artístico moderno. Arregui tiene en cuenta que el artista que se inspira en cuanto le rodea, vive y se agita á su alrededor, aporta materiales para la historia. Prefiere estudiar lo que se ve y observa á malograr sus aptitudes en inútiles tanteos. Por tal camino logrará la merecida recompensa á sus afanes.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Barcelona. – De gran resultado ha sido para los artistas la segunda Exposición general de Bellas Artes recientemente celebrada, pues aparte de los premios de carácter puramente honorífico que se han concedido, es considerable el número de obras adquiridas por la Corporación municipal, Diputación, Sociedades y particulares, y muy importante la suma que su enajenación representa.

Los artistas premiados son: *Sección de pintura.* – Alejo Clapés, Juan Luna, Mariano Oliver, Juan Pinós, Marcelino Santamaría, Modesto Urgell, Manuel Felíu, Francisco Graner, Francisco Miralles, Darío de Regoyos, Román Ribera, Santiago Rusiñol, Antonio Fillol, Hans von Bartels, Josua von Gielt, Teodoro Hummel, Carlos Marr, Federico de Uhde, Amelia Beaury Saurel, Siebe Ten Cate, Alejandro Defaux, Stevenson Macaulay, Angelo Morbelli, Daniel Hernández, Vicente Cutanda, Gonzalo Bilbao, Miguel Carbonell, José Miralles Darmanin, Ricardo Planells, Juan Roig Soler, Juan Baixas, Ricardo Brugada, Aurelio Tolosa, José Jiménez Aranda, Joaquín Vayreda, Ignacio Zuloaga y Ramon Pichot.

Sección de dibujo. – José Armet, Jaime Pahisa, Daniel Urrabieta, Fernando Xumetra, José Engel, Enrique Heim y Pablo Renouard.

Sección de grabado. – Ricardo de los Ríos, José Sadurní, Pablo Manrou, Doris Raab y Juan Raab.

Sección de escenografía. – Salvador Alarma, Luis Labarta, Francisco Soler y Rovirosa y Mauricio Vilomara.

Sección de escultura. – Miguel Blay, Venancio Vallmitjana, Antonio Parera, Eduardo Rossi, Guillermo Charlier, Rafael Atché, Felipe Cifariello, Félix Pardo de Tavera, Manuel Fuxá, José Campeny, Juan Ringel, A. Vallmitjana Abarca, José Pagés Horta, José Soler Forcada, Anselmo Nogués García, José Montserrat, Hipólito Le Roy, Vicente Jerace, Tomás Riu, Domingo Jollo, Aquiles D'Orsi, José Wind, Baltasar Smicht y Alberto Serret.

Sección de reproducciones. – Federico Masriera, Blas Benlliure, Antonio Pandiani y Juan Mollica.

Han sido adquiridas por el Ayuntamiento, con destino al Museo municipal de Bellas Artes, las siguientes obras: Pintura. – *Gente de mar*, de Eliseo Meifrén; *Rosalía*, de Juan Brull; *La herrería*, de Luis Graner; *Salida de baile*, de Román Ribera; *Novela romántica*, de Santiago Rusiñol; *Junto al lecho mortuorio de la madre*, de Teodoro Hummel; *El puente de Londres*, de Siebe Ten Cate; *Una calle de Chateau-Laudon*, de A. Defaux; *Paisaje*, de Stevenson Macaulay, y *Alba*, de A. Morbelli.

Dibujo. – *Riera de Rubí*, de J. Pahisa; *Dibujo ornamental*, de J. Xumetra; *Los niños*, de J. Engel; *Camino de la escuela*, de E. Henri; *Croquis de animales*, de Pablo Renouard.

Grabado. – *Tomás de Aquino*, de Pablo Manrou; *Lección de baile*, de Doris Raab.

Escenografía. – *Figurines*, de Luis Labarta y *Decoración de calle*, de Mauricio Vilomara.

Reproducciones. – *Estatua en bronce del sepulcro de Felipe el Hermoso*, de Federico Masriera; *Copa romana, en bronce*, de Antonio Pandiani; *tres vasos etruscos*, de Giovanni Mollica.

El premio extraordinario ofrecido por S. M. la Reina Regente, se ha concedido al pintor D. Luis Graner, y el de S. A. la Infanta Isabel al escultor D. Miguel Blay.

La Diputación Provincial ha adquirido con destino á su Museo los siguientes cuadros: *¿Será difteria?*, de Marcelino Santamaría; *Paisaje*, de Joaquín Vancells; *Una romanza*, de Santiago Rusiñol; *Patio*, de José Triadó; *Poesía de invierno*, de Joaquín Vayreda; *Lola*, de Daniel Hernández; *Sol y sombra*, de Joaquín Mir, y *Playa de Blanes*, de Juan Roig y Soler.

A estas adquisiciones hay que agregar las llevadas á cabo por varias corporaciones y particulares, representando las obras compradas un valor aproximado de 90.000 pesetas.



El portero entró aceleradamente y entregó al director un telegrama

LA TÍA ELVIRA

POR JORGE GLATRON. – ILUSTRACIONES DE ALEJO VOLLON (HIJO)

Por segunda vez en tres días habíase comenzado á ensayar sin ella; y uno de los autores, un necesitado, por supuesto, según costumbre, leía su papel. Terminado el primer acto se pasó al segundo, pero Elvira no se presentaba aún. La ausencia de esta pensionista modelo, regular en sus horas como un reloj, no podía explicarse sino por un grave accidente ó acaso una desgracia.

– Amigos míos, declamaba Montois con su voz cavernosa: *Triste presentimiento acosa mi alma.* Seguramente á la tía Elvira le habrá caído una chimenea sobre la cabeza, ó tal vez la habrá aplastado un coche del tranvía.

El portero entró de pronto aceleradamente; su rostro tenía cierta expresión trágica; no pronunció una sola palabra, y dirigiéndose al director entrególe un telegrama.

Era un telegrama de treinta céntimos, abierto, arrugado aún, á causa de su viaje por el tubo, y con una escritura borrosa y desordenada. Durozay lo tomó, dejando caer los lentes para leer mejor; estremecióse de pronto al inclinarse bajo la lámpara, y se irguió después con brusco movimiento.

– Hablabais de broma, dijo, dirigiendo la palabra á los grupos. Pues bien: ¡sabed que ha muerto!

– ¡Cuando yo lo decía!, gritó Montois.

– ¡Vamos... no es posible!, repetían por todas partes. ¡Cómo esa buena mujer había de morir así!..

Se profirieron varias exclamaciones, pero todas en el mismo tono de duda y de pregunta, y que se cruzaban entre sí, dirigidas á Durozay.

Los grupos se habían deshecho, y todos rodearon al director, cuyo rostro abultado, de aspecto jovial, tomó de pronto una expresión sombría. Durozay, retorciéndose el bigote, rasgaba con la uña la fatal esquela; pero la costumbre llevó de nuevo la sonrisa á sus labios á pesar suyo.

– Sí, amigos míos, dijo, ha muerto de verdad; y ha tenido la precaución de avisarme por medio de su portera: ese rasgo es muy propio de su carácter.

– Sí, replicó la pequeña Vasseur, achicando su boca de treinta y cinco años, que expresaba el candor; ¡ah sí!, ese rasgo revela bien el carácter de la pobre anciana.

– ¿Anciana á los cincuenta años?, exclamó alguno en son de protesta. ¡Oh, Virginia! ¿Será necesario buscar nodriza para ti?

Durante más de un cuarto de hora el ensayo quedó interrumpido. Los dos autores, de quienes nadie se ocupaba, permanecían en un rincón, desconcertados, como personas extrañas que han caído en medio de un duelo de familia; guardaban silencio y trazaban figuras en el suelo con la punta de sus bastones; pero uno de ellos acabó por separarse de su compañero, dirigióse á Durozay, y cogióle del brazo, como si se tratara de una conferencia muy grave.

– Escuche usted, dijo, es muy enojoso lo que le sucede, pero...

– ¡A quien se lo dice usted, amigo mío!

Durozay estaba al parecer realmente afectado, y quiso entrar en explicaciones. No lo sentía por el talento de la difunta, pues la pobre mujer no le tenía, si bien procuraba sustituirle con la experiencia y la costumbre; pero Elvira se recomendaba por su espíritu de obediencia, de regularidad y de abnegación.

– Sí, amigo mío, continuó, una abnegación verdadera en su oficio, en el teatro á que pertenecía, por amor á mí, á usted, á los autores y compañeros. La tía Elvira, como todos la llamábamos, era la disciplina de la casa; había encanecido en la profesión; apreciábanla y se la escuchaba, y muy á menudo por ella pude gobernar en circunstancias críticas á mis actores, «animales difíciles de dirigir,» como usted sabe muy bien. Siempre dispuesta á todo, y sacrificándose de antemano, jamás se rebelaba, ni se negó nunca á prestar un servicio; sustituir á los demás para desempeñar sus papeles fué siempre su destino, su empleo; y aunque sólo debiese pronunciar dos palabras, hacíalo con todo el arte que poseía, con el ademán, la dicción y el aplomo de treinta y cinco años de tablas. No se encontrarán muchas mujeres de tanta conciencia. Todos los trajes le sentaban bien, y aún era hermosa en escena, con su elevada estatura, su corsé bien redondeado y sus facciones correctas, aunque algo prolongadas. Por eso estábamos tranquilos con ella, pues sabíamos que desempeñaría bien cualquier papel. ¡Sí, diablo, es una pérdida sensible!..

En el fondo del escenario la voz de la pequeña Vasseur resonaba pura y melodiosa.

– ¿De qué ha muerto?, decía. ¡Bah! Tan sólo por haberse retardado diez minutos en el ensayo de anteayer. ¡Desviarse tanto de la regla!..

Algunos jóvenes se burlaban; pero los viejos no parecían estar para bromas, y evocando recuerdos, relacionábanlos entre sí. Jamás habían visto á la buena Elvira enferma; pero recordábase que dos días antes llegó jadeando, pálida, trastornada, sin duda por su apresuramiento y por el temor de caer en falta. Balbuceó una excusa, diciendo: «Vengo de una ceremonia que se ha prolongado más de lo que creía;» y no habló más. El ensayo era aquel día sumamente laborioso, y nadie pensó en interrogar á Elvira; pero según afirmaba el viejo Montois, debía sentirse ya mal porque se equivocó dos veces.

– ¿No se le conoció un hijo hace mucho tiempo?, preguntó otro.

– Sí, en efecto, pero nadie sabía nada de él. Solamente Montois, el decano de la compañía, recordaba haber visto en lejana época un muchachote con chaqueta de colegial, que dos ó tres veces encontró sentado sobre las rodillas de su buena madre; mas nunca le vió en las calles ni en el teatro. Elvira no le enseñaba á nadie, ni decía nunca nada de él.

Montois se dió de pronto un golpe en la frente.

– ¡Ah!, exclamó, ahora recuerdo; hará como cosa de un mes... ella que en su cuarto no recibía á nadie... ¿Sería que?..

Una señal ruidosa le cortó la palabra.

– ¡Pardiez, sí!, exclamaba Durozay con impaciencia, contestando á su autor, ya la reemplazaremos.

Y golpeando el suelo con la punta de su bastón, añadió:

– ¡En escena para el tercer acto, y pronto!

Pero mientras que Vasseur se colocaba en su puesto, y que Montois con el pecho dilatado, los codos tocando al cuerpo y el sombrero á la altura de la cadera, preparaba una entrada de efecto, el pensamiento de Durozay se fijaba aún en la tía Elvira.

– ¡Pobre vieja; de todos modos lo siento!..

Tal vez sabía de ella más que sus compañeros; quizás los recuerdos de aquel hombre tan corrido, y alguuas semiconfidencias arrancadas ó sorprendidas á la buena mujer, á quien quería sinceramente, por una de esas amistades mucho menos raras en el mundo del teatro de lo que el público se complace en creer, hacíanle sospechar las causas del súbito fin de la pobre cómica, que nada tenía de la vulgaridad de una gacetilla.

No ignoraba que aquella «buena vieja,» como los otros decían, había tenido su juventud; y que para la humilde actriz que degeneró hasta el punto de no ser apenas más que una figuranta, esa especie de criada para todo en el teatro, hubo también una hora de fe, de genio y de triunfo. ¡Cuántas personas mueren á los ochenta años sin haber vivido siquiera una hora! Hija de la casualidad, nacida en las tablas, tuvo á los quince años el honor de *debutar* con Federico Lemaitre; y cuando estaba á punto de hacer su entrada con el gran actor, al verla éste oprimir el pañuelo entre sus dedos, bañados de un sudor frío, preguntóle:

– ¿Qué te espanta más, hija mía, el público ó yo?

– Usted, contestó la joven.

– Lo prefiero así, repuso Federico, porque es buena señal.

En aquel tiempo Elvira amaba su arte, y á decir



...por primera vez en la vida la joven desempeñaba un papel importante, el de Margarita de Borgoña

verdad, no conocía otra cosa; vivía en sus papeles, y todo el mundo se reducía al espacio que mediaba entre las candilejas y el fondo del escenario. Si no tenía papel en una pieza, parecíale verse expulsada de la sociedad, de la vida y dejaba de existir; faltábale el aire, y solamente respiraba un poco por la noche entre bastidores, aspirando el olor del gas y de los lienzos pintados. Vagaba de un lado á otro presa de la fiebre, esperando que la súbita indisposición de una actriz caprichosa le ofreciese la oportunidad de reemplazarla en el acto; pues dotada por la naturaleza de una memoria maravillosa, tan fiel como rápida, bastábale asistir á diez ó doce ensayos para dominar, sin esfuerzo alguno, todos los papeles de un drama en cinco actos, réplicas, entradas y salidas, movimientos, todo, hasta los menores detalles.

Tal vez esta pasión á las tablas fué lo que la perdió. En vista de que en el teatro de la Puerta de San Martín no la hacían trabajar, aceptó una contrata en provincia y comenzó la vida errante de esas compañías de tercero ó cuarto orden.

Allí estuvo por lo pronto en su elemento, y creyó encontrar la verdadera vida. En esas compañías siempre limitadas, sedentarias ó nómadas, cada semana se muda el cartel ó se cambia de país, y no hay reposo ni vacaciones. Elvira se mostraba infatigable; siempre trabajando, siempre en la brecha; directores y compañeros admiraban su celo y la explotaban, y muy pronto se acostumbraron á hacerla servir para todos los papeles. Su juventud, su hermosura y también su verdadera inteligencia en la escena preserváronla de pensar desde luego en los fines utilitarios; su talento, puramente natural, que ninguna educación había dirigido ni fijado, prestábase á todos los papeles, y su entusiasmo los aceptaba todos. Parecía siempre tan buena muchacha, y divertíale tanto trazar en su bello rostro las arrugas de Marcelina, que no se pudo menos de abusar de ella.

Gracias á ese entusiasmo inocente que se manifestaba en todos sus papeles, muy pronto se hizo notar del público; pero aquella hermosa mujer de mirada luminosa y de formas redondeadas cautivaba sobre todo á los ojos. Elvira alcanzó un triunfo por la belleza, y conservóse honrada ó más bien indiferente; su alma no podía alimentar dos pasiones á la vez, y en ella la artista se anteponía á la mujer. Por otra parte, el amor la enojaba, pareciéndole ridículo ó insípido, tal como se ofrece en la vida real, con sombrero negro y cuello postizo y muy á menudo con gafas, sin apasionado temblor en la voz y queriendo sustituir con un ramo de flores ó una bolsita de castañas confitadas la escala de seda de Romeo y el puñal celoso de Antony.

Pero cuando una noche apareció *él* con la ropilla de Buridán, entre el resplandor de las luces, entre el estrépito de los aplausos y bastones, bajo la avalancha de ramos y de coronas, en medio de los gritos y del tumulto delirante de un público meridional, su firme corazón flaqueó. Esto sucedía en Montpellier, y por primera vez en la vida la joven Elvira desempeñaba un papel importante, el de Margarita de Borgoña. El Buridán era un belitre, una especie de don Juan de bastidores, pillete sin talento, pero cuyos grandes ojos y piernas de Apolo seducían á las damas de provincia, porque el hombre rodaba de compañía en compañía, precedido siempre de una fama de hermoso vencedor. Sin duda Elvira, aquella admirable virgen de teatro, le pareció una conquista inapreciable; valióse de todas sus seducciones, y el muy fatuo no pensó en maravillarse de la facilidad de su victoria; pero desde la primera noche, *La Torre de Nesle*, bastante bien presentada y desempeñada, aun en aquella época, por los actores de provincia con todo el aparato que el género requería, tuvo un éxito asombroso. Margarita fué llamada á la escena, aclamada; el público, entusiasmado, aplaudía estrepitosamente, y en el último acto fué tal el clamoreo, que no se pudo oir la voz de los actores. Un antiguo abonado salió de entre bastidores, palpitante aún de emoción, y abrazó á Elvira, jurándole que era amigo íntimo de Alejandro Dumas y que acababa de trabajar como la Georges.

Buridán no tuvo que hacer más que apoderarse de ella, pues ya no se pertenecía á sí propia.

La embriaguez del amor se confundió para Elvira con la embriaguez del triunfo; entregóse á ella locamente; y así como muchas veces se había prodigado para representar papeles ínfimos, se prodigó también á su Buridán; de modo que después de emplear mal su talento, malgastó su belleza y su juventud.

Su unión duró año y medio; y con el amor de Elvira sucedió lo que con sus intereses y su dignidad de artista, que jamás había pensado en defender. Al cabo de seis meses, Buridán la engañaba; al fin del año la maltrató, y aprovechóse después de una contrata en el extranjero para abandonarla fríamente, con la indiferencia del que arroja lejos de sí un par de botas inservibles.

La pobre Margarita de Borgoña, cayendo del cielo á la tierra, quedó quebrantada, aniquilada, con un niño en los brazos; parecióle que su corazón se había vaciado de pronto, y que el sol acababa de extinguirse; de modo que cuando al cabo de quince días de fiebre volvió á las tablas, sintióse como fuera de su lugar. Todo lo veía obscuro; más allá de la línea de las candilejas, la platea era á sus ojos un abismo, donde la tenebrosa obscuridad oprimía su pecho; los bastidores pintados, los lienzos del fondo con sus remiendos, los terciopelos desgastados, las lentejuelas sin brillo de los trajes, los rostros empastados de los actores, sus voces ahuecadas, sus fingidos ademanes, sus gestos; todo ofendía á la vista de la pobre mujer, que al mismo tiempo se ahogaba en medio de aquel aire corrompido, de aquella atmósfera de emanaciones humanas, de pintura y de perfumería quemada por el gas. Y sin embargo, todo esto alimentaba antes la llama de su vida. La pasión por el arte, el amor, todo lo había devorado Buridán; la artista y la mujer habían muerto, y no quedó más que la madre.

Volvió á encargarse de sus papeles como de una obligación, y solamente entonces echó de ver la extraña explotación que se hacía de su buena voluntad y de su inexperiencia. Como la desgracia había agriado su carácter y el pesar despertaba en ella susceptibilidades, protestó, reclamando el desempeño de papeles que estuviesen á la altura de sus facultades, é hizo esto precisamente cuando, en el desastre de su pasión, todo su talento, hijo de la juventud, de la confianza y de la candidez, parecía haberse desvanecido. Por toda contestación pusiéronle á la vista su contrata, y no faltó alguna buena compañera que la advirtiese que muy pronto no la conservarían sino por piedad.

Esta advertencia caritativa fué para ella una puñalada en el corazón. Comprendió bien que ya no había en ella fe; que su trabajo en las tablas era pesado y sin lucimiento; que sus medios, jamás dirigidos por el estudio, eran ya muy adocenados; y en fin, como le decía con aire de asombro su director, «que ya no era la misma.»

Sin embargo, era preciso alimentar al niño, vestirle y educarle. Elvira pensó en abandonar el teatro; pero en su ignorancia, ¿á qué oficio pedir la subsistencia y la vida de su Gualtiero? Por lo pronto, perdiendo el amor de la vida ficticia del teatro, conservaba el horror á la vida real. Dedicarse á cualquier comercio secundario, encerrarse en la tienda ó en el taller, ceñir el delantal negro de la costurera, y precisamente en la hora en que encienden las luces del teatro, en que los violines se afinan entre el rumor de la gente que entra y va ocupando sus asientos á la hora en que las candilejas resplandecen; mientras que en los corredores resuena la campanilla del avisador, encerrarse en el silencio de una buhardilla, entre el quinqué de escasa luz y el fuego de cok que ennegrece... ¡No! Todo el pasado de Elvira se rebelaba contra semejantes ideas; y ante tales visiones, Margarita de Borgoña creía sentir la convulsión de la muerte que helaba sus huesos.

Sin embargo, más de una gota de sangre burguesa circulaba por sus venas. Su madre, era hija de mercaderes de poca importancia, y había abandonado la tienda para seguir á un cantante. Este origen explica tal vez la extremada prudencia de Elvira apenas se encontró en lucha con las dificultades de la existencia. A los veintidós años hubiérale sido fácil hallar algún protector formal; no tenía que hacer más que elegir; pero era ya extraordinariamente previsora, pensaba en el porvenir de su hijo y temía una nueva experiencia del amor.

Conservó, pues, su profesión, á falta de otra, y desde entonces conoció qué lamentable miseria es buscar el pan en un arte convertido en oficio, verdadero trabajo de cortesana, contra el cual la sublevaron por el disgusto, durante largo tiempo, la religión de los recuerdos y algunos últimos sobresaltos de la pasión.

La necesidad hubo de dominarla al fin; después vino la costumbre y completó su obra. Elvira se habituó á calcular; trabajó, y esforzóse para suplir con el estudio su talento perdido; comprendía bien que el ingrato público no le conservaba su afecto, ni hacía más que ganar la subsistencia, abandonándose y hasta ofreciéndose para los servicios más humildes á fin de conservar su puesto.

La situación precaria y la existencia vagabunda de cómica de provincia la espantaban; Gualtiero iba creciendo; Elvira comenzaba á preocuparse de su educación; y ya no tuvo más que un pensamiento, que no le dejó un instante de paz ni tregua: contratarse en París.

Consiguiólo al fin y osó respirar. La experiencia le había enseñado hasta qué punto son preciosos y raros esos actores á la vez modestos y prácticos en el oficio, que un director encuentra siempre dispuestos á encargarse de todos los papeles, y que son aptos para un desempeño concienzudo y correcto. ¿No basta con frecuencia una figuranta torpe para desgraciar un conjunto y comprometer una escena? Sin creerse nunca indispensable, Elvira no tardó en echar de ver que se la apreciaba; y siempre buena, algunas veces sentía renacer el amor á su oficio al ver que era útil.

Para ella, jamás fué su trabajo cuestión de arte; y la seguridad condújole nuevamente á la rutina. Se la vió adoptar costumbres regulares, siendo siempre puntual para el cumplimiento de su deber; y sus compañeras, á quienes tal ejemplo molestaba á menudo y á quienes ofuscaba además la belleza de Elvira, dieron en llamarla «la señora empleada;» pero ella les dejó decir, indiferente á todo cuanto no perturbase su método de vida. Tan sólo una vez se notó en ella cierto espíritu de rebelión, unos quince años


Gualtiero, el hijo de la casualidad, el hijo de Buridán y Margarita, hallábase acorralado en un rincón

antes, cuando todos los teatros de París adoptaron uno tras otro la moda de los espectáculos en las mañanas de los domingos. Con esto se ponía fin á sus ratos de ocio domingueros, tan queridos de toda la gentecilla; con esto acababa cuanto había quedado para ella de alegría en este mundo, su único reposo, su única felicidad, aquellos paseos vagabundos por las afueras, en los días de salida, llevando del brazo á su Gualtiero, que crecía y era tan hermoso con su agraciado uniforme.

Pero Elvira hubo de resignarse, y se contentó con ver un momento á su hijo, en la mañana del domingo, antes de la representación, pues jamás se presentó en el patio del colegio; y temiendo para Gualtiero la embriagueces del teatro, porque deseaba siguiese una carrera formal, prohibíale la entrada en su cuarto de actriz. El hijo obedeció al pie de la letra, sin que se manifestase en él ninguna curiosidad alarmante, y ya prometía llegar á ser un caballerito muy juicioso.

Tal vez el laceramiento producido por un sacrificio aún reciente era la causa de que aquella resignación fuese particularmente dolorosa para Elvira. Algunos años antes, un gran señor extranjero, á quien los cómicos daban entre sí el título de príncipe, se había encaprichado por la desgraciada Margarita de Borgoña, que entonces llegaba al apogeo de su opulenta belleza. En aquella época contaba treinta años; el recuerdo de sus horas de triunfo flotaba aún á su alrededor; confiábanla con la mejor voluntad papeles de importancia, y cuando bajaba á las tablas con manto de corte ó diadema real en la frente, los cómicos bromeaban, tratándola de Majestad, y acudían á besarle la mano.

Triste, aburrido ó enfermo, ocioso y huyendo del mundo, el extranjero se complació en estar junto á Elvira, cuyo pasado ignoraba, pero cuya sonrisa dulce y amable dejaba siempre en el ángulo de los labios un ligero pliegue, expresión de la amargura y del dolor. El extranjero entablaba con ella interminables conversaciones, y admirábale la rapidez con que á su lado transcurrían las horas. Elvira no era necia ni tampoco ignorante; había leído mucho; no le faltaba buen sentido, talento y corazón; y sus compañeras no tardaron en hablar de ella con misterio, llamándola señora princesa.

Cierta noche, mirándola fijamente, el extranjero anunció su próxima marcha, y como observase que Elvira palidecía, propúsole llevarla consigo.

Elvira vaciló; Gualtiero acababa de entrar en el colegio, y aquella separación había sido para ella una pena desgarradora. Al oir primero las preguntas triviales y después los discretos consejos del director del colegio, había visto elevarse ante ella el deber de retirarse poco á poco de la vida de aquel hijo sin padre, de aquel bastardo de actriz... Y en el mismo instante el príncipe se disponía á marchar.

Se explicó en términos muy claros, con una pasión seria y tranquila, con un soberbio desdén por las preocupaciones y trabas sociales y como hombre que tan sólo de sí depende. Pidió á Elvira su mano, y al saber el obstáculo que ésta opuso, ofreció asegurar á Gualtiero un porvenir más brillante que aquel que nunca podía esperar de la pobre y obscura comedianta.

Bastábale á Elvira pronunciar una palabra, y ya la tenía en los labios; el exceso de la alegría, el alborozo, la duda y tal vez el temor instintivo de tocar demasiado pronto la inverosímil felicidad que se le ofrecía, hiciéronla vacilar aún, y su boca se cerró de pronto. Entre Elvira y su amante acababa de pasar, rápida, una visión evocada aquel día mismo por los consejos embozados del director: era el colegio, con sus muros de prisión, con sus líneas de árboles sin hojas, sobre los cuales veíase el cielo gris de octubre: allí, entre aquellas paredes, Gualtiero, el hijo de la casualidad, el hijo de Buridán y Margarita, hallábase acorralado en un rincón, teniendo ante sí, á respetable distancia de sus puños, un grupo de sus pequeños compañeros, todos hijos de honradas familias, todos con padre auténtico, y que semejantes á una traílla feroz y cobarde, ladraban al bastardo, al hijo de la actriz.

Elvira esperó á que se calmaran los latidos de su corazón; después irguióse para contestar, y no encontró más que esta frase, pronunciada con ingenuo énfasis:

– Gualtiero no comerá nunca ese pan.

El príncipe la contempló algunos instantes en silencio, y Elvira se contuvo; pero las lágrimas subían á su garganta y ahogábanla.

Al fin el extranjero se inclinó profundamente, cogió la mano de la actriz con lentitud, aplicó en ella sus labios, hizo otro profundo saludo, y salió.

Al día siguiente encontró en su cuarto un ramo de flores y un retrato, una simple fotografía con marco de oro; pero nada más volvió á saber del príncipe.

En la noche del mismo día desempeñó el papel de Diana en la *Dama de Montsoreau;* aplaudiéronla, y aquel fué su último triunfo.

Elvira comenzaba á envejecer en un oficio en que el disgusto y el enojo la agobiaban. Otra vez se le presentó ocasión de renunciar á él, pues una antigua compañera propuso asociarla á su comercio de flores artificiales. Elvira estuvo á punto de acceder; mas era preciso retirar y arriesgar sus economías, y la idea de «consagrarse á los negocios» espantó á la pobre actriz. El porvenir le pareció ahora asegurado en el teatro, y permaneció en su puesto.

Los años se siguieron, lentos y uniformes, deslizándose por el obscuro sendero de la rutina, sin más incidentes que los actos y ademanes de Gualtiero. El muchacho salió del colegio, apuntóle la barba, estudió leyes, examinóse y fué admitido en el estudio de un abogado. Era un guapo chico; no había echado jamás en cara á Elvira la irregularidad de su nacimiento, de lo que al parecer no se preocupó nunca, y soportaba con paciencia las caricias maternales. Elvira no se cansaba nunca de admirar y adorar á su hijo, el cual era juicioso, entendido en los asuntos, económico y arreglado; la madre le confiaba ahora sus ahorros, y él sabía colocarlos ventajosamente.

Dos veces á la semana concedía dos horas á su madre, haciéndole el obsequio de almorzar con ella; no evitaba su encuentro en la calle, atrevíase á saludar á Elvira de una acera á otra cuando iba con sus amigos, y el corazón de la actriz se derretía de ternura y agradecimiento.

A los cuarenta años, casi limitada á desempeñar los papeles secundarios de dueña, era ya «la tía Elvira» buena mujer por su compostura, sus ademanes tímidos y la regularidad casi maniática de sus costumbres. Su continua preocupación sobre el porvenir parecía convertirse en avaricia; no gastaba más que para su Gualtiero; privábase por él de todo cuanto era posible con satisfacción y contento, y al fin de un trimestre se daba por feliz si podía confiar á su hijo algunos luises más.

El joven tomaba el dinero, llevaba á la semana siguiente á su madre el título ó la inscripción al portador, para evitar formalidades, y no se cuidaba de lo demás. Jamás descendía á preguntar la menor cosa sobre la vida de la actriz, ni trató de averiguar nunca cuánto ganaba. ¿No debía bastarle, como indicación, cuando iba á almorzar, ver su cubierto en la mesa junto á la chimenea, el plato sobre un mantel de blancura deslumbradora y los manjares más escogidos, ostras, con un Sauterne muy regular, una perdiz y una lata de conservas sobre el velador, junto á una caja de licores?

Si después de esto, Elvira, volviendo al régimen frugal de otro tiempo, al régimen de su vida precaria y mísera de actriz nómada, no tomaba sino un caldo antes de ir al teatro, y al volver cenaba en un ángulo de la mesa de la cocina, contentándose con alguna friolera y un poco de vino común, ¡cómo podía sospecharlo el buen muchacho! En cuanto á él, también era en este punto muy económico; comía muy barato en un figón, no tenía más lujo que su ropa blanca, sus corbatas y sus guantes, y no iba al teatro sino cuando su madre le daba billetes.

Cierto domingo del invierno, Elvira acababa de desempeñar el papel de marquesa en la *Gracia de Dios*, y terminada la función de la mañana, esperaba en el escenario la hora de representarse la de la noche; juiciosa costumbre que, bajo pretexto de no verse obligada á vestirse dos veces, servíale para economizar el combustible y la luz. De pronto entró alguien para decirle que un caballero deseaba verla y la esperaba en su cuarto.

– ¿A mí?, preguntó la actriz.

Elvira vacilaba; debía haber un error; pero un pensamiento loco surgió por su mente: el recuerdo del príncipe vivía siempre fiel en el fondo de su corazón. Salió corriendo, y flaqueándole las piernas cruzó los corredores, rozando las paredes con su falda de seda; empujó la puerta y encontróse frente á su hijo.

Era la primera vez que el joven entraba en el cuarto de la actriz, y algunos minutos de espera le bastaron para inventariar su miseria: un armario de nogal, del que una puertecilla entreabierta permitía ver los trajes de calle arrugados y deslucidos; una silla de paja; un canapé de terciopelo gastado, y un espejo con marco de metal sobre una mesita de mármol blanco, amarillento ya y partido. El calor del gas que ardía en dos globos opacos en los lados de aquélla, había ennegrecido el techo, roto el papel de color de sangre de buey que revestía las paredes y corroído en algunos sitios el azogue del espejo.

Una serie de frascos y botecitos se alineaban sobre el mármol alrededor de una vasta cubeta; y por todo decorado, por todo lujo, en fin, veíanse dos cuadros pendientes en la pared á derecha é izquierda del espejo: uno de ellos circular, de yeso, que había sido dorado en otro tiempo y que se desconchaba ya, contenía bajo un cristal una corona medio reducida á polvo, con una cinta de color indefinible, en que algunas manchas de orín permitían adivinar una inscripción; en el otro, más estrecho, palidecía y borrábase ya el retrato del príncipe.

Elvira se había detenido en el umbral, chasqueada en sus esperanzas; pero acusándose al punto de esta decepción, exclamó:

– ¡Ah, querido hijo, eres tú!..

Y añadió de repente:

– ¿Qué ocurre?

Esta visita la inquietaba: veía á su hijo un poco agitado y con las mejillas coloradas; pero gallardo con su levita nueva, con su traje correcto y muy pulcro.

– Es un asunto..., un asunto de gran importancia, contestó el joven; mas por lo pronto, cierra la puerta...

Elvira obedeció, volviendo para dejarse caer sobre la silla, mientras que su hijo se acomodaba en el canapé.

– He aquí de qué se trata, mamá, dijo. ¡Oh! No


Elvira asistió oculta detrás de un confesonario á toda la ceremonia religiosa

hay por qué espeluznarte; ya lo verás. En dos palabras, vengo á decirte que me caso, y por consiguiente...

– ¡Oh Dios mío! ¡Mi Gualtiero!

Pero ¿oía la madre acaso lo que su hijo hablaba? Solamente se había fijado en las dos palabras: «Me caso,» que eran para ella agradable música. Si Gualtiero se casaba como un hijo de mujer virtuosa, el joven ingresaría en una familia, é iba á ser tronco de una progenie honrada. Elvira contempló á su hijo; veneróle con las manos unidas, y casi se arrodilló á sus plantas.

Pero el pasante de abogado se levantó como si aquello le importunase.

– Te repito, dijo, que no se trata de eso por hoy, pues no tengo tiempo, y ya me has hecho perder media hora por venir á verte... ¡Con esta maldita función de la mañana!.. En fin, si quieres tener la bondad de escucharme, mamá...

La voz del joven subía de punto como si estuviera impaciente, y añadió:

– El padre, la madre y la hija han mostrado empeño en venir á este teatro para ver la función de la noche; es gente de provincia y agrádales el drama, de modo que ni el mismo diablo las haría desistir. Me esperan, pues, para comer, y dentro de una hora estaremos los cuatro en la galería.

– Quiero verlos, exclamó Elvira temblorosa y con el rostro radiante.

– Dispénsame, repuso el joven con voz breve. En esto precisamente es en lo que debemos entendernos. Si quieres mirarlos por el agujero del telón, libre eres de hacerlo y puedes disfrutar del espectáculo cuanto se te antoje; pero yo te agradecería, añadió con cierta sequedad, yo te agradecería mucho que, una vez en la escena, mirases á otra parte, sin aparentar que me conoces, y sin guiñarme el ojo, como lo has hecho dos ó tres veces ya. Debes comprender que no he ido á vanagloriarme con mis futuros suegros...

– ¡Ah!, murmuró la actriz en voz baja. Sí...; es justo.

A medida que su hijo hablaba, en el rostro de Elvira, transfigurado un momento antes, la expresión de contento se extinguió; inclinaba la cabeza con humildad y su frente se anubló.

– Quedamos convenidos, ¿no es así?, preguntó el joven.

– Puedes estar tranquilo, hijo mío, murmuró la madre.

– Gracias, mamá, y buenas noches, repuso el joven cogiendo su sombrero.

Y ya tocaba la puerta, cuando Elvira, corriendo hacia él, cogióle de las manos.

– ¡Pero, desgraciado hijo, exclamó, tú no piensas en una cosa!..

Los grandes ojos de Elvira expresaban una verdadera desesperación; faltábanle las palabras, y balbuceaba:

– Tú no les has dicho..., seguramente que no... ¿Pero cómo hacerlo, cómo hacerlo?.. Preciso será llegar á esto, pues tú no podrás casarte sin que yo...

– ¿Por qué?, preguntó Gualtiero con la mayor flema.

Elvira quedó muda de asombro.

– Paréceme, dijo, que una madre... Cuando se tiene madre, es preciso que vaya á dar el *sí*, por lo menos.

El joven sonrió, y con expresión indulgente á la vez que astuta repuso:

– Las madres según la ley, sí; pero las otras..., y como tú has descuidado siempre el reconocerme...

Elvira miró á su hijo y se estremeció; sus manos cayeron inertes sobre los pliegues de su vestido de marquesa, y quedó erguida y muda, pálida como un difunto bajo el afeite que empastaba sus mejillas.

Un poco inquieto, Gualtiero creyó de su deber buscar una frase de despedida.

– ¡Qué quieres, pobre mamá!, exclamó. ¡La ley! Por lo demás, esto no altera nada los buenos sentimientos...

Así diciendo, el joven salió.

Y aquel aposento quedó silencioso; Elvira conservaba su actitud petrificada; hubiérase dicho que la vida se había suspendido para ella, y durante algunas horas estuvo sin pensamiento, sin memoria, sin padecer.

Después, poco á poco, levantó la mirada, como si despertase de un sueño, y paseóla á su alrededor por la espantosa miseria de aquellas paredes ahumadas, de aquellos muebles destruídos casi por la vejez y el uso, de aquel espejo donde se reflejaba á la violenta luz del gas una imagen casi hedionda, una figura de mujer demacrada y marchita, que bajo el colorete y blanquete ocultaba las arrugas de su rostro como una vieja cortesana.

Después Elvira entreabrió los brazos con ademán desesperado, y prorrumpiendo en sollozos, cayó de rodillas, chocando su frente contra la pared, debajo de la fotografía del príncipe.

El matrimonio se celebró tres semanas después. Elvira, aunque aquejada hacía algunos días de profundo abatimiento y dolores en el corazón, asistió, oculta detrás de un confesonario, á toda la ceremonia religiosa. Al día siguiente, después de la representación, vióse obligada á tomar un coche, y tuvo la precaución de advertir á su portera que avisase en el teatro si en los días siguientes no le era posible salir. La portera, muy inquieta por la mañana, subió á la habitación de Elvira y encontróla muerta en su lecho. El médico forense inscribió en el parte que debía dar las siguientes palabras: «Ruptura de un aneurisma.»

TRADUCIDO POR ENRIQUE L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

CURIOSO EXPERIMENTO DE ELECTRICIDAD

ILUMINACIÓN DE UNA NARANJA

Vamos á describir un experimento de hermoso efecto que ha ejecutado M. C. Limb, preparador del profesor Lippmann en la Sorbona de París.

Sobre un pedestal aislado se coloca una naranja en cuyos dos polos se clavan dos agujas móviles sostenidas por dos pies de cristal: una de ellas está en comunicación con la armadura exterior de una potente batería de botellas de Leyden que se carga por medio de una máquina Holz. La figura 1 representa la disposición del experimento. Cuando se ha acumulado una cantidad de electricidad suficiente, se aplica una rama de un excitador á la aguja y otra al polo interior de las botellas, produciéndose entonces una fuerte chispa mientras la naranja se ilumina con un color encarnado muy vivo que le da el aspecto de un globo de fuego (fig. 2, á la izquierda).

Si se repite el experimento haciendo girar la naranja de manera que su eje sea perpendicular á la dirección de las agujas, la descarga recorre la superficie de aquélla sin iluminarla (fig. 2, á la derecha).

Este último hecho se explica por la diferencia de resistencia de las fibras en las diversas direcciones, que constituye una propiedad común á todos los cuerpos leñosos.

La diferencia del resultado de los dos experimentos demuestra que la mayor parte de la descarga pasa por el interior de la naranja: en efecto, si pasase por la piel, ó inmediatamente por debajo de ésta, la posición de las agujas sería indiferente. Parece, pues, probable que la luz se produce en el interior del fruto y atraviesa enteramente la corteza de la misma, que aparece á la altura de la chispa más transparente de lo que á primera vista se hubiera podido creer.

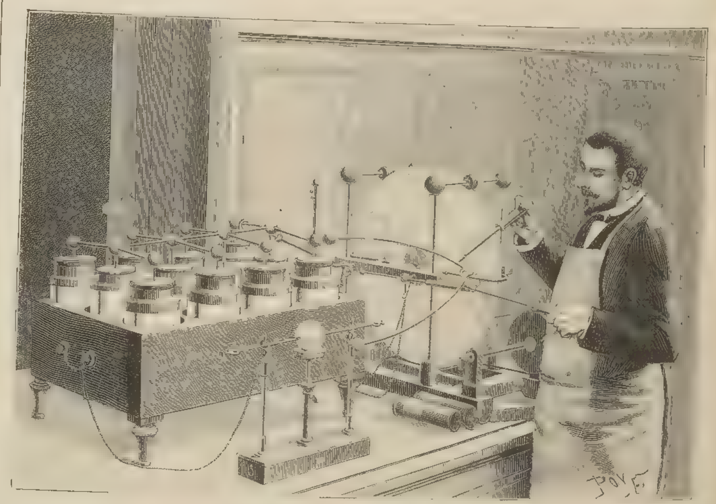


Fig. 1. – Experimento de la naranja electrizada realizado en el laboratorio de física de la Sorbona

Las descargas en el sentido del eje estropean muy poco la naranja; en cambio, cuando, por excepción, la atraviesa una chispa en dirección perpendicular, la destruye.

El experimento da un resultado casi igualmente bueno con otras frutas que se iluminan con diversos colores.

C. E. G.

***

LOS FERROCARRILES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los ferrocarriles norteamericanos están regidos por una ley que crea una comisión especial encargada de hacerla cumplir. De seis años á esta parte, esta comisión publica anualmente una memoria: de la correspondiente al ejercicio de 1892 á 1893 tomamos los siguientes datos.

La longitud total de la red era en 30 de junio de 1893 de 282.337 kilómetros, lo cual representa un aumento de 7.836 kilómetros sobre el año anterior.

El número total de locomotoras en servicio era de 34.788, ó sea un aumento de 1.652 en un año; el de los vagones llegaba á 1,273.946, de los cuales 154.068 son alquilados por las compañías y 31.384 están afectos al servicio de viajeros.

El número medio de viajeros transportados por cada locomotora fué de 66.268 y el de mercancías de 40.062: el número total de viajeros que circularon por los ferrocarriles ha sido de 593,560.612 y el tráfico total se ha elevado á 745,119.482 toneladas.

Los ingresos ilíquidos realizados en el ejercicio cerrado en 30 de junio de 1893 fueron de 6.103,759 370 francos, cantidad que representa un aumento de 246,722.655 francos sobre el ejercicio anterior.

El capital empleado en los ferrocarriles se eleva á más de 50.000 millones de francos y el coste de las líneas viene á resultar por término medio á 20.000 francos por kilómetro.

La cantidad repartida como dividendos ha sido de 504,649.425 francos, y sin embargo más del 61 por 100 de los accionistas de ferrocarriles no han percibido dividendo alguno.

Durante dicho ejercicio el número total de empleados era de 873.602, ó sea 52.187 más que el año anterior: de ellos 35.381 estaban afectos á los trabajos de administración general; 256.212 al entretenimiento de las vías, 397.915 á la explotación y 8 627 á servicios no clasificados.

El número de empleados muertos en 1892-1893 ha sido de 2.727, es decir, 173 más que en el ejercicio anterior, y el de heridos de 31.729, ó sea 3.462 más que en 1891-1892.

La cifra de viajeros muertos se ha elevado á 299 y la de heridos á 3.229.

El término medio de empleados muertos representa el 1 por 320, pero esta proporción llega á 1 por 115 respecto de los que van con los trenes.

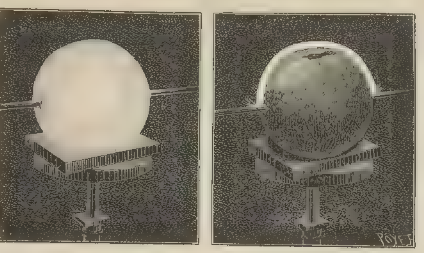
***

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS

En una comunicación publicada recientemente por el periódico científico *Engineering* da cuenta M. R. Blackwell de algunos resultados muy interesantes relativos á la explotación de los tranvías eléctricos. De éstos había á fines de 1892 en explotación en los Estados Unidos 13.415 con una longitud total de vías de 9.550 kilómetros: á fines de 1893 el número de aquéllos había aumentado hasta 18.233 y la longitud de vías hasta 12.000 kilómetros.

En aquella fecha, el número total de tranvías era de 18.233 con una longitud de 19.600 kilómetros.

En Inglaterra, los gastos de explotación oscilan entre 70 y 85 por 100 de los ingresos; en América esta proporción no pasa de 50 á 73 por 100. El gasto por coche y kilómetro en los tranvías de tracción animal es de 50 á 60 céntimos, al paso que en los Estados Unidos es en los tranvías eléctricos de 25 á 45 céntimos.


Fig. 2. – La naranja electrizada: á la izquierda la naranja presenta el aspecto de un globo de fuego; á la derecha la descarga rodea á la naranja sin iluminarla.

La mayor red de tranvías que existe en el mundo está explotada en América por la *West End Street Railway Company* de Boston: á fines de 1893 la longitud total de las líneas de esta compañía era de 432 kilómetros, de ellos 293 de tranvías eléctricos. El número de coches arrastrados por fuerza animal era de 826 y el de coches eléctricos de 1.346, siendo el número total de coches-kilómetros de 30 millones, de los que 22,800.000 correspondían á los coches eléctricos. La proporción entre los gastos de explotación y los ingresos ha sido de 68 á 100. El capital total necesario para la instalación eléctrica es de 38,040.345 francos.

El *Engineering* termina publicando algunos datos sobre la proporción entre los gastos é ingresos y sobre los gastos por coche y kilómetro en algunas ciudades: este último gasto es de 18 céntimos en Pittsburgo, 41'5 en Chicago, 47'8 en Rochester, 16 en Halle, 37'8 en Guernesey, 24 en Murten (Suiza) y 28 en Francfort.



¡A ESE!, dibujo original de Carlos Arregui

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 20 de agosto de 1894 — Núm. 660



LA MISA MATINAL, cuadro de Laureano Barrau

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

SUMARIO

Texto. – *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Metamorfosis*, por Antonio de Valbuena. – *El anillo*, por Juan Buscón. – *Nuestros grabados*. – *Novela nocturna*, por Antonio Albalat, con ilustraciones de Vogel. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Electricidad práctica*. – *Chassis transformador de fotografías* – Libros enviados.

Grabados. – *La misa matinal*, cuadro de Laureano Barrau. – *Pequeña normanda*, cuadro de José Jiménez Aranda. – *Un estudiante de antaño*, cuadro de Guillermo de Lindenschmit. – *El buque de guerra japonés «Yoshino-Kan.»* – *Acorazado chino «Chen-Yuen.»* – *Colina del Consulado y puerto de Chemulpo, Seul*. – *Vista de Seul, capital de Corea*. – *Un general coreano*. – *Centro de Seul y edificio en donde está colgada la campana de la ciudad*. – *Tipo de coreano*. – *Mapa de la península de Corea*. – *En casa de los humildes*, cuadro de Fernando Villaert. – *Costumbres españolas*, cuadro de L. Alvarez. – *La emperatriz del Japón*. – *El príncipe Arishagawa*. – *El conde Athuma Shigenobu*. – *El emperador del Japón*. – *El conde de Hirsbumi*. – Sistemas de instalación de canalizaciones eléctricas interiores. – Figs. 1 y 2. *Chassis* fotográfico transformador. – *Condorcet*, estatua de M. Perrin.

CRÓNICA DE ARTE

Aunque parezca mentira, y á pesar de encontrarnos en pleno verano, desierto y semidesierto Madrid y la gente artista repartida por toda España, hay materia para hilar una *Crónica de arte*.

Por primera noticia daré una interesante para los escultores españoles, noticia dada ya hace días en *El Liberal*, pero sin carácter de cosa segura. Al presente, la noticia es exacta y acerca de ella llamo la atención de cuantos tengan que ver de un modo directo con lo que se trata. Leo en la prensa asturiana llegada hoy 13 de agosto: «*Monumento á Pelayo*. – La comisión provincial, en sesión del 1.° del corriente, acordó suspender el concurso anunciado para erigir en Covadonga un monumento en honor del rey don Pelayo, hasta que la Excelentísima Diputación resuelva lo que proceda acerca de algunas observaciones que, sobre las bases de la citada convocatoria, formuló la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.»

Ocúrreseme que las dudas expuestas por la Academia en esta segunda convocatoria exactamente igual á la primitiva, pudo haberlas expuesto ya entonces, evitando así gastos inútiles á los diez ó doce escultores y otros tantos arquitectos que asistieron al asendereado concurso. Y ocúrreseme más; ocúrreseme pensar que habiendo, como había en el concurso citado, obras acertadas y á todas luces dignas del premio, la declaración *de desierto* hecha por aquel alto cuerpo consultivo obedeció, como hube de apuntar en estas mismas columnas, á la molestia que le causaba el que la Diputación provincial de Oviedo, no solamente hubiese prescindido de su concurso para la redacción de las bases de la convocatoria, sino también que no diese al dictamen académico fuerza legal de ejecutoria; por todo lo cual vinieron á pagar, un poquito caros, los vidrios rotos los artistas, quienes fiados en la rectitud y buen criterio de la gente inmortal trabajaron con entusiasmo por una causa perdida.

Me daré por satisfecho con que la noticia arriba transcrita evite nuevos gastos y nuevas molestias á los escultores que se dispusieran á asistir de nuevo al concurso de que me ocupo.

En cambio, pronto saldrán las convocatorias para los certámenes que deben celebrarse con objeto de erigir una estatua á Guzmán el Bueno en León, y otra ecuestre en Logroño al general Espartero.

* * *

Hablemos de otra cosa. La tómbola que el Círculo de Bellas Artes estableció en el local de la última exposición por esta sociedad celebrada, con objeto de allegar recursos para erigir una estatua á Velázquez, dió el resultado siguiente: Copio: «Cuanto al resultado, lo dice con lisonjera elocuencia la nota de Tesorería, que si bien no definitiva, sufrirá ya pequeña alteración. – De las 10.000 papeletas «encantaradas,» se han vendido 4.957, ó sea próximamente la mitad, cuyo producto asciende á 9.815 pesetas; se han adjudicado en suerte 109 premios, quedando á beneficio del Círculo buen número de donativos, importantes muchos por su valor y por la calidad de sus autores, cuyos nombres publicará detalladamente *El Boletín* (del Círculo de Bellas Artes) así como los títulos de estas obras, que quedan como reserva ó base de nuevas rifas ó subastas. – Por tan próspero resultado, entiende la Comisión que no es preciso el cumplimiento de su acuerdo de dedicar, inspirado en el espíritu de otra Junta general, el 50 por 100 del producto líquido de la Exposición al aumento de la suscripción del monumento, tanto más, cuanto que la suma, insignificante para el proyecto, mermaría uno de los ingresos necesarios para la vida del Círculo. Como consecuencia, pues, de esta separación de cuentas, habrán de deducirse de la suma anterior las 1.501 pesetas de gastos ocasionados por los impresos, material, decorado, dependencia, etc., quedando un producto líquido de 8.314 pesetas, primera suma de la suscripción, depositada ya en el Banco, etc.»

He aquí el resultado de la iniciativa del Círculo, iniciativa laudabilísima sin duda alguna; pero que, como el ilustre colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA D. Emilio Castelar dijo hace algunas semanas en estas mismas páginas, coincidiendo con lo por mí expuesto desde *El Liberal* unos días antes, no puede ni debe permitir el Estado, y en nombre del Estado el gobierno, que lleve á cabo de un modo mezquino, por no serle permitido de otro, lo que por deber ineludible pertenece á la nación española, una sociedad particular, si inspirada por generosos impulsos, desconocedora de los límites á que debe llegarse en todo aquello que al honor de las glorias patrias atañe. A bien que en las primeras sesiones que celebren las Cortes en su próxima reunión será presentada por un diputado una proposición de ley, que firmarán diputados de todos los lados de la Cámara, para que se vote un crédito alzado, con objeto de elevar al autor de *Las Meninas* un monumento que supere en grandeza, cual corresponde hacerlo á la patria del pintor inmortal, á la estatua ecuestre del gran Velázquez modelada por Fremiet para el jardín de Luxemburgo en París.

Por lo demás, el Círculo de Bellas Artes no más que aplausos merece por su idea y por las gestiones que para allegar recursos con el objeto dicho ha hecho y está haciendo; pues según *El Boletín* de la sociedad, además de las obras sobrantes citadas tiene en su poder «varias hermosas aguas fuertes y acuarelas donadas por distinguidos artistas bávaros, que si no pudieran figurar en la Tómbola, por el retraso de su llegada, ocuparán en otra futura lugar preferente.» Tiene también el Círculo una hermosa colección de grabados de la Calcografía Nacional, remitida por el director general de Instrucción pública, y varias obras nuevas de artistas españoles, así como la promesa de donativos de artistas americanos.

* * *

Hemos dedicado largo espacio á la cuestión del proyectado monumento de Velázquez con objeto de que, para su día, las cosas estén claras y se sepa lo que corresponde á Dios y lo que corresponde al César; ahora hablemos de las exposiciones regionales, de las cuales y acerca de lo beneficiosa que puede ser para la pintura española su existencia, he tratado en mi último artículo *Verdades y Mentiras*.

Hácense lenguas los periódicos bilbaínos de la bondad de las obras que figuran en la exposición que actualmente se celebra en aquella heroica é industriosa capital. A juzgar por las firmas que conozco, seguramente que habrá obras dignas del encomio de las gentes aficionadas. Que yo recuerde, figuran cuadros de Muñoz Degrain, Moreno Carbonero, Urrabieta Vierge, Jiménez Aranda, Cutanda y de varios no menos distinguidos pintores catalanes. A juzgar las obras han marchado cuatro individuos de la sección de Exposiciones del Círculo de Bellas Artes de Madrid: son éstos Saint-Aubin (D. Alejandro), Romea (D. Luis), Gómez (D. Jerónimo) y Madrazo (don Ricardo). En el establecimiento del semanario que se publica en esta corte titulado *Blanco y Negro*, se está tirando el catálogo ilustrado de esta exposición.

Málaga no quiere ser menos que Madrid y Barcelona; así pues, el ayuntamiento de aquella ciudad andaluza ha redactado un reglamento de exposiciones artísticas, que se verificarán anualmente y durante los festejos que allí se celebran en el mes de agosto. La convocatoria para estas exposiciones la hará el ayuntamiento dentro de los quince primeros días del mes de mayo, y el Jurado de calificación lo compondrán catorce individuos, además del alcalde, que los presidirá. De estos catorce miembros ocho serán elegidos por los expositores.

Otra exposición debe celebrarse en Madrid en septiembre del año próximo. Esta exposición, iniciada por el Sr. Balaguer, se titulará *Ultramarina de Bellas Artes* y se celebrará en el palacio del Museo de Ultramar, palacio que debe sufrir, según tengo entendido, obras de ampliación, para que pueda servir de exposición permanente á las obras de los artistas filipinos y cubanos y á las que remitan las repúblicas del Sud de América.

También los artistas españoles podrán concurrir á esta exposición y hacer que figuren en la permanente; pero, para una y otra, los asuntos han de ser necesariamente de historia ó costumbres del Nuevo Mundo y Filipinas. En cambio los artistas ultramarinos tienen libertad absoluta para pintar ó esculpir lo que quieran. Para adquirir obras de esta exposición próxima se destina una crecida suma.

A propósito, ahora recuerdo que *por fin* tendremos exposición nacional en mayo próximo.

Otra noticia: El Círculo de Bellas Artes de San Sebastián invita á los artistas españoles para que remitan obras al salón que acaba de instalar en aquella capital. Las obras se aseguran y cada una deberá llevar marcado el precio, que se entregará íntegro al autor, en el caso de venta.

* * *

Y ahora dedicaría un buen espacio al examen de los proyectos que referentes á Bellas Artes tiene en estudio el señor ministro de Fomento, si esta *crónica* por su carácter especial me lo permitiera. Sin embargo, anotaré, aunque sea á vuela pluma, cuáles son aquéllos, pues de los puntos flacos de que adolecen pienso ocuparme por partida doble y con calma, que bien lo merecen.

Uno de los proyectos es ya un hecho. La creación del Museo de arte contemporáneo, que deberá instalarse en el nuevo edificio de la Biblioteca, era de necesidad; pero seguramente que el Sr. Groizard no creerá que á él se le debe, puesto que al trazarse el edificio mencionado se trazó contando con la instalación del referido Museo. En éste deberán figurar únicamente los cuadros y esculturas de autores contemporáneos más notables y las obras que sean premiadas con medallas de oro en las exposiciones nacionales. Para escoger los primeros, existentes hoy en salas y sótanos del Museo del Prado, ha sido nombrada una comisión, compuesta del director de Instrucción pública, Madrazo (D. Pedro), Palmaroli, Balart y Picón. Otro de los proyectos es el de trasladar nada más ni nada menos que la basílica de San Vicente de Avila á esta corte. Aquel monumento, uno de los más preciados que guardan las célebres murallas de la ciudad de los Dávilas, será montado en el jardín del Museo Arqueológico. Otro de los proyectos... Tomemos aliento.

Otro proyecto, y éste ya tiene mayor trascendencia, es el de dividir las escuelas de Bellas Artes en elementales, superiores y la central. En las dos primeras se enseñará música. Otro es el de reorganizar las enseñanzas en la misma escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado, con arreglo á un criterio... ¡Tente, pluma! Otro es el de reorganizar también la de las escuelas de Artes y Oficios. ¡Dios ponga tiento en las manos del señor ministro, porque tengo mucho miedo á que, dejándose llevar de su espíritu reformista, ponga peor las cosas de lo que están!

Sí, peor de lo que están. Crea el Sr. Groizard que para acometer la reforma de la enseñanza, así en la escuela de Bellas Artes como en las de Artes y Oficios, son menester mucha cautela, mucho tiempo y muchos conocimientos técnicos. No piense el señor Groizard que por el camino emprendido, cual es el que indica la creación de los peritos electricistas, se va á ninguna parte; el buen deseo ha engañado al señor ministro de Fomento; le ha hecho ver una nueva é importante rama de las enseñanzas modernas científicas en las aplicaciones de la electricidad, y como otro ministro de Fomento que no habré de nombrar, que creó el cuerpo de ingenieros industriales, se ha equivocado de medio á medio.

Parten todos los ministros de Fomento al acometer reformas en las enseñanzas de las escuelas de Artes y Oficios de puntos de vista completamente falsos. Deslumbrados por la organización vastísima que á estas enseñanzas de oficios y de artes industriales se les ha dado en naciones eminentemente industriales y fabriles, no han pensado un momento en el estudio de las necesidades, carácter de los productos, enseñanzas históricas que sobre el particular nos suministra el atento examen de las producciones manufactureras de España. Puede tener como cosa cierta el señor Groizard que nada significan reformas parciales en la enseñanza, sea ésta de lo que quiera; tan sólo un plan general, que obedezca á un criterio firme y maduro, podrá tener importancia é imprimir nuevos rumbos; pero para redactar una ley, no solamente es necesario un gran dominio de las materias legislables, sino tiempo, mucho tiempo, escuchar muchos pareceres, compulsar muchos datos, adquirir otros no existentes, y por último haber dedicado la vida entera al conocimiento de lo que se trata.

Enciclopedistas de la talla de Diderot, fundador de estas enseñanzas de artes y oficios, hay muy pocos; porque, créame el Sr. Groizard, hoy no puede haber enciclopedistas; gracias con que haya especialistas.

¡Hay tanta distancia de la jurisprudencia, ciencia en que es maestro el señor ministro, á estos otros conocimientos complejos de que vengo hablando!..

R. BALSA DE LA VEGA

METAMORFOSIS

El día no había estado malo, y la caza tampoco había pintado de lo peor: se habían matado quince piezas menores y un corzo, de modo que teníamos bastantes motivos para estar satisfechos.

Pero nos había pasado un percance que, aunque no era del género trágico, de esos que suelen ocurrir con demasiada frecuencia en las partidas de caza, no dejaba de achicar un poco nuestra satisfacción.

Por descuido del criado que tenía el encargo de cuidar las provisiones, unos perros de ganado nos habían comido la merienda.

De suerte que cuando á la puesta del sol nos reunimos á merendar, no hubo de qué darlas.

¡Y cuidado que por nuestra parte había las mejores disposiciones del mundo! Como que habíamos almorzado antes de las once, con poca gana, y habíamos pasado luego todo el día subiendo y bajando vericuetos.

En fin, la cosa no nos hizo gracia; pero como no tenía remedio, hubimos de resignarnos á emprender, así, de vacío y para desengrasar, la caminata de una legua *à pedibus* hasta Zarzalejo, donde cogeríamos el sud-expreso á las diez menos cuarto.

Llegamos á Zarzalejo, ya bien de noche, con un hambre... ó mejor dicho con cinco, porque cada uno llevaba la suya, y bien pudiera decir con diez, porque la de cualquiera de nosotros valía por dos hambres regulares, cuando menos.

En aquella estación, que casi no lo es, no había medios de matarlas. ¿Qué iba á haber allí? Buena voluntad sí que había por parte del jefe, que era persona fina, de más discreción que sueldo, y por parte de sus hijas, dos pobres muchachas de diez y ocho á veinte años, muy sencillas y amables, las cuales á las preguntas de Manolo Jarandilla, que era el más despacienciado por comer, contestaron que, mientras llegaba el tren, nos freirían unos huevos, pudiendo poner además á nuestra disposición una libreta de pan y una botella de vino, lo que tenían para su cena.

Manolo Jarandilla y Pepe Rojas aceptaron el ofrecimiento y cenaron en el portalín de aquel casucho, en una mesa que improvisó la solicitud del jefe, poniendo encima de una silla la caja de la recaudación. Los otros tres, como faltaba ya poco más de media hora para la llegada del sud-expreso nos resolvimos á aguantar un poco más el hambre para cenar á bordo en toda regla.

Llegó el tren á su hora, como sucede algunas veces; montamos en él, y los tres que no habíamos cenado nos acomodamos en seguida en el restaurant, dispuestos á sacar la tripa de mal año, como suele decirse.

Pepe y Manolo dijeron que iban á vernos cenar, pero por fin también reforzaron un poco la cena del apeadero.

De sobremesa y cuando pasábamos por Villalba, en cuya cercanía estaba viviendo otro amigo nuestro recién casado, comenzamos con este motivo á hablar del matrimonio, que tenía entre nosotros enemigos acérrimos y partidarios decididos.

—No le hagáis caso, dijo Luis Carbajal, refiriéndose á Jarandilla, que acababa de soltar una atrocidad contra el matrimonio; no le hagáis caso, pues ahí donde le veis comparando la boda con el suicidio, ha estado ya á dos dedos de casarse.

—Hombre, tan cerca como á dos dedos no, replicó Jarandilla; pero confieso que estuve en peligro... y me horroriza sólo el pensarlo; pues, ya lo he dicho y lo sostengo: el que se casa es más desgraciado que el que se suicida. Porque éste se va al infierno de un salto sin más sufrimiento acá en el mundo, mientras que el que se casa comienza por tener un infierno acá, para luego caer probablemente en el otro, puesto que la desesperación que al cabo se ha de apoderar de él, no puede conducir á otro sitio.

—Bueno: esa es la chifladura que te ha dado ahora, repuso Carbajal; mas no decías eso cuando estabas enamorado de la viudita...

—¡Hola!.. ¿Conque una viudita?

—¿Cuándo ha sido eso de la viudita?

—¿Quién es esa viudita?..

—¡Que se cuente eso de la viudita!

—Sí, hombre, cuéntanos esa aventura de la viudita.

—No fué aventura, dijo Jarandilla por contestación á todas nuestras exclamaciones; no fué aventura ni fué nada, gracias á Dios; pero más que de aventura llevaba camino de tragedia, quiero decir, de casamiento... Es raro que no os acordéis, continuó, pues á lo sumo hará siete ú ocho años. No se hablaba de otra cosa en Madrid aquel invierno. En las conversaciones insulsas de los sietemesinos, como en las conversaciones picantes de los hombres de cierta edad, era la viudita el plato de más gusto; así como también era el paño donde con más libertad y más afición se ejercitaban las tijeras, en las conversaciones despiadadas de las señoras que juegan al tresillo en la tertulia ó forman sentadas el marco del salón de baile. Ya se sabía: en el vestíbulo del Real á la salida, en el pasillo central durante el entreacto, en el Español las noches de moda, en la comedia las noches de estreno, en Lara los lunes, y cualquier otro día de la semana en cualquier otro teatro en que se celebrara función á beneficio de los pobres de tal ó cual parroquia, la verdadera beneficiada era la *viudita*, alrededor de la cual giraban todas las conversaciones. Se disputaba si era ó no marquesa de verdad, si era más ó menos guapa de lo que en los primeros días se había dicho, si era más ó menos rica de lo que al principio se había creído, si su difunto marido era mejicano ó catalán, y hasta se discutía si...

El ruido estrepitoso del tren, al entrar por el tunel de Torrelodones, hizo á Manolo Jarandilla suspender en este punto la narración, pues como no hubiera hablado á gritos, era imposible oirle con aquellos martillazos infernales.

Salimos del túnel, disminuyó el ruido del tren, continuó éste deslizándose rápidamente por curvas y contracurvas en dirección al apeadero de las Matas, y siguió Jarandilla el interrumpido relato.

—Iba diciendo que hasta se discutía si la viudita era efectivamente viuda ó no lo era. Pero sobre este punto la discusión no se sostuvo mucho tiempo, pues había personas que se suponían enteradas, y decían saber el nombre del marido, cuándo, dónde y de qué había muerto, con otros detalles de esos que apenas dejan lugar á duda. De todos modos, el caso era que la viudita había entrado en Madrid con buen pie, puesto que llamaba mucho la atención, que es á lo que ante todo aspiran las mujeres. Yo la conocí en el baile de casa Villaoliva, donde me la enseñaron ya como una celebridad; no dejando de parecerme extraño que hubiera logrado ir allí, donde, como sabéis, todavía se hila delgado en materia de relaciones. Al principio no me pareció una cosa del otro jueves,



Pequeña normanda, cuadro de José Jiménez Aranda

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Guapa sí, me pareció guapa; pero no hasta el extremo de poder inspirar pasiones violentas ni de producir grandes entusiasmos. Quise luego mirarla con detenimiento, por ver si descubría en ella lo que tanto entusiasmaba á los demás, y en cuanto notó que yo la estaba mirando, bajó los ojos con un aire de modestia muy agradable. Torné á mirarla al poco rato, y lo mismo, apenas sus ojos se encontraron con los míos, los bajó como ruborizada. Seguí mirándola mucho toda la noche, porque me llamaba ya la atención, y francamente; me gustaba aquella modestia; procuraba sorprenderla en los momentos en que estaba más distraída, y ya se sabía, cada encuentro de miradas se repetía aquella bajada de ojos encantadora. Los amigos que estaban conmigo, los que me la habían enseñado, lo notaron al instante, y empezaron ya aquella misma noche con la broma de que la viudita me distinguía, pues no hacía eso más que conmigo. El caso es que desde aquella noche comenzó á gustarme, y en pocos días llegó á interesarme de una manera que me hizo cambiar de costumbres, y en fin, que no sabía lo que me pasaba. La veía por las tardes en el paseo, por la noche en el Real, por la mañana cuando iba á misa, siempre elegante, siempre de negro, y cuando no, de negro y lila, y siempre bajando los ojos cuando yo la miraba. A fuerza de oir decir á mis amigos que me distinguía y que se conocía que era el único que la había llenado el ojo, casi llegué á creerlo, y en la esperanza de ser bien acogido quise hacerme presentar á ella. La cosa no era tan fácil como pudiera creerse, porque si tenía muchos admiradores, relaciones tenía muy pocas, ¡como que nadie la conocía en Madrid dos meses antes! Un condiscípulo mío de la Universidad me llevó á uno de aquellos grandes bailes que daban los marqueses de Casa-Ganchillo, donde seguramente iría ella y donde otra señora americana amiga suya y conocida de un amigo podría hacer la presentación. Figuraos si estaría yo bien chiflado por ella y¡ bien ciego, cuando consentí en ir al baile de aquella familia de ladronzuelos, pues él se enriqueció robando primero en las Aduanas de Cuba y estafando después en las oficinas del Tesoro á los portadores de letras, y el padre de ella, comprando al desbarate bienes *nacionales*, cuando nadie los quería comprar por temor á las censuras eclesiásticas... Hoy por desgracia hay en Madrid sobre este particular una manga tan ancha, que puede decirse que es manga perdida. Las familias de abolengo más glorioso reciben á esos advenedizos y van á su casa.

Un estudiante de antaño, cuadro de Guillermo de Lindenschmit

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Bien conocéis mis ideas. Yo no transijo con esa decadencia de las buenas costumbres, y á no haber estado medio loco, no hubiera puesto allí los pies. Tampoco me sirvió de nada; pues la viudita no fué. Según dijo la otra americana amiga suya, se hallaba indispuesta... Con lo cual seguí lo mismo, ó si no lo mismo precisamente, cada vez peor, cada vez más enamorado, siempre intranquilo, sin comer apenas, sin dormir, siempre pensando en volver á ver á la viudita y en hablarla... Vivía entonces en Madrid mi hermana Luisa, pues mi cuñado era entonces secretario de la Junta consultiva de caminos, y como yo estaba solo en casa, pues mi padre pasó casi todo aquel invierno en Extremadura, comía todas las tardes con ellos. Y, es claro, en aquella temporada me distraía en la mesa, no contestaba ó tardaba en contestar á lo que me preguntaban, comía de prisa y poco, y en lugar de estar como antes con mis hermanos un gran rato de sobremesa, me levantaba con el bocado en la boca y me marchaba al teatro ó adonde creía que había de ver á mi tormento. Mi hermana, para quien no podía pasar inadvertido el cambio, me dijo una tarde cuando estábamos esperando á su marido para comer:

– Chico, pero ¿qué te pasa?.. Estás transformado, no aposentas en ninguna parte... Tú tienes algo... ¡Estaría bueno que á estas horas fueras á enamorarte!..

– Pues mira, que no ando muy lejos... No lo digas dos veces.

– ¡Bueno, hombre! Después de haber pasado lo mejor de la vida burlándote de los que se enamoran y de los que se casan...

– Pues ahí verás... Cuando menos se piensa... Dicen que boda y mortaja del cielo baja...

– ¿Y quién es *ella*, si se puede saber?

– Sí, tú sí lo puedes saber, y lo sabrás; pero después que lo sepa yo, que tampoco lo sé todavía...

– ¡Hombre! Eso tiene gracia... Estás enamorado ¿y no sabes de quién?

– Lo mismo que te lo digo.

– Pues no lo entiendo.

– ¿No has oído hablar de la marquesa de Tabasco, de la *viudita*, que es como generalmente la llaman?

– No. ¿A quién quieres que oiga yo hablar de esas cosas?

– Pues hija, es la mujer que hoy da ruido en Madrid, la que tiene mayor número de adoradores. Y cosa rara, se empeñan todos en que yo soy el único á quien hace caso...

– ¡Y no la conoces!..

– No. Pero ¿sabes de qué lo sacan? De que cuando la miro se pone colorada y baja los ojos, con lo cual parece que da á entender que siente algo por mí. Porque con los demás no hace eso. Al contrario, sufre las miradas de todos con indiferencia y á veces las sostiene con una altanería rayana al descoco; y en cuanto me ve á mí, baja los ojos con una gracia y con una pudorosa timidez que es un encanto... Por eso han dado en decir que me distingue... Pero no caerá esa breva... ¡Ah! ¡Sería yo el hombre más feliz del mundo! Ya ves: una americana... muy rica, y luego muy hermosa... Y eso que, si se mira bien, parece que no tiene en las facciones nada de particular. Pero los ojos... aquellos ojos me producen una fascinación que no puedes figurarte.

– Sí, ya veo que te tiene fascinado...

– La primera vez que la vi, se me figuró como si la hubiera visto ya muchas veces: no me fué nada nueva su fisonomía; me parecía como si estuviera acostumbrado á verla. Y es que se conoce que es el tipo ideal de mujer que yo me había formado... Vamos, la mujer soñada. Si la vieras... Una tarde has de venir conmigo al Retiro para que la conozcas.

– Bueno, sí; ya tengo deseo de ver qué deidad es esa que casi te ha hecho perder el juicio.

– ¡No lo sabes bien!..

La primera tarde que fuí con mi hermana al Re-



El buque de guerra japonés «Yoshino-Kan»

tiro no fué la viudita á paseo. Dimos unas vueltas y nos volvimos sin haberla visto.

Al dia siguiente fuimos más tarde, cuando ya volvían algunos coches, y antes de llegar á la estatua del pobre D. Baldomero distinguí su magnífico tronco de caballos tordos y dije á mi hermana:

– Fíjate en ese *milord*...

Mi hermana se fijó en el coche y la vió. Yo me hice el distraído, pero advertí que también al ver á Luisa bajó los ojos. Mi hermana se quedó mirándome, y en cuanto acabó de pasar el *milord* de la marquesa de Tabasco, soltó la risa.

– ¡De qué te ríes?, la pregunté asombrado.

– ¿De qué me he de reir, hombre?, me contestó ¿De qué quieres que me ría? De tu *ideal*... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!, y continuó riéndose. ¡Vaya un ideal!.. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! La mujer soñada... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Mi asombro crecía: me figuraba que mi hermana se había vuelto loca, y ella continuaba riendo.

– Que te parecía que la habías visto muchas veces... ¡Ya lo creo que la habías visto! Como que está cansada de servirte á la mesa y de plancharte las camisas...

– Pero ¿qué dices?.. ¿Estás loca? ¿Quién crees que es?

– Mi doncella, bobo, mi doncella, Pepa; la doncella que yo tuve en Sevilla de recién casada, la que tenía cuando tú fuiste á pasar con nosotros la Semana Santa y la temporada de la feria...

– Tú no estás buena, criatura... Eso es imposible.

– Si hombre, sí; no seas bobo: ¡mira si la conoceré yo! Por eso baja los ojos cuando nos ve... No te quede duda de que es ella.

– Pero ¿cómo se ha verificado esa metamorfosis?

– ¡Dios sabe!..

– ¿Y tú no lo llegaste á saber?, preguntó Rojas á Jarandilla cuando el tren estaba ya entrando en las agujas de la estación del Norte.

– Sí: yo también lo supe después, contestó Manolo: se había verificado por un procedimiento poco difícil y menos laudable... Cuando Pepa salió de casa de mi hermana, que no la podía sufrir la desmedida afición á los novios, entró á servir allí, en Sevilla mismo, en casa de unos catalanes que eran á la sazón los contratistas de la limpieza. Se murió luego la contratista, y quedó Pepa de ama de gobierno. Poco despues el catalán simuló una quiebra y se largó á Méjico en compañía de Pepa y del producto líquido de unas y otras porquerías, materiales y morales. Para redondearse puso una casa de cambio en Tabasco, y cuando se iba redondeando, se murió de repente. Pepa se hizo caja de *todo* y se vino á Madrid á lucirlo.

– ¿Y el marquesado de Tabasco?, pregunté á Jarandilla momentos antes de despedirnos.

– Era un capricho nada más; pero capricho que luego *legalizó* por diez mil duros... Y si hubiera tenido menos impaciencia no la hubiera costado nada, porque al año siguiente se casó con un hijo del ministro de Gracia y Justicia. Vaya, ¡buenas noches!

– ¡Buenas noches!

ANTONIO DE VALBUENA

EL ANILLO

– Le digo á usted que no puede ser... ¡Cuidado si es usted machacona!, exclamó D. Zacarías con voz agria. Diez pesetas doy..., ni un céntimo más.

– Pero señor, mire usted que costó cuarenta.

– Y á mí ¿qué?

– Déme usted catorce al menos..., las necesitamos para el casero que vendrá mañana...; le adeudamos dos meses, y nos echará sin misericordia si no le pagamos.

– Y hará bien: el alquiler es una deuda sagrada.

– Pues haga usted que pueda cumplirla.

– ¿Y yo qué tengo que ver con los asuntos de usted?

– ¡Por amor de Dios, señor!..

– Lo dicho: diez pesetas y decidirse de una vez, que hay quien espera y me hace usted perder tontamente el tiempo.

La mujer que se esforzaba en sacar unas cuantas pesetas más de las uñas del usurero por el empeño de una linda sortija que brillaba sobre la mesa, tras la cual espiaba aquél su presa, permaneció silenciosa, indecisa, durante un minuto. No quería insistir más comprendiendo cuán inútil era, y tampoco se resolvía á aceptar la operación. ¡Dos duros por su tumbaga nupcial, una joya casi nueva, que había costado ocho!

Y su rostro joven, marchitado por las penas y las privaciones, reflejaba la cruel incertidumbre del pensamiento.

– Vamos á ver... ¿qué hacemos?, dijo el prestamista.

– Déme usted eso, replicó ella decidiéndose bruscamente.

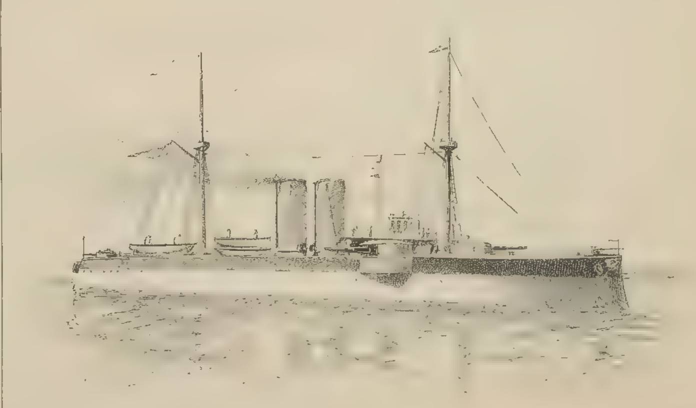
D. Zacarías cogió un grasiento registro sobre el cual garabateó rápidamente un par de líneas; hizo luego otro tanto en una papeleta impresa que firmó; puso encima de ésta un par de duros en pieza, y mientras su diestra entregaba el documento y el dinero á la mujer, su siniestra hacía desaparecer rápidamente el objeto empeñado.

Y ella, al marcharse, medio volvió hacia el usurero su semblante demacrado, que la ira enrojeció ligeramente, y dijo:

– ¡Maldito sea usted y toda su casta!

D. Zacarías tenía un espíritu demasiado práctico para conmoverse por maldición más ó menos. Además ¿no ejercía por ventura una profesión debidamente autorizada por la ley y según las prácticas establecidas desde larga fecha en todas las naciones civilizadas? ¿Qué se le podía reprochar en suma? ¿El apretar el tornillo á los clientes que apelaban á su ministerio? ¡Pues si eso lo traía el oficio consigo! Medrado estaría el prestamista que aplicara la filantropía al ejercicio de sus funciones y se dejase llevar de sentimentalismos é infundios... El negocio es el negocio y hay que emprenderlo como se debe; las cosas hacerlas bien ó no hacerlas. Y por fin de cuentas, ¿acaso iba él en busca de gente necesitada? Nada de eso; la gente era, por el contrario, quien iba en busca de él, allí, en su despacho, en su propia casa. Y los que entraban eran muy dueños de volverse, sin dejar ni un hilo de ropa, si no les acomodaban las condiciones.

Cuanto más reflexionaba D. Zacarías sobre el particular, más satisfecho se sentía de sí mismo, de su profesión y de su raciocinio, y más estúpidas le pare-



Acorazado chino «Chen-Yuen»



Colina del Consulado y puerto de Chemulpo, Seul

cían las preocupaciones del vulgo que anatematizan neciamente á «uno de los intermediarios más útiles de la sociedad; más que útiles, providenciales: ¿no tiene, en verdad, algo de providencial esa operación regular y seguida, que establece, por decirlo así, una tabla salvadora entre el apuro apremiante y el capital facilitable en el acto, mediante una garantía indispensable y un interés legítimo?.. Legítimo, sí, señor; de legitimidad reconocida en todos los tiempos; el rédito es la secuela, la consecuencia inmediata del préstamo: es su esencia; la cuantía es un detalle, sólo un detalle; un efecto legal del mutuo y espontáneo consentimiento de las partes contratantes. Ni más ni menos.»

Todas las veces que D. Zacarías se veía obligado por la lógica de los hechos á repetirse á sí mismo esa serie de argumentos, la jornada se presentaba fructuosa. Acorazado el espíritu contra toda debilidad nociva, aguijoneado por la idea concreta, fija, del negocio; depurado de toda impureza sentimental, tomaba un vuelo seguro, adquiría una clarividencia suma. Los menesterosos de mayor ó menor cuantía que en ocasiones tales se arriesgaban á penetrar en el antro del judío manchego, conforme llamaban en el barrio al prestamista, por más que éste estuviese bautizado en regla desde los primeros días de su nacimiento, podían tener la seguridad de salir desplumados á plazo fijo.



UN GENERAL COREANO

Aquella jornada que empezara con un miserable préstamo de diez pesetas y una maldición, fué de las más fructíferas. D. Zacarías, cuyo genio y actividad abarcaban una diversidad de operaciones que aunque multicolores en la apariencia tenían todas el mismo carácter, prestó desde las nueve de la mañana á las siete de la tarde quince mil reales á un sesenta por ciento sobre alhajas que valían al menos cincuenta mil; vendió á un precio muy superior al esperado algunos relojes, brazaletes y anillos cuyo plazo de rescate había finido días antes; adquirió con ventaja un crédito hipotecario que le cedió un colega falto de dinero contante; se deshizo de unas mercancías averiadas que dormían en su almacén, compradas casi de balde y vendidas como casi buenas á un tratante novicio; entregó á un joven pródigo, próximo heredero de un padre diabético en grande escala, dos mil duros á cambio de un pagaré por cinco mil; y concluyó su labor del día encerrando en la sólida caja de hierro una partida de seis mil pesetas que su procurador causídico le entregó cuando iba á salir de su despacho; seis mil pesetillas, producto líquido de una operación y de unos autos ejecutivos terminados felizmente: con cuatrocientos duretes de beneficio en menos de un año.

Después de acompañar al procurador hasta la puerta y de meter el fajo de billetes de Banco en la inexpugnable arca junto con las joyas sobre las que había facilitado dinero y que fué clasificando cuidadosamente, D. Zacarías volvió á su sillón para garabatear algunas líneas más en su registro. Entonces advirtió que sobre la mesa brillaba un objeto diminuto; era precisamente el anillo, sobre el cual había hecho el primer préstamo de aquella lucrativa jornada y que por inadvertencia había dejado allí al tiempo de encerrar las demás joyas. El usurero no pudo menos de sonreir con ironía al recordar la iracunda frase de la mujer. «Las maldiciones engordan,» murmuró mientras sus dedos huesosos jugueteaban con la tumbaga.

– ¿Puedo cerrar ya, señor?, preguntó en aquel momento una voz humilde que salía de un cuerpo demacrado, casi espectral, que apareció en el dintel de la puerta: han dado las siete.

– Espere usted diez minutos más; tengo que escribir cuatro renglones á mi hijo. Se llevará usted la carta al correo.

La sombra del dependiente se eclipsó y D. Zacarías se puso á trazar rápidamente las frases que hilvanaba, no ya su cerebro de usurero, sino su corazón de padre. Quien hubiese en aquel momento contemplado las facciones del viejo explotador de la miseria y del vicio, habríase sorprendido ante la súbita transformación que en ellas se operaba. Una suavísima expresión de ternura y de contento se difundía por la faz angulosa, de endurecidas líneas; leve sonrisa endulzaba la fría crueldad de los labios delgados, descoloridos; y en los ojos grises, pequeños, impasibles, lucía ahora un destello placentero. El prestamista no era en aquel momento más que un padre enamorado, con el alma embargada completamente por la imagen de su hijo...; de su hijo ausente, de su Gaspar, del único ser humano por quien había sentido palpitar sus entrañas, en quien adoraba de tal modo, con tan ciega locura, que hasta el dinero le parecía miserable y sin valor cuando inconscientemente ponía en parangón los dos únicos afectos que en su pecho se anidaban.

Concluída ya la carta, puesto y cerrado el sobre, iba D. Zacarías á llamar á su dependiente, cuando vió adelantarse por el despacho á un individuo que después de un «¿se puede?» murmurado en el umbral, se colaba adentro sin más permiso ni ceremonia.



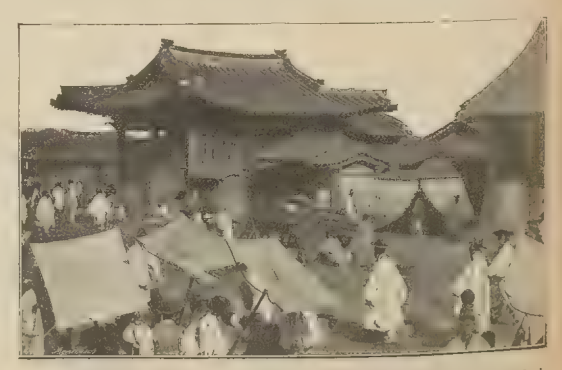
Vista de Seul, capital de Corea

– ¿Qué quiere usted?, preguntó bruscamente el usurero.

– Pues... nada..., á ver si puedo empeñar eso..

– ¿Ahora?.. Es tarde ya..., pásese usted mañana.

– ¿Mañana?.. ¡Ca! No, señor... El dinero no lo necesito mañana, sino ahora, y si usted no quiere, me es igual, que prestamistas no me han de faltar.



Centro de Seul y edificio en donde está colgada la campana de la ciudad

-¿Y qué es eso?, preguntó D. Zacarías recobrando su naturaleza de usurero y no queriendo que le escapara el negocio.

-Pues... verá usted; un reloj y de los buenos...

Y el tipo, que tenía todas las trazas por su rostro y su vestir y sus andares de ser una magnífica semilla de chulería y de presidio, alargó al judío un soberbio cronómetro de oro.

-¡Oiga usted!.., exclamó D. Zacarías poniéndose bruscamente en pie, así que hubo echado una mirada sobre la prenda, ¿de dónde ha sacado este reloj?

-¡Vaya una pregunta!.., tartamudeó el otro. ¿Á usted qué le importa eso?

-Responda usted..., rugió el prestamista, cuyo rostro expresaba la más violenta agitación; este cronómetro no le ha pertenecido jamás á usted...

-¿Cómo que no?.. Pues es mío y bien mío... Lo he comprado...

-Miente usted... Este reloj ha sido robado.

-¡Qué gracia!, balbuceó el hombre procurando recobrar su descaro. ¿Por qué robado?.. ¿No puede uno tener reloj propio?.. Y además, ¿desde cuándo se ha vuelto usted tan escrupuloso?

-Este cronómetro, dijo el usurero con voz amenazadora y mirada centelleante, pertenece á mi hijo... Usted se lo ha robado. ¡Bribón, canalla!.. Pero ahora ajustaremos cuentas.

El ajustar cuentas no le debió probablemente convenir al sospechoso personaje, que mascullando una blasfemia se lanzó á la puerta, saliendo disparado como un cohete, antes que D. Zacarías lograse cerrarle el paso.

«¡Al ladrón!..,» quiso gritar; pero estaba tan emocionado, que el grito no pudo salir de su garganta. Dejóse caer tembloroso sobre una silla, examinó nuevamente el reloj que su garra no había soltado aún, y una sonrisa de triunfo dilató sus facciones.

-¡Parece providencial!, murmuró. Realmente es hoy un día de suerte..., un día feliz... ¡Recobrar de tan extraña manera una alhaja como ésta!.. Trescientos duros me costó, trescientos... Pero ¿cómo demonios se ha dejado robar Gaspar?.. ¡Tontín!.. ¡Tanto como le encargué que abriera el ojo y que se abrochara la levita!.. Verdad que al más listo se la pegan y que hay cada ratero... En fin, el mal está reparado y no será flojo el alegrón que tendrá el muchacho cuando sepa...



Tipo de coreano

Pero de pronto se extinguió la sonrisa que vagaba en los labios de D. Zacarías. Una duda horrible invadió su mente; una visión espantosa surgió rápida, brusca, con tal relieve y claridad de detalles que creyó durante un minuto que no era ya un pensamiento, sino sus mismos ojos los que contemplaban la siniestra escena: un cuerpo humano tendido sin vida en las tinieblas de un callejón desierto, atravesado el corazón por la hoja de un puñal... Alejábase veloz el matador con su botín; la titilante luz de un farol iluminaba con pálidos resplandores el rostro de la víctima, una faz convulsa, cadavérica, la de Gaspar.

La aparición del dependiente y su voz disiparon aquella lúgubre fantasmagoría.

-¿Qué quieres?.. ¿Qué dices?, preguntó D. Zacarías con acento turbado.

-Que hay aquí dos caballeros que preguntan por usted.

. . . .

Y cuando los dos caballeros se fueron, cumplida ya la penosa misión que allí les condujera, el prestamista á quien la implacable y horrenda verdad recién sabida parecióle tan sólo un sueño cruel, una visión que continuaba la que media hora antes había tenido, salió de su estupor, dirigió una mirada en torno suyo, y lo primero que vieron sus ojos divagantes fué el leve centelleo que despedía, herido por la luz de un velón, el anillo de oro, el primer empeño de aquella fructuosa jornada.

JUAN BUSCÓN

NUESTROS GRABADOS

La misa matinal, cuadro de Laureano Barrau (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Barrau, que tanto renombre adquirió con la exposición de su famoso cuadro «Gerona, 1809,» hoy existente en el Museo municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad, remitió á la exposición que acaba de cerrar sus puertas, desde París, en donde en la actualidad reside, el precioso cuadro que reproducimos, una de las más bellas y razonadas producciones de nuestro arte moderno que han figurado en el finido certamen.

Delicadamente trazada y noblemente sentida es la figura de la hermosa doncella que desciende la escalera del templo. En su bello rostro adivínase la vaguedad de su espíritu, henchido de ilusiones y esperanzas, de ensueños de paz y amor. Magistralmente trazada, pintada con notable simplicidad, honra al artista y al arte de nuestra región.

Pequeña normanda, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Cual si el insigne maestro sevillano D. José Jiménez Aranda se hubiese propuesto demostrar que cuando existen cualidades véncense los escollos, presentó en la última exposición diversas producciones, así por el género como por el procedimiento técnico de ejecución. Nuestros lectores han podido ya apreciar el precioso cuadro de caballete, titulado *Al amor de la lumbre*, pintado maravillosamente, construído con



MAPA DE LA PENÍNSULA DE COREA



EN CASA DE LOS HUMILDES, cuadro de Fernando Willaert

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



COSTUMBRES ESPAÑOLAS, cuadro de L. Alvarez



La emperatriz del Japón



El emperador del Japón

sin igual maestría y ajustado al concepto tan rudamente combatido por los llamados campeones del modernismo. Hoy reproducimos *La pequeña normanda*, ajustada por completo á los términos racionales de lo justo. Esta producción, que honra tanto á Jiménez Aranda cual la que citamos anteriormente, debe considerarse como la contestación gallarda y contundente de un verdadero artista, que en ese laberíntico caos, en esa balumba de opuestos conceptos, expone la nota seria, demuestra que el modernismo no excluye el dibujo ni el color, puesto que uno y otro son los elementos que han de utilizar el verdadero artista ó los que pueden ostentar tan honroso título. *La pequeña normanda* ha sido premiada por el jurado calificador de nuestra última Exposición de Bellas Artes.

Un estudiante de antaño, cuadro de Guillermo de Lindenschmit (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Preciosa es la figura del joven estudiante que reproduce nuestro grabado. Admírase desde luego la elegancia de la línea y la delicadeza de la ejecución, cualidades distintivas de todas las producciones del distinguido pintor bávaro Sr. de Lindenschmit, resultando la obra bella y simpática, pues á embellecerla contribuyen también los pormenores que la enriquecen y el fondo del lienzo. Su autor forma parte de esa pléyade de artistas que por el solo esfuerzo de su inteligencia han logrado conquistar para Munich, su ciudad natal, el elevado concepto de centro artístico del centro de Europa. El Sr. Lindenschmit dedícase especialmente á la pintura de caracter histórico, en cuyo difícil género ha logrado ya señaladísimos triunfos, desempeñando actualmente el honroso cargo de profesor de la Real Academia de Munich.

Los sucesos de Corea. – La península de Corea, situada en el Asia Oriental, hállase limitada al Norte por las posesiones asiáticas rusas y por la Mandchuria (China), al Oeste por la China, y el resto de su perímetro está envuelto por el golfo de Corea, el mar Amarillo y el del Japón. Ocupa una superficie de 218.650 kilómetros, comprendiendo en ella la isla de Quelpart, y su población puede calcularse en unos ocho millones escasos de habitantes: el gobierno es una monarquía absoluta, hereditaria en la dinastía de Han y reconocida como independiente, si bien todos los años envía algunos presentes, á modo de tributo, á la China, y el ejército permanente se compone de unos 7.500 hombres, organizados y armados á la europea. La capital es Seul, que tiene 200.000 habitantes y en a que no hay nada que corresponda á lo que de una población de tal importancia debería esperarse.

La historia de Corea puede decirse que es una lucha continua entre China y Japón que desde tiempos inmemoriales se disputan la supremacía en aquella península; pero en época moderna ha entrado en ella un nuevo factor importantísimo, Inglaterra, que en 1886 ocupó Puerto Hamilton, y que es de temer, conocidos como son sus procedimientos, acabe por anular á chinos y japoneses si su poderosa rival, Rusia, no logra neutralizar su acción en aquellas regiones.

La causa de la actual guerra es, según declaración del gobierno japonés, la siguiente: tras reiterados esfuerzos que desde antiguo venían haciendo los japoneses, habían por fin conseguido que el rey de Corea aceptara las reformas que se le venían proponiendo, cuando China, enemiga de reformas tales, envió por tierra numerosas tropas que pasaron la frontera coreana en demostración hostil el 25 de julio último, y no contenta con esto rompió el fuego contra unos barcos de guerra del Japón. China, por su parte, dice que como soberana de Corea y para ayudar á su vasallo el rey Li-Hui á sofocar las rebeliones, envió hace algún tiempo tropas á aquella península, en vista de lo cual el Japón, sin ningún derecho para ello, envió también algunas fuerzas que se ha negado á retirar, echando además á pique un transporte, el *Kow Shing*, que conducía tropas chinas.

Sea cual sea la causa de la actual lucha, en el fondo no es más que un pretexto para poner una vez más frente á frente á los dos imperios enemigos que hoy aprestan sus poderosos recursos para una guerra que puede ser causa de la ruina de uno de ellos y de una conflagración universal si Dios no pone tiento en las manos de las demás potencias llamadas á intervenir más ó menos directamente en la contienda.

Los hijos del Celeste Imperio esperan la victoria del número y del fanatismo con que han de defender sus pretendidos derechos contra los ataques de los bárbaros del Asia, léase japoneses, y aun si es preciso de los bárbaros de Occidente, que de tales nos califican en su incalificable soberbia á los europeos. En cambio los súbditos del Mikado fían el éxito á su estado de adelantamiento desde el punto de vista de la civilización.



El conde Athuma Shigenobu, ministro de Negocios Extranjeros del Japón

El Japón tiene 150.000 hombres en pie de guerra y su organización militar le permite en pocas semanas duplicar este número de combatientes: sus soldados, armados y equipados á la europea, están admirablemente mandados por oficiales muy inteligentes é instruídos. Sus servicios de artillería, ingenieros, transportes, telegrafía y ambulancias están tan bien montados como en Europa.

El ejército chino, superior en número al japonés, pues puede disponer en caso necesario de más de un millón de hombres, le es muy inferior en punto á organización y armamento en general.

Pero indudablemente el carácter principal de la lucha será el de guerra marítima, para la cual cuentan ambas potencias con fuertes y numerosas escuadras. China dispone de cinco acorazados, trece cruceros é infinidad de cañoneros, torpederos y transportes; el Japón cuenta con cuatro grandes acorazados, ocho cruceros acorazados también, gran número de cruceros sin coraza, cañoneros y torpederos y muchos barcos de transporte y mercantes que en caso necesario pueden convertirse en barcos de guerra.

En el presente número, además del mapa del teatro de la guerra, publicamos un tipo coreano, vistas de Seul y de su puerto, Chemulpo, el retrato de un general coreano, los acorazados *Yoshino-Kan*, japonés, y *Chen-Yuen*, chino, que son dos de los mejores de sus respectivas escuadras y el primero, sobre todo, uno de los buques más formidables de las modernas marinas de guerra, y los retratos del emperador y de la emperatriz del Japón y de tres de los principales dignatarios de la corte del Mikado, y en nuestros números sucesivos seguiremos publicando cuantos grabados puedan ofrecer á nuestros lectores cierto interés por ser reproducción de personajes, lugares ó hechos relacionados con la lucha entre los dos imperios orientales.



El príncipe Arishagawa, tío del emperador del Japón, general en jefe del ejército japonés

En casa de los humildes, cuadro de Fernando Willaert (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – El cuadro que reproducimos es, sin duda alguna, uno de los que más han llamado la atención de los inteligentes en la Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad. La excelente obra del distinguido pintor belga Willaert recomiéndase por la exactitud de sus tonos, por ser reproducción fiel del natural, cual si el artista poseyera un poderoso objetivo para asimilarla.

Trivial podrá parecer el asunto, y sin embargo, la situación de las figuras, su acertada tonalidad y el conjunto tan hábilmente estudiado como comprendido, hacen simpática la obra y dan á conocer las singulares prendas que para manejar los pinceles posee este artista, á quien felicitamos sinceramente por su notable producción y por el envidiable puesto que le reservan sus singulares condiciones.

Costumbres españolas, cuadro de Luis Alvarez. – Que el renombrado pintor español Sr. Alvarez cultiva con igual talento distintos géneros pictóricos sábenlo cuantos siguen con alguna atención el movimiento artístico español contemporáneo y han podido verlo palpablemente los lectores de La Ilustración Artística, en cuyas páginas hemos publicado obras suyas tan diferentes entre sí como *Bodas del duque de Frías*, *La fiesta de las flores*, *Estrella matutina* y *La silla de Felipe II*. Enamorado, sin embargo, del género genuinamente español, siente laudables preferencias por las costumbres de nuestro pueblo, que ha estudiado con gran cariño y traslada al lienzo con maestría que pocos superan, como lo prueba, entre otros muchos, el cuadro que reproducimos, en el cual se halla admirablemente retratada la gente maja de nuestra tierra, en la que consérvase aún el rasgo de galantería que el Sr. Alvarez ha tomado como asunto principal de su pintura.

Condorcet, estatua de M. Perrin. – Esta estatua, recientemente inaugurada en París, álzase en el muelle Conti, cerca del Instituto: entre los noventa y cinco proyectos que se presentaron al concurso abierto por decreto de la Prefectura de 20 de julio de 1889, el de M. Perrin fué incluído por unanimidad entre los tres que debían verificar una segunda prueba, en la que fué vencedor también por unanimidad del jurado. Puso M. Perrin manos á la obra en mayo de 1890, y en 1892 su estatua, fundida ya, obtuvo una segunda medalla en el Salón de los Campos Elíseos. Estas distinciones, que la crítica y los aficionados han considerado justísimas, son el mejor elogio de la bellísima escultura destinada á perpetuar la memoria del gran literato, filósofo, matemático y político que constituye una de las figuras más ilustres de la Francia del siglo XVIII.



El conde de Hirsbumi, presidente del Consejo privado del Japón



¡No creía encontrar á usted sola!

NOVELA NOCTURNA

POR ANTONIO ALBALAT. – ILUSTRACIONES DE VOGEL

A eso de la media noche, al salir del casino, Enrique fué á dar un paseo entre los plátanos que flanquean los antiguos muros de la ciudad. Por la mañana había desempeñado sus primeras funciones de abogado, y después de las emociones de aquel día de negocios, deseaba explayarse un momento, contemplando las praderas, apenas iluminadas por la luz de una incierta luna que se destacaba suavemente en el cielo. Sus padres se consideraban dichosos por su triunfo, y él mismo parecía contento, aunque tuviera suficiente fortuna á los veintidós años para dispensarse de elegir una carrera.

La noche, hermosa noche de agosto, era tibia, como si el calor del día se hubiese conservado en la atmósfera; y Enrique andaba hacía un momento, cuando de pronto vió alguna cosa como un fantasma que circulaba en el jardín del abogado Clossergues. Este jardín hallábase al pie de la muralla, que en aquel sitio forma un recodo en medio de los cañaverales y deja ver la plataforma de una atalaya. Un gran estanque brillaba en lontananza como un espejo, y el tejado de la casa dominaba las copas de los castaños.

Enrique tomó un lindero que conducía al jardín, llegó ante la verja, y sus miradas escudriñaron la espesura; pero nada vió más que la arena de las calles de árboles, con anchos espacios iluminados por la luna, que se reflejaba en el verde césped. Los árboles, inmóviles, parecían dormir á la sombra del antiguo muro, interceptando la vista del cielo. La calma de la noche llegaba hasta los barrios altos de la ciudad, escalonados detrás de la quinta y enrojecidos al parecer en los ángulos de las calles por el reflejo de la luz del gas.

Pero he aquí que de pronto Enrique percibió como el roce de un vestido de mujer deslizándose bajo el follaje. ¿Quién podía pasearse al aire libre á semejante hora? Las dos hermanas del Sr. Clossergues, ya de edad avanzada, acostábanse todas las noches á las diez, y hacía largo tiempo que debían dormir. ¿Quién sería, pues? ¿La criada? A Enrique no le ocurrió que pudiera ser la señorita Luisa, la hija del abogado Clossergues, á quien veía á menudo acompañada de su madre al salir de la iglesia, con su gracioso sombrero de paja y su vestido color de rosa, mientras él se paseaba con sus amigos por la plaza de la parroquia. La joven tenía veinte años, y á Enrique le agradaba mucho.

Acababa de ocultarse detrás de un matorral, cuando el fantasma llegó junto á la verja, y Enrique pudo ver que era Luisa.

Sacudió un momento el borde de su falda, humedecida por el rocío, y permaneció de pie sin hacer ningún ademán. Separado por una raya en medio de la cabeza, su largo cabello cubría ambos brazos de la joven, que los cruzó lentamente sobre su pecho, levantando después sus ojos al cielo para mirar las estrellas que brillaban silenciosas en la bóveda azul. Parecía escuchar los acordes de una música lejana que se oía en el otro lado de la ciudad, en el casino Saint Pons. Después la joven volvió la espalda, y al hacer este movimiento, su abundante cabello se desarrolló del todo, llegando hasta á sus pies. Enrique no osaba moverse. ¿Qué hacía allí Luisa sola en su jardín á las once de la noche? ¡Una niña tan bien educada pasearse por la noche bajo los árboles, ella, á quien no se veía nunca durante el día!

La aparición se alejó, y después de dar la vuelta por el estanque, anduvo entre los avellanos y volvió á la gran avenida del jardín. Enrique salió de su escondite y la siguió desde lejos por detrás de la cerca. El fantasma se acercó de nuevo á la verja, y entonces el joven abogado se dejó ver; Luisa le miró sin manifestar sorpresa, y Enrique, muy turbado, saludóla, aventurando una frase trivial.

– ¿No teme usted el fresco de la noche, señorita?, preguntó.

– No, contestó la joven con dulce voz después de vacilar un momento.

– ¿Y viene usted á pasearse aquí algunas veces á esta hora?, prosiguió Enrique.

– Sí, todas las noches.

– ¿Sola?

– Es claro que sí. ¿No estoy acaso en mi casa?

Enrique no volvía en sí de su asombro por la familiaridad de Luisa, siempre tan altanera en la calle. De elevada estatura, grave y de esbeltas formas, con un sencillo vestido, cuyos pliegues caían rectos hasta los pies, en aquel momento parecía una figura de santa, pues la luz de la luna, rodeando su cabeza de un vapor luminoso, hacía destacar su pálido perfil, cercándola como de una brillante aureola.

Luisa retrocedió de pronto y agitó su pañuelo murmurando:

– Ya es tarde..., me voy.

– ¿Tan pronto?, exclamó Enrique. Quédese usted un momento más. ¡Es tan hermosa la noche!

– ¡Ah, no, me retiro!

Al decir esto comenzó á correr con tal precipitación que hizo ondear sus cabellos, y como seguía la línea del muro, Enrique oyó cómo las cañas se entreabrían á su paso para reunirse otra vez, produciendo un ruido seco. El joven tosió, mas no obtuvo contestación, y permaneció solo, escuchando el murmullo que producían las langostas en los prados. Lo que acababa de sucederle era para él una aventura que le aturdía. Aquella joven que tanto le agradaba, á quien apenas se atrevía á mirar en la calle, ahora acababa de verla y de hablar con ella á media noche, y sola, ella que no salía nunca sino con su madre ó sus tías. Y lejos de manifestar timidez, había contestado, por el contrario, y también sonreído...

Al día siguiente volvió á la misma hora y al mismo sitio, y apenas llegado, la joven acudió presurosa, adornada esta vez con una toquilla de blonda negra. A medida que avanzaba, proyectábase en la arena su sombra.

– ¿Es usted?, preguntó Luisa.

– Sí, yo soy.

– ¿Le agrada á usted pasear por la noche?

– Sí... mucho. ¿Viene usted sola?

La joven no contestó.

– ¿Y su señora madre?, preguntó Enrique.

– Está acostada.

– ¿Y no saben sus padres que viene usted á pasear por la noche al jardín?

– ¡Ah, no, si lo supiesen me reñirían!

– ¿Y cómo se arregla usted para salir?

– Descorro el cerrojo con mucha suavidad para que no me oigan.

La luz de la luna iluminaba á Luisa de pies á cabeza, como á una estatua de esas que vemos al entrar en un parque. En aquel instante retorcía entre sus dedos una trenza de su largo cabello, mirándola atentamente, y al levantar el codo para arreglar su manteleta, dejó ver una pulsera de oro.

Enrique ofreció á la joven un ramo de violetas cogidas por él aquella misma tarde; Luisa las tomó á través de los hierros de la verja, y aproximándolas á su nariz para aspirar su perfume, preguntó al joven por qué se paseaba á semejante hora. Sus hermosos ojos iluminaban sus facciones á través de su desordenado cabello; tenía la nariz bastante pronunciada, pero este defecto armonizaba bien con el aire majestuoso de la cabeza.

Sin fijar su atención en lo que contestaba, levantó los ojos para mirar el cielo, del más puro azul y tachonado de estrellas, y al fin murmuró con una entonación que más bien parecía un suspiro:

– Ya es tarde..., vuelvo á casa.

– ¿Vendrá usted mañana?, se atrevió Enrique á preguntar.

– ¡Ah..., no lo sé!, contestó Luisa mirándose los dedos.

Un momento después percibióse el rumor de sus pisadas, y desapareció entre los árboles.

Enrique volvió, pisando lentamente el heno verde de las praderas, donde parecía humear una especie de neblina iluminada por los rayos de la luna; oíase el canto de los grillos, y los arroyos susurraban bajo las hierbas.

Enrique estaba enamorado, preocupábale su aventura, sentía cierto despecho y estaba casi furioso. ¡Aquello era una novela! ¿Qué hacía allí, en la soledad del jardín, una joven honrada? Seguramente que no habría ido á buscarle la primera vez, puesto que él la sorprendió por casualidad, confesando ella que salía todas las noches. ¿Esperaba por ventura á un hombre? ¿Habría interrumpido él una cita? Si así fuese, no habría hablado con él. ¿Se debería ver en aquel paseo una extravagancia ó un capricho? En tal caso, tampoco era natural que se repitiera diariamente. Al cabo de tantas suposiciones, Enrique renunció á comprender.

A la mañana siguiente le fué preciso hacer una visita al Sr. Beaumont, presidente del tribunal, y al abrir la puerta del vestíbulo encontróse frente á frente de Luisa, que salía de la casa del magistrado, de cuya familia era amiga. Contestó fríamente á su saludo, sin reconocerle al parecer, y el joven quedó como clavado en tierra por efecto de su sorpresa.

Sin embargo, por la noche la joven Luisa acudió á la cita cuando daban las once en el reloj de la parroquia. La blonda negra cubría su frente, sin dejar ver más que los dos ángulos de sus ojos y su nariz borbónica, que comunicaba tanta majestad á su lindo rostro de expresión grave. Esta vez Enrique estaba resuelto á ser audaz, á interrogarla, á besarle las manos á través de la verja para ver qué diría; mas al verla volvió á sentirse confuso y tímido, y no supo decir más que trivialidades.

– Hace fresco esta noche.

– Sí, es por efecto del rocío...

– Se ha sentido calor hoy...

– Sí, mucho.

Luisa preguntó después el nombre de las constelaciones que más brillaban en el cielo, y luego le mostró unas estrellas errantes, que arrastrando á otras, encontrábanse y cruzaban sus fuegos.

Al retirarse, se alejó andando de espaldas, al paso que hacía señas con la mano á Enrique por detrás de la verja. A la noche siguiente le dió una rosa, y el joven no pudo menos de extrañar el subido color de las mejillas de Luisa, que parecían brillar en las tinieblas. El cielo estaba nublado, y todas las ranas del estanque cantaban.

Enrique no trató ya ni siquiera de comprender. Todas las noches su asombro redoblaba; oía los acentos de la joven, y parecíale notar en ellos alguna cosa extraordinaria. Por otra parte, no podía imaginar que aquella Luisa tan piadosa, que iba tan devotamente á misa llevando en la mano su devocionario, fuese la misma persona que le esperaba todas las noches detrás de la verja, con su toca negra y su cabello en desorden.

Cierta noche se arriesgó á decir:

– ¡Si supiera usted cómo ocupa mi pensamiento durante el día! ¡Si supiera qué dicha es para mí venir á ver á usted todas las noches!.. Pero siempre se va usted demasiado pronto...

Luisa bajó la cabeza sin contestar; y Enrique, cobrando valor, añadió:

– ¿Por qué viene usted aquí?.. La primera vez que la encontré, seguramente que no habría usted venido á este sitio para buscarme, puesto que yo la vi por casualidad.

La joven se encogió de hombros, y después de pronunciar algunas palabras insignificantes, retiróse temprano.

Enrique resolvió hacer la corte abiertamente á Luisa para intimidarla y saber á qué debía atenerse, pues comprendió que la amaba ya con locura; así es que el siguiente día le dijo:

– Quería traer á usted una carta.

– ¿Para qué?, preguntó la joven con un brusco movimiento de cabeza.

– Porque tengo muchas cosas que decir á usted, repuso Enrique después de vacilar un momento, y no me atrevería á expresarme de viva voz...

La joven, sin contestar, se alejó presurosa.

Otra noche quiso coger sus manos; pero la joven, volviéndole la espalda, permaneció en pie sin hablar.

– Mañana, díjole Enrique, iré á casa de su señor padre para tratar de una defensa.

La joven se estremeció, y cruzando los brazos sobre el pecho con expresión de alegría, murmuró:

– ¡Oh! Procuraré ver á usted.

Al levantarse por la mañana, Enrique escribió una carta, llenando las cuatro carillas, para dársela á Luisa si la encontraba sola. No quiso reflexionar; estaba perdidamente enamorado, y se proponía decirlo todo en su epístola.

Lo primero que vió al entrar en el salón del señor Clossergues, donde la sirvienta le introdujo, fué á la misma Luisa con vestido de color de rosa, trabajando en un bordado junto á la ventana y los pies apoyados en el palo de una silla. Su perfil se destacaba en la clara luz que hacía brillar hasta la puerta el suelo encerado; detrás de los vidrios veíase el verdor del jardín, y el surtidor de agua iluminado por un rayo de sol. Enrique miró á derecha é izquierda, y como no viese á nadie ni oyese ruido alguno, precipitóse hacia la joven sombrero en mano.

– ¡No creía encontrar á usted sola!, murmuró; gracias por haberme esperado...

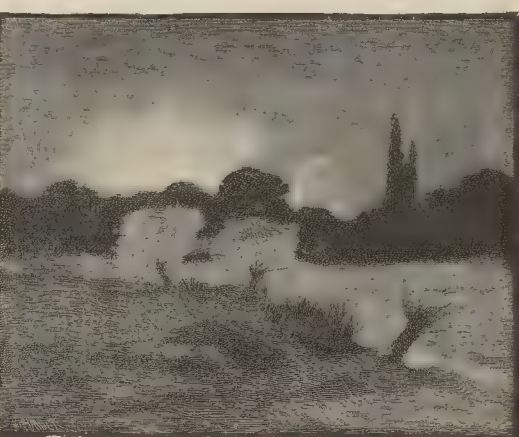
Y estaba á punto de añadir: «Lo que no osé decir á usted, lo he escrito, y he aquí mi carta;» pero retrocedió al ver á Luisa levantarse, diciéndole:

– ¿Qué le pasa á usted, caballero? ¿Está usted loco?

Sus mejillas temblaban; frunció el ceño, y salió llevándose su bordado, sin apartar de él la vista, y con la voz alterada como si estuviese á punto de llorar.

Enrique permaneció un momento inmóvil y como aturdido.

– ¡Oh, murmuró, esto es demasiado! Pero ¿qué tiene? ¿En qué puedo haberla ofendido? ¿A qué viene esta comedia? Es evidente que no me ama, y por lo tanto no vendrá esta noche; mas ¿por qué razón? ¿Qué pasa? ¿Se habría trastornado por aquella visita? ¿A qué fingir que no recordaba nada y que no le conocía? Durante el día no era ya la misma joven; pero ¿cuál era su objeto? ¡Qué mujer tan extravagante! La angustia que experimentaba le hizo temer que no le sería posible prescindir de Luisa. Sentía palpitaciones al pensar en el suave roce de su vestido; la poesía de aquellas citas nocturnas era cada vez mayor por aquel misterio y aquella resistencia.



Este jardín hallábase al pie de la muralla

Aquella noche, en vez de esperarla delante de la verja, según costumbre, franqueó la valla y saltó al jardín. La joven profirió un grito, agitando las manos apresuradamente cuando le vió salir de entre el follaje.

– ¿Qué hace usted?, exclamó. Retírese al punto y no permanezca aquí más tiempo. No lo quiero.

– No tema usted nada, repuso Enrique fuera de sí; escúcheme usted.

– ¡No, no!.. Si permanece usted ahí, me marcho.

Arrastrándose por la arena, Enrique consiguió coger una de las manos de Luisa.

– Escúcheme usted, dijo; no puedo vivir sin verla... No se vaya usted... La amo.

Al tratar de retener á la joven, había cogido las dos puntas de su manteleta, pendientes sobre su redondeado seno, y Luisa, viéndole tan angustiado, no tuvo fuerza para rechazarle; de modo que sin quererlo, súbitamente tranquilizada y más dulce, sentóse al fin á su lado en un banco.

– ¿Qué tiene usted contra mí?, murmuró Enrique. ¿Por qué aparentó esta mañana no conocerme? ¡Si usted supiera cuánto he sufrido!

Luisa, temblando de emoción, parecía estupefacta.

– ¿Esta mañana?, preguntó.

– Sí.

– ¿Dónde?

– En casa de su padre.

– ¿Ha venido usted á vernos esta mañana?

– Sí; bien lo sabe usted.

– No lo recuerdo, repuso Luisa, pasándose la mano por la frente.

– No se burle usted de mí; se lo suplico...

– ¡Le juro á usted que no lo recuerdo!

Enrique quedó asombrado ante aquella expresión de sinceridad, y á la vez confundido de sorpresa al ver que la joven se dejaba estrechar la cintura, inclinando un poco la cabeza para ofrecer su mejilla. Los rayos de la luna, inmóvil en el cielo, iluminaban el vestido de Luisa, comunicándole el aspecto de un ropaje de mármol, y Enrique retrocedió poseído de asombro al ver por primera vez de cerca los ojos de la joven. Brillaban como carbones encendidos, y hubiérase dicho que una llama interior los agrandaba, paralizando los párpados, y hacía tender las miradas como claridades que se prolongan. Una fijeza trágica alteraba aquel lindo rostro risueño, con la boca entreabierta; con el talle erguido, la nariz dilatada y las manos unidas sobre las rodillas, aquel cuerpo joven tenía la rigidez del éxtasis, una especie de extravío paralizado que contrastaba con la respiración tranquila del seno de la joven, semejante al de una persona que duerme.

Enrique se estremeció, y acosóle un presentimiento.

– ¿Qué tiene usted?, preguntó. ¿Por qué me mira de ese modo?

– Nada... no tengo nada, murmuró la joven con una voz que parecía lejana y sorda, apoyando al mismo tiempo la cabeza sobre el hombro de Enrique, mientras la mirada de sus ojos espantosos se fijaba en el vacío.

Enrique cogió la frente de la joven entre sus manos para ver de cerca aquellas pupilas encendidas, en las cuales se reflejaba en miniatura el astro tranquilo de la noche; y entonces, al oir aquellos suspiros, aquella voz pesada, y al ver aquellos brazos sin fuerza, aquella actitud de sueño y de meditación, Enrique lo comprendió todo, recordando una historia muy conocida en el país. La madre de la señora Clossergues había sido sonámbula en el primer tiempo de su matrimonio, y los criados iban á buscarla de noche al campo. Ya no cabía duda; su nieta era también sonámbula. Aquella joven seductora que tenía entre sus brazos estaba dormida, sin conocimiento, inerte. ¿Cómo no lo había notado? Bastaba mirar sus ojos para comprenderlo. Todo se explicaba así, su actitud en las citas, el aspecto de frialdad en casa de su padre; olvidaba durante el día las entrevistas de la noche; obraba con sinceridad al rechazarle, y también al dejarse amar.

Enrique la examinó de nuevo, hizo varias preguntas, interrogó otra vez aquellos grandes ojos brillantes. ¡Eran la evidencia misma! En Luisa había algo de angustioso, de indolente, una especie de ansiedad, de pesadilla, que la oprimía y transfiguraba.

– ¿Conque no recuerda usted haberme visto en casa de su padre?, preguntó Enrique.

– No, ni el otro día tampoco en casa del presidente, contestó Luisa.

Enrique se levantó; necesitaba estar solo y darse cuenta de lo que le pasaba; y por otra parte, la sonámbula podría despertar de repente.

– Es preciso que se retire usted, Luisa, dijo Enrique, porque sus padres podrían notar la falta.

– ¿Volverá usted mañana?, repuso la joven con dulzura y en voz muy baja, sonriendo ligeramente.

– Sí, contestó Enrique.

Erguida delante de él y casi unidos los pies, Luisa desvió con las puntas de los dedos, en cada lado de la frente, el cabello que cubría su rostro; y después de mirar á Enrique con sus grandes ojos que infundían pavor, aunque hermosos siempre, se alejó sin apresurarse, despidiéndose con la mano. Enrique notó que llevaba la cabeza alta como los ciegos.

El joven abogado comenzó á recorrer la pradera á la claridad de la luna, que parecía cubrir el campo de un polvo de nieve. ¡Amado por una sonámbula! ¡No se podía dar nada más fantástico! Aquella boca amorosa, aquellas largas pestañas negras, aquella virgen dolorida, todo, todo era un sueño. ¡Estrechaba entre sus brazos á un fantasma, una muerta con el aspecto de la vida!.. Luisa no le amaba sino durante su sueño; una vez despierta, no le conocía ya; no tenía de ella su corazón, ni su conciencia, ni su pensamiento, ni nada que fuese realidad. ¿No sería una profanación querer seducir á una joven que no se pertenecía á sí propia? No quedaba sino un remedio; avisar á los padres, ó bien hablar á Luisa el día siguiente á toda costa, confesarle su amor y sus escrúpulos, y hacerse amar de día, puesto que había reconocido que la joven no recordaba las citas de la noche. ¡Hacerse amar de ella!.. ¡Tomarla por esposa sabiendo que era sonámbula!.. ¡Qué aventura!

Al día siguiente, al incorporarse en su lecho, la joven volvió á experimentar otra vez la postración física y el malestar moral que le atormentaba hacía una semana. Ocho días hacía que el amor turbaba su alma, que vivía en un estado de alucinación culpable, resultado de incomprensibles pesadillas. Todas las mañanas despertábase acosada por el vago recuerdo de haber pasado la noche hablando con un hermoso joven á quien adoraba, deliciosa entrevista cuyo encanto, prolongándose durante el día, desconcertaba su memoria y robábale el corazón, sin que su

mente pudiera desembrollar aquel caos ni reconstituir la escena. Atemorizada por la repetición de tales sueños, ella, que no leía novelas y vivía sola con su madre y sus tías, hallábase ya á punto de hablar de ello á su confesor, cuando cierto día vió desde una ventana á Enrique, que hablaba con dos caballeros enfrente de la casa. El joven estrechó la mano de ambos, y sonriendo mientras los hablaba, comenzó á mirar á las persianas de Luisa. Entonces la joven experimentó un estremecimiento que llenando su pecho fué á morir en el corazón. Conocía muy poco á Enrique, y tan sólo recordaba haber oído decir á su padre al hablar de él: «Es joven, tiene talento y hará carrera.»

Al día siguiente volvió á verle de nuevo; iba muy de prisa, con su cartera debajo del brazo, y miró dos ó tres veces á sus ventanas.

A partir de aquel momento, su mal aumentó y sus tentaciones redoblaron. Bordaba en el jardín durante largas horas sin abrir la boca; á veces dejaba la aguja para escuchar el susurro del viento y el grito de las golondrinas, y volviendo á dejar caer sus manos sobre el bordado, pensaba en aquel joven que miraba á sus ventanas. Aquella imagen la perseguía. ¿Por qué la acosaban semejantes sueños, siempre los mismos, y casi todas las noches, con aquel joven más bien que con cualquier otro?

«¿Será que le amo?, murmuró. ¿Será esto amor?»

Luisa procuró distraerse, hizo visitas, y permaneció días enteros en su posesión de Encinas Verdes con su madre, á quien no osó decir nada, pensando que era muy malo soñar tales cosas.

Habiendo encontrado de nuevo á Enrique en la calle, sufrió una especie de crisis de despecho, por haber creído notar que afectaba sonreirse; su visita acabó de trastornarla, y aunque sin comprender lo que había dicho, lloró de cólera.

«¿Qué ocurre? Qué quiere?, se preguntó. ¿Le conozco yo acaso?» Luisa tenía miedo de Enrique, y este miedo era precisamente lo que la atraía; desconsolábala el acariciar semejante tormento, y sentir algo voluptuoso en aquel suplicio de amor á pesar suyo. Su pensamiento confuso, hostigado y moribundo, evocaba sus queridas visiones, aquellas pesadillas tan dulces, pero inexplicables, que volvían siempre. Todas las noches, dormida en su habitación bien cerrada, imaginábase oir el canto de los ruiseñores, apoyándose en el brazo de un desconocido que tenía el rostro de Enrique. La joven se estremecía de placer y de espanto á la vez; pero algo superior á su voluntad, el misterioso impulso de ese sueño que no sospechaba, conducíala cada noche, en realidad y sin darse cuenta de ello, á los brazos de Enrique, hasta que al fin, habiéndola visto de cerca, el joven lo adivinó todo.

Al día siguiente de su último encuentro con Enrique experimentó una sensación tan fuerte y el recuerdo le pareció tan verdadero, que quiso ver á su confesor, anciano sacerdote de cabello blanco, que le aconsejó la oración y las distracciones. Aliviada por esta confesión, creyó que le bastaría decir todas las noches el rosario para olvidar á Enrique, desterrando las malas apariciones; y como su padre iba al campo aquella tarde, se alegró mucho de poder cambiar un poco de sitio y olvidar su querido mal.

Esparciendo en el aire de las colinas lo que le quedaba de malestar y turbación, sentíase libre ya, purificada y radiante en aquellos grandes bosques embalsamados, cuando al desviarse un poco para recoger unas piñas, estuvo á punto de desmayarse de emoción al ver á Enrique en el recodo de un sendero. El joven se dirigió á ella, saludóla, y con el sombrero en la mano, díjole sin vacilar:

– Señorita, sólo voy á decirle dos palabras, mas es preciso que usted las escuche...

– No tengo nada que escuchar, replicó la joven mirando á su interlocutor con altivez... No le conozco á usted..., y por lo pronto, le advertiré que no está en su casa.

– Sí, usted me conoce, repuso Enrique; pero no se acuerda de nada... ni le queda más que un vago recuerdo de nuestras entrevistas... Una sola palabra bastará para explicárselo todo. Es absurdo, inverosímil, pero es la verdad, y yo se lo juro: usted se levanta de noche durmiendo, y va todas las noches al jardín para hablar conmigo... Forzoso es decírselo á usted para explicar mi conducta, para que sepa por qué la miro, por qué la busco, y por qué la amo con esta pasión profunda y de desconsuelo que me desespera y me mata.

Luisa temblaba de tal modo al oir tales cosas, que sus ojos quedaron fijos, y miró un instante á Enrique cara á cara sin despegar sus labios; después, violentándose al parecer para sacudir su emoción y con una sonrisa nerviosa que hizo caer hacia atrás su sombrero de paja, exclamó:

– ¡Decididamente, usted está loco!

– No, contestó Enrique, no estoy loco; digo la verdad.

Jamás había visto á la joven tan linda como en aquel momento de afectada rebeldía que la permitía mantenerse irónica y derecha delante de él, con su vestido color de rosa, su gracioso tocado y sus mejillas teñidas de carmín. En aquel momento iluminábala de pies á cabeza la luz movible del sol, que desviaba sus rayos á través de los pinos, como esos espejos que los muchachos mueven para deslumbrar á los que pasan.

– ¿Y me ha seguido usted al campo para contarme semejantes cosas?, repuso Luisa rápidamente.

– Juro á usted que no se trata de cuentos. Usted se levanta todas las noches y viene á buscarme á su jardín, porque está dormida.

La joven exageró su ironía para conservar alguna serenidad.

– Pues bien, repuso, cuando las personas están dormidas, se las despierta, y con esto basta.

– ¿Lo quiere usted así?.. preguntó Enrique.

Luisa se plantó delante de él, irguió la cabeza poco á poco como para retarle, y prolongando las sílabas con una última sonrisa burlona, contestó:

– Sí; me complacerá usted en ello.

¡Dormida, ó dicho de otro modo, sonámbula! Todo se explicaba así... ¡Pero no, esto no era posible! ¡El joven mentía! De repente se acordó de su abuela: la señora de Clossergues le había referido algunas veces que su madre padecía accidentes de esa especie cuando era joven y hasta un año después de su casamiento. ¿Si sería ella como su abuela? Mientras se esperaba el momento de confesarlo todo, trató de aturdirse, de no pensar en nada, y divirtióse como una loca para escapar del vértigo que la deslumbraba. ¿De qué servía calcular ó prever? Era preciso dejar á las cosas seguir su curso, y que sucediera lo que debía suceder.

Como la inquietud que le inspiraba aquella cita le impidiese dormir durante largo tiempo, Luisa no bajó al jardín hasta la una de la madrugada, en el momento en que la luna parecía caer perpendicularmente sobre la plataforma de la atalaya. Enrique oyó el roce de su vestido sobre la arena, y acercóse.

– Espero, dijo, que no estará usted resentida por lo que la manifesté hoy...

– ¿Qué?, preguntó la joven mirándole.

Enrique vió que aún dormía, y que no recordaba nada, y entonces, condújola á un banco que había junto al estanque, detrás de un sauce, y sentóse á su lado. Era su Luisa de todas las noches, vestida de blanco, con el cabello flotando sobre los hombros, y con sus ojos brillantes, que iluminaban el óvalo perfecto de su rostro. Los dos jóvenes pusiéronse á hablar; cuando Luisa sonreía, el hoyuelo de sus mejillas se afilaba, y su respiración se exhalaba de la boca como un tibio soplo.

– ¡Cuánto placer siento estando al lado de usted!, murmuró la joven con su voz apagada.

Enrique se entregaba á la dicha de tener aún bajo su mano aquella cintura sin corsé, y aspirar el perfume de su ropa, mezclado con las emanaciones de las flores que embalsamaban la atmósfera de aquella noche tranquila. A lo lejos divisaba en el cielo una estrella de gran magnitud, que brillaba á través de los largos cabellos de Luisa entre los que había escondido su cabeza. La idea de despertar á la joven le espantó. ¿Qué realidad valdría lo que aquel sueño? ¿No iba á perderla?.. ¿Qué importaba que aquel amor fuese una ilusión? ¿No lo es la vida también? ¿No nos engañamos y estamos acaso seguros de no dormir? Por otra parte, Luisa veía, hablaba y razonaba... Y no obstante debía despertarla, pues mientras ella no tuviese todo su conocimiento, aquel amor era criminal, porque robaba las caricias de la joven y la engañaba.

Acercando los labios á su oído, eligió, para expresar su pasión, las palabras más ardientes y puras; habló de cerca, lo más cerca que le fué posible, estrechando á Luisa para que conservase aquellas declaraciones en el fondo del alma y no las olvidara al despertar; pero ¿cómo interrumpir aquella pesadilla sin espantar á la sonámbula? Una sacudida bastaba para que perdiese el juicio, ó se desvaneciera por la sorpresa y comenzase á gritar. Luisa parecía más lánguida que los días anteriores; su voz tenía murmullos que parecían salir de un corazón oprimido y una angustia más nerviosa dilataba su pecho. Al levantar las manos para arreglar su cabello, los brazaletes se deslizaron á lo largo de los brazos; é inclinando la cabeza hacia adelante, suspiró, mientras apoyaba las manos en un hombro de Enrique, como desfallecida de ternura, de fatiga y de sueño.

– No se vaya usted, murmuró; tengo miedo... Cuando usted se marcha me parece que voy á morirme...

Enrique levantó la cabeza de Luisa; sus ojos devoradores, no osando mirarle, fijábanse en las nubecillas sembradas en el grandioso cielo, iluminado por la blanca luz de la luna. Entre los dos medió un prolongado silencio, turbado solamente por las gotas de agua que caían del surtidor, y los lejanos ladridos de los perros en las calles de la ciudad.

Enrique estrechó más á la joven entre sus brazos, cogió su cabeza entre las manos, y frente á frente de aquellos ojos que brillaban cual si hubiese una llama detrás de cada pupila, exclamó:

– ¡Luisa!.. ¡Sí!.. Míreme usted ahora...

La joven se inclinó, murmurando:

– ¿Me ama usted?

– No estaría aquí si no la amase...

– ¿Me amará siempre?

– Sí, Luisa, la amo y seré de usted toda la vida; pero este amor me desconsuela, porque no es para usted más que un sueño... sí, un sueño, una ilusión... Yo estoy despierto, pero usted duerme. ¿Oye bien lo que digo?.. Usted duerme...

Enrique acentuaba imperativamente las sílabas para dominar á la joven y convencerla, y Luisa sonrió como una persona que sufre, cual si luchase contra una pesadilla; pero al fin dijo con débil acento:

– ¡Oh, no, no duermo!.. Estoy segura de ello.

– ¡Sí, Luisa, aún duerme usted...; mas ahora despertará, porque es preciso!..



Señorita, sólo voy á decirle dos palabras

Así diciendo, Enrique estrechó á la joven entre sus brazos con toda su fuerza, y sin darle tiempo para que se diera cuenta de lo que pasaba, humedeció su manteleta en el agua del estanque, y aplicóla bruscamente á su rostro; después, sacudiendo su cintura, mojó las sienes con las manos violentamente, gritando á su oído:

– ¡Despiértese usted, Luisa!.. ¡Yo lo quiero!.. ¡Despiértese usted!

Alterada por aquel ataque, y sin saber lo que se quería de ella, estiró los brazos, tratando de separar de su rostro la manteleta que la sofocaba.

De repente cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás; su cabello, desarrollándose del todo, tocó la arena, sus brazos cayeron inertes, y Enrique la sostuvo por los hombros para impedir que cayera.

Luisa respiró profundamente, abrió los ojos, y tocándose las cejas con las puntas de los dedos, murmuró:

– ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

A fin de precipitar la transición y burlar su sorpresa, Enrique cubrió de besos el rostro de la joven y estrechóla contra su corazón.

– Soy yo, Luisa, dijo; soy yo, Enrique, su amigo y su prometido... No tenga usted miedo... ni se turbe, ni diga nada... Escuche usted..., ahora está en el jardín conmigo... ¿Recuerda usted lo que hablamos ayer... en el campo?.. Yo le dije que nos amábamos, que nos veíamos todas las noches, que usted abandonaba su lecho, y que bajaba al jardín para hablarme, porque estaba dormida. Usted ha querido que yo la despertase, y así lo hago... Estamos en casa de usted, en su jardín... ¿Me reconoce usted ahora?.. ¡Oh! No me rechace, yo se lo suplico... Ahora que está usted aquí y á punto de hablar, tiemblo y temo perderla... ¡Dígame usted que me perdona y que me ama!..

Avergonzada de estar sentada á su lado, Luisa se apartó un poco, estirando su vestido, y contempló á Enrique con una expresión profunda, dolorosa, como para asegurarse de que efectivamente era él; después miró á todos lados con aire inquieto; reconoció el jardín, los árboles, los senderos, la hiedra que cubría las paredes, la superficie cristalina del estanque y la higuera que estaba allá abajo, delante de la puerta, entre las acacias. Todo esto era familiar para ella, se repuso muy pronto, volvióle la memoria, y dejó escapar una exclamación de asombro lúcido:

– ¡Sí... sí..., ya comprendo!

Entonces recordó sus amorosas languideces, sus noches tentadoras, los trastornos producidos por el deseo, que tanto la habían atormentado; y como la precisión de sus recuerdos atenuaba la violencia del despertar, parecióle que la realidad era la continuación de sus sueños, y no se asombró de que su tormento se hubiese explicado al fin. Tampoco le infundió temor su misterioso sueño, porque aquel mal imprevisto le llevaba la deliciosa sorpresa de despertar en brazos de un joven á quien había amado con toda su alma sin saberlo. Sí, le amaba, y para siempre, porque ahora estaba segura de él. Y sin levantarse del banco en que estaba sentada, cubriéndose el rostro con su cabello, hubiérase dicho que deseaba conciliar otra vez el sueño para entregarse á sus ilusiones; unió las manos como si orase, y sin ver á Enrique, aunque mirando siempre á derecha é izquierda, murmuró:

– ¿Conque es verdad? ¿Conque yo dormía?

– Sí, Luisa.

– ¿Y venía aquí todas las noches?

– Sí.

– ¿Sola?

– Sí, sola...

– ¿Y qué decía?

– Que me amaba usted, que sería mía, y que nos casaríamos... ¡Luisa, amor mío, adorada Luisa! ¡Oh!.. Dígame usted que no he soñado, y que me ama. ¿Será usted mi esposa?

La joven no tuvo fuerza para rechazar aquella providencial ternura que la encantaba; levantóse, apoyóse en Enrique, alzó la cabeza para mirarle con sus grandes ojos de expresión tranquila, y díjole con gravedad:

– ¡Dios lo ha querido así!.. Venga usted á casa mañana, y mi madre nos bendecirá...

Antes de alejarse, Luisa se volvió para despedirse con la mano; Enrique quiso detenerla; pero la joven desapareció corriendo.

. . . .

Seis meses después se casaron; y como Enrique tenía talento y fortuna, el abogado Clossergues quedó muy contento de aquel matrimonio, y su mujer lloró al escuchar el relato de su hija.

Luisa no se levanta ya por la noche. La maternidad la ha curado.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

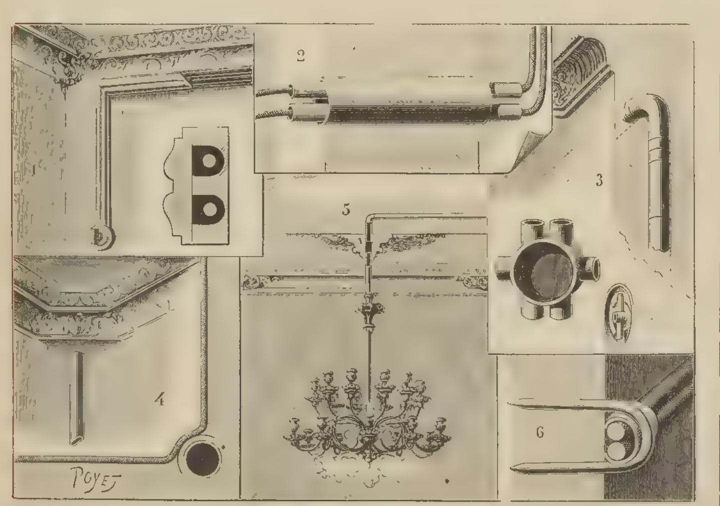
SECCIÓN CIENTÍFICA

ELECTRICIDAD PRÁCTICA

Las instalaciones eléctricas en el interior de las casas exigen grandes precauciones, y sólo la práctica ha podido demostrar cuáles son los mejores sistemas empleables en las mismas.

Las canalizaciones interiores pueden hacerse debajo de molduras de madera, de ganchos de hierro vitrificado, sobre aisladores de porcelana ó en tubos de cartón comprimido. Las molduras de madera consisten en listones con dos ranuras paralelas en las que se colocan los cables aislados: el número 1 de nuestro grabado reproduce una sección de esas molduras que se prestan á toda clase de decorados y que en general están impregnadas de un ignífugo ó parafinadas para prevenir cualquier accidente y aumentar la resistencia del aislamiento. Esas molduras no deben ser colocadas inmediatamente encima de las paredes húmedas, y para fijarlas se las suele clavar en tacos de madera, procurando también que el clavo no atraviese el aislador de los cables.

Otras veces se fijan los cables por medio de ganchos de hierro cubiertos de un esmalte protector y aislador; pero ese esmalte á menudo se desprende y entonces el metal se apoya directamente en los cables. Para evitar las consecuencias de este contacto es conveniente poner entre los hilos y el gancho una tira de caucho ú otro aislador cualquiera como indica el número 6.



Sistemas de instalación de canalizaciones eléctricas interiores. – 1 Canalización debajo de una moldura de madera. – 2 Paso de cables al través de una pared. – 3 Tubos Bergmann de cartón comprimido. – 4 Paso de una moldura sobre un tubo de gas y paso directo de los cables. – 5 Lámpara mixta de gas y electricidad con enlace aislador. – 6 Canalizaciones debajo de ganchos de metal.

Debemos mencionar también los aisladores de porcelana que se colocan en las paredes: dan grandes resistencias de aislamiento y son convenientes, en especial en los sitios húmedos. Pero el uso de estos aisladores es á veces difícil, y para sustituirlos la compañía Bergmann de Berlín fabrica tubos de cartón comprimido que se ponen directamente en las paredes y que comunican á trechos con conmutadores de fácil acceso. Esos tubos se instalan mientras se construye la casa, bastando luego introducir por ellos los cables: el número 3 reproduce la instalación de uno de esos tubos, así como una caja de derivación en varias direcciones.

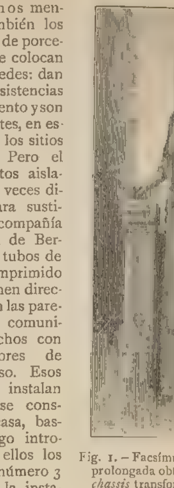


Fig. 1. – Facsímile de una fotografía prolongada obtenida por medio del *chassis* transformador.

En el interior de las habitaciones donde haya canalizaciones de agua, gas, etc., hay que adoptar muchas precauciones, pues siendo estas canalizaciones metálicas pueden establecer comunicación entre dos alambres eléctricos. Para evitar estos inconvenientes el medio mejor es colocar todas las canalizaciones paralelas evitando los puntos de contacto; pero puede ser á menudo necesario hacer pasar los cables eléctricos sobre los tubos de gas, y en este caso si la canalización está instalada debajo de molduras basta hacer un puente (núm. 4): si los cables están simplemente aislados puede encerrárseles en un tubo de caucho é interponer una plancha de alguna substancia aisladora. En el mismo número 4 puede verse un modelo de esta segunda disposición.

Para el paso de los cables al través de una pared se procurará colocar en ésta un tubo metálico, dentro del cual se introducirán los cables, cada uno de ellos encerrado en un tubo de caucho.

Conviene también tener en cuenta la cuestión de los útiles destinados á llevar los aparatos eléctricos. En muchas instalaciones se han aprovechado las lámparas de gas como lámparas eléctricas, y en ellas, por lo tanto, la canalización eléctrica está instalada sobre la lámpara y comunica con la red del gas: este contacto puede evitarse adaptando á las lámparas enlaces aisladores (núm. 5), formados por una plancha aisladora de cierto espesor, A, con contornos variados que forman rosácea. En el centro hay un conducto cilíndrico unido por la parte superior al tubo de gas y á la lámpara por la inferior. El gas puede circular y llegar á los mecheros de la lámpara, sin que ésta esté en comunicación metálica con la canalización del gas.

J. LAFFARGUE

* * *

CHASSIS TRANSFORMADOR DE FOTOGRAFÍAS

Lo primero que suele hacer el fotógrafo aficionado en cuanto posee un aparato es el retrato de los individuos de su familia y de sus amigos; pero cuando ya los ha retratado solos y en grupos, lo cual sucede pronto, gracias á los procedimientos rápidos de que hoy se dispone, no tiene más remedio que dedicarse á otras cosas. Un aficionado amigo nuestro, M. E. Archdeacon, se ha preguntado si no sería alguna vez divertido aprovechar los clisés obtenidos para hacer con ellos caricaturas, y á este objeto ha inventado un aparato ingenioso que además de ésta permite otras aplicaciones interesantes.

Existen hace tiempo varios procedimientos para obtener caricaturas de fotografías, pero por regla general requiérese en ellos el empleo de la cámara y del objetivo, al paso que en el de que vamos á ocuparnos no se necesita esto y el aparato se aplica simplemente á un procedimiento de tirada de los clisés ordinarios que ya se tienen.

El *chassis* transformador es un derivado del obturador de placas, generalmente conocido: sabido es que éste se compone de una cortina con una raja estrecha que pasa rápidamente durante la exposición lo más cerca posible del cristal sensible; de este modo

la imagen resulta hecha por secciones sucesivas, y si la raja se mueve demasiado lentamente con relación á la velocidad del objeto fotografiado, prodúcense deformaciones que varían según que la raja se mueva en el mismo sentido ó en sentido inverso ó perpendicularmente á la dirección del modelo. Estas deformaciones pueden ser muy pequeñas y apenas perceptibles si se tiene cuidado en imprimir gran rapidez á la cortina y se escoge bien el sentido del movimiento. El *chassis* transformador, por el contrario, en vez de atenuar esos defectos los exagera y varía.

Compónese el aparato de dos cuadros R (fig. 1, núm. 1) montados en charnela que se abren como un libro: por uno de ellos deslízase una planchita A, en la que se coloca el papel sensible B (al gelatino-bromuro, que se impresiona rápidamente y da una imagen por desenvolvimiento); por el otro corre una segunda planchita E, en la que se fija el clisé C que se trata de deformar. De este modo el papel sensible y el clisé forman con las planchas un solo cuerpo y siguen el movimiento de éstas: entre las dos planchitas se pone un papel negro D con una rajita estrecha F, cuya forma puede variarse cuanto se quiera, haciéndola recta, oblicua, sinuosa, etc. Este papel se coloca entre los dos cuadros cuando están cerrados (fig. 1, núm. 2) y permanece inmóvil sea cual fuere el movimiento de las planchitas.

Del cambio de lugar de éstos dependerá la importancia de la deformación, que será en el sentido de la altura ó de la longitud del clisé, según la posición en que éste haya sido fijado en la planchita.

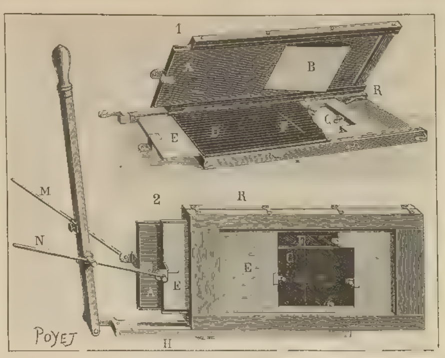


Fig. 2. – *Chassis* fotográfico transformador

Así dispuestas las cosas en la cámara obscura, comprendese que exponiendo el clisé á la luz del día y tirando á la vez de las dos planchitas dándoles la misma velocidad, las diversas partes del clisé se impresionan al través de la raja en las partes correspondientes del papel sensible y en el desarrollo no se obtendrá deformación alguna; pero no sucederá lo mismo si el papel sensible no tiene la misma velocidad que el clisé: si va más lentamente la imagen resultará encogida, si va más de prisa resultará prolongada (fig. 2) y si la raja es sinuosa en vez de recta puede imaginarse el extraño efecto que se obtendrá. Fácil es calcular de antemano la deformación resultante determinando la velocidad relativa de las dos planchas, y para llegar á dar práctica y fácilmente esa velocidad empléase una especie de pantógrafo H (fig. 1, núm. 2) fijado al lado del aparato.

Dos barritas M y N se ajustan á los anillos en que terminan las planchitas, y dos pinzas de tornillo permiten detenerlas á lo largo de una palanca cuyo punto de apoyo está en la prolongación de H: se comprende que tirando de la extremidad libre de esta palanca la velocidad de cada planchita estará en razón del apartamiento del punto en que se fija la barrita con relación al punto de apoyo de la palanca.

De modo, pues, que por este procedimiento puede llegarse á obtener imágenes ampliadas sin deformación, para lo cual bastará prolongarlas primero en un sentido y después en el otro en la misma cantidad: para ello se pondrá en la planchita A una placa sensible en vez de papel y se hará un positivo sobre cristal de una altura doble, por ejemplo, y con este positivo se hará por contacto un negativo que, dispuesto luego en el aparato para ser agrandado en anchura, producirá en último término sobre el papel una imagen no deformada y ampliada del doble del clisé primitivo.

El aparato se presta á otras varias aplicaciones que sería largo enumerar y describir; pero con las expuestas se comprende que con el *chassis* transformador pueden obtenerse efectos muy curiosos.

G. MARESCHAL

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LAS RAZAS DE COLOR EN CUBA. – El Directorio central de las razas de color en Cuba regaló hace poco, acompañándolo de una afectuosa carta, un objeto de arte al Sr. Labra, el cual contestó con otra en que estudia con el talento y entusiasmo en él universalmente reconocidos la cuestión interesantísima que durante tanto tiempo se ha agitado en las Antillas y los progresos que en su solución se han realizado. Las dos cartas junto con algunos sueltos de periódicos han sido reunidos y publicados en el folleto cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas y que es de verdadero interés.

EL ANTIGUO DERECHO Y LA COSTUMBRE PRIMITIVA, *por H. Summer Maine*. – Esta es la primera versión castellana de la notabilísima obra del célebre jurisconsulto inglés, que no debe confundirse con *El Derecho antiguo* del mismo autor. La que nos ocupa trata ampliamente entre otras las siguientes cuestiones. La religión y el derecho, La herencia, La sucesión al trono, La ley sálica, La administración de la justicia civil, La sociedad primitiva, Las reglas legales, La clasificación de los bienes, etc. Forma un gran volumen y se vende siete pesetas.

GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA. AMPLIACIÓN SINTÁCTICA, *por R. Monner Sans*. – Forma este tomo el tercer año de estudios del Colegio Nacional de Buenos Aires, del que fué catedrático el autor de la gramática, el distinguido publicista Sr. Monner Sans, que tan alto sostiene en la República Argentina el pabellón literario de su patria, España. Como oportunamente nos ocupamos de los dos primeros tomos, sólo diremos que la *Ampliación sintáctica*, que es el tercero de la obra, está concebida y desarrollada dentro de los verdaderos principios filológicos, resultando un tratado de sintaxis castellana muy notable desde los puntos de vista así teórico como práctico.

PRO PATRIA. – Los dos últimos números de esta importante revista contienen notables trabajos de Balaguer, Llorente, Rodríguez Mourelo, Ramos Carrión, Vital Aza, Stor, Picón, Rodríguez Marín, Enseñat, Mitjana, Benot, Portal, Pedreira, Marqués de Heredia, *Lou Sounjadou*, Zahonero, Sancho y Gil, Carjat, el Conde de las Navas y otros. Suscríbese en las principales librerías y en la Dirección-Gerencia, Claudio Coello, 3, Madrid.

GRANDES CACERÍAS, *por Manuel Saurí*. – Es este un libro muy curioso por ser un conjunto de narraciones y recuerdos íntimos de caza de su autor. Descríbense en él algunos de los mejores cazaderos de Cataluña, contiene semblanzas de varios aficionados de la buena sociedad barcelonesa, relatos de interesantes partidas de caza, consejos, descripciones de los principales sistemas de caza y multitud de otras noticias interesantes. El libro, en el que hay además algunas vistas y retratos, se vende á 3'50 pesetas.



CONDORCET, estatua de M. Perrin inaugurada en París el 14 de Julio de 1894

PEQUEÑOS POEMAS, *por Ramón de Campoamor*. – La Biblioteca Diamante que con tanto éxito edita en ésta D. Inocente López, ha publicado en tres tomos otras tantas series de los hermosos *Pequeños poemas* de Campoamor. ¿Es necesario hacer el elogio de la obra? ¿Quién, que no la haya leído, no ha oído aplaudirla y alabarla como modelo de poesía y versificación? Huelga, pues, todo encomio de nuestra parte, y por esto nos limitamos á anunciar la elegante y económica edición del Sr. López. Cada tomo se vende á dos reales en las principales librerías.

LA ESPAÑA MODERNA. – LA REVISTA INTERNACIONAL. – Los últimos números de estas notables revistas contienen interesantísimos trabajos, la primera de Valera, Altamira, Barrantes, Salillas, Gil Robles, Cotarelo, González Agejas, Menéndez Pelayo, Hoyos Sainz y Castelar; y la segunda de Merimée, Catulo Mendes, Coppée, Bauville, Baudelaire, Caro, Goncourt, Tolstoi, Gautier, Heine y otros escritores extranjeros no menos reputados. Se suscribe á estas excelentes publicaciones en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

LA CIENCIA SOCIAL CONTEMPORÁNEA, *por Alfredo Fouillée*. – Importantísima obra de sociología, entre cuyos capítulos, notables todos, sobresalen los referentes al origen del Estado, Las objeciones de Bluntschli, Taine y Renán, La naturaleza de la sociedad civil, Las funciones del Estado, La justicia contractual según Spéncer y Súmmer Maine, Las colisiones del Derecho, La penalidad social, La reforma del Código penal y La justicia reparadora. Este libro, bajo todos conceptos digno de leerse, lleva un prólogo y notas interesantes de su traductor, Sr. Posada, y forma un voluminoso tomo que se vende á ocho pesetas.

BREVES APUNTES SOBRE DERECHO PENAL MILITAR y Manual de administración de justicia militar, *por Arturo Paz*. – Este libro, escrito por el Sr. Paz, coronel defensor de la Suprema Corte Militar de México, es un estudio completo de los delitos y penas militares y de los procedimientos con que se sustancian las causas de la jurisdicción de guerra en la República Mexicana.

COSAS, *por M. González García*. – Novela de costumbres portorriqueñas, cuyo autor rinde culto al modernismo, es decir, al género naturalista, del que el Sr. González se declara en el prólogo del libro partidario, no sólo por convicción, sino por temperamento, para que poniendo al descubierto las costumbres de aquel país con todas sus virtudes y sus vicios, no falseados por la imaginación, pueda sanearse el elemento moral de aquella sociedad.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 27 de agosto de 1894 — Núm. 661

En el presente número comenzamos á publicar la interesante novela de capa y espada de Saint-Juirs (Renato Delorme) hermosamente ilustrada por el célebre dibujante español Urrabieta Vierge. No perdonando sacrificio alguno, hemos adquirido el derecho exclusivo de traducción y publicación simultánea de esta obra en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA



LA VIRGEN DE MAYO, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Ejecución de Caserio. – Caracteres particulares de su atentado. – Crímenes sugeridos por el amor al renombre y fama. – Identidad absoluta de Caserio con todos los neuróticos. – Observaciones de Charcot en las enfermedades de histeria. – Predecesores del desgraciado parricida en las vías del crimen. – Horas últimas de su vida. – Lecturas predilectas. – Locuras de Don Quijote y locuras del desgraciado criminal. – Instinto de conservación y llamadas de la conciencia. – Reflexiones. – Conclusión.

I

La ejecución de Caserio cierra un período terrible de vivas emociones, dilatado desde la noche de San Juan hasta la noche del 15 de agosto. Conmovidos el sentimiento y la imaginación universal por la muerte á cuchillo de un magistrado que parecía preservarse de todo fin trágico por la sencillez y la modestia suyas, no desmentidas ni en el puesto más visible de todo nuestro continente, abriéronse las compuertas del coraje público á las mayores execraciones, expresadas por frases numerosísimas, y tomáronse acuerdos extraordinarios, formulados en leyes excepcionales por todos los Parlamentos, bajo la unánime conmoción de las entrañas y el unánime horror al crimen de las conciencias. Sin embargo, de cuantos atentados se han cometido en el corriente lustro, muy manchado con hechos análogos, ninguno menos unido á la perversión generada por las ideas anarquistas y ninguno más individual y más propio de un alma pervertida por la reconcentración dentro de sí, al par que atormentada por el afán de salir fuera en alas del renombre y so arcos de gloria. El arte clásico, tan excelente personificador, pues apenas hay un fundamental sentimiento del alma no encerrado en sus inmortales prototipos, así como nos ha dejado el ejemplo de un avaro en aquel que se moría de hambre por convertirse todo cuanto palpaba en frío metal, y nos ha dejado el ejemplo de las desgracias que persiguen á los inventores con la crucifixión del Titán amarrado á su Cancaso por haber traído al mundo el fuego de los cielos, y nos ha dejado el ejemplo de los rigores é injusticias de la fatalidad en aquel inocente incestuoso y parricida, herido por bien cruel sentencia, nos ha dejado también el ejemplo de los extremos á que puede conducir un deseo desordenado de fama en aquel Erostrato célebre, impacientísimo por llevar su nombre á todas partes, y que, ignorando cómo debía esta impaciencia en él satisfacerse y calmarse, buscó la más bella obra del mundo, un templo, como el templo de Diana en Efeso, y lo quemó para no ser nunca jamás ni desconocido ni olvidado. He ahí Caserio. El público suele prestar á la virtud y al mérito atención de suyo tan somera, que mientras por los buenos actos y por los intelectuales productos á duras penas penetráis en la indiferencia general, un instante os basta y un crimen ostensible para tocar la fama, si queréis infame, pero escandalosa y ruidosísima. El mundo antiguo decretó la extirpación del nombre de Erostrato, que ha burlado tales medidas, pues famoso es ahora mismo; y el mundo moderno, á su vez, como si nunca se aprendiese nada en la experiencia y en el escarmiento, ha resuelto algo parecido, restringiendo las garantías públicas en los juicios orales de las gentes anarquistas. Y la verdad es que nunca menos justificada tal medida como en este caso extraordinario. Si el ensimismado parricida hubiera salido de su concentración y comunicado á tres ó cuatro personas el proyecto concebido en la clausura de su inteligencia, no lo perpetrara, pues á nadie se le podían ocultar su sinrazón y su inutilidad. Por eso cuando se indagaban complicidades inverosímiles, conjuras misteriosas, secretas sociedades, consignas infernales, sonreíanse los conocedores del corazón humano, muy seguros de que tales demencias únicamente nacen y crecen, como las aves nocturnas, en las sombras del abismo, quien las hubiera expelido y espantado con sólo recibir en sus repliegues obscuros el rayo de una mirada y el eco de una palabra. Caserio se ha pervertido más en la reclusión sistemática dentro de sí mismo que en las comunicaciones diarias con las gentes.

II

Indudable: ha tomado letal influjo sobre Caserio el ambiente anarquista diluído por las bajas y emponzoñadas marismas sociales donde vegetaba. Como hay cuerpos resistentes á los miasmas palúdicos, que no contraen fiebres terciarias nunca, ni aun metidos en los célebres charcos y esteros pontinos de la campiña romana, también hay almas inaccesibles al sofisma y que pueden vivir en medio de las sectas y de los sectarios anarquistas, combatiéndolos con argumentos naturales, contrastándolos con firme voluntad. Pero una inteligencia débil, un corazón cerrado como cualquier ebionita en el desierto á los comunicativos afectos de amistad y amor, una complexión de suyo neurótica en exacerbaciones perpetuas por desarreglos atávicos, se prestan fácilmente á las extrañas sugestiones de cualquier hipnotización intelectual en moda, desatándose por un amor pervertido á sus semejantes en ocultos arrebatos de demencias y cayendo al impulso de las mismas ideas generosas de su espíritu en las simas infernales del crimen. Yo he visto á los compañeros del anarquista Bakonnine, tan famoso, en los conventículos y en los conciliábulos de su secta, con palidez y sobriedad y privaciones ascéticas, predicando el exterminio de las teorías nihilistas dentro de una nirvana, como la enajenación y los éxtasis de un penitente budista ó monástico. Si Caserio hubiese tenido junto á sí una novia joven y amada; si hubiese buscado la singular complicidad de un amigo predilecto; si hubiese colocado en alguna de las personas que le rodeaban á la hora de concebir, premeditar, cometer el asesinato, la mitad no más del puro afecto profesado á su madre, no se ciega su conciencia, como llegó á cegarse aquí en su destierro, y no cae como ha caído en ese horrible proyecto forjado dentro del abismo de su callada y solitaria ira. Amargado por las contrariedades consiguientes á la pobreza; desposeído del consolador sentido religioso merced á enseñanzas erróneas; creyendo en remedio á las lacerias sociales como el principio de anarquía, peor cien veces que la enfermedad misma, el aislamiento y la soledad terribles de sus meses últimos lo encastillaron en el pensamiento y en el propósito de ofrecer á sus creencias el holocausto de cualquier tirano, trabucando en tal á un santísimo varón como Carnot, presidente honorario de una sociedad penetrada por todos sus poros del espíritu moderno y henchida de los principios consubstanciales á toda democracia; la cual sociedad no puede ir ahora en el horizonte sensible de nuestro tiempo allende su estado presente, sin despeñarse por la reacción y por el retroceso, como siempre que un pueblo exagera su propia soberanía y pugna por traspasar los límites señalados, como al mar infinito, al humano progreso. Nada de las misteriosas sociedades secretas inquiridas con tanto celo por la policía y la justicia; nada de las confabulaciones previas tramadas en antros misteriosos; nada de colectivos conatos á la inmolación del sacrificado presidente: una melancolía solitaria, nutrida por un rumor constante de las ideas erróneas en circulación, lo explican todo, moviendo un solo individuo á cometer crimen aisladísimo, aunque conexo con el estado mental de una gente como la gente anarquista, no más extraña que cualquiera secta de incendiarios y asesinos y exterminadores, frecuentísimas en la sucesión de los siglos y en los espacios del planeta, donde se mezclan bien y mal en varias y diversas proporciones.

III

No hay más que consultar los maestros en el conocimiento de la histeria y tendréis allí calcada la imagen de este desdichado enfermo, ido al suicidio por el asesinato. A la vista tengo abierto el observatorio de nervios constituído por las observaciones que Charcot apunta en sus volúmenes de patología, tan copiosos en extrañísimos casos. Llenar con su nombre la general atención, recoger y expedir ideas insanas, mezclar en incoherencias nacidas de mentales perversiones el error á la verdad; creer que se hace á la sociedad el mayor bien posible matando á los que la gobiernan mal; dirigirse á la redención de todos por camino tan espantoso cual el sacrificio y la muerte violenta de uno solo, circunstancias internas son que podéis ver extendidas por cuantos han resuelto entrar en el cielo de la fama y de la gloria forzando las obscuras puertas del deshonor y del crimen. Caserio quería indudablemente prosperar y redimir á sus semejantes, ganando para sí, en la consecución de un empeño tan meritorio, el perenne laurel reservado á los redentores; pero siendo tan larga la vía del saber y de la virtud y del sacrificio, donde no cabe un estallido pronto y una fulguración súbita, pasóle por las mientes ambiciosas y desvencijadas la errónea y perversísima especie de no quedar otro medio, en su pasión por los demás y en su anhelo por el propio renombre, que dar un golpe á la cabeza misma del enfermo cuerpo político, y á sus pies derribarla, convirtiéndola en pedestal de sus plantas propias para su gloria personal y en aras de redención para todos los demás. Se ha registrado su vida y se ha visto que no le asaltaba otra pasión sino la pasión política, y que no llevaba otro fin y objeto en la ceguera de su conciencia que satisfacer dos deseos vivos del corazón suyo: la redención de los demás y la gloria y el renombre y la celebridad para sí. Fascinado por esta doble idea, especie de serpiente con dos cabezas que fijaba en él sus poderosísimos ojos, no podía humanamente desasirse á la fascinación; pues en cuanto una idea tan horrible se apodera del alma, no sólo extingue la conciencia, sino que aniquila también la voluntad. El pueblo en la Edad media tenía para los estados patológicos resultantes de presiones incontrastables causadas por una sugestión misteriosa gráfico nombre, cuando llamaba endemoniados á los así enfermos, por el sacudimiento de sus nervios, el temblor de sus carnes, el ahogo de sus pulmones, el extravío de su vista, la epilepsia terrible de todo su cuerpo. El demente Nerón se parece al demente Caserio. No fué perverso tal emperador á causa de su omnipotencia, como tantos otros déspotas ensoberbecidos en las alturas; fué perverso á causa de su impotencia para completar aquella corona de oro imperial que le había cedido la guardia pretoriana y confirmado la vileza popular, con una corona de artista ganada por su mérito en los certámenes literarios y en los teatros públicos.

IV

Las leyes preventivas dan escasos y nimios resultados. Por lo mismo que Grecia prohibió proferir y comunicar el nombre de un criminal como Erostrato, consta en todas partes, símbolo expresivo de una impaciencia por la gloria y por el renombre que no sabe detenerse ni ante los crímenes mayores y más infames. Por lo mismo que recientes disposiciones han limitado el juicio público y restringido la facultad en los reos de comunicar sus pensamientos últimos á la multitud desde una trípode tan horrible como el banquillo, ha observado la curiosidad universal con cierta voluptuosidad insana desde los gestos suyos más vulgares hasta las palabras más insignificantes. Mozo, joven, inexperto, sin guías y sin cómplices y sin compañeros y sin vengadores, tráeme Caserio á las mientes un viejo muy machucho y experto y filósofo, el célebre padre Merino, un cura, también extravagante y recluso dentro de sí mismo, á quien buscó la justicia humana complicidades por todas partes, y que atentó con un puñal bien aguzado á la vida de D.ª Isabel II en la misma galería de palacio, únicamente por ideas clásicas de tiranicidio y por deseo inmoderado de inscribir imperecedero su apellido en los anales de los crímenes políticos célebres, ya que no podía inscribirlo en las columnas termométricas que señalan los grados de virtud y de ciencia en una época por las obras morales é intelectuales de sus hijos. Pero Merino discurrió siempre, así acerca de las ideas impulsivas que le habían movido como de los objetos y fines universales que se había propuesto, con una seguridad en el discurso y una nitidez en el verbo, de que ningún ejemplo nos ha dado el retraído y taciturno Caserio. Dos particularidades tan sólo hemos notado en éste: primera, grandísima indignación cuando buscaban los defensores en males transmitidos por sus antecesores gérmenes de atávica locura; segunda, enternecimiento hasta llorar como un verdadero niño cuando le recordaban al cuitado que si había partido el corazón de Carnot materialmente, había partido moralmente y con mayor crueldad el corazón de su madre. Mas ya fuese por absorción habitual dentro de sí mismo, ya fuese por ignorancia de la lengua francesa y hasta del italiano puro y correcto, pues no hay tierra donde los dialectos abunden como en Italia, Caserio no ha dicho frase, ni hecho acción durante todo el discurso de su proceso, que merezca examinarse con detenimiento é inscribirse de algún modo y por algún motivo en la historia. Muy

dentro de los principios capitales del anarquismo, negaciones en lógica serie, fácilmente comprensibles hasta para las inteligencias más obtusas, ateísmo por no reconocer á Dios, y agnosticismo por no reconocer la virtud y autoridad de la ciencia, hase negado á toda suerte de afirmaciones morales y hase resistido á toda suerte de auxilios religiosos. En las largas horas transcurridas entre la notificación de su terrible sentencia, tras la cual no quiso apelar á los recursos, que podrían prolongar su vida y detener algún tiempo la cuchilla del verdugo sobre su cuello, se ha entretenido en leer el tratado de los tratados, el gran libro entre los libros, aquel que recrea é instruye al mismo tiempo, filosofía y romance, moral y arte, argumentación y estética, ciencia y recreo, el inmortal *Quijote* de Cervantes, gloria y orgullo, no ya del nombre y del pueblo suyos, de toda la humanidad y de toda la tierra, mayores y más ilustres que antes, después de haberlo pensado y escrito. Discurre y procede allí, en aquellas páginas inmortales, un verdadero loco, también enamorado de un imposible y también creído de que bastaba un buen propósito en el alma y un buen lanzón en el puño para enderezar todos los entuertos y cumplir el ideal absoluto de la perfecta justicia. Y aquel gran loco hace ciento, aunque ninguno igual á su persona en grandeza, porque presta culto á la virtud, y en la obra de pugnar por la redención de los perseguidos y de los opresos, no daña jamás á nadie, sino á sí propio, cual todos los verdaderos redentores del género humano en la historia. Por eso aquella muerte suya, tan solemne y tan sublime, acaso la escena más hermosa del humano poema, tiene toda la serenidad consiguiente á la conciencia del deber cumplido y reposa en aquella seguridad santísima de haber hecho el bien posible sin dañar á ningún ser nacido en este mundo erizado de males. Pero ¡ah! el verdugo que llega con sus sayones; la guillotina que se levanta como una sombra siniestra; el carcelero que al reo despierta en los albores del día, notificándole cómo se acercan las sombras de una muerte infamada; el paso desde la prisión al momento último del tiempo y primero de la eternidad; la cuchilla que cae y la sangre que salta y la cabeza que rueda solamente glorifican cuando tocan á un mártir que se inmola por el bien de todos sin haber hecho mal á nadie. ¡Ah! El sacudimiento nervioso que ha sobrecogido á Caserio desde su despertar último hasta su morir desastrado; el desmayo de sus músculos, que no le servían en lo supremo del trance ni siquiera para sostenerlo sobre sus pies; el temblor en que rechinaba los dientes como á un ataque de atávica epilepsia; los esfuerzos indeliberados del instinto de conservación empujándole atrás, así para no acercarse á la cuchilla como para resistirla y rechazarla cuando se desprendía sobre su cuello, cuya piel estaba erizada como las púas de un puerco espín muerto en una cacería infernal; aquella lividez rayana en verdosa que le hizo cadáver antes de muerto y aquellos ojos cerrados antes de faltarle la luz para no ver cuanto le rodeaba; todas estas circunstancias de su agonía horrible han parecido á muchos terror cobarde y me han parecido á mí sobreposiciones de la conciencia en los momentos reveladores de la muerte al instinto ciego, al temperamento neurótico, á la instrucción perversa que le han arrastrado hasta la guillotina y la infamia. Respeto á la justicia, mas compasión al ajusticiado. No han podido los hombres perdonarle su crimen: que lo perdone Dios.

Madrid, 20 de agosto de 1894.



Entrada del palacio del rey de Corea en Seul

EL RELOJ DE FAMILIA

Más fácil sería, á nuestro entender, descubrir la cuadratura del círculo, el movimiento continuo y la dirección de los globos, que averiguar los medios de subsistencia de ciertos pajarracos que pululan por nuestras grandes capitales, deslumbrándonos con su lujo y ultrajando la mediocridad de los demás con su insolente prosopopeya.

No hay que investigar en ninguna oficina, fábrica ó comercio si alguno de esos *caballeros* tiene allí puesto señalado para ganar el pan de cada día, ya que no para justificar sus grandezas, porque en ninguno de esos centros se hallaría respuesta afirmativa. Ningún registrador de propiedades daría cuenta de haber rotulado con su nombre finca urbana ó aranzada de tierra, ni es posible que notario alguno del reino conozca disposición legal que lo instituya heredero de pequeña ó cuantiosa fortuna, pues no escasa se necesita para almorzar casi á diario en Lardy, ir á los toros ó á Fiesta Alegre, llevando una camelia fresca y lozana en el ojal izquierdo, pasear en coche con una hembra de más que regular estampa, cenar en Fornos y tener una cuenta corriente en casa de Pedraza, Moreno ó Caracuel.

Este tipo habla por sistema, para ser oído de todo el mundo; es buen mozo, por lo regular, con sonrisa de hombre satisfecho, elegante hasta cierto punto, tirando un poquito hacia los barrios; de carácter tan deliciosamente franco, que dice *Mateo* cuando se refiere al presidente del Consejo, y le grita *¡adiós!* á Massini sin que éste tenga el *honor* de conocerle.

Reseñadas sus cualidades personales, resta investigar el origen de tanta grandeza y esplendor.

¡Si pudiéramos satisfacer esta impertinente curiosidad!

***

La tarde era hermosísima.

Una de esas que manda Dios á Madrid para que el pueblo se divierta; de esas que maldicen los empresarios de teatros y que llenan el bolsillo á los honrados industriales del Puente, las Ventas y el vecino pueblo de Tetuán.



El virrey de la China Li-Hung-Chang



El almirante de la escuadra coreana



Tipos militares japoneses



Tipos militares chinos

Lujosos trenes cruzaban en todas direcciones, y en medio de la más alegre confusión, producida por el galopar de los caballos, el crujir de las trallas, los gritos de los caleseros, los pregones de los granujas y los chapuzones de las mangas de riego que convertían en pantano la espaciosa calle de Alcalá.

– ¡A la plaza, á la plaza!, era el eco que retumbaba en todos los oídos.

– ¡A los toros, á dos reales! ¡Que se va la posta!, gritaban los zagales de ómnibus y tranvías.

– Arriba niña, á las barandas, decía otro á una muchacha de buen parecer.

– ¿Hay que subir?.. No, yo no puedo...

– Nadie repara; suba usted sin cuidado, que yo soy el que está debajo.

Tras la joven subió una parejita que bien pudiéramos llamar la *Menegilda* y uno de los *ratas*.

Por el contoneo de sus cuerpos, las miradas que se dirigían y los trompis que se propinaban, comprendíase que tales almas cándidas estaban perdidamente enamoradas.

En breve llegó el coche á la plaza.

Los dichosos amantes se dirigieron al circo después de pagar *ella* una peseta por los dos.

El *Naval*, que era el mote del granujа, no llevaba suelto; y no le llamaban *Naval* porque perteneciera á la marina, sino por haber nacido en Navalcarnero y criádose en las orillas del Manzanares.

Una vez cerca de la puerta sacó el mocito dos billetes de andamios, uno de sol y otro de sombra, y enseñándole el último á la dama le dijo:

– Ya ves tú, no podemos estar juntos: D. Ezequiel dice que hay que hacer algo para ganar la vida, porque manos paradas no echan bendiciones, y yo creo que tiene razón.

– Y yo creo, le respondió la muchacha muy airada, que D. Ezequiel y tú y tú y D. Ezequiel no tenéis vergüenza *nenguno* de los dos, tú por ratero y él por *encubrior*... ¡Un billete de sol!.. Que se lo dé á la tuna que le mantiene, que no se ha de hacer morena, porque es más negra que su *concencia*.

– Pero, mujer...

– No hay mujer que valga. Quiero que estemos juntos: no me gusta que andes en esos pasos..., y como esta tarde oiga yo decir que han *afanao* algo empiezo á gritar: «¡El Naval..., el Naval ha *sío* el que!..»

No pudo concluir la frase, porque un diluvio de bofetadas cayó sobre las mejillas de la pobre moza, que aturdida por tan brusca acción, no pudo ver por dónde se marchaba su hombre.

El pillastre se escabulló por entre la multitud, vendió en un santiamén el billete de sol y se entró en la plaza tranquilo como si tal cosa.

***

En aquel momento daba principio el espectáculo. El *guripa* se paseaba por el callejón á despecho de los alguaciles, mirando con insistencia los asientos de contrabarrera, hasta que descubrió dos caballeros, uno que conocía de antemano y otro cuyas señas llevaba.

Puesto en inteligencia con el primero por medio de una sola mirada, volvióse de cara hacia el redondel.

El primer bicho se traía una estampa de primer orden y la intención de un concejal de la minoría.

A las primeras arremetidas dejó dos caballos destripados y contuso un jinete.

Luego se encampanó, se fijó en los tendidos, se le alegraron los ojos y tomando carrera saltó debajo del tres, donde hace poco hemos visto al *Naval*.

¡Ay de los golillas y aguadores!

Unos se tiraron al suelo, otros se echaron á la plaza y otros huían despavoridos ó asaltaban la contrabarrera.

De estos últimos fué el *Naval*, que dió con la cabeza en el vientre de un extranjero, gritando:

– ¡El toro, el toro!

La confusión fué espantosa.

Todos se atropellaban. Las mujeres ponían el grito en el cielo: una de ellas afirmó que el toro la había faltado al respeto, quitándole las ligas; otra juraba que le había desabrochado el vestido.

La calma se fué restableciendo al ver que el animal estaba ya en el circo, pero cada cual lamentaba su pérdida.

El caballero embestido, no por el cornúpedo, sino por el granuja, echaba de menos un lente de oro que al fin se halló hecho una equis debajo del asiento.

– Ya, ya, le dijo el otro que hemos visto antes entenderse por señas con el truhán; estas fiestas son susceptibles de tales atropellos; y quiera Dios que sea lo único..., alguna otra cosa..., el reloj, por ejemplo... ¿Traía usted reloj, señor barón?

– Indudablemente.

– Pues vea usted, no lo lleva.

– Es verdad, me lo han sustraído... ¡Qué contratiempo!.. Un reloj de familia..., de mis abuelos..., de mi padre... ¡Oh, es muy sensible..., muy sensible!..

Y se le vió palidecer.

– Tranquilícese usted, amigo mío... La pérdida no es irreparable; entre gente de nuestra clase sobran los medios para recuperarlo, yo se lo prometo. Por ahora atendamos á la corrida. Verá usted cómo manejan el percal estos muchachos y qué largas le dan al bicho.

***

Son las dos de la madrugada, hora en que el estómago, libre ya de una laboriosa faena, pide como la

caldera de vapor nuevos combustibles que devorar.

Nuestros dos personajes se hallan instalados en Fornos.

Suculentos manjares se sucedieron uno tras otro, rociados por las mejoras marcas, así extranjeras como nacionales; y después de encendidos los cigarros, reanudaron su interrumpida conversación.

– Pues sí, señor secretario de embajada, mi querido barón, es una dama la que tanto interés se ha tomado por el rescate de su reloj de usted que tal disgusto le proporcionó.

– ¿Una dama, Sr. D. Ezequiel?

– Tan bella como Venus y tan prudente como Temis.

– Eso aumenta mi admiración y reconocimiento.

– Su misión en el mundo es prodigar favores y complacer á sus amigos dentro de las formas más correctas: yo le estoy muy agradecido y siento por ella las mayores simpatías; tiene adeptos entre las clases más elevadas como en las últimas capas de la sociedad; á las primeras suplica, á las segundas manda y paga luego con la mayor esplendidez.

– A propósito, interrumpió el secretario de embajada, usted me dirá las gratificaciones que ha dado.

– Una friolera, quinientas pesetas nada más.

– Voy á entregarle... ¿Quinientas, dice usted?

– Sí, porque son cinco los sujetos que han tomado parte en el negocio.

– ¿Cinco?

– Ya ve usted; tiene que pasar por muchas manos, é intervienen muchos individuos: el que lo sustrajo, el que le hizo correr la pista, el usurero donde fué á parar, el agente que lo reclama y el corredor que lo desempeña; á cien pesetas cada uno, es la cifra cabal; ésta se aumenta ó se rebaja según el valor de la prenda. Los que como yo, por servir á nuestro partido, hemos sido gobernadores, estamos al tanto de estas miserias.

* * *

Media hora después paseaban para disipar los vapores de la cena.

– ¡Oh, España, decía el extranjero, España! ¡Qué buenos amigos se encuentran! ¡Qué hermoso clima! Pero estoy sofocado... No quisiera retirarme al hotel. ¿En dónde pasaríamos el rato?

– No faltará.

A poco entraban en un garito de elegante apariencia, regentado por D. Ezequiel; éste perdió algunos billetes que volvieron por mano oculta á su bolsillo, y el diplomático ganó algunas doblillas, saliendo loco de alegría, pues no estaba acostumbrado á que la fortuna le sonriera.

La trampa quedó abierta para el ratón.

La amistad de ambos se estrechó mucho en pocos días.

La pintura que D. Ezequiel hacía á diario de las bellas cualidades que adornaban á la filantrópica dama excitaban la curiosidad del diplomático, que rogó á su amigo le presentara para ofrecerle sus respetos.

Era una hermosa mujer, tan atenta como insinuante.

Pronto se entabló entre ambos un *modus vivendi*, obteniendo después el secretario la tarifa de nación más favorecida á cambio de cuantiosos dispendios.

La mina se fué agotando en breve.

Las querellas entre Ezequiel y la egregia dama se acentuaban más cada vez.

– Mira, canalla, le dijo ésta para terminar, he observado que á medida que se me concluye la pólvora, más se van encendiendo tus celos; no seas ridículo, come, bebe y triunfa como hasta aquí, y puesto que tengo el secretario á punto de liquidación, búscame un embajador, que no menos se merece tu *amiga*.

* * *

La punta del velo está un poco descorrida.

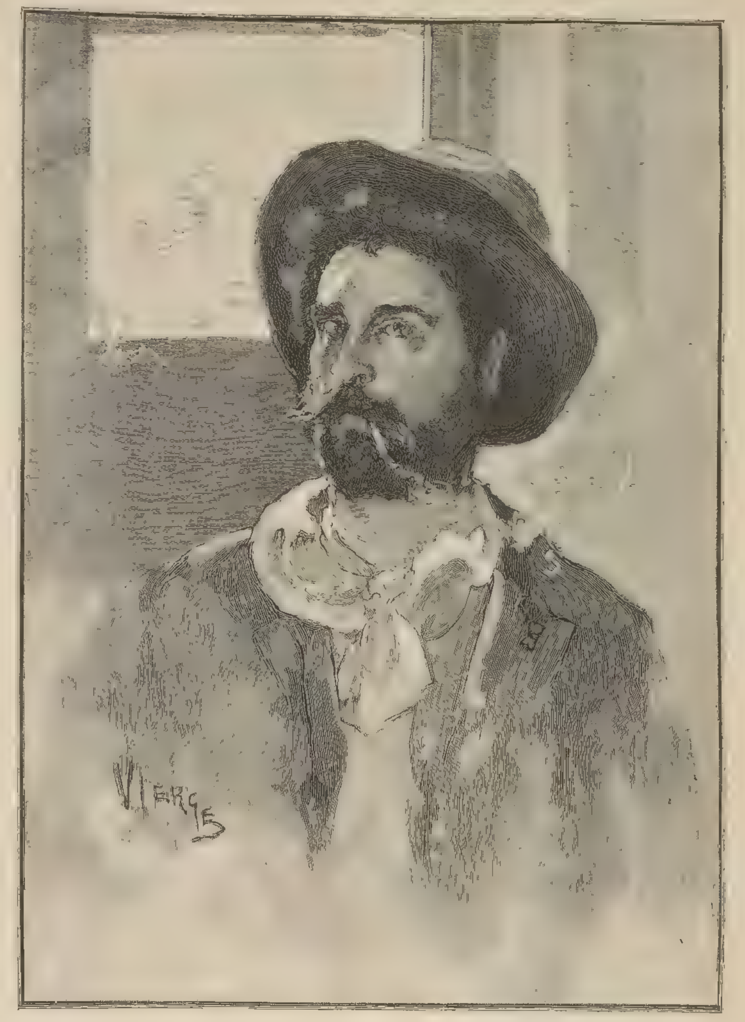
Si el ministro de Hacienda en unión con el de Justicia tuvieran medios dentro del Código penal para descubrir esa riqueza oculta, pronto se llenarían las arcas del tesoro, ó cuando no, nuestros establecimientos de Africa.

PEDRO E. MORENO

DANIEL URRABIETA VIERGE

En este número comenzamos la publicación de *La Taberna de las Tres Virtudes*, novela de capa y espada, con grabados de Daniel Vierge. Con este motivo ofrecemos á nuestros lectores el siguiente trabajo en que el poeta D. José María de Heredia, de la Academia Francesa, ha trazado una hermosa semblanza del gran artista español, á quien algunos distinguen con el sobrenombre de «padre de la ilustración moderna.»

La facultad suprema del artista, poeta, historiador, novelista, pintor, escultor ó músico, es el don de evocación. Un poderoso esfuerzo de la inteligencia, ayudado por la memoria ó por una intuición apasionada, suscita del fondo del pasado, ya esté casi próximo ó muy remoto, con su forma y su color, la figura de las cosas y de los seres, los anima, los ilumina y los hace aparecer en el espejo lúcido y profundo del espíritu, más vivos aún que si los hubiésemos visto realmente con nuestros propios ojos.



Retrato del célebre dibujante español Daniel Urrabieta Vierge, dibujo del mismo

Nadie mejor que el artista cuyo nombre encabeza estas líneas ha manifestado de manera más singular esa cualidad del genio. Sus obras son innumerables; miles de dibujos han salido de sus manos; y este plural no es una simple forma de lenguaje, porque Daniel Vierge es hoy tan diestro de la mano izquierda como siempre lo fué de la derecha. Ha ilustrado, bajo el doble sentido de la palabra, más de cincuenta volúmenes, sembrando liberalmente, según el curso de los acontecimientos, en periódicos tales como *El Mundo Ilustrado, La Vida Moderna, La Ilustración Española y Americana* y tantos otros, centenares de obras maestras improvisadas, que se conservan como documentos inapreciables. Todo cuanto la poesía, la historia y la novela han creado de más bello en este siglo, Vierge lo sintió, lo comprendió y tradujo; y al hojear la gran historia de Michelet y tantos libros del célebre Víctor Hugo, no se sabe qué admirar más, si la prodigiosa fecundidad del dibujante que los interpretó, ó la soltura y variedad verdaderamente maravillosas de su genio.

Desde los primeros días del mundo, el hombre, siempre el mismo, impulsado por las mismas pasiones, atroces, viles ó sublimes, se agita en la naturaleza inmutable. Si difiere de otro por la raza, se le asemeja por los instintos; pero las necesidades de la vida, la lucha por la existencia y la defensa contra la muerte le han armado ó vestido de diverso modo, según los climas y las edades. La religión, las artes de la guerra y de la paz han modificado su forma exterior, su actitud, su ademán. Pocos pintores lo han comprendido así; sus investigaciones y estudios se han limitado casi siempre á la ciencia del traje. El modelo se emboza, se arma, se viste; mas no podría mostrar bajo un ropaje que no es el suyo la costumbre del cuerpo. Es preciso que el artista tenga en sí el sentimiento de la vida en todas las épocas. Los estudios más pacientes y eruditos no podrían suplir á ese sentido misterioso, casi adivinatorio, que presta á la obra de Vierge un vigor original, un encanto extraño y penetrante, en el que parece haber resumido todo el arte del pasado. Yo he visto en la pared de su taller un grupo de sátiros y de egipanos con guirnaldas de pámpanos, blandiendo tirsos y ejecutando una danza que Eufronio ó Nicóstenes no hubieran tenido á menos representar en el fondo de una ánfora ó de un *kylix*. Alguno de sus burgueses ó prebostes de París, bien iluminado, podría ocupar su puesto en primera línea entre la multitud que se oprime en el estrecho cuadro de las maravillosas miniaturas de Jehan Fouquet. Ese torneo en que la lanza de Montgomery tiñe de sangre real las flores de lis de Francia, esas batallas dibujadas de golpe, recuerdan los ingenuos y expresivos grabados en



Dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

madera que adornan y explican por su comentario figurado, en las páginas del *Sueño de Polifilo*, las más sutiles alegorías de Colonna. Esos asaltos, esas tomas y saqueos de ciudades, esas matanzas horribles parecen haber sido grabadas por algún Romyn de Hooghe, alucinado, con atrevido buril, sobre la plancha ásperamente mordida. Ese raitre es digno de Goltzius; ese altivo perfil de caballero parece obra del buril de Tomás de Leu. ¿Y dónde habrá aprendido á cabalgar tan intrépidamente ese apuesto jinete? En Pluvinel sin duda. Y esos seis violinistas con pelucas rizadas, chaquetillas de seda con adornos de encaje y calzón acampanado, que tocan alguna pavana ó paspié ó zarabanda nueva en obsequio de la noble dama que los escucha sonriendo, apoyada de codos en la mesa, donde se ve un frasco de vino, pastelillos y confituras, ¿no habrán tomado parte en los divertimientos que Poquelin de Moliere sabía imaginar tan bien para recrear al Rey Sol? Seguramente que Abraham Bosse no renegaría de ellos. Pero volved la hoja: la página es tan sombría como la otra era clara y alegre. Destacándose en negro, bajo un cielo negro también, estriado de líneas de luz en las que se adivina el color de sangre, y por la pendiente de una cuesta pedregosa y agrietada, se ven desfilar en medio del silencio de la noche varios caballeros armados y encorvados sobre sus monturas derrengadas. Otros conducen de la brida sus cuadrúpedos, tan pesadamente cargados, que tropiezan á cada instante, siguiéndoles algunos perros escuálidos y con el pelaje erizado. Se ven diez, se imaginan ciento y se sueñan diez mil. Y no sé por qué esos pocos baqui-bozuks que vuelven del merodeo evocan el horror de las grandes invasiones de las hordas victoriosas, hartas de carnicería y de rapiña, que llevaron á la conquista del mundo al feroz Atila, á Tchinghiz y á Thimur.

La parte puramente moderna, toda de actualidad, de la obra de Vierge, no es la menos extraordinaria. Ha renovado el arte de la ilustración por el sentimiento de lo perfecto y por el estudio inteligente de la realidad; y no se sirve de esas fórmulas triviales, de pura convención, usadas por sus predecesores, cuyos dibujos impersonales no parecen ser más que reproducciones de cuadros. Doré, el más notable de todos por su prodigiosa interpretación de la luz y de las sombras, no fué más que un caprichoso de imaginación romántica y soberbia, pero con mediana ciencia y un dibujo ilusorio: de este artista podemos decir que fué un visionario: Vierge es un vidente. Al contrario de la mayor parte de los pintores, jamás se ha servido de la fotografía, que deforma las cosas; le basta su ojo, el más perfecto de los objetivos. Tiene el croquis instantáneo, y nadie le iguala en presentar mejor un personaje, detallar los accidentes, los rasgos más característicos de la fisonomía, de la forma y del vestido: sabe crear un tipo. Por otra parte, ninguno ha conseguido abarcar tanto; en un dibujo de pocos centímetros, produce la ilusión de la multitud innumerable y bulliciosa, de las arquitecturas gigantescas, de los espacios inmensos y de las perspectivas infinitas. Bien su lápiz, tan limpio como seguro, trace con delicadeza verdaderamente japonesa una figura en un rasgo intachable, ó ya el pincel proceda en sus rápidos toques por grandes manchas de sombra y de luz, Vierge no es nunca seco ni descuidado, y su ejecución sabiamente variada está siempre en armonía con su visión y su concepción. Mirad ese *Nacimiento de la Infanta*, esa escena de alegría y de pompa reales, donde bajo las arañas de oro, los artesones ricamente esculpidos, entre el brillo y esplendor de los tapices, de los cuadros y de los muebles suntuosos, entre la magnificencia de los trajes de las damas, de las vestiduras de los cardenales y de los obispos y el lujo de los vistosos uniformes militares recamados de oro, se des-



Dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

borda, corre y fulgura esa luz alegremente deslumbradora y tremolante, tan querida del milagroso Fortuny. Después ved también, tan próxima á esa fiesta de natividad, la pompa lúgubre de los *Funerales de la reina Mercedes*, cuadro admirable que no intentaré describir. Todos cuantos le han visto conservan su recuerdo, y yo no podría esperar que me fuera posible expresar con palabras tan grandiosa y lúgubre magnificencia. Baste decir que jamás he mirado ese dibujo magistral sin recordar el incomparable cuadro de las *Lanzas*.

Velázquez y Goya; éstos son los antecesores y verdaderos maestros de Vierge. Y seguramente que es bien español ese Daniel Urrabieta y Vierge, que nacido en 1851, é hijo de un dibujante célebre, entró á los trece años en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, trasladándose después en 1867 á París, donde retenido por la guerra, la desgracia y los más dulces afectos, llegó á ser, para la mayor gloria de España y de Francia, el renovador y el príncipe de la ilustración moderna. Posee en el más alto grado las cualidades de su raza, la grandiosidad, el vigor trágico así como cómico, un gusto de observación llegado hasta el exceso y el sentido verdadero del color y de la vida. Diríase que fuera de España, en el retiro y el alejamiento, se han desarrollado con más riqueza esos dones naturales, que se revelan con toda su brillantez en los dibujos con que el artista ilustró *El Buscón* de Quevedo y *El Gran Tacaño*, obra que los franceses titulan *Don Pablo de Segovia*. No diré más: ese admirable libro está en todas las manos y en todas las memorias.

Daniel Vierge se halla hoy en todo el vigor del talento y de la edad; sueña grandes cosas, y las hará. Ahora ilustra el *Gil Blas*, y ha comenzado el *Don Quijote*.

El otro día hojeábamos juntos, en el fondo de su taller de Boulogne, los cuadernos y álbums que trajo de España el año pasado con motivo del viaje que emprendió para seguir las huellas del Caballero de la Triste Figura, mientras pasaba en revista, aunque apuntados tan sólo por algunas líneas al lápiz ó por poderosos toques de acuarela, todos los países que Cervantes celebró; la Mancha estéril, los campos de Montiel, San Pedro, Argamasilla de Alba, Cárdenas, Alcázar de San Juan con el divino Toboso, y los campanarios, los miradores, las ventanas enrejadas, las hosterías y las gentes de Sierra Morena, donde el enamorado hidalgo dió tantos tumbos caballerescos en la Peña Pobre, con sus cielos tempestuosos, sus rocas cegadas por el sol, sus terrenos agrietados y sangrientos y sus horizontes de azul sombrío, observaba de reojo al gran artista, que parecía complacerse en mostrarme cuánto había trabajado. Miraba su apuesta figura, su bien formada cabeza, sus facciones varoniles, iluminadas por una agradable sonrisa y muy pronunciadas, y sus ojos del más puro azul, que han visto, reflejado, sorprendido y escudriñado tantas cosas, sosteniéndolas y fijándolas para siempre. Y al mirarlos pensé que aquellos ojos eran espejos mágicos.

José María de Heredia,
de la Academia Francesa

(Los dibujos de Vierge que en esta página y en la siguiente publicamos están tomados de la edición francesa de *El Gran Tacaño*.)

EL CAPITAN DE BARBASTRO

Tenía yo ocho años y lo recuerdo como si acabara de suceder. Ante los ojos de mi alma desfilan unas figuras solemnes; podría contar su número, podría decir cómo eran sus vestidos, cómo sus facciones, cómo la expresión y el acento de cada una y hasta lo que hablaron aquel día. Abra los ojos ó los cierre, las veo surgir de unos torbellinos de humo cuyas espirales las rodean como sudarios blancos.

Las barricadas habían sido ya deshechas por los cañones de Caballero de Rodas. Tirados en las grandes piedras había soldados y milicianos; aquí un fusil roto, allí una cureña despedazada... El sol subía lentamente por la pared, como fimbria de oro de una Virgen alzándose para no rozar el suelo ensangrentado.

Serían las cinco de la tarde. La ciudad no estaba aún en poder de las tropas; oíanse algunas descargas, algún disparo suelto y de minuto en minuto la voz formidable del cañón que helaba nuestros corazones. Recuerdo perfectamente aquel silbido especial de los proyectiles y aquel otro ruido más especial y tétrico de las techumbres ó los tabiques hundiéndose.

Las alternativas de la lucha reflejábanse al mismo tiempo en nosotros. Peleaban como fieras. Los milicianos cedieron varias veces ante la furiosa y ordenada acometida de la tropa, pero volvían de nuevo con más ímpetu. A cada una de estas oscilaciones del



Dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

combate metíanse en nuestra casa como lobos; teníamos que sufrir sus iras, sus despechos, sus desesperaciones; echaban abajo los tabiques para huir, despedazaban las alacenas para buscar comida, y á lo mejor reían á carcajadas, como locos, ó entonaban coplas, como en cualquier alegre fiesta de lugar.



Dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

Por algunos instantes los milicianos encontráronse nuevamente en sus posesiones y hasta pareció que iban á continuar en ellas. De todas partes llovían sobre los infelices soldados mesas, sillas, piedras, balas y agua hirviendo. De pronto suena un clarín. ¡La nota es formidable! Los soldados se repliegan á este aviso hacia la pared, abriendo filas; se ve por el fondo un cañón de gran calibre arrastrado por mulas poderosas; desenganchan las mulas, se arriman los artilleros, hormiguean junto al cañón un instante, reponiéndose inmediatamente los que caen bajo la lluvia de proyectiles de los milicianos; vibra el clarín otra vez y los artilleros se apartan un poco; quédase uno, recibe una orden, el cañón retumba, caen por tierra balcones, aleros de tejados, ventanales, pedruscos enormes, y cuando se disipa la nube terrible que todo esto levantó, se ven sobre aquellas ruinas los cadáveres hechos pedazos de los últimos hombres de la barricada y sobre las ruinas y sobre los cadáveres los soldados que gritan en triunfo.

Entran otra vez en nuestra casa medio derruída; lo rompen todo, lo arrollan, rugen, van á matar á bayonetazos á los nacionales que allí se refugian, revuélvense ciegos; mis padres, mis hermanos, todos vamos á caer ahora ante el furor de aquellos hombres.

De pronto una voz inmensa domina aquel tumulto. «¡Quietos!» Los soldados parecen mudos de estupor al pensar sólo que hay quien logra detenerlos. ¿Quién pronunció aquella palabra imperativa? Fué un hermoso capitán de Barbastro, con su pantalón corto, sus botines, su cinturón adornado con trencillas de plata, su sombrero alto, feo, insulso, con su escarapela y todo lo demás que los cazadores de Barbastro usaban entonces. La levita habíase rasgado, los botines estaban rotos y el sombrero agujereado por las balas de los nacionales. Tenía un revólver en la mano izquierda; levantó con la otra la espada desnuda... Su continente, aguerrido y noble, me suspendía de admiración en medio de mi espanto, como suspendía á los que entonces le contemplaban; sus grandes ojos despedían fuego, y no se supo qué color era el suyo por estar embadurnada su persona toda con el polvo de los tabiques y las techumbres y hasta los edificios que durante el día derrumbáronse en la pobre ciudad.

Aquel hombre nos salvó de una muerte cierta; consiguió dominar á los soldados, diciéndoles con dulzura que eran servidores leales de la patria y no asesinos; los conmovió, recordándoles á sus padres, á sus hermanos y á sus novias. El soldado español es generoso... Salieron de allí aquellos hombres con el ánimo en muy distinta disposición de como habían entrado. El capitán no pudo salir con ellos; contúvole la gratitud de las personas á quienes acababa de salvar. Entonces se aproximó á una niña que durante la anterior escena había estado refugiada en los brazos de su madre; esta mujer habíase refugiado á su vez, una hora antes, en nuestra casa, saliendo espantada de la suya, que se derrumbó.

La muchacha á quien el capitán habíase dirigido tenía cuatro años; era morenilla, de ojos negros, que nos miraban y miraban al capitán con asombro misterioso. El capitán, sin responder á las protestas de



Dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

gratitud, estampó en la cara de la chiquilla un beso que sonó como un tiro, y exclamó luego trabajosamente como si las palabras se le atragantasen:

– A ésta se lo debéis todo... Tengo una hija de su edad... Se llama Juana.

Se enjugó los ojos y allá transpuso.

Al irse el capitán fué aquello un jubileo de abrazos y parabienes á la chiquilla. Reíase el capitán y se alejaba. Atravesó el portal, llegó á la puerta de la calle, y al volver el rostro para mirar por última vez á la niña, lanzó un grito y cayó de espaldas. ¡Estaba muerto! Una bala habíale atravesado las sienes... Después, silencio profundo... Allá lejano, un clarín como gemido lúgubre... Y el cañón seguía retumbando de tarde en tarde como salva triste por el generoso capitán muerto.

Sobre el corazón del capitán, en uno de sus bolsillos interiores, hallaron una carta escrita con letra descomunal, como de chiquillo que hace sus primeros garabatos en la escuela. La carta decía así:

«Ven pronto; mamá llora mucho. – *Tu Juanita.*»

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

NUESTROS GRABADOS

La Virgen de Mayo, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés). – Es *La Virgen de Mayo*, cuya copia damos á conocer á nuestros lectores, otra de las bellas producciones de Tamburini, en la que aparte del sentimiento que ha sabido imprimir en su bello á la par que severo rostro, ha logrado vencer las dificultades que había de ofrecer su especialísima tonalidad, en armonía con la grandeza de la concepción.

Sepárase esta representación de la augusta Madre de Jesús del convencionalismo casi litúrgico, del molde de las composiciones análogas, y sin embargo inspira respeto, porque aun en el delicado realismo que manifiesta la obra, distínguese la inspiración del creyente y el sentimiento del artista.

Sucesos de Corea. – Continuando en nuestro propósito de publicar todo lo que pueda ser de interés para nuestros lectores referente á la guerra entre la China y el Japón, reproducimos la entrada del palacio del rey de Corea en Seul, los retratos del virrey chino y del almirante coreano y tipos militares chinos y japoneses.

Ya dijimos en el número anterior que Seul nada notable ofrece: el palacio real es el único edificio de importancia por su grandiosidad y por algunas de sus construcciones, que recuerdan la arquitectura china.

El virrey de la China, Li-Hung-Chang, es de figura imponente y su aspecto da desde luego idea de una gran personalidad: llámasele el Bismarck de Oriente, y bien merece este título quien como él goza de omnímoda influencia en el Celeste Imperio y domina por completo la marcha política de aquellas regiones. Disfruta del favor imperial desde 1860, época en que ayudó eficazmente al general Gordon á sofocar la rebelión de los Tepinges, y aun cuando se ha dicho que había caído recientemente en desgracia y que el soberano le había privado del honor de usar el traje amarillo, no parece cierta la noticia, puesto que sigue Li-Hung-Chang mandando y disponiendo y llevando la alta dirección política y militar de China.

El título de almirante de la escuadra coreana es sin duda puramente honorífico, ya que Corea no posee escuadra alguna, y es de suponer que el hecho de ostentarlo un funcionario público obedecerá al afán tan común en ciertos pueblos poco civilizados de imitar á los más adelantados, especialmente en punto á formas y ceremonias de carácter meramente externo.

Los tipos militares japoneses y chinos que publicamos indican á simple vista la diferencia que entre ambos ejércitos y aun entre ambos uniformes existe: en los del Japón se advierte desde luego la influencia europea, y los uniformes de los soldados de tierra y mar en nada se diferencian de los de nuestro continente; en cambio los chinos conservan en su mayoría el traje tradicional, que no han podido desterrar los oficiales extranjeros, alemanes é ingleses en su casi totalidad, encargados desde hace algún tiempo de acomodar á aquel ejército á las necesidades de las modernas guerras.



Dibujo de Daniel Urrabieta Vierge



Dibujo de Daniel Urrabieta Vierge



DESBOCADOS, cuadro de Ulpiano Checa



PRIMAVERA, cuadro de Enrique Lossow

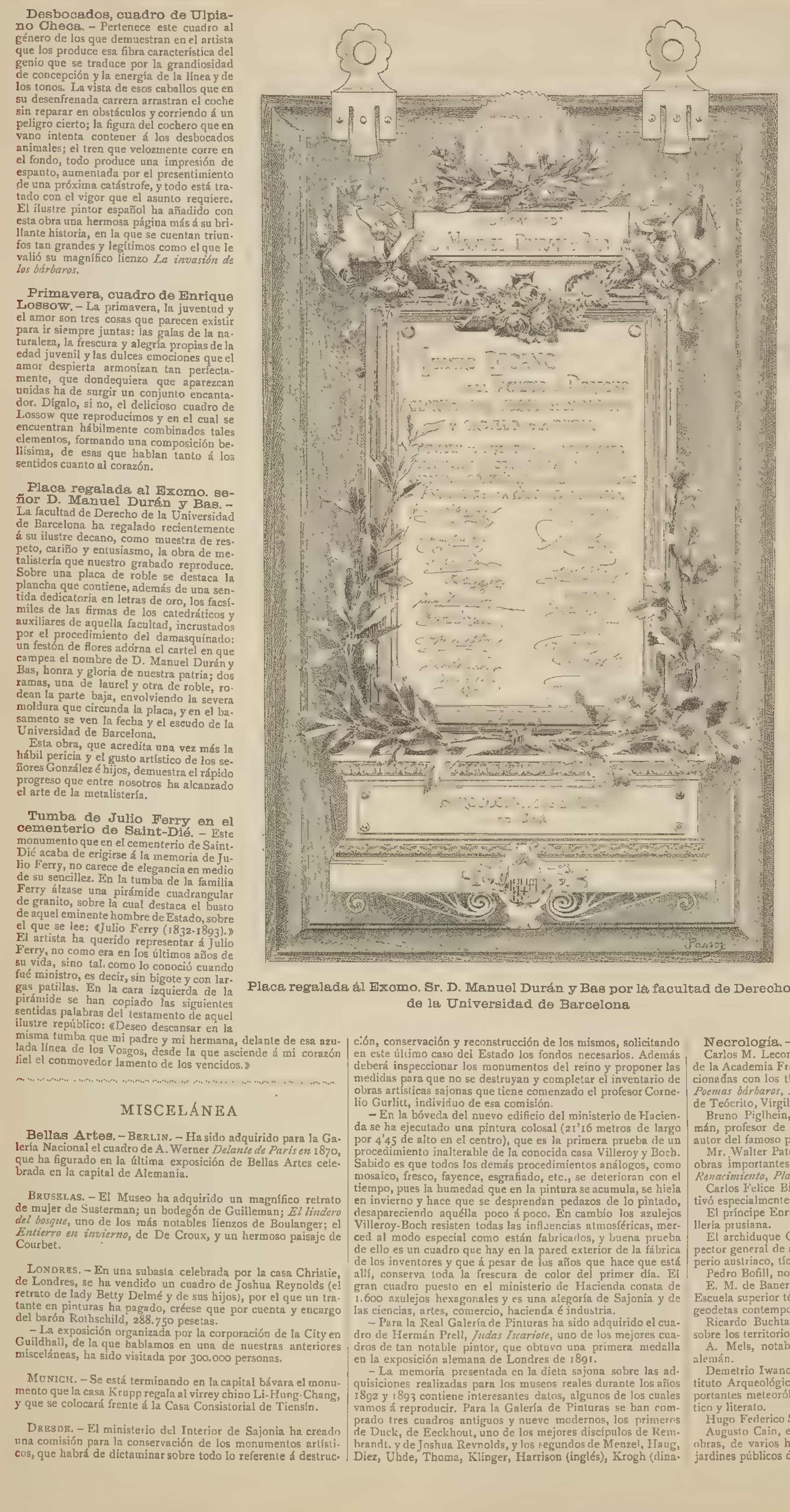
Desbocados, cuadro de Ulpiano Checa. – Pertenece este cuadro al género de los que demuestran en el artista que los produce esa fibra característica del genio que se traduce por la grandiosidad de concepción y la energía de la línea y de los tonos. La vista de esos caballos que en su desenfrenada carrera arrastran el coche sin reparar en obstáculos y corriendo á un peligro cierto; la figura del cochero que en vano intenta contener á los desbocados animales; el tren que velozmente corre en el fondo, todo produce una impresión de espanto, aumentada por el presentimiento de una próxima catástrofe, y todo está tratado con el vigor que el asunto requiere. El ilustre pintor español ha añadido con esta obra una hermosa página más á su brillante historia, en la que se cuentan triunfos tan grandes y legítimos como el que le valió su magnífico lienzo *La invasión de los bárbaros.*

Primavera, cuadro de Enrique Lossow. – La primavera, la juventud y el amor son tres cosas que parecen existir para ir siempre juntas: las galas de la naturaleza, la frescura y alegría propias de la edad juvenil y las dulces emociones que el amor despierta armonizan tan perfectamente, que dondequiera que aparezcan unidas ha de surgir un conjunto encantador. Dígalo, si no, el delicioso cuadro de Lossow que reproducimos y en el cual se encuentran hábilmente combinados tales elementos, formando una composición bellísima, de esas que hablan tanto á los sentidos cuanto al corazón.

Placa regalada al Excmo. señor D. Manuel Durán y Bas. – La facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona ha regalado recientemente á su ilustre decano, como muestra de respeto, cariño y entusiasmo, la obra de metalistería que nuestro grabado reproduce. Sobre una placa de roble se destaca la plancha que contiene, además de una sentida dedicatoria en letras de oro, los facsímiles de las firmas de los catedráticos y auxiliares de aquella facultad, incrustados por el procedimiento del damasquinado: un festón de flores adórna el cartel en que campea el nombre de D. Manuel Durán y Bas, honra y gloria de nuestra patria; dos ramas, una de laurel y otra de roble, rodean la parte baja, envolviendo la severa moldura que circunda la placa, y en el basamento se ven la fecha y el escudo de la Universidad de Barcelona.

Esta obra, que acredita una vez más la hábil pericia y el gusto artístico de los señores González é hijos, demuestra el rápido progreso que entre nosotros ha alcanzado el arte de la metalistería.

Tumba de Julio Ferry en el cementerio de Saint-Dié. – Este monumento que en el cementerio de Saint-Dié acaba de erigirse á la memoria de Julio Ferry, no carece de elegancia en medio de su sencillez. En la tumba de la familia Ferry álzase una pirámide cuadrangular de granito, sobre la cual destaca el busto de aquel eminente hombre de Estado, sobre el que se lee: «Julio Ferry (1832-1893).» El artista ha querido representar á Julio Ferry, no como era en los últimos años de su vida, sino tal como lo conoció cuando fué ministro, es decir, sin bigote y con largas patillas. En la cara izquierda de la pirámide se han copiado las siguientes sentidas palabras del testamento de aquel ilustre repúblico: «Deseo descansar en la misma tumba que mi padre y mi hermana, delante de esa azulada línea de los Vosgos, desde la que asciende á mi corazón fiel el conmovedor lamento de los vencidos.»



Placa regalada ál Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas por la facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Berlín. – Ha sido adquirido para la Galería Nacional el cuadro de A. Werner *Delante de París en* 1870, que ha figurado en la última exposición de Bellas Artes celebrada en la capital de Alemania.

Bruselas. – El Museo ha adquirido un magnífico retrato de mujer de Susterman; un bodegón de Guilleman; *El lindero del bosque*, uno de los más notables lienzos de Boulanger; el *Entierro en invierno*, de De Croux, y un hermoso paisaje de Courbet.

Londres. – En una subasta celebrada por la casa Christie, de Londres, se ha vendido un cuadro de Joshua Reynolds (el retrato de lady Betty Delmé y de sus hijos), por el que un tratante en pinturas ha pagado, créese que por cuenta y encargo del barón Rothschild, 288.750 pesetas.

– La exposición organizada por la corporación de la City en Guildhall, de la que hablamos en una de nuestras anteriores misceláneas, ha sido visitada por 300.000 personas.

Munich. – Se está terminando en la capital bávara el monumento que la casa Krupp regala al virrey chino Li-Hung-Chang, y que se colocará frente á la Casa Consistorial de Tiensín.

Dresde. – El ministerio del Interior de Sajonia ha creado una comisión para la conservación de los monumentos artísticos, que habrá de dictaminar sobre todo lo referente á destrucción, conservación y reconstrucción de los mismos, solicitando en este último caso del Estado los fondos necesarios. Además deberá inspeccionar los monumentos del reino y proponer las medidas para que no se destruyan y completar el inventario de obras artísticas sajonas que tiene comenzado el profesor Cornelio Gurlitt, individuo de esa comisión.

– En la bóveda del nuevo edificio del ministerio de Hacienda se ha ejecutado una pintura colosal (21'16 metros de largo por 4'45 de alto en el centro), que es la primera prueba de un procedimiento inalterable de la conocida casa Villeroy y Boch. Sabido es que todos los demás procedimientos análogos, como mosaico, fresco, fayence, esgrafiado, etc., se deterioran con el tiempo, pues la humedad que en la pintura se acumula, se hiela en invierno y hace que se desprendan pedazos de lo pintado, desapareciendo aquélla poco á poco. En cambio los azulejos Villeroy-Boch resisten todas las influencias atmosféricas, merced al modo especial como están fabricados, y buena prueba de ello es un cuadro que hay en la pared exterior de la fábrica de los inventores y que á pesar de los años que hace que está allí, conserva toda la frescura de color del primer día. El gran cuadro puesto en el ministerio de Hacienda consta de 1.600 azulejos hexagonales y es una alegoría de Sajonia y de las ciencias, artes, comercio, hacienda é industria.

– Para la Real Galería de Pinturas ha sido adquirido el cuadro de Hermán Prell, *Judas Iscariote*, uno de los mejores cuadros de tan notable pintor, que obtuvo una primera medalla en la exposición alemana de Londres de 1891.

– La memoria presentada en la dieta sajona sobre las adquisiciones realizadas para los museos reales durante los años 1892 y 1893 contiene interesantes datos, algunos de los cuales vamos á reproducir. Para la Galería de Pinturas se han comprado tres cuadros antiguos y nueve modernos, los primeros de Duck, de Eeckhout, uno de los mejores discípulos de Rembrandt, y de Joshua Reynolds, y los segundos de Menzel, Haug, Diez, Uhde, Thoma, Klinger, Harrison (inglés), Krogh (dinamarqués) y Liljefors (sueco), habiendo pagado por todos ellos cerca de 90.000 pesetas. Para el Gabinete de Grabados se han adquirido entre regalos y compras 1.946 grabados modernos y 209 antiguos, que han costado 27.749 pesetas.

– El Museo de Grabados de Dresde que colecciona las obras de los grabadores modernos y que posee completas las colecciones de Klinget, Kopping, Mannfeld y Mauricio Geyger, ha adquirido en los dos últimos años 394 grabados por 13.265 pesetas, y por donación otros 570. Entre estos grabados los hay de Menzel, Liebermann, Thoma, Greiner, Whistler y Seymour Haden. Además ha comprado en igual período tres acuarelas de Nisbet, Dettmann y Kubierschki por 2.800 pesetas, y 209 grabados antiguos por 19.800 pesetas, habiendo recibido como regalo 595 de estos últimos.

París. – Procedentes de los Salones de este año, el Municipio ha adquirido doce cuadros en 38.500 francos, tres esculturas en 29.000 y veinte objetos artístico-industriales en 7.900.

– El propietario del diario *World*, de Nueva York, ha regalado á la ciudad de París un grupo de bronce de cuatro metros de alto que representa á Wáshington y á Lafayette dándose la mano y llevando el primero en su izquierda las banderas de Francia y de los Estados Unidos. Este grupo, que figuró en el Salón de los Campos Elíseos de París y en la Exposición de Chicago, se colocará en la plaza de los Estados Unidos de la capital francesa: es obra de Bartholdi, el autor de la estatua colosal de la Libertad que Francia regaló á América y que sirve de faro en el puerto de Nueva York.

– En París se ha constituído una sociedad para adquirir con destino al Museo del Louvre el cuadro del gran paisajista inglés Turner, de quien no existe en aquel museo obra alguna, *La Italia de antes*, pintado en 1823.

Leipzig. – Para el Museo Municipal han sido adquiridos varios cuadros de Herkomer, Leempoels, Paterson y Kronberger y un tríptico de Firle, obras todas procedentes de las dos exposiciones recientemente celebradas en Munich.

Teatros. – *Londres.* – Se ha estrenado con gran éxito en Covent Garden una ópera en un acto, *The Lady of Longford*, libreto de sir Augusto Harris, y música del celebrado compositor inglés Emilio Bach.

París. – En el teatro de la República se ha estrenado con buen éxito un interesante drama en cinco actos y siete cuadros de Pourcelle y Menard *Eva la Folle*, que entra de lleno en el llamado melodrama por el cúmulo de peripecias y efectos teatrales, no siempre justificados, que contiene.

Barcelona. – La única novedad digna de señalarse es el estreno en italiano de la popular zarzuela en un acto *El dúo de la Africana*, que ha puesto en escena con buen éxito en el Eldorado la aplaudida compañía de opereta Gargano. En Novedades actúa una aceptable compañía de ópera que canta las más conocidas del repertorio lírico. En el Tívoli se prepara el estreno de *Miss Robinson*, arreglada del francés por D. Salvador M.ª Granés.

Necrología. – Han fallecido:

Carlos M. Leconte de Lisle, ilustre poeta francés, individuo de la Academia Francesa, autor de notabilísimas poesías coleccionadas con los títulos de *Poemas antiguos*, *Poemas y poesías*, *Poemas bárbaros*, *Poemas trágicos* y de hermosas traducciones de Teócrito, Virgilio, Esquilo y otros clásicos de la antigüedad.

Bruno Piglhein, célebre pintor de historia y de género alemán, profesor de la Academia de Bellas Artes de Munich, autor del famoso panorama de la *Crucifixión de Jesucristo.*

Mr. Walter Pater, notable publicista inglés, autor de varias obras importantes, entre ellas *Estudios sobre la historia del Renacimiento*, *Platón y el platonismo* y otras.

Carlos Felice Biscarra, célebre pintor y crítico italiano: cultivó especialmente los géneros histórico y religioso.

El príncipe Enrique IV de Reuss-Kostritz, general de caballería prusiana.

El archiduque Guillermo Francisco Carlos de Austria, inspector general de artillería, gran maestre de la Orden del Imperio austriaco, tío de S. M. la Reina Regente de España.

Pedro Bofill, notable escritor y crítico español.

E. M. de Banernfeld, profesor de Geodesia y director de la Escuela superior técnica de Munich, uno de los más eminentes geodetas contemporáneos.

Ricardo Buchta, célebre africanista, autor de varias obras sobre los territorios del Nilo.

A. Mels, notable novelista, periodista y autor dramático alemán.

Demetrio Iwanowitch Prosorowski, antiguo profesor del Instituto Arqueológico de San Petersburgo, uno de los más importantes meteorólogos rusos y notable paleógrafo, numismático y literato.

Hugo Federico Salmson, pintor de historia y retratista sueco.

Augusto Cain, eminente escultor francés, autor, entre otras obras, de varios hermosos grupos colosales que adornan los jardines públicos de París.



El duque de Maufert salió del garito

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS.—ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

I

LOS OFICIALES DEL PUENTE NUEVO

Tres horas llevaba en el garito el duque de Maufert, jugando y perdiendo con inalterable constancia.

Por fin, cogió de un puñado los últimos escudos que se arrastraban por su bolsillo y los tiró con desdén sobre el tapete.

También esta vez la suerte le fué contraria, pero el duque sonrió á semejante pérdida definitiva, con mejor talante que á un buen golpe.

—Desgraciado en el juego, afortunado en amores, se dijo para sí.

Y con esto, levantóse, se ciñó la espada, requirió los guantes, cogió el bastón, y echándose sobre los hombros la capa de terciopelo negro y sobre la cabeza, de un manotazo, el sombrero con blanca pluma por adorno, salió del garito.

Apresuradamente, con el temor de perder una ocasión ya prevista, corrió por la calle de la Moneda hasta embocar el Puente Nuevo. Una vez allí, detuvo el paso.

Era una hermosa tarde de primavera. El cielo, que ardía por Poniente con rojos resplandores de ascua, pasaba por suaves transiciones al color de la turquesa, de tonos delicados y marchitos, hasta desleirse en el invasor azul de la noche.

Era la hora en que terminaban los espectáculos de barracón, al aire libre. Tabarín corría su telón, y el rechoncho Tomás, el operador, echaba la llave á sus panaceas y drogas maravillosas. Los vendedores de legumbres, cuyos puestos alquilaban, según privilegio, los ayudas de cámara del rey, iban retirando á toda prisa sus canastos.

A la entrada del puente, ya estaban los pajes de silla con la correa al hombro y la vara en la mano, mientras encendían sus linternas los faroleros para alumbrar á los burgueses timoratos que no osaban discurrir sin escolta por las calles en cuanto anochecía.

¡Buenos ojos se necesitaban para distinguir á una persona á quien se esperara, á través de la sombra creciente y en medio de aquella inquieta multitud que iba y venía!

Pero el duque de Maufert tenía veinticinco años, y su vista, como de joven, era excelente. Plantado en medio del arroyo, acechaba con impaciencia los altos andenes de madera que, para uso de los peatones, corrían á lo largo de los parapetos del puente, y redoblaba su vigilancia en cuanto veía resaltar sobre el cielo la silueta de una pareja de mujeres discurriendo juntas. El caso era frecuente, porque, si á tales horas, el París de los mirones y pazguatos, que componía el ordinario auditorio de los bateleros, se decidía á retirarse á cenar, las muchachas de las tiendas venían á reemplazarles acudiendo al pie del caballo de bronce en busca de sus horterillas. Conforme iba cerrando la noche, parecían también por allí las mal maridadas y doncellas prófugas de su casa, los galanes á caza de aventuras, gentes de toda laya, matachines y foragidos, restos de los ejércitos licenciados, rezagados de la Fronda que no tuvieron á bien acogerse al armisticio entre la Regente y la capital. Todas las truhanerías, en una palabra, arrojaban allí su contingente.

El duque Enrique se impacientaba á ojos vistas, cuando de pronto una mano atrevida cogióle de la capa y le tiró hacia atrás, á tiempo que alguien gritaba con ronca voz: «¡Mata!»

Maufert se desprendió con viveza, y poniéndose de un salto á dos pasos, tiró de la espada.

No bien la hubo desenvainado, dió con la punta de otra.

—¡Maldito arrebata-capas!, gritó. ¡Cara te va á salir la impertinencia!

Pero apenas había soltado esta exclamación, cuando la misma voz, en tono amistoso y alegre, dijo entre carcajadas:

—¡Diablo!..¡ Si es Manfert! ¡Bravo, Manfert! ¡A ti sí que no te cogen desprevenido! ¡Siempre pronto al quite!

—¡Ah, loco Brillac!, respondió el duque, riendo á su vez... ¿Conque sigues con tus escapatorias?

—¡Qué le vas á hacer!.. ¡Hay que divertirse!.. ¡Como empecé una colección, la estoy completando!

—¿Qué colección?

—Una colección de capas.

—¡Singular idea!.. ¿Y cuántas tienes ya?

—Doscientas ocho. Todas adquiridas después de echar un trago, espada en mano y en el Puente Nuevo. Las primeras las recogí en compañía de S. A. Monseñor el duque de Anjou, que me obligó á formar tal galería.

—¡Bah! Serán capas de trapero.

—Te engañas, amigo mío; yo no soy ladrón de ropa de desecho, sino de seda; sólo recojo capas de corte. Sin vanidad, bien puedo decir que cumplo un



La dama llevaba el rostro cubierto con un antifaz

oficio social, sumamente útil: vengo á ser la piedra de toque del valor... ¡Ah caro amigo!.. ¡Cuánto ha degenerado la especie! ¡Cien veces debía verme ensartado, en tales aventuras!.. Pero ¡quia! Anteayer sin ir más lejos, caí sobre el lindo Mussy, que se las echa de valiente en el Carroussel; yo esperaba que reñiría como un bravo... ¡Nada de esto! ¡No he visto caso más deplorable! Sólo una vez me valió mi manía una formidable dentellada de ese jabalí que llaman el conde de Roquesante... Tres meses estuve entre la vida y la muerte... y sin la capa... Pero vamos á ver, y tú ¿qué vienes á hacer en mis dominios?

Rato hacía que el duque no escuchaba á su interlocutor; fijos los ojos en el andén de la derecha, estaba mirando á dos mujeres que hacia allí se encaminaban rápidamente: la una iba algo encorvada y á pasito; la otra era de esbelto y erguido talle.

El duque oyó, sin embargo, todavía la pregunta de Brillac:

—¡Amor y misterio!, contestó, con un dedo sobre los labios.

Brillac echó mano al sombrero y saludó al amor, mientras Manfert se lanzaba en persecución del misterio.

Enrique había dicho la verdad soltando á la cara del coleccionista de capas dos inmensos vocablos.

Presentía que un amor infinito debía atarle por toda la vida á una de aquellas dos mujeres, á quien acechaba todas las tardes dos semanas hacía, con no haberle visto aún el rostro é ignorar su nombre y su edad.

¡Cuán brevemente se desarrolla la pasión que desafía lo imposible, cuando se apacienta con lo desconocido, se embriaga de ensueños y arranca á la fantasía todos los esplendores de lo ideal!

Una tarde, el duque se había cruzado en la calle con la dama y la doncella. La dama llevaba el rostro cubierto con un antifaz, siguiendo la moda corriente entre las más encopetadas; pero á través de los agujeros de la máscara, que era de terciopelo, Enrique vió brillar dos ojos que centelleaban como negros diamantes. La mantilla de blonda, caída sobre sus trenzas, sólo velaba en parte la hermosura de su cabello. Lo que más sedujo á Enrique fué la extraordinaria elegancia de aquel talle, lo bien proporcionado del cuerpo y el peculiar atractivo de todo su porte. Así es que se puso á seguir á la desconocida sin acercarse á ella y examinando, detallando, descubriendo en ella á cada paso nuevas perfecciones.

¿Adónde iba? ¿Dónde habitaba? ¿Quién era? Esto es lo que se prometió saber muy pronto.

La primera vez, la desconocida, después de haber atravesado el Puente Nuevo, dió bruscamente la vuelta por el castillo Gaillard y desapareció sin que el duque pudiese encontrarla de nuevo.

En vano la aguardó al siguiente y al otro día.

Ya desesperaba de dar con ella, cuando, á la tercera tarde, reapareció la dama por el Puente Nuevo. Manfert se le acercó y dirigióle algunas frases galantes de moda.

No pareció atenderle la desconocida; pero como siguiera él cada vez más importuno é indiscreto, miróle de tal modo, ofendida en su dignidad, que el duque se quedó perplejo como si acabase de ultrajar á una reina. No estaba, por cierto, acostumbrado á que le rechazaran con tal desabrimiento. Pero semejante acogida, las dificultades que previó y la probable imposibilidad en que iban á estrellarse sus deseos, los avivaron en vez de extinguirlos, hasta entregarle en cuerpo y alma á semejante pasión.

Sólo en aquella mujer pensaba continuamente; sólo á ella veía en sueños; y en los mismos vapores de la orgía, en los cuales intentó anegar la hechicera imagen, ésta le alucinaba de nuevo, más tenaz y poderosa que nunca. Se juraba huir de ella y todas las tardes una fuerza invencible le traía al mismo punto de acecho, y allí permanecía largas horas, temblándole el corazón, y sin ánimos para acostumbrarse á la idea de que su ídolo no había de volver.

Por fin, allí estaba realmente; á bien poca distancia. Envuelto en su misma sombra, la seguía él; la veía.

Esta vez no quería alejarse de ella ni un paso.

Mas para que no desapareciese de nuevo, convenía que no sospechase siquiera la presencia del duque, por lo cual empleó éste todos los ardides de rigor para no ser visto. Desde luego, guardóse muy bien de subir al ándito lateral por la escalera próxima á la estatua de Enrique IV. Lejos de ello, continuó andando con las mayores precauciones por en medio de la calzada, envuelta en mayor obscuridad.

La treta fué propicia á su intento. Llegada junto al castillo Gaillard, la desconocida se volvió para cerciorarse de que nadie la seguía. El duque agazapóse detrás de un barracón.

Como no descubriera nada sospechoso, la enmascarada siguió adelante, internóse por la calle Dauphine y se detuvo ante una casucha. La dueña empuñó el aldabón y dió seis golpes, espaciados de dos en dos.

Abrióse inmediatamente la puerta, y la tapada y su doncella desaparecieron por el pasillo.

—¡Diablo!, murmuró Manfert.

De pronto, sobrecogióle una idea que le torturó horriblemente.

¡La dama iba á una cita! ¡Tenía un amante!

Mordido en el corazón por los celos y llevado de un acceso de cólera, sólo pensó por un momento en derribar aquella puerta y lanzarse á matar á quien le robaba el amor de aquella mujer.

Ya había dado algunos pasos, movido de tan descabellado propósito, cuando se detuvo en el dintel.

El aspecto de la casa le tranquilizó. No era posible que en aquel casuchón, cuarteado, ruinoso, con un portillo mugriento y nauseabundo, se escondiera un nido de amores.

¡Poco delicado había de ser el amante que trajese á tan miserable tugurio á una dama digna de pisar la marmórea escalera de un palacio!

Pero entonces, ¿á qué iba allí aquella mujer que parecía una reina?

—¡Yo he de saberlo!, se dijo Manfert.

Y decidido á aguardar, buscó un rincón desde donde acechar cuanto ocurriese.

La misteriosa casucha salía de la línea de las demás casas, de modo que el duque pudo acomodarse perfectamente en el ángulo más próximo á la puerta.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

Apenas habían transcurrido cinco minutos, cuando oyó ruido de pasos en el antiguo corredor y luego el chirrido de los goznes de la puerta.

Manfert se agazapó en su rincón y escuchó.

La desconocida salió seguida de la dueña, y una vez en la calle, no bien había dado dos pasos, volvióse y dijo á un hombre que el duque no podía ver desde su sitio:

—Quedamos en que á la primera señal...

—¡A la primera señal!, contestó una voz fuerte, con marcado acento del Mediodía, que comunicaba vibrante sonoridad á todas las sílabas. ¡A fe de Caldegás, que vais á quedar satisfecha! ¡Sólo el tiempo de recoger mi espada, y corro á reunirme con mis hombres en la taberna de las Tres Virtudes! ¡Ya veréis cómo se portan batiendo el cobre! No son por cierto de los que se reservan: ¡brava gente! Por desgracia, los dos mejores, Marmissolle y Pochelú, sólo traba-



Manfert vió algunas sombras cercando en tropel una silla de mano

jan con brío cuando han remojado el gaznate ¡los pobres!... Convendría alentarlos un poco, señora.

– Tomad, dijo la desconocida con desdén.

Manfert percibió el sonido de una bolsa tirada al aire, y cogida al vuelo por la experta mano de Caldegás.

– ¡Los santos ángeles os bendigan!, añadió el vasco.

Pero la desconocida no se entretuvo en recibir las gracias y echó á andar otra vez en dirección al muelle.

Manfert aguardó á que Caldegás se hubiese metido en su tugurio y luego siguió á la incógnita dama. La escena á que había asistido despertaba extraordinariamente su curiosidad. Preguntábase á qué fin una mujer tan distinguida y orgullosa como ella podía avistarse con aquel hombre con trazas de bandido. ¿Qué servicio se prometía de él? Todo esto era muy misterioso y la imaginación del duque se entregó á mil conjeturas, ninguna de ellas satisfactoria, con lo cual crecía más y más su acre deseo de conocer á tan misteriosa criatura y arrancarle su secreto.

La dama del antifaz, lejos de tomar otra vez por el Puente Nuevo, se deslizó á lo largo del ribazo de los Agustinos, á paso lento, como si fuera de paseo. Y cuando se halló á tiro de mosquete, volvióse por el mismo camino.

Pasó media hora. El duque se había colocado en uno de los terraplenes que avanzaban sobre las pilas del puente y desde allí no perdía de vista á la dama Bien pronto observó que ésta no dirigía una palabra á la dueña.

– Para que una mujer se esté callada tanto tiempo, forzoso es que ande muy preocupada y absorta, dijo para sí.

De pronto, la desconocida volvió á apresurar el paso, tomó por el Puente Nuevo y fué á situarse en el mismo terraplén donde aguardaba Manfert.

El corazón del joven latió con violencia sintiendo tan cerca á su ídolo. ¡Singular ocasión para su intento!

El duque, conocedor de los designios de la dama, tenía la seguridad de que ésta no había de abandonar aquel sitio, detenida allí por un interés poderoso y forzada, por tanto, á escucharle, so pena de renunciar á las maquinaciones que ella misma había dispuesto.

Con todo, antes de comprometerse, aguardó un instante.

La desconocida, de pie, sin moverse, clavaba los ojos en la entrada del puente. Contemplábala extático Manfert, y le parecía más hermosa que nunca, con su vestido de fernandina, adornado hábilmente de pasamanería y encajes á la española.

Sin el menor ruido, Manfert se acercó todavía más á la dama, deslizándose detrás de ella. Entonces, con la mayor dulzura que supo, murmuró á su oído estas palabras:

– Excusad, señora, mi audacia y mi impertinencia; pero, os lo dije ya otra vez, os amo.

Volvióse ella y reconoció al caballero cuyas declaraciones había rechazado poco antes.

Chispeó en sus ojos la ira, pero no por esto se retiró de su observatorio, como ya previera el duque.

– Muy irritada estáis contra mí y por cierto sin razón. No he de pretender moveros con juramentos, señora; pero instantes hay en la vida en que necesitamos el esfuerzo y sacrificio ajenos; sabed, pues, que soy vuestro con alma entera, os bastará pronunciar una sola palabra, para que os sacrifique mi existencia y mi fortuna. A una señal de vuestra adorable mano, me sentiré capaz de las más legendarias proezas. Si queréis colmarme de ventura, disponed de mí. Mandad y obedezco. Sólo vos habéis conseguido hechizarme; cuanto veo en las demás mujeres no iguala á lo que en vos adivino... No me toméis por un aventurero á caza de fortuna; poderoso soy..., ó al menos por tal me tenía, hasta que, viéndoos, me hicisteis medir toda mi flaqueza. El alma daría por besar esas manos de reina ó acariciar esos cabellos, mi tortura y mi delicia... ¿Tiene acaso derecho á mostrarse inhumana quien nació tan hermosa? . ¿No os compadeceréis?..

En aquel punto, la dama del antifaz extendió la diestra y levantó el índice con imperativo gesto.

Sonó inmediatamente un silbido. Manfert vió algunas sombras cercando en tropel una silla de manos, que atravesaba el puente, escoltada por algunos faroles. Prodújose luego espantoso tumulto.

De pronto, se oyó un grito de terror, un grito de mujer.

Manfert era valiente y su primer designio fué acudir á la voz de «¡socorro!» Dió un paso, tiró el bastón y echó mano á la espada.

Pero antes que hubiera podido desenvainarla, cogióle del brazo la enguantada mano de la desconocida, como para detenerle.

El duque miró á la dama.



¡Volvióse ella y reconoció al caballero cuyas declaraciones había rechazado poco antes

Brillaban sus ojos con infinita dulzura, á través del antifaz.

– Seguidme, le dijo ella.

Un punto vaciló el caballero entre su amor y su deber.

– ¿Así me obedecéis?, añadió la máscara.

Y súbitamente, partió el duque tras ella.

(Continuará)

LA ESCULTURA MODERNA

EN INGLATERRA (1)

En los últimos días de 1879, Mr. Armstead fué elegido individuo de la Academia de Bellas Artes, y á fines del mes de abril de 1880, mes en que durante los últimos años no se había verificado ninguna elección, los académicos se reunieron para acordar quién debía sustituir al citado artista. Los votos recayeron en favor de Mr. Charles B. Birch, escultor, en cuyas obras se descubrían las influencias de Ranch, que había sido su maestro en Berlín, y las de Toley, que fué después su compañero de trabajo. Después de haber modelado delicadas figuras idílicas de jóvenes aldeanas, Birch, seducido por el éxito popular de Boehm, cayó otra vez en una especie de violento realismo alemán. Había enviado á la exposición de 1880 un grupo de soldados ingleses en belicosa actitud, pasando entre afghanes caídos en el campo de batalla, donde se veían correajes, pistolas, cascos y todo el equipo de guerra, representado de la manera más realística en aquella marcial composición. El grupo y una pequeña estatua que representaba á un montañés desafiando á un águila invisible, llamaron la atención de los académicos más antiguos, y Birch fué elegido, y desde entonces siguió siendo un escultor típico de la antigua escuela en quien no influían las nuevas ideas. Uno de los académicos, eminente arquitecto, me escribió al día siguiente diciéndome: «Ya está dentro Birch; pero no puedo menos de pensar que muchos de nosotros, al salir del salón de sesiones y en el momento de pasar por delante de la *Artemisa* de Thornycroft, nos preguntamos si habíamos hecho buena elección.»



ARIEL, escultura de H. H. Armstead, R. A.

El nombre de Hamo Thornycroft, muy modesto entonces, no era más que el de un estudiante que prometía mucho, y los individuos de la Academia no estaban preparados á principios de 1880 para aceptar á ese artista como maestro.

Sin embargo, cuando se abrió la exposición, una semana después, su pequeña estatua hizo furor, y tan universal fué el coro de alabanzas que se elevó en torno suyo, que la Real Academia no pudo menos que fijar su atención en él. La verdad es que un estudiante inteligente se había elevado de pronto al pináculo de su profesión. Nacido en 1850, Thornycroft no era ya muy joven, y algo difícil es explicar la causa de un cambio tan radical como el observado entre su trabajo de 1879 y sus obras de 1880. Su *Artemisa* y otra estatua que llevaba por título *Atleta arrojando la piedra* fueron las dos con que la nueva escultura se inauguró en Inglaterra, y cada una de ellas merece del crítico historiador una consideración algo detenida. La *Artemisa* de Mr. Thornycroft es la figura atlética de una joven que avanza rápidamente por un bosque; su perro se ha desviado á la derecha, y por su movimiento, la muchacha retira hacia atrás la mano izquierda, comprimiendo así su ligera ropa, mientras que con la derecha coge una flecha de su carcax.

Es elemento de mucha originalidad la delicadeza de ropaje trasparente, á través del cual se distinguen las carnes. A fin de conseguir el efecto, el escultor terminó primeramente la figura entera, dejándola más desnuda de lo acostumbrado, porque toda la superficie debía desaparecer después bajo el ligero ropaje de muselina. El modelo era del todo una nueva idea, característica de la ciencia superior y del conocimiento que debía inducir á los nuevos hombres á comunicar este grado de perfección á la obra que debía ocultarse. Si el estilo delicado, la gracia y la dignidad eran cualidades altamente características de aquella magnífica *Artemisa* de 1880, casi mayor interés debía tener para el crítico el notable bronce que tenía por título *Atleta arrojando la piedra*. Sin embargo, los críticos, asombrados ante el naturalismo de la superficie, el modelado de las delgadas aunque musculares piernas del joven, y la falta de todo carácter canovesco, clamaron contra aquella figura de tan duro realismo y en la que no se notaba la menor «reserva clásica.» Dijeron que la *Artemisa* rebosaba de tal modo de suprema belleza, que no se podía menos de admirarla; mientras que el *Atleta arrojando la piedra* requería un ojo más práctico é instruído que el de la mayoría de los artistas para apreciar su valor. Ese bronce ha sido cada vez más apreciado por los estudiantes de escultura, y es ahora una especie de obra clásica de la escuela inglesa.

Poco más había en la exposición de 1880 que pudiéramos identificar ahora con la nueva escultura, pero mucho que indicaba progreso en la vitalidad é inteligencia, distinguiéndose en este período Boehm, que exhibió en dicho año varias pequeñas estatuas icónicas, muy admiradas hasta por los artistas. Nacido en Viena en 1834, José Edgardo Boehm llegó á Londres cuando ya contaba treinta años, y á pesar de un breve período de enseñanza parisiense, había conservado y persistía en conservar sus inclinaciones germanas. En 1880 llegó á ser el escultor más favorecido y popular del país; y que poseía mucha habilidad como modelador es cosa que ningún crítico competente podrá negar. Varios de sus bustos y las mejores de sus figuras de animales eran en realidad excelentes; pero pecaba de ser radicalmente prosaico sin distinción ó estilo; y mucho de lo que se admiraba en él reducíase simplemente á una diferencia en las texturas, omitida por otros hombres en Inglaterra, y que presentaba un agradable efecto pictórico á la vista. Esto era resucitar su enseñanza austriaca. En Alemania, y á través del peor período de su decadencia, el arte de la escultura se había cerrado siempre á una especie de realismo en detalle; y sin duda se debía esto á la práctica nacional del esculpido en madera. Bohem iba más allá; había hecho un estudio profundo y era hábil, pero no un gran artista, ni menos artista inglés; de modo que su lugar en la historia de la escultura inglesa es insignificante. Lo que poseía debíalo en gran manera, sin la menor duda, á la influencia de Dalou, un francés que, así como él, habíase establecido en Londres.

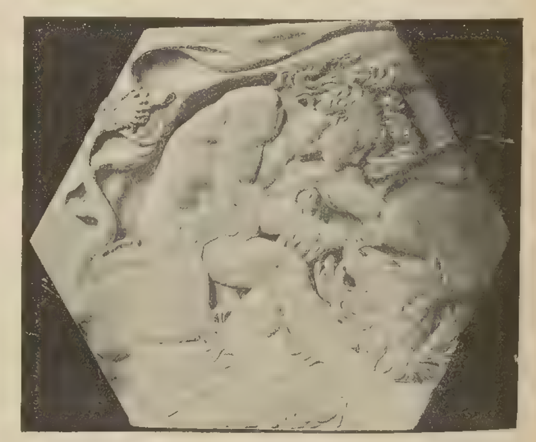
La obra de Mr. Armstead en 1880 demostró que se reproducía un trabajo más importante, y á decir verdad, mucho más significativo. Ocupábase entonces en esculpir ciertos bajos relieves en mármol, muy caprichosos, en los que se ostentaban con gran vigor las singulares cualidades de su arte, no debido á ninguna influencia moderna, sino tomado directamente del Renacimiento francés del siglo XVI. Aquellas planchas de mármol tenían también un curioso aspecto asirio de intencionado amaneramiento, pues las superficies se habían aplanado sin graduación para concentrar todas las altas luces en el mismo ángulo. De estilo poco conforme con el moderno, esos mármoles son dignos de un detenido estudio.

Si la nueva escultura, desde el punto de vista técnico, se podía reconocer en alguna cosa en la Real Academia, era seguramente en dos únicas obras, en la graciosa y refinada *Dafne* de Mr. G. Lawson, y en el aún imperfecto grupo de *La muerte de Abel*, por Mr. T. Sterling Lee. En cada una de estas obras era bien aparente la infiltración de los métodos franceses, aunque aceptados con timidez en una de ellas y con alguna torpeza en la otra. En el caso de mister Lawson, la repetición de los tipos de Flaxman y del estilo griego puro, olvidada hacía algún tiempo bajo las influencias escocesas, fué señal de progreso y del más perfecto dibujo para la escultura británica.

En 1881 Mr. Thornycroft había alcanzado gran reputación, tanto que en 20 de enero, á pesar de no haber ocurrido ninguna vacante entre los escultores académicos, fué elegido individuo de la Real Academia por una gran mayoría. Sus trabajos para la exposición anual eran esperados con ansiedad; y cuando se vió su magnífico *Teucer* en la entrada del gabinete de lectura, esta obra y el cuadro más notable que se había presentado merecieron toda la atención del público, que hacía tiempo no se interesaba por la escultura. La viril estatua, ligeramente arcaica, fué una contestación directa á los que habían profetizado que los elementos de la gracia lírica y el delicado refinamiento serían las únicas cosas que probarían el dominio del joven artista.

Vale la pena recordar aquí ciertas reformas emprendidas en 1881 para el arreglo de la escultura, por haber sido considerable el estímulo que comunicaron á los nuevos artistas. Hasta entonces una absurda pirámide de tiestos de plantas con flores había obstruído el centro del gran salón, y lo que era peor, los bustos se exhibían en una larga línea, colocados sobre una tabla que se corría alrededor de lo que entonces llamaban Galería de Escultura. En 1881, dos grandes obras, la *Cleopatra*, de Lawson y *Un momento de peligro*, de Brock, se colocaron en el centro antes ocupado por la pirámide de tiestos; y por una acertada disposición, los bustos separados de la pared exhibiéronse cada uno en su pedestal, mientras que el *Teucer* y otra estatua se llevaron al gabinete de lectura. En 1882 hiciéronse más reformas aún y se formó una galería especialmente apropiada para la escultura.

Por lo demás, la exposición de escultura en la Real Academia en 1881 interesó principalmente porque reproducía los caracteres del año anterior. Mr. Armstead presentó algunos otros de sus curiosos bajos relieves en mármol, esculpidos con exquisito gusto, pero algo experimentales en el tratamiento de los planos. Mr. Lowson se sobrepujó á sí mismo en una magnífica *Cleopatra*, y Mr. Sterling Lee presentó una estatua de *Caín* que denotaba gran progreso. Podría decirse que un nuevo artista se presentaba en 1881, Mr. Roscoe Mullins, pues aunque se habían expuesto ya antes algunas obras suyas, nunca se había manifestado en ellas tanta perfección como en sus bustos de la Real Academia ó el grupo *La Madre y el niño* en la galería de Grosvenor. Sus *Conquistadores*, aun que más recientes, constituyen una muestra típica de su trabajo. Entretanto, el reconocimiento de la nueva escultura por el presidente y consejo de la Academia no adelantó mucho, pues las dos obras elegidas para la compra fueron un grupo de un escul-



DAVID LUCHANDO CON UN LEÓN, bajo relieve de H. H. Armstead, R. A., existente en la capilla de los Guardias, cerca del palacio Buckingham

(1) Véase el número 652.

tor antiguo que había conocido mejores tiempos y *Un momento de peligro*, de Mr. Brock. Este último artista estaba sometido aún á la influencia de Toley, de quien era discípulo favorito y acreditado sucesor. En su gran bronce *Un indio luchando con una serpiente*, había imitado el *Atleta* de sir Federico Leighton, y también la estatua ecuestre de *Outram*, de su maestro.

En 1882 los críticos y el público en general reconocieron el hecho de que en la escultura inglesa se había efectuado una revolución. Por primera vez en nuestra historia artística la escultura de la Real Academia fué digna de examen; hubiérase dicho que una nueva vida resucitaba todo aquel arte, hasta entonces tan frío, tan artificial y dotado de una existencia tan espasmódica. Mr. Thornycroft era todavía el más distinguido representante de la nueva escuela, de la que había también sido el organizador. Su *Artemisa*, ejecutada entonces en mármol para el duque de Westminster, y su *Teucer* ocupaban los puestos de honor en las dos extremidades en la sala de lectura. Las dos obras se presentaron con mucha ostentación; el mármol había sido modelado con la más exquisita delicadeza, y el bronce presentaba los efectos de modificaciones hechas en la arcilla después de haberse devuelto al taller del escultor el otoño precedente. El *Teucer* era la obra á que John Millais se refería cuando dijo que cierto trabajo de un escultor inglés moderno era tan primoroso, que si se hubiera extraído de las ruinas de Roma ó de las arenas atenienses, con el sello de una mutilación parcial, toda Europa lo hubiera contemplado con éxtasis, diciéndose: «Ya no se hace nada como eso.»



CONQUISTADORES, escultura de Roscoe Mullins

EDMUNDO GOSSE

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

OBRAS DE FRAY VICENTE SOLANO. – El establecimiento tipográfico de «La Hormiga de Oro» ha publicado el tomo tercero de esta importante colección del sabio padre de la orden de Menores en la República del Ecuador, Fray Vicente Solano. Contiene infinidad de artículos de polémica sobre diversos asuntos, pero principalmente religiosos y filosóficos, en todos los cuales resplandecen las mismas notables cualidades que hemos hecho notar al ocuparnos de los tomos anteriores.

***

LETRAS DE MOLDE, *por Luis de Val.* – La Biblioteca Selecta que con tanto éxito publica en Valencia D. Pascual Aguilar ha coleccionado en el último de sus tomos algunos interesantes artículos del conocido escritor Luis de Val, tan bien pensados como sentidos, que se leen con verdadero deleite, como todo lo que, además de las galas de la forma, contiene un fondo de sentimiento, que es lo que caracteriza á casi todos los trabajos que contiene el volumen de que nos ocupamos. Véndese á 2 reales en las principales librerías.

***

JURAR EN VANO, *novela por Modesto Hernández Villaescusa.* – En distintas ocasiones hemos ensalzado cual se merecen las obras del distinguido escritor señor Hernández Villaescusa y hoy hemos de prodigarle una vez más nuestras justas alabanzas con motivo de su última novela *Jurar en vano*, que reune cuantas condiciones pueden exigirse en este género literario: lenguaje castizo, argumento interesante y un fondo eminentemente moral que lo hace recomendable aun para las personas más descontentadizas en este punto. Véndese á 2 pesetas.

***

EL DRAMA UNIVERSAL. – COLÓN. *Poemas por don Ramón de Campoamor.* – Forman estas dos obras los tres últimos tomos, dos *El drama universal* y uno *Colón*, de la Colección Diamante que con grande éxito publica el conocido editor barcelonés D. Inocente López. Alabar estos poemas del ilustre cuanto conocido poeta, nos parece ocioso, tratándose de una figura que tan elevado puesto ocupa en nuestra literatura contemporánea: Campcamor y sus poesías son harto conocidos para que sea necesario encomiarlos. Cada tomo se vende en las principales librerías á 2 reales.



Tumba de Julio Ferry en el cementerio de Saint-Die

PREDICAR EN DESIERTO, *por Enrique Redel.* – El conocido poeta Enrique Redel, de quien en esta misma sección nos hemos otra vez ocupado, ha publicado el segundo tomito de sus poesías, muy inspiradas todas ellas y hermosamente escritas y todas respondiendo al lema «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia...» que al frente de una bellísima semblanza del poeta ha puesto el conocido escritor Máximo Soto Hall. Véndese el tomo en las principales librerías de Madrid, y en Córdoba en casa del autor (plazuela de Don Gómez, 2), á una peseta.

***

MÉTODO DE CANTO, *del maestro Ramón Torras.* – Es esta una obra muy útil para los que quieren dedicarse al canto: en ella se encuentran claramente explicadas cuantas reglas deben observar, así los profesores como los alumnos, constituyendo un tratado completo de cuanto se relaciona con la emisión regular y artística de la voz. Catorce figuras ayudan poderosamente á comprender las explicaciones del *Método de canto* del Sr. Torras, que ha sido publicado en la Habana y se vende en casa del autor, O'Reilly, 71.

***

EL ESPIRITISMO. Manual científico-popular por el *P. Juan José Franco.* Versión castellana de *L. C. Viada y Lluch.* – En esta obra, editada por la librería de «La Hormiga de Oro,» expone el docto jesuíta la historia del Espiritismo, sus vicisitudes hasta nuestros días, sus relaciones con la magia, con el magnetismo animal ó mesmerismo y con el hipnotismo, sus fenómenos materiales é intelectuales y las doctrinas más comunes en sus asambleas, señalando los graves peligros que consigo traen las prácticas espiritísticas. Forma un tomo de más de 400 páginas y se vende á 2'50 pesetas.

***

GRAMÁTICA CASTELLANA. – LOS VERBOS CASTELLANOS. – COMPENDIO DE GRAMÁTICA CASTELLANA, *por D. Alfredo Carricaburu.* – Con la publicación de estas obras ha prestado un gran servicio á la enseñanza el ilustrado profesor de idiomas de la Habana Sr. Carricaburu, que ha puesto en ellas cuanto exigen los adelantos de la pedagogía. Agrupadas dentro de un método rigurosamente lógico, las materias que en esos libros se tratan están explicadas con claridad suma por medio de ejemplos prácticos que permiten la fácil comprensión de las mismas, y especialmente de lo que se refiere á los verbos irregulares, uno de los puntos más difíciles de nuestra gramática. Las obras del Sr. Carricaburu, muy ensalzadas por la la prensa habanera y por varias eminencias españolas, han sido declaradas útiles para la enseñanza por la Junta superior de Instrucción pública.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 3 de septiembre de 1894 — Núm. 662

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal «Los Ecos de las Montañas,» de D. José Zorrilla, con magníficas ilustraciones de Gustavo Doré.

SALÓN PARÉS



LA ANUNCIACIÓN, cuadro de José M.ª Tamburini

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

De varias cuestiones y de varios importantes problemas voy á ocuparme en este artículo, que habrá de ser somera enunciación de las cuestiones y problemas á que me refiero, y que á no impedírmelo fuerza mayor, habrán de servirme para tratar en sucesivos artículos con detenimiento, cual lo requiere especialmente cuando afecta á las enseñanzas del arte y de las aplicaciones de éste á la industria.

Por de pronto, debo apuntar cómo mis presunciones respecto del criterio que los artistas madrileños, ó que en Madrid viven y aquí se iniciaron en el arte, habían de imponer en Bilbao, fué presunción no exenta de fundamento. Por las listas de obras premiadas y por los juicios que á algún crítico le han merecido las producciones de cuantos por aquella región de las Vascongadas y Vizcaya al arte se dedican, puede sacarse en consecuencia cómo el prejuicio es innato en el artista, aun cuando éste alcance los más altos lugares en el cultivo del arte. No hace mucho tiempo un ilustre pintor publicaba en las columnas de *El Liberal* y en la sección en dicho diario abierta, con el título de *Plutarco del Pueblo*, un estudio crítico-biográfico del eximio autor de *El Testamento de Isabel la Católica*, Eduardo Rosales; y en el juicio que de la técnica de la obra del egregio Rosales emitía el Sr. Palmaroli, pudo advertirse cómo, guiado éste por un temperamento totalmente opuesto al de aquél, por un sentido estético cuyos moldes todavía no rompiera por completo el nuevo cambio de rumbo en favor del realismo y del impresionismo, en cuanto el impresionismo no se aparta de la realidad ni en un ápice, censuraba la manera ruda y enérgica del malogrado autor de *La muerte de Lucrecia*. Pudo advertirse que así como el Sr. Palmaroli procura acercarse, tanto en este juicio cuanto en toda su obra plástica, á ese medio justo tan soñado por los puristas que han venido produciendo la obra más irreprochable en su aspecto y forma y más apartada de toda originalidad y rasgo alguno de genio, así también han llevado á Bilbao los artistas que de aquí fueron prejuicios y puntos de vista contrarios completamente al carácter individual y al del medio en que han producido y vienen produciendo pintores y escultores cuya vecindad con la Naturaleza, cuya vecindad con Francia y cuyo temperamento les obligan á marchar por otro camino – no habré de juzgar si bueno ó malo, que esto nadie puede afirmarlo hoy – del que siguen los artistas ó la mayoría de los artistas que en esta corte viven.

Conozco todas, absolutamente todas las obras premiadas en Bilbao por los Sres. Romea, Saint-Aubin, Gómez y Madrazo (D. Ricardo), este último el que con mayor autoridad ocupaba un puesto en el jurado, y por eso puedo afirmar que á la exposición de Bilbao se le hace aparecer como una exposición, no de las nacionales, que en éstas siempre se registran originalismos, sino de las que celebra el Círculo de Bellas Artes en esta villa del oso, exenta de todo carácter típico desde el punto de vista artístico. Ante las notas que de aquí fueron, quedaron anuladas las regionales. Ampliáronse los premios, para que entrasen á participar de un pedacito de gloria aquellos que de Cataluña, Vizcaya y otras regiones aportaban obras. Dióse premio á cuadro como *La sopa*, pintura anodina, sin carácter, exenta de toda condición saliente, de toda originalidad; dejando en cambio para los premios de ampliación otras pinturas que tienen de la vida típica y de la Naturaleza vizcaína lo que en aquéllas reconocieron ya críticos y artistas.

A seguir así, tengo por cierto lo que ya he dicho aquí mismo. Las originalidades que puedan surgir en esas exposiciones regionales ó locales desaparecerán por virtud del influjo que á una las ideas escritas y los criterios de los que viviendo en atmósfera puramente artificial como esta madrileña habrán de ejercer en los artistas, y esa esperanza de insuflarle nueva vida y caracteres nuevos al arte español no llegará jamás, á no imponerlo desde esta tribuna, por la centralización levantada á costa de las energías de toda especie de la nación, á orillas del mísero Manzanares, un genio de la talla del catalán Fortuny, del aragonés Goya ó del madrileño Rosales.

Dejando, pues, cuestión para mí tan importante como la indicada en las anteriores líneas, paso á ocuparme, como he dicho, ligeramente, de los proyectos que acaricia el señor ministro de Fomento, relativos á una nueva organización de la enseñanza de las *bellas artes* y de *artes y oficios*.

¡La reorganización de las Escuelas de Artes y Oficios! Ahí es nada; una bicoca que significa ó debe significar para el ministerio de Fomento un buen golpe de millones empleados en tales enseñanzas; que significa el levantamiento de la postración en que yacen las industrias y las artes españolas; que significa un venero de riqueza nacional; que significa, en fin, alcanzar en el concierto de los pueblos cultos aquel grado de importancia á que debe y puede aspirar esta tierra artística é industriosa por excelencia.

Pero, entiéndalo bien el señor ministro de Fomento y con el señor ministro de Fomento los que le aconsejan: las industrias de que hablo son las exclusivamente nacionales; aquellas que por razones de lugar, de condiciones climatológicas, étnicas, geográficas, orográficas, históricas, etc., son susceptibles de ser de nuevo levantadas á aquel grado de prosperidad que en otros tiempos alcanzaron. Entiéndalo bien el señor ministro de Fomento; porque todas esas enseñanzas, análogas á la implantada recientemente por real decreto, de peritos electricistas, como aquellas otras que el Sr. Moret pretendía establecer en talleres prácticos pagados por el Estado, son música celestial y dinero y tiempo perdidos.

En verdad que es monomanía inexplicable la de las reformas que de algún tiempo á esta parte les ha entrado de rondón en el cuerpo á los ministros de Fomento especialmente, como si cuanto atañe á la enseñanza en sus distintos aspectos, fuese cosa baladí, fácil en su implantación y desarrollo. Cuando don Claudio Moyano llevó á cabo su ley de instrucción pública, vigente todavía en todo cuanto es esencial en ella, trabajara número grande, no de meses, sino de años, en prepararla; de modo que al ocupar el poder, la labor tan sólo quedaba reducida á consulta de puntos dudosos de menor cuantía. ¿Han estudiado por ventura en el ministerio de Fomento las condiciones en que pueden ser reorganizadas, con probabilidades de éxito, las enseñanzas en las Escuelas de Artes y Oficios? Por seguro tengo que no.

Tan seguro tengo que no, que apostaría doble contra sencillo á que si algún dato ó informe existe respecto del particular, procede únicamente de la escuela central, ó de las estadísticas hechas *cálamo currente* en las de provincias. Cuando más, y esto es lo seguro, en Fomento tienen á la vista las memorias que en Francia, Inglaterra é Italia se publican oficialmente todos los años respecto de las vicisitudes, reformas y organización que periódicamente sufren allí las enseñanzas de que vengo haciendo mención. Y no han caído en la cuenta nuestros ministros de Fomento que ninguno de esos antecedentes, ninguna de esas memorias é informes dicen la verdad en lo tocante á los resultados prácticos de las enseñanzas, ni son aplicables en su modo especial de ser á las necesidades de la industria genuinamente española.

Director de Instrucción pública he conocido que llevado también del afán reformista «á la moderna,» pretendía implantar en España las enseñanzas en grande escala de mecánica, de electrotecnia, de metalurgia, etc., sacándome á colación el Cristo de siempre: Inglaterra, Bélgica, Francia, los Estados Unidos...

– Señor director, contesté, ¿cree usted que Cataluña es fabril?

– Ya lo creo; como fabriles y mineras son Vizcaya y Asturias y Huelva, etc.

– Perfectamente. ¿Y usted cree que la riqueza más importante de Cataluña, región que siempre ponemos como ejemplo en estos casos, es la industrial y fabril?

– Indudablemente.

– Pues, señor director, usted no se ha tomado la molestia de enterarse, cosa después de todo sumamente fácil; porque si usted se hubiera enterado, sabría que en Cataluña la riqueza principal es la agrícola. Como sabría también que á nuestros ingenieros, mecánicos, maestros de talleres y fundidores, conductores de máquinas y demás les está concedida la tercera ó la cuarta parte de los lugares técnicos en esas grandes fundiciones vizcaínas, asturianas, catalanas, como asimismo en las construcciones y tendidos de líneas férreas.

Pero estos tutores de los intereses morales y materiales del país son incorregibles. Las enseñanzas de la Historia no significan nada para ellos. Han visto cómo cuantas industrias el rey de feliz memoria Carlos III implantó en España, no alcanzaron vida de ninguna especie. Han visto cómo desde la fábrica de cerámica del Retiro hasta las que en Sevilla y otras capitales creó, vinieron á muerte por consunción inmediatamente. Han visto cómo cuantas tentativas se hicieron, fuera de ciertas y determinadas localidades, para procurar nuevos rumbos á las industrias, tomando ejemplo de otras naciones, fracasaron.

Nosotros no somos industriales al modo que las naciones eminentemente mineras del Norte de Europa lo son; ni tampoco por razón de las producciones del país, ni por las condiciones eminentemente artísticas de nuestras razas somos pueblo manufacturero, en cuanto á esas manufacturas que la moda hace surgir y desaparecer en breve espacio de años. Nuestras industrias son por su naturaleza artísticas antes que nada y monumentales. Por muchas vueltas que le den todos los ministros de Fomento, los grandes establecimientos fabriles de cristalería de lujo, de quincalla, de bisutería y de otras producciones análogas, no pueden vivir en nuestro país, no tan sólo porque el consumo aquí es relativamente pequeño, sino porque en este género de productos nos llevarán siempre gran ventaja Francia y Alemania, que á ellos vienen dedicándose ha largos años; y no se inventan industrias como se forjan castillos en el aire. La orfebrería, la cerámica artística, los tisús y demás telas de materias ricas, las armas blancas y de fuego, la cerrajería artística y la herrería lisa, la talla en madera, éstas y algunas otras que se me quedan en el tintero son las industrias genuinamente españolas; éstas y no otras. Agrícola en primer término, marítima en segundo, quizá en tercero minera, España no cuenta con esa inmensa masa de burguesía acomodada y semiacomodada, ni con esa población flotante que en otros pueblos, por virtud de las condiciones sociales y de las geográficas de ellos, componen por sí solos, aparte del de exportación, un mercado capaz de ayudar al sostenimiento de las industrias dichas; pero nosotros, en cambio, por razón de la especialísima característica de arte de nuestras industrias, original cual no hay otro, tenemos siempre, ó debemos tenerla por lo menos, ventaja grande sobre cuantos pueblos extranjeros se dedican á la producción de las más arriba enumeradas.

¡Bonito porvenir les espera á los electricistas de nuestras Escuelas de Artes y Oficios! Aquí, donde las aplicaciones de la electricidad quedan reducidas á tender cables para los teléfonos y el alumbrado; aquí, donde excepción hecha de una ó dos regiones, en las cuales, andando el tiempo, quizá sustituyan el vapor por la electricidad en cien fábricas, y aun creo que me excedo en el número, y en donde el personal técnico es en gran parte extranjero, se pretende, y esto es lo más gracioso, sin contar con muchos millones de pesetas de presupuesto, se pretende dar enseñanzas de las cuales salgan competidores capaces de luchar con éxito con el personal técnico que sale de las escuelas alemanas, belgas, francesas é inglesas.

No hago más que apuntar á vuela pluma algunas consideraciones; por lo tanto, queda para otro día, con datos estadísticos á la vista, probar cómo no es fácil que un ministro en el breve espacio de tiempo que los vaivenes de la política le dan para calentar el sillón ministerial, pueda trazar un plan de reformas completo en la enseñanza de las Escuelas de Artes y Oficios. Tan sólo para estudiar la importancia que han tenido y que deben volver á tener las distintas artes y los oficios distintos que en Toledo, Valencia, Talavera, Córdoba, Granada, Madrid, Segovia y otras poblaciones y regiones existieron; tan sólo para penetrarse de las causas á que obedeció la decadencia primero, después la desaparición de toda esa riqueza, manifestación brillante de nuestra vida y senso nacional; tan sólo para estudiar el medio de tornar á la vida, y á la vida moderna, todo eso, dándole á la ciencia lo que á la ciencia corresponda y al arte lo que es suyo; tan sólo para recoger datos verídicos, ciertos, irrefutables, de los resultados prácticos en los distintos órdenes de enseñanzas que se dan en Escuelas de Artes y Oficios de España y formarse con arreglo á ellos un criterio, es menester que dedique un ministro años y años y cuidados y desvelos y conocimientos especiales que no es dable á ninguno de los que van al ex convento de la Trinidad.

No es cosa fácil hinchar un perro, y menos los de esta talla y categoría.

R. Balsa de la Vega

EL RECUERDO

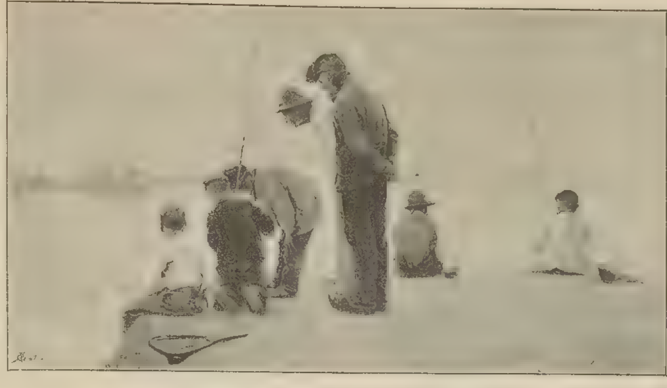
DEL TIRANO

I

La mesnada de Juan León tenía algo del huracán: arrollaba cuanto á su paso se oponía.

Era el caudillo un hombre ambicioso y cruel: su pecho era más duro que la peña: su cabeza era de hierro. Y es claro: las cabezas de hierro no sienten.

Armado de todas armas, caballero en tostado alazán, el cuerpo encerrado en las duras planchas de la armadura tinta en sangre de cien peleas, al frente de sus parciales - un puñado de aventureros, buitres humanos, ávidos de sangre y de oro - Juan León apareció una tarde á la entrada del valle: un valle de la montaña, cubierta su extensa vega de maizales, cuajados de verdes mazorcas. El cierzo hacía balancear los tallos, arrancándoles un suave y prolongado quejido.



Buena presa, cuadro de Juan Baixas
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

El sol poniente besaba con tibia y dorada luz las casucas de las aldeas y arrancaba luminosos destellos á los campanarios de las iglesias: los badajos golpeaban melancólicamente las metálicas paredes de las esquilas, y en el aire resonaban las notas del *Agnusdéi* y el chirrido de las carretas perezosamente arrastradas por los bueyes. Algunos aldeanos cruzaban los senderos de la vega, al hombro el dalle y en la boca una canción de triste cadencia, como lo son todos los cantos formados por la musa popular de la montaña.

Al pie de unos nogales hicieron alto aquellos guerreros.

Juan León dirigió una codiciosa mirada al valle y pensó en voz alta:

-¡Esta tierra ha de ser nuestra!

-Lo será, afirmó con fe ciega el que hacía las veces de lugarteniente.

II

¡Lo fué!..

La tropa de Juan León se apoderó por sorpresa del valle.

Donde jamás resonaron otros silbidos que los de los montañeses llamando á sus bueyes, silbaron las flechas.

Ante el peligro, reuniéronse al toque de somatén de los concejos todos los hombres hábiles de la comarca. Bajaron al valle, en pelotón, armados de hoces, de palas y picos, con hondas y guijarros. Sin guía ni jefe, sólo en el pecho de cada cual la rabiosa indignación del que se ve desposeído de lo que más ama, arrojáronse bravamente á la pelea contra aquellos guerreros que tenían por divisa: «Luchar y vencer.»

El combate duró poco: se hizo cuerpo á cuerpo; rugían los unos, blasfemaban los otros: las mujeres, en lo alto de los montes, lloraban: los viejos, con la cabeza caída al pecho, temblaban: todo era espanto.

Los más valientes cayeron regando con su sangre la tierra que les pertenecía, los más cobardes se entregaron sin resistencia; las mujeres y los ancianos, dócil rebaño, siguieron al triunfador, inconmovible á las plañideras lamentaciones de los pusilánimes vencidos.

La chusma guerrera entregóse al pillaje: saqueó los concejos, violó á las doncellas, martirizó á los niños, incendió las casas: de tan grosera crueldad padeció siempre el ánimo guerrero en su embriaguez de triunfo.

III

En una meseta del monte, desde donde se dominaba todo el valle, quiso Juan León perpetuar su hazaña de latrocinio, levantando soberbia mansión feudal.

Arrancáronse de cuajo los árboles seculares de la meseta y las matas de florecillas y pensamientos que la tapizaban, regia alfombra de múltiples colores, y andando el tiempo, elevóse, tan altivo y duro como su dueño, un hermoso castillo de piedra, y en donde antes azotaba el aire las cimas de robles centenarios, azotaba ahora las cimeras de los cascos de la gente de guardia en las almenas y torreones.

Harto de guerrear, cansado por los años, como pantera ahita que se guarece en su cubil, así Juan León encerróse en su fortaleza, y cual ánima en pena vagaba de un lado á otro de aquel amurallado recinto.

De día en día la faz de Juan León iba ensombreciéndose más y más. El tedio le devoraba. Las canosas barbas se ensortijaban desmañadamente; el tronco, antes robusto, se encorvaba: le iban faltando las fuerzas, casi no podía ya alzar un lanzón el que en la corte gozó fama de diestro y forzudo.

Solo, sin afecciones de familia, más huraño, más feroz que nunca, Juan León miraba á su derredor



La merienda, cuadro de Juan Pinós
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

con medrosa insistencia como si en el aire columbrara la sombra de un enemigo. Hostil, refunfuñando una maldición, dirigióse á la azotea del castillo, y allí, apoyados los codos en la rasante de una barbacana, sumíase en muda contemplación. La melancolía del paisaje aumentaba la negrura de su tristeza. En los helados días de invierno, la niebla que descendía de las montañas le hacía estremecer de frío, pero se regocijaba á la vista de aquellos tules blanquecinos que todo lo envolvían: la niebla le recordaba su edad pasada, la nube de polvo que en los combates ciega hasta arrancar lágrimas.

Las noches de tormenta, aquel gran decrépito estremecíase de gozo, y abandonando los ensamblados aposentos, íbase á la torre, y allí extático, con los brazos cruzados al pecho y la mirada fija, veía abrirse las negruras del horizonte, arrojando á la tierra en culebreante vertiginosidad lumínica el rayo, y sin que los relámpagos que iluminaban con deslumbradora y rápida fosforescencia la atmósfera, le hicieran cerrar los párpados. El tableteo del trueno, era para él deliciosa algarabía de victoria guerrera. Bien podían los medrosos vasallos arrebujarse con las ropas de la cama para no escuchar el fragor tempestuoso; su amo y señor, como el espíritu del mal, permanecía de pie en lo más alto del castillo — sombrío vigía del valle, — con los brazos cruzados al pecho, la vista de águila sondando la inmensidad, mientras que el viento huracanado soplaba reciamente, silbando hórrido por entre el bosque, haciendo estrellar unas contra otras las cimas de los árboles brutalmente sacudidas, batiendo con furia las paredes del castillo y azotando de continuo los canosos mechones de la cabellera del castellano y los enmarañados hilos de su luenga barba. Mientras, la lluvia torrencial caía sobre el valle y empapaba la negra túnica de Juan León.

El tiempo deslizábase monótono en el interior del castillo. La gente de armas ejercitábase en sus interminables ocios en la caza: los más jóvenes abandonaban ésta por el amor: un amor salvaje, que no respetaba nada y era conquistado por la fuerza, amparado por el señor feudal, propicio siempre á perdonar los crímenes que pudieran cometer sus pecheros: los más viejos jugaban á los dados, y muchas veces el puñal intercedió en favor de alguna jugada malamente hecha al agitar el cubilete.



Mme. Severine, retrato de Amelia Beaury-Saurel

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1894)

IV

El hastío determinó en Juan León una ansia horrible: tiranizó á sus vasallos hasta el punto de que todos, cuando veían cruzar á su señor por el valle, temblaban de espanto, barbotando contra él una maldición.

En pasados tiempos gozó la comarca de una paz octaviana: ahora veíase agitada, convulsa, como víctima aherrojada sobre la cual pendiera un hacha pronta á herir. Impuestos onerosos, vejaciones crueles, tremendos castigos: no había mujer segura de su honra ni hombre libre: muchos días amanecieron colgados de las almenas algunos pobres diablos que no cometieron otro delito que el de cruzar alguna tierra, propiedad del señorío.

Así transcurrieron los años.

Juan León extremaba infernalmente con los pobres vasallos sus instintos de hiena: el terror atajaba en todos los labios la censura y paralizaba los medios de defensa. Era el lobo hambriento que exterminaba á su sabor en el aprisco á un rebaño de borregos.

Juan León, al presentir cercana la muerte, tuvo un extraordinario prurito: quiso antes de abandonar el mundo, dejar en él un recuerdo que perpetuase su memoria, y á este fin dedicó sus postreras energías; dióse á discurrir de qué forma legaría su nombre, y después de mucho pensarlo advirtió que Nerón lo legó por sus horripilantes fechorías... ¡Ah! Si él en lugar de ser amo de miserables aldeas lo hubiera sido de Roma, seguramente que plagiaría al hijo de Agripina volviendo á incendiar la ciudad santa.

. . . .

De todos los ámbitos del valle subía al cielo en son de súplica un gran clamoreo. Los horrores del tirano habían llegado al *summum* de crueldad.

«El diablo se había personificado en Juan León.»

Esto es lo que murmuraban con la boca pegada al oído los infortunados montañeses.

. . . .

V

Juan León se acostó en su espléndido lecho para no levantarse más.

El tirano estaba herido de muerte.

Un abad, viejecito, con cara de cera, rugosa, auxiliaba espiritualmente al señor feudal en su agonía.

— Di, padre, preguntó el enfermo fijando en el monje sus ojos casi vidriados, ¿crees tú que después de muerto se acordarán de mí?..

— Sí, por el daño que has cometido.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en la descarnada fisonomía del castellano.

— Es decir, que lo que tú llamas mis maldades harán para siempre famoso mi nombre?..

— ¿Para siempre? ¡No!.. El recuerdo del mal pasa. Sólo el del bien es perdurable.

— ¡Bah!, replicó despreciativamente Juan León. Eres un pobre hombre, padre.

— Respétame en tu hora postrera y atiende de hijo, indicó con mansa y dulce voz el padre. A los que en el mundo hicieron mucho bien se los recuerda siempre y pasa su nombre de generación en generación... El árbol sano que presta al caminante su sombra, es recordado por éste con agradecimiento. El árbol podrido, á quien los gusanos corroen el tronco, aleja al viandante.

Hizo una pausa corta y prosiguió:

— Tu soberbia, tus crímenes rodearán tu nombre de sangrienta aureola que se extinguirá pronto... Si alguien te recuerda, será con la misma repugnancia que el caminante al árbol desprovisto de ramaje, cuajado de gusanos.

Más duran las flores del campo, humildes, que el nombre de los príncipes de la tierra. Estos quedan convertidos para siempre en polvo; aquéllas, por el contrario, todos los años se renuevan y todos los años lucen sus galas y perfuman el ambiente...

. . . .

VI

Cientos de años han transcurrido.

El castillo feudal ha desaparecido y el nombre de Juan León nadie lo recuerda, ni nadie, en fin, sabe siquiera su existencia.



Batalla de flores celebrada en Valencia durante la última feria, dibujos de F. Vizuete, tomados de fotografías de D. A. García

En cambio, en la meseta cuajada de árboles, de florecillas y pensamientos, destruídos para levantar el soberbio castillo del tirano, brotan hoy día nuevos árboles, nuevas florecillas y nuevos pensamientos de variados matices que suavemente se balancean al ser azotados por las brisas primaverales...

ALEJANDRO LARRUBIERA

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

ÁLVAREZ DE CASTRO

Todo lo contrario que el cura Merino era D. Mariano Alvarez de Castro. Aquél, inspirado por el odio y el deseo de vengar un ultraje, representa en la epopeya nacional el elemento popular, desordenado, ardiente, incorrecto, siguiendo los impulsos del instinto, convirtiendo la guerra en una especie de cacería en grande escala, no atacando más que sobre seguro, huyendo siempre que no le alentaba la seguridad del triunfo: éste, severo, frío, impasible, estoico, obedeciendo los estímulos del patriotismo, pero considerándolo como un deber, no como una pasión, carácter inflexible, hombre de hierro, que reputa imposible la victoria, pero va á la lucha porque la patria lo reclama y el honor militar lo exige.

La ordenanza hecha hombre, eso era D. Mariano Alvarez de Castro, que supo inmortalizar su nombre con la defensa de Gerona, quedando para siempre como ejemplo y modelo de defensores de plazas.

El general Gómez Arteche, que no prodiga la lisonja, ni es dado á la hipérbole, en su libro intitulado *Guerra de la Independencia*, obra en que por cierto el mérito es muy superior al éxito, después de comparar la catástrofe de Gerona con la de Numancia, escribe: «Presentará la Historia ejemplos de sitios más largos que el de Gerona de 1809, de peripecias más variadas, de resultados más indecisos, pero nunca de una resistencia tan igual ni tan activa. Y si, al celebrarse la de otras plazas de guerra de muy superiores condiciones defensivas, ha llegado á compararse la acción de sus gobernadores con la de D. Mariano Alvarez de Castro, la opinión y la ciencia se han escandalizado, y una carcajada inmensa, aturdidora, ha sido la respuesta á los ignorantes ó aduladores que la provocaron.»

***

Había nacido en Osma en 1749. Tenía, pues, 60 años cuando realizó la hazaña que había de hacer perdurable su nombre con el de la ciudad gloriosa. La roja cruz de Santiago que ostentaba en el pecho demuestra la nobleza de su cuna. Ingresó muy joven en el ejército sirviendo en el arma de infantería, distinguiéndose en la guerra del Rosellón, y cuando los franceses entraron como amigos en Barcelona, que les abrió confiadamente sus puertas, llevaba en la bocamanga el entorchado de brigadier y era gobernador del castillo de Monjuich.

Conocida es la traición del general Duhesme para apoderarse de los fuertes. Con pretexto de revistar algunos batallones en la explanada de la ciudadela, el general Lechi se metió en el puente levadizo, seguido de las primeras compañías del batallón de vélites, las cuales arrollaron al centinela, y sin dar tiempo á la guardia, compuesta de veinte soldados españoles, para tomar las armas, penetraron en la fortaleza.

En Monjuich pretendieron hacer lo mismo. Pero Alvarez, al ver aproximarse al general Milossevitz con numerosas fuerzas, mandó cerrar las puertas y puso en actitud defensiva su escasa guarnición. Intimóle el francés para que le permitiese la entrada, negándose él rotundamente, mientras no recibiese orden formal y categórica. Acudió entonces Duhesme amenazando con atacar á viva fuerza; pero viendo inquebrantable al gobernador, apeló al general Ezpeleta, capitán general del Principado, el cual, según dice en su parte, le hizo dueño del fuerte «para evitar la conmoción popular y por no tener el castillo provisiones de boca ni de guerra.»

Comenzada poco después la guerra, hizo una lucida campaña en el Ter y el Fluvia, y ascendido á mariscal de campo, obtuvo el gobierno de Gerona.

***

No pretendemos hacer historia, sino pintar caracteres, escribiendo semblanzas de aquellos varones ilustres, que tan alto pusieron el nombre español en los comienzos de este siglo.

Alvarez de Castro era uno de los restos de aquel ejército que ganó gloria inmortal en el Rosellón á las órdenes del general Ricardos, á quien no faltó más que la fortuna para figurar al lado de los primeros capitanes del mundo, y en el Norte, regido por el marqués de la Romana, supo llevar á cabo una hazaña que parece increíble, reembarcándose y viniendo á pelear por la patria, precisamente cuando se le exigía juramento de fidelidad al intruso José I.

Ceremoniosos, caballerescos, cultos en su trato, finos en sus modales, aquellos militares podían competir dignamente con los nobles franceses que en Fontenay, antes de cruzar las armas con los ingleses, les saludaban cortésmente sombrero en mano, invitándoles á dar el primer golpe.

El general Córdova refiere en sus memorias íntimas haber oído de labios de Castaños que en aquel ejército se guardaban con tal escrupulosidad las preeminencias de las jerarquías, que ni en los actos más familiares se dejaba de dar á cada uno el tratamiento que le correspondía.

A este propósito, cuenta que jugando una noche al monte tallaba un teniente general, y un brigadier le decía:

– Excmo. Sr., V. E. me permitirá que tenga el honor de observarle que he ganado tres onzas en la sota del *gallo*.

– Sr. brigadier, contestaba el general con la mayor cortesía, me parece que la puesta de V. S. la verá satisfecha de aquel lado de la mesa, cerca del capitán de Guardias españolas, coronel conde de...

Aquellos eran los tiempos en que los regimientos para entrar en batalla vestían el uniforme de gala.

Alvarez se había educado en esta escuela y no lo desmintió nunca. Ni en los días más angustiosos del sitio de Gerona dejó de recibir corte, en las festividades en que cumplía hacerlo. Sólo introdujo la novedad de que las salvas se hicieran con bala.

***

La personalidad de D. Mariano Alvarez de Castro se resume y compendia en la defensa de Gerona.

Y la defensa de Gerona, así como el carácter de su glorioso gobernador, se retratan en este bando que publicó al comenzar el sitio, y reprodujo dos ó tres veces, á medida que apuraban las circunstancias:

«En nombre del Rey, el Sr. D. Fernando VII, impongo pena de la vida, ejecutada inmediatamente, á cualquiera persona, sea de la clase, grado ó condición que fuere, que tuviera la vileza de proferir la voz de rendición ó capitulación.»

Cuando un hombre de las condiciones de Alvarez dicta una disposición semejante está dicho todo. La población civil y militar de una plaza sitiada sabe á qué atenerse, y no puede tener más esperanza que rechazar al enemigo, cosa poco menos que imposible si no acude un ejército de socorro, ó perecer entre las ruinas de sus fuertes.

Hay que decir en honor de los gerundenses y de los heroicos soldados que formaban la guarnición, que no tuvo necesidad de aplicar la terrible pena de su famoso bando; pero nadie podía dudar de que en caso de necesidad la hubiese aplicado. El día 5 de mayo de 1809 comenzó el memorable sitio, presentándose delante de la plaza el general Reille, á quien pocos días después reemplazó en el mando Verdier. A pesar de que los franceses habían experimentado ya en los sitios anteriores verdaderos descalabros, atendiendo únicamente á las condiciones defensivas de la ciudad de San Narciso, la consideraban una bicoca, y una bicoca era efectivamente desde el punto de vista técnico. Pero en aquella bicoca había un hombre que, hecho desde el primer momento el sacrificio de su vida, estaba resuelto á inscribir su nombre en la tabla de la Historia, donde están inscritos los de los héroes más famosos de la antigüedad, y por eso los ejércitos que por de pronto desdeñaron poner un sitio en regla, hubieron al fin de formalizarlo, atacando una por una las menguadas fortificaciones y abriendo brechas en las débiles murallas y dando asaltos que fueron siempre rechazados y renunciando por fin á entrar á viva fuerza en aquel montón de escombros, convirtiendo el sitio en bloqueo para dominar por el hambre á los que era imposible vencer por el hierro y el fuego.

Empresa de cuatro días creyó Saint-Cyr, cuando acudió en persona á tomar parte en el sitio, que era la toma de Gerona, diciendo al salir de Barcelona, parodiando á Julio César: «El 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso.» Más de siete meses, desde el 5 de mayo hasta el 12 de diciembre, necesitó para ser dueño de unas ruinas humeantes que recordaban las de Numancia y Sagunto, por donde discurría demacrado y moribundo un pueblo de espectros.

***

En cuanto al general Alvarez, mostróse siempre el mismo.

Ya estaban medio destruídas las fortificaciones, cuando recibe un parlamentario portador de proposiciones para capitular. Hácele conducir á una de las baterías, y al mismo tiempo que le quita el pañuelo que, según costumbre, cubre sus ojos, manda romper el fuego á las piezas que no estaban desmontadas, diciendo al emisario:

– El cañón lleva ya mi respuesta á vuestro general.

Pregúntale un jefe, á quien confía una comisión de gran importancia, adónde se ha de retirar en caso de revés, y le contesta lacónicamente:

– Al cementerio.

Cuando el tifus diezmaba á militares y paisanos y el hambre se cebaba en todos, hasta el extremo de que un ratón costaba 5 reales de vellón, un gato 30 y una libra de chocolate 64, celébrase una junta en que el intendente expone la penuria de la plaza. Alvarez le interrumpe:

– Aún hay víveres. Nos lo comeremos á usted y á todos los cobardes.

***

Por fin la naturaleza fué más débil que el espíritu de aquel hombre de hierro. Un violento ataque de fiebre tifoidea le postró en el lecho, y como dice el conde de Toreno: «Postrado Alvarez, postróse Gerona.»

El brigadier Fournas, que le reemplazó en el mando, tuvo que firmar la capitulación, y Alvarez, como toda la guarnición, vióse prisionero de guerra, cosa de que en los primeros momentos no se daría cuenta, suponiéndola sin duda efecto del delirio ocasionado por la fiebre.

***

Conducido á Francia, restablecióse de su dolencia y entonces se le encerró en el castillo de Figueras, donde fué asesinado en una cuadra.

Los franceses que no habían sabido vencer al héroe, tampoco supieron respetarle. No fueron vencedores y se hicieron verdugos.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

LA PALOMA MENSAJERA

Hubiese preferido ir solo; pero, en fin, casi era lo mismo llevar por compañero de viaje á un caballero alto y seco, de quien el gorrito escocés y el *plaid* dijéronme la nacionalidad inglesa con tanta seguridad como sus patillas rubias y el monóculo engarzado en oro que sostenía delante del ojo izquierdo. Decidíme, pues, abrí la portezuela, le saludé, me contestó inclinando correctamente la cabeza, y en seguida trasladé á las perchas mi maleta y la jaula de las dos palomas que traía de Sevilla por encargo de uno de esos amigos que siempre tienen algo que encargar.

El tren se puso en marcha. Saqué un libro, el *Don Juan*, de Byron, cuyo retrato ostentaba la cubierta, y apenas había empezado la lectura, cuando precisamente al cruzar nuestro coche sobre las plataformas, el estampido de un pistoletazo me hizo brincar en el asiento: la jaula cayó á mis pies; una paloma yacía muerta, bañada en sangre.

El inglés, con el arma que acababa de disparar en una mano y con el gorro en la otra, se me acercó diciendo en español muy aceptable:

– Caballero, perdone usted; he muerto á esa paloma, y estoy pronto á indemnizarle.

Aturdido por el suceso, y medio asfixiado por el humo, permanecí buen trecho sin responder. Luego me levanté dispuesto á tirar al inglés por la ventanilla...

– Ahí tiene usted, caballero, continuó él tratando de ponerme entre las manos un portamonedas repleto de oro; dispénseme; ha sido un capricho, una obcecación...

– Pero ¿qué diablos hacían mis palomas?, prorrumpí yo al cabo lleno de ira. Eso es una atrocidad, señor mío; una atrocidad de que usted se servirá darme explicaciones.

Sin duda el inglés no deseaba otra cosa, porque guardando la diminuta pistola y encasquetándose el gorro, sacó una tarjeta y me la entregó diciendo:

– Una de sus palomas, ésta, la de la garganta negra, me ha recordado á otra igual de quien es entera la culpa de mis penas. La miré, y me volví loco; no sé qué he sentido, pero tuve verdadera precisión de matarla. Dispénseme usted, caballero; en cambio le ofrezco cuanto valgo; y puesto que, con lo dicho solo,



REGRESANDO DE LA FUENTE, cuadro de Andrés Solá y Vidal (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1894)

no queda bien disculpada mi extraña conducta, permítame que le cuente una breve historia, que puede darle alguna razón para excusarme, al propio tiempo que la prueba de mi empeño por ser amigo de usted, pagándole del único modo posible.

William Brassey leí maquinalmente en la cartulina, vacilando entre arrojarla al rostro de su dueño ó hacerla pedazos; mas, siempre serio y amable el inglés, tomó asiento ofreciéndome un cigarro. Con tales extravagancias desorientado, concluí por sentarme junto á Mr. Brassey, y acepté entonces el cigarro de modo tan pasivo como poco antes había tomado la tarjeta.

El ruido del tren, afortunadamente, debió de impedir que el disparo fuese oído, y nadie acudió por lo mismo á molestar á mi compañero; el cual dió comienzo á la prometida historia en la forma que sigue:

«Allá en mi juventud, cuando la primera vez dejé á Inglaterra para ir á Italia (y perdone, pues veo ese libro, que empiece así) – y señaló el *Don Juan*, – confieso que este país, de costumbres completamente opuestas á las del mío, me causó impresión desagradable. A Roma llegaba yo desde una insignificante y aburrida ciudad irlandesa; esto es, con el sentimiento por nacer; á Roma llegaba desde otra Roma que un maestro y los libros me mostraron; es decir, con el clasicismo por juicio; pero el corazón despertó bien pronto ante la belleza de las estatuas vivas de Italia. Lord Byron, el portentoso genio de la ironía, me hizo caer en ella tan luego como un amor mal buscado y peor sentido me lanzó en pos de otros amores, ya sin más norte que la sensualidad y el escepticismo.

»Estuve en Italia cinco años, y de Italia me llevé una falsa idea del amor. La fatal experiencia adquirida me dió una pauta para juzgar, sin excepciones, á la mujer, y salvo triviales diferencias de carácter y educación, todas me parecieron iguales; por lo que detesté la insulsa gravedad de las inglesas, antojándoseme antes que virtud hipocresía, y me aficioné de rechazo al tipo expansivo y alegre, que luego torné á encontrar en Francia y en España.

»Transcurrieron diez años; y cuando la agitación de una vida, aunque no escandalosa, aventurera, iba venciéndome y condenándome al fastidio (y es de advertir que hasta en pleno Londres, donde yo desempeñaba la jefatura de policía, continuaban las mujeres pareciéndome tan escasas de virtud como en Italia), hube de salir un verano á Suiza, y el destino me puso delante á Vera Galuzoski, una jovencita rusa, rubia y como una perla de linda.

»La conocí en una excursión por el Monte-Blanco, y aquella noche, al sentarme á la mesa del hotel, vi con inmensa alegría á la preciosa miniatura – porque era pequeña, monísima, que dijera un andaluz – frente á mí, junto á un caballero á quien tomé por su padre y supe después que era su tío.

»Una mañana, habiéndome levantado al amanecer para contemplar el espléndido cuadro de la salida del sol tras los aéreos picachos de los Alpes, hizo la casualidad que la joven rusa con su tío y yo nos encontrásemos; y como nos dirigíamos al mismo punto, caminamos unidos. Principiamos á ascender; la nieve, derretida en algunos sitios, nos obligaba á avanzar con precaución. A la mitad de nuestro paseo, el *alpenstock* de mi encantadora amiga, introducido en una profunda grieta del hielo, se rompió en dos pedazos.

»Vera quedaba sin apoyo, y había peligro en mover un solo pie sin tantear el suelo; no obstante, lejos de afligirse por esto, lanzó una breve carcajada, y con el candor é ingenuidad de sus diez y siete años, me tomó del brazo, rogándome que fuera su guía. Así nació entre ambos una dulcísima intimidad, que había de aumentarse en lo sucesivo.

»En efecto, mientras la simpatía hacia mí iba creciendo en Vera, despojábase poco á poco de sus violencias la pasión que me inspiró bruscamente, hasta quedar convertida en amor tranquilo, verdadero; amor que me forzaba á respetar á una chiquilla, fomentado por su alma virgen y seductoramente sostenido por su belleza y su ingenio. Unía Vera á un sentimiento exquisito del arte, espíritu alegre y talento clarísimo Hablaba el francés, lengua en que nos entendíamos, y solía recitarme versos, que por tomar de su boca la dulzura y de su gracia infantil lo picaresco, se me figuraban siempre delicados epigramas. En suma,



ROSALÍA, cuadro de Juan Brull (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

guapa, virtuosa y alegre, Vera simbolizaba la mujer agradable, y tanto me lo pareció, que dos meses después pedí al tío la mano de Vera, y me casé, loco de orgullo y tan sorprendido de haberla encontrado, como pudiera estarlo un zoólogo maniático que debiese al azar el hallazgo del ejemplar único de especie animal antediluviana.

»Una vez efectuada la boda, el tío de Vera se partió á su país, dejándonos entre las rosadas nubes de una dicha comparable á un sueño.

»Abandonamos al fin la Suiza, y volví en seguida á Londres con mi adorada mujer; el brumoso cielo del Támesis me parecía más bello.

»Vera continuaba siempre niña, siempre ingenua y sencilla, cautivándome siempre y haciéndome su deudor de mi vida, pues me parecía haberla empezado de nuevo, ó mejor, no haberla empezado hasta entonces...

Incluso los más intransigentes de mi familia en punto á linajudas preocupaciones, los que recibieron fríamente sorprendidos mi enlace con la sobrina de un obscuro traficante de Varsovia, sin barras ni roeles, acabaron por perdonar la humilde cuna de Vera en tributo á su distinción, su talento y su bondad insólitos...»

(Al llegar aquí, Mr. Brassey, conmovido, guardó silencio. Curioso yo por saber qué relación pudiera todo aquello tener con mis palomas, no dije una palabra.)

«Hago á usted gracia, amigo mío – continuó, dominándose en seguida, – de toda la narración de mis perdidas alegrías; ni importan al caso, ni impunemente me es dado recordarlas en el infortunio. Voy, pues, á concluir.

»Vera y yo solíamos pasar algunas temporadas en mi castillo de Rochester. Cuatro años habían volado, y aún la más leve sombra de pena no empañaba el cristal purísimo de nuestra existencia. Como siempre, en la época oportuna pedí licencia para abandonar mi cargo, y nos trasladamos al campo. Vera paseaba conmigo, cantaba, leía, y alguna que otra vez me acompañaba á caza. Paso entre mis amigos por diestro tirador, y á fin de perfeccionarme dedicaba grandes ratos al tiro de bala, con el cual objeto me instalaba junto á un lago, donde á discreción podía derribar sinnúmero de ánades y patos.

»Una tarde, tras de disparar con fortuna á grandísima distancia sobre algunas aves, en lo alto del cielo vi un punto blanco, imperceptible casi, y traté de apurar la prueba de mi habilidad y de la precisión de mi *rifle*. Apunté cuidadosamente. Hice fuego. Poco después, con la violencia de una piedra, cayó á tres pasos de mí una paloma agujereada por el balazo.

»¡Era una paloma mensajera! Tenía sujeta al cuello una bolsita de tela negra; se la arranqué, la deshice y...

»Tome usted, caballero – prosiguió el inglés, abriendo una cartera y entregándome una fotografía del tamaño de un medallón; – es el retrato de *mi mujer:* una de las dos cosas que dentro de la bolsita negra conducía la paloma.»

(Le contemplé lleno de asombro. Según lo dicho por Mr. Brassey, aquel retrato representaba una espiritual jovencilla de celestes ojos y dulcísima expresión.)

«La otra – añadió con voz intensamente emocionada – este papel, escrito en ruso, que dice así: «Urge que os comuniquéis con Vera Galuzoski. Tened en ella confianza absoluta. Vera, cuyo retrato enviamos, mató en 1879 de una puñalada al general Koln, en servicio de la causa: se necesitan detalles del hecho. Casada con el jefe de policía de Londres, os indicará el punto mejor para imprimir un periódico.»

Al oir tal, miré á Williams Brassey en el colmo de la admiración.

– ¿Vera? ¿Este ángel?, pregunté sin poder contenerme.

– Yo estuve casado con una espía nihilista, terminó el inglés con aterrado acento; con una criminal inverosímil, deslizada en mi corazón y en mi hogar para tener á sus *amigos* al tanto de la acción de la policía de Londres, donde eran impresos los periódicos que luego se repartían profusamente en los Estados del czar. Yo mismo la entregué á la justicia, y sesenta días más tarde .. ahorcaron á Vera Galuzoski en Moscou.

FELIPE TRIGO



EL RESERVISTA, cuadro de Antonio Coll y Pí (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



EL JINETE DEL DESIERTO, grupo colosal de Jorge Vastagh (hijo)



CABEZA DE ESTUDIO,
copia del cuadro de Raimundo de Madrazo

NUESTROS GRABADOS

La Anunciación, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés). – El precioso cuadro *La Anunciación* es una de las obras más delicadamente sentidas del distinguido pintor catalán José María Tamburini, quien dentro del concepto místico ha sabido dar vida y sentimiento á la composición, sin perder su carácter, antes al contrario, conservando esa delicadeza que tanto admiramos en las obras de los grandes maestros.

No en balde goza Tamburini de justa reputación en el mundo artístico. Los triunfos alcanzados en varias exposiciones y concursos, sus innumerables obras de género, históricas, religiosas y decorativas, demuestran que en él existen cualidades nada comunes, y que su nombre figura dignamente en el número de los artistas que honran al arte español.

La obra de que nos ocupamos podrá parecer á algunos un tanto idealista; pero entendemos que este concepto, que ha sabido representar el artista, constituye la nota saliente de su producción.

Buena presa, cuadro de Juan Baixas (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Tan modesto como discreto, es Juan Baixas uno de los pintores que honran el arte de nuestra región. Sus primeros pasos, sus primeros ensayos significan ya triunfos para el artista, puesto que fué el primero á quien se concedió el premio instituído por la Diputación provincial, que utilizó provechosamente visitando nuestro incomparable museo del Prado, y estudiando en la capital de la vecina República los grandes maestros del arte moderno.

El lienzo que reproducimos es buena muestra de las cualidades que residen en el joven pintor catalán. Adivínase, desde luego, su espíritu observador y la facilidad para amasar en su paleta esa variadísima escala de tonalidades que la naturaleza ofrece. Juan Baixas pertenece á la escuela modernista, pero rehuye la exageración de escuela, ajustándose á lo que acusa el natural.

La merienda, cuadro de Juan Pinós (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Juan Pinós, ó mejor dicho, sus obras, son brillantes manifestaciones de la escuela ruralista que con él cultivan con aprovechamiento los hermanos Vayreda y Galwey. Y si bien no es la que cuenta con más fieles prosélitos, preciso es confesar que cabe á Olot, en donde tuvo origen y asiento, la gloria de haberla creado. Las producciones de la montañesa escuela hanse distinguido siempre por su habilidad en fijar en el lienzo los brillantes tonos, la frescura y vida de la naturaleza, que allí se presenta jugosa y exuberante.

El cuadro que reproducimos es una bella composición, bien estudiada y discretamente ejecutada, á la que con justicia ha recompensado el Jurado de la última exposición otorgándole un premio honorífico.

Mme. Severine, retrato de Amelia Beaury-Saurel (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Si bien todas las obras de la distinguida artista francesa Amelia Beaury-Saurel que figuraban en la última Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad recomendábanse por su indiscutible mérito, descollaba entre ellas el magnífico retrato de Mme. Severine, en cuya frente adivínanse sus ensueños, sus utopismos sociales, en abierta lucha con los sentimientos de delicadeza y con la distinción ingénita de su espíritu. En esta obra más que en otra alguna revélase el temperamento excepcional de esta artista, que se manifiesta por medio de contrastes que determinan admirables efectos: la delicadeza femenina asociada al varonil esfuerzo; la tonalidad sentida, con el trazo vigoroso y enérgico.

La obra que reproducimos debiera guardarse en un museo, pues es verdaderamente magistral. Justa, pues, nos parece la distinción que mereció del Jurado calificador de la finida Exposición de Bellas Artes.



El ministro de Hacienda coreano Pak-Chu-Yang en traje de corte (de fotografía)

La batalla de flores en Valencia. – De grande cuanto merecida notoriedad gozan las fiestas que con ocasión de su feria celebra todos los años la ciudad de Valencia. Entre los varios festejos descuella indudablemente la batalla de flores, que aunque de procedencia extranjera se ha aclimatado allí tan admirablemente que hoy pueden tomar de ella modelo las mismas poblaciones de donde Valencia hace poco la importara. ¿Y cómo no?, diremos copiando la frase que ha vulgarizado una popular zarzuela. ¿Cuántas ciudades pueden competir con aquélla en abundancia y variedad de flores y en número de mujeres hermosas? Agréguese á estos elementos naturales el ingenio de los artistas que en Valencia tanto abundan, el gusto exquisito de cuantos en la fiesta toman parte y el entusiasmo que á los actores y á los espectadores domina, y se comprenderá que la batalla de flores valenciana resulte un espectáculo admirable y al propio tiempo indescriptible. Algo procuraremos, sin embargo, decir de la fiesta de este año. Veinte fueron los carruajes que acudieron á la batalla, y en la imposibilidad de describirlos y reproducirlos todos, publicamos los que más llamaron la atención: *Una barraca en la huerta* ocupábanla varios jóvenes y ocho lindas labradoras, Encarnación Cerdá, Pepita Masini, Francisca Gallego, Julia Falomir, Milagro Seguer, Concepción Forteza, Salvadora Valero y María Higón; la *Red telefónica*, adornada principalmente con dalias blancas, estaba ocupada por cuatro bellas telefonistas; iban en la *Pájara de papel* el pintor Sr. Arnedo y otros distinguidos jóvenes valencianos; la *Sombrilla abierta*, cuya tela estaba formada por dalias blancas y encarnadas, cobijaba á cuatro hermosas labradoras de aquella huerta; tripulaban la *Góndola veneciana* la señora viuda de Fontanals, su hija Emilia, la baronesa de Benidoleig y María Grande; y finalmente, en la *Carroza Luis XV* lucían su belleza y su elegancia Florita Peris Mencheta y Guix, María y Regina Burriel y María Lleó, ataviadas con lindos trajes y valiosas alhajas de la época. Para terminar esta breve descripción diremos que en la batalla de flores se dispararon aproximadamente 136.000 ramos: con este detalle podrán formarse nuestros lectores idea de la brillantez que tuvo aquella fiesta en Valencia y del ardor que animó durante la lucha á los combatientes de ambos sexos.



Li-Hui, rey de Corea (de fotografía)

Regresando de la fuente, cuadro de Andrés Solá y Vidal (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – El género llamado ruralista es el en que se ha distinguido el pintor D. Andrés Solá, quien para estudiar con mayor provecho las costumbres de nuestros labriegos, reside constantemente en uno de los pueblos más típicos y pintorescos de la provincia de Barcelona. Todos sus lienzos reproducen con facilidad escenas, costumbres y faenas campestres, interpretadas con singular acierto, ya en la buena disposición de las figuras, ya por su tonalidad, que patentiza el concienzudo estudio del natural.

El interesante grupo que ha servido de tema al artista para ejecutar el cuadro que reproducimos es exacto, puesto que cuantos hayan recorrido la región montañosa de Cataluña, habrán podido ver y observar cuadros tan interesantes como el que hoy figura en estas páginas.

Rosalía, cuadro de Juan Brull (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Quienes esta revista lean recordarán con el nombre Juan Brull un cuadro que revela grandes alientos, cuya copia reprodujimos recientemente, titulado *La tonsura del rey Wamba*. Obra del mismo artista es la preciosa cabecita cuyo grabado figura en estas páginas, altamente recomendable por la delicadeza y finura de color, siendo una de las producciones en que más se manifiesta el modo de ser de este pintor que siente el arte y goza del beneficio de saber expresar en el lienzo cuanto siente y concibe, por modo tan simpático y delicado, que atrae y cautiva cuanto produce.

Rosalía ha sido premiado por el Jurado y adquirido por el ayuntamiento para figurar entre las obras que constituyen el ya notable é interesante Museo municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad.

Reservista, cuadro de Antonio Coll y Pí (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). Ha poco nos complacimos en publicar uno de los dos cuadros que bajo el título de *Extraviada* presentó este joven cuanto laborioso artista en la finida Exposición de Bellas Artes de Barcelona. Hoy reproducimos el segundo cuadro, obsérvandose en uno y otro los caracteres de verdad que revelan siempre todas las producciones estudiadas del natural. De sencillo asunto, casi trivial, el de que hoy nos ocupamos recomiéndase por haber sabido el Sr. Coll imprimir ese algo que germina en el corazón del artista, dando á sus cuadros cierto encanto que interesa. El joven soldado que se ve obligado á ingresar nuevamente en las filas, las jóvenes que acogen sonrientes y bulliciosas sus ocurrentes palabras y hasta el taller en que se desarrolla la escena constituyen una nota simpática y agradable.

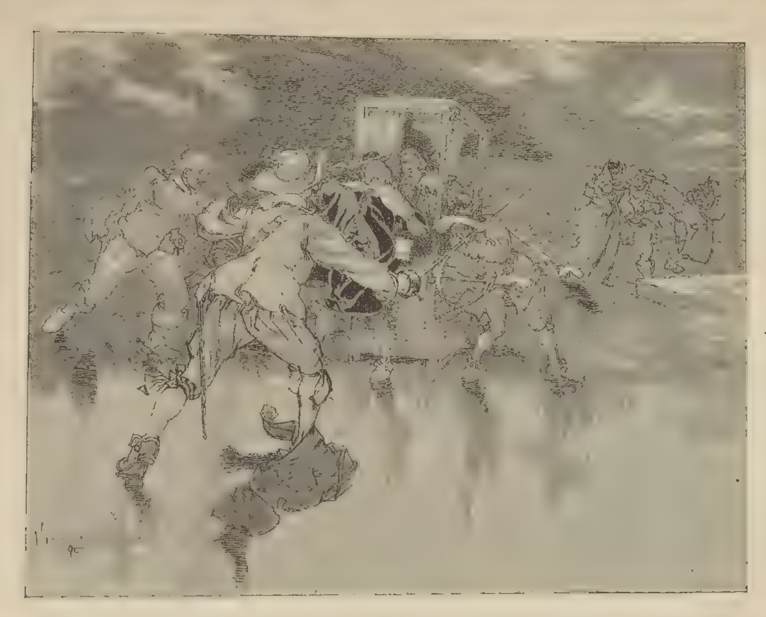
El jinete del desierto, grupo colosal de Jorge Vastagh. – El autor de este grupo cuenta en la actualidad veinticinco años, es hijo del famoso retratista húngaro y hermano del no menos célebre pintor de animales Geza Vastagh. Ha sido discípulo del insigne escultor Jorge Zala, completó sus estudios en la Academia de Munich, en donde modeló el hermoso grupo *Leones en acecho* que publicamos en el número 626 de La Ilustración Artística, y después de un viaje de estudio á París regresó á su patria. Su primera obra fué entonces la que reproducimos, y cuyo original, además de las bellezas plásticas de primer orden que en él se admiran, tiene el atractivo de estar magníficamente pintado. *El jinete del desierto* fué una de las esculturas más ensalzadas de la exposición celebrada en Budapest en el otoño último. La Sociedad de Artes plásticas ha otorgado á Vastagh el premio de 1.000 florines, instituído por el conde Tibor Karolyi «para recompensar una obra pictórica ó escultórica notable y propia para decorar un salón elegante.» La obra premiada fué adquirida por el emperador de Austria para sus habitaciones particulares. Actualmente ocúpase Vastagh en el proyecto que se propone presentar en el concurso anunciado en Budapest para levantar un monumento al rey Matías Corvinus.

Cabeza de estudio, cuadro de Raimundo Madrazo. – Digno continuador de la dinastía artística que á fines del pasado siglo fundara D. José Madrazo y Agudo, pintor de cámara de Fernando VII, y continuada por D. Federico, cuya reciente pérdida llorará mucho tiempo el arte español, es Raimundo Madrazo, cuya fama especialmente como retratista ha sido universalmente sancionada. Su estudio del faubourg de Saint-Honoré, en París, recuerda el del inolvidable Fortuny, y todo en él anuncia al pintor de la juventud, de la belleza, de la elegancia. La cabeza de estudio que reproducimos revela la técnica magistral de Madrazo, pero además se ve en ella el alma que anima aquel gracioso cuerpo y que se transparenta en la expresión de los ojos y de todo el semblante, en la cual fácilmente se adivina el pensamiento fijo en el amante á quien sin duda van destinadas las flores que en su mano y sobre su pecho oprime.

El rey de Corea. El ministro de Hacienda coreano. Funcionario coreano. – Con el retrato del monarca coreano publicamos los del ministro de Hacienda Pak-Chu-Yang y de un alto funcionario de aquel gobierno, tomados de fotografías facilitadas por el cónsul general de Corea en Alemania. La prensa diaria ha publicado acerca del rey Li Hui, de su poder y de su gobierno extensas relaciones que no hemos de repetir por haberse hecho universalmente conocidos en pocos días cuantos detalles se saben respecto de aquella monarquía y de aquel soberano, que al fin y al cabo será quien pagará los platos rotos en esas rivalidades entre China y Japón y entre las grandes potencias europeas que, de continuar la guerra, no dejarán de aprovechar la primera coyuntura que se les ofrezca para intervenir en la contienda. Las noticias que del teatro de la guerra se reciben son tan contradictorias que es imposible, no ya prever el resultado de la lucha, pero ni siquiera conocer la marcha de las operaciones corrientes: las dos potencias beligerantes atribuyen en cada acción la victoria á sus respectivas fuerzas y los corresponsales y diplomáticos extranjeros tampoco pecan de imparciales. Lo único que se sabe es que China y Japón no cesan en sus aprestos bélicos, y lo único que cabe profetizar es que no será Corea la que saldrá mejor parada de ese trance.



Funcionario coreano en traje oficial (de fotografía)



En la silla de manos, asaltada por Caldegás y su gente, iba una doncella...

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS.—ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

II

POR UNA FLOR

Era en efecto de mujer el grito que llegó á oídos del duque.

En la silla de manos, asaltada por Caldegás y su gente, iba una doncella confiada al valor de sus dos pajes y á la vigilancia de un viejo servidor de la familia, el digno Boucherón.

Por desgracia, apenas empezó el tumulto, Marmissolle tuvo buen cuidado de descargar tan fuerte puñetazo en el voluminoso abdomen del viejo, que éste cayó sin aliento, incapaz de moverse ni pronunciar una palabra.

En cuanto á los pajes, Bourguignón y Lafleur, faltóles tiempo para soltar de un golpe la silla en medio del arroyo y poner pies en polvorosa en cuanto vieron brillar los aceros.

—¡Bueno va!, exclamó Pochelú; ¡bien librados salimos de este negocio!

Caldegás se acercó á la portezuela.

—No temáis nada, señorita, dijo quitándose el sombrero con mucha cortesía. Dignaos poner pie á tierra, en la seguridad de que no recibiréis daño alguno; ¡palabra de caballero!

A la doncella le pareció sin duda que el caballero Caldegás tenía un aspecto más digno de figurar en el banco de una galera que en un palacio, por lo cual se lanzó con viveza á la otra portezuela, gritando desesperadamente: «¡Socorro, socorro!»

—Es inútil chillar, repuso el bandido; he tomado mis precauciones, y si no obedecéis de buen grado, ¡vive Dios!, vais á ver lo que sucede.

Apenas hubo soltado su exclamación, un formidable puñetazo sobre el hombro lo arrojó fuera de la silla:

—¡Atrás, canalla!, exclamó una voz amenazadora.

—¡A mí, camaradas!, gritó Caldegás.

Acudieron Marmissolle y Pochelú, la espada en alto, y con la punta de la suya Caldegás les designó al hombre que acababa de intervenir en la contienda.

Era un joven de hermoso aspecto; tendría veintidós años todo lo más. Altiva la mirada, atusado el bigote, tendida hacia atrás la cabellera, alta la frente, desdeñosa la sonrisa, desafiaba con los ojos á los salteadores.

—No sois más que tres: es poco.

Y cruzó el acero con Pochelú, que se había acercado más que sus compañeros.

Sonó el choque de las espadas y de pronto Pochelú se echó hacia atrás, exclamando:

—¡Me ha herido!

—¡Va uno!, contestó el joven.

—¡Apretarle, que no es manco!, gritaba Pochelú.

—¡Ya hallará quien le meta en cintura!, añadió Caldegás.

—¡Quién sabe!

Desde la silla, la muchacha objeto de tan rara escaramuza seguía el combate con la mayor ansiedad, más muerta que viva.

Atendiendo á la advertencia de Pochelú, Caldegás y Marmissolle se batían con cautela y maniobraban para ponerse á distancia uno de otro y dificultar la defensa del adversario. Pero se las habían con un enemigo poderoso. Tan pronta á la parada como al ataque, aquella única espada respondía con maravillosa agilidad al asalto de los contrarios.

Ya Marmissolle había recibido un puntazo que le rasgó el jubón, y como no gustaba de que le echasen á perder la ropa, por muy usada que estuviese, se exasperó y cargó ciego de ira.

En esto, algunos transeuntes, burgueses rezagados, atravesaban el puente; pero al ruido metálico del choque de las espadas, volvían pie atrás y el duelo continuaba á la luz de la luna.

—¡Se cansa!.. Ya es nuestro, decía Caldegás.

—¡Todavía no!

—¿Cómo se entiende?.. ¡Dos contra uno!, gritó una voz perfectamente timbrada.

Y una sombra fué á colocarse junto al hidalgo que se batía con tanta destreza. La sombra empuñaba también una espada.

—¿Me permitiréis, caballero?, preguntó al joven.

Y sin aguardar la respuesta, desvió el acero de Caldegás y tomó su parte en aquel duelo desigual.

A solas con Marmissolle, su adversario pasó de agredido á ser agresor. Por desgracia, una nube obscureció el campo de batalla y en la lucha las dos espadas alcanzaron á los contendientes.

Marmissolle cayó al suelo.

—¡Y van dos!, dijo el desconocido.

–¿Queréis que os ceda el tercero?, preguntó galantemente la sombra.

–¡Gracias!.. Me parece que también estoy herido en el brazo... No obstante...

–Dejad, repuso la sombra, dejad.

Pero el grueso Boucherón, ya recobrado el aliento durante la prolongada lucha, había corrido con toda la velocidad que le permitía su abdomen en busca de refuerzos.

Allí estaba ya de vuelta, acompañado de algunos pajes con linternas y gente armada de garrotes.

Caldegás comprendió que iba á ser molido á palos allí mismo, si no apelaba inmediatamente á la fuga, por lo cual, dejando en la estacada á su compañero, puso pies en polvorosa.

–¡Qué lástima!, exclamó la sombra. Con gusto lo hubiese ensartado de parte á parte.

El joven se asomó á la portezuela de la silla de manos.

Brillaba la luna con todo su esplendor, libre del velo que la obscurecía un momento ha. A su luz vió el mancebo el rostro de la que había defendido y quedó atónito de admiración. ¡Adorable criatura!

Sus rubios cabellos rizos, en coquetón desorden, se despeluznaban sobre su frente, y por hechicero contraste tenía los ojos negros, profundos, pensadores, fijos y abiertos aún por el espanto.

La nariz, de ondulado y gracioso perfil, aspiraba estremecida el aire de la noche, y los labios, un poco gruesos, rojos como una cereza, contrastaban con la blancura de la tez, pálida todavía de emoción. Pero tales pormenores no dan aproximada idea de la gracia juvenil, el incitante hechizo, la cándida ternura y belleza de aquel fresco rostro.

El joven, que no había temblado ante tres espadas, se turbó á la vista de aquella imagen ideal.

–Señorita, ¡estáis salvada!, murmuró.

–¡Ah, caballero, cómo agradeceros lo bastante!..

Temblaba aún, y su emoción comunicaba mayor dulzura á su voz suavísima.

–Harta dicha ha sido para mí encontrarme en este sitio; el placer de veros libertada es ya demasiada recompensa para lo poco que hice... ¡Pero aquí llegan vuestros criados, señorita!

Allí estaban, en efecto. El barrigudo Boucherón iba y venía, charlaba, se contoneaba muy orgulloso, como si hubiese derrotado él solo á toda una pandilla de ladrones.

–¡Por fin escaparon, los muy cobardes!.. ¡Los hemos puesto en fuga!

El joven sonreía oyendo su jactanciosa charla.

–Aquí tenéis ya, dijo sonriendo, á todos vuestros libertadores.

–¡Sólo vos, sólo vos!, contestó la doncella.

Y le tendió la mano, que el joven besó inclinándose á ella precipitadamente.

En esto, los pajes se colocaron otra vez en su sitio, y Boucherón, general improvisado, distribuyó su gente colocando cuatro faroleros en las cuatro esquinas de la silla, dos hombres armados con garrotes delante, y dos detrás.

–Si la señorita da su permiso, echaremos á andar; la señora marquesa estará ya cuidadosa con la tardanza, dijo respetuosamente.

La joven hizo ademán de asentir.

–¡Quedad con Dios!.. ¡Gracias por todo!.., añadió, volviéndose hacia el mancebo.

No bien se hubo puesto en marcha la comitiva, que miraba el joven alejarse, se asomó la doncella volviendo el rostro é hizo un gesto como para echarle algo. Bajóse él y vió en el suelo un ramillete que llevaba la niña, prendido al pecho.

Lo recogió y besó, inmóvil en su sitio, aspirando el aroma de aquellas flores entreabiertas al tibio calor de la encantadora doncella y siguiéndola con la vista, como si por el mismo camino se alejase su ventura.

Nada era ya posible distinguir, y permanecía aún clavado en su sitio, olvidado de todo para pensar únicamente en ella, cuando notó que le corría por la mano algo líquido que fluía.

Miró y vió que era sangre.

Sintió al propio tiempo que iba á desmayarse y que su mal se aumentaba, á pesar de los esfuerzos para tenerse firme y en pie.

–¡Si acabaré por caerme!

–¡Es lo probable!, contestó una voz que le era ya conocida.

–¡Ah, la sombra!.., murmuró el herido... ¡Sombra bendita!

Y cayó, en efecto, en brazos de la sombra, que por fortuna tenía un cuerpo.

–Señorita, estáis salvada, murmuró

Unos instantes después volvía en sí, reanimado por la sensación de un poco de agua fría en la cara.

–¿Os sentís muy débil?

–Algo.

–¿Os parece que podréis andar, con ayuda de mi brazo, hasta muy cerca de aquí, en el malecón de Morfondus.

–Creo que sí.

–¡Pues andando!

–Caballero, gran ayuda me habéis prestado hace poco, con la mayor delicadeza del mundo...

–No hablemos de esto.

–Al contrario, de ello hemos de hablar..., os estoy muy reconocido...

–Advertid que con esta charla os fatigáis más. Aguardad á que estéis curado.

–¿Sois médico, por ventura?

–Soy... muchas cosas...; algo tengo también de cirujano.

–¿Puedo saber vuestro nombre?

–No tengo.

–¿Cómo?..

–Tengo el de mi padre: Poissón, y el que me puso en la pila mi padrino: Raimundo... Pero yo opino que sólo tiene nombre el que ha sabido adquirirlo propio por sí mismo... ¿Y vos?

–Tenéis razón... Por no quedar en deuda con vos, os diré que mi padre es el conde de Fleurbaix, y mi padrino monseñor Gastón de Francia... Es inútil que os diga que estoy á vuestras órdenes.

–Ya hemos llegado.

–Mejor.

–Pero hay que subir todavía una escalera. Difícil lo veo.

–Lo intentaremos.

–Yo habito bajo tejado.

–Tanto peor. Merecéis más.

–Siempre fuí de esta opinión.

–Pero, decidme... ¿Qué traje es ese tan negro y ajustado al cuerpo, que os da el aspecto de una sombra?

–Es la ropa de desecho de un miguelete español, un desertor con quien tuve un breve altercado. Quería asesinarme, y yo no fuí de su parecer. Después de una corta explicación, se encontró con que ya no tenía necesidad de ropa, y como la mía estaba algo usada me apoderé de esos ricos despojos.

–¡Sois ingenioso!

–¡Por oficio lo tengo... casi! ¡Uf!.. Voy á abrir la puerta... ¡Entrad! ¡Diablo!



Se asomó la doncella volviendo el rostro é hizo un gesto como para echarle algo

¡No os arriméis á esta silla!.. El Tiempo se sentó en ella y le rompió una pierna. Mejor será que os echéis en la cama.

Gastón se tendió sobre el catre. Poissón le quitó la ropilla y examinóle la herida del brazo.

– No es nada; antes de tres días estaréis en pie.

– No por cierto. Ha de ser mañana mismo. En palacio distribuirán los papeles para la función real.

– Pues trataremos de reforzaros antes... Pero estaos quieto y dejad de oler esas flores que marean. Mejor será darles á beber un poco de agua para que mañana estén más frescas... Vamos, ahora procurad dormir.

– Gracias, dijo Gastón; obedezco á la Facultad.

Y volvióse de cara á la pared, pero incorporándose luego, preguntó:

– ¿No tendríais unas bigoteras?

– ¿Qué es eso?

– ¡Cómo!.. ¿No sabéis lo que son bigoteras? Es una maravillosa invención traída de España, para que el bigote no se descomponga durante la noche y á la mañana siguiente no haya necesidad de rizarlo.

– Pues no tengo..

– ¡Qué lástima!

– Realmente, es mucha lástima. Buenas noches.

III

BUENA SUERTE

La incógnita dama había dicho «seguidme,» y Enrique de Maufert la seguía.

Su deber le llamaba á otra parte, al lugar de la contienda, de en medio de la cual había surgido una voz en demanda de socorro á quien fuera noble y caballero.

Todo esto lo comprendía Enrique de un modo confuso, y únicamente lo bastante para decirse que algo sacrificaba á la mujer misteriosa junto á la cual iba andando á tales horas, no ya como un indiferente que sólo desdenes podía esperar, sino como un cómplice que tenía derecho á sus confidencias. Cuanto había visto y oído, sin enterarle claramente de todo, le mostró, no obstante, que la dama del antifaz preparaba hacía tiempo una emboscada, de la cual había visto Maufert la primera fase.

Comprendió también que sólo dependió de su voluntad frustrar tales designios y cortar con su acero todos los hilos de la trama.

Esto es lo que iba discurriendo mientras acomodaba su paso al de la desconocida; pero más que en esto, pensaba en la dicha de hallarse junto á ella, autorizado, llamado por ella misma. Él le había ofrecido su adhesión y su brazo, y la dama se mostraba agradecida. Latíale el corazón, pero no osaba iniciar el coloquio. La dama, por otra parte, estaba, según se veía, muy impaciente, muy nerviosa.

Llegada á la extremidad del puente, en la ribera derecha, se detuvo, y con ella Maufert.

Unos minutos después pasaba por delante de ellos la silla de manos, precedida del majestuoso Boucherón y de sus linternas.

Al verlos, la desconocida no pudo reprimir un gesto de cólera.

– ¡Maldición!, exclamó.

– Esto favorece mis designios, pensó el duque.

Y tomando la palabra, dijo á su misteriosa compañera:

– Tal vez la errasteis, señora, en serviros de bandidos y espadachines, cuando podíais hallar un hombre de corazón pronto á sacrificarse por vos.

– ¿Vos sois noble?, dijo al fin... Pero ¿qué digo?.. Esto se está viendo.

La desconocida se volvió á Maufert y le contempló un instante.

– Con razón lo preguntáis, sin embargo. Desde los días de la Fronda, hay tal confusión y desorden en el Estado, que á los plebeyos les da por echarla de lindos como los nobles, y los simples ciudadanos ciñen ya espada lo mismo que los de más alta alcurnia. Si el cardenal no hubiese ordenado muy cuerdamente que los lacayos usaran galones en las mangas, nadie distinguiría muchas veces al amo del criado. Por lo que á mí toca, podéis estar tranquila: soy hidalgo.

– Nunca lo dudé... Vuestro porte... y vuestras impertinencias denuncian al cortesano.

– ¡Mis impertinencias!

– ¿Qué nombre he de dar á las galanterías que me habéis dirigido á quemarropa cuantas veces me encontrasteis?

– Esto quiere decir que os habéis dignado escucharme. Algo lo disimulabais.

– Por esto no deja de ser verdad que tales cumplidos son impertinentes, cuando se dirigen á una dama desconocida y á quien ni siquiera se vió la cara.

– ¡Cuando encontramos al ídolo, bien podemos elevarle una plegaria!

– No me enaltezcáis tanto, porque en realidad no desciendo del cielo. Soy una simple mortal: una modesta burguesa.

– ¡Ah, no, señora, mil veces no!

– ¿No? ¡Con qué vehemencia lo negáis! ¿No me habéis creído por ventura?

– ¡Ah, señora! Os amo, os adoro; pero, con harta pena mía, no puedo creeros.

– ¡Es fuerte cosa!

– Al contrario, el caso es sencillísimo. Fácil os sería engañar con el cuento á los hidalgüelos de provincia; pero no á mí, que, nacido en París y viviendo en la corte y en la villa, estoy habituado á distinguir á una dama de calidad aun á través de la careta. Este diminuto pie, cuya punta asoma por debajo de la fimbria de vuestra falda, denuncia la casta, aunque sea demasiado breve quizás para una parisiense; pero ¡no importa!.. España é Italia nos trajeron algunos parecidos.

– ¿Tal es vuestra opinión?

– ¡Y esta mano!.. Permitidme un momento... ¡Es fuerza que la vea!.. ¡Una mano de infanta!.. Ya veis que os desmiente.

– Tenéis muy buenas disposiciones para decir la buenaventura.

– Porque acierto..., ¿verdad?

– Pues bien, sí; pero ahora, ya que sabéis á qué clase pertenezco, supongo que no insistiréis en vuestros designios.

– ¿Os parecen acaso despreciables?

(Continuará)



– No es nada; antes de tres días estaréis en pie

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONCURSO DE COCHES AUTOMÓVILES ORGANIZADO POR EL «PETIT JOURNAL»

El diario francés el *Petit Journal,* al organizar el concurso de *coches sin caballos* ha tomado una feliz é pruebas definitivas. En el tercer día, reservado á los rezagados de los días anteriores, sólo se reunieron dos concurrentes, que fueron admitidos. El número total de vehículos que podían tomar parte en las pruebas definitivas quedó, pues, reducido á 21, resultado más que satisfactorio teniendo en cuenta las dificultades del problema.

En efecto, ¿cuáles son los sistemas motores á que puede recurrirse para mover un vehículo? Estos siste-



Concurso de coches automóviles. – Preparación para la salida del bulevard Maillot, en Neuilly, el 19 de julio de 1894. En primer término el coche á petróleo Peugeot, n.º 27, que obtuvo uno de los primeros premios (de una fotografía)

interesante iniciativa que obedece á las preocupaciones constantes que tanto éxito han valido al popular periódico: fomentar el desenvolvimiento de los ejercicios al aire libre por el ciclismo y por la marcha y el bienestar social por la locomoción individual ó colectiva, facilitada en las grandes carreteras, al gusto de cada cual, tal ha sido el fin que se ha propuesto en sus concursos.

Después de la carrera velocipédica de París á Brest en 1891, y de la de París á Belfort en el propio año, el concurso de coches sin caballos es la tercera prueba de una serie que es de desear sea larga y próspera. Anuncióse este concurso el 19 de diciembre con el siguiente sencillo programa: «Concurso internacional, propulsores mecánicos de todas clases, coches de todas formas, número de asientos *ad libitum,* pero con un mínimo de dos; experimentos preliminares en un recorrido de unos 50 kilómetros con una velocidad de doce y medio por hora, sin que se tome en cuenta una velocidad mayor; prueba definitiva en la carretera de París á Ruán, en una distancia de 126 kilómetros; inscripciones á partir de 29 de diciembre de 1893 hasta 30 de abril de 1894; concurso reservado exclusivamente á los inventores y á los constructores de coches mecánicos. El primer premio se concederá al coche sin caballos que reuna las condiciones de *ser, sin peligro, cómodamente manejable para los viajeros y de no resultar demasiado caro por el camino.*

Los coches habían de ser juzgados exclusivamente por el personal de la redacción y administración del citado diario, asesorado por algunos ingenieros que asistieron á las pruebas y comunicaron sus informes técnicos y los resultados de sus observaciones á los jurados, á quienes acompañaron en las diferentes pruebas.

Ofreciéronse cinco premios: uno de 5.000 francos, del *Petit Journal,* y cuatro, de 2.000, 1.500, 1.000 y 500, debidos á la liberalidad de M. Marinoni.

Las inscripciones registradas en 30 de abril alcanzaron la imponente cifra de 102, pero en el momento de las pruebas realizadas en los días 19, 20, 21 y 22 de julio último sólo se presentaron 47 vehículos.

El programa se cumplió puntual y fielmente. El primer día de las pruebas preliminares, el 18 de julio, de los 23 concurrentes inscritos sólo 17 tomaron parte en la carrera en cuatro itinerarios distintos sacados á la suerte. De los 17 únicamente 13 fueron admitidos en las pruebas definitivas. En la segunda jornada, 19 de julio, los 27 concurrentes inscritos algunos días antes quedaban reducidos á 20, de los que sólo seis partieron, siendo todos admitidos en las mas pueden dividirse en dos clases, según que la energía necesaria para la propulsión esté almacenada en un depósito, dispuesta á producir su acción en cualquier momento y con una potencia instantáneamente variable á voluntad, ó que esa energía se produzca á cada instante, utilizando, generalmente en forma de combustible, una energía de afinidad química ó de combinación que encuentre en el aire que nos rodea el indispensable comburente complementario.

En la primera clase pueden agruparse los muelles, el aire comprimido y los acumuladores eléctricos: la débil potencia de almacenamiento de los resortes los hace inaplicables y lo mismo sucede con el aire comprimido, y aun teniendo en cuenta la distancia, con los acumuladores eléctricos. Además, para todos los depósitos de energía son precisas fábricas de recarga que faltan y faltarán todavía en mucho tiempo, cual quiera que sea el procedimiento empleado, siempre que el vehículo tenga que recorrer grandes distancias sin volver al punto de origen. Así se explica la ausencia de coches eléctricos en el concurso del *Petit Journal.* El coche de acumuladores eléctricos es, á nuestro parecer, el coche del porvenir, pero ha de pasar mucho tiempo antes de que pueda pretender desempeñar las funciones de vehículo para excursiones.

En la segunda clase pueden colocarse los sistemas motores que producen directamente su energía, sin previo almacenamiento, y que utilizan la energía de afinidad química de un combustible que pasa por el calor, sea directamente (motores de gasolina, de petróleo, de aire caliente), sea indirectamente pasando por el vapor de agua producido por la combustión de la hulla, del cok ó del petróleo y hasta por el vapor de petróleo producido por la combustión de este vapor (1).

Los motores de vapor de petróleo no están aún muy generalizados, y los de aire caliente, calentados por el cok, son demasiado pesados y molestos y carecen de flexibilidad en su potencia, de suerte que están naturalmente eliminados.

Sólo quedan como sistemas posibles, y así lo ha demostrado el concurso, los siguientes: 1.º, motores de petróleo; 2.º, motores de vapor calentado por el cok; 3.º, motores de vapor calentado por el petróleo.

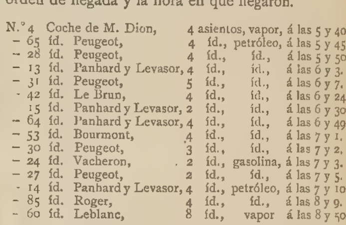
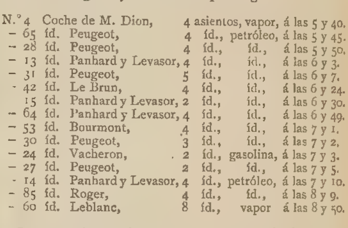
(1) No hablamos aquí de las pilas hidro-eléctricas: si el combustible que en ellas se emplea, el cinc, es relativamente ligero, el comburente que han de llevar consigo es muy pesado: además la renovación de esos productos es también fastidiosa y contingente.

El cok y el petróleo son combustibles que en todas partes se encuentran, de colocación fácil y de un precio económico: en cuanto al agua, raras veces falta. Estos tres sistemas son, pues, sensiblemente equivalentes desde este punto de vista: el ingenio del que los usa y la habilidad del constructor pueden establecer diferencias que no es conveniente prejuzgar, pues para ello es preciso conocer todas las condiciones de funcionamiento de cada uno.

Los vehículos que han realizado con éxito todas las pruebas han sido 15, que desde el punto de vista del sistema se descomponen del modo siguiente: motores de petróleo y gasolina, 13; motores de vapor de agua calentado por el cok, 2.

Los quince concurrentes salidos á las ocho de la mañana de París llegaron á Ruán en los límites fijados en el concurso con una velocidad real muy superior á doce kilómetros y medio por hora, pues la velocidad *comercial* (contando las paradas) del vehículo más lento ha pasado de aquella cifra.

He aquí la lista de esos quince vehículos por el orden de llegada y la hora en que llegaron.

N.º			Asientos		Motor	Hora
N.º 4	Coche de M.	Dion,	4	asientos,	vapor,	á las 5 y 40.
– 65	íd.	Peugeot,	4	íd.,	petróleo,	á las 5 y 45.
– 28	íd.	Peugeot,	4	íd.,	íd.,	á las 5 y 50.
– 13	íd.	Panhard y Levasor,	4	íd.,	íd.,	á las 6 y 3.
– 31	íd.	Peugeot,	5	íd.,	íd.,	á las 6 y 7.
– 42	íd.	Le Brun,	4	íd.,	íd.,	á las 6 y 24.
15	íd.	Panhard y Levasor,	2	íd.,	íd.,	á las 6 y 30.
– 64	íd.	Panhard y Levasor,	4	íd.,	íd.,	á las 6 y 49.
– 53	íd.	Bourmont,	4	íd.,	íd.,	á las 7 y 1.
– 30	íd.	Peugeot,	3	íd.,	íd.,	á las 7 y 2.
– 24	íd.	Vacheron,	2	íd.,	gasolina,	á las 7 y 3.
– 27	íd.	Peugeot,	2	íd.,	íd.,	á las 7 y 5.
– 14	íd.	Panhard y Levasor,	4	íd.,	petróleo,	á las 7 y 10.
– 85	íd.	Roger,	4	íd.,	íd.,	á las 8 y 9.
– 60	íd.	Leblanc,	8	íd.,	vapor	á las 8 y 50.

Los premios se han otorgado en la siguiente forma: *Primer premio,* 5.000 francos, del *Petit Journal,* repartidos entre los Sres. Panhard y Levasor y los hijos de Peugeot hermanos (coches de petróleo ó gasolina). *Segundo premio,* premio Marinoni, 2.000 francos, á los Sres. Dion Bouton y compañía (remolcador de vapor). *Tercer premio,* premio Marinoni, 1.500 francos, á Mauricio Leblanc. *Cuarto premio,* premio Marinoni, 1.000 francos, repartido entre los Sres. Vacheron y Le Brun (motores de petróleo). *Quinto premio,* premio Marinoni, 500 francos, á M. Roger (coche de petróleo). *Premio de estímulo,* á M. Scotte. *Mención honorífica,* á M. Roger de Montais (triciclo de vapor).

E. HOSPITALIER

***

LOS RELOJES PARLANTES

Hacer algo nuevo en materia de relojes de bolsillo parece cosa difícil: la precisión de la construcción actual deja poco espacio al progreso y las indicaciones que se ha logrado obtener de esos pequeños instrumentos son tantas y perjudican tan poco á su buena marcha que podría considerarse como alcanzada casi por completo la perfección en punto á relojería.

Sin embargo, un relojero francés establecido en Ginebra, M. Siván, ha conseguido salirse del camino trillado, inventando un cronómetro que dice las horas en vez de tocarlas, merced á una ingeniosa aplicación del fonógrafo.

El reloj de repetición ordinario lleva un botoncito oprimiendo el cual pónese en movimiento un juego de martillitos que dan golpes sobre unos muelles-

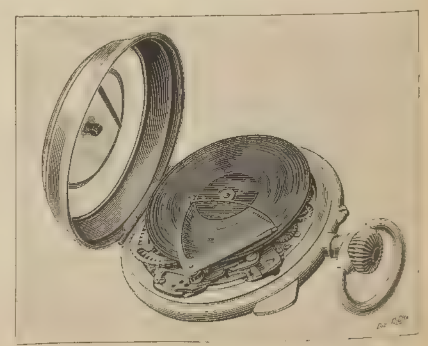
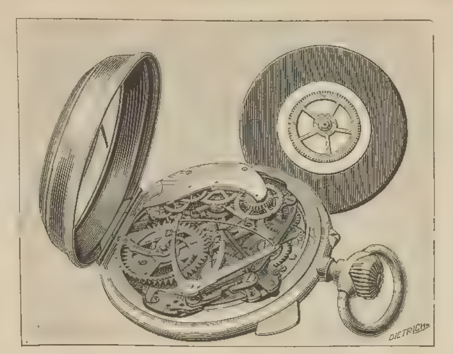


Fig. 1. – El reloj parlante con su placa fonográfica

timbres: de esta suerte se puede hacer sonar las horas, los cuartos y los minutos; pero este sistema tiene el inconveniente de exigir una gran atención por parte del que usa el reloj, porque se ve obligado á contar los golpes y á distinguir los intervalos entre horas y cuartos y entre cuartos y minutos. El reloj Siván no presenta ninguno de estos inconvenientes, pues en él los muelles-timbres están reemplazados por una plancha circular de caucho volcanizado con surcos estriados y con los martillos apoyados en las estrías por una de sus puntas. Los grabados que publicamos permiten darse fácilmente cuenta del funcionamiento de tales aparatos.

La figura 1 representa el reloj abierto con su plancha fonográfica, que tiene 48 surcos correspondientes á las 12 horas y á los 36 cuartos recorridos por la aguja: la figura 2 es la misma, pero sin la placa, para dejar al descubierto el mecanismo; la placa, que en el grabado se reproduce aparte, se ve del lado en donde no hay las estrías.


Fig. 2. – Mecanismo del reloj parlante: aparte se ve la placa fonográfica

Cuando se oprime el botoncito de la plancha de caucho, la punta que sigue sus sinuosidades vibra y las vibraciones se traducen por frases, que dicen «son las ocho, son las doce y media,» etc. Las estrías son, en efecto, la reproducción exacta en un plano del surco helizoidal producido por una voz humana en un cilindro de fonógrafo.

Naturalmente los relojes de bolsillo no son las únicas piezas de relojería á que puede aplicarse este ingenioso sistema: todos los relojes de pared, de mesa, etc., pueden tenerlo, y en la actualidad M. Siván construye ya despertadores que en vez del timbre estridente y mortificante de los ordinarios llevan planchas parlantes, merced á las cuales puede uno hacerse despertar por el canto del gallo ó por los acentos enérgicos de una voz conocida que, con una plancha de seis á siete centímetros, se hacen oir de una habitación á otra, aun cerradas las puertas, gritando *¡levántate!* bastante fuerte y por tiempo suficiente para arrancar al mortal más dormilón de los brazos de Morfeo.

Además de la dificultad resultante de la desproporción entre la pequeñez de las estrías y la fuerza que es necesario dar al sonido, M. Siván ha tenido que vencer otras muchas. Era preciso, en primer término, introducir el mecanismo en una caja de reloj de bolsillo sin exagerar las dimensiones de éste y luego encontrar para las planchas una materia plástica resistente. Estos obstáculos han sido felizmente vencidos: los relojes de bolsillo de M. Siván se parecen á los de repetición ordinarios, y sus planchas, á pesar de la presión de la punta, pueden hablar muchos millares de veces sin que se note en ellas un desgaste apreciable.

Y no sólo esto ha conseguido M. Siván, sino que retocando las estrías fonografiadas, suprimiendo unas y exagerando otras, ha llegado á dar á las palabras pronunciadas los acentos particulares característicos de tal ó cual provincia.

Los aficionados que no quieran contentarse con las planchas ordinarias pueden encargar otras que reproduzcan su voz ó la de alguna persona querida, en cual caso los relojes serán verdaderos recuerdos de familia.

La variedad de combinaciones que con este sistema puede obtenerse es, como se ve, ilimitada.

Una cosa, sin embargo, habrá de procurarse con gran cuidado, y es: que en las casas en donde haya varios relojes parlantes, de bolsillo ó de pared, todos vayan acordes, pues de lo contrario sus disputas, fuente de perniciosos ejemplos, podrían turbar la tranquilidad de las familias formales y desorientar á las gentes metódicas. Pero este inconveniente es de muy fácil evitación, gracias á la precisión que caracteriza á estos aparatos, cualidad que los hace doblemente estimables.

L. REVERCHON

(De *La Nature*)

DON RAFAEL IGLESIAS

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

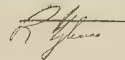
Con gusto vamos á presentar á nuestros lectores breves apuntes biográficos de uno de los jóvenes más distinguidos de la América Central, quien por sus altas dotes de hombre de Estado y sus demás personales condiciones ha merecido la honra de que el voto de sus conciudadanos lo haya colocado al frente de los destinos de su país.

Nació D. Rafael Iglesias, presidente actual de Costa Rica, en la capital de la República el 18 de abril de 1861 y desciende de las familias más notables y que con timbres de gloria han figurado más en la política y en la prosperidad y cultura de su patria. De nueve años de edad y después de haber adquirido todos los conocimientos propios de la enseñanza primaria, ingresó en el colegio de segunda enseñanza establecido en la ciudad de Cartago, bajo la dirección de los competentes profesores señores Ferraz y Picado: allí cursó los tres primeros años, completando en la universidad de Santo Tomás, fundada en la capital de la República, los estudios previos al grado de bachiller en Ciencias y Letras, grado que obtuvo con satisfactorio examen el 18 de marzo de 1875. Continuó en la misma universidad estudios de Derecho, habiendo sido designado en diversos años por sus profesores y condiscípulos para representar en examen público las clases de Derecho romano y Derecho público.

Joven aún, casi adolescente, reveses de fortuna en el capital de su familia le obligan á abandonar los estudios de Derecho emprendidos por cuatro años y lo lanzan á la lucha por la vida. Entró en ella con ánimo esforzado, con voluntad inquebrantable. Los obstáculos no lo arredran, antes bien en ellos templa su espíritu. Su iniciativa es fecunda, su actividad prodigiosa y su clarísima inteligencia á la altura de su actividad é iniciativa. En este rudo batallar obtiene la recompensa del triunfo y la íntima satisfacción de ser valiosísimo sostén de su numerosa familia.

Conquistada una regular fortuna en el campo honroso de perseverantes y bien dirigidas labores, con fe, con entusiasmo, con miras de elevado patriotismo, consagra sus poderosas facultades á estudiar las cuestiones políticas y el modo de ser social y económico del país. Estudios estos por los cuales desde su niñez sentía especial vocación y que le ocasionaron desde la edad de 19 años persecuciones y sufrimientos políticos, bien confirmados en documentos públicos y en la conciencia de sus conciudadanos.





D. Rafael Iglesias, actual presidente de la República de Costa Rica

Iniciada la campaña electoral de 1889 para la renovación de los primeros poderes del Estado, surge del seno oficial la candidatura del licenciado don Ascensión Esquivel, quien por hallarse al frente del Ejecutivo, tenía á su favor las probabilidades de la victoria. En tales circunstancias, el Sr. Iglesias, asociado á once jóvenes enérgicos, enarbola el estandarte del partido constitucional democrático que se inauguró entonces, y forman la Directiva del partido que dió el triunfo en las urnas electorales.

La elocuente y persuasiva propaganda dirigida por el Sr. Iglesias se hace sentir por todas partes, recogiendo en todas frutos abundantes.

Espíritu organizador, da forma y disciplina al partido dicho, que proclama la candidatura del licenciado don José Joaquín Rodríguez. Pensamiento y acción de esta agrupación política, en poco tiempo reune á su alrededor inmensa mayoría. El resultado no se hizo esperar. El voto de las asambleas electorales proclamó para ejercer la presidencia de la República al Sr. Rodríguez, quien confió la secretaría de Guerra y Marina al que era alma de su partido. En este elevado puesto, el Sr. Iglesias, sin desatender las trascendentales cuestiones de la política, ni nada que pudiera tener relación con los verdaderos intereses del país, acometió la reorganización del ejército, la mejora del servicio de guaniciones y dotó los almacenes de Guerra de aquellos elementos bélicos indispensables para la defensa nacional; y si todos sus proyectos de reforma en este ramo importantísimo no pudo verlos realizados durante la anterior administración, tiene el firme propósito de llevarlos á buen término en el presente período presidencial, lo mismo que todos aquellos reclamados por una mejor organización administrativa, tales como la situación económica del país, la instrucción pública, la justicia criminal y las necesidades sociales en cuanto del gobierno dependa satisfacerlas.

El dogma liberal que informa su credo político, la experiencia adquirida en todos los asuntos del Estado y su visión clarísima de las condiciones especiales de Costa Rica en todas las esferas de la actividad social, constituyen plena garantía de acierto en sus delicadas y trascendentales labores como primer magistrado de la nación.

Bajo auspicios tan favorables, el país espera del eximio ciudadano que hoy rige sus destinos la realización de su magnífico programa de gobierno, lanzado al país en el acto de tomar posesión de la primera magistratura de la República.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 10 de septiembre de 1894 — Núm. 663

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal «Los Ecos de las Montañas,» de D. José Zorrilla, con magníficas ilustraciones de Gustavo Doré.



CONSUELOS DE LA AMISTAD, cuadro de A. Marck

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El palacio de Cintra. – Su quema. – Sus recuerdos históricos. – Evocación de Byron. – Su descripción de la montaña de Cintra, tal como la vió el poeta en principios de nuestro siglo. San Pablo perseguido ahora por las autoridades turcas. – Demanda de su partida de defunción por los alcaldes de Gálata. – El conde de París moribundo. – Muerte de su idea. – Los Orleanes en la Historia. – Conclusión.

Hallábame yo hace algunos años en París, cuando, al recorrer muy temprano los periódicos del día, según mi antigua é inveterada costumbre, halléme con que se quemaba el maravilloso edificio nuestro del Darro, la incomparable Alhambra. No quiero decir las angustias pasadas por mí hasta enterarme de que se había cortado el incendio, tras desperfectos ocasionados por las voraces llamas, pero muy reducidos á la pared norte del patio de los Arrayanes. Pues un análogo sentimiento me asaltó, aunque no tan intenso, al saber que ardiera estos días el palacio de Cintra. Sucede con los monumentos antiguos llegados á nuestros días lo mismo que sucede con todas las antigüedades preservadas de los desgastes del tiempo. La conservación suma otro mérito más con los méritos intrínsecos. A causas de destrucción como la voracidad del tiempo y como la inclemencia del aire, únese otra mayor, las cóleras del hombre, que no ha sabido renovar las instituciones, sino con destruir los edificios donde se albergaban, como los justísimos odios de los liberales á la Inquisición y á las órdenes monásticas no se contentaron sólo con suprimir estos institutos, desarraigaron del suelo, convirtiéndolos en escombros, los edificios y monumentos donde se albergaban, dañando con este desarraigo muy gravemente, así á las letras como á las artes y á la Historia. Yo no recuerdo bien el palacio de Cintra. Suelen compararlo en Portugal á los alcázares árabes de Granada; pero hay entre unos y otros poco parecido. Recuerdo muy bien que la montaña, cubierta de una vegetación muy varia y ceñida de jardines deleitosos, donde los helechos del Norte se juntan á los naranjales y á los granados y á las palmas del Mediodía, encantóme de suerte que no me dejó tiempo bastante para contemplar los edificios alzados allí, quizás por hallarse uno tan parecido á los juguetes de cartón piedra y á las decoraciones de teatro casero como el Castillo de la Peña, fabricado en la cima por el regente D. Fernando, quien cambió la funesta dinastía de Braganzas en una bonachona y germánica dinastía de Coburgos. El regio palacio antiguo conserva fragmentos de arte medieoval, reminiscencias manuelinas, azulejos mudéjares; pero lo ha invadido todo en tales términos el mal gusto de la pasada centuria, que sólo queda espacio á la evocación de recuerdos históricos tan interesantes como el cautiverio de D. Alfonso VI, el reinado de D. Juan II, la partida para el desastre de Africa del malogrado joven D. Sebastián, última sombra de los temerarios y emprendedores príncipes de Aviz. Por fortuna todos estos escenarios de la Historia se han salvado, no habiendo metido en ellos el cuezo las devastadoras llamas, para destruir, como dicen las viejas maneras de hablar castellanas, para destruir el yeso. Lo confieso sin empacho: como yo ví á Cintra de muy mozo, lo que más en ella embargó mi ánimo fué el recuerdo célebre de la visita que Byron le hizo á principios del siglo y con cuyo relato comienza la hermosísima odisea sentimental titulada *Childe-Herold.* Pocos poetas han expresado el sentimiento de la Naturaleza como Byron. Gusta, es verdad, de interrumpir su serenidad con el grito de los dolores individuales, pero también gusta de mostrar cómo su savia penetra hasta la imaginación y le hace brotar flores, al modo que los jugos de la savia primaveral hinchan las yemas del seco almendro. Así nos ha descrito sobriamente su arribo á las tierras occidentales, después de haber pasado los tormentosos golfos de Vizcaya, las riberas encantadoras de la vieja Lusitania, la desembocadura del Tajo, los montes con sus aureolas de luz y sus capuchones de blanquecinas nieblas, los frutos de oro escondidos bajo las amplias hojas de esmeralda empapadísimas en deliciosos aromas, Lisboa retratada en el espejo de las aguas, los no soñados paisajes de Cintra, por cuyos tortuosos senderos ya se descubre un monasterio lleno de sombríos penitentes, ya las cruces que recuerdan horribles asesinatos; pero sobre todo, el oleaje de montañas graníticas dentadas, con los picachos suspendidos en lo infinito y casi agitados por el viento, con los cambios bruscos de luz y de sombra, con las blancas coronas de madreselva, con los profundos valles donde los vegetales del Norte lloran la triste ausencia del sol, con las laderas cubiertas de naranjales, con el fragor de mil torrentes desgajándose todos en varias tranquilas cascadas, y el espectáculo del océano infinito reflejando la hermosa luz diurna de los horizontes ibéricos en sus espacios celestiales. Cuentan que Ibsen, criado en el Báltico, sintió un deslumbramiento que llegó hasta cegar su espíritu, cuando por primera vez descubriera el Mediterráneo en Istria; pues á Byron jamás se le ha borrado el beso de nuestro cielo en la frente.

II

Un poco brusco el salto desde las tierras extremas del Occidente á las tierras extremas del Oriente, desde Lisboa y sus alrededores á Constantinopla y el Bósforo. Pero el caso que voy á contar presenta caracteres extraordinarios, los cuales bien merecen un poco de murmuración en estas murmuradoras revistas. Holgaos en la gloria, cuando al enfriamento de nuestro planeta concluirán tarde ó temprano el mármol de las estatuas dóricas y el recuerdo de los poemas homéricos, llamados por nosotros inmortales. Desvivíos hasta ser un San Pablo, ayudando como apóstol á fundar la religión del espíritu, y oponiendo como mártir vuestra voluntad de hierro á la tiranía del cesarismo: las autoridades turcas os tomarán por cualquier anarquista como Caserio y confundirán vuestras epístolas divinas con una carta de Reclus acerca del robo y con un manifiesto de Ravachol acerca del asesinato. Cuentan que una noche, paseándose Víctor Hugo por los bulevares parisienses, entró en gana de ir al teatro San Martín; y como se dirigiera por la entrada de favor, debida en todos los teatros franceses al gloriosísimo autor de Lucrecia y Hernani, dando su nombre de fama universal, el taquillero, después de registrar sucio cuaderno, donde constaba la lista de favorecidos, le respondió: «Víctor Hugo no consta en estos papeles,» despidiéndole con desdeñoso dejo, pues ignoraba la existencia del renombrado poeta, por no haberle oído nombrar en su vida. Lograd que las epístolas vuestras á los gálatas de hace veinte siglos se recen y canten todos los días en las cinco partes del mundo, para que un alcalde turco de los gálatas de ahora las tome por incendiarias proclamas. Con efecto, algo hay en ellas contra el sacramento de los sacramentos semitas, contra la circuncisión, que ha despertado el interés de los turcos. Pero como los cristianos, lectores hoy del maravilloso libro donde constan las epístolas de San Pablo, hayan demostrado que se refiere á la circuncisión judía lo dicho por el autor, muerto muchos siglos antes de la venida del Profeta Mahoma, los mahometanos han pedido la partida de defunción del apóstol, si quieren sus secuaces que puedan permitirse hoy allí la lectura de sus cartas. De no contarlo un periódico de Constantinopla que se llama *El Presbiterismo,* apenas podríamos creerlo. ¡Pobre San Pablo! Como Jesucristo había reconciliado al hombre con Dios, la Iglesia, su heredera, debía reconciliar al hombre con el hombre, unas razas con otras razas. Para cumplir esa misión providencial aparece San Pablo en la Historia. Judío por su familia, poseía el principio verdadero de la unidad del Eterno; griego por su educación, poseía los principios más adelantados y más profundos entonces sobre la naturaleza del hombre; ciudadano de Roma por privilegio, como todos los ciudadanos de Roma, tenía conciencia de la unidad del mundo y de la unión entre sus razas; exaltado, amaba de suyo hasta llegar al delirio y aborrecía de suyo hasta llegar al odio y al desquite; y así, cuando judío, fué San Pablo el primero que se bañó en sangre de los mártires cristianos; y convertido al cristianismo, porque un rayo de luz divina le hirió los ojos, su amor le llevó por toda la tierra, su actividad no se dió punto de reposo, su entereza sufrió toda suerte de persecuciones y de adversidades, tres naufragios, las varas de los procónsules que le desgarraron sus carnes, las piedras de los paganos que le rompieron sus huesos, las asechanzas de los animales en el desierto, la furia de los elementos que tostaron su piel y consumieron su sangre: desgracias que ni le amedrentaron ni fueron parte á impedir su maravillosa predicación, pues en Éfeso hace temblar sobre su pedestal á la diosa Diana, y en Corinto consigue cerrar el templo de Venus, y delante del Areópago predica en Atenas la unidad de un Dios verdadero superior al dios psicológico de Sócrates, y en Jerusalén dice ante los egoísmos de la raza israelita que después del cristianismo ya no hay ni griegos, ni romanos, ni judíos, sino hombres tan sólo, y trabaja incansable por su divina idea, iluminándola á los ojos de la Historia con el fuego de su exaltado espíritu.

III

¡La muerte! Siempre á vueltas con la muerte. Acabábamos de considerar las consecuencias que podría traer á Portugal el prematuro fin de su gran escritor Oliveira, cuando el telégrafo nos constriñe á meditar sobre las consecuencias que podrá traer á Francia la muerte de su tenaz pretendiente á la corona el jefe de los Orleanes. Descubrámonos con respeto ante las agonías de un mortal y compadezcamos á su familia, no exenta de los tributos que debemos todos los mortales pagar al dolor y á la muerte. Pero es imposible que renunciemos á indicar lo que pensamos acerca de la trascendencia del tránsito de un aspirante á monarca desde este mundo al otro, sin que recordemos la historia de los Orleanes y su antigua significación en la política europea. No se pueden por manera ninguna desmentir los compromisos seculares que tienen las dinastías, familia de príncipes, los cuales se legan unos á otros sus comunes ideas, ó bien por el vínculo fisiológico de la sangre, ó bien por el vínculo moral de la educación. ¿Qué dinastía europea no representa hoy lo representado por sus predecesores hace ya muchos siglos? El rey de Prusia representa intereses del primer elector de Brandeburgo; representa las ideas del rey Filósofo, del gran Federico, la unidad de Alemania por medio del protestantismo, es decir, de la libertad de conciencia. El emperador de Austria, no obstante haber pasado de Hapsburgo á Lorena y haber admitido las últimas innovaciones constitucionales, significa lo que significaba Carlos V, y su hermano el infante de España D. Fernando significa el predominio en Hungría, en Bohemia, en Dalmacia, en todo el Oriente, de los alemanes sobre los esclavones. Pues bien: la familia de Orleans representa el predominio de la clase media enriquecida por la revolución sobre la legitimidad antigua de un lado y de otro lado sobre la democracia moderna. Hijos de un hermano menor de Luis XIV formaron la rama segunda, cuyas raíces quisieran desarraigar y cuya sombra destruir á la rama primera. Los reyes, deseosos de que no acabaran en sus ambiciones con los primogénitos los segundogénitos, enriqueciéronlos á porfía. Así enriqueció tanto Luis XIV á Felipe de Orleans, que parecía éste otro rey como su hermano en Versalles; y si fundó Luis XIV después para contrastar el poder extraíble de tanta riqueza dos vínculos en dos bastardos suyos, estos vínculos se reunieron en la cuna de una sola niña, la duquesa de Penthierre, que se casó con un duque de Orleans. Así, tal casa fué la más rica de Europa. Los reyes antiguos levantaban un trono de plata para los Orleanes, junto al trono de oro de los borbones; mas aquel trono de plata se desprendió como un grande alud y destrozó el trono de oro. En el instante mismo de verse Luis Felipe bajo los doseles del solio francés, en aquel instante creyó que si la perdición de su rama primera dimanó del culto religioso á las viejas ideas, debía dimanar del culto material á los intereses nuevos la salvación de su rama segunda. Y no hubo más en toda la dinastía de Orleans que un holocausto continuo al dios de la riqueza. El rey era rey, no por su nombre, por sus propiedades; al senador ó par no se le pedían blasones, sino rentas; al diputado no se le preguntaba por los grados de su capacidad, se le preguntaba por los recibos de su contribución; al periodista no se le demandaban títulos literarios de aptitud, sino papel del Estado en depósito; al elector no se le reconocía su autoridad por el derecho nativo, por el censo electoral; y al jurado, antes de examinarle la conciencia, se le examinaba la bolsa. Esta dinastía de burgueses enriquecidos debió caer por sus resistencias al sufragio universal y al advenimiento de la democracia moderna. Concluída, pues, la idea representada por el conde de París, antes que el conde de París mismo. Descubrámonos al ver pasar los despojos de un buen padre de familia, y su familia misma; pero digamos que la idea representada por ellos ha transpuesto el horizonte, y no queda en Francia nada de pie más que la democracia, la libertad y la república.

Madrid, 2 de septiembre de 1894.



LA ROGATIVA, cuadro de Vicente Borrás Abella
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



SOR SANCHA Y SUS COMPAÑERAS DE CARIDAD, cuadro de Francisco Torrescasana
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



«Dadnos la más ligera, contestaron los huéspedes, pues así será más fácil de llevar.»

El marido se la cargó al hombro, y los dos emprendieron el viaje de regreso alegres y agradecidos.

Cuando estuvieron en su casa, deseosos de saber qué contenía la cesta abriéronla, y ¡cuál no sería su asombro al ver que estaba llena de oro, plata, piedras preciosas y rollos de seda! Jamás hubieran esperado semejantes riquezas, y cuantas más sacaban, más quedaban; la caja parecía inagotable, y de este modo llegaron á ser ricos y felices, si es que esto último se puede alcanzar con el oro.

Cuando la vieja mala supo esto, experimentó tal envidia, que hasta le era imposible dormir, y quiso tener los mismos tesoros. En su consecuencia, fué á buscar á su vecina para preguntarle dónde vivía el gorrión y qué camino debía tomar. Apenas se le dijo, emprendió la marcha.

Cuando el pájaro vió á la vieja acercarse, mandó traer dos cestas parecidas en un todo á las otras, y después de escuchar la petición de su visitante, á la que al parecer no guardaba rencor, dióle á elegir la que quisiese de aquéllas.

La mujer, que era tan avariciosa como perversa, escogió la cesta más grande, y volvió á su casa muy contenta y muy cargada, pues aquello era más pesado que la piedra.

Una vez en su habitación, abrió la cesta ansiosamente; mas en vez de encontrar oro, vió salir del interior varios diablillos, que arrojándose sobre ella, hiciéronla pedazos.

(Este cuento y los grabados de esta y la siguiente página que lo ilustran están tomados de una colección de cuentos populares del Japón, publicada en Tokío, en francés y en inglés, para la enseñanza de estos dos idiomas en las escuelas.)

LA VENGANZA DE UN GORRIÓN

CUENTO JAPONÉS

En tiempo muy remoto, allá en los días felices en que los animales hablaban, como dicen las viejas en sus cuentos, vivía en cierto pueblo del Japón, cuyo nombre no es necesario citar, una vieja muy redomada, que se había dado á conocer siempre por su perversidad y sus malos instintos.

Cierto día disponíase á planchar su ropa, y al efecto echó almidón en una cubeta; pero mientras iba á buscar agua llegó un gorrión, y al ver aquellos granos blancos, y creyendo sin duda que era una nueva especie de cañamones, comenzó á comer á toda prisa. Por desgracia suya, antes de que pudiese concluir, la vieja volvió, y poseída de cólera al ver aquello, cogió al goloso y le cortó la lengua, dejándole luego en libertad.

Ahora bien, aquel gorrión era el favorito de una vecina, que le había domesticado dándole diariamente miguitas de pan; la buena mujer pecaba de sensible, y al saber lo que había sucedido, experimentó tan profundo pesar, que no hubo medio de contentarla. Al fin se empeñó en saber dónde se había refugiado la víctima, rogó á su marido que la acompañase, y al día siguiente los dos se pusieron en camino para buscarla.

Debe advertirse que el gorrión, y va de cuento, era todo un personaje entre los de su especie y vivía en una casita muy mona, bastante lejos del sitio donde le habían mutilado por goloso; mas por apartada que estuviese, al fin dieron con ella la contristada vecina y su marido, que eran dos buenos viejos, aunque no sin andar mucho por montañas y llanuras.

Cuando el gorrión vió á sus amigos y supo que habían hecho tan fatigoso viaje para ir á verle, regocijóse en extremo, y agradecido á su bondad, quiso obsequiarlos en lo posible. Al efecto los condujo al comedor, é hizóles sentar á la mesa, que fué servida por los hijos y nietos del dueño de la casa. Cuando los visitantes hubieron reparado sus fuerzas, el gorrión entretuvo á sus amigos con una danza especial, y todo el día se pasó en varios recreos.

Llegada la noche, y cuando los dos huéspedes se disponían á retirarse, el gorrión mandó traer dos cestas, é indicó á sus amigos por señas que podían tomar la más grande ó la más pequeña á su antojo.



EL JAIQUE

Yo no sé á punto fijo qué año era, pero sé que estábamos en pleno romanticismo; romanticismo que se reflejaba en todo: en la literatura, en las artes, en las costumbres y en las modas, por más que en éstas fuese un romanticismo contrahecho. *Han de Islandia*, *Nuestra Señora de París* y *Las Orientales*, de Víctor Hugo, recientemente dadas á luz, juntamente con las caballerescas novelas de Wálter Scot trastornaban todas las cabezas. No se hablaba más que de paladines, damas errantes, sayones, castillos, torneos, halcones y gerifaltes. Pero á esta literatura movida y brillante se mezclaba una levadura de tristeza y aun desesperación á lo Renato y Corina; así era que los amantes de entonces (y todos lo éramos), en vez de procurar el logro de nuestra pasión removiendo obstáculos y luchando con los de la Edad media, nos entregábamos á una concentración sombría. No se concebía entonces el amor feliz, sino el contrariado y no correspondido.

El romanticismo repercutía hasta en los relojes de sobremesa y en los cuadros. Las figuras de bronce que adornaban los relojes representaban guerreros blandiendo la maza de armas, ó bien damas á caballo *descapirotando* á su halcón. Los versos eran terribles: elegías feroces, ó inacabables descripciones de antiguas ciudades ó catedrales góticas.

Todo esto podía pasar, aun con algunos contrasentidos; pero lo inconcebible eran las modas de aquella época. Entonces, para designar á los elegantes de ambos sexos, no se les llamaba ni se llamaban ellos *petimetres*, currutacos, lechuguinos, *lions*, *dandys*, sino románticos.

¡Románticos! ¡Válgame Dios!

En las modas de hombres había algún dejo de Edad media. Todos llevábamos melena como los reyes merovingios; las levitas, abotonadas hasta el cuello y sobresaliendo una enorme corbata, podían, forzando la imaginación, hacer el efecto de una cota y de una gola de guerra, y el pantalón de botín, casi siempre de color ceniciento, recordaba, aunque vagamente, la malla que los guerreros usaban debajo del arnés. Pero á las mujeres, como románticas, no había por donde cogerlas. Con su alto peinado, sus mangas estrechas, y su falda moratiniana ceñida, parecíanse tanto á una señora feudal como una bolera á un arzobispo.

Mas en materia de romanticismo, el traje era lo secundario, y lo principal era el aspecto. El aspecto debía ser triste, sombrío, patibulario: algo así como el Vampiro de Byron. ¡Qué berrinches pasaban entonces los que eran natural-





mente robustos, colorados y tenían los ojos vivos y brillantes! Sobre todo, esto último, porque desgraciadamente los ojos no pueden desfigurarse. No se concebía un rostro sin ojeras, y la palidez era la primera distinción.

¡Ser pálido ó la muerte!: he aquí la divisa de los románticos.

Por entonces y poco antes de fallecer Juan Martínez Villergas escribía:

«Amé á una niña romántica
Que pretender no debí;
Pues hasta el amor quería
De Londres ó de París.
Bebía el vinagre á cántaros
Y en su estómago infeliz
Tenía siempre más yeso
Que chaqueta de albañil.»

En efecto, entonces bebíase el vinagre, no á cántaros, sino á tinajas, y todos nos desayunábamos con tan *agradable* líquido.

Porque como entonces el amor tenía que ser contrariado, no se concebía á un amante lucio y coloradote.

II

Juan Girasol, simpático joven de diez y ocho años de edad, hijo de la viuda de un brigadier, era el más romántico de todos. No había querido seguir la carrera de su padre, ó mejor dicho, no le gustaba más carrera que la de San Jerónimo. Sin embargo, hacía como que estudiaba lógica y matemáticas. ¡Figúrense ustedes qué progresos haría en sus estudios un joven romántico que recordaba siempre la frase terrible de Han de Islandia: «quiero beber el agua de los mares y la sangre de los hombres en el cráneo de mi padre,» ó que se embelesaba con el vestido blanco y el cinturón azul de la Elodia del vizconde d'Arlincourt!

Juan Girasol iba *pro formula* á la universidad, pues faltábale tiempo para esperar el logro de sus ideales. Eran éstos el amor de

«*Una forma* celeste, angélica,
Rubio el cabello, blanco el color,
Labios carmíneos, la frente pálida,
Triste sonrisa de oculto amor.»

Pero la palidez de la frente debía extenderse á todo el semblante. Juan no hallaba ninguna mujer suficientemente pálida. No transigía con el más pequeño asomo de color; si le hubieran ofrecido una princesa de Asturias, ligeramente sonrosada, hubiera rehusado su mano. Así es que el pobre muchacho andaba maltrecho y triste sufriendo la vaga melancolía del amor sin objeto. ¡Qué había de ocuparse él del rudo latín de los aforismos de la lógica ni de los bárbaros terminachos paralelepípedos!

Pero un día me le encontré en la calle Mayor, pálido, ojeroso como siempre, aunque agitado. Apretóme febrilmente la mano y me dijo con acento indefinible:

– ¡La encontré!

– ¿Dónde?, pregunté yo, que sabía lo que quería decir aquello.

– En el Retiro.

– ¿Cuándo?

– Ayer.

– ¿Pálida?

– Vas á verla ahora mismo.

Me hizo bajar la calle Mayor, torcimos el pretil, y nos paramos junto á la esquina de la calle del Sacramento.

– Asómate tú con disimulo, me dijo Juan; no quiero que me vean.

Me asomé á la calle del Sacramento.

– ¿Hay gente en el balcón del piso principal de la casa número...?

– Sí, hay cuatro seres.

– ¿Cómo seres?

– Sí, porque hay tres muchachas y un loro.

– ¿Tiene una vestido blanco y cinturón azul, como la Virgen de Underlac?

– Sí.

– Pues ésa es.

Juan Girasol había encontrado en el Retiro el ideal de sus sueños, bajo la realidad de una joven habanera de diez y ocho años, hija de una señora viuda que poseía dos ingenios y hermana de una pollita de trece años de edad. Aquella familia americana tenía el indispensable loro y una criada negra y niña. Razón tuvo Juan de volverse loco por Mercedes (así se llamaba la cubanita), pues ésta era más que pálida: era lívida con golpes de sinoples, como se diría en el blasón, y porque además era romántica por todo lo alto, como lo demostraban su blanco vestido y su azul cinturón. Pero los amores del muchacho se estacionaron, por más que siempre pensaba en ellos y se pasaba todos los días y parte de las noches asomándose á las esquinas de la calle del Sacramento. Porque Juan era excesivamente tímido y raras veces se atrevía á pasar por la calle. Cuando esto acontecía sufría mareos, se ponía colorado, ¡horror!, y se le trababan las piernas al sentirse mirado por las dos americanitas y la criadita negra, que casi siempre estaban al balcón. Y así pasaban los días sin que el encogido amante saliera de su cuidado, puesto que no sabía cómo escribir á su ídolo, y sólo la veía desde muy lejos. Afortunadamente la señora americana era muy corta de vista; si no, pronto hubiera reparado en aquel palomino atontado, que las seguía á todas partes.

Aquel amor que coincidía con la primavera puso á Juan calenturiento. ¡Qué tal estaría que se decidió á hacer algo!

He aquí lo que hizo.

III

Escribió una carta, largamente meditada, que decía así:

«Señorita: mi apellido es un contrasentido. El girasol se vuelve siempre hacia el astro del día y se extiende tanto, que si no le exterminasen cubriría la tierra. Usted no es como el sol, sino como otra cosa más poética y más bella: la luna; y yo, como la mandrágora que la sacerdotisa gala segaba con su hoz de oro, me vuelvo constantemente hacia usted. Aunque el amor goza en lo que padece, yo ya no puedo sufrir más. Como la planta que me da apellido, necesito expansión: deseo saber si puedo abrigar la esperanza de besarla los pies, ó si nunca seré digno de que usted fije en mí su celeste mirada. De todos modos, seré más feliz que ahora: correspondido, viviré en un cielo: desdeñado, el sepulcro me dará la paz de los que mueren de amor. Fíjese bien en estas líneas y déme su contestación. Mi destino depende de usted, ó más bien el destino de ambos, pues es imposible que viva sin remordimientos todo el que es causa de la extinción de un cuerpo y tal vez de la perdición de un alma. – JUAN GIRASOL.»

El romántico muchacho escribió esta estupenda carta en papel de color de lila, y la colocó encima de una almohadilla de olor á violeta para que trascendiese á este perfume.

Después de hecho esto, trató de procurarse dinero, de que andaba no muy sobrado. Vendió libros, como hacen todos los muchachos, no de texto, lo cual poco hubiese importado, sino otros más trascendentales. ¡Qué tal estaría Juan cuando vendió á *La Virgen de Underlac*, á *Esmeralda* y al *Solitario del Monte Salvaje!*



El día 23 de Junio, víspera de San Juan, día memorable por varios conceptos, un poco antes de anochecer, Juan, provisto de su amorosa carta y de un flamante duro isabelino, situóse en la calle del Cordón, esquina á la del Sacramento. Y se situó allí porque, espía amoroso de la familia americana, sabía que por allí había de pasar la criadita negra, que todas las tardes iba por leche á una vaquería que había

y todavía hay en la primera de las susodichas calles. Durante su espera, palpitaba violentamente el corazón del tímido enamorado, pues hasta con la criada era tímido. Pero no tuvo que aguardar mucho: pronto, asomado á la esquina, distinguió el encarnado pañuelo de la negrita, rodeado á la cabeza á guisa de criolla, y el blanco delantal. Torció la muchacha la esquina con su jarra en la mano, paróla Juan y le dijo balbuceando:

– Buenas tardes, morenita.

– Buenas tardes, *señó*, contestó ella, que le conocía de sobra.

– Vas á hacerme un favor.

– ¿Un *favó*... yo?

– Sí. En primer lugar, ten este duro para que compres rosquillas, si vas esta noche á la verbena.

– No, *señó*, no; de ninguna manera.

– Vaya, no seas tonta, esto no vale nada, repuso Juan dejando caer la moneda en uno de los bolsillos del delantal de la negrita.

– Pero *señó*...

– Oye, interrumpió aquél, en el favor que te pido me va la vida, ¡y es tan sencillo!..

– Pero...

– Se trata de que des esta carta á la señorita Mercedes.

– ¡Una carta! *¡Jesú!* Dios mío, si lo supiera ama *mayó!*..

– ¿Y quién ha de decírselo? Tu señorita no, yo tampoco, conque así...

Y al decir estas palabras, Juan metió la misiva en el otro bolsillo del delantal de la negra. Siguió ésta hacia la vaquería, y el enamorado joven, emocionado por el esfuerzo supremo que tuvo que hacer, se apoyó en la pared de la casa del conde de Revillagigedo.

Al volver á la suya le esperaba otra emoción.

IV

Por aquel tiempo empezaba á usarse el jaique. Era éste la prenda de vestir más rara, más antiestética y más incómoda que ha inventado la moda.

Figúrese el lector una especie de gabán ancho, hopalanda, anguarina ó como quiera llamarse, con las mangas muy amplias, de mucho vuelo y bastante largo, hecho de tela de lana ó cúbica, de colores chillones y forrado de seda más chillona todavía. Los románticos, envueltos en aquella flotante veste, parecíanse á alcotanes con las alas extendidas. Como para usado en verano, el jaique llevábase siempre abierto, no obstante tener un sinnúmero de broches de pasamanería y á veces de trencilla de plata ú oro; pero aunque abierto, la tela de cúbica ó alepín y el forro de seda producían un calor insoportable. Los huracanes del verano solían levantar los faldones del jaique, descubriendo á veces misterios que contrastaban con las pretensiones de tan ridícula prenda, de un orientalismo cursi. He hecho esta somera descripción porque supongo que la mayor parte de los lectores (si los tengo) no habrán, por dicha suya, conocido ni visto el jaique ni aun pintado.

Pero el jaique estaba en moda y hacía furor: un romántico sin jaique asemejábase á un carnero trasquilado. La imaginación sufre tales espejismos. En los tiempos del miriñaque, la mujer que no le usaba (si había alguna) parecía un escuerzo. Además, el jaique, por modesto que fuese, resultaba caro, y este era un incentivo más para desearle. Por esto, Juan Girasol, que le había deseado largo tiempo, hallóse al volver á su casa con la grata sorpresa de que el sastre habíale llevado un jaique. La carta entregada á la negrita y la prenda de vestir, en boga, pareciéronle cosas concatenadas y de buen augurio. Al día siguiente, que era el de su santo, estrenaría aquel aditamento indispensable á todo romántico, y con él acabaría de ablandar el corazón de la pálida é interesante habanerita. Probóse Juan el jaique en presencia de su madre, y le pareció demasiado largo; pero ésta declaró que le estaba que ni pintado, que las prendas cortas de vestir no dan señorío, y además, que como él estaba creciendo todavía, convenía que le pudiese servir para el verano siguiente. El muchacho era docilote y se convenció, dobló cuidadosamente el jaique y entregóse de lleno á su amorosa impaciencia, que fué terrible durante la noche, puesto que la familia cubana no salió de su casa, y el enamorado mancebo tuvo que resignarse á ver desde lejos á *la criatura bella bianco vestita.*



Jardinera, cuadro de Gabriel Schachinger
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



AL AMANECER, cuadro de Emilio Sánchez Perrier
(Salón del Campo de Marte de 1894)

Juan se acostó, pero no pudo dormir, y eso que despreciaba á los ó las chinches. Sus amorosos pensamientos teníanle desvelado como el arriero de la venta encantada de *Don Quijote*. Determinó aturdirse con el movimiento, y aprovechando el sueño de su madre, se fué á la verbena de San Juan. Vagó por la plaza Mayor y por el Prado, entre aquella multitud de gente; pues entonces la había en las verbenas, que no eran como ahora semillero de pulmonías, porque, según dice un político, el sistema parlamentario, reconcentrando el calor en las Cámaras, enfría al país.

Volvió Juan rendido á su casa antes de que se levantara su madre, y como le continuase el insomnio, entretuvo el tiempo rebuscando frases en su imaginación, para el caso de que pudiera hablar á su adorado tormento. Se desayunó, como siempre, con vinagre: precaución inútil, puesto que con la noche en blanco y el jaleo de la verbena, estaba ya demasiado pálido y ojeroso. Tenía hasta *nariceras*, que son esos surcos que van desde la nariz á la boca ó viceversa. Estaba archirromántico. A las ocho de la mañana salió de su casa, primorosamente vestido con el flamante jaique, una corbata nueva azul con pintas blancas y llevando en la mano un bastón de roten con puño de hueso de antílope. Pasó por la plaza Mayor, compró un clavel y se le puso en un ojal del jaique, por si hallaba ocasión de ofrecérsele á la lívida americana. Compró también en un estanco un cigarro de dos reales, suponiendo que el tabaco le daría desparpajo y atrevimiento; pero no le encendió hasta entrar en campaña. A las nueve paseaba por la plazuela del Cordón. Notaba que los transeuntes se fijaban en él y dedujo que su jaique daba golpe. A las nueve y media se situó en la propia esquina en que la tarde anterior había entregado su carta á la negrita, y desde entonces estuvo en acecho, puesto que sabía que la familia americana, los días de misa de precepto, oía la mayor, que se celebraba en las monjas del Sacramento.

V

Eran las diez menos cuarto: se aproximaba la hora, Juan acechaba, los balcones de su amada estaban desiertos, y el impaciente joven sólo oía la charla del loro que estaba, como siempre, en un balcón. ¡Dichoso loro! ¡Cuántas veces acariciaría su cabeza parlante la pálida mano de la joven ultramarina! Juan estaba impaciente, conmovido, pero animoso. La combinación del jaique y del cigarro, que acababa de encender, dábale alientos. Recordaba la frase de Shady, el poeta persa, que dice: *ninguna mujer puede resistirse á una pasión verdaderamente sentida.* Se embelesaba pensando en sus futuras entrevistas amorosas cuando la habanerita le dijera con su suave acento americano: «¡Chinito, cuánto te quiero!:» en fin, el pobre Juan experimentaba todos los *abulelamientos* de los verdaderos amantes. Iban á ser las diez, y la familia de Ultramar, contra su costumbre, aún no había salido, los balcones continuaban desiertos. ¿Habríase aquélla ausentado de Madrid? Esto no era posible: él á las diez de la noche anterior había oído las risotadas de la negrita. Además, ¿no estaba allí el loro para tranquilizarle?

El impaciente joven chupaba su cigarro con encarnizamiento y sentía mareos. Daba con el bastón volapiés á la casa de Revillagigedo, y tenía, como vulgarmente se dice, hormiguillo. Por fin, salió del portal de las americanas un bulto, quiero decir una señora: era *ama mayó*, según decía la negrita. Pero ¿cómo ella sola, cuando siempre iba á misa con sus hijas? Este incidente desconcertó á Juan. La vió entrar en la iglesia del Sacramento, y el pobre mozo no sabía qué pensar ni qué hacer. En aquel momento el loro redobló sus gritos, y ¡oh instante feliz! Las dos cubanitas, con la negra por añadidura, aparecieron en el balcón.

Juan se tambaleó.

Las tres muchachas miraban hacia todas partes, esperando quizá el ver al amante rondador presentarse en alguna esquina, según tenía por costumbre.

En efecto, Juan se asomó y quedóse inmóvil como un espectro. En aquel momento perdió el ánimo que hasta entonces habíale alentado. Le sucedió lo que á algún reo de muerte: en la capilla está resuelto; aun cuando para llegar al patíbulo tenga que recorrer un largo trayecto, pide ir á pie, como yo vi uno en Sevilla, muy jaque, con el cigarro en la boca, saludando á todo el mundo; pero al divisar el fatal monumento de su suplicio, cayó al suelo sin sentido. Aunque la comparación sea un poco fuerte, una cosa



Viam veritatis elegi, cuadro de Ricardo Brugada
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

parecida sucedióle á Juan: la americanita juntamente con su timidez eran sus tormentos. Sin embargo, era preciso hacer algo; pues para algo había escrito él su famosa carta del muérdago, sin acento, y sacrificado un duro isabelino. Pero ¿cómo transponer aquella esquina que era el segundo cabo de los tormentos? Además, aquellos seis ojillos vivarachos que le acechaban, le desvanecían por completo. ¡Si al menos ella hubiera estado sola al balcón!.. ¡Oh prodigio de la casualidad ó precoz intuición americana! La hermana menor y la negrita se retiraron del balcón, y la adorada de Juan, con su eterno vestido blanco y cinturón azul, quedóse sola.

¿Aquello era providencial ó hecho ex profeso?

El joven se decidió. Tiró la ceniza de su cigarro, despechugóse el jaique para enseñar la blanca camisa bordada de menudos corazones, puso el bastón verticalmente, escondiendo el puño en el ancho bolsillo de la hopalanda oriental y entróse resueltamente por la calle del Sacramento. La americanita continuaba al balcón y le miraba. Juan sentía vértigos y además el faldón del maldito jaique se le enredaba entre las piernas. Cruzó al cabo aquella vía dulcemente dolorosa, llegó frente al balcón, y con atortolados ojos miró á su amada, la cual hízole una seña como de que subiera á la casa, retirándose ella del balcón.

¡Subir á la casa! Y sin embargo, era lo más natural: no había ella de hablarle ó echarle carta desde las alturas, estando la calle, como día festivo (entonces lo era el de San Juan), tan transitada. Además, la moda de aquella época era que los amantes hablasen por la rejilla. El enamorado mancebo se hizo estos cargos. Miró al portal de la casa, la portera brillaba por su asencia, lo cual dióle ánimos. Entró, subió la escalera tambaleándose, pero casi de puntillas, y llegó al piso principal. La puerta estaba cerrada. Juan esperó inmóvil y jadeante. Poco después sintió un ligero ruido, luego se entreabrió la puerta al propio tiempo que todos los poros de Juan, luego apareció una cabeza, pero no la de suaves cabellos de la pálida americanita, sino una cabeza encarnada y una cara de carbonero, y luego el desvanecido amante oyó una vocecita gangosa que dijo:

– Ha dicho mi señorita que se corte usted el jaique.

Y la puerta volvió á cerrarse.

¡Horror!

Juan quedóse petrificado; pero sintiendo mareos, volvió en sí. Bajó inconscientemente al primer tramo de la escalera, y allí el cigarro ó la emoción hicieron su efecto. Pasóle al pobre muchacho lo que á D. Quijote después de tomar el bálsamo de Fierabrás, y... puso perdido el jaique...

Juan vive todavía; pero hasta muchos años después de esta aventura, cuando las canas invadieron su cabeza y fué olvidando sus devaneos juveniles, no volvió á pasar por la calle del Sacramento.

F. MORENO GODINO

NUESTROS GRABADOS

Consuelos de la amistad, cuadro de A. Marck. – Aunque el sentimiento de la familia es el más intenso en el ser humano, hay ciertas penas para las cuales el corazón busca consuelo más que en aquélla en la amistad: las confidencias en materias amorosas, por ejemplo, antes que á la madre ó al padre hácense por lo general á la amiga ó al amigo, y por la misma razón éstos más que aquéllos son los que comparten los desengaños, los dolores de que el amor es causa. Inspirándose en este hecho, el notable pintor alemán Marck nos ofrece en su hermoso cuadro el grupo delicadamente sentido de esas dos amigas, una de las cuales, á juzgar por la carta que entre sus dedos estruja y por la expresión de su cara, acaba de sufrir una decepción terrible que mata en flor sus más dulces ilusiones, al paso que la otra, estrechándola entre sus brazos, más que con sus palabras con sus caricias procura consolarla y confortarla en sus pesares.

La rogativa, cuadro de Vicente Borrás Abella (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Cuando las calamidades en forma de peste ó sequía azotan ó aniquilan un pueblo, cuando la angustia embarga por completo el ánimo, el sencillo campesino dirige sus ojos al cielo, el creyente formula un ruego y todos invocan al Todopoderoso, impetrando misericordia y consuelo. Tal es el asunto en que se ha inspirado el discreto pintor valenciano Sr. Borrás Abella para producir el bonito cuadro *La rogativa*, uno de los mejor sentidos y más acertadamente observados de entre los que figuraban en la finida Exposición general de Bellas Artes de nuestra ciudad. El cuadro á que nos referimos es digna continuación de *En el coro* y *En los días del abuelito*, premiados en las Exposiciones nacionales de 1890 y 1892 respectivamente, y todos reunidos son galana muestra de las cualidades y aptitudes que para el cultivo del arte posee el joven pintor valenciano.

Sor Sancha y sus compañeras de caridad, cuadro de Francisco Torrescasana (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Amante del país que le vió nacer y entusiasta cultivador del arte, ha procurado siempre el Sr. Torrescasana aunar estos sentimientos, que constituyen la nota distintiva de sus producciones. Tal puede observarse en la reproducción del cuadro que publicamos, inspirado en un asunto de carácter histórico y sabor completamente local. Laudable ha sido el propósito de nuestro amigo, puesto que al pintar su cuadro ha puesto de manifiesto las virtudes de una santa mujer, que no por haber dado muestras de su abnegación y caridad hace cinco siglos, debiera haberse dejado de venerar su recuerdo cual de una de las preclaras hijas de nuestra ciudad. Sor Sancha dedicóse durante muchos años á dar cristiana sepultura á los cuerpos de los desgraciados que pendientes de las horcas servían de pasto á los grajos, caritativamente secundada por sus compañeras de religión.

Plácemes merece el Sr. Torrescasana por haber logrado interpretar tan discretamente un asunto harto difícil y mayores se los tributamos por la distinción de que ha sido objeto, ya que como tal debe considerarse la adquisición del cuadro por la Diputación provincial de Barcelona.



BANQUETE DE LOS OFICIALES DE LOS ARQUEROS DE SAN AD...



... Francisco Hals, existente en el Museo de Haarlem



LA VIRGEN DE LA SOLEDAD, escultura de R. Atché (Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894)

Jardinera, cuadro de Gabriel Schachinger (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Aventajado discípulo de Piloty, el distinguido pintor bávaro Sr. Schachinger es una de las más respetadas personalidades artísticas de Alemania. Su vida ha sido hasta el presente una serie continuada de triunfos, que comenzaron en la Real Academia de Munich y se han sucedido en las exposiciones y concursos en que ha tomado parte.

Numerosas y variadas son sus producciones, habiéndose distinguido especialmente en el retrato, género que ha sabido tratar con verdadera maestría, á la que debe en primer término su envidiable reputación. La galería de Schleissheim y el Palacio Real de Berlín guardan respectivamente dos obras importantísimas del Sr. Schachinger, cuales son los retratos de los infortunados Luis II de Baviera y del emperador Federico de Prusia.

El bello cuadro que damos á conocer á nuestros lectores, que resulta un acabado estudio, sirve para reconocer cumplidamente las cualidades que atesora este meritísimo artista.

Al amanecer, cuadro de Emilio Sánchez Perier (Salón del Campo de Marte de 1894). – Tan artista como pintor, hállanse armonizadas en Sánchez Perier las aspiraciones del que como él siente el arte, con la habilidad del que sabe interpretarle, porque en todos sus lienzos, en sus más sencillas notas de color, adivínase siempre el esfuerzo de su inteligencia. Poetiza el arte, y de ahí que en todos los bellísimos paisajes se lea siempre una sentida estrofa. Inspírase en los grandes contrastes y bellezas que la naturaleza ofrece, copiándola en sus encontrados aspectos. Busca en ella el manantial de su inspiración, presentándola de manera que en sus combinaciones de luz, sus celajes y vegetación, se adivinan los sentimientos que embargan el corazón del artista, que, auxiliado por el arte, tributa un sentido recuerdo, llora ó canta, evoca escenas y lugares que conserva latentes en su imaginación.

Recientemente dimos á conocer á nuestros lectores otro bellísimo paisaje de este distinguido pintor sevillano. Aquél y el á que hoy nos referimos honran á su autor, á quien con justicia se le considera como uno de los primeros paisistas españoles.

Viam veritatis elegi, cuadro de Ricardo Brugada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Si el misticismo ha aportado en otros siglos al arte español magistrales obras, no debe sorprender que en esta época haya artistas que busquen en las representaciones religiosas la fuente ó manantial de su inspiración y el medio de poner de manifiesto sus aptitudes y cualidades.

La bella imagen ejecutada por el Sr. Brugada participa del misterioso encanto que en sí debe tener cuanto tienda á evocar divinos conceptos y del carácter distintivo de la pintura contemporánea. Aun en la realidad de la figura, obsérvase ese algo que sublima, pureza, bondad, amor.

El cuadro del pintor Sr. Brugada es una producción recomendable, así por el carácter que ha sabido darle como por los pormenores y el fondo sobre el que armónicamente se destaca la figura.

Banquete de los oficiales de los arqueros de San Adriano, cuadro de Francisco Hals. – No hemos de repetir lo que en otras ocasiones hemos dicho del célebre pintor flamenco Francisco Hals, á quien se considera actualmente como el primer maestro de la escuela holandesa y que por el gran número de sus ilustres discípulos ha ejercido gran influencia en el desenvolvimiento histórico de la misma. Sus obras son hoy en día muy estimadas y alcanzan elevadísimos precios, figurando las más de ellas en los primeros museos del mundo. La que en el presente número reproducimos, pintada en 1627, justifica por sus excelencias el renombre de su ilustre autor y es una de las mejores joyas que posee el museo de Haarlem.

La Virgen de la Soledad, escultura de Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – *La virgen de la Soledad* debe considerarse como una de las más sentidas é inspiradas producciones del distinguido escultor D. Rafael Atché. Dentro de justos límites ha logrado dar vida y sentimiento á la obra, que sin perder su carácter religioso y conteniendo ese delicado misticismo que tanto admiramos en las producciones de los grandes maestros, constituye una gallarda manifestación del arte escultórico contemporáneo.

La piadosa actitud de la virgen, la angustiosa expresión de su semblante, los bien dispuestos pliegues del ropaje y los pormenores todos contribuyen á dar á la obra la majestad y belleza que deben tener esta clase de producciones, en las que el creyente ha de adivinar un conjunto de esperanzas y consuelos, sentimientos y afectos.

No en balde goza Rafael Atché de justa reputación en el mundo artístico. Sus repetidos triunfos y sus innumerables cuanto variadas obras danle derecho á que su nombre figure dignamente en el número de los artistas que honran el arte español.



NIÑO RIENDO, busto en bronce de Félix Pardo de Tavera (Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894)

Niño riendo, busto en bronce de Félix Pardo de Tavera (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Modelada con elegante exactitud y bella en su realismo aparece la picaresca cabecita que reproducimos, obra del Sr. Pardo de Tavera. Nimio podrá ser el asunto, pero en él hállase impresa la genialidad de este distinguido escultor español, nacido para cultivar con provecho el gran arte.

Aparte de los estudios que modela y á los que da agradable y simpática forma, cual el que reproducimos, produce obras de mayores alientos que, cual *Pensativa*, logran merecer honrosa calificación y los honores de ser designada para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad.

El primer rencoroso, estatua de José Pagés Horta (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Ventajosamente conocido este joven escultor por sus discretas producciones y recomendable laboriosidad, nos complacemos en reproducir la bonita estatua que exhibió en la finida Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad, en la que obtuvo la doble recompensa del premio otorgado por el Jurado calificador y la adquisición por el Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal.

El *primer rencoroso*, representación del fratricida Caín, resulta un bello estudio, inteligentemente modelado y bien sentido, que revela los alientos del escultor y sus estimables cualidades artísticas.

Parada y fonda, cuadro de Mariano Oliver Aznar (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – El Sr. Oliver Aznar, aunque joven, no es un artista novel: hace ya algunos años que sus cuadros son aceptados por los inteligentes y aficionados y su nombre lleva consigo el concepto de un discreto artista. Considerable es el número de los cuadros que ha producido, notándose en ellos el resultado de sus observaciones y la fiel reproducción de la naturaleza, embellecida siempre con la grandiosidad de sus severas formas ó la multiplicidad de sus tonos. La que reproducimos, sin que pueda considerársela como la mejor de sus obras, revela las cualidades que posee su autor, que de un asunto quizás trivial ha sabido crear una bellísima producción, simpática y agradable, digna de figurar en elegantes salones.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLIN. – El consejero Krupp, de Essen, ha regalado al emperador con destino á la Galería Nacional el hermoso cuadro de Piglhein, *Moritur in Deo*, que tanto llamó la atención en la exposición de Munich de 1879 y que se considera como una de las mejores creaciones del gran artista alemán cuya reciente muerte tanto sentimiento ha producido en el mundo del arte.

PARIS. – Se ha inaugurado recientemente el monumento erigido á la memoria del escultor Barye, obra del arquitecto Bernier, en cuya construcción se han gastado 85.000 francos. La particularidad de este monumento es que en él están reproducidas las principales obras de aquel artista, como el grupo de *Teseo luchando con el centauro*, que lo corona; el de la *leona devorando una serpiente*, que destaca sobre la cara principal, y las alegorías de la *Fuerza* y del *Orden* que se ven en los postamentos laterales. En el zócalo hay el retrato en relieve de Barye esculpido por Marqueste.

– Se ha concedido la cruz de la Legión de Honor á la ilustre pintora francesa Virginia Demont Bretón, esposa del eminente pintor de este nombre; esta distinción es tanto más de estimar cuanto que esa condecoración muy prodigada á artistas varones no la tenían hasta ahora más que dos artistas femeninas, la pintora Rosa Bonheur y la actriz María Laurens, esta última no por su cualidad de actriz, sino como presidenta del Instituto de enseñanza para hijos pobres de artistas.

Teatros. – *Madrid.* – Ha comenzado la temporada de otoño con la apertura de Apolo, Romea y Eslava, que no han ofrecido todavía ninguna novedad al público: en el primero vuelven á contarse por llenos las representaciones de *El dúo de la Africana* y *La verbena de la Paloma*.

Barcelona. – Se ha estrenado en el Tívoli la zarzuela en tres actos *Miss Robinsón*, arreglo del francés por D. Salvador M. Granés y música del maestro Varney. Ni la letra ni la música ofrecen nada de particular, en cambio la *mise en scene* es magnífica, produciendo hermoso efecto las decoraciones de Soler y Rovirosa y los trajes confeccionados según figurines de Labarta.

Necrología. – Han fallecido:

Alfredo Dumont, pintor suizo.

L. J. Fontana, de origen italiano, arquitecto de la corte imperial y del ministerio de Hacienda de San Petersburgo, autor de varios monumentos que adornan la capital de Rusia.

Remi van Haanen, notable pintor y grabador holandés de origen y residente en Viena.

Matías Vordermeyer, escultor alemán.

Juan Muzzioli, eminente pintor italiano, muy celebrado por sus cuadros de historia antigua alguno de los cuales, como *Los funerales del Británico*, una de sus mejores obras, hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



EL PRIMER RENCOROSO, estatua de José Pagés Horta (Exposición general de Bellas Artes, Barcelona, 1894)



Y le tendió la mano, que él besó

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. — ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

– Las galanterías, oportunas en un salón, están fuera de lugar en la calle, cuando se dirigen á una mujer como yo.

– ¡Ah! ¡Cuánto os embellece esta altivez!

– ¡Por Dios, caballero, hablemos con seriedad!

– No estoy haciendo otra cosa, señora. Muy seriamente os repito que os amo; muy seriamente lo dije.

La dama hizo un gesto de impaciencia.

Él añadió:

– Escuchadme. Sé mucho más de lo que pensáis. Sé que dais dinero á bandidos, y he visto, poco después, lo que estos bandidos ejecutan cumpliendo vuestras órdenes. ¿De qué se trata? Lo ignoro. ¿Perseguís una venganza ó reclamáis justicia? Lo ignoro también; pero os veo lanzada á tenebrosas aventuras, en las cuales corréis algún peligro. Para estar reducida á fiaros de bribones, fuerza es, señora, que no tengáis ni un padre, ni un hermano, ni un amante que haga suyo vuestro agravio.

– ¡Ay de mí!

– ¡Pues bien, señora! Considerad que la Providencia ó el acaso ó el diablo – lo que vos queráis, – os ofrece esa afección, esta adhesión que os faltan. Disponed de mí. Os pertenezco, puesto que os amo. Y para que no dudéis de mi sinceridad, ni de la fuerza de los sentimientos que me inspiráis, permitidme que me dé á conocer completamente: soy el duque Enrique de Maufert.

– ¡El duque de Maufert!, exclamó la dama con jubilosa sorpresa.

– ¿Conocíais mi nombre?

– Muy ignorante sería quien no conociese á una de las más antiguas y gloriosas familias de Francia.

– ¿Puedo esperar entonces que me otorgaréis mayor confianza que hasta aquí?

– ¡Ya lo creo!

Y le tendió la mano, que él besó.

– Ahora debería yo descubriros á mi vez quién soy, añadió la dama. Algún día os lo diré, si, como creo, seguís siéndome tan fiel para adelante como solícito y obsequioso os habéis mostrado hasta ahora. Básteos saber que mi familia es una de las más antiguas de Venecia, y que soy la más desventurada mujer que existe.

– ¿Vos desventurada? ¡Ah, si pudiera endulzar vuestras penas! ¡Aunque sea á costa de mi vida, haré por ello cuanto sea preciso!

– ¡Gracias!, repuso la dama tristemente. Ningún auxilio podéis prestarme hoy.

– Profundamente lo siento.

– Ha llegado la hora de despedirnos.

– ¿Ya?

– Sí, amigo mío.

– ¿Quién os apremia? ¿No me habéis dicho que no teníais ni padre, ni hermano, ni amante?

– ¡Ay de mí!.. Pero tengo un marido.

– ¡Un marido!

Con verdadera rabia pronunció Maufert este vocablo. Tal era la vehemencia de su amor, que no admitía que otro hombre pudiese tener derecho alguno sobre la mujer adorada.

– ¡Vuestro marido!.., lo detesto. Será celoso, ¿verdad?

– Terriblemente y cruelmente.

– ¡Será él la causa de vuestras desdichas!

– No hablemos más de él, os lo suplico... y despidámonos.

– ¡Despedirnos! Jamás. Espero que hemos de vernos otra vez. ¡Decidme que tendré este placer!

– ¡A qué exponeros!

– Nada temo.

– En verdad, mayor prudencia sería el olvidarme.

– ¿Lo puedo acaso?.. Os lo suplico... Si no queréis que muera, ó que cometa las mayores extravagancias, decidme dónde podré hablaros otra vez.

– ¿Tanto os importa?

– Con pasión.

– Pues bien; pasado mañana, en el Puente Nuevo, como por la tarde.

– Gracias.

– Hasta luego.

– Pero ¿no levantaréis un poco la máscara para que pueda contemplar al fin vuestro rostro, aunque sea un instante?

– Sea.

Y se quitó el antifaz.

El duque quedó deslumbrado por tan rara y soberbia belleza.

No se engañó al presumir que la dama era una hermosura, pero la realidad superaba aún á lo imaginado.

Sus ojos eran inmensos, negros, brillantes y profundos.

Sin duda variaba á menudo su expresión; pero armados de severidad, habían de parecer terribles.

Por entonces, sólo cuidaban de agradar, cargados de divinas promesas.

Las demás facciones eran igualmente bellas: el perfil, delicado y correcto; el color, pálido y mate; los labios, un poco delgados, dos rosas; encantadora la sonrisa, que descubría unos dientes de deslumbradora blancura.

– ¡Ah!.. ¡Cuán hermosa sois!

– Decididamente me marcho, dijo ella volviendo á ponerse el antifaz.

– ¡Una palabra..., una sola palabra! Decidme vuestro nombre para que pueda repetirlo en mis sueños.

– ¿Lo queréis?

– Os lo pido de hinojos.

Se había inclinado para cogerle la mano, que besaba febrilmente. Ella se inclinó á su vez y murmuró á su oído:

– ¡Lorenza!

Y escapó ligera, mientras la dueña se esforzaba en alcanzarla.

Maufert permanecía en el mismo sitio, deslumbrado, hechizado, dichoso. Mientras le fué posible, siguió con los ojos á la dama, cuya confianza se había conquistado; pero ésta desapareció bien pronto al volver de una esquina. Entonces el duque volvió sobre sus pasos, y encaminándose por la orilla del Sena regresó á su casa, trayendo en su corazón, como un tesoro, aquel nombre de Lorenza, que repetía constantemente y en el cual hallaba infinito encanto.

La dama, por su parte, una vez segura de que Maufert no la seguía, se dirigió rápidamente por una de las callejuelas del barrio de Malais, á un palacio frontero al de Lamoignón.

La dueña levantó el aldabón de cincelado bronce y llamó.

Inmediatamente se abrió la puerta, y las dos mujeres entraron en un espacioso patio de honor.

– ¿Ha vuelto mi marido?, preguntó la dama.

– No, señora, contestó el conserje.

Como aliviada de su opresión, suspiró Lorenza, deseosa de estar sola. Con un gesto despidió á la silenciosa doncella, subió á sus habitaciones, y encerróse en un cuarto, que era el preferido y adonde nadie tenía el derecho de entrar á distraerla.

La decoración y mueblaje de aquella pieza eran inusitados, y le daban un aspecto que participaba á la vez de oratorio y tocador. Espesos tapices y ricas pinturas; un canapé bajo con almohadones; algunos sillones muy anchos; un espejo de Venecia, adornado de finísimas perlas y sostenido por columnitas de ónix; una suntuosa papelera florentina con incrustaciones de marfil, y una araña de cristal de roca con bujías de cera, encendidas en aquel momento, denunciaban en su dueña hábitos de coquetería y elegancia, pero al propio tiempo sorprendía ver entre aquel aparato mundano algunos cuadros sombríos y siniestros. En uno de ellos figuraba un gran Cristo, atezado y sangriento, en la cruz: un ajusticiado en su martirio, tal como se complacieron en representarlo los pintores de la escuela española.

A los pies del Hijo de Dios moribundo, se veía un reclinatorio fijo, de talla. A la derecha é izquierda del Cristo, dos retratos: el uno representaba á un caballero, de altivo continente; el otro, una gran dama en traje de baile.

En la opuesta pared figuraban dos espantosos episodios.

El primero pasaba á las puertas del Louvre, donde un poderoso señor, dirigiéndose á palacio con su séquito de familiares, moría asesinado por un capitán de guardias.

El protagonista de esta historia, muerto en la cumbre de la grandeza y siendo mariscal y primer ministro, se parecía al caballero del retrato, frontero á la pintura descrita.

La otra escena representaba la plaza de Gréve. En esta plaza, una hoguera, y en la hoguera, que atizaba la mano del verdugo, el cadáver decapitado de una mujer. Y la cabeza de ésta, que rodaba por el suelo manchado de sangre, se parecía á la gran dama con traje de baile, cuyo retrato colgaba junto al Cristo español.

A menudo contemplaba Lorenza aquellos sangrientos cuadros, y el fuego que ardía en su mirada, denunciaba la violencia de los pensamientos que la agitaban.

Esta vez, después de haberse quitado la mantilla, miró los retratos con semblante risueño.

– ¡Vengados seréis, oh idolatrados mártires!, dijo, dirigiéndose á ellos.

Los mártires que idolatraba Lorenza no eran otros que el mariscal d'Ancre y su esposa Leonor Caligaï.

Conocida es la historia de aquel aventurero italiano, Concino-Concini, hijo de un notario de Florencia, que vino á Francia en 1600, cuando las bodas de María de Médicis con Enrique IV.

Leonor Caligaï, doncella y favorita de la reina, puso toda su influencia al servicio de su marido, de modo que en breve tiempo vióse al italiano alcanzar con prodigiosa rapidez los más altos puestos. Por de pronto compró un título nobiliario: el marquesado d'Ancre. Poco después fué nombrado gobernador de Normandía, y sin haber desenvainado nunca la espada, obtuvo el título de mariscal de Francia.

La muerte del rey sólo sirvió para acrecentar su ambición.



¡Vengados seréis, oh idolatrados mártires!

Seguro con el apoyo de la reina madre, se hizo primer ministro del joven Luis XIII.

No hubo consejero más absoluto en sus voluntades, ni advenedizo más insolente en su grandeza.

Pareció que tomaba á pechos el cargo de humillar á los nobles y al rey mismo, su señor.

Con lo cual se enriquecían sus parciales y los de su mujer, y le imitaban en la insolencia.

Entre los familiares de la mariscala figuraba una prima suya, huérfana, llamada Francesca Galigaï, venida de Italia á instancias de la misma Leonor, y á la cual el favor de ésta prometía un porvenir brillantísimo. Muchos eran ya los pretendientes de Francesca, que se hallaba en la flor de sus veinte años; pero el mariscal, ambicionando el mejor partido para la doncella, decía siempre: «Aguardemos.»

Entretanto la insolencia sin ejemplo del mariscal exasperaba á la nobleza de Francia, hasta que un día los odios acumulados por el privado del rey se coligaron contra él en la sombra. El marqués de Vallombreuse fué el alma de la conjuración.

Como buen conocedor del corazón humano, adivinó que el rey soportaba con impaciencia el despotismo de su primer ministro y que aspiraba á gobernar solo. Hábilmente sondeó el ánimo de Luis XIII y le halló dispuesto en el sentido que presentía.

Desde entonces, aprovechando la ocasión que se le ofrecía, insistió sobre las faltas del privado y sus dilapidaciones, mostrando particularmente al desnudo la insolencia de aquel extranjero, que confiscaba en provecho propio la autoridad real.

El rey aprobaba cuanto el marqués decía, y cuando éste expuso que había en los actos de Concini todas las circunstancias de un crimen de alta traición, que merecía la pena de muerte, también el rey hizo un signo afirmativo.

Una hora después, la espada de un ambicioso de segunda fila, el capitán Vitry, hería mortalmente en el pecho al mariscal d'Ancre.

Tan prodigiosa fué la caída del mariscal y de los suyos, como extraordinaria había sido la elevación.

Todos los bienes del mariscal fueron confiscados.

Su esposa, á quien María de Médicis no osó defender – ¡tanta era la efervescencia de los ánimos!, – fué acusada de hechicería y condenada á ser decapitada y quemado su cadáver. Cuanto al hijo del mariscal, una solemne sentencia del Parlamento le declaró «villano é incapacitado para obtener ningún empleo en el reino.»

Cuando sobrevino tamaño desastre en 1617, Francesca Calegaï contaba veinte años. En un instante vió desvanecidos sus sueños de riqueza y de ventura.

Asistió al largo martirio de la mariscala, al suplicio de la que fué su madre adoptiva, y guardó en su memoria, imborrable, el espantoso recuerdo.

De entonces, ya sólo vivió para odiar; la misma existencia miserable á que

se vió entregada, no era la más propia para apaciguar su rencor. La venta de algunas joyas salvadas del naufragio le permitió al principio vegetar penosamente algunos años, los cuales empleó en enterarse secretamente del proceso de los enemigos del mariscal, por donde vino á averiguar que todo su odio debía tener por objetivo al marqués de Vallombreuse.

Desde aquel punto quedaron condenados él y sus descendientes, en los designios de Francesca.

Pero ¿qué podía hacer, sola y sin recursos, contra tan poderoso señor?

¿Aguardarle, acecharle, asesinarle? No.

La muerte no le parecía suficiente castigo.

Mayor y más refinada debía ser su venganza.

La mujer que acariciaba tan negros proyectos se veía reducida á la más espantosa miseria, cuando conoció á un soldado aventurero que había llegado á capitán y realizado algunas economías con el pillaje.

Contaba cuarenta años y sentía la necesidad de reposo. Francesca tenía treinta y era bella. Se casaron.

Era en 1627. Un año después tuvieron una hija, á quien pusieron por nombre Lorenza.

La educación de Lorenza fué muy rara.

Su madre formó su corazón para el odio y no para el amor.

De niña la habituó á la idea de que la venganza constituía un alto cargo, que hacía del sér humano un colaborador de Dios é instrumento de la suprema justicia; le enseñó que el obscuro papel de la mujer podía ser poderoso y preponderante en toda empresa.

«El hombre – le decía – no es más que un instrumento de nuestra política. Querer y saber aguardar: con esta máxima se domina el mundo. Tú eres hermosa, Lorenza, y lo tengo por gran ventura, no por frívolo sentimiento de vanidad maternal, sino porque la belleza es el arma más temible de todas. Cuanto más bella parezcas, más terrible serás.»

A los diez y ocho años, Lorenza era tan experta y escéptica como Maquiavelo.

Rebosaba en su corazón el odio que su madre le inspiró por los Vallombreuse.

Toda su exaltación natural, todas las violencias de su temperamento de italiana se concentraban en este pensamiento: «¿Cómo exterminaré á esa familia?»

– Eres bella, muy bella, añadía Francesca, pero conviene que seas muy rica. La riqueza es un medio de acción que no hay que desdeñar. Has de obtener la riqueza por medio del matrimonio.

Pero este matrimonio tan deseado tardó en llegar, á pesar de procurarlo madre é hija por todos los medios posibles.

Por fin se presentó bajo la forma, poco seductora por cierto, del conde de Roquesante.

El conde tenía cincuenta años, y un genio brutal, arrebatado y celoso. ¡Un jabalí!, como decía Brillac.

Con esto, una cuchillada en el rostro le desfiguraba completamente, pero en cambio poseía una fortuna considerable y tenía acceso en la corte. La hermosura de Lorenza le hizo perder la cabeza.



El conde de Roquesante

Pronto á contraer un matrimonio desigual con la italiana, ésta aceptó su mano, fué condesa y llegó con esto á pertenecer á la misma clase que los Vallombreuse. Desde entonces creyó próxima su venganza.

Pero no sabía cuánto había sacrificado á ésta, entregando su juventud á cambio de una corona condal y de una fortuna.

A la mañana siguiente de su boda, ya le era odioso su marido.

Él lo comprendió, y desde entonces la existencia de entrambos se convirtió en un infierno.

El amor del conde, lejos de extinguirse, se exasperó con la frialdad de su mujer, y todo se volvían amenazas, reproches, violentas disputas, injuriosas sospechas.

La madre de Lorenza, su único consuelo en los más amargos trances, cayó entretanto gravemente enferma.

Ni en su mismo lecho de muerte perdonó á sus enemigos, y en el febril desorden de la agonía, maldijo aún á los Vallombreuse y exigió á su hija juramento de consagrar la vida entera á su venganza.

Lorenza se encontró sola en el mundo, víctima de un marido celoso y brutal, y sin una sola afección que templara su odio. No hubo jamás existencia tan triste como la suya, emparedada por Roquesante en aquel frío palacio donde el conde no quería recibir á nadie, ó en el fuerte castillo de Roquesante-en-Iveline, cuyo puente levadizo no se bajaba nunca. En aquel aislamiento y en medio de su fastidio, sólo la sostenía la esperanza de realizar lo que ella llamaba «su misión.»

Rodeada de los recuerdos del mariscal d'Ancre y de su esposa, su único y sombrío placer consistía en contemplar aquellas siniestras imágenes y formar largos proyectos contra los enemigos cuya ruina premeditaba. Su solo júbilo consistía en gozarse en el mal.

Aquel día Lorenza se sintió feliz.

Si había fracasado la emboscada dispuesta poco antes, el acaso la había servido mejor dándole á conocer al duque.

Enrique Maufert, cuyas ardientes declaraciones le juraban amor eterno y absoluta adhesión, era – Lorenza no lo ignoraba – el prometido esposo de la hija única del marqués de Vallombreuse.

IV

EL BAILE DEL REY

Gastón de Fleurbaix despertó á la mañana siguiente en el pobre tugurio donde le había acogido Raimundo Poissón.

Al principio se sorprendió de hallarse allí, pero una alegre carcajada de su huésped le recordó los incidentes de la víspera y provocó á su vez un acceso de buen humor en el joven.

Poissón tenía la risa contagiosa.

En su ancho rostro, esmeradamente afeitado, chispeaba la alegría, tan comunicativa y natural, que era muy difícil mirarle sin soltar la carcajada. Era ya de suyo muy cómico también verle vestido de negro, con aquella cara tan risueña.

– ¡Bravo!, dijo Poissón. Mi enfermo va mejor. Ahora procederemos á la cura.

El examen de la herida fué tranquilizador como pocos.

– Dentro de ocho días, esto no será nada; pero, entretanto, os aconsejo el reposo absoluto.

– ¡El reposo!.. ¡En eso estamos!.. Hoy mismo debo ir al Palacio Real, donde se distribuirán los papeles de la fiesta en que ha de danzar el rey..., y el asunto es de importancia. Yo soy, caro amigo, soldado y palaciego, y pongo tanto empeño en cumplir mi deber en la corte como en el campo de batalla. Ni desertaré delante del enemigo ni delante de Benserade.

– ¡Esto es una locura!

– No: es ambición... y es amor. Toda la noche he pasado soñando, querido huésped, con la deliciosa visión de anoche, con aquella adorable criatura..., y me es forzoso encontrarla de nuevo. Comprenderéis perfectamente que, en tales condiciones, no hay descanso posible para mí.

– ¡Mal enfermo hacéis!.. ¡Qué bien hice en renunciar á la medicina!.. En fin, probad á levantaros... Si podéis teneros en pie, os autorizo para salir.

Diez minutos después Gastón había saltado de la cama. Un poco aturdido al principio, se repuso muy pronto de aquel primer mareo.

– ¡Me flaquean un poco las piernas, pero eso se me pasará oliendo estas flores!

Y tomó el ramillete que tan maravillosamente había conquistado aquella noche.

En efecto, á poco sintióse dispuesto á salir á la calle. Poissón le sostuvo hasta la puerta y fué á alquilar un cochecito de punto, cuyo privilegio había obtenido el marqués de Guitry por aquellos días.

– ¿Cuando volveré á veros, caro amigo?, preguntó el joven á Poissón.

– Cuando queráis.

– ¿Dónde?

– En casa del duque de Crequy... Soy... ¿cómo diré?.., ¡el compañero de su hijo y el que le divierte!

– Pues iré á veros y á daros las gracias.

Gastón regresó á su casa, y allí descansó un instante de la breve fatiga que le había causado la vuelta.

Después de haber almorzado con buen apetito, se sintió más fuerte y procedió á su tocado.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ARMAS EXPLOSIVAS SUBMARINAS

Sin dejar de reconocer los progresos científicos, preciso es confesar que entre las conquistas de la ciencia hay algunas que más que favorecer perjudican al bienestar moral y material de la humanidad: esta verdad evidénciase más que en ninguna otra cosa en la técnica de las actuales armas de la guerra por mar. Basta que una mano, quizás de un niño ó de un cobarde, oprima un botón eléctrico para echar á pique un acorazado montado por numerosa tripulación, y aunque más varonil es la lucha del torpedero con el coloso marino, puesto que al atacar á su víctima expone su propia vida, sin embargo, su acción se parece á la de aquellos asesinos que buscan para la realización de su crimen la complicidad de las tinieblas.



Fig. 1. – Explosión de un torpedo-pez Sims con varios cartuchos

En honor de los viejos héroes marinos, de los almirantes de las grandes escuadras europeas, debe decirse que por mucho tiempo se resistieron al empleo de las minas de mar y de los torpedos; pero la lucha por la existencia, causa de tantos errores morales, ha favorecido también en la guerra esas armas que hacen cada día más raras las caballerescas contiendas en que tanto abunda la historia de cada pueblo. Barco contra barco, espada contra espada, pecho contra pecho, así se decidían antes los combates navales que hoy deciden un montón de algodón-pólvora y un alambre eléctrico.

A los americanos se debe la importación de los torpedos en Europa, en donde no se pensó en la guerra submarina hasta que Roberto Fulton hizo en Inglaterra la prueba de su arma poderosa, después de haberla visto rechazada en Francia. El noble almirante francés Dacres, á quien Fulton ponderaba las excelencias de su invento, exclamó en un arranque de indignación: «¡Id con Dios! Vuestro invento es bueno para los argelinos y los corsarios, pero estad seguro de que Francia no ha abandonado todavía el Océano.» Tampoco hizo en Francia fortuna su barco submarino *Nautilus*, con el que permaneció cuatro horas debajo del agua y practicó una mina en el fondo de un buque. En 1804 Fulton vió aceptados sus proyectos por Pitt, primer ministro de Inglaterra, y en el mes de octubre aprestóse con ayuda de aquel inventor la famosa expedición de los catamaranes para destruir la escuadra de guerra y de transporte que Napoleón destinaba á un desembarco en las Islas Británicas. Los catamaranes eran cajas de madera de siete metros de largo por uno de ancho con una carga de 2.500 kilogramos de pólvora, en el centro de la cual había un aparato de relojería que producía la explosión pasado un cierto tiempo: remolcados por un barco de guerra, éste, al llegar cerca del barco enemigo, los abandonaba al impulso de la corriente. El éxito fué, sin embargo, escaso: la mayoría de los catamaranes hicieron explosión sin causar daño alguno, y de su empleo sólo resultaron la destrucción de una lancha francesa y la muerte de catorce hombres, y la calificación de bárbaro para el nuevo sistema de lucha. Hablando de ello, dijo el almirante Jervis: «Pitt fué el mayor loco conocido favoreciendo un arma de guerra que los dominadores del mar no desean y que, de tener buen éxito, podría arrebatarles esa soberanía.»

El móvil que guiaba á Fulton era cierto extraño idealismo, por cuanto como lema de su folleto *Torpedo war or submarine explosions* puso: «La libertad del mar será la felicidad de la tierra.»

En mayor escala y más sangrientos resultados hízose la guerra submarina durante la guerra separatista americana, y desde entonces todas las potencias marítimas europeas aceptaron y perfeccionaron el sistema de minas y torpedos. Inglaterra, recordando las palabras de Jervis, no lo consideró al nivel de las demás armas de la guerra naval hasta que comprendió que de no admitirlo exponíase á ser vencida por otras marinas de menos importancia. Hoy, pues, no se concibe una marina de guerra sin aquellos elementos de lucha.

Los grabados que publicamos y que más adelante describiremos, reproducen fotografías sacadas durante las prácticas de la *Escuela de Minas Marítimas* de Willest-Poin (Estados Unidos) y permitirán á los profanos formarse una idea clara de la aplicación de tales armas en la guerra naval.

Durante mucho tiempo no ha habido una distinción precisa y fija entre minas marítimas y torpederos, hasta que recientemente los círculos técnicos han convenido por lo general en designar con el primer nombre á los cuerpos fijos, en su mayoría anclados, y con el segundo á los movibles, que impulsados por una fuerza cualquiera se dirigen hacia el buque enemigo. Aunque las minas se emplean hoy generalmente para la defensa y los torpedos para el ataque, en algunos casos aquéllas sirven para atacar y éstos para defender.

Las minas empujadas por la corriente son, por decirlo así, hijas de los antiguos brulotes, esos pequeños barcos que en la antigüedad y en la Edad media se llenaban de materias inflamables y difíciles de apagar y eran conducidos hasta un sitio desde donde se suponía que el viento ó la corriente los empujaría hasta el buque enemigo. Estos brulotes, anatematizados por los buenos marinos, desempeñaron un papel importante en el famoso sitio de Amberes (1584), gracias á los conocimientos del ingeniero mantuano Gianibelli, que estaba al servicio de los flamencos, pero los resultados no correspondieron á las esperanzas concebidas.

En el siglo XVII empleáronlos los ingleses, aunque también sin gran éxito, en La Rochelle (1628), Saint Malo (1693) y Dieppe (1694), y á fines del XVIII el americano David Bushnell hizo algunos inútiles ensayos de torpedero submarino y de minas móviles contra la escuadra bloqueadora inglesa.

Cuando Fulton, un año después de la expedición de los catamaranes, hizo por vía de prueba volar en 1805 en Inglaterra el viejo brick *Dorotea* con una mina cargada con 150 libras de pólvora, los gobiernos de las potencias marítimas europeas, indignados por la barbarie del invento, no quisieron entrar en tratos con él, por lo que hubo de volverse á América, en donde prosiguió sus trabajos sobre la materia, auxiliado pecuniariamente por el gobierno de su país. Nombróse una comisión para estudiar sus proyectos, y aunque el dictamen no fué muy favorable, reconocióse en él «que el uso submarino de la pólvora sería antes de mucho el medio más seguro y más barato de defender los puertos.» Desde entonces se sucedieron allí sin cesar los ensayos de minas submarinas.

El coronel Samuel Colt, inventor del revólver, recogió la idea de Fulton, presentando sus proyectos en 1841, y como en el entretanto la técnica había progresado, pudo prender fuego á su mina por medio de la electricidad. Sobre ello escribió al primer magistrado de la república: «Los descubrimientos del tiempo de Fulton, unidos á un invento mío, me permiten destruir los buques á voluntad y repentinamente, y no buques aislados sino escuadras enteras, al paso que los barcos á los cuales permitiese yo la navegación no sufrirían daño alguno. Y esto puedo hacerlo estando yo completamente á cubierto y sin que el enemigo pueda tener el menor barrunto del peligro. Los gastos para defender un puerto como el de Nueva York serían menores que los de la construcción de un vapor, y una vez montado el aparato basta un solo hombre para producir la destrucción de la mayor flota que Europa puede enviarnos.»

Si se prescinde de que Colt, como sucede con todos los inventores, preconiza su invento como el único eficaz, veremos en las palabras transcritas la mejor descripción de la importancia de las minas marítimas. Para hacer propaganda de su sistema, hizo volar en el transcurso de un año cuatro barcos viejos, un cañonero, una goleta, un brick y un buque cargado de 500 toneladas.

La primera vez que en Alemania se usaron las minas marítimas para defender un puerto fué en 1848, en Kiel, contra la escuadra dinamarquesa. El profesor Himly, inventor del dorado galvánico, sin tener en cuenta, según parece, los anteriores ensayos americanos, llenó algunas barricas impermeables con 3.000 libras de pólvora de cañón cada una y las ancló á treinta pies debajo de la superficie del mar: en el centro de la carga explosiva había un cartucho de pólvora de caza que contenía el alambre de platino que le prendía fuego y del cual arrancaba un cable que iba á parar á la estación ú observatorio de tierra firme; el otro extremo del alambre del platino estaba en comunicación con una placa de cinc que se encontraba dentro del agua. Unos pequeños flotadores indicaban el sitio en donde estaban las minas á fin de que Himly pudiese saber junto á cuál de ellas estaba el buque enemigo. El temor que este sistema de defensa les produjo fué causa, al parecer, de que los dinamarqueses desistieran del ataque de Kiel.

Durante la guerra de Crimea los rusos emplearon gran número de estas minas para la defensa de Sebastopol y de Kronstadt; pero además de las que se inflamaban desde tierra se pusieron en el mar minas de choque que habían de estallar por sí solas: para estas últimas el profesor Jacobi, de San Petersburgo, inventó un fulminante que, con pequeñas modificaciones, se usa todavía. En la parte superior de la mina había varios tubos de cristal llenos de ácido sulfúrico; á consecuencia del choque del buque con la mina rompíase uno de estos tubos, el ácido sulfúrico se derramaba sobre una materia inflamable de óxido potásico cloratado, y de este modo se prendía fuego á las 75 libras de pólvora. Para que el ácido sulfúrico no se derramara en el agua, cada tubo iba encerrado en otro delgado de plomo que se doblaba al recibir el golpe mientras el cristal se rompía por dentro. Estas minas, sin embargo, causaron poco daño en Kronstadt y las de Sebastopol no causaron ninguno por estar mal preparadas.

En las defensas por medio de minas dispónense éstas en hileras y en forma de tablero de ajedrez para que todo buque que pase por el sitio en donde están choque con una por lo menos.

La primera vez que se usaron las minas y los torpederos como armas principales fué durante la guerra separatista de los Estados Unidos; muchos buques de guerra de los Estados del Norte se fueron á pique á consecuencia de esas minas, ninguno por causa de la artillería enemiga. Los Estados del Sur se disculparon del empleo de esas armas con su impotencia marítima; la prensa de sus adversarios les llamó inhumanos y cobardes, y sin embargo también los del Norte mandaron construir un torpedero submarino que echó á pique al poderoso acorazado *Merrimac*. El héroe de aquella guerra, el almirante Farragut, sólo por fuerza empleó esa nueva arma: «Los torpedos – dice – no son tan malos cuando los dos adversarios los usan; por esto los he aceptado, aunque bien á mi pesar, pues los tengo y tendré siempre por indignos de un pueblo noble. Mas sería una locura dejar al enemigo tan decisiva superioridad.» Casi puede afirmarse que todos los actuales almirantes de



Fig. 2. – Explosión de una carga de gelatina de 50 libras

las potencias marítimas europeas son de esta misma opinión.

Pero puesto que el arma existe, debe ser utilizada: la moral de la guerra no puede excluir medios tan eficaces como esos cuerpos explosivos. El hecho de aceptar como armas legales las minas y torpedos no debe interpretarse como signo de endurecimiento de la sensibilidad, sino como resultado del convencimiento de la imprescindibilidad de su uso.

Durante la guerra separatista americana, los Estados del Sur, cuya marina de guerra era muy inferior á la de los del Norte, hubieron de arbitrar un medio para defender sus extensas costas y las desembocaduras de los ríos que conducen á las más importantes plazas comerciales de aquellos territorios, y ninguno más rápido y económico para ello que el de emplear las minas marítimas de toda clase. De aquí que se creara un cuerpo de torpedos que se encargó también del servicio de las minas. El célebre oficial de marina F. Maury, cuyo nombre se ha hecho inmortal en materias hidrográficas, fué nombrado jefe del negociado de torpedos de Richmond, con la misión de estudiar todos los inventos en punto á tales máquinas realizados y de hacer construir las que resultasen más útiles prácticamente. Maury hizo un viaje á Inglaterra con el objeto de fabricar en unión del físico Holmes fulminantes eléctricos mejores que los usados hasta entonces, y al regresar á los Estados Unidos llevaba consigo algunas baterías eléctricas de cómoda aplicación para prender fuego á los torpedos, en sustitución de los elementos de cobre-cinc (en el agua) de grandes dimensiones que antes había tenido que usar.



Fig. 3. – Mina cargada con 240 libras de pólvora Morse

El cuerpo de torpedos tomó rápido incremento y en él abundaron los oficiales inteligentes y valerosos, como lo prueban los éxitos que se obtuvieron. Las minas que se emplearon fueron de distintas clases, y la descripción de todas ellas nos llevaría demasiado lejos: basta á nuestro propósito decir que se hizo uso de los fulminantes Jacobis, utilizados con resultado excelente durante la guerra de Crimea, y también de los fulminantes eléctricos de Abel. Las minas eléctricas eran colocadas generalmente en el fondo de las aguas poco profundas y contenían grandes cargas de pólvora, la mayoría de ellas más de 20 quintales: en cuanto á las minas móviles, eran botadas al agua casi siempre durante el reflujo, que las llevaba hasta donde estaba la escuadra bloqueadora; pero muchas veces el flujo las devolvía al punto de partida, causando con ello la destrucción de varios buques de los estados del Sur.

El tiempo de los brulotes había pasado; pues desaparecidas las escuadras de barcos de vela, el empleo de aquéllos resultaba ineficaz: las grandes fragatas de vela, que todavía formaban parte de la flota de los Estados del Norte, iban siempre acompañadas de pequeños remolcadores de vapor que hubieran apartado los brulotes, caso de haberse usado.

Jorge Wislicenus

(Concluirá)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

POEMAS Y ARMONÍAS, por *D. Juan Alcover.* – Cuatro poemas y seis poesías sueltas forman el tomo que el conocido poeta balear D. Juan Alcover ha publicado recientemente. En todas esas composiciones confírmanse una vez más la inspiración y la facilidad versificadora de su autor, y algunas de ellas son delicadas notas de sentimiento. El tomo, que lleva varios lindos dibujos de Francisco Maura y Antonio Fuster, ha sido editado en Palma de Mallorca por D. José Tous y se vende á dos pesetas.

LORD MACAULAY. CARTAS LITERARIAS Y NOTAS CRÍTICAS. Traducción directa del inglés por *D. Ciro L. Urriola.* – Bajo todos conceptos son interesantes estas cartas que completan las obras del gran historiador y crítico inglés, y vienen á ser, como acertadamente dice en su prólogo al libro que nos ocupa el señor Borrás, confidencias intelectuales, rápidas y brillantes que nos muestran íntegramente su carácter. La traducción ha sido hecha con mucho esmero por el Sr. Urriola, distinguido médico y literato colombiano, que ha puesto á las cartas de Macaulay interesantes notas. El libro, que forma parte de la Biblioteca popular que en Bogotá edita don Jorge Roa, se vende á 10 centavos.



Parada y fonda, cuadro de Mariano Oliver Aznar
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

LA IBERIADA. CANTO II. CATALUÑA, por *D. Manuel Lorenzo D'Ayot.* – El conocido escritor y laborioso propagandista señor D'Ayot ha publicado el segundo canto de su poema *La Iberiada*: está consagrado á Cataluña y en él se cantan algunas de las glorias de nuestro Principado y se ensalzan algunas figuras eminentes de nuestra historia antigua y moderna. Véndese á dos reales en casa de su autor, Luchana, 37, pral. Madrid.

QARTA AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA SOCIETÉ SCIENTIFIQUE DU CHILI SOBRE ORTOGRAFÍA RRAZIONAL por *A. E. Salazar.* – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de folletos escritos en esa nueva ortografía que en Chile empieza á generalizarse: el Sr. Salazar, entusiasta defensor de la misma, haciéndose cargo de ciertas censuras consignadas en una carta dirigida á un miembro de la *Societé Scientifique du Chili*, ha publicado un pequeño trabajo, en el que demuestra que el fonetismo ortográfico es eminentemente racional y científico y que sólo la preocupación y la rutina pueden esgrimir armas contra tal reforma.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 17 de setiembre de 1894 — Núm. 664



EL REGRESO DEL HATO, obra de Francisco Millet

SUMARIO

Texto. – *Ventura de la Vega*, por Carlos Luis de Cuenca. – *El pródigo*, por P. Gómez Candela. – *¡Música! ¡Música!*, por A. Sánchez Pérez. – *La duquesa Juana*, por M. Martínez Barrionuevo. – *Nuestros grabados*. – *La taberna de las Tres Virtudes* (continuación), novela original por Saint-Juirs, con ilustraciones de Daniel Urrabieta Vierge. – Sección científica: *Armas explosivas submarinas* (continuación), por Jorge Wislicenus. – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. – *El regreso del hato*, cuadro de Francisco Millet. – *¡Pobre madre!*, cuadro de Garibaldi Gariani. – *Gente de mar*, cuadro de Eliseo Meifren. – *Una calle de San Julián de Vilatorta*, cuadro de José M.ª Marqués. – *Payesita*, cuadro de Dionisio Baixeras. – *El rebusco de la aceituna*, cuadro de José Pando. – *En Santa Lucía, Nápoles*, estatua de Rafael Marino. – *Lola*, cuadro de Daniel Hernández. – *La esposa del barquero*, cuadro de Alejandro Milesi. – *Juana de Arco en presencia de sus jueces*, cuadro de Federico Roe. – *Armero árabe*, acuarela del profesor Enea Ballarini. – *En capilla*, grupo en barro cocido de Rafael Atché. – Figs. 4, 5 y 6. Armas explosivas submarinas. – *El general Jacobo Durando.*

VENTURA DE LA VEGA

(recuerdos íntimos)

Mi querido sobrino: Adjunto te devuelvo tu artículo crítico sobre Ventura de la Vega que tuviste la bondad de enviarme en consulta para que, con mi habitual franqueza, te dijera mi opinión y con mi *privilegiada* memoria viniese en tu ayuda con los datos y noticias que en tu trabajo faltasen. Paréceme éste muy bien pensado y mejor escrito, y me hallo completamente conforme con las conclusiones de tu juicio; porque, como tú, entiendo que Ventura de la Vega, además de ser un escritor meritísimo por las obras de su ingenio, fué una importante personalidad que influyó principal y poderosamente en el movimiento literario de su época. Su viva imaginación y clarísimo ingenio y el buen gusto ingénito en su alma se acrecentaron y depuraron en el estudio de los mejores autores latinos, españoles y franceses, y en sus obras, que la indolencia de su temperamento y su afán de la perfección no consintieron que fueran numerosas, resplandece siempre una elegancia natural y sobria y una tersa y exquisita belleza. Hago tan seguramente estas afirmaciones porque son las de mi paisano Juan Valera, y tú sabes bien cómo yo aprecio los juicios de Juan, y al hablarte de esto no resisto á la tentación de copiarte un párrafo, importante como suyo, que ante mi vista tengo y que creo viene aquí como anillo al dedo para calificar á nuestro Ventura. «Jamás, dice, se dejó llevar por las doctrinas románticas ni se alistó en la nueva escuela; pero su entendimiento, abierto á toda idea digna de entrar en él y nada exclusivo ni intransigente, aplaudió el romanticismo en lo que tenía de bueno, censurando sus extravíos. Así puede decirse que Ventura de la Vega, en la nueva revolución literaria, más que papel de defensor del antiguo régimen, hizo el papel de moderador, viniendo de esta suerte á contribuir, como pocos, á que terminada la lucha alcanzásemos la alta crítica imparcial que reina hoy, donde el admirar una tragedia de Racine por su elegancia, atildamiento y serena inspiración, no se opone á que se admire también un drama de Víctor Hugo por su energía y por la creación fantástica de sus caracteres y por lo pintoresco de su estilo, á pesar de sus extravagancias y aun de los lunares de mal gusto que pueden afearle. La acción de Ventura de la Vega fué utilísima para que, en medio del entusiasmo romántico, no nos dejásemos llevar por el deseo de la alabanza hiperbólica hasta el extremo de ensalzar en Calderón sus mismos delirios culteranos, y de menospreciarlo todo en Moratín, suponiéndole desprovisto de genio.»

Este es el Ventura Vega auténtico, mi querido sobrino, que si fué continuador y defensor leal de los Meléndez, Quintana, Gallego y Lista, ensalzaba también y defendía á los autores de la nueva escuela en todo lo que de veras valían, modas y exageraciones aparte, de las cuales se rió él y la posteridad se reirá siempre. Así opino de tu trabajo; pero como estoy persuadido de que por cortesía y no por necesidad me pides mi parecer y de que lo que tú vienes buscando son noticias personales é íntimas del escritor, más que juicios sobre su obra, que ya tienes formados, allá van, con sumo gusto mío, las que en los viejos archivos de mi memoria guardo.

Procura tú, sobrino, compaginarlas y engarzarlas en tu artículo, que á tanto yo no me atrevo, y buena pro le hagan, que sí le harán, porque una de las más gustosas novedades de la moderna crítica, dice Cánovas que consiste en presentar de modo las cosas que se vea al autor al través de sus libros y se interpreten y expliquen *íntima* y totalmente los libros por la vida misma del autor, á lo que yo me permito añadir, como Juan, que en España se ve un fenómeno completamente contrario al que en otras naciones se advierte; pues mientras en éstas parecen los hombres, tratados en la intimidad, inferiores á las obras que produjeron, por acá parece casi siempre que las obras quedan por bajo.

Traté mucho á Ventura; pero como me llevaba algunos años, debo á sus compañeros y amigos de la infancia, entre los que se contaba mi pobre hermano Paco, las noticias que voy á comunicarte del Venturita de aquellos tiempos. Sé que ha de gustarte y aun te ha de ser de provecho conocerle de niño, como es interesante y conveniente á todo admirador de los grandes cuadros conocer los bocetos auténticos donde la impresión primera del artista resume la total expresión que luego en el gran lienzo se desarrolla y concluye.

Muchas veces recordaba Paco con sus íntimos amigos Pezuela y Escosura aquel célebre colegio de San Mateo, que allá por el año 25 estaba situado al final de la calle de Valverde y en el que enseñaban maestros tan ilustres como Hermosilla y Lista. Allí conocieron á *Veguita*, tan menudo entonces de cuerpo que figuraba más temprana edad de la que tenía: de endeble naturaleza y escasa salud, muy quebrado de color, muy suelto y elegante en sus maneras, muy expresivo en la fisonomía, que era elástica y movible, de ancha frente coronada de cabellos lisos y brillantes, con unos ojos que, según Escosura, no tenían en el mundo otros semejantes y con una voz de timbre profundo, extenso, vibrante y armonioso, que según Pezuela, *manejaba como el rostro*, á su capricho; añadiéndose á todo esto un talento de imitación tan singular, que fácilmente recordaba el tono y las acciones, lo mismo del anciano que del muchacho, de la modesta señorita que del atrevido chicuelo, del *Pelayo* de Quintana que del *Cocinero* de Gorostiza.

Había entonces en el colegio un pobre viejo, el ex cabo primero Muñoz, que por antojos de la fortuna había trocado sus militares galones por el cargo de pedagogo de los alumnos más pequeños, y era el tal tan descuidado en el aseo de su persona, que alcanzó su suciedad el mérito de ser *versificada* por *dos ingenios de la Corte*, que así se firmaban los autores de la sátira y no eran otros que *Espronceda* y *Ventura*. Hicieron ambos las coplas, pero el encargado de darles el artístico relieve de la recitación no podía ser sino Venturita, quien, encaramado en una silla, en medio del patio colocada, lucía ya entonces sus aptitudes de actor, y según Paco, lo era desde el vientre de su madre. Recordaba, para probarlo, que esta pobre señora, confiada en las promesas de un indiano que ofreció dejar por su heredero á Ventura, y deseosa al mismo tiempo de procurar á éste brillante educación, resolvió mandarle desde Buenos Aires á España en ocasión en que el rapaz no gustaba de venir por acá ni á tres tirones. Llegó el día de la marcha, y hubo que conducirle al muelle á la fuerza en brazos de un esclavo que se veía más negro de lo que ya era para sujetar al chico que lloraba y pataleaba desesperado. Mas como éste viera que eran inútiles todas aquellas súplicas, gemidos y protestas, al atravesar la muy concurrida *Plaza Real* alzó su infantil vocecilla, y con acento expresivo y en tono altamente dramático gritó, levantando convulso sus débiles brazos sobre las negras espaldas de su membrudo opresor: «¡Favor! Qué, ¿no me defendéis? ¿No estáis viendo que con pretexto de educarme me van á llevar á *la patria de los tiranos godos*? ¡Favor, favor! ¡Salvad á un ciudadano indefenso!»

Acudió la gente; simpatizó conmovida con el *ciudadano*; intervino la autoridad; suspendióse el viaje, y únicamente cuando, previos los agasajos y promesas maternales, dió el niño su *formal* consentimiento, que fué al siguiente día, se embarcó con rumbo á España, en la que entró nuestro poeta por donde suele el tabaco de contrabando, por Gibraltar.

Fué Ventura, al decir de sus colegas, un estudiante digno de estudio, precisamente por lo poquísimo que estudiaba y lo pronto y bien que aprendía, bastándole escuchar á un compañero para asimilarse instantáneamente el estudio ajeno, sucediéndole lo mismo con las explicaciones del profesor, y esto lo conseguía por tan maravilloso modo, que sus mismos colegas llegaron á dudar si sería fingida su desaplicación cuando tan claramente y tan pronto dominaba las más difíciles cuestiones.

La indolencia era, sin embargo, notoria, y no sólo para el estudio sino hasta para los juegos y travesuras propias de sus años. Imaginábalas con grandísimo ingenio, las planteaba con verdadera temeridad, y al llegar el momento de su ejecución desmayaba su energía, disipábase la audacia y salía del trance con alguna graciosa agudeza.

Su ilustre maestro D. Alberto Lista túvole por discípulo predilecto y le animó á las literarias lides. Aún no contaba diez y seis años Ventura cuando escribió los versos felicitando al maestro y éste le contestaba:

> «y canta, dice, oh joven, á quien dieron
> su blando beso Melpómene y Clío.»

Muy poco tiempo después compuso Vega las conocidas octavas á la vuelta del rey Fernando de Cataluña, y pudo decir Mesonero Romanos, con justicia, que el joven y correcto poeta, con aquellas magníficas octavas acababa de recoger el cetro de nuestra poesía lírica.

Cerrado el colegio de San Mateo, continuó asistiendo á las lecciones particulares de Lista, y por entonces formó con otros aventajados jóvenes la Academia del Mirto.

La política agitaba por entonces los espíritus, y Ventura, aunque nunca se apasionó por ella, no pudo sustraer su espíritu á las ideas del tiempo en que vivía. Encantábase oyendo á los oradores de la Fontana de Oro, asistía á más de un lírico *trágala* cantado á algún *servilón*, vió con mucha pena la entrada de las tropas de Angulema y, según sus propias palabras, *le dió mucha rabia que ahorcaran á Riego.*

Aún llegó á más: perteneció á la sociedad secreta *Los numantinos*, que se congregaba ya en una imprenta, ya en cierta botica de la calle de Hortaleza, ya en una cueva del Retiro. El conspirador de diez y ocho años refería con grandes risas á su amigo Pezuela el objeto de sus ocultas maquinaciones, que era sumamente sencillo y hacedero, pues consistía *sencillamente* en *matar al tirano* y constituirse en república *á la griega*. Este entretenido juego de conspiraciones tuvo su quiebra, pues el superintendente de policía le arrestó, y se pasó tres meses encerrado en el convento de los Trinitarios, hoy Ministerio de Fomento. Allí lo pasó perfectamente, porque la bondad de su carácter y la ductilidad de su genio, su natural despejo y su inagotable gracia, se la hicieron tan grande á los reverendos, que dieron en mimarlo hasta el extremo de costar trabajo que volviese á la libertad, y una vez libre continuó visitando á sus carceleros, siendo siempre muy bien recibido y regalado.

Ventura de la Vega *tenía ángel*, como dicen mis paisanos, y en todas partes ganaba su mérito admiradores y su persona simpatías, bullendo sin cesar en el café de Venecia, en el Parnasillo del café del Príncipe, en las reuniones de literatos de casa Cortina y en las célebres tertulias de Mariategui y Aristizabal, donde en charadas y comedias lucía sus dramáticas aptitudes.

Pero... el indiano de la promesa murió sin hacer testamento; su tía doña Carmen Cárdenas, con quien vivía, apenas podía sostener al que llamaba su *Ventura sin ventura*, y éste para ganarse la vida tuvo que dedicarse á arreglar obras dramáticas francesas, que daba al teatro, como él decía, *por brevísima cuota.*

Luchaba así por necesidad con la indolencia propia de su naturaleza americana, y costábale mucho lo que componía porque se esmeraba en la labor con su insaciable deseo de la perfección y aun así compuso sobre ochenta obras.

Todo era menester porque Ventura no era entonces más que escritor, y el arte dramático no daba de sí en aquellos tiempos esos *trimestres* que dicen que cobráis ahora. Como muestra de los derechos que por las obras originales se pagaban entonces, te diré que Bretón cobró por su comedia *A Madrid me vuelvo*, que estuvo dando grandes entradas durante un mes... *mil trescientos reales*, y que por derecho de publicación de la obra impresa se daba de una vez... hasta 25 duros.

Conocidas son las traducciones y arreglos de Vega, y es opinión universal que en ellos siempre resultaban notablemente mejorados los originales.

Aquel niño que tan á disgusto viniera de Buenos Aires, hízose en España literato notable, y como lo teníamos *prestado*, estuvimos á punto de perderle, pues su madre lo llamó enviándole 800 pesos para el viaje. Pero ya entonces no pensaba dejar la patria de los *tiranos godos*. ¿Por qué? El lo dice en un soneto á la nave que había de llevarle á su país, que empieza:

> Cruza sin mí los espumosos mares...

y termina:

> Esto decía yo cuando las olas
> sulcó la nave en que partir debía
> y abandonó las playas españolas.
> Ella al impulso plácido del aura
> voló á la orilla de la patria mía
> y yo á los brazos me volví de Laura.

Carlos Luis de Cuenca

(Concluirá)



¡POBRE MADRE!, cuadro de Garibaldi Gariani, de fotografía de los Sres. Paulí y Bartrina
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

EL PRÓDIGO

Antonio, el marqués de Brazo Fuerte, era un modelo de pundonor y caballerosidad, pero se dejaba conducir por una pasión que le dominaba por completo: era un disipador, un manirroto á quien no bastaban rentas ni heredades, un afortunado que tiraba á puñados el dinero y que con mano pródiga derrochaba el caudal heredado de sus abuelos, acrecido por las fortunas de otras casas que por genealogías y por enlaces, habían venido á engrosar el capital del marquesado, antes poderoso en señoríos y feudos y luego rico en acciones de minas y de Bancos.

Aquel caudal, inmenso río de oro á que habían afluído tantos riachuelos, aquella enorme masa de riqueza en la que, como cumpliéndose las leyes de la atracción universal, se habían fundido otros capitales más pequeños, había venido por extraño capricho de la suerte á dar en manos del marqués.

Por un inexplicable atavismo, todo lo que sus padres habían tenido de prudentes, de económicos sus abuelos y de ahorrativos sus antepasados, tenía Antonio de disipador. Gastaba por gastar, como si una fuerza superior le obligase á ello; moradas suntuosas, carruajes costosísimos, cotos inmensos, todo cuanto puede soñar el poderoso para su regalo, teníalo el marqués para su distracción. Sus viajes eran los más costosos, sus cacerías las más famosas, sus comidas las más opíparas, sus mansiones las más elegantes, sus propinas las más espléndidas, sus cuadras las de caballos más hermosos, sus *juergas* las más caras. Heliogábalo á su modo, encendía los habanos con un billete de á mil pesetas prendido en una bujía, pagaba una vajilla para tener el placer de hacerla añicos y regalaba dulces envueltos en títulos del 4 por 100.

Con tales costumbres y caprichos, no era extraño que el marqués estuviera continuamente rodeado de sátrapas y parásitos que le explotaban y vivían á su sombra. La prensa europea relataba todas las prodigalidades del noble con un gracejo que halagaba sobre manera la vanidad del marquesito, y su título, famoso un día por el empuje de sus mesnaderos, era al presente más famoso por la grandiosidad del despilfarro.

Y como no hay mal que no redunde en beneficio de alguien, daba limosnas, perdonaba deudas, hacía donaciones y arrendamientos generosos, por lo cual colmaban de bendiciones al marqués un sin fin de pobres, acreedores y colonos.

* * *

Una tarde en que Antonio, de vuelta de un casino, donde acababa de perder en una carta lo que hubiera sido la felicidad de otro que la hubiera entendido al revés del noble, se le presentó, como otras veces, su administrador general.

Pero el empleado ponía entonces ante los ojos de su principal un balance aterrador: la fortuna del prócer había disminuído mucho, y si no reducía sus gastos, apenas si tendría para un año. Sus mejores fincas estaban hipotecadas; sus posesiones, disfrutadas por explotadores; sus ya escasas rentas, tiradas al arroyo.

No hubo más remedio que reducir gastos; el marqués oía por fin las advertencias de su administrador y se vendieron algunas casas, se enajenó algún papel del Estado y se redujo la servidumbre.

Era ya tarde: el potentado había seguido arrojando su dinero con mano pródiga; sus amigotes, lejos de



GENTE DE MAR cuadro de Eliseo Meifren de fotografía de los Sres. Paulí y Bartrina
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

apartarle de aquella vida, le inclinaban á la bancarrota; miró en derredor y se vió aislado de personas serias y amigos verdaderos.

* * *

Una tarde, Antonio, hastiado de aquella vida que llevaba, llegó más temprano que de costumbre á su casa y entró en su despacho. Principiaba á anochecer; la obscuridad iba poco á poco deslustrando los brillantes artesonados del techo, el barniz de los cuadros y el bruñido de las panoplias, y porcelanas y mármoles iban tomando el negruzco color de los bronces de la chimenea y de la alfombra del suelo.

El marqués se acordó de que al siguiente día un pariente suyo, que andaba tras de que declararan los tribunales «pródigo» al marqués, se le presentaría en su casa á notificarle que le iban á nombrar un tutor. Pensó que tampoco tardaría mucho en presentarse un acreedor impaciente á embargarle aquel palacio, que era el último baluarte en que se defendía su riqueza... Todo aquello, y la luz que cada vez iba siendo menor, y el tono lúgubre de la calle silenciosa, donde empezaban á brillar los faroles como fosforescencias en la alameda de un cementerio, le causó penosa impresión. Un extraño cansancio, resultado de la noche pasada en claro, paralizó su ser, y no tuvo ni ganas para oprimir un timbre eléctrico, ni para alargar la mano al conmutador que con poco trabajo hubiera enviado su corriente á las lamparitas de la mesa y á la araña del techo, entonces oculta en las tinieblas, brillante y fastuosa cuando el sol, entrometiéndose por un resquicio de la seda de una cortina, la bañaba en su luz ó la besaba con un rayo, que al chocar en las arandelas de cristales descomponíase como en un prisma que desparramaba en el aire los colores del iris.

El marqués reclinó su cabeza en el respaldo del sillón y quedó inmóvil. Dormía ó pensaba.

En su mente germinaron dos ideas y oyó misteriosos acentos. «Gasta – parecía decirle una voz imperativa; – te has propuesto ser pródigo y lo has de ser hasta el fin, no faltes á tus tradiciones; si abdicaras de tu prodigalidad, serías un miserable vulgar, de esos que nunca tienen valor para cumplir sus propósitos.»

Luego acudía la otra idea á su imaginación, y repercutiendo allá dentro de su cabeza, le decía que la prodigalidad conduce á la ruina; que sus favores sólo tendrían el mérito de hacer ingratos; que su fastuosidad le había conducido al aislamiento; que el derroche tenía su limitación en los códigos, y que la existencia que había llevado tendría su expiación y su castigo.

Esta última idea le atormentó mucho y sintió como si el anatema tomara cuerpo dentro de su ser. Él que nunca se había detenido ante ningún capricho, que lo más difícil de venderse, la honra ajena, la había comprado para luego marchitarla y tirarla como una flor seca, aquel sempiterno gastador de vida y de dinero, ¿iba á renunciar á todo su pasado y á faltar á sus deseos ante el temor de una ruina, lo mismo que un niño renuncia á un juguete ante la amenaza de la niñera?

– ¡No!, se dijo. Mientras posea un resto de lo mío, sabré prodigarlo.

Y lívido y descompuesto se levantó del sillón dando traspiés como si estuviera beodo, á punto de derribar un jarrón y de caer al suelo.

Una figura de mujer, envuelta en transparente gasa que dejaba adivinar esculturales morbideces, se destacó de la estantería de roble y avanzó hasta la mesa.

El marqués abrió los ojos desmesuradamente, reconoció la imagen, dió un grito de terror y retrocedió:

– ¡Luisa!, exclamó Antonio, y fué á apoyarse en la pared.

– Yo soy, murmuró la aparición modulando la respuesta en una voz dulce y delicada, y moviendo al mecer la cabeza los ensortijados rizos que caían por sus hombros. Te perdono porque te quise... La muerte me arrebató de tu lado... No te pido cuentas de tu ingratitud...

– ¿Qué quieres?, preguntó tímidamente Antonio.

– Que seas bueno y útil.

– Pide, que obedezco; todo es tuyo..., todo menos mi prodigalidad.

– Pues bien: sé pródigo de una vez y acaba. ¿Has derrochado todo lo tuyo?

– ¡Nada poseo!

– Te equivocas, Antonio; aún tienes una fortuna que no has derrochado porque no reparaste en ella y te exijo que la renuncies ahora mismo.

– ¿Fortuna?.. ¡Dila!

– Aún tienes un caudal mayor que el gastado. Eres libre, ó por lo menos, tú lo sueñas; pues bien, sé derrochador de veras, sé pródigo por siempre, ¡dame tu libertad!..

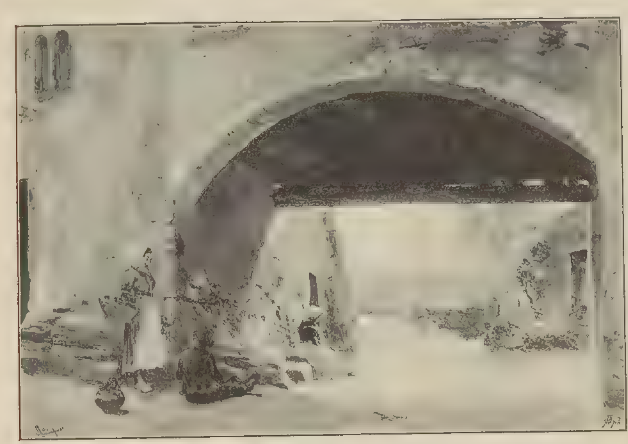
Y la sombra de mujer se difuminó en las tinieblas, dejando tras de sí un rastro luminoso que poco después se borraba también, para volver á quedar la habitación obscura y silenciosa.

* * *

Transcurridos algunos años, el marqués había repuesto casi toda su fortuna y había fundado también un hospital bajo la advocación de San Luis.

Hoy le administra el hijo único de Antonio, actual marqués de Brazo Fuerte, un joven honrado y trabajador que se llama Luis, como su madre...

P. Gómez Candela



Una calle de San Julián de Vilatorta, cuadro de José M.ª Marqués,
de fotografía de los Sres. Paulí y Bartrina
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

¡MÚSICA! ¡MÚSICA!

¡Viva el lujo
y quien lo *trujo*!
(Dicho popular

Nunca fuera pueblo alguno de *damas* tan bien servido, como lo es el pueblo de Madrid en el presente momento histórico; bien entendido que donde digo digo, no digo digo, que digo Diego; esto es, que donde digo *damas*, quiero decir ministros, porque ministros son y no damas quienes, en este caso concreto, se han curado de que los madrileños ó madrideños no carezcan en la próxima temporada teatral de un espectáculo predilecto: la ópera italiana, que ya no va siendo italiana, pero que sigue denominándose de ese modo.

Sí, señor, sí; los Excmos. Sres. ministros de la Corona, con el presidente á la cabeza, y en consejo celebrado en el Regio Alcázar, para mayor solemnidad, hace ya muchos días adjudicaron el arriendo del teatro de la Opera á un señor Rodrigo.

Nótese bien que se trata de un señor Rodrigo, no de un D. Rodrigo: no será, por consiguiente, empresario del *Regio Coliseo* (así lo nombran, aunque no es coliseo, ni regio), ni el último rey de los godos, ni D. Rodrigo Calderón, que tanto orgullo tuvo en la horca, según la frase popular, sino el señor Rodrigo; persona muy entendida, á lo que por ahí se dice, en asuntos teatrales y que había prometido hacer y acontecer si eran aceptadas sus proposiciones.

Y lo fueron.

El Consejo de ministros, que andaba aturdido con esas cosas de los tratados, y que no tuvo tiempo suficiente para llevar á las Cortes los presupuestos y que apenas consagró algunos minutos al problema social, no puso en olvido que uno de sus principales deberes, el principal acaso, era el de proporcionar á los habitantes de la villa y corte ópera italiana; y dando de mano á otros asuntos de menos interés y de importancia muy discutible, estudió atentamente y con gran detenimiento las proposiciones presentadas; comparó las unas con las otras, y después de tan maduro examen adjudicó el arriendo al susodicho empresario. Y ahora ¡vengan penas, ó que nos entren moscas!

Porque es lo que yo digo y lo que dirán segura mente los ministros: aquí lo esencial, lo interesante, lo absolutamente necesario es que los vecinos de Madrid tengan ópera, y á los vecinos de Barcelona y de Sevilla y de Valencia que los parta un rayo, y si



Payesita, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés)



EL REBUSCO DE LA ACEITUNA, cuadro de José Pando

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

quieren ópera que se la busquen y se la paguen como Dios les dé á entender.

Y si los cambios están altos y si la industria nacional se arruina y si las empresas arrendatarias de todo cometen abusos y si falta trabajo y si hay miseria en Andalucía y si aumenta la emigración en Galicia, todo eso y mucho más puede darse por bien empleado, siempre que en Madrid haya un teatro en el cual canten durante toda la temporada:

Tres tiples.
Una mezzossopranno.
Una contralto.
Dos tenores serios.
Uno de medio carácter.
Dos barítonos.
Dos bajos.
Y un bajo caricato;

que en todo eso ha pensado el Consejo de ministros, cuando le juzgábamos entretenido en minucias como el arreglo de los tratados ó la labor de abrir mercados á nuestra producción. Pero no ha pensado solamente en eso; ha llevado más adelante sus paternales desvelos.

Ha dispuesto que el coro conste de 80 voces; 30 de mujeres, 50 de hombres: así precisamente; porque alterada esa proporción, ya no sirve el coro.

Y ha pensado, ¿cómo no?, en la orquesta, que habrá de estar formada por 100 profesores, por lo menos, y en la banda militar, y en el cuerpo de baile; vamos, en todo, lo que se dice en todo.

Podrán decir cuanto se les antoje esos descontentadizos, díscolos por carácter, de intención aviesa y de procederes protervos, á quienes todo parece mal y que han de hallar en todo motivo de censura acerba; pero es realmente conmovedor el espectáculo de un gobierno que, poniendo en olvido lo crítico de las circunstancias que le rodean, piensa en el modo de distraer á sus gobernados, arrienda teatros, discute si las tiples han de ser dos ó tres, si han de ser los tenores serios ó risueños y si las bailarinas han de tener mejores ó peores formas; esto se llama estar en todo, y así procede el gobierno

«...que tiene vergüenza,
pundonor y lo que hay que tener.»

Los plausibles esfuerzos de tan cuidadoso gobierno habían de lograr indefectiblemente su recompensa y la han obtenido. Como el filósofo griego buscaba un hombre, el gobierno español buscó un empresario; pero más feliz el gobierno que el filósofo, ha tropezado con un empresario que ni hecho de encargo: el señor Rodrigo.

«¿Querían ustedes tres tiples?,» pregunta el arrendatario á los ministros, y les dice: «pues bien; traeré cuatro.»

»¿Piden ustedes dos tenores serios y uno alegre? Pues yo contrataré dos alegres y tres serios.

»¿Imponían ustedes la obligación de presentar durante cada temporada una ópera no conocida en Madrid? Pues presentaré dos óperas nuevas en cada temporada.

»Y por si esto, con ser ya mucho, no pareciese bastante, ofrezco adquirir para el teatro un telón nuevo, y dar 50.000 pesetas - que no se piden en el pliego de condiciones - para cooperar á la construcción de un escenario novísimo, y crearé y sostendré una escuela de canto, y fundaré y costearé una escuela de baile.»

Y no sé si se habrá comprometido también á establecer una escuela de equitación, y otra de tauromaquia, y á inaugurar un frontón, y á labrar un edificio *ad hoc* para *velódromo*.

Pero sí sé que ha ofrecido rebajar en un 14 por 100 los precios de las localidades, exceptuando la entrada al *Paraíso*, que se rebajará en un 33; pues ahora cuesta seis reales y ha de costar en lo sucesivo *una peseta*. Y ofrece también dar funciones de ópera todos los días festivos por la tarde; ofrecimiento que habrá regocijado lo que no es decible á los empresarios de los demás teatros; los cuales veían en las funciones de tarde una de las más saneadas fuentes de ingresos en sus contadurías respectivas.

Todo eso y mucho más, que ahora no recuerdo, ha ofrecido el aspirante agraciado, que si como es largo en prometer, es exacto en cumplir, dará gusto indudablemente á los aficionados.



En Santa Lucía, Nápoles, estatua de Rafael Marino,
de fotografía de los Sres. Paulí y Bartrina
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Cierto que, como reza el refrán, *del dicho al hecho, hay gran trecho*, y una cosa es predicar y otra dar trigo, y no sé si cuando llegue el caso de que todas esas promesas hayan de tener cumplimiento lo tendrán *ú* no. Pero esas no son cosas para tratadas ahora; que solamente á la suspicacia excesiva ocurre poner la horca antes que el lugar.

Por de pronto, ya han dicho casi todos los diarios madrileños que el flamante empresario se ha ido por esos mundos del arte á pescar tenores, y aun dicen que ya *pescó* uno, el buen *Angelo* (creo que se llama *Angelo*) Massini, que hace ahora unos quince años gustaba mucho en Barcelona, si bien sus admiradores más decididos confesaban que las facultades del *divo* empezaban á entrar (¡entrar es!) en la decadencia.

Verdad es que desde 1878 hasta hoy es muy posible, aunque no sea probable, que el insigne tenor se haya repuesto mucho y cante ahora mejor que entonces cantaba.

Y de todas maneras, que Massini esté ó no esté en condiciones de cantar es cosa que ni á mí ni al gobierno nos importa.

El gobierno ha otorgado el arrendamiento al aspirante que presentaba mejores proposiciones. Si luego el empresario no cumple sus promesas, para él será el mal; porque no era cosa de exigir garantías á quien con tan buenos deseos y tan excelentes intenciones se presentaba.

La misión, la sagrada misión del gobierno, era llegar hasta la adjudicación del teatro; hasta el momento crítico de gritar: *Papam habemus*, ó lo que es igual para este caso: «*Operam habemus;* ya tenemos empresario para el *Teatro Real* de Madrid; ya hemos procurado á la corte un sitio donde pasar honesta y brillantemente la noche en el próximo invierno. Hemos cumplido con uno de nuestros más interesantes deberes; podemos entregarnos, con la conciencia tranquila, al descanso.»

¡Que Dios se lo conceda y les premie!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

LA DUQUESA JUANA

Señoras, mi presentación: me llamo Juana. Sentiría mucho que no os gustase el nombre, pero es el mío. Soy duquesa, riquísima, y no ya regularmente hermosa, sino la perfección de la hermosura en todo el vigor de los veinticuatro años.

Quiero deslizar, es decir, debo deslizar otro detalle: mi estado era indefinible; me casaron con un vejete simplón con la manía de los viajes. A los dos días de casado emprendió mi esposo un viaje al otro mundo, al americano se entiende, que á ser al de los muertos, no hubiera yo sufrido lo que sufrí, desdichas de que os voy á dar ahora cuenta.

Cuatro años hacía que partió mi esposo y hablábase de su muerte como de un hecho positivo, pero no teníamos la confirmación oficial; no sabía á qué atenerme; pasábalo en el mundo sin saber si era viuda ó casada. ¡Desdichado casamiento!

Era mi padre viajero famoso; en uno de sus viajes, en el que yo le acompañaba, conocimos al hombre que después fué mi esposo. Apasionóse mi padre de él, y le entregó á su hija como una muñeca se le regala á un niño. ¡Y por cierto que el estúpido niño hizo un caso del juguete!..

Acercábase el día de nuestro matrimonio; tenía yo diez y ocho años entonces; los poetas de todos los países que recorría cantaban preciosidades de mis cabellos de oro, de mis ojos de cielo, de mi rostro de nácar, de mis mejillas suaves de terciopelo finísimo; y os aseguro por mi nombre que la última conclusión ninguno la hizo con pruebas. ¡Cómo iba yo á consentir que ningún poeta tocase mis mejillas! ¡Qué hombres más tontos!

Los poetas realistas, que no son menos fantaseadores por eso, se engolfaban, adornando sus cantares con las curvas armoniosas de mi cuerpo, con la blancura de mi garganta, con la morbidez de mis brazos, con mis manos blancas, largas, afiladas y con mi busto recio, pero fino y aristocrático, con esa aristocracia brillante de la forma, que se comprende en el vigor y la dulzura al mismo tiempo, predominantes en el cincel de la estatuaria griega.

Cinco semanas hacía que nos hallábamos en Constantinopla. Era por la tarde, y á la madrugada siguiente partiríamos.

Yo estaba triste... Padecía una enfermedad del corazón que me postraba en perezoso abandono, envolviéndome á la vez en una atmósfera extraña de

amargura y bienestar. Yo amaba y mi enfermedad era esa. Amaba y no era al hombre con quien iba á casarme. Amaba sin el consuelo de ser correspondida.

En el gran bazar de Constantinopla, entre aquella millonada de seres que pululan, representando todas las naciones del mundo, vi una semana antes al hombre que me había hecho inconscientemente penetrar en una existencia nueva, ¡el hombre de quien me enamoré! No volví á verle. Y aunque le viera, por ventura, ¿obtendría yo la felicidad con aquello? ¡Desdichadas de nosotras que no podemos como el hombre dar riendas á los sentimientos benditos del corazón! Pensando así, sentíame algunas veces acometida de exaltaciones nerviosas, terribles para todo lo que me rodeaba: abanicos, chales, flores, telas ricas de Persia, encajes bellos, jarrones finísimos, todo caía á mis pies, estrujado, roto, hecho añicos. Pero ¿por qué? ¿Por qué?, repetía yo. ¿Por qué no ha de ser posible? Y me tranquilizaba solamente cuando prorrumpía en llanto, al que seguía de fijo mi perezoso abatimiento.

Era aquel hombre alto, moreno, bien formado, de una mirada brillante, de movimientos llenos de nobleza. ¡No sabía cómo se llamaba, ni conocía su nacionalidad tampoco!

Llegó la hora de la partida. Secaba yo mis lágrimas; disimulaba mi angustia. Nos embarcamos mi padre, yo y mi futuro, y al hender el buque las tranquilas aguas del Bósforo para alejarnos de la ciudad, pareció quedar mi alma prendida en girones de los alminares de Stambul.

Los viajeros se encerraron en sus camarotes. Habíame llamado mi padre dos ó tres veces; yo permanecía enclavada sobre cubierta, mirando un punto fijo, como si quisiera romper con el rayo de mis pupilas el mundo de tinieblas, salpicado de esos encajes blanquecinos, precursores de la aurora, que se pronunciaban por instantes, aumentándose y absorviendo las negruras hasta vencer del todo y difundir sus luces.

Pude observar entonces que otra persona, también sobre cubierta, parecía lanzar una mirada profunda á la ciudad de Constantino, medio escondida aún entre las brumas. Era un hombre. Fijéme en él y no pude ahogar una exclamación... ¡Qué golpe! ¡Qué impresión! No pude resistir. Me desvaneció la alegría... Una alegría amarga... inexplicable. Al abrir los ojos lancé un suspiro de satisfacción. Estaba junto á mí... Acudió en mi socorro; le tenía allí animándome con frases dulces que vibraban con la gallarda pronunciación española.

¡Dios mío! Cerré los ojos otra vez; me parecía un sueño; al abrirlos se encontraron con los suyos... Sentí en la garganta los latidos de mi corazón; no sé qué rubores hicieron inclinar mi cabeza. No sé qué sentimientos de infinita dulzura ahogaron mi espíritu... El buque avanzaba dulcemente cortando las olas; el Bósforo, contento de mi dicha, sonreía plácido, entonando barcarolas suaves; y allá, por la ribera asiática á que mis ojos daban vista, contemplé el fantástico y divino panorama, los dobles alminares de la mezquita Stauros, las elevadísimas techumbres cónicas del orgulloso palacio Beylerhey, muros cenicientos, derrumbados edificios, artísticas ruinas, risueñas praderas, verde musgo, matojos negros y preciosos caseríos nevados, como doncellas ornamentadas con loto y azahares, que se daban las manos para girar en amorosas y fantásticas danzas.

Era español, ¡compatriota mío! Hermoso, noble, rico... Su nobleza la del alma; su riqueza la del talento. Llamábase Augusto Namil; viajaba por necesitarlo así su corazón, y ¡cuántas vigilias, cuántas inquietudes habíale costado reunir para sufragar económicamente los gastos de aquel viaje que yo hacía por aburrimiento y con lujoso derroche de comodidades y mimos! Cuando supe todo esto, cuando él me lo contó con naturalidad de niño, estrechando entre sus manos finísimas las mías temblorosas, le amé, le amé ya verdaderamente, le amé con toda mi alma. Vosotras callad. ¿Acaso no hubierais hecho lo mismo?



Lola, cuadro de Daniel Hernández,
de fotografía de los Sres. Paulí y Bartrina
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Pero él habló... habló... Su voz afable y entrecortada oíla yo resonar como deliciosa música de vibraciones tristes. Me dijo que no debía desobedecer á mi padre; que estaba yo comprometida; que sería después un tormento para los dos, y además que él era pobre, muy pobre; que se debía á su madre, humilde anciana; que su pobreza era el mayor obstáculo que entre nosotros se interponía y que tal vez volviésemos á encontrarnos en nuestro camino. Yo viví después mucho tiempo en desesperaciones sombrías, porque no supe contestar en el acto á sus palabras. ¡Hombre de roca! Sin detenerse ante mi dolor verdadero, le vi desembarcar en el primer puerto á que arribamos.

Nada sabía de él y me era todo igual. A los dos meses de nuestro regreso á Madrid, me casé con el hombre á quien mi padre me destinó. A los dos días, ya lo sabéis, se fué mi marido. Mi padre murió tres meses después. No quiso marchar á la gloria sin dejar primero consumada la portentosa maravilla de mi matrimonio.

Asombraos: joven, hermosísima, millonaria, por espacio de tres años viví retraída del mundo, en aburrimiento cruel, pensando sólo en aquel hombre. Cierto día, después de uno de mis accesos nerviosos, ordené que engancharan. Hacía mucho tiempo que no salía. Hallábame con deseos de distraer la mirada en otros más amplios horizontes.

Fuí á la Castellana. El paseo estaba animadísimo, y sin embargo á los pocos minutos mi aburrimiento empezó otra vez. De repente sentí á mi derecha una voz simpática que pronunciaba mi nombre... Creí morirme... ¿La voz aquella?..

– ¡Dios mío!, pude exclamar solamente.

Quedé mirándole... Era él, á caballo, vestido de negro, velado el rostro de tristeza y con su sonrisa. ¡Aquella sonrisa!..

– ¡Augusto!, dije temblando.

– ¿Me quieres todavía?, me preguntó.

– Sí, siempre. ¿Y tú, Augusto?

– ¡Con locura! No pude contenerme más. He sido débil y te he buscado.

Yo me quedé mirándole; los ojos se me llenaban de lágrimas; no pensé en la gente que podía vernos.

– ¿Y tu madre?, le pregunté, para hablar de otra cosa.

– ¡Llevo su luto! ¿Te casaron?

– ¡Ay, sí!

Entonces no pude contener mis lágrimas.

– No, contesté, no hablemos de eso, y aquí con más razón.

Le dije dónde vivía, pero luego añadí aterrada:

– No, no vayas; no me veas; yo te escribiré.

Él sonrió de un modo extraño, y saludándome se alejó.

Yo quedé aturdida, loca; no sabía lo que me pasaba. Acordábame de aquella sonrisa de Augusto. ¿Se habría ofendido porque le dije que no fuera á verme? No, jamás hubiera permitido que hablásemos á solas. Volví á mi casa al instante. No podía estar. Abrasábame la calentura. Iba á acostarme y anunciaron una visita. ¡D. Augusto Namil!

¡Aquel nombre! ¡Oh, qué lucha! Pudo más mi amor que todo. ¿No recibirle amándole tanto y después de todo lo que sufrí? No, no le rechazaría, sucediera lo que sucediera.

Entró respetuoso, fino... Parecía como que hasta procuraba hacerme olvidar lo pasado y nuestra inequívoca situación en aquel punto. Me habló de todo el tiempo transcurrido; de sus trabas, de que empezó á labrarse una fortuna, de su suerte grande... Quería ser rico, y casi podía decir que ya lo era.. Y añadía con aquella sonrisa extraña: «No me hubiera casado jamás con una mujer rica, siendo yo pobre.» Pero ¿por qué decía aquello? ¿Era que no me amaba? ¿Era que iba á casarse con otra? ¡Taimado!

Yo entonces empecé á contarle mi casamiento, la ausencia de mi marido... Me interrumpió diciéndome:

– Sé todo lo que me vas á contar. Nunca he dejado de saber de ti: eres una buena y noble mujer.

Lloré de alegría oyéndole. Él hablaba, hablaba...

– Sé lo que habrás sufrido para recibirme, por miedo de que nos halláramos solos, pero de todas maneras me hubiese yo hecho recibir. ¿Te sorprendes? Traigo conmigo una autorización que me abre tus brazos... ¿La quieres leer, Juana?

Me dió un papel... Era la certificación oficial de la



LA ESPOSA DEL BARQUERO, cuadro de Alejandro Milesi

(Exposición de Bellas Artes de Milán de 1894)



JUANA DE ARCO EN PRESENCIA DE SUS JUECES, cuadro de Federico Roe, grabado por Baude

muerte de mi marido. ¡Aconteció un año antes!.. ¿Cómo logró Augusto adelantarse á saber aquella noticia y hasta conseguir el documento que la comprobara?



ARMERO ÁRABE, acuarela del profesor Enea Ballarini

¡Poder misterioso del amor! Yo se lo recompenso... Le hago feliz. Él lo dice; dice que se casó con una mujer hermosa y buena.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

NUESTROS GRABADOS

El regreso del hato, obra de Francisco Millet. – El estudio que en el número 462 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos de este célebre pintor francés, tan desgraciado durante su vida como ensalzado y venerado después de su muerte, nos releva de ocuparnos nuevamente de su obra artística. Al reproducir hoy *El regreso del hato* nos limitaremos, pues, á encomiar una vez más al malogrado artista que cual ningún otro supo sentir la naturaleza y expresar con la forma y el color las dulces y melancólicas impresiones que la contemplación de la sencilla vida de los campos producía en su alma de poeta.

***

¡Pobre madre!, cuadro del Sr. Garibaldi Gariani (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Una madre que presa de horrible angustia ve aproximarse el fatal momento en que su agonizante hija lance el postrer suspiro, tal es el asunto escogido por el distinguido pintor italiano Sr. Garibaldi Gariani, que ha representado en todo su dolorosísimo realismo, con la expresión del más penoso sentimiento. La actitud anhelosa de la infortunada madre, inclinada sobre la moribunda niña para recoger en sus labios y en amantísimo beso el último aliento de aquella tierna criatura que antes fué su encanto, tiene un carácter de verdad, representa una observación tan profunda y tan fielmente reproducida, que impresiona el lienzo tristemente, ejerciendo una verdadera sugestión. Compréndese, desde luego, que el autor de tan estimable cuadro ha debido forzar todas las fibras del sentimiento, ha debido concentrar en una sola idea la habilidad del pintor y la genialidad del artista, pues no de otro modo se concibe la feliz ejecución de una obra que á falta de otras y por sí sola bastaría para cimentar la reputación del Sr. Gariani.

***

Gente de mar, cuadro de Eliseo Meifren (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Otra bella muestra de sus aptitudes ha dado Eliseo Meifren en la última Exposición de Bellas Artes, por medio de su notable cuadro titulado *Gente de mar.* Hemos visto en sus numerosas producciones todas las variantes que es posible suponer en el difícil género que cultiva, pero no titubeamos en afirmar que la que reproducimos constituye una feliz y gallarda creación. El artista propúsose sostener la nota con simplicidad de recursos y ha podido hábilmente llevar á cabo su laudable propósito. Meifren ha patentizado una vez más sus aptitudes para el arte que cultiva y especialmente para el género de pintura que le ha conquistado merecido renombre como uno de los primeros marinistas españoles.

Gente de Mar obtuvo premio y fué adquirido por el Ayuntamiento para formar parte del Museo Municipal de Bellas Artes.

***

Una calle de San Julián de Vilatorta, cuadro de José M.ª Marqués (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Entre los tres lienzos que expuso en el último certamen artístico el discreto pintor D. José M.ª Marqués, figuraba el que reproducimos, recuerdo de una de sus excursiones por la región montañosa de Cataluña. *Una calle de San Julián de Vilatorta* es un bellísimo apunte, fresco y brillante como todas las producciones de este género que brotan de su paleta.

Varias veces nos hemos complacido en consignar las cualidades artísticas que posee este pintor; réstanos únicamente agregar hoy que todos ellos avalóranse por cierta vaguedad que les presta poético encanto y acreditan sus prendas de colorista. Distínguese singularmente por su buen gusto y por el ferviente culto que tributa á la idealidad y á la poesía en sus más simpáticas manifestaciones.

***

Payesita, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés). – Si bien antes cultivó Baixeras, con singular aprovechamiento, el género histórico, hoy apenas existen en su paleta otros tonos que los pardos del rudo tejido usado por los hombres de mar ó del obrero, avalorados por su talento artístico. Los cuadros de costumbres marítimas y campestres hanle servido para cimentar su reputación, y ya pocos artistas pueden rivalizar con Baixeras en el modo de interpretar la verdad y expresión de los tipos. Muestra de ello es la payesita que motiva estas líneas, de tan agradable como simplicísima tonalidad. La firma de Dionisio Baixeras en el mercado del arte, y permítasenos la frase, es de aquellas que se cotizan á elevado precio y son tomadas con afán por los inteligentes.

***

El rebusco de la aceituna, cuadro de José de Pando (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – No es el Sr. Pando un artista novel. Su nombre figura unido al recuerdo de algunas obras premiadas en varias exposiciones. Forma parte del grupo de artistas sevillanos que tanto han trabajado para continuar el buen nombre de aquella escuela que cuenta con tan eximios maestros y que tantos días de gloria ha dado al arte español.

Las obras del artista sevillano, y singularmente la que reproducimos, distínguense por la índole de los asuntos representados, genuinamente peninsulares, y por su especial factura, puesto que sin abdicar de esa gama distintiva de la región andaluza, modera razonablemente sus efectismos, resultando las producciones en el justo medio, en lo único que cabe ejecutar en nuestro país. El lienzo que reproducimos está bien observado y galanamente ejecutado, siendo una bella página de la vida campestre de la tierra andaluza.

***

En Santa Lucía, Nápoles, estatua de Rafael Marino (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Puede afirmarse que la vida artística del joven escultor napolitano Rafael Marino es una continuada serie de triunfos. Hijo de un hábil ebanista, ejecutó á los catorce años sus primeros ensayos escultóricos, aguijoneado sólo por la vista de los trabajos de talla de los operarios del taller de su padre. Tan discretos fueron aquellos tanteos, que determinaron su ingreso en la Escuela de Bellas Artes de Nápoles y la protección del duque de Montrone, á quien cabe la gloria de haber sido el primero que tendió su poderosa mano al joven é inteligente escultor. Terminados sus estudios académicos, completó su instrucción en el taller del escultor D'Orsi, desde donde empieza la verdadera carrera artística de Marino. Sus obras *Marecchiaro*, presentada en la Exposición de Parma de 1889; *Emma*, en la de Barcelona de 1891; *Mariella*, en la de Roma de 1892; *Ultimo dìa de Pompeya*, en la de Palermo de 1890; *Ada*, en la de Munich de 1893, y *En Santa Lucía*, en la de Barcelona de 1894, significan otras tantas recompensas, y atestiguan, por lo tanto, las cualidades de Marino, que honra por medio de las producciones de su ingenio el arte escultórico moderno italiano.

***

Lola, cuadro de Daniel Hernández (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Entre los lienzos que en la Exposición de Bellas Artes recién celebrada en esta ciudad llamaron con más justicia la atención de los inteligentes, cuéntase el que bajo el título de *Lola* presentó el muy notable pintor peruano D. Daniel Hernández, residente en París, en donde goza de reputación artística envidiable.

Lola representaba el resultado de un noble empeño, una suma de dificultades de procedimiento gallardamente vencidas, pues no otro concepto se desprende de las tonalidades expuestas con tan magistral habilidad, que producían un conjunto tan armónico como admirable. Cierto es que esta clase de notas son la característica técnica del Sr. Hernández, quien imprime en todas sus producciones el sello de su personalidad, perfectamente distintiva y determinada.

Acertada ha sido la adquisición llevada á cabo por la Diputación provincial, con mayor motivo cuando por esta circunstancia el cuadro á que nos referimos ha pasado á formar parte del Museo de Bellas Artes.

***

La esposa del barquero, cuadro de Alejandro Milesi. – Se acerca la hora de la comida, y la esposa del barquero, llevando en brazos á su pequeñuelo, espera en el muelle á su marido que, terminado el trabajo de la mañana, no tardará en acudir para despachar en amor y compaña el contenido del puchero y de la botella que aquélla ha dejado en el suelo. Aunque este es el asunto del cuadro de Milesi, que llama la atención en la Exposición de Milán, algo más hondo hay en él que constituye una nota interesante de sentimiento, y es la actitud y la expresión de la mujer, en las cuales se adivinan cuidados é inquietudes engendrados quizás por la zozobra continua en que la tiene la profesión de su marido, quizás también por la vida de privaciones rayana en miseria á que la suerte los tiene condenados á ellos y á la inocente criatura cuyo porvenir se aparece á los ojos de la madre lleno de escaseces y tristezas.

***

Juana de Arco en presencia de sus jueces, cuadro de Federico Roe. – Tal vez pueda reprocharse á este pintor el haberse ajustado demasiado al convencionalismo que reina en la mayor parte de las composiciones tomadas de episodios históricos; pero aunque ha tratado el asunto con cierta frialdad, ha sabido combinarlo hábilmente, y si no nos ofrece la impresión de la verdad, evoca por lo menos una ficción dramática, dándole forma verosímil. Roe ha reproducido á la doncella de Domremy en el momento en que ante sus jueces, que eran Cauchón, obispo de Beauvais, el vicario de la Inquisición, su canónigo Juan de Estivet y sus asesores, exclamaba dirigiéndose al prelado: «Decís que sois mi juez; pero tened cuidado en lo que vais á hacer, porque en verdad que Dios me ha enviado y os exponéis á gran peligro.»

***

Armero árabe, acuarela del profesor Enea Ballarini. – Recientemente dimos á conocer á nuestros lectores una bellísima acuarela del distinguido pintor austriaco, profesor Enea Ballarini, representando la plaza de San Marcos de Venecia: hoy nos cabe el gusto de publicar otra acuarela que reproduce un armero árabe, recuerdo de un viaje artístico á Marruecos.

Las dos producciones patentizan las condiciones de buen colorista que posee el Sr. Ballarini y su destreza en manejar los pinceles y cultivar la acuarela, género no exento de dificultades, debiéndose á esto el limitado número que de ellas se producen, singularmente en nuestra patria, á la que cabe la gloria de haber tenido tan eximio acuarelista cual el malogrado Fortuny.

La acuarela que reproducimos fué premiada en la Exposición de Budapest y forma hoy parte de la colección Panzacchi, de Bolonia.

***

En capilla, grupo en barro cocido de Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). – Ventajosamente conocido este artista por sus obras y por su reciente triunfo, nos complacemos en reproducir el sentido grupo que figuró en la sección correspondiente de la última Exposición general de Bellas Artes de nuestra ciudad. *En capilla* titúlase la composición, y aunque puede considerarse como el boceto, el tanteo de su concepción, sorprende por esa genialidad potente y vigorosa del distinguido escultor catalán que tan admirablemente imprime en sus obras ese algo bello y grande que revela su alma de artista y su imaginación de poeta. Cultiva el arte con entusiasmo, y como siente y se identifica con sus creaciones, modela con soltura, con valentía, con la grandiosidad del verdadero arte.

***

El general Jacobo Durando. – Este personaje recientemente muerto en Roma ha sido uno de los militares de más accidentada vida en nuestros tiempos: nació en Mondovi en 1807, y comprometido en los sucesos de Turín de 1831 refugióse en Suiza, sirvió en Bélgica como soldado en la legión extranjera, fué luego teniente y más tarde capitán del ejército de D. Pedro de Portugal (1832); vino después á España, donde combatió contra los carlistas, siendo nombrado coronel en 1838; militando en el partido de Espartero contra Narváez en 1843, defendió á Zaragoza, y al capitular la plaza se retiró á Marsella, en donde publicó un folleto titulado: *De la reunión de la península ibérica por una alianza entre las dinastías de España y Portugal;* regresó al Piamonte en 1845, escribiendo en seguida el libro *La nacionalidad italiana*, que tanta sensación produjo en toda Europa, y en el cual pedía para Italia la unidad que ésta había de conquistar quince años más tarde. Expulsado nuevamente de su patria volvió á España; pero al año siguiente regresó á Turín, comenzando entonces su carrera periodística, sin que por eso dejara de luchar con la espada primero y en el Parlamento después por sus ideales. Su participación en los sucesos de aquella época fué tan activa y de tal importancia, que para enumerar los hechos en que tomó parte



EN CAPILLA, grupo en barro cocido de Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

necesitaríamos un espacio de que no disponemos. El general Durando era uno de los generales más antiguos, ayudante de campo honorario del rey y senador del reino. Había sido ministro de la Guerra y de Negocios extranjeros, embajador de Cerdeña en Constantinopla, y estaba condecorado con la gran cruz de San Mauricio y con otras cruces de España y Portugal y era gran oficial de la Legión de Honor.



Gastón de Fleurbaix despertó á la mañana siguiente en el pobre tugurio donde le había acogido Raimundo Poissón

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. — ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

Gastón era un elegante, *un plumet*, como decía el pueblo, fecundo siempre en frases pintorescas para caracterizar la coquetería de la gente joven. El vocablo era tanto más exacto cuanto que por entonces continuaban usando los nobles, lo mismo que en el reinado de Luis XIII, una sola pluma blanca en el sombrero.

Bien provisto estaba el ropero de Gastón. Aquel día, deseoso de agradar, eligió el mancebo fino lienzo de Holanda con puntas de Génova, medias de Inglaterra, botas caídas hasta la espuela, que era de plata maciza, una casaca de paño de Andelys con galones de seda y oro, á la Borgoñona, una almidonada golilla, unos calzones sobre los cuales caía la chorrera de última moda y ornados de una docena de lazos en hilera.

Su ayuda de cámara le atusó y rizó el mostacho y le entregó después los obligados adminículos del tocado de un gran señor, como eran: el estoque con guarnición cincelada, un largo bastón de puño de plata y un gran reloj. Los pequeños eran ya ridículos.

A Gastón le pareció que su traje le sentaba á maravilla, con todo y su palidez.

Pero en el momento de salir á la calle no pudo decidirse á abandonar su ramillete, y se lo prendió al pecho.

Luego se hizo conducir al Palacio Real. Cuando entró en los salones, el rey no había parecido aún, pero estaban ya reunidas unas treinta personas, que formaban diversos grupos.

En uno de ellos Gastón percibió á la señorita de Rambouillet y se acercó á saludarla. Julia de Augennes le devolvió graciosamente el saludo, y continuando la conversación precedente dijo:

–¡Pobre hija mía!.. ¡Estarías muerta de miedo!

–De miedo, sí, un poco; pero también atónita y admirada, viendo con qué bravura el arrojado caballero se defendía de mis agresores.

Gastón miró á quien así hablaba, y su emoción fué tan viva, que en poco estuvo que no perdiera el sentido.

La Providencia realizaba el más ardiente deseo del joven.

Ya no le era necesario buscar á la desconocida que salvó, á la tierna doncella que había visto en sueños, puesto que la tenía delante en todo el esplendor de su hermosura.

¡Y de él estaba hablando precisamente! ¡Y elogiaba su valor! ¡Era demasiada dicha!

Pero la niña continuaba relatando sus impresiones de la víspera.

–Sí, decía con vehemencia, estaba maravillada. ¡Nunca hubiese creído que un hombre pareciera tan hermoso empuñando un acero! Advertid que en aquella obscuridad apenas le veía; me lo impedía además la misma posición en que se hallaba, de espaldas á mí, apoyado en la portezuela de la silla, para protegerme; pero... ¡á pesar de todo, veía reflejarse su coraje y su altivez en los espantados ojos de sus contrarios!

–¡Pero esto es toda una novela, hija mía!

–Sí, puesto que hay un héroe de por medio.

–¿Y no sabéis quién es el maravilloso caballero que protege con tal galantería á las hermosas?

–No.

–Pero, ¿le conoceríais?

–No puedo asegurarlo, porque sólo al final de la aventura pude verle la cara un breve minuto. Sólo sé que es joven y guapo: ¡un perfecto caballero!

Gastón escuchaba estas palabras arrobado y confuso, pálido y ruborizado alternativamente.

Bastábale sin duda una palabra para darse á conocer, pero esta palabra no salió de sus labios por dos razones: porque era modesto, y porque estaba enamorado... Los enamorados tienen sus rarezas y caprichos; en su corazón florecen por lo común refinadas delicadezas.

En aquel instante ya le parecía mal al mancebo deber al solo hecho de su intervención armada la atención de la doncella. No era su gratitud, sino su amor lo que él ambicionaba: con otros títulos deseaba hacerla suya; lo demás ya se comentaría más adelante.

–Lo que de todo esto se saca en limpio, es que en París no hay seguridad, dijo la señorita Rambouillet. Esta historia me recuerda la mía. Tres años ha, en 11 de junio de 1651, tuve también la honra de verme así asaltada y saqueada. Y por los mismos días, el comendador de Souvray y los Sres. de Hancour, de Rouville y Bozanville fueron igualmente víctimas de los ladrones.

–¿Y no robaron también, un año hace, á tres cortesanos; Sanguin, Genlis y Cœuvres, si mal no recuerdo?, dijo Gastón.

– Y Burín, añadió la Rambouillet, Burín, el administrador de Noveau, ¿no fué secuestrado por seis jinetes y retenido hasta que pagó su rescate?

– Los robados se cuentan por centenares, contestó Gastón. A los que acabamos de citar, hay que añadir todavía algunas víctimas recientes: Pallisán, Brancás, la misma hermana del jefe de ronda..., y por fin la mula del médico Guenaud.

– Esto prueba, cara amiga, que para salir de noche hay que llevar por escolta un pelotón de lansquenetes.

La niña á quien se dirigía este consejo, se había turbado en esto, desde que Gastón, interviniendo en el diálogo, la había sorprendido con el timbre de su voz. Le pareció que era la misma que le dijera la víspera: «¡Nada temáis!» Entonces se puso á mirar con atención al joven y le halló cierto parecido con su salvador, á quien sólo había visto un instante. Pero no obtuvo de ello certeza alguna.

Al contrario, su razón le decía que podía engañarse.

Si fuese él, ¿no se hubiese descubierto? La ocasión no podía ser más natural y propicia, puesto que se estaba hablando de aquel acto caballeresco.

Además le pareció que su defensor no tenía la tez pálida como Gastón.

– ¡Me habré engañado! ¡Qué lástima!, dijo para sí, con un suspiro.

De pronto se abrió la puerta del fondo. Una voz anunció:

– ¡El rey!

El rey entró en la sala. Era un hermoso adolescente en el verdor de sus diez y seis abriles. Sus largos cabellos le caían sobre los hombros, formando bucles. El perfil de su rostro era correcto y distinguido; en sus facciones, en su mirada de águila se revelaba un corazón altivo, y todo el continente de su persona denunciaba el sentimiento de su alta posición.

Rey desde que contó cinco años, y declarado mayor de edad á los trece, estaba avezado á respirar desde la cuna el incienso de un perpetuo homenaje, pero aún no intervenía sino muy indirectamente en los negocios de Estado, que regía el cardenal Mazarino de acuerdo con la reina madre, doña Ana de Austria. Entrambos fomentaban en el adolescente soberano el gusto por los placeres propios de su edad.

Para divertir al muchacho el cardenal hacía venir de Italia histriones, tramoyistas, poetas y músicos, y á falta de la gloria que debía adquirir más adelante en la política y en las armas, Luis XIV cifraba por entonces toda su ambición en reunir en torno suyo una corte fastuosa y regocijada. Cuatro años hacía que se había aficionado á los espectáculos á la italiana, compuestos de música, poesía y bailes, con su aparato escénico maravilloso, y chispeantes versos, amén del lujo desplegado en la exhibición. Gustaba de figurar personalmente en aquellas danzas, donde, por lo común, se le reservaba el papel de Sol. Monseñor, su hermano, representaba el Amor, y los cortesanos y las damas de calidad se disputaban los demás papeles por insignificantes que fueran, con tal de figurar en la danza junto al rey.

Hasta entonces el poeta ordinario de tales espectáculos había sido Bonty, venido de Roma; pero su gloria empezaba á palidecer, y aquel día el favor real le impuso por colaborador á Benserade, uno de los más hábiles turiferarios de aquel Parnaso.

El rey atravesó el salón de arriba abajo, recogiendo á su paso las prolongadas reverencias de las damas y los saludos ceremoniosos de los hombres. Después de haber cumplido con esta exigencia de la etiqueta, tomó la palabra dirigiéndose á Villequier:

– Bonty se ha excedido á sí mismo esta vez y el espectáculo será una maravilla. El poema que acaba de leernos es una obra encantadora. Torelli, por su parte, nos ha mostrado algunos proyectos de decoraciones que exceden en esplendor á cuanto hemos visto de magnífico y suntuoso hasta ahora. Benserade nos promete algunos versos preciosos. Denglé acaba de contar el número de los trajes: serán doscientos treinta y tres.

Hubo un murmullo de admiración en la concurrencia.

El rey continuó:

– El baile tiene por título *Las bodas de Thetis y Peleo.* La escena representa el monte Parnaso con las nueve musas, y las artes liberales, náyades, dioses, la paz, la guerra, el aire, el mar, el infierno, una docena de amores... Pero ¿en qué estáis pensando, Villequier? ¡Parece que aguardáis algo todavía! ¿No hay bastante con esto?

– Vuestra majestad acertó. Entre todas las divinidades que acaba de citar falta la principal. ¿No veremos entre ellas al omnipotente Apolo?



El rey entró en la sala

– Sí, sí, respondió el rey sonriendo. Es más: yo mismo seré quien represente al dios de la luz.

– La fiesta será completa.

– El prólogo es delicioso: ¿lo he dicho ya? Primero, como en el concierto de los Jacobinos, habrá música de violines, violas, arpas, tiorbas, flautas, laúdes, clavicordio y oboes, donde se lucirán Cantel y La Guerre. El teatro estará aún sumido en la obscuridad: luego, despuntarán por el fondo los primeros resplandores del alba. Entonces, de lo alto del cielo, descenderá la Aurora, deslumbrante de gracia y de hermosura, sobre un carro tirado por palomas. ¿A quién confiaremos este papel? ¿No os parece que le sentaría muy bien á la señorita de Vallombreuse?

La joven se ruborizó de placer.

– Vuestra Majestad me honra con exceso, dijo inclinándose.

– Aurora os llamáis y tenéis todo el encanto de vuestro nombre: la elección se impone... Pues la joven Aurora descenderá del cielo á la tierra para anunciar la vuelta triunfante del Sol. A la Aurora acogerá un joven pastor, y le dirá con cuánta impaciencia aguardan la Tierra y los hombres al dios Apolo, cuánto es el amor que sienten por él todos los pueblos, mientras manifestará á la Aurora al propio tiempo su ternura y su júbilo por ser el primero en saludarla... Vamos á ver, ¿quién será nuestro pastor? ¿Saint-Agnau? No; le reservamos otro papel... Opino que el pastor ha de ser, por otra parte, joven y apuesto, digno de nuestra hechicera Aurora... Caballero, recordadme vuestro nombre.

– Gastón de Fleurbaix.

– Nos habéis sido presentado por nuestra excelente amiga la señora de Beauvais.

– Vuestra Majestad se digna recordarlo.

– ¡Haréis un excelente pastor!

– Vuestra Majestad colma todos mis deseos.

– ¡Perfectamente!.. Sr. Benserade, podéis poner ya manos á la obra y comenzar el libreto.

– La acertada elección de Vuestra Majestad facilita muy particularmente mi tarea.



Poissón le sostuvo hasta la puerta...

–Caro Bonty, conducid á los personajes é indicadles lo necesario para el estudio de su papel, mientras yo voy á elegir mis musas y artes para la escena del Parnaso.

–Obedezco las órdenes de Vuestra Sublime Majestad, dijo Bonty.

Aurora y Gastón se inclinaron delante del rey y siguieron hacia otro salón al autor de *Las Bodas de Thetis y Peleo*.

El pecho de Gastón rebosaba de alegría.

¿No era, por ventura, un acaso providencial el que así le acercaba á su ídolo? En realidad, en aquella novela amorosa, de la cual había escrito la víspera la primera página con la punta de su acero, todo parecía prodigioso. Deslumbrábale tamaña fortuna, que concurría á satisfacer sus deseos por tan distintos caminos.

El mismo rey acababa de otorgarle una muestra de su favor que había excitado los celos de varios cortesanos.

Pero lo que más seducía al joven era que semejante favor le aseguraba la ocasión de verse á menudo con la señorita de Vallombreuse para el estudio de sus respectivos papeles. Verla, verla siempre, ¿no era su más ardiente deseo?

–Señorita, dijo á Aurora, permitidme que me felicite del extraordinario honor que me concede el rey, confiándome ese papel en la representación; me anima la esperanza de que miraréis con buenos ojos al humilde pastor llamado á recibir la visita de tan amable diosa.

–¡Ah, caballero!, respondió la doncella, turbada estoy y temerosa de mostrarme inferior á la confianza de Su Majestad, eligiendo para mí un papel tan importante.

–Pero, señorita, nada os será tan fácil: bastará presentaros como sois para obtener todos los sufragios y seducir los ojos y los corazones.

–Confío en que vos me sostendréis.

–Estoy á vuestras órdenes.

–Estamos perdiendo el tiempo, y el tiempo es precioso, dijo Bonty. ¡Vamos al ensayo!.. Esta señorita sale en un carro. Supongamos que este sillón es el carro. *Bene*. La señorita explica, moviendo los brazos, que el sol va á salir. Vos, el pastor, ponéis las manos sobre el pecho y le expresáis amor vivísimo, *amore vivace*. *Bene, bene*. Así prolongáis esta escena hasta que suena la música, y entonces la *dolce* Aurora baja del carro y salta á tierra, *leggiero*, apoyándose en el hombro del pastor. Aquí vendrá luego un paso á dos. Pero antes ensayemos el salto... *leggiero*, señorita. El pastor acerca el hombro; *bene*... Vamos, ¡saltad, señorita!

Aurora sonreía oyendo la jerga de Bonty.

Obedeciendo á su última invitación, saltó graciosamente al suelo, apoyándose en el joven.

Pero el contacto de la mano de Aurora, con ser muy ligero y grato á Gastón, produjo un inesperado incidente.

La niña, sin querer, había puesto la mano en la herida aún abierta, y el roce fué tan doloroso, que Gastón, ya debilitado por la pérdida de sangre de la víspera, palideció y cayó súbitamente desvanecido. Por fortuna vino á dar en una silla que estaba próxima.

–¡Dios mío!, exclamó Aurora acudiendo á auxiliarle.

–¡No es nada, no es nada!, dijo Bonty... Necesita un poco de aire. *Sangue di me*... No traigo encima mi frasco.

–Ni yo, añadió Aurora.

–Le desabrocharé un poco.

El italiano le quitó la golilla y desabrochó el jubón.

–Voy á buscar un poco de vinagre.

–¡Corred, corred..., os lo suplico!

Aurora quedó sola con Gastón. Miróle y le sobrecogió de nuevo el recuerdo de su salvador. ¿Acaso no le había visto así, pálido y hermoso, al despedirle? De pronto notó que un hilo de sangre enrojecía su chorrera de encaje. ¡Herido!.. ¿Dónde estaba la herida? Con mucho cuidado Aurora trató de abrir la ropilla, y halló prendida á ella un ramillete, apenas marchito, que reconoció en seguida. Era el que había regalado la víspera á Gastón, que con tal bravura había acudido á su socorro... ¡Pero entonces aquella herida que acababa de abrirse de nuevo la había recibido el joven por ella! Sin vacilación alguna, con valor, puso al descubierto la llaga y aplicó á ella su fino pañuelo bordado!

–¡Qué buena sois!, murmuró él.

–Entonces ¿erais vos, dijo Aurora, quien me salvó y recibió esa herida en mi defensa? ¡Y nada me habéis dicho... cuando es para mí tal ventura poderos dar las gracias! ¿Por qué ese silencio? ¿Por qué?

–Porque..., porque os amo.

–Pero ¿era esta una razón?..

–¡Ah, señorita! ¡Cuánto me alienta vuestra bondad! ¡Fuerza es que os declare todo mi pensamiento, puesto que ya insinué lo principal! Mi más ardiente deseo sería obtener vuestra mano.

–¡Ay de mí!, suspiró Aurora con tristeza.

–¿He soñado por ventura un imposible? ¿Tan insensible sois que no pueda inspiraros nunca un poco de ternura?

–¡Ah, no; bien al contrario!..

–Pues entonces, permitidme esperar...

–¡Ah, caballero!, añadió Aurora con sincero pesar; el obstáculo que nos separa no depende de mí... Estoy prometida á otro.

Gastón entornó los ojos y palideció de nuevo, rígidas las facciones.



–¡Dios mío!, exclamó Aurora acudiendo á auxiliarle

–¡Qué voy á hacer, Dios mío!, exclamó Aurora con desesperación. ¡Me ama realmente!.. Siento que yo le hubiera amado también.

Y en esto sobrevino otra vez Bonty, balbuceando:

–¡Aquí traigo el remedio!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ARMAS EXPLOSIVAS SUBMARINAS

(Conclusión)

En sustitución de los brulotes aparecieron por vez primera en aquella guerra, tan fecunda en inventos notables, barcos torpederos, pequeños botes en forma de cigarros á los que se llamó *davides*, en recuerdo del vencedor del gigante Goliath. En el extremo de una larga pértiga, que se colocaba lo más fuera posible de la proa del barco, fijábase una carga explosiva de 60 libras de pólvora, que se inflamaba por medio de una corriente eléctrica ó por el choque con el buque enemigo. Esta clase de torpederos úsanlos todavía algunas marinas de guerra, como la rusa y la francesa, que además cuentan con los torpederos de mayores dimensiones que lanzan los llamados torpedos peces, y con ellos consiguieron los Estados del Sur causar grandes averías en el acorazado *New Ironsides* y en la fragata *Minnesota* y echar á pique el cañonero *Housatonic*. Gracias á estos éxitos hiciéronse muy temibles los torpederos; pero algunos de ellos, como el del teniente Cushing, fueron víctimas de los efectos de sus ataques, pues la masa de agua levantada por la voladura del buque enemigo caía sobre ellos hundiéndolos en el mar.

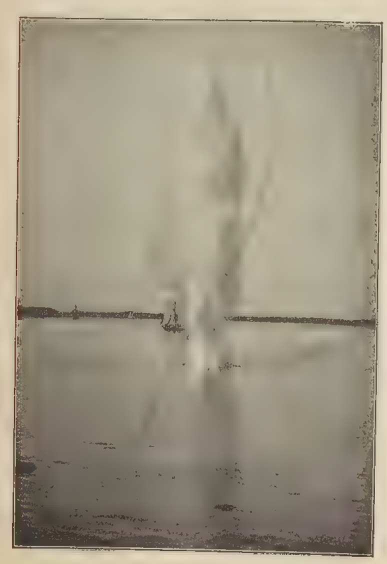


Fig. 4. – Mina con 150 libras de carga explosiva

Como era natural, empleáronse varios sistemas de defensa contra este nuevo medio de ataque, bien colocando perchas ó redes en la proa de los barcos á fin de que la explosión de la mina se produjera á alguna distancia del casco, bien utilizando botes que provistos de una cuerda y de una pequeña áncora buscaban el sitio en donde estaban colocados los explosivos y cortaban los cables eléctricos ó los inutilizaban, trabajo peligroso que costó la vida á los tripulantes del cañonero *Commodore Jones*, echado á pique por la explosión de una de aquellas minas.

En vista de estos resultados y mientras la prensa de los Estados del Norte tronaba contra aquellos *asesinatos* y contra aquella *guerra anticristiana*, su escuadra adoptaba sin escrúpulos las minas marítimas y con ellas cerraba el paso á algunos buques enemigos que se encontraban en el río Roanke y echaba á pique siete monitores de hierro, once barcos de guerra de madera y una porción de transportes.

En aquella guerra, en la que la artillería no había alcanzado el grado de perfección que hoy tiene, las minas marítimas fueron indudablemente el arma más importante para la defensa de las costas: el éxito ennobleció el procedimiento, y desde entonces ganó en el concepto público consideración suficiente para que todos los Estados marítimos cristianos dejaran de tenerla únicamente por arma de corsarios. Durante la guerra de la triple alianza sudamericana contra el Paraguay fué volado en Curuzú, en 2 de septiembre de 1866, el acorazado brasileño *Río de Janeiro* por una mina con carga de 300 libras de pólvora. En el mismo año, en la guerra austro-italiana, todos los puertos austriacos fueron cerrados con excelentes barreras de minas de 300 libras de pólvora cada una que no llegaron á funcionar: únicamente dos de ellas hicieron explosión por efecto de dos rayos, una en Venecia en 30 de agosto y otra en Pola en 18 de septiembre.

El barón Ebner, inventor de las minas austriacas, convirtió las minas de choque en minas eléctricas, cuyas corrientes se cerraban desde tierra firme cuando se preparaba el combate, y se interrumpían cuando los buques propios se acercaban por equivocación á los cuerpos explosivos. La explosión de la mina se realizaba cuando un buque enemigo chocaba con alguna de las nueve balas colocadas en la cabeza de la mina que al penetrar en ésta cerraba la corriente. En las minas de choque empleábase el fulminante Jacob, que ya hemos descrito, de un modo muy ingenioso: el tubo de cristal estaba lleno de ácido sulfúrico que al quebrarse el cristal se derramaba sobre un pequeño elemento de cinc-carbón seco, produciendo una corriente bastante para inflamar la mina. Para evitar daños á los que colocaban ó quitaban las minas, un largo cable desviaba la corriente de éstas hasta tanto que aquéllos estaban á cubierto de cualquier peligro.

Durante la guerra franco-alemana colocáronse en las desembocaduras de los ríos y en las costas minas de choque que por su imperfecta instalación fueron arrastradas por las corrientes; pero además se construyeron muchos torpederos á imitación de los *davides* americanos, cuyas pértigas podían hacerse salir hasta cuatro metros fuera de la proa y que llevaban los mismos fulminantes de contacto que las minas de choque. También hicieron los alemanes algunos ensayos con los torpedos peces inventados en 1867 en Fiume por el capitán austriaco Lupis y el ingeniero Whitehead, pero los dos ejemplares que funcionaron, el *Max* y el *Moritz*, no dieron resultado alguno.

La nueva arma fué progresando rápidamente, de suerte que en la guerra ruso-turca pudieron utilizarse los torpedos peces, con los cuales hicieron volar el acorazado turco *Seifé* y el cañonero *Sulina*. Para poder transportar fácilmente los torpederos montaron los rusos un vapor, el *Konstantin*, que además de llevar colgados á manera de botes los pequeños, llevaba carbón y víveres para los grandes que navegaban solos. Con dos de estos torpederos hizo volar Makaroff, comandante del *Konstantin*, un poderoso buque de guerra turco en Batum. Aunque en aquella guerra los torpedos y las minas no eran muy superiores á los empleados durante la de los Estados Unidos, puede afirmarse que gracias al temor inspirado por las nuevas armas no se atrevió la flota turca á intentar ningún ataque serio.

Desde entonces todas las potencias marítimas han impulsado la construcción de torpederos rápidos; pero la experiencia no ha demostrado todavía si, á pesar del incremento que han tomado las *flotillas microbios*, hay que continuar ó no construyendo grandes acorazados: la nueva escuela francesa, ó sean los partidarios de los almirantes Jurien de la Graviere y Aube, están por la negativa; mas el almirantazgo de Francia no por eso deja de construirlos. De todos modos, merecen ser tenidas en cuenta las siguientes palabras del primero de estos dos marinos citados, á quien con razón se considera como famoso estratégico: «Todo invento que amenace á los colosos y tienda á emancipar á los pequeños es un progreso que debe hacer suyo la marina francesa, pues no se necesita más para duplicar en pocos años sus fuerzas y su poderío.» Comparando estas palabras con las que pronunció hace ochenta años el almirante Dacres, se ve el progreso que en los sentimientos humanos ha realizado la técnica, y así como las armas de fuego han relegado á los museos las caballerescas armaduras, así también es de suponer que día llegará en que los grandes acorazados sólo podrán verse en láminas. ¿Qué máquinas diabólicas lograrán este resultado? Los que entonces vivan podrán contestar á esta pregunta.

En la guerra de Chile y el Perú los torpederos dieron poco resultado y no tuvieron mucho mayor éxito en la reciente guerra civil chilena, á pesar de los grandes progresos que en la construcción de aquellas armas terribles se habían en el entretanto realizado.

Hecha á grandes rasgos la historia de los torpedos y minas marítimas, parécenos oportuno decir algo acerca de las materias explosivas que para su construcción se emplean.

En un principio empleóse la pólvora común, pero pronto se reconoció que no era igual la eficacia de la pólvora gruesa que la de la fina: durante la guerra de los Estados Unidos, los del Sur usaron esta última, cuyas ventajas demostró una prueba previamente hecha, en la cual 50 libras de pólvora de fusil levantaron una columna de agua á 250 metros, al paso que igual cantidad de pólvora gruesa sólo levantó una del mismo espesor á 70 metros. Además en este último caso el color negruzco del agua demostró que una parte de la carga no se había inflamado. De suerte que las materias explosivas más á propósito para los torpedos son las llamadas rompientes, cualidad que poseen en mayor grado que ninguna otra la dinamita y el piróxilo, algodón pólvora; y como este último cuando está húmedo se maneja sin peligro, con él se llenan actualmente casi todos los torpedos y minas, inflamando el algodón húmedo con una pequeña carga de algodón seco. La eficacia explosiva del piróxilo es con relación á la pólvora de 6 á 1, aunque en la práctica sólo se calcula de 4 á 1: esta circunstancia y la de ser ligero y fácilmente manejable hacen que las minas más útiles sean las de algodón pólvora.

Parece fácil de resolver la cuestión de la carga que es precisa en una mina situada á cierta profundidad para hacer volar un buque, y sin embargo han sido necesarias muchas pruebas por parte de todas las potencias marítimas antes de que pudieran establecerse reglas claras y fijas en este punto. Aunque poco puede decirse acerca del resultado de esas pruebas, pues cuanto á minas y torpedos afecta procuran las potencias mantenerlo en el mayor secreto, parece deducirse de un ensayo verificado por Suecia que para volar un acorazado de hierro bastan 13 libras de di-



Fig. 5. – La barca *Olive Branch* un segundo después de la voladura

namita colocadas siete metros debajo de la superficie del agua y dos debajo del doble fondo del buque.

Es interesante consignar que el mejor antídoto contra las minas son, al parecer, las mismas minas con gran carga: estas contraminas son colocadas por lanchas de vapor cerca de donde están aquéllas y se les prende fuego por medio de la electricidad. Los ensayos realizados por los ingleses han demostrado que una carga de 500 libras de algodón pólvora, inflamada á 50 pies debajo de la superficie del mar, destruye ó inutiliza todas las minas colocadas á su alrededor en un radio de 120 pies.

Los americanos, inventores de las nuevas armas, han sido también los primeros en fotografiar sus efectos, ó por lo menos en hacer públicas sus fotografías; por esto hemos de agradecerles sus excelentes instantáneas, interesantes para los profanos y de verdadero valor para los hombres de ciencia que á esa especialidad se dedican. Los ensayos que reproducen los grabados que publicamos en el presente número y en el anterior han sido hechos casi todos por la Escuela de Minas de Willets Point. La figura 1 representa el cañoneo de un torpedo-pez Sims con el objeto de inutilizarlo: á 35 metros sobre la línea de flotación habíase colocado un obús de 32 libras, que á una distancia de 186 yardas disparaba bombas con 96 balas cada una contra el torpedo sin producir en él desperfecto alguno.

La columna de agua de 185 metros de altura de la figura 2 está producida por una mina cargada con 50 libras de gelatina explosiva, colocada á cinco metros debajo del agua é inflamada eléctricamente; la de la figura 3, de 276 metros de alto, por una mina de 240 libras de pólvora, puesta á ocho metros debajo del agua.

La figura 4 reproduce la explosión de una mina situada á 18 metros debajo del agua y sólo á 4 sobre el fondo del mar, cargada con una mezcla de varias substancias explosivas y de 150 libras de peso: la altura de la columna es de 110 metros. La figura 5 reproduce la barca *Olive Branch* un segundo después de la voladura: de la quilla de esa barca y tres metros debajo de la misma habíanse suspendido dos minas colocadas á 10 metros de distancia una de otra. Ambas minas venían á parar á siete metros debajo del agua en un sitio en donde el mar tenía 17 metros de profundidad, estaban cargadas con 50 libras de pólvora de mortero cada una y fueron inflamadas eléctricamente.



Fig. 6. – Mina cargada con 100 libras de dinamita

La hermosa cascada de 142 metros de alto de la figura 6 produjola una mina cargada con 100 libras de dinamita y colocada á 11 metros debajo de la superficie del agua.

Por fortuna la misma técnica que ha promovido los progresos de esas máquinas infernales ha inventado una porción de medios para hacerlas ineficaces. Afortunadamente también, no se ha concedido á aquéllas la misma atención que á otras máquinas, por ejemplo las de vapor; por esto nos producen hoy un efecto raro las siguientes palabras del inventor del torpedo y de la aplicación del vapor á la navegación, el exaltado Fulton: «No quiero decir que el invento de la máquina de vapor para los buques no tiene la mitad de la importancia que el de los torpedos, á los cuales se deberá la libertad del mar. Millares de testigos han visto moverse velozmente el barco de vapor, pero no han contemplado cómo un torpedo destruye un buque de guerra y de aquí que no crean en ello.»

Muchos años después uno de los más ilustres marinos turcos, el almirante Hobart Bajá, expresaba su menosprecio por los torpedos en estos términos: «El torpedo no es perfecto ni mucho menos: el día que lo sea haremos bien en imitar al pájaro aquel de América que posado en un árbol, y viendo al cazador de quien sabía que no erraba nunca sus blancos, le dijo: «No tires, que ya bajo.» En efecto, la guerra sería entonces una cosa horrible.»

JORGE WISLICENUS

(Del *Prometheus*)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

PRO PATRIA. – El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de M. L. Amunátegui Reyes, Lola Rodríguez de Tió, Arruche, Serrano y Morales, Arnaldo Bonaventura (en italiano), Pedreira, Balaguer, Sancho y Gil, Achille Millien (en francés) y Amando, é interesantes noticias musicales por Mitjana, de Academias y Sociedades por Lav-led-Serf, notas políticas por Sinesio y bibliográficas por Amando.

COLECCIÓN DE PROBLEMAS, TEOREMAS, PROPOSICIONES, etc., destinados á estudios de aplicación de las enseñanzas de Geografía y Física en la Escuela especial y provincial de Náutica de Barcelona, por *D. Federico Gómez Arias*. – El deseo de contribuir al perfeccionamiento de las ciencias físico-geográficas haciéndolas más prácticas por medio de ejercicios que las fijen más indeleblemente en la inteligencia de los alumnos, ha movido al ilustrado profesor y director de la Escuela de Náutica de esta ciudad, Sr. Gómez Arias, á publicar esta obra que estimamos de suma utilidad para los que á la carrera de piloto se dedican. Comprende dos partes, una de ejercicios geográficos y otra de problemas ó ejercicios de física, y ambas responden perfectamente al fin que su autor se ha propuesto y constituyen un nuevo y no pequeño servicio que unir á los muchos que el Sr. Gómez Arias ha prestado á la ciencia. La obra, que va ilustrada con multitud de figuras, ha sido dedicada por su autor á la Excma. Diputación provincial de Barcelona.

LA ESPAÑA MODERNA. – LA REVISTA INTERNACIONAL. – Los últimos números de estas notabilísimas revistas contienen importantes trabajos, la primera de Adolfo Posada, Campoamor, Becerro de Bengoa, Turguenef, Barrantes, Hoyos Sainz y Castelar, y la segunda de Barbey d'Aurevilly, Gautier, Baudelaire, Merimée, Barracaud, Wyzewa, Ordega, Rambaud, Faguet, etc. Suscríbese á ambas revistas en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.



EL GENERAL JACOBO DURANDO, fallecido el 22 de agosto último en Roma

EL LOBUMANO, novela por *Ubaldo Romero Quiñones*. – Más que novela propiamente dicha es *El lobumano* un estudio y una crítica dura de algunos vicios capitales del organismo político-social español contemporáneo, enlazados con un argumento que no deja de ser interesante. Véndese á dos pesetas.

POESÍAS DE D. EUGENIO SÁNCHEZ DE FUENTES. – Este tomo es el primero de los que han de formar la colección completa de las obras del inspirado poeta y escritor eminente que fué digno magistrado de la Audiencia de la Habana. Las poesías que contiene este libro se dividen en dos partes tituladas *Preludios* y *Ecos de las Antillas*: los *Preludios* son los primeros cantos del poeta y pertenecen al período de su juventud transcurrido en España; los *Ecos* son las poesías escritas en Puerto Rico y en Cuba. Las cualidades características de las obras del señor Sánchez de Fuentes, poeta esencialmente romántico, son la delicadeza, el sentimiento, la armonía, la inquebrantable fe en los afectos puros del corazón, en las tradiciones de su raza y en los ideales de la poesía de su tiempo, y sus versos recomiéndanse no sólo por su noble y levantada inspiración, sino también por su corrección y buen gusto. Los hijos del Sr. Sánchez de Fuentes al publicar la colección de las obras de su ilustre padre prestan un verdadero servicio á la literatura española y merecen por ello sinceros plácemes. El libro ha sido impreso en la Habana en la imprenta «La Universal» de Ruiz y hermano, calle de San Ignacio, número 15.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 24 de septiembre de 1894 — Núm. 665

No teniendo dispuestos los grabados de los dibujos de Vierge que han de ilustrar la continuación de la novela «La taberna de las Tres Virtudes» nos vemos obligados á suspender por una ó dos semanas la publicación de la misma.



EL PINTOR ANTONIO FABRES EN SU TALLER, en París, copia de una fotografía



CRÓNICA DE ARTE

Verdaderamente hay días y aun meses que, como decía aquel holgazán del cuento, no pasa nada. Y esto es al presente tan cierto, que ni aun recurriendo á cuantos extremos sugieren la imaginación y la memoria para salir airosos en momentos como el actual del compromiso en que *á los cronistas* nos pone la obligación de dar periódicamente cuenta de cuanto acontece en el mundo á los lectores de periódicos y revistas, los dichos recursos marran y nos encontramos á la ventura en un mar sin orillas, sin saber qué rumbo tomar ni adónde dirigirnos, en busca de acontecimientos más ó menos interesantes y á propósito para cumplir nuestro cometido.

Y es fuerza dar cumplimiento al compromiso y cumplirlo á conciencia, puesto que aun aquellas cosas con que la fantasía suele á las veces suplir la falta de las reales, han de tener todas las condiciones de interés, de originalidad, de actualidad y de verosimilitud, necesarias para no caer en el pecado gravísimo que un barbarismo del lenguaje llama *lata*, pecado que purgaría el *croniqueur* con el terrible castigo del desdén de sus lectores.

Un solo acontecimiento digno de ser relatado ha ocurrido en estos días transcurridos desde mi última Crónica hasta el actual momento en que escribo estas líneas. Ese acontecimiento es la real orden dictada por el ministerio de Fomento y dirigida al de Estado á fin de que, por medio de nuestro embajador cerca del Vaticano, consiga de Su Santidad las bulas para que se pueda celebrar en la *basílica de San Isidoro*, que va á levantarse en el jardín del nuevo palacio de la Biblioteca por la parte que da á la calle de Serrano, el santo sacrificio de la misa con arreglo al rito mozárabe.

Naturalmente, como los lectores de La Ilustración Artística habrán comprendido ya, no es de la real orden citada de lo que voy á ocuparme, en lo que á conseguir lo de las bulas se refiere, sino de la llamada basílica, obra de arte que, según unos, tiene una muy remota antigüedad y, según otros, es menester rebajarle algunos siglos de la cuenta. Y para que cuantos estas páginas lean puedan formarse cabal idea de la importancia efectiva del monumento en cuestión y de cuanto con él se refiere, voy á copiar lo que oficialmente dice en la real orden susodicha el ministro de Fomento, quedando para después ilustrar algunos puntos oscuros en este asunto:

«Al sudoeste de la histórica y monumental ciudad de Ávila, fuera y al pie de la muralla, según se baja al río, existía una pequeña iglesia románica, consagrada en un principio á San Pelayo y después á San Isidoro por haber descansado en ella cuando fueron conducidos desde Sevilla á León los restos del santo prelado hispalense, gloria y síntesis de toda la sabiduría de la España visigoda, en unión del cuerpo de San Alvitos.

»La modesta iglesia, adornada con notabilísimos relieves, estaba en completo abandono, hundido el maderamen de la techumbre y desmontados sus sillares, que adquirió un particular, y del cual (ó de quien, *s' il vous plait)* á su vez los ha adquirido este ministerio, después de oir el favorable informe de la Academia de la Historia, conduciendo aquellas piedras (no hagan ustedes caso de la sintaxis) al Museo Arqueológico Nacional, donde, en el extenso jardín que le precede por la calle de Serrano, están planteándose los trabajos para su reedificación (acuérdense los lectores que hablamos de la *modesta iglesia)* confiada al reputado arquitecto de este ministerio D. Ricardo Velázquez, de acuerdo con el director de dicho establecimiento científico. De este modo, el primer Museo Arqueológico de España tendrá para la enseñanza de la historia del arte uno de los más peregrinos ejemplos (ó ejemplares) de aquel estilo (otro esfuercito de memoria y recordarán que *aquel estilo* es el románico) que sirvió de digna preparación y enlace *con los anteriores al arte ojival* (!), sin que su reedificación perjudique en nada á la vista del monumental edificio de Bibliotecas y Museos, por la poca altura del templo y el desnivel de los jardines.

»Como unos pensamientos llaman á otros, la reedificación de tan histórico (?) templo ha suscitado el de que no sólo sirva para enriquecer las importantes colecciones del Museo, sino también para el culto, etc.» Y aquí viene la exposición de la idea de que se celebren misas mozárabes y la petición de las bulas pontificias necesarias arriba mencionadas.

Dando de mano á los ataques en los párrafos transcritos dirigidos contra la gramática, debo hacer constar que ni la iglesia, mejor dicho, oratorio á que se refiere la citada real orden cuenta la antigüedad que, según parece, le adjudican sabios arqueólogos, ni como ejemplar románico es único, ni menos asombro de las gentes. Ocasión he tenido de examinar la iglesilla de San Isidoro, cuando ésta todavía no se desplomara; tiempos más tarde examiné también algunos fragmentos de sillares y sillares enteros, cuando ya en tierra por virtud del hundimiento, podía apreciar las rudimentarias labores de la decorativa, y de todos esos exámenes saqué la consecuencia de que ni el cuerpo de San Isidoro pudo haber descansado cuando le trasladaron á León desde Sevilla, ni la importancia del monumento es de tal magnitud que deba ser considerado como peregrino ejemplar del estilo románico; porque, respecto de la afirmación primera, ó he perdido los memoriales, ó la susodicha iglesia fué edificada en la duodécima centuria, cincuenta ó sesenta años antes de comenzarse las obras de la magnífica – y ésta sí que merece el adjetivo de peregrina – basílica de San Vicente de la misma ciudad de Avila, basílica comenzada en el siglo XIII; y si recuerdan mis lectores la época de la traslación del cuerpo de San Isidoro, verán la imposibilidad material de que en esa iglesia descansaran del viaje los restos del autor del libro de las *Etimologías*. Y por lo que respecta al valor arqueológico del oratorio, éste carece en su planta y en su techumbre de aquellas partes importantísimas de edificación y traza geométrica peculiares á los monumentos del género, ó sean las bóvedas de cañón y aperaltados que se miran en las iglesias románicas y románico-bizantinas de alguna importancia y del ábside circular.

No es, sin embargo, lo dicho censura de la disposición de Fomento, disposición por virtud de la cual se da nueva vida á un monumento digno de ser considerado como muestra genuina del estilo románico, cuando éste ya alcanzara todo su carácter y atildara su decorativa; muy al contrario, pláceme ver cómo, en medio de la indiferencia con que así los centros oficiales como las autoridades y el mismo pueblo ven desaparecer aquellas obras del arte de otros siglos, con las cuales se atestigua el esplendor alcanzado por el pueblo ibero en tiempos remotos, un ministro dirige compasiva mirada á esas venerandas ruinas, páginas de piedra de la historia de un pueblo, y cuida de su conservación, exponiéndolas á la vista de las generaciones, no solamente contemporáneas, sino de las que nos sucedan. Pero esto no obsta para que, dando á cada cual lo suyo, procure en la medida de mis fuerzas poner en su lugar las cosas, quitándoles todos aquellos oropeles con que se pretende disfrazarlas según acomode.

Por esa razón, como ya he dicho muy recientemente en otra parte, digo ahora otra vez que me parece un verdadero desatino el lugar destinado á la tantas veces citada iglesilla de San Isidoro. Cierto que es muy pequeño el monumento; cierto también que los jardines que preceden por la parte de la calle de Serrano al palacio de Bibliotecas y Museos tienen un pequeño declive; pero no es menos cierta la incongruencia de emplazar una capilla del siglo XII al lado mismo de un inmenso palacio de líneas clásicas, interpretadas con bastante libertad y no mucho acierto por arquitectos del día, quienes no han podido sustraerse al espíritu modernista actual, y que por esta razón se han colocado á ocho siglos de distancia en gusto artístico y sentimiento estético del arte románico. Amén de que, con el declive dicho de los jardines y aun teniendo en cuenta la pequeñez de la iglesia de San Isidoro, ésta habrá de interrumpir, desde aquella parte en que se le haya de erigir, la perspectiva del palacio, anulando en parte el golpe de vista que ofrece en su totalidad la gran masa del edificio de la Biblioteca, con su pórtico y sus estatuas de Velázquez, de Berruguete y de dos esfinges.

Recorriendo algunas viejas ciudades castellanas decíale yo á un amigo mío, no hace de esto muchos días, que España parecía en su mayor parte una gran casa arruinada, y sus habitantes, necesitados de albergue, unos pobres y míseros descendientes de nobles arruinados también, que edificaban sus casas con las ruinas de las de sus mayores. Y en verdad que si á esta reflexión me obligaba el ver cómo, por ejemplo en Avila, á ciencia y paciencia de las comisiones de monumentos y del municipio avilés, y atropellando el arte y la Historia y, en fin, cuantos respetos humanos y divinos se pueden evocar, se permitía á los vecinos de la ciudad de los Dávilas, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz edificar raquíticas y vulgares casas de vecindad adosadas á los severos paredones de las murallas, declaradas monumento nacional, y para ahorrarse la construcción de una ó más paredes maestras, incrustar las dichas viviendas en aquellos venerandos muros, al presente la recentísima catástrofe ocurrida en Zaragoza á la célebre casa-palacio de Zaporta viene á dar mayor fuerza desgraciadamente á mi observación.

Entre el tiempo, la incuria de los hombres, el mal gusto, la complacencia de los que debieran curar de la conservación de nuestros monumentos y aquellas otras causas inesperadas que suelen de cuando en cuando reducir á la nada las más grandes cosas, va quedando España huérfana de esos vínculos que á todos los pueblos unen con el pasado; va quedando España reducida á la condición de un ser sin afectos y sin memoria; va quedando España convertida en inmenso montón de ruinas y en muestrario extenso de liliputienses esfuerzos del mal gusto reinante. Ahí está Zaragoza, ciudad que ayer aún contaba con varios monumentos dignos de ser admirados por extraños y propios, y que hoy tan sólo puede mostrar el lugar donde un arquitecto genial y atrevido levantara aquel bellísimo trozo arquitectónico llamado la *Torre Nueva*, y el patio y una escalera calcinados de un palacio debido al arte florentino del Renacimiento. Otra catástrofe más, y al perder, ya por otro incendio, bien por un accidente cualquiera, la iglesia de la *Seo*, Zaragoza verá borrada su historia, quedando reducida á la condición de cualquier ciudad americana en cuanto á la Historia y al arte.

***

Voy á terminar esta Crónica. Como he dicho en su comienzo, «no pasa nada;» y si algo pasa es mejor no meneallo, puesto que son desdichas que caen sobre el arte, merced á la ignorancia deplorable que de los nuevos rumbos impresos por la cultura á aquella entidad dan clara muestra en sus disposiciones oficiales, en sus actos públicos, personalidades por azar de la política colocados en los puestos directivos de la gobernación del Estado.

Mañana quizá aparezca en la *Gaceta* el decreto de reformas introducidas en las enseñanzas de las Escuelas de Artes y Oficios; en el próximo artículo *Verdades y mentiras* dedicaré espacio y paciencia á examinar las flamantes disposiciones de Fomento, así como también á las tendencias que parecen dibujarse en el campo del arte (no en el del español) en favor de una reacción total, tanto por lo que atañe á los procedimientos técnicos, cuanto muy especialmente por lo que se refiere á los ideales estéticos de la ciencia moderna; haciendo notar de paso cómo el misticismo artístico con su carácter dogmático se separa de un modo notable del camino seguido por los místicos de todos los tiempos.

R. Balsa de la Vega

EL AMIGO DE LOS DIFUNTOS

Siempre que leo alguna interesante biografía de hombre ilustre que acaba de abandonar este mundo, no puedo menos de acordarme de un amigo mío, más joven que yo y ya retirado del periodismo, á quien llamábamos sus compañeros *el amigo de los difuntos*. Saturnino Salva había venido á Madrid no sé de dónde, y no sé cómo se había introducido en las redacciones de los periódicos, y en uno de éstos publicaba un artículo sobre asunto local, y en otro una epístola en verso ramplón, y en una Revista literaria insípidos poemas amatorios, de modo que su firma aparecía frecuentemente en los papeles públicos. Padecía Saturnino la obsesión de la notoriedad y hacía grandes esfuerzos por lograrla, pero en vano.



BOCETO DE UN TECHO, obra de Antonio Fabrés

Las producciones eran tan insignificantes, que se habría muerto probablemente sin quedar su nombre en la memoria de los que le habían visto impreso muchas veces, si no se hubiera hecho *amigo de los difuntos.*

La primera obra suya en que se fijó un poco la atención del público fué la biografía de Narváez á raíz de la muerte de este famoso general. Era el suyo un estilo necrológico original. No solamente utilizaba los datos conocidos en la carrera militar y política del personaje, sino que hacía ameno el artículo con anécdotas curiosas de su vida íntima. «La muerte del general, decía, me ha conmovido profundamente; porque el nombre de Narváez está indisolublemente unido en mi memoria y en mi corazón á los recuerdos más gratos de los venturosos días de mi infancia. El ilustre guerrero y estadista me tuvo muchas veces en sus rodillas y me dió muchos besos y caramelos, porque Narváez no fué jamás un hombre duro é insensible, como le han presentado sus enemigos calumniándole, y la prueba más evidente de que tenía un corazón ternísimo es el amor que le inspiraban los niños. Mi padre, que era como hermano de Narváez, me llevaba á su casa todas las tardes. Ya era general entonces y le preocupaban los más arduos problemas sociales, y sin embargo, aquel hombre avezado á los combates, impávido ante el peligro, jugueteaba conmigo, y se estaba las horas enteras enseñándome estampas y cortando pliegos de aleluyas que compraba por resmas para mí, para el *angelito*, como él me llamaba.»

Saturnino no había visto en su vida al general, pero como éste ya no le podía desmentir, no tuvo reparo en contar ese y otros detalles, asegurando que entre D. Ramón y él no hubo, durante mucho tiempo, secretos ni en los asuntos públicos ni en los privados. «Hace un año que se habían enfriado nuestras relaciones, decía en otro párrafo el autor de la biografía, porque D. Ramón me habló de pedir para mí la gran cruz de Isabel la Católica y yo le expuse que no daba importancia alguna á las condecoraciones; al general le ofendió mi franqueza, no me perdonó el desaire, me llamó títere y demagogo, y en fin, me trató con suma dureza, y hasta me dijo que no quería volver á verme. Yo debí haber previsto que á hombre de sus ideas y de su historia no podía agradarle mi opinión sobre esas distinciones, y hubiera obrado prudentemente no contrariándole en un propósito que era demostración de su afecto.»

Se leyó con interés la biografía del duque de Valencia, la copiaron otros periódicos, y se creyó que en efecto Saturnino Salva y el general habían sido amiguísimos. Obtuvo, pues, Salva su primer éxito periodístico, y esto le animó á continuar escribiendo biografías de los personajes que morían, y cuanto más importante era el personaje que se iba al otro mundo y más grandes méritos había contraído en la milicia, en la política, en las letras, ó en el foro, tanto mayor era la satisfacción de Saturnino, no porque le causara regocijo la muerte del prójimo, sino porque tenía ocasión de lucir sus especiales dotes de embustero. Así cuando murió Ríos Rosas, á quien ni de vista conocía, empezó el artículo necrológico con estos expresivos términos: «¡Otro luto para mi corazón! ¡Otra amargura para mi alma! ¡Ríos Rosas ha muerto! Él mismo me había anunciado su próximo fin, pero yo no le creí, porque no quería creer que había de morir hombre tan necesario en esta pobre nación que va perdiendo sucesivamente á sus hijos mejores. Hace un mes le encontré en la calle de San Roque, embozado en su capa, y me dijo: «Querido Saturno, hijo mío (Saturno, hijo mío, me llamaba siempre), ya tengo cuerda para muy poco tiempo.» Su presentimiento se ha cumplido. Realmente don Antonio vivía muy amargado; aquella indomable energía y aquel aliento soberano cedían á la pesadumbre de los desengaños.»

Y así continuaba mintiendo sin conciencia y atribuyendo al difunto opiniones que no tuvo y juicios que no expresó, calumniándole á mansalva á vuelta de grandes elogios, y repitiendo lo de la franca amistad que los unía.

Cuando murió villanamente asesinado el general Prim, Saturnino se desató á decir mentiras de la manera más desvergonzada. Cada vez extremaba más el embuste. Como si no hubiera bastantes rasgos de pericia militar y de valor sereno en la vida de aquel esforzado caudillo, le atribuyó otros muchos de su invención que, por exagerados, eran notoriamente inverosímiles; mas para el vulgo, como si los hubiese presenciado. Por supuesto que también Prim era su amigo, y le había hecho las más graves confidencias políticas y le llamaba *noy* y le había regalado una barretina.

Pero donde se excedió á sí mismo el trapacero Saturnino fué en la biografía del general Espartero, haciendo una verdadera filigrana de mentiras. Después de hablar de los brillantes hechos de armas del general, y de sus campañas políticas, no tan brillantes, decía el grandísimo embrollón:

«Mi madre, una manchega de pura sangre, amaba á Espartero, porque había heredado de mi abuelo y de mi abuela el amor á la libertad, y amando la libertad no había más remedio que amar á Espartero. Los padres de éste, pobres, pero honrados, y mis abuelos eran íntimos amigos; por cierto que mi abuela se habría casado probablemente con D. Baldomero si éste no hubiera seguido la carrera militar. Espartero, en medio de sus triunfos, no la olvidó nunca y alguna carta ha llegado á mi poder y la conservo como una reliquia, que prueba el afecto del invicto á mi abuela y á toda mi familia.»

No sólo presentaba á Espartero como un gran militar y como un prudente gobernante, sino como hombre de mucha ilustración, filósofo y poeta, suponiéndole enamorado de Sócrates, de Tácito, de Terencio, de Virgilio y de Horacio, cuyas obras conocía el general, habiéndolas estudiado muy á fondo.

Esta biografía gustó mucho á los apasionados partidarios del héroe de Luchana, que afirmaron ser cierto cuanto había escrito Saturnino en su artículo necrológico, sirviéndoles de argumento contra los que, reconociendo los grandes méritos de soldado del príncipe de Vergara, no le concedían la ilustración que el biógrafo le atribuía. Así, la semblanza de Espartero, hecha por el embustero mayor de estos reinos, que sólo por los retratos le había conocido, dió mucho que hablar, y los adversarios y los idólatras del biografiado negaron y afirmaron la exactitud de las noticias de Saturnino, suscitándose con este motivo polémicas en que naturalmente se repitió el nombre del autor, defendiéndole los unos con grande empeño y culpándole los otros de haber querido hacer comulgar al lector con ruedas de molino.

Y así logró Saturnino la notoriedad apetecida, haciéndose amigo de los difuntos. Biografió á otros muchos personajes, no perdonando á ninguno, mintiendo con una serenidad y un aplomo extraordinarios y poniendo el mayor empeño en persuadir al lector de que todos los ilustres difuntos le habían querido, como á un hijo los viejos, ó como á un hermano los de su edad. Con unos había vivido, con otros la había corrido, y con todos había tenido las más estrechas relaciones. Una de sus últimas biografías fué la que hizo del gran poeta Ayala, á quien calumnió descaradamente, asegurando que el insigne autor le consultaba siempre los asuntos de sus obras, pidiéndole consejo, y no las llevaba al teatro sin leérselas antes.

La postrera biografía que escribió fué la de cierto anciano banquero que se había casado con una modista sensible á quien dejó en toda regla su fortuna. Saturnino, que sabía esta circunstancia y que había sido novio de la sensible, cogió por su cuenta al muerto y le obsequió con un artículo necrológico de amigo, en que hizo de aquél grandísimos elogios, encareciendo su ilustración, su caridad, sus rasgos de generosidad y de amor al prójimo, y por supuesto la tierna amistad con que le había honrado. Pero aún elogió con más expresivos encomios á la desconsolada viuda, á la que llamó *ángel de amor, estatua del dolor, mujer fuerte y bíblica*, lo que agradeció mucho la aludida, y de tal manera lo agradeció que se casó con Saturnino.

Desde que logró esta ventajosa situación renunció con buen sentido á su amistad con los difuntos; es decir, que ya no escribió más biografías y por consiguiente no volvió á calumniar á los personajes ilustres.

Saturnino es hoy un buen padre de familia, para la que tiene las más felices disposiciones, y no escribe otra cosa que lo preciso en la administración de los bienes de su mujer, que aumenta con singular habilidad.

– Pero, hombre, le dije el otro día que le encontré, ¿cómo has renunciado á la celebridad?

– No me hables de eso. Tengo para toda mi vida el remordimiento de haber hecho tragar al público los más estupendos embustes y embrollos, incurriendo además en el grave pecado de tratar con una desconsideración y una confianza abominables á los muertos más dignos de respeto, atribuyéndoles hechos y dichos falsísimos.

Saturnino es un hombre de conciencia; y habiendo reconocido su falta, merece perdón.

También me dijo que había quemado los números que conservaba de los periódicos en que se publicaron aquellas mentiras garrafales, y que no podía desechar de la imaginación la idea de que en la Biblioteca nacional hay colección de alguno de aquellos diarios, y alguien podrá leer todavía las biografías que escribió cuando era *amigo de los difuntos*. Y añadió:

– Daría algo bueno por lograr la desaparición de esos periódicos, testimonio de mi desvergüenza para escribir mentiras.

CARLOS FRONTAURA

VENTURA DE LA VEGA

(RECUERDOS ÍNTIMOS)

(Conclusión)

¿Quieres que te diga quién era esta *Laura* á quien debemos que Vega se quedara en España?

Hacían por entonces frecuentes excursiones los jóvenes poetas al inmediato pueblo de Hortaleza, donde poseía una quinta un célebre médico, el doctor Rives, el cual, como el rey de los cuentos, tenía tres hijas. Pues bien: una de ellas, que á los encantos físicos reunía un despejado entendimiento y que hacía versos y que cantaba muy bien, se llamaba Mariana, y ésta era precisamente aquella *Laura*, de quien el *Petrarca* andaba tan enamorado. Si hemos de creer á la tradición y sobre todo si se ha de atender al carácter del buen Ventura, anduvo éste muy cerca de ser su esposo, oponiéndose á su honesto propósito la escasa fortuna del poeta. ¿En qué pararon estos amores? No lo sé, decía el marqués de Molins, ni importa averiguarlo. Vega suspiró por otra... y otra; estuvo muchas veces á punto de ir á la vicaría, siempre vehemente é inactivo, desinteresado y pobre... y siempre entusiasta por el canto, siempre buscando una beldad de quien él ó Bretón ú otro pudiera asegurar:

> Acaso tu alma rebelde
> de tanto hechizo se libre;
> mas... *cantará*, y ¡ay de ti!,
> que á su voz nadie resiste.
>
> BRETÓN.

En esto, como en todo, el carácter de Vega se sostuvo siempre, y cuando traspasó los umbrales de la tantas veces rondada vicaría, fué para dar su mano á Manolita Oxeiro de Lema; dando su nombre á la que muy glorioso lo adquiriera en el número de las grandes artistas y que andando el tiempo compartió los escénicos triunfos con el *Cisne de Bérgamo*, el gran Rubini.

Una de las cualidades más características de Vega era la elegancia; no esa amanerada que consiste en copiar los figurines y que á fuerza de dinero consigue cualquiera que lo tiene ó lo debe, sino aquella natural y espontánea que sale de dentro y se revela en la persona y en sus actos. Cuando Bretón de los Herreros conoció á Molins, que fué por cierto en la plaza de toros de Sevilla, le dijo de Ventura de la Vega, al hablarle de sus excelentes condiciones: «Tiene sobre todo una simpática elegancia, que sin trabajo derrama en su persona, en su trato y en sus escritos. Se pone una levita vieja ó prestada y parece recién traída de casa de Utrilla: no tiene casa ni hogar y vive en relación con grandes damas, querido en la alta sociedad.»

Imagínate, sobrino de mi alma, cómo caerían aquellos ochocientos pesos que su madre le mandara, en la apurada situación de Ventura.

Lo primero que con ellos hizo fué dar doce onzas á su pobre tía doña Carmen, que tantos sacrificios hiciera por su educación, y después adquirió unas botas, un sombrero y una elegantísima capa en casa del sastre inglés *Jhonson*, explicando á sus amigos la prematura adquisición de tan lujosa prenda, por la razón de que envolviéndose en ella (y al decirlo lo hacía con rumboso manejo) se cubrían y disimulaban las demás y podían más disimuladamente esperar su relevo.

La verdad es que cuando pudo se esmeró siempre en el vestir, pues opinaba, y así se lo escribía á su mujer, cuando desde Londres le describía el teatro *Covent-Garden*, «que la oposición á vestirse es síntoma de encanallamiento.»

Que no siempre lo conseguía, puedes comprenderlo fácilmente, y aun se dieron casos de tener que quedarse en casa y en cama por haberle empeñado la ropa persona muy allegada que tenía una irresistible pasión por el juego.

Otra condición del carácter de Ventura quiero hacerte notar, y es que siendo decidor graciosísimo hasta el punto de que los epigramas de su conversación eran proverbiales en Madrid al día siguiente de decirlos, no tenía enemistades con nadie, sino simpatías, porque ni era venenoso en el ataque ni obstinado en la discusión, y por convencido que de sus ideas estuviese sabía llevar todas las cuestiones con un tino y una benevolencia admirables, siempre cortés y razonable siempre.



Infantería japonesa, dibujo de A. Wald, tomado de una fotografía

Para mí, el entusiasmo que sentía por todo lo bello y la *carencia absoluta* del tristísimo pecado de la envidia se revelan por clarísimo modo en su afición decidida por la declamación, que conservó toda su vida. Para mí esta afición, que como no constituía su modo de vivir no obedecía á conveniencias, sino á impulso irresistible de su alma, le diferenciaba de todos los que sólo citan las ajenas obras para picotear sus defectos, pues él las tenía siempre en sus labios para revelar y destacar sus bellezas, que no otra cosa hace quien con su voz y su acción y su rostro y su alma busca el general aplauso para lo que otros escribieron.

Quisiera yo que le hubieras visto en las tertulias de Aristizabal y en el Liceo y en el Instituto y en la quinta de Vista-Alegre, donde representó su *Hombre de mundo* con Escosura, la condesa de San Luis y la entonces condesita de Teba, que fué luego emperatriz de los franceses.

Quisiera que le hubieras oído leer sus obras y las ajenas, porque no es posible explicar estas cosas, sino afirmar sencillamente que no he visto otro actor mejor en los 76 años que cuento de vida, y que aun cuando no hubiera escrito las obras literarias que le



Jóvenes japonesas saliendo á paseo (de fotografía)

dieron justo renombre lo tendría muy merecido de actor incomparable. Fué maestro de Literatura de doña Isabel II, y desde entonces fué de admirar la notable manera con que la reina leía en público; enseñó á sus hijos Venturita y Ricardo á declamar, y ya habrás visto cómo lo hacían; y recuerdo que ensayándose una zarzuela de Ricardo (me parece que era *Frasquito)*, creyó D. Ventura que Caltañazor no gustaba gran cosa de su papel y lo tomaba con poco interés, por lo cual le dijo: «Mira, Vicente, déjalo. No quiero que trabajes á disgusto.» Y dirigiéndose al *coro de hombres*, oyó á uno que tenía buena voz, y *tomándolo por su cuenta* hizo de él un primer tenor cómico muy aplaudido desde entonces.

Ventura de la Vega conservó de hombre aquella fisonomía expresiva que intenté describirte al hablarte del niño, y el mismo retrato puede representarle en la edad madura, con sólo ponerle en la cara en forma de bigote y patillas el pelo que quitaría á su más que despejada calva frente.

Poco ó nada varió la personalidad de Vega con los años. Tuvo de hombre la misma apatía é indolencia que de mozo; y si en la juventud, cuando iba á ser presentado al rey Fernando por el Sr. Grijalba, secretario de la Estampilla, se fué á su habitual tertulia y dijo: «S. M. me espera, pero yo no tengo ahora gana de ver á S. M.,» luego al ser avisado en una mañana de enero para ponerse en viaje para París, donde llevaba un cargo diplomático, se volvió del otro lado y optó por continuar durmiendo, dejando perderse su destino.

En la vida de familia fué siempre cariñosísimo. Encanta leer las cartas íntimas que á su esposa dirigía desde París y Londres, porque en ellas se ve como por limpio cristal la ternura con que á los suyos amaba. Desesperábase de que no hubiera entonces comunicación telegráfica entre Londres y Madrid por lo que tardaba en saber el resultado de los exámenes de sus hijos; consumíase de angustia durante la enfermedad de uno de ellos, y al ocurrir la muerte de su mujer se hundió en tristeza tal, que anduvo empeñado en hacerse fraile.

Al fin Ventura de la Vega, como casi todos nuestros literatos, vino á *caer* en la Administración pública, único modo con que España remunera á sus hombres ilustres, ninguno de los cuales suele enriquecerse con sus obras, como en otros países acontece. Así fué, por la protección de D. Martín de los Heros, auxiliar de Gobernación con 12.000 reales en 1836, y al mismo debió una comisión para inspeccionar el *Conservatorio de Música*, y allí conoció á la que fué luego su esposa. En el año 1847 fué nombrado maestro de Literatura de la reina, y después secretario particular, gentilhombre, fiscal de las órdenes de Carlos III é Isabel la Católica, cuya gran cruz le fué otorgada, y llegó á subsecretario del ministerio de Estado.

Más en armonía con sus aptitudes y más provechoso para el arte fué su nombramiento por el conde de San Luis de director del teatro Español y del Conservatorio. Su mérito dióle entrada en la Academia Española en enero del 42, y recuerdo que ocupaba la silla F.

De sus obras, ¿qué he de decirte que no esté escrito? ¿Acaso hay quien desconozca la maestría y corrección con que está escrito y pensado su drama *D. Fernando el de Antequera*? ¿Es necesario ponderar la gracia y el fondo de la *Crítica del sí de las Niñas*? ¿Ha dejado de figurar como modelo de comedias de costumbres *El hombre de mundo*? ¿Conocemos en castellano una tragedia tan hermosamente escrita como *La muerte de César*? Todas se las oí leer á él mismo; el drama en casa de Cheche, la comedia en la de Patricio de la Escosura y la tragedia en la de Molins, en la Navidad del año 1862, y aún me parece ver al duque de Rivas abrazar á Ventura con entusiasmo y decirle con lágrimas en los ojos: *¡Eso es hermoso, Ventura; eso es romano, eso es grande!*

Siento que se haya muerto ya todo el mundo, sobrino mío, todo el mundo de aquella época, porque aquellos sus coetáneos te contarían mil particularidades de Vega mejor que yo. García Gutiérrez te referiría su primera salida á escena, la primera vez que el público llamó al autor en los teatros de España, y te diría que Vega le prestó su ropa para presentarse en las tablas. Zorrilla te contaría su primera entrevista con Vega en el Parnasillo, la noche del día en que se le dió á conocer en el entierro de Larra. Este podría referirte la parte que Vega tomó en su reconciliación con Bretón de los Herreros, cuando después de enconada enemistad se encontraron en una comida de literatos que se celebró en la fonda del Jardín de Apolo, que venía á estar en la calle de Fuencarral, donde ahora la casa del duque de Vista Hermosa. Fué pretexto del banquete el ingreso de Bretón en la Real Biblioteca, y el marqués de Molins brindó por que *se trocara el rencor en simpatía*, y entonces Vega que estaba enfrente y tenía á su derecha á *Fígaro*, con acento conmovido y con aquella elocuentísima expresión en que nadie le igualaba, dijo:

> Dios oiga tu voz, Mariano,
> todo rencor se deseche;
> el vate es del vate hermano.
> Si hay quien alargue una mano,
> yo sé que habrá quien la estreche...

Levantóse en el acto Bretón, y dirigiéndose á Larra terminó la enemistad con esta quintilla:

> No aguardo á que tú comiences;
> quede el vencedor odioso
> para enemigos vascuences.
> Yo te vencí rencoroso,
> tú generoso me vences.

¿Qué más quieres que te cuente, sobrino de mi alma? Pues que está escrito que todo en el mundo tenga su fin, y no ha de sustraerse de la eterna ley esta epístola de tu tío que de veras te quiere. – *Antonio.*

Esta carta me remite mi tío para ilustrar con ella el artículo que yo te dedicaba, lector benévolo, por lo cual he decidido en tu obsequio... publicar su carta y romper mi artículo.

CARLOS LUIS DE CUENCA

EL JAPÓN TAL CUAL ES

NOMBRES Y APELLIDOS

Si la investigación del origen de los nombres de familia ofrece en nuestro país no escaso interés, ya que obedece á caracteres distintivos, á cualidades ó defectos, ó bien á hechos relacionados con la historia patria y con la organización política y social, mucha mayor importancia reviste y mayor curiosidad inspira la formación de los nombres con que se distinguen los japoneses; pues como todo lo que á aquel pueblo se refiere, tiene una nota especialísima, motivada por el sentimiento, por la poesía y el modo de ser de los habitantes del país que más encantos y atractivos tiene de todos los del extremo Oriente.

Al igual que en nuestra patria, distínguense los japoneses por el nombre hereditario de familia, semejante á nuestro apellido, y otro personal, dispuesto al modo francés, esto es, el apellido antepuesto al patronímico.

Los nombres de familia carecen generalmente de significación y deben su origen al país de donde aquélla procede, aunque en el remoto período que representa la Edad antigua de aquel imperio, sólo podía distinguirse por tal medio la nobleza, que formaba tres clases, á saber: el grupo que se suponía descendiente de las divinidades mitológicas, de procedencia indígena; aquellos que pertenecían á la casa ó familia de los antiguos emperadores, y los descendientes de los extranjeros naturalizados, cuyo mayor número hallábase compuesto de coreanos. Los tres nombres de familia, equivalentes á los grupos indicados, datan del año 1300 de la era japonesa, ó sea del siglo séptimo de la de J. C., y representan, por así decirlo, los de la nobleza de pura raza, á cuyo linaje afirman pertenecer los nobles del antiguo régimen. Figura en primera línea la familia fundada por FUDJIWARA, descendiente de la divinidad, quien desempeñó el más elevado cargo en la corte, que logró transmitir á sus herederos, quienes fueron durante algunos siglos los ministros y consejeros del monarca, siguiendo á ésta las de los MINAMOTO y TAIRA, descendientes de la casa imperial, á cuya dirección se hallaba confiado el ejército.

Hasta el momento de estallar la revolución que en 1868 transformó el modo de ser de aquel país, la masa del pueblo, los plebeyos, carecían de nombre de familia, hallándose privados de ejercer cargos públicos, limitándose á ostentar y escribir en toda clase de documentos su nombre personal, equivalente, aunque no igual, al nuestro patronímico. En cambio las clases elevadas, y muy singularmente la nobleza, adoptaban varios nombres, á semejanza de lo que se observa en algunos príncipes de las casas reinantes de Europa. Actualmente y sea cual fuere el orden jerárquico á que pertenezcan, los japoneses sólo pueden ostentar un nombre personal y un apellido ó nombre hereditario.

Como muestra de la consideración que la mujer merece á este pueblo, testimonio de su mayor cultura sobre todos los del extremo Oriente, creemos pertinente llamar la atención acerca de un hecho en extremo significativo, como lo es ciertamente el de que la mujer japonesa conserva siempre, sea cual fuere su estado, el nombre originario de la familia de que procede.

El nombre personal ó patronímico aplícase como nombre de infancia ó de mayor edad ó sucesión, adoptándose indistinta é invariablemente uno ú otro. El primero ó sea el de niñez impónenlo los padres al séptimo día subsiguiente al del natalicio, procurando tenga alguna significación que determine á la vez que una muestra de ternura la expresión de un deseo, la futura posesión de cualidades que anhelan para el niño al llegar á su mayor edad. De ahí que no creamos incurrir en exageración al afirmar que todos los nombres de los japoneses llevan consigo cierto simbolismo y significación, de tal manera que la costumbre perpetuada por varias generaciones hase convertido en regla aceptada é indiscutiblemente observada por todos los habitantes de la encantadora Nipón.

El acuerdo paterno aporta únicamente la raíz del nombre personal ó individual, puesto que se aplica al mismo la letra RO como significación del sexo masculino si es niño, y las sílabas que determinan el orden numérico que corresponde al nuevo vástago entre sus hermanos. Así vemos, por ejemplo, que al nombre del primer hijo se aplicarán las sílabas

ICHI-RO.

JI-RO al segundo.

ZAU-RO al tercero, y así sucesivamente hasta llegar al

JIU-RO ó sea el décimo, suprimiéndose algunas veces la partícula RO con el fin de abreviar la pronunciación, en cuyo caso redúcense las dos sílabas á la expresión numérica ICHI, uno; JI, dos; ZAU, tres; GO, cinco; JIU, diez.

Existen asimismo otras terminaciones que constituyen una excepción, porque no responden á la precedente regla, careciendo de determinada significación, tales como:

UYEMÓN.	Originarios de las antiguas órdenes militares.
SAYEMÓN.	
HIOYÉ.	
HEI.	Nombres antiguos.
NOSUKÉ ó SUKÉ. . .	
TAYÚ.	
MARÚ ó MARÓ. . . .	Nombre nobiliario.
ZO.	Nombre antiguo.

Conocidas estas nuevas terminaciones, véase cómo se combinan con una raíz cualquiera, que puede ser, á modo de ejemplo, la palabra TAKÚ formando un apellido.

TAKÚ-JIU-RO, si es el décimo hijo.

TAKÚ-YEMÓN, suprimiendo en este caso la U de la terminación.

TAKÚ-ZAYEMÓN, cambiando la S en Z.

TAKÚ-BIOYÉ, sustituyendo la H por la B.

TAKÚ-HEI.

TAÚ NOSUKÉ ó TAKUSUKÉ.

TAKÚ-DAYÚ, cambiando la T por la D.

TAKÚ MARÚ ó TAKÚ-MARÓ.

TAKÚ-ZO (nombre del comisario de sección japonesa en la Exposición Universal de Barcelona de 1888).

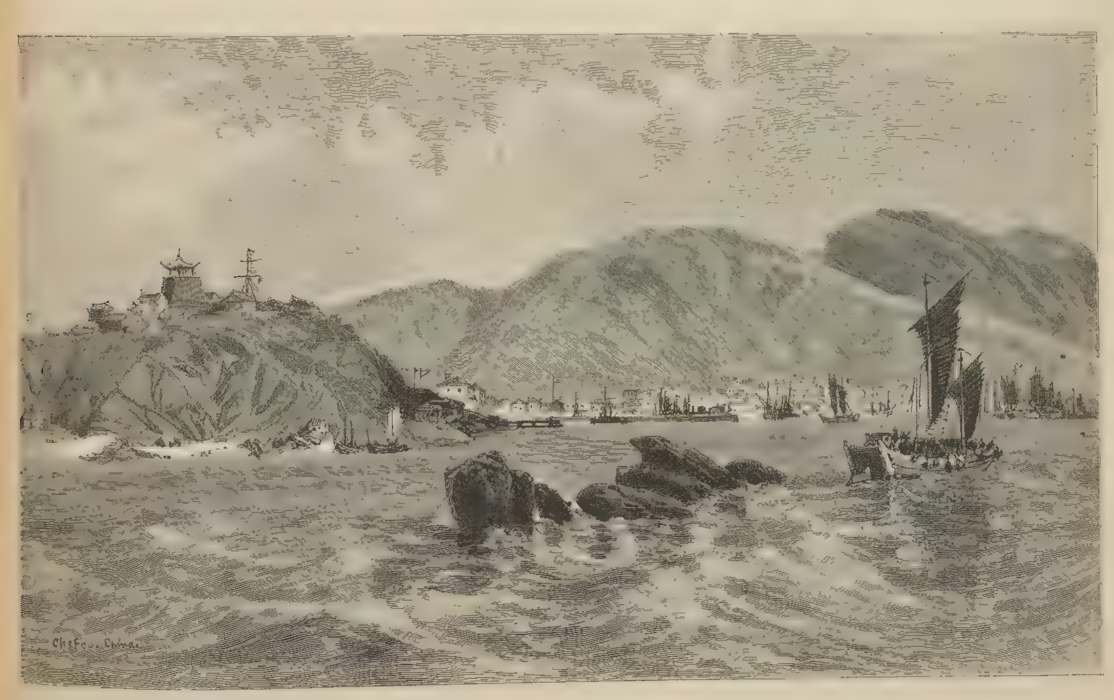
Idénticas combinaciones pueden hacerse con el nombre KEI, agregando las terminaciones ICHIRO, para designar el primer hijo varón, de donde resultará el nombre completo KEICHIRO, y en igual forma las demás, KEIJIRO para el segundo, KEIZAU para el tercero, etc., ó bien las que se derivan de las precedentes excepciones, como KEI-YEMÓN, KEI-SUKÉ ó KEI-ZÓ, si se considera eufónicamente más armoniosa la terminación.

Cuanto á la raíz ó nombre personal, elegido por los padres al séptimo día del natalicio, que conforme hemos dicho anteriormente, constituye el verdadero nombre, ya que las demás sílabas ó letras no son más que medios de determinación de circunstancias del individuo, es objeto de maduro examen y de animadas discusiones, ya que se supone que el niño ha de sobresalir al llegar á hombre por ajustar sus acciones á la simbólica significación que le distingue. De ahí que la letra ó sílaba escogida exprese cualidades tan distintivas como la virtud, el valor, la felicidad, sencillez, longevidad, riqueza, generosidad, fidelidad, lealtad, honradez, etc., ó bien se recurra á ejemplares de la flora y fauna indígenas, de significación tan especial como el bambú, el abeto ó el ciruelo, que simbolizan la virtud, ó bien se eligen los del oso, tigre, dragón, águila, etc., representativos del valor. Todo cuanto existe, todo cuanto nos rodea sirve al japonés para aplicarlo como nombre, puesto que en su idealismo singular, que tanto caracteriza á aquel pueblo, halla medio para poetizarlo, para asignarle una significación. Muestra de ello nos ofrece el nombre de nuestro excelente amigo el distinguido pintor



Japón. - Paseo á orillas del río, en Tokío (de fotografía)

KEIITCHIRO KOUMÉ, cuyos estudios de pintura ha completado en París y que figura en Tokío entre los artistas representantes de la escuela pictórica moderna japonesa. Su padre, el historiador KOUMÉ, eligió la sílaba ó letra KEI por su significación poética, tan justamente apropiada á sus paternales sentimientos como á la época en que tuvo lugar el nacimiento de su hijo. El KEI es un precioso árbol de la familia del laurel, que florece en el mes de septiembre, existiendo en el Japón la arraigada creencia de que es la época del año en que la luna se presenta con toda su belleza, destacándose sobre un cielo puro y despejado, iluminado por la plateada luz del astro de la noche. Las doradas flores del KEI exhalan delicadísimo y exquisito aroma que embalsama el ambiente. De ahí que para los poetas japoneses el mes en que florece el KEI y la luna resplandece sea el mes de la poesía, de las más delicadas y sentidas inspiraciones.



Vista de Che-Fú, el principal puerto chino en el mar Amarillo



LA CARAVANA DE LA MUERTE: MUSULMANES CHIITAS YENDO EN PEREGRINACIÓN A KERBELIA, dibujo de Alberto Richter



LA MUERTE DEL TORERO, celebrado cuadro del pintor español José Villegas



Felipe, duque de Orleans, hijo de Luis XIII, de quien arrancan los derechos que el conde de París alegaba tener al trono de Francia.

Otro ejemplo nos ofrece el nombre Takú-Zo, cuya raíz Takú significa pulir la piedra preciosa: hállase motivado por el recuerdo de una de las máximas de Confucio, que dice: «Estudiar, equivale á pulir la piedra preciosa; á fuerza de cultivarlo, se purifica el espíritu.»

Existen, sin embargo, nombres que sin que se puedan adivinar las causas á que pudo obedecer su elección, expresan defectos, tal como se observa en el que ostenta uno de los ministros del actual gabinete japonés, conde de Yamagata, que se llama Kio-Suké, significando Kio alienado ó loco.

Más simples son los nombres de las mujeres, no sólo porque carecen de terminaciones, sino también por estar compuestos de dos sílabas y raras veces de tres. Elígense comúnmente los nombres de plantas, flores ó pájaros que tengan asimismo simbólica ó poética significación.

Yuki, nieve: Tsuru, grulla: Umé, flor de ciruelo, simbolizan por su blancura la pureza.

Hana, flor: Kikú, crisantemo, expresan la belleza y la elegancia.

Matsu, abeto: Také, bambú, la castidad.

Lo mismo que en los nombres masculinos, cuéntanse algunos que carecen de determinada significación, como acontece con

Toki, hora: Haru, primavera: Natsú, verano: Kimi, soberana: Waka, juventud, etc.

Hay que observar que no existiendo terminaciones es limitado el número de los nombres usados



Roberto, duque de Orleans, hijo del conde de París y actual pretendiente al trono de Francia.

por las mujeres japonesas, resultando de ahí que sea muy considerable el de aquellas que ostentan el mismo.

Al llegar á los quince años escógese el nombre de sucesión, en cuya composición entran siempre dos letras ó caracteres y cuatro sílabas, correspondiendo una letra y dos sílabas al nombre hereditario. Tal puede observarse fijándose en el nombre del actual emperador:

Mutsu-Hito.
Yoshi-Hito, nombre del príncipe imperial.
Taru-Hito, nombre de uno de los príncipes de la familia imperial.
Také-Hito, nombre de uno de sus hijos.
Masa-Shighé, nombre de uno de los hombres célebres del Japón, que floreció en la Edad media.
Masa-Tsura, nombre de su hijo mayor.
Masa-Nori, nombre de otro de sus hijos.
Hidé-Yoshi, nombre con que se designa al gran conquistador de la Corea en 1592, Taiko-Sama, y no emperador, como equivocadamente supone M. Pierre Loti (1).



Luis Felipe, rey de Francia y abuelo del conde de París

Hidé-Tada, nombre de su hermano.
Hidé-Yori, nombre de su hijo.

Vese, pues, que se perpetúa el nombre hereditario, representado por las dos primeras sílabas. Los nombres del emperador no pueden aplicarse á sus súbditos: únicamente en el antiguo régimen y como muestra de señaladísima y rara distinción concedía el Mikado una de las letras de su nombre para combinarlo con el del favorecido, concesión que se consideraba como el mayor honor. El nombre así compuesto tenía también su significación, pues estando formado por dos caracteres que equivalen á dos palabras, necesariamente había de tener cada una de ellas su expresión.

Algunas de las combinaciones que anteceden van desapareciendo por efecto de las nuevas disposiciones dictadas por el gobierno del Mikado, prohibiendo el cambio ó variación de nombres, de manera que algunos japoneses reciben ya en su primera edad el nombre de su sucesión.

Tales son, someramente descritas, las formas empleadas en el imperio japonés para combinar los nombres de sus habitantes, modo especial que no tenemos noticia lo emplee otro pueblo, y que al propio tiempo revela, desde luego, su refinada cultura y el sentimiento poético que tanto le distingue y enaltece.

A. García Llansó

NUESTROS GRABADOS

El pintor Antonio Fabrés en su taller en París. - Boceto de techo, por Antonio Fabrés. - No es esta ocasión de decir lo que es y cuánto vale el artista que tantas veces ha honrado con sus trabajos las páginas de La Ilustración Artística: en nuestras columnas han aparecido datos completos de su biografía, y en ellas nos hemos complacido en ir anotando los numerosos triunfos alcanzados por tan ilustre artista y dedicándole tan entusiastas como merecidos elogios.

Fabrés, que después de residir diez años en Roma, establecióse en nuestra ciudad, hase trasladado recientemente á París, emporio hoy en día de las bellas artes, y centro en donde, como en ningún otro, pueden los que como Fabrés son artistas de verdad hallar satisfacción á su ambición legítima y á sus aspiraciones hacia los ideales artísticos.

El taller que en la capital de Francia ha establecido Fabrés y del que reproducimos una parte en la primera página de este número, es un verdadero museo en toda la extensión de la palabra: en él, artísticamente colocados ó amontonados en artístico desorden, ofrécense á los ojos del visitante, aparte de los cuadros, bocetos y estudios, muebles riquísimos, armas de gran valía, telas magníficas y otros mil objetos preciosos cuidadosamente escogidos, que representan una fortuna y que revelan una pasión, reveladora á su vez de un corazón y de una inteligencia que exclusivamente por el arte y para el arte viven.

Publicamos también en el presente número el boceto de un techo que acredita una vez más las privilegiadas aptitudes que para todos los géneros posee Fabrés, que si nos maravilla con sus cuadros de caballete y acabadas miniaturas, nos encanta asimismo con sus grandiosas composiciones.

No terminaremos estas líneas sin enviar nuestros más cariñosos saludos al amigo y colaborador querido y sin expresarle nuestros vivísimos deseos de que en su nueva residencia halle el merecido premio á sus talentos y pueda, para bien del arte español, ver colmadas sus nobles y levantadas aspiraciones.

(1) M. Pierre Loti dice en su libro titulado «Japoneries d'automne:» - *Taikosama fut un grand conquérant et un grand empereur.* - Esta afirmación no es exacta, puesto que Hideyosi desempeñó el cargo de generalísimo y primer ministro del emperador Goyo-sei. Nació en 1544 en la provincia de Owari, desempeñando los cargos de criado, soldado y capitán á las órdenes del general Nobunaga, sustituyéndole á su muerte. Mereció la confianza del emperador, y como generalísimo y hombre de Estado emprendió la conquista de la Corea y de la China en 1592, alcanzando grandes y señaladas victorias. Su muerte, acaecida en 1598, impidió al Japón realizar su atrevida empresa.

Infantería japonesa, dibujo de A. Wald. - En ocasión reciente nos hemos ocupado de los progresos que en materias militares ha realizado el Japón de poco tiempo á esta parte, copiando de los ejércitos europeos la organización y aun los uniformes: por el dibujo de Wald que publicamos puede verse que la infantería japonesa viste de una manera muy parecida á la alemana. Y no es sólo en la parte externa en lo que los japoneses han imitado á los pueblos de Europa; su sistema de lucha, que hasta ahora le ha valido importantes victorias,



Fernando, duque de Orleans, primogénito de Luis Felipe y padre del conde de París.

á juzgar por las noticias que del teatro de la guerra se han publicado, demuestra que algo más que las exterioridades ha sabido el Japón asimilarse la civilización moderna.

Japón. Señoritas japonesas saliendo á paseo. Paseo á orillas del río en Tokío (de fotografías). - Los dos grabados que publicamos representan dos cosas típicas de la capital del imperio del Mikado: en el primero se ven dos señoritas japonesas que salen á dar un paseo montadas en esos cochecitos especiales llamados *zinriksias ó kurumas*, que tirados por robustos mancebos circulan á millares por las calles de Tokío; el segundo reproduce la vista de un paseo á orillas del Sumida gava, viéndose en el fondo uno de los cinco grandes puentes que ponen en comunicación á la ciudad con su gran arrabal de Hondjo.

Che-Fu, principal puerto chino en el mar Amarillo. - El fondeadero de Che-Fu no es más que una rada abierta, donde unos cuantos islotes ofrecen escaso abrigo á los buques que con frecuencia se ven privados de comunicación con tierra. A pesar de este inconveniente, Che-Fu es el menos malo de los puertos chinos que no se hielan en invierno, lo que, unido á su proximidad á Tientsin, le da bastante importancia, teniéndola además propia por ser el único abierto al comercio extranjero en la provincia de Chan-tung, una de las más pobladas del imperio chino.

La caravana de la muerte, dibujo de Alberto Richter. - Lo que para los musulmanes, por decirlo así ortodoxos, es la Meca, es para los sectarios chiitas Kerbelía, la ciudad santa adonde éstos acuden en peregrinación todos los años para visitar la tumba de Hassán, hijo de Alí, del yerno de Mahoma, el sucesor directo, según ellos, del profeta. Las peregrinaciones se efectúan todos los años durante el mes de Muharrem, y desde India y Persia hasta el Asia anterior acuden á la sagrada mezquita millares de fieles que una vez allí se entregan á las más extrañas escenas que puede producir el fanatismo religioso. Los chiitas creen que todo el que después de muerto es enterrado en Kerbelia va directamente al paraíso sin pasar por el *Ssireth*, puente del juicio; de aquí que todos los años sean conducidos á la ciudad santa millares de cadáveres procedentes de lejanos países, formándose las que se llaman caravanas de la muerte. La principal de éstas, la que el sexto día del Muharrem suele pasar por los vastos campos de Babilonia, es interminable, ocupando una extensión de muchas horas: al frente de ella va un jinete portador del estandarte persa, en pos del cual marchan, montados unos, á pie los más, millares de fanáticos, llevando en hombros los cuerpos inanimados de seres queridos ó conduciéndolos en los camellos y otros animales cargados de ataúdes.

Tal es el espectáculo que ha dibujado Richter tomándolo de un croquis del natural, y aunque el cuadro resulta horrible y repugnante, por lo que dejamos dicho cabe afirmar que el artista aún se ha quedado corto al reproducir la siniestra *Caravana de la muerte.*

La muerte del torero, cuadro de José Villegas. Tendido en humilde camilla yace exámine el infeliz torero que pocos momentos antes luciera en la plaza su valor y su destreza; arrodillada junto á su cuerpo llora la que aún escucha el eco de los últimos aplausos que el público tributara á su esposo amado; los compañeros de éste contemplan tristes y silenciosos su cadáver, recoge un criado las prendas últimas que vistió el diestro y reza el cura las últimas oraciones ante el altar de la Virgen, á quien con fervor se encomiendan antes de la corrida los lidiadores. Tal es la escena que con su maravilloso pincel ha trasladado al lienzo nuestro ilustre compatriota el celebrado pintor Villegas. Todo en este cuadro revela el genio del artista: si en el conjunto nos fijamos, admiraremos la armonía perfecta con que han sido combinados los distintos elementos que entran en la composición y el hermoso contraste que con la triste capilla forma la brillante nota de luz del fondo que deja ver parte del animado circo, y si á los detalles descendemos no podremos menos de elogiar la verdad con que todos ellos están tratados, la expresión que anima á cada una de las figuras y el colorido local que en todo preside. En suma, con decir que este cuadro es digno de su autor queda hecha su mejor alabanza.

Vistas de Palma de Mallorca. – Situada en el rincón septentrional de la bahía de su nombre, la ciudad de Palma de Mallorca hállase cerrada por una línea de fuertes murallas levantadas en los siglos XIV y XV, cuyo derribo ha tiempo solicitan los palmesanos para poder dar á la ciudad el ensanche que su creciente desarrollo hace cada día más indispensable. Reinan en ella la quietud y la calma características de las poblaciones isleñas y sus calles conservan su carácter antiguo, que también revisten muchas de sus casas, como las del conde de Ayamans, Oleza, Sureda, marqués de Palmer y otras, en las que se admiran zaguanes, atrios y escaleras de gran mérito artístico. En punto á paseos, cuenta con dos bellísimos, la Rambla, construída en el antiguo cauce de la Riera, y el del Borne, en donde antes se levantaba un pequeño pero bello monumento que fué derribado en 1868.

La catedral, que se supone fundada por Don Jaime el Conquistador en cumplimiento de un voto hecho al dirigirse á la conquista de Mallorca, es sin disputa el principal monumento de Palma: sus altísimos paredones ceñidos por fuertes y elegantes estribos le comunican extraordinaria grandiosidad, y sus botareles, arbotantes, rica crestería y primorosa portada imprímenle singular belleza. Construída sobre la plataforma que domina el mar, es lo primero que se ofrece á la vista del que llega á Palma. En su interior sobresalen por su mérito artístico la capilla Real, destinada á sepultura de los reyes de Mallorca, la de Santa Eulalia con bello altar gótico, la de San Pedro con notables estatuas y la de San Jerónimo, en donde está el grandioso panteón del marqués de la Romana, la puerta de la sala capitular, el coro, el rosetón del baptisterio y el claustro.

Otros monumentos de Palma dignos de mención son: el castillo de la Almudaina, situado frente á la catedral, principal fortaleza de los árabes y luego palacio de los reyes de Mallorca, en cuyo patio hay un hermoso templo gótico; la Lonja, que se levanta en la parte baja de la ciudad junto á la playa, grandioso edificio de estilo gótico germánico, cuyos ángulos flanquean cuatro torres octágonas, y en cuya parte superior corren rematando la fachada una almenada crestería y una gran balaustrada, y las Casas Consistoriales, que datan del siglo XVI y en cuya fachada hay una hermosa barbacana de madera labrada, sostenida por once cariátides.

En la lámina en donde aparecen reproducidos estos monumentos figuran también el faro de Porto Pi, que se alza no lejos del hermoso castillo de Bellver, y la entrada de las famosas cuevas de Artá, asombro de cuantos las han visitado, por sus inmensas bóvedas, sus límpidos lagos y sus estalactitas, que ora forman gigantescas y esbeltas columnas, ora presentan á los ojos del visitante formas caprichosas de estatuas que nadie imaginara modeladas por la mano de la naturaleza.

Vistas de la ciudad de Palencia. – Población de remoto origen, puesto que su fundación data del año 1316 antes de Jesucristo, conserva aún Palencia algunos restos de su antigua importancia que han venido á embellecer en cierto modo las construcciones modernas que las exigencias de los tiempos hacen necesarias en toda urbe. La catedral, el hospital, la iglesia de San Miguel, los conventos de San Pablo y San Francisco, sus calles Mayor y de Don Sancho, su Consistorio, sus Estaciones, su puente Mayor, sus murallas y sus puertas atestiguan lo que fué la ciudad que por cuatro distintas veces hizo huir á los legionarios de la triunfante Roma, la que sucumbió heroicamente ante la dominación romana primero y en la lucha de romanos, suevos, vándalos y visigodos que se la disputaron después, la de los prelados que tanta fama alcanzaron en los toledanos concilios, la que en los tiempos de la Reconquista sufrió los ataques, ora de los árabes, ora de los cristianos, la que vió erigirse en su recinto la primera universidad española, la que tomó parte muy principal en el levantamiento de las Comunidades y la que con tanto entusiasmo luchó en la guerra de la Independencia, mereciendo en todas épocas fueros y mercedes de sus obispos y títulos y honores de los monarcas castellanos.

Entre los principales monumentos de Palencia descuella la catedral, cuyas bellezas arquitectónicas exigirían una descripción minuciosa que no consienten los límites de esta sección. Nos hemos de limitar, por consiguiente, á citar en su exterior la puerta de los Reyes, con su gran ojiva orlada de follajes, su arquivolto cubierto de figuras y doseletes y su tímpano partido en cuadros de relieve; la del Obispo, con sus tres series de imágenes en la bóveda, sus Apóstoles en los costados y sus caprichosos animales en el testero y en el muro superior, y finalmente la de los Novios con su esbelto arco guarnecido de elegante penachería. En el interior admíranse la capilla de los Curas con bellas labores ojivales y plateresco altar, la de los Reyes de estilo plateresco, la de Santa Lucía ó de las Reliquias, las de San Gregorio y San Ildefonso, la de la Concepción en donde descansan los restos de Raimundo II, autor de los fueros de Palencia, y del virtuoso Arderico acatado por santo y las de San Jerónimo y San Sebastián con bellísimos retablos y esculturas de estilo greco-romano, el coro con su preciosa sillería, los magníficos sepulcros del abad de Husillos y del de Campos y el trascoro con ricas esculturas y dos puertas hermosamente esculpidas.

En la lámina que publicamos aparecen reproducidas algunas de estas bellezas, así como el famoso retablo y el altar de los Agustinos del convento de San Pablo, la torre de la iglesia de San Miguel, una de las más originales de cuantas hay en España del arte gótico, y el puente Mayor, de sólida y airosa construcción, que es uno de los tres que por aquel punto cruzan al río.

Palencia es también centro importante de producción agrícola, y su industria, alguna de cuyas especialidades gozan de tradicional fama, está representada por numerosas fábricas de mantas que constituyen un elemento poderoso de riqueza.



Bellas Artes. – MADRID. – La infanta Doña Paz ha regalado al Ayuntamiento de Madrid su retrato pintado por Lenbach que figuró en la última Exposición general de Bellas Artes celebrada en nuestra ciudad y al que se otorgó el premio de honor.

PARÍS. – El Museo del Louvre ha adquirido por 10.000 francos una estatuita de madera egipcia que data del tiempo de la 18.ª dinastía: representa una sacerdotisa y es una obra maestra de rara belleza.

LONDRES. – En la misma subasta celebrada por la casa Christie en que se vendió por 288.750 pesetas el cuadro de Joshua Reynold *Lady Babette y sus hijos*, como dijimos en una de nuestras anteriores misceláneas, se vendieron otros dos cuadros del mismo pintor, *Mis Mouckton* y *Miss Whitbread*, por 188.750 y 39.375. Subastóse también la colección de la duquesa de Montrose, que produjo un total de 417.750 pesetas, habiéndose pagado por el retrato de *Mme. Le Brun*, de Gainsborough, 81.375, y por el de *Mistres Malhew*, pintado por Joshua Reynold, 113.000.

– La Galería Nacional de Londres ha comprado tres famosos cuadros de la colección Northbrook, el *Cristo en el monte de los Olivos*, de Mantegna; *San Jerónimo en su ermita*, de Antonello de Messina, y una *Escena de la leyenda de San Egidio*, que erróneamente se ha atribuído á Juan van Eyck y que es indudablemente obra de un maestro flamenco de allá por el año de 1470. Además ha adquirido en la subasta de la galería Eastlake una *Madonna*, de Filippino Lippi; una *Virgen con el Niño Jesús y San Juan*, atribuída á Botticelli, y otros dos notables lienzos.

VIENA. – El conocido artista Víctor Tilgner está modelando actualmente para el conde Schonborn un servicio de mesa que representa escenas de caza y que por su labor recuerda los más hermosos trabajos de orfebrería antigua. Componen el servicio multitud de preciosas figuritas de caballeros, damas, cazadores, pajes, perros y varios animales de caza, siendo en su conjunto y en sus detalles una obra maestra de la pequeña plástica.

– El príncipe reinante Juan de Lichtenstein ha regalado á la ciudad de Viena una colección de 27 cuadros de los principales artistas vieneses; esta colección, compuesta de obras de Amerling, Dannhauser, Fendi, Eibl, Gauermann, Mayer, Ranfl, Schindler y Waldmuller, se colocará en una sala especial del Museo Histórico, que llevará el nombre del ilustre donante.

– Se ha inaugurado el magnífico monumento, obra de Helmer, erigido en conmemoración de la liberación de Viena asediada por los turcos en 1683. Una grandiosa construcción de mármol rojo con dorados ornamentos de bronce rodea los grupos plásticos de figuras ideales é históricas ejecutadas en mármol blanco de Carrara. El centro del monumento lo forma un grupo principal sostenido por cuatro columnas y coronado por la diosa de la Victoria, en el que se ve á Starhemberg á caballo, rodeado de los principales defensores de Viena y representantes de la población.

UTRECHT. – Se está celebrando en Utrecht una exposición de cuadros de antiguos maestros holandeses, organizada gracias á la cooperación de varios poseedores de aquellas obras, entre ellas la Reina Regente de Holanda, la gran duquesa de Sajonia Weimar y la princesa de Wied. Entre muchas pinturas de los distintos maestros flamencos y holandeses hasta el siglo XVIII, hay una hermosa colección de obras de la llamada escuela de Utrecht.

BERLÍN. – M. Sedlmeyer, comerciante en objetos de arte establecido en París, ha regalado al Museo de Berlín un magnífico cuadro de Durero. El mismo museo ha adquirido un cuadro del ferrarés Francisco Cossa, el primero de este artista que figurará allí, que es una hermosa alegoría de la agricultura.

MUNICH. – El eminente escultor español D. Mariano Benlliure ha sido premiado con medalla de primera clase en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en el Palacio de Cristal de Munich.

– En una de nuestras anteriores misceláneas dimos cuenta de que el emperador de Alemania había regalado al Ayuntamiento de Munich la magnífica colección Schack que le había sido por éste legada en testamento: Guillermo II ha completado su obra comprando la casa en que dicha colección estaba instalada y regalándola al municipio muniquense. El presidente del gobierno de la Alta Baviera ha regalado á su vez al regio donante el retrato de éste pintado por Lenbach, como muestra de gratitud por tan valiosos presentes.

VERONA. – Entre varios trastos viejos de la iglesia de San Lorenzo de Verona se han encontrado dos bellísimos cuadros, uno del veronés Nicolás Giolfino, y otro, un busto de la Virgen, que se atribuye á Rafael y por el cual, según parece, un tratante en antigüedades de Milán ha ofrecido una suma cuantiosa.

DRESDE. – Se han inaugurado en la plaza de Alberto las dos fuentes monumentales que han costado 431.000 pesetas y en cuyos adornos plásticos ha trabajado durante diez años el famoso artista Roberto Diez.

Teatros. – En el teatro Lírico internacional que el conocido editor Sr. Sonzogno ha construído en Milán se cantarán, durante la temporada que habrá empezado en 20 del corriente y terminará en 5 de diciembre, cuatro óperas italianas nuevas: *La mártir*, de Samara; *Claudia*, de Coronaro; *Graziella*, de Auteri, y *Cristo de Valapert*, de Brunetti. Además se pondrán en escena *Los Medici*, de Leoncavallo; *El retrato de Manon* y *Werther*, de Massenet; *Lakmée*, de Delibes, y *Djamileh*, de Bizet.

– Para la próxima temporada teatral han sido admitidas en Italia por varias empresas las siguientes obras: 97 comedias y dramas, 24 vaudevilles, 28 piezas, 57 óperas, 32 operetas, 3 pantomimas y 13 bailes, sin contar las producciones escritas en dialectos. De los 97 dramas y comedias hay cinco españoles, dos húngaros, ocho alemanes, siete escandinavos y 17 franceses: los demás son de autores italianos, entre los cuales figuran Verga, Rovetta, Sagnetti, López y Praga

– La ópera religiosa de Rubinstein, *Cristo*, se representará el año que viene en Bremen, habiéndose constituído ya una sociedad para transformar el teatro Municipal de aquella ciudad en coliseo á propósito para poner en escena aquella obra. El eminente compositor y pianista ruso se encuentra actualmente en Peterhof ocupado en escribir una nueva ópera religiosa que se titulará *Caín.*

– Victoriano Sardou está terminando un drama histórico que representará Sarah Bernhardt en el teatro de la Renaissance de París durante la presente temporada. El asunto se desarrolla en Grecia en la Edad media.

– El marqués de Lorne, yerno de la reina de Inglaterra, ha compuesto el libreto de una ópera escocesa cuya música ha escrito Hamisch Mac Lun: actualmente se está organizando un sindicato para ponerla en escena.

– Dos autores parisienses, Carlos Samsón y Pablo Ginisty, han terminado un drama de gran espectáculo que se representará en el Chatelet. Titúlase *Catalina la Grande* (Catalina II de Rusia), tiene 11 cuadros y salen en él 50 personajes que hablan.

– Juan Strauss ha compuesto una nueva opereta cuyo título es *La fiesta de la manzana.*

– En Munich han comenzado las representaciones del ciclo wagneriano.

– Próximamente se cantará en Viena, en alemán, la ópera de Massenet, *La Navarraise*, que con tanto éxito se ha representado hace poco en Londres.

– Mascagni está componiendo una nueva ópera para la cual ha escrito Nicolás Misas un libreto tomándolo de su novela *Sacerdote y noble:* la ópera se titulará *Serafín de Albania* y se estrenará seguramente en el otoño de 1895.

París. – En la Comedia Francesa se ha representado por vez primera en aquel teatro y con gran éxito el bellísimo drama de Francisco Coppée *Severo Torelli*, que hace once años se estrenó en el Odeón. En el teatro de la República se ha reproducido el antiguo interesante melodrama en cinco actos y ocho cuadros de Bourgeois y Masson *Les Orphelins du pont Notre Dame.* En el Palais Royal se ha estrenado con aplauso una graciosa comedia-vaudeville en tres actos, de Hennequin, *Les joies du foyer.* En la Opera Cómica se ha repetido, con el mismo éxito que cuando se estrenó, la última opera de Verdi, *Falstaff.* En el teatro de la Porte-Saint-Martin se ha reproducido la hermosa obra de Rzewuski *Tibère á Caprée.* En breve se estrenarán una traducción de barón Grivot de Grancourt de la comedia de Fulda *El talismán*, que tanto ha dado que hablar en Alemania, y *Le pardon*, de Julio Lemaitre.

Londres. – En la Comedia se ha estrenado con gran éxito una obra en cuatro actos, de Mr. Sydney Grundy, *The New Woman*, interesante comedia de costumbres con algo de sátira social, en que el autor trata con gran talento un caso de desavenencia conyugal. Se han estrenado también con buen éxito: en el teatro Terry una graciosa comedia en tres actos, *The Foundling*, de Lestocq y Robson; en el Adelphi un interesante drama romántico *The fatal Card*, de Haddon Chambers y B. C. Stephenson, y en el Lyceum una ópera cómica, letra de Brandon Thomas y música de Jakobowski, *The Queen of Brilliants*, que es uno de los más hermosos espectáculos que se han montado en aquel teatro donde tantas maravillas de escenografía se han realizado.

Necrología. – Han fallecido:

Augusto Bazzoni, notable escritor é historiógrafo italiano.

Oliveira Martins, eminente historiador y literato portugués, continuador de la *Historia de Portugal* de Herculano, autor de un notabilísimo estudio sobre Camoens, de la *Historia de la Civilización ibérica*, de *Portugal contemporáneo*, de la *Historia de la República romana*, de *El Brasil y las colonias portuguesas*, etc.

José Almirante Torroella, general de ingenieros español, notable escritor militar, autor del *Diccionario Militar*, traducido, comentado y muy celebrado por alemanes y franceses, de la *Guía del oficial en campaña*, de la *Bibliografía militar*, de la *Guerra franco-alemana*, etc.

Aureliano Fernández-Guerra, eminente literato español, individuo de las Academias Española, de la que era bibliotecario, y de la Historia, director honorario del Instituto Arqueológico de Berlín, y autor de importantes trabajos literarios, entre los cuales sobresale el estudio crítico de las obras de Quevedo que ilustra las obras del gran satírico que se publicaron en la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra.

Francisco Amling, pintor alemán conocido por sus cuadros de la guerra franco-alemana y por sus dibujos de la vida militar y del *sport.*

Marino Mancinelli, notable compositor, maestro concertador y director de orquesta.

Juan Veitch, eminente profesor de filosofía de la Universidad de Glascow, verdadera autoridad en materias de poesía escocesa.

Hermán Helmholtz, ilustre fisiólogo y físico alemán, presidente del Instituto físico técnico de Charlottemburgo, famoso por sus descubrimientos acerca de las leyes de conservación de las fuerzas y de la rapidez de transmisión de la excitación nerviosa, inventor del espectroscopio, promotor de la doctrina de los colores, fundador de la nueva doctrina de la vida y de las sensaciones del sonido y autor de importantísimas obras de física y fisiología.

Woldemaro Hottenroth, pintor de historia alemán.



VISTAS DE PALMA DE MALLORCA (de fotografías)



VISTAS DE PALENCIA (de fotografías)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL CICLÓGRAFO Y LA FOTOGRAFÍA DE LOS GRANDES HORIZONTES

Pocos son hoy en día los turistas que á su afición por las excursiones no unan la afición á la fotografía, merced á la cual pueden conservar la imagen de los paisajes que más les han seducido, el recuerdo gráfico de los sitios que les han sugerido sensaciones agradables ó dulces emociones.



Fig. 1. – El ciclógrafo y la fotografía de los grandes horizontes

Por desgracia los clisés son generalmente fragmentarios, puesto que recortan en el panorama un rectángulo arbitrariamente escogido y que no siempre resulta ser el rincón soñado, el conjunto que tan honda impresión ha hecho sentir.

Para remediar estos inconvenientes de los aparatos ordinarios, para conseguir esos *desiderata* de los aficionados, M. Damoizeau ha hecho recientemente una reducción de su ciclógrafo: en un volumen muy reducido, pero al mismo tiempo de armazón muy sólida, el nuevo aparato permite obtener un número considerable de vistas hasta llegar al panorama completo.

Consiste el aparato esencialmente en un movimiento de relojería que dirige el objetivo á todos los puntos del horizonte y gobierna al propio tiempo dos cilindros *c* y *c'* (fig. 4) que arrastran una película fotográfica P, montada en dos carretes móviles, uno que lleva arrollada la película antes de la exposición de la luz y otro que lo recibe después: la luz penetra en la placa por la hendedura R, situada entre los dos cilindros, que se cierra y se abre por medio de una palanca que mueve el operador.

La velocidad del movimiento de relojería está regulada por un regulador que anda más ó menos de prisa según que se le adapten superficies más ó menos grandes. De esta suerte el operador puede, regulando la velocidad de rotación, hacer variar la duración del tiempo de postura para cada uno de los puntos de la imagen según los caprichos de la iluminación ó la velocidad del modelo.

El cuerpo del aparato, bloque compacto cuyas dimensiones son 15 centímetros de altura, 15 de longitud y seis de espesor, va provisto de una mira A que presenta en la pequeña cubierta de su cuadro posterior toda la parte del panorama que será visible en la placa. Un nivel de agua colocado sobre la caja permite asegurar la perfecta horizontalidad de la misma.

Cada carrete puede contener dos metros de preparación sensible.

En este aparato, el objetivo y la película se mueven al mismo tiempo; pero algunas veces sólo se mueve la primera, permaneciendo fijo el segundo. Esta combinación de la relojería y de la fotografía ha recibido el nombre de cronofotografía.

Para el aficionado es á menudo indiferente conocer el instante de la producción de una imagen; no sucede lo mismo con el hombre de ciencia, y la cronofotografía ha proporcionado ya los documentos más interesantes.

Uno de los primeros que han empleado este método es un sabio ruso, Bellarminoff, que ha publicado en los *Archivos de Pflüger* fotografías continuas de las modificaciones de la pupila.

No hay registrador más sensible y exacto de las modificaciones del sistema nervioso que la pupila: la figura 2 representa á la izquierda la abertura pupilar normal de un gato y á la derecha la abertura pupilar del mismo animal después de haberle dado una inyección de atropina.

Los tres grabados de la figura 4 reproducen dilataciones ó contracciones pupilares bajo la influencia de excitaciones ó secciones de los diferentes nervios del iris, del gran simpático y del nervio motor ocular común.

El método cronofotográfico permite seguir, como se ve, en el tiempo más infinitamente pequeño las menores variaciones del diámetro de la pupila y apreciar exactamente los menores cambios que se producen en los centros nerviosos.

Los aparatos del género del ciclógrafo ligeramente modificado podrían ser de gran utilidad para el médico.

DR. SERVET DE BONNIERES.

***

PROCEDIMIENTO PARA DAR TRANSPARENCIA Á LOS NEGATIVOS SOBRE PAPEL

Cuanto más se va generalizando el uso del papel como soporte de la película de gelatina, más se hace sentir la necesidad de hallar un medio sencillo y práctico para dar transparencia al papel.

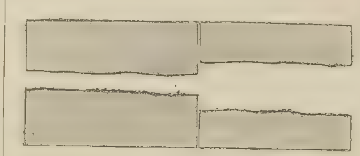


Fig. 2. – Fotografía continua de una pupila normal y de una pupila atropinizada

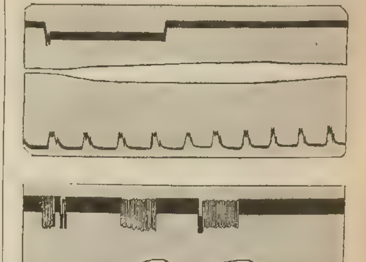
Es cierto que los papeles cubiertos de emulsión por ambos lados, y de este número son los papeles Warnerke, pueden excusarse de toda preparación transparente y se imprimen tal cual son; pero el tiempo necesario para imprimir estos clisés es relativamente largo. El fin que debe proponerse conseguir es el hallar una preparación de empleo fácil y al mismo tiempo que produzca una transparencia que no sea incolora y que, sobre todo, no se vuelva amarillenta, que no haga quebradizo el papel y por lo mismo no puede producir grietas.

Los resultados obtenidos con el uso del aceite de ricino dejan poco que desear; pero este aceite es de una manipulación tan desagradable, que esto solo es suficiente para prescribir su uso. Hace poco tiempo hemos aconsejado la vaselina, y si no estoy equivocado, era la primera vez que se recomendaba esta substancia para este uso. Hemos obtenido muy buenos resultados por este procedimiento, pero hemos de confesar que ofrece grandes dificultades. En efecto, después de la aplicación de la vaselina en el reverso del negativo, es necesario calentarlo: si se calienta poco, resulta que sólo se obtiene una media transparencia y que el grano del papel queda muy marcado; si, por el contrario, se calienta demasiado, la vaselina se evapora y la superficie del negativo queda jaspeada de estrías, que no hemos podido nunca hacer desaparecer. Con frecuencia también el papel toma tendencia á arrollarse con el calor, y se calienta, por lo tanto, con gran desigualdad, hallándose algunas partes demasiado calentadas.

La *Eastman Company* ha aconsejado, hace poco tiempo, una mezcla de aceite parafina para lámpara, que es muy volátil, y de vaselina, mezcladas hasta la consistencia de crema. Esta preparación penetra en frío en algunas horas. Si se calienta penetra más rápidamente y no exige el calor necesario para la vaselina sola. Hemos obtenido muy buenos resultados con este procedimiento. El aceite parafina empleado solo, da una hermosa transparencia, pero se volatiliza demasiado rápidamente y el grano del papel aparece al cabo de poco tiempo.

De todos los procedimientos que hemos ensayado, el mejor es el M. W. K. Burton, que es el siguiente: Se prepara una mezcla compuesta de una parte de aceite parafina y tres partes de vaselina. Se extiende esta preparación espesa sobre el dorso del negativo, y se presenta el lado emulsionado á un chorro de vapor de agua que salga de una cafetera ordinaria. Casi en seguida el negativo blanquea del lado opuesto á aquel contra el cual pega el vapor. Esta es una señal de que la materia empleada penetra el papel, que quedará transparente cuando se enfríe. El efecto del vapor de agua tiene la gran ventaja de mantener el papel flexible y de impedirle que se abarquille, ventaja que pueden apreciar los que han ensayado otros procedimientos para dar transparencia al papel. El tiempo necesario para obtener un grado de transparencia cual nunca hemos podido conseguir por los otros métodos, es de un medio minuto empleando una cafetera ordinaria, y estoy persuadido de que, adaptando á la cafetera un tubo ó pitón chato, de manera que se obtenga un chorro de vapor ancho, se podría conseguir el mismo resultado en algunos segundos.

Podría creerse tal vez que, bajo la influencia del vapor de agua, la película pudiera fundirse: sin embargo, nunca se ha presentado este caso en nuestros experimentos. En efecto, un chorro de vapor no afectará un negativo desarrollado al piro, fijado sobre cristal, porque el agua se habrá suficientemente condensado antes que el cristal haya adquirido el calor necesario para hacer derretir la película.



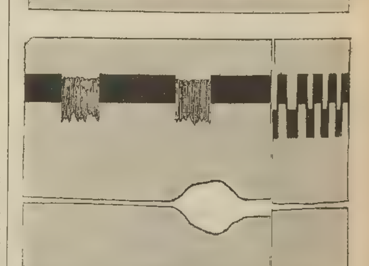


Fig. 3. – Fotografías de pupilas después de excitación ó sección de los nervios del iris

En el caso de un clisé sobre papel, la preparación se hace tan rápidamente que no hay tiempo suficiente para que una cantidad de agua muy apreciable se condense, y por otra parte, es sabido que el calor seco no derrite la gelatina. Haré observar que es siempre conveniente secar bien el clisé sobre papel delante del fuego antes de untarlo de la composición. El exceso de la materia grasa debe quitarse, después de obtenida la transparencia, con un trapito bien seco. Si hubiera corrido alguna pequeña cantidad de la materia sobre el lado del papel que lleva la película, es preciso quitarla con un trapito untado de alcohol metílico, porque esta partícula de grasa podría manchar el papel sensible al hacer la impresión. La vaselina que se vende bajo el nombre de *vaselina veterinaria* es muy suficiente para este género de trabajo. En cuanto al aceite parafina es fácil procurárselo en todos los depósitos de aceite.

(Del *Photographic News.*)

***

FOTOGRAFÍAS SOBRE PAPEL DE CARTAS

Nuestros lectores encontrarán en el procedimiento siguiente un medio muy sencillo y al mismo tiempo económico para ilustrar el papel de cartas con viñetas.

Prepárense las soluciones siguientes:

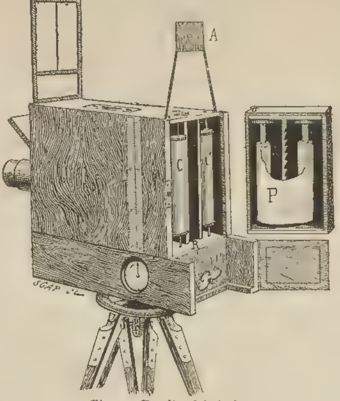


Fig. 4. – Detalles del ciclógrafo

SOLUCIÓN PRIMERA

Agua	15 gramos
Citrato de hierro	1 »
Oxalato férrico-amoniacal	1 »

SOLUCIÓN SEGUNDA

Agua	10 gramos
Cianoférrico rojo de potasio	10 »

Con una esponja fina empápese el papel de la disolución en el espacio en que se desee hacer la impresión.

Esta operación se practica á la luz difusa. Una vez seco el papel, se expone debajo del negativo hasta que la imagen aparezca.

Se desarrolla por medio de un pincel empapado de la solución segunda.

Después de lavarle ligeramente en agua, se seca entre dos hojas de pápel secante. Cuando la exposición ha sido en demasía, añádese al agua de lavación algunas gotas de amoníaco. Las pruebas débiles se pueden reforzar sustituyendo el amoníaco con ácido clorhídrico.

EL CONDE DE PARÍS

El día 8 del mes actual falleció en su palacio de Stowe House el ilustre conde á quien con razón se denominaba el hombre más caballero de Francia. Antes de morir llamó junto á sí á su hijo, al duque de Orleans, y le dijo: «Prométeme que consagrarás tu vida exclusivamente á la gloria y á la felicidad de Francia. – Lo prometo, contestó el duque. – Gracias. Este es mi supremo consuelo.»

Estas palabras son el sello que en sus últimos momentos puso el conde de París á su programa de afecto hacia la nación francesa, de la cual hallábase proscrito en virtud de la ley de 1886.

Luis Felipe Alberto, conde de París, nació en París en 24 de agosto del 1838 del príncipe real Fernando, duque de Orleans, y de Elena, princesa de Mecklenburgo-Schwerin. Contaba diez años cuando la revolución de 1848 expulsó de Francia á su familia, pasando entonces á Alemania, de allí á Inglaterra, luego á Oriente, más tarde á España y después á América. Cuando estalló en los Estados Unidos la guerra de secesión entraron él y su hermano, el duque de Chartres, como voluntarios en el ejército federal, distinguiéndose notablemente durante toda aquella lucha, terminada la cual regresó á Europa, consagrándose á trabajos literarios, históricos y económicos, muchos de los cuales publicáronse en la importante *Revue des deux mondes*. Estudió profundamente la cuestión social y el problema de las clases obreras, siendo frutos de estos estudios, entre otras, *Las Asociaciones obreras en Inglaterra* y *De la situación de los obreros en Inglaterra*.

En 30 de mayo de 1864 casóse con la infanta Isabel, hija del duque de Montpensier, habiendo tenido cinco hijos: Luis Felipe Roberto, duque de Orleans, que nació en 1869, las tres princesas Elena, Isabel y Luisa y el príncipe Fernando.

Extinguida la línea de Artois por muerte de Enrique, conde de Chambord, quedó el conde de París jefe de la casa de Borbón de Francia, y como tal alegó sus derechos al trono, que hoy han pasado á su primogénito, el duque de Orleans, de quien tanto se ocupó la prensa de todo el mundo cuando en 1890 se presentó en París solicitando cumplir como soldado el deber que la ley militar francesa impone á todos los súbditos de la República, y cuya prisión é indulto fueron tan comentados en aquella misma fecha.



EL CONDE DE PARÍS, fallecido en Stowe House (Inglaterra) en 8 del actual

En la página 618 publicamos los retratos de algunos de los ascendientes del conde de París en quienes se ha ido transmitiendo el ducado de Orleans.

Creado este ducado en 1344 por Felipe VI de Francia para su hijo Felipe, que murió en 1375, desde 1392 hasta 1498 estuvo vinculado en la familia Orleans-Valois en las personas de Luis, hijo de Carlos V, de Carlos el poeta y de su hijo Luis, que fué luego Luis XII. En 1626 fué restablecido el ducado y conferido á Gastón, hermano de Luis XIII, que murió sin sucesión masculina, pasando entonces el título á Felipe, hermano menor de Luis XIV, esposo de Enriqueta Ana de Inglaterra y fundador de la segunda casa de Francia, la de Orleans-Borbón, y del tercer ducado de Orleans. De él arrancan los derechos del conde de París, que era su descendiente por línea directa masculina.

Sucesivamente fueron duques de Orleans Felipe, que al morir Luis XIV y durante la menor edad de Luis XV se apoderó de la regencia con poder absoluto, iniciando una época de reacción contra el gobierno del anterior monarca, y escandalizando al mundo con sus relajadas costumbres; Luis, el príncipe virtuoso, caritativo y amigo de las ciencias; Luis Felipe, el apasionado amigo de los hombres de letras y valeroso capitán que tantos lauros alcanzó en las campañas de 1742 á 1757; Luis Felipe José, llamado Felipe Igualdad, que tan triste papel desempeñó durante la revolución francesa y á quien el haber votado la muerte de su primo, el infortunado Luis XVI no libró de ser á su vez comprendido en la acusación de los girondinos, condenado y guillotinado; Luis Felipe, que después de haberse declarado partidario de las ideas de la revolución y de haber acreditado su valor en la guerra contra las potencias extranjeras hostiles á ésta, por lo que obtuvo los grados de mariscal de campo y teniente general, sirvió á Luis XVIII y á Carlos X, y al ser éste destronado por la revolución de 1830, fué proclamado por la Cámara rey de los franceses; y finalmente Fernando Felipe Luis Carlos Enrique, padre del conde de París, que tanto se distinguió cuando la revolución de 1830, en Lyón en 1831, en Amberes en 1832 y en Argel en 1835 y que pereció cerca de su castillo de Neuilly en 13 de julio de 1842 á consecuencia de haberse arrojado de su coche cuyos caballos se habían desbocado.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 1.º de octubre de 1894 — Núm. 666



GRUPO DE PANTERAS EN LA FACHADA DEL TEATRO REAL DE WIESBADEN, obra de Gustavo Eberlein



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Las tierras levantinas. – El espectáculo que ofrecen á los ojos. – La vendimia. – Contemplación de la naturaleza. – Las guerras y discordias. – Poesía de la naturaleza. – Su poeta. – Patria de Virgilio. – Poetas amigos y poetas enemigos de la naturaleza. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Imposible dejar de apasionarse por las tierras levantinas. Estas cordilleras tan airosas frente á un mar tan azul y bajo un cielo tan espléndido emboban al menos capaz de arrobarse y enajenar su alma en las contemplaciones del universo. La mano de Dios ha bendecido el campo donde brotan los viñedos mezclados con los olivares. Un gran poeta germánico nos ha dicho de un modo perfecto la nostalgia sentida por el Mediodía en las brumas del Norte, cuando interroga por la tierra donde crecen los naranjos y los granados, á cuyo seno vuelan los espíritus boreales como bandadas de viajeras amantes golondrinas. Y la estación por excelencia de nuestra tierra es el otoño, y la vendimia el más bello de los trabajos otoñales en el campo. La recolección de sabrosos frutos crece ahora en términos de haceros creer más fecunda la creación en esta temporada que en las restantes del año, por olvidarse uno de como todas las frutas, al paladar sabrosas y olientes al olfato, fueran en otros tiempos gérmenes y capullos y flores en el natural movimiento de la naturaleza y en sus capitales evolutivos desarrollos. Mas las panojas con sus cabelleras lucientes, las almendras y avellanas contenidas en zurrones, las higueras cargadas de sus higos, que son todo miel, esos racimos arrojados desde los cernachos en los lagares, el carro henchido de uvas, el mosto embriagador corriendo por todas partes, la verde aceituna engordando y el granado tiñéndose de un rojo coral que anuncia la madurez y el azucaramiento de sus pepitas, por tal modo deleitan que os parece una égloga viviente la campiña y os tientan á meditar sobre la naturaleza y sobre la poesía y sobre la vida en el universo.

II

Yo siempre te amé, siempre, alma naturaleza, desde que sentí tu eterna vida agolparse á mi corazón y tu calor discurrir en jugos vivificantes por mis venas. Luz esplendente que inundas los espacios; electricidad chispeante que corres por los nervios; aire vital en que respiran desde la violeta hasta el águila; fuego del hogar á que se calientan los orbes; vida, eterna vida, la de varios colores, la de organismos innumerables, jamás te imaginé sombra de mis pensamientos, cuadro de mi fantasía, estatua iluminada por la antorcha de mi inteligencia, el eco de mi voz en lo infinito, el reflejo de mi solitario ser en el vacío: creí y adoré la realidad. En ti, en tu seno, todo me subyuga; lo mismo la primera flor del temprano almendro en la henchida yema, que el postrer copo de la blanca nieve en la alta montaña; lo mismo el rumor de la lluvia invernal en los vidrios de las ventanas por las eternas noches, que el susurro del arroyo libre de sus cadenas de hielo por las campiñas primaverales; lo mismo la tempestad rugiente en truenos, encendida en relámpagos, chasqueando el rayo, que la endecha del ruiseñor enamorado en el tranquilo bosque; lo mismo el deslumbrador mediodía con sus tonos calientes, que la pálida luna con sus argentadas gasas; lo mismo el chirrido de la cigarra en las estivales siestas, que el grito del cuclillo en las mudas veladas; lo mismo el zumbar de la abeja sobre los arbustos, que el expirar de la ola en las sonoras playas; todo en ti me parece divino, todo, desde el amor hasta la muerte.

III

Pero en el mundo no todos tienen este culto mío por la naturaleza, no todos sienten este dulce arrobamiento por los bellos espectáculos de la vida. Hay muchas armonías, pero junto á muchas batallas. Si al levantar los ojos á las esferas y ver el concertado movimiento de los astros puede pareceros el universo un poema, al convertirlos á la tierra y descubrir el odio de unos seres á otros seres, sus mutuos encarnizados combates, las heridas que se abren, la sangre que se sacan y vierten, la muerte que se infieren, el universo puede pareceros una interminable, infinita, universal guerra. Si cada ser no tuviera á su lado su contrario, llenaría pronto él solo con su prole toda la creación. Un elefante, el animal de instintos más castos y de reproducción más tarda, á la vuelta de cuatro ó cinco siglos, podría tener una descendencia de quince millones de elefantes. Por eso la muerte es tan creadora y tan necesaria y tan fecunda como la vida. Por eso en cada punto del espacio se amontonan las cunas y los sepulcros. Por eso junto á cada planta hay otra que le dispute el aire, la luz, el jugo de la tierra, el rocío de los cielos; junto á cada animal otros animales que se persiguen como ejércitos enemigos y se exterminan crueles en eterno duelo á muerte. La vaca en el Paraguay lucha con un moscón que comienza en zumbar en su oído y concluye por anidar en su ombligo. Y aquel moscón la mata. Los naturalistas dicen que si los moscones no acabaran de esa suerte con las vacas, acabarían las vacas, en tiempo relativamente corto, con la lujuriosa vegetación del Paraguay. Y entre nosotros, en la especie humana, así como hay quien considera la naturaleza un templo y desearía no profanarla ni con una gota de sangre, no obscurecerla ni con una nube de odio, hay quien siente á la vista de la ligera liebre el instinto del galgo ó del sabueso; al roce de las alas de un pajarillo, el impulso del águila ó del milano, y viviría como el feroz cazador de la leyenda alemana en lucha perpetua, entre montones de despojos, produciendo eternamente la muerte, anegándose en mares de sangre.

IV

¡Oh! El sentimiento y la idea están esparcidos como la luz, como el calor, como la vida, por todo el universo. Si la idea y sentimiento están esparcidos por la naturaleza, el amor á la naturaleza no ha dominado siempre en el arte. Hay épocas enteras en que parece estar ciego el hombre á los esplendores del universo. Ni la estrella en el cielo, ni la luciérnaga en la tierra, ni el torrente espumoso que baja como una tormenta de las altas cimas, ni la gota de rocío que se suspende como una lágrima á las hojas de las flores hieren su atención. Las reacciones místicas contra el delirio y el desenfreno de los sentidos explican satisfactoriamente este hecho. El poeta monástico ó el poeta guerrero se conmueven más á la vista de los altares ó de los campamentos que á la vista del sol naciente ó del mar en calma; mientras el poeta antiguo, coronado de pámpanos y de hiedra, con la copa de Chipre en las manos y la miel de Chío en los labios, quiere contemplar desde mullido lecho de hojas de rosas el cielo y las ondas, los bosques y los promontorios, las cordilleras ceñidas de nieve y las islas salpicadas de espumas, en el admirable golfo de Parthenope. La poesía está doquier está la hermosura. Puede ser un monasterio hermoso y hermosa una orgía. Pero no me negaréis que el sentimiento de la naturaleza da mucho vigor y mucho encanto á los poetas. Admirables son el horizonte y el campo reflejándose en las profundidades de nuestra alma. Los cantores de la naturaleza, pues, nos encantan siempre. Y entre los cantores de la naturaleza ninguno como Virgilio. En el aula de latinidad, cuando las declinaciones y los diptongos empolvan vuestro pensamiento, Virgilio os trae el aire balsámico de la majada, el olor del tomillo, la sombra de las hayas, el eco de la zampoña, el arrullo de la tórtola, el misterio de la sublime caída de la tarde al bajar la sombra de los altos montes y subir los ganados á los escondidos apriscos. Allí veis y oís las aves que anuncian el tiempo como las sibilas del aire y como las profetisas del universo, apareciendo según las tempestades ó las bonanzas; la grulla que se levanta de los valles; la golondrina que riza con sus alas jamás fatigadas el borde espumoso de las ondas; los lúgubres cuervos que hacen estremecer la atmósfera con su vuelo y sus graznidos; los pájaros acuáticos, así aquellos que surcan los mares como aquellos que surcan las lagunas, sumergiéndose en las aguas, sacando luego erguidas sus cabezas para escapar con sus bandadas lejos de la tormenta; el ronco grito de la corneja que llama á las nubes y á los torrentes del cielo; el triste mochuelo gimiendo en los altos techos durante la callada noche como para contrastar la serenata que da el ruiseñor en la enramada al dulce objeto de sus cánticos y de sus amores. Cuando en las artes descendéis de uno de esos poetas idealistas y soñadores á Virgilio, os sucede como al descender de los elevados picos donde el aire se enrarece al hondo valle henchido de oxígeno y embalsamado de esencias.

V

Mantua, la patria de Virgilio, es una ciudad acuática, palúdica. El Mincio, que baja del lago de Garda y desemboca en el Po, al llegar á estos terrenos se para, se estanca, se dilata en pesadas y mefíticas lagunas, las cuales carecen ciertamente del colorido mágico y de la helénica alegría que tienen las lagunas de San Marcos en el espléndido Adriático. Yo las recorrí todas, aunque ligeramente, con mis *Geórgicas* en la mano. Es verdad que algunas se han formado muy posteriormente á la época del poeta; pero el río fluye aún por donde lo vieron sus ojos, y una parte de las aguas duerme donde dormían cuando él estaba en la cuna.

Propter aquam, tardis ingens ubi flexibus errat
Mincius, et tenera prætexit arundine ripas.

Yo vi la laguna de Sopra, laguna de arriba, artificialmente formada; paseé dos ó tres veces por el dique de los molinos que conduce á la ciudadela; me asomé al puente de San Giorgio para contemplar lo mismo la laguna del centro que la de abajo; y no obstante descubrir por doquier muros y contramuros, fuertes y contrafuertes, lunetas y castillos, fosos y puentes levadizos, convencíme de que Mantua es en nuestro tiempo, como en tiempo de Virgilio, una población esencialmente agrícola. Por todas las lagunas vi barcas de frutos cargadas y por todas las calles carros cargadísimos. Lo que más trajo á mi memoria la edad antigua fué singular espectáculo que hirió mi atención y cautivó mi ánimo. Transcurría el tiempo de la vendimia. En carreta, verdadero lagar ambulante formado de apretadas tablas, amontonábanse las recién cortadas uvas. Dos ó tres mancebos, arremangadas las mangas de la camisa y arremangados los pantalones, pisaban los racimos como al compás de un baile, produciendo rojo río de mosto que caía de la carreta en preparada cuba. Al pie, sentada sobre un barril, hermosa joven de tez morena y ojos negros cantaba canción melodiosa para acompañar la danza de los pisadores. Varios niños con las manos cargadas de mostosos racimos y las sienes ceñidas de improvisadas guirnaldas danzaban también entre las ruedas. Y los tardos bueyes lucían á guisa de plumeros en el testuz manojos de sarmientos, cuyos pámpanos, verdes unos y carmesíes otros, formaban el más bello contraste en aquel viviente bucólico cuadro que no hubiera menospreciado Virgilio. Toda la región, toda ella, exhala inspiraciones campestres: las lejanas cordilleras de los Alpes, recamadas de celestes reflejos y ceñidas de eternas nieves, inmensas líneas de rotondas y pirámides admirablemente dibujadas en los horizontes; el espacioso lago de Garda, formado por puros manantiales que dan á sus aguas la transparencia y la claridad del cristal, tendido perezosamente al pie del monte Baldo; las pesadas lagunas de Mantua, que contrastan con el celeste Garda, lagunas compuestas de las corrientes del limoso Mincio; el ancho Pó, de tranquilo curso y de brillante superficie; los verjeles y majadas, el campo entero cubierto de un verdor que recuerda los paisajes de Holanda; los altos olmos en cuyos troncos las vides se enlazan y suspenden; toda aquella naturaleza impregnada de la misma poesía que exhalan de sus hexámetros las virgilianas Églogas.

VI

Existen hoy dos clases de artistas igualmente detestables: unos, menospreciadores del universo, cuyas armonías no oyen, cuyos colores y matices no ven, cuya admirable totalidad no comprenden, prefiriendo encerrarse en los abismos de su propia inteligencia,

en la obscuridad de sus ideas y dar forma sólo á sus ensueños, como si la totalidad del ser estuviera en nosotros, y fuera de nosotros no hubiese hermosura alguna ni inspiración posible; otros que copian servilmente la naturaleza, que en sus obras la reproducen como en una fotografía, que á fuerza de repetirla concluyen por disecarla, destruyéndola en la servil miniatura de sus fragmentos, como aquel poeta citado por Richter, que consagró un poema épico entero al momento del parto y al arte dificilísimo de los comadrones y de las parteras. La poesía es un grado de la idea superior á la naturaleza. El poeta debe recorrerla como un ángel, trayendo á su seno los resplandores de otros mundos y animándola con el calor y á la luz de lo ideal. Así era Virgilio: reproducía la naturaleza, embelleciéndola, y demostraba que en el sentimiento del poeta, como en la idea del filósofo, crece y se espiritualiza y se acerca la naturaleza al Eterno. La obra por excelencia de Virgilio es el poema de las *Geórgicas*. Podríais bien exactamente calificarlo llamándole epopeya del trabajo en oposición á esa epopeya de la guerra que preside y acompaña á toda historia. El poeta canta desde la semilla depositada en la tierra, imperceptible, confinando con el no ser y germen de nuevos seres, hasta la zumbadora abeja, hija de la luz, elaboradora de la miel, que confina con el mundo superior y cuasi divino de la inteligencia. La ley de la unidad en la variedad reina con imperio en todo el poema. Los seres se esparcen, se diversifican, se irradian por los espacios en varias individualidades que luego se juntan y se armonizan en reinos, en géneros, en familias, en especies, hasta llegar á confundirse como en su atmósfera en el espíritu universal de la creación. Así se corresponden desde la cinta de hierba parásita en los abismos de la tierra, hasta el cometa, esa cinta de materia cósmica perdida en los abismos del cielo. Los seres inertes toman el humano sentimiento y la idea humana, animándose á su vivificador soplo, como los cuerpos opacos y fríos se iluminan y se calientan en la luz y en el calor del sol. El laurel conoce y desea la gloria; el injerto presiente las flores y los frutos que ha de darle pronto la nueva savia recibida en sus fibras; la encina contempla orgullosa y vencedora á las generaciones de hombres y de dioses que arrebatan bajo sus eternas ramas los siglos; la primavera hincha con su amor desde la yema del arbusto hasta la linfa del arroyo, y el éter desciende en copiosas lluvias sobre el seno de su esposa la tierra para fecundizar los gérmenes innumerables de la vida. ¡Oh religión de la naturaleza! Virgilio no es aquel avaro cultivador de otros tiempos, que solamente ve en los campos la riqueza y pretende herirlos con su azadón y su arado para explotarlos cual abundosa mina; es el sacerdote que tiene un culto, el poeta que tiene un sentimiento, el sabio que tiene una idea y vierte todos estos elementos de vida en los prados, en los bosques, en los viñedos, en la siembra, como nueva y más fecunda lluvia.

Buenavista (Valls), 19 de septiembre de 1894.

RECUERDOS DE VIAJE

Es lo que, en varios círculos, denominan *souvenirs*.

Pero no debe confundirse con *records*.

Buenas son estas advertencias para facilitar la buena inteligencia de algunos literatos.

No crean ustedes que es tarea fácil la de recordar cuantos pormenores pueden embellecer el relato de viajes.

Ni todos los hombres sirven para viajeros y menos para narradores de aventuras.

Para lo primero se necesita, por lo menos, ropa. Es decir, billete de ferrocarril y dinero para las horas de comer y demás gollerías.

Para narrar los viajes es indispensable poseer dotes de historiador y de novelista, para ordenar los datos, y describir los acontecimientos con soltura y claridad, y despertar el interés del auditorio ó del lector.

No todos los hombres ilustrados sirven para viajar con aprovechamiento, y menos aún para relatar sus viajes.

El narrador de viajes ha de ser poliglota para hablar ó escribir en el idioma respectivo y usual en el país que describe; actor cómico y dramático y mímico, si ha de hacer de foto-fonógrafo de tan diversos pueblos; vamos, si ha de relatar verbalmente sus viajes.

Entre esos relatores domésticos he conocido algunos dignos de recompensa oficial.

Pero uno, entre todos, que describía un viaje por la Argelia y Marruecos con tal entonación, con tanto carácter y tanto color y tanta verdad, que una señora de la reunión, que se estaba preparando para andaluza, exclamaba:



ZARAGOZA. – Portada de la casa de Zaporta ó de la Infanta, incendiada el día 10 del actual (de fotografía)

–Oyéndole á usté, *jiede* á munsurmán, tarmente. ¡Qué similitud, hijo!

Ni con moros intercalados en el texto, se verían con más claridad los paisajes, los tipos y las costumbres.

–Es usté un cosmorama, añadía la andaluza por convicción. Es una lástima que no le metan en argún sírculo de esos pa que hablara *jasta desaiogase*.

Era una notabilidad aquel hombre.

¡Qué voz, ora de tenor, ora de barítono, ora de bajo cero!

¡Qué expresión de miradas! ¡Qué actitudes! ¡Qué agilidad! ¡Qué facilidad imitativa!

La caza del león, relatada por él, horrorizaba.

–Amanecía cuando nosotros llegamos al desierto del Sahara ó Sájara, según pronunciamos los árabes. Saludaban los pajarillos al nuevo día...

–¿Hay pájaros en el desierto?

–Pájaros del país.

–Eso es, afirma otro erudito, aunque no viajero, pájaros de *dessert*.

–¡Ah! ¿De postre?

–Ello mismo lo dice.

–Los reptiles, continuó el narrador, silbaban alegremente; los árboles, agitados por el soplo abrasador del viento... local, indígena, murmuraban canciones del país.

Y el viajero recitaba el murmullo de los árboles africanos.

–¿Pues hay árboles en el desierto?, le preguntó un señor inamovible por su cargo y por sus condiciones físicas.

–Sí, respondió el viajero; palmeras vírgenes.

–¿Y murmurarán en árabe?

–En un dialecto del «árabe feliz.»

–Ya.

–De repente se oye... una escala vocal, sin saber de dónde procede. Parece lo mismo el rugido de una fiera que la voz de una corista que ensaya y gargariza.

–¡Coros en el desierto!

–Después se oye claramente *le chant du lion*, según le denominamos todos los que somos ó hemos sido, siquiera accidentalmente, cazadores de leones. Siempre hablamos en francés, porque es el único idioma que conocen aquellos animales.

Y el narrador ruge á media voz ó en toda la extensión de ella unos compases de *le chant du depart*, ó de *en revenant de la revue*... ó unas cuantas notas de capricho, pero con carácter; es decir, que pudiera «rugirlas» un león cualquiera.

Y luego continúa:

–Es el rey de las selvas que despierta y saluda al sol que asoma en el Oriente.

–¡Precioso, precioso!

–Se ve amanecer en el desierto.

–Se siente.

Si la conferencia es en público, éste saluda también, con palmas y bravos, la salida del león á la vida pública ó á la arena pública.

–En aquel momento, como si presintiera que hay moros en la costa...

–En la costa y en el interior, apunta un oyente de buena fe.

–¡Silencio!, le imponen los otros.

–Mira en rededor, prosigue el viajero parlante ó escribiente, y ve al hombre, su enemigo poderoso. Momentos de duda y de ansiedad por una y otra parte. El león se presenta. «¿Vendrá con mal fin ó será un caminante sencillo?» Y el cazador piensa: «Si pudiera ganarle la acción... Probemos. Veamos. Valor. Prudencia.»



ZARAGOZA. - Patio de la casa de Zaporta ó de la Infanta, incendiada el día 10 del actual (de fotografía)

–Todo eso en música, exclama un espectador, sería delicioso.

–Llegó el instante; pero, continúa el narrador con creciente entusiasmo, el león avanza, paso á paso, sacudiendo la melena, como le pintan de ordinario los poetas patrióticos ó zoológicos. Entonces se levanta de pronto el arma «homicida,» y... ¡pum! El proyectil atraviesa aquel corazón valiente y noble, y el animal cae exánime, clavando una mirada de fuego en su matador.

–¡Magnífico!

—¡Admirable!

El viajero se limpia la frente de sudor y se sienta como fatigado por la pelea y por la marcha y abrasado por el sol del Sahara.

—Diga usted y perdone, pregunta un espectador: y ¿si no le pasa el proyectil ni le mata?

Pero todos los concurrentes, indignados contra el impertinente, sin dar tiempo á la explicación del viajero ilustre, responden casi á coro:

—Pues repite la suerte. ¡Hombre, qué ignorancia!

—Ustedes lo saben y yo no, se disculpa el inoportuno.

Algunos felicitan al «orador.»

Después pinta la escena de familia: la esposa desolada y feroz, los cachorros acariciando á su señor padre, ya interfecto... ¡Y verse en la triste necesidad de concluir con todos ellos!.. ¡Ah!.. Enternece inconscientemente.

¿Y cuando describen paisajes esos narradores?

Se ve la alta cordillera, «siempre nevada,» el valle «risueño y dilatado,» el torrente «impetuoso,» la selva «obscura,» el bosque «sombrío,» la montaña abrupta, la mar...

Se oye el rugir de las «encrespadas» olas, se percibe el olor de la brea.

Y él grita y canta y llora y ríe y salta y nada en seco y toca el cuerno de caza y dispara la escopeta y pesca con red..., todo del natural.

Alguno emplea aparatos de proyecciones: otro sencillamente una linterna mágica.

Lo mismo que si fueran á viajar de veras, necesitan cuatro ó cinco baúles llenos de objetos para auxiliar á la palabra con el decorado, como en las obras teatrales denominadas en *caló* de bastidores «de gran espectáculo.»

Como prestidigitadores ó «ilusionistas,» como decimos ahora.

—¿Qué tal?, preguntaban á un amigo mío después de esas conferencias.

—¡Soberbio!, respondió; lo mismo que lo dicen Malte Brun y Larousse y otros autores.

EDUARDO DE PALACIO

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

LA ORFEBRERÍA SEVILLANA

I

Si en medio del continuo tráfago que nos rodea, del incesante movimiento en que vivimos, queremos que nuestro espíritu descanse de sus fatigas y halle la calma de que nos priva el bullicio que por todas partes nos acosa, forzosamente hemos de volver la vista á lo pasado, y al evocar con el poderoso aliento de la imaginación los deslumbrantes cuadros de nuestras glorias, sentiremos bienestar inefable, al ver pasar ante los asombrados ojos tantos y tan altos testimonios de grandezas perdidas, cuyas brillantes aureolas no han sido bastantes á debilitar ni obscurecer siquiera, ni el transcurso de los siglos, ni las mayores conmociones sociales. Memorias ilustres, tradiciones veneradas, recuerdos artísticos imperecederos acuden á nuestra mente, y la Historia y la Arqueología, con su labor incesante, nos ponen de manifiesto los nuevos secretos arrancados de entre el polvo, ora á monumentales fábricas, ora á viejos legajos de nuestros archivos. Interrogados unos y otros hemos visto en el espacio de medio siglo á los hombres estudiosos cómo han acumulado los más preciosos materiales para algún día reconstruir sobre seguras basas el gran edificio de nuestra historia artístico-industrial, hasta aquí tan injustamente desdeñada como desconocida. ¿Y cómo podremos llegar al conocimiento exacto de la cultura pasada, sin estudiar los inapreciables testimonios que de su singular pericia nos legaron aquellos insignes maestros de hacer rejas, aquellos armeros, tejedores, entalladores, guadamacileros, orfebres y orífices, bordadores y ceramistas que poblaron de obras maravillosas, lo mismo el pequeño santuario que la gigantesca basílica, la pobre vivienda que los alcázares reales? A nuestro siglo, pues, corresponde la gloria de haber iniciado los estudios artístico-industriales, salvando del olvido en que yacían miles de nombres ilustres con las memorias de las obras peregrinas que efectuaron, que sirvan de enseñanza para los presentes y de honra para la patria. Si cada una de las capitales de España realizara la obra de publicar un *Diccionario de sus artífices* ó una serie de monografías acerca de sus producciones artístico-industriales que mayor florecimiento alcanzaron, reunidos los volúmenes que comprendieran estos trabajos, ¡qué monumento más asombroso podríamos levantar á la memoria de los que fueron, para admiración de propios y extraños! Sevilla sola presentaría un catálogo biográfico de más de 1.500 artífices del gremio de la platería, y si se reuniesen los de otros, espaderos, bordadores, vidrieros, arcabuceros, esmaltadores, etc., es seguro que sobrepujarían de 4.000, comprendidos desde el siglo XIII hasta fines del XVIII; número que aun siendo considerable, no deberá extrañar si consideramos los antecedentes históricos de esta ciudad, asiento de egregios monarcas y de poderosos magnates, emporio de España durante el siglo XVI por sus relaciones con el Nuevo Mundo y por el entusiasmo religioso á la sazón dominante, que hizo brotar en su recinto insignes fundaciones dotadas con tal largueza, que bien pudieron por sí solas sostener á infinidad de artistas y artífices, ya naturales de ella, ya extraños que acudían atraídos por la fama de sus grandezas.

Si tratásemos de utilizar los materiales que poseemos relativos tan sólo á la historia de la orfebrería sevillana, necesitaríamos de un grueso volumen; pero ya que esto no nos sea posible, procuraremos dar á nuestros lectores ligerísima idea del auge que alcanzó, sirviéndonos de los documentos que tuvimos la suerte de hallar en el Archivo de la Hermandad de plateros, inexplorado hasta ahora.

«Por cuanto *de tiempo inmemorial* la cofradía de los plateros siempre fué y es intitulada al glorioso y bienaventurado confesor Sant Loy en serviçio de Dios y de su bendita Madre Nuestra Señora, como Maestro y primero fundador de la dicha cofradía..., etc.» Dice así el preámbulo, puesto por los artífices sevillanos á las Ordenanzas del Oficio, que presentaron á la aprobación del Cabildo y Regimiento de la ciudad en 14 de mayo de 1518. En las mismas consta que ya el Consejo les había dado unas, tal vez las primitivas, en 10 de julio, era de 1414 (año 1376), las cuales fueron confirmadas por D. Juan II en 15 de octubre de 1416 y después por los Reyes Católicos en 16 de diciembre de 1477. En 15 de enero de 1538 el emperador las confirmó, ampliándolas con varias disposiciones importantes para el mejor gobierno de la Corporación, y el mismo monarca, para más honrarlos, concediólos el privilegio de poder vestir sedas, ellos y sus mujeres, declarando que debía llamárseles artífices y no gremio (Madrid 30 de septiembre de 1538), puesto que era arte el que practicaban; añadiendo: «porque si el artífice platero primero no sabe y entiende el arte de la geometría para la proporción de la longitud y latitud de lo que labra e no saue el arte y sciencia de la prespectiva para el dibujo y retrato de lo que quiere obrar e si no saue y entiende el arte y sciencia de la arismética para el minerar (sic) y entiende los quilates y valor del oro y plata, perlas y piedras y monedas, no puede ser artífice ni platero..., y por tanto con mucha razón los derechos hacen muy gran diferencia entre oficio y artífice.»

D. Felipe II los declaró aptos para todos los cargos honoríficos de la república: Alcaldes, Regidores, Diputados en Cortes, etc., y D. Felipe IV dispuso que no debían contribuir como gremio para el vestimento de soldados, sino por vía de gratuito donativo, suplicándoselo á cada uno como los nobles.

En 1699 parece por una nota suelta que hemos hallado, que sufrieron modificación las Ordenanzas, y á 17 de abril de 1725 D. Felipe V confirmó los privilegios del emperador.

En 1747 D. Fernando VI les dió unas nuevas, y entonces proyectaron formar Estatutos, que creemos no rigieron hasta 1753. Dos años después, á 9 de enero se expidieron en Real Cédula otras Ordenanzas que repugnó el Arte, solicitando que quedasen en vigor las antiguas aprobadas en 3 de julio de 1747 con algunas modificaciones, lo cual alcanzaron del monarca, remitiendo las primeras á la Real Junta de Moneda y Comercio en 12 de diciembre de 1758.

En 10 de marzo de 1771 se expidieron Ordenanzas generales y en 4 de Febrero de 1791 el monarca aprobó la *Regla y Constituciones para el régimen, dirección y gobierno de la Hermandad.* Finalmente quedó extinguida la Cofradía por el gobierno intruso en 19 de septiembre de 1810.

Veamos ahora por curiosos, y en prueba de la consideración en que eran tenidos los artífices plateros, los requisitos y ceremonial con que ingresaban en la Cofradía en el siglo XVI. El aspirante había de ser platero, casado, no amancebado ni renegado ni de mala fama: para recibirlo reuníase la Hermandad en el convento que fué de San Francisco, capilla que se llamó de los Burgaleses, el día de San Juan Bautista, en el cual celebraban la fiesta del patrono, San Eligio; una vez terminada la función, presentábanse los aspirantes al cabildo de los plateros, siendo votados en otra junta que tenía lugar el día de la Magdalena y en la forma siguiente. Había en el arca de la cofradía un vaso conteniendo 50 almendras ó habas, el cual colocábanlo en una parte de la capilla, donde no hubiese nadie: daban á cada cofrade una almendra ó haba, y entonces levantábanse uno por uno, «con su capa bien puesta que no se le parezcan las manos ni nadie pueda ver si echa ó no la almendra y llegue do está aquel vaso muy dissimulado:» si le parecía que el aspirante era digno, debía echar la almendra sin que nadie lo sintiera, tornándose á sentar, cubriendo sus manos con la capa, y si no lo juzgaba bueno, que retuviese la almendra. Una vez terminada la votación, procedíase al escrutinio, contando las almendras, y si faltaban de éstas algunas, los alcaldes decían que daban término de ocho días á los que no habían echado el voto, para que en secreto les manifestasen las razones que tuvieron para obrar así, y que si en dicho término no parecían sería recibido el aspirante, mas si por el contrario justificaban que no convenía su admisión á la Hermandad, decíanle á aquél «que tuviese paciencia.»

En los comienzos del siglo XVII establecieron los exámenes para que los oficiales acreditasen su pericia en esta forma. Una vez presentada la solicitud verificábanse las pruebas de limpieza de sangre, y el expediente, que diríamos hoy, pasaba al cabildo. Presente el aspirante, los examinadores entregábanle un puntero que aquél introducía al acaso entre las hojas de uno de los libros de dibujos, abríase el volumen, y vista la alhaja que le tocaba en suerte había de ejecutarla en casa de uno de los veedores, la cual terminada y vista en el capítulo inmediato la daban ó no por buena.

Bien merecen algunas palabras los *Libros de dibujos* arriba mencionados, pues aun cuando no tienen la importancia de los del gremio de plateros de Barcelona, de que nos dió noticia el ilustre hispanófilo Barón Ch. Daisllier en sus *Recherches sur l'orfeuvrerie en Espagne,* sin embargo no son en manera alguna despreciables, antes bien acreditan cómo iniciada la decadencia, fueron perdiéndose poco á poco las buenas tradiciones hasta caer en la mayor postración. Cuatro son los referidos volúmenes, encuadernados todos en pergamino, dos en folio común, uno de los cuales, el más antiguo, tuvo su comienzo en 1600, pues así se hace constar en un acta de la Hermandad que cité á fojas 98 vuelta en el *Lib. de Exámenes,* que comprende desde 1669 á 1753. Dispúsose en dicha acta que una vez tocado en suerte un dibujo, se tomase razón de él, para que si el examinando no ejecutaba bien la pieza y de nuevo pedía examen, fuese aquella misma la que construyese. Es este libro apaisado y sus diseños con tinta y á pluma, pintadas de amarillo partes de las alhajas, tal vez lo que debiera ser dorado. Los mejores dibujos son del gusto del siglo XVII, y en algunas de sus hojas los hay que revelan verdadera impericia. El total de aquéllas es de 36 útiles. Los mejores representan un copón (folio 1), un jarro (fol. 7), otro copón (fol. 8), una pieza compuesta de tres, pimentero, azucarero y salero (folio 13), un incensario (fol. 15), un jarro de aguamanil (fol. 19), y un blandoncito con las armas de este cabildo eclesiástico (fol. 30). El otro Libro en folio tiene una portada de pésimo gusto y endeble ejecución, hecha á pluma y lápiz, y contiene un epígrafe en que consta que pertenece á la Hermandad de plateros de Sevilla y que lo dió á ella D. Blas Amat, *cónsul de plata,* en 1754. Consta de 43 hojas, inclusa la portada, y sus dibujos hechos á pluma y ligeras aguadas son de mano muy hábil, dentro del mal gusto de la época, exceptuándose por incorrectos y pésimos los comprendidos en los folios 14, 27, 28, 29, 31, 37, 38, 40 y 42.

De los en 4.º apaisados es el más antiguo el más pequeño y consta de 16 hojas útiles; sus dibujos hechos con tinta y aguada, unos bastante buenos, otros endebles y con diseños de alhajas al estilo de fines del siglo XVII. Mencionaremos entre los mejores una joya de pecho (fol. 1.º), una venera de Santiago (folio 2), un zarcillo (fol. 5), otro íd. (fol. 12), otro íd. (fol. 13), un colgante de cuello (fol. 14), otro íd. (fol. 16).

Finalmente, el otro Libro anúnciase por una portada inocentemente hecha á pluma y de muy mal gusto, dentro de cuyos adornos hay un letrero en que consta que pertenecía á la cofradía, y en la hoja final se lee que lo dió D. Juan de Avila, *cónsul de oro,* en 1754. Los dibujos de joyas que contiene son todos de la misma hábil mano y representan veneras, zarcillos, broches y sortijas, que pregonan ya la decadencia del arte.

Tristes consideraciones sugiere al observador la comparación entre las producciones de los siglos XV, XVI y XVII con los de aquella fecha. En vez de las soberbias alhajas de los Guillermines, Alfaros, Bezerras y Ballesteros, apenas si encontramos una alhajita de regulares gusto y ejecución; por el contrario, las fruslerías y bagatelas de la filigrana habían ya to-



Maniobras militares de fortaleza en los alrededores de París, dibujos de Salvador de Aspiazu

Batería en Montfermeuil. – Meseta de Villemandé: visita del ministro de la Guerra, general Mercier. – El general Saussier, gobernador militar de París y Director en jefe de las maniobras. Un vivac en Courty: la ración de pan y carne.

mado tal carta de naturaleza, que en 1699 escaseaban artífices que supieran hacer piezas de plata para el culto y para los particulares, por lo cual se prohibió aprobar de maestro al oficial que no supiera labrar y fabricar aquéllas.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

(Concluirá)

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

ROMEU

Inmortalizarse muriendo es el carácter distintivo de los héroes. D. José Romeu, dando la vida por la patria, en patíbulo, que sus enemigos quisieron hacer afrentoso y él supo trocar en altar de gloria imperecedera, es uno de los españoles cuyo recuerdo debe guardar la historia, grabado en página de oro.

Había nacido en Sagunto y demostró ser digno de que su cuna se meciera en aquella tierra, donde el heroísmo escribió una de las hazañas más hermosamente trágicas de los tiempos antiguos.

Joven, dueño de pingüe fortuna, casado con una señora gaditana á quien adoraba, padre de tres hijos, de los que el mayor tenía poco más de cuatro años y el menor diez y siete meses, apenas el general Moncey invadió el reino de Valencia y la Junta decretó el alzamiento en masa de todos los hombres de diez y seis á cuarenta años que pudiesen manejar las armas, Romeu fué el primero que acudió á empuñarlas; y olvidando las comodidades de un hogar donde reinaba la abundancia, desasiéndose de los brazos de una esposa amantísima, sustrayéndose á las infantiles caricias de los tiernos frutos de su amor, púsose al frente de todos los patriotas de su ciudad natal, y con ellos y los campesinos de los pueblos cercanos salió á campaña, jurando solemnemente morir por la patria.

Larga y enojosa sería la tarea de dar cuenta de sus hechos de armas. Lo mismo en la defensa de Valencia, que en los combates campales que sostuvo con diferentes columnas, se acreditó de hombre valeroso y de caudillo no desprovisto de inteligencia. Pero su gloria inmarcesible no consiste en sus méritos de guerrillero, sino en sus virtudes de patricio; el pedestal de su triunfo no son las acciones de su vida, sino su muerte, que le conquistó el sobrenombre de mártir de la patria, con que la posteridad le ha señalado.

Todos los que conocen la historia de la guerra de la Independencia saben que después de las victorias inmarcesibles de 1808, después de los días de gloria de Bailén y Zaragoza, después que el rey intruso vióse obligado á abandonar la capital, llegó para los españoles la época de la desgracia. Nuestros ejércitos deshechos una y otra vez en los campos de batalla; nuestras plazas fuertes tomadas por los invasores, tras de defensas heroicas, sí, pero infructuosas; nuestros generales desprestigiados por la desgracia; el país esquilmado; José I restablecido en el trono, aunque para lograrlo hubiera sido necesario que atravesara los Pirineos aquel rayo de la guerra que se llamó Napoleón Bonaparte. Por fortuna detrás de los ejércitos regulares estaba la nación en masa; á falta de fortalezas teníamos nuestras inaccesibles montañas, y nos quedaba, siempre invencible, altivo y sereno, el general *No importa*.

Entonces al calor del patriotismo, como si fueran producto de una especie de generación espontánea, brotó de la tierra aquel enjambre de guerrillas, que tan pronto se presentaban en un lado como en otro; aquí huían á la desbandada y más allá se agrupaban en apretado haz para tomar vigorosamente la ofensiva; ora se contentaban con interceptar un correo, ora atacaban audazmente una guarnición obligándola á rendirse ó destruían en campo raso fuertes columnas. Entonces empezó la guerra de fuego, que fué para los ejércitos franceses una especie de sangría suelta que acabó por aniquilarlos.

Nuevamente requirió las armas Romeu, que luego del sitio de Valencia y de una breve campaña se había retirado á su pueblo para curarse algunas heridas y descansar de sus fatigas.

El insigne patriota acudió á Madrid con la esperanza de contribuir á su defensa, y cuando la capital de España después de una débil resistencia abrió sus puertas, que de un puntapié podía derribar cualquier granadero, al vencedor de Austerlitz y Jena, huyó á Alicante, y puesto al frente de algunos buenos españoles echó sobre sus hombros la ardua tarea de sostener la guerra en el reino de Valencia.

Reconocido tácitamente por jefe de todas las guerrillas que operaban en las tres provincias, dió golpes de mano afortunadísimos, consiguiendo llamar la atención del mariscal Suchet, dueño ya de la ciudad del Turia, el cual puso todo su empeño en vencer á Romeu ó atraerle á su partido.

Cuando en tres años de campaña vió que la primera era empresa imposible, intentó la segunda, valiéndose para ello de un comandante llamado Année, que le escribió ofreciéndole toda clase de premios y recompensas si abandonaba la lucha.

Romeu contestó en una carta que tuvimos ocasión de leer hace muchos años, y dice así: «Cofrentes 8 de abril de 1812: Jamás daré oídos á palabras de los enemigos de mi patria. Muy mucho me complacerá el caballero Année si se abstiene de tan inútiles mensajes.»

Y prosiguió incansable su tarea de levantar y organizar guerrillas, no sólo en el reino de Valencia, sino también en el de Murcia, extendiendo alguna vez sus correrías á la provincia de Cuenca.

En la primavera de 1812 realizó la más brillante de sus campañas, derrotando á diferentes columnas francesas, hasta que por fin el 6 de junio un traidor dió aviso á los enemigos de que pernoctaba en Sot, sin poder disponer más que de cuarenta y dos hombres: mil ochocientos soldados le atacaron durante la noche, consiguiendo fácil victoria y haciendo prisionero al valiente saguntino y á todos los de su partida, que fueron fusilados al día siguiente, con excepción de siete ú ocho.

Conducido á Valencia, trató Suchet nuevamente de atraérselo, comisionando para que lo visitaran en su calabozo á los generales Saint-Cyr y Mazzucheli.

Romeu les contestó con laconismo verdaderamente espartano:

– Digan ustedes al general Suchet que Romeu es español y ha nacido en Sagunto.

Un magistrado de la audiencia (oidor se llamaba entonces) y el fiscal de la misma, grandes amigos de Romeu, hicieron esfuerzos por salvarle, primero tratando de convencer á Suchet para que no le exigiera juramento de fidelidad á José I, y luego procurando que el preso depusiera su actitud, si quería conservarse para su esposa y sus hijos.

Todo inútil.

Suchet insistió en que si el valiente guerrillero no reconocía al rey intruso, moriría ahorcado como un criminal.

En cuanto á Romeu, con la impasibilidad con que había escuchado las promesas escuchó las amenazas.

Compareció ante el consejo de guerra y allí declaró con noble entereza que había tomado las armas voluntariamente y que mil vidas, si las tuviera, estaba pronto á dar por su religión, por su patria y por su rey.

Mazzucheli, Totti, Poulin, todos los generales que formaban el tribunal, admirados de tanta grandeza, deponiendo por un momento su papel de jueces, hiciéronle reflexiones, que no lograron quebrantar su estoicismo.

Por fin, Mazzucheli exclamó irritado:

– Fernando VII le librará á usted de la horca... Nombre usted defensor.

– Cualquiera es bueno, contestó Romeu sin alterarse.

El defensor, nombrado de oficio, no disputó al consejo la vida de Romeu, pero quiso al menos defender su honra, y recordando que el prisionero no había faltado jamás á las leyes de la guerra y era un verdadero militar, puesto á las órdenes del general Bassecourt hizo grandes esfuerzos por que se le condenara á morir fusilado y no en el patíbulo reservado á los malhechores.

Tiempo perdido.

La voluntad de Suchet era terminante y el consejo de guerra dictó esta sentencia, que es un título de nobleza para la familia del héroe y un padrón de ignominia para los que la firmaron:

«La comisión militar en su sesión de hoy, día 11 de junio de 1812, se reunió para juzgar á los nombrados D. José Romeu, de Murviedro (1), jefe de guerrilla aprehendido en el lugar de Sot, con un par de pistolas y una espada de montar; José Antón y Antonio Calpena, individuos de su partida, con una carabina cada uno, cartucheras y municiones; Antonio Iglesias, considerado como criado, aprehendido en la misma casa sin armas; Sebastián Tejedor y Miguel García, paisanos que Romeu había tomado por guías; á José Soler y Antonio León, soldados españoles dispersos y que han sido obligados á la fuerza á servir en las bandas de guerrillas nombradas del canónigo Puchán y Pendencias, de las que han desertado siempre que han podido, aunque considerados como individuos de la última y enfermos en Sot y aprehendidos sin armas. La comisión militar, después de todas las formalidades prescritas por las leyes, á unanimidad de votos ha condenado á los nombrados D. José Romeu, José Antón y Antonio Calpena, á la pena de muerte en horca, que deberá ejecutarse en las veinticuatro horas, y á la confiscación de los bienes de dicho Romeu; á Antonio Iglesias, José Soler y Antonio León á que sean considerados como prisioneros de guerra y llevados á Francia; al Sebastián Tejedor y Miguel García, considerados como sorprendidos y forzados á servir de guías al Romeu, en libertad. Valencia y junio 11 de 1812. Por mandato de S. E. el Excmo. Sr. gobernador superior de la plaza, *Barón de Mazzucheli*. – Vicente Ros y Eschig, su secretario judicial.»

Aún intentó Suchet reducir al héroe, enviándole como emisario al general Poulin, que le hizo presente el desamparo en que quedaba su familia.

Romeu contestó animosamente:

– Encontrarán otro padre en cada español.

Desde entonces ya no pensó más que en su alma.

El patíbulo se levantó en la plaza del Mercado.

Toda la guarnición de Valencia sobre las armas, lo rodeaba.

Llegada la hora, Romeu marchó con paso firme.

(1) La ciudad de Sagunto tuvo este nombre durante muchos años, hasta que recobró el glorioso que le corresponde.

Al acercarse al tablado se detuvo un momento diciendo:

– ¡Pretenden deshonrarme haciéndome morir como los criminales! Yo ennobleceré la horca.

Un minuto después la mano del verdugo lo lanzaba á la eternidad.

Aquel hombre que merece figurar entre los héroes más celebrados de la antigüedad, no había aún cumplido treinta y tres años.

Eduardo Zamora y Caballero

LA FELICIDAD

(entre dos párrafcs)

Eugenio se juzgaba desgraciado y procuraba olvidar ó mitigar por lo menos sus penas en la lectura; y el libro que entonces le ocupaba debía interesarle mucho, pues no le había soltado de la mano durante dos horas. Verdad es que, en ocasiones, apartaba la vista de él, y con la frente apoyada en ambas manos, se entregaba á la meditación. El último párrafo que en sus páginas había leído, no una sino dos y tres veces, decía así:

«Sí: la felicidad existe: tal vez se la desconoce ó se la calumnia, ¡pero existe! El mortal lo declararía así, si no tratase de engañarse á sí propio y de engañar á los demás...»

Eugenio pensó que el autor del libro no le conocía á él, cuando semejantes afirmaciones formulaba, y molesto ya con aquella observación, cual si constituyera un ataque á su continua queja, cerró el libro, arregló un poco su traje y salió á la calle, resuelto á distraerse de la obsesión de sus pensamientos.

Y al pasar por delante de un establecimiento de enseñanza vió salir á un muchacho, conocido suyo, cargado de libros y diplomas y rodeado de un grupo de admiradores ó envidiosos.

– Sin duda, se dijo, viene de recoger los premios que le fueron concedidos en los exámenes de Junio.

Y dirigiéndose después á él, le dijo:

– ¡Feliz tú, que tan hermosos premios has sabido conquistar!

– ¿Feliz yo?, contestó el muchacho. Precisamente cada uno de estos triunfos me aparta más y más de la felicidad. Esta estribaba para mí en seguir la carrera de las armas: me presenté últimamente en Segovia, no tuve plaza, y en cambio mis estudios en la carrera civil son seguidos de tales éxitos, que la familia me obliga á que renuncie á mi vocación. ¡Qué desgraciado soy!

Eugenio dejó que su amiguito siguiera su camino, y á poco saludó á una bella señora amiga suya también y madre de tres ó cuatro hermosas criaturas.

– ¡Dichosa madre!, la dijo. ¡Quién como usted!..

– ¡Ay!, amigo mío, no me envidie usted! ¿De qué me sirve tener hijos tan hermosos, si la dolencia se ceba en ellos y la muerte me los arrebata? Ya ve usted... El primero quedó muy mal como consecuencia del sarampión; la segunda, que era una niña bellísima, fué víctima de la difteria; el tercero, Manolín, se cayó desde la cama y empezó á desviársele la columna vertebral, y el cuarto, Dieguito, sale hoy á la calle por primera vez, después de una serie de calenturas de todas clases. Teniendo hijos, no se vive, no se duerme, no se descansa; toda la fortuna es poca para repartirla entre médicos y boticarios, y por último, nunca nos abandona el temor de perderlos. Felices ustedes los solterones recalcitrantes y egoístas que no conocen estas penas.

– Y yo, que creía que los hijos ocasionan goces...

– Que no compensan los malos ratos que nos hacen pasar. Cuando no está malo uno es porque lo están dos, y se me pasa la vida haciendo cataplasmas, poniendo ayudas y recurriendo á las amenazas y á los engaños para que tomen el ruibarbo ó las hojas de sen. La verdad es que los hijos constituyen una verdadera desgracia.

«Y luego dirá el autor del libro...» murmuró para sí Eugenio.

Y siguiendo su camino se dió de manos á boca con su amigo Luis, que marchaba llevando del brazo á la mujer amada, por la que había suspirado durante cinco años. La bendición sacerdotal les había unido por toda la vida, los obstáculos de las familias se habían vencido y los jóvenes esposos disfrutaban de su luna de miel en sus más sabrosos comienzos.

– Os doy mi enhorabuena más sincera y os deseo que nunca se vea nublada vuestra ventura.

La joven se inclinó graciosamente y el novio estrechó con efusión febril la mano de Eugenio y le dijo al oído:

– ¡Ah! Si supieras... Compadéceme, porque soy muy desgraciado!



Una sección de artillería del ejercito regular chino

Un tribunal en China (de fotografía)





NERÓN Y SU MADRE AGRIPINA, cuadro de Federico Klein Chevalier

Después vió pasar á su lado á hombres cargados con enormes fardos; mujeres mendigas criando á dos criaturas gemelas; muchachos sin casa, vestido ni familia, que marchaban recogiendo colillas; guardias de orden público, de plantón durante ocho horas, sin otras emociones ni ventajas que recibir alguna puñalada al intentar la detención de un criminal; infelices muchachas que traficaban con los restos de su perdida hermosura; jovenzuelos llamados al servicio militar que aborrecen y para el cual fueron arrancados de los brazos de sus madres; albañiles que por ocho reales diarios ponen en peligro su vida durante doce horas cada día...

De repente, Eugenio ve á su amigo X..., afortunado autor dramático, que la víspera precisamente ha obtenido un gran triunfo escénico.

– Me alegro encontrarte, para que recibas mis plácemes; no he visto tu drama; pero según toda la prensa de hoy, es un verdadero portento...

– No me hables de eso... ¿Querrás creer que no me hicieron salir á escena más que diez y siete veces? ¿Querrás creer que ni siquiera me dieron una mala serenata, cuando no hay mamarracho á quien no acompañen hoy con hachones de viento, con sólo que obtengan cuatro palmadas... acaso de la misma *claque*? ¿Querrás creer que en el cartel ponen á la obra «extraordinariamente aplaudida?»

– Pues ¿qué querías que pusiesen?

– ¡Yo qué sé!.. Algo que no fuera eso, pues igual calificación y hasta el mismo tipo de letra ponen para las obras rechazadas por el público.

– Pero ¡ya te valdrá buenos cuartos!

– Esa es otra. Tuve la inadvertencia de no contratar previamente los cientos de representaciones que habría de dar el drama, y bastará que se pongan malos el galán joven ó la dama matrona para que retiren de escena *La audacia*. Te digo que la vida del autor dramático es un tejido de amarguras y que hay momentos en que hasta pienso en el suicidio.

– ¡Y yo que te creía tan feliz!

– ¡Feliz yo!.. Vamos, se conoce que no sabes lo que es tener que escribir un par de obras cada año para lograr sólo una renta de seis á ocho mil duros, que no hay corredor de granos ni zurupeto de Bolsa que no gane.

– Creo que exageras tus quejas...

– Feliz, mira, feliz nuestro amigo Diéguez que llega hacia aquí.

– Es verdad: saludémosle. Adiós, Creso incomparable... Para usted no existen las penas.

– ¡Ay, amigos míos, y cuán profundo es el error en que viven! ¿Querrán ustedes creer que todavía no he conseguido que acuda el ayuda de cámara la primera vez que hago sonar el timbre? ¡Es para desesperarse! Pues ¿y lo que me pasa con el estanquero de la esquina, que siempre que me ve pasar se sonríe enseñándome los dientes? Pues ¿y lo de mi hijo?..

– ¡Ah! También tiene usted disgustos por su hijo...

– Uno solo; pero muy grave. ¿Se explican ustedes que no haya un sastre que le saque la ropa á la medida? Ya es el pantalón que le cae un milímetro y se lo pisa con el tacón de la bota; ya la levita, que le forma una arruga en la espalda; ya el chaleco, que le hace por la parte superior un fuelle... Digo á ustedes que esto no es vivir y que hay ocasiones en que maldice uno su fortuna. ¡Cuánto más feliz es el obrero, que se cuelga su blusa y va con ella tan ricamente!.. ¡Ea!. Otra desgracia... Acaba de saltarme el botón del cuello de la camisa... ¡Pero, hombre, estará escrito que no ha de haber un camisero que sea de mi gusto y que entienda las proporciones de mi cuerpo!.. O agarrotado como los criminales ó con el pecho al aire como los arrieros... ¡Es mucho cuento y mucha desgracia la mía!

A Eugenio no le parecía aquello ciertamente una desgracia tan irremediable; pero su amigo el poderoso ponía una cara tan triste al referir sus azares, que hubo de rendirse á la evidencia y acabó por compadecerle profundamente.

. . . .

«Todos desgraciados como yo, decíase interiormente. ¿En qué estaría pensando el autor del libro al afirmar la existencia indudable de la felicidad?»

Después regresó á su casa, abstraído por sus tristes pensamientos; abrió de nuevo el libro, cuya lectura le distraía, aunque sus razonamientos no le convencieran, y siguió leyendo en el párrafo siguiente á aquel en que había suspendido dicha lectura:

«Existe la felicidad; mas como quiera que es una idea en extremo relativa, sin responder á reglas determinadas ni á principios fijos y preceptos precisos, cada uno tiene de ella criterio distinto; cada individuo la funda en la posesión de aquello de que carece precisamente, atribuyéndole una esencia absoluta, ó sea lo único que la felicidad no puede tener.

»De aquí que el hombre en su rápida y fugaz peregrinación sobre la tierra se juzgue siempre desgraciado, cuando en la inmensa mayoría de los casos dista mucho de serlo.»

– Sobre todo, observó el lector, cuando consiste la desgracia ¡en que le salte á uno el botón del cuello de la camisa!

M. OSSORIO Y BERNARD

. . . .

NUESTROS GRABADOS

Grupo de panteras modelado por Gustavo Eberlein. – Próximamente se celebrará en Wiesbaden la inauguración oficial del nuevo teatro construído bajo la dirección de los famosos arquitectos vieneses Fellner y Helmer, que llevan hasta ahora edificados 23 grandes coliseos en Austria, Hungría, Rusia y Suiza. El aspecto exterior del edificio, rodeado de hermosos jardines, es magnífico, así por su grandiosidad como por su riqueza arquitectónica y sus bellezas decorativas, estando profusamente adornado con multitud de grupos escultóricos y de figuras modeladas por artistas tan eminentes como Volz, Eberlein y Vogel. El interior corresponde á las magnificencias exteriores, habiéndose acumulado en él cuanto en punto á elegancia y comodidades puede apetecer el público más exigente y cuantos adelantos escénicos exige ó recomienda el arte en esa clase de construcciones, de tal suerte que en Alemania, donde han llegado á tal grado de perfección las construcciones teatrales, se ha calificado el nuevo coliseo de Wiesbaden de creación que casi realiza el ideal concebido en la materia.



H. L. F. Helmholtz. Nació en Potsdam en 31 de agosto de 1821, falleció en Charlottenburgo en 8 de septiembre de 1894 (dibujo de una fotografía)

El bellísimo grupo de panteras que reproducimos y que con otros análogos del mismo autor adorna el pórtico de entrada del teatro y los cuatro zócalos que hay debajo del techo del escenario, ha sido modelado por el célebre escultor berlinés Gustavo Eberlein, de quien hace poco reprodujimos dos grupos colosales que han de adornar la escalera monumental del Museo de Stuttgart.

* * *

Zaragoza. Portada y patio de la casa de Zaporta ó de la Infanta, incendiada el día 10 de septiembre último (de fotografías). Uno de los monumentos que como restos de su artística grandeza conserva la inmortal Zaragoza ha sido recientemente pasto de las llamas; siendo verdadero milagro, dada la violencia del incendio, que pudiera salvarse la parte que indudablemente tiene mayor importancia desde el punto de vista del arte. Nos referimos á la casa de Zaporta, nombre del esclarecido noble aragonés que la mandó construir en 1550, llamada también de la Infanta por haber vivido en ella á fines del pasado siglo la Vallabriga durante el destierro á que se vió condenada por haberse casado con el infante don Luis, hermano de Carlos III. Obra del inmortal Martín Tudela, más conocido por Tudelilla la casa de Zaporta por su riqueza y por su gusto rivalizaba con los mejores palacios que en Italia levantó el Renacimiento: la portada y el patio, que por fortuna las llamas respetaron, merecen ser calificados de verdaderas joyas artísticas, así por la elegancia y la esbeltez de sus líneas como por lo primoroso de sus esculturas. Los señores Gascón de Gotor, en su importantísima obra *Zaragoza artística monumental é histórica*, valioso tesoro en el cual sus autores han acumulado los frutos de largos y pacientísimos estudios, obra tan notable por la erudición que el texto revela como por la belleza de sus profusas cuanto escogidas ilustraciones, describen el patio de aquel palacio en los siguientes términos:

«El patio es cuadrado, sosteniendo el piso principal ocho columnas estriadas en su parte inferior y desde el anillo formadas por grupos de tres sátiros y ninfas cubiertas desde la cintura con plegados paños y elegantes guirnaldas, sustentando con el cráneo un capitel sobre el que descansan, acurrucados á ambos lados, dos mascarones de hombres, mujeres y animales que sirven de impostas para mantener el friso decorado con una greca de follajes, monstruos y medallones. Nace de una dentellada cornisa de galería superior, dividida en veinticuatro labradas arcadas, seis en cada uno de sus lados, cuajada de primores ornamentales y sostenida por bellísimas columnas abalaustradas, apoyadas en pedestales donde hay esculpido un mascarón y que son parte integrante del antepecho decorado con medallones donde se destacan de alto relieve bustos de hombres de armas y caballeros con la espada desenvainada en la mano. Es magnífica, á pesar de su estado, la escalera, en cuyo pasamanos aparecen también los medallones, y la columna de donde aquél arranca supera en detalles y belleza á cuantas la rodean.»



El célebre compositor francés Manuel Chabrier, fallecido en 13 de septiembre de 1894 (dibujo de una fotografía)

De la justicia de tales elogios son buena prueba los grabados que reproducimos de los dos mejores fragmentos de la casa de Zaporta, que á sus glorias artísticas une la gloria histórica de haber recogido en 1793 el postrer suspiro del inmortal Pignatelli.

* * *

Maniobras militares de fortaleza en los alrededores de París, dibujos de Salvador Aspiazu. – Las maniobras recientemente ejecutadas por el ejército de París han sido de un género tan nuevo como interesante, puesto que, saliéndose de los moldes ordinarios, han consistido en el sitio y defensa de aquella capital, para estudiar prácticamente los adelantos que el arte de la guerra ha realizado en la rama que tiene por objeto el ataque y la defensa de las plazas. El tema de las maniobras ha sido el siguiente: dos ejércitos enemigos avanzan sobre París, siguiendo uno de sus cuerpos la dirección Laon-Soisons-Meaux; el gobernador de París envía las tropas disponibles del campo atrincherado hasta la Therouane para oponerse á su marcha, las cuales tropas defienden sucesivamente las diferentes líneas de resistencia entre la Therouane y los fuertes, siendo rechazadas sobre el frente de Chelles-Vaujours. Terminado el cerco, el enemigo procede á un ataque brusco después de un bombardeo y luego pone sitio á Vaujours: en el momento en que el sitio toca á su término, el cuerpo de defensa, que ha sido reforzado, ataca á los sitiadores y les obliga á levantar el cerco.

Imposible nos es reseñar en sus detalles esas maniobras que han llamado poderosamente la atención de todos los que por el arte militar se interesan: bastará á nuestro objeto decir que, dirigida por el gobernador militar de París, general Saussier, han sido de éxito brillante y han superado las esperanzas de los más optimistas, habiendo merecido todas las fuerzas los elogios del ministro de la Guerra, general Mercier, que presenció algunas de las maniobras, y del presidente de la República, que pasó revista á las tropas que en éstas habían tomado parte.



El palacio de Stowe House, en donde falleció el conde de París. Vista de la fachada Sur (de fotografía)

Algunos episodios recogidos sobre el terreno han sido hábilmente dibujados por el joven y muy distinguido dibujante señor Aspiazu, de quien es la lámina que reproducimos. El artista con cuya colaboración se honra hoy por vez primera LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nació en Vitoria en 1867, y después de sus primeros estudios en el arte que con tanto talento cultiva trasladóse á París, en donde se ha perfeccionado bajo la dirección del eminente Urrabieta Vierge. Ha ilustrado la obra *Toledo*, del Vizconde de Palazuelos, y en la actualidad es uno de los dibujantes del importante periódico francés *Le Monde Illustré*. Sus obras, algunas de las cuales daremos á conocer á nuestros lectores, acreditan sus dotes artísticas no comunes y permiten augurarle un brillante porvenir.

* * *

Una sección de artillería del ejército regular chino. – En uno de nuestros anteriores números dimos acerca del ejército chino algunas noticias que hoy, con motivo del grabado que publicamos, ampliaremos en lo que á la artillería se refiere. Esta arma, que en chino se denomina *pao-ping*, posee un material moderno dotado de los últimos perfeccionamientos, y el único defecto que tiene es el de los atelajes, que



El comedor del palacio de Stowe House (de fotografía)

son muy imperfectos. Los artilleros, gracias á una continua práctica y á los repetidos esfuerzos de sus instructores, son tiradores muy notables. La artillería es el arma que en China ha hecho mayores progresos: piezas de posición, de sitio, de costas, de campaña y de montaña, todas han salido de la fábrica Krupp, á excepción de algunos cañones Maxim, comprados por suscripción por los chinos residentes en América durante la guerra franco china.

***

Un tribunal chino. – La administración de justicia esta en China en un lamentable estado de atraso, como todas las instituciones que necesitan vivir al compás del progreso de los humanos conocimientos. Allí cada procesado se defiende á sí propio y el mandarín juez puede mandar apalear á los testigos si sus declaraciones no le agradan. Las penas son severísimas y la ejecución de las mismas reviste caracteres horribles. En cuanto al derecho de apelación raras veces se ejercita por la distancia que separa á Pequín de la mayor parte de las provincias y por la dificultad de las comunicaciones. Todos estos defectos se hallan agravados por la gran venalidad de los tribunales chinos. Uno de éstos reproduce nuestro grabado y por alguno de sus detalles puede comprenderse en qué primitivo estado se encuentra la administración de justicia, á pesar del aspecto de formalidad con que procuran los magistrados revestirse en el ejercicio de sus funciones.

***

Nerón y su madre Agripina, cuadro de Klein Chevalier. – Entre los horrores que de Nerón nos cuenta la historia pocos igualan á la muerte por él ordenada de su madre Agripina, y no porque ésta mereciera mejor fin que el que tuvo, sino por ser el propio hijo quien enviara los asesinos á cortar la vida de la de quien él la recibiera, y para la cual no tuvo, después de consumado el crimen, ni una palabra de conmiseración. Sabido es que al contemplar el desnudo cadáver de su madre no se le ocurrió decir á Nerón otra cosa que la cínica y terrible frase: «No sabía que mi madre fuese tan hermosa.» Tomando como asunto el hecho, aunque presentándolo algo distinto de como nos lo cuenta la historia, el reputado pintor Klein Chevalier ha trazado una composición bellísima, rica en detalles, admirable en su conjunto, grandiosamente concebida y ejecutada con verdadera maestría. El contraste que ofrecen el grupo de los que por la amplia escalinata bajan el cuerpo de Agripina, ante el cual aún se prosternan algunos fieles servidores, y el parricida rodeado de cortesanas y compañeros de crápula que parecen solemnizar con sus músicas y libaciones la alegría de verse libres de la que era la pesadilla del emperador, resulta en extremo hermoso, y la ejecución de las figuras y de los detalles arquitectónicos que llenan el lienzo revela un dominio completo, no sólo de la técnica del arte, sino de la historia de aquella vergonzosa época del imperio romano.

***

Hermán Luis Fernando de Helmholtz. – El ilustre sabio alemán recientemente fallecido en Charlottenburgo ha sido uno de los genios más universales de nuestro siglo: físico sin rival y gran geómetra, fué ante todo un filósofo en el verdadero sentido de esta palabra; la fisiología débele muchos y muy valiosos trabajos, y su inmenso saber y su profundo análisis han prestado eminentes servicios á la psicología Su primer trabajo, una memoria sobre la conservación de la fuerza, que publicó en 1847, cuando sólo contaba veintiséis años de edad, llamó la atención de los físicos sobre aquel joven, á la sazón médico militar, y muy pronto obtuvo la cátedra de fisiología de la universidad de Koenigsberg, de donde pasó á Bona y en 1859 á Heidelberg. Imposible trazar en los estrechos límites de esta sección los descubrimientos desde entonces por él realizados y los triunfos conseguidos: estudiando el mecanismo del oído y los caracteres físicos del sonido llegó á las conclusiones contenidas en su famosa obra *Teoría de las sensaciones del sonido;* su *Optica fisiológica*, en la que por vez primera describe su ingenioso oftalmoscopio, representa un dominio maravilloso de las matemáticas, de la física y de la fisiología; en su *Memoria sobre los hechos experimentales que sirven de base de la geometría* desenvuelve la idea de una geometría no euclidiana y fundada en una concepción de la materia ó del espacio distinta de la que en nosotros han creado nuestros sentidos; sus numerosas memorias exponiendo su teoría de la resonancia, del movimiento de la cuerda pulsada, de los tubos sonoros, y sobre todo sus investigaciones sobre los torbellinos y movimientos de las olas son las mejores aplicaciones de las matemáticas á los fenómenos de la naturaleza

En 1871 Helmholtz pasó á desempeñar la cátedra de física de la universidad de Berlín, y desde entonces fué, por decirlo así, el jefe de la física alemana, y cuando se creó el admirable Instituto físico-técnico del Imperio de Alemania fué nombrado director del mismo, cargo que ha desempeñado hasta su muerte.

Helmholtz recibió en 1883 la nobleza hereditaria y más tarde el muy solicitado título de Excelencia; era miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Francia y de la de Ciencias, que en 1893 le nombró asociado, título que sólo ostentan ocho extranjeros.



Cama llamada de la Reina, existente en Stowe House que costó 175.000 pesetas (de fotografía)

La muerte de Helmholtz, acaecida á consecuencia de una apoplejía y cuando tan eminente sabio se hallaba en toda la actividad de sus trabajos, deja un gran vacío en la ciencia.

***

El compositor francés Manuel Chabrier. – El día 13 de septiembre falleció en París á la edad de cincuenta y dos años el célebre compositor francés Chabrier. Sus principales obras son: *L'Etoile*, ópera bufa en tres actos; *Gwendoline*, ópera seria en dos actos que se estrenó en Bruselas en 1886 y que el año pasado se representó en la Opera de París; *Roi malgré lui*, ópera cómica en tres actos, estrenada en la Opera cómica en 1887; *Sulamite*, escena lírica ejecutada en 1884 en los conciertos Lamoureux, y la famosa rapsodia *España*, ejecutada en los propios conciertos en 1883 y sobre la cual compuso Waldtenfel uno de sus más hermosos, brillantes y populares valses.

***

Vistas del palacio de Stowe House. – La residencia en donde ha fallecido el conde de París hállase situada á 112 kilómetros al Noroeste de Londres: su aspecto exterior es grandioso, digno de una mansión regia, y en su interior hay sinnúmero de riquezas, siendo especialmente notables el salón de mármol, vasto espacio circular adornado con esbeltas columnas entre las cuales admíranse reproducciones de célebres esculturas antiguas; el de recepciones con preciosos retratos de Gainsborough, Lawrence y Reynolds; el de música con muebles antiguos de gran valía; el comedor suntuosamente decorado á estilo Luis XVI con sus dos chimeneas monumentales y magníficos tapices de los Gobelinos; el dormitorio llamado de la reina Victoria, no ocupado desde que en él estuvo la actual soberana de Inglaterra en 1845, cuya cama, de estilo Luis XIV, costó la friolera de 175.000 pesetas; y la biblioteca, una de las piezas mejores del palacio, abundantemente provista de libros y adornada con una preciosa colección de cuadros allí reunidos por el conde de París, que había hecho de aquella habitación su sitio predilecto.

El parque, que rodea el palacio, ocupa una extensión de 350 hectáreas y ofrece todos los aspectos que el campo puede presentar, desde el parque de placer *(pleasure ground)* hasta las praderas destinadas á la cría de ganado.

De algunas de estas magnificencias dan perfecta idea los grabados que reproducimos y que están tomados de fotografías.

***

Vistas de Pontevedra. – Hállase situada Pontevedra al Noroeste de la costa del Atlántico, en medio de un hermoso valle rodeado de colinas y á orillas del río Lérez, sobre el cual hay dos hermosos puentes, uno de ellos de doce arcos, llamado del Burgo, desembocando aquél en la ría, la mejor sin duda de cuantas se encuentran en las costas de Galicia. Los principales edificios de esa capital gallega son los que, junto con el precioso paseo de la Alameda, reproduce nuestro grabado.

La iglesia de La Peregrina fué construída en 1792 y su arquitectura tiene el aspecto monumental característico de las construcciones de aquella época, es decir, el estilo que prevalece en las iglesias de los jesuítas: es notable por la gran elevación de su fachada.

La construcción de Santa María data de la segunda mitad del siglo XVI: la fachada, que está perfectísimamente acabada, se distingue por su gallardía y por la prolijidad de su ornamentación. En su interior adviértese el paso del estilo ojival al del Renacimiento y sus magníficas bóvedas apóyanse en finos arcos que á su vez descansan sobre esbeltas columnas.

La Casa Consistorial es un buen edificio de arquitectura moderna, un tanto caprichosa, pero de buen aspecto.

También es de construcción moderna el edificio recientemente construído por la Diputación Provincial, obra de estilo neoclásico, en el cual aparecen hábilmente combinados detalles arquitectónicos de los estilos jónico, corintio y Renacimiento, formando un conjunto esbelto y elegante.

***

Vistas de la ciudad de las Palmas, Canarias. – En más de una ocasión se ha ocupado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de ese delicioso archipiélago, no bastante apreciado por nuestros compatriotas, aunque sí por los ingleses, que conocedores de sus excelentes condiciones topográficas é higiénicas, lo van convirtiendo paulatinamente, si no en una colonia, por lo menos en uno de los predilectos puntos de residencia de sus enfermos ó de sus turistas. La ciudad de las Palmas, capital de la isla de la Gran Canaria y de la provincia marítima de su nombre, es digna de la predilección de propios y extraños por su suavísimo clima, el culto y amable trato de sus habitantes y los progresos materiales que de algún tiempo á esta parte ha hecho. Cuenta con una población de 21.000 almas y está situada en una gran bahía de la que forma parte el moderno puerto del Refugio que tanto incremento ha dado al movimiento marítimo de la isla. Uno de los mejores edificios de las Palmas es su hermosa catedral, cuya construcción empezó á principios del siglo XVI, no quedando terminada hasta 1805: la fachada principal, que da á la plaza de la Constitución, es de orden jónico y admirable por la regularidad de todas sus partes y por la armonía de sus proporciones, lo propio que el interior, severo, sobrio y elegante. Son además dignos de mención la Casa Ayuntamiento y el Teatro Moderno, que puede competir con los mejores de Europa hasta en sus menores detalles. Las casas de la ciudad son por lo general de dos pisos, y sus paseos, parques y alamedas están bien cuidados y participan de las ventajas que depara al terreno aquel clima eternamente primaveral.



La biblioteca del palacio de Stowe House (de fotografía)



VISTAS DE PONTEVEDRA (de fotografías)



VISTAS DE LAS PALMAS, Canarias (de fotografías de Luis Ojeda Pérez)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PUENTE DE LA TORRE EN LONDRES

Todos los que han visitado á Londres ó más sencillamente han leído alguna descripción de la gran ciudad conocen el legendario *London Bridge*, el puente de Londres: no hay un punto del globo en donde circulen más coches y peatones, habiéndose citado á menudo estadísticas que parecen fantásticas. Mas no era esta la sola gloria del *London Bridge*, sino que además podía vanagloriarse de ser el primer puente que se encontraba en el Támesis remontando el río desde el mar: hoy no es así, pues existe un puente más abajo que el de Londres, cuya construcción hizo necesaria precisamente el gran movimiento que por aquél había. Este nuevo puente es el puente de la Torre, que constituye una construcción mecánica de las más notables y curiosas.

Desde hace siglos el *London Bridge* resumía los medios de comunicación Támesis abajo: sin remontar á las tradiciones de la época romana, hallamos mencionada la edificación de un puente en aquel punto entre los años 993 y 1016, puente de madera que fué sucesivamente arrastrado por las inundaciones, reedificado, destruído por un incendio y finalmente en 1280 construído de piedra. El puente actual data de 1831.

Lo notable es que durante mucho tiempo Londres se contentara con un solo puente sobre el Támesis: hasta 1729 no comenzaron á mejorar las comunicaciones, y contra el nuevo puente que entonces se construyó levantóse una oposición violenta. A pesar de ello las obras se multiplicaron, construyéndose el antiguo puente de Westminster, el de Blackfriars, etc., sin contar los puentes de ferrocarriles que se han construído en la segunda mitad del presente siglo. El puente de Londres continuó siendo el último aguas abajo.

Sin embargo, cada vez más se sentía la necesidad de establecer comunicaciones más fáciles de una á otra orilla, y para responder á esta necesidad terminóse con grandes trabajos en 1843 el túnel concebido por el ilustre Brunel que pasa por debajo del Támesis entre Wapping y Rotherhithe: este túnel fué en un principio para peatones, pero hace veinticinco años lo compró la *East London Railway Company* para hacer circular por él sus trenes.

La cuestión de las comunicaciones más abajo del puente de Londres adquirió tanta mayor importancia cuanto que el 39 por 100 por lo menos de la población londinense habita al Este del London Bridge y que la aglomeración formada en este punto equivale á la de Manchester y Birmingham unidas. Por esta causa y á imitación del túnel Brunel se construyó la *Tower Subway*, ó paso subterráneo de la torre, formado por un tubo de hierro que parte de cerca de la torre y desemboca en la orilla del Surrey: este pasaje sirve únicamente para peatones, de los cuales circulan por él un millón al año.

A partir de 1879 concibióse la idea de edificar un nuevo puente, habiéndose encargado del proyecto la famosa corporación de la Cité de Londres. Considerando los inconvenientes de un puente giratorio, pensóse desde luego en un puente de báscula: el ideal era un puente que al abrirse dejase amplio paso á los buques y que sin embargo permitiese la circulación continua de los peatones, y así resulta ser la obra concebida y realizada por Mr. John Wolfe Barry.

Los trabajos para el nuevo puente comenzaron en 21 de julio de 1886 y han terminado á los ocho años, habiendo sido hace poco inaugurado solemnemente por la reina Victoria. La construcción de las pilas ha sido sumamente difícil, pues era preciso estorbar lo menos posible la navegación.



Fig 1. – Vista en conjunto del puente de la Torre recientemente inaugurado en Londres (de fotografía)

Para comprender la disposición general de las obras basta ver los grabados que publicamos. La figura 1 representa el puente en su posición normal. Como se ve, compónese de tres partes: en cada orilla hay una pequeña torre que sirve de apoyo á un puente metálico del género de los colgantes que por el otro lado se fija en una torre más alta construída en el lecho mismo del río. Entre estas dos torres está el puente móvil en forma de arco, compuesto de dos partes iguales que se abren en sentido vertical: además una especie de viga horizontal reune las dos torres grandes en su parte superior; es el puente fijo por donde podrán circular siempre los peatones cuando el puente propiamente dicho estará abierto.

Las pilas de este puente son de un tipo particular: de una parte han de contener la maquinaria de la maniobra de las dos mitades móviles, lo propio que la culata de éstas y el contrapeso que naturalmente llevan. Además han de sostener las torres que á su vez han de soportar el peso, y las traviesas fijas suspendidas y el puente superior. Sus cimientos de betón han tenido, por consiguiente, que ser introducidos profundamente en la arcilla y penetrar hasta 31 metros debajo del nivel de la calzada del puente. Estas pilas son en gran parte huecas: tienen en primer lugar una vasta capacidad para recibir la culata de la traviesa metálica, otras dos para contener los acumuladores hidráulicos, dos departamentos para las máquinas que abren el puente, y finalmente dos largos túneles que dan paso al eje horizontal sobre el cual se verifica la rotación de las dos mitades del puente y el piñón de gobierno.

La figura 2 representa las partes móviles en el momento de abrirse, y la figura 3 las representa abiertas mientras por debajo pasan los buques. Cuando esto sucede, los peatones pueden circular por el puente superior, para lo cual hay ascensores en las dos torres.

No hemos de explicar cómo están dispuestos los contrapesos, porque perfectamente se comprende: la culata de cada una de las dos piezas movibles del puente está provista de un cuarto de círculo metálico dentado, cuyos dientes engranan con el piñón movido hidráulicamente que, al girar, puede levantar el tramo hasta una posición casi vertical ó volverla á la horizontal para cerrar el puente.

Sin descender á detalles, que sin embargo son interesantes, especialmente en lo que se refiere á la construcción de las fundaciones de las pilas, haremos observar que las torres del puente han sido concebidas en un estilo muy parecido al de la Torre de Londres: no son de albañilería, puesto que habrían pesado demasiado; su armazón es de metal y está cubierta de ladrillos delgados. Este esqueleto de acero es muy sencillo y afecta la forma cuadrangular. Varios rodillos sostienen las cadenas de suspensión de los puentes fijos y del puente superior; los cuartos de círculo de los tramos móviles están ocultos en la base de las torres cuando el puente está cerrado.

La longitud total del puente es de 286'50 metros, pero ha sido preciso construir algunos aproches, parte en terraplenes, parte en viaductos, cortando especialmente los glacis y fosos de la torre de Londres, resultando ser la longitud total de la obra de 804'65 metros. La pendiente más rápida en los aproches no pasa de $^1/_{40}$, mientras que en el puente de Londres es de $^1/_{27}$, lo cual embaraza considerablemente la circulación. La anchura del puente entre parapetos es de 15'25 metros en el tramo móvil y de 18'30 en el resto. En cuanto á las respectivas longitudes de los distintos tramos, son de 60'95 para el del centro y 82'30 para cada una de los otros dos.

La clave, ó por lo menos el punto más elevado del arco móvil, está á 9 metros sobre la pleamar, y debajo de los tramos suspendidos hay una altura libre que varía entre 6'09 metros y 8'22. En cuanto á la profundidad del agua entre las dos pilas centrales varía entre 10'20 y 4 metros.



Fig. 2. – El puente de la Torre en el momento de dar paso á los buques (de fotografía)

Completaremos estas indicaciones diciendo que la sección libre debajo del conjunto del puente es de 1860 metros cuadrados. El puente superior para peatones está á 45 metros sobre el nivel del agua.

Si se tiene en cuenta que en esta obra se han empleado 16.000 toneladas de hierro y de acero, 24 millones de ladrillos y unas 20.000 toneladas de ce-

mento, se comprenderá cuán gigantesca es la empresa realizada dentro de un procedimiento completamente original.

DANIEL BELLET

* * *

SALVAMENTO DE BUQUES VARADOS

Los globos aerostáticos han sido algunas veces utilizados con buen éxito para poner á flote buques varados en la arena.

En 1863 fué puesto á flote por este procedimiento el barco *Ludwig* en el río de Bodemie, habiendo ejecutado los trabajos necesarios el ingeniero Guillermo Bauer. Recientemente se ha llevado á cabo por el mismo sistema otro salvamento que merece ser citado. Dos ingenieros rusos, los Sres. Nowitzki y Pokrschiewnikitz, han inventado un método para volver á su estado normal á los buques encallados en la arena, y lo han ensayado en el buque *Weichsel*, en las cercanías de Varsovia. Este barco estaba sumergido á una profundidad de nueve metros: los citados ingenieros enviaron algunos buzos con dos globos aerostáticos de *waterproof*, que ataron uno á lo proa y otro á la popa del buque encallado y llenaron luego de gas. El resultado ha sido tan satisfactorio que los mismos ingenieros se proponen poner á flote el *Victoria* que el año pasado naufragó en el Mediterráneo y cuyo desplazamiento es de 10.470 toneladas, calculando que con 10 globos, de 1.700 metros cúbicos cada uno, podrán realizar con éxito este trabajo. El *Victoria* está á una profundidad de 138 metros, ó bajo una presión calculada de 14 atmósferas.



Fig. 3. – El puente de la Torre abierto (de fotografía)

LAS CARNES HELADAS DE AUSTRALIA EN AUSTRIA

Conocido es el desarrollo que ha tomado la exportación de carnes heladas de Australia y Nueva Zelandia á los mercados de Inglaterra. Recientemente el vapor *Perthshire* llegó á los doocks de Londres con un cargamento monstruo de 70.000 carneros y 16.000 cuartos de buey helados. Estos productos comienzan ya á distribuirse por toda Europa, gracias á la facilidad de su conservación. Una consignación de cuartos de buey helados después de haber sido desembarcada en Londres fué reexpedida en sacos por mar á Hamburgo, naturalmente en una cala frigorífica: desde allí fué remitida la carne á Viena, adonde llegó en perfecto estado, á pesar de la mucha duración del viaje.

La carne así transportada ha sido vendida en Viena al ínfimo precio de 65 céntimos los 453 gramos, y es de temer ó de esperar, según que nos coloquemos en el punto de vista del productor ó del consumidor, que la carne de aquellas remotas regiones invadirá pronto los mercados europeos.

CÓMO SE CONSTRUYE UNA CASA

EN AMÉRICA

Nuestros lectores conocen por haberlas visto reproducidas en este periódico esas grandes construcciones levantadas por vez primera en Chicago y que por su altura desmedida han merecido el sobrenombre de *sky scrapers*, raspadores del cielo. Los americanos sueñan con hacerlo todo grande, y entre las ciudades como entre los individuos existe una rivalidad constante para realizar cada una algo más colosal que las otras.

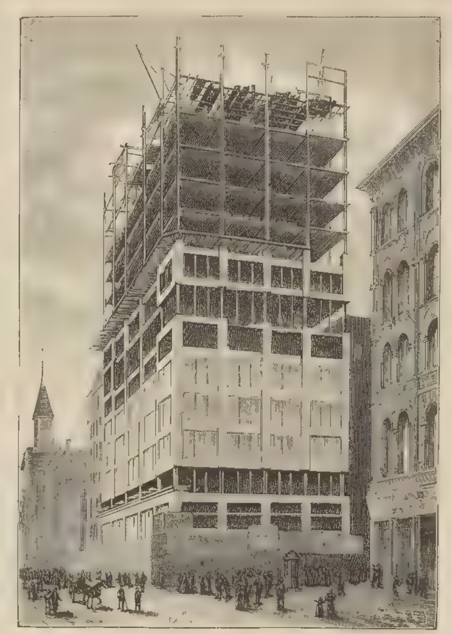
Chicago ha dado el ejemplo: síguenle las demás ciudades de la Unión y Dios sabe dónde se irá á parar si los reglamentos administrativos no ponen coto á estos pugilatos.

El sistema de construcción de esos monstruos es esencialmente original.

El suelo de Chicago es poco resistente: la ciudad ha sido construída sobre un pantano; debajo del suelo pantanoso se encuentra una capa de greda que á su vez descansa sobre arenas movedizas y á tres metros de profundidad se encuentra el agua. Por todas estas causas sólo á fuerza de grandes precauciones se pueden edificar esas construcciones cuyo peso sería suficiente, al decir de algunos ingenieros, para hundir la capa sólida sobre que se levantan.

Los cimientos adquieren una importancia capital. Comiénzase por introducir en el suelo acuoso largos pilotes sobre los cuales ha de descansar toda la construcción; luego se dispone una hilera de vigas de hierro en sentido longitudinal y otra en sentido transversal y se llena todo con betón. De este modo se colocan varias hileras que forman una especie de raqueta sobre cuya superficie total se reparte el peso de la construcción.

Los primeros *sky-scrapers* fueron construídos como los edificios ordinarios, elevando las paredes con bloques de piedra ó de granito sobrepuestos, pero muy pronto se abandonó este sistema: ahora las paredes tienen una importancia, por decirlo así, secundaria, pues en realidad sólo sirven para resguardar del viento, pero no contribuyen á la solidez del edificio. Lo primero que se hace es construir el armazón con vigas de hierro y luego se le cubre con paredes en su mayor parte de largos ladrillos refractarios: este trabajo se ejecuta en varios pisos á la vez.



Casa en construcción en Chicago (de fotografía)

El grabado de esta página, reproducción de una fotografía tomada en Chicago, representa el curioso aspecto que ofrece una construcción en esa época de los trabajos: el armazón de hierro no está todavía terminado, pues no llega más que hasta el piso ¡catorce! El segundo piso no está todavía cubierto de paredes y el séptimo tampoco, y en cambio lo están los pisos intermedios y el trabajo de revestimiento ha comenzado en el octavo.

El aspecto de ese gran esqueleto en parte descarnado es en verdad sorprendente.

Para asegurar la solidez y la incombustibilidad del conjunto se adoptan las mayores precauciones en el acto de la construcción.

Todos los materiales antes de emplearse son ensayados por ingenieros expertos, los cuales rechazan sin consideración todos los que no ofrezcan garantía suficiente.

Empléase la menor cantidad posible de madera en la construcción y en el decorado: los suelos consisten en vigas de acero cubiertas de tierra cocida y de una manera análoga están construídos los tabiques interiores.

En el decorado se emplean únicamente el mosaico y el mármol.

La rapidez con que se levantan esas inmensas construcciones es inconcebible: los contratistas ocupan á un gran número de obreros, divididos en secciones, que emprenden cada una sus trabajos por un sitio distinto, y en menos de dos ó tres meses se ve levantarse en el lugar en que poco tiempo antes había una casa vieja uno de esos modernos edificios de quince ó veinte pisos.

Levantado el edificio hácense cargo de él los mecánicos que instalan allí los ascensores y los aparatos de calefacción por vapor, y los electricistas que colocan centenares de kilómetros de alambres conductores para el alumbrado, los timbres y los teléfonos.

Para que pueda formarse idea de lo que son estas instalaciones eléctricas bastará decir que el *Monadnock building* contiene 150 kilómetros de alambres y el Northern Hotel 100 kilómetros. ¡Y esto sólo para el servicio del alumbrado!

Tal es el ideal de la casa de rentas americana construída principalmente para rendir á su propietario gran provecho y la mayor cantidad posible de dollars, aspiración suprema de los *yankees*.

G. PELLISSIER

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 8 de octubre de 1894 — Núm. 667



ESQUILADOR, dibujo original de Baldomero Galofre

ADVERTENCIA

En el próximo número continuaremos la publicación de la interesante novela de Saint Juirs, con preciosas ilustraciones de Urrabieta Vierge, «La taberna de las Tres Virtudes.»

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

No hay mal que por bien no venga. Al marasmo que en todo orden de cosas reina en este pueblo tan pletórico de actividades en otros días no lejanos, al silencio en que han caído esos eternos *Pangloss* de la panacea llamada política, débese que se haya prestado atención á las últimas disposiciones dictadas por el ministro de Fomento, referentes á la reorganización de la Escuela central de Artes y Oficios y especialmente á la de la segunda enseñanza.

Ya he indicado en estas mismas columnas algunas observaciones que me sugería la tendencia científica que á las enseñanzas de Artes y Oficios parecía imprimir el Sr. Groizard al crear los peritos electricistas. He creído deber mío – valiese por lo que valiese, – dada aquella disposición primera, advertir y aun protestar de la equivocación de bulto en que, á seguir el rumbo iniciado, caía el ministro de Fomento, pretendiendo dar un carácter exótico á las citadas enseñanzas, pues por exótico tengo lo de el conceder mayor importancia á las científicas que á las artísticas, en cuanto se refiere á las industrias patrias.

Pero volviendo por los fueros de la verdad, debo decir cómo, al conocer el decreto de reorganización de la Escuela central de Artes y Oficios, he rectificado mis prejuicios en gran parte, puesto que, así en el preámbulo del citado decreto como en su parte dispositiva – salvo algunos casos, – coincide con mis modestísimas opiniones el criterio del Sr. Groizard. Cree el ministro de Fomento, y á mi entender cree bien, que es menester levantar de su postración á las artes industriales y resucitar otras que son genuinamente españolas; y para lograr este fin se preocupa de que el alumno obrero adquiera una sólida educación, no solamente técnica por lo que corresponde al conocimiento del arte del dibujo, sino también por lo que atañe á la parte teórica, como es el conocimiento de la historia del arte y la de las artes decorativas especialmente y la estética en sus elementales principios.

Divide el Sr. Groizard las enseñanzas en dos grupos: uno el artístico-industrial, otro el técnico-industrial. Por lo que se refiere al primero, aun cuando es susceptible de ampliación en las asignaturas de que se compone y de modificación también en el modo de ser de éstas, sin embargo merece aplausos; no así en lo que atañe al segundo grupo, porque á mi juicio, ni está vista por completo su importancia, ni tampoco los medios más adecuados y fáciles para lograr un fruto positivo.

Cae el Sr. Groizard en la equivocación de creer que los talleres son absolutamente indispensables y que éstos han de ser montados en las escuelas, y además cae también en la aberración de suponer que todas las artes industriales son susceptibles de implantarse en las distintas regiones de la península.

Fuera molesto repetir aquí lo ya dicho respecto de las grandes dificultades que para montar talleres de los distintos oficios que existen tendría que vencer el Estado, á costa de grandes sacrificios pecuniarios. La mayor parte de esos talleres, si no todos, darían seguramente un resultado negativo, ó por lo menos muy deficiente. A poco de fijar nuestra atención en este particular y sin necesidad de recurrir á los datos que nos suministran las *memorias* que en Francia é Italia se han publicado no hace mucho tiempo, dando cuenta de las oscilaciones que sufre la producción industrial en ambos países con respecto á otros, podemos apreciar la casi inutilidad de las enseñanzas prácticas en talleres establecidos en las Escuelas de Artes y Oficios.

Supongamos que se monta un taller de ebanistería: primeramente el alumno se encuentra con que la labor habrá de limitarse á pequeñas construcciones, pues de otro modo el Estado vendría á hacer una competencia terrible á la producción particular, lastimando gravemente los intereses de ésta. En segundo lugar, el alumno no aprendería todos esos múltiples y precisos detalles que el aprendiz se ve obligado á hacer, como son, por ejemplo, las mecánicas todas de arreglo del taller, del cuidado de las herramientas, etc., etc., que poco á poco van familiarizándole, digámoslo así, con la parte ruda del oficio. En tercer lugar, la variedad de obras que en un taller particular se llevan á cabo durante el año enseña al aprendiz como es imposible que le enseñen aquellas otras que en los talleres oficiales se ejecutasen, puesto que en éstos tan sólo podrían hacerse en número muy limitado. En cuarto lugar, el aprendiz de oficio ha menester una práctica larga y constante, cosa que, como en los talleres del Estado, por la razón de no ser talleres productores, no podría tener, resultando que si teóricamente saldrían unos ebanistas llenos de conocimientos y procedimientos, practicando el oficio se verían acometidos muy á menudo por dificultades materiales no vistas resolver, ni por lo tanto resueltas por ellos, en la enseñanza oficial. Por último, el alumno vendría á ser gravosísimo al Estado, si como era de justicia éste le pagaba el jornal que con arreglo á sus conocimientos y adelantos percibe en los establecimientos particulares.

Esto por lo que se refiere á un oficio que tiene aplicación en todas partes; veamos ahora los inconvenientes de montar otro taller de otro oficio ó industria distinta, por ejemplo el de la metalistería.

Supongamos que en las distintas Escuelas de Artes y Oficios de España se da enseñanza al repujado, cincelado, nielado, etc., á cien alumnos – me parece que no me excedo en el número. – Dejemos ahora todas esas observaciones que respecto de las mecánicas interiores del taller he hecho más arriba, y vengamos al resultado práctico, no para el Estado, puesto que como he advertido, no había de convertirse en competidor de la industria privada, sino para el alumno. Supongamos que después de terminadas las enseñanzas, esos cien cinceladores y repujadores salen en actitud de buscarse la vida, inundando los talleres de Eibar y de Elgoibar y de algún otro punto, y que de esos cien flamantes artífices, veinte montan sus industrias, creando veinte establecimientos. Supongamos que todos ellos tienen caudal suficiente de dinero para construir *motu proprio* diez, veinte objetos de arte que les hagan honor como tales artífices, ¿adónde van en busca de mercado, cuando basta y sobra para las necesidades de éste lo que producen Toledo y las citadas poblaciones?

Seamos prácticos ante todo; examinemos fríamente primero cuáles son las necesidades que en artes é industrias tiene el país. No nos hagamos tampoco la ilusión de que fuera de España tendríamos desde luego un importante mercado capaz para sostener industrias como la apuntada. Bien sabe el Sr. Groizard, puesto que así lo dice en el preámbulo de su decreto de reorganización de los estudios de la Central de Artes y Oficios, que en todas las naciones de Europa, por lo menos las artes decorativas y las industrias artísticas vienen hace un siglo y algunas hace mucho más tiempo cultivándose y atendiéndose con gran cuidado, y que por esta razón están en gran auge, así en la parte técnica como en la puramente artística; y creer que pudiéramos hacerles competencia sería en muchos años, sería creer en una utopía.

Por otro lado los talleres oficiales no están hoy en gran predicamento, sobre todo desde que en Francia un delegado del ministro de Instrucción pública y de Bellas Artes probó con datos irrecusables cómo la industria artística francesa producía, comparativamente con la alemana y suiza, con cerca de un cuarenta por ciento más caro.

No; no son los talleres oficiales los que han de producir una nueva generación de artesanos y de artífices capaces de sostener toda competencia extranjera. Las Escuelas de Artes y Oficios están llamadas á ejercer una influencia educativa muy grande en la clase obrera; pero esta influencia ha de ser más bien de educación intelectual que de enseñanza práctica. Nuestros obreros necesitan en primer lugar darse cuenta del porqué químico, físico, artístico, mecánico, etc., ya de los materiales que manejan, ya de las razones estéticas del gusto. Necesitan saber, por ejemplo, por qué las combinaciones curvilíneas son más estéticas y se acomodan más fácilmente á múltiples combinaciones decorativas que las rectilíneas; por qué un estilo de mueblaje es más á propósito para un lugar determinado que otro; necesitan saber por qué no pueden aplicarse ciertas decoraciones á objetos de determinado corte; por qué los colores de la tapicería han de variar según la forma y el decorado general de muebles y habitaciones. He aquí la misión de las Escuelas de Artes y Oficios en general.

Pero hay aún otro problema que resolver, y á la solución de este problema se opone el espíritu centralizador que viene dándose á las enseñanzas artístico-industriales especialmente. Porque la centralización mide con el mismo rasero el llano y la montaña, aplicando leyes que si por condiciones especiales son beneficiosas y de fácil implantación en unas regiones, en otras no pueden ser admisibles. Pongamos como ejemplo la región de Castilla la Vieja. En Béjar hay una escuela de Artes y Oficios. Allí la industria principal es, por razón de los productos naturales, pañera; pues bien, créense talleres de repujado ó de ebanistería ó de cerámica, y veremos los resultados que se obtienen.

No; no es la organización de las enseñanzas de artes y oficios problema fácil de resolver. Para esto es necesario contar con importantísimos factores, y los principales son las condiciones productoras de la naturaleza de cada región, las de la raza y sus elementos históricos; de otro modo todo esfuerzo será inútil, como lo fueron los hechos en este sentido por Carlos III y Fernando VI y aun por Carlos IV.

Por lo que el decreto de reforma de la segunda enseñanza toca al arte, digo con verdad que merece el actual ministro de Fomento un aplauso de gratitud por cuantos del arte se preocupan.

Una de las causas á que obedece en parte la indiferencia grande con que en España son miradas las bellas artes y la literatura, es el olvido en que se ha dejado la educación del sentimiento. Médicos y abogados y hombres de todas ciencias hay á millares, formando el núcleo principal de las fuerzas intelectuales de este país, que no pueden apreciar por sí mismos el valor inmenso que en el progreso humano y en la educación de los pueblos tienen – por supuesto, de modo por completo antipedagógico – las artes bellas y las letras. Por caso inaudito tengo que entre cien jurisconsultos uno sepa apreciar y por lo tanto admirar, comprender y sentir una obra de arte; lo general es oir: «yo no entiendo una palabra.» De esta ignorancia, de este defecto de educación, de esta omisión en la cultura universitaria proceden todas esas decadencias que se advierten, la del arte dramático, la del puramente literario, la de las plásticas, la sustitución del buen gusto por la chabacanería, la carencia de toda originalidad, el degustamiento.

Exígese ahora en el nuevo plan de enseñanza, entre otras asignaturas, la de Estética y Teoría del Arte. Ahora bien: yo creo que esta asignatura no dará los resultados que el ministro de Fomento se propone, si para su enseñanza se omite la parte gráfica. La estética, si forma una parte importantísima de la filosofía y por lo tanto dentro de la alta especulación metafísica está de lleno, sin embargo no pueden olvidarse dos cosas, que son; la primera, que el jovencillo que va al Instituto ignora cuanto á metafísica se parece, y por esta razón no le es dable apreciar el valor que la Estética tiene, en cuanto es ciencia definidora de la belleza; segundo, que la Estética, por lo abstracto de su ser, como ciencia, es más razonamiento del sentimiento que producto de fórmulas concretas. Desde este punto de vista, por lo menos, tan sólo ha de verla y estudiarla el adolescente. Porque así como al estudiar Retórica y Poética, al lado de las reglas van los modelos, así para comprender, ó mejor dicho, para formar un gusto estético definido respecto de las obras de las artes plásticas, es menester que al propio tiempo de la explicación teórica de la forma en la arquitectura, en la escultura, en la pintura, de la importancia del color, vengan también las demostraciones gráficas.

Gran diferencia existe entre la explicación oral de la belleza de un tipo ó arquetipo de la griega, ó del realismo de la del Renacimiento, ó de los idealismos arquitectónicos del estilo ojival, ó de la severidad del románico, y la demostración por medio de las combinaciones geométricas trazadas á la vista del alumno, ó de la enseñanza que recoger pueda frente á la estatua ó al cuadro, siendo el profesor, no un teorizante científico de la belleza, sino un conocedor práctico de ella, capaz de demostrar en el acto con el carbón ó la tiza en la mano cómo las fórmulas estéticas definidas en el libro, por la especulación filosófica alcanzan aquel grado de realidad efectiva en el lienzo ó en el mármol, que por intuición y sentimiento desarrolla el artista.

Porque es una afirmación irrefutable la de Delbeuf: «lo psíquico es irreductible á lo físico;» afirmación que si el pensador francés formula á propósito del idealismo en su expresión literaria, bien puede aplicarse al sentimiento en todas las manifestaciones de éste por medio de las artes plásticas.

R. Balsa de la Vega



Accidente en la vía férrea, cuadro de Andrés Solá y Vidal



Un público indulgente, cuadro de Theo Schmutz-Baudiss

PERDIDA

Caballero en un rucio, iba Joaquín el del valle de Toranzo, más atento á las múltiples ideas que poblaban su mente, que á regir la mansa bestezuela que, á paso no tan apresurado como fuera el deseo de su jinete, seguía carretera adelante.

Iba el mozo, que mozo era Joaquín y de los más garridos y acaudalados de la montaña, hondamente engolfado en los fines que á tal viaje le obligaban: que no en balde, lector, á verte en el trance del montañesuco, dejaras de pensar lo que él pensaba y de creerte que el tiempo detenía su curso tan sólo por el gustazo de retardar una gran dicha pacientemente anhelada día por día durante cuatro años.

Sin grandes circunloquios ni distingos, contaremos que nuestro hombre marchaba á la próxima estación ferroviaria, á recibir á su novia, que haría un lustro próximamente que se fué á Madrid en clase de fámula á probar fortuna, correr mundo y ver de reunir unos cuartejos con que santificar los legítimos deseos que en la inflamable juventud despierta el hijo de Venus: Amor.

Sin aventurarnos en el terreno de las hipótesis, bien puede afirmarse que á Joaquín antojábasele cangrejo la cabalgadura, interminable el camino y desesperante la humana condición, que de grado ó por fuerza tiene que rendirse á la realidad de los hechos, aunque el pensamiento marche con sorprendente celeridad.

Por fortuna, entremezclábanse los dulces recuerdos pasionales de aquella Mari de su alma y salían á plaza con resonancias de conmovedora fe sus juramentos:

– Cuando vuelva de los Madriles, nos casaremos, Joaquín mío.

A Joaquín, á pesar del tiempo transcurrido, aún le resonaba la frase: que tanto puede el amor cuando sinceramente se posesiona de un alma noble.

Prometíase el mozo sinnúmero de venturas, y mientras el rucio trotaba á un pasito acompasado por la irregular carretera, Joaquín veíase ya en la estación dando el abrazo de bienvenida á Mari... ¡Qué abrazo! ¡Como se abraza la felicidad que es nuestra vida!..

Arreglada la impedimenta del viaje á ancas del rucio, *ella* y *él* tornarían al hogar, á hora bastante avanzada de la noche, cuando sobre los campos relucen como brillantes los gusanos de luz y resuena mejor el monótono *¡cloá! ¡cloá!* de las ranas de los regatos, el ronco canto de los sapos; cuando la luna mancha de melancólica blancura los tejados de la aldea que duerme, y sus resplandores se filtran por entre los claros de los millares de hojas de las cajigas, y sus tremendas copas, azotadas por el viento, se balancean con múltiples murmullos: misteriosos recitados de la oración que la naturaleza eleva en la noche siempre triste y medrosa...

Camino de la aldea ¡lo que parlarían los novios!.. ¡Lo que *ella* le contaría de la corte!.. ¡Lo que *él* le hablaría de la montaña!.. Un sin fin de cosas... Se detendrían mucho, muchísimo en el gran capítulo... *El* pondría los puntos sobre las íes acerca de lo que más importaba á su anhelo de poner término al afán amoroso con los latines y bendiciones de rúbrica.

Casados ya, con los pocos ó muchos cuartos que Mari hubiera ahorrado en la corte, Joaquín compraría algún pradal ó tantos carros de tierra para sembrar borona. Ensancharía la propia hacienda, y el bienestar reinaría en el hogar poblado de chiquitines; porque, indudablemente, lo de los chiquitines sería la fija en su venturoso estado.

Así el magín fantaseando y el rucio siempre á un trote menudito, dieron caballero y caballería en la estación: una casita de un solo piso, con paredes terrosas y en su fachada principal adosado un gran reloj de doble esfera, iluminado por dentro.

Ató Joaquín la cabalgadura á la empalizada que circuía el edificio, y como persona que conoce el camino entróse bonitamente en el despacho del jefe, á tal punto entretenido éste en la más prosaica y perentoria de las necesidades: la de comer.

II

Oyóse á lo lejos el silbar de la locomotora, y el silbido, penetrando por el muy atento oído del mozo, llenóle el pecho de extraña congoja.

En la obscuridad brillaron las rojas luces del correo. Parecían estrellitas encarnadas que se deslizaran por la tierra manchándola con vivos resplandores de incendio.

El jefe de estación, embutida su obesa personalidad en un recio capote, salió al andén, trayendo debajo del brazo un rollo de papeles, en la izquierda mano un farol y en la diestra una campanilla que tintineaba suavemente al más leve movimiento de su poseedor.

– ¡Eh, Quico!, exclamó el jefe parándose al lado del joven y dirigiendo hacia las lucecitas rojas una mirada. ¿Esperas á alguien de la familia?...

– A Mari...

– ¿A Mari?...

– Sí; mi novia.

– ¡Ah! ¡Ya! ¿La que se marchó á los Madriles con los Sres. de Revuelta?...

– La mismita.

– ¿Y viene para mucho tiempo?...

– Para siempre...

El jefe dió una palmadita en el hombro de su interlocutor, y le dijo con frase de zumba:

– ¿Te casarás con ella?... ¿eh?... ¡Que sea enhorabuena!

– Gracias, replicó el joven sin advertir el acento burlón que empleara el jefe.

– ¡Qué diablo!, prosiguió éste. Siempre es una proporción para ti, porque Mari, según se dice por la montaña, ha hecho fortuna en la corte... No me extraña, porque la chica lo vale... En diez leguas á la redonda no la hay más guapa.

– ¡Ya lo creo!, suspiró Quico.

El diálogo fué interrumpido por la llegada del tren, que hizo alto.

El jefe se retiró del lado del mozo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

– ¡Villabrín! ¡Tres minutos!...

Joaquín se acercó á los coches de viajeros del convoy ferroviario.

La mayor parte de las ventanillas permanecían cerradas, y á través de sus cristales, empañados, neblinosos, columbrábanse las cabezas de los pasajeros, dormidos en su totalidad... Así vistos, á la tibia claridad de las lámparas de los centros de los departamentos, parecían figuras de cera grotescamente agrupadas. Varias portezuelas se abrieron para dar paso á los que finalizaban allí su marcha: dos señorones, una señora vieja y una señorita cubierta la cara con una gasa azul que partía del sombrero de viaje.

Quico, después de contemplar aquel grupo corrió á los coches de tercera clase, gritando á la desesperada:

– ¡Mari!.. ¡Mari!..

Nadie respondía.

El jefe de la estación paseaba á todo lo largo del andén, más por costumbre que por necesidad:

– ¡Señores viajeros, al tren!..

Hizo sonar la campanilla tres veces; silbó la máquina como si se diera por advertida de la orden de marcha; vomitó la chimenea una espesa bocanada de humo que pasó rozando, empujada por el viento, la lateral de los coches que daba á la estación; hubo el vaivén característico de los trenes al arrancar, y el correo, vomitando siempre humo y chispas de fuego, alejóse rápidamente hacia las negruras que envolvían la haz de la tierra...

III

Con el disgusto consiguiente, con la cara tristona y desemblantada, negro el ánimo y acongojado el pecho, volvió Quico á ser caballero en el rucio.

Camino de la aldea, monologaba amargamente:

– ¡Compuesto y sin novia!.. ¿Qué le habrá ocurrido, Dios mío?.. ¿Qué será de mi Mari?..

Y discurriendo catástrofes, iba carretera adelante, sin preocuparse poco ni mucho de los precipicios ni de los pasos difíciles, ni tampoco de que en la vida los infortunios son como cerezas en cesto, que en sacando la primera, vienen detrás enlazadas una porción; ó lo que es lo mismo, que en tal noche, desdichada para el montañesuco, vino el dios Eolo á caer en la no muy agradable tentación para los mortales de corretear vertiginosamente por los cerúleos espacios, y en menos que se cuenta sopló sobre la corteza terrestre un viento huracanado que barría el polvo de la carretera, levantando espesas nubes que cegaban. El viento agitaba hasta humillarlas contra el suelo las copas de los árboles, las ramas de los arbustos; hacía cimbrear los troncos, tronchaba las matas, y al besar con furia loca los sembrados de maíz, tumbaba sus cañas unas sobre otras, arrancando de aquel mar de mazorcas en flor el mismo son que al Océano sus agitadas montañas de agua.

Joaquín echóse sobre la cabalgadura, entrelazando á su cuello los brazos, y de esta facha poco airosa, aunque el aire la originase, hubo de llegar á sus lares, no sin encomendarse por el camino una y mil veces á Santa Bárbara bendita, que en aquel trance, como en otros muchos de igual índole, sacó con bien del tremendo aprieto á su devoto suplicante.

IV

Al día siguiente, domingo, se formó en la irregular plaza de la aldea el tradicional corro de los días de incienso: las mozas echaron sobre sus gallardas personas la falda de lujo y la chaquetilla de terciopelo, amén de colgarse al cuello los hilos con cuentas de coral fingido: los mozos lucían sus trajes de pana, las vistosas fajas anudadas al desgaire á la cintura, las camisas sin planchar, pero como el ampo de la nieve, las boinas azules, al hombro las chaquetas; las alpargatas y las varas de acebo completaban el atavío: las comadres no ponían en sus trapos tanto esmero: ¿para qué?...

El elemento joven tomó posesión del corro de la danza; los casados entablaron partido en la bolera; los viejos encerráronse en la humosa y lóbrega taberna á jugar al tute arrastrado y despachar unas cuantas jarras de vinillo de la Rioja; las viejucas, sentadas en los poyos de piedra del atrio de la iglesia, jugaban á la brisca, con cartas grasientas y abarquilladas por el uso.

Las mozas requirieron las panderetas, y la de voz mas recia soltó al viento la primera copla.

Así al baile comenzado á los ecos de las coplas y al repique de las panderetas, uniéronse los golpetazos de las bolas al estrellarse en los límites de tabla de la bolera; las risas, las voces y los murmullos de la gente que tan patriarcalmente santificaba las fiestas.

Cuando mayor era el bullicio apareció Joaquín en la plaza, con el semblante tristón del hombre que sufre un grave disgusto: al verle, mozos y mozas, viejos y viejas, pusiéronse á cuchichear mirando con el rabillo del ojo la dirección que Quico tomaba.

Sin advertir la expectante curiosidad de que era objeto, el joven se dirigió resueltamente al corro del baile, sin duda para ver si alguien de los allí reunidos tenía noticias de Mari, ya que ésta no contaba en el pueblo con pariente alguno.

Presentóse, digo, entre los bailarines y se quedó parado de pronto y más atónito que si á sus pies acabara de caerse el mismísimo sol – y valga lo extraordinario de la imagen para mejor pintar el asombro de Quico al hallarse de repente con Mari, la propia Mari, sentada en uno de los bancos entre las mozas que no bailaban.

Y al detener los ojos sobre su novia, aumentó su estupor al verla con las trazas de un lujo desusado, escandaloso. ¡Si parecía una duquesa dignándose alternar con las zagalas!

Precedió una pausa angustiosa: enmudeció la cantora, pararon pies y manos... Los bailadores se dirigieron entre sí una mirada de imponderable curiosidad... ¿Qué iba á pasar?.. ¿Qué se dirían los novios?..

Mari intentó sonreir, pero no pudo.

Joaquín permanecía siempre con los ojos fijos en su novia.

Los espectadores casi respiraban para no perder una sílaba del diálogo que forzosamente había de entablarse entre los novios.

Pero no hubo tal: vinieron á tierra – con gran disgusto de los que ya soñaban con un espectáculo de los buenos – las esperanzas concebidas de riña, al notar el gesto terrible de Quico y el temeroso y avergonzado de Mari...

Sin decir una palabra, sólo en la mirada un destello de rabiosa indignación y en los labios el balbuceo de un apóstrofe terrible, que era la expresión dolorosa de un alma herida en lo más hondo, Joaquín giró sobre sus talones, y á paso rápido, como un autómata, salió del corro, cruzó la plaza y desapareció por una de las callejas que en la misma desembocaban.

. . . .

A solas en su cuarto, Joaquín dejóse caer á plomo en una silla, se cubrió la cara con entrambas manos abiertas, y dió rienda á su dolor, y con acento infinitamente triste, tembloroso por la rabiosa desesperación que le ahogaba, con voz que resonaba á lágrimas, musitó:

– ¡No!.. Esa no es mi novia... ¡No es Mari!.. ¡Vestiduco de seda, pendientes de brillantes, pulseras, sortijas, zapatitos de charol!.. ¡No: no es mi novia!.. Esa es una perdida... Toda la vida que se la pasara trabajando no valdría lo que una de sus sortijas... ¡Por algo me dijo anoche el jefe de la estación que Mari había hecho fortuna en la corte!.. ¡Ya lo creo!.. ¡Viciosa!.. ¡Perdida!.. ¡Mala mujer!..

Y aquel Quico que jamás supo lo que era llorar, lloraba ahora de una manera incansable al ver deshechos para siempre los grandes ideales de su vida

ALEJANDRO LARRUBIERA



MEDITACIÓN, acuarela de Leonardo Wyburd



DULCES MIRADAS, acuarela de Carlton A. Smith, R. I.



SALIDA DEL BAILE, acuarela de Lucien Davis, R. I.



DOS AMIGOS, acuarela de Miss Juana M. Dealy, R. I.

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

LA ORFEBRERÍA SEVILLANA

(Conclusión)

II

Las más antiguas obras de platería sevillana (hemos dicho ya en otro lugar) de que nos quedan memorias, tienen su origen á raíz de la Reconquista de esta ciudad por Fernando el Santo, y á esta época corresponde el revestimiento de láminas de plata repujada con jaqueles de castillos y leones, que enriquece la preciosa efigie de la Virgen de la Sede, titular de la santa iglesia hispalense; análogos ornatos tuvieron las cuatro sillas con sus chapiteles, en que durante muchos siglos se ostentaron los simulacros de Nuestra Señora de los Reyes, San Fernando, D. Alonso X y doña Beatriz de Suavia en la regia capilla de nuestro templo metropolitano, preciosos adornos, de los cuales resta al presente el forro interior de la bovedita cortada por arista, que sirve de trono á Nuestra Señora, y también de estos mismos tiempos datan las chapas de plata que cubren el famoso tríptico relicario, á que llamamos *Tablas Alfonsinas*, que tal vez fueron obra de los cinceles de aquel insigne artífice Maestre Jorge, citado por el Rey Sabio en sus *Cantigas*, cuando narra el milagro del anillo que llevaba en el dedo San Fernando, quien se le apareció en sueños á su hijo y le ordenó lo pusiese en uno de los de la Virgen.

De la segunda mitad del siglo XIII, apenas si quedan documentos en los archivos sevillanos, por lo cual no es de extrañar la falta de nombres de *orebses* de este tiempo. Maestre Jorge y Lope Pérez, el último de los cuales figuraba entonces como cofrade de la hermandad del Pilar, son los únicos que podemos citar.

Ya en el siglo XIV, cuando el estilo mudéjar alcanzaba su mayor florecimiento y cuando la gloriosa monarquía castellana se cimentaba sobre las bases más sólidas, el poder real se engrandecía y comenzaban á sentir los pueblos los beneficios de una reorganización social, no es difícil entresacar de empolvados legajos nombres de artífices y aun noticia de sus obras, citando á este propósito los de Alonso y Bartolomé Fernández, Pedro González, Benítez y Sancho Muñoz, notable *orebse* el último que contrató con este cabildo, según carta de 15 de septiembre de 1366, la obra de «vna imagen de Santa María con su Fijo en braços y vn tabernáculo con imágenes relevadas en sus puertas, que sea la labor más fermosa é convenible que pudiera ser... de plata, con esmaltes, piedras y aljófar,» alhaja inestimable, á juzgar por la descripción que de ella se hace, de la cual sólo nos resta la memoria.

Otra muy apreciada joya de esta época conocimos hasta el año de 1883, que se conservaba en la parroquia de San Vicente, de tanto más valor para la historia de la platería sevillana, cuanto que era el solo ejemplar con que contábamos, fabricado en la XIV centuria, y por consiguiente venía á ser para los sevillanos el eslabón que unía las producciones de los siglos XIII y XV. Nos referimos á un cáliz de plata sobredorada, con seis compartimientos en el pie, en cada uno de los cuales aparecía grabado y con restos de esmaltes translúcidos un pasaje de la vida y martirio del santo titular del templo. En el nudo mostrábanse dos escudetes, con las armas de los Guzmanes el uno, y el otro con la imagen de San Vicente. En el brocal de la copa leíase con letras góticas: *Verum corpus Xpi natum ex Maria virginis.* Cúponos la suerte de descubrirlo, arrumbado como trasto inútil; recomendámoslo al párroco para que lo conservase con gran estimación, y este señor prefirió venderlo á un negociante, de cuyas manos pasó á enriquecer la colección del barón Spitzer para honra de España y testimonio de nuestra cultura. En el testamento del infortunado hijo de Alfonso XI, al enumerar las joyas que habían de ser distribuídas entre sus hijos, los alhaytes grandes y medianos en que estaban los balaxes que fueron del rey Bermejo con otras piedras, aljófares y alcorcíes esmaltados, la *galea* ó galera de plata, la nao de oro con piedras y aljófar, las espadas de oro enriquecidas de igual suerte, especifícase haber sido labradas en esta ciudad dichas preseas, que tal vez fueran obras de algunos de los maestros que citamos á continuación, por estimar que ven la luz pública por primera vez. Consta que en 1363 florecía en esta ciudad Lope Pérez y en los años de 1400 Sancho Benítez, Bartolomé, Juan y Alonso Fernández, Jerónimo Guillén, Pedro González y Manuel Pérez. En 1403 Alonso Martínez, Juan Ruiz y Alonso Fernández. En 1404 Simón Guillén, Alonso Hernández de Ecija, Juan González, Juan Fernández Gallego, Alonso Martínez, Juan García y Ximénez *que hace los sellos* (dice el documento que tenemos á la vista). En 1406 Alonso González y Guillén Martín, y en 1408 Pedro Lobete. Aunque estas fechas corresponden á los albores del siglo XV, fácilmente se comprenderá que, calculando á estos artífices una mediana edad, pudieron ser coetáneos de D. Pedro I.

A medida que los años transcurrían y más nos aproximábamos á nuestro engrandecimiento, las costumbres suntuarias alcanzaban á todas las clases sociales, y con tales estímulos no es de extrañar que en las grandes poblaciones, como Sevilla, el número de orífices y plateros fuese tan extraordinario, por las infinitas aplicaciones que tenían los productos de tan rica y apreciada industria artística, lo mismo aquellos que se destinaban á enriquecer el mobiliario, como los que se aplicaban á la indumentaria religiosa y civil, tan ostentosa y deslumbrante, que apenas si hoy podemos formar juicio algo aproximado de lo que fué. *Los Libros de Fábrica* de esta catedral y los Inventarios de las casas de nuestros magnates son los más ricos arsenales que pueden consultarse para apreciar debidamente el fausto de corporaciones y particulares durante los siglos XV y XVI.

Entre los muchos nombres de plateros hispalenses que hemos llegado á reunir, que florecieron en la primera de las citadas centurias, merecen ser conocidos los de Maestre Guillermín (1434), Hernando, Juan, Pedro y Rodrigo de Córdova (1480-84), Gonzalo y Diego Fernández (1435-1461), Francisco Gentil (1477), García, que en 1485 ocupábase con sus oficiales en fabricar «vn jaez» por encargo del Rey Católico, obra de tal valía, que según carta de aquel monarca, fecha en el Real sobre Ronda á 21 de mayo del año citado, el artífice y sus operarios quedaban exentos de todo pecho, mientras estuviesen ocupados en dicho trabajo. Aquel jaez destinado para el caballo de D. Fernando V, debió ser una verdadera obra de arte, si tenemos en cuenta las descripciones que nos quedan de otros de la misma clase, en los cuales la plata repujada y sobredorada á veces aplicábase sobre los cueros ó el terciopelo, en las almártagas, petrales y sillas, ya en láminas sujetas con primorosa clavazón ó ya como colgantes en los petrales ó gruperas quedaban luciendo los mil primores de sus grabados y esmaltes. ¿Qué extraño que á estos objetos se aplicase la plata labrada, si tenemos noticia de haberse enriquecido con láminas repujadas de aquel metal y de oro ornamentos episcopales, como fueron los de D. Diego Deza, que en 1549 encargó este cabildo al platero Francisco de Castro toda la obra de plata, oro y esmaltes, invertidos en la restauración de la capa y casulla de aquel ilustre prelado?

Otro artífice coetáneo del mencionado García, que también hubo de gozar del aprecio de sus contemporáneos, fué Juan de Oñate (no Donante, como le llaman Ceán Bermúdez y otros), el cual tuvo á su cargo la labor de plata de nuestro templo metropolitano, desde 1497 á 1512, y que mereció de los Reyes Católicos carta de hidalguía, expedida en 18 de noviembre de 1499: pocos años después empleáronlo en la acuñación en esta Casa de Moneda.

Ya que no nos sea posible consignar las noticias de las obras ejecutadas por los muchos maestros que florecieron en Sevilla durante el siglo XV, citaremos los nombres de algunos de los más principales. En 1421 Juan García y en 1425 Andrés López. En 1433 Fernán López, Bartolomé Martínez y Pedro Martínez *el Mozo.* Dos años después hallamos á Luis González y Bernal Sánchez, Diego González de Escalona, Gonzalo Romo y Pedro Sánchez Moreno vivían en 1447. Gonzalo de Sant Andrés, Diego Rodríguez, Pedro Melgarejo, Alonso García, Francisco Gentil, Pedro González, Diego Martínez *el Mozo* y maestre Enrique de Portojal encuéntranse citados en documentos de los años desde 1464 á 1473, y en las postrimerías de la centuria á que nos venimos refiriendo, figuran los nombres de maestre Pedro, García y López Rodríguez, Bartolomé Sánchez, Hernando de Valladolid, Juan de Castro y Pedro de Córdova.

Entrados ya en el siglo XVI, fácil nos sería ofrecer á nuestros lectores larguísimo catálogo de orfebres y orífices; pero ya que por la índole especial de estos artículos nos esté vedado, daremos cuenta de algunos nombres tan sólo, citando á la ligera las ricas preseas que salieron de sus talleres, unas que existen y otras que los hombres ó los tiempos han hecho desaparecer. Dos maestros, alemanes tal vez, Nicolás y Marcos, ocupáronse en fabricar una Custodia para nuestra basílica, desde 1513 hasta 1520, y si consideramos el gusto artístico entonces dominante y el esmero de este cabildo catedral de dotar su iglesia con notables joyas, no creemos equivocarnos al suponer que aquélla sería una inestimable producción al estilo ojival florido, en la que se apreciarían los primeros destellos del Renacimiento italiano, que á la sazón tan hábilmente supieron combinar los orfebres españoles. Esta obra sospechamos que fué fundida y aprovechada por Juan de Arphe en su soberbia Custodia. Consérvanse en el tesoro catedralicio dos arquitas de unos 0m,70 de largo por 0m,30 de alto, que guardan las reliquias de San Servando y San Florencio, las cuales pueden ser estudiadas como obras acabadas en su género: son repujadas y sus ornatos de medallas, tallos serpeantes, ángeles y estípites encantan por su corrección y finura. Según parecen revelar sus ya gastados *punzones*, fueron trabajadas en Sevilla por Diego Bezerra, artífice del cual sabemos tan sólo que en 1554 era marcador y veedor del arte y que vivía aún en 1568. Diego de Vozmediano tuvo á su cargo el *adobio* de la plata de esta santa iglesia desde 1524 al 43, y entre otras cosas hizo una Custodia pequeña para el Santísimo Sacramento con las esculturas de seis apóstoles, la cual tampoco existe. Hernando de Ballesteros ejerció el mismo cargo que el anterior desde 1551 á 1593, y sabemos que hizo dos cajas para reliquias; que reparó las Tablas Alfonsinas y otras alhajas, y que de sus peritísimas manos salieron los famosos cuatro blandones de plata repujada llamados *los Gigantes* por su gran altura, obras de singular mérito. Le sustituyó Francisco de Alfaro, autor de una notabilísima joya, como es el tabernáculo ó sagrario del altar mayor de esta catedral, y los magníficos atriles del mismo; obras las más perfectas y acabadas que conocemos entre las de su género. Florecieron en el mismo siglo Hernando de Anteçana (1534), Bartolomé y Francisco de Baena (1534-1554), Alonso de Angulo (1553), Luis de Alvarado (1567), Jerónimo Andino (1581), Hernando y Luis de Armenta (1559-69) y otros cuya lista sería interminable. Finalmente corresponden al XVII Diego y Miguel Arias (1608-28), Pedro de Almaguer (1618), Lorenzo de Azbusula (1647), Simón Andrés (1651), Luis de Acosta (1664), Bernardo Andino (1670), Antonio de Andrade (1675) y Francisco de Astudillo (1680).

No puede menos de contristarse el ánimo cuando al visitar los templos, museos y ricas colecciones de particulares y cuando tras pacientísima investigación de documentos comparamos la pobreza actual con las magnificencias de otros días. Sin que se nos moteje de pesimistas, creemos que no lucirán de nuevo para nuestra patria los brillantes resplandores de la cultura pasada: por eso alzaremos incesantemente nuestra desautorizada voz, solicitando de las corporaciones municipales y provinciales y de las Academias, Ateneos y demás institutos que estimulen y fomenten la publicación de obras destinadas á ilustrar la desconocida historia de las industrias artísticas nacionales; pues si somos incapaces de darles nueva vida, queden á lo menos para las generaciones venideras salvados del olvido tantos y tan grandes testimonios de nuestra grandeza.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

«AUDACES FORTUNA...»

(PROSA PROSAICA)

Nació en la montaña, se educó en el llano, aprendió política de campanario en la capital de su provincia, hizo sus correrías por Madrid, desempeñó destinos, logró una fortuna y se firmaba Juan, llamándose Pedro.

Juan ó Pedro, pues el nombre no añade nada á la persona, había tenido mucha suerte, pero la verdad es que la tenía merecida. Desde muy pequeño resolvió hacer carrera á toda costa, como si fuera un inquilino que decide mudarse de casa, y desde entonces su conducta no tuvo otra norma que *llegar*, llegar ¿adónde?, muy alto; él no sabía adónde, pero el caso era lograr la atención de sus conciudadanos, ser rico, disponer de destinos y pasar por algo bueno, por hacendista ó por químico, por cualquier cosa, con tal de que las gentes creyeran que el pequeñuelo de la aldea, desarrapado y sucio, había venido á ser poco menos que una gloria del país.

La envidia de aquel jovencillo que ayudaba al sacristán del pueblo en sus faenas, que más tenían de domésticas que de religiosas, fué un sentimiento que dió magníficos resultados en el porvenir del muchacho. Cuando iban al pueblo los señorones de la corte á preparar el distrito, asegurando con imaginarias concesiones de carreteras la elección del diputado, l'eriquillo abría los ojos y la boca de par en par y les oía embobado todo lo que decían. Solía no entenderles gran cosa, ¡hablaban tan bien!, pero el chico adivinaba demasiado que aquello de las carreteras eran



Pescadora de almejas, de una fotografía de R. W. Robinson

promesas que no se cumplirían hasta que él fuera ministro ó gobernante.

El chico tomó un día el camino de la capital de la provincia; desapareció del pueblo, donde nadie le echó de menos, pues era huérfano, y entró de aprendiz en un almacén de vinos. ¿Quién le recomendó? Si hubo alguno que lo hizo, Perico no llegó á enterarse; se recomendó él mismo presentándose al dueño con aquel desparpajo que le distinguía.

Después de ahorrar algo, no llegaría á veinte duros, Perico puso todo su capital en un negocio muy arriesgado, en la introducción de matute en la ciudad: cuando aumentaba el dinero de Pedro, ascendía el chico en la tienda y principiaba á discutir de política local, entrando á aumentar el número de amigos políticos de un visitador de fielatos.

Al año siguiente hubo motín en el pueblo y el tabernero tomó activa parte en el alboroto. Por entonces, cuando se exponía á perderlo todo y estaba á pique de ir á la cárcel, Perico era ya el encargado del despacho de vinos, la persona de confianza del tabernero.

Pedro empezó á ser feliz.

Pero la felicidad duró poco: murió el dueño; los acreedores se echaron como lobos sobre la tienda, y Pedro se quedó en la calle, castigo que le dieron los testamentarios por haberles querido armar varios embrollos.

Entonces tendría ya el héroe de mi historia unas cuatro mil pesetas ahorradas. Harto sabía él que con aquello no había para grandes empresas, pero por lo mismo era cosa de jugar con ellas un albur. Si Pedro hubiera sido jugador las hubiera puesto á una carta, pero Perico tenía otras aficiones y las puso en unas elecciones, presentándose candidato á diputado provincial.

Y Pedro se las arregló de modo que su candidatura triunfó en toda la línea.

El antiguo dependiente del almacén de vinos estuvo mucho tiempo sirviendo los intereses de la provincia y arriesgándose cada vez más en conciliábulos políticos. Algunos murmuradores se permitieron entonces afirmar que D. Pedro, porque ya le daban tratamiento, estaba haciendo chanchullos y martingalas en la Comisión provincial.

Pedro se enfadó mucho; inspiró una campaña en defensa suya en los dos periódicos de su partido; arreciaron los insultos los diarios del bando contrario; el diputado se vió muy comprometido; sus enemigos tenían pruebas contra él; pero él, en cambio, tenía dinero y entabló una querella criminal por injuria y calumnia contra los que se permitían dudar de su honradez acrisolada.

Sin embargo, el diputado llevaba la peor parte en la pelea; la gente principiaba á señalarle con el dedo, y Pedro, quién sabe si pensando en que no tenía más salida que aquélla, desafió al promotor de la escandalosa campaña.

El diputado no había cogido en su vida un sable, pero no podía retroceder: perdida su carrera, de nada le servía la vida; nada le importaba, por consiguiente, que su adversario, un espadachín de primera, le atravesara de parte á parte.

Llevóse á cabo el desafío: hasta en el terreno del honor arriesgó Pedro la vida. Quedóse al descubierto, vendido, á merced del acero del otro: extendió el brazo, movió el sable en extraño hendiente, y... logró rajar la cabeza al difamador, al primer matachín de la provincia.

El diputado se hizo simpático y quedó á cien codos de altura: es la ventaja de los que vencen á los matones de oficio. Así fué como acabó aquella campaña que á otro que no hubiera sido el héroe de mi narración hubiérale desprestigiado. Así fué como aquel hombre se hizo popular.

Ya entonces nuestro hombre no se paró en barras: aquella aureola de caballerosidad le hizo ser aún más arriesgado. Hizo el amor á la muchacha más rica de la ciudad, y casi sin conocer á la muchacha se casó con ella.

Buena dote y mejores relaciones en el distrito, hicieron que D. Pedro se presentara diputado á Cortes, que ganara la elección y que viniera á Madrid.

Desde entonces su carrera ha sido una carrera loca, desenfrenada. Fué director general, subsecretario, ministro, prohombre..., cuanto había soñado allá en el chiscón del almacén de vinos.



Baile y cante, cuadro de Ricardo Brugada



LA COMIDA DEL PRESO, dibujo original de J. García Ramos



SEVILLA.-MUELLE DE TRIANA, dibujo original de Manuel García Rodríguez

Y no era esto solo lo mejor, sino que el político pasaba por ser un hombre de gran talento, una lumbrera que honraba al partido que le contaba entre sus afiliados.

El otro día se publicó una vez más, y van lo menos ciento, la biografía de este hombre famoso, que trata á los jefes de los gabinetes europeos como de igual á igual.

En la biografía consignábase que había sido diputado un millón de veces, que tenía un sin fin de con-



El almirante chino TING, que mandaba la escuadra china en el combate naval librado junto á la desembocadura del río Yalu

decoraciones, que era título de España, que pertenecía á las primeras asociaciones del mundo..., qué sé yo, una serie inacabable de méritos.

Yo pensé que faltaba su rasgo distintivo y su mayor mérito: allí no se consignaba ni su audacia ni su historia verdadera, mucho más digna de alabarse, con todos sus defectos, que su carrera externa, aparatosa y falsa.

Porque como dice Paca *la trigueña,* la antigua confidente del ex ministro, traduciendo el aforismo *Audaces fortuna juvat,* que siempre tiene en la boca mi biografiado: «De los *desahogaos* es el reino de los cielos.»

Y tiene razón; porque si la historia es vulgarcita, no por eso deja de tener su filosofía, tan amarga como la frase de la Paca.

Sin embargo, la verdadera historia tiene también algo que consuela: el pueblo donde el prohombre ayudó á misa cuando chicuelo, tiene hoy una magnífica iglesia, una hermosa carretera y una línea férrea. Por último, para los naturales de aquella región son los mejores empleos del Estado.

Hay quien protesta de los monopolios, pero deben admirarse las gratitudes.

No quita lo audaz á lo reconocido.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

RECTIFICACIÓN. – El cuadro *Costumbres españolas* que publicamos en el número 660 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no es obra de Luis Alvarez, como dijimos, sino de D. Eugenio Alvarez Dumont, cuyo nombre, bien reputado en el mundo del arte, no es desconocido para nuestros lectores que han podido admirar en este periódico otros lienzos suyos, entre ellos el titulado *Malasaña y su hija. Episodios de* 1808. D. Eugenio Alvarez Dumont, alumno que fué de la Escuela de Bellas Artes de Madrid y profesor de dibujo en la de Artes y Oficios de Béjar, ha sido pensionado por oposición en Roma, habiendo logrado las mejores calificaciones. Ha obtenido honrosas y justas recompensas en certámenes nacionales por varios cuadros, de los cuales los más importantes son el ya citado *Malasaña y su hija,* adquirido por el Estado, y *Trafalgar,* premiado con segunda medalla en la última Exposición internacional celebrada en Madrid.

Esquilador, dibujo original de Baldomero Galofre. – Conforme hemos ya dicho en otra ocasión, Galofre consagra á la noble y laudable empresa de reproducir tipos, cuadros y asuntos nacionales gran parte de su actividad y de su ingenio. Charros salamanquinos, robustos astures, severos leoneses ó gallardos majos andaluces, cabalgando en soberbios caballos ó conduciendo las yuntas de bueyes que arrastran pesadas carretas al través de los verdes prados de Castilla, cobran vida y forma por el esfuerzo de la brillante paleta del artista y de su portentosa fantasía.

El *esquilador,* que reproducimos, forma parte de la copiosa colección de apuntes, dibujos y cuadros que ha ido reuniendo Baldomero Galofre en sus peregrinaciones artísticas por las regiones de la península. A su galantería debemos la satisfacción de dar á conocer á nuestros lectores una obra más, que como todas las suyas lleva consigo el sello de su personalidad.

Un accidente en la vía férrea, cuadro de Andrés Solá y Vidal. – La autoridad, representada por la pareja de mozos de escuadra, y varios vecinos del inmediato pueblo, rodeando el cadáver del infortunado labriego á quien arrolló el tren durante la noche, constituyen el asunto del cuadro del Sr. Solá y Vidal, de carácter verdaderamente local y hábilmente estudiado. La agrupación de las figuras, la hora y hasta el terreno denotan estudio y observación, así como los propósitos del artista, que impuesto de los conceptos que informan la pintura moderna, inspírase para la producción de sus obras en hechos de la vida real, en cuanto pueda servir para dar á conocer la época en que vivimos.

Sobrio y exacto en el colorido, revela el Sr. Solá y Vidal cualidades recomendables, que cuando llegue á poseerlas en alto grado le reportarán fama y provecho.

Un público indulgente, cuadro de Theo Schmutz-Baudiss. – Este bellísimo cuadro de costumbres japonesas, sin ser de aquellos que por su asunto interesan profundamente, resulta por su sencillez, por su misma inocencia, una pintura encantadora: la seriedad con que la preciosa niña pulsa las cuerdas del bandolín, cual si de veras estuviera tocando delante de un público compuesto de personas de carne y hueso en vez de los muñecos que constituyen su auditorio, es de un efecto cómico delicioso y hace asomar á los labios una de esas sonrisas que son siempre el mejor aplauso tratándose de obras de arte del género de la que reproducimos.

Cuadros de la Exposición del Real Instituto de Acuarelistas de Londres. – Entre las principales asociaciones artísticas londinenses ocupa uno de los puestos más eminentes el Real Instituto de Acuarelistas, cuyas exposiciones anuales son la síntesis de los progresos y tendencias que durante el año se han manifestado en esa rama importante del arte pictórico. De las obras expuestas en el último certamen hemos escogido para reproducirlas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA cuatro que merecieron los más entusiastas elogios de la crítica y del público en general: *Meditación,* busto de ejecución sobria y de expresión perfecta; *Dulces miradas,* encantador estudio de figura y de paisaje que encierra todo un poema, por decirlo así, en las miradas que se cruzan entre el cazador y la criada de la granja; *Salida del baile,* cuyas figuras están trazadas con tanta corrección como elegancia, y *Dos amigos,* cuadro bellísimo bajo todos conceptos, en el que sin más elementos que una deliciosa niña, un perrillo paciente y unas cuantas macetas con flores el pintor ha sabido formar una composición sentida y acabada.

Pescadora de almejas, reproducción de una fotografía de R. W. Robinson. – Diferentes veces hemos hecho notar que la fotografía, saliéndose de los moldes rutinarios en que un tiempo estuvo contenida y sobre todo puesta en manos de quienes sienten la belleza y entienden que ese procedimiento sirve para algo más que para la simple reproducción de cualquier persona ó de un objeto cualquiera, puede producir verdaderas obras de arte; y no nos hemos limitado á afirmarlo, sino que lo hemos probado reproduciendo algunas obras fotográficas de carácter eminentemente artístico que justificaban de un modo cumplido nuestro aserto. La que hoy publicamos entra de lleno en este género, y el efecto que su contemplación produce en nosotros es el mismo que nos causaría la vista de una copia de un buen cuadro.

Baile y cante, cuadro de Ricardo Brugada y Panizo. – El cuadro que reproducimos, recuerdo de una excursión artística á la región andaluza y premiado en la Exposición de Munich, denota desde luego en su autor, aparte de su atinada composición, condiciones de buen colorista. Cierto es que por la brillantez de sus tonos los típicos trajes andaluces préstanse á formar bellas combinaciones; mas para que el conjunto no resulte inarmónico, precisa acierto y aptitudes para fijar en el lienzo sus ricos colores, y estos escollos, ya que tales son para el artista, logró vencerlos el Sr. Brugada, produciendo á la vez una escena de costumbres de nuestras provincias meridionales.

La comida del preso, dibujo original de J. García Ramos. – Varias veces nos ha procurado el Sr. García Ramos la satisfacción de poder reproducir en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA algunas de sus notables producciones, pero justo es confesar que la que figura hoy en esta revista supera á las anteriores, puesto que constituye un verdadero cuadro admirablemente sentido y magistralmente interpretado. La gallarda figura de la infeliz mujer que con el tierno hijo en los brazos, angustiosa y apenada, lleva la comida á su marido preso, cuyo expresivo semblante divísase á través de los barrotes de la férrea reja, están observados con singular exactitud, notándose una ejecución correcta y un modo especial de trazar los escorzos y modelar propios de un maestro.

La comida del preso revela que García Ramos es tan buen pintor como inspirado artista.

Sevilla. Muelle de Triana, dibujo original de Manuel García Rodríguez. – Bellísimo, como todas sus producciones, es el dibujo del discreto pintor sevillano, que reproduce el pintoresco muelle de Triana, rincón lleno de encantos, así para el artista como para el poeta, de la hermosa ciudad del Guadalquivir. Por extenso nos hemos ocupado varias veces del artista y de sus obras, por cuyo motivo hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores acerca de la que nos cabe el gusto de publicar, recomendable bajo todos conceptos y muestra inequívoca de las cualidades de Manuel García Rodríguez, en quien ha de reconocerse un pintor de temperamento y uno de los dignos campeones de la moderna escuela sevillana.

El almirante chino Ting. – Oficiales del buque chino «Chih Yuen» (de fotografías). – En medio de las contradictorias noticias que del teatro de la guerra chino japonesa nos llegan, claramente se ve que la victoria se inclina, así por tierra como por mar, del lado de los bien organizados ejércitos del Mikado. Entre los últimos brillantes éxitos por éstos conseguidos cuéntase la batalla de Ping-Yang y el combate naval de Yalu, por más que en esta última acción el triunfo no fué, al parecer, tan decisivo como en la primera. En esta página publicamos los retratos del almirante Ting que mandaba la escuadra china en el combate de Yalu y que resultó herido, y los de cuatro oficiales del buque de guerra chino *Chih Yuen,* uno de los que en la jornada echaron á pique los japoneses.



HOO-CHANG



SHEH SHU SHANG



SOO HUNG LUNG



HOO KING YUNG

Oficiales del buque de guerra chino «Chih Yuen» echado á pique por un torpedo japonés en el combate naval de Yalu

Leona con sus cachorros, escultura de A. Vallmitjana Abarca. – Vivo está el recuerdo de algunas de las obras de este laborioso escultor, que, como *El cazador de leones,* tanto llamaron la atención de los inteligentes. En todas preséntase el Sr. Vallmitjana Abarca vigoroso y elegante, fácil, pudiéramos decir, cual si las saludables enseñanzas de su padre y maestro se confundieran con esa distinción especial que embellece todas sus creaciones. El precioso grupo que reproducimos demuestra una vez más que este joven cuanto inteligente escultor puede ostentar un apellido ya ilustre en el arte escultórico español y que en tiempo no lejano, quizás, pueda convertir en realidades las gratas esperanzas que sus aptitudes hacen concebir.

ELISA

NOVELA ORIGINAL DE GRANT ALLEN. – ILUSTRACIONES DE PAUL HARDY

«Lo único que de ella sabemos con seguridad, decían los diarios á la mañana siguiente, es que la infeliz joven se había asociado con Laminski, á quien se cree el verdadero autor de tan sensible desgracia. Vivían en la misma casa, en el bulevar San Miguel,



Elisa Lothrop

y según parece, trabajaban en el mismo taller. También se dice que entre los dos mediaban relaciones muy cordiales, y hasta asegúrase que ella era su prometida. Ese desastre ha evitado mayores desgracias á la sociedad.»

He aquí cómo los diarios hablan de estas cosas, y las más de las veces sin razón ni conocimiento de lo que dicen.

Vamos á referir la verdadera historia del hecho, en el que figuró como protagonista una linda americana.

De escasa estatura, pero de esbeltas y agraciadas formas, era el perfecto tipo de una de esas niñas de Nueva Inglaterra que por la blancura y transparencia de su cutis y su delicada contextura parecen hechas de porcelana. No obstante, se había criado, Dios sabe cómo, en una de las más rústicas granjas del país alto de Vermont, y allí fué donde Elisa Lothrop, que así se llamaba, comenzó á manifestar su inclinación al arte.

Después de su primera infancia, habíanla encontrado con frecuencia muy ocupada en hacer dibujos al lápiz, en los cuales complacíase en representar las figuras de los ánades, de los corderos y gallinas que veía continuamente, así como también de las plantas que le eran familiares en el bosque. Y todo esto lo hacía por instinto, sin la menor enseñanza de ninguna especie y por puro amor á su trabajo.

Cierto día, al pasar por una calle, vió en el escaparate de una tienda varias pinturas italianas; eran vulgares y de muy escaso mérito, pero las contempló con deleite, y desde entonces la inclinación que en ella se había revelado tan precozmente, fué la única cosa que preocupó su ánimo. Había oído hablar del arte como de una cosa seductora y magnífica, que se producía muy lejos de Nueva Inglaterra; tenía grabadas en la mente las pinturas que tanto admirara pocos días antes, y soñó en la posibilidad de hacer algo parecido.

«Quiero conocer esas cosas, se dijo un día, quiero verlas por mis propios ojos y vivir entre ellas.»

Desde entonces comenzó á ser una idea fija para la joven ir á París á estudiar la pintura. De lo que era la gran capital, y de lo que podría conseguir allí, apenas tenía más nociones que las adquiridas en el colegio; pero con esa intuición propia de los americanos, adivinaba que no había mejor centro que París para aprender las artes.

Habló del proyecto á su padre, y éste la escuchó con creciente asombro.

–¡Estás loca!, contestóle. ¿Es posible que hables formalmente? ¿Qué harías en aquel país, donde tantas revoluciones se promueven? ¿Cómo podrás arreglarte allí sin tener recomendación alguna ni protectores?

–De todos modos, contestó Elisa, esa ciudad es el único sitio donde podré realizar mi sueño; por lo demás, yo sabré abrirme camino. ¡Quiero aprender, aunque mi amor al arte me cueste la vida!

¡Pobre joven, no sabía hasta qué punto debían ser proféticas estas últimas palabras!

Desde aquel momento Elisa no pensó ya más que en la realización de su proyecto, y trabajó mucho á fin de obtener la cantidad necesaria para el viaje. Contaba diez y seis años de edad cuando se reveló en ella la inclinación, y al cumplir los veinte hallábase ya en París, en la populosa ciudad que tantas veces había soñado.

En su cándida inocencia, Elisa Lothrop no podía pensar que la inmoralidad y la corrupción de las costumbres en la gran capital serían peligrosas para ella, y juzgaba muy natural que una joven de veinte



Allí fué donde Elisa comenzó á manifestar su inclinación al arte

años alquilara una pequeña habitación en el quinto piso de una casa del bulevar San Miguel, como tampoco vió inconveniente en presentarse en el taller de Valentín para que se la admitiese como alumna.

Había aprendido un poco de francés en Nueva Inglaterra, siendo su maestro una compañera, que le enseñó á pronunciar más ó menos bien; pero Elisa tenía mucha disposición, y pronto adquirió el acento; de modo que al cabo de tres meses la joven habló el francés con una facilidad que habría asombrado á sus compatriotas.

Valentín, artista muy apreciable, que tenía en su taller á varios jóvenes de ambos sexos, recibió cordialmente á Elisa, cuyo carácter franco le agradó desde luego, y consintió en que su enseñanza comenzase desde aquel mismo día.

Los jóvenes se mostraron muy corteses y atentos con la nueva discípula, á quien miraban sonriendo, algunos de ellos maliciosamente; pero Elisa, recién llegada de los campos de Vermont, no conocía término medio entre su pueblo natal y el bulevar San Miguel, ni sospechaba siquiera que nadie pudiera dirigirle la palabra con segunda intención; consideraba á los jóvenes del taller puramente como compañeros de estudio, como lo eran en su pueblo los muchachos con quienes jugaba en la pradera.

Terminado el trabajo del primer día, Elisa volvió á su pequeña habitación, consintiendo en que la acompañase hasta la puerta de la casa el discípulo más aventajado de Valentín, llamado Estanislao Laminski, que trató á la joven con todo el respeto y las consideraciones debidas á su sexo y á su belleza.

En cuanto á Elisa, apenas estuvo en su habitación entregóse á sus reflexiones. En semejantes circunstancias, una joven inglesa, por ejemplo, hubiera experimentado cierta expresión de tristeza; pero no sucedió así con la linda americana, y muy por el contrario, estaba altamente satisfecha del trato que había merecido. ¡Qué atentos eran aquellos jóvenes artistas y qué bondadoso el maestro! ¡Era una delicia estar en París, donde hombres y mujeres aprendían las artes y donde podía admirar las obras de los más grandes maestros en el Louvre y en el Luxemburgo!

A la mañana siguiente fué la primera en presentarse en el taller. Con su cabello de oro, artísticamente peinado, con su sencillo traje y su inocente expresión, Elisa era un tipo verdaderamente admirable. Las alumnas la miraron con cierta envidia, y acaso más de una con mala voluntad; pero esto no fué más que en los primeros días; antes de terminarse la semana formaron de ella el concepto que justamente merecía, y aunque comprendiendo que su modo de pensar no era tan libre como el de las parisienses, apreciaron en ella su carácter franco y sobre todo su inocencia.

–Esa niña, dijo el maestro Valentín á su discípulo Laminski cuando estuvieron solos, irá muy lejos, porque tiene talento; aunque no sabe nada, aprenderá pronto, y adivino en ella más originalidad que en todas sus compañeras. Es una inocente, y como tal, todos cuantos hay aquí deben respetarla.

Desde los primeros días Laminski ayudó á la joven en cuanto le fué posible; con frecuencia le indicaba los defectos de su trabajo, sobre todo en la parte técnica; corregía sus dibujos y modificaba sus crudas ideas respecto á los colores. Elisa, que solamente quería vivir para el arte, mostrábase dócil como un niño, y comprendiendo que todos aquellos hombres sabían más que ella, atendía á todas sus observaciones.

Y he aquí cómo Laminski comenzó á experimentar una profunda simpatía por la linda americana; comparábala con una delicada flor, y con sus ojos y su corazón de artista no pudo menos de admirar su belleza.

Una noche acompañó á la joven á su casa, y llegados á la puerta, Elisa invitó á su compañero á subir para tomar una taza de te. Laminski vaciló; pero



Los jóvenes se mostraban muy corteses y atentos con la nueva discípula

bien pensado, ¿por qué no había de aceptar aquella inocente invitación?

El cuarto de Elisa no tenía más que tres pequeñas habitaciones, siendo las principales un saloncito muy bien amueblado y la alcoba. La joven hizo seña al

artista para que tomara asiento en el sofá, y al mismo tiempo como viera sobre la mesa una carta, cogióla con rápido movimiento.

–¡Ah!, exclamó, abriéndola presurosa, es de Ricardo.

–¿Y quién es ese Ricardo?, preguntó Laminski, mirando fijamente á la joven.

–Es mi hermano, contestó Elisa, sin dejar de leer la carta; me da extensos detalles acerca de la granja, de mi padre y de los conocidos.

Dicho esto, y sin rogar á su compañero que la dispensase, siguió leyendo hasta el fin, y luego dejó la misiva sobre la mesa. Esta sencillez tan natural pareció deliciosa á Laminski.



Terminado el trabajo del primer día, Elisa volvió á su casa, acompañada de Estanislao Laminski

–Mi hermano me habla de mis animales favoritos, dijo Elisa; me anuncia que nuestro vecino se ha roto un brazo, y que el mozo de labranza Biddy se casará muy pronto.

–A ustedes, los rusos, dijo la joven como para reanudar la conversación, les parecerá sin duda que nosotros los americanos somos gente muy extraña; pero ya comprenderá que cada pueblo tiene su modo de pensar y sus costumbres propias.

Al oir estas palabras, Laminski hizo un brusco movimiento y sus facciones tomaron cierta expresión de enojo.

–¡Señorita!, exclamó.

–¿He dicho algo que pueda resentir á usted? Seguramente no puede ofenderle que los americanos amen á su país...

–Es muy natural, pero ¿por qué me trata usted á mí de ruso?

–Juzgando por el nombre, pensaba que usted lo era. ¿No es ruso el apellido Laminski?

–A Dios gracias, no, señorita. Yo soy polaco, y como todos mis compatriotas, odio á Rusia. Llámeme usted chino, si le parece, ó negro, ó mono; pero no ruso.

–Pero ¿no es el czar el emperador de ustedes?, preguntó Elisa con su expresión inocente.

Laminski hizo un esfuerzo para reprimir una interjección malsonante, y después explicó á la joven en breves palabras, pero en términos bastante vigorosos, el sentimiento que entonces predominaba entre polacos y rusos. Elisa le escuchó con la mayor atención é interés, pues su mayor deseo era aprender cuanto le fuese posible, aprovechando la gran disposición que para ello tenía.

–Pues entonces, dijo á su compañero después de una pausa, será usted católico.

El artista miró á la joven con expresión de sorpresa.

–Yo profeso la religión que usted prefiera, repuso cortésmente, exceptuando la de los malditos rusos.

–Crea usted que no comprendo bien lo que quiere decir.

Laminski se sonrió de nuevo.

–¿Quiere usted tomar una taza de te?, dijo Elisa como para cambiar de conversación.

–Gracias, señorita, contestó el polaco; es usted muy bondadosa; pero yo no acostumbro á tomar te; he bebido mucho cuando era muchacho, y siempre me pareció algo insípido.

Poco después el artista se retiró, y desde aquel día comenzóse á murmurar en el taller que Laminski hacía la corte á la pequeña americana. La verdad es que casi diariamente la acompañaba á su casa, invitándola algunas veces á entrar en algún café de los más reputados.

Todos los domingos iban también al Louvre y á Cluny, principalmente con el objeto de ver las pinturas.

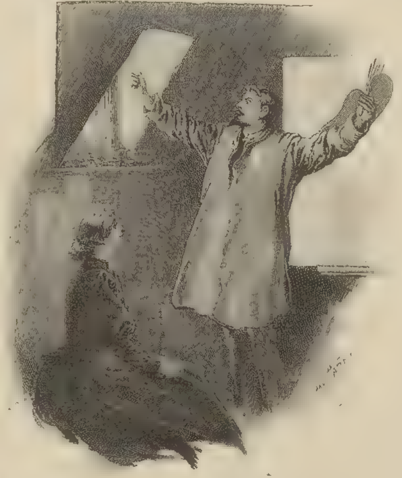
Las compañeras de Elisa dirigiéronle varias indirectas, que ella no comprendió, hablándole de cierto misterioso peligro que podría amenazarla si continuaba sus relaciones con Laminski; pero la joven, escudada siempre en su inocencia, no hizo de sus advertencias el menor aprecio. No veía ningún mal en que un artista la acompañase al café, y por lo tanto no rehusó nunca cuando Laminski la invitaba.

Cierto día, uno de los alumnos del taller, llamado Alfonso, dijo á su amigo Julio en ocasión de estar hablando con él acerca de la americana:

–En cierto modo me alegro, porque veo que Laminski se reforma completamente, renunciando á sus malas costumbres; ya no se le ve horas enteras en los cafés cantantes, y en vez de esto prefiere hacer compañía á Elisa Lothrop. ¡Ya verás cómo al fin se casa con ella!

Entretanto, Elisa proseguía sus trabajos con afán, y el maestro Valentín estaba muy satisfecho de ella, diciendo con frecuencia que jamás había tenido una alumna que prometiese tanto.

Al fin los alumnos comenzaron á murmurar que si las relaciones de Laminski con la joven continuaban de aquel modo, la linda americana acabaría por comprometerse: las murmuraciones subieron de punto cuando el polaco abandonó su antiguo alojamiento y se fué á vivir en el sexto piso de la misma casa donde habitaba Elisa.



Elisa admiraba su estilo elegante y elocuente sobre todo cuando anatematizaba á los tiranos

Allí resolvió dedicar sus horas de ocio á pintar una gran composición histórica, en la que debía figurar Santa Genoveva, y para esto rogó á Elisa que le sirviese de modelo.

Dadas todas las circunstancias de que hemos hecho mención, ¿qué tenía de extraño que la bella americana se enamorase de Estanislao Laminski? El polaco tenía por su físico muy apreciables condiciones; distinguíase también por su inteligencia y su elocuente palabra; y sobre todo, era artista, la mejor recomendación para la joven americana. En cuanto á Laminski, habíase enamorado verdaderamente de su compañera de taller, y al fin llegó á pensar que no encontraría mejor esposa.

Tal vez los dos hacían la misma reflexión; pero nunca habían hablado de ello; parecía que como por convenio tácito debían llegar á ese desenlace.

Elisa admiraba á Laminski; el artista que podía pintar como él, que representaba tan dulces imágenes en el lienzo, debía ser bueno y de nobles sentimientos. Por otra parte, cuando él hablaba, escuchábale con gusto, admirando su estilo elocuente y elegante, sobre todo cuando anatematizaba á los tiranos. Elisa no conocía bien el sentido de ese término europeo; mas pensaba que no indicaría nada bueno; y como Estanislao le dijo que el czar era un monstruo, se confirmó en su opinión.

Una ó dos veces á la semana, Laminski tenía costumbre de salir por la noche, ya tarde, y en tales ocasiones Elisa preguntábale qué sociedad frecuentaba. El polaco, sonriendo siempre, contestaba que iba á ver á los amigos de la libertad. La joven ignoraba quiénes eran aquellos señores y qué se proponían; pero supuso que se trataba de alguna empresa benéfica para emancipar al pueblo de Polonia, conmoviendo á los gobernantes rusos; y sin pensar ya más en ello, continuó sirviendo de modelo á Estanislao y dedicándose al mismo tiempo á su propio trabajo.

Algún tiempo después, hallándose aún Elisa en el taller del maestro Valentín, y cuando Laminski reflexionaba sobre los medios que debería adoptar para casarse, todo París se alborotó cierta mañana al saber que un anarquista había arrojado una bomba. Esto sucedía por primera vez desde la llegada de Elisa, y cuando se le refirió lo sucedido, sorprendióle mucho que hubiese hombres capaces de semejante barbarie.

En el taller del maestro Valentín se habló mucho aquel día del suceso; opinábase en general que era preciso que el gobierno procediera con mano fuerte; que se debía prender á todos los anarquistas y arrojarlos en una hoguera, ó bien descuartizarlos en la plaza de la Concordia. Solamente Laminski guardó silencio, encogiéndose de hombros, y al parecer no le había sorprendido ni alarmado la noticia. Sin embargo, preguntó con cierto interés quiénes eran las personas detenidas, y cuando trajeron el diario, examinóle detenidamente y leyó los nombres y señas de tres obreros á quien se había conducido á la prisión por sospechosos.

En cuanto á Elisa, aquella noche habló con horror en su casa de lo que había ocurrido.

–Eso de arrojar una bomba explosiva en un sitio descubierto, donde se puede hacer daño á tantas personas, es para mí un acto odioso, y quisiera que prendiesen al infame que lo ha cometido.

Laminski miró á la joven fijamente.

–Hija mía, díjole con acento cariñoso, usted no comprende estas cuestiones de política. Hija del pueblo, nacida para el trabajo, pero en una tierra libre, no es extraño que condene á los que cree culpables, sin conocer la causa que les induce á obrar.

–Pero Estanislao, repuso Elisa, ¿es posible que apruebe usted el proceder de esos miserables que así privan de la vida á mujeres inocentes y niños?

–No comprende usted esas cosas, hija mía, repuso; pero cuando haya vivido algún tiempo más en Europa y tenga tiempo suficiente para exponerle mis ideas, ya considerará la cuestión desde otro punto de vista. ¿De qué serviría discutir ahora? Más vale que se siente usted para que yo pueda adelantar un poco mi Genoveva.

En las semanas siguientes, á pesar de lo que Laminski había dicho, Elisa no pudo desechar una profunda inquietud. Para ella era horrible la idea de que un hombre como Estanislao, á quien creía incapaz de hacer el menor daño á nadie, defendiese los odiosos crímenes de los detestables anarquistas, y hasta apadrinase en cierto modo la perpetración de tan infames actos.

Elisa observó además que durante las siguientes semanas Laminski salía con más frecuencia por la noche para asistir á sus reuniones y que á su habitación del sexto piso subían con todo el misterio posible hombres de aspecto muy extraño. Con este motivo hizo varias observaciones á Estanislao; pero éste sonreía siempre, contestando que haría todo lo posible para evitar los actos que la joven deploraba.

Así las cosas, transcurrieron algunos días, y con gran satisfacción la joven creyó notar que Estanislao la escuchaba con más atención cuando ella procuraba demostrarle que era una perversidad emplear como


Laminski llevaba en la mano una cestita con mucho cuidado

arma la dinamita. Pensó que al fin había conseguido hacerle desistir de sus relaciones con los amigos de la libertad, y esto la tranquilizó un poco.

Sin embargo, cierto día ocurrió un ligero incidente que de nuevo alarmó á Elisa. Era una magnífica tarde de la primavera, y la joven se asomó á la ventana para mirar el bulevar, donde los castaños comenzaban á florecer. De improviso vió á Estanislao doblar la esquina de la calle, acompañado de un hombre con quien hablaba animadamente, y observó á los dos con la mayor atención. Laminski llevaba en la mano una cestita con mucho cuidado, y cuando oyó que los dos hombres subían la escalera, impelida por su curiosidad, acercóse á la puerta, la abrió maquinalmente y al dar las buenas noches á Laminski éste levantó el brazo para saludar; pero de pronto palideció al notar que había faltado muy poco para que la cestita se le cayese de la mano.

Su compañero, por fortuna lo evitó cogiéndola oportunamente, no sin hacer un ademán de horror á la vez que de enojo. Después dijo algo en polaco, que Elisa no comprendió; pero supuso que le decía: «¡Tenga usted cuidado, torpe!»

El desconocido permaneció dos horas en la habitación del polaco, y aunque Elisa escuchó con la mayor atención, no le fué posible oir ni una sola palabra, lo cual le pareció muy extraño, pues cuando otros amigos venían á visitar al artista, hablaban siempre lo bastante alto para que no se perdiera ni una sola de sus frases, aunque no se fijara la atención. En su consecuencia era preciso que departieran en voz muy baja. ¿Qué tramarían?

Al fin oyó que la puerta de la habitación de Estanislao se abría; los dos hombres se dieron las buenas noches, y todo volvió á quedar en silencio.

Entonces Elisa no pudo reprimir más tiempo su impaciencia; subió ligera y silenciosamente al sexto piso, y llamó á la puerta de Laminski con mucha suavidad. Nadie contestó y siguióse una pausa; pero después se entreabrió aquélla, muy poco á poco, aunque solamente lo preciso para que á través de la abertura Elisa pudiese ver un rostro pálido y descompuesto, tan pálido, que la joven se espantó. ¿Era posible que las facciones de Laminski se alteraran hasta el punto de no reconocerle apenas? Pero esto fué cosa de un segundo, pues cuando Estanislao vió quién llamaba, sus mejillas se colorearon al momento, sonrióse y profirió una carcajada, aunque algo violenta, como la que se produce en el instante de la reacción después de experimentar algún terror.

–¡Ah!, exclamó ocultando rápidamente alguna cosa en el cajón de su mesa, ¿usted por aquí? Esto es una sorpresa; creí que era el portero quien llamaba, para pedirme el importe del alquiler, que no tengo preparado aún.

Elisa miró fijamente á Estanislao, y pudo comprender que no decía la verdad; pero su propia dignidad aconsejábale aparentar que lo creía.

–Estanislao, repuso, *es preciso* que me diga usted qué llevaba en aquella cestita cuando subía por la escalera con el hombre que ha estado aquí.

–Querida amiga, contestó Laminski, fijando en la joven una mirada que tanto tenía de cariñosa como de burlona, Eva se perdió por la curiosidad, y este es un defecto que á veces puede ocasionar graves disgustos.

Y atrayendo á Elisa hacia sí, estampó un beso en su pálida frente. La joven huyó presurosa con el corazón angustiado, y fué á encerrarse en su habitación, que le pareció más triste en aquel momento. Por primera vez en su vida, desde su llegada á París, echó de ver la soledad en que vivía. ¡Oh! ¿Por qué había abandonado su tranquilo Vermont y sus queridos prados para ir á estudiar el arte en la terrible Europa?

Elisa no pudo cerrar los ojos en toda la noche; mas á pesar de todo, nunca sospechó ni por un solo instante la verdad; sólo sabía que Estanislao tenía algún grave secreto que no quería revelarle.

El día siguiente era domingo. Laminski había dicho á la joven que estaría muy ocupado aquella mañana, y Elisa vigiló desde la ventana para verle salir, pues sin saber por qué, sentía una inquietud y agitación indecibles.


Y atrayendo á Elisa hacia sí estampó un beso en su pálida frente

Al fin oyó sus pasos por la escalera; pero el artista, en vez de acercarse á la puerta, según su costumbre, para dar los buenos días á la joven, pasó rápidamente y salió á la calle. Llevaba algo en el bolsillo de su levita, y parecía temeroso de romperlo.

El corazón de Elisa dejó de latir un momento. ¿Qué proyectaba Estanislao y adónde iría?

No tenía la joven americana el carácter más propio para vacilar sobre lo que debería hacer y estar en suspenso largas horas, y así es que, corriendo á su alcoba, se puso el sombrero y precipitóse fuera de la casa en pos de Estanislao.

Pero Laminski no iba al parecer muy de prisa; avanzó por la calle poco á poco, eligiendo siempre los sitios por donde pasaba más gente y evitando al parecer el contacto con los transeuntes. Elisa le seguía, ocultándose á veces detrás de algunos árboles que flanqueaban el bulevar, cuando Estanislao volvía la cabeza para mirar á su alrededor cautelosamente. Ni aun entonces pudo Elisa comprender de qué se trataba; en su inocencia, érale imposible suponer que un hombre que la había tratado siempre tan afectuosamente fuera capaz de cometer un crimen.

Laminski cruzó el puente de San Miguel, dirigiendo una mirada indiferente á la iglesia de Nuestra Señora, y después se encaminó hacia los muelles, en dirección al Louvre. En la esquina de la calle de San German l'Auxerrois paseábase de un lado á otro el sujeto que había estado en la habitación del artista hablando con él dos horas; Elisa le reconoció al punto y pudo notar que los dos hombres se hacían una señal de inteligencia.

De pronto Laminski se dirigió hacia las puertas de la iglesia de San Germán sacando de su bolsillo una botellita, que en parte ocultaba entre el índice y el pulgar de la mano izquierda, y volviendo después la cabeza, fijó en el otro hombre una mirada de triunfo, que parecía decir: «¡Vea usted cómo cumplo mi promesa!» En el mismo instante, el polaco vió á Elisa; su mano tembló y sus mejilas palidecieron.

Elisa no pudo contenerse; quería saber qué significaba todo aquello y se precipitó con ademán suplicante hacia el hombre que amaba.

Laminski tenía en la mano una especie de cilindro de hierro, y al sentir que los brazos de la joven le estrechaban, quiso desasirse.

–¡Tenga usted cuidado, gritó con voz ahogada, y aléjese de aquí cuanto le sea posible! Si este cilindro estalla, la muerte será inevitable, y no está destinado para la mujer á quien adoro.

Poseída de horror, Elisa cogió la mano del polaco.

–¡Estanislao, gritó fuera de sí, no quiero que cargue su alma con el peso de tan espantoso crimen! ¡Anque yo muera, salvaré á los demás, y sobre todo á usted!

Al pronunciar estas palabras, arrancó el cilindro de las manos de Laminski.

–¡Elisa, Elisa!, gritó Estanislao, ¡ángel mío, arroje usted eso lejos de sí!

Pero la joven precipitóse resueltamente en el espacio libre que había entre San Germán y el Louvre.

La multitud, alarmada por los gritos de Elisa, retrocedió á izquierda y derecha; mientras que Estanislao, corriendo detrás de aquélla, trataba de arrancar de su mano el cilindro fatal.

Pero en el mismo intante la joven lo arrojó contra el suelo á la mayor distancia posible de la gente que observaba aquella escena, poseída de espanto.

«Suceda lo que quiera, pensó, salvaré vidas inocentes, y sobre todo á un alma culpable.»

Y apenas acababa de hacer esta reflexión, vióse brillar como un relámpago entre una blanca nube de humo denso.

Cuando la nube se hubo desvanecido, viéronse en el suelo varios fragmentos de hierro, y dos cuerpos completamente desfigurados.

Laminski y Elisa habían dejado de existir; pero nadie más sufrió el menor daño.

Y sin embargo, los diarios de la mañana que siguió, decían:

«Era una joven que trataba de incendiar el Louvre; pero á consecuencia de una disputa con su cómplice momentos antes de arrojar la bomba, estalló ésta prematuramente.»


¡Estanislao, gritó Elisa, no quiero que cargue su alma con el peso de tan espantoso crimen!

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCION CIENTÍFICA

NUEVO PUENTE PROYECTADO SOBRE EL HUDSON

El día 6 de junio último el presidente de la república de los Estados Unidos firmó la ley referente á la construcción de un puente sobre el Hudson que ha de poner en comunicación á Nueva York con Jersey City, aprobando para ello el proyecto presentado por la *New York and New Jersey Bridge Company*, con la condición de que la construcción del referido puente ha de quedar terminada dentro de diez años.

En vista de los resultados poco satisfactorios que al cabo de algún tiempo de uso han dado los puentes colgantes como el que hay en el East River (río del Este), entre Nueva York y Brooklyn, se ha acudido á un nuevo sistema de construcción mucho más sólida para los puentes de grandes dimensiones.

Al igual que el puente del Forth, en Escocia, el del Hudson se construirá según el sistema de los cantilevers, pero su tramo principal será mucho mayor que el de aquél. El puente del Hudson, al igual que el del East River, constará de un tramo principal ó central y de dos laterales: el primero, medido entre los centros de las pilas, tendrá una longitud de 701 metros; el del Forth sólo tiene 521 y el de Brooklyn 488. La longitud total del puente será de 1.255 metros.



Fig. 1. – Nuevo puente proyectado sobre el Hudson en Nueva York

Las dos pilas centrales, que son las principales, consistirán cada una en cuatro puntales angulares de acero cuya sección horizontal será un cuadrado de 4'57 metros de largo y se elevarán en curvas parabólicas hasta 162'5 metros sobre la superficie del agua en la pleamar: á esta altura la distancia entre ellos, que en la base será de 61 metros, quedará reducida á 24'4. Al extremo de estos puntales se colocará un adorno que los termine y que aumentará la altura de los mismos hasta 171'6 metros.

Cada uno de esos cuatro puntales angulares descansará sobre un cono sostenido por un tubo de acero de 24'4 metros de diámetro, que será el fundamento propiamente dicho y tendrá una longitud suficiente para que pueda hundirse hasta 64 metros debajo del nivel del agua en la pleamar: el interior de este tubo se rellenará con betón y cemento. Las líneas centrales de esos cuatro tubos-cimientos constituirán en un plano los ángulos de un cuadrado de 61 metros de lado.

El tablero del puente estará á 45'7 metros sobre el nivel del agua, es decir, 4'5 metros más alto que el del puente de Brooklyn. En vez del cable de alambres de que éste cuelga habrá en el Hudson unos cuerpos formados por 48 tablillas de 30 centímetros de altura y 8 de espesor, lo que da una anchura de unos 3'8 metros.

Los dos tramos laterales tendrán una longitud entre los centros de pila de 277 metros. Esas pilas de las orillas, sobre las cuales descansarán los extremos de los tramos del puente, serán huecas para recibir los pesos que penderán de los extremos de los tramos para hacer fuerza sobre éstos y establecer el equilibrio con la parte del tramo central, mucho más larga y pesada, que junto con el tramo lateral correspondiente habrá de sostener la misma pila central. Este contrapeso tendrá que contrarrestar un peso de 13'6 millones de kilogramos.

Por el lado de Nueva York habrá un trozo de puente terrestre de 320 metros de longitud; por el de Nueva Jersey las pilas extremas estarán en la orilla.

El puente por su situación constituirá la prolongación de la calle 69 de Nueva York y se llegará á él por medio de rampas.

El tablero del puente no servirá para coches ni peatones, sino que estará exclusivamente destinado al tráfico ferroviario, para lo cual habrá en él seis rieles.

Los trenes que se ven reproducidos en la figura 2 y que están dibujados en las dimensiones proporcionales al puente permiten formarse por comparación una idea de la extraordinaria magnitud del mismo.

(Del *Prometheus*)

* * *

BRÚJULA PARA LOS ELECTRICISTAS

Tropiezan los electricistas con grandes dificultades cuando se encuentran delante de una dinamo queriendo determinar la dirección del flujo de fuerza de la misma. Si no quieren formular algunos cálculos es preciso que se procuren una brújula y que observen en qué sentido acciona la aguja imanada. También se necesita la brújula cuando se trata de conocer la dirección del flujo de fuerza producido por una corriente alrededor de un conductor rectilíneo. Pero la brújula común no basta para estos experimentos, pues la opacidad de su caja metálica perjudicaría á la observación.

Para obviar este inconveniente, la fábrica de Sonceboz, en Suiza, ha construído recientemente una brújula especial, á la que ha dado el nombre de sonda magnética.

Este aparato se compone esencialmente de una aguja imanada, en la que el polo Norte está marcado en azul y que va montada sobre un eje sostenido á su vez entre dos puntas fijadas en dos partes metálicas paralelas en forma de sectores. El todo está colocado entre dos cristales paralelos y tiene la forma ordinaria de un reloj.

Si colocamos el aparato en un flujo de fuerza de dirección determinada, la aguja sufre inmediatamente una desviación y pronto se inmoviliza teniendo el extremo Sur dirigido hacia el Norte de nuestro imán. El aparato da también indicaciones cuando se trata de un campo magnético poco intenso ó colocado á alguna distancia.

La sonda magnética puede además servir para denunciar la presencia de una corriente de algunos miliamperes que atraviese un conductor cuando esté cerca de la misma.

Esta última propiedad del aparato puede ser utilizada en la industria en muchas circunstancias: se puede, por ejemplo, buscar los puntos de contacto con la masa en los circuitos de una máquina, poniendo para ello un extremo del hilo de la anilla en comunicación con la corriente y el otro con la masa. Si existe un punto de contacto, se cerrará el circuito, pasará la corriente y la brújula indicará en seguida una desviación.

Asimismo podrá utilizarse la sonda como indicador de tierra en una red de distribución, y en otros muchos casos, especialmente en las visitas de canalizaciones interiores de abonados.

En resumen, la brújula especial llamada sonda magnética es un aparato sencillo, barato, de una sensibilidad suficiente y de un empleo fácil, que podrá prestar en la práctica verdaderos servicios á los electricistas.

J. LAFARGUE

* * *

LA MADERA DE JARRAH

Esta madera, de la que hace algún tiempo se viene hablando, es producto de un árbol de la familia de las mirtáceas, el *Eucalyptus marginata*. Por su color encarnado parécese mucho á la caoba, por lo cual desígnasele á menudo con el nombre de caoba de Australia.

Pocas maderas reunen tantas y tan buenas condiciones como esta que nos ocupa y que se puede utilizar con ventaja, no sólo en ebanistería, sino que también en carpintería y en las construcciones navales.

Los eucaliptos forman en Australia inmensos bosques hasta hoy no explotados y su precio no es mayor que el de nuestras maderas indígenas. Su resistencia al aplastamiento es muy superior á la del roble, siendo de la misma densidad que éste, ó sea de unos 350 kilogramos por centímetro cuadrado de superficie; su resistencia á la ruptura por extensión ó tracción no es menos considerable, pues por término medio es de 890 kilogramos por centímetro cuadrado.



Fig. 2. – Vista longitudinal del nuevo puente proyectado sobre el Hudson

Una de las particularidades de esta madera es su resistencia á los parásitos, y las terribles hormigas blancas no le causan el menor daño. Además resiste perfectamente á los ataques del gusano de los buques *(Teredo navalis)*, por lo que su uso se recomienda muy especialmente para las construcciones navales, citándose ejemplos de pedazos de esta madera que han permanecido indemnes en el agua de mar veintitrés y hasta treinta y seis años.

Es muy flexible y se dobla fácilmente sin quebrarse: un listón de 50 centímetros de longitud por 5 centímetros cuadrados de sección no se rompe sino suspendiendo en el centro un peso de 1.400 kilogramos: sabido es que para romper un listón igual de roble bastan 900 kilogramos.

En Australia y en Inglaterra empléase desde hace mucho tiempo la madera de Jarrah en la construcción de muebles, entarimados, puertas, traviesas de ferrocarril, pilotes, postes telegráficos, botes de recreo, grandes buques, etc.

En Francia se usa también desde hace poco tiempo para los suelos de las calles, y sus excelencias para esta aplicación son tales, que siempre presenta una superficie lisa y uniforme, no siendo necesaria ninguna reparación.

Finalmente la madera de Jarrah tiene la ventaja de ser muy poco inflamable.

***

LA FUERZA MOTRIZ EN PFORZHEIM

La pequeña ciudad de Pforzheim, en el gran ducado de Baden (Alemania), cuenta con un número muy considerable de obreros dedicados á la fabricación de joyas y de relojes que construyen en sus casas diferentes piezas que luego entregan á las grandes fábricas de las cercanías.

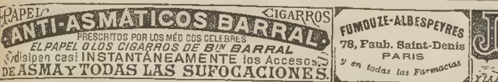
Estos obreros para mover sus máquinas, tales como tornos, pulimentadores, etc., tienen por consiguiente necesidad de motores de débil potencia que exigiendo poco gasto de explotación estén siempre dispuestos á funcionar sin dificultad.

Sólo el motor eléctrico podía resolver el problema de un modo satisfactorio, y por esto la ciudad de Pforzheim ha confiado á un hábil ingeniero electricista, el doctor O. May, la instalación de una distribución de energía eléctrica para hacer funcionar principalmente los motores eléctricos en las casas de los abonados y alimentar varios aparatos de alumbrado.

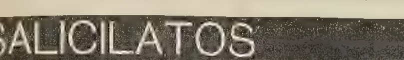
La instalación, que está á punto de terminarse, comprende una estación secundaria, en donde hay dos motores eléctricos que accionan cada uno una dinamo y una batería de acumuladores Tudor. La canalización con tres alambres que arranca de esa fábrica está en parte formada por alambres desnudos aéreos sostenidos por aisladores de porcelana y en parte de cables dobles colocados directamente en tierra.

La estación secundaria está alimentada por una estación principal, situada á dos kilómetros, que contiene una locomóvil de vapor Wolf Buckau de Magdeburgo de 120 á 140 caballos, un motor de gas de 100 á 125 caballos como reserva y dos dinamos Schuckert de 110 volts. Apenas está terminada la primera instalación y ya hay abonados unos 400 motores, algunos de una potencia de 730 watts, otros de 360, y 250 de menos de 50.

(De *La Nature*)



















Leona con sus cachorros, escultura de A. Vallmitjana Abarca

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 15 de octubre de 1894 — Núm. 668



EL ESCULTOR R. KISSLING MODELANDO LA ESTATUA DE GUILLERMO TELL
Monumento que ha de figurar en Altorf



TOLSTOI Y SUS EXTRAVAGANCIAS

(CON PERDÓN SEA DICHO)

Se queja Tolstoi – y de seguro que se queja con razón – de que sus traductores ó no le comprenden ó no quieren comprenderle, y en muchas ocasiones le hacen decir, no ya cosa distinta, sino hasta cosas contrarias de las que él ha dicho.

Esto mismo suele ocurrir á muchos que no son condes rusos, ni valen lo que Tolstoi vale, ni aun muchísimo menos; pero que por estas ó las otras causas logran la disparatada honra de ser traducidos, solicitada unas veces, no solicitada otras, aunque halagadora siempre para el pobre autor que suele poner en olvido aquella sentencia italiana: *Traduttore, traditore.*

He traducido á Tolstoi, sinceramente lo confieso; pero conste que lo he traducido del francés, no del ruso; entre otras razones por la muy poderosa de que el ruso no lo conozco ni de vista. Las páginas de Tolstoi que yo he traducido al castellano, me las dieron vertidas ya al francés; ignoro si bien ó mal vertidas, aunque me inclino á creer que mal, porque lo mismo en Francia que en España esos trabajos de verter se pagan poco y por consiguiente no suelen hacerse bien del todo.

Pero hecha esta confesión, que escrúpulos de mi conciencia me imponían, y solicitando (como humildemente solicito) el perdón del insigne novelista del Norte por lo que haya podido yo contribuir á desfigurar sus pensamientos, declaro que no he tenido arte ni parte en la traducción que, copiada *ad pedem literæ* de un periódico madrileño, voy á reproducir ahora, con comentarios de mi cosecha intercalados en el texto.

«El sentimiento patriótico – dice Tolstoi *(ó le han hecho decir)*, – del cual se dice que es sublime, es simplemente inmoral y estúpido.»

Falta ahora saber si, en efecto, es eso exactamente lo que Tolstoi quiso decir y dijo en ruso; ó si sus traductores de primera y de segunda y aun de tercera mano han interpretado equivocadamente, ó no han traducido con exactitud las palabras del original. – Si ha ocurrido esto último, como pudiera haber ocurrido, porque de menos nos hizo Dios, téngase por no escrito ni pensado lo que acerca de esas extravagantes opiniones sobre el patriotismo voy á decir ahora.

Si á un escritor español le hubiese ocurrido decir que el *amor de la patria* (patriotismo, según el Diccionario) es estúpido é inmoral, habríanse levantado contra él cien voces amenazadoras... ¿Qué digo cien?, millares de millares de voces se habrían levantado para protestar contra tal herejía, para anatematizar al protervo. No he olvidado aún que allá por el año de gracia de mil y ochocientos y sesenta y nueve pretendieron algunos madrileños quitar á la función cívica del Dos de mayo el marcado carácter de hostilidad hacia Francia que hasta entonces había tenido. No se trató entonces de vengar de las patrias glorias, no se intentó siquiera disminuir en un ápice el esplendor de la fiesta celebrada para honrar la memoria de los mártires de nuestra independencia nacional, se pretendía solamente, como llevo dicho, suprimir en ella lo que pudiera resultar depresivo para un pueblo hermano, con el cual, transcurrido ya más de medio siglo desde los sucesos que se conmemoraban, nos unían lazos estrechos de amistad verdadera: pues bien; aquella tentativa noble y generosa, aquellos propósitos justos y razonables dieron motivo á no sé cuántos artículos terroríficos en los diarios que alardeaban de intransigente españolismo y á una agresión brutal de que fueron víctimas los pacíficos ciudadanos á quienes había ocurrido tan humanitaria idea.

A linternazos concluyó la reunión que con ese motivo se celebraba, y fué maravilla que no terminara á sablazos y á tiros, porque á todo iban dispuestos y para todo se habían apercibido los que se consideraron ultrajados en sus sentimientos de amor á España.

Pero ahora es un novelista ruso, un conde anarquista, que se llama Tolstoi, el que llama inmorales y estúpidos á los patriotas, y nadie se enoja y nadie se alarma y á nadie le ocurre protestar ni enfurecerse.

Y Tolstoi dice que es inmoral el patriotismo, porque pone á cada patriota en el caso fatal y necesario de pedir para su nación ventajas sobre las otras; con lo que se contradice aquella máxima de la moral cristiana: «No querrás nunca para los otros lo que no quieras para ti.»

Lo cual, dicho sea sin ánimo de ofender al celebérrimo novelista ruso, no me parece del todo lógico, porque la máxima de no querer para otro lo que no quiero para mí, no me obliga á querer para todos lo que para mí quiero; pues esto y aquello son dos cosas completamente distintas.

Tolstoi dice además que el patriotismo es estúpido, porque si cada país se considera como superior á sus vecinos, ninguno de éstos ha de conformarse ni asentir á la opinión de los demás.

Lo cual – y repito que sea dicho sin ánimo de ofender á Tolstoi – me parece también poco razonable; pues aun queriéndome yo á mí mismo muchísimo más que á ninguno de mis prójimos, me conformo voluntariamente con la opinión de otros y asiento á lo que ellos dicen, cuando tienen la razón y la justicia de su parte.

Tengo para mí que el bueno de Tolstoi – porque, eso sí, he oído decir que es un buen señor, – tengo para mí, digo, que el bueno de Tolstoi confunde lastimosamente el patriotismo con lo que en nuestro país denomina el vulgo (á espaldas y sin permiso de la corporación doctísima que limpia, fija y da esplendor) *patriotería.*

Y me confirman en esta creencia tanto las palabras que he copiado cuanto lo que dice el novelista egregio, de que «el patriotismo no es otra cosa sino la preferencia dada por cada uno á su propio país y que está simbolizado en esta canción de los alemanes: *Alemanes, Alemania, por encima de todo.*»

No, el patriotismo es como lo define exactamente el Diccionario, *Amor de la patria*, y ese amor, digan lo que quieran todos los Tolstois de las Rusias europeas y asiáticas, no es inmoral ni estúpido, sino sano, noble, moralizador y justo. Podrá ser ridícula la *patriotería*, que es, con respecto al patriotismo, lo que es la parodia con respecto al drama; podrán ser estúpidas las exageraciones que llegan á convertir en caricatura los objetos más bellos, pues por algo se dijo y por algo se repite que de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso; pero el amor de la patria es tan justificado y tan conveniente y tan natural, por lo menos, como el *amor de sí mismo*, del cual no sé si dirá Tolstoi que es inmoral y estúpido.

El amor de sí mismo – que, como se dice vulgarmente y se dice muy bien, es el principio de toda caridad bien ordenada, – exagerado se convierte en egoísmo; aquél es virtud, vicio éste; sin aquél sería imposible la vida del individuo; con éste se haría muy difícil la vida de la sociedad.

Pues bien: el amor de sí mismo, el verdadero y más poderoso estímulo de la actividad humana, ensancha su esfera de acción convirtiéndose en amor á la propia familia; se extiende más aún y se convierte en amor á la patria; recibe mayor amplitud y se transforma en amor á la humanidad. Pero en cada una de estas amplificaciones pierde necesariamente en intensidad lo que en extensión gana, y el amor al género humano resulta de tal modo difuso que apenas la imaginación lo concibe como un tejido tenue, tenue más que inconsistente tela de araña.

Todos los hombres son hermanos, Amaos los unos á los otros, frases hermosas, conceptos sublimes, que á fuerza de ser sublimes y hermosos se salen de la esfera de nuestra sensibilidad.

El concepto del amor universal es, con relación al sentimiento, algo así como el concepto del infinito para la inteligencia; lo decimos, pero no acabamos de comprenderlo. Aun por eso, para formar idea aproximada del amor que debemos al prójimo, necesitamos acudir al cariño que sentimos para nuestro hermano ó al que tenemos por nosotros mismos.

Ahora si Tolstoi me preguntase – que, de seguro, no me lo preguntará – ¿qué es patria? Yo le diría, copiándolo del Diccionario: «El lugar, la ciudad, ó el país en que se ha nacido.»

Y si quería más amplitud, agregaría la comarca, la región, el continente y hasta el planeta y hasta el sistema planetario en que se halla el lugar en que se ha nacido.

La patria, la *patria pequeña*, como la llaman aquí algunos regionalistas, sería en rigor la aldea, ó el barrio, ó la calle en que se halla la casa en que vimos la luz, si en esa casa pasamos los primeros años y recibimos la impresión de la vida. En este sentido, el que nació, por ejemplo, en Madrid, puede llamarse y se llama madrileño, y quiere á Madrid y hace en favor de Madrid cuanto puede lícitamente; pero Madrid se halla en Castilla, y el madrileño se llama también castellano; Castilla está en España, y español es el madrileño. Y si viaja por Francia y por Italia, español se llama, como se llamará castellano cuando se encuentre en Galicia ó en Andalucía ó en Aragón. Como se llamaría europeo si se encontrase en América; como, admitiendo un imposible, se honraría con el título de terrícola, si le fuese dado residir temporalmente en otro planeta.

Pero esos distintos conceptos de la patria, y las consiguientes variaciones que en los grados del patriotismo hayan de ser admitidas para cada caso, no impiden que las opiniones de Tolstoi, para quien ese sentimiento natural y justo es inmoral y estúpido, constituyan una verdadera extravagancia del conde.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MARIQUITA LA PELONA

CUENTO

I

Las nuevas invenciones se suceden unas á otras con vertiginosa rapidez. Las ciencias, la industria, el comercio, las artes dan su contingente á esta fiebre innovadora, y hasta el *sport*, esa higiene de los ricos, cuenta de día en día con más curiosos y elegantes elementos.

No hace aún muchos años, aunque le parezcan demasiados á la nueva generación, que las costosas aficiones de la juventud masculina se reducían á la equitación y á la caza. Tener un caballo, y pasear en él por la Fuente Castellana (pues aún no había paseo de coches en el Retiro), era el desiderátum de los jóvenes elegantes; y pertenecer á una sociedad cinegética, con una acción en un monte ó soto, era el lujo de los hombres bien acomodados. Banqueros, hombres políticos, propietarios y hasta algún artista que otro cifraban su placer en salir el sábado por la noche de Madrid, llegar al monte á las dos de la madrugada, pasar dos horas calentándose al calor de una fogata en la casa del guarda y salir al puesto antes de apuntar el alba el domingo para oir el *cuchichí* de las simpáticas y suculentas perdices. El mismo día por la noche á dormir á Madrid.

Hoy con los patines (resucitados en la Rusia del Madrid moderno), los velocípedos y bicicletas, el pelotarismo con sus dos ó tres partidos diarios y sus sesiones de aficionados en cuatro ó cinco frontones diversos, los diez ó quince círculos más ó menos políticos, donde se tira de la oreja á Jorge con asiduidad perpetua, con todos los juegos conocidos antiguos y modernos, y las carreras de caballos de vez en cuando, y el tiro de pichón por temporadas, hay en Madrid para todos los gustos y todas las edades.

Pero por los años de 1860, la caza, como he dicho antes, era la gran diversión de los que podían tener el lujo de divertirse y de muchos de los que no podían tenerle. No sé fijamente á cuál de estos dos grupos pertenecía el autor de estas líneas, pero el hecho es que cazaba la codorniz en las vegas de Ciempozuelos, Torrejón ó Huerta; los conejos en el soto de San Fernando y en el monte de Boadilla; las liebres en Villamanta, y las perdices, por supuesto con reclamo del macho, en Belascone ó en Chozas de la Sierra.

Este último pueblo era el predilecto. Situado á una legua larga de Colmenar Viejo y á no larga distancia de Miraflores, con escasísimo vecindario, una ó dos escopetas lo más, de aficionados indígenas; sin carretera principal, sin ferrocarril, y sin más vehículos que la cruz de un macho ó las ancas de un pollino, el cazador más exigente estaba seguro de encontrar en el país abundante caza, pan moreno y duro, mucha leña, mal vino y rica y abundantísima leche. La persona más importante del lugar era el maestro de escuela, secretario del ayuntamiento, sacristán y labrador. En el pueblo no había cura; el



Regreso á la aldea, acuarela de José Echena

párroco de un pueblo vecino venía cada quince días á decir una misa de alba y cada cuatro ó seis meses á dar la unción á un moribundo. Cuando llegaba el buen tiempo para la caza del macho, últimos días de febrero ó primeros de marzo, el maestro de escuela me escribía; yo me ponía de acuerdo con dos amigos que me acompañaban entonces á tales expediciones, y al día siguiente ya estábamos de camino.

El país, frío, montañoso, agreste, no ofrecía más atractivos que el de *dar gusto al gatillo;* así es que cuando no cazábamos, dormíamos; ni tertulia, ni visiteo, ni paseos. Dos ó tres horas de tresillo, como *plus café,* entre el ron y la cama, y al amanecer al puesto. Así vivíamos cuatro ó seis días en aquellas inmensas soledades, sin más compañero que el tío Chorla, que nos colocaba en los tollos respectivos y que nos recogía las perdices muertas, mientras nosotros volvíamos al pueblo con muchas jaulas á la espalda.

Figúrese el lector cuál sería nuestra situación, cuando al día siguiente de nuestra llegada, en uno de los años de 186... se desgajaron las nubes, y se vieron inundados montes y valles por un diluvio torrencial. Dos, cuatro, ocho, quince horas llovió sin interrupción, y un viento frío que helaba los huesos nos impedía hasta asomarnos á la puerta de la casa. ¿Qué porvenir de cuatro días nos esperaba, si no amainaba el viento ni cesaba la lluvia?

A las nueve de la noche, con un humor de tres mil demonios ya estábamos acurrucados en nuestros respectivos camastros, y al amanecer del día siguiente los rugidos del aquilón y los goterones de la lluvia nos despertaron mal de nuestro grado. El mal tiempo continuaba con caracteres de temporal. Se pensó en cuanto nos desayunamos en emprender la caminata de regreso á Madrid, dando por terminada la expedición venatoria. Pero ¿cómo estaría el camino? Montados en los burros, sin paraguas ni impermeables, ¿qué iba á ser de nuestra flaca humanidad? Y si á las cuatro ó seis horas salía el sol y amainaba el chubasco, ¿á qué extremos de rabia no íbamos á entregarnos? Además, aquella expedición no era para repetida. Podíamos despedirnos de las perdices hasta el año próximo.

Ideas tan encontradas dieron por resultado permanecer otro día más en la misma situación. Almorzamos, quisimos tener buen humor, aunque sin lograr tenerle por completo, y la emprendimos con el tresillo.



La jota, cuadro de Baltasar González y Fernández

Una hora llevábamos de aquel entretenimiento, cuando empapada en agua, corriendo como liebre perseguida y con un timbre de voz argentina y alegre, apareció en medio de nosotros una lindísima muchacha de quince años, mal vestida con una falda de percal, un corpiñito de merino negro, un pañuelo de seda obscuro al cuello, y con una diadema de cabellos rubios, capaz de dar envidia á un ángel de Murillo. Sus facciones correctas, sus ojos azules y expresivos, su andar airoso, su oprimido talle, y más que nada, cosas extrañas en su corta edad, su abultado seno y la redondez de sus caderas, hicieron de improviso en nuestro ánimo, decaído y malhumorado, el efecto de un espléndido sol en aquel brumoso día. Los tres cazadores éramos jóvenes, algo ligeros de cascos; amábamos á la mujer *sobre todas las cosas*, y estábamos ausentes de nuestras cortesanas Dulcineas.

– ¿Qué busca aquí esta buena moza?, dijo uno.

– ¿A qué viene aquí la reina de Chozas de la Sierra?, añadió el otro.

– ¿Quién eres, cómo te llamas y qué buscas?, exclamé yo, finalizando aquel rosario de preguntas, disculpable en nuestra curiosidad aburrida, pero á todas luces inconveniente y pretenciosa.

– Déjenme á la muchacha, contestó nuestro patrón, que aunque no es hembra que se corte por poco, algo ha de aturdirla la presencia de los señores de Madrid.

– No hay tal, señor maestro, respondió la chica con una sonrisa angelical, enseñándonos el tesoro de sus dientes, blancos y pequeños como piñones recién mondados, y que hasta entonces había tenido ocultos en su fresca y sonrosada boca. No me asusto yo sin motivo, y estos señores no son para asustar á nadie.

– Muchas gracias, saladísima criatura, creo que dije yo; pero si nosotros no somos para asustar, tú sí eres para llenar de asombro y de pasmo á todos los que te vean de improviso como nosotros. Como se supiera por Madrid que había estas piezas en Chozas, no dejaba de venir á cazar á estos sitios un solo madrileño.

– Déjenme á la muchacha, repitió el maestro de escuela; y figúrense que hace buen día y están desparramados por el monte.

– Pero ¿á quién busca esa niña en esta gazapera de hombre solo?

– A mí me busca, señores, y no hay que hacer juicios temerarios.

– ¡Ah, tunante, bribón, infame, pillo, y qué de cosas nos tenía guardadas!, exclamamos los tres en coro, rodeando á la muchacha y zarandeando al sacristán.

– No maltraten á mi maestro, que él me enseñó la doctrina cristiana y ahora me enseña algo de gramática y de geografía, para que yo no sea tan ignorante como las demás mozas del pueblo, y para hacer esa obra de caridad que le pidió mi madre en su última hora. Y en cuanto á mí, déjenme que me retire y vuelva en mejor ocasión á recibir mi lección diaria, deseando á ustedes mejor temporal y divertida caza.

Y diciendo esto, nos hizo una especie de saludo, algo burloncillo y lleno de gracia, y se dirigió á la puerta con intención de perdernos de vista lo antes que pudiera.

Los tres la cerramos el paso, y entre súplicas, requiebros, chanzas y protestas de formalidad, la obligamos á permanecer entre nosotros unos diez minutos. En ellos supimos, mitad referido por ella y la otra mitad por el secretario del municipio, que la atajaba la palabra siempre que las nuestras se escurrían, que todos los habitantes del pueblo la llamaban *Mariquita la pelona*, porque de resultas del sarampión hubo que cortarla á los siete años de edad su espesa cabellera rubia, que por extraña casualidad no le había crecido lo bastante para hacerse con ella trenzas, ni rodete, y la servía de aureola dorada para adornar el óvalo perfecto de su hermoso rostro. Aquellos rizos espesos y enmarañados la daban, como he dicho antes, un aspecto de ángel, y el color de aquel pelo, ni tirando á rojo como el de muchas chicas de la Sierra, ni rubio blanquecino, como el que deben muchas cortesanas á untos y mixturas, era uno de sus mayores encantos.

Supimos también que Mariquita no había conocido á su padre; y que era huérfana de madre hacía tres años; que vivía con su abuela materna, mujer atrabiliaria y despótica, que la trataba como á criada y no como á nieta; que la chica era más aficionada á correr por montes y cerros que á barrer y fregar el miserable hogar doméstico, cosa naturalísima á los quince años; que cuando no se la veía con el cántaro á la cadera, como si la tinaja de su abuela fuese el tonel de las Danaidas, se la encontraba de seguro bailando en reducido corro con chicos desocupados de la localidad, y que tenía vivísimos deseos de leer y se pirraba por las lecciones que el buen maestro de escuela le prodigaba con paternal solicitud y dosis inagotable de paciencia.

Mientras todo esto sabíamos por el sacristán, Mariquita se reía á más y mejor de las ocurrencias que en voz baja le disparaba á quemarropa uno de nosotros. Zaldívar, el más aburrido de los tres cazadores y el empeñado en regresar á Madrid inmediatamente, se obstinó en acompañar á Mariquita hasta casa de su abuela por vía de distraído entretenimiento, y así lo hizo, marchándose los dos tan contentos y amigos como si fueran antiguos conocidos.

Hay seres que son á primera vista antipáticos á todo el mundo, aunque después de tratados se hagan agradables y hasta queridos, y hay en cambio personas que con mucho menos mérito, y aun siendo feos ó desgarbados, poseen lo que se llama *don de gentes;* agradan á primera vista é inspiran confianza y afecto en cuanto abren la boca, aunque no digan más que vulgaridades ó despropósitos. Zaldívar era uno de estos últimos, y en cuanto á Mariquita, ya he dicho que con su mirada y su sonrisa era capaz de llevarse de calle á cuantos hombres encontrara en su camino.

Aquella tarde mejoró el tiempo: un sol espléndido disipó las nubes; se calmó el aire, con el cual no puede cazarse en ningún tiempo, y con las jaulas enfundadas nos dirigimos á los tollos respectivos. Colocónos el tío Chorla, cantaron los reclamos, contestaron *los del campo*, entraron los machos, y sonaron diez ó doce tiros como estreno de la cacería. Al recogernos de los últimos puestos, ya á la caída de la tarde, el tío Chorla no pudo encontrar á Zaldívar. Cuando llegamos á la casa nos esperaba éste sentado junto al hogar, cansado, según nos dijo, de esperar inútilmente la entrada de un macho que no había dejado de cantar en toda la tarde. ¿Si estarían ya pasadas las perdices? Sólo una había matado en el primer puesto, pero ya se desquitaría de su mala suerte al siguiente día.

Amaneció éste, más hermoso aún que la tarde anterior, y la hecatombe fué asombrosa. Nueva decepción al no encontrar á nuestro compañero ni en el puesto ni en la casa. ¿Qué significaba aquella idea *separatista* llevada á cabo con tal perseverancia? Por la tarde pretextó Zaldívar que le dolía la cabeza y no salió con nosotros; pero ¡oh sorpresa!, al cruzar yo una cañada para ir desde el Lombillo al cerro alto, cátate á Mariquita cogiendo espárragos trigueros, acompañada ¿por quién dirán ustedes?, por Zaldívar con la escopeta al hombro, pero sin jaula de perdiz á la espalda, riéndose á carcajadas, y tan distraído que no me vió ni á la bajada ni á la subida de la cárcava.

Ya estaba descubierto el misterio. El bribón del cazador quería cazar en vedado, y se dedicaba al ojeo por su cuenta y riesgo, ocultándonos sus planes y desarrollando su estrategia sin perder tiempo. La *pieza* lo valía; era sin duda *bocado de príncipe;* pero como á pesar de sus quince años y de su cara de ángel, más parecía tener de cauta que de casta, no consideré el lance peligroso para la chica, y no me pareció descabellado para Zaldívar; pues después de todo, más encantos ofrece una doncella de quince abriles que una perdiz de dos hierbas, y es preferible cien veces la voz de una chica bonita, que el canto de todos los pájaros de la tierra.

Conté el lance á mi otro compañero; le mareamos á pullas antes de acostarnos; él se nos hizo el reservado y casi el serio, para evitarse sin duda la concurrencia de sus dos amigos, y dos días después terminó la cacería sin ningún contratiempo, habiendo recibido las dos noches últimas la visita de Mariquita, que quiso honrar la humilde casa de su maestro de geografía, tomando café con sus huéspedes.

Despidiónos también la chica; pero ¡cosa rara, según mi criterio literario!, la despedida no fué triste, ni la muchacha derramó lágrimas, ni languidecieron sus miradas, ni palideció su faz; por el contrario, quedóse alegre como unas castañuelas; recibió no sé qué de su amartelado y nuevo amigo, al estrechar su mano por última vez, y ondeó su pañuelo cuando trasponiendo el cerro que iba á hacernos perder de vista á Chozas de la Sierra, sólo debió ver en el horizonte la alta silueta del tío Chorla, que servía de retaguardia á nuestra caravana.

II

La vida de Madrid y nuestras respectivas ocupaciones separaron á los tres cazadores. Solíamos vernos en teatros varios, en el café Suizo al anochecer, en la Fuente Castellana algunas tardes, pero no volvimos á acordarnos de Chozas para nada. ¡Cuál no sería mi sorpresa, cuando una noche, en el estreno de un drama de Tamayo, apareció en un palco bajo del teatro del Príncipe, llamando la atención por su hermosura y elegante atavío, una rubia encantadora, que se parecía extraordinariamente á *Mariquita la pelona*, la casi mendiga de Chozas de la Sierra. No podía ser ella. ¿Qué absurdo de mi imaginación me la traía á las mientes? Y sin embargo, ¡aquella cabeza, aquella cabeza rubia, cuyo cabello ensortijado no le pasaba de la nuca! ¡Aquel peinado sin trenza ni rodete, aquellos rizos ensortijados!..

Acompañábala una mujer de equívoca catadura, fisonomía vulgar, edad incierta!.. Mis dudas, mis vacilaciones concluyeron en breve rato. Abrióse la puerta del palco y entró Zaldívar. El cazador de Chozas, mi amigo, el reservado triunfador de aquella virtud campesina, se la había traído á Madrid, vivía con ella, era su amante, y la paseaba en público y la llevaba al teatro y la exhibía en palco. De repente me vió... ella, no él, y me saludó afectuosamente, y sin detenerse un momento me hizo seña de que subiera á saludarla, y me señaló á su acompañante, y ambos rieron y redoblaron sus señas. Continuó la representación y yo no los perdía de vista. Parecían dos recién casados en plena luna de miel. Furtivos apretones de manos, sonrisas llenas de felicidad descarada, medias palabras dichas al oído, miradas intensas y apasionadas, y todo esto, naturalmente, sin alarde cínico, pero sin reserva ni miramiento al público que fijaba en ellos su atención.

Zaldívar era un muchacho rico, de familia distinguida, y conocidísimo por consiguiente en todos los círculos de la buena sociedad. Aquel pregón ostensible y descarado de unas relaciones ilícitas con una muchacha desconocida hasta en el *demi-monde* de Traviatas, hizo su efecto desastroso. Parecía el hombre tan feliz con su conquista, que ni siquiera advertía la atención con que todo el mundo le observaba. En cambio Mariquita, á pesar de su ignorancia de la corte y de sus usos, se hizo cargo de su situación, y afrontándola con tranquila indiferencia, se dió perfectamente cuenta del efecto que su hermosura producía en hombres y mujeres. La agreste serrana, la muchachuela lugareña y desgreñada sabía vestirse, sabía hablar, sabía mirar con los gemelos, jugar con el abanico, exhibirse, en fin, como si hubiera nacido en Madrid, como si hubiera venido á España desde cualquier país extranjero. ¡Demonio de muchacha! ¡Qué poder el de la belleza femenina. Qué intuición la de aquel diablillo de quince años, que así se sobreponía á las circunstancias difíciles que la rodeaban!

Subí al palco; me recibieron como amigos antiguos; no se habló de la cacería, ni del pueblo, ni del maestro de escuela. El hecho consumado apareció con toda su desnudez, pero sin historia pasada, sin porvenir. Aquello era un presente de felicidad, de pasión, de anarquía moral.

– Ven á vernos cuando quieras, me dijo Zaldívar. Generalmente no salimos de noche. Tomamos el café á las nueve. *Esta* tiene ocupado todo el día con sus maestras de francés y de piano. Estudia sin cesar.

– Los amigos verdaderos de Pepe, lo son míos desde luego, y yo sé que lo es usted mucho de este bribón, añadió ella dándole familiarmente una palmada en el hombro, como si no hiciera nada, como si tal cosa.

La verdad, en aquel momento no pensé en nada más que en la dicha de mi amigo. ¡Poseer *él solo* las primicias de aquel cuerpo y la virginidad de aquel alma, era suerte! ¡Qué ratos debía pasar aquel afortunado mozo con aquella conquista... inusitada, extraña..., inverosímil! No los visité, ni volví á verlos juntos.

Pasaron dos años, y una tarde que paseaba yo solo por la Fuente Castellana se me acercó Zaldívar; ni él ni yo habíamos hablado una palabra de Mariquita en todo aquel tiempo. De repente al llegar al obelisco, en una victoria á la *demi-dumont* vi una rubia encantadora que nos saludaba con el abanico: fijé la vista... y era ella... *Mariquita la pelona*, lujosamente vestida, la librea y los arneses irreprochables, el *groom* diminuto, el cochero solemne. Zaldívar apenas contestó al saludo; ella palideció un poco al vernos.

– ¡Calla! ¿Se acabó eso?, pregunté á mi amigo.

– Ya lo creo: al año de conocerla me la pegó con el secretario de la embajada inglesa. A los tres meses se lió con el embajador y dejó al secretario; ahora creo que es cosa de Indo, el rey de la Bolsa.

– ¡Veo que la chiquilla tiene buen apetito!

– Es capaz de tragarse todos los millones del Banco de España.

– ¡Y pensar que no tiene diez y ocho años y que ha nacido en Chozas de la Sierra!

– ¡Y divina! De eso no hay que hablar. ¡Una Venus sin corazón, ó mejor dicho, con treinta corazones! ¡Siempre alegre, siempre cariñosa, pero coqueta hasta las uñas, y como te digo, insaciable de dinero! ¡Hará carrera! ¿Cuándo volvemos á la caza de la perdiz?

Y no se habló más de semejante cosa.



Velocipedista del ejército japonés



Artillería del ejército japonés del Sur. - Batería de campaña en ejercicio



Oficiales de artillería del ejército japonés revistados por el Mikado

LA GUERRA CHINO-JAPONESA. - PREPARATIVOS MILITARES EN EL JAPÓN

(de fotografías del capitán J. Ingles, ex consejero de Marina del gobierno japonés)

III

En el año de 1886 me nombró el gobierno delegado de España en la conferencia internacional de la Unión para la protección de la propiedad industrial que había de celebrarse en Roma el 29 de abril. Salía yo de una de las sesiones que se celebraban en el ministerio de Agricultura, acompañado del conde de Rascón, nuestro embajador cerca del rey Humberto, cuando nuestro carruaje se cruzó en el Corso con un landó de los más lujosos.

—¿Quién es esa muchacha?, pregunté al conde, al reconocer á *Mariquita la pelona*, menos linda, pero mucho más hermosa que en Madrid hacía veinte años.

—Es una compatriota nuestra. Está dando los grandes escándalos. Se dice que la trajo de Constantinopla hace tres meses un bajá de tres colas.

La chica me vió, pero fingió no conocerme.

Aquella misma noche, al retirarme á mi habitación en el *Albergo*, me encontré con una esquelita perfumada.

«¿Quiere usted dar un apretón de manos á la chiquilla de Chozas? Tendré mucho gusto en charlar un rato con mi *desinteresado* amigo.»

Eso decía la misiva. Yo, no sé por qué, me apresuré á *no* acudir á la cita. Al día siguiente salí de Roma, con dirección á Nápoles y Pompeya Así como generalmente tiene el hombre remordimientos por cada ocasión femenina que ha dejado perder, y que como toda *ocasión* no ha vuelto á recobrar jamás, así yo hubiera sentido remordimientos por aprovechar aquella con que *Mariquita la pelona* me brindaba.

¡Aberraciones del corazón humano! Sin haber yo tenido la culpa en poco ni en mucho de la perdición de aquella muchacha, parecíame que mi expedición de caza de 186... tenía la culpa de todo.

IV

Hace tres días ha muerto en el Hospital provincial de Madrid, á la edad de cuarenta y cuatro años y en la mayor miseria, la bella, la elegante, la rica, la escandalosa rubia, conocida en Chozas de la Sierra con el ridículo apodo de *Mariquita la pelona*. Dicen que ha muerto como una santa y que tenía el cabello completamente blanco!

Sic transit gloria mundi.

Luis Mariano de Larra

CARAS DE REGRESO

¡Qué diferencia de color entre las caras de las personas procedentes del veraneo y las de los sedentarios é inamovibles vecinos de este Madrid «que se ha de comer la tierra!»

Ya lo saben ellos, los chicos y las chicas *cúrsiles*, y lo remedian en cuanto pueden.

Esos rostros, curtidos por el sol y «por el viento de nuestros mayores,» que dice un cronista, demuestra cierta principalidad en esa temporada del año, cuando regresan del campo, de la playa, del balneario ó del asilo las personas que veranean.

En cambio, las caras blancas y las manos blancas acusan el apego de ciertas personas al hogar doméstico ó la carencia de recursos y «celos mal reprimidos.»

Entre los veraneantes de regreso se ve en la Carrera de San Jenónimo y en la calle de Alcalá «alternando» á varias familias é individuos sueltos, que, en principio de verano, hacen que se van y vuelven.

En septiembre y octubre es incalculable el número de convalecientes de personaje, que se lucen en calles y paseos.

La blancura es de mal gusto en estos meses.

Lo superior, lo excelso es el color de chocolate de peseta.

La gente morena es la aristocrática.

Los blancos somos los pobres, los insignificantes, salvo honrosas excepciones.

Esto ocurre lo mismo «en París y en otras capitales de provincia,» como escribe *uno* en un diario de Madrid de los de mayor subvención.

Triunfan los morenos.

¿Qué muchacha que se estime en algo se echa á la calle con la cara que usa en invierno, rebozada en polvos de arroz, blanco cera y tinto virgen?

¿Qué joven pelón, de esos con patillas que parecen parches contra la jaqueca, se atreve á darse al público sin usar el rostro chinesco?

¡No parecer convaleciente de bañista!

¿Quién no viaja?

Solamente los que no pueden por sus muchas ocupaciones ó por su escasez de recursos.

¿Pero resignarse á confesarlo algunas personas de bien, pero con pretensiones? Jamás.

Conozco á varias personas que dedican la primera quincena de septiembre á *culotarse*.

Pasan los días al sol, para que se les dore la tez como se doran las espigas en el campo.

¡Ah! *¡Combien de poesie!*

—¿Adónde va usted, amigo D. Fulano, con este sol de Justicia?

—Al barrio.

—¿A pie?

—En estos meses de calor no puedo resistir el tranvía ni los coches de punto.

Una semana después tropiezan ustedes con el señor D. Fulano.

—Vengo de San Sebastián y Biarritz, responde, sin acordarse de que le han visto ocho días antes camino del barrio de Salamanca.

Señoritas que toman el sol en agosto, para regresar de Spá ó de espátula en septiembre, conozco á varias.

Hay caballero que deja de lavarse la cara y las manos en el mes de junio y no vuelve á humedecerse hasta octubre.

—¿De dónde viene usted?, le pregunta algún inocente

—De Bélgica.

—¿Ha estado usted de fogonero en alguna fábrica?

La química facilita á las gentes *cúrsiles* los medios «de regreso» á Madrid á menos de mitad de precio.

He leído varios anuncios *ad hoc*.

«A las personas que quieren parecer viajeras: aviso interesante:

»Tintes de diferentes tonos para dar al rostro y á las manos color local.

»Blanco amarillento para teñirse de bañista sulfuroso.

»Siena tostada, propia de viajero que ha recorrido las provincias italianas.

»Colorado, ojo de perdiz, para imitar á los que regresen de las Vascongadas ó de las Vascuences.

»Con acento.»

Y así sucesivamente.

«El progreso ante nada se detiene,» como decía en un lema pintado en la portada de su establecimiento el dueño de un «comercio de ultramarinos y coloniales de allende los mares,» hombre instruído, según se desprende del contexto.

Respecto á las prendas de vestir, también es fácil la imitación de las que sirven para viaje, ó sea la falsificación.

Gracias á esto, una persona que gusta de lucir puede proporcionarse los medios para conseguirlo.

Lo que priva en temporada de otoño es lo moreno.

El muchacho que se declare á una joven con ciertas pretensiones, que se tueste primeramente.

Es decir, que se disfrace de salvaje elegante ó de africano civilizado.

Lo primero que miran las chicas de buen gusto es si el pretendiente tiene cara de bañista ó de bañero.

Esto es: «si disfruta una posición desahogada ó no se lava jamás.»

Los morenos están muy bien considerados en septiembre y octubre.

Son los meses dedicados á la naturaleza silvestre, por decirlo así.

Cuando las damas parecen pastorcitas y los galanes segadores ó vaqueros.

¡Qué vergüenza es verse blanco en esta temporada!

Porque es no ser persona importante.

Nadie.

En cambio, si en enero ó febrero dijeran á una señorita ó á un caballero que fueran morenos...

Eduardo de Palacio

MADAGASCAR

El conflicto surgido entre Francia y Madagascar ha atraído la atención general sobre aquella lejana isla, cuyo protectorado ejercen los franceses en virtud del tratado de 1885, y por esto creemos que interesarán á nuestros lectores algunos datos acerca de la misma, siquiera la índole de La Ilustración Artística nos obligue á apuntarlos muy someramente.

Madagascar, con una superficie de 600.000 kilómetros cuadrados, dotada de excelente clima y de flora y fauna variadas y abundantes, cuenta por lo mismo con espacio y medios suficientes para constituir un territorio con pueblos propios. El país es montañoso y algunas de sus montañas alcanzan una altura de 3.000 metros; pero la parte más fértil, aunque también la menos sana de la isla, es la costa, en donde después de la estrecha faja de bosques que cubre casi todas las playas, se encuentra la región de los pantanos, de las llanuras onduladas y de las colinas, cuya fertilidad contrasta con la pobreza vegetal del interior.

La población de Madagascar, que se hace ascender á cuatro ó cinco millones de habitantes, presenta, considerada desde el punto de vista de las razas, gran variedad de elementos, observándose en ella rasgos negroides al lado de otros marcadamente malayos, amén de la influencia árabe que se ha dejado sentir en la misma desde remota fecha.

La mayor densidad de la población la encontramos en la comarca del Imerina, ó sea en los montes del interior, habitada por los hovas, que son la tribu principal de la isla.

Muy contradictorias son las noticias que acerca del carácter y costumbres de los hovas han dado los viajeros que han recorrido y estudiado aquel país; pero indudablemente aciertan los que les suponen falsos, embusteros é hipócritas, defectos al lado de los cuales existen ciertas virtudes, nacidas, como sus vicios, de cierta molicie que les hace aceptar lo bueno y lo malo de las influencias extranjeras. La avaricia, la afición á las bebidas espirituosas y el afán de venganzas son también rasgos característicos de los hovas; pero en cambio en todos ellos alienta un sentimiento patrio que se mantiene aun en las circunstancias más difíciles. Son trabajadores, pero su laboriosidad no se distingue por la tenacidad ni por la perseverancia: la agricultura y la preparación y manufactura del hierro constituyen las principales ocupaciones de los hombres, dejándose por lo general las demás faenas al cuidado de las mujeres. La riqueza mineral y la fertilidad de algunos de aquellos territorios han llevado á ellos algunos extranjeros, uno de los cuales, el francés M. León Suberbie, ha fundado en las soledades del Bueni una aldea á la europea, en donde reside la colonia que explota unas minas de cuarzo aurífero.

En materia de religión, aunque el cristianismo ha hecho entre ellos bastantes prosélitos cuando menos aparentemente, los hovas han conservado durante mucho tiempo y aun en parte conservan gran número de sus antiguas supersticiones que les hace adorar á ciertos animales y á objetos inanimados, como piedras y estacas, idolatría que los misioneros han procurado combatir y que en algunos puntos han destruído. En cuanto á las relaciones de familia, con decir que está muy extendida la poligamia se demuestra que los lazos familiares no son muy estrechos: cierto que oficialmente la poligamia ha sido abolida, pero bien puede afirmarse que sólo lo ha sido de nombre, pues en realidad los hovas, aunque para cubrir las apariencias no toman más que una mujer, mantienen, además de ésta, varias concubinas. Sin embargo, la primera mujer, hasta en los territorios en donde está admitida la poligamia, es la esposa legítima: sus hijos son privilegiados y vive con su marido en una cabaña aparte alrededor de la cual se agrupan las de las otras mujeres. Los hijos profesan gran respeto á sus padres, los cuales muéstranse muy orgullosos de su descendencia, especialmente de la masculina.

Divídense los hovas en tres clases perfectamente separadas, á saber: la nobleza, la burguesía y los esclavos. La primera, cuyos miembros son en su mayoría descendientes de los antiguos caudillos, tiene el carácter de hereditaria, y con ser la privilegiada no es sin embargo la más rica; entre ella y la burguesía existe de algún tiempo á esta parte la que podemos llamar la aristocracia del mérito, formada por los servidores del Estado, á quienes el soberano concede honores en recompensa de sus servicios.

La capital de Madagascar, Tananarive ó Antananarivo, cuya población puede estimarse en 150.000 habitantes, está asentada sobre tres colinas que convergen hacia un punto en donde se alza el palacio real. El panorama general de la ciudad es en extremo pintoresco: sus casas aparecen entre bosques de mangos, de lilas, de rotras y amontanas, sobre los cuales destaca el morado follaje de *bugainvilla;* pero al penetrar en ella, al contemplar las estrechas calles que la falta de todo cuidado de conservación tiene convertidas en torrenteras, desaparece el encanto.

El recinto en donde está enclavado el palacio de la reina contiene gran número de construcciones, tales como el *Tranovola* ó palacio de plata, así llamado por las campanillas que adornan su tejado; el *Masoandro* ó vivienda particular de la reina, la capilla particular de ésta, los sepulcros reales y un elegante kiosco que domina la llanura del Mahamasina. El gran palacio, tiene cierto aspecto de magnificencia y en el salón del mismo celébrase todos los años el día 22 de noviembre la ceremonia del *fandroana* ó baño de la reina con que se inaugura el año malgacho.

El palacio del primer ministro, la catedral católi-

ca, el palacio de la residencia general y el de la tía de la reina son los principales monumentos de la capital que, esparcidos en medio de habitaciones de muy mediana apariencia, denotan un esfuerzo para entrar en la vía de la civilización, pero con ese aspecto pintoresco que es resultado de una imitación infantil y torpe todavía.

Descritos, aunque muy á la ligera, el país y sus pobladores, digamos algo de la reina y de su primer ministro, cuyos retratos publicamos, y que en sus respectivos caracteres y recíprocas relaciones ofrecen algunos rasgos en extremo curiosos.

Ranavalo Manjaka III, que es el nombre de la soberana, cuenta actualmente treinta y tres años, es de pequeña estatura, de tez aceitunada y facciones algo duras y no carece de gracia y distinción. Dotada de no escasa inteligencia, fué en su infancia instruída por monjas católicas francesas; pero dominada por el partido anglo-hova, ha abrazado el protestantismo. Viste con predilección el traje nacional, es decir, la sencilla falda blanca á pliegues y el *lamba* de algodón blanco sobre los hombros; pero también sabe vestirse á la europea, y en sus roperos cuéntanse por docenas los trajes y los sombreros que se hace enviar de París y en los desvanes de su palacio amontónanse en cantidades prodigiosas las cajas de guantes, de medias de seda, de zapatos, de jabones, de esencias y de afeites de las mejores fábricas.

Las principales ocupaciones de la soberana son recibir y desembalar cajas de novedades, probarse las prendas que en ellas recibe, y jugar á juegos de salón; siendo tal la afición que por éstos siente, que no sale uno en Europa que en seguida no figure entre los reunidos en el palacio de la reina.

Ranavalo es muy poco aficionada á recibir á los europeos; dice ella que es porque no tiene terminado su palacio, pero las verdaderas causas de su proceder en este punto son: primera, porque odia á los extranjeros; segunda, porque en presencia de éstos se siente torpe, y tercera y principal, porque su esposo, el primer ministro, que la maneja á su antojo, no quiere que los europeos la vean y traten mucho.

Estatua ecuestre de Ramón Berenguer III, obra de José Llimona

(de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina)

No le faltan á la reina ganas de sacudir tan pesada tutela; su mayor deseo consiste en ejercer realmente el poder de que por derecho está investida, y al efecto se ha rodeado de una camarilla aristocrática cuya alma es su tía, la princesa Ramasindrazana, que ya una vez intentó dashacerse del primer ministro; pero éste, que tiene admirablemente organizado el servicio de espionaje, descubrió en agosto de 1893 el complot, una de cuyas cabezas era su propio hijo Roejolina, y mandó desterrar á los principales conjurados.

Rainilaiarivoni, que era ya esposo de la segunda reina de Madagascar, Ranavalo II, al morir ésta en 1883 elevó al trono á la princesa Razafindraheti, la actual soberana, casándose con ella y continuando de esta suerte en el disfrute del poder que venía ejerciendo desde 1863, fecha en que sucedió á su padre en el cargo de primer ministro. Más de treinta años hace, por consiguiente, que este hombre, cual pocos ambicioso, gobierna al pueblo hova, y aunque se ha intentado varias veces derribarle y aun suprimirle con el puñal ó el veneno, todas las tentativas han fracasado.

A consecuencia de este estado de cosas en la corte, minada por intrigas de toda clase y solicitada y combatida por opuestas influencias, la nación hova, ha poco tan poderosa y próspera, hállase en visible decadencia: la agricultura languidece, la industria y el comercio están abocados á la ruina y la residencia de los extranjeros en aquel territorio hácese más difícil cada día. La anarquía en los de arriba, el bandolerismo en los de abajo, he aquí la actual situación de Madagascar, para poner término á la cual ha enviado Francia á M. Le Myre de Vilers, ex residente en aquella isla, y se apresta á una expedición armada para el caso de que resultaran infructuosas sus gestiones en la vía diplomática. – X.

NUESTROS GRABADOS

El escultor Kissling modelando la estatua de Guillermo Tell. – En el número 560 de La Ilustración Artística reprodujimos el monumento de que ha de formar parte el magnífico grupo que hoy publicamos y dimos acerca de él extensa noticia. Hoy completaremos los datos que entonces cosignamos diciendo que están ya terminadas las hermosas figuras modeladas por Kissling; que el grupo, cuya altura junto con la roca es de cuatro metros, se fundirá en breve en París; que los cuatro relieves del zócalo representarán la escena de la



La feria de Santo Tomás en Palma de Mallorca, cuadro de Lorenzo Cerdá y Bisbal



EL EJÉRCITO CHINO: castigos durante la marcha, dibujo de R. Catón Woodville



EL EJÉRCITO CHINO. soldados vivaqueando, dibujo de R. Catón Woodville





La reina RANAVALO MANJAKA III de Madagascar y su esposo y primer ministro RAINILAIARIVONI (de fotografía)

manzana, el momento en que Guillermo salta de la barca en que le conducían los soldados de Gessler, la muerte de éste y la de Tell, y que el coste del monumento, que asciende á 150.000 francos, ha sido reunido por suscripción entre los gobiernos federal y de los cantones y el pueblo.

Regreso á la aldea, acuarela de José Echena. – Cuando el movimiento artístico español adquiere notable desenvolvimiento y nuestros artistas logran por medio de sus obras reivindicar el buen concepto y el recuerdo de nuestras gloriosas tradiciones, digno de aplauso es quien toma parte activa en este movimiento, y alentado por noble entusiasmo dedica á la patria, desde extranjero suelo, las producciones de su ingenio. Tal acontece con José Echena, que en Roma, su actual residencia, ha sabido crearse una reputación envidiable, contribuyendo en unión de sus compañeros españoles á enaltecer el arte español.

La bonita acuarela que reproducimos, recuerdo de una de sus excursiones artísticas al país vasco, es una bella muestra de las aptitudes artísticas de este distinguido español, quien ha logrado trasladar al papel, con el vigor que caracteriza la pintura al óleo, una escena campestre ó rural de la región vascongada.

La jota, cuadro de Baltasar González y Fernández. – Después de haber estudiado con aprovechamiento en la escuela de Bellas Artes de Zaragoza y en la de San Fernando, de la coronada villa, halla medio Baltasar González, en su obligado aislamiento, para no malograr sus aptitudes, ni ahogar su entusiasmo. Falto del vasto escenario que sólo pueden ofrecer las grandes capitales, limítase á observar y estudiar cuanto le rodea. De ahí sus bellos cuadros de costumbres, de escenas rurales ó populares, que tanto interesan por la fidelísima representación en los tipos, por el sello de localidad que tan bien logra imprimir, cual acontece en *La jota*, cuadro animado y movido, de carácter genuinamente aragonés, en el que vese, desde luego, que los *baturros* no son de guardarropía y que hasta las más sencillas actitudes han sido observadas del natural é interpretadas con singular acierto.



EL CONDE DE YAMAGATA, general en jefe del ejército japonés (dibujo de una fotografía)

Prosiga en Borja el Sr. González, si su residencia en aquella localidad puede servirle de medio para representar escenas y costumbres de la tierra aragonesa con igual discreción que el cuadro que figura reproducido en estas páginas.

La guerra chino-japonesa. Preparativos militares en el Japón.—Repetidas veces hemos dicho, y no es cosa de que en ello insistamos, que el ejército japonés está á la altura de los mejores europeos, así en punto á uniformación y armamento, como por su disciplina y organización. El Celeste Imperio, descendiendo de las ideales alturas desde donde miraba con desprecio cuanto á civilización y progreso olía, habrá comprendido ya, con merecido escarmiento, que los pueblos no pueden en estos tiempos vivir de necias ilusiones y han de amoldarse á la prosa de la realidad, y que con todo y ser hijo del cielo bastan unas cuantas baterías ó algunos acorazados para acabar con el emperador, ante cuyo poder, en la creencia de sus súbditos, se inclina el mundo entero. Gracias á estas ilusiones, los chinos se han encontrado completamente desprevenidos para la lucha que amenaza acabar con el vasto imperio, mientras los japoneses aceptaban todos los adelantos que en el arte de la guerra se han introducido, y antes de entrar en campaña practicaron grandes maniobras, terminadas las cuales el Mikado trasladóse á Tokio y revistó y despidió á las fuerzas expedicionarias á medida que se embarcaban, departiendo con los jefes y oficiales y estrechando á todos la mano. Los grabados que publicamos en la página 661 reproducen una de estas revistas y tipos y episodios del ejército japonés durante las maniobras.

Estatua ecuestre de Ramón Berenguer III, obra de José Llimona (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina). – José Llimona es uno de los jóvenes escultores que forma parte de la brillante pléyade que asume la representación del arte moderno de esta región. Su nombre constituye una personalidad, y todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros de la vida real ó en ideales más elevados, revelan ingenio, sentimiento y hábil ejecución.

La estatua ecuestre del conde-soberano de Barcelona, del legendario Ramón Berenguer III, del que en Ripoll, en su interesante monasterio de Santa María, trató de sintetizar los ideales y aspiraciones de una época y de un pueblo grande, es obra de muchos alientos, resultado de un pensionado que disfrutó el artista, y que á falta de otros méritos, bastaría por sí sola para justificar el beneficio de que gozara y demostrar sus indiscutibles cualidades.

La obra á que nos referimos existe convenientemente instalada en el Palacio de Bellas Artes de esta ciudad.

La feria de Santo Tomás en Palma de Mallorca, cuadro de Lorenzo Cerdá y Bisbal. – Recomendable bajo todos conceptos es el cuadro del pintor palmesano Lorenzo Cerdá, reproducción de una escena ó costumbre popular, cual es la ya legendaria feria de Santo Tomás, destinada, cual acontece en todas las demás poblaciones españolas, á la venta de aves que han de ser sacrificadas en las inmediatas fiestas de Navidad. Al examinar el lienzo nótase desde luego que no es obra de artista novel, pues la agrupación y disposición de las figuras, la confusa amalgama de vendedores y compradores y los más nimios pormenores están estudiados y resueltos con segura y hábil mano.

El Sr. Cerdá, aparte de las pensiones que alcanzó, al comienzo de su carrera artística, en Madrid y Roma, ha logrado señalados triunfos, cual el obtenido en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 por su notable lienzo *Honderos baleares*, y que mereció asimismo en la de Bellas Artes de 1891.

El ejército chino. Castigos durante la marcha. Soldados vivaqueando, dibujos de R. Catón Woodville. – Basta ver estas dos escenas de la vida militar china y compararlas con los grabados que en este mismo número publicamos del ejército japonés para comprender la verdad de lo que al describir estos últimos afirmamos acerca de la inmensa superioridad militar del Japón sobre la China. El episodio del castigo durante la marcha, que con tanta frecuencia ha tenido que repetirse para mantener la disciplina, sin que los más duros ejemplos y terribles penas hayan podido contener las insurrecciones y aun las fugas á la desbandada, y la misma escena del vivac, en que se advierte lo incómodo del equipo y uniforme y el aspecto poco marcial y menos noble de las tropas chinas, son datos que, aunque insignificantes á primera vista, tienen en el fondo verdadera importancia. El eminente dibujante inglés Catón Woodville, cuyo especial talento para los asuntos orientales y sobre todo militares han podido apreciar tantas veces nuestros lectores, ha trazado, con los dibujos que reproducimos, dos hermosas páginas más en su obra que le ha merecido fama universal.

El conde de Yamagata, general en jefe del ejército japonés. – La personalidad más saliente en el Japón, después de la del Mikado, es la del conde Arimo Yamagata, generalísimo del ejército japonés. Nació en 1840 de familia descendiente de antiguos soberanos, y desde joven abrazó la causa de la revolución que sustituyó la autocracia teocrática de los Taicunes por el actual régimen. Alistado en el cuerpo de cadetes de Kihu-Tei, distinguióse de tal manera que al terminar la guerra en 1868 fué nombrado subsecretario del ministerio de la Guerra. Dotado de una actividad prodigiosa y á despecho del clamoreo de los interesados en que la tradición se mantuviera, reformó radicalmente el ejército, dotóle de armamento y equipo modernos y dióle una organización calcada en la de los ejércitos europeos. Gracias á él, el Mikado creó en Tokio una escuela militar superior y llamó al Japón á una misión francesa, de la que formaban parte, entre otros, los generales Munié y Jamais: Yamagata, comprendiendo que era incompleta su instrucción militar, dió ejemplo de aplicación asistiendo frecuentemente á las clases. Fué enviado por el emperador á Europa para estudiar *de visu* la organización militar y política de Francia y Rusia, y regresó al Japón en 1871, después de haber asistido á la guerra franco-alemana. En seguida fué nombrado viceministro y á poco ministro titular de la Guerra; fué general en jefe del ejército que en 1872 dominó la insurrección de la provincia de Hi-Seu, preparó la expedición á Formosa (1875) y reprimió victoriosamente la revolución de Saigo, ganando entonces la condecoración del Mei-Ji y el título de comandante en jefe de la guardia imperial que el Mikado creó especialmente en su favor. Más tarde fué ministro del Interior y luego primer ministro, cargo que desempeñó tres años, transcurridos los cuales entró en la presidencia del Consejo privado, puesto en el que se encontraba al estallar la actual guerra y que ha abandonado provisionalmente para ponerse al frente del ejército.

Monumento erigido al general Santander en Cúcuta (Colombia). – Cúcuta, la histórica ciudad en donde en 1821 se reunió el congreso que confirmó la unión de Nueva Granada y Venezuela, decretada dos años antes por el de Angostura, ha querido rendir homenaje de gratitud al general



Monumento erigido en Cúcuta (Colombia) al general Santander

D. Francisco de P. Santander, que tanto contribuyó con su pericia militar á la independencia de aquellos territorios y con su talento político á la organización de los nuevos Estados que se separaron de la dominación española. A este efecto ha erigido á su memoria el monumento que reproducimos, y en el que sobre sencillo pedestal álzase la estatua del ilustre caudillo á quien tanto debe la que hoy se denomina república de Colombia.

Nueva casa de correos en Liverpool. – Este edificio, cuya primera piedra colocó el duque de York en 10 de Septiembre último, ha sido proyectado por Mr. Enrique Tanner, arquitecto de los edificios de S. M. la reina de Inglaterra. Se levantará en el centro de la ciudad de Liverpool, formando una construcción cuadrada con fachadas en cuatro calles: la fachada principal tendrá 280 pies de longitud y 100 las laterales. El edificio será de estilo renacimiento francés y contendrá todos los departamentos necesarios para que en él puedan estar instalados con la comodidad y amplitud convenientes todos los servicios de correos y telégrafos. Calcúlase que el coste del edificio será de 250.000 libras esterlinas (6.250.000 pesetas).



El duque de Maufert estaba tan impaciente que no eran aún las seis de la tarde cuando acudió á situarse en el Puente Nuevo

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. — ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

V

LA CITA

El día fijado por la dama, el duque de Maufert estaba tan impaciente y ansioso de verla, que no eran aún las seis de la tarde cuando acudió á situarse en el Puente Nuevo.

Si malo es para un enamorado llegar tarde á una cita, es muy doloroso también anticiparse á ella, como experimentó Enrique muy pronto. Durante el primer cuarto de hora se distrajo como pudo, mirando correr el agua ó contemplando el siempre bullicioso espectáculo del puente, con su concurrencia de farsantes, músicos y mirones. Pero estos entretenimientos no eran los más propios para ocupar largo rato su imaginación, ni bastantes á divertirle de su preocupación absorbente y fija; por lo cual no tardó en hacérsele el tiempo muy pesado.

Cuando un hombre se encuentra en aquel estado de ánimo, es difícil que la fantasía no haga de las suyas.

La de Maufert era de las más vagabundas y no paró hasta extraviarse en un dédalo de temerosas cavilaciones. «¿Qué hacía Lorenza? ¿Por qué no había llegado aún? ¡Poca diligencia mostraba en acudir! Tal vez un obstáculo imprevisto se lo impedía... Pero, entonces, ¿qué obstáculo? ¿Su marido, quizás? ¡Su marido, el ser detestado y detestable!»

Y con sólo la evocación de aquel recuerdo, Maufert crispaba la mano sobre el puño de la espada.

«Pero, no. El obstáculo sería otro sin duda. La promesa de la dama ¿había sido sincera? ¿Fué, por el contrario, un ardid de mujer coqueta, para libertarse de un importuno?»

Maufert no podía pretender, por cierto, que Lorenza estuviese ya enamorada de él.

Repasando los incidentes de la víspera, le era forzoso reconocer que su intrusión en los tenebrosos manejos de la italiana no era la más propia para aquistarle su benevolencia.

Pero, por otra parte, ella se había mostrado risueña y condescendiente; dióle á besar la mano, y le autorizó para verla de nuevo.

¿Qué había de creer?

Parecíale, con esto, al duque – ¡tan vasto era el ciclo recorrido en alas de su pensamiento! – que llevaba en aquel sitio una eternidad, cuando el reloj de la Samaritana tocó las seis y media.

¡Sólo las seis y media! Nada se había perdido. Vendría.

¿Cuándo? ¡Tal vez á las siete... ó á las ocho, ó más tarde! Pero seguro que vendría.

A Enrique se le ocurrieron mil razones para convencerse de que Lorenza no faltaría á su palabra; pero luego – el pensamiento de los enamorados tiene su constante flujo y reflujo, – luego halló otras dos mil para persuadirse de que era una pérfida que se había mofado buenamente de él.

Así estuvo flotando entre la duda y la esperanza hasta el momento en que Lorenza y su dueña parecieron finalmente.

– ¡Ya veis que he sido fiel á mi promesa!

– ¡Sois la más adorable mujer del mundo!

– ¿Ya empezáis á echarme requiebros? ¡Mucho cuidado, que acabaré por sentir el haber venido!

– ¿Y cómo queréis que imponga silencio á mi corazón? ¿De qué puedo hablaros, por ventura? Lo único que yo sé es que os amo.

¡Ah, cuán breves las horas del amor! Cuando Lorenza se despidió de Maufert para regresar á su palacio, parecióle á éste que había pasado por su vista como un relámpago. Apenas tuvo tiempo de decirle que era suyo, exclusivamente suyo por toda la eternidad, cuando ya la adorada mujer había desaparecido; pero el duque le había besado la mano otra vez y obtenido la promesa de que volvería.

Una cita en los comienzos de una aventura es á un tiempo terrible y divina.

Al suplicio de aguardar sucede la dicha de ver, pero ésta pasa bien pronto con la dolorosa é inmediata despedida.

Estos placeres y estas angustias los probó Maufert con Lorenza. Regularmente la italiana llegaba á la hora prometida, y se despedía en el instante prefijado.

Estábale prohibido al joven seguirla lo más mínimo, bajo pena de perderla para siempre. No había llegado la hora - decía Lorenza - de que conociera su nombre.

Por otra parte, durante los cortos momentos que le otorgaba, ya en el Puente Nuevo, ya en la Cour-la-Reine, Lorenza se mostraba muy amable, á condición de que Maufert guardase estrictamente las leyes del más exquisito decoro.

El duque, dominado por aquella mujer, soportaba impaciente semejante yugo.

Lejos de ella, se rebelaba contra la frialdad de Lorenza, y prometíase acabar con tal altivez y ser á su vez quien la dominara.

Dueño de un palacete deshabitado y coquetón, á orillas del Sena hacia el Pré-aux-Clercs, se proponía atraer allí á la dama, de grado ó por fuerza. Pero tan violentas resoluciones se desvanecían al día siguiente con sólo una mirada de enojo de su ídolo, y sólo con mucha timidez, después de haberle hablado del nido de sus amores, osaba preguntarle al despedirse si podía esperar que algún día acudiese á la cita.

Lorenza no contestaba jamás á esta pregunta.

Dos meses pasaron así, sin que Maufert pudiese alabarse de haber adelantado un paso.

Llegó á parecerle, por el contrario, que Lorenza estaba más reservada y glacial que en los primeros días de sus relaciones.

Y Enrique se dolía de ello.

Mal hacía por cierto, y mal conocía el corazón de la mujer.

En realidad, al contacto de aquel amor ardiente y juvenil, Lorenza sentía enardecerse lentamente su corazón.

Suave fulgor de próxima ventura empezaba á lucir en las tinieblas de su alma, que sumida en el odio hasta entonces, veía abrirse ante ella el horizonte de la felicidad.

En vez de soñar constantemente en su venganza, sorprendíase á sí misma pensando en la dicha de amar, hasta en presencia de sus queridos mártires y al pie del Cristo ensangrentado.

Se irritaba contra su propio corazón, como si cometiera una perfidia y una cobardía.

- Yo no tengo derecho á amar; antes he de ejecutar la tarea que me impuse en la tierra.

Mucho camino llevaba andado no obstante, porque ya se prometía entregarse á su amor, una vez cumplida su venganza.

- Pero no antes.

Cuanto más enamorada se sentía, más trataba de engañar á Enrique y á sí misma sobre el estado de su corazón. No tardó en ocurrir un incidente que le reveló toda su flaqueza.

Lo provocó el mismo marido, el Sr. de Roquesante.

Era éste un hombre terrible, y por sus costumbres y pasiones bien podía decirse que pertenecía á otra edad. Su raza, batalladora y cruel, seguía siendo feudal, rezagada en aquella transformación delicada y galante que Francisco I inauguró en Francia.

Para los Roquesante el Renacimiento sólo había sido una decadencia del poder real, y mientras el amante de Diana derribaba las trece torres de la Lupara y construía la elegante fachada del Louvre, ellos reparaban sus almenas y reforzaban sus castillos.

El conde había sido educado en tales principios, y Brillac pintó de un trazo su carácter y su aspecto cuando le llamó «el jabalí.» Tenía del tal la rudeza, la fealdad y la brutalidad.

Su áspero y erizado cabello, la cicatriz en el rostro, la reputación de hombre feroz adquirida en la guerra, su indomable voluntad, todo contribuía á hacer de él el noble menos amable y seductor de Francia.



El Puente Nuevo con su concurrencia de farsantes, músicos y mirones

Hasta que se casó, Roquesante había roto y aniquilado cuantos obstáculos se oponían á su voluntad; pero el amor, apoderándose de aquella fiera, la entregó encadenada y palpitante á los pies de Lorenza para martirio de entrambos. La italiana intentó al principio domar y educar al oso, y entrar con su marido en la vida del gran mundo, frecuentar con él la corte y empezar allí la guerra á los Vallombreuse, en su propio terreno: combate refinado, felino y mortal, á que le predisponía, más que á ninguna otra mujer, su exquisito y sutil ingenio. Frustrada su esperanza, se vengó desesperando á su vez al tirano. Todo su júbilo consistía en verle loco de amor, frenético de deseos, implorando sus favores, para negárselos tenazmente.

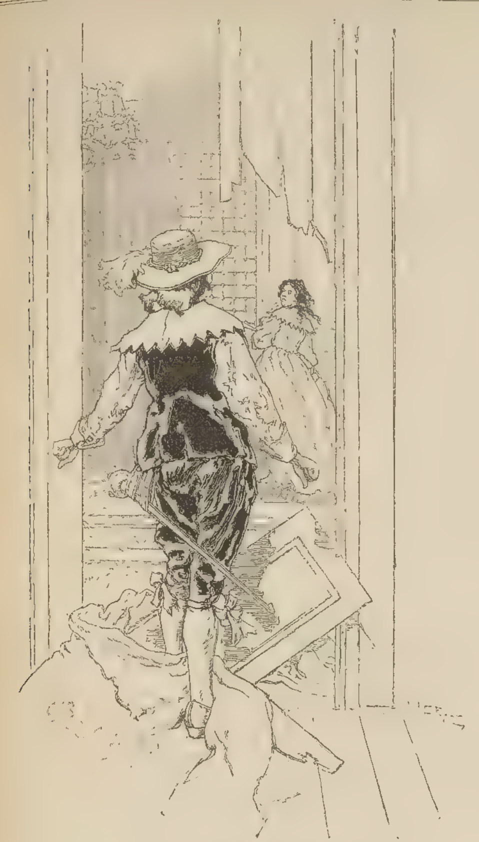
Con verdadero maquiavelismo y por medio de hábiles coqueterías atizaba en el corazón del conde el fuego que le devoraba, oponiendo luego á sus importunidades una glacial negativa.

Para rechazarle, solía hallar frases que restallaban como latigazos. Revolvíase él como toro acosado, y muchas veces estuvo á punto de aplastar con su formidable mano á la que de tal modo le burlaba; pero en esta lucha entre la materia y el espíritu, el espíritu había triunfado hasta entonces.



Maufert crispaba la mano sobre el puño de la espada

Una tarde, de vuelta de una entrevista en que Maufert se había mostrado



Del primer golpe con el hombro derribó una de las hojas de la puerta

apasionadamente tierno, Lorenza se retiró, como tenía por costumbre, en la sala de los retratos de los bienhechores de su familia.

Marido y mujer habían convenido en que Roquesante no intentaría nunca llegar hasta aquel retiro: promesa arrancada al conde, bajo su palabra de honor, en un momento de ternura.

Pero aquella tarde, más atormentado que nunca por su pasión, con la imaginación exaltada y abrasado de amor el pecho, el marido llamó á la puerta prohibida.

—¡Abrid, señora, os lo suplico!

Lorenza se levantó al oir aquella voz breve, brusca, alterada, que presagiaba una nueva tempestad doméstica, pero no se creyó en el caso de acceder á la demanda.

—¡Señora, os suplico por segunda vez que abráis!

Lorenza permaneció muda.

—¡Por tercera vez!, gritó el conde enfurecido.

¡El mismo silencio!

En el colmo de la desesperación, Roquesante se precipitó como un loco furioso contra la puerta... Del primer golpe con el hombro derribó una de las hojas.

Con el rostro congestionado por aquel supremo esfuerzo y los ojos llameantes, hallóse de repente en presencia de Lorenza.

Esta, en actitud tranquila y orgullosa, contempló con soberana compasión al desdichado loco de rabia.

—¡Nueva y brillante proeza que añadir á cuantas os tienen tan orgulloso! ¡Bien veo que atropelláis vuestro honor de hidalgo, ya que la hoja de una puerta es para vos tan débil antemural como la palabra empeñada.

El conde la interrumpió:

—Estoy decidido á no escucharos más. Poseéis el arte de presentar las cosas de tal manera que desnaturaliza mis derechos y mis deberes. A la postre, me he cansado de tales ardides, y quiero acabar con ellos. Sois mi mujer... y os amo.

—¡Ah!, dijo ella con indiferencia.

—He sido demasiado bueno hasta aquí. Ahora ya no suplico, sino que exijo.

—¡Ah, qué groseros modales! ¿No habéis tratado más que cocineras por ventura?

Roquesante palideció y vaciló un momento entre el amor y la cólera, pero luego abrazó y besó á Lorenza febrilmente.

Ella no intentó oponer ninguna resistencia, ya que hubiera sido inútil, pero continuó absolutamente insensible ante la ardiente prueba de exasperado amor. No era una mujer, era una estatua. Al conde le pareció bien pronto que abrazaba un cadáver.

—¡Lorenza!.. ¿Nunca, nunca has de amarme?, murmuró.

Ella no contestó una palabra.

—¡Lorenza!.. ¡Lorenza!, repetía el conde con voz que se esforzaba en ser cariñosa...

Pero como ella no contestase tampoco, el conde la soltó súbitamente, con la misma violencia con que la abrazara, y ebrio de cólera, golpeó el suelo con el pie.

—Así os prefiero, así, le dijo ella. Volvéis á ser quien naturalmente sois. Creedme: continuad mostrándoos violento, porque la galantería no os sienta muy bien. Un hombre como vos, nació para forzar castillos, no para derribar puertas de habitaciones.

El conde la contemplaba.

Parecíale más hermosa todavía con aquella dignidad de reina, el cuerpo escultural y obstinada en su altivez.

Sentíase dispuesto á todo para poseerla.

Momentos antes pensaba en el crimen; ahora, se decía que pagaría su amor aun al precio de una bajeza, y súbitamente, como ocurre después de tan violenta tensión del cerebro, se humilló.

—Perdóname, le dijo.

—¿Perdonaros?.. ¿Qué? ¿Vuestros ultrajes anteriores ó el de hoy?

Entonces se arrojó á sus plantas, y aquel hombre de hierro lloró como un niño.

La italiana dejó que llorase: el espectáculo de tal bajeza no era, por cierto, de los que le desagradaban. Cuando tuvo bastante de su cruel pasatiempo, le despidió.

—¡Dejadme!.. ¡Me habéis trastornado! Estas emociones me matan.

—¡Dime que algún día me amarás!, le suplicaba despidiéndose.

—Sí; cuando os habré castigado, respondió ella.

Una vez hubo salido el conde, Lorenza no pudo menos de comparar el amor de su marido con el del duque, y esta comparación resultaba en extremo favorable para el último. Mientras el conde asaltaba el cuarto de su mujer, amenazador y brutal, ¡con qué ternura y suavidad imploraba Maufert una entrevista!



Aquel hombre de hierro lloró como un niño

Aquella misma tarde, Enrique, aludiendo á su casita del Pré-aux-Clercs, no lejos del cuartel de los mosqueteros grises, le había dicho con tierno y amoroso acento:

—¡Si queréis colmarme de ventura, id!

Lorenza era impetuosa en sus resoluciones. Tomó una hoja de papel, y escribió esta sola palabra: «Iré.»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS GRANDES ESTACIONES DE FERROCARRILES DE ALEMANIA

Desde que el gobierno alemán se hizo dueño de casi todas las vías férreas de su país, hase preocupado constantemente del cambio de lugar de las estaciones más importantes, á fin de suprimir las dificultades de instalación que presentaban desde el punto de vista de su situación, de su pequeñez, de los pasos á nivel, etc. Los trabajos á este efecto realizados en casi todas las grandes estaciones han modificado por completo la distribución y el aspecto de las mismas, y por esto creemos interesante ocuparnos de ellos por razón de las muchas mejoras que han permitido introducir en el servicio, y reproducir las fachadas de algunas de ellas para que puedan apreciarse las disposiciones arquitectónicas actualmente adoptadas en Alemania.

La arquitectura, como se ha observado desde hace mucho tiempo, es el arte que mejor traduce el pensamiento dominante en la época que la ha concebido, y por lo que toca á nuestros tiempos, en las estaciones ferroviarias es en donde debería encontrar hoy aquélla su característica, ya que se trata de monumentos que nuestros abuelos no han conocido y que han de responder á necesidades nuevas y en condiciones nuevas también.

Es sensible que la mayor parte de las fachadas de las grandes estaciones no hayan encontrado todavía un estilo apropiado á su destino, y de aquí el interés que ofrece examinar lo que desde este punto de vista se ha hecho en algunas naciones. A este efecto hemos resumido los datos recogidos en una interesante noticia comunicada á la *Sociedad de ingenieros civiles* de París por el eminente ingeniero M. Haag, autor del notable proyecto de ferrocarril metropolitano aéreo de la capital francesa.

Las transformaciones efectuadas en las estaciones alemanas han motivado en la mayoría de los casos la creación de una estación central única, destinada á concentrar todos los servicios antes diseminados en varias estaciones distintas. Esta solución tenía la ventaja de simplificar esos servicios y ofrecer además al público comodidades indiscutibles.

Las estaciones centrales de nueva creación han sido levantadas lo más cerca posible del centro de la ciudad, evitando, sin embargo, los peligrosos pasos á nivel, á cual efecto las vías en la proximidad de las estaciones y los andenes han sido elevados á cuatro ó cinco metros de altura sobre el nivel de las calles inmediatas.

En la mayor parte de los casos dichas estaciones han sido construídas como estaciones de paso: sólo se ha admitido la estación cabeza de línea con retroceso obligado en todas direcciones en algunas estaciones de Berlín y en algunos puntos de importancia, como Francfort, en donde la multiplicidad de direcciones hacía poco menos que indispensables los cambios.

Las antiguas estaciones han sido demolidas ó transformadas en estaciones de mercancías, y algunás, las que estaban demasiado apartadas de la estación central, han sido conservadas como estaciones secundarias.

En las nuevas instalaciones se ha cuidado de llevar á cierta distancia los servicios secundarios aislándolos por completo del de viajeros, y en cuanto á éste, que es el que especialmente nos ocupa, al construir el plano general de la estación central se ha atendido á la observación de los siguientes principios esenciales: excluir todo paso de vías á nivel, reducir al mínimo los trayectos que han de recorrer los viajeros que cambian de dirección y construir andenes especiales para el servicio de equipajes de modo que queden libres los de viajeros.

Los tipos adoptados en la construcción de estaciones de paso pueden reducirse á tres, que están aplicados en las de Hannóver, Dresde y Dusseldorf.

En la primera estación la planta baja está en dirección paralela á la de las vías y en ella hay instalados todos los servicios de viajeros, como despachos de billetes, salas de espera, fonda, etc. Los andenes están situados en el piso superior, y á ellos se llega por algunos túneles transversales de los que arrancan escaleras perpendiculares á la dirección de los mismos y paralelas á la de los andenes. Además se reservan túneles especiales para la salida de los viajeros y para los servicios de equipajes y correos. Esta disposición, que conviene especialmente en los puntos en donde el tránsito supera el servicio local, tiene el inconveniente de separar las salas de espera de los andenes.

El segundo tipo, el de Dusseldorf, remedia este inconveniente: para ello, hay al mismo nivel de las vías y en un andén central un edificio suplementario que contiene los mismos servicios instalados en el piso inferior y que está en comunicación con éste por medio de túneles transversales. Esta disposición, que obliga á dar mayor desarrollo de longitud á los distintos andenes, conviene especialmente á las estaciones que sirven de cabezas de línea á un gran número de ramales secundarios que de esta suerte van á parar al andén central, en donde se concentra todo el movimiento de viajeros.

En el tercer tipo, el de la estación de Dresde, la estación constituye una especie de islote aislado en medio de las vías y á ella se llega por medio de un bulevard que pasa por debajo de un doble puente en donde están las vías. Las salas de espera y los diversos servicios están en la planta baja, desde la cual se llega á los andenes por medio de escaleras transversales. Esta disposición tiene la ventaja de concentrar mejor los diversos servicios con relación á las vías.

Después de las estaciones de paso cita M. Haag varios tipos de estaciones terminus, como la de Francfort, cuya disposición interior es muy notable.



LAS GRANDES ESTACIONES DE FERROCARRILES DE ALEMANIA. – 1. Estación de Magdeburgo. – 2. Estación de Hildesheim. – 3. Estación de Dresde. – 4. Estación de Anhalt, en Berlín. – 5. Estación de viajeros de Francfort. – 6. Estación de Francfort. – 7. Estación de Cassel.

Desde el punto de vista arquitectónico reproducimos algunas fachadas características. El número 2 de nuestro grabado representa la estación de Hildesheim y el número 7 la de Cassel, imitaciones ambas de la de Viena. Desde luego se ve que estos dos edificios son plagios de construcciones antiguas y no tienen nada que recuerde el objeto á que están destinados. Otros parecen verdaderos cuarteles, como la estación de Magdeburgo (núm. 1).

Las fachadas de las estaciones de Francfort y de Anhalt, en Berlín, y la de Dresde (núms. 3, 4, 5 y 6), actualmente en construcción, son mucho más propias para su destino, pudiendo ser citadas entre las mejores de Alemania.

Las bóvedas de estas nuevas estaciones son, por otra parte, notables por su gran esbeltez: en ellas se encuentran con frecuencia anchuras superiores á 50 metros: la nave central de la de Colonia alcanza una altura de 24 metros con una longitud de 63'90 y una longitud de 255. Estas naves de gran anchura tienen la ventaja de dejar libre el espacio disminuyendo el número de pilastras y de facilitar al mismo tiempo la ventilación.

Para terminar diremos que en las estaciones ferroviarias alemanas se observa una limpieza meticulosa que sorprende al extranjero: parecen, según expresión de M. Haag, edificios inaugurados el día antes, y se ve en seguida cuán continua ha de ser la vigilancia del personal para conservarlas en aquel estado y acostumbrar al público á que, á su vez, cuide de no estropear ni manchar nada.

L. B.

* * *

INFLUENCIA DE LA ABUNDANCIA DE LA ALIMENTACIÓN DE LAS PLANTAS EN LA LONGITUD DE SUS RAÍCES.

Sabido es que las plantas dejan transpirar por sus hojas enormes cantidades de agua, hasta el punto de que una hoja tierna de trigo ó de centeno puesta al sol evapora en una hora un peso de agua igual á su propio peso.

La transpiración es tanto más activa cuanto más pobre es la alimentación: M. Hellriegel ha experimentado que una planta de cebada en buena tierra elabora un gramo de materia seca mientras evapora 292 de agua, al paso que en un suelo falto de nitratos evapora 867. Análogas observaciones ha hecho con otras plantas M. Deherain.

¿A qué se debe esta evaporación excesiva de las plantas mal alimentadas? M. Deherain ha demostrado por un gran número de observaciones que hay que atribuirla al enorme desarrollo de las raíces que se produce cuando la alimentación es insuficiente.

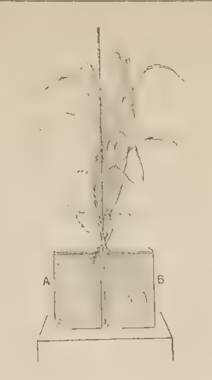
En vista de esto, me he preguntado si esta prolongación de la raíz colocada en un medio pobre de

materias nutritivas se produciría también estando la planta convenientemente alimentada por otra parte de sus raíces introducidas en un medio rico en alimentos. Para averiguarlo hice crecer una planta de trigo sobre dos vasos de cristal que contenían soluciones nutritivas de composiciones diferentes, gracias á lo cual pude comparar entre sí los dos grupos de raíces.

Para realizar este experimento, arranqué á fines de abril último una planta de trigo de unos 20 centímetros de longitud sobre el suelo. Con unas tijeras corté el tallo por el pezón, por el sitio en donde nacen las raíces, y lo coloqué sobre un frasco que contenía una capa de agua de 10 milímetros de altura: envolví el frasco en papel negro para interceptar la luz, pues sabido es que las raíces que vegetan en agua iluminada se cubren de algas verdes que les disputan la nutrición y acaban por matar la planta, y lo coloqué cerca de una ventana de modo que la parte verde de la planta recibiera los rayos del sol durante una parte del día.

El día 10 de mayo habían salido del extremo inferior del tallo un gran número de raíces nuevas, muy blancas, que llenaban el fondo del frasco. Entonces suspendí la planta en una varilla fijada verticalmente en una mesa, colocando á derecha é izquierda de la varilla dos recipientes de cristal planos como los que se usan para la confección de pilas eléctricas (véase el grabado).

Sumergí en los dos vasos las raíces repartiéndolas lo más igualmente posible: llené los vasos de agua de fuente que contenía en disolución las materias minerales que han sido reconocidas por los químicos agrónomos como indispensables para el desarrollo del trigo. La solución contenía por un litro de agua,



Planta de trigo arraigado en dos soluciones nutritivas de composición distinta. – A Solución con nitratos. – B Solución sin nitratos.

un gramo de cloruro potásico, un gramo de fosfato potásico y 10 centigramos de sulfato de magnesia.

El trigo es una de las plantas que han de buscar en la tierra la materia azoada que entra en la constitución de sus tejidos, y por lo mismo era necesario que la hubiera en la solución nutritiva.

Añadí al contenido de uno de los recipientes A nitrato de potasa á razón de un gramo por litro; el recipiente B contenía la solución nutritiva sin nitro y por consiguiente sin materia azoada.

El experimento estaba dispuesto en un invernáculo no calentado del laboratorio de fisiología vegetal del Museo: los dos recipientes estaban envueltos completamente en papel negro para impedir el paso de la luz, pero á las partes verdes de la planta dábales el sol durante algunas horas. La planta así criada en agua se desarrolló tan bien como las que se crían en la tierra, y el 1.° de junio hice sacar de ella la fotografía que el grabado reproduce y en la cual se advierte en seguida la desigualdad del desarrollo de las raíces, que es mucho mayor en el vaso en donde faltan los nitratos. En la solución nutritiva completa las raíces se han desarrollado poco, confirmándose con este hecho lo que siempre se ha venido observando.

Lo curioso de este experimento es ver que la planta entera, que estaba suficientemente alimentada por una parte de sus raíces, puesto que se desarrolló tan bien como las de tierra y que por consiguiente sólo evaporaba una cantidad moderada de agua, haya dejado adquirir tan gran desarrollo al grupo de sus raíces sumergidas en el agua sin nitrato.

En vista de este experimento creemos poder afirmar que el crecimiento de la raíz está íntimamente ligado con la abundancia de los alimentos en contacto con la misma: una planta bien alimentada cría generalmente pocas raíces; sin embargo, si algunas de estas raíces se encuentran, como sucede en nuestro experimento, en un medio que no las alimente bastante, adquirirán por este solo hecho gran desarrollo.

E. BREAL

(De *La Nature*)

LIBROS

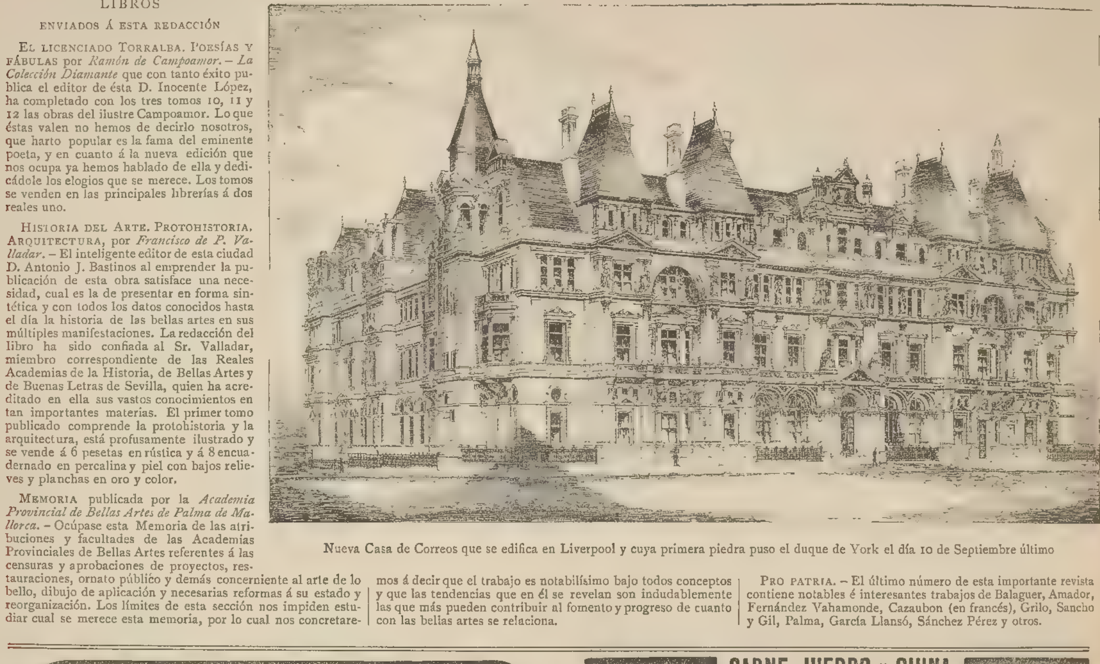
enviados á esta redacción

El licenciado Torralba. Poesías y fábulas por *Ramón de Campoamor*. – *La Colección Diamante* que con tanto éxito publica el editor de ésta D. Inocente López, ha completado con los tres tomos 10, 11 y 12 las obras del ilustre Campoamor. Lo que éstas valen no hemos de decirlo nosotros, que harto popular es la fama del eminente poeta, y en cuanto á la nueva edición que nos ocupa ya hemos hablado de ella y dedicádole los elogios que se merece. Los tomos se venden en las principales librerías á dos reales uno.

Historia del Arte. Protohistoria. Arquitectura, por *Francisco de P. Valladar*. – El inteligente editor de esta ciudad D. Antonio J. Bastinos al emprender la publicación de esta obra satisface una necesidad, cual es la de presentar en forma sintética y con todos los datos conocidos hasta el día la historia de las bellas artes en sus múltiples manifestaciones. La redacción del libro ha sido confiada al Sr. Valladar, miembro correspondiente de las Reales Academias de la Historia, de Bellas Artes y de Buenas Letras de Sevilla, quien ha acreditado en ella sus vastos conocimientos en tan importantes materias. El primer tomo publicado comprende la protohistoria y la arquitectura, está profusamente ilustrado y se vende á 6 pesetas en rústica y á 8 encuadernado en percalina y piel con bajos relieves y planchas en oro y color.

Memoria publicada por la *Academia Provincial de Bellas Artes de Palma de Mallorca*. – Ocúpase esta Memoria de las atribuciones y facultades de las Academias Provinciales de Bellas Artes referentes á las censuras y aprobaciones de proyectos, restauraciones, ornato público y demás concerniente al arte de lo bello, dibujo de aplicación y necesarias reformas á su estado y reorganización. Los límites de esta sección nos impiden estudiar cual se merece esta memoria, por lo cual nos concretaremos á decir que el trabajo es notabilísimo bajo todos conceptos y que las tendencias que en él se revelan son indudablemente las que más pueden contribuir al fomento y progreso de cuanto con las bellas artes se relaciona.

Pro patria. – El último número de esta importante revista contiene notables é interesantes trabajos de Balaguer, Amador, Fernández Vahamonde, Cazaubon (en francés), Grilo, Sancho y Gil, Palma, García Llansó, Sánchez Pérez y otros.



Nueva Casa de Correos que se edifica en Liverpool y cuya primera piedra puso el duque de York el día 10 de Septiembre último

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XIII — BARCELONA 22 DE OCTUBRE DE 1894 — NÚM. 669

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA REPRESENTACION TEATRAL AL AIRE LIBRE EN TAGUIG (MANILA)

De fotografía de Manuel Arias Rodríguez



CRÓNICA DE ARTE

Minucias, pequeñeces, son las noticias que del movimiento artístico de Madrid puedo dar en esta Crónica. Andan aquí malparadas las gentes del arte, con motivo de disensiones domésticas, para que puedan ocuparse en cosas de monta. Seis meses faltan para celebrarse la Exposición nacional de Bellas Artes, y que yo sepa no hay hasta el presente noticia alguna de cuadro ó estatua en ejecución. Veinte años hace que vivo en Madrid la vida artística, y he podido apreciar los grados de entusiasmo con que, con un año de anticipación á la fecha de la apertura de los certámenes nacionales, trabajaban en sus talleres pintores y escultores. Al presente los artistas se encuentran muy ocupados en perseguir, quienes aquella placita de ayudante ó de catedrático en la Escuela de Artes y Oficios; quienes en ocupar un puesto oficial en algún departamento oficinesco; quienes en dirigir (para enderezarla, por supuesto) la marcha del asendereado Círculo de Bellas Artes. Mientras tanto los colores se secan en la paleta; cuando más, surge como por artes de encantamiento algún paisaje *d'après la memoire*, ó alguna figurilla de la misma procedencia, que vendidos al precio de lo que den los aficionados á gangas, sirven para cubrir las más perentorias necesidades del artista. Tal es la vida del arte en estos momentos.

Bien cierto es que no faltan proyectos, ¡grandes proyectos!, eso sí. Andando el tiempo se harán maravillas, no hay que dudarlo, verdaderas maravillas; pero hoy por hoy estamos muy ocupados en arreglos de la nueva casa adonde debe trasladarse el Círculo de Bellas Artes. Estamos muy ocupados con esto; así que tan vital cuestión se haya resuelto, pintaremos, esculpiremos; con dos meses que tengamos libres nos sobrará tiempo para acudir al certamen de mayo y exhibirnos allí dignamente. ¿Qué les parece á ustedes de esta combinación? Matamos dos pájaros de un tiro: ocupar un puestecito en la junta directiva del Círculo, erigida en seudo academia de San Fernando, y alcanzar una medallita para tener opción á los concursos de las cátedras y ayudantías que salgan por ahí. ¿Que puede venir el tío Paco con la rebaja?, ¡ejem!; para que no se atreva hemos instalado una sala de armas...

***

Apartemos la mirada del espectáculo descrito; hablemos de arte. De nuevo se ha reunido la comisión nombrada para juzgar el segundo boceto de un telón de boca con destino al teatro Real, presentado por la empresa de dicho coliseo y pintado por el pintor escenógrafo Sr. Muriel. En consonancia con lo advertido por la comisión, cuando juzgó el primer boceto, este segundo no representa más que un doble cortinaje de terciopelo rojo, cuyo lado derecho cae en pliegues perpendiculares y el izquierdo aparece levantado en su mitad por un cordón de los varios que corren á lo largo de la parte superior. Por entre las dos cortinas medio se vislumbra algo como tapiz, envuelto en la sombra que proyectan aquéllas.

Este segundo boceto fué aprobado con ligeras observaciones; pero la comisión hubo de considerar que para el primer teatro lírico de España, para el teatro donde los más grandes artistas de canto que hay en el mundo se hacen oir, para el teatro que por la selecta concurrencia que á él acude es de los primeros entre los primeros de Europa, el telón aprobado era sobradamente pobre; y puesto que la sala carece de pinturas decorativas y está de arte escasa, proponía al ministro de Fomento que abriese un concurso entre todos los pintores españoles para dotar al teatro Real de un telón donde la pintura del género alegórico pudiera encontrar ancho espacio para desarrollarse, y al propio tiempo nuestros artistas demostrasen si en España podía ser cultivada esa rama de la pintura en que los Tiépolo y Jordán fueron nuestros maestros.

Y acordó la comisión examinadora significar lo dicho al ministro, teniendo en cuenta que muy pronto la Academia de San Fernando redactará las bases para abrir un concurso con objeto de decorar el *foyer* del teatro citado. De este modo podrían ambas obras tener aquella unidad en el concepto y aun en su desarrollo que debe reinar en toda la decorativa de un edificio.

Al trazar estas líneas vienen á mi memoria los trabajos decorativos que están haciéndose en París en la fábrica de Gobelinos, destinada á decorar los *foyers* de los teatros de El Odeón y de la casa de Moliere (Comedia Francesa). Para el primero se está terminando un gran tapiz, con sujeción á los cartones de J. Blane, que representa *La Ceremonia;* para los *foyers* del segundo están terminados ya los que representan *El Cid* (cartones de V. Gallaud); *El misántropo* (cartones de Coutois); *Locuras amorosas* (cartones de M. Pelez); *El casamiento de Fígaro* (cartones de M. Rafael Collín); *No se juega con el amor* (cartones de M. Besnard); *La aventurera* (cartones de M. Le Blaut). Estos tapices forman parte de una serie de diez. Y ya que de trabajos decorativos hablo, no dejaré de mencionar los que con destino al palacio del Elíseo y para el de la Biblioteca Nacional se están realizando también en la citada fábrica de Gobelinos. Para el primero se destinan, uno que representa *La República francesa* (cartones de J. Blane), y otro la *Audiencia dada por el rey Luis XIV en Fontainebleau al cardenal legado Chigi.* Con destino á la Biblioteca Nacional se están haciendo varias series de tapices. De una de las series son los que representan *Las Letras, las Ciencias y las Artes en la antigüedad, El Manuscrito, La Imprenta* (cartones de F. Ehrmann), éstos ya terminados; *El Genio de las Artes, de las Ciencias y de las Letras en la Edad media*, y *Las Letras, las Ciencias y las Artes durante el Renacimiento* (cartones también de Ehrmann).

Pensando, pues, en los gastos que representan estos trabajos de decoración, en la labor hecha por los artistas que han pintado los cartones, en la actividad artística que supone tanta decorativa, y recordando asimismo el número enorme de pinturas de ese género que continuamente se están haciendo, bien para decorar la Sorbona, bien la Casa Ayuntamiento ú *Hotel de Ville*, bien para otros edificios oficiales y para muchos particulares; recordando digo y pensando en todo esto, al establecer la comparación que lógicamente se ocurre entre tanta vida y la que aquí tienen las bellas artes, el desaliento se apodera del alma mejor templada. La distancia que nos separa de Francia y del resto de Europa en este sentido es inmensa.

***

La comisión nombrada para instalar y organizar el nuevo *Museo de arte contemporáneo*, creado recientemente, ha dado comienzo á sus trabajos. Uno de éstos, de importancia decisiva, ha sido el de llegar á un acuerdo en lo tocante á escoger la época que debía ser considerada como punto de partida para principiar las tareas de organización. Quedó acordado, después de pensar y discutir con detenimiento este punto, que en el nuevo Museo figuren las obras pictóricas realizadas en las condiciones exigidas en el decreto de creación del establecimiento, desde 1830 hasta nuestros días. Comienza, pues, la colección en los cuadros de D. Federico Madrazo.

Por mi parte entiendo, respetando siempre la gran competencia que en materias artísticas tienen los señores D. Pedro Madrazo, D. Carlos Groizard, don Eduardo Vincenti, D. Vicente Palmaroli, D. Federico Balart, D. Jacinto Octavio Picón y el secretario del Museo nacional de Pintura, que los discípulos de David y los José Madrazo, Tejeo, Aparicio, Rivera, Camarón, etc., debieran de figurar en el nuevo Museo, puesto que ellos trajeron á España un nuevo modo estético, que á pesar de la escuela romántica y de la ecléctica, de la cual fué D. Federico Madrazo el fundador aquí, vino inspirando á gran parte de nuestros artistas, hasta bien entrada la década de 1850 á 1860. Porque nadie pondrá en duda, seguramente, que aun el mismo autor de los *Comuneros* y de *Los Puritanos*, como el de los *Carvajales* y el de *Sócrates reprendiendo á Alcibiades*, y tantos otros, pintaron aquellos lienzos sujetándose en gran parte á las doctrinas del neo-clasicismo que importaron de Francia los arriba dichos. Pues yo he aprendido que el romanticismo de la paleta, ó sea la revolución operada en el color por los Delacroix, Deschamps, etc., siguiendo en ese camino á la literatura, por lo que ésta hubo de evolucionar hacia el realismo en las descripciones, no llegó á ejercer influencia definitiva en España hasta que, iniciada por los Manzano y Mercadé, encontró la turquesa en que moldearse en el *Testamento de Isabel la Católica*.

Y digo esto porque sé que la razón alegada por los individuos de la comisión para excluir á los Madrazo (D. José), Tejeo, Aparicio y demás artistas que á París habían ido en los últimos días del siglo pasado y comienzos del actual, es la de que la fórmula verdadera del arte contemporáneo español comienza á esbozarse en los días del romanticismo. Aseveración que, como acabo de pretender demostrar, dista bastante de ser cierta completamente.

Bien pudieran alegarse razones de peso para recabar en favor de Goya el honor de representar en el *Museo de arte contemporáneo* la síntesis de las doctrinas artísticas seguidas más tarde, y aun hoy en predicamento entre gran número de pintores españoles; que para mí, aun teniendo en cuenta que el gran artista aragonés no llegó á formar escuela, su obra, sin embargo, tiene todos los caracteres típicos de nuestro senso estético; y al cabo vienen ahora los realistas y los impresionistas imperantes á anudar, por decirlo así, el criterio y el modo de ser plástico de Goya con el modo de expresión y de sentimiento del realismo y del impresionismo.

Dejemos estos tiquis miquis y vengamos á dar cuenta de una disposición flamante, emanada del ministro de Estado y que atañe directamente al porvenir de las bellas artes.

***

Me refiero al nuevo Reglamento por que habrá de regirse la Academia de España en Roma.

Según dicho Reglamento, todo debe seguir como estaba, excepto lo de que los pensionados habrán de efectuar viajes al extranjero dentro de los dos años subsiguientes al primero de pensión. Para esto se les asignan *tres mil liras* (léase pesetas) anuales. Quedan suprimidas las pensiones de *mérito*, pues nada dice la flamante disposición, que de lejos ó de cerca se refiera á las pensiones citadas.

Verdaderamente que para dejar las cosas como estaban, si no quedan de peor manera, no valía la pena de que haya estado cerrada dos años la Academia. En este intervalo de tiempo han dejado de disfrutar de los míseros doce mil reales y de estudiar el arte que guarda la Ciudad Eterna más de seis y de ocho artistas á quienes ya les está vedado ir á Roma, porque ha transcurrido para ellos la edad reglamentaria.

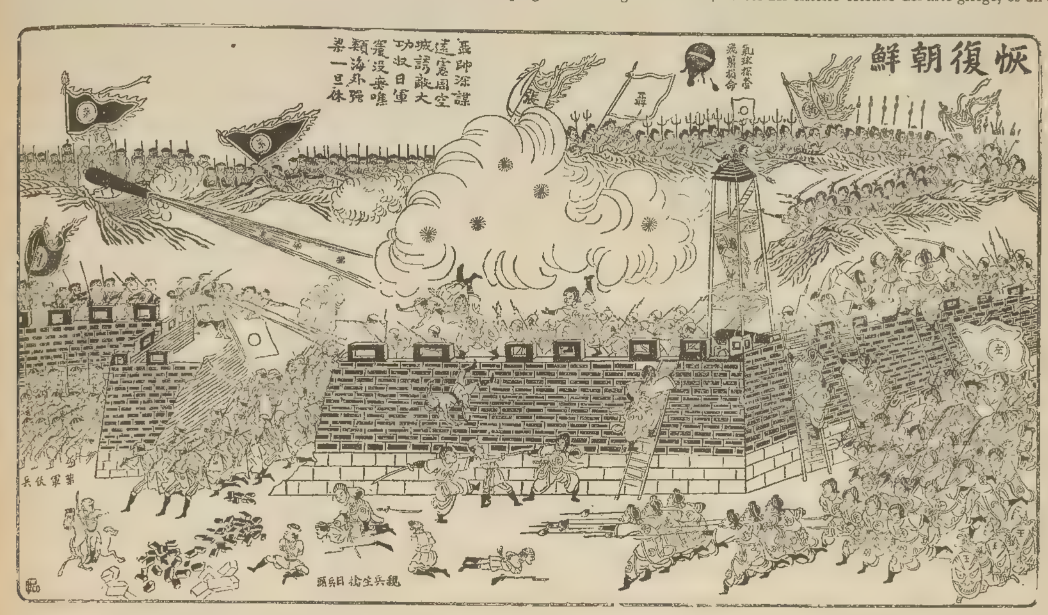
Por lo demás, no merece sino censuras el nuevo Reglamento. El rutinarismo ha informado una vez más las disposiciones oficiales respecto de bellas artes. El espíritu dominante en nuestra Academia de San Fernando es el mismo que ha venido informando hasta el presente todos sus actos. En vano pasan los años y con ellos las cosas y las ideas. En vano las nuevas corrientes artísticas adquieren caracteres completamente distintos á los en auge hace veinte años. En vano se han roto los moldes en que se vaciaran las doctrinas estéticas con caracteres dogmáticos, sustentadas por las Academias de Bellas Artes allá en tiempos de su fundación. Para nuestros académicos el arte no varió de rumbo, ni el arte tiene hoy manifestaciones nuevas, ni el arte puede dejar de ser insensible al medio intelectual y social que le rodea.

Véase una prueba de todo esto. Entre las plazas de pensionados, hay dos que corresponden á la pintura de paisaje: pues bien; los pensionados deben ir á Roma á estudiar el paisaje. ¿Se hacen cargo ahora mis lectores de la enormidad del criterio académico? Todavía están esos señores en que el paisajista moderno debe ir á copiar y estudiar á Salvator Rossa, á Guaspre, Lorena, etc. Todavía no se han enterado de que la pintura de *paisaje* y la de *marina*, iniciada por los maestros holandeses frente al natural, hace dos siglos puesta en predicamento por Constable, más tarde por Corot, al propio tiempo que por otros paisajistas y marinistas de Holanda, es un género hijo exclusivo de la naturaleza. ¿Se han enterado de esto? Pues entonces no se explica que vayan á Roma los pensionados, y que éstos deban forzosamente residir durante dos años en la ciudad del Tíber. ¿Por qué en lugar de ir á Roma esos dos años, no

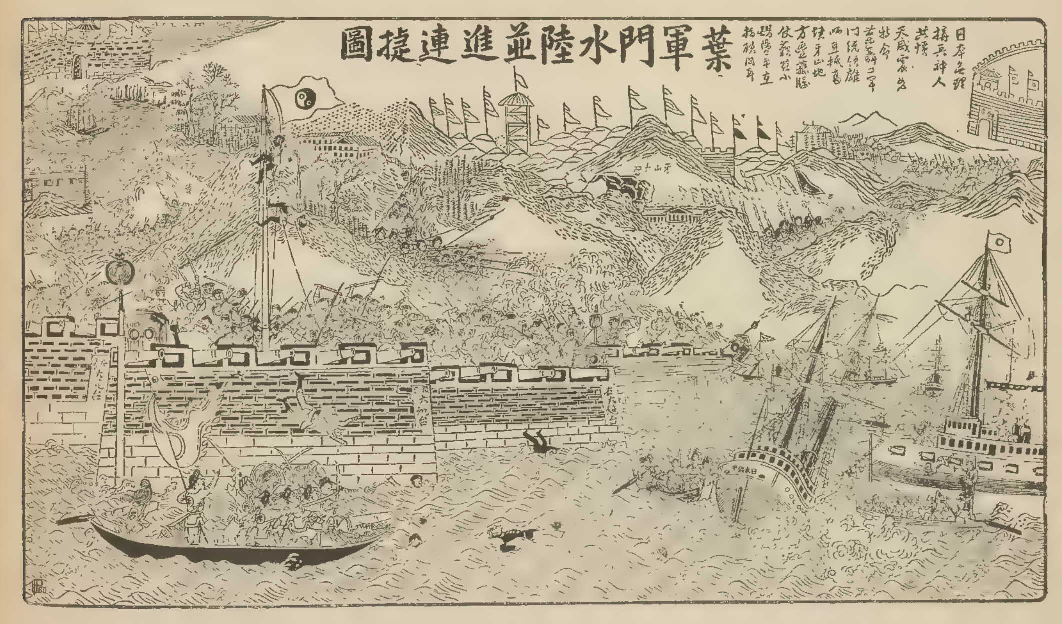
se les envía á nuestras costas y á nuestras montañas á pintar? Para ver lo que otros paisajistas y marinistas del extranjero producen; para hacer esos estudios de comparación y educación del gusto; para recoger aquellas impresiones estéticas que se recogen en los

La tendencia del arte hoy es á desligarse por completo de todo cuanto signifique imitación, escuela sujeta á reglas de ningún género; y esta tendencia, mejor dicho, este criterio de la estética moderna, enemiga acérrima de su progenitora la dogmática – de

do hondamente lo que pretenda pintar, esculpir ó escribir. Exigirle á un pintor noruego que interprete la luz, el color, las costumbres, etc., de Andalucía, como exigirle al artista español que se sujete á las determinantes del criterio estético del arte griego, es un dis-



LA GUERRA CHINO-JAPONESA. – VERSIÓN CHINA DE UN COMBATE POR TIERRA, dibujo á la pluma de un artista chino



LA GUERRA CHINO-JAPONESA. – VERSIÓN CHINA DEL NAUFRAGIO DEL «KOW-SHING,» dibujo á la pluma de un artista chino

Reproducción de dos ilustraciones publicadas en un periódico chino sobre los recientes hechos de armas de la actual guerra entre China y Japón

grandes centros artísticos, y que tanto contribuyen á formar el criterio del artista y á templar de modo exquisito su sentimiento, para eso no necesitan salir de España; de aquí los pensionados pueden emprender sus viajes, como desde Roma.

Pero sobre todas estas, aún hay otra razón poderosa para censurar el rutinarismo que ha informado ese Reglamento. ¿Cuál es la tendencia del arte hoy?

aquella que, como dice Taine en su *Filosofía del Arte,* tenía un código y con arreglo á sus artículos, así sentenciaba como daba disposiciones y reglas para la interpretación de la belleza – tiene como axioma, porque tal axioma está probado con los hechos, que el artista no puede ni debe tampoco sustraerse al medio ambiente social, al medio natural, á su temperamento étnico ó de raza, si ha de producir sintien-

parate tamaño como una loma. Ahí están todos, absolutamente todos los grandes artistas españoles, que á una se exhiben como la negación de cuanto se parezca á asimilación de estilos y escuelas de ningún tiempo. ¿En qué se parecen Morales, Cano, Zurbarán, Murillo aparte, y Goya y Velázquez, á los pintores italianos, ó á los holandeses? ¿Dónde está el clasicismo de esos pintores?

Pues lo mismo exactamente, con la agravante de que en España no hemos tenido grandes maestros en el arte musical, puede aplicarse á los pensionados por este arte. ¿A qué van á Roma los pensionados de música? A Milán, á Nápoles, vayan con Dios; pero á Roma, ¿á qué? ¿Acaso á oir los motetes de Palestrina en San Pedro, ó la orquesta de profesores de la Academia de Santa Cecilia? Pues para eso mejor están en Madrid. Aquí tenemos uno de los primeros

Soldados coreanos llevando preso á un espía indígena

teatros líricos de Europa: aquí tenemos los conciertos en el Príncipe Alfonso: aquí tenemos los de la *Sociedad de Cuartetos*: aquí tenemos sociedades musicales admirables y teatros á porrillo. Que esos pensionados vayan á Milán, á Viena, á París, á Bayreuht, donde por tradición primero y después porque en esas capitales ó residen los grandes compositores de estos días ó se oye música nueva y se determinan las corrientes del gusto filarmónico, perfectamente; pero ¡á Roma!

Y aun de los pensionados por la escultura, puede asegurarse que con un año de residencia en la capital del orbe católico tienen bastante para estudiar el arte que fué.

* * *

Voy á terminar esta Crónica participando una noticia á mis lectores, noticia que he dado en estas mismas columnas hace la friolera de dos años. ¡Por nosotros no pasa el tiempo!

> Hoy como ayer, mañana como hoy,
> y siempre igual,

como dice el poeta. Pues la noticia es que *por fin* parece que se traslada la famosísima fuente de Cibeles al centro de la plaza de Madrid. Esta vez parece que va de veras.

R. Balsa de la Vega

CASIMIRO PÉREZ

Casimiro Pérez podía ser un hombre feliz, y no lo es porque su mujer no se lo permite. El consuelo que puede tener Casimiro es que lo mismo les sucede á los otros maridos.

Tiene Casimiro dos finquitas en Madrid que le producen quince mil pesetas de renta anual; disfruta buena salud, y rejones de dos filos que coma no le hacen daño; pero su mujer, doña Olimpia, hija de un magistrado que fué del Supremo, ha dado en la *manía* de las grandezas, y desde que ha dado en esta manía no se aviene á la modestia característica de Casimiro, muy bien hallado con no ser en el mundo otra cosa que propietario. Esta manía de la señora de Pérez ha ocasionado á Pérez varios disgustos, y acibara grandemente su existencia.

Como doña Olimpia lee todos los días los periódicos, y en éstos encuentra noticias relativas á personas que se lucen en la sociedad, que triunfan en la política y obtienen grandes ventajas y consideraciones de esas que satisfacen la pícara vanidad de los favorecidos y excitan la envidia de los tontos, todos los días tiene la buena señora ocasión de lamentarse de la indolencia y de la ineptitud de su marido, que no procura hacerse visible y lograr una posición brillante en la sociedad.

Ella es guapetona, buena moza, y si su marido no fuera tan pusilánime y tuviera más altas miras, no estaría obscurecida, como está, y no sufriría el sonrojo de que amigas suyas, que no valen tanto, se den mucho pisto en Madrid y las citen los periódicos encareciendo su distinción y su elegancia, y si á mano viene disfruten tratamiento de Excelencia y formen parte de asociaciones benéficas, artísticas, literarias y científicas, y no haya función pública ni privada ni acto más ó menos solemne en que ellas no figuren. Y así las conocen los diputados y senadores, los magistrados y los canónigos, los pintores y los escultores, los jefes y oficiales del ejército y los milicianos del batallón de Veteranos, los concejales y los toreros, los pelotaris y los poetas de salón... Pero á ella, ¿quién la conoce?.. ¿Quién sabe que existe en Madrid doña Olimpia Zaragata, señora ilustre de mejores modales y de mejor ortografía que las más distinguidas y sonadas señoras, y con una cara y un cuerpo y una frescura con que supera indudablemente á todas las damas burguesas ó aristócratas tan traídas y llevadas por sus maridos, por sus amigos y por la prensa de todos los partidos?..



Artillería de montaña japonesa en marcha

¿No estarían mejor empleados en ella que en la duquesita del Trompo, que es más fea que el pecado, los versos que publica *La Epoca*, dedicados á aquella grandísima fea por el poeta Dátilo?.. ¿No luciría ella más en las carreras de caballos que la baronesa de la Trapa, de quien los periódicos hacen los más disparatados encomios, y que francamente con aquella nariz de alcuza y aquellos ojos tétricos y lo cargada de espaldas que es no tiene nada de seductora? ¿No haría ella mejor figura en las veladas del Ateneo y en la tribuna del Congreso que las de Bonetillo y las de Cañamón, que van pintadas hasta los buesos, y una tiene un hombro más alto que otro, y otra es tartajosa, y la más joven mira á los hombres con un descaro que no parece sino que se los quiere comer, y la más vieja tiene una historia más larga que la de César Cantú?..

No puede doña Olimpia ver con tranquilidad á su vecina la de Salmuera, que casi todas las tardes, con su madre y las dos amas de cría, sale á pasear en coche del ayuntamiento, porque el marido es concejal, jefe de varios servicios que le obligan al uso, y al abuso, del carruaje municipal. «¿No es una vergüenza, piensa doña Olimpia, que en coche tan visible en que todo el mundo fija la atención, salgan á la calle la de Salmuera, que tiene cara de perro mastín; su madre, que la tiene de perro pachón, y las dos gallegotas, que llevan en brazos á los dos chiquillos que parecen dos perros ratoneros?.. ¿Y quién es Salmuera? – se pregunta doña Olimpia. – Un cualquiera, que no tenía sobre qué caerse muerto, ni vivo, y hasta que le hicieron concejal nadie le hizo caso en este mundo... ¿Y quién era la mujer de Salmuera?.. Hija de un triste empleado de escalera abajo en el Tribunal Supremo, donde mi padre fué nada menos que magistrado...»

Y esta idea de que en la sociedad representa la de Salmuera un papel de cierta consideración, y ella, doña Olimpia, con mayores méritos de todo linaje, no representa nada en este mundo, le trae tan preocupada que ya es una verdadera obsesión la que padece, y cuando reprocha á D. Casimiro la inacción en que vive, lo poco para que sirve, la indiferencia con que ve las cosas de este mundo, acaba siempre exclamando: «¡Jesús, qué hombre!.. ¡Ni siquiera sirve para ser concejal!..»

Una vez D. Casimiro estuvo á punto de salir de su apática indiferencia; cuando le escribieron unos parientes que tiene en Villatonta proponiéndole que le presentarían candidato á la diputación á Cortes. Doña Olimpia puso el mayor empeño en que su marido aceptara proposición tan honrosa; resistióse D. Casimiro, pero doña Olimpia no cejó, y durante un mes, todos los días, á toda hora, estuvo machacando sobre el mismo tema, hasta que al fin D. Casimiro, desesperado, se mostró resignado á dejarse elegir representante en Cortes, de lo que se holgaron mucho sus presuntos electores, y doña Olimpia creyóse ya en camino seguro de lograr la soñada importancia social y el codiciado lucimiento. Ella escribió cartas á los directores de la maniobra electoral, tomando el nombre del marido y encareciendo el entusiasmo de que estaba poseído el bueno de D. Casimiro y sus propósitos de hacer en favor del pueblo cabeza de distrito y de todos los demás cuanto le pidieran.

A los pocos días recibió D. Casimiro noticias de lo favorablemente que se presentaba el campo electoral, de lo bien cultivado que estaba y de la probable gran cosecha de votos que lograría su candidatura, á pesar de las malas artes del gobierno, que intentaba sacar triunfante al yerno de un ministro, memo de nacimiento. D. Casimiro, por pura cortesía, escribió dando gracias por tan lisonjeras noticias, pero sin entusiasmo, porque en manera alguna le halagaba el porvenir parlamentario que se le ofrecía; pero la falta de calor del marido la suplió la mujer, escribiendo á la alcaldesa y á la registradora de la propiedad y á la jueza y á la hermana del párroco y á otras damas principales de la sociedad, de quienes se había hecho amiga en un viaje que hizo á Villatonta, encargándoles que reiterasen á todos los jefes del movimiento los vivos deseos de D. Casimiro de hacer la felicidad del país en general y de Villatonta en particular.

Correspondiendo á estos nobilísimos deseos de D. Casimiro, reuniéronse los principales dignatarios de Villatonta, y acordaron pedir á su candidato lo siguiente: La reparación de un puente romano que se había hundido en parte, y los que antes pasaban por él tenían que dar un gran rodeo para ir á otros dos pueblos próximos; la reedificación de la escuela, que por momentos se venía al suelo; el abono de ocho mil pesetas que el gobierno pedía á los concejales de hace diez años, los mismos que habían de procurar el triunfo de la candidatura de D. Casimiro, las cuales ocho mil pesetas se les pedían bajo el fútil pretexto de que los cuentadantes del tiempo en que fueron distraídas, se las habían *fumado* inocentemente, sin pizca de malicia; la adquisición de un terreno para hacer un cementerio, y en fin, para los gastos naturales de la elección, unos cinco ó seis mil duros, mejor seis que cinco, del cual dinero darían minuciosa cuenta los que lo hubiesen de repartir, no por otra cosa sino porque viera D. Casimiro que trataba con personas de muchísima conciencia é indisputable honradez.

D. Casimiro no vaciló un punto luego que se enteró de las pretensiones de sus electores. Escribió al más caracterizado una carta lacónica en que renun-



Jóvenes japonesas en traje de fiesta (de fotografía)

ciaba al honor de ser diputado por Villatonta, y aconsejaba que los votos que le tenía preparados aquel brillante cuerpo electoral se los dieran todos al yerno memo del ministro, ó á quien les diera la gana. Cuando doña Olimpia supo la resolución de su marido creyó volverse loca, y D. Casimiro temió quedarse viudo. Tan profunda fué la impresión que produjo en doña Olimpia la determinación del indolente D. Casimiro. Habíase forjado ya una hermosa leyenda de grandezas la buena señora. Diputado D. Casimiro, no podría menos de modificar su carácter apático por virtud de los ejemplos que vería entre sus compañeros los padres de la patria. Segura estaba doña Olimpia de que sería gobernadora, directora, acaso ministra, de que ocuparía al fin la elevada po-



Niños japoneses de paseo (de fotografía)

sición social y política que merecía persona como ella. El desengaño fué terrible: aquel de quien debía esperarlo todo, aquel que estaba en la obligación de satisfacer sus naturales aspiraciones de engrandecimiento, aquel era quien destruía todas sus ilusiones y quien la condenaba para siempre á la obscuridad y á la insignificancia, quien se empeñaba en no sacarla de la triste condición de burguesa propietaria de fincas. Por efecto del carácter de Casimiro apenas tienen media docena de amigos; muy pocas personas conocen sus nombres; nadie los llama los de Pérez, los llaman los *caseros*. A D. Casimiro, en verdad, no le importa un pito que le llamen el *casero*, persuadido de que es mejor ser *casero* que inquilino; lo que le importa mucho es que los inquilinos le paguen corrientemente, y para esto sí que no es apático é indiferente, y en cuanto un inquilino se retrasa unos días ya no le deja de la mano, y le espía, y le averigua su historia antigua, y le sigue los pasos, y de todas suertes procura que no se le escape antes de pagar hasta el último ochavo. Y estas diligencias las hace todas personalmente D. Casimiro, que aunque su mujer hubiera querido que tuviese un administrador para más decoro, jamás ha consentido en confiar á persona extraña el cuidado de su hacienda, con lo que no tiene que lamentar mermas ni engaños, ni fraudes, ni el peligro de haber de perseguir judicialmente á un administrador infiel que desapareciera con los fondos.

Doña Olimpia tiene razón: su marido no sirve para nada, ni para concejal, ni para diputado, ni para hombre de sociedad, para nada, en fin. Es una verdadera inutilidad. Eso sí, bien purga D. Casimiro sus defectos, porque ella constantemente se les reprocha, y todos los días le produce una regular jaqueca con sus lamentaciones y sus quejas. Ella no es feliz en la apacible y tranquila medianía en que vive sin envidiosos, sin acreedores, sin las preocupaciones de la lucha por la existencia; pero á fe que él tampoco puede gozar en paz de la hacienda que posee, porque la actitud de su mujer, en desacuerdo constante con sus ideas y sus gustos, le hace la vida amarga y penosa. En todo es desgraciada doña Olimpia: quisiera ir á algún balneario elegante los veranos, y no tiene la más leve enfermedad que necesite tratamiento mineral ó termal; los médicos le han dicho que ella y D. Casimiro son acaso las únicas personas á quienes conviene más que otro el clima de Madrid, y que si pretendieran variar adquirirían acaso dolencias de que ahora están libres, gracias á Dios.

La otra noche, leyendo *La Correspondencia*, suspiraba doña Olimpia.

– ¿Por qué suspiras, mujer?.., le preguntó D. Casimiro.

– Porque estoy leyendo aquí noticias de un Casimiro que no se parece á ti.

– ¿Y qué Casimiro es ese?

– D. Casimiro Perier, elegido presidente de la República en Francia. Su señora sí que puede estar satisfecha.

– Buen provecho. No le envidio.

– ¡Qué has de envidiar tú!..

– Puede que el mejor día le suceda un trabajo como á su antecesor, no lo quiera Dios.

– Pero no le podrán quitar la gloria de haber sido un grande hombre y de haber ocupado una posición brillante... Ya ves, casi rey.

– Sí, todo lo que quieras. Yo me contento con ser el casero. Y Su Divina Majestad nos libre de que los anarquistas la emprendan también contra los caseros.

CARLOS FRONTAURA

UN TEATRO TAGALO AL AIRE LIBRE

Es este un espectáculo típico de todos los pueblos del archipiélago filipino, especialmente en las provincias tagalas de la isla de Luzón, y constituye un número obligado, el principal, en todo programa de festejos con que los indígenas solemnizan las ferias ó fiestas de sus aldeas.

El teatro, de algún modo hemos de denominar la barraca en donde las funciones se verifican, es de construcción sencillísima y primitiva; se levanta en un periquete y con la misma facilidad se desmonta apenas termina la *temporada*. Compónese el edificio de unos pies derechos de bambú, sobre los cuales se tienden techumbres y soleras de lo mismo, clavadas con estaquillas de caña y amarradas con fuertes bejucos partidos. El piso es de tablas sin sujetar y la cubierta de nipa, especie de palma; el frontis es de un tejido de caña, y á guisa de bambalina exterior hay otro tejido más tupido hecho con cañas de las llamadas allí *saguales*.

Delante de ese barracón congrégase un público, si no escogido, relativamente numeroso, compuesto de gente del pueblo que se renueva sin interrupción sufriendo las caricias de un sol abrasador, de las que los más delicados ó distinguidos se defienden por medio del paraguas.

Las fiestas de esos pueblos y por ende las representaciones teatrales duran tres días generalmente, pero en el pueblo de Taguig, de donde está tomada la vista que reproducimos en la primera página, fiesta y teatro duran nueve, en cumplimiento de un voto que sus habitantes hicieron á la Virgen. Comienza la función por la mañana y termina poco antes de que anochezca, empezando entonces su representación una compañía de zarzuela, compuesta exclusivamente de indígenas, que de esta suerte alterna con la dramática. Algunos pueblos suprimen la función de la mañana.

Los *actores* suelen ser vecinos del pueblo que se gastan buenos pesos duros en sus trajes de seda, de forma y época indefinibles, con muchos bordados y espejillos, pues el lujo consiste en presentarse con el mayor brillo posible. Ocioso es decir cuán ufanos se ponen los que de tal modo ataviados se ofrecen á la admiración de sus convecinos, sobre todo los que representan los papeles de emperador ó príncipe ó princesa, parte esta última cuyo desempeño se confía á la joven más lista ó á la que tiene hecho algún voto. La declamación de estos actores es sosa, el andar pausado y el accionar torpe, supliendo con gritos la falta de expresión y de movimiento, y sólo se animan y muestran ágiles cuando llega el momento de la lucha guerrera, que nunca falta en los dramas tagalos: los personajes se colocan siempre en el fondo del escenario para oir mejor al apuntador, que suele situarse detrás de la cortina del fondo y á veces en las mismas tablas.

Al terminar cada uno de los diálogos, que generalmente son muy cortos, la orquesta, formada con unos pocos instrumentos de viento y con los indispensables bombo y platillos, toca una marcha guerrera ó fúnebre, según á los músicos se les antoja, ya que para el caso es lo mismo, pues la cuestión es que haya música: apenas suenan las primeras notas, los moros y los cristianos (pues hay que advertir que la lucha entre la cruz y la media luna constituye el eterno argumento de las obras representadas) se dividen en dos grupos y marchan pausadamente y contoneándose hasta quedar formados en dos filas, una á cada lado de la escena.

De repente la murga atruena los aires con las alegres notas del himno de Riego, y á sus bélicos acordes – y perdónesenos el uso de esta palabra para designar aquel conjunto de sonidos que de todo tienen menos de armónicos, – moros y cristianos lánzanse unos contra otros espada en mano, espada de latón por supuesto, retirándose de la escena tras breves minutos de combate.

En seguida salen otros actores á declamar nuevo diálogo y entablar nueva lucha, y así sucesivamente hasta que el último día líbrase la batalla decisiva, que naturalmente termina con la total derrota y dispersión de los moros y completo triunfo de los cristianos.

Tal es á grandes rasgos relatado el espectáculo que tanto divierte durante sus fiestas á aquellos sencillos pueblos del Pacífico, y para cuya descripción nos hemos atenido á los datos que junto con la fotografía reproducida se ha servido remitirnos D. Manuel Arias y Rodríguez, de Manila, á quien damos por su envío las más expresivas gracias. – X.

LA ESCALERA DE LAS BELLAS

Así es como Juan, el escribiente de D. Torcuato, llamaba á la escalera de la casa de éste. ¿Y cómo la iba á llamar si no subía ó bajaba una vez que no se encontrara con alguna belleza en los peldaños?

A juzgar por las mujeres que Juan veía en la escalera, la casa debía estar habitada por ángeles y querubines vestidos con faldas.

En el piso bajo había un obrador de camisería, cuyas oficialas, á cual más bonitas, entraban y salían deteniéndose en el portal á esperar á sus enamorados. En el entresuelo habitaba un sastre, también con aprendizas y obreras muy aceptables; en el principal estaban las oficinas de un juzgado municipal, donde acudían á ventilar sus diferencias las hembras más garridas, las casadas más deseadas y las mozas más loquillas del distrito, todas las cuales esperando la hora de sus comparecencias ante el magistrado municipal, pasaban el día en el descansillo de la escalera hablando y chismorreando. En el cuarto segundo vivía D. Torcuato y su familia, un abogado con dos hijas como dos soles y dos criadas como dos luceros. Allá arriba en los cuartos superiores habitaban preciosas inquilinas, muchachas encantadoras, hijas de Eva, siempre tentadoras, provocativas y risueñas. Por último, en la portería estaba continuamente la hija de la portera, una chiquilla con dos ojos capaces de hacer perder la serenidad al hombre más sereno.

Juan se asombró los primeros días que vió tantas bellas, después las observó, luego concluyó por requebrarlas cuando bajaba ó subía á casa de su principal.

El ir á casa de D. Torcuato y subir por aquella escalera llegó á ser una preocupación en el joven, más tarde un deseo, luego una necesidad.

Juan era un muchacho, sentía ansia de amores y pensó amar á las jóvenes de la escalera. A ellas, por su parte, pareció que les resultaba simpático aquel jovencillo que con la exactitud de un cronómetro subía y bajaba diariamente á casa del abogado del segundo. Nacieron algunos conocimientos, y pronto al saludo indiferente, al «buenas tardes» dicho con frialdad cuando Juan cruzaba por entre aquellos corrillos de niñas bonitas, sustituyeron los ratitos de conversación, y las relaciones de conocimiento pasaron á ser relaciones de amistad.

El escribiente del abogado no pudo ya ocultar sus naturales impulsos y declaró su amor á la hija de la portera, esto es, á la que encontró primeramente aquel día. Unas relaciones, sin más particularidad que algún que otro sobresalto cuando bajaba la madre de la muchacha del sotabanco á la portería, dieron principio entre Juan y Rosa, que era la porterita.

Las demás vecinas sorprendieron los coloquios de los enamorados y se permitieron algunas bromitas con ellos. La madre de la novia se enteró también de aquellas relaciones y gruñó á unos y á otros. Juan desmayó en su pasión. Estaba enamorado de otra muchacha, de una vecina del tercero, y Juan acabó sus relaciones con Rosa y las empezó con María.

Sin embargo, á pesar de la hermosura de la vecina, Juan se cansó pronto. Le gustaba más la aprendiza del bajo, la criada del segundo, la oficiala del entresuelo... La verdad es que le gustaban todas las chiquillas de la casa.

Juan acabó con María y redobló sus galanteos con todas las muchachas de la vecindad: ellas se echaron á reir. Habló con todas de la extraña pasión que por unas y otras sentía, y aquéllas redoblaron sus risas y sus chistes. Juan, aguijoneado por estas coqueterías inocentes, llegó á amar á todas ellas, y en su loca pretensión creyó que tenía amores con todas las vecinas. Llegó á explicar esto á las criadas de la casa de su principal, y las chicas se burlaron de él y se lo contaron á la señorita. Juan pensó que también ellas admitían sus amores.

Desde entonces nadie tomó en serio en la casa los amoríos que en la escalera tenía Juan, y el joven fué para los más, en estos asuntos, un bromista, para los menos un tunillo, y para todos un informal.

* * *

Juan las amaba más cada día.

El escribiente llegó á notar que la porterilla, su novia primera en la casa, hablaba todas las tardes con un hortera de al lado. Juan tuvo celos, se creyó con derecho para tenerlos, observó, y llegó á convencerse de que Rosa tenía relaciones con aquel que él consideraba un intruso y un rival.

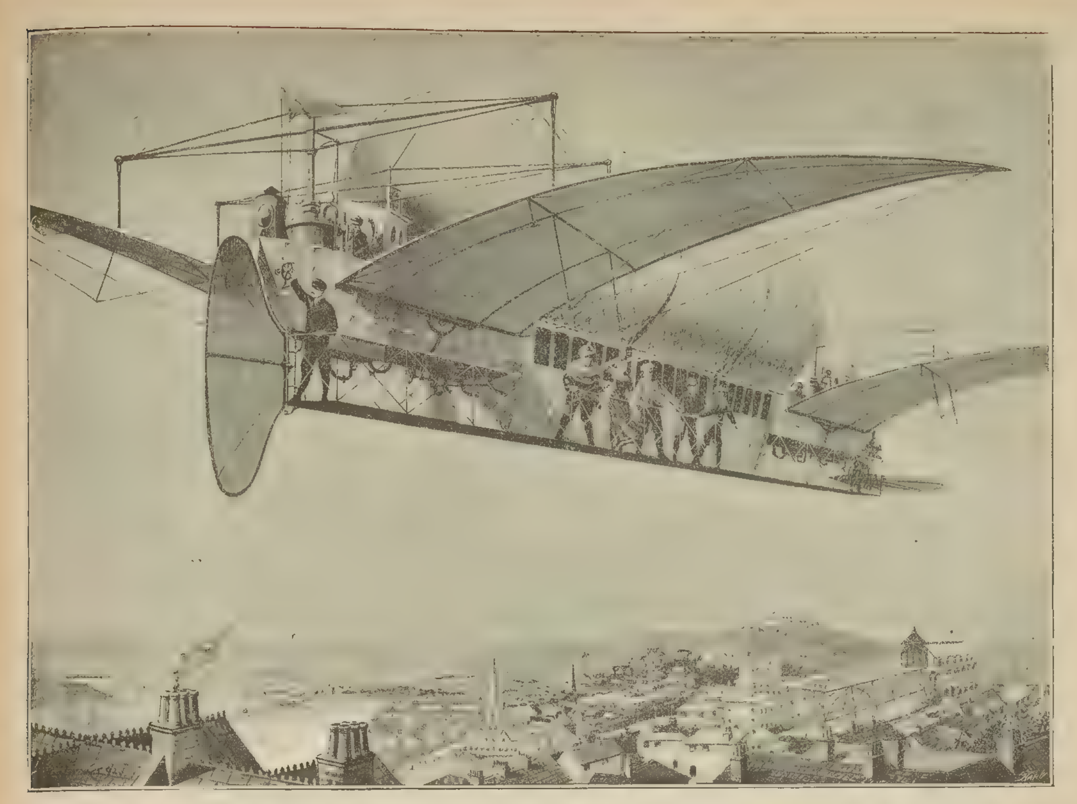
Otro día notó el escribiente que las mozas de rumbo que por estar abonadas á jaleo diario frecuentaban el juzgado, bromeaban en el descansillo de la escalera con empleados y alguaciles; Juan quiso prohibirles aquellos desahogados discreteos, y todos se burlaron de su seriedad, tomando á broma sus explicaciones.

Los celos del muchacho, celos horribles porque eran celos de muchos amores coexistentes, le amargaron el espíritu.

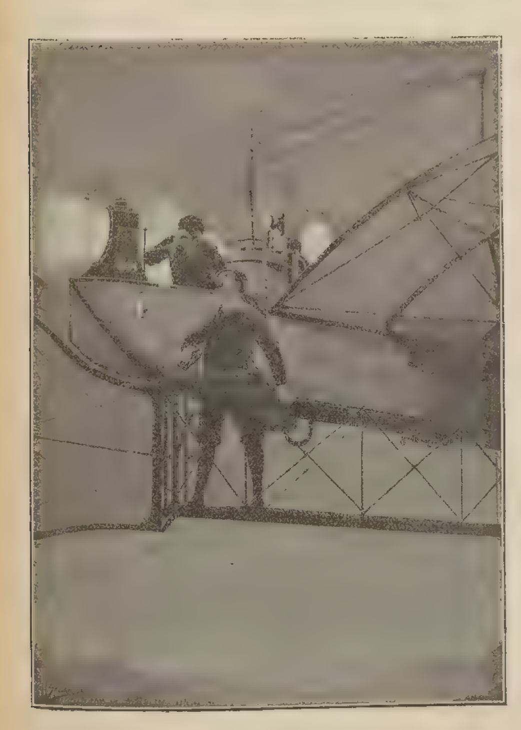
María, la última *novia única* de Juan, estaba para casarse; una criada de D. Torcuato había faltado un día de la casa pasándolo en unión de un primo suyo del 14.º tercio de la Guardia civil... Aquello no podía continuar de aquel modo.

Juan hubiera podido vociferar reclamando sus pretendidos derechos, pero no lo intentó por temor de que se burlaran más de él. Decidió apurar él solo el cáliz de sus amarguras. Ya no extractó bien las causas, ni hizo buena letra en las copias ni en las facturas ni en los balances, ni nada á derechas.

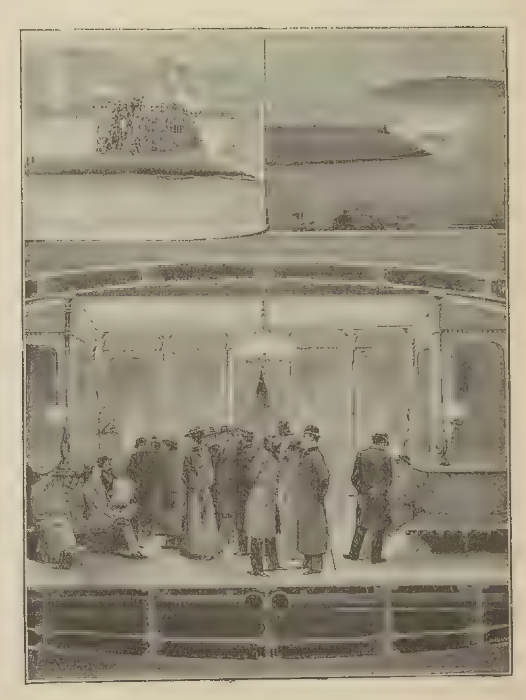
Una tarde en que el escribiente sorprendió á María despidiendo amablemente á su prometido en el descansillo de la escalera, Juan sufrió lo indecible, sintió un dolor intenso en el corazón y tuvo que agarrarse al pasamanos para no caer y rodar todo el tramo. Sintió como si se le abrasara la cabeza, y murmurando «¡infames! ¡infames!» subió en vertiginosa carrera al último piso de la casa, montó sobre la barandilla, y soltándose por el hueco de la escalera, fué



Locomotora aérea



El correo por los aires



Locomoción submarina

LAS MARAVILLAS DE LA CIENCIA. – LA LOCOMOCIÓN DEL PORVENIR



JURAMENTOS DE AMOR, cuadro de D. Israel



UN REZAGADO, dibujo de Francisco Sans Castaño

á estrellarse en las losas de piedra del portal, delante de la trampilla donde se recostaba la hija de la portera.

* * *

Así se suicidó Juan.

Ahora todas las vecinas tienen novios y ninguna se acuerda, cuando habla con el suyo en la escalera,



Estatua de la República Francesa, recientemente inaugurada en Villeneuve-sur-Lot, obra de M. París.

que fué la causa inconsciente de aquella desgracia y que *la escalera de las bellas* fué la perdición del muchacho.

Todos han creído que Juan estaba loco, y sin embargo, su muerte fué un suicidio por amor contrariado.

Ya del escribiente nadie se acuerda; pero yo, siempre que paso por la calle y veo el portal donde retumban carcajadas femeninas, no dejo de pensar para mis adentros:

Psicólogos incansables, antropólogos laboriosos, ¿por qué no estudiáis como rama aparte de la locura el *amor múltiple*? ¿Es tan pequeño el corazón humano que no cabe en él más que un amor solo?

¿Por qué no ha de haber seres que, como el Juan de mi cuento, tengan más ensanchada la esfera de su vida pasional?

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

La guerra chino-japonesa. Versiones chinas de un combate por tierra y del naufragio del «Kow-Shing». – Contemplando esos dos dibujos cabe exclamar, imitando al león de la fábula: «¡No fué japonés el pintor!» En efecto, aunque el dibujante chino no ha disimulado las derrotas de sus compatriotas, ¡cómo había de disimularlas!, ha querido hacer ver que si los suyos sucumben es por la inmensa superioridad numérica de fuerzas de sus adversarios, y así vemos que en el combate por tierra un corto destacamento chino ma defendido por débiles murallas y deficientemente armado opone tenaz resistencia á un numeroso ejército japonés dotado de la correspondiente artillería, y en el combate naval unos pocos y pequeños barcos chinos se ven atacados por muchos y formidables buques japoneses que echan á pique el *Kow-Shing*. «Siendo así, se habrá dicho el artista, ¿qué de extraño tiene que de cuando en cuando nos derroten?» Se empeñan los chinos en vivir de ilusiones y en quererse engañar á sí mismos, ya que á nadie más pueden impresionar sus fanfarronerías; pero la realidad se impone, y ésta va siendo por ahora muy dura, y aun promete serlo mucho más en lo sucesivo, para el Celeste Imperio.

Soldados coreanos llevando prisionero á un espía indígena. – Artillería de montaña japonesa en marcha. – Con estos dos grabados que no necesitan explicación alguna, continuamos la serie de episodios que llevamos publicados de la guerra chino-japonesa y que, siguiendo la marcha de los sucesos, iremos completando con todo aquello que creamos pueda interesar á nuestros lectores.

Jóvenes japonesas en traje de fiesta. Niños japoneses de paseo (de fotografías). – Continuando en nuestro propósito de dar á conocer algo de lo más típico del Japón, reproducimos dos grupos tomados fotográficamente, uno de los cuales representa á unas cuantas jóvenes ataviadas con sus mejores galas y preparadas quizás para asistir á una fiesta, y el otro, que forma contraste con el anterior, á unos chiquillos pobremente vestidos que salen de paseo, única distracción que está al alcance de los escasos ó nulos recursos de sus padres.

Las maravillas de la ciencia. La locomoción del porvenir. – A título de capricho, de curiosidad ó tal vez de profecía publicamos esos dibujos en que un artista inglés ha querido representar lo que será la locomoción en el porvenir. Aquellos monstruosos aparatos que ligeramente vuelan por los aires ó cruzan las profundidades marinas, hoy se nos antojan producto de una imaginación exaltada ó de engañosos ensueños sugeridos por la lectura de las obras de Julio Verne; pero mañana serán una realidad y algún día se mirarán con el mismo desprecio con que actualmente recordamos las lentas é incómodas diligencias ó los molestos barcos de vela. Y como nosotros compadecemos á nuestros abuelos que viajaban en galera, nuestros nietos compadecerán á los que hoy viajamos en ferrocarril y serán á su vez recordados con lástima por los que viajarán..... quién sabe cómo. El avance de las ciencias se verifica en progresión geométrica, y el descubrimiento de una ley, la explicación de un fenómeno no descorren solamente el velo tras el cual el fenómeno ó la ley se ocultaban, sino que derramando clarísima luz sobre multitud de hechos más ó menos relacionados con una y otro, permiten á la ciencia llegar de un salto gigantesco á una altura desde la cual espáciase su vista por todo un mundo desconocido. ¿Quién se atreverá, por lo mismo, á calificar de fantasías las predicciones que la imaginación de un artista ó de un poeta puede crear? Las noticias de gran número de inventos, los que hoy más nos maravillan, fueron consideradas como unos de tantos *canards* que suelen largarnos de cuando en cuando los yankees, y algunos de ellos, antes de ser una realidad, fueron esbozados por escritores ó dibujantes más ó menos ingeniosos. ¡Quién sabe si andando el tiempo resultará profeta el artista cuyos son los dibujos que publicamos y que harán de fijo sonreir á más de un incrédulo de esos que, incapaces de crear, bastarían con su duda y su negación eternas para cortar las alas del genio, si éste no llevase en sí mismo estímulos que le impulsan á subir siempre elevándose hasta las serenas regiones adonde no llegan las pequeñeces y miserias de la tierra!

Juramentos de amor, cuadro de D. Israel. – Una variación más sobre el eterno tema del amor, representa el bellísimo cuadro de Israel: la descripción de la escena puesta en el lienzo es innecesaria, pues harto se adivina el asunto tratado con sólo ver la expresión de esas dos figuras, en cuyos ojos refléjase la pasión amorosa que sus almas sienten. Como hermoso marco de tan sentido grupo el pintor ha escogido uno de esos poéticos patios orientales, iluminado por la melancólica luz de la luna, poblado de plantas que se llenan de aromosas flores y alegrado por el suave murmullo de una fuente. La composición resulta tan bien sentida como admirablemente ejecutada.

Un rezagado, dibujo de Francisco Sans Castaño. – A la galantería de nuestro amigo el joven y laborioso pintor Sr. Sans Castaño debemos la ocasión de poder publicar el bonito dibujo que reproducimos, recuerdo de las maniobras que actualmente están practicando en nuestra región las divisiones que constituyen el 4.° cuerpo de ejército. El artista ha trasladado al lienzo con singular acierto una escena por él observada, sencilla, trivial si se quiere, pero de no escaso interés para el artista, puesto que retrata un incidente de la vida militar, frecuentemente repetido durante las largas marchas de las columnas. Un soldado de ingenieros, que forma parte del tren de puentes, ferrocarriles ó telégrafos, acepta de una joven aldeana el cántaro de agua que le ofrece para refrescar su seca garganta y cobrar nuevo ánimo para hacer la jornada.

Creemos que el dibujo honra á su autor, no sólo por constituir una recomendable producción, sino por ser una nueva muestra de un género de pintura, cual es la militar, no muy cultivada en nuestro país y para la que el Sr. Sans tiene aptitudes especiales.

Monumento á la República Francesa, erigido en Villeneuve-sur-Lot, obra de M. Paris. – Recientemente se ha inaugurado en Villeneuve-sur-Lot esta estatua que reproducimos y que representa á la República Francesa presentando al mundo el nuevo siglo. Este monumento, que es de bronce y mide 2'60 metros de altura, está formado por una matrona de viril belleza cuyos pies descansan sobre un globo terrestre y que levanta en brazos á un recién nacido.

Estatua de San Ignacio de Loyola, obra de Marcial Aguirre. – Durante su residencia en Roma y por encargo de la Compañía de Jesús modeló esta estatua el distinguido escultor D. Manuel Aguirre, autor también de la de Oquendo que corona el monumento recientemente inaugurado en San Sebastián en honor de aquel gran almirante. La cabeza de San Ignacio es fidelísima producción de una mascarilla ó retrato existente en la iglesia romana de *Gesú*. El Sr. Aguirre ha dado evidentes pruebas de sus talentos artísticos modelando con igual maestría y dando á cada una su verdadero carácter dos obras de tan distinto género como la estatua del *Héroe cántabro*, que con tal nombre se conoce al ilustre marino guipuzcoano, y la del santo fundador de la orden de los Jesuítas.

MISCELÁNEA

Teatros. – MADRID. – Los únicos estrenos que con buen éxito se han verificado desde que publicamos nuestra última noticia sobre los teatros de la corte son: en la Comedia, *El nido ajeno*, bonita comedia en 3 actos de D. Jacinto Benavente, de sencillo asunto y muy bien escrita; en Lara, *Las solteronas*, juguete en un acto de los Sres. Cocat y Criado; y en Romea *Siluetas madrileñas*, graciosa revista de los Sres. Fernández de la Puente y Olenza y música de los maestros Chalons y Alvarez, y *P. P. y W.*, chistoso juguete en un acto de Felipe Pérez con bonita música del maestro Rubio.

BARCELONA. – Desde nuestra última noticia han comenzado su temporada teatral todos los teatros de esta ciudad, excepción hecha del Liceo. En el Principal, la compañía que dirige la aplaudida actriz María Alvarez Tubau ha estrenado con buen éxito: *Luisa Paranquet*, interesante comedia en tres actos y un prólogo de Alejandro Dumas (hijo) admirablemente traducida por el malogrado escritor D. Pedro Bofill, y *Nieves*, drama en tres actos de Ceferino Palencia, de asunto algo atrevido, pero admirablemente versificado. Se han estrenado también con aplauso: en Romea *La font de 'n Bori*, bonito cuadro de costumbres catalanas en un acto de D. Ernesto Soler de las Casas; *Dos companys mal avinguts*, gracioso juguete en un acto de los señores Godó y Rahola; *La casamentera*, chistosa pieza en un acto de D. Conrado Roure, y *Lo nen de casa*, comedia en tres actos de H. Delmas, bien escrita y abundante en chistes y situaciones cómicas. En Novedades ha sido un verdadero éxito el estreno de *L'Arlesiana*, precioso melodrama en tres actos y cinco cuadros de A. Daudet, hábilmente arreglada á la escena catalana por D. Adolfo Brugada: la música que Bizet compuso para esta obra ha sido muy bien ejecutada por numerosa orquesta dirigida por el maestro Sadurní. *L' Arlesiana* ha sido puesta en escena con todo el lujo y propiedad á que nos tiene acostumbrados la empresa de Novedades. En el Eldorado se ha estrenado con aplauso la zarzuela en un acto de los señores Ayuso y Labra, *Campanero y sacristán*, música de Fernández Caballero y Hermoso.

Necrología. – Han fallecido:

El Excmo. Sr. D. Manuel M.ª de Santa Ana, fundador del popular diario madrileño *La Correspondencia de España*, senador vitalicio, fundador de los Asilos de Noche: por sus virtudes y su inteligente laboriosidad fué agraciado con el título de Marqués de Santa Ana.

D. Rafael Núñez, presidente de la república de Colombia, cargo para el cual había sido elegido por cuarta vez en agosto de 1892.

Enrique Hermann, autor dramático y novelista norteamericano.



Estatua de San Ignacio de Loyola, obra de Marcial Aguirre

Federico Kraus, distinguido pintor de género y retratista alemán.

Gustavo Levy, notable grabador francés que obtuvo medalla de oro en el último Salón de París.

Carlos Rochussen, famoso pintor de historia holandés.

Adrián Schleich, notable grabador alemán.



Su padre, matemático distinguido, ambicionaba para él la tranquila existencia del sabio

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. — ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

VI

DONDE POISSÓN SOLICITA UN TRAJE

Mientras tales sucesos ocurrían, un hecho no menos memorable vino á hacer dichoso á Poissón.

Hasta entonces el acaso había conducido su vida á la buena de Dios.

Su padre, matemático distinguido, ambicionaba para él la tranquila existencia del sabio, para lo cual le obligó desde muy joven á estudiar medicina.

Así llegó Poissón á cirujano sin saber ni cómo ni por qué.

Y aunque en calidad de tal – y también á causa de su buen humor – logró entrar al servicio del duque Carlos de Crequi y más particularmente de su hijo Francisco, futuro mariscal de Francia, no podía hacerse á la idea de estar manejando la lanceta toda su vida.

Raimundo Poissón, hombre alegre y excelente camarada, sentía irresistible vocación por la escena y aspiraba á dedicarse al teatro, como autor y comediante á la vez. Sólo la voluntad de su padre le impedía tirar por la ventana el estuche de barbero para largarse con la farándula; y aun así, infringió una vez las órdenes paternales.

Ocurrió el caso durante un viaje que hizo Poissón á Orleáns en compañía del joven Crequi y dos calaverillas llamados La Plante y Briaille, y en el mesón de Trois-Mores; allí la casualidad los puso en contacto con unos cómicos de la legua, y Poissón no pudo resistir al deseo de unirse á ellos, aunque al principio no se atrevió á salir á las tablas con su propio nombre.

Crequi tomó alegremente su partido.

– ¿Quieres ser cómico?, le dijo. Perfectamente; no me opongo á ello; todo lo contrario; ya que deseas un nombre voy á ser tu padrino.

Raimundo Poissón fué llamado desde entonces Belle Roche y bautizado en la posada de Trois-Mores con vino de España. Recibió además de manos de su padrino el no despreciable regalo de doce escudos de oro.

Con la bolsa bien provista, y regocijado el ánimo, comenzó Raimundo una de aquellas miserables odiseas que tan admirablemente ha descrito Scarron, y que, como todas, acabó muy mal.

En Tolosa, la primera dama, la indispensable maravilla, se fugó á lo mejor, robada por un galante caballero.

De esa expedición Raimundo conservó, sin embargo, por único recuerdo el traje de miguelete español que llevaba la tarde de su encuentro con Gastón de Fleurbaix, y que se convirtió luego en el legendario traje de Crispín.

A su vuelta á París, Raimundo recibió la noticia de la muerte de su padre.

Sin recurso alguno, ni de donde le viniera, refugióse otra vez en el palacio de Crequi para vivir allí á pan y cuchillo; pero no por esto ocultó al duque que su pasión por el teatro era más viva que nunca y que aprovecharía la primera coyuntura favorable para volver á las tablas.

Entretanto había compuesto una piececilla en un acto, titulada *Lubín ó el Necio vengado,* en versos de ocho sílabas y con gran dedicatoria á Crequi, según convenía. Era ya, como se ve, casi un autor.

Hasta estuvo á punto de vender un ejemplar de su obra, editada por el buen Ribán, en los pórticos del Palais.

– ¿Quién quiere la comedia del Sr. Poissón? ¿Quién la quiere?, gritaba Ribán cuando se hallaba presente el autor.

Acercóse un día un pobre pelafustán y estuvo regateando el ejemplar, que pagaba á quince sueldos.

– ¡Quince sueldos!, exclamaba Ribán; ¡aquí tenéis al autor, que os dirá que sólo la impresión me sale á mí á diez y seis!

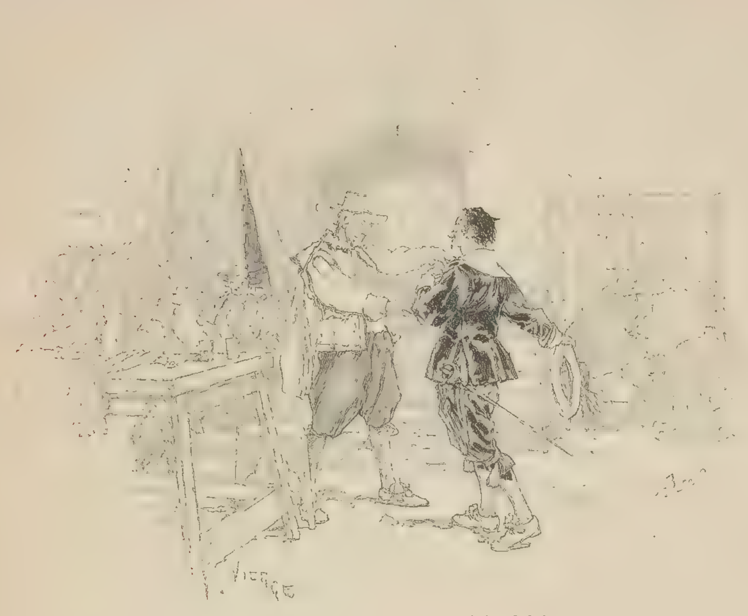
A estas palabras, el comprador se volvió á Poissón y le felicitó tanto y tan bien por su feliz ingenio, que el pobre autor, embelesado con aquellos elogios, no tuvo otro remedio que ofrecerle la comedia tan discretamente apreciada.

Entre sus muchos cumplidos, el aficionado insinuó que aceptaba el regalo á título de compañero hasta cierto punto, y también con la esperanza de poder estar un día á la recíproca.

– ¿Puedo saber á quién tengo el gusto de hablar?, dijo picado en su curiosidad Poissón.

– Soy, respondió el otro, el redactor de los epitafios en el cementerio de los Inocentes.

Sea de esto lo que fuere, aquella comedia había de contribuir muy mucho al feliz éxito de sus proyectos.



...la casualidad le puso en contacto con unos cómicos de la legua

A ella debió la buena noticia que le colmó de ventura en el instante en que comienza este capítulo.

Raimundo Poissón acababa de ser contratado para el teatro del palacio de Bourgogne, y obtenía á la vez un excelente papel cómico, audaz innovación de Quinault, que por primera vez osaba llevar á la escena un marqués ridículo.

A pesar de su júbilo por tamaña ventura, una cosa le mortificaba al nuevo comediante, y era que semejante papel exigía un traje de corte muy elegante y rico y él no andaba muy provisto de ropa.

– ¡A ver, á ver!, se dijo, hay aquí un problema que es preciso resolver. Discurramos.

Pero Poissón no gustaba de reflexionar sobre nada sin remojar antes el gaznate, y lo primero que se le ocurrió, por consiguiente, fué meterse en una taberna donde pudiera soñar libremente y á sus anchas.

Precisamente, en la calle Dauphine, por donde pasaba en aquel momento, desembocaba una calleja, y á la entrada de esta calleja se balanceaba, colgando de un brazo de hierro forjado, una muestra que decía: *Taberna de las Tres Virtudes.*

– ¡Hola, hola! El rótulo huele á ortodoxia. ¡Ese vino será sin duda buen cristiano!

Indeciso estaba aún, cuando mirando más de cerca el aguaducho, vió en la fachada tres tablones pintados que modificaron su primera impresión.

El primero representaba á un hermoso caballero que tenía sobre las rodillas á una Venus en traje mitológico. En el segundo figuraba el mismo héroe batiéndose con dos salteadores y poniéndolos á raya; mientras que en el tercer cuadro, el protagonista, después de haber vaciado veinte jarros de vino, aplicaba sus labios sedientos al mismo tonel y trasegaba todo su contenido á su descomunal barriga sin fondo.

– Si no me engaño, estos tablones representan la lujuria, el valor y la intemperancia, tres virtudes poco teologales. Esta explicación me tranquiliza un poco. Entremos.

Poissón se metió en la taberna y con júbilo observó que estaba muy poco concurrida.

La sala era grande y los bebedores se hallaban dispersos.

Buscó un rincón junto á la vidriera de la puerta, y una vez instalado pidió una botella de vino de Arbois, que como es sabido, despeja mucho la cabeza.

– Ahora, se dijo Raimundo, es tiempo de reflexionar: reflexionemos. ¿A quién se dirige uno para obtener un buen traje? Todos van al sastre. Perfectamente. Y luego el buen hombre presenta la cuenta, su fastidiosa cuenta... Pero los sastres no son los únicos que tienen ropas. Junto á los que las cosen hay los que las usan... y que no las venden. El Sr. de Crequi tiene preciosos trajes. Pidámosle uno al Sr. de Crequi... Pero hay que usar mejores modos con un noble que con un sastre; esto sí. Al sastre se le envía un recado; al noble... una carta bien aderezada y compuesta, una carta en verso. ¡Oh Apolo, inspírame! A tu cargo queda vestir á tus fieles, y entre todos á Poissón, que bebe en honor tuyo.

Raimundo vació de un trago el vaso á la gloria del dios.

Y en cuanto hubo pedido y obtenido recado de escribir y una hoja de papel, el poeta empezó su tarea.

Con su mejor letra, puso primero la cabecera de la dedicatoria:

A Monseñor:

Monseñor, el duque de Crequi, *príncipe de Poix, par de Francia, caballero de la Orden del Rey, primer gentilhombre de Cámara, gobernador de París, etc., etc.*

Raimundo Poissón, *comediante del Palacio de Bourgogne*

– Así el duque tendrá desde luego noticia de mi nueva suerte. Lo siguiente le notificará de igual modo... mi mala suerte... Ahora empieza lo difícil... Manos á la obra. Un buen poema ha de empezar por una exposición. Expongamos primero el caso.

Apoyó el codo en la mesa, y puesto á buscar el metro y la rima, hallólos en el fondo del vaso y empezó á echarlos sobre el papel:

Es el *Amante indiscreto*,
del arte nuevo prodigio,
que da Quinault á las tablas,
en su provecho y el mío.
La pieza va á embravecer
la envidia de los vencidos,
la admiración de los cuerdos
y el celo de los más dignos.
Yo tengo en ella un papel
de marqués, ¡soberbio tipo!,
que ha de divertir al patio,
ó renunciaré al oficio.
Mas al hombre le es forzoso
para guardar su prestigio,
lucir mucho y gastar más,
con ser más noble que rico;
y si no aguza el ingenio
me temo que el pobrecito
saldrá, ¡señor!.. ¡oh vergüenza!
con prendas de baratillo.

Mientras el comediante estaba absorto en su composición, tres nuevos clientes entraron en la sala y fueron á sentarse á una mesa cercana á la suya, sin que él apenas lo advirtiese.

No obstante, cuando hubo terminado su exposición, que le pareció de perlas, levantó los ojos y no pudo dominar un gesto de sorpresa viendo á los singulares personajes sus vecinos.

¿De qué tunería salían aquellos bravucones?

En verdad, los tres parecían tres aves de rapiña, el más alto sobre todo, de nariz aguileña, ojos negros y espada inverosímil.

El segundo tenía cara de pícaro bonachón, algo mofletuda, y con dos ojuelos chiquitos, perdidos entre la grasa, pero muy expresivos y de mirada oblicua y penetrante.

En cuanto al tercero, era un admirable bruto, un estúpido malvado.

Los tres, mugrientos y andrajosos, llevaban las capas rotas y agujereadas, espada al cinto y sombrero de fieltro con plumas alicaídas.

– Por lo visto, la concurrencia no es aquí muy selecta, pensó Poissón. Pero no sea que el mirar á esos pícaros me distraiga de mi trabajo. Conviene ahora añadir un bien sentido elogio. ¡Difícil pasaje!.. ¡Bebamos otro trago!

Y como el primero no produjo efecto, se echó al coleto otro.

– ¡Ya he dado con el elogio!

Vos sois, ¡oh duque y señor!,
liberal cuanto magnífico.

– El segundo verso me parece excelente; promete mucho: pero ¿cómo continuar? Esta gente está insoportable.

En efecto, los vecinos de Poissón charlaban de sus negocios en voz alta y metiendo mucho ruido.



¡Aquí tenéis al autor que os dirá que sólo la impresión me sale á mí á diez y seis!



Poissón se metió en la taberna y con júbilo observó que estaba muy poco concurrida

El mayor hablaba con muy marcado acento gascón y reñía á los otros dos, sin cuidarse para nada del pobre diablo de poetastro que se echaba al coleto el vino de la botella mientras iba soltando sandeces.

Su voz tonante ensordecía á Poissón y le atacaba los nervios, ya excitados por el apuro en que andaba metido con el elogio.

El pobre no había nacido para aquel género.

A él que le pidieran una sátira; pero un panegírico... ¡quiá!

Se le rebelaba el consonante y no le soplaba la musa.

Para colmo de desgracia, la botella estaba vacía.

Entonces tuvo que recurrir al supremo expediente de buscar la rima entre las ahumadas vigas del techo.

– «¡Magnífico!»... Veamos qué se le puede decir á uno después de haberle llamado «magnífico...» ¿Mirífico, prolífico?.. No, no: ¿pacífico? Tampoco; conviene, por el contrario, evitar este calificativo que podría valerme una soberbia paliza. ¡Dios mío! ¡Cuánto cuesta hacer un panegírico! ¿Panegírico, dije? Ya está.

> Vos sois, mi duque y señor,
> liberal cuanto magnífico,
> y bien quisiera mi musa
> hacer vuestro panegírico.

– Sí; ¡bien lo quisiera, pero no puedo!.. Veamos; me parece que ya tengo la continuación:

> No alabo vuestro abolengo,
> que fuera ardid muy mezquino
> recordar las muertas glorias
> de antepasados eximios,
> cuando basta á enalteceros
> nombraros sólo á vos mismo...

El pobre se fatigaba en vano y de nuevo levantó los ojos al techo.

– ¡No se ha refugiado aquí la inspiración!, decía para sí.

Y se quedó embobado, viendo pasar musarañas, pero con el oído atento.

A su lado tronaba la voz de aquel solemne bribón:

– Quedamos en que no os portaréis como la última vez, que estuvisteis peor que nunca. ¡Parece imposible que así se eche á perder un buen golpe! Tú, Pochelú, te dejaste desarmar, y ese Marmissolle, la mejor espada de Francia, recibió una cuchillada como un colegial. En suma: ¡una gran paliza y ningún dinero! ¡Valiente negocio!

– ¿Ya volvemos á las andadas?, gritó Marmissolle, vejado en su amor propio. ¡Me estás cargando ya con tus reproches! ¡Es verdad que recibí un puntazo, pero otros más hubieras recibido tú, si no tomas el partido de largarte!

– ¡Voto á!.. Te atreves á suponer...

– Sí, Caldegás...; supongo que nos dejaste en la estacada. Sin eso...

Caldegás descargó un puñetazo sobre la mesa y soltó de nuevo una horrible blasfemia.

– ¡Ingratos! ¡Así reconocéis mi celo por vosotros! Lo que á mí me tocaba hacer era daros pasaporte ahora mismo, pero prefiero daros... una explicación. No es verdad que yo me largara; la Santísima Virgen y toda la corte celestial saben que soy incapaz de semejante fechoría. Lo que hice fué retirarme avergonzado en vista de vuestra torpeza; ¡aquí lo tenéis explicado todo! ¡Tres hombres para robar á una mujer, y no conseguirlo! ¡Parece imposible! ¡Por este camino pierde un valiente la reputación!

– ¡Calle!, dijo para sí Poissón. ¿Serán éstos los perillanes á quienes dimos tan soberana paliza en el Puente Nuevo?

– ¡Vaya!, repuso Caldegás, soy buen príncipe y os perdono, porque espero que esta misma tarde se os ofrecerá muy favorable coyuntura para desquitaros.

– ¿Esta misma tarde?, preguntó Pochelú.

– Sí; vais á tener ocasión de distinguiros y llevar á buen término la empresa fallida. Escuchad.

La conversación se iba haciendo interesante para el cómico; pero tal vez Caldegás había notado la atención con que aquél escuchaba, porque el ilustre vasco se acercó á sus compinches y se puso á hablar quedo.

Raimundo comprendió que era necesario fingir y se inclinó sobre el papel, escribiendo á la ventura los dos versos siguientes:

> y el propio valer os sobra
> sin recurrir al antiguo.

Mientras con gran lentitud estaba escribiéndolos, aplicaba el oído á la conversación lo mejor que podía.

Surtió su efecto el ardid, porque Caldegás, tranquilizado sin duda por aquella ficción, volvió á hablar un poco más fuerte. A pesar de lo cual, Poissón sólo pudo oir algunas frases sueltas y retener en la memoria dos indicaciones que le parecieron capitales.

Caldegás habló de la iglesia de la Salud en los Jacobinos, y á una pregunta de Marmissolle contestó: «Camino de Limours.»

Poissón tenía ya bastante con tales informes, y si, como presumía, la víctima de la emboscada que concertaban aquellos pícaros había de ser la señorita de Vallombreuse, era mejor advertir á Gastón sin pérdida de tiempo.

Se dispuso, pues, á salir.

Pero ¿no era lástima no concluir su poema?

Volvióse á mirar los dos versos que aguardaban sus complementarios.

– ¡Bah, bah!.., se dijo. Cuando uno lleva prisa, no hay como ir derecho al bulto.

Y terminó así:

> En fin, señor..., yo no sé
> cómo pedir un vestido,
> para salir á las tablas
> según conviene á mi tipo.

Ni que hubiese limado cinco años aquellos versos, diera con nada comparable á aquella inspiración súbita.

Satisfecho de la salida, corrió á ver al de Fleurbaix.

(Continuará)



Cuando hubo terminado su exposición, que le pareció de perlas, levantó los ojos y no pudo dominar un gesto de sorpresa viendo á los singulares personajes sus vecinos

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CURACIÓN DEL CRUP

Los discípulos de M. Pasteur han realizado un descubrimiento tan prodigioso como los de su maestro, añadiendo con él un hermoso florón á la corona de gloria de la ciencia francesa.



El doctor Roux

En el congreso de Budapest el doctor Roux ha informado á los médicos de todo el mundo que ayudado por sus colaboradores, los señores Martín y Chaillón, había logrado, merced al empleo de un suero extraído de la sangre de los caballos inmunizados contra la difteria, reducir en tan gran proporción la mortalidad de los niños enfermos del crup, que esta enfermedad hasta ahora reputada como mortal podía considerarse vencida.

El nombre del doctor Roux era ya popular, por haberlo asociado al suyo M. Pasteur cuando sus estudios le llevaron al descubrimiento de la vacuna antirrábica y á la necesidad de administrar á sus semejantes los remedios que habían de salvarles: M. Pasteur, que no ha tomado el título de licenciado en la facultad de Medicina, no hubiera podido por sí mismo, por prohibición de la ley, vacunar á las víctimas de los perros rabiosos sin la asistencia de un doctor que tomase á su cargo la responsabilidad de las operaciones.

El coadjutor del gran sabio ha sido un trabajador intrépido que se ha consagrado en cuerpo y alma á la aplicación de las doctrinas de su maestro y que ha sacado de ellas notables consecuencias, la más admirable de las cuales es sin disputa la que ha comunicado al congreso de Budapest.

He aquí el *desiderátum* que M. Roux ha formulado en el Congreso en nombre de la sección francesa:

«Aconsejar á las madres de familia que examinen la garganta de sus hijos en cuanto éstos manifiesten el más ligero malestar. Si la mucosa presenta señales de puntos blancos diseminados por su superficie, deberán sin pérdida de momento dar de ello cuenta al médico.»

Las manchas blancas pueden ser indicio de una angina simple; pero pueden también ser el primer síntoma del crup.

En ambos casos el médico propinará una inyección subcutánea de suero antidiftérico: si se trata de una angina simple, su remedio no producirá ninguna complicación en el estado del enfermo, y en cambio si se halla en presencia de un caso de difteria, contendrá de un modo seguro la enfermedad.

Las estadísticas recogidas en el Hospital de Niños demuestran que desde el empleo del suero, en los casos de difteria sin complicación de otras enfermedades concomitantes ó subsiguientes, la mortalidad media ha disminuído de 41 á 1'7 por 100.

En la estadística general la mortalidad media ha descendido sólo á 24'5 por 100 en vez de 60 por 100 que era antes; pero conviene decir algo acerca de esta cifra de 24 por 100 que á primera vista parece aún terrorífica y que podría hacer dudar de la importancia del descubrimiento.

Las más de las veces la difteria no mata, como vulgarmente se cree, por asfixia: las falsas membranas que se forman en la parte posterior de la garganta raramente llegan á obstruir totalmente el canal respiratorio, y aun en los casos en que lo obstruyeran la traqueotomía salvaría infaliblemente al enfermo; pero el microbio diftérico que pulula por las falsas membranas segrega un veneno que más ó menos rápidamente, según la virulencia de los ataques, contamina la sangre.

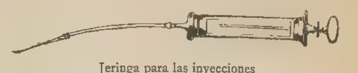
El doctor Roux y su discípulo Yersín han sido precisamente los primeros en descubrir esta *toxina* y en demostrar que los diftéricos mueren envenenados.

La inyección del suero antidiftérico confiere inmediatamente la inmunidad, pero no obra como contraveneno sino al cabo de algunas horas. De modo que si los estragos de la toxina están demasiado adelantados, como sucede casi en todos los niños enfermos llevados al hospital por los padres, que sólo en caso desesperado los abandonan al médico de aquel asilo, la administración del remedio es completamente inútil. Por otra parte, el suero no cura las demás enfermedades que pueda tener el paciente, tales como el sarampión, la bronconeumonía, etc.

Ahora bien: en el 24'5 por 100 de defunciones registradas en el citado hospital, la mayoría de éstas provinieron de un tratamiento demasiado tardío ó de enfermedades distintas del crup.

¿Cómo se administra la inyección? Por medio de la jeringa que el siguiente grabado reproduce y que contiene 20 centilitros de suero de la sangre de caballo.

Los numerosos experimentos hechos en el laboratorio de la calle Dutot han demostrado que de todos los animales capaces de suministrar una gran cantidad de suero antidiftérico, los caballos eran los más fáciles de inmunizar, pues toleran la toxina mucho mejor que los perros, las cabras ó los rumiantes. Además, nada tan fácil como extraer de la yugular de un caballo cuantas veces se quiera y en toda su pureza grandes cantidades de sangre, de la que se separa un suero de una limpidez perfecta. Los operadores del Instituto Pasteur tienen caballos de cuyas yugulares han extraído sangre veinte veces por medio de un trocar de gran calibre, habiendo quedado el vaso tan flexible y permeable como el primer día.



Jeringa para las inyecciones

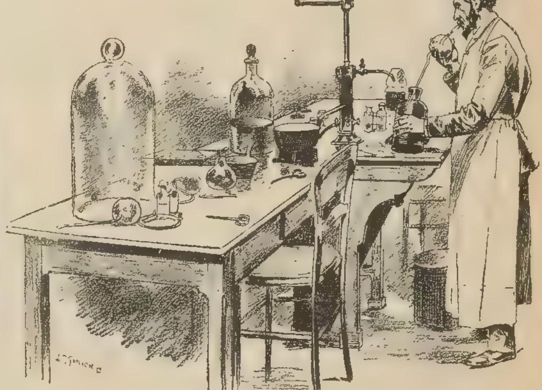
El caballo es, pues, el animal más á propósito para la preparación del remedio: los que actualmente sirven para este uso son caballos de tiro, jóvenes todavía, que están bien alimentados y no tienen lesión alguna en los órganos internos, especialmente en los riñones, pero impropios para el servicio activo por tener algún defecto en los miembros. Se les sangra una vez al mes, retirándoseles á cada operación cuatro litros de sangre que pueden dar dos litros de suero. Esta sangría no es dolorosa para el animal, el cual tampoco se debilita por ella mientras no se pase de la cantidad indicada.



Inoculación del suero



Extracción de la sangre del caballo



Preparación del suero

Mas como el tratamiento del crup necesita para cada enfermo 50 centilitros de suero, el Instituto Pasteur se verá obligado á poseer buen número de caballos cuando llegue el caso de surtir de medicamento á todos los que lo necesiten.

La jeringa termina en una aguja de dos centíme-

tros de largo que se introduce debajo de la piel en el costado del paciente.

Es muy conveniente que sea un médico quien practique la operación, porque la punta de la aguja mal dirigida podría herir alguna parte esencial del cuerpo ó no atravesar completamente el dermis; pero la operación es tan sencilla, que en caso de necesidad cualquiera podría intentarla.

El líquido forma debajo de la piel una hinchazón del tamaño de una nuez, que se reabsorbe en menos de diez minutos, no sintiendo el paciente otro dolor que el producido por el pinchazo de la aguja.

En cuanto al suero se ha comprobado que se conserva perfectamente un año con tal que esté resguardado de la luz, y es probable que la conservación pueda ser por mucho más tiempo: esto lo demostrará la experiencia. De suerte que cualquiera puede tenerlo en su casa, y de todos modos los farmacéuticos y los médicos deberán hacer provisión de él para reserva.

He aquí por qué procedimientos podrá salvarse cada año la vida á algunos millares de niños, gracias á una aplicación nueva de los principios de Pasteur.

Por desgracia, falta constituir la reserva del suero: de costosa preparación el remedio, no podría ser distribuído á todo el mundo si los ricos no consentían en pagar por los pobres. El *Fígaro* ha iniciado una suscripción destinada á facilitar al laboratorio de la calle Dutot los primeros recursos indispensables, y es de esperar que Francia, respondiendo á tan noble llamamiento, no tardará en poner el precioso líquido al alcance de los más necesitados.

GUY TOMEL

MONSEÑOR FEDERICO ANEIROS

ARZOBISPO DE BUENOS AIRES

La muerte de este virtuoso prelado y jefe de la Iglesia argentina ha llenado de luto á todo aquel país, en donde era objeto de cariñosa veneración el ilustre monseñor Federico Aneiros.

Nació éste en Buenos Aires en junio de 1826 y á los veinte años recibía el grado de doctor en Teología. Ordenado sacerdote en 1848, pronto se distinguió por sus dotes nada comunes, tanto que á los cuatro años fué nombrado canónigo honorario y á poco secretario del entonces arzobispo monseñor Escalada, á quien más tarde debía suceder. Muy joven aún, fundó el periódico *La Religión*, en que puso de relieve sus altas dotes de polemista y sus profundos conocimientos teológicos y sociales.

Desde entonces sucediéronse sin interrupción los triunfos de monseñor Aneiros, recibiendo además de los premios con que la Iglesia recompensaba sus servicios la investidura de diputado con que el pueblo quiso recompensar sus talentos y sus virtudes.

Fué consagrado obispo en 22 de octubre de 1870 y arzobispo en 25 de julio de 1873. Sumamente activo y trabajador, salía á misiones con frecuencia, y en una de ellas estaba el día 31 de agosto cuando sufrió el fuerte ataque de *influenza* que complicándose luego le había de arrebatar en tres días al cariño de muchos y á la admiración de todos los argentinos.

El día 3 de septiembre, ó sea el mismo día de su muerte, comió á las ocho de la noche, y á los pocos momentos un fuerte ataque cerebral reunía alrededor de su lecho á su anciana hermana, á sus familiares y al obispo monseñor Espinosa.

A las once había dejado de existir.

No deja bienes de fortuna: tenía asegurada su vida por diez mil pesos á beneficio del Seminario Conciliar.

Espíritu conciliador, si de algo pecaba el ilustre prelado era de excesiva bondad de carácter; pero éste que raras veces es defecto personal es signo de virtud cuando el hombre está revestido de un cargo cuya misión es de paz, amor y caridad.

Desde la subida del doctor Sáenz Peña á la presidencia de la República preocupábase monseñor Aneiros de reanudar las relaciones oficiales entre la República Argentina y la Santa Sede, y gracias á su empeño el gobierno parecía dispuesto á enviar á Roma un delegado que suavizando asperezas, lograra la anhelada concordia y el envío á la capital argentina de un Nuncio apostólico, y muy adelantados debían estar tales trabajos cuando ya se indicaban los candidatos más probables para tan honrosa misión: de suerte que la muerte de monseñor Aneiros, además de ser una gran pérdida desde el punto de vista religioso, constituye para la república un grave contratiempo político, dada la conveniencia para aquel estado de ponerse en íntimo contacto con el Vaticano.



Monseñor Federico Aneiros, arzobispo de Buenos Aires, fallecido en 3 de septiembre de 1894

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

Directorio comercial é industrial de la isla de Puerto Rico para 1894, por *José Blanch*. – El vicecónsul de Haití en Mayagüez (Puerto Rico), D. José Blanch, ha reunido, clasificándolos debidamente, en un tomo cuantos datos y noticias referentes á aquella isla puedan interesar al comercio y á la industria. Para ello se ha valido de las relaciones oficiales remitidas al autor por los alcaldes municipales de cada localidad, lo cual hace que su trabajo sea además de completo absolutamente fidedigno. Contiene la obra noticias geográficas é históricas de cada ciudad, villa ó pueblo de la isla y una relación de los que en ellas ejercen profesiones ó industrias, planos de las líneas telegráficas, tarifas telegráfico-postales, ferrocarriles en explotación con sus tarifas de pasaje y carga, resumen de las Centrales y haciendas de caña, haciendas y estancias de café, ganado y frutos, resumen de la exportación de los principales frutos del país y relación de los periódicos que allí se publican.

Descargador automático, por *J. Ferrer Ganduxer*. – Hace algún tiempo nos ocupamos extensamente en La Ilustración Artística de este importante aparato, inventado por el Sr. Ferrer y Ganduxer para asegurar las líneas eléctricas de los efectos del rayo. Por las pruebas practicadas en la Central telegráfica de esta ciudad, en los talleres de la Sociedad Eléctrica de Xifra y C.ª, en la estación de los ferrocarriles de Francia y en otros muchos puntos se ha comprobado la eficacia del Descargador Automático, aparato que está instalado en la Capitanía general de este distrito desde agosto de 1893, funcionando sin debilitaciones ni entorpecimientos y habiéndosele oído descargar varias veces sin que se haya perturbado el servicio por un momento. El Sr. Ferrer y Ganduxer en el folleto que nos ocupa ha reunido los informes científicos emitidos acerca de su aparato, los cuales no pueden ser más favorables al invento en cuestión.

Discurso compuesto y leído por *D. Ramón Escalada y Carabias* en la solemne apertura del curso de 1894 á 1895 en la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy de Salamanca. – Ocúpase el Sr. Escalada en este discurso del concepto, caracteres, variedad y clasificación de la música popular, de la música nacional como resultado de la armonía entre la popular y la erudita, de la transformación de los instrumentos populares en orquesta y de la evolución de la música popular para confundirse con la erudita, materias todas interesantísimas que trata con gran conocimiento y un criterio imparcial y acertado. La síntesis del trabajo que nos ocupa es que el porvenir de la música está en la íntima unión del elemento erudito y popular, á la cual débese el éxito de las obras más aplaudidas, y la aspiración que al final del mismo expresa el Sr. Escalada es que los músicos españoles den impulso á nuestra música nacional, como ha hecho Sarasate, que ha conseguido que el mundo entero salude con entusiastas aplausos nuestros aires populares.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 29 de octubre de 1894 — Núm. 670



ALEJANDRO III ALEJANDROVITCH, emperador de Rusia



LOS OJOS... PARA EL ARTISTA

I

Hase dicho, y con razón, que el ojo es el rey de los sentidos. Porque es el órgano más útil, más precioso y más noble, y el que desempeña en la vida del hombre las funciones más importantes. Es el que nos pone en comunicación con el mundo exterior; por él apreciamos la forma de los objetos, sus dimensiones y calidades, su belleza, y por él estimulamos la imaginación, después de las impresiones comunicadas al cerebro á beneficio de los nervios ópticos.

Los ojos constituyen un doble mirador del alma, mediante el cual vemos que en ella se agitan los pensamientos más dulces, los más suaves, los más vivos, los más peligrosos y tempestuosos; tal como la vida se representa en su ser interior y exterior.

Cuando el artista quiere significar el pudor, lo representa con los ojos bajos; el poeta, buscando la inspiración, eleva los ojos al cielo. En el furor el ojo parece que quiere saltar de su órbita, en la admiración se agranda, y se fija en el terror. Son en verdad, pues, los ojos un doble mirador que transmite al hombre la imagen de fuera y que refleja al exterior la imagen del hombre mismo.

La cara es el espejo del alma, dice todo el mundo, y no es verdad en absoluto, sino mediante la expresión y luz que el hombre comunica y recibe por sus ojos. Unas facciones correctas y una buena armonía en las líneas del rostro no dicen lo bastante si no se mira á los ojos de la persona. La prueba la tenemos con lo que sucede entre el retrato ó la estatua mejor, y la persona animada por el soplo de la vida ó el brillo de sus ojos. Y aun entre el retrato mejor y el original hay diferencias más ó menos sensibles, según el artista ejecutor de la obra de reproducción.

La cara es el espejo del alma, hemos dicho; pero no todos los retratos reflejan bien el alma del modelo y la intuición del artista.

Eso de encerrar un alma en cuatro líneas es tarea sobrado difícil para los que no poseen los vuelos y alientos é inspiración de artistas, como Leonardo de Vinci, Rafael de Urbino, Ticiano, Rubens, Goya... Y por eso, porque éstos, ni sus discípulos, no abundan, según afirma el insigne crítico Balart, no prospera el retrato en nuestros días.

Existe unión íntima entre la vida psíquica y orgánica, y mutua correlación de los fenómenos fisiológicos con los intelectuales y morales. Por este convencimiento intuitivo se explica la simpatía espontánea y la invencible antipatía que á primera vista nos inspiran ciertas personas cuyos antecedentes morales ignoramos por completo.

Por el retrato, en general, no podemos pensar así. Hay modelos, como, por ejemplo, la *Venus de Milo*, que serán siempre una belleza de primer orden; y cargada de años y de arrugas, la Santa Isabel del Sancio parecerá una hermosísima vieja; en cambio, la Venus del Porcell, pintada por Ticiano, nunca pasará de ser una hembra sanota y adocenada.

¿Por qué tan enormes diferencias? Porque en un lienzo el artista ha sabido trasladar la imagen con su expresión verdad, colorido real, con su fisonomía propia, con sus rasgos espirituales más característicos, y eso es lo que constituye la verdadera magia de la pintura; y en el otro retrato, el pintor no ha hecho más que escribir en líneas y colores la figura, diseñar la expresión fisonómica, pero sin despertar la emoción estética, psíquica, por falta de intuición en el artista. En este caso, falta la luz como forma reveladora de la vida y actividad interior.

Para nosotros, y para cuantos piensen y sientan con el espíritu, será mejor hermosura aquella mujer cuyo rostro mejor y más fielmente refleje los puros afectos del alma, aquello que hay en el ser de esencial y peculiar y excelso; y será más artista ó más inspirado pintor, cantante, actor, poeta ó escritor, aquel que mejor y con más poderoso numen reproduzca y esculpa en la mente del observador la sublimidad del espíritu del protagonista ó la pureza moral del alma que tome por modelo, que esta es la verdad eternamente bella.

Cuando el amor es verdadero y hondo, la lengua enmudece y el corazón inflamado por la pasión apenas si puede dar noticia de la emoción con un grito, con un gemido, con una palabra, con una señal ó una deformación del rostro, con un acento sofocado, cayendo el hombre en locura, en desmayo, ó en mutismo, llanto y sollozos.

En estos casos, la elocuencia del ser enamorado pasa á los ojos, á la frente, á las manos, al gesto, á cualquier parte que se tenga por más significadora y más pronta y dócil que la lengua.

Las pupilas, especialmente, se toman por órgano revelador de la pasion; ellas acarician, piensan, iluminan, abrazan, niegan, prometen, seducen y reprenden, atraen ó ahuyentan, todo cuanto necesitar puede el afecto amoroso.

Esto lo hacen los ojos con tal fuerza y viveza y de un modo tan claro é insinuante, que no es menester en verdad que la lengua intervenga en la comunicación. Además consienten una comunicación que no puede salvar la lengua sin ser indiscreta; porque los ojos revelan sus secretos á través del espacio sin que nadie se entere, y piden ó imponen, mediante un rayo de luz, que sólo percibe aquel ser á quien va destinado. Se trata de la primera telegrafía óptica del mundo, superior á la de las torrecillas y anteojos antiguos y á las corrientes y aparatos industriales modernos; y no hay invento que pueda compararse con los de la misma Naturaleza, ni oficial de telégrafos tan hábil y fiel en la interpretación de los despachos como el corazón enamorado.

Este servicio tiene la ventaja, además, de que no necesita aprenderse; los instintos enseñan más que largos años de estudios y prácticas.

Difícilmente se equivoca un amante al interpretar una mirada de su adorada; como difícilmente también se puede hacer una señal falsa en esta hermosa comunicación del alma, ó se interrumpe su preciosa espontaneidad, para sustituir un rayo por otro, una por otra luz, uno por otro relámpago.

La lengua, y esta es una de sus desventajas mayores, miente con facilidad y frecuencia: los ojos, rara vez y con esfuerzo que reclama gran fondo de maldad y largos y violentos ensayos de diplomacia, hipocresía y perversidad.

Por algo se han llamado las pupilas espejo del alma, y por algo contienen el secreto de la belleza seductora del rostro. Casi siempre sucede que cuando los labios mienten, los ojos delatan la mentira: cuando la mayor serenidad pone al ser en posesión plena de su lengua, de su fisonomía y de todo su cuerpo, una de esas miradas imperiosas y punzantes, penetrando por las pupilas en busca de luz del espíritu, acaba por teñir la faz, ya de mortal palidez, ya de imprudente rubor, por hacer tartamudear la lengua y por forzar al embustero á poner en consonancia la palabra con la mirada, haciendo confesar aquélla lo que ésta estaba declarando contra su voluntad.

El amor no es lenguaraz; los sentimientos que se detallan minuciosamente, y se la dan de académicos ó retóricos, son falsos casi siempre; porque siempre se expresa mal lo que se siente bien, y toda frase parece torpe é imperfecta para significar lo que el amor pone en el pecho. La conducta, que es muda porque no produce ruido, pero muy elocuente porque es muy significativa, es el mejor lenguaje del amor.

Un amante leal contempla y no charla, obra y no piensa: la lengua para los momentos de calma, los ojos para los raptos y entusiasmos: la lengua para la amistad, los ojos para el amor.

DR. JULIO ALTABÁS

FATALIDADES

Próximos á la chimenea y separados solamente por una pequeña mesa, sobre la cual había un servicio de te y dos tazas hasta los bordes del humeante líquido, conversaban Emilita del Río, hermosa viuda, de mucha fama por su virtud, y su admirador apasionado Fernando Montes, andaluz, rico y de sangre caliente como el clima de su país.

– Y bien, dijo Emilia; ya estamos solos. ¿Qué deseaba usted?

– Amor, un poco de amor y nada más.

– ¿Un poco? ¿No comprende usted que eso es imposible? En amor no hay términos medios; ó mucho ó nada. O se ama ó no...

– Es usted encantadora.

– Y usted un desatento; estoy hablando y hace usted mal en interrumpirme... Prosigo: ciertamente yo no he pensado en casarme de segundas; se lo dije ya; usted además piensa de un modo bien extraño. Tiene usted fama de calavera; entiende usted el amor de un modo que horripila; además, además... En fin, que no le quiero.

– Oígame usted seriamente, y sea usted razonable, Emilia: yo no entendía el amor como lo entiendo hoy; se presentaba á mis ojos en otra forma, pero mucho más bella; vertiginoso, arrebatado y después muerto; emociones terribles que pasaban con la rapidez del meteoro para dar paso á otras emociones nuevas; luz, mucha luz, aunque cegaran sus rayos mis pupilas; pero una luz rápida, pronta, deslumbrante, que fascina, que arrebata y que al extinguirse luego no extingue. En nuestro siglo, Emilia, entendía yo que era necesario olvidar completamente las románticas vulgaridades para vivir al minuto; echar de una vez abajo el pedestal de Anacreonte, hacerlo añicos, desmenuzarlo, convertirlo en polvo, aventar el polvo como las cenizas de los antiguos herejes y levantar luego sobre el lugar mismo un templo. Franklin envuelto en una nube de vapor.

Emilia reíase sin responderle, pero demostrando sus dudas en aquella abrumadora risa.

– ¡No, pero si ya no es eso!, prosiguió él con vehemencia. ¡Si es mi alma lo que yo le doy! ¡Si es la gloria lo que yo ansío!

Ella quedó silenciosa; parecía confusa. Él esperó anhelante.

– ¿Y bien?.., interrogó al fin con ansiedad.

– Pero ¿qué quiere usted de mí?, preguntó á su vez Emilia.

Y Fernando contestó resuelta y noblemente:

– Que nos casemos.

– ¡Para eso será preciso que yo le ame!..

Dijo esto y una misteriosa chispa ardió en sus ojos.

Él no lo comprendió. No lo vió. Se puso de pie y respondió con gran calma:

– Hace dos años que persigo el ideal de mi vida: que usted me ame; que nos unamos y que yo la pueda probar entonces que soy digno de usted. No pienso más que en eso; no hay para mí otra esperanza. Sólo aguardo á estar firmemente convencido de que todo es imposible.

– ¿Se matará usted?, preguntó ella riéndose.

Fernando no contestó. Se limitó á preguntar á su vez:

– ¿Puedo esperar?

Ella se encogió de hombros, como con cansancio. Cogió él su sombrero, fué á salir del gabinete; en la puerta volvió el rostro. Emilia no le miró.

Llegó Fernando á su casa; gravitaba sobre él un peso enorme, extraño. Le dolían las sienes y los ojos; dondequiera que dirigía la vista, sobre la mesa, en los dibujos de la alfombra, adherida á la cadena de que pendía la lámpara, irrisoria, sarcástica, cruel, allí estaba siempre la figura de Emilia. Cogió de pronto la pluma y escribió una carta.

– No, pensó cuando la hubo terminado; no es hora, estará acostada ya.

Llamó á Francisco; Francisco era un criado joven, andaluz también, y quería al amo como á las niñas de sus ojos.

– Toma esta carta, le dijo; si mañana á las diez no te he llamado la llevas á su destino.

Francisco quedó perplejo. ¡Qué cara tenía el amo! Le debía pasar alguna cosa muy gorda; como conclusión de sus reflexiones, díjose:

– No, lo que es la carta la llevo yo ahora mismo.

Llegó á casa de Emilia y eran ya las once. Aún estaba la viuda en su gabinete. Cuando Fernando salió había echado la cabeza hacia atrás en la mecedora; cerró los ojos blandamente y quedó como adormecida.

Leyó la carta de Fernando... Era lo menos importante que allí dijo que *se mataba* como no le diese

una contestación categórica. Que esperaría veinticuatro horas solamente.

– ¡Qué loco!, murmuró ella echándose á reir.

Cogió papel y pluma y escribió algunas líneas. Puso el sobre y quiso entregar la carta á Francisco. Su contrariedad fué grande; Francisco habíase marchado inmediatamente.

Llamó á su doncella y le confió la carta para que la echase en el buzón del interior; aquella mujer le era muy adicta; hizo fielmente lo que la ordenaron, y Emilia pareció muy contenta cuando tuvo la seguridad de que su orden se había cumplido.

– La recibirá mañana á primera hora, pensó.

Al día siguiente se levantó Fernando muy pálido; pasó una horrible noche de insomnio. Llamó á Francisco y le preguntó por la carta. Como le habían dado orden de que la llevase por la mañana, Francisco se guardó muy bien de soltar prenda.



Derrota de los chinos por los japoneses en Asán, dibujo de un artista japonés

Tragando saliva, contestó que se disponía á llevarla en aquel momento.

Al mismo tiempo que hablaba, colocó sobre la mesa que tenía delante algunas cartas y periódicos que acababan de dejar.

Fernando consultó su reloj y eran cerca de las diez.

– Pues llévala inmediatamente, dijo.

Estaba anhelante, febril, sin idea, sin gusto para nada. «¡Ya leería todo aquello!» Y echó la correspondencia en un cajón. ¡Es verdad que hay fatalidades! ¿Cómo había de pensar Fernando que la contestación de Emilia estaba allí, seguro de que la carta no la recibió aún? Pasó el día en una excitación horrorosa. Habíale dicho Francisco, temblando, que no le dieron respuesta.

– ¡No responde! ¡Me desprecia!, decía.

Se fué á la calle y anduvo como loco... Dos ó tres veces pasó por su casa, y presa de emoción profunda preguntó:

– ¿Vino alguna carta ó recado para mí?

– Nada, señorito, ni carta ni recado.

La última vez que oyó esto, le fué preciso violentarse para no llorar. Su furor fué tan terrible como gran-



Infantería japonesa practicando maniobras de defensa de una posición atrincherada

(De una fotografía del capitán J. Ingles, ex consejero del gobierno japonés)

de había sido su pesadumbre. Pasó la noche en tremenda tortura. Al día siguiente lo mismo.

–¡Esta mujer, esta mujer!..., decía y arrugaba el entrecejo y sentía golpes en las sienes y como si le barrenaran la cabeza.

Otro día más y otro y otro. A los cinco salió por la tarde de su casa, como atolondrado. Acometíanle escalofríos de rabia y exaltaciones de sentimientos dulces. «¡Dos años de aquel modo! ¿No dijo á Emilia en su carta que aguardaría sólo veinticuatro horas? Fué un cobarde.» Y se avergonzaba el hombre de no haberse matado.

Se encontró en la Puerta del Sol, por el lado de la carrera de San Jerónimo. Detúvose allí contemplando como un idiota la multitud que avanzaba en todas direcciones. Vió de repente, entre otros, un carruaje, y sintió los latidos del corazón como si fueran martillazos. En el carruaje iba Emilia. Ella vió también á Fernando y sonrió con desprecio. Sí, aquella sonrisa que vió él un instante, como un relámpago, le pareció de desprecio por no haber cumplido su promesa de matarse.

Sintió ardores en la cara y maceraciones terribles en todo el cuerpo. Anduvo sin saber por dónde iba: se halló en la plaza de Oriente; las estatuas de piedra, los transeuntes, los guardias de palacio, hasta los bancos del jardín, todo parecía mirarle, acompañando á la mirada una sonrisa desdeñosa.

Llegó al viaducto; iba hacia la calle de Bailén, tendiendo la vista á su derecha por aquel vasto panorama; allá, á un lado, montes, como titanes con coronas de nieve; terrenos desiguales, verde musgo, enormes matojos que parecían negros; mas acá el Manzanares con sus riberas, que también parecían de nieve, por la ropa blanca allí puesta á secar; las primeras casas de la calle de Segovia, las Vistillas, á un lado; hundimientos á otro; allí, debajo del puente, á la derecha, pobre césped de jardín raquítico, y á la izquierda un caserón mugriento, miserable, con paredes sucias y harapiento vecindario, y las mujeres sentadas en las puertas de sus tabucos, rota la chambra, desgreñado el pelo y el refajo raído... Y dentro de aquella gran nota de realidad formidable, su cerebro entreveía un punto luminoso; un bellísimo gabinete, lleno de luz, impregnado de ambrosía; el añoso roble, como partido en barras de oro, ardiendo en la chimenea; y después allí, á un lado, muy cerca, la viuda más joven, la beldad más famosa del Madrid elegante; la envidia de las mujeres, el martirio de los hombres... Emilia, con su hermosura espléndida, con sus cabellos negros, con su frente altiva, con su entrecejo hermoso, sereno á veces, á veces sombrío, y allá, afuera, la nieve, la nieve que caía en blanquísimos copos, como geniecillos envueltos en sudarios blancos...

Le volvió á la vida el ruido de un carruaje que se acercaba con rapidez... ¡El de Emilia! Vió á Emilia de nuevo desdeñosa, arrogante, fría, muda... Sonrió de aquel modo... ¡Oh cólera!

¿Creyó Fernando tal vez que á toda la humanidad la tenía allí, puesta debajo del puente, para aplastarla si se arrojaba sobre ella? No lo sé. Sintióse otra vez acometido de rabia, sintió escalofríos, desbordáronse sus pensamientos, perdió la noción de todo, cogióse sin vacilar á la baranda, se volteó, y fué á estrellarse contra el empedrado de la calle de Segovia.

Registrados los papeles del cadáver, hallóse entre su correspondencia sin abrir, de cinco días antes, una carta de Emilia del Río. ¿Qué decía la carta? «Me ha hecho reir su promesa de matarse, si no le doy una contestación categórica. Pero por si acaso, vale más que me prevenga, y me apresuro á decirle que puede venir á esta casa en adelante como esposo amado y único señor. ¿Eché mucho tiempo en decidirme? Por el contrario. Estoy decidida desde hace mucho tiempo. Perdóneme usted lo que le hice sufrir para probar su constancia. – *Emilia*.»

La moraleja la habréis sacado ya: que los criados oficiosos son los más temibles: que la precipitación del hombre es su mayor enemigo... Y aún podría sacarse otra: que la mujer que ama de verdad, debe confesarlo sincera y noblemente, cuando es amada también y el hombre de su amor le brinda ocasión decorosa.

¿Sabéis quiénes fueron los que lloraron más á Fernando? Emilia y Francisco. Sus dos matadores.

M. Martínez Barrionuevo

EN «CHARENTON» (1)

J. Ricard, un periodista francés tan ilustrado como amable y á quien conocí en el Museo del Louvre la primera vez que fuí á visitarle, prometió acompañarme á *Charenton*, casa en donde los alienados permanecen hasta lograr su curación completa, ó terminan su vida con el padecimiento.

– Yo estuve allí hace pocos días, me dijo, llenando de tabaco su enorme pipa. Fuí por curiosidad: buscando asunto para un artículo, y lo hallé. ¡Vive Dios, continuó, que aún no he podido olvidar la fisonomía de aquel demente ó cuerdo, porque no he conseguido darme cuenta de su estado!..

Un dependiente de aquel asilo, que me acompañaba, me indicó uno de los enfermos.

– Miradle, me dijo.

– ¿Ese?

– Sí, señor, ese. Ha matado á una mujer de la manera más cobarde que puede decirse. De ahí viene su locura. ¿No ha oído usted hablar de Mme. de Balnerte? Una mujer hermosísima: se cree que fué su amante, pero él lo niega y jura que no está loco. ¿Quiere usted hablarle? Aproxímese.

– ¿Está usted seguro que no hace daño?, pregunté no sin miedo: ¿á qué negarlo?

– No tenga usted aprensión; se lo garantizo. Es un loco pacífico, pero loco al fin. Ahora todos los asesinos son locos, prosiguió mi guía con un acento de convicción profunda; lo mismo que los héroes, todos los que hacen excesos en cualquier materia son locos rematados. La persona de cerebro bien equilibrado hace cuanto tiene que hacer sin perder la calma, sin exaltarse, etc., y cuando un individuo sacrifica á una idea su instinto de conservación es que está loco; no hay que darle vueltas.

«Parece verdad,» dije para mí, y nos fuimos aproximando al enfermo. Mi acompañante hizo mi presentación con aire triste y como condoliéndose del estado mental de nuestro protagonista. Después desapareció súbitamente y me encontré frente al hombre designado. Era éste de mediana estatura, cabeza grande, demasiado grande para su cuerpo, y larga: sus cabellos caían en guedejas sobre los hombros, y la barba, despeinada y lacia, dábale un aspecto imponente.

Sus ojos, los recuerdo y no los recuerdo: eran á veces azules, verdes después, casi rojos al final; no sé, en fin, cuál era el color de sus ojos. Lo que sí recuerdo es que brillaban exageradamente, como si dentro de las órbitas llevara aquel desdichado dos focos eléctricos.

Después de cambiar con él algunas palabras sobre el buen estado del tiempo, las flores del jardín que rodeaba aquel asilo, etc., el demente exclamó con la mayor naturalidad:

– Seguramente le habrán contado á usted mi historia. ¿Es usted médico?

– No, señor: no soy médico

– Pero ¿cree usted que estoy loco? ¡Naturalmente!..

– Dispénseme usted, pero yo no soy nadie para juzgarle; la locura es un estado muy difícil de determinar.

– Segun eso, ¿no está usted seguro de estar cuerdo?, prosiguió el hombre de la cabeza gorda, lanzando una carcajada que parecía desarticularme los huesos del cráneo.

– Pues yo, sí estoy cuerdo, desgraciadamente, prosiguió. Y vea usted, me encuentro aquí hace dos años. Voy á contarle mi historia; la he contado ya á varias personas que tenían ó parecían tener inteligencia, y sin embargo no me han comprendido. Tampoco usted me comprenderá..., pero no importa, me desahogo contándola y hay momentos en que gozo hablando. Le habrán dicho á usted que yo he asesinado á una mujer, ¿es verdad? Pues sí, es cierto, y voy á explicarle por qué la maté y la mataría ahora mismo si se pusiera á mi alcance. A primera vista, habrá usted notado que soy un hombre como los demás; ni tuerto, ni ciego, ni santo, ni malo; pero antes yo tenía posición, vestía con elegancia, me daba buena vida y, en una palabra, alternaba con la sociedad aristocrática. Siempre me han gustado las mujeres: entendía y entiendo que la existencia del hombre se complementa con la de la hembra, porque ésta es la protagonista de la vida. En los albores de la juventud ella es el faro que nos sirve de guía; después el imán poderoso que nos lleva al mal ó al bien; más tarde la que comparte con su compañero fatigas y gozos, hasta que al transponer la cumbre de la existencia nos rodea de cuidados y atenciones, convertida en madre de caridad, que al lado de nuestro lecho eleva á Dios la última de las plegarias... Pero voy á contar mi historia y dejaré las digresiones.

Encontré á la mujer de nuestro cuento, la única que me ha hecho sufrir, en el gran mundo. No se aparta de mi imaginación aquel momento en que la vi por vez primera.

Acababa de penetrar en un salón; daba la mano á los amigos, cuando la señora de la casa se aproxima y me dice:

– Voy á presentar á usted á Mme. de Balnerte y tendrá usted la bondad de conducirla á la mesa.

– Con mucho gusto, contesté, y fuí presentado.

Mme. de Balnerte se encontraba de pie y apoyada sobre la chimenea. Dice la gente que era muy hermosa: á mí me pareció una de tantas mujeres, que nada tienen de feas, que visten con exquisito gusto..., pero nada más. Ello fué que al aproximarme á ella sentí que decía á un caballero que tenía á su lado:

– ¿Miedo? ¡Oh, yo no he tenido nunca miedo de nada ni de nadie!..

Aquellas palabras cayeron sobre mis oídos como un insulto, como una provocación. No puedo resistir á esas mujeres que no tienen miedo, esas mujeres de alma dura como la roca y que pretenden actuar de sabias. La conduje al comedor y me senté cerca de ella.

Durante la comida no cesé de hablarle, y al terminar sentí así como cierto disgusto por tener que separarme. ¡Tenía tantos atractivos..., pero atractivos tales que molestaban, al mismo tiempo que producían agradabilísima impresión!

Quería saberlo todo, hablaba de todo, despreciaba las opiniones ajenas para hacer prevalecer las suyas, y causaba, en fin, al que la escuchaba un vértigo cerebral que le impedía rebatirle uno por uno sus sofismas.

Al día siguiente me declaré á ella: no aceptó, pero comenzó á invitarme á sus reuniones, y muy pronto entré en intimidad con ella.

Yo no sé las veces que la dije cuánto la amaba: ella..., ella se mofaba de mi cariño y me hacía enloquecer con sus fingidas esperanzas.

Durante seis meses hubo entre ambos una lucha feroz, terrible. Nunca la sorprendí en uno de esos momentos en que el corazón de la mujer se siente poseído de cierta condescendencia. ¡Siempre altanera, voluntariosa!.. Me dominaba como un tirano y yo siempre obedecía como un bruto. Ni usted se explicará, ni yo podía explicármelo, cómo se enamora un hombre de una mujer de esas condiciones, de una mujer de corazón de roca, pero es lo cierto que mi vida sin ella se hacía imposible. Entonces es cuando hube de estar loco, si es que alguna vez pude estarlo. Todos los días pasábamos dos horas juntos: ella hablaba siempre y yo la escuchaba con religioso recogimiento.

Hablaba de todo con cierto aire de superioridad que aturdía: era una mujer invencible. ¿Comprende usted bien el significado de la palabra?

Cuando estábamos solos la cogía algunas veces descuidada para abrazarla, y ella, más fuerte que yo... ¡qué vergüenza!.., me apartaba de su lado sin alterarse siquiera. ¿Verdad que esto es ridículo? Pues sí, probé abrazarla muchas veces y siempre lo mismo: sin inmutarse, como el que coge un vaso de agua, me sujetaba por los puños y me hacía sentar distante de ella. Sí, sí, supongo el papel ridículo que haría: confieso mi impotencia. Pero nada había que me hiciera desistir de esa infernal criatura que poseía misteriosos atractivos, para mí únicamente sensibles. ¿Qué atractivos eran estos? No los sé: jamás pude explicármelos.

A menudo salíamos juntos á caballo: ella montaba extraordinariamente bien: manejaba el animal con una facilidad prodigiosa, y un día que paseábamos por el bosque de Bolonia se desbocan los caballos de un landó, lanzan por el aire al cochero y salen disparados como un rayo.

Nadie se atrevía á detener la vertiginosa carrera de aquellos brutos, y ella, Mme. de Balnerte, espolea su caballo hasta hacerle galopar. Se aproxima cortando el terreno á los caballos del landó, y comienza á sacudir sendos trallazos en las cabezas de los animales. Cuando logró hacerles parar por sorpresa, se colocó delante de ellos y aguardó impasible que se apoderasen del vehículo.

Yo la miraba atónito, sorprendido, como el que presencia una visión fantástica... Ella, serena, sin hablarme de la proeza que acababa de realizar y sin dar importancia al accidente: sus ojos estaban tranquilos como de ordinario: no había quien la hiciera amedrentarse.

Entonces comprendí cuál era el poderoso talismán que me atraía, y concebí propósitos de evitarlo. Infundirle pavor, ver en sus ojos, siempre tranquilos, la expresión del terror que yo le había causado. ¿Me comprende usted ahora? ¿Y qué medios había para conseguirlo? ¡Matarla! ¿Es verdad? No había otro camino...

(El demente secó el sudor de la cara y se puso á reir con la misma expresión que en un principio: después continuó:)

Le contaré á usted en pocas palabras cómo terminé con ella: bestialmente, sí, pero terminé.

(1) Del libro *Parisienses*. – Impresiones de un viaje relámpago, próximo á publicarse.



UNA PROCESIÓN EN EL JAPÓN (de una fotografía de A. Farsari, de Yokohama)



SHANGHAI. – EL CANAL DE SUCHOW, JUNTO AL BARRIO AMERICANO (de fotografía)

Una tarde me escondí en su alcoba: esperé á que se durmiese, y sin hacer el menor ruido me aproximé á su cama. Yo iba provisto de una linterna, cerrada para no ser visto, y de un cuchillo de grandes dimensiones y primorosamente afilado.

Cuando Mme. de Balnerte estuvo dormida, abrí la linterna, y á favor de su luz contemplé á la mujer que me tenía fascinado. ¡Entonces la vi hermosa como nunca!.. ¿A qué decirle la pasión que sentí en aquellos momentos? ¡Qué instantes más horribles!.. En fin, cuando más entusiasmado estaba mirándola, despierta y me reconoce.

– Soy yo le dije. ¿Me conoce usted ahora?

– Sí, perfectamente, contestó; hágame usted el favor de salir inmediatamente.

– ¡Es que he venido á matarla!, interrumpí, fijos mis ojos en sus ojos para ver si tenía miedo; pero.. ¡ca!.., sus ojos estaban tranquilos como siempre...

– ¡Si usted viera lo ridículo que me parece!, me contestó sin hacer el menor movimiento.

Entonces la dí una terrible puñalada en el corazón: su cuerpo se estremeció un poco, y después... todo había terminado.

¡Sus ojos, sus hermosos ojos quedaron abiertos! ¿Habrá usted oído decir que los ojos de los asesinados tienen una expresión marcadísima de miedo?.. Pues nada; los ojos de Mme. de Balnerte no demostraban más que la cólera y el desprecio de que estaba poseída la víctima. La cólera de no haber podido estrangularme..., el desprecio, el mismo con que me decía, cuando yo intentaba abrazarla. «¡Detesto la gente sin educación!..»

Esa es la historia: permanecí junto al cadáver hasta la mañana siguiente, esperando á que variara la expresión de sus ojos, y todo fué inútil!..

Me prendieron: dijéronme que estaba loco, y aquí me tiene usted sin más penas que no haber podido ver el miedo en los ojos de Mme. de Balnerte.

. . . .

– Pero... ¿por qué me mira usted con ese aire de conmiseración?.. ¡Ah! ¿También me cree usted loco?.. Ja, ja, ja, ja!

Y dando carcajadas, que me hacían temblar de miedo, desapareció de mi presencia.

RAFAEL GUERRERO

SHANGHAI

Cuando en 1842 los ingleses escogieron esta posición, á la entrada de Yangtze-kiang, para fundar en ella una factoría, Shanghai, que era el puerto de la populosa ciudad de Sutcheu, tenía ya gran importancia desde el punto de vista de sus relaciones comerciales. Los nuevos colonos hubieron de luchar con grandes dificultades, teniendo necesidad de consolidar y levantar el suelo, desecando pantanos, abriendo canales y purificando la atmósfera insalubre; y aunque casi todas las vencieron, la parte principal de su tarea dista mucho de estar terminada, puesto que una peligrosa barra separa el estuario y el Hoang-pu, ó río de las Aguas amarillas, en cuya orilla se alza la ciudad, y aumenta de día en día hasta el punto de que, si el gobierno chino no permite á los comerciantes extranjeros limpiarla, es de temer que en plazo no lejano Shanghai quede perdida en el interior de las tierras.

Los desastres nacionales fomentaron la prosperidad de Shanghai, en donde se refugiaron, durante la guerra de los Tai ping, gran número de fugitivos, y que al ser destruída Sutcheu en 1860 vino á ocupar el lugar de ésta como primera ciudad de aquella comarca. Pero poco tiempo pudo por entonces gozar de tal condición, ya que rechazados los rebeldes, iniciáronse corrientes emigratorias al interior, y el número de residentes chinos descendió de medio millón á la cifra relativamen e pequeña de 60.000. No tardó, sin embargo, en reponerse de este momentáneo descenso, y muy pro nto fué Shanghai el puerto comercial desde donde se expedían á los demás mercados del imperio las mercancías europeas.

La concesión inglesa, cuyos habitantes administran libremente sus intereses, es la colonia modelo, la «república de Hoang-pu,» como algunos la llaman, y á la municipalidad británica está reunida desde 1863 la concesión americana que se halla situada al Norte del río Sutcheu: en ella habitan más de cien mil chinos, y en ella hanse también establecido la mayor parte de los residentes franceses.

Al Sur de la ciudad china prolóngase el arrabal de Tongkatú, y al Este, en la opuesta orilla del río, extiéndese Puntung, que los numerosos chinos cristianos que la habitan denominan «la pequeña Europa,» y cuyos alrededores hállanse defendidos contra las inundaciones del mar y de las aguas corrientes por cinco diques concéntricos que bordean el litoral.



SHANGHAI. – CALLE DE NANKIN (de fotografía)

Los principales artículos que alimentan el comercio de Shanghai son el te, que desde allí es expedido en grandes cantidades á Inglaterra y á los Estados Unidos; la seda que se exporta á Inglaterra y á Francia, y sobre todo el opio, cuya importación es sin duda alguna la mayor fuente de prosperidad para la navegación de aquel puerto, en donde tienen su domicilio algunas compañías de vapores y en cuyo arrabal de Puntung hay varios astilleros en los cuales se construyen buques mercantes bajo la dirección de ingenieros europeos.

Las minas de carbón que se explotan en las orillas del Yangtze producen combustible suficiente para surtir á todos los vapores que navegan por el río y reemplazan cada vez más, en los depósitos de Shanghai, á las hullas de importación extranjera.

Gran número de tranvías cruzan la ciudad en todos sentidos, hermosas avenidas se extienden hacia el hipódromo, situado al Oeste de Shanghai, y llegan hasta el *Bubbling well,* fuente de la que se desprenden gases de hidrógeno sulfurado y á la que los chinos dan el nombre de *Hai-yan,* «ojo del mar.» Más allá, anchos caminos empedrados, de unos diez kilómetros de longitud, conducen á las quintas de recreo de los comerciantes chinos y extranjeros, y no se prolongan hasta las ciudades del interior por haberlo prohibido el gobierno imperial.

Entre Shanghai y su antepuerto de Wusung existía un ferrocarril de quince kilómetros que hizo construir una compañía inglesa; pero esta línea férrea, la



SHANGHAI, – EL MERCADO (de fotografía)



GUERRA CHINO-JAPONESA. – COMBATE NAVAL CERCA DE LA ISLA DE PHONTO (COREA), dibujo de un artista japonés

primera que hubo en China, no funcionó más que diez y seis meses, á pesar de que prestaba grandes servicios al comercio local: el gobierno chino ordenó su destrucción, y los rieles fueron transportados á la isla de Formosa y abandonados en una playa en donde muy pronto quedaron sepultados debajo de la arena. La antigua estación y los almacenes de este ferrocarril en Wusung han sido sustituídos por fortificaciones blindadas y armadas de cañones de sitio. Varios fueron los pretextos con que se quiso justificar esta obra de destrucción, pero la verdadera causa de ella fué el temor de los mandarines de que los residentes extranjeros, soberanos ya dentro de los recintos de sus respectivas municipalidades y muy influyentes en los mismos asuntos chinos merced á la institución del tribunal mixto, se apoderaran poco á poco del poder y acabaran por hacerse dueños de aquel país.

Shanghai se compone de la ciudad china, con calles estrechas y sucias, cercada por una elevada muralla y con una porción de arrabales á ella unidos: su población es de 400.000 indígenas y unos 3.000 extranjeros que se distribuyen entre las concesiones francesa, inglesa y americana, estas dos últimas separadas por el canal de Suchow.

Los barrios de las concesiones extranjeras tienen hermosas y anchas calles, elegantes edificios, alumbrado de gas y eléctrico, varios casinos y un teatro en donde se detienen á dar algunas representaciones las compañías que con frecuencia salen de Europa para recorrer los principales puntos del extremo Oriente.

En la ciudad inglesa predominan los almacenes, depósitos y tiendas, estas últimas abundantemente provistas de todos los artículos de la industria británica, que también se encuentran en la ciudad china aunque de inferior calidad y por ende á más bajo precio.

De Shanghai arranca el cable que une á la China con el Japón y con Europa, y allí está establecida la administración central de telégrafos del Celeste Imperio. – X.

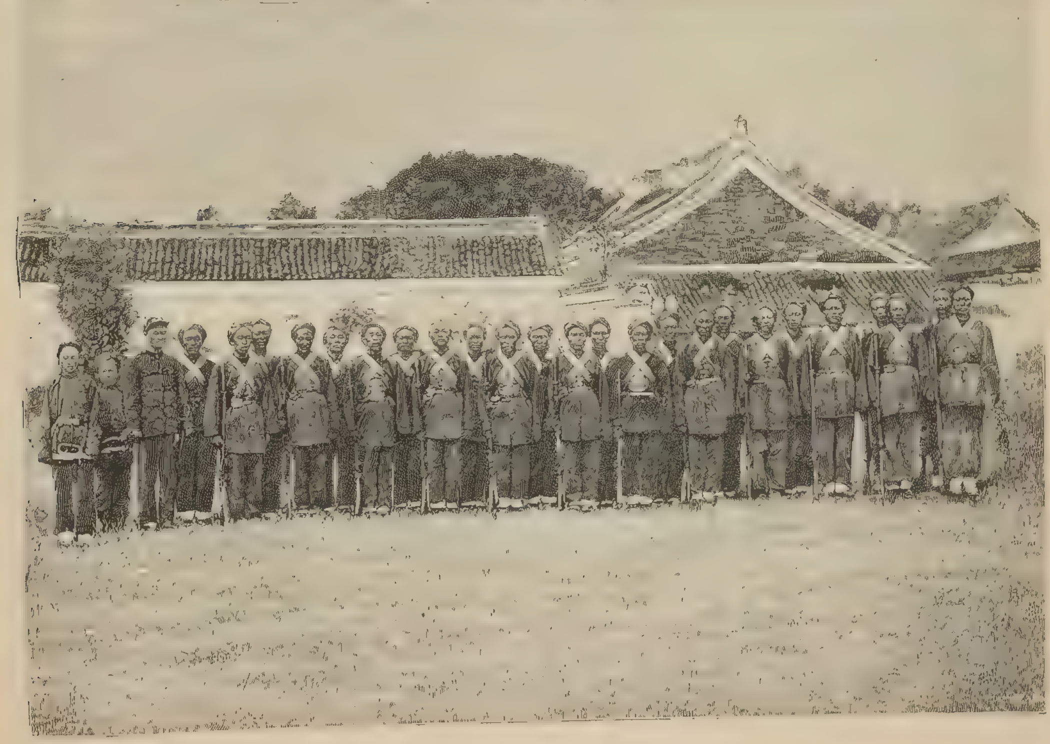
NUESTROS GRABADOS

Alejandro III Alejandrovitch, emperador de Rusia. – Europa entera tiene puesta actualmente su atención en la personalidad del tsar ruso, que en su residencia de Crimea está luchando entre la vida y la muerte, víctima, según unos, de mortal enfermedad, contraída á consecuencia de un ataque de influenza, y según otros, del veneno de sus implacables enemigos, de los mismos que en 1881 acabaron violentamente con su padre. La figura de Alejandro III es una de las más culminantes que la historia contemporánea ofrece, pues á él se debe el período de paz de que goza Europa y que una sola palabra suya habría podido alterar haciendo estallar una guerra de incalculables consecuencias: por esto creemos de oportunidad publicar el retrato del soberano ruso, por cuyo restablecimiento hacen hoy votos todos cuantos no se sienten dominados por ese criminal é implacable odio político que extingue en las almas pequeñas todo sentimiento de conmiseración y de humanitarismo cuando del aborrecido ó temido adversario se trata.

La guerra chino-japonesa. – Para evitar repeticiones comprendemos en este epígrafe todos los grabados que publicamos en el presente número relacionados con la lucha que actualmente sostienen los dos imperios del extremo Oriente.

Dos de ellos son dibujos de un artista japonés, el cual, á diferencia del dibujante chino, cuyos eran los dos dibujos publicados en el número último de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no ha tenido que apelar como el otro á recursos más ó menos ingeniosos, pero todos falsos, para presentarnos los sucesos tales como han acaecido. Innumerables son los periodistas y dibujantes que siguen en sus operaciones al ejército de su país y envían relaciones y dibujos á los periódicos del Japón, de donde están tomados los dos que hoy reproducimos. Uno de ellos representa á un oficial japonés apoderándose de una bandera china en la batalla de Asán, librada en los días 28 y 29 de julio; el otro, el combate naval junto á la isla de Phonto cuando un torpedo disparado por los japoneses echa á pique un buque de guerra chino.

Otro de nuestros grabados es un episodio de las maniobras practicadas por el ejército japonés antes de la guerra, de las cuales también dijimos algo en el número 668 á propósito de dos dibujos que entonces reprodujimos. En ellas tomaron parte 30.000 hombres de infantería, caballería, artillería, ingenieros y demás servicios, divididos en tres divisiones, cada una de ellas completamente equipada y organizada á la europea, y el resultado de las mismas, cuyo supuesto táctico era la defensa de la capital contra un ejército enemigo, que después de burlar la vigilancia de la escuadra japonesa había desembarcado en el Japón, fué superior á todas las esperanzas. Los sucesos de la guerra han venido á confirmar este buen resultado.



Una compañía de infantería china (de fotografía)



ESTÍO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DEL PINTOR



s Reynolds Stephens, grabado por Ricardo Bong

El grabado que representa una compañía de infantería china demuestra que también en el Celeste Imperio se han dejado sentir las influencias europeas, aunque no con tanta intensidad como en el Japón: basta para convencerse de ello fijarse en los uniformes de uno y otro ejército, los japoneses completamente á la europea, los chinos con algunos restos todavía de su antigua indumentaria.



Retrato, obra de Mauricio Greiffenhagen

Una procesión en el Japón (de una fotografía). – Nada tan imponente como la enorme muchedumbre que periódicamente se congrega para formar procesiones en honor de Buda, que aunque el budismo ha perdido un tanto de su antiguo predicamento entre las clases altas, todavía se mantiene pujante entre el pueblo. En las tales procesiones ocupan el puesto de honor los bonzos, de los cuales los llamados mayores, pues los hay de siete clases, eran antiguamente equiparados á los príncipes: los más devotos murmuran oraciones con las manos juntas, que frotan lentamente una con otra mientras las levantan sobre su cabeza; otros, en cambio, toman la cosa menos por lo serio, y en vez de rezar ríen y curiosean, lo propio en la calle que el templo. El dibujo que publicamos, tomado de una fotografía, nos presenta una porción de tipos japoneses interesantes: el pueblo japonés, en los dos mil y pico de años de historia que cuenta, no ha sufrido nunca el yugo extranjero, y por esto conserva su tipo característico: no podrá decirse lo mismo dentro de algunos siglos, pues aquel país, que hasta hace poco estuvo cerrado á los extranjeros, excepción hecha de algunos puertos comerciales y de las ciudades de Tokío y Osaka, hoy está abierto á todo el mundo y ofrece un ejemplo de hospitalidad que hace algunos años hubiera sido considerado como un escándalo.

Estío, cuadro de Reynolds Stephens. – Entre la pléyade de artistas que en Inglaterra rinden todavía parias á los temas antiguos, figura Reynolds Stephens, cuyo nombre se cita entre los de pintores tan eximios como Tadema, Leighton, Poynter y algunos pocos más. Su cuadro *Estío* demuestra sus conocimientos en asuntos de la antigüedad y su completo dominio de la forma: cinco hermosas mujeres vestidas con amplias y blancas túnicas descansan sobre almohadones puestos en banco de mármol, sosteniendo en sus manos ó sobre sus faldas larga guirnalda de rosas. En sus cuerpos, admirablemente trazados, adviértese la lasitud que producen los días estivales, y en sus actitudes esa indolencia que en las horas de la siesta de la estación calurosa se apodera del ánimo dejándole sumido en dulce somnolencia. En suma, el cuadro que reproducimos es admirable, así por sus condiciones técnicas como por ese ambiente de naturalidad al par que de poesía en que todo él está envuelto y que sólo los grandes talentos logran producir en sus obras. Con tan bello trabajo, Reynolds ha acreditado una vez más ser un gran artista.

Retrato, obra de Mauricio Greiffenhagen. – Comenzó este pintor dibujando, sin maestro que le dirigiera, los mármoles del Museo Británico de Londres, y á poco entró como alumno en la Real Academia: en 1887, comenzó á exponer sus cuadros en el «Club del nuevo Arte inglés,» mereciendo llamar la atención de los inteligentes, y no tardó mucho en distinguirse en la ilustración de varias obras importantes. Desde entonces sus éxitos han continuado en progresión creciente en las exposiciones de la Real Academia y en otras de igual categoría, figurando hoy sus cuadros en los principales museos de Inglaterra.

Monumento al doctor Villemin, obra de Jacquot. – Hace pocos días, bajo la presidencia del ministro de Agricultura, inauguróse en una modesta población de los Vosgos, en Bruyeres, el monumento que reproducimos, erigido á la memoria del doctor Villemin, profesor que fué de la Escuela de Sanidad militar de Val-de-Grace. Villemin era de origen muy modesto; á duras penas había podido terminar el bachillerato cuando cayó soldado. En el regimiento en que servía contrajo buenas amistades que le permitieron comenzar el estudio de la Medicina: recibido de doctor, entró en el cuerpo de Sanidad militar, dedicándose especialmente al estudio de la tuberculosis.

El monumento es obra del escultor Jacquot y se levanta en la plaza Estanislao, de Bruyeres: es de mármol y representa una tísica medio acostada que rodea con sus brazos, como para implorar el auxilio del sabio, el pedestal sobre el cual se eleva el busto de Villemin. Dicha obra forma un conjunto armonioso.

Retiro apacible, cuadro de E. J. Gregory. – Basta para juzgar este cuadro del notable pintor inglés y miembro de la Real Academia, analizar la impresión que al contemplarlo se siente: más que los ojos recréase el alma en la contemplación de ese delicioso paisaje; y el que cansado del bullicio de las ciudades ó fatigado por el trabajo anhela reposo para su cuerpo y para su espíritu, no puede menos de mirar con envidia á los felices mortales á quienes es dado disfrutar de aquel retiro apacible.

MISCELÁNEA

Teatros. – En Milán se ha inaugurado el teatro Lírico Internacional que ha construído el conocido editor Sonzogno y que es uno de los más elegantes de Italia, además de estar montado con todos los adelantos de la escenografía moderna. En la función inaugural cantóse la ópera *Martire*, estrenada hace poco tiempo en Nápoles con ruidoso éxito. El libreto, que su autor Luis Illica califica de novela escénica, encierra en sus líneas generales un cuadro de vida interesante, pero en su desarrollo pierde buena parte de la energía que la concepción entraña; la música, de la que es autor Spiro Samara, griego de origen, educado en París y desde muchos años establecido en Italia, revela un notable progreso sobre las anteriores óperas del mismo compositor; y aunque en ella no vibra la pasión, resulta muy elegante y halaga el oído. La obra ha tenido en Milán gran éxito.

–La nueva ópera de Mascagni, *Ratcliff*, se estrenará durante el próximo invierno en Milán y en Berlín, poniéndose después en escena en la primera de dichas capitales otra ópera del mismo autor, titulada *Silvano*. También se estrenarán en Milán las óperas *Fortunio*, del compositor napolitano Nicolás van Westerhoud, y *Claudia*, de Coronaro.



Monumento erigido en Bruyeres á la memoria del doctor Villemin, obra de Jacquot

–En el teatro Alemán, de Berlín, se ha estrenado con éxito extraordinario un drama de Gerardo Hauptmann, titulado *Weber*, que durante dos años ha prohibido representar la censura.

–En el Teatro Nuevo de Leipzig se ha puesto en escena con buen éxito la comedia de Sardou *Madame Sans-Gêne*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Varietés *L'article 214*, comedia en tres actos de Ordonneau y Sylvain, de corte elegante, que es una nueva prueba de lo que valen sus autores, tan aplaudidos siempre por el público parisiense y tan conocedores de los recursos teatrales: en Cluny *La marraine de Charley*, comedia inglesa en tres actos de Brandon Thomas, arreglada al francés por Mauricio Ordonneau, muy graciosa y muy apartada del género libre ó grotesco que hoy suele predominar en obras de la índole de ésta: en el Gymnase *Le sycomore*, comedia en dos actos de Alexis y Gilbert, que quizás peca de sobra de sentimentalismo, y *La Barynia*, drama en tres actos de la señorita Judith Gautier, que revela en su autora cualidades más bien poéticas que dramáticas, á pesar de lo cual interesa en alto grado por su argumento y por el desarrollo de su acción; y en la Comedia Francesa *Vers la joie*, obra en cinco actos que su autor, Juan Richepin, califica de cuento azul, título que cuadra perfectamente á la producción simbólica y altamente poética del eminente escritor francés. El Olympia ha inaugurado la temporada con el baile *El hada de las muñecas*, puesto en escena con un lujo y un gusto admirables. En la Ópera el estreno de *Otello*, del maestro Verdi, ha sido una solemnidad artística como pocas se celebran en los teatros, y la ovación tributada al venerable é ilustre compositor de las más entusiastas y cariñosas que se han hecho en París en esta clase de espectáculos.



Retiro apacible, cuadro de E. J. Gregory, A. R. A.

Londres. – La única novedad digna de mencionarse es el estreno en el teatro Drury Lane de un drama algo romántico, debido á tres autores tan reputados como A. Harris, C. Raleigh y H. Hamilton y titulado *The Derby Winner*: en él se desarrolla una intriga amorosa de gran interés, combinada con una serie de escenas relacionadas con el deporte hípico, que han sido motivo para presentar un espectáculo grandioso montado con un lujo y propiedad admirables y que han llamado sobre manera la atención del público.



... el buen comediante preguntó al tabernero si había visto pasar un carruaje

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. — ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

VII

EN PERSECUCIÓN DE LOS RAPTORES

Era ya de noche cuando Poissón llegó á la casa de Fleurbaix y le dijeron que no estaba, pero que no tardaría en volver.

Aguardó. Hubiera sido para él venturoso accidente poder ofrecer á su amigo nueva ocasión de probar á la bella Aurora su adhesión y su amor.

Y luego, ¡quién sabe! Tal vez aquel segundo servicio podía modificar las ideas de la familia y facilitar el matrimonio á despecho de todos los obstáculos.

Pero Gastón no volvía y el tiempo pasaba.

Poissón aguardó no obstante otro rato, hasta que ya se hizo imprudente el esperar, y como habían dado las ocho y cuarto salió en dirección del palacio de Vallombreuse á fin de prevenir al marqués sobre el peligro que amenazaba á su hija.

Como embocara la sombría calleja que limitaban las paredes de los jardines de Noailles y Vallombreuse, tropezó con un cuerpo tendido en medio del arroyo. Creído de que era un borracho, pasó por encima de él de una zancada, pero una voz dolorida y suplicante le detuvo.

– ¡Quienquiera que seáis, decía la voz, corred al palacio de Vallombreuse y prevenid al señor marqués.

– ¿Qué ocurre?

– Unos bandidos acaban de robar á la señorita, al salir de la iglesia. Soy Boucherón; estoy herido...

– Corro inmediatamente.

Pero mudó de parecer y preguntó:

– Decidme... ¿Cómo ha ocurrido el hecho?

– Nos hemos visto asaltados por...

– No es esto; ¿los raptores traían caballos ó un coche?

– Un coche, sí.

– ¿Qué dirección tomaron?

– Echaron por la calle Saint-Honoré.

– ¿Hacia el Puente Nuevo?

– Sí.

– Esto es, camino de Limours. ¡Alabado sea Dios! ¡Nada se ha perdido todavía!

Pero era forzoso andar ligero, por lo que dióse inmediatamente á correr hacia el palacio del marqués. No lejos de la puerta se paseaba un hombre que de cuando en cuando levantaba los ojos á las alumbradas ventanas del primer piso.

– ¡Si fuese Gastón!

Lo era en efecto. ¡Gastón, que iba á soñar junto á su ídolo, como todos los amantes desesperados!

Todas las tardes, su amor le conducía así á la sombra de Aurora, y su mayor ventura consistía en sentirse cerca de ella y ver dibujarse su silueta tras las blancas cortinas de las altas ventanas.



Tomad, le dijo, esta pistola y esta daga, que tal vez necesitaréis

Poissón se dirigió á él:

–¡Venid conmigo, pronto!

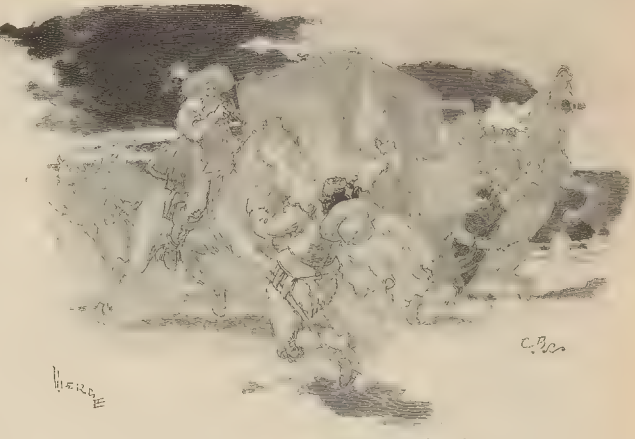
–¿Adónde?

–A la casa de los Vallombreuse. Aurora ha sido robada. Corred á advertir al marqués mientras me meto yo en las caballerizas y ensillo los dos mejores caballos. No hay que perder un minuto. A propósito, decidle también al marqués que un criado suyo está herido y abandonado en la calle.

Un instante después llamaban con violencia á la puerta del palacio y se precipitaron, cada cual á su objeto. Poissón á las caballerizas; Gastón hacia las habitaciones, con gran asombro por parte del conserje.



Decidme... ¿Cómo ha ocurrido el hecho?



... le disparó un tiro y le dejó muerto á sus pies

En dos palabras Gastón puso al marqués y á la marquesa al corriente de los tristes sucesos que iba á notificarles.

El dolor de aquellos padres fué inmenso, pero él no les dió tiempo para manifestarlo, ya que no había un minuto que perder.

Después de indicarles que se había permitido apoderarse de dos caballos suyos, bajó al patio aceleradamente.

Cuando el marqués, que le seguía, le vió montado:

–Tomad, le dijo, esta pistola y esta daga, que tal vez necesitaréis. Maldigo mi ancianidad que no me consiente acompañaros. ¡Dios premie vuestro esfuerzo, y ojalá podáis rescatar á nuestra hija y averiguar el nombre del que la persigue con tanto odio.

–¡No perdamos la esperanza!, dijo Gastón.

Y como Poissón había montado también, partieron á escape.

–¿Adónde vamos?

–A encontrar el camino de Limours.

Juntos galopaban, cuando al poco rato Gastón preguntó á su compañero:

–¿Cuánto se nos adelantarán, probablemente?

–Una hora quizás.

–¿Estaremos realmente sobre la pista?

–Ya lo creo.

La velocidad que llevaban no les permitía conversar largo rato; con todo, Poissón comunicó á Fleurbaix los pocos antecedentes que del suceso tenía.

En Arcueil hallaron abierto todavía un figón, y el buen comediante preguntó al tabernero si había visto pasar un carruaje.

–En efecto..., hará cosa de una hora... Corría mucho.

–¿Llevaba caballos de posta?

–Sí.

–¿Cuál es la primera parada?

–Bourg-la-Reine.

Y continuaron su viaje más esperanzados. En Bourg-la-Reine, los informes que adquirieron fueron muy precisos. Iban en el carruaje tres bandidos, de malísima catadura y peores modales, y una muchacha al parecer desmayada.

–¿A qué hora han pasado por aquí?

–Hará unos tres cuartos de hora, poco más ó menos.

Como sus caballos eran excelentes, los dos amigos no tomaron otros.

Esperaban dar alcance á los raptores antes de llegar á Pasaisean, pero esta esperanza se vió fallida.

Sin embargo, allí les dijeron que el carruaje apenas les precedía unos veinte minutos.

–¡Un esfuerzo más!

Por fin, no lejos de Gif, oyeron sonar delante de ellos los cascabeles del tiro y los chasquidos del látigo del postillón.

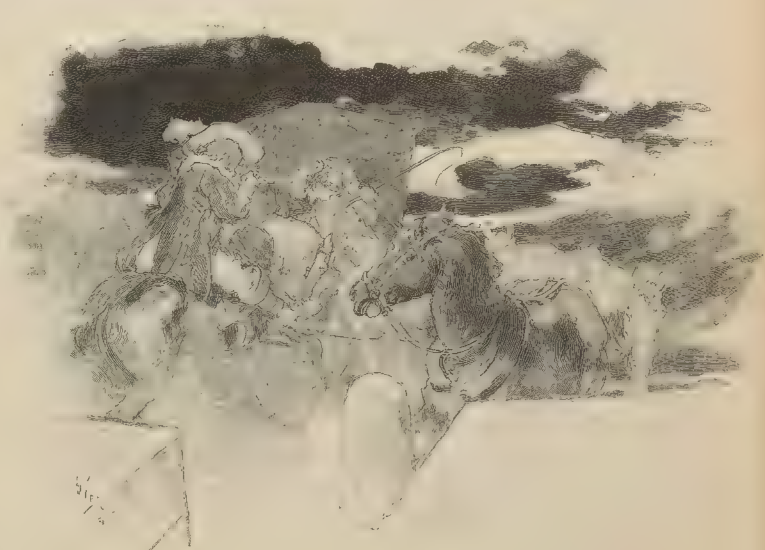
Espoleando cuanto pudieron á los caballos, los lanzaron á todo galope, y bien pronto alcanzaron el carruaje que con tal ardor perseguían.

De una sola ojeada comprendieron que no se habían equivocado, y un segundo después Gastón amenazaba de muerte al postillón y le forzaba á detenerse.

–¡Camaradas, á defenderse!, gritó el vasco.

Abriéronse las portezuelas y saltaron Pochelú y Marmissolle, arrojándose sobre los salteadores.

Gastón, que empuñaba la pistola, en cuanto vió á Marmissolle corriendo hacia él espada en mano, le disparó un tiro y lo dejó muerto á sus pies.



Un segundo después, Gastón amenazaba de muerte al postillón y le forzaba á detenerse

Poissón, sorprendido por Pochelú, iba á ser alcanzado por éste, cuando por feliz casualidad se le encabritó el caballo con el ruido del disparo, y el acero del matachín se hundió en el pecho del animal, mientras el comediante, repriméndose y recobrando la ventaja, descargaba sobre la cabeza de Pochelú tan formidable puñetazo que le dejó aturdido y lo derribó al suelo.

–¡Y va uno!, exclamaba Gastón.

–¡Y van dos!, contestaba su amigo. Pero ¿dónde está el tercero?

El tercero era Caldegás, que más muerto que vivo, procuraba embutirse debajo de la banqueta con la inútil precaución del avestruz.

–¡Ah pillete!

Poissón tiró de él cogiéndole por los pies y arrojándole fuera del coche; luego, con una buena cuerda que le cedió el postillón, gracias á una propina, convirtió bien pronto un capitán de bandidos en un paquete de fácil transporte.

A Pochelú se le otorgaron los mismos honores.

Y así los dos tunantes fueron subidos y liados en la baca.

–Yo me pondré en el pescante para vigilarlos, dijo Poissón.

En esto, Gastón de Fleurbaix se había acercado á Aurora.

–Tranquilizaos, señorita. Somos vuestros amigos y libertadores.

–¿Vos aquí?, dijo ella con un grito de alegría. ¡Salvada! ¡Y por vos!

A Gastón le pareció harta recompensa á sus pesares y temores el acento con que Aurora pronunció aquellas palabras.



Gastón no quiso confiar á nadie el cuidado de transportar á la doncella,

Estaba saboreando tamaña dicha, cuando vió que la doncella, fatigada por tantas emociones, caía desvanecida sobre los almohadones del carruaje.

En un segundo acudió á ella y la tomó en brazos, llamándola conmovido.

Pero la niña no volvía en sí.

–¡Aprisa!, gritó por la portezuela. ¡A la posada más próxima!

Volvió á rodar el coche y á los cinco minutos se detenía cerca del puente de Gif, á la puerta de una excelente posada.

Gastón no quiso confiar á nadie el cuidado de transportar á la doncella, y con infinitas precauciones llevó en brazos el gracioso cuerpo de su amada hasta la mejor habitación, donde le prodigaron, con ayuda de la huéspeda, los auxilios usados en casos parecidos.

Unos instantes después Aurora volvió en sí.

–¡Ah, gracias..., gracias!, repitió mirando á Gastón que le había tomado la mano con la mayor ansiedad... No os asustéis. Estoy rendida de fatiga y de emoción; tengo un poco de calentura, pero soy muy dichosa. ¡Si mis padres pudiesen tener noticia de mi salvación!

–Saben ya que persigo á los raptores y voy á mandarles ahora mismo un propio.

Gastón bajó al entresuelo y allí encontró al hostelero y á las mozas de la posada llorando de risa y apretándose los ijares.

–¡Vaya un hombre listo!, repetía el hostelero. ¿Quizás monseñor está buscando á su amigo?, añadió viendo á Gastón. ¡Él precisamente es quien nos hace reir así! Le ha quitado la falda á Catalina y el corsé á Fauchón, y se ha largado en el carruaje con encargo de que se lo dijera á monseñor para que se tranquilizara.



¡Aprisa!, gritó por la portezuela. ¡A la posada más próxima!

–¿Y los dos miserables?

–Sólo se ha llevado uno. El otro está encerrado en la lechería. El que se llevó es el otro, el más alto, ¡que hacía unas muecas!.. ¡Ah! ¡Vaya, qué divertido es el amigo de monseñor... con perdón sea dicho! ¡Si monseñor hubiese visto cómo ha desnudado á Fauchón!

–¡Está bien, está bien!, dijo el de Fleurbaix, ansioso de subir otra vez á la habitación de Aurora.

Manifestó lo que deseaba, y con persuasivas razones en forma de escudos – razones á que no resisten los posaderos – hizo que uno de los criados del mesón saliera á escape en dirección á París, con una carta de Fleurbaix para el marqués de Vallombreuse.

Vuelto al lado de Aurora, pidió á la posadera que velara con él el sueño de la joven, para mostrarle así su amor y su respeto.

Aurora agradeció infinito este delicado proceder y sonreía á su libertador tendiéndole la mano que él retuvo entre las suyas durante toda la noche.



En un segundo acudió á ella y la tomó en brazos...

Así se durmió con la mayor inocencia, y sin duda cruzó por su mente algún ensueño de dicha, porque á Gastón le pareció descubrir en su rostro divina expresión de embeleso.

¡Dios sabe si fueron gratos también los sueños de Gastón, aunque en vela, mientras tuvo entre las suyas la breve y linda mano de Aurora.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA MÁQUINA DE VOLAR DE MAXIM

La deseada, presentida y tantas veces discutida máquina de volar más pesada que el aire, está inventada ya.

El 31 de julio, Mr. Maxim hizo un ensayo con una máquina que ha podido elevarse de la tierra y atravesar el aire por una distancia de unos 500 metros, llevando su motor y todo lo necesario para un viaje, con más tres personas, que podían haber sido hasta diez ó doce, pues justamente el sobrante de fuerza de la máquina que no se utilizó ha sido la causa de que el ensayo se terminara por un contratiempo.

Para comprender cómo se había dispuesto la demostración del invento, hay que representarse dos vías de ferrocarril, una apoyada en el suelo y otra aérea, dejando un espacio entre ellas bastante para que la máquina, que tiene 60 centímetros de alto y cuatro ruedas en la parte baja y otras cuatro en la alta, cuando al elevarse abandonara la vía baja, resultara retenida por la vía alta para no lanzarse al espacio, pero dejando una distancia entre las ruedas bajas y la vía de suelo de tres á cuatro centímetros.

En estas condiciones se puso en marcha y abandonó el suelo; pero su fuerza ascensional, que tenía un sobrante de cerca de 800 kilogramos, no encontró la suficiente resistencia en la vía alta, y la rompió, torciéndose la marcha y abandonando el trayecto que se trataba que recorriera aprisionada; al quitarle el vapor, se desplomó y cayó verticalmente en el campo, habiendo recorrido unos 500 metros sin apoyo alguno en tierra. Se comprenderá cuánto va de lo hecho á que se pueda decir que se ha recorrido el aire con una máquina más pesada que éste desde un punto determinado á otro; se comprenderá cuánto queda por hacer; pero ya nadie tiene derecho para poner en duda que existe una máquina que vuela siendo más pesada que el aire.

La apariencia de la máquina es de una inmensa ave blanca con cuatro alas, siendo treinta metros el ancho de extremo á extremo de los cuatro aeroplanos.

La parte inferior es una pequeña plataforma equivalente á la barquilla de los globos ordinarios y á las cubiertas de los buques, porque en ellas van los tripulantes, los instrumentos para las observaciones científicas, la caldera, la rueda del timón, los depósitos de agua y los del combustible empleado, que es la gasolina. A tres metros sobre el puente hay dos máquinas Compound, que mueven una hélice propulsiva de 5'47 metros de diámetro. Las alas tienen 1'50 de ancho en el extremo y son de madera pintada, muy ligera.

Sobre las máquinas está el aeroplano, del que salen otros más pequeños á modo de alas, de 1'50 de ancho y de 7'60 á 10'60 de largo, según su posición, y formando cinco pares, de los que no siempre se emplean los tres del centro. La total superficie de los aeroplanos es de 560 metros. Todos son fijos, con una inclinación de 7° sobre el horizonte y de algodón muy compacto, de modo que no pueda pasar por él el aire. El aeroplano superior lleva delante y detrás otros dos que sirven para mantener la posición vertical y que se manejan por medio de una rueda que va colocada en el puente.



Fig. 1. – La máquina de volar de Maxim tomando impulso para levantarse por los aires

El esqueleto de esta gran máquina es de hilos de acero muy bien templados y muy finos, ofreciendo con el menor peso posible la mayor resistencia. La caldera es del sistema Thornycroft, ligerísima y de tal suerte perfeccionada que produce un caballo de fuerza por cada tres kilogramos y medio de su peso. Su fuerza es de 365 caballos.

El peso total de la máquina es de 3.500 kilogramos próximamente y la fuerza ascencional es de unos 4.500 kilogramos, y de aquí que el sobrante de fuerza destrozara la vía alta de retención. La máquina sufrió considerable avería en esta prueba.

Los acompañantes de Mr. Maxim en esos ensayos fueron dos de los hombres de ciencias más eminentes de Europa en nuestros días, lord Kelvin, insigne matemático y electricista, y lord Rayleigh, otro hombre de ciencias de primera línea. A propósito de esto, un periódico científico, al que ha emocionado el riesgo que éstos han corrido, pensando lo fácil que hubiera sido que además de la avería de la maquinaria hubiera alcanzado el daño á las personas, dice que si Mr. Maxim quiere llevar en esas pruebas á notabilidades, bien puede echar mano de las de otro género que no expusieran al mundo á perder personas de tan singular valer. Dice que hay muchas notabilidades que se perdería poco con estrellarlas en unas pruebas semejantes.

(De *La América Científica*)

DEPÓSITO DE ESMERIL EN LA ISLA DE NAXOS

Naxos, la mayor de las Cícladas, es una de las pocas localidades en donde se encuentra el esmeril en grandes cantidades, presentándose en forma de masas lenticulares, de dimensiones variables, concentradas en las montañas del Nordeste de la isla á alturas que varían entre 180 y 700 metros.

Los depósitos están invariablemente situados entre capas calizas en la parte inferior y capas de dolomia en la superior. El esmeril es una mezcla compacta de aluminio (en el estado de corindón granular), de hierro oxidulado magnético y de sílice. Siete muestras recogidas en las islas de Naxos por M. Gobantz y examinadas en la Escuela técnica superior de Viena contenían de 60 á 66 por 100 de corindón. Puede admitirse como composición media del esmeril 2/3 de corindón y 1/4 de hierro oxidulado magnético, siendo el resto sílice con algunos indicios de carbonato de cal.

La explotación del esmeril en la isla de Naxos se verifica de una manera primitiva. Durante la dominación turca había sido concedida á los habitantes de dos aldeas, y este privilegio se ha mantenido aun después de haber pasado la isla á poder de Grecia. Los mineros son en número de 600 y tienen el derecho de explotar el esmeril por cualquier clase de procedimientos. Como la roca es demasiado dura para abrirla con útiles de acero, hase renunciado á practicar en ella minas, empleándose otro sistema, que consiste en calentar la roca por medio de un fuego de hojarasca que se deja arder durante 24 ó 30 horas y luego con chorros de agua fría se producen, merced al brusco cambio de temperatura, agrietamientos que permiten romper la peña. De los pedazos de ésta sólo se utilizan los más grandes: los de tamaño como el puño ó menos son abandonados. Como las partes más fácilmente abordables han sido ya explotadas, hase tratado de abrir algunas galerías, pero no se ha podido prolongarlas mucho á causa de la naturaleza del techo, pues la roca dolomítica se desprende con facilidad, y esto hace necesarios trabajos de entibación, á los que no están acostumbrados los mineros de Naxos.

La rápida despoblación de los bosques cercanos á las minas ha determinado al gobierno griego á hacer estudiar medios de explotación menos primitivos: los peritos nombrados han estado unánimes en recomendar la explotación por medio de los explosivos, el empleo de las perforadoras de diamante para abrir los agujeros y el establecimiento de medios perfeccionados de transporte y embarque. Pero el estado de la hacienda griega no permite realizar este plan y hoy la explotación sigue haciéndose como antes. En la actualidad los productos del Asia Menor hacen gran competencia á los de Naxos.

SEPARACIÓN DE LOS LÍQUIDOS POR LA FUERZA CENTRÍFUGA

Los Sres. Burmeister y Van han instalado en Dinamarca un aparato de fuerza centrífuga para purificar los alquitranes de gas y separar de ellos las aguas amoniacales de una manera casi continua: su sistema es evidentemente aplicable á casos análogos, como la fabricación de aceites y otras.

El procedimiento empleado consiste simplemente, según el *Gas and Light*, en el empleo de una turbina centrífuga á la mitad de cuya altura se echa la mezcla líquida. Las arenas y otras impurezas se quedan en la periferia de la turbina, de donde se las extrae por medio de una limpieza repetida tres ó cuatro veces al día; un pequeño tubo adaptado á la turbina permite que se escurran los líquidos densos y los conduce á la parte superior de aquélla, en donde por la fuerza centrífuga son proyectados á un anillo exterior que los recoge y los dirige hacia los barriles; otro tubo más central envía á la parte inferior del cubo los líquidos ligeros, y por tanto, en los alquitranes de gas, el agua amoniacal, efectuándose así la separación por la sola fuerza centrífuga.

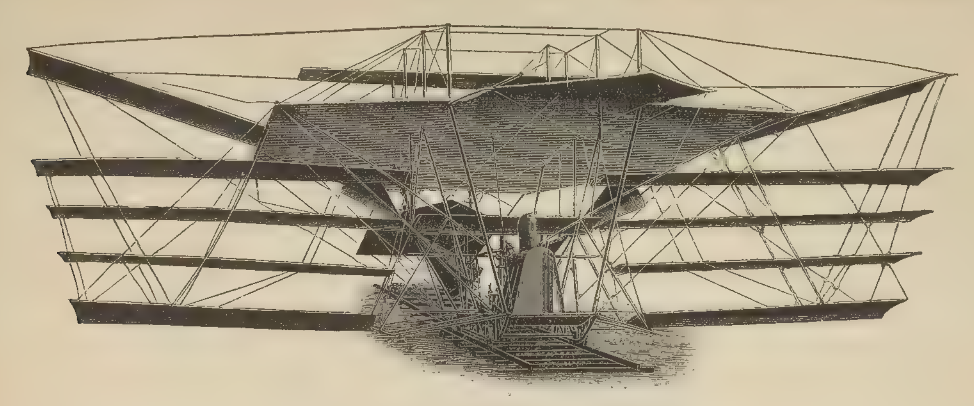


Fig. 2. – Aspecto en conjunto de la máquina de volar de Maxim

LAS DEFORMACIONES CRANEALES

EN EL ARTE ANTIGUO

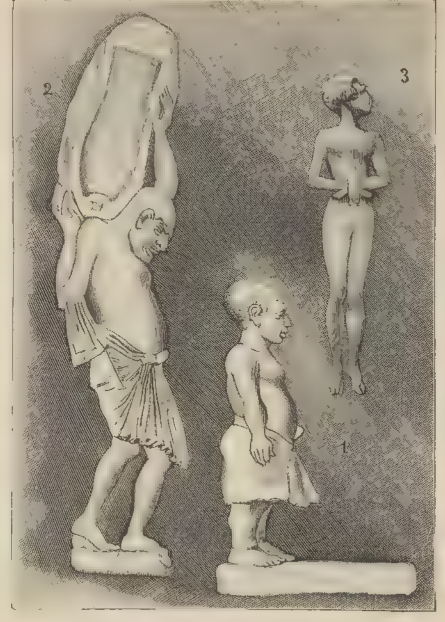
Las deformaciones craneales eran conocidas por los sabios de la antigüedad, y cuando Virchow en Alemania y Broca en Francia llamaron nuevamente la atención sobre este punto, recordaron que Hipócrates y Estrabón las habían ya en su tiempo señalado entre los pueblos salvajes.

Estas nociones debían ser muy vulgarmente conocidas entre los antiguos, puesto que los artistas de aquella época reproducen con mucha frecuencia los diversos tipos de deformación craneal.

Para encontrar los primeros ejemplos de estas deformaciones es preciso remontarse á una fecha anterior á Hipócrates y al arte griego y estudiar el arte egipcio: el más antiguo es la estatuita calcárea de Nam-Hotep, que data de las primeras dinastías, que actualmente se encuentra en el Museo del Cairo (figura 1) y que debió ser de algún personaje importante, probablemente agregado al séquito del rey, en calidad de jefe de perfumes, ó de jefe del guardarropa, según dice Maspero.

Los artistas no han favorecido al tal personaje y en la estatuita puede verse la fidelidad con que observaban el natural. Es un enano deforme, de largo busto y de brazos y piernas cortos y torcidos. La cabeza tiene la forma de un cono con el vértice hacia arriba y atrás: parece como que lleve puesto un casquete; pero no es así, porque se ven dibujados los cabellos.

Perrot y Chipiez, que la citan en su *Historia del arte antiguo*, han observado esta singular conformación y declaran que es dolicocéfala (diámetro antero-posterior alargado con relación al transversal); pero la dolicocefalia puede existir independientemente de toda deformación, y en la estatua que nos ocupa la cabeza está realmente deformada, pareciéndose á ciertos cráneos de algunos tolosanos deformados en la infancia por medio de la cofia, y aun mejor á la deformación de los antiguos cráneos mexicanos ó toltecas encontrados en las ruinas de Palenqué y que hoy se conservan en París en el Museo del Trocadero. Para producir esa deformación colocaban dos planchitas, una sobre la frente y otra en la parte posterior de la cabeza, tomando como punto de apoyo la parte inferior del occipucio, y poco á poco se las apretaba con cintas. En la estatua egipcia la constricción ha sido hecha por encima de la frente, de modo que ésta no resulta deprimida. Por otra parte, en el sujeto por la estatua representado, la deformación ha sido facilitada por el raquitismo que ablanda los huesos y ha producido la curvatura de los miembros y de la columna vertebral.



Las deformaciones craneales en el arte antiguo. – Estatuitas y esculturas egipcias: 1. Estatuita de Nam-Hotep. – 2. Cuchara de madera esculpida de la décimoctava dinastía. – 3. Estatuita de madera de un negro de cabeza achatada.

Otro ejemplo nos ofrece un esclavo esculpido en una cuchara de madera de la décimoctava dinastía (fig. 2). «Con su nariz chata, su mandíbula gruesa y bestial, su frente deprimida y su cabeza afeitada como pilón de azúcar – dice Maspero – es evidentemente la caricatura de un prisionero extranjero.»

Sin duda los egipcios sobresalieron en la caricatura; pero á mi entender no hay que ver en ese dibujo, como en la estatuita de Nam-Hotep, sino la reproducción fiel de un tipo de cráneo deformado. La expresión de «pilón de azúcar» define perfectamente esta deformación, que no es más que la exageración de la anterior: en ella la constricción ha sido hecha por delante sobre la frente y por detrás comprime el occipucio.

Los Igueras, antiguos habitantes de Cuba antes de la dominación española, también se deformaban el cráneo, y de aquella época poseemos estatuas toscamente labradas que nos los representan bajo ese aspecto. Esa deformación obteníanla por medio de dos planchitas colocadas en las partes anterior y posterior, y las ligaduras superiores se iban poco á poco estrechando de manera que las planchas convergieran hacia el borde superior.

Esta deformación no era común entre los egipcios y no se la encuentra en los personajes grabados ó esculpidos en las estelas. Maspero reconoce la escultura precedente como la de un esclavo asiático. «La cara embrutecida y convencida con que camina, inclinado bajo el peso de su carga, ha sido muy bien tomada, y las angulosidades del cuerpo, el tipo de la cabeza y la compostura de las diversas partes recuerdan mucho el aspecto general de ciertos barros cocidos grotescos procedentes del Asia Menor.» Nam-Hotep podía ser también un asiático favorito de la corte del rey.

Otras esculturas ofrecen igualmente deformaciones. En el Museo del Louvre existe una pequeña estatua de madera, de 15 centímetros de alto, probablemente de la misma época (fig. 3): representa un negro de frente achatada y cabeza muy prolongada. Otra más pequeña, de 8 centímetros, y esculpida toscamente representa una deformación análoga.

De suerte que el conocimiento de las deformaciones craneales se remonta á una época anterior á Hipócrates, puesto que los egipcios las reproducían cuando querían dibujar un asiático ó un negro.

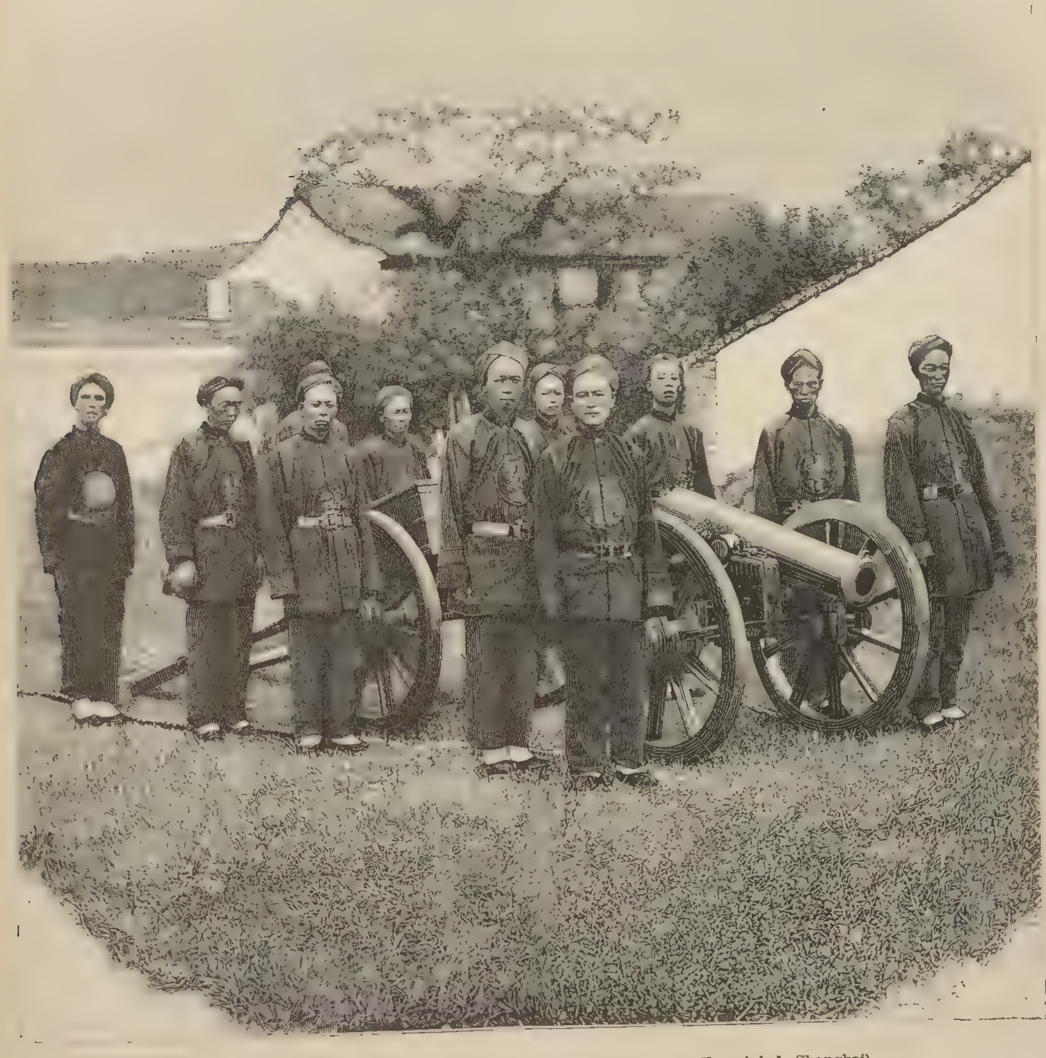
Dr. F. Regnault

(De *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 5 de noviembre de 1894 — Núm. 671



UNA SECCIÓN DE ARTILLERÍA CHINA (de una fotografía de Franzini, de Shanghai)

ADVERTENCIA

Con el número próximo repartiremos á nuestros suscriptores el tomo correspondiente de la Biblioteca Universal Ilustrada, que será el primero de «América. Historia de su colonización, dominación é independencia,» escrita por el reputado historiógrafo y literato D. José Coroleu, con presencia de las obras más importantes antiguas y modernas, españolas y extranjeras, especialmente americanas, que de tan interesante asunto han tratado. La obra debidamente ilustrada, cuya publicación comenzamos, viene á ser la continuación de la de Cronau, «América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos,» que tan entusiasta acogida tuvo entre nuestros suscriptores.

SUMARIO

LA REPÚBLICA MÁS PEQUEÑA DEL MUNDO

En el centro de Italia, entre las provincias de Pésaro y Urbino y Forli, hállase situado el Estado más pequeño del mundo, la república ilustrísima de San Marino, cuya superficie no llega á 60 kilómetros cuadrados y cuya población apenas alcanza la cifra de 10.000 habitantes. Una ciudad, San Marino, y tres aldeas, ó por mejor decir agrupaciones de casas, Serravalle, Faetano y Monte Giardino, constituyen todos los dominios de la diminuta república que atraviesan las últimas estribaciones de los Apeninos y riegan los ríos Tamaro y Calore.



Escudo de la república de San Marino

La capital álzase en el monte Titano, á 750 metros sobre el nivel del mar, tiene un aspecto elegante y limpio, y cuenta, además de muy lindos edificios particulares, cinco iglesias, un teatro, un gimnasio y desde hace poco el hermoso palacio del Gobierno, del que nos ocuparemos más adelante.

La historia de esta república, que ha sabido conservar su independencia en medio de la ruina de tantos y tan poderosos Estados que un tiempo la rodearon, es por demás interesante. Cuéntase que á fines del siglo III de la era cristiana, el emperador Diocleciano, queriendo reconstruir las murallas y restaurar los edificios de Rímini, mandó á buscar á Dalmacia, de donde él era oriundo, artistas y obreros de todas las profesiones. Entre éstos figuraba el picapedrero Marino, ferviente discípulo de la Iglesia católica, que víctima, como sus compañeros en religión, de las persecuciones imperiales, refugióse en el monte Titano, en donde se entregó á prácticas religiosas que, extendiendo por los vecinos territorios su fama de santo, atrajeron á su lado á una porción de familias indigentes emigradas de Dalmacia y á una multitud de italianos á quienes arrojaban de sus hogares los perseguidores del Cristianismo.

A su muerte fué Marino enterrado en la cumbre del Titano, y sobre la tumba del piadoso eremita á quien la Iglesia canonizó más tarde, construyóse un templo en cuyo altar mayor se ostenta una estatua del Santo que sostiene en su mano izquierda un pergamino con la palabra *Libertad* campeando sobre tres torres situadas en otras tantas rocas, que son las armas de la república.

En aquellas rocas y alrededor de aquel templo, humilde capilla entonces y hoy basílica, refugiáronse algunos campesinos y pastores de aquellos montes y pescadores del Adriático, constituyendo una especie de congregación en que se unían las ideas de religión y libertad. La donación que una noble dama hizo á los aldeanos de Marino del monte Titano y la adquisición por éstos de algunas aldeas inmediatas formaron el territorio definitivo de aquel modesto Estado, que ha debido sin duda la conservación de su libertad, tanto á la veneración religiosa que ampara á su montaña, cuanto á la sencillez, prudencia y espíritu pacífico de sus habitantes.



Estatua de San Marino, adosada á uno de los ángulos del nuevo palacio, obra de Tadolini

En dos ocasiones, empero, estuvo en poco que por un conato de ambición perdiera su independencia, cuando en el siglo XII quiso extender sus dominios mediante la compra de algunas tierras y cuando en el XIV aceptó algunas donaciones de la corte pontificia, á la cual habían los de San Marino ayudado en sus contiendas con los Malatesta, señores de Rímini. La importancia que de esta suerte adquirió la república tentó á sus vecinos, los cuales la invadieron y despojaron dejándola al fin reducida á sus actuales límites.

En 1739 el cardenal Alberoni, á la sazón legado pontificio en Ravena, creyó complacer al Papa apoderándose de aquel Estado; mas en vano fué que invadiendo el territorio de San Marino tratara de obtener juramento de obediencia de los magistrados y del pueblo, sorprendidos en el templo mientras oficiaba el obispo de Montefeltro: en aquella fecha de 13 de octubre, memorable en los fastos de la república, magistrados y pueblo dieron pruebas de entereza inquebrantable, y las respuestas de los primeros revelan un temple de ánimo digno de los héroes de las antiguas epopeyas. La soldadesca que acompañaba al cardenal entregóse durante tres días al saqueo, mientras Alberoni intentaba hacer creer al Sumo Pontífice que los de San Marino aceptaban gustosos la dominación de la Santa Sede: Clemente XII quiso, sin embargo, asegurarse de la certeza de tal aserto, y al escuchar el grito de indignación de los oprimidos, desaprobó los actos de su legado y devolvió á aquéllos sus fueros y sus libertades.



Estatua de San Marino, existente en la basílica de la capital

Napoleón Bonaparte no sólo respetó la independencia de la república sino que, al pasar cerca de ella al frente del ejército de Italia, envióle en 11 de febrero de 1797 una diputación para felicitarla en nombre de Francia por haber sabido conservar durante tanto tiempo su libertad y ofrecerle cuatro cañones y un aumento de territorio: el gobierno de San Marino aceptó la felicitación y los cañones y rechazó prudentemente lo demás.

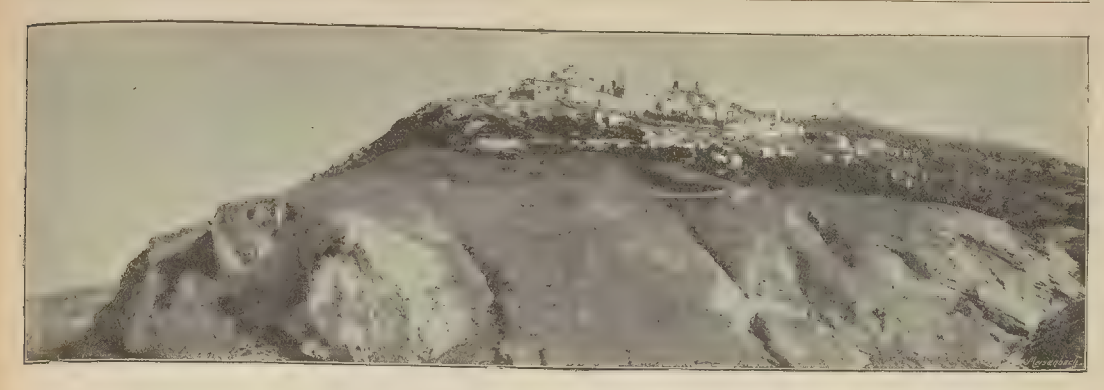
En 1850 y 1851 refugiáronse en San Marino varios fugitivos procedentes de los Estados Pontificios, y el gobierno papal exigió del de la república el destierro ó la entrega de los mismos: á consecuencia de ello y con autorización de los magistrados sanmarineses entraron en su territorio 800 austriacos de Ancona y 200 gendarmes y soldados de línea del Papa: á los perseguidos por delitos políticos diéronseles salvoconductos para pasar al extranjero y los criminales comunes fueron entregados á los tribunales romanos.

Desde entonces el Estado de San Marino ha vivido completamente tranquilo, habiéndose mantenido neutral durante las luchas de 1859 y 1860 que tan honda conmoción y tan radicales cambios produjeron en toda Italia.

La constitución política de San Marino es más bien aristocrática que popular: antiguamente el poder supremo residía en el *Arengo*, en el cual estaban representadas por uno de sus miembros todas las familias de la república; allá por el siglo XIV pasó á un consejo de los *Doce*, y finalmente en 1847 quedó definitivamente conferido á un senado, compuesto de sesenta miembros, veinte por la nobleza, veinte por la burguesía de la ciudad y veinte por los propietarios rurales. El título de consejero es hereditario en las familias, y cuando una de éstas se extingue, las cincuenta y nueve restantes eligen la que habrá de reemplazarla. Este senado ó consejo nombra de su seno los dos capitanes regentes, que se suceden cada seis meses, en abril y en octubre, y que ejercen durante estos seis meses el poder ejecutivo, en representación de la nobleza el uno y del pueblo el otro: este último suele ser un modesto artesano. La lista civil de estos dos supremos magistrados es de 600 liras.

San Marino tiene su pequeño ejército, su presupuesto y sus monopolios; pero los impuestos allí son libres: cuando el Estado necesita recursos, convócase á son de tambor á los ciudadanos y se invita á los que buenamente quieran á depositar su óbolo en la caja pública hasta que se reune la cantidad suficiente.

Esta república diminuta, sencilla en sus costumbres, modesta en sus aspiraciones, ha inaugurado hace poco un magnífico palacio del Consejo príncipe y soberano, imponente y elegante obra de arte que compendia las glorias del pasado y las esperanzas para el porvenir de San Marino. Este palacio, cuya construcción fué decretada en 1883, es obra del famoso arquitecto Francisco Azurri, predilecto de los patricios romanos para la edificación de sus villas y palacetes y autor del teatro Nacional y de otros edificios no menos notables de la capital de Italia. Tres amplios y esbeltos arcos dan acceso á un vestíbulo; sobre el central ostèntase el escudo de la república y sobre los laterales ábrense dos pequeñas ventanas. Los otros cuatro escudos que forman juego con las pilastras de los arcos son los de los cuatro castillos de Faetano, de Serravalle, de Fiorentino y de Monte Giardino. El plano central tiene tres elegantes ventanales, el del centro con un balcón poligonal de piedra calada, rematando el edificio por sus cuatro lados en una



Vista general de la república de San Marino (de fotografía)

cornisa almenada sostenida por elegantes ménsulas que forman pequeños arcos. A la derecha álzase la torre con su reloj, protegido por un saledizo angular que sirve de base á las tres hornacinas rectangulares, en donde fabricadas de mosaico destacan sobre un fondo dorado las imágenes de los tres protectores de la república: San Marino, San León y Santa Agata. En el ángulo izquierdo del palacio se ha colocado una bellísima estatua de San Marino, otra del eminente escultor romano Tadolini.

El interior del palacio sorprende y encanta aún más que el exterior, y el espacioso vestíbulo con sus preciosos artesonados polícromos y su hermosa escalera, en cuyas paredes gran número de lápidas recuerdan las principales glorias de la historia de San Marino, y el gran salón de sesiones con sus frescos y mosaicos, en los cuales reputados artistas han reproducido los episodios más notables de los anales de la república, son dignas dependencias de aquel edificio y recuerdan, como todo él, los bellos palacios de los ayuntamientos italianos de los siglos XIII y XIV.

La inauguración solemne del nuevo palacio verificóse el día 30 de septiembre último, y al día siguiente se celebró la ceremonia de la toma de posesión de los nuevos regentes. A las diez de la mañana los dos nuevos capitanes, el noble Septimio Belluzzi y el profesor Marino Barbiconi, vestidos con el traje tradicional de terciopelo negro, calzones de seda del mismo color y el birrete ducal, negro también, recibieron en el palacio de las audiencias á los funcionarios y comisiones de la sociedad sanmarinesa; y luego, escoltados por la guardia del príncipe y por las milicias, dirigiéronse al palacio del Consejo, en donde les esperaban los dos capitanes salientes. Desde allí, todos juntos se encaminaron al templo de San Marino á oir misa, terminada la cual regresaron al palacio: los dos capitanes salientes sentáronse en el trono y tomaron juramento á los nuevos, cediéndoles en seguida su puesto y ciñéndoles el gran cordón de la orden de San Marino.

El ilustre poeta y pensador italiano Josué Carducci, que tiene un puesto de honor en el senado de San Marino, pronunció, con motivo de la inauguración del nuevo palacio, un hermoso discurso dedicado á cantar las glorias de la pequeña república, que ha sabido mantener al través de los siglos la cruz salvadora en que se ampararon los humildes dálmatas León y Marino, fundadores del Estado que se alza todavía independiente en la cumbre del Titano. La síntesis de la elocuente oración de Carducci, á quien nadie podrá tachar de ultramontano, pues bien conocidas son sus ideas democráticas, fué la siguiente: si la república de San Marino ha conservado sus instituciones en medio de las guerras de conquista de otros tiempos y de los trastornos sociales de nuestros días, lo debe á que ha sabido siempre enlazar la libertad con la religión y la tradición con el progreso y á que ha considerado siempre como el fin más alto de su misión histórica el mantenimiento de sus franquicias comunales. – X.



La comitiva de los capitanes regentes y oficiales de Estado saliendo de la basílica de San Marino (de fotografía)

DON SERÁFICO

A mi respetable amigo y gran poeta D. Santiago Iglesias.

I

En todo tiempo veíase al pianista del *café del Pueblo*, D. Seráfico, mal ataviado con un *chaquet* color verde botella, raído y lustroso; un chaleco negro, aterciopelado, con botones de pasta mordisqueadas sus extremidades; la corbata, en forma de lazo, deshilachada, grasienta; un pantalón negro, menos pudoroso que encogido, dejaba al aire los calcetines de lana corcosidos, perdidos en unas botas de elásticos tan flojos como el cuello, puños y pechera de la camisa, reñida con el almidón y falta de los ardores de plancha necesarios para el mayor lucimiento y consistencia de prenda tan necesariamente vistosa.

Corría parejas con tales trapitos – y bien sabe Dios que no de lujo – el sombrero hongo: de cerca, su color resultaba verdoso; de lejos, azulino, y en todas partes y á todas luces, una ruina de castor.

Rompía en invierno D. Seráfico la monotonía de su empaque colgándose un inmenso *carrick* color ceniza, estrenado allá el sesenta y ocho, y una monumental bufanda de lana estampada, color de chocolate, fogueadas sus puntas por las chispas de cientos de pitillos y ribeteada de mugre en aquella parte que mayor roce tenía con el cuello y pelo de su no muy limpio poseedor.

Armonizaba con el traje la parte física del individuo; que era este D. Seráfico, aunque encogido de genio, largo de estatura, seco, avellanado, cargado de años y de espaldas, suelto de dedos y prieto de cabello; que en la mollera sólo tenía un mechoncito de pelo coquetonamente desparramado para mejor disimular la calvicie: las narices eran acaballadas, los ojos castaños, sin expresión, el bigote hirsuto, á trechos rubio como el oro y canosa su tonalidad.

Os juro que el *café del Pueblo*, en donde lucía sus habilidades D. Seráfico, no le iba á la zaga á su pianista ni en la fecha ni en la facha, ni en lo pobre ni en lo estrafalario. A no ser por la muestra y por los mandiles, un si son no son blancos, de los camareros, mejor se creería cualquiera que aquello era taberna, mayormente en las noches de estío en que, abiertas puertas y ventanas y á la luz de una docena de mecheros de gas, gozábase del espectáculo de ver á los parroquianos – seis ó siete – en mangas de camisa jugando al *dominó:* los días de fiesta, unas cuantas familias de la vecindad – gente de plazuela con humos señoriles – daban algo de animación desde las ocho y media hasta las once ó poco más de la noche al malhadado cafetín: en el transcurso de estas horas entreteníase la dominguera concurrencia en chismorrear á su sabor, lánguidamente, los enredos del barrio, deleitándose con los acordes desacordados que D. Seráfico arrancaba al piano de los primitivos de cola que á su cargo tenía.

Bueno será advertir en honor á nuestro héroe que él sentía el arte de muy distinto modo á como lo ejecutaba: en sus mocedades abrigó ilusas esperanzas de conquistarse un nombre glorioso; pero una cosa es el sueño artístico y otra la prosaica realidad de la vida...

De niños, todos queremos ser obispos ó capitanes generales: no nos conformamos con menos, y luego resulta que, andando el tiempo, nos quedamos Pérez á secas, ó rancheros. Igual acontece en la juventud con el arte. Nos creemos con genio y bríos para llegar al pináculo, y poco á poco nos convencemos de que para genios nos falta tanto como nos sobra de fervoroso entusiasmo.

Esto le ocurrió á D. Seráfico.

Escribió miles de notas propias de su inspiración, y al fin de la jornada sólo logró gastar papel, tinta, petróleo, tiempo y paciencia: metióse á director de orquesta de un teatrillo por horas, y tan escandalosos fueron los *moros* de su dirección, que paró en maestro de murguistas.

La suerte siempre se le mostró adversa, y rodando, rodando, el que admiró las sublimidades de la música genial de Meyerbeer, Bethoven y Mozart dió con sus manos pecadoras en los teclados de cafés perdularios, en donde sólo eran admitidos por los ignaros oyentes el tango, la polca, el pasacalle, el *couplet* ó los motivos zarzueleros más en boga.

¡Maldita y perentoria necesidad! Por tres pesetas y una suculenta cena, compuesta de café y tostada entera embadurnada con el escobillón de la manteca, veíase obligado D. Seráfico á dar gusto al muy grosero del populacho; á pasarse la existencia – ¡y gracias no faltara! machacando las teclas amarillentas por el tiempo, esmaltadas por las quemaduras de los cigarros: sitios en donde lo selecto del divino arte era la bazofia musical callejera que repugnaba al delicado paladar del pianista.

Y aullidos se le antojaban á éste las muestras de impaciencia de la parroquia cuando al encarrilar su deseo tocaba algo clásico que á él le enajenaba en plácido éxtasis.

Necesariamente había que contentar á aquellos «bárbaros.» El amo, un gallegazo gruñón, murmuraba de que tales *finustiquerías* desagradaban á los que le proporcionaban el pan nuestro de cada día; y ante esta suprema razón, había que enmudecer y agarrarse al tanguito ó á la guaracha. ¡Mala bomba!..

Esto sí que producía delirante entusiasmo: los fulanos oyentes hacían la gracia de acompañar el numerito con bocas, pies y manos, con tenues silbidos, con repiqueteo de cucharillas y bastones, y al finalizar el número vociferaban:

– ¡Otra!.. ¡otra!.. ¡Que se repita!

Y quieras que no quieras, había que complacer al *pópulo* y repetir, barbotando un anatema, la audición tan del agrado del respetable público.

II

Cierta noche penetraron en el solitario café un señor ya entrado en edad y en carnes y una joven como de diez y ocho años, alta, esbelta, de rostro pálido ovalado, facciones correctas y ojos azules de mirar lánguido, casi soñoliento.

Sentáronse en uno de los divanes y pidieron café.

D. Seráfico, siempre atento á sorprender en un nuevo concurrente su grado de sensibilidad artística, experimentó una emoción como jamás pudo sentir al fijarse en el rostro de aquella niña que reflejaba un alma de exquisita ternura. ¡Bienaventurado don Seráfico!..

Afanoso, púsose á rebuscar entre las partituras polvorientas que había amontonadas sobre el piano la de *Los Hugonotes*... ¡Hacía tantos años que no despertaban sus dedos aquel *dúo* inmortal.

Hallada la partitura, la colocó mimosamente sobre el atrilito, hojeó unas cuantas páginas hasta tropezar con el *dúo* del cuarto acto, y dirigió una mirada de súplica á la joven, que atisbaba con curiosidad de niña los preliminares que empleaba D. Seráfico.

Afirmóse el pianista sobre el taburete, y con ademán solemne alzó la diestra y dejóla caer sobre el teclado.

No había duda: el desarrapado obrero musical era un genio. Sus manos recorrían ágilmente los trozos de marfil, y en el café vibraron las notas, ora enérgicas, ora tiernas, de la gran página meyerberiana, y palpitaba la armonía, que á torrentes brotaba de la caja, no sé qué de augusto y de inspirado, algo muy hermoso, muy humano, que despertaba en la mente ideas luminosas, que hacía cabalgar el pensamiento sobre las espléndidas mariposas de la fantasía.

De reojo atisbaba D. Seráfico el efecto que en el rostro de la joven producía la música: el tropel de sensaciones arrancadas á un temperamento exageradamente femenino: los ojos de la mujer iban animándose con rapidez: tuvieron el brillo del cielo diáfano inundado de sol... El cielo concluyó por tener lágrimas, igual que cuando la atmósfera se halla pletórica de burbujas acuosas y descarga el aguacero.

Aquella niña era una sensitiva: mientras el alma del artista, como una hechicera escondida en el piano, combinaba los sonidos más tiernos y armónicos, la imaginación de D. Seráfico borraba el pasado suyo, lleno de anhelos, de desilusiones, de tristezas y miserias: vida de un pobre diablo que no tuvo otro amor que para el pentagrama, y el pentagrama se portó con él desdeñoso, como mujer rica con pretendiente pobre... Fué siempre en su vida el bohemio que lleva en el pecho tesoros artísticos y se ve obligado á malgastarlos á troche y moche por un plato de lentejas.

Jamás tuvo el pianista emoción que le produjera mayor deleite que al ver un alma gemela á la suya, un alma que sabía llorar cuando en el lenguaje de lo inmortal hablaba el genio... La primera vez que le había ocurrido semejante bienandanza... ¡La única!... Y el buen hombre finalizó el *dúo* con dos lágrimas, que se estrellaron sobre las teclas y en las mismas se esparcieron agitadas por las vibraciones últimas del *dúo de Hugonotes.*

Con las manos aún detenidas en el teclado, quedóse mirando á su oyente – á ella sólo, – porque harto adivinada que el señor aquel que la acompañaba – tal vez su padre – era un burgués. Para la mayoría de éstos el arte es la esfinge muda

La niña, aún inundados los ojos de plácido llanto, aplaudía con sus manos de nácar, y sus ojos aguanosos enviaron al pobre pianista una mirada de agradecimiento.

Aquel segundo fué el único que D. Seráfico tuvo en la tierra de gran felicidad.

III

D. Seráfico, aun cuando tenga los ojos muy abiertos, sueña todavía con la simpática niña que le hizo bendecir su arte: la recuerda melancólicamente, y como pudiera hacerlo un enamorado, entorna los párpados para verla más á su sabor... Cuando tal ocurre, se siente dichoso, olvida sus infortunios y una sonrisa de místico arrobamiento inunda su rostro de ordinario sombrío.

En el café, siempre que la puerta de cristales se abre, al golpetazo que da al cerrarse, D. Seráfico dirige hacia tal sitio una mirada ansiosa.

– ¡No es ella!, murmura abatido al fijarse en el recién llegado.

En las horas en que el café permanece desierto, el artista se sienta al piano, llevado por una gran nostalgia, y toca con fervoroso entusiasmo el *dúo*... ¡siempre el *dúo*!.. Se lo dedica á la desconocida.

Y como si ella estuviese escuchándole, mira hacia el sitio que ocupara la noche aquella venturosa...

Al verle vacío, mueve tristemente la cabeza y suspira...

El dueño del café, que nota en su subordinado el afán de tocar siempre lo mismo, murmura con la grosería del amo:

– A este maestro le falta un tornillo... Voy á tener que enviarle á paseo, porque con sus musiquitas se me van los parroquianos... ¡Naturalmente, toca siempre unas cosas tan fúnebres!..

Y aprovechando el que no haya en el café otras personas que los mozos de servicio, le grita:

– ¡Por Dios, D. Seráfico!.. Aprenda usted algo nuevo y alegre... Eso gusta... ¡Nada de esas tonterías de ópera que usted toca!..

– ¡Imbécil!, replica con ira D. Seráfico mordiéndose los labios hasta hacerse sangre y envolviendo al tiranuelo en una mirada de soberano desprecio...

Alejandro Larrubiera

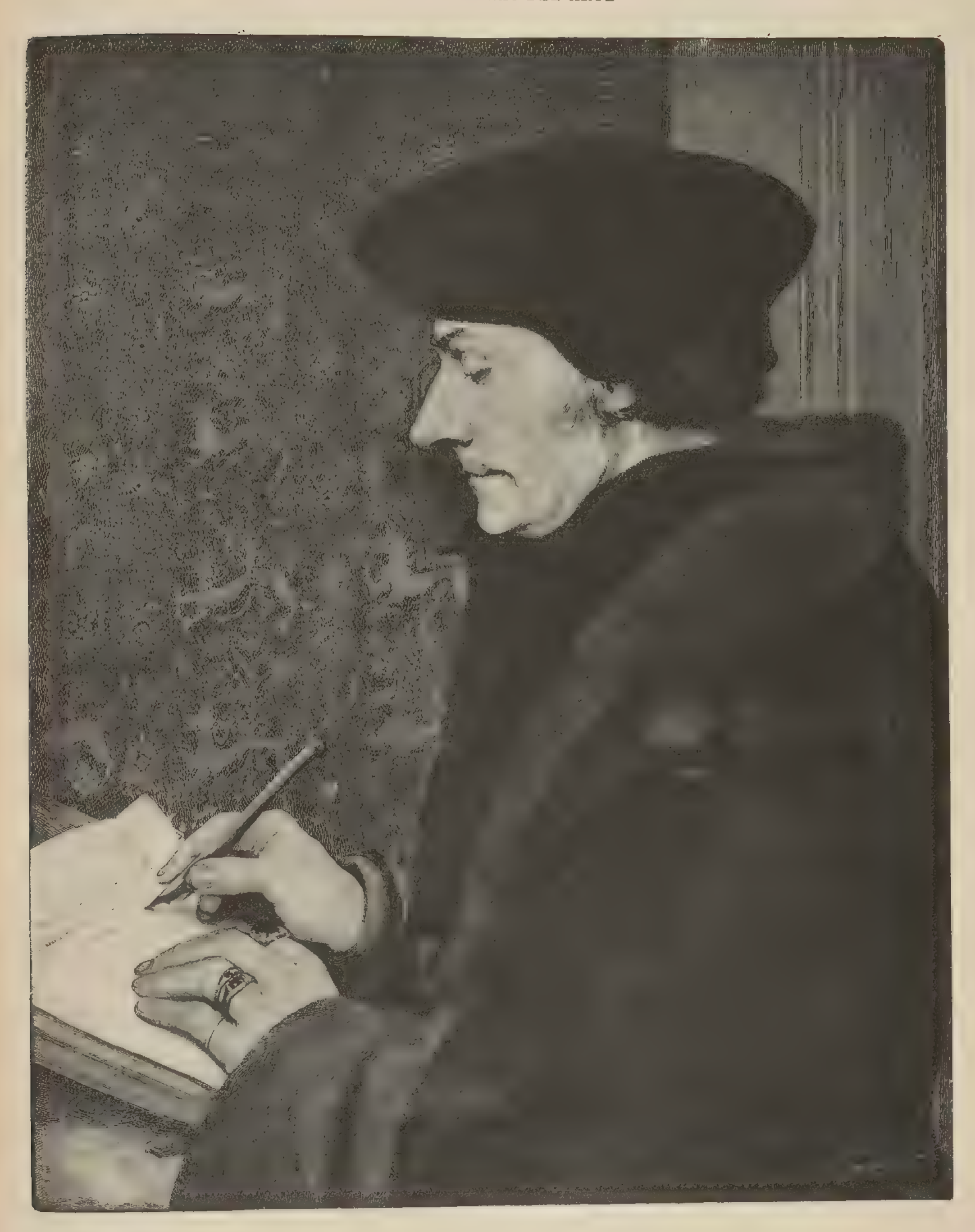
VERDADES Y MENTIRAS

En mi último artículo correspondiente á esta sección, donde emito mis juicios respecto de cuanto tiene más ó menos directamente relación con el arte, me ocupaba del decreto del Sr. Groizard, en el que reforma las enseñanzas de la Escuela central de Artes y Oficios, y emitía mi parecer, dejando para estudiar detenidamente en otra ocasión aquellos inconvenientes que ofrece, así en la práctica como en la influencia educativa, la creación de talleres oficiales. Hoy, como hace dos años, pienso respecto del particular lo mismo, con el aditamento de que hoy la observación ha hecho en mí más sólido el convencimiento de la inutilidad de los talleres que el señor ministro de Fomento y con el ministro bastantes profesores y gentes más ó menos entendidas pretenden establecer.

Como hace dos años, voy á exponer razones en contra de las enseñanzas prácticas en las Escuelas de Artes y Oficios por lo que se refiere á la totalidad del aprendizaje de un oficio; porque entiendo que es de suma gravedad y de interés enorme cuanto se refiere á la vida industrial de la nación.

He dicho en mi anterior artículo «Verdades y mentiras» que uno de los vicios de que se resiente el decreto de reorganización de la Escuela de Artes y Oficios de esta corte, vicio que anula en gran parte las bondades que indudablemente avaloran la obra del Sr. Groizard, es el tender á centralizar las enseñanzas todas en la central. Otra de las equivocaciones graves, con perdón de muchos catedráticos, es la de crear *maquinistas y peritos electricistas*.

O he perdido los memoriales ó estos dos títulos significan algo más que un oficio mecánico cualquiera; y realmente con las enseñanzas que reciban los que á tales títulos aspiren no llegarán nunca á ser nada. Las clases orales solamente, de absoluta necesidad para esos peritos, ofrecen una deficiencia de tiempo y de enseñanza indiscutible é innegable; por ejemplo, las de elementos de física y química, nociones de mecánica y la de principios del arte de construcción debían ser prácticas. Pero ¿son bastantes estas enseñanzas? Creo que no. Los problemas que están llamados á resolver en la práctica de sus oficios no son de esos que la rutina resuelve siempre; y no resolviéndolos la rutina, claro está que para obtener un grado superior de conocimientos científico-industriales precisan los peritos, así electricistas como maquinistas, más amplitud en los estudios teóricos y mucha mayor en los prácticos. ¿Debe el Esta-



ERASMO, cuadro de Holbein

do montar talleres y galerías de máquinas para esto? Ya contestaré más adelante. Comienzo por el principio.

* * *

He declarado la guerra á las enseñanzas prácticas de los oficios, por razones que algunas hace tiempo he expuesto en estas columnas: hoy vuelvo á repetirlas. He dicho que deben suprimirse las clases prácticas, por ejemplo las de cerrajería artística, broncista, cincelado y repujado, carpintería y ebanistería, incrustaciones en madera, flores artificiales, modelado de pequeños objetos y la sección donde se *hacen* maquinistas y electricistas. Las razones para proponer estas supresiones son tan claras y de tanto peso, que no sé cómo no se les han ocurrido á cuantos hayan podido ilustrar al señor ministro de Fomento para la reorganización de la Central de Artes y Oficios.

Las enseñanzas en las Escuelas de Artes y Oficios no pueden ni deben ser sino *de aplicaciones artísticas y científicas* generales. Ni al Estado le está permitido, como hice notar hace algún tiempo en La Ilustración Artística y en *El Liberal*, hacer más en su patronato, por la imposibilidad legal y material de crear talleres y galerías de máquinas que puedan proporcionar al aprendiz la adquisición de los conocimientos prácticos y teóricos que requiere la industria moderna. Y aquí hago mías las razones que un ilustrado profesor de una de las Escuelas provinciales me expone en larga carta.

«Los talleres, dice el aludido profesor, en las Escuelas de Artes y Oficios son una pesadumbre enorme y además inútil para el Estado, puesto que los resultados habrán de ser siempre problemáticos; además de que aquella entidad (el Estado) no puede ni tiene para qué ser maestra en el mecanismo de los oficios en el taller y sí en los principios fundamentales. El Estado jamás podrá enseñar al aprendiz la economía del taller en grado tan alto y práctico como se la enseña el maestro más rudo ó el patrón menos inteligente.»

Las aplicaciones del dibujo, del modelado, del vaciado, del colorido, etc., como las de la física y química, nociones de mecánica, etc., son precisas, por cuanto, según queda dicho, no puede hoy el obrero circunscribir sus conocimientos á la práctica de los oficios y de las industrias, si ha de luchar en condiciones favorables en los mercados, donde el buen gusto y los adelantos de la física y de la química han señoreado la producción; pero de esto á que se hagan carpinteros y broncistas y maestros mecánicos, como se pretende, hay una distancia enorme.

¿No debe enseñarse el cincelado, el repujado, cuantos oficios, en fin, conciernen al mayor desarrollo de las artes suntuarias? Entiendo que sí; y para esto no necesita el Estado hacer los desembolsos copiosísimos á que obliga la creación de talleres y galerías de máquinas. La competencia sería una necesidad para llevar á cabo la enseñanza total práctica, en cual caso, ya he dicho en otra ocasión que tras la vulneración de los intereses de la industria privada vendría la plétora de producción sin consumo suficiente. A repujar y cincelar debe enseñarse en Toledo, en Eibar y en otros puntos donde estas industrias han alcanzado y gozado grande adelantamiento, y donde existen ya maquinarias, materiales y maestros. ¿No puede el aprendiz pagarse el aprendizaje por tener que salir de la corte? En ese caso el Estado puede recabar para el aprendiz una plaza en dichos establecimientos, pagándole sus estudios, como hace con los artistas pensionados, y como en las de éstos cobrarse en las obras que los aprendices ejecuten.

Lo mismo exactamente debiera hacerse con aquellos que, deseando alcanzar los títulos de *maquinista* y *electricista* en serio, hubiesen terminado sus estudios generales y elementales de aplicación, referentes al objeto. El Estado podía muy bien, en las fábricas que posee, ó bien en las de la industria privada, donde la maquinaria moderna se utiliza constantemente, colocar como aprendices, cual acontece en Bélgica y en Inglaterra, á los que hubiesen, como he dicho, terminado los citados estudios generales en las Escuelas de Artes y Oficios. El medio y modo de lograr esto no es ningún arco de iglesia.

A propósito de lo de establecer talleres donde se dé al alumno otra enseñanza que la que rebase de la de aplicación general artístico-científica, paréceme justo transcribir un párrafo del folleto titulado *Lo que deben ser las Escuelas de Artes y Oficios*, hace dos años escasos publicado por el ingeniero Sr. Gironi, ayudante numerario de la central de esta corte. Dice así: «Al que ha de dar nueva forma á la materia, en la industria manufacturera muy especialmente, debe enseñársele el arte gráfico en sus dos acepciones conocidas: en la *geométrica* para lograr la precisión de lo que ejecuta, y en la artística para que responda á la belleza plástica del producto elaborado, y nada más.» «No deben admitirse mañosas elucubraciones para demostrar artificiosamente que las enseñanzas en los talleres oficiales pueden conseguirse si los alumnos bien colocados ven ejecutar las labores de cada oficio á un buen maestro que sepa agrupar éstas en tipos determinados de trabajo, pues tal quimera cae por su base cuando se sabe que cada labor jamás puede llegar á dominarse, si no se practica para los fines económicos de la producción; es decir, si ha de tener precio en la competencia natural del trabajo.»

Esto por lo que se refiere á los oficios é industrias artísticas, que por lo que atañe á la enseñanza para *maquinistas* y *electricistas*, conductores de máquinas, etc., creo haber probado, aun cuando muy brevemente, lo inútil de establecimientos donde á una reciba el alumno la instrucción técnica y teórica indispensables, que le han de poner en condiciones de práctica suficiente para competir con ventaja con los que llevan largos años de labor diaria. Y á cuantos pretenden cohonestar aquel método de enseñanza con las economías que hoy se predican, baste decirles que hacer de un peón de albañil un oficial costaría al Estado de cuarenta á cincuenta mil pesetas.

* * *

Pero además de todo esto, aún hay algo en que el señor ministro de Fomento no fijó su atención y que, á mi entender, bien merecía la pena de ocuparse de ello. Me refiero á las enseñanzas inútiles. Son éstas las de *flores artificiales*, la de molado de *pequeños objetos* y otras por el estilo, entre las cuales, como acontece en alguna escuela provincial, se enseña el *planchado*.

Fúndanse los defensores de estas enseñanzas en que la mujer no puede, por serlo, asistir á las clases de dibujo y modelado del natural. La razón no puede ser más simple y ñoña, ni más distanciada del carácter de la pedagogía moderna. Yo he asistido á las clases de la Escuela superior de Bellas Artes, y en la de paisaje tuve el honor de que fueran condiscípulas mías señoritas, algunas de ellas de familias respetadísimas en la corte. En el Círculo de Bellas Artes, y hoy mismo en la citada Escuela superior, he visto que asisten á las clases de *natural* señoritas, también de familias respetables, sin que por esto haya padecido la reputación de las discípulas. Al Instituto, á las Universidades y á las clases de Clínica y de Anatomía asisten muchas señoritas, sin escándalo de nadie. No veo, pues, la razón para que se funden enseñanzas como las citadas, que tras de costarle el dinero al Estado, para nada sirven. Pues qué, ¿no existen clases de modelado y dibujo del natural? ¿Por qué, pues, no han de dibujar y modelar *grandes objetos* las mujeres, en lugar de modelar *pequeños objetos*? ¿No existen en la Central de Artes y Oficios clases de pintura decorativa sobre vidrio y cerámica? ¿Por qué, pues, no van á estas clases las mujeres?

No hablemos, no, de las reformas que el ministro de Fomento puede llevar todavía á cabo en las enseñanzas de artes y oficios que se dan en todas las escuelas del género que existen en España. Bastante más útiles y beneficiosas serían llevándolas á término con verdadero conocimiento de causa, que todos esos pujos de enseñanzas de alto vuelo que se pretenden establecer con los talleres. Por ejemplo, ahí tiene el Sr. Groizard, además de las señoritas apuntadas, las de la Escuelas de Gijón. ¿Qué enseñanzas creerán mis lectores que se dan allí con resultado sorprendente, como me decía un profesor de la citada escuela? Pues las siguientes: *Planchado, bisutería, albañilería, cantería*, prácticas todas.

En primer lugar, el planchado ni siquiera como oficio necesitado de enseñanza oficial puede considerarse, puesto que es labor doméstica, que tan sólo con la práctica puede aprenderse, careciendo de toda teoría, de toda regla, así en el orden artístico como en el científico. Todos sabemos que las mejores planchadoras, y así lo podrán reconocer cuantos hayan estado en nuestras Antillas, son las negras y las mulatas, precisamente las gentes menos aptas para toda clase de trabajos intelectuales. Y respecto de las prácticas de la albañilería y cantería, además de lo expuesto sobre el particular en lo que se refiere á la enseñanza de los oficios, debo añadir que hay diferencia enorme entre trazar modelitos de microscópico tamaño, como los que he visto en la citada Escuela de Gijón, y labrar, desbastar y desarrollar figuras geométricas en grandes bloques, y trazar y combinar ornamentación en fachadas y habitaciones.

Porque hay que desengañarse, hay que dejarse de sueños y quimeras, que la realidad se encarga, al cabo, de desvanecer, con gran quebranto del erario público y de la educación del obrero: en los talleres de las Escuelas de Artes y Oficios no se van á erigir monumentos, ni palacios, ni á hacer mueblajes, ni á construir maquinarias, bien para barcos, bien para ferrocarriles, bien para fábricas; y de no construirse todo esto, lo de trazar modelitos y la carabina de Ambrosio colgada de un palo es todo uno.

Esto es lo que pienso respecto de la indicación que en el magnífico preámbulo del decreto de organización de las enseñanzas de la Central se refiere á la implantación de talleres. Por lo demás, no puedo menos de aplaudir, como ya lo he hecho, que el Sr. Groizard entienda que deben dirigirse todos los esfuerzos, bien á levantar de su postración á varias industrias artísticas, genuinamente españolas, bien á resucitar otras, que por complejos motivos, casi todos políticos, han muerto. Estoy, sí, enteramente conforme con esta buena disposición del Sr. Groizard, tanto como disconforme en lo tocante á lo de los talleres oficiales. Porque no es de la organización que en Francia, Italia, Bélgica, Alemania é Inglaterra tienen las citadas escuelas de donde debemos tomar ni una coma para la reorganización de las enseñanzas en las Escuelas de Artes y Oficios de España; hay tanta diferencia y tan esencial entre el medio intelectivo, el histórico, el etnográfico, el geológico, etcétera, de aquellas naciones y el nuestro, que es imposible toda imitación, so pena de un fracaso.

Algo es algo, y el Sr. Groizard ha hecho bastante reformando las enseñanzas artísticas con la educación del sentimiento por medio de la estética y de la historia de las artes industriales. Aunque no fuese más que por esto y por la creación de la cátedra de aplicaciones decorativas, rompiendo así el rutinarismo de la copia, que no dejaba jamás al discípulo medio para desenvolver su imaginación creando y aplicando motivos de decoración, bien merece el ministro un aplauso sincero. Como lo merece también por haber llevado á la segunda enseñanza un principio educativo tan grande como el de la asignatura de nociones de estética y teoría del arte; pues al presente, bien necesita templarse el positivismo científico, en cuanto este positivismo no reconoce el arte como fuente de cultura y *alma mater* de inspiraciones y aspiraciones en busca de una suma siempre mayor de verdades, que hasta el presente tan sólo alcanzó á indicar por presentimiento esa entidad que tildan de entretenimiento de razas inferiores los espíritus neuróticos del desequilibrado determinismo de los Max Nordau y de los que atienden únicamente á juzgar el hecho por el hecho en sí

R. Balsa de la Vega



Una sección de artillería china (de fotografía). – Como en distintas ocasiones hemos hablado del ejército chino, nada diremos acerca de la sección de artillería que nuestro grabado reproduce, limitándonos á consignar que esta arma, que se consideraba como la mejor organizada del Celeste Imperio, no ha correspondido en las batallas hasta ahora libradas contra los japoneses á lo que de ella se decía antes de que comenzara la guerra.

Erasmo, retrato de Holbein. – Los retratos de Holbein, de ese gran pintor suizo á quien tanto distinguieron Enrique VIII de Inglaterra y las principales familias del reino, son de una belleza perfecta y se recomiendan por su colorido fresco y vigoroso, por su actitud natural y por la riqueza y exactitud de los detalles, cualidades todas que se evidencian en el del famoso letrado y filósofo holandés que publicamos y que se conserva en el Museo del Louvre, en donde se guardan la célebre *Adoración de los magos* y los retratos de Tomás Moro, de Cromwell, de Ana de Cléveris y de la condesa de Pembrocke. Holbein tenía la particularidad de pintar con la misma perfección con ambas manos, y sus obras muy numerosas son todas casi de mérito igual.

El tsar Nicolás II Alejandrovitch de Rusia y su prometida la princesa Alicia de Hesse. – Después de varias alternativas que por unos días hicieron concebir ciertas esperanzas de curación, la terrible enfermedad que hace algún tiempo venía sufriendo Alejandro III ha tenido fatal desenlace. La muerte del tsar ha ceñido la corona del poderoso imperio ruso en las sienes de su primogénito, Nicolás II Alejandrovitch, que cuenta en la actualidad ventiséis años. El joven soberano es de simpática presencia, y su educación, por lo vasta y esmerada, corresponde al elevado puesto que hoy ocupa: hace poco hizo á Oriente un largo viaje de estudio, y á su regreso de aquellos pintorescos países, de donde trajo innumerables objetos de gran valía científica y de no escaso valor extrínseco, publicó una obra interesantísima, en la que consignó sus impresiones y los frutos de su excursión.

Desde hace algún tiempo estaba proyectado su matrimonio con la princesa Alicia de Hesse, la cual desde que el estado del difunto Alejandro III inspiró serios cuidados se encuentra en Rusia al lado de la familia del que ha de ser su esposo, habien-



El tsar Nicolás II Alejandrovitch de Rusia y su prometida la princesa Alicia de Hesse

(de fotografías de W. y D. Downey)

do ya abjurado de su religión y abrazado la cismática griega, como ceremonia previa de su boda. La princesa Alicia nació en Darmstadt en 6 de junio de 1872: sus padres, el gran duque Luis IV, y Alicia, princesa de Gran Bretaña é Irlanda, murieron respectivamente en 13 de marzo de 1892 y 14 de diciembre de 1878. Es una joven amable, simpática y dotada de una educación excelente: sus virtudes y su firmeza de carácter permiten asegurar que sabrá compartir dignamente con su esposo el trono de Rusia. Alicia es la segunda princesa hessese que se casa con un soberano ruso: la primera fué la abuela del actual tsar, la princesa María, hija del gran duque Luis II, que se casó en 1841 con el que fué después Alejandro II.

Livadia (Crimea) quinta en donde ha fallecido Alejandro III (de fotografía). – Livadia, la última residencia de Alejandro III, es una quinta sencilla que domina un extenso parque al través de cuyos corpulentos árboles divísase el mar Negro. Multitud de enredaderas trepan por las paredes de este pequeño palacio, alrededor del cual extiéndese un hermoso jardín de invierno. En la planta baja están los salones de recepción y en el primer piso hay las habitaciones del emperador y de la emperatriz: ésta se ha reservado un *chalet* construído á mil metros debajo de Livadia, en donde pasa los días de los grandes calores. En el parque hállanse situadas distintas dependencias, tales como alojamientos para los oficiales, cuarteles, escuelas, salón de conciertos, etc. En una palabra, Livadia es una de las residencias más apacibles que la familia imperial posee en los territorios meridionales de su Estado.

Un bautizo, cuadro de Alejandro Bezzos. – Interesante como todos los que representan costumbres típicas populares es el lienzo de Bezzos, cuyo asunto está tomado sin duda de alguno de esos pueblos del Mediodía de Italia, en donde se conservan piadosamente tantas y tan poéticas tradiciones. En él el artista, además de haber elegido con sumo acierto el tema, ha sabido desarrollarlo con notable habilidad,



Livadia (Crimea), quinta en donde ha fallecido el emperador Alejandro III (de una fotografía)



UN BAUTIZO, cuadro de Alejandro Bezzos



LOS DESTERRADOS EN SIBERIA ENTONANDO EL CANTO DE LA PATRIA, cuadro de Vladimiro Schereschewsky



FAENAS CAMPESTRES, cuadro de H. H. La Thangue

presentándonos un cuadro que, en medio de su sencillez, contiene innumerables bellezas técnicas que revelan la mano de un maestro.

Los desterrados en Siberia entonando el canto de la patria, cuadro de Vladimiro Scherechewsky.-Aunque residente hace tiempo en Munich, el célebre pintor ruso Scherechewsky conserva vivo y en toda su intensidad el amor á su patria, á la que consagra sus recuerdos buscando en ella inspiración para sus cuadros. Dos ó tres años atrás presentó en la exposición municipal *Desterrados á Siberia* que reprodujimos en el número 623 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el año pasado, en el actual uno titulado *Morituri* y el que hoy publicamos, los cuales forman juntos un ciclo resumido de la vida miserable de los infelices condenados al destierro en aquellas inhospitalarias regiones. A pesar de que la idea fundamental dominante en estas obras es una protesta muda contra el bárbaro régimen penitenciario ruso, no busca el pintor en ellas el efecto terrorífico, no persigue fines políticos; trata únicamente de producir la emoción estética por medio de temas que lleguen directamente al corazón. Su mejor elogio, dejando á un lado las incondicionales alabanzas que la ejecución merece, puede sintetizarse haciendo notar que los cuadros de Scherechewsky, no tanto engendran sentimientos de odio contra los opresores, cuanto mueven á compasión hacia los desdichados oprimidos.

Faenas campestres, cuadro de H. H. La Thangue. – Entre las varias asociaciones artísticas importantes de Inglaterra ocupa lugar muy distinguido el *Arcadian Art Club* de Bradford, fundado en 1886 por ocho ó diez artistas de aquella ciudad y presidido desde su fundación por el ilustre pintor La Thangue. La influencia que con sus exposiciones anuales ha ejercido es grande, y hoy cuentan los pintores de Bradford con un público inteligente y una clientela numerosa que adquiere á buenos precios sus obras. En la exposición de este año llamó la atención el cuadro de La Thangue que reproducimos, en el que se admiran esas bellezas que sólo el pincel de un maestro logra producir: así la figura, como el paisaje, como las dos vacas que en el fondo pacen tranquilamente están arrancados de la misma naturaleza, y el conjunto por su verdad y por su poesía puede estimarse como un modelo en el género de pintura ruralista.

Pandora, cuadro de Rossetti. – Pandora y su célebre caja han dado asunto para innumerables cuadros y estatuas, en los cuales el artista, dejándose llevar por su imaginación, ha trazado más ó menos fantásticamente la figura de la primera mujer modelada por Vulcano, al decir de la fábula. El notable pintor inglés Rossetti, al figurar en el lienzo á la esposa de Epimeteo en el momento de abrir la caja que contenía todos los males «menos la curiosidad,» según hace observar un crítico, pues de haber estado ésta encerrada, Pandora no habría abierto el fatal recipiente, ha dado al rostro de la figura la expresión conveniente en aquel decisivo acto, aunque modificando el resto en su conjunto con arreglo al gusto dominante en la moderna escuela inglesa.

Cabezas del Niño Jesús y de ángel, del cuadro *La Virgen de las Rocas*, de Leonardo de Vinci. – La cuestión surgida entre el Museo del Louvre y la Galería Nacional de Londres, de que más adelante nos ocupamos, y que ha sido dirimida en favor del primero, da cierto carácter de actualidad á la famosa obra del no menos famoso pintor italiano. Por esto hemos creído oportuno reproducir los dos bellos fragmentos de dicho cuadro que sirven de epígrafe á este párrafo, y en los cuales hasta el más profano reconocerá el inteligente y vigoroso toque del autor de *La Cena*.

Gamo atacado por un águila, grupo en yeso de José Campeny (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina). – Conocida es de nuestros habituales lectores la personalidad artística de este discreto cuanto laborioso escultor catalán, puesto que varias veces hemos reproducido en estas páginas algunas de sus más geniales obras. Esta circunstancia nos aconseja hoy no exponer nuestro juicio, limitándonos únicamente á llamar la atención acerca del precioso grupo representando un gamo atacado por un águila, por considerarlo como una de las obras más recomendables de José Campeny, pues no sólo merece plácemes y aplauso por ser un acabado estudio del natural, sino que el artista ha sabido prestarle el interés, la vida y la acción. Así debió comprenderlo el jurado de la última Exposición de Bellas Artes al otorgarle un premio, que reviste mayor importancia, por cuanto lleva consigo la adquisición por la corporación municipal con destino al Museo de Bellas Artes.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – MUNICH. – Por orden del emperador de Alemania se levantarán delante del edificio que contiene la galería Schack dos mástiles monumentales, de diez metros de altura, coronados por el águila imperial y colocados sobre pedestales de bronce, cuya ejecución ha sido confiada al arquitecto Seidl y al escultor Waderé.

BERLIN. – Los salones artísticos berlineses han inaugurado sus exposiciones: en el de Schulte se admiran, entre otros, una *Fiesta de primavera*, de Alma Tadema; un *Paisaje de otoño*, de Bocklin, y varios cuadros notabilísimos de Fortuny, Pradilla, J. Benlliure, Gallegos, Fabrés, Rosa Bonheur, Lenbach y otros.



PANDORA, cuadro de Rossetti

ALSACIA. – Pronto se inaugurarán en Alsacia cuatro monumentos dedicados á otros tantos alsacianos ilustres: uno al escritor y político Carlos Grad, costeado por alsacianos, franceses y alemanes, que se ejecutará en París y se erigirá en Turkheim; otro en Kolmar, dedicado al físico Adolfo Hirn y modelado en París por Bartholdi, y en Estrassburgo uno á Víctor Nessler y otro á la familia de poetas Stober.

KARLSRUHE. – Con destino á la Galería de Bellas Artes se han comprado en el espacio de un año gran número de obras artísticas, entre las cuales merecen singular mención *Mañana de mayo*, de Baisch; *Incendio en una aldea*, de Bokelmann; *Retrato del emperador Guillermo II*, de Fernando Keller; *Santa Cecilia*, de W. Wolz, un paisaje escocés de H. Gude, cuadros de escenas animales de Roux, Deiker, Jutz y Frey, paisajes de Boehme, Fahrbach, P. de Ravenstein y Riedmuller, cuadros de género de Emele y Eberle y el grupo escultórico de Bermann *Edipo resolviendo el enigma propuesto por la Esfinge*.

LEIPZIG. – El pintor Sinding ha terminado los trabajos preparativos del panorama de la batalla de Leipzig que pintará en el edificio destinado en aquella ciudad á esta clase de instalaciones. La pintura ocupará una superficie de 2.000 metros cuadrados y su coste será de 187.500 pesetas.

LONDRES. – El año que viene se celebrará probablemente una exposición de obras de arte y antigüedades cristianas, debida á la iniciativa del cardenal arzobispo Vaughan. El comité constituído para fomentar y llevar á cabo el proyecto, ha conseguido interesar en esta exposición al Papa, á varios soberanos extranjeros, conventos y particulares, lo cual permite asegurar que los objetos expuestos serán tan numerosos como interesantes. La exposición se verificará en Westminster y comprenderá, comenzando por los restos del arte romano cristiano, cuadros, monedas, esculturas, manuscritos, libros, bordados, ornamentos religiosos, etc., de todos los siglos y países.

PARÍS. – La cuestión hace tiempo pendiente entre el Louvre y la Galería Nacional de Londres acerca de cuál de los dos ejemplares de *La Virgen de las Rocas* de Leonardo de Vinci es el original, parece haberse resuelto en favor del museo parisiense. En efecto, se ha encontrado un memorial dirigido por Leonardo de Vinci y Gian Ambroggio de Predis al duque de Milán, en el que los dos pintores se quejan de que los monjes franciscanos de aquella ciudad sólo quieren pagarles por la Madona por encargo suyo pintada 25 ducados en vez de los 100 convenidos. El duque decidió que los pintores conservaran el original y entregaran una copia á los monjes; y como el cuadro existente en el Louvre fué adquirido por éste mucho antes que el de Londres, el cual procedía de la iglesia de aquel convento, de aquí que parezca evidente que el primero sea el original y el último la copia que por mandato del duque mandaron sacar en su taller los pintores.

Teatros. – En el teatro de la Opera de Budapest se ha cantado con gran éxito la ópera de Massenet *La Navarraise*, que se estrenó durante el último verano en Londres. En breve se cantará también en la Ópera de Viena.

París. – Se han estrenado con éxito: en los Bouffes du Nord *L'empereur Napoleón*, drama épico en doce cuadros de Carlos Granmougin, que es una exposición de la epopeya imperial en escenas pintorescas, algunas de las cuales, como la del divorcio, la retirada de Rusia y la entrevista de Napoleón y el Papa, tienen gran interés dramático; en el Ambigu-Comique *Fee Printemps*, drama en ocho cuadros de Julio Mary, de argumento interesantísimo y abundante en escenas de gran fuerza dramática y en situaciones de extraordinario efecto, que hacen de la obra un verdadero melodrama; en el Odeón *Bertrande*, delicada comedia en un acto de Enrique de Noussane, y *Fiancée*, drama en cuatro actos de Daniel Lesueur; en Dejazet *L'infame de Claude*, parodia de la conocida comedia *La femme de Claude*, escrita en forma de revista y con bastante gracia por M. Buguet, y *Flagrant delit*, comedia bufa en tres actos de Decrancey; en los Bouffes Parisiens *L'enlevement de Toledad*, opereta en tres actos, cuyo libro, de Fabricio Carré, recuerda ciertos episodios de la Exposición universal de París y está escrito con mucha gracia, y cuya música, del maestro Audrán, es alegre y agradable, como toda la que escribe el popular compositor; y en la Gaité la ópera cómica en cuatro actos *Rip*, reformada por sus autores Meilhac y Gille y el maestro Planquette.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Servicio obligatorio*, comedia en tres actos, arreglo del Sr. Pina y Domínguez del vaudeville francés *Champignol malgré lui*, que tan celebrado fué en París durante la anterior temporada; en Lara *La joven América*, juguete en un acto, refundición de la comedia en dos actos *Madapolán, hermanos*, de los señores Taboada y González Llana; en Martín *Calar un novio*, graciosísimo juguete en un acto de los Sres. Perrín y Palacios; en Apolo *San Antonio de la Florida*, bonito cuadro de costumbres populares del tiempo de Fernando VII, cuyo libro, de acción sencilla y abundante en chistes, es del conocido escritor Eusebio Sierra, y cuya música del maestro Albéniz abunda en bellísimas melodías, está admirablemense instrumentada y contiene algunos números de carácter verdaderamente español; y en Romea *El tío Morrión ó la caja de sorpresas*, letra del Sr. Fernández de la Puente y música del maestro Chalons. El teatro Real ha abierto sus puertas, habiéndose cantado en la noche del estreno *Otelo*, de Verdi, en cuya ejecución alcanzaron muchos aplausos la señora Tetrazzini y el Sr. Menotti y sobre todo el director de orquesta, maestro Mugnone. En la Princesa actúa la compañía dirigida por María Guerrero y Ricardo Calvo. En Parish hacen las delicias del público Rosell, Ruiz de Arana, Leocadia Alba y la Segura, que además de las comedias más aplaudidas del repertorio moderno se proponen reproducir algunas zarzuelas, como *Genoveva de Bravante*, *La vuelta al mundo*, *Los sobrinos del capitán Grant*, etc.

Barcelona. – En el Principal la aplaudida compañía que dirige María A. Tubau ha estrenado con muy buen éxito *Las ideas de la señora Aubray*, bonita comedia en cuatro actos de Dumas, hijo, arreglada al español por el Sr. López Guijarro, y *Sergio Panine*, interesante comedia en cinco actos, tomada de la preciosa novela del mismo título de Jorge Ohnet. En el Eldorado ha sido recibida con gran aplauso la graciosa comedia en dos actos de Ramos Carrión y Vital Aza, titulada *Zaragüeta*. En Novedades se ha estrenado con buen éxito una comedia en tres actos, arreglo del francés por J. Ayné Ravell, titulada *Cada casa es un mon*.

Necrología. – Han fallecido:

Alberto Gili, célebre grabador italiano, director del Real Instituto de grabado de Roma.

Nataniel Pringsheim, famoso botánico alemán, muy conocido por sus notables trabajos sobre fisiología vegetal.

Norberto Goeneutte, dibujante y pintor francés, uno de los más celebrados artistas del Salón del Campo de Marte.

Olives Wendell Holmes, notable poeta y escritor norteamericano.

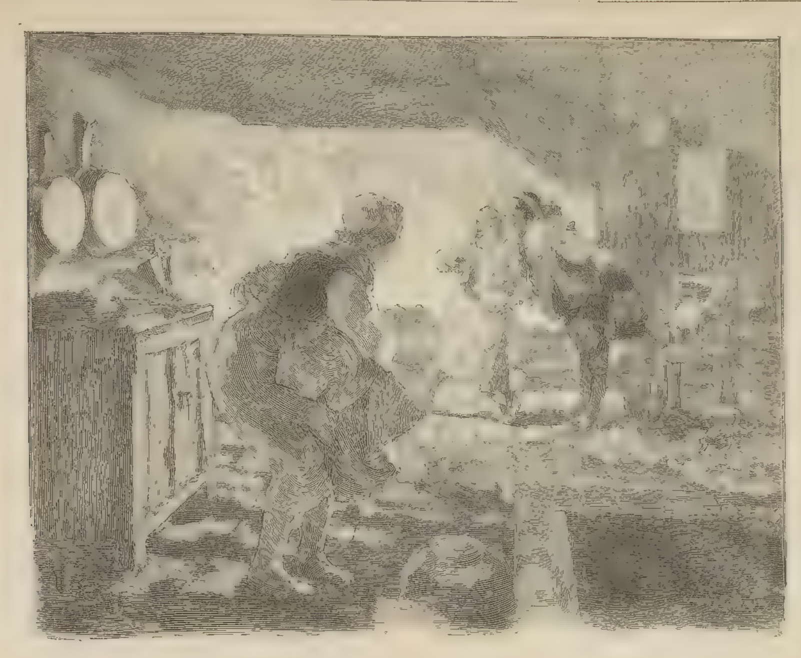


CABEZA DEL NIÑO JESÚS, fragmento del cuadro La Virgen de las Rocas, de Leonardo de Vinci, que se conserva en el Louvre.



CABEZA DE ÁNGEL, fragmento del cuadro La Virgen de las Rocas que se conserva en el Louvre

Guillermo Moon, inventor del sistema de su nombre de signos de escritura para los ciegos, que se emplea en 476 idiomas y dialectos.



¡Trato hecho! Aquí van los besos

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS.—ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

VIII

DONDE POISSÓN REPRESENTA UNA COMEDIA

Mientras Fleurbaix cuidaba de Aurora, á Poissón se le había ocurrido un singular proyecto. La aventura le interesaba, pero le placía mucho más conocer su desenlace. Para ello era necesario proseguirla. ¿Cómo? Nada tan sencillo. ¿No tenía, en la persona de Caldegás, todos los hilos de la trama? Pues bastaba servirse de ellos como conductores, hasta remontar á la mano que movía tales muñecos. Todo esto era aún del dominio de la comedia. «¡Somos ó no somos autores dramáticos!» se decía. Era llegado el caso de mostrar un poco de inventiva. A Poissón se le ocurrió una observación elemental. ¿No era Aurora la perseguida? Pues lo que convenía era sustituir á Aurora y continuar el viaje. Pero el papel de doncella, que Raimundo se disponía á representar, ofrecía inconveniente análogo al del *Amante indiscreto:* faltaba la ropa de mujer.

–¡Ropa de mujer!, se decía Raimundo echando los ojos á las mozas de la posada. ¡Pues ahí tenemos dos, que bien pueden servirme! Vamos á ver, chicuela, déjame tu falda. ¡Y tú, buena moza, quítate el corsé! No habéis de perder en hermosura por andar un poco más ligeras, y en cambio yo sé quién parecerá más lindo tapándose un poco!.. ¡No digas que no, ea!.. Por una prenda de fustán, te daré otra de gro de Tours. Y á ti... ¿cómo te llamas? ¿Fauchón? Pues, bueno, preciosa Fauchón, á ti te doy un par de besos y una cruz de oro para adornar tu seno incitante...; ¡Trato hecho! Aquí van los besos... Vaya..., ya reiréis cuando sepáis en qué paró la cosa!.. Pero yo no os lo diré hasta la vuelta, por la sencilla razón de que ahora tampoco sé nada.

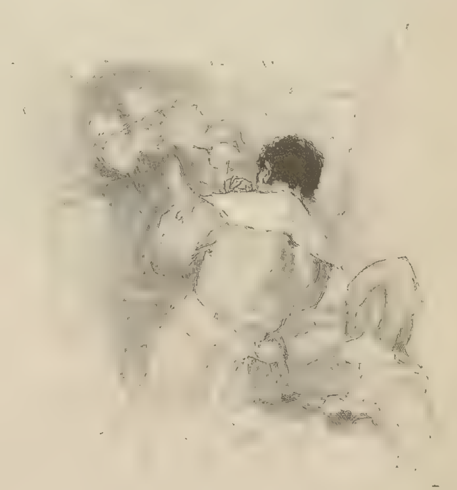
Durante esta charla, ayudaba á las mozas á desnudarse. Y éstas, que eran muy bonachonas, le dejaban hacer, riéndose como unas benditas. Una vez se hubo apoderado de aquellos desechos, confió Pochelú al hostelero y bajó á Caldegás al interior del coche, le sentó en la banqueta y dijo al postillón:

–¡Andando!

¡El coche partió!

Raimundo, á solas con Caldegás, hablóle á corta diferencia en los siguientes términos:

–Camarada, te has dejado coger, esto es lo cierto; pero mira, conviene que sepas que yo no te tengo mala voluntad, ni ojeriza alguna. Soy buen muchacho, y si me sirves bien, te soltaré. Ya ves que estos no son malos tratos. Bueno: pues óyeme: desde luego, quiero que me lleves adonde ibais con la señorita Vallombreuse... Ahora debo añadir que no me inspiras ninguna confianza, por lo cual he tomado esta daga que ves. ¿Te enteras? Es la de mi amigo, y si por casualidad te extravías, ó me tiendes un lazo, antes de caer en él, te atravieso. Conque



¿Quieres obedecerme, ó prefieres trabar conocimiento con esta hoja?

decide, porque yo no quiero atormentarte. ¿Quieres obedecerme, ó prefieres trabar conocimiento con esta hoja, que sin duda es de Toledo, como todas las buenas hojas?

Y para dar mayor fuerza á sus razones, Poissón amenazaba con el arma al pobre Caldegás, atado y estremecido de miedo.

– Juro por Dios y su Santísima Madre y toda la corte celestial que os serviré en todo, dijo el bandido.

– Entonces, ¿adónde vamos?

– Al castillo de Roquesante en Iveline.

– Hay un conde de Roquesante, me parece.

– No lo sé.

– Sí; hay uno; por cierto que es feísimo... Él te ordenó...

– No, señor; fué una señora.

– ¿Una señora? ¿Cómo se llamaba?

– No lo sé.

Poissón miró de soslayo al bandido.

– No lo sé; os lo juro. Sólo conozco el color de su dinero y de sus ojos. Es una mujer rubia, joven y muy hermosa.

– En fin, repuso Poissón, ya sabremos si has dicho la verdad, porque vamos á verla. ¿Sin duda la encontraremos en el castillo?

– Allí me aguarda.

– Bueno, Caldegás; estoy contento de ti. Y para mostrarte mi satisfacción te voy á confiar un papel en una comedia que he inventado. Pero antes, permíteme observarte que tu porte deja mucho que desear. Con las mujeres hay que guardar ciertas formas, y no sería decente que te presentaras con semejante vestimenta. Vaya, dame tu sombrero, tu capa y tu ropilla.

– ¡Ah señor!.. Tengo las manos atadas.

– ¡Es verdad! Voy á desatarte, pero no olvides que conservo la daga.

– Os aseguro, señor, que no se me pasa por la cabeza resistir.

– Lo creo.

Poissón desató á Caldegás y obligóle á darle sus arreos de capitán.

– ¿Qué te parezco?, le preguntó, mientras se ponía sucesivamente las prendas



Lorenza, sorprendida, inquieta, abrió la portezuela del coche

de aquel arnés pintoresco y andrajoso. ¿No es verdad que tengo todo el aspecto de un canalla? Héteme vestido por completo, añadió, encasquetándose el sombrero de fieltro de Caldegás. Sin espejo, comprendo que he de tener malísima catadura, según me estás mirando. Has de saber, camarada, que no es esta la primera vez que me proveo de ropa pillándola al prójimo; aunque, si he de decirte la verdad, por regla general, la he elegido siempre en mejor estado... Pero ahora tú no puedes continuar en mangas de camisa. Mira, ponte esta falda y este corsé...

– Queréis que...

– Camarada, conmigo nadie se fastidia. Soy hombre travieso y alegre, y he tenido siempre mucha afición á los disfraces. Si quieres complacerme, no te niegues á secundar mi capricho. De lo contrario, reñiremos.

– Ya veo, señor, que sois un hombre muy divertido y muy terrible. Haré cuanto queráis; pero la falda me está un poco corta.

– En materia de faldas, las cortas son las mejores.

Poissón ayudó á Caldegás á disfrazarse, y una vez lo tuvo vestido, contempló su obra.

– No sienta muy bien el disfraz á tu género de hermosura...; pero, en fin,



Poissón desató á Caldegás y obligóle á darle sus arreos de capitán

échate en la cabeza esta mantilla española que la señorita ha olvidado muy oportunamente, tápate la barba entre las blondas, y estarás desconocido. Las piernas, un poco largas, ¡á fe mía!, las envolverás en la manta del caballo que voy á pedir al postillón.

Durante estos preparativos, el coche había hecho su camino, y después de haber pasado por Limours, llegaba ya á Bonnelles, de modo que los viajeros se iban acercando al castillo de Roquesante.

– Ahora, dijo Poissón á su compañero, hay que disponer los últimos toques de nuestra comedia. ¿Has comprendido lo que espero de ti?

– Un poco.

– Pues voy á completar mis instrucciones. Por ahora, carísimo bandido, tú representas, aunque indigno, á la encantadora señorita Aurora de Vallombreuse, personaje que no habla. Llevas dos horas de síncope, y esto, naturalmente, te dispensa de decir esta boca es mía, mientras yo esté presente. Después, ya tu ingenio natural te dictará las réplicas adecuadas á tu situación. Por de pronto, tiéndete con indolencia en el fondo del carruaje, porque no estaría bien visto que una dama de tus campanillas ocupara la banqueta y un canalla como yo se pavoneara en el sitio de honor. ¡Ahí te recoges en un rincón, con el rostro pegado al forro de terciopelo; y con mucha gracia, dejas que caiga la mantilla de modo que te tape las espaldas, ¡esas espaldas que no se acaban nunca! ¡Vaya unas espaldas! ¿No podrías procurarte otras?.. La manta la subes hasta las rodillas... Perfectamente, muy bien... Ahora, señorita, hágase su merced el muerto.

Bajaron el puente levadizo del castillo de Roquesante y la puerta se abrió al ruido del coche.

Contemplando de una ojeada el castillo, Poissón se estremeció un poco:

– ¡Vaya una fortaleza! Sé cómo entro, pero no sé cómo voy á salir.

Por fortuna para él, Lorenza, á quien importaba no meter en el secreto de sus proezas á la gente de la casa, aguardaba en pie, con la dueña y el conserje, junto á la primera poterna. A una seña de la dama, el coche se detuvo, y Poissón saltó á tierra y se colocó entre la condesa y la ventanilla del coche.

– Señora, la faena ha sido ruda, muy ruda, mucho más que la primera vez. El capitán está gravemente herido y Marmissolle tampoco salió bien librado...

Pero, en fin, hemos logrado lo que queríamos. La persona que aguardáis, y que he de entregaros á cambio de una cantidad...

A estas palabras, le pareció que en el fondo del coche alguien se removía; al bandido le sentaba muy mal que otro percibiese la prima, usurpando su lugar.

Poissón se volvió á él con viveza, y por debajo de la capa apuntó la daga al pecho de Caldegás.

-¡La pobre señorita está sin conocimiento hace ya más de una hora, muy atacada de los nervios y gimoteando: ¡parte el corazón!

Caldegás, amenazado con el afilado acero, comprendió lo que el otro quería y soltó un sordo gruñido.

-Yo ya he despachado, dijo Poissón volviéndose, y en cuanto la señora se sirva entregarme la cantidad que debe y que aguarda Caldegás...



Lorenza aguardaba en pie, con la dueña y el conserje, junto á la primera poterna

-Trae la bolsa, dijo Lorenza á la dueña.

-Aquí está, señora.

Mientras embolsaba el dinero, Poissón miró á la condesa de modo que no se le despintaran ya más sus características facciones, lo cual no había de ser difícil porque la extraordinaria hermosura de Lorenza era de las que se recuerdan siempre.

-Ahora, dijo Lorenza á Poissón, ayudadme á sacar del carruaje á la doncella.

-¡Lo siento mucho, señora!, respondió Raimundo; pero no tengo corazón para tanto. ¡La pobre muchacha me da compasión!.. Por otra parte, he cumplido mi encargo y los compañeros me están aguardando impacientes.

En un par de zancadas, salió del castillo; corriendo cuanto pudo, se refugió en la obscuridad de un bosque vecino, y para mayor seguridad se internó en él, renunciando á seguir el camino trillado.



En un par de zancadas salió del castillo

Lorenza, sorprendida, inquieta, abrió la portezuela del coche, cogió por el brazo á la persona que parecía desmayada, y al contemplarla á la claridad de la luz, retrocedió desesperada, viéndose de manos á boca con el rostro atezado y barbudo de Caldegás.

(Continuará)

LAS LOCOMOTORAS

CON PICO

La locomotora de vapor, que parecía haber logrado una perfección relativa, es actualmente objeto de útiles perfeccionamientos, y los ingenieros, modificando sus formas exteriores, procuran reducir al mínimo la resistencia no pequeña que el viento opone á las máquinas en movimiento.

En este orden de ideas, la compañía de París-Lyón-Mediterráneo ha dado una vez más un excelente ejemplo de iniciativa mandando construir cuarenta locomotoras provistas de superficies curvas, en forma de *cortaviento*, á las que, tomándolo de un término norteamericano, se denomina *locomotoras, de pico:* una de estas máquinas ha verificado interesantes ensayos, que han dado resultados excelentes.

El sistema consiste en proveer de máscaras verticales inclinadas á 45° sobre el eje de la vía todas las piezas cilíndricas y verticales que ofrecen especialmente resistencia á la acción del viento, tales como la chimenea, la caldera, la garita del maquinista, etc. Estas disposiciones serán aún objeto de nuevas mejoras cuando los experimentos cuidadosamente realizados indiquen en qué sentido ha de dirigirse este sistema de protección.

La idea de dotar á las locomotoras de superficies de menor resistencia en forma de prosa no es nueva: la había entrevito, según parece, desde un principio el ilustre Stephenson, ese genio de quien puede decirse que de una vez trazó todo el programa de las locomotoras más perfeccionadas hasta en sus menores detalles.

Y sin embargo, hase retardado durante mucho tiempo la aplicación de tales superficies, lo cual se explica, no porque se desdeñara tal progreso, sino porque la disposición de las piezas en forma de cortaviento sólp es realmente ventajosa para la realización de grandes velocidades; de aquí que haya sido olvidado en muchos años lo que hoy por necesidad se impone.

Conviene á este propósito recordar los experimentos hechos en 1887 por el ingeniero Ricour, experimentos que han definido y determinado la evolución que en estos momentos se verifica.

En 1890 practicó ensayos análogos M. Desdouits, ingeniero jefe de los ferrocarriles del Estado, poniendo en una máquina superficies de menor resistencia, y puesta á prueba la locomotora durante un período largo, ó sea en un recorrido total de 300.000 kilómetros, la economía de combustible fué de 6 á 8 por 100 y algunas veces de 12 por 100. Bueno es consignar, sin embargo, que el maquinista y el fogonero encargados de aquella máquina eran excelentes. La medición directa de las resistencias á la velocidad de marcha de 72 kilómetros por hora con un peso de arrastre de 120 toneladas, puso de manifiesto un beneficio de 9 á 10 por 100; pero aun admitiendo como término medio un beneficio de 4 á 5 por 100, como consecuencia del empleo de las superficies de menor resistencia, todavía es más de lo que pueden dar los sistemas de locomotoras Compound y otras cuyo uso, por otra parte, trae consigo grandes complicaciones de mecanismo y de funcionamiento.

M. Desdouits verificó también un experimento de otro género, muy curioso, que conviene referir: hizo marchar á la velocidad de 60 kilómetros por hora una locomotora enganchada á un tren; delante de ella y á una corta distancia corría libremente otra locomotora que la protegía. En estas condiciones la disminución de resistencia comprobada en la locomotora del tren fué de 275 kilogramos.

Estas diversas observaciones y los experimentos que hemos descrito permiten esperar que la compañía París-Lyón-Mediterráneo se felicitará de poner en circulación esas cuarenta locomotoras que tan justamente han excitado la pública curiosidad. Para formar los trenes muy rápidos que el porvenir nos reserva, faltará sólo emplear los largos vagones del modelo de vagones-restaurants y de vagones de circulación interior que hoy vemos en las principales líneas férreas. Convendrá, además, cerrar con una especie de biombos los intervalos entre vagón y vagón que permiten al viento obrar sobre las superficies planas de los coches en el sentido del movimiento y producir por ende efectos retardatorios en su marcha.

(De *La Nature*)



LA FURA TENA (HOMBRE Y MUJER)

Gran maravilla geológica, dibujo de Vizuete, de un croquis de José M.ª Gutiérrez de Alba

SECCIÓN AMERICANA

RECUERDOS DE COLOMBIA

LA FURA TENA (HOMBRE Y MUJER)

La república de Colombia, que se llamó Nuevo Reino de Granada mientras fué colonia española, es una de las regiones de nuestro globo donde parece que la naturaleza se ha complacido en acumular sus más portentosas maravillas.

Conteniendo en su territorio el gran nudo, donde la cordillera andina se divide en tres ramales, al terminar el extremo Norte de la América del Sur, ostenta en su relieve muchas montañas ignívomas, algunas de las cuales elevan sus crestas á más de 8.000 metros de altura, dejando escapar constantemente penachos de humo al través de su espeso manto de nieves eternas. Su territorio se halla surcado por caudalosos ríos, tributarios de las mayores corrientes del mundo, como el Orinoco y el Amazonas, y está cubierto de bosques seculares que producen espontáneamente el cacao, la zarzaparrilla, la quina y otras muchas plantas útiles, y preciosas maderas, como la caoba, el cedro y el ébano. Las llanuras extensas de su región oriental ofrecen, en apretadas capas, suculentas gramíneas que por sí solas pueden alimentar muchos millones de animales útiles, y en ellas pueden implantarse varios cultivos propios del clima con la seguridad de obtener muy grandes productos. Su riqueza mineralógica es tal, que, bien explotada, habría para satisfacer la ambición de los más codiciosos; y aquella tierra, bendita de Dios, donde se conservan más puros que en ninguna otra de nuestras antiguas colonias el carácter hidalgo y las costumbres caballerescas de nuestros mejores tiempos, está poblada de curiosidades geológicas que producen asombro, consistentes en monolitos colosales, en profundas y extrañas cavernas, en ríos que llevan en disolución cantidades enormes de ácido sulfúrico y en corrientes caudalosas que se precipitan desde alturas enormes, ofreciendo en su caída fuerzas gratuitas que más tarde aprovechará beneficiosamente el hombre.

Entre todas estas curiosidades hay una que llamaba poderosamente mi atención, que tal vez no ha sido conocida por los viajeros más notables que han visitado á Colombia, y que muy pocos de los mismos hijos del país han ido á admirar, por las grandes dificultades que oponen á su aproximación el clima insalubre, la aspereza del terreno y la falta absoluta de caminos.

Distínguese entre los naturales esta maravilla geológica con el nombre de Fura Tena, que en el lenguaje de los indígenas equivale á *hombre* y *mujer;* y en efecto, á cierta distancia, parece como que la naturaleza, por un capricho inexplicable, hubiera querido reproducir la forma humana, de un tamaño cien veces colosal, en las duras rocas de que está formado uno de los ramales de aquella imponente y elevadísima cordillera.

Mi deseo de visitar aquel monumento era intensísimo; y habiendo tenido que sufrir muy graves molestias para llegar hasta la antigua ciudad de los Muzos, hoy reducida á miserable aldea, á mi paso para las minas de esmeraldas tan justamente celebradas, caminando por trochas inverosímiles, llenas de atascaderos y de barrancos, donde se expone la vida á cada instante, á pesar del instinto y la agilidad de las mulas acostumbradas á caminar por aquellos derrumbaderos, aproveché la ocasión de hallarme cerca de la renombrada maravilla para dirigirme allá con mis compañeros, saliéndonos del mal llamado camino y tomando una trocha casi borrada en cuyos pasos más difíciles era preciso caminar á pie por evitar grandes peligros.

A la caída de la tarde llegamos cansados y hambrientos á una miserable choza habitada por una familia indígena, cuyas privaciones, unidas al clima mortífero de aquellos lugares, en que la humedad y el calor son excesivos y donde el aire se renueva con mucha dificultad por la configuración del terreno y lo elevado y tupido de los bosques, tenían convertidos á aquellos infelices seres en esqueletos ambulantes.

Allí pasamos la noche con indecible incomodidad once personas amontonadas en una choza estrecha, casi sin paredes, con el techo de paja agujereado por todas partes, amenazando ruina, y lo que es peor, lleno de insectos de varias especies.

Apenas fué de día y pudimos tomar un ligero desayuno, nos encaminamos á pie hacia la cuenca del río Minero, en cuyos bordes se levanta la gran maravilla geológica que deseábamos contemplar; y para llegar á un sitio á propósito tuvimos que andar más de tres horas, precedidos de un guía que iba abriéndonos paso entre la maleza á filo de machete.

El gran desnivel de los cerros que teníamos que atravesar, algunos de faldas casi verticales; el calor insufrible, que á las nueve de la mañana llegó á 32° del centígrado; el trabajo de ir desviando la maleza; el temor de encontrar alguno de los reptiles venenosos que por allí abundan, y el cuidado de conservar el equilibrio para no rodar hasta el fondo de algún horrible despeñadero, nos hicieron pasar horas muy amargas.

Por fin llegamos á un lugar casi desprovisto de árboles, á la orilla derecha del río, y se presentó á nuestros ojos un panorama que pagó en un momento con usura todas nuestras penalidades. A nuestros pies se deslizaba el ya caudaloso río Minero como una ancha cinta de plata. Sus aguas, casi siempre turbias, corren por allí con gran ruido y cubiertas de blanca espuma por la mucha inclinación del álveo, batiendo sin cesar una y otra orilla y desprendiendo algunas veces grandes peñones que van á aumentar las sinuosidades del fondo. A distancia de más de cien metros se levantaban las enormes masas de Fura Tena como una visión fantástica.

Fura ó el *hombre,* que ocupa la margen izquierda, consiste en una especie de pirámide que hasta cierto punto afecta la forma de un gigante descomunal, envuelto en un manto que lo cubre en sus dos terceras partes; el tercio inferior semeja una túnica de color más obscuro. La cúspide de la pirámide figura la cabeza, cubierta de un gorro ó casquete, piramidal también, y mide toda ella, según la comisión corográfica dirigida por el general Codazi, la enorme altura de 625 metros sobre el nivel del río; esto es, seis veces la altura de nuestras torres más elevadas.

La Tena ó *mujer* se alza en la orilla derecha y está separada en su base de la otra figura por la distancia de unos treinta metros, que es la anchura del río, formando entre ambas una especie de estrecho por donde las aguas se precipitan tumultuosas. Esta figura, que sólo mide 380 metros, afecta también la forma humana, y parece como una mujer sentada en la roca adyacente, apoyando el brazo derecho sobre un escudo proporcionado á su estatura, con manto

y túnica algo semejantes á los de su compañero y cubierta la cabeza con un casco romano. Ambas figuras parece que se apoyan en la inmensa mole de rocas que tienen á su espalda, y por un lado y otro se ven las empinadas faldas de otros cerros, no menos escarpados, que constituyen una región casi inabordable, llamada en el país el *otro mundo*, donde la tradición coloca riquezas inmensas, en minas de oro, que los indios salvajes sabían explotar y explotaban desde mucho antes del descubrimiento y conquista de aquellas tierras.

En vano quisimos acercarnos al lecho del río para apreciar en lo posible la formación geológica de sus orillas. La inclinación del suelo, por una parte, y los derrumbes, por otra, nos lo impidieron de una manera absoluta. Sólo pudimos colegir, por el terreno que pisábamos, por el aspecto de los cortes que se hallaban á menor distancia y por la semejanza con otros ya conocidos, que la parte superior se halla formada de capas de arcilla esquistosa, mezclada de arena, y que aquellas masas, que descansan sobre bases graníticas, se componen de estratos enormes de pizarra carbonífera, de conglomerado arenisco y de caliza muy compacta. Aquellas capas enormes no ofrecen todas igual densidad ni colocación simétrica: todo está allí trastornado y revuelto, y la discordancia es tal, que mientras que unas aparecen casi horizontales, en un corto espacio, otras buzan más ó menos en diferentes direcciones, otras están enteramente verticales, y muchas veces se hallan superpuestas en un lado rocas que á corta distancia ocupan lechos inferiores.

¿Cómo pudo formarse aquella abertura por donde pasa el río Minero? Sólo DIOS lo sabe. Lo cierto es que la *Fura Tena*, que se halla en el corazón de Colombia, á unos 140 kilómetros de la capital, es un monumento geológico de primer orden y una imponente maravilla, digna de la atención del viajero curioso y del estudio de los hombres de ciencia.

JOSÉ M.ª GUTIÉRREZ DE ALBA

(Extractado de mis *Impresiones de Viaje*, inéditas.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ENRIQUETA FABER, ensayo de novela histórica por *Andrés Clemente Vázquez*. – La heroína de esta novela histórica sobre asuntos cubanos es la célebre Enriqueta Faber que vestida de hombre estudió medicina en París, asistió como cirujano á las principales batallas de Napoleón I y fué después á Santiago de Cuba y Baracoa, en donde no sólo siguió figurando como hombre, sino que se casó con una señorita hija del país y de la mejor sociedad, por lo que fué procesada y condenada como sacrílega á la pena de diez años de reclusión, que luego se le conmutó por la de destierro. Enriqueta Faber terminó sus días siendo hermana de la Caridad en México. Este asunto tan novelesco, aunque rigurosamente histórico, está combinado con multitud de episodios interesantes en los cuales se estudia el período del primer imperio y se hacen desfilar ante los ojos del lector los personajes y los hechos más culminantes de la vida cubana durante la primera mitad del siglo. El autor de *Enriqueta Faber* está hoy reputado como el más fecundo de los escritores latino-americanos, y así se consigna en el informe oficial que de la isla de Cuba se remitió á la Real Academia Española para la *Antología cubana*, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América: en la novela que nos ocupa luce el Sr. Vázquez la elegancia y brillantez de su estilo y el profundo conocimiento de las costumbres cubanas, y expone atinadas observaciones sobre la desigualdad de condiciones entre los dos sexos, defendiendo la igualdad absoluta de derechos del hombre y de la mujer. La novela, elegantemente impresa en «La Universal,» de la Habana, véndese en aquella ciudad en casa del autor, Neptuno, 48, y en las principales librerías al precio de un peso en la isla de Cuba y en España y el extranjero un peso cincuenta centavos.

PROGRAMA DE COMPOSICIÓN DECORATIVA, por *D. Francisco de A. López*. – Entre las reformas recientemente decretadas por el ministerio de Fomento sobre la enseñanza de la Escuela Central de Artes y Oficios hay la creación de la cátedra de Composición decorativa, asignatura de indiscutible importancia. Con este motivo, el profesor por oposición de dibujo de ornamentación y dibujo de la Escuela de Artes y Oficios de Logroño ha publicado un programa de aquélla que, en nuestro concepto, merece alabanzas por el método que en él ha presidido y por el acierto con que están agrupadas y tratadas las distintas materias, que revelan en su autor conocimientos sólidos y estudios profundos. El programa ha sido impreso en Madrid en el establecimiento de J. Fernández, Santa Catalina, 14.



GAMO ATACADO POR UN ÁGUILA, grupo en yeso de José Campeny (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina)

INTRODUCCIÓN. POESÍAS. EL VÉRTIGO DEL PECADO, por *José M. Salaberría é Ipenza*. – El distinguido poeta guipuzcoano Sr. Salaberría ha reunido en un pequeño volumen varias de sus poesías y un poema: unas y otro están escritos en diversidad de metros, abundan en pensamientos elevados y tienen trozos muy inspirados. Véndese la obra al precio de 1'50 pesetas en las principales librerías y en casa del autor, calle Puyndo, 45, 2.°, San Sebastián.

FORTUNA, por *Enrique Pérez Escrich*. - RAYOS DE LUZ, por *A. Lasso de la Vega*. – Forman estas dos obritas los tomos 13 y 14 de la Colección Diamante que con tanto éxito publica el conocido editor barcelonés D. Inocente López. *Fortuna* y las demás narraciones tituladas Sangre cazadora, El placer de no hacer nada, La Valenciana y Nerón, Moratín y Comella, que completan el tomo, son á cual más interesantes y están tan admirablemente escritas, como todo lo que sale de la pluma del ilustre decano de nuestros primeros novelistas, el más popular sin duda de los escritores españoles, el Sr. Pérez Escrich, cuyo nombre es por sí solo el mejor elogio de cuanto lleva estampada su firma. Con el título de *Rayos de luz* ha reunido el inspirado poeta D. Angel Lasso de la Vega algunas traducciones de los más célebres poetas extranjeros, como Schiller, Goethe, Heine, Dante, Tasso, Petrarca, Milton, Byron, W. Cooper, Moore, Lamartine, Musset, Víctor Hugo y otros no menos notables. Las traducciones del Sr. Lasso, al par que conservan fielmente todas las bellezas de las poesías traducidas, tienen la espontaneidad de composiciones originales. Véndense estos dos tomos, como todos los de la Colección Diamante, en las principales librerías á dos reales uno.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 12 de noviembre de 1894 — Núm. 672



LOS ZAPATOS NUEVOS, cuadro de G. Puig Roda

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el tomo correspondiente de la Biblioteca Universal Ilustrada, que será el primero de «América. Historia de su colonización, dominación é independencia,» escrita por el reputado historiógrafo y literato D. José Coroleu, con presencia de las obras más importantes antiguas y modernas, españolas y extranjeras, especialmente americanas, que de tan interesante asunto han tratado. La obra debidamente ilustrada, cuya publicación comenzamos, viene á ser la continuación de la de Cronau, «América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos,» que tan entusiasta acogida tuvo entre nuestros suscriptores.

SUMARIO

EL EMPECINADO

I

Entre todas las que aparecen en la historia de nuestra gran epopeya nacional, no hay una figura más interesante ni más simpática que la de Juan Martín Díaz.

Alto, fornido, vigoroso, con el cabello áspero y poblado, la frente estrecha, la tez morena, los ojos negros y expresivos, las patillas unidas al bigote, las manos grandes y encallecidas por el manejo de los aperos de labranza, el pescuezo robusto como el de un toro, las espaldas anchas, abultado el pecho y la musculatura sumamente desarrollada, como convenía á sus fuerzas hercúleas, que le permitían doblar un hierro y rajar de una sola cuchillada el casco y la cabeza de un coracero, cosa que hizo varias veces: tal era en lo físico este hombre extraordinario, que será por los siglos de los siglos el tipo del guerrillero.

En lo moral, ignorante, franco, valeroso sobre toda ponderación, formal, serio, un poco taciturno, nada hablador, astuto como buen campesino, honradísimo, desinteresado, modesto hasta rayar en humilde, con aliento de gigante y corazón de niño, capaz de arrostrar impávido los más grandes peligros, sin asombrarse más que de la admiración que inspiraban sus hazañas, las cuales realizaba como la cosa más natural del mundo.

Había nacido el 2 de septiembre de 1775 en Castrillo de Duero, provincia de Burgos. Tenía, pues, en 1808, cuando se verificó la invasión francesa, treinta y tres años. Era hijo de Juan Martín y de Luisa Díaz, ó Díez, pues de los dos modos hemos visto escrito el segundo apellido del heroico guerrillero. En él puede decirse que la vocación militar se mostró desde la niñez, pues aún no había cumplido los diez y seis años, cuando se fugó de su casa para sentar plaza de soldado. Sus padres, que le querían labrador, como ellos, lograron reintegrarle al hogar paterno, dedicándole á las faenas del campo, para las cuales le hacían muy apto su salud de hierro y sus fuerzas físicas, que se desarrollaron notablemente en la ruda labor de podar viñas. En el Museo de Artillería se conserva el hacha de que se servía el que andando el tiempo había de lucir en la manga los entorchados de brigadier, ganados á fuerza de conseguir brillantes victorias sobre los enemigos de su patria. Dos años después de su primera escapatoria, huérfano ya de padre, volvió al ejército, no en clase de voluntario, sino por haberle tocado la quinta; y aunque su madre quiso redimirle, como para ello hubiera tenido que sacrificar la mayor parte de su pequeña hacienda, no lo consintió el joven. Habíase declarado la guerra á la república francesa, ingresó en el regimiento de caballería de España, y marchó al Rosellón, y peleó valientemente en Masdeu, Truillas, Pontou y otras muchas acciones. Obtenida su licencia absoluta volvió á Burgos, donde contrajo matrimonio con Catalina de la Fuente, de condición tan humilde como la suya, puesto que según parece era una criada de servicio, estableciéndose en Fuentecén y dedicándose otra vez al cultivo de la tierra, del que en 1808 vinieron á separarle definitivamente su ardiente patriotismo y la invasión de los franceses.

***

El Sr. Rodríguez Solís, en su libro intitulado *Los guerrilleros de* 1808 supone que *el Empecinado* (1) salió á campaña movido por el deseo de vengar á un adolescente, hijo de unos señores de Burgos que le habían protegido y á los cuales profesaba, por gratitud, un cariño que rayaba en veneración. Este joven, al decir del citado escritor, fué sacrificado por los franceses, en castigo de haber elogiado públicamente la conducta de los patriotas madrileños el día 2 de mayo. La versión del Sr. Rodríguez Solís, que al escribir su libro, muy rico en datos históricos, cometió, á nuestro juicio, el error de darle carácter de novela, de suerte que en algunos pasajes no es fácil distinguir lo verdadero de lo inventado, no puede ser exacta; en primer lugar, porque Juan Martín estaba ya en campaña antes del alzamiento de Madrid, si bien acaudillaba solamente cinco ó seis hombres, con los cuales había interceptado ya algunos correos, ocupación á que se dedicaban varias partidillas insignificantes desde el día en que los franceses pisaron el territorio español, y hasta formó el temerario proyecto de oponerse á la marcha de Fernando VII á su paso por Aranda de Duero; y en segundo, porque la guerra que hizo el intrépido labrador no tuvo nunca el carácter de venganza, y sin duda por eso no hay en su historia ninguno de esos rasgos de ferocidad que deslustran las hazañas de otros guerrilleros. Antes al contrario, el intrépido Juan Martín mostróse siempre humano con los vencidos, y si derramó mucha sangre, pocas veces lo hizo fuera del campo de batalla y sólo cuando las necesidades de la guerra, mucho más cruel tratándose de guerrillas, á las que los invasores no daban cuartel, considerándolas como cuadrillas de bandoleros, lo exigían imperiosamente.

Como prueba del carácter humanitario y hasta caballeresco que daba á la guerra, nos bastará citar un solo rasgo, que pinta á la vez la nobleza de alma del héroe castellano y su intrepidez que rayaba en temeridad.

Cuando á consecuencia de la batalla de Bailén los franceses abandonaron á Madrid y el rey José se retiró á la orilla izquierda del Ebro, *el Empecinado*, que acaudillaba una pequeña fuerza, con la cual hostilizaba casi incesantemente las columnas francesas, que como un cordón interminable pasaban por la carretera, supo por sus confidentes que entre dos de ellas, fuerte cada una de 6.000 hombres, iba en un coche persona que debía de ser muy importante por las atenciones que se le guardaban, y formó el atrevido proyecto de apoderarse de ella. Como lo pensó lo llevó á cabo. El coche iba escoltado por doce jinetes, que aún parecían demasiados, porque las dos columnas iban tan juntas que entre la retaguardia de la una y la vanguardia de la otra apenas habría media legua de distancia; es decir, que los rezagados de la que iba delante se confundían con la cabeza de la que marchaba detrás. Caer sobre los doce franceses en las inmediaciones del pueblo de Carabias, acuchillar á los que resistieron, poner á los demás en fuga, apoderarse del coche y desviarlo del camino fué para los guerrilleros obra de pocos minutos. En el carruaje iba la esposa del mariscal Moncey, que llevaba un verdadero tesoro en alhajas y dinero.

Los franceses en la guerra de España nunca hacían marchas, sobre todo en retirada, con las manos vacías. El primer cuidado de todos sus generales era poner en salvo el fruto de sus latrocinios.

El Empecinado ocultó su presa en un monte inmediato y desde allí la llevó á su pueblo, donde alojó en su casa á la dama, que se hallaba en estado interesante, y hasta que la puso en libertad á los pocos días tuvo con ella toda clase de atenciones.

Con esta conducta, propia de los tiempos caballerescos, contestaba á los franceses, que le calificaban de bandido.

(1) El sobrenombre de *Empecinado* era común á todos los naturales de Castrillo de Duero, á causa de un arroyo ó *pecina* que pasa por el pueblo. Juan Martín aceptó con orgullo el apodo, con él firmaba y en 1814 se le autorizó de Real orden para usarlo hasta en documentos oficiales.

Por cierto que esta hazaña tan audaz que parece increíble, puso en gran peligro la vida del *Empecinado*, que sólo logró salvarse gracias á sus fuerzas sobrenaturales y á su serenidad incomparable.

Los franceses no hay necesidad de decir que rugieron de ira al tener conocimiento de aquel hecho, y mientras los buenos patriotas llegaron al colmo del entusiasmo, no faltaron españoles bastardos que sintiendo el aguijón de la envidia ó impulsados por el feroz egoísmo del miedo intentaron perderle para evitar el castigo con que les amenazaban los invasores.

Juan Martín, después de repartir entre sus guerrilleros la parte de botín que les correspondía, según el reglamento de guerrillas, publicado por la Junta de Sevilla, y reservarse la suya propia, marchó á Segovia para entregar la que tocaba al Tesoro público, que era la mayor.

Sus convecinos aprovecharon la ausencia del valiente guerrillero para saquear su casa, y como á su regreso pidiera justicia al alcalde, sin obtenerla, presentóse en Madrid para reclamarla del Consejo de Castilla. La chancillería de Valladolid recibió orden para que la poco escrupulosa autoridad de Fuentecén hiciera devolver á Juan Martín todo lo robado; mas tampoco fué obedecida. Sabedor *el Empecinado* de que además de atentar á sus bienes habían querido atentar también á su honra, acusándole de concusionario ante el general Cuesta, marchó inmediatamente en busca de éste, que se hallaba en el Burgo de Osma. Cuesta, además de ser un hombre de muy mal genio, tenía poco cariño á los guerrilleros; *el Empecinado* no pecaba de sufrido y su lenguaje era mucho más franco y rudo del que solía tolerar el general. Ignórase lo que pasaría en la entrevista que ambos celebraron, pero fácil es comprenderlo con saber que terminó encerrando á Juan Martín en la cárcel, donde á mayor abundamiento sufrió el ultraje de que le sujetaran las manos con fuertes esposas.

Como Cuesta abandonó el Burgo de Osma á la aproximación del general Ney, decretó antes la libertad del *Empecinado;* pero los afrancesados, que deseaban entregarlo á los franceses, demoraron el cumplimiento de la orden y sólo abrieron la puerta del calabozo cuando los enemigos de la patria pisaban ya la ciudad. *El Empecinado* comprendió de un golpe toda la situación, y haciendo un esfuerzo titánico rompió la cadena que sujetaba las esposas, abrióse paso entre aquella canalla y salió del Burgo por un lado, mientras la vanguardia de Ney entraba por otro.

Refugiado en Fuente Cespe se alojó en una posada, donde no tardó en sorprenderle una sección de dragones que había salido en su seguimiento.

Juan Martín, fingiéndose mozo de cuadra, ayudó á los jinetes á meter en ella sus monturas, hasta que viendo una ocasión favorable se apoderó de un sable, saltó sobre uno de los caballos y salió á escape, sin que le alcanzara ninguno de los tiros que le dispararon. Una vez en el campo, era demasiado conocedor del terreno para que fuese posible su captura.

Las principales victorias que consiguió este insigne patriota, y son indispensables para que su retrato sea completo, habrán de ser motivo de otro artículo.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

EL ARMARIO DE LA ABUELA

HISTORIETA CONTEMPORÁNEA

I

Joaquín Rampante no era solamente el individuo más conspicuo del gremio de prenderos de la villa y corte, sino que también alardeaba de anticuario inteligentísimo, sin perjuicio de llevar á efecto cuantos préstamos usurarios con buenas garantías le deparaba el diablo.

Por estas causas su vasta y obscura tienda de la calle de Atocha veíase tan pronto favorecida por el banquero acaudalado que buscaba tapices españoles ó flamencos, como por el título tronado que pedía dinero sobre una armadura de sus antepasados, ó por algún desdichado que trataba de enajenar á cualquier precio antiguallas más ó menos valiosas.

A esta última clase debía pertenecer un joven alto, de rostro pálido y simpático, cuya larga y descuidada barba, lo mismo que la raída capa en que se envolvía, revelaban una miseria vergonzante, quien cierta noche penetró con inseguro paso entre el cúmulo de cachivaches y antigüedades que llenaban la estancia, llegando hasta una mesa de salomónicas patas y churrigueresco herraje, apoyado en la cual el prendero leía un número del *Heraldo de Madrid* á la luz de una lámpara de petróleo pendiente del techo.

– Buenas noches, D. Joaquín, dijo el joven.

– ¡Hola, amigo Luis!, contestó el interpelado. ¿Trae usted eso?..

– Sí; detrás de mí viene el mozo. Ya está aquí, añadió señalando á un robusto gallego que cargado con un mueble apareció á la entrada de la tienda.

Dejó Rampante el periódico, y ayudando Luis desembarazaron de su carga al portador, que desapareció dirigiendo una mirada de inteligencia al joven.

En tanto el prendero examinaba cuidadosamente el mueble. Era éste un armario de nogal, casi negro, de regulares dimensiones, decorado con esbeltas columnillas en sus ángulos y artísticos relieves de *frutajes* en los planos. La parte interna aparecía ocupada por diminuta cajonería en su mitad inferior, mientras la superior, dividida en compartimientos, le caracterizaba como escritorio destinado á guardar papeles.

– ¡Ya, ya!, murmuraba Rampante, mientras abría uno tras otro los cajoncitos completamente vacíos. Esto es estilo barroco... Siglo XVII... Psh.., no es ninguna maravilla.., pero está bien conservado... Me acuerdo de haberle visto en casa de doña Dototea .. ¿Y qué pide usted por esto?

– No sé... Usted dirá.., teniendo presente que mi situación no es nada agradable y que hace muchos años que era usted amigo de mi familia; así que diga usted con franqueza lo que vale, y al avío.

– En efecto, muchos años ha que conocí á su pobre abuela y también á los padres de usted. Vaya, pues, sin regateos ni trampantojos y como cosa de amigos le ofrezco á usted siete duros.

– ¡Siete duros!; pero D. Joaquín, un mueble tan bonito, con tanto adorno de talla... Me parece que abusa usted un poco.

– Querido, el negocio de los muebles antiguos está perdido. Hay muchos, sobre todo falsificados y baratísimos.

– Pero éste es auténtico.

– Sí, pero no tiene nada de particular, y Dios sabe lo que costará de colocar.



MONSEÑOR CRETONI, arzobispo de Damasco, Nuncio Apostólico (de fotografía de A. y E. F. Napoleón, fotógrafos)

– Vamos, ya se correrá usted hasta dar doscientos reales, que es justo lo que me hace falta para pagar al casero y sacar la papeleta de examen.

– ¿Qué estudia usted?

– Pues nada. Dos asignaturas que me faltan para terminar la carrera de Farmacia.

– Buena carrera es. Pues lo siento, Luisito, pero no me conviene en otro precio. Ya ve usted si hay pocos trastos en la tienda, y... nada; en lo que va de semana no he sacado ni para la contribución.

El joven manifestó en su rostro la más viva indecisión, echóse el hongo hacia atrás, rascóse la frente y por último dijo:

– Llegue usted siquiera á los ocho duros. Me hacen mucha falta, créalo usted, D. Joaquín.

– Vaya, pues trato hecho. No quiero que tenga usted queja de mí, y aunque pierda en esto, en otra cosa se sacará.

Y entrando en la trastienda, volvió á poco con los ocho duros, que entregó á Luis diciéndole:

– Tome usted y que salga en bien de los exámenes.

El joven cogió el dinero, y lanzando al armario una triste mirada murmuró algunas frases de despedida y se alejó precipitadamente, mientras Rampante, restregándose las manos con aire satisfecho, volvía á examinar el mueble diciendo:

– Este pobre chico es un *panoli*... Si hubiera entendido lo que traía entre manos, me saca el doble lo menos...

II

Un mes después de la venta del armario, nuestros dos personajes volvían á encontrarse frente á frente en la tienda del anticuario.

– ¡Felices, amigo!, exclamó éste. ¿Se trae alguna cosita que vender?

– No, señor, contestó el huérfano con cierto tonillo arrogante. No vengo á vender, vengo á comprar.

– ¡Caracoles! Estamos en fondos, ¿eh?

– No mucho, pero para rescatar el armario de la abuela, aún hay algunos cuartos.



La visita de los amigos, cuadro de Joaquín Agrassot

– Es que el armario ..

– ¡Qué! ¿Lo ha vendido usted?, preguntó Luis con ansiedad.

– Aún no, pero... está comprometido.

– ¿En cuánto?

– Ofrecen treinta duros, pero yo quiero cuarenta.

– ¡Cuarenta duros!, exclamó el joven con desaliento. ¡Cuarenta duros, repitió, y usted sólo me dió ocho!

– Hijo mío, replicó el prendero con acritud, los negocios son así: el mueble le ha gustado á un aficionado rico y se le saca el jugo. También podía haber estado años enteros en un rincón sin que nadie le dijese *ora pro nobis*, y calcule usted el interés compuesto del capital empleado.

– Pero D. Joaquín, ocho duros al cinco por ciento mensual son dos pesetas de intereses, así que me parece que con que diera yo á usted nueve duritos, no perdería nada.

– Perdería por lo menos veintiún duros en lo que me ofrecen ya, contestó el usurero, que mentía descaradamente, pues nadie le había ofrecido ni un real.

– Pero Sr. Rampante, ¡por los clavos de Cristo, no sea usted judío!..

– Vaya una afición que le ha entrado á usted por las antiguallas, cuando hay otras cosas más útiles, dijo el prendero mirando de reojo las destrozadas botas del comprador.

– Qué quiere usted, me ha salido un piquito á la lotería, y como ese armario viene de mis antepasados, le tengo cariño, y en vez de gastarme el dinero en un par de *juergas*...

– Bueno, bueno: á mí... ya comprende usted...

– Vamos, D. Joaquín, le ofrezco á usted doce duros por el trasto.

– Ni veinte tampoco.

– Pero hombre, siquiera por la memoria de mi abuela, la buena doña Dorotea á quien usted trató tanto.

Rampante pareció vacilar un momento, pero luego reponiéndose dijo:

– Luisito, una cosa es la amistad y el negocio es otra cosa. Por ser usted, si me da los treinta duros le preferiré al otro comprador. Me parece que no puede usted tener queja.

– Pues sí, señor, que la tengo, porque no puedo disponer más que de diez y seis duros, quedándome sin un céntimo y veo que me quedo sin armario. Buenas noches.

Y embozándose en su raída capa se dirigió hacia la puerta.

Rampante, al ver la actitud decidida del nieto de su amiga, creyó que se le escapaba un buen negocio, y cogiendo á aquél por el embozo dijo:

– Para que vea usted lo muchísimo que respeto la memoria de doña Dorotea, le propongo un trato. Usted me da los diez y seis duros contantes y sonantes, y por el resto hasta los treinta me firmará un pagaré á tres meses fecha con interés del cinco mensual y garantía del mismo mueble.

Contra lo que creía el prendero, que esperaba nuevo regateo, Luis sólo contestó:

– Acepto y voy á comprar el pagaré al estanco de Antón Martín.

Media hora después el armario, escoltado por el estudiante, salía de la tienda en hombros del mismo mozo que allí le condujera.

III

Difícilmente podrá el lector imaginar habitación de aspecto más miserable que el sotabanco ocupado por Luis en la calle del Barco. Algunos días antes de la escena que acabamos de referir aún se veían bajo aquel inclinado techo varias sillas, una modesta cama de hierro, una pequeña librería atestada de volúmenes, un enorme baúl mundo y otros enseres domésticos; pero en el momento de entrar el mozo portador del armario, sólo un montón de hojas de maíz, una mesa paticoja, varios cacharros y un cajón con algunas prendas de ropa vieja constituían el mobiliario del desdichado estudiante.

Apenas Luis quedó solo en la mísera estancia, iluminada por la mortecina luz de una vela colocada en una botella, se dirigió al cajón de la ropa, y de entre los harapos sacó un viejísimo y abultado devocionario que hojeó con ansiedad hasta dar con un papelito en el que con gruesos caracteres, que denotaban una mano temblorosa, se leía: *Armario – Buscar cajoncito marcado con la cruz.*

El huérfano volvió á leer con atención aquel papelito amarillo y arrugado, cuyo encuentro le había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas. Para él no cabía duda. Su abuela Dorotea, viuda de un antiguo empleado en Filipinas, debía tener algunos ahorros, puesto que siempre había vivido con modesto desahogo. Y si no, ¿cómo hubiera podido recoger al niño al fallecer sus padres y costear su educación literaria, hasta el momento en que un accidente repentino privó de la vida á la excelente anciana? Aquel documento hallado entre las hojas del devocionario lo comprobaba, y á juicio de Luis era como la voz de la abuela que desde ultratumba indicaba á su querido descendiente el lugar donde hallaría el remedio de sus males, la terminación de la carrera, el título ansiado, los medios de establecerse, la felicidad en una palabra. Persuadido de ello, el joven había hecho los mayores sacrificios hasta reunir la suma dada por el rescate del precioso armario. Todos sus muebles, ropas y libros fueron vendidos ó empeñados; en la notaría donde copiaba algunos escritos, único recurso con que vivía, pidió anticipada una pequeña suma, y hasta una medallita de oro, único recuerdo de su madre, fué á parar al Monte de Piedad.

Por estas causas su desesperación no tuvo límites cuando se convenció de que el armario no encerraba secreto ni escondrijo alguno.

A la vacilante luz de la vela revisó cuidadosamente el mueble hasta en sus más insignificantes detalles; con ayuda de una tira de papel le midió en todas direcciones, cerciorándose de que no contenía ningún doble fondo; luego, valiéndose de la llave de la puerta, golpeó rudamente los relieves, las columnas, las tablas, y ni el más ligero indicio, le permitió conservar la esperanza de encontrar lo que tanto ansiaba.

El cajoncito indicado estaba allí con una grosera cruz de tinta trazada en el fondo, pero no contenía cosa alguna, y en las tablillas que le separaban de los otros inmediatos era locura esperar que pudiera ocultarse un tesoro ni cosa semejante.

El desengaño fué terrible para Luis.

Todos sus sacrificios resultaban inútiles, aquellas risueñas ilusiones que concibiera se desvanecían ante la realidad. El papel escrito por la abuela se le aparecía como una sangrienta burla cuya consecuencia inmediata era su más completa ruina. Demudado, pálido, convulso, en un arrebato de desesperación, cogió el cajoncito y con iracundo movimiento lo arrojó frenético contra la pared.

Al tremendo choque saltó el fondo marcado con la cruz, que era una tablilla delgadísima, dejando ver otra debajo, y entre las dos una cuartilla de papel cuidadosamente plegada. El huérfano la desdobló con trémula mano, leyó con ansiedad lo que en ella había escrito, y cayendo de rodillas, sus labios se entreabrieron para murmurar una ferviente oración.

Era un pagaré extendido en toda regla, en el que Joaquín Rampante confesaba haber recibido de Dorotea Moreno un préstamo de veinte mil pesetas reembolsables en un breve plazo.

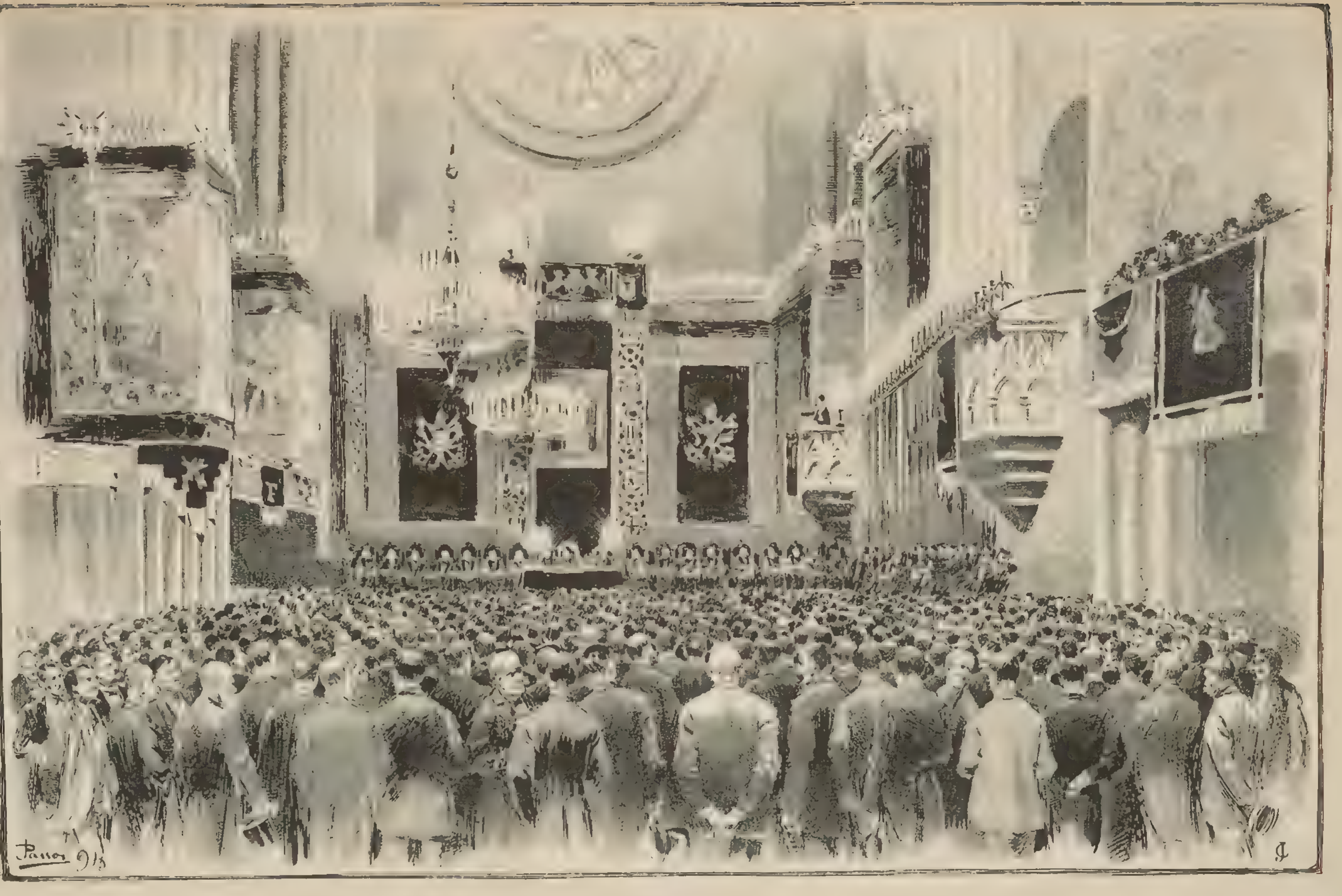
Si las vicisitudes de la vida te conducen algún día, caro lector, á la risueña población de Villaflora y entras en la magnífica farmacia de la plaza Mayor, podrás ver el armario de la abuela, colocado en el sitio preferente de la tienda, y su dueño, el buen Luis, rodeado de varios pequeñuelos, te referirá la historia de aquel mueble, gracias al cual es hoy el más [illegible] de los mortales.

En cambio no hay que hablar de él al viejo prendero de la calle de Atocha, que aún está maldiciendo el momento en que vendió por treinta duro[illegible] *mario de la abuela.*

A. D[illegible]



GUTENBERG, estatua de Juan María Danielli



UNA SESIÓN DEL CONGRESO CATÓLICO RECIENTEMENTE CELEBRADO EN LA CATEDRAL DE TARRAGONA.

Apunte del Sr. Torres Fuster. Dibujo del Sr. Passos

LA NOCHE DE ÁNIMAS

No busquéis en el ocaso los tonos áureo-purpurinos con que el sol de otoño, al trasponer los horizontes gallegos, tiñe y colorea las parduscas nubes; no esperéis oir el monótono chirrido de la carreta que regresa, arrastrada por tardos bueyes y cargada de la preciosa mies, á la humilde aldea; no pidáis al robledal vecino el rumoroso concierto de sus frondas acariciadas por el suave céfiro; no aguardéis el melancólico *¡A-la, la-la!* de pastores y zagalas, terminado por agudo *aturuxo*, al conducir por oteros y *corredoiras* sus ganados de vuelta al lugar; no os prometáis que de las estrechas y revueltas callejas de éste se levanten, acariciando vuestro oído con sus melosas inimitables folías, los dulcísimos pastoriles acordes de la tradicional gaita.

Galicia, el país de los encantados paisajes, de las creencias profundas, de los sencillos patriarcales regocijos, de las nostalgias tristísimas, de las leyendas innúmeras, de las consejas infinitas, es la región española donde mayor culto se rinde á la memoria de los muertos; y Galicia está hoy triste, muy triste, porque celebra la fiesta de los que fueron, la fiesta de las ánimas.

Venid conmigo á las riberas del sosegado Tambre.

El sol tramontó ya. El cielo, de color plomizo, un cielo que parece más bajo que de ordinario, envuelve entre gasas vaporosas, á tocas de viuda semejantes, las poéticas aldeas de Grijoa y Chaán. El vendabal zumba en el vecino bosque, arrastrando en locas raudas espirales las amarillentas hojas, y agitando, como en epilépticas convulsiones, las casi desnudas ramas; del pinar frontero parecen llegar hasta vosotros sibilantes gemidos; el río murmura, manso muy manso, fúnebre canturia; la lechuza, oculta aún en el menguado follaje, deja oir de cuando en cuando su plañidero grito; las campanas de las parroquias circunvecinas doblan pausadamente, como si unas á otras se contestaran en piadosa salmodia. Ni una luz se vislumbra en las blanqueadas casas; la ingente hoguera en que los mozos de ambas feligresías asaron la fruta de los cercanos castaños extinguido se ha; no se oye en la aldea la voz del hombre, ni el ladrido del vigilante perro. ¿Es que Chaán y Grijoa están deshabitadas? No: celébrase esta noche la fiesta de los muertos, y los labriegos gallegos abandonan en masa sus rústicos hogares para trasladarse á la parroquia.

Allí están. Hombres y mujeres visten sus mejores ropas, pero ni ellos ostentan el rojo y rameado chaleco, ni van tocadas ellas con la cofia albísima. Envuelve á los unos la larga capa de elevado cuello, que les da aspecto de penitentes; cúbrense las otras con el negro *mantelo* y la aterciopelada mantilla, que las asemeja á monjas. Todos rezan con piadoso recogimiento el rosario de ánimas: diríase que llevan luto todos; hasta los siempre inquietos y revolvedores *rapaces* dejan en paz las largas sartas de castañas cocidas que les cuelgan del cuello y llegan hasta los pies.

El templo, de negros paños colgado, parece agrandarse y estrecharse alternativamente á la vacilante luz de cuatro amarillos cirios colocados en los ángulos de tosco catafalco, sobre el cual destácase, en relieve que creeríais aumentado por la intervención de potente cristal, horripilante calavera. Las mujeres mantienen encendidas sobre las losas sepulcrales delgadas candelillas, y un sacerdote, de cuyo cuello pende negra estola, murmura responsos cada vez que una moneda de cobre deja oir su peculiar tintileo sobre la bronceada bandeja. En el atrio, que sigue siendo cementerio á pesar de la ley, rústicas cruces, por pequeños farolillos alumbradas, indican las sepulturas de los no olvidados aún, y allí está el párroco, anciano venerable de curtido rostro y de calvada testa, prodigando oraciones á cambio de modestísimas limosnas.

Esperad un momento; dad lugar á que terminen en la iglesia las preces por los difuntos, y veréis cuán callada y cuán triste y cuán solemne en su mutismo regresa á sus hogares la lugareña multitud. No oiréis, no, la alborozada algarabía de las conversaciones del domingo, ni los expresivos saludos de las cordiales despedidas; no veréis, como otras veces, reunirse las muchachas en alegre corrillo y emprender juntas la caminata por senderos y ribazos, escoltadas á corto trecho por la dicharachera cohorte de los mozos del lugar. Hoy las familias vuelven á sus viviendas como han ido á la iglesia; solas, sin mezclarse, cual si sobre todos y cada uno de sus individuos pesara la tristura de reciente luto; hoy no oiréis los poéticos cantares del país, que á idilio trascienden, ni las melodías de la antiquísima gaita, ni el estridente repiqueteo de las castañuelas, ni el ensordecedor redoble del tamboril. Pareceros ha aquella muchedumbre el cortejo de un entierro, y á fortalecer esta ilusión contribuirán no poco los exiguos resplandores de la humosa linterna con que un hombre en cada grupo, el cabeza de familia tal vez, se alumbra á sí mismo y alumbra á los demás el tortuoso y accidentado camino.

Pero ¿qué sucede?, ¿por qué las linternas de grijoanos y chaaneses, esas linternas que se os figuraron fosforescentes luciérnagas deslizándose á lo largo de la polvorienta senda, se paran y arremolinan? ¿No observáis que, en vez de alejarse de la iglesia, como hasta este momento se alejaban, parece que retornan á ella? ¿Será verdad lo de la *compaña* y *estadaiña* (1) con que las abuelas de las aldeas gallegas amedrentan y hacen dormir sus berreadores nietezuelos?

Apartaos; dejad paso á la extraña silenciosa comitiva que se acerca y llega.

¡Oh! ¡Es realmente un entierro! Cuatro labriegos conducen á hombros, tendido sobre tosca parihuela, un bulto, en blanca sábana envuelto, en el cual, á la incertísima luz de las linternas, adivínase la forma humana. Dos hombres presiden aquel inusitado duelo: el alcalde, á juzgar por la alta y borleada vara que empuña en la diestra, y el alguacil, según se infiere de la respetuosa distancia á que del alcalde se mantiene.

– Decidnos, buen hombre: ¿de quién es este entierro?

– De un desgraciado, señor. Era el difunto un pordiosero que recorrió estas aldeas haciendo su provisión de maíz. Regresaba anteayer á la Enfesta, su pueblo, llevándose la alforja repleta de mazorcas, tanto que, para igualar el peso, hizo en el centro de la lona una abertura y colgóse las bolsas una delante y otra detrás, en guisa de dalmática. Cuando llegó á la barca, el barquero no estaba ya; y no queriendo sin duda el mendigo volver á la aldea y pedir que le pasaran, fuese á un vado, que allí cerca está, é intentó el paso. Pero el Tambre viene crecido estos días, señor, y sea que la corriente haya arrollado al infeliz, sea que haya caído y el peso mismo de la alforja no le haya permitido levantarse, porque el cuitado era ya viejo, ello es que se encontró ayer mañana en un remanso el cadáver enredado en las raíces de un sauce. Vino el juzgado, practicó las diligencias de costumbre, y dispuso se dé tierra al muerto.

– ¿Y á qué se debe que toda esta gente vuelva á la iglesia?

– ¡Ah! Es costumbre en el país, señor. Cuando muere en el lugar un forastero, y no tiene familia ni amigos que le acompañen á la última morada, se hace saber por pregón: la aldea entera da acompañamiento al desdichado.

Y así van: la parihuela con la fúnebre carga, delante; el pueblo todo, capitaneado por su alcalde, detrás.

En el atrio espera á la triste comitiva el anciano párroco, revestido con negros paramentos. Deposítase el cadáver al borde de una fosa; bájasele cuidadosamente á ella por medio de cuerdas; cada vecino arroja sobre el muerto, besándola antes, un puñado de la bendecida tierra; el sepulturero rellena la huesa, y dispérsase la concurrencia mientras el sacerdote reza las preces de ritual, entre las cuales percíbense con toda claridad estas sublimes consoladoras palabras:

... cum Lázaro quodam paupere æternam habeas requiem.

MANUEL CAMBÓN

. . . .

(1) Fantástica procesión de almas en pena, que el vulgo rural gallego cree recorre los pueblos del país en la noche de difuntos, ó cuando alguien está próximo á morir.

EL RECUERDO

No había andado Juana la mitad del camino hacia la viña, con un cesto de mimbres al cuadril, cuando entre las encinas de la sierra se presentó Chuco de sopetón diciendo:

– Miá, tú, *Reina*, vengo escapao porque te vide llegar desde las pizarreras donde tengo la cabrá. Te quió decir una cosa. Mañana ya sabes que me voy á la zuidá, á la melicia; pues, vélaqui lo que traigo.

Chuco entregó un papel á su novia.

– ¡Calla! ¿Y quién es este santo?.. ¡Eres tú!, exclamó ella admirada.

– Y toas qu'es verdá... Y que ma retratao el señorito ese, amigo del amo, ca venío de temporá al cortijo. Le trompecé ayer tarde en la ermita, pintando toa la fachá y toos los árboles y too... Liamos un cigarro, y aluego dijo que quería retratarme; yo dije que bueno; me puso el garrote asina, como estás viendo ahí, y en menos de na, que toma, que deja, que vaya p'arriba, que vaya p'abajo, ya tenía too el muñeco formao. Iba á largarse después de palrar un rato, cuando, sin saber por qué, me acordé de ti. ¿Por qué no me había de hacer otro retrato pa ti?.. Se lo dije lo mesmo que lo pensaba, y él, que debe se mu largo, se echó á reir y lo hizo enseguía. Ese es, *Reina*, paque lo guardes mientras ando yo por esos mundos... Pues, bueno; yo no he dormío ni migaja en toa la noche pensando al respetive qu'es menester que tú me dés tamién un retrato.

– Y yo... ¿cómo?, preguntó Juana dejando de mirar al de Chuco.

– Escucha: asina: vete en cuatro brincos á la alamea de la Tabla Grande del río, que allí se paró don Luis hace un poco, al salir el sol, y apreparó los chismes como pa pintar el molinillo, y amáñate pa ve como pué retratarte. Anda, *Reina;* no me voy á se sordao si al llevaros esta noche la jarra de leche no me le tienes... ¿Lo oyes? ¡Que se me ha metío en la chola, y no me voy aunque sepa dar en un presillo!

¡Gran Dios! ¿Y con qué cara iba *la Reina* á presentarse á D. Luis, sin haberle hablado una vez siquiera?..

Chuco adivinó esta idea; pero adoptó un aire resuelto preguntando:

– ¿No irás?

Juana permaneció muda.

– ¿Que no?, insistió el cabrero con su extremeña terquedad.

Y como su novia continuaba en silencio, echóse el garrote al hombro, se acercó á ella, hizo una cruz, y después de decir: «Por ésta, que me llevan á presillo,» se las tocó á paso largo, dejándola atónita é inmóvil.

La Reina (mote que Juana heredara de su madre, á quien se lo dieron por limpia y buena moza) se llenó de pena comprendiendo que Chuco cumpliría su promesa al pie de la letra. Tras algunos momentos de duda, se enjugó los ojos y miró al valle, donde se divisaba el umbroso follaje de la ribera; suspiró, y alegre al poco – que para algo habían de servirle sus diez y siete años – partió ligera como una saeta hacia la Tabla Grande.

¡Bah! ¡Si no conocía al señorito Luis, tampoco iba á pedir un reino!.. Entre corriendo y andando, cruzó el encinado, salvó el puente del arroyo, dejóse atrás la huerta y los pinares, y agazapándose en la pradera para esquivarse del tío Juan, que volvía del lugar con la carreta, entró por fin en la alameda, recorriéndola hasta darse de manos á boca, ó punto menos, con el pintor, que sentado en la silla de tijera, tenía delante un caballete. Juana se paró, y, arrepentida, trató de esconderse. Pero el señorito Luis la había visto ya; era inútil... Entonces, lanzando una imperceptible carcajada, á un tiempo medrosa y atrevida, roja como una guinda, se acercó á él, soltó el covanillo, y clavando los ojos en el suelo, exclamó casi sin voz:

– Yo... soy la novia de Chuco.

El señorito Luis había soltado los pinceles y miraba con sorpresa á la recién llegada.

– ¡De Chuco!.. ¿Qué Chuco, hija?, preguntó en el colmo de la extrañeza.

No conocía á Juana, que habitaba en el cortijo las dependencias de la servidumbre.

– De Chuco el cabrero..., del que usted pintó ayer en la sierra de la ermita, añadió Juana.

– ¡Aguarda! ¡Conque tú eres!.. Pues tiene Chuco una novia como una perla, murmuró el joven sonriendo. Bueno, mujer; tú dirás lo que deseas.

Al escuchar Juana el elogio levantó la mirada hacia el señorito Luis... y la bajó viendo que sus ojos derramaban sobre ella un incendio. Sin embargo, aquella flor y aquella jovialidad dieron á *la Reina* alientos para continuar:

– D. Luis, usté sabe que Chuco se va mañana mesmo al servicio.

– Sí, me lo dijo. Por eso me pidió un retrato para quedártelo. ¿No te lo ha dado?

– Vélaqui usté; me lo ha dao ahora que me encontró cuando iba yo por uvas á la viña; y dijo que viniera al vuelo en busca de usté... porque me hizo la cruz pa no dirse más que atao, en tanti yo no me diera maña pa... darle otro retrato que usté me haga.

– ¡Bravo! Si no es más que por eso, no hay que atarlo, porque no desairaré nunca á una muchacha tan salada. Siéntate. ¡Esto va á ser á escape! Y á fe que me alegro, pues así estarás en mi álbum junto á él.

La noticia arrancó á Juana, que estaba rabiando por reir, una carcajada de alegría.

– Oye, dijo Luis en cuanto preparó los lápices y el álbum, tú eres muy guapa y quiero hacer un retrato bonito. Así no estás bien; en vez de continuar sentada vas á echarte; saldrás mejor. Tu retrato será todo un cuadro.

Así diciendo la levantó del cesto, se le puso de cabecera obligándola á adoptar una postura caprichosa, le cruzó los pies después de acostarla de lado

y la hizo reclinar la cabeza sobre un brazo y rodeársela con el otro Satisfecho de la actitud de la joven, que temblaba á su contacto y seguía con el recelo en los ojos y el carmín en la cara esta maniobra, se fué á la silla sonriendo, sobrecogido por la inspiración de la belleza extraordinaria de *la Reina*.

Dibujaba Luis con el arrobamiento del artista que se deja absorber por su obra, y una tras otra, sin saberlo, dejaba escapar frases de admiración ardiente cada vez que su análisis descubría un tesoro de los mil de belleza á la par atrevida y delicada de *la Reina*... ¡Sus palabras se clavaban en el corazón de Juana como flechas de oro!, y Juana (¿por qué no decirlo?) empezaba á impresionarse... Veía en el pintor la adoración á su hermosura, y ella, que siendo mujer nunca había sido admirada, no se daba cuenta, la pobre, de que el amor principia así. El amor, es decir, algo grande, algo que jamás sintió junto á Chuco, en su cariño de hermanos, descuidado y tranquilo, cuyas raíces se perdían en el trato de la infancia...

Bien visto, el señorito Luis era un cabal mozo; tendría veinticinco años, y Juana en su vida estuvo al pie de un hombre tan guapo, tan simpático, tan amable... ¡Vaya si sabía decir unas cosas!..

Decididamente ella se encontraba á gusto en la alameda. Hasta el misterio del sitio, que al pronto le había causado un vago temor, comenzaba á placerla. Un vientecillo juguetón rizaba la amplia superficie del agua, prendiendo al sol en cabrilleos de oro y haciendo temblar en la opuesta orilla la imagen de los pintorescos matorrales de espinos y adelfas que la bordaban, por detrás de los cuales el cielo extendía su fondo de puro azul. En mitad del río, como una gaviota nadando, se destacaba la casita blanca del molino, al extremo de una isleta vestida de sauces, cuyas ramas colganderas se derramaban y mecían con languidez sobre la corriente apacible. Exceptuando el rumor de una cascada lejana, el susurro de las hojas y el atronador ruido de los pájaros en los árboles, nada turbaba allí el silencio, si es que del silencio no son también las armonías de las brisas, de las aves y de las ondas.

Sólo necesitaba ya los últimos toques el dibujo; Luis lo terminó mientras decía con su acento medio apasionado y medio ligero:

– ¡Oh, chiquilla! ¡Si te vieras á ti misma!.. Eres inimitable... Qué diantre, la suerte anda muy mal repartida; de andar mejor, tú estarías donde tu hermosura fuese el encanto de todos. Mujeres como tú no debían nacer para morir como las violetas del campo; no admito, no concibo que Dios haya creado cosa tan linda para esconderla... ¡Ea! Ven á ver esto; ya se acabó.

Juana se levantó y recibió el álbum que le mostraba Luis, poniéndose á contemplar el retrato con curiosidad. Se agradaba á sí misma. Nunca había tenido ocasión de mirarse en un espejo mayor que la palma de la mano, y no sabía cuánta era la gentileza de su talle. Dudaba de que la hermosura aquella fuese un reflejo de la suya: el señorito Luis, sin duda, había hecho la imagen tan graciosa únicamente por halagarla.

– ¿Esta soy yo?, preguntó al fin.

– Esa eres. Chuco gana contigo el ciento por ciento. ¡Qué diablo, no has sabido escoger novio! ¡Qué muchacha más tonta! Ahora voy con la copia para él: trae el álbum.

Por segunda vez colocó Luis bajo su lápiz un papel blanco, empezando á copiar el boceto, de que pensaba hacer despacio una preciosa acuarela. *La Reina* no se saciaba de mirarlo. Por encima del hombro del joven, rozándole alguna vez con los cabellos, observaba la soltura con que trazaba líneas que iban reproduciéndola.

En su propia cara sentía Luis respirar á Juana, que absorta en la contemplación no tenía conciencia de otra cosa. Luis sufría. El aliento aquel le deleitaba como el perfume purísimo é intenso de la flor de jara en las siestas de la solitaria montaña. «Cuando ya esté hecha la acuarela, pensaba, le pondré un título que será un perfecto recuerdo: *Tentación*.»



EL PRÍNCIPE HOHENLOHE, nuevo canciller del imperio alemán (de fotografía)



Anhelo amoroso, cuadro de Roberto Bompiani



NO LLORES, TONTUELA!, dibujo de H. Ford



CABEZA DE ESTUDIO, pintura de Laureano Barrau

De improviso, alargando el papel y volviéndose, dijo:

– Toma.

Y le dió el retrato.., y un beso que estalló como una palmada en la purpúrea mejilla de *la Reina*.

La sangre toda afluyó al rostro de la muchacha. Sintió que se desvanecía, pero se repuso, y sin pronunciar palabra, rápida como la luz, llevando el retrato en la mano y arrebatando el cesto al pasar, desapareció entre los álamos.

Cuenta la fama..., es decir, no lo cuenta la fama, porque es un secreto que sólo puede contar la que lo guarda, que hará tres meses, la noche de la boda de *la Reina* y Chuco, cuando las amigas de aquélla atribuían su llanto á las naturales cosas que hacen llorar en estas ocasiones, ella oprimía contra su corazón el retrato trazado en la alameda de la Tabla Grande del río, y suspiraba acariciando los recuerdos indelebles de las impresiones sentidas y de las palabras del pintor, que habían hecho desfilar ante sus ojos fugaces visiones más brillantes que una lluvia de estrellas.

FELIPE TRIGO



Los zapatos nuevos, cuadro de G. Puig Roda. – Los tipos y las costumbres españoles de principios de este siglo han inspirado infinidad de cuadros, en los cuales, á poco que hayan sido el talento y la habilidad del artista, aparecen á nuestros ojos bellezas sin cuento. Y es que todo en aquella época era más pintoresco, más típico que lo que la sociedad moderna nos ofrece: véanse los cuadros de Goya y dígase si en medio de su realismo indiscutible no tienen algo y aun algos más de poesía y de encanto, desde el punto de vista de los asuntos tratados, que las obras análogas de nuestros días, inspiradas en usos y escenas que, salvo contados casos en los que el protagonista es el pueblo, resultan monótonas y sobre todo poco características del país de donde se han tomado. El distinguido artista español Sr. Puig Roda, siguiendo las huellas por tantos y tan eximios maestros trazadas, nos ofrece un ejemplo de ello en el bonito cuadro que reproducimos: pónganse en lugar de la maja de mantilla blanca, chaquetilla con alamares y falda con volante de madroños, que se prueba lindo zapato de blanco raso, á una de nuestras elegantes de hoy, vestidas á la parisiense y probándose el cómodo, sí, pero feo zapato á la inglesa, y en vez del maestro de calzón corto y larga redecilla á uno de sus colegas del tiempo actual, y se verá cuánto cambia el efecto artístico del lienzo y cómo de una pintura llena de carácter y por lo mismo bella, se hace una obra vulgar y sin interés alguno.

Monseñor Serafín Cretoni, arzobispo de Damasco, nuncio apostólico, de fotografía de los señores A. y E. F. Napoleón, fotógrafos. – Monseñor Cretoni, arzobispo de Damasco, *in partibus infidelium* y nuncio de Su Santidad en España, quien á su regreso del Congreso Católico en Tarragona fué solemnemente recibido en esta ciudad y agasajado durante los días que en ella permaneció, es uno de los más altos dignatarios de la Iglesia, que más se han distinguido por sus relevantes dotes en los diferentes importantes cargos que se le han confiado por la corte pontificia. Alumno primero y docto maestro después del Seminario de San Apolinario, reconociéronsele méritos é instrucción suficiente para desempeñar la cátedra de Filosofía en el colegio de la Propaganda Fide, en el que fué asimismo director de los archivos de la Congregación y consultor de los asuntos latinos. Con igual acierto ejerció la secretaría de la comisión de asuntos orientales en el memorable Concilio Vaticano, dando entonces muestras tan fehacientes de su clara inteligencia y rectitud, que no se titubeó en distinguirle con el nombramiento de secretario sustituto de Estado de la Santa Sede, confiándosele al cabo de algún tiempo la secretaría de los asuntos orientales y la asesoría del Santo Oficio.

En 16 de enero de 1893, siendo presidente de los colegios armenio y griego, canónigo de Santa María la Mayor y de la Basílica Vaticana y privado doméstico de S.^S., fué preconizado arzobispo de Damasco, siendo consagrado en la iglesia de Montserrat de Roma.

Cuenta actualmente 61 años, y desempeña su alta misión de representante de León XIII en la corte de España desde el mes de mayo del año 1893, en cual fecha reemplazó á monseñor Di Pietro.

Durante el desempeño de su cargo hase distinguido por su carácter conciliador, ajeno á las luchas de los partidos, bondadoso y cortés, cualidades que hemos tenido la satisfacción de observar durante su reciente visita á esta antigua ciudad de los condes.

La visita de los amigos, cuadro de Joaquín Agrassot. – Bello, como todos los suyos, es el lienzo del distinguido pintor valenciano Joaquín Agrassot, quien produce cuadros de costumbres de aquella región brillantes por sus derroches de luz y colorido. El que reproducimos representa una alquería valenciana, y así los tipos de los colonos como los de sus amigos resultan trazados con vigor y valentía, descubriéndose la habilidad del maestro en la armónica combinación de los tonos y en los trajes y pormenores.

Nuestros lectores conocen algunas composiciones del señor Agrassot, por cual motivo no podrán suponer incurrimos en exageración si afirmamos que la región valenciana puede envanecerse contando á tan distinguido pintor en el número de sus preclaros artistas, con mayor motivo cuando su nombre es ya respetado y figura dignamente entre el de sus representantes é intérpretes del moderno arte español.

Gutenberg, estatua de Juan María Danielli. – El autor de esta hermosa estatua, cuyo elogio no hemos de hacer porque harto claras son las muchas bellezas de fondo y de forma que contiene que dan perfecta idea del modo de ser físico y moral del gran inventor, nació en Lyón en 18 de abril de 1847 y fué alumno de la Escuela de Bellas Artes de su ciudad natal y en la de Artes Decorativas de París. Distinguióse en las varias exposiciones que en la capital de Francia periódicamente se celebran, y especialmente en la de 1882 con su *Joven florentina* y en la de 1884 con su *Mandarín*. Desde 1883 puede decirse que continuamente ha sido jurado en los certámenes artísticos parisienses y en 1888 lo fué en la Exposición de Copenhague. Es inventor de un procedimiento de vaciado merced al cual pueden ser fácilmente reproducidas todas las materias empleadas por los escultores, tales como granito, mármol, pórfido, bronce, marfil, etc. La estatua que reproducimos ha sido modelada con destino á la fábrica de máquinas de imprimir de Emilio Houpied, de París.

Una sesión del Congreso Católico recientemente celebrado en la catedral de Tarragona, apunte del Sr. Torres Fuster, dibujo del Sr. Passos. – El día 21 del pasado mes de octubre verificóse la solemne clausura del Congreso Católico que se inauguró el 16 en la catedral de Tarragona, que es el cuarto de los celebrados en España. No ha desmerecido en importancia, interés y solemnidad á los anteriores; pues aparte de haber sido presidido por el nuncio de S. S. monseñor Cretoni, concurrieron los cardenales arzobispos de Valencia y Sevilla, el arzobispo de Tarragona y los obispos de Barcelona, Vich, Segorbe, Seo de Urgel, Tortosa, Huesca, Oviedo, Osma y Astorga, y tomaron parte activa en las discusiones distinguidas personalidades, que como los señores Alvarez Manzano, marqués de Valle Hermoso, Bancells, Durán y Bas, Brugulat, Sanz y Escartín, Plá y Ribera, Donadíu, canónigo D. Rafael Tous, Monner, Borrás, Bertrand, Almonacid, etc., pronunciaron ó leyeron discursos dignos de estudio, tanto por la brillantez de su forma cuanto por los propósitos que entrañan.

Con motivo de la celebración del Congreso, que coincidió con las fiestas en honor de Santa Tecla, patrona de Tarragona, fué considerable el número de personas que afluyó á la que fué capital de una parte de España durante la dominación romana, verificándose además solemnidades religiosas en las principales iglesias y procesiones, revistas, serenatas, corridas de toros, etc.

El salón-aula del Congreso adornóse con los preciosos tapices que atesora aquella catedral y con ricos paños galoneados el estrado, púlpitos y tribunas, resultando el decorado tan suntuoso como severo y verdaderamente apropiado á la seriedad é importancia de las deliberaciones que en aquel recinto habían de tomarse.

A la galantería del Sr. Torres Fuster y del excelente fotógrafo de Tarragona D. G. Torres debemos el apunte que nos ha permitido poder dar á conocer á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el aspecto del Congreso en la primera sesión.

El príncipe Hohenlohe, nuevo canciller del imperio alemán. – El príncipe Hohenlohe, que hoy rige, por decirlo así, los destinos del imperio germánico, es tan hábil político como diplomático, y con su tacto y su prudencia ha sabido captarse la admiración de sus amigos y el respeto y la simpatía de sus adversarios. Pertenece á una familia de la antigua nobleza alemana, cuyo nombre ha brillado en distintas ocasiones en la historia de aquel país y que desde 1744 ostenta el título de príncipe, y uno de sus hermanos posee el capelo cardenalicio y goza de no escasa influencia en la corte de León XIII.

Clodoveo Carlos Víctor, príncipe de Hohenlohe-Schillingsfurt, príncipe de Ratibor y Corvey, nació en 31 de marzo de 1819. En las universidades de Gottingen, Heildelberg y Bona estudió Jurisprudencia, y en 1842 comenzó su carrera administrativa al servicio de Prusia, desempeñando el cargo de asesor en Ehrenbreitstein, y más tarde los de referendario en Potsdam y asesor en Breslau. Al entrar en 1846 su hermano en posesión de los principados de Ratibor y Corvey, situados en Silesia, consagróse Clodoveo á la administración de los dominios de Schillingsfurt, que radicaban en Baviera, y entró á formar parte de la dieta bávara, en donde se dió á conocer por sus ideas liberales, por sus sentimientos de simpatía hacia Prusia y por sus tendencias á la unidad alemana. En 1849 fué nombrado embajador del reino en Londres. Cuando ocurrieron en Alemania los sucesos del verano de 1866, la perspicacia del príncipe le hizo fijar sus miradas en Prusia, no apartándose de su mente la idea de la unidad nacional, fomentando desde los elevados puestos de presidente del Consejo de ministros bávaro y ministro del Exterior y de la casa real, todos los esfuerzos que para llegar á ella se realizaban, y no vacilando en defenderla ante las Cámaras. En 1869 presentó una ley tendía á separar la religión de la enseñanza y que fué muy combatida en la cámara, y en el propio año dirigió una nota circular á los gabinetes de Europa excitándoles á tomar medidas contra las extralimitaciones del Concilio Vaticano: esta nota le atrajo el odio de los ultramontanos, los cuales unidos á los restos del partido «alemán grande» y á los particularistas lograron en las siguientes elecciones una mayoría de cuatro votos contra el ministerio. Disuelta la Cámara, de las nuevas elecciones resultó una mayoría contraria todavía mayor, en vista de lo cual el presidente del Consejo de ministros hubo de presentar la dimisión, que el rey no admitió hasta que en la discusión del mensaje la Cámara dió á principios de 1870 un voto de censura al gabinete.

Conocidos son sus esfuerzos para lograr que Baviera tomara parte en la guerra de 1870 y aceptara la constitución del Imperio. En la primera dieta imperial fué nombrado vicepresidente.

Como embajador en París, adonde fué enviado en 1874, supo con su prudencia y su talento fortalecer las buenas relaciones con Francia. En 1878 asistió al congreso de Berlín como uno de los tres plenipotenciarios de Alemania.

En 1885 fué nombrado gobernador de Alsacia y Lorena en sustitución de Manteuffel, y en tan importante puesto su circunspección y su tacto han contribuído no poco á aplacar algo los sentimientos hostiles á Alemania que profesan las poblaciones de aquellas antiguas provincias francesas y á reconciliarlas un tanto con la dominación alemana.

El príncipe de Hohenlohe es un hombre de Estado que ha dado en el parlamento y en la diplomacia brillantes pruebas de su genio político, y sus antecedentes liberales y sus sentimientos de tolerancia son prenda segura de que no ha de extremar los procedimientos conservadores, que tantos trastornos podrían ocasionar en Alemania.

Anhelos amorosos, cuadro de Roberto Bompiani. – Fácil es adivinar la intención del artista al pintar este cuadro: las miradas que esas dos hermosas jóvenes dirigen á las palomas que se arrullan paradas en la marmórea taza de la fuente revelan bien á las claras de cuáles anhelos se sienten poseídas. Sus ojos, en presencia del espectáculo que contemplan, remueven en lo más hondo de su corazón los tesoros de ternura allí encerrados y quizás á nadie prodigados todavía, y su pensamiento vuela y se pierde en vagos ensueños, envidiando quizás á las dos sencillas aves que sin temores ni cuidados pueden dar expansión á sus sentimientos juntando sus picos en dulcísimo beso.

¡No llores, tontuela!, dibujo de H. Ford. – Ya lo hemos dicho distintas veces, y á propósito de este notabilísimo dibujo del distinguido artista inglés hemos de repetirlo: toda composición artística en que entren como elementos principales niños y flores ha de resultar forzosamente simpática. Y si además de esto, la obra presenta un asunto bien sentido y su ejecución no tiene tacha, entonces lo simpático entra en el campo de lo esencialmente bello y el efecto producido tiene todos los caracteres de la verdadera emoción estética. Todas estas condiciones las vemos reunidas en el dibujo de Ford, y de aquí el encanto especial que sentimos al contemplar esa delicada escena llena de poesía, así en lo que toca á los personajes que en ella intervienen, como el lugar en que se desarrolla.

Cabeza de estudio, cuadro de Laureano Barrau. – La belleza femenina es tan varia como la naturaleza, y nos encanta aun en aquellos casos en que, sin ajustarse por completo á las reglas de la estética, aparece más que en la forma en la expresión. Tal sucede con la *Cabeza de estudio* de nuestro ilustre compatricta, el joven pintor catalán Laureano Barrau, de quien tanto y tan bueno hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. La cara en su lienzo trazada no responde quizás al tipo de belleza clásica que muchos consideran cómo única perfecta; pero sea como sea, es eminentemente bella y hay en sus ojos, en sus labios y en sus facciones todas un mundo de hechizos que de fijo no tendría si, siendo las líneas más puras y el perfil más correcto, no se trasluciese en ella el alma soñadora, la vida del sentimiento que Barrau ha sabido infundirle.

Un filtro amoroso, cuadro de Edgardo Bundy. – La historia que en el fondo de esta composición se descubre es una de tantas producidas por la superstición, que hizo y aún entre algunas mujeres ignorantes ó desesperadas hace todavía creer en la eficacia de ciertos brebajes para conquistar el amor del desdeñoso amante ó del marido olvidadizo de sus deberes. ¡A cuántos delitos ha dado origen tan absurda creencia! ¡Cuántos han sucumbido ó enfermado víctimas de esos menjurjes que antes preparaban alquimistas más ó menos sabios y hoy confeccionan las ignorantes y embaucadoras pitonisas modernas! Quizás el temor ante esas consecuencias que su mismo amor le hace presentir detiene á la protagonista del cuadro de Bundy, que vacila y duda antes de decidirse á tomar el fieltro que el viejo químico le presenta; pero sus vacilaciones cederán al influjo de las tentadoras promesas del alquimista, y la idea de conquistar el amor ansiado destruirá todo escrúpulo en el alma de la incauta doncella.

El autor de este cuadro, identificándose con la época en que la escena por él trazada se desarrolla y con la situación de los personajes que en ella intervienen, ha producido una obra llena de carácter, pintando unas figuras que son modelo de expresión, llenando el lienzo con libros, hierros, retortas y demás accesorios propios del lugar, y dando á éste tinte sombrío que era elemento indispensable de los misteriosos laboratorios medioevales.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – En la última Exposición internacional de Bellas Artes se han vendido obras por valor de 312.500 pesetas: el número de visitantes ha sido de 500.000.

Teatros. – En el teatro Nuevo de Berlín se ha estrenado con muy buen éxito la comedia de Pailleton *Les Cabotins*, que con tanto aplauso se estrenó durante la última temporada.

– En el teatro de la Residencia de Berlín está dando una serie de representaciones, que se ven muy concurridas, la compañía del teatro Libre de París bajo la dirección de M. Antoine.

– Mascagni ha terminado una nueva ópera en tres actos, titulada *Vestilia*.

– En Turín se ha estrenado con gran éxito un drama en cinco actos de Rovetta, titulado *Baraonda*, tomado de la interesante novela del mismo título y del mismo autor que tanta boga ha alcanzado en Italia. En los cinco actos del drama se reproducen los cinco momentos de la novela que contienen las situaciones más culminantes, sin preocuparse gran cosa de evidenciar el desenvolvimiento lógico de los acontecimientos, que tan claro aparece en la novela. En cambio de este defecto, casi común á todas las obras que del libro pasan á la escena, el drama *Baraonda* posee, entre otras cualidades, una gran fuerza de observación y un diálogo sobrio y lleno de vida.



El ballenero *Halcón*

LA EXPEDICIÓN ÁRTICA DE PEARY

AL NORTE DE GROENLANDIA

La expedición de Peary al Norte de Groenlandia, con la que salió en su busca, ha regresado ya á San Juan de Terranova al cabo de dos años de ausencia; allí quedan, sin embargo, todavía el mismo teniente Peary y dos compañeros, que permanecerán un año más en las regiones árticas. El éxito de la expedición es comparativamente un fracaso, pues no se ha llenado el principal objeto, aunque sí obtenido algunos buenos resultados secundarios.

La expedición salió de Terranova en el ballenero de vapor *Halcón* en julio de 1893, componiéndose del teniente Peary y su esposa, una nodriza, la señora Cross, y diez jóvenes, ansiosos de distinguirse en la exploración ártica. Dos de ellos, Entreken y Astrup, habían acompañado ya al teniente en su viaje anterior; los otros, el Dr. Vincent, y los Sres. Baldwin, Clarke, Davidson, Carr, Lee, Stokes y Swain, eran novicios: también iba un negro, llamado Mat-Henson, que estaba al servicio de Peary. El *Halcón* llevaba á bordo suficientes provisiones, y todas las piezas necesarias para montar una casa en la bahía de Bowdoin, á los 74° 44′ de latitud Norte. A esta casa se le dió el título de Alojamiento del Aniversario. Peary propuso caldearla durante todo el invierno con petróleo, y llevaba una dinamo para generar la electricidad y producir luz.

Esta expedición excitaba el mayor interés, porque la señora Peary, que estaba encinta, debía dar á luz muy pronto un hijo. Esto sucedió el 12 de septiembre de 1893, y con la madre regresó una niña que tenía ya doce meses cuando llegó á su país.

El propósito de Peary al emprender esta expedición era primeramente inspeccionar algunas tierras que había visto antes al Norte de Groenlandia; y también deseaba explorar la costa oriental de aquel país, al Sud del cabo Bismarck, el punto más lejano á que se ha llegado hasta ahora por aquella parte. En su primera expedición, la de 1881, con su esposa y sus compañeros, Peary había invernado en Groenlandia, cruzando los hielos interiores, en un viaje de 1.300 millas, durante el cual descubrió que Groenlandia era realmente una isla. Las masas de tierra que en su primer viaje vió, mirando hacia el Norte desde la bahía Independencia, á los 81° 47′ de latitud Norte, punto extremo que había alcanzado entonces, eran las que se proponía explorar en su segunda expedición.

Cuando el barco llegó á su destino, en 29 de julio, Peary y sus compañeros desembarcaron en seguida, y el barco los dejó entregados á la soledad del invierno ártico. El otoño se consagró á la caza, á fin de que no faltara después carne fresca, ni despojos para los perros, de los cuales se contaban trescientos, que debían emplearse para tirar de los trineos sobre el hielo de tierra firme. Las provisiones necesarias fueron llevadas á la cima del cabo de hielo para sepultarlas allí, y en 6 de marzo la expedición emprendió la marcha, componiéndose de ocho personas, Peary, Astrup, Entreken, Dr. Vincent, Baldwin, Clarke, Davidson y Lee. Desde el principio reinó muy mal tiempo; el viento soplaba á razón de 48 millas por hora y el termómetro bajó hasta 50, 55 y 60° bajo cero. Varios hombres quedaron paralizados por el frío, y fué necesario dejarlos volver, con lo cual la partida se redujo al número de cuatro hombres. Hallábanse entonces á la altura de 5.500 pies sobre el nivel del mar; y los perros comenzaban á morir; pero los expedicionarios lucharon sin arredrarse, hasta que Peary, renunciando á la tentativa, mal de su grado, volvió á la estación con sus compañeros, llegando á ella el 20 de abril. Habían atravesado solamente un espacio de 130 millas, con noventa y dos perros y doce trineos, y volvían solamente con veintiséis de aquéllos, habiendo abandonado todos los segundos.

Peary anunció entonces su resolución de permanecer en Groenlandia hasta el año siguiente, y hacer otra tentativa para conseguir su propósito. Hugo Lee, y Mat Henson, el criado de Peary, consintieron en quedarse con él. Durante la primavera, después que todos se hubieron restablecido de sus penalidades, emprendiéronse exploraciones en menor escala: Peary y Lee fueron por el Sud hasta el cabo York, lo cual les permitió descubrir un meteorito que ha estado allí desde el tiempo de la expedición de Juan Ross en 1848. En el mes de mayo, Astrup fué en trineo á la bahía de Melville, y exploró 150 millas de su costa, desconocida hasta entonces. Así pudo reconocer que en una extensión de 90 millas está ocupada por glaciares, á los más de los cuales dió nombre; de modo que ahora toda la línea de costa es relativamente bastante bien conocida. También se examinó con detención la parte comprendida desde el cabo York al cabo Alejandro, habiéndose trazado el mapa de la misma. En el mismo mes, el Dr. Vincent y Entreken trataron de llegar al puerto de Rensselaer, y tocaron en la isla de Littleton; pero el hielo se rompió y obligóles á retroceder.

Después de esto se esperó ansiosamente la llegada del *Halcón*, con la expedición auxiliar, para que condujera á su país á los compañeros de Peary. Estos últimos salieron de Terranova en 7 de julio último, al mando del capitán Enrique Bartlett; pero el hielo tenía tal espesor, que el barco no pudo atravesarle. En su consecuencia, se estableció comunicación con la orilla, y el vapor cruzó por el golfo de Inglefield en dirección al cabo Faraday, para buscar á los naturalistas suecos Bjorling y su compañero, extraviados hacía tiempo. No se encontraron vestigios allí, ni tampoco en las islas Carey, que fueron visitadas en la parte Norte; de modo que era de creer que aquellos desgraciados jóvenes y su tripulación habían perecido. El buque regresó, y después de ocho días de lucha con los hielos, abrióse paso hasta la bahía de Halcón, donde llegó el 20 de agosto. Se emplearon seis días allí, desembarcándose diez toneladas de carbón y las provisiones necesarias para Peary. Su señora se trasladó á bordo, con los demás compañeros del teniente, y el *Halcón* emprendió el viaje de regreso á Terranova. Peary quiso acompañarlos hasta el cabo York para embarcar el meteorito; pero la orilla estaba obstruída por el hielo, y el barco no pudo acercarse. Peary volvió al Norte en el bote del ballenero. El *Halcón* llegó á Terranova el 15 de septiembre, sin novedad á bordo, y el 17 se hizo á la vela para Filadelfia, donde la expedición se disolvió

En cuanto á la partida auxiliar, fué muy afortunada por lo que hace á sus trabajos científicos. El profesor Chamberlain, de la Universidad de Chicago, que era uno de los expedicionarios, exploró diez y siete glaciares; y el profesor Libbey, de Princeton, se consagró á reconocer las profundidades y temperaturas del mar con el mejor éxito.

En cuanto á los trabajos de Peary en el año que viene, las opiniones discrepan bastante; pero los más de sus compañeros creen que tiene muy pocas probabilidades de alcanzar buen éxito. Debe advertirse que solamente cuenta con un auxiliar, su compañero Lee; y es realmente una empresa desesperada para aquellos dos hombres aventurarse sin el necesario auxilio en aquellas desoladas regiones. Pero por otra parte, Peary ha hecho casi lo mismo antes; es hombre que tiene confianza en sí mismo; sabe infundirla á los otros, y su experiencia natural respecto á las condiciones árticas basta para que sepa distinguir entre la empresa y la temeridad. – X.

SIMILIA SIMILIBUS

Caverton vió por primera vez á Nita Brunson cuando él era un jovenzuelo de diez y ocho años y ella una linda joven: la gracia de la muchacha sedujo al mancebo, y desde aquel instante la llama del amor se encendió en su corazón. Un año después Caverton observó que Nita tenía algunos defectillos físicos y morales; pero á pesar de ello, siguió cada vez más enamorado de la joven, que era para él un verdadero ideal y cuya imagen no le abandonada nunca. Algunas escenas presenció también, andando el tiempo, que le probaron que Nita sacaba de cuando en cuando un geniecillo algo violento.

Caverton reflexionó, sin embargo, que el carácter adusto y demasiado severo de la madre y las envidias de las hermanas debían molestar con frecuencia á Nita, irritándola muy á menudo. Para Caverton, todos estos detalles eran originalidades que hacían más seductora aún á la joven, y seguía mirándola, como superior á todas las mujeres.

Así se explica que, cuando hubo concluído su tercer año de estudios mayores, solicitara la mano de Nita, comprometiéndose con ella formalmente.

Tres años después, Caverton había cambiado bastante; su bigote, muy espeso, parecía sombrear su rostro, y las mejillas no estaban ya tan tersas, sin duda porque había trabajado mucho y desesperadamente para realizar antes sus propósitos y disfrutar un poco de la escasa felicidad que á cada cual puede tocarle en este mundo.

Después de haber trabajado con éxito dos años en París, resolvió volver á Londres en busca de la mujer amada, creyendo ya segura su suerte, y lo primero que hizo fué decirle que podía fijar el día de la boda cuando quisiese.

Si Caverton hubiese reflexionado sobre los defectos que en otro tiempo observara en su mujer; más aún, si se hubiese dejado llevar por sus presentimientos, quizás no hubiera dado este paso, á pesar de lo mucho que á Nita amaba; pero no lo hizo así, y se casó con el firme propósito de hacer por su parte cuanto fuese preciso para que por su culpa no pudiera turbarse nunca la felicidad conyugal.

Cuando se amuebló y adornó su habitación, Caverton tuvo empeño en que el aposento de su esposa fuera un modelo de elegancia, y que todo armonizara en aquella morada donde se proponían ser felices.

Los esposos Caverton fueron á vivir á Kensington: á Nita le pareció allí la vida triste y monótona, y apenas pasaba día sin que por algo se lamentara, pues no encontraba nunca las cosas á su gusto. Al fin Caverton no pudo menos de levantar la voz, pronunciando algunas palabras amargas.

Todos sus temores se confirmaban poco á poco, y la perturbación que había previsto antes de su matrimonio parecíale ahora inevitable. No pasaba día sin que ocurriera algún incidente que indicase que la felicidad conyugal se convertiría muy pronto en un verdadero infierno.

El carácter de Caverton se agrió mucho, porque el hombre comprendía que era inevitable una vida de lucha; ya no había palabras cariñosas para él, sino sátiras é indirectas de mal género; nublábase su horizonte, y veía próxima la tempestad.

En tal estado de cosas, un incidente aumentó de pronto la tirantez de relaciones entre los dos esposos.

La amiga de infancia de Nita, su compañera de colegio y confidenta, Catalina, se había casado con un hombre muy rico llamado Douglas, tipo extravagante y muy feo, pero á quien se perdonaba todo por sus inmensos bienes, y que podía proporcionar á su mujer toda la felicidad que se compra con dinero.

Nita solía ir á visitarla todas las noches, y pasaba en su casa largos ratos, hablando siempre de los contratiempos que sufría en la suya. Caverton no hizo comentarios sobre el hecho; pero cuando se le presentó una invitación de Douglas para asistir á una de sus reuniones, contestó negativamente.

– Pero, exclamó Nita, ¿por qué no has de ir?

– No puedo decírtelo, y tengo mis razones para callarlo, contestó el esposo; pero si tú supieras lo que yo acerca de ese hombre, seguramente no desearías entrar en su casa.

– ¡Eso es absurdo!, replicó Nita. Ignoro lo que puede haber en contra de ese caballero; pero sé que siempre están muy concurridas sus reuniones, y no veo una razón para que nosotros no vayamos, yendo como van á ellas personas dignas é importantes.

Transcurrió una semana, durante la cual Caverton, sin hablar apenas con Nita, pasó las horas lamentándose de su suerte y de haber perdido su libertad para toda la vida, sin la menor esperanza de ser nunca dichoso con la mujer que tanto había amado.

Al fin llegó la noche en que los señores de Douglas debían dar su anunciada reunión; y cuando Caverton se dirigió á su casa á la hora de costumbre, estaba dispuesto á proceder con la mayor firmeza, y no dudaba que se haría respetar de Nita.

Cuando se anunció que la comida estaba servida, Nita fué á sentarse á la mesa, vistiendo uno de sus trajes más elegantes, lo cual indicaba bien claramente su resolución de ir á la reunión de los Douglas.

Caverton no se arredró, y quiso llegar hasta el fin á toda costa, sin temer las consecuencias.

– Nita, díjole de pronto, ¿por qué te has puesto tu mejor vestido de seda y tus brillantes?

– Tu pregunta es una tontería, exclamó Nita con acento de cólera y sorpresa; yo conocí á mi amiga antes que á ti, y no tienes razón para oponerte á que vaya á verla.

– Hija mía, repuso Caverton, creo que ya hemos discutido ese punto, y hasta inútil me parece repetirte que no puedo consentir en que vayas.

Siguióse un instante de silencio; pero de repente Nita se levantó con violencia, dejando caer la taza y platillo de china en que tomaba su te, y acercándose á su esposo le dijo con marcada frialdad:

– Cuando le haya pedido á usted permiso para ir á esa reunión, le será dado negármelo.

Caverton cometió un error; debía haber replicado con firmeza á su mujer; pero con ánimo de evitar una cuestión, siguió comiendo el pedazo de queso que tenía en su plato, sin decir palabra.

Mas en el mismo instante sintió un golpe que hizo saltar el cuchillo de su mano, y en la mejilla el calor que produce un fuerte bofetón.

Caverton se puso en pie al punto; pero su esposa había salido ya del comedor; la cólera le dominó un momento, é hizo ademán de precipitarse hacia la puerta; mas luego permaneció inmóvil, aunque su mano temblaba por la excitación del momento. Los criados habían sido testigos de aquella humillación, y esto era lo que más le enojaba. Sin embargo, había vuelto á sentarse, y cinco minutos después se levantó con cierta expresión alegre; estaba convencido de su fuerza; tenía el derecho que asiste al hombre y quería ser amo de su casa; el estímulo producido por el golpe le hizo olvidar la afrenta; ahora sabía ya la línea de conducta que debía seguir.

Dirigióse á su aposento, revolvió un rato en los cajones de su cómoda, cogió varios útiles y una bujía encendida, y trasladándose á cierto corredor de la casa, se subió en una silla y clavó algunos clavos en una pequeña puerta excusada para que no pudieran abrirla. Hecho esto, se encaminó hacia la sala, donde tenía la seguridad de encontrar á Nita, y en efecto, la vió dando la última mano á su tocado.

Nita dirigió una mirada á su alrededor y pudo observar que su esposo, sacando la llave de la puerta, cerraba esta última por fuera.

Caverton hubiera dado seguramente algo bueno por ver en aquel momento á su iracunda esposa, pero le habría intimidado ver su espantosa palidez. Nita temblaba de cólera. Su altivez y su desdén convirtiéronse en odio, y pasó más de una hora antes que algunas lágrimas brotasen de sus ojos; pero lágrimas de resentimiento, más bien que de contrición.

Poco después, Caverton se juzgaba el más desgraciado de los hombres, y se calificaba á sí propio de cobarde y de tirano, aunque no dejaba de reconocer la necesidad de proceder como lo había hecho. A la mañana siguiente hubo de almorzar solo, y salió á evacuar sus diligencias diarias triste y preocupado, pues en vez de la mujer ansiosa de reconciliarse, que él esperaba, no veía más que una esposa indiferente.

Así pasó una semana, siendo los días cada vez más insoportables para Caverton, que ardía ya en deseos de estar en buena inteligencia con su esposa; pero su dignidad ofendida impedíale dar el primer paso.

Si hubiera sabido que Nita suspiraba, experimentando sensaciones análogas á las suyas, es muy probable que hubiera cedido; pero temía ser rechazado por su esposa. Esta, por su parte, mostrábase altiva porque veía que Caverton no quería ceder; pero al fin reconoció interiormente su falta, y comprendiéndolo así, pronto comenzó á desistir de mantenerse en su orgullosa actitud.

Apenas Nita hubo reconocido que ya no vivía dentro de la esfera de las simpatías y caricias de su esposo, se persuadió de que unas y otras eran realmente lo que más apreciaba, y volvió á experimentar las mismas sensaciones que cuando conoció á Caverton y hubiera querido tenerle siempre á su lado.

De tal modo influían en ella estos recuerdos, que en más de una ocasión estuvo á punto de poner término á semejante estado de cosas, pidiendo el perdón de su falta; y una vez en que iba á hacerlo, se le ocurrió precisamente á Caverton salir del aposento en que juntos estaban.

Después de la silenciosa comida de costumbre, los dos habían cogido un libro; pero cualquiera de ellos hubiera podido observar que el otro no volvía muchas páginas.

«¿Cómo podrá ser tan tenaz y tan orgullosa?, decíase Caverton. ¿Cómo no comprenderá que aquí no debe haber más amo que yo, ni imperar más voluntad que la mía?»

Y como estas preguntas le sugirieron toda una serie de tristes reflexiones, salió de la habitación en el mismo momento en que Nita, comprendiendo que Caverton no podía proceder de otro modo y reconociendo su error, sentía las lágrimas agolparse á sus ojos y se disponía á pedir perdón á su ofendido esposo.

Así se aplazó una reconciliación que tanto deseaban los dos.

Los días siguientes fueron terribles para Caverton, para quien aquella situación era un verdadero martirio; triste y cabizbajo, absorbíase á veces en sus reflexiones, y á menudo se le oía exclamar: «¡No quiero ceder, no lo haré de ningún modo, porque yo no he cometido ninguna falta, y no daré el menor paso que pueda considerarse como una humillación!»

El pobre marido, no pudiendo avenirse con una existencia tan intolerable, estaba resuelto á conseguir la reconciliación de una manera ú otra, ó á prescindir de todas las consideraciones y de las conveniencias sociales, pidiendo el divorcio.

«Si hubiese culpa por mi parte también, decíase con expresión desesperada, si yo le hubiese faltado, si mediase injuria por ambas partes, todo se arreglaría muy pronto.»

Esta última reflexión le sugirió de pronto un medio para cambiar el estado de cosas, y resolvió ponerle por obra al día siguiente. Al volver por la noche á su casa, Caverton estaba tan impresionado por lo que se proponía hacer, que apenas podía hablar, y Nita observó muy pronto que su esposo estaba más grave y reservado que otras veces.

Sin embargo, cogió su libro, aunque sin ánimo de leer, y aparentando que lo hacía, entregóse á tristes reflexiones. Caverton la miraba ahora fijamente, repitiéndose en su interior las palabras: «¡Es preciso, es preciso; debo hacerlo!»

– Nita, dijo de pronto, el enrejado de la chimenea está muy sucio. ¿Por qué no se limpia como es debido?

– No lo he observado, contestó Nita sin levantar la cabeza, y elevando más el libro para que no se viera su rostro.

Caverton tiró de la campanilla; había previsto esta escena mentalmente desde algunos días antes, tanto que ahora le parecía familiar; era su plan puesto en acción.

Un momento después se presentó el criado.

– El enrejado de la chimenea, dijo, no se ha limpiado hoy; vea usted de hacerlo ahora mismo, y vuelva aquí con los demás criados.

Nita miró á su esposo con expresión de curiosidad á la vez que de inquietud.

A los pocos minutos llegaron los individuos de la servidumbre.

– Denme ustedes los cepillos, dijo Caverton.

Y alargándolos á su esposa, añadió:

– Nita, limpia en seguida ese enrejado.

Nita miró á su marido con la mayor atención, abriendo desmesuradamente los ojos.

– ¿Me oye usted?, preguntó Caverton. Es preciso limpiar ese enrejado, y ahora mismo.

– ¿Está usted loco?, exclamó Nita.

Apenas pronunciadas estas palabras, el esposo hizo lo que en aquel instante le parecía una cosa fácil y familiar; dió un paso hacia su mujer, levantó el brazo, y la palma de su mano produjo un chasquido al chocar contra la pálida mejilla de su esposa.

Los criados salieron en el mismo instante, y Nita no pronunció una sola palabra, ni profirió la menor queja.

Consumado su acto, Caverton tembló; la bilis le ahogó, y hubiera querido gritar; mas haciendo un poderoso esfuerzo se dominó para mirar á su esposa.

Nita, con la mejilla enrojecida, fijaba también la vista en su marido, y muy pronto las lágrimas brotaron de sus ojos.

Entonces Caverton abrió sus brazos, y los esposos se reconciliaron cariñosamente.

Si en la vida hay días que pueden compensar las tribulaciones pasadas, aquel fué seguramente uno de ellos para los dos esposos, cuyas almas volvieron á quedar unidas como lo estaban sus brazos, y cuyos corazones debían palpitar en lo sucesivo tan próximos uno á otro como se hallaban en aquel instante sus mejillas.

Traducido por E. L. Verneuil



UN FILTRO AMOROSO cuadro de Edgardo Bundy

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS GRÚAS-CABRIAS DERRICKS

Estos nuevos aparatos elevatorios son de origen americano, y las ventajas que ofrecen hacen que su uso se generalice rápidamente en los Estados Unidos para la construcción de puentes, edificios y ferrocarriles, para la explotación de las canteras, la colocación de pilotajes, para el servicio de arsenales, docks, almacenes, establecimientos metalúrgicos, astilleros, fábricas y talleres de todas clases; en una palabra, dondequiera que haya pesos que levantar.



Fig. 1. – Construcción del Palacio de Justicia de la ciudad del Lago Salado (Estados Unidos) con las grúas-cabrias americanas (de otografía)

Muy ligeros, con relación á su potencia, que les permite maniobrar fácilmente con pesos de 20.000 kilogramos, muy sólidamente construídos y al mismo tiempo fáciles de instalar, desmontar y transportar, no es extraño que con tales cualidades puedan estos aparatos en poco tiempo reemplazar á todos los de la misma fuerza usados hasta ahora.

Los aparatos representados en nuestra figura 1 se componen esencialmente de un mástil que se mantiene levantado verticalmente por medio de cables que arrancan de su extremo superior, y de un balancín articulado al pie de dicho mástil de modo que pueda girar con él alrededor de su eje y adoptar todas las inclinaciones necesarias, desde la posición vertical á la horizontal. Participando de esta suerte de las grúas por el balancín y de las cabrias por los cables, están bien designados estos aparatos con el doble nombre que les damos.

En los Estados Unidos, como en Inglaterra, denomínanse generalmente *Derricks* todos los aparatos destinados á elevar grandes pesos, aplicándose á éstos un nombre específico asociado al nombre genérico; así una grúa es *crane derrick*, una cabria *guy derrick*, y por lo tanto los que nos ocupan debieran llamarse *crane guy derricks;* pero en su país de origen se les denomina simplemente *crane derricks* ó *guy derricks*, lo cual justifica aún más nuestra denominación de grúas cabrias.

Según los pesos que haya de levantar el aparato es movido por una máquina de vapor, por un caballo ó por hombres: en el caso de un motor de vapor la fuerza de éste es ordinariamente de diez á doce caballos. Los cables de tracción se arrollan por lo general á dos tambores, de los cuales el uno sirve para gobernar el balancín y el otro la subida ó bajada del fardo. Para maniobrar con las grúas-cabrias americanas un peso de siete á ocho toneladas basta pefectamente un tambor de 30 á 35 centímetros de diámetro.

En los modelos actualmente construídos, la sensibilidad de los frenos es tal que una pequeña presión de la mano es suficiente para determinar la ascensión ó el descenso, lo mismo de la carga más pesada que de la más ligera, y siempre con la comodidad y regularidad mayores. El descenso es tan fácilmente dirigible que se puede introducir un tapón de corcho en una botella hasta el ras exacto del cuello de ésta sin peligro de romper el vidrio.

La figura 1 representa la instalación de las grúas-cabrias tubulares de vapor empleadas en la erección del Palacio de Justicia de la antigua ciudad de los mormones (Salt-Lake-City) en el Estado de Utah: la altura de su mástil vertical es de 25 metros, la longitud de su balancín de 23 y el peso que pueden elevar de 5.000 kilogramos.

Antes de emplear uno de estos aparatos los constructores lo ensayan suspendiendo en el centro del balancín, puesto éste en sentido horizontal, un peso de 1.360 kilogramos, muy superior al esfuerzo que debe ejercer este punto durante el funcionamiento.

En la construcción del Palacio de Justicia de la ciudad del Lago Salado se han empleado cuatro grúas cabrias; instaladas, como se ve en la figura 1, dentro de las paredes de la fachada del edificio, ocupando los cuatro vértices de un losange. Cada una de ellas estaba sostenida por un pedestal de madera que elevaba su base propiamente dicha á 12'20 metros del suelo, de suerte que dada la longitud del balancín cada aparato podía elevar, bajar ó cambiar de sitio los materiales en un radio de cerca de veintiséis metros alrededor de su eje. En otros términos, los cuatro aparatos bastaban para cubrir enteramente con su campo de acción el rectángulo de 100 x 42'70 metros sobre que se alza el edificio. Gracias á los pedestales previamente dispuestos no hay necesidad de mudar de sitio los aparatos antes de terminar completamente la construcción, pues aquéllos se disponen á una altura tal que los balancines puedan oscilar siempre á un nivel tan alto como lo exija la elevación total del edificio.

Para combinar la ligereza con la solidez y la potencia, los mástiles y los balancines de estas grúas-cabrias son de hierro hueco, de donde les viene el nombre de *tubulars derricks;* y para facilitar su transporte esas dos largas piezas tubulares son desmontables en varias piezas, según sus dimensiones, sin que ninguna exceda de seis metros y medio. Por esto se les llama también *sectional derricks* ó *tubular sectional derricks*. Estas piezas se unen por simples junturas escurridizas.

Otra variedad de *sectional derricks* son las grúas-cabrias cuyos mástil y balancín están construídos con piezas de madera sólidamente ensambladas y fácilmente desmontables.

Los cables de cáñamo de Manila ó de alambre galvanizado, por medio de los cuales se verifica á distancia la maniobra de la grúa-cabria, se extienden á lo largo del balancín y del mástil, pasan por la base del aparato y atraviesan el pedestal para dirigirse luego al motor y arrollarse á los tambores.

La figura 2 representa otro tipo de grúa-cabria aplicado á la construcción del Palacio del Gobierno de Charleston: en ella el balancín es transversal y de uno á otro extremo del mismo corre un trolley que lleva el peso. Su instalación exige aún menos sitio que la de los aparatos antes mencionados, puesto que el balancín está articulado, no al pie del mástil, sino en un punto elevado de éste. En los ejemplares reproducidos en la figura 2 el mástil tiene 18'30 metros de altura y el balancín mide 14'60 de longitud: el peso levantado es de 7.000 kilogramos.

Todos estos tipos de grúas-cabrias y otros análogos tienen de común que reemplazan los andamios, tan costosos y difíciles de montar, desmontar y trasladar de un punto á otro.

Han tenido un gran éxito y son en los Estados Unidos tan solicitados por los canteros, como por los contratistas de carga y descarga y de construcciones.

Las fábricas de estos aparatos no pueden apenas satisfacer los pedidos que de ellos se hacen, después de haber sido reconocidas las ventajas prácticas que resultan de la perfecta racionalidad de constitución y combinación de sus distintos órganos.

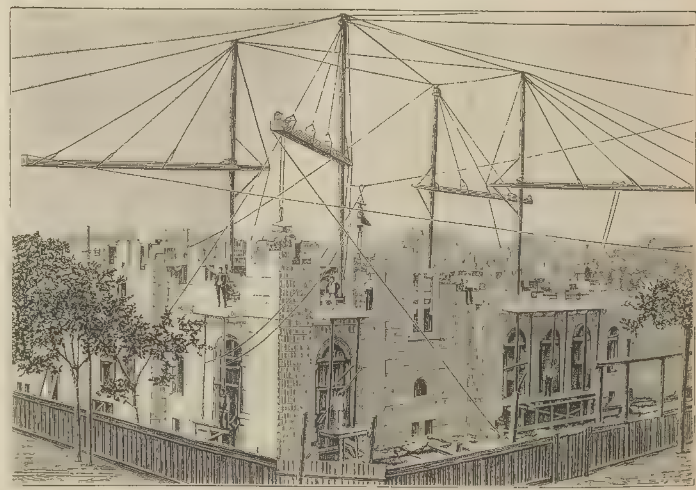


Fig. 2. – Otro tipo de grúas-cabrias aplicado á la construcción del Palacio del Gobierno en Charleston (de fotografía)

Gracias á sus bien estudiadas disposiciones realizan de prisa, bien y con economía todo trabajo que dependa de sus múltiples aplicaciones: es, pues, de esperar que no tardarán en obtener en Europa el éxito que desde su aparición han tenido en los Estados Unidos.

E. VIGNES

(De *La Nature*)

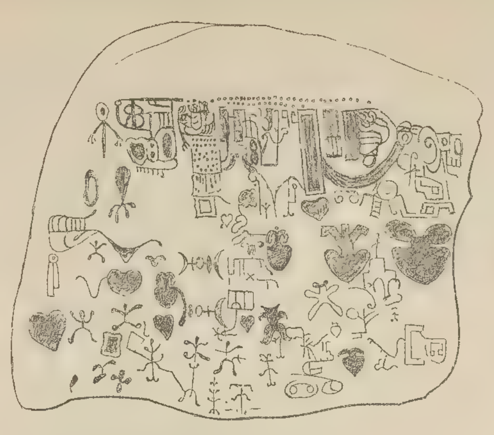
CURIOSIDADES ARQUEOLÓGICAS DE COLOMBIA

La piedra labrada de Aipe

Entre las láminas de la comisión corográfica que recorrió casi todo aquel país, á las órdenes del general Codazzi, se halla reproducida una de las curiosidades prehistóricas más dignas de llamar la atención del viajero ilustrado. Hállase este notable monumento arqueológico en la orilla izquierda del alto Magdalena, cerca de un pueblecito llamado Aipe, de donde se deriva el nombre con que se le distingue.

Deseoso yo de estudiarlo y de comprobar la exactitud del dibujo de sus inscripciones jeroglíficas, de paso para el Sur del Tolima, me trasladé al lugar donde la piedra se halla, y vi que en efecto la copia está hecha á toda conciencia.

La piedra, que es uno de los muchos peñones erráticos desprendidos al levantarse la cordillera, es de un conglomerado arenisco muy compacto, cementado por sílice con algo de cal, y ocupa, como el álveo del río, el centro de uno de los muchos lagos que cubrieron la dilatada llanura, y formaron con sus sedimentos las tierras hoy cultivables, antes del desagüe general, por la rotura de sus diques, á que sin duda contribuyeron las avenidas del Magdalena.



La piedra labrada de Aipe, dibujo de D. José M.ª Gutiérrez de Alba

A la llegada de los españoles, los indios *natagaimas* celebraban cerca de aquel lugar una especie de feria ó mercado periódico, al que concurrían muchas tribus desde largas distancias á cambiar sal y mantas de algodón de la altiplanicie por polvos y objetos de oro, metal muy abundante en los aluviones de toda la comarca. Hay en el país la creencia general (y el mismo Sr. Codazzi participa de ella) de que aquellas figuras grabadas en la piedra son como una historia ó un recuerdo de las transacciones de aquel mercado.

Yo creo que aquellas inscripciones son de un origen mucho más remoto, y su significación de mayor importancia. Para emitir esta opinión, me fundo en que los signos en que dejó el recuerdo de ciertos hechos memorables la raza indígena de época más ó menos próxima al descubrimiento, están hechos por lo general con incorrección en las líneas y siempre con tinta roja muy adherente; mientras que en la piedra labrada de Aipe se ha empleado el buril y la tinta obscura, y los signos tienen una gran corrección en sus líneas, simetría en sus formas y cierta semejanza en las figuras con algunas inscripciones egipcias.

Deseoso de que los hombres versados en la ciencia arqueológica pudieran encontrar la clave para descifrar aquellos misteriosos signos, he consultado con algunos sabios, y entre ellos con mi respetable amigo el canónigo Sr. G. Toni, de Milán, que en *L'Esplorazione Commerciale* había tenido la amabilidad de dar á conocer una humilde conferencia mía, pronunciada en la Sociedad Geográfica de Madrid, sobre otros monumentos prehistóricos de la misma república. Para ello envié al Sr. Toni una copia fiel de la piedra de Aipe, como la que hoy remito con igual objeto á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y espero que las investigaciones de personas competentes consigan la gloria de interpretar la inscripción, que tal vez daría mucha luz sobre la historia de aquellas regiones y las razas que en remotos tiempos fueron sus pobladoras.

JOSÉ M.ª GUTIÉRREZ DE ALBA

MONUMENTO ERIGIDO Á QUATREFAGES

EN VALLERAUGUE

Cerca de tres años hace que falleció el ilustre naturalista francés Armando de Quatrefages, cuyos retrato y necrología publicamos á raíz de su muerte en el número 531 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Hoy reproducimos el monumento que para honrar su memoria ha erigido su pueblo natal, Valleraugue (departamento del Gard), y que es obra del celebrado escultor Leopoldo Morice. Este monumento, cuya altura es de cinco metros, consta de un pedestal de piedra en cuya cara anterior hay la figura de una joven que con una mano abre el libro de la ciencia y con la otra levanta una corona que presenta al eminente sabio cuyo busto de bronce completa la obra. A los lados del pedestal el escultor ha colocado con gran habilidad algunos atributos relativos á las industrias del país. En la cara opuesta á la principal se lee la sencilla inscripción *M. de Quatrefages*.

La ceremonia de la inauguración del monumento, que se verificó el día 26 de agosto último, fué una verdadera solemnidad, habiendo concurrido á ella numerosos delegados en representación del Gobierno, del Instituto y de la Academia de Ciencias, y una gran muchedumbre que con su presencia aumentó la importancia de los homenajes oficiales y les dió ese carácter de sentimiento y de respetuoso cariño que sólo las multitudes imprimen en esta clase de ceremonias. – G. T.



Monumento erigido á la memoria de Quatrefages en Valleraugue, departamento del Gard

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

PRUEBAS DEL ENSAYO DE NUEVAS TEORÍAS fisiológicas de la función asimilatriz, por el Dr. F. Zenitram. – Oportunamente hablamos del libro que con el título de *Ensayo de nuevas teorías fisiológicas de la función asimilatriz* escribió el autor del que hoy nos ocupa: en éste expone el Dr. Zenitram la confirmación de aquellas teorías y da cuenta de dos nuevos descubrimientos, uno el hallazgo de una ley orgánica y el otro el de la fuente de donde se origina el jugo lácteo. Los trabajos del Dr. Zenitram merecen, en nuestro concepto, ser leídos por las personas inteligentes en la materia. El folleto se vende al precio de 75 céntimos en Madrid, librería de Fernando Fe; en Barcelona en casa de D. Tomás Martínez (Tallers, 25, 3.°), y en Zaragoza en casa de D. Francisco Martínez (plaza de San Miguel, 10, 3.°)

MARIONETES, por *Federico Elguera*. – El conocido escritor peruano Sr. Elguera ha coleccionado con este título una porcion de artículos escritos con suma gracia y sobre asuntos ligeros: por su fondo y por su forma nos recuerdan, en medio de su innegable originalidad, en muchos puntos los trabajos análogos de nuestros populares Taboada y Palacio, sin que sean esas imitaciones serviles que algunos han querido hacer y en las cuales no asoma la gracia por ninguna parte. Los trabajos del Sr. Elguera, todos chispeantes y algunos intencionados, resisten perfectamente la comparación, y este es el mayor elogio que á nuestro entender puede hacerse de ellos. Los dibujos de Enrique Lasarte aumentan los atractivos del libro, que ha sido impreso en Lima en la imprenta Gil, Banco del Herrador, 113 y 115.

POESÍAS SELECTAS, por *Carlos Peñaranda*. – Si la acogida del público, poco aficionado por desgracia á leer libros y aun menos á comprarlos, es prueba de la valía de uno de éstos, con decir que el que nos ocupa ha tenido tres ediciones quedaría hecha su alabanza. Pero el libro del Sr. Peñaranda vale no sólo por el éxito; las poesías en él contenidas son producto de una inspiración no común y han brotado de un alma que siente con delicadezas infinitas: únase á esto una versificación fluida y armoniosa, que se manifiesta igualmente espontánea en los más diversos metros, y se tendrá idea de las bellezas que encierran las composiciones coleccionadas por el señor Peñaranda. El libro, impreso en Manila en la tipo-litografía de Chofré y compañía, se vende al precio de 60 centavos.

RUBIAS Y MORENAS, por *Luis Zapatero*. – Con este título ha coleccionado el conocido poeta D. Luis Zapatero algunas de sus composiciones poéticas, escritas en diversos metros y sobre asuntos varios, en las que se confirman las cualidades que para el cultivo de la poesía adornan al autor y que le han valido premios en distintas ocasiones. Véndese el libro á dos pesetas y ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Leonardo Miñón.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 19 de noviembre de 1894 — Núm. 673

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ANTE EL CABALLETE,
composición y dibujo de Sauber, grabado por Florián

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La muerte del czar. – Presentimientos á la exaltación de Alejandro III. – Su realización. – Evocaciones de los recuerdos relativos á la mocedad de Alejaudro III. – Su casamiento. – Descuidos en su educación política. – Su carácter eslavo. – Su intervención en la guerra de Bulgaria. – Horror que le causó esta guerra. – Inextinguible amor suyo á la paz. – Gratitud que por esto le debe nuestra Europa. – Reflexiones políticas. – Conclusión.

ALEJANDRO III

I

Inútil sería divertir la vista del teatro de la tragedia de Livadia. Ningún suceso como la muerte del czar. Contemplemos, según la costumbre nuestra, personaje tan extraordinario en la hora de su desaparición. El día en que recibí hace años, 2 de marzo de 1881, la noticia de haber Alejandro II muerto, trazaba yo estas palabras en mis correspondencias de América:

«La política europea se une ahora, en este instante supremo, toda ella con la personalidad del nuevo czar de Rusia. Por virtud de tan grave suceso como la muerte de Alejandro II, la triple alianza de los imperios del Norte se ha hundido; la difícil amistad entre Rusia é Inglaterra se ha estrechado, y al Oriente de Europa surgen próximas esperanzas de Grecia, y al Occidente, remotas, pero seguras esperanzas de Francia. Dos sucesos capitales, el uno en Asia y el otro en Africa, señalan cambios profundos en la política intercontinental. En el continente asiático abandona Inglaterra la ocupación de Candahar y en el continente africano hace Inglaterra la paz del Transvaal. Por el primero de estos actos el gobierno inglés demuestra que renuncia de todo en todo á los ensueños imperiales, avivados al soplo de la política romántica de Disraelli; por el segundo de estos actos el gobierno inglés demuestra que quiere vivir en paz con el imperio ruso, dejándole su obra de civilizar una parte del Asia, mientras él se impone á sí mismo el deber de civilizar la otra parte. Naturalmente todas estas evoluciones de la política inglesa indican una separación de los intereses de Alemania en Europa y una inteligencia con Rusia, tanto para someter al sultán de Constantinopla, cuanto para rematar la emancipación de los griegos y de los eslavos. Pero todos estos hechos gravitan en torno de la personalidad del nuevo czar.» La paz, tan difícil entre Francia y Rusia, como yo anunciaba entonces, ha existido durante todo el reinado de Alejandro III; las esperanzas de Francia, que llamaba yo remotas, hanse realizado en una gran parte; la triple alianza de los emperadores tardó un lustro en hundirse, pero se hundió; y Grecia se agrandó con territorios amplios, como definitivamente se constituyeron en Estados autónomos Rumanía, Servia, Bulgaria, recibiendo el Montenegro un puerto como Dulcigno, todo á expensas del Imperio turco, reducido en Europa meramente á poseer Tracia y Macedonia.

II

Un domingo, primero de marzo, en 1881, aconteció el horrible atentado que destrozó al padre de Alejandro. Con mayor compasión trata el carnicero á su res, que el nihilista á su czar. Después de tal muerte, se celebraron unos funerales magníficos: ningún alma viviente podía salir á las calles y á las ventanas para verlo; pero tenían mucho que ver, pues junto á los cosacos del Don, ligeros como los cuervos en sus matanzas, los árabes del Cáucaso, blancos cual las águilas en sus picachos; junto á las tropas regulares de tan correcta formación como los regimientos germánicos, las tribus irregulares, que parecen llegar por irrupciones videntes; los pajes con sus dalmáticas heráldicas, y los oficiales de la casa imperial llevando las insignias de la soberanía y entre ellas una diadema de brillantes, por cuyo precio podría comprarse un reino; los grandes dignatarios del Estado con sus cascos de plata, sobre los cuales tienden sus alas pájaros de oro, y los grandes dignatarios de la Iglesia con sus capas pluviales recamadas de brocados y sus relicarios bizantinos de ricos metales y deslumbradora pedrería; vistosa comitiva de arreos deslumbradores, semejante á evocaciones fantásticas de edades históricas, que enterraban, no el cuerpo de un czar asesinado, el alma de una institución destruída. El nuevo czar llevaba por nombre de pila el mismo que su padre, y por número ordinal de este nombre el tercero. Segundogénito, ni él había pensado en la púrpura, ni los suyos habían pensado á su vez que pudiera vestirla nunca. Su hermano mayor mostraba gran robustez, y se apercibía en su florida mocedad á preparar con bella y joven princesa un enlace que creía destinado á larga posteridad. ¡Ah! El frío de Rusia rompe los pulmones más fuertes, traspasa los costillares más templados, extingue el fuego de la vida en los pechos más ardientes; y el príncipe heredero, en vez de contraer un matrimonio con la prometida, contrajo una tisis que le llevó á la eternidad. En la hermosa Niza de los tísicos, á la luz del cielo meridional y á la vista del mar celeste, apagóse la vida del primogénito, quien al contemplar á su prometida y á su hermano llorando al pie del lecho, poseídos de verdadero dolor, les sonrió con dulce sonrisa, les entrelazó las manos con cariñosa efusión, les bendijo desde el dintel de la tumba, y envolvió en la última de sus ansias el primero de los votos elevados al cielo por la felicidad de la pareja que el cielo destinaba en sus designios á ocupar bien pronto, y tras pavorosas catástrofes, el trono de las Rusias. Mirando á los dos hermanos se veían dos personificaciones; en el muerto predominaba la complexión germánica, y en el sobreviviente predominaba la complexión moscovita. ¡Y cuántas veces las resoluciones mayores y más trascendentales de los omnipotentes se deben á su respectiva complexión! Uno de los principales encargos dejados á sus herederos por Pedro el Grande fué que se casaran siempre con princesas germánicas, para tener por tal medio más cerca de sí la cultura alemana, única, en su centir, capaz de civilizar la monstruosa nación de los czares y de los siervos. Por tal encargo, su hija, la emperatriz Isabel, enlazó al heredero de su corona con célebre princesa de Anhalt, y casi todos los monarcas rusos desde entonces han hecho lo mismo: llevar de Alemania las destinadas á perpetuar la dinastía de Rusia.

Con una princesa de Prusia estaba casado el padre de Alejandro II, y casado con una princesa de Hesse el padre de Alejandro III. Pero había una diferencia notabilísima entre las dos princesas germánicas. La madre de Alejandro II creyó siempre, como era natural, destinado su primogénito al trono; y en virtud de esta creencia, le imbuyó ciertas ideas y ciertos sentimientos favorables á su raza y á su patria germánicas, mientras la madre de Alejandro III no creyó al segundo de sus hijos llamado á reinar, y no se cuidó, por consiguiente, de su educación política todo cuanto debiera, dejándola, en su imprevisión, á segundas personas, las cuales concluyeron por darle un carácter puramente ruso y principios y afectos eslavos. Luego la madre de Alejandro II tuvo un matrimonio felicísimo, en tanto que la madre de Alejandro III, una santa, enamorada con exaltación de Alejandro II, sufrió contrariedades reveladas por la boda última del czar, las cuales contrariedades dieron á su manera de vivir tal tristeza, que la condujo hasta entristecer naturalmente el alma de sus hijos. Alejandro II amaba la patria de su madre, y no amaba la patria de su madre Alejandro III. Además, rendido amador éste de su esposa, la princesa Dagmar, debía naturalmente atender á sus ideas con profunda atención y seguir sus consejos con fiel obediencia; y su esposa, hoy recién viuda, pertenece á Dinamarca, la nación ofendida por las armas y desmembrada por el poder de la omnipotente Alemania.

III

A grandes conjunciones de la educación y de la naturaleza, fué el nuevo czar todo un eslavo. Lejos de tener la estatura colosal de los czares germánicos, tenía, con ser un gigante, la estatura menor de los czares tártaros. Su cabellera un poco encrespada, sus hombros anchos, sus ojos vivos, su ademán resuelto, delataban al eslavo, gente á quienes los fisiólogos suelen llamar árabes rubios. Y hubiera dejado de pertenecer á la raza eslava, si no sintiese una irreconciliable enemistad con la raza germánica. Por tal afecto se ha guiado en todas sus acciones y por tal afecto ha dirigido y determinado toda su vida. Revélanse los pueblos más en sus leyendas poéticas que en su historia civil; y la leyenda poética de los eslavos se reduce á dos ideas capitalísimas: la conquista de Constantinopla y el castigo de Alemania. Quizás Alejandro II aparecerá en lo porvenir como el último emperador alemán de Rusia. «Alejandro III, decía yo al subir éste á su trono, si hubiera tenido en sus manos la autoridad que hoy tiene, al empeñarse la guerra franco-prusiana, se decide por Francia. En su odio á los alemanes, prohibía hasta usar el alemán á la corte propia, y se negaba siempre á participar de las manifestaciones germánicas. Así la bomba nihilista que inmolara la persona del padre de Alejandro hirió la frente del canciller Bismarck. Entre los consejos de Pedro el Grande se halla uno maquiavélico, según el cual sus herederos deben ayudar á Francia y Alemania de modo alternativo, para tenerlas débiles y sumisas á las dos. Nadie, pues extrañará los angustiosos telegramas de la corte de Berlín á la corte de Petersburgo en el trance último, y las palabras del emperador Guillermo al nuevo czar: «Ya sabéis que contáis siempre con fieles y leales vecinos.» Alejandro III asistió en persona, rodeado de su estado mayor, á la guerra eslava por excelencia, que las profecías de los moscovitas habían con tanto empeño preparado, á la guerra llamada por nosotros última guera de Oriente.

IV

Alejandro II, movido por la opinión popular, como un presidente de república liberal cualquiera, emprendió la campaña de Bulgaria contra Turquía, como su padre Nicolás I emprendiera la campaña de Crimea contra Inglaterra. En la campaña de Bulgaria, por más que un triunfo total se consiguiere, imponiendo la paz de San Estéfano, se probaron muchísimas amarguras también, como asedios cual el asedio de Plewna, donde las tropas rusas experimentaron grandes contrariedades, y desastres cual el pacto de Berlín, donde las ampliaciones de territorio fueron para los enemigos de Rusia y las restricciones y los recortes para Rusia misma. Y esta guerra merece recordarse, porque á ella se debe la conversión súbita del entonces príncipe imperial á la paz europea y á la concordia entre todos los gobiernos cristianos. Al ver Alejandro III las pobres gentes retorciéndose por el suelo y la humana sangre salpicándole la faz, entre las espesas nubes de humo y los tonantes relampagueos de fusilería, juró á sí mismo no suscitar otra guerra, porque jamás puede compensar el erguirse airado y soberbio sobre un carro de triunfo conducido al Capitolio por la Vía Sacra, los horrores que causó la vista de una carreta de moribundos que agonizan segados en la flor de su juventud y divididos de sus amadas familias, estremeciéndose de dolor á las puertas de una eternidad que les anticipa el odio y la crueldad de los humanos. Este sentimiento de caridad lo ha exaltado en términos tales á los ojos de las generaciones contemporáneas, que nunca se dolieron por la muerte de un redentor y de un tribuno los pueblos libres como se han dolido por la muerte de este tirano asiático. Con efecto, un hombre capaz de sufrir las burlas y las mofas que infligieron á su poder y autoridad los búlgaros, así como de superar sus repugnancias de autócrata omnipotente á la república y á la democracia para unirse con Francia, enamorado de la paz universal, bien merece que se viertan por él copiosas lágrimas de piedad y de ternura, ya que tantas lágrimas él nos ahorrara de horror y desolación. Los fervores y entusiasmos por la paz han llegado en el mundo á extremos tales, que se olvidan la crucifixión perdurable de Polonia, las persecuciones á los estudiantes porque piden aire y luz para sus ideas, el silencio impuesto á las conciencias amordazándolas, los procedimientos inquisitoriales contra católicos y luteranos opresos, la expulsión de míseros judíos errantes por las estepas donde se les congelaba el llanto en las mejillas y se les atería en el corazón la sangre, los patíbulos alzados contra las conspiraciones y los conspiradores consiguientes á toda esclavitud, para recordar cómo con Alejandro han brotado las cosechas bajo un cielo sin vapores de incendios ó exterminios y han crecido á su grado nuestras fecundas libertades que se desmedraran entre conquistas y combates, los cuales no son más que un despotismo levantado contra otro despotismo en una carnicería y en un degüello infernales. Que obtenga el emperador en otro mundo la paz que nos ha dado en este nuestro mundo.

Madrid, 9 de noviembre de 1894



ISLA DE CUBA.-INUNDACIÓN DE SAGUA LA GRANDE, dibujo de José Passos

(de fotografías remitidas por D. Tomás S. de Lamadrid)

EL RETRATO

En la reunión de la marquesa, después de desfilar los convidados, siempre quedábamos los íntimos disfrutando su amena conversación.

Aquella noche nos reservaba una curiosa historia que hizo más interesante la velada.

Hablábase de un matrimonio en proyecto, que por una frívola cuestión de amor propio entre los novios se había desbaratado recientemente.

Decíase que la novia, tal vez inconscientemente, había desairado á su prometido aceptando un vals de un gentil caballero; que *él* había partido á lejanos países dejando una carta de despedida, y que *ella*, desconsolada, pero inquebrantable, por no humillarse pensaba entrar en un convento.

– ¡Volverá!, interrumpimos á coro, y tendremos boda.

– Ella ha de llamarle antes de quince días.

– No conocen ustedes el corazón de los enamorados, exclamó la marquesa; yo creo, y ojalá me equivoque, que se casará cuando yo.

La marquesa era una *solterita*, pues no me atreveré á llamar *solterona* á tan hermosa, bien conservada y virtuosa señora, de cuya soltería más de una vez se burlaba ella misma con mucha gracia.

– Esa carta de despedida, prosiguió, dictada por el despecho, es, y no la conozco, la sentencia de rompimiento eterno. El amor propio ofendido dicta frases terribles, devuelve ofensa por ofensa y atormenta el corazón de la persona amada con los más refinados medios de tortura: no parece sino que quiere aniquilar en un instante todo el cariño que siente; trabajo inútil y doloroso en el cual dos corazones que se aman hacen á la vez papel de víctimas y verdugos.

– ¿Y queriéndose tanto, es posible?

– ¿Si es posible? Ahora verán ustedes. Es un episodio que no me pertenece; callaré el nombre de la protagonista, amiga mía que... murió. Así podrán ustedes decir que atestiguo con muertos y quedarse con la suya.

Todos nos apresuramos á traducir con una galantería la buena fe que nos merecía la marquesa; pero debimos ser algo tardos en la expresión, porque sin dejarnos hablar continuó:

– «Mi amiga Elena, la llamaremos así, era íntima de casa y en nuestros salones conoció al pobre Enrique, que también los frecuentaba, quedando prendados uno de otro.

»Elena era una joven distinguida, guapísima, de noble estirpe y no escasa dote.

»Enrique... figuraos un guapo mozo con títulos de nobleza y risueño porvenir en la carrera diplomática que empezaba.

»Volvía de París temporalmente cuando la conoció, y les juro á ustedes que jamás he asistido á felicidad más grande en la tierra, cuando Elena, sentada á mi lado, espiaba palpitante la entrada de Enrique en el salón, ó cuando abstraídos, locos de amor, fabricaban sus castillos en el aire.

»Las familias de ambos accedieron gustosas á amores tan razonables, y Enrique regresó á París, donde su obligación le llamaba.

»Si las cartas de Elena conmovían, no menos las de Enrique. En ellas ponían todo su ser, y vi á Elena muchas veces regar con lágrimas los renglones que escribía.

»No podían vivir lejos uno de otro, y Enrique acabó por mandar á paseo su carrera y volver al lado de Elena.

»Convencieron, sin embargo, á aquellos dos locos de que tuvieran paciencia unos meses, mientras se preparaba pomposamente la boda, y decidieron á Elena que dejase marchar otra vez á Enrique y á éste á que se fuese.

»Pasado algún tiempo, cierta noche, en casa, un recién llegado de París trajo noticias de Enrique, y entre varias indiscreciones, dijo que le habían visto en la Opera con una mujer hermosísima; algún amor pasajero..., aventuró el indiscreto.

»Y Elena, sin encomendarse á Dios ni al diablo, escribió á Enrique:

«¿Amas á otra? Dueño eres de ello, y si te sientes valiente para *terminar*, devuélveme mis cartas y te enviaré las tuyas.»

»A los pocos días, Elena desolada vino á verme. Traía un paquete de cartas, las suyas que Enrique le había devuelto. Entonces supe que la inadvertida niña le había escrito aquella carta.

– »¡No me ha querido nunca!, exclamaba, cuando con tanta facilidad me devuelve mis cartas; ¡nunca, nunca! Yo le devolveré las suyas tranquilamente... y su retrato, y todo se acabó; ¡que se divierta!

»Quería aparecer serena y las lágrimas se escapaban de sus ojos. Procuré calmarla, pero fué en vano; su dolor y su despecho me inspiraron lástima y la dejé marchar. Si no lo hubiera hecho, aún era tiempo de salvarlos.

»Enrique recibió sus cartas y su retrato, y el retrato de Enrique se lo voy á enseñar á ustedes conforme lo recibió.»

La marquesa sacó de un mueble inmediato una cartera y de ella la fotografía.

Todos sentimos al verlo un escalofrío involuntario, algo desagradable que no puedo expresar.

El retrato tenía los ojos taladrados, y por aquellos ojos vacíos, sin luz, parecía escaparse una mirada dolorosa.

Habíamos quedado en silencio y el retrato pasaba de mano en mano. Volvió á tomarle la marquesa y terminó diciendo:

«Enrique no pudo resistir tamaña ofensa: creyó ver en aquel acto indigno un corazón perverso al cual estaba ligado por un amor vehemente.

»Yo disculpo á mi amiga; fué una ligereza que bastante desgraciada la hizo; pero Enrique, como digo, no debió juzgarlo así, porque una mañana le encontraron en su habitación con el cráneo destrozado. En una mano conservaba el revólver y en la otra su profanada fotografía.

»Elena, ya les dije, ha muerto soltera, triste y sola; ¡como yo moriré!..»

Y la marquesa no pudo contener una lágrima que cayó sobre aquellos ojos vacíos que se habían cerrado para siempre.

Aquella lágrima nos dió la clave de su eterna soltería.

Sí, nos persuadimos de que la marquesa y Elena eran la misma persona, la misma mujer desgraciada y digna de lástima.

JOSÉ BRISSA

EL EMPECINADO

II

Aunque sin alterarlo grandemente, no hemos querido ceñirnos con entera escrupulosidad al orden cronológico de las sucesos, porque no cabiendo en las estrechas dimensiones de un artículo la figura grandiosa del *Empecinado*, nos ha parecido que sería más conveniente presentarlo primero bajo su aspecto moral, y dejar para luego la relación de algunos de sus servicios más sobresalientes, para completar con ellos su retrato.

Los primeros soldados que tuvo á sus órdenes fueron sus tres hermanos, á los cuales se unieron en poco tiempo unos cuantos campesinos. La fama de sus proezas hizo que la partida engrosara rápidamente, y á medida que contaba con más fuerza se arrojara á empresas de mayor importancia. Así es que sin desdeñar la interceptación de los correos, que tenía gran interés porque proporcionaba noticias de lo que proyectaba el enemigo, comenzó á atacar convoyes, siendo varios los que sorprendió en poco tiempo, derrotando á las tropas que los escoltaban y apoderándose de ricas presas, que consistían en vestuario y armamento, el cual utilizaba para armar y equipar su gente, á la que iba dando una organización cada vez más militar.

Cuando la guerra se formalizó en Castilla, creyó el valeroso patriota que podía prestar mejores servicios incorporándose á los ejércitos regulares, y así lo hizo poniéndose á las órdenes de Cuesta. Era el veterano general, como ya hemos dicho, hombre de carácter atrabiliario y soldado valeroso, pero desgraciadísimo, pues apenas daba batalla que no perdiera, lo cual sin duda aumentaba su mal humor y le hacía estar siempre dispuesto á reñir con juntas, alcaldes, corporaciones populares y con sus mismos compañeros de profesión. Ordenancista severo, menospreciaba á los guerrilleros, sin duda porque incurría en el error de suponer que para ser valiente y pelear bien es indispensable llevar uniforme. No rechazó el concurso de Juan Martín, cuyos méritos era imposible que desconociera, pero los admitió seguramente sin ningún entusiasmo. Y conviene tener en cuenta que *el Empecinado*, á diferencia de otros jefes de guerrillas, no tenía nada de insubordinado. Antes al contrario, recordando sin duda los principios que había aprendido sirviendo en el Rosellón, era obediente y sumiso, cosa que no le costaba gran trabajo, dado su natural, sencillo y modesto.

Unido al ejército regular, asistió á las batallas de Cabezón y Rioseco, que fueron dos desastres, y entonces resolvió volver á pelear por su cuenta.

Separóse del irascible Cuesta y volvió á reorganizar su partida, estableciéndose entre Valladolid y Burgos, con objeto de estorbar el paso de los franceses por su línea de operaciones, poniendo en práctica, para aumentar su fuerza, un procedimiento originalísimo, que consistía en admitir voluntarios, á quienes pagaba jornal los días que permanecían á su lado, ofreciéndoles además parte en las presas que cogieran al enemigo. A este sistema apelaron con buen éxito en varias ocasiones otros guerrilleros, especialmente el cura Merino, que de este modo no se veía obligado á pagar y mantener gente cuando no la necesitaba. Estos patriotas alquilados, según la feliz expresión del general Gómez Arteche, ocasionaron muchos descalabros á los franceses, que en realidad no podían calcular bien las escoltas que necesitaban los convoyes, no sabiendo á punto fijo la fuerza con que tendrían que combatir.

Sería imposible enumerar una por una las hazañas de aquel batallador incansable, que con cien ó ciento cincuenta caballos peleaba todos los días, y tan pronto aparecía en la provincia de Burgos, como en las de Segovia, Soria, Salamanca, Valladolid, Guadalajara y Toledo. Hoy aparecía en las inmediaciones de Ciudad Rodrigo, donde prestaba inapreciables servicios al general inglés Moore, que lo tuvo en gran estimación; mañana concurría á las operaciones de la campaña de Talavera, picando la retaguardia de las divisiones de Soult y Ney y limpiando de franceses la cuenca de Santa Agueda por San Felices y Sancti Spíritus, cayendo de improviso sobre Salamanca y obligando á rendirse á la pequeña guarnición que los franceses habían dejado, y batiendo inmediatamente en el Rollo á trescientos dragones que desde Medina del Campo acudían en auxilio de sus compañeros.

Marcha sin perder tiempo á Guadalajara, afligida por las continuas correrías que desde Madrid hacían los invasores por aquella provincia en busca de botín; pónese á las órdenes de la Junta, que residía en Sigüenza, y con una actividad y acierto imponderables organiza fuerzas bastante numerosas, con las cuales consigue no pocos triunfos, haciendo centenares de prisioneros, y obliga á los franceses á encerrarse en los puntos fortificados, sin atreverse á salir al campo, más que en fuertes columnas, á las cuales hostiliza y hace retroceder en muchas ocasiones.

Vuelto al teatro de sus antiguas hazañas, entra en Valladolid y Burgos, ataca en Pedrosa del Rey á ciento veinte gendarmes, los pone en dispersión, mata á todo el que no se rinde ó encuentra la salvación en la fuga, pelea cuerpo á cuerpo con su comandante, recibe una estocada que le atraviesa el brazo, penetrando en el costado, coge al contrario por la cintura, lo saca á pulso del caballo, caen los dos al suelo luchando á brazo partido, y Juan Martín, desarmado por habérsele partido el sable, machaca con una piedra la cabeza á su adversario.

Ya entonces tenía el empleo de capitán de caballería, que le había concedido la Central de Sevilla.

Retiróse á Poyos para curar su herida, y apenas restablecido, antes de volver á campaña, quiso ir á Fuentecén para abrazar á su anciana madre.

Los que antes le habían robado y calumniado se escondieron al tener noticia de su llegada; pero aquel hombre terrible con corazón de oro ignoraba lo que es el rencor y la venganza. Sentó á su mesa á los que más se habían distinguido como enemigos suyos, les ofreció su amistad y socorrió generosamente á algunos que se hallaban necesitados.

Ya que hemos hablado de la madre de Juan Martín, parécenos llegada la ocasión de referir un hecho, que es para los franceses una ignominia y que por desgracia se ha repetido luego en la primera de nuestras guerras civiles por un general español, aun con mayores caracteres de ferocidad.

El gobernador de Aranda, aterrado por las correrías del insigne guerrillero, imaginó prender á su madre, y llevándola á la ciudad la destinó á barrer las calles. Esperaba de este modo que *el Empecinado*, movido por el amor filial, aceptara las brillantes proposiciones que se le hacían para que depusiera las armas y entrara al servicio del rey intruso. Juan Martín, que ni siquiera se había dignado contestar á dichas proposiciones, al saber la prisión de su madre comenzó á allegar recursos para rescatarla á viva fuerza. El francés tembló entonces y puso en libertad á la prisionera.

Su campaña más brillante la realizó en Guadalajara. La Junta de aquella provincia le llamaba en su auxilio siempre que se veía apurada, sin perjuicio de pagar con ingratitudes sus servicios, como aconteció en alguna ocasión. El heroico Juan Martín no tenía memoria para los agravios y acudía siempre donde se le llamaba.

En Guadalajara no sólo fué reconocido por jefe superior de las numerosas guerrillas que peleaban en la provincia, á las cuales sólo en alguna que otra ocasión puso bajo su inmediato mando, para reali-



El ejército jáponés: la primera materia, dibujo de Federico Villiers



El ejército japonés: el artículo manufacturado, dibujo de F. V.

zar alguna empresa de relativa importancia, sino que llegó á organizar dos batallones de infantería, que se denominaron *Tiradores de Sigüenza* el uno, y el otro *Voluntarios de Guadalajara*, aumentando su caballería hasta el número de doscientos cincuenta caballos. Juntar más fuerzas hubiera sido en él una insensatez y hasta le hubiese puesto en peligro de ser derrotado, porque Juan Martín no era un general en la verdadera acepción de la palabra. Tenía aptitudes extraordinarias para lo que se llama la pequeña guerra, pero nada más.

Con las que tuvo á sus órdenes peleó siempre con ventaja y obligó al gobierno de Madrid á enviar en su persecución al renombrado general Hugo, padre del ilustre poeta, con cuatro mil infantes, buen golpe de caballería y algunos cañones, que de nada le sirvieron, pues no consiguió ni capturar ni vencer al noble guerrillero, que le venció á él no pocas veces, obligándole en varias ocasiones á batirse en retirada, llegando con frecuencia á invadir la provincia de Madrid, donde en el pueblo de Villarejo de Salvanés logró rendir una columna de doscientos cincuenta hombres, que creyéndose al abrigo de todo ataque, se entretenía en saquear el pueblo.

No queremos terminar este artículo sin dejar consignada una curiosidad. El 24 de mayo de 1812, hallándose *el Empecinado* en Avila, desde donde dominaba casi toda la provincia, sentó plaza en sus fuerzas un joven que acababa de cumplir quince años, é ingresó según reza su filiación en el *batallón de á caballo*. Aquel soldado adolescente había de ser con el tiempo regocijo de las musas y honra de la literatura nacional. Llamábase entonces Manuel Bretón de los Herreros y hoy se le conoce con el sobrenombre glorioso de autor de *Marcela*, de *¿Quién es ella?* y de *La batelera de Pasajes*.

Terminada la guerra, Fernando VII reconoció al *Empecinado* el empleo de brigadier de los ejércitos nacionales. . . . .

. . . .

¿Hemos de hablar de la muerte del héroe? Perseguido como liberal por la reacción absolutista, encarcelado y paseado de pueblo en pueblo encerrado en una jaula como si fuese un animal dañino, fué por fin sacrificado á las iras del bando apostólico... ¿A qué recordar tales ignominias?..

Hoy honra su nombre una de las lápidas que adornan el salón del Congreso de los diputados. No merece menos el batallador incansable, el heroico soldado, el cien veces benemérito patricio.

Eduardo Zamora y Caballero

LA CAMPANA DE IMST

(tradición tirolesa)

I

¡Qué alegre sonaba la campana de la iglesia parroquial de Imst!

Parecía que el genio de la música, tomando parte activa en el clamoreo de la lengua metálica, había realizado un prodigio, á cuya influencia hendían el el aire con singular armonía plácidas notas diferentes de las que por lo común deja oir el bronce.

Llamaba mi atención aquel tañido que de tal suerte se indicaba con la naturaleza del paisaje tirolés, saturando el alma de bienestar como compensación de las amarguras, y no podía explicarme el fundamento de los dulces acordes.

Diríase que el artífice llevó á cabo su obra con el propósito de regocijar á los habitantes de la aldea, y por cierto lo conseguía de manera cumplida.

Pero todo tiene su razón, y la campana de Imst, en vez de sustraerse á la ley general, viene á confirmarla.

He aquí la tradición que lo justifica.

II

El caballero Arolph de Rofensteiner poseía inmensas riquezas en plata y oro, que ocultaba cuidadosamente en el torreón de su castillo. Uno de sus mayores placeres consistía en bajar cada día al fondo del recatado escondite y gozar allí, á solas con el tesoro, esas voluptuosas emociones que únicamente puede concebir el avaro; porque el susodicho sujeto lo era en grado superlativo, y de tal suerte, que cuando se dedicaba á su tarea favorita llevaba consigo la llave del subterráneo de la torre y ninguno de sus servidores tenía permiso ni aun para acercarse á aquel sitio misterioso.

La posteridad no nos ha transmitido el retrato del caballero Arolph, pero me lo figuro con los rasgos característicos que la avaricia imprime en el rostro de sus miserables sectarios: ojillos diminutos, vivos y traidores; labios delgados como la piel de la cebolla y pálidos como la cera; frente deprimida; sonrisa glacial, y barba casi estéril, de pelos ásperos y mates.

De repente un acontecimiento inesperado vino á turbar el culto de Rofensteiner. Las gentes de Appenzell, hermoso cantón de Suiza, aparecieron en las tierras de Arolph, lanzando el terrible grito de guerra, y en presencia de peligro, vióse compelido el avaro á reunir sus hombres para agregarse á las bandas de los caballeros, apercibidos á repeler la agresión.

Una idea lo atormentuba: ¿qué iba á ser de su tesoro?

«¿Lo llevaré conmigo?, decía en íntimo soliloquio. Pero no me atrevo. Los azares de la lucha podían hacer que fuese á parar á mano de los enemigos. ¿Lo dejaré bajo la vigilancia de mi esposa Walpurga? Pero ella puede caer en la tentación de quitármelo, y esto sería espantoso.»

El esclavo de sus riquezas tuvo al fin un pensamiento que solucionaba á maravilla la dificultad. Fundió el oro y la plata, los encerró en las viejas balas huecas de su castillo, y luego de soldadas éstas, las arrojó como cosa inútil al foso de la fortaleza, después de lo cual partió á la guerra.

III

La campaña presensóse desfavorable para la nobleza. Imst fué derrotado, disperso el ejército de los nobles y Arolph hecho prisionero.

Desde entonces nadie volvió á saber del avaro, y desolada su esposa, juzgándolo perdido para siempre, resolvió dejar sus dos hijos bajo la custodia de los fieles servidores y entrar en un convento.

– ¿Qué me importa el mundo, pensaba la infeliz esposa, si me falta la presencia del compañero de mi vida?

– Madre, replicaba á su vez el menor de sus hijos, no nos abandones.

– Mi pensamiento es para vosotros y para vuestro padre. Vivid en este castillo, sed cumplidos caballeros, mas no intentéis modificar mi resolución.

Y en efecto, Walpurga abandonó la señorial residencia y ocultó en el retiro del claustro sus lágrimas y su amargura; pero antes de salir del castillo sucedió que los habitantes de Imst, deseosos de dotar la iglesia del pueblo con una campana grande y hermosa, hicieron una cuestación entre los vecinos, y llegados á la morada de Walpurga, ésta creyó lo más oportuno al fin que se proponían ofrecer las balas que había en el foso.

El donativo fué aceptado con regocijo porque el metal servía perfectamente al objeto; y en el momento de fundir la campana, el tesoro del Sr. Rofensteiner pasó á formar parte de aquélla.

¡Por cierto que estuvo bien utilizado! Nunca hubiesen creído los buenos aldeanos que una campana pudiese vibrar con tan claro timbre. Y lo tenía admirable, justificando mi sorpresa cuando lo escuché con verdadero deleite.

Mas ¡ay! mayor todavía fué el asombro de Arolph, luego que transcurridos muchos años logró tornar á su castillo.

– ¿Y mi esposa? ¿Y mis hijos?, preguntó afanoso al pisar los umbrales de su antigua morada.

– Vuestra esposa, contestó un escudero, no pertenece al mundo.

– ¿Cómo? ¿Qué decís? gritó el caballero Rofensteiner. ¿Ha muerto?

– No tal; pero...

– ¡Habla! ¡Habla!

– Os creyó perdido para siempre y buscó en un convento refugio apacible para su dolor.

– ¡Dios clemente! ¿Y mis hijos?

– Viven aquí.

El recién llegado subió apresuradamente las escaleras y estrechó contra su corazón á sus hijos, que no esperaban el regreso de su padre.

En aquel solemne momento, la campana de la iglesia parroquial dejóse oir con sus admirables tañidos.

– ¿Qué escucho?, exclamó Arolph. Esa campana...

– ¿Desconoces su sonido?, repuso uno de los hijos del caballero.

– Sin duda. La que había hace muchos años no hablaba al alma; pero ésta parece que canta y llora, ríe y suspira.

– Pues tú tienes participación en ella.

– No comprendo, hijo mío.

– Nuestra querida madre cedió para la fabricación de la actual campana las viejas balas del foso.

– ¡Las balas viejas!

– Exactamente.

Arolph guardó silencio y pensó de este modo:

«Veo en lo sucedido la intervención divina. El tesoro que era el culto único de mi vida, se ha transformado en campana que me recuerda lo pequeño de los bienes materiales. Ha obrado mi esposa cuerdamente. ¡Bendita campana, cuyos acentos me apartan de la servidumbre del oro y me permiten elevar el alma á Dios y pedirle misericordia!»

Por desgracia pocos avaros se convierten y discurren como el caballero Arolph de Rofensteiner.

Augusto Jerez Perchet

¡ASÍ SEA!

He oído afirmar que adelantan rápidamente los trabajos emprendidos por la Real Academia Española para publicar la décimatercera edición de su *Diccionario de la Lengua Castellana;* y, por si llegasen á tiempo, que no llegarán, y pareciesen oportunas, que no lo parecerán de seguro, voy á permitirme algunas respetuosas observaciones acerca de la edición hoy vigente, y que, por lo visto, está llamada á desaparecer en muy breve plazo.

Ya sé, desde hace mucho tiempo, que para elevar estas consideraciones hasta las alturas en que se legisla sobre lexicografía (ó lexigrafía como ahora dicen en el ministerio de Fomento), pude haber tomado otro camino: el de enviar *papeletas* firmadas á la comisión encargada de aquellas tareas; pero sobre que esto podría haberse considerado como arrogancia, imperdonable en mí, he temido parecer á los suspicaces ganoso de figurar entre los que poco ó mucho han colaborado en la confección del *Gran Libro*.

Y dicho esto, voy á entrar, sin más preámbulo, en materia.

Existen en la duodécima edición del Diccionario muchas definiciones, cuya inexactitud ó cuya deficiencia salta á la vista, principalmente cuando se trata de vocablos pertenecientes al tecnicismo científico. Es claro que un Diccionario general no puede ser (ó por lo menos sus autores no quieren que sea) conjunto de los Diccionarios particulares de artes ó de ciencias; pero de todas suertes, los señores académicos están en el caso de optar entre suprimir las definiciones de las palabras técnicas ó incluirlas todas; y en este último caso es evidente que están obligados á definirlas con precisión y por completo.

Tarea larga, muy larga sería la de señalar una por una las definiciones en que se ha faltado á esas condiciones en la edición duodécima del Diccionario: me concretaré, por lo tanto, á señalar algunas, muy pocas, por si llamando acerca de ellas la atención de los señores académicos pudieran éstos rectificarlas en la edición que están elaborando ahora.

La voz *Multiplicar*, por ejemplo, la definen los académicos:

«Tomar un número ó cantidad tantas veces cuantas unidades contiene otro.»

Y saben de sobra muchos señores académicos, de cuya competencia en matemáticas nadie duda, que esa definición, aun aceptada como buena, que no lo es, solamente puede ser aplicada al caso concreto de que el multiplicador sea un número entero.

Y digo lo mismo de la palabra *Dividir*, que es para la Academia: «averiguar cuántas veces una cantidad que se llama divisor está contenida en otra que se llama dividendo.»

Definiendo el cociente ó *cuociente* dicen:

«*Resultado de la división de una cantidad por otra.*»

Definición muy aceptable, porque es precisa y exacta y completa.

Pero añaden:

«*El cual expresa cuántas veces el divisor está contenido en el dividendo*,» añadidura con que se quita la exactitud y la precisión á lo anteriormente dicho.

Cualquier alumno del primer año de segunda enseñanza sabe que en muy pocos casos el divisor está contenido cierto número de veces en el dividendo; y esto que saben hasta los muchachos de la escuela, no pueden ignorarlo y no lo ignoran seguramente los señores académicos. ¿Por qué lo escriben? ¿Por qué lo publican?.. Eso es lo que no puedo explicar; acaso por descuido, tal vez por desidia. Es muy probable que los primeros académicos, aquellos que fueron nombrados por Felipe V, fuesen varones doctísimos en letras, pero poco peritos en ciencias exactas; cabe presumir que ellos inventaron esas definiciones inexactas, deficientes y muchas veces hasta absurdas de que nuestro Léxico está plagado en lo que concierne al tecnicismo científico, y cabe sospechar que esas definiciones se han perpetuado pasando de una edición á otra, por falta de esmero ó sobra de confianza en los encargados de corregir las faltas de la primera edición.

Prescindiendo, no obstante, de estos errores (que

son muchos y de mucha monta) en que han incurrido los predecesores de los actuales académicos al definir las voces técnicas, y sobre los cuales conviene llamar con insistencia la atención de los sabios matemáticos, de los naturalistas insignes con que hoy cuenta la Academia, para que si es tiempo todavía los corrijan, y si ya no lo es se preparen á corregirlos en la edición décimacuarta; prescindiendo de esos errores, digo, aún quedan, para dar y tomar, omisiones, vaguedades, faltas de precisión en las palabras mismas del lenguaje ordinario.

Se explica perfectamente que la corporación doctísima, cuya misión oficial en nuestro país se reduce á sancionar las leyes dictadas por el uso *(árbitro legislador y norma del lenguaje)*, proceda con detenimiento y con mesura para otorgar esa sanción; pero no se explica, en manera alguna, que se obstine en negarla á voces real y verdaderamente indispensables y cuya aparición no obedece á caprichos de la moda, sino á exigencias del progreso en las ciencias sociales.

Es muy extraño, por ejemplo, que habiendo sido aceptado por los inmortales el vocablo *cursi*, el cual, en definitiva, es palabra exótica, de significación vaga y verdadero provincialismo, no se hayan admitido aún las palabras *bajista* y *primista*, que representan ideas muy generalizadas en las sociedades de ahora; y lo más extraño es que, en este mismo orden de conceptos, la Academia acepte la dicción *alcista*, y no acepte la voz *bajista*. Como es raro también que admitida la palabra *cursi*, no se dé carta de naturaleza á su derivada, *cursilería*.

Camino del mercado, cuadro de C. Troyon

Bien es verdad que de estas anomalías están llenas las páginas del Diccionario; existe en él, *verbi gratia*, la palabra *minutar* (por redactar minutas) y no consta la voz *dictaminar* (por emitir dictamen), que es más usual y más necesaria que la otra, ó por lo menos tan necesaria y tan usual como ella.

Está el verbo *fusilar* y no aparece el nombre *fusilamiento;* está el verbo *reformar* y no se admite el nombre *reformista;* se halla el verbo *vejar* y no se encuentra el adjetivo *vejatorio;* contiene el adjetivo *nítido* y falta el sustantivo *nitidez*.

La lista de los vocablos de uso común y que, á pesar de haber sido empleados no ya sólo por el vulgo sino por buenos escritores y aun por literatos á quienes la Academia misma ha declarado autoridades, no han tenido la honra de figurar todavía en el Diccionario, resultaría demasiado larga.

La palabra *atávico*, por ejemplo, muy en boga actualmente; las no menos usadas *altruismo* y *altruista* (en contraposición á *egoísmo* y *egoísta*); las voces *beligerancia*, *exteriorización*, *impedimenta*, tampoco han hallado gracia en el ánimo de los señores académicos.

Y sin embargo, académicos muy distinguidos las emplean frecuentemente en sus obras, como académicos muy notables y muy eximios literatos han dado carta de naturaleza á las palabras *añorar* y *añoranza*, á cuya admisión se opone tenazmente, él sabrá por qué, un eminente hombre político, de quien afirman los de la casa que tiene decisiva influencia en los consejos de aquellos areopagitas ilustres.

No sé si á esa persistencia se deberá también que, además de la inexplicable preterición de la palabra *fusilamiento* (que es realmente el colmo de las omisiones), se advierta la falta de las voces *brusquedad*, *cuquería*, *expedienteo*, *reanudar*, *reobrar*, *reaccionar*, *esposar* (en la acepción de poner esposas), *policíaco*, etc., etc., de las cuales presumo y es de esperar que no falten todas en la edición que están ahora confeccionando los individuos de la Academia Española. ¡Así sea! – A. SÁNCHEZ PÉREZ



¡Partió!, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)



VENECIA. - MUELLE DE SAN TROVASO, cuadro de Mariano Barbasán



ITALIA. - MERCADO EN SUBIACO cuadro de Mariano Barbasán

NUESTROS GRABADOS

Ante el caballete, composición y dibujo de Sauber, grabado por Florián. – Si en todas las épocas se ha distinguido la mujer en el cultivo de los diversos ramos del saber, parte muy activa toma en el movimiento general, ya que se le prestan mayores facilidades, poniendo de relieve una vez más sus aptitudes. En la pintura ha logrado distinguirse notablemente, y muchas son las que en todos los países se dedican á ella con verdadero provecho y grandes resultados.

El Sr. Sauber en su bonita composición ha logrado un doble objeto, cual es el de rendir una muestra de consideración á la mujer artista, presentando una bellísima joven, ante un caballete, trasladando al lienzo delicadezas de tonos ó de sentimientos, y una obra elegante y agradable cual todas las que produce este distinguido artista.

Isla de Cuba. - Inundación de Sagua la Grande, dibujo de José Passos. – De triste recordación será para los laboriosos habitantes de Sagua la Grande la fecha de 25 de septiembre de 1894. Viviendas arrasadas por el empuje devastador de las aguas, mercancías, riquezas y hacienda; destruído el bienestar de unos, la tranquilidad de otros: tal es el triste resumen de las desgracias y calamidades que en un momento afligieron á aquella población, no repuesta todavía de los inmensos perjuicios que le ocasionara el terrible ciclón en 1888.

En la mañana del citado día 25 de septiembre último, desbordóse el río, cuyas aguas llegaron á alcanzar once metros sobre su nivel ordinario, inundando las calles. A más de setenta casas asciende el número de las arrastradas por la impetuosa corriente, y á ciento cincuenta el de las viviendas que amenazan ruina. Las pérdidas materiales representan una suma respetable, pues con los edificios destruídos han desaparecido importantes establecimientos, tales como talleres de fundición, imprentas, almacenes y fábricas de tabacos y el Casino Español, que al derrumbarse el edificio ha perdido todo su rico mobiliario.

Aunque no puede precisarse el número de víctimas, fueron recogidos doce cadáveres por la guardia civil, que en unión de los bomberos, marinos y tropas de la guarnición prestaron servicios dignos del mayor encomio, dando todos pruebas de la mayor abnegación en el salvamento de los atribulados vecinos, que señalan á algunos de ellos como héroes y campeones de la caridad. Igual levantado comportamiento siguieron los pueblos inmediatos, cuyas autoridades y vecinos prestaron también su valioso auxilio, entre ellos Cifuentes, cuyo alcalde presentóse con cien vecinos y todos sus subordinados.

El gobernador general, al tener noticia de la catástrofe, dispuso lo conveniente para atender á las múltiples necesidades de la población inundada, pues uno de los consiguientes peligros que era preciso conjurar había de producirlo el estado sanitario, sumamente comprometido por el estancamiento de las aguas en su descenso y por las materias que al quedar en descubierto habían de entrar en putrefacción.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA lamenta sinceramente las desgracias que afligen á los habitantes de Sagua la Grande y hace fervientes votos para que renazcan en aquella población la riqueza y la tranquilidad.

La guerra chino-japonesa. - El ejército japonés: La primera materia. - El artículo manufacturado, dibujos de Federico Villiers. – Aunque el imperio japonés abrió las puertas de sus ciudades hace veintiséis años á las curiosas visitas de los viajeros, á las investigaciones de los hombres de ciencia y á las especulaciones del comercio, entrando en el concierto de los pueblos occidentales, ha sido precisa la guerra que ensangrienta los campos de las más ricas provincias del Celeste Imperio, para que la masa general europea se diera cuenta de la facilidad con que el Japón se ha adaptado á los adelantos de nuestra civilización, transformándose de manera que al aceptar lo útil que poseemos no ha renunciado á cuanto por llevar el sello de su nacionalidad constituye la fuente de su riqueza.

El artista Federico Villiers ha tratado de representar al soldado, ó mejor dicho, al recluta japonés apenas vestido con el uniforme militar, que tanto difiere del traje indígena, todavía torpe en sus movimientos, y al mismo después del período de instrucción, avezado ya á la táctica y al cumplimiento de la ordenanza, conducido en los típicos chinkirra, especie de carricoches, encaminándose á la estación ó al muelle, para embarcarse con destino al ejército del general Yamagata.

La guerra actual demuestra las ventajas que reportan los pueblos que caminan con seguro paso por la senda del progreso, aun aquellos que como el Japón apenas han vislumbrado sus brillantes albores.

Camino del mercado, cuadro de C. Troyon. – Es Inglaterra uno de los países de Europa en donde se cultiva con singular acierto la pintura de paisaje. Los artistas ingleses muestran especiales aptitudes para el estudio de la naturaleza, que con grandioso esfuerzo y con envidiable espíritu de asimilación logran reproducirla en el lienzo en todos sus aspectos, en todos los contrastes que ofrece.

La exposición de Bellas Artes últimamente celebrada en esta ciudad ha servido para que los inteligentes se convencieran de cuanto apuntamos, pues los paisajes de los artistas del Norte llamaron poderosamente la atención, entre ellos los de Macaulay Stewenson y Lich Ten Cate.

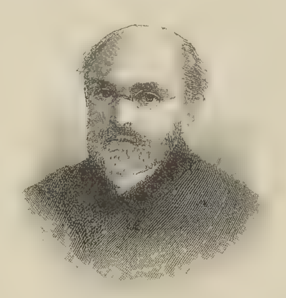
El afamado pintor Troyon no necesita encomiásticos panegíricos. Sus obras, que literalmente se arrebatan de las manos y á elevados precios los aficionados, siempre que por acaso se presenta alguna á la venta, son el mejor elogio de su talento pictórico. Como pintor de paisajes es de un mérito sobresaliente, y así lo demuestra la composición que reproducimos, admirable por su dibujo y bellísima por su rico colorido.

¡Partió!, cuadro de Francisco Miralles. – Una escena tierna y sentida, cual es la separación de un ser querido, ha servido al inteligente pintor catalán D. Francisco Miralles para producir una bellísima composición. El interesante grupo formado por la amante esposa, su tierna hija y el perro, cautivan porque revelan una manifestación del sentimiento más puro, una reunión de afectos que enaltecen á quien los alimenta y con tanta discreción ha sabido interpretarlos. Aparte de estas consideraciones, el cuadro del Sr. Miralles descuella como todos los suyos por el sello de distinción que los caracteriza, así por la belleza de los trazos como por su armónica tonalidad.

Venecia. - Muelle de San Trovaso. - Mercado en Subiaco, cuadros de Mariano Barbasán. – Uno de los típicos muelles de la poética ciudad de las lagunas y un día de mercado en el pintoresco pueblo de Subiaco han servido al ya distinguido artista Mariano Barbasán para producir dos bellísimos lienzos, que no sólo se recomiendan por esa pintura elegante y vigorosa tan propia del pintor aragonés, sino por la verdad con que traduce esas escenas llenas de animación y vida que se desarrollan en las plazas de los pueblecillos romanos. El grabado, siempre deficiente para expresar las bellezas del colorido, da á conocer, sin embargo, las condiciones estimables que existen en la obra que se reproduce, y preciso es convenir que las reproducciones de los dos cuadros á que nos referimos determinan la valía de los originales y el mérito de su autor.

Barbasán es uno de los artistas residentes en Roma que honra á nuestra patria. Mucho de él puede esperarse todavía, pues por fortuna comprende y siente el verdadero arte.

Los doctores Zacharin y Leyden. – Gregorio Antonovic Zacharin nació en Moscou en 1830 y pertenece á una familia rusa de ilustre abolengo. A pesar de esto, pasó en la mayor estrechez su primera juventud y á duras penas pudo estudiar medicina en Moscou. Cuando logró reunir los medios suficientes, se trasladó á Berlín con objeto de perfeccionarse, y allí estudió de nuevo bajo la dirección del famoso Wirchow. Cuando regresó á su país natal fué nombrado catedrático de



El doctor Zacharin
catedrático de Terapéutica de la universidad de Moscou
y médico de cabecera del tsar Alejandro III



El doctor Leyden
médico alemán llamado á Livadia para consultarle acerca
de la enfermedad del tsar

Terapéutica de la universidad de Moscou y poco después médico de cámara. Zacharin es de un temperamento nervioso insoportable; por esto sus discípulos y auxiliares tienen que sufrir sus desagradables genialidades, y esto explica el vivísimo altercado que hubo entre él y los demás médicos que asistían al tsar. Con su franqueza excesiva no quiso ocultar desde un principio á éste la naturaleza y gravedad mortal de su enfermedad. Vive en Moscou en una casita de su propiedad, donde no quiere que se le moleste, por lo cual es difícil verle. Los pobres enfermos que desde los puntos más remotos de Rusia van á consultarlo, atraídos por su fama de primer médico del imperio, tienen que hacer largas antesalas; pero cuando el doctor Zacharin se encarga de un enfermo, lo asiste mucho tiempo cuidadosamente y da continuos paseos por su estancia, llenándose mientras tanto la boca de confites, que al efecto tiene siempre preparados en dos copas: luego pronuncia su diagnóstico y pronóstico. Como casi todo el que ha pasado su juventud en la pobreza, es algo avaro y no concede una consulta en su casa sino mediante cincuenta rublos, esto es, doscientas pesetas pagadas al contado, sin consentir que falte un solo céntimo, pues tiene buen cuidado de reclamarlo.

Muy diferente es el carácter y conducta del doctor alemán Leyden. Sus conocimientos no van en zaga á los de su colega ruso, y ellos le han dado justo renombre en todo su país. Entre los personajes notables á quienes ha asistido, cítanse el emperador Federico y el general Gurko. Llamado á Livadia, cuando la enfermedad ya había hecho profundos estragos en la antes robusta naturaleza de Alejandro III, no pudo por esta causa oponer un dique al mal, como de otra suerte hubiera sido de esperar de sus reconocidos talentos científicos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – MANNHEIM. – Hace poco se ha inaugurado el monumento erigido á la memoria del emperador Guillermo, que es uno de los más hermosos hasta ahora construídos en honor del soberano alemán. Sobre un pedestal de cerca de seis metros de altura, sostenido por esbeltas pilastras, alzase la estatua ecuestre del monarca: en la cara principal de aquél hay un bellísimo grupo formado por un león apercibido á la lucha y una figura ideal de un joven que lleva en sus manos una rama de laurel y una bandera; en las laterales se ven dos relieves que simbolizan la proclamación del emperador Guillermo en Versalles y la ley de protección á los ancianos, y en la posterior otro relieve representa el paso del Rhin, por Mannheim, en 1807, por Federico Guillermo III, acompañado del entonces príncipe y más tarde victorioso emperador Guillermo. El monumento ha sido modelado por el célebre escultor Eberlein, y su coste ha ascendido á 260.000 marcos (325.000 pesetas).

VARSOVIA. – En Zelazova-Wola, lugar en donde nació Chopin, se ha inaugurado un monumento dedicado á tan eminente compositor.

MUNICH. – En la capital de Baviera se ha fundado una asociación de artistas para el fomento de exposiciones de obras de artistas muniquenses, que se celebrarán en las principales ciudades de su país y del extranjero. La primera se verificará en Francfort del Mein, durante el presente mes y el de diciembre, para lo cual la Asociación artística de esta ciudad ha puesto á la disposición de sus colegas su salón de exposiciones, y promete ser por el número crecido de obras y la calidad de los artistas una manifestación completa del estado actual del arte en Munich.

LONDRES. – La Real Sociedad de Artistas ingleses celebra actualmente una de sus periódicas exposiciones, en la cual sólo figuran, contrariamente á lo que en las anteriores se hacía, obras de los asociados. Esto hace que el número de éstas sea menor que otras veces, pero lo que se ha perdido en cantidad se ha ganado en calidad. Llama sobre todos los demás cuadros la atención uno de Roberto Christie, titulado *Ociosidad*, cuyas figuras están admirablemente dibujadas. Otras obras notabilísimas son *El arco iris*, de Julio Olson, bellísimo efecto de luz; *Pescador orando ante un relicario*, de Sherwod Hunter; *Viejos camaradas* y *En la época de las flores*, bellas composiciones de Adán E. Proctor; *La feria de la vecindad*, grandioso cuadro de F. Rohe; *Madre é hijo*, de Caley Robinson, que ha sabido combinar con gran acierto las cualidades que distinguen á los pre-rafaelistas con las del moderno impresionismo, y cuatro interiores de iglesia, de Wike Bayliss, presidente de la sociedad, de grandioso estilo. De los miembros honorarios de la sociedad han concurrido con obras de gran mérito Burne Jones, G. F. Wattz y Federico Leighton.

Teatros. – En el teatro Manzoni, de Milán, se ha estrenado con escaso éxito la comedia *La utopía*, de Butti, uno de los jóvenes escritores italianos que más culto rinden al modernismo: su obra está inspirada en el método ibseniano, y en ella aparecen reminiscencias de casi todas las producciones del sombrío dramaturgo noruego, pero expresadas sin el calor del que verdaderamente siente lo que dice, sin la precisión del que da forma propia á un pensamiento propio. En suma, Butti, en quien reconocen sus compatriotas relevantes dotes de buen escritor original, ha preferido, por seguir la moda, ser un mediano imitador.

En el propio teatro se ha estrenado con mejor suerte la comedia de Max Nordau *El derecho de amar*, que es una calurosa defensa de la santidad del matrimonio: aunque la obra es demasiado declamatoria, abunda en profundos sentimientos, en bellas imágenes y en razonamientos potentes, que convencen porque están inspirados en lo que siempre se ha llamado buen sentido.

También se ha puesto en escena en dicho teatro la comedia de Bjorson *Los recién casados*, primera tentativa del célebre escritor noruego para pasar del poema dramático y del drama histórico á la comedia de costumbres: la obra, de argumento sencillo, es una pintura exacta del natural, y sin entusiasmar al público obtuvo un éxito lisonjero.

– En el último concurso dramático celebrado por el gobierno italiano, se ha dividido el premio de tres mil liras entre José Giacosa y Roberto Bracco, autores respectivamente de las comedias *Los derechos del alma* y *Máscaras*, ambas en un acto. Las otras dos únicas obras presentadas al concurso eran del reputado dramaturgo Antona-Traversi.

– Luis Fulda, el autor de la tan celebrada comedia *El Talismán*, que después de representarse en los principales teatros de Alemania se ha puesto en escena con el mismo éxito en muchos del extranjero, ha conseguido un nuevo triunfo con su última obra *Los camaradas*, estrenada recientemente en el teatro Real de Berlín y que pertenece á un género completamente distinto del de aquella otra, puesto que entra de lleno en el cómico del vaudeville.

– En Mannhein se ha estrenado con aplauso una ópera en un acto del joven é inspirado alemán Enrique Barency, titulada *Talmah*.

– Con motivo del jubileo del renombrado y popular compositor Juan Strauss, que hace cincuenta años se dió á conocer por vez primera como músico y director, se ha estrenado en el teatro de Viena una nueva opereta suya, titulada *Jabecka*, que, como todas las suyas, es una serie no interrumpida de melodías llenas de dulzura, de gracia y de espontaneidad. No hay que decir que se tributó una gran ovación al «rey de los valses,» como se suele llamar á Strauss.

– En el archivo del príncipe Esterhazy en Eisenstadt (Hungría) se ha encontrado una ópera en un acto, hasta ahora desconocida, de Haydn, que se pondrá en escena en Berlín en el curso de esta temporada.

Necrología. – Han fallecido:

Joaquín Vayreda, uno de los primeros paisajistas catalanes.

Agustín Challamel, conservador honorario de la Biblioteca de Santa Genoveva de París, autor de *Memorias del pueblo francés*.

Janes Darmesteter, famoso orientalista, profesor de lenguas orientales del Colegio de Francia, de París.



Querida Lorenza, como regresáis con un día de anticipación, me sorprendéis haciendo mis preparativos para obsequiaros

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. – ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

IX

LAS AGUAS MARINAS

Rabiosa y fuera de sí, Lorenza regresó á París aquella misma noche, meditando un desquite terrible y seguro. Dos veces habían fracasado sus planes; por dos veces una intervención providencial desvió de la cabeza de Aurora de Vallombreuse la desdichada suerte que Lorenza le preparaba. Sola, en el siniestro castillo de Roquesante, un gesto suyo bastaba para aniquilar en el fondo de algún calabozo la raza que odiaba. No, no abandonaría su venganza: nuevas y más terribles maquinaciones estaba ya disponiendo.

En su palacio le aguardaba una sorpresa. En el patio de honor, flores y arbustos alegraban con aspectos de fiestas los viejos muros grises. En el vestíbulo adornaban las paredes tapices de Flandes, de árboles, hojas y flores. Los salones del entresuelo, siempre cerrados, estaban abiertos y dispuestos para una reunión. Se habían quitado las fundas á los grandes muebles y limpiado las arañas de cristal, los espejos, todos los adornos, taraceas y embutidos.

– ¿Qué pasa aquí?, pensó ella.

El conde mismo se adelantó á satisfacer su curiosidad.

– Querida Lorenza, como habéis regresado con un día de anticipación, me sorprendéis haciendo mis preparativos para obsequiaros. Comprendo, ya que con frecuencia me lo habéis indicado, que una mujer joven no puede vivir solitaria y aislada lo mismo que una santurrona, y como mi único deseo consiste en seros agradable, he resuelto modificar nuestra manera de vivir. Mientras tomabais el fresco en Roquesante, huyendo de mí, ¡ingrata!, he organizado un baile de máscaras. He repartido ya las invitaciones para pasado mañana, y espero que esta fiesta, que presidiréis como reina, no será indigna de vos.





Al poco rato la puerta se abrió

Lorenza miraba á su marido, preguntándose si estaba soñando. El conde acompañaba sus palabras de una sonrisa ambigua, que ella no sabía cómo interpretar, pero que en suma le repugnaba y parecía odiosa: tan mal cuadraba á la ruda y avinagrada fisonomía del marido.

Éste, sin embargo, se mostraba muy solícito y obsequioso; conducía á Lorenza á los salones y le exponía todas las disposiciones que había tomado: ¡tanto hizo que, á pesar de parecerle más repulsivo cuando amable que cuando colérico, Lorenza no pudo menos de felicitarle y darle las gracias por tanto celo! El conde había pensado en todo, hasta en el soberbio y riquísimo traje de la condesa, que tenía allí dispuesto y que era de malla de plata con guarniciones color de rosa, con falda de terciopelo y blondas de oro y plata. El cuerpo tenía broches de perlas y diamantes: el escote era á la bresana, y encajes de Venecia guarnecían el cuello y las bocamangas de aquel elegante disfraz.

Lorenza pidió la lista de los invitados, en la cual figuraba toda la corte, con el conde á la cabeza, y siguiendo después el marqués de Villeroy, Roquelaure, el conde de Guiche, Fequilaris, Saint-Agnan, el marqués de Vallombreuse, Brillac, Gastón de Fleurbaix, D'Aligre, el duque de Maufert, Villequier y otros muchos personajes.

Lorenza disimuló las bien distintas impresiones que le causaron el nombre de Vallombreuse y el de Maufert.

– Todo está perfectamente en regla.

– Olvidaba un detalle. Champagne vendrá á peinaros.

– De todo os habéis acordado, repuso ella graciosamente

– Permitidme, pues, que acabe lo que empecé.

Ella hizo ademán de asentir y pasó á sus habitaciones.

Después de haber saludado los retratos de sus mártires, abrió la alacena de ébano incrustado de marfil, donde guardaba sus joyas, y las sacó y puso á la vista.

Figuraba entre ellas un magnífico collar de aguas marinas, que contempló Lorenza breve rato, atraída por el suave color de aquellas piedras preciosas, azuladas como el mar. En su profunda mirada relampaguearon extraños fulgores.

Puso á un lado el collar con su estuche, y apenas anochecido salió como de costumbre, acompañada de la dueña, llevando las joyas ocultas debajo del manto.

Así se dirigió hacia la calle de San Antonio, y no lejos de la iglesia de San Pablo llamó de singular modo á la puerta de una casa que parecía deshabitada, porque todas las ventanas estaban cerradas cuidadosamente. Al poco rato la puerta se abrió.

Una hora después salía la dama, sin estuche y radiante de alegría. Un hombre de aspecto sospechoso y de mirar atravesado la acompañó hasta el dintel y la saludó diciendo:

– *Al piacer di rivederla.*

El hombre que así hablaba era, según toda evidencia, un compatriota de la Roquesante, y sin duda, alguno de los oficiosos italianos que cobijaba María de Médicis á la sombra de su poder real.

Lorenza entró en su palacio arrogante y altiva, segura esta vez del éxito.



Detrás de ella iba vigilándola con paso de lobo un ágil personaje

Pero detrás de ella iba vigilándola con paso de lobo y escurriéndose por los más obscuros rincones un ágil personaje, vestido de negro, que no la perdió de vista en todo el camino.

(Continuará)

EL SALTO DE TEQUENDAMA

Había en Bogotá una especie de Sociedad literaria, llamada El Mosaico por la heterogeneidad de sus miembros, á la cual fuí presentado á poco de mi llegada. Acogida por todos con el mayor cariño, dispusieron, para agasajarme, un paseo al Salto de Tequendama, que es una de las más imponentes maravillas del país, y que no deja de visitar ningún viajero que sube á la elevada altiplanicie.

Debíamos pernoctar en un pueblecito llamado Soacha, para llegar al Salto bien temprano, antes que los vapores acuosos, convertidos por el calor del sol en densísima niebla, lo envolviesen todo.

Salimos á caballo de Bogotá á las cuatro de la tarde, componiéndose la comitiva de los Sres. José Manuel Marroquín y Ricardo Carrasquilla, escritores festivos y alegría de las musas colombianas; Jorge Isaacs, que como novelista llegó á adquirir en edad temprana, con su obra *María*, una reputación envidiable; Diego Fallón, el decidor oportuno, que es á un tiempo filólogo y poeta, músico y matemático; Salustiano Villar, el amigo íntimo de todos los hombres de ingenio; Aníbal Galindo, escritor político y financiero y jurisconsulto notable á quien se debe una elegante traducción de *Milton;* José Joaquín Borda, poeta de una actividad incansable; Camilo Angel, joven neófito que por primera vez era admitido en la intimidad literaria de El Mosaico; Ricardo Silva, el chispeante escritor de costumbres; Francisco Ortega, el erudito profesor de Historia y correcto dibujante, y por último José M.ª Samper, escritor notable en todos los géneros, novelista, poeta, historiador, dramaturgo, que era, por decirlo así, la síntesis del talento de todos, de la activa fecundidad de todos y el estrecho lazo que unía, por medio de la amistad y de las simpatías personales, las inteligencias, por otra parte divergentes, que constituían aquel grupo, compuesto de los hombres de ciencia y de letras más importantes de la república.

Después de una noche agradable y de una cena opípara en Soacha, donde se pronunciaron entusiastas brindis por la unión íntima de España y Colombia, y de ser obsequiados con una serenata por los habitantes de la población, nos entregamos al reposo, y al amanecer ya estábamos todos en planta.

Prescindo aquí de muchos accidentes interesantísimos de la expedición, para llegar más pronto al objeto principal de este artículo, que es dar á conocer una de las maravillas geológicas más imponentes del territorio colombiano en que tanto abundan.

Forman este Salto ó catarata las aguas del río Funza, que después de atravesar de N. á S. la gran llanura ó sabana de Bogotá, cuya superficie se acerca á 100 leguas cuadradas, se precipita por un corte abrupto, desde una elevación de 140 metros al cauce inferior, abierto entre peñones de tierra templada, cambiándose desde allí el nombre de Funza que ha llevado el río, por el de Bogotá, que conserva, hasta que, unido al Apulo y bajando á las tierras calientes, se pierde en el Magdalena.



Maravillas geológicas de Colombia. — El salto de Tequendama (de fotografía)

En un principio no es posible hacerse cargo de la majestad del espectáculo: se está demasiado *encima* de él para verlo bien. Unicamente descendiendo por las anfractuosidades de la meseta, que tendrá unos cincuenta metros de longitud y está desgastada en su parte media en una extensión de quince á veinte metros, dando paso por allí á tres capas de agua, la una de diez metros y algo más estrechas las dos restantes, puede uno darse cuenta de sus dimensiones, sobre todo si se asoma la cabeza por el borde para observarlo mejor en sus tres cuartas partes. La caída no se verifica de golpe, pues el agua tropieza con una segunda meseta situada ocho metros debajo de la primera, desde la cual, formando un arco inmenso, la masa líquida cae hasta el fondo del precipicio, cuyas profundidades nadie ha podido escudriñar hasta ahora.

Según la mitología de los chibchas, en los primitivos tiempos estuvo inundada la gran llanura, hasta que Nengueteva, una de sus divinidades, tocó con su vara las rocas que servían de barrera á aquel extenso mar de agua dulce; las rocas se abrieron y el agua se precipitó por allí, dejando en el llano una capa sedimentosa de grande espesor y de una fertilidad casi inagotable.

El cauce del río en el borde de la catarata tendrá unos 20 metros de anchura, y como un metro de espesor, en tiempos normales el volumen de agua que por ella se precipita. El corte vertical tiene un escalón distante del borde unos diez metros; después, el agua cae á plomo sobre un ancho y profundo receptáculo, pulverizándose, por decirlo así, en la caída, produciendo un ruido espantoso, que en el silencio de la noche se oye hasta á diez leguas de distancia, y formando una envoltura de densos vapores que impiden la visión y donde los rayos solares se descomponen, formando iris, que suelen durar casi todo el día.

A orillas de aquella catarata almorzamos con el mejor apetito; se leyeron varias poesías alusivas al acto, y en una de ellas hizo mi presentación oficial al Salto de Tequendama el poeta Carrasquilla, con un precioso y bien sentido romance.

La altura de la cascada ha sido tomada distintas veces, obteniéndose los resultados más opuestos. Mutis se sirvió del barómetro, y encontró ser de $212^m,75$; Ezquiaqui (medición) $220^m,67$; Humboldt, según sus cartas, $177^m,12$; el mismo (medida publicada), $182^m,87$; Caldas $183^m,48$. Por fin, el barón Gros, después de practicar con el mayor esmero repetidas mediciones, le da 146 metros, siendo esta la medida que se ha considerado luego como más exacta.

Sobre la misma roca que baña la catarata crece una planta curiosa, un *Podostemon*. La *Gunnera scabra* ostenta sus inmensas hojas arrugadas en una hendedura de la peña; y una gran Begonia despliega sus admirables flores, envuelta en la neblina y entre los fragmentos de las rocas disgregadas por la rotura de los diques del antiguo lago de Bogotá.

J. M. Gutiérrez de Alba

UNA NOCHE EN LA CIMA DEL MONTE BLANCO

Cuando se trata de escalar las altas cumbres, la elección de un buen guía es asunto que da lugar á muchas vacilaciones, sobre todo en Chamounix, donde hay tantos para escoger; los más de ellos valen muy poco, y podrían caer en una grieta con tanta facilidad como el mismo viajero, ó ser causa de la muerte de éste; pero el valle produce también á veces montañeses distinguidos, hombres dignos del mayor aprecio y confianza. Yo tuve la gran suerte de encontrar el mejor en mi antiguo amigo Federico Payot, que ha sido jefe de guías en tres ocasiones, y no lo es ahora porque no quiso aceptar el cargo. En los últimos dos años ha sido el brazo derecho de Mr. Janssen, y él fué quien organizó y dirigió el transporte de material para construir su observatorio en la cima de la montaña. Nuestra amistad comenzó veinte años ha; y en momentos en que yo me hallaba en un grave apuro, ofrecióme sus servicios, los cuales le agradeceré eternamente.



Cabaña situada en las Rocas Rojas

Federico debía marchar á la mañana siguiente para acompañar á un convoy de carpinteros al observatorio, y aunque no le era posible servirme de guía, prometióme su cooperación. Me dijo entre otras cosas que aún no había materiales de ninguna especie en la cumbre, y que todos estaban depositados en el sitio conocido con el nombre de Pequeñas Rocas Rojas, á 750 pies de la cima. Siguiendo su consejo, contraté á un tal Julio X... para que me acompañara, encargándole que buscase cinco ó seis auxiliares más, y con esto quedaron terminados casi mis preparativos.

El camino regular de hoy día difiere en su principio y fin del que se tomaba en las primeras ascensiones; pero á media distancia de aquél, y en el último trayecto de 900 pies que se ha de franquear, el curso que se sigue es el que en otro tiempo tomaba Santiago Balmat. Cuando se mira por el valle desde el pueblo de Chamounix, el carácter más prominente del paisaje es la cordillera que conduce desde la Aguja del Gouter á la cumbre del Monte Blanco, y hacia la izquierda hay otra cordillera que se extiende desde la Aguja del Mediodía, á través del Monte Maldito, hasta la cima. El espacio que media entre ambas está ocupado por glaciares, y en medio de éstos destácanse varias rocas aisladas. Mas allá se ve la que llaman Montaña de la Costa. El grupo de rocas más bajo ha recibido el nombre de Grands Mulets; y á este punto se conduce ahora siempre á los *turistas*, atravesando la parte media del glaciar de Bossons.

Por allí se llega á lo que se llama el *Pabellón*, especie de posada donde se recibe á los viajeros para prepararlos á escalar los Grands Mulets. Ese establecimiento es el más elevado hotel del mundo, pues se halla á 10.000 pies sobre el nivel del mar.



Choza levantada junto á la cabaña experimental

Después de los Grands Mulets, donde se ha señalado con estacas el camino que se debe seguir, lo primero que llama la atención es la magnífica llanura de nieve, conocida con el nombre de Gran Meseta, que se eleva suavemente en el espacio de tres cuartos de milla hasta el pie de las Rocas Rojas. Allí hicimos alto para almorzar, y después de haber cobrado nuevas fuerzas, nos dirigimos al monte designado con el nombre de «Pasadizo.»

Esta caprichosa denominación se aplica á la escarpada orilla de un glaciar, que conduce desde una grieta del Monte Maldito hasta la Gran Meseta. Payot se hallaba á medio camino en dirección á ese punto, y fué una ventaja que mi amigo tomase la delantera, pues encontramos los escalones cortados ya en la nieve por un carpintero. Este pobre hombre parecía indispuesto, y deteníase con frecuencia; estaba muy pálido y no sabía cómo poner los pies para no caerse; pero sin duda la fatiga era su único mal. Poco se tardó en dar alcance á Federico y los suyos; pasamos por delante de ellos al llegar á la extremidad del Pasadizo, y torciendo después á la derecha de otra mole de hielo, llamada «Muro de la Costa,» avistamos al fin la choza situada en las Rocas Rojas.



La cabaña experimental del doctor Janssen

Esta choza ó cabaña se construyó en 1892 á fin de facilitar las operaciones relacionadas con el observatorio de Janssen; ocupa una magnífica posición á pocos centenares de metros del sitio donde el camino que antes se tomaba para ascender al Monte Blanco se une con el que ahora se suele seguir, y desde allí se ve perfectamente el *antiguo paso*, la peligrosa senda que Santiago Balmat descubrió.

La tentativa para establecer un observatorio en la cima del Monte Blanco es en cierto modo tan ruda empresa, como lo fué el proyecto de perforar el Istmo; y las principales dificultades surgen, ó surgirán, por el hecho de ser necesario combatir las fuerzas de la Naturaleza, como por ejemplo la instabilidad de la nieve y el movimiento de los glaciares. La idea de establecer el citado observatorio se concibió en 1890, después de haber visitado la montaña Mr. Vallot. En esta ascensión le acompañó Federico Payot; pero tal era la violencia de las avalanchas, que hubiera sido peligroso aventurarse, y hasta los objetos de más peso fueron arrastrados á la Gran Meseta. Sin embargo, el 22 de agosto consiguieron alcanzar la cima, y al día siguiente bajaron á Chamounix.

Al regresar á París, Mr. Janssen presentó un informe á la Academia de Ciencias, iniciando la idea de construir un observatorio en la cima del Monte Blanco, y tuvo la suerte de obtener casi inmediatamente los fondos necesarios para la empresa.

Dos cuestiones importantes se debían resolver de antemano. ¿Se hundiría el observatorio si se situaba en la cima? ¿Qué movimientos debían temerse? Para dilucidar estos puntos, practicóse un experimento en Meudón: se colocó una columna de plomo de 792 libras de peso, pero solamente de un pie de diámetro, en un montón de nieve apilada, á la densidad que tiene en la cima de la montaña; el plomo se hundió solamente algunos milímetros, y al ver esto Mr. Janssen consideró el resultado suficientemente satisfactorio.

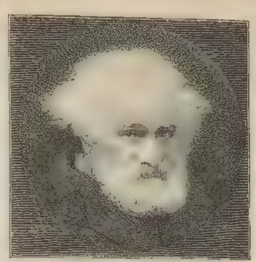
En el invierno de 1891 á 1892 se construyó en Meudón el observatorio con hierro y madera, de modo que se pudiera montar y desmontar, y las pie-



Federico Payot y su primer ayudante

zas se transportaron después á la montaña bajo la dirección de Federico Payot. A fines de 1892 habíase construído también la cabaña en la cima de las Rocas Rojas, debiendo servir de refugio á los trabajadores.

Tal era el estado de cosas cuando yo llegué á dicho punto, desde el cual me trasladé con mis acompañantes al lugar más elevado de la cima, donde pudimos reunirnos todos junto á la pequeña choza experimental, levantada allí para probar la estabilidad de la nieve. Mr. Janssen la cree muy segura y permanente; pero en este punto no soy de su parecer. La pequeña construcción mide unos seis pies desde el suelo al techo, y se hizo de modo que el nivel del primero coincidiera con el de la cima de la montaña. Un año después de levantada se notó que este nivel había bajado; y el 8 de agosto de 1893, es decir, el mismo día en que yo llegué, la nieve se acumulaba alrededor de la choza por todas partes, de tal modo que solamente sobresalía dos pies y tres pulgadas sobre la cima del Monte Blanco. Fué preciso trabajar mucho y de firme á fin de aclarar un espacio para que se pudiese abrir la puerta. La nieve extraída arrojábase por la montaña abajo. Cuando se hubo practicado un agujero de diez pies por tres y medio de profundidad, todos nuestros hombres bajaron al interior de la choza. Muy pronto quedó ésta convertida en cocina y fonda, y pudimos brindar á la salud de nuestro buen amigo Mr. Janssen. Mientras se hacía el café, complacíme en pasear por la cumbre con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca. A las cuatro y media de la tarde, el termómetro marcaba 19° bajo el punto de congelación.



El doctor Janssen, director del observatorio de Meudón y fundador del de Monte Blanco.



Federico Payot, guía de Chamounix que ha cuidado de la erección del observatorio del Monte Blanco.

Más feliz que otros que acamparon en la cima del Monte Blanco, disfruté tranquilamente del espectáculo de una magnífica puesta de sol, sin las molestias que á veces sufren los que se hallan á semejantes alturas.

En septiembre se había terminado casi la erección del observatorio; pero el mal tiempo y los fríos rigurosos impidieron dar la última mano á la obra. No obstante, muy poco queda que hacer, y es probable que antes de publicarse estas páginas se haya inaugurado ya el edificio. Resta saber tan sólo si su conservación será practicable, y á mí me parece que Mr. Janssen se ha embarcado en una difícil empresa.

EDUARDO WHYMPER

EJERCICIO DE TIRO DE ARCO

Desde hace algunos años se ha desarrollado en algunas naciones la afición al tiro de arco: en Bélgica, en Francia y en Inglaterra especialmente cuenta este deporte con adeptos entusiastas que periódicamente se reunen en certámenes donde no pocas veces lucen su habilidad elegantes mujeres.

Entre las varias sociedades fundadas en Inglaterra para cultivar este deporte, la más antigua es una escocesa denominada *Royal Company of Archers in Scotland*, la cual ofrece la particularidad de ser la que surte de guardias de corps al soberano cuando va á Escocia: data de 1676 y de ella han formado y forman parte las más nobles familias de aquel país. Al frente de la misma hay un estado mayor, formado por un consejo y un gran número de oficiales de campo, eligiéndose como capitán general á un noble de alta prosapia. Cada año celebra concursos, en los que se disputan premios, cuya fundación se remonta, en algunos de ellos, á fecha muy lejana.

En la Gran Bretaña hay también una antiquísima sociedad de arqueros, la *Royal Toxophilite Society*, uno de cuyos concursos representa el adjunto grabado; su nombre, un tanto extraño, se explica fácilmente recordando raíces griegas: *toxophilita* significa sencillamente aficionado a arco. La R. T. S., llamémosla así empleando las abreviaturas que tanto les gustan á los ingleses, fué fundada en 1780 por sir Ashton Levec. Hay además los *Woodmen of Arden*, que se constituyeron en 1785. La sociedad conocida con el nombre de *Honourable Artillery Company of London* era en otro tiempo un cuerpo de arqueros que fué incorporado por Enrique VIII.



Ejercicios de tiro de arco por las señoras de la *Royal Toxophilite Society*, en Inglaterra

Nuestro grabado representa, como hemos dicho, un concurso de la R. T. S. Los blancos están situados á 160 y 180 metros, distancia relativamente enorme, y su diámetro no llega á un metro. Las flechas que se emplean son ligeras y largas y todos los disparos certeros valen dos puntos: si la flecha no da en el blanco, pero sí en un radio de cuatro longitudes de arco alrededor de aquél, se marca un punto.

En Inglaterra cultiva este deporte la sociedad más escogida y los concursos de la R. T. S. se verifican en el Regent's Park.

(De *La Nature.*)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIII — Barcelona 26 de noviembre de 1894 — Núm. 674



BUENA PIPA, cuadro de Antonio Fabrés

SUMARIO

GOYA

Pronto volverán á España, para ser guardados en Madrid, los restos del hijo inmortal de Fuendetodos, D. Francisco Goya y Lucientes. No sé lo que el gobierno y las corporaciones artísticas dispondrán para recibir dignamente las cenizas del autor de los *Caprichos* y de las pinturas murales de San Antonio de la Florida de esta villa y corte, aun cuando es de sospechar que nada extraordinario será. La noticia de Burdeos llegada, anunciando el peligro en que se hallaban los restos de Goya de desaparecer para siempre bajo el afirmado de una calle nueva ó los cimientos de una casa, apenas si ha causado emoción alguna entre nosotros; la prensa periódica, con honrosas excepciones, ha dedicado al asunto el espacio que se guarda para la noticia..., y no hubo más, ni por ahora, que yo sepa, hay más tampoco.



Francisco Goya y Lucientes

Pero La Ilustración Artística no respondería á los fines para que ha sido fundada, si no se adelantara á dar á sus lectores (siquiera sea yo el encargado del cumplimiento de este deber) alguna noticia biográfica y crítica del gran artista, con objeto de recordarles una de las más legítimas glorias de que puede envanecerse la patria de Cervantes, Calderón, Quevedo, Francisco Sánchez, Velázquez y Cano.

***

Nació D. Francisco de Goya y Lucientes en el pueblecillo de Fuendetodos, próximo á Zaragoza, el año de 1746. Fueron sus padres humildes labriegos. Comenzó sus estudios de pintura en Zaragoza bajo la dirección de Francisco Bayeu, que con Maella era uno de los discípulos favoritos de Rafael Mengs, el pintor filósofo que fué á Roma á morir de tristeza, dominado por la impotencia de regenerar el arte español, agonizante.

Por causa de una reyerta, de resultas de la cual dejara tendidos en la calle tres de sus contendientes, Goya se vió forzado á huir de Zaragoza, refugiándose en Madrid y ocultándose en una casa del barrio de Lavapiés, donde al cabo de algún tiempo le encontró un cuñado suyo. Dice Charles Iriarte que Goya, para burlar quizá las garras de los alguaciles, hubo de alistarse en una cuadrilla de toreros que debía recorrer algunos pueblos, en donde se hizo admirar por sus prodigiosas habilidad, fuerza y destreza. Al cabo abandona á sus compañeros de toreo y se dirige á Roma. La vista de las grandes obras maestras del arte allí acumuladas determinaron para siempre en Goya su vocación. Traba conocimiento con David, el pintor que más tarde debía inmortalizarse pintando *Belisario* y el *Juramento en el Juego de Pelota*. Regresa á la corte de España huyendo de la justicia romana, que le perseguía por haber raptado de un convento á una joven, y Mengs, á quien le recomendara nuestro embajador en la capital del orbe católico, le encarga varios trabajos, especialmente cartones para una serie de tapices que debían fabricarse en la Real de Tapices de Madrid.

Desde aquel tiempo comienza la fama de Goya á extenderse, y pinta sinnúmero de cuadros de devoción para iglesias y particulares, retratos y escenas de la vida del pueblo. Nuestro Museo nacional guarda numerosos lienzos de este último carácter.

Acogido por la corte y por la familia real con verdadero cariño; amigo íntimo de las más aristocráticas damas, entre las que se contaban la condesa de Benavente, la duquesa de Alba y la misma reina María Luisa; protegido por Godoy, su crédito como artista y como hombre aventurero y galanteador llega al apogeo, figurando en gran parte de las escenas escandalosas de aquella corte, solamente comparable en ese punto á la de la regencia de Luis XIV de Francia. Pero no era en los salones aristocráticos donde Goya únicamente brillaba y se imponía. Entre el pueblo bajo, entre majos y toreros, entre chisperos y rufianes, entre manolas de Lavapiés y Maravillas tenía Goya respetuosos admiradores, cariños francos, defensores ardientes. Maestro en el manejo de las armas, docto aficionado del toreo, hombre de colosales fuerzas, de genio violento, audaz, valiente hasta tocar en los lindes de lo temerario, Goya era, como don Ramón de la Cruz, uno de aquellos *mozos crúos* que así requebraban á la castañera que pinta el gran sainetero, como, requiriendo la espada, batían el cobre en cualquier taberna ó calleja.

A este ambiente en que vivía debió Goya sus más brillantes inspiraciones. Los tipos y las escenas que trazó con la punta del buril en los *Caprichos*, en las *Corridas de toros*, en los *Desastres de la guerra* y en los *Proverbios* son escenas y tipos por él vistos y vividos y copiados del natural. Observador profundo, conocedor del corazón humano, como pocos lo han sido, el artista aragonés satiriza, ridiculiza, fustiga sin piedad á sus contemporáneos, altos y bajos, clérigos y seglares, desde el rey hasta el pilluelo.

Como retratista fué admirable. El de Bayeu que se conserva en el Museo del Prado, como los de Máiquez, Azara, Jovellanos y tantos otros, nada tienen que envidiar á los de Velázquez. Como pintor de Historia llega á las regiones de lo épico en sus lienzos el *Dos de mayo*. Pero en la pintura en que Goya demuestra toda la fuerza de su genialidad es en la mural. Las que decoran la iglesia de San Antonio de la Florida son una maravilla de color, de espontaneidad, de frescura, de atrevimiento en la composición, de firmeza en el dibujo, de vida, de realidad. Pasemos á San Isidro, hoy catedral, y veremos todas esas condiciones allí patentes. Miremos los frescos conservados en el palacio de la Alameda de Osuna y seguirá fascinándonos con su genio el gran artista.

Goya después de haber pintado docenas y docenas de cuadros, de haber cubierto de maravillosas creaciones cientos de metros cuadrados de paredes, de haber retratado desde Carlos IV y su familia hasta José Bonaparte y Wéllington, se retiró á Burdeos, donde falleció el año de 1828, á los 82 de edad.

Tal es, á grandes rasgos trazada, la biografía de Goya.

***

Sabido es el estado del arte en España cuando apareció la figura del insigne aragonés. La pintura especialmente se encontraba en uno de esos períodos que pueden calificarse de caóticos. De un lado las reglas y el dogmatismo de Mengs; de otro, las ampulosidades y epilépticas concepciones de los Gracuinto y Tiepolo; de otro, los deslumbramientos y los extravíos de Jordán, de quien todavía duraba la influencia; y más que todo esto, la carencia de verdaderos genios ó por lo menos de talentos superiores que supiesen encontrar en sí mismos originalidad en las ideas, nueva y personal manera de ver la verdad y de presentarla, habían traído la pintura á una decadencia inmensa. No podían, es cierto, los Bayeu, Maella y demás pintores sustraerse al ambiente social que respiraban. Costumbres, tendencias, espíritu popular, eran lo menos á propósito para imprimir al artista entusiasmos y llevarle á las cimas donde la inspiración reside. En aquella época de mojigatería, de inmoralidad, de frivolidad, de marasmo, de ostentación, hueca así en lo que se refiere á la religión como á la grandeza de la monarquía, el pintor se encontraba ahogado, asfixiado, por la carencia de cuantos elementos habían contribuído á dar vida al arte en general y al de la pintura especialmente. El cuadro religioso, con carácter histórico, de los grandes artistas de los siglos XVI y XVII, se convirtiera en cuadro de adoración, falto por completo del espíritu cristiano que inspirara aquéllos. La pintura decorativa participaba á un tiempo de las frialdades del seudo-clasicismo de Mengs y de los retorcimientos de Tiepolo con las falsedades de un colorido duro y sordo á la par. La inspiración no acudía á la mente del artista, como la fe cristiana no acudía tampoco á los llamamientos del clérigo y del seglar, ambos unidos en la más honda de las inopias morales.



Caprichos de Goya. – Unos á otros

Pero Goya prescinde de los moldes antiguos; deja á un lado fórmulas consagradas por una escuela determinada, ideales que no ejercían imperio alguno en las almas, é inspirándose únicamente en la naturaleza, recurriendo á sí mismo, á sus dotes poderosas de observador, de satírico, de moralista y especialmente á su temperamento de escéptico, en el sentido filosófico de la palabra, crea un arte nuevo, suyo y eminentemente nacional.

Han buscado – los miopes – unción religiosa, fe cristiana, misticismo en las pinturas decorativas de San Antonio de la Florida, y claro, no han encontrado nada de esto. Pero es menester que los ojos del entendimiento hayan perdido su luz para no ver cómo y de qué modo se movía aquella sociedad corrompida y enteca. Es menester haber olvidado cómo á la fe sustituyera el escepticismo; cómo á la impetuosa valentía y á la entereza del carácter sucediera el aplanamiento de todas las fuerzas; cómo á la verdadera creencia religiosa se había impuesto la mojigatería en unas clases, en otras la más pagana de las idolatrías. Por eso rodean al Santo de Padua manolas y chisperos, las gentes que iban á él en busca de sus milagros, en busca de su protección, guiados por una fe idolátrica ciertamente, con un criterio panteísta, si se quiere, como iban al santuario de la Virgen de la Paloma ó al de San Isidro, pero con fe, al fin.

Y allí está el santo, rodeado del pueblo que le adora y festeja á su modo, con panderos y guitarras, comiendo buñuelos y comprando las clásicas flores. Allí están la maja y el manolo y el torero, vistiendo litúrgicas ropas los más, pero no por eso dejando de ser gentes del pueblo. Y así rompe Goya los moldes de la figura decorativa, abandonando los conceptos teológicos para pintar la realidad.

Pero ved el moralista, ved al Hogard español (por supuesto con más bríos y más originalidad y mayor cantidad de *vis* cómica que el inglés) ridiculizando las flaquezas de sus contemporáneos, fustigando despiadadamente sus vicios, sin parar mientes en clases

ni personas. «Original, resuelto – dice Coveda en sus *Memorias*, – independiente, sólo obedece á su genialidad, á su imaginación de fuego, y la alimenta con el ridículo de los caracteres, con el sarcasmo lanzado contra los vicios de la sociedad que observa de cerca, empleando á menudo la caricatura para ocultar una reprensión ó una enseñanza. Ligero en la apariencia, profundo en realidad, quiere que el arte le sirva sin vanos melindres, sin los arreos allegadizos con que otros le engalanan, y le exige que, franco y desenfadado, exprese á grandes rasgos la verdadera intención de sus conceptos, ora tengan por objeto las costumbres del vulgo, ora las intrigas y miserias del cortesano, y los amaños y manejos de altos personajes no pueden ser de frente combatidos.» Cuatro rasgos de punta de cualquiera de sus aguas fuertes – afirma Gautier – dicen más de las costumbres españolas que las disertaciones más largas y eruditas.

Parece tallado en facetas, como un brillante – conforme escribe Matheron del genio de Goya. – Y en efecto, Goya sabe arrojar la máscara de frivolidad con que se disfraza, para, encumbrándose á las más altas regiones del arte, encontrar allí los más elevados sentimientos, generosos y nobles. Al pintar las sangrientas escenas del *Dos de mayo*, el gran artista traza con toda su sublime desnudez los horrores de aquella epopeya terrible. No busquemos en aquellos lienzos primores de ejecución, correcciones de ninguna especie; no, allí no caben atildamientos, ni sutilezas plásticas de ningún género, ni disfraces de la verdad, de la terrible verdad de escenas de exterminio, donde la sangre corre á raudales, donde las imprecaciones asordan los oídos del hombre más impávido, donde las descargas de la fusilería consuman hecatombe sin ejemplo. El pintor esgrime el pincel, poseído de la fiebre del patriota que, al inmortalizar el pueblo héroe, eterniza una vergüenza.

***

¿El hombre? Para estudiar á Goya en cuanto hombre sería menester un libro. Al hacer su bosquejo biográfico he apuntado algunos de los rasgos más salientes de su carácter. Parece Goya uno de aquellos grandes artistas del renacimiento italiano, y mejor que eso, un Cano ó un Quevedo, galanteador, amante del peligro, fiero, impetuoso, de pasiones violentas, amigo de aventuras. En pleno siglo XIX, aparece con las altiveces del carácter legendario español, incapaz de consentir la más pequeña mengua, la más ligera observación que pudiera molestar su amor propio ó de artista. Bien conocida es aquella anécdota del retrato de Wéllington. Parecióle al vencedor en los Arapiles y años más tarde en Waterlóo que el retrato que de él trazaba Goya era malo, y así lo dió



Caprichos de Goya. – Tú que no puedes

á entender con un gesto de desdén. Goya, que estaba sordo, no pudo oir lo que decía el inglés, pero había visto el gesto. Rápido como el rayo y á pesar de su avanzada edad, echa mano á una pistola y lanzándose sobre el general le hubiera matado, á no haber corrido oportunamente á desviar el arma el hijo del insigne artista.

No menos interesantes fueron sus audacias amorosas.



Caprichos de Goya. – Ya van desplumados

Hallábase en Roma, y paseando una tarde por las afueras de la ciudad, vió una hermosísima joven transteverina que marchaba llorando, acompañada por sus padres. Siguió al cortejo y pudo ver que la moza quedaba encerrada en un convento. Como D. Juan Tenorio, logró ponerse al habla con la reclusa y enamorarla. La rapta; el hecho fué visto, y se produce un escándalo formidable, y nuestro pintor después de apelar á la espada hubo de buscar refugio en la embajada española.

En el terreno de los amoríos y de las aventuras de este género fué Goya verdaderamente afortunado, si hemos de creer á algunos datos auténticos, á cartas suyas y á sus mismas pinturas. El admirable desnudo de mujer conocido por *La Tirana*, existente en la Academia de San Fernando, es el retrato de una famosa belleza de la corte de Carlos, con quien (no es menester decirlo, pues bien claro lo dice el cuadro) el hijo de Fuendetodos tenía íntimas relaciones. Comparando la cara de *La Tirana* con la de aquella otra hermosa que figura en el *cartón* para el tapiz conocido por el *tapiz de los embozados*, uno de los cuales es el mismo Goya y otro el marido de la dama de que me ocupo, puede venirse en averiguación de quién era ella.

Entre varias cartas por Goya dirigidas á un amigo suyo, puede verse una, de la que copia varios párrafos el conde de la Viñaza en su libro *Goya*; uno de los citados párrafos dice poco más ó menos: «La duquesa suele bajar á menudo á mi estudio para que le pinte la cara; por cierto que me da más gusto que pintar en lienzo.»

La autoridad de que gozaba el insigne artista entre la gente del bronce era tal, que cuando ocurría alguna duda respecto de una suerte del toreo, acudían á él para oir su fallo, al cual se sometían todos. Otras veces, haciendo de mediador entre dos que por cuestiones de faldas ó de juego se desafiaban, restablecía la paz, echando mano á la espada por si acaso se resistían los combatientes á ceder á sus amonestaciones, emprendiendo en tal caso á cintarazos con los rivales hasta que obligaba á éstos á hacerle frente, concluyendo por propinarles una soberana paliza.

El final de todo era una merienda en *Migas Calientes* ó en su huerta emplazada en la Ribera, camino de San Isidro, á orillas del Manzanares.

El soto de *Migas Calientes*, lugar de esparcimiento por entonces para el pueblo de Madrid, fué teatro de aventuras de todo género, en las que nuestro aragonés figuró con principal papel. Varios de sus más chispeantes cuadros tienen por motivo meriendas y escenas de picante condimento, en las que no era ciertamente Goya quien menor ración gustaba ni de las menos sabrosas y delicadas. Altísimas damas y bellezas, si no tan altas, no por eso menos asequibles á la alegría, fueron con el inmortal autor de los *Caprichos* á jugar á la *gallina ciega* bajo las entonces frondosas alamedas de *Migas Calientes*. Goya, pues, pudo pintar, con conocimiento profundo de ello, la sociedad española de su tiempo, caracterizándola, como lo hizo, física y moralmente.

R. BALSA DE LA VEGA

«EL AMIGO FRITZ,» ÓPERA DE MASCAGNI

La empresa del Gran Teatro del Liceo de Barcelona ha determinado, con muy buen acuerdo, inaugurar la próxima temporada con el estreno en nuestra capital de la ópera cuyo título encabeza este artículo.

El Amigo Fritz se puso por primera vez en escena en Roma en octubre de 1891, y á pesar del poco tiempo desde entonces transcurrido, la partitura del joven y aplaudido compositor se ha cantado con aplauso en los principales teatros de Europa, habiendo quedado de repertorio en algunos. No es, pues, el reclamo, ni las gestiones interesadas del editor lo que ha contribuído á popularizarla y á hacerla aceptar por empresas poco accesibles á la moderna música italiana, sino el verdadero mérito de la obra.

El autor de *Cavalleria rusticana*, que tantas ovaciones consiguiera en el mundo artístico cuando por primera vez se dió á conocer con esta ópera en un acto, se ha apartado en *El Amigo Fritz* del estilo adaptado en la primera y dado vuelo á su inspiración y á sus conocimientos, en términos que la primera comparada con la segunda viene á ser lo que la acuarela, la miniatura, comparadas con un cuadro al oleo. A otras exigencias artísticas, otros medios de cumplirlas. Y no sólo las ha cumplido, sino que ha tenido empeño en demostrar que no necesita del argumento de un libreto dramático y complicado, abundante en efectos escénicos y por consiguiente fértil en lucimiento para el compositor, para arrancar al público el aplauso, para conmover y deleitar á su auditorio.

La segunda ópera de Mascagni, más que un drama lírico del corte de *Cavalleria rusticana* es un idilio, y como tal la ha tratado, aun cuando fuerza es confesar que en algunas ocasiones, dejándose llevar de sus primeros arranques, se remonta á la música dramática, motivando así cierta perdoñable desigualdad, hija de su temperamento nervioso, en el conjunto de la partitura; pero en lo general ha sabido atenerse á las situaciones escénicas, y logrado en algunos momentos, y más especialmente en todo el segundo acto de *El Amigo Fritz*, realizar una tentativa difícil, la de que la música pueda expresar, tanto como la palabra, cómo se va desarrollando en el alma humana un sentimiento que escapa á toda manifestación externa; la lenta, gradual y recóndita mudanza que al tomar cuerpo este sentimiento, sufre la misma alma; en una palabra, una sujetividad psicológica.

En cuanto al argumento de la ópera, convendrá trazarlo en pocas líneas, por más que ya sea conocido de nuestros lectores, que en varias temporadas han tenido ocasión de aplaudir la comedia del mismo título representada con minucioso esmero por la compañía del Sr. Mario, y que, así como la ópera, está tomada de la conocida novela de Erkmann-Chatrian; sólo que en la obra de Mascagni ha sido menester suprimir algunas escenas secundarias que hubieran prolongado excesivamente el espectáculo.

En el primer acto nos encontramos en la casa del protagonista de la ópera, de quien el rabino David solicita algún auxilio pecuniario para permitir que se casen dos enamorados, auxilio que le otorga Fritz, aunque á regaña dientes, por ser refractario al matrimonio. Celebrándose aquel día la fiesta onomástica de Fritz, invita á comer á varios amigos, y durante la comida se presenta Suzel, joven y linda hija de uno de sus colonos, la cual le ofrece un ramo de flores con vergonzosa actitud al verse ante los comensales. La inocencia, el candor y la belleza de Suzel impresionan á todos, incluso al mismo Fritz, aunque por el momento no se da cuenta de lo que siente, y en sus cantos y brindis continúa mostrándose hostil al himeneo. Entra luego el zíngaro y violinista Beppe, que acude también á felicitar al amo de la casa, cantando una canción alusiva al amor y en alabanza de los benéficos sentimientos de Fritz que con mano pródiga suele socorrer á los necesitados: en esto se retira Suzel, sobre cuyas gracias y donaire se quedan haciendo comentarios los circunstantes y en especial el rabino David, quien se propone casarla, y excita la risa de todos con su manía casamentera. Enojado David con semejante hilaridad, reconviene á todos por sus aficiones á la vida material y vaticina á Fritz que pronto lo acompañará al altar, no obstante sus protestas de perpetuo celibato, con cual motivo se cruza entre ambos una apuesta. Interrumpen la cuestión los sonidos de una orquesta que se oye á lo lejos,



ESCENA Y DECORACIÓN DEL PRIMER ACTO DE LA ÓPERA «EL AMIGO FRITZ»

y los cantos de los huerfanitos de la comarca que, agradecidos, acuden á festejar á su bienhechor.

Pasa el acto segundo en el patio de una granja á la que se ha retirado Fritz y en la que le sirve Suzel. Aparece la joven cogiendo flores (véase la escena representada en el grabado) para hacer con ellas un ramo destinado á su señor: sorpréndela éste en tal ocupación, y se entabla entre ambos animado diálogo durante el cual se acentúa más y más el sentimiento amoroso que experimentan el uno por el otro. Suzel sube á una escalera y se pone á coger frutas de un cerezo que va arrojando á Fritz (escena asimismo representada en el grabado) hasta que la llegada de David y varios amigos de Fritz viene á interrumpirlos. Este los invita á recorrer su posesión, y se aleja con ellos, quedándose, sin embargo, el rabino so pretexto de cansancio, pero en realidad con ánimo de sondear el corazón de Suzel. Síguese entre la doncella y David una escena en la que tomando pie del episodio bíblico de Rebeca y Eliezer (véase el grabado), comprende David que la joven ama á Fritz. Regresa éste solo, y el rabino, con aviesa intención, le anuncia que Suzel se casará pronto, pues ya le tiene escogido un buen novio: Fritz se enoja, y le contesta que se opondrá al matrimonio, acabando por despedir malhumorado á David. Al quedarse solo, comenta la impresión que le ha causado tal noticia, y comprendiendo que vacila su decisión de permanecer soltero y que Suzel es la causa, adopta bruscamente la determinación de alejarse de ella con sus amigos, dejando desolada á la joven, que no puede ya ocultar á David el estado de su corazón.

En el tercer acto, aparece Fritz solo en su casa, pensativo y triste por el aislamiento en que se encuentra y que sólo puede endulzar la compañía de Suzel, de la que tan repentinamente se ha separado. Confía la causa de su tristeza á su amigo Beppe, el cual no se burla del amor como los otros. Entra luego David anunciándole que el matrimonio de la joven es cosa arreglada, con lo cual no hace más que excitar los deseos de Fritz, quien se muestra firmemente resuelto á oponerse á tal boda. Cuando se retiran uno y otro llega Suzel, trayendo algunas frutas para su señor, quien la sorprende llorosa; pregúntale la causa de su pena, la cual según Suzel consiste en que su padre la quiere casar con un hombre á quien no ama; síguense las explicaciones entre ambos y acaban por confesarse mutuamente su amor. David triunfa y todos aplauden la determinación de Fritz de casarse con la joven y le felicitan por su próximo himeneo.

Como se puede deducir del argumento que á grandes rasgos dejamos descrito, éste no se presta en general más que á una música sencilla, delicada, primorosa, tierna, y así lo ha comprendido Mascagni, como ha comprendido también que el segundo acto era el que más se prestaba á la inspiración del compositor, basada en tales condiciones. Este acto es una joya, es un cuadro de primavera tan lleno de sol, de verdor, de aire, de paz, de serenidad, que se sienten irresistibles deseos de vivir en él, de respirar con todos los pulmones ese perfume de la campiña, de coger también y de hacer coger por una Suzel fragante y sonrosada aquellas encarnadas cerezas, y de festejar á los amigos cuya llegada anuncia tan jubilosamente el rumor de los cascabeles de los caballos que tiran del carro en que vienen.

Mascagni ha pintado, por decirlo así, este cuadrito de género con una delicadeza exquisita, con tal gusto, tal sentimiento y expresión que logran trasladar al espectador al medio ambiente que lo describe, y en especial el dúo, llamado ya *de las cerezas*, es una maravilla de composición. Esto explica por qué el público tenga luego un poco de mala voluntad al rabino David, quien, con su larga lección sobre la historia de Eliezer y Rebeca, lo aparta largo rato de aquella paz suave.

Ese dúo es la pieza capital de la ópera en cuanto á música; pues si bien la culminante, la decisiva del argumento es la escena del tercer acto en que el amor se desborda involuntariamente del pecho de Fritz, esta escena no ha sido tratada tan magistralmente por el compositor, es un tanto pálida al lado de la otra, sin duda por opinar, como D. Juan, que en casos de amor la parte más deliciosa, la única que tiene verdadero atractivo y por la cual vale la pena de galantear á una mujer, es el prefacio, el prólogo del amor.

Así como en *Cavalleria rusticana*, Mascagni sólo se cuidó de poner de relieve las figuras de Santuzza y Turridu, así también en *El Amigo Fritz* puede decirse que los personajes que únicamente descuellan son el protagonista y Suzel, pues el rabino David, que no deja de tener importancia, y el *zíngaro* Beppe aparecen como figuras muy secundarias y la parte musical correspondiente á ambos no ha sido tan cuidada como debiera.

El asunto del libreto no admitía coros; la acción se desarrolla en un ambiente tan íntimo, que el coro habría estorbado y quitado al cuadro esta intimidad. Mascagni ha tenido la intuición, el sentimiento de esta exigencia, pero le ha faltado valor para seguirlos, y se ha valido del coro en los tres actos, aunque cuidando de que no saliese á la escena, sino haciéndolo cantar dentro, para no interrumpir con su presencia la melancólica calma del cuadro.

A pesar de sus defectos, y en esto estamos conformes con el ilustrado crítico italiano que firma con el seudónimo de *Doctor Veritas*, *El Amigo Fritz* tiene un valor que los esconde ó que los disimula al menos; un atractivo que se siente y que infunde una fascinación imposible de definir, porque es un conjunto de elementos, de dotes, que, para formar ese valor, ese atractivo, se funden entre sí: la *genialidad*, que ha hecho popular esta ópera, del propio modo que la *teatralidad*, otro conjunto de elementos diversos y de dotes especiales, popularizó la *Cavalleria rusticana*. – M. A.

EL COCHINITO DE SAN ANTÓN

Aquella noche fué hermosa y tranquila, y me alegré como nunca de haber accedido á la amable invitación de los marqueses, para pasar con ellos una semana en su hacienda de «Las Rosas,» en los alrededores de Sevilla. Manuela, la hija única de mis amables amigos, tiene amor á su país: los grandes saraos, las reuniones, los paseos..., la moda, de que es Manuela en Sevilla reina admirable, por su juventud, su hermosura, y su ingenio, no le impiden consagrar muchas horas al estudio de las costumbres de su país, aquella tierra sevillana, admiración de los hombres y gloria de Dios.

Estuvimos aquella noche bajo la parra gran rato Manuela, una amiga íntima de Manuela y yo; las personas restantes de la casa iban y venían sin pensar entonces en nosotros.

Nos habían invitado para la noche siguiente á una fiesta en el cortijo de «Los Cameros,» y el hablar de la fiesta próxima fué motivo de que se hablase después de algunas costumbres andaluzas: del *lloro*, del *préstamo*, del *bautizo*, de *porra adentro* y *porra afuera*, de la *rifa del beso*, de la *liga de la novia*, de otras mil costumbres tradicionales y respetadas que no pudieron destruir las modernas frivolidades del presente.

Manuela dijo de pronto: «Era muy grande mi deseo de ver el célebre peñón de Algemitas; estaba yo en Morón entonces y quise aprovecharme de esta oportunidad; el pueblo de Algemitas está cerca de Morón, del que depende; Morón es cabeza de partido. Fuí-



Personajes y escenas de la ópera de Mascagni «El Amigo Fritz»

mos allá muy contentos y me sorprendió mucho aquel terrible peñón de setecientas varas de alto. Es piedra jaspe vastísima é impone ver los grandes arbustos que brotan de sus grietas, como el jaramago crece en las junturas de las piedras de los sepulcros.

»El pueblecillo de Algemitas extiéndese al pie del peñón gigantesco. Era en la época del calor: no he olvidado que me rindió la fatiga, que quise descansar y que penetré en una casa de aquellas, deslumbrante de blancura, con la cal famosa que lleva el nombre del pueblo cabeza de partido. Lo que vi al entrar llamó mucho mi atención: la sala era espaciosa; su suelo, de ladrillos largos, entrecruzados, y enormes troncos en la techumbre, como vigas; á un lado, la gran chimenea de campana con su anchísimo alero; en el alero, platos de pedernal y unos pucherillos; junto á la campana, garabatos para colgar frutas; del mismo alero un candil colgando, muy limpio y muy reluciente; un banquillo, unas sillas muy pobres, una cuna, una mesa de pino muy basta. Al yo llegar, todos los de la familia, hombres y mujeres, gritaban y accionaban como locos de placer.

»Nunca oí alboroto semejante. Rodeaban todos á un cerdo pequeñín, adornado con cintas y cascabeles el cuello y las orejas. El cerdo iba de acá para allá saltando y manchorreándolo todo con el revoltoso y duro hociquillo. En el banco se arrellanaba el señor cura, á quien por casualidad había cogido allí el lance; en una silla baja se sentó la abuela, cogiendo al chiquitín de la casa para que no cayese, y enseñándole el hurañón y casquivano cerdillo; el abuelo hacía carantoñas al animal; el padre del chiquillo le miraba también con placentera mansedumbre, y la mujer, rolliza, baja, regordeta, de semblante pletórico, juntaba las grandes manoplas en señal de admiración, exclamando sin cansarse una y veinte veces:

—»¡Ay, Dios mío, la alegría de la casa, la alegría de la casa se nos entró por la puerta!

»La viejecilla, cogiendo con su mano, huesuda y temblona, la del niño, blanca y fresca como la hoja de una flor, señalando al animalillo decía á media lengua, imitando la charla infantil del arrapiezo:

—»¡Mira, mira el cochinito de San Antón, la alegría de la casa!

»No he visto nunca entusiasmo tan grande por un animalillo tan soez. Nadie se fijó en mí con aquella tempestuosa alegría; salió la mujer gritando á las vecinas que el cochinito de San Antón había entrado en su casa, y en un momento aglomeráronse ante la puerta infinidad de criaturas, comentando el feliz suceso. Calmada la efervescencia un poco, pregunté lo que aquello quería decir. Se me dijo:

«Todos los años, después de la época de la matanza, uno del pueblo, el que tenga más voluntad, el que se brinde con anticipación, ó el que haya tenido su piara más número de crías, entrega al señor cura un lechoncito; el cura lo bendice con gran pompa y algunas veces con grandes fiestas en el vecindario, y se le cuelgan cascabeles y cintas.»

«Desde entonces todo el pueblo levanta un altar en su corazón á aquella especie de ídolo; al cochinito de San Antón se le mira con amor profundo, con religioso respeto; las mozuelas le miman y juegan con él; los chiquillos son amenazados, si cometen alguna barrabasada, con no verlo en muchos días. No tiene amo el cochinito de San Antón, y todo el mundo es su amo; no tiene casa el cochinito de San Antón, y vive en todas las casas; no tiene en dónde comer, y come en todas partes, á su gusto, á su antojo. Chilla por cualquier cosa; es despótico é intransigente; pero todo se le aplaude y todo se le celebra. Le agasajan todos y procuran captarse su afecto; y es que toda familia tiene su temor, el temor de que el cochinito no entre en la casa. Como el cochinito deje de *tratar* á una familia por algún tiempo, es presagio terrible de próxima catástrofe. Si entra en una casa tres veces en un día, es señal inapelable de próximo suceso feliz. Todo aquel vocerío, todo aquel entusiasmo de los de la casa en que yo estuve, fué porque había entrado ya el cochinito tres veces en ella. ¡Oh, Dios! Las otras comadres del pueblo, ¡qué envidia y qué inquietud! ¡Qué curiosidad en todos! ¡Qué anhelo de saber la cosa buena que iba á ocurrir en la familia afortunada á quien el cochinito eligió! ¡Qué candor y qué buena fe los de aquellas criaturas! Me va usted á decir loca, pero confieso sin rubor que estuve allí un rato con el corazón oprimido. «¡Pobres gentes!, me dije. Vosotros sois acreedores á que el cochinito de San Antón se introduzca en vuestra casa y alegre vuestro hogar, sólo por la fe que demostráis. Si no fuera por la fe, ¡qué sería de vosotros en vuestro constante trabajo y terribles miserias!»

La voz de Manolita se hizo temblorosa. La luna salió entonces iluminando los objetos. Corría un airecillo sutil, que aspiré ansioso, como si las palabras de Manuela se me hubiesen acongojado. Allá lejos oíase como nota lánguida de la pereza la canturia incesante del grillo, y en el próximo declive erguíanse como grandes fantasmas de brazos retorcidos los troncos achatados de unas higueras.

Manolita añadió después alegremente:

—Llega una época, la época de la matanza, en que el cochinito de San Antón paga su tributo, rindiendo el cuello á la fatal cuchilla. Sus magras sabrosas y sus gordos tocinos se reparten entre los pobres del lugar ó se venden á subido precio, cuando no se rifan, distribuyéndose el importe en limosnas. Otro lechoncillo le sucede, se bendice también, vive y muere lo mismo, y así ha venido esto, desde fecha que se perdió por lo remota.

—Pero dígame usted, pregunté á Manolita curiosamente, ¿ocurrió el suceso feliz en la casa favorecida por el cochinito de San Antón?

Se adelantó á contestar la amiga de Manuela, y dijo prontamente:

—Ocurrió, sí; se informó Manuela con sigilo de los asuntos de la familia: supo que se llevaban al muchacho á servir al rey, y era una gran aflicción, porque en realidad no habría entonces quien lo ganara. Aquella misma noche consiguió Manuela de su padre que enviara á la familia el dinero para redimirle.

Miré á Manolita conmovido y ella se echó á reir.

—Bueno, dije yo, queriendo apurarla en un punto. Supongo la alegría que dió usted á aquellas buenas gentes, y aun la satisfacción del pueblo. Pero si otra vez entrara el cochinito de San Antón tres veces en un mismo día en otra casa, y hubiera otro mozo para ir soldado, ¿habrá también otra joven generosa, buena y apasionaba de su país y sus paisanos, para librarle de quintas?

—No se si la habrá, contestó ella.

—Si no la hay, insistí yo, el cochinito dejará de ser milagroso. ¿Y la fe de las pobres gentes, ignorantes en su mismo candor, cuando vean que el milagro no se realiza? ¿Qué será de esa fe?

—Se mantendrá incólume.

—¿Y si no se mantuviese? ¿Y si la decepción viniera?, insistí implacable.

Ella quedó pensativa, y añadió luego con dulce calma:

—La fe no muere nunca; hay otro sentimiento que la retiene en nuestro corazón, la esperanza. Sin la esperanza no viviríamos, y la fe alienta allí donde la esperaza aliente.

Yo insistí todavía, con inexplicable crueldad:

—Pero ¿y si la decepción viniera?

Manolita se levantó, y antes de irse dijo así terminantemente:

—Me quedaría un consuelo: el de haber contribuído con mi buena obra para retardarla lo posible.

Se fué Manolita, fuéronse los otros y yo quedé pensativo en aquella inmensidad de la noche, solitaria y silenciosa.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

CUENTO DE MI TIERRA

(CON RIBETES DE HISTORIA)

DON JUAN DE MAÑARA

Y era de ver cómo lamían las olas del caudaloso Guadalquivir los muros de la casita, conocida en el Aljarafe por *la paloma blanca*, porque sus paredes, tornadas en cal de Morón, el zócalo negro y su esbelta chimenea encarnada la daban mucha semejanza con aquella histórica avecilla que volvió al Arca, enjutas las alas, seco el plumaje y con el ramo de oliva pendiente de su gracioso pico.

Los honrados vecinos del monasterio de San Juan, que siempre habían tenido predilección por aquel delicioso albergue, se veían tocados de curiosidad por conocer los misterios de *la paloma* de la ribera.

Los comentarios eran tan absurdos como contradictorios.

En una tarde de Agosto, larga como día de afanoso trabajo, caliginosa y sofocante, habían visto llegar por el camino de Sevilla varias carretas conduciendo todos aquellos enseres que pueden constituir una habitación *confortable*, como diríamos en estos nuestros tiempos.

A las doce de aquella misma noche cruzaba el olivar, en dirección al misterioso retiro, una pequeña comitiva, compuesta de varios servidores escoltando una lujosa silla de mano, marchando al lado de la portezuela izquierda un caballero de aspecto grave, revestido de un ropón negro que le llegaba hasta los pies, apoyándose en una alta bengala con puño de reluciente oro.

De vez en cuando acercaba la cabeza á la ventanilla é interrogaba á la dama que ocupaba la litera.

Todos llegaron sin la menor contrariedad hasta la casa blanca, cuyas puertas cerráronse en pos de ellos para no abrirse en muchos días.

Pasamos por alto los comentarios del pueblo que poco á poco fué olvidando á sus nuevos convecinos, hasta que una mañana al despertar el día se encontró sorprendido por un espectáculo horroroso.

La paloma de la ribera, la casita blanca, se había trocado en roja. Sus puertas estaban completamente destrozadas: de las ventanas del piso alto, rasgadas hasta el suelo, caía y se coagulaba un líquido morado, que pronto comprendieron ser sangre, extendiéndose por toda la fachada, merced á la menuda lluvia que estaba cayendo á la sazón.

Explicaremos lo que había pasado.

Como á la mitad de la noche, cuando el vecindario estaba entregado al reposo, una barca conducida por dos remeros y tripulada por diez rufianes á las órdenes de un hombre cubierto con un antifaz, atracó á la orilla izquierda del río, á unos cien pasos de la aldea.

Los marineros amarraron sus remos: uno de ellos se arrojó del bote con el agua á la rodilla y presentó los hombros al del antifaz, que cabalgó sobre sus espaldas hasta poner los pies en terreno seco.

—Al agua, patos, dijo el otro remero á los bravos; vuestra ropa no se manchará ni vuestra salud se ha de resentir.

—En marcha, pillastres, les dijo el jefe una vez que logró verlos ya en tierra.

Ni uno solo protestó del calificativo.

Aunque la noche estaba cerrada, antes de poco distinguieron la pequeña casita, que por su blancura resplandecía más en la obscuridad

Lejos de nuestro ánimo reseñar las horribles escenas que tuvieron lugar dentro de sus muros; baste saber que transcurrida una hora escasamente, regresaron al bote dejando seis cadáveres tendidos en las habitaciones, una hermosa mujer desmayada sobre un lago de sangre, y conduciendo por trofeo de tal hazaña un hermoso niño, recién nacido, dormidito y envuelto entre trapajos.

Llegaron á la barca, saltaron á ella y remaron á favor de la corriente.

Una vez lejos de la orilla se contaron, llamándose por sus nombres de guerra: no todos pudieron contestar; tres de los bandidos habían pagado con sus vidas el asalto nocturno.

Cuando la siniestra navecilla estuvo frente al bajo de los Jordales, el desconocido llamó al rufián que llevaba la criatura.

—Andrés, le dijo, ya sabes lo pactado. Vamos á dejarte en tierra.

—Como gustéis, señor.

—No ignoras lo que has de hacer con ese.. envoltorio.

—No lo ignoro.

—Sin compasión ninguna.

—Jamás la conocí; pero me ocurre una idea peregrina. ¿No fuera mejor aquí mismo?.. El agua es más buena sepultura.

—Pero indiscreta. Además, quiero que sea lejos de este lugar.

—A vuestra voluntad, señor.

El lanchón se había aproximado á la orilla y el asesino de indefensos criados saltó sobre los juncos con su ligera carga.

Un golpe de remo separó de tierra nuevamente la nave, que enfiló su proa con dirección á Coria.

El compadre Andrés, que era todo un bandido sin entrañas y sin conciencia, atravesó por entre los matorrales hasta orientarse del sitio en que se hallaba.

Lo habían desembarcado á media legua de Sevilla.

—En verdad que mi comisión no es muy lucida que digamos. ¡Asesinar una criatura indefensa no es oficio propio de valientes! ¡Y yo lo soy! Yo ataco siempre cara á cara, decía aquel hombre, andando, andando, casi corriendo, como si huyese de sí mismo y de su conciencia.

De pronto se detuvo.

—En verdad, en verdad, volvió á decir, que no están los tiempos para andarse con escrúpulos mujeriles; cuesta mucho ganar la vida, y ese señor me ha pagado con mucha esplendidez. Vamos, es necesario ser honrado y servir con nobleza á quien nos proporciona el pan.

A todo esto no dejaba de correr por la orilla del río.

—La carga me va aburriendo y este bicharraco se ha despertado y grita que se las pela; diga el señor lo que diga, mejor estará en el agua que en ninguna parte, y así me ahorro de estrangularle yo mismo: ¡no me gusta hacer daño á los chiquitines!

Paróse entonces en cierto sitio en que el agua corría con vertiginosa carrera, y ya se disponía á cumplir con su encargo cuando se detuvo diciendo:

–¡Demonio, este rapazuelo parece que tiene mucho frío: su cuerpecito tiembla como si estuviese azogado! Bah! ¿Para qué darle este mal rato?

Y continuó su camino cada vez más preocupado.

Apartándose del río atravesó el prado de Santa Justa y bien pronto estuvo cerca de la ermita de San Sebastián.

El día estaba próximo á romper.

La criatura lloraba desesperadamente.

–¡Calla, maldito, le decía Andrés, calla! Pues señor, será preciso aplastarle los sesos contra la primera tapia que halle á mi paso, contra esas de San Diego, que el diablo pone ante mi vista.

En tanto, para hacerle callar, acercó la carita del niño sobre su rostro.

El rapazuelo, al sentir aquel calorcillo aplicó sus labios á los del foragido y apoyó sus manitas como si fuera el seno de su madre.

Aquel hombre tosco, que no estaba muy al corriente en achaques de nodrizas, entendió que el niño lo besaba y lo acariciaba, y exclamó bastante conmovido:

–¡Vaya, que estamos bien! En mal hora me encargué de este asunto. Sin embargo, es preciso aplastarlo de una vez para ganar honradamente mi dinero.

Y preocupado por el mandato que había recibido, se encaminó hacia las paredes del sagrado asilo.

. . . .

El guardián de aquella casa, fray Diego de la Encarnación, era un prelado justo y sabio, que pasaba la vida entre los deberes de su cargo y la contemplación de la naturaleza.

Después de maitines ya no volvía á la celda; esperaba los albores del día en la biblioteca, y á poco de dar algunas órdenes comenzaba su paseo matinal por los alrededores.



Estatua de Shakespeare en Chicago

Encontraba á su paso mendigos que le tendían la mano, mujeres que le pedían su bendición para ellas y para sus hijos, y no pocas veces algún herido á quien curar, ó un cadáver á quien dar sepultura; que esto y mucho más ofrecían por desgracia aquellos tiempos calamitosos y de tumultuosas revueltas.

Pero una mañana encontró á su paso algo que no era ni mendigo, ni herido, ni cadáver, y que sin embargo le causó no poca sorpresa por lo inesperado del suceso.

Acababan de franquearle la puerta de la iglesia, por donde generalmente salía, cuando al echar el pie fuera del umbral tropezó con un envoltorio.

–Que nuestro santo patrón no me valga si alguno de los pobres que se guarecen en este sitio no se ha dejado aquí su hatillo.

Y al instante dijo al portero:

–Hermano, recoja esos trapajos por si es que luego los reclaman.

El buen hombre levantó el objeto aludido, cuando un quejido débil se escapó de entre los harapos.

–¡El señor nos asista!, dijeron á coro los dos frailes, al mismo tiempo que unas manitas tiernas y atrevidas asomaban por entre la ropa.

–A tiempo ha salido su paternidad, porque esta criatura da pocas señales de vida.

–Su estado no es peligroso, dijo el guardián, después que lo hubo examinado: un poco de frío y mucho de debilidad; pero nada temas, infeliz abandonado, estás en la casa de Dios.

. . . .

La noticia de la catástrofe se extendió por el Aljarafe, y poco después por Sevilla, con extraordinaria rapidez. La dama de *la paloma blanca*, vuelta en sí de su desmayo, encontró á su esposo entre las víctimas y se dió cuenta de la desaparición del niño, llevada á cabo, no tenía la menor duda, por la venganza de una mujer despechada, al saber el casamiento de su amante.

Pregoneros, corchetes y alguaciles se pusieron sobre la pista de los criminales sin poder conseguir su captura.

El rumor llegó hasta el retiro de fray Diego, que al momento hizo conducir al tierno infante á los brazos de su afligida madre.



Puerta oriental de la ciudad sagrada de Mukden en China



SITIANDO LA PLA



...A, cuadro de F. Andreoti

Aquel niño, arrebatado á la muerte por la conmiseración de un foragido, se llamó D. Juan de Mañara, tan celebrado por sus vicios como por sus virtudes.

Mató, atropelló; el escándalo y la deshonra caminaban en pos de su persona.

Esta vida de perdición debía tener un término y lo tuvo por fin.

Tocado por Dios en la mente y en el corazón, murió en olor de santo, dejando seguras pruebas de su arrepentimiento

En el campo de las Atarazanas, en Sevilla, su suelo natal, álzase suntuoso palacio erigido á la Caridad por el gran pecador para refugio de los pobres. Sobre la mesa de Capítulo se ve una espada flexible como hoja de palmera; es un verduguillo de tres filos, nunca humillado, aunque muchas veces esgrimido sin gran justicia ni razón.

PEDRO JOSÉ MORENO

NUESTROS GRABADOS

LUIS FIGUIER

Acaba de allecer en París, á la avanzada edad de setenta y tres años, el eminente Luis Figuier, quien durante mucho tiempo dió muestra de su sorprendente fecundidad, publicando



LUIS FIGUIER

libros admirables de vulgarización científica, que han de servir todavía de medios de agradable instrucción para la futura generación.

Nació Figuier en la histórica ciudad de Montpellier el día 15 de febrero de 1819. Recibió su primera enseñanza científica de su tío y maestro el distinguido químico M. Oscar Figuier, profesor de la escuela de Farmacia de aquella universidad, obteniendo el doctorado en Medicina en 1841. Al siguiente año trasladóse á París y en el de 1850 obtuvo asimismo el título de doctor en Ciencias físicas.

En 1847 empezó á publicar sus estudios de vulgarización, en forma de interesantes artículos, que vieron la luz pública en los *Annales des sciences*, el *Journal de pharmacie* y la *Revue scientifique*, refundiéndose después en varios volúmenes bajo el modesto título de *Memorias*, que á su vez le sugirieron la idea de una nueva publicación anual que sin interrupción dió al público durante el largo período de treinta y cinco años, ó sean los volúmenes denominados *Années scientifiques et industrielles*. Un empeño adivínase ya en los primeros trabajos á que nos referimos, cual es el de su loable esfuerzo para hacer comprensibles á todas las inteligencias los sorprendentes resultados de la ciencia moderna, dando al efecto á sus estudios una forma galana, sencilla y en extremo agradable.

A su infatigable inteligencia débense obras tan notables como las *Merveilles de la science*, las *Merveilles de l'industrie*, la *Vie des savants illustres depuis l'antiquité*, que obtuvieron un ruidoso éxito, fundado no sólo en su valía, sino en la circunstancia inapreciable de responder á una necesidad verdaderamente sentida en esta época: el progreso de la instrucción popular. No menor fué el interés que despertó en todos los países el libro *Exposition et histoire des principales découvertes anciennes et modernes*, que obtuvo el privilegio de ser traducida en casi todos los idiomas de Europa. A este ya extenso catálogo hay que agregar los títulos *La terre avant le déluge*, *La terre et les mers*, *L'histoire des plantes*, *L'homme primitif*, *Les races humaines*, *Le savant du foyer*, *L'alchimie et les alchimistes*.

Alentado por tan lisonjeros resultados, entregóse de todo punto al desarrollo completo de su ideal de vulgarización, siendo difícil mencionar, no el número de artículos publicados por Figuier, sino el de las revistas y periódicos en que se insertaron, sin que por ello dejara de prestar al libro toda su preferente atención, conforme lo demuestran los títulos de sus últimas obras *Gutenberg ou la découverte de l'imprimerie*, *Képler ou l'astronomie*, *Denis Papin ou la découverte de la vapeur* y otras más.

Figuier ha podido morir satisfecho de su obra, puesto que logró implantar por completo el ideal concebido en sus primeros años y perseguido con incansable afán durante toda su vida. Su nombre lleva consigo el elevado concepto de un apóstol de la ciencia, de un bienhechor de la humanidad, ya que ha procurado la difusión de conocimientos en extremo útiles y convenientes. Su memoria será siempre estimada y respetada, así por sus compatriotas como por los que hállanse inspirados por nobles y elevados sentimientos.

Buena pipa, cuadro de Antonio Fabrés. – Si lo nimio considérase por algunos como contrario de lo bueno, no puede aplicarse á las obras de los artistas de valía que, como el Sr. Fabrés, apuran y aquilatan su labor alentados por un noble empeño, cual puede observarse en el *mosquetero* que reproducimos, rico en detalles y acabado en sus pormenores, pero sin que huelgue un trazo ni una pincelada. La actitud, el tipo, el traje y los guerreros atavíos forman un conjunto admirable, verdadero producto del estudio, de tal manera que más que una reconstitución puede considerarse la obra del distinguido pintor catalán como la reproducción de una de las obras de los artistas flamencos ó alemanes del siglo XVII, que de modo tan completo representaron los tipos de los soldados de su época.

Creemos ocioso agregar noticia alguna respecto del artista, pues su personalidad es ya muy conocida en el mundo del arte: únicamente nos place hacer observar que su residencia actual en extranjero suelo no amengua su laboriosidad ni disminuye sus envidiables aptitudes.

Estatua de Shakespeare en Chicago. – El difunto Samuel Johnson, ciudadano principal de Chicago que falleció en 1886, dejó un considerable legado para erigir una estatua del gran poeta inglés en su ciudad natal. Cumpliendo sus disposiciones se ha construído al efecto un monumento en el norte del Parque de Lincoln, al final de la Belden Avenue, con arreglo á la traza de William Ordway Partridge, renombrado escultor de Boston. La estatua, que acaba de descubrirse en dicho Parque, está fundida en bronce y se considera como el mejor monumento erigido en los Estados Unidos á la memoria de Shakespeare.

Puerta oriental de la ciudad sagrada de Mukden en China. – Muckden, la ciudad sagrada de la Mandchuria, y objetivo de las operaciones de las tropas japonesas después de su invasión en Corea, es una hermosa y floreciente población que cuenta más de 300.000 habitantes. Como medida de precaución, el gobierno chino se apresuró á retirar del palacio de Mukden el tesoro imperial, que se calcula en mil doscientos millones de taels, pues es sabido que de doscientos años á esta parte el emperador reinante ha tenido la costumbre de enviar seis millones de taels para depositarlos en la ciudad sagrada. Ésta, de la que puede decirse que es el santuario de la raza mandchú, es famosa en Asia por sus robustas fortificaciones, que constituyen paralelógramos regulares, y de las que pueden dar una idea la puerta y baluartes representados en el dibujo reproducido en la página 759.

Sitiando la plaza, cuadro de F. Andreoti. – Aunque bajo distintas formas, siempre es el mismo el sentimiento que anima á la humanidad. Las riquezas, los honores y la gloria no llenan por completo nuestras aspiraciones: necesita nuestra alma para ser feliz un algo, igual al que de ella se desprende, para que nos sean gratos los dones de la fortuna y agradable la existencia. El poeta, el artista, el literato necesitan quien les preste inspiración, y abrigan el convencimiento de que existen seres, madre, esposa é hijos, que acepten y celebren sus concepciones. Amor es la palabra que se halla escrita con indelebles caracteres en el corazón del hombre, y sin ese sentimiento que tiene su origen en la misma divinidad y que se manifiesta hasta en la misma naturaleza, nada podría alcanzarse, ni tendría atractivos la existencia. El niño ama al seno maternal que le vivifica, el joven á la doncella, ideal de sus ensueños, y el anciano á Dios, á sus hijos y á sus nietos.



YENDO AL TRABAJO, cuadro de J. F. Millet

No debe, pues, sorprendernos que el artista se inspire las más de las veces en la representación de cuadros de la vida real, sencillos, puros y halagadores, en los que se interesa el corazón. El asunto escogido por el pintor F. Andreoti hállase inspirado en una de esas tiernas escenas, el galanteo de un apuesto militar, que si bien sitia una plaza, rinde gustoso el pabellón ante los dulces atractivos é indescriptibles encantos de su belleza.



LA MUERTE EN SUS DOMINIOS, cuadro de M. Wislicenus

La muerte en sus dominios, cuadro de M. Wislicenus. – Este cuadro, que ha llamado poderosamente la atención en la Exposición de Bellas Artes celebrada este año en Berlín, es una fantasía del autor, que á juzgar por el asunto elegido, debe ser de carácter un tanto tétrico. La pálida muerte, vigilando su dominio, un pobre y melancólico cementerio, cuyos monumentos se reducen á cruces de hierro ó de madera, parece acechar el momento en que pueda esgrimir su guadaña para aumentar la inanimada población de sus terrenos. Más que como alegoría, se recomienda este lienzo por la sobriedad en los detalles y por la acertada ejecución del ropaje de la figura, que el artista ha tenido el acierto de representar de espaldas para que no se vea la Muerte en toda su horrible fealdad.

Yendo al trabajo, cuadro de J. F. Millet. – Millet es el pintor de los campos, y aun por mejor decir, de los tipos campesinos; sólo que así como otros artistas suelen representar tipos idílicos, este artista parece complacerse en trazarlos en toda su prosaica verdad, para vencer con ella las dificultades que pudiera ofrecer á la belleza de sus obras. Y lo cierto es que lo consigue por el doble concepto de la naturalidad de las figuras y del ambiente de paz y tranquilidad que en sus escenas campestres campea, de lo que es buen ejemplo su lienzo *Yendo al trabajo*, en el cual, como en el famoso *Angelus*, sólo dos figuras de labriegos constituyen el asunto, pero tratadas con tal sentimiento á la par que con tal vigor, que avaloran la composición y producen un atractivo irresistible en el ánimo de todo el que lo contempla.

La favorita, cuadro de Ricardo de Madrazo. – Ante los atractivos de la mujer sucumben los más bravos y valerosos. El amor sujeta con sus cadenas de flores á los espíritus más indómitos y á los caracteres más esquivos é independientes. Comprendiéndolo así, los artistas han concebido la peregrina idea de representar á un león humillado ante una mujer, representación genuina de la belleza dominando la fuerza y el poderío del rey de las selvas.

El cuadro de D. Ricardo de Madrazo titulado *La favorita* hállase inspirado, ó mejor dicho, obedece á tales consideraciones y propósitos, puesto que el artista ha representado á un jefe de tribu, á un kaid, tal vez, que oculto entre los lienzos de su tienda, olvida sus violencias y su fiereza ante los encantos de la mujer amada.

Agradable y simpático resulta el cuadro del Sr. Madrazo, que le ha ofrecido ocasión además para dar muestra de sus condiciones de buen colorista y conocedor de los tipos, costumbres y trajes marroquíes.

NECROLOGÍA

Han fallecido:

A la edad de 65 años el célebre compositor y pianista ruso Antonio Rubinstein, á quien no hace muchos años tuvo ocasión de aplaudir el público de Barcelona.

El príncipe Federico Augusto Jorge de Sajonia, nacido en Pillnitz el 8 de agosto de 1832 y heredero que era de la corona sajona.



¿Os sentís mejor, señorita?

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. — ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

X

REGALO DE BODAS

Hemos dejado á Gastón en la posada de Gif, velando el sueño de Aurora y con la mano de ésta entre las suyas.

Apenas amaneció, despertó la doncella, y su primera mirada fué para Gastón, á quien contemplaba ruburosa y complacida.

—¿Os sentís mejor, señorita? Estábamos tan intranquilos, tanto yo como esa buena mujer (designando á la posadera), que no hemos podido resolvernos á dejaros un solo instante.

—¡Ah, caballero! Muy afortunada puedo llamarme por haber tenido tan excelente guardián. Es ya la segunda vez que me salváis la vida... Pero ¿qué habré hecho yo para merecer el odio de mis perseguidores, contra los cuales sólo Dios y vuestra espada me han protegido sin cesar?

—¡Odio ciego y cruel! Pero tal vez sabremos bien pronto á qué atenernos sobre este particular, porque espero que Poissón, mi compañero de armas, nos traerá alguna nueva á su regreso.

—¿No ha vuelto todavía?

—No, señorita.

—¡Con tal que no le haya ocurrido ningún percance! También á él debo estar agradecida, ¿no es verdad?

—Mucho, señorita, porque se batió también conmigo en el encuentro del Puente Nuevo.

—¿Cómo no me fijé en él?, dijo sin pensar Aurora.

Y se ruborizó de nuevo, pues observó para sí que no se había fijado en Raimundo, porque Gastón de Fleurbaix atrajo toda su atención.

—Mis padres estarán muy intranquilos, repuso luego.

—No; saben ya lo ocurrido y tal vez se pusieron ya en camino hacia aquí.

—No les aguardemos. Me siento muy fuerte, y si queréis podemos salir á sorprenderlos.

—Voy á disponer la partida.



Aurora subía al carruaje que Gastón pudo encontrar en aquellos alrededores



¡Qué agradable viaje hicieron los dos, solos, en aquella berlina de ocasión!

– Y yo á vestirme.

Gastón besó la mano de Aurora y salió. Una hora después iba camino de París con su amada, en un carruaje que pudo encontrar en aquellos alrededores.

Poissón no había vuelto todavía.

¡Qué agradable viaje hicieron los dos, solos, en aquella berlina de ocasión! ¡Así hubiera querido volar hasta el último confín del mundo el enamorado caballero, en alas de un sueño ilimitado! Era para él una felicidad á nada comparable, que henchía á un tiempo su corazón y su mente, ver y sentir junto á él á su amada! Poco se hablaron, por lo mismo que se amaban ya con toda el alma; pero la elocuencia de los ojos decía lo que callaban los labios.

Tres horas llevaban de viajar, sin que Gastón advirtiera el tiempo transcurrido, cuando encontraron la carroza del marqués de Vallombreuse.

– ¿Ya?, dijo para sí Gastón. ¡Cuán breve es la dicha!

Habían acudido á buscar á su hija el marqués y la marquesa. Después de los primeros abrazos, muestras de júbilo y efusivas palabras de agradecimiento, exigieron que Gastón los acompañara hasta París, y como era natural, el joven no se hizo repetir la súplica. Llegados todos al palacio, le invitaron á comer con ellos, y no dejó á su amada hasta el anochecer, prometiendo que volvería con frecuencia, según se lo habían rogado.

Su alegría hubiera sido completa sin la inquietud que le causaba la suerte de Poissón. ¿Qué había sido del jovial compañero de aventuras que le concedió la suerte? ¿Habría sido víctima de terrible asechanza? Todo era de temer, porque los enemigos de Aurora no parecían muy escrupulosos. Atormentado por tales presagios, Gastón fué al palacio de Crequi y á la casa de la calle de Morfondus, donde recibió un día la hospitalidad. Ni en una ni en otra parte tenían noticia alguna del paradero de Poissón. Fatigado ya de sus infructuosas investigaciones, se decidió á retirarse á su casa y aguardar la vuelta de su valeroso amigo.

No pareció éste aquella noche, pero Gastón recibió á eso de las doce un billete con estas palabras:

«Sospecho un nuevo peligro. Durante todo el día de mañana no perdáis de vista el palacio de Vallombreuse.»

Poissón vivía aún: ¡oh fortuna! Pero ¿cuál podía ser aquel nuevo peligro que temía? En vano se torturó Gastón discurriendo sobre esto; nada pudo adivinar. Por otra parte, lo esencial era seguir prevenido y vigilante. La consigna había de ser ejecutada con apasionado celo.

Desde el amanecer Gastón de Fleurbaix se hallaba ya en su puesto, acechando con toda la discreción posible la puerta del palacio á través de la vidriera de una taberna.

Pasó toda la mañana sin incidente alguno, y lo mismo ocurrió durante el resto del día. Aurora no salió. El marqués y la marquesa no la dejaron un momento, y hasta la hora de cenar nada hubo de insólito en la casa, que únicamente se abría para las idas y venidas de los criados.

A las nueve de la noche se detuvo una carroza delante de la puerta. Gastón salió de la taberna, se acercó al coche y vió con dolor que el visitante era el duque de Maufert, el prometido de Aurora. Llegaba apresurado, trayendo en la mano un objeto que Gastón no pudo distinguir.

– ¡Este no va á lastimar á nadie sino á mí!, pensó el pobre enamorado.

Un cuarto de hora después el duque salió con las manos vacías, y bien pronto la calle quedó despejada.

Fleurbaix continuaba de centinela. Pocos minutos después vió acudir á Poissón.

– ¡Vos aquí, caro amigo! ¡Por fin!..

No hay que perder un minuto, dijo Poissón visiblemente agitado. ¡Ah! Hemos de habérnoslas con una enemiga implacable, una terrible mujer!.. Con tal que no lleguemos ya tarde. Pero decidme, ¿no ha venido nadie?

– Nadie que pueda alarmarnos.

– ¿Ni el duque de Maufert?

– Sí. ¡Acaba de salir ahora mismo!

– Pues corramos, y Dios nos proteja.

Entraron en el palacio, subieron de cuatro en cuatro las escaleras, y atropellando á un ayuda de cámara llegaron hasta el salón donde se hallaba reunida la familia del marqués.

En cuanto entraron, vieron á Aurora tendida en un sillón, con los ojos cerrados y pálida como una muerta. Su madre la sostenía, y el marqués, como un loco, estaba llamando á los criados.

Poissón miró en torno suyo. Sobre la mesa había un estuche abierto. En el blanco cuello de Aurora centelleaba el collar de aguas marinas.

– ¿Este collar, preguntó, es del duque de Maufert?

– Sí.

Con ambas manos, bruscamente, lo arrancó y lo rompió. Rodaron sobre el tapiz los pedazos tirados de un voleo.

El marqués y la marquesa le miraban estupefactos.

– Ya os explicaré lo que ocurre; pero mirad...

Y señalaba en el cuello de Aurora unas manchas ligeramente rojizas, que reproducían el dibujo del collar.

– ¡Ah!, clamaba Poissón, los italianos son habilísimos. En el mismo perfume de una flor, en el jugo de una fruta, en la magnificencia de una joya saben



Habían acudido á buscar á su hija el marqués y la marquesa

introducir su mortal veneno. Pero ¡gracias á Dios, hemos llegado á tiempo mi amigo y yo! La planta no ha crecido; esa señorita volverá en sí. Yo mismo traigo lo conveniente para reanimarla.

Y sacó un frasquito que dió á oler á Aurora.

Pronto, en efecto, volvió en sí la doncella.

– ¿Qué he tenido?, preguntó.

– Nada, nada, contestó la marquesa haciendo á los demás una seña para que no la desmintieran... Nada; un ligero síncope: ¡la fatiga y la emoción de ayer!

– Sí, sí; he sentido como si de repente perdiera la vida... Pero ya estoy mejor. ¿Aquí vos, amigo mío?, añadió tendiendo la mano á Gastón. ¡Cuán feliz soy!

– Hija mía..., no te fatigues; no hables. Necesitas descansar.

– Sí, madre; pero antes quiero dar las gracias al Sr. Poissón por su abnegación. Ya te he dicho lo que hizo por mí con el Sr. de Fleurbaix.



Desde el amanecer Gastón se hallaba ya en su puesto

– Ya le volverás á ver, hija mía.

– ¿A menudo?

– A menudo.

– ¡Muy á menudo!

Accediendo á los ruegos de su madre, Aurora consintió en retirarse á su cuarto, y Poissón empezó á dar á Gastón y al marqués las explicaciones que deseaban.

Contó su viaje al castillo de Roquesante-en-Iveline, y cómo había escapado de allí, después de haber visto con sus propios ojos á la mujer que había preparado y mandado ejecutar la emboscada.

– ¡Rara beldad, pero diabólica! Mandaba como señora en el castillo, y la vieja le dió delante de mí el título de condesa. Apenas hube dejado entre sus uñas á ese canalla de Caldegás, me escurrí hasta Limours, á través del bosque. Allí, con el dinero que me había entregado la dama, me procuré un caballo y regresé á París á galope tendido. Apenas llegado, pensé en continuar mis pesquisas, y fué por cierto resolución acertada, pues bien pronto supe dónde se hallaba el palacio de Roquesante, y por las preguntas que hice con la mayor habilidad posible, averigüé que las señas de la condesa coincidían exactamente con la imagen grabada en mi memoria. Dijéronme igualmente que la condesa acababa de llegar del castillo poco tiempo después que yo. Harto la conocía ya para presumir que era capaz de todo y que, después de semejante fracaso, intentaría un inmediato desquite. Todas estas conjeturas se vieron confirmadas, puesto que aquella misma tarde la condesa, acompañada de la dueña, salió hacia una casa sospechosa del suburbio de San Antonio, adonde las seguí y en la cual dejaron un objeto muy ancho y plano; después volví á acompañarlas á su casa sin que me vieran. Aquella misma tarde fuí á pasearme por el suburbio y hallé junto á las puertas algunas honradas vecinas murmuradoras que me dieron singulares informes de la casa visitada por la condesa. En ella vivía medio oculto un perfumista italiano, ó algo así, con reputación de asesino, sospechoso de hechicería y capaz de todo. *Vox populi, vox Dei*. El indicio era grave. Entonces fué cuando escribí una esquela al Sr. de Fleurbaix, y mientras vos, caro amigo, os apostabais de centinela por estos barrios, yo montaba también la guardia junto al palacio de Roquesante. ¡Ah, el día ha sido fecundo en revelaciones! A poco de las dos la condesa ha salido con su inseparable, y primero volvió á buscar el objeto que había entregado al italiano; la vi al salir de la casa; estaba radiante de alegría; en sus ojos chispeaba todo el júbilo del infierno. ¡Qué malvada mujer! Naturalmente, yo volví á seguirla hacia el Sena, por el malecón de la ribera derecha hasta el Puente Nuevo, y luego por la ribera izquierda hasta el cuartel de los mosqueteros grises. Cerca de allí hay una casita con un lindo jardín amurallado, y allí ha salido á recibirla la persona que la esperaba, un caballero que todos conocéis. Yo estaba frente al muro, y á la verdad me fastidiaba de lo lindo, cuando se me ocurrió la idea de asistir á una entrevista curiosa ciertamente por más de un motivo. Escalé, pues, la dificultad, y sólo tuve tiempo de esconderme detrás de un macizo de verdura, cuando – por una fatalidad que persigue á menudo á los criminales – la condesa y su amigo vinieron á sentarse precisamente á dos pasos de mí. Ni una sola palabra he perdido de su conversación. El duque de Maufert estaba grave y triste. «Lorenza, le decía, cesad de perseguir á una pobre niña que no os ha hecho ningún mal. La primera vez fuí testigo del daño que quisisteis causarle, pero ignoraba que se tratase de ella. El nuevo atentado que la amenazó y que acabo de saber, es también obra vuestra..., no me lo neguéis. ¡Renunciad á tales proyectos! ¿De qué podéis culpar á una inocente?» Entonces la italiana le replicó con vehemencia que le amaba, que estaba celosa de su prometida y dispuesta á un crimen antes que consentir aquel matrimonio. Por toda respuesta el duque le ofreció romper la unión proyectada, á condición de que ella renunciaría á perseguir á una persona que ya no podía causarle ningún recelo. Ella aceptó el trato, y en prenda de su buena fe rogó al duque que le trajera el estuche que había dejado en la casa. Yo, cándido de mí, creí también que hablaba sinceramente; pero no bien estuvo fuera el otro, soltó casi sin querer estas palabras: «¡Ah! Esta vez me vengo, y tú mismo, Maufert, serás el instrumento de mi odio.» El duque volvió y la condesa le enseñó el collar. Él quería tocarlo, pero ella lo impidió, diciendo: «No, no, acabo de comprarlo, y quiero que se mantenga intacto y brillante: vuestros dedos lo empañarían.» Y añadió: «Pensaba lucirlo mañana en el baile



Su madre la sostenía, y el marqués, como un loco, estaba llamando á los criados

que daremos y al cual asistiréis, ¿no es verdad? Mas para probaros que os amo y que perdono á la que dejará de ser vuestra prometida, quiero que le regaléis este collar. Ignorará su procedencia; se figurará que es un obsequio vuestro; pero recibiéndolo de mi mano para transmitirlo á la que detestaba, que no detesto ya, tendréis una prueba, Enrique, de que renuncio á mis antiguos proyectos, puesto que los condenáis.» Maufert la creyó buenamente, y después de una escena de amor, que no he de describir, se vino directamente á traer á la señorita el fatal regalo que ha puesto en peligro su vida. La condesa se fué por su lado. Pensé que ya lo más prudente era retirarme también y correr á esta casa. Pero juzgad de mi sorpresa, cuando, hallándome empinado en el caballete del muro, vi que al otro extremo del jardín otro curioso se escurría como yo, sin pasar por la puerta. No sé si aquel hombre original trabajaba por cuenta propia ó por la ajena; pero ¡qué cara tenía... Dios mío!

– Ahora, dijo el marqués de Vallombreuse, ya sé lo que tengo que hacer. Fuerza es que hable inmediatamente á Roquesante.

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL KINETOSCOPIO EDISON

El célebre inventor norteamericano Edison, á quien se deben descubrimientos tan admirables como el de la telegrafía cuádruplex, de la lámpara eléctrica de incandescencia y del fonógrafo, acaba de construir un aparato que, aun cuando en rigor no es otra cosa sino el perfeccionamiento de los métodos y mecanismos ya empleados, no por eso deja de ser notabilísimo. Notorios son los resultados que otro americano, M. Muybridge, obtuvo allá por el año 1878 sacando en un espacio de tiempo muy corto una serie continua de fotografías de un caballo marchando al trote ó al galope; las actitudes del caballo resultaban gradualmente reproducidas en clisés sucesivos, y cuando los positivos obtenidos con estos clisés, montados en discos de rotación rápida, se proyectaban sucesivamente sobre una pantalla, se contemplaban todas las actitudes del caballo al galope. Habíase creado el arte de la cronofotografía, esto es, la fotografía del movimiento. Poco después de los experimentos del ilustrado americano, M. Marey emprendió los suyos de cronofotografía, mediante nuevos aparatos estudiados y construídos con notable inteligencia.



Fig. 1. – Primer experimento del kinetoscopio verificado por Edison en su laboratorio de Orange (Estados Unidos)

El eminente sabio, autor de tantos trabajos importantes, para fotografiar pájaros volando empezó por servirse de una escopeta fotográfica, cuya idea le fué sugerida por el revólver astronómico de Janssen. Recurrió en seguida á otros sistemas de cronofotografía, y los resultados que consiguió durante largos años merecen ocupar un puesto entre los más importantes de la ciencia contemporánea. M. Marey ha organizado en su laboratorio zootropos en los cuales se pueden admirar series de fotografías del movimiento y de la locomoción de los animales: en ellas se ven hombres corriendo, perros y caballos que saltan obstáculos, gimnastas haciendo sus ejercicios, maestros de esgrima tirando el sable y aves que vuelan aleteando.

Hay sin embargo que convenir en que el zootropo no es un instrumento completo; mirando por una de las hendeduras abiertas en la superficie cilíndrica del aparato puesto en rotación, se ven á la vez muchas imágenes de la tira fotográfica fijada en su interior; la rotación no es muy rápida, y el movimiento de las personas ó de los animales se reproduce á sacudidas. La cronofotografía se presta indudablemente á resultados más satisfactorios.

Este problema de la transformación del zootropo ha sido resuelto con el más lisonjero éxito por Edison, mediante el *kinetoscopio*, del que vamos á tratar.

Los periódicos americanos han referido que Edison había presentado el resultado de sus trabajos en una velada íntima, dada en su laboratorio de Orange. Veíase proyectada en la pantalla una fotografía ampliada del kinetoscopio: las personas fotografiadas parecían en continuo movimiento, y hasta se oía la voz de las representadas en la imagen, voz producida por un fonógrafo. En el grabado núm. 1 damos la disposición general de los aparatos que han servido para tan curiosa velada.

Para efectuar sus experimentos, Edison se vale de dos aparatos.

1.° El aparato que hace las fotografías, que reproduce las escenas, y al cual da el autor el nombre de *kinetógrafo*. 2.° El aparato con el cual se ven las fotografías sacadas. Como estas fotografías se suceden á los ojos del observador con gran velocidad, producen la ilusión absoluta del movimiento con una continuidad que jamás se había conseguido: este aparato lleva el nombre de *kinetoscopio*.

Edison obtiene con el *kinetógrafo* sus fotografías sobre películas sensibles, según el método de Marey, y ha dado á las pruebas las dimensiones siguientes: 2 centímetros por 3. Los positivos se sacan en tiras flexibles de celuloide, tiras que forman una larga cinta que gira con gran velocidad durante la operación, arrastrada por una especie de rueda. Las fotografías que se suceden se han hecho en una fracción de segundo muy mínima, pudiendo obtenerse hasta cuarenta y seis impresiones por segundo, ó sea dos mil setecientas sesenta por minuto. Estas fotografías reproducen escenas animadas múltiples, compuestas con modelos ó actores y bailarinas en movimiento; los modelos simulan riñas, combates de luchadores, etc. Mientras se verifican las escenas ó los ejercicios gimnásticos, se impresionan en la tira sensible, y los clisés peliculares que resultan se pasan en seguida á las cintas de celuloide que constituyen las pruebas positivas. Estas cintas son de longitud considerable, unos 15 metros, y pueden contener muchos centenares de imágenes.

El *kinetoscopio* en el cual se produce la ilusión es el aparato que se ve en la figura 2. Está metido en una caja de madera, cuya parte superior tiene un ocular. Se mira por él y se ve aparecer una fotografía transparente, que vendrá á ser la sexta parte de una tarjeta; todas las figuras se mueven y las escenas aparecen animadas de un modo maravilloso.

¿Cómo funciona este aparato? La figura 3 lo presenta dividido en dos compartimientos superpuestos; y permite ver el mecanismo contenido en el semi-espesor de la caja. El otro semi-espesor está reservado para la cinta de las fotografías de que hemos hablado antes.

En la parte inferior de dicha figura, en el compartimiento de abajo, se ve el motor eléctrico C que pone todo el mecanismo en movimiento. Es una dinamo Edison de 8 volts; funciona bajo la acción de cuatro acumuladores, dando 80 amperes-hora, con una producción de tres amperes. La corriente pasa al través de una resistencia D que se hace variar para aumentar ó disminuir la intensidad de la luz de la lámpara de incandescencia; ésta alumbra más ó menos la cinta de celuloide según su espesor y su transparencia, que son variables. Enfrente del motor C hay otro aparato AB, cuyo aspecto nos limitamos á dar; es en cierto modo independiente del kinetoscopio, y hace funcionar una alcancía automática, que cuando cae en ella una moneda, lo pone todo en marcha. Puede prescindirse de este aparato accesorio.

En la parte superior de la figura 3 se ve el disco V de metal que forma pantalla delante de la cinta pelicular R. La lamparita de incandescencia que ilumina la cinta por transparencia está representada en L. El ocular O, por el que mira el observador, está montado en un tubo cónico E y sale fuera de la parte superior de la caja. Cuando se quiere que funcione el aparato se pone el motor eléctrico en acción; por medio de un mecanismo de engranaje de ruedas muy bien combinado, este motor hace dar vueltas al disco circular V, el cual va provisto de una hendedura F que permite al observador ver las fotografías de la cinta pelicular figurada en R, cada vez que esta hendedura pasa por delante de sus ojos. Aunque no hay más que esta hendedura en el disco metálico que forma pantalla, gira con tan extraordinaria velocidad, que el ojo del observador no advierte la rotación del disco y de las fotografías sucesivas de un modo continuo.

La cinta fotográfica es solidaria del disco horizontal al que va unida por medio de engranajes; gira con la misma rapidez resbalando sobre las poleas PS. La velocidad de rotación es tal, que unas cuarenta y dos fotografías pasan en un segundo por los ojos del observador.

La cinta pelicular así arrastrada tiene unos 15 metros de longitud; forma una cinta sin fin montada en la parte anterior de la caja del kinetoscopio, como lo hace comprender la figura 4. La cinta circula alrededor de las poleas representadas que, de arriba abajo, distan entre sí 60 centímetros. En la longitud de esta cinta pelicular de celuloide se pueden contar hasta 750 pruebas cronofotográficas.

Para dar una idea de los resultados que se obtienen con el kinetoscopio de Edison, basta decir que en una de las fotografías que se enseñan al visitante se ve un mono saltando sobre un organillo; el salto del animal se efectúa súbitamente, y sin embargo, la imagen que se ha visto casi instantáneamente comprende 53 pruebas fotográficas sucesivas. En una escena del kinetoscopio que representa un peluquero americano en el ejercicio de sus funciones, hay nada menos que 1.700 actitudes.

Tal es el aparato que funciona con una perfección y una precisión dignas de elogio. La ejecución de las escenas reproducidas por la fotografía es excelente y compuesta con mucho gusto; el mecanismo del kinetoscopio es de notable delicadeza; y cuando se mira por la abertura del ocular, presenta el extraño espectáculo de cuadros animados, todos cuyos personajes se mueven.

Edison se promete darnos próximamente un perfeccionamiento de su aparato, en el cual se puedan agrandar las imágenes.

Mientras tanto, los Sres. Werner hermanos, representantes en París del sabio electricista y físico norteamericano, han instalado en un local del boulevard Poissonniere muchos kinetoscopios que funcionan todo el día y gran parte de la noche. La modicidad del precio fijado para contemplar este ingenioso aparato, precio que sólo asciende á veinticinco céntimos de franco, así como la originalidad y atractivo del invento, hacen que esté siempre lleno de curiosos aquel local, y que se popularice el nuevo invento de Edison, que muy en breve se exhibirá sin duda en todas las capitales de Europa. – G. T.

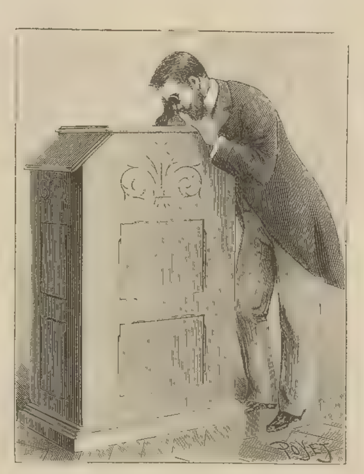


Fig. 2. – Vista exterior del kinetoscopio

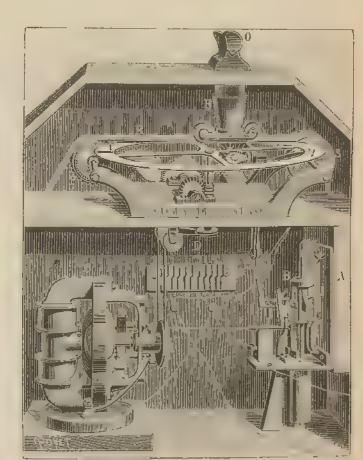


Fig. 3. – Mecanismo motor del kinetoscopio

LOS BOSQUES PETRIFICADOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

En el último congreso de la Sociedad de Fomento de las Ciencias, celebrado recientemente en los Estados Unidos, M. Horacio Hovey ha leído un notable estudio sobre los bosques petrificados del Sudoeste.

Resulta de este trabajo que los Estados de Nevada, Oregón y el territorio de Arizona contienen, al menos en ciertas partes, inmensas regiones, hoy áridas y estériles, en otro tiempo cubiertas de abetos y de cedros petrificados.

En opinión de dicho profesor, esas curiosas petrificaciones reconocen por causa las inundaciones procedentes de un colosal volcán de agua ó geyser de aguas siliciosas, cuyo rastro ha encontrado en las cercanías. Cuando el terreno absorbió las aguas y los árboles quedaron petrificados, sobrevino un terremoto que rompiendo en redondo los árboles por su base, los hizo caer á casi todos en pedazos.

Las observaciones y pesquisas del explorador le han permitido afirmar que estos árboles, petrificados en una época que aún no se ha precisado, eran mucho mayores que los que hoy se conocen. La altura media de los abetos y cedros, cuyas dimensiones ha podido calcular con exactitud, llegaba á 61 metros.

No lejos de Baker County (Oregón) se ve un árbol petrificado de tamaño gigantesco. En el fondo de una larga quebrada de 24 kilómetros, yacen los restos de muchos árboles petrificados enormes. En medio y casi enterrado ya descuella el árbol gigante de 203 metros de altura por 18m,50 de diámetro en la base; está completamente petrificado, y á pesar del transcurso del tiempo se perciben claramente sus roturas.

Estas asombrosas petrificaciones, son hace tiempo presa de vándalos industriales. Cuando el doctor hizo su última visita á los bosques de Arizona, vió no sin tristeza un enjambre de obreros ocupados en pulverizar los árboles que cubrían el suelo, y aun los que todavía estaban en pie, para obtener polvos de esmeril baratos.

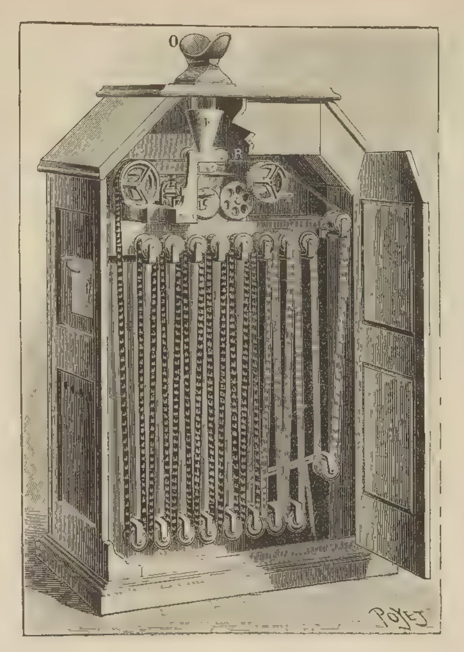


Fig. 4. - Modo de arrollar en el kinetoscopio la cinta de celuloide en la cual se han sacado las pruebas cronofotográficas.

Detrás de esta cinta está montado el mecanismo motor de la figura 3.

***

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS EN GUATEMALA

A tres kilómetros de Santiago-Amatitlán (Guatemala), al pie mismo del Volcán de Agua, se están practicando excavaciones, merced á las cuales se ha descubierto ya un pueblo entero, de época prehistórica, completamente enterrado en una espesa capa de cenizas y de lava, procedente á no dudarlo del mismo volcán.

A una profundidad de 4m,50 á 6 metros han aparecido muchos utensilios caseros, platos, vasijas y armas. Las piezas de alfarería están cubiertas de finos cincelados y de colores vivos. Se han encontrado también vasijas de vidrio sumamente delicadas, y todos estos objetos en perfecto estado de conservación. Al explorar las excavaciones formadas por las chozas antiguas se ha descubierto un martillo, espadas, mazas y puñales de pedernal, todos bien aguzados, afilados y de elegante forma. Hanse desenterrado además estatuas de ídolos muy curiosas. Cerca de dichas estatuas había altares, alhajas y profusión de perlas y turquesas, así como bonitas copas de vidrio con inscripciones tan brillantes que parecían acabadas de salir de manos del artista.

Según los arqueólogos más autorizados del país, los indios que construyeron ese pueblo, hoy sepultado, y que han dejado tan interesantes vestigios de su civilización, se remontan á la edad de piedra, es decir, á la más remota antigüedad prehistórica. Esto parece confirmado por el hecho de que los raros esqueletos humanos descubiertos tienen una estatura media de 2m,13, precisamente la atribuída por los paleontólogos á estos fósiles de esos períodos primitivos.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

EL CUIDADO DE LOS NIÑOS, por *monseñor Sebastián Kneipp*. – Curioso é interesante es el nuevo libro del párroco de Worishofen, en el que figuran expuestos en forma sencilla y agradable una serie de consejos é instrucciones de suma utilidad para las madres, ya que tienen por objeto el cuidado de sus hijos desde su más tierna edad. Si bien la obra de monseñor Kneipp puede considerarse como continuación de las por él publicadas anteriormente, «El método de hidroterapia» y «Cómo habéis de vivir,» distínguese la á que nos referimos por hallarse convenientemente enlazadas las indicaciones encaminadas á la conservación y desarrollo del niño con las que han de producir el desenvolvimiento de su inteligencia.

Creemos que el editor Sr. Gili ha prestado un buen servicio al publicar la versión española, trabajo que ha llevado á cabo con buen acierto el académico D. Francisco G. Ayuso.

BERI-BERI, FIEBRE FLUVIAL, por *D. S. Rubiano Herrera*. – En forma de folleto ha publicado en Manila el erudito ayudante director de la facultad de Medicina una recopilación de los más importantes estudios llevados á cabo por cuantos se han ocupado de esa terrible dolencia, propia de los países tropicales, con el fin de que se pueda tener un cuerpo de doctrina que sirva para encauzar las vacilaciones que asaltan á algunos como consecuencia de la diversidad de opiniones y criterios.

Hállase robustecido el notable trabajo del Sr. Herrera con las apreciaciones de distinguidos facultativos, resultando un estudio de gran interés y de reconocida utilidad para quienes tienen á su cargo la alta misión de aliviar á la humanidad de las dolencias á que se halla expuesta.

SERVIUS, tal es el título del monólogo escrito en prosa catalana por D. J. Vidal y Jumbert, que recientemente se ha puesto en escena con buen éxito en el teatro del *Centre Catolich de Granollers*. Aparte de la corrección y pureza del lenguaje, reviste interés, pues presenta con singular acierto un episodio de la Roma pagana, una escena de persecución que convierte á un ciudadano en mártir.



LA FAVORITA, cuadro de Ricardo de Madrazo



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 3 de diciembre de 1894 — Núm. 675

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



REGALO DE AÑO NUEVO, cuadro de C. Reichert



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Los muertos. – Figuier y Magnard. – Traslación de las reliquias del gran almirante Colón desde los Estados Unidos á España. – Demanda del ayuntamiento de San Sebastián para que declare Roma doctor de la Iglesia Universal á San Ignacio. – Noticias acerca de la sabiduría del fundador de la orden jesuítica. – Viaje triunfal de los restos del tercer Alejandro en Rusia. – Nicolás II y Milutine. – Indicios y esperanzas. – Conclusión.

I

Como los granillos de arena van cayendo desde una de sus bombas á otra en el reloj, van cayendo desde los tiempos que corren á la inmóvil eternidad las almas de los hombres. Poned en cronología los hechos historiables á diario, y veréis cómo resultan su mayor número muertes dignas de llorarse; desapariciones de personas amadas, sin las cuales creeríais imposible ni que vuestra vida corriese, ni que la tierra durase. Yo guardo la piadosa costumbre, adquirida en mis mocedades, de ir inscribiendo por las columnas de mis Revistas los recuerdos de aquellos espíritus que han lucido á mis ojos más ó menos tiempo, así que transponen el horizonte sensible y llegan al ocaso. Pues bien: escribiendo cada quince días mis crónicas, en todas debo conmemorar un difunto, entre los pocos que tienen derecho á inscripción aquí, por haber conseguido notoriedad universal sus nombres consagrados por la fama. En cortos días han muerto el sabio Luis Figuier y el periodista Francisco Magnard. Ha vulgarizado las ciencias naturales y exactas entre las gentes de su tiempo el primero, y sostenido el segundo sin decadencia y sin eclipse un periódico de tan buena lectura y de tan varia composición como el *Figaro*. Grande mérito aclarar las nociones más abstrusas, poniéndolas al debido alcance de las inteligencias que vuelan menos alto, y convertir las vidas de los célebres sabios en históricas ó narraciones tan interesantes que puedan leerse con aquel gusto y hechizo inspirados por una eximia novela, sin perder su verdad y sin desdecir de la exactitud que ha de reinar en todo lo relativo al humano saber. No menos meritorio Magnard en su oficio y no menos digno de nuestra estimación que Figuier. El *Figaro*, periódico de sociedad, principalmente leído por aquellos que pertenecen ó dicen pertenecer á las clases altas y distinguidas, había tomado bajo su dirección un carácter de alta gravedad, que no empecía de modo alguno á su interés y á su carácter literarios, hasta el extremo de llevar á término en el último lustro una campaña reflexiva y sensata en favor de movimiento muy dificultoso, la saludable aproximación de todos los partidos conservadores á la democracia y á la república. Sus observaciones, dichas á diario con este motivo y apoyadas con sus dos iniciales, apreciábanse por todos, á causa del claro sentido que las dictaba en apotegmas provechosas, y del servicio inmenso que hacían manteniendo la paz y la libertad, tan saludables al bien de la república francesa y por tanto al progreso universal de nuestra humanidad.

II

Hablando de muertos, imposible no recordar uno inmortal, imposible no recordar á Cristóbal Colón. Estos días los Estados Unidos nos devolvieron las reliquias concernientes al gran revelador, que habían estado en la Exposición universal. El pueblo americano ha expedido este precioso tesoro, confiado por la nación, madre de América, en solemne centenario, á sus hijas, con todo el aparato y solemnidad requeridos por su importancia, en buque de su marina oficial y custodiado por sus marinos nacionales. El gobierno español, poco amigo, cual nuestro pueblo también, del aparato, ha creído más propio de su carácter recibirlos con ingenua modestia y reinstalarlos en el sitio que aquí les está destinado, sin llamativas ceremonias. Yo lo siento, pues habiéndose controvertido los merecimientos del sobrenatural descubridor tanto en los últimos años, y puéstose hasta en tela de juicio que le perteneciese la gloria del descubrimiento, necesitaba del gobierno nuestro un desagravio, y ninguno como prestar homenaje casi religioso á sus amadas reliquias. Las gentes que miran la historia por su lado externo, superficial y brillante, creen despojado de mucho mérito á Colón, porque los estudios históricos y científicos presentan tales gradaciones sucesivas de ideas y hechos, que hacen de su presencia en el mundo y de su personalidad en la historia como una especie de término dialéctico, necesario y necesariamente preparado por todo aquello que lo precede y lo apercibe, como si hubiera ninguna improvisación milagrosa en el humano trabajo. No conozco en el mundo, y no creo las haya en el tiempo habido jamás, obras universales aparecidas de súbito por los escenarios de la fama y de la gloria. Con dos siglos de anticipación, un cambio de comunicaciones, á veces consiguiente á las guerras mismas, genera el pensamiento de Alejandro y su maravilloso helenismo elevado á verdadera religión, la cual penetra por medio de Alejandría y los alejandrinos, así en la Iglesia de los cristianos como en la Sura de los árabes, así en la filosofía de los neo-platónicos, tan idealistas, como en la hermenéutica de los rabinos, tan consumados y expertos. Se necesita no haber saludado nunca el Derecho romano para ignorar cómo, desde las rudimentarias Doce Tablas á una especie de cristianismo natural, se levanta, ofreciendo á la legislación civil moderna como base inconmovible su jurisprudencia por las lentas sobreposiciones de la revelación del formulario hierático al plebeyo, por las protestas del tribuno, por los edictos del pretor, en fin, por aquel estoicismo inconsciente ó consciente, á cuyo espíritu los césares todos obedecían, desde los protervos, como Nerón, hasta los virtuosos, como Marco Aurelio. Y lo mismo ha sucedido en ciencia donde han brillado genios que parecen sublimes y solitarios. La filosofía, cuyo esplendor sublima en Atenas las dos cumbres del humano intelecto, llamadas Aristóteles y Platón, es una serie de sucesivas sobreposiciones, las cuales forman como una grande montaña, que tiene sus raíces en las profundidades últimas de lo más primitivo y rudimentario. Cuando Cristo apareció, estaba su venida por tal modo en todo cuanto sucedía y se aproximaba, que las puertas de los templos se abrían por sí solas y la voz de los oráculos, sin ser consultados, profería palabras incoherentes anunciando la llegada del aguardado por las naciones, á quien conocían ya desde los pastores del portal de Belén hasta las estrellas mágicas de los cielos orientales. No se les puede quitar á las gentes de seso que recibió Séneca lecciones de San Pablo, pues les cuesta mucho trabajo comprender que dijesen principios consubstancialmente idénticos dos genios por tantos espacios y tantas ideas y tantas supersticiones apartados. ¿No es la mayor gloria científica del mundo la gloria de Newton? El gran matemático, ¿no aparece como uno de los reveladores del universo? Y sin embargo, ¡cuántos Bautistas han preparado su aparición en el mundo, y cuál serie larguísima de pensamientos ha sido necesario poner en línea para llegar hasta el punto culminantísimo de su idea! Fué necesario que la olvidada teoría científica de Pitágoras reapareciese; que Copérnico pusiera la concepción del universo dimanada de nuestro entendimiento sobre la concepción del universo dimanada de nuestros sentidos; que mientras el planeta se movía sin haber alterado sensiblemente la inercia falsa y aparente suya, la humanidad renunciase á ser el punto de mira donde fijaban todos los astros sus celestiales retinas; que Tiçcho-Brahe adivinara la refracción del fluido luminoso en los aires y supiera con ciencia superior á la ciencia de sus predecesores las variaciones del movimiento lunar, y rectificara el catálogo de las estrellas hecho por Ptolomeo, y señalara la inconsistencia de los cometas con la irregularidad de sus órbitas; que trastornase los espacios Keplero como pudiera un sacerdote de religión nueva transmutar antiguo empolvado templo, y oyera la música de los mundos como los ángeles asistentes á la creación, y sospesara ya en su mano la gravedad cósmica, y supiese la congruencia entre los fenómenos celestiales y los fenómenos terrestres hasta convertir el movimiento planetario circular antiguo en movimiento elíptico, poniendo el sol en el foco de todas las elipses; que Galileo metiera en lo infinito el primer lente astronómico, y observara los montes de la luna, y multiplicase las estrellas de las pléyades, y convirtiera la vía láctea, incierta y nebulosa, en río de soles, para que, en el término de todo esto, una manzana desprendida de su ramaje sobre la cabeza de un hombre, revelase á éste la clave de toda la mecánica celeste y apareciese por ende como revelador sobrehumano del código de la gravitación universal. Que el maestre Jaime comunicara por medio del astrolabio los fenómenos celestes con los fenómenos oceánicos; y Behaim pusiera en sus globos, el año mismo de la invención americana, tierras al Occidente del Atlántico; y Toscanelli resucitase por los tiempos de Copérnico el concepto de la esferoicidad del planeta; y los comentaristas árabes de Aristóteles juzgasen cosa fácil topar con Levante por Poniente; y nautas como Alonso Sánchez hubiesen ido á la Española y vuelto á la Madera; todo ello no quita valor alguno á Colón y no empece para que sea en la revelación del planeta cual Moisés en la revelación del Padre, Platón en la revelación del Verbo, San Juan en la revelación del Espíritu, Rafael en la revelación del Arte, Copérnico en la revelación del cielo, Newton en la revelación del universo, uno de los redentores.

III

El ayuntamiento de San Sebastián pide al Papa que nombre á San Ignacio de Loyola doctor de la Iglesia universal. Esto me recuerda la célebre decisión tomada por la Universidad literaria de Valencia nombrando al general Espartero doctor en Derecho civil y canónico. San Ignacio es un santo, pero no es un sabio. Sus mocedades, consumidas en la guerra, pasaron entre combates, que no le permitieron adquirir una grande ciencia. Sus ejercicios espirituales, sus constituciones de la compañía, cuanto escribió, estaba dictado por la intuición y por las inspiraciones consiguientes á tal vista del alma; pero no por la sabiduría. Doctor de la Iglesia un Santo Tomás, que trazó la Suma Teológica, resumen de toda la ciencia humana y de toda la ciencia divina en su tiempo; doctor un San Buenaventura, que llevó al saber teológico de la centuria décimatercia el espíritu platónico; doctor un San Isidoro, que trazó el resumen sintético de las ideas salvadas del naufragio tras la irrupción de los bárbaros; doctor un San Anselmo, de cuyas demostraciones del ser y existencia de Dios no podrá prescindir nunca la filosofía en su desarrollo interno; mas no San Ignacio de Loyola, un grande santo, un grande general, un grande penitente, pero no un grande sabio. Al nombrarlo general sucedió lo siguiente. Empezó Ignacio á dirigir su comunidad, reunida ya en su casa propia y situada dentro de Roma misma. El día que después de haber bajado del Montorio é ido á gobernar esperaban todos los suyos que distribuyese los oficios y cargos según su grado, y se quedase como superior á todos en la más alta y más serena dignidad, ¡cuál no sería el asombro de sus subordinados viendo que su prepósito y jefe, lejos de irse á los sitios más respetados de la comunidad y lejos de recabar las más altas dignidades, recababa los más bajos oficios! En efecto, el día primero de su mando cogió el mandil y se lo ciñó al cuerpo; cogió la sotana y se la remangó hasta las rodillas; y desnudándose los brazos, púsose á cocinar los manjares de la orden, y á fregar, después de haber servido la mesa, los platos de todos en signo de humildad, y en los oficios espirituales también escogió el puesto más sencillo y humilde. Remitió á los demás las grandes misas, las largas lecturas, los sermones de empeño, la frecuencia constante á la corte pontificia, los escritos y memorias, quedándose con la educación de los párvulos que quisieran acudir á él como á cualquier maestro de escuela. El padre Rivadeneira cuenta que se producía de confuso modo en italiano, cuando pronunciaba á los niños y después á los grandes todos estos piadosos sermones. No había palabra italiana que no estropeara, ni modo de decir que no desconociese, formando con su vasco, su castellano, su catalán mal aprendido, su francés echado á perder tal pisto que nadie alcanzaba bien aquella infernal y horrible algarabía. Deseoso el sabio discípulo de que se corrigiese y enmendase de algún modo su respetado maestro, dirigióle tímidas observaciones sobre la extraña naturaleza de su caótico lenguaje. Ignacio admitió la indirecta reprensión escolástica con su natural humildad, y rogó al discípulo en la orden, como gran maestro en las letras, que se tomase la molestia de



EL ENTIERRO DEL TSAR ALEJANDRO III.—LLEGADA DEL CORTEJO FÚNEBRE Á LA CIUDAD DE YALTA



EL ENTIERRO DEL TSAR ALEJANDRO III.—SALIDA DE YALTA DEL BUQUE «PAMIAT MERKURIYA,» CONDUCIENDO EL CADÁVER DEL TSAR Á SEBASTOPOL

corregirle y enmendarle para mayor fijeza y fruto por escrito. Hízolo así el padre Rivadeneira. Fuése á un sermón de San Ignacio y lo tomó casi á vuela pluma, tal como lo había dicho. Acabada la enojosa tarea, encontróse con que no había pronunciado á derechas una sola palabra. Naturalmente, la ignorancia del hijodalgo vasco, la rudeza de su temperamento militar, la falta de ideas, la sobra de voluntad, sirviéronle para pegarse y adherirse, como nadie, á la fe antigua, turbada en tantos espíritus superiores por el conocimiento profundísimo de la filosofía y de la historia.

IV

Hablemos de hombres y sucesos á nosotros más próximos. En medio del cúmulo de noticias puestas á diario en las columnas de los periódicos, deslízanse algunas de trascendencia suma, sobre cuyo contexto no suele pararse la general atención. Y sin embargo, anuncian hechos tan hondos y cambios tan radicales, que ni el pensamiento puede medirlos con sus cálculos ni el corazón adivinarlos en sus esperanzas. Todo el mundo fija su atención en la pompa y en la grandeza con que acaban de celebrarse los funerales del czar Alejandro III. Las campanas que doblan, los rezos que susurran, los blandones que arden, la inmensa procesión desde las riberas del mar Negro á las cercanías del mar Báltico, el cúmulo de pueblos aglomerados al paso del cadáver, cuyas exequias recuerdan las exequias de Alejandro Magno, apenas dejan espacio á fijar sobre otros hechos de mayor trascendencia la general atención, pasando éstos inadvertidos, aunque sirven á entrever lo más oculto y lo más interesante al espíritu nuestro, lo porvenir. En tal clase de trascendentes hechos, no perceptibles por la generalidad, pongo el llamamiento dirigido por Nicolás II, el nuevo czar, al general Milutine, para que á su lado vaya y le informe y le industrie y le instruya con su ciencia y con su experiencia sobre las soluciones dables á los problemas pendientes. Y no se puede adivinar toda la gravedad contenida en el caso, porque cosa muy difícil saber lo significado por tal personaje, á causa de la ignorancia de la historia contemporánea, menos sabida que las historias antiguas, pues se desarrolla en torno nuestro y carece así en su desarrollo de aquellas perspectivas y lejos indispensables á la cabal apreciación de los hechos, mejor vistos desde una racional distancia que cuando están muy cerca de nosotros y topan á una con nuestra propia vista. Digamos quién es el general Milutine. Crióse bajo la férula este prócer del emperador Nicolás I. Como su padre Paulo, como su abuelo Pedro III, como su hermano Alejandro, tenía el czar aquél ramos de locura. Merced á ella, el siglo décimonono vió lo que sólo habían visto siglos más bárbaros, la muerte de razas, la muerte de naciones; ha visto caer los polacos, cual caían los judíos en tiempo de Nabucodonosor y Vespasiano. Nicolás I era, pues, un déspota europeo al modo asiático; y Alejandro, su hijo, padre de Alejandro III, y por tanto abuelo de Nicolás II, era un tirano al modo y manera occidentales. En la persecución de los polacos no se distinguió cosa de su predecesor, atormentándolos también; pero su nombre queda en la historia rodeado de sacras aureolas, por ir unido á la emancipación de los siervos. En 20 de noviembre del año 1857 Alejandro II dió el rescripto que anunciaba la emancipación de los siervos: obra inolvidable, por progresiva y humanitaria. Pues bien: á este monumento de humanidad y de progreso contribuyó Milutine, consultado por el czar Nicolás II. La consulta solemne me revela un secreto, el cual ilumina lo porvenir. ¡Quiera Dios que si el abuelo emancipó los eslavos de su servidumbre personal, emancipe á los rusos todos el nieto de su servidumbre política. No hay obra ni más justa ni más meritoria.

Madrid, 20 de noviembre de 1894

CONTRARIEDADES

(CUENTO)

¿Es desgraciado Segundo Galán? Él por tal se tiene, aunque ignoro si con razón ó sin ella. Lo que puede asegurarse es que su vida ha sido y sigue siendo hasta la presente una serie no interrumpida de contrariedades. Su mismo nombre le proporcionó la primera de ellas.

Segundo... Segundo..., cuando era hijo único. ¡Qué ignorancia la de sus padres en la contabilidad! Bien que, así que tuvo uso de razón, justificó á aquéllos, inventando para su propia tranquilidad una piadosa mentira. Su madre debió tener algún aborto, y por eso, al nacer él, fué segundo hijo y pudo llamarse Segundo.

Galán de apellido... ¡Segundo Galán con todo el nombre! ¿No era aquella una clara indicación de que debía consagrarse al teatro, donde por más triste augurio no había de brillar nunca en primera fila? ¿Cómo ser simultáneamente primer galán y Segundo Galán? ¡Con qué envidia miraba á todos los Pepes y Pacos, Garcías y Fernández que pasaban á su lado.

Sus primeros estudios fueron muy descuidados. En los libros que compraba faltaban siempre hojas – las más interesantes; – en el papel de sus planas abundaba la grasa que le impedía escribir; su memoria estaba en perpetua lucha con su voluntad y, por más que quiso, no pudo aprender nunca una lección entera. Trató de ir al Instituto y lo suprimieron; quiso estudiar matemáticas y se volvió loco el profesor, y al empezar un repaso privado se murió el dómine de repente. Segundo se resignó á saber muy poco y eso mal; pero como pensaba dedicarse al teatro, todavía le sobraba lo poco que había aprendido.

Cuando contaba quince años sufrió una aguda enfermedad, de la que triunfó la naturaleza; pero quedando tartamudo. Su vocación teatral había sufrido rudísimo golpe.

Entonces se dedicó á la pintura; pero así que hizo algunos progresos en el dibujo, advirtió que no sabía ver el color. Quería copiar á la naturaleza, y la naturaleza le ofrecía azules las casas, verdes las manos y de color de chocolate los campos. Aquella borrachera de colores le hizo desistir de la pintura, y cuando miraba con espanto el porvenir, no sabiendo á qué podría dedicarse, la muerte de su padre le convirtió en hijo de viuda, librándole del servicio militar, y poco después heredaba su madre una regular fortuna, moría también y quedaba Segundo solo y rico. Para quebrar su sino y que no le persiguieran las contrariedades había sido forzoso que sufriera dos desgracias consecutivas.

Ya en posesión de sus bienes, quiso aplicarse á algo útil, y se dedicó al comercio del petróleo en grande escala; pero el gas era un formidable enemigo de su comercio. Entonces se hizo accionista de la Compañía del Gas, y en el acto empezaron á bajar las acciones, porque el alumbrado eléctrico triunfaba en toda la línea. Buscando algo de más general aplicación, estableció una fábrica y grandes depósitos de fósforos; pero apenas lo había hecho cuando el gobierno decretó el monopolio. Entonces recogió los mermados restos de su fortuna, los invirtió en papel del Estado y se resignó, como otros tantos españoles, á vivir de sus rentas.

Pero acostumbrado Segundo Galán al trabajo y á tener siempre, como él decía, quebraderos de cabeza, arrastraba una vida llena de tristezas y amarguras, cuando su amigo Román le dijo:

– ¿No quieres quebraderos de cabeza? Pues cásate.

Aquello fué para el buen Segundo una revelación. Sí: él encerraba en su pecho tesoros de ternura; era respetuoso con la mujer y amante de los niños. El matrimonio, por otra parte, es el estado perfecto, y sus pocas aventuras amorosas le habían costado un ojo de la cara. Pero ¡hay que fiar tan poco en la mujer!

– En fin, se dijo, buscaré una novia que se llame Casta..., pues no es de pensar que se ponga en contradicción con su nombre.

Y como era difícil fiar este empeño á la casualidad, recordó que un amigo de su familia había tenido una niña llamada Casta, que por su cuenta debía tener aproximadamente la edad que él. La buscó lleno de impaciencia, pudo encontrarla al cabo, y aunque era una de esas bellezas alarmantes para propias, le preguntó de buenas á primeras:

– ¿Es usted Casta?

– Yo... lo he sido.

– No entiendo...

– Pues es muy sencillo: así me pusieron en la pila; pero al confirmarme me cambié el nombre.

– ¿Y ahora se llama usted?..

– Encarnación.

Decididamente no era aquella la mujer que él anhelaba, y siguió buscándola y sin encontrarla nunca. Sólo una vez creyó haber tropezado con el objeto de sus ansias, pues viendo salir de un taller á varias modistas, oyó á una llamando á otra:

– Di, Casta...

Segundo Galán no perdió de vista á la que se llamaba así; siguióla largo rato, y cuando observó que iba sola, se lanzó al ataque, dirigiéndole numerosos requiebros con toda la elocuencia compatible con su defectuosa pronunciación.

La modista, entretanto, parecía inaccesible; no le contestaba nada; apretaba el paso, y por último, cuando pudo convencerse de la terquedad del enamorado, se paró resueltamente y le dijo:

– Tenga usted la bondad de retirarse... Soy casada.

¡Casada la única Casta con que había conseguido tropezar!

– Tú tienes la culpa, le dijo su amigo Román, por fijarte en un nombre tan poco generalizado. Es posible que no encuentres ninguna Casta: ¿por qué no te contentas con una Pura, que abundan tanto?

– Lo pensaré, contestó Segundo.

Pero no tuvo tiempo de pensarlo, pues á los dos ó tres días y en una casa inmediata á la suya vió á una muchacha cuya belleza le llamó la atención y más aún la modestia que la realzaba.

– ¿Cómo se llama la señorita del principal?, preguntó á la portera.

– Susana.

¡Susana! Este nombre era una completa garantía, pues desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días no había llegado á noticia de Segundo la existencia de ninguna Susana que no fuese casta.

Nuestro joven no vaciló ya; se hizo presentar á la familia; declaró á la muchacha su atrevido pensamiento, y como desde la primera entrevista lanzó al desnudo la palabra *matrimonio*, fué acogido perfectamente.

A los pocos días era novio oficial de Susana, y cuando, ya con este carácter, reiteró la petición matrimonial, tuvo la satisfacción de verla bien acogida.

– Hay, sin embargo, algunos inconvenientes, dijo la joven.

– ¡Sería milagro!

– Pero no invencibles.

– Eso varía.

– En primer lugar, soy pobre.

– Borre usted ese inconveniente, pues yo dispongo de alguna fortuna.

– Después que, siendo yo huérfana de un delegado de Hacienda, perdería al casarme la pensión.

– Pero ¿no he dicho ya?..

– Es que de mí dependen mi abuela materna, un tío paralítico con dos hijas incasables y un primo imbécil.

– A ninguno le faltará el pan; yo seré la Providencia de tu simpática familia.

– Y todos tienen que tomar baños sulfurosos.

– Los tomarán, señorita. Mi amor no se para en semejantes bagatelas.

– Entonces... esta es mi mano.

Segundo Galán creyó volverse loco de contento. Él, aislado y solo hasta entonces, no solamente iba á tener esposa, sino una familia ya formada con abuela, tío paralítico, dos primas solteronas y un primo imbécil. ¿Qué más podía apetecer?

Desde entonces sólo se pensó en ambas casas en el proyectado matrimonio. Susana no podía hacer grandes preparativos, porque su limitada hacienda se lo impedía; pero Segundo la equipó perfectamente, haciendo naufragar en esta empresa algunos de sus títulos de la Deuda del Estado.

Después comenzó para el novio un verdadero Calvario.

Quiso sacar su fe de bautismo y le fué imposible, porque los carlistas habían quemado los libros parroquiales de su pueblo; intentó justificar hallarse libre del servicio militar, y aunque estaba muy claro su expediente, por haberse libertado á causa de ser hijo de viuda, la circunstancia de haber un prófugo de su reemplazo, llamado José Segundo y Galán, hizo necesaria la formación de larguísimo y accidentado expediente; quiso sacar sus matrículas parroquiales de soltero, y el José Segundo y Galán, que se había casado antes de desertar, motivó otra serie de gestiones, informaciones y disgustos. Por último, cuando tenía completo el expediente de la vicaría, habló á su amigo Román en un café de la Puerta del Sol para que le apadrinara en su boda, y al separarse de aquél, contando ya con su aquiescencia, tuvo el disgusto y aun más que el disgusto la sorpresa de ser detenido por un individuo de la policía que le llevó al gobierno civil. En vano quiso que le explicasen la causa de aquella arbitrariedad, y cuando, después de cinco horas de estar en un sótano del edificio, fué recibido por el gobernador, escuchó con asombro que este funcionario le decía:

– Perdone usted que los subalternos le hayan tenido tanto tiempo con los *ratas* y blasfemos del sótano; pero es gente de poca educación, á la que hay que perdonar mucho. Ahora quedará usted en libertad, siempre que me dé palabra de honor de no hacer lo que intentaba.

– Señor gobernador...

– En caso contrario, yo sabría evitarlo á viva fuerza.

– Pero, señor gobernador, ¿con qué derecho trata usted de impedir mi matrimonio?





MONUMENTOS CHINOS. – TORRE FUNERARIA Á LA MEMORIA DE UN BONZO. – LEÓN COLOSAL DELANTE DEL PALACIO IMPERIAL DE VERANO, EN PEKÍN (de fotografías)

– ¿Cómo su matrimonio?.. Lo que trato de impedir es que se bata usted.

– Pero si yo no trato de batirme...

– Es inútil el fingimiento. El delegado me ha dicho que le ha sorprendido hablando con un amigo, muy conocido por lo espadachín, para que le sirva á usted de padrino...

– De padrino de mi boda, que debe celebrarse mañana.

– ¡Ah! Entonces no digo nada, y sólo me falta suplicarle que dispense esta contrariedad

. . . .

¡Cinco horas perdidas en un día como aquel y con tantos encargos como aún le faltaban! ¿Tendría concluído su sastre el frac? ¿Le estarían bien las camisas encargadas? ¿Habría encontrado madrina Susana, según lo convenido entre los novios?

Sus temores no eran infundados, pues el sastre en cuya busca acudió no había terminado el frac. «¡Había tantas prisas con la entrada del invierno! Pero... dentro de siete ú ocho días...»

Segundo no quiso oir más, y para salvar el apuro acudió á un bazar de ropas hechas y compró uno que, según el comerciante, le estaba que «¡ni pintado!» Susana no participó de la misma opinión; pero como era mañosa de suyo, dobló las mangas del frac, que eran larguísimas, y sujetó el doblez con un hilván; recogió los faldones con unos alfileres negros para que la prenda quedase más á la moda, y recomendó al novio que no se abrochase ningún botón porque saltarían al primer intento, ni llevase muy desceñidas las solapas, á causa de unos mal disimulados remiendos de los forros.

Las camisas sí que estaban perfectamente almidonadas y con unos cuellos y puños que parecían de hierro colado.

En lo de la madrina había surgido una pequeña contrariedad, pues la señora invitada al efecto había alegado un pretexto capcioso para evitar el compromiso; la abuelita tenía una erupción terrible de su humor herpético, que la imposibilitaba de salir al aire, y las primas solteronas é incasables declararon resueltamente que ellas, enemigas del matrimonio, no consentirían en ser cómplices de la infelicidad de Susana.

– ¡Corriente, exclamó Segundo, sobrexcitado por tales contratiempos, ni falta que nos hacen!.. ¡Mi criada nos acompañará en el altar!

. . . .

Llegó, por fin, para Segundo el día de la boda después de una noche de terrible insomnio, no motivado por la emoción del suceso ni por las impaciencias del cariño, sino por causas menos poéticas y más relacionadas con la estancia del novio durante cinco horas en los calabozos del gobierno civil. Arrojóse del lecho y trató de ponerse una de las dos camisas, que parecía propiamente una coraza ó una garita; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles para colocar botones y gemelos: la coraza tenía un dedo de espesor. Renunció á estrenar camisa y pidió una de las antiguas suyas, dando la coincidencia de que todas habían sido echadas á lavar. Entonces decidió llevar puesta la de dormir, con la adición de un rebelde



Una procesión funeraria en China (de una fotografía)

cuello postizo, unido diestramente con un hilván por el mismo novio, porque la criada estaba ocupadísima en vestirse.

–¡Y Román sin venir!, decía mentalmente Segundo.

Román, sin embargo, fué exacto; pero así que supo lo ocurrido con la madrina, dijo á su amigo con enérgica acritud:

–¡Y me has llamado para que yo te apadrine en unión de una zafia cocinera! No podía esperar semejante ofensa de un amigo de hace veinte años, y merecerías por ello un balazo... Pero no temas..., vas á casarte y ¡ya tienes bastante castigo! En cuanto á nuestra amistad, queda rota desde este momento.

–¡Pero, hombre!..

–Ni una palabra más, ó no respondo de poderme contener sin cruzarte el pecho de parte á parte.

Y Román salió de la estancia, y se alejó dando un portazo que hizo despertar á todos los vecinos de la casa, creyendo que había estallado una bomba de dinamita.

. . . .

Con esto cesaron las contrariedades precursoras de la boda, pues ni el cura faltó á la misa, ni el representante del registro civil tardó más de lo justo, ni fué difícil conseguir que un monaguillo apadrinase á los novios, ni se hundió el firmamento.

Sólo una leve contrariedad tuvieron los novios al regresar á la casa de vuelta del templo, sabiendo que el primo imbécil había salido, diciendo que se marchaba para no volver, dejando escrita una carta.

Segundo la abrió, creyendo que fuera para él ó temiendo que pudiera anunciar alguna desgracia, y vió que se limitaba á decir:

«¡Ingrata! ¡Después de todo lo que ha pasado entre nosotros!..»

M. OSSORIO Y BERNARD

LA HORA DEL DESCANSO

Tuvo que esperar un rato la muchacha á que se diera por concluída la faena, y á que unos y otros hicieran alto en el trabajo. Y esperó tumbada á la larga y á la sombra bajo la cuadrada mole del *hórreo* que se erguía sobre cuatro pesados y macizos pilares, rematado por una cruz de madera que los años y las inclemencias del tiempo habían ennegrecido y resquebrajado; allí, con el brillante cazo de hoja de lata, resguardado por un pañuelo de hierbas para mejor conservar el calor del *compango*, esperaba la chiquilla fijando su distraída mirada, unas veces en los rectos perfiles del hórreo que la sombra recortaba sobre la hierba de un verde con reflejos de oro, otras en las matas que alrededor de su cuerpo crecían lozanas y exuberantes de color y que á la chiquilla antojábansele de desmesurada altura, mirándolas embobada y con la cabeza al ras del suelo.

En aquel instante revelábale la naturaleza la existencia de un mundo microscópico y para ella hasta entonces desconocido. Con la mirada tan cerca del obscuro suelo veía distintamente los ejércitos de hormigas caminar en busca del escondrijo, arrastrándose y arrastrando menudísimos granos que la rapaza no sabía para qué pudieran servir; veía de cerca y sin espanto tejer á las arañas sus hilos casi invisibles, que al ser heridos por el más sutilísimo rayo de sol parecía como que temblaban, vibrantes como las cuerdas de un arpa, y adoptaban dorados reflejos que alegraban la vista; veía las abejas que pasaban junto á ella zumbando pesadamente para posarse, después de trazar rectos giros, en el cáliz de una flor, plegando un momento sus tenues alas casi transparentes, esmaltadas de finísimas pinceladas en que se advertían los más brillantes colores del iris; veía cómo la erguida hierba se cimbreaba al peso del cuerpo de una mosca que en ella se paraba, y cuán lentamente salía de bajo un pedrusco la larguirucha *miñoca* estirándose y encogiéndose, arrastrando su cuerpo de obscuros y menudos anillos... Veía ahora clara y distintamente todo aquel mundo en que hasta entonces no se había fijado; lo pequeño hasta lo inverosímil, ruidos atómicos, trabajos incomprensibles, fuerzas microscópicas, colores hasta aquel día no revelados, todo un mundo nuevo, extraño y brillante, compuesto de moléculas y que no obstante la distraía y embargaba con igual atracción que aquello más grande y maravilloso con que hubiera podido soñar...

De aquel mudo éxtasis vino á sacarla la voz del padre, que vibró en aquel mundo infinitamente pequeño como un trueno en los espacios. Sentóse al lado de su hija y también á la sombra; por la entreabierta camisa veíase parte del tostado y jadeante pecho, por entre cuyo vello castaño y espeso deslizábanse las gotas de sudor...



ERNESTO DE KÖLLER, el nuevo Ministro del Interior de Prusia (de fotografía)

Pocas palabras cruzáronse entre el padre y la pequeña; el primero devoraba más bien que sorbía el humeante caldo, y sólo de cuando en cuando dirigía á la hija una pregunta suelta y como al acaso; volvía ella entonces la rubia cabecita al autor de sus días y contestábale con un tanto de displicencia, como si le molestara el que vinieran á distraerla en su contemplación de aquel mundo que acababa de descubrir.

Mojada la tajada postrera en la picantilla y roja salsa del compango, pasóse nuestro hombre el dorso de la mano derecha por los labios, y hundiéndola después en un bolsillo de la chaqueta, tendida á su lado, sacó de él con grandísima cachaza y parsimonia la petaca de cuero denegrido, bruñido por el uso y duro como cordobesa suela.

Dióle dos golpecitos sobre la palma izquierda y la abrió, dejando escapar de su garganta un regüeldo que estremeció las hierbas próximas á nuestro personaje.

Abrió la petaca y de ella sacó un librito de papel, una de cuyas hojas sujetó en el borde del labio inferior, vertió sobre la palma izquierda una pequeña porción de tabaco y con la derecha estrujólo y amasólo convenientemente, dedicándose luego á la faena de liar el cigarrillo con tanto cuidado y cariño como si de labor importantísima se tratara.

Después de lanzar al aire la primera bocanada de humo, cuyo color se confundió con el del cielo en caprichosas espirales, nuestro hombre sacó del fondo de uno de los bolsillos interiores de la chaqueta un fárrago abarquillado y amarillento y desdobló con sumo cuidado sus hojas rugosas, duras como pergamino y cuajadas de una letra redonda y gruesa, que en sus caprichosos trazos y en lo rojizo de la tinta denunciaban su respetable antigüedad.

Improba labor debía ser aquella para el hombre del campo, pues á veces casi hundía los ojos en el *proceso*, y tardaba en descifrar cada uno de sus párrafos una cantidad de tiempo casi fabulosa por lo larga; para no perderse entre aquellos escuadrones de letras, iba marcando con el índice de su mano derecha las palabras que atrás se dejaba, y así conseguía, aunque no sin pena ni grandes trabajos, el pasar adelante en su faena.

A todo esto, la muchacha leía también en el magnífico y grandioso libro que la naturaleza abría ante sus ojos. Párrafos grandilocuentes eran para ella aquellas sinfonías que la brisa imperceptible alzaba en las hierbas, estrofas sublimes el canturreo de los insectos y el bullir de los átomos... Todo para ella tenía voz y acentos y palabras que la niña escuchaba embelesada y absorta, ajena á la fatigosa tarea del padre, que mascullaba su lectura con un tenue silbido que producía el movimiento de los labios...

En un santiamén pasóse para ambos personajes la hora del descanso; perdida la noción del tiempo, abstraídos en sus respectivas contemplaciones, creyéndose aislados y lejos de las miserias mundanales, aquellos sesenta minutos pasáronseles como una exhalación; y cuando los otros compañeros de penas y fatigas alzáronse á su vez y se encaminaban á la era donde yacían los atados haces de trigo, sintieron padre é hija algo así como un descorazonamiento profundo, amarguísimo pesar por el brusco cambio de ideas y pensamientos que consigo trajo aparejada la hora de la cotidiana y constante labor. Irguióse la chiquilla un tanto apesarada y fruncido el ceño; y el padre con pesadez infinita, estirando desmesuradamente brazos y piernas en un esperezo que dió á su cuerpo la forma de abierta aspa, dijo con tono imperioso y dulce á la vez:

–Vaya, rapaza, á ver si te *espiles* y no te llevas una hora en el camino, ¿eh?

–No, mi padre, no; no pase cuidado.

Y echándose atrás las rubias trenzas con un gallardeo de cabeza, alejóse de allí á buen paso, saltando por sobre las pequeñas matas como una alondra que tiende el vuelo.

El viejo la contempló un instante con ojos de ternura, la vió perderse de un brinco en la honda y estrecha *corredoira*, arremolinadas las ropas alrededor de su cuerpo, en el que comenzaban á modelarse suaves y perfectas curvas, y volvióse al interrumpido trabajo mascullando entre sus dientes desiguales y denegridos:

–¡Demonio de rapaces! Si no fuera por ellos, maldito si...

No concluyó la frase, porque vino á cortársela un suspiro brotado de lo más íntimo y hondo de su corazón de padre.

M. AMOR MEILÁN

EL CARDENAL FRAY CEFERINO GONZÁLEZ

«La Iglesia, la patria y la ciencia están de duelo,» dijo el Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos, presidente del Senado, al dar cuenta á la Alta Cámara del fallecimiento del padre Ceferino González: pocas veces habrá sido tan merecido como en esta ocasión el elogio grande que encierra el breve juicio emitido por el ilustre canonista.

Dejemos la palabra á los hechos, expongamos en resumen, que otra cosa no consiente la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la necrología del eximio filósofo, y las alabanzas surgirán por sí solas, sin necesidad de comentarios, á medida que vayamos reseñando la vida y la labor intelectual del purpurado dominico.

Nació Fr. Ceferino González en Villoria (Oviedo), y á los trece años ingresó en el colegio de misione-

ros dominicos de Ocaña, en donde profesó antes de tiempo á causa de un error de fecha de su partida bautismal. Antes de que terminara sus estudios fué destinado á las misiones de Filipinas, embarcándose con otros religiosos en la fragata *Fama Cubana*, que se incendió en alta mar, salvándose milagrosamente cuantos en ella iban.

Los sucesos de este penoso viaje, el clima de Filipinas y la fatiga de un estudio constante quebrantaron la salud del padre González, en vista de lo cual fuéle denegada la petición que formuló para ir á las misiones de Ton King.

Terminada su carrera, explicó durante cinco años en Manila Filosofía, y luego, por espacio de otros ocho, Teología, sin que el trabajo de la cátedra y su falta de salud le impidieran escribir sus *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás*, una de las más notables obras filosóficas del presente siglo y que le valió la consideración de restaurador en España de las doctrinas escolásticas.

En 1865, después de haber desempeñado cargos importantes en el convento de la capital filipina, regresó á España, comenzando entonces en los periódicos *La Cruzada* y *La Ciudad de Dios* la publicación de una serie de brillantes artículos relativos á Filosofía de la Historia y de profundos estudios de Economía política y Filosofía alemana y escocesa. Publicó en Madrid su *Filosofía Elemental*, primero en latín y algunos años después vertida al castellano, y sus *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*, colección de artículos en donde se admiran el buen decir y los vastos conocimientos del escritor, ganando no menos fama que con sus libros con su palabra, que acudieron á escuchar escritores, sacerdotes y maestros ávidos de oir de sus labios consejos siempre buenos y enseñanzas autorizadas cuanto sabias.



EL CARDENAL FR. CEFERINO GONZÁLEZ, fallecido en Madrid en 29 de Noviembre de 1894 (de una fotografía)

Sus obras fueron traducidas á varios idiomas y muchas de ellas declaradas de texto en las escuelas de Francia, Bélgica, Italia, Alemania, Polonia y Rusia. La Universidad Libre de España le ofreció una cátedra; la Academia de Ciencias Morales y Políticas le llamó á su seno por unanimidad, y el Papa Pío IX pronunció públicamente un caluroso elogio de este insigne prelado español.

Nombrado rector del Colegio de su orden en Ocaña, demostró en el desempeño de este cargo tanto talento como celo, mejorando la enseñanza, creando nuevas cátedras de lenguas orientales y europeas y estableciendo magníficos gabinetes de Física y de Historia natural.

Tanta virtud y sabiduría tanta le señalaron para el episcopado; mas para que aceptara la dignidad episcopal fueron precisos grandes esfuerzos que vencieran su excesiva modestia. Después de haber renunciado las mitras de Astorga y Málaga y de buscar el apoyo de importantes personajes para que no se turbasen sus estudios y meditaciones con el peso de tan difícil cargo, fué preconizado en 1875 obispo de Córdoba, siendo más tarde nombrado cardenal y arzobispo de Sevilla, elevado puesto que hubo de dimitir por motivos de salud, como antes se había negado á admitir la silla metropolitana de Toledo, retirándose al convento de dominicos de Madrid para consagrarse á sus predilectas tareas, la meditación, la oración y el estudio.

Allí ha muerto el sabio filósofo y virtuoso monje, sufriendo con santa resignación los padecimientos crueles de su larga enfermedad y sin más pena que la de no haber podido realizar, á pesar de haberlo intentado aun en las últimas horas de su preciosa vida, su propósito de ofrecer su existencia á la Virgen de Lourdes.

Estrechando entre sus manos y besando con efusión un crucifijo, ha lanzado el postrer suspiro el padre González, coronando con una muerte de santo una existencia consagrada por entero al estudio, al constante ejercicio de todas las virtudes cristianas y á la admirable religión de Cristo, que propagó con su pluma en el libro, con su palabra en la cátedra y en todas partes con sus actos de sublime ejemplaridad. – A.



EL ENTIERRO DEL TSAR ALEJANDRO III. – SERVICIO RELIGIOSO Á LA LLEGADA DEL CADÁVER DEL TSAR Á SEBASTOPOL ANTES DE DEPOSITARLO EN EL TREN QUE LO CONDUJO Á MOSCOU Y Á SAN PETERSBURGO



UNA PARTIDA EMPEÑADA, cuadro de R. Armenise



LA SALVE ANTES DE LA LIDIA cuadro de José Gallegos



Regalo de año nuevo, cuadro de C. Reichert. – La pintura de animales ha adquirido de algún tiempo á esta parte gran importancia y son muchos los artistas notables que especialmente en Inglaterra y Alemania se dedican á este género. Inútil es decir que, dadas las modernas tendencias, que son las verdaderas en materia de arte, los animales domésticos resultan los más favorecidos por ser los que mejor pueden estudiarse, aquellos cuyas formas, actitudes y costumbres puede aprender á conocer con más detención el artista. Bien se ve que del natural están tomados el perro y los gatitos de la graciosa composición de Reichert, pues de otra suerte no se concibe que hubiera tanta verdad en la expresión y en las posiciones de los pequeños felinos metidos en una cesta y del can que los conduce.

Entierro del tsar Alejandro III. – Después de haber permanecido siete días expuesto en la capilla de la quinta Livadia, el cadáver de Alejandro III fué conducido á Yalta el día 8 de noviembre último. Abrían la marcha de la comitiva el conde de Scherentine, jefe de la policía del palacio imperial, y el conde Benkendorff, gran maestre de la corte, detrás de los cuales iban el clero, el féretro conducido por los granaderos de la guardia, el emperador Nicolás II con todos los grandes duques y miembros de la familia imperial y una larga fila de coches de luto con la emperatriz viuda, la prometida del tsar, la reina de Grecia, la princesa María de Sajonia-Coburgo-Gotha, los altos funcionarios, los mariscales de la nobleza, las diputaciones y la división militar de Crimea.

Al día siguiente de la llegada á Yalta, en cuya iglesia permaneció veinticuatro horas el cadáver del soberano, fué llevado éste procesionalmente á bordo del acorazado *Pamiat Merkuriya*, que debía conducirlo á Sebastopol y al cual daban escolta los dos buques de guerra *Doce Apóstoles* y *Aguila*. Al llegar la fúnebre escuadra á Sebastopol el féretro imperial fué desembarcado, y después de las preces de rúbrica llevado al tren que lo condujo á Moscou. La estación de la antigua capital rusa ofrecía un aspecto solemne, y del cortejo, que se formó entre el ruido ensordecedor de las salvas de artillería, formaban parte, además de la familia imperial, de los dignatarios de la corte y del clero con el metropolitano al frente, varias compañías de los regimientos llamados del Emperador, una de la Escuela Militar, la servidumbre de la casa del emperador, representantes de las corporaciones cívicas locales, el alcalde y los regidores de Moscou, miembros de las delegaciones provinciales, los mariscales de la nobleza moscovita y de los distritos, el personal de las administraciones, el gobernador, funcionarios de todas clases, viéndose mezclados entre las distintas agrupaciones los maestros de ceremonias, los portaestandartes y portainsignias imperiales y los palafreneros conduciendo los caballos del difunto soberano.

Llegada la comitiva á la catedral de los Santos Arcángeles, que se levanta en el Kremlín y en la cual fueron enterrados los tsares desde 1333 hasta 1696, el emperador Nicolás II, los grandes duques, el ministro de la corte y los edecanes depositaron el féretro en un magnífico catafalco, celebrándose en seguida solemnes exequias, terminadas las cuales se permitió al pueblo prosternarse ante el cuerpo del emperador, que quedó expuesto en la iglesia hasta la noche.

A las nueve y media partió el tren fúnebre para San Petersburgo, seguido de otro en el que iban Nicolás II y los individuos de la familia imperial.

Desde las primeras horas de la madrugada del día 12 la capital de Rusia ofrecía un aspecto imponente: una multitud inmensa invadía las calles y llenaba los balcones de las vías por donde debía pasar la comitiva, que á las siete de la mañana estaba ya formada á lo largo de la perspectiva Nevski, desde el Almirantazgo hasta la estación del ferrocarril. Un silencio sepulcral reinaba en toda la ciudad: el día antes habían sido llevadas desde allí á Moscou las insignias imperiales, consistentes en el cetro, la corona y el globo, y unos heraldos, vestidos con dalmáticas de terciopelo negro con el escudo imperial bordado en el pecho y llevando en las manos un bastón de plata con el águila del imperio, habían anunciado á la población la próxima llegada de los restos mortales de Alejandro III.

A las diez los disparos de los cañones anunciaron la llegada del fúnebre convoy, que fué recibido por el clero de la capital, presidido por el metropolitano Palladius, y después de rezados los correspondientes responsos púsose en marcha la comitiva, cuya formación no hemos de detallar, bastando decir que era análoga á la organizada en Moscou. Sin embargo, para que nuestros lectores puedan formarse idea de lo que fué, consignaremos que constaba de trece secciones y 156 grupos, que ocupaba una extensión de dos millas y que empleó tres horas en recorrer las cuatro ó cinco millas que hay desde la estación Nicolás hasta la fortaleza de San Pedro y San Pablo. El coche mortuorio, cubierto de paños negros con franjas de plata, estaba coronado por un dosel sostenido por cuatro columnas, apoyados en las cuales iban de pie otros tantos generales de ejército: del ataúd pendían ocho cintas que eran llevadas también por generales.

A las dos y media entraba el coche fúnebre en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, siendo el féretro colocado en el centro de la iglesia y rezándose solemnes responsos, terminados los cuales la emperatriz viuda, apoyada en los brazos de su hijo Nicolás II y de su padre el rey de Dinamarca, acercóse al cadáver de su esposo y lo besó sollozando y anegada en llanto. Besaron luego los mortales despojos de Alejandro III su hijo y sucesor y la que hoy comparte ya con él el trono de Rusia, los individuos de la familia imperial, los reyes y miembros de familias reinantes que habían asistido al entierro y los personajes de la corte.

A seguida el metropolitano rezó las preces de absolución, colocando en las manos del muerto una copia de las mismas, costumbre tradicional que se practica para proteger al difunto contra los malos espíritus al entrar en la otra vida; el tsar cubrió la faz de su padre con el manto imperial; sellóse el ataúd, y después que el emperador y el metropolitano hubieron depositado sobre él ceniza y tomillo, fué descendido á la tumba, que quedó cubierta de ramos de laurel y lirios. El ministro de la corte cerró el sarcófago con llaves de oro, y los cañones de la fortaleza que desde Pedro I sirve de sepultura á los tsares y el estandarte que se izó en lo más alto del edificio anunciaron al pueblo de San Petersburgo que se había pagado el último tributo al emperador Alejandro III.

Monumentos chinos. – Procesión funeraria en China. – De los dos monumentos chinos que reproducimos uno es una torre funeraria ó estupa que se encuentra en los alrededores de Pekín y que fué erigida á la memoria de un bonzo, y el otro uno de los leones colosales de bronce que se ven delante del palacio imperial de verano. Las estupas estaban primitivamente destinadas á conservar las reliquias de Buda, y su construcción consiste en una especie de torre formada por una serie de tejadillos sobrepuestos y revestida de placas doradas ó plateadas ó de azulejos ó de piedra esculpida: este orden arquitectónico, tan generalizado en China y en el cual todo se desenvuelve en suaves sinuosidades, obedece á la idea de que la línea recta es la de los malos espíritus.

De la residencia de verano, que contenía riquezas y tesoros artísticos de inapreciable valía y que fué saqueada é incendiada en 1860 por los soldados europeos, vencedores de los chinos en Palikao, sólo queda uno de los palacios, reedificado por la emperatriz madre, que, sin embargo, es suficiente para dar perfecta idea de lo que debió ser aquel conjunto de construcciones antes de su ruina: en el magnífico parque que le rodea vense aún los elegantes pabellones construídos á mediados del pasado siglo por los misioneros católicos, los más preciosos monumentos de la arquitectura china, obra de Kienlung, templos, pagodas, kioscos, puentes, arcos de triunfo, estatuas de mármol y sobre todo el suntuoso templo de bronce de 8 metros de altura por 19 de circunferencia. De los varios edificios que componen el palacio de verano, el más visitado por los extranjeros es el llamado *Uane cheu-chane*, ó palacio de las diez mil longevidades, junto á cuya puerta de entrada álzanse los dos leones fantásticos, uno de los cuales reproduce nuestro grabado.

Los chinos profesan en alto grado el culto á los muertos, y el entierro de un cadáver constituye siempre una ceremonia solemne, siendo el ataúd que encierra al difunto conducido procesionalmente al lugar en donde ha de recibir sepultura, que suele ser en cualquier sitio de los alrededores de las poblaciones, pues en China no hay cementerios propiamente dichos. A la ceremonia del entierro preceden banquetes y libaciones y durante la misma se disparan petardos. El grabado que publicamos reproduce una de estas procesiones funerarias.

Ernesto de Köller, nuevo Ministro del Interior de Prusia. – El nuevo Ministro del Interior de Prusia cuenta en la actualidad cincuenta y cuatro años y pertenece á una noble familia de Pomerania que ha prestado siempre al Estado sus leales servicios. Después de haber cursado la carrera de Derecho en las universidades de Heidelberg y Berlín, fué nombrado en 1864 asesor en Friedberg y en 1868 consejero de provincia en Kammin. En 1881 la circunscripción de Greiffenberg-Kammin lo envió al Reichstag, en donde muy pronto se distinguió por su habilidad parlamentaria; en 1887 nombrósele presidente de policía de Francfort del Mein y en 1889 subsecretario del Interior en el ministerio de Alsacia y Lorena, puesto en el cual por su talento y prudencia supo captarse la completa confianza del actual canciller, el príncipe Hohenlohe, que era entonces gobernador de aquellas provincias. Su llamamiento al ministerio del Interior, que dejó hace poco vacante el conde Botho de Eulenburg, es premio merecido de sus valiosos servicios y señala el comienzo de una política resueltamente encaminada á formar, así en el imperio como en Prusia, una fuerte mayoría gubernamental.

Una partida empeñada, cuadro de R. Armenise. – Cada una de las cinco figuras principales de este cuadro es un portento de naturalidad y de corrección artística: en los rostros y en las actitudes de los jugadores se adivina que se trata de una partida empeñada, en la cual, si no grandes cantidades de dinero, se cruza algo que á veces interesa más, el amor propio, y claramente se advierte que estamos en el punto culminante, que de la carta que ahora se juegue depende tal vez el éxito final, por el que con tanto empeño se lucha: en cuanto á la moza que se ríe del interés que en el juego ponen los parroquianos de la hostería, á poco que en ella se fije la atención se verá que no desmerece en nada de los demás personajes. El cuadro de Armenise es, en suma, de los que bastan para hacer la reputación de un pintor, y si el artista italiano no tuviese ya bien ganada la fama de que goza, con el lienzo que hoy reproducimos habríase puesto á una altura á la que sólo llegan los grandes talentos.

La salve antes de la lidia, cuadro de José Gallegos. – Sobrado conocido de nuestros lectores es el autor de este cuadro para que tengamos que repetir una vez más los elogios que en distintas ocasiones le hemos dedicado. Los que hayan permanecido en la capilla de una plaza de toros en los momentos en que, poco antes de comenzarse la corrida, rezan los toreros la salve tradicional ante la venerada imagen de la Virgen, apreciarán en lo mucho que vale la escena tan admirablemente trazada por Gallegos, y los que no la hayan presenciado, pero conozcan las costumbres y los tipos de los toreros, también comprenderán fácilmente las muchas bellezas que el cuadro contiene, bajo todos conceptos, y que desde el punto de vista de la técnica artística no podrán menos de admirar aun aquellos que nada sepan de lo que se relaciona con la llamada fiesta nacional española.

París. – El fallecimiento de Alejandro III, de Rusia. – Si penosa impresión ha producido en todos los países el fallecimiento del emperador de Rusia, puede asegurarse que en París es en donde más se ha reflejado el sentimiento por la inesperada pérdida de un soberano autócrata, que tanto se había distinguido por la elevación de sus sentimientos y por sus esfuerzos en mantener la paz. Francia tiene mucho que agradecer á Alejandro III, y con la vecina república todos los Estados de Europa, pues á su firme voluntad y alteza de miras se debe que la guerra no haya paseado su antorcha por los campos y ciudades de las naciones europeas.

Difícil es expresar el sentimiento que la triste noticia produjo en la capital de la República, en donde tantas simpatías contaba el emperador. El discreto dibujante Sr. Azpiazu refleja en sus apuntes, que debemos agradecerle, el hondo pesar de la población, que además de comentar el acontecimiento, agrupábase en la puerta de los establecimientos en donde se expusieron las coronas que los altos poderes del Estado, las corporaciones y los particulares dedicaron al emperador, como testimonio del pesar experimentado por todo un pueblo y muestra de simpatía á un soberano virtuoso y recto.

Merece especial mención la preciosa corona de plata cincelada del Presidente de la República Mr. Casimiro-Perier en cuyas cintas se leía una sentida dedicatoria.



Bellas Artes. – Dresde. – En el concurso celebrado para la ornamentación del nuevo puente del Elba, se han presentado 25 proyectos, de los cuales ha sido recomendado para la ejecución el de los escultores Hartmann, Mac Lean y O. Rahm, habiéndose premiado además otro trabajo de los mismos artistas y los bocetos de Richter, Roder, Engelke y Poppelmann.

Teatros. – En el teatro Real de la Comedia de Berlín se ha verificado recientemente la centésima representación de la inmortal obra de Calderón *La vida es sueño*.

– La reina de Rumanía, Carmen Sylva, está escribiendo un nuevo drama en verso, que se titula *La carga de la vida*.

– En el teatro Nuevo de Berlín se ha representado con gran éxito una traducción de la famosa obra de Beaumarchais, *Las bodas de Fígaro*, debida al reputado dramaturgo alemán Luis Fulda.

París. – Los únicos estrenos dignos de mención desde nuestra última Miscelánea han sido los siguientes: En la Renaissance *Gismonda*, drama en cuatro actos de Sardou, que ha sido calificado como una de las mejores obras del gran dramaturgo: el argumento, tomado de la historia del ducado de Atenas, está planteado de un modo magistral y desarrollado con la brillantez característica de su autor; contiene escenas de primer orden, entre las que sobresale la de la seducción, del tercer acto, que fué un triunfo para Sarah Bernhardt y para el actor Guitry. La *mise en scene* de *Gismonda* excede por su propiedad y magnificencia á toda ponderación. En el Palais Royal *Un coup de tete*, graciosa comedia en tres actos de Bisson y Sylvan. En el teatro de la Porte-Saint-Martin *Sabre au clair*, interesante drama en cinco actos y ocho cuadros de Julio Mary, que constituye un espectáculo militar admirablemente presentado. En el de la Republique *Jacques l'Honneur*, drama en cinco actos de Sacie y Grison, que interesa al público á pesar de la poca novedad del argumento. En la Comedia Francesa una comedia en un acto, de corte elegante y muy bien escrita, titulada *¿Qui?*, original de P. Bilhaud.

Londres. – En el teatro Lírico se ha estrenado con aplauso la opereta *Su Excelencia*, letra de W. S. Gilbert y música de Carr: el libreto es muy superior á la partitura, que sólo contiene algunos coros notables. En el Queen's Hall se ha verificado un concierto bajo la dirección de Siegfrido Wagner, hijo del inmortal compositor, á quien se tributó una ovación entusiasta.

Madrid. – Desde nuestra última Miscelánea se han estrenado con buen éxito: en Eslava *El moro Muza* y el *Tambor de granaderos*, zarzuelas en un acto, letra la primera de Federico Jaques y la segunda de Sánchez Pastor, y ambas con preciosa música del maestro Chapí, que ha obtenido con ellas, y especialmente con la última, sendos triunfos; en Larra *El vitriolo*, graciosa comedia en un acto, refundida por su autor el señor Serrano de la Pedrosa, y *La Boronda*, chistoso juguete también en un acto de Javier de Burgos; en Martín *El señor presidente*, pieza en un acto de los señores Las Heras y Oria; en Romea *Academia de hipnotismo*, juguete bufo lírico, original de Gabriel Merino, con bonita música del maestro Rubio; en Novedades el interesante melodrama en un prólogo y tres actos, arreglado del francés por los señores Lustonó y Palomero, titulado *El ciudadano Simón*; en la Zarzuela *La sortija*, zarzuela en dos actos del eminente pianista y compositor Sr. Albéniz, que el año pasado se estrenó con gran aplauso en el teatro Lírico de Londres y que ha adaptado á la escena española el popular y aplaudido escritor Eusebio Sierra; y en la Princesa *María Rosa*, drama en tres actos de Angel Guimerá, traducido por D. José de Echegaray, que se estrenó simultáneamente en catalán en Barcelona y en Madrid en castellano: el primer acto de esta obra produjo gran entusiasmo, que decayó en los últimos, aun cuando el tercero fué recibido también con grandes aplausos, merced principalmente á la admirable ejecución que obtuvo por parte de María Guerrero.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El gran mundo*, comedia en tres actos, arreglo de la francesa *Le prince d'Aurec*, de Enrique Lavedán; *La Esfinge*, traducción del drama en cuatro actos de Octavio Feuillet, de argumento muy interesante y admirablemente desarrollado; y dos graciosos juguetes en un acto, escritos sobre pensamientos franceses, *El día de la boda* y *Latín y griego*, de D. J. Adán Berned el primero y de D. Marcial Morano el segundo; en Romea *Una dona y un deu*, chistosa pieza en un acto de don José M.ª Pous; y en Novedades *La Pescatería*, sainete en un acto de los Sres. Mirabent y Mestres, cuadro de costumbres populares, abundante en situaciones cómicas y chistes, muy bien observado y muy movido, y el drama en tres actos de don Angel Guimerá *María Rosa*, obra de grandes vuelos y admirablemente escrita, que constituye un hermoso estudio psicológico de una mujer, y cuyo primer acto puede ser considerado como modelo de perfecta exposición.

– En la presente semana inaugurará su temporada el Gran Teatro del Liceo, durante la cual se darán 70 funciones, 35 de ellas de ópera italiana y 35 de baile. Se estrenarán las óperas *El Amigo Fritz*, *Manon*, *I pagliacci* y *Schiava é Regina* y los bailes *Sylvia* y *Puppenfee*. Entre los artistas contratados figuran la renombrada triple Sra. Darclée y la aplaudida bailarina Srta. Sozo.

Necrología. – Han fallecido:

La famosa cantante Rosina Penco, que cantó en Madrid y Barcelona en distintas temporadas; tenía 64 años y ha muerto en Terreta (Italia), donde vivía hacía algunos años retirada de la escena, en la que tantos triunfos consiguió.

Alfonso Czibulka, músico y compositor austriaco, autor de varias operetas y de gran número de piezas de baile y de concierto.



El marqués de Vallombreuse fué de los primeros en llegar. El conde lo presentó inmediatamente á Lorenza

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. – ILUSTRACIONES DE D. URRABIETA VIERGE

(CONCLUSIÓN)

XI

BALLO IN MASCHERA

Las invitaciones para el baile de máscaras del conde y la condesa de Roquesante pusieron en conmoción á la corte. En toda la semana no se habló de otra cosa.

– El oso se va domesticando, decían todos.

– ¿Iréis á su guarida?

– ¿Por qué no? Los Roquesante son de vieja cepa. Luego, hay que celebrar la conversión del pecador. ¿No se convierte al mundo? Pues justo es que el mundo acoja galantemente esa metamorfosis.

Desde aquel punto el éxito de la fiesta estuvo asegurado.

Llegada, por fin, aquella ansiada noche, el conde, vestido de negro de pies á cabeza, y Lorenza, deslumbradora de hermosura con su traje á la bresana y su admirable tocado, obra prodigiosa de Champagne, vieron desfilar delante de ellos á los representantes de las más ilustres familias de Francia. Todas asistían á la fiesta: los Rochefoucauld y los Montmorency, los d'Aligre y los Montbausier, los Crequi y los Lamergnon, la nobleza togada y la nobleza armada.

El marqués de Vallombreuse fué de los primeros en llegar. El conde lo presentó inmediatamente á Lorenza.

– ¡Mi antiguo y mejor amigo! Pero ¿cómo venís solo? ¿Está indispuesta la marquesa?

– No, contestó el marqués; se ha quedado cuidando á su hija, que desde ayer se siente mala por causa hasta ahora inexplicable.

– Supongo que no será nada, añadió el conde.

– También lo espero. De lo contrario, no tendría ahora el gusto de verme en esta casa.

– Bien hicisteis en venir á pesar de esto, porque tengo mis razones para creer que no lo sentiréis.

El marqués se retiró.

Lorenza no había pestañeado durante la anterior conversación, de la cual no perdió una sola palabra.

Todo se cumplía según sus deseos. La única heredera de los Vallombreuse malditos, herida por el activo veneno del italiano, con golpe más certero que el de un puñal, sucumbiría tal vez aquella misma noche. La tarea de Lorenza habría terminado; mas para entregarse en cuerpo y alma á Enrique de Maufert, á quien amaba ya con todas sus fuerzas, le era preciso remover un obstáculo: el conde debía desaparecer y desaparecería.

La imaginación de la condesa se complacía en aquel sueño de libertad y amor, conquistados á fuerza de crímenes. ¿Qué le importaba la violencia y el asesinato, si al cabo del camino había de hallar la dicha tal como la soñaba?

En esto llegaban nuevos concurrentes á la fiesta. Julia de Augennes, la hermosa Julia, por quien los poetas compusieron la *Guirnalda*, llevaba un vestido blanco con encajes de Persia, rameado y salpicado de oro y ceñido al cuerpo por un cinturón azul claro, atado en el centro por un gran lazo que se desplegaba en abanico por debajo del seno. Adornaban su hermosa cabellera flores y perlas; dos grandes esmeraldas brillaban en sus hombros y en el brazo un cincelado brazalete de oro. Los guantes eran de blonda de Brujas. Extasiados contemplaban los concurrentes tan magnífico tocado.

A Roquelaure, que competía en fealdad con Roquesante, se le ocurrió disfrazarse de Apolo, y llamó mucho la atención general.

Lorenza empezaba ya á impacientarse y á mirar á menudo á la puerta. De genio apasionado y absoluto, no había nacido para saborear los placeres á medias; se asombraba de que Maufert no acudiera más diligente á gozarse en el triunfo de su amada. Porque aquella fiesta no significaba otra cosa: era la proclamación de la victoria alcanzada por Lorenza. Desde aquel instante se abría para ella la corte, de la cual por tanto tiempo la tuvo alejada su marido, y ella confiaba en su talento y en su hermosura para mantenerse en el puesto que ambicionaba. Alguna cualidad tenía que reconocer en su marido, en el oso, cuando



Seis máscaras entraron con holgadas hopalandas rojas y con rojas cogullas

de tal suerte se humanizaba, y quizás convenía que aquella situación que empezaba á dibujarse hubiese adquirido toda su firmeza y solidez, antes de quitar á Roquesante de en medio. No mudaba de intento; lo aplazaba.

Todavía iban llegando algunos rezagados. Entre éstos figuraba un banquero, con traje recargado de oro, seguido de su mujer reventando de gorda, con mucho oro también en su vestido, en broches, bordados, galones y rizos. Bien pronto corrió por el salón una frase picante á propósito de aquella pareja, flamante y relumbrante como un par de monedas recién acuñadas.

– ¿Qué disfraz es este?

– El de becerro de oro.

– ¿Y el de su mujer?

– Pues... el de mujer... del becerro de oro.



Aguardabais á vuestro amante, ¿no es verdad?.. Pues aquí le tenéis

Villiquier, autor del chiste, lo celebraba llorando de risa.

Y con esto el duque de Maufert no llegaba. «¿Qué estará haciendo?, se preguntaba Lorenza. ¡Él me juró que vendría!.. ¿Quiere alejarse de mí? ¿Le habré parecido odiosa desde que sabe hasta dónde llega mi sed de venganza? Muy triste estaba cuando fuí á verle. Pero mis besos le reanimaron y me reconquistaron su cariño... Por otra parte, lo que sé de Aurora me prueba que ha ejecutado su primera promesa. Seguro que cumplirá la segunda. Sí; va á llegar.»

A despecho suyo, se apoderaba de ella cierta agitación.

– Me parece que estáis impaciente, le dijo el conde.

– ¡Ah!, no, no; contestó Lorenza, recobrando su impasible aspecto.

– El cargo de los dueños de la casa es un poco pesado, repuso él, pero dentro de algunos instantes podremos dejar nuestro puesto.

La fiesta estaba muy animada; los invitados bailaban, conversaban y reían; parecían muy satisfechos.

– ¿Estáis contenta de vuestro humilde criado?, preguntó el conde.

– ¿Cómo no estarlo?

Pasaron algunos minutos más. De repente, en medio del animado bullicio del baile, sonaron fuertes golpes de tambor y entró en la sala una extraña comitiva.

Los que bailaban se pararon, previendo alguna sorpresa y atentos al nuevo espectáculo que se les ofrecía.

Seis máscaras entraron con holgadas hopalandas rojas y con rojas cogullas, cuya punta les caía sobre la espalda. Era imposible reconocerlas. Sus propias miradas, á través de los agujeros de la cogulla, ocultas en su fondo obscuro y sombrío, perdían su carácter personal.

De los seis encubiertos, los dos que iban á la cabeza llevaban hachas encendidas, y los otros cuatro sostenían unas andas donde iba tendido un hombre con antifaz y cubierto de un dominó rojo.

El extravagante cortejo dió la vuelta por la gran galería y vino luego á deponer su carga ante los señores de la casa.

Todos los presentes sentían vivísima curiosidad, cuando Vivonne, la loquilla, se adelantó hacia el hombre tendido, y le dijo riendo:

– Máscara, ¿quieres bailar?

El máscara no se movió.

– Entonces, dijo el conde dirigiéndose á su mujer, á nosotros nos corresponde honrar á quien se digna visitarnos. Acercaos, señora.

La cogió de la mano y la obligó á adelantar dos pasos. De pronto, arrancó el antifaz del hombre tendido en las andas, y dijo con voz atronadora:

– Aguardabais á vuestro amante, ¿no es verdad?.. Pues aquí le tenéis.

Lorenza cayó de rodillas y maquinalmente fué á coger la mano de Enrique; mas, cuando la sintió fría con la frialdad de la muerte, cuando comprendió que aquél era el cadáver del único hombre que amó en su vida, lanzó un grito desgarrador y cayó sin sentido.

Desde aquella memorable noche, nadie volvió á ver á la condesa. Los más benévolos aseguraban que había muerto víctima de tan violenta emoción; otros insinuaron que algo sabrían de su suerte los subterráneos calabozos del castillo de Roquesante. Si el castillo ocultó algún misterio, nadie lo supo, con lo cual siguieron siendo posibles las más negras conjeturas.

Pero el drama fué bien pronto olvidado, y unas semanas después nadie se acordaba de él entre la brillante concurrencia que aplaudía á los comediantes del palacio de Bourgogne, particularmente á uno nuevo, dotado de superiores cualidades y de una vis cómica y gracejo irresistibles. Estaba el hombre admirable en su cómico papel de marqués ridículo, y aunque era la primera vez que la nobleza salía ridiculizada á la escena, los mismos marqueses celebraban la verdad y la delicadeza de aquella interpretación. Este comediante, aplaudido y aclamado, era, como ya supondrá el lector, Raimundo Poissón, y el soberbio traje de cortesano que lucía en las tablas, atestiguaba que el duque de Crequi había contestado como debía á la carta en verso, escrita en la taberna de las Tres Virtudes.

Terminado el espectáculo, los marqueses de Vallombreuse, acompañados de su hija y de Gastón, que no se separaba de ellos, fueron á visitar á Poissón.

– Al propio tiempo, caro amigo, hemos de daros una gran noticia.

– ¿A que adivino de qué se trata?

– ¡Qué malo es! ¡No quiere que tengamos el gusto de decírselo!, replicó Aurora. Pues bien, lo diremos, quieras que no. Mis padres han concedido mi mano á Gastón de Fleurbaix.

– ¿Y quizás también vos consentís?

– ¡Oh! Yo se la había dado en la posada de Gif, y me prometí no retirarla, viéndole tan contento con ella.

– Muy bien dicho, señorita; merecéis por cierto el vivo amor de Gastón... Pero, á propósito de nuestro viaje á Gif. ¡Ya recordaréis que aquella noche me llevé al castillo de Roquesante á un bandido disfrazado de mujer, y que tuve la audacia, ¡oh profanación!, de hacerlo pasar por la lindísima Aurora!



Caldegás en la horca

– Sí.

– Pues bien; ayer encontré á mi bandido.

– ¿Dónde?

– Colgando de una horca. Estaba allí como en su casa.

TRADUCCIÓN DE J. YXART



LA MUERTE DEL TSAR DE RUSIA EN PARIS

Vendedores de retratos del difunto tsar. – La capilla rusa de París. – Corona enviada á Rusia por el Presidente de la República francesa. – Aspecto de una calle. El público contemplando las coronas expuestas en el Boulevard (dibujos del natural de Salvador Azpiazu)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UTILIZACIÓN DE LAS FUERZAS MOTRICES NATURALES

POZOS ARTESIANOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

La *Street Railway Rewiew* de Chicago publica la noticia de haberse montado en el South-Dacota (Estados Unidos) interesantes instalaciones con el objeto de utilizar la potencia motriz proporcionada por algunos pozos artesianos. Hanse creado multitud de fuentes artificiales para accionar molinos y dinamos destinadas al alumbrado eléctrico, y muy pronto se crearán otras aún más importantes para el servicio de tranvías eléctricos.



Fig. 1. – Pozo artesiano de Redfield, Estados Unidos (de una fotografía)

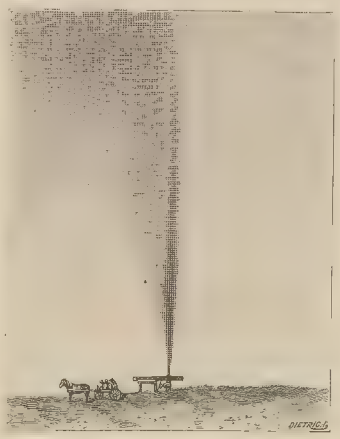


Fig. 2. – Otro pozo artesiano de Redfield (de una fotografía)

El valle del James River, en donde se han llevado á cabo esas instalaciones, ocupa una superficie de unos 320 kilómetros de largo por 60 de ancho, está situado en las inmediaciones del Missurí y en ella la capa de agua encuéntrase á una profundidad que varía entre 250 y 300 metros. Según los geólogos encargados por el gobierno americano de estudiar la comarca, esta capa de terreno es la misma que atraviesa la parte superior del lecho del Missurí y del Yellowstone River, en la base de los Montes Roquizos; el agua se infiltra en esta capa porosa y la sigue durante algunos centenares de kilómetros; siempre se ha supuesto que la corriente del Missurí era más abundante arriba de las grandes cascadas que un poco más abajo; en una longitud de 40 á 50 kilómetros abajo de esas cascadas, el lecho de aquel gran río está formado por la misma arena que se encuentra en la profundidad del agua saltante en el valle del James River. De suerte que según esta teoría la mayor parte del agua subterránea es la misma agua del Missurí y puede ser considerada como inagotable, y realmente, á pesar de los muchos pozos que se han abierto en las mismas inmediaciones durante estos últimos años, no ha variado el caudal de ninguno de ellos. La ciudad de Redfield posee uno hace siete años y durante este tiempo la presión del agua ha sido constantemente de 13 kilogramos por centímetro cuadrado, salvo en la época de las crecidas fluviales en que aumenta algo, lo cual confirma la teoría que acabamos de exponer. Los gastos de entretenimiento son casi nulos.

A unos dos kilómetros y medio de distancia de aquél, hállase otro pozo artesiano que por medio de una rueda hidráulica hace girar una dinamo para el alumbrado de la ciudad, sirviendo luego el agua para el riego de las llanuras. Este es el que tomaremos como tipo. Tiene 500 metros de profundidad y su diámetro es constantemente de 15 centímetros: cuando está cerrado, la presión del agua llega á 12 kilogramos por centímetro cuadrado; cuando el agua puede fluir libremente por un corto tubo de 15 centímetros adaptado al orificio, el caudal es de unos 9.000 litros por minuto y el chorro se eleva á una altura de cinco metros en el aire (fig. 1). Con un tubo de cinco centímetros de diámetro la presión es de unos nueve kilogramos y medio, quedando reducida á siete y medio cuando el agua sale por un orificio de siete centímetros. Una rueda de Pelton, de 1'20 metros de diámetro, podría pues desarrollar una fuerza de 80 caballos con el chorro de cinco centímetros y de 100 con el de siete. La rueda empleada en la actualidad es de modelo ordinario antiguo, con paletas y de corriente inferior y produce 50 caballos de fuerza, aunque fácilmente podría desarrollar 65. Este pozo, cuyo caudal es siempre el mismo, costó 15.000 francos. Otro pozo de Redfield proyecta en el aire un chorro de agua aún más alto (fig. 2).

En Chamberlain, un molino y una estación central de alumbrado eléctrico, anteriormente dotados de un motor de vapor, emplean también la potencia artesiana. Estas dos instalaciones fueron inauguradas en septiembre de 1893. En Huron la municipalidad está en vías de perforar un pozo para el servicio del alumbrado eléctrico.

La primera estación de este género que utilizó la nueva fuerza motriz natural fué instalada en Mellette, población de 400 habitantes, siendo muy pocas las estaciones centrales que realizan beneficios en tan pequeño centro: sin embargo, la de Mellette prospera y alimenta 10 lámparas de arco de cuatro amperes y 150 lámparas de incandescencia de 16 bujías. El pozo, que sólo tiene 11 centímetros de diámetro, mueve además un molino harinero y puede también moler 1.800 litros de avena por hora, lo cual exige una fuerza de 40 caballos. El orificio de sonda tiene 278 metros de profundidad, y cuando está cerrado la presión del agua es de 13 kilogramos por centímetro cuadrado: el caudal es de 7.200 litros por minuto.

Como el agua se utiliza luego para riegos, que producen beneficios suficientes para justificar la apertura de pozos, y como los gastos no son muy elevados, es probable que esta fuente de fuerza motriz sea la más barata de cuantas se conocen; por esta razón se trata de utilizarla para establecer líneas de tranvías eléctricos que pongan en comunicación las granjas y las aldeas entre sí y con las poblaciones en donde hay estación de ferrocarril. Se supone, como hemos dicho, que el caudal es inagotable y se proyecta abrir gran número de pozos; pero no sería malo que se obrase con cierta prudencia á fin de no exponerse á que la presión disminuya.

G. Pellissier

***

PAPEL FOTOGRÁFICO

CARBÓN-TERCIOPELO DE M. V. ARTIGUE

Desarrollo por medio del serrín de madera

No todos los procedimientos usados para el tirado de los clisés fotográficos ofrecen bastante garantía de conservación. Muchas pruebas antiguas sobre papel de sal de plata se alteran y algunas desaparecen en poco tiempo, y aunque esto depende á menudo de falta de cuidado en el lavado y fijación, es imposible asegurar en absoluto una inalterabilidad completa, tratándose de pruebas tiradas sobre aquel papel y fijadas con hiposulfito de sosa, por mucho esmero que se ponga en las manipulaciones.

Esta cuestión es objeto de constantes estudios, pero la conclusión general es que si bien con el cuidado puede garantizarse larga vida á la prueba, no cabe asegurar su conservación indefinida.

Puede recurrirse á otros procedimientos más seguros, como el tirado con tintas grasas y con carbón: en este último, más al alcance de los aficionados, se utiliza para la producción de la imagen un polvo inerte y las reacciones químicas no intervienen para fijarla en el papel. Sin embargo, este procedimiento no está tan extendido entre los aficionados como debiera estarlo, porque exige operaciones delicadas y no siempre se obtiene un resultado satisfactorio.

M. V. Artigue, de Burdeos, ha pensado que si se simplificaba el método suprimiendo los transportes que el procedimiento del carbón requiere, es decir, si se podía obtener una prueba directamente como con los papeles de sales de plata, se realizaría un gran progreso, y continuando los ensayos hechos por su padre hace diez años, ha llegado á fabricar un papel denominado *carbón terciopelo* que da resultados excelentes.

El principio es el mismo que en el procedimiento del carbón: el polvo colorado se incorpora á una substancia coloide que, como la gelatina, tiene la propiedad de hacerse insoluble proporcionalmente á la insolación que recibe: no se sabe si la substancia empleada es la goma ó la albúmina ó un compuesto de ambas; éste constituye el secreto del inventor. Mas sea de ello lo que fuere, los resultados son magníficos y el procedimiento no exige ningún transporte, con la particularidad, además, de que el desarrollo se hace con serrín de madera.

El papel se vende en rollos ó cortado en pedazos, pero no sensibilizado: cuando se quiere utilizarlo se le impregna con una solución de bicromato al 5 por 100, bien sumergiéndolo entero en un barreño, bien pasando por el lado opuesto á la emulsión un pincel ó una almohadilla. El inventor entiende que este último procedimiento es preferible por la belleza del resultado final. Sea cual fuere el modo de sensibilización que se emplee, se deja secar el papel en la obscuridad y se procede al tirado por medio del chassis-prensa. Como en el procedimiento del carbón no se ve venir la imagen, M. Artigue recomienda que se emplee como fotómetro una tira de papel blanco cualquiera, algo fuerte, que se sensibiliza en el baño de bicromato y que se seca al mismo tiempo que el resto. Esta tira, de un color amarillo claro, se coloca entre dos cartones, haciendo que quede fuera un pedazo como de medio centímetro que se expone á la luz al mismo tiempo que el clisé y que toma un tinte cada vez más obscuro hasta un máximo que ya no varía. Entonces se saca un poco más el papel y se expone á la luz otro pedazo de medio centímetro, que pronto toma el tinte de la primera, y así sucesivamente: cada una de estas secciones representa un grado del fotómetro. En el primer ensayo se suspende el tirado del clisé al cabo de dos ó tres grados, y al desarrollarlo se verá si hay exceso ó falta de exposición, modificándose, en su consecuencia, el tirado siguiente y anotándose en ese clisé tipo el número de grados necesario para lograr un buen resultado.



Desarrollo fotográfico por medio de serrín de madera. Modo de operar

Una vez hecha esta prueba se tendrán datos ciertos para lo sucesivo.

El desarrollo se hace en el momento de salir la prueba del chassis-prensa ó algunas horas después, pero no algunos días más tarde, pues el papel, una vez sensibilizado, no se conserva. En un lebrillo se prepara una pasta con dos ó tres litros de serrín de madera y agua tibia que se menea con un termómetro, añadiendo agua caliente hasta que la masa tenga una temperatura de 27 grados centígrados precisos, temperatura que la pasta conserva largo tiempo y que puede mantenerse añadiendo pequeñas cantidades de agua muy caliente. Hecho esto, se sumerge la prueba en agua fría para ablandarla, y luego se fija con pinzas en una hoja de cristal puesta sobre un caballete sostenido por el lebrillo ó en una regleta de madera que se aguanta con la mano: se toma la pasta en una cafetera de largo tubo y se echa en la parte superior de la prueba de un extremo á otro de modo que se esparza por toda ella y caiga en el lebrillo, y poco á poco se ve aparecer la imagen (véase el grabado). Si hay exceso de exposición y la imagen aparece demasiado de prisa, se emplea una pasta más fría, á 20 grados, que se tiene á prevención en otro lebrillo; si por el contrario hay defecto de exposición, se eleva la temperatura á 29 grados. Como se ve, el procedimiento de desarrollo deja cierta latitud en la apreciación del tiempo de exposición.

En esta operación, en la que no interviene ninguna acción química, no hay sino una acción mecánica, lenta y uniforme, que separa poco á poco, proporcionalmente á la insolación, la materia colorante contenida en la substancia coloide. El inventor ha tratado de hacer este trabajo de muchos modos, con cepillo, con pincel, con arena, etc., pero en los diez años de ensayos ningún procedimiento le ha dado resultados tan buenos como el que acabamos de describir.

La prueba, una vez á punto, se lava con agua fría para quitar toda huella de bicromato.

G. MARESCHAL

(De *La Nature*)

ANTONIO RUBINSTEIN

Antonio Grigorievitch Rubinstein falleció repentinamente en Peterhof el día 20 de noviembre último, víctima de una enfermedad del corazón y á consecuencia, según se dice, de la impresión que le produjo la noticia de la muerte de su protector y amigo el tsar Alejandro III. Con él ha desaparecido un compositor eminente y uno de los más grandes pianistas del mundo.

Nacido en 28 de noviembre de 1829 en Wechwotynetz, cerca de Jassy, comenzó en Moscou sus estudios de piano bajo la dirección de su madre, que era una excelente pianista, y del profesor Villoing, el maestro entonces más famoso de aquella capital, hasta que habiéndose trasladado á París encargóse de su educación musical el célebre Listz, y á la edad en que tantos otros no pasan de la categoría de alumnos más ó menos aprovechados, pudo emprender una excursión por las principales ciudades de Europa, dejando en todas partes el recuerdo de pianista de ejecución sorprendente y de una personalidad digna de admiración.

En 1842 tocó por vez primera delante de la reina Victoria de Inglaterra, «la joven y hermosa soberana,» como la llamaba él en su autobiografía, habiendo merecido los más entusiastas elogios de la crítica y que dijera de él el famoso Moscheles, el músico en aquel entonces predilecto de la aristocracia inglesa, que los «dedos del niño ruso eran ligeros como plumas y sin embargo fuertes como los de un hombre.»

Muy pronto, empero, no le bastó la fama de pianista y se dedicó á estudiar composición, trasladando á este efecto su residencia á Berlín, en donde tomó lecciones de Dehn y se dió á conocer como concertista de piano delante de los personajes de la corte. Después de una corta permanencia en Rusia, adonde le llamó la muerte de su padre, acaecida en 1846, y sin más recursos que los que su talento musical le proporcionaba, se dirigió á Viena y á Pressburgo, hasta que vuelto en 1848 á su patria fué nombrado por la princesa Elena músico de cámara, empleo que le permitió consagrarse por entero á completar sus estudios de composición.

En 1855 hizo oir en París sus primeras obras, y los conciertos que dió en la sala Ventadour tuvieron un éxito inmenso. Desde entonces ha recorrido distintas veces en peregrinación artística las primeras capitales europeas, logrando en todas partes continuadas ovaciones.

Rubinstein ha escrito varias óperas rusas y alemanas *(Dimitri Donskoi, El cazador de Siberia, Toms el loco, El demonio, Feramors* y *Los hijos del brezal)*; oratorios *(La torre de Babel, El Paraíso perdido, Judas Macabeo* y *Nerón)*, é infinidad de sinfonías, oberturas, conciertos, música de cámara, piezas para piano, etc.

Las composiciones de Rubinstein están en su mayor parte inspiradas en las producciones de los maestros alemanes más que en las de los músicos rusos de la escuela moderna. La majestuosa sinfonía *El Océano*, una de sus obras más grandiosas, se desenvuelve en cuatro grandes partes, en cada una de las cuales se admiran la inspiración, la unidad y la instrumentación magistral.

Desde 1859 dirigía la Sociedad Musical, y el Conservatorio de San Petersburgo desde 1862.

Rubinstein era muy aficionado á los estudios filosóficos y literarios, y sentía gran predilección por las novelas de Zola; era también gran fumador y muy supersticioso, hasta el punto de que no quería emprender ningún viaje en viernes ó en lunes, ni aceptaba, sino en muy contadas ocasiones, un programa compuesto de trece números.

Mostraba tal firmeza en sus resoluciones, que habiendo decidido abandonar la profesión de concertista, se negó hace tres ó cuatro años á aceptar un cheque en blanco que le ofrecían para una *tournée* por Inglaterra y una oferta de 20.000 libras esterlinas para dar durante tres meses una serie de conciertos en los Estados Unidos.

Era de carácter taciturno y poco hablador, y cuéntase que una vez estuvo escuchando durante tres cuartos de hora á un noble escocés sin contestarle más que con monosílabos y con esta sola frase: «Siga usted, siga usted, que su conversación me gusta.» Decía que un pianista debe ejercitarse todos los días, y confirmaba su precepto añadiendo: «El primer día que deje de tocar lo noto mi madre; al segundo lo noto yo, y al tercero ya lo notaron los críticos.»

El emperador Alejandro II de Rusia le concedió en 1869 un título nobiliario y el gobierno francés le otorgó la cruz de la Legión de Honor.



El eminente pianista y compositor ruso Antonio Rubinstein, fallecido en 20 de noviembre de 1894

Imp. de Montaner y Simón



Año XIII — Barcelona 10 de diciembre de 1894 — Núm. 676

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN ORACIÓN, cuadro de Gabriel Max

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

No están los tiempos para escarceos por las regiones de lo que deja de ser vulgar, trillado y rutinario. Aquel que, mal aconsejado, pretenda romper tradiciones, costumbres y usos, aun cuando tales usos, costumbres y tradiciones sean rémoras para todo adelanto ó cortapisa de ideas nuevas – si es que existen ideas nuevas enteramente, cosa de que me permito dudar, – puede tener como segura una cruzada en contra suya, así se escude tras de la cartera ministerial.

¡Oh! Es un país delicioso este de España. Suelo feraz; temperatura blanda, en gran parte de su territorio; cielo casi siempre azul; el sol brillando esplendoroso la mayor parte del año; valles risueños; montañas llenas de verdura; lagos tranquilos, que no otra cosa son los ríos de Galicia y Asturias; mares de color de esmeralda; variedad inmensa de frutos, de flores, de toda clase de productos naturales... ¡Oh, sí, delicioso es todo esto! Y con tanta delicia, no tenemos agricultura, ni ganadería, ni industria, ni comercio formal, ni ciencia, ni arte, ni nada. Naturalmente que esa carencia de todo no debiera existir, á juzgar por lo que uno y otro día gritamos y chillamos y protestamos, proponiendo remedios sin cuento, si los gobiernos atendiesen nuestras declamaciones y nuestras quejas.

Verdad indiscutible es la de que los gobiernos, si alguna vez se preocupan del fomento de los intereses morales y materiales del país, es cuando en fuerza de recurrir á toda clase de impuestos y gabelas para acorrer á las necesidades de nuestra destartalada é inmoral administración, tocan prácticamente la falta material de producciones á las cuales poder estrujar para el objeto de seguir alimentando ese monstruo de miles de cabezas que abreva y rumia á cuenta del Estado y que figura en el presupuesto. Pero no es menos cierto tampoco que si á cuantos gritamos, chillamos y proponemos remedios, al propio tiempo que decimos pestes de la empleomanía, nos quitasen la esperanza de gozar las dulzuras del presupuesto, enfermaríamos del susto. Amén de que una de las condiciones especialísimas de nuestra raza y de nuestro temperamento español es la de necesitar para vivir, en tanto grado como el pan ó el aire, de la discusión, de la controversia. Todos aquí somos hacendistas, comerciantes, hombres de ciencia; todos aquí somos arbitristas famosos; todos aquí deploramos el atraso en que vivimos; todos aquí nos entretenemos en poner de oro y azul á los gobernantes y á los altos poderes, que no se cuidan del adelanto del país, que lo escatiman todo, cuando se trata de los intereses comunes; pero los que así gritan, chillan y se quejan, hacen lo mismo exactamente que aquellos á quienes censuran; y además de hacer lo mismo, cuando alguna disposición de carácter general, beneficiosa á la larga ó á la corta, aparece en la *Gaceta*, y esa disposición, al romper moldes viejos, lastima intereses particulares, entonces se revuelven como energúmenos, y olvidando todas sus declamaciones en favor de las ideas novísimas y de las corrientes modernas, etc., arman una zalagarda que suele terminar casi siempre con la modificación ó mutilación más espantosa de la nueva ley ó del nuevo decreto.

Ahí están las reformas en la segunda enseñanza dictadas por Groizard, que no me dejarán mentir. Ahí están las dificultades que á la sordina, pero no por eso menos difíciles de sortear, el claustro de profesores (con su director á la cabeza) de la Escuela central de Artes y Oficios viene oponiendo á la implantación de las enseñanzas de la nueva sección, recientemente creada. Ahí están las protestas de varios artistas y de algunos profesores de la Escuela superior de Pintura, contra lo que, á propósito del descabellado reglamento que habrá de regir en la Academia de España en Roma, compuesto por la Academia de San Fernando y aprobado por el ministro de Estado, han dicho en *El Liberal*, en *La Epoca* y en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA Emilio Sala, Raimundo Madrazo y el que escribe este artículo. Pero esto bien merece párrafo aparte.

***

Decía yo en estas mismas columnas y en el número correspondiente al 22 de octubre último, con anterioridad á los notables artistas Emilio Sala y Raimundo Madrazo: «Según dicho reglamento, todo debe seguir como estaba, excepto lo de que los pensionados habrán de efectuar viajes al extranjero, dentro de los dos años subsiguientes al primero de pensión. Para esto se le asignan *tres mil liras* (léase pesetas) anuales» Sobre este particular, así Sala como Madrazo hacen gran hincapié en sus censuras. Prueban, y de un modo irrebatible, contando por los dedos, cómo es de todo punto imposible que lo de los viajes pueda llevarse á cumplimiento. Comienza Sala por hacer una distribución de las 250 pesetas mensuales que se le asignan á cada pensionado. De esta distribución resulta que ni para subvenir á las más perentorias necesidades tiene el artista á quien el gobierno español concede el premio de la pensión en Roma. Todo debe pagárselo el pensionado: modelos, manutención, colores, calefacción, servicio, etc., etc.; prohibiéndosele terminantemente que trabaje para nadie; recurso que podía aliviar en algo la falta de los que le proporciona el Estado. Los dos pintores citados hacen atinadas reflexiones respecto de la reglamentación monacal á que se sujeta al pensionado, oponiéndole de esta manera dificultades grandes para que pueda estudiar como es debido el arte que guarda la ciudad del Tíber. Pero en lo que más se detienen para hacer ver el espíritu rutinario que ha inspirado el reglamento de que me ocupo, es en lo que atañe al capítulo de viajes, que consideran una burla ó una tontería; si no lo dicen así, esto se trasluce en sus escritos.

Por mi parte bastante he dicho en otras ocasiones respecto de todo esto; pero lo dicho no será óbice para que, estando de acuerdo con lo expuesto por Sala y Madrazo, diga ahora algo que me bulle en el magín hace bastante tiempo y que considero momento oportuno este para decirlo en letras de molde.

Ya he dicho en el citado número de este periódico las razones que tenía para considerar obra de rutinarismos inconcebibles el citado reglamento; en este punto estamos de acuerdo los articulistas de *El Liberal*, de *La Epoca* y yo. Pero á mí se me figura que sobra el reglamento dicho, porque considero inútil nuestra Academia de Bellas Artes en Roma.

Bien se me alcanzan todas las objeciones que harán á esta manera de pensar mío cuantos ven y entienden la vida del arte, como entidad cuyas bases deben sujetarse á enseñanzas estéticas inmutables, y que consideran caso de muerte la anarquía artística. Así por lo menos parece que, con los académicos de la de San Fernando, piensan los que protestan de los artículos de Sala y Madrazo. Pero dentro de la historia del arte y sin echar en olvido las leyes mismas de la estética, académicos y protestantes, si paran mientes á estudiar ambas ciencias, encontrarán las razones que yo voy á dar para pedir que se suprima la Academia de España en Roma.

¿Qué misión es la de este establecimiento artístico nuestro en la ciudad de los Papas? ¿Enseñar á pintar, á esculpir ó á componer música á los pensionados? No; esas enseñanzas se dan aquí, en el Conservatorio de Música y en la Escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado. ¿Será por ventura que allá, en Roma, el arte sigue desarrollándose á compás de las evoluciones que en todo orden de la vida social vienen acaeciendo desde el Renacimiento hasta el día, y que merced á esa evolución constante alcanza el arte en la capital del orbe católico las manifestaciones más altas y más sintéticas de los ideales artísticos de estos últimos días del siglo? No; en Italia, como en España, como en Francia misma, las Bellas Artes vagan inciertas, sin rumbo determinado en cuanto á la idea; que por lo que atañe á la plástica, en España estamos mejor de paleta; y de dibujo, por ahí andan españoles é italianos. ¿Qué es lo que el artista va á buscar á Italia y especialmente á Roma? A trueque de que no me entiendan algunos académicos y bastantes de los que protestan airados contra los que censuramos el nuevo reglamento, diré á lo que debe de ir el artista á Roma. A Roma debe ir el artista, cuando ya termina el aprendizaje de la parte técnica, en busca de lo que, por ejemplo, el historiador ó el filósofo, terminado también su aprendizaje universitario, inquieren en las fuentes de la Filosofía ó de la Historia: educación espiritual, conocimiento completo, en cuanto éste es posible, de los elementos primordiales de las ideas y de los sucesos; las relaciones inmediatas entre la especulación filosófica y el modo de ser histórico-social de los tiempos; y por último, inquirir también aquellas verdades cuyo carácter es eterno. Pues el artista va á Roma, ó debe ir á Roma, á cosa tan parecida á la dicha, que no puede ser más. A Roma debe ir el artista en busca de manifestaciones del sentimiento que por su elevación, por su concepto, por su forma, han sido y siguen siendo consideradas como insuperables, puesto que sintetizan toda una época en que la cultura humana alcanzara grado extraordinario de desarrollo. Y al estudiar y al aquilatar el valor de aquellas obras geniales, colocándose para tal estudio en el mismo punto de vista desde el cual fueron producidas, el pensionado establece un paralelo entre la fórmula estética de entonces y el gusto y las tendencias estéticas del día; paralelo que al propio tiempo le hace ver el abismo que separa un arte del otro, y le da la medida de la enorme importancia moral de esta entidad en la cultura y en la historia de los pueblos, haciéndole sentir así cómo lo sublime adquiere los caracteres de la realidad.

Pero yo pregunto ahora: ¿es preciso para este estudio que el pensionado copie y pinte á la vista de tales prodigios? No, y siempre no. La historia del arte nos enseña cómo se transforman las manifestaciones todas de su ser; cómo esas manifestaciones obedecen por ley ineludible á determinantes de toda especie; cómo la arquitectura y la escultura se manifiestan, juntamente con la poesía, bajo distinto aspecto, en Grecia y en Roma; cómo sufren asimismo, especialmente la arquitectura, estupenda metamorfosis en la Edad media; cómo respondiendo á exigencias del espíritu humano, la pintura adquiere desde mediados del siglo XIV preponderancia inmensa, y la dramática y la lírica, aun teniendo por progenitora la literatura clásica, encuentra formas nuevas, enteramente distintas de las de aquélla, para exhibirse en pleno Renacimiento. Aún hay más. Nuestros grandes artistas – y ya lo he dicho varias veces, – aun los que recibieran directamente enseñanzas de los grandes genios del Renacimiento italiano, modifican, algunos por completo, las fórmulas estéticas aprendidas; y no solamente las modifican, sino que crean un arte distinto, con ideales distintos, con tendencias de concepto distintas también.

No parece sino que esto que vengo diciendo es cosa nueva. No parece sino que hemos olvidado que la misma Filosofía, una de cuyas partes más importantes es la ciencia de la belleza, no ha sufrido cambio completo en su misma esencia. Heredan de Aristóteles, de Platón, de Sócrates los romanos las doctrinas. Vedlas interpretadas primero, después transformadas por nuestro Séneca, por Cicerón, Lucrecio y por cien filósofos más. Ved cómo más tarde los Jerónimo, los Agustín y tantos otros dejan perderse entre comentarios y las nuevas doctrinas teológicas los *Diálogos* de Platón, que no vuelven á inspirar el pensamiento del teólogo filósofo hasta bien entrado el siglo XIII. Ved á los escolásticos, seudos de la peripatética, anteponer ya por completo Aristóteles al maestro, y ved asimismo cómo surgen los Vives y Suárez, defendiendo un nuevo método especulativo, en el siglo XVI. Suponed ahora cuáles y cuántos habrán sido los distintos puntos de vista para la especulación de la belleza aun en aquellos tiempos en que, si bien la Metafísica lucía esplenderosa, los descubrimientos de las ciencias experimentales ó positivas, la fuerza de la ciencia, en fin, no habían cambiado la faz de las cosas todas como al presente.

***

Verdaderamente, es insostenible hoy el sistema académico del siglo pasado, empeñado en buscar la fórmula del arte moderno en las reglas que sirvieron para que los Maellas, Mengs y David produjesen. Si Roma guarda el concepto de lo sublime, tal y como lo sublime fué entendido y sentido por otras sociedades y sus hombres, los pueblos del Norte tienen hoy la síntesis estética del arte moderno. En busca, pues, de esa síntesis; en busca de puntos de vista conformes con las costumbres y con la vida actual, con las aspiraciones de nuestra sociedad, con las intuiciones de nuestra cultura, deben ir los pensionados; no tampoco para que copien y aprendan, por tanto, á interpretar la verdad ó á sentirla con arreglo á temperamentos, razas y ambientes distintos de los nuestros, sino para que viendo y aquilatando modos



Ampurdán. – Afueras de Palamós, apunte por Baldomero Galofre

de expresión hagan el trabajo depurativo de su gusto; trabajo que exige la mayor proximidad á la verdad sentida, al modo que la verdad la comprendemos hoy.

Y para esta labor, claro está que sobra nuestra Academia de Roma. Todos sabemos qué es lo que en aquella casa se pinta y esculpe, y cómo. Todos recordamos cuán perniciosos para nuestra paleta fueron los enormes telones que nuestros pensionados exhibieron durante doce años. Todos sabemos cuán escaso fruto ha producido en estos últimos tiempos la Academia de Roma Ya hoy, en medio de esta confusión de criterio, en esta vacilación, en esta poquedad que aflige á los artistas españoles puede advertirse, como en efecto se advierte, la influencia de otro gusto estético, de otro concepto del arte, diferente en todo del que informa el grande, el portentoso que guarda en sus palacios, iglesias y museos la Ciudad Eterna. Y atendiendo á esta indicación, debiera el gobierno crear *bolsas de viaje*, en lugar de enviar á Roma á vivir como frailes en clausura á nuestros artistas jóvenes. Y no tema, no, que la anarquía impere en la república del arte; que así como todas las sociedades tuvieron el suyo propio, la actual también lo tendrá; porque el arte, como todas las manifestaciones de la inteligencia humana, no es entidad que se mantenga y viva aislada; muy al contrario, vive y se nutre de las ideas y de los ideales de la humanidad.

R. Balsa de la Vega



Ampurdán. – Regreso del trabajo, Recuerdo de Castell de Aro, apunte por Baldomero Galofre

AMPURDÁN

APUNTES DE VIAJE DE BALDOMERO GALOFRE

Todas las regiones que constituyen la que fué nación catalana aportan materiales y valiosos elementos para el historiador y el arqueólogo, para el poeta y el artista; pero el Ampurdán, entre ellas, suministra antecedentes de indiscutible interés.



Ampurdán. – Una calle de San Feliú de Guíxols, apunte por Baldomero Galofre

Su situación muy próxima ó inmediata á la frontera, su dilatada costa, á cuyas playas arribaron pueblos colonizadores, y la circunstancia de haber formado un principado casi autónomo, cual lo fué el Condado de Ampurias, son causas para que el país ampurdanés tenga fisonomía especial, propia y exclusiva, aun dentro del carácter general que distingue á la gran familia catalana.

La necesidad de defender el patrio suelo de las extranjeras invasiones, dió á los habitantes del Ampurdán un espíritu de independencia que acrecentó su varonil esfuerzo y preparó á aquel pueblo para la conservación de su autonomía. De ahí el desarrollo que alcanzaron sus villas, la importancia de sus municipios y el poder de sus señores, que durante algunos siglos mantuviéronse en abierta guerra, ya contra las piráticas incursiones, ya contra el poder real que intentaba dominarlos ó contra la vecina nación que pretendía imponer su dominadora planta. Cual todos los países amantes de su libertad, hase distinguido la comarca ampurdanesa por sus iniciativas, por su producción y por ser el baluarte en donde no se ha apagado jamás el rescoldo de los ideales sociales y políticos que persiguen los pueblos modernos. Catalana por excelencia, no alimenta la región quiméricos ensueños, y si evoca sus gloriosas gestas es únicamente para provechosa enseñanza y aquilatar con su recuerdo las cívicas virtudes. Cada ciudad, cada villa, pueblo y casa solariega tiene su historia, ha dado origen á leyendas, ha servido para inspirar al bardo sentidos ó guerreros cantos y todos conservan curiosas cuanto interesantes tradiciones. Vicios y virtudes, rasgos de abnegación y heroísmo, de violencia y generosidad, hállanse grabados en los ruinosos castillos, cuyos almenados muros levántanse enhiestos todavía sobre los elevados picachos de las estribaciones pirenaicas. Sus pétreas moles compendian la vida de aquellos pueblos, determinan el origen de familias y nombres ilustres y significan grandezas caídas, glorias pasadas.

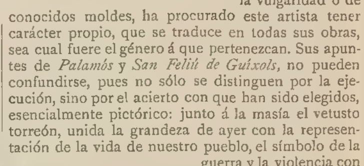
Las rudas y violentas alternativas, producto de las frecuentes guerras y transformaciones políticas, no han variado la esencia del pueblo ampurdanés, que cual todas las razas superiores ha logrado conservar sus caracteres distintivos. Parece como si la savia primitiva, robustecida por extrañas influencias, hubiese contribuído á su perfeccionamiento; pues así como en los tiempos medios, por los recursos obtenidos de la producción, lograron mantenerse libres, en iguales elementos cifran hoy el medio de su vida y prosperidad. Junto á los altos torreones, signos de antigua pujanza, levántanse las chimeneas de sus fábricas y al pié de sus castillos los talleres de sus prósperas industrias.



Ampurdán. – La trilla. Recuerdo de Palamós, apunte por Baldomero Galofre

De tan vario conjunto que también la naturaleza ofrece, origínanse contrastres fuente de inspiración para el artista y el poeta. Espléndida y jugosa vegetación, ricos colores, trajes y tipos, expansión y vida en la naturaleza y en los habitantes, parece como si la Providencia hubiese tratado de reunir todas las armonías y todos los encantos en aquella región en donde se realizaron quizás los más grandes y más interesantes sucesos de la historia catalana.

No debe, pues, sorprender que un artista de valía y genuinamente español cual Baldomero Galofre creyera hallar dignos modelos que reproducir, apuntando en su cartera de excursionista observador é inteligente cuanto pudo impresionarle durante su reciente viaje por la región ampurdanesa. Los dibujos de Galofre retratan fielmente aquel país, pues su temperamento artístico amóldase perfectamente á las condiciones distintivas de la región. El rigor de sus trazos ajústase á los animados cuadros que ante su vista se desarrollaron, llenos de interés para todos y especialmente para nuestro amigo, que se complace hace ya algunos años en estudiar y reproducir todo lo que ofrece interés en nuestra patria, cuyas pintorescas manifestaciones parecen las más preciadas obras que atesoran las carteras de tan discreto artista. Convencido de que con su constante labor aporta materiales para la historia contemporánea de nuestra patria, prosigue con laudable celo y entusiasmo su fructífera labor, aumentando de continuo el valioso caudal de sus apuntes, que enriquecen sus copiosas colecciones. Ellas facilitan los elementos necesarios para la ejecución de sus preciosos cuadros, que tan señalados triunfos alcanzan en Alemania y Austria, Bélgica é Inglaterra, en donde se estiman por su doble carácter, como bella producción artística y como manifestación íntima, observada y bien sentida, de la vida de nuestro país.



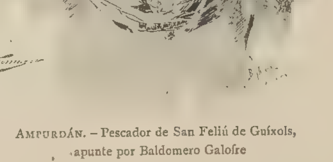
Ampurdán. – Masía de Palafrugell, apunte por Baldomero Galofre

En los apuntes á que nos referimos revélase todo cuanto de genial se descubre en las producciones de Galofre, ya se trate de simples trazos ó de verdaderas composiciones. Apasiónase por la realidad; pero al tratar de representarla, procura embellecerla y vigorizarla con el poderoso auxilio del arte y el esfuerzo de su ingenio. El interesante grupo de viejos marinos sentados á la sombra de las acacias, próximos á la playa, constituye un verdadero cuadro, trasunto fidelísimo del natural, animado, viviente, del que es digna pareja el de los fatigados labriegos que encorvados por el peso de los haces de avena y los aperos de labranza, regresan á su hogar al declinar el día, en busca del reparador descanso.

Si paráramos únicamente la atención en los dos citados dibujos, es decir, en cuanto en ellos existe que pueda considerarse como trasunto fiel del natural, deberíamos considerar á Galofre como un distinguido campeón de la escuela realista; mas como esta cualidad resulta una de las circunstancias que en él concurren, ya que no se limita á copiar la naturaleza fría y muda, sino embellecida con sus gérmenes de vida, con todas sus energías ó con su severa grandeza, no titubeamos en calificarle de artista poeta. Al primer concepto pertenece el tipo del *pescador* y al segundo las poéticas ruinas de *Castellón de Ampurias*, las dos bellas jóvenes dignas representantes del bello sexo de San Feliú, de correctas facciones, gallardas y esbeltas, cual debieran serlo las hijas de las colonias griegas que se establecieron en aquellas playas.

Al igual de todos los que huyen de la vulgaridad ó de conocidos moldes, ha procurado este artista tener carácter propio, que se traduce en todas sus obras, sea cual fuere el género á que pertenezcan. Sus apuntes de *Palamós* y *San Feliú de Guíxols*, no pueden confundirse, pues no sólo se distinguen por la ejecución, sino por el acierto con que han sido elegidos, esencialmente pictórico: junto á la masía el vetusto torreón, unida la grandeza de ayer con la representación de la vida de nuestro pueblo, el símbolo de la guerra y la violencia con el de la paz y la prosperidad.





Ampurdán. – Pescador de San Feliú de Guíxols, apunte por Baldomero Galofre

Grato ha sido para nosotros ocuparnos, si bien sea someramente, de una región catalana por esencia y de un artista que honra á Cataluña. En el Ampurdán radica principalmente la base étnica, extendida por la comunidad de lengua y de historia, y en Ampurias el recuerdo de la capitalidad catalana durante los primeros años de la Reconquista, absorbida después por Barcelona, la ciudad mediterránea. Allí existe el baluarte de las patrias libertades, la línea divisoria de la nacionalidad, el origen de nuestra raza. Por eso nos interesa la región ampurdanesa y nos son doblemente gratos los dibujos del justamente renombrado artista catalán Baldomero Galofre.

A. G. Llansó



SAN FELIÚ DE GUÍXOLS.--UN CASINO AL AIRE LIBRE, apunte de Baldomero Galofre



AMPURDÁN. – Castellón de Ampurias. Ruinas, apunte de Baldomero Galofre

EL TÍO «CACHANO»

Le conocí ya muy viejecito una vez que en unión de unos cuantos amigos de Madrid anduve de caza por las vertientes del Guadarrama, hospedándome en Fuensanta de la Sierra, un pueblecito tan pequeño como bonito y tan desconocido como saludable.

El tío *Cachano*, que en el citado pueblo tenía su hacienda – una casita para vivir y unas fanegas de tierra para sembrar, – nos acompañó en algunas de nuestras excursiones venatorias, demostrándonos su experiencia y su saber en lides de caza.

Lo que más nos extrañó á todos fué la tristeza que embargaba de continuo el venerable rostro del anciano, curtido por el sol de la llanura y azotado por el aire de la sierra.

Traté mil veces de interrogar á aquel veterano de los montes por la causa de su amargura, pero siempre eludió el darme una respuesta, limitándose á contestar amargamente:

– ¡Señor, mi hijo..., mi pobre Antonio!..

Y las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y el tío *Cachano* caía en un mutismo inquebrantable.

Pregunté á algunos vecinos del lugar, y he aquí lo que pude saber.

***

Haría cosa de unos veinte años que el tío *Cachano*, como de apodo le llamaban en el pueblo al cazador, pasaba por uno de los más felices mortales.

Sus privilegiadas condiciones para la caza le daban á ganar lo suficiente para mantener á su hijo, un muchacho de ocho años á quien adoraba su padre, rindiendo así tributo á la madre del chico, que había muerto joven y hermosa.

El tío *Cachano* era el prototipo del cazador; ni alto, ni bajo, sus músculos parecían de acero, su cutis tenía la impermeabilidad de la goma; su andar era acompasado y ligero; su mirada abarcaba muchas leguas, su puntería era la más segura, su resistencia para las fatigas del monte la mayor que se había conocido. Sabía de pe á pa un millón de sistemas de caza para cada animal, desde la trampa con un carnero vivo para el oso hasta la de cepo para el gorrión con una miguita de pan por cebo.

Reclamos no los necesitaba: esta era una de las especialidades del tío *Cachano;* su boca imitaba todos los bichos y remedaba hábilmente desde el graznido de la alimaña hasta el piar del pajarillo, desde el rugir de la zorra en la madriguera y el aullar del lobo que retumba en el monte, hasta el chirriar de la lechuza en los pinos y el silbar del avión que se pierde en el espacio.

Cachano, con el morral bien aprovisionado para quien como él era sobrio por naturaleza, y bien llena la bolsa de cartuchos, salía de su casa, dejando al chico al cuidado de las comadres, más atentas realmente á los suyos que al del vecino, en tanto que *Cachano*, perdiéndose por los mil laberintos en que acaban las sendas y principian los matorrales, permanecía varios días ajeno al tiempo, que nunca hacía mella en su salud, caza que te caza, para regresar luego á la aldea con más piezas cobradas que todos los guardas de vedado juntos.

Bebiendo en los arroyos el agua cristalina, mordiendo el coscurro de una hogaza y guisándose al fuego de rastrojos y ramas cualquier víctima de su escopeta, hacía sus correrías el bueno de *Cachano*, á quien lo mismo le importaba estarse dos horas casi sin respirar en un puesto aguardando la perdiz, que correr tras un gamo unos cuantos centenares de varas.

La fama del tío *Cachano* había dado la vuelta á España, entre las gentes aficionadas á la caza, para pasar después al extranjero. La Sociedad Científica de Londres le abonaba unas cuantas libras esterlinas por cada animalucho raro que el cazador le remitiera; una Asociación de Historia natural de Francia le encargaba todas las primaveras que cazara por cuenta de ella en los Picos de Europa; y por último, como conocía todos los lugares donde había caza, no se organizaba en la península cacería de alguna importancia en que no se llevara á *Cachano*, á quien querían y respetaban guardas y cazadores. Así era como aquel hombre del campo trataba á todos los más encopetados señorones de España, á alguno de los cuales había salvado la vida en mas de una ocasión yendo de cacería, y así era como *Cachano* había acompañado á los reyes, enseñando á cazar á algún monarca, por cuya razón disfrutaba *Cachano* una pensión de la Casa Real.

En muchos museos veíanse admirables ejemplares de la fauna española, ostentando el tarjetón que expresaba el donativo de *Cachano*. Los periódicos, sin embargo, no habían hablado nunca de este hombre singular, á quien bastaba con el aprecio de muchos sabios europeos

Él era de Fuensanta de la Sierra ó debía de serlo, pues su edad y su vida anterior se desconocían en absoluto, pero allí vivía con su hijo y allá en su casita descansaba de sus excursiones y se comía sus ganancias.

Como buen cazador era curandero á su modo, y más de una vez sanó heridas que el Galeno de la aldea no pudo curar. Conocía todos los animales y todas las plantas y sus propiedades; refería anécdotas y cuentos, siempre de aventuras de caza curiosas é interesantes; guisaba muy bien, y sabía historias, que siempre se le oían con la boca abierta, de cuando estuvo en la India, en Siberia y en Cuba, donde según él, le llevaron contratado, y en los cuales lugares aprendió á cazar los tigres, los osos y las boas.

***

Un día pareció nublarse para siempre la felicidad del tío *Cachano*.

Al regresar de una de sus excursiones, observó la desaparición de su hijo, del cachorro de ocho años, como su padre le llamaba en sus transportes de amor selvático, pero de amor inmenso.

Cachano preguntó, indagó, trajo revuelto á todo el pueblo, pero su desgracia parecía cada vez más cierta. Esperó; pasaron días, y uno, por fin, supo por una carta anónima que su hijo no le sería devuelto si no daba por su rescate una suma regular, de la que el cazador no disponía: el pequeño había sido secuestrado.

El cazador lloró, maldijo de su suerte, rugió como una fiera y tomando la escopeta se lanzó al monte, seguido de su fiel *Lucero*, un perrazo viejo, veterano de caza, con muchas cicatrices que su amo le curó y más olfato que todos los sabuesos.

Ignóranse los días que *Cachano* estuvo en el monte; pero él, que conocía aquello palmo á palmo, debió de registrar todo el terreno.

Mientras tanto los guardias civiles del puesto de Fuensanta y todos los vecinos se dieron á investigar tan extraño suceso en busca de cómplices y autores. Estos debían ser una gavilla de malhechores que había realizado fechorías análogas en otros pueblos inmediatos.

El padre vagó por jarales y vericuetos. Una mañana, al amanecer, en una meseta de la montaña del Picachuelo, á muchos metros de altura, encontró el tío *Cachano* á su hijo. ¡Maldición! ¡Estaba muerto! Los buitres vagaban á su alrededor muy bajos, revoloteando en torno del cadáver; *Cachano* tuvo que luchar casi á brazo partido con los carnívoros avechuchos. ¡Qué caza tan horrible la de aquella mañana!.. También *Lucero* se batió como un hombre...

Venció *Cachano*, y él mismo, regando con sus lágrimas el cadáver, le condujo al pueblo. ¡Cuánta fué la ira del vecindario!

Cachano anduvo como loco, los criminales no parecieron, á pesar de todo el interés de las autoridades, y ya se principió á dar al olvido el horrible suceso.



AMPURDÁN. – Jóvenes de San Feliú de Guíxols, apunte de Baldomero Galofre

Sólo el cazador fué todos los amaneceres al Picachuelo; llegaba de noche, oraba largo rato, elevaba fervientes súplicas al cielo, y cuando el sol asomaba su rubio disco por detrás del monte, el tío *Cachano* prorrumpía en gritos, chillidos y sonidos guturales. Los buitres que volaban muy altos percibían aquel rumor que como un silbido agudo, rasgando el aire, se les entraba en la cabeza, y los bicharracos bajaban, bajaban dando vueltas en prolijas espirales, haciendo un ruido siniestro con las inmensas alas, como si buscaran alguna presa, graznando como grajos gigantescos y acercándose á la meseta volando en círculos concéntricos.

Entonces el tío *Cachano* hacía fuego sobre ellos, y así mataba muchísimos todos los días.

El cazador había declarado guerra á muerte á los que profanaron el cuerpo de su hijo. Por eso *Cachano* decía muy á menudo:

– ¡Por Dios, que me he propuesto limpiar el monte de aves de rapiña!

Y *Lucero* parecía sonreir con aquellos ojazos de perro....

***

Una noche, ya clareaba el alba y la campana del pueblo saludaba al día con su monótono sonar, cuando un silbido rasgó el aire y se perdió en los precipicios después de saltar el eco por las peñas.

El tío *Cachano*, que oraba en el monte, cogió la escopeta y aplicó el oído á la tierra. El silbido no venía de arriba, sino del suelo, y *Cachano* no le conocía como silbido de avechucho: no había duda que quien silbaba era un hombre.

Siguió el silbido repitiéndose. *Cachano* silbó, contestaron, silbó nuevamente, movió la cola *Lucero*... Un hombre apareció por el Picachuelo. *Cachano* se acurrucó tras de una mata. El desconocido, que no vió á nadie, gritó malhumorado:

– ¡Mil diablos! ¿Dónde te metes? ¿Estás escondido donde quitamos al mocoso de en medio?..

Sonó un tiro y el hombre cayó muerto.

Luego sonó el chillar de las aves de rapiña que bajaron atraídas por el reclamo, dando vueltas alrededor del cadáver.

Cachano tuvo que detener al perro para que no hiciera una de las suyas. Aquel día no mató ningún buitre.

Pero cuando el cazador bajó al llano, vadeó el arroyo y entró en el pueblo, iba pálido y nervioso. A las preguntas que se le hicieron sólo contestó:

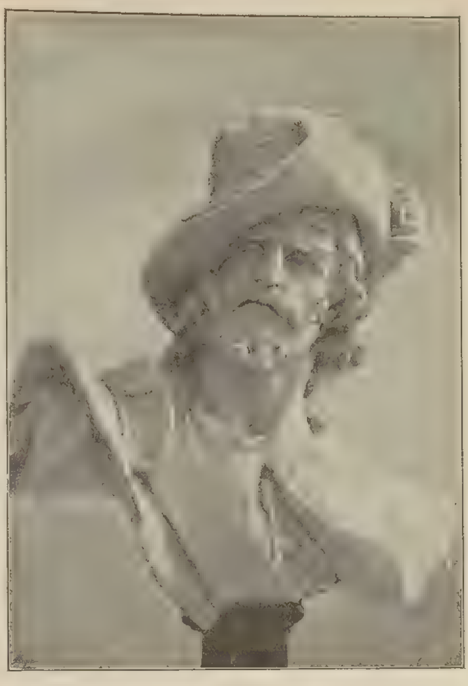
– Hoy sí que acudió buena pieza á mi reclamo, pero hoy no he matado buitres; les he dado de comer carne fresca de un ave de rapiña.

* * *

Así me lo contaron.

Lo cierto fué que no volvió á haber robos por aquellas cercanías, que no pareció muerto ni vivo el autor del asesinato del hijo de *Cachano* y que éste y *Lucero* siguen hoy tristones y callados.

P. GÓMEZ CANDELA



UN VALENTÓN FLAMENCO DEL SIGLO XVII, escultura de Julio S. Cruzado

NUESTROS GRABADOS

En oración, cuadro de Gabriel Max. – Pocos pintores han hecho un estudio tan acabado de la mujer como el famoso artista muniquense Gabriel Max: rindiendo verdadero culto á la forma, traza líneas y contornos con una pureza admirable; mas no contento con ello, busca y con inimitable maestría halla para los rostros de mujer que reproduce la expresión, que es el alma de la pintura. *En oración* es elocuente prueba de lo que decimos y viene á aumentar con una nueva obra por todos conceptos bellísima la galería de testas femeninas producida por su autor.

Un valentón flamenco del siglo XVII, escultura de Julio S. Cruzado. – Figuró esta escultura en la Exposición Artística celebrada en el presente año en Bilbao, mereciendo, además de los elogios de la crítica, la honra de ser adquirida por la Diputación bilbaína: esta recompensa y aquellas alabanzas son de todo punto merecidas, pues á poco que se observe con alguna atención el busto del *Valentón flamenco* se verá que nada deja que desear, así en punto al modelado, que está hecho con gran vigor y sobriedad laudable, como en cuanto se refiere á la expresión, pues aquel rostro de arrugado ceño, sombreado por el ancho fieltro, no puede ser sino el de uno de esos matones que tanto abundaban en los tiempos de donde ha tomado el suyo el artista, y que lo mismo se batían en guerra formal defendiendo al señor que más les pagaba ó mayor botín les ofrecía, que se daban de cuchilladas en tiempo de paz por cuestiones de amor ó de juego, que acechaban en obscura calleja á la víctima señalada á su tizona por el oro de cualquiera que deseara deshacerse de un enemigo odiado ó de un rival molesto.

Las principales artistas de la presente temporada del Gran teatro del Liceo. – Como retratos de actualidad ofrecemos á nuestros lectores los de cinco de las principales artistas que actúan durante la presente temporada en nuestro Liceo: las prima donnas sopranos absolutas Ericlea Darclée y Lili Lejo; la prima donna soprano ligera Victoria Italia Repetto, la primera bailarina de rango francés Adelina Sozo y la primera mima Emma Ziska.

Procesión de la Cruz de mayo, cuadro de José Gallegos. – El autor de este cuadro es bastante conocido de nuestros lectores, por lo que creemos ocioso repetir lo que tantas



Las principales artistas de la presente temporada del Gran teatro del Liceo de Barcelona, dibujo y composición de J. Diéguez



PROCESION DE LA CRUZ



MAYO, cuadro de José Gallegos

veces hemos dicho en justa alabanza de sus obras. Ferviente adorador de cuanto con España, su patria, se relaciona, ni él se cansa de reproducir sus costumbres, ni el público ni la crítica de admirar sus producciones. La escena representada en la que hoy ofrecemos á nuestros lectores es una de esas ceremonias de nuestro culto que la fe y el sentimiento poético han conservado al través de los tiempos en nuestro pueblo: cuando la primavera cubre de flores la tierra, cuando la naturaleza tras el sueño invernal despierta á nueva vida, parece como que nuestra alma se siente impulsada á rendir al Creador manifiestos tributos de amor y de veneración; así el mes de mayo, consagrado á la Madre Divina, ha dado siempre ocasión á fervorosas explosiones de religiosidad, y desde la populosa ciudad á la modesta aldea, en la catedral suntuosa como en la iglesia más humilde celébranse hermosas fiestas, en las que toman parte junto á la encopetada dama la mujer del pueblo y al lado del linajudo prócer el menestral y el obrero. La Iglesia luce sus mejores galas; los fieles rivalizan en sus ofrendas de flores, y los templos, alumbrados por centenares de luces y perfumados por las nubes de incienso, ven pasar por sus naves en procesión bellísima doncellas con albas vestiduras, monagos y sacerdotes cubiertos de brocados, formando escolta á la simbólica cruz de flores ó á la imagen de la Virgen de flores cubierta, ante las cuales dobla la rodilla la multitud devota. Tal es la escena admirablemente pintada por Gallegos, quien para imprimir mayor poesía en ella la ha supuesto en los principios de este siglo y en una de nuestras soberbias basílicas, época y lugar que tanto se prestan al lucimiento de los artistas que, como nuestro ilustre compatriota, no han olvidado las tradiciones del arte español y buscan para sus composiciones la luz, el color y la vida en su aspecto más pintoresco.

La guerra chino-japonesa. – Continuando la serie de ilustraciones que referentes á la guerra chino-japonesa creemos han de interesar á nuestros lectores, publicamos hoy la *Comida á bordo de un transporte japonés*, *La batalla de Ping-Yang*, la *Revista de la guarnición de Porth Arthur* y el *Mapa de la guerra*.

En los transportes japoneses que conducen tropas á los puertos chinos, los soldados hacen tres comidas al día, consistentes principalmente en arroz y pescado en escabeche, que se les sirven por la mañana, al mediodía y por la noche. Cada soldado lleva al cuello una plaquita de bronce con su número, y casi todos también un amuleto que les preserve de los peligros de la guerra: algunos llevan, además, su himno favorito ó su oración escrita en un pequeño rollo colgado asimismo del cuello.

Ping Yang, la última plaza fuerte que ocuparon los chinos en Corea, es una ciudad amurallada y situada junto al río Tatung, en el camino que de la capital coreana conduce á la frontera de la Mandchuria. Conociendo la importancia estratégica de la plaza, los chinos tomaron cuidadosamente todas las disposiciones necesarias para su defensa, atrincherando todas las posiciones exteriores y construyendo parapetos con cañones Krup y Galting para proteger á la infantería. Los japoneses en número de 25 000, divididos en dos columnas, después de la victoria de Asán, avanzaron sobre Ping Yang, y el día 4 de septiembre, después de varios combates parciales, se apoderaron de los fuertes exteriores del Este y del Sudeste. Dueños de estas posiciones atravesaron el río, bajo el nutrido fuego de la artillería enemiga, y aunque los accidentes del terreno no les permitieron situar sus cañones, asaltaron y ocuparon la primera posición, que era un parapeto de cuatro metros de alto. En aquel punto fué en donde únicamente encontraron los japoneses una resistencia formal que les opusieron las tropas mandchúes mandadas por el general Yeh. En la madrugada del 15 se encontraron los japoneses delante de las trincheras chinas, apoderándose fácilmente de todas ellas, y á las dos de la tarde la ciudad de Ping Yang había caído en su poder.

En otro de nuestros grabados puede verse la revista de la guarnición de Porth Arthur, plaza que hoy ocupan ya los japoneses: el cuadro que ofrecieron los soldados del Celeste Imperio correctamente formados, entre banderas y estandartes de chillones colores, debió ser en extremo pintoresco. ¡Quién hubiera dicho entonces que al poco tiempo habían de ofrecer el espectáculo vergonzoso de una cobardía casi sin ejemplo!

Completa nuestras ilustraciones el detallado mapa de la guerra, merced al cual podrán nuestros lectores formarse idea exacta de las operaciones realizadas y seguir las que aún ha de originar la lucha entablada entre los dos imperios del extremo Oriente.

El nuevo edificio del Reichstag alemán. – El día 5 de este mes ha puesto solemnemente el emperador Guillermo la última piedra del grandioso edificio que á la representación nacional han elevado los alemanes, y cuyo autor, el arquitecto Pablo Wallot, ha sido recompensado con la distinción de ser nombrado primero y hasta ahora único miembro de honor de la Asociación de Arquitectos de Berlín. No hemos de esforzarnos en llamar la atención de nuestros lectores sobre la grandiosidad y belleza de este monumento, pues una y otra saltan á la vista, así en el conjunto de la construcción como en sus detalles. El interior corresponde á la magnificencia del exterior: en éste las estatuas y toda suerte de ornamentos escultóricos aparecen con verdadera profusión, pero obedeciendo á un principio de unidad que hace de aquel palacio uno de los edificios en que, desde los buenos tiempos del estilo barroco, mejor se armonizan la plástica con el orden arquitectónico. En el interior, el más certero criterio ha presidido en la distribución de los espacios para los diversos objetos á que están destinados y el más exquisito gusto reina en todo cuanto se refiere al embellecimiento de los salones, vestíbulos y demás dependencias. Los principales artistas alemanes han contribuído con sus pinceles unos, con su cincel otros á la mejor realización del grandioso proyecto de Wallot, y gracias á todos y á la esplendidez del gobierno cuenta hoy la capital de Alemania con uno de los primeros edificios de Europa para albergue de la representación nacional.



Bellas Artes. – PARÍS. – Entre las nuevas adquisiciones del Museo del Louvre merecen citarse especialmente un retrato de hombre de Lucas Cranach, un busto de la condesa de Anjou de John Hoppner y un paisaje de Luis Moreau.

FRANCFORT DEL MEIN. – En el Museo de Artes industriales se celebra actualmente una exposición de litografías que comprende muchos millares de tarjetas de felicitación, *menus*, carteles de anuncios, calendarios y otros trabajos análogos de maestros franceses, alemanes é ingleses, viniendo á ser una rica é interesante colección de obras pertenecientes á una rama de la industria decorativa, cuyos productos, á pesar del grado de perfección artística que generalmente han alcanzado, sólo cautivan la atención durante corto tiempo.

LONDRES. – En el Royal Aquarium se hallan expuestos en la actualidad 200 carteles anunciadores artísticos, debidos á los primeros dibujantes de este género en Francia é Inglaterra.

VIENA. – Han sido encomendadas á los pintores Francisco Matsch y Gustavo Klimt las pinturas murales que han de adornar el salón de actos de la Universidad vienesa: en la pared del centro se pondrá una gran composición alegórica; en los cuatro lados otras tantas alegorías de las cuatro facultades universitarias, y en los diez y seis espacios que unen el techo con las paredes varias figuras y otras composiciones ornamentales.

– El príncipe Liechtenstein ha regalado á la Academia de Artes plásticas un hermoso cuadro de Alma Tadema, titulado Fredegunda.

– La última Exposición de Bellas Artes ha dejado un déficit de 32.500 pesetas, á pesar de haberse vendido obras por valor de 522.500 pesetas.

STUTTGART. – Se ha abierto un concurso para la presentación de proyectos para las nuevas Casas Consistoriales que han de construirse en la plaza del Mercado. Los gastos de construcción no podrán exceder de 1.300.000 marcos (1.625.000 pesetas), y para premiar los mejores trabajos que se presenten se dispone de 25.000 marcos, que se distribuirán del modo siguiente: 10.000 para el primer premio, 5 000 para el segundo, 6.000 para dos terceros y 4.000 para dos cuartos

– El Real Gabinete de Grabados ha expuesto al público la colección de sus hojas del siglo XV, entre las cuales se cuentan las mayores y más raras preciosidades de aquel tiempo, abundando las producciones de Schongauer y Wohlgemuth.

BERLÍN. – La Galería de Pinturas ha adquirido, merced á los constantes esfuerzos de su director, un magnífico cuadro de Rembrandt, que representa las figuras de tamaño natural del predicador mennonita Cornelio Claas Ansloo y de una dama, y que data de los mejores tiempos del gran pintor flamenco, puesto que lleva la fecha de 1641. Este cuadro, que tiene unos dos metros de alto y casi otro tanto de ancho, pertenecía á la galería de lord Ashburnham, de Londres, quien lo adquirió de la colección de Tomás Dundees por 105.000 francos: dícese que la Galería de Pinturas berlinesa ha pagado por él 250.000.

– Con destino al Salón Blanco del palacio imperial que se está restaurando, el emperador ha encargado á los escultores Eberlein, Schaper, Calandrelli, Schott, Boese, Hundrieser, Baumbach, Unger y Toberenz las estatuas en mármol de todos los regentes brandeburgo-prusianos, desde el gran Elector al emperador Federico.

– En el Museo de Artes industriales se ha organizado una exposición de bocetos de pinturas decorativas, en la que figuran en primer término los de los cuadros murales y techos pintados por Koch y Seliger, para el nuevo edificio de la Dieta. Llaman también en ella la atención los trabajos de algunos jóvenes, entre ellos los paisajes decorativos italianos de Hendorf, los carteles y tarjetas de Sutterling, los originales y finos decorados de Alberto Klinger, entre los que sobresalen un telón de teatro y una bandera gremial, y otros.

– Como recompensas de la última Exposición de Bellas Artes el emperador ha otorgado grandes medallas á nuestro compatriota J. Villegas, á Koner y á la señora Parlaghy. Las pequeñas medallas han sido concedidas á los arquitectos Wallot y Schwechten, á los escultores Maison y Breuer, á los pintores Dettmann y Eichstadt y á la pintora Berta Wegmann.

– Los miembros de la Academia han organizado en los salones de la misma una exposición de blanco y negro: figuran en ella obras de pintores tan notables como Adolfo Menzel, Max Klinger, Herkomer, Leibl, Kopping, Unger, Eilers y Meyer y del conocido litógrafo G. Feckert.

SOLEURE. – Se ha acordado la creación de un museo en donde se colocarán los tesoros artísticos que hoy se guardan en las Casas Consistoriales y entre los cuales figuran la *Madona de Soleure* de Holbein, la *Madona de los fresales* de Schongauer, una cabeza de Apóstol de Ribera, varios hermosos lienzos de Domenichino, Carlos Dolci, Lucas Giordano, Poussin, Claudio Lorrain y otros maestros antiguos, así como multitud de notables lienzos de modernos pintores suizos. Para la creación del museo se dispone de la suma de 400.000 francos.

BRUSELAS. – En el Círculo Artístico están expuestos actualmente los trabajos de los artistas belgas á quienes el gobierno del Congo ha facilitado los materiales necesarios para dar nueva vida á la escultura en marfil: las obras presentadas forman una colección notable de artísticas esculturas, entre las cuales sobresalen una *Minerva* y una figura de mujer, titulada *Allegretto*, de Dillens; una *Psyche* de Vigne, y una *Medusa* de Vincotte.

AMBERES. – El Museo ha comprado por 45.000 francos un cuadro de Rubens que representa una escena de la historia del hijo pródigo.

MUNICH. – En el taller que fué de Bruno Pilghein se está celebrando una exposición de las obras dejadas por este célebre pintor: figuran en ella 150 cuadros y bocetos que dan perfecta idea del carácter y del talento de este artista que tanto supo acentuar en todo su personalidad, de la indiscutible grandiosidad y al mismo tiempo sencillez en concebir y de su dominio de todos los recursos de la técnica. Entre los mejores cuadros expuestos cuéntanse el retrato de su esposa, un nubio y la conocida *Bavaria*, y entre sus estudios llaman la atención una cabeza de león y un retrato del crítico artístico Ricardo Paul, cuya factura recuerda la de Velázquez. Dignos de admiración son también sus dibujos al pastel.

ROMA. – El escultor romano Lucchesi está modelando actualmente el monumento sepulcral del Papa León XIII. Sobre un sarcófago de blanco mármol de Carrara se ve un león cuyas garras delanteras se apoyan en una tiara; á la derecha hay la estatua de la Fe con la Biblia y la antorcha, y á la izquierda la de la Verdad, cuyo brazo descansa sobre el escudo de la familia Pecci. La inscripción del sarcófago dirá simplemente: HIC LEO XIII P. M. PULVIS EST.

BARCELONA. – Salón Parés. – Los Círculos Artístico y de San Lucas y la Asociación Literaria y Artística inauguraron en ese local la Exposición por ellos organizada de un regular número de obras del malogrado Vayreda con un acto sencillo y solemne. Leyóse ante el numeroso público que se apiñaba en el salón la biografía del insigne artista, nuestro querido amigo, y después de un breve discurso del Sr. Morano, presidente de la Asociación Literaria y Artística, se declaró abierta la Exposición. Ocupan el sitio de honor el retrato y la obra póstuma de nuestro primer paisajista, presidiendo á la reunión de los principales cuadros debidos á su vigoroso cuanto sincero pincel, que poseen algunos de nuestros aficionados, y á algunos estudios y dibujos. Hay en esa manifestación de la obra de Vayreda no pocos cuadros de su primera época; en alguno apúntase todavía y marcadamente la fisonomía y carácter de la pintura de Martí y Alsina, su maestro; en otro veleidades románticas nacidas al calor de teorías y preocupaciones pasajeras, tanto como de ensueños y febriles deseos de significarse, propios del artista joven é impetuoso; en otros acentúase ya su personalidad, aunque con procedimiento un tanto rudo, y por fin en los más, en los frutos de su labor viviendo en plena naturaleza, medio propio y adecuado á la manera de ser del artista, tranquilo y sereno, aparece éste en la plenitud de su potencia, seguro en sus convicciones y siguiendo el camino que se trazara, sin carreras atropelladas, pero sin estacionarse satisfecho en una dificultad vencida ni en un triunfo obtenido, siguiendo adelante, resolviendo ó tratando de resolver los nuevos problemas que la verdad ofrece constantemente á sus devotos admiradores.

No es de este lugar hacer un estudio detallado de la Exposición y mucho menos un juicio crítico del artista, sin embargo es fuerza mentar especialmente tres obras que bastarían por sí solas á colocar á Vayreda en la categoría de verdadero artista: el cuadro perteneciente á su señora viuda; el de la Primavera, propiedad de D. Ramón Miralles, y el efecto de luna, uno de los pocos que se ofrecen á la venta, que debiera adquirir nuestro Ayuntamiento si no lo hace la Diputación provincial para el Museo de Bellas Artes. Terminamos diciendo que la Exposición del Salón Parés es una demostración de hecho del valer é importancia extraordinarios de un artista de veras, serio é independiente, que no traficó nunca con su arte y que por desgracia ya no producirá nuevas obras, aunque viva siempre en la memoria de sus compañeros, amigos y admiradores.

Teatros. – En el teatro Real de Wiesbaden se ha estrenado un drama en verso del príncipe Jorge de Prusia, titulado *Safo*, que ha sido recibido con gran entusiasmo.

– Se ha estrenado con gran éxito en el teatro Viejo de Leipzig una nueva comedia del fecundo autor Pablo Lindau, titulada *Hijos desnaturalizados*.

– En el Real teatro de la Corte, de Dresde, se ha cantado con aplauso la ópera de Verdi *Falstaff*.

– En el Real teatro de la Corte, de Berlín, se pondrá en escena á principios de enero próximo la ópera de Mascagni *Ratcliff*.

– *Cornelio Schutt*, ópera de Smareglia, ha sido estrenada con buen éxito en el teatro de la Corte, de Viena.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Varietés *La Rieuse*, comedia en tres actos de Ernesto Blum y Raúl Touché, de asunto bastante escabroso y que parece escrita para que en ella luzca los diversos matices de su deliciosa risa la famosa actriz Mme. Judic; en Vaudeville *Brignol et sa fille*, comedia en tres actos de Alfredo Capus, de escasa intriga y cuyo interés exclusivo, por decirlo así, está en la pintura moral del protagonista, un agente de negocios poco escrupuloso en los medios con tal de llegar al fin de enriquecerse merced á grandes especulaciones; en el Odeón *Neiges d'antan*, pieza en un acto de Julio de Marthold, que es una verdadera joya de estilo arcaico; y en Dejazet *Associés*, comedia en tres actos de León Gandillot, que, según frase de un notable crítico, «resulta moral á fuerza de inmoralidad.» En la Comedia Francesa, la entusiasta acogida por el público dispensada á *Le fils de Giboyer* ha sido la consagración de la valía de la comedia de Augier, estrenada hace treinta y dos años, y ha constituído la prueba decisiva de que esta obra queda incluída en el catálogo de las clásicas.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Chifladuras*, chistosa pieza en un acto del aplaudido Vital Aza, y en la Comedia *De todo tiene la viña*, entretenido juguete en un acto de D. Fernando Piñana. En el teatro Parish la compañía que dirigen Rosell y Ruiz de Arana ha reproducido la antigua chistosísima zarzuela en cuatro actos, de Olona y Barbieri, *Por seguir á una mujer*, que el público ha recibido con gran aplauso.

Necrología. – Han fallecido:

Fernando barón de Witzleten, escritor militar alemán, redactor en jefe de la *Revista de todos los ejércitos y armadas*.

A. Eugenio Zerbinato-Enslen, pintor alemán, conocido especialmente por sus panoramas.

Francisco Magnard, redactor en jefe del importante diario parisiense *Le Fígaro*.

Juan Till, pintor académico austriaco, especialmente apreciado por sus cuadros de género y de animales.

Carlos Teodoro Frere, pintor de género alemán, muy estimado en particular por sus cuadros de escenas de Oriente.

John Walter, propietario y editor del renombrado diario inglés *The Times*.

Carlos Porttmann, pintor de género de Dusseldorf.



LA GUERRA CHINO-JAPONESA. – A BORDO DE UN TRANSPORTE JAPONÉS. LA COMIDA DEL MEDIODÍA



LA GUERRA CHINO-JAPONESA. – BATALLA DE PING YANG. LOS JAPONESES TOMANDO POR ASALTO UNA POSICIÓN CHINA

REFERENCIAS

- Ferrocarril en explotacion
- » » construccion
- » » estudio
- Puertos abiertos
- Cables submarinos
- Carreteras
- Combates

MAPA DE LA GUERRA CHINO-JAPONESA



LA GUERRA CHINO-JAPONESA.--Revista de la guarnición china de Porth Arthur, dibujo de Frank Dadd, de una fotografía instantánea

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS DERRUMBES DE TUNJUELO

Estaba yo recién llegado á Colombia, y mis amigos y compañeros de hotel, los Sres. Thorschmidt y Kirpatrick, me convidaron á almorzar un día en un sitio ya célebre, próximo á la capital, llamado *Tunjuelo*, pequeña ranchería ó agrupación de chozas de poca importancia, situadas á cinco ó seis kilómetros al SE. de Bogotá, en el fondo de un valle.

Salimos temprano, y salvamos la distancia en poco más de media hora, llevando los caballos al portante largo y cómodo que por allí acostumbran.



COLOMBIA. – LOS DERRUMBES DE TUNJUELO

A un lado y otro del camino hay varias casas de campo y fértiles potreros ó dehesas, en que abundaban los ganados caballar y vacuno, demostrando en su aspecto exterior lo abundante y nutritivo de aquellos pastos, que consisten principalmente en grama y trébol.

Despachado el almuerzo en una de aquellas chozas, adonde se había enviado de antemano, volvimos á montar; atravesamos, como á un kilómetro de allí, un arroyuelo, que va á reunirse con el río Funza, algo más adelante, aprovechando para el paso un puentecillo rústico, estrecho y mal construído, cuyas oscilaciones eran capaces de producir mareo y hasta el vértigo en las personas no acostumbradas, como nosotros lo estábamos ya, á andar en malos pasos (tomada la frase en su sentido recto), y llegamos por fin al fondo de la cañada.

El espectáculo que se presentó á nuestros ojos produjo en mí tal sorpresa, que no pude menos de manifestarla con exclamaciones de entusiasmo.

En una extensión como de dos kilómetros, las aguas pluviales han ido socavando el terreno de una manera tan especial, que por todas partes parece que brotan de la tierra gigantescas ruinas de edificios extraños y portentosos. El suelo y el subsuelo están formados de capas alternas de diferente espesor, en algunas de las cuales predomina la arena silícea y en otras la arcilla compacta. Una vez rota por la acción de las corrientes la capa superior, que es la más dura, las aguas han ido arrastrando en su curso los materiales de menor resistencia, profundizando cada vez más el cauce y ensanchándolo caprichosamente, hasta formar galerías subterráneas, elevadas agujas, semejantes á enormes estalagmitas, arcos ojivos, anchas rotondas y columnas truncadas, que afectan todos los órdenes de arquitectura y producen una ilusión completa.

Mi admiración fué tal, á la vista de aquel espectáculo tan fantástico como sublime, que mis ojos devoraban aquellas aparentes ruinas y mis pies estaban como adheridos al suelo por una fuerza sobrenatural é irresistible.

Como estábamos colocados á cierta altura, y sólo podíamos contemplar aquellas admirables agrupaciones á vista de pájaro, y yo deseaba apreciar los detalles más de cerca, descendiendo al fondo de aquel laberinto, seco á la sazón, por más que en tiempo de lluvias continúan las corrientes en su trabajo lento y caprichoso, buscamos un sitio por el cual se pudiera descender con alguna facilidad; pero lo buscamos inútilmente. Las paredes que forman el cauce están cortadas casi en línea vertical por los frecuentes hundimientos, y siendo la profundidad considerable (seis metros por término medio), me era imposible descender, aunque dimos algunos rodeos para conseguirlo.

Contrariábame en gran manera tener que desistir de mi propósito, y seguí buscando, cauce arriba, hasta que al fin hallé un lugar donde había un plano bastante inclinado, pero no ya en línea vertical, y resolví hacer por él mi descenso.

En vano trataron de oponerse mis amigos, mostrándome el fondo del cauce, en muchos sitios fangoso, y la facilidad con que pudiera derrumbarse sobre mí alguna de aquellas enormes masas de tierra, socavadas por la base y sostenidas por milagroso equilibrio. Mi resolución era, si se quiere, temeraria, pero inquebrantable. Entregué á mis amigos las riendas de mi caballo; me senté en el borde de la rampa, y me deslicé resbalando hasta el fondo.

Con el peso de mi cuerpo y la celeridad de la caída me enterré en la capa semifangosa, que sirve de lecho á la corriente, hasta cerca de las rodillas; pero no me desanimé, y saliendo del atolladero, aunque con trabajo, recorrí á mi sabor y en diferentes direcciones aquellas galerías misteriosas, formadas al azar por una fuerza ciega, y aquellos derrumbes amontonados, donde parece que la naturaleza se ha complacido en demostrar al hombre que con toda su ciencia y todo su poder, apenas alcanza á imitarla en sus jugueteos caprichosos.

Después de vagar más de una hora por aquellas desiertas profundidades, habitadas sólo por algún reptil inofensivo, y encontrando á cada paso un nuevo motivo de asombro, la fortuna me deparó, al lado opuesto, una subida practicable, en un derrumbe reciente por donde trepé, no sin dificultad, asiéndome de algunas matas mal seguras.

Al salir tuve que dar un gran rodeo para reunirme con mis amigos. Me hallaba en un estado verdaderamente lamentable, pues estaba lleno de barro desde los pies á la cabeza, pero me importaba muy poco, después de satisfecho mi deseo.

Mis amigos me felicitaron muy cordialmente por el éxito de mi subterránea excursión, que pudo costarme muy cara; les dí las gracias por su bondad y paciencia en esperarme; volvimos á montar á caballo y regresamos á la ciudad poco después del mediodía.

Algunos meses después, aprovechando la llegada de un fotógrafo á Bogotá, hice tomar algunas vistas de aquellos preciosos derrumbes, una de las cuales es la que ofrezco á mis lectores.

JOSÉ M.ª GUTIÉRREZ DE ALBA



LAS FLORES DE LA TINTA

Todo el mundo conoce las *flores del hielo* ó *de la nieve*, así denominadas por Tyndall, y que no son otra cosa sino los cristales del agua congelada, cristales que forman rosetones irregulares y de gran elegancia. Para ver estos cristales, que son muy diminutos, hay que valerse del microscopio ó por lo menos de una lente de bastante aumento. Esto es lo que M. Tissandier llama, en su libro *El agua*, «arquitectura de los átomos,» porque dichos cristales se reunen y se sueldan con arreglo á leyes inmutables, lo cual no les impide presentar, en su misma regularidad, una variedad casi infinita.

Pero no siempre hay á mano hielo ó un aparato frigorífico merced al cual se tengan dichos cristales cuando se quiera. Además, esta «arquitectura» es de escasa duración: basta un rayo de sol para destruir toda esa armonía, y aun el calor del cuerpo puede derretir el copo de nieve.

No hay que temer otro tanto con las *flores de la tinta*, porque en todo tiempo y lugar se puede encontrar fácilmente la materia necesaria en un tintero cualquiera.

Conviene decir desde luego que esas flores de la tinta no tienen relación alguna con los dibujos diabólicos ó jeroglíficos que hacen los escolares desde tiempo inmemorial dejando caer un gran borrón de tinta en una hoja de papel blanco, doblando esta hoja y extendiendo la tinta en todas direcciones mediante una hábil presión de la mano.

Las *flores de la tinta* á que principalmente nos referimos son, por el contrario, obra de la naturaleza, ni más ni menos que las de hielo á que antes hemos aludido, y que por una antítesis de las más graciosas reproducen todos los efectos con variedad mucho mayor.

Echese en una laminita de cristal una gota de tinta, que se deberá extender con regularidad; déjese secar unos cuantos minutos, y en seguida examínese el resultado con el microscopio, con un aumento de 50, 100 ó 200 diámetros. Veráse entonces cómo se forman las *flores de la tinta*, es decir, figuras regulares que aparecerán poco á poco en forma de cristales de perfecta blancura, que se destacan admirablemente sobre el fondo negro amoratado de la tinta.

Si se tiene impaciencia por disfrutar de este espectáculo, se le puede activar pasando la lámina de cristal por cima de la llama de una lámpara de alcohol, ó simplemente por la de una bujía, cuyo calor apresurará la concentración de la tinta. Los cristales serán entonces más pequeños y numerosos; se creerá ver infinitas estrellas, luciendo con brillo plateado, en un cielo de color negro sanguinolento.

Pero si se tiene paciencia para esperar la desecación lenta producida por la evaporación del líquido, los cristales resultarán mayores y de formas más variadas, cruces, flores, etc

Se puede variar hasta lo infinito el experimento activando ó retardando la formación de los cristales, contrariando ó facilitando la agregación de los átomos cristalinos, ya mediante alternativas de temperatura, ya añadiendo tinta á una lamina que tenga cristales formados. Es también probable que la composición de las tintas del comercio varíe en ciertos límites, y que no deje de influir en la mayor ó menor facilidad con que se obtienen ciertas formas cris-

talinas; pero todas las tintas de base de agallas y de sulfato de hierro darán buenos resultados.

Cuando se deja que la tinta se evapore lentamente, es fácil reconocer el sistema cristalino á que pertenecen sus flores. Entonces se ven cubos más ó menos perfectos, pirámides formadas de cubos sobrepuestos como las pirámides de Egipto, vistas por el vértice, rombos más ó menos regulares, agujas ó varillas. Al lado de estas formas de ángulos bien definidos se notan glóbulos ovoides (oolitas) y grandes esferoides de facetas parecidas á las del diamante en bruto. Las flores que se reproducen en nuestro grabado están compuestas de una reunión de cristales, cada uno de los cuales representa los pétalos ó los sépalos de una flor. La *cruz de Malta* ó la flor de cuatro pétalos es la forma normal y regular, pero también se ven con frecuencia no sólo las múltiples de cuatro por la interposición de nuevos cristales en los intervalos, sino también, á causa de accidentes de cristalización, flores de tres y de cinco pétalos, parecidas á las rubiáceas, liliáceas, orquídeas, rosáceas, violáceas, etc.

Parece que se obtiene la mayor variedad de formas pasando *ligeramente* el cristal que lleva la mancha de tinta sobre la llama de la lámpara de alcohol, pero sin acercarlo á ella demasiado; así se activa la evaporación y se consiguen cristales de tamaño regular, bien visibles con un aumento moderado. Conviene no calentar la lámina de cristal sino por uno de sus extremos, y retirarla de la llama antes que se haya secado toda la tinta; de este modo se tendrán todas las variedades de cristalización, desde la más rápida hasta la más lenta.

¿Cuál es la sal que de este modo cristaliza en la tinta? Maravillaremos al lector al decirle que lo ignoramos, y que los químicos y mineralogistas á quienes hemos consultado para salir de dudas no han podido aclarárlas.

Conócense perfectamente los ingredientes de la tinta; cualquier fabricante puede dar los informes necesarios acerca de este punto. Es una solución acuosa de agallas y de sulfato de hierro, á la que se agregan goma arábiga y un antiséptico cualquiera (ácido fénico ó salicílico), para impedir que se florezca. Sábese, pues, lo que *entra* en la tinta; pero se ignora lo que de ella sale, y tal ignorancia es común á este compuesto y á otros muchos de naturaleza orgánica como él.



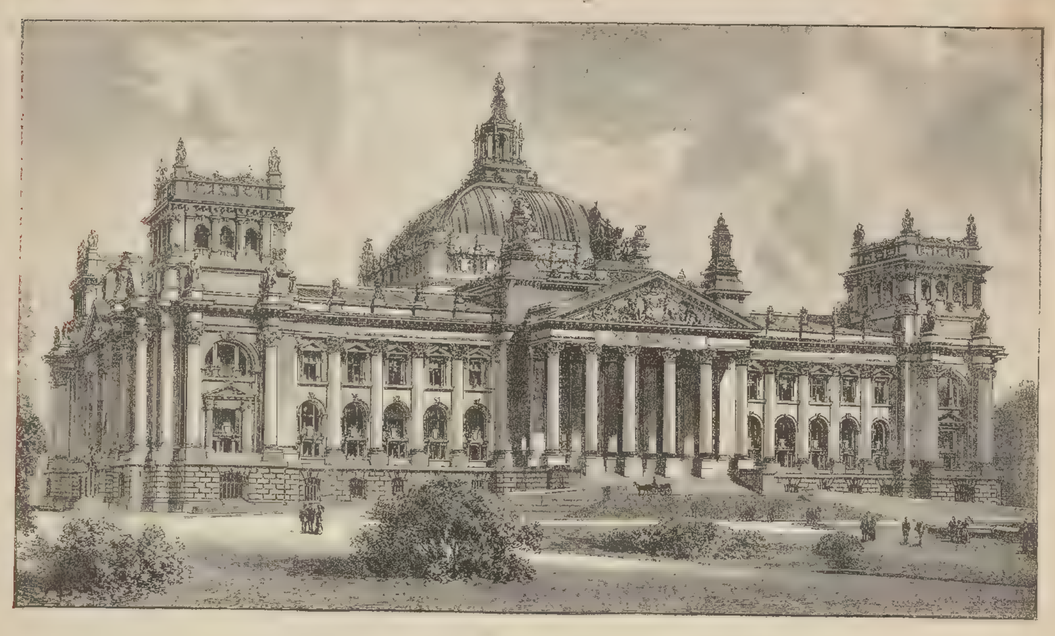
Cristalizaciones formadas por la evaporación de la tinta vistas con el microscopio

Lo que sabemos es que esta sal cristaliza con arreglo al sistema cúbico, porque sus cristales no polarizan la luz, y se advierte además que son delicuescentes y alterables al aire. En efecto, si se conserva una de estas preparaciones para examinarla al día siguiente, se ve que los cristales han perdido gran parte de su brillo y de su regularidad; teniéndose tan sólo á la vista un reflejo muy atenuado del brillante espectáculo que se había admirado la víspera. Conviene advertir que este efecto de delicuescencia no se observa igualmente con todas las tintas; hemos conservado preparaciones que llevan notas inscritas al correr de la pluma con tinta *del siglo diez y nueve*, y aunque estas preparaciones datan de dos meses, todavía se distinguen en ellas cristalizaciones muy claras en forma de cruces ó de estrellas, examinando los caracteres con el microscopio.

Es probable que la sal á que nos referimos sea *hierro oxidulado* ú *óxido magnético* ($Fe^3 O$) ó quizás *pirita blanca*, bisulfuro de hierro ($Fe S^2$), llamado también *marcasita*. Nos inclinaremos á suponer que es esta última substancia, á causa del color blanco de los cristales y de la facilidad con que se agrupan en forma de *maclas crestadas* ó de *peritomas*, maclas que constituyen las cruces y las flores tan elegantes de que hemos hablado al principio No creemos que pueda tratarse de una sal orgánica como el galato de hierro, pues que cristaliza en agujas y no en cubos.

Por otro lado, el predominio del sistema cúbico parece indicar que es hierro oxidulado más bien que hierro sulfurado blanco, que suele cristalizar en el sistema ortorrómbico. Sometemos esta dificultad á los químicos y mineralogistas, que podrán sin duda resolverla estudiando más detenidamente el fenómeno. Confesamos nuestra incompetencia, y nos limitamos á plantear esta cuestión: ¿qué sal ó sales de hierro son las que forman estos cristales?

DR. E. TROUESSART



EL NUEVO EDIFICIO DEL REICHSTAG ALEMÁN, proyectado por el arquitecto Pablo Wallot

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 17 de diciembre de 1894 — Núm. 677



Fragmento del cuadro titulado «El Rosario de la Aurora,» original de J. García Ramos

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el primer tomo de las «Obras escogidas de Ventura de la Vega,» ilustradas por Nicanor Vázquez, que es el último correspondiente á la serie de 1894. En él y merced á no pequeños esfuerzos van contenidas todas las obras poéticas del ilustre autor de «César» y «El hombre de mundo,» cuya adquisición no se hallaba hasta ahora al alcance de todos por el elevado coste de las ediciones publicadas.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Clausura del Parlamento portugués y apertura del Parlamento italiano. – La paz universal. – China y el Japón. – Los pueblos progresivos y los pueblos inmóviles. – Inteligencias de Rusia é Inglaterra con respecto á China. – Boda del czar. – Discurso del Emperador Guillermo. – Conclusión.

I

Han cerrado los ministros portugueses el Parlamento y abierto el Parlamento los ministros italianos Aplaudamos á los segundos por haber facilitado con esta válvula de seguridad el necesario desahogo á la opinión pública, y censuremos á los primeros por sus escamoteos parlamentarios, precursores de algún terrible golpe de Estado, el cual puede traer aparejada una revolución, pues malo siempre cuando las calderas están muy cargadas cerrar las salidas por donde huye y se disipa el comprimido vapor. Las tendencias mostradas por el gabinete de Italia en el discurso regio merecen todo nuestro aplauso también, pues indican diminuciones indispensables en los gastos militares, al par que las tendencias mostradas por el gabinete de Lisboa en sus actos recientes merecen todas nuestras censuras, pues siembran gérmenes de guerra civil, más desastrosos que los miasmas generadores del cólera morbo y más abominables, pues no se puede abominar de aquello calamitoso que está en las fatalidades múltiples del universo, y se debe abominar de aquello calamitoso que genera el albedrío de los hombres. Corto aún el número de saludables economías ideadas por el ministerio Crispi en los renglones del presupuesto relativos á guerra, pero algo á la postre, siete millones de liras, muy plausibles, no por la cantidad que suman, por la inclinación que indican. ¡Ah! Doquier veamos un verdadero síntoma de paz tenemos que aplaudirlo, como aplaudimos á Italia, pues apacigua los ánimos de todos, prosperando los intereses universales; y doquier veamos un síntoma de guerra civil ó extranjera tenemos que condenarlo, como condenamos al ministerio portugués, pues sus temeridades políticas engendran inevitables discordias, cuando el planeta nuestro pide concordia y armonía entre todos sus hijos.

II

Sin embargo, viendo el horrible conflicto de Oriente conviértese uno al interior de su conciencia y le pregunta si estaremos sujetos los humanos también á perdurable guerra, como las especies inferiores, quienes unas á otras se devoran y exterminan por el ser y por el vivir, sin tregua y sin piedad. Se han los mares manchado de sangre y se han las campiñas cubierto de cadáveres. Los cañoneos han retumbado y refulgido como nubes tempestuosas, cual han las ciudades bamboleado sobre sus cimientos como naves sorprendidas por el huracán. Hay quien dice que los vencedores concluyen con los chinos á palos en los sitios de sus derrotas, como concluyen los marineros á palos con los ratones en las bodegas de sus buques. Andan los regimientos japoneses á los asaltos sobre calientes entrañas y se manchan el rostro los soldados con los humores que despiden los cuerpos recién muertos al pisarlos y reventar como si fueran cuerpos de sapos. No persiguen los labriegos las bandas de langosta como persiguen los japoneses las bandas de China. ¡Pobres chinos! Les han sumergido las escuadras en los abismos; les han puesto en el caso de abandonar sus mejores posiciones; les han arrancado Corea, por cuyo dominio, más ó menos honorario, tanto han en todas las edades combatido; les han echado en la península disputada de todos los puestos donde asentaran sus pies; les han vencido en Puerto Arturo; les han arrancado una parte de su Mandchuria, en quien libraban toda su seguridad, como fortaleza boreal, contra las irrupciones posibles; y ahora no solamente les piden hasta el maravedí último que puedan tener en sus cajas, sino la presa puesta en litigio y con ella la isla Formosa, poseída de antiguo por China; todo lo cual equivale, no sólo á una derrota irreparable, á una diminución vergonzosa y terrible. Así corren muy válidos miles de proyectos contra China, por aquella ley antigua de que á los vencidos no les queda otro recurso para salvarse por un esfuerzo desesperado, sino saber como no pueden esperar de parte ninguna y de nadie la imposible salvación.

III

Así no debe maravillarnos haya surgido una idea tan lógica de suyo y tan en armonía ó congruencia con todo cuanto pasa en el Asia oriental, como la división de China en trozos y el reparto de tales trozos entre potentados parecidos á los viejos reyes feudales. La *Gaceta* de Francfort tomó la delantera este verano en tal proposición; y desde la fecha del artículo suyo hasta hoy no ha retrocedido un paso el pensamiento, demostrando cómo la sacudida por el Japón dada en estos combates á China tuvo una tan grande violencia, que la tiende por tierra y la desarraiga del suelo y la conduce á su ruina, si algún esfuerzo desesperado de la grande víctima no toca el duro corazón de sus inmoladores Hay quien cree propicio este instante para deshacer ese imperio amarillo, sujeto á su jefe y señor como las máquinas á sus motores, porque puede ir al combate, como ningún otro, según va de desposado con la muerte y de rendido á la nada. Allí, por estas creencias en la nirvana y por estas propensiones al suicidio de todo un pueblo han pasado matanzas capaces de aterrar al infierno y poner en fuga los demonios mismos, espantados de tales carnicerías, semejantes al degüello de una especie y al aniquilamiento de un planeta. Así han muerto allí, en pocos años, á hierro, cuarenta millones de tai-pings y quedádose las tierras del Yunnan despobladas y estériles, como si el filo de la guadaña que la muerte lleva en su puño hubiese concluído hasta con los animales inferiores y segado hasta la hierba de los campos y puesto en seco y en agotamiento la vida: que todo esto se necesitó para extirpar de allí el islamismo, sobrepuesto á la religión de Buda, y las familias mahometanas que habían mezclado á su sangre mogólica las ideas guerreras contenidas en el Alcorán y en sus juras. «Ya que puede un día exterminarnos, gritan los contrarios al pueblo chino, exterminemos nosotros á ese Imperio Celeste, cuyos holocaustos interiores demuestran cómo llegarían en sus triunfos á destruirnos y aniquilarnos, si alguna vez se decidiesen por la irrupción y por la conquista.»

IV

Todo el mundo admira la resolución firme con que ha entrado el Japón en campaña, la fuerza de sus ejércitos, la copia de sus recursos, la destreza de sus escuadras, la pericia de sus generales, el reconcentrado valor de sus huestes que luchan feroces con otras huestes, las cuales llevan su abnegación y su heroísmo hasta el desesperado suicidio y se hunden, como en su atmósfera propia, en la eternidad insondable. Las victorias de Yalu y de Yalong, la rápida posesión de Corea, la entrada en Mandchuria tan audaz como segura, las amenazas á una ciudad como la santa Mukden, carísima por mil títulos á los chinos, hacen del Japón y de sus soldados los protagonistas del escenario, donde hoy se desarrolla la política universal, y los árbitros de la guerra ó de la paz en el planeta. No hay quien, al ver todo esto, deje de comparar á los pueblos que progresan movidos por el espíritu de su siglo con los pueblos que se petrifican en una inercia y en una frialdad semejantes á la inmovilidad mineral, tan diversa del organismo y del movimiento que reinan en más altas esferas del ser y de la vida. No se crea que ha llegado el Japón á una plenitud tan completa de su ser y á unas instituciones tan liberales como los pueblos europeos, no. En la serie de los progresos evolutivos, el Japón ha entrado dentro de un período como aquel que atravesamos nosotros cuando se constituyeron las grandes monarquías y se organizaron los Estados modernos. Pero tal forma del Estado y tal substancia de la sociedad, abandonadas por nosotros ya en la constante ascensión á los ideales de progreso moderno y á las encarnaciones del dogma democrático, aplicadas á una sociedad como el Asia, dan los resultados que ahora vemos, recordándonos el estrellamiento de los imperios persa y meda en islas como las islas del mar jonio, y las derrotas á ellos infligidas por un puñado de hombres libres, los griegos, que triunfaron sobre la servidumbre y dieron debida cuenta de los siervos; pues, á la corta ó á la larga, dominan las instituciones progresivas á las instituciones reaccionarias en el eterno combate por la libertad y por el derecho, cuyos esfuerzos llenan todos los espacios del mundo y todos los minutos del tiempo. Las victorias del Japón se deben á que tal Estado lleva medio siglo de ventajas al Estado chino en la serie del humano progreso y en el aproximamiento á la humana libertad.

V

Mas lo que resulta hoy averiguado, es la celeridad con que á estas horas corren hacia la destrucción de China los japoneses, ensoberbecidos por sus victorias. Y más averiguado todavía resulta lo inquieto del gobierno inglés y del gobierno ruso á esta certidumbre, porque mientras el primero, aparte ciertos establecimientos, como los que alza él en cualquier islote, si le sirven como faros eternos para la libre carrera de sus barcos, tiene conexiones con China, como las inquebrantables de sus fronteras índicas y de sus posesiones birmánicas; el segundo tiene con China de común territorios inacabables en las cien partes que acercan los dos mayores imperios continentales, que con el imperio español del Nuevo Mundo han soportado los espacios y han conocido los tiempos. Así, lo mismo Inglaterra que Rusia se aperciben á llamar al gobierno japonés á capítulo, y detenerlo, no sólo en todos sus proyectos de ataque al Celeste Imperio, en todo propósito de agregarse la península coreana Los japoneses, que muy pagados de sus progresos denomínanse á sí mismos los americanos del Asia, huyendo á la intervención europea en sus asuntos hanse con América encarado y pedídole su desinteresada intervención, puesto que al hacha de sus exploradores cayeron las puertas del imperio coreano, tapiadas por las tradiciones políticas y por las creencias religiosas contra toda curiosidad extranjera. Pero con este supremo recurso á los Estados Unidos, que aparece como una espontánea oferta de su presidente y no como una imposición del equilibrio universal, en vez de calmar á los poderosísimos Estados europeos, les ha puesto en gran vigilancia y traídoles á una concordia de la cual puede resultar que los japoneses reciban una indemnización crecida en dinero y retrocedan en los planes de mayores engrandecimientos territoriales y extensión de su tutela ó protectorado, como ahora se llaman las conquistas, sobre Corea y sobre Formosa. Lo cierto es que al matrimonio del czar con una nieta dilectísima de la reina Victoria y á la presencia del príncipe de Gales en todas las tristezas y angustias por que pasa la familia imperial rusa durante sus duelos recentísimos, se le atribuye la inmensa importancia de significar un arreglo entre los dos Estados que supere las dificultades múltiples extendidas desde los Dardanelos á las puertas orientales del Mediterráneo, hasta el Pamir á las puertas boreales de China é India. Nunca insistiremos bastante ahora para entrever y anunciar lo porvenir en el hecho de las preferencias dadas por la corte moscovita y su gobierno á una princesa como la de Hesse, que representa la política occidental, sobre una princesa como la de Montenegro, que representa la política panslava. Y siendo quizás la mayor causa de inquietud y zozobra que podemos sentir los partidarios de la paz universal esta vieja competencia entre Rusia é Inglaterra, todo cuanto procure calmarla debe parecernos de perlas y alentarnos en el trabajo de reconciliación entre los pueblos enemigos y de apaciguamiento universal. Por fortuna esta idea nuestra va entrando en todas las inteligencias y apoderándose de todos los corazones á una este gran sentimiento. El más guerrero entre los príncipes del mundo, Guillermo de Alemania, en la reunión de su Parlamento ha leído un discurso pacífico. Ante tales palabras sólo podemos exclamar: Gloria en las alturas á Dios, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Madrid, diciembre de 1894

UNA EMBAJADA SWAZI

Á LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA

En un rincón del Africa meridional existe un pequeño reino independiente hasta cierto punto y apenas conocido, que ocupa una extensión de 18.000 kilómetros cuadrados y cuenta 64.000 habitantes: de allí ha ido últimamente á la Gran Bretaña una embajada, y con tal motivo consignamos á continuación algunas particularidades de aquel país y sus pobladores.

Los swazis son una parte de la gran nación zulú, de la cual se disgregaron á la muerte de Tshaka, el Carlomagno zulú. Una porción de swazis se encaminaron al Norte y se establecieron en el país de los matabeles, sojuzgados poco antes por la Compañía inglesa sudafricana; otros fundaron un reino independiente en el distrito septentrional del Pongolo y al Oeste de las montañas de Lebombo, reino que se conoce hoy con el nombre de Swaziland ó país de los swazis, y allí han establecido un fuerte dominio que limita por el Sur con sus consanguíneos los zulús, y en el que pueden oponer mejor resistencia á las usurpaciones de los boers, los cuales, desde la República Sudafricana procedían á estas usurpaciones veladas por una fingida amistad, y tanto que una gran parte de aquel terreno fué arrebatada á los swazis antes que éstos lo echaran de ver. Entonces pensaron que lo mejor sería aliarse con los ingleses, que á la sazón estaban en guerra con los boers y los zulús.

En efecto, los servicios que hace quince ó diez y seis años prestaron los swazis á las tropas inglesas merecieron que los generales sir Garnet Wolseley y sir Evelyn Wood les manifestaran su vivo agradecimiento por ellos, y que cuando se firmó la paz y se reconoció la independencia de la República Sudafricana, se estipulara también que la del Swaziland se reconocería debidamente. A este efecto se incluyó una cláusula en el convenio de Transvaal de 1881, reproducida asimismo en el de 1884, y la misma estipulación se ha hecho constar en otros términos en el convenio de Swaziland de 1890. En virtud de esta estipulación, el Swaziland, sin dejar de ser independiente y de tener á su cabeza un monarca indígena, está gobernado por un consejo mixto de funcionarios designados por la corona de la Gran Bretaña y por la República Sudafricana, los cuales, según parece, no cumplen debidamente las prescripciones de dicho convenio, y la reina regente de aquel país, Usibati, ha dispuesto el envío de la embajada en cuestión.

Los representantes de S. M. swazi, cuyos retratos incluímos en este número y cuyo aspecto demuestra que pertenecen á la más pura raza cafre, ascienden á seis. El jefe de esta embajada, que sólo tiene 26 años y se llama Nonganga, es un mocetón de más de seis pies ingleses de alto y de robustez proporcional. Es uno de los primos del rey difunto. Le acompañan Unkonkoni, Madonsela, éste el solo individuo de la embajada que no va como los otros rapado y con una corona á modo de cerquillo frailuno, hecha de fibras vegetales, distintivo en el Swaziland de los jefes de familia, y que sirve de intérprete, pues es el único que habla el inglés; Umhlonitshwa, Mandoni, ambos indunas ó nobles de elevado rango, y el segundo, ayo del niño del rey swazi Ungwane, y por fin Uziboguana, y Mr. G. H. Hulett, intérprete inglés agregado á la embajada.

Los swazis observan en general las mismas costumbres y género de vida que sus consanguíneos los zulús, siquiera su mayor contacto con los ingleses del Africa del Sur los haya civilizado un tanto.

En su país viven todavía en chozas, así es que han llamado mucho la atención de los embajadores las elevadas casas de Londres y la dureza del empedrado, tan diferente del blando terreno de sus senderos.

Los swazis son polígamos, y los seis mencionados embajadores reunen entre todos hasta treinta y seis esposas, mostrándose muy ufanos de poseer esta especie de propiedad.

Su religión es nula, ó cuando más tienen una ligera idea de la existencia de un Creador del universo; por esto, cuando se llevó á los embajadores á visitar la iglesia de San Pablo de Londres y la Abadía de Westminster, no acertaron á comprender el objeto de su construcción. Dicho se está con esto que en el Swaziland no hay iglesias, y que carecen por tanto de sacerdotes; pero en cambio dan gran crédito á los embaucadores, que con el nombre de doctores ó encantadores abusan de su credulidad é ignorancia.

Muy sobrios en su alimentación, como la mayoría de los pueblos meridionales, sus comidas consisten principalmente en carne de cabra para los hombres, y sopa de leche para los niños. Aborrecen los huevos, y tienen poca afición á la leche; en cambio beben mucha cerveza, si tal nombre puede darse á un líquido que ellos mismos se fabrican.

Los representantes swazis han accedido á vestirse á la europea para ir á Inglaterra, pero en su país el traje es más elemental: allí los niños van enteramente desnudos, y la principal y á menudo la única prenda de vestir que llevan los adultos consiste en un delantal de piel. Los hombres usan el *isinene*, pedazo de cuero de 20 á 25 centímetros de ancho por doble de largo que les cuelga por delante y sujetan á una correa atada á la cintura, y por detrás el *unucha*, que se parece al isinene, pero que es algo más ancho. Las muchachas adultas y las mujeres llevan también parecidos delantales, con frecuencia adornados de cuentas de cristal ó de metal, y además se ponen encima del delantal media piel de buey delicadamente curtida que les llega á las rodillas. Las mujeres de los jefes ó indunas se envuelven hasta los pies en un manto á modo de toga. En cuanto á los adornos, son los mismos que usan generalmente los pueblos cafres.

Los embajadores swazis, que durante algunos días han estado llamando la atención de los habitantes de Londres, han regresado á su país con una decepción amarga, pues desconocedores de las prácticas diplomáticas y creídos de que podrían tratar directamente de sus asuntos con la misma reina de Inglaterra, se han encontrado con que ésta les remitía á sus ministros para dirimir las cuestiones pendientes, procedimiento que no han acertado á comprender.—A

Mandoni Mr. G. H. Hulett Madonsela



Uziboguana Nonganga Unkonkoni Umhlonitshwa

Una embajada swazi á la reina Victoria de Inglaterra (de fotografía de Russell é hijos, de Londres)



LA BOCA DE LA MINA (de una fotografía)

LOS AZUFRALES DE SICILIA

El conocido dibujante italiano E. Ximenes acaba de hacer una excursión á las minas de azufre de Sicilia, en busca de esos tipos y de esas impresiones á las que tan aficionados son todos los artistas, y en *La Ilustración Italiana* ha publicado un interesante resumen de su viaje, que traducimos á continuación, incluyendo algunos de los dibujos con que el citado artista ha ilustrado su relato.

Desde la estación de Lercara, dice, á los primeros azufrales de este país, el centro azufrero más inmediato á Palermo, se sube en diligencia por espacio de una hora. A la mitad del camino hay un atajo escabroso, pero que lo acorta mucho. Apeóse con nosotros para aprovechar aquel camino más breve un caballero muy atento y perfecto conocedor de la localidad.

– ¿Ve usted?, me decía. Aquí todos los mineros gozaban en otro tiempo de bastante bienestar; á ninguno le faltaba su reloj y su cadena de plata, los días de fiesta paseaban por la plaza de Lercara muy bien vestidos y hasta elegantes; pero hoy han cambiado los tiempos. Sobrevino la crisis y el azufre no se vende. Los dueños de las minas, los mineros y los cargadores ganan menos de la mitad que antes; la competencia de las piritas ha ocasionado la depreciación de nuestro producto, y el derecho de exportación que percibe el gobierno le ha dado el golpe mortal.

Y á continuación hizo una detallada disertación sobre las tristes alternativas de la industria azufrera en Sicilia.

Yo recordaba haber estado en Lercara en 1872 y haber bajado á una de aquellas minas, de la que creí no poder salir.

– Ya verá usted qué mina ha establecido Sartorio. Es una mina modelo. Todo se hace con máquinas: extracción y fusión.

– Entonces no es eso lo que busco, contesté deteniéndome. Busco una mina en la que los cargadores transportan el mineral á cuestas, como la que vi por aquí en 1872.

– Es que también las hay alrededor de la de Sartorio. Mire usted á la derecha.

De lo alto descendía una larga cuesta llena de menudos detritos. Era la masa del mineral arrancado, depositado en prolongada línea ondulante. Subiendo por aquella pendiente se podía llegar pronto á la *pirrera* del tipo que buscaba.

Hubiera sido un alpinismo audaz y arriesgado el poner el pie allá abajo, es decir, caminar por aquel montón de escombros de trozos de azufre mezclados con tierra, que vistos de cerca, pesa cada uno medio kilogramo.

– Ahí detrás, me dijo mi interlocutor, está el sendero abierto por los cargadores; suba usted por él y no se hará daño alguno; llamaré para que le lleven la maleta.

Y dió un silbido agudo.

– ¡Piccioti!, gritó. ¡Eh, Piccioti!

– ¿Quién llama?

Y saltando por aquella escarpadísima pendiente acudió un muchachón macilento que hizo ademán de quitarse la gorra que no llevaba.

– Beso á ustedes las manos: ¿qué tienen que mandarme?

– Carga con el equipaje de este caballero.

– Sí, excelencia.

Seguí sorprendido aquella forma humana semidesnuda que se había echado á cuestas, como si fuesen de pluma, cuarenta kilogramos de peso: dos máquinas fotográficas y una maleta. Desde los tobillos hasta medio muslo aquel pobre hombre estaba lleno del fango negro y viscoso que corre por el fondo de la mina, mezcla de agua, tierra y azufre.

– ¿Eres minero?

– No, señor; soy cargador.

– ¿Cargador á los cuarenta años?

– Es que no tengo esa edad: por Pascua florida cumpliré veintisiete.

Al terminar la cuesta se ofreció á mis ojos un paisaje nuevo, el paisaje del desierto, con sus médanos y su abrasador ambiente; una profunda extensión de arena pajiza, limitada por un horizonte de purísimo azul. No había allí asomo de vegetación; el sitio está muy alto, y la cerúlea extensión de las cañadas ondulantes que llegan hasta Girgenti se eclipsa, dominando en absoluto aquel caótico á la par que majestuoso cuadro de aridez y silencio.

– ¿Adónde quiere usted ir, señorito?

– A la pedrera.

Al poco rato llegábamos á la puerta de una de aquellas minas. Esta puerta viene á ser como la concha de un apuntador, de la que salen vapores sulfurosos: una cancela de madera cierra su entrada. Ábrese esta cancela y aparece un hombre casi desnudo, cargado, sudoroso, que nos mira de soslayo y sigue su camino para depositar en su sitio la pesadísima carga. Síguele un muchacho no menos cargado, y luego otro, y otro que llora, se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano y al vernos se sonríe.

Planto allí la máquina fotográfica, y entonces ninguno quiere volver á entrar en la mina. Me es ya imposible cogerlos desprevenidos: todos arreglaban sus andrajos, se estiraban los calzones y se atildaban todo lo posible. ¡Adiós sinceridad de fotografía instantánea!

– ¡Poneos en fila!

Desplegáronse cruzándose de brazos ó poniéndolos sobre los hombros del compañero, con los ojos fijos en el objetivo y en la actitud más solemne.

Cuando hube reproducido aquel gran grupo, todos desaparecieron en aquel obscuro antro, contentos como unas pascuas porque prometí darles una prueba á cada uno.

Los seguí; ya éramos amigos y podía estar tranquilo allá dentro, en sus dominios. A los cincuenta metros, la temperatura se pone insoportable, y avancé resbalando en aquel fango viscoso que enjabona aquellos escalones rudimentarios, apoyándome en la pared, alumbrado por una vela que apenas difundía claridad á un metro de distancia. Es imposible seguir adelante; se mira aquella obscura profundidad, y maravilla el que centenares de metros más adentro pueda haber seres humanos. Es tanto el calor, la sofocación, que dan ganas de desnudarse. Puesto que los muchachos van desnudos, también pueden ir los mayores; adelante, pues, y saquemos fuerzas de flaqueza..., pero falta la respiración; el calor y el sudor lo han penetrado todo, lo mismo la ropa exterior que la interior. Al llegar á cierto punto conviene detenerse; los cargadores, prácticos del terreno que pisan, salen corriendo, pues han tenido ya tiempo de cargar.

Hay que dejar paso franco á aquella procesión: todos los que la forman salen lamentándose.

– ¡Ay, ay, ay!

– ¡Cómo pesan esas piedras malditas!

– ¡Triste de mí que quise venir al mundo!

– ¡Más me hubiera valido nacer cerdo!

Y pasó aquella visión de espectros, aquella reproducción viviente de una escena como las que se suponen en el infierno.

Más abajo los mineros arrancaban con grandes picos de acero los pedruscos de azufre para que los cargaran aquellos mártires. Y estos *viajes* se repiten lo menos veinte veces al día; y la letanía de ayes y lamentos contra los mineros que los cargan en demasía y contra sí mismos va á extinguirse con el sol, con la luz exterior, á la salida, donde los cargadores recobran su alegría, se ponen á saltar y por pocos minutos olvidan las tribulaciones de su ruda faena.

Allá en el fondo, en las entrañas de la tierra, los mineros, enteramente desnudos, sudan arrancando trozos de tierra y de azufre; más abajo, á derecha, á izquierda y á lo lejos hay una serie de grutas y de agujeros, velados por una niebla acre y pesada de ácido sulfhídrico. A la escasa luz de unas cuantas lámparas se destacan grandes sombras de hombres y de cosas. Alguna sonrisa irónica nos saluda, juntamente con algún otro saludo respetuoso:

– Señorito, ¿también quiere usted venir á trabajar? Si quiere usted divertirse, aquí tenemos el Casero y la Strada Nuova (aludiendo á las dos grandes calles de Palermo). También hay aquí Café de los Cuatro Cantones y Jardín Inglés.

Conviene no contestar y compadecer á aquella pobre gente. La caravana de cargadores vuelve y comienzan de nuevo las protestas porque los mineros los cargan demasiado.

– No tengo fuerza, no puedo.

– ¡Carga, haragán, flojo!

Y se echan á cuestas la carga que les ponen, porque allí no se gastan bromas, y nunca faltan bofetadas y puntapiés.

Se comprende á la salida la sonrisa y la alegría de los cargadores. Parece que se renace.

– Del infierno al paraíso, decía un chicuelo casi raquítico, sentado en el suelo junto á su espuerta vacía.

Pero á medio kilómetro de allí está la gran mina de Sartorio, donde, como queda dicho, todo se hace con máquinas, lo mismo la extracción que la fusión del azufre.

Viene á ser algo así como un gran taller moderno, que presenta un marcado contraste con las excavaciones vecinas. La instalación de aquel vasto establecimiento se remonta al año 1874. Hay en él una larga galería horizontal para el depósito del azufre en bruto, máquinas de vapor de los últimos modelos y aparatos de tracción, artefactos magníficos de la fundición de Ortea.

Es el único establecimiento donde se han introducido estas máquinas modernas.

El cargador presta en él un trabajo muy parecido al de los jornaleros, albañiles é individuos de las brigadas de ferrocarriles; este trabajo se reduce á transportar el material por vías planas desde el punto de extracción hasta la galería de depósito. Otros cargadores están destinados á cargar las vagonetas en el interior de la mina y á descargarlas fuera de ella.

En esa mina el cargador no se queja, porque dispone de dichas vagonetas para su tarea.

En las otras, sistema de transporte á cuestas, el cargador tiene que salir, lo menos veinte veces en ocho horas, casi desnudo y chorreando sudor, de la boca de las minas á exponerse á la intemperie.

En invierno se hiela pasando instantáneamente de los 13 grados, temperatura en el interior de aquéllas, á los 5, que es la temperatura invernal ordinaria en Lercara

En verano el sol lo tuesta despiadadamente con sus rayos abrasadores.

Más arriba, hacia el Norte, vi otro gran grupo de minas, entre las cuales hay una herméticamente tapada, porque está incendiada.

En estas minas, el desarrollo del ácido sulfhídrico es más sofocante; allí se practica todavía el método primitivo de extracción y de fusión: los *calcaroni* y las *calcarelle,* donde el azufre se funde quemándolo.

La procesión de aquellos muchachos enfermizos y raquíticos oprime el corazón.

Parece imposible que las innovaciones humanas y más provechosas de Sartorio no puedan introducirse en todas las minas.

– Y sin embargo, no se puede, me decía un minero inteligente. Aquí la propiedad está muy fraccionada y los propietarios ceden en arrendamiento las minas. Podrían hacer de todas una sola y gran mina asociándose, pero los propietarios están desunidos, y por ahora no hay que pensar en ello, dado el bajo precio del azufre. Y sin embargo, la extracción de una tonelada de mineral con las máquinas de Sartorio cuesta dos liras menos de lo que cuesta la que se efectúa á hombros.

Desde aquella altura se dominaba toda la cuenca sulfúrica de Lercara; las negras y hormigueantes procesiones de cargadores parecían trazar cintas sinuosas en el llano amarillento é irisado; aparecían y desaparecían debajo de tierra silenciosas.

Aquellos seres desmirriados van consumiéndose así rápidamente.

De cuatro mil jóvenes alistados todos los años para el servicio militar, no resultan doscientos útiles.

¿Qué puede hacer en aquellas alturas la ley sobre el trabajo de los niños, sobre los infortunios? Si este trabajo los destruye, en cambio aplaca su hambre: ¡ay si llegase á faltar! Sus familias se verían reducidas á un estado más miserable todavía.

Podrán seguir publicando sus teorías todos los economistas, socialistas y congresistas, pero aún está muy lejano el día en que el genio humano llegue á sustraer á los cargadores á su tremenda vida.

¿Lo conseguirá? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Entretanto los infelices seguirán exclamando: *¡Más me hubiera valido nacer cerdo!*

Y seguirán recorriendo aquellas lúgubres galerías que se hunden en los abismos de la tierra, desnudo el cuerpo, macilento el semblante, cargados con pesos superiores á sus fuerzas y reproduciendo el espantoso espectáculo que involuntariamente trae á la memoria del que lo contempla las escenas infernales que tan maravillosamente describió el Dante en su inmortal poema.



EL TRABAJO EN LAS MINAS, dibujo de Eduardo Ximenes

EL ABRAZO

Hace algunos años, en una antigua población de Castilla y reunidos varios amigos en cierto rincón íntimo del casino, oí á un viejo magistrado el relato de esta historia, cuya comprobación debe hallarse en el proceso que con motivo del suceso se formó.

D. José García, hombre acaudalado y pudiente, residía hace años en X, en compañía de su esposa doña Carmen, de edad provecta como él. Matrimonio sin hijos, llevaban ambos vida tan metódica y ordenada, que la menor alteración en sus costumbres causábales molestia y enfado: achaque común á quien no ha conocido ni de cerca ni de lejos las tempestades del mundo, y ha visto deslizarse los años de la existencia por senda tranquila y apacible.

Componían la servidumbre dos criadas, antiguas, fieles y sumisas ambas, y que satisfechas y felices eran consideradas por sus amos con especial cariño, formando parte integrante del viejo hogar: tipos de una raza de servidores casi extinguida, de la cual sólo resta algún ejemplar rarísimo para que sirva de original contraste á la turbamulta procaz é inconstante que para tormento de las gentes la ha sucedido.

El casamiento de una de ellas produjo graves cavilaciones á D. José, quien se vió en la necesidad de sustituirla, sin saber de quién echar mano para ocupar el lugar de la contrayente. Y no es ciertamente que faltasen pretensiones, pues tal caso no podía darse tratándose de casa donde con corto trabajo eran seguros y buenos el trato y el salario. La perplejidad nacía de que desechando una por vieja y hecha á malas mañas, y otra por mozuela y descocada, á ésta por sisona y á aquélla por puerca (según antecedentes que con gran esmero el matrimonio recogía), no había medio de dar compañera á Ramona, la criada que con sus sesenta años de vida y cuarenta de activos servicios en la casa, parecía destinada á morir en ella.

En tal sazón las cosas, presentóse á pretender una mujer de treinta años, llegada dos días antes á X desde población lejana. Alta, fuerte, admirablemente hermosa, cautivó desde luego con su arrogante presencia á doña Carmen. Limpia como el oro, bien trajeada á la manera menestral, notó la excelente señora en la pretendiente un aire de mal escondida altivez, como de persona más acostumbrada á mandar que á servir, templada por el decaimiento de un pesar profundo que se veía brillar tras la mirada intensa de los ojos, negros y grandes como la desventura que á ellos asomaba el alma de aquella mujer.

¡Misterios de la simpatía! D. José y doña Carmen, tan exigentes con las que hasta entonces habían intentado entrar á su servicio, pasaron por todo, y Dolores, desconocida, turbada y casi trémula al referirse á su pasado y á su procedencia, que quedaron sepultados en el misterio, fué admitida en la casa.

No tuvieron motivos para arrepentirse de ello. Jamás mujer más obediente, dispuesta y arreglada sirvió en casa alguna. Día tras día transcurrió un año, sin que hubiese lugar á la más mínima queja. Ganóse Dolores tras la simpatía la estimación y el afecto de sus amos y de Ramona, los cuales observaron que la tristeza que desde el primer momento advirtieron en la sirviente, lejos de mitigarse no hacía sino aumentar con el transcurso del tiempo. Dolores no expresaba por llantos ni suspiros su dolor: era éste hondo y mudo, reconcentrado de tal suerte que sólo se manifestaba al exterior por el semblante grave y por la mirada vaga, doliente y perdida en el espacio, y por el ensimismamiento continuo de un pensamiento siempre presente en la imaginación. Durante aquel año ni Dolores recibió una carta ó una visita, ni pudo conseguirse que pisara la calle más que para ir á la iglesia más cercana. Se negaba á salir á paseo en las tardes de los días festivos con tal aire de tranquila decisión que sus amos no insistieron acerca de este punto.

La tarde de un domingo había quedado Dolores en casa, según costumbre. Ramona y D. José habían salido, y doña Carmen bajó al jardín que comenzaba á enverdecer los primeros efluvios de la primavera. De pronto al pasar junto á una caseta que servía para guardar los aperos del jardinero, oyó terribles sollozos. Acercóse presurosa y halló á Dolores acurrucada dentro de la caseta, mordiendo el pañuelo para contener el llanto y exhalando un quejido prolongado mientras las lágrimas corrían por su rostro. A la vista de doña Carmen, tan cariñosa y buena para con ella, Dolores, sorprendida, tuvo un momento de vacilación, hasta que de pronto se arrojó en los brazos de su ama.

—¡No puedo más!, exclamó.

Poco después, allí sentadas ama y criada en un banco del jardín, refería Dolores el porqué de sus pesares. Una historia vulgar. Era Dolores mujer de un carpintero, hombre trabajador que había logrado entre los de su clase posición preferente, que casi tocaba en los límites de la riqueza. Era su taller el más acreditado de la población y Dolores feliz, porque Juan, así se llamaba su marido, ardientemente enamorado de ella, la rodeaba de todo género de comodidades. Sin embargo, llegó un día en que Dolores faltó á sus deberes. ¿Quién fué el amante? Poco importa. Un cualquiera, uno de esos miserables, existentes en todas las clases sociales, que con la impasibilidad de un alma baja y cobarde, abusando de la confianza de quien les da honradamente la mano de amigo, arruinan la dicha de un hogar. Dolores jamás había dejado de amar á su marido: en su corazón habían cabido juntos el cariño y la falsía, la afección al esposo y el escarnio villano de la fe mancillada; su alma había siempre sentido ternura sincera por el mismo á quien vendía, ¡mujer al cabo!

Sorprendidos por Juan, huyeron espantados los dos amantes: los dependientes del carpintero contuvieron á éste, cuando desatentado y loco iba á hacer terminar en sangrienta tragedia los impuros amores. Desapareció el amante de la población sin que de él se volviera á saberse. Dolores, oculta en casa de una amiga, tercera de sus amoríos, huyó al fin, y se refugió en X. Entonces comenzó un padecer sin término al recuerdo de la dicha perdida, avivado por la comparación entre el esposo noble y honrado que había ultrajado y el ser que había motivado la culpa y por el cual se llenó de aborrecimiento. La imposibilidad de deshacer lo hecho, la apreciación de los impalpables motivos de su ceguedad la llenaban el alma de amargura.

Dolores, que había agotado sus lágrimas durante la relación de su desdicha, quedó ante doña Carmen al terminarla en actitud hosca y fiera, como de quien, apurado el sufrimiento, siente tan sólo impotencia y desesperación. Y era lastimoso y triste pensar que allá, lejos, en hogar desamparado y viudo, quizá un hombre solitario, también desesperado, se agitaba en vano contra la imposibilidad de destruir en el tiempo que fué la traición de aquella mujer tan bella y tan querida.

Oyó sorprendida doña Carmen la relación de Dolores, y henchida su alma pura y buena de compasión, sólo vió que había allí un yerro lavado por el arrepentimiento y una desventura posible de remediar. Aquella misma noche tras larga conferencia con D. José, quedó acordado que éste escribiría á Juan, pidiéndole el perdón para la esposa, redimida por el pesar y por su conducta.

—No me perdonará nunca, exclamó Dolores al conocer los propósitos de sus amos; me quería mucho y es muy honrado.

Sin embargo, asida ya de la esperanza de una reconciliación, la desesperada certeza de su destino se sustituyó en su alma con la ansiedad y la incertidumbre de lo que anhelaba. Partió la carta, larga, prolija, sincera, con el sello de la verdad que la bondad de D. José hubo de imprimirla, en términos tales, que el consejo leal y hondo se mezclaba con el ruego, y hablaba en ella el sentimiento tanto como la razón.

Una semana entera transcurrió desde que la contestación debiera recibirse sin que la carta obtuviera respuesta; semana de preocupación y de perplejidad para los amos, de zozobra y ansia infinitas para Dolores. La duda llegó á tomar por parte de D. José aspectos de temor. Quizá había cometido una verdadera imprudencia. Ignoraba Juan el paradero de su esposa, y sólo la fuga de ésta había evitado que cayera rendida y sangrienta á los pies del ofendido.

Al día octavo la contestación hizo cesar aquellos temores. Juan, tras muchas vacilaciones, movido del cariño, del fondo bueno que siempre había reconocido en Dolores, después de una semana pasada también entre angustia é irresoluciones, perdonaba. La carta incoherente, revelando la agitación del que la había escrito, terminaba diciendo que dos días después el mismo Juan iría á buscar á Dolores para restituirla á su casa.

La mirada apagada y triste de Dolores lució con el brillo de la alegría, realzando la magnífica y soberbia irradiación de sus bellos ojos, sombreados por largas pestañas. Desasosegada, inquieta, como si la dicha que renacía no pudiera de una vez entrar en el alma dolorida, aguardó impaciente la vuelta del esposo.

Cuando al fin del plazo prefijado se presentó Juan delante de sus amos, satisfechos por la reconciliación, tuvo lugar la deseada entrevista. Hinchado el alto seno por los sollozos, subiéndole al rostro oleadas de rubor, jamás estuvo Dolores tan hermosa. Juan abrió los brazos con expresión en que la dignidad contenía mal el deseo, y en ellos la guardó largo tiempo como avaro que recoge un tesoro ambicionado con afán.

Era Juan un mozo de treinta años, alto, fornido, de semblante severo y grave.

Quedó acordado que al día siguiente partirían los esposos, y que hasta la marcha permanecería Juan en casa de D. José, á quien con franco apretón de manos dió las gracias por su mediación. Hasta la hora de almorzar determinó salir con Dolores para hacer algunas compras en la feria, que aquel mismo día había comenzado á celebrarse en X. La ciudad se hallaba engalanada é invadida por los forasteros; todo era animación, ruido y movimiento, realzados por un tiempo bonancible y delicioso.

En dirección á la plaza los vieron salir D. José y doña Carmen, cogidos del brazo como dos enamorados. Dos horas después regresaban, y Dolores llena de alegría no exenta de confusión, enseñaba los regalos recibidos de Juan: un mantón, un vestido y dos zarcillos de oro. Franca alegría reinó durante el almuerzo, en que los señores, queriendo dar una prueba más de afecto á los reconciliados esposos, los sentaron á su mesa. Por la tarde tornaron á salir, encaminándose al real de la feria, para ver la de ganados, emplazada en las orillas del río. Largo espacio de tiempo emplearon en recorrerla, abriéndose paso entre el apretado gentío y riendo las gracias de los gitanos, empeñados en vender como buenas, bestias cargadas de mataduras y alifafes.

El cansancio y el mareo los apartaron poco á poco del sitio donde se revolvía la muchedumbre, y alejándose de ella, corriendo á lo largo de la tranquila orilla, sembrada de verdura, se emboscaron en paraje solitario. A sus oídos llegaba vago y confuso el hervor de la multitud, perdido ya por la lejanía.

Ni alma viviente turbaba la soledad agreste del sitio en que se encontraban; protegidos de miradas indiscretas por la verdura de los arbustos, sintiendo en sus rostros el fresco hálito que les mandaba el cercano río, y hundiendo los pies en el menudo césped que blandamente cedía, invitándoles á descansar de la fatiga, en él acabaron por sentarse, saboreando la dicha por tanto tiempo interrumpida.

Caía la tarde apacible y serena, reía la primavera, un aliento de vida circulaba por la naturaleza, haciendo subir la savia á lo largo de los troncos para convertir en hojas y flores el ansia germinadora que por doquier latía, y de la cual eran voces pregoneras el chirriar de las diminutas bestezuelas ocultas entre la hierba, el zumbido de los insectos y el gorjear de los pájaros que apareados cruzaban por los aires.

Un año entero de ausencia, amor inmenso en el pecho, la mujer, admirablemente bella, lanzando de sus negros ojos el efluvio de una mirada hambrienta, el sitio esquivo... Dolores tendió los brazos y Juan cayó en ellos trémulo y palpitante.

Mas poco después, apenas terminada la expansión suprema de su cariño, sin desanudarse de aquel abrazo inacabable, Juan miró á Dolores con tal expresión, que la pobre mujer dió á los vientos alarido de espanto infinito, y quedó yerta y muda, sin ánimo para resistir algo muy negro y muy horrible que sobre ella caía. Fué relámpago de odio y muerte, de desprecio y de ira, de angustia, de vergüenza y de venganza lo que vió brillar en los ojos del hombre que en sus labios acababa de depositar un apretado beso, de esos que dejan huellas en el alma. No se hizo esperar el rayo. La mano izquierda del hombre que blandamente acariciaba un momento antes, abierta se enclavijó en la garganta de Dolores, y la diestra, armada del acero homicida, por tres veces cayó sobre el seno de la infeliz. Dolores vió llegar el golpe, y no es posible decir si le causó más daño el desamor que en los ojos de Juan había leído ó la triple puñalada que empapó de sangre el traje del matador. Media hora después una pareja de la guardia civil detenía á Juan, que de pie junto al cadáver de su esposa, desencajado y lívido, no opuso la menor resistencia.

—Y ahora, decidme amigos míos, exclamó el magistrado al terminar su historia, ¿cómo calificar el delito de este hombre? ¿Fué artero, cauteloso y frío, y supo llevar á la esposa infiel á sitio donde asegurar su venganza, madurada en un año de desamparo y de impotencia? ¿Fué arrebato súbito de honrada cólera al pensar, tras la ardiente explosión de su amor, que otro hombre había también mordido en el fruto que el amor, el derecho y la religión guardaban sólo para él? En otros términos: ¿Obró Juan con premeditación ó con arrebato? ¿Había en su crimen circunstancias agravantes ó atenuantes?

—¿Qué declaró el tribunal?, preguntamos.

—No lo recuerdo, ni de eso se trata en estos momentos, dijo el magistrado. Lo que yo deseo saber es lo que hubieran ustedes declarado.

Enrique Corrales y Sánchez



LAS BODAS DE NICOLÁS II. – LA FAMILIA IMPERIAL REUNIDA ANTES DE LA CEREMONIA EN EL SALÓN DE MALAQUITA DEL PALACIO DE INVIERNO DE SAN PETERSBURGO



LAS BODAS DE NICOLÁS II. – LA CEREMONIA DEL CASAMIENTO EN LA CAPILLA DEL PALACIO DE INVIERNO DE SAN PETERSBURGO



CONTRABANDISTAS ANDALUCES, dibujo original de J. García Ramos



ENTRADA EN SEVILLA POR LA PUERTA DEL CARMEN, dibujo original de Manuel García Rodríguez

NUESTROS GRABADOS

Fragmento del «Rosario de la Aurora». - Contrabandistas andaluces, obras de J. García Ramos. - «El Rosario de la Aurora - decía el malogrado escritor D. Benito Más y Prat - comienza en los tiempos de Carlos II, se desarrolla en los de Felipe V, pasa inadvertido en los de Carlos III y llega á su apogeo en los de Carlos IV. Las intrigas de Godoy, las filípicas de Jovellanos, los *caprichos* de Goya y los sainetes de D. Ramón de la Cruz son su natural adorno y complemento.» Celebráronse er casi todas las ciudades importantes de España, revistiendo en algunas de ellas, como Sevilla, el carácter de una gran solemnidad. Dividíanse los asistentes en dos filas, precedidos por una cruz y gran número de faroles de mano y de asta, alternando grandes *farolas-luceros*, aconteciendo algunas veces que al encontrarse por acaso en las calles dos congregaciones organizadoras de distintos *Rosarios*, empeñábanse agrias discusiones acerca de cuál debía ceder el paso á la otra, llegando el caso de que «chocaban al cabo cuerpos contra cuerpos y faroles contra faroles; encontrábanse desesperadamente las campanillas y los piporros; saltaban los vidrios, apagábanse las hachas de cera, plegábanse los pendones y se dejaban oir fuera de tono voces de tiples y de sochantres,» de donde resulta justificada la exactitud de la locución: *Acabó como el Rosario de la Aurora. A linternazos.*

Tal es el asunto que eligió el distinguido pintor sevillano D. J. García Ramos para el notable cuadro que forma hoy parte de la galería que posee el senador D. Fernando Puig. El fragmento que reproducimos, dibujado por el autor del lienzo, basta para dar á conocer la valía de la producción, una de las que más honran al celebrado artista andaluz.

El dibujo reproduciendo algunos tipos de contrabandistas es una nueva muestra de su maestría y de su poderoso espíritu de observación.

Las bodas del tsar Nicolás II de Rusia. - El día 26 de noviembre celebróse en San Petersburgo el casamiento del tsar Nicolás II con la princesa Alicia de Hesse, que desde su ingreso en la iglesia ortodoxa es la gran duquesa Alexandra Feodorowna. Desde el día antes, varios heraldos anunciaron á los habitantes de la capital la proxima ceremonia: el día en que se celebró ésta la multitud, ansiosa de contemplar á la imperial pareja, invadió las calles, que no tenían adorno alguno por razón de la reciente muerte de Alejandro III.

A las diez de la mañana estaban llenos los salones del palacio de invierno; en el llamado de Nicolás hallábanse los grandes duques, los príncipes extranjeros, el cuartel general del emperador, los generales y las delegaciones del ejército; en el de los Escudos las damas de la corte esperaban la llegada de los novios. La novia, acompañada de su hermana, la gran duquesa Sergio, dirigióse en una carroza de gala, blanca, tirada por cuatro caballos tordos, al palacio de invierno para ponerse las galas propias de la ceremonia, delante del tocador de oro de la emperatriz Ana, conforme dispone una antigua costumbre. Llevaba la futura soberana una corona de magníficos brillantes, y de las mismas piedras eran los pendientes, los brazaletes y el collar, joyas todas pertenecientes á la corona, y vestía hermoso traje de brocado de plata con guirnaldas de rosa bordadas en plata al realce y el manto imperial de terciopelo encarnado forrado de armiño y bordado en oro. A las doce, 51 cañonazos anunciaron que el cortejo imperial se trasladaba de las habitaciones interiores á la capilla del palacio: el emperador, que llevaba del brazo á su novia, vestía el uniforme de húsares de la guardia; precedían á la imperial pareja la emperatriz viuda con el rey de Dinamarca y detrás de ella iban los reyes de Grecia y otros individuos de familias reinantes.

En la iglesia, en donde estaban reunidos los consejeros del Imperio, el clero, el cuerpo diplomático y los ministros, los novios fueron recibidos por el metropolitano: el emperador subió a la tarima levantada en el centro de la iglesia, en la que se había colocado un pequeño altar con el crucifijo y los Evangelios, y la emperatriz viuda condujo allí á la novia. Entonces comenzó la ceremonia con el *Obrutschenje*, ó cambio de anillos, por el confesor Janitscheff: los novios encendieron sendos cirios bendecidos y adornados con flores de azahar, que son los mismos que se les pondrán en las manos en la hora de la muerte para recibir el Viático y la Extremaunción, y el sacerdote unió sus manos con la estola; detrás de ellos colocáronse los grandes duques y el príncipe Jorge de Grecia, y mientras los coros entonaban los cánticos sagrados, levantaron sobre las cabezas de los contrayentes dos coronas. Los novios dieron tres vueltas alrededor del altar, bebieron tres veces en el mismo cáliz y el metropolitano dió la bendición y celebró el oficio de gracias en tanto que las salvas de artillería anunciaban el término de la ceremonia.

Al regresar á los salones del palacio para recibir las felicitaciones de los que allí habían quedado esperando, los recién casados abrían la marcha, seguidos de la emperatriz viuda con el rey de Dinamarca, el rey de Grecia con la duquesa de Sajonia Coburgo y Gotha, el gran duque de Hesse con la reina de Grecia, el duque de Sajonia Coburgo y Gotha con la princesa de Gales, el príncipe de Gales con la princesa Enrique de Prusia, el príncipe Enrique de Prusia con la gran duquesa Sergio y otros personajes.

Inmediatamente celebróse en el salón de malaquita un almuerzo, en el que no tomaron parte ni los jóvenes esposos, ni la emperatriz viuda, ni la familia imperial. A las dos, los emperadores salieron del palacio y en un coche de gala se dirigieron á la catedral de Kasán, siendo aclamados con entusiasmo por la multitud que, no contenida por fuerzas de ejército ni de policía, rodeó el carruaje imperial, cuyos caballos, conducidos por cuatro palafreneros, apenas podían abrirse paso entre aquella compacta masa. En la iglesia, en donde los recibieron el metropolitano y el clero, permanecieron un rato en oración, regresando luego al palacio de Anitschkoff, siempre caminando entre inmenso gentío que no cesaba en sus aclamaciones, sobre todo desde que fué leído públicamente el decreto de indulto concedido por el emperador.

Entrada en Sevilla por la puerta del Carmen, dibujo original de Manuel García Rodríguez. - Otro artista sevillano, Manuel García Rodríguez, á quien sus méritos reservan halagüeño porvenir, nos proporciona ocasión para dedicarle estos renglones con motivo de la publicación de uno de sus dibujos. Nuestro amigo y colaborador ha escogido uno de los puntos más bellos de la encantadora Sevilla, pues desde la carretera bordeada de álamos y chopos divísase el pintoresco y brillante conjunto de los edificios, desde las modestas viviendas de sencilla fachada á los señoriales palacios, sobre los que descuella, erguida, elegante y majestuosa, la Giralda, pregonando su antigua grandeza y su morisco abolengo.



FERNANDO DE LESSEPS, fallecido en 7 de diciembre de 1894

García Rodríguez ha logrado crear un género especial, con sus cuadros verdaderamente sevillanos, que aplauden con justicia los inteligentes y adquieren los aficionados. Por nuestra parte, nos limitamos hoy á llamar la atención de nuestros lectores acerca de la nueva obra que de aquel artista publicamos, ya que varias veces nos hemos de él ocupado.

Fernando de Lesseps. - A los ochenta y nueve años de edad ha fallecido en su palacio de la Chesnaye el ilustre ingeniero cuyo nombre irá eternamente unido á la más grande de cuantas empresas se han realizado en el presente siglo, y cuya gloria no bastará á obscurecer el desastre de la última de sus atrevidas concepciones.

El conde de Lesseps nació en Versalles en 19 de noviembre de 1805, y á los veinte años de edad ingresó en la carrera consular, desempeñando diversos cargos en Lisboa, en Túnez y en Egipto, hasta que en 1833 fué nombrado cónsul del Cairo. Al año siguiente pasó al consulado general de Alejandría, cuando la peste diezmaba la población, y posteriormente ejerció igual destino en Rotterdam (1838), en Malaga (1839) y en Barcelona (1842), en donde, con ocasión del bombardeo llevado á cabo por Espartero, prestó grandes servicios, no sólo á sus compañeros, sino que también á los españoles, y en una palabra, á la ciudad entera, mereciendo por ello honores y recompensas de todos los gobiernos y que la Cámara de Comercio le diera públicamente las gracias y mandara esculpir su busto en mármol: el obispo asocióse también á estos homenajes y S. M. doña Isabel II, apenas fué declarada mayor de edad, le concedió la encomienda de Carlos III de primera clase. La revolución de 1848 en París obligóle á ir á Francia, de donde fué á Madrid como ministro plenipotenciario, siendo agraciado entonces con la gran cruz de Isabel la Católica. Enviado á Roma cuando se supo el ataque de la ciudad por el ejército francés, vió los asuntos de la república romana bajo un aspecto más favorable de lo que su gobierno deseaba, y habiendo hecho públicas sus impresiones, el general Oudinot, jefe de las fuerzas expedicionarias, embarcóle en Civitavecchia.

Desautorizado por el gobierno y sometido al Consejo de Estado, Lesseps, que hace algunos años publicó un libro lleno de documentos defendiendo su conducta, abandonó á consecuencia de aquel suceso la carrera diplomática y marchó nuevamente á Egipto, en donde concibió y maduró su proyecto de apertura del istmo de Suez. Las dificultades diplomáticas, los recelos de Turquía, las rivalidades de los ingleses y las dudas y objeciones de algunos ingenieros fueron otros tantos obstáculos que retardaron la ejecución del atrevido plan, pero no bastaron para quebrantar la fe y la firmeza de Lesseps, que supo vencer todas las dificultades, y que en 20 de noviembre de 1869 pudo ver recompensados sus afanes, sus esfuerzos y sus gigantescos trabajos cuando en presencia de soberanos, sabios y periodistas juntáronse con las del Mar Rojo las aguas del Mediterráneo.

En los comienzos de 1879 y cual si la gloria que le valió la apertura del istmo de Suez no fuera para él sino acicate que le impulsara á nuevas y no menos colosales empresas, inició una vigorosa campaña en pro del canal de Panamá, cuyos resultados, lejos de corresponder á sus cálculos y esperanzas, fueron un desastre financiero y un ruidoso proceso que han amargado los últimos años de su vida, minada ya por los sinsabores sin cuento que las punto menos que invencibles dificultades materiales de su proyecto le habían ocasionado antes.

La posteridad, olvidando el fracaso, bendecirá siempre la memoria del *gran francés*, recordando su anterior triunfo.

Lesseps estaba emparentado con la ex emperatriz de Francia Eugenia, por su madre, la señora Power de Málaga, que era tía de la condesa de Montijo. Perteneció á innumerables academias científicas de todos los países y poseyó gran número de condecoraciones de todos los Estados, entre ellas la gran cruz de la Legión de Honor, que le fué otorgada en 1869.

Una feria montañesa, dibujo de Mariano Pedrero. - El abigarrado conjunto de una feria montañesa ha ofrecido ocasión al discreto artista santanderino para ejecutar el dibujo cuya reproducción fototípica figura en las páginas de esta Revista. El bullicioso movimiento de los campesinos, las improvisadas cocinas al aire libre, en las que alrededor de rústicos hornillos humean diversidad de pucheros, los merenderos y figones, los grupos de vendedores y compradores, el ganado y cuanto constituye esos primitivos y perpetuados centros de popular contratación, recuérdanos las patriarcales costumbres de nuestras provincias del Norte, y especialmente el precioso capítulo en el que el inimitable Pereda, el novelador montañés, describe la feria de *Pedreguero* en su *Don Gonzalo*.

Acertado ha estado el Sr. Pedrero en su composición, á la que ha sabido dar verdadero sabor de localidad, produciendo un cuadro de costumbres de gran interés, pues tiene un doble aspecto, el artístico y el nacional.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - LONDRES. - La Antigua Sociedad de Acuarelistas celebra su acostumbrada exposición de invierno, para la cual sólo se han admitido croquis y estudios: en ella llévanse la palma con sus paisajes Alberto Goodwin y Mathew Hale, que rivalizan en finura de composición y delicadeza de colorido. Llaman también mucho la atención las marinas y paisajes de A. W. Hunt, Eyre Walker, Rosa Barton, Carlos Davidson, Napier Henry y Walter Crane y las figuras y retratos de E. A. Hughes.

PARÍS. - La viuda de Eduardo André ha regalado al Louvre, como legado de su esposo, el cuadro *La Virgen rodeada de santos*, de Hans Memling, que aquél había adquirido de la colección Secretan por 80.000 francos.

HAMBURGO. - Proyéctase construir un monumento á Bismarck, que de realizarse no dejará de llamar la atención por lo original. Sobre la meseta que con el nombre de Falkenstein Blankenese se eleva á 140 metros sobre el Elba, se construiría un castillo gótico de 45 metros de anchura por 20 de profundidad, en el cual habrá, como sitio principal, un salón de los Hohenzollern: en éste se colocarán las estatuas de los emperadores y cuadros que representarán los episodios más notables de la historia de Alemania. El edificio estará coronado por una estatua colosal de bronce, de 20 metros de alto, del gran canciller en ademán de dar muerte con su espada al dragón de la discordia.

LEIPZIG. - Para el Museo de la Ciudad se han adquirido 59 dibujos, en su mayoría á la pluma, de Max Klinger y los originales de la última obra de este celebrado maestro, *Fantasías de Brahm*, colección de grabados de gran mérito.

Teatros. - En el teatro de la Corte, de Viena, se ha estrenado con buen éxito una ópera en tres actos del maestro italiano Smareglia, titulada *Cornelio Schutt*.

- En el teatro Constanzi, de Roma, se ha estrenado con aplauso una ópera en dos actos, *Il voto*, del maestro Vallini.

París. - Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de L'Oeuvre *La vie muette*, drama en cuatro actos de Mauricio Beanbourg, interesante estudio psicológico que, si bien peca de cierta monotonía y languidez, tiene algunas escenas de gran vigor dramático; y en Menus Plaisirs *L'élève du Conservatoire*, linda opereta en tres actos de P. Burani y E. Keroul, música de Leopoldo Wenzel.

Madrid. - En el teatro de Lara se ha estrenado con gran éxito una zarzuela en dos actos, *La hija del barba*, letra y música del popular actor Julián Romea. En el Real se ha reproducido con mejor éxito que cuando se estrenó el año pasado la ópera de Paccini *Manon Lescaut*, admirablemente dirigida por el maestro Mugnone. *Los condenados*, drama en tres actos de Pérez Galdós, estrenado en el teatro de la Comedia, ha sido una lamentable equivocación, de la que no tardará de seguro en reponerse el insigne novelista.

Barcelona. - Se ha estrenado con muy buen éxito en el Principal la interesante é ingeniosa comedia en tres actos de Sardou *Las patas de mosca*, muy bien traducida por D. Marcial Morano. Ha comenzado con buen pie la temporada del Liceo, habiendo debutado y merecido aplausos las tiples Lili Lejo, Mas é Italia Repetto, los tenores Moretti y Gennari, el barítono Astillero y el bajo Waurell, y estrenádose *L'amico Fritz*, de Mascagni, que ha gustado bastante, especialmente el dúo y final del segundo acto y el preludio del tercero. El maestro director Spetrino ha sido muy aplaudido en todas las óperas que ha dirigido. En el dicho teatro se ha reproducido con el mismo éxito que cuando se estrenó el precioso baile de Les Delibes *Coppelia*.

Necrología. - Han fallecido:

Hugo Christoph, director del Museo Entomológico del gran duque Nicolás Mikailovitch en San Petersburgo, célebre entomólogo que en sus viajes á la Rusia asiática y al Norte de Persia descubrió muchas especies nuevas de insectos.

Víctor Duruy, famoso historiador francés, profesor de la Escuela Politécnica, ministro de Instrucción pública, senador, miembro de las Academias de Inscripciones y Bellas Letras y Francesa, gran oficial de la Legión de Honor, autor de muchas y muy importantes obras históricas, entre ellas la *Historia de los Romanos* y la *Historia de los Griegos*, que hemos publicado en nuestra Biblioteca Universal.

D. Bernardo Rico, notable grabador y dibujante, presidente del Círculo de Bellas Artes de Madrid y director artístico de *La Ilustración Española y Americana*.



LOS TERREMOTOS DE SICILIA Y DE CALABRIA. – PROCESIÓN CELEBRADA EN MESSINA. – EPISODIO DESPUÉS DEL TERREMOTO DE BAGNARA

LOS TERREMOTOS DE SICILIA Y DE CALALRIA

El 16 de noviembre último comenzaron á sentirse en las provincias de Messina y Catania y en las de Reggio di Calabria y Catanzaro los terremotos que durante tantos días han tenido aterrorizados á los habitantes de aquellas regiones y que han causado tantos destrozos y tantas víctimas. En Messina, tras algunos ruidos subterráneos derrúmbanse el campanario de la catedral y el célebre faro, y cuartéanse las Casas Consistoriales y otros edificios; al poco rato una sacudida violenta lleva el pánico á todas partes, y la gente se lanza á la calle dando alaridos de terror, rezando, organizando procesiones y abandonando muchos la ciudad. Ciérranse las tiendas y las escuelas, alborótanse los presos en las cárceles, los círculos católicos acuden á la autoridad en demanda de permiso para celebrar una procesión de rogativa á la Virgen de la Lettera y el pánico y el fanatismo llegan á su colmo. El rey remite socorros y el gobierno envía al general Mirri para que visite cuarteles y hospitales y adopte las convenientes medidas. De noche, gendarmes, guardias municipales y soldados patrullan por las calles de la ciudad llenas de gente que no se atreven á acercarse siquiera á sus casas, y durante varios días continúa este triste espectáculo y siguen los lamentos, las preces, las procesiones y también los terremotos.

En la Calabria el terror es el mismo y los daños son aún mayores. El poblado de San Procopio se derrumba y cuarenta y dos personas quedan sepultadas entre las ruinas de una iglesia. En Palmi los muertos son siete y cincuenta los heridos; en Bagnara las fuertes y continuas sacudidas han desolado la comarca, muchos edificios se desploman, y muchos más sufren desperfectos de consideración: háblase de ocho muertos, pero se cree que sean más. Falta el pan, faltan socorros, nadie se atreve á andar por las calles porque las casas que todavía permanecen en pie amenazan venirse abajo. En Seminata perecen 13 personas y más de 50 resultan heridas; en Fiumara los edificios se hacen inhabitables, en Reggio di Calabria se verifica una procesión solemne impetrando la ayuda de la Virgen de la Consolación; en Barcellona, en Milazzo, en Scilla, en todas partes las mismas escenas de desolación.

Tal es el espectáculo terrorífico que se ha ofrecido en aquellas hermosas regiones de Italia, y aunque la caridad ha acudido en auxilio de los damnificados, y el gobierno ha atendido con extraordinario celo á las regiones desoladas, adoptando cuantas medidas ha creído necesarias para remediar los daños por los terremotos producidos, mucho tiempo ha de transcurrir hasta que se puedan borrar las huellas de tantos desastres.

Nuestro grabado representa una de las procesiones celebradas de día en Messina en el momento en que pasa por la plaza de la Catedral y un episodio después del terremoto de Bagnara. – X.

PORFIADO EN AMOR

POR HAROLDO MACFARLANE

Tomás Boyd era un joven verdaderamente apreciable por su buen carácter, su honradez, su rectitud, y sobre todo su modestia; era, en fin, un perfecto caballero; pero carecía de ese barniz artificial, si se nos permite decirlo así, de esa finura y de ese artificio que sólo se obtiene por el contacto con la sociedad. Natural de Australia, había ayudado á su padre á reunir una inmensa fortuna, como agente de buques, una de las ocupaciones más lucrativas en aquel continente; y cuando el autor de sus días falleció, Tomás Boyd resolvió aumentar la suma de sus conocimientos dirigiéndose á Europa y particularmente á Inglaterra.

He aquí por qué cierto día del mes de agosto de 1891 el bueno de Tomás Boyd se hallaba tomando el sol en la explanada que impide á las aguas del lago de Ginebra inundar los magníficos jardines, cuidadosamente conservados, del «Hotel de la Hermosa Ribera» en Ouchy-Lausana, cuando de pronto le llamó la atención una joven que, remando con todo el vigor que podía tener una persona de su sexo y condición, procuraba dar impulso á un bote, porque no tenía quien la ayudase. Aquella señorita, pues tal debía ser á juzgar por su aspecto, era al parecer novicia en el oficio, y el bote se inclinaba á uno y otro lado de una manera alarmante, en términos que Tomás Boyd corrió á desamarrar un ligero esquife que vió en la orilla y se dirigió en él al sitio donde era de temer un desastre.

Hallábase ya como á unas diez varas del bote, cuando un golpe de remo más enérgico de lo que convenía ó inoportunamente aplicado, dió lugar á lo que ya debía temerse; la embarcación quedó casi tumbada de un lado, y la joven cayó al agua. Cuando salió á la superficie, Tomás la sostuvo con el garfio que en su esquife llevaba, mas no sin hacer un desgarrón en el elegante y precioso vestido de la remera, quien rogó á su salvador que retirase pronto el garfio porque deseaba ganar la orilla cuanto antes.

Tomás lo hizo así, y la señorita, empuñando otra vez los remos, hizo avanzar su bote hasta que pudo saltar en tierra, donde una dama de aire distinguido, aunque de aspecto de matrona aristocrática, abrazó estrechamente á la joven que acababa de salvarse de un grave peligro.

Ahora bien: cuando un hombre cree que se le debe elogiar por algún acto de audacia ó por hacer una cosa que le distingue entre los demás hombres, y ve que ni siquiera se le dan las gracias, nada tiene de extraño que deje escapar algunas palabras duras, censurando semejante falta de urbanidad y de agradecimiento; pero Tomás Boyd no era como sus semejantes, por lo tanto se limitó á expresar su disgusto con una simple exclamación, y después remó á su vez hacia la orilla.

Aquí debemos hacer una ligera digresión para la mejor inteligencia de nuestra historia. La noche anterior, la señora Derwentwater, la dama de aspecto de matrona, restablecida de un ataque de histerismo, había preguntado á su vecino quién era cierta joven de «rostro descarado» á quien veía sentada á una mesa contigua.

– No lo sé, la contestaron; pero el que está con ella es Tomás Boyd.

– ¿Y quién es ese Tomás Boyd?, preguntó la dama aristocrática.

– Es un australiano tres veces millonario, que acaba de llegar á Europa, proponiéndose marchar desde aquí á Inglaterra, contestó el caballero Algernon Elliot, diplomático en ciernes, con pretensiones de gran talento.

– ¡Ah!, exclamó la señora Dewentwater con una expresión que significaba mucho.

Cuando la náufraga, que era la señorira Emilia Lodore, se encaminó al hotel, señalando su paso con el agua que chorreaba de su elegante traje, no iba acompañada de la matrona porque ésta se había quedado á la orilla del lago para abrazar al salvador de su hija cuando desembarcase y darle las gracias por su arrojo.

– Señora, dijo Tomás Boyd para poner término á los elogios de que era objeto, su señora hija se ha salvado por sí propia.

– ¡Oh!, repuso la dama, usted no sabía que el lago no tiene apenas fondo en el lugar del incidente; si hubiera sido profundo, mi hija habría perecido sin el auxilio de usted, y por lo tanto debo considerarlo como su salvador.

Discutieron sobre el asunto algún tiempo, y después Boyd, convencido de que era inútil argüir con una mujer, consintió en pasar por héroe; y andando el tiempo llegó á ser muy amigo de toda la familia, excepto de la señorita Emilia, cuyo vestido había quedado inútil por el rasgón triangular que el garfio le había hecho.

Cuando la señora Derwentwater y sus hijas abandonaron el hotel para trasladarse á Interlaken, Tomás Boyd fué allí, merced á una invitación especial, y también siguió á la familia á Inglaterra, donde la señora Borrowdale, hermana de la Derwentwater, insistió en que el joven viajero permaneciese algunos días en Las Hiedras, magnífica posesión que la familia tenía en el campo. Con el trato de esta gente distinguida, Tomás, que era un diamante en bruto, adquirió bastante pulimento; de modo que al fin pudo brillar, ya que no distinguirse sobre todos, en el círculo á que pertenecían las familias de Derwentwater y Borrowdale. Desde entonces jamás hubo hombre tan halagado por todos como Boyd: no se emprendía excursión alguna sin que fuese de la partida. Solamente Emilia Lodore le rechazaba con insistencia, aprovechando todas las oportunidades para burlarse de él, lo cual acabó por que el buen Tomás se enamorase verdaderamente de ella.

Cuando estuvo plenamente convencido de que amaba á Emilia, creyó oportuno decírselo á la señora Derwentwater, que escuchó al joven atentamente, y aconsejóle esperar un poco antes de hacer su declaración á Emilia. Después fué á participar el caso á su hermana y á preparar con ella un plan para vencer la antipatía de Emilia.

Por entonces el joven australiano salvó realmente la vida de la mujer á quien amaba, que hubiera perecido sin remedio á no ser por el oportuno auxilio del aspirante á su mano.

En una de las muchas excursiones que emprendían casi diariamente, Emilia, seguida de Tomás, había conducido un caballo á un sitio conocido con el nombre de Paso de las Estacas, y hallábase precisamente en un sitio donde el camino está separado tan sólo por un parapeto bajo de un precipicio. Un turista que se hallaba á cierta altura en la montaña y á quien no se podía ver á causa de una saliente de aquélla, había desencajado de su lecho una piedra muy grande, y acababa de hacerla rodar, después de no pocos esfuerzos, solamente para tener el gusto de observar la rapidez con que descendía. La piedra rodó rozando á su paso el caballo de Emilia, desapareciendo en el fondo del abismo. El caballo, espantado, se precipitó á su vez en la profundidad; mas no con la amazona, que arrancada de la silla por los robustos brazos del australiano, en el instante en que el cuadrúpedo saltaba por el parapeto, se libró de una muerte segura.

Emilia manifestó su agradecimiento al hombre que acababa de salvarla; pero lo hizo de una manera desabrida, con cierto desdén, lo cual fué casi tan enojoso como la más negra ingratitud.

Cuando los demás comentaron el hecho, y Boyd, el hombre más modesto del mundo, comenzaba á regocijarse, creyendo haber conquistado al fin á la mujer amada, Emilia desvaneció muy pronto su ilusión diciendo:

– Sí, debo estar muy agradecida; pero daría cualquier cosa por no hallarme aquí. No hablemos más de eso, porque me desagrada, haciéndome pensar en mi pobre caballo.

Con esto cambió la conversación, y una vez más Tomás Boyd tuvo el disgusto de que no se le tributasen las alabanzas que merecía.

Transcurrió una semana más, y al fin de ella el joven australiano hizo su proposición de casamiento en debida forma; pero fué rechazada.

La señora Derwentwater dijo á Tomás que no debía afligirse por aquella negativa; que las jóvenes cambian á menudo de pensamiento, y que al fin y al cabo se cumplirían sus deseos.

Tomás Boyd abandonó Las Hiedras bastante disgustado al ver frustradas sus esperanzas, y para consolarse y distraerse á la vez, se dirigió al Sud de Francia, donde tuvo continuas ocasiones de divertirse mucho; y lo hizo de tal modo, que la señora Derwentwater juzgó oportuno enviar allí á su hermano para que se informase sobre el género de vida de Tomás Boyd, su conducta y todo cuanto fuera de algún interés para la familia.

Pocos días después, la noble dama recibió una carta en que se decía que el australiano había entrado al parecer en relaciones con una hermosa americana que era la admiración de todos por su singular belleza y su fortuna, añadiendo que Boyd había sido al parecer muy simpático á la joven beldad.

Esta noticia era de carácter muy alarmante, tanto que se juzgó indispensable reunir al punto el consejo de familia, nombrándose presidente al marqués de Carlton, y el resultado de la sesión fué acordar una expedición marítima, invitando á ella á Boyd; y en la carta que se le escribió al efecto, se puso una posdata, diciéndole que no se admitiría una negativa de ningún modo.

Cuando se recibió la aceptación de Boyd, el marqués de Carlton invitó á otras personas á tomar parte en la excursión; pero como Emilia era la única mujer verdaderamente hermosa que había á bordo y Boyd el único hombre casadero, se creyó después mejor no admitir más gente.

II

En la familia Derwentwater había habido siempre mucha unión, hasta el punto de que sus individuos no quisieron nunca estar muy separados uno de otro; pero si el marqués no hubiera tenido más propósito que el de conseguir que Boyd fuese su ahijado, es muy dudoso que nadie hubiera querido seguirle en la gran excursión que proyectaba. La verdad es que el noble caballero esperaba obtener el cargo de gobernador en Australia ó en la India, cargo que se le ofreciera algún tiempo antes, y pensó que no estaría de más obtener algunos informes sobre aquellos países antes de ir á ellos oficialmente. En su consecuencia, se resolvió á visitarlos, haciendo el viaje de ida por la vía del canal de Suez y regresando por el cabo de Hornos.

Fué necesaria la más fina diplomacia, y se hubo de apelar á los más contundentes argumentos para inducir á Emilia á consentir en acompañar á la familia, y esto á pesar de haberse guardado el secreto sobre la aceptación de Boyd hasta el último instante.

Durante los primeros meses de viaje Tomás Boyd fué infatigable en sus protestas de cariño y en solicitar la mano de la desdeñosa joven. Emilia, sin embargo, se mostró tan tenaz como antes, y tal vez hubiera seguido siempre así, á no ser por un feliz accidente que tuvo por resultado el naufragio del yate del marqués de Carlton, debidamente asegurado, por fortuna. Todas las cosas tienen su límite; y cuando la vida de Emilia fué salvada por tercera vez (contando el incidente de Ouchy-Lausana), la joven comprendió que no le quedaba más alternativa que la de prometer su mano al hombre que con tanto afán la solicitaba, y así lo hizo.

Haría unas treinta y seis horas que el barco *Lirio Acuático* había salido de Nueva Zelanda, cuando de repente chocó contra un arrecife. Sin perder tiempo preparáronse los botes, se dispararon cohetes y se encendieron luces de bengala para llamar la atención del primer barco que pasara.

Atendida la magnitud del desastre, hubo relativamente muy poca confusión; se llevaron provisiones á los botes, y todo estaba preparado ya para la marcha cuando alguien gritó: «¿Dónde está la señorita Emilia?»

Al pronto nadie supo qué contestar, y al ver esto Boyd volvió al barco abandonado, que amenazaba hundirse. Persuadido de esto, el capitán dió orden de alejarse del yate, y cuando los botes se hallaron á respetable distancia los tripulantes esperaron, apoyándose en los remos, con intención de permanecer allí hasta la mañana siguiente para recoger á los náufragos. Pero en aquel momento oyóse una fuerte explosión á bordo del desgraciado barco; el capitán creyó que la caldera había reventado, y al ver elevarse un cohete, como señal, de un buque situado á una milla de distancia, dió orden de remar hacia él, lo cual se hizo con tanta energía que los náufragos estuvieron muy pronto á bordo del vapor correo *Oriona*, con rumbo á Wéllington.

Aunque apenas podía dudarse que el *Lirio Acuático* yacía ya en el fondo del mar, el marqués de Carlton, resolvió fletar otro buque cuando llegó á dicho puerto, para asegurarse de que se había perdido. Trató antes de inducir al capitán del *Oriona* á prestarle auxilio en su pesquisa; pero aquel marino alegó que era portador de la correspondencia, y que no podía interrumpir un momento su marcha.

Ahora bien: la razón de no haber hallado á Emilia sobre cubierta con los demás era simplemente que se había acostado muy temprano, molestada por un fuerte dolor de muelas. El ruido y confusión que más tarde se produjeron habrían sido suficientes para despertar á cualquiera en circunstancias normales; pero Emilia había sufrido tal dolor, que se necesitó una buena dosis de cloral para que descansase un poco. Al fin quedó profundamente dormida, y así la encontró Boyd cuando forzó la puerta de su camarote.

Había necesitado algún tiempo para romper la puerta, y cuando hubo despertado á la joven lo suficiente para hacerla comprender cuánto urgía abandonar el buque, ocurrió la explosión que el capitán creyó debida á haber reventado la caldera, pero que en realidad fué causada por un pequeño barril de pólvora, que sin saberse cómo se había inflamado.

Creyendo que el buque se hacía pedazos, Boyd

cogió á la joven, subió con ella rápidamente á cubierta, saltó después á un pequeño bote que por casualidad quedaba allí y remó con fuerza, tomando la dirección que en su concepto habían seguido los otros; pero la casualidad quiso que enderezase el rumbo en sentido diametralmente opuesto.

Cuando hubo remado algún tiempo, soltó los remos para descansar un poco hasta que amaneciese, y cuando al fin lució la aurora, vió que había conducido por fortuna su bote á una especie de caleta de aguas tranquilas, rodeada de cerros y con la orilla poblada de magníficos árboles, cuyo follaje tocaba casi la superficie líquida. Bastaron, pues, algunos

– ¿Y eso le entristece á usted?

– Sí, Emilia ¿Acaso la extraña que piense así? Vivir de este modo con usted es para mí poco menos que una bendición del cielo, y por eso me contrista la idea de que esta situación termine.

– Yo me pregunto, replicó Emilia, cómo recibirá la sociedad á los náufragos que se hallan en nuestro caso; y temo mucho que no haya consideraciones para ellos al presentarse de nuevo. ¿No comprende usted que la situación es terriblemente crítica para una joven soltera como yo?

– Nadie se atreverá nunca á decir una palabra contra usted, señorita Emilia.

de azulado y espeso humo que se perdía en los aires.

Aquello no era, pues, una isla desierta, y sí una ranchería en estado muy floreciente, á juzgar por las dimensiones de la casa que había junto á la granja.

Un sentimiento de amarga decepción contristó á Tomás Boyd al pensar que, precisamente cuando comenzaba la intimidad entre él y Emilia por efecto de su desgracia común, ésta debía tocar á su término.

Sin embargo, se dirigió á la granja, entregado á las más amargas reflexiones, y á mitad del camino salióle al encuentro un hombre.

– ¡Tomás Boyd!, exclamó, abriendo los brazos como para estrechar al joven.



¿Y cree usted, repuso Emilia, que vamos á pasar toda la vida aquí?

golpes de remo para que Tomás Boyd pudiera desembarcar con su compañera en una playa arenosa.

Junto al arrecife que formaba el cuarto lado de la caleta veíase el *Lirio Acuático* intacto aún.

Y antes de que la noche cerrara, Tomás Boyd había levantado dos tiendas en aquella orilla, y Emilia Lodore preparaba la cena – ¡oh fuerza de las circunstancias! – mientras que su compañero iba á buscar los víveres necesarios en el barco náufrago.

Tal fué el estado de cosas durante algunos días, en uno de los cuales Boyd exploró su dominio; pero volvió muy cansado y abatido al parecer.

Emilia se había mostrado últimamente más amable, sin duda por efecto de aquel compañerismo forzoso, y porque la desgracia común debía establecer mayor intimidad entre los jóvenes; de modo que al fin de la primera semana de aquel género de vida á lo Robinsón Crusoe, Emilia manifestó una amabilidad que el bueno de Tomás no había conocido nunca.

– Parece que está usted desanimado, dijo á Boyd una tarde en que el joven se hallaba sentado frente á ella con la cabeza entre las manos, y sumido al parecer en profundas reflexiones.

– Sí, contestó el australiano, levantando la cabeza para mirar á su interlocutora, estoy triste y abatido.

– ¿Y cree usted, repuso Emilia, que vamos á pasar toda la vida aquí?

– Yo desearía..., no, quiero decir que en mi concepto nos recogerán pronto.

– ¿Le parece á usted que no? Pues yo lo dudo mucho, á menos que ..

– ¿Qué?

– Muy sencillo; á menos que se case usted conmigo.

Al oir estas palabras, Tomás Boyd creyó ver el cielo abierto, y á su expresión de tristeza siguió otra de inefable alegría.

Al día siguiente, un barco mercante recogió á los dos náufragos.

III

Dos palabras de explicación para que el lector sepa por qué Boyd estaba tan seguro de que serían recogidos muy pronto.

El segundo día después de haber desembarcado fué el que Tomás destinó á su exploración, y como era natural, quiso buscar el punto más alto, al que subió á duras penas y á fuerza de trepar, á expensas de su ropa en general y de sus manos en particular; pero en cambio obtuvo la recompensa de sus fatigas.

En un lado veíanse la caleta, las dos tiendas y el *Lirio Acuático;* en el otro, la montaña, cuya suave pendiente llegaba hasta una fértil llanura, en cuyo lado extremo divisábase el mar.

No podía dudarse que se hallaban en una isla; pero lo que más llamó la atención de Tomás Boyd fué ver en dicha llanura una casa, ó mejor dicho, una granja, de cuya chimenea elevábase una columna

– ¡Santiago Thornton!, gritó á su vez el australiano en el colmo de su sorpresa.

Después comenzaron las explicaciones.

– Yo iré á recogeros con el bergantín, dijo Santiago poco antes de despedirse.

– Agradezco tu amabilidad; pero á decir verdad, yo no quisiera moverme de aquí.

Estas palabras dieron lugar á nuevas explicaciones, á las cuales puso término Santiago Thornton con las siguientes palabras:

– Pues entonces, hasta el miércoles.

Santiago era un buen amigo, y para Boyd una verdadera joya en aquel caso. Ya hemos dicho que Tomás volvió á la caleta muy abatido, y también sabemos cómo se consoló. Llegado el miércoles, los dos náufragos fueron recogidos, y veinticuatro horas después hallábanse en el otro lado de la isla. El trayecto no era más que de diez millas; mas dieron un considerable rodeo, porque Tomás no quería que Emilia supiese lo que había convenido con Santiago.

Llegaron á Wéllington antes de salir la expedición que debía ir á buscarlos; y como comenzase á soplar un fuerte huracán, no se creyó que valiera la pena de ir á explorar la isla para recobrar el yate.

En la hospitalaria casa de Santiago Thornton pasaron la luna de miel Boyd y su adorada Emilia, que profesaba ya el más acendrado cariño al hombre á quien tanto había desdeñado.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL GRAN CANAL DE CHICAGO

Las fuentes del río Des Plaines están en Wisconsin, cerca del lago Michigan. El río corre hacia el Sur casi paralelamente con la orilla accidental del lago, y después de llegar á la paralela de Chicago se tuerce hacia el Sudeste, y pasando por Joliet, junta sus aguas con las del Kankakee, para formar el Illinois.

La combinación de aguas pasa por el cauce del Illinois al del Mississipí, desembocando en éste un poco más arriba de la boca del Missouri.

Por la ciudad de Chicago serpentea una pequeña corriente llamada el río Chicago que penetra en el lago.

Entre la orilla de éste y el río Des Plaines cerca

Construcción del gran canal de Chicago que ha de unir esa ciudad con el golfo de México

1. Vista del valle del río Des Plaines. — 2. Cabria de vapor para la extracción de tierras. — 3. Draga de vapor. — 4. Grúa de vapor para la colocación de los bloques. — 5. Vista del cauce del canal

de Chicago hay una distancia de unos 10 millas y entre el río Chicago y el Des Plaines no hay más que dos.

En la actualidad gran parte de las inmundicias de la ciudad de Chicago van directamente á parar al lago, amenazando contaminar las aguas de la ciudad, á pesar de tomarse éstas bien lago adentro. Para evitar ese contagio principalmente se han emprendido los grandes trabajos que van en parte representados en nuestro grabado.

Como queda expuesto, en Chicago hay una verdadera bifurcación de las aguas de los ríos, por el Este entrando unas en el lago Michigan, por el Oeste alcanzando otras el golfo de México, á través de los ríos Des Plaines, Illinois y Mississipí. Si aquella extensión que divide la bifurcación de las aguas se abre, las aguas del lago Michigan entrarán en el golfo de México lo mismo que lo hacen en el golfo de San Lorenzo, y una vía interna de comunicación fluvial existirá desde las Provincias Británicas, á través del San Lorenzo, de los grandes lagos hasta el golfo de México.

Se están haciendo los trabajos con esta gran mira, y si todo marcha bien, para el año de 1896 la ciudad de Chicago se comunicará directamente con el golfo de México por medio del nuevo canal.

Si enlazar las aguas entre el río Des Plaines y el lago Michigan por medio del río Chicago es relativamente obra baladí de ingeniería, las necesidades del caso requieren extensas obras de excavación.

El río Des Plaines está casi seco en algunas estaciones, pudiendo pasar sus aguas por una tubería de seis pulgadas de diámetro; pero cuando crece y se desborda despéñase en un volumen de 800 000 pies cúbicos por minuto.

Para obtener la construcción de un canal á través del valle del río Des Plaines, se ha abierto en algunos puntos un nuevo cauce para el río, con un costo de cerca de 1.000.000 de dollars. Esta obra solamente requirió una excavación de 13 millas del nuevo cauce, paralelamente con el canal principal de drenaje; y para alejar de éste las aguas del Des Plaines se necesitaron 19 millas de dique contra avenidas; pues el canal de drenaje tiene que limitarse á llevar las inmundicias de la ciudad, diluídas más ó menos por el lago, hasta la parte baja del río Des Plaines, cerca de Joliet.

El costo total del nuevo canal será de 21.799.283,82 dollars. Los trabajos empezaron en septiembre del 92, y estarán terminados en noviembre del 96. Las excavaciones de todas clases representan las dos terceras partes del costo á que ha de ascender la apertura del canal que una á Chicago con el Mississipí.

Los trabajos del Illinois y del Mississipí para completar la obra colosal los hará la nación con sus fondos federales y la ciudad de Chicago quedará unida con el golfo de México.



Una feria montañesa, dibujo original de Mariano Pedrero

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIII — Barcelona 24 de diciembre de 1894 — Núm. 678

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el primer tomo de las «Obras escogidas de Ventura de la Vega,» ilustradas por Nicanor Vázquez, que es el último correspondiente á la serie de 1894



JESÚS Y SAN JUAN, copia del célebre cuadro de Murillo existente en el Museo del Prado de Madrid, grabado por Baude

SUMARIO

LAS FIESTAS DE NAVIDAD

Y LA VENIDA DE LOS REYES

I

Entre las festividades múltiples inscritas en el calendario nuestro, ninguna tan correspondiente con el hogar como esta Natividad de Cristo, celebrada siempre á la mesa familiar que reune los más sabrosos manjares y bajo la grande chimenea donde se asientan los abuelos y juegan los muchachos. Festividad por completo de la cera y de la luz nuestra Candelaria, con sus candelillas; festividad eclesiástica, por el rezo de las estaciones y asistencias á las iglesias, el transcurso de la Semana Santa y de la Pascua; festividad de las flores el mayo, adscrito á María, cuyo simulacro se levanta bajo pabellones azules y sobre peanas de rosas entretejidas con azucenas; festividad de los astros San Juan, en que las veladas se relacionan á una con las estrellas; festividad de los frutos las dos que celebran el tránsito de la Virgen cuando se pintan los racimos y su natalicio cuando se maduran; festividad terrible de los muertos el 2 de noviembre; festividad del hogar y de la familia y de la infancia y de la maternidad el nacimiento de Jesús. Y así el aguinaldo con sus mercedes, la zambomba con sus zumbidos, el Belén y sus figuritas de barro puestas sobre musgo del monte y alumbradas por arañillas de latón, el baile infantil tras la misa de media noche donde se han oído seguidillas y zorcicos juntamente con el quiquiriquí de los gallos y las vibraciones de los rabeles, el despilfarro de la cena y el insomnio de la velada, todas las circunstancias de tales festejos indican que no hay celebración de los afectos y sentimientos connaturales al hogar como la que repiten todos los años las alegrías y las fiestas de nuestras familias, reunidas en la residencia donde sus jefes habitan, para persuadirse á creer que las alienta un solo espíritu y viven de una sola vida y aspiran á reunirse de nuevo allende los tiempos en la inmensa eternidad. No hay festividad ninguna de las Navidades, ninguna, que no se relacione con la infancia y que no preste á los niños ocasión de divertirse y travesear. Detengámonos para probar nuestra tesis en la última de tal serie luminosa, en la festividad de los Reyes.

II

Algunos historiadores desconfiadísimos indagan cómo pudieron conocer monarcas de apartadas regiones la Natividad milagrosa del Mesías. Preguntando esto, desconocen el estado moral y el estado mental de las generaciones y de las edades que historian. El mesianismo se hallaba tan difuso y radiante por las conciencias, que toda idea, toda esperanza y toda grande aspiración mesiánica se cuajaba con espontaneidad y producía un astro espiritual capaz de guiar y de conducir á las almas. Entonces pobiábanse las grutas de sibilas canoras; el desierto estéril producía profetas innumerables; los presentimientos de una renovación mesiánica entraban en los corazones más fríos y ardían en las inteligencias más apagadas; el profetismo de Isaías resonaba en los versos de Virgilio, y no había un héroe ó un sabio sin su correspondiente cortejo de ilusiones, las cuales ofrecían á los ojos enardecidos y arrobados de aquellos pueblos como un verdadero Mesías. La magia, la interpretación sobrenatural de los hechos naturales, el comentario místico puesto á las cosas vulgarísimas y corrientes, extendíanse por tal extremo y con tanta dilatación por todo el Asia, que había razas mágicas y reyes magos. Con la magia uníanse las viejas tradiciones astrológicas, intérpretes más ó menos seguros, pero intérpretes al cabo, del movimiento, del curso, del resplandor de los astros. Así no debe maravillarnos que los reyes magos acudieran en aquel mesianismo universal á la región productora de los verdaderos Mesías, y mucho menos que, dada la superstición astrológica del tiempo, una estrella esplendente los precediera en su largo camino y los entrara, mediante sus rayos y centelleos, en la cueva de Belén. Los historiadores antiguos traen relaciones análogas entre los fenómenos sociales y los fenómenos celestes. A las leyes de Numa y sus ninfas, al nacimiento de Mitrídates, á la muerte de Julio César, á la noche aquella en que se suicidan Cleopatra y Antonio, á la exaltación de Augusto, á mil hechos históricos preceden ó subsiguen las varias apariciones de astros, de sombras, de fuegos, de rayos, que la poesía y la historia guardan y cien generaciones repiten como anuncios infalibles de crisis trascendentales.

III

A la postre, cuanto sucedía en aquellas horas del génesis de nuestro espíritu, del espíritu cristiano, realizaba las profecías dichas por unas edades á otras edades en su continua sucesión. No hay sino abrir el maravilloso libro de los *Números* y ver lo que anuncian profetas ajenos, como Balaán, á las creencias de Israel. Llamado por Balac para que maldiga con sublimes acentos á los israelitas, aclámalos y bendícelos al impulso y mandato de Jehová. Y no solamente los bendice, anuncia la extensión que debía dar á los ideales de Israel su prometido Mesías. Los ojos paganos de su cuerpo cegaron y abriéronse los ojos divinos de su alma, y vió hermosísimas las tiendas de Jacob y hermosos los pabellones de Israel, comparándolos con arroyos fluyentes, con verjeles vecinos al río, con florones de áloes plantados por Dios, con cedros nacidos junto de las aguas. «Y como Dios extrajo á los israelitas del cautiverio egipcio, les dará fuerzas de unicornio para que devoren á sus enemigos y rompan los huesos de éstos y ericen de saetas sus carnes. Fuerte como un león, se acostará fiado en sus fuerzas Israel. ¿Quién se atreverá, cuál de sus enemigos, á despertarlo? Así una estrella saldrá de Jacob y levantará el cetro de Israel en tales términos que caerán los cantones de Moab y morirán los hijos de Set.» Pues no basta con tales profecías. El mayor entre todos los profetas hebreos, el incomparable Isaías, anunciará también milagros mesiánicos y apariciones de luminosas estrellas, convocando los reyes de las más apartadas regiones para que conduzcan á los lugares del rey David, á los jardines del rey Salomón, oro é incienso de Sava, camellos de Madián, dromedarios de Elfa, marfiles de la negra Etiopía, mirra de Arabia, presentes y tributos de cien pueblos. Y lo mismo anuncia David en el salmo cuarenta y cinco, cuando dice cómo se ha hermoseado el prometido á causa de verter Dios la gracia en sus labios y amar él la justicia y aborrecer la maldad, por lo cual ungiéronle con óleo de gozo; y mirra y áloe y casia exhalaron sus vestidos; y recibió el oro de Ofir, los brocados de Tiro, las perlas de Tarsis, el incienso de Arabia.

IV

Tras todo esto no hay sino reconocer que una tradición por siglos de siglos difundida trajo los reyes de Oriente, guiados por una mística estrella de muy esplendorosa luz hasta el nacimiento de Belén. Esta secular tradición señala Tarsis, Arabia y Etiopía como los respectivos dominios de todos estos reyes magos. Etiopía era en aquellos tiempos como un misterio impenetrable, y Arabia como un perpetuo incensario. Desde aquella tierra negra, poblada con hermosos y viejos templos, llenos todos ellos de santuarios tallados en marfil y ébano, venían miriadas de ideas; mientras venían desde Arabia todas las esencias, quemadas en los altares hieráticos y difundidas en los aires verdaderamente sagrados. Por consecuencia, la fe, generada por tantos y tantos profetas superiores, difundida en tantas y tantas edades creadoras, alma de cien pueblos, animó todas estas figuras vistas en Belén, dándoles una realidad tan viva, que no puede sino reconocerlas y acatarlas de todas veras la historia. Esta duradera tradición fué poco á poco en el tiempo y en el espacio completándose. Los evangelios no habían dado nombre alguno á los Reyes; pero la tradición católica los fué de labio en labio bautizando hasta denominarlos con las palabras admitidas ya por las creencias vulgares. Desde la décima centuria se llaman Baltasar, que significa rey del alba y aurora; Melchor, que significa rey de la plena luz; Gaspar, que significa diadema de la obscura Etiopía. Podrá la fiesta de los Reyes haberse fijado en el 6 de enero más tarde ó más pronto; podrán los críticos tachar de inverosímiles y aun absurdas ciertas especies piadosas respecto de tales potentados litúrgicos; pero viven y reinan todavía hoy entre nosotros. La noche del 23 de junio, la noche del 23 de diciembre, las vísperas del nacimiento de San Juan y de Cristo, se completan con la víspera de Reyes. Todos los niños aguardan algún presente de los viejos y seculares monarcas; todos los ven pasar en sueños con sus turbantes áureos y blancos, la capa de armiño y púrpura en los hombros, los cálices de oro en las manos, caballeros sobre sus hacaneas relucientes, precedidos por las estrellas del cielo, dejando á sus espaldas como un surco de aromas y esencias en los espacios infinitos. Allá, por nuestras tierras, cuando nuestras almas de niños se abrían, flores de arbusto, á todas las abejas y á todas las mariposas; cuando creíamos y esperábamos; las campanas anchísimas de nuestras chimeneas campestres llovíannos peladillas y anises, los cuales blanqueaban las negras piedras del hogar como con dulce nevasco de azúcares. Y no podíamos contentarnos á esta satisfacción inmensa del anochecer; necesitábamos otra satisfacción al día siguiente de madrugada. ¿Cuál emoción volverán á sentir nuestros corazones comparable con la traída por los reyes en la noche y encontrada en las ventanas de nuestro cuarto al despertarnos? ¿Yo recuerdo una vez que me dejaron los reyes alba canastilla, toda llena de anises y ornada con multicocolores lazos, canastilla en cuyo tope temblaban florículas compuestas por hilos argénteos y pajaritos pintados por sederías de vistosos tornasoles y matices. Ninguna flor del campo hame desde aquel entonces absorbido en arrobamiento, y ningún ave del cielo transpuéstome, ni con sus alas ni con sus gorjeos, como estas flores y estas aves de trapo, significando la religión de mis predecesores, la iglesia del hogar, la vida del corazón, porque venían de las manos de mi madre y crecieron á su amor y se iluminaron á sus ojos. He aquí la gran realidad viviente de todas estas religiosas tradiciones. Guirnaldas de ideas abrazan á los que fueron y á los que ahora son, á los que ahora son y á los que serán mañana. Tal es, tal, su indudable virtud.

V

Y lo sucedido en mi corazón ha pasado también por el corazón de los primeros artistas cristianos. Yo nunca olvidaré la emoción producida en mi ánimo por los magos del pintor Gentile, tabla interesantísima que ofrece á los ojos el museo de Florencia. Bajo tres arcos aglomeránse pajes, heraldos, gentileshombres, cortesanos, como cortejo de los reyes venidos en caballos de bellas estampas y de ricos jaeces. La Virgen, primitiva, muy primitiva, baja su frente al Niño sentado en sus rodillas, y el Niño pone las manos sobre la calva cabeza del rey tendido casi á sus pies, que ha depuesto la corona magnífica, reconociéndose como esclavo de la humanidad y de la pobreza, él, tan rico, según muestran brocados y joyas y preseas y pedrerías y todos sus ornamentos. Mucho más natural y sencillo este pasaje en el pintor Pesllino. A la izquierda los caballos, cuyo corte parece germano, seguidos por una muchedumbre de caballeros cazadores, que sueltan, poseídos por alegría verdadera, los rapaces y crueles halcones. En el centro los reyes, con su corte, vestida toda ella del esplendor propio al Renacimiento florentino. A la derecha, bajo un portal de Belén, humildemente sentada, con su Hijo en el regazo, María, que mira satisfecha las ofrendas y los homenajes. Nuestro Museo de Madrid guarda, entre sus maravillosas composiciones, dos cuadros de dos pintores excelsos representando este mismo pasaje. Uno es obra de Velázquez, otro es obra de Rubens. No conozco dos obras tan apartadas bajo el mismo género y el mismo asunto y el mismo tiempo como estas dos obras inmortales. El pintor español ha trazado la realidad prosaica; el pintor flamenco ha trazado lo artificioso y lo teatral. Velázquez refleja y reverbera en su lienzo figuras que han pasado por su retina fiel; Rubens figuras que han pasado por su imaginación creadora. No hay en aquél, no, los excesos de riqueza y de adorno que otros cuadros consagrados á este objeto mismo suelen ostentar. La Virgen se asienta sobre piedras rodadas de una construcción antigua, y viste túnica rosácea, manto azul obscuro, blanca toca muy rebozada, sosteniendo con sus manos á la Divina Criatura, fajada enteramente y ofrecida con amor al culto de los reyes, quienes, de rodillas dos, y uno de pie, acompañado por un paje, que mira con curiosidad las personas y los objetos, presentan sus áureos y magníficos regalos. Pero el cuadro donde se han aglomerado más efectos de luz, más reverberaciones y arreboles, más esmaltes y matices, mayor número de personajes y mayor copia de riquezas en tamaño asunto, es el cuadro de Rubens. Brocados, terciopelos, tisúes, arcas cinceladas, jarrones de oro, cálices y copas, caballos, camellos, dromedarios, pajes ves-



ALEGORÍA DE NOCHEBUENA, cuadro de Blasfield, grabado por Ricardo Bong

tidos con dalmáticas relucientes, reyes cargados con toda suerte de adornos deslumbradores, los arreos y las preseas usuales entonces en las cortes de nuestra España, de Francia, de Italia, todo se reune allí, tomando movimiento vertiginoso, animación extraordinaria, como si el cuadro vibrase, como si las figuras hablaran todas á un tiempo, realzada tal suma de soñados esplendores por un colorido que no ya deslumbra, ciega, cual un rayo de sol, abrasándoos los ojos, entre calientes entonaciones, mezclas inverosímiles de rojo bermellón y sangre, facetas de pedrería donde saltan chispas de colores parecidas á nuestros fuegos artificiales, toques azules y cinabrio, todo ello exagerado hasta la violencia y todo ello parecido á escenas del *Ariosto*, en que la imaginación, desbordada ó loca, finge y fantasea enormísimas hipérboles. ¡Cuán distante de aquel tranquilo Van-der-Weyden, que pinta un establo modesto, un San José parecido á cualquier aldermán flamenco, de gran corrección todo ello, pero de una extraordinaria sobriedad; angulosas y rígidas figuras de color muy apagado y de actitudes muy sencillas! Lo mismo, poco más ó menos, pasa en el cuadro de Boust relativo á este asunto. Una criada, por completo flamenca, se halla de pie tras la Virgen, quien, puesta en una sede vulgar y ordinaria de aquel tiempo, tiende su Hijo á los reyes. El primero de éstos, que al Niño Dios adora, no parece un monarca de Oriente, sino un doctor de Lovaina. Su traje, túnica de terciopelo, se parece mucho á los trajes doctorales y su corona muchísimo á los birretes. Aquellas largas cabezas, aquellas rígidas actitudes, aquellas expresiones en el fondo idénticas, aunque tienen un verdadero carácter, también tienen verdadera uniformidad. Lo recordamos para demostrar cómo se diferencian y cómo se diversifican entre sí los varios genios de la escuela flamenca. Pero no acabaríamos nunca si hubiéramos de citar todas las obras inspiradas por estas páginas del Evangelio, que han dado al fin de sí el arte por excelencia, la pintura católica. Cuando llamó Hegel á la pintura el arte cristiano, como á la estatuaria el arte clásico por excelencia, como á la pagoda y á la pirámide antiguas los ejemplares grandiosos del arte simbólico, supo bien aquello que se decía, y lo expresó de un modo tan feliz que no puede corregirse ni alterarse por manera ninguna. Con efecto, en todos los grandes cuadros y frescos de la edad moderna, el asunto capital se basa sobre la vida de Cristo desde la cuna del Belén hasta la cruz del Calvario. Pero, como quiera que la cuna se parece al nido, al presentimiento, al aroma de las flores, holgámonos más con los cuadros referentes á la Natividad y á la Resurrección que con los cuadros referentes á la Pasión y Muerte del Salvador, y que se mezclan más á la vida por el placer y el deseo de vivir, anejos á la naturaleza humana y al sentimiento nuestro de conservación instintiva, pues parece llevamos los ángeles cantando el *Gloria* que á lo excelso nos eleva, y tañendo las violas que acompañan las aleluyas; como los pastores que descienden al portal santísimo, y como los reyes que las estrellas guían y que las gentes saludan, entre las más risueñas ilusiones y las más consoladoras esperanzas, que son como los paraísos del mundo y como los cielos del espíritu. Así debemos unir nuestra voz al coro de las iglesias, y decir como en las misas: «Gloria eterna á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.»

Emilio Castelar

Madrid, 15 de diciembre de 1894

CRÓNICA DE ARTE

Es inútil buscar razones fuera de aquella órbita en que giran las costumbres y la cultura de los pueblos, para disculpar, ó atenuar por lo menos, actos é ideas que revelan decadencias de todo género. Cuando, como al presente, esa decadencia se advierte de un modo claro y terminante, así en lo tocante á la administración y régimen de un Estado, como al concepto, en lo que se refiere á la política, á la enseñanza, al comercio, á todos los órdenes, en fin, de la actividad humana, con arreglo á las necesidades modernas, no es preciso sumirse en hondas meditaciones para explicar satisfactoriamente la razón de la vida torpe y miserable del arte.

Como quiera que la obra de arte no es una manifestación aislada de la humana inteligencia, antes por el contrario, es la síntesis (apreciando el conjunto de las producciones artísticas) de la elevación moral y de la pujanza material de una sociedad, resulta que, cuando las artes bellas, inclusa la literatura, languidecen por falta de nervio en la idea y por falta de originalidad y robustez en la forma, acusan indefectiblemente esas mismas faltas en el organismo social de la época en que se producen. En todos tiempos y en todas las sociedades, las decadencias, con sus estados patológicos desequilibrados, vinieron á encontrar en la producción artística su imagen exacta; y al presente, esta ley que la historia nos enseña no podía fallar. Lanzados en un caos de encontradas ideas, de aspiraciones múltiples, de egoísmos en pugna, de luchas encarnizadas, los hombres del día apenas si tienen tiempo para descansar un momento, reponer sus fuerzas, recapitulando al propio tiempo acerca del ideal ó del fin por el que luchan. Por eso, en aquellos pueblos donde el entendimiento sutiliza en ese caos en que se halla sumida la sociedad actual, busca y encuentra aquel camino por donde siempre marchó el sentimiento, condición indeterminada del espíritu, que empuja continuamente al hombre en busca de mayores verdades; y el arte va paulatinamente trazando de un modo seguro la órbita moral donde giran todos los idealismos del positivismo (no es antinomia) de nuestros días, y produce así una forma nueva con conceptos nuevos y determinados, que son los rasgos característicos, típicos, de esta sociedad en vértigo. Pero en aquellos pueblos, donde el espíritu humano no asciende hasta esas regiones superiores, en las cuales residen la serena expresión y concepto del ente moral, ahí la lucha sostenida en un nivel de los más bajos adquiere caracteres mortales, de destrucción y aniquilamiento.

He aquí por qué no me asombra, aun cuando me lastime, de un lado la brutal indiferencia de que hacen gala los poderes públicos y los hombres políticos de España (salvo rarísima excepción) en materias de arte, del otro el mercantilismo antiartístico que como única condición saliente parece «anidar» en gran número de los cultivadores españoles de aquella entidad. Porque cuando uno y otro día unas cuantas individualidades – pocas, es cierto, pero al fin unas cuantas—desde las columnas de la prensa diaria y de las revistas vienen abogando por que el arte sea tratado como merece ser esa manifestación del sentimiento humano, alejando de cuanto á ella concurra lo que esté manchado de mezquindad, de intereses, de banderías, de positivismo utilitario, así docente como puramente personal, para que las obras que se produzcan tengan, en cuanto es dable á obra de humano, la pureza y sublimidad de lo absoluto, los mismos artistas, reunidos en tribunal, se apresuran á relegar al olvido el respeto religioso que al arte se le debe, para no ver más que la ocasión de satisfacer compromisos de la amistad y exigencias del amor propio.

No de otro modo se acaba de proceder con motivo del concurso abierto por el ayuntamiento de esta villa y corte para añadir á la fuente de Cibeles unas figurillas que, al decir de ciertas gentes, necesita la obra de D. Ventura Rodríguez, si ha de ser colocada en el centro de la gran plaza de Madrid. Acudieron al citado concurso siete escultores; y, claro, acudieron obedeciendo al reclamo de las quince mil pesetas con que dice el ayuntamiento de Madrid que pagará la labor artística de añadirle un grupo á la trasera del carro de la esposa de Saturno. Y lo que pasma es que hayan encontrado los artistas concurrentes al certamen motivo para lucir, siquiera no haya sido de una manera brillante, condiciones estéticas en el asunto.

No diré que hayan sido injustos los individuos que formaban el jurado, concediendo la ejecución de la obra á los escultores Trilles y Parera; realmente éstos han presentado dos dibujos del grupo y una cabeza de niño bellamente trazados los primeros y modelada la segunda; verdad que el grupito que aparecía juntamente con la fuente, realizado en yeso, era muy flojo y además no «componía,» antes por el contrario, pecaba de mezquino, desdiciendo de la totalidad del monumento.

Pero no es esto lo que yo deploro: lo que deploro es que los artistas que han formado parte del tribunal, entre los cuales se contaba un académico, hayan admitido como bueno el proyecto de nuestro municipio, prestándose—diga lo que quiera el arquitecto Sr. Sallaberry – á destruir con un aditamento ilógico la armonía que ofrece en la actualidad la monumental fuente de Cibeles, que, si no pasa de ser una obra de arte menos que mediana, en donde el barroquismo y el neoclasicismo del peor gusto se juntaron en híbrida unión, á pesar de eso tiene cierto valor como obra decorativa. El respeto á la obra de arte va siendo en esta tierra tan grande como en el siglo pasado. Pero aún puede disculparse á los recalcitrantes clasicones de la pasada centuria de su afán de meterse con los monumentos que no obedecían á los cánones seudo-clásicos, en gracia de la estrechez del criterio estético de entonees; pero en los últimos días del siglo XIX no se puede alegar disculpa de aquella naturaleza, pues tan sólo el afán de ganar dinero guía á las gentes, haciéndolas saltar por encima de todo.

Verdaderamente es curioso el pleito pendiente, con este motivo de la traslación de la *Cibeles*, entre la Academia de Bellas Artes de San Fernando y el arquitecto Sr. Sallaberry, y por ende con el municipio. Dice aquella corporación consultiva que infaliblemente perecerá la fuente, pues para desarmarla hay que proceder á arrancar las grapas de hierro que unen las piezas de que está compuesta la obra de D. Ventura Rodríguez; por su parte el citado arquitecto municipal asegura que el desarme de la fuente no ofrece peligro alguno para la integridad del monumento. Si acierta la Academia, excuso decir que la responsabilidad del Sr. Sallaberry y de los ediles es grande, nos quedaremos sin esa mediocre obra de nuestros casacones que, como he dicho, decora un espacio; pero si por el contrario, la fuente se traslada sin detrimento ostensible, la autoridad de la Academia sufre un golpe rudísimo, que, sobre los ya sufridos en recientes ocasiones, concluiría de hacer imposible su existencia moral.

Otro proyecto, también descabellado (á mi entender), tiene entre manos nuestro nunca bien alabado ayuntamiento. Consiste dicho proyecto en emplazar una gran farola ó foco eléctrico en el sitio que hoy ocupa la fuente de la Puerta del Sol, puesto que el pilón debe trasladarse á la plaza de Madrid, colocándolo allí en vez del pilón que tiene hoy la Cibeles. Y digo que no tiene sentido común la idea de nuestros ediles, por cuanto si algún beneficio reporta al vecindario madrileño el que desaparezca la fuente de la Puerta del Sol, es el de ganarse espacio en sitio donde el tránsito de vehículos de todas clases es tan grande, que en ciertas horas del día y de la noche resulta más que difícil, peligroso, el atravesarlo. Pero por lo visto, para el ayuntamiento esta consideración no tiene importancia alguna, toda vez que se propone erigir, como vengo diciendo, una farola monumental, de la que, por falta de postores en las varias subastas pretendidas por el concejo, se ha encargado proyectar y llevar á cabo – según dicen – el escultor Sr. Querol.

Mas, también con motivo de este encargo, estamos abocados á asistir á una discusión interesante que ya comenzó á iniciarse hace días con una carta del arquitecto Sr. Mélida, dirigida al director de *El Liberal* y publicada en dicho diario. Parece ser que el director de las obras de restauración de «San Juan de los Reyes» ofrecía su monumento al pueblo de Madrid (del cual monumento ya se ocupó la prensa hace tiempo) para el objeto dicho de servir como luminaria, al propio tiempo que contendría las figuras en bronce de D. Ramón de la Cruz y de Goya; claro está que el Sr. Mélida ofrecía su obra al municipio sin retribución alguna. Como contestación á la carta dicha, *El Imparcial* publicó en el lunes último, el dibujo del proyecto del Sr. Querol con una noticia laudatoria. No sabemos lo que, por fin, se hará en definitiva en este asunto; pero no huelga advertir que, dadas las condiciones de la Puerta del Sol, cualquier cosa por pequeña que sea que se emplace en el centro será un estorbo.

Por otro lado, y aparte el mérito de los proyectos de los Sres. Querol y Mélida, me parece la plaza central de esta corte lugar el menos á propósito para que puedan admirarse obras de arte monumentales, no solamente porque en dicha plaza no hay dos puntos de vista medianos desde donde colocarse para el objeto de apreciar el conjunto de un monumento, ya porque no tiene éste fondo alguno sobre que destacarse, ya porque dado el ancho de la Puerta del Sol, tenía que reducirse á límites verdaderamente mezquinos. Y ni el proyecto del Sr. Mélida ni el del Sr. Querol creo yo que ganen, mejor dicho, no creo que sean susceptibles de ser reducidos á las dimensiones que exige el lugar, pues en el del primero quedarían las estatuas de D. Ramón de la Cruz y de Goya á casi el tamaño de las *statuettes*, y en el del segundo, así aquellas figuras que sostienen el sol eléctrico como las que representan las dos fuerzas parecerían, sobre todo estas últimas que bajan por la columna, dos lagartijas ó cosa así.

Todavía no sabemos á qué atenernos respecto de si habrá ó no habrá en el próximo mes de mayo Exposición nacional de Bellas Artes; pero si algo valen los presentimientos, se me figura que no la habrá. Son necesarias 150.000 pesetas, y el crédito está agotado, y los nuevos presupuestos no comenzarán á discutirse hasta ¡sabe Dios cuándo! Hablan por ahí de una transferencia... Realmente, si no hay exposición tampoco en esta primavera que viene, grandes perjuicios se les ocasionará á muchos pintores y escultores, que ahora están trabajando en sus obras y gastando para ello lo que más de cuatro no tienen.



LA VIRGEN DEL PEZ, cuadro de Rafael existente en el Museo del Prado de Madrid, [illegible]

Ciertamente que, dada la importancia que según todas las probabilidades deberá tener la Exposición de Bellas Artes que desde mayo á octubre próximos se celebrará en Venecia; teniendo en cuenta también las exposiciones que por esa época se celebrarán en Munich y París, á las cuales concurren buen número de nuestros artistas de fama; teniendo asimismo en cuenta que se han celebrado recientemente bastantes exposiciones regionales de importancia y la internacional de Barcelona, es de presumir, con todo esto, que la exposición del Estado, si llega á verificarse, tendrá poco saliente. Tan sólo como palenque para gente nueva ó que comienza puede tener valor.

Adonde debieran ir nuestros artistas y nuestros críticos es á Venecia. La Exposición internacional que allí, como he dicho, se abrirá en el próximo mayo, revestirá un carácter excepcional. Forman el comité los artistas más notables de Europa. Alma Tadema, Munckacsi, Laurent, Villegas, Kaulbach, he aquí algunos nombres. Según el reglamento, no podrán asistir más artistas que los invitados y los que hayan obtenido medalla de oro. Vamos, pues, á asistir á un acontecimiento artístico de verdadera importancia. En esa exposición podrá estudiarse el nuevo rumbo del arte de los últimos días del siglo actual.

Hay temperamentos que son de hierro, pero de hierro admirablemente templado; y uno de estos temperamentos es el del pintor catalán Nin y Tudó. Hace cerca de tres años fué acometido de un ataque al cerebro que hubo de degenerar en una hemiplejia; por lo tanto, el lado derecho, especialmente la mano y el brazo de ese lado apenas si mi amigo puede moverlos libremente. Repuesto de la enfermedad y al igual del célebre Vierge, Nin y Tudó se dedicó durante su forzosa quietud á trabajar con la mano izquierda. No hace muchos días he visto dos grandes cartones al clarobscuro, bocetos de dos cuadros que representan *La resurrección de la hija de Jairo* y *A fines del siglo XIX* ó sea un capricho del estilo de los goyescos, finamente dibujados, con el vigor característico de todas las obras de Nin.

Y termino esta crónica dando el parabién á la Academia de San Fernando, que ha tenido el buen gusto de hacer académicos de número á Moreno Carbonero y al músico Pedrell. El autor de *La conversión del duque de Gandía* va á ocupar el sillón que dejó vacante el que fué su maestro y director de la citada academia D. Federico Madrazo.

Guimerá puede decir que á su *María Rosa*, estrenado en el teatro de la Princesa, si el público no le concedió la ovación que á *Mary Cielo*, por lo menos le aplaudió con delirio el primer acto. El autor de los *Episodios Nacionales*, el eximio Pérez Galdós, en cambio, buscando en el símbolo *Los Condenados* formas nuevas, puede decir que solamente pudo encontrar una amargura. Ambos literatos tomarán su desquite. Pero no con símbolos. Aquí no entendemos de eso. ¡Gracias que deletreando nos enteremos!

R. BALSA DE LA VEGA

LA LEYENDA RUSA

ARTÍCULO DEL DÍA

Arde la leña en el hogar, lanzando vivas llamaradas, como tomando parte en la general alegría; las mujeres de la casa hacen diligentes los apréstos para la clásica cena, y los ancianos al amor del brasero entretienen con interesantes cuentecillos la natural inquietud de los rapaces, impacientes por el momento de hincar el diente en el duro turrón.

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir,

dice la copla; y por eso es larga la sobremesa, y saboreando sorbo á sorbo la última copa de vino que á cada cual permiten disfrutar sus recursos, los viejos evocan lo que casi se ha perdido en las lejanías brumosas del recuerdo, hablan los esposos de aquella famosa Nochebuena en que el novio fué invitado á los postres, y las jóvenes y los jóvenes conspiran entre alegres carcajadas para hallar el medio de poder concurrir á la tradicional y para ellos menos religiosa que profana *misa del gallo*.

Al pasar por la calle, percíbese con más ó menos intensidad el rumor de la fiesta de familia: ruido de voces animadas, agudos sones de cristal que choca, la carcajada fresca y sonora, la canción regocijada coreada bulliciosamente por los que piden ¡otra, otra! entre ruidosos aplausos: es el poema de la alegría pacífica, de la alegría del hogar que no volverá á repetirse hasta diciembre del año venidero.

Un grupo dobla la esquina; hombres y mujeres lo componen: marchan unos separados de los demás; otros del brazo; todos animados, gozosos; puntea éste la mal acordada guitarra; detiénese aquél para empinar la bota; lanza uno al aire su voz vibrante entonando una copla de circunstancias; y luego continúan todos su camino, llevando consigo la animación y el contento.

Dentro y fuera, en el hogar y en la calle, todo es júbilo, satisfacción, alegría... Pero ¡ay!, allá bajo, más cerca, junto á nosotros, hay también en tales momentos amargura, miseria, lágrimas, hay hogares fríos, manteles desprovistos, niños que no juegan, padres que sufren, ancianos que piensan en el momento de partir.

Sí; en esta noche, simultáneamente con el poema de la alegría, hay quien llora la tragedia de la miseria; hay quien en el silencio de la resignación, gime su suerte, y quien en la desesperación de la pobreza siente en su pecho el hervor de la ira y en su mente el acicate de la envidia, y éstos y aquéllos exclaman: *¡Para unos todo y para otros nada!*

Seguramente habría la misma alegría entre las gentes felices y mucha menos pena entre los desgraciados, si todos los que hoy cenaran bien supiesen la leyenda rusa y la recordasen esta noche.

Voy á contársela.

Próximamente por estos días, quiso Dios dar una fiesta en el cielo en obsequio de todas las virtudes, y como era natural, todas acudieron.

Allí estaba la Pureza, vestida con un rayo de luna; la Esperanza, cuya túnica estaba formada de una sola esmeralda; la Fe, envuelta en el cáliz de una azucena; la Humildad, con un manto tejido de pétalos de violeta; la Templanza, la Largueza, todas las virtudes en fin, con hermosísimos trajes y preciosas guirnaldas.

La reunión presentaba encantador aspecto: brillaban á porfía todos los luceros; los coros angélicos entonaban sus más dulces cánticos; los más suaves perfumes embalsamaban el ambiente; efluvios de paz, de felicidad, de virtud, llegaban hasta la tierra; y el Señor de los Señores se recreaba una vez más en su obra, y decía: «Todo eso lo he creado yo para el hombre.»

Las virtudes, grandes y pequeñas, estaban alegres: hasta la Paciencia sonreía y la Humildad se mostraba animada.

Todas se hablaban unas con otras, con dulzura, con amabilidad; allí reinaba ¡naturalmente! la paz de los cielos.

De pronto, Dios se fijó en dos virtudes, modestamente vestidas, que aún no se habían saludado y que parecían un poco más aisladas de la reunión general.

– ¡Cómo!, exclamó. ¡Hay dos que no se conocen!

Y fijándose en quienes eran, sonrió, y á aquella sonrisa los cielos y la tierra palpitaron de alegría, y los luceros aumentaron su luz, y los cánticos de los ángeles fueron más dulces, y las ondas de felicidad que descienden sobre la tierra se movieron más rápidamente.

El Señor habló, y las virtudes se colocaron en un círculo.

Dios tomó de la mano á cada una de aquellas dos, y presentándolas una á otra, dijo:

– La *Caridad*... La *Gratitud*.

Y ambas, aunque no se conocieran hasta entonces, se abrazaron.

AURELIANO J. PEREIRA

CRÓNICAS PARISIENSES

Alejandro Dumas, que de tantas cosas hizo befa en sus impresiones de viaje, fué, á su vez, objeto de pesadas burlas de parte de los aristarcos de su época, que le atribuyeron, entre otras ridiculeces, la pretensión de haber descubierto el Mediterráneo.

Los que así se burlaban del entusiasmo y de la ingenua admiración del gran novelista por las bellezas del mar latino, no tenían razón; porque á nuestros contemporáneos se debe el descubrimiento de una infinidad de cosas que de muchos siglos acá se hallaban á nuestro alcance, y de las cuales, sin embargo, no cuidábamos de sacar partido alguno para la satisfacción de nuestras necesidades ó de nuestros gustos y caprichos.

Al empezar en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una serie de crónicas quincenales de París, no pretendemos descubrir nada de la gran ciudad, sino traducir al correr de la pluma las impresiones que su agitada vida produce en nuestra alma, ora la observemos como fríos espectadores, ora nos abrasemos en su fiebre eterna. Y al apuntar nuestras observaciones sobre la vida parisiense, que acentuará gráficamente el lápiz del conocido artista Sr. Azpiazu, no desdeñaremos el escenario en que esta vida se desarrolla.

París ha duplicado su área en poco más de medio siglo, y lo que más le ha impulsado á ensanchar su perímetro, ha sido la necesidad de mejorar sus condiciones higiénicas; cosa que ha logrado rodeándose de parques inmensos y estableciendo en su interior numerosos jardines, que sirven de ornato á la vez que de lugares de esparcimiento y de purificadores del aire.

Una larga serie de observaciones ha demostrado la presencia de unos 300 microbios por metro cúbico de aire en el Parque de Montsouris, mientras que la proporción se eleva á 36.000 en las estrechas calles de los barrios viejos.

La guerra contra los microbios, agentes eficientes y responsables de la mayor parte de las enfermedades que diezman á la humanidad, adquirió aquí gran empuje hace poco más de treinta años, bajo la genial dirección de M. Alphand, cuya muerte reciente ha sido una gran pérdida para la ciudad de París.

Terminado el Bosque de Bolonia, espléndido parque por cuyas alamedas han paseado su hermosura, su magnificencia, su orgullo ó su cinismo las mayores celebridades del mundo, empezó la construcción de los jardines interiores.

Fué el primero el de la Torre de Saint-Jacques, en cuyo centro se eleva el viejo monumento gótico que tiene á su pie la estatua de Pascal. Por primera vez los parisienses vieron transportar en carretas árboles seculares que de la noche á la mañana poblaban sus nuevos jardines.

Aun prescindiendo de las consideraciones de higiene, de moral y de recreo que éstos ofrecen, no es fácil encontrar campo de observación más simpático. El escritor de costumbres, el filósofo, el botánico y el artista encuentran en ellos la reunión más completa y variada de circunstancias favorables para la inspiración y el estudio.

Cada jardín tiene su flora particular, como ofrece su fisonomía propia, cual si tendiese á individualizarse atrayendo y conservando su público especial. Donde la tierra es profunda y rica se han plantado encinas de la América del Sur, coníferas de la California y diversos árboles de la Virginia. En los terrenos arenosos se han aclimatado con éxito los grandes resinosos de los climas templados. La China, el Japón, la Nueva Holanda han proporcionado numerosos contingentes de bellas plantas rústicas á estos parques y jardines. Y como si las floras de Europa, del Asia y del Africa septentrional no fuesen bastantes, se han trasplantado aquí los árboles más delicados de la zona tórrida. Todas las familias del reino vegetal, aun las oriundas de los países más remotos y opuestos, tienen su representación en la capital maravillosa donde se hallan representadas también todas las naciones civilizadas del globo.

Y así como los encantos de la gran ciudad curan la nostalgia de sus huéspedes, venidos de los países más diversos, así los inteligentes cuidados de los jardineros de París logran hacer olvidar á las plantas exóticas los beneficios del clima de su tierra natal.

Decíamos que cada uno de estos jardines tiene un público distinto y fisonomía propia. Unos atraen particularmente á los niños, y otros á los ancianos; las gentes elegantes que pasan sus ocios en los Campos Elíseos y en las Tullerías, son la antítesis de las clases obreras que descansan de su trabajo en los *squares* Montholon y del Temple: el Jardín de Plantas es retiro de viejos y de sabios, y el Luxemburgo es el parque de las señoritas románticas y de los estudiantes satisfechos del presente é ilusionados con el porvenir.

Cuando el público es mixto, lo que sucede con frecuencia, se trazan naturalmente líneas de demarcación en el propio jardín, por pequeño que éste sea. Aquí las doncellas de servicio, allí las mamás; la democracia á un lado, la aristocracia al otro. ¡Oh prometidos tiempos de la igualdad!, ¿qué es de vosotros?

Justo es decir que esta división se opera con el tácito consentimiento y á satisfacción de todo el mundo. Una especie de ley agraria aplicada á los sitios de recreo

Así fraccionado, el jardín es el paseo puesto á la disposición de cada cual; algo así como una parte de paraíso terrenal servido á domicilio.

Estas fracciones paradisíacas no siempre tienen lozano aspecto. Las plantas que las adornan crecen á veces tímidamente y florecen con modestia. Los árboles recuerdan á los niños raquíticos que se crían en las poblaciones sin salir nunca al campo; pero hacen lo que pueden en favor de los que les piden follaje y sombra y no les dan en cambio más que gases y humo de toda especie.

Muchos de estos jardines parecen sucursales de paseos de provincias. Los niños juegan bulliciosamente en los senderos enarenados, entre cuadros de

flores. Las niñeras, sentadas en los bancos, charlan y ríen, y entornan, á veces, los ojos deslumbrados por algún vistoso uniforme militar. Sobre su pedestal, la estatua de algún hombre ilustre inclina la cabeza, como observando lo que pasa en derredor. Pero las Maritornes y Menegildas saben perfectamente que las estatuas miran sin ver.

Hay *squares*, como el de Artes y Oficios, que durante casi todo el día están llenos de gente menuda y grande, que bulle en medio de una algazara continua. En estos jardines nunca faltan kioscos provistos de juguetes y golosinas. Aros y *pulchinelas*, pelotas de goma y de cuero, estampitas y pasteles, todo lo que puede tentar á los chiquillos se halla expuesto á sus ojos, cuando no al alcance de sus manos. Con esta industria comparten los favores de esos pequeños parroquianos los vendedores de barquillos y de agua de coco, como el representado por el dibujo del Sr. Azpiazu. Y á pesar de los empujones y la algazara, ¡qué respeto de parte de esas bulliciosas criaturas para las plantas que adornan estos sitios de esparcimiento!



París. – Vendedor de agua de coco, dibujo del natural de Salvador Azpiazu

Los gorriones suelen ser admitidos en la fiesta, y acuden á comer en las propias manos de los *bebés* las migas de bollo que éstos les ofrecen con regocijada generosidad.

Por la noche, los globos de cristal se iluminan, adquiriendo el aspecto de descomunales perlas; pero ha cesado el bullicio; los niños duermen en sus casas y el jardín queda sumido hasta el nuevo día en la soledad y en la tristeza.

Otros *squares*, como el del Temple, ya mencionado, han pasado á ser del uso exclusivo del pueblo. En ellos no se juega; se descansa; se toma el aire entre el almuerzo y el trabajo de la tarde, ó entre la comida y el reposo de la noche. Esa laboriosa muchedumbre estira aquí sus cansados miembros, como los hombres de estudio dan reposo á su espíritu en el Jardín de Plantas. A la hora de almorzar, muchos parten sus postres con los peces de los estanques; otros leen periódicos ó algún tomo de la *Biblioteca Nacional*, y no faltan mozos que retozan con las muchachas, que cubren su vestidito de lana ó de percal con un amplio delantal de alto peto, honroso uniforme del trabajo.

Dícese que al pie de los tilos que adornan el *square* del Temple, Luis XVI enseñaba la historia al joven delfín. ¿Le diría, acaso, que la cárcel real se convertiría en jardín del pueblo? Al demolerse la rotonda de este edificio histórico, corrió de boca en boca una leyenda. Asegurábase que en los escombros iba á encontrarse el testamento de María Antonieta, allí sepultado. Se buscó, en efecto, pero no se encontró nada.

No contentos con haber aclimatado en sus parques las familias vegetales del universo, los parisienses quisieron aclimatar también todas las especies del reino animal. A este efecto creóse el magnífico Jardín de Aclimatación, donde se puede admirar una de las colecciones zoológicas más completas del mundo. Figura entre los sitios predilectos de los buenos burgueses de París. Durante el verano se dan notables conciertos en la Rotonda, punto donde se inician innumerables idilios ó dramas de amor, mientras los dóciles paquidermos Romeo y Julieta, en esta revista representados por el dibujo, pasean á paso acompasado y lento por el espacioso jardín la generación que, entregada á los placeres de la inocencia, desconoce todavía los goces y los tormentos de las pasiones amorosas.

Juan B. Enseñat

París. – Romeo y Julieta, los dos elefantes del Jardín de Aclimatación, dibujo del natural de Salvador Azpiazu





LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Fritz Roeber (de fotografía de la Compañía fotográfica de Berlín)

NUESTROS GRABADOS

Jesús y San Juan, cuadro de Murillo. – Pocos pintores han igualado en maestría al inmortal Bartolomé Esteban Murillo y ninguno ha llegado adonde él en punto á idealizar los asuntos religiosos que su pincel trazara. Sus Vírgenes, sus Niños, sus santos, sus ángeles tienen una dulzura de expresión que embelesa; ante las sagradas imágenes de sus cuadros el creyente siéntese invadido por inefable arrobamiento; póstrase de hinojos y de sus labios brotan fervientes y sentidas plegarias, y aun los indiferentes, los que han visto desaparecer de sus corazones la fe que un día en ellos imperara, experimentan emociones reveladoras de sentimientos no del todo extinguidos y más de uno percibe en su memoria como ecos lejanos los recuerdos de la oración que aprendiera cuando niño. Es imposible sustraerse á esa impresión indefinible y mientras aliente en el hombre ese algo infinitamente superior á la materia que todos en nuestro interior sentimos, las obras del eximio artista sevillano serán universalmente admiradas, no sólo por lo que tienen de bellas en la forma, sino por las sublimidades de su esencia.

Uno de los más notables cuadros de Murillo es el que publicamos, que se guarda en el Museo del Prado de Madrid y cuyas bellezas permite apreciar perfectamente el primoroso grabado de Baude, uno de los artistas que con mayor talento y éxito cultivan la xilografía.

Alegoría de Nochebuena, cuadro de Blasfield. – Entre las varias formas adoptadas por los artistas para simbolizar la Nochebuena pocas se han generalizado tanto como la que ha inspirado al reputado pintor alemán Blasfield. Las campanas movidas por manos de ángeles interrumpen el silencio de la noche para anunciar al mundo con sus alegres sonidos el nacimiento del Niño Jesús, tal es el asunto sencillo del hermoso grabado que reproducimos, composición bellísima, en la cual no menos admirable que la ejecución son la armonía y el gusto con que el autor ha sabido combinar los varios elementos que en ella entran, formando con todos un conjunto agradable de elegantes líneas y acertados efectos de clarobscuro.

La Virgen del Pez, cuadro de Rafael. – No hemos de ponderar las bellezas de este cuadro admirable que se conserva junto con otras muchas preciosas joyas debidas al pincel del gran maestro de Urbino en el Museo de Madrid: únicamente diremos que, pintado en 1513, pertenece al tercero de los períodos en que la historia del arte divide la vida artística de Rafael, es decir, á aquel en que después de haber recibido las lecciones de su padre, de Viti y sobre todo de Perugino y de haber estudiado en Florencia las magistrales obras de sus contemporáneos, más viejos que él, Miguel Angel y Leonardo de Vinci, y las de sus predecesores, pasó á Roma llamado por el Papa Julio II para pintar sus famosas *estancias* y el gran salón del Vaticano. A este tercer período, el de mayor actividad del inmortal Sanzio, pertenecen también, entre otras muchas obras de inestimable valor, varios retratos, los cartones para los diez tapices que le encargó León X y que fueron tejidos en Arrás (Flandes), los frescos de las logias vaticanas, multitud de madonas, como la de la Diadema, la de la Silla, la de la Tenda y la Sixtina, el famoso *Pasmo de Sicilia* y la maravillosa *Transfiguración de Jesucristo*, que la muerte le impidió terminar y que se conserva en la suntuosa residencia de los romanos pontífices.

La Sagrada Familia, cuadro de Fritz Roeber. – Lo hemos dicho en varias ocasiones y á propósito de este cuadro fuerza nos es repetirlo: por efecto de las influencias del tiempo en que vivimos, los asuntos religiosos tratados por los pintores modernos no tienen, por punto general, ese misticismo que en tan alto grado supieron imprimir en sus obras los grandes maestros antiguos, cuyas producciones, á pesar de los siglos transcurridos, son objeto de universal admiración en los templos y museos en donde se conservan. Hoy se sienten, es cierto, esos asuntos por algunos artistas que aún no han perdido la fe; pero ésta no es tan intensa como en aquellos días en que, sumidos por ella en profundos arrobamientos, los pintores trazaban en el lienzo figuras de tal modo animadas de un algo sobrenatural que han dado lugar á multitud de piadosas leyendas, como la del beato Angélico de Fiesole. Aparte de esto, la pintura moderna ha producido en ese género obras maestras, desde el punto de vista técnico especialmente, y entre ellas merece sin duda contarse la que reproducimos del alemán Roeber, composición grandiosamente concebida y ejecutada con una corrección y una facilidad, así en las figuras como en el paisaje, que compensan sobradamente la deficiencia antes señalada y que no debe achacarse á la personalidad del artista, sino al espíritu de la época en que vive.

Terremotos en la República Argentina. – El día 27 de octubre, á las cinco de la tarde aproximadamente, un violento temblor de tierra conmovía las provincias de San Juan y La Rioja, repercutiendo hasta á orillas del Plata, esto es, á más de mil kilómetros de distancia de la cordillera andina causante del tremendo desastre.

Afortunadamente las víctimas son escasas; en cambio son muchas y de consideración las pérdidas materiales, y si bien San Juan no ha sufrido tanto como la Rioja, las vistas que publicamos dan una idea de lo tremendo de la sacudida.

San Juan, capital de la provincia del mismo nombre, fué fundada en 1561 por D. Juan Jofre, y cuenta actualmente con unos quince mil habitantes. La circunstancia de producirse de día el terremoto economizó muchas vidas, ya que á las primeras oscilaciones, y éstas duraron 55 segundos, todo el mundo se lanzó á la calle para contemplar desde allí cómo se derribaban las construcciones menos fuertes y cómo se cuarteaban las paredes más sólidas.

No bien se tuvo en Buenos Aires noticia de la catástrofe, suscripciones fueron abiertas para aminorar sus efectos, y el resultado honra sobre manera al pueblo argentino, al que le enviamos la expresión de nuestra pena por la desgracia que le aflige.

Prisioneros chinos en Ping Yang (de una fotografía). – En el número 676 de La Ilustración Artística describimos la batalla de Ping Yang que puso la ciudad de este nombre en poder de los japoneses: hoy publicamos un grupo de prisioneros chinos hechos en aquel combate por los soldados del Mikado. Hasta hace poco los vencedores habían respetado las vidas de los enemigos, á pesar de que los hijos del Celeste Imperio no guardaban siempre las mismas consideraciones con los contrarios que caían en sus manos; pero en Porth Arthur se ha interrumpido esa noble tradición, y los japoneses, excitados, es cierto, por los horrores cometidos por los chinos en aquella plaza, han sometido á los vencidos á sufrir idéntica suerte. Por fortuna el gobierno del Japón se propone castigar con mano firme estos desmanes y adoptar medidas que eviten su reproducción en lo sucesivo, conducta que contrasta con la de algunos altos funcionarios chinos, que según parece han llegado hasta poner precio á las cabezas de los japoneses.

Las hermanas Barrison en el Jardín de Invierno de Berlín. – Estas cinco jóvenes hermanas, oriundas de la América del Norte, han llamado mucho la atención recientemente del público berlinés: la menor tiene quince años y la mayor diez y ocho; todas ellas son rubias, bonitas y esbeltas, visten con mucha elegancia y ejecutan algunas danzas grotescas con una gracia y una precisión encantadoras. El bellísimo grupo que publicamos, más que reproducción fotográfica parece copia de una obra de arte, y este es el mejor elogio que puede hacerse de las hermanas Barrison, pues demuestra que en sus danzas y evoluciones preside un gusto exquisito y un sentimiento artístico que rara vez se encuentran en los que á esa clase de ejercicios se dedican.

El despertar de Jesús, cuadro de Pedro Borrell. – El autor de este cuadro es, como en otras ocasiones hemos dicho, artista de los de vieja cepa, de los que siempre han cultivado el arte por el arte, de los que empapados en los eternos principios de la belleza y educados en una escuela que tiene por norma el sentimiento y la sinceridad de los afectos, prescinden de esos cambios que la moda caprichosa impone, sin por eso despreciar las evoluciones que aconseja el progreso en su incesante marcha, lenta, racional y por ende sólida y segura. Gracias á esto, sus cuadros religiosos se resienten menos que los de la mayoría de pintores modernos de esa falta de unción que el predominio de lo humano sobre lo divino ha traído en las obras de esa índole, y como el bellísimo *Despertar de Jesús*, nos recuerdan las producciones del siglo de oro de la pintura sagrada, porque en ellos se advierte que el pincel, tanto como por la mano, ha sido guiado por un corazón en que la llama de la fe arde con toda su viveza.



República Argentina. – Terremotos ocurridos en las provincias de San Juan y La Rioja el día 27 de octubre último. – Efectos del terremoto en la ciudad de San Juan.
Dibujo de Passos, de fotografías remitidas por D. R. Monner Sans, de Buenos Aires

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – DRESDE. – El Consejo de la Academia ha escogido las obras en cuya compra se ha de invertir el legado de la fundación Pröll-Heuer, designando trece cuadros que figuraron en la última exposición de Dresde y que ostentan firmas tan justamente celebradas como las de Gebhardt, Lenbach, Kiessling, Kuhl, Skarbina, Bochmann, Dieffenbacher, Zugel, Meyerheim, Leistikow, Ludwig, Ritter y Rabending.

ESTRASSBURGO. – La notable Colección de cuadros antiguos se ha enriquecido recientemente con varias obras de mucha valía, entre ellas dos lienzos de Cima de Conegliano, una *Madonna* de Fra Diamante y un cuadro de Franz van der Meulen, pintor de Cámara de Luis XIV.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Munich, se ha cantado por vez primera en Alemania la ópera de Smetana *Dalibor*, que ha sido acogida con gran entusiasmo.

– En el teatro Manzoni, de Milán, ha tenido un gran éxito la graciosa comedia de Labiche *Champignol malgré lui*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *L'hôtel du Libre-Echange*, comedia-vaudeville en tres actos de Feydeau y Desvallieres, que es, en su género, lo mejor que se ha producido desde hace mucho tiempo, por lo chispeante del argumento, el movimiento de la acción, lo cómico de las situaciones, la gracia de los *quid pro quo* que surgen á cada paso y por los muchos chistes del diálogo; en el teatro de La República *Le tour du monde d' un enfant de Paris*, interesante comedia de espectáculo en cinco actos y doce cuadros de Ernesto Morel; y en el Eden Concert *Les Gaités de l' année*, revista en que se presentan bajo un aspecto cómico los principales acontecimientos del presente año.

Madrid. – En el teatro de Novedades se ha estrenado con aplauso un drama en cuatro actos de los Sres. González Llano y Francos Rodríguez, *El pan del pobre*, en que se trata del problema social: aunque algo exagerado el argumento presenta en un cuadro muy interesante la lucha entre el capital y el trabajo.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal la comedia en un acto *Chifladuras*, última producción del popular y aplaudido escritor D. Vital Aza, que recientemente se estrenó en el teatro Lara, de Madrid; y en el Tívoli *Los celos de la Coloma ó baralla de dos guapas per un jove comprimit*, graciosa parodia del tan justamente celebrado sainete lírico *La verbena de la Paloma*, letra del Sr. Guasch y Tombas, y música, muy bonita, del maestro Oró.

Necrología. – Han fallecido:

Eduardo Thierry, antiguo administrador de la Comedia Francesa y notable crítico dramático.

M. Floury, pintor escenógrafo, y director del teatro del Chatelet, de París, en donde puso en escena magníficos espectáculos, y autor de un curso de Perspectiva teatral que aún se sigue actualmente en el Conservatorio de Artes y Oficios.

Tomás Nelson Macleán, notable escultor inglés.



PRISIONEROS CHINOS EN PING YANG (de una olografía)



Allí acudían todos cada día y era de ver el cuadro pintoresco que el local presentaba

LA LOCURA DEL BARRO

CUENTO DE NOCHEBUENA. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

Acompañado del doctor X, recorría yo aquella tarde las vastas dependencias de su afamada casa de salud, cuando al cruzar el jardín que servía de sitio de esparcimiento á los alienados pacíficos, una figura en extremo interesante llamó mi atención y me hizo detener el paso.

Era uno de los enfermos del establecimiento. Tendría de treinta á treinta y cinco años, á juzgar por sus rasgos fisonómicos que aún demostraban las energías de la edad viril Su hermosa cabeza, de esculturales líneas y de poblada melena; la blancura de hostia de su rostro; sus grandes ojos negros, en que á través de las obscuras nieblas de la locura veíase brillar algo como destellos fugaces de una luz no extinguida, todo su porte revelaba al soñador ó al artista.

Arrodillado en una de las calles del jardín, tenía delante un montoncillo de arena, del que cogía puñados, que estrujaba y revolvía entre sus palmas, como si pretendiera dar soñadas formas á aquellos granos crujientes que, á la más leve presión, derramábanse en menudos hilos por entre sus crispados dedos.

Su continente gallardo, su fisonomía dulce y expresiva, la ocupación á que se entregaba, excitaron vivamente mi atención y despertaron mi curiosidad

– ¿Quién es ese hombre?, pregunté al doctor X.

– Mi enfermo más querido, contestóme Un artista que hubiera legado su nombre á la posteridad, si la desgracia no le hubiera herido en su juventud, haciéndole perder la razón en una noche de terrible agonía. Yo me honré con su amistad, y después de aquel triste suceso lo traje á esta casa, donde busco en vano los medios de hacer despertar esa pobre inteligencia que el dolor llenara para siempre de sombras. Su enfermedad constituye un caso para el que la ciencia no ha hallado aún tratamiento; y mucho dudo que mis cuidados logren reanimar ese cerebro del sopor en que yace para todo aquello que no se identifica con su triste monomanía. Su felicidad estriba en poseer un poco de barro á que prestar forma; y cuando, como ahora, no lo halla, coge puñados de arena y se pasa los días pretendiendo darles cohesión y transformarlos en ángeles y pastores. Fué en el mundo escultor y llámase Armando Raquel. La historia de su desgracia es tan dolorosa, que, por lo que me afecta, renuncio muchas veces á contarla. No obstante, si queréis oirla...

– Os la agradeceré en el alma, dije.

– Pues venid, contestó el doctor.

Y conduciéndome á un banco que se hallaba cerca, sentámonos ambos y me relató aquella historia dramática que no he olvidado nunca.

Hijo de una familia de humilde posición, Armando Raquel pasó su infancia en una capital de provincia, famosa entre todas las de España por los innumerables tesoros artísticos que cien generaciones atesoraron en ella.

Allí tendió sus alas por primera vez la imaginación ardiente del joven Armando; allí se desarrollaron sus aficiones y se formó su gusto artístico.

Discurriendo por entre aquellas muertas ruinas, á las que el jaramago y la hiedra ponen sus epitafios; sumido en hondas meditaciones bajo las bóvedas de la vieja catedral gótica, cuyos haces de nervios de piedra al subir hacia las altas bóvedas parecen temblar y estremecerse como las fibras carnales de un místico en los delirios del éxtasis, ó contemplando, absorto, las magistrales esculturas de los grandes maestros, Armando sintió arder en su frente el fuego divino de la inspiración y crecer á la vez, agigantándose en su alma, el generoso anhelo del arte y el afán de cultivarlo y de conquistarse un nombre ilustre, aunque para ello fuera preciso dejar girones de su propia alma en la espinosa senda que á la gloria conduce.

Armando quiso ser escultor; y deseoso de encontrar mayor campo para sus aspiraciones, trasladóse á la corte, tan sobrado de ensueños como falto de oro, y desde el día de su llegada fué uno más en el grupo de aquellos *bohemios* del arte de mediados de siglo, que tan gráficamente describiera en su *Frac azul* uno de ellos, á quien después la fama otorgó cien coronas.

Largo sería relatar el doloroso calvario del artista en los primeros años de su estancia en la corte.

Mermados los recursos, sobradas las ilusiones, tan crecidas las necesidades como escasos los remedios, el joven artista gustó cuantas amarguras, sinsabores y contratiempos guarda siempre la heroica villa á los que se lanzan á su bullicio tras de un nombre, sin otra hacienda que sus ensueños, ni más amigos que su fe y que su esperanza.

La desventura, que engendra poderosas corrientes de simpatía entre los desheredados de la suerte, puso en contacto á Armando con otros jóvenes que, como él, habíanse lanzado desde un rincón de provincias al torbellino de la corte, afanosos de cultivar sus aptitudes para las artes ó las letras. Pronto intimó con sus camaradas de desgracia, y con general regocijo formó parte de lo que aquellos soñadores habían dado en llamar *Liga de bohemios de Madrid*, especie de asociación de socorros mutuos, cuyo único fin era la defensa y protección recíproca de todos los asociados, contra la miseria, la holganza y el mal humor.

La *Liga de bohemios* tenía un lugar de reunión, adonde diariamente concurrían todos sus individuos á cambiar impresiones, combinar planes de defensa contra los ataques de la necesidad y dedicarse al estudio y al perfeccionamiento de las aptitudes propias de cada uno de ellos.

Era aquel lugar de trabajo y esparcimiento un estudio de pintor, situado casi en las afueras de Madrid, al que los *bohemios* habían bautizado con el clásico y pomposo nombre de *El Parnaso*.

Allí acudían todos cada día, y era de ver el cuadro pintoresco que el local presentaba en las horas en que daba asilo á aquel grupo de soñadores de melena, del cual habrían de salir andando los años artistas y literatos de renombre.

Mientras uno trazaba con mano firme en el lienzo una cabeza de gran relieve, otro, provisto de un carbón y tomando por modelo á algún camarada, estudiaba en la pared el arte difícil de la caricatura, mereciendo una ovación entusiasta cada vez que brotaba de sus dedos un nuevo y cómico personaje. Puesto al abrigo de un rayo de sol que penetraba por las cristaleras del estudio, hacía éste versos románticos que vender por un plato de legumbres á algún editor de la calle de Carretas, mientras aquél vaciaba en escayola un bajo relieve y el de más allá grababa dibujos hechos por otro de la *liga*, no faltando tampoco algún futuro *Paganini*, de ensortijados bucles y flexible talle, que allá en el rincón más apartado del *Parnaso* arrancara notas, no siempre dulces, á su *Stradivarius*, adquirido de lance en *Las Américas* y que solía protestar agudamente de la *domesticidad* á que era condenado después de tan luenga holganza.

Armando Raquel concurría diariamente al *Parnaso*, dedicándose con asiduidad á sus trabajos de escultura, en los que progresaba de un modo notable, merced á su verdadero genio artístico y al detenido estudio que había hecho en su provincia de las obras de los grandes maestros.

Inspirado en la concepción, clásico y elegante, á la vez que enérgico y varonil en la factura, las figurillas que brotaban de sus manos causaban la admiración de la *Liga de bohemios*, que no cesaba de profetizar al artista un porvenir brillante, lleno de ruidosos triunfos.

Él, sin envanecerse, seguía estudiando con fe; y como al propio tiempo era preciso subvenir á las necesidades de la vida, trabajaba horas y horas, siendo frutos de su labor numerosas figuritas de barro que vendía á precios bien ínfimos, comparados con su valor como obras primorosas de arte.

Así habían pasado tres años, cuando una nueva pasión, más vehemente aún, por más irreflexiva, que la de la gloria vino á llenar con ésta el corazón de Armando. El artista tenía que pagar un tributo á la naturaleza, y en medio de sus ensueños de renombre sintió germinar y crecer en su alma un amor, tanto más apasionado, cuanto que su fantasía ardiente prestábale vivas llamas, rodeando de irresistibles atractivos al objeto de su pasión.

Era ella una joven huérfana, casi una niña, bordadora en oro, que, como Armando, defendíase de la miseria con el producto de sus labores, no siempre suficiente para atender á sus necesidades.

Esbelta, espiritual y delicada, tenía, sin embargo, un corazón entero, que nunca doblegaron las penas de la vida ni los contratiempos con que su humilde condición ponía á prueba muchas veces la entereza de su carácter. Abroquelada en su incorruptible virtud, ni había dado jamás oídos á la seducción ni hasta que conoció á Armando había amado á nadie.

Ambos se vieron; el trato engendró la simpatía, ésta dió vida al cariño, y el artista y la joven fueron desde entonces dos seres que pensaron y sintieron al unísono: que tal es la fuerza del amor, que inteligencias y corazones suele poner acordes, hasta el punto de hacer de dos voluntades una sola.

De aquel idilio amoroso, bastará sólo decir para nuestro propósito que tuvo por término la unión indisoluble de los dos jóvenes y por fruto de ella el nacimiento de un hermoso niño al que sus padres dieron el nombre de Luis.

No duró mucho, sin embargo, en el pobre hogar de los artistas la alegría que aquel natalicio produjo; pues apenas contaría un año el pequeño Luisín, cuando murió su madre, sumiendo al desgraciado Armando en la más horrible desesperación.

Pasada la tremenda crisis de su amargura, el artista aceptó con entereza aquel nuevo calvario que su negro destino le deparaba, y con más fe y más energía que nunca, trabajó sin reposo y robó horas y horas á su descanso, por rodear de cuidados la preciosa vida de aquel pequeño ángel, en cuyos dulces ojos azules hallaba sólo un rayo de luz que iluminara los tenebrosos abismos de su espíritu.

Después de aquella gran desgracia, nuestro artista siguió asistiendo al *Parnaso*, poco concurrido á la sazón, pues la *Liga de bohemios* estaba casi disuelta, por el retorno á provincias de muchos de ellos y el cambio de vida de algunos que habían conseguido mejorar su suerte y adquirir una reputación en letras ó en artes.

Armando ya no hacía figurillas, como al principio: dedicábase á obras de mayor empeño, mereciendo varias de sus estatuas y de sus pequeños barros los aplausos de la crítica, que comenzó á divulgar por la corte el nombre del escultor.

Así pasaron dos años, y ya contaba tres Luisín, cuando anuncióse la celebración de un certamen nacional de pintura y escultura que debía celebrarse en Madrid dentro del plazo de algunos meses.

Armando vió en aquel certamen la más propicia coyuntura para cimentar su reputación artística y se propuso concurrir á él.

Pensó con detenimiento, concibió la idea de su obra, la maduró en su cerebro, y así que la sintió palpitar y vivir bajo su frente, dió principio al trabajo, y la creación artística comenzó á tomar forma en sus manos, no tardando en ofrecerse á la contemplación, revestida de espléndida belleza.

Era la obra un hermoso barro, no de grandes dimensiones, que representaba á Prometeo retorciéndose encadenado, mientras el buitre le desgarraba las entrañas.

La escultura de Armando fué calificada de obra maestra por los amigos del artista; los periódicos de más circulación la elogiaron sin tasa mientras estuvo expuesta, y el jurado del certamen le otorgó por unanimidad el diploma de honor.

Armando Raquel había subido de un salto á la cima. Tenía un nombre ya ilustre, y desde aquel punto estaba llamado á figurar en primer término en las filas de los elegidos del arte.

El triunfo, sin embargo, suponía la miseria de algún tiempo para el artista.

Abstraído en la creación de su obra había abandonado los habituales trabajos que le proporcionaban recursos para la vida; escasearon aquéllos, y cuando el jurado premió su Prometeo la miseria había entrado ya en la pobre buhardilla donde armando vivía con su Luisín. Y como si esto no fuera bastante, para colmo de desdichas y tortura de su alma, aquel niño idolatrado cayó enfermo de *meningitis*, esa dolencia cruel, azote de la infancia y martirio de tanto padre sin ventura.

¡Cuánto sufrió el pobre artista en aquellos terribles momentos de prueba!

Sin separarse un solo instante de la camita donde Luisín luchaba con la fiebre, para nada se cuidó de sí mismo, todo lo olvidó y durante tres días tuvo reconcentradas su vida y su alma en aquel ser querido que la muerte trataba de arrebatarle.

Era el día de Nochebuena. El enfermito había empeorado mucho; y cuando á la noche hizo el médico su acostumbrada visita, del modo menos cruel que le fué dado manifestó al pobre padre la ineficacia de los remedios de la ciencia para salvar la vida del niño.

Armando oyó las palabras del médico como el condenado á quien leen su sentencia de muerte; y cuando el doctor ausentóse, sintió que el mundo entero se desplomaba sobre sí, que cien tenazas le pellizcaban el cerebro y que todos los dolores de la humanidad caían juntos sobre su corazón, envolviéndolo en un caos de insondables negruras.

Arrodillado cerca de la camita de su niño, rugió primero como la fiera hostigada por la barra candente del domador; sintió después en el pecho las garras de la fatiga que le oprimían, ahogándole, y rompió por último á llorar, regando con sus lágrimas aquellas ropas blancas, que como cándida nube envolvían el cuerpecito del niño moribundo.

¿Cuántas horas permaneció de aquel modo? ¡Quién lo sabe!

Cuando el dolor nos hiere con sus golpes, piérdese la noción del tiempo, las horas se convierten en siglos y el corazón, muchas veces lleno del fuego y de la vida de la juventud, despiértase del sopor de la amargura, sintiendo dentro de sí el frío de la vejez.

La noche adelantaba y Armando seguía abstraído en su aflicción, mientras la amarillenta luz de una bujía proyectaba tristes reflejos sobre la pálida carita de Luisín, que se destacaba con mayor realce entre los ensortijados rizos de su cabellera blonda, empapada por el sudor de la fiebre.

Fuera, el viento gemía lúgubremente, y la luna, pugnando por romper el apretado haz de las nubes, filtraba á intervalos un rayo de su pálida luz por los cristales de la única ventana de la buhardilla.

De pronto turbóse el silencio con un alborozado estrépito, que en alas del aire llegó hasta la triste estancia, llevando á ella ecos de voces y carcajadas infantiles y alegre ruido de rústicos instrumentos. Era que todos los niños de la casa celebraban después de la cena el nacimiento del Dios Hombre.

Y como si aquel ruidoso estruendo hubiera bastado para dar un instante vida al enfermito, el pobre Luisín se agitó en el lecho, abrió los ojos, prestó oídos á la infantil algazara y llamando á su padre preguntóle con apagada voz:

– Papá, ¿es Nochebuena?

– Sí, hijo mío; pero tú estás malito y tienes que quedarte en el lecho. Dentro de dos ó tres días te encontrarás mejor y entonces bajarás á jugar con los demás niños y te compraré muchos muñecos.

– Di, papá, ¿los otros niños tienen un nacimiento?

– Sí, hijo mío, y tú lo tendrás también.

– ¿Por qué no me lo das?

– Porque es menester comprarlo.

– ¡Comprarlo!.., murmuró Luisín, y quedó silencioso un momento.

Después, recordando sin duda los numerosos muñequitos de barro con que su padre le obsequiaba constantemente y á él tanto le gustaban, añadió:

– Yo no quiero comprado el nacimiento; házmelo tú ahora.

– ¿Ahora?..

– Sí, papaíto, y lo pones aquí sobre mi cama y yo te querré mucho.

Armando sintió que le ahogaba la angustia ante aquel deseo de su querido Luisín, quizás el último, que no hallaba medios de satisfacer.

El *Parnaso* era su estudio y no había en la buhardilla materiales algunos de trabajo. ¿Dónde encontrar á aquella hora un poco de barro con que hacer las figuritas en que se cifraba el anhelo de Luisín?



Aquellos ángeles y aquellos pastorcillos de barro iban poco á poco tomando formas movibles...

¿Cómo abandonar tampoco la buhardilla, dejando solo al niño? ¿Y cómo no satisfacer aquel deseo del hijo de su alma, de quien pronto se vería separado para siempre?..

Mientras vacilaba, presa de su indecisión, Luisín seguía pidiendo con triste insistencia el nacimiento, y en la casa continuaba sonando el ruidoso alboroto con que los demás chicos celebraban la fiesta de Nochebuena.

Los ojos de Armando giraban en derredor en busca de alguna cosa que pulverizar y convertir después en ángeles y pastores. De repente un grito de alegría al par que de inmenso dolor se escapó de sus labios.

La luna, rompiendo el negro cortinaje de las nubes, pasó uno de sus rayos por la ventana, iluminando un rincón de la buhardilla que permanecía en la obscuridad, y Armando vió destacarse sobre un tosco pedestal de madera la gallarda figura de su Prometeo, aquel barro que le había valido el diploma de honor en el último certamen; que representaba el triunfo más legítimo de su vida de artista, y que era por entonces la única esperanza de su pobreza.

El pensamiento que cruzó por su frente á la vista de la escultura, sacudió todos sus nervios con escalofríos de fiebre y le hizo vacilar, como poseído de un vértigo. Con la mirada inmóvil contempló breves instantes su obra querida; después dos lágrimas ardientes abrasaron sus ojos; oyó una vez más la débil voz del niño que repetía su ruego; sintió como si unas manos suaves le empujasen hacia la estatua, y saliendo de su inmovilidad, llegó ante ella, cogió un mazo que encontró á mano, y cerrando los ojos como el condenado al martirio que no quiere ver el hierro de su tortura, descargó un terrible golpe sobre la obra magnífica, que cayó rota en pedazos por el suelo.

Cuanto hizo después fué bajo el impulso de una agitación febril. Pulverizó los fragmentos de la escultura, amasó el barro y en breve la camita del enfermo se vió llena de ángeles y pastores que rodeaban la cuna del Niño Dios y le adoraban de rodillas.

Luisín contempló un momento aquellas figuritas, las palpó con sus manos pálidas como dos copitos de nieve, envió á su padre una dulce y melancólica sonrisa y cayó después en un nuevo sopor, que fué el de la agonía.

Pasaron las horas, la respiración del niño fué haciéndose cada vez más anhelante: Armando comprendió que el momento terrible se acercaba, y desde que aquella idea surgió en su cerebro, hízose la noche en él, y ya ni lloró, ni gimió, ni advirtió que la bujía se apagaba, ni notó el último estremecimiento del pobre Luisín al exhalar el postrimer suspiro.

Armando, sentado junto á la camita del niño muerto, permanecía inmóvil como la estatua del dolor. Mil ideas extrañas vagaban por su cabeza, poblándole el cerebro de fantásticos seres y de vaporosas quimeras, que se revolvían y atropellaban en un negro y vertiginoso torbellino. Y en medio de aquel caos de pensamientos sin formas y de nebulosas sin cuerpo, creyó percibir la metálica vibración de un reloj que daba lentamente las doce de la noche. Y antes de que la última campanada se extinguiera, oyó como los ecos lejanos de una música suave, y vió que el techo de la buhardilla se rasgaba y que se llenaba ésta de una luz misteriosa, que esclareciendo todos los objetos los tornaba en luminosos y transparentes.

Fijó entonces la mirada calenturienta en la camita del enfermo, y vió que sobre ella se realizaba un prodigio sobrenatural y sublime.

Luisín, cerrados los ojos y con la carita resplandeciente de luz, hallábase animado por una sonrisa de inefable ventura; y allí, sobre el embozo de su cama, aquellos ángeles y aquellos pastorcillos de barro iban poco á poco tomando formas movibles, mientras que la figurita que representaba al Dios Niño vestíase de carnal envoltura y crecía... crecía, hasta tornarse en un recién nacido.

Y vió luego el artista que el tierno infante abandonada su cunilla, cogía de la mano á Luisín y le levantaba del lecho. Y que sostenidos los dos por aquellos ángeles, que Armando amasara con barro de su Prometeo y polvo de sus ilusiones muertas, se remontaban juntos á los cielos, mientras el coro invisible de los serafines cantaba sobre el pabellón de las nubes: *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

A la mañana siguiente cundió por Madrid la noticia de que el escultor Armando Raquel se había vuelto loco.

Y cuando preguntaban al doctor X por la enfermedad del artista, solía responder con tristeza:

—¡Pobre Armando! No hay remedio para su mal. Tiene la locura del barro.

Cayetano del Castillo

NARRACIONES AMERICANAS

LA CHINA DEL GAUCHO

Azul celeste, muy celeste y muy claro y tan purísimo y tan hermoso como el corazón de la gente criolla, comparable al que tienen los hijos de España, se ostentaba el cielo risueño y brillante de la región sud-americana.

Inusitado movimiento se notaba en los campos de cuatro países á los que sus fronteras van uniendo desde el Océano Atlántico á los Andes: Paraguay, Argentina, Brasil y Uruguay. Aquel movimiento era precursor para algunos de eterna quietud. Grupos de hombres atravesaban las campiñas, é iban á las ciudades dejando las faenas del campo; las mujeres los seguían con la vista, después de haberles alentado con la palabra; se estremecían sus cuerpos aún, bajo la impresión del abrazo de la mujer ó de la madre, y en sus mejillas curtidas por el sol de los Trópicos sentían la frescura del beso que les diera su pequeñuelo, y en sus callosas manos notaban la huella de otras que al apretarse contra las suyas habían establecido la comunicación vigorosa y amante de un padre animoso, que va en derechura al alma del hijo que se dispone á luchar por la patria.

De eso precisamente se trataba al desarrollarse la acción de este relato, en una noche esplendorosa de esas que esmaltan el poema de las tierras americanas.

Era el lugar, *El Salto*, una provincia del Uruguay, y los personajes una china y un gaucho

La china no ha visto nunca el Celeste Imperio. Se llama de este modo á la mujer del pueblo más indígena, más uruguaya; y es el gaucho el hombre del campo, trovador espontáneo, jinete diestrísimo, tocador de guitarra notable, poeta de ideas sin el límite de la rima; imaginación ardorosa, espíritu fuerte, corazón bien templado y sensible; romántico en la prosa de su vida sencilla; ejemplar único, admirable y sobresaliente de los tipos americanos.

En una de esas posesiones de campo llamadas *estancias*, Antonio y Dolores, el gaucho y la china de nuestro cuento, se juraban fe eterna, se despedían cariñosamente y se alentaban el uno al otro, en la próxima ausencia, con frases de esperanzas halagadoras y fantasías de amores meridionales en que son tan ricos los habitantes del Sud América.

Antonio era un mozo fornido, de color muy trigueño, de mirada muy penetrante, de expresión muy inteligente, y Dolores una *morocha* (1) de tez cobriza, dientes blancos, cabellos negros y cintura de mimbre

Antonio iba con otros hombres del campo á Montevideo para alistarse en los regimientos que se estaban formando.

El partido blanco había sido vencido, y el jefe ilustre del colorado, elegido presidente de la República, se aprestaba para la guerra de la triple alianza, en unión del Brasil y de la Argentina, contra un país hermoso, pintoresco y valiente, al que hacían desdichado las tiranías de un dictador *neroniano* que llegó á ordenar que azotasen contra un cañón á su propia madre y que mataran á palos á sus hermanos.

Solano López recordaba los tiempos de la barbarie romana.

Dos grandes hombres, dos patricios de inolvidables merecimientos se hallaban al frente, en cambio, de la Argentina y el Uruguay. Mitre, que circunscribió su arenga á las tropas á estas solas palabras: *Ocho días en los cuarteles, quince días en campaña y tres meses en la Asunción*, y el general D. Venancio Flórez, de una historia militar tan brillante como lo fueron todos los actos de su vida política.

Se rompió el fuego; los paraguayos se batieron como leones. Desde los primeros momentos el tirano terrible que les tenía dominados y fascinados supo arraigar en ellos la idea de que cuantos muriesen resucitaban en la Asunción (2), y luchaban con el arrojo ciego y temerario del exaltado fanático, para quien no hay barreras, ni fuerzas superiores, ni peligros, ni nada imposible.

Era el año de 1866.

Los paraguayos habían sufrido ya su primer derrota en la primera acción que se dió, la acción de Jatai, pero resistían de manera heroica. Acabados los hombres se formaban batallones de animosas mujeres, de aquellas interesantes criollas, las que nacieran á orillas del río Paraguay, envueltos sus cuerpos flexibles, como los juncos de los esteros, en los blancos y tentadores *tipois* (3) que dejaban adivinar la corrección de sus formas esculturales.

¡Qué páginas de gloriosos hechos tan hermosísimos para cuantos tomaron parte en aquella guerra!

Un oficial uruguayo descubre bajo el fuego nutrido del enemigo el cadáver de un héroe, que aunque español servía en las filas del general Flórez. A Palleja lo llevaban en hombros unos soldados, y como si fuese en tiempo de paz, en un día apacible de calma en que habría pasado aquel muerto insigne ante la fuerza que hubiera de tributarle honores, hizo el jefe de la que acribillaban á balazos que en perfecta formación se reuniera y le presentase las armas, continuando en seguida el ataque á la bayoneta que habían empezado.

Un buque brasileño se ve atacado en una noche, no por otro de guerra, que lo asaltase, sino por un puñado de paraguayos que á nado y llevando un puñal en los dientes se lanzan sobre la nave, ganándola, como gatos, por las cadenas, librando en la cubierta un combate terrible y apoderándose al fin del barco.

Dolores, la interesante y graciosa novia de Antonio, sin noticias de él, sospechando en un trágico fin del adorado dueño de su alma, impetuosa y grande como las olas del Océano, abandonó la estancia, cruzó la campiña, y de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de campamento en campamento, de trinchera en trinchera, logró llegar hasta las vanguardias del ejército de la triple alianza sin que nadie le pudiese decir el paradero de Antonio, que había desaparecido en la última acción.

Desertor decían todos que era imposible que fuese; muerto no le habían encontrado. ¿Estaría prisionero? Difícilmente los conservaban, muriendo á poco de ser cogidos, á manos de sus terribles enemigos.

Excusado es decir que no se encontraba enfermo ni herido, porque Dolores lo hubiese hallado en las ambulancias. La pobre china se volvía loca.

Así las cosas, se libró la batalla de *Curupaytú*, que ganaron los paraguayos, quedando por completo dueños del campo.

Dolores quiso huir y fué tarde. Las fuerzas enemigas le dieron alcance.

La muchacha se vió rodeada de un grupo, mandado por un sargento, en quien reconoció la campesina á un amante desdeñado por ella y que aburrido al fin tornó al Paraguay, buscando en su patria lenitivo al dolor que en su pecho habían producido los desdenes de aquella rebelde uruguaya á quien había hecho ahora su prisionera.

El fuego de sus ojos estallaba en sus órbitas, como rayo forjado en nubes de tempestades que hiere y mata. Saboreaba el deleite de un goce brutal y una venganza fiera. Sentía la satisfacción del tigre al echarle la garra á su víctima.

—¡Jesús, Manuel!, exclamó Dolores al ver el rostro ennegrecido por el humo de la pólvora del fiero sargento.

—Por fin eres mía, dijo el aludido con señales de vivo y salvaje contento. Habrás venido en busca de Antonio, añadió, sin encontrarlo seguramente. Yo te lo tengo. Te lo guardo, te conservo esa dicha para ti tan preciada. Sígueme y lo verás.

—¿Pero qué dices?, dijo la china presintiendo en aquellas palabras el anuncio de un hecho vandálico. ¿Vas á enseñarme su cadáver?

—Lo verás vivo y sano, repuso Manuel.

Dolores, temblando, siguió maquinalmente adonde la llevaron Manuel y el grupo de soldados que éste mandaba.

En un bosque de espesos árboles, en un campamento sin tiendas, en un alto de unas fuerzas, no diremos ya uniformadas, sino casi desnudas, sujeto á un tronco por gruesas cuerdas se veía al infeliz Antonio, pálido, demacrado, exánime.

Había caído en poder de su rival implacable y había dispuesto éste su muerte lenta, para mayor y más prolongado martirio, negándole todo alimento y haciendo que lo devorase la sed.

—Ahí lo tienes, abrázalo, dijo Manuel.

Y en aquel instante, cuando Dolores, por efecto de un movimiento instintivo fué á lanzarse sobre su amante, se interpuso Manuel entre éste y la china, le clavó al desgraciado Antonio su cuchillo en el corazón y le dijo con la calma feroz de un verdugo que ha cortado de un golpe el hilo de una existencia:

—¡Abrázalo, abrázalo ahora á tus anchas!

—¡Como á ti, monstruo!

Y diciendo esto, con los ojos inyectados en sangre, con la rapidez de una chispa, con la fascinación impulsora de un vértigo, se abalanzó Dolores sin darle tiempo á prevenirse sobre el sargento Manuel, le arrancó de pronto la hoja tinta en la sangre del pobre Antonio y la hundió hasta el mango en el pecho del paraguayo, quien cayó en tierra muerto.

Una descarga se oyó en seguida, y la china del gaucho dejó de existir, recibiendo en su cuerpo tantantos balazos como soldados paraguayos se encontraban allí.

P. Sañudo Autrán

(1) Morena.
(2) Capital del Paraguay.
(3) Especie de camisilla que constituía casi su único vestido.

LA NAVEGACIÓN AÉREA

¿Se habrá hallado por fin la solución del importante problema de la navegación aérea? Parece que sí ó que por lo menos se ha dado un paso tan grande para encontrarla que son muchos los que creen que no ha de pasarse un año sin que se pueda utilizar industrialmente ese sistema de transporte que ha de producir una revolución en los sistemas de locomoción hoy en uso. Así lo aseguran los americanos.

Según noticias llegadas hace poco á Europa, el aeroplano inventado por el célebre profesor americano Langley, secretario del Smithsonian Institute, ha sido ensayado con excelente éxito el día 8 de los corrientes en una pequeña bahía cerrada en Virginia (Estados Unidos).

El aparato se elevó en dirección contraria á la del viento y recorrió volando una regular distancia. El aeroplano Langley está construído con aluminio, va sostenido por unas alas y se mueve impulsado por hélices giratorias.

Por otra parte, otro inventor, americano también, Walter Mercer, joven que apenas cuenta treinta y un años, ha recorrido, según parece, un espacio de 60 kilómetros en una máquina aérea, el *Albatros*, construída de conformidad con los principios formulados por Langley.

El viaje se verificó, á lo que parece, en Trenton durante la noche y sin testigos.

El *Albatros* tiene una longitud de 3'70 metros y una anchura de 2 cuando las dos alas que sostienen el aparato en la atmósfera están desplegadas.

El *Albatros* es también de aluminio y pesa 85 kilogramos y medio: está sostenido en el aire por cuatro propulsores y empujado hacia adelante por uno solo. La potencia total que asegura el movimiento y la aviación de esa máquina prodúcela un motor eléctrico de tres caballos y medio de fuerza nominal.

En la prueba el inventor iba colocado en el centro del aparato y debajo del mismo y gobernaba el funcionamiento de las diversas máquinas por la simple maniobra de un conmutador.

Aunque el ensayo verificado por M. Mercer se haya llevado á cabo sin testigo alguno hay motivos para creer que no se trata de un engaño, porque el P. Langley declaró en la exposición de Chicago que el aparato en cuestión le parecía que había de dar buenos resultados.



LAS HERMANAS BARRISON EN EL JARDÍN DE INVIERNO DE BERLÍN

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

PRO PATRIA. - El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de los Sres. Pedreira, Balaguer, Vega Rey, Reina, Sancho y Gil, Tomás y Salvany, Paz, Peiro, Millien (francés), Calcaño, Enseñat, Lope de Lira, Mitjana, Sánchez Pérez y Bustillo, y además interesantes notas políticas por Sinesio y bibliográficas por Amando.

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIÉRE.--Basta citar las materias que contiene este *Almanaque* para comprender su utilidad y la razón con que sus editores lo titulan *Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica*. He aquí el índice de las mismas: Nuestro porvenir; La Familia; Los Calendarios civiles y religiosos; El año 1895; Agenda para 1895; El Universo; Historia Universal; Geografía; Literatura; Gramática castellana; Vocabulario Español-Francés; Bellas Artes; Amor, matrimonio, hogar; Economía doméstica; Nuestro dinero; La Bolsa; Los seguros sobre la vida; La Aritmética; La Electricidad; Nuestras enfermedades y sus remedios; Ciencias ocultas; Derecho usual; Ley Militar, Agricultura, Industria y Comercio; Guía del médico veterinario; Madrid con su correspondiente plano en dos colores; Organización civil, militar y judicial; La Caridad; Omnibus (riperts) y tranvías; Coches de punto y de lujo; Corridas de toros, frontones y teatros; Correos, telégrafos y teléfonos; Viajes; Derechos y deberes del viajero; Los ferrocarriles españoles; Tarjeta de identidad.

El libro forma un tomo de unas 500 páginas con diez mapas y planos en dos colores y más de mil figuras intercaladas en el texto, y además de las materias indicadas contiene una agenda y multitud de consejos, recetas y noticias de suma utilidad. Los compradores del mismo tienen derecho: á una suscripción gratis durante un mes á *La Moda Elegante* de Madrid, á la suscripción gratis durante un mes á *La Mode Pratique* de París y á una fotografía gratis que hará el señor Company, de Madrid, á todo portador del Almanaque. Este se vende en las principales librerías al precio de 1'50 pesetas en rústica y 2 pesetas encartonado.



EL DESPERTAR DE JESÚS, cuadro de Pedro Borrell

ALMANAQUE KNEIPP. - Contiene interesantes artículos médicos y literarios, casi todos ellos consagrados á preconizar las excelencias del sistema curativo del famoso abate de Wœrishofen, tan extendido en Alemania y al cual se someten no pocos enfermos de otros muchos países. El libro, que lleva algunos grabados, se vende en las principales librerías al precio de una peseta.

ALMANACH DE «LA ESQUELLA DE LA TORRATXA,» 1895. - Artículos, poesías, cuadros de costumbres, epigramas, chascarrillos y cuentos de nuestros más conocidos escritores; viñetas, láminas, caricaturas, reproducciones de cuadros y fantasías de nuestros más reputados artistas llenan las 200 páginas de este almanaque. ¿Qué más necesitamos decir en elogio de tan popular publicación? La acogida que todos los años le dispensa el público es su mejor alabanza, y lejos de desmerecer el almanaque que edita D. Inocente López hácese cada vez más interesante. Véndese en las principales librerías al precio de una peseta.

ACTA DE LA SESIÓN PÚBLICA celebrada en el Ateneo Barcelonés el día 24 de noviembre de 1894. - La inauguración del año académico del Ateneo Barcelonés es siempre una solemnidad en la vida literaria de esta capital, y los discursos pronunciados en tal acto por los presidentes de esa corporación constituyen una colección de monografías de gran interés para la historia del desenvolvimiento intelectual en Barcelona. Confiada la presidencia durante el presente año al ilustre doctor D. José Mascaró y Capella, en nada ha desmerecido su notable oración de las tradiciones del Ateneo, y los aplausos que el público y la crítica han dispensado á su trabajo demuestran cuán admirablemente desarrolló el tema de las dificultades de la medicina práctica y de las condiciones inherentes al médico perfecto, materias que supo tratar con gran elevación de miras y profundo espíritu científico y práctico.

El acta de esa sesión contiene, además del discurso del Sr. Mascaró, una Memoria muy bien escrita por el secretario saliente D. Ildefonso Suñol, en que se relatan los trabajos intelectuales realizados y las mejoras materiales introducidas en el Ateneo durante el año 1893-1894.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

